SUPLEMENTO AL Nº 22 DE « CUADERNOS » (ENERO-FEBRERO 1957)

B.D.I.C

INDICE DE MATERIAS DE " CUADERNOS "

(Enero-Febrero 1956 — Noviembre-Diciembre 1956)

	No.	Pag.
NOTAS EDITORIALES		
El espíritu de Ginebra	XVI	3
La depuración de los intelectuales en la China comunista	XVI	4
La Argentina en la hora de su libertad	XVI	6
La libre circulación del libro en Hispanoamérica	XVII	3
« Venceréis, pero no convenceréis »	XVIII	3
La Conferencia de México	XX	3
ENSAYOS-ESTUDIOS		
José Ortega y Gasset *(María Zambrano)*	XVI	7
Ensayo sobre el esnobismo *(Arthur Kœstler)*	XVI	31
Francisco Giner de los Ríos y la reforma del hombre *(Rodolfo Llopis)*	XVI	60
Don Juan y el Diablo : las dos negaciones del Amor *(Alejandro Casona)*	XVI	68
América, novela de antología *(Salvador Pineda)*	XVI	71
Emigrados *(Américo Castro)*	XVII	5
¿ Democracia contra Libertad ? *(Peregrine Worsthorne)*	XVII	18
[illegible]aje y poema *(Octavio Paz)*	XVII	33
[illegible]nto de la « hispanidad » en América *(Luis Alberto Sánchez)*	XVII	55
Juan Montalvo defensor de los derechos humanos *(Jorge Carrera Andrade)*	XVII	76
Proyecciones actuales de Valera *(Guillermo de Torre)*	XVII	81
Mickiewicz y las paradojas de la historia *(Czeslaw Milosz)*	XVII	88
Libertad, calidad y maquinismo *(Aldous Huxley)*	XVIII	5
Toynbee y los kollas o aimaras de la meseta boliviana *(Fernando Díez de Medina)*	XVIII	11
Ortega y la idea de la vida humana *(José Ferrater Mora)*	XVIII	33
La metafísica de Ortega *(Julián Marías)*	XVIII	40
El alma de México a través de sus pirámides *(Luis Abad Carretero)*	XVIII	49
Fernando de los Ríos *(Angel del Río)*	XVIII	69
Tributo de un bibliófilo a Antonio Palau y Dulcet *(Luis Araquistáin)*	XVIII	80
Santos Chocano, poeta de trunco pedestal *(Manuel Suárez Miraval)*	XVIII	85
Análisis espectral de la España silenciosa *(Fernando Valera)*	XVIII	91
El emparedamiento mental de España *(Juan de la Cosa)*	XVIII	96
Las corrientes filosóficas en el siglo XX *(Francisco Romero)*	XIX	11
La Historia en América Latina *(Raymond Ronze)*	XIX	18
La medicina *(Carlos Martínez Durán)*	XIX	23
Influencia occidental y obra de creación latinoamericana *(Roberto F. Giusti)*	XIX	30
Selva y Cultura *(Gilberto Freyre)*	XIX	37
La Universidad *(Luis Alberto Sánchez)*	XIX	43
La reforma universitaria *(Gabriel del Mazo)*	XIX	51
Imagen y palabra en la educación *(Gabriela Mistral)*	XIX	67
La educación en la América Latina *(Amanda Labarca)*	XIX	74
Surgimiento del nacionalismo continental *(Antenor Orrego)*	XIX	82
América, geografía política *(Salvador Pineda)*	XIX	91
La segunda « revisión » de Rodó *(Eugen Relgis)*	XIX	163
Palabras a José Martí *(José Ferrer Canales)*	XIX	175
Mariano Latorre, alto escritor chileno *(Julio César Jobet)*	XIX	179
¿ Existe un teatro sudamericano ? *(Hilda Torres Varela)*	XIX	204
Realidad musical de América Latina *(Domingo Santa Cruz)*	XIX	211
Síntesis del estado actual de nuestra música *(Julio Antonio Coss)*	XIX	217
Albert Camus *(Claude Mauriac)*	XX	15

P5926
Insle 1956

García Lorca en la poesía y en el teatro españoles *(Pascual Gil)* ..... XX 36
Democracia y libertad *(Louis J. Halle)* XX 69
El liberalismo conservador *(Juan Marichal)* ..... XX 74
Madariaga y América Latina *(Luis Alberto Sánchez)* ..... XX 76
El problema dinámico del mestizaje mexicano *(Carlos A. Echánove)* ... XX 79
La tiranía del determinismo científico *(Pedro Vicente Aja)* ..... XX 82
Desde el mirador de Weimar *(Alfonso Reyes)*..... XXI 3
Cómo nace y muere un personaje *(Erico Verissimo)* ..... XXI 7
Sobre la nacionalidad del escritor *(Joaquín Casalduero)* ..... XXI 20
Salvador de Madariaga hallado en los debates del mundo *(Ramón Sender)* XXI 33
El escritor trilingüe *(Salvador de Madariaga)*..... XXI 45
Pedro Salinas y los valores humanos de la literatura hispánica *(Juan Marichal)* ..... XXI 48
Menéndez y Pelayo leído otra vez *(Mariano Picón Salas)* ..... XXI 57
Koweit, el Canaán asiático *(Pierre y Renée Gosset)* ..... XXI 61

CRITICA LITERARIA

El indio en nuestra literatura *(Luis E. Valcárcel)* ..... XIX 99
El negro en la literatura iberoamericana *(Ildefonso Pereda Valdés)* ..... XIX 104
La novela regional *(Benjamín Carrión)* XIX 111
El ensayo en nuestra América *(Germán Arciniegas)* ..... XIX 125
La evolución de la poesía moderna *(Xavier Abril)* ..... XIX 131
Lo hispánico en las letras hispanoamericanas *(Guillermo de Torre)*..... XIX 149
La influencia de los Estados Unidos en nuestra literatura *(Arturo Torres Rioseco)*..... XIX 154
Las letras mexicanas durante medio siglo *(Gilberto González y Contreras)* ..... XIX 168
Del prólogo « Federico en persona » *(Jorge Guillén)*..... XX 35
La poesía hispanoamericana *(Federico de Onís)*..... XXI 11

POESIA

Formas de la agonía *(Sara de Ibáñez)*. XVI 87
Sobre el amor *(Guadalupe Amor)*.... XVII 53
Syllaba candida *(Ramón Sender)*..... XVIII 55
La gran cosmópolis *(Rubén Darío)* .. XIX 181
Trilce *(César Vallejo)*..... XIX 182
Epitalamio ancestral *(Julio Herrera Reissig)*..... XIX 183
Cinegética *(Leopoldo Lugones)*..... XIX 183
Casa con dos puertas *(Enrique González Martínez)*..... XIX 184
¡ Quién sabe ! *(José Santos Chocano)* XIX 184
Judith y Holofernes *(Guillermo Valencia)* ..... XIX 185
De « Poemas continentales » *(Andrés Eloy Blanco)*..... XIX 186
Cima *(Gabriela Mistral)*..... XIX 186
Claribel *(Franz Tamayo)* ..... XIX 187
Poética *(Manuel Bandeira)*..... XIX 188
Danza negra *(Luis Pales Matos)* ..... XIX 189
Elegía a María Belén Chacón *(Emilio Ballagas)* ..... XIX 190
Encuentro de la llave del mar *(Jorge Carrera Andrade)* ..... XIX 191
Tierra muerta de sed *(Juan Liscano)* XIX 192
Carta a Jorge Guillén *(Federico García Lorca)* ..... XX 33
Muerte del sueño *(Pedro Salinas)*..... XXI 55

NARRACIONES

El niño cautivo *(Augusto Roa Bastos)*.. XVI 81
Charlas de la siesta ; Memorias paternas *(Alfonso Reyes)* ..... XVII 15
La separación de los compañeros *(Ignazio Silone)* ..... XVII 27
La historia del frailecillo que no sabía rezar *(J. G. Atienza)* ..... XVII 46
Estampas de Cuba *(Enrique Serpa)*.. XVIII 58
El incidente de las aureolas *(Alejandro Magnet)* ..... XVIII 64
Mi primer encuentro con Dostoyevski *(Ignazio Silone)* ..... XX 5
La casa chola *(Jorge Icaza)* ..... XX 28

CULTURA Y LIBERTAD

Problemas entre ciencia y libertad moral *(Pedro Vicente Aja)* ..... XVI 55
La libertad del historiador *(Rosa Arciniega)* ..... XVI 74
Presentación *(Eduardo Santos)*..... XIX 3
América *(Alfonso Reyes)* ..... XIX 9
Encuentro con los escritores rusos *(Ignazio Silone)* ..... XXI 27

HISTORIA

Reseña histórica del indigenismo *(Eugenio Chang-Rodríguez)* ..... XVII 61
Indagación del ser histórico de la Nueva América *(Antenor Orrego)*.. XVII 70
El sueño de las siete ciudades *(Alejandro Casona)*..... XVIII 16

PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO

Los intelectuales bajo el peronismo *(Roberto F. Giusti)*..... XVI 17
Proceso y fin de una dictadura *(Juan Antonio Solari)* ..... XVI 22
La política mundial en la actualidad *(George F. Kennan)* ..... XVI 45

La China de Mao Tse Tung, I *(Robert Guillain)* ... XVIII 23
El informe Kruschef : catilinaria y apología de Stalin *(Luis Araquistáin)* ... XX 41
El franquismo y sus eventuales herederos *(F. Bondy)* ... XX 55
La China de Mao Tse Tung II *(Robert Guillain)* ... XX 61
Evoluciones y revoluciones en los países satélites *(K. A. Jelenski)* ... XXI 69

RETRATOS

La poetisa uruguaya Sara de Ibáñez *(F. Ferrándiz Alborz)* ... XVI 85
Guadalupe Amor o la inquieta presencia *(Loló de la Torriente)* ... XVII 49
Los 70 años de Manuel Bandeira *(Stefan Baciu)* ... XVII 91
Arthur Honegger *(Y. Guilbert)* ... XVII 95
Don José Ortega y Gasset *(Ignacio Iglesias)* ... XVIII 32
Gabriela Mistral, Premio Nóbel de Literatura 1945 *(Luis Alberto Sánchez)* ... XIX 95
Bernardo A. Houssay, Premio Nóbel de Medicina 1947 *(José Babini)* ... XIX 97
Conversación con Faulkner *(Jean Stein)* ... XX 7
Federico García Lorca *(Ignacio Iglesias)* ... XX 32
Los 70 años de Salvador de Madariaga *(Julián Gorkin)* ... XXI 32

CRONICAS

Cosas y gentes *(Salvador de Madariaga)* ... XVI 13
Carnet *(Germán Arciniegas)* ... XVI 52
Diecisiete « niet » en Ginebra *(François Bondy)* ... XVI 88
Algunas precisiones sobre España *(Fernando Valera)* ... XVI 90
El diálogo de Milán *(Luis Araquistáin)*. XVI 95
El escritor español entre dos fuegos *(J. E. Ridaura)* ... XVI 100
El verdadero drama argelino *(Herbert Luthy)* ... XVI 103
Viaje por Israel *(Víctor Alba)* ... XVI 107
Ese Premio Nóbel de Literatura *(Ignacio Iglesias)* ... XVI 113
Carnet *(Germán Arciniegas)* ... XVII 30
Cosas y gentes *(Salvador de Madariaga)* ... XVII 42
Los comisarios en el país de los yoguis *(François Bondy)* ... XVII 98
La influencia comunista en el Próximo y Medio Oriente *(Carlos de Baráibar)* XVII 102
La unidad sindical en los Estados Unidos *(Michel Collinet)* ... XVII 105
China en la fase stalinista *(Walter Laqueur)* ... XVII 108
Cosas y gentes *(Salvador de Madariaga)* ... XVIII 19
Carnet *(Germán Arciniegas)* ... XVIII 46
El Partido Laborista en busca de una esperanza *(Rita Hinden)* ... XVIII 100
La condena de Stalin no significa la la liquidación del stalinismo *(Walter Laqueur)* ... XVIII 104
La literatura en el XX Congreso ruso *(I. Lazarevitch)* ... XVIII 109
Cosas y gentes *(Salvador de Madariaga)* ... XX 22
Notas y comentarios *(Germán Arciniegas)* ... XX 25
El « Testamento » de Lenin *(Boris Souvarine)* ... XX 51
Un pionero meritorio *(Dwight Macdonald)* ... XX 52
Dos momentos críticos en la Argentina *(Carlos P. Carranza)* ... XX 87
La vida del artista en París *(Henri Perruchot)* ... XX 93
Aspectos del Japón actual *(Herbert Passin)* ... XX 100
La disputa en torno a las aguas del Nilo *(Georg Gerster)* ... XX 105
José Macedonio Urquidi, gran valor intelectual boliviano *(Luis Terán Gómez)* ... XX 109
El jazz, Chipre y el café-bar *(Wayland Young)* ... XXI 78
Pietro Nenni quiere gobernar *(Paul Parisot)* ... XXI 82
La incógnita del elector norteamericano *(Seymour Lipset)* ... XXI 85
¿ Vuelve Perú a la democracia ? *(Manuel Suárez Miraval)* ... XXI 91
La XXVII Bienal de Venecia *(Alain Jouffroy)* ... XXI 103
Nuevas orientaciones en el arte soviético *(Manya Harari)* ... XXI 108

ARTES PLASTICAS

Exposición de arquitectura mexicana en París *(Jean Bouret)* ... XVII 111
El arte de Juan Soriano *(María Zambrano)* ... XVIII 112
Artes plásticas en Centro y Sudamérica *(F. Cossío del Pomar)* ... XIX 193
Cuadro general del arte americano *(Romualdo Brughetti)* ... XIX 198
Evolución de la arquitectura durante el siglo XX *(Angel Guido)* ... XIX 225
La pintura de Rodríguez Lozano *(Nefero)* ... XX 112
La pintura moderna en París *(Marina Grey)* ... XXI 95

LECTURAS

Una nueva novela de Salvador de Madariaga *(Carlos P. Carranza)* ... XVI 115
Presentación de poetas salvadoreños *(Stefan Baciu)* ... XVI 116
Caudillismo y democracia en América Latina *(César Alvajar)* ... XVI 117
« A Tikipan coule le Río Chongo », de R. Delgado *(J. C.)* ... XVI 118

« Sola », novela de María José de Chopitea *(César Alvajar)* ..... XVI 118
Falsa visión de México por parte de ciertos poetas *(Jesûs Flores Aguirre)* XVI 119
« La crisis moral colombiana », de Jaime Posada y Gonzalo Canal *(Carlos de Juan)* ..... XVI 120
« Los tratos de la noche », de Mariano Picón-Salas *(Luis López Alvarez)*.... XVI 121
« Empezando la vida », de Carmen Conde *(Luis López Alvarez)*..... XVI 122
Treinta poemas de la lírica gallega *(César Alvajar)*..... XVI 122
De los poetas a la poesía *(Luis López Alvarez)* ..... XVI 123
« Educación y vida », de Juan Mantovani *(Ignacio Iglesias)* ..... XVI 123
« La libertad responsable en las Américas » *(Ignacio Iglesias)*..... XVI 124
« La hermana Eloísa », de Jorge Luis Borges y Luisa Mercedes Levinson *(Ignacio Iglesias)*..... XVI 124
Dos expresiones de la joven poesía española *(E. O.)*..... XVI 124
Veinticinco años de planes quinquenales en la U. R. S. S. *(Ignacio Iglesias)* ..... XVII 114
« Porfiando hacia el buen camino », de Federico Pinedo *(Carlos P. Carranza)* XVII 116
« A Century of Conflicts », de Stefan T. Possony *(José Rovira Armengol)*.... XVII 117
Las presiones del Poder sobre la Prensa *(Ignacio Iglesias)* ..... XVII 117
« El hombre y lo divino », de María Zambrano *(Luis Abad Carretero)*.... XVII 118
« Un hombre perdido en el Universo », de Miguel Angel Cevallos *(Luis Abad Carretero)* ..... XVII 119
« La mujer nueva », de Carmen Laforet *(Andrés Dale)*..... XVII 121
« El Rey y la Reina », de Ramón Sender *(Luis López Alvarez)*..... XVII 122
Renace la novela en Perú *(S.)*..... XVII 123
Juan Bosch, autor intenso *(S.)*..... XVII 123
« Odiseo », de Agustí Bartra *(Victor Alba)* ..... XVII 124
« Los días enmascarados », de Carlos Fuentes *(Victor Alba)*..... XVII 124
De los poetas a la poesía *(Luis López Alvarez)* ..... XVII 125
« L'Arbre de Guernica », novela de Shevawn Lynam *(Julián Gorkin)* .... XVIII 115
Sobre algunos libros brasileños *(Stefan Baciu)*..... XVIII 117
La poesía de Blas Otero *(Andrés Dale)* XVIII 118
De los poetas a la poesía *(Luis López Alvarez)*..... XVIII 120
« Por qué callaron las campanas », de V. Botella Pastor *(Luis López Alvarez)* XVIII 120
« Freud a distancia », del Dr. Oswaldo Robles *(Luis Abad Carretero)*..... XVIII 121
« Reforma universitaria », de Gabriel del Mazo *(Carlos de Juan)*..... XVIII 122
« Pena de muerte », de Enrique Lafourcade *(Carlos de Juan)*..... XVIII 123
« Casas muertas », de Miguel Otero Silva *(Ignacio Iglesias)*..... XVIII 123
« La Civilización de España », de John Brande Trend *(Ignacio Iglesias)*.... XVIII 124
« La vida que nos dan », de José Blanco Amor *(César Alvajar)*..... XVIII 125
« Amerigo y el Nuevo Mundo », nueva obra de Germán Arciniegas *(Ignacio Iglesias)* ..... XIX 239
Geopolítica del hambre *(Carlos P. Carranza)* ..... XIX 241
« La revolución guatemalteca », de Luis Cardoza y Aragón *(R. G. T.)*..... XIX 243
« La vida rural uruguaya », de Daniel D. Vidart *(F. Ferrándiz Alborz)*..... XIX 244
« La escritura indígena andina », de Dick Edgar Ibarra Grassi *(S.)*..... XIX 244
« Libro del Mar », de Carlos Sabat Ercasty *(Matilde Ladrón de Guevara)*. XIX 245
La poesía en el Brasil *(Stefan Baciu)*. XIX 246
« Las artes plásticas en Cuba », de Loló de la Torriente *(Carlos de Juan)*.. XIX 247
« Antología del Río de la Plata », de Roy Bartholomew *(S.)*..... XIX 248
« Ensayos », de Roberto F. Giusti *(Carlos de Juan)* ..... XIX 249
« Tratado de literatura general », de Luis Alberto Sánchez *(Ignacio Iglesias)* ..... XIX 250
« Interpretación de la Historia de Sudamérica », de Arturo Vilela *(Ignacio Iglesias)* ..... XIX 250
« Miguel Hernández », estudio biográfico de Concha Zardoya *(Luis López Alvarez)*..... XX 115
Un panorama continental *(Guillermo de Torre)* ..... XX 117
José Castillo Torre : « Por la señal de Hunab Ku » *(Luis Abad Carretero)*.. XX 118
Ferdinand Alquié : « Filosofía del surrealismo » *(Luis Abad Carretero)*.. XX 119
Silvina Bullrich : « Teléfono ocupado » *(Luisa Mercedes Levinson)* ..... XX 120
Gonzalo Bulnes : « Guerra del Pacífico» *(J.)* ..... XX 121
Raúl Silva Castro : « Panorama de la literatura chilena » *(J.)* ..... XX 122
Pablo Antonio Cuadra, poeta nicaragüense *(Stefan Baciu)* ..... XX 122
El chileno « Alone », un crítico que no está solo *(Guillermo de Torre)*..... XX 123
Manuel Halcón : « Los Dueñas » *(César Alvajar)* ..... XX 124
Nilita Vientós Gastón : « Introducción a Henry James » *(Ignacio Iglesias)*.. XX 124
Juan Goyanarte: «Fin de semana» *(Luisa Mercedes Levinson)* ..... XX 125
Rafael Sánchez Ferlosio : « El Jarama » *(Ignacio Iglesias)* ..... XX 125
Camilo José Cela : « Indios, moros y cristianos » *(Ignacio Iglesias)*..... XX 126
« La era de Trujillo », de Jesús de Galíndez *(Luis Alberto Sánchez)*..... XXI 113
Rosa Arciniega : « Sarmiento de Gamboa » *(Antonio Salgado)* ..... XXI 116
Nuevos libros brasileños *(Stefan Baciu)* XXI 117
Eugenio Florit : « Asonante final y otros poemas » *(Manuel Pedro González)* XXI 118

De los poetas a la poesía *(Luis López Alvarez)* ... XXI 119
Julio César Jobet : « Precursores del pensamiento social de chile » *(Z.)* .. XXI 120
Hugo Montes y J. Orlandi : « La literatura chilena » *(Z.)* ... XXI 120
Marín Civera : « Encuesta sobre el hombre » *(César Alvajar)* ... XXI 121
Domingo Quiroga : « Padre Maestro » *(César Alvajar)* ... XXI 122
Luis M. Güinasso : « El río se anima de noche » *(César Alvajar)* ... XXI 123
F. Díez de Medina : « La enmascarada » *(Ignacio Iglesias)* ... XXI 123
Juan Goytisolo : « Duelo en el Paraíso » *(Ignacio Iglesias)* ... XXI 123
E. Rodríguez Fabregat : « Pasión y crónica del Amazonas » *(Ignacio Iglesias)* ... XXI 124

ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

ABAD CARRETERO Luis : *« El hombre y lo divino », de María Zambrano* ... XVII 118
« Un hombre perdido en el Universo », de Miguel Angel Cevallos ... XVII 119
El alma de México a través de sus pirámides ... XVIII 49
« Freud a distancia », del Dr. Oswaldo Robles ... XVIII 121
José Castillo Torre : « Por la señal de Hunab Ku » ... XX 118
Ferdinand Alquié : « Filosofía del surrealismo » ... XX 119
ABRIL Xavier : *La evolución de la poesía moderna* ... XIX 131
AJA Pedro Vicente : *Problemas entre ciencia y libertad moral* ... XVI 55
La tiranía del determinismo científico ... XX 82
ALBA Víctor : *Viaje por Israel* ... XVI 107
« Odiseo », de Agustí Bartra ... XVII 124
« Los días enmascarados », de Carlos Fuentes ... XVII 124
ALVAJAR César : *Caudillismo y democracia en América Latina* ... XVI 117
« Sola », novela de María José de Chopitea ... XVI 118
Treinta poemas de la lírica gallega . XVI 122
« La vida que nos dan », de José Blanco Amor ... XVIII 125
Manuel Halcón : « Los Dueñas » .. XX 124
Marín Civera : « Encuesta sobre el hombre » ... XXI 121
Domingo Quiroga : « Padre Maestro » ... XXI 122
Luis M. Güinasso : « El río se anima de noche » ... XXI 123
AMOR Guadalupe : *Sobre el amor* ... XVII 53
ARAQUISTAIN Luis : *El diálogo de Milán* ... XVI 95
Tributo de un bibliófilo a Antonio Palau y Dulcet ... XVIII 80
El informe Kruschef : catilinaria y apología de Stalin ... XX 41
ARCINIEGA Rosa : *La libertad del historiador* ... XVI 74
ARCINIEGAS Germán : *Carnet* ... XVI 52
— ... XVII 30
— ... XVIII 46
El ensayo en nuestra América ... XIX 125
Notas y comentarios ... XX 25
ATIENZA J. G. : *La historia del frailecillo que no sabía rezar* ... XVII 46
BABINI José : *Bernardo A. Houssay, Premio Nóbel de Medicina 1947* .. XIX 97
BACIU Stefan : *Presentación de poetas salvadoreños* ... XVI 116
Los 70 años de Manuel Bandeira ... XVII 91
Sobre algunos libros brasileños ... XVIII 117
La poesía en el Brasil ... XIX 246
Pablo Antonio Cuadra, poeta nicaragüense ... XX 122
Nuevos libros brasileños ... XXI 117
BALLAGAS Emilio : *Elegía a María Belén Chacón* ... XIX 190
BANDEIRA Manuel : *Poética* ... XIX 188
BARAIBAR Carlos de : *La influencia comunista en el Próximo y Medio Oriente* ... XVII 102
BLANCO Andrés Eloy : *De « Poemas continentales »* ... XIX 186
BONDY François : *Diecisiete « niet » en Ginebra* ... XVI 88
Los comisarios en el país de los yoguis ... XVII 98
El franquismo y sus eventuales herederos ... XX 55
BOURET Jean : *Exposición de arquitectura mexicana en París* ... XVII 111
BRUGHETTI Romualdo : *Cuadro general del arte americano* ... XIX 198
CARRANZA Carlos P. : *Una nueva novela de Salvador de Madariaga* ... XVI 115
« Porfiando hacia el buen camino » de Federico Pinedo ... XVII 116

Geopolítica del hambre ..... XIX 241
Dos momentos críticos en la Argentina ..... XX 87
CARRERA ANDRADE Jorge : *Juan Montalvo, defensor de los derechos humanos* ..... XVII 76
Encuentro de la llave del mar .... XIX 191
CARRION Benjamín : *La novela regional* ..... XIX 111
CASALDUERO Joaquín : *Sobre la nacionalidad del escritor* ..... XXI 20
CASONA Alejandro : *Don Juan y el Diablo (Las dos negaciones del Amor)* ..... XVI 68
El sueño de las siete ciudades .... XVIII 16
CASTRO Américo : *Emigrados*..... XVII 5
COLLINET Michel : *La unidad sindical en los Estados Unidos* ..... XVII 105
COSA Juan de la : *El emparedamiento mental de España* ..... XVIII 96
COSS Julio Antonio : *Síntesis del estado actual de nuestra música* ..... XIX 217
COSSIO DEL POMARF. : *Artes plásticas en Centro y Sudamérica*..... XIX 193
CHANG RODRIGUEZ Eugenio : *Reseña histórica del indigenismo*..... XVII 61
DALE Andrés : *« La mujer nueva », de Carmen Laforet* ..... XVII 121
La poesía de Blas Otero ..... XVIII 118
DARIO Rubén : *La gran cosmópolis*... XIX 181
DIEZ DE MEDINA Fernando : *Toynbee y los kollas o aimaras de la meseta boliviana* ..... XVIII 11
ECHANOVE Carlos A. : *El problema dinámico del mestizaje mexicano*. XX 79
E. O. : *Dos expresiones de la joven poesía española* ..... XVI 124
FERRANDIZ ALBORZ F. : *La poetisa uruguaya Sara de Ibáñez*..... XVI 85
« La vida rural uruguaya », de Daniel D. Vidart ..... XIX 244
FERRATER MORA José : *Ortega y la idea de la vida humana*..... XVIII 33
FERRER CANALES José : *Palabras a José Martí* ..... XIX 175
FLORES AGUIRRE Jesús : *Falsa visión de México por parte de ciertos poetas* ..... XVI 119
FREYRE Gilberto : *Selva y cultura*..... XIX 37
GARCIA LORCA Federico : *Carta a Jorge Guillén* ..... XX 33
GERSTER Georg : *La disputa en torno a las aguas del Nilo* ..... XX 105
GIL Pascual : *García Lorca en la poesía y en el teatro españoles* ..... XX 36
GIUSTI Roberto F. : *Los intelectuales bajo el peronismo*..... XVI 17
Influencia occidental y obra de creación latinoamericana ..... XIX 30
GOÑZALEZ Manuel Pedro : *Eugenio Florit : « Asonante final y otros poemas »* ..... XXI 118
GONZALEZ Y CONTRERAS Gilberto : *La letras mexicanas durante medio siglo* ..... XIX 168
GONZALEZ MARTINEZ Enrique : *Casa con dos puertas* ..... XIX 184
GORKIN Julián : *« L'Arbre de Guernica », novela de Shevawn Lynam*. XVIII 118
Los 70 años de Salvador de Madariaga. XXI 32
GOSSET Pierre y Renée : *Koweit, el Canaán asiático* ..... XXI 61
GREY Marina : *La pintura moderna en París* ..... XXI 95
GUIDO Angel : *Evolución de la arquitectura durante el siglo XX* ..... XIX 225
GUILBERT Y. : *Arthur Honegger* .... XVII 95
GUILLAIN Robert : *La China de Mao Tse Tung, I*..... XVIII 23
La China de Mao Tse Tung, II..... XX 61
GUILLEN Jorge : *Del prólogo « Federico en persona »* ..... XX 35
HALLE Louis J. : *Democracia y libertad* ..... XX 69
HARARI Manya : *Nuevas orientaciones en el arte soviético* ..... XXI 108
HERRERA REISSIG Julio : *Epitalamio ancestral* ..... XIX 183
HINDEN Rita : *El Partido Laborista en busca de una esperanza* ..... XVIII 100
HUXLEY Aldous : *Libertad, calidad y maquinismo* ..... XVIII 5
IBAÑEZ Sara de : *Formas de la agonía* XVI 87
ICAZA Jorge : *La casa chola* ..... XX 28
IGLESIAS Ignacio : *Ese Premio Nóbel de Literatura*..... XVI 113
« Educación y vida », de Juan Mantovani ..... XVI 123
« La libertad responsable en las Américas » ..... XVI 124
« La hermana Eloísa », de Jorge Luis Borges y Luisa Mercedes Levinson..... XVI 124
Veinticinco años de planes quinquenales en la U. R. S. S...... XVII 114
Las presiones del Poder sobre la Prensa..... XVII 117
Don José Ortega y Gasset ..... XVIII 32
« Casas muertas », de Miguel Otero Silva ..... XVIII 123
« La civilización de España », de John Brande Trend ..... XVIII 124
« Amerigo y el Nuevo Mundo », nueva obra de Germán Arciniegas XIX 239
« Tratado de literatura general », de Luis Alberto Sánchez ..... XIX 250
« Interpretación de la Historia de Sudamérica », de Arturo Vilela .. XIX 250
Federico García Lorca ..... XX 32
Nilita Vientós Gastón : « Introducción a Henry James » ..... XX 124
Rafael Sánchez Ferlosio : « El Jarama » ..... XX 125
Camilo José Cela : « Indios, moros y cristianos » ..... XX 126
F. Díez de Medina : « La enmascarada » ..... XXI 123
Juan Goytisolo : « Duelo en el Paraíso » ..... XXI 123
E. Rodríguez Fabregat : « Pasión y crónica del Amazonas » ..... XXI 124
Gonzalo Bulnes : « Guerra del Pacífico » ..... XX 121

Raúl Silva Castro : « Panorama de la literatura chilena » ..... XX 122
J. C. : « A Tikipan coule le Rio Chongo » de R. Delgado ..... XVI 118
JELENSKI K. A. : Evoluciones y revoluciones en los países satélites .... XXI 69
JOBET Julio César : Mariano Latorre, alto escritor chileno ..... XIX 178
JOUFFROY Alain : La XXVII Bienal de Venecia ..... XXI 103
JUAN Carlos de : «La crisis moral colombiana », de Jaime Posada y Gonzalo Canal ..... XVI 120
« Reforma universitaria », de Gabriel del Mazo ..... XVIII 122
« Pena de muerte », de Enrique Lafourcade ..... XVIII 123
« Las artes plásticas en Cuba » de Loló de la Torriente ..... XIX 247
« Ensayos », de Roberto F. Giusti . XIX 249
KENNAN George F. : La política mundial en la actualidad ..... XVI 45
KOESTLER Arthur : Ensayo sobre el esnobismo ..... XVI 31
LABARCA Amanda : La educación en la América Latina ..... XIX 74
LADRON DE GUEVARA Matilde : « Libro del Mar », de Carlos Sabat Ercasty ..... XIX 245
LAQUEUR Walter : China en la fase stalinista ..... XVII 108
La condena de Stalin no significa la liquidación del stalinismo ..... XVIII 104
LAZAREVITCH I. : La literatura en el XX Congreso ruso ..... XVIII 109
LEVINSON Luisa Mercedes : Silvina Bullrich : « Teléfono ocupado » .. XX 120
Juan Goyanarte : « Fin de semana » .. XX 125
LIPSET Seymour : La incógnita del elector norteamericano ..... XXI 85
LISCANO Juan : Tierra muerte de sed XIX 192
LOPEZ ALVAREZ Luis : « Los tratos de la noche », de Mariano Picón Salas. XVI 121
« Empezando la vida », de Carmen Conde ..... XVI 122
De los poetas a la poesía ..... XVI 123
« El Rey y la Reina », de Ramón Sender ..... XVII 122
De los poetas a la poesía ..... XVII 125
De los poetas a la poesía ..... XVIII 120
« Por qué callaron las campanas », de V. Botella Pastor ..... XVIII 120
« Miguel Hernández », estudio biográfico de Concha Zardoya ..... XX 115
De los poetas a la poesía ..... XXI 119
LUGONES Leopoldo : Cinegética ..... XIX 183
LUTHY Herbert : El verdadero drama argelino ..... XVI 103
LLOPIS Rodolfo : Francisco Giner de los Ríos y la reforma del hombre. XVI 60
MACDONALD Dwight : Un pionero meritorio ..... XX 52
MADARIAGA Salvador de : Cosas y gentes ..... XVI 13
Cosas y gentes ..... XVII 42
Cosas y gentes ..... XVIII 19
Cosas y gentes ..... XX 22
El escritor trilingüe ..... XXI 45
MAGNET Alejandro : El incidente de las aureolas ..... XVIII 64
MARIAS Julián : La metafísica de Ortega ..... XVIII 40
MARICHAL Juan : El liberalismo conservador ..... XX 74
Pedro Salinas y los valores humanos de la literatura hispánica ..... XXI 48
MARTINEZ DURAN Carlos : La medicina ..... XIX 23
MAURIAC Claude : Albert Camus .... XX 15
MAZO Gabriel del : La reforma universitaria ..... XIX 51
MILOSZ Czeslaw : Mickiewicz y las paradojas de la historia ..... XVII 88
MISTRAL Gabriela : Imagen y palabra en la educación ..... XIX 67
Cima ..... XIX 186
NEFERO : La pintura de Rodríguez Lozano ..... XX 112
ONIS Federico de : La poesía hispanoamericana ..... XXI 11
ORREGO Antenor : Indagación del ser histórico de la Nueva América ... XVII 70
Surgimiento del nacionalismo continental ..... XIX 82
PALES MATOS Luis : Danza negra .... XIX 189
PARISOT Paul : Pietro Nenni quiere gobernar ..... XXI 82
PASSIN Herbert : Aspectos del Japón actual ..... XX 100
PAZ Octavio : Lenguaje y poema ... XVII 33
PEREDA VALDES Ildefonso : El negro en la literatura iberoamericana ... XIX 104
PERRUCHOT Henri : La vida del artista en París ..... XX 93
PICON SALAS Mariano : Menéndez y Pelayo leído otra vez ..... XXI 57
PINEDA Salvador : América, novela de antología ..... XVI 71
América, geografía política ..... XIX 91
RELGIS Eugen : La segunda « revisión » de Rodó ..... XIX 163
REYES Alfonso : Charlas de la siesta (Memorias paternas) ..... XVII 15
América ..... XIX 9
Desde el mirador de Weimar .... XXI 3
R. G. T. : « La revolución guatemalteca» de Luis Cardoza y Aragón ..... XIX 243
RIDAURA J. E. : El escritor español entre dos fuegos ..... XVI 100
RIO Angel del : Fernando de los Ríos .. XVIII 69
ROA BASTOS Augusto : El niño cautivo XVI 81
ROMERO Francisco : Las corrientes filosóficas en el siglo XX ..... XIX 11
RONZE Raymond : La Historia en América Latina ..... XIX 18
ROVIRA ARMENGOL José : « A Century of Conflicts », de Stefan T. Possony XVII 117
S. : Renace la novela en Perú ..... XVII 123
Juan Bosch, autor intenso ..... XVII 123
« La escritura indígena andina », de Dick Edgar Ibarra Grassi ..... XIX 244
« Antología del Río de la Plata », de Roy Bartholomew ..... XIX 248

SALGADO Antonio : *Rosa Arciniega : « Sarmiento de Gamboa »* ..... XXI 116
SALINAS Pedro : *Muerte del sueño* . XXI 55
SANCHEZ Luis Alberto : *El mito de la « hispanidad » en América* ..... XVII 55
La Universidad..... XIX 43
Gabriela Mistral, Premio Nóbel de Literatura 1945 ..... XIX 95
Madariaga y América Latina..... XX 76
« La era de Trujillo », de Jesús de Galíndez..... XXI 113
SANTA CRUZ Domingo : *Realidad musical de América Latina* ..... XIX 211
SANTOS Eduardo : *Presentación*..... XIX 3
SANTOS CHOCANO José : *¡ Quién sabe !* ..... XIX 184
SENDER Ramón : *Syllaba candida* ... XVIII 55
Salvador de Madariaga hallado en los debates del mundo ..... XXI 33
SERPA Enrique : *Estampas de Cuba* . XVIII 58
SILONE Ignazio : *La separación de los compañeros*..... XVII 27
Mi primer encuentro con Dostoyevski ..... XX 5
Encuentro con los escritores rusos XXI 27
SOLARI Juan Antonio : *Proceso y fin de una dictadura* ..... XVI 22
SOUVARINE Boris : *El « Testamento » de Lenin* ..... XX 51
STEIN Jean : *Conversación con Faulkner*..... XX 7
SUAREZ MIRAVAL Manuel : *Santos Chocano, poeta de trunco pedestal* .. XVIII 85
¿ Vuelve Perú a la democracia ? .. XXI 91
TAMAYO Franz : *Claribel*..... XIX 187
TERAN GOMEZ Luis : *José Macedonio Urquidi, gran valor intelectual boliviano* ..... XX 109
TORRE Guillermo de : *Proyecciones actuales de Valera* ..... XVII 8
Lo hispánico en las letras hispanoamericanas ..... XIX 14
Un panorama continental ..... XX 11
El chileno « Alone », un crítico que no está solo ..... XX 12
TORRES RIOSECO Arturo : *La influencia de los Estados Unidos en nuestra literatura* ..... XIX 15
TORRES VARELA Hilda : *¿ Existe un teatro sudamericano ?* ..... XIX 20
TORRIENTE Loló de la : *Guadalupe Amor o la inquieta presencia* ... XVII 49
VALCARCEL Luis E. : *El indio en nuestra literatura*..... XIX 99
VALENCIA Guillermo : *Judith y Holofernes*..... XIX 185
VALERA Fernando : *Algunas precisiones sobre España* ..... XVI 90
Análisis espectral de la España silenciosa ..... XVIII 91
VALLEJO César : *Trilce* ..... XIX 182
VERISSIMO Erico : *Cómo nace y muere un personaje* ..... XXI 7
WORSTHORNE Peregrine : *¿ Democracia contra Libertad ?*..... XVII 18
YOUNG Wayland : *El jazz, Chipre y el café-bar* ..... XXI 78
Z. : *Julio César Jobet : « Precursores del pensamiento social de Chile »*. XXI 120
Hugo Montes y J. Orlandi : « La literatura chilena » ..... XXI 120
ZAMBRANO María : *José Ortega y Gasset*..... XVI 7
El arte de Juan Soriano ..... XVIII 112

Enero-Febrero 1956

REVISTA BIMESTRAL

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

B.D.L.C

16

José Ortega y Gasset — **MARIA ZAMBRANO**
Ensayo sobre el esnobismo — **ARTHUR KOESTLER**
La política mundial en la actualidad — **GEORGE F. KENNAN**
América, novela de antología — **SALVADOR PINEDA**
El niño cautivo (Cuento) — **AUGUSTO ROA**
Don Juan y el Diablo — **ALEJANDRO CASONA**
El diálogo de Milán — **LUIS ARAQUISTAIN**
Formas de la agonía (Poemas) — **SARA DE IBAÑEZ**

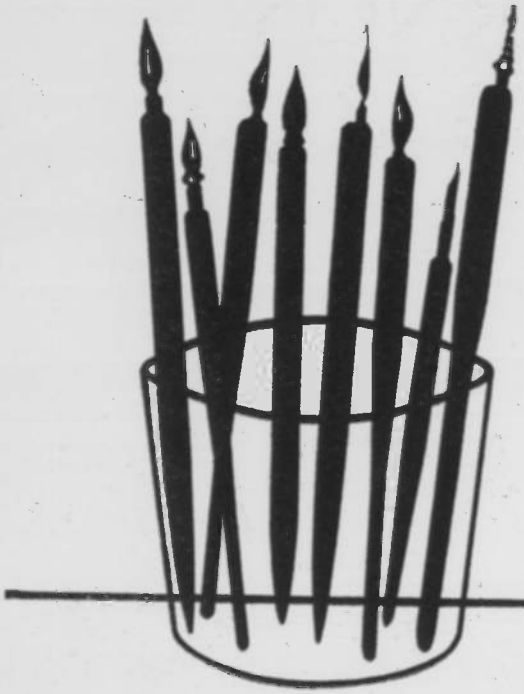
La actualidad argentina :

Los intelectuales bajo el peronismo — **ROBERTO F. GIUSTI**
Proceso y fin de una dictadura — **JUAN ANTONIO SOLARI**

Otros textos de :

SALVADOR DE MADARIAGA, GERMAN ARCINIEGAS, RODOLFO LLOPIS, PEDRO VICENTE AJA, ROSA ARCINIEGA, FERNANDO VALERA, HERBERT LUTHY, VICTOR ALBA, ETC.

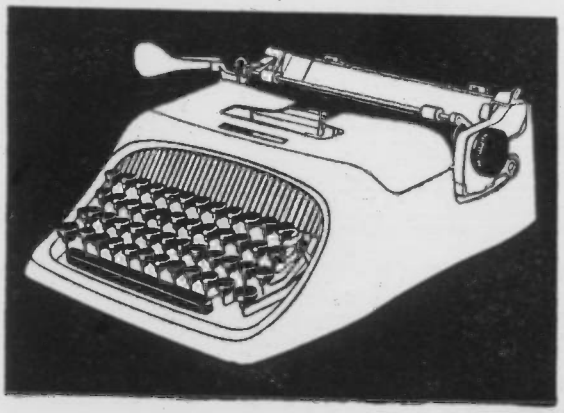
L°P 5926



La màquina de escribir para el professional.

El científico, el publicista, el arquitecto, el médico, el técnico, el hombre de negocios encuentran en esta máquina las caulidades de la portátil - elegancia, fácil manejo, ligereza - y al mismo tiempo las ventajas de la máquina de oficina - elasticidad de pulsación, solidez, carro sobre cojinetes a bolas, regulador de pulsación.

Studio 44



olivetti

la industria más grande de Europa
de máquinas para oficina

ING. C. OLIVETTI & C. S.p.A. IVREA (Italia)

CUADERNOS

NUMERO 16 REVISTA BIMESTRAL ENERO-FEBRERO 1956

SUMARIO

Notas editoriales	« CUADERNOS »	3
José Ortega y Gasset	MARIA ZAMBRANO	7
Cosas y gentes	SALVADOR DE MADARIAGA.	13

La actualidad argentina

Los intelectuales bajo el peronismo	ROBERTO F. GIUSTI	17
Proceso y fin de una dictadura	JUAN ANTONIO SOLARI	22

Estudios y relatos

Ensayo sobre el esnobismo	ARTHUR KOESTLER	31
La política mundial en la actualidad	GEORGE F. KENNAN	45
Carnet	GERMAN ARCINIEGAS	52
Problemas entre ciencia y libertad moral	PEDRO VICENTE AJA	55
Giner de los Ríos y la reforma del hombre	RODOLFO LLOPIS	60
Don Juan y el Diablo	ALEJANDRO CASONA	68
América, novela de antología	SALVADOR PINEDA	71
La libertad del historiador	ROSA ARCINIEGA	74
El niño cautivo (Cuento)	AUGUSTO ROA	81
La poetisa uruguaya Sara de Ibáñez	F. FERRANDIZ ALBORZ	85
Formas de la agonía (Poemas)	SARA DE IBAÑEZ	87

Crónicas

Diecisiete « niet » en Ginebra	F. B.	88
Algunas precisiones sobre España	FERNANDO VALERA	90
El diálogo de Milán	LUIS ARAQUISTAIN	95

pedicándose, durante los últimos años, a establecer las diferencias existentes entre los comunistas rusos y los comunistas chinos. Un tanto amortiguada hoy, no ha desaparecido la esperanza de que el dictador de Pekín sea o pueda ser un Tito en potencia. Incluso algunos escritores nada sospechosos de influencia comunista ponen de relieve el hecho de que Mao, no obstante las presiones de Moscú, se negó siempre a aplicar en China las purgas terroristas que han caracterizado el stalinismo en la URSS. De esta manera, se intentaba o se pretendía establecer a priori una cierta diferencia entre ambos regímenes.

Se viene observando, por otra parte, que los partidos comunistas y sedicentemente progresistas de los países coloniales y semicoloniales basan sus propagandas preferentemente en el ejemplo chino más que en el ruso. Los intelectuales comunistas chinos visitan con frecuencia esos países y son numerosos los turistas de la intelectualidad, de la política y del sindicalismo de los mismos países que encaminan sus pasos hacia China con preferencia a la URSS. Es evidente que el totalitarismo chino no ha tenido tiempo de desacreditarse ante el mundo en la misma medida que el ruso. Y entre los pueblos que ansían sobre todo su independencia nacional y su desarrollo económico, prende más fácilmente el espejismo de la revolución nacional transformada en social bajo la dirección del partido comunista chino.

¿ Es menos terrorista el comunismo chino que el ruso ? Lo será menos en el tiempo, pero no en su esencia. Los totalitarismos, de cualquier naturaleza que sean, no pueden fundamentarse y ejercerse sin el terrorismo permanente. No hay otra manera de suprimir la libertad de los pueblos y de secuestrar su conciencia. Hace unos años, la radio de Pekín anunció, como la cosa más natural del mundo, que el entusiasmo de los niños chinos por el nuevo régimen era tal que no vacilaban en denunciar a sus propios padres como enemigos más o menos encubiertos. Varios millones de adultos chinos habían podido ser así desenmascarados y suprimidos.

Se realiza ahora una depuración en regla en los medios intelectuales chinos. En la primera fase del comunismo chino, trató éste de atraerse a los intelectuales; la segunda fase exige su sometimiento total y la liquidación de los resistentes o los desviacionistas. Es esto ya moneda corriente en los regímenes totalitarios. El prestigioso profesor Yu Pin-po redactó en 1952 *un complemento al estudio crítico de una antigua novela china que había escrito por vez primera en* 1923. *El autor del ensayo crítico recibió entonces los plácemes de los jerarcas en literatura del régimen. Algún tiempo después se iniciaron virulentos ataques contra su « interpretación idealista » de la famosa novela. Se le opuso después esta concepción del Stalin chino : « Mao Tse Tung nos ha dicho que la crítica literaria se basa en dos criterios : uno político y otro artístico. Sea cual fuere el género de la sociedad de clase o de la clase en la sociedad, el criterio político debe ocupar siempre el primer lugar y el artístico el segundo ».*

En 1954 *entran en liza el propio gobierno e incluso el comité central del partido comunista chino y acusan al profesor Yu de todos los errores imaginables : idealismo, subjetivismo, naturalismo, pragmatismo y media docena de ismos más. Todo ello para reprocharle, como un crimen inconcebible, la falta de odio, de cólera, de espíritu de lucha y de condenación contra todo lo que resulta adverso, histórica o contemporáneamente, al régimen comunista. El profesor Yu hubo de hacer la más humillante de las autocríticas. Y el diputado Hu Feng, que habíase atrevido a defenderlo, tuvo que responder de sus « crímenes contrarrevolucionarios » ante un tribunal de justicia. La purga terrorista continúa y nadie sabe dónde se detendrá. Mejor dicho : no se detendrá hasta haber suprimido en la totalitaria China, como antes en la URSS, todo asomo de libertad intelectual y de crítica. Tal es la dinámica propia al totalitarismo.*

La Argentina en la hora de su libertad

DESPUES de una larga noche de diez años, durante la cual la patria de Sarmiento y de Mitre sufrió el ocaso de todas sus libertades y conoció el período más ignominioso de su historia, la República Argentina ha vuelto a recobrar su verdadero aspecto de pueblo libre. Para ello fué necesario derrocar al general Perón y su nefasto régimen, que habían reemplazado la democracia por el despotismo, la libertad por la opresión, la justicia por la arbitrariedad y la verdad por la más desenfrenada demagogia.

La dictadura que acaba de liquidarse en la Argentina diferia fundamentalmente de los otros casos de despotismo militar que ha conocido y conoce aún la mayor parte de la América Latina. Fué, en efecto, el más acabado régimen totalitario en el Continente americano ; pues no en vano pasó Perón por la escuela del fascismo mussoliniano y del nazismo hitleriano, de cuyas doctrinas copió servilmente la arrogancia, la demagogia, la fatua retórica y el desprecio por toda norma de justicia y de libertad. Así, suprimió toda oposición, violó el fuero de los diputados que no le eran adictos, terminó con la libertad de expresión, expulsó a profesores y prohibió la circulación de cuantos periódicos no se sometían a su voluntad. Y encarceló caprichosamente a gentes de diferentes clases sociales. El « lumpemproletariado », ignorante y rencoroso, fué su fuerza de choque.

Mas no fué esto todo. Fiel a las doctrinas totalitarias, trató de extender su poder más allá de las fronteras argentinas, al mismo tiempo que verbalmente condenaba todo imperialismo. Casi todos los países de Sudamérica conocieron ese afán de hegemonía del peronismo, escudado — risible pretexto ideológico — en la tesis de la llamada « tercera posición », política ésta que no le impidió iniciar sus descarados contactos con Moscú, tras haber hecho lo mismo con Madrid. El peronismo, enemigo jurado de la democracia, osciló siempre entre el totalitarismo de derecha y el totalitarismo de izquierda, pues su única preocupación fué la de resistir a cualquier precio. Señalemos, no obstante, que salvo el establecimiento de ciertos focos de influencia menor, la América Latina resistió a ese empuje del peronismo, llevado a cabo con gran lujo de medios y con la ayuda persistente del stalinismo. (No estará de más recordar que la sublevación que dió al traste con Perón fué presentada por la prensa stalinista del mundo entero como un movimiento reaccionario alentado por el Departamento de Estado norteamericano.)

Una propaganda dirigida y bien atendida, ha hecho creer a no pocos que Perón había dado un vigoroso impulso a la economía del país. La caída del tirano puso al descubierto una serie de realidades que nadie puede ya desconocer. Sabido es que la locura de la industrialización y la manía de las nacionalizaciones llevaron a una inflación jamás conocida en la Argentina. El costo de la vida había aumentado un 26 % sólo en los dos años últimos, y el poder adquisitivo de los salarios era, a mediados de 1955, un 10 % del de 1949. Según datos facilitados por la Comisión Económica para la América Latina, la política económica del peronismo costó al país unos mil millones de dólares. Estas breves cifras dicen de sobra lo que era ese régimen despreciable que arrebató a los argentinos su pan y su libertad.

La instauración del peronismo en la Argentina había sido funesta para éste pueblo y para algunos otros pueblos de América, pues la democracia recibió rudos golpes en distintos países. La libertad sufrió un intenso eclipse, que por desgracia aún perdura en ciertas repúblicas latinoamericanas. La Argentina acaba de salir de los días de oscuridad, dispuesta a rehacerse pronto y bien de los quebrantos sufridos. ¡ Ojalá cunda este buen ejemplo en todas partes y vuelva América al seno de una situación duradera de democracia y de libertad !

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

POR MARIA ZAMBRANO

El tiempo y la muerte son dos grandes creadores con aquello que no pueden destruir. Se combinan como si fueran los dos elementos de la vida y de la historia. Y así, la muerte de alguien que ha mantenido una personalidad y que deja una obra, por la muerte se hace historia. Mas, antes hay un momento en que su figura, que ya no pertenece a la vida, no entra todavía en la historia Es el momento en que se actualiza ; la muerte pone de manifiesto la unidad. Es un estar presente de la vida que se fué, de la obra que aún retenemos incompleta. Porque toda obra es incompleta por esencia, al ser humana. La muerte nos completa. Se diría que la obra se mide por el volumen con que aparece ante la muerte, mientras la personalidad lo es por el vacío que deja.

La muerte de don José Ortega y Gasset deja un vacío único en todo el ámbito del idioma español. Lo deja también en todo el ámbito del pensar. Un hueco imposible de llenar por nadie, a causa de la originalidad de su figura. La vida y la convivencia en uno y otro grado, hace parecer « natural » que ciertas cosas, ciertas personas existan. He de confesar que nunca tuve este sentir respecto a Ortega. Aun en los años en que le escuchaba casi a diario, nunca dejó de sorprenderme el que existiera. No era fácil habituarse a su presencia, dejar de verle como si se le viese por primera vez. Era esto quizá una calidad de su persona antes que de su personalidad ; yo diría que de su persona al par que de su personalidad. Que con él sucedía algo poco frecuente : que el trato, la cercanía no hacía cambiar la perspectiva con que se le miraba desde lejos.

Estaba siempre don José como en el centro de un amplio espacio. Llevaba consigo un horizonte, que quiere decir visibilidad y orden. Pocas veces le escuché esta palabra. Pero, a diferencia de aquellos que tanto la usan para traer en realidad lo contrario, don José sin nombrar el orden, lo creaba siempre. Porque no perdía de vista nunca el horizonte, un horizonte tan amplio y universal donde todas las cosas y acontecimientos se situaban en el lugar adecuado, justo, en conexión con los demás. Lo cual es la condición del pensamiento filosófico. De cualquier tema que hablara hacía filosofía.

La vocación

Mas este horizonte, él lo descubría y lo hacía visible a los demás desde un lugar. Pues es condición del hombre el estar siempre en alguna parte. Su cuerpo lo está y hay también el lugar desde donde se mira, que no siempre coincide con aquel en que se está. Don José miró siempre desde España, y más concretamente todavía, desde Madrid. El mismo lo dice en *Meditaciones del Quijote* : « Preparados los ojos en el mapamundi, conviene que os volvamos al Guadarrama. Tal vez nada profundo encontremos. Pero estemos seguros de que el defecto y la esterilidad provienen de nuestra mirada.

Hay también un *logos* del Manzanares ».

Estas palabras son la explicitación de una fe ; a fe de que no existe trozo alguno de la realidad que no tenga su razón, que no esté incluído en la razón, de raíz. Así, en principio, se puede hacer filosofía a partir de cualquier realidad, desde cualquier lugar.

Sucede que este trozo de realidad y este lugar no es elegible. « Yo soy yo y mi circunstancia, y si no a salvo a ella no me salvo yo », dice en el párrafo anterior al citado y en el prólogo dirigido al lector de las *Meditaciones del Quijote*. Es ya la declaración de su modo de entender la filosofía, más radicalmente aún : el quehacer esencial de la vida. « La reabsorción de la circunstancia es el destino concreto del hombre ». Y la suya, él lo dice en ese mismo texto que forma una verdadera confesión, un documento inapreciable : « Mi salida natural hacia el universo se abre por los puertos del Guadarrama o el Campo de Ontígola. Este sector de realidad circunstante forma la otra mitad de mi persona : sólo al través de él puedo integrarme y ser yo mismo ».

Rara vez se ha manifestado una vocación en toda su integridad, en forma más transparente y por ello filosófica, aunque después no hubiese hecho filosofía. Y nos abre a la consideración de que la filosofía sea ineludible en los momentos decisivos de la vida, en los momentos en que hay que « decidirse », pues el vivir nos obliga sin más a elegir. « Somos necesariamente libres », dirá mucho más tarde, en la plenitud de su pensamiento filosófico.

Tenemos así, pues, en esto que llamamos su « a modo de confesión » : 1º, la vocación genérica de hombre (« El destino del hombre es la reabsorción de las circunstancias ») ; 2º, la declaración de *en qué* consiste este destino (« Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo ». El mismo Ortega, en el texto citado, marca el parentesco de esta acción con la de « salvar las apariencias », que según dijera Platón es la función de la filosofía) ; 3º, la afirmación de que todo lugar, toda circunstancia tiene su *logos*, su razón que es necesario extraer ; y 4º, la declaración reiterada de que su circunstancia es la española, concretándola del modo más entrañable en la Sierra de Guadarrama y en el humilde río Manzanares, cuyo *logos* se dispone a buscar.

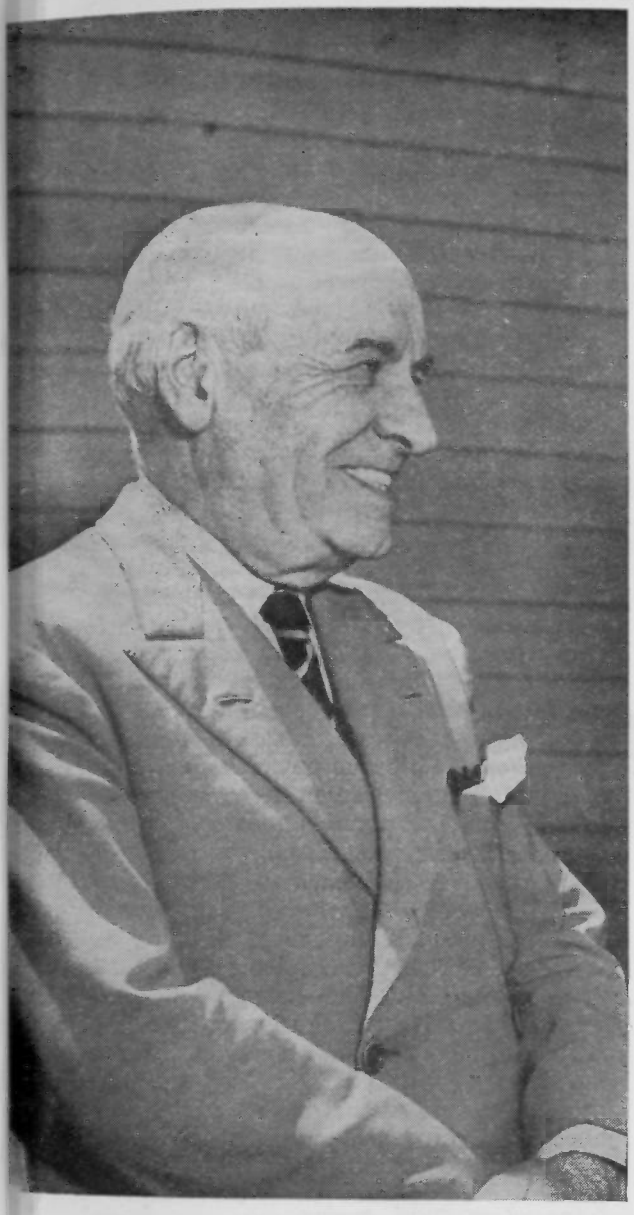
Y como no hay fe sin amor, ha comenzado por hablarnos de su actitud frente a las cosas, frente a la realidad, y cómo entiende la actividad que se dispone a ejercer : « Estos ensayos son para el autor como la cátedra, el periódico y la política : modos diversos de ejercitar una misma actividad, de dar salida a un mismo afecto. No pretendo que esta actividad sea reconocida como la más importante en el mundo ; me considero ante mí mismo justificado al advertir que es la única de que soy capaz. El afecto que a ella me mueve es el más vivo que encuentro en mi corazón. Resucitando el lindo nombre que usó Spinoza, yo le llamaría *amor intellectualis*. Se trata, pues, ector, de unos ensayos de amor intelectual ».

Aquellos cuatro puntos son suficientes, creo, para hacer inteligible la personalidad impar de Ortega en la vida española, la multiplicidad de los modos que tuvo de manifestarse. Sería posible una visión de su personalidad en forma sistemática, exigida unitariamente, obediente a una necesidad que es al mismo tiempo fe y razón, inspirada por un peculiar género de amor, o más bien por el amor en toda su verdad : el que exige de lo que se ama la plenitud de sus posibilidades, y se presta a servirlas. Podemos decir, simplemente, que Ortega tuvo y mantuvo la vocación íntegra de ser hombre o de ser hombre íntegramente.

Pero aparece además ya en estas declaraciones, extraídas de un libro publicado en 1914, su originalidad filosófica, la consideración de la vida como la realidad radical, la intuición de la vida como drama habido entre el yo y la circunstancia, de la vida como realidad radical.

La personalidad

En toda personalidad polivalente es necesario buscar el núcleo donde brota, además de la fuerza que la mueve, cosa que acabamos de apuntar con sus propias palabras. Vivir es tener que elegir aquello que se elige, impuesto por el destino en



JOSÉ ORTEGA Y GASSET
(Cortesía de *La Torre*, de Puerto Rico.)

forma de concretas circunstancias. Mas es necesario acometer la empresa provisto de una fuerza y disponiendo de una « sustancia » o hacienda de que echar mano. En don José esta fuerza primaria era la de escritor. Lo cual no implica, en modo alguno, poner en duda su vocación y su obra filosófica, pues el filósofo se ha hecho siempre de algo, cosa que se hace ostensible en la reacción de tantas gentes ante un filósofo. Hubiera sido un escritor siempre. Fortuna o predestinación, porque su filosofía necesitaba de esta condición y más aún su propia vocación. ¿ Hubiera podido desarrollarla con igual eficacia sin poseer esa sustancia de escritor, que da a cada una de sus frases la forma indeleble, la calidad plástica y musical a un tiempo que las hará perdurables ? Y con ella, la virtud de llegar a todos, de penetrar en todos los ánimos, de insinuarse al menos donde encuentra resistencia. Cierto es que resulta difícil determinar si el « amor intelectual » desató esta capacidad persuasiva, esta potencia de expresión, o si por el contrario, disponible ya de antemano, la vocación la puso a su servicio. Mas lo cierto es que los pensadores inspirados por el amor o por la caridad han alcanzado siempre la máxima potencia expresiva, la gracia eficaz para descender en no importa qué cerrado ánimo.

La personalidad es el aspecto manifiesto de la persona en brega con la circunstancia ; la de don José era España, sobre todo la España de 1904, fecha en que publicó en un periódico de gran circulación su primer artículo — « Las Ermitas de Córdoba » — recogido en *Personas, Obras, Cosas*. ¿ Qué era España en aquella fecha ?

Se comprende la imposibilidad de acometer la empresa de analizar la situación « vital » de la España en aquel momento. Pero podríamos apuntar algún rasgo esencial. Era todavía la España de quien un hombre de Estado dijera, en la hora de la pérdida de las últimas colonias, que « no tenía pulso ». Frase ambigua por tanto y que por ello mismo hemos elegido, pues muestra la ambigüedad de la situación. ¿ No tenía pulso, o ellos, los hombres de Estado, no habían sabido encontrárselo ? La verdad es que el Estado español se hundía, y con él lo que se podría llamar la España oficial. Bajo ella, en cambio, una España se agitaba por nacer. La proverbial vitalidad del pueblo español renacía, estrellándose contra los obstáculos tradicionales. Se trataba, pues, de una nación por hacer, diríamos que en una ocasión única. (Nada más lograda la unidad nacional, las empresas

del descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo y la Contrarreforma en el Viejo asfixiaron, por así decir, la posibilidad de una nación española. El Imperio se hizo, en este caso, a costa de la vida nacional. Ahora ya España había concluído sus empresas ; se encontraba, como Angel Ganivet dijera, « virgen » tras de haber sido madre.) Era una España auroral, en el alba de un nuevo período de su historia. Ningún hombre de Estado había sabido comprenderlo ni presentirlo.

Esta situación hace inteligible que los intelectuales, concretamente los escritores, hubieran de tomar sobre sí esta tarea ; que, quisieran o no, tuviesen que hacer política, como había hecho don Miguel de Unamuno y otros más, sin militar por ello en partido alguno. Es más, a condición de no militar en partido alguno. Una política *sui generis*, que yo llamaría del renacer de España. Y la hicieron todos los de la llamada generación del noventa y ocho, proponiéndoselo o sin proponérselo. La había hecho Angel Ganivet y todos los acongojados por la situación española ; la había hecho anteriormente hasta un Marcelino Menéndez y Pelayo, simplemente con su ahondamiento en la historia, con su atento conocimiento de los heterodoxos españoles desde la más estricta ortodoxia católica. La hacían todos los que en cada rincón de España meditaban, esperaban y soñaban ; todos los que querían pensar. La hizo Azorín al adentrarse en los pueblos manchegos y castellanos, al rememorar los clásicos. Pues España en la segunda alba de su historia se abría al par hacia sí misma, hacia su ser más entrañable y hacia Europa, hacia el Mundo del que se había « retirado » al sentir los primeros vientos de la derrota no se sabe todavía por qué íntimo desfallecimiento de la voluntad o por qué « desengaño » histórico.

Ortega y Gasset sufrió desde el principio la pasión de España, pasión porque el alba es trágica, lucha del día que nace con la noche que se retira. Y como los fenómenos históricos no tienen la docilidad de os naturales, necesitan ser padecidos, vigilados, conducidos. « Mi mocedad no ha sido mía, ha sido de mi raza. Mi juventud se ha quemado entera, como la retama mosaica al borde del camino que España lleva por la historia », dice, con palabras que tantos mozos españoles podrían hacer suyas más tarde, en el prólogo de « *Personas, Obras, Cosas*, en 1916.

Su madurez se quemará también de la misma manera. Pero, recordemos que la « retama mosaica » ardía sin consumirse, alimentándose de su propio fuego. En 1914 había pronunciado una memorable e histórica conferencia en el Teatro de la Zarzuela — *Vieja y nueva política* —, en la que llama a la nueva generación, a aquella para la cual la situación de España ha sido dolor y conciencia de la disparidad entre la España oficial y la España vital. Es un desahucio de la vieja política, que es toda la política hecha en el momento. Y al señalar el punto de partida de la nueva política, la hace ya nacer como conciencia histórica : « La nueva política tiene que ser toda una actitud histórica. Esta es una diferencia esencial. El Estado español y la sociedad española no pueden valernos igualmente lo mismo, porque es posible que entren en conflicto, y cuando entren en conflicto es menester que estemos preparados para servir a la sociedad frente a ese Estado ».

La Liga de Educación política española, no parece haber gozado de demasiada vitalidad. Mas Ortega prosiguió, y cada vez con mayor hondura y amplitud, la constitución de la conciencia histórica en forma universal. La razón histórica se ha nutrido de vida española. El problema español ha dado a luz al mundo una concepción nueva de la razón y de la historia. Nuestro padecer nacional ha sido fecundo en cosas universales... Hasta ahora el destino de España parece ser siempre el mismo ; cada vez que apunta su aurora como nación, ir a verterse por diversos y extraños caminos en algo que sirva a todos, que sea de todos.

El pensamiento de Ortega prosiguió guiado por la vocación, adentrándose en el problema histórico de España. Aparece como una constante en toda su obra. Pero de un modo formal es el tema de una de sus más conocidas obras, *España invertebrada*, uno de los libros más amargos y más esperanzadores que se hayan escrito, pues del fracaso de la España que fué

emerge e imperativo de la España que ha de nacer. Como si de una España nunca lograda surgiera la ineludible necesidad de realizarla. Es la verdadera política de Ortega : salvar a la España prehistórica, pre-natal · llamar a la conciencia de los españoles para que desciendan a las zonas más íntimas y profundas de sí mismos, y que desde allí surja intacta la auténtica España integrada a Europa, a la historia universal.

Pareció haber sonado la hora hacia los años veintinueve y treinta, cuando se preparaba el advenimiento de la República. La España « vital » se sentía lo bastante fuerte para desembarazarse de la « oficial ». Y ésta lo bastante consunta para dejarle el paso. El día de la aparición, en el periódico *El Sol*, de Madrid, del artículo de don José « Delenda est Monarchia » marcó esta hora histórica ; fué decisivo.

El que aceptara su nominación a diputado por la provincia de León, el que tomara parte tan activa en las Cortes Constituyentes, precedido todo ello por la fundación de la Agrupación al Servicio de la República — junto con Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala —, no era, pues, nada adventicio ; era inexorable consecuencia de su propio pensamiento y de su más honda vocación. Terminadas las Constituyentes se retiró de la actividad política ; nunca se desinteresó de la situación inmediata de España. Fué más bien lo contrario. Una extraña angustia le fué ganando. Entre los años treinta y tres y treinta y cuatro dejó por primera vez en su vida de publicar en la prensa diaria (1). Al par que le invadía la angustia, se le abría la visión de la catástrofe. Cayó en el silencio. La guerra civil y lo subsiguiente no le sacó de ahí ; no volvió a actuar públicamente en este modo.

Al mismo tiempo intensificaba su labor de cátedra. Se dió por completo a la reforma de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, merced a lo cual alcanzó ésta un nivel jamás igualado, ni apenas, presentido. Su realidad duró un momento. Ya en 1923, como es sabido, había fundado la *Revista de Occidente* y su editorial. Lo que han sido en la cultura de idioma español es cosa de todos conocido. Fundó e inspiró *El Sol*. Escribió a veces los artículos de fondo. Este solo aspecto de su personalidad la hubiera salvado, y hecho acreedor a la gratitud de cuantos leen y escriben en idioma español.

La obra filosófica

Mientras tanto, la obra filosófica había ido haciéndose como la forma suprema por más permanente de esta reabsorción de la circunstancia. Era la raíz y el fruto. La vida humana consiste en tener que hacerse a sí misma, dice la razón vital, histórica, viviente, pues de las tres maneras se la ha escuchado nombrar. Este hacerse es ante todo un tener que elegir entre las circunstancias, se quiera o no. Mas el elegir exige a su vez conocer, y el conocer, pensar. La reabsorción de la circunstancia es inexorablemente pensamiento, el modo por el cual la comprendemos sistemáticamente.

Pues comprender algo sólo es posible en orden y conexión. Lo descubre Ortega también en la raíz de su actitud original, que se atreve a proponer a los españoles en el texto ya citado de las *Meditaciones del Quijote*. Encuentra su equivalente en lo que Platón llamó *erotikon mania*, locura de amor. Amor impetuoso a la realidad, a todas las cosas. Pero las cosas, conformándose en circunstancia, requieren un modo especial de comprensión, que él llamará más tarde interpretación. Modo superior de comprensión porque es biográfico en grado sumo ; es decir, la comprensión es por esencia biográfica, mas diríamos espontánea, como si fuera la raíz del acto en cual interpretamos la actitud personal. En la « interpretación » hay el cumplimiento de lo que la comprensión requiere y propone. En la interpretación nos comprendemos a nosotros mismos ; el yo se comprende a sí mismo junto con las circunstancias. Es, diríamos, la célula de la razón vital. Es decir que el interpretar es ya presupuesto y ejercicio de sistema.

Y con esto tocamos la cuestión más debatida de la filosofía de Ortega : su

(1) Acarició por breve tiempo el proyecto de publicar un artículo semanal en forma de « Pliego de cordel ».

carácter sistemático. Por muchos ha sido incluída en las filosofías asistemáticas en que tan fecunda ha sido la época que está al pasar. En primer lugar, habría que plantearse la cuestión de en qué consiste el sistema. Pues suele confundirse con la forma en que aparece el carácter sistemático de algunas filosofías, la de Hegel, por ejemplo.

Sin que podamos entrar en la cuestión, basta lo ya expuesto para comprender que la filosofía de Ortega tenía que ser sistemática en otra forma, por ejemplo en aquella en que lo es. Había de ser un sistema *in fieri*, lo cual no es decir que se vaya haciendo por agregación, sino en una forma de la cual es transunto del hacerse mismo de la vida, que es el hacerse que es la vida. Pues si la vida humana es el drama habido entre el yo y las circunstancias, y obligados por él pensamos, quiere decir que sólo así nos hacemos protagonistas de nuestra propia vida. Pensar será siempre biografía e historiografía.

Era no solamente coherente, sino necesario el que Ortega interpretara las circunstancias de su vida. Y así, el más minúsculo de sus artículos es filosofía, y de hecho la contiene. Algunas de sus más geniales intuiciones aparecen en prólogos, artículos y ensayos. Y lo más maduro y decisivo de su filosofía está contenido en el prólogo a la traducción española de la *Historia de la Filosofía* de Bréhier, donde acomete nada menos que la crítica de la « identidad ».

El progresivo integrarse de la filosofía de Ortega se da en tres más que períodos, movimientos, al modo de los de una sinfonía. O más bien « momentos » en sentido fenomenológico : 1º — El momento de la originalidad filosófica. La intuición de la vida como realidad radical y como drama habido entre el yo y la circunstancia ; el pensamiento como acción salvadora de la circunstancia y al par del yo. 2º La captación de la circunstancia y su interpretación. 3º — La explicitación del sistema.

Al primero corresponde especialmente el libro *Meditaciones del Quijote* y algunos de los artículos publicados con anterioridad. Al segundo la serie de volúmenes de *El Espectador*, *España invertebrada* y algunos otros ensayos, como *La deshumanización del Arte*. El tercero comienza a explicitarse en forma crítica, como era necesario, especialmente en *Ni vitalismo ni racionalismo*, y en forma más « positiva » en *El tema de nuestro tiempo* y en *Vitalidad, alma, espíritu*.

Pero la madurez de su sistema fué dada en los cursos universitarios « Tesis metafísica acerca de la razón vital », a partir de 1930, precedido como luminosa introducción por el que tuve la fortuna de seguirle el año en que asistí a sus clases como alumna oficial, en 1928 : « ¿ Es posible el conocimiento de objetos reales ? » La parte crítica fué expuesta magistralmente en cursos sobre Descartes y los orígenes de la razón vital misma y en uno sobre Fichte ; mezcla de las dos cosas había en los que ofreció sobre Husserl. La relación de la razón vital con Dilthey, fué objeto de un proyectado libro del que se han publicado algunos capítulos : *Ideas y creencias*, *Alteración y ensimismamiento* y *La Historia como sistema*, con fragmentos — con valor propio — de este vasto, inmenso pensamiento.

Allá por el año de 1933 pude ver « en capillas » su libro esperado : *Aurora de la razón histórica*. Me dicen que ha dejado acabado *El hombre y la gente*. Y estoy cierta de que deja más, mucho más... que algún día saldrá — esperamos sea muy en breve — a luz.

Perdone el hipotético lector el esquematismo de este artículo. No es el momento más propicio para un discípulo el de la muerte del maestro para exponer su pensamiento. Pero deber y amor unidos impiden rehusar una invitación como ésta con la cual me ha honrado *Cuadernos*. Llegará otra hora quizá en que, libre el ánimo del peso insoportable de esta congoja sea posible acometer la inmensa tarea en forma más adecuada Pero, si no nos llegara, no importa La obra de don José Ortega y Gasset no nos corresponde únicamente a nosotros, los que hemos tenido la fortuna de escucharle ; tampoco a los que han tenido la pasión de leerle. Nos pertenece a todos y a ninguno. Pertenece sobre todo al futuro ; al futuro de España y al de la Filosofía.

MARIA ZAMBRANO

SALVADOR DE MADARIAGA

COSAS Y GENTES

Vino a mí el niño con la pelota de goma abollada, muy cariacontecido. No sabía todavía que las pelotas de goma se abollan ; y al enterarse se creía que una persona mayor la desabollaría, y aun que consideraría el desabollar pelotas de goma ocupación bastante importante y urgente para echar a un lado el periódico que estaba leyendo. Hubo, pues, que interrumpir la lectura de las abolladuras de la gran pelota que es el planeta para atender a la de juguete. ¿ Juguete ? ¿ Y cuál será más serio ? me preguntaba yo al pasar la abolladura de un hemisferio a otro del planeta..., digo de la pelota. El caso es que los problemas internacionales de la pelota de goma no se dejaron manipular por mis inexpertas manos y que tuve que volver a las abolladuras del planeta que estaba estudiando en la prensa cuando vino a mí el niño. El cual se fué con los grandes ojos azules menos diáfanos y la boca un tantico más cruel, desengañado de la competencia de las personas mayores.

¿ Cómo se las arregla la naturaleza para compensar los dones ? Inocencia en los ojos. Maldad en la boca. ¿ Qué clase de gente será la criatura humana que en ella parece como que se arreglan para convivir lo divino y lo diabólico ? Bueno, dejemos eso y vamos a las noticias. Luego dirán que no progresamos. Hay que ver qué de conferencias internacionales ; que si ONU, que si OTAN, que si UNESCO, que si FAO, que si FAI ; en fin que no quedan letras en el alfabeto : sin contar con las reuniones *ad hoc* como Bandung, Ginebra y aun Ginebras... y no hablemos de las fiestas campestres de Bulganin y de la correspondencia a partir un piñón entre los generales Eisenhower y Zujov, que es cosa, vamos, que ni Abelardo y Eloísa, según dicen, que yo no la he visto. Dígase lo que se quiera (y yo me propongo decir

mucho), todo esto demuestra una conciencia internacional cada vez mayor, una marcha segura hacia la Federación Universal de los Pueblos que terminará para siempre, etc.

Paso a otra columna y me encuentro con que la Unión Soviética prepara una expedición científica al Antártico. Sí, ha leído Vd. bien. Escribí *Antártico* y no Artico. La Unión Soviética se sabe ya el Polo Norte de memoria y ahora aspira a estudiar al Polo Sur tan científicamente que no habrá más que hablar. Echense a temblar los neozelandeses, australianos, chilenos, argentinos, ingleses y norteamericanos, amén de los noruegos, todos los cuales se dedican a estudiar el Polo Sur, cada uno más científicamente que el otro. « Centinela, ten conta ! » cuentan en España que en Portugal canta cada hora el primer centinela de una ronda. Y el segundo, tercero, etc., cantan «Eu xa a teño». Y el último de la ronda canta : « Eu ainda a teño mais que tú ! » Así se disponen las naciones a echar en torno al Polo Sur una ronda de expediciones científicas rivales que no le dejen al pobre Polo ni el menor secreto.

Porque no basta que el Polo tenga tal o cual temperatura, presión atmosférica o higrométrica, pájaros y peces, corrientes, hielos, montes, valles y puertos ; es menester además que el Polo se lo revele a tal o cual país precisamente y no a otro, para que el tal país salga a escena y lo cuente como cosa propia y con la fachenda de un Oselito en cualquier colmado de Sevilla. Esto se podría haber llamado insensatez ; pero el caso es que se llama prestigio.

Y así estamos en pleno siglo de la bomba de hidrógeno organizando una verdadera carrera de galgos de ciencia hacia el Polo Sur ; malgastando en expediciones rivales el dinero de los pobres ciudadanos que se hinchan el pecho a fuerza de prestigio todo lo que se ahuecan el estómago a fuerza de impuestos, cuando lo que la época exige es una Organización Internacional de Investigaciones Planetarias que ponga la verdadera ciencia al servicio de la verdadera investigación.

Pobre planeta. Procura quitarse la abolladura de la guerra con conferencias y más conferencias ; y el prestigio de batallas y conquistas, que creía haberse curado, le sale ahora por el Himalaya o por el Polo Sur. Expulsado de los cuarteles, el nacionalismo rebrota en los laboratorios. Hasta hace un par de años, para ser gran potencia había que tener la bomba atómica, y mejor todavía la bomba de hidrógeno. Hoy ya ha subido la cuota de entrada al Club de las grandes Potencias. Hay que decirle al portero del Club cuándo se llegará a la Luna. Tamañito, el Everest. Vulgar y corriente, el Polo Sur. « ¿ Gran Potencia ?, dice Vd. ¿ Cuándo se propone aterrizar en la Luna, digo, alunizar ? A ver. Hable Vd. Y sepa Vd. que nosotros tendremos un satélite dentro de dos años. » — « Pues verá Vd. Nosotros tenemos ya muchos satélites desde que ganamos la guerra y volvimos de Yalta. » — « No, si no va por ahí. No se trata de satélites con marcha internacional, sino con música celestial..., un satélite astronómico, un descansillo camino de la Luna. » — « Pues fecha no podemos dar, pero aguarden y verán, que a nosotros, eso de los satélites... »

Espectáculo tragicómico en verdad este nacionalismo de aldea-planeta frente al proyecto ambicioso de hacer transcender al hombre su limitación terrena. La prensa de los grandes países llenando columnas con los planes lunares de unas y otras potencias para probar que ninguna iba a la zaga. Aun en una empresa tal que su base, sus medios, sus fines, han de alcanzar forzosamente la escala planetaria, aun así, el nacionalismo provinciano domina la acción e impide la acción conjunta.

*

Este año ha visto el eclipse de dos hombres que han sido los símbolos de uno y otro espíritu : uno eclipsado por la edad, otro por la muerte : Winston Churchill ; Albert Einstein. Ambos a escala mundial por la envergadura de su visión y de sus ambiciones ; el uno en la acción, el otro en el pensamiento. Pero Churchill encarna el nacionalismo ; mientras que Einstein es universal.

Churchill es un gran inglés ; el inglés más grande que Inglaterra haya dado de sí

en mucho tiempo. Genial si el genio es intuición ; potente si la potencia es voluntad ; creador, si crear es transformar su ambiente con propósito a inteligencia ; lleno de gracia, de ingenio, de grandeza, de generosidad, de ánimo en la adversidad, de moderación en el éxito, Churchill es un inglés capaz de abarcar y de comprender a la vez el mundo de los hombres y el hombre de carne y hueso que a su lado vive. Por esta ladera de su ser, Churchill asoma a la universalidad.

Asoma nada más. Porque en Churchill encarna también un aristócrata inglés del siglo XVIII ; incrédulo, escéptico, fino, indiferente y hasta despiadado para con el sufrimiento de los hombres que no son ingleses. La divisa de la familia ducal de Marlborough, a la que pertenece, está en español, y dice *Fiel, pero desdichado*. Nada más inexacto. El primer Duque de Marlborough, el famoso Mambrú de las canciones infantiles, fué afortunado, pero infiel ; y algo por el estilo podría decirse de Winston Churchill. La fortuna política le sonrió pronto, y si su país tardó en darse cuenta de su grandeza, al fin, logró llegar en vida a la cúspide de la gloria. De desdichado, pues, no tiene nada. Pero ¿ y de fiel ? Pues no es fácil contestar a la ligera a pregunta tan delicada ; pero algunos de sus sinceros admiradores no ven tan clara y transparente como quisieran su fidelidad para con la verdadera España y para con la verdadera Europa ; antes bien sospechan que entre el poder y la humanidad, Churchill irá derecho al poder. Churchill es un gran inglés. No es un grande hombre.

Einstein sí que lo es. Para la acción le sobró ingenuidad. Para el pensamiento no tuvo límites. Bajo la cabellera blanca que le aureolaba la vasta frente lucían en su rostro dos ojos angelicales. Perseguido por el nacionalismo en su forma más repugnante pasó de un país a otro hasta ir a dar a los Estados Unidos, donde también le tocó luchar con formas nada elegantes del mismo mal. Dedicó lo mejor de su espíritu a la física matemática que transfiguró con su teoría de la relatividad ; y, cosa singularísima, con un par de memorias breves que apenas un millar de personas eran capaces de entender, llegó a alcanzar tanta popularidad como un boxeador o una estrella de cine.

¿ Por qué ? Einstein llega al siglo como el tercero y último de los tres grandes profetas hebreos de nuestra era : Marx, Freud, Einstein. Tres relativistas. Marx anuncia que no hay moral universal humana, sino moral histórica, económica, y condicionada por la clase social. La gente se confunde, se preocupa, se pone en guardia contra tan atrevidas teorías. En busca de cobijo contra tamaña granizada, la gente se acoge a las dos grandes ideas de Kant : el imperativo categórico y el orden de las estrellas. Pero viene Freud y nos asegura que eso del imperativo categórico es una ilusión debida al mal carácter de nuestro padre, que nos había metido el resuello en el cuerpo, y para recobrar nuestra dignidad le sublimamos las interjecciones en preceptos divinos. Así pues, en el mundo que dejan Marx y Freud, ya no hay moral humana, sino lucha de clases y lucha de tensiones subconscientes. Ya no hay imperativo categórico, sino una familia inaguantable. Ah, se dice la gente en busca de cobijo, pero quedan las estrellas. « ¡ Estrellas ! » advierte entonces Einstein. « No se fíen Vds. de las estrellas. No hay mayores embusteras en el mundo ». (Esto, dicho sea entre parentésis, ya lo sabíamos los españoles, como lo prueba aquel dicho :

Muy fácil es el mentir,
El mentir de las estrellas,
Porque ninguno ha de ir
A preguntárselo a ellas.

Sólo que ya este dicho resulta atrasado puesto que nos apercibimos a ir por lo menos a la Luna, como preludio a viajes estelares).

Einstein no aguardó a las osadías del movimiento físico y se fué a ver si mentían las estrellas en alas de la intuición ; y halló que mentían, que daban el tiempo a gusto del observador. Así no hay quien dé la hora.

Y claro : el mundo se hizo relativista. Marx, Freud, Einstein. Cuando llegó Einstein, ya sus dos predecesores habían preparado el terreno para la nueva fe. Estábamos en la era de la ciencia, que la gente

creía absoluta. Todo el mundo se sobrecogió al ver proclamada la relatividad hasta en la astronomía. Einstein viene a ser como el primer apóstol de la nueva iglesia, la de la relatividad ; y el azar metió baza en el asunto, llamándole Ein Stein, una piedra : repitiendo el juego de palabras tradicional : *tu es Petrus*.

*

Con su infalible exactitud para diagnosticar lo actual, José Ortega y Gasset llamó a la relatividad « El Tema de Nuestro Tiempo ». ¡ Qué bien apuntaba y daba en el blanco ! ¡ Qué característico que escogiera como viñeta para sus ediciones el arquero o sagitario en el momento de apuntar ! ¡ Qué títulos certeros los de sus libros : *España invertebrada*, *La rebelión de las masas*... Yo lo veía siempre como una síntesis de arquero y de alción, tocando apenas con un pie la cresta de la ola de la actualidad, con el otro pie detrás en alto como timón o cola de pájaro pronto a cambiar de dirección al menor indicio del viento, y en la mano aquella flecha aguda, tensa, apuntando exactamente al blanco del pensamiento del minuto.

Y en el pensamiento del minuto, al átomo secreto de su eternidad. ¿ Quién supo como Ortega realizar la ambición de Blake : « Asir el infinito en la palma de la mano y la eternidad en una hora ? » Y no precisamente por virtud de uno de esos esfuerzos de concentración que logran los titanes alemanes que tanto admiraba él ; sino por la gracia de la intuición y aun diría por la intuición de la gracia. Gracia. Don supremo de Ortega.

Recuerdo que un día me encontré en París con la Argentinita. Estaba Ortega recién operado de gravísima operación. — « Ve a verle », le dije. — « Pero si no lo conozco », objetó. — « ¿ Qué importa ? Y hasta tanto mejor. Para él y para ti ». A los pocos días me la encontré otra vez. — « ¿ Qué te pareció Pepe Ortega ? » — « Pues mire Vd. Un torero malagueño ». ¡ Qué maravilla ! Porque lo demás, la inteligencia, la elevación del pensamiento, la universalidad, la nobleza y grandeza ribeteada de una sensibilidad hasta lo susceptible, eran para Encarnación como para todos nosostros cosa de clavo pasado. ¿ Para qué hablar de lo evidente ? Pero la gracia... Qué penetrante definición : torero malagueño. Viene el toro de la idea corriendo hacia él, que lo ha citado con los brazos en alto, y él lo aguarda a pie firme, lo recibe con elegancia segura y lo vierte en el fluir del tiempo hacia el pasado con un movimiento de capa infalible y lleno de gracia.

SALVADOR DE MADARIAGA

Cuando un escritor quiere actuar políticamente, tiene que entregarse a un partido, y tan pronto lo hace está perdido como poeta ; tiene que decir adiós a su espíritu libre y a su visión imparcial y ponerse sobre las orejas el grosero bonete del odio ciego.

GŒTHE

La actualidad argentina

Los intelectuales bajo el peronismo

POR ROBERTO F. GIUSTI

La revolución que depuso al presidente Perón y a su régimen no podría ser comparada en la historia argentina sino con la que derribó hace un siglo, en 1852, en la batalla de Caseros, la tiranía de Rosas. Los astutos maniobradores del concepto de que las masas tuvieron con Perón acceso a la dirección económica y política de su tierra y al usufructo de bienes y goce de una justicia que antaño les habrían sido negados, acaso se empeñen hoy, así como se empeñarán más adelante los infaltables rehabilitadores de tiranos, en defender con arbitrios dialécticos, si no los procedimientos brutales e inescrupulosos de que hizo alarde el régimen derribado, indefendibles ante la razón y la ética, sí la inspiración demagógica que le dió vida al nacer y lo sostuvo durante diez años largos mediante una escandalosa y ruinosa propaganda de cuño totalitario. El colosal engaño todavía mantiene fascinación sobre numerosos contingentes de la población fabril y rural, siendo generalmente los embrujados los proletarios de menor educación sindical, los de menor conciencia social, en gran mayoría los más « sumergidos » económicamente, sólo sostenidos a flote ilusoriamente, sin preocupación por el mañana, por la desatada inflación. A lo cual hay que agregar es peso inmenso de la superstición de muchol hombres y, sobre todo, de muchas mujeres humildes, para quienes fué inventado diabólicamente el mito de Evita, la difunta esposa e instrumento del déspota, mártir y redentora en el proceso de canonización más extraordinario por su celeridad que registra la historia. Santificación o endiosamiento del cual se benefició astutamente el vacuo y palabrero inventor del « justicialismo », al admitir que él y su consorte dieran nombre, sustituyendo en cien ocasiones a otros tradicionales o venerables, a todas las cosas existentes en tierra argentina, provincias, ciudades, pueblos, estaciones de ferrocarril, barrios, parques, avenidas, universidades, escuelas, teatros, bibliotecas, estadios, museos, hospitales, asilos, pabellones, salas, aulas, institutos científicos, campeonatos deportivos, premios — ¿ quién podría agotar la lista si hasta un asteroide fué llamado Evita por un servil observatorio astronómico ? —, ello con la consiguiente difusión universal de bustos, retratos, placas y leyendas, aun en los más imprevisibles rincones.

Definir con la terminología científica actual la enfermedad que aquejaba al

déspota, yo no sabría hacerlo ; cuando era estudiante, todo eso, las atrocidades cometidas y la monstruosa codicia de bienes materiales, no podía derivarse sino de lo que los psiquiatras llamaban locura moral. Este fenómeno pertenece posiblemente, pues, a la patología mental ; pero lo que ya entra en el dominio de la ética es la corrupción indescriptible del equipo gobernante y la de sus aprovechados instrumentos, su servilismo y venalidad, superior la última, según las comprobaciones realizadas, a lo peor que podía sospecharse.

¿ En qué medida el cáncer que venía devorando al país desde el ascenso de Perón al poder, pronto convertido él por su omnímoda voluntad, de presidente constitucional en dictador de hecho y de dictador en alocado déspota, afectó uno de los órganos vitales de toda comunidad culta, la inteligencia ? Esta es una pregunta que muchos nos hacíamos y que ahora, cuando el gobierno surgido de la revolución procura penosamente restaurar los órganos afectados, devolviéndoles su integridad, contestaré con la mayor objetividad posible. Aunque no viéramos ya un sólo peronista en escuelas, universidades, periódicos, teatros, círculos profesionales, centros de investigación, asociaciones literarias o de cultura general, la verdad es que muchos « vivos », como se califica en la Argentina a los hábiles acomodadizos, por más ceño enojado que muestren contra el régimen caído, o cara hipócrita de inocentes que pongan, son señalados con el dedo y no escapan a la sanción de quienes no transigieron ; pero otros han conseguido ya colarse por entre las mallas de la indulgencia, amparados por la fragilidad de la memoria en estas sociedades móviles e indolentes.

Compensa estas desilusiones otra verdad consoladora : que la mayoría de los intelectuales, siquiera los mejores y más representativos, resistieron victoriosamente al régimen encanallador. No es posible hacer un censo riguroso. Si fuera lícito oponer en dos tablas, una, la de la indignidad, otra, la del decoro, los nombres de aquellos que celebraron con serviles alabanzas al tirano o vocearon en la cátedra, en el libro, en la escena, en el periódico, por las estaciones de radiodifusión, las estupendas, invenciones de aquél, o cantaron en versos absurdos las excelencias de la heroina y mártir de los descamisados — proclamada por ley del Congreso, « Jefa Espiritual de la Nación », y por poco sentada en el cielo junto a la Virgen María —, a los que no ocultaron la reprobación y la protesta por los medios que tuvieron a su alcance en un país donde cualquier voz contraria era silenciada, o siquiera callaron — la segunda tabla se impondría de lejos, tanto por la cantidad como por la calidad de los nombres inscritos en ella.

Las seis universidades argentinas descendieron muy bajo durante la tiranía. En el momento en que escribo se está procediendo a la rehabilitación de las cátedras por sendas intervenciones, con la colaboración de los estudiantes, si en ocasiones equivocados por exceso de fervor, no por ello faltos de generosa inspiración. Las cátedras, especialmente en las facultades o institutos superiores de Humanidades, Filosofía, Educación, Derecho y Ciencias Sociales y Económicas — sin decir con esto que se libraron del daño todas las de Medicina, Ingeniería, Ciencias Exactas y las Técnicas — fueron ocupadas muchas de ellas por atrevidos ignorantes, sin ninguna formación intelectual seria, sin antecedentes, sólo validos del certificado de adictos al régimen que aspiraba al totalitarismo imponiendo la afiliación gregaria al partido oficial. Reemplazaron o desplazaron a tres categorías de profesores : aquellos que fueron exonerados al comienzo, ya durante el gobierno « de facto » del general Ramírez, en cuyo seno se engendró el régimen peronista ; los que renunciaron por dignidad, entre los cuales hubo profesores prestigiosísimos, hoy reclamados por la juventud, y los que fueron separados, o por no haberse afiliado al partido oficial, o por no « interpretar la doctrina nacional », o por no estar identificados con la revolución « justicialista », que tales y parecidas sinrazones se leen en algunos decretos de cesantía. Sería inexacto decir que no quedaron en las cátedras enseñantes profesionalmente capaces, unos en actitud pasiva y resignada, otros compitiendo, para su desgracia, con

los advenedizos, en exaltar las excelencias de la filosofía, la política y la economía del justicialismo, hasta llegar algunos al impudor de deslizar en la bibliografía de sus cursos las obras de doctrina (?) del pensador que, según sus turibularios, había redimido la escuela de la antigua abyección. Tan acorde con los hechos esta mentira entre tantas, que no hay palabras para definir el estado de los estudios, el desorden y la desmoralización en que la revolución ha encontrado la escuela, desde las aulas universitarias hasta la enseñanza secundaria y primaria. En éstas fué libro obligado de lectura o de ejercicios diversos, incluso de traducción, en todos los cursos, *La Razón de mi Vida*, el evangelio escrito a la señora Eva Perón por un periodista español asalariado. Con todo, el saldo, en el balance de la dignidad, es favorable. No quiero citar nombres, pues incurriría en forzosas lamentables omisiones ; pero son muchos los catedráticos que en estos doce años últimos prefirieron sacudir el polvo de sus zapatos en los umbrales de la universidad, alejándose de la charca, antes que transigir con lo que reputaban deshonesto, arbitrario o simplemente vergonzoso.

La observación, así sea hecha a vuelo de pájaro, de lo que aconteció en el campo literario, es todavía más consoladora. No recuerdo un solo nombre realmente destacado en las letras que rindiera pleitesía al poder. Tal vez doblaron la espalda algunos viejos académicos timoratos ; que no fueron muchos lo prueba el hecho de que aún las academias acabó por disolver el déspota, prometiendo reemplazar a sus miembros en sesenta días con hombres que debían tener menos de sesenta años, y no los encontró a su gusto sin correr el riesgo de quedar en ridículo. Los escritores mantuvieron con dignidad la resistencia, en muchos casos necesariamente pasiva, eficaz asimismo para contribuir a minar el régimen. Los pocos que por vivir del periodismo, casi todo él regimentado y sometido, se vieron forzados a soportar su triste condición, en su mayoría no entregaron el alma al déspota haciendo de la pluma del escritor canal de la adulación. El desprecio acompañó siempre a los segundones de la literatura que vendieron la pluma, ya ostensiblemente, ya de un modo vergonzante. El suplemento literario dominical de *La Prensa* descendió inequívocamente de categoría literaria apenas el gran diario liberal fué expropiado y entregado a la sometida Confederación General del Trabajo. Sus colaboradores más reputados le volvieron las espaldas. Otros corrieron a sustituirlos, pero ¡ de cuán escaso valor ! Lo mismo se vió en las páginas de las revistas populares publicadas por las editoriales de que se apropió el gobierno, repletas de loas ridículas en verso y en prosa.

La Sociedad Argentina de Escritores fué el termómetro de la resistencia de éstos. En vano el gobierno le opuso un sindicato de tales, fichados y obsecuentes, con la obligación implícita y colateral de cantar y danzar y llorar al son que les tocaran ; en vano pretendió ocupar su lugar una titulada asociación de escritores que fué una oficina insomne de loas al poder, regentada por un plumífero sin escrúpulos a quien hacían coro rarísimos escritores profesionales, que podían contarse sobre menos dedos que tiene una mano ; la SADE, la sociedad fundada por Leopoldo Lugones y de la cual yo tuve antaño el honor de ser dos veces presidente, mantuvo intactos sus cuadros y aumentó antes que disminuir el número de sus asociados. Por eso prohibió la policía que en su sede se siguieran escuchando conferencias, por eso prohibió que celebrara la asamblea anual que la ley le imponía, por tener personería jurídica ; y todavía me asombra que escapara, por verdadero milagro, en el vaivén de los acontecimientos, a la expropiación de su casa propia, sin duda codiciada por el sindicato o por la antes mentada oficina de alabanzas. En agosto de 1953, siendo presidente Jorge Luis Borges, el admirable prosista llevado en estos días a la dirección de la Biblioteca Nacional, aprovechando en dicho vaivén un rato de aparente aflojamiento de la presión de arriba, nos entrevistamos varios miembros de la comisión directiva con el ministro del Interior. Recuerdo este episodio de la dura lucha en que la SADE nunca cedió un dedo al poder arbitrario y a la idolatría oficializada, porque ese día escuché de labios del ministro Angel Borlenghi,

cuyo nombre quedará famoso en la historia de los latrocinios de los gobernantes y de la persecución de la inteligencia, una requisitoria dolorida contra los intelectuales que no habían estado nunca con Perón, más aún, que le eran adversos, decía. ¿Cuál testimonio mejor puedo ofrecer de la dignidad de los intelectuales ? Yo le contesté con un chiste. El presidente depuesto bien sabía donde le apretaba el zapato. Años antes había convocado a los escritores y a los artistas en dos numerosas asambleas para ofrecerles el mundo y sus alrededores, sobreentendiéndose que en pago de su domesticidad. Los mejores prefirieron no asistir Otros asistieron sin comprometer su conducta posterior. Otros, seducidos, cayeron en sus brazos. Fueron los de menor significación literaria. Las reuniones, que el presidente prometía repetir, se acabaron ahí. Por más que a los dictadores, cercados por la adulación, no les lleguen claras las voces del pueblo, cosa distinta de las muchedumbres atropadas vitoreando bajo los balcones de las casas de gobierno, ese día el presidente comprendió sin duda que nada podía esperar de la inteligencia, cuya ley es la libertad de expresión y de crítica. En su conversación con nosotros, el ministro interpretó perfectamente los sentimientos del amo. Autorizó, no obstante, magnánimo, la realización de la asamblea, diferida durante dos años ; pero no bien en la SADE se volvió a escuchar a los escritores independientes, el poder, sin duda mortificado porque la gente se reunía, hablaba, escuchaba razones, sin recordar el solo objeto ofrecido a la contemplación embobada de las muchedumbres ignaras y supersticiosas — la obra maravillosa del déspota —, volvió a prohibir las conferencias. El mismo procedimiento usó en 1952 con la Sociedad Científica Argentina y el Colegio Libre de Estudios Superiores : a la primera le ocupó, sin ley ni decreto, el edificio de su propiedad, entregándoselo a una Confederación Gremial de Profesionales artificialmente inventada ; en nuestro Colegio nos cerró durante tres años los cursos de enseñanza extrauniversitaria, concurridos diariamente por centenares de personas cultas, y sólo ahora reanudados en un acto magnífico en el propio local de la Sociedad Científica Argentina. Como ha sido igualmente magnífico, en ambos casos con asistencia de un público que desbordaba hasta la calle, el acto de reapertura de la SADE, en el cual hablaron Vicente Barbiero, Jorge Luis Borges, Francisco Romero y José Luis Lanuza. Tal fervor de la inteligencia argentina, representada por los círculos más ilustrados e intelectualmente curiosos, al sentirse nuevamente libre, permite apreciar sin mayores comentarios cuál ha sido su actitud frente al tirano, aun cuando se viese forzada a no levantar la voz. Y no la levantaba, no ya porque no se atreviera, sino porque no tenía dónde, pues la guerra a la inteligencia no alcanzó solamente a las instituciones de cultura libre, sino a los pensadores, sabios escritores, artistas, aun cuando se ciñeran a disertar, en la atmósfera política oprimente, sobre filosofía, ciencia, literatura, arte o educación. Así como cerraban las asociaciones culturales no obedientes a las consignas ordenadas desde arriba (consiguieron defenderse por motivos obvios las de lengua extranjera, amparadas por las Embajadas), prohibían el uso de la palabra « por razones de seguridad y orden público » a todos los desafectos al régimen, sabidos o sospechados. Por tanto, el nivel de la cultura argentina, con la universidad avasallada y las cátedras libres derribadas, descendió miserablemente en los últimos años. Y la persecución no paró en las solas prohibiciones. En 1953 un grupo de escritores, el gran poeta Enrique Banchs, el ilustre filósofo Francisco Romero, los prestigiosos ensayistas y periodistas Vicente Fatones, Carlos Alberto Erro, José Santos Gollán, José Barreiro, Julio Aramburu y otros, conocieron la cárcel durante mes y medio por el solo delito de pertenecer a la Comisión Directiva de ASCUA, sigla de una asociación de estudios históricos y sociológicos nada secreta ni clandestina, destinada a esclarecer los principios democráticos de la Revolución de 1810, oscurecidos en los últimos lustros por la propaganda un tiempo bien pagada, de los secuaces del nazifascismo. La persecución no excluyó a algunas valientes escritoras, entre quienes recordaré a Victoria

Ocampo, directora de *Sur*, recluída largos meses en la cárcel de mujeres junto con otras.

Este es uno de los motivos por los cuales se descubren actualmente pocos valores nuevos en la cátedra y en el libro, haciéndose menester recurrir tan a menudo, para la obra urgente de restauración, a los viejos valores sin tacha política, mientras llega la hora de la renovación. Estoy persuadido de que existe una nueva generación intelectual incubada en el forzado silencio. Pero necesita adiestrarse en una palestra de libertad. Obligada durante tanto tiempo a soslayar los problemas que reclaman planteamientos francos, demasiadas veces se evadía en dilucidaciones bizantinas de temas sociológicos o estéticos, no comprometedoras, o en ociosos ejercicios líricos puramente formales. La misma novela se ha resentido de tales cohibiciones, que empiezan por lo externo y concluyen en lo interno. Algunos jóvenes dotados de clara inteligencia se entregaron a los halagos de los puestos bien rentados, donde han sido desvirilizados. Todavía pueden hacer acto de contrición y penitencia. Si ofendieron al Espíritu, les queda tiempo por delante para redimir su pecado. Otros no se ensuciaron y en ellos confiamos los que deseamos vivamente cederles el paso. Mientras tanto los viejos estamos obligados a servir todavía la causa de la libertad y de la decencia donde nos llamen.

ROBERTO F. GIUSTI

Odiamos el totalitarismo porque sabemos — siempre lo hemos sabido — que el Estado totalitario no es otra cosa que la preparación para la guerra totalitaria. Pero en qué grado desde el punto de vista intelectual estamos viviendo en un mundo totalitario, donde todo lo grande y lo pequeño se entrelazan, voy a demostrarlo con un ejemplo personal. Un amigo mío suizo, que conoce Rusia, me dijo que el día que las tropas alemanas marchaban a Rusia, mis libros se mencionaban en una emisora de Moscú. Durante dos años, desde la fecha del tratado germano-ruso, no se permitió mencionarme en Rusia. El artículo referente a mis obras probablemente había sido preparado hacía ya tiempo ; pero mientras el tratado seguía en vigor no podía emplearse. Cuando se rompió el tratado, rápidamente se desenterró el artículo.

THOMAS MANN

Proceso y fin de una dictadura

POR JUAN ANTONIO SOLARI

El pueblo argentino acaba de poner fin a la oprobiosa dictadura que padeció durante doce años. Instaurada como consecuencia del golpe militar del 4 de junio de 1943 su proclama inicial prometiendo moralidad administrativa, respeto de la voluntad popular y legalidad, fué prontamente olvidada para revelar sus verdaderos fines : servir los planes del eje nazifascista. Obra principal de un grupo de coroneles, logró desplazar a algunos jefes militares bien intencionados, adueñándose del poder los elementos de tipo totalitario, entre ellos el entonces coronel Juan D. Perón, cuyas simpatías fascistas habíanse nutrido y fortalecido durante su estada en Italia.

Derrotado el nazifascismo en Europa, y después de declarar tardíamente la guerra al Tercer Reich en liquidación, los cabecillas de la dictadura, y en primer término quien habría de convertirse al precio de traiciones, engaños y mentiras en su principal beneficiario, levantaron el banderín de feria de un falso obrerismo, transformándose en defensores de lo que llamaron « justicia social ». Con el andar del tiempo, y en procura de fáciles *slogans* para disfrazar con simpática careta demagógica su rostro totalitario y su desenfrenado afán de poder y riquezas, hablaron de « independencia económica » y « soberanía política ».

Hemos de reconocer que no era difícil atraerse la buena voluntad de importantes núcleos populares mediante la agitación de tales postulados y el otorgamiento de algunas ventajas materiales.

La vida política y social argentina, si bien respondía a una orientación histórica democrática, no dejaba de ofrecer grandes lagunas, sobre todo en cuanto a la situación de vastos sectores obreros. Desde 1862, en que sellóse, luego de intensas luchas, la unidad nacional, la Argentina contó con gobernantes como Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Roca, todos ellos de fuerte personalidad y preocupados por poblar el país y acelerar el ritmo de su desarrollo técnico-económico. No puede negarse que el saldo de su labor representó un esfuerzo notable y fecundo, conquistando la República una posición destacada en el continente. El aporte inmigratorio fué factor decisivo y la influencia de minorías activas e inteligentes en el gobierno consolidó, a pocas décadas de la ominosa tiranía rosista, una comunidad vigorosa, llamada a promisorios destinos. Pero no es menos verdad que, desde el punto de vista de las instituciones democráticas y de la realidad social, el país no avanzaba con el mismo ritmo de su progreso material. Políticamente, el unicato y la revuelta caracterizaban la vida nacional, con su secuela de violencia y fraude. Desde el punto de vista social, una naciente burguesía, sin duda emprendedora e imbuída de tendencias liberales, al suplantar el viejo patriciado y la oligarquía terrateniente,

elaboraba su propia evolución, dando origen a una pujante clase media. La generación de 1880 refleja bien esta etapa de transición histórica y económica. Es en 1890 cuando hace su aparición la clase trabajadora en el escenario social argentino, a través de grupos de procedencia extranjera, cuyos integrantes traían de sus países — Italia, Alemania, Francia, España — nociones de organización gremial e ideas sociales y justicieras. Los ensueños generosos de algunos pensadores argentinos, como Echeverría, y las ideas de gobierno republicano, basado en la libertad, la industria y la paz, preconizadas por Alberdi, constituían el antecedente nacional inmediato de una acción renovadora y de aliento social, pero su proyección en las relaciones entre el capital y el trabajo era débil, salvo algunos ensayos, como el Código laboral de 1904 y algunas leyes aisladas. Como resultado de esa participación obrera se produjeron las primeras huelgas importantes y, con la formación de sindicatos, se publicaron periódicos destinados a recoger los anhelos obreros en el sentido de mejores condiciones de vida y labor. Ese mismo año 1890 se celebra por primera vez en Buenos Aires el 1º de Mayo y, cuatro después, aparece *La Vanguardia*, órgano del Partido Socialista, fundado en 1896 bajo la inspiración clarividente del Dr. Juan B. Justo. En 1904 se escucha en el parlamento argentino la voz de un representante socialista, el Dr. Alfredo L. Palacio, quien obtiene varias leyes sociales y coadyuva, con su acción y la de su partido, al despertar de la conciencia proletaria.

En 1911, un ilustre presidente, el Dr. Roque Sáenz Peña, realiza una profunda transformación en las costumbres políticas y cívicas del país, al sancionarse la ley electoral de sufragio universal, secreto y obligatorio. Proveniente de la oligarquía ilustrada y liberal, Sáenz Peña abre el comicio al pueblo y pone término, con ejemplar decisión, a una larga etapa de escamoteos políticos. La democracia, primaria y poco experimentada, si se quiere, manifiéstase con libertad. En 1916 asume el gobierno del país la Unión Cívica Radical, partido multitudinario, más temperamental que programático, que hasta entonces había recurrido a la abstención electoral y a movimientos revolucionarios, guiado por lemas como el « cumplimiento de la Constitución », « respeto de la voluntad popular » y « a la cárcel los ladrones ».

No podríamos decir que todos los partidos políticos respondieran debidamente a su misión. Los conservadores, desalojados del poder, soñaban con reconquistarlo. Los radicales, frente a la responsabilidad de regir el país, no siempre estuvieron a la altura de sus deberes. El socialismo, fuerza educadora y de ideas definidas, si bien alcanzó con frecuencia victorias comiciales en la capital, era una minoría en el país. Un grupo dirigido por Lisandro de la Torre y guiado por propósitos progresistas y democráticos, ejercía influencia en la provincia de Santa Fe. Cabe reconocer que el pueblo, con los altibajos inherentes a todo aprendizaje político, demostró firme vocación democrática, a favor de derechos y libertades que — justo es anotarlo — no sufrieron mayores restricciones. Si corresponde formular algún cargo en este período de la evolución política-social argentina, no es precisamente a la ciudadanía sino a los partidos que no supieron responder a las exigencias de educación cívica y al serio planteamiento de los fundamentales problemas de la nación.

Al finalizar el segundo gobierno del radicalismo en 1928 — desempeñado normalmente por Marcelo T. de Alvear —, fué reelecto para ocupar la presidencia de la República el jefe de ese partido, Hipólito Irigoyen. Su gestión, debido sin duda a su avanzada edad y al desgaste natural de un partido sometido a la voluntad de un caudillo, suscitó críticas populares y parlamentarias fundadas. En septiembre de 1930 es derrocado por un golpe militar. Después de casi ochenta años de vida constitucional, con las fallas, errores y desviaciones señaladas, — y sin referirnos a la revolución de 1890, vencida por las autoridades, pero determinante de la renuncia posterior del presidente Juárez Celman, se interrumpía la regular sucesión gubernativa.

Fué una desgracia que las fuerzas militares se considerasen obligadas a intervenir en la acción política, sustituyendo

así la libre expresión cívica del pueblo que había comenzado a reprobar la conducta del gobierno en recientes comicios. Grave retroceso, pues el ejército estimóse árbitro de los pleitos políticos e inició una etapa nada edificante respecto a su disciplina y prestigio Las buenas intenciones proclamadas por el golpe militar de 1930 se vieron rápidamente anuladas por el monopolio político-electoral de personajes desalojados del poder tres lustros antes, y sólo una enérgica oposición democrática pudo desbaratar proyectos regresivos por ellos esbozados. Para orillar la aguda crisis planteada — sin salir de ella — debió recurrirse nuevamente al fraude comicial. De 1932 a 1943 el país retrograda, notoria y hondamente, en todo lo relativo a la verdad democrática. El gobierno surgido entonces, desempeñado por el general Agustín P. Justo, aun cuando realizó obra constructiva, no pudo o no quiso desechar los procedimmientos de fraude electoral que le dieron origen, sumiéndose el país, otra vez, en la abstención de fuertes núcleos y en sombrías perspectivas, acentuadas por el malestar económico-financiero. Superado éste, subsistía la crisis político-institucional. La industria, favorecida y estimulada, recibió poderoso impulso, mas no obstante la sanción de leyes sociales, propuestas y conquistadas por los socialistas y apoyadas por una organización sindical activa, era evidente la despreocupación oficial por asegurar a las clases laboriosas el nivel de vida a que tenían derecho. Acaso sirva de antecedente recordar que todos los esfuerzos parlamentarios encaminados a lograr una ley de salario mínimo — acreditados a lo largo de casi dos décadas — fueron inútiles.

Electo el Dr. Roberto Ortiz presidente de la República, siempre con sujeción a los mismos procedimientos anteriores, mostróse dispuesto a iniciar una política de reivindicación democrática y depuración cívica, procediendo a eliminar situaciones como la de la provincia de Buenos Aires, de marcado tinte fascista. Pero la enfermedad, primero, y las luchas intestinas del grupo gobernante, obligaron al presidente a renunciar, ocupando el cargo el vicepresidente Ramón Castillo. Su gestión singularizóse, en plena guerra, por una mal disimulada adhesión al nazifascismo. Olvidando compromisos internacionales, dióse a la absurda empresa de propiciar una neutralidad sospechosa, alentada por grupos militares desde mucho tiempo atrás influídos — para no decir más — por la prédica y el espejismo totalitarios. Comprobaciones de una investigación parlamentaria en que nos tocó actuar (1941-43), pusieron en evidencia la tolerancia culpable de ese gobierno respecto a los elementos nazifascistas que actuaban en el país y, desde luego, no le ocultaban su apoyo incondicional. Un periodismo subvencionado por la embajada alemana y grupos vernáculos dependientes de ella, económica e ideológicamente, procuraban envenenar la conciencia pública nacional. Altos personajes del régimen — civiles y militares — gozaban de su amplia protección. En lo atinente a la política interna, el Sr. Castillo, que alguna vez habló, en términos jactanciosos, de la « unanimidad de uno » para abonar sus actitudes, entregóse a preparar su sucesión por el mismo camino de componendas y fraudes recorrido hasta esa fecha.

Como surgió la dictadura

Es en tales circunstancias cuando se produce el golpe militar del 4 de junio de 1943.

Hemos dicho ya que los enunciados de la primera hora fueron olvidados, y cabe añadir que no pocos les dieron fe, esperanzados en su sinceridad y patrióticamente deseosos de que terminara un estado político reñido con la verdad del sufragio y con una leal interpretación de los sentimientos populares. La desilusión no tardó en llegar. En el curso de tres años, hasta su « legalización » en los comicios en 1946, el régimen adueñado del gobierno preparó maliciosa y diabólicamente una monstruosa máquina de propaganda, coacción y soborno. Todos los resortes del Estado, sometidos y utilizados impúdicamente para favorecer los planes en marcha se convirtieron en engranajes de esa máquina. Una ola de demagogia irresponsable y mendaz se desató sobre el país. El erario público sirvió a los mismos fines. La acción gremial de los trabajadores fué presa codiciada de la ambición despótica. Los sindicatos más

importantes se vieron abatidos por la fuerza y entregados a una política de mistificación y sojuzgamiento, encaminada a exaltar la figura y dar curso a las pretensiones del dictador en acecho. Gradualmente, con alevosa frialdad, todos los medios de expresión democrática fueron restringidos, regulados, aviesamente puestos en la órbita de un régimen absolutista. La prensa, la radiotelefonía, los partidos, las tribunas populares y políticas, los centros de estudios, la escuela, las organizaciones del trabajo y la economía siguieron la misma suerte de los gremios. La escasa y cada vez más retaceada posibilidad de actuar, fué desapareciendo tan pronto como asumió el gobierno, en 1946, el coronel Perón, ya general, y electo presidente, a pesar de sus declaraciones de no aceptar ascensos militares y de no querer ningún cargo público.

En verdad, la dictadura soportada por la Argentina se inicia casi simultáneamente con el golpe militar de 1943. Los leves atisbos de libertad no pasan de artimañas del régimen y sus usufructuarios para despistar y consumar mejor sus planes. A fines de ese año se disuelven los partidos políticos, se reglamenta, con lesión para sus derechos esenciales, la función del periodismo y se implanta la enseñanza religiosa, abolida en el país desde 1884, por la ley 1420. Las persecuciones, encarcelamientos, atropellos y violencias se suceden. Profesores y maestros prestigiosos son expulsados de sus cátedras. La vida cultural, intelectual y moral del país entra en un cono de sombras. Posesionado del poder, el régimen y su portavoz más interesado y temerario, asienta las bases de un predominio sin escrúpulos. Una acción demagógica y canallesca, al tiempo de acordar beneficios materiales que la carestía de la vida y la inflación tornan ilusorios, recoge residuos políticos de la más turbia extracción, fabricándose un conglomerado electoral. La violencia y la corrupción signan ya este tramo de la dictadura. La colaboración y la ambición de quien sería esposa y consocia del fautor principal de la aventura liberticida, agudizan los medios de atracción en el ambiente popular más ineducado política y socialmente, al par que erigen a la pareja gobernante — él, oscuro coronel hasta la víspera, ella, « artista » teatral de ínfima categoría — en dueños del país, dispensadores de prebendas y jueces inapelables de vidas y bienes.

La resistencia de la ciudadanía democrática, incluídos los sectores obreros independientes, se hizo presente desde el comienzo. No faltaron tampoco tentativas militares para poner término a un sistema de oprobio y depravación creciente. Los partidos políticos, en condiciones de actuar luego de año y medio de forzosa paralización, debieron afrontar nuevas trabas y dificultades. El periodismo no sometido a la férula dictatorial, como todos los otros instrumentos de la acción democrática, fueron cayendo en las redes de una política de anulación y absorción. El otorgamiento de cuotas de papel en que debían imprimirse los diarios y periódicos, la censura previa, la negativa del correo a distribuirlos, la constante amenaza de sanciones penales por críticas formuladas, la detención de sus directores y redactores jalonan, desde el primer instante, una *via crucis* lleno de sacrificios y peligros. Luego, asentado el régimen y en funcionamiento su máquina de opresión, vendría la clausura de órganos periodísticos como *La Vanguardia*, la incautación del gran diario *La Prensa* — una de las más altas tribunas del periodismo universal, — de *El Intransigente* y de decenas de publicaciones democráticas y opositoras. Atemorizadas y vigiladas, las imprentas negábanse a trabajar para las agrupaciones democráticas. La delación, el espionaje y la arbitrariedad fueron ley absoluta. Los pocos actos públicos que llegaban a celebrarse eran con frecuencia asaltados y disueltos por bandas sostenidas por la dictadura, como una titulada « Alianza Nacionalista », de conocida matriz totalitaria. Los recursos del Estado, dilapidados con criminal desaprensión, y las fuentes principales del trabajo y la economía del país olvidadas — sobre todo la actividad agropecuaria — para lanzarse a una descabellada política de industrialización de tipo bélico. Todo ello ante la esperanza de un nuevo conflicto internacional que la dictadura agitaba como salvación y a fin de justificar su zarandeada « tercera posición », más proxima ésta a

Moscú y a los grupos sobrevivientes del nazifascismo — acogidos y protegidos por ella en pago de servicios recibidos — que a las naciones democráticas. La despoblación del campo argentino, la emigración de grandes contingentes de trabajadores del interior seducidos por mejores salarios industriales y las comodidades de la ciudad, la total despreocupación por mecanizar las tareas agrícolas, tanto como la explotación de que se hizo víctimas a los agricultores durante la guerra, crearon problemas que gravitarán sensiblemente sobre una sana economía nacional. (Calcúlase que el área sembrada ha disminuído, desde 1938, en casi el 25 % y que se ha reducido la producción por hectárea.) La manipulación monetaria, el despilfarro de las reservas de divisas, una burocracia agobiadora e inútil, seguidos de una política bancaria oficial improvisada y presuntuosa, empobrecieron al país, mientras una neo-oligarquía de nuevos ricos y aprovechados traficantes empollados por la dictadura dejaba las impresiones digitales de sus peculados y sucios negocios en todos los aspectos de la administración y la actividad económica, financiera, comercial e industrial argentina.

Transcurrido el período presidencial de seis años, su titular, no sin antes afirmar que estaba lejos de su ánimo ser reelecto, reformó la Constitución, introduciéndole algunos remiendos sin trascendencia para disimular el designio perseguido : permitir su nueva elección, no admitida por la vieja Carta del país. Así fué. El clima político y social, el ambiente moral, cada día más asfixiante, lejos de atenuarse, no hizo sino mostrar con mayor crudeza, si cabe, los planes totalitarios que eran la base de sustentación del régimen. Adecuados a las modalidades del país, los regímenes despóticos implantados por el facsismo, el nazismo, el comunismo y el falangismo, tuvieron en la Argentina su réplica cabal. A un siglo de distancia, la resurrección de los métodos del tirano Rosas levantábase sobre el horizonte argentino como una terrible realidad. No faltó, en la desorbitada ambición dictatorial, su tendencia expansionista, de orden político y económico, con el objeto de perturbar la vida de países vecinos. El titu ado « anti-imperialismo », tan blasonado, no era óbice para que naciones como Paraguay, Chile, Bolivia y, en cierto modo, Brasil, sintieran los efectos de una penetración e ingerencia agraviante y plena de riesgos para su estabilidad política y su normal desarrollo económico. Numerosos « agregados obreros », que disfrazaban su tarea bajo el manto diplomático, eran los encargados de llevar la buena nueva del « justicialismo » a esos países, mientras se intentaba, no sólo la formación de un bloque en esta parte austral de América, sino convencer a los trabajadores de la urgencia de seguir las huellas del proletariado argentino para materializar su liberación del yugo capitalista. No es aventurado manifestar que esta infiltración ponzoñosa contó muchas veces con la colaboración comunista para canalizar semejante propaganda, preferentemente si ella facilitaba sus consignas antiyanquis. Profusa propaganda escrita, enviada desde la Argentina o directamente pagada en los países elegidos, trasmisiones radiales, millones de pesos y hasta armas ayudaban la consecución de estos planes, que en determinada oportunidad expusieron de viva voz, con insolencia rayana en la estupidez, en Santiago de Chile, los mismos jerarcas de la dictadura. No hay en America déspota o despotilla — entre los muchos que desmienten su buena tradición democrática — que no escuchara el canto de sirena del « justicialismo » ni recibiera con ruidosos homenajes recompensa merecida, sin duda porque estos « salvadores » *pro domo sua* necesitan protegerse mutuamente. Repúblicas altivas y celosas de su dign dad nacional, como Uruguay, fueron en cambio víctimas de la prepotencia demencial de la dictadura argentina, molesta por la libertad que hallaron siempre en la tierra de Rodó los millares de exilados civiles y mi itares que debían abandonar su patr a para no caer en las garras despóticas.

Proceso de descomposición político-moral

Es sabido que ningún dictador se atreve a presentarse como tal. Su preocupación es disimularlo, exhibiéndose como el cam-

peón de los derechos del pueblo y custodio de la patria y sus intereses. La dictadura argentina, cínica como pocas, no fué una excepción. Afirmó que la « era del fraude había terminado » y que, por fin, se acataba la voluntad del pueblo. Nada más falso. Porque si podía votarse libremente el día del comicio, todo el año vivíase fuera de la legalidad y en un clima de intimidación, de verdadero terrorismo moral. Acorralados los partidos, privados de manifestar sus opiniones por los medios propios de una democracia, fiscalizados y espiados los ciudadanos en el trabajo, en el hogar, en su correspondencia y conversaciones telefónicas, el fraude existe por mucho que se le niegue. Además, la limpieza de los padrones cívicos y caprichosas reformas a las leyes electorales justificaban dudas — que un análisis prolijo permitirá comprobar — sobre la autenticidad de los veredictos comiciales. Por otra parte, ¿ cómo puede decirse que se respeta la voluntad del pueblo, si éste, aherrojado y maniatado, debe soportar el tedioso monólogo del dictador, enemigo de todo diálogo y lenguaraz ensoberbecido y mentiroso ? Abundante legislación represiva y la aplicación de sanciones liberticidas, caídas en desuso durante años, eran recursos defensivos del despotismo imperante, para perseguir, acallar, encarcelar. No es exagerado afirmar que decenas de millares de argentinos honorables — obreros, profesionales, intelectuales, comerciantes, militares, hombres y mujeres de todas las clases sociales —, han pagado con prisión su resistencia a la dictadura, para no hablar de las torturas físicas y del asesinato de no pocos, como consecuencia de castigos infligidos mientras estuvieron privados de su libertad.

No es menos falsa la propaganda dictatorial en su empeño de mostrarse como un gobierno obrerista, « descamisado », al servicio de una « revolución nacional ». Los obreros, engañados y regimentados, con sus sindicatos-títeres y una central obrera que era la agencia político-electoral más importante del régimen, carecían de la mínima autonomía para actuar y defender sus derechos. Sólo se reconocían aquellos cuya dependencia y servilismo no ofrecía reparos ; el derecho de huelga fué abolido, sumando millares el número de ellas declaradas ilegales cuando los trabajadores reclamaban más altos salarios y el libre ejercicio de su actividad gremial. Agrupaciones sindicales de todo el país fueron intervenidas o disueltas para ser suplantadas en su dirección por elementos dóciles y cuya función consistía en domesticar, reclutar y delatar — claro está que abundantemente recompensados para que se enriquecieran y medraran — a sus propios compañeros de labor. En esta acción desquiciadora del auténtico movimiento obrero no podemos dejar de mencionar la conducta comunista, siempre zigzagueante y perturbadora, llegando a sumar sus efectivos, con fines de supuesta captación, a los sindicatos de la dictadura. Idéntica actitud insidiosa asumieron frente a la decisión de derrocarla, declarándose, toda vez que fracasaba alguna tentativa revolucionaria, como « antigolpistas » o denunciándola como movida por la mano imperialista.

La « revolución nacional » de que hablara la dictadura no pasó de total subversión. Un Estado policíaco, de orientación corporativa, sólo consiguió consolidar un sistema de « gangsterismo » político y social. Los métodos aplicados por los *rackets* en Estados Unidos — bandas de delincuentes que extorsionan a comerciantes de un ramo o zona determinados con el pago de una suma de dinero para dejarlos ejercer su actividad —, se extendieron y generalizaron a todos los ámbitos de la vida argentina. La simonía y la venalidad regían soberanas. Procurábase doblegar y, al mismo tiempo, amasar fabulosas fortunas. Y no sólo en los sectores vinculados a la actividad civil ; también en las esferas de las fuerzas armadas la corrupción y el soborno constituían medios de catequización y acatamiento a la voluntad dictatorial. La « independencia económica » y la « soberanía política » — tema de arengas vocingleras — no fueron otra cosa que un manto para cubrir una escandalosa estafa de la opinión popular y obrera. Falta de principios y de normas morales, la dictadura se fabricaba doctrinas y teorías como los cómicos acomodan su faz según el papel que representen ante el público. Una « doctrina nacional », compendio de aquellos lemas, no tenía en vista sino el plan de repudiar la mejor tradición histórica del

país y su sentido democrático y humanista, para echar en olvido el pensamiento y la obra de los fundadores y constructores de la nacionalidad, identificando con la patria y como único depositario de sus destinos al dictador. Por una ley del Congreso se hizo proclamar « Libertador de la República » y a su cónyuge, « Jefa espiritual de la Nación ».

La pérfida propaganda destinada a probar su acción en favor de la « independencia económica » y de la « soberanía política » es desmentida por los hechos. Las llamadas nacionalizaciones de algunos servicios públicos desembocaron en una política desastrosa, en cuanto a la eficiencia y economía de los mismos, transformándose los ferrocarriles, teléfonos, etc. en nuevos instrumentos de penetración política dictatorial. El altanero desprecio hacia el capital extranjero, en horas de abundancia de divisas, tornóse en mendicante peregrinación hacia Wall Street para conseguir la migaja de unos pocos dólares. Y pocos días antes de caer, la dictadura trataba de hacer aprobar por su parlamento — sumiso a las órdenes del amo — un convenio-concesión leonino entre el gobierno argentino y la California Argentina de Petróleos S. A. del Estado de Delaware, dejando a merced de la compañía extranjera casi cinco millones de hectáreas, con toda clase de franquicias y derechos para ella y asumiendo el Estado obligaciones ilimitadas, más la renuncia, no sólo a intereses vitales para su economía sino al más elemental resguardo de su soberanía. Todo esto a pesar del artículo 40 de la Constitución « justicialista » y de los arrestos anti-imperialistas de mejores tiempos.

Obrerista y anticapitalista según las conveniencias de su política interna, la dictadura, improvisando posiciones tácticas y ajustándose a las cambiantes exigencias de su calamitoso desgobierno, no trepidaba en presentarse más tarde como capitalista de viejo cuño, al servicio de consorcios extranjeros y sin energía suficiente para castigar y frenar los abusos y la delictuosa y corruptora ingerencia de poderosos trusts, como en el caso de la electricidad.

La misma conducta y carencia de solvencia moral y política era manifiesta en todos los ámbitos nacionales. Los gobiernos de provincia, meros apéndices de la política centralizadora, de unicato, del gobierno central, con la muerte del federalismo tradicional del país, aparte ser esos gobiernos focos permanentes de inmoralidad y asalto de los dineros públicos. La justicia, sometida a la férula dictatorial carente de autoridad e independencia, pues sus magistrados y funcionarios no obedecían sino las imposiciones del dictador y sus fallos, cuando no tenían un tarifa, no eran más que venganzas políticas o de camarillas. La escuela, transformada en vehículo de una prédica de idolatría y fanatismo despóticos, rebajada y desvirtuada en su misión educadora e instructiva, para falsear la enseñanza democrática y alimentar la mente infantil con prédicas tendenciosas de finalidad proselitista. ¿ Y qué decir de las universidades, centros científicos, entidades culturales y literarias? Todo bajo la mano dominadora de la dictadura y entregado a elementos sin ninguna significación intelectual ni ética.

Es indudable que la firme resistencia democrática del país, salvando una política embrutecedora y de raíz y finalidad totalitarias, impidió que la dictadura realizara con la amplitud deseada los planes que se había propuesto. Su ideal era llegar al « partido único », como había llegado al texto único en las escuelas. Hablaba de « organizaciones del pueblo » y perseguía la finalidad de un régimen corporativo, presente en las Constituciones de las nuevas provincias del Chaco y La Pampa, rebautizadas con el nombre del dictador y su esposa. La C. G. T., agrupaba a los trabajadores ; las fuerzas patronales y económicas, sometidas a una Confederación General Económica ; bajo la sigla de C. G. P., agrupábase a los profesionales ; la juventud aparecía igualmente arreba- ñada y unificada en la Confederación General Universitaria y en la Unión de Estudiantes Secundarios, la ya célebre U. E. S. que llegó a ser, en la vesania dictatorial, so pretexto de actividades deportivas, seguro refugio para sus desahogos libidinosos. Estas agrupaciones, pagadas con dineros públicos, eran creaciones artificiales, forzosas y fomentaban, antes que nada, una política de sojuzgamiento y espionaje.

y como es lógico, para emplearlas como instrumentos de sus planes tendientes a someter a vastos sectores nacionales. Complemento de tales creaciones, la « policía federal » y « control de Estado » tenían a su cargo una acción persecutoria y siniestra para aventar el menor signo de altivez y castigar fieramente a quienes no consintieran o aplaudieran a la dictadura.

Semejante cuadro de despilfarro, amoralidad y amedrentamiento presenta, a estas horas, una visión de quiebra que viene a destacar el fondo de decadencia política, social y moral sobre el que había levantado su máquina de opresión el régimen. Cifras provisionales, en efecto, permiten saber que « la deuda pública es superior a los 70.000 millones de pesos, que los medios de pago exceden los 50.900 millones, comprendidos los 32.000 millones a que alcanza el valor en pesos de los billetes circulantes, mientras decrecen los bienes que los respaldan, y que la deuda exterior alcanza a una cifra que oscila en los 1.200 millones de dólares, suma en que se incluyen los créditos comerciales no satisfechos, con requerimientos pendientes, y los saldos negativos de los convenios suscriptos con los diversos países ». El dictador afirmaba a quien quería oirlo que el país no debía un peso (1).

(1) Días después de escrito esto, publicóse un primer informe oficial sobre el estado económico de la Argentina, señalándose que el país está frente a la crisis más seria de toda su historia. Pocos datos servirán para orientar al lector : la reserva de oro y divisas, que al terminar la guerra (1946) era de 1.682 millones de dólares, se ha convertido en una deuda al exterior, de exigencia perentoria, que asciende a 757 millones de dólares y para cuya atención sólo se dispone de 450 millones de dólares, de los cuales 350 están en metálico y el resto en divisas, resultando un déficit de 307 millones.

El informe indica asimismo que el aumento de dinero por habitante ha sido de 500 % en los últimos diez años, mientras que la producción del país, también por habitante, sólo se acrecentó en el 3,5 % durante el mismo período. Señálanse como factores principales de este proceso inflacionista el déficit en las operaciones de granos (3.500 millones de pesos) el déficit en la explotación de los transportes (2.000 millones de pesos) y la financiación hipotecaria (4.200 millones de pesos) cifras todas estas correspondientes al año 1955.

Por último, el informe destaca que la deuda pública nacional ha pasado de 9.000 millones en 1945 a un mínimo de 70.000 millones de pesos en 1955.

Frente al porvenir

Digamos ahora, en momento en que el país se recobra de tanto oprobio y mientras orienta sus pasos a una obra de recuperación, depuración y reconstrucción, que la dictadura pudo mantenerse en el poder doce años, pero que necesitó para ello agotar todo el arsenal de la violencia y extremar su política de odios, en una lucha sin tregua de más de un decenio, en batalla desigual y porfiada contra el ominoso régimen tiránico. La acción de la resistencia civil encontró eco en el seno de los grupos más esclarecidos de las fuerzas armadas, la marina en primer lugar. El 16 de junio de este año la dictadura recibió una dramática advertencia. Pudo milagrosamente sortear el peligro, pero la amenaza no había desaparecido. El dictador, como lo hacía siempre que su posición tambaleaba, habló un lenguaje desconocido. Propuso la « pacificación política » y declaró que dejaba de ser el jefe de una revolución — que daba por terminada — para ser el presidente de todos los argentinos Nadie lo creyó. Estaban frescas en el recuerdo público sus promesas anteriores, y no se había olvidado el ataque e incendio de sedes partidarias, entre ellas la de la Casa del Pueblo de Buenos Aires, que destruyó una biblioteca obrera y social con más de 80 mil volúmenes, ni el de instituciones que tenían valiosísimo caudal de libros y obras de arte, ni de templos católicos, ni la farsa inicua de la quema de la bandera nacional, atribuída a manifestantes opositores y obra exclusiva del mismo gobierno. ¿ Quién podía, sin pecar de ingenuo o cómplice, aceptar las palabras magnánimas y generosas del dictador asustado ?

Llega el 31 de agosto. La situación, aparentemente dominada por la dictadura, presenta constantes riesgos para la estabilidad del régimen. El dictador, fiel a su política de engaño, somete su renuncia a las « organizaciones del pueblo », hechura suya e integradas por secuaces y cebados sirvientes. El tono de la nota era, tratándose de semejante espécimen, mesurado. Pero lo escrito en la madrugada, para superar dificultades internas, es olviado por la tarde, y ante un auditorio reclutado y preparado por los medios habituales, retira su renuncia y amenaza, tremebundo, con la eliminación de cinco adversarios por cada uno de los suyos que caiga. En la intimidad de su pensamiento, sintiéndose perdido, y con vista a impresionar a los militares, el dictador acariciaba el plan de desatar la guerra civil para salvarse y habló alguna vez, por entonces, de una nueva noche de San Bartolomé o « Bogotada » en Buenos Aires.

Sus días estaban contados. De nada valían las demostraciones que se hacía organizar y los homenajes y pruebas de solidaridad de sus cómplices. La resistencia civil y militar tomaba posiciones y aprestábase a librar su combate decisivo. Fué el 16 de septiembre. Córdoba, Puerto Belgrano (base naval sita en la ciudad de Bahía Blanca), las provincias de la zona de Cuyo (Mendoza, San Juan y San Luis), levantaron la bandera de la revolución libertadora. El tirano fué vencido y, como siempre sucede, huyó ; fué a refugiarse en una cañonera paraguaya, a la sazón en el puerto de Buenos Aires.

Toda la República vivió días de emoción inenarrable. La Argentina renacía a la libertad y a la democracia. Y, una vez más, y en este caso por una revolución preparada, sostenida y librada por fuerzas del propio país, demostrábase cuán endebles son los cimientos sobre los que asienta su imperio el poderío despótico y cómo sus creaciones, amenazas y bravuconadas nada pueden, en definitiva, ante el arrollador empuje de un pueblo cuya salud moral y fervor democrático no contaminó ni destruyó con el virus de su demencial megalomanía un brote del totalitarismo trasplantado a tierras de América.

Una nueva etapa histórica abre para la Argentina, y, así lo creemos, para América toda, la victoria de la revolución libertadora. Será una etapa de grandes y altas empresas, que comprometen a colaboración de todos os demócratas de país. Habrá que esclarecer, educar y orientar a a clase trabajadora víctima de un decenio de infamia y demagogia. Habrá que ampliar y perfeccionar las bases sociales, de libertad y justicia, de la democracia argentina. Habrá que consolidar y extender la obra de una Revolución que es fruto de la lucha y el heroísmo civil y militar de la República toda, no de facción, ni ideología, ni credo alguno y cuyos beneficios han de abarcar a todo el pueblo, no a determinados grupos ni intereses.

Tenemos confianza en el porvenir y en la conducta, capacidad e inspiraciones de la mayoría de pueblo argentino. Un pueblo al que no consiguió doblegar una de las dictaduras más cínicas y rapaces del continente, que es mucho decir ; un pueblo cuya juventud obrera y estudiosa no ha vendido su dignidad y su fe republicana ; un pueblo que no renegó de su noble tradición histórica, progresista y humanista, cuyo himno proclama a la faz del mundo ; en triple grito augural, la libertad como razón y fundamento de su existencia.

Pensamos que la clase obrera, los partidos políticos, los hombres independientes de probada fidelidad a los ideales democráticos, las entidades culturales, la ciudadanía toda sabrá responder al mandato de esta hora promisoria y plena de responsabilidades. Y pensamos también que el ejemplo argentino — de una Argentina reconquistada para la democracia en el mundo, destruído el foco totalitario — alentará a los otros pueblos de América y del mundo sometidos a regímenes dictatoriales, para sacudir y romper las cadenas que los esclavizan.

Tal es nuestra esperanza, reflexiva y fundada, y este es el sentido solidario de un mensaje liberador.

JUAN ANTONIO SOLARI

ENSAYO SOBRE EL ESNOBISMO

POR ARTHUR KOESTLER

UN ensayo sobre el esnobismo es una empresa casi tan exenta de humor como un ensayo sobre el humor, cosa que ya he hecho también. Pero hace muchos años que este asunto viene fascinándome (especialmente desde que me he establecido en Inglaterra), y poco a poco he ido convenciéndome de que el esnobismo no es solamente una estúpida debilidad humana, sino también un fenómeno básico de la mentalidad del hombre moderno, un síntoma que refleja la enfermedad general, el desplazamiento de los valores culturales y sociales de la civilización contemporánea.

I

EN la época anterior a Hitler, en la etapa de desorden de la República de Weimar, conocí en Berlín a una muchacha que trabajaba en una empresa editorial de extrema izquierda. Mary B. era linda, inteligente y tenía una marcada tendencia a la promiscuidad. Su conducta era motivo de bromas frecuentes, y hasta se decía que tuvo relaciones íntimas con todos los autores de la casa que habían vendido más de 20.000 ejemplares de sus libros. Como yo no había escrito aún ninguno, era evidente que no tenía probabilidades de obtener los favores de Mary ; pero éramos amigos y, un día, le pregunté si ese rumor era cierto. Mary contestó muy seria que, en general, era así ; y entonces, me explicó la razón de lo que parecía ser un caso extremo de esnobismo literario.

Esta joven procedía de una distinguida familia luterana, de ideas muy estrictas, de Prusia Oriental. A los veinte años había huído de su casa « para vivir su propia vida ». Se había enamorado sucesivamente de numerosos jóvenes, pero su placer erótico se había visto frustrado por el profundo arraigo que tenía en ella la idea del pecado. A los veintiún años se sintió atraída por un célebre escritor que, físicamente, no le gustaba ; pero con gran sorpresa suya, experimentó las sensaciones que en otras ocasiones habían fallado, sin que por ello se sintiera culpable. Este incidente fué el comienzo de su « complejo de los de más de 20.000 ».

Ella misma encontró la explicación de este fenómeno, explicación que tomó la forma de un diálogo imaginario con su severo padre :

« — Ya ves, papá, que el hecho de tener relaciones íntimas con un hombre célebre no tiene nada de frívolo : es como meterse en la cama con la Historia ¿ Quién se atrevería a vituperar a María Walevska por haberse entregado a Napoleón ? Todo lo que se hace con un hombre célebre queda redimido de su carácter pecaminoso, al convertirse en una anécdota histórica ».

Mary pereció víctima de su complejo. Tuvo por amante a Michael Kolzov, el por entonces célebre corresponsal de la *Pravda*. Era éste un hombre pequeño, de aspecto insignificante, que carecía de todo encanto físico ; pero el número de sus lectores no era ya de 20.000, sino que pasaba de dos millones. En el curso de la gran purga rusa de 1938, Kolzov desapareció, y con él desapareció Mary. Más adelante volveré sobre este caso, porque creo que me ayudará a aclarar alguno de los aspectos más obscuros de la psicología del esnobismo.

II

UNA amiga mía, a la que llamaré Brenda, recibió de manos de uno de sus admiradores, el día de su cumpleaños, un dibujo de Picasso, en un sencillo marco moderno. Era un admirable trabajo típico del período « clásico » de este pintor : representaba a un adolescente griego, llevando en sus brazos a una joven. Los contornos de ambas figuras se confundían, y casi resultaba imposible distinguirlos, como si fueran dos hermanos siameses, con miembros comunes ; pero el efecto de conjunto era armonioso y encantador. Parecía una litografía, aunque no llevaba número de serie, por lo que Brenda lo consideró como una reproducción y, desilusionada, en cierto modo, por el regalo, lo colgó en la escalera. Varias semanas después, volví a visitarla y vi el dibujo colgado encima de la chimenea del salón. « Veo que la reproducción de Picasso ha subido de categoría », le dije. « *¡ Reproducción !* », exclamó indignada. « Ha resultado ser un *original*. Es hermoso, ¿ verdad ? Mira esa línea de la cadera de la muchacha... »

En realidad, era un *original*, un regalo que el balbuciente y apasionado admirador había calificado tímidamente de modesto. Pero como era un dibujo, formado tan sólo por un contorno negro, sobre papel blanco, fué necesario que un experto, o por lo menos una buena lupa, decidiera si era un original, una litografía o una reproducción. Ni Brenda, ni ninguno de sus visitantes podía distinguir la diferencia. No obstante, todos consideraron indiscutible que un original merecía ser presentado con la máxima ostentación, en tanto que el lugar de una reproducción es, cuando más, la escalera.

Ahora trataré de analizar con más detalle la razón que existe para esa actitud tan natural, en apariencia. No hay duda de que el original es mucho más valioso que una reproducción ; pero rechazaríamos con indignación la idea de que un dibujo se exhibe sencillamente por ser caro. En estas cuestiones pretendemos guiarnos por consideraciones puramente estéticas. Además, hay que suponer que nuestro menosprecio por una reproducción tiene su origen en la deficiente calidad, y aún más deficiente elección de los asuntos, de las estampas de la época victoriana. Pero las técnicas de impresión modernas han realizado milagros, y a veces es casi imposible distinguir del original algunas reproducciones de acuarelas de Ganymede. En el caso concreto de dibujos a lápiz encontramos una perfecta equivalencia estética entre el original y la reproducción.

Y no obstante, existe algo indignante en esta equivalencia. Hasta se requiere cierto valor para reconocer que el efecto estético de una copia puede confundirse con el del original. Vivimos en la edad de la producción en serie estereotipada ; y después de los muebles en serie, de las casas prefabricadas en masa, la idea de que pueda reproducirse en masa a Piero della Francesca nos parece irritante. Sin embargo, la fabricación en serie de discos de gramófono o de libros no nos produce la misma indignación, a pesar de que también entran en la categoría de « reproducciones ». Entonces, ¿ por qué preferir, según los medios de que dispone cada cual, una obra pictórica original de segunda clase, a una excelente reproducción de una obra maestra ? ¿ Preferirían Vds. leer a un joven poeta en manuscrito, que a Shakespeare en una edición en rústica ?

Nuestro argumento parece que no ha sido convincente. Veamos lo que la propia Brenda dice, para explicar su conducta, en un diálogo con el autor de este ensayo :

B. — Sencillamente, no puedo comprender por qué se habla y alborota tanto acerca de todo esto. *Es natural* que mi

actitud respecto del dibujo haya cambiado, desde que he sabido que está hecho por el propio Picasso. Esto no tiene nada que ver con el esnobismo, pues se debe solamente a que antes no me lo habían dicho.

K. — Tu actitud ha cambiado, pero ¿ acaso ha cambiado ese objeto que pende de la pared ?

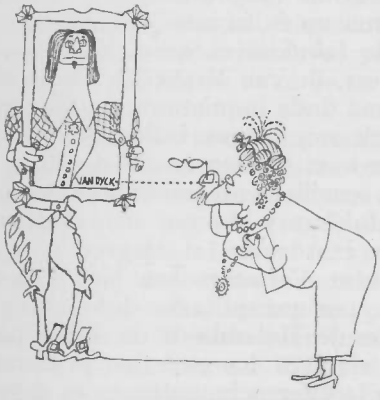
B. — ¡ Claro que no ! ¡ Pero ahora lo veo de otra manera !

K. — Me gustaría saber qué es lo que determina tu actitud ante una obra pictórica, en general.

B. — Su calidad, por supuesto.

K. — Y ¿ qué es lo que determina la calidad ?

B. — ¡ Oh, no seas tan alambicado ! El color, la composición, el equilibrio, la armonía, la fuerza y otras muchas cosas.



K. — Entonces, ¿ al contemplar un cuadro, te dejas llevar por la apreciación puramente estética, que depende de las cualidades que acabas de mencionar ?

B. — Desde luego.

K. — Pues como ese dibujo no ha cambiado, ni sus cualidades, tampoco, ¿ cómo ha podido cambiar tu actitud ?

B. — ¡ Ya te lo dije antes, idiota ! Por supuesto, mi actitud respecto del dibujo es diferente, ahora que sé que no es una reproducción de entre un millón, sino que ha sido dibujado por el propio Picasso. ¿ No lo entiendes ?

K. — No, no lo entiendo. Te estás contradiciendo. Ni el hecho de que el objeto sea raro, ni la manera como se ha producido alteran las cualidades del mismo, y por lo tanto, no deberían modificar tu juicio, si éste se basara realmente en un criterio puramente estético, como tú aseguras. Pero no hay tal cosa. Tu juicio no se basa en lo que *ves*, sino en una información puramente accidental, que puede ser exacta o errónea, y que es completamente ajena al objeto en sí.

B. — ¿ Errónea ? ¿ Cómo *te atreves* a insinuar que mi Picasso no es original ? ¿ Y cómo *te atreves* a decir que el haberlo dibujado él mismo, es una cuestión ajena al objeto ?

Y así hubiera continuado indefinidamente. Sin embargo, Brenda no es estúpida ; pero es víctima de una confusión, al creer que su actitud en relación con un objeto de arte está determinada por consideraciones puramente estéticas, cuando en realidad está decididamente influenciada por factores de un orden totalmente distinto. Es incapaz de ver ese dibujo, prescindiendo de la circunstancia del conocimiento de su origen. Y si llegara a saber que, al fin y al cabo, no es sino una reproducción, su actitud volvería a cambiar, de conformidad con el cambio de dicha circunstancia. Además, su indignación es sincera, cuando se sugiere que ese origen no tiene nada que ver con el valor estético intrínseco. Porque, en nuestra mente, la cuestión de origen, de autor o de autenticidad, *aunque en sí misma sea ajena al valor estético*, se confunde de manera tan íntima y tan inseparable con nuestra actitud respecto del objeto, que consideramos casi imposible separar una de otra. De este modo, Brenda proyecta inconscientemente una escala de valores sobre un sistema de valores completamante distintos.

Entonces, ¿ Brenda es una esnob ? Eso depende de la definición del esnobismo, a la que esperamos llegar al final de este estudio. Pero quisiera sugerir, como una hipótesis previa, que este proceso de aplicar, inconscientemente a una materia dada un juicio derivado de otro sistema de valores constituye la esencia del fenómeno del esnobismo. Según este criterio, Brenda *no sería* esnob, si hubiera dicho : « La reproducción, en este caso, es exactamente tan bella como el original. Pero la una me impresiona más que la otra, por razones

que no tienen nada que ver con la belleza ». Es una esnob inconsciente, porque no es capaz de distinguir entre los dos elementos de su experiencia ; incapaz de dar un nombre a la causa ajena a su juicio estético desviado o de percatarse de esa desviación.

Me doy cuenta de que estoy analizando con machaconería una cuestión que, en apariencia, es evidente. Pero en seguida advertiremos que es menos evidente, si pasamos a otro problema distinto, aunque relacionado con éste.

III

En 1948, un alemán llamado Dietrich Fey, restaurador de obras de arte, que se había encargado de efectuar unas reparaciones en la antigua iglesia de Santa María en Lubeck, declaró que sus obreros habían descubierto en los muros de la iglesia, bajo una capa de yeso, las huellas de unos frescos góticos, que databan del siglo XIII. La restauración de las pinturas fué confiada el ayudante de Fey, Lothar Malskat, que terminó el trabajo dos años después. En 1950, el Canciller Adenauer presidió las ceremonias, con las que se celebró el término de la restauración, en presencia de peritos de arte, procedentes de toda Europa. La opinión unánime, expresada por el Canciller Adenauer, fué que los veintiún santos góticos del siglo XIII, pintados en los muros de la iglesia, constituían « un tesoro valioso, por ser el descubrimiento fabuloso de obras maestras, que habían estado perdidas ».

Ni en aquella ocasión, ni en otras ulteriores, ninguno de los expertos manifestó la menor duda en cuanto a la autenticidad de los frescos. Fué el propio Malskat quien, dos años más tarde, descubrió el fraude. Se presentó espontáneamente en la Jefatura de Policía de Lubeck y declaró que los frescos eran enteramente obra suya, llevada a cabo por orden de su patrono, el Sr. Fey ; y pidió que se le juzgara como falsificador. No obstante, los más famosos expertos de arte alemanes, persistieron en su opinión. Los frescos, dijeron, son indudablemente auténticos, y Malskat busca tan sólo hacerse una publicidad a poca costa. Se designó una Junta Especial de Investigación, que llegó a la concluir que la restauración de las pinturas murales era un fraude..., pero lo vió sólo después que Malskat hubo confesado que había fabricado también centenares de pinturas de Rembrandt, Watteau, Toulouse Lautrec, Picasso, Henri Rousseau, Corot, Chagall, Vlaminck y otros maestros, y que las había vendido como originales. Algunas de estas falsificaciones fueron encontradas, en efecto, por la policía en el domicilio de Fey. Sin este *cuerpo del delito*, es dudoso que los pertios alemanes hubiesen admitido nunca que habían sido objeto de un engaño.

Mi propósito no es demostrar la falibilidad de los peritos. La hazaña de Malskat es tan sólo la más reciente de un gran número de falsificaciones y burlas que tuvieron un éxito semejante, y entre ellas, la más fabulosa es quizá la de los falsos Vermeer, de van Megeeren. Pero esto suscita una duda inquietante : ¿ los santos de Lubeck son menos bellos, y han cesado de ser « un valioso tesoro de obras maestras », sencillamente por haber sido pintados por Malskat y no por otro pintor cualquiera ? Además, si Megeeren es capaz de pintar Vermeers tan bien como Vermeer, ¿ por qué quitarlos de los muros de los museos de Holanda o de otros países ? Si ni siquiera los expertos pudieron descubrir la diferencia, entonces es seguro que los falsos Vermeer deben procurar a los visitantes habituales de los museos tanto placer estético, como los auténticos. Lo único que deben hacer los conservadores es cambiar en el catálogo el nombre de Vermeer por el de Megeeren.

Existen varias respuestas para esta serie de argumentos ; pero, antes de analizarlas, deseo continuar desempeñando el papel de *advocatus diaboli*, examinando un ejemplo de falsificación, en otra materia : el « Osián », de Macpherson. El caso es tan notorio, que bastará con mencionar brevemente los hechos. James Macpherson (1736-96), poeta y aventurero escocés, afirmó que, en el curso de sus viajes a través de los « Highlands », había descubierto unos antiguos manuscritos gaélicos. Entusiastas *literatos* escoceses abrieron una suscripción,

para permitir a Macpherson continuar sus investigaciones, y en 1761, el poeta publicó : *Fingal, antiguo poema épico, en seis libros, así como otros varios poemas compuestos por Osián, hijo de Fingal.* (Osián es el héroe legendario del siglo III y el bardo de la literatura celta). A la edición de Fingal siguió pronto la publicación de otro poema épico, aún más extenso, llamado *Temora*, y a éste, una colección de versos, titulada *Las obras de Osián*. La autenticidad del texto de Macpherson fué puesta inmediatamente en duda en Inglaterra, especialmente por el Dr. Johnson (a quien Macpherson contestó desafiándole a batirse en duelo) ; y mientras éste vivió, Macpherson se negó, bajo diferentes pretextos que no convencieron a nadie, a publicar los supuestos originales gaélicos. A fines del siglo XVIII, la controversia quedó terminada, y se comprobó que, si bien Macpherson había utilizado fragmentos de antigua erudición celta, la mayor parte de los « textos osiánicos » eran de su propia fabricación.

Y aquí surge de nuevo la cuestión de saber si la calidad poética de la obra en sí se altera por el hecho de que fuera escrita, no por Osián, el hijo de Fingal, sino por James Macpherson. Los « textos osiánicos » fueron traducidos a muchas lenguas y tuvieron una influencia considerable en el clima literario y cultural de la Europa de fines del siglo XVIII y de principios del XIX. He aquí como la *Encyclopedia Britannica* resume su juicio sobre Macpherson :

« Los diferentes orígenes de su obra y « la carencia de valor de ésta, como « transcripción de auténticos poemas cél- « ticos, no alteran el hecho de haber pro- « ducido una obra de arte que... influyó « más que ninguna otra en el nacimiento « del movimiento romántico en la literatura « europea y, especialmente, en Alemania... « Herder y Gœthe... figuraban entre sus « admiradores más sinceros ».

Nunca se acabaría de presentar ejemplos de esta clase. En todo tiempo se han falsificado, copiado e imitado muebles antiguos, estatuas romanas, figuras griegas de Tanagra y Vírgenes italianas ; el valor que les atribuímos no está determinado por la apreciación estética y el placer de los ojos, sino por el juicio precario, y a menudo inseguro, de los expertos. Un cuadro mediocre, pero auténtico, de un maestro conocido se tiene en mayor estima que una obra de arte estéticamente superior de un alumno desconocido o de su « escuela », no sólo por los comerciantes en obras de arte, guiados por el deseo de hacer una « inversión », sino también por todos nosotros, incluso el que esto escribe. ¿ Es que somos todos esnobs, para los que una firma, el testimonio de un perito o el matasellos de un período determinado tienen más importancia que la belleza intrínseca del objeto ? Y ¿ qué decir de las obras discutidas de Shakespeare y de Juan-Sebastián Bach ? ¿ Acaso sus cualidades dramáticas, poéticas o musicales dependen de la controversia interminable entre especialistas y eruditos ?

IV

AHORA voy a presentar este caso, desde el punto de vista de la defensa. Lo que tengo que decir, se puede resumir en una sola frase : nuestra apreciación de cualquier obra literaria o de arte, en general, no es nunca un acto unitario, sino el resultado de dos procesos independientes y simultáneos, que tienden a falsearse mutuamente.

Cuando contemplamos un antiguo fresco egipcio, no lo admiramos por su valor intrínseco, sino por haber sincronizado inconscientemente nuestro espíritu con los valores de aquella época. Sabemos, por ejemplo, que los egipcios no habían descubierto la técnica de la perspectiva en profundidad. Sabemos que en ciertas pinturas murales egipcias el tamaño de las figuras se halla determinado por su rango social relativo. De manera similar, contemplamos cada pintura a través de un doble marco : el marco concreto que la aisla de todo lo que la rodea, creando para ella un hueco en el espacio, que la presenta tal como es ; y el inconsciente marco psicológico de nuestra mente, que crea para ella un hueco en el tiempo y la sitúa en el período y el clima cultural que le son propios. Cada vez que pensamos esto, hacemos

un juicio puramente estético, basado en la percepción sensorial pura ; y en realidad, hacemos un juicio en relación con este segundo marco, o contexto, o aspecto mental.

Una obra de arte, literaria o musical, puede apreciarse tan sólo sobre el fondo del período en que fué creada, y eso es lo que hacemos inconscientemente. Cuando creemos ingenuamente que aplicamos un criterio absoluto, lo que hacemos en realidad es aplicar criterios relativos. Cuando contemplamos por primera vez un falso Vermeer, creyendo que es auténtico, y la segunda vez, sabiendo que es una imitación, nuestra experiencia estética cambia por completo, en efecto, a pesar de que el cuadro sigue siendo el mismo. Es porque ahora lo contemplamos en un marco psicológico diferente, y por lo tanto lo miramos efectivamente de modo distinto. Las mismas consideraciones se aplican al que ha perpetrado la falsificación. Es posible que sepa imitar la técnica de la escuela flamenca del siglo XVIII ; pero no hubiera sido capaz de pintar espontáneamente como Vermeer, porque su organización visual es distinta, su percepción de la realidad es diferente, y porque no puede, a no ser mediante un esfuerzo artificial, borrar de su mente la experiencia acumulada de todo lo que ha evolucionado la pintura, desde la época de Vermeer. Y si, gracias a un *tour de force*, un artista contemporáneo lograse acomodar su propia visión a la de los flamencos del siglo XVIII o del Quatrocento italiano, tendría que valerse de la hipnosis colectiva para ajustar, de manera similar, la visión de sus clientes.

Podemos añadir nuevos elementos a nuestra experiencia, pero no podemos sustraernos a ellos. Cuando Picasso decide desdeñar las leyes de la perspectiva, eso significa que ha pasado a través de cierta técnica y que la ha rebasado ; al contrario del pintor egipcio, que no la había adquirido aún. La evolución es un proceso irreversible ; la cultura de un período puede, en apariencia, orientarse en la misma dirección que otra anterior, pero lo hace desde otra vuelta de la espiral. Un primitivo moderno es diferente de un primitivo, efectivamente primitivo ; el clásico contemporáneo es distinto de cualquier otro clásico ; sólo una mentalidad desequilibrada es capaz de amputar una parte del pasado.

Y no obstante, cuando contemplamos las obras del pasado, hemos de realizar precisamente ese proceso de sustracción mental, sincronizando nuestra mente al clima y a la experiencia del período en cuestión. Para poder apreciarlas, hemos de penetrar en su espíritu, olvidando nuestra experiencia moderna y todo lo que hemos aprendido desde la poesía épica de Homero o desde que se crearon los mosaicos bizantinos. Hemos de descender en el pasado, dejando en blanco nuestra mente ; y al hacerlo así, condescendemos inconscientemente. Cerramos los ojos a las imperfecciones de la técnica, a las ingenuidades de la percepción, a las supersticiones dominantes, a las limitaciones de conocimiento, a los errores de hecho. Hacemos concesiones. Una ligera introspección sincera revelará siempre el elemento de condescendencia contenido en nuestra admiración por los clásicos ; y cuando escuchamos las voces del pasado, una parte de nuestro placer se deriva de esta actitud protectora, semiconsciente, y pensamos : « ¡ Qué inteligentes eran, que ya sabían esto en aquella época ! » Sentimos que hemos descendido una vuelta de la espiral. Levantamos los ojos temerosos y admirados hacia el terrible Paraíso del Dante, pero, al mismo tiempo, parece que nos inclinamos con ternura y gesto de anticuarios.

El carácter legítimo del doble pensamiento estético degenera en esnobismo, desde el momento en que el marco psicológico se hace más importante que la pintura misma ; es decir, cuando la emoción derivada del gesto de inclinarse sobre el pasado domina la experiencia estética. El resultado es una confusión difusa del juicio crítico : la sobrestimación de lo muerto y la subestimación de lo vivo ; el respeto sin distinción por todo lo que es « clásico », « primitivo » o sencillamente viejo. En su forma extrema, esta tendencia incita a la gente a ensuciar artificialmente los marcos de las puertas y de los cuadros para darles la pátina del tiempo. Esto es lo que llamaremos el « esnobismo de la pátina ».

El proceso que conduce a esas deformaciones del juicio es, en el fondo, el mismo

que hemos esbozado antes ; la proyección de una escala de valores sobre un campo de la experiencia relacionado con ellos, pero objetivamente ajeno. La esencia del esnobismo es señalar valores, de acuerdo con una escala errónea. El esnob trata siempre de medir la belleza con termómetro, o de pesarla con un reloj.

V

No hace mucho, un amigo mío llevó a su hija de trece años al Museo de Grenwich. Al preguntarle qué era lo más hermoso que había visto en el Museo, contestó, sin titubear : « La camisa de Nelson ». El padre quiso saber qué había encontrado de hermoso en ella, y le dijo : « Esa camisa manchada de sangre era muy interesante. ¡ Imagínate, sangre de verdad en una verdadera camisa, que perteneció a alguien verdaderamente histórico ! »

La emoción de esta criatura tiene evidentemente el mismo origen que el encanto que emana del tintero de Napoleón, el rizo de pelo en la cabeza de la momia egipcia, la reliquia del santo llevada en procesión todos los años, el trozo de cuerda con que se ahorcó a un criminal célebre o la cuenta de la lavandera de Tolstoy. En la mentalidad del hombre primitivo, un objeto que ha estado en contacto con una persona no es solamente un recuerdo, sino que se encuentra, como por arte de magia, impregnado de la sustancia de dicha persona, y a la vez, como por encantamiento, emana de ella algo de esa sustancia. « Estoy seguro de que para la mayor parte de nosotros existe un placer especial en hincar los dientes en un melocotón procedente de la propiedad de un conde que esté emparentado con la familia real », escribía recientemente un articulista en el *Daily Express*.

La magia primitiva sobrevive en la subconsciencia y es causa de la emoción que nos producen el mechón de pelo encerrado en el medallón, el vestido de novia de la abuela, el abanico descolorido del primer baile, el distintivo del regimiento, que tienen un carácter de fetiche semiconsciente. Las muchachas existencialistas, que arrancan tiras del traje del cantante de moda, son la versión vulgarizada del siglo XX de los adoradores que acariciaban la esquirla del hueso de un santo. El valor que atribuímos a los manuscritos originales, a los muebles « firmados », a la pluma con que escribía Dickens y al telescopio de Galileo son manifestaciones más elevadas de la misma tendencia inconsciente. Es, como decía la niña, « muy interesante » contemplar un fragmento de una estatua de mármol, esculpida por Praxiteles, aunque esté averiada y haya perdido la forma humana, tenga la nariz leprosa y las orejas rotas. El contacto de la mano del maestro la ha impregnado de una calidad mágica, que ha persistido a través del tiempo e irradia sobre nosotros, produciendo la misma emoción que « la verdadera sangre en la verdadera camisa de Nelson ».

El cambio que se ha operado en nuestra actitud — y en el precio que pide el vendedor — cuando se sabe que un trozo de tela resquebrajada y ennegrecida es una obra « auténtica » de X..., no guarda ninguna relación con la belleza, con la estética o lo que se quiera : eso es el efecto que la magia de la simpatía ejerce en nosotros. La importancia desmesurada que atribuímos a lo original, a lo auténtico, en estos casos extremos en que sólo el perito puede apreciar la diferencia, es una derivación del fetichismo primitivo. Y como todo comerciante de obras de arte honrado reconocerá, estos casos extremos son tan frecuentes, que casi constituyen la regla. Además, en otros tiempos era corriente la costumbre de que los maestros permitiesen a sus discípulos ayudarles en la ejecución de las grandes obras. Para la mayoría de los mortales, hasta aquellos que tienen un gusto bien definido, la diferencia entre una obra maestra « auténtica », una obra « atribuída » y otra de « la escuela de... » es casi siempre imposible de discernir. La verdad escueta es que, por lo que se refiere a la mayor parte de los períodos y escuelas de carácter firmemente definido y estilizado, la diferencia de calidad entre el trabajo de los artesanos más competentes en un determinado estilo sólo es perceptible para los que se han especializado en el estudio de esa época. Lo que guía a casi todos los que visitan los museos no es la vista, sino la magia de los nombres y de la

época. La busca desenfrenada de la emoción estética, que es consecuencia de la adoración fetichista inconsciente y del esnobismo de la pátina, está tan generalizada, que se ha convertido en el factor principal de nuestra actitud frente al arte de épocas pretéritas. Es una actitud tan distante de la apreciación espontánea como « los trajes del Emperador » de las formas del arte hipermoderno. Como esta última aberración es también demasiado evidente para que sea necesario discutirla, pasaré del esnobismo cultural al esnobismo social.

VI

El príncipe Carlos aún tiene todos sus dientes. Anoche corrió el rumor de que se le había caído uno, y la muchedumbre conmovida estaba inquieta por conocer la verdad ». (*Daily Sketch*, octubre de 1954.)

Pends-toi, brave Crillon ; nous avons combattu á Arques et tu n'y étais pas. He olvidado lo que Crillon contestó a Enrique IV, pero estoy seguro de que debió maldecir su suerte para el resto de su vida, por haber perdido esta oportunidad histórica. Lo que yo propongo llamar « el complejo de Crillón » puede definirse, de manera algo libre, como la necesidad imperiosa de participar en los acontecimientos históricos o, por lo menos, de presenciarlos. A primera vista, esta peculiaridad sólo parece ser propia de una minoría : los ambiciosos y los envidiosos. Pero creo que esa necesidad imperiosa es más profunda que aparente, y que afecta, más o menos intensamente, a numerosas personas. Mary B. era un caso extremo del complejo de Crillon. En ella se manifestaba como deseo de « acostarse con la Historia ». Una forma menos extremada de dicho complejo es el deseo muy extendido de « conocer » a personalidades célebres o « históricas ». Pudiera creerse que este deseo se halla motivado por una desmedida vanidad social, por un afán irresistible de jactancia : « He conocido al famoso X... ». Puede existir también la auténtica curiosidad de ver cómo es X... « en la vida real ». Pero los millones de personas que solían acudir como un rebaño a la Casa Blanca para estrechar la mano del Presidente, cuando aún no se había abolido esta costumbre, no obedecían tanto a un impulso de curiosidad o de vanidad, como al deseo de « dar la mano a la Historia ». Las muchedumbres que aguantan molestias interminables para ver el desfile de la coronación, el paso de un hombre de Estado que está de visita en el país o la erupición de un volcán, están movidas, al menos en parte, por el deseo de « haber estado presentes », de « haber sido testigos de un hecho histórico », de participar de un modo, más o menos pasivo o remoto, en los acontecimientos que contribuyen a formar el mundo contemporáneo. Lo contrario de esta necesidad imperiosa es el miedo a « dejarse perder algo » o a dejar de explotar hasta el máximo la posibilidad de ser testigos de nuestra época.

El complejo de Crillon produce una variedad algo conmovedora de esnobs sociales : los fisgones de la historia, obsesionados por el afán de « haber estado presentes » y de conocer a las personas importantes en algún campo de actividad, que influyen en los destinos de su tiempo. Boswell fué quizá el esnob histórico más destacado, el prototipo del cazador de celebridades y del coleccionista de autógrafos ; del hombre capaz de pasar toda la noche en la calle, a la intemperie, para ver a una personalidad célebre o presenciar algún acontecimiento.

La vida de sociedad está saturada del complejo de Crillon, y este fenómeno influye profundamente en el modo de elegir

las amistades. Solemos preferir a las personas que tienen en su haber alguna hazaña, por muy ajena que ésta sea a nuestros intereses, pero que las hace « importantes » en su actividad particular, es decir, a las personas que pueden marcar nuestra época, y lo mismo nos da que sean hombres políticos, eruditos chinos o coleccionistas de cajas de rapé, y sus cualidades humanas nos tienen sin cuidado. El valor de las personas en el mercado social está determinado, no por lo que son, sino por lo que representan. No basta ser uno mismo, es preciso « ser alguien ».

Este fenómeno está tan generalizado, que resulta difícil imaginar una sociedad inmunizada del germen del esnobismo. En esa sociedad aséptica, los seres humanos se juzgarían solamente por sú valor intrínseco y no por su rango, su fama, su riqueza o sus buenos éxitos profesionales. Pero en seguida surge la pregunta : ¿ Qué queremos significar exactamente con el término de valor intrínseco ? ¿ Valentía, humildad, ingenio, cordialidad o santidad ? No podemos emitir un juicio sobre el valor intrínseco, sin conocer el marco psicológico de la sociedad. Sólo se puede hacer una estimación, escogiendo una medida específica. Ni siquiera podemos preguntar si la medida es « apropiada ». Un aficionado al boxeo no es un esnob, aunque para él tanga más valor Joe Louis que T. S. Eliot ; tampoco lo es un entusiasta de la música, para el cual tiene más importancia Yehudi Menuhín que Sir Winston Churchill. Pero una dama del gran mundo, con la aptitud musical de una vaca, que está loca por Yehudi y anhela tenerle en su casa el día que da un cocktail, es una esnob, porque pretende medir el valor con una cualidad y, en realidad, lo mide con otra.

En circunstancias excepcionales, un determinado grupo social puede adquirir una jerarquía de valores « monolítica », y esos grupos suelen estar relativamente libres de esnobismo, porque no hay otra escala de valores que interfiera en su juicio. En el frente de batalla, o en el curso de una expedición peligrosa, una mezcla de valentía, optimismo, habilidad y camaradería constituye el valor supremo que excluye temporalmente todas las demás medidas y eleva al individuo por encima de su contexto normal de rango, posición social, etc. En las sociedades « cerradas », tales como los campos de concentración, sanatorios, o monasterios, también tiende a desarrollarse un sistema monolítico de valores, aun cuando aquí la combinación de cualidades requeridas sea diferente. En tales condiciones de opresión extrema, los componentes de esos grupos cerrados parecen juzgarse mutuamente por el « valor intrínseco » o la « calidad humana » puros, despojados de todas las consideraciones que normalmente deforman el juicio.

Sin embargo, en condiciones normales, la sociedad humana es un caos de sistemas de valores, que se excluyen recíprocamente, que sin cesar se entrecruzan, se imbrican y chocan. He tratado de demostrar cómo en la evaluación de las obras de arte, que nosotros creemos basada en criterios puramente estéticos, los sistemas ajenos interfieren y nos convierten en esnobs culturales. Las tendencias que se interponen en nuestra evaluación de las cualidades y hacen de nosotros esnobs sociales son más evidentes. Las raíces psicológicas de nuestra admiración ante un título, ante la fuerza o ante la riqueza se pueden encontrar fácilmente. Aquí la dificultad estriba en llegar a un acuerdo acerca de esta cuestión : ¿ cuáles creemos que pueden ser las cualidades humanas sobre las que *debería* basarse nuestra preferencia social ?

La respuesta no pasará de ser un tanteo vago ; pero confesamos que la tendencia general es elegir como amigos a las personas cuya compañía nos parece a la vez estimulante y sedante y con las que compartimos ciertos gustos e intereses; cuya cultura o cuya posición social son parecidas a las nuestras ; que sean leales y comprensivas y que, aún despojadas de todas sus distinciones de clase o de profesión, siguieran siendo seres humanos atrayentes. Sin embargo, se da el caso de que, al elegir a nuestros compañeros, nos guiamos menos por estas consideraciones de lo que queremos admitir. La razón se halla en el supuesto ficticio de la posibilidad de desconectar a una persona de su medio o de su « marco ».

Tomemos un ejemplo bien palpable, tan típico como deprimente. En un *cocktail* literario, al que asistía una numerosa

concurrencia, fuí presentado a una mujer de mediana edad, desvaída, que me dirigió un elogio vulgar acerca de un libro mío. Como no había podido retener su nombre, le pregunté si también era escritora. « No — me dijo —, dirijo una tienda de modas ». Aproveché la primera oportunidad para escabullirme con un suspiro de alivio, y me puse a hablar con otra persona, que me preguntó de pronto : « ¿ Qué le ha parecido la princesa de G... ? », citando uno de los nombres más grandes de la historia de Francia. Me volví para mirar de nuevo a la mujer insignificante y, ¡ oh, asombro !, entonces me pareció fascinadora. Nada en ella había cambinado, como tampoco había cambiado la reproducción de Picasso, que luego resultó ser un original ; pero mi marco psicológico ya no era el mismo y la presentaba a mis ojos en un contexto distinto y desde un ángulo diferente. Así, el hecho de que una descendiente de esas figuras legendarias dirigiese una tienda de modas pareció adquirir importancia en sí mismo, y lo propio ocurrió con la terrible insulsez de su conversación. Una averiguación ulterior me descubrió irónicamente que la princesa era una antigua maniquí, cuya relación con la casa de G... era simplemente el resultado de un breve matrimonio episódico. Esto volvió a colocarla en su contexto original : el Picasso volvió a quedar relegado a la escalera.

Sin embargo, menos de doscientos años atrás, mis rápidos cambios de actitud no se hubieran considerado en absoluto como esnobismo, sino como la consecuencia natural de una jerarquía de valores aceptada, según la cual una princesa de nacimiento tenía naturalmente la precedencia en relación con una persona de origen común. Y el interés apasionado por los dientes del príncipe Carlos, hubiera sido una manifestación perfectamente natural y conmovedora de la devoción del pueblo hacia su futuro rey. La Europa de la época feudal tenía, en realidad, una jerarquía de valores sociales casi monolítica, en la que el nacimiento, la clase o la situación, designados por la gracia de Dios, procuraban una medida generalmente aceptada. Después de la toma de la Bastilla y de la Declaración de los Derechos del Hombre, el sistema de los valores cambió, al menos en teoría. Pero las raíces arquetípicas de los antiguos valores y de sus símbolos, de los nobles reyes y de las bellas princesas, de los barones salteadores de caminos y de los caballeros hidalgos han sobrevivido y se interponen constantemente en nuestro criterio democrático. La pompa y las galas, la clase y la importancia, el título y el linaje han permanecido entre nosotros como una especie de moneda para el mercado negro psicológico que se hace por debajo del mostrador.

VII

El origen de cualquier variedad de las innumerables formas del esnobismo puede encontrarse en el mismo molde básico : en la imbricación de dos sistemas de valores distintos. El primero, que llamaremos S^1, es el sistema por el cual pretendemos o creemos que nuestros juicios tienen una base en el criterio estético, en la atracción personal, en las cualidades humanas intrínsecas, etc. El segundo, S^2, es el sistema que se interpone y que deforma nuestro juicio, a saber, la adoración fetichista, el « complejo de Crillon », el título, el poder, y así sucesivamente. Voy a repetir, en una forma más concreta, la definición propuesta : *el esnobismo es el resultado de la fusión psicológica de dos sistemas de valores independientes, que se hallan separados por el origen y la naturaleza, y que están mezclados de manera inextricable en la mente del sujeto.*

Ello no significa que el S^2, o sea el « sistema interferente », sea despreciable en sí mismo ; su poder emocional, que deforma los valores del S^1, se deriva a menudo de orígenes arquetípicos profundos. Sólo un esnob a la inversa puede pretender, por ejemplo, que « la aristocracia », en su sentido original de clase selecta, formada por la tradición y la educación que han dado por resultado un alto nivel de conducta, de modales y de gustos, carece de valor. La cultura europea anterior a la caída de la Bastilla, era por lo general feudal y aristocrática ; la ambigüedad del término « hombre común » refleja el hecho

brutal de que un nivel social inferior era sinónimo de modales groseros y de gustos vulgares. En los países que han sufrido una revolución social completa como Francia o la Rusia Soviética, o que son descendientes próximos de pioneros, tales como los Estados Unidos de América y Australia, la civilización es ahora patrimonio del « hombre común » ; y el elemento aristocrático superviviente se ha convertido en un fósil cultural. Pero la situación no es la misma en países de fuerte tradición constante, como Inglaterra, donde las distinciones de clase muy acentuadas sobreviven en el vocabulario, en el acento y en los gustos. Esta amalgama social única, entre el extremo inferior de la aristocracia y el superior de la burguesía mercantil, conocida con el nombre de clase media elevada británica, ha suministrado hasta hace poco el mayor núcleo de los dirigentes de la nación en la política, en la literatura y en las artes. Hasta la mayor parte de los escritores marxistas de « vanguardia « del cuarto decenio de este siglo tienen nombres compuestos. Por consiguiente, la escala de valores « interferente » se basa en efecto en una gran herencia cultural. La preocupación obsesiva de la intelectualidad británica por la aristocracia es, en parte, excusable por esta razón. Pero aun después de hacer toda clase de concesiones, el esnobismo sigue siendo una tristeza grotesca de la sociedad inglesa, motivada por el deseo inocente de sentirse parte de la clase social selecta, o por lo menos de poder rozarse con ella, por mucha que sea su decadencia. El complejo de Crillon aparece a estas alturas como un miedo a no hacer buena figura en la escena social, donde los Battles y los Arques son combatidos en las noches de gala y en los coktails. « *Pends-toi, brave Evelyn* : hemos cenado en Blenheim, y tú no estabas ».

VIII

HASTA ahora no he mencionado la causa más evidente y extendida del esnobismo : el deseo de proteger el yo inseguro, haciéndose aceptar en la compañía de altos y poderosos personajes, tanto si lo son por sus títulos como por su dinero o por sus méritos artísticos. Pero esta clase de explicación quita importancia al hecho en sí. La compensación de los complejos de inferioridad es uno de los mecanismos psicológicos básicos. No explica por qué el esnob busca la compensación a su manera. En su divertido libro sobre los esnobs, Russell Lynes dice : « Casi por definición, el esnob carece de seguridad en sus relaciones sociales (en el sentido más amplio del término) y recurre el esnobismo como un medio para robustecer su yo. Como apenas hay nadie tan seguro de su yo, que no necesite alguna vez cierta cantidad de fricción externa, tampoco hay apenas nadie que esté exento de esnobismo, de una u otra clase ». Hasta aquí, es verdad ; pero hay tantas maneras de fortalecer el yo, como actividades humanas existen. Desde de Demóstenes, que compensaba su tartamudez innata esforzándose por hablar con la boca llena de guijarros y llegó a ser el orador más eminente de Grecia, hasta Napoleón, que compensó su escasa estatura y su origen humilde conquistando Europa, el sentimiento de insuficiencia ha sido siempre un poderoso motor para la ambición. La verdadera cuestion es saber por qué el mismo impulso compensador se satisface en un caso con empresas creadoras y en otros, con actitudes grotescas y estériles. La mayor parte de la gente necesita « cierta cantidad de fricción para estimular su yo » ; pero el esnob necesita para ello un aceite extraído de los olivares que dominan la Gruta Azul de Capri.

Guiados por un sistema de valores inadecuado, los afanes del esnob son estériles y sus satisfacciones son de carácter secundario. El esnob no pretende alcanzar el poder ; sólo quiere rozarse con los que lo tienen y recibir los rayos reflejados de su gloria. Una persona que tiene verdadero anhelo de poder, prefiere estar a la cabeza de un grupo de su misma clase que a la cola de un grupo superior. La ambición del esnob es completamente opuesta. Quiere más bien estar en la última fila y ser el parásito de una clase o de un club, que constituyen el objeto de su envidia, que pertenecer, con todos sus derechos,

al grupo a que pertenece por naturaleza. Prefiere vivir en un cuchitril mal ventilado de un hotel de lujo, que disponer de una habitación con baño y una vista despejada en otro de categoría inferior ; no busca el bienestar corporal que el lujo hace apetecible, sino la comodidad precaria, pero « estando en el Ritz ». Sus placeres sociales están igualmente desnaturalizados. No busca el amor, la amistad, la convivencia, sino que se le permita compartir la vida de las clases selectas ; y se contenta con un resplandor frío y mezquino. Las placeres artísticos del esnob no se hallan en la pintura, sino en el catálogo ; al esnob intelectual no le impresiona Kierkegaard, sino el hecho de poder leer las obras de este autor. Esta perversión de los valores, hasta puede llegar a afectar sus instintos biológicos : las preferencias de su gusto, de su olfato, sus inclinaciones sexuales. Sus glándulas reproductoras no se estimulan con Bocaccio, sino con Debrett ; y cuando, cien años atrás, las ostras y la cerveza negra eran la comida de los pobres, sus glándulas sensoriales funcionaban de manera distinta.

Resumiendo, diremos que las satisfacciones del esnob no se derivan del objeto de su preocupación, sino de alguna preocupación secundaria asociada con aquél : son seudo-satisfacciones. Sus impulsos son imitativos, sus trabajos estériles, sus placeres mezquinos y sus triunfos autodecepciones.

IX

Es indudable que para la joven que entra en sociedad, en la mitad de este siglo, la vida es más dura de lo que mucha gente imagina. « Si bien es verdad que la cultura es una cosa superior (se oyó decir recientemente a una de esas jóvenes), cuando nos enfrentamos con ella, nos parece una pequeña pelmacería ». *(Housewife,* abril de 1954.)

Catalogar las diferentes formas de esnobismo sería una empresa monumental y fastidiosa. Sin embargo, quisiera mencionar alguna de las variantes menos patentes.

Tomemos, por ejemplo, el descrédito que acompaña la palabra « talento » en el lenguaje de las clases superiores británicas, y el orgullo y la delectación con que sus miembros femeninos hacen declaraciones como ésta : « En cuanto a la ortografía, soy un caso desesperado », « en cuanto a sumar », « en cuanto a la geografía y cosas así ». En otros tiempos los literatos eran amanuenses mal pagados, y en épocas más remotas aún eran esclavos, mientras que las clases superiores se dedicaban a sus ocupaciones señoriales. El desprecio en que se tiene todavía al « saber », al « talento », a la « inteligencia » en la capa superior más fosilizada de la sociedad, es un eco distante, pero directo, de esas épocas pasadas.

Una deformación más sutil de nuestros valores intelectuales se debe a la preferencia que se da en las escuelas aristocráticas a las humanidades, y el desdén correspondiente de que son objeto las ciencias. Las raíces de esta tradición pueden encontrarse también fácilmente en el pasado. El resultado paradójico de estos hechos es que la gente se siente humillada, cuando ha de reconocer que no ha oído jamás mentar el nombre de algún poeta o pintor de tercera categoría ; pero confiesa con orgullo su ignorancia de las leyes que rigen la herencia biológica de sus hijos o el funcionamiento de la electricidad. En relación con su medio mecanizado, el hombre moderno se ve reducido de este modo al nivel intelectual de un salvaje. Pone en marcha su automóvil, sin saber por qué rueda ; abre la llave del gas, y no sabe por qué arde ; se traga una píldora, y no sabe por qué le hace dormir ; pero habla con gran facundia del existencialismo, de cosas abstractas y del *colegio.*

En la jerarquía social, este estado de cosas se refleja en el hecho de que las profesiones relacionadas con las humanidades, con las artes y con las letras se consideran más elevadas que las que se relacionan con la ingeniería y las ciencias aplicadas. El *Herr Ingenieur* de Europa Central es un señor, los *polytechniciens* franceses son una « élite » social ; en Inglaterra, un ingeniero oscila entre la clase media y la clase obrera. Cabe preguntarse si la constante pérdida de terreno que experimenta la

industria británica en beneficio de la competencia alemana o norteamericana tendrá por causa este tipo de esnobismo, que influye en la elección de la profesión.

Esta deformación tiene su reverso. La edad de la ciencia ha traído consigo una importancia creciente de los aspectos cuantitativos y mensurables de todos los fenómenos. Con los diferentes métodos de medición física, hemos aprendido a reducir la calidad a cantidad. Así, por ejemplo, podemos reducir el color y el sonido a frecuencias de vibración, que pueden expresarse sencillamente con cifras. Del mismo modo podemos expresar las cualidades de los objetos, las energías y los movimientos mediante ecuaciones cuantitativas. Este proceso ha conducido al peligroso hábito mental, no sólo de *explicar* la calidad por la cantidad, sino también el de *reemplazar* el concepto de calidad por el de cantidad mensurable. En el lenguaje corriente americano, un hombre « vale » lo que su cuenta bancaria ; el valor de un pintor se « cotiza », y tiene sus altos y bajos como los valores en bolsa ; el mérito de un libro se expresa por su clasificación en la lista de los que alcanzan mejor venta ; la ejecución en la Radio de una cantata de Bach y la representación de un canturreador sollozante se miden con la misma escala del número de oyentes. Esta aplicación de la medida cuantitativa para determinar la calidad es una de las más aterradoras corrupciones de los valores ; pero, aun siendo esencial, es sencillamente otra variante de la confusión mental que hace al esnob evaluar el valor estético de un cuadro, según su antigüedad y procedencia.

Otro tipo de esnobismo producido por el desprecio del talento es el cultivo deliberado del amaneramiento personal, la creación de una « personalidad anecdótica ». En una sociedad donde se considera de mal gusto discutir nada en serio, y en la que en cambio es prueba de buena educación evitar este peligro, dando al asunto un giro anecdótico, el amaneramiento es capaz de crecer como la cizaña y de suprimir los intercambios intelectuales ; y una apariencia excéntrica, o por lo menos ligeramente estúpida, se convierte en el medio más seguro de producir buena impresión en sociedad. La sencillez y la rectitud no sirven de nada ; la ambición del esnob no es tener una « personalidad », sino serlo. Hasta los grandes intelectos están afectados por este virus : las payasadas de Shaw, la vanidad de los señores ingleses, el tartamudeo estudiado de los pedantes, la prima a la excentricidad son síntomas de que prevalece la forma sobre el espíritu.

Un fenómeno asimismo evidente es el esnobismo a la inversa. Una sencilla subversión de la escala de valores produce los atletas de la modestia, los exhibicionistas de la abnegación, el dandismo de las uñas negras, la coquetería de la ignorancia. La chochez de la edad senil sucederá sin duda a la época de las consignas : la atracción sexual por medio de la halitosis. Si con-

trastamos los héroes de Proust, hipersensibilizados e hiperarticulados, con los héroes de Hemingway, inexpresivos e inarticulados, habremos encontrado la definición del alcance del esnobismo literario en una escala reversible.

He de mencionar, por último, la figura melancólica del « esnob a sabiendas » que, al contrario del esnob auténtico o ingenuo, sabe que el esnobismo es una cosa mala y, a pesar de ello, reconoce con resignación que no puede vivir sin este delicioso veneno o esa indispensable muleta, según el caso. Los ejemplos más puros de esta categoría de esnobs a sabiendas, que se denigran a sí mismos y que son incurables, se encuen-

tran entre los escritores ingleses de nuestro tiempo.

X

¿Es realmente tan delicioso este veneno? En uno de mis libros anteriores, he mencionado que siempre había deseado escribir la continuación de la fábula de La Fontaine, «La Zorra y las Uvas». La pobre zorra, objeto de las burlas de sus amigos, consciente de su derrota, desarrolla un complejo de inferioridad para el que sabe que no hay cura. Noche tras noche, mientras sus congéneres se divierten robando gallinas gordas, ella aprende en secreto a trapar. Al cabo de varias semanas de tenaces esfuerzos, logra al fin alcanzar las uvas, sólo para encontrarse con un terrible desengaño. Las ansiadas uvas están *realmente* verdes, como ella había alegado desde el principio. Pero, ¿quién la creerá ahora? A ella misma le cuesta creer que esos hermosos racimos, de aspecto tan suculento, sean duros y agrios. Esas uvas se convierten en una obsesión. Habrá de continuar trepando para alcanzarlas, jadeando y sudando, y seguir tragándose los horribles frutos, con el único fin de probarse a sí misma que es lo bastante fuerte, es decir, lo bastante hábil para llegar hasta ellos. Con esta dieta, se está quedando en los huesos, y después de una crisis nerviosa, muere de una úlcera de estómago.

Esta parábola está destinada a ilustrar la tragedia de los esnobs y de los arrivistas de la especie más inteligente. El esnob sofisticado sabe muy bien que el club selecto o el grupo elegante, en el que ha logrado ser admitido después de esfuerzos tenaces, está atrofiado y carece de atractivo; pero se siente forzado a vivir hasta el fin junto a esa viña árida para probarse que está a su alcance. Lo mismo puede decirse de los que corren obsesionados tras el éxito en todos los campos: estrellas de cine, hombres de negocios, tenorios y damas cursis. Cuando ya han logrado trepar a lo alto, descubren que la fruta tan ansiada no es en absoluto lo que se habían imaginado; pero se sienten obligados a seguir esa vida de esfuerzos y sudores, y se tragan el amargo fruto hasta el fin.

A dondequiera que miremos, la escena contemporánea está poblada de zorros esqueléticos atracándose de uvas verdes. Sólo las raposas más vulgares e ignorantes se interesan por los conejos y las gallinas. El resultado es una indigestión colectiva, una neurosis social en una vasta escala sin precedentes, que refleja la deformación general de los valores en todos los aspectos de la civilización moderna.

Así pues, este fenómeno del esnobismo, que lo invade todo, se revela como un reflejo de la crisis espiritual y del caos moral e intelectual que lo acompaña. En ausencia de un sistema sólido de valores, es inevitable que se aplique una escala falsa de valores a un objeto erróneo. El hombre moderno avanza a tientas a través de este mundo en confusión, armado de una brújula que señala siempre una dirección falsa, y con una vara de medir que, al contrario de la varita mágica, convierte en ceniza todo lo que toca; y así se lanza a la persecución de sombras que le procuran sombras de satisfacción, en medio de las tinieblas metafísicas.

ARTHUR KOESTLER

(Trad. del inglés por Adela Jiménez Proy.)

BDIC

La política mundial en la actualidad

POR GEORGE F. KENNAN

El error de la política aliada, entre los años 1941 y 1945, fué el creer que el régimen staliniano, una vez terminada la guerra, renunciaría a intentar nuevas expansiones y cooperaría en los esfuerzos de las demás potencias con el fin de crear una comunidad internacional mejor, verdaderamente pacífica, basada en la tolerancia recíproca y en la igualdad de derechos. Para simplificar la cuestión, calificaré este error de *rooseveltiano*, pues si bien Roosevelt no ha sido el único en cometerlo (otros hubo que no estuvieron mejor inspirados), subsiste el hecho de que se manifestó en su pensamiento de la manera más evidente.

No será necesario insistir sobre la gravedad de este error. Los soviéticos, como sabemos hoy, estaban persuadidos de que la mitad de Europa, que aún no se hallaba bajo su dominio acabaría por caer indefectiblemente entre sus manos, dentro de un plazo bastante corto y sin muchas dificultades. El interés de los norteamericanos por Europa, pensaban sin duda los rusos, se iría debilitando, una vez la guerra terminada ; una desmovilización precipitada provocaría la evacuación del continente europeo por las fuerzas armadas estadounidenses ; la economía de la Europa Occidental no podría volver a ponerse a flote, sin la colaboración de los comunistas ; y, por último, los pueblos del Oeste europeo, debilitados por la guerra, conmovidos en sus cimientos, hambrientos, sin estímulo moral, no resistirían mucho tiempo, y acabarían por someterse a la dominación comunista.

En el fondo, el cálculo no estaba muy mal, y faltó poco para que resultara justificado. Pronto iba a sonar la hora decisiva. A mi entender, si el límite de los territorios ocupados por los soviéticos se hubiera trazado ligeramente más al Oeste, no se hubiera podido salvar nada. Por consiguiente, no cabe exagerar la importancia de los enclaves constituídos por Berlín-Oeste y por Viena, sin los cuales la posición occidental apenas hubiera podido sostenerse.

Los soviéticos estaban tan convencidos de la exactitud de sus previsiones que, al principio por lo menos, no intentaron siquiera precipitar el desenlace. Lógicamente, la situación parecía deber evolucionar en favor suyo, y no querían asustar a las potencias occidentales con medidas violentas. Es indudable que, por esta razón, en 1946, no sucedió nada. En los Estados Unidos y en la Gran Bretaña se empezaba, entretanto, a volver del error rooseveltiano, pero el desespertar no fué completo hasta fines del invierno de 1947. Durante este tiempo, la situación moral y económica de Europa no había cesado de agravarse : a la miseria venía a sumarse la evasión de capitales, así como la desesperación y la fuerza aterradora de los partidos comunistas, que se

habían fortalecido enormemente con las vicisitudes de la guerra.

El Plan Marshall, que dió nuevo estímulo a las fuentes de fuerzas vivas de la Europa Occidental y que devolvió la confianza al alma europea, fué el primer revés serio de la política soviética de la postguerra. La reacción de los rusos no se hizo esperar : utilizaron todos los medios para conseguir en los plazos más breves la conquista política de la Europa Occidental. Entonces fué cuando se ideó el Kominform. A continuación, se produjo la sumisión completa de Checoeslovaquia, país que, por razones tácticas, los soviéticos habían dejado en una especie de equilibrio inestable entre el Este y el Oeste. En Grecia, la guerra civil se reanudó con nuevo vigor. Por último, los soviéticos intentaron apoderarse de los sectores occidentales de Berlín que, hasta entonces, habían considerado como una especie de prenda.

El período siguiente fué el de la segunda crisis europea de la postguerra, y abarca todo el año 1948 y una gran parte de 1949. El fracaso de los comunistas fué completo. El bloqueo de Berlín quedó frustrado. Yugoeslavia, que había despertado la desconfinaza de Stalin contra ella, abandonó súbitamente y en condiciones dramáticas el campo staliniano, demostrando de este modo que era teóricamente posible ser un estado comunista, sin necesidad de reconocer la autoridad de Moscú. La guerra civil de Grecia se estacionó y acabó con la derrota completa de los comunistas. Los gobiernos de la Europa Occidental, que ya tenían conciencia de su debilidad militar, suscribieron entre sí y con los Estados Unidos de América, el Pacto Atlántico que, para estos últimos, marcaba el fin de una tradición, de 150 años, de no mezclarse en los asuntos de otros continentes ; además, el Pacto Atlático cortaba la esperanza de ver a los norteamericanos desinteresarse, en un porvenir inmediato, de la suerte de la Europa Occidental.

El final de este período de crisis debía marcar un cambio fundamental, no sólo en la situación de la Europa Occidental, sino también en el conjunto de la política soviética. El Kremlin *encajó* su derrota en el Oeste y se resignó provisionalmente a la división de Europa en dos. En adelante, su política en relación con Europa consistiría en esfuerzos incesantes y tenaces destinados a hacer estallar la unidad occidental y a intensificar el rearme. Al mismo tiempo, desplazó el centro de gravedad de su política hacia el Extremo Oriente, donde la revolución china era ya un hecho consumado, y donde, a los ojos de Moscú, empezaba a crearse una situación digna de la mayor atención.

Sin embargo, antes de examinar los acontecimientos del Extremo Oriente, quisiera estudiar más detenidamente las razones por las cuales el Gobierno soviético había empezado, a partir de 1949, a insistir en la necesidad del rearme. En el Oeste eran numerosos los que veían en esta actitud la prueba de que los soviéticos se proponían desencadenar una guerra contra las potencias occidentales, tan pronto como las circunstancias fueran favorables. Fundándose en esta hipótesis, muchos occidentales y, entre ellos, ciertas personalidades de primer plano, habían llegado a la conclusión de que sólo el monopolio atómico, que poseían entonces los Estados Unidos de América, había hecho desistir al Kremlin de un ataque militar contra la Europa Occidental. Mi criterio es que los rusos, antes de 1949, no habían pensado siquiera en un ataque militar contra la Europa Occidental ; tampoco creo que un ataque de este género haya figurado nunca en sus planes, después de esta fecha. Si, a partir de 1948, se lanzaron con todas sus fuerzas al rearme, a mi juicio, se debe, en primer lugar, a que consideraban que la U. R. S. S. debía ser fuerte, en un mundo en el que otros desponían de cierta fuerza militar, y en segundo lugar, a que se atenían a uno de los postulados del leninismo (postulado que no corresponde, por otra parte, a la realidad), conforme al cual, los dirigentes capitalistas, acorralados en sus últimos reductos, acabarían por provocar una conflagración militar, con la esperanza de impedir el derrumbamiento definitivo de su sistema político y económico.

Me parece que, en el Occidente, no se ha comprendido bien que éste ha sido el razonamiento de los dirigentes soviéticos. Entre

los aliados occidentales había una tendencia — tan comprensible, como lamentable — a confundir a Stalin con Hitler, y a atribuir al Kremlin los razonamientos y los cálculos que habían sido los de la cancillería del Tercer Reich. Fué un error muy grande, pero también muy corriente, y capaz de exasperar a los expertos en cuestiones soviéticas. No es que Stalin haya sido menos hostil que Hitler, en relación con el Occidente capitalista ; pero el estado de espíritu de los comunistas rusos, sus concepciones, sus métodos y su comprensión de las realidades exteriores diferían por completo de las de los nazis alemanes.

Entretanto, la revolución comunista había triunfado en China. Esto representaba para Moscú un acontecimiento de extrema importancia. En esa época, los partidos comunistas asiáticos, y en primer lugar el del Japón, no sabían a ciencia cierta dónde estaba el verdadero centro del movimiento comunista de Asia : si en Moscú o entre los elementos que rodeaban a Mao-Tse-Tung. En efecto, durante la guerra, y en el curso de los primeros años de la postguerra, Moscú había descuidado algo sus relaciones con los partidos comunistas asiáticos. De modo que, en 1949, los rusos tenían razones para temer que el conjunto del comunismo asiático se pusiera cada vez más al lado de la China. Consideraron que era urgente tomar iniciativas, con objeto de apoderarse de la dirección de los asuntos. Pero, ¿ qué clase de iniciativa habría que adoptar, y dónde ?

Para la elección del lugar de la iniciativa debían tenerse en cuenta dos consideraciones. Por una parte, la U. R. S. S. sólo tiene dos fronteras en el continente asiático (al Este del Irán y del Afganistán, por lo menos) : la frontera con China y la frontera con Corea. Por otra parte, el partido comunista coreano era el único de todos los partidos comunistas asiáticos que se hallaba bajo la vigilancia directa de los soviéticos. Además, las circunstancias se prestaban a que se volviera a poner sobre el tapete la cuestión de Corea. El país acababa de ser evacuado por las tropas rusas y por las norteamericanas ; teóricamente resultaba posible dar a una acción militar la apariencia de una guerra civil. Las condiciones materiales para una empresa de esta clase existían ya : los soviéticos habían dado a los coreanos del Norte un material militar bastante bueno ; en cambio, los norteamericanos habían armado a los coreanos del Sur de un modo insuficiente. En el plano político, la operación ofrecía asimismo cierto interés para los soviéticos, pues si hasta entonces la U. R. S. S. había podido esperar que, tras la conclusión del tratado de paz con el Japón, podría extender su influencia en el conjunto de Corea, esta esperanza arriesgaba verse defraudada por las negociaciones de paz separada que los norteamericanos se disponían a entablar con el Japón, a partir de la primavera de 1950. Se comprende perfectamente que, en estas condiciones, el Kremlin pudiera pensar que había llegado el momento de que los coreanos del Norte se lanzaran al ataque.

Sin insistir en analizar los acontecimientos militares que siguieron, bastará notar aquí que la guerra de Corea debía contribuir a crear graves equívocos que enrarecieron todavía más la atmósfera internacional. Así es como en los Estados Unidos — y en el Occidente, en general — no se comprendía cuál pudo ser el razonamiento que había incitado al Kremlin a adoptar esta iniciativa. Eran pocos los occidentales que comprendían que se trataba de un movimiento aislado en el tablero internacional, y que este movimiento había nacido de consideraciones que se relacionaban casi exclusivamente con el futuro estatuto del territorio coreano, que, desde fines del siglo pasado, revestía una gran importancia estratégica a los ojos de los rusos. Se imaginó que el desencadenamiento de la guerra en Corea era tan sólo el primer paso hacia la realización de un plan mucho más vasto, hacia una operación militar global y de gran envergadura, contra los Estados Unidos y sus aliados. Fué en vano que un reducido número de hombres, que poseían alguna experiencia de las cuestiones soviéticas, se esforzara por ir contra esta corriente de ideas.

Pero, por otra parte, no creo equivocarme afirmando que los mismos jefes

soviéticos no acababan de comprender la reacción que había provocado en los Estados Unidos la agresión de la Corea del Norte, que ellos habían inspirado. Una guerra civil, pensaban, fieles a su formalismo, no podría provocar una intervención extranjera ; no parecían imaginarse que pudieran pedirse cuentas a una potencia extranjera, por el hecho de haber desempeñado un papel oculto en este conflicto. Estaban a mil leguas de sospechar que las Naciones Unidas pudieran verse envueltas en este asunto. Creo también que los dirigentes rusos habían subestimado un poco el sentido de la realidad que poseen los norteamericanos en política. Sin embargo, está bien claro que, si los norteamericanos no hubieran reaccionado con energía y decisión ante el ataque norcoreano, hubieran estado expuestos, en un plazo muy breve, a la pérdida de Formosa y a una seria agravación de la situación política en las Filipinas ; además de que la seguridad de las tropas norteamericanas de ocupación en el Japón se hubiera visto amenazada. Ante esta perspectiva, Washington no podía permanecer inactivo. Los Estados Unidos no habían hecho una guerra larga, costosa y difícil en Extremo Oriente — guerra, cuya importancia y cuyo coste en vidas humanas y en material imaginan difícilmente los europeos — para entregar, cinco años más tarde, los territorios liberados del Japón a hombres que no eran mucho menos peligrosos que los japoneses. Estas reflexiones deberían hacerse los neutralistas que no cesan de pedirnos que entreguemos a Formosa, junto con su población, a los comunistas chinos. ¿ Se imaginan, por acaso, que los dirigentes chinos de hoy son más pacíficos y más humanos que los militaristas japoneses ; que sus miras sobre los territorios de sus vecinos son menos agresivas e imperialistas o que su actitud es menos hostil respecto a los Estados Unidos ? Nosotros, por lo menos, no lo pensamos.

Así es como las hostilidades en Corea se transformaron en el choque de los dos sistemas que se distribuyen el mundo, y dieron ocasión a nuevos equívocos y a nuevas reacciones. Entre los soviéticos y, en primer lugar, en el propio Stalin, estos acontecimientos desencadenaron, indudablemente, violentos resentimientos y reacciones ofensivas : fué el comienzo de una campaña antinorteamericana, que revistió las formas más rencorosas, y que sólo debía atenuarse, parcialmente, después de la muerte de Stalin. En el Oeste, el choque provocado por la guerra de Corea acentuó más la tendencia a plantear los problemas en términos *militares*, es decir, a sobreestimar la importancia del factor militar en el conflicto entre el Este y el Oeste ; y el resultado, de graves consecuencias, fué que se decidió dar preferencia al refuerzo militar de la Europa Occidental y no a la continuación de los esfuerzos destinados a llegar a una solución política general.

No es que esta decisión fuera equivocada en sí misma. No hay duda de que hacía falta ser muy fuerte, estar muy unidos y decididos, antes de sentarse a una mesa de negociaciones con los dirigentes del mundo comunista. Sus propagandistas fingen indignarse cuando otros pretenden no negociar sino a partir de una situación fuerte ; afirman ver en ello una amenaza y un chantaje. Yo sólo creeré en la sinceridad de esta indignación cuando vea a la U. R. S. S. negociar con otro país, voluntariamente, sobre una base que no sea la de la fuerza. De buena gana diría a esos propagandistas : « ¡ Señores, dejemos a un lado estas tonterías ! En muchos aspectos, nosotros, los occidentales, hemos aprendido en su escuela. Sus lecciones no se han perdido. Sabemos, por numerosos ejemplos pasados, lo que sucede a los que buscan negociar con ustedes, a partir de una posición de debilidad. El Occidente debe ser fuerte, no para hacer pesar sobre ustedes una amenaza militar, sino porque ustedes no dejarían de explotar implacablemente su debilidad. ¡ Ténganselo por dicho, y cesen de fingirse ofendidos ! »

Y, sin embargo, una vez dicho esto, es preciso reconocer que sería realmente muy aventurado querer practicar una política de rearme, por medio de alianzas, sin hacer más difícil, en muchos aspectos, el logro de una solución política. Esto es verdad especialmente para los países democráticos, pero no sólo para ellos. Rearmarse para hacer la guerra es cosa fácil ; rear-

marse para evitar la guerra es mucho menos sencillo. Para preparar sus planes, el jefe militar debe reconocer que habrá efectivamente guerra; entre esta previsión y la finalidad del diplomático, que procura precisamente evitar la guerra, y que sabe que, para ello, no hay que cerrar definitivamente ninguna puerta y que se deben explorar cuidadosamente todas las posibilidades de una solución pacífica, hay a menudo una manifiesta contradicción.

Ni los occidentales, ni los rusos, parecen haber encontrado una solución perfecta a esta contradicción, durante el período que siguió al comienzo de la guerra en Corea. A consecuencia de ello, presenciamos cómo se *enconaba* terriblemente el conjunto de la situación política del mundo, encono marcado por una tendencia a reflexionar, en términos *militares*, sobre problemas que, en el fondo, eran más bien de naturaleza política. Este desastroso estado de cosas duró de 1950 á 1954.

En mi opinión, hay que reconocer que, desde la muerte de Stalin, se han producido modificaciones de una importancia considerable en la dirección práctica de la política interior de la Unión Soviética, modificaciones que van en el sentido de un tránsito del totalitarismo obsesional de la época staliniana a un régimen que ofrece semejanzas con el Estado autoritario tradicional, del que ya existen ejemplos en la historia. Es evidente que todos los que desean al pueblo ruso y a todos los demás pueblos de la Unión Soviética, un porvenir mejor y más feliz, han de acoger estas modificaciones con satisfacción.

Hay que reconocer, además, que también ha habido ciertas modificaciones en el espíritu y en los métodos de la política exterior de la U. R. S. S., modificaciones que no son desdeñables y que el Occidente debe registrar complacido. El efecto de estos cambios es facilitar el trabajo de los diplomáticos y hacer más sencillos los intercambios de opiniones entre gobernantes.

No conviene, sin embargo, engañarse, en cuanto a la significación de estas modificaciones, ni exagerar su importancia. Permanecen, en efecto, dentro de ciertos límites bien determinados ; e importa mucho no olvidarlo.

Debe observarse, en primer lugar, que los cambios que se han producido en la política soviética sólo han atenuado muy poco (o quizá nada) la propaganda comunista, a la vez rencorosa y temible, dirigida contra la unidad del mundo libre y contra la confianza de éste en el porvenir. Cuando se ha engañado sistemáticamente, durante años, a pueblos enteros — y más especialmente a la juventud — acerca de la naturaleza del mundo exterior, del que sólo se presenta una imagen grotesca y deformada, atribuyendo móviles e intenciones abominables a los gobiernos extranjeros, se carga con una grave responsabilidad y se envenan a sabiendas las fuentes de la comprensión entre los pueblos. Y yo pienso que, cuando una potencia continúa actuando de esta suerte, es difícil creer en su buena voluntad.

Cabe preguntarse después, si lo que se ha dado en llamar el nuevo estilo se ha extendido a los Estados satélites y si ha penetrado en las partes más remotas de la Unión Soviética propiamente dicha. ¿ Cuáles son, por ejemplo, las repercusiones de la nueva actitud soviética sobre la situación de las poblaciones de los Estados bálticos ? ¿ Cuándo dejarán estas poblaciones de *estar incomunicadas* ? ¿ La nueva actitud soviética es acaso un fenómeno limitado a algunos funcionarios e intelectuales de las grandes ciudades de Rusia, o por el contrario, significa que se levanta verdaderamente esa cortina de hierro que separa a dos mundos, desde hace treinta años, y contra la cual han venido a estrellarse todas las esperanzas de un porvenir mejor ?

No debemos olvidar, finalmente, que a pesar de la mejora del clima, los problemas más importantes que se plantean entre el Oeste y la U. R. S. S. no han obtenido solución alguna. Si es cierto que, en general, los medios cuentan más que el fin y que la mejora de los métodos es un factor favorable, subsiste el hecho de que los problemas que están en suspenso no han llegado a ser menos graves, ni menos urgentes, por el solo hecho de emplearse fórmulas más corteses y porque el debate se desenvuelve dentro de un espíritu diplomático modificado. Estos problemas no son de naturaleza o de origen

ideológicos, mejor diríamos que la ideología no ha desempeñado el papel principal en su génesis. Así es como el problema alemán ha nacido del hecho de que, en el momento de la victoria común sobre Alemania y el Japón, los aliados no habían concertado aún ningún acuerdo previo acerca del porvenir político de los territorios dominados hasta entonces por los alemanes y los japoneses.

La situación actual de la Europa Central y Oriental es un producto de la historia, o si se quiere, una especie de castigo infligido a todo el Occidente por la estupidez imperdonable de que éste ha dado pruebas, al hacer dos guerras mundiales (mejor diríamos, dos guerras fratricidas) durante la primera mitad del siglo XX. Esta situación está vinculada a los intereses vitales de varios pueblos. Aun cuando no tuviéramos enfrente un régimen comunista, sino cualquier otro gobierno ruso, no sería fácil encontrar una solución a este problema.

Y vuelvo a insistir sobre esto : los problemas que están en suspenso no han llegado a ser menos importantes porque las formas diplomáticas hayan mejorado ; cuando se discutan, los occidentales no deben descuidar su vigilancia, ni defender sus intereses con menos firmeza.

El mundo occidental se halla hoy ante un doble peligro. Por una parte, no debe dejarse adormecer ; bajo ningún pretexto debe olvidar que hay cuestiones grandes y serias sin resolver, y que el adversario explotará cualquier relajación de la unidad política y de la firmeza de la Comunidad Occidental, no para facilitar un arreglo verdadero, sino antes bien, para extender aún más el estado de cosas existente hoy en día en los países satélites. Pero, por otra parte, el Occidente no debe tampoco aferrarse a considerar las cuestiones desde un punto de vista militar, ni debe cerrar los ojos ante los fenómenos que reducen efectivamente la tensión del ambiente y que, en último término, podrán hacer más fácil la solución de los grandes problemas políticos. Existe en el mundo un inmenso deseo de que disminuya el estado de tensión, no solamente entre los pueblos extraeuropeos, sino también entre la gran mayoría de las poblaciones occidentales ; y esta parte de la opinión mundial no perdonará nunca a un gobierno haber dado la impresión de hacer resistencia a la posibilidad de un arreglo pacífico, a la posibilidad de instaurar una paz duradera.

En un porvenir próximo, la diplomacia occidental habrá de hacer frente a graves pruebas. En estos últimos tiempos se han puesto en movimiento muchas cosas que parecían bloqueadas e inmóviles. Estas pruebas procederán, en parte, del problema alemán. También surgirán del problema de las relaciones entre ciertos países occidentales y los pueblos extraeuropeos, problema que se planteará con una intensidad y un encarnizamiento que muchos de nosotros estamos lejos de sospechar. Nacerán, en fin, de las exigencias que la prosecución de una gran política plantea a toda nación democrática, y con más razón aún a toda comunidad de naciones democráticas. La diplomacia occidental tendrá que conservar un equilibrio difícil entre las necesidades de la política extranjera, las exigencias de ciertos grupos de intereses, dentro de la política interna, y los movimientos de la opinión pública. Sobre todo, la unidad política del Occidente estará constantemente puesta a prueba; unidad que continuará siendo la base esencial e indispensable de toda política eficaz, frente a la Unión Soviética y frente al mundo exterior, en general.

Para extender su poder, se ofrecen tres caminos a los comunistas : la persuasión, las armas y, por último, esta especie de hipnosis política que les permite minar la confianza que los demás pueblos tienen en su propio destino e incitarles a lanzarse espontáneamente a su perdición. Examinemos más detenidamente estas tres posibilidades.

La doctrina leninista-stalíniana es, actualmente, en el terreno social y político, una de las más atrasadas. Tanto en la práctica, como en la teoría, el Oeste tiene cuarenta años de adelanto sobre estos dogmas caídos en desuso, rígidos y anticientíficos. La victoria de la ideología comunista, que desde luego no se producirá, significaría un gran paso atrás en los esfuerzos de la humanidad para comprender las leyes de la naturaleza y aprovecharlas en beneficio suyo.

Quizá sea ésta la razón de que, en el curso de los treinta y ocho años transcurridos desde la revolución rusa, la ideología comunista no haya podido apuntarse un solo buen éxito en Europa (no sucede lo mismo respecto de Asia, donde la ideología comunista sirve de disfraz a las tendencias chauvinistas y al capitalismo de Estado). El comunismo sólo ha podido extenderse en Europa, gracias a la fuerza de las armas; en ninguna parte ha vencido por haber convencido a las poblaciones. Tampoco podrá, en adelante, extenderse por la fuerza de las armas, por la sencilla razón de que hemos entrado en un período de la historia, en el que ya no habrá más victorias militares, y en el que una guerra grande sólo podrá ser una tentativa de suicidio de la humanidad entera.

Queda la *hipnosis*, es decir, los esfuerzos infatigables proseguidos por los dirigentes comunistas para dividir al mundo occidental, para introducir en él los fermentos de la discordia, para sembrar la confusión en los espíritus, para crear estados de temor y crisis de confianza, en fin, para minar la fe de los occidentales en sus tradiciones y en sus instituciones. ¿Cuál es nuestra posición a este respecto?

En el curso del difícil período que vamos a atravesar muy próximamente, los problemas diarios deberán seguir tratándose por los gobiernos que hemos elegido y a los cuales hemos confiado la responsabilidad de los asuntos. En la solución de estos problemas diarios, nosotros podemos ayudarles muy poco. Pero, en nuestra calidad de historiador, sabemos que no todo depende de los gobiernos, ni de los problemas diarios que éstos tienen la misión de resolver; a la larga, la evolución histórica reposa sobre causas que escapan, en gran parte, a la visión de los contemporáneos, pero que están en relación íntima con el estado de espíritu general de la época y, sobre todo, con el estado moral de los pueblos. Y he de decir que, por muy graves y difíciles que me parezcan los problemas concretos del presente, lo que más me inquieta en nuestro país, como en el de ustedes, es una especie de materialismo invasor, que creo haber observado, una carencia de objetivos, un estrechamiento del horizonte espiritual.

No deben pensar que deseo para los países de Occidente la elaboración de cualquier ideología unitaria, sea filosófica o política. Las ideologías de esta clase se fundan casi siempre en concepciones utópicas, y hasta es probable que no pudiera ser de otro modo. Pero no hay nada tan peligroso para el hombre como el *utopismo*. Además, la fuerza del Occidente no reside en la unidad de sus concepciones filosóficas, sino más bien en su diversidad.

Pero si, en Occidente, queremos continuar prescindiendo de esta disciplina exterior que el Estado autoritario exige de cada ciudadano individualmente, debemos sustituirla por una disciplina interior, libremente consentida, por una especie de adiestramiento moral, que no debe ser menos exigente, ni menos eficaz que el adiestramiento exterior, tan humillante, que los comunistas imponen a sus masas. Cada uno de nosotros, en su propio terreno, por su propio camino y ante su propia conciencia, debe llegar a conseguir esta nueva dis iplina. Debemos tender, si se me permite expresarme así, a rebasar moralmente nuestras dimensiones naturales y congénitas. Si sólo lo consigne una minoría, ya será bastante. Si queremos que nuestra civilización occidental supere las pruebas de los años venideros, muchos de entre nosotros habrán de aprender a separar las futilidades de una época materialista y volver, con respeto y seriedad, a los orígenes de la cultura europea, para extraer de ellos el valor y la fe, y para aportar la prueba de que la libertad no conduce necesariamente a la saciedad, a la pereza, al egoísmo y al aburrimiento. Además, no tenemos la opción: renunciar a intentar este esfuerzo sería traicionar. Sería una traición, no sólo hacia nosotros mismos y hacia nuestra generación (¡hemos derrochado tantas cosas!), sino, sobre todo, hacia nuestros hijos, y hacia los innumerables muertos de las guerras mundiales; y por último, hacia nuestros antepasados, quienes, con las creaciones del arte y del espíritu europeos, supieron aportar tanta claridad, tanta belleza y tantas esperanzas a la sombría existencia de la humanidad.

GEORGE F. KENNAN

CARNET

DE

GERMAN ARCINIEGAS

ALBRICIAS Y NOTICIAS DE LA ARGENTINA

La conferencia de Milán sobre el porvenir de la Cultura venía desenvolviéndose dentro de un inevitable ambiente académico. Los estudios sobre la libertad en Rusia recordaban nuestros trabajos de seminario en Columbia University. Una insigne investigadora del nazismo alemán propuso una revisión de las definiciones de totalitarismo, arrastrando fatalmente a temas de filología histórica. El día en que debíamos presentar el caso de la América Latina, se repartió el tiempo con los problemas del Asia. Américo Ghioldi hizo uso de la palabra al final de una sesión en donde habíamos desfilado veinte oradores. Habló en francés. Se le aplaudió más por cortesía que en ningún arranque de entusiasmo. El propio caso de la Argentina, donde el último intento revolucionario contra Perón había fracasado, resultaba tedioso. Esa noche nos retiramos como si la sombra se agrandara detrás de nuestros propios pasos. Hablamos de otras cosas. De Italia... Ghioldi saldría dentro de dos días para Venecia. Cuántas veces hemos tenido que seguir alimentando nuestra pasión de libertad casi en silencio, como un tesoro clandestino.

Al día siguiente regresábamos a la conferencia desprevenidos. De pronto vimos los titulares de un diario, a ocho columnas: *Estalla la revolución en la Argentina*. Fué un grito que acabó con el tono académico. La libertad, como tema de estudio, se nos fué de entre las manos. Se convirtió en sentido de lucha inmediata, de afirmación desesperada... y triunfante. Era el salto de la escuela a la trinchera. La América Latina pasó a tener cuerpo de naturaleza viva. Todos vol-

vieron los ojos al mismo Américo Ghioldi de la víspera. ¡ Que hable — dijeron — el mozo argentino !

Ghioldi, con ese aire entre insolente y risueño de estudiante, con esa clara voz timbrada por la fe, pasó a la tribuna. Estas cosas hay que hablarlas, dijo, en la propia lengua. Habló, pues, en español. Sin pompa, sin retórica. Era un civil cualquiera a quien le agarró por el camino el destino, y pasó a soldado como si nunca hubiera pensado en ser otra cosa. Pero los doscientos escritores que le oían, venidos de la brumosa Inglaterra, de Francia intelectual, de Alemania luchadora, de la resplandeciente Italia, de España republicana, del Africa del Sur, de la India, del Japón, de los países árabes, de Israel, de los Estados Unidos, se estremecieron con este acento juvenil. A cada párrafo del discurso del argentino, seguía una ovación cerrada. Entendieron el español hasta los que lo ignoraban completamente. Cuando se hizo en seguida la traducción oficial, sobraba. Todo el mundo había recibido el sentido esencial del discurso. La libertad es una sola lengua universal.

Ghioldi salió de prisa. Acababa de conseguir un puesto en el avión para Buenos Aires. No se sabía en qué iba a parar la revolución, pero esta vez era cosa de vida o muerte. Teníamos a la noche una comida grande, y Ghioldi nos dijo : Estaré con ustedes hasta las nueve. A esa hora saldría para el aerodromo. Nos sentamos a la mesa, también, unas doscientas personas. Cuando llegó el momento, como para que nadie le viera, trató de salir Ghioldi en silencio. Claro, le sorprendimos. Todos se pusieron de pie. Era Europa, era el Asia, eran los del Africa, éramos las Américas, levantados para saludar la fe renovada en la dignidad del hombre, en el espíritu de lucha, en la guerra contra el despotismo. Ghioldi era un símbolo en ese instante, una imagen de la Argentina recuperada. La emoción le dejó mudo.

Muchas buenas noticias nos ha regalado en estos días la Argentina. Pero siempre recordaré estos instantes de Milán como un canto de vida y de esperanza.

Milán, 17 de septiembre.

LOS BARCOS FANTASMAS

Leo en el diario de Jana Szenes : « Noviembre 7 (1940). — Un barco de inmigrantes ilegales llegó hasta las orillas del país. Los ingleses no les permitieron descender. El barco naufragó, parte de sus hombres pereció, parte fué salvada y mandada de vuelta a Italia... »

Jana Szenes era entonces una muchacha judía de diez y nueve años, nacida en Budapest. Escribía su diario íntimo en Palestina, a donde la llevó su fervor sionista. El 14 de diciembre anotaba : « El barco con los refugiados zarpó para Nueva Zelandia. Las manifestaciones y protestas no ayudaron. Toda la población exigió al unísono que los dejasen en el país. Pero el barco partió ; en secreto abandonó, por la noche, la costa de Jaifa... » Estas cosas pasaban todos los días.

Recogiendo diarios íntimos podría llegarse a la conclusión provisional de que el siglo XX puede ser el más monstruoso de la historia.

Tel Aviv, 5 de agosto.

JUAN JOSÉ CASTRO TERMINA UNA ÓPERA

A cien pasos de la placita de la fuente de las tortugas, en el rincón más contradictorio de Roma, vive Juan José Castro. La placita de las tortugas es uno de esos poemas en piedra y bronce que hacen de la ciudad eterna una ciudad íntima, un mundo provinciano que se pinta con el color de los chismes, de la historia picaresca en que andan mezclados condotieros, cardenales, bandidos, santos y pecadores, soldados y estudiantes. A pocos pasos está el palacio de Venecia. El Duce salía al balcón y sacaba la mano, como en teatro de títeres. Viene luego el monumento a Víctor Manuel. Tiene fama de ser el más cursi de Europa. Este es un record apreciable. Mirando en otro sentido, la calle de las tiendas oscuras — delle boteghe oscure — donde han establecido su cuartel general los comunistas. Cuando la antigua Roma, en esos minúsculos cuar-

tuchos los artesanos hacían sus labores y vencía a las tinieblas la luz de los humildes, prendida en lamparillas de barro. Cuando se sube al quinto piso en donde Castro escribe música, se pierden todos los ruidos. Como si la plaza de Venecia quedase en una remota punta de Roma. Desde las ventanas no se ven sino tejados grisverdosos, fragmentos de cúpulas, sombras de gatos, y un cielo azul que va de la claridad resplandeciente al azabache, de acuerdo con las horas que marcan en sus relojes el sol y la luna.

Castro es el argentino que ha triunfado en Milán. El gran compositor que aplauden en Nueva York y en París. En Estocolmo, en Copenhague, en Oslo su presencia ha sido la presencia de la Argentina en lo mejor que la Argentina puede ofrecer al mundo. Esta noche Castro está feliz, liberado, como si en la ventana de su quinto piso desplegara al aire la bandera de su patria : acaba de terminar una ópera : *Las Bodas de Sangre*. Teatro de García Lorca, música de Juan José Castro.

Roma, 15 de julio.

UNA PLAZA EN ATENAS

La plaza mayor de Atenas es lo mismo que todas las plazas de Atenas, y las plazas de Atenas son iguales a todas las plazas de Grecia. Durante el día, bajo un sol de fuego, toda la plaza está llena de sillas vacías. Cuando se va el sol, toda la plaza está llena de gentes que ocupan las sillas como si todo no fuera otra cosa sino un inmenso café, el más grande que he visto en mi vida. Sí, señor, me dicen en Atenas, esto lo verá usted en toda Grecia : es el problema del país.

La habitación de mi hotel, en Atenas, da frente a la plaza. Abro el balcón en la noche, y veo a los griegos sentados en su café hasta las dos de la mañana. La roca de la Acrópolis surge como una sombra silenciosa. No hemos tenido luna llena, y los templos y el Partenón, sin la caricia blanca que les dé cuerpo de fantasmas, quedan metidos entre la boca del lobo. Pero como me he sentado en sus piedras a la luz de la tarde, como los he tenido a la vista al oro del crepúsculo, sé que allí están hablando con una lengua que no es muda. Hablando para el que los quiera oír. Hasta en las noches oscuras. Claro, son palabras que no llegan a ese vasto café de Grecia en donde se consumen a un mismo tiempo el hombre y su vaso de cerveza.

Atenas, 10 de agosto.

PEQUEÑA HISTORIA DEL PARTENÓN

El Partenón surgió de un fervor en que iban mezclados el triunfo de Atenas, el culto a Palas y el genio de los hombres que presidía la inquietud inmortal de Fidias. En poco más de diez años se concluyó el templo. Ahí estaba la estatua de Palas, con su cara y sus manos de marfil, su casco de oro. Pasó el tiempo. Vinieron los cristianos, sacaron de su altar a la diosa original e instalaron la catedral de Atenas en el templo. Las paredes se cubrieron por dentro de frescos. Pasó el tiempo. Vinieron los turcos y sacaron las imágenes de la religión destronada. Desaparecieron los símbolos cristianos. El templo seguía en pie, con sus columnas intactas, y los caballos y los dioses en el triángulo donde había soplado el genio antiguo. Sólo que los edificios se dedicaron a servicios que no siempre fueron santos. El templo de las cariátides se convirtió en letrina. Era la ocupación militar de la acrópolis. En el partenón se estableció el polvorín. Vino la guerra. Los franceses, con excelente puntería, sabiendo dónde estaba la Santa Bárbara, apuntaron sus cañones al partenón, y voló el polvorín. El templo quedó destrozado.

Maldita sea la pólvora. Maldito el que la inventó.

Atenas, 14 de agosto.

GERMAN ARCINIEGAS

Problemas entre ciencia y libertad moral

POR PEDRO VICENTE AJA

Este es el primero de una serie de tres artículos. En el segundo examino la aparición, desde el Renacimiento, de lo que llamo la tiranía del determinismo científico en Occidente : que da de sí una creciente desespiritualización del hombre y un florecimiento de doctrinas — psicologismo, marxismo, etc... — que minan la libertad en un orden humano e histórico. Incluyo una tentativa de la filosofía a través de Kant por afirmar la persona moral. En el último analizo la revolución que viene operándose en las ciencias físicas y que lleva a quebrar el rígido causalismo y determinismo aun en los predios de la naturaleza. Advierto que las nuevas conexiones posibilitan una nueva visión del mundo que tal vez salve la antinomia viva en nuestro Occidente de un credo político libertario y una cultura científica mecanicista y determinista.

Conviene antes que nada hacer cierto análisis de la conciencia humana, referirnos a algunas funciones suyas. Sobre todo dejar establecido, con carácter de presupuesto firme — cosa a la que desde luego llegaríamos después de una penetración profunda en su realidad espiritual última —, que el sujeto mismo del conocimiento (esto es : la conciencia) constituye un dato irreductible y una realidad inescindible. Esa esencial característica se nos iluminará a medida que avancemos.

Véase ahora en la conciencia, como indispensable punto de partida, el centro hacia el cual convergen y desde el cual parten los más diversos caminos de la realidad, del ser y del valor reunidos todos en una confluencia de intencionalidad, en una estructura de sentido que se conoce a sí misma. En este autoconocerse a sí propia se da en la conciencia, desde luego, el autoconocimiento del yo, pero se da también el conocimiento del no yo, esto es : el conocimiento del mundo. Dicho de modo más breve aún : en mi conciencia, y sólo en ella, el Universo se autoconoce. Subrayar esto es de la mayor importancia para comprender el papel excepcional que este foco de la intimidad juega en una metafísica de la vida. De cierto modo véase cómo se convierte en la condición misma del mundo, pues, ¿ quién tomará cuenta del Universo si no hay conciencia ? El reconocimiento de esa función exclusiva de la conciencia es lo que constituye la conquista y el residuo perennes del idealismo filosófico.

Pero además, y esto como un resultado de su propia y esencial función cognoscitiva, a la conciencia le es dable conocer algo de su secreta constitución interna, ciertas conexiones que la determinan, y que se traducen para ella en limitaciones a que viene sujeta. De modo que un resultado del conocimiento es también el que yo conozca la limitación de mi conciencia y de toda Conciencia. Bien, pero, ¿ en qué consisten esas limitaciones ? Por lo pronto

en que yo tengo que conocer el universo desde mi estrecha perspectiva existencial. Simplificando, las tales limitaciones pudieran resumirse reconociendo sencillamente la dimensión temporal del hombre. Mi condición humana no tiene otra perspectiva de conocimiento que la que me ofrece mi tiempo histórico : un tiempo dentro del cual, por decirlo así, estoy encerrado. Pero abundemos. Parece que un soporte de esa limitación radica en la conexión ineludible del conocimiento con las determinaciones de voluntad del sujeto, el cual se halla — como hombre de carne y hueso — preso en las condiciones del mundo. De ahí que la conciencia cognoscente se nos presente siempre como debatiéndose entre las ligaduras de la voluntad que, por una parte, es condición de su existencia misma como conciencia, pues la pone en marcha, y por otra la conecta indefectiblemente con las condiciones del mundo en función de la conducta. Y es que el hombre, como ente concreto, es algo más, y más importante, y más dramático, que una conciencia cognoscente : es también un agente de decisiones.

Constitución de la libertad moral como objeto de conocimiento

Creo que, bajo este examen, la conciencia del hombre se nos presenta ante todo como conciencia moral. Pues, en efecto, configurado en esa peculiar limitación por su inserción en la perspectiva del tiempo histórico, ligado al forcejeo de una voluntad que actúa como si fuera determinante, el conocimiento humano se constituye primariamente como debate moral. La otra tentativa, aquella que representa estrictamente a la conciencia intelectual, aparece en cuanto el conocimiento trata de superar toda limitación levantándose sobre su propia perspectiva para alcanzar una visión total de Universo. No vamos a ventilar ahora la posibilidad de esa tentativa.

Precisa resumir a estas alturas la categoría moral. Diremos que la conciencia moral constituye el modo primario de producirse el conocimiento humano desde su emplazamiento existencial dentro del tiempo histórico, pues se trata de un conocer — esa conciencia — puesto en función de la conducta realizándose como si la voluntad fuera libre y por ello responsable.

Del anterior análisis podemos extraer, por lo menos, las siguientes consecuencias : Primera : se nos impone la inescindible unidad, ahí en el punto originario, de la conciencia moral y de la conciencia intelectual. Segunda : la conciencia moral se convierte en objeto, en problema de conocimiento, tan pronto el puro conocimiento intelectual indaga acerca de aquella tratando de fijarle su esencia. Tercero : enseguida surge el planteo de la libertad moral como problema de conocimiento, pues en su afán de saber total la conciencia intelectual se pregunta si el conocimiento en función de la conducta, ese tomar cuenta de una situación y de su decisión — causa de los grandes debates internos y origen mismo de la conciencia de la autodeterminación, del sentido de la responsabilidad y del sentimiendo de culpa o de aprobación —, si esa categoría de conocimiento, insisto, inviste una real efectividad, o si por el contrario sólo comporta una ilusión de determinación ; dicho en otros términos : lo que quiere saber la conciencia es si ella misma y el hombre como tal se constituyen realmente en función de una voluntad libre. Y claro que la interrogante inicia un problema metafísico que entraña la cuestión capital de la ética y sin duda del hombre mismo.

Este modo de plantear el problema de la libertad moral como objeto de conocimiento, supera de entrada, creo yo, muchos errores : ni se la puede confundir con una forma de indeterminismo, ni mucho menos con una especie de azar. El libre albedrío se nos presenta más bien con carácter positivo, es decir, como una determinación de la voluntad que tiene efectividad y el asunto se coloca en su mejor punto de enfoque.

Haremos una breve inspección a la conciencia cognoscente. El esfuerzo que ésta realiza por hallar la Verdad (a saber : si el hombre tiene libre albedrío o no) entraña por muchas razones una tentativa desesperada. Al hombre le va en ello,

ya lo hemos apuntado, constituirse como tal hombre. Encuadrado dentro del tiempo histórico, ese empinarse la conciencia hacia la búsqueda de lo absoluto nos ha dado las grandes construcciones del pensamiento teorético, y se nos presenta como un intento del espíritu por escapar en vano a la angustia del tiempo. La conciencia, dentro de sus limitaciones existenciales y con su aspiración a lo ilimitado, yace en un esencial abandono, y busca desesperadamente la esencia del mundo para en ella encontrarse, saber a qué atenerse a sí misma como conciencia : salvarse.

Distinción de Filosofía y Ciencia en el punto originario

Bien vista la cuestión, diríase que el esfuerzo de conocimiento no se agota con satisfacer sólo a la necesidad vital, sino que va más allá para inquirir cuestiones ociosas. No, no sólo lo vital está en la raíz y desiderátum de lo intelectual. Francisco Ayala, con su habitual discernimiento, se plantea todo esto. Y reconoce — sigo en estas reflexiones al fino pensador español — que cuestión ociosa es, por ejemplo, toda aquella que se pregunta por o acerca de la esencia de las cosas, puesto que el manejo de las cosas no requiere este esencial conocimiento. Pues bien : en esa « aplicación a la ociosidad » la conciencia humana da de sí un afán fecundo e inconcluyente : la búsqueda del conocimiento plenario o metafísico. Claro que por aquí hallaríamos la mejor justificación del quehacer filosófico, pero también del hecho de que toda conciencia humana, por muy rudimentaria que sea, necesite y se haga de una cosmovisión, es decir, de un conjunto de ideas y creencias radicales acerca de todas las cuestiones del Universo. Creencias e ideas radicales representan el contenido de la Religión y de la Filosofía. En rigor, se trata de averiguaciones y convicciones fundamentales del hombre que se apoyan en la persecución del valor Verdad. Y, por supuesto, el problema de la libertad moral pertenece a ese rango de averiguaciones radicales o metafísicas.

Más aún : no ha dejado de reconocer una dualidad de dirección y aplicaciones en la conciencia cognoscente, refiérese al conocimiento teorético enderezado únicamente a la satisfacción de la propia conciencia ; y a un conocimiento práctico dirigido a la satisfacción de la necesidad. Ese despliegue de la dirección práctica de la conciencia intelectual hace posible la Ciencia (o si se quiere para ahorrarnos precisiones : las ciencias). Actividad ésta que por su raíz misma se orienta también en la persecusión del valor Verdad.

Parece poder atribuírsele ciertas limitaciones a la actividad científica. Entre otras las que le vienen impuestas por el hecho de que todo saber científico se refiere a objetos particulares — esto es : el mundo físico, el de los objetos matemáticos, el de los seres vivos, el de la realidad psíquica, etc. —, y se logra con un método positivo : el método empírico. Según Julián Marías, parecidos requisitos excluyen el que las ciencias, aún supuesta su verdad y la validez de su justificación interna, puedan desempeñar la función de una certeza radical.

Aparece, pues, la Ciencia como un método sistemático que me indica por qué caminos y con qué medios encuentro en cada caso qué objetos. Finalmente subráyese que como organización del saber atenida a las comprobaciones del método empírico y tan estrechamente ligada a la técnica se remite al deseo de poder y dominio del hombre. Empero, cuando se repara demasiado en esta última característica se la puede considerar equívocamente como sólo expresión del deseo de poder. Se ve entonces a la Ciencia guiada exclusivamente por la técnica. Sin embargo, como despliegue de la conciencia intelectual, regida por el valor Verdad, la Ciencia no responde al mero deseo de dominar las cosas — aunque también este deseo haya orientado su desarrollo — sino al afán de Verdad mismo.

Pero la conciencia cognoscente en su necesidad de los hallazgos radicales se comporta insatisfecha con los resultados de las ciencias. Tal inconformidad resulta expresión del ansia de Verdad que excede a lo que la Ciencia misma puede satisfacer. Y explica, tal vez, por qué tantos científicos acaban haciendo incursiones en los predios de la metafísica : no sin gruesos yerros, que

nacen de un desconocimiento, a veces total, de la técnica filosófica. En definitiva, la conciencia humana es inescindible. Y el ser humano en trance de científico adolece de ser una conciencia cognoscente a la que se le ha puesto « una camisa de fuerza ». Jaspers dice : « ¿ Cuál es el límite de las ciencias que se nos invita a franquear ? Este : La Ciencia cuando es pura no alcanza el ser mismo, ni toda la Verdad, sino sólo objetos que se suceden sin fin en el mundo. Queremos originalmente algo más que Ciencia ». Pues bien : tengamos en cuenta que la cuestión de la libertad moral forma parte de ese más a que se refiere Jaspers.

Hecha la anterior distinción de filosofía y ciencia ahí en el punto originario : la conciencia cognoscente, e instalado el problema de la libertad moral en el predio metafísico, así como examinadas algunas razones que explican lo que llamaríamos la interferencia de los campos, resultará esclarecedor revisar el modo como han venido influyendo los planteamientos de las ciencias en el problema metafísico de la libertad moral.

Adelanto lo siguiente : la ciencia ha venido insistiendo, tal vez demasiado, en la completa determinación de las acciones del hombre. El resultado de esa insistencia es que la libertad moral no existe. Sin embargo, hoy por hoy, voces acreditadas que nos vienen del propio mundo científico afirman que ni los mismos fenómenos de la naturaleza obedecen a leyes exactas. ¿ En qué consiste y qué nuevo sesgo le da al problema de las relaciones, y de los conflictos, entre la Ciencia y el asunto de la libertad moral, esa tremenda revolución que se viene operando en el campo de las ciencias físicas ? Para enriquecer esta interrogante e intentar respondérnosla, vale la pena rastrear, ahora, algo en el trayecto de esas relaciones. Al menos sus momentos culminantes.

El programa de Sócrates

El conflicto se da en Grecia dentro de aquella connotación amplia — el Saber — en que filosofía y ciencia permanecen aún confundidas. Sin embargo, se van perfilando ya direcciones que después, en sus progresivos despliegues, darían lugar a la diferenciación neta. La investigación de los antiguos cosmólogos apuntaba necesariamente hacia la constitución de las ciencias. Mientras que con Sócrates, por ejemplo, la filosofía encontraba un cauce auténtico. Precisamente a partir del gran moralista hay un detenerse el avance de aquella ciencia. No en balde dice Dampier-Whetham que si no hubiera sido por Sócrates, Platón y Aristóteles la ciencia podría haber alcanzado su actual estado de desarrollo hace dos mil años.

Entre los pensadores que echaron bases firmes al desarrollo de las ciencias se cuenta a Pitágoras. El matemático de Samos vio con mucha anticipación que vivimos en un mundo que obedece leyes uniformes, y hizo de su conocimiento de la Naturaleza, no igualado antes, la base de un culto religioso. La ética del misterioso Pitágoras se fundaba sencillamente en el reconocimiento de leyes en la Naturaleza y en nosotros mismos como partes de ella. En rigor esa fe en la ley natural, ese tenerla como un supuesto, resultaría fundamental luego en la evolución de toda ciencia. De inmediato, tal reconocimiento se trasmitió a sus sucesores espirituales, los atomistas. « Nada acontece sin una causa, sino con una causa y por necesidad », escribía Leucipo, mentor de la nueva escuela y en cuyo pensamiento está la génesis de una gran parte de la ciencia moderna. Al pronto aquí nos encontramos con una doctrina que somete el conjunto de los fenómenos del Universo a la ley rigurosa de causa y efecto. Pero nos vamos a encontrar también con una concepción mecanicista de la realidad. En efecto, a la pregunta inicial del intrépido Tales, ¿ de qué y cómo está hecho el mundo ? los atomistas ofrecieron una respuesta materialista, o como diríamos hoy « cientificista ». El secreto residía en los pequeñísimos átomos. Demócrito decía : « Según lo convencional, hay lo dulce y lo amargo, lo caliente y lo frío, y también color ; pero en verdad no hay más que átomos y el vacío. Sólo los átomos y el vacío daban razón del universo entero, tanto de las piedras como de los pensamientos. En tal mundo no había lugar para la libertad moral, pues la realidad toda era una enorme y complicada máquina.

Pues bien : entre otras razones, la figura

de Sócrates sobresale en pugna contra esa concepción de la realidad. Ante todo, como se verá, con él la vieja investigación de los cosmólogos sufre un cambio de dirección frontal, que va a posibilitar, realmente, a la auténtica filosofía : aquella que no es mera curiosidad de intelección sino antes más saber de salvación. En efecto, hasta ese momento, la investigación naturalista, las especulaciones en torno a la esencia y el devenir del Cosmos habían constituído la preocupación central de los antiguos pensadores jónicos, de los pitagóricos, de Anaxágoras, de los eleatas, de los atomistas. Pero con el maestro de Atenas, repito, se produce un nuevo enfoque. Probablemente percibió que la dirección naturalista dominante en la investigación, o bien que un mecanicismo como el que profesaban los atomistas, no sólo minaba la vida espiritual de Atenas (inclusive las bases mismas de la moralidad, ya que no dejaba lugar a una libertad de elección), sino que, ante todo, representaba un desvío para llegar al único conocimiento verdaderamente interesante y decisivo : *el saber acerca del hombre*. Además, lo urgente era restablecerle sus asideros a ese hombre que, entre el materialismo de las nuevas concepciones y un relativismo como el de los sofistas, había entrado en una profunda crisis. ¿ Y cómo lo intenta ?

En términos muy breves diré que en el programa de la filosofía socrática hay un totalitario antropocentrismo. Sí ; ahí el alma humana es el verdadero objeto de conocimiento. Este es el profundo sentido del « conócete a tí mismo ». Todas las demás disquisiciones eran estériles y hasta impías. Tal interés por el Ser del hombre es primordial, porque en este microcosmos toma presencia toda la realidad, y si el hombre se preocupa por las cosas es precisamente porque ellas están en su vida. Por otra parte, Sócrates le dió primacía a la mente del hombre, tanto en lo que se refiere al origen del conocimiento como en lo que atañe al gobierno de las acciones humanas. En efecto, aceptando que todo conocimiento nos viene a través de la mente, Sócrates consideró a ésta como suprema, y para él el conocimiento del cual estaba más seguro era el que procedía directamente de su propia y más íntima conciencia. No en vano postuló que en el fondo de ella vivía la verdad, y por eso la misión del filósofo se le convirtió en la de « un partero del alma ». Consecuentemente la mente era un factor determinante de la propia conducta de los seres humanos, y si el hombre busca, y debe buscar nada menos que la Verdad — no se olvide que Sócrates reposibilita la Verdad frente al escepticismo de los sofistas — ha de ser para ceñir a la Verdad su vida. Páreceme obvio, pues, que frente a un mecanicismo absoluto o ante una relativización del conocimiento y de lo ético, la filosofía de Sócrates nos llevaría siempre a una afirmación tanto de la conciencia teórica como de la conciencia moral.

La posición de Sócrates fué mantenida y ampliada, en lo que a la destrucción del sistema mecanístico concierne, por su discípulo Platón. Sería interesante poder analizar cómo éste último intentó combinar la visión del hombre como amo con aquella fe en las leyes uniformes de la Naturaleza. En todo caso, después de Sócrates declinó rápidamente entre los directores del pensamiento griego el interés por la ciencia. Así, a medida que la filosofía platónica ganaba terreno, la ciencia se contraía a las partes adyacentes del mundo helénico. Para comienzos de la era cristiana el ímpetu de esta actividad se había debilitado. Entonces fué el imperio de la conciencia religiosa : fuente permanente de la creencia radical en la libertad moral.

PEDRO VICENTE AJA

Francisco Giner de los Ríos y la reforma del hombre

POR RODOLFO LLOPIS

VEINTICUATRO años tenía don Francisco Giner de los Ríos cuando, en 1863, llegó a Madrid. Había nacido en Ronda, provincia de Málaga, el 10 de octubre de 1839. De Ronda era su madre. Su padre, aunque de origen levantino, era de Vélez-Málaga. Don Francisco, hijo de funcionario, que, como tal, estuvo sometido a los frecuentes traslados que se padecían en aquellos agitados tiempos, hubo de conocer en su infancia y juventud distintas provincias españolas. Así, los estudios de enseñanza primaria los hace en Cádiz ; los de segunda enseñanza, en Alicante ; y los universitarios, en Barcelona y Granada.

En Barcelona recibe su primera iniciación filosófica en la cátedra de Javier Llorente, quien lo familiariza con la filosofía escocesa. En Granada, gracias al profesor Francisco Fernández y González, se inicia en la filosofía alemana y en los estudios de literatura y estética. Hegel y Krause eran los filósofos de su profesor, quien, en su tesis de doctorado consagrada a « La idea de lo bello », hace la exégesis de la Estética de Krause. Allí, en Granada, se aficionará don Francisco a la pintura y a la música. El sentido del color y de la melodía le acompañarán ya de por vida, e impregnarán sus concepciones pedagógicas. Allí, en Granada, publicó sus primeros trabajos literarios y políticos, en 1862, en la *Revista Meridional*, que dirigía el poeta Trinidad Rosas. Allí, en Granada, trabaría fuerte amistad, que cada día se estrechará más, con Nicolás Salmerón.

Terminada su carrera de Derecho, don Francisco se traslada a Madrid. Viene al lado de su tío don Antonio de los Ríos Rosas, que ya tenía una fuerte posición política. Don Francisco ingresa en el ministerio de Estado, como agregado diplomático. Trabaja en el archivo, principalmente en los papeles de Felipe II. Pero el joven Giner de los Ríos no había venido a Madrid para hacer esa clase de trabajo. Ni para abrir bufete y ejercer la abogacía. Ni siquiera para, a la sombra de su tío, irrumpir en la política. Giner de los Ríos había venido a Madrid para preparar unas oposiciones e ingresar en el profesorado universitario.

En plena efervescencia

Madrid estaba por aquel entonces en plena efervescencia. Efervescencia política, intelectual y militar. Los generales O'Donnell y Narváez turnaban en el disfrute de lo que dieron en llamar « cooperativa del Poder ». Los progresistas, con Olózaga y Prim a la cabeza, víctimas del odio de quienes encarnaban los « obstáculos tradicionales », van al retraimiento electoral en señal de protesta. El retraimiento los empujará fatalmente a la revolución. Las cuarteladas se suceden, dirigidas o animadas por el general Prim. El cuartel es una prolongación de los partidos políticos. Y viceversa. Cada partido tiene sus generales. Espartero y Prim son progresistas ; O' Donnell y Serrano, unionistas ; Narváez, moderado... ¡ España fué siempre tan pródiga en generales providenciales !...

La política interesa, claro está, al joven Giner de los Ríos. La política, sí ; los partidos, no. Sus mejores amigos están entre los progresistas y entre los demócratas, es decir, en los partidos avanzados ; mas no se inscribe en ninguno de ellos.

En Madrid existía por aquel entonces otro tipo

de efervescencia que le atraía mucho más. En el Ateneo, en las tertulias y en la Universidad, se estudiaba y discutía con calor la filosofía novísima » que profesaba don Julián Sanz del Río. La juventud tenía gran apetencia de saber. Deseaba renovarse espiritualmente. *Los mandamientos de la Humanidad*, de Krause, presentados por Tiberghien, y *El ideal de la Humanidad para la Vida*, también de Krause, traducido y anotado por Sanz del Río, eran el pasto intelectual de aquella juventud llena de inquietudes. Y desde que la Congregación del Indice lo declaró libro prohibido, *El ideal de la Humanidad para la Vida* se convirtió en verdadero Libro de Horas de la juventud.

Don Francisco frecuenta el Ateneo. Sigue los cursos universitarios de Sanz del Río. Forma parte del restringido « Círculo filosófico » de la calle de Cañizares, continuador del « Círculo de estudios » de la calle de la Luna. En el « Círculo filosófico », en torno de Sanz del Río, una vez al mes, racionalistas y católicos liberales, « discutían fraternalmente de problemas graves, con abandono de corazón e intimidad de pensamiento, porque aun lo que les diferenciaba, sus discrepancias, les unía », que dirá Fernando de los Ríos.

Don Francisco, a principios de 1866, hace oposiciones a la cátedra de Filosofía del Derecho y Derecho Internacional de la Universidad de Madrid, y las gana. Las gana, pero en el Ministerio acuden a todas las triquiñuelas administrativas imaginables para retardar lo más posible el momento de la toma de posesión. Don Francisco tenía ya sólida personalidad en el krausismo, lo que producía alarma en las esferas oficiales. Sabían también que había roto con la Iglesia católica a consecuencia de la promulgación, en 1864, del « Syllabus », de Pío IX. Los neo-católicos, que abusando de su influencia política proseguían su furiosa campaña contra los krausistas, contra los « textos vivos », no querían que se introdujera en la Universidad un krausista más, un « texto vivo » más. ¿ No estaban preparando la famosa Circular de Orovio de 20 de junio de 1866 y su no menos famoso Decreto de 22 de enero de 1867, justamente para poder expulsar de la Universidad a los profesores krausistas ?

El Ministerio aprobó, al fin, las oposiciones, y Don Francisco tomó posesión de su cátedra. Se posesionó de ella, mas no llegó a profesarla. El gobierno acababa de destituir a Sanz del Río por haberse negado a hacer la profesión de fe católica, política y aun dinástica que le exigía el ministro Orovio. Don Francisco, solidarizándose con su maestro, renunció voluntariamente a su cátedra. Era a principios del año 1868. Meses más tarde, en septiembre, estalla y triunfa la revolución. Y la revolución devuelve a sus cátedras a los profesores destituídos.

En la revolución de septiembre se advierten fácilmente tres elementos fundamentales. Un elemento político, que arranca de las Cortes de Cádiz — los propulsores de la revolución dirán que vienen a realizar el pensamiento de los doceañistas —, un elemento económico, provocado por la corriente librecambista, tan apasionadamente defendida en aquellos tiempos, y, sobre todo, un elemento intelectual, universitario. Es el krausismo. Es Sanz del Río. Su cátedra de la Central, por la que habían desfilado los hombres que dieron substancia a la revolución.

El gobierno provisional repone a los profesores destituídos y nombra Rector de la Universidad a Sanz del Río. Con ello, no sólo quiere reconocer sus relevantes méritos, sino intentar reparar el agravio que se le había inferido. Pero don Julián está muy delicado de salud y no acepta. En su lugar se nombra a uno de sus más fieles discípulos, — aunque tiene su misma edad —, a Fernando de Castro, profesor de Historia general, que también había sido destituído. Un hombre extraordinario, que comenzó siendo franciscano descalzo, que fué después capellán de honor de Isabel II, y que, tras una desgarradora crisis religiosa que describe minuciosamente en su *Memoria testamentaria*, acabará rompiendo con la Iglesia y enterrándose civilmente. En el momento del sepelio — mayo de 1874, — cumpliendo su voluntad, se leyeron las *Bienaventuranzas*, la parabola del *Buen Samaritano* y los *Mandamientos de la Humanidad*, de Krause.

El primero de noviembre de 1868 se efectúa la solemne apertura de curso. El nuevo Rector, en su discurso, expone el programa pedagógico de la revolución. O, en todo caso, el programa de la campaña universitaria que el grupo krausista va a emprender, bajo la inspiración de Sanz del Río, para que la Universidad, cumpliendo su misión histórica, sea la célula viva de la Nación.

La Universidad organiza cursos libres, conferencias y lecturas públicas, que se ven siempre concurridísimas. Las conferencias acerca de la educación de la mujer adquieren singular relieve e importancia. Tanta, que acabarán creando la « Asociación para la enseñanza de la mujer », que dirigirá hasta su muerte el propio Fernando de Castro. La Universidad consigue brillantez y eficacia inusitadas. A ello contribuye en gran parte don Francisco Giner de los Ríos.

« La actividad profesional de don Francisco — — escribirá el Sr. Cossío — no se limitaba entonces a su cátedra, sino que daba todos los domingos, en la Universidad, cursos libres de Doctrina de la Ciencia, Sistema de Filosofía, etc., en los cuales recogió algunos de los discípulos más fervientes que le han acompañado después en su obra. Fué, además, el iniciador y mantenedor del *Boletín-Revista de la Universidad de Madrid* durante todo el tiempo que vivió

esta publicación, desinteresada y noble empresa que no ha vuelto desde entonces a acometerse. »

« Don Francisco — prosigue el Sr. Cossío — convive con casi todas las grandes figuras que se hallaban al frente de aquellos movimientos históricos y siendo de muchas de ellas respetado consejero. Es el alma de todas las reformas que se llevan a la enseñanza universitaria y que luego han ido realizándose paulatinamente, y defendiéndolas denodadamente en el claustro con don Fernando de Castro. Y aunque, desde luego, sus ideas filosóficas y sociales le situaban del lado de los que rompieron la vieja forma de la monarquía, radical como nadie, pero antirrevolucionario por principios, no simpatizaba con ninguna de las soluciones extremas que entonces buscaron el triunfo ».

« Del influjo moral de Giner en las agitaciones substanciales del país, — concluirá el Sr. Cossío — puede juzgarse sabiendo que Maranges fué redactor confidencial, encargado de ello por la Junta revolucionaria, a que perteneció, del Título primero, sobre los derechos individuales, de la Constitución de 1869. Y teniendo en cuenta igualmente que en 1873 colaboró sin descanso, durante el ministerio Salmerón, en los proyectos de Gracia y Justicia, sobre todo en la Junta para la reforma penitenciaria, con Azcárate y con doña Concepción Arenal, a la que siempre consagró una amistad y un culto fervorosos. »

Expulsado de la Universidad

El 29 de diciembre de 1874, el general Martínez Campos, en Sagunto, proclamaba rey de España al hijo de Isabel II, don Alfonso XII. Con la restauración de la monarquía se terminó la obra renovadora de la Universidad. Cánovas del Castillo dijo que venía « a continuar la historia de España. » En efecto, el nuevo ministro de Fomento, Manuel Orovio, borra de un plumazo la generosa legislación de la revolución de septiembre y de la primera República. Sin perder tiempo, el 26 de febrero de 1875, publica un Decreto que « venía a remediar — son sus palabras — los perjuicios que a la enseñanza había causado la libertad ». El Decreto se amplía con la Circular de aquella misma fecha. En ella se encarece a los Rectores que vigilen con mucho cuidado « para que en los establecimientos dependientes de su autoridad no se enseñara nada contrario al dogma, a la sana moral, procurando que los profesores se atuvieran estrictamente a la explicación de las asignaturas que les están confiadas, sin extraviar el espíritu dócil de la juventud por sendas que conduzcan a funestos errores sociales ». Terminaba el ministro su Circular encargando a los jefes de los establecimientos docentes que « si tuvieran noticias de que algún profesor no reconocía el régimen establecido, procediese sin ningún género de consideración a la formación del expediante oportuno ». Como se ve, el ministro no había cambiado. En 1875 se conducía con la Universidad como lo hizo en 1867. Cánovas del Castillo tenía razón. Se continuaba la historia de España...

El ministro encargó a los Rectores que diesen cuenta de su Circular a los Claustros respectivos. El Rector de la Universidad de Madrid — Pisa Pajares — no quiso cumplir el encargo ministerial. Sin embargo, varios catedráticos encargaron a don Gumersindo de Azcárate la redacción de una protesta colectiva. No llegaron a ponerse de acuerdo. Las protestas fueron individuales. A todos se adelantó don Francisco Giner de los Ríos, que envió a la Superioridad una comunicación en la que manifestaba que « jamás cooperaría a que se restringiera y menoscabase su elevada función, convirtiéndole en dócil intérprete de las pasiones políticas ».

Esto se escribía el 25 de marzo de 1875. « Una vez enviada su protesta, — referirá el Sr. Cossío — fué llamado Giner para rogarle, en nombre de Cánovas, que la retirase, pues éste aseguraba que el Decreto ministerial, con el que no estaba conforme, no llegaría a cumplirse. Giner contestó con toda altura y dureza, que el Sr. Cánovas tenía la *Gaceta* para deshacer la iniquidad que desde ella se había hecho, y que no podía pretender de él una indignidad. Y aquella misma noche, habiéndose retirado a casa enfermo con fiebre, fué arrancado del lecho a las cuatro de la mañana para ser trasladado preso, entre guardias civiles, al castillo de Santa Catalina de Cádiz ».

El cónsul de Inglaterra, Mr. Thomas Reader, se apresuró a visitarle, ofrecerle su apoyo y aun el de la opinión inglesa. Incluso le habló de la posibilidad de crear una Universidad libre en Gibraltar. Don Francisco declinó los ofrecimientos. El gobierno lo había encarcelado. Al gobierno le correspondía sacarlo de allí. Esa fué su respuesta.

La protesta de don Francisco fué la primera, mas no la única. Los profesores de más prestigio cursaron igualmente la suya : Salmerón, Azcárate, Castelar, Figuerola, Moret, Montero Ríos, etc. Todos fueron castigados. Encarcelados los unos, deportados los otros, expulsados de la Universidad todos. Y fuera de la Universidad vivieron hasta que el 8 de enero de 1881 se formó el primer gobierno liberal de la Restauración. El ministro de Fomento, Albareda, deroga la Circular y el Decreto de Orovio y vuelven a sus cátedras los profesores que tan inicuamente habían sido castigados en 1875.

Aquella deportación, como la deportación y expulsión de la Universidad de tantos y tan excelentes profesores, le impresionó profundamente. Y allí, en la soledad de su destierro, pudo meditar con más calma que nunca acerca de los acontecimientos de que había sido testigo cuando no actor principal. Una amarga reflexión debió asomar a sus labios. Ante sus ojos desfilaba todo el dramático proceso del siglo XIX español. ¿ Era la tragedia de una minoría de hombres selectos, que no encontraron preparadas a las masas ? ¿ Era torpeza de los dirigentes, que no supieron elevarse a la altura de las circunstancias ?

Don Francisco debió recordar con tristeza que el pueblo español, que acoge con entusiasmo la Constitución de 1812 y que para perpetuar tan deseado suceso coloca en todas las ciudades una placa conmemorativa, es el mismo pueblo que dos años después, cuando regresa Fernando VII, se suma a la reacción y arranca dichas placas. Debió recordar que el pueblo que sigue a Riego en 1820 y grita « ¡ Viva la Libertad ! », es el mismo que, tres años después, le apedrea, lo escarnece y asiste regocijado a la Plaza de la Cebada a presenciar su ejecución. Que el pueblo que canta el « ¡ Trágala ! » y el « Himno de Riego », es el mismo que grita más tarde « ! Vivan las *caenas* ! » ¿ Por qué ?

Don Francisco se contesta tan doloroso interrogante. Piensa que la causa de todos los males que padece España radica en la falta de una buena educación. Ya pueden los espíritus generosos, aprovechando los días gozosos en que la Libertad brilla en España, llevar a la *Gaceta* las reformas más audaces. Esas reformas serán letra muerta en un país donde lo primero que hay que hacer es reformar el hombre. Y reformarlo interiormente. Esa es la obra urgente, inaplazable, en España. Obra lenta, es verdad ; mas la única segura. El problema de España es, ante todo, un problema de educación. Y don Francisco se promete a sí mismo consagrar toda su vida a la reforma del hombre. En su mente aparece la necesidad de crear una Institución « consagrada al cultivo y propagación de la ciencia en sus diversos órdenes principales — son sus palabras —, especialmente por medio de la enseñanza » ; una Institución « completamente ajena a todo espíritu e interés de comunidad religiosa, escuela filosófica o partido político — sou también sus palabras —, proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del profesor, único responsable de sus doctrinas ». Una Institución ajena e independiente de todos los gobiernos ; que no aceptaría jamás subvención oficial alguna ; que viviría exclusivamente del concurso de la iniciativa particular...

El gobierno, expulsándolo de la Universidad, le privaba de sus alumnos. Y sin alumnos, él, don Francisco, no podía vivir. Si el gobierno se los quitaba, él, don Francisco, con los demás expulsados de la Universidad, se encargaría de recuperarlos. Ese fué el origen de la Institución Libre de Enseñanza.

La Institucion Libre de Enseñanza

Cesó la deportación y don Francisco retorna a Madrid. Inmediatamente pone en marcha su proyecto. Los Estatutos se aprueban por R. O. de 16 de agosto de 1876. « Fueron sus fundadores — escribirá el Sr. Cossío — un núcleo de hombres venerables que se agruparon frente a la Restauración ». Entre ellos, además de don Francisco, conviene recordar a Salmerón, Azcárate, Montero Ríos, Joaquín Costa... Profesan en la Institución, además de los fundadores, hombres como Simarro, Federico Rubio, Juan Valera, Echegaray, Juan Uña... » Muchos de ellos — añadirá el Sr. Cossío — fueron absorbidos pronto por la Restauración y dejaron de colaborar activamente en la obra ».

La Institución se instala en la calle de Esparteros. Era entonces una escuela de estudios superiores, a manera de Universidad libre. Acudieron tantos alumnos, que fué necesario encontrar un local más amplio. En 1882 se traslada a la calle de las Infantas. El éxito es tan bueno, que la Institución proyecta contruirse edificio propio. Adquiere los solares al final de la Castellana, donde más tarde se levantaría el Colegio Nacional de sordo-mudos y ciegos. Se comenzó la edificación. Mas por aquel entonces, una grave crisis económica turbó la vida de la Institución. Había organizado ya, además de los estudios universitarios, los de segunda enseñanza ; pero rompe con la tradición de los exámenes y se independiza de los programas oficiales. La decisión alarma a muchos padres de familia, que se apresuran a retirarle los alumnos.

« La Institución — dirá don Francisco — no pudo desarrollar su obra y el principio que le dió vida hasta que rompió toda conexión con los exámenes oficiales. Lo único radical para nosotros es que el examen en todas partes, como la oposición, etc., aun reducido a su mínima expresión, representa la dislocación de toda teleología del estudio ; en vez de estudiar para enterarse de las cosas y hacerlas en su caso, el examen disloca y nos pide estudiar para examinarnos, es decir, para hacer ver y creer que sabemos ».

La Institución, forzada por esa crisis económica, abandona la construción de su nuevo edi-

ficio y se refugia en la casa del Paseo del Obelisco, que después se llamó Paseo del general Martínez Campos, de donde no se moverá ya nunca más. Es en esa casa donde el pensamiento pedagógico de don Francisco, fielmente secundado por sus colaboradores más entusiastas, hallará su mejor expresión.

Apenas nacida la Institución que, por imperativos de las circunstancias, se organiza en escuela de estudios superiores, don Francisco advierte que no responde totalmente a su pensamiento. Su verdadera intención era la de formar, educar a los alumnos. Para lograrlo, había que comenzar con ellos mucho antes, tomándolos desde su más temprana edad. Por eso dos años despues de su fundación, en 1878, la Institución organiza los estudios de primera y segunda enseñanza, como más tarde organizaría la sección de párvulos. Y desde la sección de párvulos hasta la Universidad, la Institución proclama la unidad interna del proceso educativo, noción que ha costado muchos años penetrar en el mundo pedagógico. Los grados de la enseñanza no son sino eslabones de una misma cadena. « Una cátedra de Instituto, como una de Doctorado ; las de Derecho civil, como las de Filosofía o las de Metafísica — escribirá don Francisco —, todas deben reproducir, cada cual a su modo, el tipo fundamental de una escuela primaria bien organizada. Esto es, deben venir a ser una reunión durante algunas horas, grata, espontánea, íntima, en que los ejercicios teóricos y prácticos, el diálogo y la explicación, la discusión y la interrogación mutua alternen libremente con arte racional, como otros tantos episodios nacidos de las exigencias mismas del asunto ».

Nada tan conmovedor ni tan significativo para comprender el profundo pensamiento pedagógico de don Francisco, como verle, profesor universitario, descender de su cátedra y convertirse en maestro de niños. Frente a la falsa creencia, tan generalizada, que no ha desaparecido todavía en más de un lugar, de que cualquiera puede servir para maestro de niños, don Francisco sostiene lo contrario, esto es, que es en la edad más temprana de la infancia cuando se necesitan los mejores maestros, porque es en ella cuando la verdadera educación comienza. « ¡ Seamos maestros de niños ! », repetirá don Francisco. Y este eminente profesor universitario convertido en maestro primario, confesará a sus más íntimos : « ¡ Ahora que he aprendido de los niños, comienzo a caminar con alguna seguridad en mis deberes de profesor ! » Cincuenta años más tarde, cuando Claparéde funda, en Ginebra, el Instituto Jean-Jacques Rousseau, adopta como lema : *Discat a puero magister*.

Como se dice en los « Principios pedagógicos de la Institución », ésta, se propone ante todo *educar* a sus alumnos. Para lograrlo, comienza por asentar como base primordial inclusive, el principio de « la reverencia máxima que al niño se debe ». Por ello precisamente, no es la Institución ni puede ser en modo alguno, una escuela de propaganda. Ajena a todo particularismo religioso, filosófico y político, abstiénese en absoluto de perturbar la niñez y la adolescencia anticipando en ella la hora de las divisiones humanas. Quiere, por el contrario, sembrar en la juventud, con la más absoluta libertad, la más austera reserva en la elaboración de sus normas de vida y respeto más religioso para cuantas sinceras convicciones consagra la historia ».

« La Institución estima que la *coeducación* es un principio esencial del régimen escolar y que no hay fundamento para prohibir en la escuela la comunidad en que uno y otro sexo viven en la familia y en la sociedad. Juzga la coeducación uno de los resortes fundamentales para la formación del carácter moral, así como la pureza de las costumbres, y el más poderoso para acabar con la actual inferioridad positiva de la mujer, que no empezará a desaparecer hasta que aquélla se eduque, en cuanto se refiere a lo común humano, no sólo *como* el hombre sino *con* el hombre ».

La Institución despertaba en sus alumnos el interés hacia una cultura general, siguiendo una orientación educativa que consiste no en aprender las cosas sino en aprender a hacerlas. Quería que asimilasen los conocimientos que cada época exige para cimentar en ellos más tarde una formación profesional de acuerdo, en lo posible, con las aptitudes y la vocación. Por la atención que prestaba al decoro personal y al vigor físico, la depuración de los gustos estéticos, la corrección y nobleza de hábitos y maneras, la ingenua alegría y la conciencia del deber, quería formar caracteres armoniosos « dispuestos a vivir como piensan y prontos a servir al ideal dondequiera ». Quería la Institución, en suma, formar hombres.

La Institución, que era neutral en cuanto a lo confesional y dogmático, trataba de suscitar en el niño « una tónica religiosa, un fervoroso anhelo por el conocimiento de lo absoluto y por la perfección de sí mismo ». Para don Francisco, « la Religión, en su idea universal, que se halla en el fondo común de todas las religiones, desde las más sensibles y materializadas a las más espirituales, íntimas y profundas, es una función permanente de la vida individual y social, un fin eterno de la razón ». « Se comprende sin gran dificultad — escribirá don Francisco —, que no sólo debe excluirse la enseñanza confesional y dogmática de las escuelas del Estado, sino aun de las privadas. De aquellas, ha de alejarlas la ley ; de éstas, el buen sentido de sus fundadores y maestros. La práctica usual en

muchas naciones donde existe una religión oficial, de crear escuelas particulares para niños de cultos disidentes, ha producido y producirá siempre los más desastrosos resultados. Divide a los niños que luego han de ser hombres, en castas, incomunicadas desde la cuna. La escuela privada, no sólo la pública, — concluirá don Francisco — debe ser campo neutral, maestra universal de paz, de tolerancia y de respeto, que despierte por doquiera este espíritu humano desde los primeros albores de la vida ».

Desde el primer momento, la Institución ha sido hogar de reformas pedagógicas. « En medio de todas sus vicisitudes, ensayos, arrepentimientos y correcciones — dirá Don Francisco — esa idea y fin ha sido siempre lo que ha dado unidad a todos sus esfuerzos ». Abierta a todas las inquietudes, no sólo desarrolló y aplicó sus propias ideas, sino que adoptó, españolizándolas, las ideas excelentes que don Francisco y sus colaboradores hallaban en el extranjero, a donde se trasladaban con frecuencia, ansiosos de enriquecer con la ajena su experiencia personal, y donde tenían grandes amistades entre los pedagogos de mayor mérito.

La Institución no se conformaba con llevar la vida a la escuela ; quiere llevar la escuela allí donde la vida se dé. La Institución establece las visitas a fábricas, talleres y museos ; inaugura los paseos y excursiones escolares ; introduce los juegos viriles de los ingleses ; descubre la Sierra ; organiza las primeras colonias escolares de vacaciones, a Miraflores de la Sierra primero, y a San Vicente de la Barquera después. Para valorar exactamente sus realizaciones, sus ensayos y sus iniciativas, hay que situarse en la época en que se producen y conocer el atraso en que vegetaba la enseñanza española. Sólo así se apreciará el sentido revolucionario de su obra.

Mas no se crea que la Institución tenía un sistema cuajado, cristalizado. Nada de eso. « La Institución no profesa un dogma concluso, rígido, articulado y cerrado con soluciones definitivas a modo de recetas — dirá el propio don Francisco — , sino un sentido general capaz de recibir varias aplicaciones en cada tiempo y que aspira sólo a mantenerse en comunión con las más autorizadas corrientes pedagógicas. » Siempre se mantuvo, es verdad, en estado de constante renovación y ensayo.

La Institución era un laboratorio pedagógico y una gran familia. Los niños aman entrañablemente a sus profesores. Los profesores participan personalmente en los juegos de los niños. El día en que Arnold se quitó la chaqueta y se puso a jugar con sus alumnos en el patio de su Colegio — dirá don Francisco —, se produjo una auténtica revolución en la educación de los tiempos modernos. La Institución no desdeña una sola ocasión de intimar con los alumnos, cuya custodia jamás confía a manos mercenarias, aun para los menesteres más subalternos. En la Institución los profesores no sólo educan por su saber ; educan, además, por su ejemplo, y, más aún, por su amor a los niños, por una especie de contagiosa unción religiosa que ponían en su quehacer pedagógico. La Institución educaba, sobre todo, por el ambiente, por un ambiente moral estimulador de anhelos y esperanzas, que sólo ella supo crear y que impregnaba por entero la vida de aquella casa. La Institución fué escuela ejemplar en su tiempo, de tan elevado y fecundo espíritu, que sus principios no han sido superados todavía hoy, y cuyo influjo tanto estimuló la obra de la educación en España. La Institución tenía alma.

Obra lenta, pero segura...

El 8 de enero de 1881, se forma, al fin, un gobierno liberal en España. Es el primero que logra constituirse desde que se produjo la Restauración. De ese gobierno forma parte, como ministro de Fomento, José Luis Albareda. Albareda se apresura a liquidar los atropellos que en la enseñanza habían cometido los ultramontanos. Albareda anula la sectaria legislación de Orovio y repone en sus cátedras a los profesores destituídos en 1875. Entre ellos, a Don Francisco Giner de los Ríos.

Don Francisco « vive desde entonces — escribirá el Sr. Cossío — consagrado a su cátedra de la Universidad y a la enseñanza en la Institución ; a la comunicación con todos los que se acercaban a él en demanda de consejo y de enseñanza al goce de la Naturaleza y del Arte, siendo la Arquitectura el de sus preferencias ; a la satisfacción de las necesidades de su espíritu, curioso de todo y eternamente joven ; a la exaltación de toda una vida a un ideal de perfección moral ilimitada ».

En la Universidad tenía a su cargo la cátedra de Filosofía del Derecho, correspondiente al Doctorado. El curso de don Francisco consistía, al principio, en « una serie de conferencias rigurosamente científicas, implacablemente lógicas, y ceñidas a la materia del Derecho ». En ellas exponía su doctrina jurídica, inspirada fundamentalmente en las enseñanzas de su maestro Sanz del Río. La doctrina jurídica de don Francisco influyó grandemente en el pensamiento de los profesores de la materia en aquella época. Junto a don Francisco, se formaron hombres como Leopoldo Alas (Clarín), Buylla, Sela, Posada, Altamira, Dorado Montero, Alfredo Calderón, Joaquín Costa y tantos y tantos más.

Hemos visto que don Francisco era enemigo de los exámenes. Sin embargo, en la Universidad no tiene más remedio que aplicarlos. Y no

sólo examina, sino que cumple dicho requisito administrativo con más seriedad que nadie. « Examen hubo — cuenta Martín Navarro Flórez — que duró más de tres horas y, en alguno, hubo de conceder un largo descanso al examinando, para proseguir el examen a continuación... y no aprobar, al fin, al alumno ».

Afortunadamente, un ministro comprensivo acabó con ese suplicio. Declaró voluntaria la asignatura que explicaba don Francisco y eximió a éste de la función examinadora. A partir de ese momento, el curso de don Francisco cambió totalmente. Cuenta uno de sus discípulos más fervorosos, Martín Navarro Flórez, que los primeros días de clase los dedicaba don Francisco a persuadir a los alumnos inscritos en su curso, de la conveniencia de cambiar de asignatura, si no abrigaban otro propósito que el de aprobarla ; les advertía que tendrían que examinarse con otro profesor ; que les indicaría unos textos, que les haría un programa sencillo, etc.

Después de esa introducción, el curso quedaba grandemente mermado de alumnos. Eran poquísimos. Con ellos comenzaba el verdadero curso. Les pedía que concretaran el tema en que querían trabajar, en materia de Derecho, Economía, Filosofía, etc. Una vez hecho esto, don Francisco preparaba minuciosamente sus clases. En ellas, después de leído el resumen de la anterior, hecho por el alumno de turno, y de haberlo discutido y aclarado, empezaba el diálogo con el ponente del tema para precisar con el mayor rigor los términos que entraban en juego. Luego comenzaba la discusión, en la que intervenían todos. Y así durante dos horas.

A veces, cesaba el diálogo para dar lugar a uno de sus monólogos. Don Francisco exponía su propio pensamiento. Lo hacía con tal entrega de sí mismo, que se tranfiguraba. « Era su espíritu como hoguera que iluminaba todos los ámbitos, que nos descubría de modo prodigioso el panorama entero de la vida, del saber y de los ideales que predominaban en la fase histórica a donde dirigía el torrente de su luz ». Por esos cursos pasaron, cuando yo asistía — dice Martín Navarro Flórez —, Domingo Barnés, Besteiro, Azaña, Antonio Machado, Rivera Pastor, Pedregal, Corominas, Layret, Hinojosa, y, algunas veces, Unamuno.

Con el advenimiento del primer gobierno liberal de la Restauración, las cuestiones pedagógicas se actualizan. El gobierno se interesa por la enseñanza y amplias zonas de la opinión se interesan igualmente. En 1882, se celebra en Madrid el primer Congreso nacional pedagógico. La Institución, por primera y única vez, sale de su labor callada científica y pedagógica. Participa en el Congreso. En él hablaron el Sr. Cossío y Joaquín Costa. Exponen las ideas, los métodos, el hacer de la Institución. El contraste más doloroso se establece entre lo que estos hombres decían y representaban y el atraso que se enseñoreaba de la nación. La incomprensión y hasta la hostilidad general rodeó a los hombres de la Institución en aquel Congreso. En ese ambiente hostil intervino don Francisco, quien improvisó un discurso lleno de ciencia, de nobleza, de sinceridad y de indignación. Era la segunda vez que hablaba en un acto público. Sería la última. La primera fué en un acto electoral, en San Isidro, defendiendo la candidatura de Nicolás Salmerón.

Después de su discurso en el Congreso nacional pedagógico, le quedó en su alma, dice el Sr. Cossío, « una melancólica desconfianza en la acción rápida sobre las muchedumbres, que le afirmó definitivamente en que la única labor honrada y posible era la formación lenta y cuidadosa de los hombres de mañana desde su primera niñez ». Y se recluyó en la Institución para consagrarse en cuerpo y alma a su gran labor educadora, « labor lenta pero segura ».

Don Francisco vive en la Institución. Forma parte del hogar de su discípulo predilecto, del Sr. Cossío, quien representó a los ojos de don Francisco el tipo de caballero español a que aspiró como educador. « Vive don Francisco de continuo en familia — nos dirá el Sr. Cossío —, porque nada hay más contrario a su carácter que el aislamiento del célibe, o el cuarto de una fonda o el retiro de una celda. Necesitó siempre de un hogar con los dulces contrastes femeninos, con ternuras filiales, con las luchas de la juventud y las perpetuas risas bulliciosas de los niños, en medio de todo lo cual hacía su diario trabajo. Y así, frustrados los anhelos que en edad propicia alimentara, de constituir este hogar por sí mismo, guardó toda su vida en su corazón culto sagrado a aquel imposible, y tuvo el arte de hacerse en otro hogar — que fué más bien el suyo — sitio de verdadero padre y de abuelo, alcanzando la dicha de vivir y morir como él quería, rodeado de hijos y de nietos ».

Don Francisco se despertaba muy temprano. A las cinco de la mañana. Dedicaba las horas matinales al trabajo intelectual. Desayunaba a las ocho y media. A partir de ese momento, ya no había sosiego para él. Entraban y salían los profesores de la Institución. Daba sus clases. Pero sobre todo, recibía muchas visitas. Todos los días y todas las horas, menos la tarde de los jueves que dedicaba a recibir a sus amistades en su casa, y la noche de los miércoles en que se reunían con él los antiguos alumnos de la Institución, don Francisco recibía, siempre acogedor, a quienes acudían a plantearle problemas íntimos de su vida familiar, para solicitar consejo sobre cuestiones graves de conciencia ; bien de orientación para la propia

DON JUAN Y EL DIABLO

(Las dos negaciones del Amor)

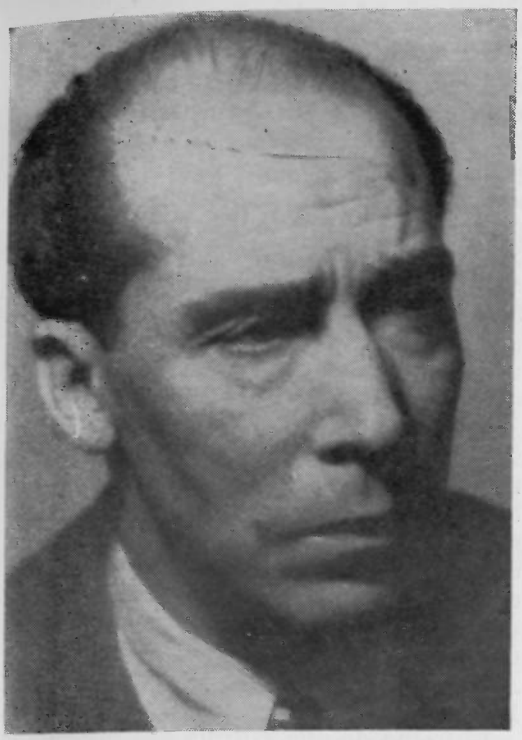
POR ALEJANDRO CASONA

Así como el valor de una pregunta se mide por la cantidad de respuestas que es capaz de suscitar, podría medirse el valor de una obra literaria por la cantidad de literatura que es capaz de producir. Las mil páginas del *Quijote* han producido centenares de miles de páginas en todas las literaturas del mundo ; las cien páginas del *Don Juan* de Tirso siguen y seguirán eternamente haciendo escribir a críticos, poetas, glosadores, filósofos y hombres de ciencia de todos los climas. En el mundo del teatro Molière, Goldoni, Byron, Púskhin, Dumas, Zorrilla, Bernard Shaw, Lenormand, forman el ilustre cortejo, que pregona con sus obras la prodigiosa fertilidad de la semilla tirseana. Ante semejante fenómeno, superior a toda frontera, es cosa de preguntarse : ¿ de dónde le viene una fuerza tan arrolladora y tan perdurable ?

Separemos, ante todo, en el Don Juan clásico lo que tiene de mito humano universal y lo que tiene de cerrada y entrañablemente español. El primer aspecto ha sido estudiado por muchas y mejores plumas que la mía y está documentado sobradamente para que sea necesario volver sobre él. El ímpetu dionisíaco, el imperativo genésico y el frenesí viril de la aventura forman su zona más profunda. Su zona exterior y más visible a todas las miradas es su erotismo andariego : ese alegre turismo de la carne, que en los don juanes secundarios conduce a la caricatura del tipo, ya que los tenorios menores —léase Casanova, por ejemplo— son simples coleccionistas de mujeres, más aptos para la comedia que para el drama como los coleccionistas de autógrafos o sellos de correos. Pero el Don Juan tirseano es drama total, sin mezcla posible de grotesco, porque en él se conjugan de modo fatal los tres grandes motivos dramáticos del hombre universal : el Amor, el Pecado, y la Muerte.

Junto a estos valores comunes a toda raza y país, me interesa destacar aquí el otro aspecto mucho menos divulgado, apenas insinuado y sin estudio cabal aún su profunda significación de símbolo español. Porque, — acaso a medias entre su pensamiento de teólogo y su genial intuición poética — lo que llega a crear Tirso de Molina en la figura del Burlador es nada menos que el Antagonista Total de la España de su época : el máximo Rebelde.

Los puntos de partida para llegar a conclusión tan rotunda no pueden ser más sencillos : por una parte, la vida verdadera, todavía caliente y sin perspectiva histórica, del sevillano Mañara, al que da por primera vez su famoso apellido de Tenorio ; y por otra, un romancillo cuyo origen se pierde en el tiempo, que yo he escuchado



ALEJANDRO CASONA

de niño cantado por campesinos analfabetos de mis tierras de Asturias y León :

El día de los Difuntos
iba un galán a la iglesia ;
non iba por oir misa,
sino por ver qué había en ella.
A la mitad del camino
se topó una calavera.
Le ha dado con el zapato,
le ha dicho de esta manera :
— « ¡ Esta noche te convido
a cenar de la mi cena ! »
— « Caballero, no te burles,
respondió la calavera ;
esta noche iré a tu casa,
mi palabra doy por prenda...

En ese Tenorio andaluz y en ese romancillo popular están ya los materiales primarios sobre los que ha de edificarse la españolidad universal del futuro Don Juan. El anarquismo individualista en lucha contra las leyes necesitaba su expresión cabal en el teatro. No bastaba para ello la figura del Bandido tan difundida en la escena clásica española (*El Tejedor de Segovia, La devoción de la Cruz, El Condenado por desconfiado*, etc.) y tan grata después al gusto romántico desde el Corsario de Byron al Hernani de Hugo. El Bandido sólo es un rebelde a medias, contra una ley social determinada. No era bastante eso para la ambición artística de Tirso, ansioso de crear el Rebelde Absoluto : contra todas las leyes, contra la tradición y las costumbres, contra su época y su sangre, contra la religión y la moral. He ahí la categoría suprema de Don Juan. No es un pecador ; es el Pecado. No es un condenado ; es la Condenación.

En efecto, en una España mística y ortodoxa, Don Juan es el sacrilegio y la blasfemia ; en un país devoto de la virginidad y del honor conyugal, Don Juan es el burlador de doncellas y casadas ; en un pueblo supersticioso de la muerte, es el violador de cementerios ; en una raza educada en la caballería andante, es la andante deslealtad y la traición ; en una patria borracha de pasado y loca de porvenir, es el presente más estrecho, sin ayer y sin mañana. En la España Absoluta, Don Juan es el Antagonista Absoluto.

No nace por casualidad en la cabeza de un fraile español y católico, ya que sería imposible llegar al fondo de su integridad si se olvida que su fabulación dramática arranca de una concepción moral y religiosa de la vida, lo mismo que el otro gran Antagonista en la historia del alma : Satán. No recuerdo que se haya intentado nunca establecer este paralelo, y, sin embargo, pocas figuras con proyección de símbolo son tan entrañablemente hermanas como Don Juan y el Diablo.

En el lenguaje del Antiguo Testamento, la palabra Satán significa precisamente « El Enemigo », forma que ha permanecido en el idioma popular. Frente a Dios, que es la línea recta, la serenidad y la verdad, el Diablo es el movimiento inquieto, la curva resbaladiza y la mentira ; frente a Dios, que es el reino de la luz y lo inmutable, el Diablo es el reino de la sombra y las mil encarnaciones cambiantes : el perpetuo disfraz. Es, en suma, la multiplicidad barroca frente a la clásica Unidad inmóvil.

Al ser derribado del cielo, Luzbel conservó un solo de sus dones angélicos : el de la Sabiduría ; pero una sabiduría negra, hecha de astucia y de magia exterior. Para

realizar el Mal no encontró mejor expediente que engañar al hombre con la apariencia del Bien ; por eso sus tentaciones son siempre una oferta de aparentes bienes debajo de los cuales se esconde la esencia misma del mal. Ofrece el placer, la sabiduría, la juventud, la riqueza o el amor. Pero detrás de ese placer está el hastío, detrás de su ciencia pesimista está la desilusión ; su amor y su riqueza son oro falso de alquimia, que al tocarlo, se convierte en plomo, y detrás de su juventud ficticia espera la mueca fría de la muerte. Tertuliano encontró la definición exacta al llamar al Diablo « el mono de Dios ». Es decir, el mal imitador, la falsificación y la caricatura.

Dios hace milagros, y el Diablo quiere fingir ese poder ; pero en buena teología lo único que le está permitido hacer son falsificaciones y caricaturas de milagros, trucos de magia y de prestidigitación. Porque el milagro supone una alteración de las leyes de la Naturaleza, y el Diablo no puede alterar esas leyes, sino solamente su apariencia ; como en la pretendida juventud de Fausto, que no fué un biológico volver atrás, sino un simple truco de cirugía estética. Fausto recobra su « apariencia juvenil », pero debajo de su nueva piel de galán no hace más que llevar escondido el cadáver del viejo doctor pesimista.

Pues bien, todos estos aspectos diabólicos se repiten uno por uno en Don Juan con sorprendente equivalencia. Frente al verdadero amor, Don Juan es la falsedad emboscada ; frente al amor-luz, es la turbia aventura de la noche, y frente al amor único, es la floración barroca de los cien amoríos irresponsables. Su gran recurso para engañar es imitar en todo la apariencia del amor verdadero ; siempre tendrá disponibles para ello el gesto y la palabra oportunos, y si es preciso, hasta la lágrima falsificada. Pero su corazón está ausente de la aventura, o le bosteza dentro del pecho esperando la madrugada. Si Tertuliano hubiera conocido a Don Juan, no hay duda de que le hubiera llamado también « el mono del amor », imitándole siempre, pero incapaz de sentirlo nunca.

También sus nombres son los mismos que las Escrituras han aplicado al Diablo : es el Seductor, el Infamador, el Tentador, el Señor de la Noche. Firma pactos en todas las encrucijadas ofreciendo el placer y la juventud, pero siempre dispuesto a negar su firma. No le importa dar el pecho, porque el corazón lo lleva a la espalda. Su goce supremo no es siquiera el placer físico, sino el placer satánico del engaño. Su capa, como la de Mefisto, tiene el color púrpura de la sangre. Y su risa de burla retumba al amanecer como la carcajada del Diablo.

Finalmente, la gran tragedia del Diablo, según los teólogos, no consiste en hacer el mal, sino en que « no puede hacer un solo bien aunque quisiera ». Del mismo modo que la tragedia de Don Juan no consiste en que no ame, sino en su incapacidad de enamorarse. Si uno u otro pudieran enamorarse una sola vez, un solo instante, dejarían automáticamente de ser los dos Antagonistas Absolutos, los dos grandes Rebeldes, las dos Negaciones.

El hecho de que Zorrilla nos presente a su Tenorio enamorado de una novicia, no significa nada en contra. Zorrilla era un romántico y tenía que inventar forzosamente una Doña Inés de amor redencionista para llegar a un final feliz, con la salvación del héroe y la satisfacción del público ; un truco sentimental, muy hábil sin duda, que le ha valido el aplauso de muchas generaciones, pero que constituye una de las más descaradas falsificaciones literarias. También los ingenuos moralistas de la Edad Media intentaron hacer lo mismo con el Diablo metiéndole a predicador. En cambio, Santa Teresa, que no necesitó muchas letras para llegar a la más alta sabiduría, nos dejó esta frase certera, por donde asoma la ternura de su teología femenina : « Pobre Satán, que no ama ».

Diablos de enredo y tenorios de Primavera hay millares. Pero Satán verdadero no hay más que el de Milton, ni más auténtico Don Juan que el de Tirso. Y esos dos, ni se arrepienten, ni se enamoran, ni se salvan. Ahí reside su dramática grandeza de Antagonistas, así en la tierra como en el cielo.

ALEJANDRO CASONA

América, novela de antología

POR SALVADOR PINEDA

DESDE cualquier ángulo que se mire, América parece una novela, una apasionante novela de antología en la cual el drama del hombre con la tierra alcanza dimensiones continentales. Mejor dicho, la novela se manifiesta con distintos nombres y en diferentes estilos; pero fatalmente plantea este conflicto: el derecho de vivir apegado a la vida si el suelo produce lo necesario o la posibilidad de morir cuando la fuerza telúrica se opone de plano a la existencia humana.

Aunque en esencia no se trata más que de un dilema: ser o no ser, literariamente el asunto se desdobla en tres interrogantes: ¿el medio domina al hombre, se puede éste sobreponer a aquél o es posible colocarlos dentro del mismo plano? Son tres aspectos dentro del mismo problema por resolver, tres grandes fases de un solo proceso literario que valdría la pena de reconstruir con objeto de saber a punto fijo qué hay en América de universalidad y regionalismo para convertirla en novela de antología.

Por difícil y compleja, la tarea no deja de ofrecer tropiezos a quien la emprenda; pero de momento el problema se abrevia, según la tesis de Luis Alberto Sánchez y Arturo Torres Rioseco, si se admite la geografía como personaje central de la novela americana. Y a decir verdad, eso no es simple recurso literario sino consecuencia lógica de este hecho real y categórico: tierra y hombre fundidos en un solo destino. ¿No equivale eso, por lo demás, a evitar mayores desbordamientos y rivalidades y a reconciliar el mundo con la vida?

La novela flota inédita en el ambiente, al alcance de la mano, y cualquier persona puede hacerla suya con sólo pulir sus contornos y darle presentación literaria. Así se han logrado, al menos, muchas de las realizaciones parciales de la novela americana, cuyas raíces terrígenas no obstan para que tenga proyección universal. Capta con facilidad todas las situaciones: hombres a caballo o gentes a pie, seres primitivos y tipos civilizados, los atrasos del campo o los avances de la ciudad. Pero de un modo o de otro, analítica o descriptivamente, la novela está siempre predicando ideales o denunciando hechos para reflejar trozos de la vida o fragmentos de realidad. No anda en busca de oportunidades para describir el mejor de los mundos posibles, sino en todo caso para pintar ese mundo real y cotidiano en que vive a sus anchas la gente común y corriente.

Es tal la producción de la novelística americana, que su simple catalogación implica un arduo trabajo; pero bastará con un recuento superficial de la obras más representativas para tener una idea aproximada del drama continental. El contenido de las novelas se explica con los títulos de las mismas, de tal suerte que sólo se re-

quieren unos cuantos nombres, escogidos al azar, para trazar ese mapa común de costumbres y sentimientos que nos identifica como pueblos y nos hermana como naciones.

¿ Cuánto no se ganaría en precisión y brevedad el día en que se hiciese el catálogo completo de nuestras realizaciones literarias ? Eso equivaldría a intentar de plano una revisión de fondo y a formar un verdadero índice de materias en el que muchos problemas encontrarían fácil explicación ; pero lo que conviene, de inmediato, es hacer una selección de nombres para demostrar la relación antológica que media entre lo que se escribe y lo que se vive.

Disponiendo de la novela como guía y de elementos regionales como base, el paisaje se puede ir juntando a pedazos hasta formar un amplio panorama que permita tener una visión de conjunto. Si todo está escrito *Sobre la misma tierra*, la novela puede recrearse en todos los escenarios, lo mismo en el *Altiplano* que en el *Desierto de piedra*, en el *Infierno verde* o en *La manigua sentimental*, en las cumbres andinas — *Cuna de cóndores* — o en las partes bajas — *Nido de palomas* — con tal que asimile el medio y se adapte a la vida. ¿ Qué decir entonces de la *Novela del páramo y la cordillera* si lo trágico y lo sombrío son sus mejores formas de expresión ?

¿ Cuánto no enseñan o sugieren, por ejemplo, la *Tierra purpúrea* o *La pampa gringa ?* Por ancho y productivo, el llano es plana superficie para el ganado y los cultivos, vasto escenario donde todo huele a vida y sabe a horizontes. Pero a veces, por contraste, la visión es estrecha y limitada, sobre todo *Pinares adentro* o *Cuando la sierra florece*, y aunque a veces haya *Un puente en la selva* para unir los caminos, los movimientos son limitados y cortas las perspectivas, porque las cosas crecen perpendicularmente a la vida, más arriba del hombre.

Para la novela no hay sitios vedados ni obstáculos infranqueables : se mete en todas partes, penetra en todos los sitios para revelar hechos y descubrir situaciones. Es una intromisión obligada o consentida que va *Del campo a la ciudad*, desde *La gran aldea* hasta *Los ranchos de caña*. Radica preferentemente en *El terruño*, ahí donde *El sur quema* o sopla *Viento norte*, pero anda también *Entre volcanes* o sobre el *Barro de la sierra ;* a veces gusta de pavonearse en el ambiente urbano con los *Recuerdos de provincia*, *La ciudad inmóvil junto al río* o *La bahía del silencio*.

SALVADOR PINEDA

Tal vez no está dicho con eso todo pero los autores más representativos de la literatura del paisaje se pueden reducir, en estas condiciones, a Hudson, Carrasquilla, Marín Cañas, Traven, Icaza, Hugo Wast, Gonsálvez, Botellho, Lucio López, Mallea, Reyles, Ferretis, Latorre y Machado de Assís. A través de ellos, cobra alma el paisaje y se impregnan de humanidad los panoramas ; pero en todo caso, desde los cuatro puntos cardinales, se comprueba hasta la evidencia la tesis paisajista de Arciniegas : América, tierra firme.

Sin embargo, la geografía por sí sola carece de sentido novelístico ; se requiere la presencia del hombre para que adquiera vida y personalidad. Sin el hombre nada se puede hacer, porque su acción sobre esa tierra firme es justamente lo que produce el drama y motiva la creación literaria. Dijérase que el paisaje mancha las fisonomías y que los tipos humanos se clasi-

fican según el color de la piel o la circunscripción geográfica en que viven. A esas *Gentes y gentecillas* se les dice entonces *Pobre negro, El forastero, El mulato, Los cholos, El indio.* Más aún, *Los de abajo* y *Los comuneros,* no tienen nombres propios porque no se « llaman » sino « son » ; reconocen como tronco común a *La raza de bronce* que, al parecer, surgió de la misma tierra.

Todo eso no es más que una clasificación artificiosa y convencional. ¡ Cómo si la mezcla de sangres y la pigmentación de la piel fueran, en última instancia, motivos insuperables para fundir dentro de una sola denominación a todos los latinoamericanos ! Lo curioso del caso es que al principio las banderas empezaron por dar colorido a los países ; pero luego el color se vino a las caras y se extendió a los partidos, hasta que llegó un momento en que bastó con decir blanco, negro, colorado, pardo o moreno para saber de qué pueblo o bando se trataba. Lo cierto es que Arciniegas, Arguedas, Gallegos, Rojas, Fallas, Alvizu Acevedo y López y Fuentes son, entre ortros, los que más han contribuído a dar a la geografía perfiles humanos y acento de pueblo.

Pero hay algo más todavía : la geografía humana puede servir de base para formar el mapa económico de América. Es como si se tratara de valuar el mundo según sus posibilidades o con sentido utilitario : en algunos lugares se vive con facilidad porque rinde el trabajo y se multiplican los frutos ; en otros, por el contrario, es difícil la vida y amarga la existencia porque el suelo es infecundo y estéril el esfuerzo. De ahí que las cosas se contrapongan entre sí, demostrando que la organización social oscila entre lo mucho y lo poco, entre lo mío y lo tuyo, entre el apremio y la holganza ; no de otra manera se explica, por ejemplo, la contradicción que existe entre estos títulos de novela : *Clamor campesino* y *Tierra pródiga ; Hijo del salitre* y *Los hombres de maíz ; Cacao* y *Los frutos amargos ; Pequeñas miserias* y *Buenas cosechas.*

Cuando la tierra es fértil y generosa, se siente la alegría de vivir y las ganas de trabajar ; pero cuando el suelo es duro e inclemente no hay más que miseria y abandono, muerte y desolación. Cuando impera el hambre y la pobreza sobre un *Pueblo enfermo,* el mundo se llena de impotencia e imágenes sombrías y hasta *Los perros hambrientos* ven con indiferencia *La serpiente de oro.*

La geografía, sea plana o accidentada, significa lo mismo objetivamente ; pero desde el punto de vista económico la tierra vale por lo que sirve o lo que produce. Al menos, eso demuestran en sus novelas Jorge Icaza, Asturias, Amado, Padrón, Teibelboim, Gilbert, Chávez, Ocantos, Blest Gana y Max Dickman. En cada uno de ellos, la idea de propiedad o el sentimiento de despojo alcanzan proporciones de sangre y dimensiones de tragedia ; pero la geografía económica se localiza más acertadamente en estos planos topográficos de Mauricio Magdaleno y Ciro Alegría : *Campo Celis* y *El mundo es ancho y ajeno.*

Literariamente, no hay más que una conclusión : América, novela de antología.

SALVADOR PINEDA

En torno a una célebre polémica

La libertad del historiador

POR ROSA ARCINIEGA

El hecho de que las Historias de los diversos países de Hispano-América relativas al período independiente acusen un aspecto de acentuada provisionalidad, de faena no ahondada ni acabada y en demanda de más concretas revisiones, obedece sin duda a muchas causas, pero por el momento nos interesa destacar tan sólo dos. La primera es su proximidad en el tiempo. Esa historia está tan cerca de nosotros que la perspectiva necesaria para otear hechos y hombres — especialmente hombres, actores — con la debida distancia se torna en extremo dificultosa. Como en la sentencia ya clásica, « la cercanía de los árboles impide ver el bosque ». La segunda es consecuencia de la anterior en cierto modo. Muchos de los « apellidos » que en esa etapa independentista cobraron lustre y renombre subsisten todavía. Sea en razón de nuestra escasa densidad demográfica, o por la desproporción que ofrecen, en cuanto a volumen, los distintos grupos étnicos, en nuestros países, esos apellidos no se han fundido y confundido aún con los vulgares y comunes, dando lugar a preeminencias sociales y desniveles de rango. Viven, y actúan entre nosotros, descendientes de aquellos personajes que ostentan con justificable orgullo apellidos ilustres y que, unas veces por la posición social o política que ocupan quienes los llevan, y otras por un comprensible celo familiar de que nada haya en sus antecesores que los opaque o disminuya, imponen con su presencia viv al historiador notorias cautelas y restri ciones en sus juicios.

Esto puede observarse con neta clarida en el área más reducida, pero por lo mism más concreta, de la biografía. A men que se trate de retratos muy « favorece dores » — o siquiera. disimuladores d arrugas, manchas y defectos —, la pintur biográfica de un personaje famoso d nuestra época independiente suele desat protestas, y rectificaciones por parte d alguno de sus inmediatos descendiente Yo he presenciado ya al azar, y en cort tiempo, dos por lo menos de esas curios actitudes. Sintiéndose « lesionado en s honra », herido en el tronco del árb genealógico, un deudo del personaje — bis nieto, nieto, sobrino segundo, etc. — surg airadamente en la palestra con la dec sión de acallar o desmentir al retratista. L consecuencia es que el biógrafo y el hist riador, que detestan las cuestiones pers nales y que necesitan para sí toda la h mosa libertad de juicio que brota de l mismos documentos, se retrotraigan períodos anteriores de la historia, dond la distancia temporal no consiente e clase de incidentes : a los períodos prec lombino y colonial. El tercero, el más p piamente nuestro, se deja en paz y segur quizás dejándose así hasta que el paso d tiempo lo sitúe a distancia conveniente.

Estas actitudes « protestatarias » de d

cendientes directos de un personaje enjuiciado por el historiador o el biógrafo no son, sin embargo, nuevas. Justamente en los comienzos de nuestra historia colonial, y con referencia a ella, se produjo ya un sonado proceso que merece nuestra recordación ; que merecería también divulgarse y propalarse en nuestra América y en nuestro tiempo, por ser el más claro ejemplo de esas coerciones familiares impuestas al historiador y, a la vez, la más neta y rotunda defensa de la libertad de juicio que aquél necesita para dar cima a una labor que, cuando fué libre e imparcial, mereció los dictados de « maestra de la vida » y « espejo del pasado ».

Vamos a resumir a continuación los principales incidentes de aquella ruidosa polémica en que un hombre de pluma, sin más que su voluntad y su honradez intelectual, prevaleció sobre la prepotencia de un hombre de espada, de título nobiliario y de amplios valimientos en las antecámaras reales.

*

Aunque la mayor parte de los documentos que la recogen por entero carecen de fecha, cabe establecer perfectamente que la polémica en cuestión se desarrolló entre los años 1602 y 1603 — con prolongaciones esporádicas hasta 1610. Sus protagonistas fueron : Antonio de Herrera, el Cronista Mayor designado por Felipe II para escribir la Historia de la Conquista de América, y Don Francisco Arias Dávila e Bobadilla, Conde de Puñonrostro y « Miembro del Consejo de Guerra de su Majestad ».

Herrera había escrito sus *Décadas de la Historia de las Indias*, y al tratar del gobierno de Pero Arias Dávila, o Pedrarias Dávila, en Tierra Firme (hoy Panamá), enjuiciaba su conducta en forma severa aunque, como se verá, menos severa de aquella a que por sus hechos se habría hecho acreedor. El Conde de Puñonrostro tuvo noticias de aquel texto por allegados suyos en la Corte y creyendo « lesionada la honra de su agüelo », decidió salir al paso del historiador. Su altanería y prepotencia no tolerarían tales críticas.

La primera reclamación del Conde, sin fecha, era ya un preludio de la batalla subsiguiente. Aquí sólo daremos una síntesis de las « rectificaciones » que en aquel perentorio escrito exigía a don Antonio de Herrera, puesto que lo que nos interesa no es la cuestión de la mala o buena conducta de Pedrarias en Tierra Firme, sino el proceso y desenlace de una lucha entablada, por un lado, para coartar la libertad del escritor ; del otro, para defender gallarda e hidalgamente esa libertad.

La primera « rectificación » denota ya la tónica general que tendría aquella controversia, así como la petulancia insoportable con que el Conde de Puñonrostro entraba en la liza : « Todo lo que el cronista dice es contrario a la verdad » — afirma Herrera, « pone muchas cosas indignas de Historia tan grave »... « y de lo que merecen los servicios de mi agüelo ». Los capítulos dedicados a Pedrarias quedaban, pues, tachados desde el comienzo hasta el fin por un plumazo del Conde. Las restantes aseveraciones se mantenían en el mismo tono orgulloso : el cronista se había empeñado en demostrar que Pedrarias Dávila no obró justicieramente al ejecutar a Vasco Núñez de Balboa. Esto « es falso », decía el Conde. Y para probar tal falsedad, él presentaría un Memorial justificando el comportamiento de su deudo en la condena del descubridor de la Mar del Sur. Tampoco era cierto que su abuelo « casara fingidamente » a Núñez de Balboa con su hija « para confirmación de su amistad ». Su antepasado « era tan cristiano que no podía haber hecho eso ». Como prueba, relataba una espeluznante historia, según la cual, a Pedrarias le dieron un día por muerto en España y lo llevaron a enterrar. Pero estando ya el féretro en la iglesia, uno de sus criados « fué a abrazarse con el cadáver por despedida » y notó que, aunque aletargado, estaba vivo. Extraído del cajón y devuelto a la lucidez, su abuelo cobró tal horror hacia aquel hecho y lo consideró tan milagroso, que desde entonces « quiso que el ataúd le acompañase a todas partes » y se lo llevó a las Indias, teniéndolo siempre en su cámara como constante « memento » de la muerte. Era evidente que un hombre que tan cristiano se mostraba, no podía haber caído en el pecado de « casar fingidamente » a su hija con Balboa. El cronista mentía de igual modo al escribir que Pedrarias « había despoblado 300 leguas de te-

rritorio » con sus atropellos a los indios. Tampoco era verdad que les exigiera rescates de oro por la fuerza. Pero sobre todo, era falso de toda falsedad que cierto día se hubiera jugado en Panamá, a un solo envite, cien esclavos, porque su abuelo no era jugador ni lo había sido nunca... Otras « rectificaciones » más que no modifican el fondo del asunto. Por lo tanto — terminaba — « le exigía que enmendara los pliegos antes que la Historia se publique ».

El impacto de aquel escrito debió afectar profundamente a don Antonio de Herrera. Sabía qué clase de altanero enemigo era don Francisco Arias Dávila e Bobadilla, conde de Puñonrostro, y los asideros poderosos que en la Corte española tenía, si no era ya más que suficiente con su prepotencia personal. Tardó, pues, algún tiempo en contestar al reto.

Probablemente hubo algún intento de componenda por parte de los amigos del Conde, o quizás se sometió entretanto la cuestión a diversos organismos oficiales, fuera del Consejo de Indias. Ello es que, en tal punto, intervino el prestigioso « Colegio Hispano-Boloniense » con un informe que le honra. En él se hacía la más cumplida defensa de la libertad enjuiciadora del historiador. No sólo del historiador Antonio de Herrera, sino del historiador en general, como hombre que debe reflejar en sus escritos « la verdad tal como ha sucedido » y sin miramientos personales de ninguna clase. « Lo principal de la historia — se lee en aquel luminoso informe — es referir los hechos puntual y verdaderamente ; y no hay ley impuesta al historiador para que cosa ninguna deje en la historia de decir ». Todo esto iba esmaltado, al estilo de la época, con citas de Plutarco, de Polidoro y hasta de las Sagradas Escrituras. « Ni en los cuatro libros de los Reyes — decía el Colegio — se deja de poner el pecado de David, con ser santísimo, ni la idolatría de Salomón por mujeres ». Todo esto estaba allí, en el libro santo, para defensa y constancia de la verdad. « Ni perdonaron tampoco los cronistas — añade el informe — a los reyes godos de España » (cuando cometieron atropellos y errores) « ni se han ocultado tampoco en las Historias las imperfecciones de algunos Pontífices ». ¿ Cómo entonces se dejaría de escribir ahora lo sucedido en las Indias, porque a los descendientes de los conquistadores no les pluguiera la verdad ?

La conclusión del informe era perfecta. De lo que se trataba — expresa — es de « si el cronista tiene fundamento para lo que dice de Pedrarias, o si el Conde prueba lo contrario ». Esto era lo que importaba y pesaba : el fundamento, la prueba. Si Puñonrostro podía deshacer documentalmente las afirmaciones de aquél, la Historia debía rectificarse. Pero si la demostración quedaba en el aire, « el cronista — concluye el informe — no debe dejar de hacer su oficio, pues le va en ello el juramento (prestado) de componer fielmente la Historia ».

Entonces fué cuando intervino Herrera. ¡ Y qué firme intervención y qué montaña de « pruebas » la que traía sobre el hombro ! No para aplastar al peligroso contrincante en cuanto tal, sino para dejar limpiamente establecida « la justicia de su causa ». Herrera tomaba una por una las afirmaciones de Puñonrostro y, documentos en mano, las pulverizaba sin piedad. ¿ Le parecían severos los juicios que había emitido sobre su abuelo ? Pues bien ; en homenaje a los reyes de España y « a la Nación española, que no debe cargar con las culpas de algunos de sus vasallos », no había dicho en su historia de Pedrarias ni la mitad de lo que debiera haber dicho. Aquí estaban los documentos que no había querido emplear « por no ir contra la honra de Castilla ». Pero ya que el Conde de Puñonrostro « le forzaba a ello », los exhibiría. Y en efecto, desplegaba una documentación abrumadora. Una documentación como la que sólo a él le era dable poseer, por haberle sido abiertos, de orden regia, los portones de todos los archivos peninsulares. De acuerdo con tal documentación, podía establecerse netamente que la condena de Vasco Núñez de Balboa había sido inicua. Aparecían también, desnudos y limpios, los atropellos cometidos, o dejados cometer, por Pedrarias contra los indios, su codicia, sus peculados, todas sus malas acciones. ¿ No era el abuelo del Conde jugador ? — preguntaba Herrera. ¿ No era cierta su afirmación de que una vez había apuntado al naipe con cien esclavos, de los que le traían sus capitanes en redadas ?

Pues bien, aquí estaban los papeles que probaban — « aunque lo callé en mi *Historia* » — que Pedrarias « jugaba cuándo 50, cuándo 100 y cuándo 500, de los que se habrían de traer de las entradas ». Y así sucesivamente. El, Antonio de Herrera, según el juramento que prestó, no escribía una palabra que no se ajustase al documento, y para ello el rey don Felipe II le había invitado a investigar cuanto quisiera hasta en los archivos más privados y pedir cuantos datos estimara convenientes :

Pero lo fundamental y lo que Herrera defendía con nobilísimo tesón era su libertad de historiador ; era su derecho sagrado a presentar los hechos de la conquista « como son », como surgen de las pruebas escritas y pesárele al descendiente que le pesare. La Historia — asentaba — « se escribe para que quede memoria de la verdad a los siglos venideros » y no puede falsificarse por miramientos extraños. El presentaba con creces las pruebas de sus afirmaciones. Puñonrostro no las había presentado « ni podía presentarlas — concluía — porque no las tiene ni las hay ».

El Conde debiera haberse reducido al silencio después de aquello. Pero su orgullo de casta y su hábito de verse temido y obedecido a la primera insinuación por la gente del estado llano — y Herrera pertenecía socialmente a ese estado — no se lo consentían. Inmediatamente tornó a insistir con otra destemplada « refutación ». « En un papel que Antonio de Herrera ha dado — empieza diciendo despectivamente — pretende fundar dos cosas : la primera, que el historiador debe escribir puntualmente la verdad ; e ansí como cuenta las virtudes y grandezas de los sujetos, ha de escribir los defectos, si algunos tuvieren ; e para esto trae algunos ejemplos de historias en que se hallan escritas las faltas de las personas de quien *(sic)* va tratando ; e la otra, que tiene probado todo lo que en su Historia escribe de Pedrarias, con lo cual, dice, cesa el quitar della todo lo que el Conde pretende ». El no estaba conforme con lo anterior. Si no era necesario que las faltas se supieran, « el historiador puede excusar el publicarlas ». Pero lo que Herrera afirmaba de su abuelo no era verdad. Y da este ridículo argumento : « Ni el cronista lo vió, ni lo sabe más de por relación de escripturas no autenticadas ». Debe, por consiguiente, callarse. Y si él no lo hiciera de buen grado, « el Consejo (de Indias), que le es superior, lo debe remediar y no dar lugar a que hable con tanta libertad de la honra de un caballero ».

Siendo él el acusador, y por tanto, a quien le incumbía ahora « probar », pretende devolver a Herrera su argumento y, como si el cronista no lo hubiera hecho ya superabundantemente, torna a exigirle « que pruebe la verdad de lo que escribe ».

¡ Ciertamente se necesitaba llevar sobre los hombros una testa harto dura e impermeable a las razones, para empecinarse en seguir aquella ruta ! Pero Puñonrostro la siguió. Al cabo de poco tiempo, presentó una « Relación de Documentos » que no demostraban nada. Eran ciertos papeles familiares : cartas de Pedrarias a su mujer ; otras cartas al rey y al padre Bobadilla ; varias cédulas a favor de su abuelo ; probanzas mandadas sacar por el propio Pedrarias para justificarse de la ejecución de Balboa ; noticias acerca de su propia muerte, etc. Papeles todos ellos sin el menor valor demostrativo.

Es posible que, dado el tono altanero de sus réplicas y el despectivo lenguaje con que al cronista se refiere, el Conde de Puñonrostro pensara por aquellos días si no resultaría más llano y expeditivo doblegar la cerviz de su contrincante recurriendo a la espada y el mandoble. Un certero floretazo en medio de corazón, o — si sus manos nobiliarias, aunque toscas, no querían mancharse con la sangre de este emborronacuartillas — una soberbia palotina administrada a tiempo por sus criados, seguramente bastaban para dar por concluso aquel enojoso asunto.

Pero aunque personalmente desvalido y ajeno a las prepotencias de la espada, Antonio de Herrera no estaba solo. Tenía detrás de sí, como se ve por los documentos, todo el consenso de la intelectualidad hispana de aquella época, amenazada en su único patrimonio : el de la libertad de pensamiento, por las insoportables exigencias del Conde. Y tenía, sobre todo, el apoyo subrepticio de la Corte, que no veía con buenos ojos la ingerencia de aquel « Miembro de su Consejo de Guerra » en asunto tan delicado e importante como era la

historia de las Indias. Felipe II había muerto cuatro años antes, en 1598, pero su hijo y sucesor sabía las instrucciones que aquél había dado a don Antonio de Herrera acerca de que guardase la mayor fidelidad ante los hechos históricos ; instrucciones que, por su parte, y con vistas a escudarse en su poderoso protector, el cronista se encargaba de recordar bien a cada paso.

Como este objetivo y punto de vista de Felipe II nos interesa grandemente a los americanos, trataremos de recoger las palabras de Herrera en sus partes esenciales. « El fin que Su Majestad tuvo en hacer esta Historia — dice — fue mostrar a las naciones extranjeras que estos católicos reyes (sus abuelos, su padre Carlos V y él) han cumplido suficientemente con la Bula Apostólica ». Es decir, que se habían esforzado por todos los medios en conseguir que la « conquista » se trocase en « pacificación », y ésta en el buen trato de los indios y en su adoctrinamiento en las cosas religiosas y en los principios de la cultura del viejo continente. Si hubo y había fallas en ese designio, la culpa no era de los reyes, que habían legislado mucho y bien en persecución de aquel propósito, sino de sus delegados, virreyes, gobernadores, adelantados, etc., que no se atuvieron al mandato y que incluso lo tergiversaron y pisotearon en numerosas ocasiones. El cronista oficial, por consiguiente, no debería omitir las malas acciones de estos hombres, a fin de que recayera sobre ellos la condenación de la historia, y no que, por callarlas, atenuarlas o disimularlas « *caiga de todo punto la reputación de España*, pues dirán las naciones extranjeras (el juicio de las « naciones extranjeras » se ve que estaba siempre presente ante los ojos de Felipe II) *que poco se puede creer en los hechos de sus reyes, ya que en los de sus vasallos no se les permite hablar libremente* ». Los malos actos de los conquistadores de América debían, pues, figurar en la Historia, a fin de que las culpas gravitaran sobre quienes debían gravitar : sobre sus autores, fueren éstos altos, bajos o medios.

(Tal vez no resultara ocioso abrir aquí un paréntesis para dejar bien reiterado este poco conocido pensamiento filipino y recordárselo a determinados historiadores, biógrafos y ensayistas americanos del presente, que creen hacer labor « altamente hispanista » silenciando actos repudiables de la etapa colonial, tergiversando otros a contrapelo y pintando a muchos conquistadores *como no son*, cuando no apresurándose a tildar de « denigradores de España » o antiespañolistas a quienes se atienen objetivamente a la verdad histórica).

El Conde de Puñonrostro no se atrevió al atentado personal contra el cronista. Pero la polémica continuó encendida. Más ardorosa que nunca. Pidió aquél a Simancas otra serie de papeles con los que pensaba triturar a su enemigo : un memorial y varias probanzas más referentes a su abuelo, y los presentó, junto con otro arrogante escrito suyo, en el litigio contra Herrera.

¡ Probanzas ! ¡ Venirle con probanzas, de aquellas « clásicas », a Herrera, que sabía perfectamente y al dedillo — como lo sabe hoy el más cándido lector de documentos coloniales, aunque algunos eruditos de criterio unipersonal continúan empeñados en darlas fe — de qué manera y en qué forma se muñían y aderezaban tales almadrotes de vaguedades, escamoteos y mentiras ! Su labor defensiva, convertida ahora en contraataque doctrinario, fué brillantísima y, al propio tiempo, destructora para el obstinado Conde. « Las probanzas que Pedrarias hizo — le dice — *fueron como todas cuantas se hacen en las Indias*, que los hombres poderosos, como el dicho Pedrarias, *prueban cuanto quieren* ». Para ello no tenían más que tomar unos testigos amañados y hacerles decir lo que les interesaba. La probanza no la podía emplear, como documento fehaciente, ningún historiador que tuviera conciencia de su oficio. Y seguidamente, en un escrito que llevaba por título : « Lo que se responde por el Cronista Mayor don Antonio de Herrera a los papeles contra la Historia de las Indias que nuevamente mandó traer de Simancas el Conde de Puñonrostro », emprende una segunda demolición de todos los « argumentos » esgrimidos por aquél, así como del castillo de naipes documental que había creído alzar con materiales areniscos extraídos de Simancas. « Los diecinueve documentos que el

Conde ha presentado — le dice Herrera sin arredrarse ante sus bravatas y haciéndole bien patente su ignorancia y desentreno en la lid intelectual — son todos *generales* y hacen tan poco al caso que aun para testigos de abono no sirven. Pensar que el Conde ha de convencer de cosas *particulares* con documentos *generales* es sobrada sinrazón, pues bien se ve que las virtudes *generales* del rey David, de San Pedro e de la Magdalena no fueron parte para convencer la *particularidad* del pecado de adulterio (de David), ni el de la negativa (de San Pedro), ni el de la deshonestidad (de la Magdalena), que quiso Dios que quedaran en la Historia Sagrada e que quedaran perpetuamente ». Decir, en términos generales, que Pedrarias era bueno, o que era buen cristiano, o que era justo, no probaba absolutamente nada contra sus hechos particulares ; no era una refutación de que había ejecutado injustamente a Balboa, ni de que se jugara cien o quinientos esclavos a un envite, ni de que cometiera, o permitiese cometer, depredaciones entre los míseros indígenas, etc. Pero ¿ qué es lo que quería en definitiva el Conde de Puñonrostro ? ¿ Intimarle coercitivamente, obligarle por la fuerza a que modificara lo que había escrito en su Historia, reflejo fiel, aunque atenuado, de la estricta verdad de los hechos ? Pues bien ; eso no lo lograría jamás, tomase el atajo que tomase para remitirle al silencio.

Aquí es donde Antonio de Herrera se eleva a aquella altitud moral que le distinguiría como historiador íntegro, recto e inflexible, y que — visto a nuestra distancia temporal — se nos aparece como uno de los grandes paladines de la libertad intelectual. Herrera hacía en primer término un recuento de las intrigas del Conde y de los pasos que éste había dado para dificultar la publicación de su Historia. « Habiendo sabido — dice — que se hablaba en ella de su agüelo, la vió y se agravió de sus juicios ». Recurrió entonces a la intimidación y a la polémica escandalosa ; y como tampoco daba resultado, « acudió al Consejo de Indias y éste rechazó su petición ». Aquel organismo le dijo « que no había lugar a correcciones ». Llamó luego a diversas puertas oficiales, y en todas se le dijo lo mismo. Ahora pretendía acallar al cronista por otros medios. ¿ Qué le proponía ? « Anda en este negocio tan solícito el Conde — declaraba don Antonio — que se entremete en tratar si esto o lo otro es o no digno de figurar en la historia ; en lo cual es justo que deje al cronista (hacer) su oficio », pues de suyo se sobrentendía que lo sabía mejor que él. « Ni se puede permitir — sigue diciendo — que la parte contraria, *con la sola fianza de su potencia*, con su grande y extraordinaria solicitud *e aliento de sus amigos* (la pandilla antintelectual), pretenda con su sola aserción e sin fundamento de autores y sin escripturas auténticas, deslustrar a esta nación ». Seis personas « graves », y cada una de ellas competentísima en su respectiva especialidad, habían examinado su Historia, sin hallar en ella objeción o tacha que poner. ¿ Y había de venir ahora el Conde de Puñonrostro a sostener que era falsa y que había de darse por no escrita ? Esto era « enteramente contrario a la justicia ». Si se aceptaran sus sugestiones, « si se diera lugar a su pretensión — argumenta Herrera con atrevimiento extraordinario para citar los apellidos que cita — *lo mismo querrían Zúñigas, Sandovales, Manriques, Guzmanes, Ayalas, Mendozas e otros muchos no inferiores al Conde de Puñonrostro* ; pero lo que éste quiere — concluía — es ser solo hijo legítimo e que los otros sean todos bastardos ». En las crónicas « se habla y se ha de hablar de los vicios y virtudes (de cualesquiera personajes), que éste — asienta — *es el fin y sustancia de la historia*, y en llegando a tratar de la verdad, los historiadores (según se ha dicho) no perdonaron ni perdonan a los mesmos reyes ».

Situado ya en este firme terreno, don Antonio seguía dando lecciones de alta moral intelectual. « Fué la Historia — dice — en todos los siglos pasados tan inviolable y sagrada, que nunca se hizo juicio contra la libertad de los historiadores ». César Octavio Augusto, con todo y ser César Octavio Augusto, al leer la *Historia* de Tito Livio, « se limitó a llamarle pompeyano », para significar que acusaba parcialidad hacia Pompeyo, « pero no la prohibió », para demostrar que respetaba sus juicios y que el juicio de la historia ha de ser libre. « En lo cual — sigue diciendo — fué muy cuerdo

aquel Emperador, porque (de haberla prohibido), *no faltaría después quien escribiera contra él* ». Pero si se admitieran las exigencias del Conde, « de ningún siglo se podría escribir historia, pues todos (los presentes) tienen antecesores y todos creerán haber bien obrado, y entonces (las historias) serán más oraciones de alabanzas que juicios históricos ».

Firme en su testarudez y en su arrogancia, Puñonrostro había apelado al propio rey, en términos ciertamente descomedidos, como consta en una « súplica » que es más bien una « exigencia ». Había tratado de influir en el monarca « hasta recurriendo al conducto de un hermano de Vuestra Majestad... para que este negocio se componga, dejándolo en las manos de la persona que Vuestra Majestad señalare ». Pero ya hemos apuntado que en la Corte se apoyaba la causa de don Antonio de Herrera « y no sólo no accedió (el rey) a sus demandas, sino que dió a esos señores (el cronista y los del Consejo de Indias) un título infamatorio contra mi agüelo ». Siguió, a pesar de ello, en la pelea, que se prolongaba ya por once meses, según lo dice el cronista en un pasaje. Asesorado por tinterillos inexpertos y amigos oficiosos, presentó entonces otro escrito en el cual afirmaba « que se avendría con el parecer del señor Gil Ramírez de Arellano « sobre las diferencias que tenía con el cronista ». El « parecer » convenido de antemano con Arellano — amigo del Conde y « Miembro del Consejo de Su Majestad y su Fiscal » — era sencillamente el siguiente : este señor haría una nueva redacción de la Historia en la parte pertinente a Pedrarias, de manera que quedara salvada su « honra ». Y en efecto, la redactó, y él y el Conde tuvieron la osadía de hacérsela llegar a Herrera para que la aceptara y la incluyese en sus « Décadas ».

¡ Era una idea totalmente descabellada ! ¡ Era desconocer la inflexibilidad y la rectitud intelectual de que ya había dado suficientes pruebas don Antonio a lo largo de aquella controversia ! Rechazó, por consiguiente, tal componenda inaudita en un escrito condenatorio que excluía para siempre todo intento de coacción o connivencia. « Al cronista — escribía en su indignación — no le hacen falta órdenes del Consejo (se refería a Arellano), porque él mismo es juez en su oficio ». El rey don Felipe II le había mandado decir la verdad en lo tocante a los sucesos de América » y sería gran culpa suya faltar a ella, *lo cual no hará por todo el mundo* ». Si tuviera alguna duda, si no estuviera seguro de haber examinado bien los documentos, los volvería a revisar, consultaría, tomaría consejo « de personas graves », pero — concluía — « el negocio es más claro que el sol ». Las acciones de Pedrarias estaban enfocadas en su Historia con plena objetividad. Incluso « había moderado el relato por no hacerle deservicio ; pero tocar en el hecho (en el fondo del asunto, como el Conde lo pretendía), eso no lo hará jamás, *antes se dejará hacer pedazos* ».

Era la palabra definitiva. Ante un hombre que estaba dispuesto a dejarse matar antes que suprimir una tilde de lo escrito, había que abandonar ya toda idea de amedrentamiento o coacción. El Conde de Puñonrostro podía abofetearle, asesinarle, pero la sangre vertida no borraría el texto escrito. Hubo, pues, de batirse en retirada y desaparecer del escenario del escándalo a que había ascendido meses antes con imperiosos ademanes de matón. El historiador Herrera quedaba triunfante en esta brava batalla por la libertad del pensamiento.

Pero el eco de aquella controversia y lo que el triunfo de la « buena causa » representó fueron tales en la Península, que todavía siete años después — en 1610 — los doctores Sobrino y López de Bolaños la rememoraban en un elogioso « Informe a favor del Cronista Antonio de Herrera ». Informe en el que dejaban claramente establecido « que había hecho bien en escribir la Historia leal e fielmente, e que no podía quitar ni enmendar nada de ella sin descrédito de su persona e de su oficio ; e que de lo escripto no podía agraviarse el Conde de Puñonrostro, por no haber en el decir de ciertas verdades daño en tercero ».

Este y otros documentos prueban que la intelectualidad española de la época estaba plenamente con la « buena causa », la defendida tan gallardamente por el autor de las *Décadas*.

ROSA ARCINIEGA

EL NIÑO CAUTIVO

POR AUGUSTO ROA BASTOS

ALGO incomprensible ha estado sucediendo y no va a terminar de suceder en este ardiente y último día de diciembre de 1743. Como una inmensa iguana degollada, el lago Ypoá palpita a unas leguas de allí, entre montes y esteros ; el brillo de su lomo verde atraviesa las hojas, y la sombra del tarumá sólo consigue enlutar a medias el entierro.

Ni siquiera cuando los primeros terrones empezaron a tamborilear sobre el cajoncito de la criatura, doña Rosalía se ha movido. Sus ojos continúan secos y brillantes, quietos los labios en una voluntad de rezo quizás demasiado honda y extática para que pueda sumar su voz al sordo clamoreo de las demás mujeres. Está arrodillada al borde del hoyo, arrebujada en el rebozo negro de espumilla que hace más blanco y transparente su rostro. El tufo polvoriento del agujero acentúa su expresión dormida y ausente. Don Pedro Guzmán la mira y se sobresalta : ha creído ver de pronto no ya a su esposa sino solamente su recuerdo, como si años y años flotaran y se interpusieran en el vaho ceniciento que la aleja, que ha echado sobre ella su levadura sepulcral en que fermenta un presagio. La mira como si volviera a verla en ese mismo lugar, otra vez arrodillada sobre la tierra polvorienta, después de años y años de haberla perdido.

Don Pedro Guzmán es un criollo alto y cenceño. El gastado pantalón de pana color tabaco, de ceñidos perniles, marca sus duros y firmes muslos de jinete. Desde las crespas patillas se escurre la cicatriz de un hachazo hacia la boca, cuyo tajo delgado semeja otra cicatriz. En la camisola blanca se ve golpear su corazón que no conoce el miedo. Ama a su esposa, hija de la fatalidad, cuya vida cuenta el tiempo de la gesta comunera, veinte años de luchas, sangre y duelo, que la han macerado en sus vicisitudes. La anterior, no la última, fué el aplastamiento del movimiento libertario. Las represiones fueron terribles ; las familias de comuneros y criollos se dispersaron a todo lo ancho de la convulsa provincia.

El niño nació cuando don Pedro, sindicado como uno de los responsables de los postreros disturbios del común en la cordillera, estaba preso en el fuerte de Arecutacuá, convertido en cárcel de patriotas.

Un negro arcabucero y músico, guardián del presidio, simpatizó con don Pedro, favoreció su huída y lo siguió a pie, a través de selvas y esteros, con su arcabuz y su arpa.

Don Pedro llegó a la chacra de Tavapy en momentos en que el niño comenzaba a agonizar. Recuerda sus palabras.

— Vamos a llevarlo a Asunción, Rosalía. Allá tal vez lograremos salvarlo.

— No podemos salir de aquí. Te estarán buscando y si vuelven a prenderte, serán implacables contigo.

— Debo arriesgarme para salvar a nuestro hijo.

— No, Pedro. Lo he visto en sueños. Me ha dicho que no me mueva de aquí. Tenemos que esperar.

— ¿ Esperar, qué ?

Doña Rosalía no contestó. Ya tenía la expresión que tiene ahora, desasida y visionaria.

Están todos en ese rincón de la huerta, bajo el árbol centenario, donde dan sepultura al niño. Sólo falta don Joaquín de Zárate, el antiguo alcalde antequerista, padre de doña Rosalía, amarrado en la casa a su silla por la edad y la parálisis más que por el ostracismo.

Ahora mira en el lecho de paja del pesebre, bajo una estrella de cartón, la imagen pintada del Redentor recién nacido, mientras entierran a su nieto.

El niño ha muerto hace seis días, justo en la Noche Buena, de modo que las fiestas preparadas para la Navidad han servido también para el velorio del angelito. No hubo manera de hacer cejar a doña Rosalía en su empeño alucinado. Ella misma colocó sobre una mesa, frente al pesebre, el diminuto y amoratado cadáver de su hijo que se fué achicando cada vez más, como consumido por la llama de las velas, hasta quedar casi del tamaño de la imagen.

El arpa del soldado negro y la matraca del enano de Tavapy, los cánticos del Nacimiento han sonado todo el tiempo ante el pabellón de percalina y esmalte que cubre a los dos niños. Alguien ha bailado incluso el pichichí *con trenza y estruendo de espuelas sobre el piso de la culata yovai, arado por las rodajas grandes y sonoras como platillos de banda.*

Doña Rosalía no rechazó desde un comienzo más que a las plañideras, y se mantuvo inmóvil entre la capillita ardiente y el pesebre, sin hablar, sin llorar, sin dormir.

— Parece que se le ha nublado el entendimiento — comentó en voz baja doña Concepción Romero a unas vecinas.

— Me sacó la palabra de la boca, ña Conché — dijo una de ellas.

— La muerte de un hijo — murmuró cerrando los ojos una vieja oracionera — rompe las carnes. Por allí se escapa el ánima y queda eso, concluyó, señalando a doña Rosalía.

El hoyo, que se va llenando, bosteza su aliento de polvo. Un sudor pegajoso como goma de tuna chorrean las caras. Los reflejos del lago escuecen los ojos fatigados ; las salmodias, el alma. Todos tienen un poco la sensación de estar enterrando en ese agujero al Niño Dios. En la confluencia de sombra y luz, de cansancios y plegarias, la tarde pasa sobre sus cabezas como un sueño.

Nada se sabe del corazón de doña Rosalía. Detrás de ella, junto al tronco escamoso del tarumá, también hincada, la esclava mulata, la lenta y misteriosa Vitó, es la sombra de la bella y lunar adolescente que ya parece una anciana ; una sombra deforme recostada en el árbol, con el pucho despachurrado en la bemba de cuero y marfil, humeando entre los Benditos *y las* Salves, *como si el aliento del hoyo también saliera por su boca carnosa*

y húmeda, y ese soplo de polvo y de humo la atara a su ama y al muertecito a quienes ha dado su leche.

— ¡ Mi niño-azoté en cajita de palo !... — piensa el aya Vitó como la tierra parda, sin sufrir, y en la pequeña tolvanera de su pensamiento flota la flor blanca con su fleco escarlata. De nada valieron las medicinas que ella ha hecho al niño por consejo del Avá Payé. Fué inútil que le atara manos y pies con su chumbé de lana de colores, embebido en sangre de murciélago macho pisado en mortero de piedra. Hasta una chicharra viva le puso debajo de la almohada, una chicharra que rompió a cantar en plena noche asustando a doña Rosalía. Fueron inútiles los cocimientos y las infusiones de mil clases de yuyos. Se fué muriendo como envenenado por la picadura del escorpión, hasta que la noche del veinticuatro, el Niño Dios que nacía le cerró los ojos y lo convirtió en la flor blanca de cabello colorado.

— ¡ Mi niño-azoté !... — murmura el aya como en una jaculatoria.

Mientras manos y pies desnudos empujan la tierra y el enano harapiento acompaña las oraciones haciendo sonar con un palitroque la matraca de hueso que lleva colgada al cuello, el negro del arpa labra la cruz. Da la impresión de que sigue tocando en el pesebre ; al ritmo de la matraca del sacristán de Tavapy, los golpes de su cuchillo comen la madera con precisión pasmosa y espejean sobre la blusa de bayeta carmesí y el pantalón de lienzo blanco del uniforme empapado. Hace rato que se le ha caído de las motas azules el morrión con la escarapela real.

El ruido de la matraca se está hinchando con el rumor de un vasto galope. La gente adormilada, hipnotizada, todavía no lo siente.

Cuando el oscuro soldado de Arecutacuá va a plantar la cruz sobre la tierra apisonada, doña Rosalía ya no está. Ha regresado súbitamente a la casa, escoltada por su sombra deforme. ¿ Qué la ha impulsado a volver tan de improviso, aproximarse al pesebre y tomar en sus manos alucinadas al Niño?

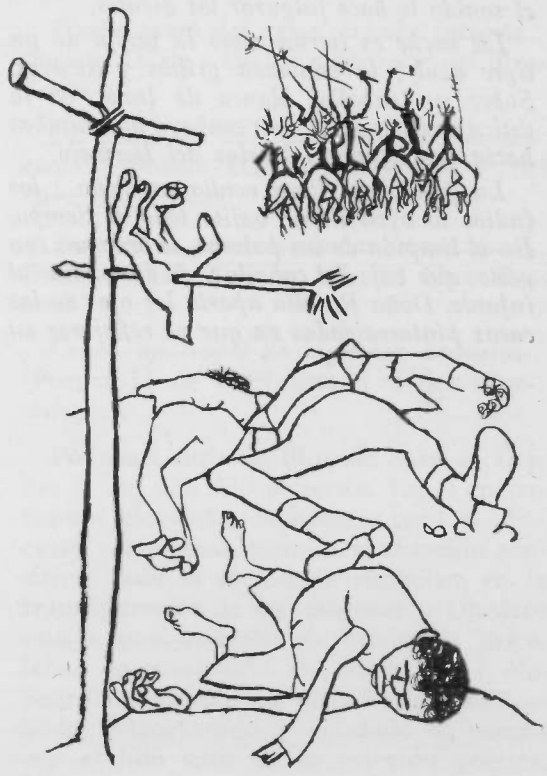
— Hija, no temas — le dice blandamente el paralítico —. Entre el pan y la sangre hay siempre un milagro. El milagro es el hombre. Nada puede matarlo. Tu niño no ha muerto...

El reflejo de las velas en el esmalte echa cardenillo a la cara impasible de doña Rosalía.

Don Pedro quiere seguirla, pero ya no puede. La matraca del enano parece haber reventado en un estrépito de caballos y de alaridos guturales. La sombra del tarumá crece somatada por los remezones.

— ¡ Los indios ! ¡ Los indios !...

Salen de todas partes como si los vomitara la selva, un ventarrón sólido de raudos fantasmas de cobre con los rostros embijados, que arremeten, lancean, flechan y degüellan a diestra y siniestra en una marejada de crines y plumas hirsutas. El remolino aullante se cierra en torno a la tumba ; los cascos de los caballos completan la destrucción triturando vientres y cráneos, sofocando gritos y ayes en el cieno rojizo en que chapotean. Todo sucede en un momento. Los indios arrancan aros y peinetas con crisólitos como si cosecharan extrañas frutas de carey y de oro de las cabezas inmóviles, cercenan dedos con anillos, cobran alguno que



otro pañuelo de colores. Luego se desbandan. El resplandor de iguana verde del lago muestra la mano del negro clavada con una lanza sobre la cruz. El enano yace boca abajo ; la paleta de buey de su matraca le sale por la espalda, como si su esqueleto fuera más grande que él. Hay quince hombres y mujeres muertos en el redondel de sombra del tarumá. Sólo don Pedro Guzmán se agita débilmente con un dedo de menos y un lanzazo en el hombro.

Otro remolino se ha tragado la casa que empieza a girar en el humo del incendio destripándose en llamas. Roña Rosalía, que ha dejado en ellas su sombra, sale arrastrada por unos indios. Lo último que ve es la cabellera blanca de su padre teñida de rojo bajo la estrella de cartón, ahora sí ardiente y luminosa. La cabeza ha rodado hasta el pesebre y los ojos abiertos acaso miran, entre las lenguas de fuego, el inconcluso sueño de don José de Antequera.

El trajín del torrente emplumado hurga y establece momentáneos remansos sobre el aluvión del saqueo. En medio del botín apilado, un indio gigantesco prueba el arpa y el sonido le hace fulgurar los dientes.

La noche es tierna como la verija de un tigre azul ; la suavizan grillos y cocuyos. Sobre un caballo, blanco de luna, va la única cautiva del malón ombayá que rumbea hacia sus lejanas tolderías del Bermejo.

La prisionera lleva oculto un niño ; los indios lo oyen llorar bajito todo el tiempo. En el limpión de un palmar, le ordenan con gestos que baje del caballo y dé de mamar al infante. Doña Rosalía aparta los ojos de las caras pintarrajeadas en que ve reflejarse su atroz pesadilla, cuyo fin se demora inexplicablemente. Prefiere morir de una vez. Lentamente saca de su seno la pequeña imagen de madera. La besa con los ojos cerrados, con unción y con lágrimas, y entonces la siente de pronto ablandarse, crecer, vivir. Es como si el hijo le hubiera resucitado en los brazos.

Y así será siempre, durante el cautiverio ; cada vez que los indios se le acercan, doña Rosalía tiene a su lado a un niño de apariencia natural. Le despellejan manos y pies para que no pueda escapar, pero las heridas no sangran y ella, junto al Niño, no sufre ningún dolor.

Esta es la historia que ella contará a su regreso, cuando don Pedro Guzmán la encuentra y la rapta a su vez a los indios, después de una frenética búsqueda de tres años en que él recorre las tolderías ombayás, disfrazado de misionero.

Doña Rosalía, encanecida y esquelética, al principio no reconoce a su esposo ; la barba y el hábito en guiñapos se lo encubren. Eso y la ayuda de una india facilitan la huida.

Una noche de tormenta cruzan en una canoa el gran río revuelto y oscuro, y vuelven al valle de Tavapy donde harán edificar el Oratorio sobre la tumba del hijo muerto.

El Oratorio ya no existe, pero la historia del Niño Cautivo no tiene final ; el roce de doscientos años no le ha hecho perder su color de brasa viva, porque el tiempo gasta las piedras, pero no la memoria de la gente que gana su pan y su libertad al precio de su sangre

AUGUSTO ROA BASTOS

La poetisa uruguaya

SARA DE IBAÑEZ

POR F. FERRANDIZ ALBORZ

TANTAS veces como nos enfrentamos con la poesía de Sara de Ibáñez, se nos presenta la cuestión que Ortega y Gasset plantea en « Espíritu de la Letra », refiriéndose a Gabriel Miró, cuando dice, comentando *El Obispo Leproso* del novelista español : « libro espléndido, reverberante, recamado de luces y de imágenes, hasta el punto que casi ha de leerse con la mano en visera, amparando los ojos ». Y dice antes : « Cada frase gravita sobre su propio aislamiento, sin dispararnos sobre la que sigue ni recoger el zumo de la precedente ». Y más adelante : « la perfección de la prosa es en Miró impecable e implacable ». Pero ¿ hasta qué punto, sobre todo en poesía, se puede ser impecable, es decir, perfecto, y a la vez implacable, o sea, ajeno a toda posibilidad de contacto armonioso con el contemplador o lector ? ¿ No existirá una real contradicción en este modo de plantear la cuestion literaria ?

Sin embargo, en la poesía de Sara de Ibáñez experimentamos lo que Ortega y Gasset dice de la prosa mironiana : la independencia o gravitación de cada frase « sobre su propio aislamiento ». Queremos decir que cualquiera de sus versos es como una isla de luz flotando en la transparencia de una constelación de imágenes : Veamos algunos versos cogidos al azar :

Tierno acero del agua, espada incierta... (Soneto IV de « De los muertos », del libro *Canto.*)

Del pecho me ha salido un ramo de senderos... (Poema III de « Regresos », del libro *Hora Ciega.*)

Tiemblo de amor, de llagas inconclusas... (Poema VIII, Tiempo III, del libro *Pastoral.*)

Cruza un tropel de lágrimas bermejas... (Poema II de « El Exodo », del libro *Artigas.*)

Podemos abrir un libro de Sara de Ibáñez y leer uno de sus versos. En él encontramos elementos suficientes para el discurso conceptual, para la meditación sensitiva, para la recreación simbólica en la transfiguración de las imágenes. ¿ Obedece esto a una creación de orfebrería lírica, labor de preciosista en miniaturas ? No. Sencillamente porque cada verso está trabado, estructurado y enlazado al poema con el hilo sutil de la emoción poética.

Poesía concebida con deliberada finalidad. Sus poemas responden todos a un imperativo armónico.

Contribuirá a esclarecer la creación poética de Sara de Ibáñez, la sorpresa que tuvo Amado Alonso al leer el « Canto a Montevideo » : « ¿ Es posible — le preguntaba — que el magnífico, tenso, dibujado, transparente *Canto a Montevideo* lo haya usted hecho en tres días ? » La consecuencia es que la obra de esta poetisa, su riqueza de imágenes, su equilibrio de forma, su poder de emoción, son fruto de su *phatos*, distintivo de la poesía perdurable. Decía Hölderlin : « Lo perdurable es la obra de los poetas », perdurable en aquellos raros, rarísimos poetas, en los que el verbo se halla vinculado al destino del hombre, y hablar de nuestro destino es entrar en los círculos de la tragedia.

En Sara de Ibáñez se conjuga a la vez la tortura por la palabra. Esa tortura que parecía patológica en Flaubert, si es que puede haber patología en el deseo de llegar a la expresión literaria con la palabra exclusiva. Sabemos que Sara de Ibáñez interrumpe sus versos hasta que no halla la palabra cabal, íntima, definitiva. Y en su maceración espiritual, no es que le llegue la palabra, le brota, que no es lo mismo. Ella sabe — saber de artista desde Góngora a Mallarmé — que la palabra es el instrumento de la poesía, que sin ella no hay *phatos* lírico posible. Sara lo expresa cabalmente, líricamente, cuando dice en su poema « Los Pálidos » :

Vinieron a golpearme :
los pálidos golpearon en mi oído.
Vinieron a llamarme
desde tan alto olvido,
con tanta luz su acento defendido,
que necesario fuera
morir y más morir, estar muriendo,
para coger la fiera
palabra que bullendo
viene a mí desde mares que no entiendo.

Une a estas excelencias la del hontanar de su poesía. Por muchas que sean las influencias recibidas, resalta en ella la de los clásicos españoles. Garcilaso, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Santa Teresa, y saltando el Atlántico, Sor Juana Inés de la Cruz. Pero influencia en el fluir ancestral de la poesía. Ella ha logrado el milagro de ser clásica sin anacronismos ni antiguallas ; de ser nueva sin novelerías ; de permanecer idéntica a sí misma, con resonancia de nueva tierra, con permanencia de estilo nuevo, futuro ya en el clamor de su voz que golpea sobre el ser del hombre.

Pero mejor que nuestra intención crítica nos dirá de su poesía ella misma, con la transcripción de unas poesías inéditas que ofrece a los lectores de *Cuadernos*, dedicadas a la memoria de A. Rimbaud, Stephane Mallarmé y Paul Valéry.

F. FERRANDIZ ALBORZ

FORMAS

DE LA AGONÍA

POR

SARA DE IBAÑEZ

(Dibujo de Bartolí.)

CALLAR

A. A. Rimbaud

Rigor de esta ciencia rara
que en relámpago indiviso
del infierno al paraíso
quiebra el color de mi cara.
Que ya no me desampara
su asistencia abrasadora,
la palabra me devora
si me aviva el pensamiento,
y en callada flor del viento
mi antigua canción demora.

LA PÁGINA VACÍA

A Stéphane Mallarmé

Cómo atrever esta impura
cerrazón de sangre y fuego,
esta urgencia de astro ciego
contra tu feroz blancura.
Ausencia de la criatura
que su nacimiento espera,
de tu nieve prisionera
y de mis venas deudora,
en el revés de la aurora
y el no de la primavera.

DESDÉN

A Paul Valéry

Vuélvete rosa desnuda
al carmen rosa del cielo.
La forma de mi desvelo
frente a tu sonrisa, duda.
Quiero y no quiero tu ayuda,
pábulo de mi agonía ;
vuelvo la espalda a tu día,
y en esta nocturna rosa,
con tu ausencia rencorosa
me quema la geometría.

SARA DE IBAÑEZ

Diecisiete "niet" en Ginebra

POR F. B.

"No ocultamos — dijo Molotov — que la Unión Soviética no otorgó en el pasado, y no otorgará en el porvenir, una *libertad del intercambio de ideas* que pueda significar la *libertad* de la propaganda belicista o de la propaganda de odio contra la especie humana y en favor de la agresión atómica... No podemos otorgar semejante *libertad*, que desencadenaría las actividades subversivas de toda clase de desechos sociales".

Esta declaración acusaba el fracaso total de todo acuerdo relativo al punto tercero de la Agenda de Ginebra, sobre el cual dos subcomisiones habíanse inclinado laboriosamente, en sesiones casi ininterrumpidas, durante quince días. Ningún progreso, pues, en el intercambio libre de las ideas, en la facilidad para los viajes y los contactos, y sí, tan sólo, la exigencia de abolir todas las listas de « mercancías estratégicas ». (« Todo comercio es pacífico », sentenció Molotov.) Y de esta manera quedó enterrada, al menos por el momento, toda esperanza de un apaciguamiento de la tirantez internacional basado sobre una inteligencia y de una coexistencia fundada sobre la mutua comprensión.

He aquí detallados esos « niet ». Negativa a la abrogación de la censura ; negativa a la apertura de salas de lectura y centros de informaciones (en la U. R. S. S. no serían otra cosa que lugares de espionaje, dijo Molotov) ; « niet » a poner en circulación libros y otras publicaciones, pues « sólo los organismos pueden adquirir publicaciones extranjeras, pero no las personas individuales » ; denegación a cesar en la tarea sistemática de interrumpir las emisiones de todas las radios occidentales, haciéndolas totalmente ininteligibles. A este propósito Mr. Mc Millan dijo acertadamente : « Estropear todas nuestras emisiones no puede llamarse censura. La censura implica selección. Una declaración hecha aquí, en Ginebra, por el mariscal Bulganine y por Khruchtchev a la B. B. C. ha sido estropeada. Eso no es censura ; es delito de lesa majestad » Repulsa absoluta a cambiar facilidades entre las líneas aéreas ; negativa a todo lo que no sea acuerdo bilateral de Estado a Estado, y a todo lo que no sea viaje organizado por delegaciones y acordado separadamente en cada caso.

Añadamos todavía un comentario de Mr. Mc Millan, según lo recoge el *Times* del 15 de noviembre : « La delegación soviética se lamenta de que perturbamos el ambiente elevando el tono con frecuencia... Y es que si se obliga a un hombre a que nos hable a través de una pared de ladrillos, no se le puede reprochar que levante la voz... Vuestras numerosas emisiones llegan a nosotros por completo, libremente. Por nuestra parte, hemos pro-

puesto que los ciudadanos soviéticos puedan leer nuestros libros, nuestras revistas, nuestros periódicos. ¿ Es esa una tentativa de corrupción y de subversión ? Si la U. R. S. S. lo cree así, revela, por ese mismo juicio, lo que ella trata de hacer con respecto a los demás, porque sus publicaciones son fácilmente asequibles por todas partes en el Reino Unido para cualquiera que desee conocerlas... El intercambio de delegaciones y de grupos organizados no basta, a nuestro parecer, para favorecer nuestro conocimiento mutuo ».

Sabido es que las proposiciones todavía más conciliadoras de M. Pinay han sido asimismo rechazadas categóricamente. Tales son los hechos.

¿ Qué queda, pues, del espíritu de Ginebra después de una conferencia en que no se resolvió ningún problema y no se esbozó ningún compromiso ? Queda el esfuerzo por conservar la sonrisa, que resulta una manera de enseñar los dientes, o los colmillos. Una sonrisa, acaso, como la de ese canto sonriente de *Alicia en el País de las Maravillas*, que va extinguiéndose gradualmente hasta que sólo su sonrisa, sin ningún sostén, sin ningún soporte, permanence flotando en el aire.

La negativa de un mínimo de cambios culturales nos parece más significativa — porque relativamente era también menos esperada — que la oposición soviética a ceder en lo atañedero a la cuestion alemana y desmantelar un régimen que, después de todo, es una posición de la potencia rusa en Europa. No se comprende, en efecto, por qué la U. R. S. S. iba a sacrificar tan buena prenda, tan preciado eslabón de su cadena — el vocablo es justo — de satélites, cuando el *statu quo* le había sido tácitamente concedido en la precedente reunión, habiéndosele rehusado tan sólo la legitimación oficial.

Lo que parecía real y de buen augurio en el apaciguamiento o bonanza internacional era el anhelo aparente del régimen de tener en consideración las ansias de una nueva generación, ganosa de aire libre, de libertad de expresión, de más contactos verdaderos con el mundo, porque en Rusia, en Polonia, y por doquier en la banda del Este se ve surgir ese despertar intelectual, ese deseo de renovación. El miedo de la vieja generación bolchevique que gobierna, miedo a todos los contactos libres, a todas las lecturas que infectarían a los ciudadanos con las ideas fascistas — según Molotov — es real y subsistente. Después de tres decenios de dictadura, de preparación, amaño y fiscalización estrecha de los espíritus, los amos de la U. R. S. S. siguen convencidos de que el amistoso encuentro y relación con un pensamiento diferente y lozano sería contagioso e irresistible. Tan grande es el conformismo y el tedio abrumador que destila la ideología oficial que, ante la juventud soviética, se identifica con la coacción autoritaria y con la censura.

La U. R. S. S. no admite otros contactos culturales que aquellos dirigidos o estrictamente determinados y localizados por acuerdos bilaterales, como si se tratase de un asunto de Estado y de organización. Obra así teniendo más en cuenta a su su propio pueblo que a los otros países, impidendo con ello el apaciguamiento que aportaría esta « infraestructura » formada por el conocimiento y la comprensión y limitando la coexistencia a la exportación de la propaganda y a la negativa a importar ideas. El miedo de los contactos culturales es un aspecto de la guerra fría de los viejos jefes, prevenidos contra la generación ascendente de la U. R. S. S., asustados de ella acaso ; y esta guerra fría y este miedo se han convertido en el principal obstáculo al verdadero apaciguamiento. Entre dos generaciones, la del Este y la del Occidente, se interpone el miedo de los unos y la falta de imaginación de los otros.

La « Libertad de la Cultura », esto es lo que tan reiteradamente venimos proclamando. Por desgracia, más de una vez nuestras apelaciones caen en el vacío. Con todo, tratemos de hacer comprender de nuevo que precisamente es ahora, en nuestros días, cuando esa libertad ha llegado a ser el centro mismo de la « gran política » — ¿ cómo, si no, se habrían ocupado tanto de ella los ministros congregados en Ginebra ? — y ella es actualmente nada menos que el contenido, la esperanza y la garantía de un apaciguamiento real y positivo.

F. B.

FERNANDO VALERA

Algunas precisiones sobre España

Curioso personaje aquel Pero Grullo a quien el refranero atribuye el arte de decir las grandes verdades. « Pero Grullo, a la mano cerrada le llama puño », dice el pueblo. Creo que fué Juan de la Encina quien llevó el personaje a la escena, allá a fines del siglo XV, y más tarde el gran Quevedo lo hizo desfilar, rehabilitándolo, en el *Sueño de la muerte*. Por ejemplo, cuando las verdades de Pero Grullo enseñan que

> *muchas cosas nos dejaron*
> *las antiguas profecías :*
> *dijeron que en nuestros días*
> *será lo que Dios quisiere,*

Quevedo comenta que hay no poca ciencia detrás de la aparente simpleza : « Si la profecía se cumpliere, ¿ habría más que desear ? Si fuera lo que Dios quisiere, fuera siempre lo justo, lo bueno, lo santo ; no fuera lo que quieren el diablo, el dinero y la codicia. Pues hoy lo menos es lo que Dios quiere, y lo más lo que nosotros queremos contra Su ley. Y ahora el dinero es todos los quereres, porque él es el querido y el que quiere, y no se hace sino lo que él quiere ».

En Francia, las perogrulladas se llaman « verdades de Monsieur de la Palisse ». Unas y otras cumplen la noble misión de recordar a las conciencias maleadas que hay unas verdades puras y sencillas, más ignoradas cuanto más evidentes.

Acudíanme estas reflexiones días atrás leyendo las inverecundias — digámoslo con un vocablo culto — que el Caudillo de las Españas ha revelado al periodista americano Mr. Lawrence y que éste ha divulgado a los cuatro vientos sin tomarse la molestia de comprobar la « verdad factual » que tan rigurosamente se solicita cuando se trata de exponer hechos evidentes favorables a la República española. Voy llegando a la sospecha de que eso de « la prueba factual suficiente » no es sino un comodín para justificar la atonía moral de la política contemporánea. El que pregunta lo que debe hacer, decía el filósofo, demuestra que no quiere hacer lo que debe ; y así también, muchas veces, se piden pruebas de las verdades evidentes cuando hay el oculto designio de no querer reconocerlas. Los axiomas, las evidencias no han menester pruebas ; basta captarlas para que su realidad se imponga, como en las manoseadas y poco comprendidas verdades de Pero Grullo.

La falsedad de las cosas que en aquella entrevista se recogen es tan evidente y axiomática que el solo intento de refutarlas podría parecer agravio al buen juicio intelectual y moral de los lectores. Más sensato y a la vez más ajustado a los cánones de la buena lógica parece limitarse a destacar aquí algunas de las más relevantes afirmaciones del entrevistado, para que su falacia se ponga de manifiesto por sí misma, sin más que proyectar sobre ella la luz de los hechos.

Que el Caudillo, pongo por caso, no se sublevó contra el comunismo casi inexistente en España antes de 1936, se demuestra no sólo con las estadísticas de las votaciones que acababan de celebrarse pocos meses antes, o recordando la mínima representación del Partido Comunista en las últimas Cortes republicanas ; sino también por otros dos hechos que suelen olvidarse al hablar de las cosas de España : primero, que el 18 de julio de 1936, cuando se desencadenó la guerra civil, la República española era uno de los pocos Estados occidentales que no mantenían relaciones diplomáticas ni consulares con la U. R. S. S. ; segundo, que en el Manifiesto de los generales rebeldes no se menciona para nada el peligro comunista. ¡ Qué singular amnesia la de un Movimiento que se olvida al nacer de su más importante designio !

Que en España no existe ninguna de las libertades aceptadas por los Estados miembros de la O. N. U. o de la U. N. E. S. C. O., se ve tan claramente como la luz del sol,

incluso desde lejos, con sólo fijar en ella los ojos.

No hay libertad religiosa. El Presidente Eisenhower sería en España ciudadano de segunda categoría, a causa de su confesión protestante. El Presidente Truman y muchos príncipes y reyes de Inglaterra habrían sido delincuentes, por su adscripción a la Orden francmasónica.

No hay libertad política. Todos los partidos democráticos y liberales, incluso los moderados y conservadores, fueron disueltos, declarados ilegales, y sus militantes exterminados o perseguidos. No ya los socialistas que gobiernan en los países más felices y progresivos de Europa, sino aun los correligionarios de Mr. Churchill, es decir, los conservadores monárquicos, o los del difunto señor de Gasperi, los democristianos, si fueran españoles habrían de vivir proscritos y al margen de las leyes.

No hay libertad sindical. Sólo se autoriza el sindicato oficial de la Falange, dirigido y controlado por el Estado totalitario. Los sindicalistas americanos, si vivieran y quisieran actuar como tales en la desventurada península ibérica, estarían purgando su crimen en las cárceles o sometidos a régimen de libertad vigilada en el mejor de los casos, como los múltiples y sucesivos comités de la Unión General de Trabajadores, de la Confederación Nacional del Trabajo y de la Solidaridad de Trabajadores Vascos.

No hay libertad de pensamiento. Los libros han de pasar por tres censuras incongruentes, arbitrarias y anacrónicas : la falangista, la militar y la clerical. En cuanto no discurren por los estrechos carriles del ideario clérigo-castrense que se identifica a sí mismo, de manera caprichosa, con la hispanidad y con el catolicismo, la literatura y la filosofía no tienen otros horizontes que la ñoñez, la palabrería altisonante y hueca del nuevo estilo, o el barroquismo alquitarado entre cuyas volutas y columnas salomónicas cabe deslizar de vez en cuando alguna rebeldía.

No hay libertad de prensa. Todos los periódicos tradicionalmente liberales, como *El Heraldo de Madrid*, *El Diluvio* de Barcelona, *El Liberal*, *El Mercantil Valenciano*, *El Pueblo* de Valencia fundado por Blasco Ibáñez, y otros cien, fueron confiscados por el Gobierno, y sus proprietarios en muchos casos murieron en la miseria o padecen cárcel y destierro. Y no deja de causar asombro que el mundo occidental se escandalice cuando el régimen de Perón atropella a un periódico de Buenos Aires, y en cambio, se haga cómplice con su silencio de cien atropellos semejantes contra la libertad y la propiedad, perpetrados y no reparados, en España.

Y para convencerse de estas perogrulladas le habría bastado al periodista señor Lawrence formular a su entrevistado unas sencillas preguntas : ¿ Permitiría el Gobierno del General Franco el culto libre de cualquier Iglesia protestante, que se reorganizaran las Logias francmasónicas, que se fundaran partidos políticos como los que actúan en cualquier país del occidente, que funcionaran sindicatos obreros a la manera americana, inglesa o francesa, que se editaran de nuevo periódicos independientes como los que se acostumbraba en los tiempos de la monarquía constitucional y de la República ? El Caudillo habría respondido inmediatamente que no, y lo habría justificado con dos clases de razones : primera, que el pueblo español no necesita nada de eso, pues que está totalmente identificado con su Gobierno ; y segunda, que todas esas nefandas libertades han sido la causa de la decadencia e inmoralidad del mundo moderno, de que él providencialmente ha salvado a España. Es decir, tras el sarcasmo, el desprecio a la democracia occidental que por un fenómeno inexplicable de sadismo se empeña en interpretar como halagos sus desdenes.

Repito que para probar todo eso no ha menester acudir a estadísticas, ni encuestas, ni comisiones investigadoras, ni alguna otra de las argucias que los organismos internacionales inventan cuando no quieren ver las verdades de Pero Grullo. La documentación factual está de sobra cuando las cosas *por principio* son como son y no pueden ser de otra manera, dados los orígenes, la naturaleza, la constitución y el comportamiento del régimen franquista que fué impuesto a España por una guerra civil alentada y sostenida con la intervención de los dictadores totalitarios extranjeros, vencidos en la segunda guerra mundial. En España no hay ni puede haber más

que una confesión religiosa, un partido político, un sindicato y una prensa, impuestos, que no consentidos por la voluntad de los ciudadanos. Y si algún resquicio de libertad se respirase, no sería un ventanal, sino una resquebrajadura ; porque la tiranía española es de tal condición que está poniendo al país ante el trágico dilema de o conformarse a la esclavitud o resignarse a la revolución.

Un gobernante mal informado

Toda la información que el Caudillo demuestra poseer sobre las cosas presentes y pasadas de España revela el más cabal desconocimiento de la nación que gobierna. A pesar de lo que él ha dicho al señor Lawrence, cualquier manual de estadísticas demuestra que durante los treinta y seis primeros años del siglo España había experimentado un resurgimiento demográfico, cultural, sanitario, social, económico y político, interrumpido por la nefasta guerra civil que las clases reaccionarias desencadenaron, inspiradas por su bárbaro egoísmo y alentadas por el fascismo extranjero. Para comprobar lo que digo basta hojear los anuarios del Instituto Geográfico y Estadístico y comparar los *valores reales* de las cosas, no los aparentes que se cifran en pesetas desvaloradas.

Claro es que si una moneda vale hoy la décima parte de lo que valía hace veinte años, tendremos que el mismo volumen de producción se cifraría hoy en un valor monetario aparente diez veces mayor, y una producción de la mitad figuraría como cinco veces más elevada. Bien valdrá la pena en otra ocasión de hacer estas conversaciones para ilustración del público profano en cosas económicas. Baste por hoy aducir el ejemplo de los índices de precios y salarios : según los técnicos del Ministerio del Trabajo, el índice de los salarios de 1952 era de 183'82 en relación con una base de 100 para 1936 ; mientras que el índice de precios era de 579'60 por 100 ; lo que prueba, en suma, que el poder adquisitivo del salario en 1952 representaba el 31'72 por 100 del existente en el momento en que el Caudillo se decidió a salvar a España. Los aumentos posteriores de los salarios no sólo no han cubierto ese desnivel espantoso, sino que ni siquiera han compensado la nueva alza de los precios.

Igualmente engañado anda el Caudillo cuando, adoptando las erróneas informaciones de los sicofantes de la hispanidad, a la manera de Maeztu, achaca a la monarquía borbónica y a la revolución liberal todas las desgracias de España. Los hechos enseñan lo contrario, que fué la dinastía austríaca, clerical, inquisitorial y totalitaria la que en el decurso de dos siglos de imperio redujo a España a la más vil y envilecida condición de su historia. La nación que al advenir Carlos I al trono infundía pasmo y temor al mundo con sus huestes de teólogos, de capitanes, de conquistadores, de navegantes, de poetas, de humanistas y de místicos, mas también con sus Cortes, sus Municipios, sus Reinos autónomos y sus libertades públicas y privadas, se había convertido al morir Carlos II en un yermo miserable y casi despoblado, donde la mentecatez desplazara a la inteligencia, la mojigatería a la virtud, la superstición a la fe, la vanidad al honor, la corte al pueblo y los validos a los reyes. Una nación despreciada y aborrecida por las monarquías de Europa que se aprestaron como buitres, en la guerra de Sucesión, a disputarse la carroña putrefacta de su cadáver.

Y los hechos y los números dicen también que a partir de la instauración de la monarquía francesa el país inició un renacimiento constante de dos siglos que culminó en el tan breve como esplendoroso quinquenio republicano. Todos los índices que señalan incremento de la población, de la salud, de la riqueza, de la cultura media, describen desde 1715 a 1936 una serie de curvas ascendentes, interrumpidas de vez en cuando por las periódicas revulsiones de la rebelión clérico-castro-islamo-falangista que encabezara el Caudillo.

Con cifras irrebatibles demostré yo en las Cortes, semanas antes de la sublevación, que España se hallaba en un período de resurgimiento jamás igualado, a pesar de la crisis mundial que no podía por menos de afectarla, y previne a la opinión, ya harto envenenada por las propagandas fascistas y comunistas, contra las consecuencias fatales de la guerra civil que se preparaba.

Superchería de la democracia orgánica

Y vamos a examinar un último punto de las famosas declaraciones, el relativo a la definición que el Caudillo hace de su propio régimen, pretendiendo presentarlo como una democracia orgánica. La expresión es antigua en la historia de la política española. Yo mismo propugnaba una democracia orgánica en mis conferencias y artículos de 1925 a 1930 y en diversos opúsculos y libros por entonces publicados, y no pretendía ser un innovador. Don Félix Gordón Ordás, actual Presidente del Gobierno Republicano en el Exilio, presentó en 1931 a las Cortes Constituyentes un Proyecto completo de constitución del Estado como democracia social y orgánica, proyecto que no prosperó, pero que me consta interesó muchísimo a José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange. Recientemente, Don Salvador de Madariaga ha explicado a maravilla en su libro *De l'Angoisse à la Liberté* las características de una reforma orgánica de la democracia moderna.

Por otra parte, también Lenin y Mussolini habían imaginado, cada cual desde su punto de vista, sendas concepciones de democracia orgánica que ni uno ni otro pudieron instaurar porque se lo impidió al uno el Partido Comunista, y al otro el Partido Fascista. Merced a la acción de sus propios partidos, ambos reformadores vinieron a instaurar en la práctica, no la nueva democracia que habían concebido, sino una especie de oligarquía o despotismo orgánico, que en Rusia se convierte bajo Stalin en una estructura extraordinariamente parecida en lo político, ya que no en el contenido social, al régimen del Caudillo.

Porque lo que se ha implantado en España para sustituir a la democracia liberal republicana ha sido una *tiranía orgánica*. La democracia orgánica supone unos ciudadanos libres capaces de estructurarse social y políticamente en una serie de instituciones, democráticamente organizadas, desde la base a la cúspide, desde el pueblo al poder, desde la familia y el hombre, pasando por las corporaciones, sindicatos, municipios y estados provinciales o regionales, al Gobierno Federal.

En España se ha hecho todo lo contrario. Ya dijimos que no hay más partido, ni más religión, ni más sindicato, ni más ley, ni otras instituciones que las consentidas por el Caudillo y su Falange, el cual a través de una serie de organismos emanados de su poder absoluto, irradia hacia el pueblo las partículas de soberanía que le place otorgarle. Así, las elecciones, los plebiscitos, los referéndumes, cuando el Caudillo consiente en tolerarlos (como los plebiscitos de su predecesor el General Primo de Rivera, el dictador bueno, como se le llama hoy para distinguirlo del otro) no son sino « los mecanismos orgánicos » a través de los cuales el Caudillo se reitera la confianza a sí mismo.

Por no ser excesivamente prolijos, nos atendremos a un solo caso, el de las Cortes. El señor Lawrence, como ciertos senadores americanos, parece haberse convencido de que en las Cortes de Franco hay algún ligero asomo de democracia. Al parlamentario inglés Mr. Hynd le bastaron tres preguntas para averiguar la cantidad de substancia democrática de las dichas Cortes : — ¿ Cuántas sesiones celebran Uds. ? — Una cada año. — ¿ Tienen Uds. poder para rechazar un proyecto de Ley ? — Sí, señor, en principio (lo que no es cierto). — ¿ Cuántas veces han usado de ese poder ? — Ninguna.

En resumen, el artificio de las Cortes se reduce a que el Caudillo designa a unos electores para que respalden, no para que elijan, a unos candidatos que, para serlo, tienen que estar encuadrados en las condiciones prefijadas por el propio caudillo, y los cuales se incorporan como Procuradores electos a los directamente designados por el Caudillo o por entidades que él mismo ha nombrado y constituído. Hay, pues, dos clases de Procuradores : los designados directamente por el dictador, y los designados indirectamente por él mismo a través de sus mandatarios. ¡ Y a esta ficción se le llama democracia orgánica !

No, en España no hay Parlamento ni nada que se le asemeje. Las llamadas Cortes no lo son ni aun en el sentido que se aplicaba en la Edad Media al vocablo. Son todavía menos representativas de la socie-

dad española que los Concilios de Toledo del bárbaro reino visigodo, cuyos miembros al menos representaban a la Iglesia y a la nobleza con cierta independencia del soberano.

No lo son ni por su origen, ni por sus poderes, ni por sus funciones. Todos los tratadistas de Derecho que se han ocupado en la cuestión convienen en ello, y para convencerse basta leer el *Ukase*, que no Ley, de 17 de julio de 1942, en cuyo preámbulo se dice que el poder legislativo reside en el Jefe del Estado, así como el reglamento de 5 de enero de 1943, que crea y ordena respectivamente el funcionamiento de las dichas Cortes.

El distinguido autor inglés E. Allison Peers, más bien de tendencia conservadora, ha definido correctamente este singular organismo diciendo que es « un Parlamento sin funciones legislativas, con miembros no elegidos por sufragio popular » y « que no puede representar adecuadamente al pueblo ni gobernar de manera efectiva. Hasta setecientos años atrás eran más progresivas en España las concepciones del Gobierno parlamentario ».

El Padre Baltasar Gracián (1584-1658), jesuíta y filósofo español, inventó el vocablo « amenistas » para nombrar a las gentes de espíritu acomodaticio, siempre dispuestas a decir *amén* a lo que les demandaren. La más justa definición de las actuales Cortes españolas sería la siguiente : un coro de amenistas organizado por el Caudillo para expresar la confianza y el apoyo que se presta a sí mismo.

Por qué existe aún el problema español

No quiero terminar estos comentarios sin poner de relieve el aspecto más enojoso de la conducta que la diplomacia occidental viene observando en relación con España. Los españoles no pueden comprender que se propugne la solución de las elecciones libres como la más adecuada para resolver todos los conflictos que la segunda guerra mundial dejó planteados y los que la guerra fría ha ido promoviendo, y que en cambio no se aplique la misma doctrina en el caso de España. Hay en ello una humillación que los patriotas no pueden aceptar. Jamás se resignarán a que se extienda el certificado de incapacidad de España para ser un pueblo libre.

¿ Cómo ? Las tribus negras del Africa que ayer vivían una vida primitiva en la selva virgen, tienen el derecho, que los españoles de buen grado les reconocen, de elegir sus Parlamentos en elecciones libres y de redactar sus Constituciones en Asambleas soberanas. El mismo derecho se concede a las naciones del Asia y del Pacífico apenas salidas de la era colonial y sin la menor experiencia política y ciudadana, incluso a la Alemania militarista, tres veces agresora y culpable de dos guerras mundiales. Sólo España, cuyo pueblo opuso una resistencia inesperada y desesperada de treinta y dos meses a la agresión de Hitler, desbaratando sus planes y dando tiempo a que el mundo occidental se rearmara, con lo que prestó una colaboración decisiva al triunfo de las democracias aliadas ; sólo España, pobladora de mundos, madre de naciones, ejemplo de virtudes cívicas, que tuvo Parlamento antes que Inglaterra, y libertades antes que Francia, y Universidades antes que Alemania, y Renacimiento antes que Italia, y tolerancia religiosa antes de la Reforma ; sólo España es un pueblo de tan baja y vil condición que no se le considera apto para redactar sus leyes y elegir su Gobierno.

Pues bien, no ; el patriotismo no se resignará a semejante humillación. Los españoles tienen derecho a pensar que la resistencia de la dictadura y de sus protectores internacionales a que se celebren elecciones libres revela que todos están convencidos de que la voluntad del pueblo es adversa al actual régimen y favorable a la República. La ininterrumpida suspensión de las libertades públicas y la supresión de las consultas a la opinión, constituye por sí misma un plebiscito constante : no se quiere que el pueblo hable porque de antemano se sabe que se pronunciaría a favor de la República. Y por eso se inventan toda suerte de arbitrarias combinaciones diplomáticas en vez de seguir el camino directo y sencillo de la consulta a la voluntad popular, que se propugna para resolver todos los demás conflictos.

FERNANDO VALERA

EL DIÁLOGO DE MILÁN

POR LUIS ARAQUISTAIN

DEL 12 al 17 de septiembre se reunieron en Milán unas ciento cincuenta personas, la mayoría escritores : economistas, filósofos, historiadores, sociólogos, ensayistas y algunos políticos e industriales. Venían de las cinco partes del mundo y profesaban gran variedad de opiniones filosóficas, políticas, sociales, religiosas o agnósticas. La conferencia tuvo lugar en un antiguo convento transformado en un magnífico Museo de la Ciencia y de la Técnica : significativa metamórfosis de nuestros tiempos. Inauguró las sesiones un socialista, Virgilio Ferrari, alcalde de Milán, y las clausuró un capitalista, Adriano Olivetti, gran industrial de Italia : símbolo también de coexistencia social e ideológica.

El tema de la conferencia, lo que unía a gentes de tan diversas razas, nacionalidades, lenguas, culturas, creencias y opiniones, era una inquietud común : « El porvenir de la libertad ». La había convocado el Congreso de la Libertad Cultural, con sede en París. Los asistentes — invitados a título personal — presentaron unos sesenta informes, que hacen unas mil páginas de escritura a máquina y sirvieron de base de discusión. *Cuadernos* publicará en un número próximo un suplemento con los textos principales del diálogo y allí encontrará el curioso lector la voluminosa materia de lo tratado. Estas líneas no pretenden ser un sumario, sino más bien una impresión personal de los debates.

A mi juicio, el motivo predominante al convocar esta conferencia fué conocer los efectos del doble desequilibrio que ha alterado al mundo como consecuencia de las dos guerras mundiales ; de una parte, en el interior de los Estados y las naciones, y de otra, en sus relaciones internacionales. Hasta 1914, el equilibrio interno e internacional parecía sumanente estable. Europa estaba dividida en dos bloques, la triple alianza (Alemania, Austria e Italia) y la *entente cordiale* (Francia, Inglaterra y Rusia). Pero el antagonismo entre ambos era esencialmente económico y territorial. Lo que en realidad se disputaba en la guerra de 1914-18 eran las colonias de Africa y las esferas de influencia en la Europa oriental y en Asia por parte de la triple alianza, y el mantenimiento del equilibrio económico y colonial por parte del grupo contrario. En lo puramente político, todos coexistían en la mejor armonía, el zarismo ruso con la república francesa y el kaiserismo alemán con la monarquía británica. Nadie quería destruir en sus bases político-sociales a los demás. Al equilibrio político de los Estados correspondía el equilibrio de los pueblos dentro de la común civilización europea.

De la guerra de 1914-18 nacen tres dicta-

duras, en cierto modo populares, que trastornan el equilibrio europeo tradicional en cuanto estabilidad de los regímenes y de la civilización hasta entonces común : la soviética en Rusia, también llamada comunista, la fascista en Italia y la nacional-socialista en Alemania, nuevas formas del cesarismo clásico, el romano y antes el de algunas tiranías griegas, y el napoleónico en sus dos etapas. La Rusia soviética rompe como Estado con el Occidente y las tres dictaduras rompen con la civilización liberal. No obstante, Europa continúa siendo el centro político del mundo : los dos grupos aliados siguen representando el papel de grandes potencias en el drama constante de la historia por la hegemonía y por el equilibrio. Con la segunda guerra mundial (1939-1945), Alemania e Italia (ya absorbida Austria en la primera) intentan apoderarse de los grandes imperios coloniales de Inglaterra, Francia, Bélgica y Portugal, y al mismo tiempo destruir la civilización liberal en Europa por de pronto. Rusia quiso mantener una neutralidad amistosa con la Alemania de Hitler (pacto de 1939), por afinidades y enemistades comunes, y sólo intervino al ser atacada por ella.

Al término de esa guerra, el equilibrio anterior a 1914 ha desaparecido por completo y quizá para siempre. El eje político del mundo se desplaza de la Europa occidental y se polariza en dos únicas grandes potencias : los Estados Unidos y Rusia. Alrededor de esos nuevos centros de gravedad se forman las dos coaliciones de Estados más formidables que conoce la historia. La lucha entre ellas — hasta ahora potencial — ha dejado de ser meramente económica (por mercados) o territorial (por lejanas colonias), para convertirse en un antagonismo entre dos civilizaciones. Cuando en Milán se hablaba del porvenir de la libertad en abstracto, se pensaba concretamente en el porvenir de la civilización liberal.

La nueva política de equilibrio no es ya, como antaño, continental, de Europa u otro Continente, sino planetaria. Casi todos los Estados europeos han tomado posiciones en una u otra coalición, los occidentales libremente, los orientales a la fuerza. Pero aún quedan muchos en Asia, en Oceanía, en Africa, que vacilan entre los dos bloques. Y en los pueblos libres que han fijado su posición hay muchos individuos que también tienen grandes dudas. ¿ No es posible y conveniente — se preguntan — una tercera fuerza entre las dos coligadas ? En la política de planificación y control que la mayoría de los Estados occidentales practican para evitar las grandes crisis y los paros obreros gigantescos de otras épocas, ¿ no se irá, como en Rusia, a sacrificar las libertades individuales a una problemática salvación colectiva ? ¿ Y no habrá algo bueno en Rusia — se preguntan otros — que debiera imitar el Occidente ?

Estos y otros problemas preocupan a los especialistas del mundo libre. Pero el creciente especialismo aisla cada día más a los unos de los otros y de la totalidad que es el hombre. Cada uno, el historiador, el sociólogo, el economista, el político, sólo ve una fracción de la realidad social, en el espacio o en el tiempo, sobre la cual opera. Cada especialidad es un compartimento estanco. Luego, la comunicación intelectual es cada vez más difícil de país a país y dentro de cada uno de ellos, por la enorme producción bibliográfica, y muchos acaban no leyendo, aun en sus especialidades, más que algo de lo que se publica en su lengua, en su nación, en su ciudad o en su barrio. La universalidad de la cultura se desintegra en obras casi esotéricas, nacionales o de campanario, o en un bizantinismo que deja en mantillas al de Bizancio.

Si no me equivoco, la conferencia de Milán, como las cuatro anteriores organizadas por el Congreso de la Libertad Cultural, se proponía ser un diálogo personal y directo entre pensadores libres sobre los problemas que se le plantean a la civilización occidental. No traían panaceas políticas, sociales o internacionales, ni verdades absolutas y eternas, sino opiniones relativas y sobre todo críticas de sofismas y mitos ideológicos que ruedan por el mundo deformando la realidad histórica. A veces el diálogo transcendía de la sala de la conferencia y se dirigía a interlocutores lejanos. Así, Raymond Aron, el eminente publicista y ahora profesor de la Sorbona, en su informe « Naciones e ideologías » — admirable retrato político-psicológico

La Conferencia de Milán

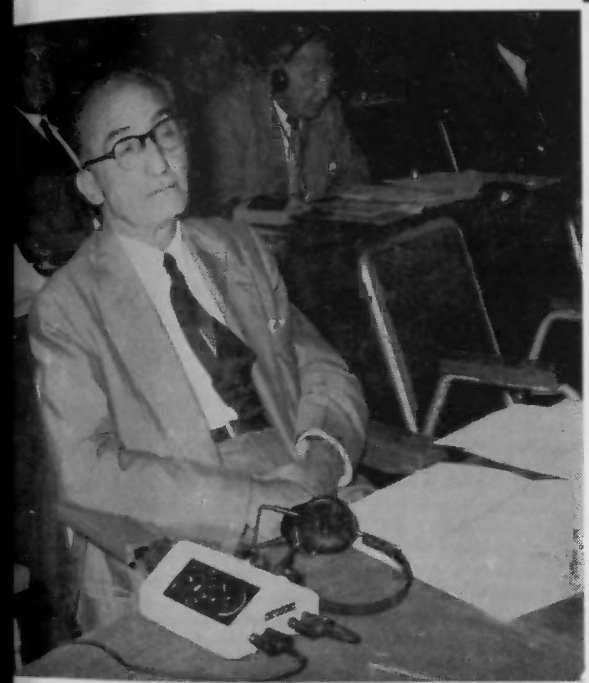
"EL PORVENIR DE LA LIBERTAD"

Una sesión de trabajo en el Museo de Ciencias Técnicas

Nicolás Nabokov, Secretario G

Un aspecto de la sala de reuni

Hernán Santa Cruz (Chile)



Jorge Mañach (Cuba)

Luis Alberto Sánchez (Perú)

Américo Ghioldi (Argentina)

Germán Arciniegas (Colombia)

Luis Araquistáin y Julián Gorkin (España)

del mundo occidental contemporáneo — polemizaba irónicamente con los bevanistas ingleses (uno de los más distinguidos, Richard Crossman, asistía a la conferencia), que no quieren el comunismo para su país, pero « creen que puede ser *progresivo* para Asia, para Africa y tal vez, quién sabe, para Francia » ; o con Sartre y su secta existencialista, que « a la greña con su país — que ellos piensan que se está hundiendo en la mediocridad —, aliados al proletariado cuya misión histórica reconocen, recalcitrantes a la disciplina comunista, desahogan sus frustraciones vituperando a los Estados Unidos y al Pacto del Atlántico ».

A su vez Crossman — simpática cabeza de corte romántico, diputado, orador eficaz y escritor político excelente a pesar de su bevanismo ya algo mitigado — polemizó con el norteamericano Walter Lippmann sobre el viejo tema de si son las masas, el pueblo, o las *élites*, las famosas minorías selectas, quienes deben dirigir la política en general y la política internacional en este caso concreto. Lippmann cree que la decadencia del Occidente se debe, desde la primera guerra mundial, al funesto influjo de los electores sobre la política exterior. Crossman, al contrario, lo atribuye al fracaso de las minorías-directoras y concretamente a Baldwin y a Chamberlain en 1935 y 1938 respectivamente, por no haber cesado en su política de apaciguamiento frente a Hitler, como les pedía Winston Churchill. Probablemente ambos tienen parte de razón, Lippmann señalando la ignorancia y la ingenuidad del pacifismo unilateral de las masas, y Crossman, la indecisión de los políticos, no tanto, sin embargo, por incompetencia como por cobardía cívica, por miedo a perder las elecciones, según yo intenté demostrar en otro artículo publicado en estas mismas columnas. En el fondo, las *élites* condenan a las masas porque también condenan la democracia. A veces las democracias parecen ser menos eficaces que las dictaduras — no lo fueron en las dos guerras mundiales —, pero ése es el precio del lento aprendizaje de la libertad democrática, que no se improvisa como la dictadura.

Puede decirse que la mayor y mejor parte del diálogo de Milán estuvo dedicada a un gran ausente, la Rusia soviética, por la atracción que ejerce todavía sobre ciertos hombres de la Europa occidental y algunos pueblos de otros Continentes. Muchos europeos, sobre todo de la clase intelectual, viendo que sus países han perdido ya irremisiblemente el rango de grandes potencias, se encuentran en una posición histórico-psicológica semejante a la de los griegos de los siglos II y III antes de Cristo, cuando, en franca decadencia sus Estados-ciudades, vacilaban entre optar por la protección de la potencia ascendente de la Roma republicana y todavía liberal, aunque algo bárbara para los refinados intelectuales del Archipiélago Egeo, o por la de los restos despóticos del imperio macedónico, bárbaro también, pero atrayente aún por la vecindad geográfica y sobre todo por la gran aureola que había dejado tras sí la obra de conquista y helenización de Alejandro Magno.

Pero no eran estos casos individuales los que más preocupaban a la conferencia, sino el destino de los pueblos de Asia y Africa que aún no han tomado una decisión entre las dos coaliciones que se disputan el mundo. No hay duda que la industrialización de la Rusia soviética — tema preponderante en la conferencia de Milán — fascina a algunos países económicamente subdesarrollados y hasta a economistas como Peter Wiles, profesor de la Universidad de Oxford. Para Wiles, lo que más importa no es la distribución equitativa de la riqueza, sino el total de la producción. En su informe dice que el ritmo de crecimiento de la industria rusa es ya el más alto del mundo y que dentro de unos veinte o treinta años la producción alcanzará y aun superará a la de los Estados Unidos. El mundo libre debe imitar la técnica de ese prodigio de abundancia, empezando por sus métodos de planificación y acabando, si es preciso, por « castrar (emasculate) a los sindicatos obreros ».

La audaz tesis de Wiles fué acogida con una mezcla de severidad y escepticismo. Algunos de sus muchos impugnadores rechazaron sus estadísticas por equivocadas o por falseadas en las fuentes oficiales rusas. Nuestro viejo amigo Bertrand D. Wolfe, de Nueva York, le recordó que la abundancia soviética era un mito, como había reconocido el propio Khruschef, se-

cretario del partido comunista ruso, al admitir en un informe reciente que la producción de carne, leche, mantequilla, grano y otros artículos por cabeza era inferior a la de 1928 y aun a la de 1913, en tiempo del zarismo. Otro economista inglés, Colin Clark, había refutado de antemano la tesis de Wiles en su informe « La crisis soviética : los mitos y la realidad sobre el aumento de la producción soviética ».

Bertrand de Jouvenel, economista francés, en su informe « Algunas semejanzas fundamentales entre los sistemas económicos soviético y capitalista », rebatió otro mito grato también a la propaganda comunista y a los que en Occidente están aún en lo que él llama « primitivismo intelectual » : el mito de que la economía soviética es algo original, nunca visto antes en el mundo, y que los que en aquel país dirigen la industria no son patronos capitalistas, ni los obreros son el clásico proletariado que se explota en otras partes menos felices. Para Jouvenel, la economía soviética es tan capitalista como la de cualquier país capitalista sin tapujos. Hay algunas diferencias, sin embargo, como denominar « comunismo » a lo que fuera de Rusia se conoce por acumulación de capital y como poner otros nombres o más bien pseudónimos antimarxistas a los diversos factores de la explotación del hombre. En realidad, las condiciones de trabajo y de vida en la Rusia de hoy se parecen bastante a las de los países europeos a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, al iniciarse su revolución industrial. La revolución industrial rusa habrá realizado maravillas para el Estado-patrono, pero para el trabajador por lo menos está todavía en esa fase primitiva. Ilustrarán la diferencia algunos números oficiales. En Rusia la renta nacional se distribuye en esta forma : para el consumo de las personas (o sea de la clase trabajadora), el 47 % ; para gastos del Estado (incluyendo los de su enorme burocracia de afiliación comunista, la nueva clase capitalista), el 27 % ; para reinversión industrial, el 26 %. Compárese con la distribución de la renta nacional de los Estados Unidos en 1953 : para salarios, 76,9 % ; para gastos del Estado, 12,4 % ; para dividendos de los accionistas, 5,5 % ; para reinversiones en la industria, 5,2 %. (Ambas cifras citadas por Jouvenel).

El profesor W. Arthur Lewis, de la Universidad de Mánchester, en su trabajo « ¿ Es necesario el comunismo para el rápido crecimiento de los países subdesarrollados ? » trató también del tema maltratado por Peter Wiles acerca de la mayor eficacia industrial de las dictaduras. Sí, son más eficaces esos regímenes, contesta Lewis. Pero también — agrega — era más eficaz el capitalismo esclavista que el liberal : « por ejemplo, la abolición de la esclavitud en las Antillas redujo grandemente el rendimiento de productos y servicios. Sin embargo, de esto no deducimos que la esclavitud sea preferible a la libertad ». Lo mismo había dicho con otras palabras Raymond Aron en su ya citado informe : « Admitamos que en este siglo el Estado del partido único (Rusia) es el más eficaz para la acción. ¿ Pero por qué hemos de hacer lo que nunca se ha hecho antes en la historia, por qué hemos de considerar a los constructores de imperios, de pirámides, de estaciones de mármol en los trenes subterráneos (Moscú), como benefactores de la humanidad ? » El problema para Occidente, en lo económico como en lo político, es cómo se concilia la eficacia con la libertad.

Quizá fué Constantin A. Doxiadis, ingeniero griego y asesor del consejo de planificación de Pakistán, quien en esta cuestión candente de los pueblos que oscilan entre el mundo liberal y el totalitario dijo las palabras justas en su informe « El progreso económico en los países subdesarrollados y la rivalidad de los métodos democrático y comunista ». He aquí su tesis :

« Como en la práctica hay dos grupos de potencias, toda la cuestión gira sobre si el mundo democrático con sus métodos, o el comunista con los suyos, ofrece las mejores oportunidades al progreso económico de los países subdesarrollados... En mi opinión, no hay duda de que el desarrollo, aun compulsivo, es preferible al no desarrollo... En estas circunstacias, la cuestión importante para los países subdesarrollados no es si el sistema comunista o el democrático es preferible para su progreso económico, sino qué sistema garantiza la máxima y más

rápida movilización de todas las fuerzas, internas y externas, que son necesarias para el desarrollo. El mundo comunista tiene una respuesta específica a este problema... En contraste con la actitud comunista, el mundo democrático carece de un claro plan de conjunto que esté reconocido y dotado por los países de su órbita ».

En el diálogo de Milán se oyeron pocas voces de los países de lengua española. Presidió una de las sesiones Jorge Mañach, delegado de Cuba, con un arte y un porte dignos de más altas y estables presidencias ; pero apenas volvimos a verle en la sala de la conferencia, por haberle tenido confinado en un cuarto de hotel los ataques tenaces de algún microbio lombardo, no demasiado maligno, pero sí demasiado fastidioso, y los apremios no menos tenaces de Julián Gorkin, que le reclamaba sin descanso la redacción de su bello ensayo, ya harto diferido, sobre Alfonso Reyes. Hablaron breve y excepcionalmente — las dos únicas cuestiones incidentales que permitió la conferencia — el argentino Américo Ghioldi, ya casi con un pie en la escala del avión que había de transportarle a su país, sobre el levantamiento contra Perón, la víspera misma de su caída, y el peruano Luis Alberto Sánchez, para protestar contra la suspensión arbitraria del diario colombiano *El Tiempo*. El chileno Hernán Santa Cruz intervino en la discusión de uno de los informes.

Germán Arciniegas, cuya pluma es como una varita mágica que sabe conciliar la pasión objetiva del historiador y la subjetiva del político con la ironía socrática del filósofo y el hechizo verbal del poeta, presentó el único informe de las delegaciones de lengua española : « La América latina entre la libertad y el miedo », variante del fuerte libro suyo que lleva casi el mismo título. Arciniegas exponía desde una tribuna europea el cáncer que roe a los pueblos de lengua española : el militarismo. « Factor predominante — son sus palabras — de las subversiones de los valores democráticos en la América latina ha sido la decisión de los sargentos o de los generales ambiciosos de desalojar a las autoridades civiles para imponer la suya propia, siguiendo el funesto ejemplo de la España liberticida ».

En apoyo de su tesis, Arciniegas transcribía estas palabras tan elocuentes del Dr. Eduardo Santos, expresidente de la República de Colombia, condenando no sólo el militarismo de nuestros países, sino la causa que lo engendra : « ¿ Qué van a hacer nuestros pobres países arruinándose en armamentos que en un momento de conflicto internacional no representarán absolutamente nada ? ¿ Entonces ? Estaríamos creando ejércitos insignificantes en la vida internacional, pero aplastantes en la vida interna de cada país. Cada país está siendo ocupado por su propio ejército ».

Como yo soy uno de los muchos millones de españoles que no se sienten solidarios, ahora ni nunca, de la « España liberticida » mencionada expresamente por Arciniegas, me pareció obligado, en una breve réplica, sumarme a su tesis y reforzarla con este paralelo histórico : si en la América anglosajona no ha habido militarismo hasta ahora, y si lo ha habido y lo hay en la América hispánica, la explicación es que la primera adoptó de Inglaterra un tipo de Estado civil, mientras la segunda adoptaba de España un tipo de Estado predominantemente militar. El corolario no puede estar más a la vista : el remedio más eficaz contra el militarimso y para la instauración definitiva del Estado civil es la abolición del órgano del Estado militar : los ejércitos permanentes. El mal no es de ahora : viene de antiguo. Tampoco es nuevo el diagnóstico. Pero habrá que recordarlo el día en que los hombres civiles de Hispanoamérica y de España vuelvan a estar en condiciones de practicar esa salvadora operación quirúrgica.

LUIS ARAQUISTAIN

El escritor español entre dos fuegos

POR J. E. RIDAURA

Se hace difícil, muy difícil, hablar de la situación actual del escritor en España en unas pocas páginas, pues tantos, tan varios y complejos problemas se plantean a quien pretende tener por profesión la de escribir manteniéndose leal, al mismo tiempo, a lo que siente ante todo como una vocación inviolable.

Recién terminada la guerra de España, se creó un serio conflicto a los escritores que, no habiendo abandonado el país — por unas u otras causas — aun sintiéndose contrarios al régimen imperante, tenían que escoger, de pronto, entre renunciar a su habitual medio de vida (cultivo del periodismo, novela, teatro) o desdecirse de lo defendido hasta entonces en sus escritos, buscando un puesto en la prensa o la vida literaria llamada del movimiento o de la situación. No nos refiramos a los escritores con un ganado prestigio internacional que podían encontrar en éste una fuerza, a veces invencible, para seguir gozando del privilegio de cierta independencia o aislamiento, viviendo en parte de sus pasados laureles. Hablemos de los escritores a medio hacer, poetas, ensayistas y novelistas que hubieran podido defenderse con la ayuda del periodismo, en tiempos anteriores al 36, y que, no adscritos al movimiento, se vieron así enfrentados a un penoso dilema. Unos se habían significado políticamente hasta el punto de que no les era dado escoger. Otros, más tibios en sus convicciones, lucharon bien poco consigo mismo y acabaron por aceptar las cosas como venían, buscando las oportunas recomendaciones para deslizarse en las redacciones de prensa y emisoras.

Pero la situación que verdaderamente interesa aquí examinar es la de quienes, sin haberse mostrado extremistas a la hora de defender una doctrina política, seguían creyendo en ésta, deseando sin embargo mantener una fidelidad absoluta a su ideario y, a la vez, a su vocación de escritores. Se vieron situados de pronto estos últimos entre dos fuegos, en la más dura y comprometida de las posiciones. Se les negaba el pan y la sal. Por una parte, el inconveniente del predominio de un poder contrario, en su misma nación ; y, por la otra, la total ignorancia, cuando no negación, de su problema, por quienes, desde el exterior, mantenían con firmeza la política opuesta. Se reconocían desde fuera los derechos a seguir ejerciendo su profesión al médico, al profesor, incluso al escultor (que podía tallar o modelar figuras religiosas aunque no fuese creyente), al pintor, y al arquitecto (que podía, asimismo, planear cuarteles aunque fuese antimilitarista, conventos o iglesias aunque anticlerical), al mismo obrero llamado a levantar estas edificaciones... Pero al escritor, desde fuera, se le prohibía trabajar en lo suyo, incluso si su artículo, su poesía o su novela mantenían el equilibrio de no tocar tema alguno que pudiera to-

marse como apoyo al régimen. El escritor, para tener el parabién exterior, había de buscar otro oficio, de la noche a la mañana, trabajando de lo que fuese antes que intentar la edición de novelas o escritos, por mucho que éstos evitasen tratar temas contrarios a sus ideales, e incluso si en sus páginas exponía patrones humanos en consonancia (más o menos diluída) con sus convicciones.

El escritor, al fin, irremediablemente, encauzaba toda su ansia en proyectarse hacia el exterior, buscando en la prensa o casas editoriales extranjeras una salida a su impulso. Pero he aquí otra importante y terrible traba : la prensa y editores a que se dirigía tenían puesto el veto a todo lo procedente de España, fuese negro o blanco, de uno u otro matiz. El escritor, desalentado, seguía entonces escribiendo para guardar y, mientras pasaban los años — muchos años —, se ponía a pensar de vez en cuando en los descansos de su trabajo-trabajo, reconocido por todos como tal (representante, cobrador o empleado), y de su trabajo-diversión (una manía como otra cualquiera ésa de llenar cuartillas), se ponía a pensar en su poquito de felicidad aquí en la tierra, en la posibilidad de crear una familia y de tener su casa, no ya de la categoría de la del médico, el abogado, ingeniero o arquitecto, pero sí tal vez de la del pintor o escultor.

Y, de encontrar o creer encontrar esa mujer que todo hombre anhela alguna vez en su vida, decidía de pronto casarse, aunque por toda fortuna no tuviera más que lo que llevaba puesto. Más dificultades, menos tiempo para el trabajo-diversión y mayor necesidad, de golpe, de un dinero que a un escritor de vocación podrá dársele tal vez con la literatura (de tener suerte y « oficio », dejando que cada cual entienda esta palabra a su modo), pero nunca con ese trabajo, que no le va, de estirar chaquetas para vender objetos de la más diversa índole. Es entonces cuando esa clase de escritores a que nos referimos, vuelve a pensar en la literatura como un instrumento procurador de medios de vida. Y se decide a intentar vender lo más publicable de su obra ya escrita. ¡ Qué discurrir, a partir de ahí, de un sitio a otro, oyéndose tratar de principiante por engreídos libreros, o insignes catedráticos que lo primero que harán será preguntarle si es universitario ! Si una obra editada es aún corregible, ¿ qué no lo serán estos volúmenes copiados a máquina penosamente, que admiten, entre sus líneas a dos espacios, todo un vivero de anotaciones, peros y advertencias ?

Dura lucha con su fe, la del escritor, al llegar a este punto de su difícil carrera. Porque, si la Laforet o Cela han « triunfado » con su primera obra, cuando apenas habían escrito otra, ¿ qué significa esto de que a uno le rechacen por primeriza su cuarta o quinta novela ? Es inútil que coja las obras de autores premiados en varios concursos y las coteje, línea a línea, con las suyas, porque, aunque al final sepa que hay en lo suyo mayor mérito, acabará sin saber a qué atenerse. Y, al fin, parecerán tener razón el editor que ni leyó su obra, o el jurado del concurso que, leyéndola y reconociendo su valor, votó por la más recomendada ; el editor y el jurado que se defenderán de su acoso, en última instancia, con un : « Confórmese con no querer abarcar tanto y escriba sobre temas menos hoscos, más limitados ».

Bien. El escritor, a fuerza de fuerza y paciencia, juntó el dinero para pagarse la edición de una obra, o lo pidió prestado para lanzarse, al fin, a la gran aventura, por su cuenta y riesgo. Envía sus dos ejemplares a la censura. Parece la suya una obra apenas fuerte (hasta tal vez la limó un poco, para mayor seguridad), un tema no más fuerte que aquel de la obra, importada con el correspondiente permiso, de Steinbeck, de Graham Green o del mismo Madariaga. En todo caso, no más censurable que las obras de Darío Fernández Flórez y Zunzunegui, que leyó tiempo atrás.

Pero, aun así, no están de acuerdo con él en aquellas oficinas un tanto a lo Kafka, y una nota impresa le advierte brevemente, a los dos o tres meses, que se le deniega permiso de edición. No es posible. Se resiste a admitir esta última derrota. Vuelve a impulsar sus ansias hacia fuera. Y, si alguna vez llegan sus mamotretos al editor extranjero, por lo regular se extravían una vez allí, entre la indiferencia y el polvo.

Dura, sangrienta lucha la del escritor de vocación, en España, consigo a solas y contra todos, viendo uno y otro día, al correr de sus absurdas tareas para ganar el pobre pan de los suyos, escaparates repletos de libros de todas clases, colores, tamaños y procedencias. Escaparates en los que, en un momento de casi sollozante angustia, le parece que no va a poder ver nunca, nunca, un solo, diminuto libro suyo.

*

Se nos dirá que esta visión que acabamos de dar es excesivamente pesimista ; que existen en España revistas literarias, principalmente poéticas, desde las que el escritor puede, de vez en cuando, hacer oír su voz con cierta holgura, aunque sólo sea a un mínimo de lectores y principalmente pertenecientes a su propia profesión ; que no siempre en censura las obras caen en manos de censores intransigentes ; que de tarde en tarde en los concursos literarios se hace justicia ; que el escritor no en toda ocasión está forzado a trabajar de representante o cobrador, pudiendo colocarse de corrector de pruebas en alguna casa editorial, de traductor si conoce idiomas, o de autor de novelas rosa, policíacas o futuristas, mientras espera su momento ; que incluso algunos logran abrirse camino colocando sus manuscritos a editores extranjeros, o colaborando en revistas americanas ; que ciertos editores empiezan a abrir los ojos y a comprender que no todo lo extranjero o lo consagrado es negocio...

Pero todo esto no creemos altera en lo esencial el agudo problema a que nos hemos referido.

J. E. RIDAURA

No hace mucho estaba en el Instituto de Cultura Católica oyendo una conferencia en torno a Graham Green, cuando el conferencista leyó una carta extraordinariamente interesante, según mi parecer. Conociendo a quien hablaba desde su niñez, se la pedí en préstamo, pese a lo cual, a la consiguiente confianza y a nuestro parentesco bastante cercano, vaciló, resolviéndose a entregármela tan sólo luego de haber tachado cuidadosamente algunos de sus datos. Datos que, por otra parte, tampoco había leído en la conferencia. Es la contestación de un asesor literario de la censura española dirigida a otro señor que le consulta sobre una empresa editorial que se propone iniciar sus publicaciones en España :

« Madrid, 19 de Junio de 1954. Mi distinguido amigo : he leído todos los libros que X (nombre de la editorial) aspira a publicar en España y — aun contando con mutilaciones importantes — ninguno podrá publicarse. Colocado yo en el lugar de los censores opondría rúda negativa a la petición suscrita por la Editorial.

« Algunos son pornográficos ; otros, emanan una corruptora influencia anglosajona, judía, masónica y ácrata. Sabe usted que soy partidario de la libertad en el arte. Ahora bien : lo que presentan esos autores no es arte, en el caso de Graham Greene no es catolicismo, aunque su autor se llama católico. Se trata de historias sucias y repelentes, que entre los occidentales civilizados, la buena educación, cuando menos, obliga a silenciar.

« Lamento infinito tener que dar este dictamen desfavorable. Cuantos se hallan por encima de los censores, en punto a jerarquía, se echarían las manos a la cabeza si leyeran los textos que ha enviado el señor Y (nombre del representante de la editorial).

« A guisa de leal consejo, debo decirle que es preferible que no vuelvan a presentar a la censura los libros ya rechazados. Esa contumacia podría originar un legítimo recelo a todo lo que proviniese de la editorial. Hay muchos autores por el mundo que merecen ser traducidos y divulgados en España, aunque no sean amigos de nuestro régimen. Pero sería el colmo pretender que se leyese de nuevo — así lo entiendo desde mi punto de vista de asesor literario y hombre de la calle — novelas como la de Vicki Baum llena de injurias a la Nación española y de incidencias en la leyenda negra que se montó contra nosotros.

« Como usted verá, le escribo una carta sincera, con mis sinceras opiniones. Podría haber una excusa para esos libros, si en ellos se contuviese una porción de arte. Pero no hay arte alguno. Hay suciedad, porquería, obscenidad... Los eróticos de todos los tiempos tenían una calidad infinitamente superior a esos grafómanos atormentados y rencorosos. Suyo affmo. amigo q. e. s. m. Z ». (nombre del asesor de la censura literaria española).

(CRITERIO, nº 1224. Revista argentina cuyo director es Mons. Gustavo J. Franchesti.)

HERBERT LUTHY

El verdadero drama argelino

El Africa del Norte, en estos momentos en que está íntegramente agitada, no constituye una sola expresión, y la sangre vertida el mismo día a unos cuantos cientos de kilómetros de distancia no parece entrar en la misma cuenta. En efecto, el drama marroquí es público y está planteado en términos bastante claros para ser susceptible de una solución, como lo era el drama tunecino, que ha pasado por iguales alternativas de buena voluntad y de choque violento, de falsas arrancadas, de recaídas, de reacciones brutales y de inmovilismo exasperante hasta el punto de que toda esperanza parecía vedada, y que desembocó en 1955 en la solución de autonomía que se hallaba presta a ser proclamada desde 1950. El tiempo perdido, los quebrantos sufridos, los duelos, el terrorismo y el contraterrorismo, todo eso ¿ podría haberse evitado ? Sí por cierto, si la historia se desarrollase en forma de un debate inteligente entre espíritus clarividentes también, sólo preocupados del porvenir e independientes de las contingencias, es decir por encima de las pasiones casi siempre ciegas y a veces sanguinarias, por encima de los intereses siempre imperiosos y tan frecuentemente respetables como sórdidos, y por encima de la defensa de los intereses creados que, dígase de ellos todo el mal que se quiera, no dejan de ser esenciales a los que los disfrutan ; en una palabra, si las decisiones se tomasen en cada momento sobre tabla rasa, teniendo en cuenta sólo los datos « objetivos », y — habrá que añadirlo — por vía autoritaria.

Harto sabemos que no ocurre nada de eso y que la gestación contradictoria y tortuosa de las decisiones graves se paga cara a menudo, y en ocasiones cuesta verdaderas catástrofes. En Marruecos todo se ofrece a una escala mayor que en Túnez : el trono, la tradición nacional y la tradición colonizadora, las pasiones y los intereses en juego, por cierto más gravosos que los de los sindicatos de funcionarios de la Regencia, sin hablar de las derivaciones internacionales. Y los golpes son proporcionales a la importancia de la puesta. No obstante, Marruecos, como Túnez, tiene la virtud de existir. Este dato esencial de problema, por lo menos, es claro y admitido universalmente. A partir de aquí, es posible la discusión.

*

El drama argelino es muy diferente, más secreto, más penoso, y teóricamente sin salida posible, porque se resume todo él en una sola frase : *Argelia no existe.*

Según la ley, según la terminología oficial, y hasta según nuestros manuales de historia, Argelia no existe. Ni los argelinos tampoco. *No man's land* convertido en tierra de Francia, aquel país no era nada antes de llegar a ser lo que es ahora... No profundicemos en este cuadro histórico un poco sumario en demasía ; se trata del presente. Pero ¿ puede uno imaginarse la cantidad de tragedias humanas que significa esta no existencia ? Y si Argelia no existe, ¿ cómo acercarse a la solución de un problema negado previamente ? Problemas hay tantos como se quiera, sociales, económicos, culturales, electorales. Se les admite y se les discute. El problema de Argelia, no, porque plantearlo sería negar la unidad de la República.

Si no hay problema político argelino, hay por lo menos un problema humano — y de policía — planteado por la existencia de los argelinos en la metrópoli tanto como en el Africa del Norte. Con respecto a ellos, la evidencia cotidiana es más fuerte que los imperativos de la terminología legal : hay argelinos, y hasta argelinos numerosos con quienes uno se roza en las calles de París como en las de Argel, y por consiguiente todo el mundo tiene opi-

niones sobre ellos y hasta opiniones muy tajantes, si nos apuran un poco. Hecha abstracción de su valor efectivo y de los términos, no siempre selectos, en los que se expresan, esas opiniones son fundamentalmente dos. La una, ortodoxa y jurídica, dice : los argelinos son franceses. La otra, heterodoxa y humanitaria, proclama : los argelinos son hombres como nosotros.

A primera vista, ello equivale a decir dos veces lo mismo de una manera un poco diferente. Y, en efecto, esas dos opiniones, que son mas bien artículos de fe que comprobaciones, se derivan del mismo gran postulado de igualdad, en las dos versiones que otrora no hacían más que una : la igualdad « del hombre » y « del ciudadano ». Pero las conclusiones que se derivan de cada una de esas dos versiones son en extremo contradictorias y podríamos ver cómo se enfrentan a matar en día no lejano.

*

Los argelinos son franceses. No tenemos necesidad de deducir prolijamente las consecuencias de ese postulado jurídico, porque han sido sacadas y proclamadas por todos los gobiernos, en todas las declaraciones oficiales sobre la política argelina. De ello resulta que a diferencia de un tunecino o de un marroquí, no puede un argelino ser nacionalista, ni siquiera autonomista, como no puede serlo un bretón, un borgoñón, un provenzal, que, además, como el argelino, no tienen existencia legal, pues las unidades administrativas que les conciernen son Finisterre, la Costa de Oro, el Var, los Bajos Pirineos y el departamento de Orán... No pudiendo ser nacionalista o autonomista, puede, sin embargo, en ciertos casos deplorables ser separatista, rebelde y traidor a su patria, como ya se ha visto en otros tiempos y en otros lugares de Francia ; pero en ese caso no se trata ya de una opinión política, sino de un crimen de alta traición. Síguese de aquí que no hay discusión ni interlocutor posibles y que la represión debe ser implacable. Con la traición no se transige.

La ficción legal es una de las grandes tradiciones del espíritu sedicente cartesiano y cuyo rigor es más jurídico que cartesiano. Cuando en 1685 decidió Luis XIV no suprimir o exterminar a los protestantes, como se ha dicho, sino proclamar que con la ayuda de Dios y de los dragones había conseguido convertirlos a todos y que, siendo ya Francia de allí en adelante enteramente católica, el edicto de Nantes no tenía objeto, los protestantes cesaron en efecto de existir, legalmente, durante un siglo entero. No había ya ni casamientos, ni bautizos, ni registro civil, ni derecho de sucesión fuera de la Iglesia católica una e indivisible. Y puesto que toda una minoría, gracias a subterfugios múltiples, a tolerancias de hecho y a eclipses, se mantenía al margen de la ley « en los errores de la religión que se pretendía reformada », y que era menester de todos modos, por razones prácticas, y sobre todo por razones de policía, tener un vocablo para designar a los que existían de hecho sin existir de derecho, la terminología oficial y hasta el lenguaje corriente distinguieron durante cien años entre « antiguos » y « nuevos católicos » (una vez admitido tácitamente que los segundos no lo eran de ninguna manera). Chusca sutileza de vocabulario de ese espíritu jurídico que sabe cerrar los ojos ante no pocos desórdenes, siempre que las apariencias sublimes del orden y de la unidad se mantengan, pero que es capaz de los más extremosos rigores cuando la ficción legal se halla en peligro de ser desmentida por los hechos. Así pues, Argelia es enteramente francesa ; pero por razones prácticas y de policía hay que hacer aquí una distinción entre ciudadanos de primero y ciudadanos de segundo orden, o entre franceses « europeos » y franceses « musulmanes ».

Distinciones sutiles y que adquieren un sabor amargo cuando se introducen en los relatos de insurrección y de matanza.

Porque la ficción legal mantiene sus derechos hasta en el horror : no es posible escribir que tantos argelinos y tantos franceses han sido muertos, porque no hay más que franceses argelinos. Entonces, de un lado se escribe « amotinados », « rebeldes », « fuera de la ley », y del otro lado se escribe « europeos », ya que el término « blancos » es inadmisible, porque Francia no conoce diferencias de raza, de color o

de religión. Dicho esto, el balance no es igual, evidentemente... Se sabe siempre el número exacto de las víctimas europeas, pero no se sabe nunca si es menester añadir un cero o dos a la cantidad de las víctimas del otro lado, el de los « nuevos franceses ». El principio de igualdad de los ciudadanos, e más alto y más sublime de los principios, ha sido siempre objeto de aplicaciones terribles desde su proclamación a la sombra de la guillotina.

*

La otra opinión, *los argelinos son hombres como nosotros*, es menos jurídica y más equívoca ; pero deja por lo menos la posibilidad de admitir que los argelinos son, no solamente hombres a título individual, sino también un pueblo como los demás y que puede tener las aspiraciones que en cualquier otro pueblo son consideradas como naturales, legítimas y hasta nobles, ya se las apruebe o ya se las dicuta : aspiraciones nacionales. Siendo « hombres como nosotros », tienen también el derecho supremo de ser diferentes de nosotros, y hasta nacionalistas de una manera tan distinta de la nuestra que aun el vocablo mismo se les aplica mal, pues que es el suyo el « nacionalismo » de una comunidad religiosa y no nacional.

Tales son las conclusiones que no diremos que se imponen, pero que resultan posibles si el postulado de igualdad no se aplica al « ciudadano » a pesar suyo, sino al « hombre ». Se nos dirá que la primera actitud es la de la derecha « colonialista », y la segunda la de la izquierda « igualitaria ». En ese caso, he aquí que la izquierda es liberal y la opinión es jacobina. Un sondeo de la opinión podría dar resultados sorprendentes a este respecto.

Ahora bien, parece que las dos versiones del principio igualitario son igualmente impotentes ante el drama argelino. Se dirá que la primera fórmula, siempre oficial e intangible en público, retrocede ante la lección de los hechos. Pero parece que retrocede sobre todo en aquello que tenía de más noble y de más humano — la gran visión de una comunidad francesa una y múltiple —, en aquello en que precisamente era de la misma esencia que la segunda, la de los « hombres como nosotros » ; y en cuanto a esta última, ¡ ay ! retrocede todavía más de prisa. Porque la « lección de los hechos », no es, en estos días que corren, una lección de fraternidad humana. Aparece entonces una tercera opinión desnuda, que es compatible con la ficción legal y hasta se deriva de ella por contragolpe : « son malos franceses, gentes ingratas que levantan su mano contra la comunidad que les ha acogido, indignos del honor que se les hizo, la hez de la nación... »

*

Estuvo siempre subyacente esta opinión, hasta en el gran sueño asimilador, y no es exclusiva de los colonos o de los « colonialistas ». La igualdad, sea cívica o humana, no es una comprobación de hecho : es un postulado filosófico o religioso, que hay que mantener heroicamente contra la evidencia aparente desde que se sale de la torre de marfil de los principios eternos. No hay necesidad de ir muy lejos para ver a los argelinos de carne y hueso. El habitante de París o de cualquier ciudad de Francia se cruza con ellos todos los días : vendedores de alfombras, de cacahuetes, buhoneros, revendedores de cigarrillos de contrabando... ¿ Hombres como nosotros ? Bella y generosa idea. Es sublime pensar que se ha hecho de esas pobres gentes unos ciudadanos. Cuando uno se interna en los arrabales obreros o en los barrios menos urbanizados, esas gentes son más numerosas y menos pintorescas : obreros que realizan cualquier chapuza, encargados de cafetines o de tenduchas cualesquiera, hombres sin ocupación definitiva, sin familia — si la tienen, está lejos —, agrupados siempre, amontonados en extraños y sórdidos tugurios. ¿ Hombres como nosotros ? Cuando se desembarca en Argel, gran ciudad francesa, se les encuentra en multitud desde los primeros pasos, existencias al margen, mozos de cordel, limpiabotas, vendedores de alfombras, de cacahuetes y de chucherías, o buhoneros también. Si nos aventuramos en la Kasbah o en la Maison Carrée, nos parece hallarnos todavía en la Goutte d'Or y Saint-Denis en grado mayor y más macabro en este aspecto de que hablamos. ¿ Hombres como

nosotros ? Mientras se puede pasar a su lado o hay empleo para sus menudos servicios, todo marcha bien ; pero si se hacen demasiado numerosos, o demasiado insistentes o hasta hostiles, entonces la cosa no marcha. El turista, llegado allí sin prejuicio alguno e imbuído de buenos principios, no tiene que andar mucho camino para adquirir la mentalidad « colonialista ». Si le ocurre encontrarse rodeado de un hormiguero de hombres o de muchados huraños, andrajosos, incomprensibles, que le piden no se sabe qué o le ofrecen cualquier servicio absurdo, y que no le dejan en paz, sentirá, a pesar suyo, la reacción instintiva del colono perdido en las tierras del interior. Son demasiados, e inútiles, y demasiado hambrientos, demasiado haraposos, y demasiado serviciales con una servicialidad que da frío en la médula en cuanto se cesa de mirarla como natural. ¿ Hombres como nosotros ?... Piedad o miedo... No está muy lejos lo uno de lo otro ante ese hormigueo humano. Bien querría uno dejarles que vivan ; pero que se estén tranquilos, si no...

*

Hay palabras que no pueden imprimirse y que no obstante se dicen en cualquier conversación, se expresan en voz alta y hasta se deslizan en hojas que no son clandestinas. No se reservan tales palabras a Argelia y a los colonos, ni a los círculos colonialistas o reaccionarios : corren por las calles de Francia y por París. El crisol de la síntesis franco-argelina se encuentra harto menos en Argelia que en Francia. El contacto entre franceses y argelinos era mucho más fácil y más franco en París que en Argel. Que la experiencia de la inmigración argelina, la implantación de caseríos norteafricanos en los confines de las ciudades francesas, y esa mezcla de población que se hacía a menudo en condiciones agobiadoras, que todo eso fuese una experiencia feliz, es muy dudoso ; pero la experiencia se hacía ; esos « nuevos franceses » estaban ahí, y ahí sufrían, pero también fraternizaban ; se radicaban, pero también se europeizaban ; regresaban distintos de como habían venido, para convertirse en amotinados y en conductores o agitadores acaso, pero más todavía en rebelión sorda contra la ancestral inmovilidad de la comunidad islámica que contra la presencia francesa. Había en ello, al lado de tantas miserias, un fermento de evolución de incalculable alcance. Eso ha terminado, y en un tiempo tan breve que todavía comenzamos a advertir el hecho ahora. Bajo el golpe de los acontecimientos de Africa del Norte, bajo la hostilidad y el miedo, la comunidad islámica de los tugurios de Francia se ha encerrado en sí misma y se ha hecho impenetrable, aterrorizada y amenazadora a la vez. Franceses de Francia y musulmanes de Argelia no se hablan ya, o no se hablan sino con desconfianza. Ciudadanos franceses inmigrados y tolerados en Francia, sienten doblemente su extraña suerte de no estar en ninguna parte en su casa, ni en Argelia, tierra francesa, ni en Francia, tierra de exilio, iguales en derechos y sin patria en todas partes.

*

« *Porque* los argelinos son franceses, no hay discusión posible... » Será necesario encontrar un día una salida a esta aberración del espíritu cartesiano, a esta asechanza mortífera de la ficción legal. Porque hay argelinos y hay una Argelia, y el problema que plantean unos y otra es el más difícil de los de Africa del Norte, puesto que todo un país ha sido integrado jurídicamente, administrativamente, económicamente, en el curso de una colonización intensa de ciento veinticinco años, pero la masa de su población ha permanecido fuera de esta integración, viviendo al margen de su propio país. Argelia no es ya argelina, pero los argelinos no se han hecho franceses. Esta es la tragedia. Semejante situación es bastante complicada para que no se prohiba su examen por una negación de principio y por el tabú de la ficción legal. Porque los argelinos existen, y no son « hombres como nosotros » : son ellos mismos ; y se les han dado todos los derechos salvo ese derecho a ser ellos mismos, que es, con perdón de los igualitarios sea dicho, el primer derecho del hombre.

HERBERT LUTHY

VIAJE POR ISRAEL

POR VICTOR ALBA

Los países árabes son desiertos. Muertos. Israel es también un desierto. Pero viviente. Dice un proverbio castellano que « el catalán de las piedras saca pan ». Viendo las colinas peñascosas de Israel y como las van transformando en campos de tierra rojiza, casi podría crearse una teoría, basada en el anterior proverbio, acerca del origen catalán del pueblo judío... Pero en Israel mismo, uno se abstiene de toda teorización. Las realizaciones ocupan todo el tiempo. Absorber tantas cosas es no sólo difícil, sino agotador. Uno se fatiga por cuenta de esa gente que está haciendo tangible una entelequia.

No comprendo como los israelíes tienen tiempo, todavía, de teorizar. Y lo hacen con pasión. Las discusiones son constantes. La vida intelectual — que en fin de cuentas, es esto : teorizar, interpretar — resulta, por ello, tan activa como en Greenwich Village, en Saint-Germain-des-Prés o en Chelsea.

Por ejemplo, en un « kibutz » de la llanura de Jesreel. Hay allí varios mexicanos, al lado de polacos y yemenitas. El « kibutz » pertenece al Mapam, partido socialista de izquierdas, más o menos stalinizante. Tienen toda una teoría, que me expone con fruición un centinela mientras hace guardia detrás de unas matas, durante la noche helada (la frontera está a 8 kilómetros). — Los « kibutzin » — dice, — se irán multiplicando, crearán una nueva mentalidad, darán fuerza al Mapam, hasta que este partido sea mayoritario y transforme por completo la vida del país...

Ese centinela de 23 años está casado, tiene dos hijos — que viven en la guardería infantil del « kibutz », posee un fonógrafo, discos de Bach en cantidad y libros innumerables sobre la filosofía tomista. Es hijo de un panadero « kosher » ; en México estudiaba filosofía y letras. Lo dejó todo, hace cinco años, para venir a enterrarse en este « kibutz ». Ha aprendido el hebreo. Ha estado sólo cinco veces en Tel Aviv, dos en Jerusalén, una docena en Haifa. Siempre por encargo del « kibutz », nunca de vacaciones.

— ¿ Eres feliz ? — le pregunto.

— Para mí, la felicidad es luchar para ser feliz — me contesta. No creo que sea una fórmula. Maneja un tractor, de día. Y de noche tiene su turno de centinela. El « kibutz » produce trigo. Israel necesita trigo, para así importar menos. Y ese muchacho tiene la felicidad al alcance de la mano, se la fabrica, junto con los demás, todos los días.

La misma impresión se tiene hablando con gentes de todas las procedencias, de todos los oficios, en talleres, en campos, en oficinas, en el ejército. Esta parece ser, más que las armas y la disciplina, la fuerza de Israel. De esa nación que vive sobre 20.000 kilómetros cuadrados de terri-

torio y que se compone de los sueños de un millón y medio de personas y del anhelo de unos cuantos millones más, esparcidas por el mundo.

*

— Mire que paisaje más lindo... ¡ Qué verde !... me dice una señora que se educó en la Argentina y que ahora trabaja en un ministerio de Jerusalén. Desde la ventana de su oficina se ven las murallas de la Ciudad Vieja. Un buen tirador, apostado entre las almenas, podría meterle una bala en la máquina de escribir.

El paisaje que me señala es árido, amarillento sucio con las motas grises de los peñascos. Unas franjas vagamente verdes señalan el lugar donde hace dos años plantaron millones de pinos diminutos. Dentro de cinco, de diez años, esas colinas serán verdes.

Pero la señora las encuentra ya de ese color. Mira al presente y ve el porvenir.

En Beersheba, en el Neguev central, le dicen a uno : — ¡ Qué hermosa ciudad nueva ! Y resulta que son una serie de grandes viviendas en construcción, otras ya terminadas, rodeadas de árboles de un metro de alto. Por cierto que la parte vieja de Beersheba — donde se libraron duros combates durante la guerra de la Independencia hace siete u ocho años — se parece asombrosamente a cualquier ciudad provinciana mexicana : San Martín Texmelucan, por ejemplo, o Celaya...

*

De camino hacia el Sur, por entre roquedales rojizos, arena blanca, taludes violáceos, se encuentra uno con beduinos bajo sus tiendas de piel de carnero. Ya son medio sedentarios, porque el jeque tiene su casa construída en los alrededores. Y su coche. Los únicos « Cadillacs » que hay en Israel pertenecen a algunos jeques de tribus beduinas misérrimas, purulentas, cuyos miembros ven todos los días la transformación del paisaje a su alrededor... y no cambian. Aquí, uno acaba sospechando que el espíritu de imitación falta en el árabe.

En Israel todo el mundo habla del Neguev. Hay en Jerusalén una exposición permanente sobre la conquista del desierto. La gente siente como cosa propia lo que ocurre en el Neguev, ese desierto desolado que poco a poco va convirtiéndose, en su parte septentrional, en un vergel. No exagero. Los campos que se arrancan al desierto son maravillas multicolores, tiernas y frescas, sobre un fondo lunar.

¿ Cómo ha sido posible esto ? Hay un poco de agua, a veces, en las profundidades de la tierra. Pero el Neguev cultivado crece, sobre todo, gracias al agua que se trae — y que se traerá, sobre todo — desde el Norte, desde los ríos de Galilea, desde el río que desemboca en el Mediterráneo junto a Tel Aviv. Grandes tuberías se extienden ya a lo largo del país, conduciendo el agua hacia el desierto.

Y grandes depósitos de cemento alegran el paisaje, para recoger en ellos las aguas de las lluvias, de los torrentes de estación. No se pierde ni una gota de H_2O. Aquí, la gente está tan enterada de los aspectos técnicos del desarrollo del país, se comprenden de modo tan general los problemas de la inflación, del comercio exterior, que el agua no es simplemente agua, sino su fórmula química.

*

El chófer del taxi, que tiene puesta la radio en una sinfonía de Chostakovich, me explica, al salir de Haifa, el complejo industrial de esta ciudad — la que más me encantó del país — Ahí la refinería de petróleo ; luego, los depósitos de potasa ; después, una de las tres fábricas de cemento. La potasa viene de las orillas del Mar Muerto. Los obreros que la trabajan, los de las antiguas minas de cobre del rey Salomón, vivirán, dentro de poco, en una ciudad residencial que se está construyendo en medio del desierto... (Aquí, todo puede servir para grandes zonas, porque las distancias son cortas. Así, el aeropuerto de Lod o Lydda vale lo mismo para quien va a Tel Aviv que a Haifa que a Jesusalén ; está equidistante de estas tres ciudades. ¿ De dónde viene el petróleo ? Del extranjero. Los iraquíes cortaron el pipe-line que abastecía la refinería de Haifa y ahora los

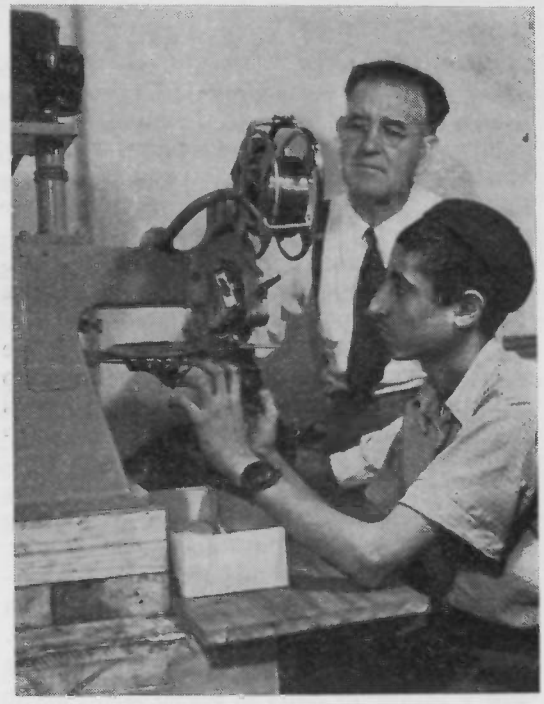
israelíes han de comprar petróleo en bruto, refinarlo y vender el que les sobra. Pero se ha descubierto un yacimiento en el Neguev. La noticia de hallazgo de petróleo pocos días despues del Yom Kipur, el Día del Perdón, motivó una jornada de alegría general. Yo me encontraba en la oficina de un periodista. Le hablaron por teléfono. Vi que, al escuchar, le brillaban los ojos con lágrimas. Me sentí cohibido, hasta que, al colgar el aparato, me aclaró :

— ¡ Han hallado petróleo !...

Dentro de seis meses habrá una biblioteca, un hospital y una casa municipal en las cercanías del yacimiento petrolífero. Dentro de un año, una ciudad residencial, con casas blancas, jardines, guarderías.

Hasta ahora, para ponderar grandes esfuerzos, se hablaba de « obra de romanos ». Desde hoy, habría que hablar de « obra de israelíes ».

*



Joven israelí manejando un aparato de gran precisión.

No de judíos, sino de israelíes. Porque — sin ganas de hacer paradojas fáciles —, la verdad es que en Israel no hay judíos. El judío es, ante todo, el hombre sin raíces, que vive en el presente porque no tiene futuro. En Israel los términos han cambiado. El israelí es el hombre que está echando raíces y que vive en el futuro, porque el presente no es otra cosa que la preparación de este porvenir. Se hace todo, aquí, para los hijos, y eso que las familias no son numerosas. Y se hace sin grandes alardes de sacrificio, porque el israelí procura vivir lo mejor posible.

En las casas de los campesinos — exfilósofos o ingenieros o escritores o farmacéuticos, poco importa —, lo mismo en un « kibutz » que en un « moshav », se encuentran una serie de comodidades, de refinamientos, un sentido de la decoración, que no se hallan en la vivienda de un obrero especializado de Occidente.

Claro que no todo es de color de rosa. Los « mahabaroth » (ya en desaparición) donde se alojan los inmigrantes mientras se adaptan al país, buscan alojamiento y aprenden el hebreo son, si no deprimentes, nada alegres. Y las mismas aldeas, cuyas casas tienen tantas comodidades, nos resultan tristes por falta de verde, de rincones, de sombra. Aquí, la antigüedad de un pueblo se puede adivinar fácilmente por la talla y abundancia de los árboles. La verdad es que en Palestina no había más que unas pocas carreteras, las refinerías, los « blokhaus » militares, un ferrocarril de Norte a Sur construído por los alemanes en tiempo de los turcos, y misérrimos poblados árabes. Los ingleses no dejaron ni una sola huella de su paso, no construyeron nada. Lo único que los judíos encontraron, aprovechable, cuando quisieron transformarse en israelíes, fueron los pueblos que los primeros inmigrantes judíos habían levantado.

*

En Israel, siempre hay alguna batalla en curso, aparte la permanente amenaza de una batalla con todas las de la ley, frente a los árabes. Una vez es en torno a si hay que aceptar o rechazar las reparaciones alemanas por las destrucciones de bienes de judíos. El realismo del gobierno puso término a esta discusión, aceptando las reparaciones y transformándolas en buques, muelles, aviones, vagones, maquinaria.

Otra vez es en torno al matrimonio. De

momento, no hay otro que el religioso. Algún día, será en torno a la Constitución. Porque este país vive sin Constitución, con algunas leyes de organización, básicas. Hasta que la inmigración esté virtualmente terminada (tódavía hay un millón de judíos por el mundo que desean ir a instalarse en Israel), no podrá discutirse la Constitución. Entonces se librará la gran batalla ideológica del país.

Puesto que la gran cuestión no es la de saber si Israel será un Estado socialista o capitalista, sino la de saber hasta qué punto la religión tendrá un « status » oficial, influencia legal. Para no plantear este problema, se ha dejado para más adelante la redacción de una Constitución. Pero esto no impide que se discuta acerca de ello.

¿ Teocracia ? No. Un porcentaje de religiosos practicantes mayor que en otros países y otras religiones : el 20 por ciento, aproximadamente. Un porcentaje de no religiosos casi diría que por dogma, también mayor que en otras partes : el 30 por ciento, cuando menos. Y la mitad de la población más bien indiferente... No, sobre estas cifras no se puede construir un Estado teocrático.

Hasta ahora, la religión no es pacata, como en otros lugares. No hay censura de ninguna especie. (Hecho curioso ; abunda la literatura pornográfica... en rumano, quién sabe por qué justamente en esta lengua). La radio, que se compone de una sola emisora, abre sus micrófonos a todos. Los periódicos son tantos, dan tanto material en tan poca superficie de papel, que se tiene la impresión de que cada habitante que lo desee puede poseer su órgano de prensa. Los veintitantos partidos políticos de hace ocho años se han reducido a una docena..., pero, así y todo, son todavía doce...

— El israelí —, me decía un periodista de Jerusalén — , es un judío que se pasa medio día buscando diferencias de opinión con su vecino para exponerlas durante el otro medio día, con el fin de gozar del derecho de expresarse. Y que el día entero suda trabajando como un negro.

*

Un caso curioso — que debería ser objeto de un estudio clínico —, es el del Mapam. Este partido es stalinista, pero no comunista, porque los comunistas no son sionistas y el Mapam sí lo es. Su stalinismo persiste a pesar de una serie de hechos abrumadores : la detención en Praga, como espía, de un líder del Mapam, la venta de armas soviéticas a Egipto, etc.

No lo entiendo. Y ningún miembro del Mapam ha logrado darme una explicación satisfactoria. Es algo irracional, sentimental, de obnubilación. Además, entre los miembros del Mapam, Stalin — caso único en el mundo — goza del mismo prestigio que cuando vivía.

Otra cosa curiosa, ignorada en América Latina : hay en Israel unos 5.000 latinoamericanos — casi la mitad de ellos de origen argentino —, en gran parte en « kibutzin ». En el ambiente tan singular de nuestras ciudades, se han formado esos muchachos y muchachas, con un espíritu positivo, de comunidad. No por reacción contra persecuciones — puesto que no hay apenas antisemitismo entre nosotros —, sino, en cierto modo, por deseo creador. Ellos y los sefarditas forman una fuerte minoria bilingüe : hebrea y española. No estaría mal que españoles y latinoamericanos nos preocupáramos de fundar, por ejemplo, en la Universidad de Jerusalén, un centro de estudios en español, que se ocupara en recoger el folklore de los sefarditas, las experiencias de esos latinoamericanos israelíes, etc. Luego, cuando la próxima generación sólo hable hebreo, ya será tarde.

Todavía otra cosa, que no me parece curiosa, sino lógica : Jerusalén está dividida: la ciudad vieja, con sus murallas de Saladino y los Lugares Santos de los cristianos, se encuentra en poder de los árabes de Jordania. El turista puede pasar de Israel a Jordania, pero no regresar a Israel ; las autoridades jordanas no lo permiten. Las únicas excepciones las consigue el cónsul de España, que reside en la Ciudad Vieja. Cualquier día se le agregará el cónsul soviético.

*

El pueblo judío en la diaspora no tenía campesinos (salvo un grupo de unos 50.000 que habían creado granjas colectivas en la Argentina). Israel debía ser, ante todo,

por la fuerza de las circunstancias, un pueblo de labriegos. Intelectuales, técnicos, comerciantes, al instalarse en las llanuras y colinas de Palestina, se convirtieron en campesinos. Israel ha sido, en los últimos años, uno de los países, de más alto nivel de vida y de altísimo nivel cultural. ¿ Podrá continuar esto con la inmigración de cientos de miles de judíos de los países árabes, de Africa del Norte, muchos de ellos analfabetos, la mayoría inmigrantes más por necesidad que por convicción ?

La pregunta es importante, porque esta afluencia de judíos atrasados podría transformar a Israel de Estado experimental socializante en Estado teocrático, de país occidental en país oriental. Hasta ahora, sin embargo, la llegada de casi un cuarto de millón de judíos atrasados no ha alterado en nada — a pesar de ser la sexta parte de la población — el panorama electoral (salvo inclinarlo algo hacia la izquierda), ni ha disminuído el nivel de vida ni el nivel cultural.

¿ Cómo se logró ello ? Israel dispone de varios medios para adaptar, elevándolos, a los inmigrantes : el ejército, para los jóvenes, hombres y mujeres ; la integración en « moshavin » y « kibutzin » para los adultos que quieren trabajar la tierra ; y, sobre todo, la atmósfera de las ciudades, donde no hay barrios pobres o « slums », ni millonarios ni centros de gran lujo.

Israel, país sin pobres ni millonarios podría ser un título de reportaje, por una vez fiel a la realidad. Ni siquiera los árabes de Israel — unos cien mil —, son tan pobrísimos como los de los países vecinos.

Esta fusión de culturas, figuras étnicas, lenguas, en una sola nación con un lejano trasfondo común, es algo que el mundo no había visto desde hace siglos, desde los comienzos de la Edad Media. Y que nunca se vió hecho artificialmente, por medio de la técnica y de la pasión.

*

Todas las semanas hay incidentes sangrientos en Israel. Los árabes se infiltran, desde Siria, desde la cuña de Haza, y atacan pueblos, autocares o campesinos que labran su tierra. El odio de los árabes a los israelíes es tanto más frenético cuanto que ha sido fomentado artificialmente.

— Israel es una llaga en el mundo

VISTA PARCIAL DE TEL-AVIV :

árabe —, dicen en Egipto. ¿ Por qué lo es ? Ahí, la respuesta resulta monótona : porque Israel quiere expansionarse. En Israel, cuando se haya desarrollado, podrán vivir cuatro millones de personas. Hoy viven millón y medio. Y hay sólo un millón de judíos que aspiran a instalarse en Israel. Por muchos decenios, pues, no existe realmente ningún peligro de imperialismo israelí. Además, el desarrollo de los países árabes limítrofes sería aún más costoso que el de Israel, y éste país tiene ya la tierra más cara del mundo.

No ; la verdad a la que llega un viajero objetivo, es que Israel constituye una llaga en el organismo social de los países árabes. Acaso es el único revulsivo a la pasividad de las masas árabes, tan fácilmente excitables. Y por esto los grandes propietarios ausentistas, los grupos dirigentes árabes temen a Israel y quieren su destrucción.

La única excepción es Egipto. En Israel hubo alegría cuando se supo que Faruk había sido destronado — Ahora podremos entendernos —, pensaron los israelís. Naguib, y sobre todo Nasser estaban destinados, por la dinámica misma de su revolución, a llegar a un acuerdo con Israel, a aliarse con este país y a transformar, gracias a esta alianza, el mundo árabe. Israel como centro industrial, los países del mal llamado Creciente Fértil como « hinterland » agrícola, podían formar un complejo económico que habríase desarrollado armónicamente y con cierta rapidez. Pero la revolucion fracasó. En los países árabes, el prestigio pesa aún más que en los occidentales. Nasser encontró en Israel el elemento de diversión por sus fracasos en el Sudán, en la reforma agraria, en las medidas sociales internas.

No es seguro que las armas checas adquiridas por Egipto estén todas destinadas a atacar a Israel. Pueden servir, también, para los nacionalistas norafricanos y para invadir el Sudán. Sin embargo, Israel se siente amenazado.

¿ Qué probabilidades tienen los países árabes de aniquilar a Israel ? Creo que ninguna. Pero pueden destruir todo lo construído, anular los esfuerzos de un decenio y, de momento, obligar a consagrar grandes sumas a la defensa, que de otro modo podrían destinarse al desarrollo. De momento, también, impiden la utilización común, entre Jordania e Israel, de las aguas del Jordán.

Cuarenta millones contra millón y medio de personas. La desproporción parece enorme. Más entre israelíes y árabes existe la misma diferencia que entre españoles y aztecas o incas, hace cuatro siglos, en América. Diferencia técnica y de organización. Sólo que ahora el papel de invasor correspondería a los pueblos atrasados, al proletariado externo, como diría Toynbee.

*

Una última mirada a Israel. Casi puede englobarse el país entero, desde lo alto de las colinas del corredor de Jerusalén, con enemigos a un lado y al otro, al frente también, y con el Mediterráneo a la espalda.

Y uno siente ganas de decir a sus amigos israelíes :

— No se olviden de invitarme, cuando inauguren su país.

VICTOR ALBA

Ese Premio Nobel de Literatura...

POR I. I.

Los años se van sucediendo, cansina o tumultuosamente, y todos se asemejan, al menos por lo que al Premio Nobel de Literatura se refiere. Queremos decir que apenas ofrece novedad alguna la anual concesión del mismo, pues el tal Premio Nobel se está pareciendo a esos Juegos Florales de pueblo en los que se conoce ya de antemano el nombre del laureado. En efecto, los graves varones que constituyen el jurado han decidido sin duda reducir a priori el número de postulantes, limitándose para ello a elegir entre los escritores franceses y, sobre todo, anglosajones. Todas las demás literaturas, en particular la vasta y variada hispanoamericana, son terca y persistentemente ignoradas. Y así uno y otro año. Habrá, pues, que llegar a la triste conclusión de que escribir en lengua española resulta algo semejante a escribir sobre el agua.

No es que otorguemos un valor definitivo a tales recompensas de carácter más o menos académico, pues bien sabemos cuán frágiles son a veces esas consagraciones establecidas por mera votación, en la que no siempre figura en lugar primerísimo el valor intrínseco del escritor. No obstante, por el renombre universal alcanzado, el Premio Nobel de Literatura aparece a los ojos de todos como el galardón supremo. No en vano se ha discernido, al menos en el pasado, a escritores con un prestigio mundial cimentado en una obra sólida por nadie discutida. Reconozcamos por lo tanto que la Academia Sueca cuenta en su haber con aciertos indudables y definitivos. Y justamente por esto nos duele más esa parcialidad geográfica de que viene haciendo gala, como si el mundo estuviese constituído por un solo hemisferio.

Entre esos aciertos indiscutibles, figuran los premios concedidos a nombres tan sobresalientes como Kipling, Maurice Maeterlinck, Gerhardt Hauptmann, Romain Rolland, Anatole France, Bernard Shaw, Thomas Mann, Sinclair Lewis, Pirandello, Eugene O'Neill, Roger Martin du Gard, André Gide, Eliot, William Faulkner, François Mauriac, Ernest Hemingway, etc. En cambio, otros años se eligieron escritores cuya obra no alcanzaba la magnitud de los anteriormente citados, ni tampoco la de otros que mereciendo el Premio Nobel se quedaron sin él por causas que se nos escapan. Entre esos personajes grises que bien pocos recordarán, citemos al parnasiano francés Sully Prudhomme, al poeta irlandés Yeats, al polaco Ladislao Reymont, a la novelista italiana Grazzia Deledda y a otros merecidamente olvidados. Y no hablemos de Churchill, Nobel 1953...

El Premio Nobel de Literatura se ha otorgado una cincuentena de veces, sin más interrupciones que las impuestas por las dos guerras mundiales. Pues bien, sólo en tres ocasiones recayó en escritores de

lengua española, hecho insólito y casi irritante. Es más, salvo en el caso de Gabriela Mistral, que muy merecidamente recibió dicho galardón en 1945, los otros dos premiados no son precisamente una gloria de las letras hispánicas : se trata del muy mediocre dramaturgo español José Echegaray y del menos malo, pero personalidad de tono menor al fin y al cabo, Jacinto Benavente. (Se eligió a éste en 1922, cuando vivía en la magnitud de su obra el insigne polígrafo Menéndez y Pelayo, y cuando se hallaban presentes los magníficos representantes de la generación del 98, es decir, los Baroja, Azorín, Unamuno...)

Los académicos suecos han venido desdeñando injustamente la poderosa obra literaria hispanoamericana. El Continente americano, en su parte comprendida entre Río Bravo y la Patagonia, continúa siendo ignorado por tan distinguido areópago, como ignorados siguen siendo para él los altos valores literarios que allí se vienen dando. Está visto que la designación de Gabriela Mistral, en 1945, fué un acto esporádico, debido sin duda al diablillo de la casualidad, cuando nosotros creíamos que era el principio de una rectificación. No ha sido así y lo sentimos, en primer lugar por el propio Premio Nobel. Los Alfonso Reyes, Rómulo Gallegos, Ricardo Rojas, y otros más, quiéralo o no la Academia Sueca, continuarán siendo, para orgullo de nuestras letras, glorias cimeras de la literatura universal.

*

El Nobel 1955 ha recaído, como era de rigor, en un escritor nórdico. Se trata, esta vez, de Halldor Laxness, representante de esa literatura islandesa que nadie conoce (un crítico de *Le Figaro Littéraire* confesó no haber hallado traza de la misma en cuantos diccionarios consultó), o que en todo caso es dominio exclusivo de un grupito de eruditos. El hecho, de veras insólito, puede sólo ofrecer el aspecto simpático de tratarse en esta ocasión de un país pequeño y apacible que jamás figura, para fortuna de sus habitantes, en las crónicas de política internacional. Mas, es justamente esto lo que despierta nuestro asombro. ¿ Es que acaso los académicos suecos sienten también la íntima necesidad de huir del mundanal ruido ? Curioso.

Curioso, mucho más aún, el comprobar que el nuevo Premio Nobel es un antiguo Premio Stalin. Se trata, efectivamente, de uno de esos escritores comunistas que se disimulan bajo la denominación de progresistas, lo cual viste mejor y compromete menos. Desde luego, apresurémonos a decir que no es que creamos que el Premio Nobel debe estar vedado a los escritores comunistas, si bien es justo recordar que el Premio Stalin sí lo está a los que no comulgan con las ruedas de molino que impone el Kremlin. Simplemente nos limitamos a observar que es la vez primera que la Academia Sueca da un paso de esta índole, si bien ya en aras de un cierto oportunismo político galardonó hace un par de años a Mr. Churchill, el cual podía esperar todos los premios existentes salvo uno de literatura.

Esta sorprendente decisión obliga a que nos preguntemos si los académicos suecos, para seguir la moda de nuestros días, ansían y buscan asimismo la llamada coexistencia. Coexistencia literaria, que al igual que la política, se efectúa a costa de otros países y de la propia literatura...

I. I.

Una nueva novela de Salvador de Madariaga

POR CARLOS P. CARRANZA

VERSA esta novela de don Salvador de Madariaga sobre el episodio de un sabio británico, eminente físico nuclear, quien por su inclinación al comunismo, decide trasponer la cortina de hierro y aportar su ciencia y su capacidad investigadora a la URSS. Demasiado repetido en estos últimos años tan alarmante caso, la originalidad del libro de Madariaga radica en la forma novelada como nos presenta el episodio. Tiene esa forma la virtud de destacar con relieve los hechos y de impresionar vivamente el espíritu del lector. Lo que apenas roza la atención de las gentes cuando les es expuesto razonada y lógicamente, cual un ensayo o tratado, es ávidamente leído si se reviste de forma narrativa, con todos los elementos que caracterizan a una novela.

Esta de Madariaga se titula *La Camarada Ana*, y ha sido editada por « Hermes ». En ella presenta dos cuadros diferentes : uno en Inglaterra, con el funcionamiento de una célula comunista enquistada en el propio Centro Atómico donde se practican los trabajos más secretos y trascendentales de investigación nuclear; el otro en la URSS, con el protagonista entregado voluntariamente al servicio directo del comunismo y siguiendo una espeluznante odisea, escalonada en tres etapas, perfectamente definidas por sus respectivos títulos de « El paraíso », « El purgatorio » y « El infierno ».

El primer cuadro asombra y espanta. Cuesta un enorme esfuerzo aceptar la posibilidad de que un físico tan esclarecido como el profesor Park sea capaz de traicionar a su patria e incluso a la humanidad civilizada, y que lo haga no por perversión moral, ni por un precio, sino con absoluto desinterés, con verdadero espíritu de sacrificio, con la firme convicción de que así contribuye a la liberación del hombre y a la edificación de una sociedad mejor. Lo inquietante es que ese caso no sea excepcional, sino que se haya repetido con reiteración como para constituir un desconcertante y agudo problema.

No es, desde luego, la teoría económica del comunismo, nebulosa y abstrusa en lo doctrinal, tosca y explotadora en la práctica, lo que ilusiona y atrae a las gentes ; es más bien la filosofía del comunismo, por falaz y engañosa que sea, lo que deslumbra hasta la ceguera e impide percibir la siniestra realidad de un mundo cual el soviético, construído a base de injusticia, opresión y despojo. Nos lo demuestra así el protagonista al cerrar los ojos a los indicios más significativos y a las pruebas más elocuentes. No le basta que, en el minúsculo mundo de su célula, se vea espiado, vejado, desvalijado y coaccionado. Ni siquiera las sensatas reflexiones de su esposa, « la camarada Ana », logran abrir brecha en la fortaleza de su ciega fe. Con una complacencia que se aproxima peligrosamente al masoquismo, el profesor Park pasa por todo, lo sacrifica todo, plenamente seguro de que así coopera a la liberación del hombre.

Pero, ya en Rusia, el espectáculo es demasiado evidente y las pruebas demasiado duras, para no rendirse ante la realidad. El profesor no puede seguir con la misma visión deformada que se había forjado ilusoriamente en Inglaterra. En conversación con su mujer, quien pese a sus recelos le ha seguido a Rusia por estricto cumplimiento del deber conyugal, el profesor termina por reconocer que, desde la misma entrada en territorio soviético, experimentó un baño de sensación, un baño de ambiente, que lo conven-

ció de que habían entrado en un medio hostil, no sólo a su persona, sino a todos y a cada uno, donde cada uno teme encontrar un enemigo en los demás y ha de defenderse frente a todos.

Mas, como siempre, es ya tarde. La garra comunista no ha de soltarlo hasta exprimirle todo su saber ; y como sospechen tan sólo que se reserva parte de su ciencia y no acaba de entregarla, caerán sobre él para aniquilarlo, primero con unos espantosos interrogatorios en los que la personalidad es destruída hasta quedar reducida e un puro guiñapo inconsciente, finalmente con la eliminación física perpetrada misteriosamente, en tanto que su mujer, « la camarada Ana » va a degradarse y perecer en uno de los muchos campos de esclavos donde son sacrificados millones de seres inocentes.

Como se ve, la novela de Madariaga es de actualidad harto viva y de ejemplaridad en extremo oportuna. Su lectura, impresionante en verdad, puede salvar a muchas gentes del mortal peligro de una decisión fatal e irreparable. Y por más que no se trate de una obra maestra, ni siquiera de una de las mejores producciones del ilustre escritor, todo lector habrá de encontrar solaz y provecho en ella.

CARLOS P. CARRANZA

Presentación de poetas salvadoreños

HUGO LINDO forma parte actualmente del grupo que mejor representa las tendencias de la lírica latinoamericana. Todavía poco conocido más allá de las fronteras de El Salvador, él se sitúa, a pesar de este hecho, en la primera fila de las personalidades que podríamos incluir en la generación post-rubendariana.

Acontece, sin embargo, que además de poeta de primer orden, Hugo Lindo, que actualmente vive en Chile, donde representa a su país como Encargado de Negocios, es también divulgador de las letras salvadoreñas y centro-americanas. Autor de una antología de cuentos centroamericanos, que aún no ha sido igualada por aadie, el poeta de *Libro de Horas* nos ofrece ahora la primera presentación seria y documentada de la moderna poesía de El Salvador.

Es un lugar común afirmar que faltan libros como éste. Quien mejor podría presentar un testimonio sobre el asunto es el gran poeta brasileño Manuel Bandeira, incansable investigador de las letras hispanoamericanas, que después de años y años de trabajo aún tiene que luchar con dificultades que se deben, sobre todo, a la falta de cooperación cultural interamericana. Algunos nombres, algunas excepciones deben ser mencionadas : el panameño Rodrigo Miró, el poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, el hondureño Rafael Heliodoro Valle, la paraguaya Josefina Pla, e incluso algunos otros pocos, siempre empeñados en divulgar las letras de sus patrias, para así realizar positivamente lo que tanto gustamos de llamar literatura del Continente.

Ahí tenemos ahora una nueva prueba en este difícil y útil trabajo de Hugo Lindo. Se trata de la *Presentación de poetas salvadoreños* (separata de *Atenea*, Otoño de 1955). No fué tarea de las más fáciles, ni aun para tan profundo conocedor del asunto como es este poeta, presentar en menos de 50 páginas todo lo que existe en el movimiento lírico de El Salvador ; esto es : corrientes y movimientos poéticos, nombres y cenáculos, personalidades y hasta jóvenes aspirantes a poetas.

Gracias a una excepcional capacidad de síntesis, Hugo Lindo consiguió lo que era tan difícil ; escribió un ensayo de excepcional valor literario y documental, en el que el lector extranjero encontrará una documentación que hasta ahora ninguna historia literaria, ninguna antología, ninguna revista, ningún boletín nos habían dado, a pesar de que han existido varios, algunos de los cuales fueron publicados bajo la égida de la Organización de los Estados Americanos.

Este trabajo de Hugo Lindo (inicialmente leído por el autor en la Universidad de Concepción, Chile, y después aumentado) aunque no tenga pretensiones de crítica, tiene un valor singular, pues hallamos en él, aparte de seguras anotaciones críticas sobre cada poeta, notas biobibliográficas y una selección de poemas, que transforman el libro en una especie de microantología. De esta manera entramos en contacto directo con la nueva lírica de El Salvador conociendo a varios poetas, además de aquellos pocos que siempre son publicados en las antologías de poesía latinoamericana.

Pero no se limita únicamente Hugo Lindo a esto ; nos presenta algunos nuevos, algunos rebeldes de la última generación, que sin este auxilio de verdadero poeta y conocedor de poetas, quedarían para siempre aislados, allá en sus pequeñas ciudades, donde ejercen profesiones humildes, ganapanes, para poder comer y soñar.

"A Tikipan coule le río Chongo", de R. Delgado

SI alguien pudiera dudar de la vitalidad del género picaresco español, a pesar de las últimas novelas de valía que conoce la España de hoy, desde Carmen Laforet y Cela hasta Gironella, la lectura de esta obra de un autor nuevo le convencería rápidamente de que la savia truhanesca sigue corriendo generosamente en las venas de los escritores de lengua castellana. Y no me refiero, al escribir estos renglones, a ciertos decretos gubernamentales que están por ahora fuera del caso.

El autor, Rafael Delgado, asegura haber nacido en México, a fines del año 43, a la edad de treinta y cinco años, cuando cobró la nacionalidad mexicana. En realidad, nació en una aldehuela andaluza, en las afueras de Málaga, y de allí sacó la gracia amarga y despiadada de un amante de la perfección absoluta que debía conducir al bisoño de las letras y de las artes al campo anarcosindicalista en que se ejercitó durante algunos años. Tenía una pluma diestra y lozana, un cerebro ágil, un afán desmedido de conocer hombres y mundos e ingresó naturalmente en las filas de un periodismo audaz y perspicaz.

Los derroteros de la guerra civil le llevaron, como a muchos otros, a las tierras acogedoras de la América Latina donde siguió esgrimiendo su péndola en las redacciones periodísticas de varias repúblicas latinas. Fruto de su experiencia es este libro de título curioso, en el cual Rafael Delgado, ducho en el arte de observar, notar y contar, nos describe el reino de un monarca Ubu tropical, con más entorchados en la manga que remordimientos en el alma, mujeriego, arrojadizo y despiadado. Desde *Tirano Banderas*, de feliz memoria, no teníamos un retrato tan cuajado de aquellos caudillos improvisados, que tanto abundaron en un tiempo, de una truculencia prismática y de una riqueza de matices que sólo se conocieron bajo la pluma mágica de don Ramón del Valle Inclán.

El protagonista, Manuel Mellado, un andaluz que combatió en las tropas republicanas, desembarca, después de la guerra civil española, en América y pretende seguir allá en su oficio de periodista. Presencia como tal una serie de pronunciamientos en los cuales los acontecimientos más grotescos se mezclan con los dramáticos. Logrando el cariño de una prostituta casi oficial llega a desempeñar el papel de confidente del presidente de la República, el general González, con el cual estuvo encarcelado algunos días. Su profesión de repórter le da a conocer un rosario de hechos públicos y privados de un absurdo increíble, que no extrañan a nadie en aquella atmósfera de un surrealismo agudo, y que nos describe con una lozanía y precisión sin reparos. Morirá a manos de unos rebeldes el general González, en el mismo momento en que Mellado, en la cumbre de su favoritismo, iba a salir rumbo a los Estados Unidos para crear un nuevo periódico tikipanés cuya dirección desempeñaría. En este país podrido todo se descompone y pudre cuanto vive y trabaja en él; tal es la moraleja que saca en conclusión el héroe de aquellas aventuras en que Rinconete y Cortadillo harían figura de monaguillos.

Obra violenta, que se mete con puñetazos a desafiar al lector y violentarle para que se subleve él también frente a aquellas asquerosidades vividas. Obra violenta y parcial — ¿ qué duda cabe ? —, pero en la cual palpita una manera de desesperación fraternal y de piedad profunda para las criaturas humanas que necesitan más comprensión, más justicia, más amor y menos coacciones y pistoletazos.

Nos aseguran que ciertos hispanistas franceses han respaldado al autor en su redacción. Será porque han debido reconocer en esta novela, escandalosa y piadosa a la vez, el latido de la sangre española, siempre generosa y airada cuando se trata de desenmascarar a los tiranos y de denunciar los ímprobos manejos de cuantos intentan realizar la dicha de los hombres a pesar suyo.

J. C.

"Sola" novela de María José de Chopitea

SE han escrito ya demasiadas novelas sobre la guerra de España, con mejor voluntad que acierto — y comprendemos en el juicio la de Hemingway, con todos los respetos a este autor —, y, sin embargo, no se ha escrito aún « la » novela de aquella lucha civil. Ni sabemos si se escribirá. Lo que sí tenemos por cierto es que si llega a escribirse será un novelista quien la escriba. Esto que parece una perogrullada, y que sin duda lo es, se hace necesario decirlo, porque estamos en tiempos en que cualquiera que ha vivido una aventura (¿ y quién no ha vivido alguna en nuestra agitada época ?) se lanza a escribir, y lo que es peor todavía, a publicar, una novela, como si esto de escribir novelas fuese cosa de coser y cantar.

No ha resistido a esta tentación María José de Chopitea, y nos ofrece en *Sola* el relato de las aventuras y desventuras, nada extraordinarias, de una de tantas víctimas femeninas del éxodo

español, a la que nos presenta en Barcelona, haciéndonos que la acompañemos luego a Francia, Suiza, Estados Unidos y Méjico, con extremosa prolijidad de detalles, sin perdonarnos siquiera ninguna de las gestiones que tuvo que realizar para obtener los pasaportes, visas, etc., necesarios para su viaje, lo que recarga la narración con vulgares menudencias, acentuando su prosaismo.

La triste historia de esa infortunada Montserrat, que en un centenar de páginas y tratada con arte podría interesar al lector, no da para las 542 páginas de este volumen, y para llenarlas es menester recurrir a todas esas incidencias subalternas que estiran — y hacen languidecer — la acción. El afán de escribir de una novela grande malogra a veces la trama de que hubiera podido formarse una buena « nouvelle » o novela chica.

Claro que ésta supone un esfuerzo de síntesis que no es siempre fácil, que exige concisión expresiva y que no se compadece con una prosa de corrido y a la buena de Dios. Ya decía cierto personaje de Dickens : « Te escribo esta carta tan larga, porque no he tenido tiempo para hacerla más corta ». ¡ Y qué gran verdad hay en esa aparente « boutade » !

C. A.

Falsa visión de México por parte de ciertos poetas

Hace tiempo he venido siguiendo con creciente interés el desarrollo de una línea de conducta observada en el terreno literario, que me ha hecho cavilar sobre la obra poética de algunos ingenios — nunca ingenuos — que se escudan en un sentimiento religioso, siempre respetable, para denigrar a México. Es éste un país de agudos contrastes, de luces y sombras, de riqueza y ostentación a veces hiriente en ciertos sectores sociales, y de pobreza y desamparo llevados al extremo en sus clases necesitadas. No hemos logrado llegar a ser todavía, como quisiéramos, un país de sostenido equilibrio ; y México ha tenido y tiene un acentuado perfil, como afirmó un destacado escritor de Yucatán, que hace de él *un país que no se parece a otro*. Yo lo llamé, por eso, en uno de mis libros, « México esdrújulo », nombre que al decir de la crítica encierra un síntesis integral de mi suave patria.

Sin embargo, nuestro México tiene tal hondura en su historia, tal fuerza telúrica en su raíz, que como viejo pueblo y pueblo nuevo, puede ostentarse ante propios y extraños con su corazón desnudo, con sus defectos y sus virtudes, pues es y seguirá siendo un ejemplo por su pasado, una fuerza por su presente, y por su futuro una luz y un camino.

Pero, ¿ por qué algunos hombres de la Iglesia Católica han aprovechado su actividad literaria para volcar sus mal contenidas pasiones políticas ? ¿ Por qué vamos a seguir suspirando por el efímero imperio de Agustín Iturbide o por el de Maximiliano, que se derrumbó en Querétaro gracias al patriotismo de un pueblo y a su claro sentido de la libertad, encarnados en uno de los hombres más representativos de nuestra historia, en Benito Juárez ?

Nadie va a discutir el brillante historial que la Iglesia Católica tiene en la literatura de México. Ella posee, sin duda, una larga y brillante tradición de hombres ilustres de la cual no podríamos ocuparnos ahora. Pero si limitamos el problema simplemente a los últimos cincuenta años, podríamos citar la vida de hombres eminentes, de indudable relieve intelectual, tales como Joaquín Arcadio Pagaza, Ignacio Montes de Oca y Obregón, Federico Escobedo y Gabriel Méndez Plancarte, por más que, con excepción del último, los otros hayan sido injustamente olvidados por Antonio Castro Leal en su discutida *Antología de la Poesía Mexicana Moderna*, publicada recientemente.

Pagaza fué un apacible pastor de almas y un poeta bucólico de cierto renombre, que en Veracruz, su tierra natal, se proyectó como una clara sombra cantando a la naturaleza con emocionado y sencillo acento, logrando algunos aciertos poéticos. ¿ Quién no recuerda aquellas pinceladas llenas de recogimiento y de gracia de su bello poema « La oración de la tarde » ? El poeta, en contacto con la naturaleza, cinceló estrofas de indudable belleza lírica :

Tiende la tarde el silencioso manto
de albos vapores, húmedas neblinas,
y los valles y lagos y colinas
mudos deponen su divino encanto...

El árcade romano desfila como una de las figuras amables y serenas de nuestro mundo poético, encendido en el mismo amor por la naturaleza y por el paisaje en el que le tocó vivir, al igual que su hermano lírico, Manuel José Othón, el poeta insuperable que nos dejó sus más puros acentos en « El himno de los bosques » y « La noche rústica de Walpurgis » como un mensaje inconfundible de la tierra.

Pero, ahora, como caso notable y por el rudo contraste que presenta en nuestras letras, quiero referirme a otro árcade romano ; o sea, al ilustre obispo de San Luis Potosí, don Ignacio Montes de Oca y Obregón, más conocido con el nombre de Ipandro Acaico.

El inquieto hombre de letras que logró algunos aciertos invocando la soledad, la pobreza y la ceguera de Homero en versos clásicos, antes de retirarse, como el divino poeta de Chios a su montaña, arremetió con espíritu un poco levantisco y agresivo y con toda mala fe contra México, en lo más valedero que la patria tiene ; o sea, nuestro pueblo, cuando en otro soneto de su lírica cosecha dice :

Desventurado pueblo mexicano,
mandar no sabe, obedecer no quiere...

Y yo me pregunto ante este pensamiento tan injusto como ligero : ¿ cómo pudo el prelado potosino juzgar así a nuestro pueblo, teniendo tantas luces para conocerlo y tantos elementos de juicio para valorarlo y poder determinar finalmente cuáles son las virtudes y defectos del mexicano ? Precisamente él sabía mejor que nadie que nuestro pueblo era capaz de sufrimiento y de heroísmo ; porque él asistió, no sólo como espectador sino también como actor, a una de las dictaduras más largas y sombrías, la de los treinta años ; pero él también sabía que nuestro pueblo tiene un límite y una clara conciencia de su dignidad y que, colmado aquél, habría de lanzarse a recobrar su perdida libertad ; porque ya lo había hecho en otras ocasiones escribiendo las sangrientas páginas que en 1810, nos dieron la independencia y dictando las admirables leyes de Reforma en 1857 ; como lo hizo nuevamente siguiendo su inquebrantable trayectoria histórica y social en 1910.

Y, sin embargo, el mal ejemplo cunde y no hace todavía diez años, una tarde en que conversaba precisamente con un ilustre poeta, que sabe poner la sal de la gracia en su plática siempre incitante — ¿ te acuerdas, Rafael Heliodoro Valle ? —, antes de emprender mi viaje al Perú, en misión diplomática, me mostraba una *joyita literaria* del presbítero Federico Escobedo, la cual, si mal no recuerdo, había aparecido publicada en el diario *Excelsior*.

El breve poema del padre Escobedo, en el que se ocupaba también de denostar a México, como su colega el obispo de San Luis, palabra más o menos, decía así :

Hay de Puebla en la sierra encantadora
una a la que el indio llama flor que llora,
¡ flor que llora colgada de un abismo... !
El símil es perfecto, pues México es lo mismo,
mi patria es una flor encantadora,
mas ¡ ay ! también es flor que llora,
¡ Flor que llora pendiente de un abismo... !

Los dos, hombres de iglesia, y, los dos, poetas mexicanos, pensaban y sentían igual ante el panorama de México. Abiertamente, como hijos ingratos, se ocupaban de denigrarlo. Pareciera que se trataba de obedecer una ciega consigna y, entonces la patria, a la luz de ciertos complejos de mezquindad, atizados por la pasión política, aparece llena de sombras, está al borde de la tragedia y cuelga dramáticamente de un abismo, aunque, eso sí, se llama poéticamente una flor encantadora.

Yo creo que los poetas, más que nadie, tienen una consigna de optimismo y de esperanza, como lo ha dicho Héctor P. Agosti : « ¿ Qué es el poeta, en definitiva, sino un anticipador ? ¿ Qué es el poeta sino un forjador de vaticinios, hasta por la propia coerción etimológica del oficio que ha elegido ? »

La palabra de los poetas es casi siempre trascendente por su fuerza creadora y, a veces, con un solo adjetivo, con una sola palabra, logran hacer una síntesis de siglos, anticipar acontecimientos con un sentido extraordinario que podría llamarse don profético. Y acontece que estos dos hombres a quienes hoy me he referido, como espíritus agoreros no han atinado, pues México, superada la etapa de violencia revolucionaria de 1910, se ha encaminado y marcha, pese a estos Jeremías desolados, hacia una vida mejor, más humana, más justa y más digna.

Por otra parte, México no es ni ha sido nunca una flor que llora. Al contrario, es flor que canta. Lo fué hace siglos, en la voz de Netzahualcoyotl, su magnífico rey poeta ; cantó también en versos de maravilla en la época de la colonia, a través de la monja egregia que no ha tenido quien la iguale en el pensamiento y en la acción : sor Juana Inés de la Cruz, y ha cantado después en sus poetas que forman una verdadera pléyade, pudiendo señalar como el más representativo de nuestro tiempo a Ramón López Velarde, cuyo verso brota como un hilo de luz sobre el pensamiento obscuro de los poetas que se han ocupado sistemáticamente de denigrar a México, bautizándolo con una palabra, con una expresión definitiva, dulce e inmortal : « la suave patria ».

JESUS FLORES AGUIRRE

"La crisis moral colombiana", de Jaime Posada y Gonzalo Canal

En la Universidad de América, que amplió el ciclo de conferencias que había iniciado la Biblioteca Pública de Colombia, pronunciaron sendas conferencias, acerca de la crisis moral que atraviesa ese país, el conocido escritor y colaborador de *Cuadernos* Jaime Posada y

el erudito orador Gonzalo Canal Ramírez. El texto de estas dos interesantes disertaciones ha sido publicado por la Editorial Antares, de Bogotá, con el título que encabeza estas líneas.

Aunque los mencionados conferenciantes pertenecen ideológicamente a dos campos distintos (Posada es demócrata liberal y Canal Ramírez milita en el sector socialcristiano), sus posiciones, ante el problema de la crisis moral de su país, son coincidentes en muchos puntos. Para Jaime Posada, los factores sobre los que gravita esa crisis son culturales, económico-sociales, políticos y universales y, entre estos últimos, el factor religioso. Para Gonzalo Canal son : crisis de dirigentes, desadaptación del pueblo entre dos épocas, quiebra constitucional y falta de unidad nacional. Entre las clases dirigentes, enumera al clero, al Gobierno, a los políticos, a los mentores intelectuales, y a los rectores de la familia, de la economía y de la cultura del país. Ambos coinciden en considerar también como factores fundamentales de la crisis la falta de cultura popular (el analfabetismo alcanza la cifra del 48 % de la población), la miseria de las clases menesterosas y el fanatismo, que Canal Ramírez, a pesar de su acendrado catolicismo, fustiga con dureza por estimarlo como un falseamiento del sentido religioso.

Como consecuencia de esta crisis moral, afirma Posada, las gentes han perdido el hábito de opinar, de hablar, de controvertir. Desaparece la tolerancia y se tiende a trocar en verdad solemne cuanto afirman, dicen o pregonan los portavoces del Poder. Se siente el desprecio por la vida y por la honra de los adversarios ; se tiene miedo al ejercicio de las libertades y a la crítica. Gonzalo Canal coincide en muchos de estos conceptos y afirma que el pueblo colombiano se ha acostumbrado a contentarse con estar vivo, a montar su vida sobre el miedo y la desconfianza, sobre una pasividad que no es resignación, sino conformismo sumiso. Y después de hacer un llamamiento a la convivencia del pueblo colombiano, termina su disertación diciendo que « por encima del odio y del rencor, por encima de esa nacional majadería de estarnos creyendo enemigos, cuando simplemente somos conciudadanos... »

La crisis moral del pueblo colombiano no es un fenómeno exclusivo de ese país. Se ha generalizado a otros muchos de Europa y América, en los que reviste muchísima mayor gravedad que en Colombia. Es una crisis de la democracia, que se ha visto forzada a ir dejando paso al autoritarismo, más aún, al totalitarismo, aunque la justicia, la democracia y el significado renovador de las libertades no haya perecido, ni se haya disuelto. En esos países, que están sojuzgados por regímenes totalitarios, las gentes se hallan sometidas a ese conformismo sumiso de que habló Gonzalo Canal y soportan la desaparición de la tolerancia y los abusos que enumeraba Jaime Posada.

Las dos disertaciones comentadas contienen enseñanzas que han de ser leídas con agrado por todos los que sienten un amor sincero por la libertad.

CARLOS DE JUAN

" Los tratos de la noche ", de Mariano Picón-Salas

MARIANO PICON-SALAS nos envía desde Caracas su novela *Los tratos de la noche*, que ha publicado en Barquisimeto la Editorial Nueva Segovia.

Los tratos de la noche es una especie de biografía de uno de los componentes de la famosa generación venezolana del 28, con todo lo que esto lleva consigo de ilusiones, de esperanzas frustradas, para terminar en la búsqueda desesperada de un refugio, de una orilla nueva que, en este caso, será representada por el hallazgo de una mujer.

El personaje, situado en la actualidad, piensa en su infancia : *Desde entonces, ¡ cuánta fe destruída ! La infantil fe en los santos, la juvenil en la libertad, la adulta en los cambios políticos y sociales.* Al fin y al cabo el tiempo sirve para comprobar la dolorosa verdad de nuestro destino, para descubrir el exilio permanente en que vivimos donde quiera que estemos. Nada, pues, de extraño si Picón-Salas repite en varias ocasiones refiriéndose al protagonista : *Alfonso también era inmigrante en su propio país.*

Hay varios elementos que se cruzan, entrecruzan e integran en la novela del escritor venezolano. Desde las vivas evocaciones caraqueñas, acertadas sin duda, de los años anteriores a la guerra del 14, hasta el gusto por las pequeñas cosas de la vida que hace pensar en un nuevo, en un luminoso humanismo americano.

No podía faltar en un libro de ese tipo, tan concretamente situado en el tiempo, la presencia del dictador Gómez, quien, como todo dictador, penetra e irrumpe, quiérase o no, en la vida privada de todos los habitantes del país. Picón-Salas pasa airosamente la prueba, ridiculiza finamente al tirano y, de rechazo, nos deja un no sé qué de amargura ante la impotencia en que nos hallamos — los protagonistas y nosotros — para cambiar el curso de las cosas.

Añadamos en favor de *Tratos de la noche* la maestría con que se nos enseña un ambiente

social americano de estrechez y limitaciones cuotidianas, diferente de la extrema pobreza o de la extrema riqueza que se describen a menudo.

El libro rezuma en su conjunto ternura por lo que ha sido y esperanza por lo que será y, sobre todo, un gran amor de Mariano Picón-Salas por su país.

LUIS LOPEZ ALVAREZ

" Empezando la vida ", de Carmen Conde

CARMEN CONDE, una de las primeras poetisas de lengua española, acaba de publicar en Tetuán *Empezando la Vida (Memorias de una infancia en Marruecos.* 1914-1920).

Carmen Conde, a la que se deben, además de una docena de libros de versos, algunas novelas, ha popularizado en España un seudónimo de escritora para niños. Teniendo en cuenta esto, advertimos como se conjugan en *Empezando la Vida* varios elementos que facilitan la labor de la autora : un mundo de recuerdos de infancia, lleno de poesía desde su planteamiento y con situaciones que constituyen otros tantos atisbos novelísticos.

El libro está formado por una serie de estampas de prosa fácil, jugosa, salpicante y cantarina. No cabe la menor duda de que Carmen Conde se halla, a través del libro, pisando terreno propio con la seguridad y la firmeza que la caracterizan.

Durante los últimos años se han publicado en España varias novelas que intentan reflejar el mundo difícil de la infancia. Ante el acierto que suponen estas *Memorias de una infancia en Marruecos* cabe pensar que una posible aportación de Carmen Conde en el mismo sentido pudiera colocarse fácilmente a la cabeza.

L. L. A.

Treinta poemas de la lírica gallega

EMPRESA de mecenazgo más que de industria, las Ediciones Monte Medulio, de París, han inaugurado sus actividades con una obra de lujo, de tirada restringida, cuyos ejemplares, codiciados por los bibliófilos y amantes de los bellos libros, serán superestimados un día por su rareza. Es esta obra como un heraldo ataviado con gran atuendo, que anuncia la presencia de las letras gallegas en la capital de Francia. Espléndida muestra de la lírica de Galicia, se recogen en ella, con todos los honores de impresión y presentación, treinta de los mejores poemas de Rosalía Castro, Manuel Curros Enríquez y Eduardo Pondal (diez de cada uno de ellos), que son las tres cumbres del parnaso galaico.

Estos poemas fueron seleccionados por tres escritores descollantes de aquella tierra, a los que se confirió especialmente esta delicada misión y la de prologar a cada poeta con un breve estudio crítico. El doctor Domingo García Sabell, prestigiosa figura de la intelectualidad gallega, escribió el prefacio de los poemas de Rosalía, el gran poeta Ramón Cabanillas presenta a Curros Enriquez, de quien es heredero espiritual en algún aspecto, y el profesor y polígrafo Ramón Otero Pedrayo introduce en el tríptico a Pondal. Y tres excelentes artistas, gallegos dos de ellos, (Laxeiro y Colmeiro) y otro que si no es gallego mereciera serlo por la fina sensibilidad que acredita en su interpretación del carácter de la raza, el zamorano Lobo, ya afamado por su labor escultórica original y vigorosa, ilustran cada cual a uno de los poetas, con dibujos a toda plana, algunos en colores, que enriquecen este libro de excepción.

Estimamos un acierto inaugurar así la aventura editorial de Monte Medulio. Galicia es un país eminentemente lírico, como su hermano Portugal. Y Rosalía, Pondal y Curros son el centro de la lírica gallega. El renombre de Rosalía trascendió tiempo ha de las fronteras de su tierra. Castelar, que prologó uno de sus libros, y Azorín, su fervoroso admirador, considéranla no sólo como la más alta expresión de la poesía gallega, sino como uno de los más ilustres líricos que han rimado en lenguas ibéricas. Y la condesa de Pardo Bazán — otra eximia mujer gallega — advirtió la primera que en la obra de Rosalía « a veces no se percibe la soldadura entre el pensamiento del pueblo y el del poeta, sucediendo, a poco más de veinte años de publicada su obra, que la copla popular corre atribuída a Rosalía, mientras los versos de ésta suelen tomarse por populares ».

Curros es el poeta de la rebeldía, de la protesta, del inconformismo viril, en su vida y en su obra. No llora, sino fustiga. Es un vate civil de lira férrea, enamorado del progreso, anhelante de un mundo mejor y más justo, que ataca a la reacción y lanza al viento las soberbias « triadas » de su Divino Sainete con esta consigna :

Cantade, brincade, ride...
Onde haxa virtú, bicade...
Onde haxa vicio feride.

Cantad, brincad, reid. Besad donde haya virtud ; herid donde haya vicio.

Pondal, el menos conocido fuera de Galicia, acaso porque es el más racial, el más difícil de traducir sin que su pensamiento y su expresión se deformen, es sin duda en toda la literatura española el único bardo. Un bardo de tipo osiánico, que camina ajeno al tiempo en que vive, cantando entre los dólmenes y los viejos castros, o por los pinares rumorosos bajo la luz de la luna, prediciendo un porvenir de grandeza triunfal a su raza gallega.

Tales son los tres grandes poetas a quienes la editorial Monte Medulio honra, honrándose a sí misma, consagrándoles esta su primera obra.

C. A.

De los poetas a la poesía

EL escritor venezolano Joaquín Gabaldón Márquez publica ahora en Madrid unos versos escritos hace más de veinte años, versos de juventud que reúne bajo el título de *El poeta desaparecido y sus poemas*. A un prólogo de Miguel Otero Silva siguen unas páginas, en buena prosa, del autor.

Digamos, en primer lugar, que sus versos son más de admirar por lo que quisieron ser que por lo que son hoy día, separados de la época para la que fueron escritos.

Esto se explica fácilmente si tenemos en cuenta que en *El poeta desaparecido* late un afán constante de diálogo, y más que de diálogo de monólogo autoritario de persona que viene a despertar a las gentes para convocarlas a la acción. Esta voluntad es lo más valedero de unos poemas que son, en general, tan desiguales de forma como de fondo.

¿ Por qué renunció Joaquín Gabaldón a seguir expresándose en verso ? La prosa de sus últimos veinte años aplasta en cierto modo la bella rebeldía que apuntaban sus versos juveniles. A veces, en poesía, el mayor pecado es el silencio.

CANTOS de Sur y Norte se llama el libro de versos de Manuel F. Rugeles que ha publicado en Buenos Aires la Editorial Losada. Poesía fría o, más exactamente, fresca. Frescura de vegetación cubierta de neblina. A veces es niebla triste de crepúsculo, en ocasiones niebla matinal tamizada por el sol naciente.

Versos intemporales no porque Rugeles se encierre en torre de marfil, sino, más bien, por haberse extraviado en un bosque bello y distante, lejos de los hombres y de sus cosas.

EDMOND VANDERCAMMEN nos envía su *Arcilla de Carne* selección y traducción de poemas suyos que se debe a Dictino de Castillo-Elejabeytia y que ha sido publicada en Madrid por la colección Adonais.

Edmond Vandercammen es uno de los principales poetas belgas, animador de la conocida y meritoria revista *Journal des Poètes*. Su obra tiene esa profundidad espacial que caracteriza a algunos de los poetas belgas de lengua francesa y su divulgación en los países de lengua española nos parece sumanente oportuna.

L. L. A.

" Educación y vida ", de Juan Mantovani

CONSCIENTE de los grandes obstáculos con que actualmente tropieza la educación, víctima de la complejidad espiritual de nuestra época, el profesor Juan Mantovani, autor de varias obras dedicadas al estudio de temas y problemas pedagógicos, ha estimado necesario realizar un esfuerzo esclarecedor tendiente a devolver a la educación su sentido esencial de formación en el hombre del doble espíritu de independencia y solidaridad.

En *Educación y vida*, obra publicada por la Editorial Losada de Buenos Aires, el profesor Mantovani trata del antiguo y siempre actual problema de la relación entre educación y vida. El autor afirma que no puede haber una pedagogía clara sin una filosofía de la vida : « Hay que tender — insiste el profesor Mantovani — hacia una educación que desemboque en una conciencia firme de los deberes que la vida impone, lo que es más importante que una exclusiva provisión de conocimientos ». « Al hombre — añade — hay que formarlo, ante todo, en el respeto del hombre ».

La primera parte del libro comprende una exposición de los problemas más candentes de la actual filosofía de la educación, proclamándose en ella la esperanza del autor en un humanismo pedagógico como salida a la crisis presente ; en la segunda se plantean los principios de educación, poniéndose de manifiesto la necesidad de no olvidar las diversas formas de la vida ; finalmente, en la tercera se reúnen las semblanzas y el pensamiento de aquellos dos grandes pedagogos que se llamaron Pestalozzi y María Montessori, los cuales, como es

sabido, propagaron en épocas distintas el principio de vida en la educación aplicándolo en sus experiencias y métodos.

Por su contenido y orientación, y también por la actualidad viva de los temas, *Educación y vida*, resulta de gran provecho para cuantos sienten un mínimo de interés por los temas de la cultura y la formación humana, y especialmente para los maestros y profesores de todos los grados de la enseñanza.

I. I.

" La libertad responsable en las Américas "

PUBLICADO por « Dobleday and Co., Inc. » y editado por el profesor Angel del Río, Director del Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia, acaba de ver la luz un magnífico volumen de 554 páginas titulado *Responsible Freedom in the Americas*, el cual contiene los cuarenta y siete trabajos leídos en la Conferencia Interamericana organizada, con motivo del bicentenario de dicha Universidad, el año último.

El volumen en cuestión se divide en seis partes. La primera está dedicada a los temas de la educación en los grados elemental, primario y secundario ; la segunda, a los de la educación universitaria ; la tercera, al intercambio de ideas y conocimientos ; la cuarta, a las cuestiones religiosas ; la quinta, a la intervención de los gobiernos en la educación ; y, finalmente, la sexta, a las artes creadoras.

Participaron en la mentada Conferencia Interamericana distinguidos intelectuales de los Estados Unidos y de Iberoamérica. Citemos, entre estos últimos, a Gabriela Mistral, Jorge Mañach, Mariano Picón-Salas, Jaime Benítez, Arturo Torres Rioseco, Rafael Heliodoro Valle y Eduardo Santos.

I. I.

" La hermana Eloísa " de Jorge Luis Borges y Luisa Mercedes Levinson

HE aquí un librito de relatos compuestos en colaboración por Luisa Mercedes Levinson — periodista y novelista argentina, quien alterna así su seudónimo ya notorio de Lisa Lenson — y esa alta jerarquía de las letras iberoamericanas que es Jorge Luis Borges. La edición ha corrido a cargo de la Editorial Ene.

A decir verdad, la colaboración se limita al relato que da título al libro. Los autores han concebido una historia de corrupción moral, un tanto sombría, pero en vez de complacerse en acentuar los rasgos atroces de la misma, hacen que desenvuelva la narración en forma neutra un personaje un poco ridículo, el cual a través de lo cotidiano y de lo grotesco nos deja vislumbrar todo lo tenebroso del asunto. Se trata, pues, de un singular experimento literario, llevado hasta sus fines con el logro más completo.

Los otros relatos han sido realizados independientemente. La magistral pluma de Jorge Luis Borges nos ofrece « La escritura del Dios » y « El fin ». Por lo que se refiere a Luisa Mercedes Levinson, amén de su fantástico « El doctor Sotirópoulos », nos da « El Abra », relato pleno de fuerza e intensidad dramática que nos revela el brioso temperamento de narradora de la autora.

Trátase por lo tanto de un libro que no se puede pasar en silencio.

I. I.

Dos expresiones de la joven poesía española

LA joven poesía española, impregnada de amargura, signo inequívoco de su tragedia, señala en la actualidad la tendencia que la domina : libertad. Y al intentar salvar la integridad en las circunstancias interiores de España, acusa el sentimiento de su anhelo.

Ediciones Agora, nos presenta *La pintura* de Angel Crespo, en unos versos preñados de visión particular ante un cuadro. El lienzo no es definido, porque :

Todo lo que el mundo
arrancado del caos
en su día con fuerza, con tirones,
fué puesto a navegar entre alaridos.

Después, Antonio Fernández Molina, en su colección *El cuello cercenado*, nos ofrece :

Mi libertad se alza sobre la tierra
donde peleo con los cien brazos que me nacen
para derrotar a los fantasmas.

Y, más allá, cuando « el frío lo permita », el poeta camina leguas y leguas demandando comprensión e inteligencia. ¿ Tendencias ? No es posible hablar de caminos trillados cuando el silencio y la noche ocultan « la siembra de los frutos ».

E. O.

VIDA DEL CONGRESO

LA ASAMBLEA GENERAL DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

Terminadas las sesiones de la Conferencia sobre « El Porvenir de la Libertad », se celebró el 18 de septiembre, en Milán mismo, la Asamblea General del Congreso por la Libertad de la Cultura. Fué presidida ésta por Masani, representante de la India.

Nicolás Nabokov, secretario general, hizo un largo informe sobre las actividades del Congreso y, casi principalmente, sobre sus publicaciones. Anunció la eventual creación de comisiones que prosigan el estudio de los problemas discutidos en la Conferencia de Milán. Denis de Rougemont, presidente, procedió a un estudio de la situación mundial, en el actual período de « coexistencia » y de « espíritu de Ginebra », desde el punto de vista del mundo intelectual. ¿ Es posible un diálogo entre los intelectuales soviéticos y los occidentales ? Si éste es posible, y hay que procurar que lo sea, no podrá efectuarse bajo los auspicios de los organismos oficiales. Nuestro Congreso goza de independencia y de prestigio para auspiciar ese diálogo. Pero con condiciones y con garantías, sin espíritu de maniobra y con enviados de buena fe y no con agentes político-policíacos so capa de intelectuales.

Intervinieron en la discusión, principalmente, los escritores Ignazio Silone y Manès Sperber. Este último hizo una declaración rotunda : « Yo no hubiera podido seguir en este movimiento si no se hubiera declarado claramente no sólo contra el totalitarismo comunista, sino contra el franquista y contra el macarthysmo. Si hay un diálogo con los soviéticos, no debe ser con los agentes tipo Ehrenburg. Debemos preguntar ante todo cómo han perecido o en qué campo de concentración están numerosos sabios, escritores y artistas. Debemos luchar por arrancarlos de esos campos y establecer el diálogo con ellos ».

Por aclamación fueron reelegidos los anteriores miembros del Comité Ejecutivo y fueron nombrados dos más : el profesor e historiador literario latinoamericano Luis Alberto Sánchez y Manès Sperber, colaborador del Congreso desde su fundación.

Por unanimidad fueron votadas las tres resoluciones siguientes :

Sobre la suspensión de « El Tiempo » de Bogotá

La Asamblea General del Congreso por la Libertad de la Cultura, reunida en Milán' hace pública su protesta unánime contra la suspensión del gran diario liberal « EL TIEMPO », de Bogotá, por orden del Gobierno Colombiano.

Esta suspensión constituye una flagrante violación de la libertad de prensa, que es el vehículo esencial de la expresión de la opinión pública en toda democracia.

Sobre la ayuda cultural a los países subdesarrollados

En el curso de la Conferencia sobre « El porvenir de la libertad » se ha puesto de relieve la vital importancia que tienen las naciones subdesarrolladas en el mantenimiento y la unidad del mundo libre. En consecuencia, la Asamblea General del Congreso por la Libertad de la Cultura recomienda a su Comité Ejecutivo que examine los medios más prácticos, susceptibles de darle una expresión concreta a la solidaridad entre los intelectuales del mundo libre, haciendo un llamamiento a los escritores y artistas de las regiones subdesarrolladas y facilitando la traducción y la publicación de sus libros, así como orgas nizando exposiciones de pintura y otra manifestaciones artísticas.

Sobre las persecuciones contra el pensamiento en la China comunista

Como consecuencia de las informaciones oficiales llegadas de la China comunista y

que han encontrado eco en la prensa, el Congreso por la Libertad de la Cultura denuncia la campaña de persecuciones de que ha sido víctima el eminente escritor y pensador Hu Feng, que se ha atrevido a reivindicar para el artista el derecho creado al margen del dogma y de la propaganda de Stalin.

Persiguiendo a Hu Feng y a sus numerosos amigos tachados de « cohorte reaccionaria » y acusados de las peores traiciones, el Gobierno de Mao Tse Toung inicia una gran purga, comparable a las depuraciones jdanovistas de la era staliniana, contra los mejores intelectuales chinos.

El Congreso por la Libertad de la Cultura se dirige a los intelectuales del mundo entero haciendo patente su indignación contra las medidas impuestas en un país cuya cultura milenaria de tolerancia y de humanismo formá parte del patrimonio universal, y saluda en China, como en todos los demás países, a los escritores, a los filósofos, a los poetas, a los hombres de ciencia y a los artistas que frente a la tiranía mantienen la independencia de su talento y la dignidad de su espíritu.

LA CONFERENCIA JUVENIL DE SANTIAGO DE CHILE

Bajo los auspicios del Comité chileno del Congreso por la Libertad de la Cultura, se celebró en septiembre último una Conferencia de jóvenes intelectuales en Santiago Además de la delegación chilena hubo valiosas delegaciones de Argentina, Bolivia, Brasil y Estados Unidos y los debates y los festejos duraron una semana. Hubo comisiones de trabajo y amplias discusiones públicas, por momentos extraordinariamente apasionadas. Giraron ésta,s principalmente, en torno a los problemas de la libertad desde el ángulo nacional, continental y universal. Lo esencial de las resoluciones comunes puede resumirse así : desde el punto de vista de la política mundial, el imperialismo ruso constituye el peligro número uno ; en el plano latinoamericano, las dictaduras locales representan el enemigo principal. Para poder

UN ASPECTO DE LA SALA DURANTE UNA DE LAS SESIONES :

alcanzar una verdadera democratización y un auténtico desarrollo económico en favor de las masas, los pueblos latinoamericanos deben recabar la colaboración y el apoyo de las fuerzas auténticamente democráticas y obreras de Norteamérica.

Los comunistas chilenos realizaron una intensa campaña contra los jóvenes conferenciantes, principalmente con motivo de los actos celebrados en Santiago y en Valparaíso. Pero los periódicos y las radios independientes han concedido un gran interés a los debates. Esta primera confrontación juvenil será seguida por útiles contactos entre los jóvenes intelectuales del Continente americano y prepara otras reuniones todavía más importantes.

GEORGE F. KENNAN EN BERLIN

La octava conferencia del ciclo consagrado a la memoria de Ernst Reuter, heroico burgomaestre socialista de Berlín, corrió a cargo, el 12 de octubre último, de George F. Kennan, ex embajador de los Estados Unidos en Moscú. Estudiando la situación política mundial, hizo las siguientes afirmaciones : « El mundo occidental se encuentra colocado hoy ante un doble peligro. Debe ante todo mantener su vigilancia y salvaguardar sus propios intereses. No debe olvidar jamás que el arreglo de los grandes problemas del momento exige su unidad política y su solidaridad, pues de lo contrario los que se aprovecharán serán sus adversarios. Pero por otra parte es menester que el pensamiento del Oeste no se someta a las necesidades de una militarización a ultranza, pues de otra manera desaprovecharíamos las grandes posibilidades que se nos ofrecen para despejar la situación y resolver nuestros grandes problemas ».

NICOLAS NABOKOV VISITA ASIA

El secretario general del Congreso visitará, durante los meses de noviembre y diciembre, varios países orientales y extremo-orientales. Dará conferencias en Rangún, Bangkok, Tokio, Delhi, Calcuta, Madras, Bombay y otras ciudades.

LUIS ALBERTO SANCHEZ Y JULIAN GORKIN A LA ARGENTINA

Reclamados por la intelectualidad liberal, democrática y socialista de la República Argentina, dispónense a visitar este país el profesor e historiador literario Luis Alberto Sánchez y el escritor Julián Gorkin, redactor-jefe de « Cuadernos ». Explicarán conferencias, durante el mes de diciembre, en Buenos Aires, Córdoba, Rosario, Santa Fe y otras ciudades argentinas. Se proponen organizar, además, el Comité argentino del Congreso por la Libertad de la Cultura. Julián Gorkin visitará también Río de Janeiro y Montevideo.

CUADERNOS

ha decidido aumentar el número de sus páginas de 112 a 128 — y hasta su eventual transformación en revista mensual —, con el fin de ofrecer así a sus lectores una mayor variedad temática.

Tenemos en preparación, por otra parte, dos números especiales, de alrededor de 300 páginas cada uno, el primero conteniendo un " Balance cultural iberoamericano " y el segundo sobre " Lo que es y lo que quiere ser España ".

Asimismo nos proponemos comenzar muy en breve la edición de una serie de opúsculos sobre temas de actualidad, el primero de los cuales contendrá un importante resumen de la Conferencia celebrada en Milán, en septiembre último, sobre " El porvenir de la Libertad ".

B.D.I.C

NUESTRO CARNET

• MARIA ZAMBRANO, que acaba de publicar en México una nueva obra — *El hombre y lo divino* —, traza los rasgos principales de la personalidad filosófica de Ortega y Gasset, del que fué discípula entusiasta.

• SALVADOR DE MADARIAGA continúa ofreciendo a nuestros lectores su sección « Cosas y gentes », en la que muestra su fina agudeza y sentido crítico de las gentes y las cosas.

• ROBERTO F. GIUSTI, distinguido profesor y escritor argentino, fundador de la revista *Nosotros*, que fué en sus dos épocas una de las expresiones más altas de la vida intelectual argentina. El doctor Giusti, uno de los críticos más ponderados de la América española, es autor de varias obras.

• JUAN ANTONIO SOLARI, escritor argentino, director de la Editorial Bases, es autor de varios trabajos y libros que tratan en particular sobre temas históricos de la Argentina.

• GEORGE F. KENNAN, antiguo embajador de los Estados Unidos en Moscú, profesor y publicista, es colaborador asiduo de la importante revista *Foreign Affairs*, en la que ha publicado interesantes estudios sobre problemas de política rusa e internacional.

• ALEJANDRO CASONA es uno de los dramaturgos más sobresalientes que posee la lengua española. Entre sus obras de mayor resonancia, cabe señalar « La Sirena varada », « Nuestra Natacha », « La Dama del alba » y « Los árboles mueren de pie ». También es un brillante ensayista.

• AUGUSTO ROA, notable escritor paraguayo, es autor de un magnífico libro de cuentos titulado *El trueno entre las hojas*.

• SARA DE IBAÑEZ, distinguida poetisa uruguaya, tiene ya tras de sí una importante obra de creación poética. Entre sus mejores libros sobresalen *Canto*, *Hora ciega*, *Pastoral* y *Artigas*.

• J. E. RIDAURA, es el seudónimo de un escritor español que reside en su país y que por razones fáciles de comprender prefiere ocultar su nombre.

• BARTOLI, el gran dibujante español, es el autor de todos los dibujos que publicamos en este número.

UNA PROTESTA DE NUESTRO COMITE DE NUEVA YORK

El Comité de Nueva York del Congreso por la Libertad de la Cultura ha querido manifestar públicamente su emoción y su protesta ocntra el hecho de haber sido elegida la ciudad de Caracas para la celebración de la próxima Asamblea de la UNESCO. Después de la aceptación de la España franquista en este organismo, creado para velar inicialmente por las libertades culturales y los derechos humanos, la elección de un país dictatorial para la celebración de una de sus asambleas tenía que hacer reaccionar a los demócratas del mundo entero.

Ibérica

Revista mensual dedicada a España

Presidentes de Honor :
SALVADOR DE MADARIAGA
NORMAN THOMAS

Editor : VICTORIA KENT

◆

En los próximos números artículos de :

RAMON SENDER
SALVADOR DE MADARIAGA
RODOLFO LLOPIS
GUILLERMO DE TORRE

SIN PERMISO DE LA CENSURA

(Noticias directas de nuestro corresponsal en España)

Editoriales y resumen de noticias

◆

Precios :

U. S. A. Suscripción anual $ 3
Europa e Hispanoamérica $ 2

◆

IBERICA PUBLISHING CO., INC.
112 East 19 Street - New York 3, N. Y. (U. S. A.)

B.D.I.C

Marzo-Abril 1956

REVISTA BIMESTRAL

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

17

Emigrados	**AMERICO CASTRO**
Charlas de la siesta	**ALFONSO REYES**
Lenguaje y poema	**OCTAVIO PAZ**
La separación de los compañeros	**IGNAZIO SILONE**
El mito de la "hispanidad"	**LUIS ALBERTO SANCHEZ**
¿Democracia contra libertad?	**PEREGRINE WORSTHORNE**
Juan Montalvo, liberal y demócrata	**J. CARRERA ANDRADE**
Proyecciones actuales de Valera	**GUILLERMO DE TORRE**
El ser histórico de la nueva América	**ANTENOR ORREGO**
Sobre el amor (Poema)	**GUADALUPE AMOR**

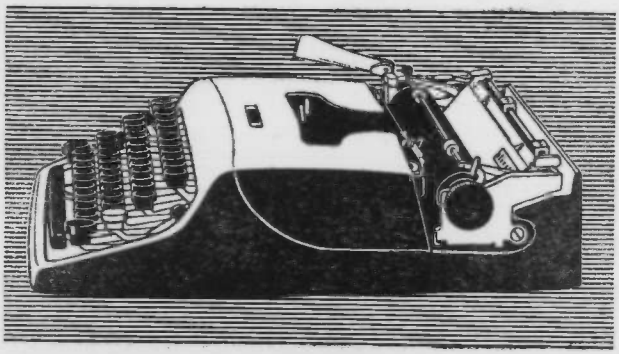
Otros textos de :

SALVADOR DE MADARIAGA, GERMAN ARCINIEGAS, F. BONDY, LOLO DE LA TORRIENTE, STEFAN BACIU, EUGENIO CHANG RODRIGUEZ, J. G. ATIENZA, CZESLAW MILOSZ, CARLOS DE BARAIBAR, ETC.

4°P 5926

olivetti

la industria más grande de Europa de máquinas para oficina



Una máquina de escribir en todos los hogares.
Muchas personas no han adquirido todavía una máquina de escribir para usarla en sus casas porque las de modelo ligero eran incompletas y las otras demasiado pesadas y caras.
La Olivetti Lettera 22 es una portátil de poco peso pero muy robusta; sencilla, pero completa; elegante y su precio está al alcance de todos

Lettera 22

Altura	mm.	85
Ancho	mm.	302
Largo	mm.	324
Peso	kg.	3,7

ING. C. OLIVETTI & C. S.p.A. IVREA (Italia)

CUADERNOS

B.D.I.C

NUMERO 17 REVISTA BIMESTRAL MARZO-ABRIL 1956

SUMARIO

Editorial	« CUADERNOS »	3
Emigrados	AMÉRICO CASTRO	5
Charlas de la siesta	ALFONSO REYES	15
¿ Democracia contra libertad ?	PEREGRINE WORSTHORNE	18
La separación de los compañeros (Relato)	IGNAZIO SILONE	27
Carnet	GERMAN ARCINIEGAS	30
Lenguaje y poema	OCTAVIO PAZ	33
Cosas y gentes	SALVADOR DE MADARIAGA	42
La historia del frailecillo que no sabía rezar (Cuento).	J. G. ATIENZA	46
Guadalupe Amor o la inquieta presencia	LOLO DE LA TORRIENTE	49
Sobre el Amor (Poema)	GUADALUPE AMOR	53

Cuestiones de Iberoamérica

El mito de la « hispanidad » en América	LUIS ALBERTO SANCHEZ	55
Reseña histórica del indigenismo	EUGENIO CHANG RODRIGUEZ	61
Indagación sobre el ser histórico de la Nueva América	ANTENOR ORREGO	70

Los hombres y su obra

Juan Montalvo, defensor de los derechos humanos.	JORGE CARRERA ANDRADE	76
Proyecciones actuales de Valera	GUILLERMO DE TORRE	81
Mickiewicz y las paradojas de la historia	CZESLAW MILOSZ	88
Los 70 años de Manuel Bandeira	STEFAN BACIU	91
Arthur Honegger	Y. GUILBERT	95

Crónicas

Los comisarios en el país de los yoguis..... F. BONDY..... 98

La influencia comunista en el Próximo y Medio Oriente..... CARLOS DE BARAIBAR..... 102

La unidad sindical en los Estados Unidos..... MICHEL COLLINET..... 105

China en la fase stalinista..... WALTER LAQUEUR..... 108

Exposiciones

Exposición de arquitectura mexicana en París..... JEAN BOURET..... 111

Lecturas

Veinticinco años de planes quinquenales en la U. R. S. S., por I. IGLESIAS. — « Porfiando hacia el buen camino » de Federico Pinedo, por CARLOS P. CARRANZA. — « A Century of Conflicts » de Stefan T. Possony, por JOSÉ ROVIRA ARMENGOL. — Las presiones del Poder sobre la Prensa, por I. — « El hombre y lo divino » de María Zambrano, por LUIS ABAD CARRETERO. — « Un hombre perdido en el Universo » de Miguel Angel Cevallos, por L. A. C. — « La mujer nueva » de Carmen Laforet, por ANDRES DALE. — « El Rey y la Reina » de Ramón Sender, por LUIS LOPEZ ALVAREZ. — Renace la novela en Perú, por S. — Juan Bosch autor intenso, por S. — « Odiseo » de Agustí Bartra, por V. A. — « Los días enmascarados » de Carlos Fuentes, por V. A. — De los poetas a la poesía, por L. L. A..... 114

Vida del Congreso. Nuestro Carnet. Correspondencia.

Fundada bajo los auspicios del *Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista bimestral CUADERNOS se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por CUADERNOS mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas la trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

El Congreso por la Libertad de la Cultura, *constituido en el mes de junio de* 1950, *reúne a intelectuales, artistas y científicos de todos los países y de diversas tendencias. Su único denominador común es la voluntad de defender el derecho de crítica y el pensamiento libre.*

Presidentes de honor :

† Benedetto Croce, † John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga, Jacques Maritain, Bertrand Russell, Reinhold Niebuhr.

Presidente del Ejecutivo : Denis de Rougemont. Secretario general : Nicolás Nabokov.

La libre circulación del libro en Hispanoamérica

POR iniciativa del Comité de México, que no ha cesado de agitar el problema desde entonces, la Conferencia de Comités del Congreso por la Libertad de la Cultura, celebrada en 1954 en Santiago de Chile, adoptó una resolución en favor de la libre circulación de los libros en lenguas española y portuguesa entre todos los países iberoamericanos. La solución de este problema cobra cada día mayor importancia.

Los países iberoamericanos se quejan, con sobrada razón, de la ignorancia del mundo occidental a su respecto. Ya constituye una figura retórica decir que América es el continente del porvenir e incluso que la salvaguardia de la libertad humana, en esta segunda mitad del siglo XX, está en América. Pero los mismos que suscriben hasta la saciedad esta figura retórica, se creen dispensados de fundamentarla y concretarla mediante el conocimiento de la realidad americana. (Nos referimos a lo americano en el sentido exacto, continental, pues es ya casi general y corriente en los otros continentes la confusión de lo americano con lo norteamericano.) Sus problemas se conocen mal o se desconocen completamente. Se conoce populacheramente su música ligera y despiertan una cierta curiosidad su pintoresquismo y su folklore, extraordinariamente ricos y variados por cierto ; pero pocos saben que los países iberoamericanos poseen ya, si no una obra de creación completamente cuajada, sí una obra en pleno desarrollo y de un interés auténticamente universal. Cuando Europa puede contar sus poetas con los dedos de las manos, Iberoamérica posee quizá la poética más vasta, más rica y más colorida de este tiempo. Y posee una literatura propia, que huye cada vez más de las imitaciones y de las influencias occidentales — a medida lógicamente que la novela occidental decae — para reflejar sus realidades y sus problemas, sus tipos originales, sus ambientes con una mezcla de crueldad y de poesía vivas... Todo conforme a una inspiración propia y original. Posee en este dominio, como en el de la filosofía, en el de la música, en el del teatro, en el de las artes plásticas y en el de la arquitectura — por no hablar de otros — figuras de primera clase. ¿ Piensan los dispensadores del Premio Nobel, por ejemplo, en ellas ? Muy, muy raramente.

¿ Pero cómo pueden exigir los países americanos que los europeos y los asiáticos los conozcan más o menos exactamente y a fondo si ellos mismos casi se desconocen entre sí ? Durante la Conferencia de Milán, en una cena que reunió a los delegados norteamericanos y latinoamericanos, los primeros tuvieron que reconocer que les concedían una atención permanente a los asuntos de Europa y de Asia, pero que apenas sabían algo sobre sus vecinos más cercanos : México, Cuba, Guatemala... Fuera de unos cuantos lugares comunes, con mayor o menor justificación histórica y presente, tampoco parecen conocer muy bien los iberoamericanos a Norteamérica.

¿ Pero acaso se conocen y se comprenden bien los propios hispanoamericanos, no obstante hablar la misma lengua y poseer intereses generales comunes ? No, no se conocen ni se comprenden. Se celebran periódicamente conferencias gubernamentales y se votan resoluciones sobre esto o lo otro ; existen organismos y organizaciones más o menos oficiales o semioficiales ; pero encerrados las más de las veces en un nacionalismo estrecho, no hacen mucho sus pueblos por conocerse y comprenderse directamente.

Dentro de la necesidad de este conocimiento y esta comprensión, la libre circulación del libro — y de las publicaciones en general — constituye quizá lo primero. Se oponen a ello toda suerte de trabas aduaneras y monetarias ; a veces son las propias Cámaras de Comercio — y las del Libro — las que levantan absurdas barreras proteccionistas. Y otras son los gobiernos — dictatoriales y reaccionarios — los que cierran las fronteras en nombre del peor de los proteccionismos : el obscurantista y cerril. La triste realidad es que los libros en lengua española no suelen tener libre acceso a todos *los lectores de la misma lengua.*

Un libro — traducido o propio — registra sus derechos de propiedad para todos *los países hispanoamericanos. Quiere ello decir que, salvo raras excepciones, un libro editado en la Argentina no puede ser editado al mismo tiempo en México, por ejemplo. Pero como su circulación resulta difícil entre* todos *los países, el hecho es que el mercado queda abusivamente restringido. Todo ello, claro está, en detrimento del lector, del autor, del editor, del librero y, finalmente, de la Cultura. Y ocurre algo aún peor, a veces, con las revistas : por ejemplo, la revista argentina SUR, de gran prestigio continental — y cuyo vigésimoquinto aniversario saludamos fraternalmente —, no goza de libre entrada en México. ¿ No resulta todo esto improcedente y absurdo ?*

El Congreso por la Libertad de la Cultura, que cuenta ya con secciones activas en los principales países latinoamericanos, se propone agitar este problema de una manera permanente, en aplicación del acuerdo unánime de Santiago de Chile « favorable a la desaparición de todos los obstáculos que dificultan o encarecen la circulación del libro en general, y especialmente del impreso en español y en portugués, entre todos los países en que se hablan estos idiomas, de manera que toda esta amplia zona del mundo llegue a constituir un mercado del libro en que éste circule sin dificultad de ningún género y en el que a las divisas-libro no se les pongan limitaciones de especie alguna ». ¿ Por qué no se preocupan de este problema los organismos y organizaciones culturales, los Sindicatos libres — que no sólo deben preocuparse de cuestiones económico-corporativas —, los Parlamentos — que con tantos escritores y educadores cuentan —, los periódicos y las revistas... ? A todos se dirige nuestro llamamiento.

Nuestra Conferencia de Milán aprobó una resolución — o recomendación — favorable a la traducción de libros — y favorable a toda manifestación cultural — de los llamados países subdesarrollados a los idiomas que constituyen vehículos universales, principalmente al francés y al inglés. Aprovechamos todas las oportunidades para recomendar la traducción, entre otros, de los buenos libros iberoamericanos. Nos proponemos intensificar esta labor en el porvenir. Pero al mismo tiempo que llenamos así nuestra misión cultural, favorable a la confrontación y al conocimiento de los valores universales, harían muy bien los propios países iberoamericanos ofreciéndonos un ejemplo de confrontación y de conocimiento de sus propios valores.

EMIGRADOS

POR AMÉRICO CASTRO

La lectura de un muy significativo libro sobre las emigraciones españolas de hace más de un siglo ha motivado las siguientes páginas, inspiradas por un deseo de paz y de intelección. Pienso, cada vez con más fe, que un pueblo mejora el curso de su vida no negativamente renegando de sus males, sino organizando con claridad y energía la posibilidad de sus bienes, anticipando en hechos reales y constructivos lo que, sin eso, queda flotando en el aire de las palabras, en la nube de los sueños.

Las emigraciones hispánicas por motivos religiosos o políticos comenzaron con la expulsión de los judíos en el siglo XV, y han venido reiterándose hasta el tiempo presente. Sus consecuencias han sido tan enojosas para los idos como nocivas para los quedados. Desde hace siglo y medio las salidas en masa han sido frecuentes ; los emigrados querían salvar la piel y también las almas, ya que lo intolerable — en blanco, en rojo o en azul — incita a la huída tanto como el peligro físico. Unos diez mil afrancesados dejaron su país en 1814 al reocupar el trono Fernando VII, monarca querido por los más de los españoles ; se produjo otra desbandada al restablecerse la monarquía absoluta en 1823. En menor escala se repitió el hecho con motivo de los pronunciamientos militares en tiempo de Isabel II. Emigraban los carlistas derrotados después de cada guerra civil, lo mismo que algunos liberales al fracasar la República de 1873, y las subsiguientes intentonas para restablecer aquel régimen.

Durante los años mozos del siglo ahora en curso parecía que los españoles se encontraban bien asentados en su tierra, y que estaría en su mano marcharse o permanecer en ella. Los acontecimientos iniciados en 1936 no han sido, sin embargo, una catástrofe imprevista y ocasional, sino un aspecto del modo de funcionar la vida española. En ella y con ella han de ser entendidos los llamados « hechos », en sí mismos fragmentos anecdóticos. Los acaecimientos humanos responden a fuerzas que han de ser conocidas y entendidas por quienes pretendan dominarlas o modificarlas, suponiendo que ello sea posible. Mientras se creía que el rayo era un exabrupto de Júpiter, no hubo modo de protegerse contra él.

Los españoles emigrados a principios del siglo XIX creían en la calidad jupiterina de Fernando VII, del mismo modo que hoy continúan achacando sus desventuras a motivos accidentales y no a circunstancias que afectan al funcionamiento total de la vida hispánica. Se resisten, con ace-

rada tenacidad, a aceptar la evidencia de no haber ningún Olimpo fuera del construído por nosotros mismos. Hablando con estricto rigor, el triste hecho de las emigraciones — la fernandina y la actual — no deriva de la circunstancia de existir dos Españas. Es muy significativo, a este respecto, que ciertos disconformes con la figura trazada por mí de los españoles, se sientan penetrados de una « sensación inevitablemente melancólica, en gran parte descorazonadora ». No encuentran justo que yo desatienda « esclarecimientos ajenos », y toman como tales los píos deseos de algunos escritores. Corre por ahí la fantasía de existir dos Españas, la reaccionaria y la progresiva, la última de las cuales acaba siempre por ser aplastada. Se llama reacción a los hábitos tradicionales y espontáneos, y progreso a ciertas ideas y usos, no nacidos en España, sino importados del extranjero. Olvidando el pequeño detalle de la *importación*, la imagen de España se falsea y se enturbia. Alemanes, franceses e ingleses inventaron — cada grupo a su modo — nuevas creencias y pensamientos, y los opusieron enérgicamente a los legados por la tradición. Su resultados fueron nuevos regímenes religiosos, filosóficos, científicos y políticos. Algunos españoles, seducidos por ese espectáculo, pretendieron adoptar algunas de aquellas novedades, sin construir bases propias sobre que fundarlas. Cuando las importaciones no implicaban un cambio decisivo en el rumbo interno de la propia vida, fué posible introducirlas (ferrocarriles, anestesia, termómetro, etc.) ; en otros casos, no. Las modestísimas innovaciones ideológicas del siglo XVI (erasmismo), del XVIII (cultura científica y crítica racional), y del XIX (europeización, tolerancia de cultos, etc.), afectaron escasamente al tono, sobre todo rural, de las masas hispánicas. Frente a ellas no se irguió una concepción nativamente hispánica de modos de vida fundados en creencias seculares, terrenas. Los leves intentos de mutación han procedido siempre del descontento de los españoles respecto de ellos mismos y se han inspirado en modelos extraños.

Sin inventarse nuevos sistemas de vida política se ha pretendido mudar la inveterada tendencia a vivir según se venía haciendo desde hacía siglos, sin darse cabal cuenta de que los ejemplos ajenos poseen eficacia sólo limitada y superficial. Y a esto es a lo que llaman « la otra España », para mí indivisible radical y congénitamente de la *otra*. Se explicaría uno, hasta cierto punto, que si en la Península Ibérica hubiese zonas con religión distinta con fuerza bastante para hacerse respetar (los protestantes en Francia, los católicos en Alemania e Inglaterra), se hablara de dos Españas. Mas aunque fuera así, semejante dicotomía carecería en absoluto de sentido, porque la variedad de posiciones y de contenidos en las comunidades humanas algo complejas no obliga a escindir estructuralmente la homogeneidad vital de un pueblo, cuando éste aparece asentado en la historia como una *ipseidad*, como una continuidad de conciencia y de valores propios. Las guerras de religión desgarraron a Francia en el siglo XVI y seguían lacerándola todavía a comienzos del siglo XVIII, sin dar por ello origen a dos Francias. Calvino era tan francés como San Francisco de Sales. La Revolución de 1789 separó a los franceses en forma atroz y aun sigue habiendo hoy día monárquicos que conmemoran la ejecución de María Antonieta. A pesar de lo cual la Francia post-revolucionaria no es otra frente a la tradicional que ha continuado flanqueándola hasta el momento presente. Es asimismo manifiesto para muchos que la Rusia comunista no ha roto la figura de la Rusia zarista, en cuanto a carencia de libertad, o a su programa de política exterior, según hacen ver ciertas luminosas páginas publicadas en *Cuadernos* recientemente. El hacer otras cosas no significa ser otro, si el pueblo en cuestión no cambia la forma, el rumbo y el movimiento de su peculiar disposición de vida.

Ante un fenómeno de la magnitud de la emigración hispánica y frente al enigma inquietante del futuro próximo, lo menos que cabe hacer es situar aquel fenómeno en el área real y humana en que efectivamente existe. La cuestión dista de ser académica, pues el contenido de ella es averiguar el motivo para la dificultad de convivencia, para el sordo deseo de hacer añicos al *otro* ; o, cayendo en un opuesto extremo,

para confiar la dirección de la vida a cualquier forma de *otro*. Convendría demorarse un instante en la forma y modo de aparecer en la conciencia esos *otros*, porque no cabe buscar solución al problema — o meramente precisarlo colocándose fuera de él. Doctores y medicaciones no sirvieron de mucho hasta ahora. Ni tampoco la violencia.

Hay para ello que enfrentarse *consigo mismo*, con un personaje situado a mayor distancia de la imaginada, rebelde al trato y a la persuasión. Costaría gran esfuerzo convencerlo de que él también forma parte de la otra España, tan aborrecida, como indisoluble de su otra supuesta mitad. Hay sólo una, siempre en espera de lo que alguien (algo *otro*) decida hacer con ella. El espejismo de hallarse existiendo en una España distinta de la otra es un reflejo indirecto del especial funcionamiento de la vida hispana, y de la posición que *el otro* y *lo otro* ocupan respecto de la persona. A veces provocan repulsión y apetencia de aniquilamiento ; mas en algunas ocasiones la persona se entrega a ellos incondicionalmente. Escribía Miguel de Montaigne que los españoles eran valerosos y arrojados por no percatarse de la realidad de los peligros (de *lo otro*, diría yo). Incluía en la misma explicación a los franceses, sin hacer una importante salvedad : los españoles, en efecto, no calcularon ningún riesgo y se lanzaron a dominar inmensas tierras sin casi otra arma que sus cuerpos ; los franceses, en cambio, nunca estiraron los pies más allá de la manta razonable : ni un bello monumento dejaron en la Luisiana o en el Canadá. Ha sido empresa reciente la formación de su imperio colonial con tacto diplomático (Marruecos a cambio de dejar Egipto a Inglaterra), y con pertrechos técnicos desconocidos en el siglo XVI. La lengua española se difundió de boca a oído ; la francesa, mediante libros y escuelas La historia, en último término, depende de la dimensión y del modo de realizarse los valores, y no simplemente de la psicología.

El español se enfrentó con *lo otro* (el mundo natural y el humano) en una manera que llamaría « allófila » o « allófoba ». Unos trataron a los indios (para citar un ejemplo llamativo) muy entrañablemente, inspirados por Las Casas, Zumárraga, Vasco de Quiroga y algunos más ; muchos cruzaron su sangre con la de los indígenas ; no pocos los esclavizaron o explotaron sin piedad hacia ellos. Los ingleses, por el contrario, ni los convirtieron ni los explotaron ; fría y calculadamente, acabaron con ellos, o los echaron a un lado. Para el anglo-americano *los otros* fueron tema de pensamiento, de pensar qué había de hacerse con ellos. Desde el siglo XVII hasta hoy la línea de conducta no ha variado.

En realidad el hispano rechaza o se entrega a *lo otro* en una relación de amor, de odio o de confianza esperanzada ; no bracea con ello problemáticamente, pues le impide entablar esa pugna la barrera de seguridad o de indiferencia tras de la cual existe encastillado. Si engaña al agente del fisco o al aduanero, es por considerar el Estado como un remoto otro, y por confiar en que otros pagarán lo necesario para sostener la maquinaria estatal. Un escritor humorista, muerto hace medio siglo, envió a su hijo a pedir los Santos Oleos a la parroquia de San Ginés, en Madrid, y encarecía que se los trajeran buenos, que eran para él ; los « rancios » quedarían para los otros. Y descendiendo a asuntos más terrenales, el hispano confía en que alguien le trace y edite el mapa de su propio país, con lo cual no hay mapas españoles de España en el mercado internacional. El mapa es una forma de *otro*, y se confía en que otros lo hagan, como en efecto acontece. De lo cual a considerar la misma España como *lo otro*, no hay sino un paso.

La consideran como algo ajeno y utópico (sin lugar rigurosamente asignado en sus vidas) ; no la enfocan como tema de actividad pensante, sino como objeto de entusiasmo o de animosidad. El clerical negado a la tolerancia no se hace problema de cómo queda España al no poseer sino una creencia (el embobamiento ñoño de los españoles de hacia 1700 le deja indiferente). El librepensador que cree que basta serlo para normalizar la vida civil, incurre en la opuesta falla ; se limita a sobrestimarse a sí mismo, y a desear la destrucción del cerril reaccionario. El emigrado no comprende que el gobierno tiránico es mies en cuya sementera hubo granos suyos ; y el régimen arbitrario no recapacita en que su

arbitrariedad provoca la desesperación, en un trágico círculo muy vicioso. Y todo viene a parar en el mismo punto de origen : lo *otro* queda fuera del radio de la actividad y del pensamiento propios.

Terrible asunto. Aunque lo peor que puede hacerse ante él es frivolizarlo u ocultarlo tras el humo de las frases vanas. No quiero hacer eso aquí en Houston (Texas), en donde escribo. No lejos de mí pasaba el aún hoy llamado « Spanish trail », en nuestra lengua el « Camino Real », que ahora lleva a los malos olores de las refinerías de petróleo y a las estupendas fantasías luminosas de sus noches. Por él deambulaban en el siglo XVIII quienes se dirigían a la Lusiana, entonces dominio español. Imagino que ese rumbo habría tomado cierto maestro nombrado por Felipe V para enseñar allá la gramática, la lógica y los dogmas, según dice la real orden, expuesta en una vitrina del museo de San Jacinto. El estipendio era de 800 pesos, pagaderos por el obispo de Puebla (Méjico), que lo había propuesto. Una línea lógico - gramatical - dogmática mantenía la cohesión entre Madrid, Puebla y Nueva Orleans ; en esta última construían entonces las casas del Cabildo, todavía en pie.

Al transitar hoy por estas rutas, puro artificio de correa sin fin, con lo humano reducido al mínimo, se queda uno perplejo al rememorar la situación y el sentido de estas tierras todavía hace unos 130 años : un puro dominio de escueta humanidad, sola, sin *otros*. Por las tolvaneras y los soles de fuego trajinaban las recuas, los hidalgüelos, los frailes, los capitanes, los indios con guaraches. Y lo mismo acaecía yendo al Oeste, hasta San Francisco y Monterrey ; o hasta el Sur, muy lejos, en donde se alarga, entre la roca y el mar, la prieta angostura de la tierra chilena. Maravilla. Permanecen los lugares, los templos, las mansiones, las gentes que hablan, los nombres adheridos a una tierra, contemplada desde España, fabulosa. No hay allá un río de los Brazos de Dios, ni una Sierra de la Sangre de Cristo. Tensión hasta rebasar todos los límites sin, en último término, salir de sí mismo. Sin *otro* y sin *otros*. Contando con ellos hubiera sido imposible.

Mi visión unitaria de España no se invalida oponiéndole frases escritas por quienes confunden sus deseos con las realidades. Lamento que esa visión descorazone a algún buen amigo. A mí no, y llevo años intentando contagiar mi optimismo a algunos lectores, justamente por no colocarme ante el *otro* de lo hispánico como los españoles han solido hacerlo con lo *otro* en sus tratos con el mundo. Se me reprocha no atender a los píos deseos de quienes proponen que los habitantes de cada una de las Españas que imaginan, no prevalezcan « como partido único ». Otros recurren a la fórmula de « la tradición corregida por la razón ». Pero me sería de todo punto imposible complacer a mi amable crítico, porque mi tarea es dar una construcción correcta de lo que los españoles han hecho y, a mi juicio, han dejado de hacer ; no de lo que imaginan o anhelan ser.

Mi visión de España es real, pues las obras y acciones, con conciencia de ser españolas, están ahí presentes desde hace mil años. Por motivos inseparables del mismo proceso de estar existiendo, la conciencia española se ha expresado como un estar uno en conflicto consigo mismo y con la situación en que la persona se halla. Esa conciencia no se expresó antes de la invasión musulmana, y continuó manifestándose posteriormente en enlace con las circunstancias suscitadas por aquélla. Momentos y aspectos máximos de tal situación interior-exterior han sido :

Entrega a la forma y manera de la vida musulmana y simultánea reacción contra ella. Reconocimiento de la superioridad hispano-hebrea en lo económico, administrativo y técnico, junto con el afán de liberarse de tal dependencia. Importación y adopción de gentes y usos franceses (luego, de otras partes) combinadas con una milenaria antipatía y con reniegos de tener que necesitar ayudas exteriores. Inmersión total — sin dejarse nada fuera — en cierta forma de creencia religiosa, y conciencia, a la vez, de los daños y desastres derivados de tan incondicional renuncia al propio juicio.

Esto es, a grandes y exactos rasgos, lo acontecido desde el siglo IX hasta ahora

AMÉRICO CASTRO
(Dibujo de Barro.)

(otros subaspectos no caben en este esquema), lo cual no es *congelar* a España, según escribe algún aturdido. El existir español consiste en una polémica. En la existencia de tamaña pugna, constante y sin tregua en una u otra forma, ha consistido su vivir. Quienes pretenden desconocer su manifiesta realidad, resuelven aquella existencia en unidades estáticas, sustanciales, ingenuamente psicológicas. Nos dicen que los españoles son sobrios, ibéricos, senequistas, neolíticos o heroicos, con lo cual la realidad última de un gran pueblo, con personalidad única e intransferible, queda resuelta en humos espectrales. Sin congruencia con tan abstractas verbosidades surgen las pretendidas « dos Españas », sin percatarse de que tal dualidad es indisoluble del mismo compás polémico de la existencia hispana. Cuando por cualquier motivo la conciencia polémica se agudiza, entonces la pelea se reanuda con renovado vigor. Lo sabía muy bien aquel inteligente zorro llamado Fernando el Católico, y por eso buscó sugestivas ocupaciones a quienes, según Hernando del Pulgar, no sabían distraerse sino haciéndose añicos unos a otros, y destrozando la propia tierra.

Si alguien observara que todo vivir consiste radicalmente en un polemizar con lo que sale al paso, y que lo mismo que a los españoles ha acontecido a todo grupo humano, mi respuesta sería : los pueblos no hispánicos del mundo occidental atacaron sus dificultades partiendo desde una base una, no escindida — la « empiría » inglesa, el « pensar » francés, la visión « estético-figurante » italiana, etc. El futuro español nació a esa vida, hoy llamada hispánica, se la hizo, desde una conciencia escindida, cuyas fuerza y eficacia manaban por entre las fisuras de su misma radical escisión. De ahí la riqueza maravillosa de su dialéctica vital y la pobreza de su poder inventivo frente a la naturaleza de las cosas. La conquista de las Indias españolas se realizó con ánimo dubitativo (inseguridad vital, no problematismo racional). La raíz misma del impulso expansivo estaba hendida entre la conciencia del afán de lucro y de dominio, y la conciencia del pecado contra Dios (Las Casas y sus seguidores). Contra el encomendero, el fraile. Con lo cual se complica que aquél llevaba en sí los escrúpulos del fraile, y éste se dejaba arrastrar por codiciosos y terrenos afanes.

A muchos ha convencido la verosimilitud del cuadro (los juicios históricos son verosímiles, no exactos) ; otros, en cambio, habrían deseado un cuadro en que el modelo apareciese más favorecido, con claras tonalidades científicas, sin desgarros e inseguridades íntimas, sin emigraciones, con bienestar, con más alto rango entre las otras naciones. Alucinados por ese anhelante sueño, añoran una realidad española congruente con sus deseos. En el siglo XVII llamaban a eso arbitrismo ; yo lo llamo ahora mesianismo, y he destacado sus manifestaciones a lo largo de varios siglos. En lugar de un difícil y apretado análisis, hubieran preferido un mensaje animador y profético. Tendría yo — al parecer — que haber dado oídos a los « esclarecimientos » de ciertos escritores que

invitan a los hispanos de opuesto matiz a entenderse amigablemente, y a « armonizar la tradición con la razón ». Pero no es cierto que haya yo desatendido tales « esclarecimientos » : están colocados en su propio lugar, entre las voces de cuantos han clamado por una España distinta de aquélla en que vivían. Tales deseos, según he hecho ver, son constitutivos de la textura vital de los españoles, labrada en clave del « ojalá » árabe y del « si Dios quisiera » cristiano. Todos, incluso los más ateos, han vivido en continua « plegaria », rogando e invocando a divinidades tan imaginarias como queridas. Ya la Constitución de 1812, inspirada en ideas extranjeras, decretaba que los españoles fueran buenos, virtuosos y temerosos de Dios. Una fracción del partido carlista fué llamada de los « ojalateros » por tener siempre en la boca el « ojalá ». Recientemente un ilustre historiador esbozaba el ideal de una « España única », en la cual la España de la tradición, la del catolicismo inquebrantable, *deberá* abstenerse de « toda presión exclusivista contra los disidentes ». La España nueva, a su vez, tendrá que fundarse en « lo castizo eterno ». Tal es la imagen de la España deseada, no la realidad de la que ha sido y sigue siendo. Esos y otros clamores son parte de la historia de España en cuanto manifiestan la inquietud e inseguridad de su vivir, y nada más. La historia no consiste en predecir el futuro ni en planear comportamientos, tarea esta última para políticos y predicadores. El historiador desprende de la masa confusa del pasado, obras y acontecimientos provistos de dimensión valiosa, y los dispone en estructuras de sentido. Gracias a esas estructuras sabemos que el anhelar ser lo que no se es refleja uno de los modos de funcionar la vida hispana, es algo real ; no lo es en cambio la meta soñada de los deseos.

Consagré yo también los mejores años de mi vida a colaborar junto a quienes intentaban mudar el rumbo de la vida española, emulando a los grandes varones del siglo XVIII, embarcados en la misma empresa, desde Feijóo hasta Jovellanos. En algunas zonas de la cultura fueron labradas diminutas maquetas para mayores y soñadas construcciones ; mas al intentar llevarlas a cabo, la tierra cedía bajo los cimientos. Había entonces que reintegrarse a la torre de Segismundo. La España otra, la llamada liberal y progresiva, — la interesada a veces en ignorar la tradición ; a veces en no renunciar a ella y en infundirle espíritu y rumbo nuevos, — no tuvo nunca auténtica dimensión pública, quedó reducida, en el mejor caso, a obras individuales de gran mérito, escasas y esporádicas, en letras, artes y ciencia. Proyectos plausibles y bien fundados de acción colectiva, no los hubo. Hubo sueños y palabras, o imitaciones simiescas del extranjero sostenidas por la arbitraria violencia. La España « progresiva » no era otra, seguía siendo ella. De esa su intransferible realidad tendrá que partir, desde la total conciencia de sí misma, como *una* y no como *dos*, si alguna vez ha de alzarse a mayores y más gratos destinos. Como en un despertar y en un ascender a nuevos estados de ánimo dentro de los cuales la persona se siente maestra y discípula de sí misma.

Los *ensayos de conciencia* serían más fecundos que los exámenes, útiles para otros fines. Intentar, por ejemplo, hacerse una conciencia de la tan manoseada y engangrenada cuestión religiosa. La libertad religiosa no ha existido nunca, fuera de brevísimos períodos y como un « escándalo » legislativo. Y no ha existido porque la libertad es un cauce para torrentes humanos mal contenidos y desbordantes — el traje crecedero del niño es una realización de la libertad. La Constitución de 1812 no incluyó en ella la libertad religiosa, por no ver ni sentir aquellos legisladores la necesidad de tamaña innovación. Otro hubiera sido el caso de existir, de veras, creencias distintas de las tradicionales. En la Francia de entonces perdía la Iglesia su papel dominante por haberse creado los franceses maneras *suyas* de fe, de pensamiento y de conducta colectiva discrepantes respecto de las patrocinadas por los eclesiásticos. En los países protestantes la religión se secularizó hasta el punto de no quedar apenas puntos de posible fricción entre las creencias y la vida privada y pública. Muy distinta a esa es la situación de España, pues en ella la oposición a la Iglesia se nutrió sobre todo de los deseos de anularla (un caso de « allofobia », en mi

jerga) ; no en acciones constructivas y firmemente estatales. Con claros sustitutivos a mano, no se habría sentido la necesidad de quemar los templos, para fortalecer interiormente a quienes se pretendía aniquilar — ni incontables emigrados rodarían y vagarían hoy por los caminos del mundo.

La llamada otra España existe en el hueco creado por la desestima y por la sensación de incomodidad respecto de los modos de vida en torno a uno. Se querría entonces ser de otra manera y, en efecto, se logra en algunos casos, si bien individualmente, como en un sálvese el que pueda, y no como en un « salvémonos muchos ». O se intenta llegar a mágicos resultados mediante fórmulas políticas importadas, superpuestas, o sencillamente quiméricas, como las del brumoso y místico anarquismo. En ningún caso se renuncia auténticamente al sistema actual de vida. A los españoles les parecería una ridiculez el que varias personas se asociaran para conseguir, a costa de los mayores esfuerzos, colmar la laguna a que antes aludía : trazar un mapa de la Península Ibérica, editarlo en el mayor grado de perfección posible y en condiciones de competir con los publicados en Francia e Inglaterra. Y por supuesto, sin alquilar cartógrafos, prensas e impresores extranjeros. España, siempre hambrienta en extensas zonas de ella, ha despilfarrado millones en suntuosidad y representación. Pero la falta de hábito de hacer ensayos de conciencia lleva a no notar la falta, por ejemplo, de un lugar en donde puedan adquirirse las inexistentes fotografías de lo que fué el Imperio hispano. Los españoles no poseen modo de conocer lo hecho por sus antepasados en medio mundo, la belleza de tanto espléndido monumento. En otros campos, no existen tampoco estudios geográficos ni históricos al alcance de muchos. *El Antijovio*, de Gonzalo Jiménez de Quesada, ha permanecido cuatrocientos años inédito en una biblioteca de Valladolid, antes de que los colombianos lo publicaran por razones de patriotismo local. Y sin embargo se ha vociferado que España era ya una nación imperial.

La disconformidad con las presentes maneras de vida, sin muestras auténticas de la posibilidad de una mutación en el rumbo de la vida colectiva, no justifica la pretensión de que exista *otra* España. Si en verdad se consiguiese dar al régimen de vida deseado suficiente contextura, aquél aparecería no como una España distinta, sino como un diferente modo hispánico de comportarse. Pero los españoles de la pretendida *otra* España dicen que no es posible, porque los *otros* no los dejan, — es decir, no se dejan ellos mismos.

Mas a fin de examinar nuestro asunto desde puntos de vista más remotos, conviene alejarse del momento actual, tan en carne viva. Para los quietos españoles del siglo XVIII la Revolución Francesa significó grave contratiempo. El lago de inmóvil humanidad rizó levemente sus aguas. Las tropas francesas (por cortesía internacional llamadas napoleónicas) desencadenaron la heroica defensa de la tierra propia ; mas infiltraban al mismo tiempo las ideas llamadas entonces « liberales ». El nombre partió de España, aunque debe insistirse en que el sentido originario iba unido a la vivencia de la condición generosa y desprendida de una persona ; el contenido político y objetivado vino de fuera. Los más instruídos se hallaron así en la angustiosa situación de sentirse, en un mismo impulso, adversarios y deudores respecto de aquellos vándalos, que causaron ruinas y destrozos nunca bien tabulados. Una parte de la población de Uclés fué quemada viva, para castigar su tenaz resistencia. La persona de Jovellanos ejemplifica aquel drama: toda su vida estuvo orientada hacia afuera de las fronteras, pero la invasión francesa le hizo colocarse junto a quienes no sabían sino defenderlas.

Como Fernando VII y la mayoría de sus súbditos no entendían de matices, los diputados doceañistas y sus partidarios tuvieron que escapar al extranjero. Las emigraciones se hicieron frecuentes a partir de esta época, por no ser ya posible mantener a España aislada del mundo como en los siglos anteriores. Desde fines del siglo XIX los libros extranjeros circularon en abundancia, y bastantes hombres (pocas mujeres) aprendieron a no ser católicos ; y además, ciencia y técnica extranjeras. Pero ya desde comienzos del siglo XIX algunos se habían arrojado, con grandeza heroica en

ocasiones, a combatir y a modificar la estructura política de la nación. Los afrancesados en 1809, los liberales en 1812 y en 1820 ; liberales y republicanos en 1869 y en 1873 ; republicanos, socialistas, anarquistas, separatistas y escritores liberales, en 1931 ; a ellos se añadieron los comunistas en 1936. Consecuencia de todos esos movimientos fueron oleadas emigratorias de mayor o menor volumen, cuyo sentido sería conveniente observar en sus manifestaciones iniciales. Permite hacerlo, en realidad por primera vez, un libro claro, inteligente, lleno de mesura, dignamente concebido y desarrollado. Me refiero a *Liberales y Románticos* (1823-1834), obra del profesor Vicente Llorens, en la cual se evoca y reconstruye la situación de los emigrados en Londres durante los años de Fernando VII.

Aquel vario grupo aparece ahora como ordenado conjunto de vida, con sus individuos en adecuada gradación de valor ; están ahí desde los que nada hicieron digno de ser rememorado, hasta la figura de José María Blanco White, el más extraordinario entre ellos y el menos bien conocido hasta ahora. Blanco, según se sabe, llegó a ser escritor en lengua inglesa, cambió de religión, con lo cual se distanció tanto de los emigrados como de los ingleses. Enojó a los católicos y no satisfizo a los anglicanos. Quienes no lo estimaban ni entendían, le pusieron el mote de « Juan sin Tierra ». A pesar de ello — quizá por eso — penetró, como nadie hasta entonces, en el problema inquietante de la vida española, según se ve en este pasaje que traduzco ahora :

« El afán tan extendido por los libros de caballería, sugeridores de la obra inimitable de Cervantes, deriva en parte de la disposición romántica de la nación, aunque al mismo tiempo manifiesta una tendencia general hacia las tareas de la mente y a buscar distracciones. El español es una mezcla de indolencia y de fantasía. Posee un universo propio, en el cual se encuentra a sí mismo en situación de superioridad respecto de todos los otros seres limitados. Allí es donde exulta y se exalta *(he revels)* al tomar conciencia de sus capacidades naturales, y halla refugio contra los accidentes a que le expone su poca afición al esfuerzo. *Si* (subrayo yo) los libros hubiesen circulado en un país como ese, *si* el alimento intelectual se hubiese distribuído abundantemente entre los reflexivos castellanos, los penetrantes aragoneses y los vehementes andaluces, — los mismos alemanes habrían resultado huéspedes algo delicados *(dainty guests)* junto a ellos ».

Un tan penetrante análisis termina, sin embargo, con el secular *si* optativo, tan propio del modo hispano de razonar. En la misma línea de anhelo expectante se sitúa el autor de un informe acerca de la situación de España en 1825, publicado en la revista londinense *Ocios de Españoles Emigrados* :

« Es casi imposible caminar ahora por España sin oir en las posadas, por todas partes, hablar acerca de los *negros* [« los liberales »], de los *blancos*, de los *gabachos* y de los *ingleses*, aun a los pordioseros... ; en seguida viene una exclamación como « *¿ en qué vendrá a parar esto ?* ¿ cuándo querrá Dios remediarlo todo ? ».

Divididos políticamente, ocupados en diferentes tareas para aumentar sus escasos ingresos, los emigrados hallaban refugio en la esperanza del retorno, sin siquiera ocuparse en adquirir la lengua del país en donde residían. Francisco Javier Istúriz, más tarde ministro de España en Londres y presidente del consejo con Isabel II, no sabía inglés : « Es un error, decía, pensar que yo estuve aquí [en Inglaterra] emigrado diez años ; la verdad es que no lo estuve más que ocho días, porque cada semana *esperaba* (subrayo yo) una revolución en Madrid, y vivía con la maleta hecha para marcharme ».

Carlyle — según recuerda Llorens — ha descrito a los emigrados. Los veía paseando en grupos en los días primaverales por Euston Square, con aire grave, los labios cerrados, envueltos con altiva dignidad en sus capas raídas. Unos ya encanecidos, otros con cabellos de un negro profundo ; aquellos hombres de tez morena, de mirada fogosa y sombría, deambulando sin objeto, producían a Carlyle la impresión de leones enjaulados. Aguardaban, añadimos ahora, la muerte de Fernando VII, o una revolución providencial.

En cuanto a remedios para corregir los males de la patria, los había de todas

clases. Un exaltado como Manuel María Acevedo proponía « aniquilar la familia reinante y exterminar el clero ». Haciendo juego con tan piadosa fórmula, el capitán general de Aragón (Bassecourt) dirigía esta plegaria a la Virgen zaragozana :

A ti suplicamos,
Madre del Pilar,
Que a los enemigos
Mates del altar...
Que los blancos vivan,
Que los negros mueran.

Entre tan opuestas y congruentes barbaries se elevaban voces de gente angustiada por tan inútil y necia desolación :

« Si los serviles [« los absolutistas »] y los *satélites de la fuerza extranjera* (el subrayado es mío) acaban con la mitad de los hombres libres y con los dos tercios de su riqueza, y los libres y patriotas se proponen acabar con todos los encarnizados enemigos..., ¿ sobre quién se han de derramar los bienes de un nuevo sistema ? ¿ Sobre los sepulcros y los destrozos ? »

La verdad es que los emigrados no sabían qué hacerse ni con la gente ni con la tierra de su patria. Unos buceaban en la tradición democrática de la Edad Media española, otros se volvían a las nuevas repúblicas de Hispano América, que no querían prestarles amparo, ni siquiera albergarlos en sus vastos territorios. Los españoles de Londres no aprovecharon los años de *ocio* para inculcar en sus vidas ejemplos de nuevos modos de existir colectivo, distintos del dejado atrás y al cual debían sus infortunios. Divididos entre sí, vacilantes e inseguros, se limitaban a añorar y a anhelar. Los más de ellos subsistieron gracias a la ayuda del gobierno inglés, por ser grato y conveniente a Inglaterra el constitucionalismo liberal representado por los emigrados, que ningún peligro significaban para el régimen político y social vigente.

Algunos españoles gozaron de alto prestigio personal, y su acción se hizo sentir en la vida literaria de Inglaterra según hace ver con nuevos datos el profesor Llorens. La consecuencia de su retorno a España sería el Romanticismo ; no un nuevo sistema de trabajo y convivencia, sino nuevas formas de expresión personal. El pensamiento acerca de la vida española adquirió sin duda nuevas dimensiones, aunque continuó cerrada la vía para cuanto no fuera español. Es decir : los españoles no se ocuparon de Europa como Europa se ocupaba de ellos. Pero a las emigraciones, a los contactos con otras gentes, se deben nuevas direcciones fecundas, que iniciadas con Larra, culminarían años más tarde en la obra genial de un Galdós y en el apostolado de Giner de los Ríos. Pero no es menos cierto que algunos emigrados, al reintegrarse a su patria, obligaban a emigrar a otros. La *otra* España no era radicalmente distinta de la *otra* opuesta a ella. Menéndez y Pelayo, clerical y reaccionario, contribuyó a abrir la mente de la cursi aldeanería histórica de hacia 1890, tanto como Giner y Galdós desde contrarias riberas. Las emigraciones, aquellas y otras, no fueron ni serán inútiles, no son angustia perdida. Recordando a Blanco White digamos que la fantasía no debiera ir acompañada de lo que él llamó « dislike of exertion », la mental y la de todo el cuerpo. El futuro se preformará en los « ensayos de la conciencia », no será traído por ninguna mágica ventura.

Al llegar a esta angostura de penoso tránsito, surge en quien escribe la legítima duda de si no habría sido preferible frenar el razonamiento y detenerse en un lugar más propicio a vistas amenas y apacibles. No era fácil. Arriesgarse de veras por entre antiguas realidades humanas cuyo latido alcanza hasta nuestro hoy, es dura peregrinación, — un caminar « entre espinas crepúsculos pisando », incluso si la incierta penumbra ha de anticipar auroras y no tinieblas. Compañeros para tales fatigas serán únicamente los habituados a la práctica del « ensayo de conciencia » y a no dejar en paréntesis su « sí mismo » ; entrarán, en cambio, a disgusto por esta vía quienes lean simplemente para reconfirmarse en sus posiciones doctrinales, nacionalistas, políticas o religiosas. Mas ahora es preciso moverse en el ámbito de una plena libertad de cultura, aunque ello merme el número de los asentimientos, según siempre acontece cuando uno no se alista en cualquier forma de interés preexistente y cómodo. No todo ha de ser escribir pensando en los multiplicadores de resonancias.

La historiografía cuyo objeto se aisla y se ancla en el pasado, mantiene aquél cerrado e inmovible ; la proyectada y extendida hasta el presente revuelve sin remedio los hombres que ya fueron con los que ahora se están haciendo. Es entonces inevitable que, si el problema toca a los afectos, no se deslice en los juicios del escritor la idea del « deber ser », justa o errada, oportuna o impertinente ; sobre todo en el caso de que las situaciones contempladas sean ingratas y angustiosas, y de que el observador no sea un desalmado, o un artista capaz de sacarle destellos diamantinos al carbón más prieto. Aunque incluso en este caso se trataría de otra realidad, la del arte, no de la que efectivamente sigue ahí clamando a los sordos oídos de un destino.

No finjamos, ni eludamos ; no añadamos, ni quitemos, en solicitud de anuencias y laudes. Ni hablemos de posturas « au dessus de la mêlée » — un improperio con que suele enmascararse la incorrección intelectual. Sacar a luz de comprensión las raíces últimas de un tronco humano hendido y maltrecho significaría, muy al contrario, entrar en lo más recio y apretado de la « mêlée », — a todo riesgo y sin ninguna esperanza de gratitud. No me conformo con la realidad de una España emigrada o « migranda », sino en sí « manenda », es decir, como mansión y hogar para todos habitable. El medroso problema es si la « morada de la vida », la oculta y callada, no hace inseguros los cimientos de la mansión exterior y tangible. Cuestión impopular, nada simpática, con la que se topa al enfrentarse con ese « uno mismo » que llevamos dentro. Ante nosotros se despliega el espectáculo del mundo hispanolusitano e iberoamericano (presentes para mí como unidad afectiva entrañable y no escindible). Demos unos segundos de tregua al nacionalismo pretencioso y retórico, a los intereses económicos, a las consignas de partido. Imaginemos, como en la ficción de Quevedo, que cada cosa ocupe su lugar por unos instantes. Y surge esto : países fajados por dictaduras manifiestas o hipócritamente veladas ; entregados en perezosa inercia a cualquier codicia extranjera ; anhelando ser regidos por pretores y procónsules de potencias lejanas ; sacudidos por frecuentes conmociones que no llevan a estabilidades fecundas. Cada mano, en un mismo cuerpo, maneja el martillo que machaca la otra. ¿ No sería ocasión de hurgarse algo en la conciencia, de someterla a una buena gimnasia ? Se habla de los granos y de las pústulas, como si fueran ellos la enfermedad y no simplemente sus síntomas. Se achaca el origen de los males a los americanos, a los rusos, a los curas, a los masones, a fulano y a perengano. Pero no es frecuente preguntarse qué haría uno y sus próximos amigos, si las fuentes de tanto mal se secaran y dejaran de verter « malignidades ».

El mundo hispánico, el peninsular y el trasatlántico, yace ahí hoy con reservas aún no explotadas ; con su latente, no activa y bien expresada originalidad. No estiman sus gentes la riqueza incalculable de poseerse a sí mismas, y a veces prefieren el deleite de una fácil retórica a la tarea de adentrarse en su trasfondo de humanidad. Ahondando en las posibilidades de la persona llegarían a adueñarse del subsuelo de sus tierras, hoy beneficiado en gran parte por hombres de otras lenguas. El suelo físico rendirá sus tesoros a sus propios habitantes, en la medida que éstos se vuelvan mina fecunda para ellos mismos y campos de humanidad bien labrada.

Sería este el único modo de evitar que prosperen las malignas simientes de la arbitrariedad dentro de cada individuo, y que cada uno de ellos se vuelva un posible tronco en la luego impenetrable selva de las dictaduras. Las emigraciones no serían entonces necesaria y desesperada salvación. Labranza a fondo y sin premura, sin verbosa magia de palabras falaces ; un constante y esforzado *ensayo* de conciencia, como si la gran representación hubiera ya de ser inminente.

AMÉRICO CASTRO

CHARLAS DE LA SIESTA

(Memorias paternas)

POR ALFONSO REYES

Solia mi padre, a la siesta, tumbarse un rato a descansar sin dormir. Entonces, en orden disperso, me contaba lances de su juventud militar. A veces, yo mismo lo provocaba. El había contraído en sus campañas — y lo fomentaban su actividad febril y las tremendas responsabilidades de su situación oficial y pública — no sé qué dolencia calificada de atonía digestiva, que se manifestaba en cólicos y otros trastornos. El me aseguraba que, de mozo, comía como un tigre, peleando con los alimentos. Pero yo ya solamente lo ví sustentarse con té y naranjas, maicenas y otros insípidos engrudos. A veces, ni siquiera podía con el plato de cereales. Nos lo ofrecía a sus hijos. Mis hermanos bajaban la cabeza, se hacían invisibles yo no sé cómo. Y yo me prestaba, por darle gusto, a engullirlo todo, cerrando los ojos y aceptando pacientemente mi destino. Su extraordinario vigor físico, sus constantes deportes de armas y caballos, sus hercúleos ejercicios matinales, parecían realmente incompatibles con aquella alimentación ascética. Y aunque, cuando llegaba el caso, él se curaba con feroces prácticas pantagruélicas, enormes cantidades de agua de sal y cosas al tenor, yo había descubierto por mi cuenta que el hacerlo charlar y recordar sus pasadas campañas era un tratamiento infalible. A poco, saltaba de la cama en paños menores y empezaba a pasear por la alcoba, desplegando, ante mis ojos maravillados, verdaderos cuadros de guerra.

Yo bien hubiera querido — y mi ternura se atrevió a sugerírselo — verlo consagrado a escribir sus memorias cuando regresó de Europa, en vez de verlo intervenir a destiempo en los últimos acontecimientos que lo condujeron a un fin trágico. Pero era difícil que prevaleciera el deseo de un muchacho sin experiencia (para colmo, « picado de la araña » y que vivía siempre en las nubes) sobre las incitaciones de otras personas mayores, que después se han arrepentido al punto de negar su responsabilidad en aquella funesta ocasión, y sobre el peso de tantos deberes y tantos intereses nacionales coligados por la fatalidad. Mi brújula no se equivocaba, y tengo derecho a lamentarlo.

Los antiguos hablan mucho del Leteo, río infernal del olvido. Pero ¿ y el torrente de la memoria ? Quien se deja azotar por sus aguas paradisíacas parece bañarse en sí mismo y sale siempre recuperado. Esta ablución purificadora debiera practicarse metódicamente como un ejercicio espiritual. Acaso la vida tenga por fin inmediato el crear un poso de recordaciones. La persona es una unidad algo

movediza, y como el mismo «metro patrón», necesita rectificarse periódicamente comparándose consigo misma. El cronómetro de la conciencia padece infinitesimales desvíos. No hay que dejar que se adicionen : un buen día suman ya una cantidad computable, y entonces es tarde para el remedio. A veces, olvidar es dulce, pero siempre es aventurado : al que olvida se lo llevan los pájaros. A veces, recordar es amargo, pero nunca inútil, salvo en los trances enfermizos de la idea fija. Los especialistas realizan hoy curaciones casi increíbles con sólo obligar a sus pacientes a sacar hasta la luz meridiana de la inteligencia algún amasijo de dolores que el miedo había relegado en los fondos cenagosos del ser. No busca otra cosa la terapéutica onírica, o averiguación de los símbolos biológicos que el sueño refunde a su manera : tratamiento tan antiguo casi como el hombre. Siempre se lo aplicó en los templos de Asclepio, y es muestra de la fragilidad humana el que se lo haya abandonado durante siglos, entregándolo a las burdas supersticiones. Odiseo, antes de Freud, arranca violentamente a sus compañeros de la morbosa flor de loto, vicioso deleite, para amarrarlos otra vez en la nave de su vida habitual. El hilo de Ariadna participa en algo de la cadena, es cierto ; pero gracias a él escapamos del Laberinto. Yo lo que sé es que mi padre solía restablecerse cuando yo le administraba la excitación del recuerdo. El mal del instante desaparecía como desdeñable accidente en el nivel general, en la curva estadística de la persistencia. Ya se comprende que yo lo hacía por instinto, y dí por casualidad con la solución del enigma. Pero hallar el sentido a la casualidad es el triunfo humano por excelencia. Y aun aquí, otra vez, es la memoria quien nos permite, al registrar estos resultados totales, la realización de triunfo semejante.

ALFONSO REYES
(Dibujo de Bartoli)

HABLANDO, hablando, mi padre volvía a ser quien era. Brotaba de él aquel magnetismo que todos sintieron en su presencia, y del que huían, con secreto aviso, sus malquerientes, como aquél que se prohibía las lecturas religiosas porque sospechaba que acabarían por convertirlo. Y así, las sencillas charlas de la siesta cumplían el doble prodigio de devolverme ileso a mi padre, y de poblar mi imaginación con perdurables estímulos. Todavía recurro a ellos, y cada vez me aficiono más a abrir el viejo arcón prestigioso, aromatizado de años. Allí, si vale decirlo, siento que me embriago de lucidez.

Por desgracia nunca llevé cuenta y razón escritas de estas conversaciones. Hoy temo equivocarme y mezclar especies. Comienzan a faltarme los testimonios más cercanos.

Sólo me queda una serie de escenas mal zurcidas.

No siempre se hablaba de guerra. Los temas de las charlas eran variadísimos. Tratábamos de poesía y de historia, que eran las lecturas predilectas de mi padre. Algo he escrito ya sobre esto, y lo repito para completar su figura, que la opinión sólo ha conocido en otros aspectos muy distintos. La posteridad recogió los rasgos más ostensibles de aquella existencia al servicio del país. En él se celebra al guerrero de La Mojonera, Santiago Ixcuintla, Tamiapa, Villa de Unión ; se admira al organizador del ejército ; se respeta al administrador honrado y al gobernante de profunda visión ; se discute al político del último instante. Pero en esa su justicia expletiva y ruda, la fama desconoce implacablemente la intimidad estudiosa de aquel amigo de las letras humanas que, en sus contados ocios, no desdeñaba el escribir, aparte de las monografías y los discursos publicados — tal su historia militar de México, tal su biografía de Díaz recién desenterrada —, páginas de mera literatura en prosa y en verso. Se informaba con inteligente curiosidad de los libros nuevos. Supo de las inquietudes poéticas de su tiempo, desde el Romanticismo al Modernismo, al punto que recitaba de coro *El estudiante de Salamanca* y *El Diablo Mundo*, y Rubén Darío más tarde — cuyos ejemplares tengo anotados del puño y letra de mi padre — lo llamó su amigo y, a su muerte, le consagró una página en *La Nación* de Buenos Aires, comparándolo con los capitanes romanos de Shakespeare. Siendo coronel de caballería, educaba a su regimiento con ciertas *Conversaciones Militares* de sentido moral, y no sólo con ejercicios tácticos *(Academias de táctica de caballería)*. Su *Ensayo sobre el reclutamiento*, que data de su mando en San Luis Potosí, será base de su futura comisión en Europa, quedó arrumbado en los archivos de la Defensa, y acaso haya inspirado las últimas leyes militares. Para aliviar la vida de cuartel, una vez que hubo desempeñado cierta comisión en el norte de la República, resumió en un volumen toda la *Historia Universal* de César Cantú. Le heroica antigüedad era su constante pasto espiritual, y el arte, una afición sólo interrumpida por los apremios del deber público.

Yo no he hurtado mi vocación. En mí, simplemente, había de desarrollarse una de las posibilidades del ser paterno. Después de todo, América, como solía decir Rubén Darío, es tierra de poetas y generales. « Y algunos, que sólo quisiéramos ser poetas, acaso nos pasamos la vida tratando de traducir en impulso lírico lo que fué, por ejemplo, para nuestros padres, la emoción de una hermosa carga de caballería, a pecho descubierto y atacando sobre la metralla » (A. Reyes, Carta a Cipriano Rivas Cherif, Madrid, mayo de 1921, recogida en *Los dos caminos*, 4 a. serie de *Simpatías y Diferencias)*.

Para mi padre, yo era como el paje del violín (¡ su violín de Ingres !), y él reservaba para mí todo el tesoro de su vida literaria secreta. Abandonó, casi niño, el Liceo de Varones de Guadalajara para ingresar a las filas liberales y pelear contra la invasión extranjera. Cuando yo le preguntaba cómo y a qué hora había adquirido su cultura nada común, me contestaba :

— ¡ Sobre la cabeza de la silla ! ¡ Entre dos galopes ! ¡ Entre uno y otro combate !

Siempre lo sentí poeta, poeta en la sensibilidad y en la acción ; poeta en los versos que solía dedicarme, en las comedias que componíamos juntos durante las vacaciones por las sierras del norte : poeta en el despego con que siempre lo sacrificaba todo al ideal ; poeta en su genial penetración del sentido de la vida, y en su instantánea adivinación de los hombres ; poeta en el perfil quijotesco ; poeta lanzado a la guerra como otro Martí, por exceso de corazón. ¡ Poeta, poeta a caballo !

ALFONSO REYES

¿ Democracia contra libertad ?

POR PEREGRINE WORSTHORNE

El presente artículo plantea uno de los problemas más interesantes y graves de nuestro tiempo. El autor, basándose en ejemplos concretos, trata de demostrar que hay circunstancias en las que el ejercicio de la democracia puede oponerse a la libertad y conducir a la tiranía. ¿ Es lícito, en tales casos, aplicar ciertas normas democráticas que, en fin de cuentas, se vuelven contra la propia democracia ? En otras palabras : en nombre de la democracia formal, manifestada mediante el sufragio, ¿ es lógico que se sacrifique la democracia real y que se suprima la libertad ?

Invitamos a los lectores a meditar en torno a este angustioso problema. Y los invitamos asimismo a enviarnos el fruto de sus meditaciones, que recogeremos con sumo interés en estas columnas. (N. de la R.)

CUANDO el porvenir de un país está en litigio, la opinión pública occidental suele sugerir que se resuelva la cuestión mediante elecciones libres. Este anhelo comprensible de zanjar las querellas en los territorios, sometiendo al pueblo la solución de los problemas, no tiene nada de nuevo. Después de la primera guerra mundial, este mismo principio estuvo, por desgracia, muy en boga ; pero entonces se trataba de permitir a cada grupo étnico la realización de su independencia, si así lo deseaba. Actualmente, las elecciones libres son para decidir si los países interesados han de vivir o no bajo gobiernos comunistas. Todo el mundo debería ver con claridad las repercusiones revolucionarias que puede tener el afirmar que la totalidad del pueblo, no una mayoría transitoria del pueblo, tiene el « derecho » de decidir acerca de una resolución de tal importancia. Desdichadamente, no es éste el caso.

Hasta hace muy poco tiempo, la opinión pública de los países occidentales abandonaba esta cuestión al juicio de los diplomáticos. Si los Ministros de Negocios Extranjeros tenían a bien presentar un proyecto en el que figurase una cláusula con la promesa de celebrar elecciones libres, ¿ con qué derecho podíamos oponernos a ello ? Esta solución parecía siempre razonable, ya que el Occidente tenía motivos para suponer, en todos los casos, una rotunda derrota comunista.

Es cierto que, hasta ahora, no ha habido ningún ejemplo de que un pueblo escogiera libremente el comunismo. Es indudable que los alemanes lo rechazarían y lo mismo harían los coreanos. Así, pues, no había ninguna razón aparente para detenerse a estudiar el problema de pedir a los pueblos que escogieran entre el comunismo y los partidos occidentales. En otras palabras, si en la lucha entre el comunismo y la democracia, las elecciones libres favorecen, al pare-

cer a esta última y repudian al primero, ¿ a qué complicarnos la vida previendo derrotas improbables ?

Ahora, la respuesta ya es más sencilla. Han surgido dificultades que presentan un carácter agudo. Los acuerdos de Ginebra confiaron a la Gran Bretaña la misión de convocar, el año próximo, unas elecciones libres en Indochina, en las cuales es casi seguro que los comunistas obtendrán una victoria aplastante. Claro que es imposible no autorizarlas, alegando que las elecciones no serán libres. Pero, ¿ qué razones puede tener Ho-Chi-Min para falsear unas elecciones, en las que de todos modos tiene grandes probabilidades de salir triunfante ? Numerosos observadores independientes están convencidos de que, puestos ante la alternativa, los vietnamienses votarán, en su mayoría, voluntariamente a favor de un régimen comunista. De conformidad con el acuerdo de Ginebra, la Gran Bretaña está obligada a facilitar esta libre elección. Y no solamente está comprometida a llevar adelante unas elecciones que seguramente terminarán con una victoria comunista, sino que también está obligada a oponerse a cualquier acción que pudiera desencadenar la minoría anticomunista para anular por la violencia el veredicto de la mayoría. Dicho en otros términos, los defensores de la democracia, al proclamar su fe en la voluntad popular, se ven obligados, por la lógica de su doctrina, a facilitar el nacimiento de la tiranía.

Cualquier tentativa para sortear los escollos de esta disyuntiva nos coloca inmediatamente en una posición incómoda. ¿ Cómo podríamos justificar una alteración de la voluntad popular, libremente expresada mediante elecciones generales, sin renegar nuestra fe en la democracia ? ¿ Acaso la democracia no significa el gobierno que mejor se ajusta a la voluntad del pueblo ? Si la presión de los occidentales ayudara a Diem, actual candidato no comunista, a subir al poder, su gobierno sería el de una minoría que actuaría a despecho de la voluntad popular. En resumen, parecería que las democracias occidentales, para evitar una victoria comunista en Indochina, no tenían más solución que negar al pueblo el derecho a elegir su propio gobierno.

Es muy posible que en Italia, en el curso de las próximas elecciones generales, una combinación formada por los comunistas y los socialistas acaudillados por Nenni elijan un gobierno comunista. La voluntad del pueblo, al que se permita escoger libremente después de una campaña electoral, en que ambas partes disfrutarán de todas las facilidades para hacer su propaganda, puede hacer inclinar la balanza en favor de una dictadura comunista. ¿ Cuáles serían, en este caso, las reacciones de un demócrata italiano ? ¿ Estaría justificado que el Partido Demócrata Cristiano promoviera un golpe de Estado para anular los resultados de las elecciones ? ¿ Acaso la opinión pública británica apoyaría un gesto de esta índole ? Es indudable que el gobierno británico sentiría un gran alivio si Italia no pasara al otro lado de la Cortina de Hierro ; pero probablemente el *Times* gritaría indignado que la causa de la democracia había sufrido un duro golpe. Y en cierto modo, sería así. Pero, ¿ a qué preocuparnos por esto ? ¿ Estamos obligados, en realidad, a apoyar a la democracia en este aspecto particular ?

El propósito de este artículo es probar que la opinión pública occidental se imagina estar consagrada a un principio político, el de la soberanía popular, en el que realmente nunca ha creído en absoluto. El empleo de la palabra « democracia », como una prenda en manos de la diplomacia, ha perdido su verdadera significación, dando pie a una confusión peligrosa. Por haber pretendido que los pueblos disfrutaban del derecho absoluto a elegir una forma democrática de gobierno, ya que con ello se servía el interés nacional, nos hallamos comprometidos en una tesis totalmente opuesta, es decir que los pueblos tienen el derecho absoluto a elegir la tiranía, si tal es su deseo.

ESTAMOS tan seguros de nuestras convicciones políticas y pensamos tan poco en ellas, que han perdido consistencia y contenido. Esto es lo que sucede forzosamente siempre que la algarabía del lenguaje sustituye a las ideas. En efecto, en lo que concierne a nuestro orden político, un profundo instinto político nos permite

separar lo verdadero de lo falso. Pero cuando aplicamos nuestros principios políticos a situaciones ajenas a nuestra experiencia nacional, nuestro instinto falla.

La creencia corriente de que las elecciones libres, que no son sino un mecanismo político, pueden determinar legítimamente los objetivos finales de la sociedad, produce una peligrosa confusión en la mentalidad del público acerca de las limitaciones de la soberanía popular. Aun cuando el instinto político y la tradición protejan nuestra propia organización política contra esa confusión, vamos camino de propugnar la herejía en el extranjero para evitarla en nuestro propio país. Pero lo cierto es que la disyuntiva que las elecciones en Indochina nos plantearán pronto, disyuntiva que es inherente a todas las elecciones llevadas a cabo libremente allí donde hay probabilidades de que surjan mayorías comunistas, sólo aparece si nos echamos encima la carga de una teoría política que, prácticamente, en nuestra historia, hemos evitado como si fuera la peste. Por consiguiente, el problema de las elecciones, cuando hay probabilidades de que triunfe el comunismo, no es un reto para nuestras convicciones políticas, sino para nuestra ideología perturbada.

Antes de intentar esclarecer nuestras mentes respecto de la tradición política anglonorteamericana, es indispensable establecer una distinción entre el liberalismo y la democracia. Esto no quiere decir, naturalmente, que el liberalismo y la democracia han de ser necesariamente distintos, sino que no son forzosamente lo mismo. La democracia trata de averiguar a *quién* corresponde gobernar, e implica el gobierno del pueblo, basado en la idea del gobierno de la mayoría de iguales. El liberalismo se ocupa en saber *cómo* deberá gobernar el pueblo ; y los principios liberales del respeto de las minorías, de la libertad de palabra y de religión no tienen nada que ver con la teoría de la democracia propiamente dicha.

Basta tener un conocimiento superficial de la historia de las dos democracias más prósperas, la Gran Bretaña y los Estados Unidos de América, para comprender que la base de sus libertades se estableció firmemente, antes de que la idea democrática del gobierno por el pueblo (que debe distinguirse de la teoría liberal del gobierno mediante el consentimiento del pueblo) se apoderase de la imaginación popular. Como ha recordado recientemente Mr. Walter Lippmann, en la Gran Bretaña el « Bill of Rights » (1689) precedió en más de dos siglos al sufragio universal. « El pueblo emancipado no estableció el precepto según el cual todos los poderes han de estar sometidos a la ley ; que las leyes han de promulgarse, enmendarse y administrarse mediante procedimientos adecuados, y que un gobierno legítimo ha de basarse en el consentimiento de los gobernados ». Estas creencias no representaban la voluntad popular ; fueron evolucionando gracias a los argumentos racionales de una parte relativamente pequeña de cada sociedad. No fueron votadas por la mayoría, sino edificadas lenta y trabajosamente por unos pocos.

Aun cuando los fundadores de la Constitución norteamericana digan « Nosotros, el pueblo de los Estados Unidos », el « nosotros » representa, por supuesto, sólo a un puñado de aristócratas prudentes y acaudalados. La Constitución, una vez redactada en este sentido, fué aprobada por un 5 por 100 de la población existente en los Estados Unidos en aquella época. Sin duda es significativo que el hombre que enunció la fórmula inmortal de la Declaración de Independencia no pensara un solo instante en que la validez misma de esta fórmula dependía del consentimiento de los gobernados. La creyeron justa, no porque el pueblo la quisiera, sino porque ellos la aprobaban después de consultar con su conciencia. También es significativo que el pueblo norteamericano, generación tras generación, haya permitido que esta misma Constitución, cuyos orígenes no se debían a la voluntad popular, dirigiera sus vidas y frenara sus pasiones.

En una palabra, el principio político fundamental establecido por la Constitución norteamericana no era la soberanía popular, sino el principio del gobierno por consentimiento, lo que es muy distinto. El consentimiento popular hace depender de

su aprobación el ejercicio del poder ejecutivo. La soberanía popular convierte la voluntad popular en fuente y origen del poder ejecutivo, que sólo depende de él mismo y sólo ante él es responsable. Pero, precisamente, para ilustrar el escaso efecto que en los Estados Unidos ha tenido la teoría de la soberanía popular, baste tal vez la docilidad con que las mayorías han permitido al Tribunal Supremo rechazar repetidas veces sus deseos. Sin embargo, en Francia, donde la teoría de la soberanía popular se ha impuesto realmente, todas las tentativas para introducir la teoría de la tutela legal fueron acogidas con risa y escarnio.

La historia de la evolución del parlamento demuestra también hasta qué punto la teoría del consentimiento, aunque en la práctica no confería la soberanía al pueblo, iba ampliando gradualmente el campo de la libertad pública. En su origen, no fué una cuestión de teoría política, sino de necesidad práctica. El hecho de que el rey dependiera del parlamento no era efecto de ninguna creencia teórica en los derechos de los gobernados. Se debía a que los señores de los condados disponían de los medios esenciales — dinero y hombres — sin los cuales el rey no podía hacer nada. Su consentimiento era una necesidad práctica. Por esta razón, los gobernantes se veían siempre en la necesidad de granjearse el consentimiento de los gobernados. De este equilibrio en las relaciones nacieron las libertades británicas. Lo que no se logró, naturalmente, fué resolver la cuestión de saber dónde reside, en último término, la soberanía, o por lo menos, dónde debe residir.

La diferencia entre la teoría del consentimiento y la teoría de la soberanía popular explica la diferencia que existe entre la democracia totalitaria (o jacobinismo) y las instituciones libres bajo las que vivimos. Al contrario de la tradición anglo-norteamericana de la democracia, que siempre ha esquivado, en última instancia, la cuestión de la soberanía (hablar de la soberanía « daba náuseas » a Benjamín Franklin), la teoría del Estado democrático, tal como se creó en 1789, puede definirse con las palabras mismas de lord Percy : « ... es solamente la afirmación de un dogma acerca del origen de la autoridad política ; su práctica es tan sólo una demostración de que el dogma puede traducirse en acción. Según el dogma, en cualquier Estado, la autoridad legal para gobernar corresponde de manera exclusiva e inalienable al conjunto de todos los ciudadanos, en virtud del consentimiento que cada uno se supone ha dado en el pasado ».

Ahora bien, si un cuerpo así puede crearse y si éste puede expresar su voluntad unánime, toda la idea del gobierno por consentimiento se diluye en un simple desatino. Porque si un cuerpo refleja la voluntad de todos, el hacerle depender del consentimiento de todos es tautología. El consentimiento debe darse por supuesto. Todos los latiguillos místicos de Robespierre, Saint-Just, Lenin y Stalin pueden resumirse en un estribillo elemental : « El pueblo es soberano ; nosotros representamos al pueblo ; si usted no está de acuerdo con nosotros, usted no pertenece al pueblo y, por lo tanto, no tiene sitio en una sociedad democrática y puede ser guillotinado o liquidado, según el caso ». Esta es la causa fundamental de la tiranía democrática ; o sea la mayor herejía.

Con el feliz pragmatismo de los anglosajones, la mayoría de los ingleses no ha sentido nunca la necesidad urgente de conceder más que un examen superficial a esta doctrina jacobina de la voluntad general. « Si no es aplicable en la práctica, ¿ por qué discutir acerca de la teoría? » Tal ha sido su actitud. Hasta hace muy poco tiempo, la teoría de la voluntad general, aun cuando estaba abierta a innumerables objeciones teóricas, ha decaído en el espíritu popular, debido a su evidente impracticabilidad. ¿ Cómo llegar a conocer nunca lo que piensa cada ciudadano acerca de una cuestión determinada, en una sociedad constituída por muchos millones de seres ? Los anglosajones prefieren siempre discutir las ideas sobre bases prácticas, si es posible. Es mucho más sencillo y mucho más definitivo. Pero esta tendencia puede ser peligrosa. No obstante, hoy en día, debido

a las numerosas invenciones de la tecnología moderna, la democracia directa podría realizarse, como ha demostrado Mr. Kuehnelt-Leddihn, lo mismo en las naciones grandes que en las pequeñas. Sería perfectamente factible instalar aparatos de televisión en todas las casas, proyectar las deliberaciones de la Cámara de los Comunes y, mediante un dispositivo electrónico, registrar simultáneamente en Westminster el voto de todos los ciudadanos. De este modo sería muy fácil encauzar la voluntad general mediante normas y leyes de carácter general. Si no adoptamos estos procedimientos no es porque sean impracticables, sino porque nuestro instinto político nos dice que son contrarios a nuestra tradición y a nuestros principios políticos. En una palabra, la tecnolcgía moderna, al hacer posible que las sociedades constituídas por grandes masas descubran la voluntad general, nos hace, en cambio, imposible continuar pretendiendo que aprobamos esta teoría. Mantener que una tesis es buena en abstracto y falsa en concreto, es pura palabrería.

El pueblo por el hecho de disfrutar de los beneficios del gobierno parlamentario, mientras se imagina vivir bajo un sistema de soberanía popular, no ha podido apreciar el origen de este bien y lo que es más importante todavía, no ha podido advertir de dónde puede venir lo que amenaza esta felicidad. Por ello es muy interesante recordar que nuestra tradición política, por no tener su base ni su principio en la voluntad popular, se ha visto debilitada o invalidada por los ejemplos de esta voluntad popular que conduce a la tiranía. Tanto en los Estados Unidos como en la Gran Bretaña, el sufragio universal es un freno para el poder ejecutivo, es el perro que guarda la libertad, pero no es la inspiración de la acción ejecutiva, ni el origen de la libertad. Por ser este sufragio decisivo para conservar la libertad en su primera función, no existe justificación alguna, ni en la historia, ni en la lógica, para pretender que la voluntad popular pueda tener ningún valor en la segunda función. En la política, lo mismo que en la mecánica, confundir el freno con el acelerador puede tener consecuencias desastrosas.

Antes de la abolición de la esclavitud era menos fácil confundir el papel que desempeñaba el pueblo en el sistema de gobierno anglo-norteamericano. Es evidente que si sólo un pequeño porcentaje de la población disponía del voto, no se podía hablar de la soberanía del pueblo. Pero al implantarse la liberación universal, ha sido muy fácil exagerar el lugar que ocupa verdaderamente la voluntad popular en el sistema de gobierno anglonorteamericano. Después de unas elecciones se suele oír, con excesiva frecuencia, declarar a los políticos victoriosos que « el pueblo ha hablado ».

Los oradores populares suponen con frecuencia, escribe el Mr. Lippmann, « que la masa del pueblo votó sus propias libertades. Pero lo cierto es que el pueblo adquirió el voto después de haber adquirido las libertades ». Y esto se debió, en gran parte, a que los hombres libres sentían que la incapacidad del pueblo para votar era incompatible con la igualdad de su condición. En resumen, la democracia en Inglaterra no es tanto una cuestión de libertad como de igualdad, no tanto una cuestión de política como de sociología. La democracia no hace más libres a los hombres ; sólo les hace sentirse más libres. Pero esta sutileza sólo se hizo posible en la Gran Bretaña y en Norteamérica cuando el gobierno liberal había llegado a ser de tal manera un hábito, que podía confiarse que los votantes lo sostendrían. La democracia anglo-norteamericana, tal como la conocemos hoy, es una flor cuyas raíces se hunden en tres siglos de tierra liberal. La ausencia total de libertad en Rusia nace de la tentativa de saltarse la fase liberal que separa el feudalismo de la sociedad industrial moderna. El comunismo no es la corrupción de la democracia, sino el espíritu en bruto, no diluído por las frescas aguas de la experiencia liberal El liberalismo es el padre de la democracia anglo-norteamericana, pero la democracia no ha engendrado el liberalismo anglonorteamericano. Según sus diferentes abolengos, la democracia hereda diferentes características.

Hoy en día, apenas es necesario poner de manifiesto la verdad evidente, según la

cual la democracia que, en sí misma, aisladamente, sólo se interesa por la cuestión de quién ha de ser investido con la autoridad necesaria para gobernar, puede ser, y a menudo llega a ser, muy poco liberal. En la práctica, la autonomía significa con frecuencia, no el gobierno de cada uno por sí mismo, sino el gobierno de cada uno por todos los demás. El 51 por 100 de una nación puede establecer un régimen totalitario, suprimir las minorías, y la nación puede no obstante seguir siendo democrática. Hitler subió al poder mediante procedimientos democráticos, y el senador McCarthy invoca el « derecho » de la mayoría para cercenar las libertades de la minoría.

Pero si la democracia, que significa sencillamente el gobierno de conformidad con la voluntad del pueblo, puede no ser liberal, la autocracia puede, por supuesto, ser liberal ; del mismo modo que la mayoría puede ser injusta, las minorías, y hasta un hombre solo, han sido a veces justos. Lo que no debe perderse de vista es que en la democracia no hay nada que sea forzosamente liberal, y nada es forzosamente democrático en el liberalismo. La democracia, como sistema de gobierno, se preocupa de saber quién debe ser investido con la libertad del individuo, sin tener en cuenta quién ejerce el gobierno. Por lo tanto, es posible y, en realidad, es muy fácil, que un gobierno democrático, actuando de conformidad con la voluntad de los gobernados, viole todos los preceptos del catecismo liberal. Una vez que se ha reconocido que la democracia y el liberalismo pueden ser contradictorios, no es necesario insistir sobre la importancia de mantener separados estos dos conceptos políticos.

CLARO es que, a mi entender, el liberalismo presupone la existencia de una ley natural, nacional y comprobable. Está por encima de la voluntad de todos los gobernantes, llámense reyes, nobles o pueblo. Por lo tanto, no puede existir el derecho divino del pueblo que eleve la voluntad popular por encima de la ley natural. Aun cuando esto sea un axioma, a veces se hace caso omiso de sus consecuencias. Si el pueblo no tiene derecho a gobernar como desea, sino sólo como puede, esto significa en la práctica que la democracia sólo es un sistema de gobierno cuando los que lo ejercen aceptan esta limitación especial.

De ahí que, a menos que un país « nazca libre, sin necesidad de conquistar su libertad », suerte que, como dijo Tocqueville, sólo los Estados Unidos de América han tenido, o como en el caso de la Gran Bretaña, que alcanzó la libertad democrática después de pasar por el aprendizaje de una aristocracia liberal, su lucha por la « autonomía » puede acabar en una dictadura. Porque la teoría democrática impide todo reconocimiento franco de que algún grupo de dirigentes instruídos o sabios, colocados a la cabeza de la nación, deba dar las órdenes ; estos mismos dirigentes, alimentados con la leche pura de la doctrina democrática, se ven obligados a pretender ante ellos mismos y ante sus adeptos que actúan como representantes de la voluntad popular. Una vez adoptada esta ficción, empieza a tomar arraigo. El grupo de hombres esclarecidos, después de convencerse de que representan al pueblo, no aceptan limitaciones a su poder, ya que el hacerlo así no sería democrático, y ante todo quieren ser democráticos. Las masas incultas, engañadas por una abundante propaganda, presentada como información, que en teoría se espera sirva de base a sus decisiones democráticas, dan su consentimiento a todo lo que se les propone. Este modo de disfrazar los hechos está desarrollándose por toda Asia. Claro está que lo lamentamos. Pero, ¿ hemos reflexionado nunca que nosotros somos responsables de ello, y que cuanto más insistamos en que los asiáticos se democraticen, más se repetirá este ejemplo ?

Porque nada es más enemigo de la libertad que un experimento democrático realizado antes de que se hayan cumplido las condiciones previas necesarias. Pero esto sirve de estímulo y de excusa a los grupos que están en el poder, por no haber otra alternativa, para pretender que su derecho a gobernar se basa en algo mucho más sustancial que su aptitud para leer y escribir, cuando sus seguidores no saben ni lo uno ni lo otro. Por consiguiente, en vez de justificar su poder en sus méritos supe-

riores, se escudan tras un mandato democrático ficticio, que les permite ejercer el poder sin traba alguna y con toda libertad de conciencia. En una palabra, la teoría demócratica, al excluir la tutela aristocrática, prepara el camino a la tiranía popular.

Por lo que se refiere a la India actual, lo más esperanzador que hay en ella realmente es que está gobernada por un aristócrata liberal, que se conduce como tal, con toda franqueza. Nehru, educado en Harrow, no delira por la democracia. No pretende expresar la voluntad del pueblo. Trata sencillamente de g bernar de acuerdo con los principios liberales que aprendió en la escuela de Inglaterra. Su modo de gobernar es liberal, pero no democrático. Y precisamente por no ser en efecto un demócrata, Nehru es la mejor esperanza para la democracia en Asia. Esto parece una paradoja gratuita, pero es evidente que el éxito de la experiencia democrática anglo-norteamericana se debe a que es paradójica. No es una teoría pura, y ésta es la razón de por qué la democracia, tal como la entendemos nosotros, no puede enseñarse, ni puede exportarse, y también del mal infinito que se ha hecho en las universidades británicas y norteamericanas al tratar de enseñar la democracia como una teoría política coherente. Ha impedido que la generación de asiáticos, encargados ahora del gobierno de sus países respectivos, aprendieran la gran lección que hubiéramos debido enseñarles : que su función no era emular a los políticos democráticos actuales de Occidente, sino a los dirigentes liberales occidentales del siglo pasado, y que el único medio para que sus hijos pudieran disfrutar más tarde de las ventajas de la democracia, sería que ellos practicaran ahora la disciplina del gobierno liberal.

En realidad, todo lo que estoy diciendo es que la democracia y el liberalismo sólo son compatibles, sólo pueden colaborar, si los acontecimientos se desarrollan como digo, o si la gran mayoría de los que disfrutan de los derechos democráticos del sufragio comparten también el común denominador de los principios liberales. La democracia separada del liberalismo dará como resultado un choque constante entre la voluntad popular y la conciencia individual, que reducirá a la sociedad a la anarquía o al terror, y ya que en última instancia la anarquía es la peor de las condiciones, la consecuencia inevitable será el terror.

Si observamos cómo funciona en efecto la democracia en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos de América, lo que sorprende no son realmente las restricciones esenciales de la voluntad popular. Hay que reconocer que, en los Estados Unidos, estas restricciones son formidables y fueron legadas expresamente por hombres a quienes aterraba el gobierno de la mayoría. Por el contrario, en la Gran Bretaña, la Cámara de los Comunes goza, en teoría, de una soberanía ilimitada. Pero la democracia, en último extremo, no se frena con las restricciones institucionales. Se frena porque hay suficientes norteamericanos y británicos que creen debe frenarse. En realidad, nosotros no creemos en la soberanía popular, aun cuando de boquilla le rindamos tributo en nuestras declaraciones políticas. Una vez enjaulada la fiera, estamos dispuestos a admirar su magnífico aspecto. Pero no tenemos la menor intención de dejarla enfurecerse.

Esta actitud se halla confirmada por las circunstancias del proceso electoral anglo-norteamericano. En teoría, suponemos que, en cada elección, la voz soberana del pueblo elige a un grupo de hombres a cuyas manos pasan los poderes soberanos. En los Estados Unidos, estos poderes soberanos están limitados por la Constitución. Pero la Constitución puede enmendarse siempre. En la Cámara de los Comunes no existen siquiera limitaciones. Mas una ojeada al sistema por el que se rigen las elecciones bastará para demostrar que los pueblos norteamericano y británico sólo aceptan las galas de la democracia porque saben que lo importante para ellos está, como si dijéramos, fuera del campo de batalla. Los propósitos reservados son de dos clases. Primero, la democracia anglo-norteamericana reposa en el hecho de que la armazón fundamental del Estado, que se estableció antes del advenimiento del sufragio universal, no está en litigio. Existe una filosofía política básica común que limita efectivamente el campo de la decisión política

corriente. Por lo tanto, la soberanía popular se acepta, porque cada uno confía en que todos los demás no llevarán este derecho teórico a su conclusión lógica. Segundo, y ésta es la consecuencia del primer factor, la clase de asuntos sobre los cuales los partidos políticos piden a los electores que decidan, nunca son tan contradictorios que excluyan lo que Mr. Sidney Hyman ha descrito recientemente como los cuatro supuestos que rigen el gobierno de los partidos : 1º, cuando un partido forma el gobierno, ha de gobernar por consentimiento y no por coacción ; 2º, el mismo partido habrá de consentir en entregar el gobierno a la dirección de un partido rival ; 3º, cuando se produce este cambio, hay que realizarlo de modo pacífico ; 4º, los cambios en las relaciones existentes en toda la comunidad serán moderados y no drásticos.

Las elecciones están destinadas a descubrir la voluntad del pueblo, pero sólo en un campo estrictamente circunscrito. En países como los Estados Unidos de América y la Gran Bretaña, la zona de duda y discusión en las cuestiones nacionales, aunque oscile constantemente a medida que se resuelven unos problemas y se plantean otros, es siempre muy estrecha, comparada con el conjunto de la sociedad.

En otras palabras, la sociedad ya está formada, su perímetro está ya trazado. En realidad, todo lo que hacen los electores es lo mismo que hacen los niños con sus cajas de pinturas : llenan las siluetas de colores de acuerdo con su gusto. Pero en las nuevas democracias, tales como las de los países asiáticos, la situación es totalmente distinta. Allí, la sociedad se halla en estado de fusión. Los viejos moldes económicos, sociales y políticos han sido destruídos, sin que se les haya reemplazado. Por esta razón, no se trata allí de que los electores llenen las siluetas con colores. Lo que han de hacer, en efecto, es trazar además las figuras. Durante muchos años todavía, estos países nuevos seguirán en la fase de los diseños ; todos los planes económicos y políticos estarán sólo en el papel y no habrán arraigado aún en la experiencia. Por consiguiente, las cuestiones sobre las que esos pueblos tendrán que decidir irán desde un extremo teórico a otro.

Lo que en realidad haría el pueblo en circunstancias especiales nos sirve para averiguar mejor que ningún escrutinio sus convicciones acerca de sus actitudes teóricas. Si preguntásemos a un norteamericano o a un inglés si estima que la voluntad del pueblo debe prevalecer en todas las circunstancias, contestaría « sí ». Pero si le preguntásemos si aceptaría vivir bajo un gobierno comunista en Inglaterra o en los Estados Unidos de América, sólo porque el 51 por 100 de los electores hubiese votado en favor de este régimen, contestaría « no ». En una palabra, la voluntad del pueblo ha ser razonable, para que sea respetada. Pero, ¿ qué significa esto ? Significa, naturalmente, que debe estar conforme con ciertas normas de justicia generalmente aceptadas. Por lo tanto, la voluntad del pueblo no es absolutamente soberana. Está sujeta a leyes sobre las que no manda. Si la mayoría se negara a aceptar estas limitaciones, la minoría no estaría obligada a aceptar su dominio. Ninguna mayoría puede imponer la esclavitud, legislar en favor del incesto o imponer una religión desterrando otra.

Espero haber dicho lo bastante para sugerir que, en la forma de democracia anglo-norteamericana no hay lugar para el concepto totalitario de la soberanía popular ilimitada. Es indudable que esto parecerá una conclusión vulgar. Todos han debido llegar a ella de manera independiente. Pero, ¿ han llegado acaso ? En teoría, sí ; pero subsiste el hecho de que Inglaterra está dispuesta a respaldar en Indochina una victoria comunista, sin que se estremezca su conciencia, siempre que se efectúe mediante un proceso democrático. Claro está que esta actitud lleva implícito el supuesto de que un pueblo soberano tiene derecho a elegir cualquier forma de gobierno, sea liberal o tiránico. Claro es que yo estoy plenamente convencido de que un pueblo soberano, empleando la palabra soberano como sinónimo de independiente, no debería permitir que se resolvieran desde fuera sus asuntos internos. Es una ley de las naciones, según la cual cada país puede ir al infierno a su manera. En este sentido, el pueblo de Indochina es, sin duda alguna, soberano ahora. Las limitaciones de poder, así como las costumbres internacionales,

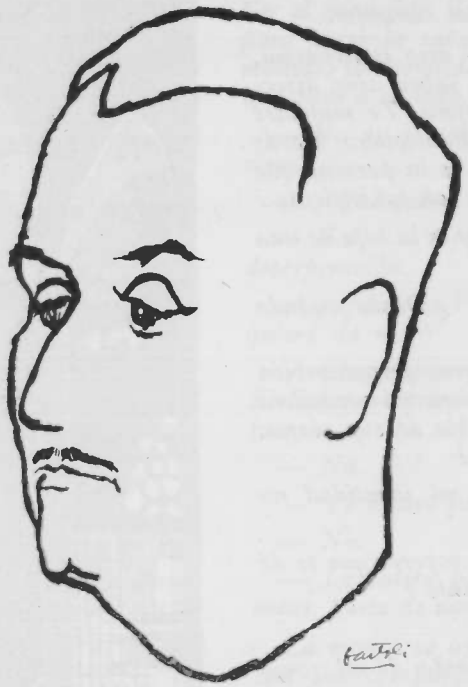
nos prohiben una intervención eficaz y legítima. Por mucho que desaprobemos la perspectiva de que la Indochina vote en favor de los comunistas, no tenemos derecho — de acuerdo con las leyes internacionales —, ni la fuerza militar necesaria, para impedirlo. Pero el hecho de que las potencias extranjeras no tengan derecho a revocar lo que elijan los pueblos independientes es algo muy distinto a pretender que los pueblos independientes tienen « derecho » a escoger por sí mismos la tiranía.

Demos por supuesto que el partido comunista está autorizado a hacer una campaña para conquistar el poder en Inglaterra, como consecuencia de nuestra fe innata en la democracia. La verdad es que concedemos este derecho porque los comunistas no tienen ninguna probabilidad de salir triunfantes. Si tuvieran alguna, el instinto político nos sugeriría muy pronto que nuestras convicciones democráticas precisan ser revisadas. Entonces se descubriría que la participación comunista en el proceso electoral no satisface ninguna de las condiciones — práctica, histórica o ética — sobre las que se basa la tradición anglonorteamericana.

El comunismo corrompe de tal manera las condiciones básicas de la tradición anglonorteamericana, que el aceptar como democrática una victoria electoral comunista sería una apostasía repugnante. El constante triunfo de la tradición anglonorteamericana ha sido incorporar normas de moralidad en sus instituciones democráticas. Por lo tanto, por mucho que los comunistas reclamen el poder como consecuencia de una victoria electoral, su reclamación no podrá ser aceptada en modo alguno por los occidentales. Nosotros no estamos obligados por normas morales a creer en la soberanía popular. En caso de conflicto entre las pretensiones del liberalismo y las de la democracia, la tradición anglo-norteamericana no nos deja ninguna duda en lo que se refiere a nuestra lealtad.

Todo esto es, por supuesto, del dominio público. Pero, precisamente por formar una parte tan integrante de nuestro ser, por estar tan profundamente arraigado en nosotros, olvidamos a menudo sus complicaciones, al examinar las cuestiones del momento. Entonces la jerga del lenguaje y las consignas dominan nuestras reacciones. En ese estado de ánimo, permitimos que nuestra reputación nacional suscriba acuerdos ignominiosos, como el de las elecciones propuestas para Indochina. Es posible que por razones de carácter militar no tengamos otra alternativa. Pero pretender que esas elecciones nos han sido impuestas por nuestras convicciones políticas complica evidentemente el peligro, ya que con ello podemos comprometer algo mucho más precioso que la seguridad nacional o las ventajas diplomáticas ; podemos poner en peligro nuestras propias convicciones políticas.

PEREGRINE WORSTHORNE



IGNAZIO SILONE

LA SEPARACION DE LOS COMPAÑEROS

Aquella tarde, Pedro debía encontrar a Battipaglia, secretario interregional del Partido. La cita era en una pequeña iglesia del Aventino.

Cuando Pedro llegó, su compañero estaba ya en su sitio y fingía leer un anuncio religioso fijado en el muro, junto a la puerta. Pedro no le había visto desde hacía muchos años. Le halló un poco encorvado y con los cabellos grises. La cárcel le había envejecido. Pedro se detuvo un instante a su lado, acercándose al muro, como si fuera miope, para leer al anuncio, con objeto de hacerse ver. Después entró en la iglesia. El templo le era desconocido. Una doble hilera de arcos dividía la nave en tres partes. Los arcos se apoyaban en troncos de columnas antiguas de diferentes tamaños, sin basamento, que surgían del suelo, y cuyos toscos capiteles ostentaban adornos variados. El pavimento de piedra estaba casi enteramente cubierto por lápidas sepulcrales. En el fondo de la iglesia, el altar mayor tenía el aspecto de una sencilla tumba de piedra, con un crucifijo de madera, pintado de negro, y cuatro candelabros. El templo estaba casi a oscuras y desierto. Ante el altar del Sacramento sólo había dos mujeres arrodilladas, bajo la lámpara encendida. Pedro permaneció de pie cerca de la puerta, junto a la pila del agua bendita. Cuando Battipaglia entró, dió lentamente la vuelta a la iglesia. Al fin se acercó a Pedro.

— Hace un mes que tengo dinero a tu disposición — le dijo, en voz baja. También tengo un pasaporte nuevo para el extranjero. ¿Cómo va la salud ?

— El pasaporte no me sirve, por ahora — dijo Pedro. Yo no vuelvo al extranjero.

— Eso es cosa tuya — dijo Battipaglia. No dependes de mí, como sabes, sino directamente del Centro extranjero. Te mandaré el pasaporte por medio de Fenicottero. Harás lo quieras con él. ¿ Quién es la persona que nos mandaste últimamente con tus noticias ?

— Se llama Bianchina y es la hija de una posadera.

— ¿ Una compañera ? ¿ Desde cuándo está en el movimiento ?

— No es una compañera, pero también merece confianza. Ella ignora mi verdadera identidad, así como el objeto de sus viajes.

— ¿ No es un peligro ?

— Aunque descubriera mi identidad no me traicionaría.

— Eso es cosa tuya, no esperes que te dé una lección. ¿ Es tu amante ?

— No.

— Es cosa tuya, no dependes de mí, como sabes. Esa muchacha ha hablado de un cura revolucionario, un tal Don Pablo que, al parecer, está en tus montañas. ¿ Le conoces ?

— No — dijo Pedro.

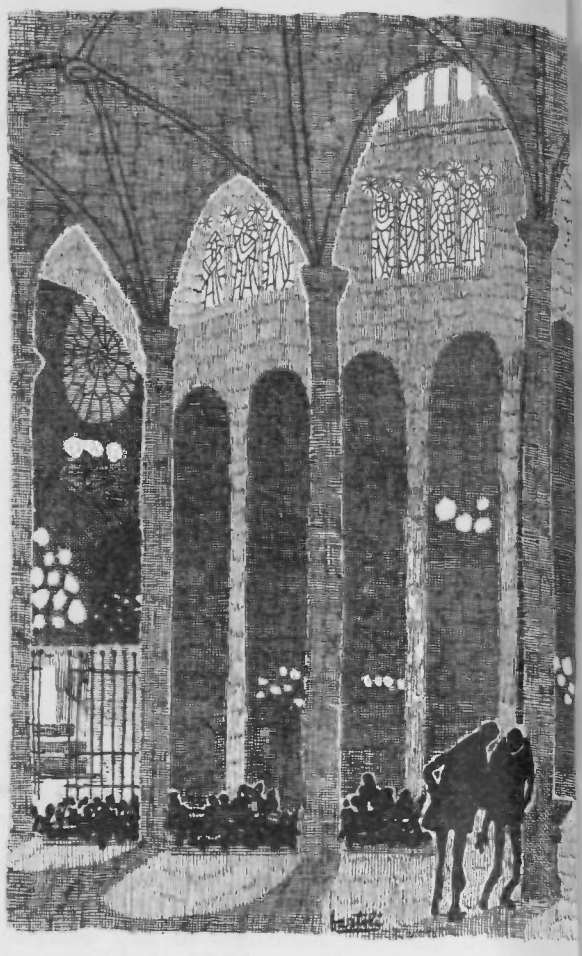
— Deberías atraértele. Podría serte útil.

Un sacristán había entrado por la portezuela de la sacristía y encendido dos velas en el altar mayor. Anunciado por un toque de campanilla, surgió de la sacristía un sacerdote, revestido con los ornamentos sagrados. Se quedó orando ante la primera grada del altar. Un ruido de pisadas, ante la puerta de la iglesia, precedió la llegada de otros fieles. Había algunas monjas. Estas sumergieron las puntas de los dedos en el agua bendita, hicieron la señal de la cruz y avanzaron presurosas hacia el altar.

— A falta de poder corresponder directamente contigo — reanudó Battipaglia, en voz baja — el Centro extranjero me ha encargado que te pida una contestación urgente acerca de la última resolución política. Más que nada, como sabes, es una formalidad.

— No tengo la cabeza para formalidades — dijo Pedro. Ya puedes comprenderlo.

— Por supuesto que nadie te atribuye la menor indecisión para declarar tu solidaridad con la mayoría del Partido Comunista ruso — dijo Battipaglia. Eres un antiguo camarada y todos te estimamos.



— A decir verdad — respondió Pedro —, no conozco la situación. Si me cuesta trabajo comprender, no digo mi país, sino mi aldea, ¿ cómo quieres que yo juzgue la política agraria rusa, que repruebe ciertas opiniones o que apruebe otras ? Comprenderás que no sería serio.

— ¿ Bianchina te ha llevado los tres informes ?

— Sí, pero no los he leído aún.

— ¿ Cuándo los leerás ? El Centro extranjero insiste en tener tu contestación lo antes posible.

— No sé cuando podré leer todos esos cartapacios — dijo Pedro. — Ni siquiera, si estoy en condiciones de comprender esas cosas y formarme una opinión sincera. En la

cabeza tengo otra cosa que me preocupa : la situación de aquí.

Luego añadió, haciendo un esfuerzo :

— No quiero fingir ; te diré la verdad. He quemado los papeles. Llevándolos encima, corría un riesgo inútil. Y además, francamente, no me interesaban.

— Es grave eso que has hecho — dijo Battipaglia. ¿ Te das cuenta ?

— En una palabra — dijo Pedro —, no me creo capaz de juzgar las cuestiones que escapan a mi experiencia. No puedo plegarme a ningún conformismo, aprobar o condenar a ojos cerrados.

— ¿ Cómo te atreves a calificar de conformismo nuestra condenación de Bujarin y de los demás traidores ? ¿ No estás loco ?

— Es conformismo declararse siempre de acuerdo con la mayoría — dijo Pedro. ¿ No te parece ? Estabais al lado de Bujarin, mientras éste contó con la mayoría, y aún estaríais con él si conservase la mayoría de su parte. Pero, ¿ cómo podremos destruir el servilismo fascista, si renunciamos al espíritu crítico ? Trata de contestarme.

— ¿ Pretendes que Bujarin no es un traidor ?

— Sinceramente no lo sé — dijo Pedro. Sólo sé que él está ahora en minoría. Sé también que solamente por esta razón os atrevéis a poneros en contra suya. Responde, si puedes, a esta pregunta mía : ¿ Acaso estarías contra él si contase con la mayoría ?

— Tu cinismo empieza a rebasar los límites — dijo Battipaglia, conteniendo a duras penas su indignación.

— No has contestado a mi pregunta. Si puedes, respóndeme con sinceridad.

— Si dependieras de mí, te expulsaría ahora mismo del Partido.

Battipaglia temblaba de emoción. El lugar de la cita le ponía un freno. Después de un largo silencio, se marchó sin saludar. Pedro se quedó inmóvil en su sitio, con la espalda apoyada en la pila del agua bendita. La función religiosa continuaba. La escasa luz de los cirios hacía resplandecer el oro de la custodia en medio del altar y creaba una corona luminosa alrededor de la cabeza blanca del sacerdote. La ceremonia se terminó ; los escasos fieles se dirigieron hacia la salida. En el momento de tomar el agua bendita para hacer la señal de la cruz, una de las monjas, sorprendida por el aspecto de Pedro, se detuvo a su lado, decidida a observarle.

— No se desespere — le murmuró sonriendo.

— ¿ Qué quiere ? — dijo Pedro.

— Valor — repitió la monja. Resista a la desesperación.

— ¿ Quién es Vd. ? — dijo Pedro. ¿ Qué quiere de mí ?

— Tenga ánimo — prosiguió la monja. El Señor no prueba a nadie más allá de sus fuerzas. ¿ No sabe rezar ?

— No.

— Yo rezaré por Vd. ¿ Cree en Dios ?

— No.

— Le pediré por Vd. El es el Padre de todos, hasta de aquéllos que no creen en él.

La monja se apresuró para ir a reunirse con sus compañeras. Poco después, Pedro también salió de la iglesia.

Había anochecido. Tenía el propósito de ir al cine, pero renunció. Su paisano Lamorra le esperaba frente a la cabaña, donde le había preparado algo de comer. El aspecto de Pedro le preocupó.

— ¿ Qué te ha pasado ? — le preguntó. ¿ Una desgracia ?

— Sí — dijo Pedro, en un tono que le hizo desistir de hacer otras preguntas.

— ¿ No comes ?

— No.

Durante la noche, Pedro no cerró los ojos, y Lamorra lo advirtió.

— ¿ Se puede saber lo que te ha pasado ? — le preguntó. ¿ Una contrariedad amorosa ?

— Sí, dijo Pedro. ¡ Déjame en paz !

— ¿ Te ha traicionado una mujer ?

— Sí.

— No conviene amar demasiado — dijo Lamorra. Tu padre era también un hombre de pasión.

IGNAZIO SILONE

CARNET

DE

GERMAN ARCINIEGAS

EL SILENCIO HABLO EN VOZ ALTA

Esto ocurre en Nueva Orleans. Es la conferencia de la Asociación de Prensa Americana. Se han reunido delegados de los más grandes diarios del continente. El tema ha sido la Libertad de Prensa. Se ha leído un largo informe en que se enumeran las violaciones a esa libertad en cada país. Como todos son periodistas, defienden su derecho a informarse y a informar, a contradecir, a opinar, a buscar los medios para que la opinión pública encuentre en el diario el registro de los hechos que ocurren en cada país, y en el resto del mundo. Pero dos caballeros han llegado a la reunión con el propósito declarado de defender el derecho de una dictadura a clausurar un diario. ¿ Van a poder hablar ? Representan, es cierto, dos diarios. Son sus directores. Y la asociación se ha formado con el propósito definido de defender una carta que dice : « Sin libertad de prensa no hay democracia ». Un miembro de la asociación me hace ver el artículo que dice : « Las publicaciones que... voluntariamente sostengan... la supresión de la libertad de prensa, no podrán ser aceptadas como miembros de la Asociación ni permanecer en tal carácter en ella ». ¿ Qué van a hacer los dos caballeros ?

Los dos caballeros llegaron a Nueva Orleans con alguna anticipación. Dieron entrevistas para todos los periódicos locales. En país aficionado a los deportes fuertes, a las peleas, se produjo entusiasmo de expectativa. Los informadores oficiosos hacían circular noticias fantásticas. Han dicho, decían, que traen revólveres. Hubo un momento en que se creó el fantasma de una película tejana.

El informador oficial de la conferencia

colocó sobre la mesa de la secretaría unos bultos, y explicó : Aquí están los documentos que respaldan lo que voy a decir. Eran cargas de fotografías, de telegramas, de decretos, de « evidencias ». Luego, se abrió el debate. Se dió cuenta de los oradores inscritos. Ahí aparecían, de tercero y cuarto, los dos caballeros.

Es costumbre en todos los países, pero costumbre sagrada en los Estados Unidos, que nadie pase a la tribuna, que nadie se levante en la mesa de los oradores, sin que se le salude con salva de aplausos. Se aplaude a los amigos y a los adversarios, se aplaude al que aparece por primera vez y a quien levanta todos los días la cabeza. He pasado diez años en los Estados Unidos, he estado en los lugares más apartados, he asistido a los banquetes más grandes, y jamás he visto que se rompa esta tradición. Con tal rutina por norma, comenzó el debate. Llegado el momento, el presidente anunció al primero de los dos caballeros. Se levantó. Tenía que cruzar todo el salón. Nadie movió las manos. El no moverlas parecía una bofetada. Pero el caballero resultó valiente. Cortando ese silencio, pasó a la tribuna. Habló todo el tiempo que quiso. Terminó. Y ahí el silencio fué más duro. Le vimos volver a su silla como una sombra. Siguió en turno el caballero número dos. Entonces creció más el silencio. Claro : ya era más largo. Se veía más hondo. Pero el hombre pasó a la tribuna. Ni el presidente se atrevió a interrumpirle cuando pasaron los cinco minutos reglamentarios. Que hable lo que quiera. Terminó. Otra vez, a atravesar el salón. Todo el salón. Ya el silencio era sólido. Se hubiera podido cortar en tajadas, vender en pedazos. Ni una mosca se hubiera atrevido a cortarlo. En mi vida he oído hablar en voz tan alta al silencio. Es un silencio que resonará en los oídos de cuantos lo oyeron ese día como el más grande que nunca les haya sorprendido.

EL CIRUELO DE YUAN PEI FU

De lo que yo no tenía ni remota noticia era de que Regino Pedroso, el poeta de Cuba, tuviese ancestro chino. « Mi paternal abuelo, mandarín de botón encarnado... » En Cuba la sangre oriental se ha mezclado con las demás en proporciones generosas, si se compara con otros países. Pero los resultados de la combinación no hay que buscarlos en cualquier fumaderillo de opio, si existió, ni en la charada china. Río de la sangre arriba, río de la sangre abajo, en esquifes de corcho, soñando, se han producido consecuencias poéticas, plásticas. Si no me equivoco el arte singularísimo del pintor Lamb surge de estas circunstancias, y ahora la poesía de Regino Pedroso.

Cuando escribía *hai-kais* japoneses José Juan Tablada se movía dentro del asombro del mundo exótico, y exótico era para Enrique Gómez Carrillo el oriente de sus crónicas. Pierre Loti y Lafcadio Hearn eran monsieur Loti y mister Hearn de kimono. Estos cubanos llevan las lacas las sedas, los cerezos, y más que todo esto : la ironía, el desencanto, la rebeldía, en la sangre. En el alma.

Dice Regino que de su antepasado « sólo logró alcanzar el retrato de un anciano mandarín que en túnica florida cubre su nevada cabeza con un birrete de seda azul, en que brilla la elevada distinción de un globo de coral... Calzan sus pies suaves pantuflas de pergamino. En los ojos oblicuos, alargados como sables, se entreabre una mirada que parece navegar por quietas aguas nebulosas. Bajo la corta nariz, de abiertos ventanales, asoma una boca casi sin carne, levemente sensual, en donde florece una sonrisa no sé si cauta o candorosa... » Esto lo ha podido escribir un extraño al oriente. Un Loti, un Hearn. Pero cuando Regino ya entra en su mundo poético todo esto es conciencia y se resuelve en el sarcasmo de los conflictos vitales. El maestro que dice : « No comeré arroz mientras mis manos palpen las llagas de un humano... » aparece luego llevado por esclavos en un palanquín suntuoso. ¡ Cómo !, grita el discípulo. Y el maestro : « Si

todo cambia, el pez, el ave, el río... ¿ por qué quieres que sólo yo permanezca el mismo ? » Pregunta el discípulo : « Maestro, ¿ qué es sapiencia política ? » Y el maestro : « Hijo mío creyente : según las conveniencias, la verdad que era ayer, negar en el presente... » Va el discípulo a la feria sagrada. Va alegre. Danza. El maestro : « ¿ Y por qué al viento el rostro sin máscara tú llevas ? ¡ Vamos, corre discípulo y busca una máscara ! » El discípulo : « ¿ Y qué máscara, maestro ? » El maestro : « Una. Cualquiera es buena : la austera del gran bonzo, la pálida del mártir, la ingenua del creyente, la santa del apóstol, la del héroe o el genio... ¿ Por qué irritar al cielo con una faz desnuda ? »

Así son los poemas de Regino Pedroso, un poeta cubano que escribe a la sombra del ciruelo de Yuan Pei Fu.

LUCILA VELASQUEZ Y EL GÉNERO FEMENINO

No sé si por casualidad, o por reconocimiento de los gramáticos, las pasiones pertenecen al género femenino. Por eso *la* paz, *la* guerra, *la* revolución. Y por eso los hombres nos enamoramos unas veces de la paz, otras de la guerra, y de la revolución. Lucila Velásquez ha llevado todo el ímpetu de su alma amazona a una poesía que tiene la violencia de una lucha librada cuerpo a ejército en noches azarosas, con la cárcel húmeda a la vista, con la boca helada de la pistola rozándole la frente. Es una poesía diferente a la de los tiempos anteriores, que no reclama balance, sino que lo niega ; que no pretende acariciar, sino herir ; que no busca el canto, sino el grito. Es la poesía de la conspiración, de la clandestinidad, de la esperanza apretadita contra el corazón. « Cambió de pasos todos los días, se hizo ágil, arriesgó su fortuna de jardines, se jugó su vida y su belleza... »

Ella « le ordenaba a la aurora que incendiara los cielos ». « Ella a camporresuelta por el 12 de octubre ». « Ella con un libro de campana cantándolo... »

Lucila Velásquez le alcanza las balas al soldado de la revolución, le prepara la comida en el campamento, le lava las heridas, le teje la corona de laurel y se la coloca sobre la frente helada por la muerte. Es la mujer de América que se pierde en la noche de nuestras revueltas. Y ve a su hermanito dormido : « Niño, lápiz de cuento - verdes finos pintados en el oído - un mural de contento... » Y piensa : « Cuando quiebras tu cántaro de fuentes - en la mano apareces - con puños combatientes - cerrados por temores inocentes. »

Esta es poesía de mujer. De brava mujer de América.

GERMAN ARCINIEGAS

Lenguaje y poema [1]

POR OCTAVIO PAZ

La primera actitud del hombre ante el lenguaje fué la confianza. Al principio, se creía que el signo y el objeto representado eran lo mismo. La escultura era un doble del modelo ; la fórmula ritual una reproducción de la realidad, capaz de re-engendrarla. Hablar era re-crear el objeto aludido. La exacta pronunciación de las palabras mágicas era una de las primeras condiciones de su eficacia. La necesidad de preservar la pureza del lenguaje sagrado explica el nacimiento de la gramática, en la India védica. Pero al cabo de los siglos los hombres advirtieron que entre las cosas y sus nombres se abría un abismo. Las ciencias del lenguaje conquistaron su autonomía apenas cesó la creencia en la identidad entre el objeto y su signo. Desde entonces el pensamiento ve con desconfianza a las palabras. La primera tarea del pensamiento consistió en fijar un significado preciso y único a los vocablos. La gramática se convirtió en el primer peldaño de la lógica. Mas las palabras son rebeldes a la definición. Y todavía no cesa la batalla entre la ciencia y el lenguaje.

La historia del hombre podría estudiarse como la de las relaciones entre las palabras y el pensamiento. Incluso podría afirmarse que todo período de crisis se inicia o coincide con una crítica del lenguaje. De pronto se pierde fe en la eficacia del vocablo : « Tuve a la belleza en mis rodillas y era amarga », dice el poeta. ¿ La belleza o las palabras ? Ambas : la belleza es inasible sin las palabras. Las palabras y las cosas se desangran por la misma herida. Todas las sociedades han atravesado por estas crisis del lenguaje que son, asimismo y sobre todo, crisis del sentido de ciertas palabras. Se olvida con frecuencia que, como todas las otras creaciones humanas, los Imperios y los Estados están hechos de palabras : son hechos verbales. En el libro XIII de los Anales, Tzu-Lu pregunta a Confucio : « Si el Duque de Wei te llamase para administrar su país, ¿ cuál sería tu primera medida ? El Maestro dijo : La reforma del lenguaje, sin duda ». No sabemos en dónde empieza el mal, si en las palabras o en las cosas, pero cuando las palabras se corrompen y los significados se vuelven inciertos, el sentido de nuestros actos y de nuestras obras también es inseguro. Las cosas se apoyan en sus nombres y viceversa. Nietzsche inicia su crítica de los valores enfrentándose a las palabras : ¿ qué es lo que quieren decir realmente virtud, verdad o justicia ? Al desvelar el significado de ciertas palabras sagradas e inmutables — precisamente aquellas sobre las que reposaba el edificio de la metafísica occidental — minó los fundamentos mismos de esa metafísica. Toda crítica filosófica se inicia, o termina, con un análisis del lenguaje.

El equívoco de toda filosofía — y más :

(1) Capítulo del libro, próximo a publicarse, *El Arco y la Lira*.

de todo conocimiento — depende de su fatal sujeción a las palabras. Casi todos los filósofos afirman que los vocablos son instrumentos groseros, incapaces de asir la realidad. Ahora bien, ¿ es posible una filosofía sin palabras ? Los símbolos son también lenguaje, aun los más abstractos y puros, como los de la lógica y la matemática. Además, los signos deben ser explicados y no hay otro medio de explicación que el lenguaje. Pero imaginemos lo imposible : una filosofía dueña de un lenguaje simbólico o matemático sin referencia a las palabras. El hombre y sus problemas — tema esencial de toda filosofía — no tendría cabida en ella. Pues el hombre es inseparable de las palabras. Sin ellas, es inasible. El hombre es un ser de palabras. Y a la inversa : toda filosofía que se sirve de palabras está condenada a la servidumbre de la historia, porque las palabras nacen y mueren, como los hombres. Así, en un extremo, la realidad que las palabras no pueden expresar ; en el otro, la realidad del hombre que sólo puede expresarse con palabras. Por tanto, debemos someter a examen las pretensiones de la ciencia del lenguaje. Y en primer término su postulado principal : la noción del lenguaje como objeto.

Si todo objeto es, de alguna manera, parte del sujeto cognoscente — límite fatal del saber al mismo tiempo que única posibilidad de conocer — ¿ qué decir del lenguaje ? Las fronteras entre objeto y sujeto se muestran aquí particularmente indecisas. La palabra es el hombre mismo. Estamos hechos de palabras. Ellas son nuestra única realidad o, al menos, el único testimonio de nuestra realidad. No hay pensamiento sin lenguaje, ni tampoco objeto de conocimiento : lo primero que hace el hombre frente a una realidad desconocida es nombrarla, bautizarla. Lo que ignoramos es lo innombrable. Todo aprendizaje principia como enseñanza de los verdaderos nombres de las cosas y termina con la revelación de la palabra-llave que nos abrirá las puertas del saber. O con la confesión de ignorancia : el silencio. Y aun el silencio dice algo, pues está preñado de signos. No podemos escapar del lenguaje. Cierto, los especialistas pueden aislar al idioma y convertirlo en un objeto. Mas se trata de un ser artificial arrancado a su mundo original, pues a diferencia de lo que ocurre, hasta cierto punto al menos, con los otros objetos de la ciencia, la palabra no vive fuera de nosotros : nosotros somos su mundo y ellas el nuestro. Para apresar el lenguaje no tenemos más remedio que emplearlo. Las redes de pescar palabras están hechas de palabras. Para salir de este laberinto es menester resignarse a desechar la idea del lenguaje como un « objeto » independiente o separable del hombre que lo estudia.

No pretendo negar con esto el valor de los estudios lingüísticos. Es legítimo estudiar a las palabras en sus funciones particulares : por ejemplo, como lenguaje popular, científico, filosófico o literario. Pero la utilidad de este método no debe hacer olvidar sus limitaciones : el lenguaje, en su realidad última, se nos escapa. Esa realidad consiste en ser algo indivisible e inseparable del hombre. En suma : el lenguaje es una condición de la existencia del hombre y no un objeto, un organismo o un sistema convencional de signos que podemos aceptar o desechar. El estudio del lenguaje, en este sentido, es una de las partes de una ciencia total del hombre.

Afirmar que el lenguaje es propiedad exclusiva del hombre contradice una creencia milenaria. Recordemos como principian muchas fábulas : « Cuando los animales hablaban... »

Aunque parezca extraño esta creencia fué resucitada por la ciencia del siglo pasado. Todavía muchos afirman que los sistemas de comunicación animal no son esencialmente diferentes a los usados por el hombre. Para algunos sabios no es una gastada metáfora hablar del lenguaje de los pájaros. En efecto, en los lenguajes animales aparecen dos notas distintivas del habla : el significado — reducido, es cierto, al nivel más elemental y rudimentario — y la comunicación. El grito animal alude a algo, dice algo : posee significación. Y ese significado es recogido y, por decirlo así, comprendido por los otros animales. Esos gritos inarticulados constituyen un sistema de signos comunes, dotados de significación. No es otra la función de las palabras. Por tanto, el habla no es sino el desarrollo del lenguaje animal y las palabras pueden ser estudiadas como cualquiera de los

otros objetos de las ciencias de la naturaleza. Esta idea merece un análisis más detenido.

Lo distintivo del lenguaje es el significado. Sonidos, colores, signos y gestos transmiten un sentido. El lenguaje es un conjunto de expresiones significantes e inteligibles. La palabra es sentido y comunicación de ese sentido : « la esencia del lenguaje — dice Marshall Urban en *Langage and Reality* — es la representación de un elemento de experiencia por otro — la relación bipolar entre el signo o el símbolo y la cosa significada o simbolizada — y la conciencia de esa relación ». Las palabras representan, indican o designan y, finalmente, son respuestas instintivas o emocionales (como se ve en las interjecciones). De ahí que la significación pueda ser « representativa, indicativa o emotiva ». Las tres funciones son inseparables. En cada expresión verbal aparecen las tres, a niveles diversos y con distinta intensidad. No hay representación que no contenga elementos indicativos y emocionales. Y lo mismo debe decirse de la indicación y la emoción.

Caracterizada así el habla humana, Marshall Urban pregunta a los especialistas si en los gritos animales aparecen las tres funciones. La mayor parte de los entendidos afirma que « la gama fonética de los simios es enteramente subjetiva ; solamente expresa emociones, jamás designa o describe objetos ». Lo mismo se puede decir de sus gestos faciales y demás expresiones corporales. Es verdad que en algunos gritos animales hay débiles indicios de indicación, mas en ningún caso se ha comprobado la existencia de la función simbólica o representativa. Así, pues, entre lenguaje animal y humano hay una ruptura. El lenguaje humano, cualquiera que sea su origen, es algo radicalmente distinto de la comunicación animal. Las diferencias entre ambos son de orden cualitativo y no cuantitativo. El lenguaje es algo exclusivo del hombre.

Según los lingüistas modernos, las hipótesis tendientes a explicar la génesis y desarrollo del lenguaje como el paso gradual de lo simple a lo complejo — por ejemplo, de la interjección, el grito o la onomatopeya a las expresiones indicativas y simbólicas — parecen igualmente desprovistas de fundamento. Las lenguas primitivas ostentan una gran complejidad. En casi todos los idiomas arcaicos existen palabras que por sí mismas constituyen frases y oraciones completas. El estudio de los lenguajes primitivos confirma lo que nos revela la antropología cultural : a medida que penetramos en el pasado no encontramos, como se pensaba en el siglo XIX, sociedades más simples, sino dueñas de una desconcertante complejidad. El tránsito de lo simple a lo complejo puede ser una constante en las ciencias naturales, pero no en las de la cultura.

Aunque la hipótesis del origen animal del lenguaje se estrella ante el carácter irreductible de la significación, en cambio tiene la gran originalidad de incluir « al lenguaje dentro de la esfera de los movimientos expresivos » (Marshall Urban). Antes de hablar, el hombre gesticula. Gestos y movimientos poseen significación. Y en ella están presentes los tres elementos del lenguaje : indicación, emoción y representación. Los hombres hablan con las manos y con el rostro, a diferencia de los animales que sólo son capaces de expresar emociones. El grito accede a la significación representativa e indicativa al aliarse con esos gestos y movimientos. Quizá el primer lenguaje humano fué la pantomima imitativa y mágica. Regidos por las leyes del pensamiento analógico, los movimientos corporales imitan y recrean objetos y situaciones.

Cualquiera que sea el origen del habla, no es muy aventurado afirmar que todo lenguaje primitivo es mágico y mítico. Los lingüísticos parecen coincidir en la « naturaleza primordialmente mítica de todas las palabras y formas del lenguaje... la ciencia moderna confirma de una manera impresionante la idea de Herder y los románticos alemanes : desde el principio es indudable la inseparable correlación entre mito y lenguaje. Ambos son expresiones de una tendencia fundamental y común a todo simbolismo : la metáfora radical ». O en otras palabras menos técnicas ; lenguaje y mito son vastas metáforas de la realidad. La lingüística moderna verifica una creencia común a todos los poetas de todos los tiempos : el lenguaje

es poesía en estado natural. En la entraña del idioma late una tendencia metafórica, raíz de la poesía. En cierto modo puede afirmarse que toda palabra es una metáfora ; y, asimismo, que es un instrumento mágico, esto es, algo que es susceptible de cambiarse en « otra cosa » y de transmutar aquello que toca : la palabra pan, tocada por la palabra sol, se vuelve efectivamente un astro ; y el sol, a su vez, en un alimento luminoso. Así, si las palabras son metáforas, las del poeta son imágenes a la segunda o tercera potencia. Y aquí podemos despedirnos de Marshall Urban y de los lingüistas. Su testimonio no solamente corrobora que el lenguaje es algo exclusivo del hombre, sino que es poesía : el hombre es hombre gracias al lenguaje esto es, gracias a la metáfora original que lo hizo ser otro y lo separó del mundo natural. El hombre es un ser que se ha creado a sí mismo al crear un lenguaje.

*

La constante producción de imágenes y de formas verbales inéditas es una prueba del carácter mágico del habla y de su naturaleza poética. El lenguaje tiende espontáneamente a cristalizar en metáforas. Diariamente las palabras chocan entre sí y en su encuentro arrojan chispas metálicas o forman parejas fosforescentes. El cielo verbal se puebla sin cesar de astros nuevos. Todos los días afloran a la superficie del idioma palabras y frases chorreando aún humedad y silencio por las frías escamas. En el mismo instante otras desaparecen. De pronto, el erial de un idioma fatigado se cubre de súbitas flores verbales. Criaturas luminosas habitan las espesuras del habla. Criaturas sobre todo voraces. En el seno del lenguaje hay una guerra civil sin cuartel. Todos contra uno. Uno contra todos. ¡ Enorme masa siempre en movimiento, engendrándose sin cesar, ebria de sí ! En labios de niños, locos, sabios, cretinos, enamorados o solitarios, brotan imágenes, juegos de palabras, expresiones surgidas de la nada. Por un instante, brillan o relampaguean. Luego se apagan. Hechas de materia inflamable, las palabras se incendian apenas las rozan la imaginación o la fantasía. Mas son incapaces de guardar su fuego.

El habla es la substancia o alimento del poema, pero no es la poesía. El prestigio que rodea al lenguaje popular — reacción contra el opuesto prejuicio culterano — reside en su espontaneidad y desenvoltura, pero también y sobre todo en su docilidad frente al juego poético. Estas virtudes no nos deben llevar a confundirlo con la poesía, entendida como actividad creadora. La distinción entre el poema y esas expresiones poéticas — inventadas ayer o repetidas hace mil años por un pueblo que guarda intacto su saber tradicional — radica en lo siguiente : el primero es una tentativa por trascender el idioma ; las expresiones poéticas, en cambio, viven en el nivel mismo del habla y son el resultado del vaivén de las palabras en las bocas de los hombres ; no son creaciones, obras. En el poema el habla, el lenguaje social, se concentra, se articula y levanta. El poema es lenguaje erguido.

Así como ya nadie sostiene que el pueblo sea el autor de las epopeyas homéricas, tampoco nadie puede defender la idea del poema como una secreción natural del lenguaje. Lautréamont quiso decir otra cosa cuando profetizó que un día la poesía sería hecha por todos. Nada más deslumbrante que este programa. Pero como ocurre con toda profecía revolucionaria, el advenimiento de ese estado futuro de poesía total supone un regreso al tiempo original. En este caso al tiempo en que hablar era crear, volver a la identidad entre la cosa y el nombre. Ahora bien, reconciliar lenguaje y realidad exige una radical transformación de la condición misma del hombre, pues su oposición es consecuencia de otra más decisiva : apenas el hombre adquirió conciencia de sí, se hizo otro en el seno de sí mismo. La palabra no es idéntica a la realidad que nombra, porque entre el hombre y las cosas — y, más hondamente, entre el hombre y su ser — se interpone la conciencia de sí. La palabra es un puente mediante el cual el hombre trata de salvar la distancia que lo separa de la realidad exterior. Mas esa distancia forma parte de la naturaleza humana. Para disolverla, el hombre debe renunciar a su humanidad, ya sea regresando al mundo animal, ya trascendiendo las limitaciones

que nuestra condición nos impone. Ambas tentaciones, latentes a lo largo de toda la historia, ahora se presentan con mayor lucidez al hombre moderno. De ahí que la poesía contemporánea se mueva entre estos dos polos. Por una parte, es una profunda afirmación de los valores irracionales ; por la otra una vocación revolucionaria. Las dos direcciones expresan la rebelión del hombre contra su propia condición. « Cambiar al hombre », así, quiere decir renunciar a serlo : hundirse para siempre en la inocencia animal o liberarse del peso de la historia : trastornar los términos de la vieja relación, de modo que no sea la existencia histórica la que determine a la conciencia, sino a la inversa. La tentativa revolucionaria se presenta como una recuperación de la conciencia enajenada y, asimismo, como la conquista que hace esa conciencia recobrada del mundo histórico y de la naturaleza. Dueña de las leyes históricas y sociales, la conciencia determinaría a la existencia. La especie habría dado entonces su segundo salto mortal. Gracias al primero, abandonó el mundo natural ; dejó de ser animal, se puso en pie : contempló a la naturaleza y se contempló. Al dar el segundo, regresaría a la unidad original, pero sin perder la conciencia, sino haciendo de ésta el fundamento de la naturaleza. Aunque no es ésta la única tentativa del hombre para recobrar la perdida unidad de la conciencia y la existencia (poesía, mística, religión y filosofía han propuesto y proponen otras vías), sí es la que ha fascinado a los poetas de la primera mitad del siglo XX y la que los ha llevado a participar, con varia fortuna, en los movimientos revolucionarios. Ahora bien, es evidente que la fusión — o, mejor : reunión — de la palabra y la cosa, el nombre y lo nombrado, exige la previa reconciliación del hombre consigo mismo y con el mundo. Mientras no se opere este cambio, el poema seguirá siendo uno de los pocos recursos del hombre para ir, más allá de sí mismo, al encuentro de lo que es profunda y originalmente. Por tanto, no es posible confundir el chisporroteo de lo poético con las empresas más temerarias y decisivas de la poesía.

La imposibilidad de confiar al juego del lenguaje la creación poética, se corrobora

OCTAVIO PAZ
(Dibujo de Bartoli)

apenas se advierte que no existe un solo poema en el que no haya intervenido una voluntad creadora. El lenguaje es potencialmente poesía y cada palabra esconde cierta carga metafórica dispuesta a estallar apenas se toca el resorte secreto. Cierto, cada palabra es una metáfora, pero la fuerza creadora de la palabra reside en el hombre que la pronuncia. El hombre pone en marcha al lenguaje. No hay poema sin creador.

La noción de un creador, necesario antecedente del poema, parece oponerse a la creencia en la poesía como algo que escapa al control de la voluntad. Todo depende de lo que se entienda por voluntad. En primer término, debemos abandonar la concepción estática de las llamadas facultades, como hemos abandonado la idea de un alma aparte. No se puede hablar de facultades psíquicas — memoria, voluntad, entendimiento — como si fueran entidades separadas e independientes. La psiquis es una totalidad indivisible. Si no

es posible trazar las fronteras entre el cuerpo y el espíritu, tampoco lo es discernir dónde termina la voluntad y empieza la pura pasividad. En cada una de sus manifestaciones la psiquis se expresa de un modo total. En cada función están presentes todas las otras. La inmersión en estados de absoluta receptividad no implica la abolición del querer. El testimonio de San Juan de la Cruz — « deseando nada » — cobra aquí un inmenso valor psicológico : la nada misma se vuelve activa, por la fuerza del deseo. El Nirvana ofrece la misma combinación de pasividad activa, de movimiento que es reposo. Todos los estados de pasividad — desde la experiencia del vacío interior hasta la opuesta de congestión del ser — exigen el ejercicio de una voluntad decidida a romper la dualidad entre objeto y sujeto. El Gita dice que el perfecto yogui es aquel que, inmóvil, sentado en una postura apropiada, « mirando con mirada impasible la punta de su nariz », es tan dueño de sí que se olvida de sí.

Todos sabemos hasta qué punto es difícil rozar las orillas de la distracción. Esta experiencia se enfrenta a las tendencias predominantes de nuestra civilización, que propone como arquetipos humanos al abstraído, al retraído y hasta al contraído. Un hombre que se distrae, niega al mundo moderno. Al hacerlo, se juega el todo por el todo. Intelectualmente, su decisión no es diversa a la del suicida por sed de saber qué hay del otro lado de la vida. El distraído se pregunta ¿ qué hay del otro lado de la vigilia y de la razón ? La distracción quiere decir : atracción por el reverso de este mundo. La voluntad no desaparece ; simplemente cambia de dirección : en lugar de servir a los poderes analíticos les impide que confisquen para sus fines la energía psíquica. En consecuencia, es inexacto llamar pasivos o negativos a los estados receptivos.

La pobreza de nuestro vocabulario psicológico y filosófico en esta materia contrasta con la riqueza de las expresiones e imágenes poéticas. Recordemos la « música callada » de San Juan o el « vacío es plenitud » de Laot-zé. Los estados pasivos no son sólo experiencias del silencio y el vacío, sino de momentos positivos y plenos : del núcleo del ser salta un chorro de imágenes : « mi corazón está brotando flores en mitad de la noche », dice el poema azteca. La voluntaria parálisis no ataca sino a una parte de la psiquis. La pasividad de una zona provoca la actividad de la otra y hace posible la victoria de la imaginación frente a las tendencais analíticas, discursivas o razonadoras. En ningún caso desaparece la voluntad creadora. Sin ella, las puertas de la identificación con la realidad permanecen inexorablemente cerradas. Poesía es creación, acto libre.

Ejercicio de la libertad, la creación poética se inicia como violencia sobre el lenguaje. El primer acto de esta operación consiste en el desarraigo de las palabras. El poeta las arranca de sus conexiones y menesteres habituales : separados del mundo informe del habla, los vocablos se vuelven únicos, como si acabasen de nacer. El segundo acto es el regreso de la palabra : el poema se convierte en objeto de participación. Dos fuerzas antagónicas habitan el poema : una de elevación o desarraigo, que arranca a la palabra del lenguaje ; otra de gravedad, que la hace volver. El poema es creación original y única, pero también es participación y comunión. El poeta lo crea ; el pueblo, al recitarlo, lo recrea. Poeta y lector son dos momentos de una misma realidad. Alternándose de una manera que no es inexacto llamar cíclica, su rotación engendra la chispa : la poesía.

Las dos operaciones — separación y regreso — exigen que el poema se sustente en un lenguaje común. No en un habla popular o coloquial, como se pretende ahora, sino en la lengua de una comunidad : ciudad, nación, clase, grupo o secta. Los poemas homéricos fueron « compuestos en un dialecto literario y artificial que nunca se habló propiamente » (Alfonso Reyes). Los grandes textos de la literatura sánscrita pertenecen a épocas en que esta lengua había dejado de hablarse, excepto entre grupos reducidos. En el teatro de Kalidasa los personajes nobles hablan sánscrito ; los plebeyos, pakri. Popular o minoritario, el lenguaje que sustenta al poeta posee dos notas : es vivo y común. Esto es, usado por un grupo de hombres para comunicar y perpetuar sus experien-

cias, pasiones, esperanzas y creencias. Nadie puede escribir un poema en una lengua muerta, excepto como ejercicio literario (y entonces no se trata de un poema, porque éste sólo se realiza plenamente en la participación : sin lector la obra sólo lo es a medias). Tampoco el lenguaje matemático, físico o de cualquier otra ciencia ofrece sustento a la poesía : es lenguaje común, pero no vivo. Nadie canta en fórmulas. Es verdad que las definiciones científicas pueden ser utilizadas en un poema y Lautréamont las empleó con genio. Sólo que entonces se opera una trasmutación, un cambio de signo. La fórmula científica deja de servir a la demostración y más bien tiende a destruírla. El humor es una de las armas mayores de la poesía.

Al crear el lenguaje de las naciones europeas, las leyendas y poemas épicos contribuyeron a crear esas mismas naciones. Y en un sentido profundo las fundaron : les dieron conciencia de sí mismas. En efecto, por obra de la poesía, el lenguaje común se transformó en imágenes míticas dotadas del valor arquetípico. Rolando, el Cid, Arturo, Lanzarote, Parsifal son héroes, modelos. Lo mismo puede decirse — con ciertas y decisivas salvedades — de las creaciones épicas que coinciden con el nacimiento de la sociedad burguesa : las novelas. Ahora bien, lo distintivo de la poesía moderna, desde el punto de vista de la situación social del poeta, es su posición marginal. La poesía es un alimento que la burguesía — como clase — ha sido incapaz de digerir. De ahí que una y otra vez haya intentado domesticarla. Pero apenas un poeta o un movimiento poético cede y acepta regresar al orden social, surge una nueva creación que constituye, a veces sin proponérselo, una crítica y un escándalo. La poesía moderna se ha convertido en el alimento de los disidentes y desterrados del mundo burgués. A una sociedad escindida corresponde una poesía en rebelión. Pero aun en este caso extremo no se rompe la relación entrañable que une al lenguaje social con el del poema. El lenguaje del poeta es el de su comunidad, cualquiera que ésta sea. Entre uno y otra se establece un juego recíproco de influencias, un sistema de vasos comunicantes. El lenguaje de Mallarmé es idioma de iniciados ; sus lectores están unidos por una suerte de complicidad y forman una sociedad secreta. Lo característico de nuestros días es la ruptura del equilibrio precariamente mantenido a lo largo del siglo XIX. La tensión se ha vuelto insoportable : el lenguaje social día tras día se degrada en una jerga reseca de técnicos y periodistas ; y el poema, en el otro extremo, se convierte en ejercicio suicida. Hemos llegado al fin de un proceso iniciado en los albores de la edad moderna.

Muchos poetas contemporáneos, deseosos de salvar la barrera de vacío que el mundo moderno les opone, han intentado buscar el perdido auditorio : ir al pueblo. Sólo que ya no hay pueblo : hay masas organizadas. Y así, « ir al pueblo » significa ocupar un sitio entre los « organizadores » de las masas. El poeta se convierte en funcionario. No deja de ser asombroso este cambio. Los poetas del pasado habían sido sacerdotes o profetas, señores o rebeldes, bufones o santos, criados o mendigos. Correspondía al Estado burocrático hacer del creador un alto empleado del « frente cultural ». El poeta ya tiene un « lugar » en la sociedad. ¿ Lo tiene la poesía ?

La poesía vive en las capas más profundas del ser, en tanto que las ideologías y todo lo que llamamos ideas y opiniones constituye los estratos más superficiales de la conciencia. El poema se nutre del lenguaje vivo de una comunidad, de sus mitos, sus sueños y sus pasiones, esto es, de sus tendencias más secretas y poderosas. El poema funda al pueblo porque el poeta remonta la corriente del lenguaje y bebe en la fuente original. En el poema la sociedad se enfrenta con los fundamentos de su ser, con su palabra primera. Al proferir esa palabra original, el hombre se creó. Aquiles y Odiseo son algo más que dos figuras heroicas ; son el destino griego creándose a sí mismo. El poema es mediación entre la sociedad y aquello que la funda. Sin Homero, el pueblo griego no sería lo que fué. Sus poemas son el origen de Grecia. Lo mismo debe decirse de toda creación realmente clásica, en el sentido más inmediato de la palabra : ser modelo,

arquetipo viviente. El poema nos revela lo que somos y nos invita a ser eso que somos.

Los partidos totalitarios modernos convierten al poeta en propagandista y así lo degradan. El propagandista disemina en la « masa » las concepciones de los jerarcas. Su tarea consiste en trasmitir ciertas directivas, de arriba para abajo. Su radio de interpretación es muy reducido (ya se sabe que toda desviación, aun involuntaria, es peligrosa). El poeta, en cambio, opera de abajo para arriba : del lenguaje de su comunidad al del poema. En seguida, la obra regresa a sus fuentes y se vuelve objeto de comunión. La relación entre el poeta y su pueblo es orgánica y espontánea. Todo se opone ahora a este proceso de constante recreación. El pueblo se escinde en clases y grupos ; después, se petrifica en bloques. El lenguaje común se transforma en un sistema de fórmulas. Las vías de comunicación tapiadas, el poeta se encuentra sin lenguaje en qué apoyarse y el pueblo sin imágenes en que reconocerse. Hay que aceptar con lealtad esta situación. Si el poeta abandona su destierro — única posibilidad de auténtica rebeldía —, abandona también la poesía y la posibilidad misma de que ese exilio se transforme en comunión. Porque entre el propagandista y su auditorio se establece un doble equívoco : él cree que habla el lenguaje del pueblo ; y el pueblo, que escucha el de la poesía. La soledad gesticulante de la tribuna es total e irrevocable. Ella — y no la del que lucha a solas por encontrar la palabra común — sí que es soledad sin salida y sin porvenir.

Algunos poetas creen que un simple cambio de lenguaje basta para reconciliar poema y sociedad. Unos resucitan el folklore ; otros se apoyan en el lenguaje coloquial, es decir, en el habla de la ciudad moderna. Mas el folklore, preservado en los museos o en regiones aisladas, ha dejado de ser lenguaje desde hace varios siglos : es una curiosidad o una nostalgia. Y en cuanto al habla desgarrada de las urbes : no es un lenguaje, sino el jirón de algo que fué un todo coherente y armónico. El habla de la ciudad tiende a petrificarse en fórmulas y « slogans » y sufre así la misma suerte del arte popular, convertido en artefacto industrial, y la del hombre mismo, que de persona se transforma en masa. La explotación del folklore, el uso del lenguaje coloquial o la inclusión de pasajes deliberadamente antipoéticos o prosaicos en medio de un texto de alta tensión, son recursos literarios que tienen el mismo sentido que el empleo de dialectos artificiales por los poetas del pasado. En todos los caso se trata de procedimientos característicos de la llamada poesía minoritaria, como las imágenes geográficas de los poetas « metafísicos » ingleses, las alusiones mitológicas de los renacentistas o las irrupciones del humor, en Lautréamont y Jarry. Piedras de toque, incrustadas en el poema para subrayar la autenticidad del resto, su función no es distinta a la del empleo de materiales que tradicionalmente no pertenecían al mundo de la pintura. No en balde se ha comparado The Waste Land a un « collage ». Lo mismo puede decirse de ciertos poemas de Apollinaire. Todo esto posee eficacia poética, pero no hace más comprensible a la obra. Las fuentes de la comprensión son otras : radican en la comunidad del lenguaje y valores. El poeta moderno no habla el lenguaje de la sociedad ni comulga en los valores de la actual civilización. La poesía de nuestro tiempo no puede escapar de la soledad y la rebelión, excepto a través de un cambio de la sociedad y del hombre mismo. La acción del poeta contemporáneo sólo se puede ejercer sobre individuos y grupos. En esta limitación reside, acaso, su eficacia presente y su futura fecundidad.

Los historiadores afirman que las épocas de crisis o estancamiento producen automáticamente una poesía decadente. Condenan así a la poesía hermética, solitaria o difícil. Por el contrario, los momentos de ascenso histórico se caracterizan por un arte de plenitud, al que accede toda la sociedad. Si el poema está escrito en lo que llaman el lenguaje de todos, estamos ante un arte de madurez. Arte claro es arte grande. Arte oscuro y para pocos, decadente. Ciertas parejas de adjetivos expresan esta dualidad : arte humano y deshumano, popular y minoritario, clásico y romántico (o barroco). Casi siempre se hace coincidir estas épocas de esplendor

con el apogeo político o militar de la nación. Apenas los pueblos tienen grandes ejércitos y jefes invencibles, surgen los grandes poetas. Otros historiadores aseguran que esa grandeza poética se da un poco antes — cuando afilan los dientes los ejércitos — o un poco después — cuando los nietos de los conquistadores digieren las ganancias. Deslumbrados por esta idea forman parejas radiantes : Racine y Luis XIV, Garcilaso y Carlos V, Isabel y Shakespeare. Y otras oscuras, crepusculares, como las de Góngora y Felipe IV, Licofrón y Ptolomeo Filadelfio.

Por lo que toca a la oscuridad de las obras, debe decirse que todo poema ofrece, al principio, dificultades. La creación poética se enfrenta siempre a la resistencia de lo inerte y horizontal. Esquilo, culpable de haber agregado un personaje a la tragedia, padeció además la acusación de oscuridad. Eurípides era odiado por sus contemporáneos y fué juzgado poco claro. Garcilaso fué llamado descastado y cosmopolita. Los románticos fueron acusados de herméticos y decadentes. Los « modernistas » se enfrentaron a las mismas críticas. La verdad es que la dificultad de toda obra reside en su novedad. Separadas de sus funciones habituales y reunidas en un orden que no es el de la conversación ni el del discurso, las palabras ofrecen una resistencia irritante. Toda creación engendra equívocos. El goce poético no se da sin vencer ciertas dificultades, análogas a las de la creación. La participación implica una recreación : el lector reproduce los gestos y experiencias del poeta. Y la creación se realiza con esfuerzo.

Por otra parte, casi todas las épocas de crisis o decadencia social son fértiles en grandes poetas : Góngora y Quevedo, Rimbaud y Lautréamont, Donne y Blake, Melville y Dickinson. Si hemos de hacer caso al criterio histórico, Poe es la expresión de la decadencia sudista y Rubén Darío de la extrema postración de la sociedad hispanoamericana. ¿ Y cómo explicar a Leopardi en plena disolución italiana y a los románticos germanos en una Alemania rota y a merced de los ejércitos napoleónicos ? Gran parte de la poesía profética de los hebreos coincide con las épocas de esclavitud, disolución o decadencia israelita. Villon y Manrique escriben en lo que se ha llamado el « otoño de la Edad Media ». ¿ Y qué decir de la « sociedad de transición » en que vive Dante ? La España de Carlos IV produce a Goya. No, la poesía no es un reflejo mecánico de la historia. Las relaciones entre ambas son más sutiles y complejas. La poesía cambia, pero no progresa ni decae. Decaen las sociedades.

En tiempos de crisis se rompen o aflojan los lazos que hacen de la sociedad un todo orgánico. En épocas de cansancio, se inmovilizan. En el primer caso la sociedad se dispersa ; en el segundo, se petrifica bajo la tiranía de una máscara imperial y nace el arte oficial. Pero el lenguaje de sectas y comunidades reducidas es propicio a la creación poética. La situación de exilio del grupo da a sus palabras una tensión y un valor particulares. Todo idioma sagrado es secreto. Y a la inversa : todo idioma secreto — sin excluir al de conjurados y conspiradores — colinda con lo sagrado. El poema hermético proclama la grandeza de la poesía y la miseria de la historia. Góngora es un testimonio de la salud del idioma español, tanto como el Conde-Duque de Olivares lo es de la decadencia de un Imperio. El cansancio de una sociedad no implica necesariamente la extinción de las artes ni provoca el silencio del poeta. Más bien es posible que ocurra lo contrario : suscita la aparición de poetas y obras solitarias. Cada vez que surge un gran poeta hermético o movimientos de poesía en rebelión contra los valores de una sociedad determinada, puede sospecharse que esa sociedad, no la poesía, padece males incurables. Y esos males pueden medirse atendiendo a dos circunstancias : la ausencia de un lenguaje común y la sordera de la sociedad ante el canto solitario. La soledad del poeta muestra el descenso social. La creación, siempre a la misma altura, acusa la baja de nivel histórico. De ahí que a veces nos parezcan más altos los poetas difíciles. Se trata de un error de perspectiva. No son más altos ; simplemente, el mundo que los rodea es más bajo.

OCTAVIO PAZ

SALVADOR DE MADARIAGA

COSAS Y GENTES

¿ENCONTRARSE con Haya de la Torre? Pues claro. Donde sea. En Ginebra allá por los 1920-30 ; en Oxford ; en París ; en Lima ; en Nueva York... ¡ Pero en Estocolmo ! ¡ Y tan sueco ! No es que « se haga el sueco »... expresión, dicho sea de paso, por demás curiosa. ¿ De dónde vendrá ? Y que algo hay en ello, no haya duda. Yo de mí sé decir que en cuanto a no contestar cartas, los suecos les dan quince y raya a los españoles. Pero esto no va con Haya de la Torre y su modo directo y afrontador de hombres y cosas. Lo que no quita para que sea gran admirador de Suecia, por lo que tiene de razonable, de humano, de sensato, aquel admirable país.

Y encontrarse con Haya de la Torre es reanudar con él ese diálogo tácito entre el español y el hispanoamericano polarizado contra España que es más sustancial, más fecundo, y más duradero que la mera efusión que permite un diálogo de coincidencias. Surge inesperadamente a la vuelta de una esquina de la conversación « ... en fin ya habrá Vd. visto eso tantas veces en España ». — « Yo no. Yo no he estado nunca en España ». Se queda uno mirándole, hasta que amanece un pensamiento : este gran hispanoamericano teme ir a España por si al verla se enamora de ella y se le descarga el alma de su pasión. Cuando vea Trujillo de Extremadura y en él al padre de los Trujillos de Hispanoamérica... « Indoamérica », por favor. Ah ¿ sí ? pues vamos a discutir eso.

Si se dice « Indoamérica » por no decir « Hispanoamérica » se vuelve a caer en Hispanoamérica ; porque los aborígenes de América no son indios más que por la fidelidad tres veces secular de los españoles a las chifladuras de Cristóbal Colón. No hay tales indios ; ni es seguro ni probable que los naturales prehispánicos del Nuevo Mundo tengan bastante en común para que la palabra *Indoamérica* signifique otra cosa que « Eso que yo no quiero llamar Hispanoamérica ». Por lo cual, a mi ver, Indoamérica e Hispanoamérica se parecen como + 8 y — 8.

¿ Qué importa ? Volvamos a Víctor Raúl Haya de la Torre, que nos aguarda con su sonrisa serena, filosófica y un si es o no es « india » en su enigmática paciencia. ¿ Conque no habéis estado en España ? ¿ Qué pensar pues de un haya que no conoce sus raíces y de una torre que no sabe nada de sus cimientos ?

Porque o no hay Hispanoamérica sino un par de docenas de naciones dispares, o la hay, en cuyo caso su unidad no puede consistir más que en que sus hayas arraigan en suelo español y sus torres son de granito de Castilla. Y entonces el problema de lo que es España adquiere para Hispanoamérica una importancia primordial.

***

¿ Vale hablar de tema tan vasto sin hinchar la voz ? Tamaño histórico, como pocos : un continente, tres siglos. Comienza con aquella frase usual que se oye en las páginas de Melibea, libro en mal hora mal llamado *La Celestina* : « Ganada es Granada ». Con la toma de la bella ciudad mora, se gana y se grana la granada española ; y claro está, la granada estalla y sus granos henchidos de sangre joven van a fecundar el mundo nuevo que Colón ha descubierto sin quererlo ni saberlo. Primera fase : descubrimiento y conquista. Segunda fase : expansión. Tercera : estabilización y esplendor. Lima y México, ciudades más ricas, finas, limpias, que París o Londres. Riqueza, libertad, estilo propio y original. Cuarta fase : fisuración. Quinta : estagnación. El mundo hispano ha pasado de sujeto a objeto de la Historia.

¿ Por qué ? Que si Inglaterra, que si Francia, que si Holanda. Nada. Circunstancias. El porqué esta en nosotros, los hispanos. Pasa uno y le dice otro : « Oiga usted : los tres ángulos de un triángulo valen dos rectos ». — « Bueno. Va usted bien vestido ; tiene aspecto respetable. Se lo creo. Pero, por si acaso, cuando tenga que ver con un triángulo que me interese, le mediré los ángulos ». Ese es un inglés. O bien dice el que pasa : « Pruébelo ». « Pues así y así ». « Bien. Me ha convencido usted. Ya lo sé para siempre. » Ese es un francés. Pero habrá uno que conteste : « Mire usted. Yo lo que le digo a usted es que los tres ángulos de un triángulo valen lo que a mí me da la gana ». No hay más que hablar. Es de Trujillo, de este o del otro lado del charco.

***

La vida de un pueblo se compone de un fluir horizontal en el cauce del tiempo, que es la tradición, y de un surgir vertical de manantiales nuevos que aportan vida fresca a la tradición. En un pueblo como el alemán, el primer elemento es tan fuerte que domina con mucho al segundo. En el francés, en el inglés, reina equilibrio, entre ambos. ¿ Qué ocurre con lo hispano ?

Surgen al instante ante nosotros las dos figuras hispanas por excelencia : Don Juan y Don Quijote ; para decirnos ambos que no tienen ni idea de lo que sea tradición. ¡ Y decir que en todo el universo mundo circula la especie del tradicionalismo del español como oro de ley, siendo así que es cobre y malo ! ¡ Tradicional el hispano, el hombre más « vertical » de la creación, el volcán dispuesto siempre a emitir « no importas » para transformar en lava de su voluntad las llanuras más tradicionales !... Todo español es un Don Juan. Lo que pasa es que se ha falseado el sentido de este personaje, dando una importancia exagerada y hasta falsa a su afición a las mujeres.

En su esencia, Don Juan es el quiebrapuertas, saltaparedes, quebrantarreglas, el espíritu masculino puro. ¿ Afición a las mujeres ? No hay tal. ¿ Quién las trata peor ? Lo que pasa es que la mujer encarna lo social y lo tradicional ; y por una armonía esencial de las cosas, tiene que resultar la víctima de Don Juan. Sexo sin seso, potencia sin prudencia, es Don Juan el símbolo del manantial nuevo de vida fresca que la tradición habrá de captar e incorporar a su movimiento horizontal. Don Juan es Don YO.

***

Menuda tradición haría falta para captarlo y adueñarse de él. Pero ¿ en España ? En España, la tradición es popular, como formada de una sucesión indefinida de Don Juanes. Da la impresión de horizon-

talidad como la da la superficie de un cepillo todo hecho de cerdas verticales.

El simbolo de esta continuidad discontinua que es la tradición española, es Sancho. En Sancho encarna la experiencia ; pero siempre referida al yo. Se parece mucho esta experiencia sanchesca al empiricismo inglés ; pero el empiricismo inglés, de fuerte contextura tradicional y social, está *desyoizado*. En Sancho no. En Sancho, la experiencia no es la humana, la universal, sino la de Sancho, y aun, según el día y el lugar.

De aquí sus refranes. No nos engañemos sobre los refranes. No vayamos a creer que Cervantes los superpone al personaje para que lo reconozcamos en escena como hace Wagner con el *leitmotiv* que un crítico sagaz llamaba « las tarjetas de visita del personaje ». Los refranes de Sancho son, por el contrario, la parte más sustancial de su carácter. Son verdades concretas, limitadas en su tiempo-espacio, horas de valor universal, y tan apegadas al yo, tan discontinuas, que la duquesa se divierte en hacer a Sancho cambiar de opinión a su antojo, haciéndole saltar de un refrán a otro. Sanchopancesca, pues, la tradición española es discontinua, floja, somera ; de modo que su arrastre horizontal no es ni con mucho suficiente para absorber y dominar los vigorosos manantiales verticales de vida fresca que le aportan sus Don Juanes.

***

¿ Y Don Quijote ? Pues Don Quijote es un *Don Juan pasado por Sancho*. Consideremos a Don Juan como un *proto Don Quijote* a quien, a fuer de prístino, le falta toda la experiencia ; y a Don Quijote como un Don Juan henchido de experiencia, pero de experiencia *ayoizada*, a lo Sancho. Don Juan surge por debajo de la tradición sanchesca, que fluye en el cauce social ; pero esta tradición, por demasiado discontinua y floja, no logra absorberlo e incorporarlo en la corriente horizontal. El Don YO que surgió con Don Juan como un manantial, atraviesa la tradición y se eleva en el aire como un surtidor : este surtidor es Don Quijote.

¿ Hombre de acción ? No. Para llegar a hombre de acción, Don Yo tiene que dejarse absorber por la corriente, incorporarse al cauce social donde la acción logra sentido y propósito. El hombre de acción maneja las cosas ; pero no les impone la forma de su mano. Ese Don Yo que brota como Don Juan, manantial en el cauce de la tradición y, dominándole, se eleva como un surtidor hacia el cielo, es Don Quijote, Caballero de la Triste Figura porque en el aire donde arbora la lanza de sus hazañas todos los gigantes se le vuelven molinos de viento.

***

Así cobra luz singular el vasto ciclo de nuestra historia hispana. Anverso y reverso le vienen ambos de su donjuanismo y de su donquijotismo ; es decir de la superabundancia en su historia del muy magnífico señor Don Yo.

El anverso es de talla. Nada le arredra. Cortés, Pizarro, Cabeza de Vaca, tantos otros, logran lo que logran contra la tradición, la prudencia, la sindéresis, por un impulso vertical de su yo. Son nuestros conquistadores Don Juanes puros. (¿ Y no llamamos a Don Juan conquistador ?) Terminada una conquista sólo piensa en la otra, como Cortés a las Hibueras y a California y aun a Quivira después. Y además, pese a la Historia mediocre, son desinteresados. ¿ Qué buscaban oro ? ¿ Y quién no ? El oro es poder. Pero ¿ cuál de ellos pensó crear un banco con el oro ganado ? Para que el oro de las Indias consintiera cosa tal fué menester que lo robara Drake y se lo llevase a Londres. Para los Don Yos de la conquista, el oro era sólo material para preparar otra conquista más — a no ser que lo gastaran en plantar las hayas de sus haciendas y las torres de su señorío. Eran Don Quijotes.

Y los frailes, Don Juanes y Don Quijotes a lo divino, héroes de una epopeya evangélica que no ha encontrado todavía quien la cante dignamente, ¡ con qué magnífica indiferencia para con las trabas del sentido común se lanzaron a cristianizar no sólo a los indios paganos sino, labor quizá más ingrata y donquijótica, a los encomenderos españoles !

En la época de la estabilización, el mundo hispano da a la Historia el espectáculo de una paz que cubre un continente y tres siglos. Quién sabe cuántos elementos dispares han contribuído a caso tan singular. Pero hay uno que suele olvidarse si es que jamás se apuntó : y es precisamente el de la laxitud de la tradición social sanchesca ; porque este rasgo de la vida hispánica permitió que se fueran creando sin disturbio formas sociales mixtas con las diversas tradiciones locales de los aborígenes, y de aquí la diversidad de las naciones hispánicas.

A crearlas contribuye también, y de modo primordial, la universidad. Ahora bien, la universidad española de las Indias es una creación de lo más donquijótico que darse puede, y a lo divino porque es cosa de frailes. Lo sanchesco hubiera sido concebir la universidad como un semillero de hispanismo. Pues nada de eso. Las universidades fueron semilleros de humanismo. Se enseñaba el latin, pero no el castellano. Se leía a Cicerón, pero no a Mariana.

Se enseñaba teología. ¡ Válgame Dios y cuántos sermones han tenido que escuchar los españoles por haber hecho perder tres siglos a la juventud hispánica enseñandole teología ! Pues sermones perdidos. En primer lugar, « teología » entonces quería decir todo, hasta derecho, hasta física. En el siglo XVI el Padre Alonso de la Veracruz enseñaba cosmografía en la Universidad de México en su cátedra de... teología. En segundo lugar, la teología era la forma más adecuada al siglo y al carácter español que podía tomar la enseñanza de la filosofía. La consecuencia de tres siglos de teología a la vista está : el alto nivel de la ambición cultural hispanoamericana. (Una cosa es el nivel y otra el vigor. Hay más vigor en la cultura ánglica que en la hispánica ; hay más alto nivel en la hispánica que en la ánglica.)

*
* *

El reverso también es fuerte. A Don Yo le molesta todo cuanto se le resiste. Lo que más resiste en el mundo son las cosas, precisamente porque no tienen voluntad. Don Yo abandona su estudio ; y por lo tanto, dadece desvío de la técnica. Esta es la primera raíz de la flojera imperial. Los países técnicos se alzan en la era moderna y dominan a los no bastante técnicos. En el gran duelo ánglico-hispánico por el dominio de Atlantis, ganan los ánglicos por su técnica, naval primero, industrial después.

La segunda raíz de la flojera imperial es la discontinuidad de la tradición sanchesca. Lo ánglico es un tejido tupido ; lo hispánico es un cañamazo. Todos a una allá ; acá, cada cual por su lado. Separatismo. Las sacudidas que produce en las Indias la invasión napoleónica de España toman todas un sentido separatista, que inician e inspiran no los indios, sino los españoles, los de allá y los de acá. El 25 de mayo plasma ideas de dos peninsulares : Alzaga y el Virrey Hidalgo de Cisneros (1). El 19 de abril rebrota de la simiente que en 1796 habían sembrado tres revolucionarios españoles mal encarcelados en La Guaira. Don Yo pide aire, espacio. Don Yo quiere romper puertas, saltar paredes.

¡ Y qué ejemplares de Don Juan y de Don Quijote salen entonces del suelo fértil de las Indias ! San Martín, Bolívar, O'Higgin, Iturbide, Artigas ! ¡ Qué escuadrón de desconquistadores ! Bolívar, derrocando virreyes y desconquistando naciones, es como un gigantesco Don Juan pasando a grandes zancadas de la mujer lograda a la mujer por lograr.

*
* *

¿ Ah y querían ustedes señores historiadores, señores estadistas, y querían ustedes que el mundo hispano fuera como la imagen del mundo ánglico una Comunidad de Naciones en cooperativa de poder ? Pues no puede ser. Los ánglicos ganarán siempre en las palestras internacionales, la de las Asambleas y la de las Bolsas ; pero este mundo hispano es y seguirá siendo, para su bien y para su mal, un mundo de hombres desorbitados, de Don Juanes y de Don Quijotes, un mundo de Don Yos, tenso hacia lo alto y no hacia adelante. Ha perdido a Atlantis ; pero le queda el Cielo.

SALVADOR DE MADARIAGA

(1) Artículo de Enrique de Gandía en el nº junio-setbre 55 del Boletín de la Academia de la Historia, de Madrid.

LA HISTORIA DEL FRAILECILLO QUE NO SABÍA REZAR

POR J. G. ATIENZA

CREO que fué en otoño. Pero no estoy seguro, porque han pasado ya tantos años por mi imaginación, que ya no acierto a distinguir entre los recuerdos vividos y las historias escuchadas, un árbol florido de unas ramas secas.

Y ocurrió en... También ignoro el lugar. Hay muchas cosas que no sé, en esta historia. Sólo cuenta, para mí, que era un lugar desierto, donde las plantas montaraces crecían en cualquier grieta, a través de las peñas o bajo las secas raíces de los árboles muertos. Y no muy lejos, había un pueblo — un pueblo como todos los pueblos de la montaña, con su fuente en la plaza y sus casas pardas que se confundían con las rocas también pardas del torrente cercano.

Pero hasta aquel lugar en lo más alto del monte no llegaba nadie. Allí vivía solo fray Anselmo, desde mucho tiempo atrás. Se alimentaba de raíces tiernas y su rostro, prematuramente envejecido, no expresaba ya nada, porque la expresión se la habían robado el sol y el viento. Sólo un rostro ajado, duro. Y unos ojos — ¿ verdes, azules, grises ? — siempre esforzados en atravesar el horizonte lejano, para encontrar a Dios. Unas manos tostadas que, cada día, manaban tres gotas de sangre, al buscar, en lo más hondo del zarzal, las moras maduras que servían de alimento al fraile.

Sí. Allí vivía solo fray Anselmo, desde mucho tiempo atrás. Su superior le había dicho un día : — « Fray Anselmo, tú debes aprender a rezar. Y nadie en el convento te habrá de enseñar. Tus rezos han de llegar desde mucho más allá de la última vuelta del camino. Ve ahora lejos, construye tu choza en un lugar solitario y vuelve al convento cuando el mismo Dios te haya enseñado ».

Y fray Anselmo salió del convento y buscó, durante muchos meses, un lugar donde los hombres no pudieran llegar. Recorrió el país en todas direcciones. Y, en cualquier parte, siempre encontraba, dónde una carretera, dónde un pueblo, dónde grandes y pequeños campos cultivados. Y todo tan cercano que no osaba quedarse, porque su superior le había ordenado buscar un lugar solitario, para poder ver a Dios y que Dios mismo le enseñara a orar.

Al fin, detrás de los últimos montes, encontró aquel acantilado que miraba al valle desde muy alto. Allí las plantas crecían salvajes y nadie las había hollado jamás. Y crecían puras, porque nadie las encontró para pisotearlas.

Por eso, fray Anselmo se instaló en aquel lugar. Construyó su choza de ramas secas y buscó las raíces más sabrosas para alimentarse. Y, al cabo de muchos meses de contemplación, perdió la cuenta del tiempo y sólo

sabía que al día sucede la noche y que el calor sucede al frío. Y sabía que había ciertas raíces cuya pulpa podía guardar y comerla cuando la nieve cubre el suelo. Y aún sabía algunas cosas más : cuándo los pájaros vuelan a ras de las rocas, cuándo las nubes traen viento o agua, cuándo las moras silvestres son más sabrosas. Y sabía cómo zurcir su hábito viejo con una púa de cardo seco. Sabía todo eso y no sabía rezar.

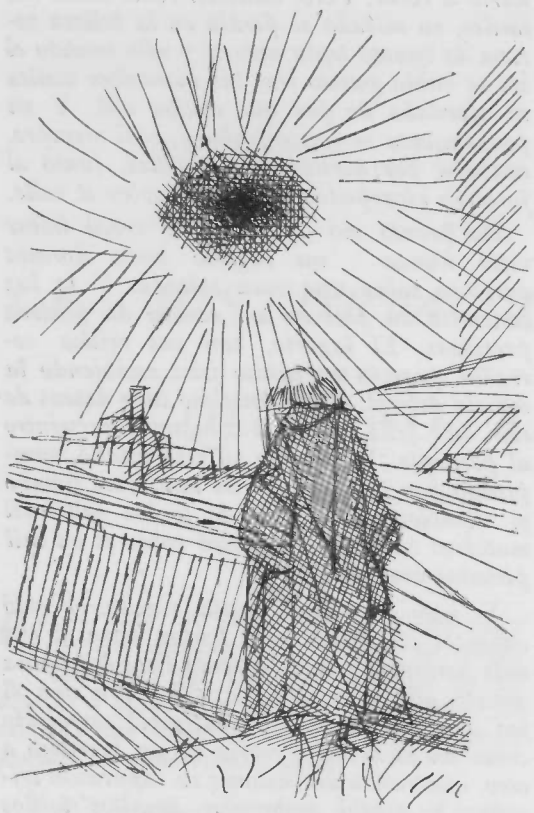
Y una tarde de otoño — o de primavera, no sé — cuando el sol se inclinaba ya detrás de los montes, fray Anselmo se sentó en la roca que daba sobre el valle, como todas las tardes y, desde allí, contempló los campos cultivados por los hombres y el humo que salía de las chimeneas de la aldea parda. Oyó muy lejano el canto de un gallo y olió el frescor de la tierra tras la lluvia. Fray Anselmo sonreía, porque era completamente feliz. Como todas las tardes, estaba sentado allí y contemplaba extasiado la obra de Dios Y esperaba que Dios, un día, le enseñaría a rezar. Pero, también como todas las tardes, su mirada se perdía en la belleza serena de cuanto tenía ante sí y sólo cuando el sol se había puesto tras las montañas azules se acordaba de por qué estaba allí. Y su pensamiento se concentraba y, casi siempre, acababa por dormirse de rodillas, junto al farallón escarpado que miraba sobre el valle.

De pronto vió algo que no creyó haber visto nunca : un lagarto verde dormía perezoso sobre una roca soleada. Y la luz convertía su piel en un campo de piedras preciosas. El lagarto, con sus ojillos cerrados, parecía un niñito feliz recibiendo la caricia del sol. Fray Anselmo tuvo deseos de reir, tan feliz se sentía con aquel encuentro al poniente. Y, cuando su risa estalló, rompiendo por primera vez en tantísimo tiempo el silencio, una pareja de tordos saltó del matorral cercano y revoloteó sobre él en mil piruetas amorosas.

Y fray Anselmo seguía riendo. Y vió entonces cómo las flores tenían para él sus más hermosos colores y cómo Dios las había puesto allí, precisamente allí, para que él las amase. Y luego contempló arrobado cómo un escarabajo corría de un hierbajo a otro, mostrando un instante su caparazón irisado. Y sintió amor por aquellos tordos que revoloteaban parlanchines sobre él, y por aquel lagarto verde que, en su sopor, no había siquiera escuchado su risa. Y miró abajo, en el valle, y contempló a un hombre y a una mujer que se amaban. Y vió como el mundo era amor, amor de Dios en cada criatura. Y él mismo sintió amor por todo cuanto veía, por todo cuanto había en el mundo. Y, siempre riendo, elevó su voz a los cielos y, frente al poniente de otoño — ¿ o era primavera ? — habló a Dios y le dió las gracias por haberle enseñado cómo el mundo estaba lleno de su infinito amor.

Aquella noche, fray Anselmo se acostó en su camastro, feliz como nunca. Y, en mitad de su sueño, oyó una voz celestial que le decía : « Anselmo, has aprendido a orar ». Y, al despertar, antes de que el sol hubiera salido, abandonó su choza y se encaminó al convento.

Tuvo que caminar muchos días. Y, siempre de camino, repetía una y otra vez la oración que había pronunciado aquella tarde, frente al valle inundado por el sol poniente... No



quería olvidarla, porque tenía que repetirla ante su superior, cuando hubiese llegado al convento. Y su superior le diría : — « Bien, fray Anselmo, has aprendido a rezar. Ya eres un fraile como todos los demás. Ya puedes vivir en la comunidad ».

Una mañana, después de haber caminado toda la noche anterior, llegó frente a los muros del monasterio. El hermano portero le recibió alegremente y le hizo entrar en la celda del superior. Y allí, frente a él, fray Anselmo cantó de nuevo su oración del valle, muy lentamente, para que el perfume de cada planta silvestre se extendiera por la celda, al igual que estaba extendido por su corazón ; para que se escuchase de nuevo el aleteo de los tordos, como él lo escuchaba en lo más profundo de su alma. En su oración se veía el humo de la aldea y el paso cadencioso de las nubes blancas. En su oración estaba todo el amor de la tierra, toda la divina belleza del crepúsculo, del almendro, del zarzal. En su oración dormitaba sobre la roca soleada el lagarto verde. Y, a medida que su canto avanzaba, fray Anselmo sentía que los muros de la celda cedían ante la fuerza del amor y podía contemplar el cielo a través de ellos. Y abarcaba la infinita hermosura de las cosas pequeñas a través del rayo de luz que se filtraba por el alto ventanuco.

Y, al fin, terminó. Y miró a su superior. Y esperó que su superior habría comprendido cuanto quiso expresar en su canto. El superior se mantuvo en silencio un instante. Y luego, con una sonrisa leve de compasión, le dijo : — « Fray Anselmo, te envié a la soledad de los campos para que aprendieses a rezar. Y han pasado los años y todavía no sabes. Has aprendido algo, no cabe duda. Tu canto es hermoso. ¿ Pero, y el pecado, fray Anselmo ? ¿ Te has olvidado de pedir a Dios para no caer en él ? Fray Anselmo, no has aprendido a orar. Anda, vuelve a tu choza y pídele a Dios que te enseñe ».

Y fray Anselmo volvió a su rincón, en el pico más alto del valle bañado en poniente. Y no volvió a sonreir.

J. G. ATIENZA

(Dibujos de Bartolí)

Guadalupe Amor o la inquieta presencia

POR LOLO DE LA TORRIENTE

En 1946 la lírica mexicana se enriqueció con un nombre : Guadalupe Amor. Pertenecía a una muchacha inquieta y llena de preocupaciones que descubría, a los ojos desorbitados de la crítica de habla hispana, un nuevo universo poético. Salía a la calle con un pequeño libro : *Yo soy mi casa*, aunque con anterioridad había figurado al lado de los mejores poetas en la antología de Manuel Altolaguirre *Presente de la lírica mexicana.*

Un año después daba a la publicidad *Puerta Obstinada* y en 1948 *Círculo de Angustia.* Eran tres libros desgarradores, y críticos y escritores volvieron la cara, para mirar a aquella mujer cuyo canto estaba relacionado con el linaje humano. Era en verdad un poeta de cuerpo entero. Un elegido que, de acuerdo con Rilke, podía decirle a Dios cómo eran los hombres y a los hombres cómo era Dios. Trataba todos los problemas del ser; de aquí que su poesía conectara con la filosofía y, en especial, con el tema virtual del pueblo mexicano : la muerte. Su misterio la obsesionaba, pero además de la muerte la vida, la vida con sus deleites fáusticos, sus dudas y temores.

¿ Qué era el hombre ? ¿ Cuáles sus problemas ? Su complejo mundo poético no concretaba ni idealizaba. Se hundía, penetrante y desgarrador, en la obsesionante redondez de su casa — su espíritu — que a veces veía como « un abismo angustioso », pero otras creía « un monte maravilloso ».

Construía su verso con sobrios elementos clásicos de inaterable valor y su palabra, precisa y sonora, entraba en la forma sin esfuerzos, dobleces ni desajustes. Era la suya una lengua de claridades, con la difícil sencillez que sólo aspira a la expresión de lo verdaderamente esencial. Esta cualidad de la elegante simplicidad, de la forma pulida y recia, la valió admiradores que no tardaron en saludarla, mientras los remisos esperaban, para opinar, frutos más maduros y los pesimistas dudaban, entre absortos y sorprendidos, de su posibilidad de permanencia lírica.

Su dramático yo estaba desgarrado. Desnudo y desgarrado. Su alma torturada por la desesperación exhibía trágicas miserias. Clamaba : *¿ Por qué estoy sola, llorando ? ¿ Por qué estoy sola viviendo ? ¿ Por qué, pensando y rondando, mi sangre voy consumiendo ?* Era en verdad una elegía del universal dolor con la que el poeta, expresándose siempre en primera persona, ofrecía un mensaje tenso, vigilante, temible, intérprete fiel del drama espiritual del hombre, de su nostalgia, de su desesperado terror frente a la soledad y a la muerte.

Había antecedentes espléndidos en la lírica mexicana. Villaurrutia (« Invitación a la muerte ») tenía la misma incertidumbre, el mismo desasosiego, el mismo inmutable terror. Aquellos versos « de muerte » eran el canto ritual de un pueblo que se trasmuta en el no ser, pero en Guadalupe Amor — muy joven y sin experiencia poética — había, además, lo sorpresivo temperamental. El choque brusco entre su juventud agresiva, ambiciosa de superación, sensual, desbordante y su diablo interior mortificante, tenaz, que la aprisionaba en la invisible red de su maleficio satánico.

Esta contradicción, aparente más que real, sembró la desorientación y tejió la intriga. Las miradas se volvieron inquisitivas y la pregunta llegó a todas las « peñas » : ¿ Quién escribía los torturados poemas que firmaba Guadalupe Amor ? La muchacha no se inmutó. Continuó, entre irónica y desaprensiva, en su desesperada aventura, y en 1948, haciéndole frente a todas las murmuraciones, la editorial Stylo publicaba su obra completa en un volumen que intituló, sencilla y profundamente, *Poesía*. En verdad era sólo eso : un libro de poesía. Ni más ni menos. Poesía que se armoniza, como música, en un estilo acerado que busca la perfección clásica.

Estos poemas eran un raro acontecimiento en la estética mexicana de aquella hora. Significaban la coincidencia del fondo y la forma. Moviéndose trágica y desoladamente descubrían, bajo el signo de la estrella pitagórica, la unidad indivisible. El átomo de poesía. Lo eterno. Sustancial. Unico. Su mensaje, sin alarde, sembraba la tempestad, encendía el relámpago... Iluminaba, sin proponérselo casi, los abismos del alma, lográndolo todo en la tortura del silencio, sufriendo el agresivo contraste de su frágil, casi frívola, personalidad material y su yo interno atormentado, frenético, un tanto místico y un mucho alucinante.

Se buscaron antecedentes lejanos. Se encontraron en Santa Teresa, la doctora de Avila, aunque Guadalupe Amor era iletrada y no había bebido en la fuente maravillosa de los clásicos de su lengua. Quizás llegaba a ellos por intuición, por inteligente correlación entre su mundo plástico poético y el de los grandes líricos de las letras españolas.

No se espantó la muchacha de *Poesía* para declarar que amaba, casi con un amor carnal hecho de agónicas conturbaciones, a San Juan de la Cruz, tan cercano a la grandeza poética de Santa Teresa, pero más que la influencia de este santo varón a Guadalupe la alucinaba su paisana colonial, la majestuosa poetisa de las « redondillas », la musa del Virreinato, cuyo encantamiento, hechizo o maleficio, se proyectaba como sombra augusta sobre la cabeza grávida de inquietud de Guadalupe Amor.

En 1949 le llegó la consagración. Le llegó por vía del libro que estrenaba : *Polvo*. Era la exacerbación de todas sus preocupaciones. Un doloroso y magnífico placer era el que le producía « hundir la cabeza en el polvo », al que consideraba — como había dicho Chesterton — « el humilde comienzo de toda fecundidad ». En sus dudas, interrogantes y cavilaciones ; en sus remolinos o vagas superficies ; en las empolvadas raíces ; en la negrura de sus vórtices ; en lo gris de sus tempestades, Guadalupe halló el trayecto de la pasión y el tránsito hacia la nada. El polvo, principio y fin de todas las cosas, le daba los motivos fascinantes de aquel su mundo estremecido de anhelos por el que ella hacía desfilar las formas todas del miedo sobrenatural que late, escondido y desolado, en la interminable procesión humana.

Su verso, como ella, vibrátil, sensual, íntimo y áspero, lleva en sí el germen consustancial de su mexicanidad. La mexicanidad pesimista y dramática que Octavio Paz desvela en *Laberinto de Soledad* y que Samuel Ramos ha interpretado, redondeando aristas y profondidades, en su *Perfil de la cultura mexicana*. Una mexicanidad de apariencia pasiva, quieta, retorcida y seca, pero humedecida, en el subsuelo, por la ventisca y fortalecida, en las ramas, por el amor entrañable que Sor Juana objetivó con genio entre irónico y festivo y que José Clemente Orozco plasmó en las macabras escenas de los grabados que revuelcan, en el mismo inmundo lecho, al « zapatismo », descalzo y miserable, con la prostituta que más que al sexo ha podrido a la generación del industrialismo oficial.

Guadalupe Amor es la resultante de una época de desesperanza. Encarna la in-

quieta presencia de una juventud que se hunde en sí misma, en sus problemas, en la compleja maraña de sus redes interiores. Ella misma ha dicho con voz que es grito más que voz :

La desesperación
me invade, pues bien sé que la tortura
de mi inútil razón
con pesar no se cura
y sigo investigando en la negrura.

Después de *Polvo* publicó *Más allá de lo oscuro* (1951). Reunidos estos poemas con su obra anterior, en un solo volumen, Guadalupe ha revelado su máxima preocupación : Dios, y sus « décimas » sobre Dios, su presencia, existencia y posibilidades, son lo más interesante y fundamental, desde el punto de vista filosófico, que ofrece el nuevo libro de la mexicana. Más que ella misma, la poetisa es la realidad de su lengua, de su raza y de su tradición. Es la convergente a la que llegan las contradicciones de su tiempo y en la que encuentran remanso las complejas posibilidades de su mundo realmente dramático. Educada en el fervoroso catolicismo que profesa la gran familia mexicana, la muchacha se ha encontrado en plena, madura y vigorosa juventud en el vórtice pasional de sus dudas y está expectante entre lo que presencia con sus ojos y lo que abriga secretamente el alma. Ella misma declara :

Tal vez carezco de fe
por inquirir demasiado
y tanto haber indagado
lo que siendo no se ve ;
mas hoy con certeza sé
que sólo habrá salvación
si aniquilo mi razón
si mi cerebro mitigo
volviéndolo corazón.

Pero no encuentra la serenidad en esta espantosa quietud que exige el aniquilamiento de su razón y saltando inquieta, espoleando sus nervios, echa a arder la sangre para simplificar poéticamente la razón :

Yo siempre vivo pensando
cómo serás si es que existes ;
de qué esencia te revistes
cuando te vas entregando.
¿ Debo a ti llegar callando
para encontrarte en lo oscuro ?
o ¿ es el camino seguro
el de la fe luminosa ?
¿ Es la exaltación grandiosa
o es el silencio maduro ?

Lo que eleva su canto es lo imaginado. A través de una imaginación fastuosa mueve un escenario grandioso y desordenado, adentrándose en los misterios que trata de palpar con pies desnudos. Sujeta a su fantasía escala las cumbres y llega a las cimas para embriagarse en un abismo de soledades. Pero se recupera espiritualmente para volver, dueña de sus facultades, a la investigación y el análisis. ¿ Cómo puede la muchacha-poeta de *Polvo*, la que domesticó los ardores de su sangre en *Círculo de Angustia*, permanecer impávida cuando sus nervios, su corazón, su mente — ella toda — está en dinámica y avasalladora vorágine, girando sobre el abismo, aleteando sobre hogueras de pasión ?

Y en medio de esta lujuriosa fiesta de los sentidos y el corazón se alza, para llenarla de pánico ancestral, la muerte, la nada, Dios... Entonces ella, fustigada por el miedo, por el misterio, iluminada por los tenebrosos resplandores de lo desconocido, que apenas alcanza a sospechar, sacudida por el terror, canta en una « décima » tan breve como excitante :

Con el corazón te llamo
con los nervios te deseo,
con la mente no te veo,
y por vanidad te amo.
De ausencia tuya me inflamo :
no existes y estás presente ;
eres el eterno ausente
que de la angustia nació,
y la soledad nutrió
haciéndote omnipotente.

* * *

¿ Cómo comenzó a escribir esta muchacha ? Ella misma me lo ha narrado. De niña había caminado mundos distantes y casi opuestos. Nacida en todo y por dentro del siglo XX, había vivido con su madre, en Estados Unidos, México y Hawai, los años infantiles. No le daba por la literatura.

Con la adolescencia llegó la rebeldía. Pesaba sobre ella la disciplina de un colegio-tumba del que logró escapar como un preso escapa de la cárcel o un pájaro de su jaula. Desde entonce fué su « único anhelo » respirar a pulmón lleno el aire libre « del medio de la calle ».

Un día, sin embargo, empezó a escribir. En cualquier papel, de noche más que de día, imprimía su pulso desesperado de palabras que el pudor, respecto al valor de aquellos trazos, le hacía esconder. Eran « sueños », « ideas locas », « palabras » que aún evadían el calificativo de « poemas » y que la autora no se atrevía, siquiera, a llamar « versos ». Dispuesta a enfrentarse a su verdad, pronta a librarse del secreto, llamó a un « inteligente amigo » al que mostró « los papeles ». Los leyó. Después, Alfonso Reyes. El ilustre mexicano le transmitió palabras de aliento pero, sobre todo, le dió brevísimos consejos que le sirvieron para empezar y que le servirán para seguir. La palabra sabia y feliz de don Alfonso la puso sobre el camino. Después otro poeta insigne — Enrique González Martínez — le contagió ese caluroso afán que el poeta ha de cultivar si quiere hacer florecer sus huertos interiores. Entre los consejos de estos dos mexicanos creció la vocación de Guadalupe Amor, que comenzó a oír su voz propia en los poemas cortos y agudísimos de *Yo soy mi casa*, mientras la experiencia, la forma y el fondo, ganaba su plasticidad en *Polvo*.

Con la publicación de sus poesías completas se ha dado a conocer en muchas partes. Está en pleno ascenso lírico. En estos momentos está a punto de aparecer su *Nuevo Libro de Amor*. El éxito le ha llegado pronto, pero sin llenarla de orgullo, sin envolverla en vanidad. Su vanidad — que existe — es la de su poesía, la de su obra, la de su lucha espiritual que ha forjado y convertido en verbo el emocionado rumor de sus cauces interiores. Es está su legítima vanidad : la del artista dado a su obra, la del ser que ha logrado descubrir la senda y, aferrándose a su manantial, beber en sus frescas aguas.

Su valor más permanente es la sinceridad. Se lo he dicho siempre. Su lenguaje poético es tan llano, tan sencillo, tan natural y directo que lo usa todos los días para conversar. Oyéndola se le ve desnuda el alma. Cuando habla — siempre — hace poesía nutriéndola de autobiografía. Vive así adentrada en la interrogación fundamental del ser humano que siente que la vida y el pensamiento son sus responsabilidades máximas constituyendo, por tanto, la médula conceptual de su existir, esencia de su poesía.

La « cruel sabiduría » de sus poemas ha nacido de sus viajes al cielo y al infierno. Con sus talentos abre abismos de negrura y su angustia, lejos de aquietarse, se asienta en esta época de contradicciones, miserias y poderío atómico.

La muerte me ha acompañado
puesto que de ella nací,
con muerte adentro crecí
y viviendo la he llevado...

Este es — en síntesis — el retrato espiritual de Guadalupe Amor que embriagada por la preocupación del género humano da un salto en el espacio para esparcir al viento el polvo defundo de sus poemas que llegan y van « más allà de lo oscuro ».

LOLO DE LA TORRIENTE

GUADALUPE AMOR

SOBRE EL AMOR

Tan sólo es un fulgor
que carece de forma definida ;
aún no tiene color,
ni una exacta medida,
y ya es el centro mismo de la vida.

Más tarde sus instintos
lo tornan insaciable y variado ;
de colores distintos :
negro blanco, morado,
verde, gris amarillo y encarnado.

Suele ser blanco y puro ;
limpieza, transparencia de alto vuelo ;
sutilísimo muro
que protege con celo
las miradas del ser que aspira al cielo.

Quiere perseverar,
existir por milagro anonadado ;
sintiendo sin vibrar,
sin ansias, sin cuidado,
y, con todo, en su luz arrebatado.

Cuando es verde, imagina
alcanzar las estrellas, los torrentes ;
las flores sin espina,
la magia de las fuentes,
y de la vida todas las simientes.

Los soles invisibles,
las eternas llanuras hechizadas,
las cumbres apacibles,
las gotas plateadas,
y las tenues perpetuas alboradas.

Al ser rojo es un mar
de sangre enardecida hecha tormenta ;
su convulso ondular
al moverse se aumenta,
y la pasión es turbia y turbulenta.

Consigo lleva todo :
reflejos de luceros inflamados,
torbellinos de lodo,
astros desmoronados
y un mundo de deleites ignorados.

Siendo gris el amor,
es un desierto de melancolía,
es un sordo estertor,
es pausada agonía
que va perdiendo al alma día a día.

¡ Si al menos diese muerte !
mas tan sólo produce la tibieza ;
desolada e inerte,
sin vicios sin pureza,
sólo existe suspenso en su tristeza.

Horror puede causar
cuando llega su tono a ser morado,
pues se quiere saciar,
y, siniestro y callado,
se filtra sigiloso en el pecado.

Rompe todos los diques ;
ya el desagüe del fango se derrama,
sombríos alambiques
perversamente trama,
y en la inmundicia sórdida se inflama.

Al ser bajo y ruin,
es como el terco golpe de un martillo ;
son los celos sin fin ;
el amor amarillo,
egoísta, raquítico, sin brillo.

Su meta es la venganza.
¿ Cómo poder volcar tanta amargura ?
Una torva esperanza
detiene su premura ;
su odio vil, entretanto se madura.

Y si es negro, la aurora
en el cielo jamás tendrá cabida.
Una eterna demora
impedirá la huída
del amor malherido por la vida.

Vivirá acompañado
de insomnios, de agonía y soledad ;
por la muerte cercado,
engendrando maldad
en la más miserable eternidad.

Mas, ya siendo pureza,
vicio, tedio, esperanza o convulsión ;
ya locura o bajeza,
es siempre la razón
de que vaya muriendo el corazón.

De latido en latido,
lleva el signo más alto de la suerte ;
y el amor escondido,
victorioso o inerte,
da la vida volcándose en la muerte.

GUADALUPE AMOR

El mito de la " hispanidad " en América

POR LUIS ALBERTO SANCHEZ

ESPAÑA no es « la hispanidad », desde luego. Confundir ambos conceptos, o, mejor dicho, aquella realidad con este supuesto, sólo sirve para despertar rencillas y suspicacias, cada vez menos necesarias. La mejor prueba de que se trata de una hipótesis es que carece de aplicación y vigencia. En ya considerables años de campaña, la « hispanidad » sigue identificándose con una tendencia definida, nada popular en América. De este primer rasgo puede destacarse sin riesgo de yerro la no popularidad del concepto. Si « hispanidad » y « España » fuesen lo mismo, llamaría la atención la impopularidad de aquélla, y acarrearía, como acarrea a menudo, la de ésta. Sin embargo, la distinción no solamente se mantiene, sino que se ahonda. En México, por ejemplo, los españoles, como hombres, son bien quistos, encuentran simpatía, acogida cóncava ; la « hispanidad » y el « españolismo », hallan serio rechazo. En Perú, el pueblo que ama muchos de los usos, ya tradiciones nuestras, de España, detesta el « hispanismo », porque se combina peligrosamente con la oligarquía y, cosa increíble, con la plutocracia. Antes de que se perfeccionaran (si alguna vez perfectos) los arreglos político-estratégico-económicos entre España y los Estados Unidos, en el juego de fuerzas políticas del Perú, existía visible connivencia entre los elementos representativos del tradicionalismo virreinalicio (que se llama hispanismo) y los del gran capital norteamericano. La coincidencia (si tal) merece algo más que una simple mención. En Chile, en cambio, la « hispanidad » casi no cuenta, y, en cambio, existe, como en Argentina, profunda adhesión a lo español. Mientras en Colombia y Perú, ser « godo » es ser autocrático, en Argentina a los españoles se les llama « gallegos », con cierto sentido peyorativo que se confunde con la ternura social. Si existen tales diferencias, será útil examinar o reexaminar los vocablos en juego, a fin de desentrañar su sentido, su dinamismo potencial y actual.

Antes conviene un breve paralelo. Quien sostenga que el estado de ánimo popular americano respecto de la « hispanidad » es el lógico y natural en toda excolonia con referencia a la exmetrópoli, se equivoca. Entre Brasil y Portugal, y entre Estados Unidos e Inglaterra no subsiste el mismo « casus belli » que entre los elementos populares y algunos oficiales de América y España.

Portugal e Inglaterra frente a sus excolonias

Una reciente visita a Portugal y un rápido retorno al Brasil me han persuadido

de que entre ambas porciones humanas hay ahora vínculos más fuertes quizá que durante la época colonial. Cierto que, tocante al lenguaje, acaba de surgir una discrepancia, más episódica que raigal, entre brasileños y portugueses, pero, la verdad es que hasta la estructura de las ciudades brasileñas guarda viva correspondencia con las portuguesas.

A través de los años, de los siglos, la comunidad lusobrasileña se fortaleció. La independencia brasileña fué un desgajamiento real : el hijo del Rey portugés se proclamó Emperador brasileño. La familia conservaba su hegemonía. Los Braganza servían, en cada mar, a diferentes fines. Y si es verdad que, después del « Libertad o muerte » de Pedro I de Alcántara, se resfriaron las relaciones con la corte de Lisboa, no tardaron en refundirse los viejos eslabones, y, andando el tiempo, fué el Portugal un cliente preferido y un maestro dilecto de los ya emancipados hijos del trópico lusitano. Desde Coimbra, la centenaria Universidad, los estudiantes brasileños se dirigían románticamente a Thomas Jefferson solicitando su intervención a favor de su independencia. Cuando ahora leo las páginas de Gilberto Freyre sobre el viaje de un brasileño « por tierras lusitanas », comprendo mejor la solidez de esos vínculos y el ningún resentimiento dejado en los súbditos de ayer por los señores europeos. ¿ Es que el portugués fué un colonizador más suave ? No lo demuestran así los relatos de « entradas » y « bandeirantes ». Con todo, la fusión, a base de elemento exótico (el africano) y sin el inconveniente de estrictas y fuertes organizaciones indígenas (el nomadismo del taíno), se hizo más sencilla y sin rencores.

Los norteamericanos también hicieron sus ciudades, su organización social, sus instituciones políticas y comunales, su sentido religioso, dentro de normas inglesas, pero con sentido diferente. Ni Inglaterra ni Portugal ejercieron una presión total (no digamos totalitaria, pues el vocablo posee una implicación moderna, que lo sustrae a su uso adecuado para lo anterior), sobre las poblaciones coloniales. Ya es tópico aquello de la libertad de conciencia presidiendo el establecimiento de las poblaciones anglosajonas en las cercanías del Hudson, el Delaware y demás ríos que desembocan en el Atlántico, al norte del Golfo de México. Cuando se produjo la independencia norteamericana, cierto, los ingleses trataron aún de jugar sus bolos y recuperar hegemonía ; mas, no bien se convencieron de que la partida estaba terminada, se apresuraron, con indudable « sportmanship » a tender la mano de amigo a sus excolonos, y no ha habido ocasión, a partir de 1820, en que no colaboren de una manera u otra. Y si bien es cierto que, al comienzo (y aun hasta ahora en ciertos medios ultraconservadores de la Gran Bretaña) supervive cierto aire despectivo hacia sus viejos súbditos, en general Inglaterra ha considerado como par a Estados Unidos y, hoy, debe resignarse a mirarlos como potencia por encima de ella misma.

España y sus excolonias

Esta resignación no la ha tenido España, y es ella, en parte, causa del movimiento « hispanista », unido a que, en América Latina, pese a que la discriminación racial carece de eficacia, ha existido, sí, y existe, un tono de superioridad blanquista entre ciertas familias a las que no han impresionado ni aleccionado debidamente aún el cambio de los tiempos ni las nuevas situaciones de todo orden que ello trae como consecuencia.

De hecho, España trató de reconquistar sus antiguas colonias durante buena parte del siglo XIX. Los empeños de la Expedición « científica » de 1863-1866, que puso en guerra a cuatro países del Pacífico ; la cooperación (felizmente bajo la sagacidad de Juan Prim, muy atenuada) en la absurda empresa de sojuzgar al México de Juárez ; los arreglos con Flores, en Ecuador ; la sigilosa campaña en Santo Domingo, donde lo hispano, frente a la ferocidad haitiana, resultó al cabo deseable, revelan que Madrid, dueña aún de Cuba y Puerto Rico, seguía pensando en términos de « fidelismo » y « reivindicacionismo » colonizador. Nada tiene, pues, de extraño (lo contrario habría sido intolerable) que los mejores espíritus de nuestro siglo XIX fueran por definición antiespañoles.

LUIS ALBERTO SANCHEZ

La actitud de los maestros de América

A menudo, en un afán póstumo de variar resultados del libre comicio de la historia, se enarbolan como los maestros de América, algunos nombres de dudosa americanidad y sin significado. En reciente cáfila de « rectificaciones » de agudo servilismo, a propósito de un artículo mío, no faltó quien luciera a Ercilla, un soldado español, como emblema de legitimidad americana. Pero, no. Si uno revisa, digamos la *Antología del pensamiento en lengua española*, por el ex-Rector de la Universidad de Madrid e ilustre filósofo Don José Gaos (México, Séneca 1944), hallará que los americanos allí comprendidos se llaman Juan B. Alberdi, José V. Lastarria, Manuel González Prada, Gabino Barreda, Justo Sierra, Domingo Faustino Sarmiento, Alejandro O. Deustua, etc., todos, en algún grado críticos o enemigos del « hispanismo » y, por su contigüidad con el fenómeno de la independencia y sus resonancias, de la España colonizadora y borbónica, que no es igual a serlo de la España liberal, nuestra amiga en todo momento. En otra antología tampoco sospechosa, la del profesor de Harvard, Rex Crawford, titulada *A Century of Latin American Thought* (Cambridge, 1944) ocurre algo semejante. Lo cual no quiere decir que el indigenismo sea a necesaria contrapartida del hispanismo.

Cualquier análisis de la historia latinoamericana tiene que tomar en cuenta el pensamiento de sus rectores. Sin él, todo juicio será incompleto y falso. Dicho pensamiento comienza por afirmar su absoluta independencia del hispanismo. Se podrá desdeñar lo indio y amar con exceso lo europeo (Alberdi, Sarmiento), o exaltar lo criollo o propio (González Prada, Montalvo, Sierra), pero nadie, oigase bien, nadie, aun cuando luzcan tan extraordinarias afinidades españolas, nadie aconsejó « hispanizarse », porque todos entendían que el primer paso hacia la emancipación era resaltar la discrepancia con España. Alberdi irá más lejos : pedirá un « San Martín de la cultura », aludiendo a que el general San Martín había realizado sólo una independencia política. En el afán de ser dueños de un instrumento propio, veremos que, incluso tan exmios clasicistas como Andrés Bello y gramáticos como José Rufino Cuervo, y, desde luego, Sarmiento, González Prada, etc.. propondrán una nueva ortografía, o modificaciones radicales a la ortografía vigente según la Academia de Madrid. Baralt exaltará el americanismo, y Ricardo Palma abogará por numerosas adiciones o modificaciones lexicales del idioma.

Andando el tiempo, estas fórmulas irán adquiriendo contornos mejor definidos. La presencia de Francia a través de su Revolución de 1789, trae como consecuencia la aparición del adjetivo « latina » para calificar a la América hasta hacía poco « española ». Al producirse el fenómeno literario del modernismo, Rubén Darío distinguirá : Mi esposa es de España, pero mi querida es de París... Aunque sin renunciar al vínculo racial, Chocano acuñará, desde 1895, un verso reverdecido en 1906 : *que un anillo de oro hecho pedazos, ya*

no es anillo, pero siempre es oro. Haya de la Torre en una memorable conferencia en la Universidad de México, a fines de 1927, propondrá una fórmula : América española igual Colonia. América Latina igual Independencia. Panamérica igual imperialismo. Indoamérica igual libertad. Cuando Luis Jiménez de Asúa objeta la última denominación, se traba una polémica recogida en las páginas del volumen *¿ Adónde va Indoamérica ?* bajo el rubro de « La cuestión del nombre ». Este libro aparece en 1935. En 1936 estalla la insurrección militar-falangista en España. El punto IV del Programa de la Falange proclama la urgencia de reconstruir el extinto imperio hispánico. La cuestión del nombre, con todo, no deja de ser nominal : hay empeños que deben resignarse a eso...

Aparición del totalitarismo pseudosocial

Al resurgir el pujo imperial hispánico asoma teñido de diversas materias, una de ellas, y no la menos importante, un afán totalitario y ultramontano, tan difinitorio que se confunde con el impulso inicial del movimiento. Por cierto, los totalitarios del continente que han prosperado a la sombra de Mussolini y Hitler (y, luego, de Franco) identifican cautamente su desapoderado anhelo de dictadura y avasallamiento antidemocrático con el nombre y la idea de « hispanidad ». Madrid se presta feliz a la confusión, supuesto que el fascismo ha triunfado en el mundo. Prematuro alarde. Cuando José Vasconcelos, el exdefensor del indio, ataca a éste en nombre de un anacrónico y calculado « Santiago y cierra España » que no cree en Santiago sino en sus vicarios ; cuando José de la Riva Agüero se proclama a un mismo tiempo converso al redil eclesiástico y partidario de Mussolini, Hiro Hito y Franco ; cuando don Carlos Ibarguren exalta a Juan Manuel de Rosas, a Manuelita Rosas, la dictadura militar porteña y, luego, a Franco ; asistimos, en verdad, a un fenómeno cuya entraña convendría analizar larga y cautelosamente. Sin ello no se explicaría nuestra proposición inicial : la hispanidad es un mito, España es un hecho, el fascismo un propósito oculto bajo aquel ser mitológico.

¿ Qué es lo que persiguen el mexicano, el peruano, el argentino mencionados a través de su vehemente nacionalismo hispanizante ? Una sola cosa : poder para la oligarquía. So pretexto de « devolver » *(sic)* a las « élites » su papel directivo, en realidad lo que buscan es entregar a una minoría adinerada la voluntad de los desposeídos. De ahí que, a contramano, empiece a verse claro que el vocablo « indio » no es un término de vigencia biológica, sino una clasificación social, como decía González-Prada. Indio es el desamparado ; por consiguiente, la hispanidad se convierte en teoría del poderoso, cuya pericia táctica persigue una « tradición » cierta o falsa, para apoyar en ella sus ambiciones inmediatas o inmediatistas. Porque cualquier hombre medianamente culto sabe que toda revolución debe apoyarse tanto en el futuro como en el pasado : lo primero se denomina esperanza, lo segundo tradición. Para los oligarcas de nuestra América es fácil inventar una tradición del ultramontamismo redescubriendo la hispanidad ; cuanto a la esperanza, bastará una dosis más o menos moderada de esa demagogia contagiosa que dió vida a los sueños de grandeza de Mussolini, Hitler y Perón. España juega en todo un papel secundario, como ente real. Su caprichosa imagen borbónica, absolutista, totalitaria, esa, sí, esa desempeña una misión propulsora. La España real, la verdadera « España eterna » es sacrificada ante los ojos de los pueblos americanos en aras de una « España hechiza » y la España virreinal, vestida de abstracción : la hispanidad. Si alguien ha traicionado a España en América no son otros que los propugnadores de tan forzada, despótica y vocinglera idea. La reacción antiespañola descansa en gran parte sobre el rechazo cuasi unánime al hispanismo, como vía hacia la hispanidad.

El continente mestizo

Somos, por excelencia, un continente mestizo. Lo criollo retrata nuestras más hondas afecciones. Basta que se evapore levemente la corteza de europeo de nuestras altas clases para que aparezca el criollo

en sus usos y opiniones. Los argentinos hablan de usted y de tú, cuando montan guardia sobre su yo ; apenas lo dejan libre, surge el voseo. Los cubanos, más digeridos, se jactan, en cambio, de su total criolledad. El ser criollo antillano carece, por joven acaso, de los embelecos con que recubre el suyo el peruano, el mexicano, el colombiano, el chileno. Si, por azar, un escritor de los nuestros reniega de *Martín Fierro*, cúlpese al eterno cursi acechante en toda persona por alquitarada que parezca.

A un mundo así, cada día con perfiles más propios, es absurdo volverlo al pasado protohistórico de la cultura india (cultura, sí, empleo la palabra en su doble dimensión sociológica) ; pero es igualmente necio e imposible quererlo hacer retrogradar a la colonia hispanizante. Estas aparentes sutilezas no encajan, empero, en el cuadro mental, simplista y esquemático de los observadores norteamericanos, de los americanistas de viejo cuño en Europa y de los empresarios de la « hispanidad ». Sin embargo, son las únicas realidades tangibles acerca de nuestro ser continental.

No es una mera incidencia el que en toda América se prefiera el uso de la expresión « idioma castellano » o « idioma nacional » a la « idioma español », que se usa en Estados Unidos y en Europa para designar nuestro instrumento hablado. Amado Alonso, que estudió el caso con tanta detención (y él era un español aunque se ciudadanizara argentino) señalaba el incontrovertible rechazo a la tercera denominación por los alcances políticos y geográficos que tiene. Castilla es un ente cultural, un ser incorpóreo, un logro intemporal : España es una realidad geográfica, política. Para los europeos lo segundo es lo natural, puesto que todos los países europeos han tenido o tienen colonias a las que impusieron los idiomas metropolitanos ; no se pueden dar cuenta exacta de que hay otro modo de considerar el mundo : desde el punto del colonial o excolonial, y que a éste le irrita el recuerdo de su pretérita sujec ón a otro. Los propios norteamericanos, que mantuvieron con Inglaterra tan cordial y deportiva inteligencia, suelen usar a menudo ya la expresión « American language » en lugar de « English language », y así lo ha promulgado aquel insigne inquieto que se llamó H. G. Mencken. Los ingleses, gente de buen gusto y consciente del rumbo indetenible de las cosas, dejan hacer, y, a lo sumo, menean la cabeza escépticamente frente a tales empeños. Si en Inglaterra surgiera un movimienio, oficial o no, para « anglicizar » a los Estados Unidos, la respuesta sería, a no dudarlo, un mayor alejamiento y hasta un repudio sonoro, merecido desde luego. Mucho hemos debido nosotros de amar a España cuando, frente a la presión hispanizante, nos limitamos a contraponer al vigoroso y organizado mperio indio de México, Perú, Guatemala y Colombia, o, desentendiéndonos de los promotores, a circunscribirnos al hecho en sí en su significado político actual.

Nuevamente España desde el 98

Se podría agregar algo mucho más elocuente aún : durante el siglo XIX, en que la antigua metrópoli pretendió varias veces reconquistar sus excolonias, la actitud de América fué nítidamente ant española. Tal sentimiento e extendió a Francia, cuando las tropas del general Bazaine (« qui porta sur lui les péchés de toute la France », según la tremenda frase de León Bloy) invadieron a México. Entonces, un francólatra tan decidido como Francisco Bilbao, educado a los pechos de Edgar Quinet, el P. Lamennais, Jules Michelet y Víctor Hugo, no trepidó en abominar de su madre intelectual, según se ve en las buriladas páginas de *América en peligro* (1863). Pues bien : en 1898 ocurre el desastre colonial de España. Y es en ese momento, cuando la vieja metrópoli pierde su esplendor, es entonces cuando América vuelve los ojos con amor a España, y, cancelada la era de peligros invasores, la reconoce hermana mayor, parte de su acerbo. Nada explica mejor el caso que Puerto Rico. Hasta 1898, la gran pequeña isla de la Gran Antilla combatía de un modo u otro contra España, igual que Cuba, aunque, claro, sin el desangre de ésta. Bastó el triunfo norteamericano para que España pasara a ser un ser querido, y en Cuba y Puerto Rico el amor a España se hizo creciente hasta adquirir los contornos de una reacción contra el domi-

nio norteamericano, a partir de la tercera década de este siglo. Paradoja explicable : para los partidarios de la independencia de Puerto Rico, España resulta hoy soporte y acicate. En Cuba, los mayores y más populares centros son el gallego y el asturiano : pura España. España, sí, pero no « hispanidad ».

Tanto Cuba como Puerto Rico, y así también Argentina, Panamá, Uruguay, Costa Rica y Chile han recibido continuamente aportes migratorios de españoles contemporáneos y modestos, trabajadores y entusiastas. México también, a partir de 1939, con el éxodo republicano. El contacto de criollos y españoles en la calle, comunes, deseosos de hacerse un porvenir con su esfuerzo, ha eliminado los prejuicios y resabios del virreinato. Pero, en Perú, durante mucho tiempo en México, desde luego en Ecuador, Colombia y Guatemala, la migración española se detuvo durante las dos últimas décadas y las cuatro primeras de este siglo. Allí, España y virreinato se identifican. Los vocablos peyorativos de « chapeta », « gachupines », « gallegos », etc. reflejan algo de eso. La devoción a las efigies nacionales (la morena Virgen de Guadalupe, la también prieta Caridad del Cobre, Santa Rosa de Lima, el mulato Martín de Porres, etc.) significan que, sin llegar a los arrebatos jingoistas del Doctor Gaspar Rodríguez de Francia, el oscuro y silencioso déspota paraguayo que nacionalizó la Iglesia de su país, circula a través de la ecuménica fe religiosa un hálito diferenciador, polifurcado en meandros raciales y regionales, dignos de la mayor atención.

No obstante esto, España no ha perdido su importancia entre nosotros y para nosotros ; carece de toda opción a sustituirla el hispanismo oficial u oficioso.

Hace años, el sabio Georg Frederik Nicolay me decía su sorpresa al hallar en América un paisaje de colores más suaves que en Europa (supongo que no se refería al trópico, pero aun así...), y un modo de hablar más dulce. De hecho : si bien carecemos de « la zeda » linguodental de los españoles, nuestras « eses » son menos fricativas, más susurro que silbido, y nuestras jotas apenas acentúan el arrastrarse de la « gue ». Todo ello es parte del criollaje, es decir, de una realidad, de un hecho, al cual no se puede encauzar ya, y menos por decreto (y mucho menos, por decreto lejano e impopular) por rumbos prefijados. Don Luis de Zulueta, ese gran español, me decía que, a veces, en Bogotá, le sorprendió el encarnizamiento con que se citaba el diccionario, como si se tratara de aprendices de un idioma extraño, y la prontitud a acatar las modificaciones de la Academia, aunque por tradición de siglos se hablara de otra guisa. Esto vino a cuento porque yo escribo y escribiré *estratega* (y no estratego), *analfabeto* (y no analfabeta), salvo en los géneros debidos, aunque la Academia promulgue lo que le dé la gana, que así hablamos millones y durante generaciones aquí : mi bisabuelo, mi abuelo, mi padre, yo, mis hijos, mis nietos ¡ ay ! Don Luis, ilustre hablista y latinista, me daba la razón.

Y es lo que vengo sosteniendo aquí, fiado en los hechos y no en antojadizos supuestos. América no será parte de ninguna « hispanidad », porque cada día se universaliza más. No reclama el adjetivo de española, porque cada día es más criolla. Somos un ser con perfiles progresivamente propios. Sin darnos cuenta hemos aprendido a resistir a las modas por agresivas que sean (por ejemplo, el existencialismo). Nuestro Cid, ganador de batallas desde la huesa, no viste cota de mallas, sino policromo traje criollo. Y hasta empezamos a discutir ya si el 12 de octubre de 1492 fué Colón quien nos descubrió a nosotros o fuímos nosotros quienes descubrimos a Colón y, en Colón, a su mundo. Todo lo cual, por heterodoxo requiere un reexamen a fondo, un repensar atento, un remorder la vieja traílla hasta quedar libre de ella, remordida, pero sin remordimientos.

LUIS ALBERTO SANCHEZ

Reseña histórica del indigenismo

POR EUGENIO CHANG RODRIGUEZ

En el presente estudio ofrecemos un análisis del indigenismo como movimiento literario e ideológico. Presentamos una revisión de las diversas ideas que se han ofrecido para solucionar el problema del indio teniendo en cuenta la trascendencia histórica de proyecciones continentales de autores y obras pertenecientes a este movimiento. Concentramos aquí sólo a los escritores más importantes y los libros más influyentes.

Definición

El indigenismo es el movimiento que tiene como tema central al aborigen de América. El indigenismo o indianismo no sólo canta al indio americano, también expone sus costumbres, sentimientos, deseos, aspiraciones y, sobre todo, denuncia su explotación y demanda su redención.

Puesto que el problema del indio es uno de los más críticos de América, el continente no podrá dar un paso adelante, hacia el progreso efectivo y hacia la verdadera democracia, a menos que resuelva la suerte de este gran segmento de su población. No merecen llamarse países democráticos aquellos en que millones de sus habitantes viven al margen de la nacionalidad, como sucede en Guatemala, Ecuador, Perú, Bolivia y, en gran parte, en México.

Económica, política, social y moralmente el indio ha descendido varios peldaños. Si tomamos un indígena cualquiera de las serranías peruanas, nos encontramos con que este hombre está desnutrido, vive casi como una bestia, ha perdido su conciencia histórica y ha adquirido las enfermedades y vicios de sus expoliadores. Al hablarle al indio peruano sobre las glorias del Imperio incaico, nos damos cuenta que lo único que él sabe es que existen trazos y huellas de una civilización que desapareció y que interesa mucho a los turistas. Los indios de hoy no son sino sombras de los indios precolombinos que desarrollaron civilizaciones magníficas que historiadores, como Toynbee, han alabado.

Fray Bartolomé de Las Casas, precursor del indigenismo

El primer escritor que defendió al aborigen de América fué Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566). Este célebre misionero y filántropo español abogó en defensa del indio americano guiado por su filosofía cristiana y movido por la prédica del Padre Francisco Vitoria. Consideró al indio como siglos más tarde lo consideró Rousseau, un *bon sauvage*, la encarnación de la inocencia y del bien, perteneciente a la raza más dulce del mundo. Su calurosa defensa la encontramos en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (Sevilla, 1552), en su *Historia de las Indias*, que comenzó a escribir en 1552, y en su *Tratado sobre la esclavitud de los indios*, que terminó alrededor de ese mismo año.

El *Tratado sobre la esclavitud de los indios* fué escrito por encargo del Consejo Real de las Indias y trata sobre la manera en que los indios fueron esclavizados. Su autor ofrece muchas razones y citas jurídicas en favor de los indios. Pide que el Consejo Real de las Indias los proteja y les dé su libertad, alegando que su esclavitud era ilegal y constituía un acto de lesa humanidad. Después de exponer detalladamente el cruel tratamiento de los aborígenes, de las Casas declara que su esclavitud, desde el descubrimiento, ha sido de « mala consciencia ». Luego nos ofrece los siguientes corolarios :

1º : El monarca español está obligado, por

ley divina, a ordenar la libertad de los indios esclavizados por los españoles.

2° : Igualmente los obispos de las Indias están obligados a insistir y negociar importunamente al Real Consejo que mande librar a los indios que los españoles tienen por esclavos y que los obispos los rediman aún arriesgando su vida si fuera necesario. El obispo no puede esgrimir la ignorancia por excusa ; su responsabilidad es como la del pastor : velar por la seguridad de sus ovejas con mucha diligencia.

3° : Que los ministros de Dios se nieguen a absolver al español que tiene esclavos, sin necesidad de recurrir a la Audiencia para negarle los sacramentos de Dios.

De las Casas sostiene que la menos « fea e injusta causa » para esclavizar a los indios fué la injusta guerra. Como las guerras que desencadenaron los españoles fueron injustas, no había razón por qué encadenar a los aborígenes. Con un criterio propio de su época, el generoso de las Casas analiza todas las causas posibles de guerra y concluye que ninguna de ellas fué utilizada por los conquistadores. Las únicas razones de las campañas militares contra los indios fueron las que brindaron el deseo de matar, despojar y robar a los inocentes « usurpando sus tierras, sus haciendas, sus estados, sus señoríos ».

Como se puede apreciar, su defensa es desde el punto de vista jurídico y filantrópico ; más filantrópico que jurídico. Por eso no fué mucho lo que consiguió, además de comenzar el movimiento pro-indigenista en nuestra América. Es precisamente porque la prédica de Fray Bartolomé alcanzó mal éxito por lo que que el movimiento se ha continuado por más de cuatro siglos, cada década ganando más ímpetu, adquiriendo nuevas formas e invadiendo nuevos terrenos. Comenzó como un gesto filantrópico principalmente basado en la moral cristiana y se ha convertido en un movimiento de gigantesca magnitud que ha rebasado los linderos de la literatura y ha entrado a la economía, a la pedagogía, a la política, y a casi todas las ramas de la actividad humana en Iberoamérica.

Lo indio en « La Araucana »

Durante la Conquista, aparte lo que escribió Bartolomé de las Casas, no encontramos otro libro de valor social que se ocupe de la redención del indio. En 1569, sin embargo, apareció en Madrid la obra poética más importante de este período : *La Araucana*, de Alonso de Ercilla y Zúñiga (1533-1594). En ella este poeta español alaba la resistencia física y el valor de los heroicos araucanos.

Los soldados poetas que vinieron durante la Conquista no fueron simples aventureros en busca de emociones baratas ; también fueron artistas consumados de gran sensibilidad. Alonso de Ercilla fué el más egregio del grupo. Torres Rioseco, como buen chileno, considera a *La Araucana* como una epopeya al revés que relata la conquista de su patria, enemiga de España. Tal vez sea necesario estudiar el credo político de Ercilla, sus ideas sobre nacionalidad, su ideología, en una palabra, para poder determinar por qué cantó al indio araucano en vez del conquistador.

Parece que Ercilla tuviera un concepto muy amplio de lo que era la patria y una visión muy ideal del futuro de la raza española. Puesto que le atraía la épica, Ercilla debió conocer muy bien la historia de España y la gran amalgama de razas que se ha operado en el curso de su larga historia. Puede ser que él no se considerara como soldado que luchaba en una remota región del Nuevo Mundo, sino como divulgador de la civilización hispana y la fe cristiana en una de las lejanas provincias de la Gran España. Cantar a Chile y la heroicidad de sus habitantes no era más que cantar a la patria grande y a los antecesores de los habitantes de la futura provincia española.

Sean cual fueren las razones, fuerza es reconocer que *La Araucana* es en parte una épica indianista. En los primeros versos los araucanos se señorean en el poema tal como lo hicieron históricamente ante las primeras acometidas de las hordas invasoras cuya.

Codicia fué ocasión de tanta guerra
y perdición total de aquesta tierra.
Esta fué quien halló los apartados
indios de las antárticas regiones,
pero éstas eran, sin orden, trabajados
con dura imposición y vejaciones.

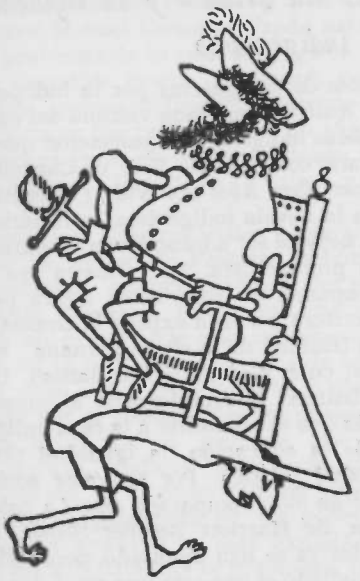
Pero el « indigenismo » ercillano es esencialmente objetivo. Su descripción del paisaje es debil, la naturaleza americana no le impresiona mucho. Los grandes nevados, las colosales montañas y demás, manifestaciones del paisaje del Nuevo Mundo casi no lo inspiran. A Menéndez y Pelayo no le gustaron las arengas que Ercilla puso en boca de los jefes araucanos, pero a nosotros sí. Quienquiera que desapasionadamente lea las arengas de Colocolo, olvidando nacionalismos estrechos, se verá movido por el raciocinio del araucano. Ellas conmovieron a Voltaire y conmueven a los indoamericanos, porque las arengas son, en realidad, lo más hermoso del poema. Por formar parte del ejército conquistador, Ercilla no pudo ser el desinteresado y autorizado defensor del indio.

El primer indigenista americano : el Inca Garcilaso

Tardaron los americanos para elevar su protesta en forma escrita, porque tardaron los espa-

ñoles para educar a los indios y mestizos. El primer americano que reclamó justicia para los suyos fué un mestizo : el Inca Garcilaso de la Vega (Gómez Suárez de Figueroa Garci Lasso Chimpuojllo) (1540-1616). Su amor a lo indio se encuentra en *La Florida del Inca*, que García Calderón ha llamado « Araucana en prosa », y en sus *Comentarios reales*.

En la introducción a sus *Comentarios* el Herodoto americano manifesta su deseo de rescatar del olvido los antiguos monumentos y costumbres del Perú, contrastando la situación del indio pre-colombino con el de la Colonia. Menéndez y Pelayo considera este libro como el más genuinamente americano de todos los tiempos, en el que ha quedado el reflejo de la raza vencida. Prescott vió en la obra de Garcilaso una emanación del espíritu indio. Por casi dos siglos Garci-



laso había sido la fuente principal de información sobre la historia de los Incas, cuando los padres de la independencia americana acudieron a él en busca de inspiración para fortificar su patriotismo. Concha Meléndez considera a los *Comentarios* como la iniciación del americanismo literario, en cuyas páginas, según la escritora, se revela « un gran amor por la raza vencida incaica, cuyas glorias extintas describe con un suave tono de elegía ». En efecto, la denuncia de Garcilaso alcanzó caracteres supremos porque el escritor peruano poseía dominio completo del idioma de los conquistadores y esgrimía una prosa renacentista. Además, él sí sentía en carne propia la gloria no extinta de la raza y compartía el dolor de sus hermanos vencidos.

Debieron de conmover mucho sus comentarios, porque después del horrible descuartizamiento del precursor americano de la independencia, Tupac Amaru, el Gobierno español prohibió su reimpresión, bajo el pretexto de que en él aprendían los naturales muchas cosas inconvenientes.

El indianismo de Guamán Poma de Ayala

Si Bartolomé de las Casas, un blanco, fundó el indigenismo ; si el Inca Garcilaso, un mestizo, fué el primer americano del movimiento ; Guamán Poma de Ayala (Felipe Huamán o Wamán) fué el primer indigenista de pura raza india (fines del siglo XVI-principios del XVII). Su modesta labor la encontramos en la segunda parte de su obra que en mal castellano intituló *El primer nueva coronica i buen gobierno*.

Guamán Poma de Ayala analiza el estado social del indio bajo el imperio de los españoles que le han quitado sus tierras, lo han esclavizado y vejado. En su obra se menciona por primera vez a los tres grandes opresores del indio : el gobernador, el cura y el juez, la odiosa trinidad de la que más tarde se ocuparan los peruanos Itolarrares, González Prada y Matto de Turner. En el libro de Poma de Ayala los abusivos son los « pes (padres) y curas y comenderos corregor y otros espanoles y caciques principales ». Como Confucio, supo muy bien que un dibujo vale 10.000 palabras y se valió de numerosos dibujos para ampliar su exposición. En uno de ellos se ve a los españoles atacando, como animales salvajes, a los pobres indios indefensos. Poma de Ayala critica los injustos tributos, la explotación del indio en la mina, donde muchos perecen de «mal de azogue». Denuncia, también, los múltiples castigos y torturas, así como el libertinaje de los curas simoniacos y el estupro de las indias. Este peruano, de noble alcurnia y nobles sentimientos, no se contentó con denunciar el abuso, también ofreció soluciones. Por ser gran conocedor de la historia del Incanato, como se revela en la primera parte de su obra, recomienda el retorno del indio a un sistema comunal parecido al incásico, administrado por la nobleza hereditaria indígena. E escritor peruano quiere la justicia social para todos. Con un toque moralista de sabor sanagustiniano, Poma de Ayala esboza ciertas reformas con castigos para los infractores de la ley. Adelantándose a otros reformadores, pide la reducción del tiempo de trabajo a diez horas diarias.

Después de Guamán Poma de Ayala aparecieron otros escritores americanos interesados en el movimiento pro-indigenista. Desgraciadamente ninguno logró producir una obra de alto valor literario o de trascendencia social.

Fué precisamente por el interés en este movimiento americanista por lo que que entre 1770 y 1780 se representó el drama *Ollantay* ante el Inca José Gabriel Condorcanqui bajo la dirección del Padre Valdés. Estos fueron los años de efervescencia revolucionaria que culminaron con la revolución de Tupac Amaru II. Después de la derrota del Inca los españoles prohibieron la representación de obras dramáticas en quechua. El indigenismo siguió latente hasta la aparición de los próceres de la independencia americana.

La revolución emancipadora y el movimiento indigenista

Cuando los criollos se contagiaron del fervor revolucionario de indios y mestizos, el movimiento indigenista adquirió un nuevo impulso. Los padres de la patria, inspirados en el heroico grito de independencia de Tupac Amaru, adoptaron una posición francamente pro-indigenista y hasta hubo quienes soñaron con la restauración del Imperio Incaico que narró Garcilaso. Este sentir casi unánime de los conductores de la gesta emancipadora se reflejó en la literatura de indios, mestizos y criollos. Concha Meléndez acierta a reconocer tres sentimientos fundamentales en la literatura revolucionaria : antiespañolismo, asimiento a la tradición indígena — principalmente al incanato — y optimismo exultante acerca del futuro de la América Morena. Bolívar, por lo menos en la primera etapa de su vida, es un ardiente defensor del indio y partidario de su incorporación en la Patria Libre.

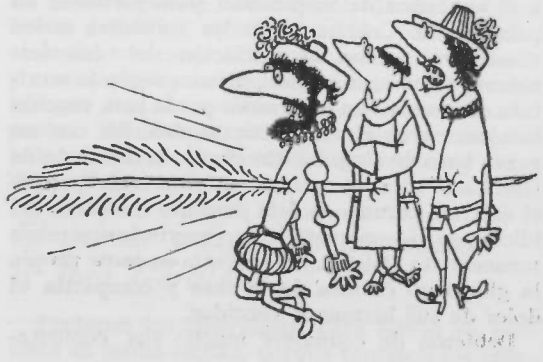
Bien hizo el Libertador al declararse partidario de la redención del indio, porque el ejército que le dió gloria estaba constituído de indios, negros, mulatos y mestizos guiados por oficiales criollos. Aunque las obras de Humboldt que influyeron en el indigenismo literario no aparecieron sino hasta mediados del siglo XIX, Bolívar indudablemente ya estaba imbuído de las ideas que aparecieron más tarde en sus cinco tomos de *Espectáculos de la Naturaleza* y en sus *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*. Bolívar conversó personalmente con el famoso sabio alemán y seguramente se contagió de la admiración que el erudito tenía por el aborigen del Nuevo Mundo. Además, es difícil creer que Bolívar, siendo un ávido lector, no haya leído el ensayo « Des cannibales » de Montaigne, *Alzire* y *Candide* de Voltaire, ni *Les Incas* de Rousseau, obras que influyeron en el movimiento indigenista literario.

El indigenismo bolivariano tiene un sello peculiar. El Libertador no nos ofreció un programa organizado y concreto para resolver los problemas que la independencia de los indios planteaba. La plataforma política bolivariana era para todos los habitantes de la América Morena, sin distinción de razas. Cuando Bolívar declaró en su discurso al Congreso de Angosturas que somos una raza nueva, el Libertador reconocía la existencia de la « raza morena » integrada por indios, mestizos, blancos y negros que habiendo recibido nuevas características de la tierra americana, diferían de sus antecesores de siglos pasados. Estos nuevos hombres libres aunque tenían diferente físico, diferente color de piel, estaban animados por el mismo sentir, el mismo anhelo, las mismas aspiraciones, y reclamaban los mismos derechos. En este sentido, el hombre americano de Bolívar se acercó a la concepción moderna del hombre americano del pueblo-continente de Antenor Orrego.

« Aves sin Nido » y su influencia en el indigenismo

Después de las guerras por la independencia, cuando América sangraba víctima del caudillaje, pocas obras indigenistas aparecieron que puedan compararse con *Aves sin Nido*, de Clorinda Matto de Turner. Con *Aves sin Nido* (Valencia, 1889) se inicia la novela indigenista de América. Aquí el indio deja de ser adorno literario para convertirse en protagonista. Por primera vez en castellano aparece el indio como figura principal.

La escritora peruana expone la tiranía de otra maligna trinidad de la sierra peruana : el gobernador, el cura y el ambicioso lanero, tres personas distintas que pertenecen al mismo mal. Demanda que se rehabilite a la raza indígena por medio de la educación, la igualdad civil y la oportunidad política. Por su valor social *Aves sin Nido* ha sido comparada con *La cabaña del Tío Tom*, de Harriett Beecher Stowe. Muchas similitudes ya se han apuntado, pero todavía no se ha estudiado el impacto que estos dos grandes libros produjeron en sus respectivos lectores. El libro norteamericano produjo acción ; el peruano, sólo compasión.



Clorinda Matto de Turner ha recibido merecido elogio continental, aun de críticos que nunca lograron poner sus manos en un ejemplar de *Aves sin Nido*. La importancia trascendental del libro ha quedado establecida y confirmada con la aparición de nuevas ediciones. Pero, en realidad, Clorinda Matto de Turner no fué la primera escritora indigenista peruana de la República. En 1885, Mercedes Cabello de Carbonera había escrito su artículo « Una fiesta religiosa en un pueblo del Perú », en el que deploraba la degradación del indio por el blanco. Tres años más tarde, es decir, un año antes de la publicación de *Aves sin nido*, José T. Itolararres publicó la novela indigenista *La trinidad del indio o Costumbres del interior*, en la que el escritor peruano se adelanta a López y Fuentes de México en el uso de tipos en vez de personajes con nombres propios : « el cura », « el juez de paz », « el ctoseño », etc. Antes de Itolararres y de Cabello de Carbonera, Manuel González Prada había enfocado el problema de la raza subyugada.

Manuel González Prada (1848-1918) escribió sus primeros poemas indigenistas cuando todavía no frisaba en los treinta años. En 1879, año trágico para el Perú, ya había publicado « Canción de la india », « El mitayo » y « Cura y corregidor ».

En su ensayo « Nuestros indios », que publicó después de su regreso de Francia, encontramos la interpretación gonzalezpradiana del problema del indio. González Prada sostiene que la República no es más que una culminación del virreinato en la que los indios todavía son víctimas del viejo orden basado en la explotación del hombre por el hombre. Los gobernadores y los hacendados, nuevos nombres que adoptan los señores feudales, han reemplazado a los corregidores y caciques. Llama hipocresía descarada a la palabrería de los gobernantes que prometen ayuda a la raza explotada. La situación del indio durante la República, observa González Prada, es peor que la de sus antepasados del virreinato. Hoy ya no existen corregimientos ni encomiendas, pero tenemos el trabajo forzoso disfrazado y la leva. Los explotadores republicanos observan el axioma de que el indio no tiene derechos sino obligaciones. La queja personal se considera como insubordinación y el reclamo colectivo se califica de conato de sublevación. El Maestro peruano observa que en algunas regiones el hacendado ha reunido los poderes que separó Montesquieu. El nuevo señor feudal es el poder judicial, el poder ejecutivo y el poder legislativo. En las haciendas los jueces de paz y los gobernadores a menudo pertenecen a la servidumbre.

Gonzalez Prada analiza la estructura de la hacienda y observa que ella se expande a costa de la propiedad individual del vecino o de la propiedad comunal indígena. El hacendado actúa como un barón normando. « No sólo influye en el nombramiento de gobernadores, alcaldes y jueces de paz, sino que hace matrimonios, designa herederos, reparte las herencias, y para que los hijos le paguen las deudas del padre, les somete a una servidumbre que suele durar toda la vida. Impone castigos como la *corma*, la flagelación, el cepo de campana y la muerte ; risibles como el rapado del cabello y las enemas de agua fría. »

El Maestro peruano cree que quien acusa al indio de refractario, no hace sino campaña ptlítica de desprestigio, porque después de oodo, el indio sólo recibe lo que le dan : fanatismo y aguardiente.El indio precolombino era más moral que el conquistador blanco ; la degradación moral del indio de la República se debe a los siglos de explotación. La servidumbre política y el abuso económico enervan aún a los hombres más fuertes.

González Prada toca ligeramente el problema de la tierra en relación con el problema del indio. Zapata con el fusil en México y Mariátegui con la pluma en el Perú, fueron los primeros en sostener que el problema de la tierra está íntimamente relacionado con el problema indígena. González Prada se limitó a apuntar : « Donde las haciendas de la Costa suman cuatro o cinco mil fanegadas, donde las estancias de la Sierra miden treinta y hasta cincuenta leguas, la nación tiene que dividirse en señores y siervos ».

El indigenismo de post-guerra

Ninguna de las obras indigenistas que se publicaron en los años subsecuentes a la aparición de « Nuestros indios » ofreció un programa de soluciones definidas, de estructura coherente, que sirviera de modelo para la solución democrática del cautiverio de la raza. Pasaron los años y vino la primera guerra mundial con su secuela, la revolución bolchevique.

La revolución rusa de 1917 causó hondas repercusiones en Indo-América. Desde la revolución francesa de fines del siglo XVIII, ningún acontecimiento europeo se sintió tanto en las fronteras intelectuales de América. Las ideas socialistas se esparcieron en todo el continente y nuestra *intelligentia* comenzó a atisbar seriamente en la literatura socialista europea. Se leyeron ávidamente las obras de Saint-Simon, de Fourier, de Marx y Engels, de Lenin. La interpretación materialista de la historia determinó que en América se estudiase con más ahinco el problema indígena, que ya México intentaba resolver a sangre y fuego. Esta revisión de la historia, de la sociología, de la cultura en general, no se hizo únicamente con un cri-

terio ético. La economía anunciaba su presencia en América con una serie de crisis que nuestros pueblos tuvieron que sufrir por estar untidos al yugo que maneja el capitalismo occidental.

En 1919 se reunió el Primer Congreso Indigenista del Perú, el que asistieron los representantes de las comunidades indígenas de trece departamentos. Esta era la época en que realizaba una magnífica labor Hildebrando Castro Pozo, Jefe de la Sección de Asuntos Indígenas del Ministerio de Fomento del Perú, y escribía, su valioso pero incompleto ensayo *Nuestra Comunidad Indígena*. Más tarde, otro indigenista de importancia fué Luis E. Valcárcel. En sus libros *De la vida inkaika* (1925), *Del Ayllu al Imperio* (1926) y *Tempestad en los Andes* (1927) sigue un indigenismo que él mismo lo considera colmado de mística emoción proindia. El inteligente y bien informado peruanista de Mills College, Luis Monguió, encuentra en esta mística emoción proindia la razón por la que el indigenismo literario se expresa principalmente en poesía.

El indigenismo mexicano, de resonancia continental

Desde Ignacio Altamirano (1834-1893), el brillante novelista romántico con trazos de costumbrista, ningún otro indigenista mexicano ha sido tan leído en Indoamérica como Mariano Azuela o como Gregorio López y Fuentes. Ha habido varios escritores indigenistas de alto valor estético que no incluiremos aquí porque su indigenismo no afectó la emoción social más allá de las fronteras de México. El mismo Altamirano solamente ofreció la simple expresión de su simpatía por el bandido, producto de la sociedad desequilibrada *(El Zarco)*, y por el pobre campesino de las alturas (*La Navidad en las montañas)*.

La obra indigenista de Azuela comienza en 1925 con la tercera edición de *Los de abajo* hecha por *El Universal* y no en 1916, año en el que Azuela vendió su obra por diez dólares a un periódico de El Paso. En ella vemos los efectos que la segunda gesta emancipadora produce en el indio mexicano. Azuela no intenta ofrecer soluciones, solamente nos narra las aventuras del indio Demetrio Macías al ser arrastrado por el torbellino de la Revolución. Azuela es más específico en su segunda obra indigenista *San Gabriel de Valdivias (Comunidad Indígena)*. Aquí critica el plan agrario de la Revolución, denuncia al líder, opresor del indio, nuevo señor omnipotente que aparece con la parcelación de las tierras.

Azuela pinta bien la vida campesina y presenta la vida rural con todos sus dolores. Capta muy bien el sentir del indio, del agricultor, frente al problema agrario. Azuela nos deja entrever su fe en el futuro al creer que el liderismo es más fácil de destruir que el gamonalismo. El indio de la Comunidad Quintana, el de la novela, no comparte el optimismo de su defensor; tiene poca fe en el nuevo burócrata, el líder, porque « este desgraciado habla ya muy bonito; pero pronto será como nuestros patrones de antes ».

El indigenismo de López y Fuentes comienza en 1923 con la serie de artículos que publicó en *El Universal* sobre « La novela diaria de la vida real ». En éstos, como en las novelas que de ellos emanaron, López y Fuentes describe las costumbres de los indios, y nos señala los efectos de la Revolución sobre la organización familiar indígena. Su técnica consiste en tomar un hecho histórico y tejer sobre él una historia, ayudado por su imaginación y su excelente arte de presentación. El resultado no es una pieza literaria como la que consiguiera Ricardo Palma en su tradición, sino una obra artística de gran valor social. El indio y la tierra preocupan más al escritor mexicano. El primer libro que nace de sus artículos periodísticos es *Campamento* (1931), importante por darnos el punto de partida de la novelística de López y Fuentes. *Tierra, la revolución agraria en México*, su segunda novela, tiene más base histórica. Trata de los diez primeros años de la revolución mexicana, durante los cuales la lucha por la tierra constituyó el punto principal del credo revolucionario del indio.

En *Mi general, novela mexicana*, publicada al año siguiente, notamos mejoras en la técnica y la trama novelística. En esta obra López y Fuentes analiza la mentalidad del indio y concluye en que su filosofía es diferente de la del mestizo y de la del blanco. En 1935 publicó *El Indio*, alcanzando con esta obra el máximo desenvolvimiento de su indigenismo. Aquí encontramos respuestas a la solución del problema indígena de México. Dada su gran circulación por el continente, *El Indio* resulta ser la obra más importante de López y Fuentes. En su cuarta novela se expresa la creencia de que el indio puede ser redimido por medio de la educación. Si se quiere que abandone sus supersticiones, debemos enseñarle a que interprete científicamente el mundo que lo rodea y que comprenda los problemas sociales, tales como son. Al indio hay que enseñarle a que tenga confianza en sí mismo; que no se avergüence de ser indio.

Una solución muy peculiar al problema que plantea el indio es la que ofrece José Vasconcelos, a partir de su destierro voluntario de 1925 en *La raza cósmica* y en su complemento *Indo-*

B.D.I.C

logía. El pensamiento de Vasconcelos no es puramente indigenista; lo que más le preocupa es el porvenir de lo que designa con el nombre de « raza iberoamericana », pero como sus reflexiones atañen a todos los americanos, sin excluir a los indios, merecen considerarse.

En su prólogo a la *Raza cósmica* Vasconcelos nos dice que en la historia no hay retornos porque toda ella es transformación y que las razas después de cumplir su misión se van para no volver. La raza blanca no podrá escaparse de esta fatídica ley histórica, sobre todo después de cumplir su destino de mecanizar al mundo. La mecanización ha causado la fusión y la mezcla de todos los pueblos del globo. El indio, en opinión de Vasconcelos, no tiene otra puerta hacia el porvenir que la puerta de la cultura moderna, ni otro camino que el camino ya desbrozado de la civilización latina. Siguiendo el criterio spengleriano del ciclo vital de las civilizaciones, predice el fin de los « blancos puros » y ve en el mestizo al verdadero representante de nuestra realidad. Vasconcelos quiere que el indio que todavía queda se latinice para apresurar el proceso de su fatídica desaparición, ya que él, como el blanco y el negro, están determinados por la interpretación vasconceliana a ser reemplazados por la « raza cósmica ». Un nuevo ciclo de historia del mundo comenzaría con la aparición de la raza mixta « producto de la mezcla, no de europeo con europeo, sino de europeo con indio, con negro, con chino, con todas las razas conocidas, la raza mixta total, el primer caso de raza positivamente universal ».

Reseña histórica

Las soluciones propuestas por los indigenistas mexicanos de la Revolución determinaron que se diera la ley del 10 de noviembre de 1948 que creó el Instituto Nacional Indigenista con personería jurídica propia y facultado para coordinar en su Consejo la labor de reivindicación indígena de las diferentes Secretarías de Estado. El eminente sociólogo mexicano Dr. Alfonso Caso, director del Instituto, ha definido sus ideas sobre el indigenismo en pocas palabras :

« Lograr que la acción de los gobiernos lleve « al indígena los instrumentos adecuados de « cultura (lenguaje, conocimientos agrícolas, « forestales, higiénicos y médicos), así como « los medios económicos necesarios para poder « salir de su miseria material y de su oscuridad « espiritual, es lo que debemos proponernos « todos para reparar una injusticia secular y « para obtener, lo antes posible, la integración « espiritual de México ».

Indigenismo y marxismo : Vallejo, Mariátegui, Icaza

La obra pro-indigenista de César Vallejo había comenzado en sus años mozos en el Perú, mucho antes de su viaje a Francia y Rusia. Su indigenismo inicial no fué marxista, como no lo fueron ninguna de sus convicciones políticas juveniles. Su indigenismo surgió al sufrir en carne propia la tragedia de su raza, al contemplar la realidad peruana que le dió « golpes tan fuertes » y al confraternizar con los futuros dirigentes del Apra que comenzaba a gestarse en Trujillo del Perú. Empero, a Vallejo hay que incluirlo en el grupo de indigenistas comunistas, porque a ellos ahora pertenece.

La nueva sensibilidad ante el problema indígena, o por lo menos, el neo-indianismo peruano, comienza con *Los heraldos negros* (Lima, 1918). Desfilan en estos poemas escenas andinas que Vallejo evoca con nostalgia india. El sufrimiento del cholo de la Sierra, del indio de los Andes se ha cuajado en los versos de Vallejo. La literatura del explotado reaparece con vigor sutil en las electrizantes páginas de *Los heraldos negros*. Escuchemos unos versos de « Los arrieros ». :

Arriero, vas fabulosamente vidriado de sudor.
La hacienda Menocucho
cobra mil sinsabores diarios por la vida.
Las doce. Vamos a la cintura del día.
El sol que duele mucho.

Este precioso poema, tan cargado de emoción, es, como « El mitayo » de González Prada, uno de los más viriles de la poesía indigenista

americana. ¡ Qué símbolos los que usa el poeta peruano para comunicarnos su profunda emoción social !

La revista *Amauta* es un importante jalón en la trayectoria del indigenismo americano. En sus pocos pero prolíficos años de existencia publicó múltiples expresiones del nuevo indigenismo en forma de ensayos, poemas, historias, pinturas, etc. Su fundador, José Carlos Mariátegui (1895-1930) nos ofreció la primera interpretación marxista del indigenismo.

Para Mariátegui, el indigenismo moderno debe ser « una obra política y económica de reivindicación, no de restauración, ni resurrección ». El indigenismo literario debe medirse en función de la sociedad y el problema del indio es esencialmente un problema económico-social. Cualquier otro planteamiento que no considere el materialismo histórico no es sino mero ejercicio mental ingenuo o demagógico. Las bases del problema están en la economía y nada efectivo lograremos con simples cambios en el mecanismo administrativo, jurídico o eclesiástico. Mariátegui no ve el problema indio como un problema ético ; su solución no está en la inspiración filantrópica, no gira únicamente alrededor de la educación, sino de la abolición del gamonalismo. De aquí que las asociaciones pro-indígenas, como la que fundó en el Perú Pedro S. Zulen con la colaboración de Dora Mayer, fracasen por arar en terreno estéril. Mariátegui no censura la obra de estos dos abnegados defensores del indio, pero cree que « la acción abnegada, nobilísima, personal de Pedro S. Zulen y Dora Mayer » sirvió para medir la insensibilidad de su generación, de su época.

Mariátegui afirma que el nuevo planteamiento del problema del indio consiste en la solución del problema de la tierra y éste hay que resolverlo aniquilando la feudalidad. Latifundio y servidumbre son las dos expresiones de la feudalidad sobreviviente, Ambas son solidarias y circunstanciales y las dos deben ser aniquiladas al mismo tiempo. Mariátegui, marxista por temperamento y convicción, prefiere el uso de la fuerza para la consecución de la transformación social.

En el Ecuador un grupo de novelistas marxistas se ha dedicado a exponer el sufrimiento del indio, víctima de la pobreza de la tierra y de la explotación. Estos ecuatorianos han seguido de cerca la técnica literaria rusa y la consigna del marxismo internacional. El mejor libro de este grupo, el más conocido por haber sido traducido a numerosas lenguas es *Huasipungo*, del brillante escritor Jorge Icaza. El libro es una mezcla de marxismo y de psicopatología. Al escribirlo, su autor no ha hecho caso a la gramática ni se ha preocupado por la sintaxis. A veces nos parece que siguiese la técnica de Dostoiewski, Proust, Gorki, Hemingway al mismo tiempo y de una manera confusa. Icaza se defiende afirmando que está en rebelión total, inclusive contra las normas tradicionales del arte. El tema central es el despojo que sufren los indios de sus huasipungos y la sublevación que desencadena este abuso. Presenciamos el incendio de los ranchos y el asesinato de los indios por orden de los explotadores blancos. Cada página descubre un eslabón de la pesada cadena que arrastra el indio ecuatoriano y en todos los capítulos abundan las escenas grotescas, sórdidas, mórbidas, como el festín macabro. *Huasipungo* fué escrito casi únicamente para protestar contra el cautiverio de la raza de Atahualpa.

El indigenismo aprista

El indigenismo aprista comienza en la mocedad de sus líderes que salieron del grupo intelectual que rodeaba a Antenor Orrego y que tenía por vocero el diario *El Norte*, de Trujillo, del Perú. Alrededor del director del famoso periódico peruano se congregaban Víctor Raúl Haya de la Torre, César Vallejo, Alcides Spelucín, Macedonio de la Torre y otros futuros dirigentes apristas. El indigenismo trujillano tuvo primero una manifestación literaria, poética principalmente, que alcanzó su máxima expresión inicial con los libros de Vallejo *Los heraldos negros* (Lima, 1918) y *Trilce* (Lima, 1922, con prólogo de Antenor Orrego). Este indigenismo no se estancó en la literatura sino que pasó con otros apristas a la sociología, a la economía, a la política, a la educación, a las artes plásticas, etc. y cuando la Alianza Popular Revolucionaria Americana se fundó en México, la redención del indio constituyó uno de los puntos principales de su programa.

Para sintetizar su programa de acción referente al indio, debemos examinar no solamente los escritos de los líderes máximos sino también considerar los *Siete ensayos* de Mariátegui, porque la interpretación de la realidad peruana ofrecida en ellos fué formulada cuando su autor fraternizaba y colaboraba con los apristas ; además, las ideas ahí expresadas coinciden, en gran parte, con la ideología del aprismo. Este considera el problema indígena como un problema esencialmente económico, que debe resolverse no solamente con medidas económicas. Para sacar al indio del anónimo hay que darle pan y escuelas. El programa indigenista aprista es integral ; quiere rehabilitar al indio física, intelectual y moralmente.

Hay algo importante que diferencia el programa de redención aprista de otros programas

liberales de América. Como no todos los indios son explotados ni todos los explotados son indios, el aprismo quiere justicia social para todos los explotados, sin distinción de raza. Haya de la Torre ha dicho que al indio se le defiende no porque sea indio, sino porque es explotado. Al explotador, sea blanco, negro, o indio, hay que combatirlo; al explotado, sea indio, negro, amarillo o blanco, hay que defenderlo. El filósofo Antenor Orrego sostiene que ni el indio, ni el europeo, ni el mestizo, como ser étnico y cultural, es el americano que ha de crear una cultura original; y observa que el excesivo prurito indigenista es regresivo y anti-histórico, y el prurito europeísta es antibiológico y absurdo. Por otra parte, « el mestizaje — ha dicho el aprista Antenor Orrego — es un camino de los pueblos, pero no un objetivo y una meta. El mestizaje es un puente, un escalón o un estado transitorio, pero nunca una forma estable y organizada de vida ». Luego desecha el *ethos* indianista, europeísta, y mesticista como base de la americanidad. La base del macrocosmos americano está en la elaboración de un *ethos* original al que imprima carácter el *geos* americano. América de hoy es el vaso que da forma a la realidad, el continente que impone forma al contenido.

Observaciones finales

Como se ha visto en las páginas anteriores, el indigenismo comenzó como una expresión filantrópica y jurídica con Fray Bartolomé de las Casas y ha seguido una trayectoria ascendente a través de la historia. Durante la Conquista, la Colonia y principios de la República, el movimiento se manifestó principalmente en la literatura, tomando al indio como personaje exótico, como figura decorativa. Con Clorinda Matto de Turner el indio hace su entrada triunfal en la novela como personaje de carne y hueso que sufre la nostalgia y la expoliación. A partir de la revolución mexicana y de la revolución rusa, el indigenismo rebasa los bordes de la literatura y penetra a la sociología, a la economía, a la política, a las artes plásticas, a la pintura, a la educación. Varios programas se han ofrecido para la solución del problema indígena, inclusive el que recomienda la exterminación del indio a la usanza anglo-sajona. El indianismo literario puro, por ejemplo, busca la redención del indio mediante novelas, cuentos, ensayos, poemas que denuncian la explotación del aborigen por el blanco. Estos literatos no siguen un credo político definido; sólo se inspiran en el hombre americano y, alrededor de él tejen su precioso y delicado arte indianista. Las soluciones que ofrecen entre líneas, indirectamente y, a veces a media voz, son soluciones que proceden de diferentes escuelas. Todos estos escritores eclécticos ven en la educación el arma fundamental para extirpar el mal; algunos recomiendan reformas políticas y económicas tendientes a incorporar el indio a la civilización. Al otro extremo tenemos al indigenismo marxista como el que inició Mariátegui y continúa Icaza. Siguen la dialéctica hegeliana y el materialismo histórico y ven en la economía la verdadera solución del problema. Finalmente tenemos al indigenismo aprista, que es el que más se aproxima a la realidad. El aprismo acepta la premisa marxista de que el problema indígena es esencialmente un problema económico, pero no cree que sólo medidas económicas puedan resolverlo, por lo que propone un plan integral de incorporación del indio a todas las esferas del Estado.

En realidad, cualquier programa que no ataque al problema desde diferentes ángulos no podrá conseguir la redención efectiva del indio. Además, cualquier indigenismo que abogue por el retorno hacia las formas culturales pre-colombinas y que niegue a los demás americanos el derecho a la igualdad civil, política, económica, social, cultural, está condenado al fracaso. Al indio hay que modernizarlo, no solamente dándole formas culturales europeas, sino tomando de todas partes lo que mejor se adapte a su psicología. El indigenismo no debe ser una expresión de odio, ni de castigo, sino de redención. Al reivindicarlo económica, política, cultural y moralmente debemos devolverle la dignidad. No debe estar basado en la filantropía, porque a menudo quien recibe una pitanza pierde algo de dignidad. Asimilemos al indio mediante un proceso de cultura democrática llevada a cabo por medio de la escuela. Eliminemos los conflictos culturales que comenzaron desde la llegada de los españoles a América. El impacto de la civilización occidental sobre las formas culturales aborígenes puede crear nuevas formas elevadas de civilización. Liberado el hombre de complejos etnocéntricos de superioridad, comienza a desarrollar el respeto y la admiración por otras formas culturales diferentes a la suya. Y una vez que la América toda haya fundido en el crisol democrático sus diferentes componentes étnicos, sus diversas herencias culturales, y se cerciore de que se encuentra en un espacio-tiempo histórico propio, entonces formaremos un todo integral con conciencia nacional. Sólo entonces Indoamérica podrá reclamar con justicia que el lema *E pluribus unum* le pertenece.

EUGENIO CHANG RODRIGUEZ

Indagación del ser histórico de la Nueva América

POR ANTENOR ORREGO

PERMITASEME plantear una tesis previa. Es decir, hacer el somero delineamiento de un supuesto que sirva de asidero al ímpetu gimnástico del pensamiento inicial. Ciertamente, este supuesto es discutible, ya que no se trata de una intuición axiomática, evidente por sí misma, pero, surge como tópico invariable, de cierto género de meditación filosófica a través de muchos siglos. Surge, además, como admonición y, como disciplina catártica de salvación, de todas las religiones superiores, y es el instrumento, a la vez que la decantación y la enseñanza práctica, de todas las experiencias místicas, a lo largo de la historia humana, hasta donde alcanza nuestro discernimiento para comprenderlas.

Según esta tesis o supuesto, la esencia del hombre estaría compuesta de varias capas sucesivas y temporales, cuyo entretejimiento, con sus acciones y reacciones consiguientes al ser reemplazadas unas por otras, constituiría el drama vital de su personal existencia. La última implicación de este supuesto consistiría en que el ser más profundo y auténtico de la criatura humana, es decir, la capa trascendente y eterna, plenamente iluminada, no se alcanzaría sino a través de la angustia que nos sacude cuando descubrimos la falsedad o la *nada* de estas diversas capas provisorias de nuestro ser. O, dicho de otro modo, no alcanzaríamos jamás esta realidad espiritual suprema sino hendiendo el puente de la *nihilización* radical de los diversos modos de ser efímeros con los cuales huímos de ese nuestro *sí mismo* más auténtico. Y esta evasión o evasiones sucesivas se consumarían, no obstante el latigazo abrasivo de la circunstancia individual que nos toca vivir, y cuya fricción dolorosa nos aventaría, con reiteración, a través del sufrimiento, hacia la lumbre radiante de nosotros mismos, que es nuestra última y más profunda esencia personal.

La caída en la angustia de la nada sería « la noche oscura del alma » de que nos habla San Juan de la Cruz ; el vacío de esa soledad terrible y pavorosa, de que nos hablan otros místicos ; « la esperanza de la desesperación », a que alude Kierkegaard con su característica manera paradójica ; la *nihilización* absoluta del ser humano, como pórtico hacia la libertad creadora, única dimensión en que el hombre encuentra la integración de su ser incompleto, de que nos habla Sartre. « La realidad humana — dice este filósofo —, se aprehende en su venida a la existencia como ser incompleto » (*El Ser y la Nada*, tomo I). Ese ser auténtico existencialista, que es permanente *proyecto* hacia el futuro y que no acaba de realizarse sino con la muerte del individuo que lo convierte, de

súbito, en hecho consumado, en una suerte de cadáver *fáctico* — para usar un adjetivo caro al existencialismo —, incapaz ya de prolongación en realidad vital alguna. « El ser hacia el cual la realidad humana se sobrepasa no es un Dios trascendente : está en el corazón de ella misma, no es otra cosa que ella misma considerada como totalidad » (Sartre : ibídem). El existencialismo sartreano parece negar, pues, toda trascendencia extraterrestre del ser y desemboca en una final y absoluta nada, en una negación radical última, es decir, en la desesperación extrema, al término de la existencia individual. Porque, si bien se mira, el sentimiento de libertad a donde desemboca, es la puerta abierta hacia la arbitrariedad y el capricho, sin ninguna luz que lo ilumine. Por su parte, Martin Heidegger, nos dirá en su libro *El Ser y el Tiempo*, obra genial de la filosofía contemporánea, que « la huída óntica o existencial es un abrirse aquello ante lo que se huye ». La evasión misma, pues, es para este filósofo una apertura hacia esa zona más recóndita y profunda que es la esencia última del ser humano.

No es mi próposito deslindar el valor filosófico del pensamiento existencialista, ni el de ningún otro, antiguo o moderno. Ni tampoco, enjuiciar, justificando o negando, la validez cognoscitiva de las teologías religiosas, ni la de las diversas y profusas experiencias místicas. Quiero solamente señalar ciertas *coincidencias* entre actitudes, ideologías y corrientes de pensamiento tan diferentes, que no pueden haberse producido por el mero azar. Más que todo, deseo subrayar un *hecho*, que es muy importante y significativo para completar y aclarar meditaciones anteriores y, especialmente, para la meditación central que desarrollaré, luego. El *hecho* de que surja en nuestra época el existencialismo, que en sus principales modalidades parece ser la filosofía por excelencia de la angustia y de la *nihilización* absoluta y final del ser, y que haya tenido una tan amplia difusión en Europa, hasta convertirse en los círculos de *snobs* en una estrafalaria moda literaria y estética, nos está indicando que el hombre contemporáneo ha ingresado a una crisis total que abraza todos los ámbitos de la vida humana. La vida europea, efectivamente, ha caído en un vasto proceso de *nihilización* de casi todos sus modos de ser anteriores. Las dos últimas guerras la han precipitado resueltamente hacia la profundización y comprensión agudas de sí misma, a través del sufrimiento. Han llevado al hombre europeo a la convicción de que la mayor parte de sus antiguos valores culturales e históricos, que parecían más firmes en su espíritu, se han tornado deleznables y que carecen ya de eficacia y autenticidad históricas. En consecuencia, que se han trocado ahora en ilusiones falaces, en meras evasiones de su realidad inmediata, en fugas medrosas de su ser genuino, de su ser más auténtico y profundo. No de otra suerte se explica la repercusión poderosa y extensa que haya alcanzado una filosofía radicalmente negativa, una filosofía esencial de la angustia y de la absoluta desesperación humanas que desemboca en una insalvable encrucijada.

El filósofo Jaspers, coincidiendo con esta visión de la crisis europea, traza un breve e impresionante cuadro : « ... La incisión que nuestra época hace en la historia del mundo es más honda y más grávida de consecuencias que cualquier otra de las existentes en la historia que conocemos. Parece comparable a la época desconocida en que se encendió el primer fuego, a la del invento de los instrumentos, a la de la estructuración de las primeras formas de Estado. Los hechos nuevos son : la técnica moderna con sus consecuencias para el modo de trabajar del hombre y para la sociedad, la unidad de comunicaciones de la tierra, cuyo ámbito se ha reducido así a dimenciones menores a las que, por ejemplo, tenía el *orbis terrarum* de la época romana, el límite por la angostura del planeta, las antinomias de libertad y funcionamiento, personalidad y masa, orden del mundo e Imperio, la decisiva significación de los hombres que de pueblos se convirtieron en masas y se multiplicaron en número, el desmoronamiento de todos los pasados ideales de orden y la necesidad de hablar desde el caos creciente, de un nuevo orden inspirado humanamente, la discutibilidad de todos los valores tradicionales, que tienen

que guardarse o transformarse, la concreta situación política, determinada por las potencias mundiales, Estados Unidos y Rusia, Europa empequeñecida, desgarrada en sí, que hasta ahora no se ha encontrado a sí misma »... (Jaspers : *La fe filosófica.*)

El ser de los pueblos

Hay, sin duda, una semejanza fácilmente captable, mejor dicho, una estructura ontológica paritaria entre el ser individual del hombre y el ser colectivo de los pueblos. Ambos están constituídos por una serie de capas ónticas sucesivas que van *nihilizándose*, unas tras otras, hasta anclar en una última y más profunda, que resulta ser la más genuina y auténtica de todas. Empero, hasta aquí, no más, alcanza la semejanza porque en el ser del hombre la trayectoria de la *nihilización* y del reencuentro de sí mismo se desenvuelve linealmente, digamos, en una sola dimensión que acaba, sin más resonancia, en el individuo mismo.

En los pueblos, la situación es diferente porque las diversas realidades del ser colectivo van negándose, dialécticamente, entre ellas, a medida que pierden su vigencia histórica para ser reemplazadas por otras nuevas y más recientes que asumen un carácter de síntesis entre dos oposiciones o negaciones radicales. Quiere decir esto que el ser de los pueblos tiene una realización o trayectoria prismática o polifacética que no se agota en un solo semblante, sino que va encarnándose en diversas efigies colectivas, que constituyen sus distintas dimensiones vitales. En una palabra, la autenticidad y profundidad de los diversos modos de ser de los pueblos no tienen otra medida que su vigencia histórica y su fertilidad vital en una época dada de su existencia colectiva.

Como secuencia necesaria y obvia, hay una relación directa entre el ser histórico de los pueblos y el ser de los hombres que viven y lo representan en cada una de las épocas determinadas que constituyen una realidad o vigencia histórica dada. Esta realidad circunscrita, desde el punto de vista geográfico y temporal, es uno de los ingredientes principales de la circunstancia particular que rodea al individuo como ser histórico. Se quiere significar así que el ser de los pueblos determina, en cada etapa, la coyuntura dramática que el individuo tiene que vivir y, por ende, asimilar, para realizarse vitalmente porque es su atmósfera natural e ineludible. « Toda época tiene una fisonomía determinada — dice Dilthey — constituída por ciertos rasgos generales a los que no se sustraen los individuos, por fuerte que sea su personalidad, sino que por el contrario alcanza en ellos su expresión más alta y se exterioriza en la obra de las grandes personalidades, en las diversas esferas de la vida : religión, poesía, música, filosofía, derecho, economía, etc. » (*Introducción a la filosofía de Dilthey*, por Eugenio Pucciarelli.)

El ser de la Nueva América

Hemos llegado al tema central de estas meditaciones. El ser auténtico de la Nueva América emerge de dos negaciones totales y radicales, de dos oposiciones vitales que se contrastan, con significaciones históricas extremas. De allí, su sentido agónico y trágico como ocurre siempre en el surgimiento de toda creación nueva y original.

El ser del nuevo hombre americano irrumpe entre el orgulloso *no* de la Europa invasora y conquistadora, cargado de soberbia y de prepotencia, de insolente ensimismamiento, frente al ser de la antigua América, y el rotundo *no* de ésta última, agraviada y agredida en su más recóndita intimidad y, además, consciente de la destrucción de sus valores espirituales, morales, religiosos y técnicos, frente al ser de Europa que pretende sustituirlos por los suyos.

Esta oposición radical abrirá para siempre un abismo entre ambos mundos, que no se cerrará nunca por la acción de ellos mismos. Será necesaria la eclosión de un mundo nuevo, distinto de ambos, que sea capaz de realizar la unificación a través de una nueva síntesis vital. Un abismo que no se colmará jamás, aunque apa-

rente y superficialmente se crea lo contrario, dándose por consumada ya, definitivamente, la imposición del espíritu y los modos de ser europeos en todo el ámbito del Continente. La falsedad de este aserto se comprueba, de modo evidente, si se examina con cierta agudeza de visión al proceso cultural de América a lo largo de cuatro siglos. Por lo general, este proceso no ha sido sino la falsificación o la deformación de los valores culturales europeos. En el mejor de los casos, el reflejo débil y mortecino — a veces hasta grotesco — de una imitación casi literal de las corrientes y movimientos espirituales del Viejo Mundo.

Hay, además, otra raíz en la *nihilización* del ser europeo en América, que reside en el hecho de que el ser íntimo del hombre no puede trasplantarse impunemente a una tierra extraña. Si lo hace, sufre, entonces, el desmedro y alteración anímica consiguientes y, a veces, hasta la destrucción definitiva — salvo casos excepcionales y aislados, que no cuentan — con la fricción o agresión corrosiva, desintegradora y letal del nuevo ambiente. La tierra no es una masa inerte, pasiva y mecánica ; ni siquiera un puro escenario de fenómenos meteorológicos, sino una constelación original de energías vivas y operantes, una retícula orgánica de fuerzas poderosas y plasmantes que amasa y conforma a la criatura que nace de sus entrañas, que crece, se nutre y vive de sus efluvios vitales. En suma, una realidad viviente que escapa a la inquisición experimental de los laboratorios.

De la antinomia irreductible, a la que acabo de referirme, irrumpe el *sí* alumbrado de la Nueva América entre las dos negaciones anteriores, ciegas y tenebrosas, porque cada una pretende la prolongación y supervivencia cadavérica de la muerte, de lo que ya está abolido y superado históricamente. El *sí* de la Nueva América es la afirmación vital de un Continente que recomienza un nuevo destino, distinto de los anteriores y que no tiene su razón de ser sino en sí mismo. Es la respuesta de la Nueva América, como razón histórica de su nuevo ser, a las dos *nihilizaciones* absolutas y radicales de sus progenitores. Es la respuesta positiva y vital, que no niega nada, sino que, más bien, incluye, como ingredientes germinales de su nueva realidad, a los dos modos de ser que se negaron recíprocamente entre sí y que la engendraron en su choque, diríamos, cosmogónico, planetario. Las dos esencias germinales que son como el *substratum* de las antiguas estructuras morfológicas que se quebraron con la violencia del impacto, se incorporan al nuevo ser de América en una distinta refundición dialéctica que se inicia con el signo grandioso de la *unidad*, con la presencia de una síntesis humana que asume un amplio sentido universal.

La nueva realidad americana brota del diálogo cósmico de dos mundos antinómicos, diríase de la contienda histórica y viviente de dos orbes completamente diferentes. Ambas estructuras se encuentran, en la nueva circunstancia histórica y geográfica, como dos inflexibles negativas sin salida alguna en una encrucijada insalvable y absoluta, sin resquicio posible para la mutua comprensión y convivencia. Una situación que hace marcado contraste con lo que ocurrió entre Grecia y Roma, por ejemplo. La unificación de ambas en su solo organismo cultural sólo fué posible como síntesis e integración de dos *sí* resueltos y poderosos, de dos afirmaciones vitales que constituyeron un nuevo cuerpo cultural, regido por un solo espíritu, y que jugó un papel decisivo en la historia humana.

En el intrasmontable embalse histórico que creó la colisión de Europa y América, ambos mundos hubieron de naufragar para la nueva faena continental y anegarse, para siempre, en ese abismo ; pero la vida histórica tuvo que continuarse en otra metamórfosis palingenésica, como ha ocurrido tantas veces en el proceso general de la cultura humana. Entonces, América, cuya misión trascendente parece ser la integración total del mundo, porque su vida actual surge de un nudo de raíces universales, perdió su primera oportunidad hace cuatro siglos con las dos negativas indeclinables y trágicas de sus progenitores. Ahora, la América Nueva, ya alumbrada con la conciencia despierta de su destino, se alinea, junto con todo el mundo histórico contemporáneo, a participar en la tarea de la cultura universal,

efectivamente ecuménica en su máxima amplitud planetaria, que ya se vislumbra con claridad y que, por primera vez se produce en la vida de la tierra.

Pero, analicemos con más detalle el fenómeno de nuevo ser americano.

De la primera nihilización del ser de la antigua América por Europa se genera el *alter ego* del mestizo europeizante, la falsificación esnobista como imitación servil de otra alma, como remedo simiesco de los modos de existencia, de las corrientes de pensamiento y de las modas literarias y artísticas del Viejo Mundo. De la segunda nihilización del ser de Europa por la América antigua, se articula el *alter ego* del mestizo indigenizante, por un lado, y del mestizo colonialista, por el otro. Es decir, la idolatría del sepulcro y del pasado a ultranza, ya sea hacia el Incario o ya sea hacia las ruinas y reliquias del Coloniaje hispano. Habría que añadir, además, la enajenación, aberrante y francamente atávica, del mulato y del negro de procedencia africana con su regresiva tendencia hacia formas culturales primitivas y con sus latrías mágico-animistas de estuporante y selvático barbarismo. Este extrañamiento o enajenación retrospectiva cubre, sin embargo, todavía hoy, apreciables áreas del Continente americano

De las dos primeras nihilizaciones radicales que pretenden, cada una por su lado, ser la prolongación histórica del Continente, brota la *autoenajenación* de la vida americana en zonas considerables. Brota esa terrible enfermedad metafísica del *alterego*, de la alteración o deformación de sí mismo, del *otro yo* como sustituto del propio yo, del yo ajeno como extrañamiento de su esencia auténtica. Es el ser contrahecho y disfrazado que se evade de las responsabilidades históricas que se plantean ante la conciencia del nuevo americano, como requerimiento apremiante de la vida misma que reclama su continuación.

El sí de la Nueva América es la salida dialéctica, como se apuntó antes, de las dos negaciones principales y, por lo tanto, con una esencia distinta de ambas. Es una realidad o actitud espiritual diferente, una estructura óntica germinal y nueva. Una integral y absoluta proyección hacia el futuro ; el planteamiento de un drama vital reciente en que comienza una creación inédita y original.

Sin embargo, los objetos de las dos nihilizaciones principales, como ya se ha dicho también, antes, no están del todo ausentes de la estructura nueva, Pero, ya no están, enteros, autónomos, con su antigua independencia morfológica ; ya no están como negaciones radicales, sino como gérmenes o factores vitales integrantes en una nueva refundición afirmativa. Diríase que ambos han vuelto mediante un proceso de involución a estados biológicos indiferenciados, para romper la cristalización y rigidez morfológica de sus anteriores estructuras. A la manera como el padre y la madre, para engendrar a su hijo, involucionan hasta la indeterminación plástica del espermatozoide y del óvulo, porque la criatura engendrada no puede brotar directamente de los huesos y tejidos, rígidos, diferenciados y cristalizados, de sus progenitores.

El *sí* de la Nueva América, en uno de sus aspectos fundamentales, es tanto como el rescate de las esencias implícitas en las dos negaciones anteriores. Un rescate o recuperación en que el pasado se torna rejuvenecido, renacido, *re-creado* como presente y, por consiguiente, transmutado como proyección anhelo, disparo viviente hacia el porvenir. En este sentido, el ser de la Nueva América es el reencuentro consigo mismo, en su nuevo avatar histórico, de un Continente enajenado. Es el punto final a esa *alteridad* metafísica, a esa fuga o extrañamiento de sí mismo, a esa nihilización que todavía padece América en segmentos considerables de su vida histórica y que es su tragedia más conmovedora y patética.

Se desprende de estas meditaciones, que el ser de la América Nueva es el ser que nosotros proyectamos, dentro de su más profunda autenticidad, como futuro desde el presente y, junto con nosotros, nuestros hijos, nietos y tataranietos, es decir, la posteridad entera. Quiere decir, que nosotros somos los creadores de América como padres desde hoy, desde el presente, y que tendrá el destino mezquino o grandioso que proyectemos para ella, en cuanto seamos o no seamos capaces de pensarla, reconocerla

y forjarla como auténtica Eternidad, dentro de las limitaciones de nuestro corazón temporal, de nuestros ojos transitorios y de la circunstancia que enmarca los cambios y la sucesión. El mismo Jaspers añade con luminosa precisión : « Es posible penetrar el presente para llegar al presente eterno en apariencia temporal... Nuestra vida en la historia es a un tiempo las dos cosas : la vida que, sirviendo, sirve de fundamento a la vida de aquéllos que vienen después de nosotros, y la vida transversalmente a la historia, en lo absolutamente presente, enderezada a la trascendencia que nos libera en la Eternidad... »

Mas, esta proyección del pasado de ser en el futuro, desde el presente, nunca acaba de realizarse porque es drama dinámico, porqne es problema viviente que la Vida plantea con reiteración incesante. Allí reside nuestra responsabilidad y la responsabilidad de las generaciones futuras que son solidarias con nosotros. El ser de un pueblo nunca acaba, nunca se cierra por muerte natural, por simple consunción, porque siempre está abierto a nuevos planteamientos y apremios dramáticos de la vida, y esta apertura permanente sólo depende de nosotros, de nuestra voluntad de vida con independencia de cualquier circunstancia histórica. Los únicos que podemos cerrarlo y acabarlo somos nosotros, sus propios hijos y sus auténticos padres — que hemos dejado de serlo en este caso —, porque nos hacemos incapaces de vivir con autenticidad los nuevos dramas que la historia le plantea en cada emergencia. Esto podría ocurrirle todavía a América si persiste en su fuga hacia el pasado sepulcral o si no tiene la suficiente sensibilidad para comprender y percibir el abismo de su enajenamiento en el *alter ego* narcisista y embrujador de otra cultura extraña.

El ser de un pueblo no es algo caprichoso y arbitrario, algo que surge del puro azar. El ser de un pueblo se desenvuelve desde su autenticidad misma, desde su esencia propia e inconfundible y se crea desde la circunstancia peculiar en que vive, desde la emergencia temporal y vital geográfica que su trayectoria le depara. Con esta circunstancia tiene que contar y desde ella tiene que partir, también, hacia la realización de su existencia y de su destino, ya que la circunstancia histórica es uno de los principales ingredientes de su drama. Mejor dicho, la circunstancia como resistencia o como agresión es la forjadora incesante de su propio y auténtico drama.

No es el modesto escritor que escribe, quien ha trazado el bosquejo alucinante del cuadro histórico a que está asistiendo el hombre contemporáneo. Es, digamos, la versión inteligible de una época mundial, vista desde América, por un americano de hoy, que está sumergido, por todas las aristas sensibles de su ser, en el sobrecojimiento palingenésico y creativo de su Continente y que, a la vez, se estremece, embargado con integral ansiedad humana, en la convulsión crítica y angustiosa del mundo entero, del cual es América parte viva y sustancial, también. El cuadro que ha trazado su pensamiento, anhelante de comprender ante el paroxismo de la tragedia, insurge, a su juicio, de los hechos más próximos y de los acontecimientos inmediatos de nuestros días, tan cargados de tensiones históricas, de polaridades extremas y de contradicciones que parecen irreductibles.

Me atrevo a decir que la vida y el destino histórico de América tiene como característica esencial, como perfil fundamental de su misión, una entonación ecuménica, un tan amplio sentido universal de solidaridad, como nunca lo tuvo, en el pasado de la historia, ningún pueblo o conjunto determinado de pueblos. Su nueva vida histórica irrumpe desde un apretado nudo de raíces planetarias. América no podrá jamás aislarse en sí misma por potente que llegara a ser en el futuro. Aquí se ubicaron las más hermosas utopías de los visionarios y en estas tierras florecieron los sueños de los primeros falansterios de la felicidad. América no podrá cercenarse de su tarea universal, porque ese día habría traicionado a su destino y, tal vez, a la mejor esperanza del mundo y a la milenaria tribulación del hombre, que vió en ella, desde los días iniciales de su descubrimiento, la nueva tierra de promisión, la tierra por excelencia de la libertad humana.

ANTENOR ORREGO

JUAN MONTALVO
defensor de los derechos humanos

POR JORGE CARRERA ANDRADE

"TENÍA la coloración mate tan frecuente en los hijos de los trópicos ; la palabra lenta y monótona ; la boca desdeñosa, nada propensa a la risa, y los ojos brillantes, aunque de mirada vaga e incierta, como si anduviera buscando el camino, aún ignorado, por donde penetrar, siquiera fuese a la fuerza, en las honduras del infinito... » Este retrato inconcluso de Juan Montalvo, dibujado por la mano romántica del escritor español Núñez de Arce, es evocador no sólo por la animación del semblante sino por su dimensión metafísica, muchas veces inadvertida por sus contemporáneos. Porque Montalvo fué un contemplador lúcido y un buscador infatigable de la verdad por los senderos más ocultos del espíritu humano.

La aparición de este gran escritor en el escenario de las letras causó un asombro universal. Desde su pequeña ciudad de Ambato, recoleta entre sus árboles frutales y su manso río, en un rincón de los Andes equinocciales — en donde, en la época colonial, se habían aclimatado las más variadas plantas de Europa —, se levantaba una voz soberana, digna de equipararse a las mayores de su siglo.

Mozo aún, a la sombra de un árbol de « Ficoa » — la verde y frondosa quinta familiar —, Montalvo leyó a los clásicos españoles, interrumpiendo su lectura únicamente para escuchar con atención los bramidos del cercano volcán Tungurahua, el lenguaje de flauta de vidrio de los más deslumbrantes pájaros ecuatoriales y las caricias mojadas del río sobre las piedras grises, dispersas como osamentas de edades antiguas. En su refugio andino, el futuro escritor se apasionó por la prosa de Quevedo y de Jovellanos, « supremo pontífice del idioma », e invocó a los grandes maestros, sobre todo al creador del Quijote : « Y tú, Cervantes, a quien he tomado como guía, como Dante a Virgilio, para mi viaje a las obscuras regiones de la gran lengua de Castilla, echa sobre mí los ojos desde la eternidad, y anímame ; llégate a mí y apóyame ; dirígeme la palabra y enséñame ». El creador del Caballero manchego escuchó el llamamiento y le enseñó a escribir la más bella, elegante, viva y acompasada prosa que se haya escrito jamás en América.

El joven pensador fué a establecerse en Quito y entró de lleno en la lucha política, distinguiéndose como polemista en « La Democracia », periódico publicado por su hermano Francisco Javier. El fuego de las nuevas ideas de emancipación espiritual ardía cada vez con más vigor, alimentado sin cesar por hombres de la talla de Pedro Moncayo, maestro y amigo de Montalvo. Cuando se instauró el gobierno del general Francisco Robles,

JUAN MONTALVO
(Dibujo de Bartoli)

el polemista ambateño recibió el nombramiento de Secretario de la Legación del Ecuador en Roma, de donde fué trasladado un año después a París, con un cargo similar. Desde esta gran capital, emprendió algunos viajes de ilustración y esparcimiento por las ciudades de España, cuyos recuerdos consignados en varios de sus libros, figuran entre las más hermosas páginas de la lengua castellana en su tiempo. Montalvo sabía ver los colores, oía la música del universo, palpaba con sabiduría las formas de las cosas : era, en resumen, el contemplador siempre despierto al que no se le escapaba el menor signo de la naturaleza. Mas, era también un depósito de conocimientos, un archivo de lecturas sapientes : una biblioteca ambulante por los campos y ciudades del viejo mundo.

El viajero y diplomático visitó a Castelar, Juan Valera, Edmundo d'Amicis, Lamartine y otros notables escritores europeos. Asimismo, en uno de sus paseos meditativos por el Jardín del Luxemburgo, en el otoño parisiense que hacía brillar las puntas de los tilos « como rociadas de polvo de oro », se acercó a la morada de Pedro José Proudhon, quien acababa de cumplir los cincuenta años de edad. Montalvo dialogó con el pensador socialista y censuró su obra, a la que calificó de máquina descomunal contra el orden de las cosas ». Diez años de pués, las doctrinas de Proudhon debían dar su fruto de sangre y cenizas en el movimiento político que se conoció con el nombre de « la Comuna de París ».

A fines de 1860, el joven diplomático frustrado estaba ya de regreso en el Ecuador. Desde su retiro campestre, en las tierras ribereñas del río Yaguachi, hace su entrada en la política nacional con una acto de gran resonancia : envía una carta al Presidente García Moreno dándole varios consejos para su gobierno y pidiéndole que « dimita ante la República el poder absoluto ». En ese memorable documento se pinta entero el polemista con una frase : « Algunos años vividos lejos de mi patria en el ejercicio de conocer y aborrecer a los déspotas de Europa, hanme enseñado al mismo tiempo a conocer y despreciar a los tiranuelos de la América Española ».

La actitud valerosa de Montalvo despertó la conciencia liberal. De todos los rincones del país le salieron al paso adversarios poderosos, pero también amigos leales, dispuestos al sacrificio. Estos últimos le prestaron ayuda para la publicación de *El Cosmopolita*, periódico de oposición a la dictadura de García Moreno. En el bosque de Ficoa en Quito o en San Juan de Dios, el extraordinario cronista literario y formidable polemista político, escribió íntegramente las entregas del periódico, hasta 1868 en que se publicó el último número. Las ideas de Montalvo renovaron el ambiente del país. Todo su credo político se resume en su frase : Para mí no hay partidos, sino el partido de la libertad y la dignidad humana ».

Los ciudadanos inermes y medrosos ante los gestos iracundos de García Moreno, cuya voluntad era omnímoda en la República, vieron aparecer de pronto un paladín de armadura deslumbrante, que venía a defender a los oprimidos y a proclamar los derechos del hombre. Infortunadamente,

a lucha no fué larga, y el caballero de la libertad se vió condenado al destierro.

El melancólico proscrito volvió a reanudar sus paseos solitarios por las avenidas de París y su visita dominical a los cisnes del Luxemburgo. Interminables meditaciones sobre un banco de la Puerta de Champerret, en donde, medio siglo después, debía elevarse su busto de bronce, que es como la presencia inmortal del pensamiento libre de América bajo los árboles antiguos y el cielo que cambia el color de su manto según las estaciones.

Pero las nubes se aglomeraban sobre la capital de Francia y anunciaban la tormenta próxima. Todo parecía presagiar la agonía de una época. Desde su aposento de solterón estudioso, Montalvo escuchó el tronar cada vez más próximo de los cañones prusianos de Bismarck, mientras retrocedía la carroza dorada de Napoléon III, seguida por infinidad de furgones militares, cargados de vituallas. La capital de la cultura occidental estaba amenazada, y Montalvo resolvió regresar a América.

En la población colombiana de Ipiales, cerca de la frontera septentrional del Ecuador, plantó Montalvo su tienda de polemista desterrado. Allí le sorprendió la noticia del asesinato de García Moreno. El luchador desaforado y romántico atribuyó entonces a su palabra eficaz la inmolación del gobernante ; pero, a pesar de considerar este hecho como la culminación de su campaña política, no abandonó su armadura y su lanza de paladín de la libertad. Su próxima salida iba a ser contra Ignacio de Veintemilla, Jefe Supremo y Capitán General de los Ejércitos de la República.

El nuevo periódico unipersonal de Montalvo se llamó *Las Catilinarias*, panoplia de vieja prosapia latina, en donde hacinó las más agudas y mortíferas armas de la polémica política. De allí partieron los más certeros venablos contra « Ignacio de la Cuchilla ». Nunca había llegado la diatriba, en lengua española, a más alta categoría estética. Se diría que, en labios del gran libelista, el insulto fustigador adquiría una dimensión heroica, una elevación épica. La nobleza del lenguaje añadía eficacia a las acometidas contra el adversario poderoso, que se desmoronaba como una estatua de arcilla. ¡ Cuánta razón tuvo Unamuno en hacer de « Las Catilinarias » su libro de cabecera !

Otra vez en Quito, como de paso, en 1876, Montalvo publica un nuevo periódico aún, *E Regenerador*, con el que intenta despertar en el pa s una conciencia unitaria y la cooperación de todos los ciudadanos para la obra del progreso nacional. Once números se publicaron de este periódico, unas veces en la capital del Ecuador, otras en Guayaquil o en Panamá. El gran reformador andaba a salto de mata, pero no desmayaba en su prédica por la acción colectiva, aunque para ello tuviera que valerse de la evocación histórica o del apólogo en ocasiones de ejemplar hermosura como éste : « Mirad por esos bosques orillas del Misisipí, ese animalito cuya pequeñez indica lo exiguo de sus fuerzas., ¿ Creerías que esas calzadas gigantescas admirables, esos puentes antiguos, esos palacios de Nínive, todo es obra suya ? Suya es : no del individuo, sino de la familia : no de la familia, sino de la República. Solo, nada hubiera alcanzado el ente pequeñuelo ; unido a sus hermanos, es más hábil que los atenienses de Pericles, más poderoso que los artífices de las pirámides de Egipto. Si no sabéis su nombre, castor se llama... Pueblo, sed como el castor... »

La indolencia de sus compatriotas, adormilados por el sol ecuatorial y por las músicas marciales, arranca al pensador democrático una frase iracunda y amarga : « Sigan ustedes durmiendo en sus cueros, que yo me voy otra vez dentro de poco ». No cree ya en las virtudes cívicas de sus conterráneos. Sin embargo, la revolución popular arrojará a Veintemilla de la presidencia de la República ; pero Montalvo con el corazón atravesado por la ingratitud de sus compatriotas y la mezquindad del ambiente, se alejará para siempre de América, en busca de una tierra más propicia para la vida intelectual. Varios de sus amigos y discípulos — entre ellos, el joven Eloy Alfaro, animador del movimiento de la restauración nacional y futuro caudillo del liberalismo — le prestan su ayuda eficaz, con una suma de dinero, para la realización de su viaje a Francia y la publicación de sus obras. Montalvo llega a París, por tercera vez, en 1882, y se

JORGE CARRERA ANDRADE
(Tomó parte, en representación del Ecuador, en la redacción de la Declaración Universal de Derechos Humanos).

entrega por entero a la actividad cara a su espíritu : la creación literaria.

Las obras que emprende ahora son de mayor aliento : Los *Siete Tratados* y *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Intenta hacer de este último libro algo como la segunda parte del *Quijote*, sin desmerecer de la obra maestra de la literatura española en el fondo o en la forma. Con este fin, anima y resucita el lenguaje cervantino y los giros del más puro e ilustre linaje castellano. Y corona con éxito esta formidable empresa, dejando a la posteridad un gran documento moral y una ejemplar novela de costumbres.

En los *Siete Tratados*, Montalvo se revela como un maestro del ensayo — al que llama tratado con justa expresión clásica — y como el mayor prosista de la lengua española en el siglo XIX. Ensayos como « De la belleza », « Los banquetes de los filósofos » o « El Buscapié » — considerado este último como el más extraordinario elogio del Quijote y del idealismo humano — son honra y prez de la literatura universal por su gran acopio de erudición, sus nobles enseñanzas y su insuperable prosa, sinfónica y coloreada, que se saborea con deleite como un vino añejo.

Lo que más sorprende en este hijo del Nuevo Mundo es su conocimiento de la antigüedad grecolatina, de las literaturas europeas y de las humanidades. « No me cerréis las puertas de la antigüedad porque os las rompo a hachazos » — dice este inmortal semibárbaro culto, que confiesa haberse aficionado a cierta clase de estilo « con la lectura de Plutarco y de Montaigne ». Mas, luego añade, en defensa de los valores esenciales : « La naturaleza prodiga al semibárbaro ciertos bienes que al hombre extremo civilizado no da sino con mano escasa. La sensibilidad es suma en nuestros pueblos jóvenes, los cuales, por lo que es imaginación, superan a los envejecidos en la ciencia y la cultura ».

Cuando llegaron al Ecuador los *Siete Tratados* se conmovieron con espanto las sacristías y la gente de campanario. El Obispo Ordóñez prohibió a obra y excomulgó a su autor, quien contestó con una de sus más virulentas invectivas, *La Mercurial Eclesiástica*, considerada por algunos como el mejor libro de Montalvo y como un alegato inapelable contra la intervención del clero en la política y en los asuntos temporales.

Agobiado por sus recuerdos y lecturas, espectador meditativo y silencioso de la comedia de la vida, en el pintoresco y cambiante escenario de París, el « ciudadano del universo » — que así gustaba de llamarse Montalvo — publica tres breves volúmenes de crónicas periodísticas con el título general de *El Espectador*. En la prosa ágil, rebosante de gracia, agudeza y humorismo de esa obra, se encuentra la fuente original de la crónica moderna, en lengua española. Allí bebieron un licor de novedad y de transparencia poética los maestros hispanoamericanos de este género literario como Rubén Darío, Gómez Carrillo y otros.

Los primeros chaparrones de la primavera del año de 1888, fueron adversos para el gran hombre de los trópicos, que contrajo una dolencia de cuyos resultados murió a la entrada del año siguiente. Pero, en

verdad, se puede afirmar que sucumbió no sólo por obra de los desfavorables agentes físicos, sino también minado por hondos padecimientos morales. La amargura y la decepción filtraban sus hieles en el corazón del pensador liberal. A pesar del triunfo del movimiento restaurador — en el que figuraban los librepensadores —, había sido designado Presidente de la República el conservador José María Plácido Caamaño, y al finalizar el período de éste, la elección había recaído en Antonio Flores Jijón, Ministro del Ecuador en París y adversario político de Montalvo. Mientras algunos antiguos dictadores hispanoamericanos, residentes en la capital francesa, ofrecían un banquete en honor de Flores, a quien le concedía la República del Ecuador el galardón máximo del poder, agonizaba en un pequeño aposento de la calle Cardinet, en medio del dolor y la miseria, el hombre que más gloria había dado a su patria en el mundo de la cultura. No obstante, el gran señor de las letras y nuevo « ingenioso hidalgo » de la libertad hispanoamericana, no perdió su altivo señorío hasta el instante postrero : Mandó a comprar con sus últimas monedas un ramo de flores y se vistió de frac para recibir dignamente la visita de la muerte.

Juan Montalvo introdujo en las letras del Ecuador el deslumbramiento ante el paisaje, el giro elegante y el vocabulario sabroso de los primeros cronistas de Indias, al mismo tiempo que la modernidad de una prosa metafórica, en que se transparentan el humorismo y la pasión de la verdad. Todas las frutas de América han mezclado sus olorosos jugos nutricios en sus estilos ; toda la pedrería de los insectos y de los colibríes tropicales resplandece en su prosa. Todo el barroquismo de los templos quiteños de columnas retorcidas como un grito o una angustiosa plegaria, se halla en sus párrafos arquitecturales. Pero también hay en su obra el relámpago profético y aterrador, el destello de los dientes del puma, la sonrisa helada y mortal del machete con que el hombre del litoral ecuatoriano corta el árbol del pan y el racimo de bananos o defiende su libertad soberana.

El poder de síntesis — que es una característica del espíritu hispanoamericano — se manifestó de manera excelsa en el inmortal escritor. Lo que hicieron varias generaciones de hombres ilustres en Europa desde la Reforma hasta la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, lo hizo Montalvo solo en el Ecuador : él fué Erasmo el sarcástico, Lutero el purificador, el Renacimiento delicado, los Enciclopedistas, la Convención, la Segunda y la Tercera Repúblicas, el liberalismo europeo. Montalvo fué una Suma ideológica.

Hay quienes, con evidente mala fe, han intentado poner en duda la existencia de ideas filosóficas en Montalvo. El tiempo ha hecho enmudecer, a esos detractores cerrándoles los labios con su pesada mano. Pocos escritores más densos de pensamiento que el gran precursor de la revolución liberal y democrática. Montalvo proclamó la solidaridad humana, el universalismo, la ley del progreso, el poder de la moral, la tolerancia religiosa, la libertad de cultos, la libertad de expresión y otras libertades. Su odio por la esclavitud y el despotismo y su virtud de varón antiguo se transparentan en todos sus escritos. Su cosmopolitismo no era un sentimiento de viajero curioso sino un profundo amor universal : « Llamar patria al país en que vivimos solamente, es mezquindad, amigo mío : el mundo entero es la patria del género humano, y a todos nos aprovecha el universo ».

Montalvo fué, sobre todo, un defensor de los derechos humanos. Han sido menester muchos lustros de experiencia y dos guerras mundiales, para que las naciones del mundo se decidieran a proclamar esos derechos en una « Declaración Universal » en la forma en que los soñó el noble polemista del Ecuador. El derecho a la vida y a la libertad, a la seguridad personal y a la educación ; el derecho a participar en la vida política y cultural del país ; el derecho de asilo y el de difusión de las opiniones sin limitación de fronteras ; el derecho a un nivel de vida adecuado y otros derechos fueron exaltados, dentro de las más espléndida envoltura literaria, por el maestro de energía y dignidad humana, cuya actitud sirvió de ejemplo a varias generaciones latinoamericanas.

JORGE CARRERA ANDRADE

Proyecciones actuales de Valera

POR GUILLERMO DE TORRE

A qué generación pertenece don Juan Valera? He ahí la cuestión inicial que se nos presenta al encararnos con esta figura tan singular y atrayente, la más próxima a nuestra sensibilidad entre sus contemporáneos, aquella que llega a nosotros con luces más claras y simpáticas — simpatía es la palabra clave de su obra — al cumplirse el cincuentenario de su muerte. Ante todo, es el testigo más cabal de todo un siglo. Nace en Cabra el 18 de octubre de 1824 ; muere en Madrid, el 18 de abril de 1905. Es decir, surge a la vida española al año siguiente de la última época absolutista y de la gran emigración liberal, ve el reinado y el derrocamiento de Isabel II, la revolución de 1868, viaja a Italia con la comisión encargada de ofrecer la corona a Amadeo de Saboya. Figura como diputado en las Cortes de la primera República, representa luego a España bajo Alfonso XII, la Regencia y Alfonso XIII. Vista a otra luz, en el plano de las letras, la trayectoria de su vida alcanzó también no menores mudanzas. Cuando Valera nace, el romanticismo europeo entra en su auge. Durante los años de su infancia y adolescencia aparecen en España los documentos esenciales de la escuela : el *Discurso* de Durán, el prólogo del tío de Valera, Antonio Alcalá Galiano, a *El moro expósito* del duque de Rivas ; se estrenan las obras más representativas del romanticismo, iniciadas con el *Don Alvaro* del mismo duque. Asiste también Valera al imperio de la novela histórica y del costumbrismo, del mismo modo que años después al apogeo del naturalismo y al orto del modernismo.

Para representarnos más gráficamente la multiplicidad de experiencias que su longevidad y su situación en la primera fila de la vida le depararon, pensemos que Valera alcanzó a frecuentar el Parnasillo de los románticos, que amistó con Mérimée en casa de la condesa de Montijo — la madre de la emperatriz Eugenia —, que en San Petersburgo tuvo ocasión de conocer a los amigos de Pusckin. Sucesiva y casi inverosímilmente, Valera trató a Espronceda y a Rubén Darío, estuvo en el círculo íntimo del duque de Rivas — desempeñando su primer puesto diplomático en la embajada de Nápoles — y alentó los pasos iniciales del « joven Marcelino » — o sea Menéndez Pelayo —, polemizó con Castelar, con Campoamor, con la Pardo Bazán y celebró los libros iniciales de Benavente y Pío Baroja. Visto con más amplia perspectiva, dentro de su generación europea, Valera es contemporáneo de la que amanece en los alrededores de 1820 : Gobineau, Flaubert, Baudelaire, Amiel, Edmond de Goncourt, Renan, Emily Brontë, Ruskin, George Eliot, Mathew Arnold, de Sanctis. Su obra más famosa, *Pepita Jiménez*, abre en 1874, cuatro años después de *La fontana de oro*, de Galdós, el renacimiento de la novela española durante el último tercio del siglo XIX, culminado en el 86 con *Fortunata y Jacinta*. Diez años más tarde — comprobándose así la ley de rotación y alternancia de los géneros — el signo dominante cambia : prevalece el ensayismo, la preocupación por los destinos españoles, y llegamos a los umbrales de la generación del 98, cuyo ciclo se inaugura con el *Idearium* de Ganivet, en 1896.

Valera y el romanticismo

He recordado varias fechas y límites, he apuntado diversas confrontaciones posibles de Valera, pero preguntémonos de nuevo : ¿ a qué generación pertenece éste concretamente ? Como no comparto el criterio biológico para determinar las generaciones y entiendo que el año de nacimiento que importa no es el físico, sino el literario — aparición de la primera obra importante o decisiva en un autor —, la cuestión deja de ser tan sencilla. ¿ No podría concluirse más bien que el autor de las *Cartas americanas* funde y traspasa varias generaciones consecutivas, debido a las circunstancias, no fácilmente unificables, de una vida dilatada, de una madurez tardía — puesto que cuando publicó su obra capital, *Pepita Jiménez*, tenía cincuenta años — y, sobre todo, a la discrepancia de sus inclinaciones profundas con las que vió siempre triunfar en su derredor ? Si nos atuviéramos, por ejemplo, al expeditivo sistema biológico como clave de las generaciones, habríamos de enmarcar a Valera entre los románticos, tanto por la fecha de su nacimiento como por el hecho de que su primera colección de *Poesías* aparece en 1844, no lejos de 1840, del año que Allison Peers considera como *annus mirabilis* del romanticismo. En tal caso, habría que aceptar el juicio que el autor de ese estudio exhaustivo sobre la *Historia del movimiento romántico español* — libro paradójico en extremo, pues no se concibe cómo Allison Peers ha dedicado tan largas vigilias a un hecho que fué un « fracaso casi completo » — emite sobre Valera, considerando que sus novelas, como su anterior poesía y gran parte de su crítica literaria, son esencialmente románticas. El fallo no puede ser más erróneo. Está en flagrante contradicción no sólo con la raíz de la naturaleza literaria valeriana, sino con las opiniones que es fácil espigar en cualquier trecho de su obra.

Sucede, además, que Valera amaneció como crítico reaccionando marcadamente contra el espíritu romántico. Su primer estudio crítico, fechado en 1854, se titula « Del romanticismo en España y de Espronceda », y en él considera ya ambos como algo pretérito. « El romanticismo — escribe textualmente — no ha de considerarse hoy día como secta militante, sino como cosa pasada y perteneciente a la historia ». Bastantes años después, volviendo atrás la cabeza, insistió en sus repulsas : « Ni aun en la época de mayor fervor y entronizamiento del romanticismo, había sido yo *romántico*, sino *clásico*, a mi manera ; manera, por cierto, diferente del pseudo clasicismo francés, introducido en España por Luzán y los Moratines. Yo era admirador idólatra de la forma, pero de la forma íntima, espiritual, no de la estructura, no del atildamiento nimio, pueril y afectado ». Precisamente, el único mérito que en el estudio sobre Espronceda reconocía Valera al romanticismo, era que « vino a libertar a los poetas del yugo ridículo de los preceptistas franceses y a separarlos de la imitación superficial y mal entendida de los clásicos, y lo consiguió ».

De suerte que ningún equívoco puede haber en este punto ; además, a lo largo de toda su obra queda patente la desconfianza y aun inquina por todo aquello que era característico de los románticos y que Valera censura : la sobrestima de la inspiración, el subjetivismo desgreñado, el desaliño formal, cierto fatalismo apriorístico, la vaguedad... Comentando en 1878 los *Estudios poéticos* de Menéndez Pelayo, de cuyo espíritu se siente muy cerca, Valera lamenta que se halle tan extendida la idea de que « la poesía pende de la inspiración y no del saber ». Ahora bien, con la misma objetividad debemos reconocer que aplicadas a su propia poesía, las virtudes clásicas que el traductor de Longo exaltaba, sólo le dieron muy flacos resultados. Ni siquiera poseía aquel ímpetu, aquel espíritu tan poroso de consustanciación con los modelos genuinos que anima y vivifica las *Odas, epístolas y tragedias* de Menéndez Pelayo.

Valera se creía, se sentía clásico, no clasicista. Un griego redivivo, un clásico retrasado, el último gran humanista : tales son las frases ya típicas con que muchos suelen designarle. Y aun impropiamente hubo quien le calificó de Goethe español, equivalencia inexacta, pues nada tenía de la impasibilidad, del olimpismo, atribuídos — con cierta ligereza — al cortesano de Weimar. Pero en cualquier caso, lo cierto es que el señor de Cabra sentíase por momentos en su tiempo y en su país, como un desterrado, como un puro ateniense en tierras de Beocia. De ahí su júbilo, su entusiasmo al encontrar en Menéndez Pelayo un espíritu fraterno por la educación y los gustos clásicos. « Sí, amigo mío — le escribe en una de las primeras cartas —, usted y yo somos grecolatinos y clasicotes hasta los huesos ». Y era cierto. ¿ Cómo se explica, por consiguiente, que sus nombres no aparezcan ni siquiera registrados en el copioso inventario levantado por Gilbert Hignet, entre los continuadores de *La tradición clásica ?* ¿ O es que escribir en español — a los efectos de la repercusión erudita, no ya popular, internacional — habrá de seguir equivaliendo siempre a escribir sobre el agua ?

Frente al naturalismo

El autor de los *Apuntes para el nuevo arte de escribir novelas* extravaga al margen de las generaciones y escuelas que surcó. Si sus novelas — contra la insostenible afirmación de Allison

Peers — nada tienen de románticas, no por eso se hallan más cerca del naturalismo. Sobre este punto existen también pruebas palmarias, y en primer término el libro citado que Valera compuso en son de réplica a la defensa del naturalismo hecha por Emilia Pardo Bazán, *La cuestión palpitante* (1877). Para Valera la novela, ante todo, es poesía. Citando a Aristóteles, cuando establece que la diferencia entre historia y poesía está en que la primera pinta las cosas como son y la segunda como debieran ser, Valera escribe que « si la novela se limitase a narrar lo que comúnmente se ve, no sería poesía ni nos ofrecería un ideal, sino una historia baja y rastrera ». En el prólogo a una de las múltiples ediciones de *Pepita Jiménez*, insiste en los mismos puntos de vista : « Una novela bonita debe ser poesía y no historia ; esto es, debe pintar las cosas no como son, sino más bellas de lo que son, iluminándolas con luz que tenga cierto hechizo interior ». Nada, pues, de verdad psicológica, de observación fiel del natural — sea éste bello o feo — ni ningún otro de los requisitos reclamados por Zola y su escuela. Y en cuanto a lo que Valera entendía por « novela bonita », ¿ acaso no queda indirectamente reflejado en *Juanita la Larga*, tan cercana al cromo o la oleografía « bonita » ?

Pero vengamos a los *Apuntes*. Ante todo, Valera se hallaba situado, por gustos y temperamento, en una actitud muy distinta de la que era cotidiana en doña Emilia Pardo Bazán. Sus contemporáneos no dejaron de reprochar nunca a la autora de *La madre naturaleza* — achacándolo a su condición femenina — que viviera tan sumisa a las modas literarias, sin querer ver otras cualidades un poco singulares a la sazón en el mundo hispánico — tales como una despierta curiosidad intelectual, cierta presteza asimiladora, cierto afán europeísta —, que en ella se daban. El caso es que no considerándose inmune a la gran corriente del naturalismo que se abría paso en la década del 70 — los años de *Madame Bovary*, de *O primo Basilio*, de *La faute de l'abbè Mouret*, de *Boule de suif* —, doña Emilia sintióse contagiada, más de un modo teórico que empírico, arriesgándose a propagar la buena nueva « tras os montes ». En principio, Valera estaba de antiguo predispuesto a rechazar cuanto le llegara del otro lado de los Pirineos. Por lo mismo que el ensalzamiento de tales acarreos era común, Valera, « radicalmente español por todos cuatro costados » hombre que, aun habiendo vivido — según escribía — la tercera parte de su vida fuera de España, « casi no sabía hablar, pensar y sentir sino en español », negábase a rendir parias. Había tenido ocasión de experimentar, de sufrir como pocos, en contraste con los demás mundos, la postración y aun el descrédito de lo español, mas como en el orden intelectual le parecía una injusticia histórica, derivada del menoscabo en otros órdenes, se rebelaba y encabritaba contra cualquier importación que supusiera un fácil vasallaje. De ahí las flecheras ironías que hubo de enderezar contra los intentos trasplantadores, vía París, de la escritora, gran escritora, que ni él ni otros insobornables varones quisieron por compañera en la Academia de la Lengua. « Las damas — escribía burlonamente — deben ir vestidas según la moda. ¿ Por qué he de tomar yo a mal que doña Emilia se vista de naturalista? »

Ahora bien, ¿ era acaso tan grave y vitando, tan ajeno e inconciliable con el genio ibérico lo que aquella varonil y poderosa polígrafa pretendía introducir en su tierra ? Nada de eso ; al menos el naturalismo, tan aguado y edulcorado como lo vertía doña Emilia, resultaba algo inocuo. Además, lejos de resultar exótico y lejano, venía a ser próximo y terrígeno : el naturalismo era sencillamente — y no le faltaba razón a la autora de *La cuestión palpitante* — la restauración del viejo realismo castellano, la continuación de la veta abierta por el Arcipreste de Hita, por Quevedo, por la novela picaresca de los siglos XVI y XVII. Por lo demás, en cuanto espíritu tradicional y católico, no dejaba de marcar sus distancias respecto al fondo determinista y al materialismo de la nueva escuela ; protesta contra su falta de espíritu, se rebela contra el « feísmo », el afán de subrayar el lado bestial de la naturaleza humana. En suma, la Pardo Bazán exalta y reivindica el realismo tradicional español más que el naturalismo importado, y termina defendiendo una suerte de integración ecléctica donde se concilíen y armonicen la pintura de « lo natural y lo espiritual, el cuerpo y el alma, reduciéndose a unidad la oposición del naturalismo y del idealismo tradicional ». Fórmula bastante modesta, conclusión nada pavorosa, que difícilmente justificaba el irónico, mas no por eso menos categórico, rechazo de Valera.

Este reprocha sustancialmente al naturalismo su tendenciosidad, su determinismo, su falso cientificismo, su pretensión experimental. (Pero se olvida de la ambición imperial, de la megalomanía exclusivista de Zola, cuando llegó a escribir frases como ésta : « La República será naturalista o dejará de existir ».) ¿ Novela experimental ? — dice Valera. ¡ Qué disparate ! Y cita palabras de Zola donde éste sostiene que « el novelista es quien hace experimentos en el hombre, montando pieza a pieza la máquina humana para que funcione bajo la influencia de los medios ». Para lapidar el naturalismo, Valera le identifica con su « bestia negra », el romanticismo, confundiendo ambos en la misma execración. « El naturalismo — escribe — es romanticismo ; en él subsiste el peor fermento romántico, avillanado ».

Ahora bien, sin terciar extemporáneamente en pleitos añejos, ya plenamente sobrepasados y centrando la cuestión en Valera, lo que advertimos hoy es cuán extrañamente insensible se mantenía éste a lo que, más allá de las fatales limitaciones inherentes a toda escuela sistemática, aportaba, podía haber aportado de valioso el naturalismo en España. Permanecía indiferente a su afán de verdad, a su acercamiento a la vida, a su empeño psicológico y a todo lo demás que llevaba implícito, como la lucha contra convencionalismos y tabúes morales, por encima de sus excesos y candores, simultáneamente. Pero es que la verdad libertadora repugnaba al esteticismo de abolengo, mas no por ello menos convencional, en que se había encadenado Valera.

Revisión del novelista

Aquella polémica se refleja de modo muy diverso cuando pasamos a considerar las consecuencias del criterio antinaturalista en la obra novelística del autor de *Doña Luz*. Del mismo modo que su estética clásica no salva ninguna de sus poesías, así tampoco le favorece su estética idealista aplicada a la novela. Si por huir de lo espontáneo incurre poéticamente en frialdad, por huir de la realidad en la novela cae de bruces, con demasiada frecuencia, en lo convencional y amanerado. Pretendiendo a toda costa embellecer el natural, lo falsifica. Al querer idealizar los sentimientos, por un lado casi linda con el folletín, y por otro se sitúa a dos pasos de lo que después se llamaría — cuando surgiera la producción industrial del género — la « novela rosa ». Huyendo de la « servil, prosaica y vulgar representación de la vida », apenas logra crear personajes con existencia propia; todos son, en cierto modo, proyecciones de sí mismo, seres a quienes presta invariablemente su propio modo de hablar y sentir.

Releyendo hoy sus novelas — después de *Pepita Jiménez*, citadas en el orden de su aparición, son : *Las ilusiones del Doctor Faustino, El comendador Mendoza, Doña Luz, Pasarse de listo, Juanita la Larga, Genio y figura..., Morsamor*, por momentos nos parecen — inclusive merced a su técnica narrativa — cuentos cándidos o forzadas ficciones, basadas en supuestos inverosímiles. Por la misma razón, quizá sean algunos cuentos propiamente dichos como *Parsondes, El pájaro verde, Garuda*, dentro de su artificialidad, y al hallarse enmarcados en ambientes exóticos, lo más natural de su producción. No olvidemos tampoco la comedia *Asclepigenia*, cifra de su filosofía de la vida. Pero ¿ cómo convenir en la tacha de volterianismo que los lectores de su tiempo les dieron ? Pues aunque también nos parezca inverosímil, lo cierto es que algunas novelas de Valera fueron motejadas en su día de « libertinas » o poco menos.

Nada como esa hipérbole puede darnos un vislumbre del « clima » de inhibiciones y frenos que dominaba en la sociedad española durante el último tercio del siglo pasado. La más pequeña transgresión de la moralina burguesa era vista como una tremenda impudicia ; el más mínimo disentimiento en las creencias, considerado como imperdonable heterodoxia. « Misticismo indidioso, misticismo al revés » ; así califica el R. P. Blanco García — en su historia de *La literatura española en el siglo XIX* — el caso tan pulcramente expuesto del seminarista, convertido al amor profano por las gracias de Pepita Jiménez. En el epílogo que Valera puso a la segunda edición de *Genio y figura...* se defiende contra las acusaciones, hoy increíbles, hechas a esta novela de « escandalosa y poco decente ». La protagonista, en efecto, es una cortesana o ex cortesana, en su segunda fase de mujer decente, pero tan velado está todo ello y tan en contradicción con los modos y actos de la heroína que, hasta de la antigua condición de Rafaela — tal es su nombre — tarda tiempo el lector en enterarse. La versión de *Dafnis y Cloe*, la pastoral de Longo — sin duda la más bella obra de Valera en cuanto a primores de forma — padece los achaques de la mojigatería ambiental, ya que el traductor se vió obligado a suprimir o atenuar pasajes de candorosa libertad pagana. La impiedad que el autor atribuye a *El comendador Mendoza* no pasa de ser un tímido e incipiente racionalismo, perfectamente vulgar y común a fines del siglo XVIII, época en que sucede la novela. Pero en cualquier caso, sus vitandas creencias o descreencias — que el novelista le adjudica, pero que no trasparecen en ninguno de sus actos, defecto que se da también en otros personajes de Valera — están sobradamente compensadas por la beatería de doña Blanca, con quien tiene una hija natural, y por el arbitrio tan casuístico como absurdo que imagina para redimirla de tal origen. Tampoco son plausibles los supuestos en que se basa la fábula tejida en torno a otra hija natural, en la novela *Doña Luz*. De este pseudo folletinismo con pretensiones, de este moralismo alicorto escapa *Juanita la Larga*, donde lo que sobrenada — por lo demás, como en las restantes novelas — es el pintoresquismo de los cuadros andaluces y la donosura verbal. Se ha pensado que en *Las ilusiones del Doctor Faustino* es donde puso Valera mayor empeño novelesco, o quizá más proyecciones autobiográficas, insertándose en un nuevo Fausto. « Representa — dice el autor en el epílogo — como hombre a toda la generación contemporánea ; es un Doctor Fausto en pequeño, sin magia ya, sin diablo y sin poderes sobrenaturales

que le den auxilio. Es un compuesto de los vicios, ambiciones, ensueños, escepticismo, descreimiento, concupiscencias, etcétera, que afligieron o afligen a la juventud de mi tiempo ». Estos eran « la vana filosofía, la ambición política y la manía aristocrática ». Pero de hecho ninguna relación efectiva hay entre esa sarta de « males » y las múltiples — demasiadas — peripecias, propias de novela bizantina, donde antes que definirse se pierde y desdibuja el carácter del protagonista.

Elogio del ensayista. ¿ Un escéptico ?

El Valera próximo en espíritu y todavía afín no hay que buscarlo en las novelas : está en las críticas, en los ensayos. Aquello que le hace fructuosamente relegible es su condición capital de ensayista, dando a este calificativo la más elástica acepción. Digamos más exactamente el libre divagador, dueño de un vasto fondo de cultura y de una superficie amable ; el epistológrafo, el conversador por escrito, capaz de abordar los más diversos temas — literarios, históricos, religiosos, filosóficos — con maestría e ingenio, incluso gracejo, penetrándoles de una amenidad irresistible. Vehículo de esas cualidades es un estilo llano y noble de consumo, con cierto regusto clásico, bebido directamente en las fuentes. Su lengua tiene solera y donosura. Realiza en su tiempo el ideal del estilo hablado, coloquial, flúido. Valiéndose de él, más allá de circunloquios e ironías, no deja nunca de traducir claramente su pensamiento.

Sin embargo don Juan Valera : un escéptico. He ahí el calificativo que no sólo como simple caracterización, sino en son de reproche, suele enderezarse al creador de *Las ilusiones del Doctor Faustino*, y que él mismo se aplicaba, alternado con los motes de pánfilo y ecléctico. « Ecléctico hasta la temeridad y lo imposible » — escribía en tono de indignada reprobación el ya citado R. P. Blanco García.

¿ De veras es don Juan Valera un escéptico, visto desde hoy, sin las anteojeras de su tiempo ? Por lo pronto, creía en la literatura, en el arte puro, en el amor, en España, en el progreso, en la bondad humana ; es decir, en todas las cosas en que podía creer un ánima generosa, abierta, habituada por idiosincrasia y panfilismo pródigo a ver el lado amable de la vida ; un hombre que venía directamente del siglo de las luces y vivía en el « progresista » XIX. ¿ Por qué, entonces, se le motejaba de escéptico ? Cabalmente porque se negaba a reverenciar los dioses implacables que sus coterráneos ibéricos idolatraban. Lo corrobora desde fuera una crítica norteamericana : « Valera — escribe Edith F. Hellman — da una nota, inusual en España, de tolerancia, moderación y armonía ». Valera o el antienergumenismo : tal sería su más exacta y sintética caracterización desde un punto de vista español, es decir, con relación a las circunstancias españolas de su tiempo. ¡ Qué efecto no habían de causarle ejemplares del tipo rigurosamente opuesto, como un Donoso Cortés ! Pero en su condición de hombre civilizado, Valera no se indigna ; antes que la irritación estéril, prefiere las burlas eficaces. Con rodeos sutiles llega más pronto a la coraza enemiga que mediante embestidas ciegas.

¿ Escéptico, incrédulo ? Se le decía incrédulo porque no era fanático, porque no se apasionaba de modo unilateral y sabía ver ejemplarmente los dos lados de cada cuestión. Porque aun siendo españolísimo en su raíz, jamás se contagió de la envidia ambiental ni padeció ofuscaciones. Porque era no sólo un diplomático de profesión, sino un hombre de buenos modales que prefería la suave ironía y la disconformidad atenuada a los manotazos violentos. Hombre liberal en la más pura acepción del término — flor del liberalismo del siglo XIX —, se oponía tanto a los oscurantistas de la acera de enfrente como a quienes partiendo de su mismo credo le traicionaban — ya entonces — en la práctica, parando en demagogos bufos. Si por momentos puede parecer floja o ambigua su posición ante los problemas eternos o temporales, era probablemente porque la misma presión del medio que le había hecho colorear de rosa sus novelas, obligábale a velar su pensamiento, a decirlo todo con cautela o a escapar por la tangente de la socarronería. Al cabo, las cautelas de don Juan tal vez no fueran sino otra forma de disimulo : una variante de la « hipocresía » que Américo Castro ha señalado en algunos literatos y pensadores vagamente erasmistas de la Contrarreforma, y de modo particular en Cervantes.

La historia de su amistad con Menéndez Pelayo es, en este punto, soberanamente ilustrativa. Les separan treinta y dos años de edad. Cuando se conocen, el egabrense ha pasado de los cincuenta, tiene asentada ya su fama, mientras que el santanderino sólo inicia la suya y apenas ha rebasado la veintena. Proceden de medios tradicionalmente distintos, pero les aproxima un común amor por las letras clásicas. Ahora bien, sucede que el liberalismo de Valera es notorio y que Menéndez Pelayo se ha orientado, desde sus primeros pasos, en una dirección ideológica contraria. La división entre ambos está a punto de producirse cuando Menéndez Pelayo pronuncia su sonado « brindis del Retiro », con motivo del centenario de Calderón, y se arrostra a hacer la apología de la Inquisición. « Mucha amabilidad — le escribe Valera el 12 de junio

de 1881 — y equilibrio será menester que usted y yo empleemos para no hablar sino de aquello en que estamos de acuerdo, sobre todo desde que usted ha dado tan tremenda pitada en el *symposio* de los catedráticos ». Agrega que hasta entonces había creído en una rectificación de su amigo, pero que ya la cree imposible, « pues usted ha puesto su *chic* en echarla de archicatólico y de inquisitorial, se ha engolfado en ello y no hay medio de remediarlo ». Ahora bien, pocos días después (sin que sepamos lo que hubo de contestar el aludido, pues el *Epistolario de Valera y Menèndez Pelayo* se nutre casi totalmente con cartas del primero y las del segundo además de ser escasas deben de haberse perdido), ya tiende a olvidar las diferencias, situándose casi en el punto de vista de su antagonista, o, al menos, buscándole excusas. Así le escribe el 27 de junio de aquel mismo año : « he reflexionado, he visto que otros se despotricaron en sentido contrario, y como yo soy tan amante de la Libertad y de que cada cual se despotrique como se le antoje, casi disculpo a usted, ya que en esto no puedo aplaudir ». Y luego este párrafo, que define insuperablemente su actitud conciliatoria por odio de los extremos : « Entiéndase bien que yo, que soy muy admirador de las cosas del día, muy lleno del espíritu del siglo, poco piadoso y creyente, etc., etc., no puedo convenir en mil tonterías que se proclaman *ex cathedra*, las cuales me atacan los nervios y contra las cuales soy también capaz de ponerme a defender la Inquisición ». Y más adelante : « Lo que no se concibe, en mi sentir, es la negación de la libertad religiosa o del pensamiento en general ».

España

¿ Qué podía más en Valera : su espíritu equidistante, a quien repugnaban todas las hipérboles, o su genio de la contradicción, su gusto polémico ? El caso es que al oponerse se define más netamente que al asentir. Acentuando este rasgo suyo, Azaña escribe : « Oponiéndose varía de faz según a quien se opone : nunca es más racionalista que frente a Donoso Cortés, ni más conservador que frente a Pi y Margall, ni más despegado de la tradición que ante Menéndez Pelayo, ni atenúa tanto el influjo del Santo Oficio como al « hundir » a Núñez de Arce ; ni fué más patriota que al rebatir los juicios de un extranjero despectivos para España ». Sin embargo, no cabe tomar este juicio al pie de la letra. Leyendo los ensayos aludidos, no es difícil advertir cómo por encima de sus cortesías y concesiones a los antagonistas, Valera supo definirse con claridad, sentando afirmaciones inequívocas.

Por ejemplo, bajo el aspecto de una refutación, su discurso académico « Del influjo de la Inquisición y del fanatismo religioso en España » — en respuesta a uno de Núñez de Arce (1876) sobre el mismo tema —, es una resuelta confirmación. « ¿ Por qué causas — se pregunta Valera — se permitió, se marchitó y se hundió rápidamente aquel gran florecimiento (el de España entre los años 1580 y 1680) ? A nadie se le oculta que esta cuestión literaria está enlazada con otra cuestión política. ¿ Por qué la grandeza, crédito y poder de la monarquía española cayeron también rápidamente, precediendo a su caída la de las letras ? » Valera se contesta de modo muy distinto al usado por los sectarios indígenas del « sostenella y no enmendalla » o por los apologistas extranjeros del hispanismo convencional, quienes — tal el caso, entre otros semejantes, de un Aubrey F. G. Bell — comienzan por disminuir aquel abatimiento o sostener candorosamente que no fué debido a la Contrarreforma, sino más bien a los acontecimientos que la Contrarreforma trató de remediar. Para Valera, ninguna de las causas que suelen aducirse — la tiranía y el mal gobierno de los Austrias, las crueldades del Santo Oficio, etc. — lo son de modo suficiente. La enfermedad, a su parecer, estaba más honda. « Fué una fiebre de orgullo, un delirio de soberbia que la prosperidad hizo brotar en los ánimos, al triunfar después de ocho siglos en lucha contra los infieles. Nos llenamos de desdén y de fanatismo a la judaica. De aquí nuestro divorcio y aislamiento del resto de Europa... Nos creímos el nuevo pueblo de Dios ; confundimos la religión con el egoísmo patriótico ; nos propusimos el dominio universal, sirviéndonos la cruz de enseña o de lábaro para alcanzar el imperio. El gran movimiento de que ha nacido la ciencia y la civilización moderna, y al cual España dió el primer impulso, pasó sin que lo notásemos, merced al desdén ignorante y al engreimiento fanático ; y cuando en el siglo XVIII despertamos de nuestros ensueños de ambición, nos encontramos muy atrás de la Europa culta, sin poder alcanzarla, y obligados a seguirla como a remolque ».

Estas frases muestran sobradamente que, llegado a los puntos fundamentales, Valera no se andaba con evasivas ni se mordía la lengua. Por lo demás, cargar abstractamente las culpas en la intolerancia o atenuar este factor, queriendo demostrar cómo tal estado de espíritu no fué privativo de España, sino muy extendido a los demás países, es algo que no adelanta el problema ni facilita ningún esclarecimiento verdadero. En todo caso, la singularidad española más bien parecería cifrarse en marchar a destiempo. El último de quienes comprueban esta marcha de la historia española a contratiempo de la europea, Vicente Lloréns *(Liberales y románticos, Una emigración española en Inglaterra)*, escribe : « Tolerante en la Edad Media,

cuando el fanatismo domina en otras partes ; intolerante en la Moderna, cuando surge en Europa el libre examen ; oscurantista cuando los demás ilustrados ».

Por lo demás, como la historia es irreversible, Valera se oponía abiertamente a los tradicionalistas o regeneracionistas de signo regresivo, quienes estimaban que bastaría con restaurar Estados y civilizaciones para volver las cosas a su grandeza. Es más, duda de que las instituciones y costumbres españolas del Siglo de Oro fueran la causa de su poderío, y sospecha que más bien pudieron serlo de la corrupción y rápida decadencia. Pero en realidad, la aproximación más cercana a la certidumbre se encontrará, a mi parecer, pensando que cada fenómeno ideológico o religioso tiene casillas cronológicas muy delimitadas en la historia. El factor tiempo es capital. No hay vigencias indefinidas — so riesgo de producir consecuencias diametralmente opuestas. Por lo tanto, puede pensarse, sin gran margen de error, que las mismas causas que no tanto determinaron como coadyuvaron a la grandeza moral y material de España en determinada fecha, muy pocos años después, al no haberse producido el oportuno sesgo que requería la entrada en vigencia de un nuevo *tiempo histórico* europeo, ocasionaron su ruina y su escisión del mundo occidental.

Por si cupieran dudas sobre la diafanidad de criterio que usaba Valera en cuestiones fundamentales, léanse ciertos ensayos suyos, como « La doctrina del progreso » (1859) — donde, apostillando a Castelar, pone en su punto la influencia civilizadora del cristianismo —, como el referente a « La revolución y la libertad religiosa en España » — donde defiende la Constitución de 1869 en que esta última se sancionaba — y, particularmente, su crítica de la *Historia de los heterodoxos españoles*, de Menéndez Pelayo(1880).

Ni la estrecha amistad personal, ni la identidad de gustos clásicos, ni ninguna otra razón de afinidad, impiden que Valera critique sin ambages los puntos de vista en que basaba aquél su obra. Subráyense, por ejemplo, estas palabras que — mirando a España, y a pesar de las aspiraciones tan moderadas que envuelven —, suenan hoy todavía, lamentablemente, con un tono muy actual : « ... Si es menester sostener, para ser buen católico, que la religión debe imponerse por fuerza ; que la Inquisición es o fué digna de elogio ; que la libertad de pensamiento, de imprenta y de cultos es mala, y que es abominable el parlamentarismo..., yo soy un católico malo ». Refutando la tesis central de Menéndez Pelayo, encaminada a mostrar que el pensamiento español fué más poderoso cuando católico y ortodoxo que cuando libre y heterodoxo, Valera afirma que opuestamente « el pensamiento español ha dado más clara muestra de sí y ha importado más en la historia universal del pensamiento humano cuando no era católico que cuando lo era ». Ejemplo : las cuatro figuras españolas de mayor influjo universal : Séneca, Averroes, Avicebrón y Maimónides. Luego, « ¿ cómo negar que la intolerancia y la Inquisición, que era uno de sus efectos, ahogaron el pensamiento español primero cuando se extraviaba fuera de las vías católicas y al cabo dentro de esas vías ? » Por temor a incurrir en herejía pensando, acabóse por no pensar. Peor que el Santo Oficio, de efectos limitados, al cabo, fué su reflejo de inhibiciones, fué « la tiranía mental e intangible del espíritu ».

¿ Escéptico Valera ? Uno no sabe nunca hasta qué límites de desfiguración semántica llegan abusivamente ciertas palabras muy manoseadas. Pero si nos retraemos a su etimología, escéptico no es otro que « aquel que examina », que da vueltas inquisidoras en torno a una idea ; y no otra cosa hacía Valera con las que se le ponían por delante. Escéptico es también (nos dicen los Diccionarios filosóficos de Lalande y Ferrater Mora) el que después de haber examinado todo, deja su juicio en suspenso, no porque dude, en puridad, sino por temor a incurrir en lo dogmático. La suspensión de juicio pudo muy bien convenir a un Pirrón, no forzado, claro es, a declararse sobre problemas temporales insoslayables. En Valera se quiebra necesariamente aquella condición, pero persiste un saludable espíritu antidogmático. A sus márgenes se acoge, huyendo de caer preso en cualquier credo de vía estrecha. Quienes, por el contrario, gustan de esclavizarse en ideas de un solo rostro, no es raro que persistan llamando escéptico a Valera.

GUILLERMO DE TORRE

MICKIEWICZ
y las paradojas de la historia

POR CZESLAW MILOSZ

El centenario de Mickiewicz se ha celebrado en todo el mundo, con el apoyo y la participación del gobierno polaco. Ahora bien, la crítica literaria polaca de los últimos años nos presenta un aspecto de Mickiewicz singularmente simplificado. Sólo se admite y se pone de relieve lo que de este poeta puede tener relación con el progreso social, tal como lo entiende el marxismo, o con otro fenómeno destacado por el stalinismo, como la « independencia nacional ». Y ya tenemos a Mickiewicz despojado de sus complejidades, de sus contradicciones, exiliado de su tiempo y apresado en un presente simplista. Si los grandes muertos no sirven de punto de referencia, desde el que se pueda criticar nuestra existencia contemporánea, ya no son más que proyecciones de esta existencia.

Y a estas tentativas de anexar el pasado al servicio del presente se opone Czeslaw Milosz, poeta polaco desterrado. (N. de la R.)

IMAGINEMOS una figura central de la literatura española que hubiese nacido en el Perú, que no hubiese estado jamás en Madrid, y que sólo hubiese pasado unas cuantas semanas en España, por ejemplo, en los alrededores de San Sebastián. Este es el caso de Mickiewicz. Nacido en la Lituania histórica, no estuvo nunca en Varsovia, ni en Cracovia. Un habitante de la Polonia de nuestros días, para poder seguir piadosamente el itinerario de su poeta, necesitaría un visado : un visado soviético, si quería visitar los lugares donde transcurrió la juventud de Mickiewicz, y un visado francés, si quería conocer el ambiente donde pasó su edad madura.

Sobre este fondo situaré un breve resumen de una conversación. Mi interlocutor, de origen polaco, ha sobrevivido a cinco años de presidio hitleriano. Me ha dicho que había acabado por detestar a sus camaradas polacos. Los define del modo siguiente : tenaces, desenvueltos, solidarios, más resistentes moralmente a la opresión que las gentes de otras nacionalidades, pero completamente petrificados en su conformismo de grupo ; implacables con aquellos de los suyos que buscaban anudar lazos internacionales en el campo ; llenos de desprecio para las demás naciones, desprecio que les hacía sentirse indiferentes y aun crueles ante la suerte del prójimo, hasta el punto de negarle su ayuda. Y mi interlocutor terminaba diciendo : « Admiro a Mickiewicz ; es un poeta magnífico ; pero él es responsable de que el pueblo polaco se considere un pueblo elegido, y de tener una vocación que otros no comprenden ».

Esto no es más que un desplante. Pero es preciso comprender lo que significa un bardo nacional y cual es el alcance de su influencia. Durante decenas de años, Mickiewicz, como un muerto canonizado, figuraba en el centro del nacionalismo

huraño de sus compatriotas. El ha contribuído a crear la imagen de la « Polonia mártir », un Cristo de las naciones que, por sus sufrimientos, rescata los pecados del mundo.

Actualmente, se bosqueja en Polonia otro retrato de Mickiewicz : el de precursor de la fraternidad eslava, revolucionario, amigo de Puchkin y de los decabristas, y hasta marxista, antes de propagarse esta doctrina. Al mismo tiempo, puesto que la palabra « nacional » está de moda, se le convierte en un santo del calendario de la « nación socialista », por oposición a la « nación burguesa de ayer. El resultado de estas operaciones es complejo. La verborrea de los profesores asquea a las gentes, así como el chauvinismo empleado como un ardid, como un instrumento. Pero la vuelta al estado de ánimo anterior a la guerra es imposible. Una tercera imagen de Mickiewicz emerge en la conciencia colectiva : la imagen nostálgica de un poeta que, por rara excepción, no mentía.

Tengo que reprocharme el haber hablado de todo, salvo de la poesía de Mickiewicz. Los esfuerzos de cuantos hacían la defensa de Mickiewicz poeta, contra Mickiewicz periodista, místico, profesor y hombre político, se estrellaban siempre ante un enigma. La poesía más pura mezclada con la impureza de un compromiso histórico, como si se comprara solamente al precio de la deshonra — y esta deshonra era un grito lanzado contra la injusticia. Basta para sorprendernos el hecho de que la nación polaca, desgarrada y trágica, considere *Pan Tadeusz*, como la obra maestra de Mickiewicz, ese poema tan sereno, tan lleno de admiración infantil, comparable en este aspecto a los escritos del poeta metafísico inglés Thomas Traherne. Pero, ¿ cuál es la historia de este poema o novela en verso ? Mickiewicz se avergonzaba un poco de él, por haberlo escrito sólo por el placer de escribir. Abandonarse al placer de escribir, cuando el mundo arde, es imperdonable. Pero otro poeta que hubiese reconocido en el placer de escribir su aspiración suprema y la justificación de su existencia, ¿ sería capaz de tanto vigor e independencia ? He aquí una pregunta que permanece ajena a los partidarios de la poesía pura y, en general, del arte puro. No conocen este verso de la juventud de Mickiewicz, que dice : « Al que no ha tocado jamás la tierra, el cielo le está cerrado ». Es posible que sea insensato renunciar a la poesía, como lo hizo Mickiewicz, y más tarde Rimbaud. Pero, a pesar de que sólo un sortilegio que transformara al mundo hubiera podido satisfacer a Mickiewicz, éste fué aún capaz de escribir *Pan Tadeusz*, porque no tomó esta obra en serio.

Proyectemos a un personaje como Mickiewicz en el torbellino de los acontecimientos que se han desarrollado entre el año de su muerte, 1855, y hoy, y observemos el resultado : es como un laboratorio histórico. Se le atribuían todas las facetas posibles. Confieso que yo no comprendo cual es nuestra actitud en relación con el pasado. El procedimiento infame que consiste en cambiar el contenido de las enciclopedias, cuando se detenta el poder, reviste para mí un carácter simbólico ; y en mi fuero interno, me siento cómplice. Puesto que nosotros hemos descubierto que el pasado no es un objeto, una piedra que las generaciones sucesivas miran, sin que nada cambie en ella, lo que vemos ahora en el pasado no ha sido nunca visto por nadie, ni lo será jamás. Pues si, por ejemplo, una mirada lanzada hacia atrás por el hombre de 1900 ya se ha insertado en nuestra visión, nuestra mirada retrospectiva también se insertará en la visión de los hombres del porvenir. Tratamos de preservar la lealtad para con el pasado, de reconstruir la época de Mickiewicz, sin introducir en ella elementos extraños, tomados de nuestro tiempo. Pero el hecho mismo de que nosotros sepamos lo que ha ocurrido, después de 1855, altera las proporciones, atribuye a las ideas y a las palabras de las gentes del pasado un tono que les era desconocido. Existe evidentemente una diferencia entre el falseamiento confesado y el esfuerzo destinado a la comprensión, pero es una diferencia que procede de un instinto de decencia, y nada más, o nada menos.

Un crítico de Varsovia atacó, hace unas semanas, a un director de escena, por haber presentado « María Stuardo », de Schiller, como una persona demasiado bella y demasiado digna de la simpatía del público. La reina Isabel era quien tenía la

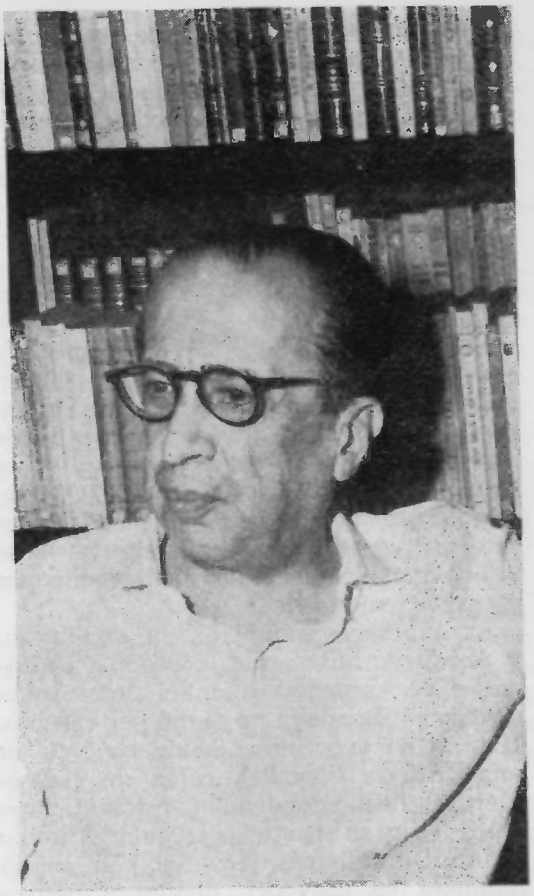
historia de su parte; sus navíos derrotaron a la Armada invencible española. En la lucha entre la corriente progresista y la corriente reaccionaria, la reina Isabel representaba el progreso, y el director de escena hubiera debido mostrarla espléndida y digna de simpatía. Paso por el absurdo sociológico de este razonamiento. Si se juzgan los factores económicos, la victoria inglesa no dependía de los monarcas. Pero no puedo tratar a la ligera este ejemplo. El hombre del pasado se halla despojado de todo su valor intrínseco, y utilizamos contra él nuestro saber y nuestra falta de saber, al mismo tiempo. De todas las contingencias de la historia, elegimos los hechos consumados que se ajustan a una proyección que, después de todo, es teleológica. Y nos deslizamos hacia esas estancias oscuras, donde centenares de escribas están ocupados en transcribir enciclopedias, según consignas variables. Pero este deslizamiento es imperceptible, y la tentación nos acecha a todos. La ciencia moderna conviene en que la intervención de nuestros instrumentos, al transformar el objeto de nuestro estudio, traza un límite a nuestro conocimiento. Adivino vagamente una relación entre este reconocimiento y la huida desesperada hacia la construcción consciente del pasado.

Habrá pocas figuras históricas que hayan sufrido tantos cambios de fortuna como Mickiewicz, después de su muerte. Me parece que el fracaso de su pensamiento político es completo. De su sueño de un socialismo cristiano no queda nada. La edad de la burocracia se burla de sus profecías de una revolución espontánea, que hubiera puesto al frente de los pueblos a los mensajeros de Dios. El ayudaba a cristalizarse al nacionalismo que debía hacer imposible su *Res Publica*, su patria de los polacos, de los judíos, de los lituanos, de los bielorusos y de los ucranianos. Su obra se halla ligada a la insurrección polaca de 1830, y constituye la base de la insurrección de 1863, esa empresa irresponsable provocada por las conmociones de la guerra de Crimea, y cuya consecuencia fué el acercamiento de Rusia y de Prusia, teniendo Sedán en el horizonte. Y es indudable que, de los dos partidos del siglo XX, era el Partido Socialista Polaco — difamado hoy en Polonia, como « reaccionario » — el que heredaba las esperanzas vagas y sentimentales de Mickiewicz, y no la socialdemocracia del reino de Polonia y Lituania, antepasado « oficial » del partido comunista. Si los monumentos de Varsovia se reunieran alguna vez, en una noche de otoño, para celebrar conversaciones amistosas, Mickiewicz encontraría al héroe de la época nueva, el bolchevique Félix Dziersynski, que pertenecía a la pequeña nobleza polaco-lituana, como él, y como él también, era poeta ; pero éste había preferido dejar otras huellas más duraderas en la historia de nuestro planeta.

Que se me perdone este juego de secuencias. No es más absurdo que el otro juego que se practica en Polonia. Mickiewicz aparece en él como progresista, para su tiempo, peregrino que en nuestros días ha encontrado, al fin, su tierra prometida. En esto hay un pequeño detalle que me inquieta. Es que casi ningún escritor de valor, después de muerto, está excluído del festín de los vivos coronados por la historia. De ahí la conclusión de que toda la literatura está de parte del progreso. Para ello le basta ser un hecho consumado, es decir, le basta con existir. El resto corresponde a los comentaristas ; y puesto que, en el pasado, todo se enlaza por la evolución o por el choque dialéctico de los contrarios, el único secreto para un escritor aún vivo es realizar su obra fuera del alcance del Ministerio de la Cultura. Es una conclusión inquietante. En todo caso, yo siento compasión por los que comentan en la actualidad *Pan Tadeusz* en Polonia. Este poema es el colmo de la literatura antipedagógica. Esos señores bondadosos, esos campesinos piadosos, esa beatitud de los glotones y de los borrachos, ese humor indulgente, ¿ cómo interpretarlos para que puedan edificar a la juventud ?

Se falsea a Mickiewicz. Sí, desde hace cien años. El ya se ha acostumbrado. Su poesía no sufre por ello. Y hasta me atrevería a opinar que ese falseamiento le es favorable. Cuando se tiene en la mano el texto y el comentario se adquiere una intuición nueva del pasado, gracias a la ley del contraste.

CZESLAW MILOSZ



Los 70 años de Manuel Bandeira

POR STEFAN BACIU

El 19 de abril de este año, Manuel Bandeira, el mayor de los poetas vivos del Brasil, va a cumplir setenta años. Es ésta, sin duda, una fecha de las más importantes para las letras de América, pues el poeta, que vive en Río de Janeiro, rodeado del cariño y del respeto de todos sus amigos y conciudadanos arriba a estos setenta años como a la coronación de una vida digna y limpia, durante la cual no contrajo compromiso alguno ni con los poderosos del día, ni con los partidos políticos o con los dictadores. Vivió y vive Manuel Bandeira como un verdadero hombre libre, lo que no es siempre fácil en un mundo que nos ofrece los ejemplos de Neruda y Guillén, que, a cambio del oro de Moscú, se transformaron en poetas de propaganda, sirviendo a aquello que, en una página de su libro de memorias, *Itinerario de Pasárgada* llama Bandeira « el bozal estético del Kremlin ».

A fin de conmemorar y divulgar dignamente este acontecimiento vamos, pues, a trazar en unas cuantas páginas el derrotero de la vida y de la obra de este Maestro, que, a pesar de sus setenta años, con-

siguió mantenerse joven, siempre curioso del hecho literario, no sólo como el mejor y más alto poeta de su tierra, sino, al mismo tiempo, como uno de los que más saben sobre lo que se hace en el dominio de la poesía en toda la América Latina.

*

Manuel Carneiro de Sousa Bandeira Filho (que tal es su nombre completo), nació en la ciudad de Recife (Pernambuco), en el norte del Brasil. Aprendió las primeras letras en la escuela de su ciudad natal, pero después se trasladó a Río, donde estudió en el Gimnasio Nacional, y se hizo bachiller en letras el año 1902. Cuando cursaba primer año de Politécnica — pues lo que él quería era ser arquitecto — se vió obligado a abandonar sus estudios por causa de enfermedad.

La tuberculosis minaba su organismo, y médicos hubo que concedían pocos meses de existencia a aquel desmedrado muchacho. Bandeira no se dió por vencido. Hizo un viaje a Suiza, donde vivió en un sanatorio de Clavadel, cerca de Davos-Platz, el mismo donde había estado tiempo antes el gran poeta portugués Antonio Nobre. Durante más de un año permaneció Bandeira en Clavadel, donde se perfeccionó en el idioma alemán y conoció (como cuenta en sus memorias) a un « guapo joven, de modales muy distinguidos », que se llamaba Paul Eugène Grindel. Pero más tarde este joven comenzó a firmar sus poemas con el seudónimo « Paul Eluard ». El contacto con Bandeira influyó de modo decisivo en la formación espiritual del joven Grindel, que en aquella época no escribía aún, sino que sólo coleccionaba libros de poesía. Varias veces, más tarde, volvió a hablar Eluard de la decisiva influencia que ejerció sobre él Bandeira con sus conversaciones y sus lecturas.

Al regresar al Brasil, Bandeira estaba curado y comenzó a llevar una vida matemáticamente cronometrada, distribuída entre su labor de poeta y su oficio de profesor, primero en el Colegio Don Pedro II, y después en la Facultad Nacional de Filosofía, donde regenta la cátedra de Literatura Hispanoamericana, a la par que hace también gran número de traducciones, no solamente de poesía sino vertiendo en lengua brasileña varias obras de los clásicos, entre ellos Schiller y Shakespeare, en una forma que cabe calificar de excepcional, dada su belleza y su carácter enteramente diferente de todo lo que hasta ahora se hizo en este dominio.

En 1940 entró Bandeira en la « Academia Brasileña de Letras », institución en la que los vanguardistas no habían penetrado todavía y que la presencia de nuestro poeta renovó, no tan sólo por su actuación en las diversas comisiones, sino por las batallas que entabló, consiguiendo el ingreso en aquel organismo de gran número de escritores auténticos, modernos, que honran a la Academia, sacudiéndole el polvo que la cubría, vitalizándola y dándole un sentido moderno sin el cual no merecería existir.

*

En todo lo que Bandeira hizo durante su vida, se afirmó siempre como un renovador, como un hombre que trajo algo de nuevo a las actividades en que impuso su presencia. Renovador en poesía, renovador en la escuela, renovador en el movimiento de las artes plásticas (como primer cronista de pintura moderna en el Brasil), renovador en el periodismo (el mejor y más fino cronista del país) ; en todo supo Manuel Bandeira marcar el sello de su singular personalidad.

Su primer libro de poemas, de nítida inspiración simbolista aún, salió a luz relativamente tarde : *A cinza das Horas* se publicó el 1917, cuando el poeta tenía ya 31 años de edad. A pesar de su acento simbolista, el libro enunciaba, en muchos de sus versos, algo que todavía no estaba presente en la poesía brasileña. El crítico Joao Ribeiro fué el primero que hizo esta observación, al saludar el libro de Bandeira como un acontecimiento diferente de todo lo que se acostumbraba a hacer en aquella época.

Poco tiempo después (1919) salió *Carnaval*, que actualmente se considera como el libro precursor del modernismo en el

Brasil. (Tenemos que poner de relieve, una vez más, que en el Brasil el término « modernismo » no corresponde al « modernismo » de los países de lengua española. Aquí, el modernismo equivale a la poesía llamada « vanguardista », y el modernismo hispanoamericano corresponde en el Brasil, al simbolismo.)

*

Cuando, en 1922, se celebró triunfalmente en São Paulo la « Semana de Arte Moderno », dirigida por Mario y Oswald de Andrade, Di Cavalcanti, Renald de Carvalho y algunos otros poetas, músicos y pintores, Bandeira se unió automática y orgánicamente al grupo, asumiendo, sin intención de hacerlo, la jefatura de la nueva escuela, que debía remover la vida intelectual del Brasil.

Después de un período de silencio y de madurez, produciendo siempre, pero sin publicar libros, Bandeira dió a la prensa las siguientes obras : *O ritmo disoluto* (1924) y *Libertinagem* (1930), a las que siguieron más tarde *Estrela da Manhã*, *Mafuá de Malungo* (Versos de circunstancia), *Opus* 10 y un volumen de *Poemas traduzidos*, en el que su arte de poeta se confirma en traducciones sin igual en la literatura del Continente.

Las poesías completas de Bandeira, publicadas hasta ahora en varias ediciones, se han transformado en un verdadero « best-seller » del mercado literario, y cada edición — aumentada con nuevos poemas — se agota con una rapidez que sólo conocieron hasta ahora algunas novelas o libros de la más palpitante actualidad.

Recientemente la Editorial José Olympio publicó la séptima edición de las *Poesías Completas*, en que, además de los títulos que hemos mencionado, encontramos la *Lira dos Cinqüentanos* y *Belo-Belo*. Fué, sin exageración alguna, una empresa feliz esta publicación, pues todo lo que el editor había previsto lo superó la realidad. En pocas semanas no quedó ni un ejemplar en las librerías, y así una edición sigue a la otra, mientras el poeta continúa produciendo, trabajando, traduciendo en su retiro, en la Esplanada do Castelo, en Río de Janeiro, a donde acuden no solamente poetas y escritores del Brasil, sino todos aquellos que llegan desde el extranjero animados por el deseo de conocer al más alto de los poetas contemporáneos de este país.

Un día es Luis Alberto Sánchez, otro día, Federico de Onís o Albert Béguin ; gentes de la Argentina o gentes de Méjico, que traen un abrazo para el maestro Manuel, de su grande y fraternal amigo don Alfonso Reyes. Si la poesía brasileña de hoy tiene una capital, ésta es la casa donde el poeta vive, rodeado de sus libros, tecleando su máquina, preparando su café, recibiendo a sus amigos, y dando todos los días una lección de bondad y de dignidad a este mundo de politiquería y componenda en que se vive actualmente en el Brasil.

Mucho se ha escrito hasta ahora sobre la poesía de Bandeira. Entre los poetas vivos del Brasil es él, sin duda, el más analizado y estudiado, como lo demuestra en su *Pequena Bibliografia Crítica da Literatura Brasileira* Otto Maria Carpeaux. Además de centenares y centenares de artículos y ensayos, muchos de los cuales fueron recogidos más tarde por sus autores en un volumen, se destaca entre estos estudios el titulado *Homenagem a Manuel Bandeira*, publicado en 1936 con ocasión de su cincuentenario, así como también un amplio ensayo de Adolfo Casais Monteiro, seguido de una *Antología*. Hay aún un estudio sobre una única poesía, escrito por el joven poeta Ledo Ivo y titulado *O preto no branco*.

Todos los críticos militantes del Brasil y de América Latina emitieron su opinión sobre la obra de Bandeira. Unos acertaron, otros, no. Unos dijeron cosas que deben tenerse en cuenta, mientras que otros nada aportaron a la interpretación de la obra *bandeirana*. En otros términos, queremos destacar tan sólo que la crítica cumplió con su deber, otorgando al autor de tantos grandes libros la atención que merece.

En una nota de aniversario como esta, que dista mucho de llegar a ser completa, sería difícil y fatigoso resumir o transcribir las opiniones de los demás. Al mismo tiempo, el excepcional ritmo de creación de Bandeira no nos permite trazar un ba-

lance, pues el poeta se encuentra en plena producción, pasmando a todos con su capacidad de trabajo, con su continua renovación, con su flexibilidad y con su deseo de perfeccionamiento, como si más de cuatro decenios de perfección no fuesen ya suficientes.

En el panorama político de América Latina, Manuel Bandeira se encuentra hoy aislado. Podemos, pues, hablar de la *Ilha Manuel Bandeira*, en la que se encuentra — como en uno de los más ricos paisajes — una variación excepcional, de la que resulta una unidad perfecta.

Detengámonos a examinar, y encontraremos en la poesía de Bandeira algo del « humour » de Luis Carlos López, algo de la capacidad imaginativa sin par de Jorge Carrera Andrade, algo del profundo pensamiento de Jorge Luis Borges, algo de la combatividad de Salomón de la Selva y, por encima de todo, el profundo sentido humano que sólo Bandeira posee. Pero, cuidado : a pesar de todo, nada de Luis Carlos López, el colombiano ; nada de Carrera Andrade, el ecuatoriano ; nada de Jorge Luis Borges, el argentino ; nada de Salomón de la Selva, el nicaragüense. Unica y exclusivamente, Manuel Bandeira, el brasileño, poeta entre los poetas, poeta humano y social, profundamente vivaz.

La *Ilha Manuel Bandeira* es, actualmente, la expresión más elevada de la literatura brasileña, en la que tenemos que señalar poetas de primera magnitud como Carlos Drummond de Andrade, Murilo Mendes, Augusto Federico Schmidt, Cassiano Ricardo y algunos otros, todos poetas desconocidos aún en Europa, y poco o mal conocidos en América.

Llegamos ahora a un punto en que cabe preguntar : ¿ Cuál es el mensaje de Manuel Bandeira, el poeta que sabe hacer poesía-« piada » mucho mejor que una docena de Jacques Prevert y, al mismo tiempo, escribe un soneto como el mejor de los artífices de alta clase, o traduce una poesía como tan sólo sabían hacerlo los románticos alemanes ? ¿ Cuál es el mensaje de este sabio que, haciendo y viviendo su poesía, halló tiempo para escribir las maravillosas *Crónicas da Provincia do Brasil*, las documentadas *Noçoes da Historia de Literatura*, obra imprescindible para todos aquellos que desean saber algo acerca de las letras hispanoamericanas, a los cuales está dedicado un substancial capítulo.

¿ Cuál es el mensaje de Manuel Bandeira a sus setenta años ?

Además de su bondad, que lo aproxima igualmente a sus coetáneos y a los nuevos, además de su sabiduría, que le permite dominar a todas las capillitas y grupitos, además de su rectitud moral, que le hace repudiar todos los sistemas totalitarios, además del arte que Bandeira acumuló en su obra entre 1917 y 1956, hay algo que únicamente podemos calificar de *genialidad sencilla y orgánica del poeta*, de este poeta filósofo y niño al mismo tiempo, incapaz de transigir, siempre presto a defender — con su poesía — el arte sin tachaduras y la dignidad de la poesía.

En uno de sus recientes poemas, traza Bandeira su autorretrato espiritual de la siguiente forma :

Quando a Indesejada das gentes chegar
(Nao sei se dura ou careável),
Talvez eu tenha medo.
Talvez sorría, ou diga :
— Alô, iniludível !
O meu dia foi bom, pode a noite descer.
(A noite com os seus sortilegios).
Encontrará lavrado o campo, a casa limpa,
A mesa posta,
Com cada coisa em seu lugar.

¡ Su día fué bueno, Manuel, y lo será aún, Bandeira, bandera de la poesía brasileña en América !

STEFAN BACIU

(Photo Lipnitzki)

ARTHUR HONEGGER

POR Y. GUILBERT

PARA el auditorio universal, que le conoció en vida, Honegger aparece como una figura singular de la música del siglo XX. No cesamos de lamentar que exista, hoy en día, cierto divorcio entre los compositores y el público. Pero en Arthur Honegger no ha influído este divorcio. Cuando aún no contaba treinta años, ya había conquistado la gloria con la ejecución de su obra, *El Rey David* (1921); y después, una serie de composiciones extraordinarias le ha convertido en el músico más popular de su época, capaz de emocionar el corazón de las masas y de interesar a la vez al círculo más restringido de los especialistas.

Para el gran público, Arthur Honegger seguirá siendo el creador de los vastos frescos sonoros que se llaman : *El Rey David, Judit, Juana en la Hoguera, Nicolás de Flue, la Danza de los Muertos,* de esas partituras musculosas y dinámicas, en las que el compositor ha sabido traducir « el ritmo salvaje, brusco, desordenado,

desesperado del rugby » o el « patetismo de un tren de trescientas toneladas, lanzado en plena noche a ciento veinte por hora ». En cuanto al músico, menos exclusivamente sensible al argumento, a la imagen, o a la expresión lírica, se ve seducido tanto por el modo de escribir de Honegger, sólida arquitectura, robusta y equilibrada, como por el vigor de sus ritmos, por la rudeza de su polifonía coral e instrumental, por la rica materia del primer y del tercer cuartetos, por la novedad prosódica de su *Antígona*, por todo lo que contienen de sustancia musical sus cinco sinfonías o esas páginas poco tocadas aún, como *Le Dit des Jeux du Monde*, que sin embargo produjo escándalo en 1918.

¿ Por qué milagro ha sabido Honegger conciliar el gusto de los unos y de los otros ? ¿ Cuál es el secreto de un éxito tan perfecto ?

El secreto de Honegger es haber permanecido siendo él mismo, libre en su creación, apartado de toda escuela ; es haber sabido rehusar todo dogmatismo y haberse mantenido fuera de todo academicismo o esnobismo ; es haber sabido resistir a las fáciles seducciones de la búsqueda estrictamente formal ; es no haber querido cortar brutalmente el hilo de la tradición musical y no haber rechazado el pasado, al mismo tiempo que se afirmaba vigorosamente en su época. En una palabra : el haberse dejado guiar siempre por las intuiciones de su genio, conservando la preocupación constante de dar la primacía a las resonancias humanas de la música, antes que a los problemas de técnica y de lenguaje.

*

El arte musical de nuestra época se ha visto fuertemente marcado por la reacción antirromántica de principios de siglo. Era normal que fuese así, después de las oleadas de lirismo del romanticismo expirante. Gritando : « ¡ Abajo Wagner ! », rompiendo lanzas contra lo que Strawinsky llamaba su « hojalatería heroica », denunciando los excesos del « expresionismo » musical, la música se quitaba con razón la marca de una época pasada, pero lo hizo con tal violencia, que estuvo a punto de saltar de un polo al otro, de un exceso a otro ; y pronto se franqueó el paso que conducía de un expresionismo condenado, a la concepción strawinskista, según la cual la música es impotente como medio de expresión. Partiendo de este postulado, era inevitable que ciertos músicos se sintieran más inclinados a preocuparse de los problemas de lenguaje musical, tanto más cuanto que el edificio tonal se derrumbaba bajo el impulso del cromatismo y del modalismo, y cada cual tenía el campo libre para hacer nuevas experiencias sonoras.

Honegger no ha permanecido insensible a esta evolución del lenguaje musical. Pero se ha negado a todo compromiso con tal o cual sistema de composición, ya que esto no es lo que le preocupa en primer lugar. Para él, el problema musical es un problema esencialmente humano, y al servicio de la expresión utilizará, sucesivamente, la tonalidad o la politonalidad, la atonalidad o la modalidad de las melodías populares, los ritmos sencillos o complejos, un número reducido de instrumentos o la orquesta en toda su plenitud. Por gusto propio prefiere las asociaciones disonantes. Pero como no pierde de vista el contacto con el público, escoge líneas melódicas o ritmos precisos, que se imponen al oído y que hacen pasar las disonancias sin asustar al auditor.

Se dice de Honegger que no ha sido un revolucionario de la música. Es cierto, en efecto, que no ha querido romper con el pasado, sino sencillamente añadir su piedra al edificio musical construído en el curso de las generaciones. Un día contestó a Jean Cocteau : « Me parece indispensable, para avanzar, estar sólidamente ligado a todo lo que nos ha precedido. No hay que romper el lazo de la tradición musical. Una rama separada del tronco muere pronto. Hay que ser el nuevo jugador del mismo juego, porque cambiar las reglas es destruir el juego y volver a llevarlo al punto de partida ».

Pero, mientras sigue el juego, Honegger participa en la evolución musical. En la hora del anti-impresionismo, cuando algunos predicaban la vuelta a la sencillez armónica, él estimaba, en cambio, que era posible servirse de las agregaciones verticales nuevas, salidas de la armonía impresionista, como base de vastas construcciones polifónicas, a la manera de Juan Sebastián Bach. En este aspecto fué un innovador y un constructor.

En el terreno de la prosodia musical, Arthur Honegger fué también un innovador. Con Debussy *(Pelléas et Mélisande)* y Ravel *(La hora española, Las historias naturales)*, Honegger figura entre los músicos que más han hecho para devolver al verbo su autonomía. Ya su *Antígona* revela la preocupación de una nueva acentuación que da a la frase un relieve impresionante. Todavía va más lejos con *Juana en la Hoguera*, al liberar totalmente la palabra de toda inflexión melódica, y mezclando tan hábilmente el canto y la palabra, que este oratorio representa sin duda el modelo perfecto de la colaboración entre el poema y la música.

*

Si, empleando un lenguaje musical que no hace ninguna concesión al público, Honegger ha podido tocar el corazón de las masas, es porque ha cargado su música de un poder expresivo muy grande. « Yo soy un romántico — dijo —, o más exactamente, un neorromántico. Quiero decir con esto que mi deseo esencial no es asombrar, ni siquiera encantar : es emocionar. Mi música no es en absoluto música *pura*, como tampoco la Biblia es un libro *puro*. Pero prefiero su impureza, y la mía, a la inocencia neoclásica, que raya a veces en la pobreza. Me horroriza la abstracción de que algunos músicos han abusado, desde hace una veintena de años ».

Puede decirse de Honegger que no ha traicionado nunca esta profesión de fe. En toda su obra hay un poder de emoción que no se encuentra solamente en los grandes oratorios que le han hecho célebre, sino hasta en las sinfonías, los movimientos sinfónicos y la música de cámara. Esta emoción toma su origen en la leyenda bíblica o en la historia, en la máquina o en el deporte, pero también en la fe religiosa. Honegger aparece como el músico de los grandes frescos sonoros, del dinamismo moderno, de la fe y de la esperanza.

En sus últimos años, torturado por una enfermedad cuyo término fatal conocía y esperaba, ha dejado pesar en su obra toda la tristeza del hombre, toda la desesperación de la condición humana. Pero, del mismo modo que ese coral luterano que, en su segunda sinfonía, estalla con la trompeta como un grito de alegría por encima de la polifonía de las cuerdas, la esperanza tiene la última palabra. Es el tema de la esperanza de *Juana en la Hoguera*, el que reaparece después de los sombríos acentos de su *Quinta sinfonía* ; y en el *Oratorio de Navidad*, su última obra, Arthur Honegger dirá adiós a la música con un canto de alegría, que se irá amortiguando poco a poco en la dulzura serena.

Y. GUILBERT

Se puede y se debe hablar al gran público sin concesiones, pero también sin oscuridad. ARTHUR HONEGGER

Los comisarios en el país de los yoguis

POR F. BONDY

ESPERO que no vais a sospechar que hay en nosotros la menor intención de propaganda. Nosotros consideramos que las convicciones son un asunto de conciencia, no sólo para cada pueblo, sino también para cada individuo. En nuestro país hay gentes que no son miembros del Partido comunista. »

Quien así habla es Nikita Kruchtchev, mejor dicho, es un pasaje del discurso que ha dirigido al Parlamento indio, en Nueva Delhi, el 21 de Noviembre y que fué leído por un intérprete. El mismo, y antes que él el mariscal Bulganin, se habían limitado a leer en ruso el prólogo y la conclusión de sus discursos. Para ilustrar aún mejor su aversión bien conocida a toda clase de propaganda, Kruchtchev declaró además : « Si os falta alguna cosa dirigios tranquilamente a nosotros. Estamos dispuestos a compartir con vosotros nuestro último bocado de pan ».

Promesa no vana por completo si recordamos que, incluso durante los períodos de gran hambre, la U. R. S. S. había exportado anteriormente importantes cantidades de trigo y su régimen está en condiciones de compartir con cualquiera — si el interés político y la caridad le impulsan a ello — el último bocado de pan de sus pueblos quienes, de todos modos, no serán consultados. Así, hace cuatro años, mientras una ayuda americana urgente a las Indias pasó por la criba en el Senado, donde se oyeron discursos muy descorteses — y mucho más conocidos en las Indias que el importe de la propia ayuda — la U. R. S. S. pudo hacer ofrecimientos generosos que su Soviet Supremo no discutió ni un instante. Y hoy día vemos que el régimen soviético y las Democracias populares someten su comercio exterior al servicio de una política concertada y que la pobreza, incluso de los países comunistas, se convierte en un arma, ya que tienen necesidad efectiva del algodón, del yute y del arroz, y pueden aliviar a los egipcios, a los indios y a los birmanos, mientras que América, con su superproducción agrícola, es más bien el competidor que el cliente de los países « infradesarrollados ».

Y sin embargo... Es preciso resignarse a creer que la propia generosidad rusa — interesada o no — tiene sus límites. Porque en 1951, cuando el Tío Sam planteaba dificultades, el Tío Jo había prometido el envío inmediato de 500.000 toneladas de trigo. Y esto si que era hablar. Pero aquellos que no siguen asiduamente la prensa económica especializada, ¿ supieron alguna vez que la U. R. S. S. finalmente envió menos de cien mil toneladas, porque la India no estaba en condiciones de proporcionar en cambio, en aquel momento, el yute que Rusia necesitaba justamente ? Durante aquel tiempo, los Estados Unidos habían

vendido o prestado a la India 1'8 millón de toneladas de trigo. ¿ Se sabe además que los Estados Unidos han concedido a las Indias alrededor de 300 millones de dólares desde el expresado año de 1951 ? Es evidentemente una bagatela comparada con ese « último bocado de pan » ofrecido por un viajante filántropo.

Pero a cada uno según sus posibilidades, como quiere la doctrina socialista, y es muy posible que, según este criterio, América no ha hecho bastante y Rusia hizo todo lo que podía. No subrayamos estas cifras para probar que entre la actitud americana y la soviética hay un abismo. El viaje de los dos personajes rusos sería una mala oportunidad para esta demostración. Porque los periodistas americanos han sido los primeros en darse cuenta de ello : los dos rusos se conducen como la caricatura de los senadores americanos cuando viajan, y más singularmente como americanos completamente seguros de su derecho, de su misión y de su mérito, tal como eran en la época de Teodoro Roosevelt y de su « cachiporra ». En su cabalgada de elefantes, en su afición a vestirse de maharajá, a hacerse aplicar en medio de la frente el punto rojo de la casta noble, a prodigar consejos de progreso y ofrecer su « know how », la competencia de sus peritos y el modelo de su economía, en sus promesas multiplicadas y en sus ataques contra las tradiciones colonialistas de la vieja Europa, ambos Comisarios han hablado en forma que muchos americanos no desautorizarían. Ha habido hasta las torpezas de « Kruche y Bulg » que recuerdan otras célebres « coladuras » del otro lado del Atlántico y que además provocan noticias, como si la competición pacífica de los dos mundos debiera en adelante encontrar su medida en el manejo de la torpeza. Así, después de las declaraciones de los dos rusos sobre el carácter indio de Goa, Mr. Dulles eplicó con un comunicado que parecía dar razón a los portugueses, cosa que hasta ahora no ha sido la posición americana en una querella en la que el gobierno de los Estados Unidos no es parte, pero en la que desea, por el contrario, ofrecer su arbitraje.

Este lado de provocación deseada — y, como se ve, a veces conseguida — no debe olvidarse, si queremos comprender el alcance de las declaraciones de Kruchtchev, que van siendo cada vez más brutales y exageradas en cada etapa de su periplo. Además es curioso observar que todo lo que podría ocurrir con una « torpeza irreparable » si fuera expresada por un occidental cualquiera, se arregla, por el contrario, muy bien si ésta sale de labios rusos. Entre iniciados, nos sonreímos de algunas manifestaciones de candidez, de astucia o de ignorancia, pero no nos ofendemos y persiste la simpatía. Como ha dicho en esta ocasión un diplomático desilusionado : « Una onza de promesas rusas cuenta más que una libra de promesas americanas». Y en el plano político, estos mismos pesos parecen impresionar distintamente la balanza de estos neutros. Muchos intelectuales americanos se imaginan que si su gobierno hiciera menos tonterías, hablase más bajo y con más humildad, y rindiera servicios sin sacarlos a colación, el antiamericanismo asiático desaparecería. Todos estos consejos de prudencia y de sagacidad son evidentemente buenos y merecen seguirse, pero no se ha dicho que esta virtud no encontrará más recompensa que ella misma. Porque, como acabamos de ver, unos jefes soviéticos pueden triunfar cometiendo torpezas, galleando, hablando en voz alta y tocando el bombo.

Los dos viajeros que acaban de ser recibidos en las Indias — festejados por multitudes más numerosa que las que Gandhi y Nehru hayan logrado jamás reunir, se dice que fueron dos millones en Calcuta, un millón en Nueva Delhi —, esos dos viajeros, el barbudo y la « cara de manzana » (citando periódicos indios) parecen estar convencidos que tan sólo ellos, entre los occidentales, saben hablar a los asiáticos y son comprendidos por éstos. « Nosotros somos más asiáticos que europeos » ha dicho Kruchtchev, y lo cierto es que no se traga un bocado tan grande de Asia sin ser conquistado un poco por ella.

Pero, de hecho, se presentaban a la masa más pobre del mundo y a los intelectuales sin carrera como asiáticos occidentalizados, como la encarnación del progreso « a la Occidental », como los guías de un pueblo también asiático, retrasado e « infradesa-

rrollado », que ha conseguido avanzar hasta llegar a ser la segunda potencia industrial del mundo, a dar trabajo a todos (y qué importa si a veces es el trabajo forzado) y abierto camino a una amplia « intelligentsia » técnica (formada actualmente a un ritmo más rápido que en ningún país de Occidente). América está demasiado alejada, es demasiado distinta, demasiado rica, sobre todo, para servir de ejemplo. La Union Soviética y la China ; he aquí modelos accesibles, he aquí el progreso partiendo de la pobreza, las industrias partiendo casi de la nada o de la nada, el esfuerzo colectivo y — palabra mística — ¡ el Plan ! Los rusos, son exactamente la clase de americanos que, en rigor, los indios podrían llegar a ser. Y no es, por consiguiente, su asiatismo algo tosco y culturalmente muy por debajo del nivel de los grandes intelectuales indios, sino, por el contrario, su americanismo de primera generación vulgar y robusta que, aún repugnando a algunos, atrae a las masas.

¿ Pero será posible que la receta rusa sea tan poco aplicable a las Indias comó la fórmula americana ? Cuando el 28 de noviembre Kruchtchev habló en Madrás de la industrialización rusa e invitó a sus oyentes a seguir este ejemplo maravilloso, Prakasar, gobernador del Estado de Madrás, contestó que la India superpoblada era un país de artesanos y que la industria, que economizaba mano de obra, creaba con frecuencia un paro suplementario e irremediable. Además, Kruchtchev se había insinuado en Madrás acerca del « trabajo de esclavos de los tiempos antiguos » visitando los monumentos y los templos — creyendo, sin duda, encontrar preparado un canal sobre el Mar Blanco — y Pakasar le contestó : « Nada de eso. Estas obras han sido construídas por artistas y obreros que pusieron en ellas toda su afición y toda su alma ».

Provocación concertada, habíamos dicho, de la mayor parte de los discursos de Kruchtchev. ¿ Provocación con respecto a Nehru ? Esto habría sido corresponder mal a la acogida tan cuidadosamente organizada por Nehru, que había anticipado dos días la apertura de las escuelas con objeto de disponer de gran cantidad de niños para tremolar banderas, gritar consignas y arrojar flores y guirnaldas. (Estos niños serán, un día, electores. Nehru, que dirigió personalmente y con buen éxito la campaña electoral del Andhra contra los comunistas ¿ ha pensado en esto ?). El Pandit Jahaharlal, tan ligado a Inglaterra y al Commonwealth y que acababa de recibir amistosamente al ministro canadiense Pearson, ha podido verse apurado por vehementes salidas antibritánicas que transformaban las tribunas oficiales de un país neutro en tabladillo para discursos políticos tendenciosos y en tribunal para condenar a países hacia los cuales la India, a pesar de su pasado colonial, conserva mucho afecto.

Pero la « provocación » no iba contra Nehru. Al contrario, ofreciéndole Goa y Cachemira — pequeño anticipo no muy costoso sobre el « último bocado de pan » — los dos visitantes han proporcionado la ocasión a Nehru para volverse al Occidente y preguntar : « ¿ Quién da más ? ». No, la provocación era, a su modo, la continuación de la « política de la sonrisa », sólo que esta vez se trataba sencillamente de hacer sonreír a la humanidad de Bandung, a los millones de hombres detrás del « telón de color » (como le denomina Richard Wright), y para obtener esta sonrisa afroasiática ¿ qué importaba hacer rechinar los dientes a los occidentales ?

¿ Existía además la intención de hacerse « desinvitar » por el Gobierno de Su Majestad, para poder evitar ese viaje a Londres que, políticamente, no promete nada después de la tiesura de Ginebra ? Una anulación de la visita — como preconiza Sir Winston Churchill — hubiera permitido, una vez más, probar « a las masas » quién de los rivales está dispuesto a molestarse y a hablar y quién teme los encuentros y las discusiones. También Sir Anthony Eden ha declarado prudentemente que « este país, con su vasta inteligencia democrática, puede hacer frente a cualquier incidente creado por cualquier frase de cualquier visitante ». Es seguro que « Khruche y Bulg » encontrarán en Londres, al igual que en Nueva Delhi, un recibimiento espontáneo y aún quizás más alegre.

¿Por qué censura la « Pradva » los conceptos expresados por Khruchtchev en Rangon sobre los ingleses, de que siempre han considerado a los birmanos « como salvajes y bárbaros », conceptos reproducidos por el « Rude Pravo » de Praga, así como por sus colegas occidentales ? La « Pradva » pone estas palabras en boca de un ministro birmano, pero quienquiera que haya tenido el honor de entrevistarse con ministros birmanos (tuve esa suerte hace tres años) debería saber que aquellos conceptos, en sus bocas, eran inverosímiles y que, por el contrario, llevan el sello de un « khruchtchevismo » auténtico e inimitable.

¿ Había una doble maniobra ? Insultar a los ingleses y acusarles a continuación de deformar las palabras y tener mala fe ? Es también posible. Pero un periodista inglés, tan listo como Philip Deaneade, del *Observer*, que siguió a la delegación rusa de cerca, dice estar convencido de que hay en Khruchtchev — ese hijo de pastor que aprendió a leer en edad adulta y debe a la Revolución su a censo a la cumbre — un orgullo real de advenedizo y de « selfmade man », una certidumbre ingenua y vigorosa de estar siempre en lo cierto, de representar una civilización superior, un régimen que resolverá todos los problemas, mientras que los demá regímenes están condenados por la Historia a pudrirse y a morir. Khruchtchev todo lo decide con autoridad. Es hablador y expansivo, como Stalin era cauteloso y secreto, pero hay en él cierta fuerza primaria que no hay que subestimar. Incluso su tranquila ignorancia de todo lo que, de la Historia humana, no se encuentra en os pocos textos de vulgarización marxista que conoce, puede representar un elemento de confianza en sí mismo, no despreciable.

Los comisarios rusos no han jugado, con los yoghis, la carta del comunismo indígena, ni la conquista de las masas ; por el contrario, probablemente no estaba previsto el júbilo de las masas que se entregaban espectacularmente, ya que en Calcuta aquéllas obligaron a los huéspedes, con su efusión, a refugiarse en un coche de la policía. Estos más bien ponían la mira en dos tipos de hombres : los « grandes intelectuales », alrededor del Pandit Nehru, que todavía dominan la India. Se sabe que Nehru quedó asombrado en Moscú de la ignorancia soviética del mundo exterior y que está conv ncido de a necesidad de favorecer odo aquello que pueda educar a los jefes rusos y hacerle conoce mejor la realidad. Su esfuerzo de educación es mucho más discreto que el adoctrinamiento de los vulgarizadores ambulantes. Y no se sabe cual de estos dos esfuerzos, para ensanchar el horizonte del otro, dará finalmente su frutos.

No obstante, hay algo más que la estrategia mundial en esa afición a os largos desplazamiento de estos infatigables viajeros que, en vida de Stalin, tenían an pocas ocasiones de franquear su propio telón de acero. Hay asimismo — por lo meno es una hipótesis plausible — el deseo de llevar a Moscú el prestigio de un viaje triunfal que, en los conflicto internos de los hombres y de las fracciones, pueda realizar su función. La India, en la que ni los zares ni Stalin habían pue to los pies, es de de tiempo inmemorial el lugar al que los jefes gloriosos y los héroes legendarios van a buscar su consagración final. No habrá regateado su triunfo a los dos viajeros.

Regresan a un país en el que no representan un mito lejano y exaltado, sino una realidad prosaica y burocrática. No es a los bálticos a quienes irán a decir que el colonialismo es la vergüenza del siglo y que la Historia lo barrerá. Y la masa rusa, que saben mantener a distancia, no ve necesariamente unos hijos del pueblo en estos dos antiguos obreros de Siemens, sino a los « natchalnik », los amos en que se han convertido.

Nehru habrá podido envidiarles su triunfo en las Indias, pero ellos habrán quizás envidiado a Nehru, paseándose en Moscú rodeado de la simpatía espontánea que suscitaba esa hermosa e inacostumbrada figura de hombre libre. Los comisarios estaban más seguros, a la vez, del carácter espontáneo del recibimiento de un pueblo y de su propia seguridad en el país de los yoghis, que lo están en la patria de los comisarios.

F. BONDY

CARLOS DE BARAIBAR

La influencia comunista en el Próximo y Medio Oriente

Durante cinco semanas hemos permanecido en El Cairo, procurando analizar la situación actual en el Oriente Próximo y Medio desde este importante observatorio, cuyas perspectivas tanto difieren de las que se pueden captar desde París, Nueva York o Londres. En verdad, no es mucho tiempo para ahondar suficientemente en la maraña de los problemas mundiales, regionales y locales que se entrecruzan aquí. Pero treinta años de atenta observación del submundo araboislámico, principalmente, y varios de residencia en él, nos han permitido, al menos, no sólo ejercitarnos en la interpretación del medio sino la creación de amistades que facilitan notoriamente la misión informativa. Vamos a tratar de resumir, pues, nuestras impresiones al respecto.

En 1949, después de cerca de tres años de residencia en El Cairo, retornamos a Chile llenos de esperanzas en la rápida evolución progresiva del Oriente Próximo y Medio, dentro del marco de una leal y estrecha amistad de sus pueblos con los occidentales. Espectacularmente precipitada en aquel período la liquidación del colonialismo europeo, era lógico imaginar que el proceso se perfeccionaría en breve, coronándose satisfactoriamente con la creación de un sistema de leales y fructíferas relaciones entre las nuevas naciones aludidas, y las potencias occidentales. Sólo un negro nubarrón ensombrecía entonces el horizonte inmediato perceptible desde El Cairo : las relaciones entre el Estado de Israel y los integrantes de la Liga de los Estados Arabes. Pero ¿ cómo podría suponerse que tal discordia se eternizaría en el inestable equilibrio del « ni paz ni guerra », sin otro denominador común que el mutuo rencor contra los occidentales ? Con todo, ¡ si no hubiera más motivos de desilusión e inquietud en la región que la amenaza de otra guerra entre Israel y los árabes, y su común reacción antioccidental ! Porque ¿ cómo no comprender que la universal presencia soviética — cada día más perceptible en la zona — agudiza hasta la angustia el problema capital de sus relaciones con el mundo occidental, obligando al inmediato arbitrio de soluciones justas, que garanticen en ella la paz, la seguridad y el progreso económico y social ? Sin embargo, el espectáculo no puede ser más decepcionante. Pues si, por ejemplo, árabes e israelíes pueden ser culpados de ofuscamiento en problema que, al fin y al cabo, es decisivo para su porvenir, ¿ qué decir de los « grandes » occidentales, incapaces de coordinar una política a la altura de la significación de sus ideologías, y de las exigencias y posibilidades de la técnica que han creado, disputándose, en cambio, yacimientos y mercados, o regateando insensatamente lo que saben que acabarán por ceder y que ya han dado en tantas partes ?

*

El factor más influyente en la inquietud que nos domina al fin de nuestra nueva estada en El Cairo, es la comprobación del progreso de la influencia soviética en la región. Es más preciso que nunca hablar claro y decir lo que muchos callan, atenúan o no perciben. Al fin de la pasada década del siglo, no había más peligro comunista en el Próximo y el Medio Oriente que el de las escasas células de sus valerosos militantes, acosados por todas las policías, casi siempre fuera de la ley y virtualmente asfixiados por la religiosidad del medio, tanto en el Occidente y el Oriente árabe como en Irán, India,

Ceilán o Birmania. Los Estados Unidos constituían una esperanza — quizás excesiva e irracional —, para todos y cada uno. Gran Bretaña había recuperado no poca consideración con su oportuna liberación de India, Birmania y Ceilán. La posición francesa, no tan importante para los fines mundiales, era la menos favorecida, a causa de no haber liberado a tiempo Siria y el Líbano — ni Indochina, después — y de la incipiente adquisición de conciencia nacional activa por parte de los países del Maghreb.

Hoy, por lo que atañe a la zona que circunda a el Cairo, la situación está completamente invertida. Norteamérica ha dejado de ser una esperanza, para convertirse en el rico banquero al que tal vez sea dado explotar, pero recelando de sus posibles veleidades imperialistas en el terreno económico, incluso cuando ofrece y aun cuando da, con generosidad sin precedentes. Gran Bretaña ha vuelto a ser « la pérfida Albión » para la gran mayoría. Y sólo Francia ha recuperado visiblemente simpatías al seguir trabajando denodadamente por su cultura, sin ambiciones políticas de vuelo. ¿ Esto quiere decir que Egipto — más occidental de lo que se cree, como todo el Norte de Africa — y el resto del conglomerado araboislámico rechazan definitivamente la amistad occidental, para volverse hacia el Oriente moscovita ? En manera alguna. Nunca han sido mejores las relaciones con Italia y Grecia, incubadoras de las viejas esencias de la civilización occidental, pero hoy sin vocación de imperio. Ni con España, aunque nos duela esto último en cuanto al régimen que se ha aprovechado de ello, transformando en huero idilio — sometido ahora a dura y definitiva prueba — la historia de las relaciones hispanomarroquíes, tantas veces torpemente ensangrentadas por los caudillos militares de Madrid. Los generalmente rechazados — y aun odiados — son los « grandes »...

Si el cambio ha sido tan notorio en cuanto a los sentimientos hacia las potencias mayores de Occidente, ¿ qué ha pasado con los soviéticos ? En 1950, en Egipto, las células comunistas trabajaban dramáticamente en las sombras y apenas si podía circular su propaganda. Desde luego, la infiltración en la Universidad, más aún que en los pseudo-sindicatos de la época y en el Ejército, tenía cierta consideración. Pero hoy el diplomático más popular, y tal vez más influyente en El Cairo es el embajador de la U. R. S. S. Las exposiciones permanentes de las industrias del bloque soviético ocupan varios de los más céntricos y vistosos locales comerciales cairotas. Las exposiciones artísticas, conferencias y demás actos « culturales » de la Unión Soviética y sus satélites, se multiplican. Docenas y docenas de sus diplomáticos, agentes comerciales, culturales y de otras clases ocupan grandes inmuebles enteros. Las relaciones comerciales se amplían incluso al suministro de armas. Y sobre Egipto, como sobre otros países de la región, llueven las ofertas de cooperación económica y financiera, a veces con las más seductoras apariencias y de insólito volumen, como en el caso de la gigantesca empresa hidráulica de Assuán.

Como es lógico, he discutido ampliamente la cuestión de la penetración de la influencia comunista en Egipto —y, en general, en el Oriente árabe — con amigos bien situados y de buena fe, por lo común musulmanes practicantes. Casi siempre he encontrado la misma respuesta ingenua, típica de los desconocedores de la portentosa capacidad de penetración y corrupción de los agentes de Moscú. A su juicio, no hay peligro alguno, por dos razones esenciales. La primera, porque el país, en bloque, está protegido contra una ideología atea y colectivista, por su acendrada religiosidad y su individualismo, que en el campesino se traduce en el afán desesperado de poseer un minúsculo pedazo de tierra, y justamente en el mismo paisaje en que multicentenariamente se desarrolló su familia.

La segunda de las razones aducidas puede tener más peso, si responde a una realidad y no a un propósito o un sueño. Los amigos aludidos, en efecto, nos dicen que ahora hay menos peligro efectivo de contaminación que antes, porque los comunistas sufren el impacto de la lucha emprendida por el nuevo régimen contra la miseria y en pro de la justicia social. La elevación del nivel de vida general, la organización de sindicatos y el desarrollo

cultural, acabarán — nos aseguran — con las circunstancias materiales que zapaban la supuesta inmunidad básica del país — por su religiosidad e idiosincrasia — frente a la penetración comunista. Sin embargo, una parte de los consultados nos ha asegurado que la influencia comunista es cada día mayor en Egipto y en el Oriente Medio.

*

Por desgracia, esto es lo que hemos comprobado personalmente. Basta pasear por las calles y hojear la prensa para comprobar, de un lado, el desborde de una propaganda que si no es comunista doctrinaria sí es de constante exaltación de los valores de la U. R. S. S. y sus satélites. Junto a ello, el denigramiento de los anglosajones acaba de crear el clima francamente antioccidental que hoy predomina aquí.

A decir verdad, casi siempre los reproches y acusaciones tienen justificación, porque si las culpas del imperialismo occidental fueron antes fenomenales, aún continúan siendo graves. Y de nada sirve que las intrínsecamente autóctonas sean tan grandes o más, ni la realidad de que en modo alguno encontraría el Oriente Próximo y Medio lo que busca si la U. R. S. S. acabara imponiéndose en él y en el mundo entero. Estos razonamientos, efectivamente, no sirven para serenar — ni, menos, para contentar — a quienes tienen hambre de libertad, justicia y pan. Por lo mismo, son los « grandes » occidentales quienes tienen que hacer frente a la situación tal como en realidad se presenta, respondiendo al desafío de Moscú en el mismo terreno en que se plantea ahora aquí y, en puridad, en todos los países subdesarrollados, es decir, probando su voluntad y capacidad de acción para elevar su nivel de vida.

La influencia comunista es palpable en Egipto, incluso en la presencia de sus modalidades típicas en la propia obra de los gobernantes, que en manera alguna pueden ser tildados de prosoviéticos. Hemos visitado los inicios de la colosal tarea planeada por el actual gobierno egipcio para elevar el nivel de vida en el campo, y para arrancar una nueva y fértil provincia a la abrumadora presencia del desierto, cuyo estéril predominio reduce a 32.000 kilómetros cuadrados las tierras verdaderamente cultivables para alimentar a cerca de veinte millones de habitantes. Por ejemplo, en las nuevas unidades rurales que se pretende crear para cada 15 o 20.000 campesinos, con un costo que parece oscilará entre 45 y 60.000 libras egipcias, no pocas cosas evocan lo que debe ser el « agroville » de Khrutchev, independientemente de la planificación rígida, sin duda indispensable en este caso. Desde luego, no aludimos a los aspectos humanos de la obra, sino a las técnicas de su propaganda obsesiva, a base de la multiplicación de estadísticas, periódicos murales, consignas permanentemente radiadas, etc.

Con unas modalidades u otras, ésta es la que predomina en todo el Oriente Próximo y Medio : la de vivir una etapa de transición, acerca de cuyas formas últimas aún no puede asegurarse nada. Todo dependerá de la posibilidad de elevar el nivel medio de vida, lamentablemente bajo en cada país, menos en la brillante excepción que cultural y económicamente representa el Líbano. Y luego, del deseo y el acierto de establecer formas de efectiva democracia — que no tienen que ser forzosamente calcadas en las occidentales —, sin lo cual el bienestar relativo no irá acompañado de la dignidad postulada al proclamar la guerra santa — y justa... — contra los imperialismos. A nuestro modo de ver, la doble empresa, erizada de dificultades, sólo podrá coronarse en una estrecha inteligencia con el mundo occidental, y en modo alguno con el soviético. Pero la efectiva y leal cooperación a que aludimos está más lejos de su cristalización que en la etapa inmediatamente anterior. Occidente ha perdido unos cuantos años en estériles forcejeos y maniobras. Y, al presente, el Kremlin ha tomado posiciones que dificultarán mucho más la empresa.

Porque si la influencia soviética predominara decisivamente en el Asia todavía libre de ella y se extendiera gradualmente por el Norte de Africa, ¿ cómo salvar a la Europa libre y a nuestra civilización ?

CARLOS DE BARAIBAR

La unidad sindical en los Estados Unidos

POR MICHEL COLLINET

En su célebre libro *De la democracia en América*, escrito hacia 1830, Tocqueville decía de los americanos que « su gran ventaja era haber llegado a la democracia sin haber sufrido revoluciones democráticas y haber nacido iguales en lugar de llegar a serlo ». Ciertamente los Estados Unidos han tenido que sostener una guerra terrible para liquidar la esclavitud de los negros, de lo cual quedan todavía secuelas en ciertas poblaciones del Sur ; pero no han conocido esa lucha agotadora de cerca de un siglo en la que la clase obrera francesa ha perdido su sangre y acumulado desengaños y odios. El movimiento obrero americano nació con la independencia, agrupando oficios aislados mucho tiempo antes del advenimiento de la era industrial ; nació en una nación que admitía la coalición obrera, cuando en Francia, y en todos los Estados del Continente europeo, era furiosamente reprimida.

Cuando se establece el sufragio universal (1828) las federaciones sindicales e incluso los partidos obreros luchan ya por « la igualdad de suerte y la igualdad de educación », es decir por un verdadero liberalismo no viciado por esos privilegios que perpetúan las relaciones feudales en el seno de las libertades burguesas europeas. Entonces los sindicatos pudieron apoyarse sobre el presidente Andrew Jackson, hostil a los monopolios bancarios o comerciales, como lo harán en el siglo XX con Franklin D. Roosevelt.

Como en Europa, los sindicatos americanos de mediados del siglo XIX estuvieron constituídos, exclusivamente, sobre la solidaridad del oficio, por obreros altamente calificados. En Europa los sindicatos debían proteger a sus miembros contra la presión demográfica que ocasionaba un exceso de mano de obra, todavía aumentado por el éxodo rural y el desarraigo de los artesanos independientes. En América tenían que hacer frente a una alternativa de flujo y reflujo ; de un lado los inmigrantes que llegan cada decenio por millones, entre los que se mezclaban proscritos políticos, obreros y artífices idóneos, pero también masas hambrientas de Irlanda y de Italia, dispuestas a trabajar por cualquier jornal ; de otro lado la huída hacia el Oeste, hacia la tierra libre o hacia el oro, de los más valientes o de los más ambiciosos. Añadamos a esto el vivo crecimiento industrial a partir del año 1830, todavía acentuado por la guerra de secesión y por los azarosos días que la siguieron.

En una sociedad tan flúida, en la que se renuevan constantemente no sólo los hombres sino también las cosas, había poca base sobre la que edificar una organización duradera ; y un sindicato tiene necesidad de tal base ; para que la solidaridad no sea allí una simple fórmula, le es pre-

ciso conservar a sus adheridos, acumular sus cotizaciones para la caja de huelga o para la asistencia mutua.

A las serias razones que tenían los sindicatos europeos para edificarse sobre los comunes intereses del oficio, se añadían aún en los Estados Unidos, razones todavía más imperiosas, provocadas por la extrema movilidad de la sociedad americana. Más todavía que en Europa, el sindicato era allí un órgano de conservación de lo que se podría llamar los privilegios relativos a la profesión y que no carece de parentesco histórico con los privilegios municipales que la burguesía medieval arrancaba a los señores y reyes. De ahí también cierto carácter maltusiano que se puede resumir en esta frase : hacer el trabajo raro y como consecuencia caro, disminuir la demanda para aumentar la oferta, y, alcanzada esta finalidad, adquirir para el sindicato una situación de monopolio sobre el mercado del trabajo. En estas condiciones había poco lugar para una ideología revolucionaria y romántica que, excluyendo por anticipado la selección de la mano de obra, no descansa en último término más que sobre la creencia mística de la acción de las masas.

Incluso una simple acción política, desbordando el cuadro corporativo, debía repugnar a estos sindicatos que hacían de la protección del oficio el fin próximo y remoto de sus actividades. Samuel Gompers, fundador y, hasta su muerte, presidente de la American Federation Labor (A. F. L.) debía encarnar este sentido profesional, hipóstasis del espíritu de clase, hostil a toda intervención del Estado, desconfiado ante las místicas revolucionarias, capaz, en definitiva, de mantener la organización obrera, a través de los desastres de la tumultuosa historia social de los Estados Unidos.

Nada más patético, en los años 1880, en que se forja la potencia industrial americana, que la lucha de la A. F. L. contra su rival los « Knigths of Labor ». Esta es la antítesis dinámica de los sindicatos de oficio de la A. F. L. Nacida alrededor de 1880 como sociedad secreta, con ritos de iniciación heredados de las corporaciones medievales, la organización de los « Caballeros del Trabajo » aspira a la solidaridad universal de las masas que sufren. « Nosotros no hacemos ninguna distinción de oficio, sexo, creencias, color o nacionalidad », consigna la sociedad en su carta de 1874. Sus efectivos se aproximan al millón hacia 1886 ; sus fines son la creación de una sociedad cooperativa en la que se vuelven a encontrar las ideas de Robert Owen y de Proudhon. Tan vastos proyectos, un impulso tan elevado desembocan en un derrumbamiento irremediable. Una sociedad flúida no permite la cristalización de una mística muy tenue para resistir a la formidable presión de un capitalismo gigantesco que ofrece a las masas desheredadas del mundo entero, no un paraíso de justicia, sino simplemente un salario y un techo para cobijarse.

En 1890, el ideal de los « Caballeros del Trabajo » era tan utópico como la gran « Trades Union » de Robert Owen ; en 1938 la organización de los obreros no calificados es una realidad. Eso significa que « la quimera y no la sustancia estaba sofocada » (Carlyle). ¿ Cuáles son las causas de ello ? La primera es, a partir de 1920, la suspensión de la inmigración ; la segunda es que la evasión hacia los campos del Oeste no solamente llega a ser imposible, sino que desde el comienzo del siglo es reemplazada por un reflujo del campo a la ciudad ; en fin, la tercera causa decisiva se cifra en la profunda crisis de 1929-33, con su cortejo de quiebras y paro, —¡ 13 millones de obreros sin trabajo ! —. El capitalismo industrial pierde su aureola de potencia invencible y de progreso continuo en el cuadro del Estado liberal. La lucha individual por la vida, que transforma en selva la sociedad, retrocede ante la comunidad de un destino siniestro. Roosevelt es la expresión política de este nuevo sentimiento. Los códigos del N. R. A. y sobre todo, dos años después, la Ley Wagner, hacen oficiales los Sindicatos, obligan a los empresarios a concertar con ellos convenciones colectivas y protegen a los sindicatos contra toda represalia patronal.

La vieja A. F. L. no supo entonces adaptar su tradicional estructura profesional a la necesidad de reunir a las masas desorganizadas de las fábricas gigantes. La

ruptura sobreviene en 1936, cuando nacen sindicatos de industria que agrupan a la mano de obra y a los profesionales. Por medio de inmensas huelgas con « sit down », es decir, con la ocupación de las fábricas, los nuevos sindicatos reunidos en el « Congress of industrias organisations » (C.I.O.), arrancan las convenciones colectivas más avanzadas del globo, instauran la adhesión obligatoria para el « closed shop » o el « union shop ».

A esta creación sindical le ha faltado la simpatía activa del gobierno federal, pero para durar le es preciso el apoyo de la opinión pública. Una huelga que englobe a un millón de obreros lleva rápidamente a una catástrofe nacional, que afecta al pueblo entero tanto como a los poderes públicos. La ley Taft-Hartley ha intentado hacer imposibles las huelgas, multiplicando sus trabas ; pensaba destruir así el prestigio de los sindicatos. Su fracaso es total. El sentido político de los dirigentes sindicales ha sabido utilizar las restricciones de la ley para hacer de cada conflicto un asunto nacional. Les ha bastado generalmente, con arreglo a un proverbio conocido, « mostrar la fuerza obrera para no tener que emplearla », a fin de obtener convenciones de las cuales algunas, como las que garantizan un salario anual, revolucionan las relaciones entre el trabajo y el capital.

La A. F. L. ha combatido siempre enérgicamente al comunismo ; se negó en 1945 a adherirse a la F. S. M. que estaba intervenida por los sindicatos soviéticos. El C. I. O. primeramente infiltrado de comunistas que habían tomado la dirección de importantes sindicatos, los ha expulsado definitivamente hace seis años. En la coyuntura internacional, la A. F. L. y el C. I. O. han sostenido activamente la política de defensa occidental y de resistencia a la expansión comunista. Sobre este terreno, estos últimos años, no había desacuerdo alguno entre las dos agrupaciones. En sus estructuras, también las diferencias se atenuaban, industrializándose la A. F. L. y creando sub-secciones profesionales el C. I. O. No quedaba finalmente entre ambas centrales más que un espíritu de competencia, alimentado por cuestiones de prestigio personal. Prácticamente se habían repartido grandes sectores del trabajo, pero en regiones o industrias marginales, especialmente en el Sur, sus conflictos jurisdiccionales eran nefastos y hacían el juego a los empresarios más reaccionarios.

Hoy la unidad entre la A. F. L. y el C. I. O. es cosa hecha ; una sola organización engloba a dieciséis millones de adheridos, pero aún queda « tela cortada » para organizar a los otros treinta millones de asalariados americanos. El esfuerzo común deberá ser continuado en el Sur, donde las nuevas industrias, que emplean a muchos negros, desconocen los sindicatos y sobre todo con respecto a las clases medias, los « white collars » de las ciudades, en número de 21 millones. El sindicalismo americano ha dado ya pruebas de grandes cualidades estratégicas. No cabe duda que sabrá adaptarse a estos nuevos medios.

El A. F. L.-C. I. O. es el más fuerte baluarte de las libertades democráticas en el mundo : en primer lugar por su ejemplo, contribuyendo a hacer del obrero americano el trabajador mejor pagado y ya manumitido de la condición de proletario que en otras partes es frecuentemente la suerte común de la clase obrera ; después por su acción, interviniendo en todas partes para atrancar el camino a la esclavitud comunista, devolviendo la esperanza a las masas desorientadas.

Los hombres libres no pueden por menos de regocijarse de este acontecimiento de importancia considerable, tanto para la evolución ulterior de la sociedad americana como para el porvenir de la democracia mundial.

MICHEL COLLINET

China en la fase stalinista

POR WALTER LAQUEUR

Cuando Pietro Nenni regresó hace poco de una visita a Oriente, fué interrogado por un corresponsal del *Times*, de Londres, y el informe que dió, no es preciso insistir en ello, fué muy favorable. Pero, dice el periodista : « Cuando mencioné China, brillaron verdaderamente sus ojos. China — afirmó Nenni —, es algo distinto : idealismo, apoyo voluntario de las masas al régimen, revolución basada en la unanimidad ». En el curso de los últimos años, varios visitantes occidentales, que no siempre eran comunistas, ni simpatizantes, han expuesto sus impresiones de manera análoga. En China, no hay terror, ni purgas — decían —. Muchos de estos visitantes no habían conocido China antes, ni dominaban la lengua y, por consiguiente, se hallaban separados por una barrera infranqueable que les impedía darse cuenta exacta de la situación. Otros viajeros que han observado más directamente la escena china, han traído una visión más sombría. Los observadores que han seguido de cerca las publicaciones oficiales chinas en la prensa y en la radio, se han preocupado especialmente por la gran purga que hace estragos en el país, desde principios del verano de 1955. En vista de la gran amplitud que tomó esta purga y del gran número de personas a que ha afectado, se supone que Pekín ha adoptado al fin los métodos del stalinismo, con todas sus consecuencias. Los mismos excesos terroristas, que algunos visitantes benévolos y excesivamente optimistas habían creído improbables, si no imposibles en China, se están desarrollando ahora. Nuestra información acerca de ellos no se basa en los relatos dudosos de algunos refugiados, sino en noticias que se publican ostentosamente y con gran lujo de detalles, día por día, en la prensa y en la radio comunistas de China.

No cabe la menor duda de que, en los años de 1947 y 1948, los comunistas chinos contaban con el apoyo de una parte considerable del pueblo. Pero, desde entonces, la política comunista, sobre todo en lo que se refiere a los campesinos y a los intelectuales, así como las numerosas promesas no cumplidas, han producido un gran cambio en la situación. Este hecho se atribuyó, en los primeros momentos, a las defecciones en masa de los comunistas chinos prisioneros en los campos de los occidentales en Corea, en los años 1952 y 1953. Pero luego la purga ha tomado proporciones mucho más vastas, si bien es posible que no alcance su punto culminante hasta dentro de unos meses o de algunos años. La nueva purga se inició con un movimiento contra los intelectuales, en el verano de 1955 ; pero se propagó casi instantáneamente a otros sectores más extensos. Esta purga no era la primera que se había producido. Ya la habían precedido otras varias, más restringidas y menos crueles, que fueron reseñadas recientemente por el historiador soviético N. Fe-

dorenko en sus *Cuestiones relativas a la lucha ideológica en China*. En 1951, una película, « La historia de U Sun », fué severamente criticada por el Comité Central del Partido Comunista de China, como « una desviación reformista reaccionaria ». Esta lucha duró cuatro meses y, según las palabras de un crítico comunista, fué la « primera batalla regular librada por los marxistas, después de la liberación de China, contra la ideología de capitulación, reformista y reaccionaria ; y tuvo una gran significación educativa para la intelectualidad de China ».

En 1954, se produjo un movimiento de mayor envergadura, una « discusión » sobre el modo de enjuiciar una novela clásica de la literatura china del siglo XVIII. En el curso de esta « discusión », muchas figuras literarias de China fueron acusadas de tratar la literatura y, en general, la herencia cultural de la nación, desde un punto de vista « formalista » no marxista, ataque debido a la inspiración de Hu Shi, influyente filósofo contemporáneo. El pretexto para este « movimiento » era muy manido, pero la intención era evidente : introducir una nivelación en la intelectualidad china, en cuyas filas había aún demasiada independencia de ideas en relación con el criterio sostenido por los dirigentes de Pekín.

A continuación surgió el asunto de Hu Feng, que afectaba, por primera vez, a miembros del Partido Comunista y a simpatizantes con el mismo, que se habían atrevido a pedir menos intervención del pensamiento y menos disciplina cuartelaria para la cultura. Este proceso se desarrolló sin el menor secreto, porque Hu Feng y sus amigos habían expuesto sus puntos de vista al gobierno y a las instituciones del partido, en el invierno de 1954-55, para que se discutieran. Pero los partidarios del control totalitario acabaron por imponerse y, en junio de 1955, la campaña contra el « Hu-Fengismo » estaba en todo su apogeo. Al principio, sólo se le condenó por cuestiones de ideología, que se consideraban peligrosas y contrarias al partido y al Estado. Ahora bien, unas semanas más tarde, este asunto adquirió proporciones mayores : Hu Feng había sido no sólo desviacionista, sino también « enemigo del pueblo », agente de Chang Kai Chek y del imperialismo occidental, que se proponía derribar el régimen comunista en China. En este movimiento se hallaban complicados no sólo Hu Feng, sino también sus muchos amigos y cómplices. Unos días después se descubrió que Hu Feng tenía cientos de miles de afiliados a su « organización », en todas las provincias, en el ejército, en la policía, en las fábricas y en las estaciones de ferrocarril, en las aldeas y hasta en la sede central del partido. Era una hazaña asombrosa, sólo igualada por las invenciones de la G. P. U. en el curso de las grandes purgas soviéticas de los años treinta. El estilo en que se llevó a cabo también era muy semejante y las acusaciones igualmente fantásticas. Las citas que aparecen a continuación se han tomado de un folleto de Lo Jui Ching, Ministro comunista de Seguridad Nacional (Pekín, agosto de 1955) y deberían ser suficientes : « El contrarrevolucionario Wang Pi Chang y dos de sus cómplices que habían hallado empleo en el hospital popular de Hopei, causaron la muerte de diez pacientes y la invalidez permanente de otros tres, como consecuencia de tratamientos intencionadamente equivocados ». « Otro contrarrevolucionario, Fu Chia Pang, destruyó deliberadamente un martillo-pilón de 5 toneladas, en Takjuan, por haberlo puesto en marcha demasiado pronto después de su instalación ». « Chang Jun, un reaccionario del Kuomintang, que trabajaba en una fábrica de municiones, introdujo, sin permiso, algunos cambios en los diseños. Como consecuencia de ello, han quedado inutilizados 8.400 fusiles, y otros 509 dieron un resultado negativo en el momento de ponerlos a prueba ». « Li Chien Chin causó deliberadamente averías en una excavadora de una tonelada, por lo que ésta quedó inutilizada durante una semana ». « El contrarrevolucionario Tung Tien Kai, ingeniero, rellenó un hueco en la bóveda de un túnel del ferrocarril de Fengtai-hatcheng, con fragmentos de madera, en vez de utilizar una viga sólida, en contra de las prescripciones establecidas para la construcción ».

En las últimas semanas, la prensa china ha publicado millares de estas « noticias » : envenenamiento de ganado, asesinato deliberado de enfermos en hospitales y sabo-

tajes en todas las ramas de la economía nacional. Es casi una reproducción exacta de lo sucedido en la Unión Soviética, en 1937, pero quizá en mayor escala. El Ministerio de Seguridad Nacional de China dice, en el folleto ya mencionado : « En nuestro país, con 600 millones de habitantes, no hay más que unos centenares o millares de contrarrevolucionarios ». Lo que significa que varios millones caerán probablemente víctimas de la presente purga. De conformidad con lo que dice Lo Jui Ching, ya se han detenido últimamente 271.074 personas (según cifras aún incompletas), en las provincias de Kuantung, Hunan, Kiangsi, Anwhei, Kiangsu, Shangai, Kueichu y Junan, como miembros de organizaciones contrarrevolucionarias. Entre estos detenidos había muchos miembros destacados del partido, tales como el Jefe de Policía de Shargai, Yang Fan ; el Alcalde adjunto de Shargai y otros. *Chen Min Chi Pao*, que es la *Pravda* china, anunciaba, en su número de 16 de junio, que había comités locales del partido totalmente constituídos por « bandidos, granujas, miembros de sectas religiosas y elementos contrarrevolucionarios que habían matado a revolucionarios ».

En estos hechos se encuentran todas las características de una de esas cazas de brujas, tan célebres en la Unión Soviética entre los años 1936 y 1938, y que ulteriormente se han producido en ciertos países del bloque comunista. El 24 de agosto, Radio-Pekín anunciaba el establecimiento de buzones especiales, para permitir a la población denunciar más fácilmente a los contrarrevolucionarios escondidos. Este sistema dió resultado desde el primer día, pues se recogieron 1.600 cartas y tarjetas postales. La « Nueva Agencia China de Noticias » dedicó, el día 24 de agosto de 1955, un artículo especial a Jen Fu Shu, empleado en una fábrica de madera de Harbin, que había denunciado en dos años 51 casos de sabotaje (?). Se le designó « agente de seguridad modelo » y sus hazañas fueron objeto de una exposición en Harbin. Pero las actividades de Fu Shu han quedado eclipsadas por las hazañas de Wu Te Yuan, joven grabador de Pekín, que ha « desenmascarado » a 281 contrarrevolucionarios en el término de un año. Hasta ahora, parece que este record ha sido el más elevado en China ; pero es indudable que pronto será rebasado, en vista de los esfuerzos concertados para organizar en breve plazo otra batida, en una escala todavía mayor. El 28 de agosto, Radio-Pekín hizo el elogio de un estudiante de Changshow que había denunciado a su padre. Este joven recibió una medalla por su valerosa conducta, al mismo tiempo que otros 21 jóvenes que se distinguieron en acciones semejantes. En cambio, un muchacho que *no* denunció a la policía a su padre, como contrarrevolucionario, fué detenido y condenado a cinco años de cárcel. (« Nueva Agencia de Noticias China », Pekín, 27 de agosto de 1955).

No pretendemos saber si la presente tentativa para encender el histerismo de las masas en China es « espontánea », en lo que concierne a los dirigentes de Pekín. Pero, en todo caso, tiende a demostrar que Pekín ha perdido el apoyo de las masas y cree, por lo tanto, que el país ha de ser gobernado por el terror. China, en el desarrollo comunista, ha alcanzado la fase del stalinismo. Como este país está mucho más atrasado de lo que estaba Rusia en la época de la revolución comunista, se puede imaginar que el stalinismo chino superará en horror, cuando llegue el momento, al stalinismo de la Unión Soviética.

Sería injusto acusar a los visitantes de China por su incapacidad de ver lo que parece ser el rasgo más destacado de la China actual : la tendencia general hacia un régimen de terror y de grandes purgas. Ni aún un observador acostumbrado podría formarse fácilmente una opinión autorizada, durante una breve visita a un país de seiscientos millones de almas. Pero las noticias de la gran purga no se mantienen en secreto. Al contrario, aparecen a diario en la prensa y en la radio chinas, por no haberse hecho la conspiración del silencio a su alrededor. Sería interesante saber por qué razón no se ha dado a los acontecimientos más recientes de China la publicidad que merecen. Pero lo que es indudable es que el régimen actual de China no ha podido evitar los « errores » de la Unión Soviética, y va ahora camino de caer a su vez en el stalinismo.

WALTER LAQUEUR

Exposición de arquitectura mexicana en París

POR JEAN BOURET

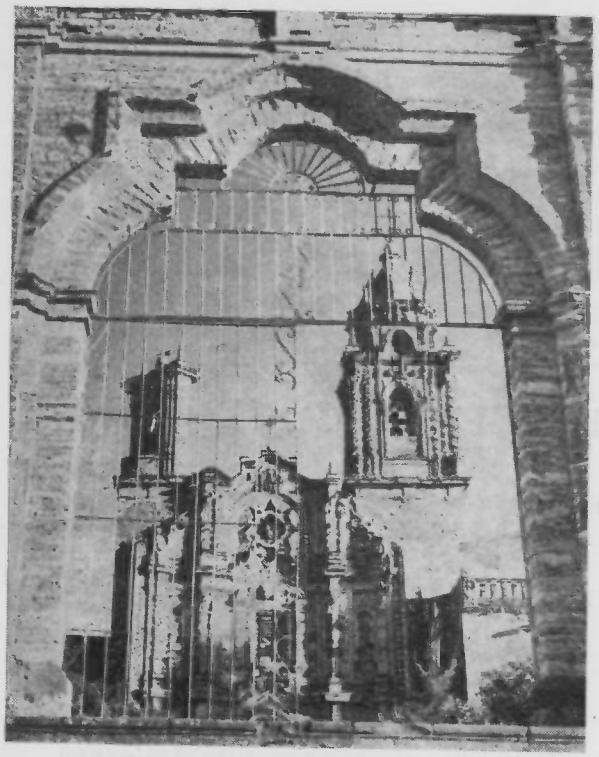
Es quizás una curiosa paradoja ver en París una exposición consagrada a la arquitectura mexicana. En efecto, no existe, propiamente hablando, una arquitectura mexicana, sino un conglomerado de diversas culturas injertadas en el arte de construir precortesiano.

El viajero que desembarca en México se da cuenta de que la ciudad carece del trazado rectilíneo de las ciudades nuevas, que el plano es confuso, que los barrios, divididos en « cuadras », no tienen una dirección general y que, por lo que respecta a Tlacopac, Azcapotzalco, Lomas, barrios de la periferia, se trata simplemente de un verdadero laberinto.

La vía principal de México, la famosa Alameda, ve esparcirse a ambos lados las construcciones más diversas. En ciertos puntos conserva su carácter semicolonial ; en otros, por ejemplo en su centro, florece el estilo 1900 del « Grand Palais » de París en este famoso Bellas Artes, a la vez museo y ópera, mientras que enfrente un edificio inspirado en el estilo de Le Corbusier ofrece una arquitectura frágil de cemento y vidrio.

Este estilo de Le Corbusier modificado es la base de la arquitectura moderna mexicana ; hace retroceder ante sí a los viejos palacios que son hoteles particulares, que se derriban poco a poco para reemplazarlos por construcciones de cemento, a veces hermosas — tal el Palacio del Libro —, a veces ridículas. En 1955 no es cosa de reconstruir un inmueble en el estilo de la Casa de los Azulejos, con los revestimientos de cerámica, o en el estilo del Palacio de Iturbide y se comprende el deseo de los mexicanos de escapar de la historia antigua. En México no hay testimonios de una grandeza pasada. La catedral, abrumada por contrafuertes con las repisas invertidas, flanqueada por la fachada cincelada del Sagrario, la antigua residencia del Virrey no es un modelo de arquitectura. Y si en Morelia, Zacatecas, Tasco, los conventos franciscanos construídos en 1525, es decir en el momento en que la propia grandeza de la arquitectura española toca a su fin, hacen más efecto y tienen más estilo, no es menos cierto que la arquitectura mexicana deja mucho que desear.

¿ Cómo habría de ser de otra manera ? España no podía enviar a México más que arquitectos de segundo orden. Y el barroco mexicano no podía ser más que una deformación del barroco español. La mayor



PUEBLA : IGLESIA DE ACATEPEC

parte de las veces, la iglesia se compone de dos torres con pequeños campanarios que encuadran un pórtico, una fachada y una cúpula con linterna. Pero iba a hacerse una aportación, la aportación india. Sobre planos sin gracia particular iba a adquirir valor el color del material. La piedra rosa en Morelia, la verde en Oaxaca, la dorada en Yanhuitlan. Incluso el hecho de construir con ladrillos o adobes habría de estimular a los albañiles para pintar las fachadas con los colores más luminosos, rosas y blancos, azules y amarillos y, en la región de Pueblas, para revestir las fachadas con esos paneles de cerámica multicolor, los azulejos.

La arquitectura de las casas iba a presentar igualmente dos caracteres en la disposición del techo : o techo a doble pendiente en las regiones lluviosas o techo llano, en forma de terraza ; techo rodeado de una balaustrada o de un pequeño muro, y que estaba llamado a ser el centro de la vida doméstica en la ciudad.

A pesar de los milenarios, la arquitectura mexicana da saltos y pasa resueltamente del estilo colonial al moderno, con algunas excepciones para el estilo 1900, que está después de todo en la línea del barroco. México construyó un Palacio de la Seguridad Social que es una especie de pequeña obra maestra de arte moderno y una plaza de toros excelente. Pero al lado de esto, ¡cuántos falsos estilos, enteramente impregnados del espíritu muniqués ! La incertidumbre política del país es quizás la razón más profunda de una falta de plan de conjunto. ¿ Qué queda entonces ? La arquitectura antigua. En ésta, como en otras cosas, no se haría bien en entregarse a excesivas alabanzas. Los mayas del antiguo imperio no eran grandes arquitectos ; los materiales que empleaban, sus herramientas, su concepción incluso lo prueban. Pero, por el contrario, eran notables decoradores y tanto en Palenque como en Yaxchilán y Bonanpak se pueden ver monumentos pe-

MÉXICO : FACULTAD DE MEDICINA

MÉXICO : MINISTERIO DE COMUNICACIONES

sados y rechonchos, mas de una suntuosa calidad decorativa. La gran arquitectura llegará después al Yucatán. Su calidad dependerá más del lugar y de la masa de las piedras acumuladas que del rigor de método en la distribución de los volúmenes. Como toda arquitectura de origen religioso, está condicionada por las necesidades de la teolcgía. Durante mucho tiempo se han querido asimilar los caracteres de la arquitectura mexicana a los de la egipcia. Se vuelve ahora a una concepción diferente. Los egipcios, cuya arquitectura es también de esencia teológica, dejan mayor margen a la gracia, al arte por el arte si se quiere. Hay en los egipcios una gratuidad en la elevación de los monumentos que no existe entre los mexicanos. Sin embargo, en ambos casos la cuestión de la mano de obra no tiene importancia. Lo que tiene importancia es sin duda la cuestión de los aparatos de elevación, más perfeccionados en Egipto que en México. Pero no se trata sino de teorías en este punto, porque no queda nada que pueda permitirnos comprobar estas aserciones. El bosque, este eterno enemigo, ha borrado poco a poco toda huella de un plan de conjunto.

La exposición presentada en París, en la Escuela de Bellas Artes, era bastante rica en documentos fotográficos para probarnos que México buscaba su vía en la arquitectura, pero fuera de los ritmos empleados en los Estados Unidos. Cierto grado de latinidad se nota en la concepción del edificio moderno ; se trata de una transformación del estilo de Le Corbusier, siempre un poco seco, en algo más mórbido, más aéreo y finalmente menos preocupado por la lógica funcional. El estilo arquitectural de México viene a ser un estilo para el hombre y no para el robot.

JEAN BOURET

Veinticinco años de planes quinquenales en la U. R. S. S.

POR I. IGLESIAS

La prensa del mundo entero — no sólo los periódicos de obediencia comunista y los complacientes criptocomunistas, sino también los de gran información pertenecientes a grupos capitalistas — ha informado últimamente a sus lectores acerca de las líneas generales del nuevo plan quinquenal ruso, que abarcará de 1956 a 1960. Una vez más, este nuevo plan anuncia un esfuerzo total de la U.R.S.S. para lograr « alcanzar y superar » al mundo occidental en el dominio de la industria, de la agricultura y de la energía atómica. Pero, antes de ponerse a examinar las grandes líneas del plan quinquenal en cuestión — examen necesario, desde luego, aunque solamente sea para enfriar el tonto entusiasmo o disipar la absurda desazón de los que se dejan embaucar con toda facilidad por la alborotadora y tenaz propaganda stalinista —, antes de efectuar ese análisis, decíamos, bueno será echar un vistazo a los planes quinquenales anteriores y ver en qué medida fueron realizados. Esto nos permitirá cerciorarnos sobre algo de fundamental importancia : la diferencia existente entre los objetivos que esos planes se propusieron y las realizaciones obtenidas, diferencia que explica la situación actual de la economía soviética.

Ahora bien : este examen retrospectivo no era empresa fácil hasta nuestros días. Efectivamente, no obstante la abundancia de las obras consagradas a la economía soviética, faltaba el libro que nos ofreciera un estudio que abarcase los cinco planes quinquenales anteriores al que acaba de anunciar la *Pravda* en su edición del 15 de enero y a lo largo de cinco páginas y media. Las obras de que disponíamos se referían sobre todo a ciertos aspectos particulares de la economía soviética, o bien a ésta estudiada en su conjunto, pero sin concretar en los resultados, comparados con los objetivos, cada plan quinquenal. Por fortuna esa laguna fué colmada ahora en lengua francesa merced al magnífico libro que con el título *Bilan de vingt-cinq ans de Plans Quinquennaux* acaba de publicar Lucien Laurat, distinguido especialista de los problemas económicos, en particular de los concernientes a la U. R. S. S., como nos mostró ya hace bastantes años con una obra de gran resonancia y que provocó no pocas polémicas, pero que ayudó a abrir los ojos a más de uno. Me refiero a *La economía soviética*, publicada en 1931.

Lucien Laurat analiza, pues, en su nueva obra ese cuarto de siglo que cubren los cinco planes quinquenales inaugurados, cual es sabido, en 1929, basándose para ello en una abundante y elocuentísima documentación extraída de las propias fuentes soviéticas, puesto que en realidad no existen otras a causa del misterio que los dirigentes del Kremlin imponen a su política económica y a las estadísticas reales. Confrontando pacientemente en cada uno de esos planes quinquenales las promesas y las realizaciones, Laurat pone al descubierto las mentiras de la demagógica propaganda stalinista, la cual no ha cesado de hablar de « éxitos » y de « triunfos ». Y demuestra, de modo irrefutable, que si bien las

cifras señalan que la U. R. S. S. se ha convertido en una gran potencia industrial, esta industrialización forzosa ha supuesto al mismo tiempo una baja sensible del nivel de vida de los obreros y campesinos rusos, hecho comprensible y a la par ineluctable si se tiene en cuenta que, al prescindir del concurso económico exterior, la U. R. S. S. tuvo y tiene que lograr los capitales necesarios para sus inversiones en el interior del país, es decir extrayéndolos de los propios consumidores, variante esta de lo que Marx denominó « acumulación primitiva ».

El autor de *Bilan de vingt-cinq ans de Plans Quinquennaux* traza las líneas generales del desarrollo de la economía soviética, arrancando de los objetivos iniciales de Lenin y pasando por el comunismo de guerra, la N. E. P. (nueva política económica) y la aguda crisis de 1927-1928, hasta llegar a los dos planes quinquenales de la posguerra, a los cuales dedica toda su atención y un mayor espacio por estimar muy atinadamente que los hechos de entonces ilustran lo sucedido a continuación, sobre todo a partir de 1953. Este análisis, rebosante de precisión y ejecutado con una claridad meridiana, muestra la constante degradación de la economía rusa y lo ineluctable de los incesantes zigzags sufridos en los años últimos por la política del Kremlin.

Cada plan quinquenal ha mostrado características particulares. El primero (1929-1932), comenzado en 1929, o sea en plena crisis agrícola, tuvo por objetivo principal acelerar el desarrollo industrial para poder facilitar a los campesinos los objetos manufacturados más indispensables e incitarles así a vender sus productos a los ciudadanos y sus materias primas al Estado ; el fracaso del mismo quedó expresado en la colectivización forzada del campo impuesta por el Kremlin, la pérdida de 26 millones de cabezas de ganado y la deportación de varios millones de campesinos. El segundo (1933-1937) se ejecutó de manera menos catastrófica, puesto que la situación de la industria se fué normalizando y en el campo la política de colectivización se hizo menos brutal. El tercero (1938-1942), se vió bruscamente interrumpido por la invasión hitleriana, por lo que quedó convertido en un plan concebido con vistas a la organización de una economía de guerra. El cuarto (1946-1950) fué, claro está, un plan de reconstrucción, mas sobre todo de reconstrucción del potencial económico militar. Por último, el quinto (1951-1955), se caracterizó por la nueva ofensiva contra el elemento rural, por el rearme, por la muerte de Stalin, por las sensacionales confesiones de Khrutchev respecto al hundimiento de la cría de ganado bovino y, finalmente, por la vuelta a una política de mayor austeridad.

El sexto plan quinquenal, que la *Pravda* ha publicado con vistas al próximo congreso del Partido, coloca a los dirigentes soviéticos, según Lucien Laurat, ante opciones ineludibles. La principal puede resumirse en breves palabras : la guerra fría ha terminado de agotar la economía soviética, la cual no puede continuar sosteniendo la carga del rearme, cada día más insoportable. » Los jefes del Kremlin saben — agrega Laurat — que no podrán proseguir este esfuerzo al ritmo actual sino royendo cada vez más la substancia misma de la economía, es decir, arruinándola y comprometiendo su desarrollo futuro ». Efectivamente, todos los especialistas que siguen con cuidado la evolución de la situación económica de la U. R. S. S. han llegado a la conclusión de que la economía soviética ha entrado en una fase nueva particularmente difícil. No se trata de una crisis ni de una depresión, en el sentido que suele darse en economía a éstos dos términos. Es en apariencia algo menos catastrófico, pero al mismo tiempo más grave : el sistema económico soviético sufre una peligrosa enfermedad orgánica.

La industrialización y el rearme han devorado los capitales de que disponía la U. R .S. S., siendo así que la economía soviética no es capaz de lograr por sí misma su propio fondo de acumulación, por lo que está obligada a funcionar merced a las subvenciones del Estado. La consecuencia inmediata es una reducción del nivel de vida del pueblo ruso y una mayor explotación si cabe de los países satélites, de los cuales el nuevo imperialismo ruso ha venido extrayendo una parte de los fondos suplementarios necesarios para su industrialización. Son todas estas dificultades las que dictaron el « nuevo curso » del período Malenkov y la ofensiva de paz del equipo Khrutchev-Bulganin. « La economía soviética — señala Lucien Laurat — sólo podrá evitar la bancarrota reduciendo muy sensiblemente su sector militar hipertrofiado ».

« Se objetará — continúa Laurat — que estos sacrificios han permitido levantar potentes industrias básicas, desarrollar particularmente la metalurgia y la construcción mecánica. A esto responderemos que en otros países se han obtenido mejores resultados con un costo sensiblemente menor... » El corolario que se impone es que el stalinismo soviético ha sacrificado las generaciones pasadas sin provecho para las presentes, y que continúa sacrificando a éstas últimas sin provecho alguno para las futuras.

I. IGLESIAS

"Porfiando hacia el buen camino", de Federico Pinedo

En momentos de acentuada inquietud por el futuro argentino, cuando todavía no estaba decidida la dura batalla contra la tiranía totalitaria, una relevante personalidad de la política y las finanzas, el doctor Federico Pinedo, lanzó un libro fechado el 26 de Junio último, bajo el título de *Porfiando hacia el buen camino*, en el que ha reunido dos trabajos poco concordes, ya que el primero es de acusado fondo doctrinal, en tanto que el segundo reviste un fuerte carácter polémico de tipo personalista y constituye una acerada réplica a otro político, en forma de exposición acerca de la « pacificación política, su alcance y su significado. »

Aparecido cuando la atención pública se concentraba sobre las dramáticas peripecias del último combate contra la dictadura, no por ello pasó inadvertido en los círculos políticos y económicos de este país. En ellos, por discutidas que sean su persona y su obra, el doctor Pinedo goza de notorio prestigio y no deja de ejercer positiva influencia. Todo se explica cuando se consideran sus méritos y capacidad, su línea política marcadamente evolutiva y su participación en medidas de orden económico y financiero que han dejado honda huella en la vida argentina desde hace cuatro lustros.

Socialista prominente en su juventud, ministro más tarde del gobierno semidictatorial y semifraudulento del general Justo y miembro destacado, ahora, del partido demócrata nacional o conservador, el doctor Federico Pinedo ostenta un historial político sumamente accidentado y zigzagueante, que le resta adhesiones y popularidad, pero que no debe ser motivo para negarle una penetrante inteligencia, una sólida cultura y una demostrada aptitud para los problemas económicos y financieros.

Tal se manifiesta, de nuevo, en este libro que comentamos. En su primera parte, el doctor Pinedo ha desarrollado su pensamiento sobre la misión que incumbe al partido demócrata nacional en la presente coyuntura de la nación argentina. Su tesis es que, para el sano equilibrio y la tranquila evolución de la República, resulta imprescindible un partido que, sin ser retrógrado, asuma una tendencia conservadora. Para ello, ha de sustentar el ideario adecuado y ha de hacerlo con clara comprensión y firme conciencia, sin eufemismos, equívocos ni confusiones.

Por su parte, el doctor Pinedo no se muestra remiso en la concreción de su pensamiento al respecto. Para él, lo que ante todo importa son los derechos y libertades individuales. Ahora bien : entiende que las libertades políticas no constituyen el concepto total de la libertad, sino que son un medio para el disfrute de las otras libertades, las civiles, que son las sustanciales. Se enfrenta decididamente con el gran problema de nuestro tiempo, el relativo al concepto y función de la libertad en el campo económico, y se manifiesta partidario de la libre iniciativa, la empresa privada y la producción para el mercado.

Al efecto, describe los resultados obtenidos en el mundo occidental por la economía que él denomina « libre » y pone de relieve el desarrollo de la riqueza colectiva e individual en el país del llamado capitalismo liberal, los Estados Unidos, donde el índice de salarios es más elevado que en ningún otro país y donde el promedio de consumo individual está muy cerca de haberse triplicado en el transcurso de medio siglo. Semejante progreso económico no es una excepción únicamente válida para Norteamérica, sino que se comprueba igualmente en los demás países de régimen análogo, como la Gran Bretaña, el Canadá, Francia, Bélgica, Alemania y otros, entre los cuales incluye justificadamente a su propio país, la Argentina.

De allí deduce que es completamente equivocada la idea de que la sociedad de tipo liberal esté anquilosada. Muy al contrario, la economía fundada sobre el incentivo del interés privado revela una fuerte capacidad de recuperación y expansión. Frente a ella, el Estado nivelador y repartidor, por medio de la economía planificada y con abuso de las reglamentaciones y restricciones no es, a su juicio, sino puro espejismo. Promete lo que no puede cumplir y forzosamente desemboca en la dictadura integral, con supresión de la libertad en todos los aspectos de la humana personalidad.

Como se ve, el doctor Pinedo formula un valiente alegato en favor de la libertad económica ; pero es de temer que logre muy poco por su predominio. Los hechos que presenta y los argumentos que aduce carecen de originalidad. Han sido reiteradamente esgrimidos y difícilmente podrán convencer ; no porque la libertad económica sea perniciosa, irrealizable o indeseable, sino porque no la preconiza en su cabal integridad, desde sus raíces esenciales hasta sus últimas consecuencias, sin olvidar ninguno de sus aspectos. Esa supuesta libertad económica por la que aboga es una libertad de meras formas, sin la base indispensable de la igualdad de oportunidades para todos los hombres ; es una libertad solamente factible para los poseedores de ventajas especiales o monopolios. Promueve consecuencias desastrosas, al acumular inmensas riquezas en pocas manos y sumir en la indigencia al simple trabajador ; y si hoy está siendo contenida y aun eliminada esa tendencia, es porque ha provocado, como remedio, la intervención oficial,

que modera la explotación y defiende a los despojados.

Ocurre, pues, que el intervencionismo que combate el doctor Pinedo es un efecto obligado de la falsa libertad económica que no permite la libre iniciativa ni la empresa libre sino a los privilegiados que poseen ventajas especiales. Por ello, quienes verdaderamente aspiren a instaurar la libertad en el campo económico han de propugnar, en primer término, la extirpación de las causas que la deforman y aniquilan, como son los monopolios de toda especie, comenzando por el monopolio en el acceso a la tierra. De no ser así, el intervencionismo oficial, como un mal menor, difícilmente podrá ser eliminado.

CARLOS P. CARRANZA

" A Century of Conflicts ", de Stefan T. Possony

ESTA obra, editada en Chicago por Henry Regnery Co. y cuya traducción al castellano prepara Editorial Guarania en México, contiene inestimable información sobre las tácticas del comunismo en sus planes de dominación mundial. Su conocimiento resulta imprescindible para todos cuantos se interesen por ese fenómeno y sus consecuencias para nuestra civilización, y aun para quienes juzguen indispensable llegar a un *modus vivendi* con el régimen comunista, esperando evitar así una tercera guerra mundial.

Es lástima que el autor centre principalmente su atención en la acción militar, o en las actividades que la sirven, pues, aun sin desestimar los factores políticos y morales, no los tiene suficientemente en cuenta en el desarrollo de su notable información. Así ocurre, por ejemplo, con su exposición de la guerra de España y con la comparación entre la suerte corrida por Finlandia y Checoeslovaquia. La guerra de España constituye un ejemplo elocuente de las dificultades invencibles que se oponen a la difusión del comunismo en un país donde exista un movimiento obrero bien organizado y con prestigio a los ojos de la masa trabajadora. La comparación entre los casos de Finlandia y Checoeslovaquia lleva a la misma conclusión, y extraña que el autor no subraye más decididamente la importancia del partido socialdemócrata finlandés en el éxito contra la agresión comunista. Es la conclusión que se echa de menos en los juicios del profesor Possony : la experiencia de los pueblos con las realidades del régimen soviético los pone a cubierto de sus seducciones siempre que la masa obrera de esos pueblos tenga confianza en la dirección de organizaciones, socialistas o de cualquier otra tendencia democrática, que velen honestamente por sus intereses materiales y morales.

Otra muestra de ese olvido, es el juicio del autor sobre las causas de algunos éxitos soviéticos. No puede hablarse de una impotencia militar de las potencias occidentales europeas en 1939 sin hacer alguna reserva sobre la actitud suicida de algunos gobernantes al transigir con el nazismo, con la vana esperanza de que lanzándolo contra Rusia se destruirían mutuamente. El Occidente, y aun el europeo solo, sin necesidad de auxilio norteamericano, hubiera podido y debido aplastar en ciernes el escorpión nacionalsocialista antes de que se desarrollara en forma demasiado peligrosa. De nada sirvieron los patéticos llamamientos de Roosevelt, y de muy poco los menos « ideológicos » de Churchill contra la política miope del grupo Baldwin-Chamberlain. Possony sienta una tesis muy acertada : el modo de vida norteamericano es un éxito ; el soviético, un fracaso. Mas no saca la forzosa consecuencia de que, no estando solos en el mundo los Estados Unidos frente a la Unión soviética, se encuentran ante la ineludible alternativa de procurar la realización efectiva del modo de vida democrático en todo el mundo (que indiscutiblemente cuenta con muchos más partidarios que la gratuita promesa soviética de un mañana mejor, aplazado *sine die*) o de que los totalitarios orientales acaben aislando a los Estados Unidos a pesar de toda su fuerza.

Si una de las armas principales de los soviéticos consiste en debilitar la moral de los países enemigos, reduciendo así la voluntad de resistencia al comunismo, el interés de los países que no quieran caer bajo la esclavitud del Kremlin estriba muy esencialmente en dar a todas sus clases sociales, y en particular a la obrera, la sensación de que lo que peligra con un ataque comunista no son los intereses de una clase privilegiada, sino la posibilidad de vivir en un régimen de libertad y justicia. Una mayor insistencia en este punto, habría conferido mayor autoridad moral a esta obra, que desde el punto de vista estrictamente técnico se consultará — repitámoslo — con gran provecho.

JOSÉ ROVIRA ARMENGOL

Las presiones del Poder sobre la Prensa

EL estudio que acaba de publicar en francés e inglés el Instituto Internacional de Prensa con el título *Les Pressions du Pouvoir sur la Presse (Government Pressures on the Press)* pone

al descubierto una inquietante realidad : entre más de cuarenta países que no poseen una ideología totalitaria, sólo existen cuatro — ¡ cuatro ! — donde los poderes públicos no ejercen forma alguna de presión sobre la prensa. Es decir, que amén de los países donde la libertad de prensa ha desaparecido por completo, en la inmensa mayoría de los demás esa libertad vive más o menos precariamente.

El Instituto Internacional de Prensa, organización mundial que agrupa a directores de periódicos y redactores responsables, ofrece en *Les Pressions du Pouvoir sur la Presse* una colección de ejemplos harto elocuentes, donde la prensa aparece expuesta a presiones gubernamentales, poniendo al mismo tiempo en evidencia los métodos utilizados para reducir la libertad de expresión. A este tenor, el estudio en cuestión analiza sucesivamente, país por país, las leyes especiales y las disposiciones penales susceptibles de limitar la libertad de expresión de los periodistas, así como las presiones económicas, administrativas y políticas utilizadas por los gobiernos contra los periódicos de oposición.

Les Pressions du Pouvoir sur la Presse demuestra que, por desgracia, la libertad de prensa se halla en franca decadencia, sobre todo desde la segunda guerra mundial. Los gobiernos tienden cada día más, en todas partes, a impedir que la prensa sea un verdadero órgano de opinión pública ; en nombre de una pretensa « seguridad nacional », los periódicos son prácticamente amordazados, reducidos al silencio, a veces suspendidos y confiscados pura y simplemente. Graves síntomas para la parte del mundo que hasta ahora ha logrado escapar a la garra totalitaria.

« Es, pues, de capital importancia — concluye este estudio del Instituto Internacional de Prensa — el mantener a la opinión pública de los países libres constantemente alerta, y al mismo tiempo reforzar los lazos de solidaridad en el seno de la profesión ».

I.

" El hombre y lo divino ", de María Zambrano

A CABO de leer este libro, editado por el Fondo de cultura Económica de México. Está lleno de sugerencias. Da la impresión de que María Zambrano, que viva muchos años, hubiera querido en él arreglar sus cuentas con Dios. Es libro de madurez. Muestra un alma clara, penetrante, sólida y tenaz. Su pensamiento sobre lo divino adquiere transparencia y originalidad.

Yo oí en la Universidad de Madrid, en la clase de Bonilla San Martín, un curso sobre historia del concepto de Dios. Y he leído también un trabajo acerca del mismo tema de Ferrater Mora. Pero no es eso el libro de María Zambrano. Es un adentrarse por los redaños del vivir humano, al propio tiempo que por los fondos creadores del pensamiento, para entresacar el cómo se ha sentido y se ha pensado a Dios y cómo se siente y se piensa a Dios en la hora actual.

Es arrancar de las cosmogonías griegas, pero no para hacernos historia, sino para darnos exégesis del alma griega y del alma cristiana. Cuando la autora de *El Hombre y lo Divino* nos habla de la edad de oro pagana y de la actitud cristiana, nos dice que lo originariamente propio de los dioses griegos era lo divino natural, cósmico, y como al principio no había orden natural, Aristóteles hubo de crear el Dios de la naturaleza, para ser fiel a sus orígenes religiosos. Por eso su Dios es más *ratio ultima* del Cosmos que del hombre. Y por ello los dioses griegos son a imagen y semejanza del hombre. En cambio el cristiano no se asemeja a Dios, sino que es su criatura obediente. Y de aquí que en el paraíso el hombre viva como el hijo de Dios. Lo cual revela que la imaginación cristiana haya sido más audaz que la griega en imaginar y crear un paraíso terrestre. Y todo hombre conserva esa imagen del paraíso,que se va modificando según las nostalgias de cada época. Y hasta se ve en Rousseau y en ciertas utopías de la cultura occidental nacidas al margen de la religión. Cuando Zambrano nos habla del paraíso y de las utopías, y nos dice que no hay utopias sin idea, acentúa que la imagen tiene mayor atracción y eficacia que la propia idea, lo cual es pensamiento — a mi juicio — de singular importancia.

Va siguiendo María Zambrano el devenir del pensamiento griego para ver sus enlaces con el judeo-cristiano y se pregunta por qué han existido siempre dioses, pues aunque éstos han sido inventados, no así la matriz de donde provienen. Los dioses representan el final de un padecimiento y oscuridad. Más tarde aparece la actitud filosófica ante la insuficiencia de los dioses. Y es sobre todo cuando se roba a la poesía su secreto y su fuente, cuando se presentan en definitiva. Parménides, que representa la identidad, vence a Anaximandro, que es lo poético, lo indeterminado. Y el pitagorismo fué vencido por Aristóteles. Pues es éste quien al fin y a la postre deja el campo listo al Dios cristiano.

Cuando María Zambrano, rememorando palabras de Nietzsche nos dice « Dios ha muerto », y al hablarnos de que lo divino puede sufrir eclipses, expresa que el único Dios que puede morir es el del amor. Y esto dicho a pesar de pensar también que el amor es siempre trascendente. Y es seguramente el amor ínsito en el alma

lo que haría buscar ésta. Por eso el filósofo se alía con el poeta en M. Zambrano y exclama con acento verdadero : « El alma no fué sentida primero como propia del hombre. Más bien sucedió que al sentir no tenerla la anduvo buscando ».

Son numerosas las alusiones de María Zambrano a lo popular, entre ello a los juegos de prendas y como quien no hace la cosa van aflorando a la superficie tendencias originarias del vivir colectivo y racial español. Esta profunda pensadora hace que recordemos la extrañeza de ciertas personas cuando se hablaba de filósofos andaluces. Y va a ser menester un día ponerse a la obra de hacer la historia de la filosofía andaluza, tan rica y de tan altas calidades.

Al hablar de los dos amores, el Eros pasional y el de la mirada, asigna a aquél María Zambrano la tragedia y a éste la filosofía, diciéndonos estas bellas frases : « la serenidad es la pasión de la filosofía » y « la filosofía es mirada creadora de horizontes, mirada en un horizonte ». La filosofía y la tragedia — nos dice — vivieron unidas hasta Platón ; pero luego la poesía lírica se apartará de la enajenación original hasta borrar la inspiración, y la filosofía encontrará una identidad inspirada.

Sensibles son las expresiones dedicadas a « Las ruinas », a las cuales califica de lo más viviente de la historia. Y dice : « Entre todas las ruinas la que más conmueve es la de un templo. Y toda ruina tiene algo de templo, lugar sagrado porque encarna la ligazón inexorable de la vida con la muerte. Y de toda ruina emana algo divino ».

Tocando el plano de la envidia el pensamiento de María Zambrano se hace hondamente psicológico. Nos dice : « La envidia es pasión de la identidad del otro ». Y hasta nos da un remedio terapéutico para curarla : « No cabe envidia en soledad. La envidia está en el camino de la soledad y si el que está acometido por ella la lograra, cesaría ».

Pero es cuando viene a hablarnos del tiempo y concretamente del futuro cuando se abre la gran interrogación : el futuro es el Dios desconocido. Porque en la época actual es ese Dios el que se quisiera poseer. Desde luego el idealista, que no encuentra en sí más que sujeto, no puede conseguirlo ; el positivista, que no halla más que cosas y leyes, tampoco. Ese futuro es el Dios de la caverna platónica. Por eso la lucha con ese Dios desconocido es una vuelta a la edad del sacrificio. Y María Zambrano nos dice que es preciso recomenzar la lucha con ellos. Humildemente — diría yo. Tenemos que conseguir una filosofía que nos centre en las características del vivir actual. Hemos de comprender que llegamos a un punto en que se precisa superar el mundo de la razón y del pensar limitados a sus propias fuerzas. Y comprender que han nacido nuevas realidades precisamente en el ámbito del querer humano. Por primera vez creo que el hombre se da cuenta de que es un ser de acción auténtica y total. La manera de vivir de todo el mundo en la época actual nos ha puesto en evidencia que vivimos en instantes. Lo que hace falta es que los hombres de pensamiento recojamos el reto y sepamos encontrar formas adecuadas para interpretar el mundo de nuestras decisiones en los instantes. Mucho de lo que hemos aprendido acaso no nos sirva. Se necesitan experiencias nuevas. No meras lucubraciones, sino todo un mundo nacido de observaciones reales. Y esto es lo que nos atemoriza y nos atrae al propio tiempo. Por ello es natural que María Zambrano nos diga al final de su hermoso libro estas palabras : « Y es difícil una filosofía que nos libre de la tiranía del futuro al par que nos lo haga asequible ; es difícil, pero es indispensable ». Y lo que debemos hacer los que nos dedicamos a la noble tarea de la filosofía es seguir por este camino. Yo ya lo he comenzado con mi iniciación de *Una Filosofía del Instante*.

LUIS ABAD CARRETERO

" Un hombre perdido en el Universo ", de Miguel Angel Cevallos

Hay hombres que viven ajenos a ellos mismos y otros que por el contrario se ensimisman y no saben salir de su ensimismamiento. Esto es lo que le ha ocurrido al profesor y escritor mexicano Miguel Angel Cevallos en su atrayente libro *Un Hombre Perdido en el Universo* (Editorial Cultura, México). Este denso libro es la historia de una vida contada por el propio hombre que la ha vivido ; pero sin desfiguraciones ni pretensiones novelísticas, sino contando *todo* lo que le ha ocurrido en su vivir, sin ahorrar las cosas más íntimas de su existencia. Es la primera vez que yo he visto un grado de sinceridad tan absoluto. El maestro Cevallos toma la sinceridad como método para encontrarse, porque se siente perdido en el universo.

Miguel Angel Cevallos empieza por cambiarse el nombre y se llama Miguel Niebla, y desde ese momento *neblinoso* comienzan sus experiencias para tratar de llegar a la luz. Yo me acuerdo del libro del novelista H. Barbusse, cuando nos va describiendo en *El Infierno*, a través del ojo de la cerradura del cuarto de un hotel todos los actos, aún los más crudos, que van realizando los diversos huéspedes ; mas esto es una novela.

Pero en el caso del profesor Cevallos es su propia vida la que va desfilando y sin ponerse pelos en la lengua para hablarnos de él, de su familia, de sus amigos, de su profesión... Todo, todo va apareciendo, sin contemplaciones para nadie, puesto que no las tiene para sí mismo.

Si fuéramos a inclinarnos por la corriente existencialista, podría considerarse a Miguel Angel Cevallos como buen tratadista entre los existenciarios ; pero la continua preocupación que le anima de no solazarse con la propia angustia y de esperar encontrar la luz de un nuevo día en su propia naturaleza, le eximiría parangonarse con Heidegger y Sartre, y su propio agnosticismo evitaría acordarse de Kierkegaard.

Pasemos ahora al estudio de los diferentes ensayos filosóficos que se encuentran en *Un Hombre Perdido en el Universo*. Se podrían distinguir hasta una docena. El primero de que yo hablaría sería su estudio acerca del maestro Antonio Caso. Treinta años trató Cevallos a Caso. Y nos habla de una serie de artículos que constituían el último libro de Caso, que no ha llegado a publicarse, escrito dos años antes de su muerte y que llevaba por título *La muerte y el ser*. Este libro respondía a la constante preocupación que era para el maestro Caso el enigma de la muerte.

Un ensayo acerca de la muerte y otro sobre el sentido de la soledad se podrían entresacar de las páginas de *Un Hombre Perdido en el Universo*. Su autor distingue tres clases de soledad : física, familiar y metafísica. Y de las tres era a esta última a la que se sentía más ligado, porque en esa soledad tendría que ir encontrándose a sí mismo.

La muerte es problema que le preocupa sobremanera y sin embargo no la teme el profesor Cevallos, porque por tradición ancestral, actitud religiosa y convicción filosófica la lleva en su sangre. Llega hasta a hacer la experiencia de morirse haciendo un hoyo en la tierra y metiéndose en él. Con todo esto no es extraño que eche en cara a los sitemas educativos « la falta de una pedagogía y didáctica de la muerte ».

El autor de este libro hubiera podido hacer una psicología del silencio, tan abundantes son sus juicios acerca del mismo en este libro que comentamos. He aquí algunas de sus reflexiones : « El silencio está hecho de sonidos y de ruidos, pero cuya primera condición es la lejanía ». « Llamamos, pues, silencio el conjunto de esos sonidos y de esos ruidos, que no nos distraen del sentimiento de nuestra propia vida ». « El silencio es hueco, pero hueco hecho de materia, y no sólo es vacío. Este vacío sonoro es lo que llamamos silencio ». « Silencio y luz estaban tan íntimamente unidos, que el silencio parecía la sombra de la luz ». Tenía tanta obsesión Cevallos por el silencio que en una ocasión puso en el comedor de su casa un tarjetón donde se leía : « Pago dos pesos por hora de silencio ». « Y el tarjetón a los ocho días de estar haciendo la promesa desapareció misteriosamente, sin haber dejado ninguna huella ».

Dedica Cevallos gran número de páginas a describir todas sus experiencias de las múltiples casas huéspedes donde ha vivido, que nos recuerdan páginas del Madrid de Galdós y Baroja. De la casa de Doña Mariquita Zárate conserva Cevallos recuerdos precisos, pero lo que retiene siempre su ánimo son sus reflexiones filosóficas. « Una noche — nos dice —, al observar los aplausos de los comensales comprendí súbitamente como la totalidad de cada uno de nosotros puede quedar expresada en cualquier acto aislado, si se sabe profundizar en él ».

Múltiples reflexiones dedica Cevallos a acentuar el valor del instante en nuestra vida psíquica. Y así dice : « La conciencia la concibo como un órgano de selecciones que nos va entregando solamente aquello que nos es necesario en el momento de actuar ». Y su intuición del instante hace eclosión en la siguiente frase : « Y el hombre no es hombre sino por la acción creadora de cada instante de su vida ».

Un verdadero ensayo constituyen las 42 páginas dedicadas por Cevallos al estudio de sus hijos, de sus modalidades psicológicas sobre todo, con objeto de conocerlos mejor para poder encaminarlos con acierto. Los retratos de sus hijos y de todos los personajes que aparecen en el libro están hechos más con buril o pincel que con la pluma del escritor. A describir las manos de un amigo dedica diez páginas, pues acaso pensara como Kant que las manos son nuestro cerebro externo.

Sus reflexiones sobre el carácter del mexicano son muy frecuentes. Así tenemos la siguiente : « El tiempo para el mexicano tiene una estructura particular hecha de numerosos y encantadores huecos de ociosidad llena con proyectos y trazos imaginarios de futuras creaciones ».

De su entusiasmo por su oficio de profesor dan fe estas dos frases : « Los momentos más felices de Miguel Niebla eran las horas de clase », « Miguel Niebla, a la hora de clase era a un mismo tiempo actor, orador, poeta y prestidigitador ».

Para mí la vida de Cevallos, que fué primero Miguel Niebla, ha sido como el crescendo misterioso de una conciencia que aparece con el alba, que va adquiriendo colorido conforme se va abriendo la flor del día, y que adquiere consolidación y forma cuando el sol se planta en el cenit de su grandeza.

L. A. C.

"La mujer nueva", de Carmen Laforet

ESTA novela, la tercera que publica Carmen Laforet — después de *Nada* y de *La isla y los demonios* — obtuvo el Premio Menorca de 1955 para novelas inéditas, dotado con 200.000 pesetas, el galardón económicamente más importante obtenido por un escritor español con un solo libro.

El tema era conocido aun antes de publicarse la novela. La propia autora declaró en entrevistas periodísticas que había intentado reflejar en *La mujer nueva* una experiencia trascendental de su propia vida : la vuelta a la fe religiosa, después de su matrimonio. Naturalmente que no había pretendido contar su propia historia, sino la de un personaje femenino imaginario, pero apoyándose en sus propias experiencias e impresiones de mujer reintegrada a la fe católica.

Paulina, la protagonista, es una mujer que necesita ser sincera consigo misma, descarnadamente sincera, aunque ello pueda costarle su felicidad. Lo mismo cuando abandona a su marido al descubrir que no le ama, ya que odia el fingimiento, como cuando abandona a su amante, al sentir que la fe religiosa que le alcanza es más fuerte que el amor que siente por él. Pero ocurre que toda la primera parte de la novela en que Paulina, ardientemente entregada a su amante, plantea un tenso conflicto en las dos familias, la de éste y la suya propia, es realmente buena y contiene quizá las mejores páginas novelísticas que ha escrito Carmen Laforet. Los personajes están bien captados, sus reacciones son humanas, y el conflicto que los tiene en tensión —a Paulina, a Antonio, a Mariana, a Eulogio, a Rita — interesa al lector vivamente. Nos preocupa la historia de esa pasión de Paulina por Antonio, y quisiéramos que su desenlace estuviera a la altura del conflicto amoroso planteado. Desgraciadamente, la novela se malogra a partir de la segunda parte, en que la autora decide que Paulina vuelva á la fe y se arrepienta de su pasión por Antonio. En primer lugar, el suceso de la conversión, que tiene lugar durante un viaje en tren de la protagonista, se integra en el relato demasiado bruscamente, hasta el punto de que al lector que incluso sabe que va a haber una conversión, le sorprende el momento en que ésta se produce. Pero lo peor es que a partir de ese momento la novela se derrumba y el relato pierde fuerza e interés, cayendo en ingenuidades y torpezas. La autora no ha sabido estar a la altura del tema, fallando en la parte que era precisamente clave de la obra, la relativa a la conversión. El *tempo* rápido y vivo de la primera parte, su clima tenso, dejan paso a unas páginas, sin duda sinceras, pero novelísticamente torpes, porque no logran la emoción que el tema requería. El lector, que estaba pendiente de un conflicto que le interesaba por su vigor humano, el de las relaciones entre Paulina, Antonio y Eulogio, se ve obligado a dejarlo de lado para seguir otras historias menores completamente alejadas del drama central — como el episodio, marginal y superfluo, de Amalia y su hijo, con que comienza la tercera parte. No es que sea falso el proceso psicológico de la conversión de Paulina ; lo que no tiene es relieve, fuerza emotiva. Y el afán de proselitismo — muy humano, por otra parte, en la autora — perjudica en más de una ocasión a la verdad desnuda del relato.

El fallo de esta novela, en una escritora que nos ha demostrado su talento en sus libros anteriores, sólo cabe achacarlo a dos causas. Primero, que la novela haya sido escrita con cierta precipitación, sin dejarla reposar el tiempo necesario para que madure y permita la autocrítica. Segundo, que la experiencia religiosa que la autora ha querido reflejar en su relato, por la misma trascendencia que ha tenido en su propia vida, le ha impedido tener clara conciencia de los graves baches que la novela tiene a partir de la segunda parte. La precipitación se observa, sobre todo, en lo descuidado del lenguaje. Por poner un sólo ejemplo, en la página 129, la autora olvida su obligación de permanecer oculta tras el narrador, que relata en tercera persona, y escribe : « pero *no encuentro* otra (palabra) en *mi idioma* hoy para describir... » En otro momento, después de confesar Paulina en una iglesia su pasión por Antonio, la autora escribe : « Paulina no podía explicar nada de lo que para ella había sido el amor de Antonio, después de una época de vacío absoluto, tristeza y enfermedad... No quedaba más que aquel esqueleto repugnante. En el fondo, la verdad ». Pero si el amor de Paulina por Antonio es sólo un esqueleto repugnante, la conducta de aquélla pierde grandeza, y por otra parte durante toda la primera mitad de la novela hemos tenido la sensación de que aquel amor no era un capricho de Paulina, sino una verdad total y honda en su vida. ¿ Se puede convertir de pronto ese amor en un esqueleto repugnante ?

En la tercera parte hay momentos, aquellos en que vuelven a estar frente a frente Paulina y Antonio, en los que la novela parece recobrar la tensión y el interés de las primeras páginas. Pero el esfuerzo de la autora no es suficiente, y la novela queda frustrada hasta el final. Mi impresión es que Carmen Laforet ha querido — lo que es explicable y humano — llevar a su narración su fervor de convertida, y que este afán previo ha perjudicado artísticamente a su obra. Lo que prueba una vez más que la obra de arte

no es necesariamente más importante porque esté apoyada en la experiencia del autor. Recuerdo que la gran Isadora Duncan, en el prólogo a su estupenda autobiografía, decía que un escritor con imaginación, encerrado en su despacho europeo, quizá es capaz de describir maravillosamente los paisajes y ambientes del centro de Africa, sin haberlos visto jamás, mientras que otro, dotado con menos fantasía, que ha vivido esos paisajes africanos y ha querido después describirlos, puede fracasar en su empeño. Esta vez, la experiencia ha jugado una mala pasada a Carmen Laforet. Ha puesto su alma en un tema que ha vivido hondamente, y sin embargo el resultado novelístico ha sido inferior al tema y a su talento indudable de novelista. Esperemos que en una próxima novela, la autora de *Nada* acierte de nuevo a darnos un gran relato digno de ella.

ANDRES DALE

"El Rey y la Reina", de Ramón Sender

A RAMÓN SENDER acaban de publicarle en francés, en la colección « Méditerranée » de las Editions du Seuil, su novela *El Rey y la Reina*, en excelente traducción de Emmanuel Roblès.

La acción de *El Rey y la Reina* se desarrolla en plena guerra civil española. No es, sin embargo, una novela de la guerra civil, sino que se trata, más bien, de una novela *en* la guerra civil. Tampoco quiere esto decir que la guerra sea el centro mismo de la acción, sino un pretexto, el instrumento de que se vale la mano del destino. Los personajes se hallan dentro del ambiente de la guerra y diríase que ese ambiente les sirve para aislarse más y más y conocerse mejor a sí mismos.

Ramón Sender habría podido caer en la obsesión de la guerra civil al hablar de hechos que pasan en aquella época. Hubiese sido incluso lógico dada su condición de refugiado que se fué de España con tan dramática imagen en la cabeza. Sin embargo, no ha sido así.

La guerra aparece en la obra, se halla presente, cercana, pero sin que llegue por ello a inundar las páginas del libro. Sender consigue, sin duda alguna, la perspectiva necesaria para enfocar las cosas.

La duquesa de Arlanza, que se halla bañándose en la piscina de su palacio, se deja ver desnuda por Rómulo, jardinero de la casa, el día antes de que estalle la guerra civil.

El duque huye, las milicias sindicalistas se incautan del palacio, el resto de la servidumbre se dispersa, la duquesa se esconde en unas estancias deshabitadas del torreón del palacio y únicamente Rómulo continúa, como siempre, viviendo con su mujer a la entrada del parque. La duquesa está, pues, en manos del jardinero, que la visita con frecuencia. Rómulo se enamora de ella. La duquesa advierte desde el primer instante la pasión que inspira al jardinero. El duque visita a su esposa por las noches y, un día, Rómulo no vacila en entregarle a los milicianos. Fusilado el duque, la duquesa recibe a su antiguo amante, quien también se halla perseguido. Viendo que la duquesa continúa siendo una ilusión distante para él, Rómulo se va al frente. Regresará herido y a tiempo para asistir a los últimos días de la duquesa. Cuando iba a alcanzar la ilusión, la ilusión se desvanece, *pues realizar su ilusión es matarla.*

¡ Extraña novela esta de Ramón Sender ! Extraña novela, en la que lo real y lo irreal se confunden y mezclan, como se mezclan y confunden lo verosímil y lo inverosímil, lo lógico y lo absurdo. Sin duda que esta mezcla, que esta gran paradoja que es toda la novela, han sido deseadas por Ramon Sender. El resultado corresponde, pues, al intento.

El personaje de Rómulo rezuma españolismo y determina el valor exacto de la novela. Rómulo es hombre parco en gestos y en palabras. Ha nacido en Córdoba y ha vivido en Castilla. En él, estoicismo y mística se dan la mano. Tosco, pero de delicadeza innata, es de fondo celoso, aunque calculador y frío en la exteriorización de sus celos. Se enamora con terquedad y devoción, pero sin dejar por ello de ser clarividente respecto a la persona amada. Amor apasionado y casto al mismo tiempo. La guerra puede traerle sin cuidado, pero cuando se embarca en ella lo hace con todas las de la ley, dedicándose, como dinamitero, a destruír tanques a pecho descubierto, sin darle mayor importancia a la cosa.

Rómulo no siente el odio de clases, a pesar de haberse visto humillado, pero sabe lo absurdo de las diferencias de clases. Este sentido de lo absurdo trasciende del personaje de Rómulo y empapa las mejores páginas de la novela. Absurdo de lo irreal y absurdo de lo real. A cual más absurdo.

El personaje de la duquesa no por ser más conocido ofrece menos interés. Su aislamiento, su dependencia de los acontecimientos la despojan de artificio.

Sender nos trae y lleva con mano hábil. Bruscamente pasamos de las cocinas de los milicianos a las estancias tapizadas, del ruido de las bombas al silencio más completo, del mundo animado del parque a la soledad y el silencio del torreón en que se halla la duquesa. Dos mundos que están a unos pasos uno del otro y entre los que la única comunicación es Rómulo, el jardinero. Dos mundos que luchan en el frente, aquí conviven sin saberlo. La duquesa y el jardinero forman

por sí solos todo un mundo. El jardinero es el *Rey*; la duquesa, ilusión del jardinero, es la *Reina*. ¿ Qué importa lo que pasa en torno suyo ? La pareja adquiere así fuerza de símbolo y valor de absoluto.

Numerosos detalles desperdigados a través de la obra, tales como los cuadros anacrónicos en las paredes, las marionetas que parecen animarse y el enano que vive escondido en la bodega acentúan la impresión de irreal que prolonga como un eco todo el absurdo de la vida misma.

Diríase que en *El Rey y la Reina*, se descubre, en pleno paisaje de Castilla la Nueva, un palacio arrancado, sin duda, a las nieblas del romanticismo germánico.

LUIS LOPEZ ALVAREZ

Renace la novela en Perú

Bajo el título *Montoneras* (Mejía y Villanueva, Lima, 1954) circula una novela de ambiente peruano de 1895. El autor, Francisco Vega Seminario, había publicado anteriormente un tomo de cuentos titulado *Chicha, sol y sangre* (Desclée de Brouwer, París, 1946). Pertenece Vega a una familia del norte del Perú y ejerció la diplomacia hasta hace poco. Sus cuentos indiscutiblemente superan a su novela, pero ésta significa un esfuerzo considerable en el ambiente de su país.

Montoneras enfoca una época todavía semiépica de la historia republicana : la de 1895. En ese año culmina una sangrienta y extensa revolución civil contra el militarismo. Las partidas guerrilleras tomaron el nombre de « montoneras ». Por lo general las comandaban hacendados y « ricos homes » feudales, como los Seminario, antepasados del novelista. Las montoneras triunfaron.

Con este material ha podido Vega hacer una excelente novela, pero lo ha vencido el editorialista de diario y ha pulido el lenguaje hasta excesos indeseables. En la pugna entre el popularismo ramplón y forzado, y el amaneramiento pseudoliterario, existe justamente el adecuado buen tono, la sencillez precisa, la sobriedad. De todos modos, es un esfuerzo laudable. Se advierte que Vega, alejado ya de Europa y de vuelta a Perú, ha cultivado menos las lecturas que antes y, por tanto, ha perdido « entrenamiento », es decir, no está en forma. Ha de recuperarla si insiste.

***

Bajo el título de *La batalla* y *Lima hora cero*, respectivamente, han publicado sendos tomitos de cuentos los jóvenes escritores peruanos C. E. Zavaleta y C. Congrains. Son dos autores impares ; además insólitos en medio del costumbrismo peruano.

Zavaleta persigue, se advierte, el modo faulkleriano. Congrains es menos estilizado, pero de gran fuerza. Sin pedir préstamos al « realismo socialista », Congrains traza un retrato de mano cuasi maestra de las poblaciones hongos, esas que se constituyen en cualquier parte, a causa de la escasez de viviendas y levantan un agudo problema social. No se necesita proclamas revolucionarias para despertar protesta y encono en quienes comparten o copadecen tales injusticias. *La batalla*, título del primer cuento, reedita lo que se llama criollismo, pero vestido de universalidad. La sierra peruana aparece en sus perfiles dramáticos, aunque como traducida de otro idioma. Ambos, Zavaleta y Congrains, son muy jóvenes, el segundo más que el primero. Se debe esperar de ellos mucho en la relatística (permítasenos la palabra) peruana, todavía nadando trabajosamente por entre las densas aguas del folklorismo jaranero o « revolucionario ».

S.

Juan Bosch, autor intenso

Podría haber usado el adjetivo « prolífico », porque Bosch ha lanzado tres libros en un año : sería impropio. Son libros de larga maceración. Bosch, absorbido por sus tareas políticas durante los últimos diez años, no ha publicado literatura. Lo hace ahora aprovechando una pausa y un viaje por América del Sur.

Bosch, dominicano, nacido en 1909, es, sin duda, el más vigoroso escritor de su país. A nuestro juicio, después de Horacio Quiroga, es el más fuerte cuentista latinoamericano. Lo corrobora así su reciente libro *La niña de la Guayra* (Santiago de Chile, Nascimento, 1955), donde se reunen dos de los más ricos, fuertes y dramáticos relatos de las letras del Continente. El último, en que se ponen a contribución sucesos contemporáneos, da título al conjunto.

Otro libro de Bosch, de 1955, es *Cuba, la Isla fascinante* (Editorial Universitaria). No creemos que se haya escrito sobre la patria de Martí libro más amoroso, ni que haya descripción de La Habana superior a la que ofrece Bosch. Con cariño de experto y de galán, con ternuras de novio, nos hace recorrer la Isla maravillosa, sin perder la cara a la realidad. Libro de poeta y político. Todo reluce en Cuba, salvo las amenazas dictatoriales. Con ellas, Bosch es implacable.

El tercer libro, *Judas Iscariote* (Editorial Prensa Latinoamericana) difiere de los otros dos. La tesis no puede ser más audaz : de acuerdo con

los Evangelios y con «Los hechos de los Apóstoles», ni Jesús fué vendido por Judas, ni mucho menos éste lo entregó con un beso, ni es verdad que Judas recibiera treinta monedas, ni que se suicidara. Los testigos de Bosch son los evangelistas, leídos con sumo cuidado. De creerles, Judas por ser extranjero a los galileos del grupo, por ser tesorero y predilecto de Cristo, concitó los celos de los galileos, con Pedro a la cabeza, cuya espada, de ser cierta la versión de la premonición sobre la traición del Huerto, habría caído sobre el pecho de Judas y no sobre la oreja del desconocido Malco. Bosch afirma que Pedro es el autor de la acusación contra Judas, mucho después de la muerte de Cristo. Etcétera.

Este último libro ha sido acallado por doble vía : católicos y comunistas. Lo último, porque Bosch alude en el prólogo a esto : si Hitler hubiera triunfado, a los cien años nadie dejaría de creer que los judíos eran lo peor del mundo ; con el triunfo de Stalin, la sexta parte del mundo, o más, cree a pie juntillas que Trotski nunca fué amigo de Lenin, ni organizador del Ejército Rojo, ni el primer teórico del leninismo en 1917-20. Una propaganda sabiamente difundida ha conseguido, en menos de medio siglo, borrar o deformar una figura histórica contemporánea. ¿ Cómo no va a conseguir, en dos mil años, efectos peores aún una publicidad sistemática contra un hombre de cuyos hechos no hay la constancia escrita que de los de Trotski ?

S.

"Odiseo", de Agustí Bartra

COCTEAU, Gide, Valery, y muchos más han recurrido a los mitos y personajes griegos para expresar inquietudes modernas — y permanentes —. Hoy, Agustí Bartra, catalán instalado en México, poeta tenaz y audaz, sigue la tradición, pero aportando a ella aquello que de helénico hay siempre en todo catalán.

Su *Odiseo* (Fondo de Cultura Económica. México, 1955), aparecido en catalán, en 1953, y luego vertido al castellano por el propio Bartra en colaboración con Ramón Xirau, forma un conjunto coherente y, a la vez, muy diverso. Hay en el tomo poesía, teatro, prosa, todo girando en torno a la figura de Ulises viajero, un Ulises que, en lo fundamental, puede ser cualquier hombre alejado de su patria... o por lo menos cualquier hombre mediterráneo. Porque la obra de Bartra tiene un sabor indisimulable — e indisimulado — a cosa del *Mare Nostrum* : apego casi metafísico a la tierra y a sus fuerzas, interpretación a la vez racional e intuitiva de la realidad, rebusca de nuevas formas de expresión.

« O eres todo el mundo o no eres nadie », dice un verso de Maragall que el libro lleva en exergo. Ahí está resumida toda la concepción de lo que, en realidad, es un gran poema épico, presentado bajo diversas formas literarias, pero siempre movido por un constante deseo de explicar, de manifestar cómo se puede llegar a ser « todo el mundo ». El hecho de que este anhelo se contagie al lector dice la eficacia de la obra y hará, sin duda, su duración.

V. A.

"Los días enmascarados", de Carlos Fuentes

HALLAMOS en México un doble fenómeno curioso, que merecería ser explicado por algunos de esos sociólogos o filósofos que consagran sus desvelos a la investigación del mexicano y de lo mexicano : no hay pintores de marina ni escritores humoristas.

Lo primero, acaso puede explicarse por el poco interés que tradicionalmente el mexicano presta al mar. Mas el pueblo de México es de una gran agudeza mental, tiene, al hablar, un lenguaje lleno de imágenes gráficas de mucha fuerza humorística, y su capacidad de hacer chistes es inagotable. ¿ Cómo, pues, de este pueblo no han surgido escritores que cultiven el humor ?

La pregunta ya queda atrasada, porque ahora México tiene un humorista. Y de categoría, a pesar de su juventud : Carlos Fuentes. Y un libro que prueba que no exageramos al decir esto : *Los Dias Enmascarados* (Ed. Los Presentes, México, 1955). Seis simples relatos, sin alharaca, en los cuales hay una mezcla, sabiamente dosificada, de bruma, de horror y de sátira ; de todo ello emana un humor en apariencia inofensivo, pero terriblemente áspero y, por paradoja, nada descorazonador.

Como todo humorista de veras, Fuentes sabe agarrarse a la actualidad para saltar a lo permanente. Así, por ejemplo, su « Defensa de Trigolibia », que es una maravilla de agudeza. O su anticipación « El que inventó la pólvora », la historia del hombre que halló la solución a todos los problemas de la economía : que los objetos se usaran con emplearlos una vez... hasta que, llevando el invento a su perfección, logró que se usaran antes de ser empleados.

Fuentes, en su libro y en los fragmentos de una novela que está escribiendo, aparecidos en la revista *Boteghe Oscure*, se dedica, seriamente, a quitar la máscara a tanto enmascarado como anda por la vida sin haberse visto nunca la cara. Las sorpresas que esto produce son considerables. Y muy salubres.

V. A.

De los poetas a la poesía

SON numerosos los libros de versos que nos van llegando de todos los países de lengua castellana. Lanzarse a su lectura equivale, en cierto modo, a recorrer la geografía de Hispanoamérica. Geografía áspera y seca, unas veces, húmeda y suave otras.

FLOR SCHAPIRA FRIDMAN nos envía desde Buenos Aires sus *Memorias de la Víspera*, que le ha publicado en aquella ciudad la Editorial Losada en la colección Poetas de España y América.

Flor Schapira nos lleva de la mano, con paso grácil y acompasado, a través del paisaje, un tanto irreal, de la primera mitad de su libro. De repente Flor Schapira hace un alto en el camino. Da la impresión de querer disciplinarse, de querer hallar en sí misma el mundo de la concreción metafísica. Este esfuerzo dura un instante. El contenido de su poesía vuelve a diluirse. Quizás sea mejor así. Tal vez no. Lo único que puede afirmarse es que ese intermedio sabe a poco. Nos da la impresión de haber marchado a la luz de la luna y que un relámpago ha iluminado, por unos instantes, la realidad de las cosas que nos rodean.

A CLARIBEL ALEGRIA, otra mujer, salvadoreña nacida en Nicaragua, le han publicado, también allá en el Sur, sus poemas. *Acuario* se llama el libro editado en Santiago de Chile. Poesía clara, límpida, sencilla, la suya. Versos fríos y sin embargo palpitantes cual auténticos peces de un auténtico *acuario*.

Claribel Alegría conoce el arte difícil de la autodisciplina. Para hallar contraste a la poesía femenina de Flora Schapira y Claribel Alegría basta con subir por la espalda de los Andes hasta llegar a Lima, en donde Antenor Samaniego publica sus versos de áspera virilidad bajo el título de *Oración y Blasfemia*.

El libro empieza con unas elegías de cierta grandeza épica, luego se adentra en otros poemas, un tanto irregulares, para terminar con 18 sonetos de corte clásico y contenido romántico. En realidad toda su poesía es de un romanticismo desenfrenado en el que la *blasfemia* abunda más que la *oración*. Esto da lugar a los consiguientes altos y bajos.

Señalemos a Antenor Samaniego que el abuso de la enumeración narrativa lleva, a la larga, a obtener el efecto contrario al deseado. En lugar de sorprender, de herir a latigazos de imágenes la sensibilidad del lector, termina éste por no ver en todo ello más que el rumor de fondo de un oleaje lejano.

DE Quito nos llega un librito de César Dávila Torres, *Los Hijos de la Tierra*, que publica el Ateneo Ecuatoriano.

Poesía de remanso, de surco recién abierto, de húmedos prados. Dávila Torres habla, con sencilla dignidad, de las cosas del campo y la lectura de sus versos nos produce una impresión de agradable descanso, como de haber paseado por los paisajes que tan acertadamente describe.

TAMBIÉN a Quito se ha ido el venezolano Juan Liscano a publicar la traducción de unos poemas del belga Alain Bosquet, bajo el título *De un Reino Olvidado*.

Poemas concisos, vivos e incisivos que sirve admirablemente Juan Liscano. El poeta venezolano se vale tanto de la presentación como de las notas que acompañan a los poemas, para ofrecernos unas consideraciones, de gran interés, acerca del poeta y de la poesía y del significado, papel y ubicación de ambos en el mundo contemporáneo.

EL Ministerio de Cultura de El Salvador edita los *Cantos de la Tierra Prometida* del malogrado poeta salvadoreño Juan Cotto, acompañados de un prólogo de José Vasconcelos y un discurso, a manera de epílogo, de José Arce y Valladares.

Poesía fresca y ligera a través de la cual se adivina un alma sensible. Lenguaje depurado, concordante con la luminosidad de los elementos de que se sirviera el poeta.

La sombra de Juan Ramón se proyecta amorosamente sobre la obra de Juan Cotto.

SALTANDO el Atlántico podemos llegar, por ejemplo, a Oviedo, en donde el catedrático Emilio Alarcos Llorach eligió como tema del discurso inaugural del año académico 1955-56 en la Universidad, *La Poesía de Blas de Otero*.

Sabido es que Blas de Otero es, a sus cuarenta años, uno de los poetas más interesantes de las últimas generaciones españolas. El profesor ovetense analiza y estudia la personalidad y la obra del poeta con tanto acierto como interés. Emilio Alarcos hace hincapié en el estrecho parentesco que existe entre la poesía en estado de pensamiento puro y las modalidades lingüísticas de que el poeta va a servirse para darle salida.

SEÑALEMOS, en fin, la presencia de un nuevo joven poeta español, José Antonio Novais, al que, en la Guadalajara de España, le ha publicado la colección Doña Endrina un librito titulado *Miedo y Hombre*.

Voz noble la suya; noble y rebelde. Poeta generoso que *s'engage*, que *se compromete*, o, mejor dicho, que *se embarca*.

L. L. A.

VIDA DEL CONGRESO

CONSTITUCION DE LA ASOCIACION ARGENTINA

El profesor e historiador literario Luis Alberto Sánchez y el escritor Julián Gorkin han permanecido en la Argentina durante el mes de diciembre último, representando al Congreso por la Libertad de la Cultura. Los medios intelectuales y políticos de la nueva Argentina, así como los periódicos y las radios, les han dispensado una calurosa acogida.

Luis Alberto Sánchez ha hecho las siguientes conferencias : « Poetas desconocidos de América » en el Colegio Libre de la Escuela Superior ; « La Universidad en la América Latina y las reformas inmediatas » en la Federación de Estudiantes de la Universidad de La Plata, y « La Universidad en Latinoamérica » en el Aula Magna de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.

A su vez, Julián Gorkin ha tratado los siguientes temas : « Una política de la libertad en el siglo XX » y « La América Latina en el mundo de hoy », ambos en el Colegio Libre de la Escuela Superior ; « El escritor y el artista en libertad » en la Asociación Argentina de Escritores ; « La unidad europea y la coexistencia » en el Círculo de la Prensa de Buenos Aires ; « La revolución de la Ciencia y la libertad » en la Asociación Los Amigos de la Ciencia, y « Los problemas de la democracia social » en el Salón Augusteo, bajo los auspicios de la Comisión de Cultura del Partido Socialista Argentino. Hizo otras dos conferencias en la ciudad de Rosario : una en la Facultad de Filosofía y Letras y otra en el Centro Republicano Español. En fin, sobre el tema « Qué es el Congreso por la Libertad de la Cultura » hablaron los dos conferenciantes en la Asociación Argentina de Escritores. Todos estos actos se han visto extraordinariamente concurridos.

Con ocasión de este viaje ha quedado constituída oficialmente la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura en la Capital. Reune ésta los nombres más prestigiosos de la intelectualidad y de la política democrática argentinas. Se compone así :

Presidentes de Honor : Dr. Bernardo Houssay, Premio Nobel de la Ciencia, y Dr. Alfredo L. Palacios, Embajador en Uruguay.

Presidente : Roberto F. Giusti, Director del Colegio Libre de la Escuela Superior.

Vicepresidentes : Victoria Ocampo, Directora de *Sur*, y el gran filósofo Francisco Romero.

Actúa de Secretario General Juan Antonio Solari y de Secretario de Relaciones Guillermo de Torre. Como delegado del Comité Ejecutivo Mundial y como representante de *Cuadernos* ha sido nombrado Carlos P. Carranza.

Entre los vocales se encuentran asimismo personalidades del máximo prestigio : José Luis Romero, Interventor en la Universidad de Buenos Aires ; el gran novelista Jorge Luis Borges, Director de la Biblioteca Nacional ; el prestigioso y valiente diputado radical Santiago Nudelman ; Carlos Alberto Erro, Presidente del ASCUA ; el filósofo Vicente Fatone, Director de la revista *Qué* ; José P. Barreiro, Director del diario « El Mundo » ; el profesor y conocido militante socialista Américo Ghioldi, miembro de la Junta Consultiva ; Ernesto Sábato, Director de *Mundo Argentino* ; Sebastián Soler, Procurador General de la República ; el prestigioso profesor e historiador español Claudio Sánchez Albornoz ; el gran poeta Carlos P. Muñiz, Subsecretario del Interior ; José Santos Collán, de *La Prensa* ; el profesor y demócrata cristiano Manuel V. Ordóñez ; el demócrata progresista Dr. Horacio R. Thedy ; el científico Dr. Alfredo de Holberg ; el compositor Juan José Castro ; Walter V. Costanza, redactor Jefe del diario *La Epoca*. Forman asimismo parte de la Asociación el Dr. Pedro de Basaldúa, representante de los Vascos ; el Dr. José Rovira Armengol, refugiado catalán ; Curio Chiaraviglio, demócrata italiano y Secretario del Movimiento por los Estados Unidos de Europa, así como los señores Albert Guerin y René Sidarsky, del Club Francés y del mismo Movimiento europeista.

Componen la Comisión Juvenil los señores Rubén Vela, Alexis A. Latendorf, Debenedetti, Ricardo Barreiro y Alvaro Laíño.

UN ACTO DE SOLIDARIDAD CON LA DEMOCRACIA ARGENTINA EN MONTEVIDEO

En uno de los salones del Ateneo de Montevideo, y bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, se celebró, en la velada del 23 diciembre, un acto de solidaridad con la democracia argentina. Presidió dicho acto el Dr. Emilio Frugoni e hicieron uso de la palabra Arturo Ardao, Julián Gorkin y Américo Ghioldi. Este último hizo un extenso y substancioso informe sobre la situación actual de su país, después de la caída del peronismo, que impresionó vivamente a los auditores.

CARLOS DE BARAIBAR EN PARIS

El conocido periodista Carlos de Baráibar, delegado del Congreso por la Libertad de la Cultura en Chile, ha visitado París y El Cairo recientemente.

Con tal motivo, ha celebrado diversas reuniones con los miembros del Secretariado y ha quedado establecido un plan de trabajo para el año en curso en Chile. A su regreso a Santiago, Carlos de Baráibar ha celebrado una reunión con los secretarios de la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura con el fin de preparar una coordinación de los Comités de Chile, Argentina y Uruguay.

REUNION DEL COMITE EJECUTIVO

Durante los días 28 y 29 de enero se ha celebrado en París la reunión anual del Comité Ejecutivo del Congreso por la Libertad de la Cultura. Con los anteriores titulares, confirmados en sus cargos por la Asamblea General celebrada en Milán en septiembre de 1955, han tomado parte en esta reunión los dos nuevos titulares elegidos en dicha Asamblea : Luis Alberto Sánchez y Manès Sperber. En esta reunión del Comité Ejecutivo se han producido interesantísimos informes y se han adoptado importantes resoluciones para el año en curso.

El día 30 de enero se celebró una reunión conjunta del Secretariado y de los directores de las revistas *Encounter* (Londres), *Preuves* (París), *Forum* (Viena), *Cuadernos* (París), *Quest* (India), *Der Monat* (Berlín). Se anunció en esta reunión la próxima publicación de una nueva revista en Italia y otra en Australia.

EL SUPLEMENTO DE MILAN

Acaba de salir de la imprenta el suplemento de *Cuadernos* dedicado a la Conferencia celebrada en Milán, en la segunda quincena de septiembre, sobre « El Porvenir de la Libertad ». Consta de 64 páginas y contiene un resumen de los principales informes presentados y discutidos en dicha Conferencia.

Este Suplemento aborda, en una palabra, los problemas más interesantes de nuestro tiempo y estamos convencidos de que será leído, meditado y comentado ampliamente por todos aquellos que en el mundo de lengua española se preocupan por la defensa de la libertad humana.

« INFORMACIONES » DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

El Comité Ejecutivo del Congreso por la Libertad de la Cultura publica desde el mes de enero último, en francés, inglés y español, el boletín *Informaciones*, con textos de interés general sobre el mundo libre y el mundo soviético y con noticias, reseñas e informaciones sobre las actividades del propio Congreso en las cinco partes del mundo. Constituye un excelente instrumento informativo para todos aquellos que se interesan por los problemas de la Libertad y de la Cultura en el mundo de hoy. *Informaciones* aparecerá mensualmente.

NUESTRO CARNET

● AMERICO CASTRO, nuestro insigne colaborador, actualmente profesor en la Universidad de Houston (Estados Unidos), nos ofrece una vez más uno de sus profundos ensayos, inspirado esta vez « por un deseo de paz y de intelección ».

● PEREGRINE WORSTHORNE, joven conservador, es en la actualidad redactor permanente del cotidiano inglés *Daily Telegraph*.

● OCTAVIO PAZ, el insigne poeta mexicano, prepara la publicación de un libro — *El Arco y la Lira* — del que adelantamos a nuestros lectores uno de los capítulos.

● J. G. ATIENZA, joven escritor español, autor de varios cuentos y ensayos, Colabora en diversas revistas literarias.

● LOLO DE LA TORRIENTE, escritora cubana, ejerció el periodismo activo en México durante varios años. Ha editado tres libros : *Una defensa y dos comentarios, La Habana de Cecilia Valdés* y *Estudio de las Artes Plásticas en Cuba*.

● GUADALUPE AMOR, la conocida poetisa mexicana, acaba de editar una nueva obra poética, *Nuevo Libro de Amor*, del que forma parte el poema que publicamos.

● EUGENIO CHANG RODRIGUEZ, escritor peruano, actualmente Director de la Casa Hispana en la Universidad de Washington y profesor del Departamento de Lenguas y Literaturas Románicas.

● JEAN BOURET, periodista francés, crítico de arte y antiguo profesor de filosofía. Autor de varios libros de arte, es en la actualidad redactor jefe de la revista francesa *Marco Polo*.

● CZESLAW MILOSZ, escritor polaco, hoy día desterrado de su país, tiene editados en lengua española algunos de sus libros, entre los cuales cabe señalar *El pensamiento cautivo*, en el que describe las condiciones de vida de los intelectuales bajo el régimen de la cortina de hierro.

● JORGE CARRERA ANDRADE, gran escritor y eximio poeta ecuatoriano, ha publicado hace poco un hermoso libro titulado *La tierra siempre verde* y prepara la aparición de otro : *Huayna Cápac, gran constructor de Quito*.

● CARLOS DE BARAIBAR, periodista español, residente en Chile, nos ofrece sus impresiones sobre la situación política en el Próximo y Medio Oriente.

B.D.J.C

CORRESPONDENCIA

Con gran frecuencia nos llegan cartas de nuestros lectores en las que nos comunican el juicio que les merece nuestra revista. Hasta ahora hemos guardado para nosotros esta clase de correspondencia. Sin embargo, no resistimos hoy a la tentación de publicar algunos párrafos de esas cartas, excusándonos por adelantado, a la par que expresamos nuestro público agradecimiento a sus autores.

* * *

« Después de la lectura del último número de CUADERNOS me parece obligado dirigirme a ustedes para felicitarles por la publicación de dicha revista, que, a mi juicio, por sí sola expresa con toda claridad lo que es, y debe ser, la libertad y la cultura. Especialmente en nuestro país, que desde la *Revista de Occidente* no ha existido nada que admita comparación, tiene enorme importancia la llegada de CUADERNOS, pues su contenido, de enorme interés, no podríamos encontrarlo en ninguna otra parte, por causas que no necesitan explicación ».

BILBAO (España). A. M. O.

* * *

« Aprovecho la oportunidad para expresarle a usted mi simpatía con la labor que desarrolla en la dirección de CUADERNOS. Es en verdad su obra de gran utilidad y de mucha necesidad en el momento actual, por cuanto defienden la libertad en momentos que la quieren avasallar los sistemas que pretenden dominar el mundo. Con vuestro trabajo se contribuye a la educación sobre principios fundamentales y a no dudar con muchas revistas como la suya se despertará la verdadera conciencia de respeto mutuo basado en los principios inalienables de la persona humana y se harían en ese entonces imposibles todas las diferencias que basadas en el egoismo sapara al mundo entero ».

BUENOS AIRES (Argentina). Prof. A. S.

* * *

« El número 16 es estupendo. Asimismo, como el precedente, uno de los mejores de la serie. Es un número « explosivo », casi atómico. Me figuro el efecto que la revista debe producir en los medios intelectuales de Hispanoamérica, cuando llega. Desde luego, es la mejor revista que jamás se haya publicado en español. Su impacto será enorme en la generación que ahora se va formando ».

NEW YORK (U. S. A.) J. M.

* * *

« Obvio decirles lo mucho que aprecio su publicación, cuyos colaboradores reúnen una de las raras cualidades de que tan faltos están la mayoría de los intelectuales : la sinceridad. Dentro de mis posibilidades he hecho cuanto he podido para que los números que yo recibía fueran leídos por amigos míos. Hay ejemplares que han viajado incluso hasta las dos Américas e incluso a España. Otras veces, no disponiendo de la revista o porque debía enviarla a otra dirección, me he dedicado a copiar ciertos artículos y cursarlos a gentes inquietas. En fin, creo que con la fórmula actual CUADERNOS tendrá vida asegurada durante largos años ».

CARCASONA (Francia) E. P. P.

* * *

« Para continuar mi suscripción anual a CUADERNOS, les he hecho llegar el importe de 3 dólares por mediación de uno de mis amigos de París. No obstante ciertas campañas de prensa, incluso aunque contengan un poquito de verdad relativa, me es grato reiterar a CUADERNOS el testimonio de una gran estima literaria y política ».

MÉXICO, Ciudad. M. T. C.

* * *

« He recibido unos ejemplares de esa hermosa revista, que he entregado a manos amigas, escritores de mi país. La satisfacción con que me han obsequiado al haberme puesto entre los colaboradores de CUADERNOS, tórnase más viva por la admiración que guardo para la extraordinaria revista, en donde figuran los nombres más ilustres de la literatura universal de nuestro tiempo ».

QUITO (Ecuador). G. R. P.

* * *

« Me dirijo a usted a fin de formularle una objeción a la revista CUADERNOS : la excelencia de su contenido.

En efecto, señor Director : soy lector de esa buena revista desde su número once y a cada nuevo número aumenta mi satisfacción por haberme suscripto ; la calidad de los ensayos y demás artículos que en ella se publican, hacen que practicamente deba de leérsela íntegralmente, he ahí el porqué de mi objeción.

Soy estudiante de Derecho en la Facultad de Buenos Aires y como es obvio la mayor parte del tiempo la absorben los libros ; sin embargo siempre hago un « lugarcito » para leer CUADERNOS que trae tan buenos artículos que desgraciadamente hasta no hace mucho tiempo no se podían publicar en ninguna revista de mi país, como consecuencia de la desoladora dictadura que nos asoló hasta el 16 de septiembre próximo pasado ».

BUENOS AIRES (Argentina). H. O. A.

Mayo-Junio 1956

REVISTA BIMESTRAL

B.D.I.C

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

18

Libertad, calidad y maquinismo — **ALDOUS HUXLEY**
Toynbee y los aimaras bolivianos — **F. DIEZ DE MEDINA**
Ortega y la idea de la vida humana — **J. FERRATER MORA**
La metafísica de Ortega — **JULIAN MARIAS**
Cosas y gentes — **SALVADOR DE MADARIAGA**
Syllaba candida (Sonetos) — **RAMON SENDER**
Estampas de Cuba — **ENRIQUE SERPA**
El incidente de las aureolas (Cuento) — **ALEJANDRO MAGNET**
En la China de Mao Tse Tung — **ROBERT GUILLAIN**
La condena de Stalin por los stalinistas — **WALTER LAQUEUR**

Otros textos de :

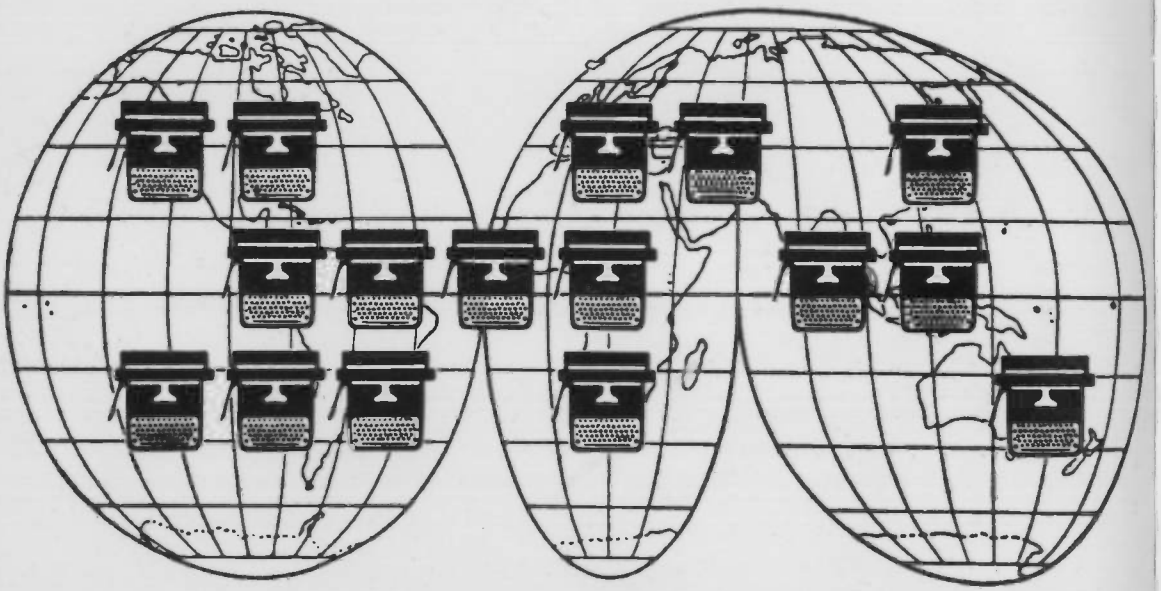
GERMAN ARCINIEGAS, ALEJANDRO CASONA, LUIS ABAD CARRETERO, ANGEL DEL RIO, LUIS ARAQUISTAIN, M. SUAREZ MIRAVAL, FERNANDO VALERA, MARIA ZAMBRANO, JULIAN GORKIN, ETC.

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE

4° P 5926

olivetti

Los talleres fundados en Ivrea (Italia) hace cincuenta años, se han convertido en un conjunto productivo internacional; en el mismo Olivetti tiene arraigada su propia existencia y continúa preparando nuevos productos, pero su actividad es ahora integrada por las fábricas italianas de Turín, Aglié, Apuania, Pozzuoli, así como por las que surgieron en Barcelona (España), Glasgow (Escocia), Buenos Aires (Argentina), Rio de Janeiro, (Brasil), y Johannesburg (Sur Africa).
Una organización de Sociedades Aliadas y de Agentes, extendida en todo el mundo, garantiza una perfecta asistencia a los poseedores de máquinas Olivetti para oficina, en cualquier parte éstos arraiguen.



SOCIEDADES ALIADAS

Ing. C. Olivetti & C., S.p.A. - Ivrea (Italia)
Austro-Olivetti A. G. - Wien
British Olivetti Ltd. - London-Glasgow
Deutsche Olivetti A. G. - Fankfurt a/M
Hispano Olivetti S. A. - Barcelona
Olivetti Africa Pty. Ltd. - Johannesburg
Olivetti Argentina S. A. - Buenos Aires
Olivetti Australia Pty. Ltd. - Sydney
Olivetti (Canada) Ltd. - Toronto
Olivetti Colombiana S. A. - Bogotá
Olivetti Corp. of America - New York
Olivetti Industrial S. A. - Rio de Janeiro
Olivetti Mexicana S.A. - Ciudad de México
Olivetti S. A. Belge - Bruxelles
S.A.M.P.O. Olivetti - Paris

B.D.I.C

CUADERNOS

NUMERO 18 REVISTA BIMESTRAL MAYO-JUNIO 1956

SUMARIO

Editorial	« CUADERNOS »	3
Libertad, calidad y maquinismo	ALDOUS HUXLEY	5
Toynbee y los kollas o aimaras de la meseta boliviana	F. DIEZ DE MEDINA	11
El sueño de las siete ciudades	ALEJANDRO CASONA	16
Cosas y gentes	SALVADOR DE MADARIAGA	19
En la China de Mao Tse Tung	ROBERT GUILLAIN	23
Don José Ortega y Gasset	I. I.	32
Ortega y la idea de la vida humana	JOSE FERRATER MORA	33
La metafísica de Ortega	JULIAN MARIAS	40
Carnet	GERMAN ARCINIEGAS	46
El alma de México a través de sus pirámides	LUIS ABAD CARRETERO	49
Syllaba candida (Sonetos)	RAMON SENDER	55
Estampas de Cuba	ENRIQUE SERPA	58
El incidente de las aureolas (Cuento)	ALEJANDRO MAGNET	64

Los hombres y su obra

Don Fernando de los Ríos	ANGEL DEL RIO	69
Tributo de un bibliófilo a Antonio Palau	LUIS ARAQUISTAIN	80
Santos Chocano, poeta de trunco pedestal	M. SUAREZ MIRAVAL	85

La actualidad española

Análisis espectral de la España silenciosa	FERNANDO VALERA	91
El emparedamiento mental de España	JUAN DE LA COSA	96

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE MUSÉE

Crónicas

El Partido Laborista en busca de una esperanza... RITA HINDEN 100

El XX Congreso del P. C. de la U. R. S. S. : La condena de Stalin no significa la liquidación del stalinismo ..... WALTER LAQUEUR 104

La literatura y el Congreso ruso ..... I. LAZAREVITCH 109

Exposiciones

El arte de Juan Soriano ..... MARIA ZAMBRANO..... 112

Lecturas

« L'Arbre de Guernica », novela de Shevawn Lynam, por JULIAN GORKIN. — Sobre algunos libros brasileños, por STEFAN BACIU. — La poesía de Blas de Otero, por ANDRES DALE. — De los poetas a la poesía, por LUIS LOPEZ ALVAREZ. — « Por qué callaron las campanas » de V. Botella Pastor, por L. L. A. — « Freud a distancia » del Dr. Oswaldo Robles, por LUIS ABAD CARRETERO. — « Reforma universitaria » de Gabriel del Mazo, por CARLOS DE JUAN. — « Pena de muerte » de Enrique Lafourcade, por C. de J. — « Casas muertas » de Miguel Otero Silva, por I. I. — « La civilización de España » de John Brande Trend, por I. I. — « La vida que nos dan » de José Blanco Amor, por C. A. 115

Vida del Congreso. — Nuestro Carnet. — Correspondencia

Fundada bajo los auspicios del *Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista bimestral CUADERNOS se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por CUADERNOS mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas la trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

El Congreso por la Libertad de la Cultura, *constituido en el mes de junio de* 1950, *reúne a intelectuales, artistas y científicos de todos los países y de diversas tendencias. Su único denominador común es la voluntad de defender el derecho de crítica y el pensamiento libre.*

Presidentes de honor :

† Benedetto Croce, † John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga, Jacques Maritain, Bertrand Russell, Reinhold Niebuhr.

Presidente del Ejecutivo : Denis de Rougemont. Secretario general : Nicolás Nabokov.

" Venceréis, pero no convenceréis "

EN su mensaje de Año Nuevo, dirigido a la juventud española, el general Franco, que tenía clara conciencia de su espíritu de rebeldía, preconizó que se cerraran las ventanas con el fin de que « los vientos extranjeros no corrompieran la pureza de nuestra atmósfera ». Ese lenguaje no es nuevo en España ; desde hace siglos, frente a la Reforma, a los Enciclopedistas, a la Revolución francesa, a las guerras de Independencia hispanoamericanas y a las ideas y realizaciones progresivas del siglo XIX, se mantuvieron cerradas puertas y ventanas y se llegó a condenar incluso el liberalismo como un pecado. Siempre en nombre de la « pureza » de la atmósfera española, que un pensador europeo de mediados del siglo pasado calificó de « descomposición lenta y sin gloria ». ¿ Cómo es posible que tales palabras hayan podido ser pronunciadas en un país de la Europa occidental al abrirse el año de 1956 ? ¿ No traducen un drama tremendo, más aún quizá para el mundo democrático de nuestros días que para la propia España ?

Por razones estratégico-militares, ese mundo aceptó a esa España en la UNESCO, no obstante haber sido fundada esta institución para defender la cultura libre y los derechos humanos. Por las mismas razones, Washington firmó su ya famoso pacto con Madrid. ¿ Qué razones estratégicas han aconsejado la admisión de esa España en la ONU, ya que al voto de las democracias se ha sumado ostentosamente el de la URSS ? ¿ No parecen disputarse todas el favor dictatorial de El Pardo ? En nombre de la estrategia ayer y en el de la coexistencia hoy, los principios se pierden cada día más y la confusión aumenta.

¿ Ha salvado o fortalecido todo esto al régimen ? ¿ O ha contribuído a democratizarlo ? La realidad y los acontecimientos que la reflejan demuestran todo lo contrario. Precisamente si no abre el menor resquicio liberal o democrático es porque se siente cada día más débil. Un día prohibe que se pronuncie el nombre de Unamuno en una efemérides de la Universidad de Salamanca o al representarse una de sus obras dramáticas en Madrid. Vigila luego inquisitivamente la agonía y la muerte de Ortega y Gasset y da severas instrucciones a la Prensa sobre lo que debe decir e incluso sobre las fotografías del ilustre finado que debe publicar. ¿ Tiene miedo de los grandes muertos, cada vez más vivos en la conciencia española y universal ?

No sólo de los muertos, sino de los vivos : de esos que componen la España real que se asfixia y que tratan de escapar a la descomposición lenta y sin gloria de estos tristes años. Suspende las revistas en que, pese al colado de tres censuras, late cierto espíritu liberal. Detiene a un cineasta de inspiración independiente. Destituye a los profesores que se manifiestan inquietos ante las mal contenidas ansias juveniles, botón de muestra del anhelo general de libertad. Y cuando los jóvenes universitarios se pronuncian unánimemente —o por aplastante mayoría — contra el monopolizador o dictatorial SEU falangista, en nombre de unas reivin-

dicaciones harto moderadas y legítimas a más no poder, se provocan sangrientos disturbios y severas represiones.

Tras cerca de veinte años de existencia, no ha logrado el régimen otro resultado tangible que el de volver contra él a todas o casi todas las fuerzas vivas del país. En realidad pervive aislado en medio de la España real. ¿ No han demostrado los últimos acontecimientos, tras todo un cúmulo de indicios, esta verdad que nadie, salvo la minoría interesada, se atreve a negar ? ¿ No salta a la vista del simple viajero por tierras españolas ? No sólo las masas trabajadoras, cada día más míseras y descontentas, como tienen que reconocer las alarmadas pastorales de obispos y arzobispos, sino los propios círculos industriales y financieros no le ven salida a la situación. ¿ Y qué decir de los componentes de la inteligencia? Los novelistas, los dramaturgos, los poetas, los profesores, los jóvenes universitarios — por no hablar de otros — se sienten como emparedados.

¿ Y no se siente aislado el régimen desde el punto de vista internacional, a pesar de la UNESCO, de la ONU, del pacto con Washington y de los oportunistas gestos de Moscú ? Una ojeada a los rotativos internacionales, incluso los más sesudos y moderados como The Economist, Daily Telegraph, The Times, Paris-Presse, Le Monde, Le Figaro, L'Aurore, The New York Herald Tribune *y* The New York Times *— por no citar otros —, así lo prueba. Todos se ven obligados a proclamar la verdad sobre la crisis y la general impopularidad de la dictadura franquista.*

Para el régimen, « los vientos extranjeros » parecen ser hoy exclusivamente comunistas. Ya desde el día del trágico alzamiento el comunismo le ha venido sirviendo de cómodo impermeable. ¿ Las pacíficas y ejemplares huelgas obreras de hace unos años, encadenándose espontáneamente de ciudad en ciudad ? De inspiración comunista. ¿ Los recientes disturbios estudiantiles ? Obra de los comunistas. Así sirve, proponiéndoselo o sin proponérselo, la propaganda y la popularidad del comunismo, haciéndole beneficiario de la voluntad de resistencia y del ansia de libertad de todo un pueblo.

Se cumple, en realidad, la genial profecía unamunesca : « Venceréis, pero no convenceréis ». El régimen no ha convencido a nadie o casi nadie en el ámbito nacional. Ni tan sólo a los suyos, pues ha tenido que deportar a varios militantes falangistas. ¿ Y no andan todos intranquilos y medrosos ante el porvenir ? La verdad es que el espíritu de Lorca, de Machado, de Unamuno, de Ortega sigue hoy más vivo que nunca. No se destruye el espíritu ; es el espíritu el que acaba socavando y destruyendo a sus secuestradores. Tampoco ha convencido a nadie el régimen fuera de España. Los vientos de fuera son los vientos de libertad contra los cuales nada pueden, a las cortas o a las largas, las amenazas y las represiones.

El Congreso por la Libertad de la Cultura protestó cuando se admitió a España en la UNESCO y a la firma del pacto Washington-Madrid. En nombre de la conciencia universal, de la cultura libre y de los simples derechos humanos, protesta ahora ante la suspensión de las revistas literarias, y ante las nuevas persecuciones y detenciones.

Libertad, calidad y maquinismo

POR ALDOUS HUXLEY

JOHN RUSKIN deploraba la existencia de la locomotora. Indudablemente podía ser útil ; pero ¿ por qué ? ¡ ah ! ¿ por qué una locomotora había de tener forzosamente tal aspecto ? ? Por qué no disfrazarla de dragón ardiente que vomita llamas mientras se lanza, batiendo sus alas de hierro ? Las máquinas, pensaba Ruskin, como todo lo que ellas producen, son intrínsecamente horrorosas. Si las consideramos de absoluta necesidad, cubrámoslas al menos con adornos góticos.

Para William Morris, los artefactos movidos por medios mecánicos eran odiosos, hasta con ropajes de fantasía, y aun disfrazados de serpientes o de basiliscos. Era enemigo de ellos por razones de estética y, en su calidad de sociólogo, los detestaba. Las máquinas, al crear la fealdad y multiplicar la monotonía, habían destruído el antiguo orden de cosas y transformaban en brutos y en autómatas a los hombres y a las mujeres que se ocupaban de ellas. El ideal de Morris era la Edad Media. Claro que no era la verdadera Edad Media, sino una versión victoriana mejorada de la Alegre Inglaterra, limpia, amable y sensata, a cubierto de los malos olores y de los dogmas religiosos, de la peste bubónica, de las indulgencias papales y de las hambres periódicas. Un pequeño mundo comodón de artesanos, de artesanas y de los hijos de éstos, robustos y virtuosos, que producían, no para el beneficio ajeno, sino para su propio uso y para la mayor gloria de Dios, procurándose en verdad, al hacerlo así, una « buena vida ».

Hoy en día, nos complacemos en imaginar la ciencia aplicada como una especie de *djinn* doméstico, contratado para el servicio de las masas liberadas del trabajo y de sus penalidades. Hace medio siglo, Tolstoy veía en la ciencia aplicada la mayor amenaza para la libertad ; el instrumento de opresión más poderoso entre las manos de los tiranos. « Si la disposición de la sociedad es mala (como lo es la nuestra), y si un número reducido de personas tiene poder sobre la mayoría, a la que oprime, toda victoria sobre la Naturaleza servirá inevitablemente para aumentar este poder y esta opresión. Esto es lo que, en efecto, se produce ». Por esta razón, entre otras, Tolstoy predicaba la vuelta a la producción artesana, dentro de los límites de las comunidades aldeanas que, en la medida de lo posible, debían bastarse a sí mismas. El más grande de sus discípulos, el Mahatma Gandi, predicaba la misma doctrina, y vivió lo bastante para ver que la nación, cuya independencia había conquistado, adoptaba una política de industrialización completa.

Resulta fácil descubrir los defectos de estos argumentos clásicos en contra del maquinismo y en favor de una vuelta a la producción artesana. Pero todos ellos omiten el hecho peculiar más importante de

la historia moderna : el aumento rápido y casi explosivo de la población humana. En el espacio de las vidas sumadas de Tolstoy y de Gandi, la población del planeta excede ya de su triplo. Examinemos algunas de las consecuencias estéticas, psicológicas y políticas de este acontecimiento sin precedente en la historia de la humanidad.

La fealdad de que se han quejado Ruskin y Morris no se debe en su totalidad, ni mucho menos, a la sustitución de la producción artesana por la producción mecánica. En gran parte, es sencillamente el resultado de un aumento de la población. Al pasar de cierto punto, los seres humanos no pueden multiplicarse sin que, aun en las mejores condiciones, el medio en que viven llegue a ser esencialmente monótono, feo y capaz de desecar el alma ; y cuando las condiciones son peores, ese medio se hace, además, infecto y sucio. Han existido hermosas ciudades, que tenían hasta dos o trescientos mil habitantes, pero una ciudad no es nunca bella cuando cobija a un millón o más. Las partes antiguas y no industrializadas de El Cairo o de Bombay son peores que Londres, Nueva York o el Ruhr, completamente industrializados. El hombre no puede vivir de manera satisfactoria únicamente entre ladrillos y mortero. Y esto no sería menos cierto, aunque estos ladrillos y este mortero se utilizaran para hacer casas decentes. En la práctica, la escasa arquitectura buena de las grandes capitales del mundo ha estado siempre rodeada de vastas extensiones de miseria mezquina y lúgubre. En las pequeñas ciudades de los siglos pasados, la suciedad y la fealdad rodeaban las iglesias y los palacios espléndidos ; pero estas viviendas insalubres se medían por áreas y no por kilómetros cuadrados. La suciedad sórdida creada por el hombre puede ser absorbida impunemente a pequeñas dosis, en especial cuando está asociada con la madera y con los campos que rodeaban por todas partes la pequeña ciudad, dotándola, en su calidad de unidad urbana, de una especie de belleza de conjunto, que le daba carácter. Este género de belleza no ha existido nunca en una gran capital, la mayor parte de la cual, por el hecho de continuarse indefinidamente, aparece siempre bajo una indescriptible fealdad desvaída, que destruye el alma. En realidad, lo que motivaba las protestas de Ruskin y de Morris no era la consecuencia del maquinismo, sino de la fecundidad victoriana combinada con una mejor higiene y con la alimentación más barata, procedente del Nuevo Mundo. Las familias eran numerosas, y por primera vez en el curso de la historia la mayor parte de sus miembros sobrevivía a la primera infancia y alcanzaba la edad de producir a su vez familias numerosas ; de este modo se creaban centenares de ciudades tentaculares, decenas de millares de kilómetros cuadrados de sordidez y de fealdad.

Gracias a los progresos tecnológicos, que Tolstoy y Gandi reprobaban tan apasionadamente, un tercio, *grosso modo*, de los dos mil quinientos millones de habitantes de la Tierra disfrutan de una prosperidad y de una longevidad sin precedentes ; y los otros dos tercios consiguen mantenerse vivos (claro que miserablemente) durante una treintena de años, por término medio. Una vuelta a la producción artesana traería consigo la liquidación total, en el espacio de algunos años, de mil millones de hombres, mujeres y niños, por lo menos. Además, si al retroceder a la producción artesana mantuviésemos nuestras normas actuales de higiene y de salubridad pública, las cifras de población tenderían de nuevo a aumentar y, al cabo de medio siglo, los mil millones de almas humanas liquidadas se verían reconstituídas, dando origen a nuevas hambres y una nueva liquidación. Allí donde la naturaleza mata desde la infancia a la mayoría de los seres vivos, la práctica del aborto es un suicidio de la especie. Pero allí donde los seres humanos aplican los principios de higiene y donde, por consiguiente, la mayor parte de los miembros de las familias numerosas sobreviven, para engendrar a su vez, es la fecundidad sin restricción la que amenaza destruir, no sólo la dicha y la libertad, sino también la vida misma, a medida que el número de hombres rebasa los recursos. La limitación generalizada de la muerte impone el deber de la limitación generalizada de los nacimientos. Gandi tenía conciencia del problema demográfico, y esperaba (aunque sin creer demasiado en ello) que podría resolverse propagando entre los recién casados la idea de la continencia sexual. En

realidad, es poco probable que este problema encuentre una solución antes de que los fisiólogos y los farmacólogos estén en condiciones de procurar a las masas asiáticas y africanas alguna píldora anticoncepcionista, que pueda administrarse como un comprimido de aspirina. En el espacio de una generación, el descubrimiento de una píldora semejante permitiría estabilizar la población mundial, esperémoslo, en una cifra fijada por debajo de cuatro mil millones. Después de esto, el nivel de vida en el Extremo Oriente, en el Oriente Medio y en el Cercano, en Africa y en las Antillas, podría elevarse sensiblemente por encima de las condiciones infrahumanas que conocen en la actualidad. Hazaña ésta que exige toda la buena voluntad del hombre, lo mejor de su inteligencia y (lejos de un regreso a la producción artesana), una tecnología mucho más avanzada.

El hecho de que el hombre no pueda sobrevivir ahora sin una tecnología perfeccionada no significa que Tolstoy se haya equivocado por completo. Cada victoria conseguida sobre la Naturaleza refuerza indiscutiblemente la posición de la minoría gobernante. Los oligarcas modernos están incomparablemente mejor equipados que sus predecesores. Gracias a las huellas digitales, a las tarjetas perforadas y a las máquinas de I. B. M., conocen aproximadamente todo, acerca de casi todo el mundo. Gracias a la radio, a los aviones, a los automóviles y al inmenso arsenal de las armas modernas, pueden aplicar la fuerza, casi instantáneamente, allí donde la necesidad lo exige. Gracias a los medios de difusión en masa, pueden intimidar, persuadir, hipnotizar (o suprimir la verdad) en la escala nacional, y hasta en la mundial. Gracias a los micrófonos disimulados y al arte encantador del cuadro de escucha, sus espías están presentes en todas partes. Gracias a su intervención en la producción y en la distribución, pueden recompensar a sus fieles con cargos y prebendas, y castigar a los descontentos mediante el desempleo y la privación. Si examinamos, por ejemplo, la historia de la Revolución francesa y de la dictadura de Napoleón, no salimos de nuestro asombro ante la ineptitud « ingenua » de los procedimientos gubernamentales de entonces. Hasta una

ALDOUS HUXLEY

época muy reciente, las pocas libertades que quedaban estaban aseguradas por las garantías constitucionales, pero lo estaban también por el atraso de la tecnología, y por la saludable ineficacia de la minoría gobernante.

En el Occidente, nuestras garantías de libertad personal, duramente conquistadas, no se han visto hasta ahora demasiado maltratadas por el progreso tecnológico. Claro es que la ciencia aplicada ha puesto más poder entre las manos de la pequeña minoría gobernante ; pero la ley ha protegido a la mayoría de los ciudadanos, los cuales, para reforzar su seguridad, han creado, bajo forma de sindicatos, de cooperativas, o por medios políticos, amplios sistemas de poder, para contrarrestar el de los grandes industriales, de los funcionarios, del gobierno y del ejército, que poseen, dirigen u orientan los recursos de la tecnología moderna. En los países como Rusia o la Alemania nazi, las masas privadas de la protección de las leyes han sido incapaces de crear o de mantener sus propios sistemas defensivos de poder : aquí las previsiones de Tolstoy se han realizado al pie de la letra. Cada vic-

toria sobre la Naturaleza ha sido, al mismo tiempo, una victoria de la minoría sobre la mayoría.

La producción en masa trae consigo complicaciones y exige medios financieros proporcionales a su amplitud. Por consiguiente, la propiedad pasa cada vez más exclusivamente a manos de los que detentan el poder financiero y de los que manejan el poder político : en una palabra, a los « grandes negocios » y al « gran gobierno ». El mundo no ha necesitado nunca tanto como hoy la antigua Vigilancia Eterna.

Pero que se nos permita hacer constar aquí un hecho que no habían previsto en absoluto, ni Ruskin, ni Morris, ni Tolstoy, ni Gandi, ni siquiera la mayor parte de los filósofos y de los sociólogos de épocas más recientes, que han advertido con espanto la dependencia creciente del hombre en relación con la máquina, como productora de lo necesario y de lo superfluo, dispensadora de diversiones, fabricante de obras de arte sintéticas y de sucedáneos, en hojalata o materia plástica, de los productos inmemoriales de la habilidad manual. Al mismo tiempo que las grandes máquinas se han hecho, de manera espectacular, más grandes aún, han surgido nuevas razas de máquinas enanas, que han visto el día sin ruido, y que se reproducen actualmente como conejos. Estas pequeñas máquinas están destinadas a los particulares y no a las grandes organizaciones dirigidas por los detentadores del poder financiero y del político. Son producto de la gran industria, pero, caso paradójico, su finalidad es restituir al consumidor individual, en relación con la gran industria, un poco de esa independencia que fué suya en tiempos pasados, que aún no son muy remotos, y en los que aún no existía la gran industria, que tiene al hombre bajo su dependencia. Estas pequeñas herramientas mecánicas, asociadas a toda clase de aparatos, a nuevas materias sintéticas, a pinturas y masillas, a soldaduras y adhesivos nuevos, han hecho nacer una nueva raza de artesanos que pasan sus horas de trabajo en una fábrica que produce mercancías en gran escala, en una oficina que organiza su distribución, en un almacén que las vende, en un camión o un tren que las lleva a su destino. Pero en sus ratos libres — y una semana de cuarenta horas deja bastantes ratos libres — se convierten en artesanos, utilizan las herramientas y los materiales suministrados por los productores, pero trabajan para sí mismos, ya sea por el mero placer, ya porque sus medios no les permiten pagar a otros para que hagan los trabajos domésticos, o bien (al encontrar satisfacción en los trabajos que se ven obligados a hacer por necesidad económica) por ambas razones a la vez.

El movimiento « hazlo tú mismo » tiene sus aspectos cómicos. Pero, después de todo, lo mismo sucede con casi todas las cosas de este valle de lágrimas y de carcajadas, que constituye el decorado de nuestra peregrinación terrestre. El hecho importante no es que el trabajo del hojalatero aficionado sea un asunto fructífero para el caricaturista, sino que se haga efectivamente algo para resolver, por lo menos parcialmente, algunos de los problemas creados por la tecnología en una industria tras otra, en rápida evolución, hacia la « automación » completa. Hay millones de personas que están cansadas de ser simplemente espectadoras u oyentes, y han decidido ocupar sus ratos de asueto con alguna actividad constructiva. La mayor parte de esta actividad tiene un carácter utilitario ; sin embargo, en numerosos casos, estos nuevos trabajadores-artesanos de la era de la máquina añaden a sus pasatiempos utilitarios la práctica de una u otra de las bellas artes. Existe una muchedumbre incalculable no sólo de hojalateros aficionados, sino también de aficionados a la pintura, a la escultura y a la cerámica. Jamás se ha sentido un interés tan general por el arte (se pueden comprar libros sobre Picasso o Modigliani en el Prisunic), y jamás se ha visto tampoco a tanta gente manejando pinceles, ni a tantos modeladores de arcilla. ¿ Nos hallamos, acaso, a pesar de lo que han dicho Ruskin, Morris y sus discípulos, en relación con las máquinas, en el umbral de una nueva Edad de Oro de realización creadora ? Es lo que me pregunto...

El arte no es una cosa única, sino que engloba muchas cosas. Metafísicamente hablando es un procedimiento para dar coherencia al caos de la experiencia, para imponer un orden, una significación y

cierta permanencia al fluir incomprensible de nuestro perpetuo perecer. La naturaleza del orden impuesto, de la significación descubierta y expresada, depende de los dones innatos y de la herencia social de la persona que impone, descubre y expresa. Y esto, en lo que concierne a los individuos excepcionalmente dotados, nos lleva al arte, en tanto que comunicación, al arte, en tanto que medio de transmitir a los demás sus reacciones ante los acontecimientos, sus conocimientos íntimos de la naturaleza del hombre y del universo, y sus visiones del orden ideal. Todos tenemos visión y conocimientos semejantes ; pero mientras los nuestros son vulgares, los del artista son únicos y luminosos. El arte, en tanto que comunicación, está bastante despojado de interés, a menos que las cosas comunicadas merezcan serlo. Pero hasta en los casos en que no lo merecen, el arte sigue siendo precioso, si no para las personas que lo contemplan, por lo menos para las que lo producen. Porque el arte es asimismo una expresión de descubrimiento y de exteriorización del yo ; un « deshacedor » de nudos, un aclarador de confusiones, una válvula de seguridad para dejar escapar el vapor emocional, un catártico (la metáfora médica es tan vieja como Aristóteles) para purgar el sistema de los productos de la constante autointoxicación del yo. El arte, como terapéutica, es bueno para todo el mundo ; para los niños y para los viejos, para los imbéciles y para los alcohólicos, para los adolescentes neuróticos y para los hombres fatigados por los negocios, para los primeros ministros cuando descansan en el « week-end », y para los monarcas. A escondidas, la reina Victoria, por ejemplo, tomaba lecciones de dibujo con Edward Lear, el autor del *Book of Nonsense*. El arte, en tanto que terapéutica, es bueno hasta para los grandes artistas.

En la soledad, he tenido un pensamiento
[triste,
Una expresión oportuna ha traído alivio a
[este pensamiento,
Y de nuevo me siento fuerte.

La gran oda de Wordsworth, además de ser una obra de arte, en tanto que comunicación, fué también para él una dosis muy saludable de arte, en tanto que terapéutica. La pintura y la cerámica, por exigir una habilidad manual, son más eficaces, como terapéuticas, que la poesía, por lo menos la poesía del Occidente. En China, la escritura es una rama de la pintura (sería más exacto decir que la pintura es una rama del bello arte de la escritura). En Occidente, la escritura, hasta para el poema más noble, es un acto puramente mecánico y, como tal, no puede dar jamás un alivio psíquico comparable al que nos produce un arte que exige una habilidad manual.

El desarrollo de la construcción de casas por aficionados, y el de la pintura y de la escultura a ratos perdidos, calmará muchas irritaciones, e impedirá el asalto de una cantidad de neurosis, pero no aumentará de manera apreciable la suma de las obras de arte arquitectónicas, pictóricas y plásticas. En todos los períodos de la historia, el número de los buenos artistas ha sido siempre muy reducido, y considerable el de los artistas malos o medianos. El hecho de que numerosas personas practiquen ahora el arte como terapéutica, no significa que vaya a haber un aumento sensible en la producción de obras artísticas. El hecho de que yo me sienta mejor después de haber expresado mis sentimientos en un borrador, no quiere decir que vosotros os encontraréis mejor después de haber mirado este borrador. Al contrario, es posible, que os sintáis infinitamente peor.

Practiquemos, pues, el arte, en tanto que terapéutica, pero no expongamos nunca nuestro engendro, como si fuese una obra de arte destinada a la comunicación espiritual. Ni siquiera deberíamos confiar en un aumento cuantitativo de la destreza. En tiempos pasados, ésta dependía esencialmente de dos factores : la especialización intensa y prolongada en un solo campo, y la ignorancia de todo otro estilo que no fuera el que predominaba en el país. Antes de la invención de las máquinas a toda prueba (hasta de la de los imbéciles), nadie llegaba a ser maestro en su arte, sin haberse sometido a un largo aprendizaje. Además, el hombre de muchos oficios no era, según el proverbio y casi por definición, maestro en ninguno. Si

queríais hacer cubrir vuestra casa con paja, ibais a buscar al especialista en cobertizos de paja, y si necesitabais una mesa, os dirigíais al ebanista, y así sucesivamente.

La especialización en las artes y oficios existía ya en la más remota antigüedad. Los arqueólogos nos aseguran que las grandes pinturas de las cavernas paleolíticas han sido ejecutadas probablemente por equipos de artistas itinerantes, cuyo talento innato se había desarrollado merced a una práctica constante. En cuanto a las puntas de las flechas de sílex, fabricadas en lugares donde abundaba la materia prima, se distribuían por regiones enormes a los que las utilizaban.

Nuestros nuevos artesanos, con sus herramientas mecánicas y sus materiales asombrosamente diversificados, son esencialmente hombres de muchos oficios y, por consiguiente, su trabajo no tiene ninguna posibilidad seria de presentar nunca la excelencia que distingue a la obra de los especialistas largamente ejercitados en un oficio único. Además, los antiguos artesanos adoptaban sencillamente — eso era natural — el estilo consagrado, y se contentaban con reproducir los antiguos modelos, permitiéndose muy pocas modificaciones. Si por excepción se alejaban del estilo tradicional, su obra caía en el barroco y, muy a menudo, acababa siendo francamente mala. Hoy en día, sabemos demasiado para aceptar un estilo único. La erudición y la fotografía han puesto a nuestro alcance la suma de la cultura humana. El artesano moderno o el artista aficionado se encuentran solicitados por mil modelos diferentes e incompatibles.

¿ Imitará a Fidias o a los melanesios ? ¿ A Miró o a Van Eyck ? No teniendo la obligación cultural de adoptar una línea determinada, cualquiera que ésta sea, escoge, combina y mezcla. El resultado, en el lenguaje del arte, en tanto que comunicación significativa, o es desdeñable, o es monstruoso, o se convierte en un picadillo insípido, o se adhiere al género más espantoso de « Sundae » con grosella, con sardina o con chocolate. ¿ Qué importa ? En tanto que obra de terapéutica de oficio, a título de garantía contra el aburrimiento y de antídoto contra la televisión y otras formas de diversión pasiva, resulta absolutamente admirable.

ALDOUS HUXLEY

Ni bastan el socialismo, ni el comunismo, ni el capitalismo, ni el arte, ni la ciencia, ni el orden público ni ninguna de las iglesias o religiones dadas. Todas estas cosas son indispensables, pero ninguna de ellas basta. La civilización demanda de los individuos una devota identificación con las supremas causas del hombre. Mas si esa identificación con lo humano no se acompaña de un esfuerzo consciente y sostenido por alcanzar una autotrascendencia ascendente que conduzca a la vida universal del Espíritu, los bienes que se alcancen siempre estarán mezclados con el contrapeso de los males. « Hacemos — escribió Pascal — un ídolo de la verdad en sí misma, pues la verdad sin caridad no es Dios sino su imagen y por ende un ídolo al que no debemos amar ni adorar ». Y no sólo es dañoso adorar un ídolo ; es además extremadamente inconveniente. El culto de la verdad como cosa independiente de la calidad — la identificación con la ciencia sin que esté acompañada de la identificación con el Fundamento divino de todo ser — determina situaciones como las que ahora tenemos que enfrentar. Todo ídolo termina por convertirse en un Moloc sediento de sacrificios humanos ».

ALDOUS HUXLEY : Los demonios de Loudun.

Toynbee y los kollas o aimaras de la meseta boliviana

POR FERNANDO DIEZ DE MEDINA

En el primer tomo de su monumental *Estudio de la Historia*, el profesor Arnold J. Toynbee abre nuevos horizontes a la interpretación del pasado. Tan rico de perspectivas, tan cargado de material crítico e informativo, tan complejo de substancia es el libro, que desalienta a los profanos : ¿ cómo atreverse a medir tanto saber ? Se trata de una obra « demasiado sabia » para la mentalidad corriente. Pero si el trabajo de Toynbee es casi inabarcable en el conjunto, puede ser desmontado en el detalle. Y esto es lo que haremos tocante al origen de las remotas civilizaciones andinas, punto que el historiador inglés no parece haber profundizado.

Sostiene Toynbee que las civilizaciones precolombianas surgieron en áreas difíciles, hostiles. Verdad incontestable. Para nosotros, los bolivianos, esta tesis no requiere demostración : sabemos que el Ande, áspero y estimulante, es la cuna del acontecer histórico en el continente Sur. No aceptamos, en cambio, la teoría que recogida de otros eruditos, lanza Toynbee afirmando que la costa es, culturalmente, anterior a la montaña. Es justamente a la inversa : Chimú, Nazca, Mochica, Inca y todas las formas mixtas o sucedáneas de estas civilizaciones, derivan del gran núcleo central andino o kolla, de raíz eminentemente cordillerana. Los investigadores europeos sólo hablan del Cuzco por su mejor proximidad histórica, ignorando que en la cuenca del Titikaka, en las piedras legendarias de Tiwanaku y en diversos focos arqueológicos del Kollao o gran altiplano de Bolivia, duermen todavía los vestigios de la primitiva sociedad andina.

¿ Qué saben los occidentales del remoto pasado sudamericano ? Nada o casi nada. Veinticinco siglos durmió el Egipto antes de revelar su mensaje. De los mayas, de los quichés, de los toltecas se sabe algo. Pero de los kollas o andinos primitivos (muchísimo más antiguos que los quechuas o incas que heredan sus formas vitales) todo está por descubrirse.

Hay dos líneas para estudiar el pasado precolombiano en el Ande : la peruana y la boliviana. La peruana está al alcance de todos ; parte del rapsoda Garcilaso ; comprende excelentes monografías de los profesores Tello, Valcárcel, Cossío del Pomar, Basadre, etc. ; se apoya en el testimonio de investigadores de la talla de Middendorff, Uhle, Nordenskjold, Means, Baudin ; viene avalada por el trabajo científico de arqueólogos como Kroebers, Bennett, Duncan, Collier. Para la gran mayoría de éstos, todo sería de origen quechua y lleva el sello de lo inca. Apoyándose en ellos, Toynbee estima que el Estado Universal Andino era el Imperio de los Incas. La línea boliviana, que carece de un tronco colonial como Garcilaso, que no tiene la riqueza de material difundido que tiene la peruana, hay que rastrearla en los cronis ta

de la Colonia y seguirla en libros casi ignorados o en revistas y periódicos ya olvidados. Aparte de estudios aislados de investigadores extranjeros, sólo Posnansky ha sistematizado y divulgado en amplio radio sus trabajos ; en cambio Villamil de Rada, Díaz Romero, Camacho, Federico Díez de Medina, que tienen estudios interesantísimos, no difundieron al campo internacional sus descubrimientos. Estos desembocan directamente en lo kolla o aimara, términos que aún no manejan los investigadores modernos por ignorarlos casi del todo. Más insulares los bolivianos que los peruanos, con menos posibilidades para el estudio científico, sistemático y la divulgación de sus investigaciones, ofrecen mayores dificultades de acceso y de observación. He aquí por qué la línea peruana nos aventaja en cercanía y novedad. Por ahora.

¿ Mas qué dirían los eruditos de Occidente si supieran que — como lo ha demostrado científicamente el profesor Camacho — casi todas las instituciones agrarias, económicas y sociales del Incario están calcadas en las más antiguas y remotas instituciones y costumbres de los kollas ?

La leyenda de Manco-Cápac y Mama-Ocllo — los Hijos del Sol — no nace en el Cuzco como algunos pretenden hacer consentir, sino en el Lago Titikaka, punto reconocido aun por los peruanistas.

El Gran Perú, formado en el pasado por lo que hoy constituyen los territorios del Perú y de Bolivia, ha sido estudiado sólo desde el ángulo peruano en un sentido universal ; es decir, con ojo quechua. Los bolivianos, encerrados en nuestras montañas, no tuvimos grandes ingenios ni medios técnicos para investigar y difundir nuestros orígenes, más ricos y antiguos que los peruanos. Y no hablamos en términos de odioso nacionalismo arqueológico, sino en perspectiva de antecedencia continental.

Los kollas, aimaras o primitivos andinos, aunque rara vez aparecen citados en los modernos textos de historia y de arte, viven todavía en la leyenda, en la piedra, en la geografía, en la raza. Cuando Keyserling, con juicio aquilino, dijo de nuestros indios altiplánicos « estos hombres son muchísimo más viejos de cuanto se ha supuesto hasta ahora », lo dijo todo. Esa cultura remotísima, creadora de las actuales ruinas de Tiwanako y de otras fábricas líticas diseminadas por la meseta (ruinas que son un fin de civilización y no un principio) generó las formas religiosas, políticas, sociales y artísticas que de ella heredaron las sociedades andinas posteriores a la diáspora kolla. Los incas bajaron de la alta meseta boliviana o los valles sudperuanos : los quechuas, son, pues sucesores y epigonos de los aimaras, que actualmente llamamos « kollas » para distinguirlos en el tiempo histórico de la raza sobreviviente. Y así como detrás de los primeros hindúes aparece Mohenjo-Daro, o detrás de los helenos asoman los aqueos y pelasgos, detrás de los incas brota el impulso eterno, primordial, poderoso de los kollas, sobre cuya arquitectura lítica de inmensos bloques naturales modificados por arte humana, se levanta la posterior y menos sólida construcción incaica, hecho reconocido por todos los arqueólogos, aunque no todos reconocen que esa fundación inicial es kolla.

Tocante a la tesis geográfica, la compartimos y admiramos la intuición de Toynbee. Efectivamente : del medio físico duro, hostil, saca el andino su religión hilozoísta, su técnica agraria y de regadío, su disciplina social, su arte magicista y telúrico que revela profundos conocimientos astronómicos, matemáticos, geométricos. Cuentan las tradiciones que en la meseta de los Andes hubo un tiempo sin sol : la « Chamak-Pacha » o Edad Oscura de los kollas. ¿ Fué la última glaciación en América ? Lo dirán los geólogos ; mas en ella hay que buscar el origen de las primeras culturas andinas que fueron nocturnas, adoradoras de la montaña, y que sólo miles de años después se volvieron heliolátricas.

Para un sentir cronológico Sud-América sólo tiene diez siglos de ordenación histórica ; Bolivia ciento treinta años. Casi nada. Pero para nosotros, los descendientes del andino primitivo, la huella del hombre, la impronta del espíritu, se remontan aquí a más de diez mil años. El panteón andino duerme todavía bajo tierra. Las ruinas mayores — y mejores — yacen enterradas en el subsuelo. El indio, huraño, calla. El buceo arqueológico rara vez toca los substratos de la tradición, porque carecemos de

(Foto Cynthia Fain, del libro " Bolivie ", editado por B. Arthaud, Paris.)

investigadores geniales, de talentos poéticos, de los medios materiales para realizar tal estudio en gran escala. Todo está en la sombra intacto, durmiendo, en espera de los Evans, los Schliemann, los Morley. Y del hombre, de la obra mágica del alma expresando el poder de estas montañas seculares que fueron según la teogonía india ellas mismas los héroes del Tiempo Mítico, sabemos muy poco.

Se necesitaron dos mil años de pensar humano organizado y sistemático, para llegar a las prodigiosas síntesis de Curtius o de Burckhardt respecto a los helenos. ¿ Cuántos siglos transcurrirán antes de que el Ande nazca a la comprensión universal ? La gran cordillera, en su épica culminación de la meseta ando-boliviana, no es sólo un tremendo suceso geológico : es el mayor y más remoto « habitat » del sudamericano. Todo fué misterio en su origen. Todo será revelación mañana...

Lo arcaico, en prehistoria andina, es típicamente kolla, de altura, dominante de arriba hacia abajo.

A pesar de su prodigiosa erudición, Toynbee no alcanza la verdad inconmovible de nuestra geografía física, de la tradición secular, lo que enseñan la geopsique, la toponimia y la semántica, los restos arqueológicos, usos y costumbres milenarios. Si hubiera visitado el Ande, habría hallado en los hábitos ancestrales de nuestros kollas montañeses, un ritmo inalterable : de la meseta a los valles, de los valles a la costa. Siempre la misma línea que cae — histórica, política, sociológicamente — de lo dominante a lo tendido. Las tierras bajas nunca afirmaron influencia extensa, aunque pasajeramente hubieran señoreado el paisaje encumbrado. En cambio la meseta está presente en las culturas de los valles y zonas costeras. Baste recordar que la cerámica del Tiwanaku, nuestro famoso signo escalonado, la arquitectura lítica, las raíces de la lengua aimara, signos, ideogramas, pictografías del planalto andino transvolaron a medio continente : Perú, parte de Colombia, Ecuador, Venezuela, norte de Chile y Argentina y hasta islas de la remota Polinesia.

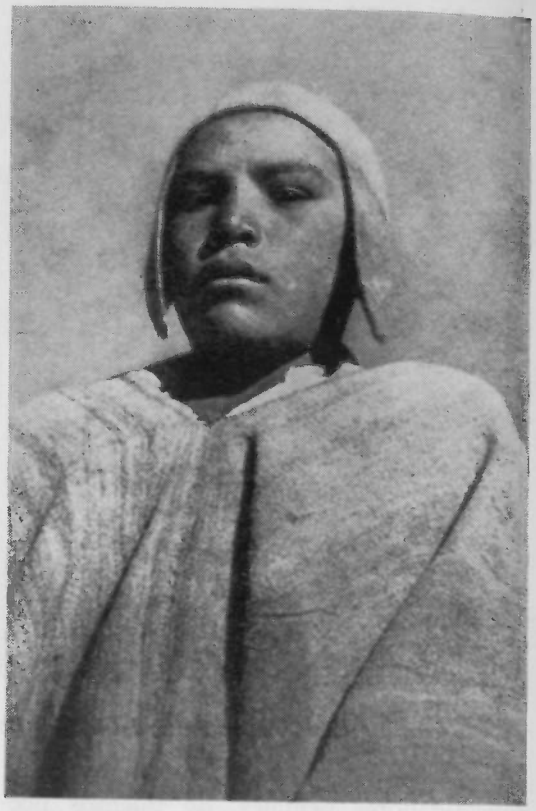
Hay tres estilos artísticos bien diferen-

ciados — aparte otros estilos secundarios — en el Perú prehistórico : el incaico o cuzqueño ; el tiwanakense o kolla ; el de Chavín o costeño. Y todos ellos hablan de un origen montañés en los estilos nacionales. La piedra bajó con los exploradores indios de la cordillera a los valles y a la costa. Si se sigue el rastro de la sucesión arquitectónica, cultural y estilística, se comprobará que la montaña es principio y fin, centro y clave, el « anima animans » del orbe andino. Tiwanaku, el más antiguo recinto arqueológico de la América del Sur, elabora un arte naturalista, figurativo, de ordenaciones geométricas. Formas cúbicas y rectangulares — estilo ortogonal lo llama Cossío del Pomar — con predominio de símbolos agolpados, expresan una inteligencia desarrollada que tuvo comprensión nocturna del cosmos. Pero Tiwanaku apenas si es conocido por los historiadores modernos, que no ven más allá de lo incaico e ignoran la génesis del alma primitiva en el planalto andino.

Sostiene Toynbee que nada es más relativo que el pensamiento histórico. Exacto. Y tan exacto que cuanto más creemos abarcar sabemos menos, por paradójico que parezca. Hay que mirar el Ande prehistórico con visión multiplana. Primero la versión del conquistador español que nada comprendió en profundidad del mundo indio ; luego el suceso quechua o incaico ; en seguida el hecho kolla o tiwanakense ; más atrás la leyenda de los « antis » hipotéticos primitivos pobladores del territorio alto ; más allá todavía otras huellas o reminiscencias de culturas arcaicas que carecen de nombre. Y esto sin olvidar que Nazca, Mochica, Chullpa, Uru, Paracas son reinos singulares, no por secundarios menos evidentes. Se confirma, aquí, la sentencia aristotélica : las ciencias y las artes fueron inventadas muchas veces y muchas veces desaparecieron. Como los pueblos, como las civilizaciones. Es este acaecer, desaparecer y reaparecer incesantes, este hundirse y resurgir de imperios en el tiempo, lo que un gran poeta nuestro vislumbró al decir :

... horizontes que siguen a horizontes,
lontananzas detrás de lontananzas...

Si pasamos al campo filológico, las pruebas son mayores. « Kolla » quiere decir « el primero ». El famoso « Wirakocha », deidad mayor del panteón andino, que los incas mantienen como representación de una fuerza universal, es sólo una nueva encarnación de « Pacha », el dios telúrico del Ande, inventado por los « kollas » como suma expresión metafísica del mundo circundante. « Thunúpa », figura mítica e histórica, quiere decir : « el primer jefe ». Y el « Manco-Cápac », fundador de la dinastía de los Incas, arranca su genealogía de su remoto antecesor montañés « Mallku- Kapak », el cóndor poderoso de la leyenda andina. Hijos del Sol se llamaron los reyes incas ; pero su adoración al Sol o « Inti », era sólo una prolongación del culto kolla a « Willka », el astro fulgurante. Por dondequiera que se avance, hay siempre una antecedencia aimara detrás del hecho quechúa. Tradición, geografía, semántica y toponimia lo comprueban. ¿ Qué mejor explicación que la sugerida por la palabra



(Foto Cynthia Fain, del libro " Bolivie ", editado por B. Arthaud, Paris.)

« aimara », que para un filólogo autorizado significa : los antiguos, los de tiempo inmemorial, la estrella remota ?

Quien quiera estudiar severamente la hondura de nuestro pasado precolombiano, debe abandonar el concepto de « Inti » o el Padre Sol que adoraron los incas, para profundizar el estudio de la palabra « Pacha », el más remoto dios del Ande inmemorial. « Pacha », la deidad que baja de la montaña, el Señor del Mundo. « Pacha », que como el « Pan » de los helenos es la personificación del todo, el universo mismo, la palabra primordial del mito andino, la fuerza absorbente y coordinante, la gran deidad telúrica que lo resume y lo comprende todo.

Y « Pacha » es la ley de la montaña transferida al hecho humano. Esa antiquísima religión telúrica que subyace en la ciencia esotérica de las pirámides de los egipcios, y que los griegos recuerdan todavía a través de sus divinidades chtónicas o subterráneas.

El imperio de los Incas no fué el Estado Universal Andino primitivo, sino sólo el sucedáneo del anterior imperio de los Kollas. La Iglesia Universal Andina — siguiendo la teoría toynbiana — que el historiador inglés encarna en la teocracia solar de los Señores del Cuzco, tuvo un antecedente en la Iglesia Universal Kolla : hilozoísta y magicista ; que adoró montes y astros, piedras, árboles, ríos y lagos ; que tuvo concepción totemística de la naturaleza antes de que el indio alcanzara la etapa astrolátrica.

Tocante a las « völkerwanderung » o migraciones de pueblos, fueron tantas en el promontorio altiplánico y mezcladas con catástrofes geológicas, que sus líneas se confunden oscuras e intrincadas : un enigma que nadie ha descifrado todavía.

No es difícil que detrás de una huella quechua haya casi siempre dos rastros aimaras. Pero esto, mejor que el historiador transatlántico, pueden comprobarlo el arqueólogo y el estudioso que pongan pie en nuestro altiplano y en las ruinas peruanas.

No somos hombres de ciencia, ni siquiera investigadores sistemáticos ; apenas aprendices de la historia. Soñadores, fantasistas, « buscadores » como el protagonista de *Nayjama*. Sentidores del pasado, que no pretendemos sentar teorías ni menos aún enseñar a quienes nos superan. Expresamos, pues, estos conceptos que sólo reflejan el punto de vista de un aficionado, desde un ángulo cerrado por la convergencia intuitiva del suelo y de la raza en que nacimos.

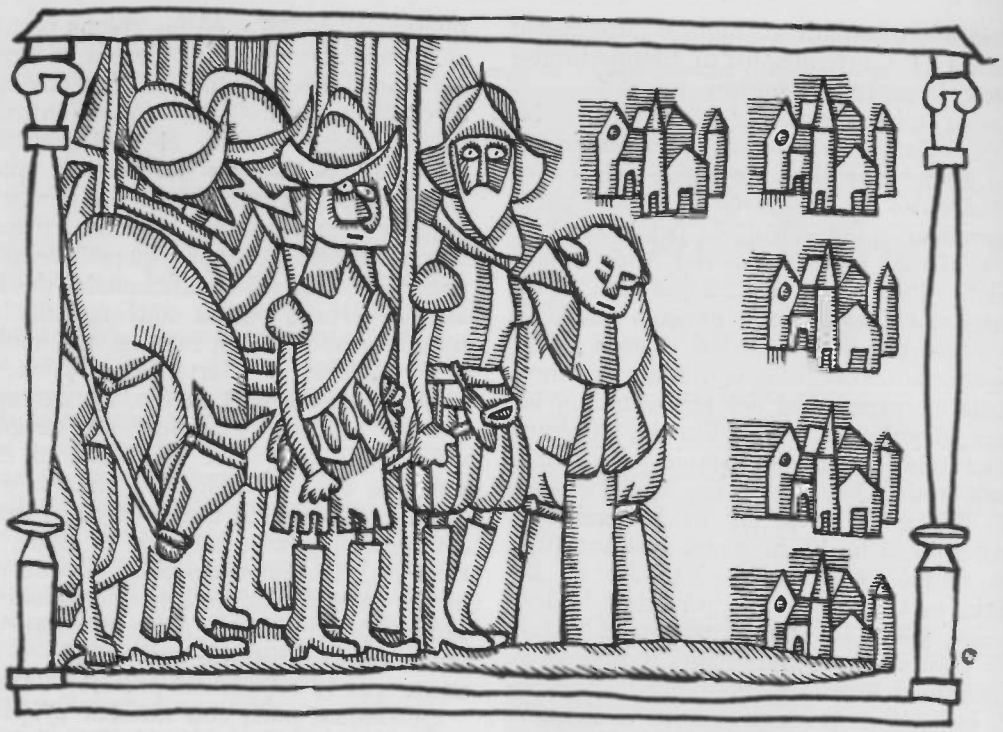
La historia es, ciertamente, primero el historiador, luego el suceso. Lo extraño es que el profesor Toynbee, un neogótico, un pitagórico, que se complace en el sistema de representación multiplana e inacabable, haya visto tan poco en el vasto y complicado pasado andino. El tiene, ciertamente, una cabeza prodigiosa que no se pierde en el dédalo de las civilizaciones desaparecidas ; pero el Ande, muchas veces milenario, es bastante más hondo y resonante que la cabeza del profesor Toynbee.

Quedamos, pues, con nuestra propia visión del pasado andino, flor de culturas, polvo de civilizaciones ; viejísimo, palingenésico, muchas veces compuesto, descompuesto y recompuesto. Y aceptamos sólo como remate final, en cierto modo decadente, la civilización incaica, que es sólo parte mínima del acontecer prehistórico en la Gran Cordillera sudamericana.

« Kollasuyo », el lugar o el imperio de los kollas, entra ya en la historia universal. Es el hito más lejano en la exploración del alma andina. Y nadie que pretenda estudiar a fondo los orígenes de la cultura en el planalto continental, podrá prescindir de esta « cosa primera » que como un sol nocturno dispara sus pálidos rayos a través del mito y la leyenda. Suelo, raza, idioma, arqueología son las puertas fundamentales para llegar al mundo kolla.

Pero la montaña sólo entrega su secreto a los que aman la oscuridad de su misterio.

FERNANDO DIEZ DE MEDINA



El sueño de las siete ciudades

POR ALEJANDRO CASONA

Es lugar tan común limitar la obra fundacional de España en América a las fronteras del idioma, que son legión infinita los españoles e hispanoamericanos convencidos de que la magna aventura civilizadora se redujo a los pueblos que actualmente hablan el castellano. Para ellos ni el Amazonas ni el Colorado parecen correr por las páginas de nuestra historia familiar.

También lo daban por sentado así la inmensa mayoría de los norteamericanos, hasta que un buen día no lejano oyeron con sorpresa repicar las campanas católicas de Nuevo México y Arizona celebrando jubilosamente los cuatrocientos años de su descubrimiento y colonización por españoles, y el paso fundador de la Madre Patria por la América de habla inglesa desde la Florida hasta las dos Californias.

No creo que ningún buen americano pueda suponerme flaquezas « imperialistas » por complacerme en este género de recuerdos. Nada más lejos de mi ánimo que la evocación de una gesta bélica. Por el contrario, en este caso — como en los mejores momentos de la España eterna —, no es un triunfo, sino un admirable fracaso ejemplar lo que hace su grandeza. Fracaso de geniales visionarios, locos de tierras y cielos, hermanos de aquella

Santa Teresa, que definía sus éxtasis místicos como « santos desatinos ». Me refiero a la « desaforada y nunca vista aventura » de las Siete Ciudades de Cíbola, tan llena de fantasía, de arrebato y de fe que, aun siendo rigurosa historia, se mete corazón adentro en los reinos de la leyenda. Trataré de ordenar simplemente los hechos desnudos sin permitirme un desliz de imaginación en un tema que ya por sí solo parece situarse fuera de la realidad humana.

El primer español que pisó tierra adentro los actuales Estados Unidos fué el jerezano Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que llegó a esta orilla, a las órdenes de Pánfilo de Narváez en la más desastrosa expedición de que hay recuerdo, con propósito de explorar la Florida, descubierta poco antes por Ponce de León en busca de « la fuente de la eterna juventud ». Después de los naufragios, hambres atroces, deserciones, pestes y guerras que él mismo escribió en un libro inmortal, modelo de castellano sabroso y frugal, sólo cuatro hombres de la abigarrada expedición quedaban con vida. Eran ellos : Cabeza de Vaca, Alonso del Castillo, Andrés Dorantes y el negro Estebanico. Y juntos los cuatro, desnudos y hambrientos, sin más guía que el sol poniente que había de conducirlos al oeste, emprendieron a pie la más extraordinaria caminata que recuerdan los siglos, atravesando desiertos sin fin sólo salpicados a trechos de cactus, yucas y mezquites, bajo soles de infiernos y fríos glaciales, con los pies sangrientos mal envueltos en harapos y hojas, explorando así los actuales estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Río Salado, Texas, Río Bravo, Chihuahua, Río Yaqui y Sierra Madre. Dos años sin descanso duró la increíble aventura. Cuando por fin llegaron a la presencia de Hernán Cortés, en la ciudad de México, eran cuatro sombras famélicas, con los ojos enloquecidos de fiebre y de desierto que, incapaces de dar un paso más, habían cumplido a pie descalzo un recorrido total de *diez y seis mil kilómetros*.

De entre las noticias recogidas de labios de los indios en la épica caminata, una sobre todas prendió con fuegos de ilusión en los españoles de México. Según los tales indios, más al norte de la Sierra Madre había un maravilloso reino llamado Cíbola, formado por siete ciudades de ensueño con palacios refulgentes de piedra turquesa, famosas por su riqueza, y « todas siete debajo de un señor ».

El sueño fabuloso de Cíbola, como un nuevo Eldorado del Norte, fué creciendo en aquellos espíritus siempre abiertos a todo lo maravilloso, hasta que diez años más tarde el Virrey Mendoza decidió enviar allá una expedición bajo el patronazgo espiritual del franciscano fray Marcos de Niza, con encargo especial de explorar la tierra de promisión, estudiar su fauna y flora y llevar a los indios la lengua y la religión de España. Delante caminaba como guía el negro Estebanico, el cual iba dejando señales en los troncos de los árboles para orientar y advertir a los exploradores. Así, a los setenta y siete días de marcha, llegaron a divisar desde lejos la primera ciudad de Cíbola, donde Estebanico encontró la muerte a flechazos al intentar aproximarse. Temeroso fray Marcos de que todos corrieran la misma suerte perdiéndose hasta la noticia de la empresa, se limitó a admirar desde un cerro la refulgente ciudad y decidió regresar en busca de refuerzos a la Colonia, donde al calor del sueño confirmado no tardó en organizarse una nueva expedición bien provista y armada que, bajo el mando de Francisco Vázquez Coronado, atravesando el Arizona y metiéndose entre los indios y los inmensos rebaños de búfalos « como cuchillo por pan », llegó, por fin, a los fabulosos confines de Cíbola. Fray Marcos, enfermo, hubo de regresar a mitad del camino antes de sufrir el dolor de la desilusión.

¿ Con qué ojos deslumbrados habían contemplado la ciudad de ensueño el buen franciscano, el pobre Estebanico, y los harapientos compañeros que ahora volvían a mirarla con los ojos pasmados de lágrimas ? ¿ Dónde estaban los palacios brillantes de turquesas que todos ellos habían visto, y los templos de oro de los ídolos, y las largas túnicas de seda, y hasta los elefantes y los dromedarios que tan sabrosamente describiera fray Marcos ? Todavía faltan unos años para que nazca

Cervantes, pero ya está escrita en vivo una de sus mejores páginas. Las siete ciudades de Cíbola no eran más que siete humildes ranchos de indios desnudos, adornados con cristales de colores que reflejaban el sol. Todo lo demás lo había puesto ante sus ojos vendados de fe la imaginación sedienta y el espejismo del desierto.

¿ Expedición perdida ? No ; jamás un sueño respaldado por el esfuerzo es cosa perdida. Se perdió simplemente un hermoso cuento ; pero a cambio de las siete ciudades legendarias, la expedición de Coronado encontró para el nuevo mundo las tres maravillas naturales más grandes de que puedan envanecerse los Estados Unidos : el « Desierto Pintado », cuyos estratos reflejan al sol los siete colores del iris (¡ las turquesas de Cíbola !) ; el « Bosque Petrificado », de inmensos troncos convertidos en piedra por agua de siglos, y el « Gran Cañón del Colorado », cuyo descubridor Melchor Díaz murió en sus aguas, buscando en la desembocadura un nuevo camino a la navegación.

Una vez más se cumplía, bajo el signo de la poesía y el sueño, el doble destino realista y creador de España. Ponce de León soñando la fuente de la eterna juventud iniciaba la agricultura continental ; Gonzalo Pizarro, soñando amazonas desnudas, encontraba la canela ; y la locura visionaria de fray Marcos ponía en el espejismo de un inmenso desierto la primera piedra de un futuro gran pueblo.

¡ Pobre y bendita España quijotesca que, persiguiendo ideales de gigante ha tropezado siempre con la realidad de los molinos ! ¿ Pero acaso la fantasía es otra cosa que un hermoso camino para llegar a la verdad ? ¿ Y acaso la más bella de las fantasías es necesariamente preferible a la más simple y humilde de las realidades ? Lo cierto es que los gigantes de cuento se marchitan inútiles en los libros de caballerías, mientras siguen viviendo para bien del mundo los molinos del trabajo y del pan.

ALEJANDRO CASONA

(Dibujos de Bartolí)

COSAS Y GENTES

SALVADOR DE MADARIAGA

¿Qué cosa es América y qué gentes las americanas? Vasto el tema; pero puede uno considerarlo a sus anchas sin salirse de los límites de *Cuadernos*. De Américo Castro a Chang Rodríguez y de Luis Alberto Sánchez a Antenor Orrego, se abre un mapa de ideas tentador para cualquier explorador del espíritu. Del que define a España al que define a América; del que niega la hispanidad al que afirma el indigenismo, se tienden los meridianos y paralelos de nuestro mar de problemas. Naveguemos, pues, como aquel otro Américo que dió su nombre al Continente, procurando no perder el Norte aunque, como de pasó a Colón, desvíen a veces las agujas.

El norte de nuestro viaje nos lo da lapidariamente Luis Alberto Sánchez: « Somos por excelencia un continente mestizo. » Este aserto equivale a apuntar el norte con el dedo; no llega todavía a la precisión matemática que se necesita para navegar. ¿Qué queremos decir por « mestizo »? ¿Mezclado de sangres? Desde luego, así, en general; pero también algo menos y algo más. Algo menos, porque no es menester que Pérez o Fernández tenga sangre india para que sea mestizo; basta con que viva en el ambiente hispanoamericano o indiohispano que condiciona su ser físico y moral. Y algo más, porque la mesticidad de Hispanoamérica es en último término fruto de un injerto del tronco-ramaje español en el tronco-raigambre indio; de modo que el español no arraiga en la tierra americana más que a través del indio. (Nótese de paso la diferencia esencial con el anglo-americano, que arraiga ya directamente ya a través del negro).

*
* *

De la índole esencialmente mestiza de Hispanoamérica se desprende que ni el español europeo ni el indio puro caen dentro de su ámbito. En cuanto al español, ello es evidente; y por eso tiene razón que le sobra Luis Alberto Sánchez al negar la

hispanidad. La diferencia fundamental entre el español europeo y el español americano (blanco o españolista) es que el segundo, por el mero hecho de ser americano, es ya mestizo aunque no tenga ni una gota de sangre india en las venas. Pero si bien de acuerdo con Luis Alberto Sánchez en su conclusión, me atrevería a poner reparos a sus premisas.

Su paralelo con los casos de Portugal y de Inglaterra no me ha convencido. La conquista y civilización del continente americano por España es en sí muy superior como hecho histórico-moral a la inglesa y a la portuguesa ; y en la época virreinal no cabe duda de que, con haber pecado todos, pecó mucho menos que nadie la Corona (aun la borbónica). No me parece (a reserva de lo que luego diré sobre el tema) que los intentos de reconquista de América por parte de España hayan sido *causa* del antihispanismo americano. No creo que el antihispanismo criollo se explique por argumentos que lo justifiquen moralmente ; sí creo que sólo se puede justificar psicológicamente, como un hecho del carácter.

*
* *

Ah, se dirá, ya lo apunta Luis Alberto Sánchez. Las dos Españas. Pero Américo Castro niega que haya dos Españas. Y yo también. Y aun me atrevería a decir que el mismo Luis Alberto Sánchez no cree vamos, así, a pies juntillas, en su tesis de las dos Españas, y que sólo la hace valer impulsado por su cortesía y su buen corazón para con sus lectores españoles. No. No hay dos Españas. No hay más que una.

Lo que ocurre es que el ser español tiene forma de Y. Del mismo tronco parten dos ramas que se miran como enemigas sin darse cuenta de su unidad en lo hondo. Cortés y Las Casas son idénticos : fraile armado el uno ; conquistador a lo divino el otro. Y ambos magníficos ejemplares de Don Quijote, Don Juan, Don Yo. Y esta España única, aunque protéica, es la que se injerta en Indoamérica (es decir, en la América prehispánica) para dar la Hispanoamérica actual.

Por eso precisamente es por lo que hay en la historia de las naciones hispanoamericanas tantos rasgos de esa España « fascista », « reaccionaria » y « borbónica » que repugna a Luis Alberto Sánchez. Pues qué, ¿ acaso esperó Rosas a que naciera Franco ? ¿ O Juan Vicente Gómez ? Y, en último término, si hubiera habido dos Españas, ¿ a cuál atribuir Emparán y Bolívar ? ¿ No es Emparán un liberal y no es Bolívar un dictador ? Quien niegue que Bolívar en Bogotá se sentía y actuaba tanto al menos como dictador que como libertador, no sabe historia o no quiere saberla.

¿ Qué duda cabe de que Bolívar también llevaba dentro un Lincoln ? Pero en él, el libertador era un ensueño y el dictador una realidad ; libertador por fantasía e ideología, dictador por temperamento y necesidad. Bolívar es el americano más vigorosamente español que la historia ha producido, español de las dos Españas de Luis Alberto Sánchez, es decir de la única España de Américo Castro.

*
* *

Habrá, pues, que buscar la causa del antihispanismo de los hispanoamericanos que lo sienten en otros aspectos de la situación. Para mí hay dos. Uno es el mesticismo mismo ; el otro es el separatismo.

El mestizo es un español prisionero de un indio ; y un indio prisionero de un español. Esta situación crea entre las dos vertientes de su ser una tensión constante. Así se explica, dicho sea de paso, la diferencia con Portugal y con Inglaterra ; porque Inglaterra aniquila a los indígenas ; y Portugal, por las condiciones españolas del Brasil, construye un imperio mucho más mulato que mestizo.

Esta tensión del ser mestizo puede orientarse a una u otra vertiente : si a la hispana, da los casos, que tanto incomodan a Luis Alberto Sánchez, de solidaridad con lo español y ensalzamiento de los valores hispanos. Por aquí se va a la hispanidad. Si la tensión mestiza se orienta por el contrario a la vertiente india, se produce el antihispanismo y como su forma positiva el indigenismo. Añádase que, en los casos más importantes, los españoles se encuentran con naciones indias más hechas y

conscientes que en el caso de ningún otro pueblo conquistador. De aquí en el ser mestizo una sensación más clara de derrota, de injusticia, de violencia hecha a la evolución histórica natural por la vertiente blanca a la vertiente india de su paisaje íntimo.

Juntándose el hambre con las ganas de comer, se injerta en el mesticismo el separatismo del español. Otra diferencia con Inglaterra y con Portugal. Inglaterra es el rebaño humano más unido que jamás conoció la historia del hombre. En su seno, el separatismo ni siquiera se concibe. En Portugal, el separatismo se satisfizo con la separación, puesto que el portugués es un español separatista ; de modo que el portugués-americano ya no sentía la propensión a echarse fuera. Además, ya independiente, el Brasil constituye una masa política muy superior a la ex-metrópoli ; de modo que ni aun como reacción de defensa se plantea la necesidad del separatismo.

¿ Qué pasa en Hispanoamérica ? La geografía, la psicología y la cultura conspiran contra la unidad. Cada forma natural sirve de vaso a una nación distinta, halla ambiciosos separatistas distintos y una Universidad a cuyo calor cultural crece y florece un patriotismo distinto. De aquí veinte naciones, cada una de las cuales ve en la todavía grande, todavía fuerte España, una fuente de peligro para su propia independencia. El separatismo espontáneo y nativo se justifica, pues, como reacción defensiva natural.

*
* *

Este complejo es irracional (lo que no quiere decir que sea condenable). Así se explican algunas de sus manifestaciones que son separatismo puro sin mezcla de lógica o razón, como el escribir *inkaiko* y *kolla*, por *incáico* y *colla* ; o el llamar Indoamérica a Hispanoamérica, siendo así que lo que se quiere designar no tiene más unidad que la de su común hispanismo. En la fórmula de Haya de la Torre que cita Luis Alberto Sánchez, « Indoamérica igual libertad », la palabra libertad figura como un ideal abstracto ; pero en concreto expresa la expulsión del español por el indio, necesidad irracional en el mestizo.

Otro aspecto irracional de esta actitud es la tendencia a dejar caer en el olvido todo el inmenso amor al indio que resplandece en la conquista y europeización de América por España para hacer resaltar sólo la agresión. Así Antenor Orrego : « El ser del nuevo hombre americano irrumpe entre el orgulloso *no* de la Europa invasora y conquistadora, cargado de soberbia y de prepotencia, de insolente ensimismamiento, frente el ser de la antigua América... » Pasemos por esta pintura psicológica de los conquistadores aunque tanto ignore su ingenuidad, su provincialismo cristiano, por decirlo así, su ignorancia, su asombro, con frecuencia hasta su admiración. Pero la atención inteligente y humilde de Bernardino de Sahagún, la de Motolinía y sus once compañeros, la de tantos frailes mártires de su ingenuo buen deseo, la de Vasco de Quiroga a quien los indios veneraron como un santo, la de generaciones de oidores, frailes, gobernantes que abogan por el indio oprimido, y hasta la de virreyes como Monterrey, a quien a su salida de Méjico siguió una multitud de indios llorando y dando voces porque se iba y los dejaba, ¿ no se ha de recordar al lado de la « soberbia » e « insolencia » de los conquistadores ? ¿ Y dónde hay en la historia un país que se haya consagrado con más buena fe que España al estudio de sus relaciones éticas con los naturales de sus países conquistados, y que haya insistido más en tratarlos como hombres ?

*
* *

Por este camino vamos al indigenismo. Fenómeno mestizo. Ya indiqué más arriba que ni el español puro ni el indio puro caen dentro del ámbito de Hispanoamérica. El indio no es indigenista. Sólo lo es el mestizo. Recuerdo lo que antes dije para definir esta noción. Así como se puede ser mestizo siendo blanco sin gota de sangre india, así se puede ser mestizo siendo indio sin gota de sangre blanca. Basta con el mestizaje ambiental o cultural. El español de España no es, pues, mestizo, aunque sí puede llegar a serlo después de larga residencia en América. El indio (físicamente)

puro, en ciertas circunstancias favorables de aislamiento, puede sustraerse, y lo hace con frecuencia, al ambiente mestizo. A este indio el indigenismo no le dice nada.

De aquí se desprende que el indigenismo, con ser un movimiento noble y necesario en lo que tiene de redentor, presenta dos características irracionales y paradójicas : es antihispanista por resentimiento ; y es hispanista por necesidad. Para muestra de antihispanismo irracional copio esta línea del artículo de Eugenio Chang Rodríguez : « El indio precolombino era más moral que el conquistador blanco ». Así, sin matices. Pero cuando Ahuitzotl, ueitlatoani del Anáhuac antes de Montezuma, sacrifica a veinte mil víctimas para celebrar su coronación, y se los come el pueblo, no había indigenismo. Cuando Atahualpa se harta de degollar, ahorcar y exterminar incas (« y aunque pudieron acabarla en más breve tiempo, no quisieron por tener en quien ejercitar su crueldad con mayor gusto » dice el Inca Garcilaso) no había indigenismo ; ni tampoco cuando Rumiñavi enterró vivas a todas las escogidas de un convento inca de Quito ; y cuando los caciques del valle de Bogotá se construían sus casas hundiendo en el suelo para cimiento de sus pilares cuatro doncellas vivas, no había indigenismo. Y no sigo porque falta papel.

En cuanto a la índole hispanista del indigenismo, ¿ cómo no lo va a ser si es mestizo ? Lo primero que hay que hacer para dignificar al indio es amestizarlo moral y culturalmente, es decir, hispanizarlo. No es que queramos o que no queramos. Es que las cosas vienen así.

*
* *

Y volvemos a la tesis de Orrego. América no será ni india ni hispana : será universal. Aplaudo. Pero observo que no se puede ser así universal en abstracto. Hay que serlo en concreto. El japonés, el alemán y el peruano no pueden llegar a la universalidad por el mismo camino. Hispanoamérica tiene que llegar a lo universal por lo hispano — o si no, tiene que disolverse como tal Hispanoamérica y aspirar a lo universal en orden disperso. Pero si va a ello unida, su único lazo de unión es lo hispano. Lo indio no, porque lo « indio », así en general, no existe. Sólo existen familias de tribus de origen y parentesco todavía dudosos, cuya coordinación es objeto de estudio científico, pero no sujeto histórico ni sociológico ni político. Los distintos indios que hay en América no se conocen mutuamente más que en cuanto se amestizan, es decir, se hispanizan.

Por otra parte, ese mismo anhelo de universalidad que con tanta elocuencia dicta Orrego como meta de América, ¿ de dónde le viene ? No ciertamente del indio precolombino, que jamás alcanzó la universalidad, sino del español. Fuerte en el yo y en el universo, el español es flojo en todo lo que queda entre estos dos polos. Orrego es universalista como hispano. Y toda la cultura que los españoles trajeron a las Indias fué universal, que no nacional. En las universidades, se leía a Terencio y a Cicerón, no a Lope ni a Mariana. Universal, no nacional fué el sello que España dejó en Hispanoamérica.

Vayamos, pues, a la universalidad. Pero convendrá limpiar de malezas el camino ; reconocer que « hispanidad » e « indigenismo » sirven a veces de exutorios a sendas opuestas tensiones de un mismo mesticismo ; y purificar ambas, la una de su ilusión hispanófila y la otra de su resentimiento hispanófobo, para mirar las cosas con perspectiva histórica y con filosofía humana. No faltarían para esta labor apoyos objetivos. Quédense para otra vez.

SALVADOR DE MADARIAGA

La China de Mao Tse Tung

POR ROBERT GUILLAIN

Al llegar quedé seducido. Cuando salí el ambiente me asfixiaba. Cuando se llega para poco tiempo, es la euforia. Y la primera observación, en la frontera, cerca de Hong-Kong, una vez pasado el guerrero de Gengis-Kan, bajo su casco adornado con una estrella roja, es que la estación china está más limpia, y tan perfectamente inodora, incolora e insípida, que la China que se ofrece a los ojos del viajero estupefacto casi parece Suiza. Y además, sin registros, ni aduana, ni angel guardián en el tren : estos comienzos son muy tranquilizadores.

Al regresar, dos meses más tarde, se corre hacia la salida. La China colosal tiene, por toda comunicación con el mundo libre, un portillo de estación : hacia él nos precipitamos con alegría, como hacia el agujero de luz que se vislumbra al extremo de un largo túnel, para volver al aire libre. ¿ Qué psicólogo explicará el misterio de la libertad, que hace que el hombre que ha entrado en un país donde ésta no existe, experimente casi como un golpe físico ? Una sutil y constante ansiedad se mezcla poco a poco al aire que se respira. Una carga invisible viene a posarse sobre sus hombros. Cuando salí, hace pocos días, volví a respirar a plenos pulmones el aire puro de la libertad. Ahora sé que no tiene el mismo sabor que el otro...

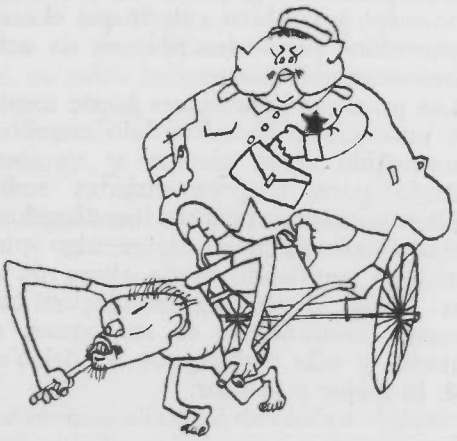
Creo, no obstante, no haber cesado, en el curso de este viaje, de acercarme a todo con un espíritu de simpatía y comprensión. Y añado, aun a riesgo de agravar el carácter algo ridículo de estas afirmaciones preliminares, que me he esforzado por llevar a cabo en China, *a priori* y sin pasión política, esta información que ha durado dos meses completos. La misma preocupación de objetividad me lleva a afirmar que el aire de China es actualmente irrespirable para todo el que quiere ser hombre y no *robot*, y también a decir que el comunismo chino puede inscribir en su activo éxitos sorprendentes.

Las primeras impresiones a este respecto son muy *extraordinarias*. Sólo cuando ha transcurrido algún tiempo se va descubriendo poco a poco cuántos sudores ocultos y cuántos temores inconfesados ha costado este progreso. Y si algo puedo anticipar, emitiendo desde ahora un primer juicio, es que la revolución china arrastra, confundidos en sus aguas, más agitadas y más turbias que las del Yang-Tsé, lo mejor y lo peor.

La pobreza sigue...

La propaganda china, increíblemente activa, prodiga las fotos, las imágenes, las revistas ilustradas de estilo soviético, y trabaja tan bien que mucha gente, desde fuera, ve en su imaginación todo un pueblo chino que sonríe radiante, en medio de la abundancia de gavillas, de máquinas y de viviendas nuevas.

Desgraciadamente, si bien es cierto que, desde el tren, descubro aquí y allá ciudades obreras más numerosas y más vastas de lo que yo había esperado, también sigue allí el océano de viejos tugurios que se ven cuando el tren atraviesa las ciudades. He aquí los suburbios pobres y superpoblados de las grandes metrópolis, como los de Wuhan, la triple ciudad compuesta por Hankow y sus dos hermanas gemelas sobre el Yang-Tsé, en el corazón del país. He aquí, más inquietantes todavía, los « barrios de las latas », de China, allí donde las aglomeraciones urbanas crecen hoy con una rapidez sin precedentes. Sería más exacto decir « barrios de esteras », porque es efectivamente bajo techumbres primitivas y miserables, hechas de esteras de paja sujetas a unos bambúes, donde acampa toda una población, hasta el borde del ferrocarril. La construcción urbana es visiblemente insuficiente, por el momento — y más adelante tendré la confirmación de ello — para hacer frente a la afluencia de una población que todo lo invade y que es producto de la absorción del campo por las grandes ciudades.



¿ Han cesado estas ciudades de ver correr, como antaño, el sudor de los « coolies » ? ¡ No, por desgracia ! He aquí todo un tropel de ellos frente a la estación de mercancías : son los mismos. En grupos de ocho, trasladan enormes cargas : cuatro hombres delante, enganchados como mulos, uncidos con cuerdas que les sierran los hombros, con las cabezas bamboleantes, tan encorvados hacia el suelo que casi están en posición horizontal ; y cuatro hombres atrás, haciendo hincapié para empujar, también en posición horizontal, lanzando sus voces rítmicas como si fueran aullidos, que con el gemido ancestral son como el canto del duro trabajo chino. Por supuesto, ya no se les llama « coolies » ; ahora son « camaradas ». El traje de algodón azul que llevan sobre la piel no está hecho jirones, como en otros tiempos, y ya no se les volverá a ver más en fotografía, pero allí siguen.

También siguen allí los cochecillos tirados por un hombre, es decir, ahora es un ciclista. El hombre uncido para arrastrar a otro hombre, cuya próxima desaparición anunciaba el nuevo régimen, cuando yo estaba en Shangai, en 1949. Esta invención colonialista, según decía la prensa, era la vergüenza de un país liberado. Pero los cochecillos tirados por un ciclista, no solamente no han desaparecido, sino que hay más que nunca...

Por último, las campiñas, más aún que las ciudades, vistas desde el tren, presentan la imagen de un mundo en el que las condiciones revelan un trabajo increíble, en relación con nuestro tiempo. En inmensos espacios, la China aparece como un país sin carreteras y, al mismo tiempo, como un país sin ruedas. Esto es para el viajero occidental una de las sorpresas más asombrosas. En 1955, hay aún millones de hombres que, como hace 5.000 años, en los albores de la civilización, no conocen más que los senderos para comunicarse de una aglomeración a otra, senderos trazados por los pies desnudos, con la anchura precisa para un solo hombre ; y, en efecto, sólo circulan por ellos, en fila india, como hormigas, hombres que corren encorvados bajo la doble carga del balancín de bambú, porque en estos campos no hay ni un animal de tracción, ni un vehículo para el transporte y el comercio...

Millones en propaganda

China gasta millones en propaganda. Del *Hotel de Pekín* al *Hotel del Amor de las Masas*, en Cantón, el confort es irreprochable ; la comida, buena (comida ultra-

especial para invitados extranjeros, sin ningún parecido con la que es accesible a los chinos) ; los viajes perfectamente organizados por el « Inturist chino », en tren, y más a menudo en avión ; y las delegaciones son mimadas y festejadas en todas partes. Se les abren las puertas de todas las fábricas recientemente creadas ; se les enseñan los embalses y las universidades. los hospitales y las cooperativas agrícolas ; se les transporta de Cantón a Manchuria y de Shangai a Chung-King, y se vuelven sin haber visto el menor vestigio de « telón de bambú ».

La mayoría de los delegados se asombraría, y hasta se ofendería, si se les dijera que no han visto lo que pasa en China. Y no obstante, ésta es mi convicción más profunda. No digo que haya mala fe por parte de los organizadores ; su buena voluntad es grande y su complacencia jamás se agradecerá bastante. Supongamos que tienen, ante todo, la preocupación de enseñar sólo lo que hay de mejor. Sea como fuere, una de las conclusiones más interesantes y más significativas que creo traer de China es que la *inmensa mayoría de los delegados y de los visitantes vuelven sin haber visto más que la decoración*. O, en todo caso, han visto la fachada del edificio, ciertamente muy importante, pero no han advertido casi nada de los métodos de construcción, ni, sobre todo, de lo que sucede detrás de los muros.

Se puede pasar por China sin ver nada de esto : he aquí el hecho capital. Para ver a través de esta superficie y recoger algunas imágenes y algunos ecos auténticos de la realidad, se precisa, a mi entender, una serie de condiciones que a menudo no se cumplen en los visitantes : tiempo, indudablemente más de una o dos semanas ; un conocimiento teórico de la China nueva, adquirido en los textos oficiales, en sus periódicos, en su historia reciente, etc. ; una experiencia del oficio de informador ; y por último, si es posible, un antiguo capital de relaciones chinas y de conocimientos de la China de ayer.

Todo preparado

Una « Cortina » sutil ha estado siempre tendida, hábilmente, tenazmente, entre la China y yo... ¡ Escuchen bien esto ! Hay seiscientos millones de chinos, pero en dos meses no se me ha dejado hablar nunca a solas con ninguno absolutamente de ellos. Y si lo he hecho ha sido de un modo fraudulento. Hay quinientos millones de campesinos, pero he perdido el tiempo cuando he solicitado permanecer dos días en una aldea, o siquiera pasar en ella veinticuatro horas. Jamás he entrado al azar en la primera casa elegida a mi gusto. No me he detenido nunca en una fábrica, en una granja, en una institución cualquiera, sin que la visita haya sido preparada de antemano. He intentado hablar sin testigos con católicos, con un cura no « progresista », tener una entrevista con un antiguo terrateniente, visitar un campo de reforma por el trabajo para « reaccionarios », etc. ¡ Vano intento !

El periodista, en su viaje, va acompañado de un intérprete, compañero útil, pero que también es un vigilante perpetuo. Su intervención es obligatoria en toda conversación con un chino : éste, aunque hable perfectamente el francés o el inglés, lo olvida súbitamente en el momento de la entrevista. La jornada de información supone siempre un programa fijado de antemano con precisión por las autoridades, ya que siempre están prevenidas de la llegada de un viajero, y una asombrosa cantidad de personajes diversos ha sido movilizada para rodearle de atenciones. Yo contaba una docena de ellos, por lo menos, sólo en el hotel de Lanchow, es decir en los confines del mundo.

Por último, y como regla esencial, los guías atentos nunca enseñan al visitante más que lo que es excelente o hasta excepcional, pero guardándose bien de decirlo. A veces lo hacen con una ingenuidad desconcertante. Con mi excelente colega de la *Stampa*, Enrico Emanuelli, solicité visitar un hogar obrero corriente, de una familia corriente, en un barrio corriente de Pekín. Nos condujeron a una ciudad obrera nuevecita, y he aquí, poco más o menos, cómo se presenta la familia corriente. El padre es el « jefe de la calle » ; la madre, presidente de las mujeres del barrio ; la hija, heroína del trabajo ; el hijo, héroe del ejército ; el nieto, jefe de los pioneros ; su hermanita, escolar mo-

delo, etc. Todo ello confirmado con diplomas con bandera roja, enmarcados y pendientes de las paredes.

Se nos conduce a una cooperativa agrícola. Allí se nos enseña, con orgullo, un tractor. ¿ Saben ustedes cuántos tractores hay en China para quinientos millones de campesinos ? Dos mil setecientos, tractores rusos, claro está. Una cooperativa agrícola, dotada de un tractor, no es, pues, absolutamente representativa : es una rarísima excepción.

El plan quinquenal sin espejismos

Los éxitos más famosos de Manchuria, los de Anshan, no son los que más me han convencido. Estos éxitos, lo mismo que la *Fábrica de autos número uno*, no son después de todo sino excepciones y anticipaciones del porvenir. Si vuelvo sobre ellos, será para hablar de un problema apasionante, pero muy distinto : el de la ayuda rusa que los ha originado. No ; el Plan no me ha impresionado menos por sus trabajos de nivel medio, por la fábrica de tipo medio, que tan a menudo se ve levantarse junto a la vía del tren, que por el hecho de que todas las ciudades han reconstruído sus calles, por los hoteles nuevos, abiertos recientemente, hasta los confines del Asia Central, etc.

Pero, al mismo tiempo, quiero reducir el Plan a su justa medida. Sólo aparece como una empresa titánica en las revistas de propaganda, o en las ilusiones de un nuevo esnobismo, surgido en Francia, y en otras partes, donde se consideran hoy todas las cosas de China como una maravilla. Por haber sido demasiado ponderada por los propios chinos, Anshan resulta bastante decepcionante. Uno espera ver el Ruhr, y es mucho menos que Yawata, el Creusot japonés. Y para mí, que vuelvo a China después de un intervalo de seis años, al hacer la comparación con el trabajo realizado, por ejemplo en el Japón, durante el mismo espacio de tiempo, o con el del fabuloso Hong-Kong, el realizado en China no es extraordinario : representa un buen término medio.

Pero he aquí en qué consiste precisamente lo extraordinario : ¡ China hace como los demás ¡ China era una excepción ayer, por su atraso, por su desesperante incapacidad, por su corrupción. El que entre ahora en la normalidad, esto es lo sorprendente. Lo asombroso no es el Plan, sino que la China tenga un Plan ; que sea en China donde esos embalses se multiplican, esos ferrocarriles se ramifican y esas fábricas se modernizan.

Y créanme que esto se hace aún con frecuencia a la manera china. Un día, en Anshan, los dos taxis oficiales que conducen a nuestro grupo de periodistas a una fábrica ultramoderna, se detienen de pronto. Atravesada en la carretera hay una carreta tirada por una mula, que no avanza. Porque Anshan tiene muy pocos camiones, pero sí millares de carretas de mulos. Y ¿ a qué se debe esta parada ? A que allí hay un equipo que transporta un enorme molde de metal bruto. ¿ Con grúas eléctricas enviadas por la fábrica que está al otro lado del muro ? No, en absoluto, sino con veinte pares de brazos de coolies, con cuerdas y palancas de bambú. Y ¿ el metal irá sobre un camión ? De ninguna manera, sino sobre la carreta, detrás de la mula.

Esta era mi primera visita a una gran Fábrica del Plan. La prensa extranjera aún no la había visto, y el espectáculo que tenía ante mis ojos era asombroso para mí. En un inmenso taller, en medio de los obreros chinos, se alineaban decenas y más decenas de máquinas ultramodernas, absolutamente nuevas, de los modelos más diversos, que representaban evidentemente los últimos perfeccionamientos de la técnica industrial ; y eran máquinas rusas. No solamente las máquinas eran rusas, sino que también los expertos rusos habían hecho los planos de la fábrica, habían dirigido su construcción y presidido la iniciación de su actividad, en enero de 1955.

Esta fué la impresión que me produjo la *Fábrica de herramientas para cortar y de instrumentos de precisión*, de Harbin. Y cuando descubrí que la fábrica vecina, una hilandería de lino, exponía igualmente al visitante centenares de máquinas rusas, que cien expertos rusos, según me dijeron, acababan de colocar, comprendí que el espectáculo se repetiría sin duda, de fábri-

ca en fábrica, a través de toda la Manchuria. Y así fué en efecto.

Fábrica de autos número uno, en Changchun : del principio al fin, este vasto conjunto industrial que he descrito, es la obra de la técnica rusa. Cincuenta expertos rusos dirigen allí actualmente el montaje de una inmensa cantidad de maquinaria rusa. Su número aumentará todavía, me dicen, cuando empiece la producción del camión de 4 toneladas « chino », que en realidad será un camión ruso hecho en China. Veinte instituciones soviéticas han participado en la elaboración de la fábrica ; las hojas de planos recibidas de Rusia han excedido de un millón y, desde el punto de vista técnico, está más avanzada que las que poseen los rusos en su país.

En manos de los rusos

¿ Cuántos rusos hay en China ? No se dice nunca. Respuesta lacónica de un funcionario de Pekín : « Millares ». ¿ Y si dijéramos decenas de millares ? Entre ellos figuran lo mismo simples obreros que grandes técnicos ; y los hay en muchos otros sectores distintos de la técnica. En realidad, están en todas partes ; presentes en la Universidad lo mismo que en los Ministerios, se les consulta para todo ; su actividad se extiende hasta los trabajos destinados a la futura *alfabetización* de la lengua china ; pero, por supuesto, ellos no tienen función directiva alguna, sino que se limitan a aconsejar y a enseñar.

Desde la fábrica gigante hasta el paso de rosca, China está supeditada ahora a la técnica rusa. Hablando con propiedad, está atornillada a Rusia. Quizá algún día logre alcanzar la independencia técnica, pero ese día está lejos : el Japón sólo la ha conseguido, y de manera imperfecta, al cabo de medio siglo. En esta situación ¿ cómo pensar que Mao Tse-Tung o Liu Shao-Chi puedan repetir el juego de Tito ? El Plan chino es hoy, y seguirá siendo mañana, cuando se trate del segundo o del tercer Plan, una prolongación de los planes quinquenales rusos. Salvo en lo relativo a los suministros secundarios y complementarios, ni los Estados Unidos, ni Inglaterra, ni el cercano Japón pueden ya adquirir en el sistema chino una posición dominante. La infraestructura está ocupada por los rusos. El puesto está ocupado.

Y no solamente en las fábricas. También han ocupado los cerebros. Pekín, para ir más de prisa en la construcción material, al mismo tiempo que para apoyarla con andamiaje político e ideológico, procede a una difusión insensata de los métodos y de las ideas rusos entre las masas chinas. Por otra parte, Moscú añade a esto una propaganda rusa, que dirigen en China los propios rusos ; es uno de los procedimientos para hacerse reembolsar por su ayuda. De este modo la inundación tiene su origen en dos manantiales.

Esto nos lleva a apreciar mejor lo que los Estados Unidos y el Occidente han perdido, dejando abandonada « al otro lado » la masa de China. ¿ Cuál fué, en efecto, el sueño de Norteamérica con respecto a China ? Fué hacer de China la América de Asia, el equivalente asiático de los Estados Unidos. Y ¿ quién va camino de realizar este sueño ? Rusia, haciendo de China una segunda Rusia en Asia.

Manchuria ilustra bien todo esto y da una imagen bastante clara de las relaciones rusochinas : esa región aparece, al mismo tiempo, como el gran eje de la alianza Pekín-Moscú. De ella puede decirse, en primer lugar, que no ha sido jamás tan rusa como ahora. Los brazos se tienden hacia los gestos de los rusos, y las cabezas buscan las ideas cada vez más aproximadas al modelo ruso. Los rusos, por su parte, no conocen otro límite, para la aportación de la maquinaria y de los métodos, que la saturación de la China, que absorbe las cosas rusas hasta el límite de lo que puede absorber.

Pero se puede decir, al mismo tiempo —y hay que decirlo —, que Manchuria no ha sido jamás tan china como hoy. Es el orgullo del régimen, la región modelo, la región piloto. Cuando se ha hecho algo en Manchuria, la China entera lo hace a continuación, seis meses o un año más tarde. En China todo desciende de Norte a Sur, de Manchuria a Cantón. Manchuria es la cabeza. Sin ella el país estaría decapitado. He aquí por qué la menor manifestación de ambiciones territoriales por parte de los rusos vertería veneno en la alianza.

Rusia lo sabe y ha querido demostrarlo de manera ostentosa precisamente en Man-

churia. Ha devuelto Port Arthur, ha abandonado Dairén, ha renunciado a quedarse con una participación en el ferrocarril o en las sociedades mixtas rusochinas. Las ambiciones territoriales pertenecen a otro siglo. Rusia hace un juego muy distinto. De esto también nos procura Manchuria una ilustración perfecta, puesto que los rusos se quedan en la plaza... después de haberla abandonado.

En realidad, Rusia se ha creado en Pekín una oportunidad que ningún colonialista ha encontrado jamás. La « rusificación » y la « comunización » no son en realidad « beneficios » que ella necesite hacer tragar a la fuerza a los nuevos dirigentes de China ; éstos los reclaman, no sólo para sí mismos, sino también para administrarlos a los seiscientos millones de chinos, como las medicinas cuyo empleo es obligatorio.

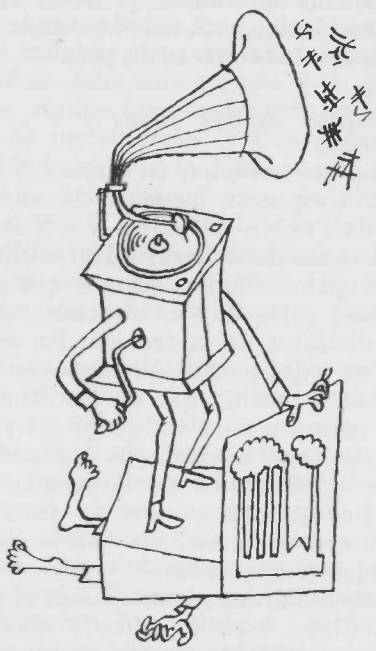
Los dividendos que Rusia puede esperar de sus inversiones en China no son de los que se calculan en dólares. Lo que recibe como pago, a cambio de lo que da, no es sólo arroz, té o soja. El verdadero pago es invisible, es un hecho político capital : China está con Rusia. Es decir, la China como masa y como ejemplo...

Mano de obra forzada

Para las necesidades del Plan y para poblar estas tierras nuevas, los comunistas realizan importantes traslados de mano de obra hacia el Sinkiang y el Noroeste.

Los recién llegados son en parte habitantes de las regiones superpobladas de China, que el gobierno invita, con medios de los que ya volveremos a hablar, a presentarse como « voluntarios » para el Far-West chino. Se me ha confirmado que numerosos habitantes de Shangai, « invitados » el año pasado a abandonar esta ciudad, cuando el gobierno tuvo la ocurrencia de hacer en ella evacuaciones en masa para descongestionarla, han venido a Lanchow, e incluso más lejos hacia el Oste. Por lo demás, muchos han vuelto a Shangai sin autorización. En el Noroeste el clima es duro y las condiciones de vida y de trabajo lo son más aún. He recogido las quejas de un pionero, que lo es contra su voluntad y que en una carta se atrevía a gemir por haber sido arrancado a su familia y a Shangai, por estar mal alimentado en Lanchow, donde sólo podía comer dos veces al día, y por verse obligado a economizar el agua destinada a la bebida o al aseo, que compraba a un aguador ambulante, porque la ciudad no tiene todavía agua corriente.

Otra categoría notable de mano de obra es la de las « divisiones de la construcción ». Se dice en Lanchow que son las tropas de Corea traídas aquí después del armisticio y desmovilizadas ; pero los hombres y los oficiales continúan organizados en formaciones y se les encarece que no salgan de aquí ; se les obliga a aprender un oficio



y se les invita a hacer venir a sus familias He aquí a los « voluntarios para Corea » transformados en « voluntarios para el Noroeste ».

Y ahora veamos algo que es aún más interesante. A la salida de Lanchow, un grupo formado por un centenar de hombres, que avanza en fila, por el polvo. ¿ Qué hay de extraño e inquietante en su aspecto ? En seguida tengo la explicación. Unos centinelas los empujan ante sí con la bayoneta calada, desde luego sin brusquedad, y veo que los hombres no están atados ; pero son evidentemente condenados a tra-

bajos forzados. Su rostro tiene un no sé qué de provocativo que me ha llamado la atención más aún que las bayonetas. Y cuando nuestro auto les ha dejado atrás, descubro que lo más notable en ellos es esto: paradójicamente estos presidiarios son los primeros chinos que encuentro en China vestidos « como todo el mundo », quiero decir con ropas corrientes, como las que se llevaban antes. En la China uniformada, las únicas chaquetas que se ven están sobre el cuerpo de los presidiarios. Y hago preguntas a mi guía. ¿ Quiénes son ? Probablemente criminales y contrarrevolucionarios. Y ¿ qué más ? El concreta : reaccionarios. Entonces ¿ los reaccionarios se juntan con los criminales de derecho común ? Esto le parece perfectamente natural y habla de ello como de la cosa más corriente del mundo, y añade : « Se reforma su ideología, por medio del trabajo forzado ». « Y ¿ hay muchos así en la región ? » (Ya conozco la respuesta. Debería ser : Sí, probablemente, centenares de miles, que trabajan hasta en el desierto de Gobi o en las montañas heladas de Sinkiang). Al llegar aquí, mi guía se esquiva. Sólo tiene esta frase, de una encantadora ingenuidad : « Sabe usted, dice, es muy raro que se les encuentre, como hoy, en la ciudad ».

Desaparición del chino inteligente

Tomen el tranvía y escuchen : todos se callan. « ¿ Se acuerdan ustedes del ruido de voces de otros tiempos ? », nos hace observar un amigo. « Dos palabras venían entonces, sin cesar, a los oídos. Eran *chen* y *chefán*. Chen, el dinero ; chefán, la buena comida. Hoy, todo es silencio. ¿ Acaso están llenos el portamonedas y la despensa ? ¿ Habrá traído la felicidad el régimen ? No lo crean. ¡ Extraña felicidad, en todo caso, la que diera como resultado los rostros cerrados que se encuentran aquí !

Pero se observa otra desaparición, más sorprendente aún que las anteriores : la del chino inteligente. Salvo excepciones, el chino que se encuentra hoy es rudo y obtuso como un palurdo. La China de ayer producía a los más inteligentes de los hombres, desenvueltos, rápidos en la réplica, informados, que lo sabían todo. ¡ Los chinos inteligentes se han volatilizado ! ¿ Será porque su inteligencia les ha valido precisamente el acceso a las esferas superiores de la nueva clase escogida de dirigentes y que, por consiguiente, son gentes demasiado importantes y demasiado ocupadas para mostrarse a los visitantes extranjeros ? La explicación es sin duda valedera para algunos ; hay seguramente en la cumbre chinos maravillosamente inteligentes, y que no han nacido ayer.

Pero tengo muchas razones para pensar que, por el contrario, su inteligencia les ha valido el ser eliminados. En las clases inferiores, el chino inteligente se oculta, porque la inteligencia de antaño no tiene cabida en una sociedad donde las consignas consisten en repetir, imitar y obedecer. Mejor aún, si el chino inteligente ya no existe, es con frecuencia porque la clase a que pertenecía, o el antiguo grupo selecto del que era producto, van camino de extinguirse o de ser suprimidos.

Todos los chinos uniformados

Hay otra cosa que también me choca, porque es nueva y contraria a todo lo que yo esperaba de los chinos : la espantosa uniformidad de la multitud china vestida de azul. En verdad que ninguna descripción da una idea exacta de la realidad o de un fragmento de esta realidad : seiscientos millones de chinos vestidos con el mismo uniforme de algodón azul. Al principio se asombra uno, y como el vestido es bastante correcto, la primera impresión no es forzosamente desagradable. Guerrera azul, tipo comisario del pueblo, con cuello militar ; estilográfica en el bolsillo del pecho, invariablemente ; pantalón de tela azul, gorra de la misma tela, estilo Mao Tse-Tung... La mayoría de las muchachas van con pantalones y vestidas estrictamente como los hombres, con el solo aditamento de las melenas lacias o las trenzas de las campesinas... Salvo raras excepciones, todos los seres humanos que se encuentran, por millones de ejemplares, llevan el mismo indumento. No es preciso decir que uno se cansa pronto

y que el cansancio se convierte inmediatamente en consternación ante esta agobiante uniformidad.

En presencia de tantos individuos, a los que este vestuario priva de toda personalidad y que, bajo el nuevo régimen, cuidan de no mostrar ninguna, ya no se sabe con quién se trata. Ahora, más que nunca, para un occidental, es imposible distinguir el Sr. Wang del Sr. Wei, y esto da origen a errores grotescos : China sólo está poblada de sosías. Pero donde se siente el mayor malestar es en presencia de la multitud. Jamás la muchedumbre china ha parecido tan inagotable, tan abrumadora, como desde que se ha convertido en esta humanidad que parece salir, en filas de a cuatro, de un inmenso baño de tinta azul fija. Pekín, ciudad de gentes conformistas, se halla aún más completamente sumergida en la uniformidad que ninguna otra población, y su aspecto ha cambiado profundamente.

¿ Por qué esta uniformidad ? La primera explicación que acude a la mente es de orden económico : este vestido popular es barato, práctico. Pero pronto se echa de ver que los verdaderos motivos son de orden psicológico y político. Adoptar el uniforme es estar a tono, ser buen patriota, es hacer acto de austeridad y de disciplina proletarias. Y esto puede ser también, no ya un homenaje al régimen, sino además una actitud defensiva ante él. Este azul de mecánico disfraza de conformista ; asegura la desaparición del individuo en la muchedumbre ; borra los orígenes burgueses o de otra clase ; ofrece una protección importante : la de no ser notable ni notado.

Repito que yo no reconozco en estos chinos a los de antaño, a mis chinos de siempre. He de hacer un esfuerzo para encontrar en mi memoria las imágenes de lo que era, hace siete u ocho años, una estación, una plaza, una calle de Shangai. Estos chinos de ahora están apresados en el engranaje de una transformación absolutamente nueva. Se mueven en una dirección común, y esto es totalmente nuevo. Están agrupados, amalgamados, triturados, formando una pasta única, lo que es una novedad sin precedente. Están organizados, gobernados y supergobernados ; en una palabra, son dóciles y están sometidos hasta no ser más que un rebaño o un hormiguero ; cosas que, en verdad, trastornan a todo el que ha conocido el individualismo casi anárquico de los chinos, en el tiempo en que Confucio resistía aún a Stalin.

Un hormiguero, hormigas : ¡ he aquí en lo que se han convertido... ! ¡ Las hormigas azules... ! Esta es la palabra que mejor expresa el increíble avatar ; ésta es la explicación que, como veremos, tiene mucho más alcance de lo que se cree.

El chino gramófono

Extraigo de mis notas este diálogo con un chino. « ¿ Qué piensa Vd. de los Estados Unidos de América ? » — *Quieren la guerra.* — ¿ No hay pacifistas en Norteamérica ? — *Sí ; nosotros queremos al pueblo norteamericano. El pueblo quiere la paz.* — Entonces, ¿ quién quiere la guerra ? — *Los jefes norteamericanos.* — ¿ Quiénes son los jefes ? — *El Sr. Dulles.* — Pero Ud. dijo « los jefes ». — *Hay otros, y también quieren la guerra, pero yo no sé sus nombres.* — Y ¿ el presidente ? — *¡ Ah, sí, en efecto ! ¡ Ai-sen How-erh... !* — ¿ Qué quiere Eisenhower, la guerra o la paz ? — *Quiere la guerra* ».

El que responde así a mis preguntas es un diplomado de universidad. Sus contestaciones, desoladoras en su grosera simplificación, son lo que yo llamo el disco. El disco de gramófono oficial que sale de la boca de todos los chinos. Discos, siempre los mismos ; consignas, estribillos, he aquí lo que oye en China el periodista que hace preguntas. El chino de ayer era el hombre que tenía respuesta para todo. Y como era astuto, tenía buen cuidado de añadir : « Naturalmente, esto no es sino mi opinión personal ». La opinión personal es precisamente lo que el chino de hoy se guarda bien de tener. Afirma con energía las verdades públicas y las opiniones oficiales, aun sabiendo perfectamente que su interlocutor ya las ha leído en todas partes, las ha oído citar mil veces, en mil lugares, por mil chinos.

La socialización que importa en China no es, en definitiva, tanto la de las empresas,

ni la de la industria, ni la del capital, ni la del comercio. Lo importante, lo esencial, es la socialización de las cabezas. Cuando se ha comprendido esto, se tiene una de las claves de China.

« ¡ Quítese esa facultad de pensar que tiene usted en la cabeza ! », podría decir el régimen a los que catequiza. « Es nuestro pensamiento, el del Estado, el que ha de meter en ella ». Así, el régimen se instala en los cerebros, como lo hace en la empresa del capitalista y en la tienda del pequeño comerciante.

El chino ha comprendido en seguida, desde los primeros días del régimen, que no es bueno tener ideas políticas. La « despolitización » es la primera fase, y la más fácil, de lo que el régimen llama « moldear de nuevo ». Esto se siente muy intensamente, a través de toda China. El chino ha renunciado al deporte peligroso que consiste en tener una opinión personal. Ha vaciado verdaderamente su cabeza. Su interés bien entendido le invita a repetir las consignas : esto procura la paz, puesto que tranquiliza a las autoridades. Lo contrario atrae mil dificultades. No pensar más, para vivir en paz, he aquí la norma.

« ¿ Pienso, luego existo ? » En adelante habría de decir : « No pienso, luego existo ». Porque si pienso, corro el riesgo de no existir pronto ; y si quiero continuar existiendo, lo más seguro es dejar de pensar.

El hormiguero chino

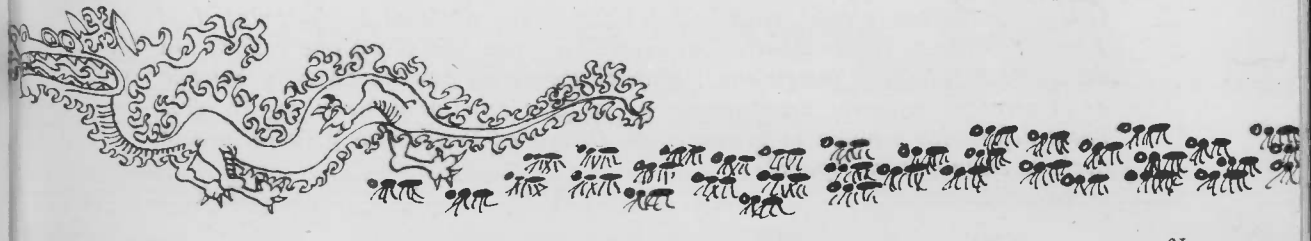
La hormiga azul — quiero decir el chino, con su uniforme civil de algodón azul — no está nunca sola, o no se la deja nunca sola. Y ésta es la ley primordial del hormiguero, el origen mismo de su fuerza. Pues allí donde hay dos hormigas empieza el hormiguero ; el hormiguero ya está allí. La una sabe que la otra la observa, y recíprocamente ; por lo tanto, cada una de ellas se conforma con las consignas del grupo.

En Occidente, estamos muy atrasados en relación con los hechos, cuando creemos que, en régimen comunista, el Estado es una entidad remota, que hace sentir su poder desde muy alto y que, desde una gran distancia, alarga el brazo mítico de la opresión.

Ahora sé, por haber observado el hormiguero chino, que la realidad es muy distinta. « Pekín » no es una abstracción sin rostro, una potencia remota. El individuo no tiene que habérselas con entidades, como el Estado, el gobierno, la administración. Lo que le convierte en hormiga dócil y conformista es la masa humana que le rodea, es el medio todopoderoso, es el círculo apretado de los vecinos, de los amigos, de los parientes.

« Pekín, o el Estado, se ha convertido en una realidad tangible personalizada ». El gobierno ha descendido de las alturas hasta lo más profundo de la comunidad. Está aquí en esta habitación, es el vecino que ha venido de visita, el hijo sentado a la mesa familiar, el compañero de trabajo en el taller. Pues cada ciudadano, si es un « buen » chino, es el celoso representante de la comunidad. Ya no existe el verdadero individuo ; cada uno es una parcela del grupo ; también en este sentido, la hormiga no está nunca sola, está « habitada » por el grupo.

ROBERT GUILLAIN



DON JOSÉ ORTEGA Y GASSET

La muerte del filósofo don José Ortega y Gasset, acaecida el 18 de octubre último, ha supuesto la más dolorosa pérdida para la cultura española. No en vano la labor docente, filosófica, crítica y social del maestro desaparecido gravitó, con todo el peso de su extraordinaria personalidad, durante medio siglo sobre el pensamiento hispano. Pocos, pues, dejarán de tener plena conciencia del vacío enorme que ha dejado la muerte del gran pensador, no obstante el clima de pasión y polémica que ha presidido su obra, clima ajeno casi siempre a lo puramente intrínseco de la misma.

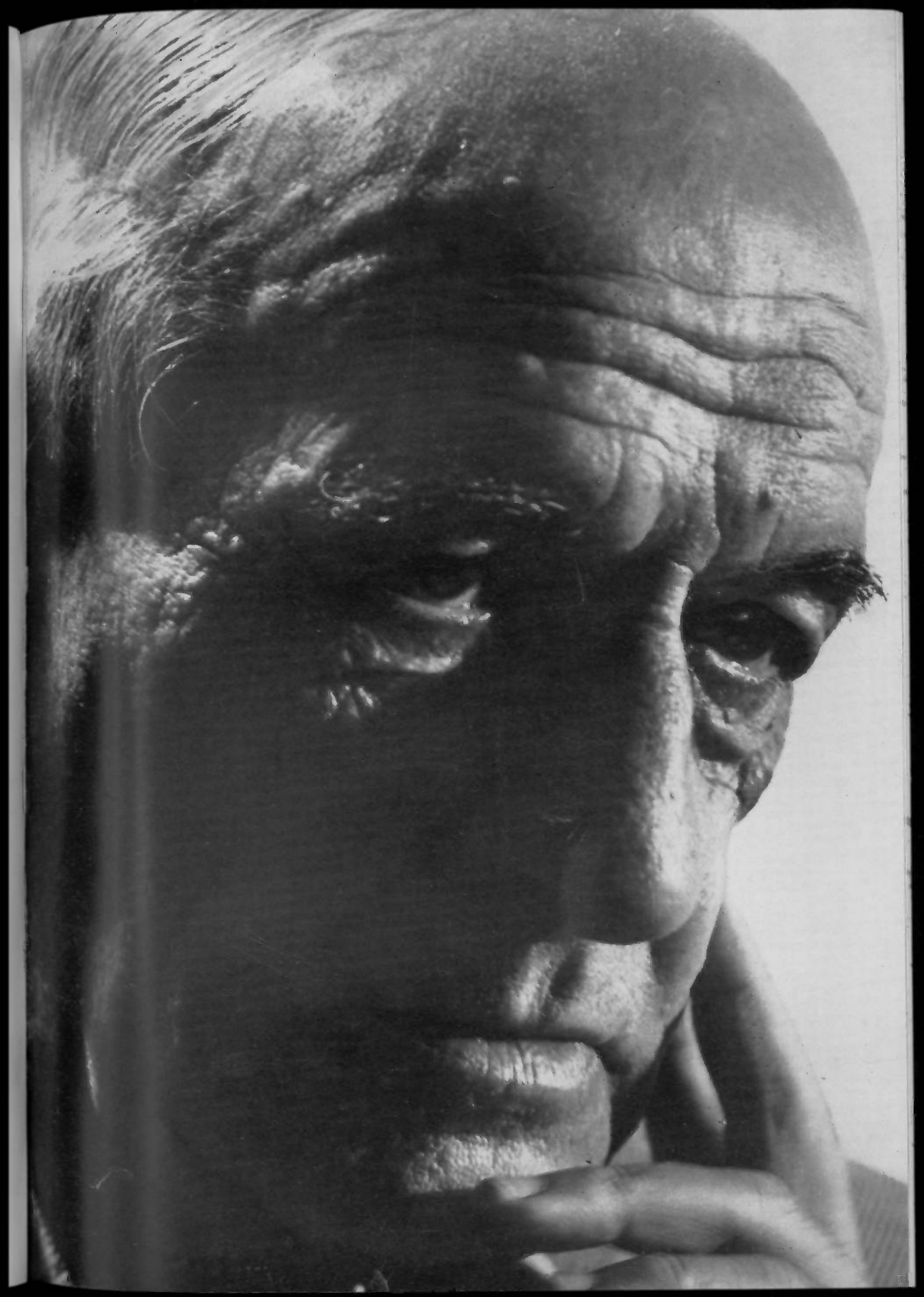
La obra de Ortega y Gasset es más trascendental de lo que algunos están dispuestos a aceptar. No sólo su persona es el más alto ejemplo que la filosofía ha producido en España a lo largo de nuestro siglo y aún de los siglos anteriores, sino que esa obra suya significó, ni más ni menos, que la incorporación del pensamiento español a la universalidad de la cultura. Y todavía hay que añadir en su rico haber la acción pedagógica, por decirlo así, que llevó a cabo en el ámbito nacional, iniciada en aquellos años de principios de siglo en que la vida española acaecía sobre un verdadero páramo intelectual. A partir de entonces, la huella orteguiana es visible en todas cuantas generaciones se han ido sucediendo.

Ortega y Gasset ofreció a lo largo de su vasta obra, tan propia, tan peculiar, auténticos embriones de realidades. Su escrutadora mirada logró, en no pocas ocasiones, conjeturar con acierto en diferentes aspectos de la vida social. Por ejemplo, en su discutido libro La rebelión de las masas *(1930) estableció un panorama político y social del mundo occidental a bastantes años vista. Algunos de sus vaticinios — el destino totalitario de varios países europeos, la crisis del liberalismo, etc. — se vieron cumplidos al pasar los años. Otros — la unidad de Europa, la decadencia que sucederá a un choque entre Oriente y Occidente — continúan suspensos como una esperanza o como un temor ante el futuro próximo.*

Lástima grande que circunstancias especialísimas — que no son otras que la suerte corrida por España después de 1936 — hayan obligado a Ortega y Gasset a interrumpir su labor docente y a poner sordina a su voz, justamente cuando se hallaba en la plenitud de su actividad mental y en la madurez de su pensamiento. ¡ Ese elocuente silencio de Ortega ! Por fortuna su actividad intelectual prosiguió, parece ser, con la intensidad de siempre, y fruto de la misma son unas cuantas obras, acabadas o esbozadas, todavía inéditas, que ansiamos un buen día vean la luz. Ellas nos darán sin duda una idea más acabada de sus ideas filosóficas,

Los dos estudios que siguen — con motivo del septuagésimo aniversario de Ortega Cuadernos *ofreció otros —, debidos a sus destacados discípulos José Ferrater Mora y Julián Marías, aspiran a ser una inicial y firme calibración del quehacer filosófico orteguiano ; el comienzo de un examen sereno y objetivo de la obra del pensador desaparecido. Y a estos estudios deberán seguir otros hasta dejar bien sentada la presencia de Ortega en la filosofía y su influencia decisiva en la cultura española.*

I. I.



Ortega y la idea de la vida humana

POR JOSE FERRATER MORA

No parece dudoso que, fiel en esto a una venerable tradición filosófica, el problema del hombre haya sido considerado por Ortega como la cuestión central de toda filosofía. Una presentación de tal problema puede llevarnos, pues, hasta el corazón del pensamiento del filósofo. Es lo que intentaremos hacer en las líneas que siguen. Antes de iniciarlas queremos, sin embargo, hacer una advertencia, que el lector haría bien en tener *constantemente* presente. Es ésta : situar el problema del hombre en el centro del pensamiento filosófico *no* significa inclinarse hacia un antropocentrismo. Ortega ha reconocido varias veces que el hombre — o, como desde ahora lo llamaremos con frecuencia, « la vida humana » — *no* es la única realidad en el universo. No es ni siquiera la realidad más importante. ¿ Qué es, pues ? Simplemente, la realidad básica o, como Ortega la llama, « la realidad radical ». « Radical » en el sentido de que todas las demás realidades — mundo físico, mundo psíquico, mundo de los valores — se dan dentro de ella y aun puede decirse que solamente dentro de ella *son* realidad.

La vida humana — *cada* vida humana — es, así, para Ortega, una realidad sin la cual las demás carecerían de « lugar » propio y, por consiguiente, de sentido — si se quiere : de sentido ontológico. Ahora bien, sería impropio estimar que esta idea orteguiana no es, en el fondo, sino la transposición a un lenguaje elevado de una experiencia de índole común y casi trivial : la que consiste en reconocer que sin nuestra vida todo lo demás perdería la significación — poca o mucha — que le atribuímos. El principio de Ortega : « La vida humana es la realidad radical » no es incompatible con tal experiencia. Pero es incomparablemente más sutil que ella. Implica, ante todo, que nuestras opiniones comunes sobre la vida humana se hallan afectadas por una grave falla : la que consiste en imaginar que, de un modo o de otro, la vida humana es una « cosa » dentro de la cual se encuentran otras « cosas ». Pero la vida humana — insiste Ortega — no es una « cosa ». Por lo tanto, no puede ser definida del modo como suelen serlo las cosas — diciendo, por ejemplo, que posee una cierta naturaleza, o que es una substancia, o que es una ley a la cual obedecen diversos fenómenos. Ello explica que la vida humana no pueda ser reducible a nuestro cuerpo — si bien no puede seguir existiendo *hic et nunc* sin un cuerpo. Por eso ni el realismo ni el naturalismo — que resultan tan manejables cuando nos las habemos con las realidades de que nos hablan la física o la biología — pueden ser utilizados cuando nos enfrentamos con la realidad radical de la vida humana. ¿ Concluiremos, pues, que tal vida se reduce a un alma, a un espíritu, a una mente, o a una conciencia ? Así lo declaran, en efecto, los « idealistas ». Pero el idealismo — entendido aquí como « la filosofía del espíritu » — no es, según Ortega, menos impotente para

entender nuestra realidad de lo que ha sido el realismo —o « la filosofía de las cosas » — o el naturalismo — « o la filosofía de la materia ». Pues el alma, el espíritu, la mente o la conciencia son, hasta cierto punto, « cosas », o, como Descartes proclamaba, « cosas pensantes », a diferencia de las « cosas extensas ». Así, los constantes esfuerzos de los « idealistas » para describir la realidad del « yo » sin caer en las celadas tendidas por los realistas o los naturalistas, no han sido suficientes para evitar lo que para el filósofo español ha constituído siempre el error máximo : identificar la vida con una cosa. No basta decir, en efecto, que *no* es una « cosa extensa » ; hay que despojarla previamente, y en una forma más radical de la que hasta ahora se ha imaginado, de toda « cosidad » y, por ende, de toda substancialidad.

El primer resultado a que se llega tras haber descartado dichas identificaciones es, como suele ocurrir en filosofía, un resultado negativo : la vida humana no es un cuerpo ni un alma, no es una « cosa » como la materia ni es una « cosa » como el espíritu. ¿ Qué será, pues ? Algunos filósofos, acuciados por el eterno problema de la relación cuerpo-alma, han proclamado que la vida humana es, en rigor, una entidad « neutral », que puede ser calificada de alma o de cuerpo, según el punto de vista adoptado en cada caso sobre ella. ¿ No tendremos aquí, sin ir más lejos, el modelo de pensamiento que ha seguido Ortega ? Tentados estamos de aceptarlo. Pero a poco que reflexionemos sobre el asunto nos será fácil descubrir que, a pesar de las apariencias, hay divergencias muy fundamentales entre el pensamiento de nuestro filósofo y el de las filosofías de tipo « neutralista ». Tengo la sospecha de que, obligado a responder a esta incómoda cuestión, Ortega admitiría que su propia doctrina acerca del hombre coincidiría con las filosofías neutralistas antes aludidas a lo sumo en lo que niegan, pero jamás en lo que afirman. Pues el neutralismo — de Mach, de Russell o de otros autores — usa, quiéralo o no, los mismos conceptos de la ontología tradicional que tan abundantemente encontramos en los textos de los idealistas o de los realistas. En efecto, como los idealistas o los realistas, los neutralistas suponen que la realidad llamada *vida humana* sigue el modelo descrito por la ontología de las « cosas ». Pero — una vez más — la vida humana no es una cosa. En rigor, no es ni siquiera un « ser ». Carece de *status* fijo ; está inclusive desprovista de « naturaleza ». La vida humana « ocurre » — nos ocurre a cada uno de nosotros. Es un puro « suceder » o, como Ortega lo indica explícitamente, un gerundio — un *faciendum* — y jamás un participio — un *factum*. En vez de « ser » algo ya hecho, es algo que tenemos que hacer incesantemente. La vida humana es, en suma, un « ser » que se hace a sí mismo, o, mejor dicho, « algo » que consiste en hacerse a sí mismo. Como consecuencia de ello, el concepto de devenir, que algunos filósofos han propuesto para sustituir al de ser, es sólo levemente más adecuado que el último para describir la existencia humana. No ignoro, por supuesto, que Ortega se halla más próximo a una « metafísica del devenir » que a cualquier otro tipo de filosofía. Después de todo, ha escrito que ha llegado el momento de cosechar las semillas esparcidas por Heráclito, y de que no andaba desencaminado en muchos puntos esenciales Bergson — « el menos eleático de los pensadores ». Pero las filosofías de Heráclito y de Bergson tenían graves inconvenientes : la primera era inmatura, la segunda, irracionalista. Si hubiese que elegir un pensador realmente precursor, el menos sospechoso sería uno hoy excesivamente desatendido : Fichte. Fichte llegó casi hasta los bordes de la comprensión de la vida humana. Pero se detuvo — se detuvo refrenado por un persistente, y heredado, intelectualismo. Por lo tanto, una nueva ontología capaz de alojar en su seno la realidad de la vida humana parece indispensable. Es la que se ha propuesto elaborar Ortega : una ontología igualmente alejada del intelectualismo y del irracionalismo, igualmente dispuesta a acoger con simpatía las « filosofías del devenir » y a extraer sin contemplaciones los « residuos eleáticos » que permanecen tenazmente adheridos a tales filosofías.

Mas, ¿ cómo edificar tal ontología ? La respuesta de Ortega es inequívoca : el método de la « razón vital » constituye su única herramienta eficaz. Cuando el racionalismo puro ha fracasado en su intento de

JOSE FERRATER MORA
(Dibujo de Czapski)

comprender la vida humana, y cuando el irracionalismo se ha disuelto en patetismo, sólo « la vida como razón » puede llevar a cabo tan difícil tarea. Ello es posible, porque la vida humana no es, en principio, una teoría, sino un hecho. Como tal, antes de proceder a teorizar sobre él, hay que « dar razón » — o, si se quiere, « dar cuenta » — de él. Desde el punto de vista de la pura teoría, la vida humana no podrá dejar jamás de ser un « ser », una « substancia » o una « cosa » — por ahilados o sutiles que éstos sean. Sólo cuando la teoría surja como resultado de una previa descripción, en vez de ser un marco intelectual *a priori* más o menos violentamente impuesto, podrá decirse de ella que explica o, como diría Bergson, que « muerde » sobre nuestra « realidad radical ».

¿ Qué nos descubre, pues, la razón vital — sobre cuyo sentido no podemos aquí extendernos — en su descripción de la vida humana ? Ante todo, los rasgos negativos ya apuntados. La vida humana, señalamos, no es, propiamente hablando, ni cuerpo ni alma. Cuerpo y alma son realidades con las que tenemos que habérnoslas, exactamente en el mismo sentido en que tenemos que habérnoslas con un ambiente social y, por supuesto, físico. Nos encontramos en un mundo que no hemos elegido ; somos, así, la persona que vive una vida particular y concreta con las cosas y entre las cosas. Vivir no es, pues, un acontecimiento abstracto. Podríamos, así, reiterar el viejo principio orteguiano : « Yo soy yo y mi circunstancia. » Él nos mostraría que, contra los realistas, nuestra vida es el punto de partida inevitable, pero que, contra los idealistas, tal vida se halla, quiéralo o no, completamente sumergida en el mundo. La frecuencia con que Ortega ha insistido sobre este punto no puede ser considerada como la consecuencia de un mero afán de repetición ; la vida es una emigración perpetua del yo vital hacia el no yo ; vivir es dialogar con el contorno ; vivir es tratar con el mundo y actuar en él... Las páginas de que disponemos serían insuficientes para acumular todos los testimonios al respecto. Contentémonos con una fórmula — tan exacta como gramaticalmente bárbara : vivir es « vivir con ». Por este motivo, la vida humana no es un « acaecer subjetivo ». Es la realidad más objetiva de todas. Ahora bien, entre las realidades con las cuales tratamos, dos ofrecen un interés particular : nuestros mecanismos fisiológicos y nuestras disposiciones psicológicas. Auxiliados por ellas *u* obstaculizados por ellas, *tenemos que* hacer nuestra vida y permanecer fieles a nuestro yo íntimo, a nuestro llamado, a nuestra vocación — si se quiere, a nuestro « destino ». Es un destino estrictamente individual. Cierto que no todos los destinos humanos poseen el mismo grado de particularidad. Pero todas las « vocaciones » personales son intransferibles. Lo que los psicólogos califican de « carácter » es, pues, sólo uno entre los muchos factores que determinan el curso de nuestra existencia. Así, sería un grave error suponer que nuestra vida está determinada solamente por el ambiente externo o por nuestro carácter. La frase de Schlegel : « Para lo que se tiene talento, se tiene gusto » constituye, al entender de Ortega, una grave incomprensión de la vida humana. Pues si bien es verdad que a veces

nuestros gustos y nuestros talentos entran en feliz conjunción, no es en modo alguno excepcional que se enfrenten con violencia. Los ejemplos no faltan. Supongamos que estemos dotados para las matemáticas. ¿ Y qué, si lo que nos gusta de verdad es la poesía lírica ? Imaginemos que poseamos grandes capacidades para el comercio. ¿ Qué pasa si lo que secretamente anhelamos es convertirnos en metafísicos ? Se dirá quizás que tales ejemplos no son suficientes. No lo negamos. En último término, ser un comerciante, o un poeta lírico, son modos de ser que la sociedad *ya* ha establecido — cuando menos a partir de un cierto momento de la historia — y que no pueden ser comparados con la « vocación » verdaderamente fundamental que constituye la base última de nuestro personal « destino ». Pero los ejemplos en cuestión son cuando menos suficientes en tanto que nos hacen ver claramente que los gustos y los talentos no encajan siempre entre sí sin dificultades, y que no pocas veces podemos contemplar el espectáculo de las luchas entre el destino personal del hombre y su carácter psicológico —luchas que, dicho sea de paso, permiten entender el frecuente sentimiento de frustración tan característico de la existencia humana. Por si fuera poco, son además suficientes en tanto que nos confirman que el mundo no es un conjunto de « cosas » sino más bien un conjunto de « situaciones ». Las cosas — y las ideas — son, desde el punto de vista adoptado, meras dificultades (o facilidades) para la existencia. De modo « análogo » a como decimos que los libros están hechos de páginas, podemos, así, decir que la vida humana está hecha de situaciones. En suma: el hombre se encuentra con un cuerpo, con un alma y con un carácter psicológico exactamente en el mismo sentido en que se encuentra con una herencia, con un país en el cual ha nacido, con una tradición histórica. Y así como tenemos que vivir con nuestro corazón, sano o enfermo, tenemos que vivir con nuestra inteligencia — o con nuestra estupidez. Nuestra memoria es acaso frágil, pero lo que hagamos tenemos que hacerlo con ella — contando con ella. — Por eso la vida del hombre no es para Ortega el funcionamiento de una serie de mecanismos, sino lo que hacemos, bien o mal, *con* ellos. Los mecanismos funcionan, con plenitud o con deficiencia, al servicio de alguien, un alguien que somos cada uno de nosotros, y con respecto al cual no podemos preguntanos propiamente qué es, sino *quién* es.

Enfrentado con *todas* estas circunstancias, el hombre tiene que hacer su *propia* vida y hacerla, siempre que sea posible, auténticamente. Ésta es, por lo demás, la razón por la cual lo que hacemos en nuestra vida *no* es indiferente. En su ensayo sobre Gœthe, Ortega subrayó que la famosa frase de Gœthe : « Mis actos son meramente simbólicos » era, en el fondo, un modo de ocultarse a sí mismo el carácter *decisivo* de sus actos. Pues nuestros actos no son nunca simbólicos ; son siempre reales. No podemos, pues, obrar « de cualquier modo » ; nada tan alejado de la vida humana como el « no importa », el « es lo mismo » o el « qué más da ». Tampoco, claro está, podemos actuar como nos guste. Tenemos que obrar... como tenemos que obrar, tenemos que hacer... lo que tenemos que hacer. ¿ No es un tanto desazonador que al llegar a este estrato profundo de nuestra existencia los únicos enunciados con sentido que podemos formular sean meramente tautológicos — o triviales — ? ¿ Será el « obra como tienes que obrar » una especie de « imperativo categórico » todavía más formal y menos normativo que el kantiano ? No negaremos que es un punto difícil — y que en otra ocasión merecería ser ampliamente dilucidado —. Por el instante bastará con señalar que cualesquiera que sean sus dificultades, no puede desconocérsele una virtud : la consecuencia. El « obra como tienes que obrar » carece de restricciones — incluyendo, conviene decirlo, las que podrían ser suscitadas por las reglas de la moralidad —. En este sentido, tiene que ser obedecido en un sentido más radical que la obediencia requerida por el imperativo kantiano. Pues el imperativo orteguiano se dirige a cada uno de nosotros en tanto que *es* él mismo el « cada uno de nosotros ». Es posible, claro está, ofrecer resistencia a tal imperativo — queremos decir, a tal « llamado » o « destino ». Pero entonces nuestra vida será menos auténtica y, hasta cierto punto, menos *real*. « Obra como tienes que obrar » significa, pues, « sé lo que eres ». Desde este

punto de vista aparece menos como una tautología que como un modo de proyectarnos luz sobre el hecho de que nuestros actos concretos, en la medida en que sean reales y no meramente simbólicos, deben surgir del hontanar de nuestro auténtico, y con frecuencia oculto, yo, y no deben, pues, ser desviados por reglas sobrepuestas, las cuales pueden fácilmente conducir a la falsificación de nuestra existencia. Hemos señalado que de no ser lo que somos, nuestra vida sería no sólo menos auténtica, sino también menos real. No se trata de una observación al azar ; es el armazón sin el cual se desintegraría toda la concepción orteguiana. En efecto, al identificar *autenticidad* con *realidad* Ortega ha llegado hasta el límite máximo en la « desnaturalización » de la vida. La naturaleza no admite grados de realidad : es lo que es. La vida humana, en cambio, los admite : es más o menos real — lo que significa que *es* más o que *es* menos. Y no se diga entonces que la falsificación de la vida y la no existencia serían una y la misma cosa. El « ser menos » de la vida no equivale al existir menos, sino al poseer ese « modo defectivo » de realidad que calificamos de inautenticidad.

Que estas ideas orteguianas plantean innumerables problemas, es apenas necesario decirlo. ¿ Cómo llegamos a conocer nuestro « yo auténtico » — o, como Ortega ha dicho también, « insobornable » — ? ¿ Es posible una vida auténtica sin una cierta porción de falsificación y, por lo tanto, de frustración ? ¿ Por qué hay que descartar tan radicalmente las reglas morales declaradas siempre convencionales frente a la irreducibilidad última de nuestro destino ? Dilucidar — no digamos ya contestar — cualquiera de estas preguntas requeriría un volumen entero. Sea cual fuere la posición que se adopte, no hay que olvidar, sin embargo, algo : que toda discusión al respecto con Ortega debe situarse en el mismo terreno en el cual el filósofo se colocaba. Este terreno no es ético, sino metafísico — tal vez habría que decir : ontológico —. Sólo a partir de él los problemas en cuestión adquieren sentido. Y lo mismo — por parecidos motivos — podemos decir del análisis crítico a que puedan someterse algunos de los más conocidos apotegmas orteguianos, los apotegmas con los cuales concluiremos el presente estudio : « La vida es un problema », « La vida es un quehacer », « La vida es preocupación de sí misma », « La vida es un naufragio » y « La vida es un proyecto », o un « programa ».

« La vida es un problema » parece un enunciado obvio — y harto reiterado —. Pero hay que entenderse bien sobre lo que significa. No quiere decir, en efecto, que la vida esté llena de problemas. Sería difícil, pero no imposible, encontrar hombres para quienes los « problemas de la vida » no lo fueran, o porque los hubiesen resuelto, o porque hubiesen decidido no considerarlos como tales. « La vida es un problema » quiere decir que lo es ella misma, independientemente de *los* problemas por los cuales la vida se ve asediada. Por este motivo la vida humana es asunto más grave que cualquier otro ; los grandes problemas — y no digamos los problemas que plantean el arte, la ciencia o la filosofía — son de escasa monta comparados con « *el* problema de sí misma » que es nuestra vida. Pero la vida humana no es un problema porque sí ; lo es porque la vida es un quehacer — « lo que hay que hacer » — y, por consiguiente, no los quehaceres que tiene la vida, sino el quehacer magno que la vida misma *es*. Pues, ¿ qué hay que hacer ? En principio, sólo esto : nuestra *propia* vida. ¿ No es un quehacer abrumador, casi insoportable ? Ante todo, no podemos hacer nuestra vida como hacemos otras « cosas » — automóviles, sinfonías o sistemas filosóficos —. Para fabricar estas cosas hacemos uso, en proporción siempre delicada, de inspiración y de reglas. Ahora bien, no hay reglas para hacer nuestra vida. La única « regla » que podemos sentar es la invención perpetua de nuestro ser. De ahí que podamos decir que nuestra vida es una *causa sui* — una causa de sí misma — . En un sentido — agrega Ortega — más radical todavía que el tradicional concepto teológico de la *causa sui*, pues la vida humana tiene, además, que decidir qué *sí mismo* va a causar. Decidirlo, por supuesto, sin tregua. Razón por la cual Ortega ha observado lo que posteriormente ha sido retomado por tantos filósofos de confesión más o menos existencialista : que la libertad no es sólo algo que tenemos, sino algo que somos, esto

es, que estamos obligados a ser libres — a serlo inclusive cuando decidimos enajenar nuestra libertad —. Debemos, pues, « comprometernos » incesantemente, no porque haya una regla moral que nos lo exija, ni porque el compromiso sea más noble que la indiferencia, sino porque no podemos escapar a esa condición inexorable de la vida humana. La libertad es, en rigor, tan absoluta, que podemos inclusive elegir no ser « nosotros mismos », esto es, ser infieles a ese « yo insorbornable » al cual hemos llamado « vocación » o « destino ». Nuestra libertad no será menor, porque nuestra vida sea menos auténtica, pues la libertad es justamente la posibilidad absoluta de prestar o no oídos a ese « llamado » íntimo que sostiene nuestro ser.

No hay adquisición humana que sea firme. Aun lo que nos parezca más logrado y consolidado, puede desaparecer en pocas generaciones. Eso que llamamos « civilización » — todas esas comodidades físicas y morales, todos esos descansos, todos esos cobijos, todas esas virtudes y disciplinas habitualizadas ya, con que solemos contar y que, en efecto, constituyen un repertorio o sistema de seguridades que el hombre se fabricó como una balsa, en el naufragio inicial que es siempre el vivir —, todas esas seguridades son seguridades inseguras que en un dos por tres, al menor descuido, escapan de entre las manos de los hombres y se desvanecen como fantasmas. La historia nos cuenta de innumerables retrocesos, de decadencias y degeneraciones. Pero no está dicho que no sean posibles retrocesos mucho más radicales que todos los conocidos, incluso el más radical de todos : la total volatilización del hombre como hombre, y su taciturno reingreso en la escala animal, en la plena y definitiva alteración. La suerte de la cultura, el destino del hombre, depende de que en el fondo de nuestro ser mantengamos siempre vivaz esta dramática conciencia y, como un contrapunto murmurante en nuestras entrañas, sintamos bien que sólo nos es segura la inseguridad.

J. Ortega y Gasset : Ensimismamiento y alteración.

Nada de extraño, según ello, que la vida humana esté constantemente preocupada. Preocupada, esto es, ocupada previamente de lo que tiene que venir y, sobre todo, de lo que tiene que elegir. Cierto que la sociedad nos ayuda en la elección ; los cauces que seguimos son en la mayor parte de los casos los que nos han forjado, a veces en una labor de siglos, nuestros semejantes. Cierto, además, que las circunstancias en vista de las cuales y por medio de las cuales se hace nuestra vida constituyen una brújula sin la cual muy pronto navegaríamos a la deriva. Cierto, finalmente, que por « plástica » que sea nuestra existencia, se trata de un proceso irreversible, de modo que el pasado — personal y colectivo — configura nuestro presente y va introduciendo cada vez más limitaciones en el marco de nuestro comportamiento futuro. Pero las decisiones *últimas* son siempre *personales*. Puesto que la soledad — soledad « existencial » y no simplemente « física » — es uno de los rasgos distintivos de la vida humana, sólo las decisiones hechas en soledad serán verdaderamente auténticas. La citada « soledad » no es, empero, suficiente ; a ella hay que agregar una condición paradójica : la de que las decisiones últimas sean hechas « desde el futuro ». Por este motivo la vida humana es un « proyecto vital », un « programa vital », expresiones que, hasta cierto punto, son equivalentes a las ya citadas de « llamado », « vocación » y « destino ». Podemos, por supuesto, realizar o no tal programa vital. Y en este « poder realizar o no nuestro programa » encontramos el boquete en el cual se instala una condición permanente de nuestras vidas : su inseguridad. No ignoramos, ciertamente, que esta tesis de Ortega no parece siempre compatible con otras afirmaciones suyas no menos insistentes : por ejemplo, la de que la vida es una actividad casi deportiva. Sospechamos, empero, que a una posible objeción de tal tipo Ortega habría contestado dos cosas. La primera, que la inquietud no es precisamente incompatible con la alegre vitalidad. La segunda, que, junto con el estado perenne de inquietud e inseguridad hay que tener en cuenta, como elemento fundamental de la existencia humana, su perpetuo anhelo de seguridad. No de otro modo, por lo demás, ha sido definida por el

filósofo lo que calificamos de « cultura ». Pues la cultura no es un inútil lujo en la vida : es el bote que lanzamos y al cual nos agarramos con el fin de no hundirnos en el abismo de la inseguridad que por doquiera nos amenaza. Si el hombre es un « ser cultural » no es, pues, por casualidad. La cultura sirve para no naufragar y no sólo para entretener. Pero la cultura que cumple con esta misión decisiva no es tampoco cualquiera : como la vida, la cultura debe ser auténtica. Debemos evitar sobrecargarla con tejido adiposo. Debemos hacer lo posible con el fin de reducirla a puro nervio y a puro músculo. De lo contrario, la cultura no será una posibilidad de liberación, sino de opresión. Para que realmente *sea*, la cultura debe, como la vida, cumplir con lo que es acaso su única condición ineluctable : ser esencial.

Tenemos, pues, que la vida es quehacer, problema, preocupación, inseguridad. Agreguemos, para terminar, que es también otra cosa : un drama. A la luz de esta equiparación debe entenderse lo que constituye una de las más insistentes fórmulas del filósofo español : la de que el significado primario y radical de la vida humana no es biológico, sino biográfico. Aprehendemos el significado de la vida cuando procedemos en efecto, a narrarla, es decir, cuando intentamos describir la serie de acontecimientos y de situaciones con las cuales se ha enfrentado y el programa vital que subyace en ellas. Muchas son las razones que se han aducido para confirmar este carácter dramático de la vida humana. Entre ellas, hay que destacar una : el hecho obvio de que el hombre sea un ser efímero y transitorio. El hombre tiene siempre prisa. La vida humana es, quiéralo o no, urgencia. Bajo la presión del tiempo, el hombre puede hacer lo que quiera menos una cosa : excusarse. Por eso los proyectos que el hombre forja no son intemporales. Por eso sobre todo no es intemporal el proyecto máximo del ser humano : la realización de su propio destino, la cual coincide con lo que podríamos llamar, con permiso de la sintaxis, « la liberación *hacia* sí mismo ». Sólo a base de ello podrá el hombre descubrir lo que es tal vez la conclusión última en su busca de la realidad radical : que es inútil perseguir una cualquiera realidad trascendente. En este punto no hay vacilación en el filósofo : lo que calificamos de « lo trascendente » es la vida misma, la vida inajenable de cada hombre. Y ello nos permite dar pleno sentido a lo que de lo contrario permanecería en la indecisión o en la penumbra : la afirmación de que la vida, la vida humana, es, por decirlo así, *la* realidad.

Hasta ahora nos hemos esforzado en mostrar que las ideas de Ortega sobre la vida humana deben entenderse en función del terreno sobre el cual las edificó el filósofo : el de la metafísica. No en vano el esquema general dentro del cual tales ideas fueron oralmente presentadas por el autor, en sus cursos universitarios, recibió el nombre inequívoco de « metafísica de la vida humana ». La moral, por lo tanto, había sido descartada. ¿ Descartada ? Mejor sería decir : puesta entre paréntesis. No es sorprendente que al llegar a un cierto recodo de este camino, tire hacia nosotros y nos haga reparar, como suele, en su presencia. Desde el punto de vista metafísico, la vida, aun siendo la realidad radical, no es la única realidad en el universo ; coexiste con lo demás — con el mundo, con la sociedad, con otras vidas —. ¿ Podemos decir lo mismo desde el ángulo moral ? El filósofo no nos ha proporcionado muchas indicaciones sobre este punto. Pero hay una que es difícil desatender, cualquiera que sea, por supuesto, nuestra opinión personal sobre ella. Es la que surge de repente cuando al final de sus análisis Ortega nos indica que el hombre puede perderlo todo, pero que hay algo que no puede jamás perder : es el vivir ; mejor todavía, su « desilusionado vivir ». No cabe, en apariencia, idea más desalentadora. Casi estaríamos a punto de caer en la desesperación si no fuera porque sospechamos que, por debajo de toda teoría, hay aún — por fortuna para el hombre — un mundo de posibilidades en la desilusión de vivir.

JOSÉ FERRATER MORA

La metafísica de Ortega [1]

POR JULIAN MARIAS

DESDE hoy, el mundo tiene menos luz, y España ha perdido su torre más alta ; creo que también la más honda y nutricia de sus raíces. El 18 de octubre de 1955 murió Ortega ; de la orfandad que esto va a ser para todos nosotros, tardaremos en darnos entera cuenta ; pero por mucho más tiempo seguirá dándonos Ortega la riqueza incomparable de su realidad, y ganando — no para él : para España y para la verdad — batallas después de muerto.

Lo que Ortega ha sido en este medio siglo, pocos lo saben, tal vez nadie ; lo que sin él hubiera sido la España del siglo XX, es difícil de imaginar. En todos los órdenes sin excepción ha dejado su huella, nos ha configurado más que otro hombre individual cualquiera, más de lo verosímil, más de lo creíble. Hacer la cuenta de nuestra deuda colectiva con Ortega será tarea larga y que reclamará una hora más serena. Pero importa recordar — y esto desde hoy — que la acción de Ortega sobre España y desde ella sobre el resto del mundo se ha nutrido siempre de lo más profundo de su intimidad, de aquel estrato último de su persona que a fuerza de ser personal era transpersonal, aquel en que pudo gestarse esa casi impalpable realidad que es una metafísica : aunque parezca extraño, lo que más falta ha hecho a España en toda su historia, lo que puede abrir nuestras mejores esperanzas, si es que nos es lícito tenerlas.

Porque una metafísica es una idea de la realidad. Cada metafísica es distinta de las demás porque ha descubierto y explorado una realidad nueva, o por lo menos la ha mirado desde una perspectiva que antes no se había ensayado y que manifiesta un nuevo aspecto suyo, una nueva dimensión que no era conocida. « Yo sólo ofrezco *modi res considerandi*, posibles maneras nuevas de mirar las cosas », dijo Ortega, todavía mozo, al frente de su primer libro y hay momentos en la historia de la filosofía en que el cambio es mayor, quiero decir de otro orden de magnitud : no basta ya añadir a la visión previa de la realidad la de otras regiones u otros aspectos de lo real, hasta ahora desatendidos o ignorados : ocurre que el sentido mismo de la realidad se convierte en cuestión. El problema no es ya saber cuales son las realidades más importantes ni siquiera cual es la realidad primaria, sino algo más grave : independientemente de la jerarquía de las realidades cualesquiera, hay que saber qué es *realidad*, cuál es la significación de la palabra « realidad ». En esos momentos la filosofía experimenta una inflexión decisiva ;

(1) Al día siguiente de la muerte de Ortega publiqué en *A B C* de Madrid un artículo apresurado con este mismo título. Aquí se incluyen ciertos desarrollos y precisiones que lo completan y aclaran.

comienza una de sus etapas, una de las grandes articulaciones de su historia.

No se trata tanto de una estimación, de un juicio de valor, como de una determinación real, de una localización histórica. Porque hay que decir que esas inflexiones de la filosofía no se deben nunca simplemente a la genialidad personal de los filósofos, que es ciertamente necesaria para llevarlas a cabo, sino que son impuestas y exigidas por la situación a que el hombre ha llegado, y por eso son preludiadas, anunciadas, ensayadas por la época entera. Por otra parte, sucede muchas veces que una nueva idea que ha surgido en el área histórica, suscitada por un cambio radical de situación, no alcanza su madurez filosófica, no se realiza de modo satisfactorio, no se logra. Piénsese, por ejemplo, en la idea de realidad cuya génesis se encuentra en la situación general definida por el cristianismo, y que espera aún su elaboración filosófica adecuada, la que le permitiría desarrollar sus posibilidades intelectuales, que han sufrido durante siglos toda suerte de interferencias capaces de enmascarar y desfigurar la faz verdadera de esa idea de lo real.

Pues bien, la innovación filosófica de Ortega — que, por cierto, representará una posibilidad extremadamente valiosa si algún día se intenta en serio esa elaboración — es de un orden de magnitud sumamente preciso o, si se prefiere, está claramente localizada en la historia del pensamiento : está situada en el centro de una de esas inflexiones. Sea lo que quiera de la cuestión de hasta donde se lleve esa idea de la realidad — se trata de la tarea de varias generaciones —, lo cierto es que su descubrimiento inequívoco y riguroso corresponde a Ortega.

Se trata de saber a qué atenerse acerca de la realidad. Saber a qué atenerse es para Ortega la forma primaria y decisiva del saber. El realismo y el idealismo partían de la misma noción de realidad, y su oposición afectaba, sobre todo, a la prioridad de una realidad respecto a las otras. Realidad quería decir cosa, *res* ; extensa o pensante, siempre se trataba de una cosa, cuyo carácter de tal permanecía inmutable. En el fondo, se trata de ser *en sí* — *per substantiam intelligo id quod in se est et per se concipitur*, dirá Spinoza siguiendo a Descartes —, porque hasta el *yo* de los idealistas se concibe como un « en mí ».

Ortega introdujo la distinción entre *realidad radical* y *realidades radicadas*, es decir, que tienen su raíz en la primera, que se constituyen como realidades en el área de la realidad radical. La realidad no son las cosas, no es el yo ; es nuestra vida. Mejor aún, *mi vida*. Toda realidad, efectiva, o presunta, o ficticia, o aun imposible, en la medida en que los imposibles tienen alguna realidad, aparece en mi vida, es allí donde la encuentro. Y del otro lado, la realidad radical es lo que queda cuando elimino de todo lo que encuentro aquello que he puesto yo como teoría, interpretación o idea.

Al decir que la realidad radical no es ni las cosas ni yo sino la vida, Ortega se aparta, al mismo tiempo, del realismo y del idealismo y del fundamento que es común a uno y otro, porque no propone una tercera cosa, sino algo que *no es una cosa* ; y con ello llega a un sentido nuevo de la expresión « ser real ».

Pero se podría acaso objetar que si decimos que la realidad radical, más allá de todas las teorías, es nuestra vida, proponemos una teoría más. No se trata de teoría ; es una simple constatación, porque la vida es lo que encontramos, querámoslo o no, cuando suprimimos todas las teorías. « Vivir — dice Ortega — es lo que hacemos y lo que nos pasa ». No se trata de teoría, sino de señalar con el dedo la realidad tal como la encuentro, tal como me obliga a hacer teorías para saber a qué atenerme y vivir en ella.

¿ Qué es lo que encuentro ? Me encuentro a mí mismo con las cosas, rodeado de ellas ; yo y las cosas en torno mío ; y si lo decimos en latín podemos decir que la vida es « yo y mi circunstancia », *circum-stantia*, las cosas mudas que están en nuestro próximo derredor (*Meditaciones del Quijote*, 1914). ¿ Se trata de una adición de dos términos yo y las cosas ? No, porque lo primario es la vida, lo que yo hago con las cosas. Vivir, en el sentido de vida humana, que no es por lo pronto biológico, sino biográfico, significa hacer algo entre las cosas y con ellas, y eso que hago es precisamente mi vida. La

vida me es dada, pero no me es dada hecha, sino por hacer, como una tarea. Yo no soy el creador de mi vida ; me he encontrado un día viviendo, sin haber sido previamente consultado, y en cada instante tengo que hacer algo para vivir. La vida es algo que hacer, es un *quehacer* ; las cosas y el yo sólo son elementos parciales y abstractos de mi vida ; ésta es lo que yo *hago* con ellos, un drama con un personaje, un argumento y un escenario, que llamo *mi vida*.

Lo que tengo que hacer está condicionado por las circunstancias, que por lo pronto no son más que facilidades y dificultades, que llegarán a ser la fuente de mis posibilidades. Pero las circunstancias, que limitan mi vida, no la deciden, no pueden definirla ; soy yo quien tiene que decidir en cada instante hacer una cosa u otra entre las que me están ofrecidas o propuestas ; tengo que tener un proyecto vital, una imagen más o menos vaga del argumento de mi vida, un programa o pretensión que me constituye y que me permite elegir a cada instante entre mis posibilidades. Pero hay que observar que las posibilidades no me están dadas. Resultan de la proyección de mi proyecto sobre las circunstancias.

Vivir, para el hombre, consiste en encontrarse sumergido o inmerso en una situación, súbitamente y sin saber por qué, dice Ortega, proyectado a un mundo, un medio o ambiente inalienable, que es el del momento presente. El hombre tiene que hacer siempre y en cada instante algo, justamente para seguir siendo él mismo ; y esa tarea no le es impuesta por las circunstancias, como el repertorio de sus discos le es impuesto al gramófono o la trayectoria de su órbita a un astro, sino que el hombre tiene que decidir por sí mismo en cada instante y en vista de las circunstancias lo que va a hacer, es decir lo que va a ser después, en el futuro. Y esta decisión es absolutamente irrenunciable : nadie puede sustituirme en esa faena de decidir de mí mismo, de decidir mi vida, porque si confío la decisión a otro, tengo que decidir a cada instante hacerle caso, seguir su decisión.

Esto quiere decir que para poder vivir, para decidir, es decir, preferir una posibilidad a otra, tengo que *justificar* por qué. La vida es necesariamente justificación y por tanto responsabilidad, es intrínsecamente moral. La moralidad de la vida no es algo que se le añade, una especie de barniz, sino su condición absoluta. Todo hacer humano y la vida como conjunto, es necesariamente moral — quiero decir moral o inmoral. Y el hombre es *necesariamente libre*. Un texto de 1935 *(Historia como sistema)* es de los más claros : « El hombre no tiene naturaleza. El hombre no es su cuerpo, que es una cosa ; ni es su alma, psique, conciencia o espíritu, que es también una cosa. El hombre no es cosa ninguna, sino un drama — su vida, un puro y universal acontecimiento que acontece a cada cual y en que cada cual no es, a su vez, sino acontecimiento. Todas las cosas, sean las que fueren, son ya meras interpretaciones que se esfuerza en dar a lo que encuentra. El hombre no encuentra cosas, sino que las pone o supone. Lo que encuentra son puras facilidades y puras dificultades para existir. El existir mismo no es dado « hecho » y regalado como la piedra... Frente al ser suficiente de la substancia o cosa, la vida es el ser indigente, el ente que lo único que tiene es, propiamente, menesteres... Este programa vital es el *yo* de cada hombre, el cual ha elegido entre diversas posibilidades de ser que en cada instante se abren ante él... Invento proyectos de hacer y de ser en vista de las circunstancias. Esto es lo único que encuentro y que me es dado : la circunstancia... El hombre es novelista de sí mismo, original o plagiable. Entre esas posibilidades tengo que elegir. Por tanto, soy libre, entiéndase bien, soy *por fuerza* libre, lo soy, quiera o no. La libertad no es una actividad que ejercita un ente, el cual aparte y antes de ejercitarla, tiene ya un ser fijo. Ser libre quiere decir carecer de identidad constitutiva, no estar adscrito a un ser determinado, poder ser otro del que se era y no poder instalarse de una vez y para siempre en ningún ser determinado. Lo único que hay de ser fijo y estable en el ser libre es la constitutiva inestabilidad. » En 1933, Ortega había dicho : « Si recapacitan ustedes un poco hallarán que eso que llaman su vida no es sino el afán de realizar

un determinado proyecto o programa de existencia. Y su « yo », el de cada cual, no es sino ese programa imaginario... He aquí la tremenda y sin par condición del ser humano, lo que hace de él algo único en el Universo... Un ente cuyo ser consiste, no en lo que ya es, sino en lo que aún no es, un ser que consiste en aún no ser... En este sentido el hombre no es una cosa sino una pretensión, la pretensión de ser esto o lo otro. »

Se pensará que la simiente de estas ideas de Ortega ha producido una rica cosecha en Europa. Y a veces sorprende el « azar » por el cual algunos filósofos de la generación más joven, cuyas doctrinas son con frecuencia una paráfrasis — mezclada con errores — de los pasajes que acabo de citar, parecen ignorar hasta el nombre de Ortega, que los escribió diez o veinte años antes en el mejor español de nuestro tiempo.

La vida humana no es una cosa. Decimos, sobre todo desde el cristianismo, que el hombre es persona, pero toda la tradición intelectual de Occidente, con pocas excepciones, se obstina en pensarlo como una cosa, con conceptos válidos sólo para las cosas. Al no ser ni una cosa ni una simple « actividad » dimanante de una « naturaleza » fija, se trata de una realidad bien diferente y que obliga a buscar conceptos nuevos para pensarla. Hay que hacer una transformación de la lógica y de la idea misma de razón, por consiguiente de la idea del ser, e incluso — y esto es lo decisivo — ir más allá de esta idea. Sólo una idea no eleática del ser permitiría comprender desde este punto de vista la realidad de la vida, que es algo por hacer y no sólo en el sentido de que el hombre tiene que « realizarla », sino que tiene que imaginarla o inventarla previamente ; vivir, suele decir Ortega, es faena poética.

Cuando Ortega dice que el hombre no es cosa, que no tiene « naturaleza », sino historia, no quiere decir que no haya nada constante y universal en el hombre, sino que no tiene naturaleza en el sentido de las cosas y que, en la medida en que *tiene* naturaleza, no se identifica con ella. El ser del hombre, ha escrito, es a un tiempo natural y extranatural, una especie de centauro ontológico ; la realidad humana tiene una estructura inexorable. El hombre está determinado por su « naturaleza », en la medida en que es un animal, un vertebrado superior, dotado de un psiquismo, y todo ello sometido a las leyes de la física, la biología o la psicología ; pero la vida humana no se identifica con esos elementos naturales ; es *lo que yo hago con ellos.*

Esta *vida humana* — que no es el « yo », ni el « hombre », ni la « existencia », ni el « *Dasein* », cuya teoría no es una propedeútica para la metafísica, sino la metafí-

La vida de cada uno de nosotros es algo que no nos es dado hecho, regalado, sino algo que hay que hacer. La vida da mucho quehacer ; pero además no es sino ese quehacer que da a cada cual, y un quehacer, repito, no es una cosa, sino algo activo, en un sentido que trasciende todos los demás. Porque en el caso de los demás seres se supone que alguien o algo que ya es, actúa ; pero aquí se trata de que precisamente para ser hay que actuar, que no se es sino esa actuación. El hombre, quiera o no, tiene que hacerse a sí mismo, autofabricarse. Esta última expresión no es del todo inoportuna. Ella subraya que el hombre, en la raíz misma de su esencia, se encuentra, antes que en ninguna otra, en la situación del técnico. Para el hombre, vivir es, desde luego, y antes que otra cosa, esforzarse en que haya lo que aún no hay ; a saber, él, él mismo, aprovechando para ello lo que hay ; en suma, « es » producción. Con esto quiero decir que la vida no es fundamentalmente como tantos siglos han creído: contemplación, pensamiento, teoría. No ; es producción, fabricación, y sólo porque éstas lo exigen ; por lo tanto, después, y no antes, es pensamiento, teoría y ciencia. Vivir..., es decir, hallar los medios para realizar el programa que se es. El mundo, la circunstancia, se presenta desde luego como primera materia y como posible máquina.

J. Ortega y Gasset : Ensimismamiento y alteración.

JOSE ORTEGA Y GASSET

sica sin más — es el « lugar » o el « área « en que la realidad como tal se constituye. Todo lo que se puede llamar *real* aparece de alguna manera en mi vida, incluso si *eso que es real* trasciende de mi vida y hasta es su causa ; el cuadrado redondo o el color inextenso « aparecen » o « están radicados » en mi vida, pero no « están » en mi vida, porque no existen en ninguna parte ni en el mundo físico, ni en el mundo de los objetos ideales, ni en el mundo de la ficción.

Esta idea de la vida, que descubre una realidad nueva, obligó a buscar un nuevo método. El descubrimiento de la vida humana como tal ha sido lento y penoso. Al lado de los nombres mejor conocidos de Fichte, Kierkegaard, Nietzsche, Dilthey, Bergson, hay que añadir toda una línea de pensamiento francés que comienza en Turgot y d'Alembert, continúa en la obra de Laromiguière y Degérando, alcanza una primera madurez en Maine de Biran y el P. Gratry. Todos estos filósofos han tenido más o menos conciencia de la necesidad de encontrar una vía de acceso a esa realidad evanescente, fugitiva, siempre haciéndose, que se llama la vida o la historia. En el fondo se trataba de una crisis de la idea de conocimiento que había dominado en las ciencias de la naturaleza : la razón como « explicación ». Conocer es explicar, *ex-plicare :* des-plegar, explicitar lo que está envuelto o implícito, en suma, *reducir* la cosa a sus elementos, causas o principios, lo cual nos permite « manejarla » — con las manos o con el pensamiento. Pero al reducir algo a sus elementos o principios, tengo esos elementos, pero en cambio pierdo la cosa ; y tan pronto como se llega a realidades que interesan ellas mismas, que son *irreductibles*, el conocimiento explicativo ya no es suficiente, es el caso de la vida y de la historia ; y como la razón se identificaba con el pensamiento explicativo — razón pura, razón geométrica, razón físico-matemática —, se llegó a un irracionalismo perfectamente razonable, cuyo representante español más ilustre fué Unamuno.

Hace 41 años, en 1914, Ortega publicaba su primer libro : *Meditaciones del Quijote ;* bajo este título se escondía el bosquejo de una metafísica, es decir, de una teoría de la realidad y su conocimiento. Allí estaba la primera formulación de su idea de la vida — « yo soy yo y mi circunstancia » —, la tesis de que « la reabsorción de la circunstancia es el destino concreto del hombre », la afirmación de lo individual, concreto y espontáneo, por oposición a lo abstracto, genérico, esquemático — « el martillo es la abstracción de cada uno de sus martillazos » — una teoría del concepto, una interpretación de la verdad como *alétheia* o *apokalypsis*, descubrimiento, desvelamiento, revelación, quitar de un velo o cubridor — trece años antes que Heidegger — ; y, sobre todo, el postulado de una nueva idea de la razón, la *razón vital.*

Ortega se vuelve ásperamente contra la oposición entre la razón y la vida, que le parece una especie de pereza mental : « ¡ Cómo si la *razón* no fuera una función *vital* y espontánea del mismo linaje que el ver o el palpar ! » Esta idea es el núcleo de la filosofía de Ortega ; sin ella, hubiera sido

uno de los filósofos que han explorado la vida humana, si acaso cercano al existencialismo, parte de cuyas tesis verdaderas anticipó largos años, pero no hubiera llegado nunca a una metafísica como teoría de la realidad radical, más allá de todas sus interpretaciones, y por tanto más allá de la misma idea del ser. Y esa realidad radical es mi vida, no como « *Dasein* », existencia o subjetividad, sino como lo que he llamado alguna vez « la organización real de la realidad » (*Idea de la Metafísica*, Buenos Aires, 1954).

El irracionalismo, que en el siglo XIX era bastante razonable, no tiene más que una dificultad : es imposible. No se puede uno pasar sin la razón, simplemente para vivir, si se es hombre. Porque la vida no me es dada hecha ; no dimana de estructuras dadas, por ejemplo de un sistema de instintos ; la vida no es una *reacción* más o menos automática a un estímulo (acaso fué Maine de Biran el primero que vió esta condición del hombre), es siempre elección, decisión, invención, anticipación imaginaria o proyecto de lo que voy a ser en el futuro. (Quiero decir entre paréntesis que no todo es elección en la vida humana, como se dice a veces, no sin « precipitación y prevención » ; hay dos elementos decisivos de mi vida que no he elegido : uno, mi circunstancia — mi cuerpo, mi psiquismo, el mundo físico, mi país, mi clase social, mi tiempo, mi horizonte — ; el otro, mi vocación, que no elijo, que me es propuesta ; ciertamente siempre hay elección, porque tengo que decidir lo que voy a hacer con mi circunstancia, y elijo también ser fiel o infiel a mi vocación, pero no elijo ni la una ni la otra). Y para decidir, para elegir, tengo en cada instante que justificar mi elección, y por tanto *dar razón* de mi situación entera, saber a qué atenerme respecto a ella en su conjunto, aprehender la realidad en su conexión, lo cual es rigurosamente la definición de la razón que he propuesto.

El primer sentido de la expresión *razón vital* es éste : la razón que necesito para decidir, es decir, justificar mi elección, en suma, vivir. Pero hay otro sentido aún : razón, comprender, entender, quiere decir hacer entrar algo en el movimiento interno de mi vida, darle una función o papel dentro de ella. Es la vida misma la que da razón, es el órgano del conocimiento, *instrumentum reddendi rationem*. La razón vital es la vida misma funcionando como *ratio*.

Y esto no es más que el punto de partida de la metafísica de Ortega. Sólo sus obras ya publicadas representan la aportación más honda y original a la filosofía que se ha hecho en cualquier país dentro de nuestro siglo, y sabemos que una gran parte de la obra de Ortega, quizá lo mejor de ella, está aún sin editar. De lo que todavía hubiera podido hacer, en los años que hubiera podido vivir, no me consolaré nunca. Pero tengo al menos la seguridad de que, como escribí una vez hace quince años, España en Ortega ha hecho suya la filosofía, y por él y por los que sepan ser dignos de su herencia, tendrá un puesto en su historia.

JULIAN MARIAS

CARNET

DE

GERMAN ARCINIEGAS

FERNANDEZ DE LIZARDI O EL PERIQUILLO

Fernandez de Lizardi (1776-1827) escribe las primeras tres novelas de América : *El Periquillo Sarniento, La Quijotita y su prima, Don Catrín de la Fachenda.* Es contemporáneo de Bernardin de Saint-Pierre (1734-1814), y de Chateaubriand (1768-1848). Pero el mexicano es anti-romántico. Los personajes de sus novelas corresponden al mundo de los pícaros. Vuelve sobre las huellas de Guzmán de Alfarache, o del Buscón. O mejor : sobre escenas reales de la vida de Torres Villarroel. ¿ Era un cínico « el pensador mexicano » ? ¿ Le divertía el mundo de los pícaros ?

El Catrín, estampa inmortal de los mozos sinvergüenza que siempre hemos conocido en nuestra América, enamora un día a la querida que trabaja para su propio amo. Su amo es un viejo verde y leguleyo. La moza, una delicia. El Catrín, un catrín, es decir : un petimetre. Por una circunstancia accidental, llega otra moza a casa del leguleyo, el catrín le hace también la corte, lo sorprende la que tiene el derecho de primacía, y como el episodio ocurre en la cocina a poco vuelan peroles y vajilla, las mujeres se agarran de las trenzas, corre sangre, la gritería cunde por el barrio. La escena es de una animación tan resonante que todavía nos llegan los ecos del zafarrancho. ¿ Era éste el mundo propio de Fernández de Lizardi ?

Fernández de Lizardi era ante todo un polemista. Aparece en la edad de la crítica a la colonia. Su pasión es la libertad. Quiere la libertad de prensa, funda la primera biblioteca circulante, defiende a los masones, que están atizando el fuego de la revolución contra los canónigos que no son sino un peso muerto en la república. Fernández de Lizardi, que no es sino el hijo de un médico más o menos fracasado de Tepotzotlán, y de la hija de un librero,

siente la angustia de México en su alma enferma de ganas de arrasar con el coloniaje, pero no echa por el camino florido de la lírica romántica. Prefiere el sarcasmo, la anatomía, el cáustico. Sus armas son las de Goya. El cinismo no está en él, sino en el relajo mexicano. El pícaro es el tipo social que ha producido el mundo colonial. Si Fernández de Lizardi hace de la ciudad de México un teatro para organizar su desfile de pícaros, es sólo para meter en la farándula a los personajes que estaban rebajando las finezas del mundo auténtico de México. A veces se le escapaba en sus periódicos, *El Pensador Mexicano*, *El Conductor Eléctrico*, el inevitable borbotón de la polémica, pero para llegar al pueblo, al hombre común, era mejor la sátira con un poquitín de azúcar. Para burlarse de los silogismos, pone al Periquillo sabihondo haciéndolos delante de una linda, así: « Besar la tierra es acto de humildad, la mujer es tierra, luego... »

Acosado por los canónigos, metido en la cárcel por la inquisición, luchando siempre al borde del peligro, Fernández de Lizardi es el periodista que tiene al fondo la imagen sagrada de México, y cubre la superficie con un mundo sonriente de esperpentos y malicias.

ANTONIO NARIÑO O LA BAGATELA

Cuando don Antonio Nariño (1765-1823) regresó de su peregrinación por todas las cárceles — cárcel en Santa Fe de Bogotá, cárcel en las bóvedas de Cartagena, cárcel en la Carraca de Cádiz — sacó un periódico en Bogotá y le dió por nombre *La Bagatela*. Como quien dice, una minucia, una viruta, una brizna. Quería ofrecerle a sus gentes de la antigua Santa Fe bocaditos de ideas como quien invita a un chocolate, con aromas de clavo y canela. Saca la cara en su gaceta figurando ser un filósofo que se dirige a una dama, porque la independencia se había recalentado en las tertulias que las señoras organizaban como retozos literarios. Los santafereños de cuellos de encaje y levitas de terciopelo carmesí, improvisaban décimas... y hablaban de Rousseau. El fino caballero don Antonio Nariño ha hecho un recorrido pavoroso por el mundo infernal de las represalias del rey, sólo por el hecho — quizás nada candoroso — de haber traducido los Derechos del Hombre, de haberlos impreso clandestinamente en su casa, de haberlos repartido entre sus amigos por la noche. Pero no dramatiza sus sufrimientos, y regresa con nada, ¡con una bagatela!

En *La Bagatela* hay cosas que inspiran ternura. Es un periódico que sale ya andando la república. Pero una de esas repubiquillas de banderitas de papel, con una capital que no tendría veinte mil almas, y de ellas quince o diez y ocho mil de analfabetos. En la plaza mayor las chicherías daban frente a la catedral, y la cárcel abría sus ojillos mirando al antiguo palacio de los virreyes. El gobierno parecía el de una aldea. Se decía, la Patria Boba. A don Antonio le conminaron para que de cada número de *La Bagatela* enviara veinte ejemplares a las autoridades. Don Antonio puso el grito en el cielo. ¿A dónde está la libertad de imprenta? ¿No es claro que si tiene que regalar veinte ejemplares, la gaceta no va a leerse? ¿No son esos veinte ejemplares los de veinte lectores en potencia? ¿Quizás, sus veinte lectores?

Bagatelas,... cortesías. Cuellos de encajes. Y aquel hombre que ilumina todo el fondo de la historia colombiana, fué una antorcha que se consumió en la propia resina de su corazón. Se le desgarraron los pulmones, el frío le mordía como perros en los huesos, y así, sin otro escudo que su ingenuidad, salió un día al balcón porque el pueblo realista pedía su cabeza. Se entregó a la turba y la turba retrocedió, desarmada.

Un día, en 1923, está sentado en su sillón de cuero en Villa de Leyva, saca su reloj grande y ve que ya son las doce del día.

Despide cortésmente a la persona que ha ido a visitarle y le dice : ya son las doce, voy a morirme a las tres de la tarde y aún puedo ir a despedirme de los amigos. Se echa la capa sobre los hombros, toma el bastón de mango de plata o de marfil — como lo quiera usted —, y echa a andar por las calles de piedra de la villa. Toca uno a uno el aldabón en la casa de cada amigo, o lo encuentra sentado en la acera en su sillón de cuero, y cambia con él pocas palabras cordiales, para despedirse. Poco antes de las tres regresa a su casa, se sienta de nuevo en el sillón, y a las tres muere.

FRANCISCO JAVIER ESPEJO O EL DEL GOLILLA

El doctor Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo (1747-1795) es el coco de Quito. Bajan del púlpito de oro de la dorada joya de la Compañía unos padres retóricos e infatuados, saboreando con la punta de la lengua, en sus labios regordetes, la miel de los sermones con que han dejado a las beatas boquiabiertas, y a la vuelta de una esquina les sale Espejo, les hace ¡ múuuuh ! y les echa en la cara una carcajada. Espejo vive en el aire. Es el inventor de la nueva brujería. Su época es la de los pasquines. Dios sabe cómo, las paredes hablan en Quito y se expresan en epigramas. Espejo es indio. Tiene ese terciopelo en los pasos que los apaga como si los hombres de carne y hueso pesaran menos que una sombra. Cosas de los indios. Espejo cambia de traje. Cada día sale en Quito un nuevo panfleto firmado con otro nombre. Es claro que ahí está Espejo, pero es un espejo donde las cosas se proyectan como en un mundo imaginario. ¿ Cómo agarrar al brujo, si todo se reduce a una superficie donde hasta la luz se quiebra ? ¡ Y ríen los arcoiris en los biseles !

Espejo es la pasión de saber. Es el corolario que van dejando los discursos de la ilustración, el paso de los sabios europeos, las lecturas hechas de contrabando, a las escondidas, con la lengua de la vela temblando en la noche recelosa. Escribe en diálogos como Luciano, y su papel se llama « Despertador de Ingenios ». Quito es el mundo de los ingenios dormidos. Y viene el indio, y sopla. Magia. Ciencia.

Todo en Quito es desazón. Ya nadie está tranquilo ni en la Audiencia, ni en el hospital, ni en el coro de la catedral. Espejo escribe de medicina, hace la burla más bien orquestada de los reverendos oradores de pompa de jabón, de los funcionarios del rey. Circula un día « El Golilla ». La sátira quema. ¿ Quién ha podido hacerla ? Dios lo sabe, o lo sabrán las brujas. Lo único prudente es ponerle la mano al doctor Espejo. Lo echan a la cárcel. Lo envían a Santa Fe de Bogotá para que se lo coma la Real Audiencia. De Bogotá — sólo Dios sabe cómo, o lo sabrán las brujas —, regresa muchos meses más tarde Espejo. Le sirvió de mucho el viaje. Conoció a don Antonio Nariño. Leyó más libros. Siguió su aventura. La vida del escritor ha de ser eso : una aventura. Los analfabetos le tienden celadas, le urden procesos, le ponen zancadillas. El ingenio del escritor está en escapar de la trampa. La vida de Espejo es toda una comedia de su ingenio burlando a los golillas. Escribía a la manera de Luciano, y era el diablo cojuelo. Tenía la cara picada de viruelas. Sólo las muchachas bonitas pudieron burlarse de él.

Burla burlando, el indio Francisco Javier empujó a su pueblo hacia la libertad.

GERMAN ARCINIEGAS

El alma de México a través de sus pirámides

POR LUIS ABAD CARRETERO

Yo considero fundamental en la vida humana la existencia de los ritmos, estimando que hay tres clases de ellos : psicológico, colectivo e histórico o creador. En el primero vivimos en el mundo de nuestros deseos, en el segundo la sociedad nos impone el concepto de obligación y es el ansia de éxito lo que nos impulsa a persistir en nuestra labor. En el ritmo colectivo el hombre se convierte en número, en ente impersonal. Y en el ritmo creador, que es el determinante de la historia, nosotros forjamos todo lo que existe, excepto la materia.

Relacionemos ahora la existencia del ritmo colectivo con la vida del mexicano. Y afirmemos prontamente que éste no acepta el ritmo colectivo. Y como ese ritmo tiene por características la obligación y la ambición, resulta que el mexicano no gusta que le manden ni es ambicioso y siente un profundo desprecio por las luchas humanas y por todos los que se encaraman en el poder, sean de la índole que sean. Se ha dicho con harta frecuencia, y la paternidad se debe a Samuel Ramos en su libro *El perfil del mexicano y la cultura en México*, que el mexicano siente un complejo de inferioridad. Yo no lo creo. Ese es un pensamiento que recogió el Dr. Ramos en su libro, publicado en 1934, de las ideas en boga entonces y puestas en circulación por Alfredo Adler, el discípulo de Freud, que a su vez tradujo, en su aspecto negativo, la expresión de la voluntad de poderío de Federico Nietzsche.

Pero para interpretar esta ausencia de apego del mexicano al ritmo colectivo hay que hacer marcha atrás y venir a su vida antigua. Me refiero a su vivir precortesiano. No me detengo en los períodos de la Conquista y de la Independencia por sus muchos ingredientes similares a nuestro mundo actual, y por ser épocas en las que México ha sido negado en lo que tiene de indio, que para mí y para muchos es lo esencial suyo. La sociedad primitiva era dirigida por reyes y guerreros, pero eran los sacerdotes los que gozaban de una influencia omnímoda en cada grupo social. Ellos eran quienes imprimían a la sociedad en que vivían su acento definitivo y básico. Se vivía entonces bajo el signo de la religiosidad, mejor dicho, de la magia. De los tres ritmos citados, el colectivo apenas tenía existencia. Vivían los hombres en pleno ritmo creador y el ritmo colectivo participaba de los acentos del mismo. No hablemos del ritmo psicológico, por ser el único que es real y permanente en la existencia humana. Entonces, como ahora, la muerte era la preocupación de más peso en el hombre, pero al vivirse en un mundo mágico ella daba pábulo a interpretaciones estéticas de un profundo sentido, del cual tenemos un penetrante ejemplo en el libro *Coalicue* de Justino Fernández. En aquel medio mágico el sacerdote, el augur, el arúspice, habían de inventar o interpretar el futuro a cada instante bajo la forma de adivinación o presagio, y así la vida se sentía con menor inquietud, porque el hombre se

consideraba en posesión de su destino y pretendía dar a todas las fuerzas de la naturaleza formas poéticas. El indígena creía absolutamente en la palabra y en la acción del sacerdote. La fe llenaba su corazón de manera completa. La vida del mexicano se apoyaba en la creencia, por supuesto, como ahora.

La cultura tiene dos direcciones fundamentales : una vertical y otra horizontal. La vertical va de la tierra al cielo y ha de ser simbólica y entusiasta para mantenerse enhiesta, apoyándose en la creencia ; en cambio la horizontal se desenvuelve en un plano de Este a Oeste y de Norte a Sur y su vehículo es el razonamiento. Si comparamos el pueblo norteamericano y el mexicano veremos que en el primero predomina una cultura de tipo horizontal, en tanto que en el mexicano se da la cultura vertical sobre todo. Por eso en los EE. UU. existe de una manera plena el ritmo colectivo y en cambio en México se realiza con gran dificultad. Y es curioso cómo aparecen externamente ambas opuestas modalidades. El norteamericano adora los rascacielos y su humanidad se desenvuelve sobre un plano en toda la tierra, mientras que el mexicano edifica rascacielos espirituales y en sus construcciones prefiere las casas de planta baja a las de cien pisos.

El hombre de cultura vertical necesitaba para cimentar sus creaciones un basamento sólido, permanente, estable, y por eso creó la pirámide cuadrangular, por apoyarse en el nº. 4, propio de los cuatro vértices de su base, porque como dice Seler : « El nº. 4 es el nº. mágico, sagrado, el nº. fundamental y cósmico. Para el mexicano el nº. 4 significaba el cumplimiento total y omnímodo de las cosas ». Se me dirá que esto no es propio solamente del pueblo mexicano, pues hubo también pirámides en Egipto y en Nubia, en el Sur de Europa y por todo Asia ; pero no hay un país en la tierra que haya tenido el entusiasmo, la fuerza que el mexicano tuvo para levantar pirámides en número tan fantástico como él hizo, aparte de que ellas tuvieron aquí una significación distinta que en los demás países.

El centro de la ciudad o poblado mexicano era la pirámide, aunque a veces se encontraba aislada, acaso por ser lugar de peregrinación, o por el temor que inspiraba el pueblo azteca, como ocurre con las escondidas pirámides de Tepozteco, Malinalco y Xochicalco. Se construían dejando en el centro grandes plazas anchurosas, algunas hermosísimas, sin igual en el mundo, como la grandiosa plataforma de Monte Albán, la cual está rodeada por un soberbio anfiteatro de pirámides. Cuando yo estuve en el Tajín la gente me decía que había enterradas 145 pirámides. No sé de donde habrán sacado este número tan preciso, pero el caso es que allí no se ven más que conos aislados por todas partes. En Palenque mi sorpresa crecía hacia lo maravilloso contemplando pirámides y templos por todas partes, y sobre todo al ver cómo la selva iba absorbiendo la piedra esculpida por el entusiasmo humano. En Cempoala está el impresionante Dios del Aire y en Tzin-tzun-tzan las yácatas junto al lago de Pátzcuaro. Y no hablemos de Chichén-Itza y Uxmal, de Tula y Teotihuacán. Para mí lo esencial del México antiguo es la pirámide. Como dice Salvador Toscano, « no es casual, sino plenamente significativo que los dos más antiguos monumentos de que tengamos noticias sean precisamente pirámides : la de Cuicuilco, Tlalpan, y la de Uaxactún, Guatemala (328 D. J.) ». A mí me produjo una extraordinaria impresión el día en que viniendo en el avión de París, al desembocar en el Valle de México, me encontré con la pirámide del Sol que avanzaba en el aire como un cíclope, y con la de la Luna que emergía sumisa de entre la bruma.

Hemos dicho que todo el conjunto de construcciones del México precortesiano está bajo el imperio de la magia. Yo diría que México es mágico. Hay dos libros que he leído con fruición : uno el de Paul Westheim, titulado *Arte antiguo de México* y otro el de Jorge Carrión *Mito y magia del mexicano*. En ambos se ve la noción dinámica del mundo que tenía el indígena. Ese mundo antiguo estaba lleno de espiritualidad, de fuerza creadora. Dice Cassirer en su *Antropología Filosófica* : « El hombre de pensamiento mágico vive el universo como una unidad cerrada. Y lo que caracteriza entonces a los fenómenos no es la materia, sino los espíritus inherentes a la materia ». Por eso, repito, por ser México mágico es profundamente espiritual. Aun el azteca, a pesar de su inclinación a los sacrificios,

RUINAS DE CHICHEN ITZA
(Foto Brehme)

participaba de tal espiritualidad, por considerar la guerra como una forma del culto y de sentirse soldado de Dios. Se ve también en el acento de elevación a que llega Netzahualcóyotl, el príncipe poeta de Texcoco, al concebir un dios unitario e ideal.

El mexicano tiene el alma concentrada. Está lleno de espiritualidad. Y por lo mismo, como antes dijimos, la repugna el ritmo colectivo, lo soporta difícilmente, porque piensa que en él se encuentra la comedia, la falsedad, y al mexicano le gusta llamar al pan pan y al vino vino. Yo he tratado siempre que he podido al pueblo y me he fundido con él en todas partes : en los camiones y autobuses, en los mercados, en el tren y en los caminos, porque para mí constituye un verdadero placer unirme a este pueblo que es todo sentimiento y creencia, humanidad latente, aspiración perenne. Y porque en general yo veo en el pueblo el verdadero depositario de la cultura de la vital, no de la nuestra, libresca y académica, sino de la suya, la de tradiciones profundas, la que conserva las imágenes hondas que son las sólidas, las cimentadoras y las orientadoras de las nacionalidades.

Yo recuerdo muy bien el día en que fuí a ver la maravillosa pirámide de Xochicalco. Había dejado el camión que me trajera de Cuernavaca y tenía que andar 4 kms. Caía un sol ardiente y el camino se hacía largo por ser cuesta arriba. La suerte me deparó un hombre con una yegua. Se prestó a llevarme y subí en el animal. Hablando llegamos a un lugar cercano a la pirámide. Pero el hombre no se volvió, sino que ató la yegua y se vino conmigo. Teníamos que seguir subiendo un áspero camino y cuando desembocamos en la blanca plaza donde está la achatada pirámide, que se asienta en un maravilloso paisaje lunar, el hombre mostraba más interés que yo por ella. Todo eran preguntas para que le explicase la significación de las serpientes y los personajes que aparecen en el bajorrelieve que decora el talud de la pirámide. Ya tarde, regresaba. Esta vez no encontré caballería, pero no hacía sol y era cuesta abajo. En el camino hallé á un hombre y detrás marchaba una mujer. Al pasar, él me saludó con señorial y cordial finura. Y el saludo de la mujer fué una sonrisa franca y sencilla. Yo pretendí igualarles en mi respuesta. Y es que la soledad de los caminos ilumina las almas, las deja al desnudo, no sé si será por el temor de ser atacado, o por la serenidad que da el sentirse libre en contacto con la naturaleza. Pero aquel hombre y aquella mujer me simbolizaron México y ejercieron sobre mí una verdadera fascinación.

Otro día iba en un camión de Toluca a Tenancingo, camino de Chalma, para visitar la pirámide de Malinalco. Hecho simpático : cuando yo decía a las personas cercanas que iba a ver las pirámides, todas mostraban atractivo hacia mí y me interrogaban. Ese día iba hablando con una mujer. Y me preguntó en forma inesperada si yo creía en Dios. Le contesté afirmativamente y añadí : — ¿ Y Vd., en qué cree ? Y rápida respondió, sin pestañear : — En lo que manda la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Jamás había oído en labios de una mujer del pueblo una respuesta tan larga y tan bien expresada. La lección se la sabía perfectamente de memoria. Yo veía tras aquellas palabras las

TEMPLO DE QUETZALCOATL (TEOTIHUACAN)
(Foto L. Limón Aragón)

imágenes ocultas y lejanas del inconsciente colectivo. Y entonces me expliqué el éxito tenido aquí por la teoría psicoanalítica en el deseo del mexicano culto de interpretar el alma de su pueblo. Cuando estuve en la pirámide, notabilísima y muy poco común, pues no está edificada sino tallada en la roca misma, me acordaba de aquella mujer y de sus palabras. ¿ No sería todo esto — me decía — lo que estaba oculto tras la voces tan cuidadosamente expresadass por aquella mujer ? Y recordaba un libro de Laurette Séjourné titulado *Supervivencias de un mundo mágico*, en el que se pone de relieve, en cuatro experiencias por ella vividas en tierra mexicana, la persistencia de lo mágico en el indio para dar particular forma a creencias católicas actuales.

Con todo esto que vengo diciendo no vamos a pensar, naturalmente, que pretendemos resucitar un mundo ido, el mundo mágico precortesiano. El evocar ese mundo pasado no tiene otra pretensión que mostrar que es necesario actualmente, al mexicano, en el trance en que se encuentra, de forjar su nacionalidad.

Vamos a relacionar ahora lo dicho con la revolución mexicana iniciada en 1910. Sa ha dicho que de las tres revoluciones mexicanas, la de 1810 fué la del criollo, la de 1857 la del mestizo y la de 1910 la del indio. Sin embargo, yo oígo y leo con frecuencia que ésta última no ha cumplido sus fines. Hace ya casi medio siglo que se inició la revolución y ya no es posible que dé más de sí en el terreno de la violencia, ya que las revoluciones, como todos los procesos, tienen sus naturales períodos de nacimiento, esplendor y declive. Aunque acaso muchos mexicanos no se den cuenta del cambio tan extraordinario operado en su vida social ; pero nosotros, que aunque hemos vivido lejos hemos seguido siempre con interés lo que ocurría en esta tierra, sabemos apreciar el salto que México ha dado en todos los órdenes. Claro es que se querría más. Y precisamente si no ha dado mayores frutos la revolución ha sido por la repugnancia del indio hacia el ritmo colectivo. Ahora bien, llegamos ya al límite de la influencia de las tres generaciones que se han dado aquí a partir de 1910, según ha dicho Eusebio Castro, rememorando ideas de nuestro llorado maestro Ortega y Gasset. Ya es preciso que el mexicano se plantee nuevos problemas. ¿ Cuáles ? A mi entender el mexicano tiene que incorporar definitivamente a la vida social, al ritmo colectivo, a la mujer y al indio. No se trata de que las mujeres sean diputadas o de que todos los indios formen parte de los sindicatos, sino de que ambos entren en la vida colectiva con la noción clara de los

problemas vitales nacionales, sobre todo los que afectan al campo. Y es preciso que el mexicano, con plena conciencia, se convierta en hombre de acción. Para mí estos tres son los más apremiantes y esenciales problemas que van a empezar a pesar en la vida social de México en los años que se aproximan.

La transferencia más sólida que el mexicano ha hecho para incorporarse al ritmo colectivo ha sido su entusiasmo por los vehículos motorizados. Y es por ahí por donde el indio va entrando en la amplia vida colectiva. El tren, el avión, el automóvil, han ganado plenamente su voluntad. Y es que la noción de movimiento es lo que hay de más latente en su alma. El indio va transfiriendo su sentido del movimiendo del animal a la máquina. En los tres años que vivo en la capital mexicana, ni por casualidad he visto un caballo en sus calles ; en cambio en París y en Londres veía continuamente grandes carromatos tirados por percherones. Sobre todo la pasión del indio por el tren es extraordinaria. Se ve en muchas de sus canciones la alusión al tren en movimiento. Un día me encontraba en el hermoso valle de Tlapacoya, donde recientemente se descubrió y se ha rehecho una pirámide, y estaban unos inditos junto a mí. De pronto sonó el pito del tren. ¡ Qué bonito es ese pitar ! ¿ verdad ? — les dije. E iluminándose sus rostros me respondieron brevemente y con gran fruición : — Sí que lo es. Pues el mexicano no es hablador y con pocas palabras o un solo gesto manifiesta intensos estados. Lo que hace falta es que el mexicano ponga en circulación su acción, apartándose de muchas funciones burocráticas para desenvolver las suyas creadoras. México tiene un campo inmenso para realizar grandes empresas. Lo que se necesita, a mi juicio, es que el mexicano acepte la provincia, el pueblo, y rectifique el error de muchas naciones actuales que no piensan más que en formar grandes núcleos urbanos, como sucede en Nueva York, Londres o París. Sé que esto es una consecuencia de los inventos modernos ; pero precisamente si el mexicano es fiel a su modalidad íntima de cultura vertical de que yo antes hablaba, si está de acuerdo con su sentido humano y sentimental, debe forjar en los más lejanos puntos de su país, cuatro veces mayor que Francia, centros vitales en los que el indio encuentre amplio campo para su desenvolvimiento. Comprendo que será muy difícil la transformación del hombre del campo, sacar al indio de su vida primitiva. Pienso con frecuencia en esto e imagino aquellos momentos de la llegada de los españoles a tierras americanas, venidos aquí por la inercia, de tipo religioso, adquirida en su lucha contra los árabes. Todo cambió para los habitantes de estas tierras el día del descubrimiento : idioma, religión y costumbres. No hubo transición. El cambio de un estado a otro fué brusco. Es como si Europa hubiera pasado de la edad de la piedra al Renacimiento sin los estadios intermedios ; pero con esta notable diferencia : estos pueblos no habían inventado la rueda, que caracteriza la cultura horizontal, pero habían descubierto formas estéticas e interpretaciones cósmicas, sistemas lingüísticos y astronómicos, propios de la cultura vertical. No es de extrañar por ello que entre las 21 civilizaciones de que nos habla Toynbee ocupe puesto de honor la mexicana.

Por ello el mexicano pretende presentar las facetas de su propia personalidad. Ya Alfonso Reyes, desde Buenos Aires, reclamó a Europa el derecho de México a la ciudadanía universal, que « hemos conquistado por haber ya alcanzado la mayoría de edad ». Sin embargo, el mexicano sigue mirando a Europa, y quiere emplear sus mismos métodos para mostrar su modo de ser, pretendiendo dar soluciones propias a muchos problemas característicos de la conciencia europea. Ejemplo de ello lo tenemos en el grupo Hiperión que representa el movimiento « México y lo Mexicano », cuyo epigono es Leopoldo Zea. Me he interesado vivamente por aquél, y la prueba de ello está en un trabajo que publiqué en el nº. 8o de *Cuadernos Americanos*, titulado « La Obra de Leopoldo Zea ». No obstante, creo que el grupo Hiperión ha seguido sugestionado por la tiranía — por así decir — intelectual europea. Yo entiendo que en la balanza histórica de México el platillo de la influencia europea ha pesado excesivamente. Y en cambio el otro platillo, el del origen asiático, ha pesado demasiado poco. De ahí el gran desequilibrio existente para

llegar a encontrar una más justa expresión de la conciencia y el ser del mexicano.

Paul Westheim y Salvador Toscano piensan que entre la pirámide egipcia y la mexicana no hay más que un paralelismo cultural ; sin embargo, a veces pensamos, viendo por ejemplo la relación existente entre la pirámide de nichos del Tajín y la de gradas de Sakkarah en Egipto, que el origen de estas pirámides pudiera estar allí. Pero aunque esto no sea exacto, hay otras razones de más interés y peso para pensar en el origen asiático de los pueblos americanos y concretamente del maya. Dice Morley en su libro *Civilización Maya*, que tres son los caracteres que denotan ese origen asiático, mongol, en el pueblo maya, que habita actualmente en la península de Yucatán : 1º, la mancha oscura sobre el cuerpo de los niños, que desaparece hacia los 10 años ; 2º, la forma de los ojos y 3º, el color de la piel, coincidentes con los actuales habitantes de Mongolia. Y Salvador Toscano expresa en su libro *Arte precolombino de México y de la América Central* que « actualmente la teoría de un origen nordasiático, mongol, es la única que goza de un prestigio científico ». Ahora bien, yo me pregunto : ¿ Por qué el hombre cultivado de México no hace referencia de una manera definitiva y sólida a los orígenes asiáticos suyos cuando muestra su personalidad histórica ante el europeo ? Es exacto que hay relevantes personalidades de este país que saben perfectamente de la influencia asiática, como lo revelan los *Estudios indostánicos* de Vasconcelos, los trabajos de Portel Gil sobre la India, de Fernando Benítez acerca de la China y de Octavio Paz en cuanto a la India y el Japón. Y así lo revela también la intuición maravillosa de los organizadores de la exposición de arte antiguo mexicano que vimos en París, que luego fué presentada en Londres y Estocolmo, y que más tarde se ha exhibido en varias ciudades del Japón.

Acaso la soledad de que nos habla Octavio Paz, o el hombre perdido en el universo, título del libro de Miguel Angel Cevallos, provengan del rompimiento tan absoluto que se hizo entre el mexicano y sus culturas primitivas. « La historia de México — nos dice Paz — es la del hombre que busca su filiación, su origen ». « Quiere volver — añade — al centro de vida de donde un día — ¿ en la Conquista o en la Independencia ? — fué desprendido ». Y Leopoldo Zea nos dice en su libro *América como conciencia* : « Somos hijos de la cultura europea y sin embargo nos sentimos extraños a ella ». Pues bien, yo entiendo que *eso* que impide al mexicano su verdadera filiación, que no le permite plenamente ser, es su obstinación en dirigirse por una sola vía, la europea, cuando en realidad su modalidad íntima responde a la doble vía : la europea y la asiática. Conformes con que su cultura ha sido conformada por los estilos europeos, pero ¿ por qué sacrificar su origen verdadero, por muy remoto que sea, en aras de lo europeo ? Octavio Paz nos dice las siguientes palabras en su libro *El laberinto de la soledad* : « La sensación que causamos no es diversa a la que producen los orientales. También ellos, chinos, indostanos o árabes, son herméticos e indescifrables ». Yo considero al poeta Paz el tipo representativo de la cultura mexicana, la de los dos orígenes : el inmediato europeo y el mediato asiático. ¿ No lo revela así su interés por adentrarse en la vida asiática, primero viviendo en la India y en el Japón, y en segundo lugar escribiendo sobre la filosofía de aquel país y la poesía japonesa ?

México tiene un perfil original y culturas autóctonas ; mas hasta ahora se impuso la capa más superficial, la europea. Pero de la misma manera que cuando la erupción del Xitle cubrió de lava los terrenos de la actual Ciudad Universitaria y los arqueólogos se han esforzado en hacer calicatas para encontrar bajo esa lava la vida del hombre de hace más de mil años, asimismo también, después de que un pasado de siglos ha recubierto su primitivo origen, cabe hacer perforaciones en el pasado precortesiano para estudiar sus remotos pasos. Y si no se consigue conocerlo absolutamente, como es natural, por lo menos cabe hacerse partícipes de las culturas asiáticas actuales, y siempre es preferible la compañía de dos a la de uno para marchar con más seguridad en los momentos actuales, porque México necesita, como todos los pueblos, el resorte que le impulsa hacia el futuro y el que le frena en su pasado.

LUIS ABAD CARRETERO

RAMON SENDER

Syllaba candida

I

Rincón de cal, el sol de entre semana
enciende luces donde no las hubo
y despabila las que siempre tuvo
— sombra y cristal — mi sílaba aldeana
Esta voz entre el plinto y la ventana
nos amanecerá constantemente
como en tus ojos la luna creciente
y como en el manzano la manzana.
En mismo alfar un día y otro día
el agua gris de la monotonía
meteoriza nuestra soledad
pero siéntate aquí, dame las manos,
mira que entre tu espejo y los manzanos
van las palomas de la eternidad.

II

Junto a tu casa el agua de la azud
desborda estrellas entre la chopera
envuelta en luz de nuestra juventud
te veo entre mis sueños prisionera.
A mis orillas vienes en la entera
sazón de la magnolia y tu virtud
invariable sonríe ante el alud
de mi deseo igual que la primera
vez que pude llegar a tus pomares
fiebre en las manos, sangre en los ijares
injertando tu tierno manzanero.
Todo está como entonces, manos blancas,
brazos fríos y el aura de tus ancas
templada en mieles de éxtasis ligero.

III

El colombario azul de la mañana
estaba lleno de fanales viejos
y tu alma y la mía en la ventana
seguían el volar de los vencejos.
En ramillete verde la hortelana
nos ofrecía cosas vegetales
y su voz de faena se quebraba
contra un azul de sedas naturales.
Por los balcones de los entresuelos
llegaba de los tálamos vacantes
el olor noble de los asfodelos
y había maniquíes ambulantes
vendiendo espejos lacas y pañuelos
y muñecas para los navegantes.

IV

Luz congelada en el umbral del día
agua y junco de amor en la ribera
hidalga voz labriega, presa fría
en estas piedras de la primavera
Ven a decir tu pérfida alegría
bajo el silencio de mi cabellera

dime en voz baja si es verdad que era
azar del tiempo tu melancolía
o si a la sombra aciaga de la higuera
que por abril el polen prolifera
del alba no aprendida siempre dueños
pie desnudo tú quieres en la glera
del río de mis sueños ser barquera
yo barquero del río de tus sueños.

V

Desnuda entre las algas de los mares
toda tú piel de muslo y marfil viejo
asistida por un verde cangrejo
trenzas los brazos de los calamares.
A tu lado el señor de los glaciares
te contempla bajo un mármol convexo
ramo de estrellas luce sobre el sexo
como sobre el cristal los alamares.
Una vez yo te he visto entre las olas
al clamor de latinas caracolas
el sol pegado a tu inefable flanco.
Miel del aire de mis viejas colmenas
te envolvía al salir por las arenas
cabalgando desnuda un toro blanco.

VI

De la marea novias en la albada
viudas del flujo de la pleamar
tendiendo sus enaguas a secar
ay, las marismas de la mar salada.
Los alzados veleros arman lejos
trampas al viento para navegar
y los peces se escapan de la mar
por un aire de cóncavos espejos.
Pero el marzal preferirá tus haldas
bajo el silencio contra tus espaldas
las arenas calientes crujirán
y las nubes trancurrirán desnudas
por litoral de las marismas viudas
que nuestra doble huella guardarán.

VII

Con la rueca de hilas de las ancianas
muertas te hago una esfera armilar
para que veas el mundo rodar
mientras el hilo de mi fe devanas.
Durmiendo al filo las cabezas juntas
bajo el silente rielar del verso
soles rodando por el universo
qué va a ser de nosotros me preguntas.

La noche aquí y en la ventana el día
desvanecido el tiempo en tu armonía
ya que todo nos lo regala el cielo
he repartido el universo así :
la estrella de la tarde para ti
y para mí la cinta de tu pelo.

VIII

De la cumbre de mi sombra a la zaga
río arriba del reino prometido
yo avanzaba sin tregua por la vaga
esperanza de lo desconocido
Muerto tal vez pero nunca vencido
y nunca vencedor mi pie subía
hacia las cumbres en donde nacía
el río de mi ser sin haber sido
Rota el aguà caudal en el torrente
mi voz rendida en la quebrada frente
la zarza aguda a un lado y otro lado
cuando por fin todo en sudor llegaba
a la cumbre solamente encontraba
un enorme vacío iluminado.

IX

Bayas del negro enebro arrepentidas
en el monte de los raros aromas
sobre los valles del amor te asomas
al torpe azar de las aves heridas.
Si tú me niegas que entre tus caídas
faldas de ayer hay mármoles calientes
te negaré yo el agua de mis fuentes
y los buenos auspicios de mis druídas
Dudando entre canela y alelí
deja tu cañamazo y ven aquí
flor de la incongruencia, alma del brezo.
Desde el cristal de nuestros mediodías
iremos en recurso de alegrías
a las subidas flores del cerezo.

X

Perros de luz bebiendo en el rocío
alegría de los parques desiertos
sobre el mármol de un estanque vacío
va trepando la luna de los muertos
Tienden la mano para ver si llueve
bajo un ciprés dos sombras de adulterio
(amantes tristes del siglo diecinueve
que no saben si es parque o cementerio.)
Allí un día nos vamos a encontrar
el cielo con rebaños, como el mar
y entre los recentales hallaremos

virginidad del loto arrepentida
galgos del agua en lluvia adormecida,
vaga odisea de los crisantemos.

XI

Entra en mi prado ahora que es ayer
y si es quizá mañana entra en mi prado
recuerdo y esperanza se han hallado
en el umbral de mi permanecer
Verás que por agosto en el caer
de la flor del guisante se deshacen
niños de abril mientras los chivos pacen
en los almendros del atardecer.
Verás también como por mi recuerdo
y mi esperar distraído me pierdo
en viña sin plantar — abiertos hoyos.
Si vienes mi presente afirmarán
tus brazos y de nuevo beberán
los gamos de Aragón en mis arroyos.

XII

Cuando sueña el azor sus desenfrenos
con el gallo de zinc de las veletas
llega la vaga brisa de tus senos
en un clamor de manzanas reinetas,
Suave convexidad de tus topacios
vértice al aire en punta de saetas
como el éter en los de los planetas
su brisa es entre nuestros espacios.
Señor del alba y de las violetas
del nuevo afán y las lejanas metas
por gracia soy de tu brisa florida.
Si te vas perderé mi señorío
y volveré a quedar vestido y frío
preso en las latitudes de la vida.

XIII

Va a decir qué será de mí y de ti
de nuevo juntos la noche estrellada
de ti ya lo sé yo, pero de mí
sólo habla el viento de la madrugada.
Mira bien a mi alma, en la posada
del exilio conserva aún tu nombre
eres una mujer y soy un hombre
eso es todo aunque no parezca nada.
No llores más, si tu pecho está frío
el rielar de mis ojos vacío
loca mi paz mis ojos espectrales
Es porque en esta soledad lunar
hace tiempo que ya no puedo hablar
sino con Dios y con los animales.

XIV

Prestar quiero a la flor de los frutales
el calor mío por que no se hielen,
mi dolor a los niños que se duelen,
mi gaya voz a los viejos joviales.
Como las aguas van a las azudes
de los molinos que el cereal nos muelen
por mi sangre las multitudes suelen
andar y mi fe va a las multitudes
Donde yo empiezo y lo demás termina
igual que cielo y agua en la marina
concha nadie lo ve — nadie ve nada.
Tantos como los hombres son mis yos
pero perdidos en la turbonada
ninguno oye sino la voz de Dios.

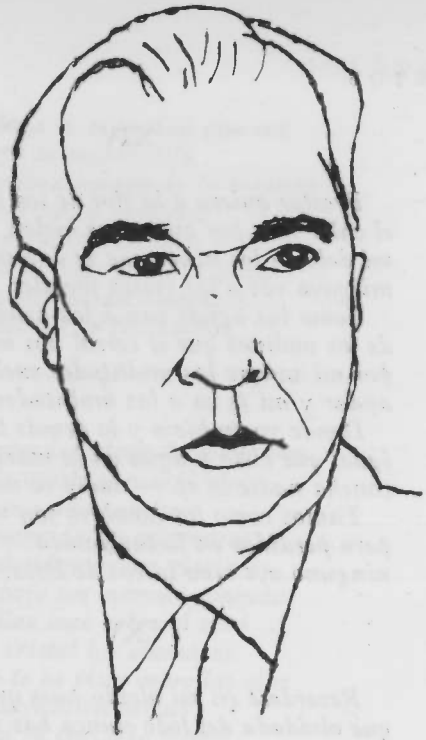
XV

Reverdece en mi olvido pues que sabes
que olvidada del todo nunca has sido
ya que rebasas el estrecho olvido
donde — total presencia — tú no cabes.
En mi recuerdo hay un sonar de llaves
enmohecidas ya que no abren nada
en tu recuerdo hay una inmaculada
urgencia de silencios y de aves.
Por la vía de los humildes besos
las manos muertas los labios espesos
pisando vienes las marchitas rosas
nocturna la cadera, loco el sueño
en los ojos el funeral diseño
de las crepusculares mariposas.

XVI

Joven parque de las luces caudales
locas de paz por los verdes caireles
ensayando en los blancos desniveles
la sutileza de los barandales
Todo en tus álamos dominicales
y en los colores de los girasoles,
barbas de historia de los españoles
y párvulos con piernas forestales
Todo en ti con los árboles desnudos
bajo el claro de un sol de caramelo
y los ruiseñores municipales.
Todo en mí con los capiteles mudos
la luz sin nombre aún y bajo el suelo
la semilla de los nuevos rosales.

RAMON SENDER



ENRIQUE SERPA

ESTAMPAS DE CUBA

PASION Y GLORIA DE VUELTA ABAJO

LA Sierra de los Organos está hecha de gracia femenina. Desde que empina tímidamente sus primeras lomas hasta que ofrece la visión de su cumbre última, no es, en síntesis, sino una mansa sucesión de ondulaciones : reminiscencias de las olas que, cuando aún permanecía bajo el mar, la acariciaban. No imperan aquí, como en la Sierra Maestra, profundos precipicios que arredran, ni peligrosos derriscaderos, ni farallones cortados a pico. Tampoco se advierten picachos agresivos, afilados contra el cielo ; las crestas bravías ; las simas escarpadas, no existen. Todo es, hasta donde llega el ahincado esfuerzo de los ojos, suavidad y líneas curvas. Se redondean las cúspides para mentir copas invertidas, y las vertientes declinan morosamente, casi en parábola, con la hinchada pomposidad de un miriñaque. No se ven sino blandas, limpias curvas apacibles, que hacen evocar la turgencia de un seno, las firmes líneas de una cadera, el contorno de un hombro de mujer.

Y posee la Sierra de los Organos otra condición femenina : su don de entrega, que es, simultáneamente, sello de posesión. Existen paisajes, no importa si llanos o montañosos, con música de árboles, con sequedad de piedra o con frescura de río, que nunca rinden su intimidad al espectador. Orgullosos o tímidos, recatan sigilosamente el arcano de su alma. Y jamás se establece entre ellos y el hombre auténtica amistad. Otros panoramas, por el contrario, entregan de golpe su plenitud. Apenas vistos, ya se les ama, se les toma por vivencias recordadas, cual si en épocas pretéritas hubiesen participado de nuestra vida. Y a este género de paisaje pertenece la Sierra de los Organos, que nos ofrenda íntegramente su alma y su belleza al primer contacto, a trueque de quedar, ya para siempre, viva en nuestra memoria.

Y un panorama así, hecho de capacidad para la entrega y de suavidad de forma, ha

moldeado al hombre de Vuelta Abajo. Porque el paisaje, además de consecuencia geológica, es, como el ser humano, substancia y parte del comos. Algo alienta en ambos que, oscuramente, secretamente, los acerca con recíproca simpatía. Y cuando por fin el hombre se asienta en el paisaje, aspira tal vez a modificarlo, pero a la par resulta, no importa en qué proporción, modificado por aquél. Tal ha ocurrido en Vuelta Abajo. La Sierra de los Organos ha sido una inmóvil, perpetua lección de suavidad, de generosidad, de sencillez. Y esta sencillez, y esa generosidad, y aquella suavidad informan, en definitiva, las esencias del alma vueltabajera.

Y, no obstante, Vuelta Abajo entraña en su realidad íntima palmarias contradicciones. Su suelo, de mágica feracidad, no sería indigno de la Tierra de Promisión. La caña, y el maíz, y el café, además de los frutos menores, prosperan en disímiles zonas con optimidad edénica. En la templada atmósfera de las lomas se encuentra, silvestre y agria, cierta variedad de uva, ingrata, ciertamente, al paladar, pero utilizable tal vez en la industria vinícola. Y en todas partes se desarrollan con viciosa lujuria las frutas tropicales, desde el llamado mango chino, de tamaño desmesurado, cáscara fina y carne de panal, hasta la piña cabezona y el mango prieto, que acendra en su pulpa una fragancia de jardines en flor. ¡ Suelo fecundo, suelo de ilimitada prodigalidad, que devuelve el prodigio de una planta por cada semilla que se arroja al viento ! Y una tierra así, maravillosa de fertilidad, podía haber engendrado la vergüenza de una raza indolente y floja. ¡ Hubiera sido tan fácil subsistir al precio de un esfuerzo mínimo ! Un bejuco de boniato aquí, dispersos trozos de malanza, cangres de yuca más allá, unos vástagos de plátano más lejos, todo arrojado a la diabla, y la tierra, maternal y próvida, hubiera realizado el resto. Y aconteció, sin embargo, lo contrario. No hay sitio entre nosotros donde el hombre aliente más amor por el trabajo ni sea más laborioso que en la región vueltabajera. ¡ Si en prenda de su laboriosidad escogió, para cultivarla — y, desde luego, para su propio martirio, — la más difícil de las plantas : el tabaco.

Artículo de sobremesa, superflua expresión de lujo, la aromática hoja le cobra al veguero, en agonía y lágrimas, el placer que más tarde ha de brindar al fumador. Ninguna otra planta requiere, como ella, una atención siempre alerta, un cuidado sin claudicaciones, desde que se deposita en la tierra la simiente hasta que la hoja, ya madura, está en disposición de ser cortada. La carencia de agua impide la germinación de la semilla, que se pudre, en cambio, si la lluvia es abundante. Y cuando la postura es trasplantada la acechan con más frecuencia los riesgos mortales. La ardiente lascivia del sol la calcina, y bajo una sombra excesiva languidece, se dobla como un cuerpo herido y, al final, su vida se extingue. Un mordisco del viento basta para estremecerla hasta sus débiles raíces, dejándola dañada cuando no la arranca de cuajo. Sus propios hijos la ponen en peligro. Y un banquete de orugas — factible al menor desmayo de la atención humana — la convierte en ruina. Se diría que en la naturaleza que lo circunda todo es hostil al tabaco. Y que el veguero, temeroso y desconfiado, ha de vivir sempiternamente bajo la advocación de Nuestra Señora de la Esperanza Insegura.

Pero ni la inseguridad, ni la desconfianza, ni el miedo, ni siquiera la angustia, por intolerable que sea, excluyen el amor. Y hasta lo hacen más tenso y depurado, más desprendido. Porque el amor, en su acepción más limpia, se resuelve, no en la mezquina y egoísta codicia del » ¡ dame ! », sino en la noble generosidad del « ¡ toma ! ». Nada exige en compensación de cuanto otorga. Y se torna más puro y más alto a medida que son más duros los sacrificios que a sí mismo se impone. Tal es el secreto de la atormentada sumisión con que el hombre de Vuelta Abajo consagra su fervor al tabaco. Y es, parejamente, la clave de su encendida, entrañable pasión por la tierra, a la cual está ligado por modo inalterable, merced a vínculos cósmicos que nada podrá destruir. ¡ Si no ha logrado romperlos, ni siquiera aflojarlos, la inquisición de una larga miseria, padecida con estoicismo ejemplar ! Porque la vida guarda para el veguero, como la hoja verde del tabaco, un sabor amargo. Y tiene a veces el peso de una montaña. Pero lo sobrelleva con ánimo esforzado, como Cristo la cruz. Y mientras con más rigor lo castiga el destino injusto, con más abnegada resignación soporta la injusticia.

No ha gozado Vuelta Abajo la embriaguez de tener grandes políticos. Ni le ha sido dada la gloria de engendrar grandes poetas. Y no es por enemistad de la suerte, ni cuestión de casualidad que tal haya acontecido. La aspiración al poder no es, para el político auténtico, sino la aspiración a realizarse como destino providencial. Y para la consecución de tal propósito invierte sus energías, íntegramente, en la acción externa. El poeta, por el contrario, introvertido y sensible, no halla vida real y genuina más que en su propio mundo interior. Marcan señeros polos opuestos el político y el poeta. Y ni éste por subjetivo ni por extravertido aquél, encuentran sangre ni oxígeno en la humanidad vueltabajera.

El hombre de Vuelta Abajo no es sino aquello que podía, que quería ser : agricultor. No hombre de campo, no campesino, sino hombre que cultiva el agro, que por el agro vive y vive para el agro. Porque campesino es, tanto como el de Vuelta Abajo, el hombre que en las llanuras de Camagüey apacienta ganado. Y, no obstante, se acusan entre ambos radicales diferencias. El ganadero constituye una prolongación de los antiguos pastores nómadas. Y de tales remotos antepasados ha heredado rasgos que eliminan toda posibilidad de confusión. La tierra no existe para el ganadero sino en medida sulbalterna : como productora de pastos para sus reses. Y basta que durante la sequía el potrero se empobrezca, para que, indiferente, sin pesar alguno, le vuelva la espalda. Se despliega el paisaje ante sus pupilas, y su corazón permanece mudo, su comprensión queda cerrada. El paisaje nada le dice, porque su clima sentimental sólo alcanza hasta su caballo. Y bajo la inmensidad del cielo, frente a un horizonte sin límites, se mantiene circunscrito a sí propio, impermeable al espíritu del campo.

¡ Cuán distinta, en cambio, la conducta del agricultor ! Nadie como él goza la gracia de la posesión, entretanto que, a un tiempo mismo, lo conmueve un afán de sometimiento. Se reconoce dueño, pero a la par siervo de la tierra. Y, transido de emoción telúrica, no reputa el paisaje espectáculo aparte, simple escenario autónomo, sino que lo siente como substancia y extensión de sí mismo. Sabe que, al cabo, la tierra que cultiva habrá de reventar en frutos. Pero, con más seguridad aún, sabe igualmente que tal instante no habrá de llegar sino en pago de indecibles desvelos, de trabajos constantes, de vigilantes entusiasmos, cada mañana renacidos.

Tal es, intrínsecamente, en las entrañas de su ser, la actitud del hombre de Vuelta Abajo, agricultor por antonomasia. Y agricultor de tal modo enamorado de la tierra, que, acaso para dar la medida de su pasión, ni siquiera ha intentado superar la rutina de su cultivo. Hubo épocas en que, para trabajar la tierra no se contaba con más aperos que las manos, un aguzado trozo de madera, quizá un fragmento de roca. Con el transcurso de los siglos, empero, la civilización multiplicó las herramientas y las máquinas agrícolas. Y se tornó así más cómoda, más fácil, la labor del hombre. Pero el tabaco, inaccesible al progreso, permanece al margen de la técnica mecánica. Y en las peripecias de su cultivo, desde que entierra la simiente hasta que recolecta la hoja, el veguero, a semejanza de un colega milenario, casi no dispone de más instrumento que sus propias manos.

Agricultor, estrictamente agricultor es el hombre de Vuelta Abajo. Y su vinculación al campo — hecha de amor, de sacrificios y de lágrimas — acaso sea, tras de lección y ejemplo, la semilla de nuestra redención futura.

LA TRAGEDIA DEL TABACO

LA tragedia del tabaco es, concreta, escuetamente, cifra y compendio de la tragedia de Cuba. Y el dolor del veguero, víctima indefensa, tanto del refaccionador que lo esquilma como de la expoliación del comerciante, trasunta el dramático dolor de la tierra nuestra.

Ninguna tragedia más injusta que la del tabaco, ninguna más lamentable. Y ninguna más bochornosa, porque delata, en suma, la

B.D.I.C

traición de todos. Traición involuntaria en ocasiones ; inconsciente en verdad, casi siempre, pero, al cabo, traición consumada. Traición ha sido nuestro silencio, traición nuestra inercia, traición la conducta de avestruz con que, respecto a la tragedia del tabaco, se ha comportado nuestra sevicia hipócrita. Desde hace largos años devoraba con fiera tenacidad carne guajira ; pero no la denunciaban sino aquellos que sufrían su tormento. Los demás nos tapábamos los ojos para no verla ; tapiábamos nuestras orejas para no oirla ; sellábamos nuestra boca. Y nos narcotizaba la falacia de que con ello quedaba totalmente abolida. La tragedia, empero, continuó su trayectoria implacable. Y alguna vez ha de torturar nuestra conciencia como el recuerdo de una acción inicua.

Primogénito de nuestro suelo, creado por la caliente sangre de nuestra propia tierra, el tabaco recaba jerarquía de símbolo. Tiene su piel la suavidad sensual de una mujer criolla. Y, como una mujer criolla, embriaga cuando se ofrenda. A trueque de gustar, se sacrifica. Y es, como nuestra raza, moreno, por virtud de la pasión del sol caribe. Ninguna voz, para cantarle, debiera parecer bastante hermosa ; ningún elogio suficiente para glorificarlo. Y no sería mucho que, incluso por razón de vanidad, hiciésemos votos de sacrificios unánimes para poner término a su tragedia. El tabaco debiera ser — por autóctono, por nuestro, por impar sobre la faz terráquea — el monarca de nuestra agricultura. Así, como en los cuentos, « era una vez... ». Y por méritos de Gran Señor, le fué dable destacar en todas partes el nombre de su patria. Ilustres poetas no desdeñaron esculpir, para loarlo, sonoros versos ; altivas testas coronadas le rindieron pleitesía ; deleitó la vigilia de fumadores remotos, que lo imaginaban don de los dioses. Y en comarcas donde no existía noción de Las Antillas y apenas de la América, hizo mencionar a Cuba. Sólo nosotros, con el transcurso del tiempo, olvidamos, torpes y descastados, la magnificencia de su prestigio. La estulticia y la incomprensión, el esnobismo, la codicia y la ingratitud tramaron infamias en contra suya, para hacerle expiar el tremendo pecado de ser indígena. Nada se opuso al complot execrable. Y el tabaco no es ya sino un

monarca sin corona, lamentable rey destronado, que, en vez del manto de armiño, muestra sobre los hombros un sudario pringoso.

Sobre el tabaco ha pesado, tal una maldición, la fatalidad de un sino trágico, que es, por singular coincidencia, similar al sino del veguero. El mismo hado inmisericorde que desborda lacerias sobre el hombre, rodea de peligros a la planta. Todo en la naturaleza que lo circunda parece hostil al vegetal. Y el agricultor no halla menor hostilidad en el conclave de los que explotan su infortunio. El sol fuerte, la lluvia excesiva, la sequía, el gusano, significan amenazas de muerte para la planta, que si alcanza a vivir es por obra de la devoción perenne del veguero. Y el hipotecario, el comerciante, el factor, el refaccionista son, parejamente, fatídicas plagas para el agricultor, que logra subsistir... no se sabe cómo, acaso por milagro. Tal es la exacta paridad entre ambos, que uno parece complemento del otro y el vegetal resulta alegoría del hombre. Cumple el tabaco su destino cuando se inmola al fuego para convertirse en nada. Y la difícil existencia del veguero no es, al fin de la jornada, sino una larga y penosa inmolación, constante sacrificio de sí mismo, vano como el humo.

« Industria de pobres », según la clasifica Fernando Ortiz, el tabaco demanda de quienes lo cultivan profesión de miseria, votos de martirio. Lo predestina, inexorable, a sayal ascético y a cilicio de penitente. Y, en pago de las delicias que reserva al fumador, impone al que lo siembra diezmos de angustia. Cada voluta del humo en que se disuelve, representa un dolor, cada mínima partícula de ceniza traduce una esperanza fallida. No importa que enriquezca al comerciante y haga potentado al usurero ; no importa que a su sombra medre hasta el factor : siempre tendrá rigores de deidad adversa para el veguero. Estaba llamado a ser la salvación nuestra, con influencia determinativa en nuestra realidad social. Pero es tan cruel su sino paradójico, a tal punto llega su fatalidad, que ni siquiera ha valido, para dotar a Cuba de una necesaria casta de hombres : la de los pequeños propietarios agrícolas, capaz por sí sola de mantener — espinazo y músculo, sangre y nervios — la vitalidad de una patria.

Ninguna industria como la del tabaco, para haber creado entre nosotros una clase así. No aspiraba el veguero sino a la posesión de un estricto pedazo de campo : la proporción justa para cultivarlo con la cooperación de su propia familia. Su ambición no podía ser más limitada. Y de haber logrado satisfacerla, acaso fuesen otros los rumbos de nuestro destino nacional. Pero el sino trágico que gravita sobre el veguero frustró su empeño.

Desde que nace, la aspiración del veguero despierta la antipatía de rencorosas fuerzas contrarias, que se le oponen con violencia inaudita. Tropieza, en primer término, con la voracidad del latifundio, que, declarado enemigo irreconciliable de la vega, pugna por aplastarla. Los grandes propietarios tal vez intuyen — o acaso la aquilatan con lúcida inteligencia — la amenaza que para su avaricia representa la pequeña propiedad. Dictan contra ella, apenas nacida, veredicto de muerte. Y se repite de nuevo, al cabo de los siglos, el combate entre Goliat, gigantesco y osado, dueño de poderosas armas, y un David sin honda, de cuerpo endeble,

asistido en la lid solamente por la fortaleza de su espíritu heroico. Los latifundistas ponen a pelear todos sus recursos : invocan privilegios, derrochan oro, ejercen coacciones, mueven influencias cortesanas. Y el veguero, huérfano de alternativa, resiste con denuedo sin pausa, con el alma por escudo, porque defiende su derecho a vivir. Larga y dura, terrible es la lucha. Y la codicia del latifundio, al cabo, no triunfa en su homicida propósito : la vega subsiste. Pero el veguero queda exhausto y deprimido, desposado con la pobreza.

Cortejo inevitable de tal matrimonio es la usura. El veguero, que carece del caudal imprescindible para abonar íntegramente, de una vez por todas, el valor de la tierra, cae en las garras del hipotecario. Y queda crucificado, cual un murciélago indefenso, en la iniquidad de la codicia explotadora. Vive, día tras día, semanas y meses, esclavo de la vega, cuando no calado por la lluvia, tostado por el sol. Y, al cabo, ¿ cuál recompensa obtiene ? Para pagar los réditos de la hipoteca que grava su minúscula finca, ha de entregar la casi totalidad de la cosecha. No osa comprar un traje para su esposa, que apenas cubre con harapos su desnudez ; ni zapatos para sus hijos, que caminan descalzos. Y no obstante, pese a su estrangulada economía, queda en descubierto : no ha podido saldar todas sus deudas. Le debe aún dinero al comerciante que le suministra los víveres y al prestamista que refacciona la siembra. Se debate en una red de angustias y dificultades, bajo una atmósfera enrarecida que apenas le permite respirar. Y palpita sobre su miseria — vuelo de auras sobre la agonía de una res — la sombra del desastre.

El veguero, sin embargo, no se rinde al desaliento. Y basta una tímida ráfaga de prosperidad sobre la vega, para que, tenso de optimismo, se sienta alborozado. No ha sido mucha la ganancia, casi no ha obtenido beneficios. Y, no obstante, se expande en latidos de gozo, se colma de gratitud, porque, a semejanza de nuevo Job, siempre en espera de males y congojas, tiene por pródigo regalo la más mísera dádiva de la suerte.

Quizá en momentos de sombría meditación, cuando rebosa su copa de amargura, el veguero piense que sería mejor mandarlo todo, de una vez, al diablo. Pero tal abatimiento no es cosa duradera, ni tiene fuerza para transformar su pensamiento en acto. Conspira, además, contra el arranque de una decisión, su propia penuria mental : no conoce bien sino el tabaco, no ama sino el tabaco, y la perspectiva de cambiar de cultivo le produce pánico. Confía, por otra parte, aún sin razón, en la bondad del futuro. Y es tanta su ingenuidad, que ni siquiera desconfía del factor hipócrita, cuando — mientras lo excita a sembrar su labrantío — le augura más altos precios para la próxima cosecha. Pero llega la época de la recolección, y su ilusión, hecha humo, se disipa. El propio comprador que lo incitó a sembrar, le ofrece por el tabaco un precio de ruina, insuficiente incluso para cubrir el costo de producción. Y, víctima nuevamente del engaño, explotado una vez más, no le queda otro remedio que humillar la cabeza.

¿ Cómo reprocharle, empero, su cándida credulidad ? Tierra agostada, resquebrajada por la sequía, sospecha en cada nubecilla que discurre la inminencia de un aguacero. No es menester mucho abono para que florezca su entusiasmo. Ni para que lo asista la esperanza de que, al fin, podrá redimir su vega. La promesa de un hecho así, la sola enunciación de que pueda acontecer, evita, en ocasiones, que lo derrumbe la desesperación. Y le aporta fuerzas para soportar la carga de una vida, que no es, en buen ajuste de cuentas, sino un péndulo patético que oscila entre segundos de felicidad y siglos de malaventura.

ENRIQUE SERPA

(Dibujos de Bartolí)

EL INCIDENTE DE LAS AUREOLAS

POR ALEJANDRO MAGNET

LA verdad es que nunca se supo exactamente quién fué. Pero tal vez sea un error plantear el asunto en esta forma. Lo más probable es que fueran muchos, incontables hombres esparcidos por toda la redondez del planeta los que pensaron, rogaron o, simplemente, fantasearon aquello a lo largo de muchos siglos. Hasta que, al fin, sucedió.

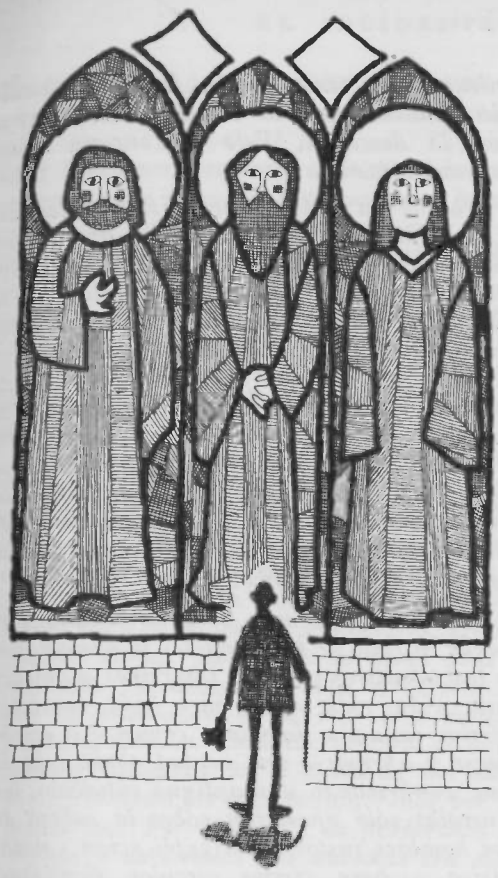
Con posterioridad se realizaron encuestas y aparecieron documentos que en otras circunstancias no hubiesen tenido el menor interés. Está, por ejemplo, el Diario *de la famosa sor María Chautemps, la trinitaria exclaustrada, recusable por eso mismo; o, mejor, los papeles de un tal señor Martín, dueño de una mercería en la calle del Arco. El caso del señor Martín es típico y de los más próximos, al menos en el tiempo, a la iniciación de los sucesos. Viven aún muchas personas a quienes les parece ver al señor Martín entrando a misa de doce en la parroquia, fresco, rojo, recién afeitado, con olor de evidente satisfacción. Daba gusto mirarle saludar a los conocidos, clientes de su establecimiento muchos de ellos, pues a esa misa asistía lo mejor de la ciudad. En la puerta de la iglesia el señor Martín se sacaba ya definitivamente el sombrero con el gesto de familiaridad respetuosa que usan los visitantes amigos del dueño de la casa. Luego, avanzaba por la nave central hasta su sitio acostumbrado, junto a la primera pilastra de la derecha, naturalmente.*

En los papeles del señor Martín nada hay que permita entrever siquiera su actitud espiritual durante la misa de doce. Sus notas se refieren, por lo general, a asuntos más concretos y de importancia inmediata, como los relacionados con su establecimiento de ferretería. A fin de cuentas, sus negocios eran perfectamente lícitos, le daban para vivir y alimentar a su familia y bien podía pensar en ellos durante la misa e implorar el favor divino para sus operaciones.

Pero no hay necesidad de seguir por el terreno de las meras conjeturas, porque ya aquí habla el señor Martín de hechos o pensamientos determinados.

Sucedió que la luz entraba a la iglesia por los vitrales de los costados. Había seis santos a cada lado, pintados de porte natural, uno en cada ventana. La luz vestía de ropajes resplandecientes los del costado izquierdo y en el interior de la iglesia había en las mañanas de sol una atmósfera fantástica que desasosegaba al señor Martín. En tales circunstancias, cuando los negocios andaban casi mal y había que luchar con una competencia tan dura, la belleza inútil de tanto color violento, flotando casi sobrenaturalmente en el aire, le irritaba los nervios.

A su izquierda podía ver a San Pedro con el rostro iluminado por una aureola de luz torrencial. En derredor de la cabeza de todos los santos había el mismo famoso círculo resplandeciente. Si los santos se encontraban ya en el cielo, fuera de competencia,



por decir así, ¿ para qué necesitaban aureolas ? Si es cosa convenida ya que una aureola es signo de superioridad moral, ¿por qué no colocarlas sobre la cabeza de los vivos poseedores de esa superioridad moral ? El mundo marcharía así mucho mejor, pues se podría saber, por fin, quiénes son los buenos y quiénes los malos y ordenarse las cosas en consecuencia.

Desde que la idea se le ocurrió esa mañana de sol, el señor Martín pensó en ella muchas veces y en una ocasión hasta se la explicó durante el almuerzo a su mujer. Cuando rezando el Padrenuestro decía « venga a nos tu reino » no podía sino imaginar una lluvia de aureolas sobre las cabezas elegidas y su fervor se acrecentaba. ¡ A más de uno conocía él que se quedaría esperando per sécula *su anillito de luz !*

* * *

Está casi comprobado también que fué el diario La Ley *de El Cuzco el que, sin quererlo, dió la primera noticia. Era en vísperas de unas elecciones parlamentarias varias veces postergadas por el Gobierno, y* La Ley *comentaba risueñamente un milagro que se decía observado en Urubamba, donde vivía un indio llamado Juan Huasi, cuya cabeza, « según los tendenciosos rumores propalados abusando de la superstición en que la alianza clérico-gamonal tiene sumido a nuestro pueblo », estaba rodeada por una especie de corona luminosa. « La afluencia de gente que se ha provocado en Urubamba gracias a estos burdos infundios — seguía informando* La Ley *— es hábilmente aprovechada por el cura de la localidad para hacer propaganda en favor del candidato de la reacción y del Gobierno. « Se corre por santo a Juan Huasi, pero esto es nada más que la peana sobre la cual se intenta afirmar la tambaleante candidatura del gamonal Castillo Infante que el pueblo sabrá resistir hasta el fin ».*

Al día subsiguiente, El Día *de Lima, daba cuenta de disturbios en el interior, ocasionados por un suceso de carácter más bien extraño, a juzgar por los rumores. « La cabeza de un indio llamado Juan Huachi — decía textualmente la información — parece irradiar cierta luminosidad que adopta, más o menos, la forma de una corona. Nuestro notable físico don Javier Lagarrigue, honra de la ciencia peruana, se ha dirigido a Urubamba para investigar el fenómeno. Entre tanto, la policía ha debido intervenir para mantener el orden. Toda la región está alborotada, lo que es aprovechado por los partidos extremistas para provocar desórdenes. En fuentes generalmente bien informadas se nos ha asegurado que el Gobierno estudia la posibilidad de declarar el departamento en estado de emergencia. Se habla, incluso, de que las elecciones serían aplazadas. »*

Veinticuatro horas más tarde el mundo se enteró, por un cable fechado en La Paz, de que graves sucesos se estaban produciendo de nuevo en Perú y Bolivia. « De las noticias filtradas a través de la censura establecida al decretarse el estado de emergencia — decía el cable — puede deducirse que, apoyado por la población indígena, la policía y el clero, un descendiente de Tupac Amaru, el Inca Huasi, se habría apoderado de El Cuzco y ceñido la corona de sus antepasados. Un cientista de Lima, el Dr. Fran-

cisco Javier La Garrigue, sería el cerebro de la revuelta. Este movimiento podría tener vastas proyecciones dados el predominio de las masas indias y la inestabilidad política que prevalece en estos dos países de América Latina. »

Los valores del estaño boliviano bajaron ocho puntos y medio en Wall Street y los que estaban más enterados ganaron millones.

Durante la semana que siguió, la humanidad se vió sacudida, arrasada por una ola de noticias inverosímiles. No había ocurrido nada semejante desde los días en que se comprobó la existencia de los platillos voladores. Otra aureola *— así dieron de inmediato en llamarlas los periodistas — apareció en Nueva Caledonia. Diez casos se observaron en Londres. El fenómeno se presentaba con una ubicuidad desconcertante. Pronto se supo de casos en el interior de la China, en Pakistán, en Lyon, en la Costa de Oro, en Budapest... Aparecieron con* aureolas *la tercera parte de las monjas de un lazareto en Colombia y cinco presos en Sing-Sing, uno de los cuales, en cumplimiento de su sentencia, fué llevado a la silla eléctrica, sin que la aureola desapareciese con la descarga. Esto desconcertó a los especialistas.*

Porque ya había especialistas y teorías. Las primeras y más seductoras aparecieron en Francia, naturalmente. La Comisión designada por la Universidad de Columbia se negó a adelantar nada mientras no se acumularan las estadísticas necesarias. Los semanarios ilustrados pusieron al alcance de los futbolistas las teorías que explicaban las aureolas por la radioactividad refringente, por la desintegración de los corpúsculos Beta de la substancia gris del cerebro y por la materialización del ectoplasma mediante una metatensión astral, y Pravda *publicó la tesis oficial soviética.*

Pero, una vez más, el buen sentido y el sagaz instinto de los humildes se adelantaron a las estadísticas. Entre las gentes a quienes una vida más dura hace más concretas ciertas calidades humanas comenzó a extenderse y afirmarse una verdad obvia : la de que, confirmando una antigua intuición, las aureolas sólo aparecían sobre la cabeza de los hombres justos. Esta explicación « metafísica » para ciertos círculos científicos, pareció, más que peligrosa, revolucionaria, cuando las estadísticas recogidas por la Comisión de Encuesta de la Universidad de Columbia revelaron que el 89,45 % de las aureolas comprobadas se encontraron sobre los cráneos de hombres con una renta anual de menos de 75 dólares. En los propios Estados Unidos hubo una fuerte reacción contra esa teoría cuando la misma Comisión dió a conocer también que el 26,45 % de las aureolas registradas en el país pertenecían a la minoría de color. En cambio, en la Cámara de Representantes, por ejemplo, sólo se contaban veintiuna aureolas, si bien equitativamente repartidas entre demócratas y republicanos.

Las cosas estaban ya colocadas fuera del terreno puramente científico, de modo que pareció justificada la condenación de la doctrina popular por varias sectas y religiones. Entre los fieles de las denominaciones puritanas el fenómeno era casi desconocido y mirado como una añagaza diabólica. Los yoguis y teosofistas, aunque no contaban con más aureolas que los puritanos, ganaron

muchos adeptos, debido quizá a la explicación sencillísima y a base de palabras ininteligibles que dieron del fenómeno. Los sectores burgueses, con todo, se inclinaban a la interpretación popular. Esta era, en el fondo, tranquilizadora y bajo los gobiernos « de orden » — en España, por ejemplo — las aureolas eran numerosísimas. Pero la perplejidad cundió cuando la Comisión Especial de las Naciones Unidas reveló que en la URSS se habían comprobado casi dos millones de aureolas. Era sencillamente desconcertante.

Aunque la mayoría de sus fieles y del clero participaba de la creencia popular, la Iglesia católica guardó una prudente reserva. No había nada contrario al dogma en esa creencia que, por lo demás, era la tradicional en la imaginería religiosa, pero una declaración oficial era absolutamente innecesaria. Había grandes damas protectoras de obras pías y conocidos caballeros de vida irreprochable que no ostentaban ni el más leve destello sobre sus cabezas. En tanto, hombres de antecedentes siniestros, en el fondo de sus calabozos, cerraban los ojos deslumbrados por su propia luz. Por otro lado, la proporción de obispos y cardenales con aureolas era altamente satisfactoria — de ser cierta la creencia popular —, pero quizá el porcentaje era más subido entre los simples sacerdotes. La revista Catholic hizo una minuciosa encuesta sobre este punto en los Estados Unidos. Ciertas órdenes religiosas eran pobrísimas en el inexplicable fulgor, y lo que más vino a desconcertar a muchos fué que varias personas tenidas por santos se vieron efectivamente coronadas por aureolas de primera magnitud que luego, poco a poco, comenzaron a perder brillo hasta desaparecer por completo. ¿ Qué pensar ?

* * *

Desde las primeras noticias el señor Martín había comenzado a vivir en sobresalto. No quería creerlas, naturalmente, pero una secreta esperanza le agitaba el corazón todas las mañanas cuando se miraba al espejo. Dos veces, un reflejo maligno casi le hizo dar un grito. Sin embargo — como se ve también por sus apuntes — terminó por no darle importancia a su falta de aureola. Hasta dejó de pensar que él, con su ruego insensato de aquella mañana, tenía alguna parte en el origen de todos esos fenómenos. Por lo mismo se había negado a tomar partido en alguno de los dos bandos que se terminaron por formar. Pero cuando su vecino Cabrera, el que había hecho bancarrota, apareció a la vuelta del verano con una espléndida aureola en torno a la negra pelambre, el señor Martín se hizo nominalista.

Pues ya por aquel entonces el mundo entero estaba dividido en dos bandos irreconciliables. En cuanto surgió el movimiento de los que querían confiar el gobierno de sus países a los hombres con aureolas, en los que se veía a seres señalados por la Providencia, se organizaron también los que veían en las aureolas una intromisión indebida o no les reconocían ningún carácter de signo o de maldita la cosa. A éstos, los primeros los acusaron de conceder a las ideas de bondad y justicia sólo un valor de flatus voci *que no podía encarnarse ni manifestarse realmente, y por eso los llamaron* nominalistas. *El mote hizo fortuna y los así bautizados, en señal de que lo aceptaban desafiantes, llamaron* realistas *a sus adversarios. Pero como*

había hombres con aureolas y sin ellas en ambos bandos, las cosas siguieron tan enredadas como antes del mutuo apodamiento.

Ello no impidió, sin embargo, que la revolución estallara sucesivamente en España, Italia y Francia, en donde los realistas *trataron de llevar al poder a los hombres con aureolas. Los revolucionarios, triunfantes en España y exasperados por su derrota en Francia, terminaron por degollar a los poseedores de las diez más hermosas aureolas de la Península, que se negaron uno tras otro a gobernar el país desde lo alto de un montón de cadáveres. La paz finalmente se restableció gracias a la mediación inglesa, aprobada por los Comunes en una borrascosa sesión en que el gobierno debió su victoria a las memorables palabras del Primer Ministro : —Ya sabemos que los sucesos que ocurren en España afectan gravemente a las aureolas británicas...*

En la propia Gran Bretaña, al igual que en los países escandinavos, la cuestión se había resuelto ya por sendas elecciones generales. Los realistas *alcanzaron* 503 *asientos en los Comunes, pero sólo* 112 *de ellos tenían aureolas. Con todo, la Reina debió hacer Pares a* 58 *notables con aureolas, para acallar así el escándalo que provocaba la Cámara alta.*

No obstante ciertos éxitos iniciales, el descalabro se produjo con bastante rapidez. En eso, la India y otros dos o tres países orientales demostraron una rara continuidad política. Sólo en ellos se pudo mantener el realismo *en el poder. Pero en otras partes se produjo la desmoralización. Ninguna aureola duraba más de un mes en Douning Street nº* 10, *bajo la mirada irónica del gran retrato al óleo de sir Winston Churchill, ni alcanzaba a las tres semanas en el Departamento de Estado en Washington. Sólo en Francia solían las aureolas durarles a los ministros más que el cargo... La acelerada rotativa en los cuadros dirigentes comenzó a desorganizar la estructura de los Estados hasta entonces más sólidos. El mundo parecía marchar de vuelta al caos original.*

Así, pues, no es de extrañar que la historia conceda tan alto lugar a Mr. Patrick Gallagher, el notable físico irlandes que trabajó tan silenciosa como obstinadamente en su laboratorio de Nuevo México.

El éxito final se debió en gran parte al absoluto secreto con que se llevó todo el asunto, lo cual muchos atribuyen todavía al hecho de que todos los colaboradores de Mr. Gallagher, principiando por éste, eran dueños de hermosas aureolas. Sea como fuere, el mundo entero fué sorprendido por la increíble noticia. Al señor Martín le pasó lo que a todo el mundo, según se desprende de sus papeles. Entre éstos figura un recorte de diario de casi media plana :

¡ Por fin, aureolas sintéticas !

A su inmediata disposición, sin pruebas, sin molestias, aureolas sintéticas exactamente iguales a las naturales.

¡ Siete hermosos colores ! Duración garantizada : ¡ Tres Años ! ¡ Señora ! Lleve Ud. aureolas del color de sus ojos o de su vestido. Aureolas especiales para deportistas.

Facilidades de pago.

ALEJANDRO MAGNET

(Dibujos de Bartoll)

FERNANDO DE LOS RIOS *

POR ANGEL DEL RIO

Conocí a don Fernando de los Ríos hace cerca de treinta años en una travesía de Vigo a Nueva York. Había tratado antes con alguna intimidad a varios de sus discípulos y amigos jóvenes granadinos — Federico García Lorca, Miguel Pizarro, José Fernández Montesinos, José Mora Guarnido — y a través de ellos me llegó la impresión de respeto y cariño que don Fernando les inspiraba como mentor intelectual, espiritual y humano. Conocía también algunas de su obras y le había oído hablar en el Ateneo. Me unía a él además, indirectamente, mi solidaridad, como modesto profesor de español en el extranjero, con el espíritu renovador que procedente de la Institución Libre de Enseñanza se había transmitido a algunos de los más importantes organismos de la cultura moderna en España. Todo ello hizo que al encontrarme con él en la cubierta del barco sintiera como si me hallase en presencia de un viejo amigo, de un viejo maestro. Las primeras palabras no hicieron sino confirmar aquel sentimiento. Me presenté a él y allí nació una relación que el tiempo fué acrecentando al ver el grado y la pureza de aquellas prendas humanas, morales e intelectuales que yo presentía.

Don Fernando venía a los Estados Unidos como delegado al Congreso de Filosofía de Harvard. Dió entonces varias conferencias y, entre ellas, « Religión y Estado en la España del Siglo XVI ». Cuando el Instituto de las Españas decidió darla a la imprenta en 1927, más por el fervor que en mí había despertado don Fernando que por sentirme con autoridad para ello, me ofrecí a escribir el prólogo. En él destacaba, en forma quizás un poco desmañada, que la juventud y el entusiasmo pueden hoy disculpar, las características del político, del profesor y del filósofo. Se hablaba también con ilusión juvenil muy del momento de un renacer de la cultura española representada muy eminentemente por don Fernando. Tono optimista el de aquellos años, que hoy no puede por menos de sonar como algo irremediablemente perdido.

I

Han pasado casi tres décadas, en verdad tremendas, y la historia ha dado su respuesta a aquellas, por lo visto, mal fundadas ilusiones. España, en lugar del renacer augurado, ha caído en una dolorosa escisión, no sabemos si irreparable. A manera de prueba podría recordarse que el libro suscitó, entre otros, un entusiasta comentario de Manuel Aznar, en *El Diario de la Marina*. Como es sabido, Aznar, antiguo director de *El Sol*, fué, en su juventud, una de las lumbreras del periodismo liberal en

* El presente artículo aparecerá como prólogo al libro - ya en prensa - *Estudios sobre el siglo XVI*, encabezado por la reedición del ensayo sobre "Religión y Estado", que publicará en México el Fondo de Cultura Económica.

España. Emigrado a Cuba, aún conservaba, en 1927, su fervor por la llamada España renaciente. Obedeciendo a ello, todo su comentario era de rendida y solidaria admiración hacia la figura de « el apostólico catedrático de Granada. » Y así, aludiendo al magisterio de don Francisco Giner, decía : « Acaso Fernando de los Ríos y Luis de Zulueta son los que mejor heredaron... la maravillosa bondad de su alma. »

Quienes hayan seguido la trayectoria de Aznar hasta convertirse en propagandista de una España y de una llamada Hispanidad que no son ni la de Giner, ni la de Fernando de los Ríos, ni la de Zulueta podrán medir todo lo que nos separa de aquellos años. Fué precisamente Aznar, uno de los que, sin avergonzarse de su inconsecuencia ni respetar una vida en muchos sentidos ejemplar, desde la Embajada de Washington, comentaron en términos además de falsos, poco piadosos, el fallecimiento de quien, al parecer, tanto había admirado. No se traen aquí estos hechos con ánimo de censura ni de remover enconos, sino como simple evidencia de las mudanzas de los tiempos.

Lo que no ha pasado ni podía pasar es lo que aquel prólogo significaba como testimonio de la devoción que en un sector considerable de la juventud española inspiró, desde sus comienzos, el magisterio de don Fernando. En el caso del prologuista aquella devoción no hizo sino acrecentarse, cuando los azares de la política le trajeron de nuevo a los Estados Unidos y, especialmente, cuando, tras la derrota del legítimo gobierno español, don Fernando y su familia hicieron de su piso de Riverside Drive hogar acogedor de los expatriados de Nueva York y lugar de visita obligada para cuantos hombres de letras o simples trabajadores modestos llegaban a la ciudad de todos los rincones del mundo de habla española.

Son, sin duda, esos años de destierro los que nos dan la medida justa de la calidad humana de don Fernando : de su temple moral, de su espíritu, acendrado en una lucha, que él, hombre ante todo de estudio, hecho para el goce de los valores de la cultura y de la vida, no rehuyó, atento siempre al deber. Fueron deber y obligación las normas que rigieron su existencia, al par que conceptos básicos en una parte considerable de su obra. Varias, por ejemplo, de las tesis de *El sentido humanista del socialismo*, se apoyan sobre la idea del divorcio entre derecho y obligación que caracteriza al capitalismo moderno.

Después de haberlo perdido todo, como tantos españoles, vivió acongojado por los problemas de la emigración — sólo quienes convivieron con él saben hasta qué punto la congoja fué minando su gran vitalidad —, respondiendo, sin desmayo, a los requerimientos de su partido o del gobierno de la República, aun a sabiendas de que la causa estaba perdida. Era la servidumbre del hombre público, aceptada por él hasta el último momento. Pero junto a esa fidelidad al deber, sintió renacer con fuerza su verdadera vocación : la de maestro y hombre de pensamiento. Toda su ilusión — la que aún le quedaba — era ir rehaciendo su obra, interrumpida a partir del año 30, mientras desde la cátedra de la New School for Social Research, rodeado una vez más de discípulos entusiastas, administraba diariamente su lección. No era sólo la comunicación de un conocimiento, vasto en su caso, de disciplinas jurídicas, sociales y filosóficas, era sobre todo, fiel a una vocación docente aprendida en la juventud, el compartir un saber orientado siempre hacia los valores más altos : los religiosos del espíritu y los morales de una conducta honrada. Los que le veíamos con frecuencia podíamos darnos cuenta de la alegría con que de nuevo se entregaba a su tarea : el gozo al preparar una nueva conferencia o desarrollar un tema predilecto. Pero ahora, en la turbulenta coyuntura de la segunda guerra mundial, surgida inmediatamente y, en parte, a consecuencia de la guerra civil española, el júbilo tenía que ir refrenado por un grave imperativo : el de transmitir a los alumnos de un centro como la New School, asilo de intelectuales sin patria, refugio de libertades amenazadas por todos lados, la angustia por el destino incierto de la civilización occidental. Había que hacerles sentir cómo era a ellos, jóvenes en un pueblo naciente y poderoso, a quienes incumbía la responsabilidad y la tarea de salvar los valores en crisis. Don Fernando tuvo toda su vida

fe en la juventud ; la tuvo mayor aún en la juventud americana : la del norte y todavía en forma más entrañable, la del sur, la de los países de su propia lengua. Por ello, hizo, cuando sus deberes profesionales se lo permitían, visitas frecuentes a Cuba, Puerto Rico, México y, al fin, a todo el continente en un viaje que tuvo mucho de apostolado de la cultura. Testimonio preciso de lo que significó esta etapa de la vida de Fernando de los Ríos son las palabras de Alvin Johnson, director de la New School y uno de los espíritus más liberales de Norteamérica, en una carta, dirigida al *New York Times*, con motivo del fallecimiento de su amigo : « Desempeñó todos sus cargos como un gran estadista. Pero don Fernando era mucho más que un hombre de Estado. Por ello, cuando, caída la República Española, aceptó la modesta posición de Profesor en la New School, su figura se destacaba, alta y sin tacha, sobre las incomprensiones de las dos culturas de nuestras Américas. Y así, lo mismo en California, que en Quito o San Juan, los estudiantes acudían en tropel a escucharle y a aprender de él el sentimiento de una común ciudadanía. »

« Era don Fernando uno de los pocos grandes hombres de nuestro tiempo. Podría atribuirse mi juicio al afecto que profesé a don Fernando, a lo que le quería. Pero le quería, no porque era el caballero más fino y cortés que he conocido, sino porque ni el más lerdo podía acercarse a él sin darse cuenta de su grandeza. »

Y en otro lugar (la revista *Social Research)* el mismo Johnson recordaba cómo uno de los juristas más respetados del país, Brandeis, le había preguntado una vez :

« ¿ A qué es debido el que América no produzca hombres doctos comparables a Emil Lederer, Fernando de los Ríos u Oscar Jászi ? »

« Tan pronto se alude a algún tema — añadía — entre uno de estos sabios europeos, la conversación adquiere profundidad, sea histórica o filosófica. »

He aquí dos juicios de la mayor autoridad sobre la persona de Fernando de los Ríos y el efecto que produjo en los círculos más selectos del mundo norteamericano.

Tras ellos, no es necesario reiterar el prestigio de una personalidad de significación tan manifiesta. Prestigio, anejo, en parte a una actuación pública, que, en cierto modo hizo que acaso se prestase menos atención de la debida a su obra escrita.

II

De acuerdo con la lección aprendida en Giner, derivada del krausismo, pensamiento y acción, cultura y vida, saber y conducta fueron, en rigor, inseparables para Fernando de los Ríos. Por otro lado, la necesidad de poner las ideas al servicio de fines nacionales o simplemente humanos es algo que les venía impuesto a los intelectuales españoles desde el último tercio del siglo XIX por la circunstancia histórica. El fenómeno es suficientemente conocido. Bastará citar los nombres de Unamuno y Ortega. Ni siquiera un escritor claramente vinculado a valores puramente estéticos como Azorín pudo eludir la circunstancia, la necesidad vehemente de renovación y crítica. Lo mismo les ocurrió a científicos de vocación tan definida como un Cajal o un Menéndez Pidal. El primero sale del laboratorio para impulsar, con la eficacia de su ejemplo, el desarrollo de la ciencia española o escribe, con el mismo fin, *Reglas y consejos sobre investigación científica : Los tónicos de la voluntad*, o dirige la Junta para Ampliación de Estudios. Menéndez Pidal, al frente de El Centro de Estudios Históricos, crea una escuela de investigadores y a medida que avanza su obra irá enfocando su amplia erudición hacia interpretaciones esclarecedoras del ser histórico de España. Es preciso situar la obra de Fernando de los Ríos, dentro de este cuadro de esfuerzos y orientaciones para que, juntamente con un sentido claro, adquiera el relieve necesario como aportación complementaria, y valiosa en sí, de la de los escritores citados. En el campo de los estudios de filosofía jurídica y social fué la figura más destacada de su generación. Ni sociólogos o tratadistas de derecho como Azcárate, González Posada o Sánchez Román, ni economistas como Flóres de Lemus, Bernis

o Viñuales, dieron a sus estudios, más circunscritos a problemas de su especialidad, amplitud histórico-cultural comparable a la que poseen los libros y la múltiple labor intelectual de de los Ríos. El que su nombre no aparezca siempre unido al de los otros grandes removedores de la conciencia española en lo que va de siglo es debido principalmente a dos causas : el carácter específico, ya en lo político, ya en lo filosófico, de una gran parte de su obra y el hallarse otra parte dispersa en discursos, conferencias o intervenciones parlamentarias, como fruto de una actuación pública. Por eso el análisis a fondo de su pensamiento tendría que empezar por reunir todos los materiales dispersos.

Aquí sólo interesa apuntar algunos rasgos salientes, señalar direcciones centrales. La primera, sin duda, fundamento de todas las otras, es la orientación humanística en un sentido lato y moderno. Humanismo que arranca de su formación krausista, al lado de don Francisco Giner, reforzada luego por las enseñanzas de Cohen, el más importante de los filósofos neo-kantianos. A través de un largo proceso, muy personal, se va a traducir en esa obsesión por lo humano, palpitante en su obra y en su palabra, o en la atracción que sobre él van a ejercer algunas tendencias del humanismo español del siglo XVI.

« La génesis psicológica del tema de este libro — escribe al frente de *El sentido humanista del socialismo* — es transparente. Desde los días, lejanos ya, en que estudiaba en la Universidad de Marburgo al lado del gran filósofo Cohen, fué adueñándose de mi conciencia una convicción que, tomando por base el humanismo jurídico y político de mi amado maestro español D. Francisco Giner y las doctrinas del propio Cohen, me llevó a conclusiones que... han enraizado más y más hondamente en mi ánimo con el decurso de los años... »

Y es también la enseñanza de Cohen, — coincidente, de nuevo, con la de Giner, — la que, en gran medida, va a determinar la fe socialista del discípulo. Cuando aquél dice « la idea de la preeminencia del fin de la humanidad nos lleva a la del socialismo, en la que cada hombre es definido como fin en sí » está formulando un principio que en Fernando de los Ríos producirá algo sumamente característico : la constante exaltación de la dignidad del hombre como valor supremo.

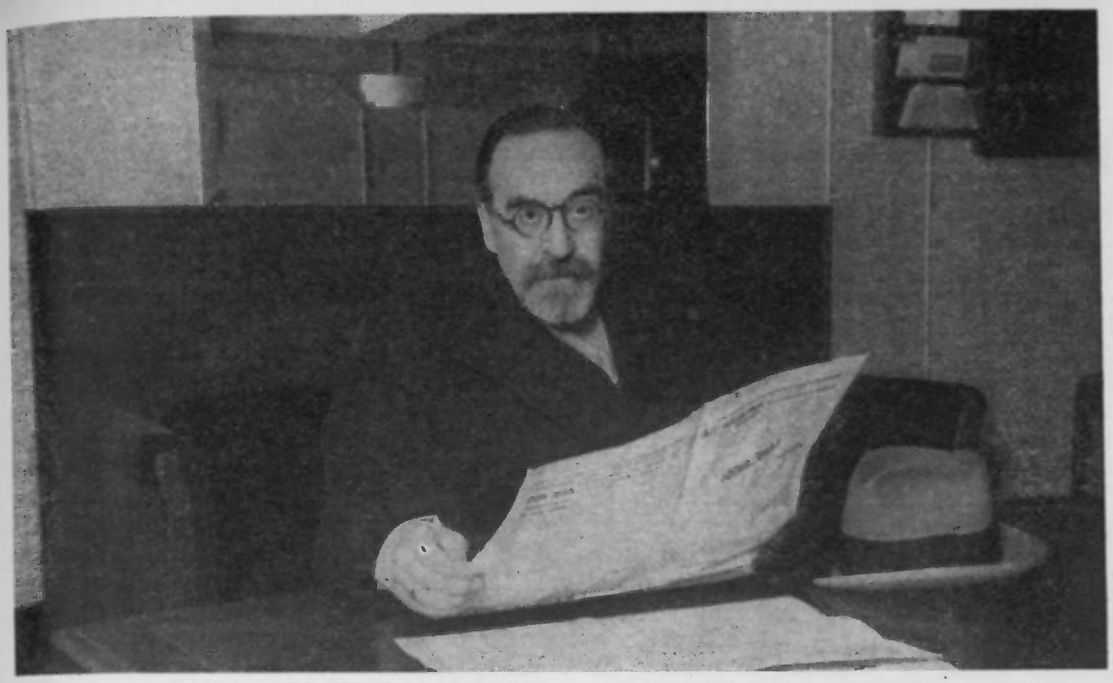
Esta nota humanística que venimos señalando explica otro rasgo capital : el afán de síntesis, de armonía, de unidad, que da al pensamiento y a la personalidad toda de de los Ríos, su tónica religiosa, al margen de iglesias confesionales. Lo ético ha de integrarse con lo estético, la verdad con la belleza, con la justicia, con todos los valores de la vida. Mas el sentido de unidad tiene otras manifestaciones específicas : el esfuerzo por cohonestar los fines del Estado con los de la persona y, sobre todo, la defensa de la razón en una época, como la nuestra, dominada por tendencias filosóficas irracionalistas o, al menos, antirracionalistas. Claro que hoy ningún pensador subscribiría la fe ciega en lo racional, a la manera del siglo XVIII.

Sin embargo, de los Ríos, ante la supervaloración actual de la vida, frente al vitalismo triunfante, después de considerar ese culto a la vida sin restricciones como una de las causas principales de la crisis moral desencadenada sobre el mundo a raíz de la primera guerra mundial, opondrá como remedio necesario un retorno a la razón, limitada, desde luego. Idea explícitamente formulada en sus conferencias sobre « El sentido de la actual descomposición política del mundo ». (Publicadas, según versión taquigráfica en la revista *Universidad de la Habana*, 1941, VI, núms. 38-39).

Dice allí :

« Creo firmemente que después de esta crisis vamos a redescubrir la esencia de nuestro destino. Vamos a redescubrir que, si bien la razón es limitada y sus aspiraciones a veces han sido desmedidas y pueriles, si bien el espíritu tiene, a su vez, una limitación esencial, no hay más tela que la que hay, no hay más que razón y espíritu y sólo ellos pueden ser las lámparas que iluminen nuestro camino... »

Razón y espíritu, guías del camino del hombre, tanto en la historia como en la vida individual. » « El hombre — se lee en otro lugar de la misma conferencia — tiene siempre un irrestañable fondo humano y depende de nuestra capacidad o inca-



FERNANDO DE LOS RIOS

pacidad el llegar a ese fondo insobornable, último, humano para poder extraer de él el hombre latente. »

Es decir, la esencia de lo humano consiste en la necesidad de hacerse el hombre a sí mismo, de llegar al fondo último de su persona para labrarse su destino, para sacar de ese fondo al santo o al tirano, al hombre de bien o al malhechor. Algo análogo ocurre con la vida, que no es buena ni mala en sí :

« ¡ Como si la vida — exclama — no fuera un cuenco vacío donde pueden ponerse nobleza o bellaquería ! La vida como cuenco no es en sí misma condicionante de ningún valor moral ; puede ser condicionante de los supremos valores destructivos de la esencia de lo humano. »

Esta capacidad de inclinarse hacia el bien o hacia el mal, de crear o destruir es la esencia de la libertad, sólo justificable cuando va aneja a un sentimiento de responsabilidad. Para decidir no tiene el hombre otra guía que la luz de su entendimiento, llámese razón, intelecto, espíritu o como se quiera. Tal manera de concebir al hombre, extensiva a todos sus actos y relaciones, es decir, a la sociedad a través de la historia, desemboca necesariamente en el problema jurídico, moral y filosófico, de los fines y los medios.

Es éste otro de los temas dominantes en la obra de Fernando de los Ríos. En él se inspira primordialmente el libro que desde el punto de vista teórico representa quizás su aportación más valiosa al mundo de las ideas : *El sentido humanista del socialismo.*

Los trabajos anteriores, *La filosofía política de Platón* (1907), *El fundamento científico de la pedagogía de Natorp* (1910), *Los orígenes del socialismo moderno* (1911), *La filosofía del derecho en don Francisco Giner y su relación con el pensamiento contemporáneo* (1917), etc., son producto de una etapa formativa receptiva. En cambio *El sentido humanista del socialismo* es expresión acabada de un pensamiento propio, maduro, a la par que de convicciones arraigadas, puestas muchas veces a prueba en una actuación política intachable.

Sin entrar en un examen detallado, cabe indicar algunos de sus aspectos sobresalientes : la consumada exposición histórica del voluntarismo moderno glorificador del poder inmanente en el hombre, a partir del renacimiento ; la razonada condenación del capitalismo como forma de vida ; y la defensa del socialismo como único camino para restaurar el derecho y la justicia, supeditados en la sociedad capitalista a los intereses particulares de la clase dirigente.

Después de estudiar brillantemente el

proceso de las ideas modernas, nacidas con la rebelión renacentista, ve Fernando de los Ríos, el arranque del capitalismo en la subversión ética que supone la ruptura del vínculo entre derecho y obligación. Se abandonan, así, por igual las nociones de fines trascendentes de la moral prerrenacentista y los ideales igualitarios que el humanitarismo del siglo XVIII trata de salvar. Tras la revolución industrial, la voluntad de las clases rectoras, apoyándose en los llamados principios liberales de la armonía de intereses, se polariza hacia el disfrute sin restricciones de los productos de la tierra, hacia el logro de los goces materiales. Economía, riqueza, dinero pasan de ser medios a ser fines. El resultado será el convertir a grandes masas de hombres, al obrero, en simple mercancía, máxima degradación, para de los Ríos, de la dignidad humana : la del explotador tanto como la del explotado. Por eso resume en la última página, en la conclusión : « La subversión capitalista a que de continuo nos referimos consiste en la degradación de la dignidad relevante del hombre y del sentido de la vida, por la consideración de aquél como objeto de mercado, subordinación real de ésta a los afanes de riqueza y expulsión de la idea del servicio prestado como base de valoración de los actos y razón del bienestar individual. »

Ante hecho de tal trascendencia, origen de tantas perturbaciones en la historia de los últimos ciento cincuenta años, considera el autor al socialismo como la única doctrina capaz de restablecer en las sociedades modernas el sentido de los valores creados por el humanismo renacentista, vigentes aún en el pensamiento humanitarista del siglo XVIII. Ambos, a pesar de su oposición a las concepciones del transcendentalismo medieval, conservan un sentimiento de espiritualidad, ético y religioso en último término. Religioso es también para Fernando de los Ríos el sentido del movimiento socialista, que define específicamente como « la primera política universal no nacida de una doctrina estrictamente religiosa, aun cuando tenga en sus contenidos los más de los elementos que caracterizan de tal a una religión. »

Un punto difícil de resolver, dada la propensión espiritualista del autor, era el justificar su adhesión al marxismo o, en caso contrario, su posición disidente. A nuestro juicio el problema está resuelto clara y honradamente, sin subterfugios. El reconocimiento de las extraordinarias aportaciones de Marx a la crítica del capitalismo y, por tanto, al ideario, metodología y caminos de acción política del movimiento socialista es explícito y sin reservas. Pero aquí interviene de nuevo la cuestión de causas, fines y medios, porque en este terreno el autor no puede aceptar la concepción económica, materialista y mecánica de la historia. Es más, lúcidamente señala algunas de las flagrantes contradicciones en el pensamiento de Marx. Así, cuando éste escribe en sus Notas Feuerbach, « los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diferentes modos, mas lo que importa es cambiarlo », está en palmaria oposición con el mecanicismo histórico que la dialéctica materialista supone. « ¿ Como coordinar — pregunta de los Ríos — en una síntesis viva el voluntarismo que encierra la nota transcrita y el biologismo mecánico ? » Y páginas más adelante, resume :

« Marx formula su tesis... de acuerdo con los postulados materialistas de su tiempo ; ... superada hoy científicamente aquella época, no pueden quedar subsumidas la ética y la política dentro del ámbito de las ciencias naturales... ; pero negar el carácter absoluto de la tesis no implica la negación de su valor relativo ; después de Marx es imposible desconocer la trascendencia del factor económico ; mas atribuirle el carácter generador de lo histórico es notoriamente erróneo. »

Frente al socialismo mecanicista y económico se siente solidario con el jurídico-reformista, postulado, entre otros, por Lasalle. La liberación económica es un medio necesario ; nunca debe elevarse a finalidad humana. Ésta no puede ser otra que la plena libertad de la persona para la conquista del bienestar individual y sobre él desarrollar los valores estéticos, éticos y religiosos con los cuales adquiere la vida del hombre sobre la tierra su más alto sentido. Por eso hay que poner la última mira en el poder educativo del espíritu.

A la luz de estos principios se explica la

reacción o más bien revulsión que en de los Ríos había producido pocos años antes la aplicación cerrada del marxismo por los bolcheviques, durante su visita a Rusia como delegado del Partido Socialista español. Aparte de las impresiones recogidas en su libro *Mi viaje a la Rusia sovietista* presenta un « Dictamen sobre el ingreso en la Internacional de Moscú » (publicado en El Socialista, 19 de enero de 1921) donde concreta su pensamiento : « Así como el capitalismo ha significado la exaltación de la idea de libertad aplicada a los objetos económicos con el fin de hacer más fácil la servidumbre de los hombres, el socialismo, en cambio, representa el sometimiento de la economía a un régimen disciplinario para hacer posible un mayor enriquecimiento de la libertad de las personas. »

Digamos de paso que tanto el *Dictamen* como el libro — uno de los primeros escritos por un intelectual de occidente sobre la nueva Rusia — adelantan en bastantes años la reacción desilusionada de otros muchos intelectuales — recuérdense, como ejemplos, el caso de un Kœstler, o un Gide, — que adheridos por idealismo a la causa de la revolución, tardaron en descubrir lo que de negación de todas las libertades tenía la política de Lenín, culminante en la barbarie del stalinismo. El proceso está claramente entrevisto por Fernando de los Ríos.

III

Por los años en que se escribe y publica *El sentido humanista del socialismo* dos preocupaciones centrales y hasta cierto punto complementarias empiezan a resaltar en los estudios, cursos y conferencias de Fernando de los Ríos : el análisis del Estado moderno y la peculiar posición de España dentro de las corrientes renacentistas, en las que justamente se origina el concepto mismo del Estado moderno adscrito al de nación. El tema del Estado, de su génesis, naturaleza y desarrollo, venía ya siendo objeto de su atención desde mucho antes, desde que en 1910 opositó a la cátedra de Derecho Político de la Universidad de Granada. A él dedicó más tarde un curso en la de Madrid, repetido en Ginebra y otros centros intelectuales. Primicia de sus estudios sobre el siglo XVI español fué la conferencia cuya segunda edición encabeza este libro. Por la época a que ahora nos estamos refiriendo, ambos temas van a adquirir nueva significación a causa de las apremiantes incitaciones del momento histórico. La revolución rusa y la emergencia del fascismo en Italia le hicieron darse cuenta de cómo, a raíz de la primera guerra, el problema más agudo en el orden político, sobre todo en el terreno donde lo político limita con lo moral, iba a ser el de la coexistencia del Estado y del individuo, la relación Poder-persona humana, o, dicho en otros términos, el conflicto entre autoridad y libertad, presente siempre o, al menos durante los últimos cuatro siglos, en la historia de las naciones europeas, pero nunca con el extremismo de la hora actual.

Corolario de la formación ético-jurídica de de los Ríos, de su fe socialista, era el respeto al Estado como ordenador del derecho, garantía de la justicia y árbitro de intereses encontrados. El Estado, sin embargo, como la razón, la economía o cualquier otra de las creaciones del hombre tiene sus límites. Al rebasarlos, al irrumpir en un terreno que no es el suyo, pierde su justificación moral, su validez jurídica.

Coincide esta etapa de la labor científica y docente de de los Ríos con un período agitado de la política europea y más particularmente de la política española en la que él ya no dejó de intervenir : en la cárcel, en el poder, en la oposición, en la diplomacia, en el destierro. No es extraño, pues, que su pensamiento adquiera la hondura dramática de algo que se siente en lo vivo, ni que en sus escritos, discursos y lecciones aparezca con renovada inquietud la voz denunciadora de los abusos del poder, de las irrupciones cada vez más exigentes del Estado en la vida individual. Ve con creciente alarma el desencadenarse sobre el mundo occidental de toda clase de totalitarismos, la violación de los derechos de la persona humana, el atropello de todas las libertades, la amenaza, incluso en las sociedades aparentemente más libres, de un retroceso a la violencia y a la barbarie.

No es fácil seguir el proceso de su obra en estos años : del 30 al 49. La mayor parte está o inédita o dispersa en artículos y folletos. Precisamente su mayor afán, al

sentirse enfermo, fué el de ir ordenándola para la imprenta. Pudo lograrlo en el caso *El pensamiento vivo de Francisco Giner* (el último de sus libros que aun llegó a ver por coincidencia significativa no desprovista de emoción) y de los ensayos que forman el volumen, ya póstumo, de *¿ A dónde va el Estado ?* Fué producto este libro de una preparación de muchos años. En él se recogen parte de los estudios y cursos a que antes hemos aludido, pero en el proceso de revisión tenían que infiltrarse necesariamente, dentro de su tono objetivo, muchas de las inquietudes posteriores. Y así entre otras cuestiones se trata de « las fuerzas del mal y el problema de la injusticia », de « la deificación del Estado », de « la concentración del poder en un individuo », del proceso del Estado-Poder en la filosofía política alemana desde Fichte y Hegel hasta Treitschke o de las relaciones entre Poder, Estado y Sociedad. Más de una vez se alude también a las corrientes del humanismo jurídico español.

Con todo, el pensamiento angustiado de los últimos años hay que rastrearlo en algunos materiales sueltos : folletos, como « La posición de la Universidad ante el mundo actual », « Nazi Infiltration in Ibero-America » o « South American Perplexities » ; en apuntes de sus lecciones o en las conferencias de su curso de Verano en la Universidad de la Habana. Aunque fragmentariamente, la línea puede reconstruirse en sus perfiles salientes.

El tema dominante es el proceso de la deificación del Estado, desde Maquiavelo, para quien toda política es un problema de poder, a través de Hobbes —« el estado es un Dios mortal », « No hay sobre la tierra potestad que se pueda comparar con el Estado » — hasta llegar a Hegel, que hará del Estado la « manifestación suprema del espíritu en la historia » y, en su nombre, proclamará la realidad ética de la guerra.

No son otras las fuentes primarias del fascismo y del nacismo, realidades terribles que, en competencia con el totalitarismo comunista, ofrecerán en holocausto al nuevo Dios impersonal, millones de víctimas, haciendo tabla rasa del derecho y la moral, bases necesarias de toda civilización. En ellos se liquida por igual la tradición cristiana, basada en la caridad, y la herencia greco-latina, que eleva la razón sobre las pasiones del ser humano.

En el fondo se trata de fenómenos que, a semejanza del capitalismo y de amplias zonas de la cultura moderna, arrancan del inmanentismo renacentista y de la concepción del hombre como pura naturaleza, igualándole con la materia. La solución, ya sugerida en *El sentido humanista del socialismo*, no puede ser otra que la humanización o, mejor, la espiritualización de la vida civil. Lo que en un plano superior quiere decir el volver a dotar de alma a la materia, resolviendo las dualidades que el repudio de la unidad medieval determina. No cae, sin embargo, de los Ríos en las ingenuidades de un retorno a la Edad Media, de « un nouveau Moyen Age. » Por deseable que ello fuera, y es dudoso que lo sea, sabe perfectamente, como cualquiera que haya meditado sobre la historia, que en la marcha del tiempo no hay retroceso posible. Por lo tanto es necesario pensar en una superación, buscar una nueva síntesis, un nuevo sentido de unidad de la vida, crear en último extremo una nueva moral. Para él, fiel a su trayectoria, la solución sigue estando en el socialismo, pero en un socialismo, como el definido en su libro, de bases morales, espirituales y hasta estéticas. Por el socialismo puede llegarse a la dignificación de la existencia y a lo que quizás sea requisito de toda superación, la posibilidad de organizar una verdadera sociedad internacional, terminando con todos los nacionalismos, manifestación extrema del proceso analizado. Ni es dable insistir en salvar un capitalismo liberal, que paulatinamente va dejando de serlo, ni hay que dejarse arrastrar por una mística revolucionaria que, mediante el endiosamiento de la masa, desemboca en su órgano de expresión : El Estado totalitario.

IV

Aunque en el bagaje intelectual de Fernando de los Ríos predominen, según ocurre en muchos de sus compañeros de generación, las lecturas extranjeras — la tradición del racionalismo setecentista y de la filosofía alemana —, los hontanares profundos de su cultura son, sin duda, inte-

gramente españoles. Como los mejores entre sus contemporáneos (Unamuno, Ortega, Castro, Madariaga, o Maeztu en una dirección opuesta) fué redescubriendo a España, derivando hacia afirmaciones españolas a través de Europa y del europeísmo. De ahí su preocupación, en algunos momentos absorbente, por lo español, por lo hispánico.

La forma primaria y más evidente de ese fondo español sería el punto de vista humano y moral con que se acerca a las cuestiones políticas, sociales y jurídicas. El arranque inmediato de tal actitud procede del influjo de Giner, otro español europeizante, el primero en la época que antecede a la nuestra. La explicación verdadera, tanto en su caso como en el de su maestro, habría que buscarla más lejos : en eso que podría llamarse la permanente postura moral del español ante la vida. Visible desde las primitivas creaciones de la literatura castellana — el Cid es hombre de justicia, sabidor en derecho— podría rastrearse en las obras alfonsinas y del Infante Don Juan Manuel, el primer tratadista del Estado en lengua romance, hasta llegar al pensamiento político y jurídico del siglo XVI, cuya génesis se estudia con penetración y amor en los ensayos del presente volumen.

No es casual que fuese España, el único país europeo en donde surgió una doctrina coherente en oposición al maquiavelismo. Así lo reconoce, entre otros, Giuseppe Prezzolini, en uno de los mejores libros recientes sobre el pensador florentino, *Machiavelli anticristo*. Bajo el subtítulo « Una doctrina positiva antimaquiavélica », dice lo siguiente : « Mientras en Francia la semilla maquiavélica encontraba un terreno estéril, en España el maquiavelismo tuvo la fuerza de engendrar la oposición más formidable y, para aquel tiempo, más nueva. »

Si los supuestos político-jurídicos de estos antimaquiavelistas clásicos provienen de fuentes muy distintas — la defensa de la monarquía católica, — las coincidencias, a tres siglos de distancia, con algunos de los principios morales del autor de *¿ A dónde va el Estado ?* no dejan de ser sintomáticas. Tienen, sin duda, alguna base común y explicarían parte, por lo menos, de la atracción que los problemas de la cultura española del siglo XVI ejercieron sobre de los Ríos.

Se ha repetido varias veces una anécdota, según la cual, don Fernando, ante la insistencia de las autoridades norteamericanas de inmigración para que diera una respuesta satisfactoria a una pregunta sobre su filiación religiosa, se declaró « erasmista ». Lo cierto es que reiteradamente afirmó su admiración hacia un movimiento, que, si bien malogrado por el triunfo de la contrarreforma, dejó escondidos caminos en la espiritualidad española. Actitudes que *mutatis mutandis* podrían descubrirse en cuantos reformadores han ido surgiendo a lo largo del azaroso rumbo de la historia de España, de un Jovellanos a un Giner. No eran erasmistas, desde luego, ni podían serlo ya en plena Contrarreforma, ni Rivadeneyra, ni Quevedo, ni Gracián, ni Saavedra. Por ello la persistencia en dar a lo político un fundamento moral es tanto más significativa.

Fué el destino de España el de hallarse, apenas conseguida su unidad nacional, en el corazón mismo de los conflictos políticos y espirituales, suscitados por las grandes conmociones del Renacimiento y la Reforma. Ello produjo un complejo tejido de fuerzas, en cierto modo divergentes, entre la libertad moral y la fatalidad de determinadas direcciones históricas. A desentrañar ese complejo tejido van encaminados la mayoría de los ensayos aqu reunidos, siguiendo una línea claramente establecida ya hace años en el primero de ellos.

Lo característico de todo el proceso estatal desde las innovaciones de los Reyes Católicos y de Cisneros hasta la consolidación del extraño consorcio de Iglesia y Estado, responde a un esfuerzo por aunar los fines de la política, esencialmente temporales, con los intemporales de la religión. Esfuerzo llamado fatalmente al fracaso ante el triunfo ya patente entonces de la idea de temporalidad con el abandono consiguiente de todo concepto de trascendencia. A pesar de ello, a pesar de su fracaso, España crea formas que van a influir de manera decisiva en la estructuración del Estado Moderno. Quizás más en lo referente a los medios que en lo que atañe a los fines.

Al leer estos ensayos es curioso observar la corriente contradictoria de crítica y admiración que fluye más o menos oculta. Por un lado se denuncia lo inadmisible, casi diríamos lo monstruoso de esa fusión, de Iglesia y Estado : nueva teocracia, traducida en uno de los primeros totalitarismos estatales con la obligada persecución de toda conciencia disidente. Pero por otro, no deja de entreverse cierta admiración y hasta una solidaridad reprimida hacia la firmeza en sacrificarlo todo a la unidad moral del mundo, que iniciaba entonces su moderno proceso de escisión.

Es este sentimiento, esta aspiración a la unidad moral, lo que, a despecho de las más radicales diferencias, relaciona el pensamiento de de los Ríos con el de los humanistas del XVI. Ello es evidente en casi todos estos ensayos así como en otros lugares de su obra. Véase, por ejemplo, lo que dice en *¿ A dónde va el Estado ? :*

« De la contrarreforma surgió el pensamiento jurídico-político que va desde Luis Vives y Francisco de Vitoria y Fernando Vázquez Menchaca a Francisco Suárez, caracterizado el primero por la exaltación de la necesidad de una concordia general, para evitar la ruptura de la cristiandad en dos bloques opuestos ; en el segundo, por la defensa de los valores en las contiendas bélicas... ; en el tercero, por la necesidad esencial de no forzar las conciencias para incitarlas a abjuraciones que carecen de valor, precisamente por ser forzadas ; y en el último, por su famoso *De legibus*, por defender una idea nueva... que es la unidad de la comunidad humana, ... y por sostener, en lo que se refiere al poder del Estado nacional, la sumisión del príncipe a la ley. »

No ignoraba de los Ríos lo desmesurado de este ideal de unidad, que tan singular cariz presenta en la evolución del mundo moderno, por oponerse a la corriente en cierto modo fatal de la historia. Por ello al definir el « ethos español » habla en otro lugar (la Introducción a *El pensamiento vivo de Francisco Giner*) de « el drama de un pueblo empecinado en convertir la Utopía en Realidad, lo Absoluto en Relativo, el Más allá en Aquí y Ahora. »

Se trata, pues, de aspiraciones imposibles de realizar, pero que junto a una trayectoria, en lo esencial equivocada, produjeron intentos tan admirables como los esfuerzos por la creación de un derecho de gentes, la humanización de la conquista y el hermoso ensayo de Utopía cristiana establecido en Pázcuaro por Vasco de Quiroga.

Todo ello, lo malo y lo bueno, lo acertado y lo erróneo fué objeto del análisis de Fernando de los Ríos. Y quizás uno de los rasgos más interesantes de sus estudios es apuntar lo que hay de común en tendencias tan opuestas como las que podrían representar un Torquemada y un Padre Vitoria. En ese fondo común encontraríamos los resortes íntimos del alma de España, cuya significación tan bien definió el mismo don Fernando en una de sus páginas más emocionadas y más emocionantes : su última conferencia ante los expatriados españoles en México :

« España, fundidora de sangre, España en proceso de integración hasta el siglo XV y en proceso de desintegración desde fines del siglo XV ; España viviendo su drama ; pero España tiene una apetencia, una sed que se inicia con ella desde que nace a la vida y que nunca ha sido satisfecha, que nunca podrá ser satisfecha, porque esa sed que tiene España es sed de lo absoluto. »

A la iluminación de aspectos básicos de esa apetencia de España en su momento culminante están dedicadas la mayor parte de las páginas de este libro. Se trata en ellas de temas substanciales del pasado español en zonas lindantes con los más serios problemas en la historia moderna del viejo y del nuevo mundo. A algunos de estos temas se aporta aquí, con una documentación y un sabor rigurosos, ideas claras, de esas que no abundan ciertamente en la interpretación, siempre ambigua, de un país, cuya realidad, según un contemporáneo de de los Ríos, Américo Castro, ha sido la de « vivir desviviéndose. » Otros temas, especialmente en los ensayos publicados ahora por primera vez, apenas si están sugeridos, por haberse visto el autor privado, en sus últimos años, de la salud y la tranquilidad que requería un desarrollo más completo.

A pesar de ello, quedan en el libro analizados con precisión tres amplios fenómenos de la cultura hispánica, íntimamente

relacionados entre sí : la formación de un estado-imperio, con el predominio de los fines religiosos ; la génesis de doctrinas jurídicas en relación con ese Estado, y, por último, el influjo de esas doctrinas en la creación de un concepto moderno del derecho internacional y en el ordenamiento legal del Nuevo Mundo.

V

No debe dejarse sin destacar algo que acaso distingue a Fernando de los Ríos de muchos de sus compañeros de generación y, en conjunto, de gran parte de los intelectuales españoles, por lo menos antes de la emigración ocasionada por la guerra civil. Nos referimos a su decidido y ya antiguo interés por América. Más que de interés, cabría hablar de su amor, de su fe en América, que siempore supo cohonestar con su profundo ser de español. La visitó muchas veces, vivió, al fin, en ella y en ningún lugar donde se hablase español se sintió extraño. Como otros de los españoles más ilustres — bastará citar a Menéndez Pelayo y a Unamuno — vió que la mayor grandeza de España fué crear este mundo nuevo y que en él se hallaban las esperanzas más firmes de continuidad del genio hispánico. Esa es la razón de que le preocupasen hasta el fin de su vida los peligros que acechaban a unas nacionalidades en proceso de crecimiento, al irse incorporando a puestos de responsabilidad en tiempos tan turbulentos como los nuestros. A ello están dedicados dos ensayos como *Nazi Infiltration in Ibero-America* y *South American Perplexities*. Pero si no se cegaba ante los peligros, tampoco vaciló en una esperanza sobre el destino altísimo de los nuevos pueblos. Nada menos que el de superar el dualismo que ha dividido a Europa, restaurando la unidad de conciencia y a través de ella la unidad del mundo occidental.

Con un llamamiento a ese destino termina su conferencia sobre Religión y Estado, escrita, recuérdese, en 1926 :

« He aquí la razón oculta, subyacente, que corre a través de la actual preocupación e interés suscitado por España. Ahonden en la meditación de cuanto a ella y a su siglo XVI se refiere, los jóvenes americanos, porque si América ha de representar algo nuevo en la historia, algo fecundo e innovador espiritualmente, no podrá conseguirlo sino superando el dualismo europeo en aquella edad, resolviendo en unidad lo que Reforma y Contrarreforma subrayan como opuestos ; rehaciendo de un nuevo modo la conciencia que en el XVI quedó desgarrada. »

Por su parte la juventud americana, a la que se dirigen las palabras citadas, le correspondió con una admiración y un afecto sin reservas. Pocos maestros han sido tan unánimemente aclamados por la juventud universitaria en todos los países de la América española. Y mientras en España, salvo entre el grupo escogido de discípulos, acaso lo mejor de su obra, especialmente la escrita, no tuvo toda la resonancia debida, a causa en parte de resentimientos nacidos en la lucha política, escritores americanos de primer rango se han ocupado de ella con atención comprensiva : cubanos como Raúl Roa, Jorge Mañach o Roberto Agramonte ; bolivianos, como Guillermo Francovich, y argentinos como Dardo Cúneo, para citar sólo algunos de los más conocidos.

En sus estudios y comentarios, obra y persona aparecen realzadas, como era de esperar tratándose de un hombre que supo, como pocos, fundir acción y pensamiento, la palabra de la tribuna y la disciplina de la cátedra. Figura ejemplar, cuya vocación frente a las fuerzas del mal se definió hace muchos años, al calor de las enseñanzas de otro gran español, don Francisco Giner : « enseñar a los hombres a mirar a los cielos del ideal, al ámbito puro de la religión pura. »

Después de lo dicho es adecuado y significativo que, en los días que corren, sea en tierras americanas donde vean la luz algunos de los frutos póstumos de sus trabajos y meditaciones.

ANGEL DEL RIO

Tributo de un bibliófilo a
ANTONIO PALAU Y DULCET

POR LUIS ARAQUISTAIN

En noviembre de 1954, a los 87 años de edad, murió en Barcelona Antonio Palau y Dulcet. Había nacido en 1867, en un pueblo de Cataluña. Seguramente la inmensa mayoría de los españoles y no españoles ignora su nombre. No era un torero famoso, ni un futbolista de temible patada, ni un gran bailarín gitano, ni un apolíneo actor de cine, ni un triunfante general sedicioso. No era originariamente más que un librero de lance, pero que hizo por el conocimiento y la difusión de los libros de lengua española en el mundo más que la mayor parte de los catedráticos de literatura castellana. No se limitó a vender libros, sino que los fué catalogando durante su larga y laboriosa vida, y al cabo de muchos años de paciente y árido trabajo, este hombre singular, que no recibió otra enseñanza que la de las primeras letras, nos ha dejado el más grande monumento bibliográfico que hasta ahora se ha hecho en España.

Se titula, con excesiva modestia, *Manual del librero hispanoamericano*, Barcelona, 1923-1927, 7 volúmenes en 4º. La obra es mucho más que un manual para libreros hispanoamericanos, clientes presuntos en los cálculos editoriales de Palau y el motivo comercial de que se titulara así ; pero no es en los catálogos de libreros de lengua española donde se ve citada con más frecuencia, sino en los catálogos de lengua inglesa, francesa, alemana, italiana y muchas otras menos familiares. Ni es tampoco obra de consulta sólo para libreros, sino también y en mayor grado para bibliotecarios, bibliógrafos y bibliófilos, y rara será la biblioteca pública o privada, en las cinco partes del mundo, donde se conserven viejos libros españoles, que no posea un ejemplar de esta bibliografía indispensable. No goza ni gozará nunca Palau de una fama multitudinaria, como los héroes populares antes aludidos ; pero mientras haya estudiosos, bibliófilos y bibliómanos de libros en lengua española, impresos en España, en otros países europeos y en América, y cada día abundan más en el mundo entero por el creciente prestigio de las culturas de origen hispánico, desvanecidos ya los motivos políticos que trataron de desacreditarlas en los siglos de hegemonía española, la gloria de este hombre humilde, verdadero obrero de la bibliografía, será imperecedera.

Como modelo para su obra, Palau se sirvió del *Manuel du libraire et de l'amateur de livres*, de Jacques-Charles Brunet, que a pesar de sus años — la primera edición es de 1809 y la quinta y última, la mejor, de 1860 — sigue siendo la bibliografía general más útil en cualquier lengua, aunque en ella predomine la literatura francesa. No parece que utilizó tanto el *Trésor de livres et précieux*, del alemán Graesse, también obra excelente y complementaria del Brunet, por incluirse en ella muchos libros desconocidos o desdeñados por el gran bibliógrafo francés. El Brunet le dió la pauta para su *Manual* ; pero el

contenido lo halló Palau en España y en América, en los bibliógrafos españoles e hispanoamericanos que le precedieron. Las bibliografías, como las enciclopedias, se hacen por acumulación de trabajos individuales y sucesivos a lo largo del tiempo, en una colaboración nacional e internacional incesante.

Sorprende que un país como España, por lo común tan negligente en la conservación y catalogación de la mayor parte de sus otros tesoros culturales, sea en cambio uno de los más ricos en bibliografías. Que yo sepa, la primera gran bibliografía nacional que se publica en Europa es la doble *Bibliotheca hispana vetus* y *nova*, de Nicolás Antonio, Roma, 1672-1696, 4 tomos en folio (la mejor edición es la ampliada de Madrid, 1783-1788), obra que, por lo gigantesca y por levantarse en un terreno apenas desbrozado, parece increíble que pudiera ser el fruto de un solo hombre. También la *Typografía española*, de Francisco Méndez, Madrid, 1796, es una de las primeras bibliografías nacionales de incunables. El librero Dionisio Hidalgo hizo una segunda edición ampliada en 1861. Pero la obra de Méndez ha quedado anticuada después de publicarse la magnífica *Bibliografía ibérica del siglo XV*, del alemán Conrado Haebler, La Haya y Leipzig, 1903-1907, en 2 tomos. Palau bebió sin tasa en todas estas fuentes, como tenía pleno derecho, pues tales trabajos, repito, no pueden ser sino obra de equipos y generaciones de investigadores.

No fueron las únicas. En 1937-1938, mientras la aviación italoalemana nos rociaba con bombas a los que entonces residíamos en Barcelona, yo distraía mis ocios forzosos — después de la eliminación del gobierno de Francisco Largo Caballero por los comunistas — visitando de vez en cuando la librería de Palau, origen de mi bibliofilia. Deseando iniciarme en esta ciencia algo esotérica y exacta, en una ocasión le pregunté si tenía las siguientes obras que yo, neófito, deseaba adquirir : el *Catálogo de la biblioteca de Salvá* (1872), que también fué librero ; el *Catalogue de la bibliothèque de M. Ricardo Heredia, comte de Benahavis*, 1891-94, bibliófilo, que compró lo mejor de la gran colección Salvá ; el *Diccionario general de bibliografía española* (1862-1881), de Dionisio Hidalgo ; el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, de Bartolomé José Gallardo (1863-1889), y otros que me guiasen en aquella intrincada selva, poco menos que virgen para mí, de libros recónditos. — No necesita usted nada de eso. Todas esas bibliografías las encontrará usted en mi *Manual*, trasladadas con la mayor corrección y diligencia — me contestó Palau, con ejemplar honradez.

Era fundamentalmente un hombre honrado, como bibliógrafo y como librero. Vendía muy baratos sus libros, y cuando pedía un precio que a él se le figuraba algo alto, aunque fuese risible comparado con los de otros libreros nacionales y extranjeros, lo hacía con cierta timidez, como si le remordiese la conciencia. Carecía del instinto de presa de los grandes libreros del mundo. De haberlo tenido, con los muchos libros valiosos que pasaron por sus manos o que él tuvo oportunidad de adquirir a bajo precio, cuando andaban tirados por las covachuelas de Barcelona o esperando una oferta algo tentadora en las colecciones particulares de familias venidas a menos — en España son muy raras las ventas en subasta, tan generalizadas en el resto del mundo —, hubiera podido llegar a ser tan multimillonario como el librero Rosenbach, de Filadelfia. Ha muerto, no diré que pobre, pero sí como un menestral, como un obrero de la inteligencia. Al aparecer su *Manual*, creo que se vendía por 10 o 12 pesetas tomo, poco más que el precio de coste. Agotado hace años, era difícil encontrar en Europa o en América un ejemplar de ocasión por menos de unos 150 dólares, ocho o diez veces más que el precio de nuevo. En sus últimos años andaba empeñado en una nueva edición, mucho más extensa que la primera ; pero ha muerto cuando sólo estaba mediada, y dos de sus hijos, bibliógrafos también, tendrán que completarla.

Palau utilizó muchas otras bibliografías españolas e hispanoamericanas además de las citadas. Como dije al principio, pocas lenguas — si es que hay alguna — presentan caudal bibliográfico tan copioso como la española, que cuenta con numerosas bibliografías de órdenes religiosas o corpora-

tivas, regionales, etnográficas, de lenguas peninsulares e indígenas de América, de Oceanía y de Asia, por materias o profesiones (de Medicina, por ejemplo, hay dos voluminosas), y otras que sería prolijo y fastidioso enumerar. Baste decir que es rara la provincia o ciudad importante de España sin una bibliografía de su imprenta o de sus escritores locales, la mayor parte de ellas premiadas en concursos por la Biblioteca Nacional, de Madrid. Si a alguien le interesa el tema, le remito al trabajo « De re bibliográfica », de Marcelino Menéndez y Pelayo, incluído en el tomo primero de su *Ciencia española*, pero que hay que completar con las numerosas bibliografías aparecidas después de la muerte — en 1912 — del gran polígrafo español.

Palau recogió también lo mejor de las grandes bibliografías hispanoamericanas : las de Beristain y García Icazbalceta sobre Méjico y las del coloso bibliógrafo chileno José Toribio Medina sobre casi todos los países de América y Filipinas. Cita la monumental *Bibliotheca Americana*, en 20 tomos, del norteamericano Joseph Sabin, en inglés, pero no creo que tuviera ejemplar, por su elevadísimo precio. La muy valiosa *Bibliotheca Americana Vetustissima*, de Henry Harrisse, norteamericano también, para los libros sobre América publicados hasta 1550, aunque ya escasa y costosa asimismo, sí es probable que la utilizara.

En suma, el *Manual* de Palau es una compilación de lo más selecto de innumerables bibliografías españolas e hispanoamericanas y algunas de otras lenguas, la más completa que existe en la nuestra. Me parece difícil que nadie pueda superarla, aunque sí pueda mejorarse, del mismo modo que nadie ha superado la de Brunet en Francia. Ambas, las de Brunet y Palau, son las mejores bibliografías en su género. La inglesa de Lowndes, buena para su tiempo —la primera edición es de 1834 y la última de 1864 —, resulta ya totalmente inservible y no hay otra mejor en ese idioma. Mi amigo Ferguson trabaja en una nueva desde hace años, pero ya dobló el cabo de los setenta, y aunque la bibliografía suele ser oficio de longevos, no sé si tendrá tiempo de terminarla. Aunque parezca extraño, ni la lengua alemana, ni la italiana, ni ninguna otra europea salvo la portuguesa, poseen nada parecido al Brunet ni al Palau, por lo hercúleo del esfuerzo individual que representan. Tan grandes trabajadores como ellos, y eso fueron ante todo, se dan de tarde en tarde en el mundo. Les sigue otro hombre, también de la Península ibérica, el portugués Innocencio da Silva, con su muy completo, si bien algo desordenado, *Diccionario bibliográphico portuguez*, en 20 tomos con los suplementos de Brito Aranha (1858-1911).

A lo mucho que copió de otros, aunque comprobando y corrigiendo casi siempre con ejemplar a la vista lo que copiaba, hay que añadir lo mucho que él descubrió por su cuenta. Así y todo, nadie puede pretender, y él era el primero en no pretenderlo, que su obra fuese completa ni perfecta. Ninguna bibliografía lo es ni puede serlo nunca. Siempre aparece algún libro o edición desconocidos. Yo mismo le envié a Palau varias papeletas de obras que no figuran en su *Manual*, algunas de ejemplares al parecer únicos. ¿ Cómo podía él conocerlos ? Lo justo era ayudarle, me parece, en vez de censurarle por sus omisiones o sus errores, inevitables en labor tan vasta, como hicieron algunos bibliógrafos profesionales cuando se publicó su *Manual*, entre ellos el muy erudito, pero poco generoso, Foulché-Delbosc, que en el número 160 de su *Revue Hispanique* le dedicó un artículo por demás cruel y cicatero. Le molestaba a él, el gran hispanista francés, que aquel no muy culto librero catalán hubiera emprendido tamaña obra de romanos y quisiera codearse nada menos que con Brunet, mientras los pontífices de la bibliografía oficial se distraían en arduas investigaciones sobre particularidades más fútiles que provechosas.

Algo y aun algos sobran en el *Manual*, dicho sea sin el menor menoscabo de ese utilísimo repositorio bibliográfico. Por de pronto, los juicios literarios del autor sobre los libros que describe y que, no obstante lo que dice Menéndez y Pelayo en la obra citada — acaso influyendo con ello sobre Palau —, y aunque fueran de tan gran crítico como el propio Menéndez y Pelayo, están siempre de más en trabajos de esta naturaleza. Lo que se pide a un buen bibliógrafo es que describa lo más correcta-

mente posible todas las características externas o tipográficas de un libro, sin juzgar su texto, que es harina de otro costal. Lo primero que importa en una bibliografía es, por decirlo así, la historia natural de los libros, y cualquier valoración crítica, por autorizada que sea, será siempre secundaria y como tal dispensable en esta clase de obras. En los volúmenes que he visto de la segunda edición subsisten las opiniones críticas del autor, que nada agregan a la utilidad del *Manual* y lo recargan de materias innecesarias. Sus continuadores lo mejorarían notablemente si lo aligerasen de cuanto no es en él estrictamente bibliográfico.

Palau estaba muy orgulloso de una novedad que él había introducido por primera vez en una bibliografía española, imitando también en esto a Brunet: citaba los precios más recientes de los libros en los mercados internacionales. Algunos censuran esto como una profanación y aun como una prostitución de la noble ciencia bibliográfica, que a juicio de los que así opinan debe mantenerse en un ambiente de pureza, lejos de toda idea y práctica de lucro. A mí me parece, al contrario, que lo que más ha contribuído a salvar los libros del polvo, de la incuria, de la polilla, de los ratones, de la humedad y de mil enemigos más que los iban destruyendo en los desvanes y zahurdas donde estaban olvidados o menospreciados es precisamente el conocimiento del alto valor comercial que han adquirido en nuestra época.

Muchos hombres de negocios, que ya no saben en qué emplear su dinero sobrante, compran libros raros como inversión lucrativa del capital. Cierto fabricante inglés de una salsa popular para la sopa, que se hizo millonario con ese producto — milagro que sólo se explica en un país negado para el arte culinario como la Gran Bretaña —, reunió una de las mejores colecciones de libros con grabados, y cuando en 1946 la subastó en Londres, sacó por ella el triple o cuádruple por lo menos de lo que le había costado. Con todo esto, los libros se exhuman, se desempolvan, se cuidan, se miman, como tesoros positivos o ilusorios. La codicia fomenta el amor a los libros, aunque sólo sea para venderlos. Palau hizo, pues, bien en estimular con las noticias de los precios un amor que no se sabe si es a los libros o al dinero, pero que indudablemente beneficia a los libros, uno de tantos casos de la heteronomía de causas y efectos en la conducta humana.

Pero los precios de los libros corren a veces mucho más que los bibliógrafos. La mayor parte de los que Palau cita en la primera edición de su *Manual*, y que hace treinta años se consideraban altísimos, nos parecen hoy irrisorios. Pondré unos pocos ejemplos. La cotización más alta que da Palau para la primera edición del *Arte de navegar*, de Pedro de Medina, Sevilla, 1545, es de 2.000 pesetas (supongamos que sean oro, aunque no lo eran). En 1951 se subastó en Londres un ejemplar de la misma edición por 1.100 libras esterlinas, o sea 3.080 dólares, o sea unas 15.000 pesetas oro. La cotización más alta que hallamos en el Palau para las dos partes del *Quijote* en primeras ediciones es la de la venta Huth en 1912 : 1.400 libras, o sea 7.000 dólares. En 1927, un librero de Londres ofrecía un ejemplar de las dos partes, en primeras ediciones — acaso el mismo de la venta Huth —, por 3.800 libras, o sea 19.000 dólares. Palau recoge esta última cotización en la segunda edición de su *Manual* (1950), pero es probable que hoy las primeras ediciones de las dos partes del *Quijote* valgan mucho más.

De todos modos las cotizaciones de los clásicos castellanos no pueden compararse con las de los clásicos franceses e ingleses, señaladamente con las de Shakespeare. Por un volumen que contenía dos poemas suyos, *The Passionate Pilgrim* y *Venus and Adonis*, en una edición de 1599, que no era la primera, se pagaron en 1919, en subasta, 15.100 libras, o sea 75.500 dólares. De la primera edición del *Hamlet* (1603) sólo se conocen dos ejemplares imperfectos. Si apareciera uno completo de esa obra, que es la más apreciada, probablemente se pagaría mucho más que por ninguna otra de Shakespeare. Los clásicos italianos y alemanes no se cotizan tanto, como no sean incunables o con grabados de los siglos XV y XVI. Fuera de las obras de Cervantes y algunas de Lope de Vega, los otros autores españoles se pagan poco en el mercado internacional, como no sean incunables, por lo muy raros, o libros de caballe-

ria ilustrados, o ediciones del siglo XVI de obras relativas a América : son los blasones culturales de la nueva civilización que se está forjando en aquel Continente.

Pero aun estos últimos tampoco pueden compararse con las cotizaciones de los primeros libros u opúsculos que los ingleses publicaron acerca de la primera de sus colonias americanas, Virginia. Y nada se diga de los primeros libros impresos en esas colonias. Por un ejemplar del primero de todos, un librito de salmos conocido por el *Bay Psalm Book*, publicado en Cambridge (Massachusetts), 1640 — un siglo después del primer libro impreso en Méjico —, se pagó en 1878, en subasta, 1.200 dólares, cantidad que entonces pareció exorbitante. Por el mismo ejemplar, el doctor en filosofía y librero Rosenbach, de Filadelfia, pagó hace pocos años, en subasta también, la suma algo más exorbitante de 151.000 dólares. Son los incunables de la América anglosajona y hay que pagarlos, no ya a peso de oro, sino de radio o de uranio.

Los incunables de Méjico (siglo XVI) se cotizan menos, bien porque los bibliófilos sean más pobres o menos sensibles a la manía del coleccionismo. Un ejemplar del cuarto libro impreso en Méjico, en 1543, se vendió años atrás en una subasta de Londres por 2.600 libras, o sea 7.280 dólares, una bagatela comparada con el precio antes citado. Pero si se encontrase el ejemplar que describen las *Cartas de Indias* (Madrid, 1877), página 787, considerado como el primer libro impreso en Méjico, 1539, un opúsculo de 12 hojas, que parece haberse perdido, no obstante el afán febril con que lo buscan bibliógrafos, bibliófilos y libreros de muchos países, el feliz mortal que diese con él podría aspirar a venderlo tal vez por un millón de dólares. Pues ya no sería sólo el primer libro impreso en Méjico, sino el primero impreso en América, y eso tiene que valer mucho más, hasta para los americanos del Norte, que el primero impreso en los Estados Unidos. Sin contar que aún quedan en Europa algunos potentados bibliófilos que rivalizan con los norteamericanos y hasta les superan. Quizás el comprador más fuerte sea hoy un bibliófilo de Ginebra.

La historia de los precios de los libros revela, por una parte, el grado de su rareza y, por otra, las oscilaciones del gusto bibliográfico de cada época. Algunas ediciones famosas y muy buscadas en el pasado siglo, como las aldinas y las elzevirianas, hoy no interesan a nadie. Los incunables europeos, que por el simple hecho de serlo, cualquiera que fuese su contenido, hacían furor en los Estados Unidos hace cincuenta años, se venden hoy allí más baratos que en Europa. Al internacionalismo bibliográfico va sucediendo un nacionalismo cada vez más acentuado, lo mismo que en política y en todos los órdenes de la vida. Cada pueblo se aferra a los valores de su cultura literaria y los venera hasta la idolatría, desentendiéndose de las ajenas. No del todo, porque hay valores universales y permanentes que siempre interesarán a todos los hombres cultos del planeta. Las primeras ediciones de Homero y Virgilio, de Dante y Petrarca, de Rabelais y Ronsard, de la Celestina, Cervantes y Shakespeare, de Copérnico y Galileo, de Vesalio y Miguel Servet y de cuantos libros son los más altos exponentes de la literatura y la ciencia del mundo, tendrán devotos apasionados en todos los tiempos y lugares, aunque hayan de pagarlas a precios cada día mayores. En este sentido el *Manual* de Palau es también un espejo precioso : refleja la valoración comercial creciente de los libros en lengua española en los mercados internacionales, reflejo a su vez de la valoración intelectual en los grandes centros mundiales de la cultura, a veces mayor que la que les concedemos en nuestros países respectivos, donde la bibliofilia está menos desarrollada, bien por nuestra mayor pobreza o por nuestra mayor indiferencia a las más justificadas glorias nacionales. La bibliofilia de un pueblo es uno de los índices de su riqueza o de su nivel cultural. Consolémonos de la relativa modestia de la de los nuestros pensando que por lo menos han elaborado copiosos y admirables instrumentos bibliográficos, como éste de Palau y los que quedan citados, para que otros pueblos los manejen y puedan enriquecer sus colecciones de libros en lengua española a sabiendas de lo que hacen.

LUIS ARAQUISTAIN

SANTOS CHOCANO
poeta de trunco pedestal

POR MANUEL SUAREZ MIRAVAL

La generación que signa el despertar poético del Perú — con rumbos e intenciones cuasi propios — había (y esta fecha pertenece al 85) alboreado la despedida de lo que ha dado en llamarse el « romanticismo peruano » con Ventura García Calderón, José Gálvez, Enrique A. Carrillo (« Cabotín »), Adán Espinoza Saldaña y José María Eguren, entre otros, aun cuando este último pervivió, y pervive, en los poetas que les sucedieron. En buena cuenta, fué el necesario encadenamiento de la transición y que permitió el arribo de los del 95 sin mayores estridencias. Pero los *nuevos*, los benjamines del siglo que nacía, tuvieron siempre tiempo para alejar la sordina o la austeridad literarias de sus afanes y bien se cuidaron de llegar riendo y sonriendo con Yerovi, acatando la bruma y el índice en los labios con Amalia Puga de Lozada, imitando el neorrenacentismo itálico con Fiansón, teorizando sobre el modernismo con Francisco Mostajo, llevando el soneto a los confines de Heredia con Domingo Martínez Luján y sobre todo, y sobre todos, con la batuta de dimensión hispana que supo enherbolar con precisión de saeta José Santos Chocano. El histrionismo que este poeta limeño va a esgrimir a lo largo de 59 años hubiera servido una misión de apostolado si la tónica asumida hubiese gravitado en dimensión de altura desinteresada. Mas, nuestro poeta, Borgia mestizo, sangre impetuosa que no pudo o no quiso canalizar, sirvió su Yo con una avaricia sólo superada por el colombiano Vargas Vila e hizo del acatamiento a su *ego* un rito que aún perdura. Claro está, que los bohemios, como trató de bautizarlos don Ricardo Palma, habían también merodeado por el « yo sufro », « yo clamo » o « yo agonizo » ; que José Arnaldo Márquez o Clemente Althaus, que Luis Benjamín Cisneros o Germán Amézaga, que Felipe Pardo y Aliaga o Carlos Augusto Salaverry abrían los brazos ávidos de público y resonante aplauso ; que mucho más atrás en el tiempo, José Joaquín de Olmedo — que vivió para el Perú y murió para el Ecuador — también adoptaba la voz gimiente en la muerte de cierta Princesa de Asturias..., pero fué Santos Chocano (apellidos del poeta, y no nombre y apellido como, generalmente, se cree) quien escala el caudillismo poético y quien, nave al pairo y viento en contra, inscribe su impronta en el verso con tanta violencia y estremecimiento inesperados como la que don Manuel González Prada imprimió en la prosa. Ya el gerifalte del panfleto, el artífice de « Páginas Libres », había clamado :

> *Vista ropaje del siglo la idea :*
> *deje el raído jubón de Cervantes,*
> *rasgue la vieja sotana de Lope,*

ansiando una transfiguración de metros

y una renovación de postulados. Capturando la invocatoria, pero revertiéndola hacia sí mismo, José Santos Chocano transfigura la poesía peruana. Va mucho más allá de lo que pudiera esperarse, y se aleja tanto que durante mucho tiempo se confundirán indiscriminadamente su interés y el interés de la poesía, nuestro ideal y su ambición, su medrar y nuestra fe. El sentimiento halla en el « poeta de América », como gustó llamarse, una nueva vocación transitiva y un enunciado explícito que rebasa los linderos del simple pendolario.

A una correntera en constante expansión — sobre todo, a esa generación de « revanchistas », si cabe el vocablo, que el 79 derramó en nuestro territorio —, supo imponerle sus propios diques : que no fueron otros que los de su desplante su *davidismo* verbal ante un *goliatismo* político-despótico, su coherencia sintáctica, su precisión visual (y de ahí que se hable de su tendencia a la descripción, algo apresuradamente), su raigambre peruana (esto es, dolida, doliente y dolorosa), su atenacear raíces de mestizaje, su vocación de conquistador y descubridor (« me sentaré a la popa, desataré la vela y partiré a las Indias como un Colón del verso »), que no de colonizador, su extraversión metafórica y su impudicia en la confidencia, su desnudar el cuerpo y encubrir el alma, su predilección por el giro, su praxis armónica... y melódica. Santos Chocano señaló así un cambio de rumbo. Habíamos actuado con recato, con cierta timidez personal, con mucho silencio individual. El dolor, la pena, el sufrimiento, eran, en cierto modo, propiedad privada del poeta : no se pretendía compartirlos, sino vocear el trance subjetivo. Nuestro poeta, inigualable facturador de escenas, nos hizo comulgar con su octava mayor, Con él impostamos, de inmediato, el gesto rotundo, la frase estatuaria, el verso vibrante, el período encendido, la voz de múltiples ecos. No extrañe, por ende, que el primer libro de sus versos aparezca en tinta roja. *Iras Santas*, que cubre los años 1893 y 1895, dan la primera clave de su persuasión americana. La frase chocanesca — en el sentido que la entendemos ahora —, esto es, la frase espigada, densa, enriquecida y coruscante, amanece ya en ese libro :

Y abre tus brazos esparciendo luces,
que así parecerás sobre el Calvario,
en vez de muchos hombres, muchas cruces.

Fácil es advertir un fuerte hálito victorhuguesco. Como el autor de la poesía más rebelde del XIX, se erigía en un censor del tirano, del malbonapartino caudillo local, a pesar de sus bien ganados oropeles en la Campaña de la Breña :

Si escribir es luchar, — la gloria suma
es azotar al déspota insolente.
. . . . . .
... y mi odio a los tiranos sin conciencia
quedará como herencia
para que se reparta entre los pobres.

En esta etapa se nutre de palabras como Pueblo, Libertad, tirano, yugo, multitud, lira, verdugo, esto es, de toda la gama combativa del ataque denodado y justiciero. ¡ Lástima grande que no mantuviera igual código de honor con el correr de sus años ! Sus contemporáneos, sin embargo, no pudieron menos de admirar el verbo :

¿ Que retroceda yo ? ¡ Salvaje anhelo...
Yo tiendo por instinto a alzar la frente :
el ave tiende por instinto al cielo...
¡ Hoy nadie pone a mis furores raya ;
que si yo retrocedo es solamente,
cual lo hace el mar, para inundar la playa !

La metáfora y la expresión ceñida (« y en su frase con hálito de rosa/como oculto reptil se enrosca el nervio »), el tono personal — que adquiriría, años después, en Alberto Hidalgo insolencia y desplante, y en Alberto Guillén enfadosa actitud — prosificaba algunos renglones, destinados a logros más depurados :

Venga el golpe hacia mí, firme y seguro ;
¡ que mi muerte espantosa en el presente
será vida gloriosa en el futuro !

El ceceo bíblico le rozó muy furtivamente : « Por la señal del bíblico madero, / ya que morir espero »... Fué un libro de confesonario. El estío y el otoño de 1893, y esta vez en tinta azul, mostraron su otra faceta de juventud : *En la Aldea*. Quiso, allí, volver al campo, retornar a la

naturaleza, pero, como en Juan de Arona, al cercado local, al campanario vecino, al terreno que salvamos en menos de un centenar de pasos. Para mí representa un libro de tanteos y de búsquedas. Ahí empezará a nacer la inmaculada « Magnolia », ahí empiezan a vagir los cantos futuros, tal vez más de lo que se piensa. Creo, asimismo, que el sosiego y la tranquilidad de estas páginas se mal avenían con su temperamento. De ahí que, en plena o pretendida Arcadia, surja el exabrupto :

Oíd vosotros mis pesados ecos,
mis gritos agrios y mis roncas salvas :
¡ vírgenes mustias de pulmones secos !
¡ tristes mancebos de cabezas calvas !

En 1896, y bajo el título de *Azahares*, agrupó unas notas líricas. Aquí proseguiría en el ahondamiento de su sentir, de su especial sintonía para el sentimiento exacerbado y estatuario, buscando siempre el *efecto*, no como Ravel para eslabonar la frase musical a base de distorsiones y nuevas armonías, sino como natural reforzamiento de una lírica sustentada en el concepto rotundo y su vibración estremecidamente sonora :

¡ Si es justo que la pasión
pidiendo limosnas ande,
ya que el amor que se expande
en mi alma, no cabe en ella,
dénme otra vida más bella
sobre otro mundo más grande !

Poco a poco iba descubriendo, re-descubriendo (que es el único módulo de la cultura en cualquier orden) sus personales andamios futuros : la cadencia de las vocales abiertas (a, e, o) frente a la recogida pausa de las vocales ocluídas (i, u), el valor cuantitativo de las esdrújulas y la parsimonia retentiva de los grupos bisilábicos (ando, undo, erto, elso, etc.), la fuga del participio y la congestión de los gerundios, y, al lado de ellos, su personal y whitmaniana visión (no hay poeta que no se sienta un elegido), la conciencia de tener un universo propio (y hay, es cierto, un mundo chocanesco) :

y abrí mi libro, como Dios sus cielos ;
y vi mis versos, como Dios sus mundos...

Luego, sintiéndose apto para publicar unas *Poesías Completas*, lo que hizo en Barcelona, recogió también varios poemas elaborados entre 1892 y 1900 : *Selva Virgen*. Ahí llegan, a mi entender, su madurez y el perfilamiento definitivos. Ahí recogió esa limpia y sugerente composición que tituló « De viaje » :

Ave de paso,
fugaz viajera desconocida :
fué sólo un sueño, sólo un capricho, sólo un
[acaso,
duró un instante, de los que llenan toda una
[vida.

Ahí, también, le decía a uno de los fautores del cuento peruano, Enrique López Albújar :

Descuelgo mi arpa, pero estoy rendido.
Canto, pero no canto con afán ;
¡ porque he encontrado en mi sepulcro un
[nido,
pero de aves que nunca volarán !...

Ya empezaba a requerir expectativas de grandeza. Controlaba, cada vez más difícilmente sus imprevistos zarpazos. Sus iras las había llamado « santas ». En otras ocasiones había tendido a una sobrevaloración del tema frívolo, adivinando que muchas veces el decurso humano sólo adquiere veracidad e inmanencia en la medida que aporta el símbolo circunstancial. Pero como quien justifica la intrascendencia, nos entregó (en 1899) *La Epopeya del Morro*. La épica, hasta él carente entre nosotros de voces auténticas, reapareció avasalladora y unilateral :

¡ Y a la manera de ese grupo fiero
que ante innúmera tropa no se abate
ni empaña el lustre de su limpio acero,
siempre acosada del dolor, la Vida
es sólo un grupo de años que combate
contra una Eternidad desconocida !...

A continuación, y el vértigo empieza a consustanciarse con su especial manera de actuar, vienen *El Derrumbe* (1899), *El canto del siglo* (1900), *El fin de Satán y otros poemas* (1901), la segunda edición de sus *Poesías Completas* (1910) — antes en París, Bouret había publicado una selección de sus poemas : *Los cantos del Pacífico* (1904), y piedra miliar de su obra, *Alma América* (1906). Para ese entonces, anduvo

dirigiendo revistas varias : « El Perú Ilustrado », « La Neblina », « La Gran Revista » ; había tomado contacto, en Chanchamayo, con la selva peruana ; sus pasos le habían hecho transitar por el Valle del Cauca, en Colombia ; desempeñado había misiones diplomáticas en Centroamérica, defendiendo y propagando la tesis del arbitraje obligatorio para las provincias cautivas por el invasor ; había alcanzado a distinguir tierras de Panamá y Ecuador ; los viajes habían señalado Chile, Argentina y Uruguay en el itinerario ; pero, sobre todo, había viajado hacia sí mismo. Miguel de Unamuno prologó este libro cuyas dos palabras tanto representaban para el vasco genial. Menéndez y Pelayo también ornaba la primera edición. Las viñetas corrieron a cargo de Juan Gris. Pero todo el poema, y no sólo por el manojo áureo de los convocados, todo el poema que es *Alma América* desfilaba como un reto de ostentación y egolatría encadenados al verbo :

No tienen mis estrofas sino calor y vida ;
la vida les da el Ande y el trópico el calor.

Pero el poeta, ambicioso y pugnaz, no solamente estatuía la declaración vibrante. El importaba — desde su Perú y desde su América — un mestizaje que aún palpamos, una indivisa mescolanza de naturaleza virgen, pasiones crudas, gallardía y gestos numantinos, agitadas controversias y músicas verbales : música en el concepto, música en la cadencia, música en la expresión..., música tánta que cuando, años después, López Albújar hizo un elogio público de Martínez Luján, recordaba que « para hacerse oír tuvo que ponerse al unísono de la infatigable y altisonante trompeta de José Santos Chocano ». Juicio acertado... en parte. Trompeta, bombo, trombón, claro que lo fué ; pero tuvo, además, susurros de siringa. Unamuno le pronosticó : « Es un ambicioso y la ambición es camino de gloria ». *Alma América* ha servido, por otra parte, para difundir una imagen de nuestro poeta que no es definitiva ni completa. Los « Nocturnos » de *Oro de Indias*, por ejemplo, acusan vetas y gemas que no pensaban asomar en el libro que tratamos. En cambio, puede hablarse de la persistencia de ciertos temas ahí nacidos : España, la Raza, la Gloria, el Aventurero, la Cruz, y un hispanismo episódico y anecdótico, tan anecdótico y episódico como el que trasluce en las « Tradiciones » de Ricardo Palma :

Colón puso el delirio de su mente ;
pero la realidad... la puso España
. . . . . .
No en vano aún la lengua castellana
presta la pompa de su augusto traje
para cubrir la desnudez indiana.

No sería hasta « Blasón », soneto de los perfectos que salió de su pluma, donde condensaría limpieza y desgaire. En otros respectos, confiaba sólo en el pasado y la nostalgia, el ensueño y la realidad tornasolada. Es ahí cuando Rubén le dice que « trae encendida en vida su palabra potente ; / y concreta el decir de todo un Continente », confirmando en su papel de yesca al libro auroral. Libro delatorio (« Los déspotas me asombran ; pero yo soy como ellos »), libro pendular de sones (« y, entonces, sacrifico mis bellas baratijas, / como los viejos nobles que echaban sus sortijas / al bronce destinado para fundir campanas... »), libro clarinesco (« y copio las notas / que los primitivos / no copiaron nunca.. , no copiaron nunca, / dentro de la clásica onomatopeya de sus cantos líricos »), ostentaba nuevos matices en su fácil percepción rítmica y el pergamino del tiempo sepulto adquiría cadencias y brillos desusados.

Sus versos inundaron el mundo del idioma. Con ductilidades de cincelador, antes que de modelador, Santos Chocano rozó (rozó, no más) el alma americana. Fué poeta de su verbo — me refiero a América— pero no de su espíritu. Y ése fué su drama. Cuando quiso abandonarse a la visión pura — apartándose de efectos y recursos profesionales, logró poemas tan bellos como « La magnolia », « La garza real » o « El sueño del cóndor ». Y aun cuando varios críticos le han censurado no haber recurrido a la sugerencia antes que a la descripción exhaustiva, ello no invalida sus méritos estrictamente literarios Porque relegar al lector facultades quirománticas o aficiones de palabras cruzadas es tener muy en menos la función del artista. Con igual criterio podríamos inva-

lidar el « Moisés » de Miguel Angel o « L'Embarquement pour Cythère » de Watteau. No son la mayor o menor cantidad de elementos o ingredientes los que dictaminan el logro de una obra de arte o la hechura de un poema. El defecto de Santos Chocano, si es que nos animamos a sentarlo en el banquillo de los acusados, es el de poner como total una visión acusadamente fragmentaria de nuestra realidad. Pero las épocas varían de filosofías, criterios, religiones y puntos de enfoque. Tal vez pequemos nosotros de lo mismo. Tal vez seamos ahora más parcializados que antes. Porque en arte o en literatura no hay « progreso » en el sentido neoyorquino del vocablo, esto es, como un perfeccionamiento de la técnica. La Poesía es algo más que eso. Mallarmé supo responder a un imprudente con mesura crítica. No se trata de un secreto bajo siete llaves, como en el lamento de Verlaine. Pero el sublime resto, la cuota adicional, hicieron de Santos Chocano un príncipe de la palabra rimada. De esta palabra que nosotros, precisamente nosotros, enrumbaremos algún día en cataclismos idiomáticos. Pero sus horizontes (los de nuestro poeta), subordinados a intereses efímeros, sucumbieron sin remedio. Hoy tenemos una nueva visión del idioma, de nuestro destino, de nuestra conciencia agitada. Hoy sabemos de nuestra desorientación anímica. Hoy, sobre todo, tenemos ya a César Vallejo. Hemos pasado — en el Perú — por el tamiz de Eguren, por la sordina de Ureta, por la disciplina de Martín Adán ; por eso nos sentimos casi liberados. Porque hemos roto muchas trabas en el camino hacia nosotros mismos. Pero Santos Chocano, sin arrogarse esa misión prometeica, cruzó el espacio delante de nuestros ojos como una cuadriga enloquecida de soberbia y apostura, como un vendaval de asonancias y consonancias aún gratas, por lo que yo encuentro en su volátil tránsito un resabio de peruanidad honda y un reclamo de alquitarada belleza expresiva. Inicia, si iniciarse puede, el Ciclo de oro de nuestra poesía. Lleva el verso a los más altos pináculos de la expresión y en ello — acaso pueda enrostrársele — es demasiado explícito. No se cubre, es cierto, con velos de Isis. Pero eso son candideces. El Poeta es el gran descorredor de túnicas. Y quien no desenmascara su Esfinge, es porque nada tiene que decir Santos Chocano ostenta *Alma América*. Ostenta, sí. Lo reitero.

En 1908 publicó *Fiat Lux*. Empezó a deambular sin descanso. Por todos los caminos. El crimen fué uno de ellos. Su pintoresca existencia, su andariega ambición, el caleidoscopio de horizontes que sus ojos atesoraron, los honores y orgías que pudo paladear, compaginánronse desordenadamente. Desdijo la intención de sus primeros cantos. Pero, en cambio, los mejores poemas de amor salieron por esos tiempos de su pluma. Llegó, al fin, a Chile. La vindicta de la conciencia continental le inpugnaba, segundo a segundo, el cobarde asesinato de Edwin Elmore. Pagó, como queriendo acallar a sus enemigos, con su propia sangre. Un 13 de diciembre la vida se le escapó por innumerables ojales que el puñal de un insano distribuyó en su cuerpo. Pero quedaron sus versos para el póstumo recuento. Fué enorme en su diapasón, pero no profundizó dentro de la carne. No escribió para la esperanza de la humanidad. No se sintió vocero ni de nuestro dolor, ni de nuestro sufrimiento. No representó las más serias meditaciones de las avanzadas indoamericanas. Llevó un propósito de imperio afincado en las armas y el ritual, las más deleznables intermediarias del mandato. Careció de las antenas persuasorias. Vencer y no convencer que rastreaba Unamuno, fué su lema. Pero todo ello no disminuye un ápice su auténtico valor.

Incomplementa, sí, el pedestal que pudo haber exigido a la posteridad. Pero la estatua como tal, él, purificó un lenguaje, un tono y una actitud que no tenían soluciones de continuidad poética en nuestro país. Con el correr de los años (Valdelomar, Ureta, Eguren y Vallejo, en plena beligerancia) ductilizó un tanto su jadeo. La vida le golpeó con tanta o mayor intensidad de la que él empleó en vivirla. Poco a poco le ganó la nostalgia y una cuasi contrición :

¡ Ni una canción me pides ! Todas mis poesías
no valen la tragedia muda de esta pasión,
con que en la copa amarga de mis melancolías
el lirio has deshojado que hay en tu corazón.

Transitó — ¡ no hay que dudarlo ! — por

los vericuetos del yo. Imbuído en un complejo de figuración, perdía vuelo y verticalidad al alejarse de la referencia autobiográfica. Seguramente, se la pasó escribiendo lo que hacía ; tal vez, lo que quería... quizás lo que podía. Sólo los años que vengan podrán decir si erró al escribir :

Mis versos dispersos
cual plumas llenaron las líricas salas ;
pero, aunque a los aires echara mis versos,
quedáronme siempre muy firme las alas

Oro de Indias, póstumamente editados los cuatro tomos, magnificaron su cauda. Ahí nos habló de los « runrunes de palomas », los «gluglús de manantiales y frufrús de hojas secas », de los « espejos ciegamente desconchados ». Ellos mostraron qué inmensa música atesoraba Santos Chocano. Inaugura allí una región desacostumbrada en la geografía hiperestética de nuestro Parnaso. Es la comunión con el paisaje poetizado, no antes, sino después que el poeta ha extravertido la desfloración :

No sé que emoción siento cuando la lluvia llora:
todo mi ser recógese y se extasía y ora...
(Madre Naturaleza : ¡ Dios te salve, Señora !)

Por lo general, Santos Chocano anduvo lejos de la veta indígena. No comprendió, o no quiso comprender, que lo indígena que todos llevamos en las venas con ardor de correntera, no es una pose sino una actitud ante la vida, no una manera de estar sino una praxis de la esencia, una dignidad del sentir. Pero no pretendió escarbar la veta con mayores ímpetus. Miró al Hombre como al cociente de una masa y un número, no como individuo ; como auditor y no como interlocutor. Pitagórico incorregible, solamente el Uno, él mismo, tuvo beligerancia en sus mensajes. Desvió su mirada hacia el hontanar que le ofrecía la vida (que supo saborear intensamente). De la piedra, del mineral o del hueco no le interesaban las estructuras íntimas, sino las arquerías invencibles. De la mujer, a la que piropeó sin descanso, le interesó la fuente de placer o el pretexto de la aventura. No la vió como compañera, ni siquiera de ruta. Acostumbrado a encandilar, le fastidiaba en exceso todo lo que retardara sus propias candilejas. Apuntador privilegiado, sabía colocarse en el espacio multicolor y vocinglero. Tuvo facilidad suma para mantenerse en primera página. No hubo revista que no contara con sus producciones, hasta que materialmente las avasalló o dirigió, en una u otra forma. No admitía la réplica ; por eso mismo, todos le contestaron. Tanto énfasis puso en sus algaradas, que por mucho tiempo quedó el eco de sus estentóreos gritos como la única constante de sus actividades. Pero ahí hay un error de apreciación. Hemos tomado por Chocano solamente lo efímero, lo epidérmico, lo circunstancial o lo accesorio, en circunstancias que su poesía admite veneros inagotables. En sus versos late algo más que la simple figura o el simple ritmo sonoroso. Hay que reivindicar en Santos Chocano lo permanente, lo eterno, aquello que transfigura y emerge nuestra poesía de fines de centuria.

He querido, así, recordar a mi gran poeta peruano, en el aniversario de su cobarde asesinato, ocurrido en Santiago de Chile hace justamente veinte años. Para la sanción definitiva y repositoria, su propia obra intercederá implacablemente. Pero cada vez que releo sus versos, más y más me inclino a su acogida. La poesía del Perú de los últimos cuarenta años es maciza y vertebral. Pero ella no olvidará jamás las conquistas y galardones que Santos Chocano le deparó.

MANUEL SUAREZ MIRAVAL

Análisis espectral de la España silenciosa

POR FERNANDO VALERA

En un ensayo recientemente publicado en la revista *Ibérica* de Nueva York, he intentado poner de relieve los peligros que para el porvenir de España representa el estado de mutuo aislamiento y desconocimiento en que viven las tres Españas : la oficial, la peregrina y la silenciosa. Las recientes manifestaciones de protesta estudiantil han venido a confirmar la tesis de un ensayo escrito hace algunos meses, dándole mayor actualidad. Podríamos resumir lo allí expuesto diciendo que ni los refugiados conocemos a los franquistas como ellos son, sino como se disfrazan o como los aborrecemos ; ni ellos nos conocen como somos, sino como se empeñan en desfigurarnos. El estado de mutuo desconocimiento y recíproco rencor que tiene a España escindida y, por lo tanto disminuída, perdurará con riesgo de hacerse crónico mientras no se restablezca entre los españoles el puente de las almas, que es el diálogo. Un diálogo abierto y leal, a la luz del día, sin mistificaciones ni consignas banderizas, sin odio y sin miedo ; el diálogo de la libertad.

Dudo que ese diálogo sea fecundo mientras no pueda entablarse en alta voz, ya que no en España, por lo menos ante España. ¿ Qué adelantaríamos con formular nuestras verdades y enunciar nuestros proyectos en el destierro, si el pueblo español no puede escucharnos ; más aún, si nuestras voces sólo llegarán a él deformadas, mutiladas, tergiversadas por el comentario unilateral de los que allí se reservan el privilegio de la palabra ? Sólo escuchando a todos, podremos todos hacer el examen de conciencia y sentir el arrepentimiento del gran pecado que entre todos cometimos contra España, desencadenando una guerra civil ruinosa, feroz e innecesaria. De 1932 a 1936 me esforcé en prevenir a mis compatriotas de que estaban preparando la guerra civil y de que sería la ruina de todos. No tuve la fortuna de ser escuchado. ¿ Mi voz caerá también ahora en el silencio ? No sé ; todo depende de que los españoles acierten a ponerse en pie de paz, abriendo los oídos al diálogo.

Porque mientras sigamos en pie de guerra, las dos Españas rivales estaremos incapacitadas para percatarnos de la verdadera y entrañable historia de nuestra guerra civil y, por lo tanto, para deducir las consecuencias aleccionadoras. Bien hizo el historiador Luis G. de Valdeavellano cuando, al concebir el plan de su nueva y bien documentada *Historia de España*, se propuso terminarla en 1931, alegando que todo lo que pudiera escribir acerca de lo posteriormente acaecido habría de ser política y no historia. Mucho temo — dicho sea de paso — que por la desaparición silenciosa de los protagonistas y testigos desinteresados, venga a ser luego muy difícil reconstruir la verdadera verdad de lo acontecido en nuestra guerra civil y en nuestro destierro, con sus grandezas y sus miserias, sus crímenes y sus heroísmos, sus

abyecciones y sus santidades. Han tenido que transcurrir tres siglos para que los historiadores comiencen a desempolvar la verdadera historia de la conquista y población de América, soterrada bajo la espesa capa de la falaz propaganda protestante y anglosajona. Suelen ser los vencedores quienes escriben la historia, y la España católica había sido vencida. Y aún en este caso la rehabilitación pudo hacerse realumbrando las cegadas fuentes de la verdad, merced a los archivos, monumentos y ruinas del colosal imperio de España; en cambio, el testimonio del destierro republicano — que es un pueblo errante — está destinado a diluirse en la polvareda de los caminos... Sólo el restablecimiento a tiempo de un clima de libertad en España pondría las cosas en su lugar, separando de entre la paja vana de la política, el grano substancioso de la verdad histórica. Mas, unos y otros, mientras continuemos en pie de guerra, encastillados en nuestras trincheras polémicas, no concebiremos más que consignas de propaganda, opiniones sectarias, *slogans* absolutos y, por lo tanto, falaces. Seguiremos siendo incapaces de conocernos.

Pero es que, además, las dos Españas rivales, la oficial y la peregrina, obsesionadas por el mutuo rencor que nos profesamos, apenas si paramos mientes en la otra España, la permanente, la silenciosa, víctima inocente de nuestro fratricidio, a la que tampoco se deja oportunidad para decir su palabra que, probablemente, sería harto distinta de la que esperan oír tirios y troyanos. Acaso el mayor peligro que hoy se cierne en el horizonte de España no sea ya la perpetuación de la tiranía triunfante, ni la *revancha* de la democracia — si se quiere, de la demagogia — desterrada; sino la nueva irrupción volcánica del pueblo español en la escena de la historia. Que a nadie le engañe el trágico silencio, que no es mudez, sino mordaza. Ese silencio está preñado de incógnitas y, por lo tanto, de azares y peligros.

Todo cuanto se especule para conocer la conciencia actual de la España silenciosa, no pasará de ser atisbos, presunciones, hipótesis aventuradas, porque la opinión pública carece de medios normales de expresión que nos permitan indagar con probabilidad de acierto. Con tales limitaciones vamos a intentar ahora una especie de análisis espectral de la España Silenciosa, a distancia, como hacen los astrónomos para conocer la constitución de las lejanas estrellas, mas sin olvidar aquello de que

el mentir de las estrellas
es muy seguro mentir,
pues que nadie se ha de ir
a preguntárselo a ellas.

Demos por supuesto, a los fines polémicos, que la República vencida — en sus hombres, ideas, instituciones y partidos — cuenta poco en el presente y para el porvenir de España. Yo he tenido no ha mucho la prueba directa de que todas las semillas están latentes y todas las devociones vivas; pero me avengo a conceder, como hipótesis de trabajo, que la República de 1931 esté totalmente desarraigada del alma nacional; porque lo interesante ahora no es reivindicar el pasado, sino auscultar, intuir, desentrañar — pues que el régimen de mordaza no permite saber — lo que siente, piensa y quiere actualmente la España Silenciosa.

Desde luego no la Monarquía. El hecho de que a los quince años de haber ganado la guerra civil que ella desencadenara y, a pesar de la inverosímil protección que le dispensan la Iglesia Católica y las más influyentes cancillerías occidentales, no haya sido posible restablecer la Monarquía en España, es prueba suficiente de su imposibilidad existencial. El general Franco, como jefe responsable de la rebelión y administrador de la victoria, demuestra indudables virtudes de prudencia y cautela cuando demora *ad calendas graecas* una experiencia de antemano condenada al fracaso por falta de fervores populares. Yo no diré, como los jóvenes falangistas de Madrid, que la Monarquía es una ridiculez. Basta leer al Padre Mariana y a Quevedo, asomarse a nuestra historia y pasearse por los pueblos más cultos y progresivos del occidente europeo, para percatarse de que la Monarquía, como sistema y como doctrina, no es en principio incompatible con la grandeza, libertad y prosperidad de los pueblos. Lo que sí digo es que en España y en el siglo XX, la Monarquía, por falta de raíces en la conciencia popular, no es ya el régimen que represente la voluntad y

pueda encauzar el resurgimiento de la nación.

¿ El Movimiento ? Hablamos al fondo insobornable de la conciencia de cada español, donde debe haber todavía una voz del silencio no acallada por el hábito de gritar consignas. El Movimiento sabe y reconoce en la intimidad que surgió a favor de una ráfaga de locura nacional, producto a la vez de la ambición, del odio y del miedo, y que sus instituciones precarias, como la camisa de fuerza, no son las adecuadas para un estado de normalidad. Por otra parte, como la Unión Patriótica y como todos los partidos creados y sostenidos desde el Poder, la Falange está destinada a evaporarse de la noche a la mañana, el día en que le falten las dos palancas oficiales de la coacción y del soborno. El Movimiento sabe que no puede resistir un trimestre de libertades públicas, ni afrontar una consulta electoral libre y sincera. Negando al pueblo español la ocasión de manifestarse ordenada y libremente, el Estado franquista y los poderes políticos, económicos, espirituales e internacionales que lo sostienen, están proclamando a todas horas, por la tácita, el escrutinio de un plebiscito nacional permanente, aunque no celebrado.

Ya sé que el espíritu banderizo rechazará indignado las anteriores afirmaciones y que cada parcialidad, aunque por dentro opine otra cosa, publicará a gritos que es ella la que representa verdaderamente a la nación. Empero, sería harto más convincente que unos y otros dejaran hablar al propio pueblo, en vez de aferrarse a un apriorismo escandaloso que, en su misma tozudez, proclama su íntima inconsistencia. No se consiente que el pueblo español hable porque de antemano se sabe y se teme lo que, al menos en su aspecto negativo, España diría.

Confieso que el temor está justificado por la incertidumbre. ¿ Qué es hoy España ? ¿ Qué quiere España ? ¿ Qué piensa España ? Sólo se sabe lo que no quiere : ni volver a 1936, ni remontarse a tiempos anteriores a 1931, ni seguir soportando la mengua presente. La mayor responsabilidad de la actual tiranía no es haber desencadenado la guerra civil, barrido las libertades y arruinado a una nación ya de por sí pobre, sino haber cerrado los caminos al desenvolvimiento y evolución normales de la sociedad política, preñando el porvenir de presagios todavía más terribles que las calamidades pasadas y presentes.

* * *

Después de haber excluído las soluciones que, a nuestro juicio, el estado actual de la opinión española no aceptaría, vamos a indagar algunos de los caracteres relevantes de la conciencia pública. Por de pronto, se sabe que España no está contenta del presente. De vez en cuando nos llegan de allá voces de personas responsables que se percatan de ese estado de conciencia cuya nota más saliente es un como sentimiento de frustración, al que alguien ha llamado con acierto « descontento endémico del español ».

En la revista *Servicio*, órgano del S. E. U. de Santiago de Compostela, nº 35, iniciaba Alfonso Barrada un notable y agudo ensayo intitulado « Los españoles como problema » — hace diez años se escribía « España sin problema » —. Pues bien, en la introducción se leen estas palabras : « En la historia española que sucede a la guerra de la Independencia — prescindiendo de si el fenómeno se daba ya con anterioridad — se advierte un continuo descontento ante las sucesivas realizaciones de todo orden, que aparece potenciado en el terreno político. Por un lado este descontento es sano índice de vitalidad y denuncia aspiraciones de mejora, mas por otro lado señala el continuo fracaso de *todos* los intentos... ». « Los fracasos se sucedieron *ininterrumpidamente*. De aquí la rápida desilusión ante las novedades, el descontento endémico del español, que ha llevado a la actual *despreocupación por todo*, y en particular, por lo político ». (Los subrayados son míos).

Naturalmente, cuando un pueblo se convence de que no puede influir en su destino, la despreocupación política es la sola manera asequible de manifestar su hostilidad al sistema imperante. Recordemos que de 1931 a 1936 no había despreocupación, sino más bien un interés exacerbado, casi delirante, por la acción política, que por sí sólo basta para rehabilitar y justificar a la República.

Yo añadiría que ese descontento endémico se traduce en la también endémica maledicencia, a veces no exenta de mordaz ingenio, con que los españoles desahogan sus malos humores, inventando procacidades y propalando calumnias contra los gobernantes de turno. Ahora son el Caudillo y sus colaboradores quienes constituyen el blanco de tan bellacas ocupaciones. Convengo, por otra parte, en que la endemia viene de antiguo, y acaso añadiría que sin ella no se explicaría el fenómeno de la tan llevada y traída Generación del 98, cuyos hurgamientos en la conciencia nacional se me antojan más obra de demolición que de desescombro. Muchas veces, en las Cortes Constituyentes, sentí en el aire el hálito venenoso de esa endemia nacional, e incluso comuniqué mis impresiones y mi disgusto a ilustres amigos como D. José Ortega y Gasset, D. Miguel de Unamuno, D. Gregorio Marañón, D. Fernando de los Ríos, diputados en aquellas Cortes, cuando los malos humores creaban en ellas, sobre deleznables pretextos, conflictos infecundos y, a las veces, suicidas. Sí, el mal es añejo ; pero su exacerbación, explicable por la ferocidad ardiente de la guerra civil y por la fría crueldad de la represión, por las desmedidas ilusiones de ayer y las míseras realidades presentes, llega al paroxismo en la España Silenciosa, enferma de odio, de abulia y maledicencia.

* * *

Otra de las características de la conciencia popular es la despreocupación religiosa, que a veces se traduce en sordo sentimiento de hostilidad contra la Iglesia Católica. Probablemente, el sacerdocio, mimado por el Régimen, ha mejorado en calidades intelectuales, en fervor apostólico y en virtudes cristianas durante los últimos quince años ; mas pesa sobre él la herencia del pecado colectivo cometido por la Iglesia española que, en la contienda fratricida, no fué heraldo de paz, ni menos bálsamo de misericordia, sino espuela de rencores y aun acicate de esa implacable ferocidad que suele mancillar casi siempre las gestas heroicas de los españoles.

Mis personales sondeos para indagar este importante aspecto de la conciencia popular me revelan, bien contra mi gusto, que España es hoy un inmenso campo de apostasía. No falta en España el testimonio de personas responsables que, en contacto con el pueblo por razón de su ministerio, confirman este diagnóstico pesimista. Por debajo de la « inflación clerical », detrás del aparente esplendor de las misiones y los Congresos Eucarísticos, late el « obispero » de que ha hablado un insigne y bien informado Príncipe de la Iglesia.

No ha mucho, en el Boletín de Acción Católica Obrera de España, se reconocía que la clase obrera ha perdido la fe y que « no respeta la autoridad de la Jerarquía en el dominio del dogma y de la moral ». « Hay en España gentes obstinadas — añade — en creer que aquí todo es católico, y consiguientemente, también la clase trabajadora. Todo depende evidentemente de la idea que se tenga de lo que es ser católico. No olvidamos que la inmensa mayoría de los asalariados españoles mueren como buenos hijos de la Iglesia ; *pero la vida de la mayoría de nuestros obreros españoles es una apostasía habitual* » (retraducido de *Euzco-Deya*, 1-6-1955).

En la *Voz de España*, el presbítero Leonardo Urteaga, comparando las modalidades del catolicismo en Francia y en España, escribía : « Tenemos el peligro de un catolicismo que se fosilice en ostentoso y externo, oficial y decorativo... » ...« En España aireamos demasiado las banderas católicas en un permanente desfile de presunción... » « ... ¿ Cuándo vamos a bucear en lo que hay en el subsuelo de nuestra exterioridad religiosa, debajo de tanto apelativo católico, de tanta etiqueta de ortodoxia ?

Constantemente, en los círculos y revistas eclesiásticos se escuchan lamentaciones por la deserción popular que padece la Iglesia y que se refleja en la escasa frecuentación de los templos y de los sacramentos ; sobre todo en las grandes ciudades, donde es más fácil eludir la presión oficial y conducirse conforme a las sinceras convicciones. El número relativo de católicos practicantes en Barcelona, por ejemplo, no llega ni con mucho a la mitad del de París. Recuérdese el dramático episodio referido por el Padre Llanos, de aquella Caja de Reclutamiento de Asturias, en que de entre diez mozos llamados a filas, sólo uno se declaró tími-

damente católico practicante, otro deísta sin adscripción a iglesia determinada, y los demás sin creencias religiosas.

La misma corriente de apostasía circula por los medios universitarios. El inteligente Padre Guerra Campos, profesor de Religión en la Universidad de Santiago, reconocía el pasado año en una interesante y aleccionadora entrevista, publicada en el ya citado número de *Servicio*, « que el joven estudiante de hoy se caracteriza por cierta atonía religiosa », « que le falta vibración interior ». « El joven de antes vivía, como reflejo de su época, una mayor vibración, a favor o en contra ». « En éste — en el alumno — hay una subconciente, casi instintiva hostilidad hacia el profesor de Religión, hacia la sotana negra del sacerdote ».

En suma, podría decirse que estos casi 20 años de teocracia, han hecho al catolicismo y religiosidad en España mucho más daño que la temida libertad de conciencia.

* * *

Una tercera característica de la España Silenciosa, que tampoco existía en 1936, es la aparición de una poderosa corriente comunista, o más bien cominformista, en los medios intelectuales y en las masas obreras. Yo mismo he tenido la oportunidad de hacer el verano pasado un sondeo en una importante sección de braceros de España. Los resultados me han dejado asombrado : de poco más de un millar de trabajadores consultados, 632 se consideraban cominformistas. Digo se consideraban, porque en realidad no saben lo que son. Es el suyo un comunismo mesiánico y protestatario, más bien que doctrinal y militante ; una especie de « comunismo de la desesperación », que sólo confía en la redención que le llegue de Rusia. El resto, eran o se creían ser en su mayoría libertarios, y una minoría socialistas, republicanos o católicos. Verdad es que este sondeo tenía lugar el pasado verano, antes de que Rusia facilitase el ingreso de Franco en la O. N. U., acto que puede haber abierto los ojos a los ingenuos y obcecados.

Esta desviación de la opinión obrera, de sus tradicionales adscripciones libertaria y socialista, hacia el comunismo, es el fruto natural que cabía esperar de una política insensata que orienta todos sus esfuerzos a demostrar que el comunismo es la sola alternativa posible del franquismo. Hipótesis que, por otra parte, comparten y divulgan los comunistas con sus poderosos medios de infiltración y propaganda, entre ellos las 26 emisiones de radio que, en español y usurpando los prestigios de la República, bombardean a diario el cielo de España, sin que nadie se ocupe en serio de contrarrestar su influjo ; los que pueden, porque no saben, y los que saben, porque no pueden.

De tal suerte, el descontento endémico del español, sin el freno o el bálsamo de la fe religiosa, se va polarizando lenta, pero constantemente hacia el comunismo, que todos se empeñan en presentarle como la única oposición eficaz al aborrecido presente. Porque la opinión pública está condenada a no oír otras voces que las coincidentes, aunque de opuesto sentido, de Madrid y de Moscú, e ignora los mensajes y las orientaciones que podrían llegarle de la España Peregrina, así como las que alumbrarían seguramente, si hubiera libertad, como pozos de aguas vivas, en el páramo sediento de la España Silenciosa.

A la conciencia de tirios y troyanos dejo deducir lo que pueda esperarse de un pueblo descontento, apóstata, desesperado y progresivamente envenenado de fervores comunistas, si no se convienen a tiempo entre las tres Españas las condiciones y los métodos de una concordia nacional que permita restablecer el contento público, la prosperidad económica y la libre intervención de los ciudadanos en las instituciones políticas ; es decir, las vacunas que inmunizan a las sociedades contra el comunismo de la desesperación y contra el mesianismo revolucionario. Porque son éstas las verdaderas epidemias sociales de nuestro tiempo, las que contagian a las muchedumbres y las enloquecen, las que una sana terapéutica social debe prevenir y curar ; pues que, sin ellas, el comunismo doctrinario no pasaría de ser una metafísica inoperante, para recreo y solaz de intelectuales aburridos y desocupados.

FERNANDO VALERA

JUAN DE LA COSA

El emparedamiento mental de España

DICEN que las cosas sucedieron del siguiente modo : Estalló la lucha entre los estudiantes libres y los sindifalangizados de la Universidad Central de Madrid. Ya había un herido grave y, claro, muchísimos leves, y muchos más presos. Se hablaba de que el ministro Ruiz Jiménez y el rector Laín Entralgo, habían sido, voluntariamente o no, causantes de aquellos alientos liberales. Celebraban reunión de ministros, presidida por el « Caudillo ». Los ministros cerriles echaron en cara al de Educación los sucesos. Ruiz Jiménez, buen católico y bastante buen falangista también, se amostazó. Y lleno de ira inició la denuncia : —« Esto pasa no por liberalismo mío, sino por las falacias tuyas » (y señalaba a un colega ministerial) ; « porque dicen que tu yerno hace negocios ilícitos » (y señalaba a otro) ; « porque tu hermano se ha enriquecido enormemente », etc. Luego abandonó la sala. Dicen que el Caudillo hizo llamar al día siguiente al osado y le dijo : — « Mira, te felicito por tu valentía de ayer..., dijiste muchas verdades..., pero tengo que pedirte tu renuncia ». Ruiz Jiménez fué así « renunciado ». Había caído un « liberal ».

El caso del rector fué más sencillo. Pedro Laín Entralgo, discípulo de Marañón y Ortega y Gasset, aparecía ya como un claro hereje político. La razón era obvia. Aparte algunas publicaciones suyas y su conocida actitud de entender a la juventud española, hasta donde le permite su filiación política, había culminado con un famoso informe de doce páginas, elevado a Franco, informe del cual todo el mundo habla, pero que casi nadie ha leído. Frente a los luctuosos sucesos de estas semanas, Laín Entralgo había asegurado a Franco que la juventud se alejaba más cada día de Falange y del Movimiento, y que había necesidad de cambiar no sólo los métodos, sino la actitud general hacia los jóvenes. Falange, al ver sangre propia en la calle — nunca se indignó cuando vertió la ajena —, quiso hacer víctima de sus iras a Ruiz Jiménez y a Laín Entralgo. Franco ordenó que ambos fuesen protegidos por policías armados. No se sabe hasta qué punto tal protección pudiera traducirse por vigilancia. El hecho es que, al convocarse a clase para el lunes 20, quien firma la citación es el vicerrector y no el rector, cuyo paradero se ignoraba esos días. Laín Entralgo está hoy como el alma de Garibay : entre la protección y la pesquisa, entre el liberalismo y Falange, entre el cielo (¿ cuál ?) y el infierno (¡ cierto !).

Pero Franco, que es hombre mañoso y cauto y no ama a Falange ni al liberalismo, decidió dar un golpe de efecto — y de ahí la tercera eliminación —. Hallábase viajando por el extranjero Fernández Cuesta, el secretario general del Movimiento, cuando le llamaron de prisa a Madrid. Al arribar a Barajas le saludaba su destitución. Se le reemplazaba con el « camarada » de Arrese. Premio de consuelo : a Fernández Cuesta se le designó asesor del Ministerio de Marina. Falange tenía nuevo mentor. ¿ Pero hay alguien por encima de Franco ?

Por último, amenazas al Doctor Gregorio Marañón, cuya flebitis anuncian los diarios madrileños del 19 de febrero ; amenazas por hablar de « liberalismo ». Una oleada de rumores se desencadena por toda España. Empero, en Madrid ignoran que la Universidad de X (España) ha hecho causa común con los estudiantes madrileños ; y que los escritores de Francia, encabezados por Cocteau, Maurois, Mauriac, Simone de Beauvoir, etc. — de todo hay en la viña del Señor — han dirigido cable al Caudillo expresándole su confianza de que a los procesados (sobre todo al insigne cineasta Bardem) se les juzgará conforme a las reglas de las naciones libres... Este dictado de « naciones libres », aplicado a España y sus procesos de hoy,

pertenece indudablemente a la categoría de los tropos académicos. O de los ripios académicos, si así lo prefieren los olvidados lectores del fenecido don Antonio de Valbuena...

Madrid sigue siendo la encantadora ciudad de toda la vida. En sus cafés, no muy bien dotados de calefacción este invierno, se reúnen las consabidas tertulias. Como acaban de suprimir sin ton ni són las únicas revistas decorosas del país (« Insula », « Indice », etc.), la actividad mental se refugia en las tertulias. Visitamos tres o cuatro. Constituídas de distinto modo. De unas treinta personas a quienes sugerimos respuestas, sólo dos resultan simpatizantes, en cierto modo, con Falange y con Franco ; una se muestra rabiosamente « antirroja ». El resto, ya se sabe... Madrid no es como Lisboa, ciudad donde el susurro ha abierto el paso al silencio de labios y elocuencia de ademanes y ojeos. Madrid parla, aunque se recate y recele. Oigamos hasta donde sea posible esos parlares...

Interlocutor número 1 : — « Franco ha decidido eliminar a Falange. Está harto de ella. Por eso ha echado por la borda a Fernández Cuesta. Ha demostrado que él manda. Por tanto, él es el gran responsable también de lo que suceda. »

Interlocutor número 2 : — « Franco es el eje, claro ; pero lo que viene ahora es una censura mayor, una dictadura más ciega, una presión implacable. Este es el comienzo del Tercer Terror ».

Interlocutor número 3 : — « Franco no quiere resistir a la presión de sus prestamistas. Estos desean democracia, aunque sea de nombre, y Franco tiene que servirles, pues si no, no viene la « guita ».

Interlocutor número 4 : — « Franco ya tiene lo que quería. Ahora, ya puede reírse de sus democráticos amigos. Los tiene en el bolsillo. ¿ No vió acaso que el vicepresidente Nixon abrazaba muy tiernamente a Fernández Cuesta en la transmisión del mando en el Brasil ? Eso es democracia y lo demás fandango. Ahora a bailar « al son que nos toquen ».

En resumen : todos coinciden en que Franco decide aún ; en que el contacto con los EE. UU. es germen potencial de actitudes diversas, y que algo más radical va a sobrevenir ahora en España. Examinemos los ingredientes de tal posición.

Si consideramos la actitud adoptada por la prensa madrileña, sobre todo « ABC » y « Arriba », respecto a la política mundial, observaremos el decidido afán de presentar a Francia y a la Argentina como ejemplos de anarquía, por ser países democráticos ; el olvido de Uruguay ; el cauto soslayo de los problemas norteafricanos ; el elogio tácito o expreso al generalísimo Rafael Trujillo, al no menos ísimo Tacho Somoza (Santo Domingo y Nicaragua) y algunos elogios discretos al colega Batista de Cuba. Cuadro conmovedor, según se advierte. De todo ello, la conducta frente a lo argentino tiene mucho significado. Los corresponsales « especiales » se afanan por probar que Perón es fuerte y que volverá. La simpatía del pueblo argentino importa poco ; ni sus intereses. En este punto, la Madre se hace bastante Madrastra. O suegra.

Para corroborar lo dicho, bastará advertir la actitud de los estudiantes latinoamericanos becados por el Consejo de la Hispanidad y sus adláteres. Aunque muchos de ellos han tratado de manifestarse solidarios con sus auténticos compañeros de labores, son también muchos los que prefieren disfrazar de neutralidad su simpatía para con sus empresarios de Falange. A la luz de ello se advierte que una de las primeras obligaciones de todo régimen democrático en país de habla castellana tiene que ser la de reeducar vigilantemente a todos cuantos, so capa de cultura hispánica, van a Madrid a recibir lecciones de falangismo (o sea fascismo) para aplicarlo en sus respectivas patrias. Franco está organizando cuñas intelectuales para insertar en los organismos democráticos del Nuevo Mundo. Pero — y he aquí una de las graves consecuencias de los sucesos de febrero —, ¿ es capaz de gobernar a los otros quien no puede gobernarse a sí mismo ? ¿ Pueden dirigir a juventudes ajenas los que no han podido dirigir y mantener a la propia ?

Por encima de toda consideración filosófica, política, factual, el actual problema entre el porvenir de España y Falange, teniendo como parcialísimo *referee* a Franco, ofrece una gravedad tremenda. No importa que Franco mantenga el control del poder

más o menos tiempo ; no importa que Falange sea desplazada, disminuída o robustecida hoy. Lo importante es otra cosa ; es que, depués de veinte años de infatigable, terca, dura y metódica propaganda unilateral, los jóvenes y adolescentes españoles, ensordecidos con las consignas falangistas, se rebelan contra sus predecesores y quiebran el mutismo impuesto por veinte años de implacables sanciones.

¿ Qué ha pasado con los jóvenes de esta España regimentada y totalitaria ? ¿ Los ha seducido, según insinuó « Arriba », el comunismo ? ¿ Los atraen las consignas llegadas de afuera ?

No, y ahí está el quid de la cuestión, la gloria y el drama de este instante.

Los jóvenes españoles se han cansado y se han desengañado. Eso es todo. Y no es poco. No son los libros, ni los discursos, ni las proclamas, ni la acción de los viejos partidos políticos en la emigración, lo que ha causado el estallido ahora iniciado. Es un proceso orgánico, espontáneo, sobre el cual tiene que recaer la mayor vigilancia gubernativa con miras a modificar los métodos actuales, si no se quiere preparar, para un futuro no muy lejano, un conflicto mayor tal vez del que trató de ser resuelto en sangre hace veinte años.

La emigración española quizá no acepte algo que, sin embargo, dentro del país parece inobjetable : la desconexión entre la antigua « militancia » y las nuevas hornadas. Cada vez que llegan organizadores o reorganizadores, la policía franquista los arresta y elimina. Además, veinte años de repetir ciertas consignas sobre hombres y sistemas, han acabado por producir su efecto. Pero, eso que pudiera ser motivo de desconsuelo para los republicanos, es precisamente la razón de ser de su optimismo. Porque, ¿ cómo, sin incitaciones foráneas, se ha podido constituir este estado espiritual de inconformidad psicológica, de resistencia material, de invencible desapego a los usos actuales, en una y hasta dos generaciones especialmente adiestradas a la aceptación callada y al totalitarismo vociferante ? ¿ Cómo, el partido único, la Falange armada y oficial, ha dejado filtrarse de entre sus redes a lo mejor de la juventud española ?

El español, individualista eximio, no podía aceptar una forma de convivencia cuartelaria y claustral. La misma Iglesia se unió al intento totalitario. Hay católicos eminentes — uno de ellos, muy altamente colocado y a quienes oímos en el exterior defendiendo la política eclesiástica —, que no vacilan en declarar con mal contenida tristeza : « Está llegando el día en que nosotros, los buenos católicos, vamos a tener que echarnos a la calle a acabar a tiros con los malos frailes y los malos católicos que desacreditan nuestra religión haciéndola una servidora de la dictadura falangista ». El conflicto Falange-Pueblo español se plantea así desde diversos ángulos.

Mientras Franco sea capaz de actuar como árbitro, más o menos interesado, podrá administrar la situación. Pero, ya se ve, Falange, en su impulso absorbente, se pronuncia contra la Monarquía (salida lógica según los cálculos del Caudillo), contra el socialismo (salida romántica de los opositores republicanos), contra Estados Unidos (fuente de posibilidades económicas del franquismo), contra Rusia, contra Inglaterra, contra... España popular también. Falange se hallará en el paredón, a poco que la situación se desenvuelva con cierta inteligencia, y ello será salida plausible para Franco y la oposición republicana.

Falange no ha ganado a la juventud española. Franco no cuenta con ella. La pureza del impulso juvenil es incontestable. Por eso mismo, la alternativa no tiene salida. Franco ha fracasado en el propósito de supervivir, en el de impregnar al país de sus ideas. Los jóvenes se han dado cuenta de algo esencial: que una cosa es la palabra y otra el hecho. La insurrección moral de hoy tiene alcances inusitados. La única forma de que el régimen perdure sería reformarse de raíz. No podrá hacerlo.

Otro aspecto del problema español es la asfixia.

La gente ilustrada de España se resiente de emparedamiento mental. La censura es triple : del Estado, de la Iglesia, de Falange. Se cercenan libros ; se difunden unos que nada valen ; se prohiben otros de gran valor. El editor Janés, según oímos, ha tenido dificultades para editar una colección de las obras completas de

Proust, cuyo segundo volumen inútilmente buscamos en las librerías de Madrid y Barcelona. Para editar las obras completas de Baroja hubo de emplearse un ardid grosero : se publicarían fuera, diciendo que la censura española las prohibía. Cela es, sin duda, con Carmen Laforet el primer novelista español contemporáneo. No tiene colaboración en los periódicos. Le impidieron publicar varios libros. Cercado por la inquina oficial, aceptó una invitación de la dictadura de Venezuela, que quiso utilizarlo para que escribiese una anti « Doña Bárbara » contra Rómulo Gallegos. Cela escribió « La Catira », que insatisfizo a la dictadura de Venezuela (la cual no cumplió sus compromisos con el escritor), y a la española, que no quisiera ver difundido a un disconforme político. Cela vive en Mallorca, autoconfinado. En un famoso libro sobre la guerra, de uno de los más grandes generales alemanes, se suprimieron párrafos enteros en donde narra la intervención nazi en la guerra española : el público español cree conocer el libro entero, y sólo conoce fragmentos. Ahora se augura que la censura será más exigente que antes. El « liberalismo » de que se acusa a Laín Entralgo, Marañón, etc., está en declive. Mientras que, por un lado, tratando de granjearse a la opinión europea y americana, se permite arribar a España a gentes del otro frente, como la familia de García Lorca, y se invita a Juan Ramón Jiménez (por grupos intelectuales, claro está) y se sugiere que don Luis de Zulueta regrese, por el otro, la censura a las ideas es cada vez más cerril y caprichosa. Nos cuentan que un autor tan poco dado a posiciones heréticas como el peruano Santos Chocano, ha sido vetado por la censura, y sus obras completas han debido editarse en un país de América.

El « peso de la noche » agobia a los jóvenes que, al contacto con otras gentes, por cernidas que sean, se dan cuenta de que están mutilados. Y protestan.

Un historiador nos dice : « A Franco le ocurre ahora lo mismo que a Fernando VII a comienzos del siglo pasado. Cuando hubo conseguido el apoyo de las naciones extranjeras y la Santa Alianza, desató su feroz tiranía. A Franco le han asegurado ahora, la ONU, la UNESCO y USA su amistad y apoyo. Esta es la hora en que, satisfechos tales objetivos internacionales, puede lanzarse a una tiranía tremenda contra los españoles. Las potencias internacionales tienen su responsabilidad en lo que suceda ».

Recordamos, al respecto, que Spaak, el jefe del gobierno belga, llamado a explicar ante el parlamento de su país por qué Bélgica había votado contra la admisión de España en la ONU, dijo : —« Porque las razones por las que se le negó el ingreso en 1946, no han sido alteradas en 1955 ».

¿ Se cumplirá el vaticinio del historiador en su paralelo entre Franco y Fernando VII, es decir, se abrirá una etapa de peor represión ? ¿ Recuerdan los españoles la de 1938-1944 ?

Un joven a quien, en el aeródromo de Barajas, le preguntamos si sabía que Companys, Zugazagoitia y otros grandes líderes de la República, entregados por Pétain a Franco, fueron ejecutados sumariamente, nos contesta : —« De eso jamás se habló en España ». El joven tiene treinta y tres años : edad de más para acordarse o... para mentir.

Es penoso no poder concretar más nuestras informaciones ni la identidad de nuestros informantes, ni la nuestra propia, por no comprometer a quienes viven bajo el terror franquista. De todas suertes, al alejarnos de España, nos llevamos tres estampas impresas en la retina : un grupo de gentes, sentadas en el café, cuchicheando y lanzando miradas de reojo en torno suyo ; un grupo goyesco, en pleno día, formado por tres sacerdotes de casulla oscura, precedidos por dos chicuelos con hachones y dos frailes de camisolas blancas, atravesando la Castellana ; un falangista de quepis rojo, abrigo azul ceñido, botas fuertes y continente altivo, haciendo resonar con sus recias pisadas las baldosas de la calle de Alcalá. Era el único desafiador que vimos. Caminaba como un conquistador. Con paso marcial, mirando recto. Y solo. Así debieron marchar los hombres de las fuerzas de ocupación en todas las ciudades conquistadas del mundo. Pero, ¿ es que España no está *ocupada* por Falange ?

JUAN DE LA COSA

El Partido Laborista en busca de una esperanza

POR RITA HINDEN

HACE diez años que el partido laborista británico consiguió su primera victoria electoral. Durante los cinco años siguientes, el gobierno del Labour pudo cumplir todas sus promesas y, con un programa legislativo de los más espectaculares, revolucionó la sociedad británica. Han transcurrido otros cinco años y si nos preguntamos cómo está hoy día el Partido Laborista, la respuesta es evidente : en estado de crisis. El elector se le escapa, y la derrota le ha sumido en los horrores de la autocrítica y del autoanálisis. Según un reciente y catastrófico informe interno, su organización se ha mostrado completamente pasada de moda, y lo que todavía es peor, carece de política. Después de cinco años consagrados a « repensar », el « nuevo pensamiento » sigue sin aparecer. Lo mejor que ha podido prometer en la última conferencia anual, de octubre de 1955, es que se haría todo lo necesario « en el transcurso de los tres años próximos ».

Estos son los hechos abrumadores a los que podríamos añadir la incapacidad para atraer a la juventud, la apatía de las secciones locales, la escasa frecuencia de mítines. Sin embargo, no hay que deducir de esto que todo sea duelo y miseria en las filas socialistas. El laborismo británico es igual que la nación inglesa, que jamás se confiesa vencida ; aquél se obstinará en desconocer su derrota y la ignorará hasta que — con nuestra sorpresa al igual que con la suya — haya salido bien del apuro. Entonces, lo que parecía una derrota se mostrará ante sus ojos como si hubiera sido para él una batalla de Dunkerque : una ocasión para ganar tiempo, recuperar fuerzas y preparar el nuevo ataque que algún día le conducirá a la victoria. Lo que hoy arrostra el Labour se parece mucho a un Dunkerque interior.

¿ Cuál es la raíz de los males que sufre el Partido en la oposición ? Desde luego es, sin duda alguna, la incertidumbre concerniente a la política que tiene que seguir ; todas las demás dificultades, en último término, se derivan de ella. A este respecto, el contraste entre 1945 y 1956 es evidente ; el programa laborista de 1945 era claro y sin equívoco ; estaba adaptado perfectamente a la atmósfera y a las necesidades del tiempo. El de 1956 es confuso e incierto y, lo que es peor, no se adapta a las necesidades de la actual generación y de la que se está formando.

En el programa de 1945 había tres piezas soberanas. La primera era la *nacionalización de las industrias de base*. Esta nacionalización se imponía, porque estas industrias, ora prestaban a la nación un servicio esencial y, según la opinión general, debían ponerse en manos del Estado, ora eran tan débiles e inseguras (en la mayoría de los casos con un deplorable pasado de conflictos sociales) que nada podía sal-

varlas excepto una revolución completa en su dirección administrativa.

Venía después *la economía del plan* : y todavía en esto todos podían comprender el por qué. Una generación consagrada al paro había aprendido el odio del *laissez faire*, con sus especulaciones febriles, con sus tumbos y sus crisis. La nación quería poner fin a las injusticias y a la inestabilidad del orden viejo. Además, al día siguiente de la guerra el país sufría cruelmente con la escasez de los medios de consumo ; por otra parte, estaba acostumbrado al racionamiento y al control de los precios, y la probidad con que se habían aplicado estas medidas hacía que estuviera dispuesto a prorrogarlas. Finalmente, la precaria situación económica (que, para la Gran Bretaña, resultaba de la pérdida de sus riquezas de ultramar) requería una acción intensa y profunda. Por consiguiente, era claro que se imponía la planificación para hacer frente a todos estos problemas.

Pero el mayor entusiasmo se suscitaba por el tercer elemento del programa ; la promesa de un *sistema general de servicios sociales*. Después de la experencia de los años 1930, existía un deseo apasionado de seguridad en el trabajo, una determinación de no volver jamás a las miserias de los subsidios precarios, de la subalimentación, de la imposibilidad de pagar los cuidados médicos, de toda esa sórdida pobreza que se había conocido en tiempo de paz. El famoso informe Beveridge había demostrado que la cosa era factible ; y la opinión estaba casi unánime en apoyarle.

Estos tres puntos del programa se siguieron al pie de la letra ; han acarreado una revolución social ; no obstante, no abrieron las puertas — como algunos pensaban ingenuamente — a un paraíso socialista. Una tras otra fueron nacionalizadas las industrias básicas ; y, sin embargo, el cambio de propietario no ha transformado su funcionamiento, ni la naturaleza de las relaciones industriales. Sigue habiendo dirigentes y dirigidos, a veces los mismos que antes. El personal no se siente más « amo » de las fábricas que antaño. En algunos sectores los salarios son incluso más bajos que en el pasado. Persiste la desigualdad en las remuneraciones del trabajo ; y los descontentos no han dejado de alzar la voz de nuevo. Pronto ha empezado a decirse que la nacionalización no es la socialización. Pero entonces ¿ qué es la « socialización » ? Algunos la han interpretado como si significase un control parlamentario más extenso sobre las industrias nacionales ; otros como si implicara un nuevo estatuto para los obreros. No se ha resuelto la cuestión relativa a la forma en que estos objetivos podrían ser logrados, y el entusiasmo por las nacionalizaciones no ha tardado en disiparse poco a poco.

¿ Qué hacer ? ¿ Y por qué ?

Al lado de las incertidumbres en cuanto a la *forma* de la empresa pública han surgido otros dos problemas todavía más difíciles y más absorbentes : ¿ qué es lo que queda todavía por nacionalizar ? y ¿ donde será necesario detenerse ? Hasta ahora, la propiedad pública se extiende tan sólo a una quinta parte de la economía ; no es posible ciertamente detenerse ahí. Pero ya no existe ninguna empresa cuyo carácter reclame una intervención inmediata del Estado, bien sea en razón de su ineficacia, o ya a causa de su carácter opresivo frente a los trabajadores y a los consumidores. La mayoría de las grandes empresas que se habían considerado como candidatos a la nacionalización están, por el momento, florecientes y bien dirigidas, distribuyendo salarios altos, con pequeños suplementos a modo de participación en los beneficios. Hablar de su integración al sector público (como se ha hecho en las últimas elecciones para la industria química) es no solamente cargarse con el peso de los « patronos », sino también tener en contra a los propios obreros. Por consiguiente ¿ cuál será en el porvenir el móvil de las intervenciones ulteriores ? ¿ Y cómo explicar a los electores escépticos su necesidad, si ésta no aparece clara ni siquiera a los propios promotores de la reforma ? Finalmente, y de todos modos, ¿ hasta dónde se quiere llegar en este sentido ? La verdad es que los socialistas continúan preconizando instintivamente la propiedad pública de los capitales industriales, pero no están de acuerdo ni en el *por qué*, ni en el *cuánto*.

Con la segunda parte del programa, el gobierno laborista tuvo también un comienzo magnífico, pero, aún en esto, se encuentra hoy en mala situación. El *planning* había sido aceptado sin discusión durante los años de guerra y se mantuvo con toda naturalidad durante el período de tensión que siguió. Pero como aumentaba la producción, surgió el descontento contra cualquier forma de restricciones. Se ha considerado el dirigismo como sinónimo de austeridad. El Labour Party fué puesto en la picota como el partido del racionamiento, de las cuotas, de la penuria y de la tristeza, y la consigna electoral de los *tories* en 1951, « *Set the people free* », se ha mostrado, por contraste, dinámica y atrayente.

Hoy día, esta « libertad » de los *tories* no es ya tan popular : no ha podido contener la inflación, ni vencer los conflictos del trabajo y, singularmente, ha sido incapaz de conseguir un equilibrio duradero en la balanza de pagos. Sin embargo, los socialistas siguen irresolutos en lo que atañe a la planificación, por temor a ser acusados de querer practicar la política de las vacas flacas. En el fondo de su alma persisten en ser partidarios del dirigismo, como lo son de la propiedad pública ; pero no han sido capaces de demostrar con precisión qué es lo que entienden por planificar la economía, o en qué forma entienden dirigirla respetando, al mismo tiempo, la libertad. El *planning* socialista no se ha desprendido de su contexto de autoridad, con las consecuencias de uniformidad, de mediocridad y de ordenancismo que lleva consigo. No se ha erigido en instrumento para la expansión de toda clase de progresos, para la ampliación de todos los horizontes, como debiera haberlo hecho.

Incluso en lo que se refiere a la tercera parte del programa — los servicios sociales — los buenos éxitos del principio han sido flor de un día. La armazón está construída, pero ¿ qué hay que hacer ahora para completarla ? Naturalmente que quedan todavía muchos problemas dolorosos ; por ejemplo el de las pensiones a los ancianos, el de las viviendas ; pero todos saben que para desarrollar con tanta amplitud los gastos sociales, sería necesario aumentar desmesuradamente el presupuesto y, por consiguiente, los impuestos. Ningún partido se arriesga a ello. De hecho, todas las presiones ejercidas por la opinión tienden a reducir los gastos públicos y a aliviar la fiscalidad. Los socialistas, con su visión de la nueva sociedad que quieren construir, deberían haber estado prestos para proclamar atrevidamente que sabrían resistir a estas presiones, prosiguiendo la ampliación de los beneficios y servicios sociales de toda especie ; pero el laborista británico no lo ha hecho y, en esto, está también en punto muerto.

Los « más » y los « menos »

Así se ha hecho imposible continuar progresando conforme a las mismas líneas que se imponían en 1945. Sin embargo (es ahí donde reside la mayor dificultad), para muchos socialistas esta línea, y sólo ella, representa *la marcha hacia el socialismo.* Incansablemente reclaman « más socialismo », sin entender por esto otra cosa que un sector público más amplio, más dirigismo y una extensión de los servicios sociales gratuitos. Atribuyen cualquier fracaso a una « insuficiencia » en uno de estos tres aspectos ; y los que así se expresan están considerados como el « ala izquierda » del movimiento, los militantes, los « verdaderos » socialistas. Se oponen al resto del partido, a los « tibios » que consideran, fácilmente, casi como « traidores ». Continúan ejerciendo una influencia, comprensible, en las secciones locales que tienen necesidad, ante todo, de una creencia para ir al combate. Pero dejan completamente frío al cuerpo electoral.

Por otra parte, muchas gentes reflexivas — y con ellas la masa de las *trade unions* (cuya actitud realista frente a los problemas prácticos es bien sabida) — ven perfectamente que no se puede avanzar a ciegas, por más tiempo, en el camino señalado por las antiguas consignas, evidentemente pasadas de moda en nuestros días. Soportan con impaciencia el dogmatismo de la izquierda. Pero también han fracasado ; no han sido capaces de presentar un programa de sustitución que pueda inspirar nuevamente al movimiento y presentarle con una visión atractiva. Se contentan, sin duda con demasiada facilidad, con cum-

plir con buen sentido sus obligaciones diarias. Estos son empíricos ; los de izquierda son doctrinarios. Y ambos grupos son mutuamente hostiles.

Esta divergencia entre los que quieren el « más » de las viejas panaceas, y los que son escépticos con respecto a ese « más », ha sido la que ha arruinado al partido. Ha sido la fuente de las querellas entre el ala industrial y la política y, evidentemente, el origen de las controversias relativas a la dirección. Esta cuestión de la dirección ha sido ahora resuelta del mejor modo posible. Hugh Gaitskell fué elegido por una mayoría indiscutible, precisamente porque el partido estaba cansado de divergencias, gastado con los fracasos, y no quería ya esos habituales extravíos en el desierto intelectual. Quería un hombre que fuera, no solamente enérgico para dirigir, sino también lo bastante joven para pensar audazmente.

Gaitskell reúne estas dos cualidades. Tiene menos de cincuenta años, posee una inteligencia clara y poderosa, es valiente, y es un trabajador incansable. Por encima de todo, tiene un espíritu abierto. Goza de la confianza de los sindicatos, pero — hasta ahora — ha simbolizado la « derecha ». Ha aparecido como el partidario del « menos » y por esta razón se ha enfrentado con las tendencias constituídas.

Su problema consistía en saber en qué forma se integraría al movimiento, como demostraría que, a pesar de no participar en la campaña en pro del « más », siguiendo las viejas fórmulas, no por esto dejaba de ser tan buen socialista como cualquier otro, y mejor socialista que la mayor parte. Lo consiguió pronunciando por primera vez, en la última conferencia del partido, un brillante discurso en el cual apelaba al idealismo que constituye la raíz del socialismo, expresando su propia fidelidad a la causa de la justicia social. Desde este instante la suerte estaba echada. Le pertenecía la dirección.

¿ Significa esto el fin de la crisis del Labour ? Ello depende ante todo de la capacidad del partido para encontrar, con Gaitskell, una política nueva. Es preciso reconocer que antes de obtener el *leadership*, no se ha mostrado más capaz que cualquier otro para llenar el vacío político de modo satisfactorio. Ha sido un excelente luchador parlamentario en cuanto concierne a los problemas corrientes. No le cede a nadie en demoler a los *tories*. Ha presentado proposiciones interesantes relativas a los impuestos, a las tasas sobre las sucesiones y a la propiedad pública. Pero ¿ es capaz de reinterpretar el socialismo con amplitud de visión suficiente para restaurar el idealismo en que el movimiento se inspiraba en el pasado ? ¿ Encontrará la manera de apelar a la nación que se ocupa cada vez más de los beneficios de la seguridad social y de la comodidad material ? Hoy nadie puede decirlo todavía. Pero tan sólo esto podrá agrupar efectivamente al partido y reavivar de nuevo su antiguo dinamismo. Unicamente esto — si se exceptúa la gran quiebra de los conservadores — podrá permitir al Labour Party vencer en las elecciones próximas.

¿ Por qué ha resultado tan difícil hasta ese día poner fin a esta lucha intestina que se envenenaba sin ningún resultado ? La razón es sencillísima. Porque siempre se ha planteado un falso problema con la cuestión del « más » y del « menos ». El socialismo se ha identificado con algunas medidas económicas ; y el hombre que insiste en ponerlas en marcha ; el que reclama siempre, y cada vez más, es considerado, hoy todavía, como el mejor socialista.

La mayor esperanza del partido, en nuestros días, estriba quizás en que esta verdad acerca de los fines y de los medios empieza a ser comprendida y afirmada con claridad creciente. En la última conferencia del Labour Party más de un orador (y el propio Hugh Gaitskell) la proclamaron abiertamente en los debates sobre la nacionalización : « La nacionalización es un medio y no un fin », afirmación que hacía mucho tiempo que no se había oído en las conferencias del partido, si es que se hubo hecho alguna vez. Estas palabras se escuchan con simpatía creciente y, por esto mismo, la semilla de un nuevo pensamiento socialista empieza a germinar.

RITA HINDEN

El XX Congreso del P. C. de la U. R. S. S.

La condena de Stalin no significa la liquidación del stalinismo

POR WALTER LAQUEUR

La exégesis de las sesiones y deliberaciones del XX Congreso del Partido Comunista Soviético pasa por tres etapas. De conformidad con los primeros informes fragmentarios de las agencias de prensa y de los periódicos, este Congreso marcaba una evolución importante : la ruptura con el stalinismo quedaba proclamada. Los veinte años de dictadura personal de Stalin eran impugnados y se restablecía el principio leninista de la dirección colectiva. El clima general del bizantinismo y del terror policíaco cedían progresivamente el puesto a condiciones de vida más humanas. Los dirigentes soviéticos, no sólo reafirmaban creer en una coexistencia pacífica, sino que, por primera vez, proclamaban explícitamente que existía más de un camino para progresar hacia el socialismo, y que el comunismo no estaba en modo alguno vinculado a la transformación por la violencia. Según las mismas fuentes, se consideraba, en relación con algunos países, la posibilidad de una evolución pacífica por la vía parlamentaria. Los antiguos jefes bolcheviques, que habían sido calificados de « enemigos del pueblo » y ejecutados en el curso de las grandes purgas, eran ahora objeto de una rehabilitación pública. Se invitaba a los sabios, a los escritores y a los artistas soviéticos a pensar por sí mismos, en vez de remachar las viejas citas y las tesis caducas. El *Compendio de la Historia de la Unión Soviética* y la última obra de Stalin eran criticados públicamente.

Estas buenas noticias suscitaron un gran interés y hasta entusiasmo en los países occidentales : los observadores de estos países no estaban acostumbrados a esta abundancia de buenas noticias por parte de Moscú. Pero pronto fueron abriéndose camino las primeras dudas : ¿ Qué significaban todas estas declaraciones ? Después de todo, Stalin también se había manifestado — en el papel por lo menos — como enemigo implacable del culto del individuo, y del principio de la dictadura personal. « El Comité Central es el alma colectiva del Partido », había proclamado y « la Revolución no es un artículo de exportación ». No ha habido partidario más resuelto de la paz internacional y de la coexistencia pacífica. En 1946, Stalin había declarado a unos delegados laboristas que existía más de un camino para llegar al socialismo. En 1950, se había pronunciado en favor de la libertad de la ciencia, de la discusión creadora y contra la « Arakcheievchina » de la cultura, con una firmeza comparable, por lo menos, a la de Mikoyan, seis años más tarde. Después de todo, ¿ cuál era la diferencia esencial, salvo tal vez el hecho de que la personalidad de Stalin empezaba a desvanecerse un poco ?

Al fin llegaron las actas íntegras de las sesiones del Congreso, que llenaban varios

centenares de páginas, y que provocaron un cambio de actitud en la opinión. Las buenas noticias del principio eran exactas, claro está, pero se había exagerado considerablemente su importancia ; se las había visto a través de una falsa perspectiva ; los observadores occidentales habían creído descubrir en ellas intenciones que nunca habían contenido. Se había dado a los lectores occidentales la impresión de que el Congreso del Partido se hallaba preocupado sobre todo, si no exclusivamente, de liquidar el stalinismo. En realidad, el 95 por ciento de los debates del Congreso se había dedicado a diversas cuestiones económicas ; el principal objeto del orden del día y, en general, el fondo esencial de los debates habían sido el desarrollo de la producción, a la que se supeditaba todo lo demás : las otras cuestiones habían quedado relegadas, por considerarlas como fenómenos marginales.

Las notas *in extenso* revelaron igualmente que los observadores occidentales habían puesto demasiado optimismo en la lectura de ciertas declaraciones y alusiones formuladas por los dirigentes soviéticos. Su interpretación de estos problemas no correspondía en absoluto con la que les habían dado los oradores que, después de dichos dirigentes, tomaron la palabra en el Congreso. Desearíamos hacer aquí tres aclaraciones acerca de la información incompleta y del optimismo injustificado que han podido dar origen a graves errores de juicio entre los occidentales.

Kruchtchev, en su largo discurso, había hablado de los diferentes medios para llegar a la realización del socialismo, diciendo que los comunistas deberían utilizar, con este propósito, los diversos frentes populares y nacionales y las instituciones parlamentarias. Había tratado esta cuestión de una manera rápida, y suscitado más problemas de los que resolvió. Dos de los oradores que le sucedieron, Mikoyan y Kaebin (secretario general del Partido Comunista estoniano) desarrollaron el mismo asunto. Mikoyan declaró que, en Rusia, por ejemplo, los comunistas habían tomado el poder por la fuerza... y que, más tarde, ocurrió lo mismo en China y en Yugoeslavia. Como modelo de acceso pacífico al poder por la vía democrática, citó el caso de Checoeslovaquia, en 1948. Esta fué la primera ducha fría que cayó sobre el entusiasmo de los occidentales, pues lo que sucedió en Praga, en 1948, no fué en suma más que un golpe de Estado favorecido por la presión militar y política de los Soviets (calificada por Mikoyan, con cierto eufemismo, de « circunstancias exteriores favorables »). Esto no corresponde exactamente con la idea que los occidentales tienen del juego de las instituciones parlamentarias y de una evolución pacífica. El Sr. Kaebin dió el último golpe a los equívocos que aún subsistían, y dijo : « Citaré la experiencia del pueblo estoniano, como ejemplo de transición sin violencia hacia el régimen socialista. » « En 1940, las condiciones internacionales eran de tal índole que la burguesía estoniana no podía recibir ayuda del exterior : puesta en presencia de las clases laboriosas (!) no tuvo más remedio que inclinarse. Al tratar de esto, no hay que olvidar la existencia de la gran Unión Soviética, cuyo apoyo moral (!) resultó ser, en esta circunstancia, de una importancia decisiva... » « Por consiguiente, en 1940 se produjo la posibilidad de una transición verdaderamente pacífica. Todas las fuerzas progresistas conjugadas en la « Unión de los Trabajadores Explotados » (el Partido Comunista) prevalecieron en las elecciones, en que el pueblo pudo expresar su voluntad con toda libertad. » (*Pravda*, 19 de febrero). Si Mikoyan y Kaebin interpretaron fielmente a Kruchtchev (en caso contrario, éste hubiera seguramente protestado) todo el ruido hecho alrededor de la « transición pacífica » se reduce a esto : en lo sucesivo, un grupo comunista minoritario podrá tomar el poder, como sucedió en Checoeslovaquia y en Estonia, siempre que los Soviets le presten simultáneamente su apoyo político y militar. Un golpe de este género será pacífico, puesto que los adversarios políticos de los comunistas no estarán en condiciones de oponer una seria resistencia.

Hubo un error de interpretación bastante desdichado respecto a la rehabilitación de los viejos luchadores bolcheviques, que fueron acusados sin razón y ejecutados después de 1930. Mikoyan hizo alusión a la obra que trata de la guerra civil en Ucrania : si Kossior y Antonov-

Ovscenko, « estos dos enemigos del pueblo », no hubieran saboteado el esfuerzo de guerra de la Unión Soviética, el comunismo hubiera podido terminar mucho más rápidamente la guerra civil. Mikoyan declaró que esta manera de contar la historia era profundamente inexacta. Dicha observación fué mal interpretada por los occidentales, que vieron en ella una rehabilitación total de la mayor parte, si no de todas las víctimas del stalinismo. Y este error no se limitó a los dirigentes de la Cuarta Internacional... Sin embargo, es perfectamente exacto que varios jefes comunistas muertos han sido rehabilitados en el curso de los dos últimos años. Pero todos estos casos se aplican a gentes que *no* fueron condenadas como consecuencia de un proceso (Bela Kun, Kossior, Antonov-Ovscenko y otros que han desaparecido sencillamente). Kruchtchev y los demás oradores han demostrado claramente que no se había previsto ningún cambio en la actitud del Partido, en lo que concierne a los « trotskistas, bukarinistas y otros enemigos encarnizados del pueblo ».

El discurso de Cholokov también fué notable por la libertad con que criticó a ciertas personalidades e instituciones. Pero un análisis más detallado de este texto revela que su nueva reputación de iconoclasta y de innovador carece en absoluto de fundamento. Cholokov, como Ehrenburg (que no es miembbo del Partido), se complace en ostentar una relativa libertad de espíritu, y se permite de vez en cuando algunas críticas y bromas que estarían fuera de tono en los discursos de otros miembros del Partido. Cholokov dijo que la literatura soviética había producido diez libros buenos en el curso de los últimos veinte años. Esto no constituye una novedad muy sensacional ; pero hizo una sugestión inteligente, al pedir que se liberara a los escritores de todas las trabas de orden social y político que dificultan, cuando no imposibilitan, la prosecución de su obra. Pero cuando trató de proponer las medidas destinadas a mejorar el nivel de la literatura soviética, el resultado fué mediocre. Según Cholokov todo sería perfecto si los escritores soviéticos tuvieran a bien « estudiar de cerca la vida », dignándose visitar con más frecuencia las fábricas, los koljoses, etc. No dice una palabra sobre la libertad de expresión, ni contra la fiscalización del pensamiento, pero afirma que la literatura soviética es, después de todo, la mejor del mundo y la antorcha del Partido Comunista (« vuestro espíritu grande y luminoso, vuestras manos atentas, etc., etc. »), elogios que recuerdan desagradablemente las alabanzas que se dirigían a Stalin, hace algunos años.

*
* *

Y no obstante, existe otro peligro, que es el de la verdadera significación del Congreso, y que la decepción causada por el estudio del texto íntegro de los discursos y debates (que venían después de la reacción de optimismo erróneo) arriesgaba disimularnos. La mayor parte de los asuntos que fueron objeto de discusión entre los occidentales, no eran sino problemas secundarios tratados en el XX Congreso.

En general, reinó la unanimidad en cuanto a las cuestiones esenciales. El sexto plan quinquenal y las considerables realizaciones del último plan, en el terreno de la industria, fueron el tema principal. Esto constituye un problema extremadamente importante, que merece se le examine con el mayor cuidado. El Occidente cometería un error fatal si desdeñase las lecciones del desarrollo económico de Rusia. Hay que repetir infatigablemente que este examen del crecimiento de la producción y de la productividad es el elemento dominante a los ojos de Kruchtchev y de sus colegas... como lo fué también para Stalin. Todos exaltan con preferencia la dirección colectiva porque, según dicen, es más eficaz que la dictadura de un solo individuo. Pero si acatan la dirección colectiva, no es ciertamente como principio abstracto.

De este Congreso se deduce igualmente que los dirigentes soviéticos están más o menos convencidos de que los países asiáticos « no comprometidos », como la India, Birmania o Indonesia, no son verdaderamente satélites del Occidente. Este hecho ha determinado una modificación de la política extranjera de los Soviets, que, según toda verosimilitud, van a concentrar sus esfuerzos en Asia y Africa. El

interés de los rusos por Inglaterra y Francia, y hasta por Alemania, ha disminuído mucho : los jefes comunistas parecen convencidos de que el acontecimiento decisivo se producirá en Asia y no en Europa. El único adversario posible es evidentemente Norteamérica ; y para impedir que los Estados Unidos hagan fracasar su táctica, Moscú ha estimulado « el temor al colonialismo » con un éxito digno de tenerse en cuenta. Esta es la verdadera significación de los discursos relativos a la política extranjera. Los de Suslov y Chepilov, considerados en cierto momento como « hombres nuevos », y que son ahora miembros del Presidium, han resultado ser, en este aspecto, los más interesantes. Suslov y Chepilov convinieron, con los demás oradores, en que la política comunista del mundo debería hacerce más flexible y más elástica de lo que había sido hasta ahora. Pero no dejaron subsistir la menor duda en cuanto a la eventualidad de una disminución de la fuerza expansiva del comunismo. En la hora actual, su impulso y su confianza en sí mismo son más fuertes e insolentes que en tiempos de Stalin, que decía : « El capitalismo sólo podrá ser destruído mediante una guerra atómica ». Claro está, dijeron, que el comunismo no es un producto de exportación. Pero esto es también una frase de Stalin... Todos coincidieron asimismo en la necesidad de liquidar los excesos del stalinismo. Resulta difícil saber si los miembros del Politburó se habían repartido de antemano el trabajo y habían acordado que Mikoyan tomase la iniciativa. Es muy posible que subsistan las divergencias de opinión entre los dirigentes soviéticos, en cuanto al alcance de este proceso de liquidación. Se da el caso de que todos los jefes actuales son hombres formados en la época de Stalin ; que han estado complicados de una o de otra forma en este período de la historia de los Soviets y de sus « abusos ». Están dispuestos a hacer desaparecer estos abusos, que constituyen ahora un obstáculo para dar un nuevo avance ; y sobre todo, parecen resueltos a apartar el temor permanente de una purga, que pueda afectarles tanto o más que al ciudadano medio. Pero cabe preguntarse si sólo quieren « cambiar la carrocería » del stalinismo o si desean verdaderamente introducir reformas fundamentales. ¿ Tienen, en efecto, la intención de volver al leninismo ? Y en este caso, ¿ dónde está la línea de demarcación entre el leninismo y el stalinismo ? ¿ El stalinismo no era acaso la consecuencia lógica del leninismo ? ¿ No tenía razón Trotsky cuando, a cincuenta años de distancia, decía en uno de sus instantes más proféticos, al criticar las ideas de Lenin sobre la organización, que la « organización del Partido sustituiría al Partido mismo, después el Comité Central sustituiría a la organización, y al final, un dictador único sustituiría al Comité Central » ? El hecho de que el Partido y el gobierno soviéticos estén regidos por una, tres u once personas, ¿ hasta qué punto puede cambiar la situación internacional y la de Rusia ? ¿ No podría el actual directorio preparar el camino a una dictadura, como ya se ha visto en el pasado ? Claro que Kruchtchev puede no ser un Stalin. Felizmente para la humanidad, los hombres de esta clase no abundan en la historia. Pero mientras subsista un terreno favorable para el advenimiento de un Stalin... ¿ no subsistirá igualmente un peligro muy concreto de que la historia se repita, con más o menos variantes ? Todas estas cuestiones y otras muchas se plantean en la hora actual, y no será fácil encontrar la respuesta definitiva. El Sr. Isaac Deutscher, que profesa cierta simpatía por el leninismo, ha hecho observar en el *Times* de Londres que la democracia interna leninista no ha sido restablecida de hecho. Las categorías inferiores del Partido son tratadas, sobre poco más o menos, como en tiempos de Stalin. Las mociones han sido aprobadas por el Congreso con unanimidad absoluta. Pero, en opinión del autor, esto no es más que una etapa transitoria. A la larga, el Partido no podría continuar con una mitad libre y una mitad esclava. (Lo de la « mitad libre » es un eufemismo característico, según el cual la democracia reina en el interior del Partido, es decir entre los once miembros del Presidium, si es que efectivamente reina entre ellos. Pero once individuos no son la mitad de los siete millones de afiliados que constituyen el Partido.)

Conviene, no obstante, considerar la situación actual como una fase transitoria, que pudiera durar muy bien varios años. Una vez que el edificio monolítico de Stalin se ha tambaleado, aunque sólo sea ligeramente, y que los miembros del Partido, y en general todos los ciudadanos soviéticos se han visto estimulados a discurrir por su cuenta, aunque no sea más que en un aspecto muy restringido, será muy difícil encauzar una tendencia que pudiera convertirse poco a poco en un movimiento general y violento para rechazar el stalinismo. No es imposible que alguno de los dirigentes soviéticos estime que el comunismo tiene poco que perder y mucho que ganar con una evolución de esta clase, y que puede defenderse sólo en una competición libre, sin recurrir necesariamente a métodos de coacción y de terror. Pero la mayoría de los jefes parece oponerse a esta transformación, quizá por estar ellos mismos demasiado identificados con el stalinismo. Es posible, sin embargo, que ellos o sus sucesores se vean obligados por la lógica de los acontecimientos a efectuar una verdadera ruptura con el stalinismo ; pero, para que este hecho pueda llegar a realizarse, será menester, en el mejor de los casos, que transcurran muchos años.

No obstante, las repercusiones sociales de una evolución de esta clase en el seno de la Unión Soviética, constituyen un problema de gran interés, pero de un interés puramente académico. Algunos observadores, y entre ellos el Sr. Deutscher, estiman que conducirían a la abolición progresiva de las diferencias entre las clases sociales que se han formado en Rusia, en el curso de las últimas generaciones. En cambio, otros creen que la posición del nuevo grupo selecto, la « intelligentsia », quedaría estabilizada y poco a poco irían emergiendo nuevas clases. Los elementos sobre los que descansan estas teorías son aún demasiado frágiles para permitir sacar conclusiones de gran alcance. Lo que puede afirmarse, con relativa seguridad, es que las modificaciones internas en el seno de la Unión Soviética no afectarán probablemente a la dirección de la política extranjera rusa en un porvenir inmediato. El viejo principio staliniano de « la revolución desde arriba » ha sido mantenido. El cambio que puede esperarse, en lejana perspectiva, habrá de producirse en el interior de la Unión. Pero, para realizar este cambio, el poder de un comité o de un directorio es tan insuficiente y, en definitiva, casi tan ineficaz, como el sistema que ahora se condena, del poder concentrado en una sola persona. Un régimen totalitario tiende naturalmente a la dictadura de un solo hombre y no a la de un comité. Hay que suponer, pues, que tarde o temprano, la « dirección colectiva » desaparecerá de nuevo ; a menos que la tendencia democrática interna deje de aplicarse solamente en la cumbre de la jerarquía soviética y se extienda a todas les categorías del Partido, a sus millares de miembros, y naturalmente también a todos los ciudadanos soviéticos. He aquí lo que sería un acontecimiento revolucionario, que podría tener una inmensa repercusión en la situación internacional. Es bastante dudoso que un acontecimiento de esta importancia pueda producirse sin que el gobierno ruso actual renuncie voluntariamente a una gran parte de su poder. Sólo podría ocurrir como consecuencia de un conflicto entre dos o más facciones, en el seno del gobierno.

Pero estas reflexiones nos han llevado muy lejos del XX Congreso del Partido Comunista Soviético y de su significación. El Congreso no ha decidido nada : como todo el mundo esperaba, no ha hecho más que sancionar el *statu quo*, es decir, la « dirección colectiva ». El Congreso puede ser muy bien, en teoría, la suprema autoridad del Partido, pero lo cierto es que, desde hace muchos años, ha dejado de dirigir la política. El Congreso ha sido utilizado por el poder supremo como la tribuna más adecuada para hacer públicas ciertas decisiones y declaraciones que se juzgan oportunas. No ha dado respuesta alguna a las cuestiones esenciales planteadas por la mayor parte de los observadores extranjeros, algunas de las cuales han sido mencionadas en este artículo.

WALTER LAQUEUR

I. LAZAREVITCH

La literatura en el XX Congreso ruso

Además de sus aspectos políticos, el XX Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S. nos ha confirmado hechos de una gran importancia en el terreno científico y literario, cuya existencia no escapaba a un observador atento, pero que el Congreso ha puesto ahora en evidencia. En el presente artículo quisiéramos comentar especialmente los hechos que se refieren a la vida literaria de la U. R. S. S., o más exactamente, ocuparnos de dos oradores que han dedicado sus discursos a la literatura y a la vida de los escritores soviéticos. El primero que en el Congreso trató de las cuestiones literarias fué Surkov, dirigente del Sindicato de los Escritores de la U. R. S. S. Los que, el año pasado, siguieron las etapas del Congreso de los Escritores, recordarán sin duda todavía la posición ultraconformista de Surkov. En el XX Congreso, Surkov tenía la intención de impresionar con las cifras la imaginación del público al que iba dirigido el discurso. « Cada año, dijo, se editan centenares de libros nuevos en las repúblicas hermanas. Sólo la edición *El escritor soviético* publicó en 1953, en Moscú, 104 libros nuevos ; en 1954 fueron 131, y en 1955, 173.

No obstante, Surkov estimó hacer alguna crítica y se permitió decir : « Nosotros no podemos pasar en silencio el hecho de que el lector de hoy no esté contento de la forma y del contenido de muchos libros nuevos. » Y Surkov se apresura a dar su explicación del descontento del lector. « Una de las causas principales del retraso de la literatura actual es el escaso contacto que una gran parte de los escritores tiene con la vida, con la actividad creadora del pueblo. »

Entonces, ¿ por qué, en este país del llamado socialismo en construcción, se han roto los lazos entre el escritor y el pueblo ? Surkov indica en su discurso que « el escritor que quiere ser un consejero inteligente y deseado de nuestros lectores debe hallarse en las filas de los constructores del comunismo. » Ahora bien, en nuestro país, dice, algunos literatos han preferido, hasta ahora, contentarse con un lugar cómodo y tranquilo en la retaguardia. Estos son los que crean las imágenes borrosas, falseadas, de los personajes y de la vida contemporánea. »

Pero Surkov no se limita a criticar a los aficionados a las buenas colocaciones. Ataca también a los que describen la vida de una manera poco optimista. « ... hay una serie de literatos, dice, que dan pruebas de una tendencia a ver en tonos sombríos todo lo que les rodea y a describir la realidad únicamente en colores negros, y en el mejor de los casos, en colores grises. Algunos parecen querer alejarse de los grandes asuntos de la actualidad y ocuparse tan sólo de los sentimientos íntimos ; tratan de poetizar los pequeños hechos de la vida diaria. »

Advertimos que Surkov quiere dar la impresión de fustigar a derecha e izquierda. Se permite igualmente recordar el hecho de que, en un pasado no muy lejano, se distribuían premios a obras que carecían de valor artístico. « No ha mucho tiempo, dice, presenciábamos la concesión generosa de premios literarios a obras indudablemente imperfectas, débiles desde el punto de vista artístico, cuyo mérito estribaba únicamente en la actualidad del asunto. »

Es indudable que todos lo hemos visto, pero en cambio no hemos visto a Surkov protestar en el momento oportuno contra este estado de cosas. Hoy se decide a hablar de ello y hasta a confesar la existencia de otra gran desgracia para la literatura soviética, que es, según él, el atraso en que se halla la crítica literaria y la extrema debilidad del desarrollo de los problemas teó-

ricos de la estética marxista. « Cerca de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S., dice, existen algunos institutos especiales, que se ocupan en los problemas de la historia y de la teoría de la literatura y de la lengua. Hay también un gran instituto de filosofía. Estos institutos agrupan a su alrededor millares de candidatos (candidato es un grado científico en la U. R. S. S.), centenares de doctores en ciencias literarias, miembros correspondientes y académicos. »

Surkov encuentra que los escritores soviéticos se han mostrado ingratos. Y en efecto, recuerda que « durante los treinta y ocho años de existencia de la literatura soviética, el Partido nos daba lecciones delicadas de dirección, así como ejemplos de atenciones maternales prodigadas a la literatura y al arte... » ¡ Y decir que los escritores han correspondido a todo esto escribiendo libros malos ! ¿ No es esto realmente pura ingratitud ?

En el curso del Congreso, ha hablado también Cholokov. Del mismo modo que su discurso del año último, ante el Congreso de los Escritores, el que ha pronunciado ante el XX Congreso, se dirigía contra las personalidades mismas de los escritores, a los que acusa de ser, ni más ni menos, « almas muertas » de la literatura. « ... En el Sindicato de los Escritores Soviéticos, dice, se cuentan 3.247 miembros y 526 candidatos, en conjunto, 3.775 personas armadas de plumas y que, en mayor o menor proporción, están en posesión de capacidades literarias. Como veis, constituyen una fuerza no pequeña ; pero esta cifra no debe asustaros, ni alegraros, pues no es sino una apariencia, y en realidad la lista de los escritores está llena de almas muertas. »

Cholokov habla de una « brecha », no sólo en el campo de la prosa, sino también en el de la dramaturgia. « Si en los últimos años se ha producido una brecha en el dominio de la prosa, nuestra dramaturgia no se halla en mejor situación : pocas obras buenas se han escrito, y los esfuerzos heroicos de Korneichuk (dramaturgo ucraniano) y de algunos otros dramaturgos no pueden salvar a nuestros teatros del ansia de disponer de abundante repertorio. »

Dirigiéndose después a Kruchtchev, Cholokov dice : « Sin duda, para no ofender a los escritores, habéis preguntado de una manera muy delicada : « ¿ Acaso los vínculos que unen al escritor con la vida se han debilitado ? Sois un hombre fino, Nikita Sergueievich, » dice Cholokov. « Pero los dioses no me han concedido esa preciosa cualidad, y por ello os ruego que me permitáis hacer la pregunta de una manera algo brutal : ¿ Es que puede debilitarse lo que no existe ? ¿ Y puede uno desatarse de aquello a que no está atado ? Lo que sucede es que no son algunos, sino muchos, los escritores que han perdido, hace tiempo, el contacto con la vida y no han procurado asirse a ella, sino que se han apartado lentamente del camino y se han instalado en una inactividad contemplativa, soñolienta e incomprensible. Por muy paradójico que esto pueda parecer, los escritores no tienen asuntos sobre que escribir. »

En el curso del XX Congreso, lo mismo que hizo el año anterior, Cholokov ha vituperado la concentración de los escritores en las ciudades y, sobre todo, en la capital. « En Moscú viven unos mil doscientos escritores. Supongamos que esto sea natural : Moscú es la capital, el mayor centro cultural e industrial del país. Pero lo que no es natural es que, viviendo en la capital, los escritores encuentren el medio de permanecer ajenos al ritmo vital de su tiempo. En la sencillez de mi espíritu, continúa Cholokov, yo pensaba que mis colegas de Moscú, al proyectar escribir nuevos libros, buscarían el contacto con los obreros de las empresas industriales más importantes, se interesarían por la producción de alguna fábrica, por la vida, las necesidades y las aspiraciones de los trabajadores. Pero no es así. Viven en el bosque y no ven los árboles. »

A continuación, Cholokov se entrega a una crítica violenta de la manera de vivir de los escritores. « Muchos escritores contemporáneos, dice, y en particular muchos de los que habitan en Moscú, viven en un triángulo mágico : Moscú — casa de campo — balneario, y regreso : balneario — casa de campo — Moscú. ¿ No es vergonzoso, dice el orador, malgastar así la vida y el talento ? »

Cholokov protesta también contra la manera de presentarse en los medios obreros, en su calidad de artistas en jira. «...

para nuestra gran vergüenza, » dice Cholokov, « ellos (los escritores) no tienen el menor reparo en cobrar, por los discursos pronunciados en los grandes establecimientos industriales, un dinero procedente de las cajas obreras. ¿ Desde cuándo la actividad pública se ha convertido en nuestro país en un trabajo pagado ? Algunos escritores se hacen pagar incluso por sus intervenciones en las academias militares. ¡ Ya es hora de poner término a este escándalo ! Es hora de hacer comprender a estos negociantes de la literatura que, entre un escritor y el tenor que con su voz se gana la vida en el tablado, debe haber alguna diferencia. En general, esto no es tolerable, y aún lo es menos cuando es la mano de un escritor comunista la que se tiende hacia la caja. »

Y dirigiéndose al Congreso, Cholokov hace esta pregunta : « Entonces, ¿ por qué viven en Moscú mil doscientos escritores ? ¿ Por qué no se consigue arrancarles, aunque sea con la ayuda de un tractor, de su residencia habitual ? A esta pregunta me es difícil contestar, » reconoce Cholokov. « Tal vez trataréis vosotros mismos de encontrar una solución a esta adivinanza. Yo sólo sé que esta distribución de las fuerzas creadoras no es justa, ni puede justificarse en modo alguno, » subraya el orador. Y dirigiéndose de nuevo al Congreso, Cholokov exclama : « Esperáis libros nuevos, camaradas. Yo voy a preguntaros : ¿ de quién los esperáis ? ¿ De los que no conocen exactamente ni a los koljosianos, ni a los obreros ? ¿ De los que permanecen en su rincón, sin levantarse de su butaca o de su diván ? Ni hay, ni podrá haber, en un porvenir inmediato, libros buenos, libros de valor, si no cambia radicalmente la situación en la vida literaria. »

Después de este juicio sobre el valor de los escritores, Cholokov hace otra pregunta de importancia primordial : « ... ¿ Cómo es posible que no nos demos cuenta de que los escritores viven desde hace tiempo apartados de la vida del pueblo ? ¡ Esto es verdaderamente incomprensible ! »

Se trata, en efecto, de saber si las cosas parecen verdaderamente incomprensibles a Cholokov, o si es que éste se pasa de listo. En un pasaje de su discurso dice textualmente : « Sólo el Partido hubiera podido cambiar esta situación. » No obstante, él sabe perfectamente que hasta ahora el papel del Partido era frenar el desarrollo libre de la literatura soviética. Nadie podría decir si Cholokov espera realmente la ayuda del Partido para hacer renacer la literatura de la U. R. S. S., o si continúa representando una comedia, al descubrir por una parte los defectos mortales que predominan en la literatura, y al elogiar por otra parte el papel bienhechor del Partido. Si lo hace conscientemente, su papel es nefasto, a pesar de la severa crítica a que se entrega, puesto que, dada la situación del país, sería conveniente hablar abiertamente al pueblo. Si cree realmente en el papel redentor del Partido en su estado actual, es que carece de perspicacia política. Pero es posible que tema las represalias y que quiera asegurarse contra esta eventualidad. En este caso, sus cálculos parecen poco consistentes, pues ya en la « Literaturnaia Gazeta », del 28 de febrero, encontramos una réplica del Partido, hecha por persona interpuesta. En efecto, un cierto Guindin, que se presenta como el « hombre de la calle » y miembro del Partido desde 1918, escribe a propósito de la intervención de Cholokov : « El (Cholokov) ha dicho, con razón, en el Congreso, que los escritores son educados por el Partido, por su Comité Central, pero ¿ acaso no conoce Cholokov las bases de la organización del Partido, el hecho de que el Partido realiza su misión directiva a través de los sindicatos, de las cooperativas, etc. ? » « En mi opinión, dice Guidin más lejos, Cholokov, como miembro del Partido, hubiera debido seguir, no la línea de desorganización del Sindicato de los Escritores, sino la de su fortalecimiento. » « Las notas demagógicas de su discurso, » prosigue Guindin, « concernientes a las casas de campo y a los balnearios, sólo pueden gustar a ciertas personas retrógradas, mientras que todos los hombres soviéticos conscientes comprenden que no hay nada de vergonzoso en el hecho de que un escritor posea una casa de campo y vaya a hacer una cura a un balneario. »

¿ Cuál de estos dos miembros del Partido, Cholokov o Guindin, expresa el estado de espíritu actual de este Partido ?

I. LAZAREVITCH

El arte de Juan Soriano

POR MARIA ZAMBRANO

TODO lo que es creación hunde sus raíces en el sueño. El movimiento surrealista hizo de esta verdad una tesis y lo que es más grave, una intención. También un método. Lo cual es empezar a hacer ya lo contrario, mostrar desconfianza en las leyes del sueño bien soñado.

Porque la conciencia sólo debe intervenir en el sueño para abrirle cauce. Y esa forma extrema de la conciencia que es la razón, especie de conciencia desprendida, le abre camino y aun le presta instrumento. No basta con soñar para que la creación humana surja ; nace más bien de una cierta relación entre el sueño y la vigilia de la razón. Diríase que el pintor, si de pintura como en el caso de Juan Soriano se trata, debe pensar y ver despierto y pintar como en sueños, dejando atrás juicio y cuidado en un acto de pura libertad que es al par obediencia. El hacerlo así es cuestión de ética que ninguna actividad humana puede estar sustraída a ella. Y si esa actividad es creadora, diríamos que es la viva encarnación de una ética, no por informulada menos actuante.

Es la impresión primera y no borrada por reiterada contemplación, que producen las obras de Juan Soriano, pintor de México que en estos días expone su labor última en una galería romana.

No es frecuente recibir esta impresión de estar ante una obra de sustancia moral, y menos frecuente todavía el enunciarlo, pues ¿ qué tiene que hacer la ética con el arte ? ¿ Acaso no se liberó ya el arte de todo para quedar a solas consigo mismo ? — se dirá. Justamente : por haberse quedado a solas consigo mismo, y más aún, por entero en quienes tienen la decisión de desprenderse de toda consideración sobre el « éxito », el arte encuentra su propia ética ; la que podríamos llamar ética del sueño bien soñado, que ni aun despierto se pierde.

Son estos cuadros de Soriano obras ya desprendidas de la mano de su autor, figuras y cifras de un mundo que ha penado mucho por salir al encuentro de la luz y que han salido sin esfuerzo porque pueden dignamente afrontarla.

Y cuando esto sucede, lo que primero se gana es la unidad, la unidad de cada cuadro, la unidad de todos ellos que hace ver que se trata de una obra. Sólo aparece la obra cuando cada cuadro siendo uno aparece a la vez como fragmento que hace alusión a un todo, a una unidad definida y abierta. Y llegar a esto es más que lograr eso que se llama una *personalidad*.

En la obra de Juan Soriano diríase que las máscaras de su México dejan ver el rostro encondido que las habita. Por eso no necesita pintarlas, sino contrariamente deja que aparezca ese misterio que celaba su forma. Virtud es del arte más que dar a ver, dejar que cierta zona de la realidad aún no vista, se dé a ver. Como si fuera ella misma y no la intención del pintor quien las saca a la luz. El arte se logra en la medida en que se hace invisible, en que se

JUAN SORIANO: "Espejo azul" (Oleo)

convierte en puro medio, donde las cosas aparecen.

El culto de la personalidad — de origen romántico — es el escollo en este camino, que la ética vence. La ética propia del artista que vierte su pasión no en crear una imagen de sí mismo, sino un medio de visibilidad donde la realidad puede instalarse, mostrarse, respirar. Respira esa realidad que llena los cuadros de Juan Soriano lo que no se logró dentro de los cánones del surrealismo, sino en momentos excepcionales. Porque el sueño puramente transcripto, en la obra de arte, viene a nuestro encuentro, como la verdad, el amor o la muerte y es una nota más de la objetividad de la obra, que es vida, porque la obra desprendida de su autor comienza a vivir por su cuenta, entra en el futuro.

Que un joven pintor, aunque de larga historia, llegue a este lindero, es un indicio a recoger acerca de un suceso que por todas partes asoma y que se hace igualmente visible, si atendemos a otras manifestaciones de la vida, y es que está al acabar la época que pudiéramos llamar crítica o problemática del arte moderno. Y como el arte es sueño profético, es signo de que estemos entrando en el alborear — no sin angustia — de una nueva época.

No podemos aquí extendernos en esta consideración. Mas, en lo que hace al arte, el momento en que se inicia el « cubismo » y « fauvismo » y tantos otros « movimientos », con sus declaraciones y manifestos, marca una extraña situación que nunca se había producido en el arte occidental. Es la época de los « ismos », en que la teoría antecede a la obra, en que la obra ha tenido tan a menudo carácter experimental y especulativo, momento de máxima conciencia en la creación artística y de ella. Jamás el hombre ha tenido una conciencia tan clara de su creación, ni se ha planteado, por tanto, los problemas que a ella conciernen y que en cada uno de sus dominios particulares se hacían ostensibles hasta el punto de que algunos artistas han consumido su vida en la problematicidad ; mas sus obras oscurecidas hoy serán revisadas un día a esta luz y serán incorporadas a la historia del arte y aun a la historia total de Occidente, como documento de una gran aventura humana.

En el desdén que algunas gentes muestran por los « ismos », se esconde el olvido, sino el desconocimiento, de esta situación de que en la historia hay momentos en que todo se hace problemático, todo, hasta el hombre mismo. Es lo que ha tocado vivir al europeo de este medio siglo. Nunca, de lo que sabemos, en cultura alguna el hombre ha tenido la conciencia histórica tan aguzada como la que cada día, con mayor acuidad, se ha ido desarrollando entre nosotros a partir de la primera década de este siglo — aunque sus raíces filosóficas son mucho más profundas. A la acusación de falta de originalidad que a menudo a nuestro siglo se le hace, bastaría, para desmentirla, señalar este acrecentamiento de la conciencia histórica. La conciencia histórica nace de la preocupación acerca del propio destino ; de la angustia producida por un mundo lleno de formas acabadas y de realidades oscuras ; de la inadecuación entre la cultura y el hombre, asfixiado y al par desamparado bajo ella.

En el momento presente la situación es tal que el artista dotado de conciencia histórica, de la problematicidad del arte y del hombre mismo, no puede ya adscri-

birse de pleno a ninguno de esos « ismos », no por desconocimiento ni desdén, sino como Juan Soriano por asimilación, por superación verdadera. Y así el arte de Soriano no es encasillable ; viene después del surrealismo y lo arrastra consigo mas sin la restricción metódica que lo envaraba ; conoce el valor del cubismo y de la abstracción. Es figurativo, mas ¿ en qué modo ? En el modo diríamos en que se es algo cuando se ha recogido la experiencia de su destrucción.

No hubieran podido nacer estos cuadros de Juan Soriano si la figura, la humana en primer término, no hubiera sido destruída, pulverizada. Pues parece que en la aventura actual del arte — y quién sabe si de algunas otras cosas más —, sólo se pueda salvar lo que haya atravesado el fuego de la destrucción ; lo que tras de ella renazca, en un alba.

Pues todo se nos podrá quitar menos aquello que soñemos. De esa actividad primaria que es el soñar renacerá todo, pues todo nació de ella un día. Lo que hace del hombre ser aparte de la naturaleza es la capacidad de plasmar sus sueños ; el sueño creador.

Que el arte de Juan Soriano tiene su origen en esta fuente del sueño creador lo atestigua su unidad, ya apuntada al comienzo de estas líneas. Y en ella el espacio y el modo de figuración.

Un error de la psicología ha sido el dar por sentado que el espacio llamado físico — de la física anterior a Einstein — sea el real para el hombre, sea el espacio humano. Una cuidadosa investigación descubriría que existe un espacio previo para el hombre, un espacio entrañable cualitativo, que proyectamos bajo el espacio llamado real, percibido. Por ser cualitativo es desigual, discontinuo ; rodea a ciertas figuras destacándolas. Trasunto de él, es la « almendra mágica » en que los bizantinos envolvían a las figuras divinas ; el halo de los santos, la especial claridad o la caverna de donde emergen algunos retratos clásicos, tal « Pablillo el de Valladolid » de Velázquez ; el espacio propio o « lugar natural » de la figura de la persona amada, admirada, odiada, del árbol entre todos, de la estrella que luce sólo para nosotros. El espacio que modula y cualifica, el mismo de los sueños que subsiste en la visión díurna, sin que de ello nos demos cuenta.

Es el espacio en que las figuras de estos cuadros de Soriano aparecen. Espacio abierto en una interioridad, espacio abierto en la realidad inmensa como una herida, cual si el alma humana fuese la sangrante herida de la creación, todos aluden al nacimiento del hombre o a la pasión del hombre, pasión de un alba inacabable.

El arte occidental a partir del Renacimiento, y sobre todo en él, ha cumplido un proceso de exteriorización de las formas, del espacio y aun de la luz. Habíamos olvidado el arte de las culturas orientales o ultraoccidentales, como las que poblaron un día el México de Juan Soriano. En ellas el « arte » — hay que ponerlo entre comillas porque había de cumplir función muy diferente que en la nuestra — figuraba el mundo no de la visión, sino el de las entrañas que ascendía a ser corazón, ese corazón que los sacerdotes ofrecían al Sol arrancándolo al elegido sacrificado. Arte religioso, sacrificial. Hoy el proceso destructivo del arte de Occidente hace posible que dentro de su ámbito, aparezca un arte como el de Soriano. La cultura que sacrificaba fué a su vez sacrificada por los occidentales, por el país más sacrificial : España. País también de sacrificio. Mas la grandeza de la cultura occidental consiste en que en ella se abre un camino para que la historia humana se sobreponga al sacrificio, un camino por el cual la historia humana traspase algún día ese umbral del sacrificio en que hasta ahora se ha desenvuelto. El arte, seguidor en ella del pensamiento, es parte de ese camino. Y a él llegan, están llegando las figuraciones de las viejas culturas entrañables, los sueños de su relegado mas no abatido corazón. No ha necesitado Juan Soriano recurrir a la representación del indio que en el silencio espera la palabra, que vive sumergido en un sueño que clama por el despertar en pensamiento y luz, para abrirle amplio espacio en su pintura. Su herida, esa que se confunde con todo su ser, ha dejado su impronta en el arte de Soriano, que es parte de la Verónica que necesita el alma de una raza sagrada.

MARIA ZAMBRANO

"L'Arbre de Guernica", novela de Shevawn Lynam

POR JULIAN GORKIN

El famoso árbol de Guernica, símbolo de los fueros vascos, inspiró una de las famosas composiciones de Picasso. La periodista irlandesa Shevawn Lynam lo ha tomado como título para su primera novela, publicada hace un año en los Estados Unidos y recientemente en Francia en las « Editions du Seuil ». Llega esta edición en momento oportuno : precisamente cuando Franco suspende el llamado « fuero de los españoles », un fuero que nadie sabe exactamente en qué consiste, puesto que no ha sido aplicado ni respetado jamás.

Nacida en Dublin, la autora vivió en Londres y en Madrid. Durante siete años se ocupó de los asuntos españoles en el Servicio de Información Británico. Ha publicado importantes reportajes sobre la España franquista en periódicos y en revistas londinenses. Conoce y ama profundamente al pueblo español y ha conocido directamente a la resistencia antifranquista. En su novela no aparece Guernica, no asistimos a su destrucción por los aviones fascistas ni a su reconstrucción por el régimen franquista ; su árbol milenario simboliza el espíritu de libertad del Pueblo Vasco y de todos los otros pueblos de España. ¿ Qué título podía ser más bello y sugestivo ?

En nombre de una comparación harto fácil, inmediatamente ha tratado de establecerse una aproximación entre la novela de S. Lynam y las de Malraux y Hemingway inspiradas por la guerra civil española. La autora no posee el arte de Malraux ni la fuerza dinámica de Hemingway ; posee, en cambio, una cálida y humana ternura que no vemos en los otros. En realidad esta novela no nos pinta la guerra misma, sino sus aspectos marginales y sus consecuencias ulteriores. Su verdad es indiscutible : eso que la autora describe ha sucedido y sus personajes son de carne y hueso, han existido y siguen existiendo. Sus nombres son vascos, pero igualmente podrían ser castellanos o extremeños. Hombres de una pieza, de gran reciedumbre moral, de un valor tranquilo y de una voluntad a toda prueba. Esos hombres no han llorado ante las penalidades ni ante la muerte ; sólo les ha arrancado un sollozo sin lágrimas el amargo y frío abandono del mundo.

La acción de la novela empieza en el verano de 1937, después de la rendición de Bilbao a los italianos, que habían sufrido antes algunas duras derrotas. Los batallones vascos, casi en andrajos, esperan que se decida de su suerte. Mandaba uno de estos batallones Elustondo, un ex albañil de 24 años. Y mandaba otro Arregui, estudiante de medicina, más joven aún. El general italiano revista los hombres de Elustondo y exclama con admiración : « Con tropas como éstas, podríamos conquistar el mundo ». Algo semejante había dicho Napoleón en su tiempo ante la infantería española. Elustondo replica secamente : « Si contáramos nosotros con la ayuda aérea que ustedes tienen, nada nos importaría conquistar el mundo. Seguiríamos sencillamente aquí para defender nuestras aldeas ». Para los totalitarios que ensayaron sus armas en España, tratábase

de una batalla más hacia la conquista del mundo ; el pueblo español defendía la libertad y la dignidad de sus aldeas y, con ellas, las de un mundo a la deriva.

La autora nos hace asistir al juicio de sesenta « rojos », entre los que se encuentran los seis personajes principales de su novela. Dura éste apenas hora y media. El presidente del tribunal tiene los ojos cerrados y diríase que dormita ; tiene que condenar y condenar y apenas duerme. Se acusa a los defensores de la Constitución y del Gobierno legal de « rebelión militar ». Para el acusador son traidores los que han defendido « el veneno del liberalismo, del laicismo y de la tolerancia ». « ¡ Nada de tolerancia ! », grita iracundo. La mayoría de los procesados, católicos vascos, son condenados a muerte ; otros, entre ellos el sacerdote Fray Mateo de Murua, a veinte años de prisión. Otros muchos sacerdotes vascos han sido ejecutados sin formación de causa.

Entre los condenados a muerte, de vuelta a la prisión, Fray Mateo se siente « como un hombre rico entre los pobres ». La autora nos describe una escena magnífica que yo conocía ya, si bien situada en otra cárcel y con otros personajes. Fray Mateo amó tiernamente en su juventud ; muerta su novia, adoptó los hábitos. Uno de los condenados a muerte, recién casado cuando empezó la guerra, recuerda con profundo amor a su mujer. Cuando vienen a buscarle para la ejecución, el digno y sencillo sacerdote, no obstante su cobardía ante la muerte, se ofrece a ser ejecutado en su lugar. El director de la prisión acepta ; pero los falangistas quieren al otro, al jefe militar, al que odian ferozmente.

Durante la guerra civil y después de ella, los vascos han planteado un problema ante la conciencia universal : los llamados « nacionales » trataron de justificar su levantamiento en nombre, entre otras cosas, de la religión católica. ¡ Pero los verdaderos católicos, los de Cristo, eran ellos ! En la prisión, el comandante vasco Elustondo le muestra las medallas de su fe al joven andaluz Jiménez. Este le grita : « ¡ He visto a demasiados obispos bendiciendo a los generales ! ¡ Vayan y asesinen en nombre del Señor ! » Elustondo lo convence de que en el País Vasco no es así. « Nuestros sacerdotes aman la libertad y el pueblo ama a Dios. En el resto de España, Cristo se ha convertido en una propiedad de los ricos y los poderosos ». Logran evadirse los dos. Cuando llegan a Francia, ha estallado la guerra mundial. Un gendarme les dice : « Vuestra guerra no era la nuestra ». Pero Elustondo le demuestra que la guerra española y la mundial son la misma que continúa. « Desde ahora, todas nuestras guerras son la misma guerra ». Entran en la primera iglesia que encuentran. En su sermón, un sacerdote francés pretende que Dios les ha dado el triunfo a los « buenos » en España y que lo mismo sucederá en Francia. El católico Elustondo siente náuseas. « ¡ Nunca más ! », exclama indignado: Nunca más buscará la verdadera religión cristiana en una iglesia.

Para los que lograron salvar la vida, el fin de la guerra civil no ha sido sino el comienzo de otra : en la clandestinidad, en las cárceles, evadiéndose, conspirando, introduciendo literatura subversiva, sirviéndose de falsos documentos falangistas, luchando contra una policía que los persigue sañudamente... La heroica resistencia continúa. Siguen día tras día las peripecias de la guerra mundial. Están de corazón al lado de las democracias, pues su causa es la suya. Organizan la evasión y el paso de los franceses libres y de algunos ingleses en peligro. Saludan la derrota de Hitler y Mussolini con sincero entusiasmo. Y esperan, esperan...

*
* *

En diciembre de 1951, los jefes de la resistencia se reúnen clandestinamente. Toda su organización, a través de España, espera. ¿ Qué espera ? La Asamblea de la ONU está reunida en París. Va a tratarse el problema de España. Reciben una noticia lacónica y fría : « La cuestión española no será discutida ». La registran « como si se tratara del anuncio de la muerte de sus padres ». Un periodista inglés, que asiste a la reunión, les dice que las democracias están demasiado ocupadas con la Europa del Este y que, después de todo, la situación de España es « estable » y « pacífica ». ¿ Para qué seguir resistiendo ? ¿ Para qué, si las posibilidades de éxito parecen alejarse de día en día ? Juantorena, uno de los jefes resistentes, dice : « Nosotros creemos en el valor intrínseco de una actitud moral, incluso si no da resultados tangibles ». Pero Elustondo grita, desesperado : « ¡ Qué imbéciles hemos sido ! Esperábamos una migaja en la mesa de los hombres libres. No somos más que una especie de esqueleto en el armario de Europa ». Y Urquijo, otro resistente : « Somos gentes dotadas de siete vidas. Nos hubiéramos contentado con una, pero libre ».

Frente al mar, el valiente Elustondo siente subirle un sollozo a la garganta. Millones de españoles iban a saber que sus esperanzas habían sido vencidas. La guerra había terminado hacía tiempo, pero la marea no había traído aún la paz

JULIAN GORKIN

Sobre algunos libros brasileños

CARLOS DRUMMOND DE ANDRADE es, sin duda, uno de los más importantes poetas de la América Latina y la publicación de sus poesías completas *(Fazendeiro do Ar e Poesía até agora*, Librería José Olympio, Editora, Río de Janeiro, 1955) constituye una alta meta en el movimiento literario, no solamente en el Brasil, sino también en toda la literatura suramericana, en la que el nombre del poeta ya es bastante conocido en varios países, a pesar del aislamiento en que está viviendo.

El libro, de casi seiscientas páginas, contiene reunidas poesías de los volúmenes siguientes : *Alguna poesía, Matorral de las almas, Sentimiento del mundo, José, La rosa del pueblo, Nuevos poemas, Claro enigma* y *Granjero del aire*, este último todavía inédito, hasta su publicación en este libro.

Están reunidos aquí más de treinta años de poesía (Carlos Drummond de Andrade nació en 1902, en Itabira, Minas Gerais), pero lo que más impresiona al lector es la visión de una sola línea poética que va desde la primera hasta la última página. No ha habido inconsecuencias en el conjunto de la obra lírica de Drummond. Ha habido, eso sí, experiencias y evolución, y el primero en reconocer esto es el propio poeta, cuando, en una nota que va estampada al final del libro, afirma : « La publicación de « obras completas » no implica, por parte del autor, la aceptación de todo cuanto ya ha compuesto. Hay partes que el tiempo volvió acabadas, pero que no pueden ser borradas del conjunto, como la vida que no podemos pasar a limpio. El autor no se arrepiente, ni se enorgullece de haber cambiado. Reconoce, apenas, que ha cambiado ».

¡ Cuánta constancia y cuánta firmeza hay en estas palabras ! Y ¿ cuántos serán los poetas de nuestros días que podrán suscribirlas, sin temor y sin avergonzarse, así como lo hace el poeta brasileño ?

Aquellos que deseen conocer no solamente a un poeta de primera línea, de nuestro tiempo, sino también la evolución de la moderna poesía brasileña, a través de uno de sus más dignos representantes, no podrán dejar de leer este libro que se ha transformado en un documento imprescindible. En una obra como ésta, el Brasil se conoce mejor y el alma brasileña se presenta en su auténtica forma.

EL más importante de los escritores brasileños de todos los tiempos, José María Machado de Assís (1839-1908), o Machado de Assis, como es conocido, apenas comienza a ser discutido y divulgado más allá de sus fronteras. Recientemente han salido en los Estados Unidos, en Suiza, en España y en Alemania, algunos libros de este escritor, que todavía allí permanece desconocido. Son pocos los que en el extranjero se han ocupado de la vasta obra del escritor brasileño, debiendo ser mencionados entre éstos Víctor Orban, que publicó en París un ensayo sobre el escritor, (Orban fué un escritor de origen belga que estudió con ahinco las letras brasileñas y dió a conocer algunos de los mejores escritores), Adrien Delpech, Isaac Goldberg, Wilhelm Giese, Maurice Muret, Samuel Putnam y René Lalou.

En el Brasil, sin embargo, la literatura « machadiana » está cobrando auge de día en día. Aún recientemente, el Instituto Nacional del Libro, que forma parte del Ministerio de Educación y Cultura (dirigido por el poeta y crítico Augusto Meyer) publicó una impresionante *Bibliografía de Machado de Assís*, organizada, durante años de trabajo, por el professor J. Galante de Sousa. Ahora están saliendo otros dos libros fundamentales.

El primero *(Machado de Assis. Estudio crítico y biográfico* de Lúcia Miguel Pereira, editado por la empresa José Olympio), es la quinta edición del más serio y mejor elaborado ensayo que hasta ahora se ha escrito sobre Machado. El segundo *(Machado de Assís desconocido* de R. Malgalhães Junior, Editora Civilizaçao Brasileira, 1955), saca a la luz hechos y aspectos aún no discutidos, apuntados o descubiertos por investigador alguno. Si el libro de Lúcia Miguel Pereira es una de las contribuciones más necesarias para el conocimiento del escritor, la obra de Magalhães Junior no deja de ser verdadero libro sorpresa, del cual Machado sale con una personalidad nueva, desconocida hasta ahora.

El libro de Magalhães Junior fué, en cierto modo, « el libro del año » 1955, y todos los balances literarios lo apuntaban como una publicación que se salía de lo común.

Una obra como ésta invita al estudio y a la meditación y sería interesante conocer otros libros de tal género hechos por investigadores sin prisa, que, buscando y revolviendo archivos y papeles amarillentos, aporten la luz, tantos años después de la muerte del héroe, a un aspecto enteramente diferente del que se ha hecho oficial. Tiene todo y de todo esta obra : tiene capítulos sobre Machado y la política (siempre se dice que el escritor era un apolítico, lo que no es cierto) y tiene hasta un capítulo de los más

actuales e interesantes, titulado « Machado y el imperialismo », que constituye una verdadera revelación ya que se basa en hechos que nadie conocía, pero que existían y cuya evidencia nadie podrá negar.

Para hacer la verdadera historia, y después escribirla, es necesario, como se ve, reescribirla con paciencia y seriedad.

EL Servicio de Documentación del Ministerio de Educación de Río de Janeiro, dirigido por el dinámico José Simeão Leal, ha publicado (en español) un interesantísimo libro del historiador, escritor, ensayista y político paraguayo (exilado) Justo Pastor Benítez, titulado *Bajo el alero asunceño*.

Benítez, a quien se tributó un homenaje a finales del año pasado, por su sesenta aniversario, es una de las figuras más cultas y serias de su país. Autor de una vastísima obra, nos da ahora en este pequeño, pero condensado volumen, una visión bastante completa de la vida paraguaya en varios aspectos : manifestaciones artísticas, el mito de Orfeo entre los guaraníes, el maternalismo en la sociedad paraguaya, así como también uno de los mejores estudios sobre la figura de Eugenio María de Hostos.

Este trabajo realizado con seriedad, científicamente, después de muchos años de observación e investigaciones, es fiel espejo del alma paraguaya. El hecho de ser publicado en el Brasil no constituye una simple coincidencia. Al contrario, demuestra que, a pesar de las fronteras, sólo existe una América. Benítez es uno de sus arquitectos.

DURANTE las elecciones presidenciales realizadas en el mes de octubre de 1955, el nombre del general Juárez Tavora fué divulgado ampliamente por el noticiario político internacional. Personalidad de las más complejas, revolucionario (su lema durante la campaña electoral fué « la revolución por el voto ») y estudioso de los problemas políticos, económicos y sociales, el general Juárez Tavora es, sin duda, una de las figuras más interesantes en el panorama actual de la América Latina.

Recientemente ha salido otro libro de este estudioso, que conoce, como pocos, las realidades de su país, e intenta encuadrar el Brasil entre los países verdaderamente democráticos. *Petróleo para el Brasil* (Librería José Olympio, Editora, Río de Janeiro, 1955) es una de las más importantes contribuciones al conocimiento de este problema básico, que está siendo afrontado por los países sudamericanos. El libro de Juárez Tavora nada tiene de utópico ; por el contrario en estas páginas son debatidos con profundo conocimiento y lúcido espíritu crítico todos los aspectos del problema petrolífero, transformando el libro, de este modo, en contribución fundamental a las discusiones ulteriores que conciernan a las realizaciones en este terreno.

El problema del petróleo en el Brasil despertó ya amplias controversias, dando margen a muchas intervenciones sensatas, pero, al mismo tiempo, a una agitación demagógica, sustentada por ciertos círculos « nacionalistas » directamente inspirados por la línea de política exterior del Kremlin : « El petróleo es nuestro ».

Este libro del general Juárez Tavora, indispensable para todas las investigaciones futuras y para los debates que surgirán sobre el asunto, puede ser calificado de trabajo básico en el tan combatido capítulo del petróleo sudamericano. Es una obra escrita con seriedad y profundo conocimiento de todos los aspectos del problema. Es una obra en la cual el político nunca intentó sustituir al investigador ; una obra que deberá ser conocida por todos aquellos que se preocupan por los grandes problemas de nuestro tiempo.

STEFAN BACIU

La poesía de Blas de Otero

EL nombre de Blas de Otero destaca en el panorama de la poesía española actual con singular relieve. Nacido en Bilbao, en 1916, Otero pertenece a la primera generación de postguerra, es decir, la que comienza a darse a conocer y a publicar en los años cuarenta. Después de unas « plaquettes » aparecidas en 1941, « Cuatro poemas », y en 1942, « Cántico espiritual », y de unas « Poesías en Burgos » publicadas en la revista *Escorial* en 1943, Otero no publica su primer libro, *Angel fieramente humano*, título tomado de un verso de Góngora, hasta 1950. Pero ese libro le reveló como un poeta de sorprendente vigor y originalidad, en el clima más bien monótono que ofrecía la joven poesía española en esos años. Dámaso Alonso saludó a la poesía de Blas de Otero como una de las tres o cuatro importantes revelaciones de la lírica española de postguerra, y al tratar de caracterizarla, señaló su talante de poesía desarraigada,

angustiada, y recordó su parentesco espiritual con Quevedo, con San Juan, con Hopkins. Otros críticos — por ejemplo el profesor Emilio Alarcos Llorach en su libro *La poesía de Blas de Otero* — han visto en Otero un hijo espiritual de Unamuno, un vasco torturado como don Miguel. En efecto, la agónica invocación y el diálogo clamante con Dios, tan frecuente en la poesía de Otero, parece de estirpe unamuniana, aunque en Otero suele ofrecer el tema una mayor riqueza expresiva, más dramática tensión, sobre todo en una serie de espléndidos sonetos que llenan buena parte de sus dos primeros libros, *Angel fieramente humano* y *Redoble de conciencia*, éste último Premio Boscán de Poesía de 1950.

No es posible negar una fuerte base tradicional a la poesía de este joven vasco, y a los nombres ya citados de Quevedo y San Juan, habría que añadir el de Fray Luis de León. Pero aquí, más que subrayar ese fondo clásico, nos interesa, destacar el talante atormentado y preocupado de su poesía, y el cántico de esperanza y de futuro que resuena especialmente en su último y reciente libro, *Pido la paz y la palabra* (Colección Cantalapiedra, Santander 1955). La angustia es una constante en la poesía de Otero, sobre todo en sus dos primeros libros. Pero en *Pido la paz y la palabra* parece liberarse de esa angustia, y conquistar la serenidad y la alegría. Ya en *Angel fieramente humano* podía observarse una actitud que tendía cálidamente a una comunicación con el hombre, y a alejarse de la torre de marfil, de lo exquisito minoritario. Significativamente, el primer libro de Otero está dedicado « A la inmensa mayoría », réplica expresa a aquella otra dedicatoria famosa — « a la inmensa minoría » — de Juan Ramón Jiménez. Y en un poema del mismo libro, « Canto primero », afirma el poeta :

Definitivamente cantaré para el hombre.

El hombre, su destino, su salvación, es el gran tema de la poesía de Otero casi desde que empieza a escribir. Y hoy se observa en él un afán de solidaridad humana con los hombres de nuestro tiempo, con los que sufren « hambre y sed de justicia ». He aquí, por ejemplo, un breve poema, cuyo primer verso da título al reciente libro de Otero :

Pido la paz y la palabra.
Escribo
en defensa del reino
del hombre y su justicia. Pido
la paz
y la palabra. He dicho
« silencio »,
« sombra », « vacío »,
etc.
Digo
« del hombre y su justicia »,
« oceano Pacífico »,
lo que me dejan.
Pido
la paz y la palabra.

Hay evidentemente en la poesía actual de Otero un profundo latido social. Pero el mismo Otero ha escrito estas palabras, para que nadie se engañe : « Creo en la poesía social, a condición de que el poeta, el hombre, sienta estos temas con la misma sinceridad y la misma fuerza que los tradicionales ». Lo que quiere decir que para Otero la poesía de propaganda no es poesía.

Nada más lejos de la propaganda que estos poemas de su último libro, en los que el amor a la patria, a España, cruza como un hondo dolor, como un látigo oculto, sangrando en el pecho, todo el libro. Amor a la patria y a sus tierras : sus pueblos, sus aires, sus labios :

Porque soy hijo de una patria triste
y hermosa como un sueño de piedra y sol ; de un tiempo
amargo como el poso
de la historia.

Y también :

España, espina de mi alma. Uña
y carne de mi alma. Arráncame
tu cáliz de las manos.
Y amárralas a tu cintura, madre.
. . . . . .
Oh patria, árbol de sangre, lóbrega
España...
. . . . . .
Para ti, patria, árbol arrastrado
sobre los ríos, ardua España mía,
en nombre de la luz que ha alboreado :
alegría.

Es, naturalmente, a una España soñada, a una España del futuro, a la que canta Blas de Otero en estos poemas con un ímpetu y un acento de verdadero poeta. Y con un lenguaje de maestro, un lenguaje sobrio, castigado, pero lleno de brío y de fuerza en su elemental desnudez. El verso suena a veces como un trallazo, y otras como una limpia espada de pureza. Las palabras, en algunos poemas, parecen de hierro, restallan a veces como látigos, o bien cantan como campanas puras. En pocos poetas de hoy el lenguaje es tan eficaz, tan poderosamente vivo. Como en todo verdadero poeta, el lenguaje de esta poesía es pieza capital, no mero cauce de un sentimiento. Pero no es mi propósito en esta nota analizar el estilo poético de Blas de Otero. Tal tarea ha sido ya realizada con maestría por el profesor Alarcos Llorach en el libro citado antes. A él remitimos al lector que desee tener un conocimiento más cabal de los recursos estilísticos empleados por Otero en su poesía.

ANDRÉS DALE

De los poetas a la poesía

A Eugenio Florit le ha publicado la Unión Panamericana una *Antología de la Poesía Norteamericana Contemporánea* en su colección Pensamiento de América.

Un estudio preliminar de la evolución poética norteamericana en lo que va de siglo y unas notas biobibliográficas, al final de la obra, nos dan idea de parte del trabajo al que se ha entregado Eugenio Florit.

Aunque el conocimiento del inglés esté muy extendido entre nuestros poetas y escritores, así como entre el lector medio, nunca está de más una antología que sitúe en el tiempo y en el espacio a los representantes de una poesía cuyas repercusiones sobre la nuestra no dejan de ser constantes.

Los reparos de dosificación, que suelen hacerse a todas las antologías, apenas si valen para la de Eugenio Florit. Sin disminuir la representación de los otros poetas, tal vez hubiese convenido aumentar la de algunos como, por ejemplo, el mismo Robert Frost.

En su conjunto el trabajo de Florit es concienzudo y honrado. Lo mejor que puede decirse es que nos sabe a poco.

DESDE su exilio de México nos envía la poetisa venezolana Lucila Velásquez su libro : *Poesía Resiste*, que publican las ediciones de « Cuadernos Americanos ».

Lucila Velásquez escribe una poesía que se rebela, que *resiste* frente a un estado de cosas que trata de imponerse. Aunque no falten las alusiones, bellas y acertadas, al pueblo *(Al pueblo lo espantaron a los montes ; caballo de escozor, rienda caída)*, su solidaridad se manifiesta más que hacia una comunidad que aparece como lejanía abstracta, hacia personas concretas, de carne y hueso, con nombres y apellidos

Lucila Velásquez elige con frecuencia los moldes clásicos y siempre conserva cierta tensión que da unidad e interés al libro entero.

MARGARITA PAZ PAREDES es la autora de *Presagio en el Viento*, publicado por el Ministerio de Cultura de El Salvador.

Poesía generosa y flúida. Los versos de Margarita Paz Paredes parecen definir, más que nada, un estado de ánimo. Diríase que la autora se instala entre dos fechas, entre dos cosas, como viviendo de recuerdo y espera, abandonando así el presente inmediato.

Un hermoso dibujo de Camilo Moreno nos sitúa de golpe frente a la imagen de Margarita Paz Paredes.

DE paso por París, el cubano Fayad Jamis nos deja *Los Párpados y el Polvo*, un libro impreso en La Habana con viñetas del autor.

Fayad Jamis se revuelve dentro del asombro que le producen cosas a las que debiera estar acostumbrado. No en vano este redescubrimiento de las cosas, que la fuerza de la costumbre hace pasar inadvertidas, constituye una de las tareas reservadas al poeta.

Las afirmaciones o negaciones rápidas y breves, en que abunda *Los Párpados y el Polvo*, dan a sus versos seguridad de iniciativa.

LA poesía puertorriqueña de lengua castellana es de una rara fecundidad. Muestra de esa poesía es el *Canto Desesperado a la Ceniza*, publicado en la colección Rodadero de la ciudad de Yarco. *El Canto Desesperado a la Ceniza* es una elegía formada por versos trabajados, sin aristas, que descansan sobre un fondo de ascetismo hondamente cristiano.

DE la Argentina llegan dos pequeños libritos : *Comunión* y *Salud o Nada*. El primero, de Nicolás Semorile ; el segundo, de Rodolfo Alonso. El uno publicado en San Nicolás y el otro en el mismo Buenos Aires.

A Nicolás Semorile no le faltan los aciertos, sobre todo cuando roza la canción popular. Domina, en todo caso, las formas clásicas y es buen conocedor del oficio.

Rodolfo Alonso es un poeta joven, directo cordial, que gracias a las Ediciones Trayectoria da su primer aldabonazo. Hasta que repita sus aldabonazos no podremos decir si el ruido de los mismos sube por el hueco de la escalera.

LUIS LOPEZ ALVAREZ

" Por qué callaron las campanas ", de V. Botella Pastor

ES ésta una novela publicada en México por las Ediciones Libertad, cuya acción se desarrolla en la zona republicana durante la guerra civil española y de la que es autor V. Botella Pastor.

En la cubierta del libro se señala que no se trata de una réplica a Hemingway. Es evidente que la novela de Botella Pastor no tiene nada que ver con la del escritor norteamericano. Cabe, pues, preguntarse la razón por la cual ha sido titulada así. La asociación de ideas que provoca el título, crea una situación equívoca que no sirve más que para indisponer al lector.

El protagonista, lucha entre el amor espiritual hacia su esposa y la pasión que le empuja

en brazos de su amante. En el fondo es la búsqueda de lo absoluto a través de esa especie de reflejo lunar del mismo que cada mujer lleva en su rostro. Argumento nada nuevo, pero que Botella Pastor sabe tratar con acierto.

La guerra civil se halla presente en toda la obra como música de fondo. Cuando esa música sube a primer plano, se producen las páginas menos logradas de *Por qué callaron las campanas.*

No cabe duda que lo más conseguido de la novela es el aspecto psicológico. Botella trata de justificarse asegurando que ha sido necesaria la guerra para que sus personajes se desarrollen completamente. Las circunstancias excepcionales debían ayudar a la acción puramente psicológica. No obstante, casi puede asegurarse que con igual argumento, desprovisto del aspecto anecdótico de la guerra, Botella Pastor hubiera podido ofrecernos una excelente novela psicológica.

El estilo — del que Galdós y Baroja no están ausentes — parece confuso en las primeras páginas, pero después se afianza hasta adquirir seguridad y equilibrio.

La voz de Botella Pastor es noble y sincera y no eludé, cuando llega el momento, la toma de posición : *Las verdades que se basan en la muerte de los hermanos no pasan de ser espejuelos de caza o sofismas engañosos.*

L. L. A.

" Freud a distancia ", del Dr. Oswaldo Robles

El Dr. Oswaldo Robles, catedrático de Psicología de la Universidad Autónoma de México ha publicado un excelente libro que lleva el título que encabeza estas líneas, prologado por el Dr. Delgado, catedrático de Psiquiatría de la Universidad de San Marcos de Lima, Perú.

Este libro contiene diez lecciones, que tienen por objeto: « Establecer un balance crítico de las aportaciones de Freud al progreso de la Psicología », pues ahora hace cincuenta años que Freud publicó su libro « Una teoría sexual », con el cual perturbó el sueño del mundo, como él mismo decía.

El libro del Dr. Robles es de lectura amena y supone un profundo conocimiento de la voluminosa obra de Freud y sobre todo de las nuevas tendencias a partir del neopsicoanálisis. Empieza el Dr. Robles afirmando que su libro no representa una crítica a las adquisiciones válidas del método psicoanalítico, ni un desconocimiento de la genialidad psicológica de Freud. Y esto lo dice un hombre que es católico ferviente, lo cual revela amplitud de criterio.

Para mí lo valioso de Freud estriba en el profundo sentido que dió al subconsciente. ¿ Que es un error atribuir a lo sexual tan enorme y decisiva importancia como Freud le dió ? Esta es cosa que ya nadie pone en duda. Pero como el mismo Dr. Robles dice, tomándolo del « Abrégé de Psychanalyse » : « El psicoanálisis figura entre las preciosas adquisiciones nuevas del género humano ».

Desde luego han sido los puntos relativos a las relaciones incestuosas, como son los complejos de Edipo y Electra, lo que más ha hecho hablar a todo el mundo. Cita el Dr. Robles las siguientes palabras de Roland Dalbiez, que dió jerarquía científica en Francia al psicoanálisis : « Lo único que sabemos, sí, es que los métodos aplicados hasta ahora en el estudio del problema edipiano están desprovistos de toda precisión científica » (p. 39).

Freud no admitía críticas ni disidencias : o conmigo o contra mí. Célebres son aquellas sesiones de 1909 en las que su discípulo Alfredo Adler tuvo que separarse del maestro. Adler substituía la voluntad de poderlo a la libido freudiana. También Rodolfo Allers, un antiguo discípulo de Adler, se separó de Freud. El anti-Freud, como se llama a Allers, afirmaba que no se podían englobar todos los placeres en la satisfacción erótica.

Al ocuparse del nuevo psicoanálisis nos habla el Dr. Robles de la aportación de los llamados ortodoxos de la primitiva escuela vienesa que estaban representados por Kara Horney, cuyos libros, traducidos al español, son en México muy conocidos. Escribió entre otros « El Nuevo Psicoanálisis ». Según ella había que evadir al psicoanálisis de ser una psicología instintivista y genética y hacer una revisión crítica de la teoría freudiana. No es lo instintivo lo que dificulta el estudio de la personalidad — nos dice —, sino las condiciones genéricas de vida del individuo, y asigna una mayor importancia a los factores culturales que al sexual.

Respecto al valor curativo del psicoanálisis el Dr. Robles cita al médico y filósofo Karl Jaspers, el cual dice que ese valor es dudoso. Salter manifiesta que el 60 % de los psicoanálisis son perjudiciales, Knight afirma que hay 57 % de fracasos y 43 % de éxitos en la aplicación del mismo y Appel expresa que sus resultados difieren poco de los demás métodos. Warner Wolff acentúa que da demasiada importancia al pasado el psicoanálisis y no tiene bastante cuenta del presente.

Fué la escuela de Chicago la que sacó al psicoanálisis de su dogmatismo al abreviar el tratamiento. Freud exageró las experiencias infantiles. El análisis del pasado debe limitarse a aclarar

el terreno antecedente actual, nos dice la citada escuela.

Respecto a quién debe practicar el psicoanálisis opina el Dr. Robles que el ideal sería la formación de doctores en psicología médica, pues generalmente los médicos están poco versados en psicología y los psicólogos saben poco de medicina.

Freud es el iniciador de la psicología clínica, como ha dicho el Dr. Lagrache. Laín Estralgo ha expuesto que Freud tuvo la virtud de incorporar la intimidad del reino de la patología, añadiendo que con Freud el enfermo ha llegado a ser un hombre. También manifiesta que de la confluencia de las obras de Dilthey y Freud iba a nacer la psicología clínica, la cual es distinta de la psicología médica. Aunque los tests de Rorschach pertenecen a la misma categoría que el llamado test de apercepción temática de Murray, sin embargo, en tanto que los de Rorschach no son realmente psicoanalíticos, los de Murray sí lo son y tienen un valor íntimo y emocional.

No hay que confundir el psicoanálisis con el método psicoanalítico — ha dicho Maritain. Freud no era filósofo y su cultura filosófica era muy deficiente. Hay en su doctrina múltiples contradicciones. El Dr. Robles califica al psicoanálisis de materialismo y de empirismo radical, de hedonismo absorbente ; pero reconoce su valor y la grandísima influencia que ha ejercido en todos los medios. A Freud podemos considerarlo—dice—como uno de los grandes precursores de la psicología clínica, entendida como psicología comprensiva de la individualidad.

LUIS ABAD CARRETERO

" Reforma universitaria ", de Gabriel del Mazo

La Reforma Universitaria Argentina no fué tan sólo — como de su denominación pudiera colegirse — un anhelo de los universitarios de lograr una modificación en la estructura de las universidades argentinas, en su actividad cultural y en sus métodos de enseñanza. Fué mucho más que todo esto ; fué un movimiento histórico, con proyección extensiva a todos los países latinoamericanos, en el que se enunciaron las grandes bases culturales y educativas, netamente americanas, para la emancipación liberal de estos pueblos.

Nació este movimiento, con ansias de renovación y de depuración, en la Universidad de Córdoba, en el año 1918, y adquirió tal importancia, que a sus mantenedores se les llamó, en el continente americano, la « Generación de la Reforma Universitaria ».

Al lado de profesores argentinos como Alejandro Korn, surgió como figura señera un joven estudiante, presidente de la Federación Universitaria Argentina y, más tarde, profesor y vicepresidente de la Universidad Nacional de la Plata, Gabriel del Mazo, que se reveló, ya en aquellos tiempos de su juventud — tenía a la sazón 25 años — como una de las personalidades más destacadas de la Reforma, y ha continuado manteniendo tesoneramente, sin cejar en su noble empeño, todos sus postulados sin desviar su trayectoria de la primitiva línea de conducta. Y hoy, en plena madurez, con la experiencia adquirida por los años y con los grandes conocimientos de su amplia cultura, sigue defendiendo con juvenil energía los grandes principios básicos de la Reforma Universitaria, en escritos, conferencias y discursos, incluso en los años en que la Argentina ha estado sojuzgada por el fenecido régimen peronista.

Una muestra de esto nos la ofrece, por ejemplo, el mensaje que envió a los estudiantes de la Universidad de Córdoba, en septiembre de 1945, en el que escribió : « Las tendencias dictatoriales o autoritarias, opuestas por lo tanto a la libertad, nos son extrañas y contrarias, cualquiera que sea el rótulo social que adopten. Las tendencias oligárquicas, también negadoras de la democracia, nos son extrañas y contrarias, cualquiera que sea el eventual disfraz con que se exornen ».

Gabriel del Mazo es autor de numerosas publicaciones sobre temas políticos y temas de educación, entre ellas una bastante extensa, en tres volúmenes, titulada *La Reforma Universitaria*, editada en La Plata, en 1941, que a pesar de su título no tiene relación con el libro que motiva esta nota bibliográfica. El que comentamos es una obra publicada por vez primera en 1943, con el título « *Reforma Universitaria y Cultura Nacional* », cuya primera edición se agotó rápidamente. En 1947, accediendo su autor a reiteradas peticiones, publicó una segunda edición, que amplió en una tercera, aparecida en 1950 y que, también agotada, reproduce con nuevas ampliaciones en esta cuarta edición, publicada en noviembre de 1955 y avalorada con un prólogo del antiguo Rector de la Universidad de San Marcos, de Lima, Don Luis Alberto Sánchez.

Sería ocioso comentar con detalle las sabias lecciones que Gabriel del Mazo nos da en este libro, no sólo acerca de la cultura y organización universitaria, sino también sobre los conceptos de libertad y democracia, que tan fundidos están con aquéllas. Nos bastará decir que la obra que comentamos es una selección de algunos de sus escritos, proyectos de leyes, discursos y conferencias, a través de los cuales percibimos netamente las concepciones y pensamientos del autor acerca de la libertad y de la democracia, así como sobre lo que debe ser la Universidad mo-

derna, la autonomía universitaria, frente a la universidad centralizada, que denomina *bonapartista*, la participación en el gobierno de la Universidad, de los estudiantes, graduados y doctores, en hermandad con los profesores, formando la *ciudadanía universitaria*, con sus formas de representación y de gobierno, y con su jurisdicción como un Estado verdaderamente democrático.

Define la Reforma Universitaria diciendo que es « el movimiento de liberación de las nuevas generaciones de nuestra América en procura de las bases para una cultura nacional auténtica... Un vasto e histórico empeño por devolver a la Nación, que es el Pueblo, las llaves de la inteligencia nacional ». Definición que estaba sintetizada en lo que, desde 1918, se llamó en la Universidad de Córdoba « la autonomía espiritual de las nuevas generaciones ».

Todos los trabajos que integran este libro de Gabriel del Mazo son excelentes, rebosantes del contenido ideológico, pedagógico, liberal y democrático que sirvió de base fundamental al movimiento de la Reforma que, no completamente alcanzada todavía, constituye la más hermosa aspiración. El día en que ésta se logre y, en consecuencia, las universidades del continente latinoamericano sean libres y autónomas, y se hayan creado en su seno estudiantes y graduados verdaderamente libres, es muy de esperar que lleguen a reformarse las instituciones políticas en aquellas naciones y se terminen las dictaduras encarnadas en personajes militares que cedan el paso, para siempre, a las togas universitarias, mejor preparadas y más aptas para el gobierno y dirección política y social de los pueblos, con gran bien para el progreso, la cultura, la libertad y la democracia.

CARLOS DE JUAN

" Pena de muerte ", de Enrique Lafourcade

Antes de comenzar la lectura de un libro, al fijarnos en su título, solemos imaginar cual pueda ser su contenido, si se trata de una obra técnica o científica, o cual su argumento, si es una novela. Por esto, cuando leímos el título *Pena de Muerte*, de la novela escrita por el joven y ya conocido escritor Enrique Lafourcade, pensábamos hallar en ella algún crimen horrendo, con intervenciones policíacas, jueces de instrucción, tribunales de justicia, jurados, sentencia, etc. Pero, muy lejos de ello, en esta novela no se relata ningún crimen ; no aparece ningún policía y no se celebra ningún juicio.

Hay, en cambio, en la obra, un sugestivo y profundo estudio psicológico, que desde el primer instante cautiva nuestra atención, del espíritu enfermo del protagonista, que es un artista, un buen pintor, que abandonó su arte, quizás a consecuencia de esa depresión de su espíritu, que es el de un demente, con todas las características del paranoico. Hombre completamente normal, afectivo, culto, conocedor del arte, buen amigo de dos excelentes amigos durante el día, pero que al llegar la noche, padeciendo de insomnio, en lugar de combatir su falta de sueño, toma específicos para ahuyentarlo, y entonces perturba el sueño de sus amigos, les molesta, algunas veces les injuria con sus sarcasmos, y pone en peligro de ruptura la sincera amistad que les une.

El personaje es un misógino que odia el amor físico — posiblemente porque le teme al par que le anhela — a causa de que desea una unión absoluta, irremediable con su ser, y en su vida, en sus aventuras sólo había hallado un amor escaso y mezquino. Todos sus problemas espirituales nacen de su concepto demasiado riguroso de la moral, que le impregna de tristeza y le impide vivir, obsesionado con aquella máxima de Nietzche de que « nadie se salva ni se pierde sino uno mismo ».

El autor, a través de la enfermedad mental del protagonista, presenta el problema filosófico del *libre albedrío* en oposición al *determinismo*. No expone una solución que pudiera expresar una opinión personal acerca de ello, y unas veces pone en boca del protagonista una expresión clara del albedrío diciendo que « uno es su circunstancia, uno la decide » y otras es un fatalismo determinista estableciendo la teoría de que « cada ser lleva atada al cuello la piedra de su destino ».

Enrique Lafourcade aumenta con esta novela el ya gran acervo literario de los grandes escritores latinoamericanos, entre los que merece quedar incluído. La profundidad de sus pensamientos, el conocimiento de la psicología, de la filosofía, de la literatura y del arte, que se percibe a través de las páginas de su obra, muestran su madera de buen escritor.

C. DE J.

" Casas muertas ", de Miguel Otero Silva

Si el nombre de Miguel Otero Silva no figurase ya desde hace años entre los más distinguidos poetas y novelistas de Venezuela, su reciente novela *Casas muertas*, que acaba de ofrecer al público la Editorial Losada, de Buenos Aires, bastaría para situarle en primer plano

entre los grandes novelistas contemporáneos de Iberoamérica.

Trátase de una novela de trama argumental intensa, a la par que sencilla y escueta. El autor ha logrado crear admirablemente, con toda sobriedad, la atmósfera y los escasos personajes de su libro. La narración resulta flúida, con magníficos acentos poéticos en ocasiones, y obtiene fácilmente su propósito : llevar al ánimo del lector la visión acabada de la muerte lenta e inexorable de un pueblo llanero venezolano, Ortiz, que va despoblándose día tras día víctima de las fiebres y de los abandonos.

Casas muertas refleja la vida angustiosa de un pueblecito de la gran sabana venezolana, inmovilizado cual un cementerio, con sus viejas casonas en ruinas y sus habitantes moribundos, todo ello prólogo de la muerte irremediable. « La tragedia — escribe Miguel Otero Silva — se produjo durante la peste española, al concluir la guerra europea. Sobre aquel pobre pueblo llanero, ya devastado por el paludismo y la hematuria, ya terrón seco y ponedero de plagas, cayó la peste como zamuro sobre un animal en agonía. Murieron muchos orticeños, cinco por día, siete por día, quince por día, y fueron enterrados quién sabe dónde y quién sabe por quién. Otros, familias enteras, huyeron despavoridos, dejando la casa, los enseres, las matas del patio, el perro. Desde entonces adquirió definitivamente Ortiz ese atormentado aspecto de aldea abandonada, de ciudad aniquilada por un cataclismo, de misterioso escenario de una historia de aparecidos. »

La novela se abre con la patética y angustiosa descripción de un entierro en el viejo cementerio, que nadie cuida desde que murió el viejo Lucío, su antiguo guardián, y se cierra con la huída liberadora hacia las nuevas tierras en las que surge el petróleo, es decir la vida, de Carmen Rosa y los suyos. Por fin, el ansia de vida triunfa de la muerte. Es como si la yerma desolación de Ortiz se viese azotada por un viento de esperanza.

Casas muertas es una novela bien lograda, que no dejará de figurar entre las más representativas de la novelística hispanoamericana. Y Miguel Otero Silva un gran novelista.

I. I.

"La civilización de España", de John Brande Trend

El distinguido y eminente hispanista inglés John Brande Trend cuenta en su haber con una amplia obra de investigación y de crítica, pues ha estudiado a lo largo de los años la evolución de las ideas hispanas en libros de indiscutible importancia, entre los cuales cabe señalar *A picture of modern Spain* y *The origins of the modern Spain*, así como el que dedicó a Alfonso el Sabio, sin olvidar sus numerosos ensayos sobre literatura contemporánea en los que ha analizado las obras de Unamuno, García Lorca y otros más. John Brande Trend posee, pues, sobrados títulos para afrontar una síntesis interpretativa de lo hispánico, que es lo que ha hecho en *La civilización de España*, libro editado hace pocos meses por la Editorial Losada, de Buenos Aires.

Se trata de una apretada y feliz síntesis de lo más destacado y peculiar de la civilización española, ofreciéndonos el autor un cuadro harto expresivo de lo que ha sido y es el pueblo español a través de sus principales realizaciones económicas y culturales. Para ello, John B. Trend establece el medio, físico y natural, en que se ha desarrollado esa civilización y examina las sucesivas invasiones sufridas por la península ibérica, con las consiguientes aportaciones de cada una de ellas para la creación de la nación hispánica. También analiza las distintas etapas históricas del proceso de formación del pueblo español y la evolución posterior del mismo.

La colonización romana, la musulmana, la reconquista, los reinos cristianos y las guerras dinásticas, y, finalmente, la unificación de España, son otras tantas etapas de fundamental importancia que nuestro autor estudia con toda objetividad. No escapa a su análisis la fuerza unificadora prestada por la religión, convertida luego en un sólido instrumento político al servicio del Estado ; ni tampoco el papel jugado por los Reyes Católicos, los cuales limitaron el poder de los señores al mismo tiempo que iniciaron la restricción de los fueros y de las libertades municipales, iniciándose así la decadencia de España.

Según John B. Trend, esa decadencia política se debió principalmente al hecho de no haberse creado Cortes españolas conjuntas para todo el país, con representantes directos de todas las regiones, capaces de oponer un sólido valladar al poder del rey y a la exagerada fuerza de las instituciones religiosas. Asimismo señala la catástrofe que supuso para la cultura y la civilización españolas la derrota de los erasmistas peninsulares. Salvo breves destellos de luz, España se fué hundiendo poco a poco, víctima propiciatoria del absolutismo... Y en pleno absolutismo se halla.

Resulta imposible resumir aquí todas las ideas que John B. Trend expone en su obra *La civilización de España*. Sus páginas ofrecen gran interés como introducción y resumen de los estudios sobre España.

I. I.

« La vida que nos dan », de José Blanco Amor

Con sosiego hemos leído esta novela, publicada en Buenos Aires por el periodista y escritor gallego José Blanco Amor (Ediciones López Negri). El buen éxito de anteriores trabajos literarios del autor y la concesión a este libro suyo del Premio Valle Inclán por un jurado de hombres de letras argentinos, nos hicieron adentrarnos con disposición favorable a través de sus 340 páginas.

Es esta novela el relato de un adolescente que, con sencillez muy realista, describe su vida y la de las gentes que le rodean, en su hogar campesino primero, y más tarde en casa de unos parientes, en la ciudad, a donde le llevan sus inclinaciones concertadas con ingratas vicisitudes familiares. El campo es el campo de Galicia, y la ciudad es La Coruña — La Coruña del decenio 1920-30 —, una Coruña entre la casi pueblerina Marineda de la Pardo Bazán y la importante capital de provincia de hoy, muy próxima a los 150 mil moradores. Pero la decoración de fondo de esta novela, tanto en el campo como en la urbe, es de muy relativa importancia para el novelista. Blanco Amor es pintor de figura, que no de paisaje, para decirlo de un modo gráfico. Apenas hay otras descripciones del campo gallego en *La vida que nos dan* que las que hace un señorito, exaltándolo en términos deliberadamente convencionales que el autor pone en sus labios. De la Coruña sólo sabemos por estas páginas que es una ciudad arrullada por el bronco rumor del Orzán. La acción que allí se desarrolla podría desenvolverse en cualquier otra ciudad. No lo anotamos como reproche, sino como una observación objetiva. Al fin y al cabo, igual ausencia de paisaje se advierte en algunas novelas de nuestros clásicos españoles, maestros en cambio en la pintura de caracteres y costumbres.

Caracteres y costumbres, sí, los describe con prolijidad y generalmente con acierto Blanco Amor. Es sin duda su inclinación y su fuerte. Llegamos a conocer bien a sus personajes, como si con ellos hubiéramos convivido. De hecho hemos tratado en la vida real a muchos que pueden identificarse con los del libro : el protagonista, su padre, el cura don Cosme, Toñita, don Joaquín, el señor Madanes... No son ficciones. Y el autor no ha menester decirnos que son así o asá, en una previa presentación, sino que nos los da a conocer en su manera de moverse y de obrar, con segura naturalidad. Abunda además el libro en bien observadas escenas, dramáticas o chuscas, pintorescas o patéticas, en algunas de las cuales no nos ahorra el autor ninguna crudeza. Y esto, que nos parece aceptable para dar a algunos aguafuertes todo su vigor, estimamos que en otros momentos el autor lo extrema un poco, y su prurito naturalista le hace asomarse a lo escatológico. La insistencia en hablar del ruido del sifón de un retrete llega a dar más relieve a éste que al rezongar del bravío Orzán. Y no es en verdad necesaria esa repetición ingrata, porque la sordidez de aquella casa de tenderos, de ínfimos burgueses está suficientemente acusada en otras sombrías notas minuciosamente recogidas en estas páginas.

Tiene la novela calidad y fuerza, pasajes felices, agudas observaciones. Interesa como un reportaje vivido y palpitante, y al decir reportaje no queremos disminuir su valor, sino considerar ante todo la obra como un documento humano pleno de sinceridad y de verdad. Como tal lo hemos leído con interés, y a medida que avanzábamos en su lectura esperábamos más y más un conflicto y un desenlace que justificasen plenamente la novela. Todos los elementos están prestos... Los personajes con sus egoísmos y mezquindades. Las decepciones del héroe de esta historia en su contacto con la vida. Hasta una nueva pasión apunta entre Enrique — el protagonista — y Toñita, que puede aportar nuevo relieve a la acción ¡ Pero no ! Ello no pasa de un esbozo. Y el final nos decepciona, porque los términos a que Blanco Amor ha llevado las cosas prometían más y mejor, y este final — no digamos inverosímil, porque nada hay que lo sea, pero inusitado y extraño — da la impresión de que dieron prisa al autor desde la imprenta, como cuando se va a cerrar la edición de un diario, y a causa de este apremio se deshizo de los personajes, tan bien delineados, y de la obra, con un golletazo, que, por otra parte, no cumple su misión de « rematar ». Porque la novela no termina, sino que ahí se queda rota, colgada en un episodio algo arbitrario.

¡ Es lástima ! Es lástima, porque *La vida que nos dan* es digna de otra culminación que la justificase, que hiciese de ella una novela plenamente lograda, ya que no con una tesis trascendente — que ello no es esencial —, al menos con una desembocadura o « aboutissement » que no desmereciese.

Porque entendemos que el señor Blanco Amor revela cualidades positivas de novelista ; porque creemos que su ingenio puede dar frutos más sazonados ; porque hay mucho de estimable en su obra, al lado de errores pasajeros y de negligencias evitables, nos parece preferible hacer de su novela un elogio leal, con las salvedades que nuestra sinceridad nos dicta, que trazar una de esas rutinarias alabanzas « de cumplido », sin objeciones ni reservas, pero falsas e insinceras.

C. A.

VIDA DEL CONGRESO

SOLIDARIDAD CON LAS VICTIMAS DE LA REPRESION FRANQUISTA

El Comité Ejecutivo ha hecho pública, el 16 de febrero último, la siguiente resolución :

« El Congreso por la Libertad de la Cultura (Presidentes de honor : Karl Jaspers, Salvador de Madariaga, Jacques Maritain, Reinhold Niebuhr, Bertrand Russell y Presidente del Ejecutivo, Denis de Rougemont) expresa su profunda emoción — y la que sienten con él los intelectuales libres del mundo entero — ante las medidas de represión tomadas en España en el terreno cultural y poco de acuerdo con las tradiciones intelectuales de Occidente, principalmente la detención de un cineasta de fama internacional y la suspensión de varias revistas literarias ».

CONTRA LA DISCRIMINACION RACIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

El siguiente telegrama ha sido enviado al Dr. Oliver C. Carmichael, Presidente de la Universidad de Alabama, con copia a M. James E. Folsom, Gobernador del Estado de Alabama :

« Los que suscriben, miembros e iniciadores del Comité Internacional « Ciencia y Libertad », afiliado al Congreso por la Libertad de la Cultura, expresan su plena solidaridad con los profesores y los estudiantes de la Universidad de Alabama que han adoptado una posición en favor de los derechos humanos fundamentales y contra la exclusión de los estudiantes negros, sus alumnos y condiscípulos, a los que desean ardientemente buen éxito en la valerosa acción que han emprendido ».

Firman este telegrama veinte profesores de los Estados Unidos y de los países democráticos de Europa, afiliados al Congreso por la Libertad de la Cultura.

LA UNESCO NO SE REUNIRA EN CARACAS

Como se sabe, una Conferencia de la UNESCO debía reunirse en Caracas para tratar del problema de la « Asimilación cultural de los Inmigrantes ». Diversas organizaciones internacionales, principalmente la CIOSL-ORIT y el Congreso por la Libertad de la Cultura, significaron su protesta y rogaron a todos sus colaboradores que no asistieran a dicha Conferencia.

La UNESCO ha decidido reunirse en México, del 20 al 30 de abril del año en curso.

LUIS ALBERTO SANCHEZ EN LA SORBONA

Luis Alberto Sánchez, ex-rector de la Universidad de San Marcos de Lima y nuevo miembro del Ejecutivo del Congreso por la Libertad de la Cultura, explicó, durante el mes de febrero último, un curso sobre la Literatura Hispanoamericana del siglo XIX en el Instituto de Altos Estudios Latinoamericanos (Sorbona).

El gran historiador literario regresará a París el año próximo para explicar, en el mismo Instituto, un curso sobre la Literatura Hispanoamericana en el siglo XX. Estos cursos han suscitado un extraordinario interés.

CONFERENCIAS SOBRE LA ARGENTINA

Julián Gorkin y Luis Alberto Sánchez, que en representación del Congreso permanecieron en la Argentina durante el mes de diciembre de 1955, abrieron un debate sobre el fenómeno peronista y sobre la situación de aquel país, el 7 de febrero último en los concurridos Martes de «PREUVES», de París. Después de sus substanciales exposiciones, intervinieron diversas personalidades francesas e hispanoamericanas.

Sobre el mismo tema dió Julián Gorkin una conferencia en el Instituto Hispánico (Sorbona) el 28 de febrero, y otra en el local de « Los Amigos de la Libertad », de Saint-Etienne, el 3 de febrero. La misma conferencia le ha sido solicitada en Burdeos y en Niza.

« EL PORVENIR DE LA LIBERTAD »

El Suplemento de « CUADERNOS », dedicado a la Conferencia de Milán, conteniendo informes de Germán Arciniegas, Luis Araquistáin, Bertram D. Wolfe, Hugh Gaitskell, Bertrand de Jouvenel, Peter Wiles, Collin Clark, Herbert Passin, Rita Hinden, G. D. Parikh, Eric P. W. Da Costa, Sidney Hook, Manès Sperber, R. H. S. Crossman, George Kennan, Hernán Santa Cruz y Adriano Olivetti ha obtenido un extraordinario éxito.

Hemos recibido gran número de cartas elogiando la publicación de este Suplemento, cuyos principales informes han sido reproducidos en un buen número de periódicos y revistas en lenguas española y portuguesa.

EL BOLETIN « INFORMACIONES »

En francés, inglés y español ha sido publicado el primer número de « INFORMACIONES », Boletín del Congreso por la Libertad de la Cultura,

con noticias sobre las diversas actividades de la organización en Europa, Asia y las Américas. Este Boletín se publicará periódicamente.

« CINQ ANS DE PRÉSENCE »

El Congreso por la Libertad de la Cultura acaba de publicar, con este título, un balance de actividades que abarca desde su fundación en Berlín, en junio de 1950, hasta la Conferencia de Milán, en septiembre de 1955.

Contiene una presentación del Presidente del Ejecutivo, Denis de Rougemont, referencias sobre las Conferencias de Berlín, de Bruselas (noviembre de 1950), « La Obra del siglo XX », de París (mayo de 1952) ; « Ciencia y Libertad », de Hamburgo (julio de 1953) ; la « Música del siglo XX », de Roma (abril de 1954) ; la asiática por la Libertad de la Cultura, de Rangún (febrero de 1955) ; y la de Milán sobre « El Porvenir de la Libertad ».

Da asimismo una referencia sobre la exposición internacional de los « Jóvenes Pintores », sobre los actos de protesta que, en contra de la persecución del pensamiento y de los derechos humanos, ha pronunciado el Ejecutivo. Se hace también una relación de las diferentes secciones nacionales, sobre las publicaciones etc. Consta este balance, en francés, de 48 páginas.

Bajo la dirección personal de Luis Alberto Sánchez, ex-rector de la Universidad de San Marcos de Lima y gran historiador de Literaturas americanas, publicaremos un número especial de "Cuadernos" — el próximo, o sea el 19 — dedicado a los diversos aspectos culturales que ofrece la América Latina en la primera mitad del Siglo XX. Dicho número constará de muchas páginas y contendrá las más diversas materias, tratada cada una de ellas por un especialista de renombre. Contendrá asimismo una selección de poemas, de páginas literarias y de retratos. Una síntesis de dicho número especial será traducida y publicada en las diversas revistas del Congreso por la Libertad de la Cultura.

NUESTRO CARNET

• ALDOUS HUXLEY, notable novelista, ensayista y biógrafo inglés, autor de numerosas obras, entre las que cabe señalar *Contrapunto*, *Un mundo feliz*, *La eminencia gris* y *Los demonios de Loudun*.

• FERNANDO DIEZ DE MEDINA, ensayista, crítico y poeta boliviano, celebrado autor de *Thunupa*, *Nayjama*, *Literatura boliviana*, *Sariri*, *Libro de los misterios* y un reciente libro de cuentos, *La enmascarada*.

• ROBERT GUILLAIN, periodista francés. Estuvo recientemente en China enviado por el diario parisiense *Le Monde*, en cuyas columnas ha publicado una larga serie de artículos sobre la China de Mao Tse Tung.

• JOSE FERRATER MORA, filósofo y ensayista español, en la actualidad profesor en una universidad norteamericana. Entre sus numerosas obras destacan las siguientes : *Diccionario de Filosofía*, *Unamuno : bosquejo de una filosofía*, *Cuatro visiones de la historia universal*, *Variaciones sobre el espíritu*, *El hombre en la encrucijada*. Acaba de publicar *Lógica matemática* y prepara un libro sobre Ortega y Gasset.

• JULIAN MARIAS, conocido filósofo español, discípulo de Ortega y Gasset. Se le deben numerosas obras, entre otras *Historia de la Filosofía*, *Introducción a la Filosofía*, *Filosofía española actual : Unamuno, Ortega, Morente, Zubiri*, *El método histórico de las generaciones*, *Ortega y la idea de la razón vital* y *Filosofía actual y existencialismo en España*.

• ENRIQUE SERPA, periodista y escritor cubano de sólido prestigio, inaugura su colaboración en CUADERNOS con un capítulo del nuevo libro que está terminando. Su estilo es sobrio y vigoroso, y sabe describir los tipos y el ambiente cubanos como pocos. Ha representado y representa a su país en misiones diplomáticas.

• ALEJANDRO MAGNET, distinguido escritor chileno, autor de dos libros publicados recientemente con un gran éxito de público : *Nuestros vecinos justicialistas* y *El Padre Hurtado*.

• ANGEL DEL RIO, director del Hispanic Institute en los Estados Unidos y de la *Revista Hispánica Moderna*. Es autor de varias obras, entre otras *El concepto contemporáneo de España* y *Antología de la literatura española*.

• MANUEL SUAREZ MIRAVAL, ensayista peruano, notable crítico de arte y director de la revista *Idea*. Es autor de varios libros.

B.D.I.C

CORRESPONDENCIA

« El editorial del número 17 de « Cuadernos » plantea uno de los problemas más interesantes en lo que se refiere a la libre circulación del libro impreso en español entre los países que hablan este idioma. Es cierto que existen escandalosas trabas monetarias, aduaneras y proteccionistas que dificultan terriblemente esa circulación y que vienen a añadirse a las que crean ciertas dictaduras caudillistas y reaccionarias, que creen protegerse así contra el pensamiento universal y sus lógicos efectos. Siempre nos hemos quejado los escritores hispanoamericanos del escasísimo interés que demuestran por conocernos los públicos lectores de Europa y de Asia y, casi en la misma medida, el norteamericano. Pero ¿ con qué derecho podemos protestar contra ello si entre nuestros propios pueblos de la misma lengua no hacemos gran cosa por conocer nuestra obra ? Aplaudo al Congreso por la Libertad de la Cultura y a su digna revista « Cuadernos » por la labor que está haciendo en este y en otros muchos dominios culturales ».

M. H. G.

México, D. F. (México).

* * *

« Al dirigirme a tan alto centro cultural lo hago con el único propósito de expresarle mi admiración a la única institución mundial que defiende al hombre y su libertad, al pensador, al político desterrado, al novelista censurado, al filósofo condenado por su doctrina, así como al hombre humilde a quien, por su raza, se le impide ocupar el puesto que le corresponde en la sociedad. Es evidente que el Congreso por la Libertad de la Cultura está prestándole un importante servicio a la humanidad.

« Paso las páginas de « Cuadernos » una a una, sin dejar de leerlas ; expresa el pensamiento de cada autor sin ninguna censura, sea cual fuere la nacionalidad de éstos. Desearía obtener toda la colección del 1 al 13 y estaría dispuesto a pagársela bien a quien me la proporcionara ».

J. H. V.

Lima (Perú).

* * *

« Leo « Cuadernos » desde el comienzo y encuentro que el último número, el 17, es quizá el más variado y rico de todos. Me han interesado muy particularmente, quizá por mi criollismo, los trabajos de Luis Alberto Sánchez, Chang Rodríguez y Antenor Orrego, en torno al mito de la « hispanidad », al indigenismo y al ser histórico de la Nueva América. No recuerdo que ninguna otra publicación haya estado nunca tan abierta al estudio de estos problemas, tan libremente y sin prejuicios. Yo no reniego de la buena tradición cultural española, pero estoy con Sánchez al establecer el distingo entre España y la « hispanidad », que algunos insensatos del régimen imperante en España quisieron convertir en « voluntad de imperio ».

P. L. A.

Caracas (Venezuela).

* * *

« He leído en el último número de « Cuadernos » la excelente nota de Luis Abad sobre mi libro. Verdaderamente « Cuadernos » se está haciendo cada día más interesante. Les felicito a ustedes muy de veras ».

M. Z.

Roma (Italia).

* * *

« Cada nuevo número de « Cuadernos » merece elogios renovados. A mi juicio se supera a sí misma de número en número. Es variada ; alterna los temas españoles e hispanoamericanos con los de la actualidad internacional. De verdad le digo no sé cuáles merecen mi preferencia. Todos o casi todos. Les reitero, sin embargo, una crítica que les hice ya hace meses : ¿ por qué no publican mayor número de crónicas o estudios sobre los Estados Unidos de Norteamérica ? Supongo que no responde ello a un propósito o un prejuicio. En bien o en mal, creo que hay mucho que decir sobre los norteamericanos, mucho que aprender de ellos y no pocas críticas que hacerles, sobre todo en lo que a la América Latina se refiere ».

B. C.

México, D. F. (México).

* * *

« Cuando logro recibir un número de su revista — algunos se pierden por el camino — no puedo guardarlo más de 24 o 48 horas. Una buena docena de amigos, profesores, abogados y médicos, me dan prisa para que lo lea y se lo pase. ¡ Se publican tan pocas cosas dignas de leerse en nuestro desgraciado país !. « Cuadernos » es un verdadero regalo para todos nosotros, sobre todo cuando vemos en él firmas y temas españoles ».

L. P.

Zaragoza (España).

Julio-Agosto 1956

B.D.I.C

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

19

NUMERO EXTRAORDINARIO

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE MUSÉE

CULTURA LATINOAMERICANA

Letras, Bellas Artes, Ciencias

Alfonso Reyes, Eduardo Santos, Gabriela Mistral,
Francisco Romero, Germán Arciniegas,
Luis Alberto Sánchez, Arturo Torres Rioseco,
Amanda Labarca, Roberto F. Giusti, Benjamín Carrión,
Luis E. Valcárcel, F. Cossío del Pomar,
Guillermo de Torre, Domingo Santa Cruz, Raymond Ronze,
Angel Guido, Antenor Orrego, Gilberto Freyre

y otros más.

SELECCION DE POEMAS LATINOAMERICANOS

La América Latina y el Premio Nóbel

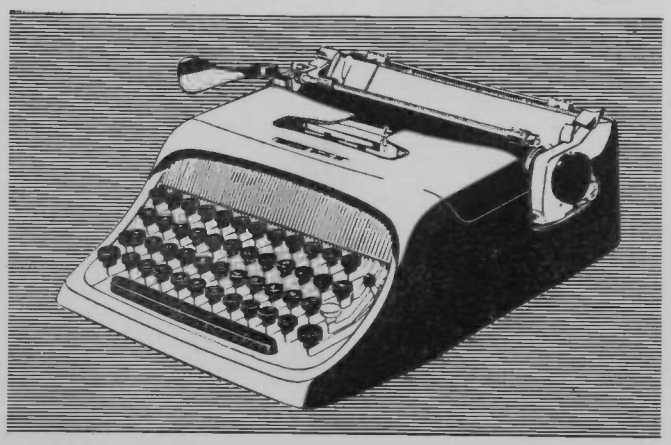
4° P 5926

Studio 44

la máquina de escribir para el profesional

El científico,
el publicista,
el arquitecto,
el médico,
el técnico,
el hombre de negocios
encuentran en esta máquina
las cualidades de la portatil:
elegancia,
fácil manejo,
ligereza;
y al mismo tiempo las ventajas
de la máquina de oficina:
elasticidad de pulsación,
solidez,
carro sobre baleros,
regulador de pulsación.

olivetti la industria más grande en Europa de máquinas para oficina



Ing. C. Olivetti & C., S.p.A. - Ivrea (Italia)

CUADERNOS

NUMERO 19 REVISTA BIMESTRAL JULIO-AGOSTO 1956

SUMARIO

Presentación ..... EDUARDO SANTOS 3
América ..... ALFONSO REYES 9

Ciencia y formación cultural

Las corrientes filosóficas en el siglo XX ..... FRANCISCO ROMERO 11
La historia en América latina ..... RAYMOND RONZE 18
La medicina ..... CARLOS MARTINEZ DURAN. 23
Influencia occidental y obra de creación latinoamericana ..... ROBERTO F. GIUSTI 30
Selva y cultura ..... GILBERTO FREYRE 37
La universidad ..... LUIS ALBERTO SANCHEZ .. 43
La reforma universitaria ..... GABRIEL DEL MAZO 51
Imagen y palabra en la educación ..... GABRIELA MISTRAL 67
La educación en la América latina ..... AMANDA LABARCA 74
Surgimiento del nacionalismo continental ..... ANTENOR ORREGO 82
América, geografía política ..... SALVADOR PINEDA 91

El Premio Nóbel en América latina

Gabriela Mistral, Premio Nóbel de Literatura 1945.. L. A. S.. 95
Bernardo A. Houssay, Premio Nóbel de Medicina 1947 JOSE BABINI 97

Las letras

El indio en nuestra literatura ..... LUIS E. VALCARCEL 99
El negro y la literatura iberoamericana..... ILDEFONSO PEREDA VALDES 104
La novela regional ..... BENJAMIN CARRION 111

El ensayo en nuestra América ..... GERMAN ARCINIEGAS 125
La evolución de la poesía moderna ..... XAVIER ABRIL 131
Lo hispánico en las letras hispanoamericanas ..... GUILLERMO DE TORRE 149
La influencia de los Estados Unidos en nuestra literatura ..... ARTURO TORRES RIOSECO. 154
La segunda « revisión » de Rodó ..... EUGEN RELGIS 163
Las letras mexicanas durante medio siglo ..... GILBERTO GONZALEZ Y CONTRERAS 168
Palabras a Martí ..... JOSE FERRER CANALES 175
Mariano Latorre, alto escritor chileno ..... JULIO CESAR JOBET 178
Poetas de ayer y de hoy 181
Rubén Darío, César Vallejo, J. Herrera Reissig, Leopoldo Lugones, E. González Martínez, J. Santos Chocano, Guillermo Valencia, A. Eloy Blanco, Gabriela Mistral, Franz Tamayo, Manuel Bandeira, L. Pales Matos, Emilio Ballagas, J. Carrera Andrade, Juan Liscano.

Bellas Artes

Artes plásticas en Centro y Sudamérica ..... F. COSSIO DEL POMAR 193
Cuadro general del arte americano ..... ROMUALDO BRUGHETTI ... 198
¿ Existe un teatro sudamericano ? ..... HILDA TORRES VARELA .. 204
Realidad musical en América latina ..... DOMINGO SANTA CRUZ 211
Síntesis del estado actual de nuestra música ..... JULIO ANTONIO COSS 217
Evolución de la arquitectura durante el siglo XX .... ANGEL GUIDO 225

Lecturas

« Amerigo y el Nuevo Mundo », nueva obra de Germán Arciniegas, por I. IGLESIAS. — Geopolítica del hambre, por CARLOS P. CARRANZA. — « La revolución guatemalteca », de Luis Cardoza y Aragón, por R. G. T. — « La vida rural uruguaya », de Daniel D. Vidart, por F. FERRANDIZ ALBORZ. — « La escritura indígena andina », de Dick Edgar Ibarra Grassi, por S. — « Libro del Mar », de Carlos Sabat Ercasty, por MATILDE LADRON DE GUEVARA. — La poesía en el Brasil, por STEFAN BACIU. — « Las artes plásticas en Cuba », de Loló de la Torriente, por C. de J. — « Antología del Río de la Plata », de Roy Bartholomew, por S. — « Ensayos », de Roberto F. Giusti, por C. de J. — « Tratado de literatura general », de Luis Alberto Sánchez, por I. I. — « Interpretación de la Historia de Sudamérica », de Arturo Vilela, por I. I. 239

Vida del Congreso. — Nuestro Carnet.

PRESENTACION

por

Eduardo Santos

UNA de las cosas que preocupan, sorprenden o indignan, según el temperamento de cada cual, a los atentos observadores de la vida contemporánea es la escasa posición que en los medios internacionales de la actividad intelectual se reconoce hoy a las culturas que vienen desarrollándose en la América Latina, en tanta parte prolongación espiritual de la península ibérica.

Pasan de ciento cuarenta millones los seres humanos que hablan español y de sesenta los que hablan portugués. Dentro de los países vinculados a la llamada cultura occidental, sólo los sobrepasa el número de quienes se expresan en inglés. En América forman veinte países, todos en pleno desarrollo y la mayoría teatro de múltiples e impresionantes progresos materiales. Sin embargo, hay que reconocer que pesan poco en el balance cultural del mundo moderno, o, más exactamente, que se les tiene poco en cuenta. Sería necio achacar eso a injusticia o a injustificable desdén. Lo que existe, en realidad, es una vasta ignorancia. Esa situación innegable da importancia excepcional a este número de CUADERNOS, consagrado a los aspectos culturales de un Nuevo Mundo. Es un esfuerzo de análisis y de divulgación oportuno y magnífico, un paso decisivo en el camino de remediar esa ignorancia, que existe no sólo fuera de aquella América sino también dentro de sus propios pueblos. El balance que de manera tan atrayente se presenta, ha de constituir grata sorpresa o precioso estímulo, y será fuente de vigoroso optimismo, ocasión de necesarias rectificaciones, incentivo para perseverar en una labor indispensable, que encuentra en sí misma su mejor recompensa.

En estas breves frases liminares he de referirme tan sólo a la América Latina. España y Portugal, países a los cuales la ligan lazos tan indisolubles, presentan otras características, por sus culturas milenarias y por obras que han alcanzado las más altas cumbres del pensamiento universal. El problema referente a los países americanos tiene, por razones obvias, diferentes aspectos, al lado de otros que a todos por igual alcanzan.

Desde hace un cuarto de siglo la América Latina disfruta de una gran publicidad en cuanto a producción de materias primas se refiere. Algunos han llegado hasta considerarla en ese sentido como reserva máxima de la humanidad. No han faltado tampoco los entusiasmos técnicos relacionados con las grandes obras materiales, ni el celo de los urbanistas, ni la consagración de los geólogos ni el interés de los grandes círculos industriales y comerciales y de los consorcios bancarios. Alrededor de todo eso existe sin duda creciente atención. No ocurre lo mismo con cuanto se refiere a artes y letras, a las actividades espirituales de esos países, a la obra de sus escritores y artistas, al detenido y sincero estudio de su historia, de su situación política y de su verdad sociológica. En todo esto sigue la América Latina siendo, a despecho de un núcleo pequeño de meritísimos especialistas, a quienes tanto debemos y que son insignes maestros nuestros, no sólo la grande ignorada, sino la gran desconocida. Inclusive el poderío deslumbrador de los Estados Unidos en todos los órdenes y el hecho de que ellos monopolizaran el nombre genérico que a todos nos corresponde, nos ha relegado a una especie de sombra confusa que no permite advertir claramente ni nuestras fisonomías peculiares, ni nuestros esfuerzos característicos.

Pero en que ello sea así nos cabe también responsabilidad evidente. A la unidad forzada de las épocas coloniales, a la espléndida vinculación emocional de los años de la independencia, obra en tantas partes común y solidaria, sucedió larga etapa de aislamiento y de mutua indiferencia. Juzgándola con agudo criterio, alguien llegó a decir, en frase sugestiva, que la América Latina no era un continente sino un archipiélago. Veinte naciones separadas por desiertos, casi sin comunicaciones entre sí, ignorantes las unas de las otras y orientadas todas hacia los seductores mirajes ultramarinos.

Desde cuando con la primera guerra mundial se inició dramáticamente el siglo XX, principió a romperse ese aislamiento y a reconstituirse lo que José Martí llamara con ternura profunda y augural « Nuestra América ». Gracias al creciente intercambio, se avivó el interés de los unos por los otros y despertó lo que habría con justicia de llamarse el latinoamericanismo. La convicción de esos pueblos de que por los lazos que los unen tienen un destino común ; de que pueden y deben tener una misión propia en el desarrollo de la humanidad ; de que, conservando sus benéficas y esenciales diferencias, deben buscar su unión espiritual, procurar su solidaridad constante, sostenerse los unos a los otros y brindar a todos el ambiente necesario para que los anhelos puedan convertirse en realidades.

Esa unión de pueblos hermanos debe compensar la debilidad de cada cual, lo reducido del escenario para unos, la adversidad del medio para otros, con el vasto conjunto que a todos dé la sensación de la grandeza necesaria para las grandes obras. Hace más de un siglo Don Mariano José de Larra, para tantas cosas ejemplo y enseñanza, se dolía en frases amargas de la falta de ambiente, de la carencia de libertad, de la soledad que asfixiaba a los escritores de su tiempo y les impedía ser lo que en otras circunstancias habrían sido. Esas palabras de Larra ha podido repetírselas con frecuencia el intelectual latinoamericano, víctima de tantas limitaciones y que a veces ha sentido sus alas recortadas cruelmente. La solidaridad de la América Latina, la estrecha vinculación de sus pue-

blos y de sus hombres, el sentimiento intenso de un destino común, puede suministrar eso que Larra anhelaba y no tuvo.

Ese continente fundamentalmente cristiano, saturado de cultura occidental, sin que por eso reniegue de sus orígenes precolombinos ni los olvide, ha dado múltiples pruebas de lo que sus hombres pueden ser, en nada inferiores a los de otras latitudes. Lo que han logrado ya en las ciencias y las artes y las letras demuestra lo esencial : la capacidad para descollar en las labores del espíritu.

El presente, con sus grandes progresos materiales, permite esperar un porvenir espléndido, pero no debe ocultar las sombras que pueden oscurecerlo o alejarlo indefinidamente. Por eso a la orgullosa esperanza es preciso agregar la previsión necesaria y procurar que se abran ampliamente los caminos para llegar al fin anhelado, sin que puedan cerrarlos esos brotes de la locura humana que tantas veces tuercen el destino de las naciones. En el reloj de la historia llegará la hora de la América Latina si sus hombres saben enderezar el rumbo y asegurar los medios indispensables para alcanzarla. Y no a hora de grandes productores de materias primas y de industrias más o menos controladas por ajenos poderes, sino de hombres libres, de pueblos libres que algo nuevo pueden traer y representar en los inacabables empeños de la raza humana.

Lo material, por sí sólo, poco significa. Al contrario, podría ser factor de engaño sugiriendo falsamente la realidad de esencias que se niegan. Así, por ejemplo, las espléndidas ciudades universitarias serían inertes construcciones irrisorias si no las animase el espíritu libre, la amplia investigación de la verdad y el fervor de la cultura. Todo eso es incompatible con aquella tendencia, desgraciadamente tan viva aún, sintetizada en célebre frase, grata a los totalitarios de todos los colores : « Lejos, señor, de nosotros la funesta manía de pensar »...

Dentro de la plena capacidad para consagrarse a tan seductora manía, y de una real y efectiva libertad de expresión y de estudio, las Universidades están llamadas a ocupar en la vida cultural latinoamericana el primer puesto, si son fieles a su razón de ser. Universidades que constituyan grandes centros luminosos del espíritu, como lo es — para no citar sino una sola —, la ejemplar Universidad de Puerto Rico, abierta a todos con hospitalidad magnífica. En parte principal lo que haya de ser nuestro futuro depende de esos crisoles de la mente y del espíritu, en donde no ha de tener cabida el pensamiento dirigido ni el concepto comunista de la cultura, tan parecido al zapato chino de otras épocas. Centros de hondo y libre estudio, en donde bibliotecas y laboratorios y trabajos serenos y hondos no queden supeditados a vanas y bulliciosas algarabías, y que sepan corregir el principal de los defectos de la mentalidad latinoamericana : su tendencia a la improvisación, su abuso de una facilidad de expresión característica, su inclinación a obras un tanto precipitadas, y que por eso suelen caer en lo superficial. A tales defectos la seriedad universitaria debe contraponer el trabajo paciente y tenaz, indispensable para obras de largo alcance ; la preparación metódica ; el intenso anhelo de una perfección siempre inalcanzable pero que debe ser meta permanente.

El pensamiento latinoamericano existe y pugna por manifestarse y traducirse en grandes realizaciones capaces de imponerse a la atención universal, pero no hay que olvidar que la censura previa puede estrangularlo. En los terrenos de la cultura no se registra esterilizador más poderoso que el de las dictaduras contemporáneas, con su odio a la libertad y su uso desenfrenado de las propagandas esclavizantes. Dígalo si no el desierto que en todos los campos de la producción cultural crearon Hitler y Mussolini ; la aridez espiritual de la Rusia estalinista y de la España franquista.

La misión de la América Latina es clara para muchos de los que hace tantos años tratamos de adivinarla entre las nieblas, las alegrías o las tristezas del presente. Será una misión de paz, de libertad, de solidaridad humana, o no será. Su poderío económico tendrá importancia si sirve de base a una grande y libre cultura de tipo propio : si no se reduce a fomentar pueblos de siervos más o menos ricos, más o menos alimentados.

Hace mucho pienso y siento que la frase que más mal ha hecho a la humanidad es esa frase tremenda que aconsejó a los hombres prepararse para la guerra si quieren la paz. Seducidos por esa fórmula, hace siglos y siglos que los hombres se preparan para la guerra y, naturalmente, la hacen, como fruto fatal de esa preparación. Y como no se preocupan por preparar la paz, la pobre paz desvalida y menospreciada no tiene donde asentarse.

La América Latina es un continente en que todo ordena prepararse para la paz, pensar y obrar y vivir en términos de paz. Los graves problemas que en otros continentes enfrentan países y tradiciones e intereses, con pasiones de extraño poder explosivo, allá en nuestra América no existen. Si llegaran a presentarse serían obra interesada y maldita de quienes las procurasen como pretexto inicuo para personales poderíos. Todo allí aconseja el buen entendimiento entre los hombres y el acercamiento fraternal de los pueblos, que unos a otros se complementan y tan hondas razones tienen para la íntima unidad cordial.

El mundo sucumbe al peso de los armamentos. En la América Latina el armamentismo es o insensatez o negocio imperdonable o anhelo de imposición sobre el propio pueblo. En la era atómica que se inicia militarmente, los pueblos de la América Latina, por fortuna, no tienen papel que desempeñar ; no deben tener responsabilidad si las espléndidas oportunidades que esa era brinda se orientan hacia la destrucción irremediable de una civilización tan difícilmente alcanzada.

La misión de la América tiene que ser una misión de paz, porque a ello la convida el destino y porque este es su papel en la historia ; no tiene otro y no hay ninguno más grande. Realizar y enseñar la conciliación y la concordia entre los hombres y entre los pueblos. Demostrar que a ametralladora no es fórmula de vida ni el avión de bombardeo cosa distinta de mensajero del máximo horror. Ese continente, a la vez pobre y rico, tiene grandes posibilidades, todavía no aprovechadas para bien de sus gentes, cuyo número crece sin cesar. Eliminados los gastos absurdos del militarismo y armamentismo, el progreso social allí podría rápidamente alcanzar buen éxito sorprendente dentro de un concepto claro y enérgico de la justicia. El millonario latinoamericano, con tan acusadas características de nouveau riche, *tiene que convertirse, ojalá lo más pronto posible, en objeto de museo y recuerdo de opereta, como tienen que desaparecer las gentes descalzas, los analfabetos, las lóbregas viviendas, la miseria mal disimulada por los soles del trópico. Si ninguno de nuestros problemas podría resolverlo un comunismo antiliberal que a todos nos igualaría en la opresión y en la pobreza, tampoco la* « free enterprise », *por sí sola, sin limitaciones, condiciones y garantías, daría la clave de nuestro futuro. Hay que buscar fórmulas adecuadas a nuestras realidades, cuyas finalidades no sean principalmente los éxitos económicos y los resultados industriales, sino otras mucho más altas : formar hombres libres, ciudadanos conscientes y, como consecuencia de todo ello, una cultura propia, capaz de manifestarse en todas las formas. Esa es la flor y el fruto que todo lo demás debe producir.*

En el camino de conseguir todo esto, poco a poco, son necesarios balances como éste que en hora tan oportuna presenta la revista CUADERNOS, órgano del benemérito Congreso por la Libertad de la Cultura, e insigne servidora de Nuestra América. La manera como desde su fundación acoge ella a todos nuestros

escritores, sin exclusiones ni privilegios, sin más condiciones que la de servir a la libertad y a la cultura, la hace acreedora a sincera gratitud. Esta edición extraordinaria tiene entre sus muchas buenas cualidades la de presentar un balance incompleto, es decir, la de procurar así que él se complemente más y más cada día. No es un esfuerzo final, sino el principio de un largo esfuerzo. Los vacíos que muchos noten son otras tantas invitaciones para los nuevos e inacabables empeños.

¿ Qué es la América Latina, qué ha logrado y qué puede lograr en los campos de la cultura ? ¿ Cuáles son sus necesidades y sus anhelos ? Algo y mucho de eso estudian hoy los colaboradores de CUADERNOS, que plantean varios y vastos problemas. Otros vendrán a completar paulatinamente este estudio y así iremos llegando al necesario y creciente conocimiento. Para facilitarlo e intensificarlo, ojalá se lograran pronto medidas inteligentes — necesitadas como todo de libertad — que permitan en el continente el libre y fácil intercambio de libros, periódicos y revistas, de profesores y de estudiantes, la cooperación universitaria múltiple, con supresión de trabas aduaneras, de arbitrarias limitaciones de divisas, tan dadivosamente concedidas para cosas inútiles o perjudiciales, tan difíciles de lograr hoy para empresas de cultura.

No se limita CUADERNOS a un solo aspecto de la vida intelectual. Con penetrante apreciación de lo que es la América Latina trata de abarcarlos todos. En esta edición la importancia concedida a la poesía tiene significación especial, porque la poesía, como la música, como la pintura, como la orfebrería, como la cerámica, ha sido una de las esenciales formas de expresión de aquellos pueblos. Despectivamente, en pobre gesto de incomprensión, alguien los trataba de « países de poetas », y recuerdo que don Juan Valera, en uno de sus pocos pero admirables aciertos sobre la literatura latinoamericana, hablando de Rubén Darío, cuya grandeza admiró desde un principio, decía humorísticamente : « Yo creía que era uno de tantos Víctorhuguitos que de aquellas tierras nos vienen, pero me resultó otra cosa... » Si a poquísimos será dado llegar a la altura del nicaragüense que renovó la poesía castellana, sí son muchos los que en sus versos han interpretado el sentimiento y la idiosincracia de aquellos países. Alguna vez llegó un gran lírico español a una población latinoamericana, célebre por su ardorosa pasión literaria, y en el exaltado discurso con que lo recibiera un fanático, le decía : ¡ « Señor, tres mil poetas os saludan ! » Dentro de la exageración tropical había allí un emocionante fondo de verdad.

Al fin y al cabo, no es posible olvidar que el legado de las antiguas civilizaciones se compone principalmente de poemas que al lado de las muertas ruinas siguen viviendo y enseñando y emocionando.

Si la América Latina es fecunda en poetas y tiene una música inconfundible y en las artes gráficas descuella airosamente, ¿ no quiere eso decir que posee un espíritu vivo y fuerte y alas de esas que permiten a los hombres desprenderse de las miserias cuotidianas ? Otras formas de la cultura requieren más largos estudios y más austera preparación, y sobre todo un medio más propicio a la investigación científica y al detenido esfuerzo mental. La capacidad para triunfar también en esos campos quedó demostrada en las conferencias sobre la Libertad responsable en América, que con excelente éxito se desarrollaron en Nueva York el año 1954, bajo los auspicios de la Universidad de Columbia.

Dentro de temas limitados no pudo ser en esa ocasión más brillante y sólida la participación latinoamericana, en gran parte caracterizada por una fina y sobria cultura, como la que campea en muchas de las páginas de este número de CUADERNOS. Y no quisiera olvidar al hablar de todo esto lo que representa la creación en París del Instituto de Altos Estudios de la América Latina,

realizado en cuatro años con tan alto espíritu y tan generoso sentimiento por la Universidad de París. Brinda así la Sorbona a los latinoamericanos un centro de estudios, investigaciones, de intercambio espiritual entre ellos y Europa, que debidamente aprovechado puede ser decisivo para crear obras positivas de común beneficio. Alejada esa tribuna de la interesada propaganda, consagrada desinteresadamente al estudio de las cuestiones referentes al pasado, al presente y al porvenir de nuestra América, la Escuela de Altos Estudios puede constituir un elemento decisivo en la vida cultural del Nuevo Mundo, que por su esencia misma no puede estar desvinculada del resto del planeta, sino integrada en él como fuerza nueva a la cual nada es ajeno y que así como a todo quiere servir, debe a la vez utilizar ampliamente las corrientes superiores del pensamiento humano, y nutrirse de ellas.

Lugar común ya es hablar de las diferencias existentes entre los países latinoamericanos, debidas a causas evidentes en materia de clima, de razas, de geografía, de realizaciones ya logradas por unos y para otros aun lejanas. Hay núcleos de países de base indígena, otros de base claramente europea, otros indiscutiblemente mestizos. Ese es un crisol de razas y de pueblos de distinta intensidad y de diversas características, pero un crisol que va creando pueblos con ejemplar sentido igualitario. La cultura latinoamericana no será ni puede ser cultura de uniformidad, de identidad más o menos forzada que aspira a revestir hombres y mentes con el mismo ropaje prefabricado. Al contrario, allí hay a la vez que intensificar los fecundos motivos de unidad y que dejar vivos los lineamientos característicos.

Para usar la frase luminosa de Valéry, tan oportunamente recordada por el Rector de la Universidad de París, Jean Sarrailh, en la inauguración de la Escuela de Altos Estudios, « debemos enriquecernos con nuestras propias diferencias ». Acordarlas armoniosamente, dejándoles toda su virtualidad específica, es la mejor manera de ponerlas al servicio común. Ojalá esta verdad inconcusa presida siempre el desarrollo de la Unión panamericana, fórmula irreemplazable que responde a imperativos geográficos, a mutuas conveniencias, a la necesidad de defender el común ideal democrático que inspira la Carta, a veces olvidada, de esa Unión a tan altos fines llamada. Cuando se habla, no pocas veces con exclusivas miras, del American way of living, no debe olvidarse que existe un Latin american way of living, real e inconfundible, lleno de posibilidades y de encantos, que es preciso defender, vigorizar, avalorar. Todo el valor espiritual del Universo está ligado a su espléndida variedad, a sus diversos tonos y matices, a sus diferentes características, y la uniformidad monótona lo esterilizaría deplorablemente.

Que cada cual conserve y defienda su personalidad, y que en cuanto hace a los pueblos latinoamericanos, las necesarias y naturales diferencias no perjudiquen el hondo sentido de unidad moral y espiritual, que ha de ser base de la Misión propia de Nuestra América, continente de paz, mundo hospitalario para todos los hombres y para todas las ideas.

Pero no he abusar del honor que los Directores de esta revista me han hecho para que presente este Balance de aspectos culturales latinoamericanos. Mi papel es el de abrir la puerta, no el de detener en ella a quienes van a encontrar mucho más de cuanto yo pudiera ofrecerles. Al cederles el campo con respeto y alegría, quiero apenas decir que este Balance deja un inmenso saldo de Fe en Nuestra América.

EDUARDO SANTOS

AMERICA

POR ALFONSO REYES

ANTES de ser descubierta, América era ya presentida en los atisbos de la ciencia y en los sueños de la poesía. A la necesidad de completar la figura geográfica, respondía la necesidad de completar la figura política de la tierra. El rey de la fábula poseía la moneda rota : le faltaba el otro fragmento para descifrar la leyenda de sus destinos. Ora se hablaba, como en la Atlántida de Platón, de un Continente desaparecido en el vórtice de los océanos ; ora, como en la Ultima Tule de Séneca, de un Continente por aparecer más allá de los horizontes marinos. Antes de dejarse sentir por su presencia, América se dejaba sentir por su ausencia. En el lenguaje de la filosofía presocrática, digamos que el mundo, sin América, era un caso de desequilibrio en los elementos, de extralimitación, de *hybris*, de injusticia. América, Nereida en fuga, parecía huir frente a la quilla de los fascinados exploradores.

Una vez descubierta América, la mente humana, incansable en sus empeños hacia la conquista del bien social, se da a imaginar, en el orden teórico, Utopías y Repúblicas Perfectas, a las que pudieran servir de asilo las nuevas regiones «promisorias»; y se da, en el orden práctico, a plantear empresas de ensanche político y religioso, que no cabían ya en los límites de la vieja Europa. El pretexto, la provocación del milagro, había sido una cosa humilde : digamos, exagerando un poco, que fué la sublevación de las cocinas, privadas de las especias orientales por la caída de Constantinopla en poder del turco. El vehículo fué una cosa material y modesta : la explotación económica de las colonias, el afán de enriquecimiento inmediato. Pero, por en-

cima de todo ello, el ideal se había puesto en marcha.

A partir de ese instante, entre las vicisitudes históricas, entre vacilaciones y acasos — puesto que la vida no procede nunca en línea recta —, América aparece como el teatro para todos los intentos de la felicidad humana, para todas las aventuras del bien (que, de paso, el mal aprovecha con frecuencia). Y hoy, ante los desastres del Antiguo Mundo, América cobra el valor de una reserva de esperanzas. Su mismo origen colonial, que la obligaba a buscar fuera de sí misma las razones de su acción y de su cultura, la ha dotado precozmente de un sentido internacional, de una elasticidad envidiable para concebir el vasto panorama humano en especie de unidad y conjunto. La cultura americana es la única que ignora en principio las murallas nacionales y étnicas. Entre la homogeneidad del orbe latino y la homogeneidad del orbe sajón — los dos personajes del drama americano — la honda simpatía democrática oficia de nivelador, rumbo a la *homónoia*. Las naciones americanas no son, entre sí, tan extranjeras como las naciones de otros continentes.

Tres siglos de elaboración ; medio siglo de azarosos tanteos, desatados por la independencia americana ; otro medio siglo gastado en intentos de cooperación y coherencia. Tal es, en su perspectiva general, la ruta de América.

ALFONSO REYES

Las corrientes filosóficas en el siglo XX

POR FRANCISCO ROMERO

La historia de las ideas — o una sección o un estilo de la historia de las ideas — registra los pensamientos en su generalidad y en su concatenación con la común vida histórica ; dicho de otro modo, la faz ideológica del transcurrir histórico total. La diferencia con la historia de la filosofía surge al punto. La historia de la filosofía atiende a la significación estrictamente filosófica de las ideas, a su conexión propia, a su adecuación a los fines específicos del filosofar ; no se desentiende del todo de las correlaciones del pensamiento con la vida en torno, pero sólo repara en ellas para la aclaración de especiales situaciones y en manera subalterna y accesoria. Asuntos de máxima importancia filosófica y que ocupan mucho espacio en la correspondiente historia, suelen revestir significación escasa o nula para la historia de las ideas, y, a su vez, ciertos complejos ideológicos que desde el punto de vista filosófico no son muy considerables, aparecen importantísimos en el marco de la historia de las ideas, por su eficacia en el común proceso histórico.

La distinción que acabo de consignar me parece digna de tenerse en cuenta, porque si bien en Iberoamérica no ha sido hasta ahora abundante la producción filosófica original — y es muy explicable que así sea — y por lo mismo no hay mucha sustancia para la historia de la filosofía propiamente dicha, en cambio las ideas han tenido en su marcha histórica una repercusión acaso proporcionalmente mayor que en otras partes, por motivos que expondré a continuación, y en consecuencia las investigaciones de historia de las ideas asumen una particular significación para comprender acertadamente su evolución histórica. En estas rápidas anotaciones no podré separar en cada caso lo que toque, respectivamente, a la filosofía pura y a las ideas en calidad de fermentos u orientaciones de la existencia política y social ; la distinción queda hecha en principio y con ello basta para mi propósito y para la apreciación del lector.

Las nacionalidades americanas nacen todas y se desenvuelven a plena luz de conciencia, en un régimen que ha sido llamado con razón « arquitectural » (Carlos Alberto Erro), y no mediante el proceso lentísimo, vegetativo y en lo principal inconsciente que ha originado las nacionalidades europeas. Ingredientes ideológicos de fácil identificación influyeron en los movimientos libertadores de los actuales países americanos, en su organización como Estados, en las primeras grandes direcciones de su existencia nacional. Anotado este rasgo común para toda América, corresponde indicar una distinción entre lo ocurrido en la América de raíz anglosajona y en la de prosapia ibérica. La decisión de erigir Estados de tipo moderno, democráticos y republicanos, fué común en ambas, salvo pasajeras indecisiones, desde la empresa libertadora, pero mientras que en la zona

septentrional los influjos modernos penetraron natural y sosegadamente, por la situación de la principal potencia colonizadora, en la América ibérica, debido a los muchos residuos medievales mantenidos en la metrópoli, los elementos para la constitución de Estados a tono con la modernidad hubo que pedirlos en préstamo a la ideología triunfante en los más adelantados países europeos, que en casi todas sus dimensiones era resistida enérgicamente por España. De aquí el peso y el carácter de este ingrediente ideológico, incorporado en cierto modo desde fuera y en contradicción con sólidos sedimentos vernáculos asentados por la tradición. A nadie se oculta cierto forzamiento y artificialidad en la evolución de los pueblos iberoamericanos, motivados por esta inoculación de pensamientos extraños hasta entonces a ellos, que debían ser introducidos si se quería, como era firme voluntad de los grupos dirigentes y como era inevitable, que las nuevas nacionalidades adquirieran el contorno y el ritmo de naciones modernas. Se sigue de aquí la extraordinaria influencia del pensamiento de la Ilustración en la vida política y social de Iberoamérica, y la necesidad de investigar exhaustivamente las vías, maneras y alcance en cada caso de esa influencia, indagación que no pertenece al campo de la historia de la filosofía, sino al de la historia de las ideas. Algo semejante, aunque no idéntico, puede decirse para el positivismo. Aquí ya interesa también lo estrictamente filosófico, porque hubo destacadas manifestaciones locales del pensamiento positivista, pero indudablemente fué mucho mayor la irradiación del positivismo importado y la constitución de un clima positivista que prosiguió la obra de la Ilustración, en el sentido de modernizar estos países y de combatir los vestigios de la vida colonial, suscitando la renovación, en muchos planos, tanto de la vida material como de la cultural, y sumándose a una especie de positivismo infuso y propio, disposición de espíritu nacida de la necesidad de suscitar las condiciones primarias de la normalidad social en sus supuestos básicos de la economía, la ordenación política y la educación popular.

Las etapas filosóficas

El primer pensamiento filosófico en Iberoamérica fué el escolástico, impuesto por la metrópoli en las Universidades; poco a poco se hicieron presentes algunas de las expresiones del pensamiento moderno, pero en términos precarios. La filosofía de Locke y sus varias derivaciones, entre ellas la Ideología de Destutt-Tracy, tuvieron bastante aceptación en las vísperas de las agitaciones de la Independencia y durante el primer período de vida autónoma.

El positivismo, aparte de la función social y civilizadora ya señalada, logró como teoría notable difusión en todos estos países. El más ilustre entre sus representantes fué el cubano Enrique José Varona (1849-1933), que expuso sus ideas en unos cursos editados en tres libros valiosos: *Lógica*, *Psicología* y *Moral*. Muchos otros pensadores adhirieron al positivismo y publicaron trabajos estimables. Entre los positivistas puede ser contado el argentino José Ingenieros (1877-1925), si se toma el término en acepción amplia, aunque se opuso a más de una de las tesis centrales de la escuela; más justo sería considerarlo un cientificista, partidario de una reconstrucción de la filosofía sobre la pauta de las ciencias y de la erección de una metafísica que, con método científico, indagara aquellos hechos que escapan a la rigurosa determinación experimental. Lo principal de su abundante producción pertenece a nuestro siglo. La significación de sistema de pensamiento activo y vital, contrapuesto a los esquemas académicos del pasado, que se atribuía generalmente al positivismo, se comprueba bien en lo ocurrido en el Perú y Bolivia, donde este tipo de filosofía se acoge hacia 1880, cuando ambos países reconocen la urgencia de una total reestructuración nacional, durante la crisis acarreada por la grave derrota que les infligió Chile en la llamada Guerra del Pacífico. El positivismo comtiano fué profesado por círculos más o menos cerrados en varios países; acaso los más consistentes de esos centros estuvieron en el Brasil, Argentina y Chile. Más amplia y difusa fué la repercusión del positivismo de cepa inglesa, el de Spencer y John Stuart

D. FRANCISCO ROMERO

Mill, menos exigente de ortodoxia, más accesible a diversos géneros de lectores y, por su liberalismo, más concorde con el espíritu y los requerimientos locales del momento. Además, como la gran idea de la evolución parecía la clave universal para la explicación de los hechos sociales, y el transformismo darwiniano la había reforzado con su resonante aplicación a los hechos biológicos, Spencer asumía una posición central y se le consideraba el portaestandarte del pensamiento moderno. Su influjo se extendió por muchos campos ; a él acudieron en gran número quienes experimentaban la necesidad de un apoyo filosófico. En general, el positivismo fué el primer movimiento filosófico de vasta difusión, el que llegó a extensas capas de lectores y tuvo significación extraacadémica ; entre sus beneficios se cuenta el de haber acostumbrado a muchos a pensar, a ir más allá de las habituales frecuentaciones literarias, a plantearse problemas de ideas en conexión con hechos concretos, y desde este punto de vista puede decirse que impuso una especie de escolaridad filosófica, por el atractivo y la relativa sencillez de sus esquemas, preparando así el terreno para estilos más arduos de filosofía. La reacción contra él halló abonado por él mismo el terreno, pues la preocupación filosófica había despertado y no era ya raro el manejo de tal clase de escritos ; la apetencia filosófica suscitada por él se convirtió en uno de los elementos determinantes de la curiosidad que se proyectó hacia los movimientos que vinieron a reemplazarlo.

Si el positivismo, puede decirse, fué nuestra primera gran escuela de filosofía, no se le puede atribuir la fundación del enérgico y compacto movimiento de ideas que hoy se desarrolla en estos países. La participación activa de Iberoamérica en la faena filosófica comienza con la introducción de las corrientes adversarias y reemplazantes del positivismo, con la adhesión a las tentativas de restauración filosófica que se suceden en los últimos años del siglo XIX y en los primeros del nuestro, y que desde entonces consolida un nuevo régimen de pensamiento, debilitado sin duda luego por el lamentable auge de los sistemas totalitarios, la segunda guerra mundial y la crisis espiritual consiguiente, pero que es de esperar continúe afirmándose con el cambio de la situación mundial. El hecho más importante en nuestro países, dentro del marco de esta renovación, es la formación de una tradición filosófica. Los hombres que merecen llamarse los fundadores de nuestra filosofía, con la única excepción de Enrique José Varona, se ponen a la cabeza del empuje antipositivista. Ese nombre de « fundadores » les es debido porque cumplen una auténtica tarea de fundación. El fundador no es meramente el que deja una obra propia eminente, sino quien ostenta además los requisitos de ejemplaridad y virtud estimulante aptos para iniciar una tradición. Para ser un fundador, en efecto, no son suficientes los méritos intelectuales ni la producción estimable ; tienen que ir acompañados de un prestigio personal capaz de atraerle adhesiones hasta muchos años después de su desaparición, porque la fundación es un origen, pero un origen corroborado cada

día, garantizado a lo largo del tiempo por una especie de presencia continua del fundador. El fundador es el hombre cuyo nombre se invoca o está calladamente en el ánimo de todos, no sólo cuando se lo tiene próximo o se lo evoca en los solemnes fastos conmemorativos, sino a cada instante, porque se le atribuye una constante vigencia rectora, un prestigio paternal en el que se mezclan el respeto y el amor. El papel del fundador en filosofía es de trascendencia suma ; no me es lícito extenderme ahora en este punto, y me limito a apuntar nociones que he desarrollado en otras partes. Una tradición filosófica no ha de ser confundida con una escuela ; los títulos de fundador y de jefe de escuela pueden concurrir en la misma persona, pero aun en este caso las funciones siguen siendo diferentes porque suponen condiciones distintas y tienen diverso alcance. La escuela es cerrada y se constituye mediante el asentimiento de los discípulos al complejo de ideas del jefe ; éste necesita poseer ciertas dotes de proselitismo y de facultad hegemónica y aglutinadora. La tradición es abierta ; no se produce por designio o propósito de nadie, sino en manera natural y espontánea, y no reposa en la aceptación de un sistema de ideas, sino de un haz de principios e intenciones, y sobre todo en la reverencia hacia una personalidad en la cual esos principios e intenciones se han encarnado y se animan con una intensa vibración humana. En el comienzo de toda tradición hay, pues, una misteriosa alianza de lo ideal y lo cordial, o, mejor dicho, una entrañable fusión de estos dos componentes, una humanización de lo ideal y una transfiguración ideal de lo humano.

Varona es uno de los fundadores de nuestra filosofía ; su extraño destino fué serlo aun cuando el sistema de ideas representado por él hubo de ser rechazado de plano por quienes le sucedieron, los cuales, sin embargo, nunca le negaron la condición patriarcal y el rango de privilegio, su incomparable contribución al despertar de la conciencia filosófica en su país. Ningún otro de los pensadores del positivismo, pese a las altas calidades de varios de ellos, disfrutó de tal preeminencia. Antonio Caso (1883-1946) es la personalidad predominante en los orígenes del pensamiento mexicano actual. Su noble entusiasmo por estos estudios, su extraño poder de sugestión y la densidad y asiduidad de su enseñanza concurrieron para que lo reconozcan por maestro muchos de los que se dedicaron tras él a la filosofía. Es el primer ejemplo en su país de una existencia consagrada por entero a la ocupación filosófica. Adhirió al comienzo al positivismo, del que se apartó para asumir la jefatura de las corrientes opuestas a esa doctrina. En esta etapa descuella a su lado en México José Vasconcelos (n. 1882), no puro filósofo, pues ha intervenido con pasión en las lides políticas y ha desempeñado altos cargos de gobierno, autor de un sistema donde formaliza sus propensiones un tanto místicas y con predominio del momento estético. Indiscutida es en el Uruguay la posición magistral de Carlos Vaz Ferreira (n. 1872), uno de los pensadores iberoamericanos con más derechos para aspirar a un renombre extracontinental, tratadista de lógica, ética, estética, pedagogía, etc., con una inagotable riqueza de ideas originales y un sorprendente poder de análisis ; se le juzga con razón un maestro de pensamiento y de vida, por su insistencia en una crítica al mismo tiempo inexorable y comprensiva de cuanto concierne a la existencia y al espíritu humanos, a la luz de nobles principios enunciados con claridad y autorizados por una conducta enderezada de continuo al bien público. En la Argentina la fundación estuvo a cargo de Alejandro Korn (1860-1936), varón de estirpe socrática, aleccionador en todos los actos de su vida, cuyo legado escrito, muy valioso sin duda, no llega a reflejar la riqueza de su personalidad de filósofo y de maestro, que se manifestó sobre todo en la comunicación personal y en la docencia. Korn fué el único, entre los pensadores de este grupo, que estaba familiarizado con la filosofía alemana coetánea, que estudió en sus fuentes. Parte de sus escritos examinan cuestiones de historia de las ideas en la Argentina y otros exponen su propio pensamiento, en términos que abarcan una concepción filosófica total y en especial una interpretación del hombre y de los valores fundada en el primado de la acción y de la libertad. Otro de los fundadores es

el peruano Alejandro O. Deustua (1849-1945), primer representante en su país de los estilos de pensamiento posteriores al positivismo, realizador de considerables reformas en distintos órdenes de la enseñanza a tono con el nuevo espíritu e inspirador y guía de las nuevas promociones filosóficas desde la cátedra universitaria y mediante el libro. Como a Korn, se le puede denominar un filósofo de la libertad. En su opinión, el orden no se contrapone a la libertad, sino que se le subordina. La porción más extensa de su obra trata de historia y teoría de la estética y de la ética. En Chile cumplió una importante faena fundadora Enrique Molina (n. 1871), quien se apoyó primero en el pragmatismo y el meliorismo y después en Guyau y Bergson, siendo el introductor de este último en su país. Profesa una filosofía del espíritu y alterna su teorización de los valores ideales con una activa prédica del sentido ético de la existencia humana, con aplicaciones a los problemas de su ambiente nacional y una constante preocupación por el destino de América. Una acción fecunda de formación y adoctrinamiento ha realizado también en Chile, principalmente desde la cátedra, Pedro León Loyola. Acaso convendría agregar otros nombres a este grupo, pero estos apuntes no pretenden ser una reseña puntual y completa.

Los influjos operantes en esta época de la fundación — coincidente con la del reemplazo del positivismo — han sido muchos, diversos en el calibre y la procedencia, con resonancia distinta según los países. Los más abundantes provenían de Francia (Guyau, Boutroux, especialmente Bergson), y de Italia (Croce y, en menor medida, Gentile). Las influencias norteamericanas se limitaron a la del pragmatismo (W. James) y a las de algunas orientaciones psicológicas, sociológicas y pedagógicas ; las británicas fueron escasas. Los movimientos alemanes que procuraban la restauración filosófica tras el ocaso del positivismo fueron conocidos de segunda mano, en general ; sólo Alejandro Korn, como se dijo, tuvo noticia directa y cabal de lo que ocurría en Alemania por esos días.

A la acción de los fundadores y de quienes comenzaban a colaborar a su lado se sumaron algo después los estímulos provenientes de Ortega y Gasset, pensador muy admirado y leído en toda Iberoamérica ; tanto aquellos referibles a sus propias ideas, incitantes por su calidad y por el brillante ropaje literario, como los derivados de su múltiple actividad de expositor de concepciones novísimas y de director e inspirador de la *Revista de Occidente* y de la editorial del mismo nombre, que puso en circulación importantes obras representativas de las orientaciones recientes, en particular las germánicas ; sus viajes a América, aunque restringidos a la Argentina y países limítrofes, tuvieron amplia repercusión.

Otra promoción filosófica inicia su actuación pública desde la segunda década del siglo, acaso sin la genialidad de los grandes promotores nombrados antes, pero con mayor densidad en sus filas y encontrando un clima más favorable, lo que le permite marcar un notable avance en la organización y afianzamiento del interés filosófico. Las personalidades dispersas empiezan a ser sustituídas por pequeños grupos conexos. En esta nueva tanda las circunstancias personales son bastante diversas. Junto a los llegados a la filosofía únicamente por las solicitaciones de la vocación y con exclusiva formación autodidáctica, están los que han cursado estudios universitarios, aunque por lo común no deban a ellos lo principal de su definición filosófica ; algunos han seguido cursos en Universidades europeas. En este momento continúan obrando las influencias recordadas anteriormente, pero se agregan a ellas, en ciertos países, la de la filosofía alemana de esos años, que, como se sabe, alcanzó inusitado esplendor. Los países donde en esta sazón la labor filosófica fué más proficua y ordenada han sido la Argentina, México y Perú ; la proyección hacia la filosofía se manifestó en los demás en actitudes y grados diferentes, que fueron desde una preocupación vivaz aunque sin la constitución de sólidos equipos, hasta una vaga preocupación general que sólo levantaba la puntería y agudizaba la crítica en algunos estudiosos solitarios. Tomando Iberoamérica en esta ocasión como un cuerpo único, podemos decir que se fortifica en ella la atención hacia el pensamiento de Croce y de Bergson y se empieza a exponer en las aulas

superiores las doctrinas de Dilthey, Husserl, Max Scheler, Nicolai Hartmann, Heidegger, Rickert, Meyerson, Blondel, etc. Más justo sería acaso reconocer que casi todas las expresiones considerables de la mente filosófica europea hallan repercusión, bien que con señalada preferencia para las alemanas y un visible descuido para las británicas ; así como antes apenas había encontrado eco el gran idealismo inglés de finales del siglo XIX, ahora las aportaciones posteriores de la filosofía inglesa tardaron en ser admitidas, y si un Betrand Russell tuvo lectores, Whitehead llegó con demora y sólo más tarde se supo algo de Alexander. Esta generación filosófica regularizó el trabajo de cátedra, impuso métodos más rigurosos y practicó la producción escrita, con relativa abundancia de libros y notable profusión de ensayos, artículos y notas, señales de la autenticidad del interés. Tal interés se documentó además con la fundación de sociedades y grupos filosóficos, la aparición de Bibliotecas de Filosofía y las conferencias y cursos en instituciones privadas, entre las cuales la de acción más extensa y continua es el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires. Algunos congresos americanos de filosofía contribuyeron al mutuo conocimiento y al intercambio personal e intelectual entre las personas dedicadas a estos estudios en los diversos países.

De esta tanda o generación (entendida la palabra « generación » en acepción convencional y extensa) recibió impulso y formación la siguiente, que ahora comparte con ella la responsabilidad de la docencia universitaria. Pero la situación que esta nueva promoción encontró al terminar su escolaridad e inaugurar su esfuerzo autónomo fué muy distinta de la dominante hasta entonces y que había beneficiado al grupo de sus predecesores. El auge en Europa de los regímenes totalitarios, la incubación de la segunda guerra mundial, el estallido y desarrollo de ésta y la consiguiente crisis de la larga y confusa postguerra, produjeron en todo el mundo un estado de desorientación que se reflejó en la filosofía, especialmente en la de Alemania, Francia e Italia. Disminuyó el sentido teórico, la capacidad para afrontar los problemas con un imparcial espíritu científico ; muchas de las cuestiones planteadas, que debían ser elaboradas con cuidadosas precauciones y en vista de su paulatina aclaración, en términos objetivos y sin otra preocupación que la de la verdad, fueron dejadas de lado, y ocuparon su sitio las llamadas cuestiones de « concepción del mundo », los enfoques atinentes al sentido de la totalidad, a la estructura de la realidad cósmica y social y a la valoración de la existencia humana. Los problemas de este orden siempre se han hecho presentes en la filosofía, gozan de plenos derechos y nadie puede recusarlos. Lo censurable era que llegaran a cubrir todo el horizonte, introdujeran en él una carga pasional y dogmática, y desacreditaran y al cabo excluyeran los estilos más reposados de la especulación, los enderezados a la clarificación de los muchos enigmas que esperan respuesta. Mientras que los numerosos e importantísimos problemas (nueva teoría del conocimiento y nueva ontología, valores, índole del saber de lo socialhistórico, confrontación de idealismo y realismo y renovada metafísica, antropología filosófica, etc.) planteados en el primer tercio del siglo, se oscurecían y al final eran olvidados, prosperaban el existencialismo, el marxismo y el neotomismo, más como programas de vida y acción que como asuntos de indagación crítica, juntamente con otras filosofías marginales en las cuales se descubría y destacaba la misma propensión dogmática y aun « profética » (metafísica freudiana, Spengler). En todo esto se estimaba la significación práctica, la satisfacción que proporcionaba a las inquietudes y urgencias del ánimo, con evidente desmedro de aquellas cualidades de teoreticidad y problematicidad que ostentaba el pensamiento del primer tercio del siglo y que tanto prometió al progreso filosófico. Imperante esta situación en muchas partes, particularmente en los países en cuya estela intelectual nos movemos, repercutió en Iberoamérica con dóciles imitaciones y señaló un retroceso o por lo menos un estancamiento durante las dos últimas décadas.

El pensamiento iberoamericano

Frente a la filosofía de la otra sección de

América, la iberoamericana presenta rasgos propios. La filosofía de los Estados Unidos prefiere mantenerse en lo principal dentro de la tradición británica ; en cambio, la de nuestros países busca alimento e inspiraciones en toda la filosofía occidental, especialmente en la francesa, la alemana y la italiana. Los temas predominantes en los Estados Unidos son los del conocimiento científico, el positivismo lógico y la lógica simbólica, con manifiesta inclinación a la filosofía del saber y de la naturaleza ; en el área iberoamericana prepondera una dirección que podríamos calificar de humanista, con resuelta propensión a ocuparse en los problemas del hombre, en los valores y de la cultura, y también con referencia frecuente a los problemas de la libertad.

Puede advertirse en nuestra filosofía cierto contraste entre la tendencia que pudiera denominarse occidentalista o universalista y la tendencia localista o regional ; expresado en otros términos, entre una concepción de la filosofía como prosecución del común trabajo de la mente occidental, y otra que aspira a dar *status* filosófico a las peculiaridades y especiales demandas de la espiritualidad iberoamericana. Algunos pensadores mexicanos y notorios escritores de Bolivia transitan el segundo de estos caminos, mientras que el universalismo o el occidentalismo es proclamado por muchos en la Argentina y el Perú. Este conflicto no llegará a señalar una escisión, pues lo resolverá automáticamente el proceso mismo del filosofar, cuando el pensamiento de estos países halle definitivamente su propio cauce y aprenda a conciliar el universalismo con el localismo al reelaborar y hacer suyos los grandes temas desde la situación histórica y concreta del meditador iberoamericano.

Es de estricta justicia registrar — y agradecer — la valiosísima aportación traída a nuestros estudios filosóficos por unos cuantos eminentes profesores españoles extrañados del hogar nativo a consecuencia de la guerra civil, que han cumplido una fértil acción docente en Universidades iberoamericanas, se han connaturalizado con el medio y han enriquecido la producción escrita con obras de mérito. No es el caso de enumerarlos en esta rápida apuntación ; baste citar por excepción a uno de ellos, el ilustre exprofesor de la Universidad de Barcelona Joaquín Xirau, fallecido hace algunos años en México, su patria de adopción : quede estampado aquí su nombre como recuerdo afectuoso y debido homenaje.

FRANCISCO ROMERO

Nota Bibliográfica. Los límites impuestos a este artículo no han permitido especificar sino algunos nombres ; circunscrita la exposición a lo que consentía el espacio concedido, han sido indicadas las corrientes y momentos principales, sin detallar figuras, doctrinas ni libros. El lector interesado en el asunto puede recurrir a ciertas obras donde hallará fácilmente una información más sustancial. Las más accesibles son las siguientes :

Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea. Seleccion de textos, estudio preliminar y notas de José Gaos. México, Séneca, 1945.

La filosofía latinoamericana contemporánea. Selección y prólogo de Aníbal Sánchez Reulet, Unión Panamericana, Washington, 1949. (Versión inglesa, con algunas alteraciones : *Contemporary Latin-American Philosophy*, The University of New Mexico Press).

Francisco Romero, *Sobre la filosofía en América.* Buenos Aires, Raigal, 1952. Contiene abundantes indicaciones bibliográficas, especialmente págs. 59, 69 y 70.

A. Salazar Bondy, *La filosofía en el Perú.* Unión Panamericana, Washington, 1955. Inicia una serie de monografías dedicadas a reseñar la marcha de las ideas filosóficas en los diversos países americanos ; el texto en español va acompañado de la traducción al inglés.

Cursos y Conferencias, revista del Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, tiene en prensa un número dedicado a la filosofía en Iberoamérica, con estudios monográficos redactados por especialistas de cada país.

La casa editorial Marzorati, de Milán, prepara una obra de conjunto a pluralidad de autores, titulada *Les grands courants de la pensée mondiale contemporaine*, en la cual proyecta incluir un capítulo sobre la América Latina.

LA HISTORIA

en América latina

POR RAYMOND RONZE

El siglo XVI es la época de los relatos de descubrimientos y de exploraciones : los textos están bien constituídos y son estudiados hoy día con todos los requisitos de una minuciosa crítica. Sacamos gran partido para la historia de la Nueva España, de la *Historia de los Indios de Nueva España* de Fray Toribio de Montolinia, de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Diaz del Castillo, de la *Historia general de las cosas de Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún, y, para la historia del Perú, de la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León y, sobre todo, de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega.

Esta literatura es, en principio, apologética de la conversión de América. Pero la colonización española encuentra críticas apasionadas a partir de Las Casas y de su *Brevísima relación de la destrucción de los indios*, y de Molina. Se entabló una polémica con Toribio de Montolinia y Ginés de Sepúlveda. Duró esta discusión todo el siglo XVI y el XVII. Los adversarios de la colonización española terminaron por triunfar con la « historia filosófica » de la América en el siglo XVIII. *La Historia filosófica de las Indias* del padre Raynal obtuvo tan buen éxito, no solamente en Europa, sino también en la misma América, que impuso durante casi un siglo — hasta los comienzos de la erudición actual — una concepción singularmente optimista de las civilizaciones precolombianas. En lo que concierne por ejemplo, al imperio de los Incas, al que se consagra un volumen entero de la obra, una documentación tomada de los relatos de los viajeros y de los sabios de la segunda mitad del siglo XVIII — de La Condamine en particular — da todavía hoy cierto interés a aquella disertación excesivamente brillante.

***

Toda esta historia de fabricación europea, debía ser reemplazada poco a poco por los trabajos de la erudición latinoamericana. Se atribuye al movimiento patriótico de la independencia el origen de la historia de las naciones americanas. No nos parece eso enteramente exacto. La erudición nació desde la segunda mitad del siglo XVIII, en varios países de la América española o portuguesa, en las sociedades literarias y filosóficas de Amigos del país o Academias provinciales, a las que que favoreció durante algún tiempo el gobierno de Carlos III ; pero esta erudición no concierne más que a los orígenes de la colonización española y a su historia.

No tardó tal erudición en verse sumergida por el aflujo de las ideas filosóficas europeas, y las sociedades de que hablamos, abandonando el estudio del pasado y el de la historia natural, prepararon la independencia.

Se produce la independencia cuando cobran conciencia de sí mismas las antiguas

provincias de la América ibérica. Tales provincias se convierten en Estados. La unidad de la historia española queda rota. Habrá, pues, en lo sucesivo, una historia argentina, una historia mejicana, una historia colombiana, etc... No inmediatamente, sin embargo. La exaltación de los espíritus y de los corazones en la lucha contra el español, primero, y contra los caudillos que han usurpado el poder, después, dió nacimiento en todas partes a un periodismo elocuente, de carácter polémico en verdad, pero sobre todo educativo. La historia vendrá más tarde. En cada país el movimiento adquiere naturalmente sus caracteres propios. Para no vernos obligados a circunscribirnos a un mero catálogo, dado el espacio reducido reservado a este artículo, nos limitaremos a estudiar aquí, con alguna atención, este movimiento evolutivo en un solo país : la República Argentina, en la creencia de que los caracteres generales que habremos de deducir nos permitirán proclamar por nuestra parte « ab uno disces omnes ».

Propaganda, educación patriótica, cantos en honor de la revolución y de sus héroes... Bernardo Monteagudo es el tipo de esos demagogos de mucho talento que esgrimen la pluma como un arma. Desde 1809, es decir antes de la revolución de mayo, hasta su asesinato en 1825 por instigación de sus adversarios, sus escritos y su acción sacudieron profundamente a la Argentina, a Chile, al Perú y hasta al Ecuador. Funda periódicos, los anima con sus vibrantes proclamas, con sus cartas a San Martín y a Bolívar, con sus artículos y ensayos. Es un polemista que hacia fines de su vida trata de elevarse hasta adquirir categoría histórica. Sus *Memorias*, escritas en Quito poco tiempo antes de su trágica muerte, constituyen una prueba de estoicismo, pero no atestiguan ningún esfuerzo por alcanzar la objetividad. Mariano Moreno y el decano de Córdoba Gregorio Funes son educadores : no piden otra cosa a la historia sino que venga en apoyo de su doctrina, democrática la de Moreno ; haciendo prevalecer la obra inmediata de educación popular la de Funes, sacerdote y filósofo, que llegó a ser uno de los padres de la Revolución Nacional y que es una figura que se nos ofrece singularmente adelantada con relación a su tiempo y espiritualmente acorde con Sarmiento en sus preocupaciones por la educación del indio y del gaucho.

Las guerras civiles y la anarquía que siguen inmediatamente a la proclamación de la independencia en 1819, y la tiranía de Rosas, en la que vinieron a desembocar en 1832 y que duró hasta 1851, dan a la polémica preferencia sobre la historia. A la polémica, y sobre todo con Echeverría, a la poesía épica o lírica. La literatura de la emigración argentina abarca algunos de los más excelsos nombres de la literatura general de aquel país : Echeverría, Gutiérrez Mármol, Alberdi, Sarmiento...

Un capricho de la casualidad, uno de los azares de la emigración hizo que la verdadera historia naciese en Buenos Aires bajo el gobierno de Rosas, del que Pierre de Angelis fué un turiferario a sueldo. Este napolitano que había estado al servicio del rey de Nápoles, Murat, y que después de la caída de éste vino a París donde colaboró algún tiempo en la « Revue Encyclopedique » y en a « Biographie Universelle », llegó a Buenos Aires el año 1827 y allí logró disfrutar inmediatamente de la protección de Rivadavia. Con su amigo Joaquin de Mora hubo de entrar al servicio del Presidente. Dedicáronse ambos a redactar periódicos defensores de la política unitaria. A la caída de Rivadavia, Pedro de Angelis fundó un colegio, llamado el « Ateneo de Buenos Aires » y comenzó su trabajo de historiador con una *Vida de Cornelio Nepote*, escrita en latín. Cuando los unitarios fueron expulsados por los federales, unióse a Rosas a quien sirvió durante toda su etapa de gobierno en calidad de periodista oficial. Una vez derribado Rosas, apresuróse de Angelis a ofrecer sus servicios, ya en 1852, al vencedor de aquel tirano, al general Urquiza, enviándole un proyecto de Constitución de la República Argentina (con la finalidad de hacer imposible el retorno del régimen de Rosas) y dedicando a Bartolomé Mitre su *Colección de obras impresas y manuscritos que tratan principalmente del Río de la Plata*, ofrenda ésta que tuvo buena acogida. Como se ve, este aprovechado italiano, tan bueno para

un barrido como para un fregado, se plegaba fácilmente a las circunstancias, y tuvo tiempo, entre un artículo y otro artículo de la « Gaceta Mercantil » —y sin duda gracias a la protección de la Mazorca —para consultar los archivos y hasta para coleccionar y clasificar documentos. Publicó cinco volúmenes de *Leyes y Decretos publicados desde* 1810 y otros cinco volúmenes de *Documentos para la historia argentina*. Escribió la biografía de Estanislao López, de Arenales y de Bompland. Este extranjero apátrida suscitó el interés hasta de sus propios y peores enemigos. Así, su mencionada *Colección*, si por un lado alcanzó trescientos suscriptores en Buenos Aires, tuvo también alrededor de 150 en Montevideo, entre los miembros de la emigración argentina y los uruguayos, enemigos encarnizados del dictador a quien él servía.

Tales son los pintorescos comienzos de la erudición argentina. Advirtamos, en descargo de aquel salteador de archivos, que los documentos históricos de la época a que nos referimos se hallaban dispersos y sin clasificar, que cualquiera revolvía tales escritos sin dificultad — en particular para hacer desaparecer los que pudieran resultar comprometedores — y que después de la caída de Rosas se operaron importantes « confiscaciones » de documentos por algunas personalidades que, no sin provecho, habían servido al dictador.

Correspondía al primero cronológicamente y sin duda al más ilustre de los historiadores argentinos, a Bartolomé Mitre, representar por su parte algún tiempo después, pero con mucha honradez, el papel de gran colector y organizador de archivos. Para construir esos dos monumentos de la historia del Río de la Plata que se titulan *Historia de Belgrano* e *Historia de San Martín*, constituyó una magnífica colección que hubo de legar a su país. Consérvase hoy esta valiosa colección en el Museo Mitre, en que justamente la Academia de Historia ha instalado su sede.

***

La personalidad de Bartolomé Mitre (1821-1903) es múltiple : militar, caudillo, estadista, fué al mismo tiempo un poeta de talento y un orador excelente. Pero sus dos libros principales, la *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina* (tres volúmenes, 1856) y la *Historia de San Martín y de la emancipación americana* (tres volúmenes, edición definitiva, 1887), apoyados en las *Comprobaciones históricas* (dos volúmenes), la publicación de los archivos que había reunido (Archivo de San Martín, 12 volúmenes ; Archivo de Belgrano, de Puerredón, de Rivadavia y de Artigas) pueden considerarse como el punto de entrada de la Argentina en la ciencia histórica universal. Verdad es que se hacen hoy muchas críticas en cuanto a numerosos pormenores contenidos en las obras monumentales de Mitre ; pero menester es considerar que ha pasado un siglo desde la publicación de su *Belgrano*, y la historia más sólidamente formada soporta mal la prueba del tiempo.

Un sobrino segundo de Belgrano, Mario Belgrano, historiador excelente, publicó una historia crítica de su ilustre antecesor. San Martín ha sido objeto de numerosos estudios, entre ellos el de Carlos Pueyrredón y sus colaboradores en la gran *Historia de la Nación Argentina*. La celebración del centenario de la muerte de San Martín en 1950 ha determinado una importante serie de estudios históricos, publicados en dos considerables volúmenes de la colección de los trabajos de la Academia de la Historia. Ricardo Levene ha estudiado recientemente a San Martín en un volumen muy documentado que se titula *Las ideas políticas de San Martín*. En Chile y en el Perú varios tratadistas han estudiado a San Martín tributándole merecidos elogios. También ha sido objeto de atención esta gran figura en Colombia, en Venezuela y en todos los países bolivarianos, con sujeción a normas de una crítica severa y a veces malévola.

Toda esta labor histórica, si bien ha menoscabado ciertos aspectos, deja empero totalmente en pie la obra monumental de Mitre. Algunas partes de la *Historia de San Martín* (por ejemplo, la preparación de la campaña, la travesía de los Andes y la batalla de Maipú), que hemos podido

confrontar con trabajos más recientes y someter a la apreciación técnica de militares de nuestra época, las consideramos como estudios definitivos... Y *definitivo* es una gran palabra para caracterizar una obra histórica.

Cabe pensar, sin duda alguna, que la obra del contemporáneo y émulo de Mitre Vicente Fidel López (1815-1903) ha envejecido bastante más. Acaso por el hecho mismo de que pretende abarcar toda la historia de la República Argentina hasta 1852. La forman los siguientes libros : *La Revolución argentina hasta* 1830 (cuatro volúmenes. 1881), *Historia de la República Argentina hasta* 1852 (diez volúmenes. 1883-1893), *Debate Histórico* (refutación de las pruebas históricas de *Comprobaciones históricas* de Mitre. 1888). A estos volúmenes hay que añadir varios manuales destinados a la enseñanza, para Chile, la Argentina y otros países.

Vicente Fidel López fué tambien un erudito. Se le deben importantes colecciones de documentos, como la *Compilación de documentos sobre las invasiones inglesas*, en colaboración con Valentín Alsina, seis volúmenes de publicaciones de los *Acuerdos del Cabildo de Buenos Aires de* 1569 *a* 1643, el *Conflicto de Guayaquil*, según los documentos, las razas arias del Perú, etc. Aunque hemos acudido muchas veces en consulta a la obra de López, parécenos sin embargo que es bastante menos consistente y sólida que la de Mitre, quizás porque le ha faltado a este profesor, que terminó su carrera como rector de la Universidad de Buenos Aires, la experiencia de haber sido, como Mitre, general y estadista, circunstancias que dieron sin duda firmeza a los juicios de este gran historiador de San Martín.

Nos falta espacio para trazar una semblanza, aun somera, de otros historiadores, y por ello preferimos citar tan sólo los nombre de los que constituyen la escuela clásica de la historia argentina que recibió la influencia de Mitre y de López, a saber : Zinny, Trelles, Pelliza, Quesada, Saldías, Ramos Mejía, etc.

***

Parécenos necesario decir que la erudición argentina en la época de Mitre y de Fidel López era labor de algunas escasas personalidades que se dedicaban por sí mismas a la caza de documentos. En ninguna parte estaban organizados los archivos. Nosotros mismos hemos podido comprobar, hace de ello tan sólo treinta años, que muchos papeles estaban todavía simplemente reunidos en expedientes o legajos, toscamente clasificados y enumerados. Sin embargo, el gran trabajo de la constitución de los Archivos nacionales modernos había comenzado. Al mismo tiempo ya existía la preocupación de hacer que afluyesen a los fondos comunes los archivos particulares, en ocasiones muy copiosos, pertenecientes a las grandes familias. Faltó en la Argentina la confiscación de los archivos mobiliaros y eclesiásticos que llevó a cabo la Revolución francesa. Pero, con la ayuda del tiempo y del progreso, el resultado ha ido obteniéndose lentamente, y los archivos argentinos son hoy accesibles a todos los investigadores.

A la obra esencial de la constitución de una historia argentina han contribuído dos categorías de instituciones :

La Junta de Historia y Numismática, fundada en 1893, transformada en 1938 en Academia Nacional de la Historia, y los Institutos de Investigaciones Históricas de la Universidades. El de la de Buenos Aires, creado por Emilio Ravignani, desarrolló una gran actividad desde sus comienzos. La publicación de documentos, las reediciones fotocopiadas de obras o de documentos importantes se han llevado a cabo con actividad y esmero.

La mayor parte de las universidades provinciales han emprendido también grandes estudios, al mismo tiempo que proseguían la organización de los archivos locales y la publicación de su catálogo. Señalemos por último que se enviaron copistas capacitados a los archivos y bibliotecas del extranjero, singularmente de España.

Después de la historia colonial, capítulo

de la historia española, después de la historia apologética de la Revolución y después de las grandes obras personales de la época clásica de Mitre y de López, vino la era de las monografías, que desembocó al cabo en la redacción de publicaciones colectivas.

La más notable de estas últimas es sin duda la gran *Historia de la Nación Argentina*, hasta 1862, obra en doce volúmenes publicada desde 1934 por la Academia Nacional de Historia. Como en toda obra colectiva, sus capítulos son de valor desigual. No obstante, se advierte que han sido confiados a verdaderos eruditos. No es este por desdicha el caso de los autores de la *Historia de América* (catorce volúmenes, el último de ellos publicado en 1942, que están hoy día superados por más recientes trabajos.

Excelentes escritores que aplican concienzudamente los modernos métodos científicos, proporcionan hoy a la escuela histórica argentina un honroso lugar en el movimiento histórico universal. A las obras de los veteranos recientemente desaparecidos como Paul Groussac, excelente historiador de la época reciente de la Argentina, Emilio Ravignani, cuyas numerosas publicaciones eruditas disfrutan de gran autoridad, Mario Belgrano, autor de *Historia de Belgrano* (1944), es preciso añadir, entre los « antiguos », a Ricardo Levene, diligente y fecundo trabajador, historiador de la independencia argentina, de Moreno lo mismo que de San Martín, director de colecciones y autor de manuales diversos, cuya consagración afanosa a la historia es digna de alto elogio ; Carlos Pueyrredon, historiador de los virreyes del Río de la Plata y de las campañas de San Martín ; Roberto Levillier, que publicó la importante colección de documentos y estudios denominada *Biblioteca del Congreso*, el hombre del siglo XVI sudamericano cuyas obras monumentales *Historia de la conquista de Tucumán* y recientemente *América la bien llamada* (estudio de los viajes de Américo Vespucio, 1952) disfrutan de un gran prestigio, Ricardo R. Caillet Bois, que ha estudiado la diplomacia de la Revolución y « la cuestión de las Malvinas » y, de una manera general, todos los colaboradores de la *Historia de la Nación Argentina*.

Entre los jóvenes, que son harto numerosos para poder citarlos todos, nos limitaremos a mencionar aquí a Raúl Molina, que dirige la nueva revista « Historia », al joven y apasionado defensor de Rosas Julio Irazusta (*La Correspondencia política de Rosas*, cinco volúmenes), a Enrique Popolizio, biógrafo de Alberdi y de Lucio V. Mancilla, a Beatriz Bech, historiadora de Urquiza y a Zorraquin Becú, intérprete del federalismo argentino.

Las provincias argentinas cuentan también con historiadores de valía celosos cultivadores del estudio del pasado de su país : en Selta, Atilio Cornejo ; en Mendoza, Lucio Funes ; en Entrerríos, Leandro Moreno ; en Santiago del Estero, Alfredo Gárgaro ; en Tucumán Lizondo, Borba, etc...

* * *

El cuadro sumario y muy incompleto que hemos trazado de la historia argentina suscitará otros estudios, mejores sin duda, dedicados a las historias nacionales de los diversos países de la América ibérica. El patriotismo, muy fervoroso en todas partes, ha producido allí infatigables trabajadores e historiadores excelentes. Lo que falta todavía, a nuestro parecer, es una buena historia general de América. Todas las que nosotros conocemos están influídas por el nacionalismo de sus autores. Verdad es que no existe tampoco una historia de Europa que sea generalmente aceptada y que el resultado de los esfuerzos desplegados por la comisión para la revisión de textos escolares, designada por la UNESCO, no ha satisfecho a nadie.

¿ Por qué el Nuevo Mundo habría de ser más cuerdo que el antiguo ?

RAYMOND RONZE

LA MEDICINA

POR CARLOS MARTINEZ DURAN

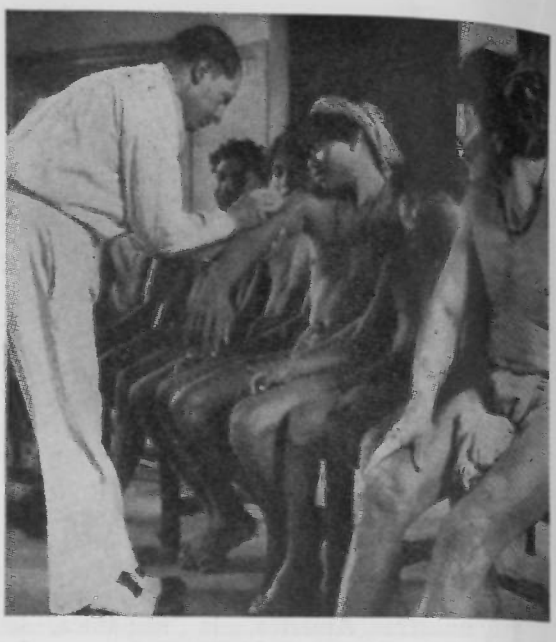
La crítica tradicional ha negado a nuestra América, la hispánica, la latina, la capacidad creadora en la ciencia, el espíritu inquisidor e investigador que forja los grandes descubrimientos y las doctrinas originales. En todos los tonos se nos increpa por las formas de cultura parasitaria que vivimos, por nuestra condición de aprendices, por nuestra falta de genialidad en todas las obras humanas, y hasta nuestro genio para soñar se ha puesto en duda. Hemos dado al mundo obras maestras en las letras y hemos hecho vivir de nuevo la lengua española que heredamos por la biología y la conquista. Quizás por soñar demasiado, por nuestro incontenible río lírico, por nuestra pereza y ocios, por nuestros complejos de vencidos y conquistados, en el pasado y en el presente, por nuestra servidumbre a lo extranjero, y más que nada por nuestra natural e histórica inmadurez, por nuestra cultura apenas iniciada como ser y vivir propios, no hemos podido ofrecer al mundo una ciencia auténtica, una Medicina genial y original que marque nuevas etapas en el progreso humano. Sin embargo, no debemos caer en exageraciones, derrotismos e iconoclastias de nuestros valores. La historia de nuestras ciencias médicas, la serena contemplación de nuestro quehacer médico en los primeros y últimos decenios de este siglo, la constante preocupación por los problemas vitales del hombre americano, vistos en dimensión medicosocial, en eficacia técnica, y no sólo en la literatura realista de nuestros hombres de letras, nos muestran con claridad perfecta, que sí tenemos derecho a una ciudadanía científica nacional y universal, y que aunque hablemos y escribamos en español, y tengamos como pedestal este Continente caótico de los dolores y vencimientos, merecemos en el balance cultural un espacio amplio y digno, una página justa y honrada. Tenemos que luchar mucho, dar batallas perennes para que se nos crea. Y para crear es preciso liberarse de todo complejo de conquistado, de vencido, y con el más grande amor por el hombre americano liberarlo de todas sus servidumbres por la ciencia y por la cultura.

Al hacer el balance cultural en las ciencias médicas y naturales en nuestra América observamos, tanto en la época colonial como en la independiente, que la virtud creadora, el descubrimiento, la doctrina original, la investigación tenaz y disciplinada, el método afortunado, la ciencia auténtica, el anhelo humano y casi divino de redimir al hombre de sus esclavitudes morbosas y epidémicas, es producto individual y aislado, y se lanza con mucho miedo en el mundo científico. Nuestros más grandes valores en ciencia médica americana han encontrado

toda clase de oposición en el ambiente nacional y en el universal. Y por grandes y originales que hayan sido sus teorías y realizaciones, han sido o negadas y oscurecidas, o aún peor, tomadas por extranjeros, que las han hecho suyas y gloriosas en más de un caso.

Todo parece atarnos : nuestra raza, nuestra tierra, y hasta nuestra hermosa lengua, todavía no universal en ciencia. Ningún símbolo mejor para nuestra ciencia que Santiago Ramón y Cajal, el irreprochable científico, el patriota de personalidad única, el maestro de la voluntad, que acongojado por el poco valer de su patria en el mundo científico, la hizo de tal manera gloriosa en el campo de la histología nerviosa, que ningún hombre o nación, podrán hacer ciencia en ese campo sin tropezar a cada instante con España y con Cajal. Pero aún este ejemplo es aislado e individual. Si queremos hacer ciencia latinoamericana, debemos crear al ambiente adecuado, y éste no depende solamente de los equipos humanos y técnicos, sino de las condiciones políticas y sociales, de la absoluta libertad en la creación científica, de la renovación de nuestras Universidades e Institutos, de los presupuestos jugosos para la cultura, para la investigación científica. Si nuestra América no ha dado al mundo los valores científicos que se le exigen, no es por falta de capacidad creadora, de genio, por defecto racial, es sencillamente por las fatales condiciones de su historia de servidumbre y coloniajes, por su dependencia política y económica de afuera y por su triste y trágica historia interna, negadora de la libertad y por lo tanto de su madurez cultural auténtica y definitiva.

No todo es desconsolador en este panorama. A pesar de todas las circunstancias adversas, tenemos en la historia de nuestras ciencias, y en especial las médicas, hechos grandes y gloriosos, no siempre conocidos y a veces intencionalmente ignorados, que por su magnitud son universales, tanto en el descubrimiento como en las consecuencias, algunas de ellas tan formidables que marcaron una nueva época en el destino del hombre y en la evolución del pensamiento científico. La América Latina ha ofrecido algunos de esos



Indios guajiros sometidos a vacunación.

genios cuyas ideas y experimentos cambiaron la situación del hombre frente e sus enemigos mortales y abrieron nuevas rutas en la civilización. Carlos J. Finlay, a fines del siglo XIX y en los primeros años del presente, es la figura máxima de nuestra ciencia médica. Y si los hechos son notables en el pasado remoto, podemos afirmar que, en el último cuarto de nuestro siglo, se han multiplicado los descubrimientos, se ha premiado la investigación con el Premio Nobel en Medicina, y el espíritu y la técnica, hermosamente conjugados, en búsquedas puras y desinteresadas, y al servicio del hombre americano, han logrado conquistar un puesto de honor para la América Latina, y están plenos de esperanzas para nuevos y más maduros logros.

La poca extensión de este estudio no permite analizar todos los aportes concretos que nuestra América ha dado a la cultura universal en el ramo de las ciencias médicas y naturales. Empero, escogiendo los hechos más salientes, podremos pesar algo en la evolución de nuestra cultura.

El descubrimiento y conquista de América, que cambiaba el centro de gravedad

del mundo, parecía propicio a todas las ambiciones y males. Y un médico holandés, célebre y universal, todavía en el siglo XVII se permitía maldecir el descubrimiento del Nuevo Mundo, porque lo único que le había llevado a Europa era la sífilis o lués, olvidando el maravilloso enriquecimiento que América y sus indios habían ofrecido a la terapéutica médica.

Conviene insistir, a pesar de que este balance cultural se fija más en lo contemporáneo, en el extraordinario aporte que la América indígena ofreció a las ciencias médicas. Aztecas, mayas e incas, gracias al conocimiento empírico y a la experiencia de sus herbolarios médicos, ofrecieron una excelente contribución a la cultura médica universal y en especial a Europa, donando cientos de plantas medicinales desconocidas en el Viejo Mundo, sin contar nuevos y preciados alimentos que vinieron a renovar costumbres y dietas alimenticias. Hernán Cortés, escribía a Carlos V, en 1520, una carta donde dice : « Ai calle de Arbolarios, donde ai todas las raíces i ierbas medicinales que en la tierra se hallan. » Pero, hoy día en Europa, ninguno se acuerda que el cacao, la patata (papa), y el chile (ají), para no nombrar sino tres alimentos, son un regalo de nuestros indios, y que un siglo antes de que se extendieran los jardines botánicos en Europa, ya el Emperador Moctezuma tenía jardines reales donde cultivaba toda clase de hierbas medicinales para sus enfermos. La quina, la coca y la ipeca llegaron de las tierras incaicas, y de toda América brotaban el ruibarbo y el ricino, la valeriana y la zarzaparrilla. Todos estos aportes botánicos y medicinales aún están presentes en las más modernas terapéuticas, y si el triunfo de la química obtiene los productos sintéticos, no por ello desaparece el aporte concreto. Y qué decir de la intuición de los mayas, que usaban el moho desarrollado en el maíz como tópico curador de las heridas infectadas.

El certero empirismo de los indios ha sido retomado por los médicos actuales, y en México, Centroamérica y Perú, en el momento actual, investigadores e instituciones especializadas se dedican al estudio científico de hierbas alimenticias y medicinales, y así comprueban viejas propiedades, bajo estudio científico, y descubren otras nuevas en beneficio de la nutrición y de la terapéutica. En los problemas de la nutrición del hombre americano, la Medicina contemporánea latinoamericana arroja nuevas luces sobre las viejas hierbas amadas de los indios. En el Perú, el malogrado Carlos Gutiérrez Noriega, en unión de otros investigadores, realizó estudios originales con experimentación irreprochable, sobre la coca y la cocaína. Y el estudio de gran valor para la ciencia pura, se aplica al hombre andino, ya que constituye un problema médico-social para el Perú.

En el Instituto de la Nutrición de Centroamérica, con sede en Guatemala, investigadores nacionales y extranjeros realizan obra extraordinaria en favor de la ciencia pura y aplicada, con enormes beneficios para el pueblo. Los estudios químicos de las hierbas alimenticias han probado científicamente la riqueza vitamínica y mineral de vegetales que tradicionalmente han comido nuestros indios, valorando así, modernamente, sus aportes a la cultura universal.

Durante la Colonia, a pesar de la rigidez de los textos dogmáticos en Medicina, se revelaba un espíritu revolucionario, y en más de una ocasión se ofrecieron doctrinas originales, que más tarde fueron patrimonio de la cultura europea, con total ignorancia de sus creadores. En la mayor parte de la América Latina, pero especialmente en Mexico, Perú y Guatemala, se trabaja con amor y verdad en la resurrección de nuestro pasado científico, y se revalora así nuestro acervo cultural. En libros y revistas especializadas se recogen los estudios de investigación en la historia de las ciencias latinoamericanas.

Los historiadores de la Medicina europea han mostrado su sorpresa al conocer determinados hechos, y uno de ellos decía con extrañeza que nunca hubiera imaginado un Galvani en el Trópico. Y en realidad, un médico de Guatemala, José Felipe Flores, asombraba en el siglo XVIII con sus doctrinas e inventos. Sin embargo, como él mismo lo decía, vivía en la gurupera del mundo, y ninguno podía creer sus fachendadas, pues no se hacían en

Europa. Tenemos pruebas documentales para demostrar que el médico guatemalense José Felipe Flores, en la Universidad de San Carlos, algunos años antes de Galvani y Balli, concibió una teoría de la electricidad animal idéntica a la enunciada más tarde por el sabio italiano. La doctrina era un hecho para los alumnos de Flores y quedó escrita en sus cuadernos de estudiante. Cuando Flores viaja por Europa y se entera de la novedad fisiológica de Galvani, escribe con toda sinceridad y apremia a sus discípulos a releer sus lecciones, donde ha quedado la misma teoría de la electricidad animal sustentada por Galvani. Y modestamente dice que no podía darse otra doctrina, pues se deduce fácilmente de la analogía y estructura de las partes y por la imposibilidad de explicar con teorías viejas lo que la experiencia muestra claramente. Y luego añade, vivo en la gurupera del mundo y, por lo tanto, ninguno puede creerme; en Italia es donde se hacen los grandes descubrimientos. No fué esta doctrina el único aporte. Las ciencias médicas le deben la invención de las estatuas o maniquíes de cera para el estudio de la Anatomía. Ni Jacobo de Angulema, ni Zumbo, ni Denoues, ni Sánchez de Herrera, fabricaron estatuas de cera desarmables, metidas unas en otras, de acuerdo con lo que enseña la disección de los cadáveres. Fabricaron, como el Abate Fontana más tarde, piezas separadas. Y cuando Flores ve trabajar en Florencia al Abate, admira la perfección de las estatuas, pero comprende que a él y, sólo a él, corresponde la primacía en la fabricación de las piezas armables y desarmables.

En el siglo XIX nuestras ciencias médicas reciben el influjo de la Medicina europea, y a pesar de su afrancesamiento y espíritu imitador, triunfan algunos hechos originales y se conquistan sitios de primerísimo honor para nuestra cultura científica. Dos de ellos merecen nuestro recuerdo. En 1885, el gran dermatólogo vienés Lustgarten anunciaba que había descubierto el bacilo de la sífilis. La seriedad de sus estudios y su fama infundieron confianza, y de todas partes llegaban confirmaciones del descubrimiento. Correspondió al médico salvadoreño-colombiano Emilio Alvarez, en el mismo año de 1885, la derrota del ya célebre descubrimiento. En unión de Tavel demostró el error del bacilo de Lustgarten, que nada tenía que ver con la sífilis. En un estudio modelo por su concisión y por sus pruebas, enterró para siempre el hecho científico que parecía consagrado. Alguien dijo que el golpe fué magistral y mortal. Y Alvarez no sólo demostró que el bacilo no producía la sífilis, sino que lo clasificó y bautizó como bacilo del smegma prepucial, tal como se sigue llamando hoy día. Más tarde, Emilio Alvarez, investigador ejemplar y hombre de ciencia auténtico, ofrece al mundo científico el estudio más completo sobre el rinoescleroma, definiendo su histología y comprobando su origen, de acuerdo con los tres mandatos exigidos por Koch. Los trabajos de Alvarez realizados en San Salvador, América Central, fueron tan definitivos que todo el mundo científico reconoció y confirmó sus investigaciones. Su nombre no puede faltar en un balance cultural, y seguramente está en el olvido.

Por una de esas raras coincidencias de la Historia, el año de 1885, que dió gloria a un valor de nuestra América, sirvió también para glorificar en la muerte a un joven estudiante de Medicina, peruano, Daniel A. Carrión, quien para demostrar la unidad etiológica de dos enfermedades, hasta entonces distintas : le verruga peruana y la fiebre de Oroya, no vaciló en ofrendar su vida, inoculándose el mal para la prueba definitiva. Este acto heroico marcó una nueva etapa en nuestra medicina, y los médicos peruanos, fieles a la trayectoria del que con su muerte les trazara el camino, han escrito una de las páginas más hermosas en la medicina americana, creando con sus acuciosos estudios verdadera ciencia nacional y universal. Barton, en 1905, descubre el agente etiológico de la enfermedad, y lo mejor de los médicos peruanos, del ayer al momento actual, escriben con su ciencia una obra que engrandece y justifica a la medicina latinoamericana.

Los últimos decenios del siglo XIX fueron pródigos para el alcance universal de nuestra Medicina. En 1861, un médico de Guatemala, el Dr. Mariano Padilla,

Vacunación de niños tzotzil en Chiapas (México).

publicaba un ensayo histórico sobre el origen de la sífilis, profundo y veraz en sus conclusiones y que puede considerarse como la primera página de la Historia de la Medicina Americana. Con intuición y con análisis científico e impecable de la historia de la sífilis concluye que hay sífilis desde que existen hombres en la tierra. Formidable aseveración para su época, cuando faltaban plurales pruebas que contemporáneamente han resuelto el problema en aquel sentido afirmado por Padilla. Todos los latinoamericanos tenemos una deuda de gratitud para el médico que, por vez primera en la Historia de la Humanidad, nos salva del pecado nefando, por el cual nos maldijo Boerhaave.

El final del siglo XIX y los albores del XX nos reservaban la historia cumbre, cuando el cubano Carlos J. Finlay descubre el agente de transmisión de la fiebre amarilla, y con la aplicación de su doctrina científica salva al mundo de uno de sus peores males y hace habitables y prósperas a las grandes capitales de nuestra América, azotadas por la peste amarilla. Por la genialidad de su doctrina es posible la terminación del Canal de Panamá. Europa, la América Sajona, el mundo entero debe a la América Latina y a uno de sus más geniales hombres de ciencia, esta ofrenda maravillosa que liberta al hombre de varias latitudes de un flagelo apocalíptico que sembró la muerte e impidió la civilización en ancha parte del mundo.

El rencor de la grandeza de que hablaba Nietzche se aplica íntegro a Carlos J. Finlay. La obra y la acción maravillosas, potentes, parecieron volverse contra él, en la vida y en la muerte, y los rudos golpes cayeron sobre toda la ciencia latinoamericana, que después de muchos años de esfuerzo y de vindicación se levanta incólume como la luz y como la verdad. Fuimos víctimas de los complejos de raza, de lengua y de incapacidad creadora. Pero la justicia triunfa, y hoy ninguno discute esta admirable adquisición de nuestra cultura.

Carlos J. Finlay, cubano, nacido en Camagüey, consagró íntegra su vida al estudio de la fiebre amarilla. Sus contemporáneos no le creen, y sin embargo su teoría es la única admisible. Analiza minuciosamente la enfermedad, desecha y formula teorías, y determina en la primera etapa que el mosquito es el agente transmisor. En la conferencia sanitaria internacional de Washington, serenamente combate a todos y expresa su doctrina, no atreviéndose todavía a nombrar específicamente al mosquito transmisor. Los sajones no le creen y aconsejan medidas fuera de toda realidad. El 14 de Agosto de 1881 debe ser fiesta para la cultura médica de nuestra América. En esa fecha, Carlos J. Finlay presenta ante la Academia de Ciencias de la Habana su trabajo sobre el mosquito como agente de transmisión de la fiebre amarilla. Nada escapó en este estudio a la mente extraordinaria del sabio. Es uno de los documentos más preciados de nuestra cultura y más probatorios de nuestra ciencia. Ninguno creía en el médico de los mosquitos, y pasan 20 años de escepticismo en toda América. Al fin, una comisión norteamericana presidida por Walter Reed fué a la Habana a comprobar las teorías de Sanarelli sobre el bacilo icteroides. No comprobado este hecho, la comisión iba a retirarse y entonces el General Wood, interventor de la Isla, pidió a la Comisión que se entrevistase

con Finlay y ensayase sus métodos. Guiada por Finlay, la Comisión norteamericana no hizo otra cosa que seguir y comprobar la doctrina del mosquito, y como la ingratitud de los hombres es el único premio que se ofrece a los héroes, Reed y sus colaboradores silencian el nombre de Finlay y se atribuyen su doctrina. El Mayor Gorgas dice que sólo a última hora creyó en la teoría del mosquito, y que sólo por ella se logró la erradicación total del morbo amarillo. Y he aquí cómo se altera la verdad histórica cuando no se poseen todos los medios de propaganda y cae sobre nuestra raza y cultura la negación de sus capacidades. Todos los textos y revistas médicas norteamericanas atribuían a Reed el descubrimiento, y aún hoy, un grueso e ignorante público sigue creyendo la falsedad y anota en el haber de la cultura médica sajona un descubrimiento y doctrina que son legítimamente nuestros, orgullo de nuestra Medicina.

El triunfo de la verdad es hoy definitivo, y en libros de Historia de la Medicina escritos por norteamericanos se hace justicia a nuestra sabio. Además se levantan estatuas y se realizan actos conmemorativos en distintos Estados de la America Sajona para honrar a Finlay.

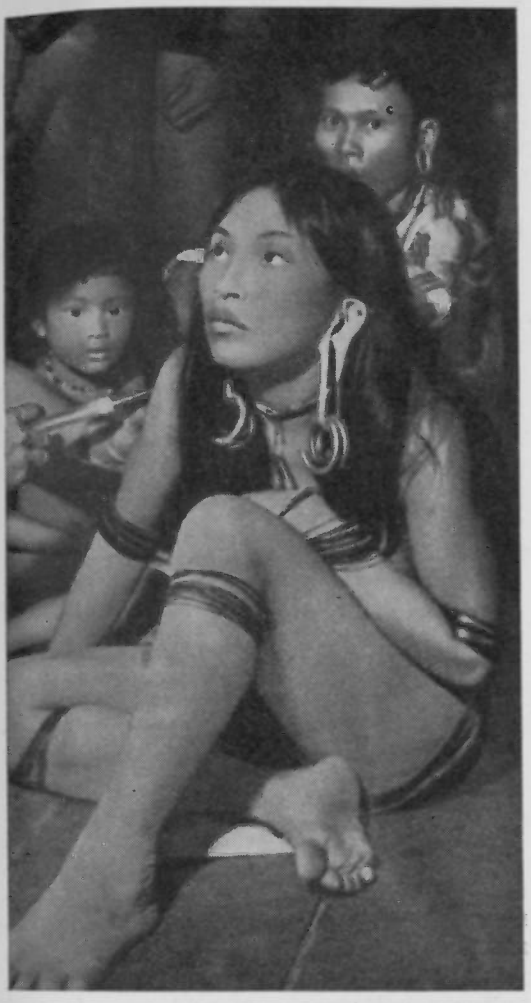
El sabio que escribió en español, inaccesible para muchos científicos, tuvo que esperar 20 años para que se le creyese. Si en 1881 hubieran seguido su doctrina, cuántas vidas y dólares se hubiesen salvado. Los últimos Congresos Internacionales de Historia de la Medicina han cancelado la vieja polémica. Sólo a Finlay corresponde el descubrimiento del agente transmisor de la fiebre amarilla, y por la aplicación de su doctrina se logra el saneamiento del Trópico y la terminación del Canal de Panamá.

La humanidad había aprendido algo nuevo que la haría vivir con más esperanzas. Y las ciudades como la Habana y Río de Janeiro, cementerios del mundo, entraron en la era de franco progreso. En éste, ninguno como Oswaldo Cruz para merecer sitial privilegiado en el balance de nuestra cultura médica. Extraordinario en la acción y en la inteligencia, árbitro de la higiene y de la investigación. Fiel a su divisa : no desanimar para no desmerecer, dedica su vida al saneamiento de Brasil, que nace de nuevo por su obra, y funda en una tosca barraca, en 1901, el Instituto de Manguinhos, hoy Instituto Oswaldo Cruz. Esta institución en su más de medio siglo de existencia ha sido foco de investigaciones científicas originales, que llenan de gloria nuestra cultura médica.

Desde el segundo decenio de este siglo, la Medicina en la América Latina comienza a emanciparse de sus tutelas extranjeras, y con sentido propio se lanza a conquistar su auténtica y original cultura médica. Y no sólo investiga originalmente y en forma pura y desinteresada ; antes que nada fija sus metas en la patología nacional y en la redención del hombre americano por los caminos de la salud, de la aristocracia biológica.

Un profundo sentido social anima a las ciencias médicas en nuestros pueblos, y podemos afirmar que ya estamos en la ruta de la madurez y de la libertad para crear ciencia nacional y universal. Quien más, quien menos, todas nuestras naciones contribuyen con su ciencia. Ya hemos señalado el caso del Brasil. Uruguay, Argentina y Chile, con sus extraordinarias potencias dan lustre a la Medicina. El incomparable Profesor Morquio, establece las bases de la defensa de la infancia, y la Medicina chilena en sus aspectos sociales da la pauta a toda nuestra América. En Buenos Aires, cenáculo de sabiduría, en laboratorios de investigación y en hospitales, se forja una auténtica escuela médica latinoamericana, y en Fisiología obtiene la consagración mundial al lograr el profesor Bernardo Houssay el Premio Nobel. Houssay, modelo en la investigación y en la solidez científica, en la dignidad universitaria y en la defensa de la libertad científica, es una nueva cumbre en nuestra cultura y una prueba de lo que promete este Continente de los máximos dolores políticos, pero también de las máximas armonías y esperanzas.

La limitación de este estudio nos impide señalar todos los logros en la ciencia contemporánea. No se nos olvidan ni hombres, ni países. Todos están ya en la Historia, pero nos falta espacio para su elogio y crítica. Algo dijimos ya de la Medicina peruana, y de los esfuerzos de su es-



Vacunación de una muchacha salvaje.

cuela en la biología andina. En Costa Rica, un modestísimo sabio, Clodomiro Picado, fué el auténtico descubridor de la penicilina. Quizás no lo crean. Pero tenemos los documentos probatorios de este aserto. Faltaba el medio, el social, el científico, el económico, el de las grandes empresas. Y así esta gran empresa del pensamiento nuestro, esta aventura experimental de nuestra ciencia, se durmió en el silencio, y no encontramos el modo de hacerla verdad. En México, la Medicina, y en general las ciencias, sólo conocen el camino vertical y el ascenso que va de superación en superación. Su Medicina es un orgullo para nuestra cultura. Algunas de sus instituciones no se conocen en otra parte de América. El Instituto Nacional de Cardiología fué la obra máxima de un médico mexicano, Ignacio Chávez, cuya vida y enseñanzas se muestran como valor universal en toda la Medicina de la América Latina. Y aún la Medicina internacional puede ufanarse de tan importante centro, donde se investiga, se cura y se hace obra social. Chávez ha sido el patriarca, y hoy, a su lado, un equipo humano tiene en sus manos muchos de los destinos de la ciencia médica. El sajón Wilson lo consagró al decir que ningún lugar en el mundo promete tanto como hospital, como sitio de acción pública, como instrumento de educación y como instituto de investigaciones.

No ha pretendido este breve ensayo agotar un tema tan apasionante y tan verdadero. Apenas hemos trazado un boceto de luces y perfiles.

La Medicina Latinoamericana merece mucho más. Hemos escrito un recordatorio y escogido hombres y hechos sobresalientes. Pedimos con razón y con dignidad un puesto alto en la cultura médica universal, sin vanidad ni alarde. Hemos alcanzado más de una meta, pero nuestros caminos son plurales, nuestros esfuerzos incontables, nuestras ambiciones justas, y nuestra esperanza es ya una realidad en la ciencia médica universal, una promesa para seguir ascendiendo hacia la madurez y plenitud que nos reservan el tiempo y la Historia.

CARLOS MARTINEZ DURAN

Influencia occidental y obra de creación latinoamericana

POR ROBERTO F. GIUSTI

ESPAÑA, colonizadora, trajo al Nuevo Mundo los elementos e instrumentos de la cultura occidental : el alfabeto latino, el adoctrinamiento en la fe católica, universidades, la imprenta, el libro, el teatro religioso y profano. El grado de penetración de las culturas indígenas en la importada, la mayor o menor resistencia ofrecida por aquéllas, la supervivencia de sus restos dispersos, el sutil entrelazamiento de sus usos, costumbres, lenguas, actitudes mentales, ritos, artes, literatura popular, tradiciones, leyendas, folklore, con los trasladados al nuevo mundo por las sucesivas olas inmigratorias de las diversas regiones peninsulares, ha ofrecido y sigue ofreciendo materia a innumerables trabajos especializados, los cuales no admiten ser compendiados en pocas fórmulas sumarias, aparte de que tales penetración y entrelazamiento han sido sumanente variables según los países. Más perceptibles la supervivencia e infiltraciones en Méjico y Centro América (culturas aztecas y maya) y en los países de la vertiente del Pacífico o del altiplano andino, particularmente aquellos donde se extendió la influencia incaica que alcanza a ciertas provincias argentinas, resultan borrosas en las pampas, así como en la cuenca fluvial del Plata y del Paraná y el Uruguay inferiores y medios. Poderosas influencias indígenas en cambio, en primer término la guaraní-tica, se observan en la lengua, el arte y el folklore paraguayos, correntinos y brasileños. Pero, siendo manifiesto que el continente americano, en las dos partes colonizadas por España y Portugal conserva en mayor o menor grado la impronta de las culturas indígenas, sumergidas por la raza blanca (y también, en algunas regiones, por la negra, como ocurrió principalmente en Cuba y el Brasil), tal fenómeno, que se hace patente en Méjico, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia y corroboran en este mismo cuaderno colegas más autorizados que yo, no invalida la siguiente afirmación general : la cultura intelectual latinoamericana, aquella que tiene por principal vehículo la letra, es esencialmente occidental europea. Lo ha sido en su desenvolvimiento desde los tiempos coloniales ; lo es en la mayoría de sus variadas formas expresivas. Originariamente española o portuguesa — por supuesto, asimilando indirectamente por la vía de la España y el Portugal medievales, renacentistas, barrocos y neoclásicos, las corrientes de pensamiento y la

expresión literaria italianas y francesas que se incorporaron a través de los tiempos a la cultura peninsular —, ya desde fines del siglo XVIII abren brecha en esta influencia otras culturas nacionales, particularmente la francesa, a cuya extensión universal no podía escapar entonces el continente americano por más vallas que le opusieran la Iglesia y las autoridades de Madrid y sus funcionarios de aquende el océano. Lo que se dice de la Iglesia como fuerza conservadora, tradicionalista y contraria al pensamiento libre no puede extenderse a todos los eclesiásticos, pues en muchas partes sacerdotes y frailes cultos fueron vehículo, junto con animosos propagandistas laicos, de las nuevas ideas con que el iluminismo y la Enciclopedia agitaban el mundo del pensamiento, preparando las grandes revoluciones políticas de las colonias inglesas de América del Norte, la del 89 y la de las colonias hispanoamericanas.

Si bien la literatura es una faz, y no más, de la cultura de los pueblos, en ella se ven reflejadas con mayor nitidez que en ninguna otra manifestación cultural, las influencias dominantes, incluso las ideológicas. La literatura del siglo XIX es un índice orientador de esas influencias. Algunas literaturas nacionales, por ejemplo la colombiana, se desenvuelven preferentemente en los cauces de las letras y el pensamiento españoles ; en otras, por ejemplo en la argentina, es muy pronunciada la influencia de las letras y el pensamiento franceses. Ninguna, sin embargo, se sustrae a esta última. Yo la he estudiado, y también la italiana, menos importante, en dos ensayos especiales, respectivamente incluídos en mis libros *Siglos, escuelas, autores* y *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, pero por lo que conozco de las demás literaturas latinoamericanas, los términos de la ecuación literatura nacional - literatura española (o portuguesa) - literatura francesa - otras literaturas, se mantienen en la mayor parte de América relativamente constantes a pesar de las variaciones antes indicadas con dos ejemplos significativos. Las literaturas de lengua inglesa muestran su influencia dispersa, más acentuada en los países del Caribe, por la vecindad con los Estados Unidos y mayor proximidad a Gran Bretaña, o bien, accidentalmente, por circunstancias personales, sobre escritores aislados como el cubano Heredia, el ecuatoriano Olmedo, el venezolano chileno Bello, el colombiano Fallon y los argentinos Wilde y Cané.

* * *

He creído conveniente esta introducción esquemática para llegar al asunto del presente artículo : las características de la cultura americana en el siglo presente. Sin perjuicio de reconocer que por su situación geográfica, formación étnica, riqueza económica y consiguientes condiciones político-sociales, hay países que se avecinan más que otros, y lo hacen con adelanto de años y lustros, al que ha sido hasta ayer patrón de la cultura intelectual del mundo, el relativo sincronismo de las tendencias ideológicas y hechos culturales es un fenómeno general en el Nuevo Mundo. Si en Hispanoamérica el romanticismo ganó la delantera con el cubano Heredia, según la seria estimativa crítica de Manuel Pedro González en un su reciente libro, y con el argentino Echeverría por el hecho fortuito de su viaje á París (el primer romántico brasileño quizás fué José Bonifacio, cuyas poesías, publicadas en Burdeos, son de 1825) y se retardó hasta el cuarto decenio del siglo, y aún más acá en otros países, la invasión de su exuberante frondosidad no la contuvo después ninguna frontera. Mas no todo fué hojarasca lírica, sensiblería ñoña, byronismo de segunda o tercera mano, fórmulas universales del recetario romántico, pues hubo acentos sinceros y personales ; ni tampoco niega los aportes americanos el hecho que vieran con ojos nuevos y sensibilidad diferente al indio y los espectáculos majestuosos, imponentes y terribles de la naturaleza del nuevo mundo, antes los escritores europeos (¿ cómo no recordar a Chateaubriand y Humboldt ?) que los hijos de las pampas y los Andes, discípulos de aquéllos.

Sobre el espíritu peculiar que la poesía americana infundió en la romántica, nada

nuevo esencial puede decirse después del ordenado estudio en que José Enrique Rodó refundió varios trabajos juveniles en torno de la figura de Juan María Gutiérrez, uno de los padres del americanismo literario. Los impulsos originales de este movimiento emancipador y creador en la expresión del sentimiento de la naturaleza y del de la historia son confrontados agudamente en ese difundido ensayo con las naturales tendencias imitativas ; las ideas y emociones que América recibió de Europa en alas de la literatura prerromántica y romántica con aquellas a las que dió carácter original. El mismo asunto ha sido tratado repetidamente en el Brasil. La imaginación sería europea, y el sentimiento, brasileño, según un autorizado crítico.

Europa ha sido secularmente maestra del género humano ; la creciente europeización de Hispanoamérica ha otorgado a las naciones que se extienden desde el Río Grande a los archipiélagos australes argentinochilenos la importancia material y representación espiritual que el mundo entero ya les reconoce en el curso de los acontecimientos presentes y futuros. La cultura — me refiero a sus aspectos superiores, letras, artes, especulación filósófica, ciencia — es en estas naciones patrimonio de minorías preponderantemente urbanas, hecho también cierto en naciones adelantadísimas del viejo mundo ; pero, por más o menos extensas que sean esas minorías, que en algunos países son masas numerosísimas, no hay nación de Hispanoamérica que no se sienta incorporada por su curiosidad y actividad intelectual a la cultura occidental.

En la Argentina todavía se preguntaban a principios de este siglo si teníamos una literatura propia. Dudaban, pues una literatura había, si darle personería nacional o hacerla prolongación, un capítulo, de la española. La cuestión actualmente carece de sentido. Presumo que también habrá sido suscitada y discutida en otros países de América y estoy seguro de que en ninguno sería admitido ya tal planteo. En la poesía y la literatura narrativa el romanticismo, agotado en Europa desde mediados del siglo XIX, sobrevivió en América hasta los últimos decenios. Su muerte (¿ está muerto de veras ?) no fué exactamente sincrónica en todos los países, como no lo había sido su nacimiento, según dije, demorado en Colombia, por ejemplo, unos diez años, pues tantos necesitó para ascender hasta la sabana de Bogotá desde los llanos venezolanos. En la poesía fué originado por la doble influencia francesa (Chateaubriand, Hugo, Lamartine, etc.) y la española (Zorrilla, Espronceda, Bécquer) con la presencia invariable de Byron, leído en su lengua original o traducido, asimilado directa o indirectamente. No son las dichas, por supuesto, todas las influencias señalables, pues éstas varían de poeta a poeta por encima de los denominadores comunes. La de Bécquer se prolonga hasta los umbrales de este siglo, fecunda uno de los poemas más ilustres del continente, *Tabaré*, del uruguayo Zorrilla de San Martín, y es un precedente no desdeñable de la lírica premodernista.

El siglo se abría con el triunfo y la expansión del modernismo. La innovación lírica había germinado contemporáneamente en diversos países, en Méjico con Gutiérrez Nájera, en Cuba con Martí y Julián del Casal, en Colombia con José Asunción Silva, en Chile con Rubén Darío, el de *Azul*, y estos nombres divulgados y muy notorios se ponen para simplificar, pero no son todos; su patente eclosión se produce en Buenos Aires, en 1896, con *Prosas profanas*. De la ciudad del puerto situada sobre el vasto estuario del Plata, el movimiento se extendería al mundo entero de habla castellana, ya por influencia directa del poeta nicaragüense, ya, siguiendo o no sus pasos, por asimilación de los parnasianos simbolistas franceses. Tampoco fué rigurosamente sincrónico el movimiento en el continente, pero con diferencia de escasos lustros se registró en todos los países. Originado en preponderantes influencias francesas, a las que debe agregarse la de Poe, insistentemente traducido e imitado en América en el último cuarto del siglo XIX, y asimilando también, ya corridos uno o dos lustros del siglo XIX, las experiencias líricas de la generación española del 98, particularmente de los hermanos Machado y de Juan Ramón Jiménez, caracteriza ese movimiento en la poesía americana un

período de intenso afrancesamiento. Sin embargo, aunque nunca menudearon tanto como en aquellos días las acusaciones contra los escritores de haberse descastado, es en el seno del movimiento modernista, al emanciparse la literatura americana del yugo español, al agilitarse el lenguaje y enriquecerse y tornasolarse sobre el modelo francés, cuando se crea el instrumento de una expresión más valiente e innovadora, adaptada a trasladar sin sujeción a los giros idiomáticos secularmente heredados, los infinitos aspectos y motivos de la realidad americana. Con razón que el tiempo confirmaría pudo contestar Darío a Paul Groussac, quien había calificado de estéril y exótica su tentativa de allegar al intelecto americano elementos que para su desarrollo ulterior el crítico eminente juzgaba inasimilables e inútiles : « He aquí como pensando en francés y escribiendo en castellano, que alabaran por lo castizo académicos de la Española, publiqué el pequeño libro que iniciaría el actual movimiento literario americano, del cual saldrá, según José María de Heredia, el renacimiento mental de España ». Y así fué en efecto. No por proyectarse sobre las más famosas composiciones de José Asunción Silva la sombra de Poe, tiene su acento menos sabor americano ; ni deja de ser un poeta de América Amado Nervo porque su misticismo rezume esencias orientales. ¿ Que no es poeta de América el Darío de *Cantos de vida y esperanza*, el del apóstrofe « A Roosevelt » y la « Salutación del optimista » ? Un ejemplo típico de cómo de la asimilación de lo europeo la poesía americana ha pasado a la genuina originalidad del acento lo ofrece la obra multiforme de Leopoldo Lugones, desprendiéndose paso a paso de las influencias huguescas, poeianas, samenianas, laforguianas y demás para rematar en los *Poemas solariegos* y en los *Romances de Río Seco*, expresiones de genuina poesía criolla, ello sin entrar a averiguar aquí si tiene mayor calidad estética, como lo reputan algunos, que su producción anterior. Las condenaciones de la trasplantación servil de lo europeo, justificadas a principios del siglo, resultaron falsas profecías con el andar de los años. Cuando, escribiendo sobre el parisianismo bonaerense, Ramiro de Maeztu preguntaba en 1903 « ¿ qué es la América Latina ?, ¿ cómo se vive allí ?, ¿ cómo se goza ?, ¿ cómo se sufre ?..., ¿ existe algo que pueda calificarse de espíritu argentino ? », —y se contestaba : « Los libros bonaerenses no nos lo dicen » — se atenía sólo a las apariencias más superficiales, ciertamente engañosas para quien no conociera plenamente el desenvolvimiento de una literatura que ya había dado ponderables ejemplos de novelas realistas, de intención crítica social (*La gran aldea*, *Sin rumbo*, *La Bolsa*, *Quilito*, etc.) y una apreciable literatura crítica sociológica, y no podía adivinar la sabrosa poesía realista de la ciudad y del campo que surgiría en los lustros siguientes con Carriego, Fernández Moreno, Camino, Franco, Pedroni, entre otros. Ningún país de Hispanoamerica deja de ofrecer ejemplos de poesía en la cual las cultas formas métricas aprendidas de la tradición occidental evocan y expresan con inconfundible sabor local las cosas y los sentimientos de la tierra. Esto tampoco en la época romántica ¿ Quiérese poesía más genuinamente americana que la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia* del colombiano Gutiérrez o el *Santos Vega* del argentino Rafael Obligado ?

No se niega cuanto ha habido de calco más o menos voluntario, de imitación subconsciente, de trasposición hábil, de asimilación incompleta. Pero las sutiles combinaciones de la química espiritual van produciéndose lentamente. ¿ Qué análisis de lo sustancial separará en la poesía gauchesca, tan genuinamente argentinouruguaya, en la poesía negra cubana, puertorriqueña, brasileña, en el corrido mejicano, en general en toda la entera poesía folklórica y vernacular del continente, los aportes de cultura anteriores y los elementos de creación autóctonos ?

El teatro me ofrece otro ejemplo característico de cómo el tronco trasplantado ha echado vigorosas ramas nativas, lo mismo en la Argentina que en el Uruguay, en Méjico que en Chile y el Brasil. Me referiré al rioplatense por serme el más familiar.

Cuando el argentino Lavardén estrena en la época virreinal en la primitiva Casa de

nuevo esencial puede decirse después del ordenado estudio en que José Enrique Rodó refundió varios trabajos juveniles en torno de la figura de Juan María Gutiérrez, uno de los padres del americanismo literario. Los impulsos originales de este movimiento emancipador y creador en la expresión del sentimiento de la naturaleza y del de la historia son confrontados agudamente en ese difundido ensayo con las naturales tendencias imitativas ; las ideas y emociones que América recibió de Europa en alas de la literatura prerromántica y romántica con aquellas a las que dió carácter original. El mismo asunto ha sido tratado repetidamente en el Brasil. La imaginación sería europea, y el sentimiento, brasileño, según un autorizado crítico.

Europa ha sido secularmente maestra del género humano ; la creciente europeización de Hispanoamérica ha otorgado a las naciones que se extienden desde el Río Grande a los archipiélagos australes argentinochilenos la importancia material y representación espiritual que el mundo entero ya les reconoce en el curso de los acontecimientos presentes y futuros. La cultura — me refiero a sus aspectos superiores, letras, artes, especulación filósófica, ciencia — es en estas naciones patrimonio de minorías preponderantemente urbanas, hecho también cierto en naciones adelantadísimas del viejo mundo ; pero, por más o menos extensas que sean esas minorías, que en algunos países son masas numerosísimas, no hay nación de Hispanoamérica que no se sienta incorporada por su curiosidad y actividad intelectual a la cultura occidental.

En la Argentina todavía se preguntaban a principios de este siglo si teníamos una literatura propia. Dudaban, pues una literatura había, si darle personería nacional o hacerla prolongación, un capítulo, de la española. La cuestión actualmente carece de sentido. Presumo que también habrá sido suscitada y discutida en otros países de América y estoy seguro de que en ninguno sería admitido ya tal planteo. En la poesía y la literatura narrativa el romanticismo, agotado en Europa desde mediados del siglo XIX, sobrevivió en América hasta los últimos decenios. Su muerte (¿ está muerto de veras ?) no fué exactamente sincrónica en todos los países, como no lo había sido su nacimiento, según dije, demorado en Colombia, por ejemplo, unos diez años, pues tantos necesitó para ascender hasta la sabana de Bogotá desde los llanos venezolanos. En la poesía fué originado por la doble influencia francesa (Chateaubriand, Hugo, Lamartine, etc.) y la española (Zorrilla, Espronceda, Bécquer) con la presencia invariable de Byron, leído en su lengua original o traducido, asimilado directa o indirectamente. No son las dichas, por supuesto, todas las influencias señalables, pues éstas varían de poeta a poeta por encima de los denominadores comunes. La de Bécquer se prolonga hasta los umbrales de este siglo, fecunda uno de los poemas más ilustres del continente, *Tabaré*, del uruguayo Zorrilla de San Martín, y es un precedente no desdeñable de la lírica premodernista.

El siglo se abría con el triunfo y la expansión del modernismo. La innovación lírica había germinado contemporáneamente en diversos países, en Méjico con Gutiérrez Nájera, en Cuba con Martí y Julián del Casal, en Colombia con José Asunción Silva, en Chile con Rubén Darío, el de *Azul*, y estos nombres divulgados y muy notorios se ponen para simplificar, pero no son todos; su patente eclosión se produce en Buenos Aires, en 1896, con *Prosas profanas*. De la ciudad del puerto situada sobre el vasto estuario del Plata, el movimiento se extendería al mundo entero de habla castellana, ya por influencia directa del poeta nicaragüense, ya, siguiendo o no sus pasos, por asimilación de los parnasianos simbolistas franceses. Tampoco fué rigurosamente sincrónico el movimiento en el continente, pero con diferencia de escasos lustros se registró en todos los países. Originado en preponderantes influencias francesas, a las que debe agregarse la de Poe, insistentemente traducido e imitado en América en el último cuarto del siglo XIX, y asimilando también, ya corridos uno o dos lustros del siglo XIX, las experiencias líricas de la generación española del 98, particularmente de los hermanos Machado y de Juan Ramón Jiménez, caracteriza ese movimiento en la poesía americana un

período de intenso afrancesamiento. Sin embargo, aunque nunca menudearon tanto como en aquellos días las acusaciones contra los escritores de haberse descastado, es en el seno del movimiento modernista, al emanciparse la literatura americana del yugo español, al agilitarse el lenguaje y enriquecerse y tornasolarse sobre el modelo francés, cuando se crea el instrumento de una expresión más valiente e innovadora, adaptada a trasladar sin sujeción a los giros idiomáticos secularmente heredados, los infinitos aspectos y motivos de la realidad americana. Con razón que el tiempo confirmaría pudo contestar Darío a Paul Groussac, quien había calificado de estéril y exótica su tentativa de allegar al intelecto americano elementos que para su desarrollo ulterior el crítico eminente juzgaba inasimilables e inútiles : « He aquí como pensando en francés y escribiendo en castellano, que alabaran por lo castizo académicos de la Española, publiqué el pequeño libro que iniciaría el actual movimiento literario americano, del cual saldrá, según José María de Heredia, el renacimiento mental de España ». Y así fué en efecto. No por proyectarse sobre las más famosas composiciones de José Asunción Silva la sombra de Poe, tiene su acento menos sabor americano ; ni deja de ser un poeta de América Amado Nervo porque su misticismo rezume esencias orientales. ¿ Que no es poeta de América el Darío de *Cantos de vida y esperanza*, el del apóstrofe « A Roosevelt » y la « Salutación del optimista » ? Un ejemplo típico de cómo de la asimilación de lo europeo la poesía americana ha pasado a la genuina originalidad del acento lo ofrece la obra multiforme de Leopoldo Lugones, desprendiéndose paso a paso de las influencias huguescas, poeianas, samenianas, laforguianas y demás para rematar en los *Poemas solariegos* y en los *Romances de Río Seco*, expresiones de genuina poesía criolla, ello sin entrar a averiguar aquí si tiene mayor calidad estética, como lo reputan algunos, que su producción anterior. Las condenaciones de la trasplantación servil de lo europeo, justificadas a principios del siglo, resultaron falsas profecías con el andar de los años. Cuando, escribiendo sobre el parisianismo bonaerense, Ramiro de Maeztu preguntaba en 1903 « ¿ qué es la América Latina ?, ¿ cómo se vive allí ?, ¿ cómo se goza ?, ¿ cómo se sufre ?..., ¿ existe algo que pueda calificarse de espíritu argentino ? », —y se contestaba : « Los libros bonaerenses no nos lo dicen » — se atenía sólo a las apariencias más superficiales, ciertamente engañosas para quien no conociera plenamente el desenvolvimiento de una literatura que ya había dado ponderables ejemplos de novelas realistas, de intención crítica social (*La gran aldea, Sin rumbo, La Bolsa, Quilito*, etc.) y una apreciable literatura crítica sociológica, y no podía adivinar la sabrosa poesía realista de la ciudad y del campo que surgiría en los lustros siguientes con Carriego, Fernández Moreno, Camino, Franco, Pedroni, entre otros. Ningún país de Hispanoamerica deja de ofrecer ejemplos de poesía en la cual las cultas formas métricas aprendidas de la tradición occidental evocan y expresan con inconfundible sabor local las cosas y los sentimientos de la tierra. Esto tampoco en la época romántica ¿ Quiérese poesía más genuinamente americana que la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia* del colombiano Gutiérrez o el *Santos Vega* del argentino Rafael Obligado ?

No se niega cuanto ha habido de calco más o menos voluntario, de imitación subconsciente, de trasposición hábil, de asimilación incompleta. Pero las sutiles combinaciones de la química espiritual van produciéndose lentamente. ¿ Qué análisis de lo sustancial separará en la poesía gauchesca, tan genuinamente argentinouruguaya, en la poesía negra cubana, puertorriqueña, brasileña, en el corrido mejicano, en general en toda la entera poesía folklórica y vernacular del continente, los aportes de cultura anteriores y los elementos de creación autóctonos ?

El teatro me ofrece otro ejemplo característico de cómo el tronco trasplantado ha echado vigorosas ramas nativas, lo mismo en la Argentina que en el Uruguay, en Méjico que en Chile y el Brasil. Me referiré al rioplatense por serme el más familiar.

Cuando el argentino Lavardén estrena en la época virreinal en la primitiva Casa de

Comedias de la Ranchería la tragedia *Siripo*, o Juan Cruz Varela, en el período rivadaviano, de fervorosa creación cultural, representa sus dos creaciones dramáticas *Dido* y *Argía*, inspirada en Virgilio la primera, en Alfieri la segunda, no eran más que rezagados imitadores, aunque con indudable talento Varela, de la tragedia seudoclásica, sin que valga el asunto indígena del *Siripo*, inspirado en una leyenda de la conquista, para conferirle ciudadanía americana, pues los indios literarios estaban de moda en Europa. Pero cuando en 1886 en un circo de campaña habla el gaucho Juan Moreira en un dramón que antes había sido concebido como pantomima circense, son puestas las condiciones de un teatro que, plebeyo y burdo al comienzo, así como lo fueron en la Edad Media todos los grandes teatros de Occidente, llegaría a ser en la primera década del siglo XX el más importante de la América Latina, con vigorosas creaciones originales, de las que son memorables algunas del uruguayo Florencio Sánchez (1875-1910), particularmente *Barranca abajo* y *La Gringa*. Ahora bien, Sánchez, periodista autodidacto, de quien dijo Díez Canedo que antes de la aparición de O'Neill no podría encontrarse en toda América un autor dramático que le sea comparable, aprendió el arte de hacer teatro en el repertorio y la interpretación de los actores italianos y franceses que Buenos Aires aplaudía en sus más aristocráticos escenarios. Y otro tanto puede decirse de algunos de sus contemporáneos y continuadores. He ahí como Hauptmann e Ibsen, Brieux y Bracco, Antoine y Zacconi hacen fructificar en un silvestre talento criollo un teatro regional que no será olvidado.

En el proceso de formación de todas las culturas y todas las literaturas de alguna jerarquía han intervenido elementos castizos e inspiraciones extranjeras, influencias múltiples y cruzadas. Los ejemplos, con las literaturas próceres más gloriosas, a la vista, pueden multiplicarse. Los pueblos que creen jactanciosos poder bastarse a sí mismos con lo que saquen de su acervo tradicional, se engañan lastimosamente, y si en efecto les fuera posible realizar tal hazaña, su cultura se adelgazaría y esterilizaría. La fuerza de América ha consistido, consiste y consistirá en incorporar y asimilar la contribución de la sangre y del espíritu de todos los pueblos, entre los cuales encabezaron la transfusión los del occidente de Europa.

En la evolución de la narrativa americana resalta con pronunciado relieve esta compenetración de lo adquirido y lo propio. ¿ Presentan caracteres originales y distintivos la novela y el cuento de Hispanoamérica ? ¿ Quién se atreverá a negarlo ? Ciertamente los moldes de la novela no los creó el nuevo mundo, pues vienen de muy lejos ; pero la materia volcada en los que se han escrito desde, por ejemplo, *El Periquillo Sarniento* de Fernández Lizardi, hasta las de Aluizio Azevedo, Machado de Assis, Graça Aranha, Alberto Blest Gana, Eduardo Acevedo Díaz, Rufino Blanco Fombona, José Eustaquio Rivera, Mariano Azuela, Martín Luís Guzmán, Eduardo Barrios, Benito Lynch, Lins do Rego, Alcides Arguedas, Horacio Quiroga, Ciro Alegría, Jorge Icaza, Ricardo Güiraldes, Érico Verissimo, Rómulo Gallegos, Jorge Amado, Enrique Amorim, Miguel Angel Asturias, sin pretender citar a tantos posibles y sin hacer a un lado las románticas *Amalia*, *María* e *Inocencia*, ni tampoco libros tan singulares como el *Facundo*, *Una excursión a los indios Ranqueles* de Mansilla y *Os sertões* de Euclides Da Cunha, es cosa de genuino sabor americano. No sólo por el escenario, pues una novela no se construye solamente con pampas y llanos, montañas, selvas, desiertos y anchos ríos, si bien éstos son elementos importantísimos, sino, sobre todo, con el alma de los hombres que se esfuerzan, gozan, sufren, combaten y mueren en tan dilatado escenario, en estancias, haciendas, maniguas, ingenios de azúcar, plantaciones de algodón, café y cacao, explotaciones forestales, y ¿ por qué no en la selva urbana ? Cité a Quiroga, más representativo como cuentista que como novelista. Un elenco aún más nutrido debería hacer de los cuentistas de peculiar sabor americano. ¿ Se le negará esa cualidad, para citar un solo ejemplo ilustre, a las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma ? En este aspecto, por la vida pródigamente volcada en sus pá-

ginas, la narrativa latinoamericana o indoamericana (aquí reaparece el indio como factor sustancial, definidor de una caudalosa corriente novelesca, así como había entrado, convencional y literario, en la poesía y la novela románticas brasileñas e hispanoamericanas) es de una inequívoca originalidad. Los narradores realistas franceses enseñaron a los americanos, a fines del siglo pasado, a enfrentar valientemente, si al principio con alguna inexperiencia técnica, la realidad social de sus respectivas tierras, la vida urbana y la rústica ; sus narraciones mostraron inicialmente con frecuencia una imitación demasiado ceñida del estilo de Balzac, o de Daudet, o de Zola (o del español Galdós) ; pero aprendidos que fueron los medios expresivos y atrevidamente ensanchados, hallada que fué la materia, la emancipación no tardó en llegar. Un signo distintivo de la novela americana contemporánea es su sentido social, su propensión a pintar la suerte miserable de las masas rurales explotadas : he ahí por qué el indio es tan a menudo el protagonista de las narraciones en los países donde aquél constituye un problema doloroso e insoluble.

*
* *

Me temo haber entrado en el predio de otros colegas más competentes que yo para tratar en este mismo cuaderno alguno de los temas que apenas he desflorado ; pero ¿ cómo podía evitarlo, siendo la creación literaria factor tan destacado en la cultura de los pueblos civilizados ? Si desviándonos de lo literario miramos hacia las demás creaciones artísticas, consideraciones semejantes nos sugerirán la pintura, la escultura, la arquitectura, la música, la cerámica, las artes decorativas. En estas últimas y en las plásticas la creación americana es tan patente, sobre todo en los países de honda raigambre indígena, que supera con mucho a la literaria. Me eximo de tratar superficialmente y de prisa lo que colegas especializados en dichas artes harán en este mismo cuaderno.

Uno de los caracteres perceptibles de la cutura americana es su aspiración a sentirse una por encima de la multiforme variedad. Aun cuando alejados uno de otro por la distancia física y la escasa comunicación intelectual, palpita en los pueblos de América Latina el sentimiento poderoso del origen común, desde cuando se incorporaron en el espacio de un siglo, el XVI, a la civilización occidental, o desde cuando se emanciparon contemporáneamente de la metrópoli los hispanoamericanos no insulares ; el sentimiento también de los comunes grandes destinos, ambiciosamente anticipados aun en medio de mucha tristísima realidad presente. Acaso ha sido más fácil encontrar desde los días de la Independencia « el buen americano » que en el siglo XIX el buen europeo, y toda la legislación internacional del continente responde a ese sentimiento impreciso pero activo. Por eso la voz de los conductores intelectuales de América, de sus maestros ilustres, de sus apóstoles, suena con cierto acento que parece propio en todas las naciones de la comunidad ibérica. Bolívar, Bello, Sarmiento, Martí, Rodó, Ruy Barbosa, son figuras de igual monitora significación en todas partes. Y entre los más vecinos a nuestros días y los contemporáneos, ocurre otro tanto en los círculos intelectuales, y de éstos en los universitarios y colaterales, con Varona, Enrique Molina, Korn, Ingenieros, Sanín Cano, Vaz Ferreira, Palacios, Frugoni y otros ilustres escritores, pensadores y maestros, vivientes o fallecidos, a quienes se rinde homenaje en este mismo cuaderno, voces todas a las cuales se pide consejo, señalamiento de rumbos, conciencia de lo que es y debe ser la América hispana.

Que se sienta dueña de un ser propio, distinto del europeo y el norteamericano, lo comprueban el afanoso escarbar en la psicología social y la esperanzada búsqueda de nuestra expresión en que han trabajado y trabajan tantos filósofos pragmáticos, sociólogos y ensayistas, incluso europeos y norteamericanos : recordaré a Keyserling y Waldo Frank. América latina ya ha traspuesto el período de la infancia asimiladora; no contenta con la lección de España, cuando no pretendió rechazarla de plano en ciertos períodos polémicos, la integró con la de la cultura francesa y otras europeas,

así como — no podría desconocerse — con importantes aportes norteamericanos. Asimilados los de allende el océano, ha ido haciéndose viva en el alma americana en el siglo actual la conciencia de su autonomía cultural. La primera guerra mundial aceleró este proceso. Muchas batallas han sido dadas en las últimas décadas contra las pretensiones de enfeudarnos a tal o cual supremacía espiritual europea, anacronismo político cultural en el cual la España de Franco no podía abstenerse de mostrar su mentalidad antihistórica. Como también es antihistórica la actitud de los pensadores y escritores que pretenderían nada menos que una originalidad total y absoluta para las culturas americanas y su expresión artística, entroncándolas con las culturas aborígenes y sus derivaciones mestizas y expresiones vernaculares. Pero estos fantaseos sociológicos y estéticos, generalmente derivados del nacionalismo político, del falso nacionalismo, aliado siempre con el espíritu de reacción, son asunto para más largos desarrollos que no caben aquí.

La incapacidad de entender que somos cosa distinta de Europa, la exhibieron algunos de los ilustres escritores reunidos el año 1936 en Buenos Aires para discutir en un « entretien » el tema Europa-América Latina. Jules Romains exigía, para precisar lo que distingue ambas culturas, que le compilaran una tabla de diferencias donde dijese : ésto es europeo, ésto es americano, ésto mejicano, ésto argentino. Parecía ignorar el admirable novelista de *Les hommes de bonne volonté*, que una cosa es la cultura, la cual puede ofrecer una robusta unidad sobre dilatadas tierras, y otra la diferente expresión de la misma ; parecía ignorar que una cultura, flor de la vida y del espíritu, se integra con muchos elementos irracionales, cuya definición lógica es poco menos que imposible.

Que es lo que me ha ocurrido a mí en el presente esquema de observaciones (1).

ROBERTO F. GIUSTI

(1) Ese *Entretien*, celebrado por iniciativa de Antonio Aita, entonces secretario del P. E. N. Club de Buenos Aires, fué publicado por el Institut International de Coopération Intellectuelle (París, 1937). Hay una traducción castellana, publicada el mismo año por la Comisión Argentina de Cooperación Intelectual, cuyo secretario era dicho escritor. Yo traté con alguna extensión el debate en un artículo publicado en *Nosotros* (2ª época, nº 24, marzo de 1938) y reproducido en mi libro *Literatura y vida* (Buenos Aires, 1939).

SELVA Y CULTURA

POR GILBERTO FREYRE

Tiempo hubo en que, en Europa, quien dijese « América » decía como Chateaubriand « Selva ». No sólo la América tropical significaba selva para el europeo : a la simple mención del nombre América, el individuo civilizado de Francia o de Inglaterra, de Iberia o de Italia, de Alemania o de Escandinavia, era en la selva en lo que pensaba inmediatamente : en una naturaleza bravía, en una vegetación agreste en un paisaje abrupto. Hegel llegó en esos días a declarar a América como un mundo « fuera de la Historia ». Mundo selvático o, cuando más, apenas etnográfico en su aspecto cultural, y antropológico en su aspecto humano.

Con el dominio de las regiones boreales y templadas del continente americano por el europeo, que a esas regiones consiguió transferir en poco tiempo casi todos los valores y estilos de vida civilizados de Europa — civilizados e históricos, diría un hegeliano — sin necesidad de alterarlos profundamente, la imagen de la selva, como expresión principal de vida americana, se fué volviendo específicamente tropical. Y a esa imagen no tardó en juntarse la idea de que era imposible una nueva cultura humana en los países tropicales y casi tropicales de América, inseparable de la proyección, sobre ella, de la exuberancia de naturaleza, del desorden de vegetación, de la incivilidad de formas de vida — vegetal, animal, humana — desbordantes, de la selva tropical. Incluso el tropicalismo representado por las propias culturas o subcivilizaciones, en gran parte vegetales, esto es, directamente dependientes de recursos vegetales, de las razas nativas de esos espacios de vegetación rebelde a las técnicas europeas de dominación, exploración y ordenación de la naturaleza. Técnicas de ordenación de la naturaleza experimentadas, y algunas con buen éxito, en los espacios boreales o templados, caracterizados por florestas — observó en cierta ocasión el profesor Konrad Guenther, especialista alemán en este asunto — « góticas », mientras que las tropicales se presentan como « barrocas » : monumentales en estructura y, al mismo tiempo, con una distribución de detalles desde la base a la cima, semejantes al mosaico : varia, diversa, desigual. Variedad en lugar de simetría.

Se explica así — por esa intensificación o especialización de la idea europea de selva americana como selva barrocamente e intensamente tropical — que dentro de la América tropical, el Brasil, por su casi escandalosa extensión de territorio, se haya convertido en la expresión más ostensiva de la imagen de la América latina — en gran parte tropical — como selva. Como trópico. Como naturaleza exuberante, desordenadamente barroca, incivil. Antieuropea. Anticristiana. Extrahistórica. O, tal vez, para algunos, infrahistórica.

Semejante situación — la de los países americanotropicales — tiene a los ojos de algún europeo el significado de una

especie de sentencia de muerte sociológica para una parte considerable de la América llamada latina, por contener esta América culturas no sólo hispánicas, sino también una cultura acentuadamente francesa. Muerte sociológica para todo un conjunto de pueblos americanos situados a la sombra, que algunos europeos suponen terriblemente deletérea, de la selva tropical.

De ese conjunto, casi todo ibérico, es de donde el Brasil, predominantemente lusitano en su cultura, aunque con algo de español y algo de francés en algunos de sus orígenes de cultura europea, sobresale, repitámoslo, por el escándalo geográfico de su extensión. Apenas consideran esa extensión los que, desde el punto de vista del desenvolvimiento de la civilización humana, niegan el valor de las selvas tropicales como espacios susceptibles de tal desenvolvimiento en sus formas más nobles. Para esos negadores de los trópicos, ¿ qué gana un pueblo con ocupar medio mundo, como el Brasil ocupa, si en ese medio mundo ni el alma, ni siquiera el cuerpo de los hombres parece poder competir con la exuberancia antiespiritual, antihistórica y hasta antihumana de la vegetación, de la naturaleza, de la selva ? Mejor — han de pensar los más lógicos de esos negadores — es ser súbdito de una república como el Uruguay, país pequeño, pero situado, cual una nueva Suiza, en un espacio templado, que serlo de un Brasil inmenso, pero que se extiende casi todo en tierras de vegetación deletéreamente tropical.

Dice un viejo refrán que el individuo más alcanzado por los golpes de los enemigos es el de «costas largas», a quien con preferencia se atribuyen todos los males o las responsabilidades de todo lo que merece corrección o castigo. Siendo el Brasil, de entre los países americanos que se extienden en espacios tropicales o casi tropicales, el de costas más considerablemente extensas, llegando a ocupar, por su extensión, la mitad de la América del Sur, es el que está más expuesto a la generalización de ser el trópico americano y, como tal trópico, en general, selva inhumana ; naturaleza bruta incapaz de convertirse enteramente en mundo histórico o civilizado ; espacio donde la cultura humana, sofocada por la constante presencia de esa naturaleza o de esa selva exuberante, turbulenta y absorbente, difícilmente se tornará civil o civilizada en el sentido más alto y más puro de esta expresión ; para algunos europeos y para varios subeuropeos, el europeo es sólo el europeo.

El sentido europeo de civilidad y de civilización, para sociólogos dominados por esa mística estrechamente europea, sería el único. Esto a despecho de lo mucho que los historiadores europeos reconocen que debe esa civilización, en verdad opulenta de valores nobles, a los pueblos extraeuropeos ; y al hecho de no haber dejado de existir nunca una civilización tropical de calidad y riqueza de valores equivalentes a los europeos : la civilización indiana. Civilización compleja en lo que reúne en sí de valores indios, mahometanos, parsis, y, últimamente, cristianos, en armonía con el trópico, y cuyo desenvolvimiento viene operándose a la sombra de selvas a las cuales se asemejan de tal modo las de la América tropical, que alguno ecologistas como el alemán profesor Konrad Guenther, viniendo de Ceilán al Brasil, llegaron a la conclusión de que hay algo fundamentalmente común a los dos espacios geográficos : sus condiciones físicas de espacios tropicales susceptibles de efectiva y creadora ocupación humana bajo la forma de civilizaciones capaces de hacerse históricas. O de imponerse a las convencionalmente históricas por lo que en ellas es ya histórico en lo que hay de esencial — o, más bien, característicamente existencial, sociológicamente situacional (que importa en condición histórica, sino ostensiva, efectiva y creadora de nuevas situaciones) — en ese concepto de civilización histórica, ya tan ampliado e intensificado, por toda una serie de estudios modernos, en sus implicaciones, desde que, en tales estudios, a la simple historia sobre documentos escritos se viene juntando, como historia — historia cultural, historia social, historia humana — la antropología llamada cultural. Pues como entienden algunos de los más altos maestros modernos de antropología — y uno de ellos el profesor Kroeber —, la antropología cultural, libertada de la idea de subordinación a la antropología física que por algún tiempo la perjudicó, es historia. Y cuando la practican antropólogos sociales ingleses,

es sociología, y no tan sólo « ciencia natural del Hombre ». Historia humanística, próxima de la filosófica, se puede tal vez atribuir a tales maestros, dada la tendencia de varios antropólogos de hoy a caminar en el sentido de aproximar sus estudios científicos a los llamados humanísticos, de acuerdo, por otra parte, con las sugestiones de Ruth Benedict — ha poco desaparecida, reina que fué de los modernos antropólogos sociales o culturales — en un memorable discurso.

Al mismo tiempo, el criterio, si no de exclusividad, de primacía europea en todo lo que se refiere a civilización y a historia, está siendo superado por la tendencia, igualmente acentuada entre los modernos antropólogos, y a la cual hace años concurre modesta, pero incesantemente la de los antropólogos culturales y sociólogos brasileños, de ser imposible lo que un catedrático de Harvard, el profesor Murdock, llama « adequate cultural theory », basada « on data derived only from Western civilization... » A lo que otro maestro americano de ciencia social, el profesor John Gillin, añade, en trabajo reciente contra la supuesta incompatibilidad entre el estudio histórico y el estudio general de las culturas, que no hay » « a priori reason or conceptualized empirical evidence to indicate that generalizations tested on contemporary cultures should not apply to those of history ».

La verdad es que en el moderno estudio del Hombre, las fronteras entre « civilizado » y « primitivo », « contemporáneo » y « antiguo », « histórico » y « antropológico », « antropológico » y « sociológico », y hasta entre « científico » y « humanístico » ya no se presentan tan rígidas e inflexibles como hace veinte años. Y sobre ese criterio más elástico del estudio del Hombre y de sus civilizaciones y culturas, ya no es fácil para un europeo de hoy repetir simplistamente los conceptos de ayer, y excluir, sino la América entera, la América tropical en su base física de vida y en su cultura (cultura en mayor o menor armonía ecológica con esa condición básica de vida o de existencia), de un mundo que, para ser histórico debiera ser, sino europeo o casi europeo, pasivamente subeuropeo en su civilización,

sobreentendiéndose como su condición básica de vida civilizada la boreal o templada.

Si, de acuerdo con esa nueva orientación, viene haciéndose importante para el estudio general del Hombre, el propio estudio biográfico de individuos primitivos, a través de trabajos específicamente biográficos como el del profesor Radin sobre « un amerindio Winnebago », imagínese la importancia que para el mismo estudio representa la extensión de la indagación histórica a grupos o sociedades, como varias de la América tropical, cuya existencia viene oscilando desde hace siglos entre la civilización traída de Europa, y la Selva ; la Selva que viene repeliendo, en su pureza, a esa civilización intrusa, imponiéndole modificaciones o alteraciones esenciales, y a veces asimilándola casi por completo a su sistema cultural ecológico silvano, en un constante juego de alternativa de hegemonías del cual, en varios espacios tropicales de América, se produce una tercera situación. Esa tercera situación no se define como subeuropea, ni como antieuropea, sino como mixta de europea y de tropical. Mixta de continuación histórica europea y de continuación de cultura tropical amerindia, basada en una identificación del hombre nacido en la América tropical y alterado por la civilización europea, o del nacido en Europa e integrado en la naturaleza tropical, con la selva, con la vegetación, con la tierra, con el clima ardiente. Y una identificación que, al cabo, viene siendo utilizada para fines esenciales y no sólo existenciales o situacionales, por el adventicio europeo fascinado por el trópico.

Más difícil y lentamente viene realizándose tal utilización por el europeo nórdico o protestante que ha tenido contacto con los trópicos, que por el ibérico y católico. Y del ibérico, tal vez sea el lusitano el más plástico y más dispuesto a procurar identificarse con las condiciones tropicales de vida, hasta obtener de esa identificación el máximo de inspiración para nuevas formas de expresión estética — en la música, en la arquitectura, en la danza ligada a lo cotidiano de su existencia, sin perder su herencia europea de civilización — adaptando todo lo posible esa herencia a aquellas condiciones ; aceptando desde sus primeros contactos — los de la niñez — con los trópicos, valores capaces de sustituir como sustancia — como juego, como alimento, como móvil, como vestuario, como remedio, como material de construcción — a los valores europeos de sus tierras de origen. Esa sustitución se opera casi siempre dentro de formas también europeas, o civilizadas, bastante plásticas para modificarse bajo el impacto de los nuevos contenidos : contenidos tropicales, casi siempre de los llamados primitivos en cuanto a su densidad cultural, históricamente verificable, en comparación con la de los valores de origen europeo, erudito o civilizado.

Se impone aquí la consideración de un punto delicado, que olvidan de ordinario los que estudian la « transculturación » europea en la América tropical. Punto acaso abordado en estas líneas por primera vez. Es éste que mientras el contacto de los europeos del norte protestante con los pueblos y culturas tropicales se ha realizado principalmente a través de gente culta o seminstruída de la burguesía, pequeña y media, por el contrario, el contacto de los europeos ibéricos con las mismas regiones se ha efectuado, en gran parte, a través de gente analfabeta o casi analfabeta de origen rústico o rural, sin las pretensiones superficiales y a veces pedantemente eruditas de los europeos nórdicos — hombres de tipo medio — de formación protestante o puritana. De aquí se deriva una consecuencia de orden cultural de evidente importacia para la explicación de ciertos contrastes en la actitud de los dos tipos de europeos, en relación con pueblos y culturas de las regiones invadidas por la floresta tropical, como parte considerable de América. El europeo nórdico y protestante se conservó, desde un principio, frente a esa realidad nueva para él — la naturaleza tropical, el hombre tropical, la cultura tropical —, en una actitud como superior, aparentemente erudita y ética o moralmente profiláctica o distante de la gente primitiva : de sus culturas y de sus intimidades con las selvas.

El europeo ibérico y católico, frente e esa misma realidad — para él menos completamente nueva, dada su vecindad con Africa y la penetración de gran parte de la península hispánica en tiempos remotos por africanos portadores de valores tropicales, algunos altamente civilizados — ha

seguido otra actitud, condicionada, en la mayoría de los casos, por el estado de analfabetos o casi analfabetos de los que, en mayor número, fueron convirtiéndose en pobladores o colonizadores de espacios de tierra cálida : una aptitud como franciscana (y ese franciscanismo, en otros aspectos, fué ya notado por el historiador portugués Jaime Corteçao en páginas admirables), de confraternización con los indígenas, con sus valores de cultura y con la naturaleza vegetal y animal de los espacios de tierra caliente. Actitud fácil de ser observada por el analfabeto o casi analfabeto, fiel a sus tradiciones orales de cultura, pero dispuesto a juntar a sus conocimientos folklóricos, a su sabiduría rústica, el ánimo entre religioso y práctico, entre místico y experimental, con que viene enfrentando los problemas nuevos. Más difícil es sin duda la actitud del adventicio europeo erudito, o semierudito, o seudoerudito, en tierra o entre gente tropical. Seguro de ser superior en todo a los « bárbaros », nativos de esas tierras tropicales, el adventicio de ese tipo tiende a guardar distancias con el nuevo medio, a explorarlo profilácticamente y sin amor.

Cuando el científico inglés Henry Walter Bates penetró, a mediados del siglo XIX, en el Brasil amazónico, deteniéndose allí a realizar estudios durante años y no sólo durante meses, observó en las poblaciones fundadas por los portugueses en medio de las selvas, que estaban caracterizadas no por la supremacía absoluta de la civilización europea, sino por « the mixture of Portuguese and Indian customs »... « habiéndole causado gran impresión, en una de esas poblaciones, la de Ega, el modo como celebraban los habitantes la fiesta católico folklórica de San Juan : con muchas mascaradas imitando los rostros y siluetas de personas de la población y sobre todo, a lo que parece, de animales de las selvas y de lo que llaman « sylvan deity », esto es, la Caipora, que los indígenas del Brasil suponen que tiene por misión guardar las florestas contra los intrusos. Observó también que hasta los grupos de amerindios, de ordinario taciturnos, tomaban parte en esas fiestas, para ellos nuevas, y traídas de Europa no por misioneros eruditos, desatentos tal vez a lo mejor de sus contenidos folklóricos, sino por campesinos analfabetos o casi analfabetos. Fiestas expansivas y ruidosas, en ocasiones evocando, en ambiente propicio al remedo de personas y animales, « con los menores detalles *y públicamente* alguna pequeña disputa sostenida con un amo blanco hace ya años », en una especie de anticipación de las modernas técnicas terapéuticas de psicodrama, caracterizadas por la espontaneidad en la descarga de experiencias traumáticas o de recordaciones significativas. Esa espontaneidad era tal vez posible únicamente por el hecho de no hacerse sentir entre los amerindios influídos por la civilización europea y los europeos analfabetos o casi analfabetos envueltos por la selva tropical, el vacío de una distancia imposible o extremadamente difícil de ser transpuesta psíquica o socioculturalmente. Fué en el Brasil, como en otras áreas tropicales de América, un vacío hecho casi inexistente por la presencia de varios puentes psíquicos y socioculturales que se extendieron desde el lado europeo y católico hacia el lado amerindio y agreste, entre ese tipo de europeo analfabeto, o casi analfabeto, y la gente de la selva influída, pero no modificable radicalmente de la mañana a la noche por la civilización europea.

Cuando Bates criticó a los portugueses que a mediados del siglo XIX sorprendió en medio de la selva amazónica, lanzando aún las bases de estabilización, en los trópicos americanos, de un Brasil que, desde el siglo XVI, otros portugueses y descendientes de portugueses con sangre amerindia, venían, a través de las llamadas « bandeiras », por métodos semejantes creando en amplia extensión de los mismos trópicos (algunos de ellos excediéndose, atravesando los Andes y llegando hasta el Perú), el científico inglés reveló prejuicios o limitaciones en su visión de ese proceso de dominio relativo de selvas y de poblaciones y de culturas diferentes de las europeas por un pueblo ibérico, a causa de sus preconceptos de europeo nórdico, para quien la civilización europea debía ser transmitida a pueblos y áreas no europeas, maciza, pura e imperial.

De ahí su desdén hacia hombres de Europa, como los portugueses que, en América, en vez de introducir en las selvas tropicales

su civilización, macizamente europea, venían transigiendo con la selva y con las culturas humanas propias de esa selva : « ... uneducated men, who, instead of introducing European civilization, have descended almost to the level of the Indians, and adopted some of their practices », De ahí el hecho de sustentarse principalmente comiendo tortuga. Tortuga y mandioca. Tortuga preparada en varias formas, incluso en la forma lusitana de guisado, sin más que aplicar a la tortuga las fórmulas culinarias usadas con el cerdo y el carnero. Alguna que otra vez, un tapir cazado entre unas matas. Café. Raras veces té de la India. En compensación, mucha fruta tropical desconocida en al litoral atlántico del Brasil o de América. Dormir en la redes. Baños en el río, de los cuales el inglés, una vez reintegrado en Inglaterra sentiría « agradables recuerdos ». En vez de palanganas para lavarse las manos, barreños o recipientes de barro de fabricación amerindia. Cucharas de palo, de construcción probablemente lusoamerindia. El tupí hablado al mismo tiempo que el portugués. Casas cubiertas de paja y levantadas en medio de una vegetación de tal abundancia tropical que una severa ley municipal, respetada de hecho, obligaba a cada morador « to weed a given space around his dwelling... every month, whilst I resided here, an inspector came with his hand of authority, and fined every one who had not complied with the regulation ». Esta es la lucha entre la civilización y la Selva desde el siglo XVII. La provocación intramazónica a que Bates se refiere fué producida en el siglo XVII. A mediados del siglo XIX se vivía aún en ella peligrosamente entre la Civilización y la Selva.

Es difícil que se comprenda por un europeo nórdico ese vivir peligrosamente indeciso entre la Civilización y la Selva, en vez de introducir desde un principio y por la violencia en el área tropical todo un sistema ofensivo y defensivo de cultura imperialmente europeo, que conservase siempre a respetuosa distancia de los europeos intrusos no sólo la vegetación tropical y agreste, sino también los animales, y, además de los animales, los hombres y las mujeres nativos, con sus trajes, sus alimentos, sus danzas imitando a los dioses y entes míticos silvanos, que los portugueses lo mismo que otros pobladores ibéricos de áreas tropicales, permitieron a los nativos mezclar con sus propias danzas en fiestas folklóricas de conmemoración de santos cristianos ; del mismo modo que han incorporado valores vegetales y animales a sus sistemas de culinaria y alimentación, ampliándolos ; e incorporando mujeres y hombres de color a su raza y a su cultura ; tropicalizándose, en fin, en algunas de sus raíces tanto biológicas como sociales.

Por otra parte es el propio Bates — a quien repugnó el exceso de transigencia de los portugueses con las culturas tropicales de América — quien atestigua haber encontrado en otra población lusitana, perdida en la inmensidad amazónica, a cierto escritor llamado Soares, en cuya casa cubierta de paja se encontraban los clásicos latinos : Virgilio, Terencio, las *Cartas* de Cicerón, Tito Livio... Y es que si los colonizadores portugueses de los trópicos, por un lado son en su gran mayoría analfabetos o casi analfabetos, lo que les ha permitido confraternizar mejor que los europeos más cultos de la Europa nórdica y protestante con poblaciones igualmente iletradas, a esa mayoría se han unido desde las aventuras portuguesas en Africa y en el Oriente tropical, no sólo minorías de semieruditos, como los que llevaron a cabo la colonización puritana de Nueva Inglaterra, dándole un tono de colonización consciente superior en todo a la de los amerindios, sino también eruditos completos, conocedores profundos del latín, de las letras y de las ciencias en sus formas más nobles. Uno de esos eruditos se llamó Luis de Camoens y participó como hombre, igual que otros hombres, viendo, luchando, peleando y amando — amando a mujeres de color — en el esfuerzo de colonización portuguesa del Oriente tropical. Y habiendo ido a Macao y a Goa por el camino de Africa, escribió *Os Lusiadas* casi al mismo tiempo que otro erudito, maestro de la ciencia médica, García da Orta, componía su tratado, que se hizo luego célebre en Europa, sobre las drogas de la India.

GILBERTO FREYRE

LA UNIVERSIDAD

POR LUIS ALBERTO SANCHEZ

A primera vista, tratar de la Universidad Latinoamericana implica la comisión de varios errores juntos : 1º) considerar que ella es algo diferente a las otras Universidades del mundo, y 2º) que las de América Latina poseen caracteres comunes. Si fuese exacto lo primero no habría nada que explicar, sino sólo enumerar : si lo segundo, el título debería estar en plural. Los hechos son otros : justifican desde todos los ángulos el enfoque particular y en singular de la « Universidad latinoamericana ».

Los que lo miran todo desde el punto de vista europeo sostienen que nuestra Universidad, por hallarse dentro de la órbita occidental, no debe diferenciarse de las de Inglaterra y Francia. Los que se uncen al yugo norteamericano piensan a su turno igual. Para los unos, la participación del estudiante en el gobierno universitario (olvidando a Salamanca, Bolonia y Padua) constituye un trágico error ; la autonomía, una aspiración exótica ; el contacto social, demagogia. Para los segundos, la autonomía es obvia y la presencia alumnal un invento increíble. Tenemos modos y maneras propias que lo explican todo. Eso debe ser aclarado aun a los propios latinoamericanos. Por ejemplo, un eminente profesor, el Doctor Bernardo A. Houssay (Premio Nóbel de Ciencia), decía en la Universidad de Buenos Aires, a los pocos días del derrocamiento de Perón (a comienzos de diciembre de 1955, para ser más exactos), que la participación estudiantil en el gobierno universitario es incompatible con el desarrollo de la investigación. Y es verdad. Pero no toda la verdad.

El quinto fin de la Universidad en América Latina

La Universidad no sólo es centro de investigación. Sus funciones son muchas. Clásicamente se las puede reducir a cuatro, como la entienden Flexner y otros teóricos : a) conservar los conocimientos y la cultura adquirida ; b) transmitirlos y vulgarizarlos, por medio de la docencia propiamente universitaria o de la extensión universitaria (dos fines *distintos* en un solo rubro) ; c) facilitar los medios o instrumentos necesarios para conservar, impartir y ampliar conocimientos ; d) aumentar el caudal de conocimientos y cultura por medio de la investigación y los Altos Estudios. En esta última actividad, evidentemente (tiene razón el doctor Houssay) no cabe otra intervención que la del técnico. De hecho, en la Ley Universitaria peruana, número 10550, de abril de 1946, se declaró que la participación estudiantil es amplia, pero no en los Institutos técnicos ni en los centros de investigación. La realidad comprobó la conveniencia de esta disposición.

Pero, como la Universidad Latinoamericana se desarrolla en un ambiente donde, políticamente, se combinan de manera inverosímil el totalitarismo de verdad y

la democracia de palabra, es decir, que la cultura es literalmente autónoma, pero, *de facto*, sometida o restringida, hace falta añadir una quinta función a la Universidad, la función e) : defender los conocimientos y la cultura que se haya adquirido. Tal *defensa* requiere la conjunción de todos los elementos propios de la Universidad : maestros, graduados y alumnos. De la inevitable convergencia de ellos se constituirá *a posteriori* (insisto en esta forma adverbial) el *Alma Mater* que, en las universidades europeas y norteamericanas, nace a priori y de abajo arriba. La República de Estudiantes de que habla Gabriel del Mazo, el principal teórico de la Reforma Universitaria Latinoamericana, considera como « estudiante » al profesor, al graduado y al alumno actual. Tiene, aparte de los fines señalados, el muy digno de consideración de *ejemplarizar*. Veamos cómo.

La desorbitación latinoamericana y el "Alma Mater"

Las repúblicas latinoamericanas, unas más otras menos, carecen aún del ajuste o asentamiento institucional que da un largo ejercicio soberano. Los hombres realizan actividades múltiples. De ahí que el hombre de América se agote antes que el europeo. Puede haber crecido la duración física de su existencia, pero su capacidad de realizar con eficacia y la fe en el acierto con que lo haga termina mucho antes. En América Latina se considera « viejo », es decir, agotado mentalmente, a un hombre de sesenta años. A esa edad ha debido ejercitarse en varios oficios simultáneos. Por tal razón, si es maestro universitario, habrá tenido la dolorosa oportunidad de hacer en la vida pública lo contrario a lo que enseña en la cátedra, contribuyendo así a crear un divorcio trágico entre la letra y la realidad. Para remediarlo en cierta proporción se piensa que conviene fortalecer un sentimiento de unidad indestructible entre el egresado de la universidad y ésta, robustecer la tradición universitaria como parte del acervo general, favorecer la formación de un Alma Mater cuya imagen y cuya tradición pesen decisivamente en quienes de ella emergieron. Una de las vías para conseguirlo será constituir una auténtica República de Estudiantes en cada Universidad, integrada por los maestros, los graduados o egresados y los alumnos. De tal guisa se subraya que en la Universidad estudian todos, y que quien salió del Alma Mater sigue fiel a ella, entre otros modos, por el del estudio.

Ya se ve cómo el problema básico de la Universidad Latinoamericana, común a todas ellas, difiere sustancialmente del europeo y norteamericano. Veamos otros aspectos de lo mismo.

Sentido de la Reforma Universitaria

Hasta 1918, las Universidades de América Latina se dejaban regir por la rutina derivada de su organización virreinal. Si bien habían aparecido algunas con caracteres más modernos, como las de Chile (1843), México (1910), La Plata, etc. su fisonomía, aunque no escolástica, era positivista y utilitaria u orientada hacia un neoidealismo incoherente con las exigencias de la realidad americana. Carecían, pues, de adecuado rumbo, de eso que los norteamericanos llaman « filosofía ». La subsistencia de un estado feudal bajo el ropaje republicano repercutía en las Universidades. De ahí que la Reforma Universitaria no fuera entre nosotros un fenómeno estrictamente didáctico, sino un fenómeno social, político, moral... y didáctico. Exagerando algo (nunca se sabrá cuánto mientras vivamos los contemporáneos del suceso) se ha dicho que la Reforma Universitaria, nacida en Córdoba (Argentina) en junio de 1918, y extendida al punto a todos los ámbitos de América Latina puede compararse con un Renacimiento o una Reforma latinoamericana. Lo que aquél realizó por el camino del arte y las humanidades, y ésta por el de la religión y la ética, vino a iniciarlo la Reforma Universitaria por el de la enseñanza, iluminando de hecho múltiples facetas hasta ahí no tocadas. Sin titubeos afirmo que la Reforma Universitaria de 1918 señala, para la América Latina, el comienzo de « su » siglo XX. Recalco el

adjetivo posesivo : con él se indicaría que los siglos, aunque cronológicamente los mismos bajo toda latitud, difieren en contenido según las realidades a que se refieran.

Por tanto, al enfocar a la Universidad Latinoamericana, deberá considerarse especialmente el medio en que se desarrolla, sus circunstancias históricas y actuales, sus correspondencias sociales y políticas, sus posibilidades económicas, sus vivencias. De otro modo se correrá siempre el detestable riesgo de trasladar, sin más ni más, modelos inaplicables a nuestro ambiente. Desde 1918 se canceló la clásica costumbre de pedir modelos suizos, franceses, italianos, norteamericanos, ingleses para copiarlos en nuestras Universidades. La enseñanza que de esos países y culturas viene *se adapta, pero no se adopta ya.* Hay diferencias de letra que entrañan un mundo de discrepancias : como la de *sima* y *cima.* La Reforma Universitaria trató de salir de la sima feudal para alcanzar la cima de una cultura humana y real conforme a nuestras posibilidades, apetencias y necesidades. Por eso, al volver los ojos a la actualidad y a la nacionalidad (al *ahora* y el *aquí*), no los cerró al pasado ni a lo exótico. Una cultura integral tenía que ser amplia o perecer de inanidad.

Los problemas : la autonomía

Los problemas concretos que afectaron y afectan a todas las Universidades latinoamericanas, a la Universidad latinoamericana, son de una atrayente similitud. Ensayemos su síntesis.

Primero el de la autonomía. No es una conquista reciente; es una tradición inalienable. Desde el Virreinato, nuestras Universidades disfrutaron de los fueros de la de Salamanca, con una pequeña restricción inicial : referente a la exención de impuestos a sus miembros. La Universidad tenía fuero propio. Hasta dispensaba asilo. Pudo ser, como fué, parapeto de tendencias liberales y aun de la independencia política. Un crecido número de próceres de la emancipación americana salió de los claustros universitarios de San Marcos, Chuquisaca, Santa Fe, México. Por lo común la Universidad, en especial su alumnado, toma parte activa en los movimientos políticos decimonónicos, y ya en el XX, adopta posiciones en los conflictos sociales. Su definición fué, repito, liberal, antimperialista, prodemocrática, antitotalitaria. Sin embargo, a menudo, el Estado se hallaba en manos de un dictador. A su turno, la Universidad recibe la mayor parte de sus fondos por el presupuesto fiscal. He aquí una antinomia aparente : dependencia del Estado en lo financiero, independencia en lo administrativo, docente y... económico. La autonomía es la fórmula mediante la cual la Universidad latinoamericana elude la presión del poder ejecutivo sin dejar de ser parte del Estado y aun siendo dependencia directa de éste como en el caso de Chile. La ley de esta última designa al Presidente de la República Patrono de la Universidad, cuya firma se requiere para nombrar rector, decanos y profesores ; no obstante, de hecho, el Patrono no firma sino las propuestas que el claustro universitario formula, sin variantes de ninguna especie. En cambio, hay lugares donde se vocea una autonomía nominal que no existe en los hechos : los casos de la Argentina bajo Perón, de varios países de Centroamérica y aun el de Bolivia ahora sirven de términos de comparación.

Autonomía, costos y finanzas

No se crea que el fisco otorga fondos porque sí, como donativo. Muchas de las universidades latinoamericanas contaban con fundaciones y erogaciones propias al producirse la emancipación. Las dependientes de jesuitas se habían visto privadas de sus bienes a mérito de la Ley de Temporalidades promulgada por Carlos IV de España. La República reconoció la legitimidad de muchos de esos bienes y los compensó con subvenciones fiscales. Además, al exigir becas a la Universidad quien las demanda se obliga a conseguir fondos compensatorios. En las Universidades privadas eso se remedia mediante erogaciones particulares. En las Universidades oficiales o estaduales también se puede apelar a dicha fuente, pero es más fácil establecer

una fórmula compensatoria, de donde provienen los aumentos de fondos fiscales para la Universidad, amén de que, desde que la institución presta servicios públicos, el Estado se ve obligado a subvenir a sus gastos proporcionales. Aclararemos con un ejemplo : el solar donde funciona el Congreso del Perú, el Palacio Legislativo (unos 14.000 metros cuadrados) fué el local de la Universidad de San Marcos ; el Estado compensa a ésta de esa apropiación con determinada erogación a título de subvención, aunque pudiera tener otro. El local que ocupa el Estado Mayor del Ejército en Lima es propiedad universitaria ; el fisco paga un canon tan bajo que, en realidad, se podría considerar un caso de expropiación de facto, con mezquina compensación no mayor de los intereses pertinentes, caso de que se hiciera la tasación respectiva.

Por lo común, la autonomía económica se completa con impuestos *ad hoc* para la Universidad. Como el Estado devora todo ingreso en sus leviatanescos gastos, sólo queda para la cultura el tipo de impuestos suntuarios y aun sobre el vicio : alcoholes, tabacos, artículos de lujo, algunos específicos farmacéuticos. En esto coinciden Universidades de diverso tipo, incluyendo, con parciales diferencias, Lima y Puerto Rico. El impuesto a las herencias y legados suele utilizarse en algunas partes con fines universitarios. La idea es dar a la Universidad fuentes propias, inalienables. Como la educación universitaria en América Latina es prácticamente gratuita (gratuita lo es en Uruguay, Venezuela, Argentina, etc.), pues los derechos o pensiones que paga el estudiante son pequeñísimos (no pasan en total de 50 $ al año per cápita) hay que buscar otras fuentes compensatorias y que no comprometan la autonomía, Conviene señalar que, grosso modo, un alumno de universidad latinoamericana no puede costar al año menos de 300 dólares en su moneda local, equivalente a la institución : la de Puerto Rico gasta sobre los 600, la de Lima, menos de 100 ; probablemente las haya que no alcancen a 50 ; la de Chile pasa de los 300. En mi libro « *La Universidad Latinoamericana* » (Guatemala, 1949) hay una estimativa bastante prolija.

Libertad y Universidad

Pero, los principales efectos de la autonomía se refieren al ambiente de libertad de conciencia y expresión en la Universidad, libertad de cátedra, libertad de investigación, libertad de agrupación, etc. Por lo general, salvo en los visibles casos de dos viejas dictaduras del continente, y en una que ya pasó, el Gobierno se abstiene de intervenir en lo que ocurre dentro de la Universidad. Diría más : son raras las universidades latinoamericanas donde la policía se permite entrar. Algunas tienen su propia policía : La Habana ; la mayor parte carece de elementos coactivos de ninguna clase. Pero, en cambio, existen infinitos medios de intervenir una Universidad, y el peor y más frecuente de ellos consiste en la autocensura, en la intimidación fuera del claustro. Esto se debe a tres causas principales : 1) como no existe aún la carrera profesoral plena, es decir, el « full time professor », consagrado todo el tiempo a su misión educadora, los maestros desempeñan cargos diversos, en donde el Gobierno los controla o intimida, o de que temen ellos verse desprovistos ; 2) como la democracia es practicada a medias y existe una especie de inmoral convenio público para llamar democracia a todo donde exista un rey o en el que no se haga formal profesión de fe fascista, ocurre que se ha inficionado de tal manera la conciencia ciudadana que la adulación y el espontáneo sometimiento resultan modos comunes de juzgar y de actuar ; y 3) considerando que la mayoría de los directores políticos (ministros, diputados, senadores, jefes de reparticiones fiscales técnicas) salen de la Universidad y a menudo son profesores universitarios, y que esas actividades « pagan » más que la Universidad, quienes las sirven acaban sometiendo la investidura magistral a los intereses y conveniencias extrauniversitarias. La autonomía sufre con ello, sin que precise intervención abierta del Gobierno.

Con todo, la autonomía docente se ha mantenido casi siempre, excepto en los tres casos citados (uno de ellos reciente-

LUIS ALBERTO SANCHEZ

mente liquidado). El derecho a reunirse y a asociarse alumnos y profesores ha recibido, en cambio, serios impactos, pero, a pesar de ellos, se ha mantenido, y cuando desaparece, se recupera con plausible energía. Puede afirmarse, pues, que salvo cuando voluntariamente la universidad abdica de sus fueros, la autonomía es respetada y se hace respetar. La Universidad latinoamericana es, pues, autónoma, aunque dependa financieramente del Estado. Su autonomía difiere, por consiguiente, de la que ostenta la Universidad privada y estadual de Estados Unidos ; su carácter oficial difiere, a su turno, del que le correspondería en Europa. Esta peculiaridad básica debe tenerse en cuenta.

El Estado y la Universidad ; la superpoblación

Frente a la situación descrita suele argumentarse diciendo que la Universidad no puede ser un Estado dentro del Estado ni superar al Estado. La filosofía educativa de América Latina introduce una modificación en tan rígido planteo : la Universidad debe funcionar como el Estado para adiestrar así, fehacientemente, a los miembros de la República de Estudiantes a gobernar y dejarse gobernar en el Estado Nacional ; la Universidad, al proveer al país de sus dirigentes, no puede someterse a las normas absolutas de un gobierno, pues eso equivaldría a meter en un cepo a los que deben resolver si el cepo es bueno o malo y cómo debe manejarse el cepo. Mal que mal, la Universidad es todavía núcleo de « élites » ora pensantes, ora técnicas. El hecho de que la Universidad de Buenos Aires alcance a tener 75.000 estudiantes en 1956, y que la de Asunción apenas llegue a los 2.000 no las diferencia en su función de proporcionar directores especializados del país. A estos hay que conservarles la suficiente amplitud y flexibilidad de conocimientos y miras para que disciernan acertadamente si las actuales orientaciones de su Estado son justas o no, útiles o no, aunque al pronunciarse deban hacer tabla rasa del tipo de Estado que rige durante su preparación universitaria.

La Universidad latinoamericana está encarando ahora un problema que hace diez años habría parecido irrisorio : su crecimiento incontenible. Una experiencia personal : yo asumí el rectorado de San Marcos, Lima, cuando esta universidad contaba con sólo 4.200 alumnos y 3.800.000 soles de renta (mayo de 1946). En octubre de 1948, las cifras correspondientes eran 8.500 y 12.000.000. Estableciendo proporciones : la población estudiantil se había duplicado ; la renta se había triplicadi. Pero como esta renta era deficientísima, el haberla aumentado proporcionalmente en nada más que un 50 % (en bruto fué de 200 $), no resolvía la dificultad No la resuelve aún.

Déficit de técnicos y control de ingreso: una solución

Ahora bien, nuestros países necesitan técnicos, y técnicos son no solamente los ingenieros, sino también los médicos, abogados, arquitectos, contadores, economistas, farmacéuticos, odontólogos, maestros, químicos, ingenieros industriales, agrónomos, agrimensores, geólogos, geográfos, historiadores, filósofos, estadistígrafos, so-

ciólogos, especialistas en literatura, matemáticos, naturalistas, veterinarios, etc. Pues, en tesis general, se puede afirmar que tenemos en toda América Latina un grueso *déficit* de técnicos. Si, conforme a cálculos racionales, se requiere un médico por cada 1.000 habitantes, hay derecho a afirmar que necesitamos tres veces la cantidad de médicos de que disponemos. Pese a que en ciertas regiones el problema se atenúa por la concentración urbana, en las más se agrava por la despoblación rural. El técnico busca los centros de mayor salario y mejores comodidades. No suele diferenciarse de los demás hombres.

Ante tal cuestión, el remedio parece simple : hay que producir más técnicos. Sin embargo, la Universidad responde, al contrario, que para dar buena calidad de técnicos, hay que restringir el ingreso en las escuelas y facultades de esa especie. Lo que, traducido a lenguaje más crudo, significa : *en la medida que crece la demanda pública de técnicos, la Universidad disminuye el abastecimiento de los mismos.* O sea que año por año será mayor la distancia entre la cifra requerida y la cifra disponible.

Puede decirse que este conflicto existe en todas las naciones latinoamericanas, y quizá en la mayor parte del mundo. Recientemente se han visto algunas enmiendas introducidas en el sistema de la enseñanza de leyes en París, y se sabe la lucha interna en las universidades de Calcuta, Nueva Delhi, etc., bajo el peso del mismo drama.

Dos constituciones nacionales latino americanas han dado, a nuestro juicio, la solución del probelma : la de Venezuela de 1946 (hoy en suspenso) y la de Cuba (no cumplida del todo). Ambas establecen una cuota constitucional según el ingreso fiscal para las universidades. De suerte que si aumenta tal ingreso, lo que se relaciona con el aumento de población y de riqueza pública, debe aumentar en igual proporción la renta universitaria para que ésta intensifique correlativamente sus servicios. El 2 por ciento es una cifra que puede servir como base de discusión. Por ejemplo : si el presupuesto final del Perú señalaba en 1946 un ingreso de 700 millones de soles, las universidades deberían recibir 14 millones ; hoy que ese ingreso pasa de 3.000 millones, esta renta debe pasar de 210 millones, de lo que debe deducirse coste de enseñanza, investigación, compra de implementos técnicos, construcciones, y a lo que se deben añadir los ingresos propios de la Universidad. Probablemente en este caso, San Marcos dispondría, dentro de la proporción de 60 % que le toca del total consagrado a todas las universidades del país, una suma no menor de 126 millones de soles, por una parte, más unos 20 por otra, mediante un reajuste sagaz de propiedades y de otros ingresos. En la actualidad no pasa de 25 millones en total : su población estudiantil, sin incluir ingenieros ni agrónomos, excede de 12.000.

Las cuestiones nacionales

Los problemas de la Universidad latinoamericana se hallan íntimamente vinculados a graves cuestiones nacionales. De ahí la curiosa ecuación entre autonomía, República de estudiantes, servicios públicos, renta proporcional, etc. Las universidades europeas tienen ya su tradición. Las nuestras la están re-creando de acuerdo a necesidades y reclamos no todos ellos actuales, sino muchos olvidados o acallados durante largos períodos, y a los que se debe dar rienda suelta ahora, según la evolución de las instituciones, usos, cultura, comunicaciones, crecimiento geográfico y rentístico, etc.

Conviene, sí, dejar establecido que entre tanto problema carecemos, felizmente, de los que causa la discriminación racial (casi totalmente abolida entre nosotros) y de los provocados por la lucha religiosa. Nuestra Universidad es por esencia laica, sin que ello comporte anticlericalismo. Agnóstica en materia religiosa, aunque apasionada en materia social y, a menudo, política. Universidad librepensadora, como se decía en el siglo XIX, con rezagos positivistas, nutrida a los pechos de una larga enseñanza humanística, hoy interferida por una súbita avalancha de pragmatismo norteamericanista, cuyos perfiles sería muy necesario destacar en estudio especial. Mi personal experiencia de cuatro años y algo más en la Universidad de Puerto Rico,

lugar de cruce o cita de las dos grandes culturas del continente, me ha permitido llegar a algunas conclusiones al respecto, cuya discusión desapasionada podría ilustrar enormemente el caso.

El profesor y el alumno

Dos grandes preocupaciones adicionales informan el pensamiento universitario latinoamericano : la extracción y formación del maestro y la enseñanza y educación del alumno. En ello va implícita la cooperación de las Asociaciones de graduados.

Hasta hace poco (y hasta ahora) el profesor universitario es más un fuego fatuo que una lámpara. Llega a la cátedra por entusiasmo juvenil, por herencia social, por vanidad ; rara vez por sentida y profunda vocación. Aunque la tuviera, la Universidad no ha puesto en juego los medios precisos para descubrir, fomentar y dirigir esa vocación en el caso de que exista. Los nombramientos responden a dispares criterios. Las eliminaciones también. Y se ha llegado, por el peso de tal problemática, a soluciones de tremenda drasticidad. De una parte, la tesis consagrada : el profesor es permanente ; de la otra : es temporal.

La « Reforma Universitaria » descubrió que la inamovilidad de la cátedra, sin estímulos ni vigilancia, había producido una casta profesoral que no estudiaba ni progresaba, que repetía y ejercía una rutina docente del todo reñida con los fines de la Universidad y de la cultura. Entonces exigió la movilidad de la cátedra, por períodos de cinco años. Se entendía que el profesor dedicado a su disciplina estaría exento de toda revocatoria o reexamen. Las leyes nacionales aceptaron, en la mayoría de los casos, el término de diez años, al cabo de los cuales el profesor debía concursar de nuevo, salvo que hubiera probado con libros e investigaciones ad hoc, su idoneidad y vigilancia sobre su materia.

Es curioso : toda dictadura latinoamericana ha tomado respecto de la Universidad entre otras decisiones, las siguientes : suprimir la intervención estudiantil en los consejos de administración universitaria ; la temporalidad de la cátedra ; la libertad de asociación estudiantil ; el derecho a la cátedra paralela y a tachar al profesor de incompetente.

Desde luego, la inamovilidad de la cátedra es la única garantía para un profesor consagrado a su disciplina. Para eso, se deben ofrecer facilidades para que se haga efectiva dicha consagración, retribuyéndola adecuadamente. Mas, de otro lado, es indispensable que antes de otorgar un nombramiento *sine die*, el profesor pase por uno o dos períodos de pruebas, de carácter absolutamente temporal, provisional si se quiere, sin lo cual el ingreso liso y mondo a la cátedra permanente sería un daño evidente a la docencia en sí. Por otro lado, en medios como los nuestros, donde no existe un tipo de vida de profesor, y el catedrático se esfuerza por dejar de llevar la vida de tal y más bien hacer la de un hombre de sociedad o un político, la inamovilidad es muy peligrosa. Tiene que conciliarse el ideal docente de la *sine die* y la consagración total a la cátedra, como la realidad social de la movilidad de intereses e incitaciones, la vanagloria producida por un medio no evolucionado aún, de lo que nace una hasta hoy inevitable tendencia al snobismo profesoral, peor que el mero snobismo literario, sólo remediable con la perspectiva de la remoción temporal. La carrera de catedrático, según varias legislaciones, comprende una primera escala de prueba que dura entre uno y tres años ; una segunda entre 3 y 5, y una tercera, ya titular, por diez o más años. Se agrega ahora la vitalicia, después de los últimos diez, es decir, a los 15 años de ejercicio concienzudo y de irredargüible vocación y consagración.

En cuanto al alumno, no sólo existen en torno suyo los problemas universitarios propiamente dichos, sino los sociales, de donde en casi toda América ha tomado gran incremento la construcción de Ciudades Universitarias.

Las ciudades universitarias

Tal vez la primera de todas ha sido la de Concepción (Chile), de tipo privado. Han seguido las Ciudades Universitarias de Bo-

gotá, Panamá, Guatemala, México, Santo Domingo, Caracas. En La Habana, la Colina es desde su inicio una Ciudad ; lo es en gran medida la de La Plata (Argentina). Se inició hace años la de Lima ; se planea (1955) la de Santiago de Chile. El monobloque de La Paz puede considerarse Ciudad Universitaria. Lo es, en gran escala, la de Puerto Rico, en Río Piedras. Arequipa y Trujillo (Perú) se hallan en situación análoga a la de La Paz, aunque difieran en detalles esenciales.

Todos estos proyectos, salvo pequeñas tentativas parciales, pecan del mismo error : no dan cabida a suficiente (si alguna) vivienda para estudiantes. A estos se les concentra para sus estudios, no para su subsistencia. A su turno, los profesores no disponen de adecuado número de habitaciones. Claro está que, tratándose de profesores latinoamericanos, es muy discutible la eficacia de agruparlos en comunidades como las usadas en las universidades sajonas. De todas suertes, la tendencia a concentrar en áreas amplias, extraurbanas, a la población universitaria en América Latina, señala, aparte de la influencia externa de los Estados Unidos, un propósito funcional digno de encomio. También debe atribuirse a la Reforma Universitaria este movimiento.

Estudiantes y obreros : la política

La Reforma además despertó el interés sistemático y gratuito de la Universidad por el obrero y el campesino. No deja de ser importante que, a los dos años de estallar el movimiento reformista de Córdoba, se reuniera en Cuzco (Perú) un congreso de universitarios peruanos, del que nacieron los organismos llamados Universidades Populares González Prada, en que se reúnen profesores, estudiantes y obreros, bajo el común propósito de progresar cultural y socialmente. El Congreso Internacional de Estudiantes de México, reunido en 1921, aprobó esta medida. Desde 1921 empezó a funcionar. En 1923 actuaban, por lo menos, las Universidades Populares González Prada (Perú), José Martí (Cuba), José Victorino Lastarria (Chile), Justo Arosemena (Panamá), etc. Tales Universidades Populares tuvieron enorme repercusión en la vida política y social latinoamericana. Más de un partido político y más de una cruzada social (el APRA, en Perú ; Acción Democrática, en Venezuela ; el partido revolucionario cubano ; el partido socialista de Chile, etc.) salieron de la Universidad Popular ; ésta, de la Universidad reformada ; ésta, del movimiento de la Reforma Universitaria.

Llegamos, así, a un rasgo más, de los definitorios de la Universidad Latinoamericana : el colorido o coloración política de su alumnado. Por lo general, coloración desinteresada, beligerante, de marcado izquierdismo. No olvidemos que América Latina se halla entre los grupos de naciones que hoy se llaman subdesarrolladas y ayer « coloniales » y « semicoloniales ». Son características de ella un agudo sentido de la realidad social que la envuelve, el impulso político que la subyuga y los intereses económicos que la pervierten. La Universidad en la India, China, Asia Menor, Egipto, Africa del Norte, etc., al igual que la de América Latina, conjuga motivaciones estrictamente culturales con las políticas. Es por lo común de marcado carácter « revolucionario ». Vive de la acción tanto como de la especulación. Esto no se comprende bien en Europa Occidental ni en los Estados Unidos y Canadá, regiones superdesarrolladas industrialmente, donde la división del trabajo ha impuesto organización más nítida y diferenciada, desde luego, con sus ventajas y desventajas consiguientes. Stephen Duggan escribía en su libro « The Two Americas » (1933) que la especialización de los estudiantes norteamericanos, prenda de perfeccionamiento técnico, fracasaba en momentos de crisis como la de 1932 ; en cambio la orientación más ecuménica del estudiante latinoamericano le permitía encarar mejor esas crisis. Exacto o no, ese es un aspecto de la realidad. Sin ella no cabe afrontar el problema de la Universidad Latinoamericana ni, a través de él, penetrar en los meandros y entrecruces de nuestra evolución cultural del pasado, del presente y del futuro.

LUIS ALBERTO SANCHEZ

LA REFORMA UNIVERSITARIA

POR GABRIEL DEL MAZO

EL movimiento llamado de la Reforma Universitaria en la América Latina, surgió el año 1918, de los claustros de la Universidad de Córdoba, la más antigua de las Universidades sobre territorio argentino ; la más saturada de tradición ancestral. El histórico manifiesto de junio de 1918, dirigido « *A los hombres libres de Sudamérica* », fué la expresión del convencimiento de los estudiantes cordobeses de estar viviendo una revolución espiritual y una hora americana, a la vez que un llamado a la juventud nacional y continental, incitándola a colaborar en la obra que iniciaban.

I. Qué sostienen los estudiantes en la Córdoba de 1918

Desde los comienzos del conflicto con las autoridades de la Universidad, que fué en lo inmediato una protesta por el estado de atraso espiritual, docente y científico y por el gobierno oligárquico, los estudiantes buscaron, no un correctivo momentáneo a esos males, sino una reorganización fundamental, mediante el establecimiento de instituciones que constituyesen una garantía permanente para la eficacia docente de la Universidad y su constante renuevo. Nace así la decisión de reformar el régimen de las universidades argentinas y la convicción de que solamente *con la ingerencia de los alumnos en su gobierno, se daría una solución con firmes perspectivas en el tiempo, a los graves problemas de la enseñanza superior.* Como consecuencia, las autoridades de las Facultades y de la Universidad estarían formadas *por todos los profesores, titulares y suplentes en ejercicio, por una representación de los estudiantes y por una representación de los graduados inscriptos.* Esta fórmula, representa en embrión todo el desarrollo posterior de la concepción reformista en cuanto al problema del gobierno universitario.

El primer pensamiento de los estudiantes fué por lo tanto destinado exclusivamente a la Universidad, y de carácter orgánico político, es decir, relativo a la exigencia primordial de constituir democráticamente su gobierno, como base de una amplia renovación de vida y métodos para la enseñanza superior. La cuestión esencial de toda Universidad es su docencia, entendida como proceso de comunión pedagógica, pero, por eso mismo, resolver el problema del buen gobierno fué considerada la cuestión previa y decisiva del problema docente. En la Universidad reformada, el estudiante sería su centro vivificador y renovador a través de las generaciones, y la participación del graduado en las tareas y orientación de la Universidad, una decisiva garantía social.

El movimiento de la Reforma Universitaria brota y se alienta en el ámbito de

un movimiento mayor, de raíz democrática y de inspiración ética, con que el pueblo argentino por primera vez en su historia (1916), por medio del sufragio universal auténtico, realiza su movilización total en el plano de las instituciones políticas, en la búsqueda de la autenticidad nacional y popular de los poderes públicos. *El renacimiento democrático del país trajo el renacimiento democrático de la Universidad.* Además, la no participación de la República en la guerra de 1914-18 permitió a la nación un repliegue sobre sí misma que le dió perspectiva para esclarecer las causas de aquel desastre. Frente a la civilización europea en crisis, quebrábase el magisterio intelectual de Europa y surgía para la juventud la exigencia vital de salvar nuestros pueblos del destino de los pueblos europeos. Las universidades, órganos aquí de las oligarquías económicas e intelectualmente extranjerizantes, debían democratizarse y cambiar sus normas culturales. Desechado el papel discipular con relación a lo extraño, se afirmó y proclamó, entonces, la idea de plantear nuestros problemas *como propios* y resolverlos conforme a las características de nuestro desarrollo histórico, programa de largo aliento en el que las Universidades tendrían una intensa función promotora y esclarecedora.

A poco andar, los términos del Manifiesto inicial fueron complementados con un « *orden del día* » de la Federación Universitaria de Córdoba. Las nuevas generaciones cordobesas — según establecía el documento — consideraban que « *un nuevo ciclo de civilización se inicia y que su sede radicará en América, con una distinta orientación de las fuerzas espirituales.* El programa de las generaciones nacientes debería ser realizar las grandes aspiraciones colectivas traídas por los factores históricos y marcar con claridad las rutas que en consecuencia deberían seguir estos países. El movimiento estudiantil iniciado — afirmaba la declaración — lleva en su seno el « germen fecundo de esos nuevos ideales ». Era necesario « *renovar radicalmente los métodos y sistemas de enseñanza implantados en las Repúblicas,* por cuanto ellos no se avienen ni con las tendencias de la época ni con las nuevas modalidades del progreso social ».

II. El primer Congreso nacional de estudiantes

El 11 de abril de 1918 se fundó la Federación Universitaria Argentina, formada por dos delegados de cada una de las federaciones estudiantiles de las cinco universidades de entonces, tres nacionales : Córdoba, Buenos Aires y La Plata, y dos provinciales : Tucumán y Santa Fe. Su inmediata decisión fué la de convocar el primer Congreso nacional de estudiantes universitarios, que funcionó en la ciudad de Córdoba. El Congreso sancionó las *Bases de organización de las universidades,* cuya cláusula primera definía críticamente la gran innovación de la Reforma al especificar, en oposición a la vieja Universidad organizada por y para los profesores, que eran miembros de la Nueva Universidad no sólo los *profesores de toda categoría, sino también los estudiantes y los graduados inscriptos,* y que, una vez así integrada por todos sus elementos y garantizada la participación de éstos en su gobierno, la ley podía abandonarle la orientación autónoma de la enseñanza y la dirección de la labor científica nacional. Sobre esa firme y legítima base, se erigiría la necesaria autonomía de la Universidad respecto del gobierno del Estado. A su vez, organizado el país en Estado democrático, la autonomía de la Universidad habría de afirmarse con igual carácter al del gobierno nacional.

Además de las « bases » de la coparticipación estudiantil, y de la vinculación de los graduados, ambas relativas a la comunidad y gobierno de las universidades, el Congreso sancionó otras ocho « bases », que consideró fundamentales para la nueva Universidad. Estas son : la asistencia libre ; la docencia libre ; la periodicidad de la cátedra ; la publicidad de los actos universitarios ; la extensión universitaria ; la ayuda social de los estudiantes ; el sistema diferencial para la organización de las Universidades ; y la orientación social de la Universidad. Quedó establecido, a su vez, que en virtud de tal orientación social, la Universidad tendría entre sus obligaciones la de afrontar por medio de sus Facultades el examen de los grandes pro-

blemas nacionales. Las diez « bases » han permanecido en pie como reivindicaciones durante los 38 años que lleva el movimiento, pero la Reforma Universitaria es una perspectiva abierta a la renovación de todas las formas organizadoras y a la confrontación de todas las experiencias docentes.

La asistencia libre, a la vez que la *docencia libre* y la *periodicidad de la cátedra*, se establecieron con objeto de mantener la reforma constante del profesorado y de sus métodos, es decir, como correctivas del burocratismo docente ; y en cuanto al sistema *diferencial*, otra de las « bases » adoptadas para la organización de las Universidades nacionales, es un modo inspirado en la tradición federalista argentina, fundado por consiguiente en el convencimiento de que los distintos matices culturales de las regiones o de las naciones, en lo íntimo de la cultura nacional o continental, las vigorizan por complementación, y en que, además, cada Universidad obtiene ventajas en organizarse con formas institucionales propias según sus distintas caracterizaciones geográficas, históricas y sociales, y según la parte que a cada una toca en el trabajo de la comunidad general, sea ésta nacional o sudamericana.

III. Propagación argentina y americana del movimiento

En ese mismo año de 1918 triunfaron las « bases » no sólo en la Universidad de Córdoba, sino en la Universidad de Buenos Aires, así como en la de Santa Fe en 1919 y en la de La Plata en 1920. El gobierno nacional del Presidente Irigoyen apoyó el movimiento y dictó los nuevos estatutos reformistas para dichas Universidades, en absoluto acuerdo con las bases de organización concertadas por el Congreso de estudiantes de 1918.

Fué una gran conmoción espiritual. Imponentes manifestaciones populares acompañaron a los estudiantes y su lucha se dió en los campos más diversos, desde los familiares hasta los intelectuales y políticos. La prensa de gran tirada, sin excepción, combatió el movimiento lo mismo que los sectores conservadores y plutocráticos, mientras la solidaridad de estudiantes y obreros fué completa. Las más notorias figuras intelectuales no respondieron al gran momento. Sólo una muy pequeña minoría de profesores lo apoyó de verdad.

En el año 1920, se destacaron las labores estudiantiles argentinas en favor de la « extensión universitaria » y en 1922-24, Córdoba encareció se reiterase la obligación de las Universidades de organizar la investigación científica, fijada en los nuevos estatutos, pero que había quedado muy lejos de alcanzar el nivel de otras innovaciones. Quedó entendido sin embargo en el conjunto del Movimiento que la Ciencia no es la Cultura, pues si aquélla explora y mide el mundo objetivo, la cultura es una obra histórica distinta de la naturaleza, que crea valores. La investigación científica es importante, pero su sola presencia no justificaría que en una Universidad estuviese ausente la investigación humanística. Por otra parte, investigación es todo acto intelectual autónomo y su ejercitación es el hecho mental permanente de la función universitaria, sin el cual ni siquiera se la concibe.

El Congreso de Estudiantes de Córdoba había sustentado en 1918 la nacionalización de la Universidad provincial de Tucumán como uno de los perentorios deberes estudiantiles, y también propugnó fuese creada la Universidad del litoral. El movimiento nacional reformista logró en 1921 su cometido respecto de Tucumán, así como en 1919 la ley de creación de la Universidad del litoral. Del mismo modo, en 1921 apoyó una iniciativa surgida en el Congreso Nacional en favor de la Universidad del Sur, y en 1928 el movimiento de los estudiantes secundarios de Mendoza, San Juan y San Luis gestionó la creación de la Universidad de Cuyo.

En el año 1919 se inició en la Universidad de San Marcos de Lima (Perú), el movimiento reformista inspirado en las « bases » argentinas. En 1920 se reunió en la ciudad de Cuzco el primer Congreso nacional de estudiantes peruanos, que creó las « Universidades populares Gon-

zález Prada » y orientó socialmente a los estudiantes.

En 1920, la Reforma Universitaria estalló en Santiago de Chile, con una segunda campaña en 1922 ; y por la fraternidad creada por los ideales del Movimiento, los estudiantes de Chile y del Perú restablecieron, al menos para la juventud, los vínculos fraternales quebrantados durante casi medio siglo entre las dos naciones. Por otra parte, en 1920 se firmaron dos convenios internacionales estudiantiles : el peruano argentino y el argentino chileno, que demarcaron el rumbo fraternalmente constructivo que proseguir.

En 1922 en Medellín y en 1924 en Bogotá, proclamaron los estudiantes de Colombia la Reforma Universitaria, entrando como los demás en relación con los estudiantes argentinos. En 1919 comenzó el movimiento reformista de Montevideo. En 1921, México reunió el primer Congreso Internacional de estudiantes, que fué el primer certamen continental de la Reforma Universitaria. Sus notables resoluciones se difundieron por todas las universidades sudamericanas. En 1923, los estudiantes de La Habana se sumaron a la lucha juvenil continental, reuniéndose el primer Congreso nacional de estudiantes cubanos.

Al cabo de estos primeros años de su vida, la Reforma Universitaria había extendido internacionalmente su zona geográfica inicial, ampliado su contenido, madurado su programa y planteado la unión moral de nuestra América como un imperativo de cada desarrollo nacional. Concibiendo el problema cultural como una resultante del problema social, o cuando menos una de fases, el problema de la Universidad debía considerarse a su vez una de las fases de la cuestión de toda la enseñanza pública en todos sus grados y diversificaciones. Estaba estrechamente unido el problema de la Universidad al de la enseñanza toda y el problema de la enseñanza toda íntimamente ligado al problema social : al de las condiciones de vida y de trabajo, espirituales y materiales, morales, políticas y económicas de todos y cada uno de los habitantes.

El Movimiento vió también la falta de autonomía del pensamiento hispanoamericano en el orden político, en el económico y en el educativo y denominó colonialismo mental a las escuelas o tendencias predominantes de supeditación imitativa y ciega al ejemplo europeo. Consideró que habíanse formado « élites » a veces culturalmente refinadas, pero alejadas de la realidad de los problemas de sus propios países, y que el conflicto entre esos grupos, ligados o pertenecientes a las oligarquías políticas que pensaban a la europea, en medio de pueblos socialmente abandonados y espiritualmente desestimados por ellos, constituía el fondo dramático de la incomprensión y desequilibrio político, económico y cultural de los pueblos de nuestra América.

De ahí que el pensador peruano Antenor Orrego afirmara que el grito de Córdoba, más que de claustro, era el grito del espíritu de América, porque los mejores maestros en América eran solamente buenos maestros europeizados : « América necesita buenos americanos — dijo —, y agregó : asistimos a un maravilloso autodidactismo de la juventud. Más : a la docencia de la juventud sobre los maestros ».

IV. Nuevos estados de conciencia

El 11 de octubre de 1920, la Federación Universitaria Argentina publicó su manifiesto de denuncia del imperialismo mundial, primer documento de ese carácter surgido de un movimiento colectivo en nuestra América. Las federaciones de estudiantes sudamericanos, sucesivamente, se pronunciaron en favor de la importante declaración, que al mismo tiempo que reclamó la autodeterminación de los pueblos, abogó por una nueva organización del mundo que suprimiera los privilegios entre los hombres y entre las naciones. El ya citado primer congreso internacional de los estudiantes de la Reforma Universitaria, reunido en México en 1921, internacionalizó para los estudiantes aquella posición argentina que conducía a la lucha antiimperialista, incluyéndola en el programa general de acción y condenando expresamente los casos particulares del avance imperialista en nuestra América.

Tres años después, en 1924, Haya de la Torre, líder de la Reforma Universitaria en el Perú, fundó la Alianza Popular Revolucionaria Americana, y concertó firmes y sabias bases ideológicas y de acción nacional e internacional sudamericana, con las que, en ese país, los núcleos más activos de la Reforma Universitaria, superando el período anterior, pasaron del movimiento educativo y cultural y de promoción de las condiciones de ambiente necesarias, al plano de una política económica y social de gran envergadura que concretó las condiciones necesarias para el desarrollo de una cultura nacional emancipadora y emancipada. Frente al imperialismo como sistema, debía oponerse otro sistema, también político, económico y cultural, que organizase nuestros pueblos en asociaciones efectivamente nacionales, de coherencia homogénea, concertadas en una Unión emancipadora continental para proseguir nuestra incumplida independencia bajo el signo de una democracia cabal.

Esto quiere decir que, gradualmente, el movimiento de la Reforma Universitaria afirmaba ya, con proposiciones firmes, que sólo en una Reforma mayor, en la gran Reforma político económica del Estado junto a la solución del problema nacional entero, se podría solucionar el problema educativo y cultural que específicamente planteaba : Estado, Sociedad, Universidad, Educación, se alimentaban de las mismas raíces. Así quedó también propuesto el imperativo de que la lucha juvenil debía ser doble, en la afirmación nacional y continental : contra el enemigo de fuera, el imperialismo, y contra el enemigo de dentro, las oligarquías político económico culturales, cómplices y agentes del imperialismo.

En 1927, el Paraguay se incorpora al Movimiento reformista adoptando las « bases » de Córdoba para la Reforma de la Universidad de Asunción, y en Cochabamba (Bolivia) se reúne, en 1928, la primera Convención nacional de estudiantes bolivianos de acuerdo con tales principios y con los del Congreso internacional reformista de México en 1921. En el mismo año de 1928, Brasil se suma a los pronunciamientos de los demás países, reivindicando los mismos postulados universitarios de los estudiantes argentinos. Uruguay inicia la segunda etapa de acción reformista, que dura hasta 1932, en que inicia la tarea, mientras en Venezuela la generación universitaria reformista de 1928 es perseguida, encarcelada y en gran parte desterrada por la tiranía que durante décadas afligió a ese gran pueblo.

Desde la situación de la República Argentina, donde la importante renovación política había comenzado a integrarse con reformas económico sociales, hasta la situación de los demás países de violentas dictaduras, la acción de los estudiantes asume formas correlativas, pero todos en amplia solidaridad continental.

La primera Convención internacional de Maestros americanos de los tres grados de la enseñanza — primario, secundario y universitario —, se reúne en 1928 en Buenos Aires, con participación de diez países sudamericanos. Expresó su posición antiimperialista, su adhesión al movimiento de la Reforma Universitaria iniciado en 1918, así como al principio de la autonomía de la educación toda y de su gobierno democrático. La composición de esa importante asamblea era, en sí misma, una expresión del concepto profesado por la Reforma, concepto que la asamblea reafirmó : *la unidad de la función educadora*. La Convención declaró que el derecho a la *educación completa* que tiene todo niño hasta el límite que marquen sus capacidades, hace inadmisibles las diferencias culturales de la organización social actual.

Al final de estos primeros diez años del Movimiento, su programa se había ahondado y agrandado, y el ámbito en que era sostenido comprendía diez países. Su desarrollo posterior enriquecerá conceptual y experimentalmente los rubros definitorios que se diseñaron en esta década inicial.

V. Auge de las dictaduras

Poco después de cumplir la Reforma Universitaria su primer decenio estallaron en la casi totalidad de nuestros países golpes de Estado. Las dictaduras instauradas fueron

en buena parte una manifestación de los nuevos poderes que asumía el imperialismo. La resistencia de los estudiantes es memorable. El signo de nuestra historia, aquel que Germán Arciniegas ha interpretado en las páginas magistrales de su *Estudiante de la Mesa Redonda*, se repite : siempre estudiantes conduciendo el verbo y el brazo de la emancipación.

Frente al auge de las dictaduras ¿ qué estudiante podría negar ya la ligazón inseparable de política y cultura ? ¿ Cuál, conscientemente, podría considerarse en su lucha cultural exento del deber político ? Así el año 1930 marca una nueva posición traída por las exigencias de la realidad, que desde entonces comienza a ser definitiva para el movimiento reformista en todos los países continentales : en nuevos partidos o en las antiguas corrientes políticas organizadas, el estudiante toma su puesto como ciudadano en la vida política militante.

Hasta esos tiempos tenía alguna importancia la tendencia estudiantil reformista que limitaba el problema de la Universidad a su cuestión interna. Desde entonces prevaleció la que se dirigía a desarrollar también el contenido social de la lucha ; tendencia que por la propia emoción del descubrimiento de un mundo de amplitud seductora, exacerbó con demasía su dedicación de muros afuera y llegó a olvidar lo propio y específico, lo educativo. Lo justo es la síntesis que luego prevaleció, que consiste en atender lo pedagógico e intelectual y de organización, es decir el programa específico de la reforma de la Universidad, el más inmediato cometido para el cual los estudiantes se asocian, pero considerándolo siempre con el carácter de parte del movimiento social en que se aborda el conjunto de los grandes problemas político sociales condicionantes de lo exclusivamente educativo y estudiantil. La atención simultánea y coordinada de los dos campos integra la lucha reformista y da el tipo del estudiante completo, como universitario y combatiente político. Toda gran pedagogía que sostenga un método de educación integral, tendrá que sostener su rebelión contra las condiciones político económico sociales que la impiden. Esta es la más importante y fecunda caracterización de la nueva época reformista, hasta los días de hoy. La Reforma Universitaria, en razón de sus propios planteamientos, hace inexcusable para el estudiante su neutralidad política como ciudadano. En todo sentido, para el universitario, la Reforma Universitaria es un ensanchamiento de la responsabilidad.

La Reforma Universitaria centró la vida de las Universidades argentinas en el estudiante como persona, estableciendo que en él reside la razón de ser de toda Universidad. Además, corrigió hasta donde pudo el sentido egoísta que tenía su enseñanza, que en la vieja Universidad llevaba una finalidad puramente individual, la de « hacer carrera ». Es decir, que tuvo presente permanentemente, sin mengua de la formación personal, los fines *nacionales y sociales* en cuya virtud la Universidad graduaba. No se trataba de preparar en sus aulas de manera más lúcida y vigorosa una nueva casta profesional.

El hecho extraordinario del reconocimiento del estudiante como persona y centro de la vida universitaria, tiene importancia pedagógica, moral, jurídica, política y también social, es decir, importancia democrática, si vemos en la Democracia una forma de vivir con plenitud la vida humana ; y además, importancia histórica, si consideramos que el problema de nuestra autonomía mental es una de las formas, siempre actuales, de la vieja independencia de los países de la América Latina. En el orden de la enseñanza implicaba una transformación copernicana, ya que no se trata ya de partir de las « asignaturas » y del valor cuantitativo de los conocimientos, sino de sus posibilidades formadoras ; de tener en cuenta en la Universidad, en primer término, su función educadora : la de considerar al estudiante, con sus características y problemas, y a los intereses nacionales y sociales que representa. Terminó con la condición pasiva anterior del alumno, que era apenas una « presencia » para justificar al profesor y su oligarquía, defendidos en sus privilegios por la asistencia obligatoria y el régimen autoritario. La camarilla profesoral influyente, contraria a los valores intelectuales, cedió el paso a la ingerencia activa estudiantil, que no sólo fué un hecho fecundo en el gobierno de las Universi-

dades y sus Facultades, sino en todas las nuevas instituciones docentes creadas por la Reforma. Así la actitud crítica permanente del estudiante frente a la cátedra, a la orientación de la Universidad y a los problemas fundamentales de la Nación, que consta en centenares y centenares de documentos, fué una enseñanza fecunda para él mismo y para la República. Fué el estudiante reformista un espíritu vigilante de toda claudicación directiva o docente universitaria o de las tendencias antinacionales en la sociedad. Los Centros estudiantiles se consideraron obligados también por otro deber social : el desarrollo de la cultura de los trabajadores manuales, para los que crearon cursos, concurriendo a locales especiales o a las fábricas para enseñarles.

VI. Prosecución del Movimiento

La Reforma tomó nuevo impulso en el Perú, en 1931. Integró las concepciones que había tenido en ese país, y a través de una intensa lucha conquistó allí también todas las « bases » de 1918.

En 1929 el Movimiento dió un gran paso en México, Desde entonces, el día 21 de junio es la fecha que en ese país anualmente se conmemora. En 1933, los estudiantes de Puerto Rico, también proclamaron los principios reformistas, que se consagraran en 1942, en la Ley de Reforma Universitaria. Rectificada en 1949. Como desde 1932, en 1934 y 35, los estudiantes de Costa Rica siguieron el rumbo general reformista, así como en 1937-38 tocó el turno a los de Ecuador. Desde 1946, los estudiantes de Brasil tuvieron por ley la coparticipación en el gobierno universitario, así como desde 1943 la habían tenido, también por ley, los de Panamá y desde 1933 los de El Salvador. En Venezuela, « la generación del 28 », fallecido el dictador (1936), entra a la liza pública, y en 1940 la Federación de estudiantes proclama un plan completo de Reforma Universitaria, que se adopta en parte por la ley de 1944. En Guatemala, las conquistas legales y estatutarias de los principios reformistas se realizaron a partir de la revolución popular de 1945.

En 1931 se celebró el primer Congreso Iberoamericano reformista de estudiantes en México, con participación de delegados estudiantiles de España, nación en la que nuestro movimiento de la Reforma influyó, inclusive en aspectos muy concretos, en particular en el cogobierno de los estudiantes. El segundo Congreso iberoamericano funcionó en San José de Costa Rica (1933). En 1932 tuvo lugar en Buenos Aires el segundo Congreso nacional de estudiantes, así como en 1941 el tercero en Córdoba, y en 1952, en medio de grandes dificultades políticopoliciales, la Convención nacional de centros estudiantiles, en Santa Fe ; mientras la solidaridad general americana había tenido nuevas expresiones en el Congreso latinoamericano de estudiantes, reunido en Santiago de Chile en 1937 ; en el Congreso de estudiantes americanos reunido también en Santiago en 1944, y en el Tercer Congreso de la Confederación de estudiantes universitarios de Chile, que se efectuó en Viña del Mar, en 1952.

Un importante Congreso nacional de estudiantes peruanos fué convocado en Lima en 1945. Dictó bases generales sobre organización, contenido y rumbos nacionales y sociales de la Universidad, y a mediados de enero de 1946, la comisión parlamentaria de diputados y senadores presentó un proyecto de ley reformista — cuyo redactor y principal informante parlamentario fué el diputado doctor Luis Alberto Sánchez — aprobado en ambas cámaras después de luminosos debates con el nombre de la Ley 10.550 de Reforma Universitaria, promulgada en el mes de abril de 1946. Es el documento más importante en nuestra América sobre legislación universitaria.

En 1945, en determinados países (Perú, Guatemala y Venezuela), partidos políticos creados con el mismos personal de las Federaciones de Estudiantes, fueron mayoría o influyeron preponderantemente en los Congresos Nacionales o Constituyentes o gobernaron el Estado. En alguno, como en la República Argentina, su país bautismal, la Reforma en los últimos tiempos fué abatida — en los hechos, que no en las conciencias juveniles — por la funesta reacción a

cargo de un poder fundado en la simulación y el terror, particularmente agresiva contra ella por lo mismo que conocía su definición y fuerza moral. El gobierno de la Universidad argentina había llegado a ser más oligárquico que nunca. Más que nunca mediocre su claustro profesoral respecto a las posibilidades del país. En lo social, más que nunca la Universidad estuvo alejada del pueblo y sus problemas. En lo pedagógico, más que nunca convertida en « enseñadero » a cargo de profesores sometidos a la continua reverencia al régimen. Estaba allí todo dispuesto para ser silenciada toda voz libre, pero los estudiantes no callaron sus palabras, y sufrieron persecución, cárcel, destierro, cancelación de sus matrículas, con extraordinaria dignidad, no arriando en ningún momento la histórica bandera de 1918.

En 1949, golpes militares en connivencia exterior habían volteado el movimiento popular del Perú y aniquilado el de Venezuela, interrumpiendo en uno y otro de esos países la única oportunidad que tuvieron en su historia de un gran renacimiento democrático y efectivamente nacional. Correlativamente, en Lima la Universidad fué asaltada hasta con tanques, y en Caracas fué cerrada.

Este acongojante panorama es en buena parte una proyección sobre nuestra América de un mundo en descomposición, después del auge del fascismo y de la segunda gran guerra. Nuestra libertades sucumben por carecer el conjunto de nuestros pueblos de poder autonómico defensivo, particularmente en el orden mental. Han incidido sobre ellos, venciendo al fin, aunque eventualmente, los influjos corruptores de los regímenes esclavistas europeos, de uno a otro extremo, y las fuerzas disociadoras y divisionistas del imperialismo que afirma cada vez, no los principios que alega en favor de los cuales dice siempre batirse, sino sus intereses materiales. Es decir, que las tendencias connaturales de lo americano — las de la libertad — están bloqueadas y desguarnecidas y sigue en pie el gran problema denunciado en la Córdoba de 1918 : « Es necesario crear hombres, y hombres americanos, como la más recia imposición de la hora » Hemos examinado cómo ante la conciencia actual ese problema no sólo es moral, espiritual y educativo, sino social, económico y político.

VII. La Universidad sudamericana

Al cabo de 38 años, vemos diseñarse las líneas distintas y definitorias de la Universidad Sudamericana (llamando « Sudamérica » al cuerpo histórico o conjunto histórico geográfico de naciones desde México a la Argentina). La caracterización de la Universidad Sudamericana resalta cuando a las actuales universidades en el continente, que han llegado a ser 76, se las ubica en el panorama histórico de las Universidades del mundo, y por lo tanto, en la confrontación de la crisis de la Universidad contemporánea (1). Señalemos sólo algunas de dichas modalidades :

1. — La Universidad Latinoamericana tiende a realizar la clásica idea de comunidad de profesores, alumnos y graduados, y todas sus autoridades tienen su fuente electiva en los profesores y alumnos. Sobre esta base, la Universidad sustenta su autonomía ; 2. — Aparte las funciones propias de todas las Universidades completas del mundo, la Universidad Latinoamericana, allí donde ha sido influída por el movimiento nacido en 1918, pretende fundamentalmente servir al pueblo y al Estado. Es decir, aparece en ella, con más nitidez que en Europa y los Estados Unidos, otra función aneja a la cultural, a la científica y a la profesional : la social ; la de poner el saber al servicio de la colectividad. La Universidad influye como cuerpo en la vida nacional, aspira a dar base nacional a sus orientaciones y trabajos, así como divulga la cultura por distintos medios. Si preferentemente en las estadounidenses se mezclan en la Universidad los intereses financieros y a veces de los capitanes de indus-

(1) Para demostrar ese importante hecho, Luis Alberto Sánchez ha escrito un libro magistral y nutrido de información, que tituló *La Universidad Latinoamericana*, publicado por la Universidad de Guatemala en 1949, así como había considerado sistemáticamente el tema en un capítulo de su libro *Un sudamericano en Norteamérica* (Ercilla, Santiago de Chile, 1942).

tria, en las sudamericanas, prevalecen de algún modo los intereses más generales, del Estado o de la colectividad ; 3. — La contribución pecuniaria de los estudiantes es muy escasa, pues los aranceles son tan bajos (a veces nulos), que pueden confundirse con la gratitud, principio que juntamente con la ayuda social general a los estudiantes, la Universidad desea realizar ; 4. — La Universidad debe organizarse y funcionar encarando el arduo problema académico de un alumnado en general proletarizado, que necesita trabajar para vivir y estudiar, o vive en condiciones de comodidad y sustento muy insuficientes para la eficacia del estudio ; 5. — Los estudiantes de la Universidad Latinoamericana no viven en los « campus » alejados de las ciudades y dedicados a los deportes, sino compartiendo la vida ciudadana, sintiendo sus palpitaciones, siguiendo con profundo interés los problemas políticosociales y actuando en consecuencia. « El contacto con la vida convierte al estudiante sudamericano en palanca de inconformidad y reservorio de protesta. Siente la justicia y ama lo nuevo que es su destino. »

Tal es entonces una tipificación, a través de sólo algunos rasgos, de la Universidad Sudamericana, que ha ido surgiendo como consecuencia de los planteamientos de la juventud estudiosa en todos los países continentales. Está concebida de modo que sea adecuada a nuestros pueblos, y por lo tanto llana y humana como deberán ser sus Estados. Esta es la Universidad que, mediante las bases de organización y la orientación universitaria y social dadas por el movimiento de la Reforma Universitaria, deberá suscitar las formas peculiares de nuestra cultura en relación con la cultura universal ; y sí, tanto como el Estado es realmente adecuada a nuestros pueblos, adoptará la democracia como organización y método y erigirá la libertad en principio eminente, con todas las fecundas consecuencias pedagógicas.

VIII. Integración corporal de la Universidad

Si la situación de los pueblos americanos del Sur de América fuera restituída y, en consecuencia, la Reforma Universitaria repusiera sus conquistas a la altura que llegaron en el casi centenar de las universidades continentales, ¿ qué faltaría cumplir de su programa renovador e integrador, considerándolo en sus grandes líneas ?

Comencemos por establecer que la nueva Universidad sudamericana, concebida por la Reforma, está definida por grandes coordenadas. Una se refiere a su *composición como cuerpo*, otra a su *contenido cultural*, otra a sus *bases sociales*, otra a la *orientación nacional de sus estudios*, otra a su *orientación continental*. En estas grandes direcciones, la obra comenzada debe completarse.

Veamos en qué estado se halla el problema en cuanto al « corpus » :

Los alumnos : El primer gran paso innovador fué dado : el reconocimiento del estudiante como persona del derecho universitario ; como centro y razón de ser de la Universidad ; como factor principal de la renovación permanente de la comunidad de estudios que concurre a constituir. Esa fué la gran conquista ; y aunque eventualmente en algunos países haya sido legal o reglamentariamente abolido el principio de la ingerencia estudiantil, nada podrá ya vencerlo como idea, y renacerá vigoroso cuando la oportunidad políticosocial se presente, porque está afirmado en la conciencia del proceso mismo que, así sea subterráneamente, prosigue.

Los profesores : La experiencia muestra cómo en todas las Universidades, en las que sin excepción la Reforma Universitaria proclamó la libre docencia — sea de cursos parciales o de cursos completos paralelos —, salvo en algunas Facultades y en contados momentos, los adversarios de la innovación, emplearon toda clase de argucias, o bien franca oposición para impedir que prosperase esa gran institución reformista y renovadora del profesorado libre. De modo que la docencia libre sigue siendo uno de los grandes capítulos de la instauración o reposición de la Reforma Universitaria ¿ Por qué ? Porque la docencia libre es el gran motor de la Reforma del profesorado, y sin reforma del profesorado, no hay reforma de la Universidad.

La libre docencia y la libre asistencia se complementan, y constituyen el fundamento de los derechos de enseñar y aprender ; de la verdadera Universidad libre, puesta bajo la protección y tutela del Estado democrático ; único modo republicano que asegura a todos el máximo aprovechamiento de la enseñanza superior, sin distinciones relativas a la condición social y económica de los alumnos. Conjuntamente, pueden considerarse como el único sistema que da bases democráticas serias para obtener un eficaz profesorado con el mejor método didáctico, que es donde reside el meollo de una Universidad con capacidad educadora. Unico sistema también que conduce a la formación completa del profesor cuya orientación intelectual esté atrasada respecto de los avances del saber o respecto de la mentalidad estudiantil, que en los pueblos sudamericanos, intuitiva u objetivamente va adelante, y en los últimos tiempos ha avanzado de manera notable en el aspecto políticosocial.

Gravísimo error es para las Universidades, la creación por acto y no por proceso, del llamado catedrático o profesor titular, que, además, se instituye como propietario vitalicio de su cátedra, especie de feudo docente. Las clases que dicta, por excluyentes, se convierten en la ciencia oficial, y el estudiante debe conformarse con la porción que le dispense su depositario o dictador. En la Universidad del Estado democrático, la formación docente es un proceso basado en la libre docencia, punto de partida de una carrera profesoral, con grados y periodicidad, para que todos los estudiosos puedan enseñar y para que los alumnos puedan escoger como maestros a los mejores.

En 1918, los jóvenes dijeron que la Reforma era un camino que iba a dar a un Maestro. La crisis de la Universidad sudamericana, sea la espiritual o la estructural, gira alrededor de que faltan verdaderos maestros. (Algunos de los que había logrado, fueron eliminados por la regresión enseñoreada del poder público). Piénsese que, a veces, un solo maestro salva a una Universidad, en el sentido de que purifica y renueva su ambiente enrarecido, morboso e infecundo. Las Universidades necesitan, para ser vitales, que algún soplo creador vivifique sus aulas. Todo el pensamiento sobre cuanto deba ser la Universidad como idea (es decir, como entidad educadora), o relativo a la comunidad de su vida espiritual, o a sus estructuras externas, ¿ no desemboca acaso en la ansiedad por maestros que encarnen y vivifiquen la llama creadora de las nuevas generaciones ?

Los graduados : Pero aun este gran paso de ensanchamiento del cuerpo docente no sería suficiente : faltaría a la Universidad, para alcanzar su plenitud congregante, que a la integración de su cuerpo con los estudiantes y los profesores de toda categoría, se añadiera *la integración* de su comunidad con sus hijos graduados, uno de los grandes anhelos reformistas.

Cuando la vinculación de la Universidad con sus exalumnos graduados se concierte, los países sudamericanos, quedarán asombrados ante la grandeza y eficacia que adquirirá la Universidad, al afirmar su poderío espiritual, su capacidad científica, su influencia social. Aparecerá como increíble la desestimación sistemática, durante años y años, realmente suicida para la Universidad, de la fuerza moral, científica, técnica y social de sus exalumnos diplomados, así como la magnitud de los bienes que éstos a su vez perdieron por no seguir vinculados. Aberración constitutiva es la de que la Universidad « despida » a sus propios hijos, rompiendo la asociación natural, precisamente en el momento de conferirles grado, es decir en el momento de su máxima formación regular, de la más íntima y cordial conciencia filial. La vinculación permanente de la Universidad con sus graduados, no sólo es condición de rejuvenecimiento e influjo, sino también de adecuación nacional de sus tareas. Así como los alumnos son en la Universidad el pulso vital, los graduados son su pulso científico y social.

Desde el Congreso de estudiantes de Córdoba en 1918, vióse con claridad, hasta qué punto el problema de la autonomía universitaria está relacionado por una parte, con la índole política del Estado ; por otra parte, con la integración de la

Universidad por todos sus miembros.

El estado democrático ampara la libertad universitaria porque reconoce y necesita de su índole espiritual. Es consciente de que la Universidad no sólo es educadora del ciudadano y de la sociedad sino del Estado, pues trata de su formación inteligente. Sabe también que la Universidad es la entidad nacional que enlaza a su pueblo con el ámbito universal de la cultura. Para el Estado democrático, la Universidad basada en una minoría no es una Universidad y no se trata de otorgar autonomía a sólo un grupo de ella, así sea calificado, por ejemplo el de los profesores, sino de conceder autonomía a su comunidad total ; por la misma lógica con que opuestamente, las dictaduras no consienten en conferir esos poderer ni siquiera a grupos parciales, ya que no es la libertad, sino la sumisión en todos los órdenes lo que interesa a su método y fines.

De modo que, en cada una de las situaciones recíprocas entre Estado y Universidad, corresponde analizar cuál es la sustancia de la « autonomía » que se pide, porque ¿ qué ganaríamos, por ejemplo, con substituir el despotismo, la ineptitud y la arbitrariedad de un centralismo gubernamental, por el nepotismo o cerrazón interna de los claustros ? ¿ Qué ganaríamos si la reclamada « libertad » académica sirviese para defender alguna oligarquía docente, para dejar en pie algún cabildo de momias profesorales, o para tapiar la mentira de una Universidad socialmente insensible ?

IX. Integración cultural de la Universidad

En otro sentido hay que continuar el proceso iniciado : el de la *integración espiritual o cultural de la Universidad.* Tienen nuestras universidades, invertido el proceso natural de una cultura humana, que es partir de lo cultural para llegar a lo profesional ; y la consecuencia ha sido el tipo de profesional inculto que produjeron : aquello que ha sido llamado el « bárbaro moderno ». El movimiento de la Reforma Universitaria planteó en nuestras naciones el problema mundial contemporáneo de la integración cultural de la Universidad y de toda la educación pública. En cuanto a la Universidad, que no puede llamarse tal si no tiene sólidas bases culturales, o si en sí misma está hipertrofiada de función técnica e inspirada sólo en fines de utilitarismo individual, sin lazos que mantengan la solidaridad humana. Con esos propósitos, bregó por restablecer el concepto secular incluído en la idea de Universidad, como unidad que se preocupa en el orden intelectual del desarrollo armonioso de todas las facultades del hombre, con vistas a su formación no unilateral sino completa, y del cultivo de los fines éticos de su vida, en cuya virtud ningún estudiante ni profesor, ni graduado en general, podría desentenderse de los destinos ni vicisitudes de su pueblo. Y como la Reforma Universitaria es uno de los caminos que conduce a la Reforma mayor, a la Reforma nacional, en estos fines populares, nacionales, colectivos, sociales, estarán las correcciones culturales y humanistas a la unilateralización, en verdad antiuniversitaria, predominante en los estudios superiores.

Lo técnico profesional en la enseñanza universitaria debe nutrirse con aquellos conocimientos que hacen al hombre como totalidad y como mienbro de la comunidad nacional. Sólo así, lo técnico profesional podrá llegar a ser una fecunda manifestación de cultura moderna, especie de brazo armado. Cuando nuestra Universidad retome el quicio de su vida esencial, de donde fué desencajada desde comienzos del siglo XIX, en que las Facultades se independizaron, quedará la técnica científica traída por el mundo moderno, embebida de la unidad del espíritu humano y sobre todo, de sus exigencias éticas ; y el *sentido social,* que les viene de 1918, será para la enseñanza universitaria una de las más importantes fuerzas unitivas. Así se resolverá el problema presente hoy en las universidades, de todas las latitudes del mundo, de abarcar la técnica seriamente, pero por eso mismo sin desequilibrio espiritual ni moral, como fuerza que

es la técnica de la vida empírica en el mundo contemporáneo.

La educación se concibe en vista del hombre entero y en función de su pueblo y tierra, en un esfuerzo noble y permanente por interpretar, acrecer y elevar la voluntad, los sentimientos, las ideas, los grandes rumbos, el genio de la comunidad humana a que pertenece. No se trata de renunciar a las ciencias particulares, que sería pegar un salto atrás de siglos, sino de hacer más fértil la vocación por alguna de ellas, al restaurar culturalmente la visión de lo universal y la conciencia del hombre y su misión, de tal modo que el saber profesional sea una fecunda manifestación de moderna cultura.

Demás está decir que, con vistas a la integración cultural, la Universidad debe promover la *correlación formativa de los estudios*, en el sentido que llamaríamos *vertical*, con los ciclos anteriores de la educación, no ignorando o desentendiéndose como hasta ahora, del pasado pedagógico de sus alumnos, y en el sentido que podríamos llamar *horizontal* o de combinación de disciplinas, dejando de ser una agrupación de Escuelas ajenas entre sí.

La Universidad con que nos encontramos en 1918, no daba al profesional futuro capacitación suficiente para la lucha, por deficiencias en la preparación técnica, pero tampoco para el abarcamiento de la realidad del mundo y del país condicionantes de la lucha profesional, por deficiencias en la preparación cultural y social. Su programa parecía ser preparar « hombres prácticos » para ser útiles a sí mismos y sólo a sí mismos, pero ni siquiera para esa función exclusiva, egoísta, la Universidad cumplía todo su deber.

En virtud de tales aberraciones la cultura llamada « general », aparece en la Universidad de hoy únicamente como una especialidad, que tienen a su cargo las Facultades de Filosofía y Letras o Humanidades. Aún así, sólo a partir de 1945 fueron constituyéndose varias de las Escuelas de Humanidades que faltaban : Guatemala, Montevideo, Caracas, Bogotá, Litoral (Argentina), Asunción, Salvador, Costa Rica. Con el aporte de estas Facultades humanísticas, son todavía sólo 42 de las 77 Universidades las que cuentan con ese mínimo universitario, es decir, apenas poco más de la mitad. ¡ Qué inmensa tarea demorada !

En el afán integrador cultural se destacaron dos esfuerzos entre los ensayos últimos : el de la Universidad de La Plata en 1943, instituyendo para los alumnos de toda Facultad cursos de « disciplinas generales » para completar sus estudios, y el de 1946-49 en el Perú, creando el Colegio Universitario de dos años como clave de la unificación universitaria, erigido sobre las Facultades de Letras y Ciencias asociadas a ese efecto, con cursos fijos y optativos, obligatorios y previos a la preparación profesional propiamente dicha, la que a su vez tiene un coronamiento en las Escuelas de Altos Estudios.

En este orden de realizaciones, debe señalarse que en varios países se bregó constantemente por restablecer el principio de comunidad en la vida universitaria, con el convencimiento sobre las grandes ventajas espirituales y formadoras del carácter, que implica. Tanto se trabajó con ese pensamiento, que al fin se pusieron en marcha o se proyectaron las « Ciudades universitarias » para diez universidades sudamericanas, entre las que se destacan las magníficas de Caracas, Botogá, Panamá y México ; adelanto material que si los tiempos lo permiten, contribuirá a que se forme en cada uno de esos centros, por una cultura de reunión, la Universidad completa, capaz de desarrollar la individualidad enseñando a conjugar el yo y el nosotros.

Las universidades medievales cultivaron la comunidad y no la individualidad ; el Renacimiento quebró la comunidad para destacar al hombre individual, exacerbado en la dimensión intelectual, que dió en los últimos siglos un político « liberal » socialmente insolidario, hasta que llegó el fascismo negatorio de la autonomía de la individualidad y de la autonomía de la comunidad. La afirmación correctiva que corresponde al mundo actual, disgregado y conmovido, es la de concertación de los extremos de la crisis : la individualidad y la comunidad. La Universidad debe ser un microcosmos de este emprendimiento.

X. Integración nacional de la Universidad

La *integración nacional* de la Universidad, tiene dos exigencias inseparables. Una, la de sus bases sociales, el problema de quiénes llegan o de quiénes pueden llegar a la Universidad, o en otras palabras, el problemas de las limitaciones económico-sociales de la educación completa para todas las personas del pueblo según sean sus capacidades y vocaciones, cuestión a que nos referiremos más adelante. Otra exigencia es la *consubstanciación nacional* de sus estudios y enseñanzas : el problema de que la educación de la Universidad esté compenetrada con las necesidades espirituales y materiales de la Nación y al servicio de ellas.

Una Universidad puede tener integridad corporal, en el sentido de que en su comunidad participen todos sus miembros ; puede estar integrada humanísticamente en el sentido de que el hombre completo más que la sola técnica informe su contenido educativo, y en fin, puede estar integrada en el sentido social de la más amplia procedencia popular de sus educandos, pero todo ello no garantiza todavía que la Universidad posea *sentido de servicio nacional*. Para esta función es necesario una compenetración constante con el país y sus grandes problemas y que la educación que la Universidad imparte capacite para saber de lo propio y para dar a la Nación y al servicio de su pueblo los trabajadores, los maestros y los gobernantes, calificados y fieles a su índole, que faltan para construirlo conforme a sus posibilidades ideales y materiales.

Cada República es un campo inexplorado en el que la Universidad debe colocarse para establecer sus laboratorios y desplegar con amor social sus investigaciones. Aquello que la Universidad individualista ni siquiera concibe, habrá de exigirlo moral y perentoriamente la Universidad íntimamente relacionada con la vida del país, capaz de dar soluciones o colaboración permanente para resolver con mente propia los grandes problemas nacionales. Este importante programa está detenido y aún cuando las circunstancias políticas fuesen propicias, no se lo podría retomar seriamente si no se atendiese un conjunto de cuestiones que le están directamente ligadas, como que afectan a toda la enseñanza.

Por de pronto, habría que formar el personal docente y de investigación que reclama el inmenso número de alumnos de la población actual de nuestras Universidades, que se ha multiplicado en brevísimo tiempo, a fin de que terminen las « hordas de oyentes », como dijo el maestro Giner de los Ríos, y se dividan tanto como sea necesario las clases, y el magisterio de los profesores pueda ejercerse respecto de los estudiantes, no en estado de multitud, sino de manera inmediata e individualizada, es decir, realmente educadora, pues no se concibe una Universidad de masas, sino de personalidades. Cuando se considera que la Universidad de Buenos Aires, por ejemplo, se acerca en población a los setenta mil alumnos, se tiene una idea de las proporciones prácticas del problema, comenzando por el de la dotación de fondos.

Por otra parte, no es posible ya proseguir con el régimen exclusivo de conferencias. Deberá reservarse la enseñanza ex cátedra de los profesores titulares para las grandes orientaciones, para las síntesis ; como dirección general de los estudios y ajuste del método ; sin contar que para muchas enseñanzas no tiene razón de ser el magisterio puramente locutorio. La enseñanza deberá estar encaminada — como dice la derogada ley 10.550 de Perú — a fomentar el trabajo personal del alumno, mediante lecturas, enjuiciamiento de las mismas, asistencia a laboratorios y gabinetes y práctica en ellos, a fin de provocar la máxima inquietud espiritual y científica, y la lección oral preferentemente reemplazada por el estudio orientado, el debate, la monografía, la investigación. Debe suprimirse el examen según el modo actual y como índice exclusivo de los conocimientos del alumno y de sus disposiciones intelectuales, que deberán ser juzgadas a través del año ; aparte que debe ser implantado el régimen de los « conse-

jeros », que orienten permanentemente al alumno o grupo de alumnos en el conjunto de los estudios, observando sus costumbres y sus modos mentales. Todo lo cual significa que deberá romperse la actual incomunicación del profesor con el alumno y su casi ninguna relación fuera del lugar de su actuación. Más aún, habrá que distribuir el trabajo por equipos, y convertirse cada una de las materias universitarias en un Instituto, pero no como burocracia, sino como plantel o constelación docente constituída por los profesores de toda categoría y los auxiliares de toda condición, cuyo jefe sea el profesor titular, y una de cuyas principales funciones sea el permanente examen de los problemas de la comunidad nacional correspondientes a la materia de sus enseñanzas, y el análisis de la relación constante de tales problemas con las realidades y los problemas del Continente y del Mundo.

La característica más relevante de la nueva Universidad de las repúblicas latinas de América, es que tiende a ser terrígena, popular, nacional, y, con doble movimiento, se dirige hacia el país y lleva al país hacia dentro de sí. Es la gran tradición, interrumpida, de Caldas y Mutis en Colombia, de Vargas en Venezuela, de Sierra en México, de Bello en Chile ; aquella que al revivir, hace exclamar con alborozo a Rómulo Betancourt, cuando preside su país : « ¡ Nuestras Universidades se están pareciendo cada vez más a Venezuela ! »

Cuando nuestra Universidad se integre y cultive las naturalidades de nuestra tierra y las humanidades de nuestros hombres, estará en lo esencial y nacional. Todas las ingenierías, toda la medicina, todo el derecho, toda la economía, deben partir de los datos de la tierra y el hombre que cada realidad nacional presente a su manera ; deben referirse a aquellos estudios básicos que son en cada país las ciencias de su naturaleza y las humanidades de sus hombres ; de cuyo orden de conocimientos todas las profesiones son subsidiarias. Deben los estudios estar referidos a las cosas esenciales del país, es decir, del único lugar donde el mundo en nosotros vive.

XI. Integración continental

En cuanto al programa de la integración continental de la Universidad, dos grandes puntos le corresponden : hacer de cada Universidad un Hogar de fraternidad americana, y hacer que las Universidades continentales se constituyan en Unión para la defensa y cultivo de los grandes principios que el movimiento de los jóvenes consagró.

Para realizarse con plenitud, cada Universidad tiene que organizar su vida como *gran hogar cultural*. Con su estructura de hoy, la Universidad ya no puede vivir siquiera en el concepto de escuela de exclusiva formación mental. No se trata de que el aula tenga un hogar, sino de algo que ha sido señalado como más decisivo : que el hogar tenga un aula. Los estudiantes de la Reforma se encontraron ante todo con que la instrución, o en el mejor de los casos, la educación que recibían en el aula, no afectaba « la corriente profunda de los sentimientos que constituyen la personalidad » : parecía no tener raíces en la vida de cada cual ; tanto que los Centros de Estudiantes, embriones de la Universidad nueva, debían suplir y compensar lo que faltaba. La solidaridad de Facultad a Facultad, de ciudad a ciudad, establecía un ligamen nacional indestructible, anticipándose ¿ por cuantos años ? a la comunidad de las Universidades en sus deberes emancipadores. Los centros, con vigorosas organizaciones democráticas, debieron ocuparse en todo ; y llegaron a ser frecuentemente el único lugar donde la Universidad respondía de alguna manera a su nombre ; a veces, en absoluto sentido, el único hogar que los muchachos tenían, y, vitalizada por la acción combatiente, su única experiencia cultural.

Pero no ha de bastar se establezca el carácter de Hogar para la Universidad sudamericana. En el proceso de su formación, al integrarse en su dimensión ética, ha de infundirse de sentido social, de orientación nacional y continental. De ahí resulta su condición de Hogar cultural americano que responde a la caracterización fundamental del Movimiento juvenil del cual surge, y de ahí resulta su

misión de ser el núcleo de fidelidad al ideal de estos pueblos de constituir una patria del espíritu que renovará y fortalecerá, en las fraternidades estudiantiles, la vieja fraternidad latente desde el origen de nuestras Repúblicas, allá en los tiempos de las luchas y afanes comunes.

Tenemos Universidades varias veces centenarias, de donde salieron los hombres de la independencia que con el pensamiento y la acción señalaron el ámbito territorial donde habría de tener morada nuestra libertad, y fundaron nuestra democracia republicana. Esa tradición popular emancipadora y solidarista, nos toca muy directamente ; como desde lejos nos toca la más antigua tradición de las Universidades de la cristiandad europea, de donde las nuestras vinieron, Universidades que eran focos de encuentro, allende las fronteras nacionales, de las gentes estudiosas de las naciones, de las gentes también unidas por una fe.

No ha sido señalada suficientemente la importancia del hecho de que, al cabo de un siglo, el movimiento juvenil que parte de 1918 significó el primer esfuerzo correctivo de la desorientación intelectual inauténtica y divisionista, que estos pueblos padecían, para dirigir la Inteligencia hacia la tierra y el Pueblo, para conjugar el Saber y la Justicia ; para restablecer nuestra gran Unión inicial. El intelectual desarraigado e infiel ha sido moralmente hecho añicos en la marcha de la historia. Nuestras Universidades renovadas deberán constituirse como hogares continentales donde, al abrigo de las adversidades, arda la llama lúcida de la inteligencia arraigada y fiel.

Con relación al segundo gran punto, el de que las Universidades se unan, como espiritualmente unidas deberán estar todas las naciones hermanas a que pertenecen, hay que decir que, en setiembre de 1949, se fundó en la ciudad de Guatemala, la Unión de Universidades Latinoamericanas, realizando su primer Congreso los representantes de las Universidades, y en noviembre de 1953 se reunieron en Santiago de Chile el segundo Congreso y también la primera Asamblea de la Unión. En esta última convocatoria, a la que concurrieron 67 Universidades latinoamericanas, se sancionó el postulado de la representación estudiantil, que no había figurado hasta entonces en la Carta, y dos declaraciones muy importantes sobre autonomía universitaria : una conceptual y la otra práctica. Por la primera se establece la ayuda recíproca que las Universidades se deben en solidaridad con aquella Universidad que hubiese sido lesionada en su autonomía ; por la segunda, se prescriben los modos de defensa contra la arbitrariedad de los gobiernos y para auxiliar a los componentes de la Universidad — graduados o estudiantes — que hubiesen sido destituídos, puestos en prisión o desterrados.

Cuando, por integración democrática nacional, nuestros países hagan posibles formas jurídicas de ciudadanía universitaria general, cada Universidad completa será reconocida como persona del derecho internacional ; y se establecerán reciprocidades, en cuya virtud sus alumnos, graduados y maestros, gocen en las análogas de idéntico carácter. Especie de otorgamiento del tradicional *Studium generalia* para las universidades Mayores, el nuevo *jus ubique docendi* expresará comunión de cultura en el seno de una gran familia de pueblos hermanos.

XII. El gran capítulo

Pero el más completo examen pedagógico de la cuestión no basta. La Pedagogía tiene un límite que la sola Pedagogía no puede superar. Hay que señalar el problema de la integración social de la Universidad, para saber si cumple con uno de los grandes principios nacionalizadores ; para saber si por debajo está basada en todos los niños y adolescentes del país o únicamente en aquel limitado percentaje de los que contaron con fondos para iniciar o proseguir sus estudios. Tocamos así, nada menos, la doctrina de la igualdad en la República. Se trata del problema de que cada uno de nuestros países tiene dos clases de vida educativa : una, la que suministra educación general, inclusive hasta altos grados (la más alta educación o enseñanza a que el país ha podido llegar) para algunos ; otra, la de una educación para una minoría pu-

diente, o con ingresos suficientes, y otra parte o ninguna para las clases pobres ; cuestion que habíamos dejado para el cierre de esta síntesis explicativa.

No habrá Universidad Nacional, es decir referida a la Nación entera y no a una parcela nacional, mientras en los hechos no se afirme el derecho de todos los niños y jóvenes de la Nación a un desarrollo completo, lo que no quiere decir que todos han de llegar a la cúspide, sino según sean sus capacidades. Pero sí que no hay justicia social posible mientras sean el analfabetismo, o apenas dos o tres grados primarios, o la mera educación técnica fragmentaria, todo lo que la República suministra, llamándolo « educación », al muchacho obrero o al hijo de hogar no pudiente.

En lo íntimo de la « extensión universitaria », sostenida desde 1918 por el movimiento de la Reforma Universitaria, estaba, como bien sabido llegó a ser, el problema del derecho de todos a la educación integral. No es sólo la « extensión » de la Universidad lo que corresponde al pueblo, sino todo el contenido de la Universidad, comenzando por la educación pública universal y completa.

No obstante las cláusulas de las Constituciones de todos los Estados americanos sobre educación primaria, gratuita y obligatoria, existen en América Latina, según estadísticas de 1949, 70 millones de analfabetos adultos y 20 millones de niños sin escuela, es decir, 90 millones de analfabetos, sin contar las deplorables condiciones de alimentación y sanidad.

Queda en evidencia hasta qué punto es un problema universitario el de la educación pública, no sólo cualitativa sino cuantitativa, del pueblo todo, en todos los grados, no solamente en el universitario ; y hasta qué punto el problema cultural sudamericano es un problema político, económico y social, cuya solución será nada menos, que corregir, por la elevación general de vida, la situación de todos los desheredados del sustento, de la salud, del hogar, de la educación ; todo sin contar con que en el Continente, por motivos raciales, más de cincuenta millones de habitantes carecen siquiera de la condición jurídica — ya no económica — de personas.

Siguen nuestras Repúblicas profesando una inversión — no sólo real, sino conceptual, de los fines del Estado :

Las Estados sudamericanos, si responden a su origen y a la índole de sus pueblos, llevan como propósito una idea histórica humana que los distingue de la índole de otros Estados. No se trata de levantar en nuestro Continente Estados de sumisión interior, de conquista, mercantiles, o imperialistas en el orden externo ; Estados de índole predatoria, de explotación de los débiles en el orden nacional y en el orden internacional, sino Estados humanos, capaces de justicia con libertad, posibilidad que el Nuevo Mundo abrió en la historia.

Y un Estado que así propone dar valor a los hombres, es un Estado de docencia con libertad : un Estado de cultura. Junto a la justicia, la cultura es un objetivo esencial ; la cultura como formación del hombre en el pueblo, como formación del pueblo en el mundo, conforme al sentido e ideales sacados de su propia entraña. Y si la justicia y la cultura son la función primordial de un Estado humano y docente, la educación escolar y extraescolar debe estar en primera línea como institución política, como ministerio público, así como la política toda ser considerada como gran política, es decir, como gran escuela. La educación pública no podría estar subordinada a planes económicos o relativos a la organización político institucional del Estado, sino al revés, estos órdenes instrumentales deben ser los medios que permitan al hombre levantarse, con justicia y libertad, en el ámbito de la República.

GABRIEL DEL MAZO

B.D.I.C

Imagen y palabra en la educación*

POR GABRIELA MISTRAL

En muchos asuntos nuestro planeta ha ganado : en ciencias y hasta en riquezas, pero todavía persiste en algunos una vieja llaga, una hipócrita presencia que circula calladamente por varios lugares del planeta Tierra. Existe un odio velado o desnudo, sordo o confeso, que hace un trabajo de zapa y daña calladamente la vida de algunos pueblos. Camina a paso lento. Entre las taras del planeta bien puede contarse como la más grave, como una dolencia rancia y tenaz. En las aldeas como en las ciudades, en las instituciones que se llaman a sí mismas grandes o ilustres, suele verse, y bastante desnudo, lo que ellas mismas llaman el orgullo racial o nacional, especie de industria que corresponde a un período añejo que no se ha realmente liquidado. Y esta fea borra perdura en patrias antiquísimas o jóvenes. Se trata de la xenofobia o sea del desdén hacia el negro que habita en una zona de población blanca pura, y se trata igualmente del odio emboscado que el negro guarda hacia el blanco y que estalla en cuanto llega la ocasión propicia.

Un odio hipócrita o desnudo del extranjero o del extraño, se pasea aún por algunas patrias cultas que lo han vuelto virtud patriótica y que rinden a este esperpento una especie de culto. Duele ver y palpar que las religiones no se hayan hasta hoy aliado para borrar una llaga tan visible de los pueblos y se puede decir del planeta. Pretenden algunos llamar a eso patriotismo, pero no hay tal. Hacer patria significa entre muchas otras cosas aceptar al extranjero pacífico que se une temporalmente o *per vita* a una nación o que llega a ella por la fama de sus bellezas naturales sin idea alguna de lucro o logro. Llega el extranjero a veces por haber leído en un periódico que el país tal precisa de gente especializada en tal o cual rama, o llega meramente por disfrutar de un clima aconsejado para su salud y ocurre que un día cualquiera aparece un cadáver en un apartamento o en una calle, y la ciudad sabe que aquella criatura inofensiva, celebradora del hermoso suelo que lo sustenta, ha sido eliminada sin razón alguna, sólo porque se trata de una antipatía grotesca hacia un rostro blanco y unos ojos azules. La investigación se abre, y cuando se halla al matador o al cómplice, éste suele declarar sin escrúpulo y a veces con el orgullo de haber eliminado al extraño, que ese hombre « era blanco de más ». Yo os relato aquí una experiencia mía, de deudo mío y la doy sin nombre de país por respeto a nación, que es latinoamericana.

El xenófobo puede alegar otras causas : alega a veces que su nación no precisa de extraños, alega que el extranjero no puede volverse un ciudadano por el mero hecho de un papel que lo declare tal. El xenófobo ha ganado la batalla : ahí está un hombre muerto diciendo, con las facciones de su rostro y con la rigidez de su cuerpo, que es posible morir en un mundo cristiano, o budista o mahometano, sólo porque las facciones de su rostro difieren de las suyas.

Este hecho, que dura desde todo tiempo, todavía no es tratado como delito : el extranjero está solo, él ignoró en toda su

* Ofrecemos a nuestros lectores el trabajo presentado por la insigne poetisa Gabriela Mistral en el Congreso del Bicentenario, organizado por la Universidad de Columbia, de la ciudad de Nueva York.

vida anterior y en su patria, que en un mundo cargado ya de legislaciones humanísimas existía todavía la fatalidad de ser de otra raza...

Yo hablo por muchos que no pueden hablar, y hablo porque es necesario que en tales regiones del mundo se añada a los Códigos el delito, a la vez desconocido y frecuente, de la xenofobia. Y no doy ni daré el nombre de tales patrias, porque lo que me interesa, como a mera cristiana, es el que desaparezca del mundo, por fin, el delito racial, el crimen a causa de la piel clara u oscura, o del simple hecho de hablar en lengua extranjera.

En el gran tema de la Libertad, la rama de la cultura resulta ser no sólo importante sino vital. La pérdida de ella representa una especie de parálisis no sólo en el Estado sino en la vida de cada ciudadano. Muy poderosa ha de ser para que el nacismo haya disparado sobre este asunto sus flechas mortales. Recordemos cómo y cuánto sufrieron las Universidades y las grandes Bibliotecas alemanas por el control y el saqueo de obras milenariamente preciosas.

¿ Qué significaba ese rencor, esa rabia furiosa que no respetó Escuelas, Museos ni Bibliotecas ?

Muchos creímos que los hogares del libro, más las Universidades, quedarían indemnes, pero se trataba de una locura vertical de naciones incluso cultas y de ese borrón de la memoria en que caen los jefes insensatos.

Fué entonces cuando oímos por primera vez algunos gritos aislados, pero que salían de muchos templos de la cultura, pidiendo que fuesen puestas a salvo las Bibliotecas ilustres. Los sabios rogaban o exigían la protección de esos lugares medio archivos y medio templos. Aquel grito no obtuvo todo, pero obtuvo la salvación de mucho.

Supimos desde entonces, y supimos para no olvidarlo más, lo que representan las estanterías de nuestras bibliotecas, la santidad de nuestros templos, y el tesoro sin apelativos de la libertad humana.

Recordemos, por unos momentos siquiera, esos años sombríos, y pensemos en la lección eterna que significa el hecho de que nuestra generación corrió el albur de haber perdido, junto con la libertad del mundo, todas las formas de nuestra cultura y todo el haz de religiones que gobiernan nuestras vidas.

La libertad en la Cultura es un asunto que a muchos parece meramente literario y un tema casi constreñido a los círculos de letrados, pero sucede que en nuestra época existen ya tantas escuelas profesionales o de altos estudios que deducimos de este hecho el que nuestros pueblos poseen ya una cultura más una civilización que sólo pueden crecer, pero no morir. Se cree, por otra parte, que la Gran Señora que llamanos Libertad, ha llegado tan lejos y ha ganado tal extensión mundial que podemos ya dar su causa por conquistada y eterna. Es que olvidamos la *Historia*, aunque ella abarque la aventura sin apelativos y que fué la de ayer.

En raras ocasiones hay inteligencias alertas que se enfrentan a la realidad de nuestra civilización y se dan cuenta de unos puntos en vacío que hay en ella o de otros puntos que se han debilitado en nuestra época, demasiado llena de quehaceres, o bien demasiado segura de los llamados « Derechos del Hombre ». Como todos los optimistas o los fieles, ella, la Cultura, cree en sí misma, a causa de haber alcanzado ya muchas victorias y de ser ya enorme y de vivir servida por miles de inteligencias y de llevar ya un verdadero halo de prestigio. Una especie de euforia universal estamos viviendo todos respecto de ella, en esta época llena de inventos maravillosos y de una paz que creemos duradera. Sólo algunos ojos muy lúcidos que se parecen a los del vigía que hace la guardia desde su barco sobre el mar, suelen echar una mirada inquisidora sobre el horizonte. Entonces este previsor fiel se azora un poco, mira hacia el Norte y el Sur o hacia el Este y el Oeste, y esta mirada ancha y fija le hace ver que unas nubes intrusas van pasando y que, si ellas cunden, la navegación se volverá fatal. Sigue aún observando y esta segunda vez, se convence de que el cielo no le asegura realmente una noche de calma plena.

Yo creo que muchos de mis ilustres invitadores se han dado cuenta de que el asunto Libertad, aunque aparentemente

GABRIELA MISTRAL

gobierna en muchos países donde ella parece ya criatura ganada, retenida y y eterna, es todavía un ente débil sobre el cual se debe velar día por día. Entonces sabemos que es prudente doblar el celo y observar cuales ramas del saber, instituciones o escuelas, duran sin crecer y realmente perviven sin vivir.

A estos vigías pertenecen las nobles personas que me han transmitido la ansiedad que ellos viven aún *por la causa de la Libertad en lo que se refiere a la Cultura.*

Esta «Gran Señora», no tiene un organismo completo que realmente la defienda de recaer en las llamadas épocas oscuras ; esta persona sabia conoce el espacio en el cual ella manda y gobierna por entero, pero nuestra humanidad ignora las otras zonas civilizadas a medias o a tercias y cuyo cuerpo de principios y de acción falla todavía en lo que se refiere a los grandes ideales humanos, es decir universales. Estos son la paz y la justicia social.

La Libertad no es ni debe ser una especie de cualidad o de lujo que se puede poseer o no poseer ; no es eso, no. La Libertad es sencillamente una función tan vital como la respiración y cuando ella falta o desaparece, los organismos que llamamos ciudades o Estados, degeneran y a veces mueren. Todos recibimos honra y alegría a causa de la Libertad, porque su bien, como el sol, a todos enriquece y beneficia.

SEGURAMENTE el tema que voy a tratar ha preocupado a varios o a muchos profesores que trabajan con pasión y provecho sobre estas dos entidades que han ganado en menos de diez años un interés vivísimo dentro del gremio de profesores.

Al hogar de la Palabra, que llamamos Escuela o Colegio, ha llegado un competidor formidable : la Imagen.

Ignoro lo que ocurre en Estados Unidos, pero sé que en los países europeos, sobre todo en aquellos que viven siempre atentos a las reformas y sobre todo a las grandes invenciones, la cuestión del cine educativo, lo mismo que la recién nacida televisión, va y viene en ensayos y en críticas laudatorias o despectivas y hasta iracundas.

Yo dejé la enseñanza hace muchos años, pero como el oficio pedagógico es una vocación vertical y no un mero asunto de cargos y sueldos, nunca cesé de perseguir en los escaparates de librerías los libros nuevos y novedosos de mi antiguo oficio.

Creo que el cine es el acontecimiento de mayor bulto que ha venido a llamar a las puertas de las Escuelas, Colegios y Universidades, pero sé también que la alarma del magisterio sigue creciendo por causa de que el cine y la recién nacida televisión, no han vivido aún en anchura de tiempo, de lugares, de crítica, y sobre todo carecen del material pedagógico indispensable, que no es todavía ni suficiente ni cualitativo. El material para dar la enseñanza visual crece demasiado lentamente y es además caro y escaso. Pero cada invento nace así, como nacemos nosotros mismos: pequeñitos, torpes y desmañados. No hay que desalentarse ; tampoco hay que pedir a los recién nacidos demasiado. Lo que está dando ya la enseñanza visual

es admirable para los adultos y toda una fiesta para los escolares que disfrutan cada día de las maestras mayúscualas que se llaman Imagen, Color, Relato oído, y Visión gozada.

¡ Con qué alegría yo ví y oí la primera clase hecha a base de cuatro anchas imágenes ! : se trataba del invierno y del estío en Africa, Asia, Europa nórdica, y el trópico sudamericano. Se daban los tipos de deportes en esos lugares y la vida de los Continentes bajo las estaciones extremosas. Ninguna clase escolar de tipo verbalista habría podido dar a los muchachos, ni aun por el profesor más ilustre, el caliente interés de aquella cinta viva, coloreada por la vida misma y asistida en su relato de movimiento, de expresividad, de vida, de color y calor, de arte, belleza y verdad.

Hace muchos años tuve ocasión de celebrar y ver esta bonita experiencia : las llamadas « Escuelas al Aire Libre ». Funcionaban por gracia de familias ricas en patios y huertas de las haciendas, con subida asistencia de alumnos. Era cosa ejemplar, el llamado constante de las radios urbanas convocando desde las grandes casa patronales de las haciendas a asistir a esas « Escuelas Ambulantes ». Ellas eran fáciles de confeccionar : Había una mesita, una radio y un maestro rural de tipo apostólico, que renunciando a su descanso nocturno doblaba las clases diurnas con las nocturnas y esto con paga o sin ella. Yo llamaba esto la « Escuela sin horas y sin techos ». Guardo el recuerdo de esas y de otras invenciones geniales del gran reformador José Vasconcelos, quien alfabetizó con la ayuda de los maestros misioneros, del cine y de la radio, a millares de campesinos.

El ambiente que se creaba en las Escuelas primarias ambulantes en ese conjunto de alumnos cuya edad iba desde los seis años a los sesenta, me parecía precioso, incluso porque iba creando fraternidad entre la clase media y los campesinos, todos ellos indígenas. Allí tuve yo la alegría de aprender que ha sido una vieja y malhadada superstición aquello de que el indio americano padece de una incapacidad intelectual irredimible. Más aún, allí gocé de observar el genio que tiene el indio para el dibujo, la pintura y la escultura. Vi sobre todo la sed de leer, de escribir, recitar, danzar y cantar, que posee el pueblo indígena. La alfabetización iba de mes en mes liquidando centenares de analfabetos. Esas Escuelas nocturnas llamadas por su creador « misioneras » parecían realmente un asunto tan civil como religioso : eran también el desagravio a una raza entera, la indígena, y eran además una escuela de civilidad. El analfabetismo retrocedía a ojos vistas de zona a zona rural : un segundo México nacía.

Desde mis años de maestra hasta hoy, siempre tuve a la imagen como entidad superiorísima sobre la palabra, pero nunca tuve la suerte de obtener para mi Escuela primaria ni para mis Liceos, una provisión grande y cualitativa de grabados ni de meras fotografías con las cuales convencer a algunas maestras y profesoras que eran testarudas no por mala voluntad, sino por una preferencia exagerada de la palabra. Desdeñaban la imagen atribuyéndole sólo una cualidad de mero entretenimiento. Fué para mí muy penoso no poder comprobar y convencer a mis colegas de que, en lo que se refiere a niños y a muchachos, la imagen se lleva por delante a la mejor lección oral.

Solamente cuando aparecería el cine hablado, la convicción respecto del tema tan discutido, ganaría la batalla, pero a pesar del triunfo del cine hablado, su aplicación a la enseñanza tardaría mucho.

Gran oposición tuvo el indiscutible en sus comienzos : los profesores le daban un ceño hostil, porque pensaban en que aquello llegaría a suprimirlos, cosa que no ocurrió ni ocurrirá nunca. Lo que nació fué la alianza de la Palabra con la Imagen y tal fusión benefició a ojos vistas el gran asunto de la alfabetización.

La batalla de convencer ha sido larga y se puede decir que aun se lucha por ella en varios cantos del mundo, pero tarde o temprano y gracias el auge que ha obtenido el cine, los profesores comprenderán que el huésped cuya presencia les pareció un peligro, es realmente el mayor y el mejor de sus aliados.

Hubo un desdén muy grande de los profesores, primarios o secundarios, respecto del valor decisivo de la imagen en la ense-

ñanza, de su utilidad y de su magia, sobre todo de las sugerencias que ella regala. Las imágenes coloreadas cabales y hermosas son la fiesta del Kindergarten, de la Escuela primaria y de la secundaria toda. Aunque suele decirse que los grabados engolosinan demasiado a los alumnos y los vuelven desatentos a las clases, no hay tal. Lo que ve en claro cualquier observador es aquello vuelto refrán en nuestro pueblo : « no me lo cuentes ni me lo cantes : *píntamelo* ». Son muy raros, son escasos los muchachos superimaginativos y creadores, por lo tanto habría que excitar ese don que casi todos traemos. Pero ni aun lo que llamamos « facultades » son perdurables. Toda la primera infancia nos aparece dotada de imaginación, pero son muchos los padres y los maestros que la desdeñan torpemente y hasta la combaten. Hay más : todas las gentes que yo llamo casadas en un ciento por ciento con la lógica de tipo aldeano, admiran devotamente las invenciones y los inventores y no saben que esos sus grandes benefactores han tenido de un lado ciencia y del otro la imaginación ancha y fija en su pasión. Por esto se ha producido en todo el mundo y en todos los tiempos el hecho de que casi cada inventor haya tenido en sus comienzos un Vía Crucis de crítica o de regaño paternal cotidianos, es decir, pequeño infierno doméstico. Disparate diario es en las gentes comunes el de llamar « novelero » al niño distraído, no sólo porque pida que le cuenten fábulas, sino porque también ensaye hacerlas y vivirlas. Y cuando se dice a esos tapiados que la fantasía en su niño es un bien, que inventando él se cuenta historias a sí mismo y que algunas de estas historias suelen ser también el cuerpo infantil de los descubrimientos mayores, dudan o no creen.

Todos sabemos que las facultades naturales que traemos al nacer van declinando de más en más si ellas no son alimentadas por el niño mismo ni por los maestros y la familia.

Sucede ¡ ay ! que el niño imaginativo no halla generalmente arrimadero ni comprensión, y menos elogios de sus padres ultrasensatos o de los ignorantes. Yo he visto y oído verdaderos duelos de los padres cuando ellos se han dado cuenta de que el hijo no quiere ser abogado, ni médico, ni empleado de banco, — tres profesiones que llevan a los éxitos monetarios. Duelos he visto y oído por esta causa.

¿ Quién, me digo yo, puede salvar a un adolescente de los padres que tuercen y mudan el ente casi divino que es una vocación ?

Hay muchachas o mozos que viven casi día a día esta operación paterna diabólica o meramente estúpida de torcer, trocar o matar una vocación.

Yo me he detenido de paso en esta desventura casi cotidiana que todos hemos visto sin comprender o que se ha cumplido en nuestros allegados. Y esto digo porque todos los viejos profesores hemos visto de cerca esta tragedia muda, imposible de evitar, dada la posesión absoluta que es la de una multitud de padres que imponen a los hijos el oficio o la profesión lo mismo que les imponen el color de sus trajes y el estilo de sus sombreros.

La vida de los escolares suele correr en la monotonía sin apelativos de una sala de clases en la cual resuena la voz de diez o más profesores ilustres a veces y hasta amados por sus discípulos ; pero ¿ existe alguien que pueda gozar de una descripción larga y sin que su alegría de aprender se relaje y su pensamiento se escape huyendo al tedio ?

Mucho pueden dar el buen cine y la televisión a los estudiantes normales, pero hay algo más : existe un alumnado al cual yo conozco bien y es el del estudiante libre, es decir el autodidacta. Este es precisamente el más heroico y el más digno de ser ayudado.

El llamado cine educativo y ahora los programas de televisión, no cumplen todavía en pleno, o sea a toda anchura, la misión que traen. El estudiante libre más el que cortó sus estudios por pobreza, más el otro que en lo que se refiere a la ciencia se ha quedado ignorando las novedades de los últimos años, piden algo más de estos grandes propagadores de cultura.

Es increíble la ignorancia en que viven los pueblos rurales respecto de nuestra época. Aunque llegue a ellos el cine, lo que de él alcanza a las aldeas y hasta a las ciudades pequeñas, es un ma-

Estudio de los métodos visuales modernos en la enseñanza

terial calamitoso o tonto de amoríos o de crímenes cuando no son unas necias historias seudocómicas que sólo hacen reir a los niños de las galerías.

Ninguna época tuvo como la nuestra ocasión tan preciosa y ancha para educar a las masas haciendo llegar la cultura hasta el último reducto de una cordillera y hasta las cárceles, donde no se da a centenares de presos la ocasión de aprender un oficio, ni de leer un libro sano, ni de ver una película que les muestre las maravillas que logra el trabajo de los hombres normales y las otras mayores que alcanzan los sabios de nuestra época.

Hay más : este mundo moderno al cual creemos un ente tan activo en cuanto se refiere a la publicidad gráfica, rara vez nos ofrece, aprovechando de los grandes medios que tiene a su disposición cuales son el cine y la televisión, la vida maravillosa de los grandes sabios y la de los demás héroes universales. En lugar de eso sigue el cine en muchos países corrompiendo a las masas con unos repertorios de films que divulgan crímenes famosos en una especie de antología para enseñar el delito. Hay algo que podríamos llamar la Contra-Educación o la Contra-Escuela, que es tal tipo de cine.

Cada vez que yo he hablado con dueños de cines sudamericanos sobre la calamidad de ciertos espectáculos, se excusan diciendo que las empresas productoras más el gusto popular, y no ellos, son los culpables. Yo les respondo que lo único que pide el llamado bajo pueblo es que el film sea interesante y que lo mantenga en tensión hasta el final. Otra rama del interés popular es la visión de grandes ciudades. Otra es la vida de los oficios diversos : la vida rural o urbana de cualquier raza o cualquier ciudad mayor.

Los pueblos sudamericanos van cobrando un interés grande por Norteamérica, por Europa, por el Asia y hasta por la Oceanía. ¿ Por qué los técnicos cinematográficos tienen de nosotros el concepto calamitoso de que la América del Sur se interesa como una especie de niño estúpido en los meros fims policíacos y en esa especie de literatura gráfica de última clase ?

La América del Sur lee mucho. Ella se sabe sus clásicos y sus modernos, pero además ella tiene ahora una atención muy viva de vuestros autores de hoy : cada mucha-

cho lector conoce a vuestros escritores vivos y no sólo a los muertos. Quiero deciros sin ganas de halagaros, sino de informaros solamente, que en nuestra juventud de hoy hay un interés vivo que no tuvo la juventud de mi tiempo hacia la vida norteamericana en todos sus aspectos. En cada Universidad, en cada Liceo, en cada periódico grande o pequeño, la noticia norteamericana hace presencia casi cotidianamente. No hay amor ni mera simpatía sin conocimiento, y éste ha comenzado y crece día por día. Algo falta que sólo pueden añadir ustedes mismos. Un conocimiento mayor de nuestra vida criolla. El viajero que pasa por cinco o diez hoteles y no procura acercarse a nadie, traerá en sus ojos sólo algún pico de montañas, algún río y algunas tarjetas postales.

Los viajes demasiado caros y demasiado rápidos que hacéis a la América del Sur, no pueden dejaros algo que se parezca a una impresión y menos a un conocimiento y una vinculación. Vosotros sois demasiado rápidos para buscarnos y nosotros demasiado lentos para solicitaros.

Lo que ambos necesitamos es una convivencia, aunque ella sea breve. Nuestro pueblo dice : hay que mirarse a la cara para llegar al querer. Y el pueblo llama querer a la simpatía y al amor. Nunca hubo amor sin rostro y si nos cuentan algún amor así, es una mera fantasía o fábula lo que nos cuentan...

Desde siempre consideré la Imagen como una especie de superpalabra, que evita todo error y que convence mucho más que la mera palabra escrita o hablada.

Nuestra generación, no digamos las siguientes, está ahora viviendo bajo su poder, su triunfo y su belleza. Más aún : ella ha vencido en el cine y ahora con la televisión ha llegado a nuestras casas.

En profesores y maestros hay cierta alarma respecto de esta ancha victoria de la Imagen.

Ya se leen o se escuchan unas duras voces que denuncian al cine y hasta a la televisión como los matadores del teatro y no tardará en nacer alguna institución o grupo dedicados a denunciarlas como a unas enemigas mortales.

Confieso, aun contra la opinión de sus adversarios ilustres, que en esta discusión subida a batalla, yo voy a sufragar por la imagen aunque sea con escándalo de mis colegas los defensores de la palabra.

La mayor gracia que recibió mi país al nacer fué el de una naturaleza hermosa que corre de sur a norte mudando de rostro, pero sin perder y sólo cambiando de belleza.

¿ Qué es un paisaje alpestre, cordillerano o himalayo contados y cantados en la poesía universal, junto a la imagen viva de nuestro, padre el Himalaya o de los Andes sudamericanos ?

Muchos han sido los contadores y nuestros ojos se han fatigado en vano por recibir realmente el don de su imagen en la gloria verdadera de su arranque y en el triunfo de su cima ; pero son muchos más, son millares los que ignoran el corazón de nuestros Andes como un ente vivo que es dueño de una ley suya, de una flora y fauna absolutamente suyas.

Muchos son también los chilenos que no han habido la gracia de llegar al remate de las cumbres andinas en donde señorea la cima del Aconcagua.

Arribaron un buen día el cine y ahora da sus primeros pasos la televisión, y las dos naciones andinas se han dado el gozo sin apelativo de que su gigante esquivo bajase a sus ojos y les entregase su hermosura audaz y su resplandor eterno.

Grandes beneficios esperamos de estos inventos magníficos de la Ciencia moderna, especialmente para ciertas ramas educativas como la geografía, la botánica y la zoología.

Todos los grados de la enseñanza, repito, desde la infeliz Escuela primaria hasta las Universidades de los países pobres, pueden alcanzar la eficacia y la realización de sus finalidades con tal que llegue un día a ellas una ancha dotación de estos auxiliares magistrales : Radio, Cine y Televisión.

GABRIELA MISTRAL

LA EDUCACION EN LA AMERICA LATINA

POR AMANDA LABARCA

En 1942, el Colegio de Maestros de la Universidad de Columbia, en Nueva York, publicó un volumen con el título que encabeza estas líneas. Su compilador y editor fué el renombrado catedrático de Educación Comparada de esa ilustre Casa de Estudios : Isaac L. Kandel. Sus colaboradores, un grupo de profesores del continente sureño, entre los que se contaba quien esto escribe.

El panorama que en el Prólogo describía el editor presentaba una síntesis bien fundada y relativamente exacta de los problemas enfrentados por los sistemas didácticos de esos países. Los vacíos del libro provinieron de que los colaboradores los examinaban desde ángulos muy diversos, tanto que era difícil para el lector establecer comparaciones precisas y llegar a conclusiones valederas. Con todo, la obra significó un esfuerzo excelente y meritorio : reveló a la vez la magnitud de las dificultades y la necesidad de establecer normas rigurosas para estudios posteriores.

Trece años más tarde, en 1955, el « Examen mundial de la educación » (1) bajo el signo de la Unesco. Las iberoamericanas están incluídas entre las 200 naciones investigadas. Dos jalones en el camino. El primero nos mostraba las condiciones existentes en 1940 ; éste, las de 1950-54. ¿ Se han producido cambios fundamentales ? ¿ Se advierten en su desarrollo didáctico algunos elementos nuevos ? Procuraremos estudiarlo, conscientes de que un breve artículo apenas si puede servir de índice. El horizonte es demasiado vasto, las estadísticas son ambiguas, el vocabulario pedagógico impreciso, etc. Más que un cuadro completo, estas páginas trazarán las impresiones personales de alguien que sigue con devoción el crecimiento cultural de nuestros pueblos iberoamericanos.

A. — El problema del analfabetismo. En una de sus publicaciones programáticas, Unesco ha afirmado que existen en este continente 70 millones de analfabetos de más de 15 años de edad, distribuídos así : 21 millones en América del Norte, 21 en América Central e islas adyacentes y 38 en América del Sur (2). Su proporción dentro de la población de cada país latinoamericano oscila entre el 14 % en que se estima la de la Rep. Argentina y el 90 % de Haití. La publicación citada (3), nos entrega los datos :

(1) *World Survey of Education*, Unesco, París, 1955. Editado en francés e inglés. Me referiré en las citas a la versión inglesa que tengo a mano.

(2) *El derecho a la educación*. Nº VIII de la serie « La Unesco y su programa », París, 1952.

(3) Págs. 14 y 15.

Niños en el estudio de la lengua Cakchiquel (Guatemala)

Costa Rica	22 %
Cuba	24 %
Rep. Dominicana	74 %
El Salvador	61 %
Guatemala	72 %
Haití	90 %
Honduras	65 %
México	54 %
Nicaragua	63 %
Panamá	30 %
Puerto Rico	24 %
Bolivia	80 %
Brasil	51 %
Chile	27 %
Colombia	44 %
Paraguay	36 %
Perú	58 %
Venezuela	58 %
Uruguay	15 %
Argentina	14 %

No vamos a examinar de cerca estos datos. Sabemos que las estadísticas adolecen de errores graves y que en ciertos casos están falseadas. Son muy semejantes a las de 15 años atrás. Sin embargo, bastan para asegurarnos que el problema continúa tan formidable ayer como hoy. Es que las causas que lo motivan no han variado sustancialmente : existencia de un margen de indígenas que todavía vive hoy en estado de barbarie o de semiesclavitud y de masas de color cuyo progreso descuidan las minorías gobernantes ; miseria extrema en algunos sectores mestizos, urbanos y rurales ; economía nacional deficiente ; densidad de población rala y precaria ; falta de vías de comunicación, etc., etc.

No podemos cometer más el error de suponer que el estado de educación de un pueblo sea independiente de sus condiciones sociales, políticas y económicas. En América Latina es visible que el analfabetismo presenta varios grados : el del indígena y la población mísera de color ; el del peonaje mestizo en regímenes de economía agraria latifundista ; el del proletario en los centros industrializados.

Ningún país americano ha realizado esfuerzos más sostenidos para incorporar al indio a la cultura occidental, que México. Escuelas Normales Rurales (1922), Misiones culturales (1923), Escuelas agrícolas dependientes de la Secretaría de Agricultura y Fomento (1925), Escuelas Regionales Campesinas (1933), etc. La elección que hizo Unesco para establecer en México su Centro Regional para la educacion fundamental (CREFAL) no pudo ser más justa. Sin embargo, todo cuanto sabemos de su obra para formar equipos de maestros apropiados a esta clase de enseñanza no hace sino convencernos de la magnitud ciclópea de sus esfuerzos y de la dificultad para llegar a resultados duraderos en escala nacional. Porque el buen éxito de la educación fundamental está en razón directa del levantamiento del nivel de vida económica, cívica y cultural de la comu-

nidad. Nos llegamos a preguntar si el camino menos engañoso para que mejoren de condición es el ponerlos en contacto con maestros o misioneros o si antes de que ellos se les aproximen habría que abrir caminos, crear nuevas fuentes de producción, implantar industrias, ponerlos en situación de anhelar un cambio de vida.

Otra reflexión a que nos incitan estos experimentos tan nobles, pero cuyos resultados no corren parejas con los sacrificios que han impuesto a misioneros y maestros, es que no es difícil enseñar al indio el alfabeto, la doctrina cristiana y los rudimentos de nuestra cultura. Lo difícil estriba en que fructifiquen y se afiancen esos principios y que no se caigan como un injerto que no ha pegado en la piel. Nos olvidamos que la instrucción primaria obligatoria, base de la alfabetización en grande escala, es una conquista nacida, por una parte, de la necesidad espiritual de leer la Biblia para salvar el alma y, por otra, de las exigencias del industrialismo moderno. Es algo que ha ido creciendo de dentro hacia fuera entre los pueblos de civilización occidental. Imponerla de fuera hacia dentro es una ímproba tarea.

Habría que añadir a estas consideraciones, otra : la de que existen muy diversos grados de incultura. Recordemos la célebre dedicatoria de Rabindranath Tagore : « a la exquisita cultura de mi madre analfabeta »... No es difícil hallar en países de larga tradición cultural que en el fondo de sus capas sociales se ha depositado a lo largo de los siglos un humus rico y fértil en valores culturales, traducido en costumbres, tradiciones, artes folklóricas, modos de vida, etc.

Entre los indígenas y gentes de color de nuestro hemisferio se advierte de igual modo una gama muy extensa de matices de barbarie : desde el indio antropófago y los negros con sus tam-tams rituales, hasta los artesanos de delicada sensibilidad artística que guardan los secretos de sus antepasados mayas o incásicos.

En México, decir educación rural implica educación del indio, porque éste forma el porcentaje más alto de su población campesina. En otros países hay peones agrarios mestizos y en las repúblicas meridionales de Sudamérica (Uruguay, Argentina y Chile) prevalecen los blancos. En donde las leyes de previsión social, de salario vital o mínimo existen y se cumplen, su suerte ha ido mejorando notablemente y el número de los que envían sus niños a las escuelas se incrementa con rapidez. En este nivel, como en el del proletariado urbano, es otro el problema : los 3 o 4 años de la escolaridad a su alcance, ¿ les convierte en elementos cultos ? ¿ No son ellos los clientes futuros de la prensa amarilla, de las tiras cómicas, de los demagogos políticos que venden milagros ?

No es, por consiguiente, un azar el hecho de que los países cuya población está formada por altos porcentajes de indígenas o gentes de color, muestren más alto porcentaje de analfabetos ; como no lo es tampoco que le sigan en parecida escala aquellos cuya población mestiza se halla más abandonada. En Costa Rica, Chile, Argentina y Uruguay, en que la población blanca es la dominante, la riqueza nacional determina el goce de mayores o menores recursos docentes.

Otra pregunta que un maestro podría formularse frente a estos hechos es la siguiente : si el gobierno y las clases dirigentes estuvieran decididos a dotar a toda su población en edad escolar de una educación llevada hasta el final de los cursos primarios, ¿ tendrían recursos para realizarlo ?

Consideremos el caso de Chile. Su presupuesto anual de gastos de educación ha servido en los últimos decenios a las necesidades de un 70 a un 75 % de su población escolar ; pero a este grupo no lo ha llevado hasta el final de la etapa primaria. De sus 3.914 escuelas existentes en 1950, 2.346 eran de tercera clase, con dos, tres o a lo sumo cuatro años de estudio, lo que implica que sus alumnos o salen con una cultura precaria o pueden convertirse de adultos en analfabetos funcionales. De acuerdo con cálculos del mismo servicio, los alumnos que alcanzan el VI año primario, son sólo el 5,4 %.

Para instruir a este reducido porcentaje y conducir al uno por diez mil hasta el final de los estudios universitarios, la República ha utilizado el 17 % de su presu-

puesto anual de gastos en 1939 y el 13,8 en 1951. En los años intermedios la cifra ha oscilado entre esas dos. Se infiere de estos datos que para llevar a cabo ese programa modesto, el de darles a todos una enseñanza primaria de 6 años, Chile debería cuadruplicar sus aportes. Repetimos la pregunta : ¿ puede hacerlo ?

De un año a otro, no. Los intentos para lograrlo en un plan de 5 a 10 años — dos veces se ha proyectado — no han proseguido.

El caso de Chile es muy semejante al de los otros países de este contiente. ¿ Son sus recursos insuficientes, o son mal distribuídos, o se conjugan ambas circusntancias ? Destinan a educación alrededor del 1,4 % de su renta nacional (México), el 1,5 % (Colombia), el 1,6 % (Honduras) contra 3,4 % que le dedica Estados Unidos. Es verdad que aquellos que se encuentran en pleno proceso de crecimiento y necesitan abrir carreteras, construir campos de aterrizaje, fundar nuevas industrias, tienen que aplicar a su fomento una porción mucho más subida de sus rentas que los que ya han alcanzado un grado sobresaliente de desarrollo. Es verdad, pero al mismo tiempo precisa añadir que existe en la América Hispana un caudal de egresos que no guarda relación con sus recursos : son los gastos bélicos. En algunos países, Perú, por ejemplo, se han contado años en que éstos han sobrepasado en un tercio al presupuesto de educación.

¿ Contra quiénes sino contra ellos mismos se arman nuestros países ? Las frases de Sarmiento escritas en 1853 han resultado proféticas : « El ejercito — decía entonces — cuesta millón y medio que pagan los contribuyentes, y es el ejército el instrumento de todo desorden cuando la hora llega ». (4) Las dictaduras militares que han carcomido la democracia incipiente de nuestras repúblicas, fomentan la carrera armamentista y, triste es decirlo, no poco les ha ayudado con la mejor y más sana de las intenciones, el gobierno de Washington. Ha querido tener aquí, en la América sureña, un frente defensivo en caso de una guerra mundial, pero de hecho ha contribuído a dotar a los grupos armados de algunos países, de mejores y más eficaces instrumentos con que derrotar a las fuerzas democráticas y perpetuarse en el poder.

La única nación que ha tenido la sensatez de no distraer sus magros recurso en la creación y mantenimiento de un ejército es Costa Rica, y ella muestra — en Centro América — el más bajo porcentaje de revoluciones y de iletrados.

Imaginar que una política tan sabia pudiera ser seguida por los demas países, es fomentar una ilusión. Los parlamentarios, aun en los pocos que no viven hoy bajo dictaduras militares, no se atreven a concitarse la enemistad de esta clase privilegiada y poderosa. Prefieren apaciguarla con mayores o mejores prebendas.

En resumen : las posibilidades inmediatas de dotar a la educación primaria de los recursos que permitieran impartirla a toda la población son muy escasas, aun en aquellos países cuyo porcentaje de indígenas es menor que el 10 %

B. — En el continente que estudiamos, se advierte un ostensible afan de mostrar preocupación nacional por alfabetizar y educar al adulto. Más hoy día que en 1940. El ejemplo de México, las enseñanzas de educación fundamental diseminadas por la Oficina de Educación de la O. E. A. y por Unesco contribuyen a dar actualidad al problema. Pero son precarios todavía los resultados.

En Ecuador, la Unión Nacional de Periodistas y la Liga Alfabetizadora se han hecho cargo de la campaña. En Honduras, un Consejo Nacional ad hoc, creado por Decreto Supremo (noviembre 3 de 1950) ha dispuesto la formación de Centros de 4 categorías : *a*) estatales, con maestros pagados por el Ministerio de Educación ; *b*) dependientes del Ministerio de Guerra ; *c*) bajo la tuición del Ministerio del Interior y ; *d*) a cargo de entidades particulares. Da como resultados de sus esfuerzos la disminución anual de 1,3 % de su analfabetismo.

México posee la Dirección General de Alfabetización y Educación Extraescolar,

(4) Domingo F. Sarmiento : *De la educación común*.

que tiene a su cargo los Centros de Alfabetización y las Misiones culturales. En 1950 trabajaron en éstas 494 misioneros en equipos compuestos de un jefe, una asistente social, una enfermera y partera, un perito agrícola, un técnico, un maestro de música, un constructor, un maestro de artesanías, uno de mecánica y un perito en recreaciones culturales. Las misiones son urbanas y rurales; estas últimas enfocadas exclusivamente hacia el indígena. Como un centro más, funciona el Instituto de Alfabetización para indios monolinguos (que desconocen el castellano) y que hay que enseñar en su propio idioma o dialecto. (Se cuentan más de 50 entre unos y otros.) Esta labor ciclópea realizada por México lleva cerca de 30 años de experiencia y, sin duda, es el ensayo más difundido de educación de adultos. Hay más : el decreto del Presidente Avila Camacho del 4 de Agosto de 1944 obligaba a todo adulto letrado a enseñar a leer y escribir a todo analfabeto entre los 6 y los 40 años. Naturalmente, el decreto ha sido más la enunciación de un generoso anhelo que una obligación cuyo incumplimiento fuese sancionado de verdad.

De mucho mayor alcance aparece la acción alfabetizadora del Brasil. La inició en 1947 y le asignó el 25 % de los fondos nacionales dedicados a enseñanza primaria. En 1950 sumaron 60 millones de cruceiros. Sus 15.200 cursos tuvieron ese año una asistencia de 800.000 alumnos. — 1.500 proyectores de cine ; 12.000 películas educativas, 225.000 diarios murales y 6 millones de libros de lectura repartidos en estos años, dan muestra de su intensidad.

C. — En todas las reseñas de los sistemas pedagógicos latinoamericanos, se menciona la etapa preescolar : Jardines de niños, Centros parvularios, Escuelas Montessori, Kindergartens, etc., pero casi ninguna indica cuál es la relación numérica entre los asistentes a ellos y a la primaria. Al parecer, grupos pequeños que acaso no alcancen al 1 % de los párvulos las frecuentan. Son los más ricos o los más pobres : los que pueden pagar los estipendios de matrícula y atenciones diversas, y los que se envían a las obras de asistencia social en los que tales centros están incluídos, sobre todo en el medio proletario urbano. Funcionan otros a cargo de las autoridades docentes ordinarias, en casi todas las escuelas normales y como centros de observación o experimentación pedagógica, incluso en algunas universidades ; pero en 1950 — como 15 años antes — su número es aún muy reducido.

A la etapa primaria de la mayoría de nuestras naciones, puede aplicarse con veracidad la terrible estadística mundial que nos entrega Unesco en su «Examen» (5). De 10 niños, 5 no asisten a la escuela ; 4 se hallan en la etapa elemental y sólo uno continúa estudios postprimarios.

En casi todas las repúblicas, la responsabilidad de la instrucción primaria la asume el Estado, excepto en Colombia en donde un concordato del siglo pasado entrega su tuición a la Iglesia católica. En las que son federales, los egresos se reparten entre el Gobierno central y el de las provincias. En todas, la ley determina la obligación de frecuentarla ; en ninguna se hace efectiva, porque las autoridades no proveen escuelas suficientes para todos. Son uniformemente gratuitas ; pero al mismo tiempo las leyes autorizan la existencia de escuelas privadas y las subvencionan pródigamente, de tal modo que concluyen por existir dos sistemas : el de la primaria estatal o provincial para los pobres y la escuela privada y casi siempre de carácter confesional para los vástagos de familias pudientes. La escuela común, en el sentido norteamericano y democrático, todavía es una aspiración. Los sistemas que más se acercan a realizarla son los de Uruguay, Costa Rica y Argentina.

El avance de la Iglesia católica en materias docentes y en especial en la rama primaria ha sido formidable en este último decenio. Las dictaduras militares han buscado y encontrado en la Iglesia el beneplácito de sus regímenes, ofreciéndoles en cambio su apoyo en las esferas didácticas. En Argentina, cuyo sistema fué laico hasta el advenimiento de Perón, las escuelas se entregaron a la vigilancia católica en tal forma que había que mostrar que se era una prosélito observante para recibir un

(5) World Survey, ya citado. Pág. 19.

nombramiento de maestra ; en el Perú, las escuelas católicas están ampliamente protegidas y subvencionadas y la formación del magisterio entregada casi exclusivamente a la Iglesia. En Chile, su proporción ha crecido desde el 23 % en la década del 30 hasta el 28, 5 % actual. Se las protege ahora subvencionándolas con el 50 % del costo fiscal por alumno. En Colombia, la nueva Constitución Política de 16 de febrero de 1945 establece en su Art. 41 : « Se garantiza la libertad de educación. El Estado tendrá la *inspección* superior y la vigilancia de las instituciones de enseñanza públicas y privadas para asegurar el cumplimiento de los objetivos culturales sociales y el mejor desarrollo intelectual, moral y físico de los estudiantes. La educación primaria será gratuita en los establecimientos del Estado y obligatoria en el grado que determine la ley ».

El fenómeno que los técnicos denominan escala de deserción de la escuela primaria, no ha tenido en esta última década mejoría visible. Los alumnos que completan su ciclo primario no sobrepasan el 6 % de los inscritos en el primer año, aun en aquellos países que más atención le prestan. He aquí las cifras de algunos entresacadas del « Examen » citado. Obsérvese que la mayor la da Puerto Rico, cuyo sistema escolar ha estado bajo la influencia norteamericana :

	Argentina	Brasil	Costa Rica	Puerto Rico	Venezuela
Total de als. en c. primarias	2.210.062	4.208.280	106.356	340.004	552.756
En I año	993.651	?	39.549	81.195	230.132
En VI año	145.491 = 6,6%	85.158 = 2 %	5.443 = 5,1%	35.480 = 10,4%	24.862 = 4,5 %

Si una proporción mayor que el 50 % de la población infantil no recibe instrucción alguna sistemática y del otro 50 % apenas termina su ciclo primario el 5 o el 6 %, la cultura general ambiente tiene que resultar bajísima. Los estudios que se limiten a indicar el número de analfabetos y no hagan mención de estas otras cifras de deserción no permiten extraer conclusiones valederas sobre el progreso didáctico de un pueblo. Y no olvidemos que las democracias operan con buen éxito sólo en aquellos países de cultura ciudadana amplia y uniformemente repartida. Acaso en esta falla, además del analfabetismo, resida una de las múltiples raíces de las dictaduras americanas.

D. — El Seminario Interamericano de Educación Secundaria realizado en Santiago de Chile en los últimos días de 1954 y los primeros de 1955, nos brindó abundantes documentos para el análisis de este capítulo de los sistemas docentes. El folleto (Documento 3 en español) titulado « Estado actual de la educación secundaria en América Latina » facilita una visión de conjunto muy eficaz, aunque incompleta, porque algunos estados no respondieron a tiempo las encuestas preliminares.

¿ Progresos desde 1940 ? Dos parecen dignos de destacarse : ciertas reformas en los programas de los establecimientos secundarios de tipo académico y la expansión de las escuelas medias de carácter técnico y profesional.

México, Perú y Chile han procedido una vez más a revisar los programas humanísticos, con ánimo de concluir con la rigidez, uniformidad y enciclopedismo de los planes antiguos, y de ofrecer al alumno posibilidades de una mejor exploración de sus propias aptitudes, mediante cursos optativos y actividades electivas.

La reforma del Perú (Resolución Suprema de 9 de Mayo de 1955) añade a esas finalidades la de articular mejor los diversos tipos de segunda enseñanza concentrándolos en uno sólo de los establecimientos « centrales », de los que se ha construído ya magníficos edificios en Lima y en algunas capitales de provincias.

El movimiento llamado de « renovación » en Chile aspiró a realizar algo más que una reforma de programas y métodos : modificar sus objetivos y por lo tanto el espíritu mismo de esta etapa didáctica. Obstáculos derivados más de procedi-

mientos que de doctrina han disminuído la influencia saludable que pudo tener.

El hecho de que en todas nuestras repúblicas abunden los intentos de esta especie es muy significativo. Según el opúsculo de la O. E. A. anteriormente citado (6), en los últimos años se cuentan 8 intentos en México, 14 en el Perú, 5 en el Uruguay, 10 en Venezuela. Ninguno llega, sin embargo, a atacar la esencia misma de la insatisfacción pública : el liceo como instrumento de educación de una « élite » ha dejado de tener razón de ser. El advenimiento en gran escala de las masas populares a las ventajas de la educación, el crecimiento de la clase media y su ascendente importancia dentro de la dirección de la cosa pública, fuerzan en todas partes las puertas de la segunda enseñanza y colman sus aulas de un caudal de alumnos de la más variada extracción y movidos por los más dispares anhelos. Lo que el público denomina problema de las humanidades es muchísimo más que eso : es el de la orientación total de la adolescencia, para la cual urge abrir nuevas formas de acceso a la vida cultural.

En el fondo, ésta es igualmente la causa del auge que han experimentado en los últimos años los planteles secundarios de tipo no humanístico (7). El muchacho aspira a algo más que a concluir su escuela primaria. Sabe que con ella como único bagaje sus expectativas de superación no son amplias. Y acude a toda clase de colegios de enseñanza media. Añádase, que las necesidades de la lucha por la vida han hecho disminuir el prejuicio de antaño en contra de las carreras no académicas y que la industrialización que inician estos países les ofrecen oportunidades de trabajos técnicos de que antes carecían.

Todo, pues, parece concitarse para que se intenten reformas que no tengan por miras sólo el liceo humanístico, sino la enseñanza media en su totalidad.

Este cambio revolucionario, y a nuestro juicio indispensable, se estrella por un lado contra el conservatismo clásico de los grupos académicos y por el otro con el más alto costo de mantenimiento que significa un colegio integral. Tal como la escuela primaria incompleta supervive aún en países tan ricos como los Estados Unidos, porque su costo es mínimo, asimismo los colegios humanísticos perdurarán aún porque son los menos onerosos, los que dan una apariencia de cultura con el menor número de elementos didácticos.

E. — Referirse a la vida universitaria de esta última década sobrepasaría con mucho la extensión de estas ya prolongadas líneas. Me limitaré sólo a señalar la influencia deletérea ejercida sobre ella por ciertos regímenes políticos. En Argentina, sobre todo, la intervención estatal en las cátedras trajo aparejado un descenso notable tanto en sus actividades docentes como en los institutos de investigación pura.

Demasiado visible para no ser mencionado es el hecho de la insuficiencia de sus recursos frente a las necesidades ascendentes de la población escolar que se agolpa ante sus puertas. ¿ Es posible y deseable admitir a todos los jóvenes que, provistos de su título de bachiller, intentan cursar estudios superiores ? Sus recursos están limitados por los presupuestos que les asigna el gobierno ; carecen de rentas propias suficientemente amplias como para diversificar sus carreras y crear nuevos y abundantes institutos. Y sin embargo, los países requieren con urgencia mejores y más médicos, más enfermeras sanitarias, más técnicos en muchas especialidades.

F. — Este rápido panorama adolecería de mayor esquematismo si no hiciéramos mención de un factor que, a nuestro entender, ha influído en esta última década en grado sobresaliente en el desarrollo de la educación en América Latina : la ayuda pedagógica internacional desarrollada al amparo de las Naciones Unidas por Unesco, en primer lugar, en seguida por algunas

---

(6) *Estado actual de la educación secundaria en la América Latina*, O. E. A., Washington, Pág. 41.

(7) He aquí algunas cifras sobre este aumento. En Chile, en 1930 la matrícula de los liceos ascendía a 35.292 y la de los colegios no humanísticos a 180.80. En 1950 las cantidades subían a 77.482 y 68.371, respectivamente Mientras la matrícula de los primeros se duplicó, la de los segundos se multiplicó tres veces y media.

de sus agencias especializadas como FAO y la Oficina Internacional del Trabajo, entre otras ; después por la Oficina de Educación de la Unión de Estados Americanos (OEA) y en menor escala y con fecha más reciente por la Organización de Estados Iberoamericanos. Sus congresos, asambleas, mesas redondas de expertos, dan actualidad e importancia a los problemas pedagógicos, los presentan a la opinión pública aureolados del prestigio de lo internacional, llaman la atención sobre ellos a las clases dirigentes. Por otra parte, los maestros, gracias a esas reuniones, pueden considerar los interrogantes que les preocupan desde miradores más amplios que los de su propio territorio, darse cuenta de que muchos de esos problemas no les son peculiares, sino que se presentan con minúsculas variantes en casi todos los pueblos hermanos. Alienta y estimula el conocer las fórmulas con que se les trata de solucionar en otros países, y aun enseña el fracaso, porque se pueden ventilar objetivamente sus causas.

A los seminarios, congresos y asambleas hay que añadir las publicaciones editadas por los organismos internacionales. En este decenio, tales aportes han sido magníficos y sobrepasado con mucho el nivel alcanzado en períodos anteriores.

Desgraciadamente, sus consecuencias prácticas no son tan visibles, por ahora. Sus recomendaciones no alcanzan a mover la acción de las autoridades. Incluso las conclusiones de los congresos de ministros de educación no han tenido mayor validez. La extrema movilidad gubernativa o la falta de una base democrática sólida convierte a los ministros en aves de de paso. Se ha dado el caso de que cuando regresan de una reunión internacional, ya han dejado de ser ministros. Sufrimos a la vez de afán de improvisación y de falta de respeto por lo que otros han iniciado. Hay, otrosí, un divorcio entre lo que sostienen los grupos avanzados de educadores y lo que ejecuta el gobierno y lo que en su diaria rutina practica el común del profesorado.

A estas dificultades de progreso, parece añadirse otra surgida en los últimos años : un viraje de objetivos en las agrupaciones magisteriales. En casi todos nuestros países existieron desde principios de siglo, con el propósito de avocarse al estudio de los problemas didácticos, y durante la segunda y tercera década influyeron en su progreso y alcanzaron el reconocimiento del público. En los años últimos, su atención se ha desviado de esos objetivos primeros para tener como fin principal el mejoramiento económico de sus asociados. De entidades para el mejoramiento de la educación se han transformado en sindicatos para mejorar la situación del profesor.

Naturalmente, este fenómeno puede ser transitorio. Alcanzado un reconocimiento económico, tal vez los organismos de maestros vuelvan a colocar en el primer plano de su atención el progreso de la educación misma y no la dejen — como está sucediendo en estos momentos — al sólo estudio de los especialistas.

No queremos terminar esta breve e incompleta reseña con notas pesimistas. El progreso jamás ha avanzado en frentes compactos y parejos. Se manifiesta en atrevidas puntas de lanza que por su misma velocidad y longitud hacen aparecer más atrasada la retaguardia. Y esas puntas de lanza son visibles en el panorama de la educación en América Latina. Las que llevan el rótulo de las organizaciones de las Naciones Unidas y de la Organización de Estados Americanos alcanzan una importancia y trascendencia desconocida en las décadas anteriores.

AMANDA LABARCA H

Surgimiento del nacionalismo continental

POR ANTENOR ORREGO

El nacionalismo continental americano que surge, como brote incipiente, a comienzos del siglo pasado y que se encuentra ya en avanzado proceso de madurez histórica, aguarda sólo su culminación política y jurídica en un gran estado mundial. El despliegue de esta realidad desde sus estadios iniciales abraza, hasta la fecha, una trayectoria de un poco más de cien años. Este nacionalismo americano no tiene ninguna característica explosiva y negativa, como el europeo, que sumerge al Viejo Mundo en una caserna guerrera, precipitándolo en las dos últimas guerras, cuyas irradiaciones catastróficas las sufrió el planeta entero. Es un nacionalismo afirmativo, vital, positivo en todas sus facetas. Es el reencuentro consigo mismo de un Continente enajenado, evadido de su destino propio. Es el descubrimiento de sus valores originales, fundamentales y universales como pueblo que se apresta a ingresar en el vasto proceso creativo de la cultura humana. Este nacionalismo continental — que hay que distinguir cuidadosamente de aquél otro : chauvinista, deflagrante, fomentado y sostenido por los intereses comerciales y crematísticos de las clientelas rivales en los diversos países — tiene dos raíces principales que han convergido, como fuerzas complementarias, para forjarlo en el Nuevo Mundo. La una, proveniente, digamos, de la periferia continental que opera como necesidad dialéctica de la historia contemporánea. La otra, que emerge de la entraña misma de la vida americana y que es una fuerza interna que opera desde dentro y que ha comenzado su afloramiento, como fenómeno visible, a partir de 1914, más o menos.

Hemos tratado ya de la primera en otra ocasión. Sólo haremos aquí un rápido extracto precisando los conceptos capitales para lograr la ubicación exacta del tema. Trataremos, con más insistencia, de la segunda, aunque también en esquema sumario para ceñirnos al espacio disponible. Esta segunda raíz hasta hoy no ha sido advertida en sus verdaderas implicaciones, ni justipreciada en sus trascendental alcance, circunstancias ambas que han dado lugar a confusiones deplorables

Dialéctica histórica

Al quebrarse la última gran unidad cultural de la antigüedad con el abatimiento del águila imperial de Roma, el área

europea de su dominio se atomiza con la irrupción de los bárbaros. Recae incidentalmente en las antiguas ciudades estados de Grecia, en zonas como Italia con las repúblicas de Venecia, Florencia, Génova, Milán y, además, en algunas ciudades alemanas. Pero, especialmente, se disgrega en la proliferación de los pequeños estados feudales que abraza el entero continente europeo. El torreón y la almena fueron todo el castillo feudal. El castellano era el *señor* en el sentido más lato : administraba la espada, la horca y la economía, que constituían los signos y los instrumentos efectivos de su dominio. Sabemos que la monarquía fué, entonces, sólo una abstracción moral o jurídica y que el soberano monárquico era tan abstracto y tan débil que su actitud habitual era defensiva, frente a las insolencias y a los latrocinios de sus « vasallos ». Recordemos, de paso, la pugna entre los reyes franceses y los poderosos duques de Borgoña, entre otros. El localismo provincial o parroquial constituyó una etapa necesaria y lógica dentro del proceso de la cultura occidental. Entonces el mundo europeo no pudo ser sino localista y provincial. El organismo político europeo debía comenzar, pues, por la célula política y jurídica que es la parroquia o la comarca feudalista.

Con el hundimiento del sistema feudal comienza la era de los nacionalismos y, también, la de la monarquía. A la unidad celular de la parroquia sucede una unidad de más amplio circuito : *la unidad de la nación.*

Mas, la modalidad política de la Edad Medida debía prolongarse hasta más allá de la Revolución francesa, no obstante haberse constituído, desde hacía varias centurias, casi todas las nacionalidades europeas. En verdad, el espíritu del castillo feudal, trasvasándose a la monarquía personalista y al absolutismo del derecho divino de los reyes, cayó sólo como estructura formal con la Bastilla. El *Estado soy yo*, pasó a ser, el *Estado es la Nación.* Es ya el nacionalismo europeo que destaca netamente sus perfiles, pero es un nacionalismo que todavía, en esencia, no ha rebasado la angostura del espíritu feudal, no obstante la tremenda conmoción revolucionaria.

Desde entonces acá toda la cultura occidental, políticamente, ha sido una cultura nacionalista, y el patriotismo europeo no tiene aún otro sentido que el de la restricción localista. La parroquia medioeval se prolonga, un poco más dilatadas sus fronteras, hasta nuestros días. El objetivo paneuropeo de Napoleón choca contra el espíritu de la parroquia feudal, convertida en monarquía legitimista, y ella es hasta el presente el gran obstáculo para la unidad política, jurídica y económica de Europa. El nacionalismo estrecho de cada país arrastró al mundo a las dos guerras últimas. La pugna presente de Europa es la pugna desgarrada de sus nacionalismos negativos y restrictivos. Jadea entre la energía gravitante de su pasado histórico, que aún persiste, y las fuerzas dinámicas y creadoras del porvenir. El patriotismo parroquial feudalista forcejea, con trágico patetismo, por convertirse en nacionalismo paneuropeo.

Ya Guillermo Ferrero apuntaba que el nacionalismo europeo no sólo era parroquial en el sentido político, sino también en el sentido geográfico o territorial. Basta viajar, expresaba el publicista italiano, un breve lapso de tiempo en Europa para que el paisaje, la forma de gobierno, la lengua, la religión, las costumbres, la raza y el espíritu cambien de un modo radical.

Efectivamente, de París a Berlín, a Londres o a Roma hay más distancia psicológica que de México a Buenos Aires y más extensión histórica, política y aún etnológica — aunque esta afirmación última parezca un tanto inexacta si no se tiene en cuenta la nivelación étnica general que está produciendo el mestizaje — que entre el río Bravo y el Cabo de Hornos. Mientras en Europa la frontera es *natural* porque obedece a determinado sistema orgánico y espiritual, en América Latina es una simple convención jurídica, una mera delimitación arbitraria que no se ajusta a las conveniencias y necesidades políticas, ni a las realidades espirituales y económicas de los Estados. Mientras en Europa los *pueblos* originan y construyen los *Estados*, en América Latina el *pueblo* es una gran unidad y los Estados son meros cortes o circunscripciones artificiales. Mien-

tras pueblo y Estado en Europa son casi sinónimos, porque hacen referencia a las mismas realidades, porque éste es la traducción política y jurídica de la estructura económica, etnológica y geográfica de aquél, en América Latina pueblo y Estado tienen un sentido diferente y, a veces, hasta antagónico, porque el Estado es una simple convención que no designa una parcela sustancial de la realidad. En Europa, el Estado fué una fuerza unificadora y constructiva : ejemplo patente de ello es la constitución de la monarquía francesa, que ligó los feudos dispersos y rivales en una entidad política vigorosa. En América Latina es una fuerza atomizadora y disgregante. Las diferencias entre los países latinoamericanos son tan mínimas que no logran nunca constituir unidades separadas como en el Viejo Mundo. De norte a sur constituyen, en realidad, un solo pueblo con la misma fisonomía y pulsación vitales.

Así se comprende que mientras el nacionalismo parroquial en Europa tiene que vencer formidables barreras naturales, históricas y etnológicas para superarse y hacerse nacionalismo paneuropeo, en el nacionalismo lugareño de América, el patriotismo restrictivo de cada Estado no tiene ningún obstáculo *natural*, tradicional o atávico para ascender y alcanzar un nivel superior.

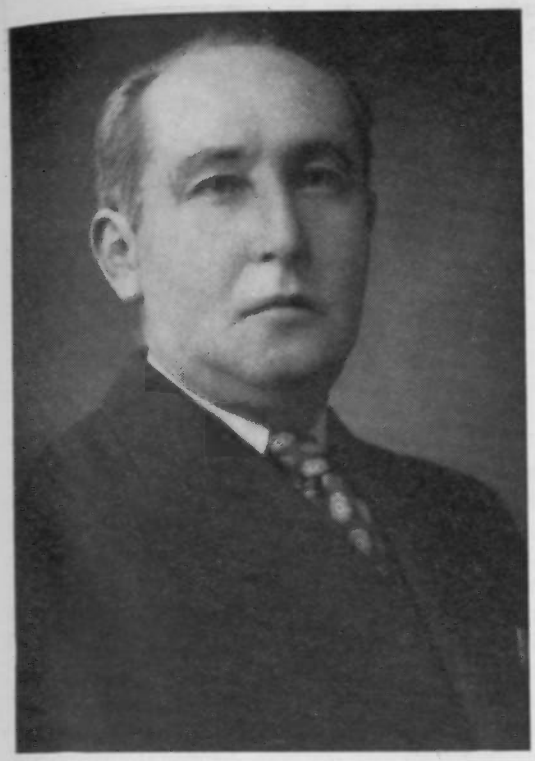
En Europa, hasta cierto punto, el nacionalismo de visión estrecha es el resultado de un sistema orgánico de coordenadas históricas, raciales, económicas, geográficas. En América Latina es el engendro del caos, del mundo inferior y abisal, de la ausencia de un gran estilo político constructor que sea consciente de los supremos objetivos continentales.

Hubo un momento en la vida del Viejo Mundo en que el nacionalismo monárquico desempeñó una gran misión histórica y, por eso, sus raíces más profundas están sumergidas en la savia biológica de su crecimiento. Como el feudo, la nación fué una realidad educadora y constructiva, afirmó los valores peculiares de cada país y constituyó una etapa necesaria de la cultura europea. En el Nuevo Mundo, el nacionalismo parroquial es extranjero y foráneo, es ilógico y *antinatural*, es una redundancia y, por ende, un retroceso de la historia, un paso regresivo. Es la escurraja o el material de acarreo que el remedo servil e irracional de la vida europea nos impuso. Si en Europa la pugna de los nacionalismos es una tragedia conmovedora porque encierra todo el drama de su pasado hacia el cual se vuelve como la mujer de Lot ; en América es una estólida ceguera y un crimen inexcusable contra el porvenir. Sólo para el villano y el siervo de la Edad Media resulta una paradoja hablar de patriotismo continental, porque es un concepto que cae fuera de sus realidades económicas, políticas y sociales ; así como para el chauvinista contemporáneo, usufructuario de las banderas nacionales, resulta también paradójico que se hable de un nacionalismo americano de más amplia envergadura.

Del nacionalismo europeo al nacionalismo continental latinoamericano hay la misma distancia que del sepulcro a la cuna, del pasado al porvenir, de lo abolido y muerto a lo que está en plena vigencia histórica y en toda su poderosa ascensión vital, porque es el único nacionalismo constructivo en la época contemporánea. El uno, es el *De profundis* de una tumba ; el otro, es la diana de un nacimiento.

En unas cuantas palabras se puede trazar un esquema que es, de por sí, elocuentísimo para América Latina : *Nacionalismo lugareño, regresivo, antidialéctico ; nacionalismo atómicante y parroquial a la europea. O nacionalismo continental, unitario, constructivo y de más ancha pulsación cultural y humana.*

A fines del siglo XV tuvo que liquidarse la forma feudal de la soberanía y la célula estrecha de la ciudad-estado italiana para alcanzar la forma más amplia de la nación y de los Estados nacionales. A mediados del siglo XX, el mundo se encara ante el imperativo histórico de romper las restricciones de las soberanías nacionales para alcanzar una unidad política y jurídica superior, para abordar la soberanía de los Pueblos Continentes, o las grandes unidades de los *estados mundiales* que se perfilan ya en el universal y actual horizonte



ANTENOR ORREGO

de la historia. El órgano político de la nacionalidad debe convertirse en el organismo político y jurídico del *Estado-Continente*, en la vigencia histórica del *Estado-mundial*, como la hicieron los cuarenta y ocho estados norteamericanos después de la guerra de Secesión. Este ejemplo es de una evidencia edificante para nosotros

Atomismo, integración

Esclarezcamos, ahora, la segunda fuerza que origina este nacionalismo continental.

Se ha solido mirar el fenómeno de la independencia política de América Latina, como un reflejo de los acontecimientos que se produjeron en Europa, movilizados, a su vez, por las nuevas corrientes de pensamiento que se suscitaron desde mediados del siglo XVIII. A lo sumo, se concedía que fuera una derivación natural y lógica de la revolución norteamericana. Una suerte de contaminación psicológica, o de proliferación de una casi epidemia microbiana. El *morbo revolucionario* de la época fué elevado a la categoría de factor histórico creador y decisivo. Otros escritores establecieron la secuencia de la Revolución francesa, que, en cierto respecto, sería la proyección europea de lo que ocurrió en Estados Unidos y que se articuló patética y profundamente en la alocución de Lincoln en Pittsburg. A renglón seguido, otros publicistas señalaban, como causa principal de la rebelión *hispanoamericana*, de nuevo, el contagio de las ideas de los enciclopedistas, a través de los intelectuales y criollos que se encontraban anhelosos de arrancar el poder a la metrópoli y ejercerlo ellos mismos, declarando la independencia política de sus respectivos países o zonas coloniales.

Para darse cuenta cabal de la falsedad de este criterio bastaba considerar que, bajo el frondoso verbalismo jacobino de los discursos políticos, mimetizado en América con tan pródigo y cálido tropicalismo, lo que en realidad se consolidó fué un feudalismo despótico y oligárquico. Tanto o más irritante cuanto que el régimen colonial, porque se inauguró con la pomposa hojarasca léxica que, en cada período, remataba con las palabras en mayúscula : *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. So capa de la proclamación de *los derechos del hombre y del ciudadano*, en América se mantuvo y, aun se agravó, en ciertos aspectos, el opresivo régimen económico, político y social de la Colonia. Las resonancias de este hecho todavía las están sufriendo en carne viva todos nuestros países. Las clientelas oligárquicas o plutocráticas — que en el ejercicio del mando supremo se creen aún, por derecho propio y *hereditario*, los núcleos gobernantes providenciales de nuestras repúblicas — y los personalismos castrenses dictatoriales, son la prolongación de la obra de esos sedicentes caudillos que afirmaban, en todo momento, inspirarse en los objetivos y en el ideario del enciclopedismo francés. Son estos mismos capitanes de opereta los que no comprendieron el noble espíritu y la acción continental de Bolívar, verdadera antena luminosa de nuestro destino y en el que se encarnó, por vez primera, *el sentimiento*

de unidad hemisférica, como un todo indivisible, frente a la atomización política y espiritual de Europa. Son estos mismos hombres los que lo entorpecieron sistemáticamente hasta arrancarle, ya casi moribundo, esas palabras lapidarias que continúan aún resonando, como eco acusatorio, desde los picachos de nuestras montaña andinas : « *He arado en el mar* ». La falsa expresión teórica del movimiento de independencia política ha costado a nuestros pueblos torrentes de sangre, más de un siglo de turbulencia anárquica y facciosa y, de hecho, ha impedido hasta nuestros días, la sólida estructuración de una democracia indoamericana, con efigie y médula histórica propias, como en Estados Unidos, que no necesitaron mimetismo alguno para conformarse orgánicamente y ser ahora una fuerza histórica prepondesante y rectora en el mundo contemporáneo.

La falsa designación de las verdaderas realidades de un pueblo lo conducen fatalmente a la confusión, a la duda y al desorden. Los hombres y los pueblos que viven mintiéndose a sí mismos, acaban por creer en sus propias falacias. La vida pública se convierte entonces en una farándula grotesca en que el bufo más cínico y desvergonzado asume el papel de director de la farsa. De esta equivocada designación del movimiento de independencia americana arrancó todo el falseamiento de nuestra democracia posterior. Comenzamos mintiéndonos teóricamente y el lenguaje político de nuestras repúblicas se convirtió en un guirigay ridículo y contrahecho de embustes ideológicos.

Esta visión superficial de la revolución de la independencia, era consecuencia lógica de un concepto entonces generalizado de la historia humana. Creíase que la historia de Europa era un centro absoluto del mundo y que los acontecimientos de los países « coloniales » no eran sino la versión automática, simiesca, epidémica de los movimientos y acontecimientos europeos. En una palabra, los pueblos coloniales, pueblos « inferiores » y subalternos estaban invalidados para tener *historia propia* y, por lo tanto, historia que fuera la versión directa y genuina de sus realidades privativas. Mucha culpa de la afortunada resonancia de este tópico despectivo, la tuvo Hegel que lo echó a circular cuando dijo : « Lo que ahora acontece aquí (en América) no es más que el eco del Viejo Mundo y el reflejo de ajena vida » («Filosofía de la Historia Universal »).

Aparte otras consideraciones, los historiadores olvidaron una gran verdad que fué precisada magistralmente y con extraordinaria penetración por Miguel de Unamuno a principios de este siglo. Nos referimos a lo que el pensador español llamó la *intrahistoria*, esa realidad invisible y, sin embargo, maciza y poderosa que emerge de las entrañas de un pueblo, que corre en los estratos más hondos de los acontecimientos externos y acaba por modelarlos e imprimirles su genuina y auténtica significación humana. Esta significación se traduce en el pensamiento, en el arte, en la acción de sus grandes hombres y constituye, a la postre, la veraz y fidedigna historia, porque brota de la intimidad cotidiana del hombre común, de esas corrientes vitales y subterráneas que palpitan en su alma y que suelen pasar inadvertidas para el teorizante apresurado o para el profesor de oficio.

Miremos, desde este foco, lo que ocurrió con la revolución de la independencia.

Hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX alborea ya un nuevo espíritu de unidad en los pueblos de América, cuyo sentido más fértil y profundo ha necesitado la perspectiva de más de un siglo para hacerse ostensible y evidente a nuestros ojos. Cada día se destaca con más precisión y arroja sobre acontecimientos, escenarios y personalidades una iluminación esclarecedora y definitiva. En realidad, este sentimiento de unidad comienza a germinar desde los primeros días de la Conquista como reacción al dominio metropolitano que, con frecuencia, se torna insolente y opresivo. Además, tiene una raíz más lejana en la conciencia de haber creado las dos más grandes culturas originales del hemisferio, sin aportación ni colaboración directas, emanadas de los otros Continentes. Caso único y asombroso en la historia cultural del hombre.

Al comienzo, este sentimiento insurgió a la conciencia americana de un modo vago, como una leve vivencia sumida en la penumbra, pero que estaba firmemente asentada en la zona emotiva del hombre americano de esa época, sin alcanzar a perfilarse todavía con claridad lógica y despierta. *Por vez primera apunta el sentido continental de nuestro destino, como un todo histórico y espiritual indivisible.* Esta realidad que reviste importancia trascendental no habría podido lograrse, ni plasmarse, como motor dinámico, sino por la Conquista y a través de la conquista europea.

Sin embargo, este designio capital, por una de las tantas y aparentes paradojas históricas, se mantiene, por lo pronto, soterrado, invisible, *camuflado*, diríamos, pues la vida colonial inmediatamente cae en un aislacionismo casi absoluto. Sin duda este estado de cosas convenía a la Metrópoli para el mejor más completo dominio de un tan vasto imperio colonial. Ciertamente, lo fomentó, si no deliberada, indeliberadamente, por un instinto espontáneo de gobierno a través de la acción tácita y continua de los funcionarios, muchos de los cuales, en puridad, eran buenos ejemplares de *animales políticos*, para usar la expresión clásica.

Rotas las dos grandes unidades culturales de la antigua América que se articularon en México y el Perú, por la colisión con Europa, el sentimiento y la realidad geográfica y política de la América colonial se atomizan, se hacen parroquiales, localistas, no empece la unidad de dominio opresivo ejercido desde Madrid. Cada comarca no mira sino a sí misma, su visión no tiene más alcance que el estrecho ámbito de sus intereses y preocupaciones inmediatas. Horizonte bien pequeño y mezquino que se agota en querellas egoístas de bandos rivales, en intrigas de trastienda y en conjuras familiares de capuletos y montescos coloniales. Vida vegetativa, chata, espesa, insular, sumida del todo en nimias vanidades o en las broncas pendencias para ganar la prioridad en la extorsión del indio. Ha desaparecido del escenario americano la posibilidad de que surjan esas grandes personalidades constructoras, como Manco Cápac, como Moctezuma, como Pachacútec, como Túpac Inca, capaces de mirar panorámicamente la vida del Continente o, por lo menos, extensas áreas geográficas, susceptibles de coordinación unitaria y la posibilidad de forjar así *estados universales* más dilatados, para emplear la frase de Toynbee.

Es la disgregación de un mundo que había logrado ya articularse culturalmente y su retorno al caos, desde donde había emergido tras de esfuerzos milenarios. Las dos grandes unidades culturales del Continente fueron precedidas de pequeñas unidades parciales, como las culturas Chavín Tihuanaco, Nazca, los Chancas, los Mochica, los Chimús, etc., en el Perú ; y como los Mayas, los Toltecas, Aztecas, etc., en México. La doble constelación mexicano-andina se rompió para siempre en su estructura morfológica y con ella la posibilidad de que se organizara la vida continental entera alrededor de estos dos potentes focos culturales. La cultura europea vino a superponerse por la fuerza, como una capa extraña y superficial, sobre un mundo radicalmente ajeno, distinto y antagónico. La cultura invasora no pudo permanecer indemne sumergida en este caos disgregativo a lo largo de la vida colonial. Las dos grandes capitales de la Colonia, México y Lima, son dos « ciudades alegres y confiadas » para usar la expresión benaventina, cuya vida entera se desenvuelve en medio de festejos bizantinos, saraos pomposos, intrigas palaciegas, cortesanas y eclesiásticas, sin grandes preocupaciones, ni inquietudes espirituales y culturales. Las corrientes culturales europeas se deformaron, de hecho, y sólo fueron en América débiles y mezquinos ecos de la Metrópoli. Es la pura existencia de campanario, reducida a su más estrecha y parva significación.

Tras de la disgregación colonial, América tenía que buscar otra unidad que diera nuevo sentido integral a su destino y que fuera, a su vez, el vehículo de una excelsa misión universal ulterior, si aspiraba a incorporarse, como valoración genuina, a la órbita común de la cultura humana.

BOLIVAR

Este nuevo equilibrio cultural no podía plantearse en los términos antiguos, ni podía tener carácter sectoral, segmentario, como lo fueron los anteriores. No en vano había ingresado al Continente un nuevo factor que era una fuerza histórica formidable. En realidad, era todo el Occidente que se incorporaba al Nuevo Mundo buscando una nueva y más dilatada encarnación espiritual y humana. El aislamiento paradisíaco de las « Indias Occidentales » había terminado y su presencia era reclamada por el mundo como un decisivo factor integrante del nuevo amanecer de la historia al que se encaminaba la humanidad. Era, además, el grandioso escenario en que se ubicaba la esperanza del hombre para ensayar y, tal vez, realizar los sueños de justicia, de libertad y de belleza que acariciara en sus momentos más lúcidos.

El choque con Europa al destruir las antiguas culturas, había hecho posible una nueva y unificada expresión del Continente. Una vez más se cumple aquello de que los pueblos suelen extraer su grandeza de sus mayores catástrofes. América debía ser la forjadora de una expresión cultural suya, original y auténtica.

Este es el mensaje que recoge la generación de la independencia americana. En la conciencia iluminada de los progenitores de la revolución palpita este requerimiento histórico en los instantes fulgurantes de su pensamiento y de su acción. Esta circunstancia explica la consagración total de sus vidas hasta el sacrificio más extremado, como en Bolívar y San Martín, que fueron los mártires de la unidad americana.

Cuando insurge la generación de la Independencia, en toda el área geográfica de América, ha aflorado hacia la superficie de la vida hemisférica una realidad continental de alcance trascendente, que venía gestándose en la *intrahistoria* del Nuevo Mundo. Tras del choque de dos orbes culturales absolutamente diferentes, comenzó a generarse una zona de fusión y de síntesis a través del mestizaje de ambas progenies y, también, de la otra, la negra, que vino después. Es la *zona vital* de la Nueva América, en que se unifican los antagonismos continentales que parecían irresolubles. Este es el estrato en que se resuelven, polarizándose en un nuevo equilibrio articulado y unitario, las tremendas tensiones anteriores. Esta es, también, la zona en que América podía forjar una nueva unidad cultural, es decir, en que podía reencontrarse de nuevo el Continente, enajenado, evadido de sí mismo por más de trescientos años. Es la zona en que América comienza a tener conciencia alumbrada de sí misma, conciencia del nuevo destino que la historia le depara.

Bolívar es el primer hombre que tiene conciencia traslúcida de esta realidad, gracias a su genial clarividencia. Por esta razón, no se afana en buscar fundamentos ideológicos al movimiento en las ideas circulantes del enciclopedismo, sino en expresar, a través de su pensamiento, y en lograr a través de su acción como estadista, el sentido de la unidad continental que la percibe con agudísima visión. De allí su vivo anhelo para lograr la formación de la Gran Colombia y para la estructuración de un gran Estado, más al sur, con Perú y Bolivia. Ambos propósitos se frustraron porque triunfó el mimetismo rutinario y atomizante de Europa, que convenía más a las rivalidades y ambiciones mezquinas de las oligarquías criollas y a los caudillos cuartelarios, incapaces de mirar la realidad americana desde un plano más elevado.

Fué Bolívar el primero en considerar el hemisferio americano como un todo indesligable. A esta idea se debió la convocación del Congreso de Panamá, asamblea anfictiónica que debía articular la unidad política, económica, jurídica y diplomática del Continente, *como un poder de la libertad de los pueblos que contrapesara el poder opresivo y disgregante del Viejo Mundo.*

Cuando el creador de la Gran Colombia pensó en su lecho de muerte que había arado en el mar, estaba mirando, sin duda, el panorama suicida de dislocación en que cayó todo el Continente latinoamericano, tras de la victoria de la independencia. Suicida porque debía propenderse hacia la unificación, que era la realidad *intrahistórica* más profunda, como reacción a la insularidad anterior, y que debía tener como base inicial la formación y articulación de grandes nacionalidades. Abrumado por la angustia de este espectáculo, absurdo, anárquico y terrible, a la vez, que era la frustración de su más iluminada clarividencia de estadista, tuvo que pensar que era « uno de los tres más grandes mentecatos de la historia » al proponerse una faena que no comprendieron sus contemporáneos. Con el corazón desgarrado, el héroe tuvo que asistir al rebajamiento de la causa americana hasta el menguado nivel de una lucha de facciones que sólo miraban sus ambiciones y los intereses personales que estaban envueltos en ellas.

El surgimiento

En realidad, el primer resultado inmediato de la independencia política era una traición al sentido histórico más hondo del destino continental.

Nuestros países perdieron la primera oportunidad que les ofrecía la historia para constituírse en uno de los platillos de una poderosa balanza de poder espiritual y político, que fuera, al mismo tiempo, factor colaborante y determinante de la cultura mundial que comenzaba ya a gestarse desde entonces. Cayeron nuestros pueblos en lo peor que pudo haberles sucedido una vez rotos los lazos con la Metrópoli española : *conformarse política, jurídica y económicamente bajo el modelo convencional y arbitrario de la Colonia,* desmenuzándose en pequeñas repúblicas « *independientes* » que reprodujeron, con algunas variantes más fraccionadas todavía, en algunos casos, las demarcaciones administrativas y burocráticas que trazó e impulsó la inepcia de la monarquía madrileña.

La acción inmediata de esta trayectoria hacia la unidad hemisférica no podía ser otra que la independencia política. Había que romper la osatura anquilosada de la Colonia para dejar libres los cauces de expresión que tendría que crear la nueva realidad espiritual americana que estaba surgiendo. Las causas *cercanas* de la Independencia, que fueron más bien pretextos, meras coyunturas favorables para la acción, hay que señalarlas, claro está, en la revolución norteamericana, que obedeció, también, como la nuestra, a esa recóndita realidad *intrahistórica* que palpitaba en todo el Nuevo Mundo, y esta circunstancia explica que se haya anticipado a las revoluciones europeas, especialmente a la Revolución francesa, que fué, a su vez, otro pretexto para nuestra transformación política. Las otras coyunturas o causas cercanas están determinadas, sin duda, por las nuevas ideas del siglo, por los métodos opresivos del poder español, por la realidad económica y social de las colonias, por las reivindicaciones políticas de los criollos, por la descomposición y decadencia de la monarquía española, por la falta de sentido político y de gobierno de la Corte de Madrid, etc. Empero, la médula capital y subyacente ; la que moviliza con ímpetu flamígero a la generación entera es ese sentimiento interior, recóndito, casi místico, que se acaba de subrayar y cuyos primeros destellos inequívocos sólo debíamos percibirlos un siglo más tarde y se percibirán aún con mayor diafanidad en los siglos venideros.

Efectivamente, hacia 1914, en que la primera guerra mundial opera como fuerza histórica catalítica —¡ nada más que como fuerza catalítica ! — porque el proceso espiritual americano había alcanzado ya su

madurez, surge en toda América un movimiento intelectual, cultural, político y artístico, de inspiración y creación auténticamente nuevas. El Continente comienza a salir de sus evasiones anteriores en busca de sí mismo, en busca de sus expresiones genuinas y originales. Para corroborar este aserto, basta estudiar con penetración la obra de las nuevas personalidades americanas, las corrientes, escuelas y orientaciones recientes en el arte, en el pensamiento, en la literatura, en el modo de ver su realidad, cuyas sedes espirituales y cuyas fuentes de inspiración ya no están exclusivamente en París, ni en Madrid, ni en Londres, ni en Berlín, ni en Roma, sino en la propia vida americana, pero no en la América pretérita y sepulcral, sino en la nueva América de hoy.

La generación de la Independencia abrió la brecha para esta faena decisiva, aunque sus objetivos inmediatos, como mera inducción histórica, pero no como impulsos creativos, fueron los que suelen mencionar los historiadores. De ella debe decirse, con sentido más trascendente y profundo, que fué la anunciadora, la precursora de una América que enajenada, evadida de su propio destino, emprendió, al fin, la trayectoria — la suya y no la ajena — que ha de conducirla victoriosa al reencuentro pleno de sí misma.

Creemos que sólo bajo esta nueva luz se comprende con claridad cabal las multiformes consecuencias, las resonancias a lejana distancia histórica y las implicaciones vivientes y más profundas de la gesta libertadora. Llegada la hora del destino, todo el Continente de Norte a Sur, incluyendo también a Estados Unidos, se estremece como sacudido por una potente fuerza anímica que coordina totalmente su voluntad y su capacidad energética de lucha. Esa portentosa uniformidad en el impulso operante de una generación entera, esa radical y abnegada consagración de todos sus gestores, no pudo tener su raíz sino en los estratos más soterrados y fundamentales de la vida continental en lo que tenía de específica y genuina con respecto a los otros pueblos de la tierra. Sin esta maduración espiritual previa no habrían tenido ninguna repercusión ni las ideas de los enciclopedistas, ni la Revolución francesa, ni ninguna otra causa que suele señalarse como determinante de nuestra revolución. *América tenía su propia realidad y su propia historia.* Sólo así se explica, también, la grandeza suprema y heroica de las personalidades que dirigieron, organizaron y encabezaron la acción histórica de nuestros países en ese momento. Detrás de un Bolívar y de un San Martín, cuya grandeza y formato humanos pueden competir con los de los más grandes conductores de los otros pueblos, hay evidentemente una realidad profunda y recóndita que los genera y de la cual ellos son su más alta y nítida expresión. No podían haber surgido jamás del acaso y menos de una realidad artificial que suele verse como simple reflejo de otras realidades extrañas. Con la revolución de la Independencia, a pesar de no haberse cuajado en sus más hondas y significativas consecuencias, América da el paso inicial para encontrarse a sí misma en toda su poderosa y ulterior gravitación histórica y humana.

El panorama que acabamos de trazar, en rasgos tan someros, constituye la trama viviente de ese nacionalismo continental americano que estará al servicio del hombre de todas las progenies y de todos los pueblos del orbe. Esa es su misión, puesto que la nueva vida del Continente surge de un apretado nudo planetario y porque tiene sus raíces ahincadas en el seno universal de la tierra. Es un nacionalismo para la libertad y la justicia y no para la opresión del mundo ; un nacionalismo en que se afirma un nuevo humanismo de la historia sin discriminación alguna de razas o de creencias. Tal como lo soñaron los hombres oprimidos de Europa en el trance del descubrimiento de la nueva tierra, en la cual ubicaron los falansterios y las utopías liberadoras del futuro. Nada más grande puede sucedernos a los americanos que estar a la altura de este sueño.

ANTENOR ORREGO

AMERICA

Geografía política

POR SALVADOR PINEDA

DESDE el punto de vista del idioma y la geografía, no existe más que una realidad : la América Latina ; pero política o socialmente se puede hablar de dos Américas frente a frente : la heroica y la literaria, la de la historia y la de la cultura, la que tiene nombres célebres y la que ostenta títulos novelescos, la que se expresa en la letra muerta de los tratados y la que se manifiesta en la conciencia viva de los pueblos.

Los contrastes no pueden ser más claros : una, por estar muy apegada a la realidad, se define en hechos, y la otra, demasiado entregada a los principios, se justifica en ideas ; pero de todos modos, ambas se contraponen entre sí formando las dos caras del destino : el anverso y el reverso de la medalla, como quien dice. Sin embargo, no quiere eso decir que se excluyan completamente, sino que más bien se diferencian en los detalles : es una diversidad dentro de lo uniforme, si cabe la expresión.

Lo cierto es que la América histórica se integra como una lista de honor que va de lo excelso a lo grandioso personificando la libertad, desde Sucre, Santander y Morazán hasta Morelos, Bolívar y San Martín. La América intelectual, en cambio, que no por eso deja de ser heroica, se manifiesta en ideales y rebeldías encarnando la dignidad, desde Martí y Sarmiento hasta Montalvo, González Prada e Ingenieros.

A veces, por la suerte de las armas, el sentido heroico degenera en situación militar y llega a formar escuela en nombre de los hechos consumados : Rosas, Francia, García Moreno, Juan Vicente Gómez y Estrada Cabrera. Todos se parecen entre sí por el uniforme y la fisonomía ; mejor dicho, por la manera de mandar y el modo de perpetuarse, supuesto que ejercen el poder en nombre de una casa y no del pueblo, gobiernan con el sable y no con la razón. Aunque se pongan entorchados y títulos rimbombantes, les vienen bien cualesquiera de estos títulos de novelas : *El feroz cabecilla, El hombre de hierro, Inquisidor mayor, El hombre malo, El tigre, Hombre de la situación, El tirano Aguirre.*

El panorama se puede representar así : *Dolorosa y desnuda realidad, Tierra de jaguares, Generales y Doctores, Ruta de sangre, Hombres y rejas, Tierra de lobos, Lanza y sable, Sangre en el trópico.* Las frases que se estilan son más o menos de este tipo : *Fabla salvaje, Memorias de un semibárbaro, El puño del amo, Un muerto a puntapiés, Una vida bajo la tiranía.*

El paisaje se reconstruye en esta forma : *Cementerio sin cruces, La bola de sangre, La garra roja, El matadero, La cruz de la espada, La palma del cacique, La prisión, A fuego lento, Los fusilados, Las lanzas coloradas.* Exponentes nominales de esta sangrante literatura son, por ejemplo, Arguedas, Uslar Pietri, Wast, Aguilera Malta, Ramos, Blanco Fombona, Palacio, Mirtha Brunet, Loveira, Cestero, Echevarría, García Calderón y Silverio Boj ; pero se debe a

Sarmiento el título más certero : *Civilización o barbarie.*

Afortunadamente, la América literaria alcanza proyecciones civiles en nuestros días : se apellida Rojas en Argentina, Arciniegas en Colombia, Gallegos en Venezuela, Freyre en Brasil, Haya de la Torre en Perú y Natalicio González en Paraguay. ¡ Qué forma más honrosa de llamarse para ser bandera popular ! Por lo menos, eso demuestra que en América la lucha es hoy igual a la de hace más de un siglo : libertad contra tiranía, independencia contra coloniaje, civilidad contra caudillismo.

Sin embargo, el asunto no puede prestarse a confusiones : libertadores son los que redimen patria y contribuyen a forjar la conciencia americana ; dictadores los que se oponen de plano a toda idea de progreso ; aquéllos se anticipan al porvenir a base de intuiciones geniales y éstos se aferran al pasado por ignorancia, en nombre de los intereses creados. De ahí que jamás puedan convivir ambos dentro de la historia americana porque invariablemente se presentan como un dilema : la pluma o la espada, justicia o arbitrariedad, respeto a la vida humana o crímenes proditorios.

Es tal la desfachatez imperante que muchas veces la cosa se presta para graves ironías : ciertos gobiernos — los de facto, sobre todo — tienen siempre a flor de labio esta palabra : democracia. La mencionan a cada paso para tapar sus desmanes o encubrir sus aviesos fines ; pero jamás la practican y tienen buen cuidado de impedir que arraige en sus dominios. Antes bien, procuran desplazarla a otros sitios para verla, a distancia, como « rara avis », impropia del clima de intolerancia y opresión en que ellos se pavonean.

Cuando la prisión es norma y el destierro sistema y la libertad está proscrita, no les queda a los ciudadanos más recurso que emigrar y andar errantes por el mundo, en tanto llega la hora de la revancha pública. El desterrado viene a ser, entonces, un individuo a quien le quitan el suelo bajo los pies y queda suspendido en el aire, hasta el grado de que llega un momento en que no se sabe qué es más : si un hombre sin tierra o un hombre sin patria.

Bastan unos cuantos títulos de novelas para formar la antología del exilio : *La Patria perdida, Desterrados, La raíz errante, Exodo, Memorias de un perseguido, Desertores, Encrucijadas, La cautiva* y *Las noches lúgubres.* Teodoro Torres, Quiroga, González, Jurado, Herrera y Alberto Romero son, entre otros, autores representativos de este género en que cuentan más la víctimas que los verdugos.

Sin embargo, en la realidad los dictadores se equivocan redondamente, porque a los ciudadanos se les puede quitar el suelo que pisan, pero nunca la devoción por la patria, cuya imagen llevan siempre consigo como estímulo en la lucha. A la postre, las cosas se traducen en su contra : el exiliado vuelve sobre sus pasos a reconquistar perdidas posiciones y restablecer el imperio de la legalidad en nombre de la justicia.

Es entonces cuando surgen esos tipos de novelas revolucionarias que huelen más a pólvora que a romance. Sus mismos títulos son de por sí literatura de combate, signo de agitación : *Grito de gloria, Los insurgentes, La rebelión de los colgados, Los legionarios, Sol de justicia, La venganza de la gleba, Viva la libertad, Jornadas de agonía.* No cabe duda que Azuela, Traven, Muñoz, de la Fuente, Herrera, Acevedo Díaz, Blym, Capdevilla y Manuel Gálvez han escrito magistrales páginas de la revuelta popular ; pero Luis Alberto Sánchez lo ha dicho con gráfica exactitud en el simple rubro de uno de sus libros : *El pueblo en la revolución americana.*

A decir verdad, América deja de ser simple novela de antología para convertirse en geografía política mediante unos cuantos títulos librescos. La geopolítica, en estas condiciones, ha venido a ser en América técnica al servicio de gobiernos de facto, capacidad para decretar destierros y arte menor de proscribir libertades.

El miedo a la libertad

El panorama político de América no deja de ser desolador : pese a que se proclama a los cuatro vientos que éste es el siglo de la libertad, algunos pueblos viven todavía bajo el yugo de la opresión sin que los individuos puedan trabajar en paz ni pensar con independencia. ¿ No es eso oponerse de plano a la integración

SALVADOR PINEDA

americana y a la solidaridad continental ? Como las dictaduras están al día, todo se resuelve localmente, a golpes de espada o de metralla, hasta fragmentar el mapa en pequeñas satrapías que cada vez compiten más en el arte de torturar y oprimir.

Los periodistas independientes conocen bien su lado flaco y las atacan por donde más les duele : ahí precisamente donde les lastima el pueblo y les estorba la opinión. Por eso reaccionan en forma virulenta contra la prensa y mandan clausurar, sin más ni más, los órganos periodísticos que no se pliegan a sus caprichos ; pero como no quieren que trasciendan sus desmanes, invocan el sentimiento nacionalista para que todo quede en familia. Hasta han asimilado a su jerga política esta frase corriente : la ropa sucia se lava en casa. Lo malo no está en eso, sino en que luego invierten la oración por pasiva : afuera que digan lo que quieran ; pero adentro, ni una palabra. Eso se llama hablar con seguridad, sobre todo cuando se tiene la sartén por el mango, ¡ y pobre del que se atreve a contrariar sus órdenes o a oponerse a su voluntad !

No hay manera de que corrijan motu proprio sus procedimientos atentatorios ; pero no deja de hacerles mella la actitud valiente de quienes se atreven a condenar sus atropellos y a luchar sin descanso contra su influencia perniciosa. Germán Arciniegas, por ejemplo, ha reunido pruebas suficientes para llamarlos a cuentas y hacerlos comparecer ante la justicia ; su informe contiene testimonios tan veraces y objetivos, que los mismos aludidos no se han atrevido siquiera a contestar. El escritor colombiano ha hecho una denuncia formal de lo que ocurre en la América Latina y de ahí el éxito creciente de su libro *Entre la Libertad y el Miedo*, cuya circulación aumenta en la misma proporción en que lo prohiben.

En vano han pretendido evitar su entrada en ciertos países : se lee clandestinamente y se comenta en secreto ; duerme bajo las almohadas, pero durante el día pasa de mano en mano y el nombre de su autor sirve de santo y seña en la lucha subterránea. Son páginas tan sugerentes y atractivas, que permiten sacar en limpio esta conclusión : la pelea que hoy se libra entre la libertad y el miedo, explica el drama sangrante de la América Latina. Los contrastes se pueden marcar así con meridiana claridad : mientras los mandatarios civiles — en México sobre todo — basan el prestigio de su investidura en el respeto a los fueros de la persona humana, los que detentan el poder pretorianamente no pueden ocultar su miedo a la libertad y la restringen con energía o la destierran de plano por temor a sus consecuencias.

Es curioso observar cómo alternan en América los que encarnan la libertad y los que personifican el despotismo : los gobiernos democráticos se rigen por la ley y la voluntad de las mayorías ; los goberantes de facto, en cambio, no admiten limitaciones en sus actos y resuelven las cosas como les viene en gana. La violencia es su norma y el atropello su ley, y como sienten aversión por todo lo popular no hay manera de hacerles entender que la autoridad no se impone con las armas sino por la ascendencia moral.

Con este alegato en favor de la libertad, Arciniegas ha conseguido una cosa estu-

penda : que se entienda bien que los regímenes dictatoriales no son sólo males que afligen localmente a los países que los padecen, sino amenaza continental por las proyecciones que pueden tener sobre los pueblos libres. En efecto, los dictadores no se conforman con lo que tienen, y tratan a toda costa de extender su influencia más allá de las fronteras para asegurar su predominio y asimilar a sus métodos lo que más puedan.

Aunque tienen saldos de sangre a su favor, los dictadores se presentan como amigos de la paz y caudillos del pueblo ; pero no tardan en descubrir sus aviesos fines y en poner en práctica sus verdaderos planes : persecuciones y destierros, muertes y aprehensiones, golpes de estado y amordazamientos de la prensa libre. Como son semejantes en estructura e iguales en propósitos, se dan la mano unos a otros para ayudarse mutuamente en la tendencia generalizada de matar ideas y fusilar conciencias. ¡ Qué no dieran, después de todo, por extinguir cualquier manifestación del pensamiento y todo signo de rebeldía !

Es realmente curioso observar lo que ocurre ahora en el continente americano : en algunas naciones la palabra libertad se grita a voz en cuello, anda suelta por la calle sin que nadie la detenga o la impida transitar ; en otras partes, en cambio, la tienen encarcelada, fuera de toda circulación o proscrita de plano del lenguaje político. La libertad parece entonces personaje de novela policíaca ; la persiguen día y noche sin darle tregua ni descanso ; corre de aquí para allá, demacrada y ojerosa, escondiéndose entre escombros y tinieblas. A veces, le dan golpes mortales, pero vuelve a levantarse y algunos atrevidos le protegen la retirada sin que sus perseguidores logren darle muerte.

De cualquier modo, perseguida o victoriosa, la libertad está en todas partes como sentimiento o realidad. En cada nación toma la forma de bandera : cuando emerge en el espacio es signo de paz y tranquilidad ; pero cuando la arrían del asta hay motivo de alarma y zozobra : volverán a oficiar las espadas y hay que prepararse para la muerte o el destierro. La libertad tiene dos formas de vida : vive en el aire como bandera o está en la cárcel como afrenta : cuando flota se vive conforme a la ley, en un régimen de derecho ; cuando la aprisionan se resiente la crueldad y el menosprecio.

El panorama de América se puede resumir en dos palabras : dictadura o democracia, civilismo o régimen pretoriano. Los sistemas alternan, conforme a la tesis de Arciniegas, con trágica continuidad : gente buena y sencilla frente a gente de mano dura ; el gobierno del pueblo ante el Estado gendarme. El drama se reduce, en estas condiciones, a dos personajes esenciales : pueblo y dictador ; a veces habla el primero en nombre de la justicia y en ocasiones el segundo tiene la palabra por el derecho que da la arbitrariedad ; pero siempre, con razón o sin ella, uno está contradiciendo al otro, y no se requieren muchos esfuerzos para saber cuál de los dos será el que ría el último.

Es incuestionable, por lo tanto, la existencia de dos Américas : la visible que es la oficial y la invisible que es la del pueblo Ambas alternan sucesivamente : ésta se expresa en forma clara y sencilla por boca de sus voceros : « Menores males causa a la República el abuso de las libertades ciudadanas que el más moderado ejercicio de una dictadura » ; aquélla, por el contrario, tiene siempre a flor de labio esta negra consigna : « Delante de las ametralladoras el silencio se hace profundo ».

¡ Cuántas cosas no sugiere el mapa de América Latina ! Plagado de situaciones dramáticas y hechos truculentos, ese vasto escenario puede servir de tema para escribir una novela fundamental con este título : el miedo a la libertad. Podría incluso llevar como epígrafe este párrafo del libro de Arciniegas : « Dentro de la misma América en que se mueve un puñado de dictadores, hay vastas zonas luminosas. Y en todo el continente, al fondo, está el pueblo, que el día en que se exprese puede ser hoguera purificadora o claridad. En todo caso, allí está el huevo de luz de ese mañana que siempre flota enigmático en el lenguaje de los latinoamericanos ».

SALVADOR PINEDA

B.D.I.C

GABRIELA MISTRAL

Premio Nobel de Literatura 1945

GABRIELA MISTRAL, *nombre literario de Lucila Godoy Alcayaga, nació en Vicuña, pueblo cercano a La Serena, en el norte de Chile, el año* 1889.

Se dedicó a la pedagogía, carrera de esfuerzos en todas partes, y de muy grandes sacrificios en América Latina.

Su aparición literaria data de 1915. *La joven maestra presentó unos poemas a los Juegos Florales de aquel año, en Santiago, capital de su patria. Obtuvieron el primer premio. Se titulaban « Los Sonetos de la Muerte ». El día de la entrega del galardón literario, Gabriela estaba entre el público, asistiendo a la ceremonia como espectadora, mientras otra persona, designada por ella, recibía el premio.*

La modestia y cierta forma de timidez, de fiera timidez, han sido siempre características de Gabriela Mistral, cuyo pseudónimo acusa dos de sus pasiones más determinantes : la naturaleza y la poesía. Ella misma nos ha contado cómo admiraba a Federico Mistral — el autor de « Mireya » y « Calendal » — y al viento, el mistral, que azota los campos y barre las nubes en el sur de Francia.

« Los Sonetos de la Muerte » no sólo indican la aparición y el primer triunfo

de Gabriela, sino que marcan época en las letras chilenas, a partir de entonces — y antes, con Pezoa Veliz — liberadas de antiguas trabas. Gabriela colaboró en Los Diez, *revista memorable en los anales literarios de Chile : de ella nacen o con ella se reafirman los más grandes escritores de ese país, a comienzos del presente siglo : Pedro Prado, Augusto d'Halmar, Rafael Maluenda, Fernando Santiván, etc.*

En 1922, *Gabriela Mistral, después de duras luchas espirituales contra el ambiente aún demasiado cargado de prejuicios de su tiempo, salió a México, invitada por José Vasconcelos. Ese mismo año, don Federico de Onis propiciaba, desde la Casa hispánica de la Universidad de Columbia, en Nueva York, la primera colección de versos de la poetisa :* Desolación.

A partir de entonces, la vida de Gabriela Mistral ha sido un continuo vaivén. Nombrada cónsul de su país, ha recorrido Europa y América, con estancias más o menos largas en España, Portugal, Francia, Escandinavia, Italia, Estados Unidos, México, Brasil, Cuba, Puerto Rico, y breves visitas a gran parte del resto del mundo. Sólo ha vuelto a su patria en dos oportunidades : en 1939 *y en* 1954, *ambas veces por muy breve tiempo. Sin embargo, lleva el canto de Chile y, con él, la voz de América, donde quiera que va.*

Alternando prosa y verso, Gabriela Mistral publicó entre 1923 *y* 1945 *numerosos* Recados, *título simple que daba a sus envíos a revistas y diarios del Continente. Si el verso de Gabriela, patético, aunque despojado de retórica, sacude por su simplicidad, su prosa posee un rango especial, mezcla de llaneza y de implícito barroquismo ; la prosa más semejante a la de Martí, el cubano, sin que ello implique imitación : coincidencia de caracteres impares, paralelo ineludible.*

Después de publicar pequeños libros de poemas para niños, Gabriela Mistral recogió su segunda cosecha en Tala, *lanzado por la revista* Sur *de Buenos Aires, en* 1939. *El verso se ha simplificado más aún, y utiliza el difícil y antirretórico eneasílabo, predilecto de Caro, José Asunción Silva, Lugones...*

En 1945, *la Academia Sueca de Letras concedió a Gabriela Mistral el Premio Nobel de Literatura, honor jamás discernido a escritor latinoamericano alguno, ni repetido desde entonces. Poco después, un jurado chileno le concedió el Premio Nacional de Literatura. En* 1954, *tras de largo silencio, sobrecargado de meditaciones, penas y triunfos, Gabriela publicó una nueva colección de versos :* Lagar.

Alta, robusta, de enérgicos trazos ; estatua viva, coronada por una cabellera cana, peinada sencillamente hacia atrás ; vivos aún los ojos ayer aquilinos ; generosa, cordial, apasionada, sincera, Gabriela Mistral es la única escritora latinoamericana que ha recibido el más alto homenaje mundial, el Premio Nobel. No se ha ensoberbecido. En medio de su apoteosis cabría pensar acaso que podía repetir ahora aquellos desgarrados versos de su primera hora :

Padre nuestro que estás en los cielos
¿ Por qué te has olvidado de mí ?

Pero esta sentidora de la muerte y el dolor tiene todavía derecho, pese a su victoria, a recitar la vieja estrofa : destino de poeta y de profeta, destino de Gabriela Mistral.

L. A. S.

BERNARDO A. HOUSSAY

Premio Nobel de Medicina 1947

BERNARDO A. HOUSSAY, el sabio que puso « a la Argentina en el mapa mundial de la fisiología », es sin duda la figura científica más notable de la Argentina de hoy.

Biólogo formado a través de los estudios médicos, como la gran mayoría de los biólogos argentinos, Houssay inició muy joven una carrera científica brillante, que culminaría con la obtención del Premio Nobel. Nacido en Buenos Aires el 10 de abril de 1887 de padres franceses, se formó en un ambiente familiar culto : el padre era abogado y profesor de francés y de latín en el Colegio Nacional Central. Después de cursar estudios secundarios en el Colegio Británico, ingresó en la universidad, graduándose de farmacéutico en 1904 y de médico en 1911. A los 25 años inicia su carrera universitaria como profesor de fisiología en la Facultad de veterinaria de la Universidad de Buenos Aires, pasando en 1919 a ocupar la catedra de fisiología de la Facultad de Medicina.

De este período es su fugaz paso por la clínica médica, ejercida con buen éxito, y algunos años de actividad científica (1915-1919) en el Instituto Bacteriológico. Y cuando en 1920 es designado director del Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina y profesor con consagración exclusiva, puede decirse que se inicia en la Argentina una nueva era en los estudios biológicos, que se incorporan y contribuyen en forma decisiva al progreso científico del país.

Con la labor de Houssay y de sus discípulos, el Instituto conquistó un prestigio científico de renombre universal y la fisiología adquirió en la Argentina un extraordinario vigor y desarrollo. En 1943, cuando el gobierno dispuso la cesantía de un grupo de intelectuales, entre los cuales figuraba Houssay, firmantes de un manifiesto en el que se expresaban anhelos de democracia efectiva y de solidaridad americana, surgió por obra de una iniciativa local, a la que luego se agregó una importante ayuda de la Fundación Rockefeller, una institución científica privada : el Instituto de Biología y de Medicina Experimental, que Houssay y sus colaboradores convirtieron pronto en un importante centro de estudio y de investigación. En sus comienzos el Instituto contó con pocos elementos de trabajo, pero con un personal extraordinario por su valor científico y su fibra moral : cinco exprofesores de fisiología, tres titulares (Houssay de Buenos Aires, Lewis de Rosario,

y Orías de Córdoba, este último lamentablemente fallecido en 1955, *sin llegar a ver la recuperación del país) y dos suplentes (Braun Menéndez y Foglia) ; y es cuando, como dice uno de ellos, se lanzan a redactar el tratado ya clásico :* Fisiología humana *« confiando al papel impreso la vocación didáctica que no podíamos ejercer de palabra ».*

Desde entonces el Instituto continuó su labor, incluso en 1945 *cuando Houssay por muy breve lapso retornó a la cátedra. Hoy mismo, reincorporado definitivamente a la vida universitaria, Houssay continúa investigando con sus discípulos y colaboradores, entre los cuales cuenta siempre con estudiosos extranjeros, en esa benemérita institución que soportó los largos años de la dictadura.*

Houssay fué un investigador de múltiples problemas fisiológicos, abarcando sus trabajos científicos todas las ramas de la fisiología. Ya en el Instituto Bacteriológico realizó valiosas contribuciones al conocimiento de las ponzoñas de las arañas y de las serpientes venenosas, mientras iniciaba las investigaciones que más tarde le darían celebridad mundial : el estudio e investigación de la acción de las sustancias del lóbulo posterior de la hipófisis sobre las fibras lisas, la respiración, la diuresis y la función galactógena. Al mismo tiempo que estudiaba la pluralidad de funciones regidas por la hipófisis, se inició en la cirujía hipofisaria experimental, perfeccionando su técnica hasta un virtuosismo tal que le permitió alcanzar resultados científicos de gran importancia.

Su descubrimiento del efecto de la extirpación de la hipófisis sobre el curso de la diabetes pancreática y sus estudios acerca de la regulación del metabolismo del azúcar, modificaron el concepto de la patogenia de la diabetes, mostrando el juego de múltiples factores, no exclusivamente pancreáticos, en la producción de la enfermedad. Estos descubrimientos y estudios, con sus consecuencias y derivaciones, dieron a Houssay fama mundial y le valieron la máxima distinción para un hombre de ciencia : el premio Nobel de Medicina y Fisiología que se le otorgó en 1947, *poco después de su segunda cesantía como profesor universitario.*

En otros campos de la fisiología se ha destacado la obra de Houssay y de sus colaboradores : acción de la hipófisis anterior en la ovulación del sapo hembra y en la citología testicular del macho ; estudio del mecanismo humoral de la hipertensión, de gran importancia en el problema de la hipertensión de origen renal, etc.

Gran número de distinciones ha recibido Houssay en su carrera : miembro de numerosas academias nacionales y extranjeras ; doctor « honoris causa » en más de veinte universidades, entre ellas la de Oxford ; miembro honorario de varias decenas de sociedades científicas y laureado con numerosos premios, además del Nobel : las medallas Banting (Estados Unidos) y Baly (Inglaterra), y los premios Cook (Australia) y Mickle (Canadá).

Al lado de su obra científica cabe destacar la labor de Houssay como organizador y propulsor de la investigación científica. A su iniciativa se debe en 1920 *la fundación de la Sociedad Argentina de Biología, con filiales en Rosario y en Córdoba ; en* 1933 *funda y organiza la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias ; e incansablemente, en escritos y conferencias, se ha ocupado en todo lo referente a la investigación científica : su naturaleza, su importancia social, los medios para intensificarla, sus relaciones con la universidad, la formación de investigadores, etc.*

Personalidad bien definida, de él ha dicho Alfredo Sordelli, otro eminente científico argentino : « Todo el que haya tenido ocasión de conocer a Houssay y su obra, sabe que no es igual al resto de las gentes, que algo muy particular lo distingue, y él ha sido fiel a esa su propia naturaleza, recia, recta e idealista, y por ello ha alcanzado las alturas desde donde se ve más y mejor la verdad ».

JOSÉ BABINI

El indio en nuestra literatura

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE MUSÉE

POR LUIS E. VALCARCEL

HAY una Teoría del Indio Americano que evoluciona en el trascurso de los cuatro siglos últimos. Comienza con la idea de su infrahumanidad, sostenida por Ginés de Sepúlveda, para atenuarse con la de su naturaleza humana inferior. Lo defenderá Bartolomé de las Casas, fundado en su inocencia de niño, en su permanente minoría de edad, que necesita de amparo y tutela. Más tarde el hombre de ciencia lo identificará con el tipo universal del primitivo, de mentalidad prelógica, para llegar en nuestros días al reconocimiento pleno de su condición humana, sin recortes ni reservas. Mas, no se alimente la ilusión de que las etapas anteriores han sido superadas, porque tal cosa resulta desmentida cuando se observa el trato que recibe de los no indios, el cual varía desde la actitud primera de considerar al nativo americano como bestia y proceder con él en consecuencia, hasta la política protectora o filantrópica que tiende a la legislación tutelar y al patronazgo. Se requerirá mucho tiempo para que penetre en la conciencia de la mayoría la noción moderna del Hombre que ha enunciado la Antropología Cultural.

El prejuicio de raza no ha sido aún desterrado y menos todavía el prejuicio de cultura. Siguen siendo la raza blanca y la cultura occidental los arquetipos de excelencia, fuera de los cuales todo es barbarie y savajismo. No hay un cielo para los hombres de color ; está cerrada la primera fila para quienes no están incorporados a la Civilización con mayúscula. La estratificación social no se ha resquebrajado aún y en el mundo internacional siguen llevando la voz cantante los tipos de piel clara y con talonario de cheques de un banco de Nueva York.

Sin embargo, algo se mueve en dirección contraria.

Sea cualquiera la posición que se tome frente a la Teoría del Indio Americano, precisa determinar cómo aparece en la literatura y si su presencia influye en algun sentido. ¿ Impulso creador ? En qué medida. No sólo en nuestra literatura continental, sino en la europea la aparición del indio tiene señaladas repercusiones. Bastaría citar los nombres de Rousseau, Voltaire, Montaigne, Chateaubriand, aparte de los utopistas y de la posterior tendencia de que es un epigono Marmontel. Y frente a ellos, exaltadores del *bon sauvage*, se yerguen los que lo denigran y hallan todo lo americano abominable por monstruoso (hombre, animales, plantas, cielo y tierra).

La idea de Hombre Americano para Europa se estereotipó en la figura del caribe, feroz, antropófago, salvaje cien por ciento, sin otro atuendo que su desnudez,

sin dios ni ley ; hombre virginal, desde otro ángulo, de alma buena no corrompida por la civilización, tan libre como el viento, tan sano y tan puro como la naturaleza de que era fruto. Por un lado, espantable ; por otro, digno de envidia. Frente a él, reacciona el teólogo reputándolo creación diabólica, puesto que no se podía probar su entroncamiento con Adán y Eva. Horrorizaba su idolatría, su ignorancia del verdadero Dios. En cambio, el filósofo imaginaba que este hombre descubierto en América era la vera efigie de la criatura recién salida de las manos del Creador, no pervertida, no degenerada por los males de la sociedad, por el flagelo de la civilización. La literatura osciló entre ambas concepciones.

Cuando el conquistador español descubre los grandes imperios azteca e inca, se enfrenta a un problema nuevo. Peruanos y mexicanos son gentes distintas a las que habían tratado en las Antillas ; formaban pueblos con « pulicia », es decir, con instituciones, con organización, que habían dado un fruto visible en el aspecto material : encontraban ciudades de admirable arquitectura, templos, palacios, fortalezas, caminos, canales de riego, campos adecuadamente cultivados, variedad de productos alimenticios, artes desarrolladas en el tejido, en la cerámica, en la metalística, muestras indudables de refinamiento, vida cortesana, lujo y esplendor, todo aquello formaba un mundo muy distinto al del caribe, pese a que estos hombres de la meseta de Anahuac o de la costa y la sierra peruanas, parecían de la misma raza, cobriza, roja, oscura, de cabellos lacios. Se parecían también en ciertas predilecciones y caracteres como la pintura corporal, las deformaciones físicas, los adornos nasales y auriculares, los ornamentos de plumas, de conchas marinas, de semillas, la idolatría, la ignorancia del verdadero Dios, el analfabetismo...

Era tarde para que en Europa cambiase el estereotipo del hombre americano. Seguiría siendo como fué concebido en los primeros días de Colón. A pesar de que no sólo se difundía la noticia de aquellos fabulosos países del oro y de la plata, sino que se daban a conocer por la imprenta las minuciosas descripciones de los cronistas hispánicos, que muy puntualmente ofrecían un cuadro completo de las altas culturas indígenas. Era inútil, el americano no era de otro modo que como su imagen primera : *sauvage*.

Avanzando los tiempos, el nativo de este continente pasó a la condición de explotado, de siervo y aun de esclavo. Sufrió tanto que muchos sacerdotes tomaron a cargo su defensa, su paternal protección, desde Tata Vasco de Quiroga y Bartolomé de las Casas hasta Buenventura de Salinas, provocando una corriente pro-indígena que se ha prolongado hasta nuestros días.

Este ardoroso apostolado por la justicia y la humanidad había de transformarse en una actitud moral constante a todo lo largo de la vida americana : si primero fué el indio el símbolo de toda opresión, más tarde había de serlo el mestizo, el criollo, el blanco, el negro, los hombres de todos los colores, todos los desheredados, proletarios y hambrientos, la inmensa humanidad explotada. Pero fué el indio americano quien había de dar un impulso creador a la literatura, concentrando en sí la tristeza, la nostalgia, el sufrimiento, así como la protesta y la rebeldía. Aparecería en el poema, en la novela, en el cuento, en el ensayo, en el drama. Con los más variados acentos, desde el romántico más tierno y plañidero hasta el de crudo realismo, desde la lamentación hasta la imprecación. Cientos, miles de volúmenes, forman el caudal bibliográfico de la literatura en que el nativo americano pasa por la escena como protagonista o en el coro. Hay, como es de suponer, la más diversa calidad en tan copiosa producción. Obras maestras de todos los siglos, como *La Araucana* de Ercilla o el *Tabaré* de Zorrilla de San Martín. Poemas dramáticos como el *Ollantay* atribuído a Antonio Valdés y el *Nuevo Ollantay* « titán de los Andes » de Ricardo Rojas, Aciertos poéticos como los de José Santos Chocano o profunda poesía india como la de César Vallejo. En la novela, la precursora Clorinda Matto de Turner con *Aves sin nido* y aquellas de difusión mundial como *El Mundo es Ancho y Ajeno* de Ciro Alegría o *Huasipungu* de Jorge Icaza. Páginas polémi-

cas, beligerantes, en los ensayos de Manuel González Prada, de Abelardo Gamarra, de Pedro Zulen, de Joaquín Capelo, de Dora Mayer, de Uriel García, de Hildebrando Castro Pozo y de tantos más. El enfoque sociológico vendrá más tarde con José Carlos Mariátegui, rebasando el cuadro meramente literario. La corriente literaria llamada indigenista abarca todos los países de grandes masas indias, desde México y Guatemala hasta Bolivia. Va paralelo el rumbo marcado con finalidad idéntica por pintores y escultores como José Sabogal y su grupo, en el Perú, o Marina Núñez del Prado en Bolivia.

Una poesía escrita en el propio idioma quechua mueve y hace hablar al pueblo indio, en la lírica y la épica de Kilko Waraka o en el teatro de Inocencio Mamani. Pléyades de cuentistas revelan los más diversos aspectos de la vida y del alma del nativo. Enrique López Albújar y José María Arguedas, entre muchos, cultivan el género con resonante éxito literario. No son sus indios figuras convencionales, sino seres humanos de carne y hueso, con sus pasiones, virtudes y vicios.

En toda esta literatura en que el indio aparece, el tono dominante es el de la protesta contra la injusticia y el abuso. El impulso creador está en conformar la obra artística de tal manera que responda a universales reclamos por el respeto a la vida humana y a la dignidad del hombre, ya sea pintando el cuadro sombrío de la opresión de un pueblo, que alcanza los caracteres de genocidio, ya sea revelando la inteligencia, la sensatez, la sensibilidad estética, la alta moralidad, la paciencia, la resignación, la infatigable laboriosidad, el estoicismo de estos hombres de América que sobreviven fuertes, animosos, a las más duras condiciones de vida física y cultural, salvándose, a través de siglos, de una sistemática e inmisericorde política de destrucción, y salvando con éllos mucho de lo valioso de su vieja cultura. Ese impulso creador se agiganta cuando por obra de la investigación científica e histórica se descubre el ignorado mundo pretérito de las grandes civilizaciones americanas precolombinas, que los arqueólogos, los antropólogos y los cientistas de las más diversas ramas, con objetividad plena y exactitud creciente, van poniendo ante los ojos asombrados de las gentes más escépticas. No sólo se admira las realizaciones económicas, políticas y técnicas de los incas, que son tomadas como ejemplares y de una desconcertante vigencia, sino que las nuestras del arte maya, azteca, andino adquieren una valoración que nunca sospecharon los más fervorosos panegiristas del pueblo indoamericano. Después del paseo triunfal del Arte Mesoamericano Antiguo por Europa y del Arte Peruano Antiguo por Estados Unidos y el Canadá, el indio de este continente ha sido incorporado entre los grandes creadores de arte de todos los tiempos.

El personaje humilde de nuestros campos, en su presente o en su pasado, seguirá inspirando la literatura, ya no sólo como el mitayo de Potosí o el siervo del latifundio serrano, sino en una dimensión nueva : la de un Hombre cabal, con su propia personalidad, auténtica, original.

Hace más de treinta años que un poeta venezolano, Antonio Arraiz, lanzó un libro suyo intitulado « *Aspero* », cuyo acento de

radical indianismo se puede percibir en estos versos :

Canto mi América virgen,
canto mi América india,
sin españoles y sin cristianismo.
Canto mi triste América.

La visión del aeda se remonta a un mundo imaginario, pero deseado. Ya no es posible pensar en una América virgen, por mucho que así lo anhele el poeta. Los hechos históricos son irreversibles, y nuestra América es hoy una parte integrante de la sociedad humana universal. No es la América de raiz india — y aun la otra — una repetición de Europa, y precisamente será en la literatura y en el arte en general donde los americanos podremos demostrar que no somos esa pobre imitación que se imaginan nuestros exconquistadores. Por la presencia del indio, y no sólo de la tierra, tendrá la literatura americana su propia criatura, el final resultado del « impulso creador ». Por la impregnación humana de este continente, por su indianización, a lo largo de millares de años, América puede ofrecer originalidad. No la ofrece, por cierto, con sólo exhibir su gea, su flora y su fauna, ausente el hombre. Por esta causa no tiene trascendencia el mero paisajismo de poetas declamadores. La grandeza está en el esfuerzo humano por dominar la bravia comarca que le tocó en suerte. La heroica respuesta al reto terrígena.

Falta aún el canto al Hombre de América, y la tragedia, y el drama, y la gran novela, que expresen su aventura. Literatura nueva la latinoamericana no ha empezado su esencial tarea ; estuvo, está todavia, muy prendida a los vaivenes ultramarinos, escuchando el dictado de Europa, como si se prolongara el dominio colonial.

Es esta toma de conciencia de « lo americano », vale decir de lo indio, lo que podrá conducirnos hacia nuestra independencia intelectual. Podremos conseguirla si somos capaces de aislar cuanto nos es propio y diferente ; aquello que recibimos y que incorporamos, inclusive que adquirió nuestra modalidad. Somos distintos, y ello no es debido al medio físico, al clima, a la alimentación, sino sobre todo al ambiente humano en que nacemos y se desenvuelve

nuestra vida. La convivencia del europeo con la población indígena, y luego la del criollo con ésta y con la mestiza, ha creado « un modo de ser », un estilo de vida, una cultura, cuya raíz es india, que es nuestra raíz en el cosmos americano, nuestro cordón umbilical con este mundo. El esclarecimiento y la expresión de esta realidad profunda no compete sólo a la ciencia y a la historia, sino también a la poesía y a la literatura en general. He ahí el impulso creador, he ahí la criatura misma : el indio. Todos lo tenemos dentro y lo hemos estado ocultando, avergonzados de nuestro secreto ; pero, para liberarnos de él, como de un complejo que nos perturba, el arte puede redimirnos en un proceso de sublimación, de transferencia estética, en que reaparezcan los mitos milenarios y se dramaticen los nuevos episodios de la ventura indohispánica. La bicefalia mestiza se resuelve y termina la pugna provocada por la sobrevaloración de uno de los términos en perjuicio del otro. Si tan noble fué la madre india como el padre español...

Con este doble acto de justicia y gratitud a los progenitores del hombre americano de hoy se habrá descargado nuestro pecado original. Habremos devuelto su dignidad al indio y su honor a las madres

indias, habremos reconocido la prosapia solar de nuestra vieja cultura, y seremos conscientes de su gloria, sintiéndonos herederos de ella. Será la reconciliación con el hogar nativo, la vuelta del hijo pródigo. Al mismo tiempo, quedará señalada la liga patrilineal hispánica que nos emparienta con el resto de la humanidad, poniendo fin a nuestro aislamiento milenario.

Se habrá resuelto la dicotomía nacional-universal, gracias a esta criatura y a este impulso creador en la literatura latinoamericana. Un tema dramático que en la novela, en el teatro o en la poesía ofrecerá vastas perspectivas de creación es el íntimo conflicto que conturba el alma del hombre nativo cuando pasa los Rubicones que separan su cultura « primitiva » de la prepotente civilización occidental, cuando el sencillo labrador de la serranía deserta de su comunidad para introducirse en el laberinto urbano, cuando en su evasión deja atrás sus dioses lares, su humilde morada, su pequeño mundo humano y natural para sumergirse en ese otro mundo « ancho y ajeno », sin dioses buenos, ni afecto doméstico, ni interés humano, para él. La ciudad, monstruo hostil, devorador de su alma y de su cuerpo, le irá transformando lentamente en un ser sin espiritualidad, sin normas morales, sin rumbo ético, porque lo suyo, lo que heredó de sus mayores se ha extinguido, se ha olvidado para siempre, en tanto que la vida espiritual de la nueva sociedad no le acoge, le rechaza por bárbaro, advenedizo y bastardo. Ha aprendido una única verdad : para vencer en la lucha de todos los días, dentro del medio urbano, no se necesita sino audacia, astucia, total falta de escrúpulos.

Arduo problema para educadores, antropólogos, sociólogos, políticos es esta absorción del indio por la sociedad « civilizada ». Creyó la Iglesia resolverlo mediante la evangelización y a ello se redujo la acción « civilizadora » durante la época del Dominio Español. Vino después la República y encontró una fórmula en la instrucción elemental, en el alfabetismo. Entramos recién en la nueva fase de la Educación Fundamental y de la promoción económica. Pero queda en pie el interrogante antropológico : ¿ Debemos « incorporar al indio a la civilización » o viceversa : debemos incorporar la civilización a la vida del pueblo indio ? ¿ En qué medida, por qué medios, teniendo en cuenta qué finalidad ? Mientras los sabios discuten, avanza, como algo admitido por todos, la ayuda técnica. Sí ; por lo menos que cuente el hombre con la ciencia y con la técnica occidentales. El arte, la poesía, la literatura que les preceden en intuición, en comprensión, en profundidad anímica, pueden revelarnos si estamos siguiendo un buen camino, si el hombre al que ayudamos con nuestra técnica y con nuestra ciencia se sentirá, a la postre, feliz. ¿ Estaremos en lo justo al transformar las pequeñas comunidades andinas en centros comerciales sin más ley que la ganancia, sin más norte que el rápido enriquecimiento ?

Ya la sucia especulación con el alimento ha entrado en el sistema de actividades de muchos grupos indios. Ya la carretera ha llevado miseria y prosperidad al mismo tiempo a los pequeños paraísos del Ande. Por esa vía flamante se desangran las comunidades, salen de ella, para no volver, los jóvenes. Van en busca de fáciles ganancias, de altos salarios, y el agro pierde sus brazos. y la tierra languidece y se hace estéril, mientras la ciudad multiplica los hacinamientos proletarios, insalubres, mortíferos.

El tremendo conflicto adquiere el tinte sombrío de la grandes tragedias sociales. He ahí otro tema para la creación artística.

El Perú, Bolivia, Ecuador, Guatemala, México y otros países son, en América, protagonistas de este drama, cuyo primer acto se representa cuando hace más de cuatrocientos años el hombre y la tierra americana recibieron a los primeros emisarios de la Cultura Europea. Son también los sobrevivientes de ese primer acto que finaliza con la extinción de innumerables grupos humanos que dejaron libre, pero ensangrentado, este suelo próvido de América.

LUIS E. VALCARCEL

El negro en la literatura iberoamericana

POR ILDEFONSO PEREDA VALDES

Los historiadores de la literatura americana no han incluído aún entre las escuelas o géneros líricos a la poesía negra o mulata. Críticos contemporáneos, como el chileno Torres Rioseco, pronostican una existencia efímera a este género de poesía latinoamericana. Lamentamos discrepar del distinguido crítico que trata en su *Gran Literatura de América* en forma limitada y parcial el tema de la lírica negra.

Creemos que una poesía de tan profundo contenido humano, de un valor rítmico tan esencial, tiene todas las características necesarias para perdurar, y existirá mientras poetas de color sientan y sepan hacer sentir en todo el mundo el dolor de los descendientes de Cam, maldecidos por Noé, y poetas blancos de todas las tierras, calientes, frías y templadas, se compenetren del alma negra hasta poder expresarla con toda su emoción, y aun con características como para llevar la mulatez en las arterias. Juan Marinello confirma esto en su ensayo titulado « Poesía negra », cuando defiende la validez del tema negro en la poesía, porque lo negro, dice, es un modo humano, rico y potente, fresco y trágico a la vez.

Gilberto González y Contreras señaló las sucesivas escalas en que se desarrolla la temática negra. Contando de abajo hacia arriba, estas escalas son : el impulso sexual hecho música, sirviendo de eje a la metáfora ; lo polémico racial, centrando los ritmos amplios y viriles ; la tristeza cantante, dando motivos a las alusiones de ambiente ; y la tragedia económica, que caracteriza el período más agudo en el desarrollo de la poética de color.

Es una virtud de la poesía negra el ser predominantemente americana. En la América de lengua inglesa, francesa, portuguesa y española se desarrolla la poesía negra o mulata, hablando con su lenguaje peculiar en las cuatro lenguas, aunque no puede negarse que haya tenido su estímulo en la moda europea por el *jazz* y en el descubrimiento artístico del continente africano, y sus orígenes remotos en la literatura española de la Edad de Oro.

Esta literatura se caracteriza por ser la expresión o resultante de la influencia del medio sobre el hombre, que se empequeñece ante la selva y el animal que la domina. Hay en ella, también, una tendencia mágica, ancestral y cósmica, que traduce la interpretación de la naturaleza y de un animismo primitivo de ingenua credulidad. A veces tiene un fondo moral muy sano. Se alaban las virtudes del hombre, la nobleza, la veracidad y la justicia, y no menos, la astucia y la habilidad. Así, en las fábulas en que intervienen animales, como el cocodrilo, el hipopótamo, la liebre : esta última simboliza la astucia que triunfa. Muchas de estas narraciones tienen carácter caballeresco, son escritas por los « griots », trovadores negros que

cantan las hazañas de los guerreros y recuerdan los tiempos de un feudalismo africano, caballeresco y aventurero. Literatura en general alegre, no traduce el dolor de la esclavitud, ni desprecio ni inferioridad de castas. Es una lírica ingenua, de cantos de amor y de guerra, o cantos de trabajo, en los que el ritmo es alivio de la fatiga.

Africa formó un círculo de cultura cerrada, y la decadencia de estas culturas, que Faure atribuye a la hostilidad del medio ambiente, es un hecho innegable. La literatura africana no ha podido influir en la poesía afroamericana negra o mulata culta, sino en cuanto tema de inspiración como fuente de origen, ya utilizando los nombres sonoros de las ciudades africanas como temas rítmicos, o por evocación de sus ríos y selvas ; ha sido mayor la influencia en ciertos cuentos folklóricos brasileños o cubanos, que revelan la supervivencia sudanesa o bantú.

Que el negro no fué tema originario de América, lo explica la presencia inicial de la negra Guiomar, de la comedia *Los engaños* de Lope de Rueda, y la Eulalia de *Eufemia* del mismo autor. Lope de Vega escribe más tarde *El negro del mejor amo* y *El santo negro Rosambuco*, que tiene por asunto la conversión del negro de igual nombre por San Benito de Palermo ; Juan Bautista Diamante, poeta dramático del siglo XVII, *El negro prodigioso* y Luis Quiñones de Benavente, *El negrito hablador* y *Sin color anda la niña*.

Fuera del drama, en la poesía, Góngora y Quevedo trataron el tema del negro en forma pintoresca. En inglés William Blake en su poema « El niño negro » había expresado el delicado contraste entre dos niños de diferente color de piel :

... es blanco el niño inglés igual que un ángel,
mas yo como de luz privado, negro soy.

En Francia, Victor Hugo traza las páginas de una novela afroamericana en *Bug-Jargal* y Mallarmé el elogio plástico de un negro ante el pizarrón, la tiza y los dientes, y al referirse a una negra, dice en uno de sus bellos versos :

En riant des dents naïves à l'enfant.

El gran hallazgo de la poesía negra en América fué descubrirse a sí misma : si en cierto momento de iniciación pudo tomar lo exótico y lo foráneo como modelo, más tarde se descubrió a sí misma al desprender que llevaban el negro adentro y no lo veían, o lo ocultaban, dominados por lo que Fernández de Castro ha llamado el mimetismo blanco. La sociología cubana ignoraba al negro, al extremo de escribirse obras como *La extinción del negro en Cuba*, en la que se refleja el deseo de ciertas clases de que no fuese considerada Cuba como país negro.

Existe una justificación geográfica de la literatura negra en Latinoamérica y en los Estados Unidos. Aquélla se ha desarrollado con mayor intensidad en los países donde el elemento de color tiene mayor importancia en la formación étnica de la nacionalidad. En Estados Unidos, Cuba, Brasil y las Antillas, la proporción es variable, desde un 30 % en el Brasil, hasta un 68 % en las Antillas, cuya población total de 10.850.000, tiene una población negra y mestiza de 7.470.828. En otras regiones del continente ha influído la población negra en la música y en la poesía ; en Venezuela, en Barlovento y en Costa de Caribe hasta Yaracuy ; en Colombia, en el Cauca, en las riberas del Atlántico y del Magdalena ; en Ecuador, en la costa del Pacífico y en Guayas. Este fenómeno cuantitativo demográfico se observa también en el folklore ; en los países donde el elemento africano tuvo mayor preponderancia como en el Brasil, aquél es más rico. La poesía íntegramente negra por el tema, por la ideación, por el ritmo, y por el lenguaje no existe en Cuba, fuera de los escritos himnarios de la santería y del ñañiguismo, ha dicho Fernando Ortiz, concepto que se puede hacer extensivo a toda la América Latina.

Aceptando este concepto restrictivo de la poesía negra, debemos llamar poesía negroide o mulata a estos distintos géneros de poesía. Tenemos un ejemplo bien conocido : la famosa « Rumba » de José Zacarías Tallet, ¿ qué clase de poesía es ? Es arte blanco con motivos negros. En ella se imitan el retumbo de los tambores y el chischigueo de las maracas. En la poesía

« La negra Panchita » del poeta asturiano Alfonso Camín, el tema es afrocubano, pero no es negroide. Respecto a los poemas de Guillén, tan variados en sus motivos y en su lenguaje, pueden observarse en ellos distintas fases de la poesía mulata : hay versos mulatos con lenguaje blanco, con lenguaje mestizo y con lenguaje negro. El poema « Chevere » de Guillén es sólo mulato por el autor y por sólo dos palabras, la del título y « negra » del verso final, y como ejemplar prototipo de poema mulato recordamos « Canto negro » y « Songoro Cosongo ». De esos poemas, el autor es mulato y lo son el tema, el pensamiento, el lenguaje (el más cercano a la africanidad de los usados por Guillén) y el ritmo salido del tambor y de la frase verbal. En cambio, « La canción del Bongó » es mulata por el autor, el tema y el pensamiento, pero no por el lenguaje y el ritmo, que son bien castizos.

Aplicaremos este análisis de la poesía afrocubana realizado por Fernando Ortiz a tres poemas de la poesía afrouruguaya. Uno de Pilar Barrios — « Sombras inquietantes » — es negro por su autor y porque su manera de sentir es la de su color, pero es blanco por su lenguaje completamente convencional ; el de Juan Julio Arrascaeta — « Testamento » — es negro por su autor, y está escrito en lenguaje bozalón de las naciones ; por ello es el que más se acerca a una poesía de piel morena ; y uno mío — « La canción de cuna para dormir a un negrito » — es negro por el lenguaje, el tema y la interpretación, aunque su autor, como es sabido, no es mulato, ni negro...

Los temas de la poesía negra en América

A. Universalismo

En el tema negro universal debemos situar, en primer término, a Pales Matos, el gran poeta antillano, quien ha visto un negro que no es el negrito portorriqueño, sino un negro sintético, compuesto con ingredientes africanos ; un negro teórico, abstracto, que Luis Pales Matos no

ILDEFONSO PEREDA VALDES

ha visto, como observa Margot Arce. Muchos poemas de Pales son blancos, como « Lamento » (versos blancos con motivos negros) y se diferencian de los poemas de Guillén o de Ballagas, en que éstos utilizan lo popular auténtico y el lenguaje de los negros habaneros, tratando de traducir de una manera realista, no surrealista como hace Pales, el sentir de la gente de color. Sus negros están circunscritos a una región. Ven al negro desde abajo, desde dentro y en negro. Pales, por el contrario, lo interpreta desde arriba, desde afuera y en blanco, pero su interpretación es objetiva y distanciada, persistente y agudísima. En esta misma órbita de universalismo negro se encuentran los poemas de Vachel Lindsay, « Congo », « Balada de Lenín » de Hughes y «El rey de Harlem » de García Lorca.

B. Alusiones al tema de la esclavitud y de la discriminación racial

Esta fué la primera forma en que se acercó el blanco al negro, valiéndose de la poesía y aun de la novela, como en *La cabaña del Tío Tom* de Herrit Beecher Stowe ; *Sab* de Gertrudis Gómez de Ave-

llaneda, y *El barco negrero* de Castro Alves. En los poetas de piel negra no es frecuente la alusión al pasado, que el poeta quiere olvidar u ocultar. Sólo aparece en forma esporádica. Langston Hughes, dice en su poema « Soy un negro » :

He sido un esclavo
César ordenóme limpiar sus escaleras.

Y Nicolás Guillén alude como de pasada a su abuelo negro, que era esclavo, en su poema « Los dos abuelos », para compararlo con su abuelo blanco, de cuya confluencia étnica desciende él mismo, en su condición de mulato. En cambio, en un poeta blanco como Vachel Lindsay en el poema « Congo », aparece Africa como evocación y la esclavitud como tema principal. Generalmente el buque negrero, la caravana esclava, son temas de evocación que reflejan el pasado del negro, contrastando con su presente, aparentemente venturoso. Se explica que el escritor negro se sienta inhibido para evocar el pasado esclavista ; y haya correspondido a los poetas blancos el hacerlo : no se quiere recordar lo que es desagradable y bochornoso, y es una reacción natural su inhibición.

C. Conflicto de sangre en el mulato

Nadie mejor que L. Hughes en su poema « Mulato », Guillén en la « Balada de los dos abuelos » y Oswald Durand en « Las hijas del negro » han expresado la disconformidad del mestizaje, del que, sintiéndose hijo de dos sangres iguales, con el mismo número de glóbulos rojos y blancos (todavía no se han inventado los glóbulos negros, que serían la delicia de los racistas estilo Gobineau e Ingenieros), es el hijo de dos colores de piel diferentes, y no sabe en su incertidumbre hacia qué camino continuar su trayectoria vital, según predomine en él una u otra tendencia. Y el desprecio que expresa Hughes, cuando dice en su poema, « Mulato » :

Yo soy su hijo, hombre blanco.

Guillén siente su mulatez transportándola al pasado, en sus dos abuelos. Hughes la siente en forma más directa, y por el desprecio. Y Durand, recordará que su madre era tan blanca como Lisa. En cambio, menos sentimental, Roumain mira al hombre blanco que lo hizo mulato, y dice que es :

solamente un copo de espuma abandonado
[lejos
como salivazo en la cara del río.

La plasticidad formal de la mujer morena

Mucho se ha escrito sobre la plasticidad del negro y su sentido del ritmo. La danza adquiere en él, desde su ancestro, un sentido de religiosidad y ritualismo que hace de la danza, como de la música — por ejemplo en el caso de los « spirituals » — una manifestación colectiva. La plasticidad de una bailarina negra ha sido llevada a la poesía por Claude Mac-Kay, en su bellísimo poema « La bailarina de Harlem ». La poesía negra, mulata o negroide ha captado también las más diversas formas de la danza negra (Cuba, Antillas), con todas sus variedades rítmicas, con los movimientos más dislocados, desde la Rumba (Tallet), expresión del ambiente cubano de maracas y pasacalles, hasta esta otra danza universal y abstracta que es la danza negra de Pales Matos, que tanto ambienta la danza negra de Fernando Poo, como la de Haití, Martinica, Congo o Camerún, o el baile del papalote, de Emilio Ballagas.

Lo ritual en la poesía negra

Ningún poeta ha expresado la ritualidad negra con un sentido más profundo que Nicolás Guillén, en el poema « Sensemayá ». Es un canto ritual para matar una culebra, que ya existía en el folklore negro de Cuba, y se conoce, también, en Haití, como una de las formas del culto Vudú. Un estudio comparativo entre el poema de Guillén y el canto para matar culebras, de carácter popular, y « La culebra se murió » de los Cabildos habaneros, nos mostraría hasta qué punto Guillén ha bebido en la fuente folklórica. El canto ritual de Guillén es impresionante y la recitación del mismo, por Eusebia Cosme, la máxima recitadora cubana, pro-

duce escalofrío. Un espectador ha escrito : « Los espectadores se agarran a los asientos, sobrecogidos de temor y alucinación. ¡ Sensemayá la culebra !, tal es la intensa emoción que provocan las simples palabras del poema de Guillén, y la entonación con que las pronuncia Eusebia Cosme, acompañadas con la vibración eléctrica de los músculos de todo su cuerpo. Termina el recitado con un compás lento, uniforme, repitiendo el conjuro ante el reptil inmóvil, muerto al parecer. Y hay entonces un grito salvaje de malicia, de sensualidad, de burla, de ferocidad triunfante. ¡ Sensemayá se murió ! y un erguirse del cuerpo con la testa en alto.

La superstición y el sensualismo

La superstición y el sensualismo, más que temas son elementos esenciales de la expresión del alma del negro cuando éste evoca sus ritos ancestrales, sus ceremonias supersticiosas. La poesía negroide culta ha tomado del folklore estos elementos de la esencialidad de lo negro, de lo más profundo de su expresionismo. Es lógico que quienes hayan sentido mejor la sensualidad del alma negra sean los poetas antillanos : para ellos la sensualidad es cuestión de profundidad y no de periferia. Guillén en su « Rumba », Ballagas en « Elegía a María Belén Chacón » ; pero especialmente Marcelino Arozarena en su « Cumbele Macumbele » y « Liturgia etiópica » muestran los vaivenes de una sensualidad de zafra, de cumbancha, que sacude y estremece las fibras más recónditas. La superstición adquiere en la poesía negra las formas más variadas, desde el terror en la « Balada de Guije », hasta en los ritos más ocultos del ñañigismo ; ya en los ritos supersticiosos del velorio negro en el poema « Sucumbento », de Teófilo Raddillo, o en la canción del jigue, del mismo autor.

La onomatopeya y el ritmo

No son temas, sino elementos importantes de la canción negra : no obstante se pueden escribir poemas negros sin ritmo y sin onomatopeyas. Pero ¿ quién puede olvidar el ritmo de un canto negro ? El hombre de color, al caminar ya marca un ritmo de danza en sus movimientos. En los parches de los tambores, suena el repiqueteo de la danza, y el poeta o el músico no tienen otra cosa que hacer que llevar ese ritmo a la pautación o al papel. El material lingüístico tiene también una gran importancia en la creación de la poesía negra : grupos fónicos consonantes, giros del vocabulario usados por negros y criollos ; ricas aliteraciones, terminaciones agudas en a, en o, o en e, gentilicios, sustantivos que se refieren a países y ríos de Africa.

El tema social

El tema social es lo más candente de la poesía negra o mulata actual. El poeta negro ha expresado su rebelión contra el clima :

A nosotros nos sería preciso un país de sol
de un sol cabrilleante.
Un país de cascadas
donde floten olores,
donde el alba se abra en oro y rosa...
¡ No este país donde es muy fría la vida !

Nos sería preciso un país de árboles,
de bellos árboles frondosos,
cargados de loros parlanchines,
brillantes como el día

¿ No este país donde los árboles son grises !
¡ Ah, nosotros, nosotros deberíamos tener un [gran país de risas !
¡ De amor y de felicidad ! ¡ De vino y de can- [ciones !
¡ No este país donde la alegría es culpable !
(Langston Hughes, *Weares blues)*

Contra la religión :

Pero fueron la Biblia y Jesús
los que esclavizaron al negro.
(Canción popular estadounidense)

Contra la explotación económica :

Aunque llegue Navidad, yo parto
parto para el país de las usinas,

[*donde los blancos nos arrojan dollars*
insultos y patadas.

(F. Morisseau Leroy, *Tierra*)

Todos los poetas de la raza negra han caído irremediablemente, por una especie de ley de la gravedad social, en la rebeldía, que se explica por la situación económica deprimente del hombre de color en América : exaltar su rebeldía es una necesidad en los descendientes de quienes cansados por tantos siglos de sumisión, estallan en movimientos revolucionarios como los de Dennemark Vessey y Gabriel Presser, o por las luchas por la libertad de los nueve negros de Scottsboro, famosos en todo el mundo, cuya tragedia inspiró a tantos poetas blancos y negros. Hughes se inició cantando a los viejos ríos y termina con un poema como « Siempre lo mismo » ; Guillén con « Songoro Cosongo » y termina en « Sones para turistas y cantos para soldados » y seguirá con la misma tónica, pues su obra es esencialmente revolucionaria ; Mac Kay escribe el poema « Lynchamiento » y « Si hemos de perecer ».

Y aun en poetas no tan actuales como Carrie Williams Clifford, asoma la rebeldía contra la injusticia en « El regimiento negro de Dixie », al relatar el episodio de algunos soldados negros, que después de servir en la primera guerra mundial por los Estados Unidos fueron miserablemente linchados. Este aspecto tan característico de la literatura negra en Latinoamérica, deja de ser un tema para convertirse en protesta social. Desde aquella literatura antiesclavista de tono sentimental, casi toda ella escrita por escritores blancos — Beecher Stowe, Gertrudis Gómez de Avellaneda — pasando por esa forma intermedia de José Manuel Poveda, en su « Grito abuelo », las novelas *Sofía* y *La Familia Uzuanzú* de Martín Morua Delgado, o el poema conformista de Manuel Serafín Pichardo, hasta los últimos poemas de Guillén y Pedroso — especialmente « Hermano negro » de este último —, debemos reconocer que la poesía negra ha evolucionado desde la protesta sentimental antiesclavista al conformismo de Pichardo, que aseguraba la añoranza del esclavo « sin saberse explicar la ventura de ser libre », y de éste a la integración no de un complejo racial, sino de un signo de rebeldía, simbolizando en ella — a través de sus poetas más encendidos — la explotación de la clase más oprimida.

¿ Problema social o problema racial ? He aquí el punto más discutido. Los que entienden que el problema del negro es un problema social, olvidan el color, y lo identifican con los obreros, que forman la clase dominada en los países capitalistas. Los que piensan y sienten en negro, los más, tratan de aislarse ; creen que la fuerza de su cohesión está en poner codo con codo entre negro y negro, y, con una visión limitada, no comprenden que la discriminación racial es un problema de clase y no de razas. En la literatura negra latinoamericana, en la novela y en la poesía lírica, los dos géneros predilectos de los escritores negros, se reflejan estas dos tendencias. Citemos como ejemplo en la isla de Cuba, las novelas de Martín Morua Delgado frente a los poemas de Nicolás Guillén.

Pero hay un ímpetu que no es solamente el de la solidaridad social : es el ímpetu de la sangre, la fuerza de la sangre es algo que no puede evitar ni aún el más cauto ; porque es un imperativo inconsciente que viene desde adentro. Por eso el negro deviene negro aunque no quiera serlo : por eso es sincera la posición del que rechaza el mimetismo de pasar la línea de color, o la del escritor negro que desprecia el eufemismo que todos usamos para no ofender a los negros, de « gente de color », y se llama orgullosamente negro, porque no se siente deprimido por serlo. Esta corriente sanguínea es la que llevó a Langston Hughes a decir « yo soy un negro », antes que influído por la ideología comunista dijera « yo también soy América ». Y así resulta más sincero en su poema « Mulato », que en « Siempre lo mismo », que si para los comunistas puede ser una bomba de tiempo, desde el punto de vista crítico deja mucho que desear.

La poesía negra en Latinoamérica no es sólo protesta social : es también gracia musical, ritmo y armonía. La tónica del negro a este respecto se contagia al blanco ; porque si sólo el negro puede sentir su pro-

pia rebeldía, el hechizo del ritmo negro se contagia a la música moderna, e influye en los compositores más famosos desde Debussy a Stravinsky.

Los poetas negros supieron llevar el ritmo de la música a la poesía. Por eso los poetas cubanos crearon un son poético que es ritmo de son musical. Así el negro presta a la música contemporánea el impulso ruidoso que la hace más dinámica ; pero a su vez más dolorosa, porque al mismo tiempo su dolor, oculto bajo ruidosa carcajada, se trasmite al mundo con su ritmo, sin que el blanco imitador llegue a comprenderlo, porque lógicamente no lo siente. ¿ Y el amor ? Tema eterno de la poesía universal, parece no ser un tema predilecto de la poesía negra. ¿ Acaso no lo siente en la misma forma y es capaz de expresarlo, como el poeta blanco ? En una *Antología de la Poesía Negra Americana* (1) escasos son los poemas de amor : Normil Silvain « Un negro canta » ; « Mujer » de Roussan Camille ; Luis M. Morpeau, « Poemas a la amada ». El amor parece tener allí un complejo de culpa. Es amargo y angustiado. Los poemas a la amada de Morpau aparecen troquelados en la más quintaesenciada exquisitez modernista ; Normil Silvain expresa en « Un negro canta » la tristeza de una raza martirizada : de cualquier manera el acento de amor es de amargura y arrepentimiento culpable. Quizá algún día el negro en cualquier rincón de América tendrá la libertad para amar y para vivir, que Langston Hughes anhela para él en su poema « Weary blues » ; ya que todavía el amor es culpable.

Desde que Phyllis Wheatly, nacida en 1754, escribió su primer poema en 1770, hasta el momento actual, en que cincuenta y seis poetas descendientes de africanos representan el aporte del negro a una antología que define las características de un género de poesía, mucho ha hecho la raza negra en América para elevarse intelectualmente.

El nivel intelectual alcanzado se debe no sólo a sus poetas, sino a los novelistas, a los compositores, a los sabios, maestros y pintores, que llegan a varios millares en toda América.

La poesía es tal vez la expresión más brillante, como la música del genio negro. La poesía negra y la literatura negra de ficción con Richard Wright, Jessie Fauset, Zora Neale Hurston, Jacques Roumain, se ha popularizado en los últimos tiempos, permitiendo a los autores negros un contacto más extenso con el lector blanco.

La importancia y difusión que ha adquirido en Europa la poesía negra americana, del norte y del sur, la demuestra la publicación de la antología *Schwarzer Orfeus*, de Janheinz Jahn, de Alemania, publicada en Munich, 1954, que lleva dos ediciones y la de Lloyd A. Oxley, de Londres, continuadores de la obra de Nancy Cunard, con su antología *Negro*.

La importancia alcanzada por la literatura negra en Hispanoamérica y en los Estados Unidos, sin cuyo aporte no podríamos apreciar el saldo total de la literatura negra, demuestra la trayectoria ascendente de la poesía negra desde Phyllis Wheatly hasta Sterlin Brown y Arcsarena. ¿ Cuál es su futuro ? Somos optimistas. Tenemos fe. No participamos en los vaticinios de Torres Rioseco : afirmamos que tanto la literatura negra escrita por negros como la negroide, escrita por blancos o mulatos, por su originalidad, por su ritmo, por su sentido humano, se han trazado una trayectoria indefinida, sin que pueda hablarse, por lo menos por ahora, de decadencia o crisis. La palabra más exacta que aplicarle es plenitud.

ILDEFONSO PEREDA VALDES

(1) *Antología de la poesía negra americana*, por Ildefonso Pereda Valdés, 2e edición, Biblioteca B. V. D. A., Ed. Medina, Montevideo.

LA NOVELA REGIONAL

POR BENJAMIN CARRION

Duro y sugestivo al propio tiempo, el tema. ¿ Cómo desentrañar, de entre la maraña abigarrada y múltiple que constituye la novelística en América de habla española y portuguesa, lo que puede ser considerado, realmente, regional ?

Habrá, por lo mismo, que tratar de entendernos. No con definiciones, casi siempre imprecisas e inexactas — cuando no magistralizantes y odiosas —, sino con tentativas de delimitación, de parcelación, de cerco de solares ; y acaso mejor en forma negativa, de eliminación de lo que no es regional, procedimiento grato a Luis Alberto Sánchez.

No considero regional americano, o sea perteneciente a esta inmensa « región » que es América Latina, desde el Río Bravo hasta la Tierra del Fuego, aquello que, en forma directa, es una prolongación del espíritu de literaturas europeas, principalmente la española y la francesa. Hay que excluir a todo novelista que, según la frase de Beers sobre Henry Jammes, « *mira a América con ojos de europeo y a Europa con ojos de americano* », La ejemplificación es abundante : sin ir muy lejos de mi predio nacional, el Ecuador, tenemos el caso en lo que, corrientemente, se llama — « la primera novela ecuatoriana » —, *Cumandá*, de Juan León Mera, a la que, con mucha propiedad, aunque con espíritu elogioso, se la ha llamado « un nuevo episodio *El Genio del Cristianismo* de Chateaubriand ». En cambio, acaso sí es americano, y « regional », el *Periquillo Sarniento*, de Fernández de Lizardi, aunque el molde formal, esté recordando algunos procedimientos de la picaresca española.

No consideramos regional americano todo aquello que se realiza en ciudades donde un cosmopolitismo trasplantado, se mantiene en los personajes y la trama del relato, y donde se advierte claramente la transposición de lugares, de nombres, de elementos adjetivos, carentes de verdad humana y de profundidad. La mayor parte de la relatística de nuestra América, se resiente de esta transposición, en sus diferentes épocas y bajo el dominio de diversas influencias : la romántica, la realista, las corrientes actuales. Como ejemplo de

lo no regional de la era romántica, allí tenemos *Los Bandidos de Riofrío* de Manuel Payno, donde si no hubiese nombres de lugares mexicanos y pequeñas alusiones costumbristas, eso puede haber ocurrido en cualquier parte del mundo o, no haber ocurrido en ninguna parte. Como ejemplo de lo realista no regional, puede recordarse al argentino Carlos María Ocantos, seguidor mediocre de Galdós, en su *Don Perfecto, Léon Zaldívar, Quilito*. Finalmente, entre lo contemporáneo, cuando el relato ha adquirido importancia y volumen que supera, cuantitativamente, a los otros géneros, con excepción del ensayo, todas las influencias han jugado, desde la morosa y lenta de Marcel Proust, que ha dejado tantos y tan malos discípulos en América, hasta los americanos Dos Passos, Faulkner, pasando por los pastiches de monólogo interior a lo Joyce, el esteticismo versicular y bíblico de Gide, las novelasrío a lo Roger Martín du Gard y Jules Romains, hasta llegar a la imitación imposible de ese muchacho atormentado y genial que todos nombran para estar al día en cosas literarias : Kafka. Ejemplos convincentes de estos caminos de evasión : *Margarita de Nieba*, de Jaime Torres Bodet, *Novela como Nube*, de Gilberto Owen, *Cuatro años a bordo de mí mismo*, de Eduardo Zalamea Borda...

No es preciso referirnos al problema de la lucha de las influencias sobre las literaturas jóvenes, en trance de aparición. Sobre nuestra América se ha librado siempre una gran batalla para adueñarse de nuestros itinerarios de cultura, de la dirección espiritual de nuestra civilización. Guardadas las proporciones respectivas, nuestra cultura ha sido disputada como un mercado colonial, sin que las aduanas políticas ni las idiomáticas, hayan sido suficientes para defendernos de las invasiones piráticas o del juego de la libre concurrencia.

Un crítico norteamericano, agudo como pocos, Ludwig Lewisohn, ha encontrado una frase cabal para expresar la lucha literaria entre América y Europa, al referirse a la polémica entre Irwing Babbitt y Noel Elías Espingard : « *El uno* (Babbitt) *trata de defender la América de sus padres ; el otro* (Espingard), *trata de conquistar América para sus hijos* ».

MARIANO AZUELA

He allí planteado con clara verdad el problema. Mientras la colonia espiritual defendía sus fueros, la joven intelectualidad americana, singularmente en la novela, buscaba su realidad, su « regionalidad », según la expresión de Luis Alberto Sánchez. Y entonces, la novela con tierra, aire, hombre, mujer y niño americanos, con paisaje, dolor y júbilo nuestros, ha venido presentando su batalla desde los tiempos de plena colonialidad política.

Tenemos asomos realmente admirables de esta insurgencia en la época colonial. *El Lazarillo de Ciegos Caminantes*, de Concolorcorvo, ese indio peruano, ladino y picaresco, nos presenta ya el diálogo polémico entre el abuelo español y el nieto nacido en el Perú. Como también nuestro gran indio Chushig, que se hizo llamar pomposamente Don Francisco Javier Eugenio de Santacruz y Espejo.

Yo no alcanzo a fijar claramente los linderos de lo social, lo proletario, lo costumbrista, en la novela americana. Me gusta más, con características de síntesis, el cognomento de regional americana. He dicho mi opinión sobre la novela cartel y he abominado de la novela costumbrista, oliente a gazmoñería de señoras beatas, como las de Doña María del Pilar, Fernán Caballero o el Padre Coloma. Y me quedo sin ánimo definidor, para mi predio regional de este estudio con todas las novelas que tengan la mayor cantidad de América posible : hombre, ambiente, paisage, intención, clima, raza. Este último concepto de raza que ha creado una derivación, la novela indigenista.

Y con este rápido preámbulo, vamos a lo nuestro.

MEXICO

Desde la vieja y venerable *Santa*, de Federico Gamboa, todo lo valioso de la novela mexicana, incluyendo la de la revolución, entra en el campo de lo regional. Mariano Azuela, cronista apasionante de la andanza revolucionaria, se fué hace poco dejando una obra de consideración. *Los de abajo*, es seguramente una de las novelas regionales más importantes escritas en América Latina. Hay en ella un ambiente épico, al servicio de un clima emocional constantemente sostenido. En esta novela la expresión, el ambiente regional dan su nota constante. *La Malhora* es, según Valéry-Larbaud, la obra maestra de Azuela, a la que siguen *Mala Hierba*, *Los fracasados*, *Domitilo quiere ser diputado*, *Pedro Moreno el insurgente* y otras. Pero víctima del estigma latino de estar condenado a ser el autor de un solo libro, como Cervantes y Dante, Azuela pasará a la historia como el autor de *Los de abajo*. Actor y cronista de la revolución al propio tiempo, Martín Luis Guzmán, que sirvió también a la República Española traicionada por los bárbaros, es el autor de la más significativa novela de la revolución mexicana, *El águila y la serpiente*, y ha contado la novela de ese caudillo legendario, santo y demonio, Pancho Villa. *La sombra del caudillo* es, entre las obras de Martín Luis, la que tiene mayor acento regional. Diplomático, hombre de gran finura espiritual, José Rubén Romero, está comprometido integralmente en el regionalismo novelesco, *Pito Pérez, mi caballo, mi perro, mi rifle*, y otras nos muestran las calidades a las que se puede llegar en el relato de esencia y expresión vernaculares, cuando se tiene talento y dones. Con varias novelas de intenso dramatismo, con inclinaciones a lo social y a lo indigenista, Gregorio López y Fuentes nos ha dado buen artículo dentro de lo regional ; en su obra se destaca *El indio*, que mereció el premio nacional de Literatura. *Panchito Chapopote*, de Xavier Icaza, a pesar de su sabrosura picaresca, debe necesariamente ser recordada en un recuento de novela regional mexicana. Pero, seguramente, el escritor que ha cumplido más cabalmente con lo que creemos como característico de lo regional, es Ermilo Abreu Gómez, cuyos relatos mayas, *Juan Pirulero*, *Las leyendas del Popolvuh* y sobre todo *Canek y otras historias indias*, nos ofrecen una calidad insospechada de ternura y de ironía, que nos da la medida optimista de lo que se puede hacer en este género. *Los hombres que dispersó la danza*, es un libro poemático que no se aleja de lo regional, y que coloca a Andrés Henestrosa, en un alto puesto entre los relatistas mejicanos.

AMERICA CENTRAL

Rafael Arévalo Martínez ha de ser nombrado en el dintel de la novelística contemporánea — de la literatura en general — guatemalteca. Varios nombres importantes, antes y después de Miguel Angel Asturias, pueden ser recordados, Mario Monteforte Toledo y su libro *Donde acaban los caminos*, entre ellos. Pero es Asturias, el autor de *El señor presidente*, *El Papa verde*, *Hombres de maíz*, el representante fundamental de la novelística centroamericana. Ha conseguido incorporar las esencias de lo regional, y tratarlas con una técnica moderna que no excluye las grandes influencias contem-

poráneas, de Marcel Proust, James Joyce y de D. H. Lawrence, inclusive. *El señor Presidente* es una de las grandes novelas latinoamericanas, con amplia capacidad para rebasar el ámbito continental e idiomático. *Sangre en el trópico* y otras novelas como *Los estrangulados*, de Hernán Robleto, representan honorablemente el crédito de Nicaragua y se inscriben dentro de la subclasificación antiimperialista. En Honduras, Arturo Mejía Nieto, con sus *Relatos nativos*, *El tundo*, *Zapatos viejos*, nos ofrece buenas características de relato regional. La presencia de Costa Rica nos la da el patriarca venerable Joaquín García Monge, con sus apreciables relatos y *Los cuentos ticos* de Ricardo Fernández Guardia ; El Salvador nos hace recordar a Masferrer y a una rica promoción actual de jóvenes cuentistas. *Luna verde*, de Joaquín Beleño, es una gran novela de categoría continental que representa lo regional de Panamá ; en la que, inclusive el bilingüismo español inglés entremezclados, dan carácter inconfundible a esta narración que sobrepasa los linderos estrechos de un cartel antiimperialista para ser una de las grandes narraciones auténticamente americanas.

MARIO MONTEFORTE

LAS ANTILLAS

Cuba tiene inscrito el nombre de Alfonso Hernández Catá en el umbral de su literatura novelesca, no por antigüedad, sino por significación ; pero Catá, ágil y fino narrador, cuentista de excepcionales dones, es todo menos un relatista regional de lo cubano. Tan lejos de su tierra como Larreta o Reyles, de la Argentina. Hallaremos ciertos rasgos de regionalismo en Miguel de Carrión, el autor de *Las honradas* ; José Antonio Ramos, en su novela na turista *Las impurezas de la realidad* y, acaso más claramente, en Carlos Loveyra, el autor de *Juan Criollo* y *Generales y doctores*. Cuba, tierra fundamental de ensayistas, tratadistas, poetas ; cuyo signo es un poeta y un pensador excelso como José Martí, está llegando contemporáneamente al gran relato regional. Además, el corte de su cordón umbilical con España está aún bien cercano ; de allí los casos de Catá y de Alberto Insúa, más españoles que americanos. Poetas como Guillén y Marinello, Ballagas y Florit; ensayistas como Mañach, el propio Marinello, Lizaso, Portuondo Ichazo ; tratadistas como Fernando Ortiz y Sánchez de Bustamante, hacen de la Gran Antilla un sitio grande de la inteligencia continental. Y ahora, gentes jóvenes como Marcelo Salinas, Pablo de la Torriente, Ciro Espinosa y, singularmente, Roberto Esquenazi Mayo, cuyo libro autobiográfico *Memorias de un estudiante soldado*, seguido de relatos muy valiosos, nos dan la certidumbre de un gran narrador, que es un fino estilista y un ensayista medular. En obras grandes, como *Contrabando* y otras, Enrique Serpa nos está haciendo la inicial segura de la novela cubana. Enrique Labrador Ruiz tiene un puesto de singular preeminencia. Original de expresión, con ágil juguetonería, está haciendo el cuento regional cubano en sus *Novelas*

Gaseiformes, en sus *Novelines neblinosos*, en sus cuentos tan entrados en carne viva como los de *El gallo en el espejo*. Finalmente, olvidando momentáneamente el « choteo », escribe *Sangre hambrienta*. En Santo Domingo, valiosos narradores como Juan Ramón López y, sobre todo, ese caballero andante de la libertad de su Patria, ensayista, poeta, periodista Juan Bosch, autor de *Camino Real*. En Puerto Rico, donde otros géneros nos han dado unidades de primera línea, está asomando ya el relato moderno, como *La charca* de Zeno García.

VENEZUELA

No queremos arrancar de muy lejos : con *Peonía*, la novela precursora de Manuel Romero García se abre la nutrida lista de novelas venezolanas regionales. Y en esa lista figuran en sitio de honor los nombres de Rufino Blanco Fombona con *El hombre de hierro* y *El hombre de oro* ; de José Rafael Pocaterra, autor, entre otras cosas, de *Memorias de un venezolano de la decadencia* ; de Urbaneja Alchepol, de Díaz Rodríguez, de Picón Febres. Pero la novela venezolana tiene su Edad de Oro, que se inicia con Teresa de la Parra, sobre cuya obra he opinado largamente, en mi libro *Mapa de América*. Teresa ofrece singularidades extraordinarias : novelista mujer, con un sentido realista poderoso, que nos hiciera recordar a Eça de Queiroz, con cultura tan rica que le permite alusiones clásicas en forma familiar, sencilla, sin pedantería ; una capacidad de ternura y, al propio tiempo, de ironía a la que nos estaban desacostumbrando escritores duros, trascendentalistas. Es Europa, en los afinamientos de sensibilidad, en el adelgazamiento idiomático, que se hace para su uso — como Rubén Darío en la lírica — una lengua dúctil y suave, sin restarle poder a nuestro fuerte castellano. De Venezuela tiene la sensibilidad tropical escondida, el sentido interno de la forma expresiva, sobre todo en *Memorias de Mamá Blanca*. Su novela signo, obra de lanzamiento y de consagración, gran novela para América o para cualquier parte del mundo, es *Ifigenia*. (Aún cuando es casi una ofensa para la memoria de Teresa, quiero pedir que se compare su novela con *Bonjour, tristesse*, de esa chiquillina prodigio, Françoise Sagan, que ha fatigado las prensas de Europa y los Estados Unidos). El « pulso de faenador » a lo Balzac, que Gabriela Mistral reclama a los escritores de América Latina, lo tiene Rómulo Gallegos. Es el novelista nato. Sobrecoge y asusta el propósito audaz de emitir, en pocas líneas, un juicio sobre obra tan densa y variada. Pensamos que es la expresión más cabal que, en relato, ha ofrecido América Latina : poder de muralista, que en grandes cuadros entrega la realidad de Venezuela en composiciones totales, de un dramatismo de hombres y naturaleza pocas veces conjugado en tales proporciones. Gran poder de cuento, denso sin producir cansancio, dramático sin recurso a lo necesariamente excepcional. Todo ello, servido por una adecuada manera de expresión, en la que lo regional da vida a lo

ROMULO GALLEGOS

MARIANO PICON SALAS

humano universal de lo contado. *Doña Bárbara* será siempre la novela de Rómulo Gallegos. Aun cuando él mismo prefiera alguna otra, y las opiniones en general acompañen con igual admiración a *La trepadora, El último solar, Cantaclaro, Canaima, Pobre negro, Como una brizna al viento.* Sinfonía venezolana que va de la montaña al mar, de los llanos al río. El Premio Nóbel, que ha premiado gentes ajenas a la Literatura, debía detenerse ante esta gran figura de la novelística universal. En la generación siguiente encontramos nombres y obra tan significativos como los de Antonio Arraiz, regional cuando hace puros hombres. Pero hemos de detenernos, de una manera especial, ante la fuerte y límpida trayectoria de Miguel Otero Silva, el gran poeta, cuya novela *Fiebre*, fresca y juvenil, amarga y dura, es una entrega autobiográfica de adolescencia; y, últimamente, *Casas muertas*, regional sin duda, pero sobre todo gran novela. En la parcela histórica ha de figurar el nombre de Arturo Uslar Pietri, maestro en el género. Pero aquí, en este predio de lo regional, nos agrada situar la figura de uno de los más grandes ensayistas actuales de América, Mariano Picón Salas, suscitador y creador de inquietudes, cuya novela *Los tratos de la noche* es un relato de las luchas juveniles contra la dictadura. Finalmente, dejaremos un recuerdo emocionado para el gran novelista Julián Padrón, que acaba de morir. *La guaricha*, novela campesina, más que indigenista tiene ambiente humano y de naturaleza intensamente regional. Un nombre de mujer, Antonia Palacios, y el de un joven relatista, Alfredo Armas Alfonso, cierran este catálogo provisional y precario.

COLOMBIA

Mientras el romanticismo en otros lugares de América se mantenía unido, en fórmula y sentimientos, a lo europeo, en Colombia produce una de las más bellas, dulces y nobles cosas que, en letras, se haya escrito en América : *María*, de Jorge Isaacs. Angel anunciador de la novela regional en América, *María* nos da clima, olor y sabor de la esplendorosa región vallecaucana. Sus modos expresivos, el paisaje único, el ambiente, todo, hacen de esta pequeña obra maestra universal un relato estrictamente regional. Y regional es también — de la región tremenda del trópico oriental colombiano — *La Vorágine*, de José Eustacio Rivera, epopeya telúrica en la que calientes vaharadas de vida brutal emergen de la selva tremenda, haciendo al hombre, devorando al hombre, amiga y enemiga a la vez. No hay en la literatura americana total una fuerza más grande, un poder descriptivo más avasallador. Si algún personaje es el *deus ex machina* de esta epopeya de las fuerzas primitivas, ese personaje es la selva, que devora a Arturo Coba, el juguete humano central, con la potencia terrible de miríadas de hormigas, fiebre, alimañas, purulencia, delirio. He dicho alguna vez que Colombia estaría

JORGE ICAZA

cabalmente representada en la literatura continental con estas dos obras maestras : *María* y *La Vorágine* ; la una inicial del romanticismo y su paradigma, la otra inicial del realismo y su ejemplo. Pero en tierra de fecundidad esencial hay más. César Uribe Piedrahita, escribe *Toa*, un relato de la selva también ; Bernardo Arias Trujillo, nos deja *Risaralda*, poemática y regional a la vez, con la presencia del hombre negro en la novela colombiana. Eduardo Zalamea Borda, ha escrito con una nueva dimensión, la profundidad, *Cuatro años a bordo de mí mismo*, con suelo, cielo y hombres de la goagira colombiana. Eduardo Caballero Calderón, nos da primero *Tipacoque*, *El diario de Tipacoque*, y otras expresiones de ternura eglógica y tranquila ; hasta que la ráfaga feroz de la violencia desatada sobre su patria lo lleva a darnos una de las novelas testimonio más tremendas de esta época : *El cristo de espaldas*. Epoca siniestra como pocas en la historia de América, esta en que un pueblo se ve « masacrado », apaleado, robado por las autoridades que constituyen una vasta organización del crimen. Para contarnos ese horror, se han escrito numerosas novelas y relatos : Osorio Lisarazo, el relatista ya consagrado en novela de tipo social, escribe *El día del odio*, novela política que trata de explicar la explosión popular sangrienta del 19 de abril de 1948, en que se inició la época negra. Otros autores y otras novelas como *Los elegidos* de López Michelsen, *Viernes nueve* de I. Gómez Dávila, los cuentos de Elisa Mujica, publicados recientemente en Madrid, los maravillosos relatos de Hernando Téllez, y finalmente, *Viento seco*, de Daniel Caicedo, que parece ser hasta hoy la que más ha llegado al espíritu popular colombiano ; novela dura, que más que relato literario nos da la impresión fría y tremenda de un informe sobre una de las etapas más terribles de la historia continental. Es una sucesión de tragedias sobre un marco auténtico de región o de pueblo.

ECUADOR

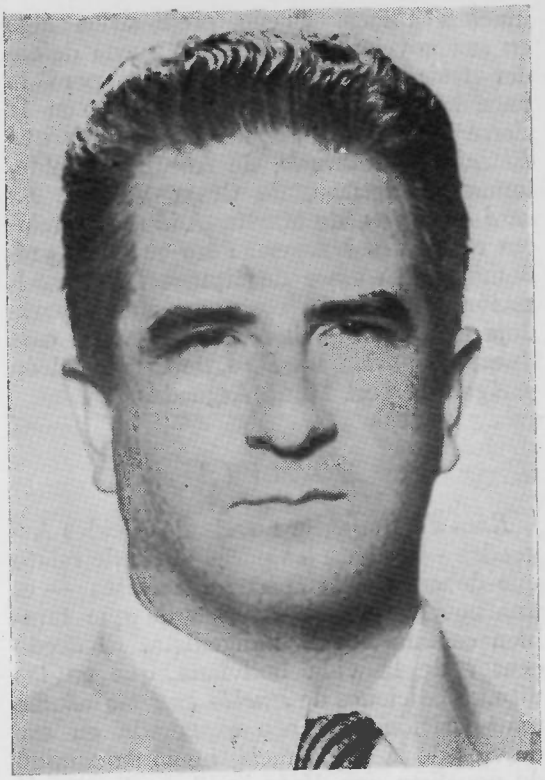
Tarde llegó al relato el país que había dado a la estirpe una de sus más altas expresiones literarias : Juan Montalvo. *Cumanda*, la novela romántica más importante, tiene sabor regional en el ámbito de lo descriptivo, del paisaje. Pero Juan Léon Mera, su autor, tiene el oído y la vista puestos en lo romántico francés. Solamente en 1907 hace su primera aparición la novela ecuatoriana y, naturalmente, regional : *A la costa*, de Luis A. Martínez, novela precursora como *Peonía* en Venezuela, y de un realismo polémico que nos llega desde Zola por intermedio de Galdós. Solamente en torno al año 1930 hace su aparición la novela regional ecuatoriana, la novela ecuatoriana « *tout court* ». En la Sierra, o sea en el altiplano introvertido, frío e indígena, donde la población del país es más densa, se inicia la novela indigenista con *La embrujada*, *Plata y bronce*, de Fernando Chaves ; para luego culminar en los relatos desgarradores de Jorge Icaza, en *Barro de la Sierra*, y muy particularmente en *Huasipungo*, la novela clásica de la desgracia y el dolor del indio. Encuentro afortunado de tema, ambiente y forma, hacen de la novela mayor de Icaza una ver-

dadera obra maestra del género. Siguen a esta novela, *En las calles*, novela del indio en la ciudad ; *Cholos*, novela del mestizo, igual que *Media vida deslumbrados* y *Huayrapamuschcas*, que quiere decir hijos del viento, y aborda con el dramatismo propio de Icaza, la tragedia del hijo del patrón y de la india esclava. La novela urbana la hace principalmente Humberto Salvador, cuya obra teñida de muy acentuado matiz social, es sin duda expresadora de la realidad regional. *En la ciudad he perdido una novela, Trabajadores, Noviembre, Camarada*, son de ese tipo ; en cambio *La fuente clara, Ráfaga de angustia*, denuncian las influencias europeas dominantes. No podría omitirse, por calidad y altura, el nombre de Pablo Palacio, al hablar de la novela ecuatoriana. Pero ese extraño relatista, muerto prematuramente, tiene pocas características de lo regional. Angel F. Rojas es una alta cifra de la novela regional americana : sus obras *Banca*, relatos escolares que nos recuerdan al Jules Renard de *Poil de Carotte* ; *Un idilio bobo*, cuentos de antología y, en más alto grado, su novela *El éxodo de Yangana*, cuadro grande, de técnica compleja, en el que se relata el éxodo íntegro de una población —hombres, mujeres, ancianos, niños — hacia otra región, como en los tiempos de la diáspora judía, desde Egipto hasta la tierra de Canaán Hemos de consignar nombres significativos como Eduardo Mova Moreno, Alfonso Cuesta y Alejandro Carrión, que coinciden en la interpretación de temas de inconfundible acento regional. César Andrade y Cordero, principalmente gran poeta, Manuel Muñoz Cueva, Alfredo Llerena, Jorge Fernández, con cuentos y novelas. Sitio de especial relieve tiene César Dávila Andrade, lírico de las últimas generaciones, cuya obra de relatista, está impregnada de la angustia y el desajuste existencialista, pero que conserva un sentido regional muy acusado. A pesar de escribir y vivir lejos de la tierra, Gerardo Gallegos ha hecho novelas como *Eladio Segura*, que tienen un acento y un aire de la tierra que las diferencian de sus relatos de temas internacionales. El « grupo de Guayaquil », denominación que ha hecho fortuna, y que por primera vez empleara yo en 1930, está integrado por unidades de primera línea ; José de la Cuadra, uno de los cuentistas más completos de América y que, por tema y expresión, está inscrito en la parcela regional ; pequeñas obras maestras como *Banda de pueblo, Chumbote, Los Sangurinias*, sitúan a de la Cuadra muy alto en la novelística regional americana. Alfredo Pareja Diezcanseco, el más cabal del grupo, con obra densa, en la cual se destacan realizaciones de primera línea, es principalmente relatista de la ciudad y del mar ; *El muelle, La beldaca, Valdomera, Hombres sin tiempo, Las tres ratas*, son obras que, además de darnos el testimonio del litoral ecuatoriano, nos demuestran una trayectoria sostenida de escritor de pulso firme, que nos hace pensar en Rómulo Gallegos. Joaquín Gallegos Lara, nombre y vida nobilísimos, malogrado por la muerte, nos dejó *Las cruces en el agua*, la novela de Guayaquil, trópico esencial batido por la tragedia. Demetrio Aguilera Malta, viajero y soñador, el lírico del grupo, ha escrito una novela que es paradigma del género : *Don Goyo*, el montuvio esencial, tipo característico del hombre que vive a las orillas de los grandes ríos y en la playa marítima, cubierta de manglares ; posteriormente, Aguilera ha logrado realizaciones de tipo regional tan poemáticas y bellas como *La isla virgen*. Novelista social, militante fervoroso, Enrique Gil Gilbert, cuya novela *Nuestro pan* es el doloroso cuento de los plantadores de arroz, desde la miseria campesina que baja de la sierra en busca de trabajo y encuentra enfermedad y explotación, hasta la miseria urbana que se exhibe en las calles de Guayaquil. La tierra caliente, su región y sus hombres, están narrados por Gil Gilbert : *Yunga, Relatos de Emmanuel* y los cuentos con los que participara en el libro inicial, con Aguilera Malta y Gallegos Lara : *Los que se van...* Un novelista de tema negro, Adalberto Ortiz, ha conquistado los públicos internacionales con su admirable *Juyungo*, en que el negro, la selva y el autor — que es gran poeta — hacen un canto de agorería y magia, realmente inigualado. Recientemente se ha publicado una novela de tema negro y mestizo, que ha tenido un gran éxito de crítica y

de traducción : *Cuando los guayacanes florecían*, en la que su autor, Nelson Estupiñán Bass nos ofrece la potencia de una región de calor, de montaña, de grandes ríos, de mar y de negros ; en la que las fuerzas telúricas y humanas están expresadas con gran color y poder expresivo admirables.

PERU

Bajo la advocación incomparable de don Ricardo Palma, es preciso poner toda la narrativa peruana. No por influencia ni confluencia, sino porque tan alta expresión del arte de contar, tiene algo de la novela regional, de la costumbrista y, naturalmente, de la histórica. Sus *Tradiciones peruanas*, son algo señero y definitivo que es preciso colocar muy alto. Antes nos habíamos referido, aun cuando no se trate de novela, pero sí de narración, a *El lazarillo de ciegos caminantes*, de Concolorcorvo. En el período comprendido desde la entrada del siglo hasta hoy, dos nombres de alguna consideración han de ser recordados : Manuel Beingolea y Enrique López Albujar ; este último, sobre todo, con sus *Cuentos andinos* y *Matalache*, novela de negros y zambos del norte del Perú. El Perú ha dado a la estirpe latinoamericana, dos excelencias indiscutibles, en los últimos cincuenta años : el ensayo y la poesía ; en la novela, su sitio es honorable solamente. Para el ensayo basta citar los nombres definitivos de Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez. Para la poesía, el nombre sumo de César Vallejo, no superado por nadie aún. Pero su sitio está ganado en la narrativa regional con nombres como los de José Diezcanseco, cuyas novelas cortas, *La Gaviota*, *Kilómetro ochenta y tres*, *Jijuna* y su novela grande — un poco malograda — *Duque*, picardías limeñas, bien ambientadas y llenas de malas palabras. La recia y abundante producción de Ciro Alegría, puede ser disputada por varias parcelas de la novelística contemporánea : la indigenista, la social, la costumbrista. Pero, sin lugar a duda, es una narrativa regional.



CIRO ALEGRIA

Son de región, de comarca, su ambiente, su paisaje, sus tipos. Alegría ha trabajado con barro del Perú, con problemática peruana, su dramática y bien construída novela *Los perros hambrientos*, como lo había hecho al escribir *La serpiente de oro*, su revelación como novelista de largo itinerario. Finalmente, *El mundo es ancho y ajeno*, gran mural cuyo tema es el drama del hombre frente al hombre, a la ley, a la costumbre, a la naturaleza del Perú. Novela densa, apretada, que no nos permite apartarnos de los símiles pictóricos, singularmente de aquéllos de las pinturas anecdóticas de Diego Rivera, en las que el personaje está multiplicado al infinito, en alusiones, representaciones y elementos regionales inconfundibles. Hay material para muchas novelas, como en *La vorágine*, de Rivera. Millonario de temas, Alegría, hace un solo libro con lo que los europeos hubieran hecho — desde Balzac — una comedia o una tragedia humana en

muchos tomos. Puede predicarnos algo en sus novelas Ciro Alegría, puede defender tesis de cualquier especie, pero lo hace con los pies bien plantados en la tierra peruana. ¿ Se podría asegurar que *El caballero Carmelo*, de Abraham Valdelomar, *Tungsteno*, de César Vallejo, *La casa de cartón*, de Martín Adán, son relatos regionales ? Acaso. Pero en ellos, predomina otra clase de tipificación : exaltación lírica, tesis, costumbrismo y paradoja. En cambio, hemos de citar en esta línea, *El pueblo sin Dios*, de César Falcón y *Agua* de José María Arguedas.

BOLIVIA

Raza de bronce, la novela de Alcides Arguedas — una de las pocas obras de relato que debemos a la época modernista — es una novela regional, a pesar de que también es una novela indigenista. El acedo censor de la vida boliviana, que en las últimas ediciones de *Pueblo enfermo* asume una posición un poco exagerada en sus desvíos de la democracia, inició su camino de novelista con *Vida criolla*, a la que él mismo llama « novela de la ciudad ». Armando Chirveches es novelista regional por todos sus costados. Desde *Celeste*, escrita en tono romántico en 1905, hasta *A la vera del mar*, escrita en el año de su muerte, 1926, toda su obra está signada con las características de lo regional : *La candidatura de Rojas*, *Casa solariega*, *La virgen del lago* y *Flor del trópico*. Regionalismo urbano o rural, pero con la marca profunda de la comarca donde ocurre lo relatado. Adolfo Costa du Rels, como el peruano García Calderón, hacen novelas americanas, con títulos franceses, desde París. Se acuerdan de casos y cosas de sus respectivas patrias. *Terres embrasées* como *La hantise de l'Or*, son resconstrucciones de paisaje de humanidad, de historia. Gustavo Adolfo Otero, figura múltiple, que se produce en la historia, el ensayo, la crítica, hizo sus incursiones primero por la narración burlesca y luego, en distintos momentos, por la regional : *Cuestión de ambiente* y *Horizontes incendiados* son, la una regionalismo urbano y la otra propaganda patriótica. La tragedia pavorosa de la guerra del Chaco, remueve profundamente el subsuelo humano de Bolivia y hace aflorar una promoción dolorida y enrabiada de poetas, ensayistas y relatistas. Y una generación revolucionaria de políticos. Lo primero que nos llegó fué *Aluvión de fuego*, de Oscar Cerruto, novela agria, dura, con protesta y con rabia, pero dentro de la línea profunda de lo regional, la entrada en el interior del hombre boliviano conturbado hasta el tuétano por la catástrofe. Augusto Céspedes es un relatista « testimonial », al hacer la denuncia del bárbaro entrevero de dos pueblos fraternos, en su libro *Sangre de mestizos*. Augusto Guzmán, con *Prisionero de guerra* y *La cima fecunda*. Porfirio Díaz Machicao, con reminiscencias de Barbusse. Luis Toro Ramallo, Eduardo Ance Matienzo y Claudio Cortés. La explotación minera por « los tres apellidos », Patiño, Aramayo y Hotschild, tiene también su trágica literatura : entre muchos *Socavones de angustia*, del malogrado Fernando Ramírez Velarde, es uno de los libros más representativos de la explotación minera, que se halla en la raíz de toda la historia de Bolivia. Millares de hombres bajo la tierra consumen sus vidas en la enfermedad y la miseria. No es el « documento humano », recogido para comprobación de una tesis, como en el

MACHADO DE ASSIS

caso de *Germinal* de Emilio Zola. Es la transliteración del dolor de un pueblo que ya no podía más... ¡ Que ya no pudo más !

PARAGUAY

Confesamos, con rubor, nuestra escasa información sobre el relato paraguayo contemporáneo. Su pensamiento, su poesía, su ensayo, son algo mejor conocidos. Así, por ejemplo, nombres grandes como el de Manuel Gondra, el crítico agudo y magistral, el internacionalista creador de soluciones y doctrinas por la paz americana, polígrafo de la talla de Rodó ; Natalicio González, crítico, ensayista, historiador de la literatura, rector de una época espiritual de su país ; Julio César Chavez, historiador, autor de una de las mejores biografías escritas en América, *El supremo dictador*. Sentido regional tienen los *Cuentos guaraníes* de Eloy Fariño Núñez. Durante y después de la guerra del Chaco, acaso no con la misma prodigalidad que en Bolivia, se desarrolló también una literatura de testimonio, que asumió, en ocasiones, los caracteres del relato. Así tenemos, por ejemplo, a Justo P. Benítez, en *Bajo el signo de mar* ; José P. Villarejo, en *Ocho hombres* ; Arnaldo Valdovinos, con *Cruces de quebracho* y *Bajo las botas de una bestia rubia* ; José D. Molas, con *Polvareda de bronce* ; Silvio Macías, con su atormentado relato *La selva, la metralla y la sed*. Actualmente hemos leído una novela, *La babosa*, de Gabriel Casaccia, en la que se advierte un poco la intención, más que la técnica, de la *Calle mayor*, de Sinclair Lewis, pero con arraigo en el ambiente. Nos acogemos, por lo demás, a la interpretación de Luis Alberto Sánchez, respecto de la poesía paraguaya : « Paraguay se halla en la pesquisa de sí mismo ». Y a nuestra explicación sobre la ausencia ecuatoriana en la época modernista : « estábamos haciendo la historia, para después contarla... o cantarla ».

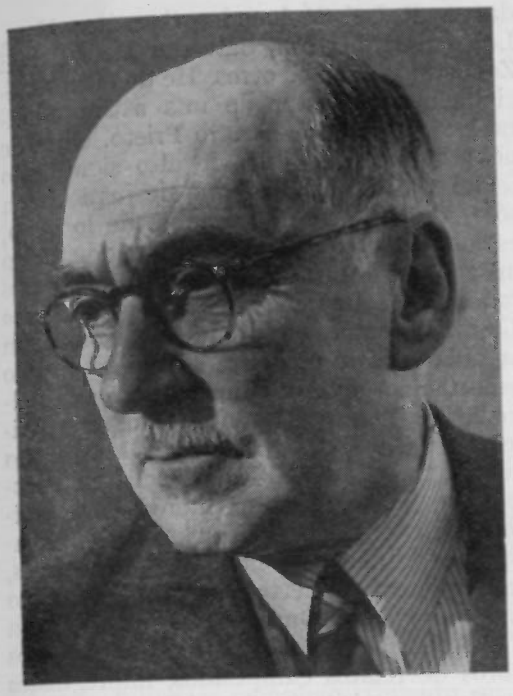
BRASIL

Los precursores como el romántico José de Alencar o el naturalista Manuel Antonio de Almeida, o Alfredo de Taunay, cuya novela *Inocencia*, es reconocida como « o livro de mais côr local que existé na nosa lingua », por un crítico tan agudo como Olivio Montenegro, deben ser citados, en el umbral de la literatura novelesca regional brasileña, una de las más ricas del continente. Ya en la plenitud, Aluizio de Azevedo — uno de los grandes novelistas de la América Ibérica — empata felizmente con el realismo francés de la mejor hora y, con un sentido avanzado de justicia, cuenta el dolor del hombre brasileño en la tierra y el ambiente brasileño. Su novela *O cortico* ha merecido ser comparada a *Germinal* de Emilio Zola ; y *O mulato*, es algo acendradamente regional. ¿ *Canaan* de Graça Aranha, podrá ser considerada una novela regional ? Acaso, por el fondo problemático del tema, que es la inmigración y la colonización del Brasil. Rubén Darío aseguraba que *Canaan* era la mejor novela escrita en América. Inclinándonos ante el gran poeta, no nos sometemos muy ciegamente al crítico. El gran novelista del Brasil es, a no dudarlo, ese mulato genial, amargo y pobre, Machado de Assis. Triste y agrio en su vida, pero no en su obra, que es humana y robusta, dura y justiciera, artística y profunda. Es preciso llegar hasta Rómulo Gallegos para encontrarle un par en la novelística latinoamericana. En los momentos en que Eça de Queiroz hacía en Portugal su obra incomparable, en el lejano Brasil colonial se escribían libros tan poderosos de contenido y bellos de expresión como *Bras Cubas*, *Quincas Borba* y *D. Casmurro*. Ternura, ironía, generalmente ausentes en la novela americana, se encuentran aquí. Otros nombres dignos de citarse son Inglez de Souza, donde la influencia de Zola es más marcada. Es en la novela y el cuento brasileño actuales en donde haremos la mejor cosecha de relato regional. Como en Estados Unidos, en el Ecuador, en Venezuela, las novelas brasileñas contemporáneas serán expresión desgarradora de insatisfacción contra el medio injusto o, como dice Lewisohn respecto de los Estados Unidos : « Contra la baja calidad moral de la vida norteamericana ». Como en el ensayo Gilberto Freyre está dando una tónica de investigación profunda a la sociología americana, así también la novelística del Brasil ha

urgado lo esencial de tierra y hombre brasileños. Un arquetipo para novela y ensayo es el genial *Os Sertoes* de Euclides da Cunha. José Luis do Rego es quien rompe la marcha de esta pléyade de relatistas brasileños. *Menino de engenho*, su primera novela, lo mismo que *Doidinho* y *Bangüe*, son de intenso valor autobiográfico, pero esa infancia sencilla transcurre en la naturaleza brasileña, ante la catástrofe de sus ríos torrentosos y la potencia inmensa de sus selvas. Alvaro Lins lo dice : « Encontramos nos seus romances a historia social e o espírito de toda unha região ». Completan la obra de do Rego : *El moleque Ricardo*, *Usina*, *Pureza*, *Pedra bonita*, *Riacho doce*, *Agua mae* — acaso su obra fundamental — *Fogo morto*, *Euridice* y *Cangaceiros*. Siguiendo en los comienzos a Eca de Queiroz, Graciliano Ramos hace el encuentro definitivo de su destino de escritor y novelista. *Caetes*, conserva rasgos de ironía queirosiana ; pero desde *S. Bernardo*, que algunos juzgan su mejor novela, continúa la trayectoria del escritor brasileño con los pies fijos en su tierra, pero al servicio de la justicia y la piedad humanas. *Angustia* es un documento formidable de sentido regional y poder introspectivo — generalmente raro en los novelistas de América —, y viene luego *Vidas secas*, *Infancia*, *Insonia* y los cuatro volúmenes de *Memorias do carcere*, en los que no sólo el nombre sino el poder de meterse dentro del « subsuelo », nos hacen recordar Dostoieswsky. Jorge Amado está empeñado, en alma y cuerpo, en la lucha por la justicia social. Sus primeros libros *Pais do carnaval*, *Suor* y *Cacau*, levantaron una ola de comentarios por el proselitismo que se les atribuía y la audacia expresiva. Pero son libros intensamente regionales, aunque de una temática denunciadora y trágica. Luego vino *Jubiaba* como una verdadera obra maestra de poesía bárbara, en la que la vida primitiva desarrolla como categorías cotidianas los dramas del amor, del adulterio, de la muerte. Finalmente *Mar morto*, que tiene una tal intensidad lírica que, quienes han querido ver complejidades anormales en el deseo sexual de Guma, un chico de once años, por su madre, una prostituta, acaso están extremando las interpretaciones. Han de citarse los nombres valiosos de Mario de Andrade, Cornelio Pena, José Américo de Almeida, Octavio de Faria, que anunció ambiciosamente una serie novelesca con el nombre de *Tragedia burguesa*, y hasta hoy sólo ha cumplido con *Mundos Mortos*. Dos mujeres novelistas nos ofrece el Brasil contemporáneo : Rachel de Queiroz, con su notable novela *Caminho de pedras* y Lucía Miguel Pereira, con *Amanhecer*. Influenciada por la novelística norteamericana, en parte, y por las tentaciones del cinematógrafo, Erico Veríssimo es el autor de una serie de bellas novelas en las que se revela un verdadero maestro : su primer éxito fué obtenido con *Caminhos cruzados*, original de técnica y caudalosa de expresión, con poder de entrar en las profundidades del hombre. Siguieron *Un lugar ao sol*, *Musica ao longe*, *Mirad los lirios del campo*. Y luego *O tempo e o vento* en el que se halla más maduro, más dueño de sus dones de novelista. Una « brincadeira » suya, *Un gato negro en la nieve*, le dió mucha entrada en la literatura norteamericana. Ha tenido mucho éxito y algunos creen que al éxito ha sacrificado calidad artística. Yo pienso lo contrario : Veríssimo es un grande y bien difundido novelista del Brasil, con miras y ambiciones a lo universal. Monteiro Lobato, relatista de niños y de hombres, nuevo La Fontaine, es un novelista regional.

ARGENTINA

La menos regional de las novelas latinoamericanas ha sido escrita por un argentino : *La gloria de don Ramiro* de Rodríguez Larreta, que no pudo ser corregida ni por *Zogoibi*, ni por *Santa María de los Buenos Aires*. Pero en la Argentina también se escribe la novela regional por excelencia : *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldez. Lo que *Martín Fierro* es para la lírica argentina, *Don Segundo Sombra* es para la novela. Güiraldez, hombre de cultura artística refinada, al que en Francia se llamó, por sus primeros versos, discípulo de Rimbaud, pero que « llevaba el gaucho en su corazón como una hostia ». Se



EDUARDO BARRIOS

ha debatido sobre la autenticidad gauchesca de *Don Segundo Sombra*. Groussac lo dijo : « A traves del chiripá se le ve el smocking ». Sin embargo, hay tal amor, tanto asombro encariñado con la tierra y sus hombres, que nos conmueve y convence. Alguna parte narrativa de la obra de Ricardo Rojas, polígrafo, puede entrar en la línea del relato regional, como su defensor y su teórico principalmente, pero también como su realizador en *El país de la selva*. Roberto J. Payró nos ofrece un tipo de novela regional picaresca en *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira* y los cuentos de *Pago Chico*. Regional es sin duda toda la obra de Benito Lynch. El campo argentino, de pampas y sierras, el « pago », están ofrecidos con una diafanidad insuperable : *Los caranchos de la Florida, El inglés de los güesos, El romance de un gaucho*, son evidentemente regionales. La cosecha es inmensa ; hemos de citar simplemente unos nombres, seguros de olvidar los más : Martiniano Leguizamón, Eduardo Acevedo Díaz, Justo P. Saenz, Max Dickman, Pablo Rojas Paz, Fausto Burgos, Juan Carlos Davalos, Angel María Vargas, con aquel relato del bello nombre : *El hombre que olvidó las estrellas*. Aunque se trate de lo regional, no hemos de olvidar los grandes nombres de Martínez Estrada, Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, pilares de la cultura argentina contemporánea.

URUGUAY

Con las características regionales de lo rioplatense, la narrativa uruguaya se confunde y engloba con la argentina en veces, hasta el punto de que, nativos de la una orilla han escrito y vivido en la otra. Muchos casos, desde Florencio Sánchez, el dramaturgo, hasta Horacio Quiroga, el relatista, que abre la lista de los autores regionales uruguayos con sus *Cuentos de la selva, La gallina degollada, Cuentos de amor, de locura y de muerte*. Uruguayo por nacimiento e inspiración, aunque haya vivido lejos de la tierra nativa, es Enrique Guillermo Hudson, cuyo libro *Tierra purpúrea* es de la región uruguaya. Con todo, es Javier de Viana quien mejor representa lo regional uruguayo. Pesimista, amargo, en esos relatos vivientes, Viana cuenta la decadencia del gaucho, su miseria, en narraciones como *Guri, Macachines, Leña seca, Yugos*. Oto Miguel Cione, con sus relatos llenos de sabor criollo, como *Maula, Chola se casa, Carahuata*, se inscribe en la novelística regional con igual derecho que el más popular y conocido Yamandu Rodríguez. Y no hemos olvidar a Miguel Víctor Martínez, Francisco Espíndola, Valentín García, Juan A. Dosseti. Cerramos la lista con el nombre prestigioso de Zavala Muñiz, conductor y director espiritual de la gente libre de su patria, cuyos libros, singularmente *La crónica de Muñiz*, son un cántico a la región y a la tierra. Y finalmente el nombre alto de poeta, novelista relatista de diferentes rutas, entre las cuales también la regional, de Enrique M. Amorim, cuyos libros *La luna se hizo con agua, La carreta, Tangurapa, El caballo y su sombra*, y sobre todos, *El paisano Aguilar*, lo colocan en lugar de preeminencia entre los narradores regionales del Río de la Plata.

CHILE

Tierra principalmente de poetas, que ha dado a la estirpe algunas de las más altas significaciones líricas, como Gabriela Mistral y Pablo Neruda, no entró muy pronto y significativamente, por los caminos del relato. Hoy mismo, antes que tierra de novelistas, lo es de ensayistas, como Latcham y Subercasseaux, de historiadores, de poetas. Por ellos Chile ocupa un alto lugar entre las grandes potencias espirituales de América. En la última época — a excepción de lo que ocurre en la mayor parte de nuestros países — está iniciándose un valioso florecimiento teatral. Con todo, figuras excepcionales de la novelística chilena hacen su presencia en el panorama continental, pero aún entre ellas no todas pueden ser inscritas en el casillero de la novela regional. Para no ir muy lejos, es difícil situar en esta línea a novelistas como Eduardo Barrios, de sutil espíritu romántico y gran belleza expresiva : *El hermano asno, El niño que enloqueció de amor,* en el que se narra un caso de desviación del complejo de Edipo, perturbador y triste. Tal vez en *Un perdido* y *Gran señor y raja diablos* haya un poco de sabor de la tierra chilena. Una buena parte de la novelística de Joaquín Edwards Bello, cabe en la parcela regional, aún cuando esté muy emparentado con los realistas europeos, ansiosos de tipificaciones personales permanentes. Fiel a la época, acaso sin propósito expreso, se inscribe entre los novelistas de la inconformidad, como casi todos los norteamericanos, especialmente Sinclair Lewis, el de *Babbit. El roto* es, en nuestro tema, la más característica de las novelas de Edwards Bello, lo mismo que *Valparaíso, La ciudad del viento, En el viejo almendral, El inútil,* y aún *La chica del Crillón,* estas últimas con regionalismo urbano inconfundible. No se ha de olvidar a Rafael Maluenda, González Vera, Labarca Hubertson, Salvador Reyes, Sadi Zañartu, y muchos otros. He de citar especialmente al autor de una sátira admirable: *El socio,* de Jenaro Prieto. Obra de nobleza inconfundible, de alto significado social, en que hay reclamo de justicia con sólo contar la verdad amarga de lo visto, es la de Alberto Romero, cuyo regionalismo urbano es inconfundible : *La viuda del conventillo, La mala estrella de Perucho González,* entre otras muchas, consagran la vida de este novelista silencioso y poco espectacular, que vale mucho. Carlos Sepúlveda Leyton, nos cuenta el campo chileno en *Hijuna,* como Juan Marín nos cuenta tragedias del Sur de Chile en *Paralelo 53 Sur,* y una extraordinaria escritora de cuentos, Marta Brunet. Dos nombres de auténticos novelistas regionales, recientemente muertos los dos : Mariano Latorre y Luis Durand. El primero, con *Zurzulita, On panta, Maule* y muchos libros de relatos campesinos, impregnados de tierra, espíritu y aire chilenos, escritos con amor, por uno de los más completos intelectuales que, en todos los campos, haya tenido últimamente Chile ; el segundo tan modesto y callado para el triunfo, con *Frontera* y *Mercedes Urizar.* Gente joven en Chile hace novela de acusada tendencia social especialmente. Nicomedes Guzmán dramatiza la vida del proletariado urbano en *La sangre y la esperanza* y otras ; y la tragedia del salitre en *La luz viene del mar.*

Aquí se acaba este cuento de cuentos. Muy incompleto sin duda. En él se ha procurado permanecer dentro de la parcela señalada : la novela regional. Con algunas escapadas, por la imposibilidad de omitir ciertos nombres. Seguramente son muchos los que faltan. Pecado de ignorancia y nada más.

BENJAMIN CARRION

EL ENSAYO

en nuestra América

POR GERMAN ARCINIEGAS

En esta América nuestra, que es ladina y no es latina, la novela llega tarde, el teatro no madura, pero florece el ensayo. Hay una necesidad de interpretarnos, porque somos problemáticos. En cierto modo, somos de todos los mundos el más difícil y complejo. Cuando en el campo de las letras aparece un ensayista que le encuentra un nuevo sesgo al problema que nos domina — el de saber qué somos y hacia dónde vamos —, le llamamos « maestro ». Es la única ocasión en que a esta palabra le damos un contorno de respeto, casi de veneración. En el resto de los casos, la usamos con ironía, y les decimos maestro al zapatero, al músico que toca la guitarra en las rondas de media noche. Otra cosa es cuando nombramos a Justo Sierra, a Hostos, a Rodó, o en nuestros días a Alfonso Reyes, a Sanín Cano.

América es el único continente que aparece de repente, el único que brota de lo totalmente desconocido. Presintieron su existencia algunos soñadores, pero como quien hace un ejercicio de imaginación, y aún así les pareció que lo mejor era inventar y destruir la imagen, crear una Atlántida fantástica, y figurar su inmediata desaparición. Cuando ya se insistió en la redondez de la tierra, Toscanelli y Colón, el uno por simple cálculo, el otro por atrevimiento temerario, sólo vieron al otro lado del Atlántico las costas del Asia, las islas del Japón. La revelación que hizo Amérigo Vespucci de haber hallado un continente nuevo produjo tal estupefacción en Europa, que los geógrafos se apresuraron a pedir se le diera su nombre al nuevo mundo. El Asia, el Africa, se venían explorando de siglos atrás. Estaban fluyendo con su sangre, con la sangre de su espíritu, bajo la piel de Europa, y no eran sino paisajes nublados por la distancia y las dificultades de viajar. Pero había los Marco Polo, y se sabía el color de sus gentes, lo que pensaban, lo que producían. América irrumpe como la tentación para el ensayo. Es el último tema. No por mera coincidencia, ni por capricho de autor, Montaigne, el creador del ensayo moderno, ha de ocuparse del hombre americano. Ese buen salvaje de que él habla, seguirá vivo en la memoria de los europeos, y basta que refresquen su recuerdo los viajeros de la época de Bougainville, de La Condamine, de Humboldt, para que de ahí brote el chorro de literatura romántica que hace a los de Europa pensar en la América del siglo XVIII.

En rigor, el ensayo sobre el Nuevo Mundo se escribe en la primera década del siglo XVI por los propios exploradores. El problema del color del hombre americano lo discute ampliamente Amerigo Vespucci, como discute todas las teorías geográficas que se interponen entre lo que ven sus ojos en la tierra nueva y lo que han vislumbrado en los libros. De la obra de Las Casas o de la de Sahagún se puede sacar ensayos independientes, en donde es maravilloso ver cómo se cruzan las corrientes del medievalismo y las del humanismo. De todo lo que luego se ha dicho en los ensayos es-

GERMAN ARCINIEGAS

critos durante el siglo XIX, hay anticipos nada despreciables en aquellos textos primitivos preñados por el asombro de la revelación.

También es nuestra América caso único por la precipitación en ella, en los tiempos modernos, de las más caudalosas corrientes raciales para formar el último gran mestizaje. Es un mestizaje que todavía está verde, fresco para que lo estudien los sociólogos. Europa es ciertamente un continente de mestizos, pero nos resulta tan distante la invasión de los asiáticos, se ha esfumado a tal punto el recuerdo de cómo se mezclaron los africanos con todos los pueblos del Mediterráneo europeo, que nadie se preocupa de proceso tan remoto. En cambio aquí tenemos una Babel que no es de lenguas sino de colores. Y la llevamos con relativo éxito. En los Estados Unidos, que sólo tienen para combinar blanco y negro, todavía pelean a muerte los partidarios de la segregación, y la corte suprema tiene que sufrir su altanero desafío. En nuestra América, entre el cobre indio, el ébano africano, y el aceituno ibérico se ha llegado a una gama infinita de matices, y cuando José Vasconcelos señaló la posibilidad de una raza cósmica que fundiese en nuestras tierras todos los colores y atase los hilos perdidos de los otros tres continentes, se le llamó con el nombre que para el caso es de rigor entre nosotros : Maestro.

En otro sentido también nuestra América es única. Es anárquica, inestable, caótica, pero practica una teoría diferente en el punto que quizás más ha ocupado la actividad europea en la edad moderna : en la manera de matarse los unos a los otros. Tres siglos continuos de paz representan algo que jamás ha conocido el europeo. Es cierto que en el XIX hemos practicado el ejercicio de las guerras civiles, pero sumados todos los muertos de éstas, no alcanzan a los de una gran batalla en el viejo continente. No ha habido guerras de conquista. No se han formado ejércitos con el propósito de invadir a los vecinos. La única invasión grande que se recuerde ha sido la de México por los Estados Unidos. El incidente de la guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia, o de la alianza de Brasil y la Argentina contra el Paraguay son episodios que no pueden compararse con el tema bélico constante en la historia de Europa. El sistema de los estados americanos tiene congelada la guerra internacional. Pero nuestra América es inestable. En todos los países cambian las constituciones con una frecuencia enfermiza. Dictaduras y revoluciones alternan sin tregua ni reposo. Nuestras pasiones colectivas contrastan con la precisión mecánica del imperturbable crecimiento de los Estados Unidos, antes y después de la guerra de secesión.

Hay un hecho evidente en el contradictorio proceso histórico de los Estados Unidos y de la América española que explica ese fenómeno. En los Estados Unidos la independencia no fué sino un desarrollo natural en la evolución política de las colonias. Allí, el gobierno democrático, liberal y representativo estaba practicándose en unas agrupaciones que tenían ya la experiencia del gobierno propio. Correspondían ellas a grupos selectos de toda Europa que

se habían trasladado a América por vocación democrática. Las colonias inglesas, alemanas, francesas, rusas, holandesas, que habían venido a trabajar como compañías mercantiles, eran formadas por quienes necesitaban dar ese paso para sentirse más libres en la práctica de sus religiones. Emigraban de Europa con un plan de vida independiente. En la América española ocurrió lo opuesto. Se vivió bajo el poder absoluto de un imperio que estaba gobernado de una parte con las ideas romanas de un poder central y de otra con el brazo fuerte de la Iglesia católica. La Iglesia veía en el más leve gesto de independencia ideológica un asomo de luteranismo, de judaísmo, de calvinismo, y lo ahogaba con evidente eficacia. Por estas circunstancias, el ensayo que se escribe en los Estados Unidos se reduce a un balance optimista del propio progreso, es una filosofía donde se ve la complacencia de un organismo sano que va cubriendo de industrias, ciudades, trigales y rebaños la ancha superficie de una república sin los infiernos verdes de nuestra geografía enfurecida y mortífera. En cambio, el ensayo de la América hispana es un caminar bordeando el abismo. Hay en nuestros temas esa atracción que sólo se experimenta en los despeñaderos de la muerte. Uno de nuestros primeros grandes ensayos —la Carta de Jamaica, de Bolívar —ilustra este dramatismo de nuestra existencia. En vano se buscará en los escritos de Washington una página parecida. Los hechos que tuvo que contemplar el héroe del norte durante sus campañas o después de la victoria no impusieron jamás en él la urgencia de reflexiones tan hondas. Cuando una escuela altanera, de ricos ensoberbecidos por sus éxitos, con un cazador de fieras a la cabeza como Teodoro Roosevelt, acuñaba en los Estados Unidos la expresión alegre y despreocupada del « Destino Manifiesto », que casi se traga medio Caribe, en la América Hispana Alcides Arguedas hablaba del pueblo enfermo, — que era nuestro pueblo — y Francisco García Calderón en vano trataba con su retórica elegante y afrancesada de figurar la creación de un continente partiendo de los hechos inmediatos que él mismo presenta en macabro desfile.

Es obvio que las reservas naturales de nuestra América, y sus reservas humanas de pueblos formados en las luchas más desiguales y angustiosas, autorizan para pensar en un futuro de extraordinario poderío. Pero el fondo de donde salimos nos coloca dentro del cuadro de la tragedia. No se puede hallar como tema para el ensayo otro más lleno de contrastes, con más recónditos secretos, con más agudas crisis, con más sombras melancólicas y más cantos de vida y esperanza.

El ensayo iberoamericano se escribe con relativa profusión en el siglo XVIII antes de la independencia, y la independencia misma no es sino como la proyección en la vida de esos ejercicios de la inteligencia criolla. Los ensayos eran académicos en apariencia, pero se convirtieron en descargas explosivas. Para ser exactos, los escribieron lo mismo los primeros universitarios nuestros formados en la escuela del despotismo ilustrado, que los extranjeros que llegaban a visitarnos. Deliberadamente Humboldt le dió estos nombres a sus libros más salientes sobre América : *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne ; Essai politique sur l'Ile de Cuba ; Essai sur la géographie des Plantes*. La obra de Humboldt no es sino un vasto ensayo, que un día, según cuenta la tradición, desemboca en cierta conversación que el sabio sostiene con Bolívar en París, cuando Bolívar era sólo un mozo vehemente de Caracas llegado a Francia. Humboldt le pinta al caraqueño el cuadro de América, y concluye : « Ustedes no tienen sino una solución posible : independizarse de España : sólo que yo no veo al hombre capaz de acaudillar el movimiento ». Y lo estaba viendo...

Pero es más impresionante la relación directa entre los ensayistas y la guerra. En el Ecuador, Francisco de Santa Cruz y Espejo escribe la crítica a los sistemas pedagógicos españoles, se burla de los predicadores, discute temas de higiene, escribe una sátira que no parece sino exabrupto académico en *El nuevo Luciano*, y sin embargo los ecuatorianos le llaman — y con justicia — su precursor de la independencia. En Santa Fe de Bogotá, Caldas escribe el *Influjo del clima sobre los seres organizados*, y de ahí pasa a ser un oficial

de ingenieros en la guerra de independencia, y termina en el cadalso. La misma suerte corre don Camilo Torres, que también allí ha escrito el ensayo sobre la reforma de los estudios, y redactado el *Memorial de agravios*, nuestro primer gran estudio político. Y no digamos nada de Nariño que de escribir el ensayo sobre las reformas fiscales de la colonia para el gobierno virreinal pasa a ser el precursor colombiano. Hay casos como los mexicanos que sólo pueden ser bien entendidos por quienes conozcan la trama espiritual del mundo azteca. Sigüenza y Góngora, el sabio matemático que polemizando sobre astronomía dice : « no hay autoridad que me convenza, si no me dan las pruebas y demostraciones que exige la ciencia », es también el autor del *Triunfo parténico* que exalta el culto de la virgen de Guadalupe. Fray Servando Teresa de Mier sale de México perseguido por la Inquisición y traduce en París, con don Simón Rodríguez, *Atala* de Chateaubriand. La discusión entre Fray Servando y la iglesia de México fué también la virgen de Guadalupe. El no se limitó a los contornos tradicionales del tema, sino que apadrinó la idea fabulosa de ser la imagen de una época anterior en siglos a la conquista, remontándose a la época en que debió venir a América el apóstol Santo Tomás. ¿ Por qué hacían esto los sabios ? ¡ Ah !, ellos habían hallado ese hilo misterioso de la mística mexicana, que les permitió a los curas Hidalgo y Morelos levantar como estandarte de la revolución contra España la imagen de la virgen de Guadalupe. Era el símbolo secreto, el santo y seña de la independencia.

Son las revoluciones en Europa breves y brutales. La revolución de nuestra América comenzó en el siglo XVIII y no ha terminado aún. No ha terminado porque hemos tenido que introducir ideas de gobierno representativo donde por tres siglos hubo imperio absoluto ; desatar el nudo de la Iglesia y el Estado que se hizo ciego en otros tantos siglos de apretar el lazo en que se abrazaron la corona y los obispos ; abrirles campo a las ideas liberales donde imperó la dogmática más cerrada ; amansar a los militares que no pelearon en la guerra de independencia, pero que se declararon herederos de Bolívar ; adelgazar las oligarquías que se creyeron autorizadas para suceder al rey ; llevar el alfabeto a la selva, al páramo, a la pampa ; calzar al descalzo, que es una nueva obra de misericordia ; trazar carreteras sobre los abismos, defendernos de la manigua y superar los infiernos verdes, blancos, negros, amarillos que nos tienden la selva, la escarcha, las rocas peladas, los arenales. Nada aquí de la campiña sonriente de Francia, nada de las praderas del Misisipí, tablas agrícolas de multiplicación ; nada de los paisajes amorosos de Italia. Y tenemos que combinar los colores de todas las gentes, y hacer que no sea la raza cósmica únicamente caos y fratricidio. Todo, todo está superándose. Hoy las ciudades de nuestra América son las más grandes y hermosas entre las nuevas del mundo, y el fondo del pueblo nuestro tiene más vocación de libertad que ningún otro de la tierra. Pero la revolución no ha terminado. Ni se han dado por vencidos los herederos de Fernando VII, llamado el imbécil.

No ha terminado la revolución, y como es una revolución de ideas y de estudio, sigue siendo la universidad su centro natural. Dentro de nuestra circunstancia hay dos expresiones antagónicas : revolución y cuartelazo. La revolución civil dignifica. El cuartelazo envilece. La función del intelectual entre nosotros está más cerca de la vida política que en otros lugares de la tierra. No es extraño que por todo el siglo XIX el ensayista siga viéndose obligado a entrar en la guerra civil, a servir una presidencia de la república, o a redactar el programa de una reforma política. La primera gran pintura de la República Argentina la hizo Sarmiento en su ensayo sobre *Civilización o barbarie*, que con algunas otras páginas le llevaron a jefe del Estado. Alberdi puso a caminar a los mismos argentinos por la senda constitucional y provocó la inmigración para poblar las pampas desiertas, que son el tema de *Las bases*. Se han ensayado todas las teorías, se han expresado todos los optimismos y todos los pesimismos.

Carlos Octavio Bunge, en *Nuestra América*, atribuye las desventuras de nuestra anarquía a defectos de la raza, y reco-

mienda la europeización por el trasplante de métodos universitarios y educativos. Laureano Vellenilla Lanz sostiene en cambio que lo único posible es el *Cesarismo democrático*, y se hace el teórico de la dictadura. Cuando los fascistas dominaron a Italia, el libro de Vellenilla se publicó en italiano como feliz anticipación criolla de los sistemas de Mussolini. Laureano Gómez en sus *Interrogantes sobre el porvenir de Colombia* declara que su país es la combinación diabólica de una razas degeneradas que se reproducen en donde no podrá aclimatarse nunca una civilización. José Enrique Rodó presenta en « Ariel » a los de nuestra América como portadores de la antorcha espiritual frente al materialismo de los Estados Unidos. José Carlos Mariátegui ofrece en los *Siete ensayos sobre la realidad peruana* soluciones de tipo marxista, y Víctor Raúl Haya de la Torre, en el programa del APRA, una fórmula continental propia que rechaza al comunismo internacional. Y si miramos hacia atrás, vemos las dudas que tuvieron los libertadores y los primeros legisladores entre si optaban por la monarquía o la república, entre un federalismo que iniciara a los municipios y a las provincias en el gobierno propio, o un centralismo que permitiera sujetar desde la capital a la última aldea de la república.

Los positivistas hicieron escuela en toda América. Sobre su obra ha escrito libros excelentes Leopoldo Zea. Los positivistas pusieron su fe en el progreso, y en buena parte lo impulsaron en todos los países. Irónicamente, el desarrollo nada uniforme de las distintas partes del hemisferio ha producido tales diferencias, que el problema en vez de simplificarse, se ha agravado. Cuando Fernández de Lizardi escribía en la primera página del *Periquillo Sarniento* : « Nací en México, capital de la América Meridional », era México una ciudad mucho más grande que cualquiera de los Estados Unidos, y la América Latina tenía aún mayor significación histórica que la república anglosajona. A nosotros nos devoró la propia anarquía, a los Estados Unidos todo les empujó a ser los grandes del mundo. Hoy al sur del Río Grande está este vasto mundo nuestro de ciento setenta y cinco millones de hombres insatisfechos. mal educados, mal comidos, mal calzados, mal vestidos, mal gobernados, mal defendidos, y al norte del mismo Río Grande viven ciento sesenta y cinco millones de hombres los más satisfechos, con mejores escuelas, con comida abundante, con zapatos, con vestidos nuevos, con gobierno escogido por ellos mismos, y con defensa de toda suerte, como no se ve en otro pedazo del mundo. El hecho de estar estos dos conglomerados viviendo en dos compartimientos de la misma casa agudiza en nosotros un problema universal. El resto del mundo conoce los problemas creados por la prosperidad de Estados Unidos, pero hay la distancia que atenúa sus efectos. La seguridad que representa para el norteamericano medio la solución que da el gobierno de Washington a sus problemas, adquiere para él valor de sanalotodo universal. Las mismas soluciones, como tratamiento de las enfermedades en la América del Sur, conducen al abismo. El tema de las relaciones con los Estados Unidos, que en un país europeo o asiático es apenas parte de las preocupaciones nacionales, entre nosotros es la gran preocupación. Las fricciones que se han producido en toda el área del Caribe, la penetración de las empresas que en el lenguaje popular y demagógico del sur llamamos de Wall Street, incidentes que fueron de todos los días en los tiempos del garrote o « big stick » y que no han dejado de menudear en nuestros días, han creado una sensibilidad enfermiza. Una doctrina tan radicalmente contraria al espíritu de nuestra América como la del despotismo asiático nacionalista de Moscú, ha hecho numerosos adeptos sólo por cuanto se interpreta como un rechazo a los Estados Unidos.

Internamente, el problema del siglo XIX fué para nosotros el de los caudillos bárbaros. Hoy ese problema adquiere modalidades imprevistas bajo los regímenes militares, que han tecnificado el sistema del poder personal absoluto con los recursos que inventaron los creadores del nazismo, el fascismo, el falangismo. Washington ha contribuído con desmedida irreflexión a robustecer los ejércitos locales, que no tienen sentido alguno desde el punto de vista de una futura guerra mundial, pero que constituyen máquinas blindadas diri-

gidas contra las bases del sistema democrático y representativo. Eduardo Santos resumía en esta esperanza revolucionaria lo que para nosotros ha venido a convertirse en el tema de nuestro tiempo : queremos una América Latina unida y desarmada.

Esta revista fugaz de nuestro propio mundo autoriza para afirmar, sin dramatizar artificialmente nuestro caso, y sin incurrir en exageraciones hijas de la fantasía, que el problema de nuestra América es singularísimo, y ofrece un campo de estudio que literariamente sólo cabe en el ensayo. Ahí hasta las novelas se vuelven ensayos. Y la historia. Y el teatro. Alberto Zum Felde publicó recientemente un grueso volumen, como introducción a su obra *Indice crítico de la literatura hispanoamericana*, que es un ensayo sobre el ensayo. El libro hay que leerlo para medir la vastedad del tema. Ya hace algunos años, Medardo Vitier había iniciado la exploración en su libro *Del ensayo americano*, que forma parte de esa gran biblioteca de ensayistas *Tierra firme*, editada en México.

¿ Hasta dónde han sido felices en la interpretación de su propia realidad los escritores de nuestra América ? Averiguarlo es interesante, no sólo porque ayuda a una valoración justa de nuestra madurez intelectual, sino porque el ensayo es un campo en donde ya es posible comparar con valores europeos. La poderosa atracción del tema latinoamericano ha hecho que escriban libros sobre él los autores más variados, desde los tiempos de Humboldt. Para mencionar apenas unos pocos de lo más reciente, recordemos a André Siegfried, Waldo Frank, Salvador de Madariaga, Frank Tannenbaum, el conde Keiserling, Paul Rivet. A veces, los grandes teóricos de la historia, tropiezan de verdad con un nuevo mundo en esta América nuestra que les plantea las cuestiones más inesperadas. Esto se ve en los libros de Toynbee, y se irá haciendo cada vez más sensible, a medida que esta parte del hemisferio vaya saliendo del plano penumbroso en que se ha mantenido para convertirse en un pedazo de colores vivos del mapa universal. Entonces vendrán sorpresas parecidas a las que impresionaron a los geógrafos, naturalistas y viajeros de hace siglo o siglo y medio.

Yo no vacilaría en aconsejar al estudioso que se preocupe de los problemas de las razas hacer siempre la lectura paralela del conde de Gobineau y de don Fernando Ortiz. A una escuela como la del conde en el *Essai sur l'Inégalité des Races humaines*, basada en que sólo la raza blanca es creadora de cultura, hay que contraponer los estudios afrocubanos del sabio habanero, o los del brasileño Arturo Ramos, o los de Gilberto Freire. Sólo a través de esta comparación puede aproximarse hoy el hombre a la orilla del problema. Pueden en España los curiosos de la lengua avanzar en sus investigaciones leyendo a Menéndez Pidal, pero se quedarán en la mitad del camino si no leen al colombiano Rufino J. Cuervo. Ya se trate de los grandes problemas antropológicos, o de asuntos más restringidos, cada vez va haciéndose más necesaria la referencia a la obra americana. El margen para escoger es ancho. No discutamos si quien tiene la razón es el Conde de Gobineau o don Fernando, pero queda fuera de duda la necesidad de contemplar las dos exposiciones.

El ensayo que viene escribiéndose en nuestra América, desde que ésta aparece en letras de molde, es legítimo por su autenticidad. Es siempre un documento humano fresco, directo. La teoría, la especulación, el estilo mismo son apenas la espuma que brota de batir los hechos. A veces la pasión se ve todavía hirviendo, y hay que convenir en que no hemos llegado a la helada objetividad de los eruditos. Sin embargo, como los hechos están a la vista, no puede la imaginación arbitraria desligarse de la realidad, empujar al teórico a vanas fantasías. Esta es una garantía, un control natural que no siempre se encuentra en las obras literarias.

GERMAN ARCINIEGAS

La evolución de la poesía moderna

POR XAVIER ABRIL

Cómo precisar, determinar en lo posible, el cuadro evolutivo de la poesía moderna en Hispanoamérica ? La primera tarea será la de señalar de acuerdo a la premisa del desarrollo, los aportes, las conquistas espirituales de lo que entendemos por poesía moderna. Este término parecería todavía vinculado al repertorio del novecientos, a la estética de Rubén Darío, al modernismo, en una palabra. No debe temerle al parentesco ni a la analogía. En cierta medida, la confusión, incluso, sería justificada y hasta exacta. No existe poesía nueva en América que no venga del mejor Darío, el de *Cantos de vida y esperanza*. El año 1905, fecha de su publicación, es el de una nueva era en lo que a la América poética se refiere e incluso a la lengua toda. Lo primero que resalta en esta obra es la universalidad del arte, la presencia del mundo, la tónica cosmopolita, la ansiedad de una síntesis espiritual de las culturas humanas. La extremada sensibilidad aparece, por vez primera, en la poesía americana. Y con la sensibilidad, todos los atributos de la emoción y de la música del alma. El heredero del clasicismo, de los románticos, parnasianos, decadentes, simbolistas y de la escuela romana, abrió el camino de la verdadera poesía moderna, clausurando definitivamente el pasado hispánico en lo que tiene de hechizo, ya que Darío supo diferenciar las fuentes vitales de la linfas inertes. Su voz, de esta manera, se confunde con la del Arcipreste, Berceo, Garcilaso, Góngora y Quevedo. En su tiempo, nadie representó, como él, la continuidad creadora del idioma y del espíritu. No es el suyo un caso « personal », derivado del genio, es, sobre todo, un suceso histórico. El Nuevo Mundo da en Darío a un poeta moderno, audaz, cosmopolita, universal. Pocas literaturas pueden ofrecer un fenómeno comparable al que significó su aparición y su imperio. La poesía de nuestra lengua, que es una lengua sedentaria, — excepción hecha de Góngora — no conoció jamás un más dilatado periplo que el que experimentó con el encantado nauta nicaragüense. El artista de la palabra, de las combinaciones más inefables e inauditas, ha llevado el idioma por los mares de la latinidad, del helenismo y de Oriente, enriqueciéndolo y suavizándolo, más allá de las posibilidades prosódicas. Esta es, precisamente, la magia suprema de su obra psíquica, la superación del instrumento lingüístico, que ha recibido en herencia el mundo literario hispanoamericano. La poesía que le ha sucedido, después de su muerte, ocurrida el año 1916, transformó su legado — música, selección, nobleza, amor a lo antiguo, angustia, inmortalidad —, rompiendo la forma, adaptándose cada vez más al ritmo libre y a la desesperación metafísica. Ella, en realidad, le fué más fiel que la coetánea, que sólo

atendió a la trampa de una sonoridad externa, sensual y suntuosa, la de *Prosas profanas*, salvo los casos de Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig, Enrique González Martínez, Enrique Banchs, José María Eguren.

Algunos de los poetas que surgieron al fin de la experiencia rubeniana, tuvieron la conciencia de la responsabilidad creadora, se hicieron cargo de que el ejemplo de la obra de Darío, se había cerrado en su propia proeza. Los primeros en advertir, lúcidamente, la necesidad de un nuevo camino, fueron Vicente Huidobro y César Vallejo. Ellos son los que transformaron la expresión poética de la lengua. Cronológicamente, Vicente Huidobro dió los primeros pasos, aunque fueron más de revuelta que de *creación*, esto no obstante el distintivo de su escuela creacionista. Su verdadero dominio y madurez se destacan, más tarde, en *Altazor*, *El ciudadano del olvido* y en sus poemas últimos, los que revelan una concepción del mundo, una idea estética y filosófica de la existencia. César Vallejo, tras publicar *Los heraldos negros*, libro desigual y de pésimo gusto, si bien contiene media docena de poemas excelentes, sobre todo el primero, que define en cierta forma el destino del autor, editó *Trilce* (1922) que representa el primer ensayo de la poesía del conocimiento metafísico realizado en castellano.

César Vallejo, como Vicente Huidobro, dió remate a su obra, alcanzando una altura poco común, tanto por el espíritu como por la técnica, algo excepcional, propia de su trascendencia, de su nueva noción personal del tiempo y del espacio, dos de los conceptos, por otra parte, que definen la composición de la poética moderna y la del propio autor. *Poemas humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*, elevaron a Vallejo al sitial más alto del lirismo contemporáneo, de la emoción y de la grandeza humana. Estos dos libros se hicieron célebres para siempre en todo el ámbito hispanoamericano. *Trilce* representó en su tiempo — me refiero a la segunda edición, aparecida en Madrid el año 1930 — algo extraño, insólito, quizás comparable a la impresión que debió causar en Francia la publicación de *Un Coup de Dés jamais n'abolira le Hasard*. *Trilce* es un libro enigmático, cabalístico, que concilía, sin embargo, lo hermético con las impresiones de lo cotidiano y lo doméstico. Las alusiones anecdóticas al hogar — al calendario, la familia, los muertos, el pan, los deseos, el pavor, el presentimiento, lo desconocido — se resuelven, casi siempre, en algo más hondo, intemporal y trágico. De la idea de hogar, por ejemplo, pasa a la noción de universo, superando la condición limitada de hombre encerrado en un ambiente dado y fijo. César Vallejo, en este punto, ha trascendido la contingencia de su primer escenario paterno, al exclamar en uno de sus versos : « el alquiler del mundo... »

La publicación de *Poemas Humanos* tiene un significado parecido, en el cambio de orientación estética, al que representó a principios de siglo la aparición de *Cantos de vida y esperanza*.

América, casi sin excepción de país alguno, ha conocido la experiencia vanguardista entre la década de 1920 a 1930. Los movimientos más importantes fueron los que se desarrollaron en Buenos Aires y Lima, representados en las revistas *Martín Fierro* y *Amauta*, respectivamente. Los fautores principales fueron literatos ágiles, ingeniosos humoristas, fabricantes en serie de imágenes y metáforas, secuaces de una literatura circense, episódica, vacía de contenido humano y poético, en la mayoría de los casos.

Los acentos de la tierra, las expresiones sociales de época, cambiantes siempre, a pesar de la tenaz adhesión a la anécdota, parecen definir la personalidad de Ramón López Velarde, cuya figura se identifica en México con el sentido mismo de las tradiciones de nacionalidad. El acierto de este juicio está en juego directo con la causa que lo origina : el pintoresquismo nacionalista, la costumbre, el nivel social, el detritus político, la moraleja catolizante : toda una mitología larvada y primitiva. Se define, eso sí, la policromía de un lienzo supersticioso.

Por lo general los cultivadores del tema estrecho del terruño, de su parcela agrícola y bucólica, han reflejado las características sociológicas del país, sin poder sus-

traerse al patrón del gusto público y a las limitaciones de tipo cultural. Esto rige, sobre todo, para aquellos núcleos que consideran la belleza en función del agro. En este sentido, los indigenistas de México, Ecuador, Perú y Bolivia, prolongan, dentro de un discutible castellano, el eco de una queja nostálgica y bilingüe. El nativismo rioplatense — subsidiario del gauchismo — tiene sus puntos de contacto con la poesía indigenista : sufrió un casi parecido proceso hasta alcanzar un remozamiento ultraísta de importación.

Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig, Amado Nervo, Enrique González Martínez y Porfirio Barba Jacob, se encuentran comprendidos dentro del fenómeno poético y literario que encarna y representa Rubén Darío. Esto no quiere decir que los dos primeros no aporten su nota personal, extrema, de lirismo, fantasía e imaginación. Pero en lo fundamental, en la estructura misma, el destino es el mismo e idéntico.

Enrique Banchs, José María Eguren, Rafael Alberto Arrieta y Vicente Basso Maglio, tienen muy poco de «continentales», de américanos, de modernistas apresados en lo geográfico. Los cuatro, cada uno a su manera y riesgo, otearon lejanos horizontes de sugerencia y misterio, identificándose con leyendas exóticas y míticas, diamantes interiores y perfumes mentales. La sobriedad, la gracia, el ritmo y lo geométrico, son las categorías que definen el arte de estos intensos y auténticos poetas que han desdeñado la popularidad en que se debaten, a menudo, los cantores de oficio y los juglares de feria.

La línea de la pasión, de la sangre, de la ternura, del amor y del duelo, está representada por Delmira Agustini, Carlos Sabat Ercasty, Julio J. Casal, Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral. Estos poetas vinculan, de una manera extraordinaria, sabiamente experimentados, los acentos más profundos del ser : el satanismo, la violencia cósmica, el paganismo, el erotismo, lo irreparable elegíaco, dentro de un orden coral, de gran rito, de sacerdocio pánico.

Siguiendo esta tendencia y prolongando su curva — pasión, eros, sangre y caos — surge la obra de Pablo Neruda, repitiendo, en su primera fase, los motivos de Ronsard, de Darío, de Sabat Ercasty. *Residencia en la Tierra* pertenece a su experiencia oriental, obscura y caótica, en justa correspondencia con el gaseoso espiritualismo de extracción religiosa.

Si de *Cantos de vida y esperanza* se deriva una gran poesía, de las epopeyas criollas de Darío (remedos risibles de Homeros y de Ercillas) procede esa terrible e irreparable secuela de *Cantos generales* que América padece. La obra de José Santos Chocano fué, en este sentido, precursora de esa chabacanería geográfica, adulatoria de la corteza del Continente, de la expresión rudimentaria que el hombre fatalmente habita, escenario del movimiento y de los ojos, del realismo, no de la abstracción, de la mente, del misterio.

Argentina, Cuba, Chile, México, Perú, Uruguay, son los países que cuentan en la actualidad con grupos de poetas más coherentes de América. De acuerdo a este esquema poético, iré trazando el semblante de las figuras representativas de cada parnaso. No debo ocultar la imposibilidad en que me encuentro, lejos de mis bases bibliográficas esenciales, para emprender una tarea de mayor amplitud analítica. Las omisiones inevitables — en este primer intento — podrán ser subsanadas en un futuro estudio.

Argentina

Leopoldo Lugones (1874-1938), representó en su patria la más honda y cabal tendencia del modernismo, si es que este término puede ser sinónimo, en su caso, de renacimiento. De toda la literatura de su tiempo, de su patria y de América, la cabeza de Lugones fué una de las más grandes por la inquietud intelectual. Había nacido en Río Seco, provincia de Córdoba, al 13 de junio de 1874 y se quitó la vida, deshecho por intensa crisis espiritual, a la que no fué ajena una decepción política inferior, subalterna e imperdonable en un hombre de su calidad intelectual, el 16 de enero de 1938. Su país perdió tal vez uno de sus más grandes poetas y América una

LEOPOLDO LUGONES

de sus mentalidades más señeras. El tiempo, tras el inevitable eclipse de la negación polémica, ha situado a Lugones, nuevamente, en el lugar que le corresponde ocupar no sólo en la poesía, sino en la especulación de la inteligencia argentina. Sus obras en verso y en prosa continúan siendo ejemplares en uno y otro género.

Enrique Banchs (1883), de una dirección distinta y quizás antagónica de la de Lugones, representa, por ello mismo, una línea más íntima y descargada dentro de la concepción de la lírica universal. Iniciado más tarde que el maestro del modernismo argentino, aparece el año 1907 con una obra selecta, depurada, de ceñido contorno. El lenguaje, la inspiración y los motivos, no son tampoco los mismos que inquietaron a la referida escuela renovadora. Banchs, sin aspavientos ni intención alguna, se aparta suavemente de los ritmos pomposos para ocultar sus sones interiores en el ambiente propicio de la música de cámara. Esta nota se acentuó a lo largo de su obra y de su vida. En *La urna* se encuentra un verso que es como la divisa espiritual de este gran poeta : « vive, sin hacer señas ni hacer ruido ». Desde 1911 no ha vuelto a publicar libro alguno, salvo ciertos sonetos aparecidos en el suplemento literario de *La Nación*, en estos últimos años. Ojalá se resuelva Enrique Banchs a una nueva salida, dada la expectación existente en su patria y en América por conocer su poesía escrita y cuidadosamente guardada.

Baldomero Fernández Moreno (1886-1950) representó en el panorama de la poesía argentina la continuidad de los módulos propios de Castilla, de un Machado o de un Jiménez, con su candor íntimo y la referencia vaga a una nueva y transformada realidad : el eco de la provincia, del interior nativo. Noble e inolvidable ejercicio el de la vida poética de Fernández Moreno. No puedo sustraerme a la melancolía que su figura, su palabra y su henchida expresión anímica me proporcionan. Para mí el valor de Fernández Moreno está en haber sometido a la intimidad, reducido a su voz personal e individual, la vieja tradición del Romancero. La sugestión histórica del pasado se actualiza en su obra con renovado encanto, sencillez y dulzura. Le bastan a su escudo una mozuela, una voz, una guitarra.

Oliverio Girondo (1891), como director de la revista *Martín Fierro*, transformadora de la realidad literaria de su país, se inició en la poesía en plena época vanguardista. Su obra primera *(Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* y *Calcomanías)* refleja la ironía de la hora, el cambio de ritmo, la actitud polémica de la vida, la velocidad y el descontento. Por el contrario, la validez profunda de su carácter, más allá de los intentos y logros externos de renovación, reside en la entonación de su desgarro y de su suceso puro. *Espantapájaros* (1932) señala la crisis, el cambio, la superación. El crecimiento de su espíritu, abandonado ya el primer culto de una gimnasia paradójica, luce con hondura, precisión, maestría y experiencia, en su volumen titulado *Persuasión de los días* (1942). Esta capacidad orgánica de transformación se me antoja el distintivo de la vida y la obra de Oliverio Girondo. Para mí que en ella radica el secreto interno de su destino, la madurez de su entendi-

miento. En los últimos años el poeta ha acentuado, cada vez más, la línea de la hondura y del misterio.

Alfonsina Storni (1892-1938) era una de las voces más naturales de la poesía femenina de su patria. Aportó, indudablemente, la suavidad, la confidencia de una emoción como hablada, sin mayores complicaciones de estilo. Más fué lo que dijo con la voz de los sentidos y del cuerpo que con el eco del espíritu. Gustó vivir el orden de los goces dentro de una contradicción de cauta amante, de imposible entrega. La tónica de su feminidad ofrece este juego tenaz y esquivo en que se debate, a lo largo de muchas de sus estrofas, el deseo y el repudio. Alfonsina Storni se diferencia categóricamente de la expresión dominante entre sus colegas americanas. Al desborde, a la embriaguez de las sensaciones, a la facilidad erótica asaz comunicante, opone la malicia y cierta retraída perversidad de la mente. Ella misma nos ha compuesto su retrato, tal su parecido : « Espero, algo te será escondido, que pagana de un siglo empobrecido no dejaré caer todos los velos » *(Irremediablemente)*. Prefirió el mito trágico : se entregó a las ondas letales y obscuras del mar.

Conrado Nalé Roxlo (1898) esencialmente lírico irónico, prolonga en su manera el acento de la más noble tradición poética. Quizás algo de Heine, de Laforgue, de canciones alemanas y baladas inglesas. Su regusto castellano denuncia la buena cepa de su verso, celebrado en su tiempo por Lugones. Más que de obras completas — exigencia y prejuicio académico —, Nalé Roxlo puede ufanarse de ser el autor de un soneto, « El grillo », de una « Copla », y de un « Poema » (Decid a mis amigos) que viven siempre en el recuerdo del gusto, de la memoria leal.

Francisco Luis Bernárdez (1900). Si la pureza lírico estética corresponde a la obra de Ricardo E. Molinari en el panorama actual de la poesía argentina, una de las más evolucionadas del continente americano, la mayor fuerza y aliento de humanidad caracterizan la poética de Francisco Luis Bernárdez. Rara vez se han escrito en América poemas más dilatados de emoción amorosa, más ajustados a la verdad de la belleza. Su poesía tiene un indudable valor escultórico, plástico ; sus versos parecen frisos construídos contra el espacio y contra el tiempo por el acento de eternidad que los alienta. La evolución poética de Francisco Luis Bernárdez — desde *El buque* hasta *Poemas elementales* — ha sido un vuelo hacia la luz, hacia el logro de la palabra pura. *La ciudad sin laura* prevalecerá sobre sus poemas ocasionales que oscilan entre la espada y la cruz.

Ricardo E. Molinari (1898), por su recóndita inclinación a la soledad, ama y prefiere la lejanía, el símbolo de la torre y de la rosa. ¿ Cómo definir su obra lírica, qué palabra encontrar que convenga mejor a su constante denuedo, a la continuidad de sus imágenes, al culto del vocablo que su ejemplar poesía revela ? El mismo Molinari me la proporciona : *imaginero*. Tras la selección y la poda, vínole la claridad y también lo obscuro, la necesaria urdimbre, el dédalo creador. La tendencia a lo ignoto lo preservó de lo próximo, inmediato y pasajero. Prefirió cantar olvidando la anécdota que lo sitiaba, el urgente ámbito. Rara vez cedió a la tentación de un tema, de una realidad acechante. Mas el tono — el aire de cierta natural ausencia — lo salvó de lo local y de lo geográfico, incluso de la inevitable nomenclatura religiosa. Su verdadera orientación apunta a lo antiguo, a la nobleza, al refinamiento exquisito. Conocedor de viejos códices, de arcaicos romanceros y poemas de gesta, Molinari ha actualizado las calidades de la tradición de una manera creadora. Es moderno por ser antiguo y de siempre. No parece estar preocupado por las veleidades propias del tiempo, sino por la fidelidad a su obra de devoto imaginero.

Vicente Barbieri (1901) viene de su propio universo de fábula cordial, de humanidad transida y ancho canto, a decirnos su experiencia interior. La perpleja sensibilidad y la agudeza extremada de la percepción orientan su caudal poético hacia desconocidos mares del sueño, del cielo, de un mundo absorto. Barbieri es el gran desvelado de la Poesía : de su austera figura, perfil mágico, vigía de la noche, llega su palidez a la palabra misma. Hay en su persona una identidad entre lo que vive y expresa. Su padecer heroico supera su

propio y dramático conflicto. No se somete a la realidad : la supera. Inquiere en el trasmundo, con pericia suma de noctámbulo, la razón del misterio. Vicente Barbieri representa, con los mejores, el secreto del arte poético.

Norah Lange (1906) trajo a la poesía argentina, en los días de la insurrección vanguardista de *Martín Fierro*, un sentimiento trémulo de concentrado lirismo. Su tono menor se alía a un ensueño nórdico, a la tristeza de las lágrimas y la sombra. Aporta el esclarecimiento de lo hermético, la clarificación de un interior obscuro. En *El rumbo de la rosa* he encontrado los datos propios de la historia de una melancolía. Si no exacto, tal vez sea éste un diagnóstico aproximado. Lo frágil, tenue y sugerido de ciertos versos oculta « una figura triste ». Esta actitud de lirismo alcanza a la espléndida prosa de *Cuadernos de infancia* (1934), una de las obras más bellas y conmovedoras de las escritas en los últimos años. Por su encanto poético, pláceme decirlo, supera a *Platero y yo*. Norah Lange prolonga así la magia de sus sueños, de su condición puramente inventiva, a lo largo de toda su obra de fantasía tierna y humana.

José González Carballo (1900) es un lírico íntimo, recogido en sí mismo, pero con un alma siempre abierta para las cosas del mundo, para los dolores propios como ajenos. Su entrañable delicadeza demuestra que no existe incompatibilidad entre la poesía pura y el sentimiento social noblemente expresado. González Carballo ha preferido inmunizar su poesía del contagio de consignas tendenciosas y perecederas. Ha seguido siendo fiel a los conflictos del espíritu humano, de los que se nutre toda auténtica poesía. El proceso de su obra ha seguido un armonioso desarrollo en el que hay que celebrar la lealtad a la belleza, a la justicia y a la humanidad.

Eduardo González Lanuza (1900) es uno de los valores más serios y hondos de la moderna poesía argentina. Surgido a las letras en la segunda década del siglo, formó parte del grupo « Insurrexit » de tendencia política y social. Más tarde, en colaboración con Jorge Luis Borges, Guillermo Juan y Norah Lange, fundó las revistas *Prisma* y *Proa*. En el teatro ha conocido brillantes sucesos, lo mismo que en la crítica literaria. Es un agudo prosador, intérprete de tendencias e ideas. Sin embargo, considero que su obra definitiva es su *Oda a la Alegría*, de sostenido aliento y grandeza.

Cuba

Mariano Brull (1891) representa el purismo, la influencia europea, principalmente francesa, de Valéry, en la poesía cubana contemporánea. Ha sido uno de los primeros en introducir en su país una nota extraña a la dominante. En efecto, el color local, la rumba y la conga han desnaturalizado el más elemental concepto de lo que es la poesía. La obra de Mariano Brull tiene, en su parte más débil, cierto desfallecimiento o languidez de ritmo caribe, de son popular. Esta influencia desdice de su calidad, está en pugna con la esencia misma de la estética de Mariano Brull. El artífice de « Solo de Rosa » no podrá figurar junto al que se dejó seducir por la maroma de un ritmo elemental y una musiquilla pasajera.

Eugenio Florit (1906), a la inversa de Mariano Brull, ha seguido, en su primera época, la tendencia impuesta por la poesía española de un Jiménez y de un Machado, de un Guillén y de un Salinas. Después de la publicación de *Trópico*, en 1930, Florit ha tomado un rumbo más libre, de exploración personal, enriquecido por el aporte y conocimiento de otras literaturas. La cultura inglesa ha marcado una huella muy honda en su obra última, ensanchando la experiencia poética del mundo.

Nicolás Guillén (1902) es uno de los más famosos poetas cubanos. No ha sido ajeno a este prestigio la semejanza de sus motivos rumberos y afrocubanos con los propios de la psicología lorquiana. En ambos, por igual, la anécdota se resuelve en « couplet ». En una época de decadencia del género, era natural que cobrara el auge que ha obtenido a través de romances historiados y episódicos. Luis Alberto Sánchez ha establecido el paralelo entre un romance de Lorca y otro de Guillén, demostrando la analogía.

Chile

Gabriela Mistral (1889). La autora de *Desolación* encarna con Delmira Agustini, Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou, el grupo femenino más profundo de la poesía de lengua española. Antes de Gabriela Mistral — salvo Delmira — no se había oído en América una voz como la suya, tan intensa, tan pura, tan poseída de los misterios de la vida y de la muerte. La Mistral pertenece a la estirpe de las mujeres fundamentales que vienen de la Biblia y cuyo mensaje poético se encauza en los senos inagotables de la especie. Su primera obra mencionada significó en su esencia un canto al amor, a la piedad y a la muerte. La expresión es directa, tajante, desgarrada como un ala inmensa que se abre y cubre con su sombra el mundo, los sueños y los cielos. La artista ha crecido en eternidad, en puro vuelo místico de los dolores de la carne y los cilicios al seguro refugio del alma. Más adelante, en *Tala*, la expresión logra su ajustada belleza en pura maestría idiomática y formal. En su poesía cobra renovada significación el vocablo primitivo, la palabra sencilla, el uso de la luz y de la sombra, el rumbo de la onda, el rastro de la nube, la intención siempre amorosa y recóndita por el destino de los humildes. Es la suya una de las mayores voces de la lengua : el más noble signo de la inteligencia chilena contemporánea. Vive hoy su madurez y su grandeza. Su corona no es de oro, sino de ceniza y de laureles sombríos.

Vicente Huidobro (1893-1948). El caso literario y poético del animador de tantas inquietudes estéticas en los últimos treinta años, es verdaderamente asombroso por lo que supone de pujanza y de renovación constante, ya que su sensibilidad no envejece nunca y parece poseer, por el contrario, el secreto del ritmo humano. Su « creacionismo », que representa una teoría suma de la inteligencia, se escapa, a menudo, de los alcances de la metafísica siempre rebelde, en sus más hondos estratos, a los cánones preestablecidos y esquemáticos. La « teoría » en la poesía de Huidobro constituye un aspecto de su arquitectura mental, de su concepción filosófica del mundo. Algunos de sus valiosos poemas orgánicos corresponden a la índole de su experiencia psíquica relacionada con el conocimiento lógico. El lírico creador organiza el ritmo del cosmos en el poema. Pocos son los que han comprendido, como Huidobro, esta verdad siempre clásica. Su formación francesa podría explicar el sentido cartesiano de su discurso poético. A ella hay que añadir su filiación hegeliana e idealista revelada en su ensayo sobre el creacionismo. En oposición a los que creen en la validez de un *caos compuesto* de los más absurdos objetos del desván literario, el espíritu de Vicente Huidobro se yergue señero sobre el paisaje absoluto de una naturaleza superada y serena, exenta de anécdota, de geografía, de patria.

Juan Guzmán Cruchaga (1896). Un temperamento de extremada sinceridad es lo primero que resalta en la obra de este artista solitario y severo, autor de una poética de tono menor, musitada, sugerida, discretamente confidencial. Su actitud ante la vida está patentizada en la definición de uno de sus versos que no hay quien no conozca y sienta en su hondo y amado país de viñas, ventisqueros y temporales. En la memoria están algunas de sus oníricas estrofas : « Alma, no digas nada, / que para tu voz dormida / ya está la puerta cerrada ».

Salvador Reyes (1899). Resulta en extremo paradójico que un país como Chile, marítimo, fluvial y lacustre, compuesto de cuatro mil kilómetros de costas, no haya dado prueba, a través de su proceso literario, de la existencia real e imaginativa del mar. Una que otra nota aislada, en el pasado como en el presente, no puede constituir el espíritu de una tendencia definida y consciente. El mar, no se sabe por qué abstracción geográfica, fué olvidado en la literatura tanto como en la plástica y en la música, a pesar de que, psíquicamente, ha operado en la inquietud submarina del alma chilena. El sentido mítico del mar, soslayado en la recreación literaria y estética durante algunos siglos, ha formado, en cambio, una conciencia de angustia en la fantasía onírica, aunque ésta no se haya expresado concretamente en el idioma de la

misma manera que los hechos de la historia. En este sentido, Chile posee el Poema de la Conquista, de Ercilla, pero no cuenta con un poema orgánico del mar que sea el fondo y el fundamento del paisaje y del hombre. La primera reacción considerable ante esta orfandad la representa la obra poética de Salvador Reyes, aun cuando revele la influencia exótica de las desgarradas viñetas de Tristan Corbière o de Jean Arthur Rimbaud. A Reyes le corresponde el descubrimiento del mar en la poesía chilena.

Rosamel del Valle (1900). Su arte está basado en los secretos de la alucinación y del misterio, en un conocimiento profundo de su alma y de su condición onírica. El poeta conoce y domina las etapas de su historia psíquica de la misma manera que controla el obscuro sentido del idioma. La emoción de este lírico del subconsciente es una de las más puras en el panorama poético de Chile. Pocas obras, como la suya, revelan un mundo más limitado y perfecto. Los paisajes en la poesía de Rosamel del Valle tienen mucho de ensueño y magia : parecen ser algo así como los espectros de antiguas transformaciones geológicas y lunares. La experencia de sus imágenes recuerda los viejos tonos de la poesía primitiva y religiosa. El realiza el milagro de actualizarlas en su canto simbólico. El poeta y crítico Humberto Díaz Casanueva interpreta sagazmente la obra de Rosamel del Valle : « Siempre está revelando — ha dicho el autor de *Vigilia por dentro* — aquellos peligrosos antagonismos del ser, y por ello está muy inclinado su corazón hacia el lado del dolor y de la sangre. De ahí que los dioses de la noche dicten los ritmos fundamentales de su verbo, aunque a veces la fugaz luz platónica lo serene. Pero Hoerderlin ya decía que « el hombre no soporta sino por instantes la plenitud de lo divino ». « También el hombre sólo soporta por instantes — agrega Díaz Casanueva — la plenitud de lo humano... Los verdaderos poetas lo saben ».

Pablo Neruda (1904). No creo que sea necesario intentar aquí un apunte biográfico del poeta, ya que buena parte de su obra no es otra cosa que un paciente inventario (la enumeración caótica) de anécdotas y sucesos de la existencia. Otros han estudiado su vida en función de su lírica. Amado Alonso ha acertado a medias en el análisis formal de su estilo, en la investigación técnica del lenguaje, de las formas y de las imágenes, sin llegar a dilucidar el problema consistente en algo más complejo que lo gramatical. Alonso no nos ha explicado el burocrático, consular y agobiador abuso de los gerundios, ni nos ha esclarecido, ya que este no es un tema filológico, la composición decadente de su mundo subjetivista. El poeta se encuentra en una tribu — haciendo lo contrario de aquello a que invita el verso de Mallarmé —, rodeado de objetos elementales y torturado por establecer entre ellos las más absurdas relaciones de identidad. Si alguna metafísica le alcanza, será la de una vaga desorientación espacial y caótica. La poesía de Neruda no está respaldada por un severo orden cultural idiomático profundo : la monotonía de los asuntos y de las metáforas denuncia una acusada penuria ideológica. La reiterada enumeración patética de los objetos — secuela de inventario consular, denunciadora de una rezagada mentalidad primitiva — significa, a partir de *Residencia en la tierra*, el repudio a los símbolos superiores del espíritu. En *Crepusculario* y en los *20 poemas de amor y una canción desesperada*, alentaba un neorromanticismo más o menos logrado y formalista, inspirado en la musicalidad y el misterio maeterlinianos, sin olvidar el asedio a Delmira Agustini y a Sabat Ercasty, tanto en dichas obras como en *El hondero entusiasta*. El proceso de su desarrollo hace crisis en la etapa que corresponde a *Tentativa del hombre infinito* y a *Residencia en la tierra*. Neruda no concibe una arquitectura diáfana y mental, sino una constante demolición de la materia asociada a las caprichosas relaciones alegóricas de la fantasía y la neurosis. *España en el corazón* revela la necesidad que tiene el poeta de salir de su caos, de su pequeño mundo hecho de fáciles recetas y de imágenes adulteradas. El artista no acierta, con su arsenal de términos anárquicos, a traducir hondamente el fenómeno histórico que vivió sólo en la periferia o en la corteza del sufrimiento popular. Su gesto es emocionante en la misma medida en que expresa su voz un

drama de superación frustrada. El lamentable y retórico « americanismo » de su *Canto general* tiene sus precursores históricos : son los cortesanos cantores de oficio de nuestro continente.

Humberto Díaz Casanueva (1906). Entre los nuevos nombres de la literatura chilena es uno de los que revelan mayor calidad al mismo tiempo que una formación espiritual de primer orden. Desde la publicación de sus primeras obras hasta las últimas, el proceso de su línea lírica ha seguido un curso profundo y trascendente. El discípulo de Martín Heidegger y traductor de Rainer Maria Rilke define así su posición mental : « La poesía es para mí, ante todo, una disciplina que tomo muy en serio y a la que concedo un valor arcano y casi religioso, que va más allá de su propio contorno estético. En su sentido esencial se me aparece huidiza, velada, submarina con pequeñas interruptas centellas. En su trascendencia, tiene mucho que ver con la tragedia del conocimiento por el poder de revelación que se le entrevé ». Estos conceptos dan la medida cultural del poeta y su alto sentido metafísico del ser, de la existencia, del mundo. Humberto Díaz Casanueva es una de las más lúcidas inteligencias en el pensamiento poético de Hispanoamérica.

Juvencio Valle (1907). El ejercicio del idioma en este lírico se produce no sólo como cosa mental sino como el esplendor de un fenómeno totalmente biológico en el sentido más directo de la naturaleza. El ritmo del espacio alienta en sus grandes y dilatados giros armoniosos. Procede con un rigor extremo en la calificación emocional y lógica de las sensaciones panteístas. Pocos poetas nuevos dominan con semejante acierto las relaciones profundas de la naturaleza. Sorprenden, a menudo, los súbitos hallazgos verbales de lenta riqueza acumulada. Al referirse a *El libro primero de Margarita*, Mariano Latorre escribe sagazmente el siguiente consagratorio : « Difícilmente se ha hecho con la rítmica castellana, sin más ayuda que la sordina de un asonante, una sinfonía más aérea de vocablos, más chispeante de acentos lingüísticos ». La belleza de esta poesía estriba en que lo objetivo no invalida la fantasía de la imaginación. La obra de Juvencio Valle culmina, en este sentido, en su propio denuedo, en el logro de su expresión, en el dominio de la lengua poética.

México

Enrique González Martínez (1871-1952), surgió en pleno auge del movimiento modernista, pero su voz pretendió ser, en cierto modo, la antítesis de la estética de la escuela de Rubén : « Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje », dijo el poeta haciendo frente a los desbordes retóricos y parnasianos de los modernistas que amaban el clima exótico de Versalles tanto como a princesas imaginarias..., lejanas del trópico. Pero el propio González Martínez también ha sido víctima del penacho barroco de su admonición. « Aconsejó la substitución del cisne por el buho en la heráldica de la poesía, señala Maples Arce, pero su lección intelectualista — agrega — ocasionó extravíos por su tendencia regresiva al énfasis retórico ». La substitución del cisne por el buho era una cosa pueril : encubría el celo heráldico de un americanismo agreste que en nada se compadece con la verdadera vocación del traductor de los *Jardines de Francia*. La obra poética de González Martínez pertenece, típicamente, a un momento de crisis. Las notas más hondas de su emoción son precisamente las que corresponden a su angustia más que a la serenidad y a la teoría.

Jenaro Estrada (1887-1936). El prestigio de este poeta tuvo sus antecedentes en la prosa crítica tanto de la literatura como de las bellas artes. La bibliografía mexicana fué enriquecida por sus aportes en el terreno de la pintura, de la que fué un apasionado exegeta. La calidad estética era el distintivo de su obra escrita en verso y en prosa. Su inquietud de investigador no cayó nunca en lo deleznable de la anécdota que ha perdido a tanto historiador en las clasificaciones de la polilla. En la poesía supo navegar, certero, por los mares de la noche, sin encallar en los arrecifes del lugar común. Su estilo es seguro y

ajustado siempre a los dictados de la emoción. Como poeta completó el mensaje luminoso de su pensamiento. En México, Maples Arce le ha hecho justicia al recoger algunos de sus mejores poemas. El antólogo se refiere al autor de *Crucero* en esta forma concisa y rotunda : « A pesar de ciertas debilidades y errores, Estrada es un espíritu muy alerta y muy fino, y esta *Antología* satisface un principio de justicia al recoger el eco de su voz contra las traiciones del silencio ».

Ramón López Velarde (1888-1921). Murió este poeta cuando su obra y la revolución pasaban por un proceso de crisis. López Velarde — se le siente en la voz — fué el poeta de un momento de ansiedad en que su instrumento poético buscaba su cauce más limpio y más puro, dejando a un lado cierto preciosismo que no constituyó el mejor logro del idioma que trataba de domar y pulir. En su tiempo, la aparición de este poeta significó un nuevo camino y un nuevo ideal estético. Su manera de ver las cosas, la originalidad de sus giros y de sus paisajes íntimos, representó la esperanza de un mensaje prístino, realizado sólo en parte, pero eso sí, en su más emocionada dimensión vital. Lo que fué belleza y sinceridad en la poética del autor de *Suave patria*, tuvo un eco desnaturalizado en la pretendida literatura « nacionalista », sin que esto quiera decir que López Velarde no fuera también la víctima de su ámbito folklórico, de cierto ingenuo pintoresquismo de miniaturista pueril. Su poesía — en contraste con su país geográfico, desmesurado y dramático — es un juguete en las manos de un niño. « Su verdadera conquista no era la ambicionada *alma nacional*, sino la suya propia », escribe agudamente el sagaz crítico que fué Jorge Cuesta.

Alfonso Reyes (1889). Viajero de la cultura y del espíritu, ha captado los acentos humanos de la poesía en los más escondidos y secretos ritmos de los idiomas universales. Sus canteras principales son románicas : el castellano y el francés ; Góngora y Mallarmé. A pesar de su cultura humanística, no ha caído en el abuso de las fáciles mitologías que fueron el agobio del culteranismo de su maestro máximo. Reyes es un poeta de la inteligencia, ya que en su vocación literaria ha recorrido los más diversos géneros de la especulación mental. La literatura hispanoamericana le debe algunas de sus mejores páginas críticas, lo mismo que la francesa, la alemana y la europea en general. En los últimos años, su inquietud de conocimiento ha logrado nuevas y preciosas metas : el dominio cabal del humanismo lo sitúa como uno, tal vez el único, de los más finos helenistas americanos de la época. El estudio que le ha dedicado, en este aspecto de su obra, Jaeguer, filósofo de la cultura y autor de *Paideia*, dice bien claro de la alta categoría intelectual de Alfonso Reyes. La silueta literaria de este gran escritor puede definirse así : es el tono menor en el verso — terso y discreto —, el tono mayor en la prosa — grave y conceptista —, como apadrinado, en ambos términos, por Quevedo y por Gracián. En síntesis, el nombre de Reyes representa al vigía más puro de la inquietud espiritual de México, uno de los signos más altos del Continente americano.

Carlos Pellicer (1897). Se dió a conocer en el grupo de poetas del « Ateneo de la Juventud ». El poeta impresionista oscila entre el color y el ritmo ; toda su poesía es un despertar de música y de pintura. En cierta forma, Pellicer es un heredero de la paleta que sus antepasados llevaban en las retinas ; me refiero de modo general a la tradición plástica de su patria, y, de modo particular, a la línea estética iniciada por López Velarde. Pero si en éste el oficio, la técnica, estaba en agraz, Pellicer que ha vivido en estos últimos años la liquidación de múltiples escuelas vanguardistas, ha logrado un equilibrio y una seguridad dentro del nuevo orden clásico. Porque todas las épocas culturales — literarias y artísticas — que han de perdurar, poseerán una arquitectura y un orden. « La poesía de Carlos Pellicer tiene peligros », escribió alguna vez Jorge Cuesta. Yo creo que esos peligros han sido superados en su nueva obra. Los riesgos a los que alude Cuesta no fueron otra cosa que la manera de ver el mundo a través de un programa más o menos estridentista. El poeta se ha liberado de las teo-

JAIME TORRES BODET

rías y se ha adentrado en el tuétano de la vida.

José Gorostiza (1901). Uno de los poetas más sutiles y transparentes con seguro fondo clásico y perfil moderno, que ha escrito versos casi de cristal, a la manera de un aire discurrido en tono de amable y campestre gobelino. Quiere esto decir que la claridad es la mayor ejecutoria de su obra lírica, una de las que mejor puede servir de ejemplo en el actual panorama lírico de su país. El trato con las antiguas voces de su sangre tradicional enriquece su delgado idioma calculado en la rosa y el acento. La herencia clásica forma el tejido de su estructura severa y grácil. De esta suerte, su voz tiene un destino certero. Hay en el fondo de su poema la alegoría de un sueño. La poesía del espíritu, que no ignora la composición de la más obscura realidad, logra con sencillez exquisita la revelación de cielos desconocidos, de misterio y de magia : « mírala, ausente toda de palabras, / sin voz, sin eco, sin idioma, exacta ».

Jaime Torres Bodet (1902). Este poeta que domina con el mismo encanto, suavidad y ternura, tanto el verso como la prosa estética, militó muy pronto en el grupo llamado « Poetas del Ateneo de la Juventud » y, posteriormente, más desarrollado y seguro, en aquel cenáculo literario que publicó una inolvidable revista de selección, de calidad y de universalidad, que se tituló *Contemporáneos*, signo precursor de lo que debería ser la verdadera y depurada literatura actual de México. El sentido artístico predominó sin duda sobre la expresión social — ausente de sus páginas —, pero impidió que una receta política cualquiera comprometiera la personalidad humana con menoscabo de la independencia creadora de la belleza. En dicha publicación se encuentran los mejores aportes de ensayistas y críticos de la literatura americana y europea de entonces, reveladores de un dominio poco común de la teoría y del estilo. *Contemporáneos* señala una época en la historia literaria de México. Jaime Torres Bodet representa parte de la voz y de la expresión creadora de dicha revista, grupo y movimiento. Su vocación literaria no ha conocido tregua de ninguna especie : sus viajes y cargos han sido, en todo caso, las variaciones y la continuidad del proceso siempre despierto de su inteligencia. Un crítico sagaz de la literatura de su patria, Antonio Castro Leal, dice del poeta lo siguiente : « Torres Bodet, amante de las letras, va llenando con la poesía de los instantes las palabras dóciles y transparentes que, desde un principio, fueron uno de sus dones, cuando no enciende en los cristales de una retórica finísima las luces de nuestro tiempo ». La visión cenital, la sencillez y el orden son, a mi modo de ver, las características más resaltantes de este lírico terso, íntimo y musical.

Xavier Villaurrutia (1903-1950). Formado en una sola dirección cultural, dirigida únicamente al dominio de aparato poético, Villaurrutia nos ofrece, a todo lo largo de su evolución lírica, un ejemplo lineal en su apretada y ceñida forma estética. En la iniciación adoleció de las influencias de Juan Ramón Jiménez, pero a poco superó los primeros tanteos de *Reflejos*, entrando de lleno en su cantera propia. Su poesía se liberó asiéndose a sus complejas y obscuras raíces. El acento de su madurez es menos colorista y musical, pero más hondo y sugerente. Logró el tono propio del espíritu, gracias a la búsqueda de sí mismo y al diálogo profundo. El nocturno es la forma conveniente al

estado creador y agonista de su psique. Las alucinaciones forman el fondo alegórico de su misticismo expresado en términos del subconsciente. La poesía de Villaurrutia es patética y plástica.

Perú

José María Eguren (1882-1942). La obra de Eguren atestigua de la experiencia modernista, participa del ritmo, del ejercicio verbal, del uso cuidadoso del adjetivo. El eco de Rubén Darío puede hallarse, aunque no en forma calcada, en *Las bodas vienesas*, *Eros*, *La Walkiria*, *La comparsa* y *Colonial*. Mas el poeta de *Simbólicas* opuso al aparato del corifeo de dicha escuela renovadora — sustentada en las divinidades helénicas — los dioses de gesta de la primitiva mitología y poesía germanas. Este es, en todo caso, un aporte nuevo, personal, a la poética de nuestro idioma. La nostalgia del mundo clásico griego ya había pasado por la experiencia del proceso humanista de la latinidad y el renacimiento. El ejemplo imaginativo de Eguren no se anima al influjo de lo grecorromano. Muy circunstancialmente alude a Eros, pero no en ambiente griego sino trasladado a escenario germano. De tema helénico sólo se encuentra su alusión a la « flauta griega », de su « Noche II » y en su poema « Ananke » — fatalidad, hado, suerte — se debate la idea del destino. La fantasía exotista de Eguren se acomoda mejor a las sugestiones arcaicas de Germania. Por esto menciona los Addas, la Walkiria, Walhalla, las Sagas. El puro sentir feudal se fija en sus cromos que alcanzan, como en « El caballo », la emoción heroica, bravía y creciente de los grabados de Durero. En otra dirección de su poesía resaltan los símbolos esotéricos — las señas de su « tumba asiria » y el « candor mago, bizantino », los cuales dan fe de su asombrado mundo mítico, habitado por signos, silfos y trasgos. A Eguren se debe la abstracción onírica y la introducción del misterio de nuestra poesía. El símbolo y la alusión vinieron con él por vez primera a la lírica peruana. Si Eguren fué aficionado a las sombras, a la media luz y a las palabras

CÉSAR VALLEJO

cargadas de sugerencia y de misterio, era porque así convenía mejor a su concepción artística. Mas no he de interpretar al poeta, en este caso, para repetir en el análisis la tendencia de su espíritu creador : he de atenerme, por el contrario, a una total independencia del mundo egureniano. Penetraré en la música y en la miniatura de su poema con luz y sombra de mi propio criterio. Eguren es criatura onírica y del alba, no de la naturaleza de la noche por fácil y posible analogía con el misterio tenebroso, sino de cristal y luz, de agua y de muerte : de claro día como ventana que da ciega al mundo. Pero también la envuelve la sombra pura de la eterna musicalidad : la trémula elegía de su propia « muerta de marfil ». La poesía de Eguren es extraña a la lógica aritmética como al verbo racionalista : apunta en sus imágenes la sugestión del subconsciente, la alegoría del delirio y de la fuga, la música y el color, el aire y el silencio. Hay otro Eguren de alegoría, de interpretación, de aproximación, de un grotesco y caprichoso mundo gótico. Preferiré siempre en su obra

aquello que viene de la lejanía del ser a confundirse con la angustia vital, porque al poeta, al hombre, le basta su propia genealogía de ente obstinado, de fantasma de sí mismo. Su poesía continúa indemne, renovando su vena de sangre y su rayo persuasivo y celeste. Confío en que se le habrá de reconocer como el ángel de la poesía pura.

César Vallejo (1892-1938). La obra y la figura de este poeta tienen los precisos y nítidos contornos de la más alta creación del ser en nuestro país, en el continente, en el mundo actual. Su voz señala el renacimiento del verbo heroico, cuyo eclipse histórico es propio de la vida rutinaria y sedentaria de la burguesía. Una nueva época de la humanidad — en su sentido más amplio — madura en la imagen poética de Vallejo. Su mensaje dialéctico y profético coincide, por cierto, con la más audaz aventura del pensamiento contemporáneo, superando el suceso o la anécdota en categoría y en esencia. Es este fenómeno trascendente el que define, a mi entender, el significado de su obra, alejándola así, radicalmente, de todas aquellas que conciben la lírica como la suma de todos los detritus del subconsciente individual. En el autor de *Poemas humanos* la visión personal se combina gloriosamente con el testimonio patético de su experiencia del mundo. Difícil encontrar en la literatura castellana contemporánea un creador que ofrezca, como Vallejo, la síntesis del hombre y su grandeza cósmica. La poesía ha oscilado en los últimos tiempos entre la rigurosa construcción especulativa — matemática, filosófica, geométrica — y la espontaneidad natural — telúrica, folklórica, popular. Sin embargo, la personalidad de Vallejo no encaja en ninguno de los dos sectores. Más bien excede y supera la clasificación y el encasillamiento. En él, uno y otro problema, el del individuo y el de la colectividad, se han resuelto en forma creadora. Es decir, que su poesía ha demostrado que no existe ninguna crisis del hombre que no sea un aspecto de la crisis general de la sociedad humana. Algo más : que no existen crisis de conciencia y que el problema de la personalidad interesa en la medida en que es capaz de traducir algo superior. La época en que los poetas eran pequeños dioses ha pasado definitivamente. El ejemplo del arte de Vallejo es el de la restitución del hombre a su legítimo escenario como único protagonista de la historia del espíritu. De ahí que él haya escrito con acento digno de un clásico de todos los tiempos : « majestad al que cae de la arcilla al universo », definiendo así su eternidad y su destino en forma como no acertaría a realizarla ninguna clave estética ni filosófica al uso. La poética de Vallejo no es obra de aluvión o de « ismo ». Todo lo contrario : la anima y la enriquece la más noble tradición cultural. Lo demás pertenece a la peripecia del ser, a la aventura de la especie, a la voluntad del artista. Nadie agotó como él el sentido del mundo, auscultando al hombre en todos los horizontes, captando la belleza y el dolor en una altiva e imperecedera síntesis de amoroso agonista. La experiencia del hombre ha sido empresa ejemplar en Vallejo. Y no digo esto con la intención de subrayar una conducta mesiánica, sino, muy lejos de ello, de patentizar su irrenunciable vocación humanística. Hays ha dicho en una ocasión que « la obra de Vallejo es el himno más emocionante y más alto que se haya dedicado a la dignidad del hombre en nuestra época ». En un dibujo célebre, Pablo Picasso supo apreciar su sobriedad de hueso y de interna catástrofe.

Uruguay

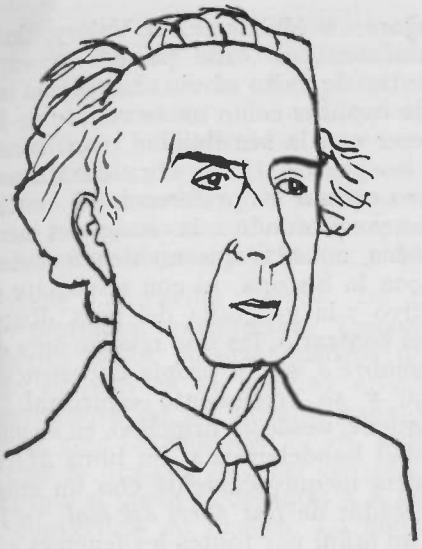
Julio Herrera y Reissig (1875-1910). El artista más consumado del idioma, mágico alquimista del verbo, en la poesía uruguaya. Es, en relidad, el iniciador de la lírica en su tierra. Pocas veces dió la poesía americana un maestro como él, dominador de formas, innovador de ritmos. Nuevo Góngora, pulió las piedras más finas de las imágenes, los diamantes más puros, como un Mallarmé castellano. Fué el iniciador de toda una mitología nocturna, de palidez, de flores, de espiritismo alucinante. Nadie como él conoció los secretos del entresueño, del trasmundo, de ese quedarse absorto en los éteres sublimes. Su poesía trémula, hecha de livideces y nácares, vistió el tercio-

pelo negro de la melancolía. Amó lo oculto y secreto de la noche simbolista, el misterio de la sombra, de lo desconocido, revelando una delicada calidad de evadido, Más que con las palabras y los matices del color y de la música, da la impresión de que vislumbró lo absoluto con violines del alma. Como el extraño autor de *Hérodiade*, el poeta de *Las Pascuas del tiempo* supo navegar en el arcano. El repertorio exotista, la capacidad de abstracción, el dominio de lo imprevisto, súbito y pavoroso, diéronle un terrible aire de aparecido, de fantasma sombrío de la imaginación. A través de aquellos poemas en los que se oculta el « doble » del artista, se da por vez primera el sentido abstruso de una orquestación lunática. El propio Herrera y Reissig es el contertulio vago, ocultista y sonámbulo de una reunión misteriosa y abstracta. El amante selecto de las palabras, antologista de vocablos esdrújulos, no puede ser otro que el « cataléptico fakir » del famoso poema. El culto de selene le venía al poeta de un compatriota del sueño, del contagio sonambulesco de Laforgue, mas él agregó a la viuda del cielo, que decora el vacío de la noche, los atributos licenciosos de los ritos orgiásticos y venusinos. En la gran capilla bizantina o en la torre de Herrera, debe levantarse una estatua de niebla al mago de la fantasía, fundador de enigmas.

Delmira Agustini (1887-1914). Esta auténtica hermana de Safo trae a la poesía castellana un aliento trágico, desconocido en su tiempo. El signo de la adversidad es el que configura el mito de su grandeza. El no haber eludido ni sorteado las asechanzas del destino, le otorga ese timbre mayor a su voz permanente. El pasado sombrío que le corría por las venas explica el apasionado canto de la sangre. De sus propias entrañas le nacía el poema de la misma manera como surge la estatua de la luz en el cosmos. Entregada al misterio, oyó entre la sombra, la música más pura de lo obscuro y lo ignoto. Su genio expresa el conflicto del saber y del ignorar. Su corta vida no fué sino llama, ardimiento, ceniza. Se ha hablado de milagro en su caso; yo lo estimo acumulada experiencia, dictado de la creación. El mundo que vivió no le pudo velar los recuerdos antiguos, la embriaguez dionisíaca. Eros la coronó en su fiesta. Del final de sus días — túmulo y fatalidad — se olvidará la anécdota.

María Eugenia Vaz Ferreira (188?-1924). La poesía de María Eugenia Vaz Ferreira viene del fondo de la Noche (razón mística, identidad) de sí misma, del hondón del alma. Hay en ella mucho del terso terciopelo negro del tiempo funerario, don de fatalidad : « tu corazón de terciopelo negro ». En su sensualismo místico se destaca la impoluta forma, la estatua atormentada del sueño : delirio y torso, voz y cuerpo, nos dan la clave de su denuedo. La idea del infinito corona su propia forma trémula y encendida : alcanza a la inmensidad desde los adentros. Es, por ello, la gran obscura criatura del misterio. El acento es lo perenne del alma. Por eso, María Eugenia Vaz Ferreira, a despecho de las sombras y de las Naves de la Noche, podrá decir siempre en lo insondable : « Sobre la losa de mi tumba viva, / choque su llama tu rayo de fuego ». A su frágil vivir cedió la delicada ausencia. « La gran desterrada del amor — como la define Zum Felde —, la poetisa erguida sobre la rosa solitaria de su orgullo ».

Carlos Sabat Ercasty (1887). Su obra, noble como pocas en nuestra lengua, contiene los más ricos elementos de la creación poética universal. Asombra en ella la variedad deslumbrante de un mundo espiritual que concilia, sabiamente, la pureza con la energía imaginativa y onírica. De los *Poemas del hombre*, tal vez sea el « Libro del Mar » el que ostente las más altas notas de la fantasía metafórica. El flujo y reflujo de la existencia, la dialéctica de la naturaleza, el cambio del ser, configuran la clave de la poesía marítima de Sabat Ercasty. Nadie ha cantado al mar, en nuestra América, como este oceánico poeta que en su figura misma, no sé por qué misteriosa identidad cósmica, tiene algo de erguida y encrespada ola detenida en el porte de su estatua natural. Los *Poemas del hombre* constituyen su biografía secreta, su confesión espectral, sin anécdota, sin cotidianidad. La ideología de Sabat Ercasty, anunciada en dicha obra, se ratifica rotundamente en su *Prometeo*, dedicado a la « execración de todas las



CARLOS SABAT ERCASTY

tiranías ». No es éste un drama retrospectivo, sino actual, salido de los hornos de la tragedia contemporánea. El mito de la libertad — lo sabe muy bien Sabat — no es empresa de reconstrucción literaria, histórica, arqueológica, sino paciente agonía y esperanza de redención, vale decir que el poeta es el Prometeo del hombre : el antagonista irreconciliable del Buitre, del despotismo y de las cadenas. Al autor de obras tan altas, vivo cultor del helenismo, del entusiasmo y de la admiración, bien se le puede aplicar, por su larga y vocacional defensa del hombre, nunca claudicante, el apotegma de los sofistas : « el hombre es la medida del hombre ».

Julio J. Casal (1889-1954). Los elementos componentes y propicios de su evolución creadora encuéntranse en las fuentes vivas de la tradición poética española, a los que agregó las calidades saltantes de la literatura simbolista francesa : sugerencia y misterio. En los largos años que vivió en la Península Ibérica, Casal alentó el vuelo de su alma gracias al aleccionamiento de ocultos ruiseñores del aire : se enajenó de eternidad idiomática ancestral. Más tarde, absorto ante la sombra y el arcano, lastimado por el presentimiento de su ausencia definitiva, prosperó en sus símbolos la lúcida y salvadora orientación a lo obscuro : el matiz hermético. La devoción por el tema de la tarde conduce — en su poética — al culto del ocaso y del otoño. La poesía española ha tratado apenas esa fase declinante del día ; tal vez ello se deba a que sugiere el véspero una impresión fugaz, como de temporalidad frustrada en contraste con la solidez definida de la *mañana* y de la *noche*, extremos éstos en que abundan el romancero y la mística. Los motivos alusivos de Juan Ramón Jiménez, coincidentes con los de Antonio Machado sobre idéntico asunto, vinculan, de diversa manera y modo, la lírica hispana modernista a la francesa decimonona de Samain. No olvidaré por cierto — en la cercanía precursora — a Julio Herrera y Reissig, metafórico amante de la tarde. Una de las notas obsesivas de la poesía de Casal — en la que predomina el aire, la niebla, la lluvia y el sueño — está representada por la idea del rostro, cuyo símbolo es, en ocasiones, el « doble », la extraña figura de lo desconocido, el rostro de la muerte. El poeta sufrió, en sus días postreros, la pavorosa amenaza de esa visión descompuesta que no era sino un estado de su propio desdoblamiento óptico y mortal. Ese rostro es el mismo rostro de la alucinada efigie del amor que da vuelta al adverso espejo de la suerte : « Andas sin rostro por mi sueño ». « Entre tus brazos, un amor sin rostro ». « Ecos del rostro, hasta en el sueño ausente ». Estos versos oníricos pertenecen al proceso definitivo que el artista dibuja en el subconsciente. Están compuestos conforme a la línea de la contradicción aparente que existe entre la realidad y el sueño. Predomina en este drama figurativo y abstracto del rostro — en su doble juego — la negación absoluta de la imagen mortal, alcanzando así el poeta la categoría de la temporalidad metafísica.

Juana de Ibarbourou (1895). La poesía de Juana de Ibarbourou concilia — en su primera obra, *Las lenguas de diamante* — la clara tendencia del cuerpo y la obscura ansiedad del alma, en una suerte de precipitado pagano-cristiano. Dos concepciones que pueden parecer antagónicas pero que, por el contrario, se han identificado con el subconsciente de la humanidad. El dualismo del cuerpo y el alma resuelve, pues, lo que tiene su poesía de permanente, de condición solar e inmortal. El misti-

cismo de hoy no constituye negación de su origen : encuéntrase en la simiente de su corporal paganidad. Miguel de Unamuno, el santo laico de España, sucesor de Fray Luis, ha dejado escrito, en una carta dirigida a Manuel Machado, el siguiente concepto sobre la poesía de Juana de Ibarbourou : « ... hace tiempo no había hablado así, en español, la santa espiritualidad de la carne y el misticismo erótico ». En la poesía femenina de nuestra lengua, la de Juana de América tiene un mayor encanto, una mayor ternura, una más alta espiritualidad. La voluptuosidad es la nota suya, nada común a la manera de ser castellana o española. La expresión de sus antepasados — Teresa, Sor Juana, Rosalía — se confunde con la ascética, la gracia y el dolor. Mas la voluptuosidad — raigambre de la comtesse de Noailles — aparece por vez primera en los porosos y ardientes versos de *Las lenguas de diamante*. La pasión es atributo de Delmira ; de Juana, la voluptuosidad. En una, el amor es presentimiento trágico y frustrado ; en la otra, gozosa coincidencia y temblor : musitado deliquio. En aquéllas conduce a la sangre, la sombra y la ceniza ; en ésta, a la luz, la euforia y la estatua. La clave no puede estar sino en el secreto de Eros : en la fidelidad de la sacerdotisa ; en la llama de su voz, que es su cuerpo ; en la raíz de su alma, que es el misterio.

Manuel de Castro (1896). Desde un principio, si no en la obra augural, balbuceante y prometedora, de Castro tuvo intuición de su alma y obscura conciencia de la poesía. La vida, la experiencia vital, sólo se aclara a través de peleado discurso. El artista tiene la tarea fundamental de darnos en trascendido idioma los datos de la intimidad, para diferenciarse del hombre común que también siente lo suyo, cotidiano y domésticamente. La poesía es, precisamente, la diferenciación de la anécdota. No deja de ser una superstición, en este punto, el sentir de cierta crítica al sostener, apoyada en la irresponsabilidad populista, que el gran poeta es aquel que interpreta el sentir general. Si así fuera, en estricto gozo didáctico, no existiría, por cierto, todavía, la llamada poesía hermética. No se interpretaría a Virgilio, a Dante, a Góngora, a Mallarmé, á Valéry, lo que felizmente, por otra parte, no es una garantía de éxito obvio. La poesía no se ha de explicar como un teorema : se ha de padecer con la sensibilidad, con la mente, con los huesos. En la obra de Manuel de Castro estimo de preferencia el contenido de su yo profundo : las imágenes incontaminadas, aquellas que no tienen nada que ver con la historia, ni con el paisaje especulativo : la geografía del país. Registro, por el contrario, las que revelan su « oficio de hombre », según propia experiencia del poeta, y su crecimiento espiritual. Este se sostiene, desde un principio, en su sufrida afinidad baudelaireana. Su libro *Meridión* se inicia inequívocamente con un epígrafe del creador de *Las flores del mal* : « Je ne vois qu'infini par toutes les fenêtres ». Con *Retorno* ha seguido su crecimiento de artista humano.

Vicente Basso Maglio (1890). Este exquisito y hondo poeta trajo una voz distinta a la poesía uruguaya. En la estética impresionista y en el simbolismo educó el gusto, la sensibilidad, la contenida emoción. Es el suyo un florecimiento tardío de dichas influencias. Su breve producción poética ejemplar está en la línea imaginativa de Herrera y Reissig, aunque no dentro de la misma tendencia verbal. Basso Maglio ha desechado el artificio y el preciosismo. En sus imágenes pictóricas ha grabado las figuras de la música, los grandes movimientos del color y de las formas. La intensidad de su sentimiento la ha adelgazado en finísmos — palabra muy suya — esmaltes celestes e íntimos. Cierto encanto orientalista, como de estampas persas, de purísimos matices, deja en sus versos un perfume exótico. El fondo de su obra lo explica la presencia del espejo, motivo esencial de la poesía simbolista. La profundidad dolorida de su canción se ajustó, en su círculo, a un ritmo pausado, cauto, desprovisto de énfasis. El movimiento de sus figuras proporciona la magia de su semblante interior, metamorfosado y patético. De su obra — antológica en sí misma — yo prefiero el dibujo del sueño y la aéreomusicalidad. Basso Maglio quedará por su virtud, por el logro de su *Canción de los pequeños círculos y de los grandes*

horizontes. ¿ A quién no alcanzará el primer poema de este libro, enderezado a la mayor delicadeza, a la más plena capacidad de la ternura, a la audaz decisión de su destino ? « Morir todas las veces que nos sea posible / hasta agotar tus tonos, ¡ claridad desenvuelta ! / Y madurar como la fruta, hacia una muerte, / entre esmaltes lejanos, sobre viejos matices ».

Enrique Casaravilla Lemos. De tonalidad profunda, meditativa, Casaravilla ha escrito bellos poemas místicos de un aliento extraño en la realidad uruguaya. La hermosura de los mismos nada tiene que ver con la tendencia o los asuntos, sino con la desazón que los estremece, y por la que el poeta se desgarra a sí mismo para convertirse en imagen. Lo mejor de Casaravilla en dicho proceso ha sido lo propio que ha sufrido y que ha dado, a despecho de sus propias intenciones estimativas. En los últimos tiempos parece haber reaccionado de la frondosa retórica religiosa que, a pesar de todo, no llegó a invalidar sus cantos. Algunos de sus poemas, « Los pinos », por ejemplo, pertenecen a esa modalidad. Lo que más habrá que celebrar en su nueva actitud, es el ajuste de los valores, la poda de la fronda alegórica. Hoy domina una línea más pura, más ceñida a su propio secreto. Ha desdeñado los vericuetos del ámbito para adentrarse en el manantial del hermetismo, Ahora puede decir que tiene « la vena vaciada hundida en la tristeza ».

Emilio Oribe (1890). La densa obra poética de Emilio Oribe denuncia desde un principio su calidad reflexiva, su vocación por los problemas del conocimiento. Formado su intelecto dentro de las corrientes finales del modernismo, conserva hasta una época dada el gusto por sus temas y mitos. Después le alcanzó el experimiento vanguardista sin alterar en lo sustantivo el orden formado de su estética. Su obra múltiple es tan variada como desigual en lo que a la jerarquía valorativa se refiere. La acusada tendencia a la especulación filosófica no siempre se resuelve en logro poético, por el contrario suele confundir los términos de una y otra categoría. Oribe repite a menudo en sus versos los asuntos que son más característicos del ensayo que de la poesía metafísica. En su producción predomina la nota de la inteligencia sobre el matiz artístico.

Carlos Rodríguez Pintos (1900). Iniciado en el conocimiento de la literatura universal y de las Bellas Artes, este poeta acentúa en su obra el buen gusto, la delicadeza, la selección. El rigor de lo estético resalta en el desarrollo de la forma expresiva. Su primera poesía — y parte de la última — está sustentada en las fuentes de la tradición española, no obstante el culto de Rodríguez Pintos a la poesía francesa. El apego a la copla y a los ritmos melódicos relaciona su contenido a los cancioneros antiguos y a la música de Falla, más que al modelo inmediato de la lírica hispana contemporánea. A mi modo de ver, la lírica de Rodríguez Pintos culmina, por el registro más amplio de sus imágenes, en el *Canto de Amor* (1946), obra maestra en el género, denunciadora de madurez poética y experiencia humana.

Sara de Ibáñez. Desde su primer libro logró llamar la atención de la crítica obteniendo un éxito consagratorio. En su poesía ha demostrado dominio de la forma y lucidez de la mente. Neruda le dió el espaldarazo, aunque por la orientación no era el más autorizado. En su prólogo, no sirvió los intereses de la crítica, disciplina que le es extraña. Por ello mismo, la alta voz de Sara de Ibáñez, dominadora de la belleza clásica, de la concisa forma geométrica, no se acomoda a la tonalidad característica de los motivos propuestos por la historia patria. En *Pastoral y Artigas*, que alcanza a la vitalidad popular, ha iniciado ese rumbo temático que no es afín a su modalidad más nítida ni a su vocacional imaginismo lírico. El nombre de la poetisa estará siempre vinculado a su obra de creación íntima.

Clara Silva. Amante del verso libre y de la libertad poética aún más, la obra de Clara Silva parece haber agotado sus posibilidades en dicha dirección teórica y métrica. El drama de lo obscuro, la pasión de lo intrincado y de lo subconciente, el abismarse en la nada, diéronle a sus dos primeros libros un prestigio de pesadilla, de lúgubre erotismo y de ansiedad anímica. El mundo de los sueños reflejaba

su horror en un espejo de sombra. Muy pronto debía agotarse esta fase alucinada, libérrima, anárquica. Clara Silva superó la crisis encauzando su angustia en el soneto, pero sin someterse, volando en la forma. Si existe una cárcel métrica peligrosa es la que ofrece el soneto — o la décima, si se quiere — a sus ingenuos y supersticiosos cultivadores. Por el contrario, la autora de *Los Delirios* ha sorteado todas las asechanzas. Nos renueva así, con su voz torturada, eco de la noche y del misterio, los símbolos de *La cabellera oscura* y de la *Memoria de la nada*, clave de su obra poética.

Humberto Zarrilli. Zarrilli prolonga los módulos externos y formales, de ritmo y plasticidad, del modernismo. Aunque admirador de Herrera y cantor de la Agustini, eligió cierto desborde verbal propio más bien de Chocano. Esta elección lo sitúa, escultórico y parnasiano, cerca del Partenón del verso. Su pasión imaginativa proclama el reinado de la claridad mediterránea, el « severo perfil » de su origen. Ortiz Saralegui acertó al hacerle el retrato que define el ademán, el carácter de Zarrilli.

Juvenal Ortiz Saralegui (1907). Desde *Palacio Salvo* a *Poesía fiel*, su última obra, es asombrosa la evolución de Ortiz Saralegui. Es el proceso de un crecimiento constante. Liquidada la etapa primera, el experimento renovador, inició el poeta el análisis de su intimidad. Descubrió la existencia — en oposición al juego metafórico — del sentimiento en la elegía dolorosa. Se adentró en sí mismo, aleccionado por Darío. Como al cisne nicaragüense, el duelo lo hizo más profundo. Su pericia y desnudez prístina, han tornado su poesía en transparencia de cristal ; luz de ruiseñor. Este momento suyo — ilustrado por *Cartas y retratos de la montaña* — coincide con sus grandes amistades clásicas : Garcilaso, Góngora, Quevedo. Siguió a esta experiencia otra obra más depurada aún : *Poesía fiel*, cauce, canción, claridad. En ella gózase el vocablo, el color, el aire. Los sucesos del alma se reflejan en las imágenes cautas, confidenciales, secretas. Ortiz Saralegui prefiere el dibujo, la sugerencia, el matiz. Ninguna estridencia le conmueve. Ama, por el contrario, el silencio, la paz. En sus últimos poemas, todavía inéditos, el poeta ha iniciado el diálogo con lo incógnito, un nuevo discurso del espíritu.

Luis Alberto Caputi (1918). Bajo el signo de Juan de la Cruz y de Rubén Darío, escribió Caputi sus primeros versos. *Alma y encanto* resume una y otra tendencia : el misticismo erótico y el preciosismo pánico. Mas el arte del poeta ha sabido llevar a sus últimos extremos la belleza heredada. El ha transformado, desde la estructura misma, el sensible gemido y el melódico canto. Se interioriza en los símbolos para darnos el temblor del subconsciente : la manera de dentro y el júbilo de fuera. Enamorado de los motivos más puros de lo gótico — vitrales y ciervos — ha escrito casi en el vuelo de la luz sus más alados poemas. El proceso evolutivo de su lírica ha alcanzado últimamente su línea esencial : ya no parece definir su logro por el procedimiento de los contrastes, sino por la sorpresa misma de lo revelado.

XAVIER ABRIL

LO HISPANICO

en las letras hispanoamericanas

POR GUILLERMO DE TORRE

Tarea difícil medir exacta y objetivamente la presencia de lo hispánico en las letras de América. Aquí, más que en ninguna otra cuestión, la perspectiva varía radicalmente según el punto de vista que adopte el observador, según su emplazamiento en el lugar y en el tiempo. ¡Tan grandes son las diferencias de clima literario entre las diversas regiones espirituales de Hispanoamérica y son tan mudables los aspectos sucesivos de una cultura sometida no sólo a vicisitudes internas, sino a influencias y reflejos de otros climas! Si, por ejemplo, limitáramos la mirada a la parte meridional del continente, acotando también el tiempo a los dos o tres últimos lustros, muy pronto concluiríamos que la presencia del elemento hispánico es casi invisible. Si, por el contrario, retraemos más atrás la mirada, ensanchándola igualmente en el espacio y abarcando así mentalmente la totalidad de la evolución cultural americana durante cerca de un siglo y medio, entonces advertiremos que el factor hispánico y la línea de continuidad por él representada no dejaron nunca de manifestarse, más allá de vicisitudes y eclipses.

Sin embargo, la historia completa de este proceso resultaría muy arriesgada, dada la multiplicidad de intereses y susceptibilidades que en él se mezclan, aun cuando quien la emprendiese acertara a situarse — tal sería nuestro ideal — en un plano equidistante y armónico, es decir, tan español como americano. Sería, además, sobremanera extensa y temeraria, ya que equivaldría a trazar un cuadro de las relaciones intelectuales entre España y América, pero de forma muy diferente a como hasta ahora se ha concebido dicha empresa; esto es, atendiendo no tanto a los hechos culturales externos como a las corrientes profundas, al tejido interno de armonías y discordancias entre dos mundos diferentes y complementarios, próximos y recelosos, distanciados en tantos aspectos, pero unidos de modo permanente por un vínculo superior: la identidad idiomática.

Ahora bien, ¿historiar el elemento hispánico en las letras americanas, no supondría, en último extremo, describir paralelamente la trayectoria del espíritu intelectual americanista, desde los días subsiguientes a la independencia política, viendo al trasluz, como en filigrana, las reminiscencias y analogías hispánicas, siempre reconocibles entre la urdimbre de otras influencias? Pues en realidad cada uno de esos movimientos de autonomía y afirmación intelectual fué precedido o seguido polémicamente por otro de vuelta a las raíces, tuvo, en definitiva, su contrapartida polémica.

Sin ánimo de agotar las posibilidades de tal estudio objetivo, solamente a modo de memoranda, veamos algunos rasgos y hechos. A raíz de coronarse la independencia del año 1824 y subsiguientes, obvio es que impera en forma general el despego, cuando no la hostilidad, a toda huella española. Las violencias del desgarramiento

político tienen su natural reflejo en el plano intelectual. Los escritores de las nuevas repúblicas hispanoamericanas que se constituyen prefieren, teóricamente, tomar sus dechados de cualquier parte antes que del fondo hispánico. En la realidad de los hechos, sin embargo, este pluralismo de elección queda reducido a un solo horizonte : el francés. No es extraño que así sucediera. La filosofía del enciclopedismo dieciochesco, influyendo en la estructura política — junto con las corrientes del federalismo norteamericano — fué la natural vía de acceso a esa cultura. Mas sucede que superando tal influjo nace, muy poco después, cierto sentimiento autónomo, lo que se ha llamado el americanismo literario. Tal estado de espíritu nuevo tuvo, sobre todo, expresión en los países del Río de la Plata ; es el que representa la generación de los proscriptos, los enemigos del tirano Rosas, que encontraron refugio en Montevideo y Santiago de Chile : los argentinos Sarmiento, Echeverría, Alberdi, Mitre Mármol, V. F. López, J. M. Gutiérrez, más el uruguayo Magariños Cervantes. La reacción antihispánica, en términos generales, de figuras tan considerables, antes que un propósito ideológico tuvo un carácter emocional y casi limitado, en los más, al terreno idiomático. Caso arquetípico es el de Sarmiento, quien criticaba ásperamente lo español con ímpetu y maneras hispánicas : en suma — según la frase consagrada de Unamuno — hablaba mal de España como un puro español. Cierto es que el espectáculo del país postrado que hubo de conocer en su viaje a la Península, debía de suscitar escasamente el entusiasmo. Más fundadamente, este sentimiento lo reservaba Sarmiento y sus contemporáneos para Larra. Alguno de ellos, como Alberdi, llegó a tomarle su seudónimo en diminutivo trasatlántico : « Figarillo ». Los afanes de singularización intentaron expresarse más ruidosamente por vía lingüística : en este punto es representativa la polémica de Sarmiento con Andrés Bello. Otra manifestación del mismo estado de espíritu es la actitud de un Juan María Gutiérrez — el más fino letrado de la época — rechazando el diploma de miembro correspondiente que le había ofrecido la Academia Española.

Ahora bien, este inicial americanismo quizá no pueda merecer tal nombre con generalización geográfica, puesto que no se extendió en el mismo grado a los demás países del continente. Prueba de ello es la existencia de otro movimiento simultáneo y contrario : la tendencia que ha sido llamada humanista, acaudillada desde Chile por Andrés Bello, con ecos en su patria, Venezuela, y sobre todo en Colombia, donde se prolonga hasta fines del siglo XX, a través de Miguel Antonio Caro y Rafael Pombo, sin excluir los estudios lingüísticos, representados por Rufino José Cuervo. Humanismo equivale en tales escritores al mantenimiento de la tradición cultural heredada de España o por vía hispánica. Mas no excluye las aportaciones y las diferencias derivadas del medio nativo, al punto de alcanzar en otros una suerte de síntesis armónica, como es el caso posterior de Ricardo Palma con sus *Tradiciones peruanas*. Pero he aquí que en el mismo país — Perú — el contrapunto queda marcado por González Prada, quien reacciona con vehemencia contra todo arcaísmo, defendiendo ideas y palabras libres.

¿ Americanismo, hispanismo, europeísmo ? Estos diversos factores andan siempre muy imbricados en las letras y en el espíritu del mismo continente. Es difícil aislarlos, pero no señalar la dirección de una meta común : abrir el paso hacia la manifestación de una personalidad propia, ya que no de una cultura americana, según la certera distinción hecha por Luis Alberto Sánchez. Un tono, un acento, una atmósfera son sus rasgos más visibles. Pero la conjugación de los elementos genuinos con aquellos otros importados torna muy inciertas, azarosas y discutibles las caracterizaciones unilaterales, háganse desde el punto de mira hispanista o desde el americanista. Tómese, por ejemplo, el caso de la poesía de Andrés Bello : ¿ qué otra cosa significa en lo sustancial su hermosamente neoclásica *Alocución a la Poesía* (1823) sino una declaración de independencia de la poesía hispanoamericana, cuya prueba explícita da tres años después, en la *Oda a la agricultura de la zona tórrida ?* Independencia temática — incitación a que la

GUILLERMO DE TORRE

poesía abandone la « culta Europa » y dirija su vuelo al nuevo mundo —, es decir, en lo concerniente a los motivos inspiradores, pero sumisión formal a las normas prestigiosas.

Se dirá que el afán de autoctonía absoluta encontró lógicamente otras esferas donde ejercerse, recordando el caso de la literatura gauchesca en los países del Plata. Sin duda, Pero ¿ acas aquí también, en la obra maestra del género, el *Martín Fierro*, de Hernández, no es posible advertir cierta continuidad hispánica, inclusive en lo aparentemente más alejado, el lenguaje ? No olvidemos, además, que los primeros ensalzamientos de ese poema provienen del otro lado del mar, que fueron Unamuno, en 1894, y Menéndez Pelayo, un año después, en su *Antología de poetas hispanoamericanos*, quienes exaltaban su singularidad, mucho antes, por consiguiente, de los ditirambos de un Lugones.

Y es que la línea de correspondencia e intercomunicación espiritual, la presencia del elemento hispánico se ha mantenido siempre en las letras de América, más allá de las naturales diferenciaciones, alternando con otros ejemplos o influjos y por encima de políticas erróneas y ramalazos intemperantes. La pasión cívica, el verbo de fuego de José Martí sellan su sacrificio, así como su genio literario le convierte en el primer renovador de nuestra prosa.

Sin salir apenas del pasado siglo, la continuidad espiritual hispánica expresada de modo más directo, tiene numerosos ejemplo', no sólo en poetas, sino en alguno de los más grandes prosistas americanos, desde Montalvo a Rodó. Cabalmente el *Ariel* de este último, su alerta contra el pragmatismo yanqui, viene a ser, en último, extremo, una reivindicación del mejor espír tu español. Rodó sentía a América no menos que e más unilateral americanista, pero ello no le impedía sentir con igual profundidad a España. No entendía que el acrecimiento espir tual del nuevo continente debiera establecerse sobre las ruinas del viejo solar, a diferencia de quienes años después han querido solazarse con cua quier momentáneo eclipse, imaginando que así lucirían ellos más... Ciertos párrafos de una página magistral (titulada « La España niña » en *El camino de Paros*) son definitivos y merecen recordarse una vez más. Rodó creía profundamente en el « porvenir de América nacida de España », pero su « orgullo americano no se satisfacía con menos que con la seguridad de que la casa lejana ha de permanecer siempre en pie, y muy firme, muy pulcra y muy reverenciada ». Frente al concepto, alimentado por otros, de una España « que se va », vislumbraba otra « que vuelve », asociándola así a « deas de niñez, de porvenir, de esperanza ». De ahí su « España niña », forjada poéticamente en los días del modernismo.

He ahí, por cierto, el primer movimiento original, la primera expresión verdaderamente autónoma del espíritu literario americano, merced al cual cambia la dirección de las influencias y lo trasatlántico reobra sobre lo peninsular. No importa que la primera caracterización, si apuramos los términos, deba relativizarse, ya que el modernismo es en buena parte aplicación o reflejo de las estéticas finiseculares europeas, señaladamente francesas. Consta ya así, por boca de Rubén Darío, en una crónica sobre el modernismo, escrita en 1899,

que recoge su *España contemporánea*. Pero el traslado de esas estéticas se hace directamente por vía americana, sin pasar antes por la Península. Y el hecho es que por vez primera la poesía modernista americana adelanta el paso conjuntamente sobre la española. (La precedencia del romanticismo argentino con *Elvira ó la novia del Plata*, de Echeverría (1832), anticipándose en un año a la primera obra romántica española, *E moro expósito*, del duque de Rivas, es un hecho aislado.) Una constelación de poetas como los precursores e iniciadores, que va de Gutiérrez Nájera a Rubén Darío alcanza émulos y devotos en España. Díez Canedo y Max Henriquez Ureña han reconstruído críticamente las fases de este « retorno de los galeones », por decirlo con una imagen del último. No importa el « galicismo mental » que Valera señaló en el autor de *Azul* y que es también reconocible en otros. El caso es que junto a los influjos galos y a otros, importados por la misma vía, nunca dejó de hacerse visible el trasfondo hispánico. Aquella frase de Rubén Darío, en el prólogo de *Prosas profanas*, cuando confesaba al antepasado español : « Abuelo, preciso es decíros o : mi esposa es de mi tierra ; mi querida, de París », pudiera haber sido suscrita por casi todos sus contemporáneos. Recuérdense los múltiples testimonios líricos de filialidad hispánica, visibles en algunas de las más perdurables estrofas rubendarianas : desde « Los cisnes » a la imprecación « A Roosevelt », pasando por la « Salutación del optimista » :

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda.

El modernismo, y particularmente la obra de Rubén Darío, reabren la puerta de lo español para América, y recíprocamente. La aproximación es corroborada luego de muy diversos modos, inclusive mediante la presencia personal. Tal es el caso de Bona oux, Gómez Carrillo, Luis G. Urbina, Francisco A. de Icaza, González Martínez, Reyles, Larreta, Pedro Emilio Coll, Alfonso Reyes, Sanín Cano, Carlos Pereyra, Blanco-Fombona, Hernández-Catá, Joaquín Edwards Bello, Rómulo Gallegos, Martín Luis Guzmán, Alberto Ghiraldo, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, entre otros muchos, que se avecindan más o menos duraderamente en España, publican allí sus libros y conviven en Madrid como ciudadanos libres de la libérrima República de las Letras.

En sentido inverso, e independientemente de la presencia personal, la espiritual, mantenida a través de los escritos, refluye sobre el Atlántico y el Pacífico, desde los días finiseculares de Menéndez Pelayo, Clarín y Valera — cuyas *Cartas americanas* marcan una fecha inaugural — hasta los de Unamuno y Ortega y Gasset, por aislar sólo dos nombres capitales. La corriente de ósmosis e interacción entre hispanismo y americanismo, que hasta 1936 habría de ser normal, tiene en esos nombres claros iniciadores. Ambos, Unamuno y Ortega, influyen sobre lo americano y, en cierto modo, son influídos a la vez. Uno y otro corrigen las trivialidades, carencias o excesos del hispanoamericanismo oficial, y superan el desprestigio originado por malaventuradas circunstancias políticas. Por eso no suena a jactanciosa ni desproporcionada cierta frase que Unamuno hubo de pronunciar en Salamanca, poco antes de ser deportado a Fuerteventura y frente a alguien que le señalaba el menoscabo del concepto de lo español en América como consecuencia de la política dictatorial de Primo de Rivera : « No importa... En América, España soy yo ». Recordemos también la atención entusiasta que Unamuno consagró a las letras hispanoamericanas, cuajada en ciertas palabras memorables : « Nuestra lengua nos dice allende el mar cosas que aquende no dijo nunca ». Respecto a Ortega y Gasset bastaría, análogamente, para medir el alcance reivindicatorio de lo español logrado indirectamente por su obra, citar otra expresión : la de un escritor americano, formado casi unilateralmente por culturas extranjeras, afirmando que merced al autor de *El tema de nuestro tiempo* advirtió por vez primera cómo el español no era una lengua muerta, cómo la belleza y el pensamiento originales podían ser expresados en aquel vehículo que un afrancesamiento superficial le había hecho antes menospreciar...

Corrientes posteriores, ya más próximas

a nuestros días, como el vanguardismo internacionalista, el indigenismo, la poesía negra, la novela criollista, la revolucionaria o de intención social, no suponen tampoco, en definitiva, una ruptura absoluta, puesto que muchas de esas tendencias tienen su réplica inmediata en otras que señalan continuidades o regresos hispánicos. Ni siquiera en virtud de guerras, escisiones y desastres, la corriente de intercomunicación se ha quebrado nunca.

Pero ahora, más que nunca, el contacto se establece no por vía de la España oficial, sino de la España vital. Y ésta, intelectualmente, ya es sabido dónde mora, en su mayor parte, desde hace cerca de veinte años : en América. El alcance de su influencia, su grado de fusión con lo americano habrán sido mayores o menores, según las circunstancias culturales y sociales de los distintos países donde fueron acogidos los intelectuales españoles, pero la intensidad de la obra desarrollada por éstos es en todas partes parejamente considerable. Ya no se trataba de llegar y pasar, como el conferenciante viajero, sino de permanecer, de compartir labores universitarias, suscitar iniciativas, crear empresas culturales. Citar ejemplos, dar nombres caería fuera del enunciado de este artículo y puede hacerse en otras fuentes, puesto que ya existen bibliografías muy copiosas. Por vez primera, hispanismo y americanismo ya no son, mediante su confrontación íntima, valores especiosos, ya no sirven de vehículo a mercancías equívocas. Estas continuaron reservadas a ciertas instituciones peninsulares, cuya belicosa y primeriza « voluntad de imperio » nunca ha podido ser olvidada, suscitando, como se adivinará, un eco muy poco simpático en este lado del océano. De ahí la natural prevención que el hispanismo al uso — al mal uso — sigue despertando y cómo muchos ven en él la sombra de sinónimos aborrecibles y trasnochados : reaccionarismo, colonialismo...

Pese al tono optimista de estas confrontaciones, no quisiera que el lector desprevenido — como tampoco el excesivamente prevenido — extrajera de ellas ninguna conclusión exageradamente favorable. No se olvide nunca la realidad y persistencia de este hecho que conviene enunciar con la más inequívoca claridad : contra lo que suponen candorosamente algunos, y a diferencia de lo acontecido con culturas de otras lenguas, lo hispánico como tal no goza de ningún privilegio especial en buen número de países americanos, sea en los más exigentes o en los de más desarrollado espíritu nacional, por no decir nacionalista. El intelectual español, salvo en pocas latitudes, debe sostenerse a la intemperie, no respaldado en un prestigio histórico o actual, siempre en discussión, sino a pesar de su condición de español, por sus propias fuerzas y personalísimos méritos, en un plano de abierta concurrencia con otros influjos y culturas. Tal es la cruda realidad, indudablemente desalentadora para quienes imaginen prioridades o ventajas, pero tonificante para los que no se arredran ante las lizas en campo abierto.

¿ Significa ello, en definitiva, una rectificación de las perspectivas bosquejadas anteriormente respecto a la persistencia de lo hispánico en las letras americanas, es el preanuncio de un futuro adverso ? No ; tiende únicamente a poner los puntos sobre las íes, a señalar sin ambages cómo en el espíritu americano batallan conflictualmente elementos muy diversos, desde los heredados de la época colonial hasta los forjados a partir de la independencia, junto con las aportaciones extranjeras posteriores de acarreo ininterrumpido. Nacionalismo y europeísmo, hispanismo y afrancesamiento, sin olvidar tampoco algún reflejo norteamericanista, tejen sin tregua una trama compleja, se trenzan en fértil polémica, buscando una futura unidad. Unidad que indudablemente habrá de lograrse a base de integraciones, no de exclusiones ; de sumas, no de restas, según la característica felizmente dominante — ayer y hoy — en el complejo americano : la porosidad espiritual. En función de tal característica, el elemento hispánico permanecerá, ciertamente, pero debilitado o afianzado según sople el viento de los destinos históricos y de los imponderables intrahistóricos.

GUILLERMO DE TORRE

La influencia de los Estados Unidos en nuestra literatura

FOR ARTURO TORRES RIOSECO

ESCRIBIR sobre la influencia norteamericana en la literatura de la América ca hispana es asunto escabroso y de proporciones discutibles. Escabroso porque la literatura occidental está tan entrecruzada de influencias que se podría llegar con un criterio elemental a la ingenuidad ; de proporciones discutibles, porque tomando por influencia lo que es similitud se podrían escribir volúmenes para cubrir el espacio que hay entre Franklin y Saroyan, o ciñéndose a una auténtica definición del concepto influencia, decir que sólo Edgar Allan Poe la ha ejercido y en escala menor Walt Whitman.

I. Sobre el carácter de la influencia literaria

Para mí « influencia » significa la acción que ejerce un escritor sobre otro, o una escuela sobre otra. Casi siempre esta acción indica predominio intelectual. Cuando un movimiento literario es influído por otro pierde aquél una suma importante de características tradicionales, deja de ser lo que debería haber sido si no hubieran actuado sobre él esas fuerzas foráneas. Sirva de ejemplo el romanticismo español de Martínez de la Rosa, de Larra, de Espronceda y también el romanticismo hispanoamericano. No hago aquí ninguna deducción moral o utilitaria ; sólo anoto un hecho.

Todas estas influencias absolutas las ha recibido nuestra literatura del francés : romanticismo, parnaso, simbolismo, naturalismo, surrealismo. A veces un solo escritor francés ha influído directamente en uno o varios hispanoamericanos, valgan los ejemplos de Víctor Hugo, Leconte de Lisle, Balzac, Baudelaire, Verlaine, Zola, Laforgue, Samain, Apollinaire. Rubén Darío « despierta » a la nueva poesía bajo la influencia de Hugo y altera por primera vez su manera poética ; Leconte de Lisle determina el modo estético de Leopoldo Díaz ; Balzac es el maestro indiscutible de Blest Gana ; Baudelaire hace cambiar de rumbo a Julián del Casal ; Verlaine afecta íntimamente la poesía de Nervo y de Darío ; Zola engendra a Federico Gamboa ; Laforgue y Samain transforman a Herrera y Reissig ; Apollinaire determina la orientación de Huidobro.

¿ Hasta qué punto la literatura norteamericana ha logrado penetrar en la sensibilidad de nuestros escritores estableciendo un nuevo clima estético, una nueva forma de expresión ? Este es el problema que tenemos por delante y creo que es imposible determinar la profundidad de esta

penetración. Por otro lado las influencias en el terreno de la poesía ofrecen aspectos distintos a las que se refieren a la prosa, sea ensayo, teatro o novela.

En la lírica lo esencial es el producto de sensibilidad individual, tradición de cultura, espíritu racial, sentimiento de la lengua, mandato del estilo. Se sigue que las influencias más asequibles serán aquellas que proceden de las literaturas íntimamente emparentadas con nosotros : las literaturas latinas. La sensibilidad norteamericana tiene una manera de expresión muy distinta a la nuestra ; la tradición cultural de los Estados Unidos nos es extraña ; sus ideales a veces se contraponen a los nuestros ; su idioma suena ingrato en nuestro oído. Se comprende entonces lo difícil que sea conocer, apreciar, aceptar a un poeta norteamericano.

Con uno jugaron nuestros académicos. Le tradujeron sus inaniciones líricas, sus serenos clisés mentales. Pero pasó, y ahora nadie nombra a Longfellow. No dejó nada en nuestra poesía. Otro penetró más hondo. La magistral teoría poética de Poe todavía nos inquieta (1), su profundo análisis del proceso de creación. Pero también hicieron escuela sus cuentos fantásticos y sus poemas desesperados y geométricos. Su influencia sobre Leopoldo Díaz, Darío, Silva, Lugones, Herrera y Reissig, Quiroga, es innegable (2). En otros (Gutiérrez Nájera, Nervo, González Martínez) negable, apesar de las apariencias. Pero en todo caso, es una influencia de cortos períodos, de limitadas proporciones, elemental. No logra establecer un clima lírico constante, ni siquiera una fórmula poética duradera.

Otro es aceptado, traducido, imitado, plagiado. El huracán de Walt Whitman (3) pasa perturbando, destruyendo, creando, fecundando, deformando, corrompiendo. Su estilo enumerativo produce un « motorismo » (o monotonismo) verbal machacador (Ronald de Carvalho, el Lugones de las *Montañas de oro*). Darío admiraba a Whitman (véase su *Soneto a Whitman*), pero no podía dejarse influir por él, porque su poesía fina, parnasiana, ornamental, de linaje clásico, es el polo opuesto de la poesía realista de Whitman. Darío es el prototipo del poeta grecolatino, Whitman es el poeta yanqui por antonomasia ; grandioso a veces en esa sinfonía dedicada al presidente Lincoln *When the lilacs last in the dooryard bloomed* ; prosaico, retórico, discursivo, enumerativo a menudo. Darío es poeta siempre, aún en el robusto canto civil *(A Roosevelt, Salutación del optimista)*, en la arquitectura del poema, en la palabra, en el ritmo, en la metáfora. Ambos atrevidos, pero ¡ qué humanal el yanqui ! ¡ qué humano y qué divino el nicaragüense ! Se comprende, había admiración, no era posible la influencia.

Nada tiene de raro que Whitman haya influído en Lugones, esa gran veleta lírica, imitador de Hugo, de Leconte de Lisle, de Laforgue, de Baudelaire, de Poe, de Darío, de Lautréamont. Pero fué efímera y de forma esa influencia y el exquisito paisajista de *El libro de los paisajes* o el popular y recio autor del *Romancero* nada le debe. Tampoco hay nada de Whitman en Chocano sino el gesto petulante de « Walt Whitman tiene el Norte, pero yo tengo el Sur » ; ni en Díaz Mirón, sino el orgullo desenfrenado ; ni en Julián del Casal, ni en Gutiérrez Nájera ni en ningún modernista.

La influencia de Walt Whitman ha empezado ahora, en el siglo XX, y algunos excelentes poetas como Sabat Ercasty, Pablo Neruda, León Felipe, Ronald de Carvalho pueden sentirse periódicamente sus discípulos, por la « conciencia cósmica », por la gran retórica, por la enumeración caótica. Existe también esa influencia en sus traductores, en algunos poetas chicos que se quieren inflar, o en otros que creeen que la grandilocuencia es poesía. La traducción de las poesías completas de Whitman hecha por el señor Francisco Alexander (1) puede cambiar el rumbo a estas

(1) V. mi ensayo « Las teorías poéticas de Poe » en *Ensayos sobre literatura latinoamericana* (Berkeley, Calif., 1953).

(2) V. J. Englekirk, *Poe in Hispanic Literature* (New York, 1934).

(3) V. Fernando Alegría, *Walt Whitman en Hispanoamérica* (México, 1954).

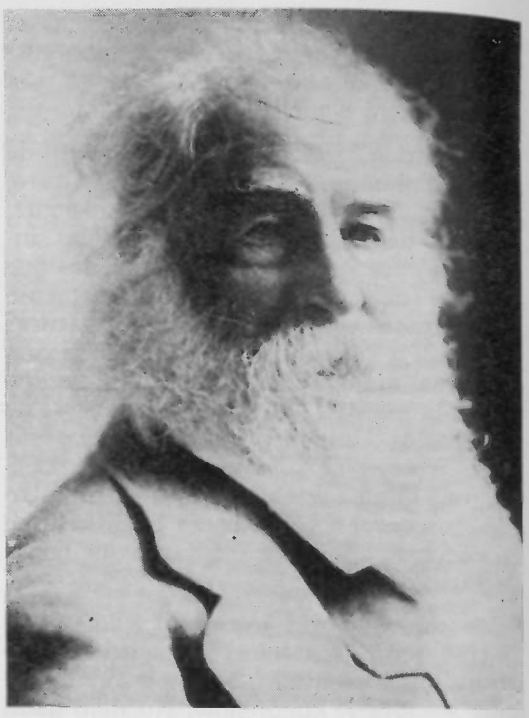
(1) *Hojas de hierba* (Quito, 1955).

influencias efímeras de forma y echar la corriente whitmaniana por cauces más profundos, en que priven sus grandes ideales libertarios, su humanitarismo, su alegría vital.

Hay que andar con sumo cuidado en materia de influencias literarias, pues es muy fácil que el crítico, arrastrado por su tesis, exagere a veces en forma alarmante. Tal sucede a Mariano Latorre en su ensayo « Bret Harte y el criollismo sudamericano » (1). Su tesis es ésta : « El sentido nacional de la literatura de América, a base de individualidades representativas que un hecho inesperado, revolución o emigración económica, hizo nacer, tiene su origen en *Los bocetos californianos* de Bret Harte. El Pacífico no recibe esta influencia sino de segunda mano, a través de uruguayos, argentinos y chilenos y de los sucesores de Bret Harte, como London y Curwood, más el mesianismo social de los novelistas rusos, especialmente Gorki » (2).

Para Latorre todo cuento que trate de mineros, aventureros, gauchos, huasos, « rotos » ; toda intención social en el relato ; todo uso del lenguaje vernáculo, tienen su origen en la obra de Bret Harte. Así en extraño maridaje encontramos a Acevedo Díaz, Lynch, Guiraldes, Federico Gana, Manuel Rojas y veinte más. Mayor provecho se podría sacar de las probables influencias de Zola, Maupassant, Sarmiento y otros sobre estos escritores.

Para orientarnos en el campo de las influencias literarias podríamos seguir dos métodos. Dar una mirada a los escritores de más relieve de nuestros días, v. g. Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Rómulo Gallegos, González Matínez, Ricardo Guiraldes, Pedro Henríquez Ureña, Ricardo Rojas, Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea, Eduardo Barrios, Pedro Prado, Juana de Ibarbourou, Manuel Bandeira, y preguntarse ¿ qué influencias literarias norteamericanas han actuado en la obra de estos escritores ? La contestación será de



WALT WHITMAN. *(foto Keystone)*

índole negativa. En Mallea hallamos a veces la nota admirativa y hasta un extraño deseo de « ser influído » (por Whitman y por Sherwood Anderson) ; en Borges se observa un extenso conocimiento de a literatura de los Estados Unidos, pero ninguna influencia ; Pedro Henríquez Ureña miraba el cuadro de las letras norteamericanas, que conocía a fondo, como un espectáculo y le ofrecía sólo su interés de erudito ; Pablo Neruda imita a veces el verso libre y la técnica enumerativa whitmaniana. Los demás no se han preocupado de la literatura yanqui.

El otro método sería tomar un número igual de escritores representativos de los Estados Unidos, v. g. Caldwell, dos Passos, Dreiser, Farrell, Faulkner, Hemingway, Lewis, O'Neill, Steinbeck, Elliot, Pound, Frost, Stevens, Katherine Anne Porter, y preguntarse ¿ hay influencias de éstos en los hispanoamericanos ? Si la respuesta es afirmativa habría que establecer el mérito de estos escritores, y si resultan escritores mediocres, simples divulgadores de fórmulas artísticas, fácil blanco de novedades

(1) *Atenea*, XXXI, No. 123, septiembre, 1935, pp. 437-462 y No. 124, octubre, 1955, pp. 105-139.

(2) Ibib, p. 139.

estilísticas, o aún temáticas, el problema pierde su interés.

Hay que tener mucho cuidado también con aquellas formas de estilo, resortes estéticos, temas favoritos, tipos de hombre, actitud humanitaria y social, que se han generalizado en las literaturas de una época. Bien pudiera ser que las semejanzas entre Fenimore Cooper y nuestros novelistas históricos se aproximen más a Walter Scott que al autor de *El último de los mohicanos*. Ya conocemos el proceso de la divulgación de Poe en Hispanoamérica, a través de Baudelaire y de Mallarmé. ¿ Cuánto elemento francés no habrá en ese Poe que conocieron los poetas modernistas ? Mariano Latorre conocía a Bret Harte en traducción francesa, lo que seguramente alteraba el genio de expresión del novelista californiano. Muchos escritores hispanoamericanos que no saben inglés han leído a Walt Whitman en lengua francesa. Seguramente un Whitman muy distinto al original. ¿ No pasará lo mismo hoy con Faulkner, Elliot, Pound, O'Neill ? Y por otra parte, ¿ cómo vamos a separar esos elementos presentes en la creación literaria norteamericana que provienen de Proust, Dostoyevski, Kafka, Mallarmé, George, Joyce, Virginia Woolf, Laforgue, Gide, Romains, Apollinaire, Paul Valéry, Révérdy o Bréton ?

Sobre cualquiera época que se estudie, el crítico avisado tendrá que hacerse siempre las mismas preguntas, ¿ será la influencia de Cooper, de Chateaubriand, o de Scott ? ¿ La de Poe o de Baudelaire ? ¿ La de Faulkner o de Kafka ?

Y por fin hay que dejar una posibilidad al talento original del escritor condicionado por su propio ambiente. Que Jorge Isaacs ofrezca similitud con Chateaubriand por razones de temperamento, de educación moral, de vida familiar, de contacto con la naturaleza ; que Eusebio Lillo escriba sobre los mineros con quienes convivía sin pensar en Bret Harte ; que las aventuras de la gente de mar en la Patagonia se parezcan a las de los personajes de Jack London en el Klondike ; que los gauchos de Acevedo Díaz o los de Javier de Viana tengan rasgos comunes con los tejanos de O'Henry ; que Darío sienta orgánicamente el soplo del misterio sin añorar el cuervo de Poe ; que los escritores marxistas del Ecuador o de México sientan en carne viva la realidad económica y social de sus pueblos sin protestar con la voz de Upton Sinclair o de Steinbeck ; que Mallea viva en continuo monólogo interior ; que Neruda posea a causa de nervios y glándulas suyas una predisposición a la gran retórica de la metáfora, al grandioso espectáculo de la vida.

Para hacer estos estudios inteligentemente, el crítico no debe partir jamás con una tesis absoluta ; debe aceptar el corolario de que la literatura es una expresión de la vida ; debe saber que las grandes diferencias entre los hombres son circunstanciales, y reconocer que el mundo marcha con rapidez hacia la unidad y la comunidad de intereses y pensamientos, por indeseable que esto sea.

II. Un gran conocedor de la literatura norteamericana

En una reseña crítica que escribió Pedro Henríquez Ureña sobre el libro de J. de L. Ferguson *American Literature in Spain* (1) y que apareció en 1920 (2) hay datos de gran importancia en lo referente a traducciones de autores norteamericanos al idioma español. Henríquez Ureña escribe a la entrada de su artículo lo siguiente : « Ferguson supone que la circulación y la influencia de la literatura de los Estados Unidos en la América española hayan sido grandes. Es seguro que la investigación probaría lo contrario » (3). Este punto de vista es muy valioso y sobre él hacemos hincapié en otra sección de este artículo.

Henríquez, que conocía a fondo este tema, aporta datos de mucho interés al estudio en cuestión. Menciona las traducciones hechas por Enrique Díez Ca-

(1) Columbia University Press, New York, 1916.

(2) *Revista de filología española*, VII (1920) pp. 62-71.

(3) Ibid., p. 63.

nedo (1) de aquellos poetas más famosos de la generación de 1914 : Stephen Crane, Edgar Lee Masters, Carl Sandburg, Ezra Pound y Gould Fletcher.

Pasando a los traductores y críticos hispanoamericanos Henríquez Ureña señala las versiones de Longfellow hechas por Rufino Blanco Fombona ; la de *Evangeline* del cubano Merchán ; las de Walt Whitman de Nervo ; las de Benét, Millay, Markham, Masters, Sandburg, Lindsay, Frost, Amy Lowell, de Salomón de la Selva. Cita también los ensayos de José Martí sobre Emerson y Walt Whitman (el más antiguo en castellano) ; el de Varona sobre Emerson (1884) ; el de Varona sobre Poe y Baudelaire, escrito en 1895 y publicado en *Desde mi Belvedere* (1907) y el de este mismo escritor sobre Renan y Emerson (1903), recogido después en *Violetas y ortigas* (1917) ; el libro de Balbino Dávalos *Los grandes poetas norteamericanos* (2) ; el artículo de Rubén Darío sobre Edgar Allan Poe ; la antología de Pedro Requena Legarreta intitulada *Poetas muertos en la guerra* (3) ; las traducciones que hizo J. Fernández MacGregor de los *Cuentos* de Mark Twain (4). Por fin cita dos revistas neoyorquinas que hicieron por muchos años una gran labor de divulgación literaria : *Las Novedades* e *Inter-América*.

Cabe decir aquí que de todos los traductores y comentadores el único poeta en quien se puede hallar ecos de la técnica poética norteamericana es Salomón de la Selva.

Pedro Henríquez Ureña era una autoridad en la materia. Creo que en su tiempo nadie conoció mejor que él las letras norteamericanas. Ya en 1909 escribe un comentario sobre el dramaturgo yanqui Clyde Fitch, incluído en su libro *Horas de Estudio*. Durante su estada en los Estados Unidos escribió acerca de Edith Warton, Lindsay, William Rose Benét, Edna St. Vincent Millay.

(1) Publicadas en la revista *España* (1919).

(2) México, 1901.

(3) México, 1919.

(4) México, 1919.

Su artículo « Veinte años de literatura en los Estados Unidos » (1) es el mejor comentario sintético que se ha hecho de la literatura norteamericana en el primer cuarto del siglo presente. Una nota inicial da una idea de lo que es este ensayo :

« En la rápida excursión que haré a través de la literatura norteamericana estudiaré conjuntos, movimientos, orientaciones ; enumerar y juzgar a los autores individualmente resultaría fatigoso para lectores poco familiarizados con ellos. Los que mencionaré me servirán como ejemplos, como ilustraciones de momentos o direcciones especiales de la vida literaria » (2).

Estos ejemplos son siempre orientadores, a veces de maravillosa intuición. Es una lástima que Henríquez no haya escrito la historia de la literatura norteamericana. Sus extensas pesquisas en este campo se ponen en evidencia en su libro *Literary Currents in Spanish America* (3).

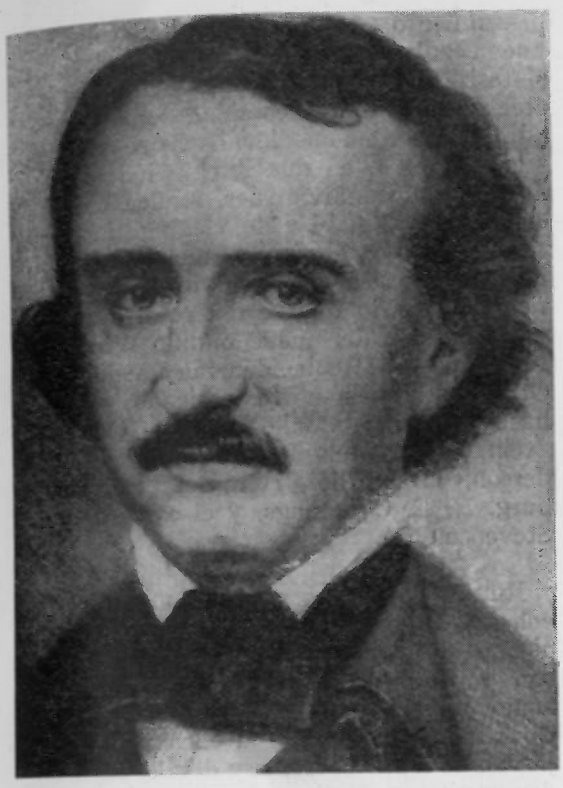
III. El caso de Walt Whitman

El escritor ecuatoriano Francisco Alexander publicó en 1955 la primera traducción completa de Walt Whitman, *Hojas de hierba*. El señor Alexander considera a *Leaves of Grass* como una unidad orgánica, un solo de poema mil facetas ; por esta razón, cree él, traducir parcialmente a Whitman es mutilarlo. Tenga razón o no, su labor es de un extraordinario mérito. Además de los poemas, el Sr. Alexander ha traducido los prólogos de Whitman a sus muchas ediciones de *Leaves of Grass* (1855, 1872, 1888, 1891). Estas traducciones constituyen un cuerpo de documentos muy importante ya que explican las teorías literarias del poeta yanqui, su comprensión de los motivos humanos, su amor por la

(1) *Nosotros*, LVII (1927), pp. 335-371.

(2) Ibid., p. 351.

(3) Harvard Press, 1945. José Antonio Ramos ha continuado la labor de Henríquez Ureña en su libro *Panorama de la literatura norteamericana* (México, 1935), pero aunque ha hecho extensas lecturas en la materia, su obra sigue demasiado de cerca el criterio de los críticos norteamericanos.



EDGAR POE *(foto Viollet)*

libertad y la democracia, sus opiniones religiosas y su humanitarismo.

La traducción del Sr. Alexander es digna de encomio. La belleza inherente a esta poesía se mantiene : ritmo, sentimiento, riqueza verbal, multiplicidad, símbolo, imagen. El Sr. Alexander es sobre todo exacto, lo cual no es fácil, pues aunque el estilo de Whitman se caracteriza por una enumeración elemental de verbos, adjetivos, nombres, etc., la sintaxis es caprichosa. Sus gerundios son siempre un problema serio para el traductor.

Este libro incrementará seguramente el interés por el poeta norteamericano.

Cien años después de la publicación de *Leaves of Grass* el interés por la obra de Whitman sigue creciendo en la América hispana. Desde 1887, en que es revelado a los lectores de lengua española por José Martí, hasta hoy, se han escrito centenares de artículos sobre él. Sin embargo, la mayor parte de la bibliografía whitmaniana es de nuestro siglo. El primer traductor de Whitman es Armando Vasseur (1912) ; siguen a éste A. Torres-Rioseco (1922 y 1946), León Felipe (1941), José Gabriel (194-) y Francisco Alexander (1955).

Los últimos libros señalan un seguro progreso sobre lo publicado antes. La versión de León Felipe (1) es la menos auténtica, pero la que contiene más poesía. La obra de Fernando Alegría ya citada está dividida en los siguientes capítulos, cada uno de los cuales señala un sector básico en el estudio del gran poeta : Biografía, *Leaves of Grass*, Ideas fundamentales de Whitman, la cuestión sexual, la influencia de Whitman en la poesía hispanoamericana, los traductores de Whitman. Como se ve, el panorama es completo y el libro ejercerá una fuerte influencia entre los jóvenes intelectuales hispanoamericanos.

IV. El caso de Edgar Allan Poe

El libro de más significación escrito sobre Poe es el de John Englekirk (2). El autor pasa revista a las traducciones más frecuentes de Poe. De las muchas aquí citadas yo prefiero la traducción de *El Cuervo*, hecha por Pérez Bonalde en 1887 y las de los poetas argentinos Leopoldo Díaz y Carlos Obligado. Por lo que se refiere a la crítica, parece que el primero en preocuparse de Poe en Hispanoamérica fué Enrique Piñeyro (1877) ; siguen a éste Santiago Pérez Triana (1887), Rubén Darío (1893), Enrique José Varona (1895), Balbino Dávalos (1901) y otros.

El Dr. Englekirk estudia la influencia de Poe en Leopoldo Díaz, Rubén Darío, Silva, del Casal, Gutiérrez Nájera, Nervo, Lugones, Jaimes Freyre, Herrera y Reissig, Horacio Quiroga, Arévalo Martínez, Eguren, Chocano, de Greiff y poetas menores. Este libro constituye el esfuerzo más serio hasta hoy en el estudio de la fortuna del gran poeta norteamericano en el mundo de

(1) Existe también una versión de la escritora española Concha Zardoya (1946) que ha tenido amplia circulación.

(2) *Edgar Allan Poe in Hispanic Literature* (New York : Instituto de las Españas. 1934).

habla española. La bibliografía que ofrece Englekirk es abundante y hay que notar que en pleno siglo XX el interés por la poesía de Poe continúa en aumento.

Angel Flores en un breve ensayo sobre el « realismo mágico » en la novela hispanoamericana vuelve a insistir en la influencia de Poe en algunos escritores contemporáneos :

« *Obviously the most persistent influence then was Edgar Allan Poe, either directly or via his admirers, especially the French decadents grouped as « Los raros » by Darío : Baudelaire, Barbey d'Aurevilly, Villiers de l'Isle Adam, etc. This imaginative writing found its way into the twentieth century and is discernible in* the prose experiments of many gifted poets : in Mexico, in Jaime Torres Bodet's *Margarita de niebla* (1927) and *Proserpina rescatada* (1931), in Xavier Villaurrutia's *Dama de corazones* (1928), in Gilberto Owen's *Novela como nube* (1928), and in Salvador Novo's *Return ticket* (1928) ; in Peru, in Abraham Valdelomar's novels and in *El caballero Carmelo y otros cuentos* (1918), and in Martín Adán's *La casa de cartón* (1929) ; in Argentina, most especially in those nightmares of anarchy and tumult entitled *El juguete rabioso* (1926), *Los siete locos* (1929), and *Los lanzallamas* (1931) by Roberto Arlt » (1).

V. El caso de Mallea

Mallea es un profundo conocedor de las literaturas inglesa y norteamericana. En *La bahía de silencio* hay temas paralelos a los de Walt Whitman ; en *Historia de una pasión argentina* hay una traducción de un poema del autor de *Leaves of Grass* ; hay referencias al poeta de Camden en *Nocturno europeo* y en *La ciudad junto al río inmóvil*. Mallea mantiene una íntima familiaridad con esta literatura : Waldo Frank es su amigo personal (2). Entre los dos existen estrechas similitudes de pensamiento : Waldo Frank habla de una nueva cultura americana que sería una síntesis de Nueva York y Buenos Aires ; cree también en la necesidad del « orden », admira el orden medieval que se basa en « la función », en una integración natural de elementos individuales. Mallea cree en este orden al hablar de « categorías legítimas ». Mallea aboga por una nueva civilización americana, una civilización atlántica (1). Por lo que se refiere al concepto y a la misión del nuevo mundo Whitman, Frank y Mallea coinciden muy a menudo. Otros escritores norteamericanos a que hace referencia Mallea son : Gertrude Stein (2), H. Melville (3), Sherwood Anderson, T. S. Eliot, Henry James, Sandburg, E. E. Cummings, y el escocés R. L. Stevenson (4).

En un ensayo escrito por mi amigo y colega Arnold Chapman (5), estableciendo un paralelo entre Sherwood Anderson y Eduardo Mallea, hay detalles de sumo interés para el « comparatista ». Chapman se sorprende al encontrar semejanzas de espíritu, forma y detalle entre los dos escritores. Mallea conoce y admira las novelas del autor de *Winesburg, Ohio*, según se desprende de sus propias palabras : « Al momento de escribir estas líneas, accidentalmente muere en Panamá un hombre en extremo representativo del alma de nuestro continente considerada en su joven estado potencial, Sherwood An-

(1) « Magical Realism in Spanish American Fiction », *Hispania*, XXXVIII (1955), p. 189.

(2) V. *Historia de una pasión argentina.*

(1) V. *Meditaciones en la costa.*

(2) V. *Nocturno europeo.*

(3) V. *Bahía de silencio* y *Notas de un novelista*. Mi discípulo Mr. John Polt, que está escribiendo una disertación doctoral sobre Mallea, me da el siguiente dato : « No recuerdo ninguna mención de Hawthorne en la obra de Mallea, pero creo que existe la posibilidad de hacer una comparación entre *The House of the Seven Gables* y el tratamiento simbólico, casi personificado de una casa en *Las Aguilas* y en *Los enemigos del alma.* »

(4) V. *La Torre.*

(5) « Sherwood Anderson and Eduardo Mallea », *P. M. L. A.*, LXIX (1954), pp. 34-45.

derson. Su partida me sorprende en forma extraña, pues durante todo el tiempo de trabajo en este ensayo tuve presente su nombre en mi ansia de dar la forma más completa posible a estas creencias esbozadas » (1).

Chapman termina su artículo diciendo : « Es evidente que Mallea, que lucha constantemente por encontrar la más alta expresión estética de americanismo, ha hallado un espíritu hermano en Sherwood Anderson » (2).

VI. Algunos mexicanos

Salvador Novo ha coqueteado con la técnica de algunos poetas norteamericanos desde su adolescencia. Dice J. Torres Bodet (3) que Novo le ofreció para la revista *Falange* (1922) una traducción de Edgar Lee Masters y que, en el mismo número, Rafael Lozano (4) publicó un artículo sobre los nuevos poetas de los Estados Unidos en el cual afirmaba que Masters « empleaba un verso libre, blanco, insonoro ». Este verso libre, según Torres Bodet, « habría de ser instrumento dúctil entre las manos de Novo ».

Xavier Villaurrutia siempre sintió un gran entusiasmo por las culturas de lengua inglesa. Tradujo a Blake, hizo un viaje a la universidad de Yale para estudiar técnica teatral y siguió con devoción el movimiento del Little Theater. En su libro *Nostalgia de la Muerte*, que inicia con un verso de Michael Drayton :

Burned in a sea of ice, and drowned amidst a fire...

hay unos *North Carolina Blues*, dedicados a Langston Hughes, que se aproximan a la sensibilidad del poeta negro.

(1) *El sayal y la púrpura*, p. 168.

(2) Loc. cit., p. 45.

(3) *Tiempo de arena* (México, 1955), pp. 123-124.

(4) Lozano ha traducido muchos poemas de Edgar Allan Poe.

EDUARDO MALLEA

VII. ... y un cubano

El profundo interés que existe entre los jóvenes intelectuales hispanoamericanos por la literatura de los Estados Unidos se revela en la orientación estética del cubano José Antonio Portuondo. En sus ensayos « William Faulkner y la conciencia sureña » y « La pasión expresionista de William Faulkner » (30) explica con penetración y conocimiento de causa el desarrollo de la temática y de la técnica del autor de *A Fable*. En su « Proceso literario de Ernest Hemingway » nos ofrece una de las mejores definiciones de la obra de este pintoresco novelista. Portuondo conoce a fondo la literatura contemporánea de los Estados Unidos y es capaz de distinguir los nombres

(30) *V. El heroísmo intelectual* (México, 1955).

representativos tales como los de Gertrude Stein, Wallace Stevens, Ezra Pound T. S. Eliot, E. E. Cummings, Scott Fitzgerald, para presentarlos al interés de los lectores de lengua española.

VIII. Traducciones

La literatura norteamericana goza hoy en la América hispana de una popularidad incontestable (1). En el siglo pasado sólo los grandes nombres fueron traducidos, algunos como Poe y Longfellow fueron conocidos en todos los países del continente ; otros cautivaron la atención de la gente más culta. Entre los poetas figuran, además de los nombrados, Bryant, George Morris, Emerson, Whittier, Whitman ; y entre los prosistas Hawthorne, Irving, O'Henry, Melville, H. B. Stowe, Jack London, James, Bret Harte.

En nuestro siglo casi no hay escritor norteamericano que no haya sido vertido al español : Maxwell y Sherwood Anderson Edith Wharton, S. R. Benet, Bromfield, Pearl Buck, Caldwell, Willa Cather, S. Crane, dos Passos, Dreiser, Farrell, Faulkner, Waldo Frank, Hemingway, Sinclair Lewis, Wolfe, O'Neill, Upton Sinclair, Steinbeck, Saroyan, Wilder, T. S. Eliot, Frost, Amy Lowell, Ezra Pound, MacLeisph, E. S . V. Millay, Har Crane, Cummings, Stevens, Hughes, Gertrude Stein, Katherine Anne Porter, Santayana, Robert Penn Warren, Eudora Welty, Tennessee Williams, William Carlos Williams, Richard Wright y cien más. León Felipe, Ortiz de Montellano y Rodolfo Usigli han demostrado especial predilección por la poesía de T. S. Eliot y la han vertido al español.

Cito aquí sólo a los novelistas, dramaturgos y poetas de destacado mérito. Numerosos son, sin embargo, los escritores populares que fatigan las prensas hispanoamericanas, los « best-sellers » que sirven de cebo a nuestros editores y a incautos lectores, corrompiendo, de paso, el buen gusto literario que tratan de desarrollar nuestras escuelas y universidades.

ARTURO TORRES RIOSECO.

(1) V. John Englekirk, « Bibliografía : obras norteamericanas en trad. española », *Revista Iberoamericana*, VIII (1944). El doctor Arnold Chapman tiene, aún inédita, una bibliografía de traducciones que completa la del profesor Englekirk.

LA SEGUNDA " REVISION " DE RODO

POR EUGEN RELGIS

HACE unos treinta años, se formó en Montevideo un movimiento de renovación, gracias a varios grupos culturales, entre los que se puede citar « Teseo », la revista « Pluma » y, en lo concerniente a la enseñanza superior, el centro estudiantil « Ariel ». En la revista de este centro, que consideraba que la misión de la Universidad es llenar una función a la vez social y cultural (« nuestra Universidad está en deuda con la sociedad ») y no preparar exclusivamente profesionales, encontramos en los números de 1927-29 artículos sobre la « revisión de Rodó ».

Haciendo la crítica de la educación y la instrucción oficiales, que tienden a la configuración de un tipo de *homo faber*, de « este tipo de hombre atiborrado de empirismo, dispuesto a obrar técnicamente sobre el mundo, pero incapaz de aprehender la vida en ricas y profundas significaciones », el autor, Héctor González Areosa, opone a este ejemplar mutilado de hombre, el *homo estheticus* de Rodó. En el cerco del « excluvismo utilitario y profesional, él quiere abrir una brecha por donde se descubra un variado miraje para la contemplación desinteresada y una perspectiva de objetivos ideales para la acción ».

Por sus inclinaciones fuertemente sociales, la revista de ese centro de estudiantes llegó a la conclusión de la necesidad de una revisión de la concepción de Rodó, porque su ideario « nos ofrece, en última instancia, una imagen esencialmente estética de la vida ». Digamos enseguida que no es esto último lo que se pueda reprochar al autor de *Mirador de Próspero*. Concebir la vida y el hombre como obra de arte, es el más alto ideal que un pensador puede expresar, sin abandonar por eso el terreno firme de la realidad cotidiana y sus mandamientos éticos. No podemos dejar de mencionar aquí al escritor francés Gérard de Lacaze-Duthiers, que ha expuesto en una serie de grandes obras esta misma concepción estética de la vida, del arte vivido, incorporado a la persona humana, desde la prehistoria hasta las contiendas sociales de nuestro tiempo. Separados por el océano, el uruguayo Rodó en un país en plena formación, y el francés Lacaze-Duthiers, en un país de cultura refinada, han expresado hacia comienzos del siglo XX las mismas aspiraciones idealistas, que buscan desembarazarse de las pesadas trabas materiales y políticas. Consignamos esta coincidencia para evidenciar la universalidad de la verdadera cultura, que siempre encuentra sus precursores, aún cuando el medio no sea propicio todavía a las personalidades que sobrepasan en mucho a sus contemporáneos.

« Revisando » a Rodó, el Centro de estudiantes « Ariel », a pesar de su respeto por el hombre y por el pensador, ha tratado de rebajar al autor de *Ariel* a la medida del momento social de su acción : — « Habríamos de confesar que la doctrina del maestro está ausente del proceso de nuestra definición personal y ajena a nuestra fervorosa participación en el sentido histórico del tiempo que vivimos. La unidad de vivencia que Rodó suscitara en nosotros, notamos hoy que consistía en una penetrante suges-

tión estética y en una emoción de vaga idealidad. »

Pero, releyendo sus obras, podemos convencernos de que Rodó es siempre actual, y no solamente por sus aspiraciones estéticas e idealistas, sino también por su profundo humanismo que no ignoraba los imperativos de la vida social, ni las correlaciones vivificantes entre su América y Europa. A propósito de esta última, reconoce francamente que el pensamiento hispanoamericano « no ha podido ni puede aspirar aún a una autonomía literaria que lo habilite a prescindir de la influencia europea ». Aún hoy, esa influencia se hace sentir de una manera más rica, más diversa. Los grandes sectores de la literatura europea : española, francesa, inglesa, alemana, italiana, etc., tienen en el Uruguay y en otros países sudamericanos sus representantes : escritores y artistas, grupos y revistas, cenáculos e instituciones. La literatura, que no es « una forma vana, ni un entretenimiento de retóricos », no se desarrolla más que « donde colectivamente hay cultura propia, carácter social definido, personalidad nacional constituída y enérgica. » « La dirección — dice Rodó —, el magisterio del pensamiento europeo es, pues, condición ineludible de nuestra cultura ; y pretender rechazarlo por salvar nuestra originalidad, sería como si, para aislarnos de la atmósfera que nos envuelve, nos propusiéramos vivir en el vacío de una máquina neumática. » Pero, el aceptar la influencia europea, no significa hacerlo sin el discernimiento, sin la elección « que clasifique los elementos de ella según su relativa adecuación al ambiente ».

Hay que rehacer, modificar esa influencia según las condiciones del medio, conservando sin embargo los valores permanentes y comunes a todos los pueblos. Es ese el sentido de todo « revisionismo » : dejar caer las hojas muertas, pero cuidar el árbol y su suelo nutricio. El revisionismo es un signo de vitalidad. Y Rodó ha resistido también a la revisión intentada por los nuevos Arieles, que participaban, también ellos, con bastante eficacia, de las preocupaciones de su época.

El ritmo del progreso, sobre todo en los países jóvenes, es un movimiento con saltos bruscos y con descensos a menudo precipitados, pero detenidos a tiempo para volver a tomar su impulso. Es con una línea ondulante como podemos representar también la evolución social e intelectual del Uruguay. Desprendiéndose de la secular opresión colonial y teológica, esta línea de evolución se abalanzó sobre las luces del positivismo naturalista y filosófico, para desviarse hacia los horizontes lejanos, imprecisos, del espiritualismo, y retornar al nuevo positivismo enriquecido por las audaces hipótesis de una ciencia más relativista que dogmática. Realismo activo e idealismo contemplativo, cambiando su papel de una generación a otra y avanzando, a pesar de todo, sobre las rutas del destino histórico...

Creemos haber encontrado en el Uruguay un clima más favorable a las aspiraciones hacia una cooperación cultural, que debe aliar las personalidades intelectuales y las fuerzas morales de este país al esfuerzo común de todos los pueblos que alcazaron ya los grados superiores de la evolución social y humanitaria. No olvidamos las contradicciones actuales de la política... Entre los países tradicionalistas, que vegetan apegados a los restos de su pasado más o menos glorioso, y los países en que el presente domina con sus riquezas materiales, con sus avideces cínicas y sus miserias aterrorizadas, los pequeños países del porvenir son como claros de esperanza en la "jungla" del oscurantismo rencoroso y de la rapacidad homicida del « más fuerte ». Los países del porvenir son aquellos que pueden ofrecer al hombre perseguido, humillado, deshumanizado, *robotizado* en este « tiempo de desprecio » que atravesamos, un refugio para su trabajo honesto, conforme a sus posibilidades y que le haga recuperar su dignidad de individuo y de compañero solidario de « sus hermanos, sus semejantes ». Y allí, donde el hombre puede reencontrarse, realizarse a sí mismo y sobrepasarse después, por sus impulsos hacia los ideales de ciencia y de justicia, de belleza y de libertad, allí es donde se encuentra el país de la cultura activa, de ese humanismo positivo que renueva, que ensancha la visión del conocimiento.

Henos ahora en el corazón del asunto. Creemos que el espíritu sigue siendo el más poderoso en la contienda de las fuerzas ciegas, los instintos brutales y las violencias « organizadas » por los Estados. El espíritu, sólo él, por las altas y permanentes aspiraciones humanistas, renueva y hace surgir las obras maestras de la ciencia y de las artes sobre los fundamentos de la realidad universal. El espíritu es, al mismo tiempo, constante y vario, en continua transformación en sus manifestaciones exteriores. El mismo Rodó nos lo ha dicho ya : « Reformarse es vivir... Y desde luego, nuestra transformación personal en cierto grado ¿ no es ley constante e inefable en el tiempo ? ¿ Qué importa que el deseo y la voluntad queden en un punto si el tiempo pasa y nos lleva ? El tiempo es el sumo innovador. Su potestad, bajo la cual cabe todo lo creado, se ejerce de manera tan segura y continua sobre las almas como sobre las cosas. Cada pensamiento de tu mente, cada movimiento de tu sensibilidad, cada determinación de tu albedrío... son un impulso más en el sentido de una modificación, cuyos pasos acumulados producen esas transformaciones visibles de edad a edad, de decenio a decenio ». Y más lejos : « Cada uno de nosotros es, sucesivamente, no *uno*, sino *muchos* ».

Podemos considerar a Rodó como un precursor del humanismo en su país, y situarlo entre los mejores humanistas de nuestro tiempo porque ha dado a su concepción una amplitud que abraza a la vez la ética y la estética, sin olvidar que el punto de partida de todo idealismo es el individuo que se realiza a sí mismo, libremente, sobre el doble plano del conocimiento y la acción. Tiene en cuenta la vocación personal que determina una cierta actividad para cada uno. Escuchémosle, en la voz inspirada de Ariel : — « Los unos seréis hombres de ciencia ; los otros seréis hombres de arte ; los otros seréis hombres de acción. » Pero por encima de los afectos individuales y de los distintos modos de la vida « debe velar, en lo íntimo de nuestra alma, la conciencia de la unidad fundamental de nuestra naturaleza, que exige que cada individuo humano sea, ante todo y sobre toda otra cosa, *un ejemplar no mutilado de la humanidad*, en el que ninguna noble facultad del espíritu quede obliterada, y ningún alto interés de todos pierda su virtud comunicativa ».

JOSE ENRIQUE RODO

Habría que citar las páginas siguientes, para no perder nada de esa sabiduría de Rodó, que como todos los grandes espíritus, no vacila reconocer la influencia de sus maestro y compañeros. El destino común de los seres razonables debe cumplirse, cualesquiera que sean las diferencias de profesión y de cultura. Cita a Guyau, el dulce poeta filósofo francés : « *Hay una profesión universal, que es la de hombre* »... Se refiere también a Renan que, recordando « que el fin de la criatura humana no puede ser exclusivamente saber, ni sentir, ni imaginar, sino ser real y enteramente *humana*, define el ideal de perfección a que ella debe encaminar sus energías como la posibilidad de ofrecer en un tipo individual un cuadro abreviado de la especie ». Este es también uno de los principios fundamentales de nuestro humanitarismo positivo, basado en la biología.

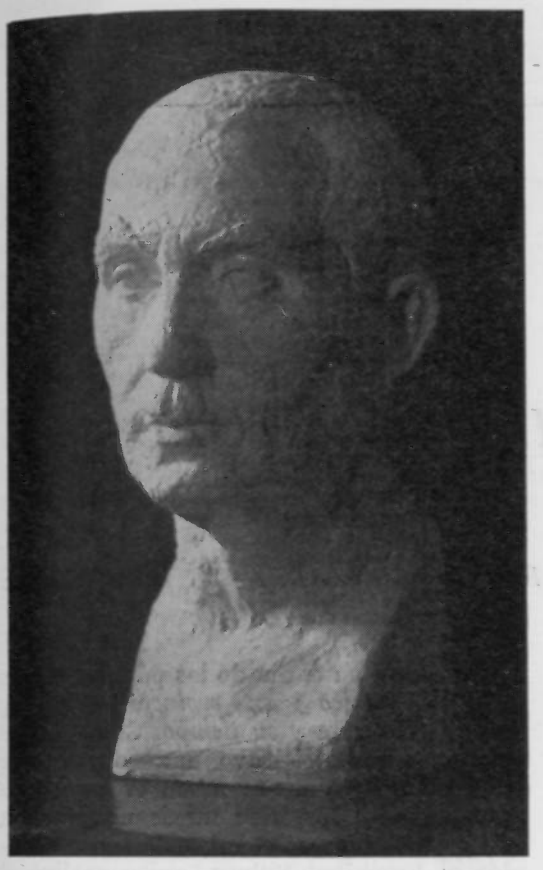
Rodó no cesa de exhortar a los individuos a desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino la plenitud de su ser ; a no permanecer indiferentes ante ninguna noble

y fecunda manifestación de la naturaleza humana ; a ser por lo menos espectadores atentos, si no pueden ser actores. Rechaza, pues, la falsa concepción de la educación subordinada exclusivamente a un fin utilitario, a una especialización prematura. Afirma la integridad de los individuos, que no pueden limitarse a un solo aspecto de la realidad, a riesgo de vivir « separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida. » Si es necesario consagrar su actividad a un solo modo de cultura, esto no excluye « la tendencia a realizar, por la íntima armonía del espíritu, el destino común de los seres racionales. » La actividad personal debe ser como una nota indispensable a la armonía de una sinfonía. « Nada de lo que es humano puede sernos ajeno. » Es éste un axioma de la sabiduría antigua, uno de esos « gritos que resonarán eternamente en la conciencia de la humanidad ».

Según Rodó, la capacidad de comprender sólo debe tener por límite la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos. Ver solamente un aspecto de la naturaleza, considerar una sola idea, un solo interés, significa « vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un solo rayo de luz. » El exclusivismo, la intolerancia, cualquiera que sea su « desinteresado propósito ideal », se convierte « en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas. » El destino de la civilización, el progreso de la cultura, dependen ante todo de la tolerancia y de la comprensión mutuas. Si hay una ley de evolución unitaria, ella no excluye, ni en la naturaleza ni en la sociedad humana la « creciente tendencia a la heterogeneidad ». Pero esta diversidad no debe limitar, sino ensanchar la visión de nuestro mundo y multiplicar las posibilidades de acción según las capacidades de cada individuo. La diversidad encuentra finalmente su expresión en el más noble sentimiento : el de la solidaridad, más allá de las especializaciones restrictivas, más allá de todas las fronteras artificiales erigidas por los fanatismos vengativos y los voraces egoísmos.

Es suficiente este resumen de algunas páginas de Rodó, para convencernos de la profunda significación de su humanismo. Porque su idealismo no es otra cosa que un humanismo integral. Ese elevado estado de alma y esa lucidez intelectual debían, naturalmente, determinar a Rodó a tomar posición contra el utilitarismo excesivo de una América en que la máquina tiende a reemplazar, por su « eficiencia » y su automatismo, las realidades íntimas, impalpables, que constituyen la verdadera personalidad del hombre. Al comienzo de este siglo, él opuso a esa América pragmática y mercantilista su « sentimiento hispanoamericano », pero con el propósito de enraizar en la conciencia de los pueblos de este continente « la idea de América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esta obra ».

Todavía hoy, ese propósito está por realizar. El llamamiento de Rodó para la unidad americana es más necesario que nunca por razones superiores a los mezquinos y astutos intereses políticoeconómicos. La recrudescencia de los egoísmos nacionales ha hecho desviar a numerosos intelectuales americanos de la gran ruta de la solidaridad continental y, por encima de los océanos, de la solidaridad humana — espiritual y cultural — con el resto del mundo... Debemos recordar a esos intelectuales la enseñanza de Rodó, que no tenía nada de un catedrático oficial, pero sí la serenidad de un sabio en quien la firmeza del profeta se armoniza con las altas aspiraciones de la belleza moral. Si reconoce que el positivismo es « piedra angular de nuestra formación intelectual », no cesa de defender su idealismo, que no es abstracto, sino activo en las realidades sociales. El pasaje concerniente a estas dos expresiones de la inteligencia humana (el positivismo y el idealismo) es un resumen, una especie de decálogo de los principios que aclaran y guían a la vez el pensamiento y la acción. Empieza así : « Nuestro idealismo no se parece al idealismo de nuestros abuelos, los espiritualistas y románticos de 1830, los revolucionarios y utopistas



EUGEN RELGIS
(Escultura de A. Marino Gahn)

de 1948. Se interpone, entre ambos caracteres de idealidad, el positivismo de nuestros padres. » Y más adelante : « La iniciación positivista dejó en nosotros, para lo especulativo como para lo de la práctica y la acción, su potente sentido de relatividad... » Y termina con estas nobles palabras : « Somos los neoidealistas, o procuramos ser, como el nauta que, yendo desplegadas las velas, mar adentro, tiene confiado el timón a brazos firmes, y muy a mano la carta de marear, y a su gente muy disciplinada, y sobre aviso contra los engaños de la onda. »

Así, el positivismo y el idealismo, como los platillos de una balanza, se equilibran, agregando el uno lo que al otro pueda faltarle ; un poco más de realismo a uno, un poco más de espiritualismo al otro ; el uno frena los impulsos demasiado exaltados del segundo, y éste insufla su fe y sus esperanzas a las rudezas y al escepticismo del primero. El neoidealismo de Rodó corresponde al neohumanismo de todos aquellos que, en este mismo siglo XX (después de las dos guerras mundiales y las diversas dictaduras que las han precedido y que aún persisten en nuestros días), se han esforzado por salvar las luces de la cultura y aquello que da al hombre evolucionado razones para vivir y luchar.

Para nosotros, ese neohumanismo significa el humanitarismo integral. Hemos insistido sobre el humanismo de Rodó, que nos parece la quintaesencia de su idealismo activo, de su ética filosófica y de su concepción estética de la vida. Su « homo estheticus », lo hemos dicho, es el hombre que se realiza bajo el signo de lo Bello, pero también bajo el del Bien. Es el hombre que tiende hacia la perfección, hacia la integralidad de su persona, participando de las realidades temporales y permanentes de la humanidad considerada, a pesar de la diversidad natural de sus componentes, como un organismo planetario.

En su país, se ve en Rodó o un « clásico » cuya obra es objeto de estudio en los liceos y en la universidad, o un autor que revisar para ajustarlo a las circunstancias políticas y nacionales del momento, o un aristócrata aislado en su torre de marfil, accesible solamente a los iniciados en el arte. No ignoramos que se puede encontrar en su obra fragmentos puramente americanistas, que un europeo no comprendería sin previos conocimientos históricos (como los capítulos consagrados a Bolívar). Pero lo que resiste verdaderamente a la selección inexorable del tiempo es su « neoidealismo », permanente como toda noble aspiración de la inteligencia libre ; su humanismo, que excede la escolástica, la seca erudición y la especulación metafísica, para convertirse en una fuerza espiritual, en una fuente de renovación, en un medio de coordinación de los « contrarios », que se completan recíprocamente en la armonía de la unidad de la vida y del mundo.

EUGEN RELGIS

LAS LETRAS MEXICANAS DURANTE MEDIO SIGLO

POR GILBERTO GONZALEZ Y CONTRERAS

Puesto que ha empezado la segunda mitad del siglo XX y transcurrido cincuenta años desde su advenimiento positivista modernista, el mundo de las letras mexicanas se reanima. La mentalidad mexicana de 1900 fué un compuesto de eufórico cientificismo y alegre descuido originado en la prosperidad material de la dictadura porfirista, de estancamiento político por razones de la situación interna y contiendas interiores surgidas en la segunda década y de gran actividad literaria favorecida por el auge de algunas revistas prestigiosas. Aparecen la historia y la crítica mexicana. El impulso que arranca de la revista *Azul* llega a su apogeo en la revista moderna 1898-1911 y marca una nueva etapa, de ideología y sensibilidad modernistas, en las páginas de la revista *Savia Moderna* que pilotea Alfonso Cravioto.

El México de 1900 se iba convirtiendo en la más cosmopolita de las ciudades americanas y gracias a la política cultural de Justo Sierra numerosas influencias, especialmente de Francia se ejercen sobre la literatura mexicana. Es el tiempo del positivismo, de la gracia, del prenuncio de lo mexicano. En la historia literaria como en la historia pura, el siglo empezó bajo los auspicios de Taine y Brunetiere. Siguiéndolos, Justo Sierra va trazando las páginas de sus obras : *México ; su evolución social* y *Juárez ; su obra y su tiempo*. Como investigador y maestro tuvo una considerable influencia. Igualmente pesan en la definición del acto histórico mexicano Joaquín García Cazbalzeta, maestro de toda erudición y Francisco Bulnes, quien realizó el estudio de los orígenes del medio contemporáneo en la serie de libros *La guerra de Independencia, Las mentiras de nuestra historia* y *El verdadero Juárez*.

El clasicismo, doctrina ya en declive, se convirtió en estandarte de los tradicionalistas, de quienes no quieren abandonar los antiguos criterios nacionales, contándose como sus cultivadores principales a Ignacio Montes de Oca y al polígrafo José María Vigil.

Del romanticismo quedan sólo dos elementos principales : el nativista, representado por José López Portillo y Rojas con sucesos y novelas cortas y los precursores, así como por Rafael Delgado y *Los parientes ricos* y el costumbrista, o sea el gusto por el artículo humorístico sobre temas de actualidad cultivado por Angel del Campo.

La influencia francesa, sobre todo la naturalista, que pronto va a ser la tendencia en la novela, se desenvuelve en la producción de Federico Gamboa, especialmente en

Santa, la novela de la cortesana, y la *Llaga*, donde el héroe es un presidiario que lucha por rehacer interiormente su vida.

Con Manuel Gutiérrez Nájera, el primero de los modernistas, se impone la lírica mexicana la peligrosa influencia de Musset. El verso gracioso de Gutiérrez Nájera se hace viril en Díaz Mirón, alcanzando su más honrada conciencia artística en el escalofrío nervioso de Manuel José Otton e intentando un retorno sentimental a la fluidez romántica con Luis G. Urbina y con Amado Nervo. Dentro de la geografía poética de México es a Enrique González Martínez a quien le toca simbolizar la claridad abstracta precursora de crepúsculo, sintiéndose en su poesía la actitud desencantada de lo que el modernismo poseía de frívolo y perecedero.

Es a los componentes del Ateneo de la Juventud y al influjo de Pedro Enríquez Ureña, cuya actuación tiene importancia plural tanto en los órdenes de teoría pura y libro como en las investigaciones de la historia de México, a quienes se debe la primera chispa de la revolución cultural. Aun cuando no pocos de sus integrantes — Alfonso Gravioto, Roberto Argüelles Dringas, Manuel de la Parre, Julio Torri — escribieron poesía, no fué la actividad lírica lo más importante de los ateneistas, sino que su espíritu distintivo fué el filosófico. Así puedecomprobarse en las dos figuras señeras del grupo : José Vasconcelos y Alfonso Reyes, en quienes se maridan el filosofar meditativo y las proyecciones literarias y aun científicas. Vasconcelos ha encontrado los mejores medios para expresarse en el ensayo y en las memorias, y en Reyes lo que sobresale es la curiosidad por la cultura clásica y la indagación teórica de las literaturas. Culmina la tarea del uno en obras tan singulares como *Lógica orgánica* y *La tormenta*, y la del otro en obras de tanto rango como el *Destino* y la serie de ensayos agrupados en libros de varias vertientes y en los que interpreta, como humanismo enciclopédico, las tradiciones fundamentales de la cultura.

1910 es el año que marca el término de un ciclo y el comienzo de otro en la historia de México. Por encima de la generación inquieta de principios de siglo y de la mutilada del período de la Revolución, se yerguen unos cuantos hombres, casi todos nacidos a finales del siglo XIX. La actitud es de insurgencia y renovación. Arrumbado el positivismo a los trastos viejos y desaparecida la fe intelectualista, alienta una interrogación ante el futuro. Filosofía y crítica son actividades descollantes en los componentes de esta generación, destacándose en ella el enigmático doctor Atl, autor de las artes populares en México y el paisaje, y sobre todo Antonio Caso, quien en todo instante hizo suya cuanta teoría acicateó su curiosidad y cuanta afirmación o duda llamaron a las puertas de su inteligencia. Su actividad intelectual fué de múltiples facetas y se contiene en más de veinte volúmenes que van de *Problemas filosóficos*, publicado en 1915, a *México*, apuntamientos de cultura patria editado en 1943.

Bajo la influencia del impacto revolucionario, considerando que lo social es la única realidad importante, aparece la novelística de la Revolución, cuyos antecedentes hay que buscar en la *Boda*, de Emilio Rabasa, y *La parcela*, de Portillo y Rojas. Mariano Azuela es el iniciador de estas tendencias, habiendo obtenido de sus actividades personales como médico de Villa el material dinámico que constituye sus novelas, que van de *Los de abajo* y *Los fracasados* a *Nueva burguesía*. Su actitud es desencantada y su realismo profundamente lúcido e intelectual.

Martín Luis Guzmán empezó su carrera literaria por un ensayo violento y pesimista « La querella de México » y sus novelas son crónicas animadas por un solo personaje y por el tumulto de gentes que lo rodearon. El *Aguila y la serpiente* y *La sombra del caudillo* son sus principales obras, que culminan en memorias de Pancho Villa, en las que reconstruye y resuelve un lenguaje y formas de pensamientos revolucionarias. Otros maestros en el género de la guerra civil son : el irónico y malicioso José Rubén Romero, quien cimenta su prestigio en *Mi caballo, mi perro y mi rifle* y llega a la culminación en su estilo en *Anticipación a la muerte* ; Gregorio López y Fuentes, novelista del campo, que radiografía en un lenguaje refranero, con mucho de costum-

brista, como lo muestran sus novelas *Tierra* y *El indio*, Rafael R. Muñoz, cronista de la vida revolucionaria en el Norte con *Vámonos con Pancho Villa* y *Se llevaron al Cañón para Bachimba*. También han interesado temática revolucionaria y problemas sociales a Mauricio Magdaleno, cuya obra central es *El resplandor* ; al sencillo y patético Campos de la Torre, autor de *Los fusilados* ; a Francisco Rojas González, quien descubrió la perspectiva de las mujeres peleadoras en *La negra Angustias*, prologándose esta temática bronca hasta nuestros días en novelas como *Los olvidados* de Jesús R. Guerrero, *Cartucho* de Nelie Campo Bello, *Los abrazados* de Alfonso Taracena, y *Las hazañas de los cristeros de Jalisco*, narradas casi cinematográficamente por José Guadalupe de Anda y Fernando Robles.

Con las novelas revolucionarias compiten las del desencanto ante la realidad dolorosa, cuya mejor tónica está representada por *Tierra caliente* de Jorge Ferretis y *El luto humano* de José Revueltas. Otra tendencia aparecida casi de modo simultáneo a las novelas de la Revolución es la literatura de contenido social, cuyos primeros brotes son *El retablo tropical de Panchito Chapopote* y cuyos logros más cabales se encuentran en nuestros días en la novela *Muros de agua* de Revueltas, en la que narra la vida de los deportados políticos en las Islas Marías y *Yo como pobre* y *Más allá existe la tierra* de Magdalena Mondragón. Asimismo, dentro de la tendencia nacionalista es necesario situar las dos ramas de la novela indianista, en que se busca lo pintoresco e indigenista, en la que se aborda la problemática social. A este género pertenece *Nayar* de Miguel Angel Méndez, así como *El faisán y el venado* de Mediz Bolio, *Los hombres que dispersó la danza* de Andrés Henestrosa, *Quetzalcoatl* y *Héroes mayas* de Ermilo Abreu Gómez, y las dos magníficas reconstrucciones, veraces e imparciales : *Cauhtemoc*, de Héctor Pérez Martínez, y *Moctezuma II* de Francisco Monterde.

Hacia 1917, como reacción contra la tendencia revolucionaria e indigenista, irrumpe la modalidad del colonialismo, cuya primera avanzada fué el libro de poemas de Alfonso Gravioto *Alma nueva de las cosas viejas*, y que puede explicarse como un deseo de fuga hacia épocas idas, ante el disgusto y la zozobra ocasionados por la insurgencia revolucionaria. El género fronterizo a las tradiciones reconoce como a su pontífice máximo, por la ejemplaridad en reconstruir ambientes, tipos y lenguaje, a Artemio del Valle Arizpe, frecuentador ágil y agudo de las cosas de la colonia, cuyas obras maestras son *Virreyes y Virreinas de la Nueva España* y *El Canallitas*, y cuyo satírico singular fué Jenaro Estrada con su burlona y deliciosa sátira a los anticuarios *Pero Galin*.

En la poesía, las tendencias que coexisten y se desenvuelven paralelas son la nativista, la lúcida y de evasión del grupo « Los Contemporáneos » ; la de insurgencia social y la de las promociones intermedias, que oscilan entre la supervivencia romántico-modernista y el neo-clasicismo, de punta a punta transitado por la religiosidad.

El nativismo tiene sus comienzos, y casi pudiera afirmarse que su plenitud, en el misterioso claroscuro de Ramón López Velarde, en su fisonomía cambiante y móvil, en la lucidez de su drama desenvuelto en la doble tónica de lo sensual y lo religioso, de lo refinado y lo provinciano debatiéndose magníficamente en su alma y en su arte en un incesante coloquio conflictual. Los otros representantes de esta tendencia son Francisco González León, que en *La pena de la tarde* consigue la originalidad de las sensaciones ; Enrique Fernández Ledesma, quien en los poemas agrupados en *Con la sed en los labios* consigue la llaneza poética y la suave gracia provincial ; el diáfano y vigoroso Alfredo Ortiz Vidales con *En la paz de los pueblos*, y Manuel Martínez Valadez, quien en *Alma solariega* le da arquitectura a una poesía pictórica y casi táctil. El más destacado prosista del nativismo es Agustín Yáñez, autor de finas estampas y de novelas de gran riqueza imaginativa, entre las que sobresalen *Al filo del agua*, por su vigorosa pintura de los dramas de la conciencia en atmósfera provinciana, y *Archipiélago de mujeres*. Asimismo, podría calificarse como el ensayista o radiógrafo de los horizontes provincianos a

Alfonso de Alba, quien con *La Provincia oculta* ha entregado una indagación valorativa de muy singulares quilates. En tanto que Ramón López Velarde rescataba con su curiosidad a la vida provinciana, José Juan Tablada iba al rescate de la poesía y se dirigió hacia afuera aprehendiendo el brillo minúsculo de hai-kai, en el que vertió sus más simples y concentradas realizaciones. En ascenso la serena y casi quietista evolución de González Martínez, y en entreacto japonés la lírica de Tablada, cabe señalar en la presencia del grupo « contemporáneos » a quienes recobran la facultad poética paradisíaca. No forman una promoción homogénea, sino que los une el milagro personal del estilo, las múltiples curiosidades y un deseo de continencia, de sobriedad y de profundidad orientativa. Cerrado ya su ciclo y muertos algunos de sus mejores representantes, puede hacerse una valoración cabal de su tarea. Lo que aportan a la poesía mexicana es el medio tono, la melodía en gris y el encanto humilde señalados por Pedro Henríquez Ureña. Con un nuevo estremecimiento imponen una nueva manera de adjetivación, impregnándolo todo de un sentido entre agónico y telúrico, en el que hasta la muerte se humaniza. Este grupo de soledades lo constituían los ya desaparecidos Javier Villaurrutia, Enrique González Rojo y Bernardo Ortiz de Montellano y los aún actuantes José Gorostiza, Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet y Salvador Novo. La solidaridad que los agrupa es el desdén a la fórmula, la curiosidad y la actitud de fuga. Los más realizados son, hasta ahora, Javier Villaurrutia y José Gorostiza. El más ansioso de recoger la cosecha de cada estación es Jaime Torres Bodet. Los inconclusos fueron González Rojo y Ortiz de Montellana. El de mayor caudal y menos ceñimiento es Pellicer, el más humorista y de más llana inquietud, Salvador Novo.

Villaurrutia trabajó sobre la cantera en niebla de la muerte, es decir, a la mitad del día en que se sitúan los poetas. Villaurrutia la sustituyó por el clarosocuro en el dibujo, la rectilínea concisión y el intelectualismo lúcido de sus ensayos. Espíritu mesurado acertó en expresar las más afinadas emociones del intelecto. La visión casi mineralizada de la muerte, la arquitectura sin artista de los sueños. Su cauce fué la pasión curiosa y su frontera lo emotivo sojuzgado por la disciplina.

GILBERTO GONZALEZ Y CONTRERAS

El otro poeta más cuajado de los contemporáneos es Gorostiza, quien aporta la tonalidad, la temperatura reflexiva, lo selecto y cuidadoso en encarar y resolver los problemas líricos. En retorno a la más clara tradición española del siglo XV, su manera es extraordinariamente elaborada, y así en *Canciones para cantar en las barcas* sale en busca de la pureza ; en *Muerte sin fin*, lo que lo angustia es la perfección dentro de una metafísica de la agonía. Su obra, breve pero intensa, es el caso más extraordinario de cristalización poética de las letras mexicanas.

De entre los poetas prematuramente desaparecidos del grupo, Enrique González Romo se desenvolvió preciso y claro en *Elegías romanas* y *Romance de José Conde*, anunciadores de su madurez lírica, y Ortiz de Montellano, desencantado y de regreso a las cosas, consiguió un tono propio en el diálogo constante con la vida y la muerte. Sus conceptistas y diáfanos sonetos que le

dan arquitectura al poema « Muerte de cielo azul » se caracterizan por la desolada espiritualidad y la armoniosa geometría del ánfora que la contiene.

Cronológicamente, el más antiguo de los contemporáneos es Carlos Pellicer, cuyo ideal es la definición plástica del paisaje. Los rasgos que lo distinguen son la consagración exclusiva de la poesía y el mundo luminoso de sus imágenes de movimiento vegetal, dueño de la palabra sonora y de abundantes imágenes pictóricas, cuyas expresiones más acabadas son *Hora de Junio* y *Correspondencias*. Torres Bodet, en cambio, es un hombre que gusta extraviarse en todos los caminos, buscando su propia voz en un túnel de espejos. En su lirismo sobresale lo emocionado y recatadamente sentimental, siendo su nota característica la discreción melancólica y un estoicismo moral que se expresa en una lengua castigada y perfecta. Ha cultivado la novela poemática en *La educación sentimental* y en *Proserpina Rescatada*, y el ensayismo en su volumen *Contemporáneos*. De entre su obra poética varia, y discurriendo en caminos antagónicos, quizá la más cumplida cosecha es la que agavilla en *Destierro* y *Sonetos*. La poesía de Salvador Novo, en cambio, alimenta raíces en un suelo de penetrante sensibilidad, revelándose como un agudo epígono de la crónica mexicana, circulando por el esqueleto mondo de sus emociones el invierno de una ironía no por desolada menos ardiente, que troquela en expresiones de coloquio y epístolas personalísimas y de sentido perdurable. Sus ingeniosos juegos líricos y de cronista desenfadado han conseguido sus mayores logros en *El joven*, *Dueño mío* y *Nueva grandeza mexicana*.

Si el mundo de Ortiz Montellano fué el sueño, las fantasías infantiles y lo agónico, si González Rojo fué el poeta de la rotundidad, Torres Bodet lo es del aprendizaje del estoicismo, Gorostiza pone la nota de la fría lucidez, Novo la de la ironía coloquial y Villaurrutia viene a ser el animador de la contemplación extática, de la fría meditación nocturna que lo mismo transita entre las desoladas presencias de su *Nostalgia de la muerte*, que en los certeros análisis críticos de sus *Textos y pretextos* o en una ingeniosa tarea dramática en que conjuga hábilmente el explorar psicológico y el conflictualismo espiritual. Siendo el más completo del grupo, su estilo se distinguió por la intención ceñida, la agudeza metafórica y la sobriedad de estilo.

Frente al selecto y cerrado conjunto de los contemporáneos, levantaron su disconformismo los llamados estridentistas, cuyos principales corifeos fueron Manuel Aples Arce, Arqueles Vela y Germán List Azubide. De entre ellos sólo el primero ha permanecido fiel a su línea original, aunque decantada y pulida en el mejor de sus libros : *Memorial de la sangre*. Arqueles Vela, por su parte derivó hacia el cuento psicológico y la crítica literaria, de intención y método dialécticos según lo demuestra en las obras que mejor lo definen : *El arte y la estética* y *Teoría literaria del modernismo*. La época que abrió el movimiento estridentista fué prolongada, particularmente en sus aspectos sociales y de reacción contra la poesía en boga, por un grupo de cantores revolucionarios, poseedores de la conciencia de una libertad rica en deberes colectivos, entre los que cuentan el multitudinario y justiciero Carlos Gutiérrez Crus en *Sangre roja* ; José Muñoz Cota, el de metáforas limpias y valores que, siendo indígenas, son universales ; Miguel N. Lira, el que supo darle afinada temperatura a la entraña indígena y el ancestral Miguel Martínez Rendón que en *Carmina Aurea* se entrega saturado de una melancolía evocadora.

Aislados de estos dos grupos lucen dos excelentes poetas : el pulcro y cabal Alfonso Gutiérrez Germosillo, que elevó lo cotidiano y sensual a obra de arte en *Tratados de un bien difícil*, y el hondamente sentimental y de amargura satírica Renato Leduc, que dió su prosa más bella en *Los banquetes* y su más contradictorio lirismo en *Prometeo mal encadenado*.

Las voces de Villaurrutia y de Pellicer se prolongan en la obra de tres mujeres : Guadalupe Amor, Margarita Michelena y Margarita Paz Paredes.

Entre los comprometidos y militantes, y como formando una promoción intermedia y testimonial, lúcida y relativista, están los componentes del que podría llamarse humanismo católico. Uno de los iniciadores

del movimiento fué Gabriel Méndez Balcarte, que supo unir a la erudicción clásica la galanura y limpidez del estilo. Poeta que remozó el versículo bíblico, su rotunda claridad, fué uno de los poderosos incentivos que contribuyeron a despertar el nuevo arte católico. De éste, la manifestación más polémica y esclarecedora es Alfonso Junco, que en libros como *Gente de México*, *Los egregios*, *El gran teatro del mundo* e *Inquisición sobre la Inquisición*, busca pretextos para iluminar y destacar cosas ardientes de la mexicanidad y temas perennes de su fe religiosa. En este sector figuran dos poetisas : Concha Orquizo, cuya belleza surge precisamente de su gran soplo místico, y Emma Godoy, que de los meditados movimientos líricos de *Pausa y arena* pasó al misterio sacramental de *Caín*, que turban por su tumulto trágico la tranquilidad casi hierática del catolicismo mexicano. Otros dos poetas que por derecho propio deben situarse en este sector son el hierático y esencial Manuel Ponde de *El Jardín de lo Increíble*, y Vicente Echevarría del Prado, quien vacía un espíritu en recato y problemas muy actuales en una estricta forma clásica.

En el terreno de la novela continúan vigentes los cánones realistas, conjugándose la devoción por los temas campesinos con los temas urbanos. Novelistas esencialmente de la ciudad son : Jesús Goitortuga Santos, que en *En donde termina el arco iris* ha dado una novela de la clase media muy hábilmente narrada ; José María Benítez que hila en su novela *Ciudad* una serie de estampas dramáticas ; Rogelio Barriga Rivas, que en « *Río humano* » refiere lo sucedido en una delegación de policía, y Luis Spota, autor de una voluminosa novela, escrita en el estilo cinematográfico y sensacionalista de reportaje, *La estrella vacía*, interesante por su movimiento y porque desde una perspectiva de clave somete a disección el panorama urbano de México. Entre los novelistas del campo figura por derecho propio Rubén Salazar Mayen, cuyo *Ojo de agua* es una de las obras de mayor movimiento y dramatismo campesinos. El mundo de la minería ha sido revelado por Rodolfo Benavides en el *Doble nueve*. En los últimos años se han dado a conocer otros novelistas de mérito : Rodolfo González Urtado, que realizó una ambiciosa recreación de su vida de médico en *El dolor humano* ; José María Dávila, que en *El médico y el santero* explora psicológicamente las causas de dos vidas cruzadas en derrumbe ; Alba Sandoiz, autora de *La selva encantada* y de *Taetzani*, de penetrante análisis psicológico y evocación de los primitivos nayaristas ; Emma Zazueta Batiz, que reconstruye un medio entre rural y urbano en *Tinieblas y luz*, y Lilia Rosa, que hace gala de poder descriptivo, lirismo salvaje y anarquía sentimental en *Vainilla, bronce y morir*. A ellos se agregan en una última oleada Héctor Raúl Almanza, que con *Huelga blanca* incorpora a la geografía novelística a los cultivadores libres de algodón de Matamoros ; Alfredo Márquez Campos, que en *Lejos quedó el pueblo* presenta un lacerante racimo de experiencias de los maestros rurales, y los dos libros más significativos de la última década : *El día no llega*, en que Magdalena Mondragón hace acopio de fantasía irisada, tendencias naturalistas y seducción irrealista, y *El punto final*, novela de un hombre incompleto, en que Jesús R. Guerrero plantea escuetamente y en estilo sobrio los elementos temporales y de síntesis social.

Tres novelistas se apartan del culto al realismo, abordando el difícil género de la evasión inteligente y el intuicionismo fantástico : el seguro Diego Cañedo, escritor de afilado estilo y laberintos técnicos en quien se unen lo erudito y lo imaginativo ; Rafael Bernal, que ha abordado la novela inquietante y los enigmas policíacos, y que en *Su nombre era muerte* logra una alegoría que puede ponerse dignamente junto a *La guerra de las salamandras* de Capek ; y Franciso Tario, dramático e irónico en las fértiles imaginaciones de la noche.

De entre las últimas promociones el poeta más logrado es Elías Nandino, que no perteneció a la generación de « Contemporáneos », pues aunque algunos lo sitúan en ella, llegó un poco más tarde. Justamente podría decirse que vino a situarse inmediatamente a su norte. Vivo ejemplo de virtuosismo estético, su labor es copiosa, precisa. Su pecado estriba en que no tiene

valor para rechazar y en su *Poesía* lo entrega todo sin selección ni cuidado. Sus mejores logros están en sus décimas y en su sonetario *Naufragio de la duda*. En este sitio intermedio entre la fe y el dudar, dibuja con gran lucidez imágenes elegantes, precisas y en una atmósfera de metafísica decantación.

Los últimos poetas que cabría mencionar son el acerado Octavio Paz, de escrutadora mirada, el decantado Alí Chumacero, fronterizo a la órbita parnasiana, el táctil y óptico Rafael Solana y el sencillo, diáfano e intimista Cárdenas Peña, que en *Conversación amorosa* deja convivir al romántico y al sensual, manteniéndose más cerca de lo religioso cuando tantea los últimos extremos del erotismo.

Cerraremos este cuadro de cincuenta años de las letras de México con el nombre de dos críticos que han traído una nota nueva al difícil género del ensayo : José Luis Martínez, hombre de letras que mantiene en activo su continuidad espiritual y que según lo muestra en *Literatura mexicana del siglo XX* une a la constancia y a la infatigable dedicación casi artesana el hecho de que nunca hace concesiones al público. El otro crítico de horizontes es Arturo Rivas Sainz, amante de poner su personalidad a la prueba esclarecedora de lo ontológico y poético, alegre de complejas enumeraciones y de un acelerar sin pausa, y en cuyos libros saltan como a cada paso el deslinde y reñadonamiento poético y la resonancia que en su espíritu tiene lo codicioso y rápido de los actos líricos.

Es imposible hacer el balance de una época inconclusa como la mexicana a través de cincuenta años. Percibimos una evolución de 1900 a 1910 y de 1915 a 1930, pero es fácil ver que después de la tormenta revolucionaria y de los años que se sitúan entre las dos guerras mundiales, prosigue la misma evolución realista y de reencuentro con lo mexicano hacia metas todavía imprecisas. Cabe decir que el sobrerrealismo y las tendencias existenciales que comienzan a aparecer en algunos de los últimos escritores de México, parecen desligarse de sus preocupaciones políticas para abordar únicamente la agonía mexicana.

Lo más probable es que la literatura de México no conserve, en los años venideros, su aspecto actual. Al entrar la vida en otro vuelco, al mantenerse en zozobra, al no existir la afirmación de ningún maestro, una diversidad tendiente a la armonía irá tomando el sitio de la actual zozobra, cuyas vertientes broncas no tienen en realidad más de dos o tres tonos fundamentales... Quizá dentro de una veintena de años recordaremos con nostalgia esta época transicionista, en la cual la literatura de México, que muchos creen agotada y a la deriva, va resurgiendo a nueva vitalidad con entusiasmos turbulentos, fresca embriaguez y la cándida ilusión de una segunda juventud.

G. GONZALEZ Y CONTRERAS

PALABRAS A JOSE MARTI

POR JOSE FERRER CANALES

PASÉ por el Parque Central en el corazón de La Habana en tu isla. El crepúsculo puso tintes de belleza en el cielo. Tu estatua de blancura marmórea te muestra con la diestra en actitud de afirmar tu palabra de dulce virilidad aleccionadora. Siempre estuvo en mis sueños verte allí tallado en la piedra casi humanizada. ¡ Qué no hubiera dado yo por escuchar tu voz angélica y libertadora, encendida en fúlgidas metáforas visuales y auditivas, y llevadera siempre de un mensaje de amor a la patria y de dignidad y decoro a los hombres !

Ahora he querido gozar tu palabra. La distancia temporal, más de medio siglo, a que pusiste en el aire la vibración de tu acento, es muy larga, pero mi aspiración de acercarme a ese acento triunfa por encima de las rutas del tiempo. ¡ Y te oigo como un emigrado de Tampa ! ¡ Y te sigo en el vuelo de tu imaginación, mejor que te comprendo ! La intuición salva todos los escollos de mi razón limitada y limitadora. Y si no penetro en las dimensiones psicológicas más profundas de todos tus conceptos, me deleito en el fulgor de tus imágenes, en la ternura de tus pensamientos, en el ardor de tu palabra, en tu aspiración de auparnos hacia planos éticos de plena vivencia de respeto a la persona, y de amor a la patria.

« Para Cuba, que sufre, la primera palabra », dices, añadiendo en la introducción a tu discurso, que la patria — que, según escribiste a D. Federico Henríquez y Carvajal, es « agonía y deber » — debe tomarse siempre como altar y nunca como pedestal. Das las gracias a todos los que contribuyen a la fundación de tu pueblo libre. Tú bien puedes decir hoy como ayer : « Yo traigo la estrella, y traigo la paloma, en mi corazón. »

Tú signas hacia el bien que preferirías entre todos, aunque sabrás que un pensador moderno, Ortega y Gasset (gran filósofo « en entredicho », como han señalado Domingo Marrero y Raúl Roa), dijo que preferir es abrir una oquedad en el alma. Para ti, el mayor bien es « el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre ». Elaboras luego la idea del bien para tus compatriotas y después gozas sensual y espiritualmente definiendo los contenidos poéticos de la voz *cubano*. « Dulcísima palabra, sabor puro, aire como un nimbo de oro, palabra que asemeja luz de amanecer », afirmas con unción de enamorado y patriota.

Haces el elogio de la emigración y de la alta misión de limpiar de desamor la guerra. Metáforas visuales y pictóricas de los muertos inmortales esmaltan tu palabra : « Se oye en el viento ruido de ayudantes que pasan dando órdenes y de pabellones que se despliegan. »

MARTI, 1891
(Retrato al óleo, por H. Norman)

Quieres la república para limpiar la atmósfera de alma colonial y para instaurar la verdadera vida republicana. Ves en tu bandera el símbolo de la libertad para todos. Conoces los tesoros de « libertad original » que crea en sí cada cubano. No temes, frente al porvenir de tu pueblo, ni a los veteranos que tuvieron autoridad en la guerra, ni al negro a quien llamas hermano, ni al español de bondad y liberalismo. En síntesis, tienes fe profunda en tu pueblo. Tu llamado es « ¡ a formar filas ! » Tu invitación final es a ornar la bandera de la estrella solitaria con la belleza moral de este pensamiento : « Con todos, para el bien de todos. »

Insistes a lo largo de tu oración en dibujar la Cuba que idealizas : alerta, « ni togada, ni descuellada », con amor al trabajo y respeto al hombre íntegro. Sin desearlo desnudas tu alma pura ante los ojos de nuestro espíritu, porque cuando prendes en el viento, con vehemencia de apóstol y actitud de evangelista, las palabras *ternura, corazón entero sacado de mí mismo, yo abrazo a todos los que saben amar*, cuando anuncias que traes la estrella y la paloma, ¿ no estás autodefiniendo tu alma arcangélica ? Y cuando afirmas que no eres *cazanubes*, ni *pordiosero*, ni *teorizante*, ni *solicitante de fama* o *alocado de poder*, ¿ no estás deteniendo justamente el rumor de los que no te comprendieron, la « jauría del mal » como dijo D. Fernando de los Ríos al evocarte en la *Significación de lo humano en Martí ?* Aquel « morir a caballo » (« es el sueño mío, es el sueño de todos »), ¿ fué acaso una antevisión, una clarividencia de tu final heroico y transfigurador ?

Algunos críticos al señalar las fuentes hispánicas, las raíces de tu pensar, aluden a los maestros españoles del Siglo de Oro, Quevedo, Santa Teresa, Gracián. Al autor de *El Héroe* atribuyen tu conceptismo. Pero no es justo, no es exacto esto último. Porque todos tus conceptos no pueden tener su origen en tu frecuentación de Gracián. Nacen de tu propia vida y frente al espectáculo de la vida de heroicidad que conocías y que predicabas. Te escucho reverente, maestro : « Todo lo verdadero es santo, aunque no huela a clavellina. » « Para libertar a los cubanos trabajamos. » « Su derecho de hombres es lo que buscan los cubanos en su independencia ; y la independencia se ha de buscar con alma entera de hombre. » « Sin los gusanos que fabrican la tierra no podrían hacerse después palacios suntuosos. » A veces, Martí, el concepto es pura expresión de la más alta belleza, una dualidad de metáforas : « El trabajo... es el aire y el sol de la libertad. »

En ti son muy significativas algunas palabras. Primero, la voz *cubano* que describes como « inefable y ardiente », entre otras razones porque « si se la pronuncia como se debe, parece que es el aire como nimbo de oro, y es trono a cumbre de monte la naturaleza. » Das el valor prístino, griego a la palabra *agonía* como luego iba a hacer uno de tus admiradores, Miguel de Unamuno.

Tus adjetivos tienen una carga emocio-

nal de límites insospechables : amor *unánime* y *abrasante* de justicia, *tierna* consideración, *viril* tributo, pueblo *liberal y fiero y trabajador*, miedo *canijo*, autoridades *viejas* y autoridades *vírgenes*. Utilizas expresiones que nunca olvidaremos. Te alzas contra los *lindoros*, *olimpos* y *alzacolas*. En tu discurso hablas sobre *dimes y diretes de la localidad*, *petimetres de la política y patriotismo de polvos de arroz*. En los párrafos en que recuerdas la « compañera coronada de corona que el injusto no ve », hablas también sobre las jutías cubanas. Conoces el valor de los imperativos del verbo, que concuerdan perfectamente con tu vida dinámica y apostólica : *unámonos*, *juntemos* las manos ; *cerremos* el paso ; *sáquese* a lucir, a vibrar ; *levántese* esta tierna consideración. *Alcemos*, repites con insistencia. El gerundio da a tu voz inusitado tono : « Los muertos están *mandando y aconsejando y vigilando*. »

Utilizas el procedimiento estilístico del contraste al comparar *la mesa de pensar* con la de *ganar el pan* ; el *alma cubana nueva*, *erizada hostil y hosca* con aquella otra *casera y magnánima de nuestros padres* ; *la libertad original que cría el hombre en sí* con la otra intelectual, aprendida en libros de Francia. Las exclamaciones te son muy útiles : « ¡ Paso a los que no tienen miedo a la luz ; caridad para los que tiemblan de sus rayos ! » « ¡ Valiera más que no se desplegara esa bandera de su astil, si no hubiera de amparar por igual a todas las cabezas ! » Tus interrogaciones son tan múltiples que sería preciso copiar varios párrafos para ilustrar ese procedimiento. (« ¿ Temer al español liberal y bueno ; a mi padre valenciano... ? » « ¿ Le tendremos miedo al negro, al negro generoso, al hermano negro, que en los cubanos que mueren por él ha perdonado para siempre a los cubanos que todavía lo matratan ? »)

El poeta que hay en ti asoma en tus párrafos de orador revolucionario. Hay metáforas cromáticas : pasan los inmortales muertos con *pabellones que se despliegan* ; la palabra *cubano* es *luz de amanecer*, y se ven como el alba las masas confusas ; « *con letras de luz* se ha de leer que buscamos la esencia de un país republicano. » Queda la metáfora auditiva : *se oye en el viento ruido de ayudantes que pasan ; el mar rompe la valla de la tierra... y revienta contra esas puertas sus olas alborotadas*. En la imaginación tuya, la revolución santa es *arca* de afectos. Y las palmas se han transmutado en novias.

José Martí, humano y angélico, héroe y mártir, bueno es recoger los comentarios de los que han dejado huella de admiración hacia ti, Darío, Juan Ramón Jiménez, Unamuno, Varona, José Gaos, Onís, Henríquez y Carvajal, Mañach, Marinello, Iduarte, Roa, Portuondo, M. P. González, Gabriela Mistral y otros. Preferible será siempre escuchar o leer tu provoz :

Yo vengo de todas partes,
Y hacia todas partes voy :
Arte soy entre las artes,
En los montes, monte soy.

JOSE FERRER CANALES

MARIANO LATORRE

alto escritor chileno

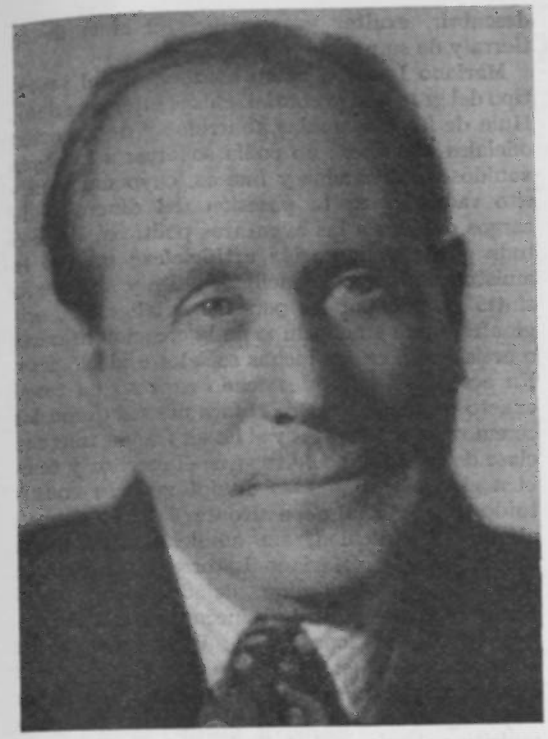
POR JULIO CESAR JOBET

El 10 de noviembre de 1955 falleció de un ataque al corazón, en Santiago, Mariano Latorre, uno de los escritores más representativos de Chile.

I

Mariano Latorre Court nació en Cobquecura, pequeño puerto de la provincia de Maule, tierra de campesinos y de marinos, el 3 de enero de 1886. Descendía de vascos españoles y de franceses. Cursó sus estudios de humanidades en liceos de provincia y a su término ingresó en el Instituto Pedagógico, donde se graduó en la asignatura de Castellano. Durante casi medio siglo ejerció un fecundo magisterio, formando varias generaciones de profesores en el amor al idioma castellano y a la cultura latina. Junto a su labor docente realizó su vastísima creación literaria. Novelista, cuentista y ensayista, publicó una veintena de obras notables, conquistándose un privilegiado sitio como clásico de la literatura chilena e hispanoamericana. Apenas publicó sus dos primeros libros, *Cuentos del Maule* y *Cuna de Cóndores*, se consagró como un escritor innovador, profundamente original. Respondía con singular talento al llamado secular de José Victorino Lastarria, dando vida a una literatura genuinamente nacional, por la descripción minuciosa y poética de su paisaje nativo y por la rica galería de tipos y escenas, características de su pueblo. Su fecunda obra literaria constituye el más bello y amoroso registro del variado paisaje chileno y de la compleja idiosincrasia de su habitante, atestiguando una devoción vernácula inagotable y ejemplar. En ella exhibe extraordinarias condiciones de narrador, dueño de un estilo animado, rico en vocablos nuevos, de gran colorido y poder evocador.

Mariano Latorre trató de abrazar a Chile en sus diversos aspectos geográficos, sociales y anímicos, desarrollando sus argumentos en las distintas regiones de su extenso territorio con el propósito de dar una visión artística total del país. *Chile, país de rincones* es el título sugestivo de una excelente antología de sus cuentos más logrados, queriendo expresar con él el carácter particularísimo de su endiablada topografía física y espiritual y que el autor deseó aprehender e interpretar íntegramente. Y a quien se lamentaba de no existir una novela representativa del país, le respondía : « Observación superficial, improvisada por el crítico, acuciado sobre el tema sobre el cual debe escribir, porque ni *Don Segundo Sombra*, ni *Doña Bárbara*, ni *La Vorágine*, son novelas totales de Argentina, Venezuela o Colombia. Son aspectos de la vida de esos países, que coinciden con un problema de esa nacionalidad en un instante del tiempo. Y es lo que desorienta a los críticos chilenos que quieren aplicar esos problemas, olvidando su diferencia geográfica y convirtiendo así un error en una verdad indiscutible. La síntesis de la vida chilena en una sola novela es imposible y menos en un personaje. El huaso es el valle central ; el roto, de todo Chile. El uno es conservador ; el otro anárquico ».



MARIANO LATORRE

II

En 1912 salió a la circulación su primer libro : *Cuentos del Maule ;* en 1918, *Cuna de Cóndores*, y, en seguida, se suceden *Zurzulita*, *Ully*, *Chilenos del Mar*, *On Panta*, *Hombres y Zorros*, *Mapu* y *Viento de Mallines*, que se imprime en 1944. En este año recibió el premio Nacional de Literatura, en reconocimiento de su larga y honda producción novelesca. Prosigue su labor hasta llegar a *Isla de los Pájaros*, su última publicación, aparecida poco antes de su muerte.

Toda la obra de Mariano Latorre se nutre en un amor entrañable a su patria y en un sincero afán de comprensión del hombre chileno a través del análisis detenido de su ruda psicología. En su espíritu se impuso de manera avasalladora el llamado profundo y mágico de su tierra. Desde joven su temperamento buscó los medios de expresión que narrasen la vida y los conflictos del hombre y el medio de su país y de su tiempo, con una honradez literaria admirable, sin desviarse de su propósito a pesar de los ataques enconados de una crítica extranjerizante. La lectura de los grandes escritores naturalistas europeos, sobre todo de Zola, lo afirmaron en su actitud. En hermosas páginas nos ha confesado su lento proceso de descubrimiento de Chile y cómo la tierra nativa penetró hondamente en su espíritu, revelándosele sin intervención de nadie : « Este primer contacto con una tierra a medio cultivar y con un hombre aún no realizado psicológicamente, quedó en mi memoria como una semilla que perdió, primero, su áspera cutícula y germinó luego, borrando las influencias europeas de mi temperamento. Fué, en la primera época, una embriaguez sensorial y, más adelante, un razonar de todos los momentos despojando de cortezas adventicias la idea primigenia, germinadora. »

En el primer escrito, Mariano Latorre analiza inteligentemente el problema del criollismo y del imaginismo en la literatura chilena, rechazando sus tradicionales contenidos impuestos por críticos perezosos y simplistas ; análisis de mucho interés para lograr un necesario esclarecimiento de la famosa contienda literaria y para la exacta caracterización de su novelística. Se pregunta : « ¿ Soy criollista ? ¿ Tenía la intención de criar una escuela de este tipo ? » Y responde : « Nunca se me ocurrió una cosa semejante... No he pintado jamás huasos, en el sentido estricto de la palabra. Ni me atrajo el cuadro de costumbres que abunda en Jotabeche, en Blest Gana y en Barros Grez. En una palabra, estuve siempre lejos del pintoresquismo rural. Si hay en algunas de mis novelas o cuentos escenas de costumbres es porque el asunto y el medio lo exigían. Mi intención, al acercarme al mar, al campo, a las cordilleras de la costa y de los Andes, a las selvas del Sur, a la vida de las colonias alemanas de Quilaco y Pucón... fué una intención heroica, la de interpretar la lucha del hombre de la tierra, del mar y de la selva por crear civilización en territorios salvajes, lejos de las ciudades ».

Mariano Latorre es un escritor realista y nacionalista. Supo incorporar las diversas regiones del país a la literatura, por medio de una observación directa, plena de fidelidad, del hombre y del paisaje autóctonos, con un sentimiento poético profundo, fijado en imágenes y metáforas eternas. Sus obras se singularizan por la pintura sensual, deleitosa del paisaje (muchas veces, mirando los cerros vestidos de azulada bruma, decía como Joaquín Mir : ¡ Ay si pudiera abrazar esa colina !), y por el estudio penetrante del tipo racial propio del país, de su extraña psicología, de ese « zorro astuto y malévolo », que lleva dentro. Arrieros, hombres de mar, agitadores, campesinos enganchados en las ciudades del Norte, colonos del Neuquén, indios, misioneros, bandidos, hombres « que se desplazan de su medio nativo para buscar otra forma de vida, independiente, creada por ellos mismos y lejos de la tiranía del patrón »... desfilan por sus páginas vibrantes y esa « vida mejor o peor, insegura o estable, a veces coronada por el triunfo y en

muchos casos por trágicas derrotas »... constituye el drama esencial en la producción novelística de Mariano Latorre. Para él, Chile es un país en transformación, cuyo interés apasionante reside en su presente, no en la tradicional adoración fanática de un pasado superado. Tierras vírgenes se incorporan a la civilización ; desaparecen selvas, reemplazadas por campos de cultivo ; se levantan pueblos y se forman y moldean nuevos tipos humanos. Es necesario, entonces, recorrer el país, estudiarlo, aprisionarlo en su cambiante rostro. Por eso, al comprobar el divorcio existente entre la realidad de la nación y la enseñanza de la época, ajena a tan vasto proceso de cambio, se propone explorarlo en toda su extensión, adentrarse en su seno. Así lo explica en notables líneas : « Y al observar esta disparidad entre una enseñanza sin savia y un pueblo que era superior a ella, se despertó en mí un afán casi místico de viajar por todos los rincones de mi tierra, conocer paisajes y hombres por mis propios ojos y no a través de libros o referencias y por último, verterlo en novelas, cuentos o ensayos y darlo a conocer a los propios chilenos y a los estudiantes que, por vivir en él, no se habían enterado que existía. »

He aquí la finalidad de fondo en la amplia creación literaria de Mariano Latorre : captar la existencia nacional con sus diversos tipos humanos en todas sus actividades y peripecias, e incorporar el verdadero y sorprendente paisaje circundante, en un lenguaje poético, de gran lirismo. Ricardo Latcham, crítico culto y perspicaz, en su discurso de recepción del novelista en la Facultad de Filosofía y Educación, expresó algo que lo define certeramente : « Es raro encontrar en Chile un individuo de tan entrañada vocación literaria, con decisión más firme para entregarse a los impulsos temperamentales y por encima de la conveniencia o el medio. Ni político ni hombre de negocios, siempre fué un artista, un modelador de fantasías, un maestro que prefirió la enseñanza socrática a la muerta superficie de los textos. Ha desempeñado, entre todos los chilenos, la más egregia función del escritor : descubrir, exaltar y reproducir el alma de su tierra y de su pueblo. »

Mariano Latorre, como hombre, era el prototipo del gran amigo cordial, chispeante, ingenioso. Huía de las ceremonias aburridas y de los actos oficiales solemnes ; no podía soportar a los seres vanidosos, hinchados y huecos, cuyo único mérito radicaba en la posesión del dinero o de cargos debidos a las aventuras políticas. Rehusó toda gloria y figuración artificiales ; prefirió la amistad de la gente sencilla y culta y siempre se sintió atraído por las personas inteligentes, originales, fuera en el campo de la creación literaria o artística, o en las luchas sociales e ideológicas. En acto académico destacado expresó un rasgo exacto de su carácter : « Nunca me sedujeron las ceremonias académicas y si he ser franco, ninguna clase de ceremonias... Creo que el escritor y también el profesor (ambas disciplinas han constituído mi vocación) debe afrontar la vida con una máxima simplicidad, sin ambiciones de gloria ni de poder »... Mariano Latorre supo vivir de acuerdo con su confesión, alejado de las recompensas oficiales y de las sinecuras burocráticas, con absoluta independencia. El encanto de su amistad residía en su inteligencia alerta, en su cultura amplísima y en sus cualidades de hombre libre, digno, de firme vocación literaria y de agudo espíritu polémico y batallador.

III

Mariano Latorre fué, además, un sincero demócrata, defensor de la justicia y de la libertad, y un profundo admirador de las tradiciones culturales de Occidente. Se adentró en el corazón de su pueblo y éste supo comprender la exactitud de estas líneas del gran escritor acerca de los personajes de sus libros : « Un profundo amor por esos desheredados me hizo escribir con sincera emoción, y si algo he hecho que valga la pena, se lo debo a ellos y a su heroísmo sin recompensa. Y confieso que para ellos y para los que aman a esa porción tan rica de vitalidad y de tesón inquebrantable, de nuestra raza, he escrito la mayoría de mis libros. »

JULIO CESAR JOBET

La gran cosmopólis

por RUBEN DARIO

(Meditación de la madrugada)

Casas de cincuenta pisos,
servidumbre de color,
millones de circuncisos,
máquinas, diarios, avisos
y ¡ dolor, dolor, dolor !...

Éstos son los hombres fuertes
que vierten áureas corrientes
y multiplican simientes
por su ciclópeo fragor,
y tras la Quinta Avenida
la miseria está vestida
con dolor, dolor, dolor.

Sé que hay placer y que hay gloria
allí en el Waldorff Astoria
en donde dan su victoria
la riqueza y el amor,
pero en la orilla del río
sé quienes mueren de frío,
y lo que es triste, Dios mío,
de ¡ dolor, dolor, dolor !...

Pues aunque dan millonarios
sus talentos y denarios,
son muchos más los calvarios
donde hay que llevar la flor
de la caridad divina
que hacia el pobre a Dios inclina
y da amor, amor y amor.

Irá la suprema villa
como ingente maravilla
donde todo suena y brilla
en un ambiente opresor,
con sus conquistas de acero,
con sus luchas de dinero,
sin saber que allí está entero
todo el germen del dolor.

Todos esos millonarios
viven en mármoles parios
con residuos de calvarios
y es roja, roja su flor.
No es la rosa que el sol lleva
ni la azucena que nieva,
sino el clavel que se abreva
en la sangre del dolor.

Allí pasa el chino, el ruso,
el kalmuko y el boruso ;
y toda obra y todo uso
a la tierra nueva es fiel,
pues se ajusta y se acomoda
toda fe y manera toda
a lo que ase, lima y poda
al sin par tío Samuel.

Alto es él, mirada fiera,
su chaleco es su bandera,
como lo es sombrero y frac ;
si no es hombre de conquistas,
todo el mundo tiene vistas
las estrellas y las listas
en reposo o en vivac.

Aquí el amontonamiento
mató amor y sentimiento ;
mas en todo existe Dios,
y yo he visto mil cariños
acercarse hacia los niños
del trineo y los armiños
del anciano Santa-Claus.

Porque el yanqui ama sus hierros
sus caballos y sus perros
y su yacht y su foot-ball,
pero adora la alegría,
con la fuerza, la armonía,
un muchacho que se ría
y una niña como un sol.

TRILCE

(Poema LXV)

Madre, me voy mañana a Santiago,
a mojarme en tu bendición y en tu llanto.
Acomodando estoy mis desengaños y el rosado
de llaga de mis falsos trajines.

Me esperará tu arco de asombro,
las tonsuradas columnas de tus ansias
que se acaban la vida. Me esperará el patio,
el corredor de abajo con sus tondos y repulgos
de fiesta. Me esperará mi sillón ayo,
aquel buen quijarudo trasto de dinástico
cuero, que para nomás rezongando a las nalgas
tataranietas, de correa a correhuela.

Estoy cribando mis cariños más puros.
Estoy ejeando ¿ no oyes jadear la sonda ?
¿ no oyes tascar dianas ?
Estoy plasmando tu fórmula de amor
para todos los huecos de este suelo.

¡ Oh si se dispusieran los tácitos volantes
para todas las cintas más distantes,
para todas las cintas más distintas !

Así muerta inmortal. Así.

Bajo los dobles arcos de tu sangre, por donde
hay que pasar tan de puntillas, que hasta mi padre
para ir por allí
humildóse hasta menos de la mitad del hombre,
hasta ser el primer pequeño que tuviste.

Así, muerta inmortal.

Entre la columnata de tus huesos
que no puede caer ni a lloros
y a cuyo lado ni el Destino pudo entrometer
ni un solo dedo suyo.
Así, muerta inmortal.
Así.

Epitalamio ancestral

Con pompas de brahmánicas unciones,
abrióse el lecho de tus primaveras
ante un lúbrico rito de panteras
y una erección de símbolos varones...

Al trágico fulgor de los hachones
ondeó la danza de las bayaderas,
por entre una apoteosis de banderas
y de un siniestro trueno de leones.

Ardió el epitalamio de tu paso
un himno de trompetas fulgurantes
sobre mi corazón, los hierofantes

ungieron tu sandalia, urna de raso,
a tiempo que cien blancos elefantes
enroscaron su trompa hacia el ocaso.

JULIO

HERRERA REISSIG

Cinegética

LEOPOLDO

LUGONES

Duerme la loba,
cual colérica ceja
está encorvado el arco de caoba.
El dardo va como una enorme abeja,
zumbando al viento ;
y del ijar a las nerviosas patas
cae un chorro sangriento
cual racimo de adelfas escarlatas.

Alza un Nemrod coloso
el gran bronce del busto entre las ramas,
crispa un soplo febril su vello de oso,
su túmida nariz resuena llamas,
brillan de bélico deseo
sus pupilas de halcón en la espesura.
Y hay heroicas barbaries de trofeo
en la furia triunfal de su escultura.

Es un Ocaso ;
incendiado de sol el bosque arde ;
y un águila gigante va de paso
reinando en los azules de la tarde.

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

Casa con dos puertas

¡ Oh casa con dos puertas que es la mía
casa del corazón vasta y sombría
que he visto en el desfile de los años
llena a veces de huéspedes extraños,
y otras veces, las más, casi vacía !...

Casa que en los risueños
instantes de la vida, miró absorta
la fila interminable de los sueños
de arribo fácil y de estancia corta.

¡ Cuán raro fué el viador que en la partida
dejó, para los tránsitos futuros,
una hoguera encendida
en la piadosa puerta de salida
o una noble inscripción sobre los muros ?

Los más dejaron al fulgor incierto
de un prematuro ocaso,
algún jirón en el umbral desierto,
el alma errante de algún himno muerto
o un desgaste de piedras a su paso.

Sólo al silencio de la paz nocturna
prende su lamparilla taciturna
huésped desconocido...
Y se pregunta mi inquietud cobarde
si es un cansado amor que llegó tarde
o es un viejo dolor que no ha salido.

JOSE SANTOS CHOCANO

¡ Quién sabe !

Indio que asomas a la puerta
de esa tu rústica mansión,
¿ para mi sed no tienes agua ?
¿ para mi frío, cobertor ?
¿ parco maíz para mi hambre ?
¿ para mi sueño, mal rincón ?
¿ breve quietud para mi andanza ?
— ¡ Quién sabe, señor !

Indio que labras con fatiga
tierras que de otros dueños son,
¿ ignoras tú que deben tuyas
ser, por tu sangre y tu sudor ?
¿ Ignoras tú que audaz codicia
siglos atrás te las quitó ?
¿ Ignoras tú que eres el amo ?
— ¡ Quién sabe, señor !

Indio de frente taciturna
y de pupilas sin fulgor,
¿ qué pensamiento es el que escondes
en tu enigmática expresión ?
¿ Qué es lo que buscas en tu vida ?
¿ Qué es lo que imploras a tu Dios ?
¿ Qué es lo que sueña tu silencio ?
— ¡ Quién sabe, señor !

Oh raza antigua y misteriosa
de impenetrable corazón,
que sin gozar ves la alegría,
y sin sufrir ves el dolor ;
eres angustia, como el Ande,
el Grande Océano y el Sol.
Ese tu gesto que parece
como de vil resignación,
es de una sabia indiferencia
y de un orgullo sin rencor.

Corre en mis venas sangre tuya,
y, por tal sangre, si mi Dios
me interrogase qué prefiero,
cruz o laurel, espina o flor,
beso que apague mis suspiros,
o hiel que colme mi canción,
responderíale dudando !
— ¡ Quién sabe, señor !

Judith y Holofernes

Blancos senos redondos y desnudos que al paso
de la hebrea se mueven bajo el ritmo sonoro
de las ajorcas rubias y los cintillos de oro
vivaces como estrellas sobre la tez de raso.

Su boca, dos jacintos en indecible vaso,
da la sutil esencia de la voz. Un tesoro
de miel hincha la pulpa de sus carnes. El lloro
no dió nunca a esa faz languideces de ocaso.

Yaciente sobre un lecho de sándalo, el Asirio
reposa fatigado, melancólico cirio
los objetos alarga y proyecta en la alfombra,

y ella, mientras reposa la bélica falange
muda, impasible, sola, y escondido el alfanje
para el trágico golpe se recata en la sombra.

*
* *

Y ágil tigre que salta de tupida maleza
se lanzó la israelita sobre el héroe dormido,
y de doble mandoble sin robarle un gemido
del atlético tronco desgajó la cabeza.

Como de ánforas rotas, con ungida presteza
desbordó en oleadas el carmín encendido
y de un lago de púrpura, y de sueño y de olvido
recogió la homicida la pujante cabeza.

En el ojo apagado, las mejillas y el cuello,
de la barba, en sortijas, al ungido cabello
se apiñaban las sombras en siniestro derroche

sobre el lívido tajo de color de granada,
y fingía la negra cabeza destroncada
una lúbrica rosa del jardín de la noche.

De " Poemas continentales "

¡ Ah, cómo siento yo la tierra mía
cuando en la paz del campo
interpreta mi trémula alegría
el corcovo jovial del hipocampo
y cuando tras el toro, sobre el potro tendido,
la soga, raudo círculo del poder, en la mano,
de los gamelotales el jinete ha surgido,
que siento ya que lo vomita el llano...
Prende el lazo en la furia del testuz, y rebota
de topo en topo el grito, hasta el ribazo,
la soga va girando con el toro en derrota
y es el radio de un círculo cuyo centro es un brazo.
Y siento en esta escena soplos universales :
así por las llanuras celestiales
ruedan astros atados a un inmortal connubio,
y encendida en rugidos de fúlgida becerra,
gira y revuelca su dolor la tierra
enlazada en el vuelo por un jinete rubio.

ANDRES

ELOY BLANCO

Cima

La hora de la tarde, la que pone
su sangre en las montañas.

GABRIELA

Alguien en esta hora está sufriendo ;
una pierde, angustiada,
en este atardecer el solo pecho
MISTRAL *contra el cual estrechaba.*

Hay un corazón en donde moja
la tarde aquella cima ensangrentada.

El valle ya está en sombra
y se llena de calma.
Pero mira de lo hondo que se enciende
de rojez la montaña.

Yo me pongo a cantar siempre a esta hora
mi invariable canción atribulada.

¿ Seré yo la que baño
la cumbre de escarlata ?
Llevo a mi corazón la mano y siento
que mi costado mana.

FRANZ TAMAYO

CLARIBEL

En la desolada tarde,
Claribel,
Al clamor de un sol que no arde,
Claribel,
Me vuelve el amante alarde,
Aunque todo dice : « es tarde
Claribel ».

Lleva en sus alas el viento,
Claribel,
Tu nombre como un lamento,
Claribel,
Y en vano mis ansias siento
Volar tras aquel concento,
Claribel.

¡ Voz con que pía la ausencia,
Claribel !
¡ Saudade canora esencia,
Claribel !
¡ Añoranza, transparencia
Que la ausencia hace presencia,
Claribel !

Mar profundo y albo monte,
Claribel,
¿ Es posible que tramonte
Claribel
Tras el húmedo horizonte,
Y que las nieves remonte,
Claribel ?

¡ El tiempo es por siempre ido,
Claribel !
¡ Y eres quizás todo olvido,
Claribel !
¡ Mas yo iluso, descreído,
Aún pienso que me has querido,
Claribel !

El pan amargo en que muerdo,
Claribel,
Hecho está de tu recuerdo,
¡ Claribel !

Y el pasado nada cuerdo,
Es un sueño en que me pierdo,
¡ Claribel !

Oh mañana azul y rosa,
Claribel,
En que te vi mariposa,
¡ Claribel !
Reina y mujer, niña y diosa,
Oro, nácar, nieve y rosa,
¡ Claribel !

Cantaba en el aire un ave,
« Claribel »,
Süave cual la süave
Claribel
Y unía al plumado clave
Dulce risa y lloro grave :
¡ Claribel !

¡ Una música escondida,
Claribel !
¡ Eres por siempre en mi vida,
Claribel !
Mana de mi tierna herida
Leche rosa y luz florida :
¡ Claribel !

Vierte mi labio un perfume :
Claribel,
Musgo y clavel que resume
Claribel.
Mirra que eterna zahume,
Oleo que no se consume,
¡ Claribel !

De un nigromante el compás,
Claribel,
Trazó en mi alma : « nunca más
Claribel ».
Y así a mis ojos jamás
Como el alba volverás
¡ Claribel !

POÉTICA

por MANUEL BANDEIRA

Estoy harto del lirismo hecho a medida
Del lirismo de buen comportamiento
Del lirismo funcionario público con libro de actas protocolo
y manifestaciones de aprecio al Señor Director
Estoy harto del lirismo que se interrumpe para averiguar en el diccionario la
propiedad de un vocablo
Abajo los puristas
Vivan todas las palabras sobre todo los barbarismos universales
Todas las construcciones sobre todo las sintaxis inesperadas
Todos los ritmos sobre todo los innumerables

Estoy harto del lirismo enamorante
Político
Raquítico
Sifilítico
De todo lirismo que capitula o pretende realizarse fuera de sí mismo
Por lo demás eso no es lirismo
Será acaso contabilidad tabla de cosenos secretario de los amantes con cien modelos
de cartas y los diversos modos de agradar a
las mujeres etc.

Prefiero el lirismo de los locos
El lirismo de los borrachos
El difícil y punzante lirismo de los borrachos
El lirismo de los payasos de Shakespeare

Yo no quiero saber de otro lirismo que no sea liberación.

(Trad. de L. A. S.)

Danza negra

Calabo y bambú.
Bambú y calabó.
El Gran Cocoroco dice : Tu-cu-tú.
La Gran Cocoroca dice : To-co-tó.
Es el sol de hierro que arde en Tomboctú.
Es la danza negra de Fernando Póo.
El cerdo en el fango gruñe : pru-pru-prú.
El sapo en la charca sueña : cro-cro-cró.
Calabo y bambú.
Bambú y calabó.

Rompen los junjunes en furiosa u
Los gongos trepidan con profunda o.
Es la raza negra que ondulando va
en el ritmo gordo de Mariyandá.
Llegan los batucos a la fiesta ya.
Danza que te danza la negra se da.
Calabo y bambú.
Bambú y calabó.
El Gran Cocoroco dice : Tu-cu-tú.
La Gran Cocoroca dice : To-co-tó.

Pasan tierras rojas, islas de betún,
Haití, Martinica, Congo, Camerún ;
las papamientosas Antillas del ron
y las pataluesas islas del volcán
que en el grave son
del canto se dan.

Calabo y bambú.
Bambú y calabó.
Es el sol de hierro que arde en Tomboctú.
Es la danza negra de Fernando Póo.
El alma africana que vibrando está.
en el ritmo gordo de Mariyandá.

Calabo y bambú.
Bambú y calabó.
El Gran Cocoroco dice : Tu-cu-tú.
La Gran Cocoroca dice : To-co-tó.

Elegía

a María Belén Chacón

María Belén, María Belén, María Belén,
María Belén Chacón, María Belén Chacón, María Belén Chacón
con tus nalgas en vaivén
de Camagüey a Santiago, de Santiago a Camagüey.

En el cielo de la rumba
ya nunca habrá de alumbrar
tu constelación de curvas.

¿ Qué ladrido te mordió el vértice del pulmón
María Belén Chacón, María Belén Chacón ?
¿ qué ladrido te mordió el vértice del pulmón ?

No fué ladrido ni uña,
ni fué uña, ni fué daño,
la plancha de madrugada fué quien te quemó el pulmón.

Y luego por la mañana,
con la ropa en la canasta se llevaron tu sandunga,
tu sandunga y tu pulmón.

¡ Que no baile nadie ahora.
Que no le arranque más pulgas el negro Andrés
a su tres !

Y los chinos que arman tánganas en medio de las maracas
hagan un poco de paz.
Besar la cruz de las claves
(Líbranos de todo mal, Virgen de la Caridad.)

Ya no veré mis instintos
en los espejos redondos y alegres de tus dos nalgas.
Tu constelación de curvas
ya no alumbrará jamás el cielo de la sandunga.

María Belén Chacón, María Belén Chacón,
María Belén, María Belén,
con tus nalgas en vaivén
de Camagüey a Santiago,
de Santiago a Camagüey.

Encuentro de la llave del mar

Aquí está tu llave, hipocampo,
tu húmeda llave de nácar
para abrir los cofres azules del océano,
que ruedan en la arena con su carga,
los cofres donde el alga pone su sello verde,
los cofres llorosos de antigüedad y sal,
con sus lomos que chocan entre sí
nutridos de tormentas y despojos eternos.

Aquí está tu llave, hipocampo,
para la lencería celeste de la espuma,
para las lámparas a media luz de las esponjas,
para el cáliz de candor de la medusa,
para los amuletos herrumbrosos de los moluscos
guardadores de astros,
para el mantón con flecos de los líquenes,
para el coral que enciende su candelabro,
para la placa fría de la estrella de mar
o condecoración final del ahogado.

Aquí está tu llave de nácar
que liberta su fantasma de su prisión marina
haciéndole subir las gradas de los años
cargado de cadáveres, tesoros y gaviotas.
Su rostro conocido lo va borrando el agua
con sus peces o dedos modelando la sombra
que cruza con prudencia el cangrejo ermitaño.
¿ Es un grito de pájaro o un grito de mujer
que vierte entre despojos de las profundidades
su ácido funeral de campana, su caldo de naufragios?

Me da acceso a la cueva memorable
tu breve llave de nácar, hipocampo.

JUAN LISCANO

Tierra muerta de sed

Se detienen ahogados los vientos,
abren cálidas bocas de asfixia,
buscan soplos, arañan la tierra,
la roturan, la escarban, se yerguen,
los derriba un soplo mineral.
Cae el aire en inmóvil abismo
y entre bloques pesados de sombra
centellean torrentes de piedras,
óseas plantas y calvas de cerros.

Descarnado y ardido paisaje,
mundo yermo, lunar, acabado,
todo costras, escombros, detritus,
cicatrices, vestigios y cárcavas,
blancas tiñas y lepras rastreras,
aflorar deslumbrante de osarios,
largo hueso de cruda sequía
que una lumbre de yeso voraz,
entre huecos de sombra, corroe.

No se pudre el cadáver del árbol,
no renace en su podre fecunda
hacia el fértil destino del humus.
Bajo la ácida luz corrosiva
se consume de un golpe, se extingue
y los aires dispersan sus polvos
sobre arenas sembradas de rocas ;
devorada osamenta de un cuerpo
que alzó pájaros, savias y verdes.

Aquí tiene la sed sus veneros,
aquí brotan sus rasgos y ruidos :
pedregal, esqueletos de arbustos,
espinares con formas de insectos,
de cristales, de erizos, de clavas,
estallidos de cápsulas, roces,
estridores, zumbidos, siseos ;
aquí cava la sed galerías
de lentísimo tiempo geológico.

Se regresa a los días convulsos
en que bestias de lluvia, de viento,
roedores caudales, mamíferos
de pesada osamenta, fundaban
este yermo, esta tierra furiosa
de brutal soledad centellante,
estos trozos de piel puesta al vivo,
este cuero, estos huesos roídos
que descubren la médula fósil.

Nada invita a vivir, a nacer,
a juntar las ausencias, los ecos,
a romper seminales vesículas,
a mezclar sombras, luces, distancias.
En la tierra se espeja la muerte
y su fósforo alumbra el contorno.
Cuando duerme, se apaga el paisaje ;
quedan aires de cuarzo y espinas
sobre un cáncer feroz de sequía.

Sin embargo aquí pulsa la vida,
repta y arma en silencio ponzoñas
o alza súbitos vuelos cortantes,
se soterra o veloz cruza el yermo,
rompe fuentes de sangre o de savia,
ramonea hasta puntas del aire,
pero entrega la flor de los cactos
y en sus cuerpos de garras y espinas
un frescor de cisternas oculta.

Nada incita a vivir, mas la vida
tenazmente resiste, persiste,
reproduce su sed y sus hambres,
sus carnales combates, sus cópulas
de alacrán, funerales, crueles ;
las viscosas de ofidios helados ;
las de pluma esponjada y arrullo ;
las calientes de activos mamíferos
con sudores, jadeos y lenguas.

Oh calveros, calvarios, barrancas,
roquedal, espinares, eriales,
oh llanura lunar de la tierra
carcomida por ratas de lluvia,
desgarrada por vientos rapaces,
tierra muerta de sed iracunda
donde todo mentía la vida,
hasta aquí, sin embargo, ella impera,
sin embargo, hasta aquí llegó el hombre.

Contra luces de cal está el hombre,
contra vientos de espina está el hombre,
contra ríos de piedra está el hombre,
contra lenguas de polvo está el hombre,
contra cuernos de fuego está el hombre,
contra diente y veneno esta el hombre,
contra días y noches de arena,
contra el hueso y el tiempo y la muerte
está el hombre, está el hombre, está el hombre.

ARTES PLASTICAS en Centro y Sudamérica

POR F. COSSIO DEL POMAR

HASTA hace medio siglo poco había adelantado Indoamérica en la conquista de una expresión plástica original con relación a su nuevo estatus económico y social.

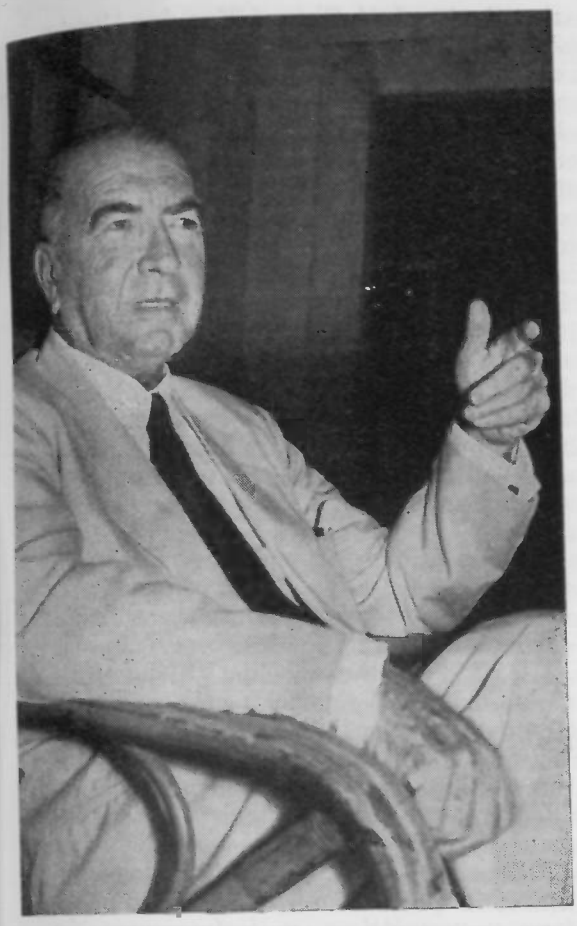
Los artistas, atentos a las corrientes y técnicas europeas, desatendieron la representación específica dentro del marco histórico americano. Si con la dominación española se siguieron fielmente las corrientes españolas, con la independencia, desde las primeras décadas del siglo XIX, los artistas se apasionaron por todo lo francés. La pintura heroica de David tuvo numerosos imitadores. De aquella época proceden las enormes telas conmemorando los acontecimientos históricos de cada nación. Meireles en el Brasil, Sivori en la Argentina, Blanes en Uruguay, Michelena en Venezuela. A estos pintores siguen los cultivadores del romanticismo imperante de Delacroix, Chasserieau y la escuela de Barbizon : Prilidiano Pueyrredon y Carlos Morel en Argentina, Merino y Lazo en el Perú, Urdaneta y Román Torres Méndez en Colombia, Escobar en Cuba, Hermenegildo Bustos y José María Velazco en México, Gil de Castro en Perú y Chile, Martín Tovar en Venezuela. Estos pintores, en su mayor parte formados en Europa, inician un arte vinculado con América. Orientados por los intelectuales, sin pretenderlo quizás, plantearon el problema de la americanidad substancial. Con los primeros ensayos de figuración nacional iniciaron la liberación del cuerpo físico y moral de Europa. Pintores y escritores hicieron funcionar una inteligencia motora de acuerdo con las circunstancias americanas. Rodó, en su libro *Ariel*, asume una función directiva y profética con respecto a la intelectualidad continental y a la definición de su estilo de cultura (Zum Felde). En Rodó como en Martí, como en Sarmiento y González Prada, el artista encuentra el contenido doctrinal y el rumbo creativo. Los poetas y novelistas dan el tema : Hernández en *Martín Fierro* « pinta » la recia figura del gaucho pausado, identificado con la pampa argentina. Zorrilla de San Martín el sentimentalismo sui géneris de Tabaré. Hudson, en *Tierra Purpúrea* a los hombres de instinto en los albores del mestizaje. El dominicano Manuel de Jesús Galván, en *Enriquillo*, la heroicidad del nativo. Villaverde en *Cecilia Valdés*, un capítulo de la Habana colonial. Estos escritores al describir América en pequeñas biografías sociales nos presentan

modalidades de carácter y personajes nacionales, valores constantes de cada país y escogido material para enriquecer la plástica del continente. Escritores y artistas, cada cual desde su propio campo creativo, contribuyeron así a modificar el estilo, sin dejar de lado sus influencias extranjeras, pero sin abandonar tampoco el tono dictado por las circunstancias particulares de América. Con ésto dejan la honorable herencia que les es dable dejar. Y la generación que les sigue, usando las palabras del gran viejo Whitman « acepta la lección con ecuanimidad... Comprenden que se llevan lentamente el cadáver del padre, retirándolo del comedor y de la alcoba de la casa... comprenden que se detiene en la puerta, que ha trasmitido sus actos al heredero robusto y bien formado que se acerca... y que será muy digno de sus días. »

Hace de esto medio siglo. Tras el breve proceso de experimentación y captación que hemos sucintamente anotado, dentro de un pluralismo que abarca todas las escuelas a partir de la « revolución impresionista », desde las primitivas y elementales hasta los más avanzados racionalismos, expresión de varias velocidades y diferentes modos que corresponden a invenciones individuales o a realidades históricas, a un lenguaje vital y dinámico, aportan una prueba de que « existe un tono americano ya inconfundible, una vida americana que caracteriza las creaciones del hombre americano » (Joaquín Neira). Los artistas, atentos a estas creaciones, trabajan en fortalecerlas, divididos en dos tendencias encaminadas hacia una meta continental de futuro incalculable : el *realismo social*, nacido y desarrollado en México, inspirado por el comando telúrico de la tradición y la Revolución mexicana y el *expresionismo subjetivo*, brotado del esfuerzo apasionado de los artistas contemporáneos por ahondar los valores sustanciales. Los primeros se empeñan en la urgente tarea de seleccionar aspectos trascendentes de la vida nacional — todavía en estado sucedáneo —, con el fin de dar la máxima significación vital al mestizaje de cuatro siglos, expresión de unidad continental, a fin de lograr la « conciencia cósmica » que reclama Orrego : « una nueva unidad de sangre, de cultura y de espíritu. »

Los « abstractistas » o partidarios del *expresionismo subjetivo* persiguen una alianza con las fórmulas figurativas del arte universalizado. Ambicionan conquistar aquella « suprema belleza abstracta » que el dogmático Worringer trata de « rehabilitar científicamente ». Esta ambición por descubrir los elementos conectados con las raíces primordiales, cobra actualidad en Europa al producirse la primera guerra mundial. La quiebra de los valores morales, la desilusión, lanza a gran parte de los intelectuales y artistas a buscar nuevos principios y nuevos conceptos con ideogramas diferentes de aquellos caducados en el fracaso. Estas razones para explicar la aparición del abstractismo en el arte americano, resultarían extralógicas si no tuvieran su propia afirmación en el suelo de América.

¿ Dónde el artista encontrará pruebas más contundentes del proceso de la unidad universal en medio de oposiciones y adaptaciones violentas ? « América no es un en este momento sino el inmenso laboratorio histórico de la época y el foco de irradiación de la nueva cultura unitaria e integral, en cuyo fondo subyace, como substrato más profundo, el nuevo *asimiento* del hombre contemporáneo por la emoción metafísica de la unidad cósmica » (Antenor Orrego). En este *asimiento* encontramos graficado el mundo geométrico del arte Tiawanakota, que del caos hace brotar signos tan poderosos que la China del siglo XII (a. de J. C.) los emplea en sus fórmulas rituales. El artista que en América busque estos signos eternos puede traspasar orgulloso las anchas portadas de Copan y Tiawanako, puede explorar las Tumbas de Palenque, Monte Albán, San Agustín, Mitla, Parakas o Chavin de Wamtar. Ahí encontrará innumerables testimonios de la angustia cósmica dejados por el hombre de América. Por eso no está fuera de la realidad el pintor uruguayo Torres García cuando aconseja « volver a lo cósmico por sobre lo histórico ». Por eso las dos tendencias, la realista y la abstractista, sin oponerse, cooperan en la estructura cultural del continente. Ambas trabajan en descubrir cada día las características nacionales y los modos propios », que brotan



COSSIO DEL POMAR

de la rápida transformación de las formas. Ambos tienden a enriquecer de elementos constructivos el que será un día el estilo americano, nacido del hecho objetivo y del ejercicio libre de la voluntad creadora, del entrecruzamiento y proximidad del artista, de sus puntos de contacto con la naturaleza y las circunstancias que lo rodean. « La americanidad es para nosotros la forma definitiva y activa de universalidad que, en sí, es otra abstracción, y puesto que ninguna abstracción vive activamente, sino en lo concreto, vivir concretamente — en el acto y no en potencia — es ser americano del Sur, sin confusiones. » (Zum-Felde, *El problema de la Cultura Americana.*)

Por ahora las artes plásticas de América permiten afirmar esta existencia. El arte indoamericano no es el mismo que el arte inglès, alemán, italiano, o francés, porque está ligado al « cuándo », « cómo » y «porqué » de circunstancias propias. Uno de los ejemplos más elocuentes lo tenemos en México. Ahí se inició un arte que si bien por sus rasgos universales puede clasificarse entre las tendencias realistas europeas, con denominación europea, obedece a una conciencia aparte, de tiempo y de espacio americano ; lo que ya significa una demostración de originalidad, esa suprema calidad que exige el estilo. A esta originalidad no podemos pedirle carácter absoluto. Al artista le es difícil abandonar las fórmulas que se repiten de siglo en siglo, alejarse de los recuerdos inevitables. Gauguin decía : « Me ha costado diez años olvidar lo que aprendí en un año de academia. » La memoria del artista contemporáneo está demasiado llena de recuerdos heteróclitos ; ve demasiadas cosas de segunda mano, ilustraciones de arte de todas las épocas, ¿ cómo mantener la mente incontaminada ? « Originalidad », « Voluntad creadora », son palabras que cambian de significado — según las necesidades de una civilización. Pueden encontrarse en la « región del ritmo » de Torres García », en el cubismo de Pettoruti, o en el retrato de Zapata de Diego Rivera, en el añejo costumbrismo de Pedro Figari, en el impresionismo de Fader, en el cúmulo de vida sanguínea de Bernaldo de Quiroz, en el indigenismo de Julia Codecido y José Sabogal, o en el abstractismo fantasmagórico del chileno Mata. En todos encontramos un dejo americano original, hasta en la pintura folklórica, localista y descriptiva, incluyendo el « malinchismo » mexicano y el « perricholismo » limeño, que no escapan a la « voluntad creadora » de un arte representativo, que si bien está condicionado subjetivamente al sentido individual del tiempo, por otro lado está ligado al modo de vivir, pensar y desenvolverse de los pueblos. En cada rincón de su espacio americano el artista trabaja para contribuir a « esa *parte eterna* del hombre, esa parte que jamás las civilizaciones poseen por entero, sino en parte, aquella que les corresponde : la suya. » (Malraux.)

La mayor contribución a esta « parte eterna » entre los países indoamericanos, indudablemente corresponde a México. En

México encontramos la unidad del proceso creativo : el artista y el tema, la representación y la expresión. Eso nos permite referirnos a una « escuela » y no a pintores como acontece en el resto del continente. Orozco, Rivera, Siqueiros, Montenegro, Xavier Guerrero y demás componentes del grupo, reflejan esa unidad en el cuadro mural y en la fe revolucionaria. El arte para los muralistas mexicanos deja de ser un regocijo poético, un medio para realizar la belleza. Es una bandera, un arma contra la injusticia y la miseria. Los pintores ambicionan descubrir la expresión real y esencial del país. Rivera declara : « Quiero que mis cuadros reflejen la vida de México como yo la veo, y por la realidad y el orden del presente, se mostrará a las masas las posibilidades del futuro ». Estas declaraciones están respaldadas por una pintura de « tema » que bien se identifica con todo el continente americano. Ningún tratado de historia nos dará una ilustración tan realista de la Revolución mexicana, como estas páginas que culminan en las bóvedas de la capilla de Chapingo. En esas bóvedas se dan cita todos los elementos — plásticos y poéticos — que revelan un arte original. Pintura inspirada directamente del choque violento de la lucha revolucionaria, escuela de rasgos propios, inspirados en panoramas épicos y alegorías diferentes de las explotadas en el campo del arte europeo ; con algo de la ordenación geométrica de Piero de la Francesca y las ampulosas formas del maestro de Castel Franco. Un realismo que si bien representa con preferencia personas muertas, sabe también expresar la muerte : que si se inspira en la mordacidad de Goya, es con otra intención más ruda y violenta ; que, si colorista o simbólica, no lleva parentesco con la suntuosidad de Albert Besnard o la alegoría de Chavannes. Está lejos también de las innovaciones que pretendió Whistler en el *Pickok Room* o el antiguo japonismo del *Art Nouveau* y otras escuelas o artistas bien dotados para actuar con los decoradores.

A estos primeros muralistas sigue una nueva generación que va enriqueciendo las fórmulas de la pedagogía ambiente. Rodríguez Lozano, Juan O'Gorman, Raúl Anguiano, Jorge González Camarena, Federico Cantú, José Chávez Morado, Alfredo Zalce, continúan la tradición mural mexicana, sin dejar de ensayar nuevos procedimientos. González Camarena, en el Tecnológico de Monterrey y en el edificio del Seguro Social, demuestra con sus temas dramáticos y su preocupación por el sentido cósmico, ser uno de los más valiosos artistas del grupo. También Rodríguez Lozano, aunque su pintura no encaje en el « realismo social » de la escuela. Otro gran artista, Juan O'Gorman, descuella, sin alcanzar en el extranjero el aplomo que logran de la crítica propagadora otros artistas menos dotados. A su acucia espiritual mucho le debe la pintura mexicana, aquella que se mantiene aún dentro de la expresión nacional.

Otro país que sorprende por el inesperado número y la calidad de sus artistas, es Cuba. Pintores y escultores cubanos comienzan a ser admirados fuera de la isla. El expresionismo de Felipe Orlando ; las ricas tonalidades semiabstractas de Cundo Bermúdez. La sensibilidad extraordinaria de Wilfredo Lam, uno de los primeros pintores, junto con Marcelo Pagolotte, en adoptar una actitud jansenista contra ese realismo mal copiado, esa « Verdad » y « Belleza » de etiqueta, tan admirados en la academia del buen viejo Romañach. Las formas geométricas y fosforecentes de Amelia Peláez, el sabio abstractismo de Mario Carreño, el poeta-pintor Abela, el trópico meridiano de Emilio Sánchez, Mariano Rodríguez, Carmelo Enríquez, la elocuencia telúrica de López Dirube, René Portocarrero y tantos otros unidos a escultores de talento exepcional como Juan J. Sicre, Ramos Blanco, Rita Longa, Boada. La pregunta del malogrado crítico Guy Pérey Cisneros (« ¿ Hay un arte cubano ? ») podemos extenderla a todo el continente (¿ Hay un arte indoamericano ?) y responder con la prueba de una obra que se basa, no en el arte popular, que apenas existe, sino en el alma popular, en un nivel común de sensibilidad para percibir, sentir y crear. Un mismo proceso de depuración y selección, muchas veces con teorías y procedimientos distintos, pero en contacto siempre con su esencialidad americana. Si algunos grupos, como los del movimiento

del « arte madi » en la Argentina, buscan alejarse de toda afirmación del mundo de los fenómenos y hacen esfuerzos por encaminar la « realidad convencional » por una zona abstracta ; otros, considerando de distinta manera esta realidad, la exploran por medio de signos concretos. Se niegan a dar la espalda al contenido (la proyección por medio de símbolos tangibles, manteniendo el artista un enlace con los valores ajenos al arte). A los partidarios del constructivismo del uruguayo Torres García, — la máxima figura del expresionismo subjetivo — a los que se niegan a imitar la vida para crear realidades inherentes empleando cualquier medio de representación, en un mundo desfigurado por la artificialidad, se oponen los artistas que dan más importancia al contenido o los que cuidan de las dos fases : forma y contenido. Entre estos últimos los más interesantes son, a mi ver, los que podemos calificar como expresionistas, cultivadores de un expresionismo objetivo planteado ya por la civilización occidental y resuelto por los artistas de América en otro plano inspirado, quizás, en el grupo de *El Puente* de Munch, o en el ghetto de Chaun Soutine, o en Kirchner el suicida, o en el austríaco Kokoshka, pero marcado por el individualismo del artista preocupado tanto del arte como de la vida de América, conocedores de su medio y de la injusticia que pesa sobre el indio y la clase media. Expresionismo nutrido de indigenismo (sin el sentido peyorativo que ha querido darse a este término). En el Ecuador, Colombia, Perú y Bolivia ha hecho escuela. No se trata de un « retorno sentimental del romanticismo angustioso y egocéntrico », de pintores preocupados por los problemas y miserias de su propio *yo*, representación de pasiones en términos del expresionismo nórdico. Se trata de un mundo ajeno y propio, realidad expresiva donde se agita la obscura pasión del indio, el drama de la vida, problemas, rebeldías y reacciones que inspiran la obra del artista. Es expresionista, en este sentido, el pintor ecuatoriano Osvaldo Guayasamín, uno de los grandes valores del arte indoamericano, es expresionista la pintura del brasileño Malfatti y la escultura en madera de su compatriota María Martins, con su profundo arcaismo y sus figuras de sensualidad desconcertante. Expresionismo americano es el grabado estilizado del arquitecto paraguayo Leandro Balparda, las escenas de magia negra de los *voodues* de Haití, maravillosamente captadas por Petian Savain, la pintura costumbrista del hondureño Zúñiga Figueroa y los grabados del salvadoreño José Vides, aunque sus indios parezcan pedir limosna. ¡ Que diferencia con los indios del venezolano Héctor Poleo ! Vestidos de gala los pinta, como esperando la protectora visita de un dictador. Hasta el andrajo lo dignifica el pintor en su magnífica visión del drama americano... Merecen alinearse en este expresionismo, algunos cuadros del peruano José Sabojal y otro peruano, Juan Luis Velázquez ; lo mismo las esculturas de *Cholas* de la genial escultora boliviana María Núñez del Prado, el eclecticismo de Cándido Portinari, la escultura de los chilenos Samuel Rojas y Laura Roig y tantos, tantos otros nombres de artistas que van pintando la marcha de Indoamérica, rumbo a un futuro incalculable.

F. COSSIO DEL POMAR

Cuadro general del arte americano

POR ROMUALDO BRUGHETTI

AMÉRICA rechaza las simplificaciones con que se ha buscado definirla. No está tan cerca de la naturaleza ni tan alejada del espíritu como lo creyeron pensadores europeos que realizaron viajes de indagación sociológica a nuestro continente. No es admisible hablar de « frustración metafísica », de « pecado original », de « inhibicion histórica », o de « naturaleza ahistórica », términos aplicados a América, por cuanto esos son enfoques parciales, fragmentarios. Más exactamente, impera desde hace siglos — lo cual constituye una fuerza original — el conflicto entre la expresión de la naturaleza y la expresión de la belleza. Vemos esto si penetramos en el arte precolombino, fiel a la espiritualización religiosa de las energías naturales y, con posterioridad al descubrimiento, en los países donde no prosperaron culturas a semejanza de México y de Perú, la búsqueda de la belleza — una belleza nacida de la cuenca latina, mediterránea — parte de la estructura rigurosa y de la idealidad de la forma, para elevar la realidad a símbolo, a arquetipo. Este dualismo, que contemporáneamente anhela su legítima integración, nos indica que América vive en el camino anchuroso del espíritu creador, es decir : que es apta para la auténtica expresión (México, Brasil, Ecuador) y no menos para la auténtica belleza idealizada (Argentina, Uruguay, Chile, Venezuela), hacia la síntesis de la autonomía artística y estética, que perdura.

América tuvo, antes del descubrimiento, un arte eminente. Los restos de monumentos, figuras, estelas, cabezas, vasos, vasijas, encontrados en centro América — « Cultura de la Venta » (Olmecas), Toltecas, Aztecas, Mayas, Tarascos, Zapotecas, Totonacas, — y en América del Sur — San Agustín, Chavin, Huaylas Mochik, Chimú, Paracas, Chanka, Nasca, Tiahuanaco, Incas, Diaguito-calchaquíes, Chaco-santiagueños — integran hoy el panorama de la plástica universal. Pero, no bien los navegantes europeos pusieron pie en el continente, comenzó la penetración del arte occidental cristiano y, en gran parte, la destrucción de aquel arte autóctono. La influencia del viejo mundo fué acrecentándose en el curso de los siglos XVI y XVII y alcanza a nuestros días. Ello prueba que Europa sintió la necesidad de la expansión cultural, la que abarcó todos los continentes, mas a un tiempo América también participó, en cierta manera, a formar la visión nueva ; así, formas barrocas mexicanas — ultrabarrocas — habrían, a su vez, de penetrar en España y prosperar. Modernamente la obra de artistas contemporáneos de México ha hecho sentir su eficacia plástica en América y en Europa, lo cual

señala una loable interdependencia que habrá de fijar una dimensión de universalidad futura, hacia la que marchamos en la búsqueda convivencial federativa democrática.

No obstante la avasallante invasión de estilos, los artistas americanos supieron asimilarlos, al punto de incorporar vivientes matices distintivos. Por conducto de señaladas personalidades, América colonial vió crecer un arte nada desdeñable, cuyos cultores revelan un poder creador capaz de fundar y de vislumbrar imágenes formales y representativas de categoría estética. Los estilos artísticos imperantes en España, Italia, Flandes, Portugal, Holanda, Inglaterra, engendraron obras salientes en una tierra donde la leyenda de sus riquezas en oro y en piedras preciosas asumía dimensiones fabulosas ante los ojos de los europeos que se lanzaron a la aventura de la conquista y de la colonización, o al menos como esperanza de vida mejor, más libre y más justa, sin tiránicas clausuras.

En los siglos XVII y XVIII el esplendor de escuelas artísticas operantes en México, Quito, Lima, Cuzco, Bogotá, Potosí, Puebla, Bahía, Río de Janeiro, Ouro Preto y otros centros de Guatemala, Estados Unidos, Argentina, Chile y Perú, dejaron obras muy significativas. Formas clásicas renacentistas y barrocas asumieron fecundante impulso en realizaciones insignes. En aquellos centros ricos, de vida suntuosa, donde imperaban los virreyes y los altos funcionarios, las hermandades cristianas, en iglesias y en conventos, cobijaron a los artistas, los cuales hallaron el estímulo adecuado a su trabajo. Nobles artesanos, aptos para tallar una silla o una joya; conspicuos pintores y escultores, que ornaron templos y palacios, así como obreros idóneos especializados, agrupados en núcleos regionales, asumieron la faena primordial de dotar de arte a un continente que, alejado de su autoctonía, entraba a integrar el ciclo cultural de Occidente.

Baltasar de Echave Orio en México, Gregorio Vásquez y Arce en Bogotá, Miguel de Santiago en Quito, fueron ilustres representantes de la pintura en el curso de la centuria diecisiete, y sus telas pueden parangonarse con otras de artistas españoles y europeos de la época, porque tal es su linaje. Las excelsas pinturas de Santiago evocan maestros renacentistas italianos y también evidencian la libertad expresiva en la pincelada de un Velázquez, « de primera intención », como un antecedente impresionista. En el mismo siglo, la pintura se distingue en México en la obra de Sebastián López de Arteaga, López de Herrera, los Juárez, Correa el Viejo, Villalpando y otros, como Cabrera, los Rodríguez de Alconedo, en el siguiente, quienes supieron de la gracia y del color que caracteriza al espíritu sensible de ese país, como Vásquez supo atenerse a severas formas en el dibujo e introducir el paisaje de la sabana bogotana, con las cadencias de su luz, en sus lienzos famosos. A un tiempo actúa Nicolás Javier de Gorívar, formado en el taller de Santiago, de neta influencia española, con más precisión andaluza, en sus celebres Profetas, y, poco después, el potosino Melchor Pérez de Holguín, el cual llegó a merecer el calificativo de El Greco americano, aunque la comparación no sea exacta, pues su obra más bien se aproxima a la de Zurbarán. (Francisco Zurbarán, por su rigor claroscural, heredado de Caravaggio, ejerció un muy considerable influjo en Centro y Sud América.) En los siglos XVI, XVII y XVIII, la Escuela pictórica cuzqueña se destaca por la importancia de sus aportaciones en el dominio de la composición y del colorido. Juan Espinosa de los Monteros, Lorenzo Sánchez, Mariano Zapata, Quispe Ttito, sobresalen por la amplitud y por el decoro de su labor pictural. Pero lo típico acaso haya que buscarlo en los cuadros anónimos religiosos en que lo popular, lo ingenuo y lo sensual de un pueblo fija la distinción y le otorga rasgos peruanos. Recientemente, ha quedado reconocida la influencia del hermano jesuíta italiano Bernardo Bitti, el pintor máximo de Sudamérica en el siglo XVI y cuya labor de caracteres renacentistas abarca Lima y Cuzco, Potosí y Sucre, Quito y Bogotá, una amplia zona que cuenta con prestigiosos artistas. No menos, Simón Pereyns, Mateo Pérez de Alesio, Angelino Medoro, Alonso Vásquez y otros dejaron obra fecunda en América.

La escultura tuvo su desarrollo principal

en Quito en los trabajos del P. Carlos, José Olmos, Bernardo de Legarda en el siglo décimoséptimo, en tanto que en Guatemala asumió jerarquía en Alonso de la Paz, para igual período. Pero el siglo de la escultura colonial fué especialmente el dieciocho. Baste citar el escultor indio Manuel Chili, *Caspicara*, en Quito, y el genial mulato Antonio Francisco Lisboa, *O Aleijadinho*, en Ouro Preto, para dar significación singularísima al arte escultórico del continente. Los dos maestros escultores nombrados figuran entre los más nobles creadores de formas arquitecturales y sólidas en el barroquismo del quiteño, y en los influjos bizantinos, góticos y barrocos, entroncados y superados en el estilo Luis XV, introducido en el Brasil por el Rey Don Juan VI de Portugal, del pretense. (Con O Aleijadinho trabajó Manoel da Costa Athayde, reputado pintor de Minas Geraes.) Evaristo Zúñiga en Guatemala, Baltasar Gavilán en Lima, el Mestre Valentim en Río de Janeiro, Chagas en Bahía, Condori en Potosí, sobresalen por su personal trabajo artístico. Algunos de ellos buscan un rigor de neto acento regional, diferenciándose de las modalidades traídas de Europa pero sin perder sus atributos cultos. En Quito fué evidente el influjo de la obra de los escultores españoles Martínez Montañés, Alonso Cano y Pedro de Mena, y no menos debe destacarse que la imagen de la Inmaculada Concepción, basada en Murillo y Ribera, es de inspiración original. De igual manera, Caspicara enriqueció la talla policromada al partir de obras italianas que recuerdan a Della Robbia y Della Quercia, otorgándole un acentuado patetismo barroco americano. O Aleijadinho usó el cedro brasileño y la piedra jabón (esteatita) en esculturas en las que vive la flora de su tierra y la majestad de las estatuas antiguas, de modo singular en sus profetas, cuya expresión tiene no menos sabor nativo en sus rasgos físicos y espirituales, un tono criollo que realza y distingue las obras emplazadas frente a la iglesia del Buen Jesús de Matosinhos. Las Doctrinas o Misiones Jesuíticas que actuaron en territorio perteneciente hoy al Paraguay, Argentina y Brasil, dieron fundamento al arte jesuítico-guaraní, el cual dejó testimonios de su alianza renacentista y barroca (1610-1767), con gracia y dignidad nativas. En Estados Unidos de América, en Massachusetts, el siglo XVIII reveló un pintor valioso en la figura de Jhon Singleton Copley, admirado en Inglaterra por Reynolds ; y deben mencionarse también los retratistas de los « patroons » — Badger, Feke, Benjamin West, Ralph Earl, Gilbert Stuart, y otros artistas que retrataban a ricos ciudadanos y eran remunerados por esa función interpretativa.

Con el arribo a las playas de América del neoclasicismo a fines del siglo XVIII y principios del XIX, el arte decayó, y, de inmediato, con la vigencia de las acciones revolucionarias que dieron libertad a nuestros pueblos, el arte quedó pospuesto. No obstante, en el curso de la centuria diecinueve se pueden mencionar legítimamente nombres que dan carácter distintivo al arte americano. Es la era de las formaciones de las academias nacionales, los viajes de los pintores y de los escultores a Europa a partir del medio siglo. La enseñanza artística se basa en el academicismo imperante en Italia, en Francia, en España ; las formas son imitativas y no creativas. Pero importantes artistas trabajan de norte a sur del continente y superan la convencional prueba académica. Valgan los pintores estadounidenses Winslow Homer, Albert Pinkhan Ryder, Thomas Eakins ; y el notable Whisler y la delicada Mary Cassatt, ambos ubicados dentro de la evolución de la pintura europea. En México, sobresale el paisajista José María Velazco. En Brasil, emergen los pintores Pedro Americo, Vitor Meirelles y Rodolfo Amoedo, quienes cultivaron el tema histórico, la vasta composición, como Juan Manuel Blancs en el Uruguay. En Argentina, Prilidiano Pueyrredón realiza nobles retratos y paisajes que, si de concepción neoclásica, no están menos dotados de ardor romántico por el temperamento criollo del pintor. En Venezuela, surge Tovar y Tovar, maestro del cuadro histórico « El Acta de la Independencia », y los naturalistas Rojas y Michelena, inclinados al modernismo. En Chile, Pedro Lira y Valenzuela Puelma. En Perú, Laso y Merino, y el popular Pancho Fierro. El grabador José Guadalupe Posada se arraiga en el pueblo Mexicano. En el costumbrismo

colombiano emerge Torres Méndez ; ese país cuenta a un tiempo con el místico Santiago Páramo y el retratista Epifanio Garay. En Estados Unidos, la escultura igual que en los demás países, se ciñe a formas neoclásicas, realistas y neorrománticas. La meta es Roma, después París. Todos los caminos de las aspiraciones artísticas continentales llevan a la Ciudad Eterna. Benjamin Akers, Greenough, Crawford, Brackett, Rimmer y otros informan prolijamente de ese tiempo de mármoles demasiado impecables.

En la actual media centuria, el arte retorna a su ruta afirmativa y liberadora. A comienzos del siglo XX, el impresionismo quiebra las formas pasatistas. En Estados Unidos, en México, en Colombia, en Chile, en Brasil, en Uruguay, en Argentina — llámense los renovadores Prendergast, Clausell, Santa María, J. F. González, Visconti, Sáez, Malharro, Brughetti, Fader, — irrumpe el mensaje de la luz y del color liberado de sombras de taller y de técnicas anticuadas. Esta aptitud lleva al artista a tomar contacto con la naturaleza, a gustarla, a recrearla bajo la gama mágica de ese vibrátil cromatismo y, posteriormente, del plenairismo.

Acción renovadora ejerce la Exposición del Arsenal (Armory Show), celebrada en 1913 en Nueva York, con la presentación de artistas modernos europeos, de modo especial los surgidos en Francia, los que llevan el « arte viviente » a Estados Unidos de América. En 1919, después de la Revolución Mexicana, los muralistas de ese país iniciaron sus dilatadas interpretaciones de la historia nacional y del hombre en su anhelo de libertad. En 1920, actúa en Canadá el Grupo de los Siete. En 1921, una nueva generación de artistas, formada en París y que ha recorrido Italia y otras tierras del arte, comienza a exhibir sus cuadros en Argentina. En 1922, se produce en San Pablo la Semana de Arte Brasileño, portadora del mensaje nuevo para esa nación de lengua portuguesa y de lenguaje plástico actual. Así, en unas y otras capitales y ciudades del continente, se produce un cambio de visión, y las tendencias postimpresionistas, las escuelas de vanguardia, hasta llegar hoy al abstractismo y al concretismo, ejercen su predominio en la enseñanza, los museos, los ambientes cultos.

Válido es remarcar aquí que, artistas de la talla de Orozco, Rivera, Siqueiros y Tamayo fundamentan la vigorosa Escuela Mexicana contemporánea, de raíces telúricas y abierta a las nuevas búsquedas técnicas, humanas y estéticas, ya que sus obras van referidas a la plenitud de un humanismo de acento intensamente americano. A veces, es de lamentar que tan noble temática no alcance las calidades pictóricas que otorgan vida artística imperecedera a la obra plástica, por sobre la ilustración y la proclama. David Alfaro Siqueiros dijo que esa Escuela representa el « primer brote de reforma profunda en las artes plásticas del mundo contemporáneo ». No se copia lo europeo, ni se vuelven los ojos a las ruinas precortesianas ; se busca la creación nueva. Anotó el denso artista José Clemente Orozco : « Si nuevas razas han aparecido sobre la tierra del Nuevo Mundo, estas razas tienen el inevitable deber de producir un Nuevo Arte, en un medio espiritual y físico. Cualquier otro camino es simple cobardía ». La aspiración, como se ve, es alta y trasciende el círculo regional.

Con anterioridad a la primera guerra mundial, el Grupo de los Ocho, en Estados Unidos, busca expresarse con un tono localista, abarcando la vida en su estado real, por lo que fueron llamados « los apóstoles de la fealdad ». Henri se atuvo a la tradición de Eakins y de Ryder, quienes buscaron como él su inspiración en el propio medio físico, cultural y social. « Si admitimos la existencia de una escuela norteamericana, Robert Henri es su fundador », ha sido dicho. Pintores como George Bellows, Jhon Sloan, George Lucks, Charles Burchfield, Edward Hopper, Reginald Marsh, Thomas H. Benton, Grand Wood, y otros, son calificados intérpretes de la « Escena Americana ». Más segura calidad exhiben los Lyonel Feininger, Jhon Marin, Charles Demuth, Miles Spencer. En Brasil actúá vivamente Cándido Portinari, sagaz pintor de la vida brasileña con formas de la contemporaneidad — los mexicanos, Picasso, los expresionistas ; también destácanse Lasar Segall, Di Cavalcanti, Veiga Guignard, Santa Rosa, Pancetti, Tarsila y no pocos

de valor. En Uruguay, la pintura señala a Pedro Figari, sensible a las graciosas escenas en estancias e interiores rioplatenses, con gauchos y negros a quienes rememoró con su cálido recuerdo y un oficio postimpresionista que lo emparientan con los intimistas Bonnard y Vuillard, aunque de auténtico cuño criollo. Joaquín Torres-García, el animador del constructivismo, fundó escuela y actuó en los últimos años de su existencia en su natal Montevideo, realizando nutrida labor. Rafael Barradas, José Cúneo y otros excelentes pintores integran el panorama plástico del país oriental. El arte de vanguardia, con sus tendencias de esencialidad plástica y de honda fuerza expresiva, son acogidas jubilosamente en América ; su sangre vitalizadora renueva el proceso de las formas.

El intenso Lino Spilimbergo, el intuitivo Miguel Carlos Victorica, el reflexivo Emilio Pettoruti, el sobrio Ramón Gómez Cornet, el cálido Raúl Soldi, el cauto Horacio Butler, la ardiente Raquel Forner, el sensible Héctor Basaldúa, el sereno Emilio Centurión, el lírico Aquiles Badi, hasta Juan Carlos Castagnino y Antonio Berni, cultores del neorealismo, Juan Batlle Planas, superrealista, Juan del Prete, Luis Seoane y los pintores abstractistas — Sarah Grilo, Miguel Ocampo, Fernández Muro, Tomás Maldonado —, sin olvidar a la finísima Norah Borges y la densa Gertrudis Chale, y otros artistas, tres generaciones fecundas trabajan en Argentina. Y lo hacen con acierto, atendiendo a su parcela plástica y, a un tiempo, los reclamos de la comunidad, por lo menos de la luz argentina y de ciertas constancias del paisaje que los diferencian, por su técnica, calidad y finura picturales, en el hemisferio. Los pintores jóvenes actúan en Guatemala, en Cuba, en Ecuador, en Colombia, en Venezuela, en Chile, en Perú, en Brasil, en toda América. Basten los nombres de Mérida, Carreño, Kingman, Guayasamín, Obregón, Poleo, Vargas Rosas, Dávila, Serpa, y otros más recientes. Abstracción y realidad alternan en sus creaciones, donde el lenguaje asume función principalísima.

En la escultura de las últimas décadas, sobresalen artistas señeros. Los argentinos Rogelio Yrurtia, Antonio Sibellino, Luis Falcini, José Fioravanti, Alfredo Bigatti, Lucio Fontana, José Alonso, Libero Badii, etc., han realizado obras de mérito que se custodian en museos y paseos públicos ; Fontana goza de prestigio en Italia. El chileno Lorenzo Domínguez es bien conocido en América del Sur y España. Los brasileños Víctor Brecheret y Bruno Giorgi ; los uruguayos Zorrilla de San Martín, Bernabé Michelena y Antonio Pena ; el cubano Juan José Sucre, el venezolano Francisco Narváez, la boliviana Marina Núñez del Prado, y audaces artistas pertenecientes a las tendencias semiabstractas, abstractas y constructivistas, producen en la actualidad trabajos sobresatientes. Estados Unidos señálase con Jacob Epstein, con Alexander Calder, cuya obra de fina imaginería trasciende en los dos hemisferios ; y los Manship, Flannagan, y otros. Zorach, Lachaise, Archipenko, Mestrovic, De Creeft, Gabo, son hoy naturalizados norteamericanos. El expresionista Ernesto de Fiori actuó predominantemente en Brasil.

El cuadro general del arte contemporáneo en América muestra la potencia y la calidad de los artistas en lucha por encontrar la expresión plástica que los distinga en sus respectivos países, que les otorgue los rasgos distintivos de hombres del Nuevo Mundo y de ciudadanos de la universalidad, patrimonio de la creación verdadera. Digamos, por lo tanto, a modo de conclusión : el arte es, en singular proporción armónica, la síntesis de una sociedad y de una cultura. Las ideas mueven al artista y éste sintetiza su pasión emocional e intelectual mediante sus obras. Los pueblos aducen un determinado estilo de vida, pero a un tiempo, a través de sus artistas, los es dado alcanzar una forma y un contenido, una expresión y una substancia. A esa *forma substancia* deberá responder el artista americano, como respondió, en parte, en siglos anteriores, y en el grado en que se sienta apto para esa concreción humana y estética, su labor trascenderá en el ámbito de su país y en el continente. Recalquemos que el barroco — signo del alma americana tropical, al que se alude aún en la cultura maya (barroco, rococó),

según responsables autores, —dejó huellas memorables en la arquitectura monumental mexicana, pero tanto al churrigueresco español como al manuelino portugués, se les dotó de matices diferenciales. En la escultura, « líricamente policromada » del Escuador, en « la pintura cuzqueña de fresca y deliciosa religiosidad, donde la Virgen María lleva sombrero y esponjadas « polleras » de « chola », o en las estatuas de O. Aleijadinho y en los temas ornamentales de este escultor, surgieron dimensiones típicas del arte criollo. Si nos atenemos al alma popular colectiva, vemos que ésta se manifiesta en la cestería, la cerámica, el bordado y la platería, como en las composiciones con plumas de los antiguos habitantes de México, o en las calabazas y mates del Perú. Y Gregorio Vásquez, que supo recoger las enseñanzas de Zurbarán y Ribera, de Tintoretto y Murillo, ¿ no aprendió « de los indígenas de América el empleo de colorantes aborígenes, como son : el elemí, resina de tono amarillo ; la goma guta regional ; las tierras amarillas, rojas, tostadas, usadas por los indígenas ; el añil americano ; el carmín extraído de la cochinilla » ? Ha sido dicho que el cubismo tuvo origen después de las primeras fotografías de Macchu-Pícchu, publicadas en Europa. Se repitió que la estilización del cuerpo humano en los tejidos de la costa del Perú y en el simultaneismo de los vasos policromados nazcas, renace en obras libres de composición arbitraria, de Picasso, así como la dramaticidad de la línea pura, visible en pinturas y códices toltecas y mayas, recobró energía en Matisse. ¿ Y no es evidente que Henry Moore buscó inspiración en cabezas y en figuras mexicanas precortesianas ?

Pues bien, de idéntica manera como las culturas antiguas y clásicas de Oriente y de la cuenca del Mediterráneo, de Egipto y de América precolombina, encontraron el signo ideal de su estilo de belleza y de verdad consustanciadas, nuestro arte contemporáneo deberá crecer sostenido en la libre convivencia de los hombres, en su específica libertad creadora, razón de ser del *destino americano*. Cultos sectores de población comprenden y aman las vigorosas y las afinadas concreciones del arte. A las escuelas de bellas artes, los colegios y las universidades, las sociedades de artistas, los coleccionistas, ya en agrupaciones a que pertenecen o individualmente, les corresponde un trabajo activo y fecundísimo. Esa acción, en buena medida, tiene vigencia en Estados Unidos y en algún otro país del continente, y por su conducto se posibilita la labor de los artistas, se los estimula y valora, y, además, señálase el camino para hacer de la vida una imagen del arte.

Acaso sea ésta una auténtica prueba de la vitalidad y de la presencia plástica de América, para el acrecentamiento de su personalidad y de su autonomía estética. América mira hacia Europa como Europa mira hacia América. Modernamente, nuestro artista ha redescubierto su pasado, con su paisaje y su arte, en el cual el hombre participaba de un orden cosmogónico. Las pirámides toltecas, las estelas mayas, las estatuas y máscaras aztecas, las cabezas y vasos chimús y nazcas, la estatuaria de S. Agustín, Tiahuanaco, son jalones de una creación que no muere en el tiempo. Pero en la operante tarea de la realización actual, el Nuevo Mundo — cuyos creadores tienen delante de sí todo el inmenso proceso del arte universal —, más que al pasado pertenece al futuro de la humanidad.

ROMUALDO BRUGHETTI

¿ *Existe un teatro sudamericano ?*

POR HILDA TORRES VARELA

TRAZAR un panorama cierto del teatro en Sudamérica resulta tarea comprometedora y resbaladiza. Existe una idea clara de líneas generales, pero ¿ hasta dónde puede afirmarse la no existencia o la existencia precaria de un movimiento teatral en algunos países ? La información, casi siempre parcial e incompleta, el desequilibrio entre la obra de arte y su valoración crítica, me colocan en la duda desde el comienzo. Cuando se gestan las bases de toda revolución artística, el medio próximo permanece indiferente, cuando no adverso. La revolución crece en función — bien que ésta no sea consciente — de una necesidad. Necesidad nacida casi siempre de la chatura y decadencia que se desea destruir y contra la que surge la lucha. Cuando las revoluciones artísticas se lanzan en una búsqueda o un rescate de la emoción popular, por raro contrasentido, los primeros en llegarse a ella, pocos y dubitativos en el comienzo, son los grupos minoritarios e intelectualizados. Tal es, al menos, el fenómeno americano. En el mejor de los casos, estos grupos intelectualizados se encargan de difundir la novedad entre las minorías de otros lugares. Entretanto, la crítica se coloca o en el « dejar hacer » sin resistencias, o en la oposición enconada. Es preferible el segundo camino. En el caso de « dejar hacer » indiferentes, el movimiento se debate desesperado y, muchas veces ya bien avanzado en su evolución y en sus posibilidades creativas, permanece desconocido. En el caso de la oposición enconada, la crítica ataca al movimiento tildándolo de intelectual, de disolvente o de « snob ». En medios familiares es fácil hacer suposiciones o abrir juicio, pero ¿ cómo entresacar la verdad cuando la lejanía nos veda una pequeña luz ? En todo caso, despertado el interés se puede indagar, que es lo que he debido hacer con muchos países de América. Encontré en quienes conocen con más profundidad el problema, el rechazo de que hubiera una actividad digna de atención, informe que fué confirmado por otros, bien que evidentemente atados a prejuicios tradicionales y emocionalmente afectos a lo que tan bien llamó José Marial la « colonial cursilería ». En último caso, publicaciones y revistas permanecen mudas al respecto. ¿ Se trata de indiferencia o de un reflejo exacto de la realidad ?

El caso del Teatro del Pueblo — creado en 1930, en Buenos Aires, por Leónidas Barleta — es una muestra clara de este divorcio entre el arte y la valoración crítica. Indiferente o compasiva en el primer momento, la crítica se volvió luego — ya bien afianzada la posición del Teatro del Pueblo — tibia o condescendiente ; en todo caso no ayudó la divulgación de su obra y tan sólo se tornó entusiasta varios años despues, cuando la inquietud y el elogio exteriores hicieron sentir que otra

actitud denotaba ignorancia o mala fe. Así pues, con una información que mucho temo parcial o rudimentaria, debo dejar de lado muchos países : algunos porque verdaderamente no han despertado al teatro y continúan en la chatura de repetir con torpeza — aun cuando se modernice el repertorio — los mismos errores de la decadencia, y otros porque se ignora documentadamente qué sucede en ellos. Quedan, pues, aislados, la Argentina y Chile ; en algún aspecto Uruguay, y acaso Venezuela, Perú y Ecuador. ¿ Existe en los otros, o en algunos de los mismos citados, un germen de renovación ? Los movimientos que, como el del teatro, están tan ligados a la evolución social de los pueblos, rara vez constituyen aletazos esporádicos, bien que comiencen así. Todo induce a creer que, efectivamente, debe haber algo más que lo que es posible decir hoy. Si la esperanza es vana, valga la fe como semilla que pueda dar frutos. Por eso voy con cuidado y respeto a tratar de trazar un panorama de la actitud teatral de Sudamérica, y por eso dije que la tarea resultaba comprometedora y resbaladiza.

El caso de Venezuela, Ecuador y Perú es semejante. En Venezuela no pueden desestimarse, por ejemplo, las experiencias del Teatro Universitario dirigido por Georgina de Uriarte y Guillermo Korn, ni del Teatro del Pueblo dirigido por Horacio Paterson, o del Centro Venezolano Francia, al frente del cual está el rumano Romeo Costea. La difusión de un repertorio calificado, el planteo teórico de cada escuela dramática sobre las líneas que exige la mejor tradición de reencuentro del tablado con su finalidad, hablan de una base que puede tener aliento en breve plazo. Pero sea porque se ha errado en el camino de la práctica, sea por otras razones extrateatrales e involuntarias, el hecho es que no puede hablarse de un « movimiento teatral » de Venezuela. O bien permanece limitado a un grupo y no ha trascendido a crear un reflejo de interés social, o bien la escuela dramática no ha llegado a proyectarse al punto de posibilitar equipos de jóvenes aptos que llenen todos los puestos que precisa la escena, esa endiablada maquinaria humana que con el halago del aplauso o sin él, eleva un escenario y le da vida. En último caso no ha gravitado el movimiento al punto de favorecer la vocación de los escritores y de atraerlos hacia la producción dramática y el nacimiento de un repertorio nacional. Sorprende comprobarlo en Perú, donde una riquísima tradición hace suponer un campo más fértil, dado que existe mayor definición de las características de pueblo, de costumbres, y de un estilo nacional, en relación con otros países de Latinoamérica. Perderse en el análisis de las causas de este fenómeno cultural no es el propósito de este brevísimo análisis, y requeriría además un conocimiento profundo del medio y sus factores integrantes, que no poseo.

En Uruguay el fenómeno es diferente. Notoriamente abigarrado en Montevideo, parece tener la fuerza necesaria como para proyectarse en el interior del país. No ha dejado totalmente de ser un fenómeno minoritario, sin embargo. La Escuela de Arte Dramático (sostenida por la Municipalidad), que dirige Margarita Xirgu, tanto como la del Teatro independiente « El Galpón », bien que inteligentemente orientadas, se limitan a la tarea estática de perfeccionar su cuadro escénico, pero no salen — como veremos en Chile y Argentina — a una función social que llegue y atraiga a todos los públicos. Es suficientemente importante como para que resulte imposible soslayarlo, pero insuficientemente fuerte como para romper el círculo de la ciudad capital y crear una inquietud colectiva de alcances nacionales.

Al negar la existencia de verdadero teatro en ciertos países — a pesar de ser a veces los mismos que han dado una vigorosa manifestación en otras artes — no lo he hecho porque no hubiera allí esa figura física de un grupo de actores que suben a escena y presentan una obra. La he negado porque precisamente estos actores, este escenario y aun esta obra — muchas veces en razón de estar en manos de esos grupos —significan sólo una gesticulación del teatro, no una mímica ; una profesión accidental que se sostiene por necesidad de vida ; falta de calidad en el montaje y los recursos expresivos ; desconocimiento de su finalidad ; y un meticuloso

cuidado de sostener y defender pesados vicios concebidos en la decadencia y amorosamente alimentados por estos celosos continuadores. América Latina ha sido, en general, a través de su historia mesa de operaciones, colonia y por fin mercado de los países europeos. Aquí y allá fueron saltando pequeños resortes y América dijo, con intervalos desparejos, su voz espontánea. Visitada, es cierto, por los creadores, fué sin embargo más a menudo última tentativa de los fracasados. Y mientras en Europa se resurgía luego de una crisis con nuevas fuerzas, los elementos de la decadencia vegetaban y vagaban en uno y otro rincón de América. Así, y ya en el terreno exclusivo del teatro, mientras Sarah Bernhardt o María Guerrero (por citar dos nombres al azar) electrizaban nuestras capitales más importantes, en los escenarios de barrio de las mismas grandes ciudades, y sobre el único tablado de los pueblos de provincia, los restos de compañías decadentes se unían en deseo de sobrevivir y se entronizaban en la repetición de lo mismo que les había impedido el éxito. Representaban aquel repertorio que les impidió crecer, con los mismos vicios, acentuados, de lo que nunca fué genio. Además, y ya en los países sudamericanos de habla castellana, uno de los graves males del teatro es el mito de la pronunciación « a la española ». Nunca pude comprender el que se formara, fuera de toda lógica, la creencia de que para hacer teatro era necesario ponerse, como primera medida, a imitar esta defectuosa manera de hablar que ni siquiera — además de falsa — representa la realidad de una pronunciación castellana. Una ridícula pretensión de puristas de la lengua pedía que se abandonaran las peculiaridades de expresión de cada pueblo para ponerse a imitar las peculiaridades de España, tan alejada como la misma América de la lengua aquella que se habló en Castilla la Vieja. Arrastraban también los vicios de una falta de verdaderos recursos de comediantes, el desamor a un oficio que sostenían por necesidad, la ausencia de formación, y todo el repertorio del teatro español decadente, cuando no se recurrió a parodias penosas de los clásicos o a horribles traducciones. De estas matrices, distribuídas en todas partes, fué creciendo un profesionalismo viciado en su base. Si bien en muchos casos hubo amagos de reacción, ésta murió en seguida a causa de la persistencia de aquellos males.

Era necesario formar, desde el principio, una generación que no estuviera contaminada. Por eso, cuando he hablado de atisbos de teatro en Sudamérica, me he referido a focos que ensayan o ensayaron una reacción sin conseguirla totalmente. Y cuando hablo ahora de la realidad de un teatro sudamericano, me refiero a las experiencias de Chile y Argentina, donde parece haberse terminado con el mal, al menos como « mal » en sí, que pueda seguir deformando no tan sólo vocaciones, sino la cultura misma del pueblo. No creo que pueda existir ahora en ninguno de estos dos países quien yerre el camino por desconocimiento de la verdad. La senda, trazada y abierta, ha persistido una suficiente cantidad de años como para alentar el crecimiento de varias generaciones en plena madurez, que conocen su misión. Y llegamos a la justificación de este análisis, ya que ¿ tendría sentido plantearse el interrogante sólo para dolernos de la ausencia de un movimiento teatral sudamericano ? La necesidad cumplida que el teatro reclamaba se ha dado en Chile y Argentina con características distintas, pero muchos puntos de contacto. Las Escuelas de Arte Dramático posibilitaron la formación de elementos capaces. Cada partícula del teatro funciona merced a un esfuerzo humano que ha abandonado la improvisación.

La jerarquización de la escena y del espectáculo de teatro, fué educando y ganando a un público que sigue ya no sólo con interés la actividad de los teatros Experimentales e Independientes, sino que ha formado un criterio de exigencias y de selección que obliga a los mismos conjuntos a no hacerse concesiones. La frecuentación de los clásicos, así como de los dramaturgos modernos, agilitó los recursos técnicos y expresivos del actor mientras creó una base verdadera de cultura en la que el conocimiento del repertorio no niega el acercamiento a los problemas e inquietudes de la hora. La proyección de este ciclo se cumple por la vía de la difusión y de la dignidad escénica.

Paralelamente nace (atraído por ese proceso y esa necesidad de una reivindicación del teatro como expresión de cultura de un pueblo) una nueva literatura dramática. Los escritores comienzan a desear producir teatro para una escena que lo jerarquiza y se siente tan ávida de lo nacional como de lo extranjero, consciente sólo de la calidad. Un ciclo completo se ha producido : ha habido capacitación eficiente y proyección social a través del cultivo de un público que va de día en día superando su aptitud crítica, de la proliferación de conjuntos y escuelas dramáticas estables, y del favorecimiento inteligente de una dramática chilena y argentina. Aún hay errores y posibilidades no utilizadas a fondo, pero se han sentado las bases y a través de años se ha hecho posible que el desconocimiento de esta realidad de una parte de Sudamérica sólo implique ignorancia.

En Chile el movimiento es de origen universitario y de extensión universitaria. Bien que centralizado en la capital, ha salido — siempre por acción de la Universidad de Chile y a través de sus organismos e institutos dependientes — hasta Antofagasta, Rancagua, San Fernando, Chillán y Concepción, donde se crearon otros centros experimentales, pero también ha sabido popularizarse por la difusión radial, conferencias y exposiciones. En la Argentina, el movimiento nace de grupos minoritarios de pueblo, no de minorías cultas, sino de elementos más bien ávidos de formarse una cultura. No ha ganado la Universidad, aunque en algunas de ellas, como en La Plata, funcionen centros teatrales anexos que parezcan desmentirme, ni ha conocido más que esporádicamente y en calidad despareja la difusión radial ; pero en cambio ha llegado a penetrar en todos los rincones del país y ganar todos los sectores, como expresión y acicate de una inquietud.

Se toma como fecha de nacimiento del teatro en Chile el año 1941, en que Pedro de la Barra crea el Teatro Experimental de la Universidad. Lo sigue el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, más tarde imitado — en el único sentido en que imitar se vuelve mérito — por muchos otros conjuntos. Cabría preguntarse si el terreno era allí más propicio que en otros lugares. En todo caso, el mal era igualmente enorme y la necesidad igualmente ansiosa que en todos los demas países donde la evolución sigue aparentemente sin producirse. Atrae más la atención el hecho de que precisamente Chile está alejado del « meridiano de paso » que acostumbran tomar las grandes compañías europeas que visitan América.

La experiencia argentina nace físicamente en 1930, cuando Leónidas Barletta crea el Teatro del Pueblo. La iconoclasia propia de la juventud pareció subestimar en los últimos años el prestigio de Barletta y de su Teatro del Pueblo. Pero bien que en disidencia con algunas soluciones dadas por él al problema escénico, el homenaje cumplido en ocasión del primer cuarto de siglo del Teatro Independiente en la Argentina ha hecho ver que se trata sólo de diferencias de forma frente al hombre que dió el impulso y sembró el germen. Pedro Henríquez Ureña, humanista y maestro de la juventud americana, escribía hacia 1940 en sus « Corrientes literarias de la América hispánica » : en los comienzos del siglo « muchos jóvenes escritores de la ciudad escribían obras para el teatro y, en general, las veían representadas. Aquel entusiasmo duró unos doce o quince años. Luego, el teatro fué comercializándose poco a poco, y perdiendo con ello muchos de los mejores talentos ; hoy día los que mantienen su nivel más alto son los Teatros Experimentales, como el Teatro del Pueblo ».

Desde entonces hasta ahora la tarea fué penosa. En un principio, la incomprensión, la ignorancia o la indiferencia del público y la crítica. Salvados estos males, y ya en los últimos años, la lucha se volvió más ardua y despareja. La dictadura peronista sintió que en éste — como en todo brote de cultura — había un peligro para su subsistencia y no escatimó esfuerzo para trabar su desarrollo. Con la alianza complaciente e interesada del profesionalismo desplazado ya del favor de un público que había aprendido a ver y a juzgar, trató de desconcertar primero a la opinión otorgando premios a « actores » y a « dramaturgos » que representaban la más pura esencia de la rémora. No conforme

con esto, tentó la « competencia » creando conjuntos « independientes » entre jóvenes improvisados e inexpertos, « escuelas dramaticas » al frente de las cuales figuraban los mismos profesionales del ceceo hispano y la parodia burda, y aun grupos « teatrales » al amparo de la Universidad — con control estatal — para darles apariencia de ortodoxia y seriedad. El Teatro Independiente conoció doce años durante los cuales se llegó a clausurar salas con supuestos pretextos de salubridad, o a comprar otras para suprimir la competencia de un determinado conjunto. Si sobrevivió a todas estas contingencias es porque estaba verdaderamente enraizado y se mantuvo tan digno de su posición estética como de su posición cívica.

« La Máscara », el « Instituto de Arte Moderno », « Fray Mocho », « Nuevo Teatro », « Organización Latino Americana de Teatro », « Los Independientes », « Telón », « Teatro Estudio », « Tinglado », « La Cortina », « Teatro Libre Evaristo Carriego », etc., son algunos de tantos conjuntos aparecidos en Buenos Aires. También son hijos de esa formación y de la posibilitación humana de las escuelas de arte dramático que trajo el Teatro Independiente, jóvenes y talentosos « metteurs en scène » como Alberto Rodríguez Muñoz, Oscar Ferrigno, Ricardo Passano, Francisco Javier, Roberto Pérez, Castro, Marcelo Lavalle, Eugenio Filippelli, Pedro Asquini y Rubén Pesce. Actores (baste recordar a Alejandra Boero y Mercedes Sombra), técnicos, decoradores (Saulo Benavente, Mané Bernardo, Mario Vanarelli), todo un mundo de impulsos que empuja a rodar sobre bases sólidas, a través del teatro argentino, al teatro latinoamericano.

Pero entre todo este juego de una forma de cultura restituída a través del renacer del teatro a ambos lados de los Andes, es imprescindible detenerse ante quienes más se aproximan a una perfección no sólo desde el punto de vista del trabajo realizado, sino de la forma en que se cumplió y el espíritu uniforme que traza una sola línea entre su creación y la actualidad. Creo sin temor a equivocarme que pocas entidades realizan en función de sus ideales más acertadamente lo que debe ser una Escuela Dramática y lo que debe ser el teatro, que « Fray Mocho ». En todo caso, en América no tengo noticias de nada semejante y lo que he visto fuera dista bastante de ese apostolado o religión del teatro que hizo posible los períodos más brillantes de su historia. Cuando hablo de un apostolado y de una religión del teatro no entiendo por ello ni el delirio enfermizo ni el histerismo ruidoso. Entiendo una entrega total — espiritual y física — en contracción serena y meditada. Todo ello puesto al servicio de un conocimiento maduro, de un plan preciso, y de la calidad humana, factor indispensable sin el cual todo fracasa. El Teatro Popular Independiente « Fray Mocho » ha demostrado, en cinco años, que este juego de valores puede darse, y ha demostrado asimismo qué alto nivel y qué dignidad puede alcanzar entonces el teatro.

Hijos de la mejor escuela, crecidos en la inquietud que marcó el Teatro del Pueblo y en el conocimiento preciso del mundo dramático que posibilitaron Ricardo Passano y el teatro « La Máscara », y en conjunción con valores inteligentemente aprovechados en Europa por algunos elementos, « Fray Mocho » nace en 1951 bajo la dirección de Oscar Ferrigno. De entonces a ahora no ha rehuído esfuerzo alguno. Una Escuela Dramatica donde todos los aspectos de la formación de quien va a « dedicarse al teatro » se contemplan y desarrollan ; un repertorio calificado y de presentación siempre digna ; una actividad constante ; la difusión a través de lecturas, polémicas, conferencias, críticas orales y exposiciones ; y el fomento de una dramática nacional por la realización de concursos para autores noveles, sería el reflejo de una labor respetable y del mayor interés, pero no excepcional, aunque sea quizá la única cumplida en forma completa en ese sentido. Colocar en un plano sobresaliente a « Fray Mocho » por esos méritos sería juzgar en función de aquello que es nada más que lo que debe ser. Pero el « debe ser » de « Fray Mocho » ha ido mucho más allá, ha ido tan allá como grande era la necesidad de corregir errores, llenar vacíos y educar en todos los órdenes. Tarea monstruosa y de penuria, « Fray Mocho » no se puso plazos

para realizarla. En su manifiesto de principios lanzado en 1951 decía : « No queremos improvisarnos, ya que no estamos apurados por « llegar » a ninguna parte. Estamos apurados por comenzar. » Y además : « Nos sentimos responsables porque somos un grupo joven — en todos los posibles sentidos de la palabra —, decididos a realizarnos humana y artísticamente ». No ha habido alejamiento de sus propósitos en la labor posterior. Su escuela desechó el camino de dar « elementos », para ponerse en la verdad de formar una cultura general y especializada que no desvinculara al hombre de teatro de su conexión de integrante de un grupo ciudadano y de la expresión de su época. Desechó al actor « informado » para preferir a quien poseía o deseaba poseer una « formación ». Una biblioteca especializada de casi 3.000 volumenes fué por cierto no pequeña ayuda. Prefirieron a la revista ligera o anecdótica, el estudio y la publicación de los tratados esenciales a través de los 10 *Cuadernos de Arte Dramático* y 30 *Suplementos de Estudio* (publicados hasta ahora), que constituyen la fuente de consulta de toda organización teatral y la única asimismo publicada en forma orgánica en lengua castellana. Estos *Cuadernos* y *Suplementos* no solamente colocan al alcance del público de habla castellana, en pulcras traducciones, los más valiosos documentos de estudio de la técnica teatral, sino que aportan nuevos ensayos y análisis de los más capaces especialistas, a requerimiento e iniciativa del Teatro Popular Independiente « Fray Mocho ». Sin rehuir el gran público y la ciudad, y en ellos la comparación y la crítica, se dieron antes bien al pueblo y a la provincia, recorriendo con su carromato ambulante los lugares más apartados e increíbles de la campaña argentina y chilena. Una de sus jiras, solamente, de 304 días, visita 88 localidades, dando 237 representaciones entre las que se cuentan muchas en plazas públicas, hospitales, cárceles, clubs, instituciones populares, escuelas universitarias, salas municipales, sindicatos y circos. Las jiras de « Fray Mocho » no llevaron en estos casos lo que el público cultivado no deseaba ver ; enseñaron, eso sí, al pequeño espectador de emoción intuitiva y reacción espontánea a gustar del mejor repertorio y a no conformarse con las migas de la decadencia. Enseñaron a ver, hicieron un público y sembraron la inquietud y el amor por el teatro. Yo atribuyo no al movimiento teatral argentino el despertar para el arte dramático de los rincones apartados, lo atribuyo especialmente a « Fray Mocho », que impulsó, orientado, donde había una inquietud vocacional, y encontró la forma de despertarla donde todo parecía páramo. La verdad de que el arte teatral, cuando lo es auténticamente no es insensible al pueblo no cultivado, es el saldo de la experiencia de « Fray Mocho », que demuestra de una vez por todas que quienes envilecen la escena fomentando el mal gusto y la torpeza grosera llenan un propio deseo y no el de aquellos a quienes pretenden dirigirse.

« Fray Mocho » ha cumplido con su función formativa (Escuela Dramática) ; informativa (publicación de *Cuadernos* y *Suplementos*) ; instructiva (Biblioteca Teatral) ; educativa social y popular (jiras por el interior del país), dentro de un marco de la mejor calidad y la mayor dignidad en el espectáculo del teatro. Rescata y revalora dando tono americano a los clásicos, a los modernos, a lo popular (sainetes), y a la mímica. En suma, hace vivir en su mejor expresión todos los elementos del juego dramático. Y no conforme con ello, exhibe, a través de cinco años sostenidos, una calidad humana como pocas veces se encuentra : la camaradería, el desinterés y el amor por la obra en un esfuerzo que conoce muchas veces el sacrificio, dan por resultado la supresión de la « vedette », mal que ha terminado o falseado tantas veces la vida orgánica de muchas « troupes », o las ha hecho sostenerse sin dar un paso adelante. « Fray Mocho » es la historia del sacrificio anónimo y el esfuerzo anónimo, pero responsable ; es la historia de una esperanza que tuvo vida, en fin, en el vasto y muchas veces desolador panorama de la cultura latinoamericana.

Al referirme al resurgir del teatro en Chile he hablado de teatros Experimentales oponiéndolos a teatros comerciales ; y en la Argentina he opuesto teatros Independientes a teatros profesionales. En líneas generales, Experimentales o Inde-

pendientes, significan dignidad de trabajo y dignidad en la escena, significan : teatro ; Comerciales o Profesionales representan no un mal contra el que se lucha (aunque al desear un teatro que merezca tal nombre se está implícitamente luchando contra quienes han preferido la senda contraria), representan el antiteatro. Mucho se ha hablado o discutido sobre el por qué o la verdad de esta división evidente. Un sector muy grande conviene en que no la hay y en que sólo existen buen teatro y mal teatro, poco importa quiénes sean los que lo representen. De todos modos, la realidad de este divorcio existe y se ha sentido hasta en Europa, donde no se desconoce en los medios próximos al teatro — ni mucho menos — la actividad argentina y chilena. Creo que la persistencia de esta división no es antojadiza ni la repetición de una rutina. Los mismos que se niegan a admitirla la están reconociendo al recordarla. Buen teatro y mal teatro pueden aceptarse como un juego de conceptos o una convención de palabras, pues es imposible transigir en que se aplique la palabra teatro a una simple actitud física. Yo veo por ello, solamente, el teatro y el antiteatro.

A cada momento me asalta en París la pregunta de por qué experimentales e independientes se niegan a transformarse en profesionales o comerciales. Comprendo el asombro en un mundo en el que el profesionalismo teatral ha dado nombres como los de Dullin, Copeau, Barrault, Jouvet o Vilar. Y el comprenderlo me ayuda a comprender esa prevención — que comparto — por profesionales y comerciales que sentimos en una parte de Sudamerica, prevención nacida del excesivo manoseo de términos que necesitarían abandonarse durante años, tal vez, para que volvieran a recuperar su pureza y a ser signo de dignidad en la escena. Las excepciones en ambos campos no añaden nada, ya que si buscamos un teatro integral y honesto, capaz y calificado, hemos de encontrarlo solamente entre Experimentales e Independientes. Se habla de profesionales de « buena intención », de formación cuidada, pero se olvida que son casi siempre estos mismos buenos actores profesionales los encargados de desvirtuar el espectáculo, ya transigiendo con la obra mediocre pero de taquilla segura, ya rodeándose de elementos irresponsables e incapaces, ya confundiendo la ductilidad escénica con el talento múltiple, aplicable a los mil resortes del teatro. Cuántos penosos ejemplos podrían darse de excelentes actores que, formados algunos en la mejor escuela, arrastran luego este prestigio en tareas que desconocen y en las que se niegan a reconocerse incapaces. El profesionalismo o comercialismo teatral sudamericano está plagado de « buenas intenciones », de las que resulta la primera y más dolorosa víctima la cultura de Latinoamérica.

La figura del rioplatense Florencio Sánchez fué una esperanza viva para el porvenir del Teatro Latinoamericano. Yo creo en la rejustificación de esta esperanza por la presencia de Experimentales e Independientes en el último cuarto de siglo.

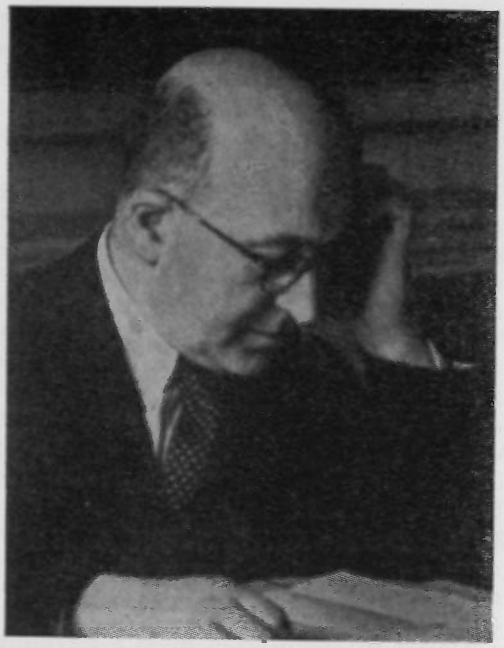
HILDA TORRES VARELA

REALIDAD MUSICAL DE AMERICA LATINA

POR DOMINGO SANTA CRUZ

SPENGLER, me parece, fué el primero en observar que la música, tal como nosotros la concebimos, es por excelencia el arte original de nuestra civilización. Todas las demás artes florecieron con riquísimas trayectorias y en un sentido más o menos semejante al seguido en la cultura occidental, en civilizaciones anteriores a la de Europa, o siguen sendas aparte en las culturas no occidentales que aún mantienen situación independiente. La música, concebida ya como arte en sí mismo por los griegos, adquiere perspectivas insospechadas en manos europeas a partir de la Edad Media. La superación de la mentalidad monódica ; el establecimiento gradual de lo que habían de ser la polifonía, la armonía, y, luego, el desarrollo de verdaderos sentidos especiales para lo que nosotros entendemos dentro de los variadísimos aspectos de la técnica musical, dan por resultado la aparición de un arte especialísimo que no cesa de agrandar sus fronteras. Este ensanchamiento del campo musical adquirió proporciones asombrosas a medida que se acercaba nuestro siglo, y hoy día, es evidente, nos encontramos ante transformaciones de los usos musicales que envuelven conquistas tan extraordinarias como las que revolucionan casi todos los campos de la ciencia y de la vida contemporáneas.

Podría decirse que la música ha adquirido permanencia y que esta permanencia llega hasta haber convertido en presente el pasado y el futuro ; por otra parte, instrumentos que hace muy poco tiempo habrían sido tenidos como arte de brujería han acortado las distancias y hecho posible que la música se escuche a través de los espacios, como si el mundo tendiera a ser una única y gran sala de conciertos. La música ha adquirido historia e historia viva, y las manifestaciones que ella suscita abarcan todo el planeta. La cultura musical es un fenómeno de todos los países, y la cultura europea musical, más propiamente, tiene representantes aun en los países del Oriente en donde tradiciones antiquísimas hacen pensar que nuestra música no encontraría eco. En uno de los congresos de educación musical convocados por la Unesco, tuve ocasión de conversar con un inteligente profesor japonés. Ante mi pregunta de por qué ellos no fundaban un arte capaz de evolucionar, basado en las tradiciones propias de su país, él me explicó con mucha claridad que consideraba que la música del Oriente y del Occidente eran casi artes diferentes ; que las relaciones del arte oriental con la religión, con la vida social, con la danza, con la poesía, creaban un todo tan especial que, por ejemplo, una



DOMINGO SANTA CRUZ

fuga de Bach era algo sin equivalencia en lo que ellos entendían por música. De ahí, me agregó, que la música europea es cultivada y enseñada en el Japón y que en los dominios del Sol Naciente ya han aparecido compositores de muy buena calidad que escriben a la manera de Europa sin que ésto los aleje del interés por su propia música.

En este proceso de universalización, América empieza a tener un papel importante desde comienzo de nuestro siglo ; cuando hablo de América me refiero a todo el continente, no sólo a los Estados Unidos que nos preceden con un siglo de adelanto, o más. América del Norte aparece en el escenario europeo, muy tímidamente, a través de sus estudiantes de composición, y luego a través de obras que se escuchan en Alemania, Austria y Francia en la segunda mitad del siglo XIX. América Latina empieza más tarde a figurar con uno que otro nombre conocido y preocupa al mundo europeo más que todo por el lado exótico y pintoresco. Las dos grandes guerras mundiales determinan cambios radicales : la vida musical ya existía en nuestros países y vivía un poco del rebalse de Europa. Al quedar ésta desconectada en nuestro continente, surgieron por todas partes iniciativas que establecieron nuevos puntos de contacto con la actividad mundial de la música, y los artistas que solían venir de Europa o Norteamérica a nuestras costas, un poco como en aventura, inscriben en sus jiras las ciudades de América Latina como centros de importancia, como ha sido, por ejemplo, Buenos Aires.

La segunda guerra mundial encuentra ya muchos centros suficientemente maduros, y así como la parte más granada de los exilados musicales emigra hacia los Estados Unidos de Norteamérica, buen número de artistas, muchos de ellos de primera clase, viene a reforzar las huestes que trabajaban por la música en nuestro mundo latinoamericano. Las organizaciones internacionales, fundadas sobre un principio por lo menos teórico de la igualdad de los países, admiten a las naciones latinoamericanas y las tratan con especial deferencia.

Para el hombre corriente de Europa, sin embargo, la vida musical de América Latina permanece en la penumbra por la misma razón que nuestra propia geografía continúa en una nebulosa de tipo tropical, en que se supone que en todos los países de este hemisferio las orquídeas cuelgan de los balcones abiertos, los monos saltan en los árboles de los paseos públicos y los indios peligrosos merodean en las afueras de nuestras ciudades. Y ésto no es exageración, ni repetición inútil decirlo, cuando uno ha pasado algún tiempo en Europa y ha sido interrogado en una forma que nosotros jamás emplearíamos con un habitante del Irán, de los países balcánicos o de Indonesia. Para los historiadores de la música, aun los más recientes, y para los musicólogos de viejo cuño que siguen escribiendo, parece que Cristóbal Colón y toda la historia de más de cuatro siglos y medio que ya lleva América Latina fueran leyendas imaginarias.

Europa, que fué la cuna de nuestras manifestaciones culturales y la que nos dió los medios de expresión del arte, adopta con respecto a nosotros la posición del progenitor a quien incomodan y sobran al-

gunos hijos naturales que tardíamente vienen a golpear la puerta y a reclamar su parte en el banquete familiar. Europa formó nuestro continente y se encontró en él con civilizaciones diversas, con climas que iban desde el Ecuador y las regiones tropicales hasta el Polo Sur. Consecuencia de ello y de la forma como se produjo la colonización, fueron los diferentes tipos de países en que inevitablemente nos separamos pese a nuestro origen común y a nuestra unidad de idioma. Todo eso es ignorado por el hombre corriente europeo y norteamericano, a quien le resulta más fácil dirigir una carta, como yo la he visto en nuestra Embajada en Washington, al « Presidente de América Latina », o proceder como esa señora que buscaba afanosamente en una librería un diccionario del « lenguaje latinoamericano », no del español. No ha sido a veces distinta la actitud europea con relación al oriente mismo de Europa. Cuando uno asiste a los congresos internacionales, puede advertir que hay una evidente afinidad entre nuestra actitud y la que tienen los representantes de las naciones de la periferia misma del continente europeo. No podemos, pues, sentirnos un caso único cuando lo que un italiano, por ejemplo, sabe acerca de la música de Suecia o de la Irlanda es tal vez igual a lo que ha llegado hasta él acerca del movimiento musical de México o de Chile.

Nuestra fisonomía musical comienza siendo mal comprendida a causa de esa increíble negligencia geográfica de todo hombre que se siente habitante de un centro superior. Hay como una especie de círculos concéntricos en los que, siempre, quien está en los de afuera conoce más de los de dentro que viceversa. Un habitante de París sabe menos de lo que ocurre en Lyon, por ejemplo, que el de esta última ciudad conoce acerca de la capital por mucho más compleja que sea. Esto mismo ocurre en cada país y sucede entre los países siguiendo la proporción de su importancia, riqueza y poderío.

En el aspecto que América Latina ofrece en la actualidad es necesario tomar en cuenta ordenadamente los factores a que antes he hecho referencia. En primer lugar, recordar nuestro origen histórico. Los países latinoamericanos provienen de la colonización en su inmensa mayoría española, portuguesa y algo francesa. Lo fundamental para su tradición está en la península ibérica, es decir, para la música, partiendo de una nación como España (que un tiempo englobó a Portugal) que no sigue ninguna línea ascendente en los siglos que fundamentaron nuestra práctica musical europea. No es el caso aquí de entrar a detallar lo que la cultura sajona o la Reforma significaron en la historia que culmina en los intercambios con Italia y Francia, que hacen posible a Bach, a Mozart y a Beethoven. España decae inexorablemente en música, y respecto al siglo XVIII — así como se habla de los « afrancesados » en literatura — tendríamos que hablar de los « italianizados » en música. Farinelli, al lado de Felipe V de Borbón, no creía en la música española y, lo que es más grave, el aprecio mismo por la música que existía en los tiempos del Renacimiento, cuando Fray Luis de León celebraba al organista don Francisco de Salinas, no tiene paralelo en los días en que Domenico Scarlatti era el árbitro musical de la corte española. La tradición musical de nuestros tiempos coloniales es modesta y en general pobrísima, pese a cuantos esfuerzos hagamos por fabricar un pasado respetable y pese a los descubrimientos hechos en los dos grandes centros de la corona española en América — Méjico y Lima — y algunos casos como el florecimiento milagroso del grupo de la época de José Angel Lamas en Venezuela. Esto hace que nuestros movimientos musicales verdaderos sean de fecha muy posterior y que las ideas acerca de la música que tenían los creadores de los estados latinoamericanos sean incomparablemente más bajas que las de un Jefferson o Washington. El surgimiento de la vida musical en América Latina en un sentido serio es obra de generaciones recientes y resultado de corrientes ideológicas que transforman totalmente el concepto de los valores en la educación. Bien lo vimos en Chile en nuestra larga lucha por imponer la música como una de las manifestaciones de la enseñanza superior universitaria, batalla que costó

largos treinta años de asiduas campañas.

El segundo punto a que debemos hacer referencia para considerar a la América Latina es lo concerniente al factor étnico. España encontró dos grandes imperios — el azteca y el inca — y tribus más o menos coherentes ; el español se mezcló con el elemento indígena en diversa proporción o se mantuvo viviendo paralelamente. A ésto se vino a agregar el negro traído del Africa y aclimatado sobre todo en los países cálidos. De ahí fluyen muchas consecuencias musicales que todos conocemos, en especial la variedad del folklore que, como las flores y el color de las aves, es más rico en las tierras calientes y de razas mezcladas, o propio de las comarcas auténticamente indígenas. El factor étnico aun ha cambiado en el curso de la historia. No se puede decir, por ejemplo, que el pueblo argentino de hoy sea el mismo que cruzó los Andes en nuestra independencia chilena. Basta mirar cualquier lista de apellidos de Argentina para adquirir la evidencia de que este país es hoy día una nación hispano-*italo*-americana. Estas diferencias étnicas, que se traducen inmediatamente en la cultura, diversifican regiones que un escritor francés, discípulo de André Siegfried, señaló con los nombres de América roja (indígena), América negra y América blanca. Hacen también separadas las posibilidades que la vena de un compositor puede hallar en Río de Janeiro, en Méjico, en el Titicaca o en Chile. Quien nos mira de afuera con el simplismo e ignorancia del caso americano comete, al generalizar, gravísimos errores.

Consecuencia de todo lo anterior ha sido la historia de nuestros países, y por lo tanto, la cabida que en ella ocupa la música. De ahí que nos encontremos con que las naciones latinoamericanas viven etapas absolutamente distintas las unas de las otras en su desenvolvimiento musical. Hasta hace poco, las capitales musicales de América Latina no eran sino Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro, Santiago, La Habana y Méjico. Luego surgieron Lima, São Paulo, Caracas y Bogotá, estas últimas con diferentes matices, tales como el caso del Perú en donde la acción gubernativa últimamente logró destruir todo el buen comienzo que se había registrado. Las instituciones musicales de los países latinoamericanos marchan también en la línea de estas jerarquías. Buenos Aires lleva la delantera con su fisonomía de gran metrópoli musical contemporánea en la que el elemento oficial, estatal, municipal y privado se desenvuelve en paralelo. Chile y Uruguay representan, como fué el caso de Perú, la fisonomía más puramente estatal, con más ribetes de política en Montevideo que en Santiago. Méjico tiene como una lucha entre poderosas fuerzas estatales y particulares, mientras que en Cuba es el elemento particular el que predomina. Brasil, que más que un país es un continente y casi un mundo, presenta todo a la vez, y uno no sabría a ciencia cierta cómo orientarse ante el fenómeno allí real de la dispersión federal y la distancia geográfica.

El panorama de la composición sigue más o menos el mismo esquema que he anotado y los países en donde el movimiento ha sido de primera línea, naturalmente pueden presentar todos los términos de una vida musical ; ésto es, la producción y el consumo, la creación, la ejecución y sus auditores. La tendencia europea y norteamericana, como ocurre con respecto a casi todos los países que no pertenecen a ella, es a abreviar simplificando en uno o dos nombres el pasado y el presente de nuestros países. El caso de Villa-Lobos en Brasil, al cual se ha aludido con este título de « caso » en muchos artículos, es el ejemplo más típico y ante el cual parecen los propios brasileros estar resignados. Sin embargo, en Brasil existen muchos otros compositores, y movimientos divergentes producen obras de muy diverso tipo entre el sur y el norte.

La música de América Latina, cuando traspone los mares, aparece con una especie de rótulo general que a nosotros nos fastidia y es insoportable en países en donde se sabe perfectamente bailar en distinta forma un tango, una rumba o una samba. En los jurados internacionales, cuando llegan los envíos de América Latina, se tiene mucho la actitud de recibir paquetes de provincias de una misma nación, y una vez elegida una obra de Argentina o de Méjico se cree haber dejado extremada-

mente contentos a los habitantes de Centroamérica, de Colombia o de Chile...

América Latina, sin embargo, ha entrado de lleno en el campo de una buena producción musical y no sólo citando los nombres de cinco o seis músicos se puede pensar que se comprende el campo total de ella. Lo mismo que existe una buena literatura en la que hemos tenido hasta el Premio Nóbel, no es en absoluto extraño que un Juan José Castro, de Argentina, gane en un concurso internacional de ópera celebrado en Milán y en el « sancta sanctorum » de la Scala a todos los autores, incluso los italianos. Todas las tendencias del presente musical tienen su arraigo en nuestro continente : tenemos músicos tradicionalistas, folklorizantes, neoclásicos, postrrománticos, dodecafóniços en sus varias herejías antagónicas. La cultura europea, la misma que nos ha enseñado a hablar, a pensar, a comer y a vivir, nos permite hoy día componer música con el mismo derecho que cualquier alemán o italiano, y en esta nuestra expresión musical no tenemos por qué exteriorizar un pintoresquismo mayor o menor que el de cualquier otro país, a menos que estemos sólo para el terreno de lo exótico.

Este es uno de los aspectos en que más se discute y que podríamos definir en el derecho que nos asiste para escribir una sonata o una fuga sin que necesariamente tengan un sabor folklórico. Una fuga francesa se siente francesa, y aún la dodecafonía cuando se practica en Italia toma un carácter a menudo más blando y amable que en las hieráticas polifonías centroeuropeas. Muchos de nosotros, latinoamericanos, pensamos que nuestra música es latinoamericana inevitablemente y que la influencia del medio, las corrientes que lo han formado, condicionan en cada país un tinte especial que uno reconoce claramente cuando lo ve desde fuera de su propia patria. Este experimento yo lo he hecho con las obras chilenas que son predominantemente europeas ; cuando he escuchado estas obras en Estados Unidos o en Europa he tenido la impresión más evidente de que no sólo tenemos una fisonomía común, derivada seguramente de nuestras montañas con nieve, de nuestros mares y del clima templado o frío, sino que compositores que acá en su tierra parecen violentamente opuestos, en la lejanía se sienten hermanados con rasgos y sonoridades comunes. Otro tanto me parecen las obras de Argentina y Uruguay, evidentemente más cercanas a nosotros que la música de la región del Caribe, riquísima en ritmos, brillantes.

Dentro de las manifestaciones que revelan en una forma muy especial el vuelo que ha tomado la música en la cultura de nuestro continente, está la importancia cada

De izquierda a derecha :

CHAVEZ *(México)*

CASTRO *(Argentina)*

ORBAN *(Cuba)*

vez mayor que tiende a tomar en el sistema educacional. En mi país, pedagogos alemanes que vinieron hace más de cincuenta años, inscribieron la asignatura musical como ramo que pasó a llamarse « técnico » en primaria y secundaria. Esta clase, precisamente, que fué la negación de la técnica, comenzó por ser un entretenimiento. Nuestra Universidad del Estado, la fundada por don Andrés Bello, miraba aún en 1925 las pretensiones de los músicos de tomar parte en las manifestaciones de la enseñanza superior como cosa de mentecatos. Hoy día nadie se admira de que tengamos una Facultad de Música, perfectamente normal, con la misma categoría que la de Medicina o Derecho, y ya con casi treinta años de existencia. Este fenómeno que no es sólo de Chile, sino que en distinta forma se reproduce en Argentina, Brasil y Méjico, por ejemplo, indica algo muy importante, y es que ya para la cultura latinoamericana, por lo menos para quienes le han impreso rumbos, el concepto se ha integrado con todas las manifestaciones del pensamiento, sin excluir nuestro arte que tradicionalmente era colocado en un nivel inclasificable. Como dato increíble y pintoresco aduciré el hecho (que provocó el estallido de un fortísimo movimiento en favor de la música) de que en reglamento universitario de 1925, clasificando la enseñanza, nuestro venerable Conservatorio Nacional, fundado en 1849, fué colocado, por inclasificable, junto a la Escuela de Ciegos y Sordomudos... El músico era, pues, una especie desgraciada.

Movimientos poderosos en favor de la juventud y de su educación musical se advierten en este momento en toda América Latina : no sólo existe preocupación por mejorar las clases de música de primaria y secundaria como se ha evidenciado en Méjico, en algunos países de Centroamérica, en Argentina y en Chile, sino que el movimiento universal de las Juventudes Musicales ha adquirido un vuelo efectivo, por ejemplo, en Brasil, en donde ya se han celebrado Congresos especiales de la Juventud Musical.

¿ Cuál es, pues, la fisonomía musical de nuestro Continente ? Desde luego la de una región del mundo en donde Europa no sembró en vano sus tradiciones y en donde éstas se vigorizaron con la savia generosa de países nuevos. No estamos ciertamente tan adelantados, ni nuestra producción musical es tan importante como muchos de nosotros solemos creer, por reacción ante el desconocimiento de que somos objeto ; tampoco nuestros movimientos musicales, que bien aprovechan los artistas que nos visitan, adolecen de la falta de importancia y de seriedad que para Europa es como artículo de fe. En América Latina hay muchos compositores dignos de ser conocidos fuera de estas tierras ; contamos ya con algunos notables ejecutantes, poseemos entidades permanentes que trabajan con visión del futuro, tenemos una educación musical que va adquiriendo cada día mayor importancia y que en muchísimos aspectos está mejor estructurada que en bastantes países de Europa. Nuestra entrada en escena no es, pues, un hecho artificial, sino la consecuencia de haberse ya consumado ese proceso de universalización a que me he referido más arriba y de haber tomado la música a través de la radio, de los discos, de la televisión y de los conciertos destinados a todas las clases sociales, la fisonomía de un alimento espiritual que no reconoce diferencias y para el cual, según el decir de los chinos, todos los hombres son iguales.

DOMINGO SANTA CRUZ

Síntesis del estado actual de nuestra Música

POR JULIO ANTONIO COSS

La característica primordial de la música de los diferentes países americanos, es la completa hegemonía del sentimiento nacionalista. El tratamiento, tanto técnico como emocional, varía, como es de suponer, a través de los diversos compositores. Mientras unos conservan reminiscencias del romanticismo, otros recurren a los cantos vernáculos de sus países o se limitan, simplemente, a lo pintoresco localista. Algunos, de recia personalidad, conducen la corriente nacionalista a su más alto grado de perfección. Finalmente, existen quienes, tomando como base el nacionalismo, saben imprimirle su poderosa concepción creadora, llegando, con ello, a los umbrales de un realismo que, al haber superado lo localista, se convierte en fisonomía propia de estas tierras americanas, siendo precisamente este factor el que lo eleva al rango de universal.

> « *Vivimos en un mundo en formación, donde las cosas valen por lo que preparan más que por lo que realizan. Se ha juzgado en el plano de lo relativo a los « pioneers » de una producción que, si no alcanza desde el primer momento la plenitud, anuncia las cosechas próximas.* »
>
> Manuel UGARTE.

México

A Manuel M. Ponce le corresponde el mérito histórico de haber sido el primer compositor mexicano nacionalista, ya que sus antecesores partían de meras imitaciones europeas y la gestación de obras con carácter nacional era esporádica e ingenua. No obstante, Ponce no pudo desprenderse de las influencias europeas de fines del siglo pasado y principios del actual. Por eso sus obras no adquieren un carácter netamente nacional, sino que constituyen una serie de melodías populares estilizadas dentro de un sistema románticocromático, por lo que su producción no trasciende la etapa inicial del nacionalismo.

Las aportaciones más representativas de Ponce, nacido en Fresnillo, Zacatecas, en 1886 y muerto en México, D. F., en 1948 son : el tríptico sinfónico « Chapultepec » (1921), « Poema Elegíaco » a la memoria del poeta Luis G. Urbina (1935), divertimento sinfónico « Ferial » (1940), « Concierto del Sur » para guitarra y orquesta (1941) y el Concierto para violín y orquesta (1943). Tanto el Concierto para piano y orquesta, los « Tres Cantos de Tagore » para voz y orquesta, como sus « Cuatro Miniaturas » para

REVUELTAS

cuarteto de cuerdas, son obras agradables y de fina invención melódica, pero no acusan la verdadera personalidad de este compositor.

Ni Manuel M. Ponce ni José Rolón, crearon obras decisivas para el nacionalismo ; sin embargo, Rolón (Jalisco 1883, México 1945) comprendió más claramente, tal vez por su arraigo en la tierra donde nació, la verdadera esencia nacionalista. Sus páginas mejor logradas son : « El Festín de los Enanos » (1928), « Cuauhtemoc » (1930), « Zapotlán, 1895 » (1932) y sus danzas jaliscienses para piano.

Independientemente de los acentos profundamente románticos que animan la producción de estos compositores, puede observarse también un costumbrismo provinciano que caracteriza, igualmente, parte de la obra de Candelario Huízar. Este último, nacido en Jerez, Zacatecas, en 1888, se desprende, en su segunda época, de los defectos que caracterizaron a sus dos contemporáneos. En su música se acusa un carácter más recio y de mayor raigambre popular. « Imágenes » (1920), « Pueblerinas » (1931) y « Zurco » (1935), son ya el resultado de su madurez conceptual y técnica. Su sinfonía Nº 4, denominada Cora por la utilización de cantos ancestrales de los indios coras, lo coloca entre los más geniales compositores nacionalistas mexicanos. La frescura de sus melodías y su lenguaje armónico y rítmico, sólo fueron superados por Silvestre Revueltas.

El advenimiento y apogeo del nacionalismo musical mexicano fué sólo posible merced a la Revolución de 1910 y al consiguiente torbellino de aspiraciones que engendró. Al desarraigar a regímenes políticos caducados, se operó en todas las conciencias un deseo de revolucionar, no ya lo político, sino también lo social y lo cultural. El amplio desarrollo del muralismo mexicano y los levantamientos de Zapata, Villa y Primo Tapia, fueron la consecuencia de esta actitud. En la música se pudo notar un movimiento semejante. Si existía una gran tradición musical, que se remontaba a los viejos imperios toltecas y mayas, ¿ a qué seguir creando música que por su idiosincrasia no pudiera satisfacer las necesidades anímicas del pueblo mexicano ? (La justeza o error de este pensamiento conduce a especulaciones que no tienen lugar en el presente artículo). Se recurrió entonces a la explotación de los cantos indígenas, los corridos revolucionarios y los jarabes, sones, huapangos y similares. Durante todo este tiempo de efervescencia, Carlos Chávez (México 1899) compuso « El Fuego Nuevo » (1921), « Los 4 Soles » (1926), « H-P » (1932), « El Corrido del Sol » (1934), « Obertura Republicana » (1935) y la « Sinfonía India » (1936). A lo largo de estas obras se denota un marcado carácter indigenista, que iba a ser el rasgo más notorio de estos años. Sin embargo, en la « Sinfonía Antígona » (1933) se puede vislumbrar el camino que iba a seguir Chávez. Camino que iba a ser desbrozado por el Concierto para 4 cornos (1939).

En 1930, Revueltas (Durango 1899, México 1940) estrena « Esquinas », terminando su fecunda obra con « El Renacuajo Paseador » (1940) y « La Coronela » (obra póstuma 1940). La producción musical de este compositor difiere de la de sus compa-

triotas contemporáneos en que supo captar, mejor que nadie, las verdaderas raíces de la música mexicana. En sus obras no se ve ni el predominio del indigenismo ni el del criollismo. Por el contrario, fusiona todos estos elementos y crea una obra de arte imperecedera que lleva en sí las características inalterables de una nacionalidad.

Existen momentos en que determinado bagaje de conocimientos establecidos se encuentra en desacuerdo con la realidad de la época. Por eso Revueltas se revela y comprende que la sistematización de la tonalidad, del ritmo y de la forma, que observa en los compositores mexicanos, no podía adaptarse ni a la realidad que exigía la música nacionalista ni a su propio temperamento. Es entonces cuando surgen « Esquinas » (1930), « Cuauhnahuac » (1930), « Ventanas » (1931), « 8 X Radio » (1933), « Colorines » (1933), « Planos » (1933), « Redes » (1935), » Janitzio » (1936) y sus dos últimas obras anteriormente citadas.

En la « Sinfonía Antígona » de Carlos Chávez puede observarse el germen de un cambio. Ya el compositor no se propone reproducir escenas vernáculas y empieza a superar su primitivo nacionalismo. La « Sinfonía India », muy posterior, podría considerarse como la recopilación de toda su anterior ideología nacionalista. El siguiente paso en la nueva concepción musical es el Concierto para 4 cornos. Sin embargo, no es hasta el Concierto para piano y orquesta donde el primitivo indigenismo es superado magistralmente, acentuando su vida propia. La trayectoria posterior fué continuada por la Sinfonía 3, el Concierto para violín y orquesta y la 5ª Sinfonía. Parece que Chávez comprendió claramente que el nacionalismo no podría aspirar ya a convertirse en una gran cima cultural, puesto que su punto culminante había sido alcanzado, en México, por Silvestre Revueltas.

Es inútil, y hasta superfluo, tratar de realizar una valoración entre las obras de Revueltas y de Chávez. El primero representó la culminación de un género, de una ideología. Culminación que por su misma naturaleza no podrá ser superada. En cambio Chávez es uno de los geniales

MIGUEL BERNAL JIMÉNEZ

pioneros de un género artístico más avanzado y que puede engendrar frutos más maduros. Los dos, dentro de sus especialidades y limitaciones, han sido y seguirán siendo los pilares de la música mexicana. Precisamente por este antagonismo entre la obra de Chávez y Revueltas se nota una tremenda confusión entre las composiciones de Galindo y Moncayo. Quieren persistir dentro del nacionalismo que ya brindó todos sus frutos y a la vez no pueden igualar el talento de Chávez y seguirle con acierto por el camino que ha trazado.

Entre la producción de Blas Galindo (Jalisco, 1910), destacan la Sinfonía en 3 movimientos, los preludios para piano, los Sones Mariachis y la música para los ballets « Entre sombras anda el fuego », « Danza de las fuerzas nuevas », « La Manda» y « La hija del Yori ». Las mejores obras de

CARLOS CHAVEZ
(Agence intercontinentale - París)

José Pablo Moncayo (Jalisco, 1912) son : la ópera « La Mulata de Córdoba », « Huapango » y la música para los ballets « Zapata » y « Muros Verdes ». Eduardo Hernández Moncada (Jalapa, 1899) es un compositor de una técnica brillante, basada en los descubrimientos de la música moderna. Entre su prolífica obra merece citarse su primera Sinfonía.

En Morelia, Michoacán, nace en 1910 Miguel Bernal Jiménez, quien ha desplegado una brillante actividad como organista, compositor y musicólogo. Su mérito principal es el de haber enriquecido el repertorio eclesiástico con obras de marcada tendencia modernista. Sus mejores realizaciones las constituyen su ópera « Tata Vasco » (1941) y los ballets « Navidad en Pátzcuaro » y « Tingambato », estrenados en 1941.

Brasil

El nombre de Villa-Lobos va íntimamente ligado al de Brasil. Efectivamente, a pesar de que existen varios compositores brasileños de mérito, toda la vida musical de este país está absorbida por la gigantesca producción del autor de « Bachianas Brasileiras ».

Héctor Villa-Lobos nació el 5 de marzo de 1887 en Río de Janeiro. A través de toda su vida ha efectuado una incansable serie de viajes por todos los rincones de su patria, con el fin de imbuir íntimamente en las características de la música folklórica brasileña. Es ésta una actitud que todos los músicos nacionalistas deberían seguir. No se debe tratar sólo de conocer infinidad de melodías más o menos autóctonas y representativas. Por lo contrario, debe uno compenetrarse con las esencias mismas de la música folklórica, de tal manera que las características inalienables de ella se conviertan en nuestro propio lenguaje y no en simples transcripciones personales.

La aguda contradicción de Villa-Lobos entre lo nacionalista, tan arraigado en él, y la búsqueda de un lenguaje que, basándose en lo nacional, adquiera los caracteres universales de la obra de un Bartók, de un Falla o de un Chávez, es la causa de su drama y por consiguiente de la mediocridad y grandeza de sus obras ; pero sus contradicciones son precisamente las que lo elevan sobre sus compatriotas y la mayoría de los músicos centro y sudamericanos, encerrados dentro de formas y conceptos estereotipados.

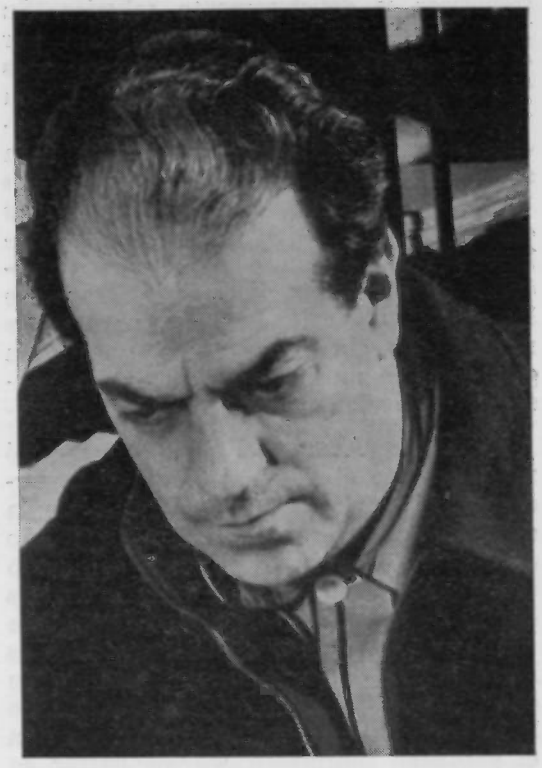
Mientras que las composiciones de Chávez nos muestran un ascenso lento pero gradual, las diversas obras de Villa-Lobos son una serie de altas y bajas, de elementos disímbolos entre sí. Comparemos su « Prole dô Bêbê » con su cuarteto Nº 4, sus Chôros o su « Rudepoema ». Se notan claramente, en cada uno de ellos, los diferentes planos de concepción y tratamiento. No nos debe extrañar, por consiguiente, la falta de unidad en sus « Cançôes típicas brasileiras », compuestas de 1919 a 1935, sus « Serestas » (1925-1941), o sus « Tres Poemas Indígenas » (1926).

Las « Bachianas brasileiras » comenzó a escribirlas Villa-Lobos en 1930, terminándolas en 1945. Esta obra, basada en el ambiente melódico y contrapuntístico de la música folklórica del Nordeste del

Brasil, es un homenaje a Juan Sebastián Bach, a quien Villa-Lobos considera el folklorista más grande de todos los tiempos. Otras obras importantes de este compositor son : « Cirandinha » (1925), « Saudades das Selvas brasileiras » (1927), « O Martirio dos Insétos » (1925), Noneto para flauta, oboe, clarinete, saxofón, fagot, celeste, arpa, batería y coro mixto (1923), « Uirapurú » (1917), « Vidapura » (1918), « Descobrimiento do Brasil » (4 suites, 1937) y « Mandú-Carárá » (1940).

La etapa indigenista del nacionalismo está representada por Oscar Lorenzo Fernández (Río de Janeiro, 1897). Sus obras demuestran una magnífica variedad de ritmos obsesionantes que son la característica del folklore musical brasileño. Su « Imbaparu », primer poema de una tetralogía (Imbaparu, poema blanco, Macumba, poema negro, Nau catarineta, poema blanco y Maioral, poema sartanejo),está realizado con temas de los indios « parecís ». Puede decirse que su primera obra de marcado acento nacionalista es « Conçâo Sertaneja » (1924). Otras producciones importantes de este compositor son : « Reisado do Pastoreio » (1930), « Visãoes Infantis » (1927), « Concerto folklórico » para violín y orquesta (1942) y su trío brasileiro. Su ópera « Malazarte », estrenada en 1931 contiene temas folklóricos y populares y está basada en las aventuras del pícaro héroe popular brasileño Pedro Malazarte.

No obstante la tendencia nacionalista de Francisco Mignone (Sâo Paulo, 1897), su obra está influenciada fuertemente por el verismo italiano. Sus principales partituras son los ballets « Batucagé » (1936), « Babaloxá » (1937), « Maracatú de Chico-Rei » (1939), « O Espantalho » (1941), « Yara » (1946) y una Sonata para piano. Entre los compositores jóvenes destacan Camargo Guarnieri (Sâo Paulo, 1907), autor de varias « Toadas » y los ballets « Danza brasileira », « Dansa Selvagem » y « Flor de Tremenbé ». Su concierto para violín y orquesta, obtuvo el primer premio en 1942 en el concurso « Samuel S. Fels », celebrado en E. E. U. U. Las obras de Radamés Gnattali (1906), Dinorah de Carvalho (1908) y Joanidia Sodre (1903), prometen serias realizaciones musicales en el futuro.



VILLA-LOBOS
(Agence Intercontinentale - París)

Cuba

La vida musical en las Antillas ha sido casi nula y ofrece un panorama de experimentos fallidos por parte de todos sus compositores. Sólo Cuba puede vanagloriarse de haber contado con la talla de dos grandes figuras que imprimieron una nueva modalidad a la música cubana.

Alejandro García Caturla nació en 1906 en Remedios, Provincia de las Villas. Murió en la misma ciudad en 1940. En su vida multifacética llevó a cabo una incansable labor en pro de la vida cultural cubana. A él se debe la fundación de la Sociedad de Orquestas de Caibarien. Como compositor siguió la corriente nacionalista, subordinándola íntegramente a su apasionado temperamento. Sus obras son una serie de alegrías bárbaras y anarquismo emotivo. Sus ritmos son obstinados,

frenéticos y deliciosamente salvajes. Su brillante orquestación se caracteriza por el marcado empleo de metales duplicados y percusión típica, que interpretan, con remozado gusto, melodías y ritmos afrocubanos. « La número 3 » (1924), « Primera suite cubana » (1931), « Yamba-O » (1931), « La Rumba » (1933), « Tres danzas cubanas » (1937), « Obertura Cubana » (1938), « Yambambo », poema afrocubano para voz y piano y « Canto de los cafetales », serie de sones para voces mixtas, son obras que nos muestran un gran talento musical que una mano asesina truncó vilmente.

Gracias a Amadeo Roldán se mejoró notablemente el nivel artístico de la Orquesta Filarmónica de la Habana, de la que fué Subdirector de 1925 a 1932, año en que fué nombrado titular, ocupando este puesto hasta su trágica muerte. Sus obras denotan un sentido nacionalista más marcado que el de Caturla, pero es hasta « Los Tres Toques », cuando se observa un cambio en su lenguaje. Ya no le interesa el color orquestal y menos aún el exotismo pintoresco. Parece entrar en la fase que iba a ser característica de la « Sinfonía Antígona » de Carlos Chávez. Desgraciadamente, su prematura muerte le impidió realizar esta depuración. Sus obras posteriores continúan su inicial nacionalismo colorista, que creó, con fragancia y fuerza bravía « La Rebambaramba » (1928) y el « Milagro de Anaquillé » (1929). Una de las mayores influencias que tuvo Roldán fué la de la primera época de Strawinsky y su « Consagración de la Primavera ». Influencia que persistió a través de su corta vida. Entre otras, este compositor cubano dejó a la posteridad la « Obertura sobre temas cubanos » (1925), « Tres pequeños poemas » (1926), « Rítmicas » (1930), « Poema negro » para cuarteto de cuerdas (1930), « A chango » para cuarteto de laúdes, « Los Tres Toques » (1931) y Marcha solemne (1936).

La nueva generación de compositores cubanos, reunidos alrededor de José Ardévol y Julián Orbón en el Grupo de Renovación Musical, siguen una tendencia neoclasicista, en algunos casos, y en otros una utilización del lenguaje musical más moderno. Son contadas las obras de tendencia nacionalista.

Argentina y Uruguay

En Argentina se ha despertado, en este siglo, una fuerte conciencia nacional, que en épocas pasadas, fué frenada por causas de diversa índole. Desgraciadamente, la producción de todos los compositores ha sido diversa e irregular. Se observa en ellos un afán de buscar un lenguaje propio que al mismo tiempo caracterice a la música argentina. Por tal motivo, unos se han estancado en la etapa más primitiva del nacionalismo, mientras que otros buscan en el neoclasicismo, el atonalismo y el supermodernismo, la máxima expresión de su lenguaje.

El nacionalismo musical argentino fué implantado por Alberto Williams y Julián Aguirre. Las obras de ellos, principalmente las de Williams, nos muestran talentos frescos y sencillos, arraigados en lo hondo de su patria, pero con tendencia netamente neorromántica. Alberto Williams (1862), abre al camino del indigenismo y el criollismo porteño en « El Rancho abandonado », para piano, y sus sinfonías : « La Bruja de las Montañas » (1910), « La Selva Sagrada » (1911) y « El Atajacaminos » (1935). Williams es el cantor del paisaje pampeano y de la milonga y sus obras evocan los lamentos gauchos e indígenas de la Plata. A pesar de ello, Williams, con su tratamiento técnico y sentimental, no traspone la primera etapa del nacionalismo.

El nacionalismo primitivo de Williams es el mismo que el de Julián Aguirre (1869-1924). Su técnica, tal vez más atrasada que la de Williams, es el ropaje importado y anticuado con el que envuelve la música popular y folklórica argentina. Entre su extensa producción destacan una Suite para orquesta, que contiene los famosos movimientos « Hueya » y « Gato », « Aires Criollos », « Tristes Argentinos » y una sonata para violín y piano.

Los diferentes balbuceos de Arturo Luzzatti, Alberto Panizza, Felipe Boero, Carlos López Buchardo y Pascual de Rogatis, basados en el postrromanticismo, el verismo italiano y el incipiente nacionalismo,

ALBERTO GINASTERA

originaron, en 1929, la fundación del Grupo Renovación, integrado por Juan José y José María Castro, Gilardo Gilardi, Juan Carlos Paz y Jacobo Fischer, a los que se unió, posteriormente, Honorio Siccardi.

Parece que Juan José Castro (1895) fué fiel a la opinión de André Gide de que la mejor manera de no tener influencias es tener muchas al mismo tiempo. Otro precepto del mismo autor francés fué el de que es preciso perderse para poderse encontrar. Desgraciadamente, Juan José Castro no se libró de las influencias y no se ha encontrado todavía a sí mismo. Sus obras revelan las más variadas tendencias, desde el postromanticismo al nacionalismo de la primera etapa de Strawinsky y desde la politonalidad hasta el neoclasicismo. Todas las tendencias de la música de estas últimas épocas parecen haber desembocado en él. No obstante, y a pesar de su frialdad esquemática, es uno de los compositores más representativos y más maduros de la República Argentina. Su Sinfonía Argentina, la Sinfonía de los Campos o la Sinfonía Bíblica, son obras que, a pesar de que puedan no gustarnos, revelan el genio del compositor y su dominio de la técnica ultramoderna de la música.

Juan Carlos Paz (1897), representa la tendencia dodecafonista en la música argentina, y Carlos Suffern (1905), no obstante la belleza de sus armonías y su espontaneidad melódica, es el exponente del ya liquidado impresionismo a lo Debussy. Las obras de Luis Gianneo (1897), no representan un impulso progresivo en la música argentina ; sin embargo su « Turay-Turay », « El Tarco en Flor », « Canción y Danza » y el « Concierto Aimará » para violín y orquesta, son realizaciones que ponen de manifiesto su talento de compositor.

Alberto Evaristo Ginastera (1916), a pesar de su juventud, es el único compositor que ha encontrado un lenguaje propio, basado en una ligera utilización del indigenismo, que toma como base para sus desarrollos musicales de acentos marcadamente modernistas. Algunos autores han querido encontrar residuos de impresionismo en la sensualidad de varias armonías de este compositor. Ello es falso, puesto que Ginastera desde hace tiempo traspasó los umbrales de esta corriente. Su lenguaje no es potente, pero lleva en germen la genialidad, que tiene que desembocar, sin lugar a dudas, en la composición de verdaderas obras de arte. Esperemos que las promesas de su gloriosa e inquieta juventud se consoliden en el futuro, confirmando la predicción de Aaron Copland, quien dijo que Ginastera era la esperanza de la música argentina. Sus mejores obras son : la leyenda coreográfica « Panambi » (1939), « Danzas Argentinas » para piano (1937), « Malambó » para piano (1940), « Impresiones de la Puna » para flauta y cuarteto de cuerdas (1934), Concierto argentino para piano y orquesta (1935), Sinfonía Porteña (1942), Obertura para el Fausto Criollo (1943) y « Cantos de Tucumán » (1938).

La moderna escuela nacionalista uruguaya se inicia con Alfonso Broqua (1876) y Carlos Pedrell (1878-1941), cuyas obras, igual que las de todos los músicos de ese país, carecen de importancia. A pesar de ello, se puede observar en Broqua una fina sensibilidad y delicado humorismo en « Tabaré » (1908), « Poema de las Lomas » (1910) para piano, « Noche Campera » (1926), el ballet incaico « Telén y Nagüey »

DOMINGO SANTA CRUZ
con GUILLERMO ESPINOSA
(Foto de la revista " Américas ")

(1930) y el ballet infantil « Isabelle » (1937). Más conocido fuera de su patria es Eduardo Fabini (1883), principalmente por su obra, coloreada de armonías impresionistas y suave lirismo, « La Isla de los Ceibos » (1925). Se inició en el nacionalismo en 1922 con su poema sinfónico « Campo », compuesto en la tranquilidad de un lugar apartado en la Sierra de Minas. Es autor también de Melga Sinfónica (1930) y el ballet « Mburucuyá » (1932).

Repúblicas centro y sudamericanas

En la mayoría de las repúblicas de Centro y Sudamérica no existe una vida musical desarrollada de tal manera que permita el surgimiento de uno o de varios compositores de verdadera valía artística. Todos trabajan exclusivamente en el campo experimental o folklórico, y existen algunos que sólo aportan obras al ya caduco repertorio del verismo italiano o a las caricaturas que se realizan de Debussy, Ravel y Strawinsky. No obstante, hay que señalar a los compositores que más han destacado en estos países y que, aisladamente, han producido alguna que otra obra de arte.

En Chile destacan Humberto Allende (1885), iniciador del nacionalismo, cuyas obras denotan el estado más rudimentario de esta corriente ; Enrique Soro (1884), influenciado fuertemente por el lirismo italiano del siglo pasado ; Domingo Santa Cruz (1899), receptor de todas las influencias ; Carlos Isamit (1887), de tendencia indigenista araucana, y Carlos Lavín (1883), representante del atonalismo.

A pesar de la exuberancia y riqueza de las tradiciones culturales y artísticas de Venezuela, Perú y Bolivia, ninguno de éstos países cuenta con ningún compositor de trascendencia que sepa elevar los valores tradicionales de estas viejas y ricas culturas ancestrales o que marque una etapa nueva y decisiva en la música moderna actual. Para darnos cuenta del estado de la música en estos países, escuchemos las palabras de Raoul de Verneuil : « La música en el Perú se manifiesta más intensamente en el pueblo que en nuestro ambiente intelectual musical... » (Nº 1,1941, de la revista « Cultura Peruana »).

En Perú sobresale Raoul de Verneuil (1901), cuya tendencia indigenista está tratada con un lenguaje que en varios casos es politonal y en otros atonal. André Sas (1900), sigue la misma corriente indigenista. Juan Vicente Lecuna (1899), trasciende, en sus piezas para piano, lo pintoresco del nacionalismo de Juan Bautista Plaza (1898), autor también, al igual que Emilio Sojo (1887), de abundante música eclesiástica. En estos últimos se nota una escritura postrromántica en sus obras profanas. Otro compositor, fuertemente imbuído del romanticismo, es el colombiano Guillermo Uribe Holguín.

JULIO ANTONIO COSS

Evolución de la arquitectura durante el siglo XX

POR ANGEL GUIDO

No existen en la historia de la arquitectura muchos ejemplos de profundas transformaciones estilísticas, desarrolladas en el breve tiempo de poco más de dos decenios, como el caso presente que nos preocupa : el de la evolución de la arquitectura latinoamericana en esta media centuria que acabamos de trasponer. Quizás, espigando un poco la historia, podría traerse a cuento aquel tránsito del gótico terciario a las formas del Renacimiento, justamente en la primera mitad del siglo XVI en Francia, cuando, en cincuenta años, las formas agoticadas del Luis XII se convirtieron en las casi clásicas del estilo Enrique II. Lo mismo podríamos decir del plateresco español de acento mudéjar y gótico al promediar el 1500 y que fuera desplazado, en poco más de un cuarto de siglo, por el clásico palacio de Carlos V en Granada, limpiamente rafaelesco. Pero, el tránsito del « art nouveau » y neoclásico, al presentísimo funcionalismo técnicogenético o estético genético, es más acelerado aún, porque en el término de no más de 20 años, se consagra uno de los movimientos más revolucionarios de la historia de la arquitectura universal.

En efecto, en una misma generación se ha podido apreciar esta briosa transformación de un módulo arquitectónico a otro totalmente adverso. Y ni que decir tiene que este último no ha madurado suficientemente, por lo que aún cabe la posibilidad de recibir otros impactos de renovación.

Claro está que la evolución de la arquitectura latinoamericana se ha desplazado con el consuetudinario paralelismo, a distancia, de la propia arquitectura europea y norteamericana. Y así, antes de terminar el primer cuarto de siglo, puede demostrarse documentadamente que la entonces moderna arquitectura no hizo más que seguir los dos caminos posibles : el tradicional, remozado con mejor o peor éxito, y el europeo, este último procedente de Francia e Italia, y pocos de Alemania — como el caso de Chile — que prestaron un acento o simple matiz al trasplante de Europa a América.

A partir del comienzo del segundo cuarto de siglo, las ideas revolucionarias de los funcionalistas comenzaron a imponerse, en primer lugar en las escuelas de Viena, de Darmstadt, de Weimar, y de Stuttgart y más tarde en París y los Estados Unidos de Norteamérica. Ello provocó una vigorosa corriente renovadora que desplazó el módulo clásico de las arquitecturas tradicionales, como son los luises, los barrocos, los anglonormandos, el tudor, el « art nouveau ». Es decir, momento crucial similar en potencia y en contraste polémico-estético, con aquellos ejemplos citados del proceso góticorrenacentista. Todo ello, por supuesto, influyó en la arquitectura de América Latina, de igual manera que aconteciera con la novela, la poesía, el teatro, etc.

Quedaban en nuestro continente resabios de las formas y estilos lugareños, toda-

EL CABILDO DE BUENOS AIRES
(estilo colonial)

vía imbricados en las estructuras coloniales, especialmente en la América del Pacífico y del Caribe. Formas barrocas españolas, barrocas portuguesas y afrolusitanas, en los pueblos donde la influencia europea no había sido todavía excluyente. En otros, más cosmopolitas, como Argentina, Uruguay y Chile, sin arraigo de arquitectura tradicional, el desplazamiento se cumplió en los estilos de moda en Europa. La influencia norteamericana puede descubrirse poco después del año 1930, ya que son muy aislados y excepcionales los ejemplos de arquitectura de expansión vertical — rascacielos — levantados en Latinoamérica antes de dicha fecha.

Veamos, pues, un tanto detenidamente, estas dos épocas — primero y segundo cuarto de siglo — en forma panorámica y simplemente objetiva.

Primer cuarto de siglo

Todavía no se ha escrito una historia de la arquitectura latinoamericana de la segunda mitad del siglo XIX, no obstante ser la que más ha marcado el perfil urbano de las principales ciudades de América Latina, dado a la insospechada incrementación demográfica iniciada a partir de 1850. Muy pocas se han salvado de esta invasión del eclecticismo de fines del siglo XIX. Taxco en México, Ouro Preto en Brasil, Cuzco en Perú, Potosí en Bolivia, por ejemplo, han soportado el encontronazo con singular dignidad, debido posiblemente a que no fueron epicentros de expansión política, comercial o industrial.

En las grandes capitales de indesplazable tradición hispana o lusitana, aquella invasión de los estilos europeos fué, hasta 1925, lenta y generalmente producida a través de los grandes edificios públicos — casas de gobierno, municipalidades, legislaturas — más que en la arquitectura residencial. Tal, por ejemplo, el caso de Lima, México, Bogotá, Caracas, La Paz y algunas de Centroamérica. Por supuesto que esta interferencia europeizante, desplazando a veces escandalosamente la unidad de ciertos conjuntos logrados pacientemente en dos o tres siglos, provocó esas disonancias que pueden estimarse todavía en las nobles y viejas ciudades americanas, donde el urbanismo moderno no ha podido resolver esta difícil ecuación estética. Pero la más grave lastimadura, podríamos decir, inferida por el eclecticismo europeizante, se consumó en ciudades más pequeñas, pero de muy digna y rancia prestancia edilicia como, por ejemplo, Quito en Ecuador, Arequipa en Perú, Cartagena en Colombia, Puebla en México. En estas interesantes ciudades americanas, se diría candorosas y sin conciencia exacta de su importancia estéticoedilicia, — hoy pródiga fuente económica por el turismo — lo tradicional colonial se interpretó como atraso o pasatismo. Ello permitió, por supuesto, el desplazamiento, sin reparos, consumado por aquel iconoclasta eclecticismo de fin de siglo, que también hubo de ser soportado por la propia Europa.

Ahora bien, esta irreverencia artística no se acusó en las ciudades cosmopolitas latinoamericanas, como Buenos Aires, Río de Janeiro, Santiago de Chile o Montevideo. En éstas, la segunda mitad del siglo pasado marcó un sello que aún perdura implacablemente, no obstante, repito, los

esfuerzos realizados por el urbanismo para resolver este difícil problema técnico y estético. El primer cuarto del presente siglo no hizo nada más que continuar, y quizás, justo es confesarlo, mejorar en parte aquel polimórfico carácter arquitectónico europeo sin unidad estética. No debemos olvidar, por ejemplo, algunos edificios públicos gubernamentales que en su época fueron una verdadera lección ecuménica de buen gusto y de dignidad artística. Tales el Congreso de Buenos Aires, los Capitolios de Bogotá y de La Habana, el Palacio Legislativo de Montevideo, etc. Monumentales plásticas arquitectónicas que, a pesar de sus formas pasadas de moda, conservan la jerarquía secular de toda obra ejecutada con responsabilidad estética en un momento crucial de la historia del arte.

Queda sentado, pues, que antes del año 1925 no se advierten nada más que pequeños vestigios de la corriente arquitectónica que hoy llamamos de vanguardia, no obstante su vigencia en Viena y Alemania desde finales del siglo pasado.

Segundo cuarto de siglo

Antes de iniciar el análisis de la arquitectura moderna llevada a cabo en este polifásico y revolucionario segundo cuarto de siglo de Latinoamérica, conviene traer a cuento, de soslayo, el movimiento estético arquitectónico europeo y norteamericano que, por supuesto, influyó decididamente en nuestra arquitectura.

Comenzaremos por recordar las escuelas modernas que dieron origen a la actual arquitectura de vanguardia. Fueron éstas, la de Wagner en Viena (1), la del « Bauhaus » de Weimar, fundada por Gropius, las de Stuttgart y Darmstadt en Alemania y la escuela de Chicago en los Estados Unidos(2). Posiblemente no se pueda registrar un movimiento estético de la nueva arquitectura, anterior al cumplido por la escuela de Wagner, antes de finalizar el siglo pasado. Las dos corrientes de la arquitectura de nuestro tiempo, la « técnicogenética » y la « estéticogenética », proceden, sin duda alguna, de aquel admirable Instituto de Bellas Artes de Viena. Fácil es documentarlo recorriendo las páginas de las revistas « Der Architekt » de Viena y la « Gazette des Beaux-Arts » de París. Mientras que la primera, ya antes de 1910 se convierte en el órgano más importante de

(1) « *Orientación espiritual de la arquitectura en América* ». Año 1927. Del autor.

(2) « *Catedrales y rascacielos* ». Año 1930. Del autor.

CAPITOLIO DE LA HABANA

la arquitectura moderna europea, la segunda continúa con los estilos tradicionales. Ya lo dijo Woermann, el erudito historiador alemán : « Es muy significativo — dice — que la principal publicación artística de Francia, la « Gazette des Beaux-Arts », en todos los 20 tomos correspondientes a los años de 1911 a 1920 no dedique sino un artículo a una sola construcción moderna de París. Y esta construcción es aquel teatro de los Campos Elíseos levantado en 1912 y cuya paternidad hemos atribuído a Henry van de Velde » (3).

Es a poco de comenzar el segundo cuarto de siglo, en efecto, cuando el funcionalismo hoy hegemónico comienza a invadir las ciudades europeas. Justamente la corriente funcional estéticogenética, fué encabezada por el propio Wagner, antes de fin de siglo y continuada por Hoffmann y Olbrich en Viena, Kaufmann, Behrens, Bonatz, Taut, Schmitthenner y otros en Alemania, los hermanos Perret en Francia, Sullivan y Frank Lloyd Wright en Norteamérica. Su doctrina fué simple : defender siempre la composición plástica espacial, sin desmedro de los más modernos métodos estáticos de la ingeniería de aquel momento. Es la época del triunfo de la escuela de Chicago sobre la escuela de Nueva York, cuando se ha superado la desnuda ingeniería y la superposición de órdenes clásicos por la estética monumental de los rascacielos. Es decir, desde el técnicogenético « Tacoma » levantado en 1888, hasta el estéticogenético « Chicago Tribune » de Saarinen en 1925.

En realidad, el origen de esta corriente estética de la arquitectura moderna — que posiblemente sea única con trascendencia secular — está en la escuela « formalista », cuyo maestro conductor fué Wölfflin (4). El formalismo de Wölfflin es el punto de partida de la espacística y el tectonicismo de la arquitectura moderna actual. Sus más eminentes discípulos — Giedion (5), por ejemplo — lo han confesado. Otros no, quizás por falta de información estética. La autonomía de la « forma » y su captación psicofísica por la « Einfühlung », han creado el flamante lenguaje del arquitecto moderno. En el año 1927 le llamé « la lección de la masa, el plano y la línea » (6). Hoy ya tiene otros nombres : « espacialidad », « espacística », « plasticidad », « tectonicismo », etc.

La repercusión que tuviera esta corriente en América se evidencia claramente. Se advierten dos subescuelas dentro de esta misma orientación estéticogenética. La primera, especialmente de carácter residencial, comenzada antes del año 1920 en la Universidad Southern California, es inspirada en los trabajos que el profesor Rexford Newcomb (7) realizara sobre las misiones californianas de fines del siglo XVIII. Voceros de este estilo arquitectónico son las modernas revistas « California — Arts et Architecture » y « The Architect and Engineer ». Nace así el llamado « mission style » que es acogido con singular simpatía en toda Latinoamérica hasta el año 1940, aproximadamente.

Por otra parte, también en Estados Unidos se desarrollan, siempre dentro de esta reserva estética y funcional, diversas corrientes que directa o indirectamente influyen en América Latina. Frank Lloyd Wright, por ejemplo, desde su Escuela de Taliesin en Wisconsin (8) y su teoría de « architecture born of the ground » — contraria a la de Neutra que propone un contraste con el paisaje — adquiere una trascendencia singular a partir del año 1930. Luego, las magníficas revistas « Architectural Record », « Architectural Forum »,

(3) « *Historia del arte* », tomo VI, « Arte Contemporáneo, Woermann.

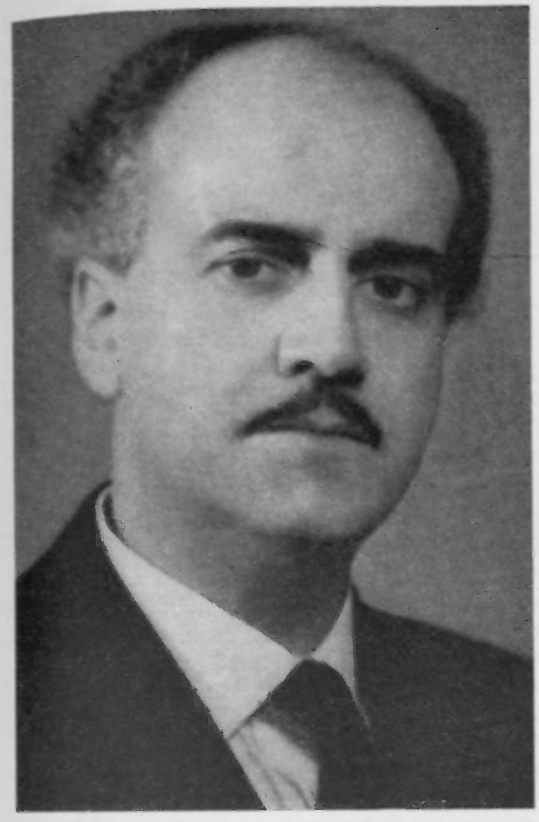
(4) « *La arquitectura Hispanoamericana a través de Wolfflin* », del autor 1927.

(5) « *Time, space and architecture* », Giedion.

(6) « *Orientación espiritual de la arquitectura en América* ». « La lección del plano, la masa y la línea », del autor. 1927.

(7) « *Rexford Newcomb* », « La Prensa », Buenos Aires, 1927. Del autor.

(8) « *Redescubrimiento de América en el arte* », capítulo « Frank Lloyd Wright, del autor. 1923.



ANGEL GUIDO

« Architecture » y otras, orientan hacia una estética más internacionalista, pero con acento propio norteamericano, en la aplicación de materiales y elementos constructivos altamente industrializados en aquel gran país. Todo ello, por supuesto, influyó poderosamente en la arquitectura latinoamericana.

Esta es, pues, una síntesis panorámica de la corriente estéticogenética de la arquitectura contemporánea y su evidente repercusión en América Latina. Veamos ahora, la segunda escuela, la técnicogenética.

La segunda escuela arquitectónica fué la técnicogenética, encabezada por Loos en Viena, Gropius y su « Bauhaus » en Alemania y Le Corbusier en Francia. El ágil arquitecto suizo francés Le Corbusier, recoge aquellas doctrinas y las lanza en 1923 a través de su primer libro « Vers une architecture », y luego desde su catequizante revista « L'architecture d'aujourd'hui ». De ahí la gran influencia que tuviera en América Latina, más que en París. En el prestigioso Institut d'Urbanisme de la Sorbona en París, ridiculizan la obra y la doctrina de Le Corbusier. En las Escuelas de Arquitectura de las univerdidades latinoamericanas le admiran como maestro y le veneran casi religiosamente.

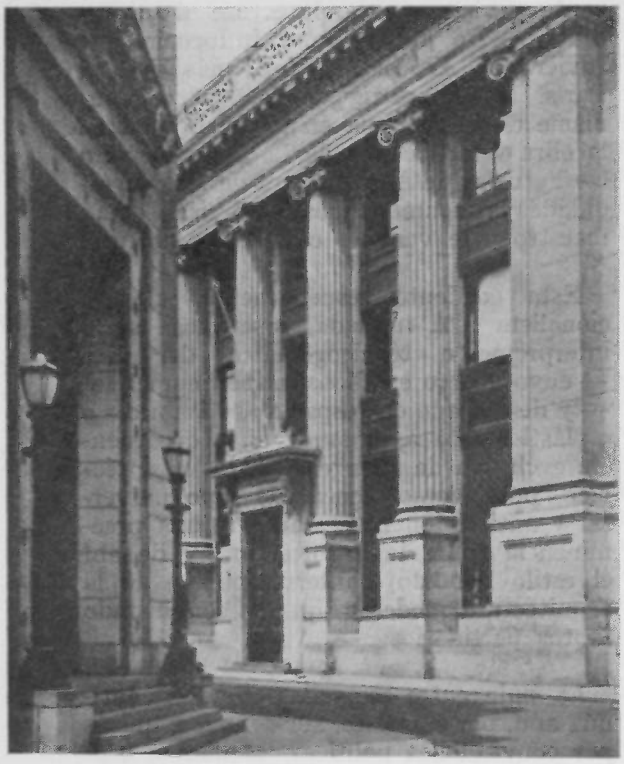
Esta corriente resueltamente internacionalista está fundada, repetimos, en la interpretación técnicogenética del arte — cuyo vocero en filosofía fué Semper (9) — y de ahí que el « espacio », « ámbito » o « plástica » se reduzcan a una consecuencia exclusiva de la ingeniería (10). La técnica, pues, como ciencia de suyo universal y antirregionalista, adquiere una preeminencia sobre la arquitectura y de ahí el estilo llamado « internacional » de la arquitectura moderna, que ha conquistado tantos partidarios

La puja entre estas dos escuelas continúa aún, por supuesto, sin definirse, quizás por convicciones políticas, sociales o económicas de los propios arquitectos. La verdad es que ambas corrientes desembocan en el segundo cuarto de siglo y se desplazan hasta el presente, inclinándose posiblemente hacia las dos concepciones políticas y sociales de nuestro tiempo. Es decir, la primera hacia la concepción materialista o marxista de la historia y de la vida presente, definiendo la Belleza como un apéndice de la utilidad. La segunda, democrática y liberal, en la cual función, técnica y belleza ocupan planos similares sin desplazamientos excluyentes (11). En suma, el funcionalismo estéticogenético — Wagner, Hoffmann, Frank Lloyd Wright, Saarinen, Piacen-

(9) « *Concepto moderno de la Historia del Arte* », capítulo « La corriente materialista », del autor. 1936.

(10) « *La machinolatrie de Le Corbusier* », del autor. 1930. Traducido al español por la Revista « Arquitectura », órgano oficial del Colegio Nacional de Arquitectos de Cuba.

(11) « *Concepto moderno de la Historia del Arte* », capítulo « La corriente idealista ». Del autor. 1936.



ESTILO NEOCLASICO LATINOAMERICANO

tini, etc. — y el funcionalismo técnico-genético — Loos, Gropius, Le Corbusier, etc. — son las corrientes estéticas que dominan el cuadro de la arquitectura moderna durante el segundo cuarto del presente siglo. Veamos ahora su influencia en América Latina.

Repercusión de ambas escuelas en América Latina

Invadieron Iberoamérica ambas escuelas, sin discriminación alguna. Obras de una escuela supieron clasificarse en la opuesta. Quizás no hubo conciencia exacta del instrumental plásticoarquitectónico importado y de ahí que, hasta la fecha, posiblemente no se adviertan obras de arquitectura que revistan, indubitablemente, carácter secular. Sin embargo ello no significa, como veremos, que la obra realizada hasta hoy no alcance a constituir el subsuelo estético de una gran arquitectura. Antes al contrario, tengo para mí que la labor extraordinaria cumplida puede ser, muy bien, el cimiento de uno de los movimientos arquitectónicos más interesantes, no sólo de América, sino universal. Me refiero al ensayo mexicano, como veremos más adelante.

Conviene repetir, sin embargo, que, excepción hecha de la arquitectura moderna mexicana y en parte de la brasileña, no se advierte el desescamoteable acento regional que ha constituído en la historia la única fuerza secular de las grandes arquitecturas del mundo. Nos referimos, específicamente, a la *presencia de América*.

Pero, no obstante este acento de desarraigo, es justicia presentar al movimiento arquitectónico del segundo cuarto de siglo en Latinoamérica, como un admirable ejemplo de insospechada fuerza creadora, como una hasta entonces desconocida exaltación de la técnica y la ingeniería sumadas al arte arquitectónico. El mapa de América Latina se ha sembrado de flamantes y magníficas obras de arquitectura y urbanismo, verdaderas transformaciones, casi mágicas, de algunas ciudades como el caso estupendo de Caracas, desconocido en el mundo entero, por la brevedad del tiempo dedicado a esta transformación que bien podría calificarse de asombrosa. Ello da la medida de la capacidad técnica y la pasión puesta por los arquitectos venezolanos. La admirable remodelación de Caracas prestigia altamente la arquitectura iberoamericana.

No ha regateado fervor ni talento, tampoco, la joven generación de arquitectos uruguayos, formados por ese admirable equipo de maestros de los cuales, con riesgo de olvidar algunos nombres, me aventuro a recordar a : General Arquitecto Campos, los hermanos Acosta y Lara, los hermanos Baroffio, Rouco, Cravotto, Scasso, Agorio, Boix, Terra Arocena, Giuria y otros no menos prestigiosos. A su tiempo, a principios de siglo, maestro de estos maestros fué el eminente M. Carré (1870-1941), a quien recientemente los arquitectos uruguayos rindieron emocionado homenaje. Pues bien, aquel pujante equipo fué el que preparó las bases de este

bizarro movimiento de la moderna arquitectura uruguaya, una de las más alertas del vanguardismo plástico y espacístico, no solamente en América sino en el cuadro de la arquitectura universal.

Chile y Argentina — como también el Uruguay — se han desplazado, en gran parte, paralelamente, dada la reducida influencia vernácula de las grandes ciudades portuarias y del interior. Maestros, generalmente franceses, fueron los conductores de los grandes talleres de las Escuelas de Arquitectura. Hasta el año 1930 la docencia giró alrededor de una escuela que podría calificarse de orientación académica. En la Argentina, la de Buenos Aires y, más tarde, la de la Universidad del Litoral, formaron una generación de arquitectos educados en una disciplina severa y lógica dentro de los estilos vigentes en ese momento. Lo mismo podríamos decir de las prestigiosas Escuelas de Arquitectura de las universidades de Santiago de Chile, la del Estado y la Católica. Lección generosa en el noble oficio de la arquitectura, alto magisterio del saber arquitectónico, disciplina en los múltiples problemas técnicos y estéticos que aún en esa época no habían sido contaminados por el vórtice triunfal del funcionalismo próximo. De esta manera la edilicia de las principales ciudades fué incrementándose merced a estos egresados que se distribuyeron profusamente en todo el ámbito de cada república. Y así, repito, hasta promediar 1930.

Más tarde, la corriente de vanguardia irrumpió enérgicamente en la vida profesional y en las universidades. Ciudades de acento cosmopolita no tuvieron mayor preocupación por imprimir un carácter local ni inquietud alguna por la ausencia de América en esas plásticas gigantes de la invasión vertical de la propiedad horizontal (12). Pero, no obstante esa suerte de desarraigo, las capitales argentinas, chilenas y uruguayas, fuéronse agigantando prodigiosamente. Y este es el tono enérgico y promisor que se advierte en esa insospechada incrementación edilicia de estas ciudades que quizás cumplan una misión ecuménica y universalista en el cuadro sinfónico de toda América.

En Colombia, la nueva generación de avanzada, nucleada en la Sociedad Colombiana de Arquitectos bajo la presidencia del prestigioso profesor arquitecto Hernando Vargas Rubiano, está realizando una verdadera obra de remodelación edilicia de las grandes urbes colombianas, desde Bogotá y Manizales hasta Medellín y Cartagena. Baste recordar las ciudades universitarias de Bogotá y de Medellín — esta última con su moderna Escuela de Arquitectura dirigida por el arquitecto y muralista Pedro Nel Gómez — con sus sistematizaciones llevadas a cabo dentro de una presentísima concepción arquitectónica y urbanística. Luego, el instrumental de la espacialidad — añadidos al color, en planos y masas — están convirtiendo las viejas poblaciones colombianas, en parte todavía coloniales, en organizaciones modernas, dignas y meritorias, dado el ágil y vivo espíritu que anima a los jóvenes arquitectos colombianos, educados muchos de ellos en los Estados Unidos y en Europa.

En el Perú, también cabe señalar la extraordinaria transformación de la vieja ciudad virreinal, convertida hoy en una flexible urbe moderna, con sus anchas avenidas arboladas y con una arquitectura de expansión vertical, sin audacia, pero ajustada a la sensibilidad plástica del momento presente. No se advierte, todavía, el acento americano o peruano en estas grandes obras — como en el caso mexicano — lo cual, a nuestro criterio, es de lamentar. La tradición peruana, incaica y preincaica, es de una fuerza sugestiva poderosa e insospechada, tan robusta como la de los aztecas y preaztecas. Sería de desear que en esta constante búsqueda de la sinfonías plásticas modernas — el lenguaje del arquitecto de vanguadia — pueda lograrse la asimilación de aquella abscóndita presencia de América cósmica, que ambula en la calle, en el paisaje y en el hombre peruanos, a pesar de todo alarde exotista. El ejemplo de México, me permito repetir, quizás marque un guión, por lo que no dudamos que el talento de los arquitectos modernos de aquella tierra de los incas, pueda, en

(12) Reportaje relativo al autor de este trabajo. Diario « La Nación », febrero 1953.

breve, crear una arquitectura digna de incorporarse a la cruzada que dí en llamar *redescubrimiento de América en el arte.*

En el Ecuador, con su maravillosa Quito — a la que calificáramos cierta vez como « la ciudad americana de las iglesias de piedra y oro » — la corriente moderna está desplazándose en barrios residenciales, no obstante que en algunas ocasiones suele interferirse, cautelosamente, en el casco de la muy digna y noble ciudad de Huayna-Cápac y Benalcázar. No es excepcional, por supuesto, descubrir algunos edificios técnicogenéticos imbricados en la vieja arquitectura todavía dieciochesca. La admirable institución de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, está preparando en estos momentos su gran palacio, que será inaugurado con un Congreso Internacional de la Unesco, en 1958, y ello dará la medida de la capacidad de los modernos y talentosos artistas quiteños, en el sentido de rescatar el eslabón perdido hace dos siglos.

Como expresión de anhelo, desearíamos, pues, que la moderna arquitectura funcional quiteña también redescubriera aquella vibración cósmica de América, para que el flamante edificio de esa benemérita institución, brillantemente dirigida por su irreemplazable conductor Don Benjamín Carrión, recoja la gran lección de la historia, cuando Quito fuera paradigma en el arte de toda América. Guiones los hay, desde la magia prístina del arte prehíspánico, hasta la piedra, el oro y la escala monumental de templos como San Francisco, la Compañía y la Catedral y, desde luego, el guión de América. Contrariamente, en Guayaquil, por ejemplo, no hay problema. Sin tradición colonial respetable y con marcado acento cosmopolita, ha podido ser interferida sin riesgo por la invasión moderna universalista. De cualquier manera, Guayaquil nunca tuvo pretensiones de constituir, de suyo, una obra de arte como Quito. Otras aristas, muy dignas por cierto, tiene esta ciudad que ha sabido marcar rumbos en la historia del Ecuador.

No quiero terminar este capítulo sin recordar, aunque fuere al vuelo, el vigoroso movimiento de Cuba, reflejado en su ágil revista « Arquitectura », órgano oficial del Colegio Nacional de Arquitectos Cubanos. Como en los demás países latinoamericanos, las dos etapas de un cuarto de siglo cada una se perfilan netamente. El equipo de maestros y profesionales que formaron técnica, estética y éticamente la nueva generación de arquitectos de vanguardia, fué nutrido y selecto. Entre aquellos maestos, algunos desaparecidos, se destaca la figura de Alberto Camacho, espíritu alerta y apasionado ensayista de garra y arquitecto, quien, a pesar de que la muerte le sorprendió en plena juventud, ha dejado obras de gran nobleza estilística. Luego, una pléyade de arquitectos historiadores, críticos y artistas como Weiss, Bens Arrarte, Martínez Inclán, Navarrete, Bay y Sevilla y tantos otros cuyos nombres lamento en este instante no recordar. Paralelamente, creo de interés citar la obra de un admirable esteta, vinculado a los arquitectos, quien desde su Instituto de Filosofía del Arte en la Facultad de Filosofía de la Universidad de La Habana, contribuyó eficazmente en la orientación de la arquitectura moderna, cuya huella filosófica y artística solamente un maestro y un instituto de tal jerarquía intelectual podrían señalar. Me refiero al Profesor Luis de Soto y Sagarra, fallecido a principios del año 1955, y cuya pérdida ha constituído una verdadera mutilación en la cultura artística de Cuba. Un mérito que no debemos regatear a este malogrado maestro, ha sido el de hacer trascender su instituto de altos estudios estéticos a la vida profesional del arquitecto cubano. También me es grato citar a otra figura excepcional que secundara, con alta capacidad, a aquel inolvidable maestro de fama universal. Se trata de Martha de Castro, talentosa profesora cuyos trabajos sobre arte colonial americano, han llevado su nombre, con jerarquía y dignidad, más allá de las fronteras de su patria.

En fin, toda una esforzada labor de un equipo de arquitectos y maestros de estética, altamente capacitados, que han convertido La Habana ochocentista en una ciudad viva, ágil y modernamente bella. Y es a estas dos generaciones de profesionales y profesores a las que Cuba debe esa remodelación edilicia de la legendaria Habana que todos admiramos.

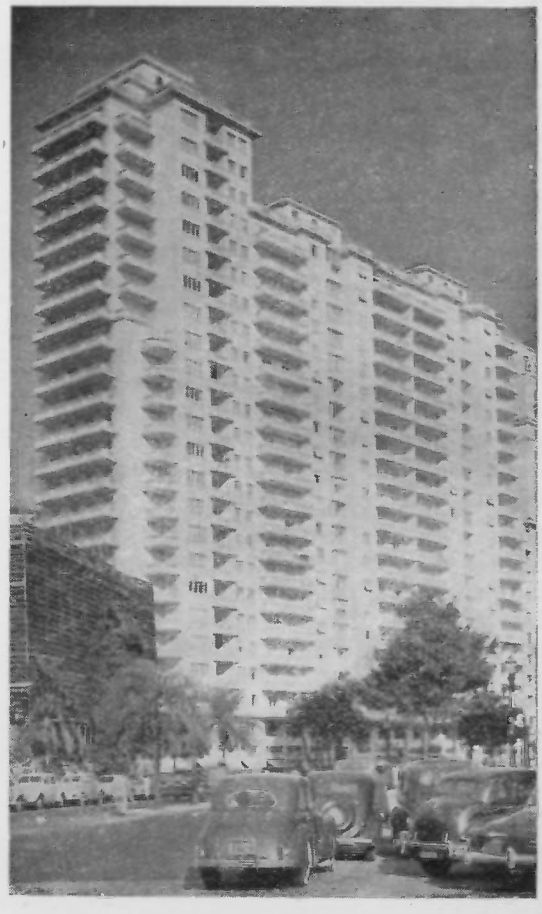
Arquitectura social

Merece capítulo aparte la obra realizada en Latinoamérica sobre el trascendental y grave problema universal de la vivienda del trabajador. Digamos, ante todo, que se trata del impostergable problema humano, quizás epicentro de la tremenda ecuación social de nuestro tiempo, cuya solución no se advierte con carácter definitivo. Con referencia a lo nuestro, ya se ha dicho que el obrero latinoamericano vive aún, en impresionante porcentaje, en viviendas precarias que no concuerdan con la dignificación de la vida del hombre en esta época de reivindicaciones sociales (13).

Durante el primer cuarto de siglo, no hubo en América Latina una seria preocupación por este problema universal. Es recién al promediar el año 1930 cuando los congresos panamericanos de arquitectos introducen por primera vez en sus temarios la inquietante ponencia de la vivienda obrera y su planificación adyacente. Las universidades, salvo excepciones, tampoco llevaron a primer término, en sus estudios arquitectónicos, este problema hoy fundamental en la vida de los pueblos. En la Universidad Nacional del Litoral de la República Argentina, se iniciaron desde 1925 trabajos exhaustivos sobre la vivienda mínima, proyectos que se concretan más tarde en el capítulo de la vivienda obrera del Plan Regulador de Rosario, en 1932. En 1937, tiene lugar en Buenos Aires la primera exhibición de Proyectos y Planificación de la Vivienda del Trabajador en la Exposición del Primer Congreso Nacional de Urbanismo. Esta muestra inspira la creación del único Congreso Panamericano de la Vivienda y Planeamiento, realizado en 1939 en la citada capital argentina.

Contemporáneamente, en Chile, los estudios llevados a cabo sobre vivienda mínima también pueden considerarse precursores, como los argentinos. Más tarde, los censos demográficos, técnicos, higiénicos y sociales, se multiplican en toda América. Se revelan así las condiciones del « habitat », en trabajadores urbanos y rurales, cuyos índices alarman a los gobiernos, a los sociólogos, a los universitarios, a los políticos. De ahí la mayor atención prestada a los estudios teóricos realizados en institutos especializados, como los notables de la Unión Panamericana, cuya labor ha superado ya los trabajos especializados europeos. En el año 1948 fué firmada por los representantes de los 21 gobiernos miembros, la adscripción del Consejo Interamericano Económico y Social (la S. I. E. S.), quedando incorporada a la O. E. A. (Organización Económica Americana), cuyo tema fundamental era el de la vivienda. Créanse, entonces, los hoy prestigiosos Institutos Interamericanos de la Vivienda de Caracas

UNA DE LAS CALLES DE SAO PAULO



(13) « Arquitectura y urbanismo de la vivienda del trabajador argentino », del autor. Congreso Regional de la Vivienda del Noroeste Argentino, Tucumán. 1955.

y Bogotá. El Centro Interamericano de la Vivienda, creado por acuerdo multilateral de todos los países de América, fué firmado el 18 de septiembre de 1951, en Bogotá, donde actualmente funciona con buen éxito en la Ciudad Universitaria. Desde esa fecha, este organismo ha realizado los estudios más exhaustivos de carácter social, político y económico, enfocados en el problema del hogar del trabajador, sea urbano o rural.

Entendemos que corresponde no regatear elogios a estas instituciones universitarias y estatales, que están desarrollando una labor encomiable en homenaje a la vida física y espiritual del obrero americano. Todos los países de América están trabajando armoniosamente en la búsqueda de las formas más prácticas que resuelvan este gravísimo problema social dentro de los medios y recursos propios de cada país. Este es el panorama de la extensa política de la vivienda y su planificación en América. Verdad es que hasta el presente, a pesar de la amplia labor ejecutada apenas si se ha resuelto una mínima parte de este problema capital. Esperemos que el talento, el patriotismo y la capacidad técnica de los maestros, profesores y arquitectos que intervienen en esta gran cruzada, logren el éxito esperado en lo concerniente al mejoramiento físico, económico y espiritual del trabajador latinoamericano.

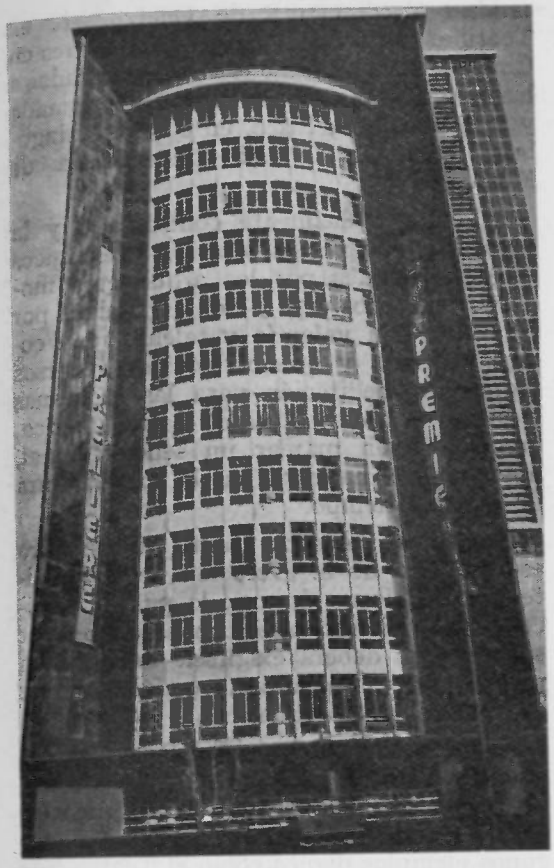
Presencia del trópico en la arquitectura moderna del Brasil

La influencia del trópico en la arquitectura brasileña viene de antiguo. Haciendo caso omiso de las construcciones indígenas rudimentarias de la época prehispánica — gruesos muros de barro y techo pajizo —fué en el siglo XVIII cuando ya se advierte el acondicionamiento del barroco lusitano a la región del sol clemente e inclemente. En toda la anchura geográfica del Brasil, el entonces arte jesuítico se instala victoriosamente, al comienzo sin aclimatación. Iglesias, capillas y casonas, en limpio estilo portugués, se distribuyen con profusión, recortándose sobre la fronda verde en las zonas boscosas, y sobre el cielo añil en las ciudades muy quebradas como Ouro Preto. Naves jesuíticas de Portugal, procedentes del Gesú de Roma, tapizan la tierra cálida de la palmera enhiesta y elegante, del río aurífero generoso y esperanzado y del morro gigante y abismal. Técnicamente, es la planta de la Iglesia de San Roque de Lisboa — conforme a los notables estudios de Paulo Santos — sin crucero ni cúpula, la que se repite en el Brasil por un motivo tropical: la noble madera abundosa y la escasa artesanía de la piedra. Los naturales habían llegado a una civilización incipiente comparados con incas y aztecas. La flamante y mágica tierra de América, pues, comienza a imponer condiciones. Asoma la originalidad: tropicalismo y barroquismo marchan paralelos. Plantas elípticas, caprichosas y apenas conocidas en Europa, como la de San Francisco en São Joao del Rey, hacen correr más de prisa la aventura barroca europea. En los interiores, la exuberancia estructural y decorativa supera los propios estilos Don Juan V y Don José de Portugal. Así, la Iglesia del Convento de San Francisco en Bahía, los retablos y púlpitos de Nuestra Señora del Pilar en Ouro Preto, el frontispicio del Colegio de los Jesuítas en Belén de Pará, la capilla de San Francisco de Asís en Ouro Preto, del Aleijadinho, etc.

El trópico, pues, presente en la tierra, en la vida y en el arte. América exigiendo su identificación, su presencia. Amaralinha de Bahía en los cafetales y en los frontispicios. Cadencia de las palmeras dobladas hacia el mar tibio en las playas y a misma cadencia en las espadañas de las iglesias de Pernambuco. Fronda de lianas y líquenes en las quebradas y cavernas de Tijuca. Fronda ornamental apretada y bárbara en las decoraciones de las iglesias de Bahía, de Belén y en ciertas tallas y muebles cariocas del Siglo XVIII.

En fin, quizás la misma temeraria monstruosidad de los morros gigantes tapizados de flora tropical, humanizados en el atormentado arte barroco del Aleijadinho, el torturado genial.

De todas maneras, la presencia del trópico durante ese siglo de afirmación telúrica en el arte de América.



Pero, ya lo dijimos, el siglo pasado fué para los americanos el de la ilustración y el enciclopedismo. Necesitábamos un siglo de educación universalista, de cultura ecuménica. Francia fué la maestra tutelar de este proceso de formación cultural indispensable, sin riesgo de perder nuestra libertad espiritual ni nuestra independencia política. En arquitectura fueron los luises quienes penetraron en el Brasil, y baste citar a Grand Jean de Montigny, estudiado eruditamente por Morales de los Ríos.

Academismo, exotismo, clasicismo y pseudoclasicismo. Es decir, arquitectura noble, digna, de alta categoría estilística ; pero inadvertida del paisaje, ausente ante esa presencia implacable de lo telúrico americano (14). Pero, al trasponer el siglo pasado aquel vórtice del trópico — suerte de voz visceral de América —, debió irrumpir nuevamente en la creación estética brasileña. Ya en el año 1930, durante el IV Congreso Panamericano de Arquitectos reunido en Río de Janeiro, jóvenes arquitectos y decoradores — entre ellos el grupo « Antropofagia » — traían un ideal un tanto primitivo y bárbaro, como réplica a los « luises » dominantes. Por supuesto, intención inmadura, sin rumbo cierto, sin norte exacto ; pero voz de alerta frente a la desconexión de arte y paisaje, cultura y tierra, vida y trópico. No debemos dejar de citar, también, la corriente funcional tradicionalista, propugnada contra los « luises » por el talentoso y malogrado director de la Escuela Superior de Bellas Artes de Río de Janeiro, José Marianno Filho. También en esa arquitectura lusoamericana, afincada en tierra brasileña, se encuentran notables estructuras antitérmicas : amplias y umbrosas galerías, muros gruesos, macizos techos de tejas, aberturas pequeñas, abundancia de verdes en árboles gigantescos. Es decir, esas casonas todavía en pie, que son frescas, amplias y confortables sin necesidad de refrigeración artificial.

Más tarde, la arquitectura de vanguardia llegó al Brasil cabalgando sobre el funcionalismo técnicogenético de Gropius y Le Corbusier. Los arquitectos jóvenes la recibieron generosamente, sin prejuicios, sin exigirle condiciones de importación foránea. Subconscientemente sabían que todas las corrientes estéticas forasteras se acrisolarían en el común denominador de su autenticidad brasileña : el *trópico*.

Pues bien, si podemos calificar de mensaje de los jóvenes arquitectos brasileños el movimiento moderno arquitectónico carioca y paulista, debemos relacionarlo con el trópico. Es decir, con el SOL. Toda la arquitectura brasileña de vanguardia gira alrededor del SOL. Los estudios más profundos sobre asoleamiento en Latinoamérica, fueron realizados por los arquitectos y físicos brasileños. El anciano profesor Albuquerque, de San Pablo, ya en el año 1929 publicaba su obra definitiva sobre asoleamiento. Luego una lluvia de ensayos sobre el sol. Clemencia e inclemencia del *sol*. Es decir, presencia ineludible del *trópico*.

(14) « *Presencia del Trópico en la arquitectura del Brasil* », del autor. Publicación de los Cursos Libres de Portugués y Estudios Brasileños. Rosario, (Argentina). 1952.

« Bris-Soleil », materiales antitérmicos, aleros funcionales, los más curiosos dispositivos técnicos para defenderse del sol. Y ya en el terreno estético, el ensanchamiento de la espacialidad ; la frescura de los revestimientos cerámicos ; la multiplicación generosa del ámbito, del vacío ; la ancha espacística como antídoto contra la claustrofobia tropical. No se trata del problema de facilitar la circulación del aire, ya que los sistemas mecánicos acondicionados la reemplazan. Es una necesidad estética, psicológica, psicofísica : *la anchura de las tres dimensiones de la espacialidad.*

Esta es pues, una visión panorámica de la robusta y alerta arquitectura brasileña moderna. Corriente que no solamente invadió las ciudades de esa gran nación, sino que tuvo una influencia evidente en casi todas las ciudades importantes de América del Sur, desde Buenos Aires y Montevideo, hasta Cartagena y Caracas.

En resumen, la arquitectura moderna brasileña puede considerarse como un ensayo del reencuentro con la geografía de América, abandonada después de más de un cuarto de siglo. Ensayo, repito, aún inmaduro, ya que fáltale aquella expresión de las grandes arquitecturas del mundo : el sentido de secularidad.

Presencia de América en la arquitectura moderna de México

He dejado de intento para el final, la relación sucinta de la arquitectura moderna mexicana, pues entiendo que se trata del ensayo más trascendental llevado a cabo en América Latina. Constituye una suerte de rescate del americano eslabón perdido, después de dos siglos de exotismos más o menos justificados. Como lo he dicho en otra ocasión, el caso mexicano es promisor para toda la flamante arquitectura de nuestro continente. Se trata del primer ensayo lanzado a resolver la ecuación más arriesgada de nuestro tiempo en Latinoamérica : vincular las artes tradicionales al funcionalismo estéticogenético. Las aún misteriosas plásticas de los viejos theocalis aztecas y preaztecas, las monstruosas decoraciones de Quetzacoalt en Teotihuacán o del Palacio de los Tigres en Chichen-Itza, remozadas y reincorporadas a las desnudas plásticas del cemento armado y a la libre espacística, en ejemplos singulares como la Ciudad Universitaria de México.

El color audazmente contrastado y la decoración de rasgos bizarros y enérgicos — desestimados por los arquitectos modernos europeos (15) — son esgrimidos por el artista con valentía y talento, con coraje estético y juicio técnico, recursos dignos de meditación para las modernas escuelas de arquitectura de Latinoamérica, empeñadas en marcar un sello regional, americano o nacional, en la arquitectura de nuestro tiempo.

Tracemos, mientras tanto, un cuadro esquemático de la evolución de la arquitectura mexicana durante la pasada semicenturia, visión panorámica a la que por supuesto no deberá exigírsele información precisa, sino la resultante estética de ese enervado proceso artístico.

Hasta el año 1925 se desplazan las corrientes estéticas europeas comunes a todos los países latinoamericanos : luises, neoclasicismos con interferencias barrocas — algunos ejemplos dignos como el Teatro Na-

(15) Loos, en 1920, decía : « La decoración es un crimen ». Le Corbusier, en 1923, repite : « La decoración y el arte decorativo no pueden ser considerados sino como un factor irreconciliable con el espíritu contemporáneo ». El autor de este trabajo, criticando estos conceptos, decía en 1929 : « Pero, a Dios gracias, — no obstante el ataque virulento de los maquinólatras de la arquitectura — el arte decorativo y la decoración serán siempre, en el amplio campo estético, una regocijada expresión de valentía y coraje del arte joven. La decoración al fresco, por ejemplo, y las artes de menor envergadura se enriquecerán, sin embargo, con cobaltos siempre nuevos, oros esplendorosos y bermellones vibrantes que no serán los cobaltos, oros y bermellones de las épocas pasadas. Para los artistas imaginativos, hoy como ayer, existen nuevas tierras, nuevos continentes y nuevos cielos por descubrir. Solamente la decadencia de la arquitectura puede caer en una negación absoluta de la decoración unida a la arquitectura ». « La maquinolatría de Le Corbusier », *La Prensa*, Bs. As. 1929.

cional, actual Palacio de Bellas Artes —, donde, por supuesto, no son excepciones las consabidas « mansardas », como una romántica alusión parisina en tierra de los aztecas. Después de la revolución del año 1910, se completa aquel cuadro foráneo con una pretendida rehabilitación del colonial ; pero simplemente decorativo, sin carácter tectónico ni funcional con las estructuras estáticas, que el alerta profesor José Villagrán García, califica de « anacronismo nacionalista ».

Es recién al trasponer el primer cuarto de siglo, cuando aparece un movimiento neocolonial, más ajustado a la realidad técnica moderna y que se acerca a la corriente estéticogenética por la inteligente concepción de las masas y de los espacios. Se puede citar, en este sentido, la obra del arquitecto Juan Segura (16) que constituye un interesante ensayo hacia la afirmación de un acento local en la arquitectura latinoamericana del presente siglo (17). Pero este primer hallazgo de la espacística y lo tectónico, no satisface ampliamente a la joven generación de arquitectos, y comienzan entonces a desplazarse las dos corrientes citadas al principio de este ensayo, la estético genética y la técnicogenética.

A este punto, es justicia recordar los nombres de los maestros de la pasada generación que prestigiaron la Escuela de Arquitectura de la centenaria Universidad Nacional. Destacamos a Lazo, Mariscal, Centeno, Ituarte y Dubois. Más tarde, los alumnos formados en esta escuela de clásica dignidad, sin prejuicios frente al advenimiento avasallante de la nueva sensibilidad, fueron los que orientaron la enseñanza universitaria hacia la arquitectura de vanguardia. Volvemos a citar a Villagrán García como el primer decano que imprimió ese nuevo rumbo hacia el lenguaje plástico que hoy usa el arquitecto de nuestro tiempo.

(16) « Arquitectura mexicana contemporánea ». José Villagrán García. México, 1950.

(17) En la Argentina también, contemporáneamente, se lleva a cabo un movimiento similar fundado en el estilo mestizo o euríndico perú-boliviano. Ejemplo: residencia de Ricardo Rojas en Buenos Aires. Obra del autor de este trabajo.

Ahora bien, este movimiento llámesele tectónico, espacístico, técnicogenético o estéticogenético, se aproxima hasta el año 1950. No se advierten matices regionales ; lo mexicano no se descubre en el juego estéticoestático de las masas, de los planos y de las líneas. La influencia extranjera, a través de « L'Architecture d'aujourd'hui » especialmente, determina un común denominador exactamente igual en toda la arquitectura moderna latinoamericana. Baste sólo anotar que si se presentan los numerosos ejemplares de edificios de expansión vertical u horizontal de esta época, y no se señala su origen, difícilmente podrá advertirse su nacionalidad. Y, dicho sea de paso, esta es la deuda que tiene con América la tectónica y funcional arquitectura de nuestro continente. Los Estados Unidos han puesto su acento en la alta industrialización y la asombrosa perfección técnica de las estructuras estáticas. Pero Latinoamérica, de tradición estética más que estática, continuó hasta hace muy pocos años este estilo, podríamos llamarle « universalista », y he aquí el ensayo más arriesgado y admirable realizado por la nueva generación de arquitectos mexicanos : rescatar el acento cósmico y estético de las milenarias culturas aztecas y preaztecas para mejicanizar las modernas plásticas de cemento, cristal y piedra de la más avanzada y temeraria arquitectura de nuestro tiempo. Tal es el ejemplo, repito, aleccionador para toda la arquitectura moderna latinoamericana, ensayado en la flamante Ciudad Universitaria de México.

El instrumental rescatado es plástico y pictórico. Lejanas remembranzas de los theocalis o pirámides escalonadas, tapizadas de misteriosos y policromados bajorrelieves, donde asoman cabezas colosales de la serpiente emplumada o Quetzacoatl. El arquitecto versado en el lenguaje plástico de masas y ámbitos — captados por la « Einfühlung », según aconseja Wölfflin — ha dejado verter esa fuente abscóndita de la tierra, clausurada por un exceso de exotismo o quizás deslumbrado por la magia de los trucos fotográficos admirablemente logrados en las revistas europeas y norteamericanas.

Nace, así, el primer ejemplo de afirmación telúrica, el primer ensayo de afinca-

miento americano en esa arquitectura uniforme e internacional codificada desde las ágiles y catequizantes publicaciones extranjeras.

Presencia de América, pues, en la moderna arquitectura mexicana, por supuesto no lograda definitivamente ; pero, traída a cuento con gran lealtad, con esperanzada intención, con limpio ademán. Podrían señalarse reparos, claro está. Falta de franqueza, entre la indispensable simbiosis de la decoración mural y la plástica. Vacilación en el avance del fresco de dos dimensiones, hacia la tercera del espacio arquitectónico. Muralismo y tectonicismo todavía no imbricados en la unidad indispensable para que la arquitectura adquiera carácter secular.

Sinfonía de plásticas audaces donde asoma abscónditamente, repetimos, la fuerza telúrica de las grandes composiciones monumentales aztecas, toltecas, mayas ; la violencia del color de los murales que tapizan los planos geométricos y limpios ; los bajorrelieves policromados de Rivera, extendidos en centenares de metros cuadrados en expansión horizontal : el paralelepípedo enhiesto de la Biblioteca de la Universidad, tapizado de cerámica policromada con motivos simbólicos de la fabulosa y rica tradición mexicana. En fin, toda una orquestación de espacios macizos y huecos, de plásticas serenamente horizontales y gallardamente verticales, envueltas en una vigorosa síntesis policroma. Y todo ello transpirando telurismo y revivencias de formas, colores y vidas ancestrales emboscadas en la trastienda del alma mexicana de ayer, de hoy y de mañana.

Este es, pues, el ensayo más valiente realizado hasta hoy por la arquitectura moderna latinoamericana. Es decir, el coraje de exigir presencia de América en la moderna arquitectura de vanguardia. Como el muralismo mexicano fuera precursor de la pintura social moderna (18), también esta intervención de América en el arte de construir constituye el primer ensayo promisor y esperanzado. Es decir, ya comienza a advertirse en la arquitectura latinoamericana de vanguardia la *presencia de América*. Con el muralismo, pues, otro impacto de los artistas mexicanos, otra flecha en el blanco del *redescubrimiento de América en el arte (19)*.

Conclusión

Tal es, pues, la visión panorámica prometida sobre la evolución de la arquitectura latinoamericana durante el presente siglo. Reconozco que, por motivos de espacio y dado al carácter de este trabajo preparado especialmente para CUADERNOS, se hayan deslizado frecuentes lagunas en la descripción de obras y en la cita de autores, arquitectos y artistas. El tema es, de suyo, de una amplitud sin fronteras y el mandato fué de apretada síntesis. Sin embargo, tengo la esperanza de haber logrado aquella vertebración buscada y de haber expresado, aunque mutiladamente, mi admiración por el vigoroso movimiento arquitectónico desarrollado especialmente durante el último cuarto de siglo.

Se diría que así como los rascacielos asoman sus torres enhiestas sobre los viejos techos coloniales y remendadas azoteas del pasado siglo, la actual arquitectura latinoamericana se ha puesto de pie para señalar la presencia de América en sus plásticas gallardas y monumentales y pretender, con justicia, un lugar jerárquico de avanzada en la arquitectura universal de nuestro tiempo.

ANGEL GUIDO

(18) « Diego Rivera », del autor. *La Prensa* Bs. Aires, 1934.

(19) « *Redescubrimiento de América en el Arte* », del autor. 1943.

"Amerigo y el Nuevo Mundo"

nueva obra de Germán Arciniegas

POR I. IGLESIAS

GERMAN ARCINIEGAS, el brillante escritor de coloreado y gayo estilo, gran poeta en prosa, buceador incansable de la historia y de la vida, nos ha dado últimamente una nueva obra de interpretación histórica. Se trata de *Amerigo y el Nuevo Mundo*, editada por la Editorial Hermes, de México, sin duda alguna una de las aportaciones principales a la comprensión de Amerigo Vespucci.

La figura del florentino había llegado hasta nosotros, por causas que Arciniegas se cuida de señalar, bastante desdibujada, por no decir borrada del todo. Por este motivo, entre otros más, el estudio de Arciniegas resulta todo un acierto, puesto que nos ayuda extraordinariamente a comprender y a situar en su verdadero lugar a Amerigo Vespucci, uno de los casos más extraños y excepcionales que nos ofrece la historia, el cual se ha visto vituperado y a la par glorificado con todo un continente al que se dió su nombre. No hay que olvidar, para mejor calibrar esta nueva obra de Arciniegas, que Amerigo nos era conocido como un vulgar usurpador o como un hombre de suerte a quien el azar le había otorgado un premio que no merecía. Creemos que ahora, gracias a Arciniegas, nos es dado conocerlo tal como fué.

« Este libro — nos aclara Arciniegas en la introducción — ha nacido de un sencillo deseo de aproximación humana a Vespucci. No se trata de una obra de reivindicación, ni una contribución a riñas académicas. Es evidente que el resultado final de este estudio muestra un Amerigo Vespucci radicalmente distinto del que han retratado sus detractores, y diferente del que muestran sus panegiristas. » El autor de *Amerigo y el Nuevo Mundo* ha manejado con suma destreza un material copioso de indiscutible interés, mostrando a lo largo de las trescientas cincuenta y tantas páginas del libro su familiaridad con el personaje estudiado. Así ha logrado alcanzar su objetivo, ofreciéndonos una obra de amena lectura que habrá de quedar como texto de consulta.

Germán Arciniegas, que desde hacía bastantes años venía estudiando las vidas de los Vespucci a través de un siglo de apasionada historia florentina, llegó hasta Amerigo como término natural y lógico de su investigación. Y en consecuencia se detuvo para establecer la biografía de quien había tenido una existencia inquieta de proyección universal, dejando para más tarde el presentar a los otros Vespucci.

***

Todas las grandes figuras del descubrimiento y de la conquista cuentan con sendas biografías ; sólo Amerigo Vespucci ha venido permaneciendo en la oscuridad a que fué violentamente arrojado por sus numerosos detractores. Como es sabido, abrió la guerra de difamación el obispo Bartolomé de las Casas — justamente uno de los más distinguidos historiadores de los descubrimientos —, afirmando que Vespucci no había pasado de ser un vulgar envidioso que con malas artes logró robar la gloria a Colón. Y tras el obispo

fueron repitiendo el mismo cargo casi todos los historiadores españoles y no pocos extranjeros. El motivo real quizás no fué otro que el afán desmesurado de reivindicar a Colón, cuyas relaciones postreras con sus compañeros de navegación, con los primeros colonos y con la propia Corte no fueron muy afortunadas. Amerigo, ajeno a todos esos conflictos, pagó las consecuencias, no obstante su amistad con el Gran Almirante y la estima en que este último le tuvo hasta el día de su muerte.

Efectivamente, Colón y Vespucci fueron en Sevilla, desde 1492 hasta 1506, año en que murió Colón, dos amigos constantes, entre los cuales jamás existió sombra alguna de rivalidad. Arciniegas reproduce, como prueba indiscutible del fraternal entendimiento que les unió en vida, la carta que Cristóbal Colón escribió a su hijo Diego poco antes de morir. De esta carta son estas líneas por demás elocuentes : « Amerigo Vespuchy, portador desta, va allá (a la Corte), llamado sobre cosas de navegación. El siempre tuvo deseo de me hacer placer : es mucho hombre de bien : la fortuna le ha sido contraria como a otros muchos : sus trabajos no le han aprovechado tanto como la razón requiere. El va por mío y en mucho deseo de hacer cosa que redonde en mi bien, si a sus manos está. Yo non sé de acá en que yo le imponga que a mí aproveche, porque non sé que sea lo que allá le quieren. El va determinado de hacer por mí todo lo que a él fuere posible... »

Necesario es recordar que esta carta de Colón fué escrita dos años después de que Amerigo Vespucci publicara su documento *Mundus Novus* y un año después de la misiva que dirigió al nuevo Gonfaloniero de Florencia Piero Soderini, en la cual le refería sus cuatro viajes. Arciniegas, señala, además, que en la vida de Colón escrita por su hijo Hernando no se ve, ni por asomo, la sombra de un reproche a Amerigo. El hecho no deja de tener su importancia.

***

Comienza Arciengas su libro relatando el acto del bautismo de Amerigo y señalando quién era la familia de los Vespucci, miembros de aquella burguesía florentina que en lucha constante con los barones teutónicos, que dominaban los alrededores de la ciudad, había terminado por imponerse como una república de gente activa y trabajadora. Los Vespucci se dedicaban a los negocios, participando en la extensión de la red comercial que transformaba poco a poco la faz de Europa. En el nacimiento de una nueva economía, que iba minando la antigua sociedad feudal, aparecía como uno de los principales centros Florencia, frontera donde terminaba el occidente y comenzaba el oriente. Tanto era así que, como afirma Arciniegas, « desde 1400 puede decirse que había en Europa un Nuevo Mundo, cuya capital era Florencia ».

La educación de Amerigo corrió a cargo de su tío Giorgio Antonio, una de las figuras más interesantes de todos los Vespucci, « el hombre de carne y hueso del humanismo », al decir de Arciniegas. Y añade éste : « Al lado de las reflexiones morales, Giorgio Antonio llevó a la mente de Amerigo la tentación de los viajes. Fué desenvolviendo ante sus ojos el mapa del mundo en colores. » « Amerigo pudo familiarizarse con las obras de Dante y de Petrarca, y saber de los autores antiguos como Platón, Heráclito, o Demócrito ; tomar parte en las disputas sobre epicúreos y estoicos ; iniciarse en el estudio de Ptolomeo ; gozar de los epigramas de Marcial, leer a Tito Livio, y acercarse a los poetas contemporáneos de Florencia... »

A través de las páginas que Arciniegas ha dedicado a Amerigo Vespucci, puede verse que « el navegante fué un buen hombre, y un hombre culto, ilustrado en la mejor escuela del humanismo, que accidentalmente llegó a España, que se vió envuelto en los viajes no por espíritu aventurero ni por vocación heroica, y que debió todo el curso de su carrera a dos condiciones fundamentales en él : una curiosidad científica iluminada por su propio genio, y la fama, que jamás dejó de acompañarle, de ser un hombre en quien todos podían confiar. » Tanto fué así que en sus viajes, todos ellos fruto de la confianza depositada en él por Fernando el Católico y por el rey de Portugal, nunca mostró el menor interés por otra cosa que no fuese el deseo de completar las exploraciones, ajeno por tanto a ese afán por el oro que había anidado en casi todos los conquistadores.

***

Amerigo Vespucci, que se hallaba al servicio de Popolano, uno de los Médicis, hizo un primer viaje a Sevilla, en el otoño de 1489. Adquirió por aquel entonces un mapa, en realidad una carta práctica para navegantes, obra de un geógrafo de calidad : el mallorquín Gabriel de Valesca ; esta compra indica que el florentino iba orientándose hacia una actividad distinta a la que venía siendo la suya. Un segundo viaje a Sevilla, donde acabó por quedarse y formar un hogar, decidió ese cambio de actividad. Terminó por abandonar el comercio para intentar irse a las nuevas tierras descubiertas. « Esto se me ofreció — escribió Amerigo al Gonfaloniero Piero Soderini — en tiempo y lugar muy oportunos, pues el rey don Fernando de Castilla, teniendo que mandar cuatro naves a descubrir tierras nuevas hacia el occidente, fuí elegido por Su Alteza para que fuese en ese flota para ayudar a descubrir. Partimos de Cádiz el día 10 de mayo de 1497... »

Este viaje resultó de fundamental trascendencia. Se descubrió, en efecto, que la tierra de las Indias orientales de que había hablado Colón era sólo la isla de Cuba, detrás de la cual se extendía la vasta costa de México. Las naves de este primer viaje de Amerigo fueron las primeras que llegaron a tierra firme, y él fué el único que describió esta expedición en un relato confirmado a continuación por los mapas que se dibujaron. Un segundo viaje de Amerigo Vespucci, aún por la cuenta de don Fernando, llevó la nave en que iba el florentino hacia el sur, hasta los 8 grados por debajo de la línea del ecuador. Mas Amerigo seguía creyendo, al igual que Colón, que las nuevas tierras descubiertas correspondían al Asia. Esta creencia desaparecería en Amerigo como consecuencia de un tercer viaje, efectuado esta vez bajo bandera portuguesa, en el curso del cual se descubrió la desembocadura del río de La Plata y se llegó a las costas de Patagonia, no lejos del lugar que daba paso al Pacífico y que Magallanes descubriría trece años más tarde.

En los relatos que escribe Amerigo llega a la conclusión de que la tierra firme que había visto no era el Asia, sino un nuevo continente. Redactó entonces su *Mundus Novus*, « uno de los documentos más famosos de la historia universal », como afirma Arciniegas. « Era una carta breve, pero que fija desde la primeras líneas el alcance del hallazgo. » La expresión de Nuevo Mundo tomó entonces toda su significación, mientras Colón moría con el error de que había puesto sus pies en la India. Los relatos de Amerigo se tradujeron en pocos años a numerosas lenguas y provocaron un cambio total en las ciencias geográficas. Y fué tal el entusiasmo que despertaron en un grupo de geógrafos de un monasterio de Lorena, que surgió entre ellos la idea, que terminó por imponerse, de darle el nombre de América a ese Nuevo Mundo. Fernando el Católico, por su parte, tomó el partido de nombrar a Amerigo Piloto Mayor, poniendo así bajo su cuidado todas las empresas de los navegantes de su reino.

***

Germán Arciniegas ha logrado plenamente trasladar a las páginas de su *Amerigo y el Nuevo Mundo* toda la emoción de la que fué una vida inquieta y estudiosa, hasta ahora deliberadamente descartada del grupo de las grandes figuras de la historia. La simpatía del biógrafo por el biografiado, es indudable. No seremos nosotros los que se lo reprocharemos ; muy al contrario, puesto que no podemos imaginarnos la necesaria objetividad sin una cierta pasión. Lo cierto es que Arciniegas ha salido airoso de su entusiasta empresa de ofrecer un Amerigo Vespucci verídico, humano, de gloria harto merecida por haber sabido leer en las estrellas y ver primero que nadie la nueva parte del mundo que lleva su nombre.

I. IGLESIAS

Geopolítica del hambre

POSIBLEMENTE, no se ha publicado en nuestros días ningún libro más oportuno y trascendental que el de Josué de Castro titulado *Geopolítica del hambre*, editado por el sello Raigal de Buenos Aires. El ilustre presidente de la Organización de la O. N. U. para la Agricultura y la Alimentación estudia en él las múltiples manifestaciones del hambre en el mundo, con sus implicaciones y repercusiones políticas, de manera que aparezca correlacionado el problema del hambre con las contingencias políticas en que se debate el mundo.

Ha realizado, al efecto, una investigación completa, que abarca el planeta entero y que pone de relieve hechos y consecuencias bastantes para inquietar al espíritu más optimista y despreocupado.

Al frente del notabilísimo trabajo, aparece un prólogo de una de las mayores autoridades en la materia, el sabio británico John Boyd Orr, quien entre otros esclarecimientos nos advierte que el término « hambre » no significa, tan sólo, carencia de alimentos con que satisfacer el apetito, sino carencia de cualquiera de los cuarenta constituyentes indispensables para el mantenimiento de la salud. Entendida así el hambre, resulta que, en los mejores tiempos anteriores a la guerra, se estimaba que dos tercios de la población mundial estaba hambrienta, y últimamente un Comité norteamericano confirmó que eso ocurre ahora con el 85 por 100 de la humanidad.

Frente a tan aterradora y sonrojante realidad, inevitablemente se plantea este doble problema : ¿ es el hambre un fenómeno natural, inherente a la vida humana ; es decir, una contingencia fatal como la muerte ? O, por el contrario, ¿ será una plaga social creada por el hombre mismo ? Tal es el asunto que aborda y debate en este libro el profesor brasileño Josué de Castro.

A su entender, según datos e informes debi-

damente comprobados, el hambre no puede ser imputada a una supuesta mezquindad de la naturaleza ; porque la tierra ofrece al trabajo humano, para atender a sus necesidades alimenticias, cerca de 16.000 millones de acres ; o sea, cerca de ocho acres por persona ; y, según cálculos de los entendidos en agricultura y nutrición, apenas son necesarios dos acres por persona para obtener los alimentos que exige un régimen racional ; es decir, cuatro veces menos de lo que la naturaleza pone a disposición del hombre.

Otra prueba de la falsedad de esa teoría que presenta al hambre cual un fenómeno natural, es que la porción de tierra cultivada por el hombre no alcanza a 2.000 millones de acres, lo que corresponde a menos de la octava parte de las posibilidades naturales de la tierra.

Carece, pues, de todo fundamento la afirmación de que es imposible aumentar la producción de alimentos a causa de encontrarnos en el límite máximo de aprovechamiento del suelo y de la saturación humana de la tierra, máxime si se tiene en cuenta que la actual producción por hectárea, en la mayor parte del mundo, es susceptible de un incremento considerable mediante métodos agrícolas racionales.

Está claro, por consiguiente, que no son las condiciones naturales las que sumen a los grupos humanos en la situación de hambre, sino que ésta es causada por ciertos factores culturales, producto de errores y defectos graves de las organizaciones sociales.

Tampoco es la superpoblación lo que crea y mantiene el hambre en ciertas zonas del planeta, sino que, por el contrario, es el hambre la que origina la superpoblación, debido a que la ley general que parece regular el aumento y el decrecimiento de la vida, ya vegetal, ya animal, es que siempre que determinada especie o género está amenazado, la naturaleza promueve un esfuerzo para la preservación y continuación de la especie, y lo hace aumentando la fecundidad o la fertilidad. Así, cuando la amenaza proviene de la disminución de la nutrición o del alimento adecuado, el estado « depletórico » favorece la fertilidad, en tanto que el estado « pletórico » la perjudica en proporción a la respectiva intensidad.

¿ Cómo resolver, entonces, el trágico y agudísimo problema del hambre en el mundo ? El mayor mérito de este espléndido libro radica precisamente en el acierto con que su autor enfoca ese aspecto, el más importante de la cuestión. Porque, contra lo que opina la generalidad de las gentes y aun de los gobernantes, no se trata de un problema de técnica agrícola e industrial, de incremento de la producción mediante un mayor y mejor aprovechamiento del suelo, sino que es un problema predominantemente económico y social.

No se trata, tan sólo, en efecto, de producir más, sino ante todo y sobre todo de distribuir bien lo que se produce, de modo que no se pueda caer en la absurda e irritante situación de que sobren los alimentos en los centros productores y se padezca un hambre crónica en extensísimas zonas mundiales.

Si tan increíble monstruosidad es la regla general en este desquiciado mundo, se debe a que el mecanismo distribuidor de la riqueza se ha organizado con fines explotadores, para que unos pocos privilegiados se apropien la mayor parte de la riqueza y la inmensa mayoría no perciba sino una porción minúscula o no perciba nada. La consecuencia inevitable de semejante sistema expoliador es que el poder adquisitivo de las gentes está repartido tan injusta y desigualmente, que una incontable cantidad de personas que desean adquirir y consumir carecen de medios para ello, porque se les despoja del rendimiento de su esfuerzo mediante el sistema que concentra la riqueza en pocas manos, y porque se les impide trabajar y producir como podrían y querrían hacerlo.

Todo lo contrario ocurre, en cambio, cuando el mecanismo distribuidor funciona adecuadamente, de manera que todo productor y, por lo tanto, todo trabajador, perciba la parte de riqueza proporcional al esfuerzo con que contribuye a la producción. Entonces, los mercados consumidores poseen creciente capacidad adquisitiva, absorben toda la producción y aun incitan al progresivo desarrollo de ésta.

De ahí que la justa y debida distribución de la riqueza sea la condición primera y fundamental del incremento de la producción y la única forma de evitar los desastres de las crisis económicas. Así lo ha visto el profesor Castro, y por ello sostiene en su libro que sólo ampliando el poder adquisitivo y la capacidad de consumo de los grupos marginales, que constituyen los dos tercios de la hambrienta humanidad, podrá prosperar y sobrevivir nuestra civilización.

Ese problema eminentemente económico, el de la justa distribución de la riqueza, constituye, pues, la verdadera clave de la tragedia del hambre. Es un problema que sólo la ciencia económica puede resolver ; y lo tiene efectivamente resuelto al haber descubierto y enunciado las leyes naturales que rigen la distribución de la riqueza de manera que cada uno de los factores que intervienen en la producción reciba la parte que le corresponde.

Pero en el campo de la economía ocurre el inaudito absurdo de que el hombre no se atiene, como en los demás campos científicos, a las leyes que rigen sus respectivas actividades, sino que pretende sustituirlas por el capricho, la arbitrariedad, el oportunismo y la improvisación. Así, unas veces las viola para que una minoría rapaz

se apropie lo que pertenece a los demás ; y otras, cuando se trata de poner remedio a tan intolerable despojo, se incide en el desatino de que los hombres con funciones de gobierno dicten a su voluntad las normas que buenamente les parecen adecuadas, sin tener para nada en cuenta las prescripciones de la ciencia.

Por ello tiene toda la razón Josué de Castro cuando denuncia que ciertas naciones prefieren mantener regionalmente sus altos niveles de vida a combatir el hambre en el escenario universal y que ciertos grupos privilegiados optan por la conservación de sus injustas ventajas en lugar de promover el imperio de la justicia distributiva. Mientras se piense y se proceda con criterio tan estrecho y mezquino — concluye — el mundo continuará bajo la amenaza de guerras y revoluciones, hasta que la necesidad de sobrevivir a toda costa obligue a los privilegiados al abandono de sus privilegios.

CARLOS P. CARRANZA

"La revolución guatemalteca", de Luis Cardoza y Aragón

ESTE libro es, entre los últimos nueve publicados por la casa que lo editó, el cuarto de los que se destinan a defender o elogiar algo prohijado por Rusia. El autor es un poeta y escritor guatemalteco bien dotado y aceptable crítico de arte ; pero también conocido « compañero de ruta » del comunismo.

La obra que comentamos es cálida defensa del gobierno del coronel Jacobo Arbenz, y pese a ser ya evidente que su gobierno fué instrumento dócil de los comunistas del país, servidores, como todos, de Rusia, en él se dedican muchas páginas al intento de probar que fué ejecutor fiel de la revolución popular de Guatemala.

Siguiendo al pie de la letra la corriente comunista que trata de explicar la derrota de Arbenz por la falta de preparación de resistencia armada contra cualquier posible rebelión, y en particular contra la que lo derrocó, al final de su libro Cardoza y Aragón relata con amplitud hechos que demuestran que, en efecto, nadie o casi nadie se opuso a los guerrilleros que encabezaba Castillo Armas. El capítulo destinado a este fin termina con las siguientes, reveladoras palabras : « La guardia civil, la segunda fuerza armada del país, se mantuvo fiel hasta el último momento : unos mil hombres en la capital, con seiscientas ametralladoras. Y unos mil más en el resto del país. Parte del Estado Mayor presidencial y oficiales sin mando... La gran manifestación de apoyo, preparada en los días mismos de la lucha, fué cancelada... Ninguno de los partidos, ninguna de las organizaciones populares se echó a la calle revolucionariamente, exigiendo y denunciando la situación, por el mecanismo atrasado, mezquino y oficializado de nuestra vida política. »

De semejante filón podrían sacarse muchas conclusiones. Concretémonos a dos : allí campea, lozana y esplendente, la concepción burocrática característica del comunismo : sin organización, sin « aparato », nada tiene vida, nada es posible. Segundo : la pasividad con que las masas vieron caer a Arbenz, prueba es de que su gobierno ya no representaba la revolución popular de Guatemala, pues cuando los pueblos sienten una causa, no esperan ni necesitan consignas, voces de mando o « slogans ». Se lanzan a la lucha, vayan al triunfo o a la derrota. Así sucedió en España en 1936 y en México en 1913, cuando verdaderamente se inició su gran revolución.

En esos tiempos imperaba en América la política imperialista del *big stick*. El embajador norteamericano en México, Henry Lane Wilson alentó y aun dirigió personalmente, invocando a cada paso la fuerza de los Estados Unidos, la conjura militar que terminó con el asesinato del presidente Madero y el entronizamiento de la dictadura de Victoriano Huerta, que es una de las peores que ha sufrido Latinoamérica. Pese a ello, y pese también a que por sus errores y debilidades Madero se había distanciado del pueblo que lo había idolatrado, como ese pueblo conservó sus simpatías por la revolución que la víctima de los militares había encabezado, los mexicanos, lejos de ponerse a lanzar diatribas contra los Estados Unidos, se arrojaron a la lucha y en dos años que costaron torrentes de sangre, bajo el fuego organizaron poderosos ejércitos y arrojaron a Huerta del poder, estableciendo un régimen que no sólo ya no fué obstaculizado por Washington, sino que incluso llegó a tener su apoyo.

No habiendo sucedido nada que se parezca en Guatemala con Arbenz, la falta de apoyo popular para éste, que señala el libro que comentamos, prueba que allí no se jugaban en la lucha los intereses populares ni nacionales, sino que se dirimía una escaramuza del choque universal de dos fuerzas exteriores, hasta cierto grado ajenas al pueblo de Guatemala, por no comprender éste, como muchos otros pueblos, que ahora se juega el porvenir de la humanidad entera. Una prueba más de ello es la especie de huelga de votos con que los ciudadanos de Guatemala respondieron a la convocatoria a elecciones que recientemente hizo el coronel que ahora los gobierna, huelga con la cual queda demostrado una vez más, por otra parte, que no es con medios como los que se emplearon en Guatemala como se podrá atraer a los pueblos al campo demócrata.

Lo decimos sin mengua de nuestra identifica-

ción con la coermdacia en la pugna que sostiene con el totalitarismo, a fin de que, con base en las confesiones de un soldado de éste, se vea cómo las masas de América Latina son ajemas a él. Pero también para que se comprenda hasta qué grado es indispensable que las potencias democráticas den a los hombres libres de los países débiles el apoyo que les es indispensable — dado el atraso de sus grandes masas — para impedir por sí mismos la penetración de la influencia comunista, que sólo logra penetrar entre las capas resentidas de sus clases medias. Si tal cambio llegara a efectuarse, las maniobras de la propaganda moscovita no rendirían a sus patrocinadores frutos como los que cosecharon en el « caso Guatemala », que como se ve por el libro de Cardoza y Aragón, todavía sigue siendo explotado para tales objetivos.

R. G. T.

" La vida rural uruguaya ", de Daniel D. Vidart

Los lectores de CUADERNOS tienen noticias del autor de este libro, miembro del Comité Uruguayo del Congreso por la Libertad de la Cultura, a través de un ensayo sobre la emigración e inmigración del caballo en América. Por su nacimiento y crianza en medio campesino, luego su formación urbana y una dedicación culta a los problemas sociales y agrarios, el autor ocupa la jefatura del Departamento de Sociología del Ministerio de Ganadería y Agricultura y la catédra de Sociología en el Seminario de Ciencias Sociales de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Todo ello en su plena juventud de treinta años.

En este libro, cuyos capítulos considera el autor bosquejo « de una obra de mayor aliento » e « incitación para que otros investigadores particulares u organismos públicos emprendan el estudio de nuestra vida campesina », previa una introducción al paisaje, presenta una radiografía de la tierra y el hombre uruguayos. Una tierra rodeada de aguas y cordialmente fluvial. Descifrar las armonías y desarmonías entre el hombre y su tierra obliga a demostrar las condiciones históricas del desenvolvimiento social uruguayo. El autor las establece señalando primeramente el contenido telúrico, o lo que él llama, en imagen poética — es a la vez un fino poeta —, el « madero telúrico » que cargan los países hispanoamericanos, y a la par, la clasificación del hombre en sus dos tipicidades : el hombre urbano que « admira los paisajes pero no los sabe » o « criatura civilizada », y el campesino, « ser folklórico », diferencias que sintetiza en esta definición : « El campesino es el cuerpo de la cultura y el ciudadano es el alma de la misma. » (Faltaría precisar qué entiende el autor por cuerpo y alma, lo que, naturalmente, correspondería a una interpretación metafísica de la cultura, no al motivo del libro.)

Daniel D. Vidart desarrolla luego el diálogo entre la ganadería y la agricultura, los dos condicionadores de la vida uruguaya. Desde Hernandarias, que se supone fué el adelantado de la ganadería en la banda oriental del Uruguay (1616), equinos y reses han modelado la fisonomía económica uruguaya, creando a la vez la estancia, primer centro de aglutinación humana para la convivencia. Pero no fué sencilla la integración de esta célula social. El blanco conquistador y colonizador vivía con o contra — que es la manera histórica de convivir — el indio y luego también con el negro. El aborigen charrúa, minuano, chaná, etc., no correspondía a la tipicidad civilizada del inca o del azteca ; vivía tribalmente, en permanente espíritu agresivo, lo que dificultaba el mestizaje o síntesis. Si ésta se logró, al fin, fué por el poder genésico del español. Fruto de esa síntesis, mestiza, mulata, zamba, o en su pureza aborigen o blanca, aparece el gaucho.

El autor hace un estudio etimológico de la palabra gaucho en sus múltiples aportaciones que intentan definirlo, que a la vez resulta definición psicológica, histórica, social, moral y económica del personaje. Por ese conducto llega a la sublimación que de él hizo José Hernández en su *Martín Fierro*, y a sus derivados en el mapa espiritual conocidos por el payador, el domador, el montaraz, el caudillo y otros elementos de la psicología y patología humana rioplatense.

La vida rural uruguaya es un libro escrito con preocupación de sociólogo y sentimiento y pasión de escritor saturado de su circunstancia humana. Pero es a la vez un libro bellamente escrito, con prosa caldeada de imágenes.

F. FERRANDIZ ALBORZ.

" La escritura indígena andina ", de Dick Edgar Ibarra Grassi

Dick Edgar Ibarra Grassi es un hombre reconcentrado, silencioso, que no habla, cuando habla, sino de un solo tema : la escritura indígena andina. Lo encontramos, hace una década o más, en Potosí, haciendo investigaciones arqueológicas. Casi no ha cambiado. La sonrisa enigmática, tímida, el rostro pálido,

los ojos algo miopes, la actitud expectante : igual en 1956 que en 1943. Entonces usaba una barbilla quizá para ocultar la adolescencia. Hoy, no.

Nos entrega un libro : *La escritura indígena andina* (La Paz, Biblioteca Paceña, 1953). Confesamos tomarlo con escepticismo. En el campo de la descifración de viejos caracteres, todo Champollion resulta mítico mientras no se prueben sus hipótesis. Pero el libro nos gana, y se lo decimos al autor.

Fué en los alrededores del lago Titicaca, primero, y luego en las provincias al norte de Potosí, donde el señor Ibarra descubrió que se usaba un tipo de « escritura » con piedrecitas de colores y jeroglíficos, hasta ahora. No se trataba, pues, de escritura muerta, sino de escritura viva. Basándose en la repetición del caso y en datos tomados de von Ischudi, Tamayo y otros, se decidió a investigar a fondo. Aquello empezó a ocurrir en 1940. A los doce años culminaba su investigación. El libro lo demuestra.

Arcilla, piedra y cuero son los materiales predilectos sobre los que se lleva a cabo dicha escritura. Su origen, concordante con Ischudi, sería precolombino ; comienza a escribirse por el ángulo inferior derecho y avanza en línea recta o espirales ; se utiliza en la zona del Titicaca y el sur del Perú ; en ella se vierten la lengua aimara y mucho más la quechua ; se basa en jeroglíficos ; no se necesita « saber leer », en el sentido que nosotros damos a esta expresión, para descifrar dichos documentos.

Lo que da un valor extraordinario al trabajo del señor Ibarra no son sus deducciones, sino sus demostraciones. La mitad del libro se consagra a reproducir en facsímil trozos jeroglíficos con sus respectivas traducciones en lenguaje indígena y en castellano, de suerte que no cabe dudar de sus asertos. Es en este aspecto en el que todo el trabajo de Ibarra adquiere un valor singularísimo, y sin duda, la expresión más lograda de estas investigaciones.

El trabajo del señor Ibarra puede ser comparado con los de aquellos grandes asiriólogos y egiptólogos del siglo pasado. Viene a destruir uno de los tantos « mitos occidentalistas » : el de la falta de escritura entre los americanos antes de la llegada del europeo. En este sentido, si se lo mira bien, constituye un acto revolucionario al cual habría que considerar y reconsiderar con la más profunda atención, y comprobarlo de cerca a fin de extraer de él las debidas enseñanzas.

Tiene el señor Ibarra, además, juventud, vocación y consagración definitivas. De él puede esperarse mucho, siempre que se le preste el estímulo y la colaboración que trabajos de tal índole requieren. Las fundaciones europeas y norteamericanas tienen la palabra.

S.

" Libro del Mar ", de Carlos Sabat Ercasty

ESTE gran poeta uruguayo dió su impulso generoso a la nueva poesía hispanoamericanista, siendo un advenimiento para el joven Continente. En su *Libro del Mar* podemos observar la oceánica canción que se divide en nueve partes, todo lo cual es una vasta sinfonía cortada en siete tránsitos de la música. La idea central es la de convertir al océano en enorme metáfora o emblema de la vida del hombre. El mar surge para el poeta como ámbito múltiple, complejo y diverso, donde ha de realizar su viaje.

Comienza la obra con un himno agónico en el más estricto sentido de su acepción ; es decir, con un himno de lucha. En él aparece el mar frente al hombre, combatiendo contra su propio límite, que no es otro que la tierra. ¿ Pero no es también la vida del hombre en su más alto destino y en su más agria verdad un choque continuo y trágico contra su limitación ? El hombre es un ser disconforme y siempre aspira a sobrepasar las vallas que le ofrece su morada cósmica. Ese es su drama. Pero en este caso, por el vigor de su espíritu y de su vitalidad tremenda, Sabat Ercasty siente la alegría de la batalla : la alegría del mar y del viajero que debe atravesarlo.

El segundo momento es *La sinfonía del Mar*, rapsodia en que el poeta hace desfilar por la música dinámica de su verso libre todos los aspectos y rostros del mar, pensando que existe identidad entre la riqueza incalculable del océano y la del alma humana. Es una suerte de sueño eterno, de disolución, de sumisión.

Sigue luego, « La ola de las formas » en que, sobre la infinita soledad de un mar de desnudas entrañas, bajo el tacto viril del sol, surgen todas las formas de la vida en oleaje apasionado de incontenible metamórfosis. Es el instante en que el mar es amor. Dentro de la metáfora humana del mar, equivaldría este canto al nacimiento de la idea, de la emoción y de la belleza en el espíritu del hombre.

« La primavera del Mar » es la exaltación a la fecundidad. Es la juventud oceánica que corresponde, alegóricamente, a la estación en que nuestro ser vive el mediodía erótico de sus pasiones y la plenitud de su creación.

En « El mar y el viajero », las aguas tienen para el oído del hombre la profundidad del supremo maestro. Es como dice el poeta : « El verbo radiante de las resurrecciones »... Habla con su presencia, con su hondura y con su infinitud. El mar, pues, se convierte en revelación, en

iniciación esotérica y en profecía. Ante la identidad del hombre-mar, Sabat Ercasty exclama :

¡ Mar, mar divino ! ¡ Mar, mar hermano !
No es sólo tu ola la viajera eterna.
Tú también eres viaje y yo también soy viaje.
Yo me voy por mi mismo
a raíces de cosas lejanas que no entiendo !
Siento un viaje interior, grande y arcano.
Profundísimo, inmenso, misterioso,
viaje interior !

La « Altísima Ola », es el vuelo del hombre con su corazón marino, realizándose en la inseguridad dramática de su ser y de sus actos. El canto se apoya, ahora, en suprema esperanza.

En « Infinito Oceáno » el hombre avanza como la ola, pero lanza las más desesperadas preguntas al cuerpo sombrío de la esfinge. Nada lo atemoriza ni lo vence. El poeta pide en medio del vértigo « una tempestad más fuerte. » Las interrogaciones se crispan entre los rayos de su boca y entonces escuchamos :

¿ Hasta dónde puede llevar la vida ?
¿ En qué límite se nos dobla el alma ?
¿ Dónde crujimos del espantoso grito ?

El momento más trágico y más angustioso del *Libro del Mar*, es el trance espiritual que el poeta titula « El límite » y que está determinado por la duda, por el escepticismo, por la densidad silenciosa de las tinieblas. Se enumeran las siete noches de la soledad del hombre y la caída final. La séptima noche del pensamiento es el límite de lo humano y en ese poema sombrío y pavoroso, no tiene más allá. El poeta dice :

El tiempo es una sombra.
La vida es una sombra.
La muerte es una sombra.

Pero a este canto sigue el titulado « En la suprema ola », con el que da término a esta agitada sinfonía del mar. A pesar de la nada que en la rapsodia anterior se extiende como límite del hombre y de su sombra, Sabat Ercasty invoca al deseo. Lo llama para que venga a quemarlo ; aspira al último encendimiento ; quiere afirmar la vida, cuando menos en el sueño de la esperanza. Se siente purificado por el dolor. Ha soportado la prueba erizante de la angustia y del abismo. Pregunta ansiosamente, a sus ojos, qué ven, y asegura que ningún pavor lo detendrá en su marcha fatal :

Que mis pupilas vean el fin hasta cortarse.
Que mi alma sea la fuerza de Dios.

Proclama en delirio dionisíaco su amor a la embriaguez. Está resuelto a despedazar su nave en los punzantes arrecifes. Siente el universo como limitada danza, en la cual los mundos se van disolviendo en polvo, mezclando sus concepciones metafísicas a su desbordante pasión de poeta. Vive la hora plena y golpea el enigma con « La masa de sed », y dice en seguida :

Saltan las chispas, crepitan los hornos,
se entrecruzan las ansias.

En ese instante el poema llega a su término y el poeta levanta de nuevo de su pecho las mismas palabras con que lo comienza :

« Alegría del mar !
La ola golpea contra el límite ! »...

Dije anteriormente que el *Libro del Mar* se podía considerar como una sinfonía, y esa es la sensación final, cuando después de recorrerlo, llegamos al último verso. El mar aparece como el símbolo gigantesco de toda la realidad cósmica y de todo el sentido humano. Y todavía hay que sumar a esa metáfora desenvuelta en mil imágenes que trascienden de sentido concreto, que el canto entero tiene una movilidad de oleaje musical y que, merced a ese dinamismo del lenguaje, el mar surge de la palabra poderosamente vitalizado, con lo que el poeta impone al lector su concepción hilozoista del cosmos.

MATILDE LADRON DE GUEVARA

La poesía en el Brasil

El movimiento poético está atravesando en el Brasil una época de las más significativas. Se vive actualmente en un tiempo de cristalización de las experiencias pasadas y no sé si hay en America algún momento tan importante como éste para la poesía y para los poetas. Las tres generaciones que han surgido en los últimos decenios (los « modernistas » de 1922 — no debe olvidarse que en Brasil el movimiento modernista es completamente diferente del modernismo de los países de lengua castellana —, la generación intermediaria, que surgió más o menos hacia 1930 y la última generación, llamada de 1945), se encuentran en franca actividad creadora, publicando libros, publicando obras que ya no se hallan a la venta, organizando revistas y círculos de poesía. Sopla un viento de poesía en el Brasil y, como decía el novelista José Lins do Rego, este país tiene poetas que pueden ser contados entre los mejores del Continente.

Unos comienzan el camino ; otros trabajan, y otros, por su parte, hacen balances. Me parece interesante, desde este punto de vista, mostrar el movimiento poético de estos últimos meses, haciendo al mismo tiempo algunos comentarios sobre las publicaciones previstas para un futuro próximo. Creo que fué una idea del editor José

Olympio, que desenvuelve una viva actividad en esta ciudad, publicando, además de novelas, traducciones y ensayos, algunos libros de poesía, la de reunir en gruesos volúmenes la obra poética de los más representativos poetas contemporáneos del Brasil.

Debemos, por ello, hacer justicia al gran poeta, ya desaparecido, Jorge de Lima, sobre el cual recientemente tuvimos la oportunidad de escribir algunos apuntes en estas mismas páginas. Suya fué la idea de publicar monumentalmente la obra poética y tenemos el más plástico ejemplo en su gran libro *Obra Poética*, editado por el librero Getulio Costa, con un prefacio del crítico Otto Maria Carpeaux, en la que el investigador y el lector encuentran toda la actividad poética de Jorge de Lima. La iniciativa de Jose Olympio sigue el camino iniciado por Jorge de Lima, enriqueciendo la moderna literatura con obras de un valor nada vulgar, que constituirán documentos de primera importancia en la cultura del país y del Continente.

Vale la pena saber que dentro de algunos meses tendremos dispuestas las obras definitivas (si puede calificarse de definitiva una obra en progreso permanente como es la de Carlos Drummond de Andrade), de tres de los más importantes poetas del Brasil ; se trata de poesías reunidas de Manuel Bandeira — el más importante de todos los poetas modernos del Brasil —, de dos o tres volúmenes de poesía completa que serán publicados como libros separados de la obra completa de Augusto Federico Schmidt y del libro *Fazendeira do Ar*, de Carlos Drummond de Andrade, en el que serán reunidas todas las poesías de este maestro, que ya publicó una colección de « completas », intitulada *Poesía hasta ahora*, libro precioso no solamente para ser saboreado, sino, sobre todo, porque en sus páginas se encuentra una de las mejores poesías del Brasil de hoy.

Sacando a la luz los libros de Bandeira, Schmidt y Drummond, Jose Olympio hace una obra de gran alcance, pues de un solo golpe y en un lapso de tiempo muy limitado, enriquece la literatura con tres obras como se encuentran pocas en la poesía actual.

Es interesante conocer al mismo tiempo algunos libros de jóvenes : uno de ellos, debido al poeta (joven, muy joven) Ferreira Gullar, tiene reminiscencias de Ribemont Dessaignes, Reverdy y Benjamin Peret, lo que quiere decir que se trata de una obra romántica y trasnochada, surgida en estos días como algo sentimental y exquisito. Un suprarrealismo tan tardío que quedamos con la nostalgia enorme de Marinetti, que hacía ésto (e incluso muy bien, con mucha amenidad) allá por el año 1913. Pero los románticos nunca desaparecen.

Una hermosa voz, clara y dulce, es la de la poetisa Lilian Schwarzkepf, que en su primer libro titulado *Paisaje Mural* no quiere hacer una revolución, ni desea abrir puertas abiertas, pero en cambio nos aporta una riqueza poética, una lluvia de imágenes que transforma este volumen en uno de los más importantes libros de la novísima generación de poetas brasileños.

He aquí, pues, en pocas palabras, la situación de la poesía brasileña, parcialmente presentada, tal como la encontramos en estos últimos tiempos.

Aún queda mucho tiempo por delante ; esperemos las sorpresas, pues en terreno poético siempren surgen en el Brasil, de norte a sur.

STEFAN BACIU

"Las artes plásticas en Cuba", de Loló de la Torriente

La Doctora Loló de la Torriente, Premio Nacional del Ministerio de Educación de la República de Cuba, que ya en 1944 había escrito un notable trabajo, « Auge y esplendor de la pintura en Cuba », publicado en *Cuadernos Americanos*, de México, ha escrito un nuevo trabajo con el título *Estudio de las artes plásticas en Cuba* que, más que un estudio — como su autora lo titula — constituye una historia crítica, muy completa, de todas las artes plásticas cubanas, desde los más remotos tiempos de la Isla, hasta la época actual.

Se ha escrito bastante acerca del arte en Cuba, pero los numerosos ensayos, monografías, biografías de artistas, artículos de revistas, etc., son trabajos sueltos sobre temas concretos y aislados, que no abarcan un estudio de conjuto como ocurre con el libro de Loló de la Torriente, que es, indudablemente, el primer trabajo histórico de todas las artes plásticas cubanas, pues si bien el gran escritor cubano Jorge Mañach escribió en diversas ocasiones sobre temas de la pintura cubana, con la competencia y erudición que son en él características, singularmente uno publicado en 1928 : *La pintura en Cuba desde sus orígenes hasta* 1900, su trabajo no podía ser completo, ya que en la época que abarca no había nacido aún el cubismo, ni la hoy imperante « pintura moderna », y además el arte pictórico cubano apenas iniciaba el desarrollo que ha alcanzado en estos últimos tiempos.

El libro que comentamos, además de ser una obra de erudición, está muy bien escrito. En poco más de 200 páginas, acompañadas de 54 ilustraciones bellísimas, está condensada toda la historia cubana de la pintura, grabado, dibujo, caricatura, xilografía, talla, escultura y hasta

arquitectura, completada con breves notas biográficas de los artistas más notables del país.

Divide la autora su obra en cinco partes. La primera, dedicada a la época precolombina, en la que estudia los descubrimientos realizados en el templo precolombino de la Isla de los Pinos, así como las primitivas pictografías descubiertas, balbuceos de la cultura *ciboney*.

En la segunda parte, hace un estudio del primer período de la colonización española, que abarca los siglos XVI, XVII, hasta finales del XVIII, período en el cual no se estimulan las aptitudes del pueblo en formación, si bien en el reinado de Carlos III y además como consecuencia de las inmigraciones de franceses que llegan a Cuba huyendo de la Isla haitiana, comienzan a manifestarse destellos de luz de orden cultural y artístico que adquieren mayor trascendencia con la visita de Humboldt a la Isla, que abrió las puertas de Cuba a estudiosos y artistas, muy singularmente a aquellos que fueron allí arrastrados por el vendaval de la Revolución francesa.

Se ocupa en la tercera parte en lo que llama segundo período de la colonización española, que termina con la independencia de Cuba, en el que se imprime a la pintura isleña la influencia francesa. A principios del mismo, en 1818, se funda la Academia de San Alejandro, en la Habana, que creó y desarrolló un sentido más nuevo y más exigente en el arte.

Estudia en la cuarta parte los primeros veinticinco años de la República cubana, en los que también domina la influencia francesa y se desarrolla el dibujo, especialmente la caricatura, que logra desplazar a la pintura y ocupar el primer lugar en el arte cubano. En este período, aunque con vacilaciones, comienza a iniciarse la expresión de una plástica nacional.

Por último, en la quinta parte, analiza el segundo cuarto de siglo de la República, es decir, hasta nuestros días, período en que se desarrolla la llamada *pintura moderna*, a consecuencia de los viajes a Europa de numerosos jóvenes pintores cubanos, subvencionados por diversas instituciones públicas, los cuales asimilan con facilidad la pintura de los maestros del posimpresionismo y el cubismo que, unida a la afición al estudio del arte negro, ha dado lugar a que un grupo de artistas de talento se haya dedicado, con fervoroso afán, a la búsqueda de una expresión plástica nacional, ya preconizada en 1946 por el pintor cubano Mario Carreño.

Las artes plásticas cubanas, que ya salieron de la rutina académica en la que languidecieron durante tantos años, y merced al disfrute de las libertades y al afán de expansión de todas las manifestaciones de la cultura, que son consustanciales con la democracia, se encaminan a crear su escuela propia y, con ella, ese nexo imprescindible que debe existir entre el artista, su época y su medio social, con la fundada esperanza de lograr que las manifestaciones artísticas sean más puras y más nobles y, por consiguiente, más auténticas y reales.

C. de J.

" Antología del Río de la Plata ", de Roy Bartholomew

En un volumen de 398 páginas de texto más 53 de prólogo acerca de la poesía del Río de la Plata, el joven crítico argentino Roy Bartholomew reúne las, a su juicio, cien mejores poesías de esa región de América, más los textos de los versos de William Henry Hudson, escritor inglés nacido en Argentina (y herido emotivamente por ella), uno de cuyos poemas (« London sparrow ») traduce Bartholomew con precisión y riqueza.

Bartholomew, que gozó de una beca en el Colegio de México, a sus veinte años, ha formado esta importante colección entre sus 21 y sus 23; en la actualidad apenas llega a los 25. Divide su *Antología* en seis partes : los neoclásicos, los gauchescos, los románticos, la transición del romanticismo al modernismo, los modernistas y los posmodernistas. Comprende cien poemas correspondientes a sólo cincuenta y seis poetas. Los que aparecen más favorecidos en cuanto a número de composiciones insertas, son, desde luego, Leopoldo Lugones y Julio Herrera Reissig, argentino y uruguayo respectivamente, y les siguen Delmira Agustini, Enrique Banchs, Jorge Luis Borges, etc. Como dato interesante, en el capítulo sobre los modernistas hay sólo dos poetas con trece poesías.

El autor explica que no ha recogido poemas paraguayos por diversas razones. La verdad es que la lírica de esta nación sobresale en idioma diverso al castellano, en guaraní, lo cual, aunque no la quita del cuadro general de América, la hace menos accesible y, sobre todo, más discutible, por cuanto es más difícil sorprender los secretos de la belleza en una lengua extraña. La poesía paraguaya conserva aún su fidelidad al romanticismo, pese a las tentativas diversas hechas por jóvenes poetas.

La bibliografía, las notas y comentarios de esta selección de « poesías » (cien, nada más), no de poetas, hacen muy valiosa su consulta y lectura. Fué editada por la Editorial Raigal de Buenos Aires.

S.

« Ensayos », de Roberto F. Giusti

HACE unos meses, los amigos, admiradores y discípulos del sabio profesor y veterano escritor argentino Dr. Roberto F. Giusti decidieron conmemorar el medio siglo de su profesión literaria e idearon que el más delicado homenaje que podían rendirle era la edición de un volumen compuesto con escritos suyos, que él mismo habría de seleccionar de entre su vastísima producción publicada en libros, revistas y periódicos a través de cincuenta años de actividad consagrada, sin interrupción, al arte de escribir, en el cual su nombre ha llegado a ocupar las más altas cumbres de la literatura argentina contemporánea.

Es indudable que al autor debió serle muy difícil hacer la selección de los trabajos que componen el libro, porque, como afirma en el prólogo, « elegir significa también rechazar, y no sorprenderá que un escritor tenga corazón de padre en lo suyo », pero en los veinticinco *ensayos* que fueron seleccionados logró su propósito de ofrecer a sus lectores como un compendio del curso de sus pensamientos y sentimientos durante ese medio siglo de dedicación a las tareas literarias, desde las exclamaciones e interrogaciones retóricas escritas « al paso de los hervores de la juventud », hasta los trabajos llevados a cabo en la « serenidad de la madurez », sin incluir ninguno de carácter polémico o acerbamente combativo.

En tal sentido, los trabajos recopilados reúnen las características típicas del *ensayo*. En ellos aparece el Dr. Giusti como un notable ensayista, pero aún más esencialmente como un verdadero crítico « profesional », filosófico o literario, con amplísima cultura filosófica y literaria, que se mantiene siempre en la línea recta de un austero amor a la justicia y a la verdad, sin apartarse de ellas, exponiéndolas tal y como las siente y las concibe, sin lenidad o tolerancia excesiva para con los valores de categoría mundial reconocidos, como lo pone de manifiesto, dentro del respeto y consideración debidos a la persona, en la crítica que hace, con el título de « Ensayos Argentinos de Ortega y Gasset », acerca de la posición filosófica adoptada por el pensador español sobre la Argentina, publicada en *El Espectador*, en dos capítulos titulados « Intimidades », y ofreciendo publicar además una *Meditación de los guarangos*. Combate la opinión de Ortega en buena lid y con nutrida argumentación ; reserva dar su opinión acerca de la *Meditación* anunciada para después de que se publique, y termina diciendo « ... no debemos enojarnos con él. ¡ Vaya uno a saber si nuestro culto y fino amigo no tuvo que soportar en Buenos Aires uno o dos guarangos auténticos, de esos que tampoco faltan en la universidad, y ahora salimos pagando justos por pecadores ! »

Pero además, a través de todos los ensayos recopilados se percibe claramente al profesor escrupuloso que procura servir los intereses de la cultura argentina. Este matiz no debe sorprendernos si tenemos en cuenta que es, desde hace años, Director del Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires, y no limita su labor docente a la cátedra, sino que la extiende a sus conferencias, disertaciones y publicaciones en libros, revistas y periódicos.

Los trabajos recopilados fueron insertos en diversas revistas y publicaciones argentinas y de otros países latinoamericanos. En *La Gaceta* aparecieron, en 1904, los primeros « borrones » de crítico. La mayoría de sus conferencias y disertaciones fueron leídas en el Colegio Libre de Estudios Superiores, aunque también tuviera que ocupar alguna vez la cátedra del Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras.

No podemos detenernos en el examen crítico y ni siquiera en la enumeración de los trabajos que componen la selección de del Dr. Giusti, pero a causa de la emoción que nos produjo su lectura, no nos es posible dejar de mencionar aquella lección inaugural de los cursos de 1939, en el Colegio Libre de Estudios Superiores, que dedicó a honrar la memoria del poeta Antonio Machado, fallecido en el mes de Febrero de aquel año. Era para nosotros el recuerdo del cuadro dantesco del éxodo de los liberales españoles, derrotados por las fuerzas tradicionales de la reacción en la lucha que sostuvieron en defensa de los postulados de la libertad. Los escritores españoles que habían militado en favor de la República eran arrojados a la frontera por la ola de un ejército deshecho y de rebaños humanos empujados por la desesperación y el terror. « Marchaban entre ellos, dice el Dr. Giusti, la sombra de García Lorca, y un poeta moribundo, Antonio Machado... Renuncio, continúa diciendo, a pintar en su trágica grandeza el cuadro digno del canto épico, del heroico manípulo juvenil intentando poner a salvo — por entre la nieve, las multitudes de fugitivos, el atascamiento de los vehículos, los cadáveres de hombres y bestias y la impedimenta, ya inútil, de un ejército en derrota — a la más pura de las reliquias : la vida de un poeta. Apenas Machado traspuso los Pirineos dejó de alentar. Dos días después, la madre le seguía en la muerte. Ambos reposan en el pequeño cementerio de Collioure, cerca del mar, aguardando el día de la repatriación gloriosa, que para honor del género humano espero que no tarde. »

Esta breve y hermosa narración está impregnada de una emoción serena. Una serenidad mezclada con un gran dolor, pero serenidad al fin y al cabo que, como afirma el Dr. Giusti, « no es, ni espero que nunca sea, la mansedumbre gris del conformismo ».

C. de J.

" Tratado de literatura general ", de Luis Alberto Sánchez

Hace una veintena de años, publicó el distinguido profesor y publicista Luis Alberto Sánchez un *Breve tratado de literatura general*, con el laudable propósito de proporcionar a los estudiantes, y a los estudiosos en general, una síntesis apretada de los principales problemas literarios. Ahora acaba de aparecer la décimotercera edición, lo cual dice bastante sobre el éxito conseguido por el autor.

Cada una de las anteriores ediciones tuvo siempre algo nuevo, atento en todo momento el profesor Luis Alberto Sánchez a que su libro se mantuviera al día ; así fué añadiendo, corrigiendo y completando el texto, de acuerdo con nuevas lecturas y reflexiones, preocupado asimismo con las recientes teorías literarias y con más modernos modos de enfoque. De esta manera jamás resultó el *Breve tratado de literatura general* un libro superado y anacrónico.

Sin embargo, ninguna de todas esas ediciones logró la perfección, por decirlo así, de esta décimotercera que acaban de publicar las Ediciones Ercilla, de Santiago de Chile. En realidad, más que de una reimpresión se trata en este caso de una total recomposición, ya que el autor ha efectuado una compulsa radical de su libro, de modo y manera que constituye casi una obra distinta al texto primitivo. Esto evidencia la conciencia profesional del antiguo rector de la Universidad de San Marcos.

Luis Alberto Sánchez agrega ahora, entre otras diversas cuestiones de verdadera actualidad literaria, los rasgos esenciales de la estilística del existencialismo, así como sus diferencias de la llamada literatura comprometida, al mismo tiempo que compendia los movimientos que en años pasadas gozaron de gran boga, como el suprarrealismo, el dadaísmo, el futurismo, etc. Y para reforzar sus diferentes puntos de vista, utiliza una gran variedad de ejemplos extraídos de las diferentes literaturas, en particular de las iberoamericanas.

Por lo general, el autor del *Breve tratado de literatura general* prefiere citar las propias palabras de cada teórico, dando de esta manera mayor énfasis a sus páginas. El existencialismo está explicado por Jean-Paul Sartre ; el suprarrealismo, por André Breton; el modernismo, por Rubén Darío ; los géneros, literarios por Boileau y Brunetière; las diferencias entre prosa y verso, por Pedro Henríquez Ureña, Baldomero Sanín Cano y Ramón Menéndez Pidal, etc. Manera esta de que el lector pueda conocer de primera mano, sin falsas interpretaciones, los textos fundamentales.

La obra termina con unas « notas sobre literatura nueva » plenas de agudeza, transcribiendo los rasgos esenciales del concepto de literatura según Sartre, merced a lo cual el profesor Luis Alberto Sánchez logra plenamente su propósito, que no ha sido otro que el de « desplegar el fenómeno literario en forma accesible a todos ».

I. I.

" Interpretación de la Historia de Sudamérica ", de Arturo Vilela

El escritor boliviano Arturo Vilela ofrece a través de la « Biblioteca Paceña », de La Paz, un breve y a la par denso ensayo de interpretación del desarrollo político de las diversas repúblicas sudamericanas de habla española, desarrollo político hasta ahora poco estudiado y no siempre analizado con la debida objetividad histórica, lo cual hace que ese vasto proceso de la vida política de Sudamérica — que oficialmente comienza con la llamada Independencia y se prolonga en el tiempo con episodios convulsivos y situaciones casi desconcertantes — nos aparezca en forma difusa, a veces incomprensible y otras incoherente.

En este libro se analizan los factores económicos, sociales e ideológicos que han obrado en la evolución de los diversos países de Sudamérica. Con el antecedente de las influencias de origen colonial, el autor toma como punto de partida el momento en que, terminada la dominación española, las jóvenes repúblicas sientan las bases de su organización institucional autónoma. Sigue un estudio crítico de las luchas en torno al poder, la actitud de los dirigentes, de las clases populares y de los partidos. Y finaliza con una exposición de los caracteres que ilustran el desarrollo de esos pueblos : caudillajes, despotismo y dictadura, anarquía, inestabilidad política y malestar social.

Arturo Vilela expresa su fe en el porvenir de Sudamérica, que a su juicio tendrá que asentarse sobre una democracia económica o socialista con modalidades de gobierno adecuadas a cada país.

I. I.

VIDA DEL CONGRESO

LA CONFERENCIA DE SEPTIEMBRE EN MEXICO

Al margen de la Conferencia sobre « El Porvenir de la Libertad », celebrada en Milán en septiembre de 1955, una reunión de los delegados de Norteamérica y de los países latinoamericanos acordó unánimemente la convocatoria de una Conferencia de intelectuales panamericanos. Dicha Conferencia se celebrará en México, durante los días del 5 al 13 de septiembre próximo y bajo los auspicios de la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura. Su enunciado general será el siguiente : « La Libertad de la Cultura en el Hemisferio Occidental ». A ella asistirán unos doce intelectuales norteamericanos, dos canadienses y unos treinta latinoamericanos, bien seleccionados por su alto prestigio, su independencia de espíritu y su indudable competencia.

Serán presentados y discutidos en ella tres importantes informes : A) La libertad de la cultura en los USA ; B) La libertad de la cultura en la América Latina ; C) La colaboración entre los países americanos en defensa de la libertad de la cultura.

La Conferencia constituirá seguidamente las tres comisiones siguientes : A) Sobre los problemas políticos y económicos ; B) Sobre los problemas filosóficos, ideológicos y de educación ; C) Sobre el problema continental de la libertad de la cultura. Las ponencias serán discutidas por los delegados en reunión plenaria.

La importante organización sindical panamericana, la ORIT, se propone enviar varios observadores. Lo mismo harán diversas organizaciones culturales latinoamericanas. Añadamos que los trabajos de la Conferencia comenzarán con un importante acto público, en el Palacio de Bellas Artes de la capital mexicana, y terminarán con una Conferencia de Prensa, no obstante que ésta tendrá entrada libre a todas las sesiones.

LA DESAPARICION DEL PROFESOR GALINDEZ

La extraña desaparición del profesor español Jesús de Galíndez en los Estados Unidos, de la que se acusa a los agentes del gobierno dominicano, ha conmovido hondamente a la intelectualidad y a la opinión panamericanas. Los Comités latinoamericanos del Congreso por la Libertad de la Cultura se han movilizado inmediatamente en torno a este hecho escandaloso. Por ejemplo, el de Santiago de Chile ha celebrado un importante acto de protesta en su Sala de la Libertad, con intervención, entre otros, de su Presidente Ramón Cortés y Luis Alberto Sánchez. Y otro el de Buenos Aires con la intervención de Germán Arciniegas. A ambos actos se han adherido los intelectuales y la prensa de uno y otro país.

ACTIVIDADES DEL COMITE DE MEXICO

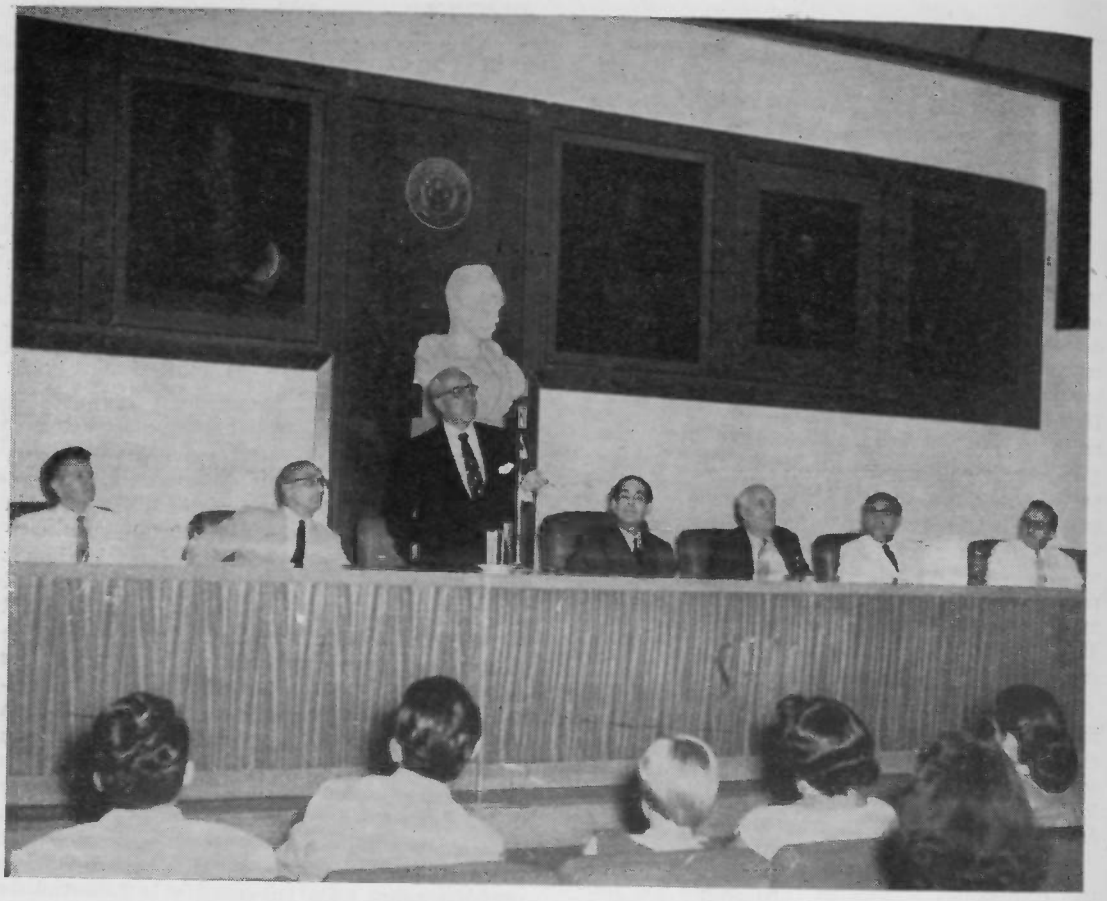
La Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura viene desarrollando una intensa actividad. En marzo, el arquitecto Mauricio Gómez Mayorga desarrolló en la Sala de la Libertad una importante conferencia sobre « El caso del Estadio Universitario ». Bajo sus auspicios se efectuó una importante mesa redonda por televisión sobre el problema del libro, interviniendo entre otros su secretario Rodrigo García Treviño. En Puebla ha quedado constituída una sección del Congreso y se han celebrado dos conferencias y una exposición de los libros y las revistas de nuestra organización. En fin, la Asociación ha creado un premio de dos mil pesos en efectivo para el mejor ensayo que se presente sobre « La Juventud y la Libertad de la Cultura », trabajo que publicará « Cuadernos ». Las editoriales Botas, Espasa Calpe, Gilí, Imán, Labor, Nacional y Purrúa concederán varios premios consistentes en lotes de libros.

LUIS ALBERTO SANCHEZ EN CUBA, MEXICO Y COSTA RICA

El historiador literario y ex Rector de la Universidad de San Marcos, de Lima, Luis Alberto Sánchez, miembro del Comité Ejecutivo Mundial del Congreso, ha realizado una importante jira de conferencias, representando a nuestra organización, por Cuba, México y Costa Rica. Sus conferencias en La Habana, México Puebla y San José han reunido a importantes auditorios, ávidos de escuchar la sabia palabra del profesor y maestro.

ARTURO BAREA EN ARGENTINA CHILE Y URUGUAY

Enviado por la B. B. C. de Londres y llevando al mismo tiempo la representación del Congreso



Luis Alberto Sánchez durante su interesante conferencia en La Habana. A su lado, entre otros, el Dr. José Manuel Cortina (Presidente del Comité cubano), Jorge Mañach, Mario Llerena, Pedro Vicente Aja.

por la libertad de la Cultura, el conocido escritor español Arturo Barea realizó una importante jira de conferencias en la Argentina, Chile y Uruguay. Disertó con acierto sobre García Lorca, Unamuno y las corrientes literarias contemporáneas. Su estancia en dichos países ha despertado verdadera expectación. Fué objeto de diversos homenajes, a los que se han sumado los Centros Republicanos Españoles.

ARCINIEGAS EN LA ARGENTINA

Nuestro colaborador y amigo Germán Arciniegas goza de gran prestigio en toda la América Latina. Su decidida actitud antiperonista y su libro « Entre la libertad y el miedo », del que se llevan hechas numerosas ediciones, le han conquistado la adhesión de todos los medios democráticos argentinos. Bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, el conocido profesor y escritor colombiano visitó recientemente la República Argentina, donde fué objeto de diversos y entusiastas homenajes. Dió diversas conferencias en Buenos Aires, en La Plata, en Rosario y en Mendoza ante numerosísimos auditorios. Con esta jira y la de Arturo Barea, después de la realizada por Luis Alberto Sánchez y Julián Gorkin hace unos meses, nuestra organización empieza a conquistar un sólido prestigio en la Argentina.

CENA A DOÑA AMANDA LABARCA

La Secretaría del Congreso y la revista « Cuadernos » organizaron, el 5 de junio, una cena a la gran educadora y ex-Directora de la Escuela de Verano de la Universidad de Chile, doña Amanda Labarca, como agasajo con ocasión de su paso por París. Asistieron al acto entre otras personalidades, el Sr. Agregado Cultural de la Embajada de Chile en París, el Dr. Eduardo Santos, el profesor J. Ferrater Mora, M. Raymond Ronze

(Director del Instituto de Alto Estudios Latinoamericanos de la Sorbona), el profesor y escritor francés Michel Collinet, el escritor y político español Fernando Valera, la dibujante argentina Ana María Dusset, Enrique Gironella (Secretario General del Movimiento Socialista por los Estados Unidos de Europa), Roger Caillois, Julián Gorkin, Pierre Bolomey. Presidió el banquete Denis de Rougemont, Presidente en funciones del Congreso por la Libertad de la Cultura.

S. J. NARAYAN, NUEVO PRESIDENTE DE HONOR DEL CONGRESO

El célebre líder socialista indio Sri Jayaprakash Narayan, fundador de la « Indian Praja Socialist Party », desde el mes de marzo último forma parte de los Presidentes de Honor del Congreso por la Libertad de la Cultura, junto con Karl Jaspers, Salvador de Madariaga, Jacques Maritain, Bertrand Russell y Reinhold Niebuhr. Narayan es una de las personalidades más prestigiosas del Asia y su lugar estaba en el nuevo cargo que ha pasado a ocupar.

« TEMPO PRESENTE »

Bajo la dirección de Nicola Chiaromonte e Ignazio Silone, y de acuerdo con el importante editor Luigi De Luca, en abril último ha empezado a publicarse en Roma la importante revista « Tempo Presente ». Guarda el consiguiente parentesco con « Preuves » y « Cuadernos ». En mayo se publicó el número 2 con excelentes trabajos de Raymond Aron, Aldous Huxley, Danilo Dolci, Isaiah Berlin, F. R. Allemann, Luigi Magnani, Herbert Passin, Tommaso Landolfi, Dylan Thomas, François Bondy, Giovanni Russo y otros.

Saludamos con todo afecto la publicación de esta revista fraterna en lengua italiana.

« LOS INTELECTUALES Y EL REGIMEN FRANQUISTA »

A fines de marzo, la revista « Preuves » dedicó uno de sus concurridos « martes » al examen de la situación española. Rodolfo Llopis, ex Presidente del Gobierno Republicano en el Exilio y Secretario General del Partido Socialista Obrero Español, expuso en francés un interesantísimo informe sobre la situación económica, política y cultural de España. De regreso de una visita a España, el mismo día François Bondy hizo un relato vivo de sus conversaciones y sus impresiones personales. Se desarrolló a continuación un vivo debate, llevando la mejor parte refugiados españoles de diversas tendencias.

Nuestro Comité de México ha organizado en Puebla una exposición con " Cuadernos " y otras publicaciones del Congreso. Se ha visto muy concurrida.

CONTACTOS INTERNACIONALES

Cada lunes, de tres a seis de la tarde, las revistas « Preuves » y « Cuadernos » reciben a sus amigos y colaboradores en sus oficinas de la rue de la Pépinière, 23. Dan lugar estas reuniones a interesantes contactos internacionales y, además, a sugestiones y críticas sobre el contenido de ambas revistas hermanas.

Los intelectuales hispanoamericanos, a su paso por París, nos darán una gran satisfacción visitándonos y estableciendo un contacto directo con nosotros y con nuestros visitantes europeos.

NUESTRO CARNET

• XAVIER ABRIL, gran poeta peruano, continentalmente conocido. Crítico e historiador literario, está dando cima a una monumental *Historia de la Poesía latinoamericana* en varios volúmenes. Ha vivido en España durante largos años y ha recorrido Europa y las Américas en viajes de estudios y de conferencias. Reside actualmente en Montevideo.

• GERMAN ARCINIEGAS, colombiano, nacido en 1900. Ex ministro de Educación Nacional de Colombia, profesor de la Universidad de Columbia, Nueva York. Notable escritor y conferenciante, ha recorrido numerosas Universidades de Europa y América. Su obra impresa consiste principalmente en los libros *Biografía del Caribe, Los comuneros, El estudiante de la Mesa Redonda, Jiménez de Quesada, América, tierra firme, Amerigo Vespucci*, etc., y en numerosísimos artículos insertos en la mayor parte de los periódicos y revistas americanos.

• BENJAMIN CARRION, ecuatoriano, nacido en Quito a fines del siglo último. Preside la Casa de la Cultura Ecuatoriana y fué Ministro de Estado y embajador de su país. Se le reconoce como el más activo promotor de la cultura ecuatoriana. Notable ensayista, ha publicado, entre otros libros, *Atahualpa, Indice de la poesía ecuatoriana contemporánea, Los creadores de un continente, San Miguel de Unamuno*, etc., y ha abordado la novela en *El desencanto de Miguel García*.

• JULIO ANTONIO COSS, mexicano, nació en 1933, en Ixtepec, pequeña ciudad del Istmo de Tehuantepec. Después de terminados sus estudios primarios y secundarios, estudió piano con Francisco Agea y Angélica Morales, armonía y composición con José Pablo Moncayo y musicología con Adolfo Salazar. Paralelamente a sus estudios musicales colabora en el suplemento dominical del diario *Novedades* y edita la revista *Arte y Realidad*.

• FELIPE COSSIO DEL POMAR, pintor y crítico de arte peruano. Nació en 1889, en Piura, Perú. Ha recorrido todo el mundo pintando y dictando conferencias. Ex subdecano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de San Marcos, Lima, y ex director fundador de la Escuela de Bellas Artes de San Miguel Allende, México. Autor de *Paul Gauguin, La pintura cuzqueña, La rebelión de los pintores, Los buscadores de camino, Arte peruano precolombino, El hechizo de Gauguin, El indoamericano, Arte nuevo*, etc.

• JOSE FERRER CANALES, escritor y profesor puertorriqueño. Doctor en Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde presentó una tesis sobre el pensador cubano Varona. Ha enseñado Literatura hispánica en la Universidad de Puerto Rico, Hunter College y ahora en Dillard University, Nueva Orleans (Estados Unidos). Ha publicado varios estudios y colabora asiduamente en diversas revistas americanas.

• GILBERTO FREYRE ha sido el iniciador en el Brasil de un tipo de historia social ricamente tejida de cultura literaria, sociología y antropología, y servida por una gran sagacidad de investigador. Es autor de varias obras, entre las cuales cabe citar *Casa grande e senzala, Sobrados e mucambos, O mundo que o portugués criou, O nordeste* y *Regiao e tradiçao*.

• GILBERTO GONZALEZ Y CONTRERAS, escritor, crítico y ensayista salvadoreño, autor de varias biografías. Era uno de los escritores que mejor conocía la literatura iberoamericana y la literatura universal. Residió durante largos años en México y en Cuba y murió en este último país hace tres, dejando, además de una extensa bibliografía, numerosos ensayos inéditos.

• ROBERTO F. GIUSTI, distinguido profesor y escritor argentino, fundador de la revista *Nosotros*, que fué en sus dos épocas de existencia una de las expresiones más altas de la vida intelectual argentina. El doctor Giusti, uno de los críticos más ponderados de la América de lengua española, es autor de varias obras. Un grupo de admiradores acaba de editar un volumen con diferentes ensayos suyos.

• ANGEL GUIDO, arquitecto argentino, ex rector de la Universidad del Litoral, Argentina. Nació en la última década del siglo XIX. Creador de las cátedras de Historia del Arte en la Universidad del Litoral. Profesor de la Universidad de Buenos Aires. Ensayista, novelista, conferenciante, ha recorrido numerosas Universidades de América y Europa. Autor de varios libros sobre arte americano y diversas obras de arquitectura.

• JULIO CESAR JOBET, joven escritor y crítico chileno, colaborador de diversas revistas americanas y de CUADERNOS. En este número estudia la figura del gran escritor Mariano Latorre, una de las más altas expresiones de la literatura chilena, recientemente fallecido.

• AMANDA LABARCA (su verdadero nombre es Amanda Pinto de Labarca Hubertson), maestra y ensayista chilena. Nació en las postrimerías del último siglo. Fundadora y exdirectora de las Escuelas de Temporada de la Universidad de Chile, miembro de su Consejo directivo. Representante de su país en numerosas reuniones culturales, es considerada como una de las mujeres más eminentes de la pedagogía americana. Es autora de una *Historia de la educación secundaria en Chile* y de otros libros diversos.

• CARLOS MARTINEZ DURAN, guatemalteco, ex rector de la Universidad de San Carlos de Guatemala y ex presidente de la Unión de Universidades Latinoamericanas, cuya vicepresidencia desempeña actualmente. Ex embajador de su país en Italia. Conferenciante en numerosas Universidades de Europa y América. Es autor de una *Historia de la Medicina en Guatemala* y de un volumen sobre problemas universitarios en América. Nació en 1898.

• GABRIEL DEL MAZO, maestro y escritor argentino. Nació en Buenos Aires, en 1895. Promotor y director del famoso movimiento de Reforma Universitaria, iniciado en la Argentina en 1918. Ex vicerrector de la Universidad de La Plata. Ha realizado viajes de conferencias por Uruguay, Venezuela, Perú, Chile, Cuba, etc. Es autor, entre otros libros, de *La Reforma Universitaria, El pensamiento escritor de Irigoyen, El radicalismo, Universidad y cultura nacional* y *Estudiantes y gobierno universitario.*

• GABRIELA MISTRAL, insigne poetisa chilena, Premio Nóbel de Literatura en 1945. Desempeña cargos consulares en diversas capitales de América y de Europa. Publicó *Desolación, Ternura,* canciones de niños ; *Tala* — que son extensos libros de poemas — ; es, además, autora de *Lecturas para mujeres destinadas a la enseñanza del lenguaje,* de composiciones en prosa, consejos, observaciones críticas, etc.

• ANTENOR ORREGO, ex rector de la Universidad de la Libertad, Perú. Nació en 1892. Publicista, filósofo y político. Fué fundador y director del diario *El Norte,* de Trujillo. Colaborador de *Amauta, Cuadernos Americanos, Humanismo* y CUADERNOS. Autor de varios libros de indagación y crítica sobre la personalidad americana, entre ellos *Notas marginales, Filosoficulas, El pueblo continente,* etc.

• ILDEFONSO PEREDA VALDES, poeta y crítico uruguayo. Nació en 1899. Colaborador de numerosas revistas y profesor de diversos Institutos del Uruguay. Es autor de numerosos libros : *La guitarra de los negros, Cancionero afrouruguayo, Antología de la poesía negra americana, El negro rioplatense y otros ensayos, Negros esclavos y negros libres, Cancionero popular uruguayo, La novela picaresca y el pícaro en América y en España.*

• SALVADOR PINEDA, escritor y crítico mexicano, hasta hace muy poco Director de Bellas Artes de su país. Colabora en diversas revistas americanas, y CUADERNOS publicó varios ensayos suyos. Participa activamente en la vida política mexicana, ocupando puestos oficiales.

• EUGEN RELGIS, conocido humanista rumano, reside — y continúa su obra — desde hace varios años en Montevideo, donde fué celebrado el año último su sexagésimo aniversario. Fué amigo y traductor al rumano de Gandhi, Romain Rolland, Gorki, Barbusse, Stefan Zweig y otros muchos. Autor de numerosas novelas y libros sobre humanismo, sociología y sexología y de copiosísimos ensayos publicados en las principales lenguas. Escribe ya directamente en un español bastante puro.

• ALFONSO REYES, insigne ensayista mexicano. Nació en 1889. Indiscutiblemente uno de los más altos valores y prestigios de América Latina. Su influencia cultural en el mundo de habla hispana es extraordinaria. Entre sus más valiosas obras figuran : *El deslinde, Visión del Anáhuac, Ifigenia cruel, Capítulos de literatura española, Simpatías y diferencias, Cuestiones gongorinas, Antología poética,* etc.

• FRANCISCO ROMERO, filósofo argentino, una de las más recias personalidades intelectuales de toda la América Latina. Es autor de numerosas obras, y hace poco publicó *Teoría del Hombre,* del que se ha dicho que es uno de los mejores libros que han salido a la luz en todo Occidente en estos últimos años.

• RAYMOND RONZE, profesor y Secretario general del Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad de París ; Director de la Agrupación de las Universidades y Escuelas Superiores francesas para las relaciones con América Latina. Ha profesado en las Universidades de Buenos Aires, Montevideo y Lima. Es miembro de las Academias de Historia de Buenos Aires y de Caracas, así como del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y de la Casa de la Cultura de Quito. Profesor Honoris Causa de la

Universidad Central de San Marcos de Lima y de la Escuela Nacional Superior de Bogotá.

• LUIS ALBERTO SANCHEZ, antiguo rector de la Universidad de San Marcos de Lima, Perú. Es el gran historiador de la literatura hispanoamericana. De su abundante obra cabe señalar *Visión y pasión de la cultura en América*, *¿ Existe América Latina ?*, *Balance y liquidación del novecientos* y *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*.

• DOMINGO SANTA CRUZ, ex decano de la Facultad de Artes y de Ciencias musicales de la Universidad de Chile. Fundador de la Orquesta Sinfónica. Ex vicerrector de la Universidad de Chile. Nació en 1900.

• EDUARDO SANTOS, antiguo Presidente de Colombia ; notable periodista, fué director durante varios años del gran diario *El Tiempo*, de Bogotá, actualmente suspendido por la dictadura militar que impera en el país. El Dr. Santos es una de las más distinguidas figuras liberales de toda Hispanoamérica.

• GUILLERMO DE TORRE, escritor y crítico español, reside en Argentina desde hace varios años. Colabora en numerosos periódicos y revistas de América y Europa. Autor de la obras *La aventura y el orden*, *Tríptico del sacrificio*, *Valoración literaria del existencialismo*, *Problemática de la literatura* y otras varias.

• ARTURO TORRES RIOSECO, profesor y escritor chileno. Nació en 1897. Fué profesor en distintas Universidades americanas, y en la actualidad lo es en la Universidad de California. Colabora en numerosas revistas literarias y es autor de varios libros. Los más recientes son los titulados : *Poetas precursores del Modernismo*, *Ensayo sobre literatura hispanoamericana*, *Cautiverio (Poemas)*, *Breve historia de la literatura chilena* y *Relatos chilenos (Cuentos)*.

• HILDA TORRES VARELA, crítica literaria y ensayista argentina, se ha especializado sobre todo en la historia y la crítica teatrales. Colabora en las revistas *Espiga*, *Italia* y *Lyra*. Ha dirigido el Teatro Experimental del « Fogón de los Arrieros ». Pensionada en 1955 por el Gobierno francés para seguir estudios de Teatro y Literatura en París.

• LUIS E. VALCARCEL, historiador peruano. Nació en 1895. Director del Museo Histórico del Perú. Profesor de las Universidades de San Marcos de Lima y San Antonio Abad de Cuzco. Fundador del Instituto de Etnología de San Marcos. Colabora en numerosas revistas y es autor, entre otros libros, de *Tempestad en los Andes*, *De la vida inkaika*, *Del Ayllu al imperio*, *Mirador indio*, *Ruta cultural del Perú* e *Historia de la cultura antigua del Perú*.

TEMPO PRESENTE

Rivista mensile

Direttori NICOLA CHIAROMONTE e IGNAZIO SILONE

Redattore responsabile VITTORIO LIBERA

Redazione : Roma, Via Gregoriana 7 - Telefono 63602

Amministrazione : Roma, Via Gaeta 14 - C/c postale 1/20569

TEMPO PRESENTE *è una rivista internazionale di informazione e discussione fondata sul principio della libertà di critica. Essa intende promuovere il riesame dei modi di pensare correnti mettendoli a confronto con la realtà del mondo attuale.*

Septiembre - Octubre 1956

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

Un texto inédito de
FEDERICO GARCIA LORCA

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE MUSÉE

L. ARAQUISTAIN • B. SOUVARINE • D. MACDONALD
La U.R.S.S. actual

Henri PERRUCHOT
La vida de los artistas en París

Conversación con
W. FAULKNER

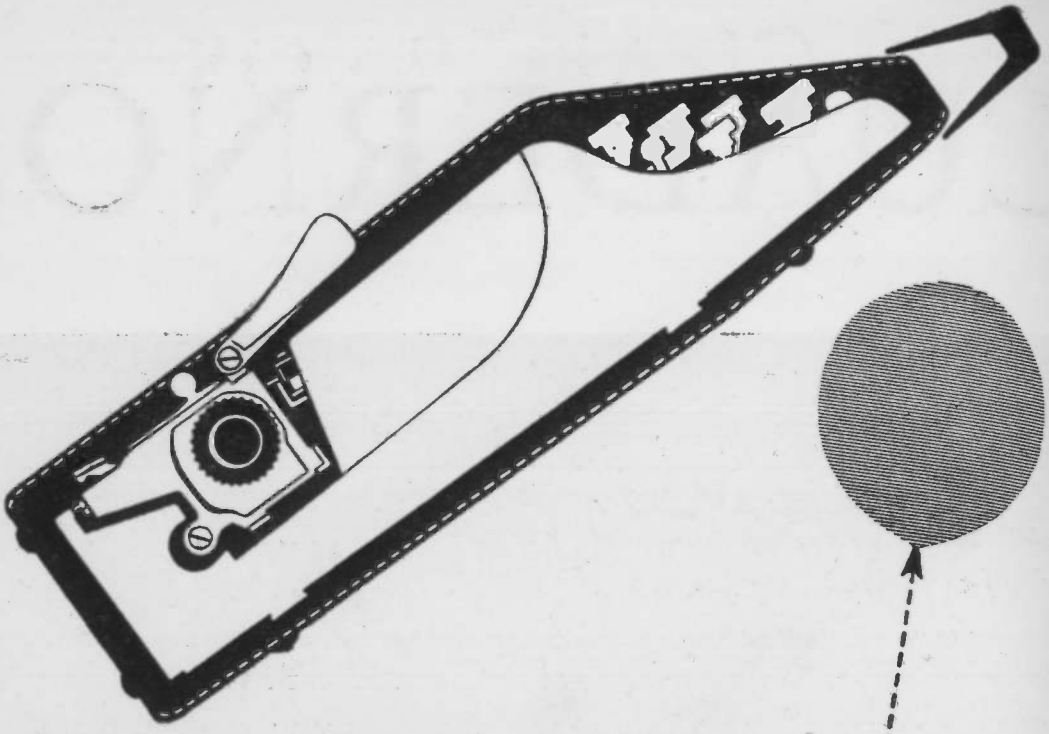
La ironía de
ALBERT CAMUS

Crónicas de Madrid, Buenos Aires, Tokio, etc.

Otros textos de :
Ignazio Silone, Jorge Guillén, Germán Arciniegas,
Salvador de Madariaga, Luis Alberto Sánchez,
Pedro Vicente Aja, etc.

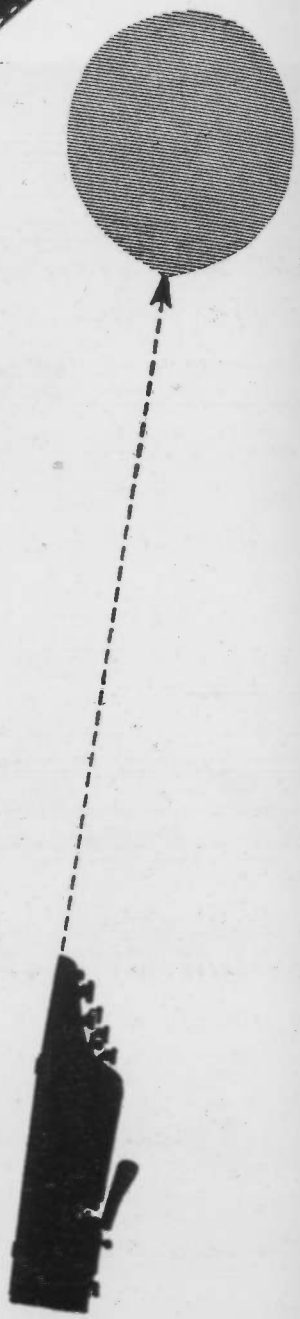
4° P 5926

20



¿ Ha probado usted
a escribir con una Lettera 22?
Un dispositivo enérgico y veloz se dispara para alinear las palabras, y las imprime con la nitidez que requiere un pensamiento preciso.

¿ Ha probado usted
a levantar una Lettera 22?
Se lleva con un dedo, cada ángulo de la mesa o de su casa puede ser su sitio, se traslada con facilidad de una habitación a otra, viaja con Vd.



Olivetti Lettera 22

Peso de la máquina	.	Kg. 3,7
Altura	. . . . .	mm. 85
Ancho	. . . . .	mm. 302
Largo	. . . . .	mm. 324

Ing. C. Olivetti & C., S.p.A. - Ivrea (Italia)

CUADERNOS

NUMERO 20 REVISTA BIMESTRAL SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1956

SUMARIO

Editorial	« CUADERNOS »	3
Mi primer encuentro con Dostoyevski	IGNAZIO SILONE	5
Conversación con Faulkner	JEAN STEIN	7
Hombres e ideas de hoy : Albert Camus	CLAUDE MAURIAC	15
Cosas y gentes	SALVADOR DE MADARIAGA	22
Notas y comentarios	GERMAN ARCINIEGAS	25
La casa chola (Cuento)	JORGE ICAZA	28
Federico García Lorca	I. I.	32
Carta a Jorge Guillén	FEDERICO GARCIA LORCA	33
Del prólogo « Federico en persona »	JORGE GUILLEN	35
García Lorca en la poesía y en el teatro españoles	PASCUAL GIL	36

La U. R. S. S. actual

El informe Kruschef : catilinaria y apología de Stalin.	LUIS ARAQUISTAIN	41
El « Testamento » de Lenin	BORIS SOUVARINE	51
Un pionero meritorio	DWGHT MACDONALD	52

Aspectos del mundo

El franquismo y sus eventuales herederos	F. BONDY	55
En la China de Mao Tse Tung (II)	ROBERT GUILLAIN	61

Tribuna de discusión

Democracia y libertad	LOUIS J. HALLE	69
El liberalismo conservador	JUAN MARICHAL	74
¿ Democracia o libertad ?	« INDICE »	75
Madariaga y América Latina	LUIS ALBERTO SANCHEZ	76
El problema del mestizaje mexicano	CARLOS A. ECHANOVE	79
La tiranía del determinismo científico	PEDRO VICENTE AJA	82

Crónicas y encuestas

Dos momentos críticos en la Argentina	CARLOS P. CARRANZA	87
La vida del artista en París	HENRI PERRUCHOT	93
Aspectos del Japón actual	HERBERT PASSIN	100
La disputa en torno a las aguas del Nilo	GEORG GERSTER	105
José Macedonio Urquidi, gran valor intelectual boliviano	LUIS TERAN GOMEZ	109

Bellas Artes

La pintura de Rodríguez Lozano	NEFERO	112

Lecturas. Vida del Congreso.

La Conferencia de México

(18-26 de septiembre)

De todas las Conferencias celebradas bajo los auspicios del Congreso por la Libertad de la Cultura, la de Milán, en septiembre de 1955, fué sin duda la más importante. Por el número y la calidad de los delegados procedentes de cinco continentes, por los sesenta informes presentados totalizando más de un millar de páginas apretadas, por el tono objetivo y elevado de los debates... Que nuestra organización no es, ni de cerca ni de lejos, una agencia de propaganda ni de contrapropaganda en contra o en favor específicamente de nadie, sino una organización de defensa permanente de la libertad de la cultura y de los derechos humanos, a la vez que un seminario de estudio y discusión libres de todos los grandes problemas de nuestro tiempo, lo demostró Milán tras varias otras demostraciones anteriores.

En Milán se trató del problema de los problemas : del porvenir de la libertad. Conviene reproducir uno de sus enunciados, de valor permanente : « La Conferencia que organizamos no se concibe como una simple manifestación, sino como un seminario de análisis y de investigación. Y no pretende trazar directivas de acción o de propaganda, sino tratar de comprender los falsos problemas que envenenan nuestras polémicas y de establecer las verdaderas alternativas de la libertad en nuestro siglo. » En efecto, nunca estuvo tan amenazada la libertad del hombre y del pensamiento creador, fruto de cruentas luchas e inmensos sacrificios, como en el siglo de las guerras mundiales y de los totalitarismos desenfrenados. Un somero balance de las monstruosidades de uno de esos totalitarismos nos ha sido revelado recientemente, después de los otros balances establecidos en esta postguerra sobre los totalitarismos felizmente vencidos.

Las verdaderas alternativas de la libertad... Una de estas alternativas se juega dramáticamente en vastísimas porciones territoriales y de población insuficientemente desarrolladas y alimentadas. Milán apuntó que si el mundo democrático no es capaz de solucionar los problemas humanos, económicos y culturales de los pueblos — o continentes — subdesarrollados, sometidos éstos a dictaduras semibárbaras y a una explotación inhumana, corren peligro de caer bajo el totalitarismo comunista, que los utilizará contra nuestra civilización y nuestro concepto de vida libre.

Más que un fin, Milán fué un comienzo. Con los delegados europeos y norteamericanos, mezcláronse allí, por orden alfabético y no por orden nacional o continental, numerosos delegados de Asia, de Africa, de Oceanía, de Latinoamérica. Estos últimos, en número regular — si bien inferior a su importancia real en el mundo de hoy —, asistían por vez primera a una de las reuniones patro-

cinadas por nuestro Congreso. A Berlín (1950), a Hamburgo (1953) o a Roma (1954) sólo había asistido algún elemento aislado ; a Milán asistieron cerca de una quincena.

Por vez primera también, y respondiendo a una iniciativa natural, esos delegados se reunieron a cenar con los delegados norteamericanos. Su número estaba poco más o menos equiparado y todos respondían a una absoluta independencia de pensamiento. Se estudió la idea de convocar una Conferencia de intelectuales norte y latinoamericanos, en un país de habla española, para el año de 1956. Con unanimidad y entusiasmo se adoptaron unos acuerdos generales. La Secretaría del Congreso debía someter estos acuerdos de principio a los diversos Comités americanos y a nuestros colaboradores que no forman todavía parte de ningún Comité. Y así se ha hecho.

La Conferencia se celebrará en breve en México, bajo los auspicios de la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura, y a ella asistirán unos doce delegados norteamericanos, dos canadienses y unos treinta latinoamericanos.

Su enunciado general será el siguiente : « La Libertad de la Cultura en el Hemisferio Occidental ».

Inaugurará sus trabajos por medio de un gran acto público, con un orador norteamericano y cuatro latinoamericanos ; llevará en él la representación del Congreso uno de sus Presidentes de Honor : Don Salvador de Madariaga.

Se presentarán y discutirán después tres informes fundamentales :

1) *La Libertad de la Cultura en los U. S. A.*

2) *La Libertad de la Cultura en la América Latina.*

3) *La colaboración entre los países americanos en defensa de la Libertad de la Cultura.*

Los delegados constituirán seguidamente las tres comisiones siguientes :

1) *Sobre los problemas políticos y económicos.*

2) *Sobre los problemas filosóficos, ideológicos y de educación.*

3) *Sobre el problema continental de la Libertad de la Cultura.*

Cada comisión designará una personalidad de su seno para la presentación de sus conclusiones en una reunión plenaria, pudiendo el conjunto de los delegados presentar las enmiendas que crean convenientes.

Finalizarán los trabajos con una importante Conferencia de Prensa, no obstante tener ésta libre entrada durante la presentación y la discusión de los informes, así como durante la reunión plenaria.

Libre de toda traba o intromisión oficial y oficiosa, esta reunión americana puede tener — y debe tener — una gran importancia. Entre Norteamérica y Latinoamérica existen importantes problemas, diferencias, quejas y, a la vez, necesidades y posibilidades de comprensión y de colaboración. En México podrá estudiarse y discutirse libremente todo.

Sobre los resultados informará CUADERNOS a sus lectores, en sus páginas y, seguramente, por medio de un suplemento.

Mi primer encuentro con Dostoyevski

POR IGNAZIO SILONE

He de confesar con rubor que mi primer encuentro con los libros de Dostoyevski fué tardío, puesto que sucedió cuando yo contaba ya veintidós años. Y en cierto modo este encuentro me fué impuesto por las circunstancias. Creo que vale la pena narrar brevemente cómo se produjo, teniendo en cuenta que las condiciones en que tuvo lugar no fueron normales, y más bien extraordinariamente propicias para la comprensión de un autor de naturaleza tan excepcional.

En aquel tiempo me encontraba en la Cárcel Modelo de Barcelona para una estancia que sólo duró un par de meses. Este hecho no les parecerá extraño si añado que, por entonces, reinaba en España el directorio militar presidido por Primo de Rivera, y su policía había dado una importancia excesiva a mi presencia que, en efecto, no tenía ninguna finalidad turística. (Un crítico malicioso podría deducir de esto que, si en mis lecturas estaba yo más bien retrasado, en cambio había progresado bastante en la « delincuencia política ».)

A principios de 1923, cuando yo entré en la cárcel de Barcelona, ésta rebosaba de catalanistas, sindicalistas, socialistas, comunistas y anarquistas. No puedo entretenerme en decir cuán magníficos eran todos aquellos hombres. En ningún país del mundo he conocido jamás hombres tan admirables como los rebeldes españoles. Pero la Cárcel Modelo era verdaderamente una prisión modelo por otras razones. Entre los anarquistas había varios condenados a muerte por actos de terrorismo. Si algún día tengo tiempo, contaré la historia de algunos de éstos. Guardo siempre especialmente vivo en mi memoria el recuerdo de uno de ellos, un pintor muy joven, aún menor de edad, con el que tuve la suerte de trabar amistad gracias a la complacencia del médico de la cárcel, que era a su vez uno de los presos por ideas « separatistas ». Habiendo un médico entre los detenidos, la administración de la Cárcel Modelo había estimado oportuno hacer economías y había licenciado al doctor que venía del exterior. Antes de llegar a mi descubrimiento de Dostoyevski, conviene, pues, añadir algunas palabras sobre aquel muchacho condenado a muerte, porque se encontraba en una situación francamente digna de un personaje de dicho autor. Después de haber sido condenado a la pena capital (que en España se ejecuta mediante « el garrote », es decir, por estrangulación), un ilustre jurista católico se había permitido hacer observar públicamente que ningún código español, ni siquiera el militar, admitía la pena de muerte para los menores de edad. ¿ Acaso lo habían olvidado los jueces ? La opinión pública se

había conmovido, y como consecuencia de ello, la ejecución del muchacho había quedado en suspenso. Los militares que se hallaban en el poder no sabían qué hacer. ¿ Cómo sacrificar el prestigio al derecho ? Por último corrió el rumor de que entre los militares había prevalecido el criterio de respetar la ley y esperar, para ejecutar al muchacho, que éste llegase a su mayoría de edad. (Mas él había cometido el delito siendo menor...)

A pesar de todo, el joven condenado a muerte no había perdido su habitual buen humor y se divertía dibujando caricaturas de generales españoles, con sus famosos y enormes chafarotes. Sin embargo, para nosotros resultaba más difícil asociarnos a su aparente despreocupación. Ninguno se atrevía ya a lamentarse de la lentitud con que pasaba el tiempo. Como ya he dicho, la complicidad del médico me permitía estar toda la mañana con aquel chico, en la enfermería. El médico, sencillamente, había comunicado a la dirección que nuestra salud requería una observación diaria. Aquel médico era un buen hombre. En cierto modo, para una Cárcel Modelo, él era un médico modelo. Nunca ha comprendido, por ejemplo, por qué tenía tantas consideraciones para un extranjero como yo.

Además de la relativa libertad mañanera, nos procuraba libros y revistas para ayudarnos a soportar las largas horas de la tarde y de la noche, que cada uno de nosotros debía pasar en el aislamiento de su propia celda. La suerte quiso que él dispusiera, entre otros libros, de varios volúmenes de Dostoyevski, en su versión francesa. Así es como tuve el inmenso placer de leer por vez primera *Los hermanos Karamazov* y *El idiota*. Ahora no sabría decir cuánto me conmovieron y embelesaron estas novelas. Ninguna obra literaria me ha emocionado jamás hasta ese punto. Pronto acabé por perder toda noción del tiempo y del lugar. En efecto, yo ya no estaba en la cárcel. Leyendo aquellos libros, la angostura de la celda se desvanecía y yo me encontraba a millares de kilómetros de allí, en un ambiente que me llenaba de una ansiedad hasta entonces desconocida. A veces me parecía caminar en medio de una inmensa muchedumbre, a lo largo de las márgenes de un gran río, el Neva, mientras a lo lejos, en la noche blanca, brillaban las cúpulas blancas de un monasterio ; otras veces me hallaba sentado detrás de unas matas de jazmín, en un gran parque, y contemplaba la impaciencia del Príncipe Mishkin, que esperaba a Anastasia Filipovna ; o bien me encontraba de rodillas, en una de las celdas que en los santuarios dedican a los forasteros, junto con un grupo de peregrinos, escuchando la voz ronca e inspirada de un viejo santo, el staretz Zósimo.

Por las mañanas, al encontrarme en el consultorio del médico con el joven condenado a muerte, ¿ de qué otra cosa hubiera podido hablar yo ? Hasta cuando, al cabo de los años, vuelvo a pensar en ello, ¡ qué maravillosos me parecen aquellos días ! Sin duda alguna, figuran entre los más hermosos de mi vida.

IGNAZIO SILONE

CONVERSACION CON FAULKNER

POR JEAN STEIN

SEÑOR Faulkner, Ud. dijo hace poco que no le gustan las entrevistas.

— La razón de no gustarme las entrevistas es que, al parecer, reacciono violentamente ante las preguntas de carácter personal. Cuando las preguntas se refieren al trabajo, trato de contestar a ellas. Sin embargo si se refieren a mí, puede ocurrir que conteste o no ; pero aun en el caso de contestar, si mañana me dirigieran la misma pregunta, la respuesta podría ser distinta.

— *¿ Qué opinión tiene de Ud. mismo como escritor ?*

— Si yo no hubiera existido, otro cualquiera hubiera escrito en mi lugar, Hemingway, Dostoyevski, todos. Prueba de ello es que hay por lo menos tres candidatos que se disputan la paternidad de las obras de Shakespeare. Lo importante es que *Hamlet* y *El sueño de una noche de verano* existan ; no quien los ha escrito, sino que alguien los escribiese. El autor carece de importancia. Sólo la tiene lo que él crea, puesto que no hay nada nuevo que decir. Shakespeare, Balzac, Homero, todos han escrito sobre las mismas cosas, y si hubieran vivido mil o dos mil años más, los editores no hubiesen necesitado a nadie después.

— *Pero aunque, al parecer, no haya nada nuevo que decir, ¿ acaso no es importante la personalidad del autor ?*

— Muy importante para él mismo. Todos los demás pudieran estar demasiado embebidos en el trabajo, para preocuparse de la personalidad.

— *¿ Y sus contemporáneos ?*

— Ninguno de nosotros ha logrado alcanzar su sueño de perfección. Así, pues, yo juzgo a todos sobre la base de nuestra espléndida incapacidad para hacer lo imposible. En mi opinión, si yo pudiera volver a escribir todas mis obras, estoy convencido de que lo haría mejor, y esta convicción es el estado de ánimo más fecundo para un artista. Por eso el artista sigue trabajando sin descanso y vuelve a empezar ; cada vez cree que conseguirá su propósito, que rematará su obra. No lo logrará, naturalmente ; y he aquí la razón de que este estado de ánimo sea fecundo. Si consiguiera su propósito alguna vez, si su obra llegara a equipararse con la imagen que de ella se ha formado, con su sueño, no le quedaría otra solución que degollarse, que precipitarse por la otra vertiente de ese pináculo de perfección definitiva, y suicidarse. Yo soy un poeta fracasado. Es posible que todos los poetas deseen, en primer lugar, escribir poesías, y cuando se dan cuenta de su incapacidad para ello ensayan las novelas cortas, que es la forma más exigente después de la poesía. Y sólo si fracasan en esto, es cuando se lanzan a escribir novelas.

— *¿ Existe alguna fórmula para llegar a ser un buen novelista ?*

— Sí ; 99 por ciento de talento..., 99 por ciento de disciplina..., 99 por ciento de

trabajo. El novelista no debe sentirse nunca satisfecho de lo que produce, porque nunca es tan excelente como hubiera podido ser. Hay que soñar siempre y aspirar a elevarse más de lo que uno sabe que es capaz de subir. Nada de esforzarse por superar a nuestros contemporáneos o predecesores. Hay que tratar de superarse a sí mismo. Un artista es un ser impulsado por los demonios. El ignora por qué le han escogido y, en general, está demasiado ocupado para preguntárselo. El artista es completamente amoral, en el sentido de que es capaz de cometer robos, hacer trampas, mendigar o hurtar a uno o a todos, con tal de llegar a la realización de su obra.

— *¿ Quiere Ud. decir que el escritor ha de carecer en absoluto de escrúpulos ?*

— El escritor sólo es responsable ante su arte. Si es un buen escritor, habrá de prescindir totalmente de los escrúpulos. Persigue un sueño, y le atormenta de tal modo que necesita liberarse de él. No tiene paz hasta que lo consigue. Todo lo echa por la borda : honor, orgullo, decencia, seguridad, felicidad, todo, para poder escribir el libro. Un escritor no dudará en robar a su madre : la *Oda sobre la urna griega* merece el sacrificio de cuantas ancianas sea menester.

— *Según esto, ¿ la falta de seguridad, de felicidad y de honor puede ser un factor importante para la capacidad creadora del artista ?*

— No. Sólo es importante para la paz y la satisfacción del artista, y el arte no se preocupa de la paz, ni de la satisfacción.

— *Entonces, ¿ cuál sería el mejor ambiente para un escritor ?*

— Al arte tampoco le afecta el ambiente; no le importa el lugar donde se halla. Por lo que a mí se refiere, el mejor empleo que me han ofrecido fué el de patrón de un burdel. A mi entender, es el medio perfecto para trabajar un artista. Le procura una magnífica independencia económica ; está libre del miedo y del hambre ; tiene un techo sobre su cabeza, sin más trabajo que el de llevar una sencilla contabilidad e ir una vez al mes a rendir cuentas a la policía de la localidad. El lugar es tranquilo en las horas de la mañana, que son las mejores del día para trabajar. Por la noche tiene diversión suficiente, si es que desea tomar parte en ella, para no sentir aburrimiento ; puede alcanzar cierta posición en su sociedad ; no tiene nada que hacer, porque la encargada se ocupa en todo ; la casa sólo está habitada por mujeres, que le estarán sometidas y le llamarán « señor ». Todos los contrabandistas de alcohol de las proximidades le llamarán también « señor », y él podrá hablar de tú a los policías.

Así, pues, el único ambiente que necesita el artista, es el que pueda procurarle toda la paz, toda la soledad y todo el placer posibles a poca costa. Un ambiente desfavorable sólo contribuye a hacer subir su tensión ; los contratiempos y las violencias le hacen perder tiempo. Según mi propia experiencia, las herramientas que necesito para mi profesión son papel, tabaco, alimento y un poco de whisky.

— *Ha mencionado Ud. la independencia económica. ¿ Acaso la necesita el escritor ?*

— El escritor no necesita la independencia económica. Sólo necesita un lápiz y un poco de papel. Nunca he oído decir que se haya escrito nada bueno por haber aceptado un don en dinero. Un buen escritor nunca solicita nada de una fundación. Tiene demasiado que hacer escribiendo. Y si no es escritor de primera calidad se engañará a sí mismo diciendo que no ha dispuesto de tiempo o que no ha tenido independencia económica. Un ladrón, un contrabandista, un cuatrero pueden producir buenas obras de arte. En efecto, la gente se asusta al descubrir hasta qué punto puede soportar las dificultades y la miseria. Le da miedo conocer toda su resistencia. Nada puede destruir al buen escritor. Lo único que puede alterarle es la muerte. Los buenos escritores no tienen tiempo para preocuparse por el éxito, ni para enriquecerse. El éxito es como la mujer : si uno se humilla ante él, le desprecia. Así, pues, el mejor modo de tratarlo es enseñarle el revés de la mano. Entonces quizá sea él quien se humille.

— *¿ Qué técnica emplea Ud. para conseguir su objetivo ?*

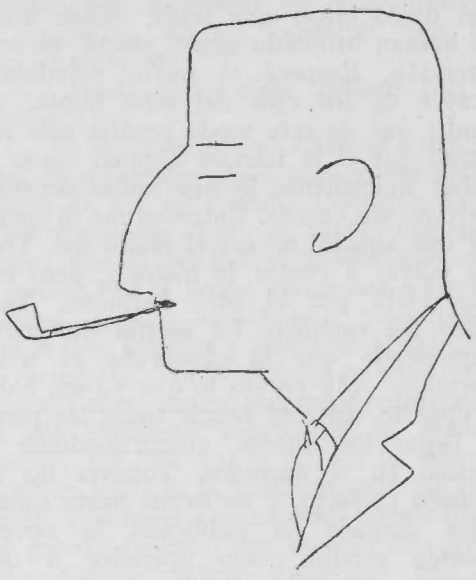
— El escritor que se preocupa de la técnica, vale más que se haga cirujano o albañil. No existe ningún procedimiento mecánico, ni ningún manual para apren-

der a escribir. Un escritor sería loco si se propusiera seguir una teoría. Sólo sirven de enseñanza los propios errores. La gente aprende únicamente gracias al error. Un buen artista no considera a nadie con capacidad suficiente para darle consejos. Por mucho que admire al viejo escritor, desea superarle.

— *Entonces, ¿ Ud. niega el valor de la técnica ?*

— De ningún modo A veces la técnica se impone y domina el sueño del escritor, antes de que éste pueda poner manos a la obra. Esto es un *tour de force* y la terminación de la obra consiste sencillamente en ir colocando cuidadosamente los ladrillos, ya que sin duda el escritor conoce cada una de las palabras que ha de emplear hasta el final, aun antes de empezar a escribir la primera. Este fué el caso de *As I was Dying*. No fué fácil, como no lo es ningún trabajo realizado honradamente. Pero resultó sencillo por el hecho de tener reunido y al alcance de la mano todo el material. Empleé en escribir esa obra unas seis semanas, durante el tiempo que me quedaba libre después de una jornada de doce horas de trabajo manual. No hice sino imaginar un grupo de personas y las sometí simplemente a las catástrofes naturales universales, que son la inundación y el fuego, con un motivo natural y sencillo, para dar sentido a su evolución. Pero entonces, si no interviene la técnica, también resulta fácil escribir, pero en otro sentido. Porque me sucede que en el libro hay siempre un punto en que los personajes se levantan por sí mismos, toman a su cargo el trabajo y lo terminan, por ejemplo, alrededor de la página 275. Ignoro, desde luego, lo que sucedería si yo acabase el libro en la página 274. La cualidad que debe tener un artista es la objetividad para juzgar su obra, además de la honradez y del valor para no engañarse acerca de ella. Como ninguna de mis obras ha alcanzado nunca la meta que yo me había propuesto, he de juzgarlas sobre la base de la que me produjo más pesadumbre y congoja, como sucede a la madre que quiere más al hijo que se ha convertido en ladrón o en asesino que al que se ha hecho sacerdote.

— *¿ Qué obra es ésa ?*



WILLIAM FAULKNER
(Visto por él mismo.)

— *The Sound and the Fury*. La escribí cinco veces, tratando de darle forma para liberarme de la pesadilla, que seguiría atormentándome hasta que lo hiciese. Es la tragedia de dos mujeres fracasadas. Disley es una de mis protagonistas predilectas, porque es buena, valiente, generosa, amable y honrada. Es mucho más buena, honrada y generosa que yo.

— *¿ Cómo empezaba* The Sound and the Fury ?

— Empezaba con una alegoría. En aquella época no me daba cuenta de que era simbólica. El símbolo estaba representado por el pantalón manchado de una niña, subida a un peral, desde el que podía ver, a través de una ventana, la habitación donde se efectuaban los funerales de su abuela, y contaba lo que sucedía a sus hermanos, que estaban en el suelo, al pie del árbol. Mientras yo explicaba quiénes eran y lo que hacían y cómo la niña se había manchado los pantalones, comprendí que sería imposible hacer entrar todo esto en una novela corta y que tendría que escribir un libro. Y también comprendí entonces el simbolismo de los pantalones sucios, y sustituí esa imagen por la de la niña huérfana de padre y madre, deslizándose por la cañería de desagüe, para huir

del único hogar que tenía, donde nunca le habían brindado amor, afecto, ni comprensión. Empecé el relato viéndolo a través de los ojos del niño idiota, por sentir que de este modo tendría más realismo que si lo narrase alguien capaz de saber únicamente lo que había ocurrido, pero no sus causas. Entonces me di cuenta de que aquello no era el relato fiel. Traté de volver a contar la historia, pero esta vez vista por el otro hermano. Tampoco me satisfizo. La escribí de nuevo, suponiendo que la observaba el tercer hermano. Aún no era lo que yo me había propuesto. Intenté reunir todas las piezas y llenar los huecos, convirtiéndome yo mismo en el narrador. Todavía no me pareció perfecto, y no lo fué hasta quince años después de publicada la novela, cuando escribí como apéndice a otro libro, y haciendo el último esfuerzo, el final del relato, para que la obra, al quedar definitivamente acabada saliera de mi mente y yo pudiese recobrar la tranquilidad. Es el libro que me inspira más ternura. Nunca he podido despreocuparme de él, ni narrarlo como es debido a pesar de haberlo intentado tenazmente, y todavía me gustaría volver a intentarlo, aunque es probable que fracasara de nuevo.

— *¿ Qué ventaja artística tiene dar a una novela forma de alegoría, como la alegoría cristiana que Ud. utilizó en* A Fable ?

— La misma ventaja que encuentra el carpintero en hacer ángulos rectos para construir una casa cuadrada. En *A Fable*, la alegoría cristiana era la más adecuada para esa historia precisamente, lo mismo que un rectángulo es lo más indicado para construir una casa de forma rectangular.

— *¿ Significa eso que un artista puede utilizar el cristianismo como una herramienta, como el carpintero echa mano de un martillo ?*

— Al carpintero de que estamos hablando nunca le falta ese martillo. A nadie le falta el cristianismo, si nos ponemos de acuerdo acerca del valor de esta palabra. Es el código particular de conducta de cada individuo, mediante el cual un ser humano se hace mejor de lo que su naturaleza quisiera ser, si él obedeciera solamente a su naturaleza. Cualquiera que sea el símbolo — la cruz, la media luna u otra cosa —, ese símbolo es el que recuerda al hombre su deber en el seno de la raza humana. Sus diferentes alegorías son las normas por las que se mide él mismo y aprende a conocer lo que es. No puede enseñar al hombre a ser bueno, como el libro de texto le enseña las matemáticas; pero le enseña el modo de descubrirse a sí mismo, de crear para su uso un código moral y un modelo de conducta dentro de sus capacidades y aspiraciones, dándole un ejemplo incomparable de sufrimiento y sacrificio y ofreciéndole la esperanza. Los escritores se han inspirado y se inspirarán siempre en las alegorías de rectitud moral, por la razón de que las alegorías son incomparables, como en el caso de los tres hombres de *Moby Dick*, que representan la trinidad de la conciencia : la ignorancia absoluta, el conocimiento sin inquietud y el conocimiento vigilante. La misma trinidad se halla representada en *A Fable* por el joven judío que dice : « Esto es horrible y me niego a aceptarlo, aunque haciéndolo así haya de renunciar a la vida » ; por el viejo intendente francés que afirma : « Esto es horrible, pero aun lamentándolo, podemos soportarlo » ; y por el estafetero inglés, que dice : « Esto es horrible ; voy a hacer algo para remediarlo. »

— *¿ Los dos temas independientes de* The Wild Palms *se han reunido en el mismo libro con algún fin simbólico ? ¿ O es, como insinúan algunos críticos, una especie de contrapunto estético, o simplemente una casualidad ?*

— No, no. Eso era una sola historia : la de Charlotte Rittenmayer y Harry Wilbourn, que lo sacrificaron todo por el amor, y luego perdieron también el amor. Yo no sabía que iban a ser dos historias distintas, hasta que hube empezado el libro. Al llegar al final de lo que ahora es la primera parte de *The Wild Palms*, comprendí de pronto que faltaba algo, que era preciso darle más énfasis que lo exaltase, como hace el contrapunto en la música. Así es como seguí escribiendo la historia de *Old Man*, hasta que la historia de *The Wild Palms* subió de nuevo a la superficie. Entonces dejé *Old Man* en el punto en que se encuentra ahora, en la primera parte, y volví a trabajar en *The Wild Palms* hasta que empezó de nuevo a decaer. Después le comuniqué nuevo

interés con otra parte de su antítesis, que es la historia de un hombre que consiguió el amor y pasa el resto del libro huyendo de él, hasta el extremo de volver voluntariamente a presidio para sentirse seguro. Si hay dos fábulas es por pura casualidad, o tal vez por necesidad. Pero la historia es la de Charlotte y Wilbourne.

— *¿ Hasta qué punto se basan sus obras en experiencias personales ?*

— No podría decirlo. Nunca lo he calculado, porque la cantidad carece de importancia. Un escritor necesita tres cosas : experiencia, observación e imaginación ; dos de ellas, y a veces una sola, pueden sustituir la ausencia de las demás. Mis novelas comienzan habitualmente con una sola idea o recuerdo, o con una alegoría. El hecho de escribir la historia es sencillamente una cuestión de trabajo sobre ese momento dado, y la explicación de por qué ha acontecido, así como sus consecuencias. Un escritor trata de crear personajes verosímiles del modo más emocionante que puede. Es evidente que ha de utilizar como instrumento el medio que le es conocido. Yo diría que la música es el medio más fácil de expresión, por ser la primera que penetra en la experiencia y en la historia del hombre. Pero como mi medio de expresión es la palabra, he de tratar de exponer toscamente con palabras lo que la música pura hubiera expresado mejor. Es decir, que la música lo expresaría mejor y con más sencillez, pero yo prefiero emplear la palabra, por la misma razón que prefiero leer a escuchar. Prefiero el silencio al sonido, y la imagen que se evoca con la palabra acude a la imaginación en silencio. Es decir que el ruido y la música de la prosa se producen en silencio.

— *Ha mencionado Ud. la experiencia, la observación y la imaginación como elementos importantes para el escritor. ¿ No podría incluir también la inspiración ?*

— Yo no sé nada de la inspiración, porque ignoro lo que es ; he oído hablar de ella, pero nunca la he visto.

— *Se dice que Ud., como escritor, tiene la obsesión de la violencia.*

— Eso es como decir que el carpintero está obseso por el martillo. La violencia es sencillamente una de las herramientas del carpintero. Ni el escritor ni el carpintero pueden construir con un solo instrumento.

— *¿ Puede decir cómo empezó Ud. a escribir ?*

— Yo vivía en Nueva Orleans y trabajaba en diferentes cosas para ganar algún dinero de vez en cuando. Conocí a Sherwood Anderson. Por las tardes solíamos pasear por la ciudad y hablábamos con la gente. Por la noche volvíamos a encontrarnos y nos sentábamos para beber una o dos botellas ; mientras él hablaba, yo escuchaba. Por la mañana no solía verle nunca, porque estaba encerrado trabajando. Al día siguiente repetíamos la misma función. Me dije que si eso era la vida de escritor, ésta era la profesión que me convenía. Y empecé a escribir mi primer libro. De pronto descubrí que escribir era divertido. Llegué incluso a olvidar que no había visto al Sr. Anderson desde hacía tres semanas, hasta que un día entró en mi casa. Era la primera vez que venía a visitarme, y dijo : « ¿ Qué pasa ? ¿ Me ha tomado Vd. aversión ? » Le contesté que estaba escribiendo un libro. « ¡ Dios mío ! », dijo, y salió. Cuando acabé el libro — era *Soldier's Pay* — encontré a la Sra. Anderson en la calle. Me preguntó cómo iba el libro y le dije que estaba terminado. Entonces me confió : « Sherwood dice que hará un trato con Ud. Si no ha de leer el manuscrito, dirá a su editor que lo acepte. » Yo le contesté : « ¡ Hecho ! » Y así es como me hice escritor.

— *¿ Qué trabajos hacía Ud. para ganar « algún dinero de vez en cuando » ?*

— Lo que salía. Yo sabía hacer un poco de todo : conducir un barco, pintar casas, dirigir aviones. Nunca necesité mucho dinero, porque entonces la vida en Nueva Orleans era barata, y todo lo que me hacía falta era un sitio para dormir, un poco de comida, tabaco y whisky. Había muchas cosas que yo podía hacer durante dos o tres días, con lo cual ganaba dinero suficiente para vivir el resto del mes. Por temperamento, soy vagabundo e inestable. El dinero no me es tan indispensable que me obligue a trabajar para ganarlo. En mi opinión, es una vergüenza que haya tanto trabajo en el mundo. Una de las cosas más tristes de la vida es que lo

único que puede hacer un hombre durante ocho horas diarias, día tras día, es trabajar. No se puede comer, ni beber, ni amar ocho horas diarias; lo único que se puede hacer, durante ocho horas, es trabajar. Esta es la razón de que el hombre se haga a sí mismo y a todos los demás tan despreciable y desgraciado.

— *Usted debe sentirse obligado con Sherwood Anderson, pero ¿ qué piensa de él como escritor ?*

— El fué el padre de los escritores norteamericanos de mi generación y representa la tradición de la literatura norteamericana que nuestros sucesores proseguirán. Jamás se le ha apreciado como merece. Dreiser es su hermano mayor y Mark Twain, el padre de ambos.

— *¿ Qué piensa Ud. de los escritores europeos del período actual ?*

— Los dos hombres más grandes de mi tiempo han sido Mann y Joyce. Habría que estudiar el *Ulysses*, de Joyce, con el sentimiento con que el predicador analfabeto Juan Bautista se mueve y habla en el Antiguo Testamento, es decir, con fe.

— *Hay personas que consideran imposible entender lo que Ud. escribe, aun después de leerlo dos o tres veces. ¿ Qué procedimiento les sugeriría Ud. ?*

— Leerlo cuatro veces.

— *¿ Lee Ud. las obras de sus contemporáneos ?*

— No. Los libros que leo son los que conocí y amé cuando era joven, y a los que vuelvo, como se vuelve a los viejos amigos : el Antiguo Testamento, Dickens, Conrad, Cervantes (*Don Quijote*, que leo todos los años, como otros leen la Biblia), Flaubert, Balzac (que creó un mundo exclusivamente suyo, una circulación sanguínea que corre a través de veinte libros), Dostoyevski, Tolstoy, Shakespeare... De vez en cuando leo a Melville ; y entre los poetas prefiero a Marlove, Campion, Johnson, Harrick, Donne, Keats y Shelley. Todavía leo a Housman. Conozco tan bien esos libros, que no siempre empiezo por la primera página, para acabar en la última. Leo solamente una escena, o la parte correspondiente a un personaje, como se visita y habla con un amigo durante unos minutos.

— *¿ Y Freud ?*

— Cuando yo vivía en Nueva Orleans, todo el mundo hablaba de Freud, pero nunca he leído nada suyo. Tampoco lo leyó Shakespeare. Dudo que Melville lo hiciera, y estoy seguro de que tampoco lo ha leído Moby Dick.

— *¿ Lee Ud. alguna vez novelas policíacas ?*

— Leo a Simenon, porque me recuerda algo a Chekov.

— *¿ Cuáles son sus personajes preferidos ?*

— Mis personajes preferidos son Sarah Gamp, una mujer cruel, sin escrúpulos, borracha, oportunista, indigna de confianza; casi todo en ella es malo, pero al menos es un carácter ; la Señora Harris, Falstaff, el Príncipe Hal, Don Quijote y Sancho, naturalmente. Sigo admirando a Lady Macbeth. Y Bottom, Ofelia, Mercutio — éste y Sarah Gamp, maltratados por la vida, no piden clemencia, ni se lamentan nunca —. Huck Finn, por supuesto, y Jim. Tom Sawyer nunca me gustó mucho : es un pedante horrible. Y además me gusta Sut Lovingood, de un libro escrito por George Harris, allá por los años 1840 a 1850, en las montañas de Tennessee. No se forjaba ilusiones acerca de sí mismo, pero se defendía lo mejor que podía ; en ciertos momentos era cobarde y lo sabía, pero no se avergonzaba de ello ; nunca reprochaba a nadie sus desdichas, ni jamás maldecía a Dios por esta causa.

— *¿ Quiere Ud. decir algo acerca del porvenir de la novela ?*

— Imagino que mientras haya gente que lea novelas, habrá quien las escriba, y viceversa ; a menos que, naturalmente, las revistas ilustradas y las historias en dibujos acaben por atrofiar la capacidad de lectura del hombre. En realidad, la literatura está retrocediendo hacia la escritura rupestre de las cavernas de Neanderthal.

— *¿ Y qué piensa Ud. de la función de los críticos ?*

— El artista no tiene tiempo para escuchar a los críticos. Los que pretenden hacerse escritores leen las revistas ; los que quieren escribir no tienen tiempo para leerlas. El crítico también trata de hacerse oír. Su función no va dirigida al artista mismo. Este se halla un piso más

arriba que el crítico, porque escribe algo que afectará al crítico, en tanto que el crítico escribe cosas que afectan a todo el mundo, menos al artista.

— *Entonces, ¿ Ud. no siente nunca la necesidad de discutir sus obras con nadie ?*

— No. Estoy demasiado ocupado en escribirlas. Han de gustarme a mí, y si lo consiguen, no necesito hablar de ellas. Cuando una obra no me gusta, no la mejoran los comentarios, sino seguir trabajando sobre ella. Yo no soy un hombre locuaz, sino solamente escritor. No me produce ningún placer hablar para la galería.

— *Los críticos aseguran que el parentesco consanguíneo es lo más importante en sus novelas.*

— Eso es una opinión, y como ya he dicho, yo no leo las críticas. Dudo de que el hombre que quiera escribir acerca de algún personaje se interese más por el parentesco de la sangre que por la forma de sus narices, a menos que sea necesario para el desarrollo de la acción. Si el escritor se concentra en las cosas dignas de interés, que son la verdad y el corazón humano, no le queda tiempo para ocuparse en ideas y hechos, tales como la forma de la nariz o el parentesco, porque a mi entender las ideas y los hechos tienen muy poca relación con la verdad.

— *Los críticos sugieren también que los personajes de Ud. nunca escogen conscientemente entre el bien el mal.*

— La vida no se preocupa por el bien o el mal. Don Quijote estaba constantemente escogiendo entre el bien y el mal, pero hacía esta selección en el reino de su imaginación. Estaba loco. Sólo penétraba en la realidad cuando estaba tan ocupado en contender con la gente que no tenía tiempo para distinguir el bien del mal. Como las gentes sólo existen mientras viven, deben dedicar su tiempo solamente a conservar la vida. La vida es movimiento, y el movimiento se interesa por lo que impulsa al hombre, que es la ambición, el poder o el placer. El tiempo que el hombre puede dedicar a la moral ha de quitarlo por fuerza al movimiento del que forma parte. Más tarde o más temprano, se ve obligado a hacer una selección entre el bien y el mal, porque la conciencia moral exige esto de él, a fin de que pueda vivir consigo mismo el día de mañana. Su conciencia moral es la maldición que ha tenido que aceptar de los dioses para arrancarles el derecho a soñar.

— *¿ Podría Ud. aclarar lo que entiende por movimiento en relación con el artista ?*

— La meta de todo artista es detener el movimiento, que es la vida, por medios artificiales, y fijarlo de modo que cuando un extraño contemple su obra un siglo más tarde, ésta se ponga en movimiento, puesto que es la vida. Y como el hombre es mortal, la única inmortalidad posible para él es dejar algo tras de sí que sea inmortal, es decir que siga moviéndose. Esta es la manera que tiene el artista de escribir sus experiencias en el muro del olvido definitivo e irrevocable que algún día habrá de franquear.

— *Malcolm Cowley ha dicho que los personajes de Ud. llevan en sí el sentido de la sumisión a su destino.*

— Eso es un criterio suyo. Yo me atrevo a decir que algunos de ellos son efectivamente así, y que hay autores a quienes no gustan los personajes de los demás. Podría decir también que Lena Grove, de *Light in August*, se acomodaba bien con su destino. En realidad, para el cumplimento de su destino, no le importaba que su marido fuese Lucas Birch u otro. Su destino era tener un marido e hijos, y ella lo sabía ; y así es como salió al encuentro de su destino y se sometió a él, sin reclamar la ayuda de nadie. Ella mandaba en su propia alma. Una de las frases más serenas y cuerdas que he oído en mi vida es la que dice a Byron Bunch, en el instante preciso en que rechaza su última tentativa temeraria y desesperada de violencia : « ¿ No le da vergüenza ? Pudo haber despertado al niño. » Ni por un momento siente azoramiento, susto o alarma. Ni siquiera sabía que no necesitaba lástima. Sus últimas palabras, por ejemplo : « Llevo un mes de viaje y ya estoy en Tennessee. ¡ Vaya, vaya ! ¿ Para qué preocuparse, si siempre acaba uno por llegar ? »

La familia Bundren, de *As I Lay Dying*, se acomoda bastante bien con su destino. El padre, que ha perdido su mujer, nece-

sitaria, naturalmente, otra, y se la procura. En un abrir y cerrar de ojos, no sólo sustituye a la cocinera de la familia, sino que adquiere además un gramófono para procurarles todo el placer posible mientras descansan. La hija, que está encinta, no consigue esta vez deshacer el embarazo, pero no se desanima por ello. Lo intenta de nuevo, y aun cuando todas las tentativas resultan vanas, en definitiva no hay más contratiempo que la aparición de otro niño en la familia.

— *El Sr. Cowley dice que Ud. tiene dificultad para crear personajes de veinte a cuarenta años que sean simpáticos.*

— Las personas de veinte a cuarenta años no son simpáticas. El niño tiene capacidad de acción, pero no puede saberlo. Sólo lo sabe cuando ya no puede actuar..., es decir, después de los cuarenta. Entre veinte y cuarenta años, la voluntad de acción del niño se hace más fuerte, más peligrosa, pero todavía él no ha empezado a enterarse. Puesto que la capacidad de acción del hombre entra a la fuerza por los cauces del mal, gracias al medio ambiente y a las presiones, resulta que el hombre es fuerte antes de ser moral. El tormento del mundo se debe a las personas de veinte a cuarenta años. Los que viven a mi alrededor y que han sido la causa de la tensión interracial — los Milam y los Bryant (en el asesinato de Emmet Till) y las bandas de negros que arrebatan a una mujer blanca y la violan por venganza, los Hitler, los Napoleón y los Lenin —, todos simbolizan los sufrimientos, las inquietudes de la humanidad, y todos están entre los veinte y cuarenta años.

— *En la época del asesinato de Emmet Till, Ud. hizo una declaración a la prensa. ¿ Tiene Ud. algo que añadir ahora ?*

— Sólo repetiré lo que dije entonces : que si nosotros, americanos, queremos sobrevivir, hemos de escoger y defender, ante todo, el ser americanos ; presentar ante el mundo un frente unido y homogéneo de americanos blancos, negros, rojos, azules o verdes. Tal vez el resultado de ese trágico y funesto error cometido en mi Misisipí natal por dos adultos blancos con un desdichado niño negro, sea probar si merecemos o no sobrevivir. Porque si en América hemos llegado al punto de nuestra civilización desesperada, en que es preciso asesinar niños, cualquiera que sea la razón o el color, no merecemos sobrevivir, y probablemente no sobreviviremos.

— *¿ Lo que le ha sucedido entre la época de* Soldier's Pay *y la publicación de* Sartoris... *fué lo que le indujo a empezar la leyenda de Yoknapatawpha ?*

— Con *Soldier's Pay* descubrí que escribir era divertido. Pero después fuí comprendiendo que no sólo cada libro ha de tener un propósito, sino que toda la producción o la suma de obras de un artista ha de tenerlo también. En *Soldier's Pay* y *Mosquitoes* escribí por escribir, porque me entretenía. Al empezar *Sartoris* descubrí que el pequeño sello de correos de mi tierra natal merecía que se escribiese sobre él, y que, por mucho que viviese, no llegaría a agotar ese tema ; y sublimando lo verdadero para hacerlo apócrifo, quedaría en completa libertad para utilizar hasta el límite máximo todo el talento de que yo pudiese disponer. Esto fué para mí como un filón de oro que me hizo descubrir otros personajes, creando así un cosmos exclusivamente mío. Como si yo fuera Dios, puedo poner en movimiento a esos personajes, no sólo en el espacio, sino también en el tiempo. Por haber dado vida, oportunamente y con buen éxito a mis personajes, en opinión mía por lo menos, estoy en condiciones de comprobar mi teoría de que el tiempo es un término flúido, que carece de existencia, excepto en los avatares momentáneos de cada individuo. No existe esa cosa que llamanos *fué*, sino sólo el *es*. Si el *fué* existiera, no habría dolor, ni tristeza. Me gusta pensar en el mundo que yo he creado, como si fuera una especie de piedra angular del Universo ; y que, por pequeña que sea esa piedra angular, si la quitaran, el Universo se derrumbaría. Mi último libro será el Libro del Juicio Final, el Libro de Oro del Condado de Yoknapatawpha. Entonces romperé el lápiz y acabaré de escribir.

JEAN STEIN

Hombres e ideas de hoy :

ALBERT CAMUS

POR CLAUDE MAURIAC

En un reciente ensayo dedicado a la juventud de Maurice Barrès, el profesor Henri Mondor recuerda que Albert Camus es uno de los raros escritores actuales que pagaron al autor del *Jardín de Berenice* su deuda de gratitud. Descubrimos, en efecto, en textos más o menos antiguos de Camus, y en una forma perfecta en su última obra *La Chute*, esta suntuosidad del verbo y a la vez un sencillo rigor que no dejan de recordar a aquél a quien Marcel Proust decía : « En lo que usted escribe hay ciertos cambios de tono, que sólo existen en la música ». Estilo tan bien definido por Henri Mondor, en lo que concierne a Barrès : bello vocabulario, magia de las sílabas, imágenes fuertes, riqueza de sintaxis y de tonos, utilización turbadora del misterio, dulzura extrema de las cantilenas, familiaridades pintorescas, fuerza brusca de las réplicas, abreviaturas e insolencias justicieras (1). Esto da por resultado en Camus, lo mismo que en Barrès (y a menudo de una manera azorante en *L'Eté*), cierto exceso de literatura, sin duda (en el sentido despectivo de la palabra), pero que, a pesar de su orquestación, si no es por causa de ella, alcanza en *La Chute* una calidad poco frecuente. No obstante, son aún trozos de valentía, que su misma perfección y su carácter antológico prematuro ofrecen quizá con exceso a la admiración. Ejercicios de un virtuoso que se encanta con sus propios dones, que son las únicas atenuaciones a un rigor de comportamiento, cuya tensión no se afloja más que para esos pasajes y esos veniales abandonos verbales. Con las confesiones verdaderas, reconocía ya Maurice Barrès, quedan mezcladas en mi obra demasiadas páginas para hacer número y poder decir : « Pensando en todo esto cómo me desprecio ». Estas últimas palabras son también del puro estilo de Camus. De un Camus nuevo, capaz de un humor cruel para consigo mismo, y que cesa de tomarse en serio : el Camus de *La Chute*.

El autor del *Mythe de Sisyphe* apuntaba ya, en ciertas páginas de *L'Eté*, especialmente en el capítulo titulado « L'Enigme », su decepción al verse encerrado en su filosofía del absurdo por sus admiradores o los que pretenden serlo : « Sin embargo, ¿ qué otra cosa he hecho yo, si no razonar sobre una idea que he encontrado en las calles de mi tiempo ? Es indudable que yo he alimentado esta idea (y que una parte de mí mismo la alimenta todavía), a la vez que toda mi generación. Unicamente que yo he tomado en su presencia la distancia necesaria para tratar de ella y decidir en cuanto a su lógica. Todo lo que he podido escribir después lo demuestra bastante. Pero es más cómodo explotar una fórmula que un matiz. Se ha escogido la fórmula, y yo sigo absurdo como antes. » Y esta reacción de descontento, si no de

(1) Henri Mondor : *Maurice Barrès avant le Quartier Latin*. Ed. Ventadour.

exasperación, ha cedido el lugar en *La Chute* a un sentimiento más mesurado y al mismo tiempo más profundo. Casi doloroso. Es cierto que encontramos aún en las primeras páginas que esto corresponde al estilo de Camus de otro tiempo, seguro de sí mismo y que adopta fácilmente una actitud de superioridad. « Cuando se ha meditado mucho acerca del hombre, por oficio o por vocación, sucede que se siente la nostalgia de los primates. Al menos, ellos no tienen segundas intenciones. » Leyendo la continuación, descubrimos que ya no se trata de lo que piensan ni de lo que dicen de él unos lectores más o menos simpatizantes, cuando no son indiferentes. Esas segundas intenciones molestas las descubre en sus amigos : « *Un hombre como usted*... me decían amablemente, y yo palidecía. Yo ya no quería su estima, desde el momento en que no era una estima general... » Interrumpo aquí un instante la cita. Hay que insistir sobre el Camus a quien asombran, decepcionan y apenan sus amigos. Esos amigos, de los que tiene, como cada uno de nosotros, tanta necesidad en ciertos momentos en que precisamente ellos no están a nuestro lado.

« *Sobre todo, no crea usted que sus amigos le telefonean todas las noches, como deberían hacerlo, para saber si no es precisamente ésta la noche en que usted decide suicidarse, o más sencillamente, si no tiene necesidad de compañía, si no está en disposición de salir. Pero no ; si telefonean, puede usted estar tranquilo ; será la noche en que no está usted solo o en que la vida le sonríe. El suicidio, más bien le impulsarían a él, en virtud de lo que según ellos usted se debe a sí mismo. Que el cielo nos guarde, querido señor, de que nuestros amigos nos sitúen demasiado alto* ».

Y más adelante : « He comprendido que no tenía amigos. Por lo demás, si los tuviera, no sería una gran ventaja. Si hubiera podido suicidarme y ver después la cara que ponían, entonces sí que hubiera valido la pena esta broma. » Ahora podemos terminar la frase precitada, que nos hacía penetrar demasiado en el conocimiento de un nuevo Camus : « Yo ya no quería su estima, puesto que era una estima general, y, *¿ cómo hubiera podido ser general, si yo no podía compartirla?* » ¿ Nos faltó la atención en otro tiempo ? El hecho es que Camus, al dudar de su excelencia, nos sorprende. Sin duda, la seguridad que le reprochamos residía más bien en su manera de parecer que de ser. Sin duda, se trata de su manera peculiar de construirse, evitando ese enfrentarse desesperante con la nada. Todo sucede como si los críticos, o los ataques de que le hicieron objeto, sobre todo los durísimos que le dirigió Sartre, hubieran llegado, con su severidad, a incitar a Albert Camus a volver sobre sí mismo. Cualquiera que fuese la falta de benevolencia de sus adversarios respecto de él, valía la pena de que se tomara en consideración su hostilidad. Si le veían así, ¿ no es porque tal era su apariencia ? Esto es lo que quizá se ha dicho Camus. Esta es la reacción, cuyas consecuencias descubrimos en *La Chute*, pero no sólo las consecuencias estéticas, sino también las éticas.

Hasta ahora hemos comentado *La Chute*, como si el autor se hubiera propuesto hacer un ensayo sobre él mismo, y no es este el caso. Pero no por ello deja de ser un relato, cuya objetividad aparente no disimula de intento nunca la subjetividad. Al final, Camús deja caer el antifaz : es verosímil que el narrador se dirigiera a sí mismo. Lo que no significa en absoluto que ese Jean-Baptiste Clamence sea el propio Camus. Digamos más bien que aparece como su portavoz, a quien él ha encargado no sólo de contestar a sus enemigos (y a sus amigos, que apenas difieren de los otros), sino de seguir su juego y de asumir sus reproches, en la medida en que hay algo de verdad en su actitud hacia él. Gracias a este subterfugio, no sólo identificado, sino querido por él, Albert Camus puede burlarse amablemente, a la vez que eficazmente, de sí mismo. Este es el humor que, en el espacio de tiempo en que se escribe un libro, se convierte en su modo peculiar de *solidarizarse con sus fracasos ;* bella fórmula que, como se sabe, era la de Jacques Rivière.

El narrador es un antiguo abogado, exiliado voluntario en Amsterdam (cuyas bellezas de cielo y de agua le permitirán hacer bellas variaciones). « Yo tenía una especialidad : las nobles causas (...). Me bastaba

percibir en un acusado el más leve olor de víctima, para que mis mangas entrasen en acción (...). Se hubiera creído, en verdad, que la justicia se acostaba conmigo cada noche (...). La naturaleza me ha servido bien, en cuanto al físico ; la actitud noble acude a mí sin esfuerzo. Además, yo me sentía sostenido por dos sentimientos sinceros : la satisfacción de hallarme en el lado bueno de la barra y un desprecio instintivo hacia los jueces, en general. » El retrato es parecido. No falta en él, algo más adelante, la alusión a esos « dos o tres manifiestos, o quizá más », lanzados y firmados con el menor motivo. Ni siquiera la ironía franca : « Detengámonos en lo alto de estas cimas. Ahora comprendéis lo que yo quería decir cuando hablaba de apuntar más alto. Yo hablaba justamente de esos puntos culminantes, los únicos donde puedo vivir. Sí ; jamás me he sentido cómodo, si no es estando en las situaciones elevadas. » Ni siquiera deja de burlarse, de pasada, de su propio estilo :

« *Cuando yo vivía en Francia, no podía encontrar un hombre inteligente sin que me procurase en seguida su trato. ¡ Ah! Veo que se agita usted ante este imperfecto de subjuntivo. Confieso mi debilidad por este modo y por el bello lenguaje, en general. Es una debilidad que me reprocho, créame. Sé perfectamente que el gusto por la ropa interior fina no supone forzosamente que se tengan los pies sucios. Eso no importa. El estilo, como la popelina, disimula con demasiada frecuencia el eczema. Me consuelo de ello diciéndome que, después de todo, los que farfullan tampoco son puros.* »

La pureza, la estimación de sí mismo. Nostalgia que ha hecho siempre la grandeza de Camus, a pesar de sus fallos, que confiesa hoy, por primera vez : lo que confirma y, sin duda, hasta aumenta su nobleza, en lugar de atentar a ella. Este hombre que a menudo se ha erigido en juez, sufre a su vez de ser juzgado, pero aprovecha la lección de este estado de cosas : « A partir del momento en que he sospechado que había en mí algo que juzgar, he comprendido, en una palabra, que había en ellos (sus semejantes) la vocación irresistible de enjuiciar. » Jean-Baptiste Clamence des-

ALBERT CAMUS
(Dibujo de Marek)

monta *su bella alma* y no está orgulloso de lo que descubre : « Entonces he comprendido, a fuerza de hurgar en mi memoria, que la modestia me ayudaba a brillar, la humildad a vencer y la virtud a oprimir. » No mezclemos aquí al narrador con el autor. Camus tiene sus debilidades, que no son exactamente las de su héroe. Le hemos oído confesar hace poco lo que algunos habíamos ya descubierto desde hace tiempo, no sólo en él, sino más generalmente en esos intelectuales que se atribuyen, con excesiva facilidad para nuestro gusto, el derecho a tener una conciencia tranquila : *la satisfacción de hallarse en el lado bueno de la barra.* De ahí que tengan un desprecio fácil para ciertos adversarios. Pero esta actitud, abusiva o no, implica al principio un sentimiento de malestar espiritual. Albert Camus, que había construído toda su obra para escapar sin hacer trampa a las contradicciones de su ser, vuelve a encontrar con su décimoquinta obra la insatisfacción inicial : « Dios no es necesario para crear la culpabilidad. Nuestros semejantes se bastan para ello, ayudados por

nosotros. Habla usted del Juicio Final. Permítame que me ría respetuosamente de eso. Lo espero a pie firme : he conocido lo que es peor, es decir el juicio de los hombres. Para ellos no hay circunstancias atenuantes, hasta la buena intención se considera un crimen (...). Todos culpables, todos castigados, escupámonos nosotros mismos y ¡ hala ! : ¡ A la tortura ! Se trata de saber quién escupirá el primero, eso es todo. Voy a revelarle un gran secreto, querido amigo. No espere el Juicio Final, porque éste se celebra todos los días. » El narrador descubre *que hay que someterse y reconocer su culpabilidad*. No se cesa de hablar de piedad, si no es para mostrarse más implacables : « Sencillamente, ya no se absuelve a nadie ». El verdadero tormento : no sólo el de ser juzgado, *sino el de ser juzgado sin ley*. Esta es la razón de este alarde :

« *No, ya he hablado bastante en otro tiempo para no decir nada. Ahora mi discurso está orientado. Está orientado, evidentemente, por la idea de hacer callar las risas, de evitar personalmente el juicio, aun cuando en apariencia no haya ninguna salida. El gran obstáculo para escapar a él ¿ no es que nosotros somos los primeros en condenarnos ? Hay que empezar, pues, por extender la condenación a todos, sin discriminación, con objeto de diluirla ya. En primer lugar ninguna excusa jamás, para nadie. He aquí mi principio. Niego la buena intención, el error estimable, el mal paso, la circunstancia atenuante...* »

Dialéctica sorprendente que, de modo irónico, renueva el juego de prestidigitación a que se entregaba Albert Camus al final de *L'Homme Révolté*, haciendo un llamamiento al espíritu mediterráneo, con una arbitrariedad que François Bondy ya señaló en *Preuves*. Por lo demás, parece que el humor sombrío de su presente demostración acusa la seriedad de ella. Albert Camus procura una vez más resolver sus contradicciones, grave empresa en verdad, incluso si, bajo el aspecto de un cuento filosófico, se escoge para ello el tono de broma aparente.

Emile Henriot, aunque reconoce la nobleza de Camus, habla con motivo de *La Chute*, de *confesión repugnante y de filosofía degradante*. Por mi parte, yo estaría dispuesto a creer que, con excepción de ciertas audacias pintorescas y de rasgos caricaturizados a propósito, hay que interpretar aquí la mayor parte de las frases de nuestro autor al pie de la letra. La ironía algo tensa del tono confirma, a mi entender, esta interpretación. Es verdad que yo no veo nada repugnante ni degradante *a fortiori* — muy al contrario — en estas frases, que sólo dejan de ser tristes para hacerse desesperadas. Me parece, por ejemplo, que una página como ésta, que yo creo conveniente citar entera, está llena de alusiones concretas a hechos que seguramente no sólo Albert Camus conoce :

« *Una vez despierta mi atención, no me fué difícil descubrir que yo tenía enemigos. En primer lugar, en mi oficio, y después en mi vida mundana. Yo había hecho favores a unos. A otros, hubiera debido hacérselos. Todo esto, en suma, era natural y lo descubrí sin demasiada pena. En cambio, fué más difícil y doloroso para mí admitir que tenía enemigos entre las gentes que apenas conocía, o que no conocía en absoluto. Siempre había pensado yo con la ingenuidad de que ya he dado algunas pruebas, que los que no me conocían no podrían dejar de amarme, si llegasen a tratarme. Pues bien, ¡ no ! Encontraba enemistad sobre todo entre los que apenas me conocían, y sin que yo les conociese. Sospechaban, sin duda, que yo vivía en la abundancia y abandonándome libremente a la felicidad : esto no se perdona. La actitud del éxito, si se lleva de cierta manera, es capaz de hacer rabiar a un asno. Por otra parte, mi vida estaba llena hasta rebosar ; y por falta de tiempo, yo rehusaba muchas proposiciones. Después, por la misma razón, yo olvidaba mis negativas. Pero esas proposiciones me habían sido hechas por gentes de vida poco intensa y que, por este motivo, se acordaban de mis negativas.* »

La amargura importa menos que la pena. Pensamos de nuevo en Maurice Barrès y en esta confidencia *tardía, amarga*, sincera, relatada por Henri Mondor en la obra precitada : « Hay algo que es verdad : la búsqueda de cierta nota justa, de la que tratamos de desprendernos, de componerla

y de expresarla. Hay algo que es falso : el que haya placer en la notoriedad. » El héroe de *La Chute*, que en este punto preciso hay que identificar con su creador, no finge ser indiferente ni a la incomprensión ni a la envidia. Confiesa su angustia al sentir que esas reacciones son a veces justificadas. No lo es seguramente la imperdonable envidia. Pero hay lo que llamamos incomprensión, o comprensión diferente de la nuestra : « En cuanto a mí, la injusticia era mayor : se me condenaba por las dichas pasadas. Yo había vivido durante mucho tiempo con la ilusión de un acuerdo general, cuando en realidad de todas partes, los juicios, las flechas y los escarnios se precipitaban sobre mí, distraído y sonriente. El día en que me di cuenta, adquirí la lucidez, recibí todas las heridas al mismo tiempo y perdí mis fuerzas de una sola vez. Entonces el universo entero se puso a reir a mi alrededor. » Ese tono es el de Nietzsche.

La heridas recibidas del exterior tendrían poca importancia, si no revelasen en el narrador un mal secreto, sólo de él conocido : la cobardía de un instante, que él no se perdona y que le sigue atormentando. Un día, una joven se ahogó, no lejos de él, sin que acudiese en su ayuda. ¿ Por falta de referencias, el crítico ha de hacerse aquí discreto y no ha de tratar de imaginar que Albert Camus haya querido expresar algo personal con esta alusión a una falta que evidentemente no ha cometido y que debe imputarse sólo a su personaje ? Sin duda este rasgo inventado está aquí en lugar de otro que no lo es. Tal vez Albert Camus ha querido sugerir solamente con ello el sentimiento de culpabilidad que no le ha abandonado jamás, desde que tiene uso de razón, y del que es testimonio toda su obra. Culpabilidad inherente a la naturaleza humana y de la que todos somos solidarios. Feliz el Sr. Henriot que cree poder protestar : « Yo no estoy en absoluto convencido, y me declaro inocente de todas estas porquerías que se me imputan y de esta conciencia inquieta que, por sistema, se me atribuye (...). Y diciendo esto, defiendo simplemente al hombre que nuestros sombríos doctores consideran indefendible. »

En *La Chute*, Albert Camus renuncia al paradójico, pero sistemático optimismo de sus libros precedentes ; esperanza nacida de la desesperación, de que son prueba, bajo formas diversas, el *Mythe de Sisyphe*, *La Peste* y *L'Homme Révolté*. No es que reniegue de sus tentativas pasadas para reducir de nuevo a la medida del hombre, la desmedida que le aplasta. Pero abandona un momento su esfuerzo para tomar un poco de aliento y quejarse nuevamente. Sísifo enfermo y desesperado no es tan dichoso como quería probarse a sí mismo, para no desesperar, y busca otra posición para dormir o desterrar su dolor. De ahí ese hermoso libro, el más hermoso sin duda que Albert Camus ha escrito, precisamente desde el *Mythe de Sisyphe*. Lo mismo sucede con *L'Etranger*, en el que la culpabilidad de los inocentes, que todos nosotros somos, constituía ya el verdadero asunto. Para hacérnoslo comprender, Camus escoge a un culpable : el autor de un asesinato. Amplificación que permitía hacer admisible primero la culpabilidad (Meursault había matado), después la inocencia (él no había querido este asesinato, que se había realizado en cierto modo fuera de él, por culpa del sol y de su borrachera, según trataba de explicar a sus jueces, quienes naturalmente no podían admitir esta explicación). A decir verdad, Meursault, si no lograba sentirse responsable de este accidente, no se estimaba por ello menos culpable, pero de una culpabilidad anterior al crimen. Desde las primeras páginas de este libro, mientras vela a su madre muerta, descubre de pronto a los pensionistas del asilo reunidos con él, alrededor del cadáver : « Durante un momento, tuve la impresión ridícula de que estaban allí para juzgarme. » Más adelante, pero todavía antes del drama, piensa en el momento de justificarse por una falta a una regla de decoro : « Esto no significaba nada. De todos modos, siempre se es un poco culpable. » El Meursault de *L'Etranger* hubiera podido decir, como el Clamence de *La Chute* : « Sólo he sido verdaderamente sincero y entusiasta en la época en que hacía deporte y en el regimiento, cuando trabajaba en las obras teatrales que representábamos para nuestro placer. En ambos casos había una regla del juego, que no era seria, pero nos divertía tomarla como tal. Aun ahora los

partidos del domingo, en un estadio lleno hasta los topes, y el teatro, que he amado con una pasión sin igual, son los únicos lugares del mundo donde me siento inocente. » Pero aquí es Albert Camus quien habla y no Jean-Baptiste Clamence. (Conocemos su gusto por el teatro y por los deportes.)

El fin didáctico de *L'Etranger* se avenía mal con el resto del libro. ¡ Qué agilidad mental de pronto en este hombre, cuyo pensamiento era perezoso y rudo ! El discurso del héroe se hacía demasiado bien articulado. El autor había ocupado su puesto, hablaba en su nombre, defendiendo una tesis que no cesaría de exponer bajo diversas formas : la victoria del hombre, proclamada por él en el seno de su derrota. Artificio, pero conmovedor, en que la debilidad de la novela descubre la fuerza moral del novelista. Este hombre *solo* es todavía el de *La Chute*, pero que en *La Chute* se explica desde las primeras páginas, gracias a una facilidad de elocución que, esta vez, corresponde a su personaje. El autor ha querido presentar a Clamence aún más abandonado y desprovisto de todo que el criminal de *L'Etranger*, y sus faltas aparecen a la vez menos graves, pero más molestas, porque han sido vividas y asumidas con irrisión. Esa risa que oye una noche Jean-Baptiste Clamence, es la de su desprecio para sí mismo. No por ello nos gusta menos, a pesar suyo, y tanto más, cuanto que parece más perdido, ya que no habrá un amanecer que venga a justificarle, como aquél en que Meursault morirá guillotinado. « Para que todo quede consumado, para que me sienta menos solo, me faltaba únicamente desear que hubiese muchos espectadores el día de mi ejecución y que me acogiesen con gritos de odio. » Estas últimas palabras, excesivamente testarudas, de *L'Etranger*, tienen ya el tono cruel y sardónico de *La Chute*. Ese « minus habens irresponsable », de que habla curiosamente el Sr. Henriot en su crítica, el Meursault de *L'Etranger* ha comprendido que es la única salida para el hombre consagrado a la muerte. Este es el verdadero sentido de esos ¿ *para qué ?* de un hombre para el cual todos los gestos son equivalentes en la medida en que carecen de valor. Su inteligencia aparente procede de una inteligencia aguda, como su negativa a representar un papel falseado de antemano procede de una nobleza fundamental. Sin duda *La Chute* se aclarará con el tiempo, y dentro de diez años nadie podrá decir ya de Jean-Baptiste Clamence, como yo he oído asegurar, que es un sinvergüenza.

Es instructivo ver invocar al Cristo en esos dos libros, uno de los cuales marca el punto de partida y el otro una etapa ya lejana de un pensamiento que tiende a su realización. Cristo es recusado en uno y en otro, pero en *La Chute* lo es con menos violencia, y hasta con pena, si no es incluso con nostalgia. No es que el descreído tenga dudas. Camus se siente suficientemente seguro de sí mismo ahora para evocar a Cristo sin blasfemar, y hasta con una especie de complicidad. No es a Dios a quien ama en él (puesto que él no cree en Dios), sino al hombre que tampoco era completamente inocente : « Los niños de Judea exterminados, mientras sus padres le llevaban a un lugar seguro, ¿ por qué habían muerto, si no es por su causa ? Claro está que él no lo había querido. Esos soldados sanguinarios, esos niños cortados en dos le horrorizaban. Pero tal como era, estoy seguro de que no podía olvidarlos. Y esa tristeza que se adivina en todos sus actos, ¿ no es la melancolía incurable del que oye durante las noches la voz de Raquel, gimiendo por sus pequeños y rehusando todo consuelo ? El lamento se elevaba en la noche, Raquel llamaba a sus hijos muertos por él, ¡ y él estaba vivo ! « Pero es sobre todo el Cristo de » ¿ por qué me has abandonado ? » al que saluda Camus : « Y él no era sobrehumano, podéis creerme. El clamó en su agonía, y por esto le amo, amigo mío, porque ha muerto sin saber. » Ya en *L'Etranger*, a pesar de la vehemencia de la negativa de Meursault, sentíamos en Camus la nostalgia de la Redención. No se nos presenta como antipático el juez de instrucción creyente, a pesar de sus excesos y de sus torpezas. A veces hasta es una parte de Camus la que habla por su voz, el Camus que hubiera querido creer, pero que no podía (la fe es una tentación, y en el hecho de no ceder a ella puede haber nobleza).

« *Me ha preguntado si yo creía en Dios. He contestado que no. Se ha sentado con indignación. Me ha dicho que era imposible, que era imposible, que todos los hombres creían en Dios, hasta los que se volvían para no mirarle a la cara. Esta es su convicción, y si alguna vez llegara a dudar de ella, su vida ya no tendría sentido.* « *¿ Quiere usted, ha exclamado, que mi vida no tenga sentido ?* » *A mi entender, esto no me importaba, y se lo he dicho así. Pero, por encima de la mesa, hacía ya avanzar al Cristo bajo mis ojos, gritando de un modo desaforado :* « *Yo soy cristiano...* »

Más adelante, el juez se resignó con la falta de creencias del acusado y se calmó : « ¡ Basta por hoy, Sr. Anticristo ! » En *La Chute* leemos : « Sobre la inocencia muerta pululan los jueces, los de todas las razas, los de Cristo y los del Anticristo que, por lo demás, son los mismos, reconciliados en la intranquilidad de su conciencia. Porque no hay que acusar sólo a los cristianos. Los demás también son culpables ». Albert Camus no se desolidariza de la culpabilidad general. Esta comunidad redentora de *La Peste* ya no es aquí para él más que la de los hombres solitarios, y no obstante, solidarios. Todos cómplices y todos desgraciados. Todos jueces y todos juzgados. De ahí esa confesión de *juez-penitente* a la que Jean-Baptiste Clamence finge consagrarse : « Puesto que todo juez acaba un día como penitente, había que tomar el camino en sentido inverso y hacer oficio de penitente, para poder acabar como juez ».

« *Lo esencial es poder permitírselo todo, a cambio de confesar, de vez en cuando, a grandes voces, la propia indignidad. De nuevo me lo permito todo, y esta vez sin reírme. Yo no he cambiado de vida, continúo amándome y sirviéndome de los demás. Solamente la confesión de mis faltas me permite volver a empezar con más ligereza y disfrutar dos veces, primero de mi naturaleza y, después, de un arrepentimiento encantador.* »

Camus acusa aquí hasta el absurdo la ignominia de Jean-Baptiste Clamence, del mismo modo que exageraba la lucidez de Meursault, al final de *L'Etranger*.

Lo que nuestro autor logra menos bien son sus fines. Ya hemos señalado el artificio último de *L'Homme Révolté*, en el que Camus, con la esperanza de escapar a las contradicciones acerca de él, hace con una eufórica gravedad, un llamamiento al alegre Mediterráneo, para recuperar la confianza y la alegría. Esta intervención del escritor, que es ante todo la manifestación de un artista que desea acabar su obra y cerrarla, resulta de vez en cuando molesta aquí. Quizá lo es un poco menos en *La Chute*, debido a la frase caricaturesca de Camus. Pero también lo es un poco más, debido a ese masoquismo de que da pruebas de pronto un escritor que se había tratado bastante mejor hasta entonces — demasiado bien, tal vez. Si exagera hasta hacerse odioso, ¿ no es con la intención disimulada de comprometerse con su héroe ? Albert Camus no quiere que se le tome por otro. Prefiere abundar en la opinión de sus jueces, puesto que, en realidad, si se siente inocente en relación con los puntos que se le reprochan, se siente culpable en relación con otros. Y más aún, porque no hay inocentes. Manera sutil, quizá, de alegar, a pesar de todo, su inocencia. Es preciso que cada cual se acomode como pueda con la angustia de vivir.

CLAUDE MAURIAC

SALVADOR DE MADARIAGA

COSAS Y GENTES

Hay una petenera que con ser perenne y sin duda vieja de muchos siglos, parece como que cobra ahora cierta actualidad ; porque dice así : *Si mi madre fuera mora y yo nacido en Argel, renegara de Mahoma sólo por volverte a ver.* ¿ Se quiere puente más firme sobre el Estrecho ? El parentesco, la convivencia entre España y los tres territorios musulmanes que le están haciendo tan duro el presente a Francia es uno de los más estrechos del mundo entre naciones de cultura distinta. La copla nos lo recuerda con esa intensidad que tienen las cosas que florecen por sí mismas. ¿ A qué francés se le hubiera ocurrido jamás dispararle una saeta tan africana a la *demoiselle de ses pensées* ? El Africa del Norte ha sido siempre en la conciencia española una presencia inmediata, algo mucho más hondo, mucho más prístino y vital que un sistema de colonias o un imperio visto y organizado por el intelecto, como lo es en Francia.

Este parentesco, esta convivencia, toma a través de los siglos formas distintas ; desde las invasiones hasta las alianzas, desde la piratería hasta la trata de esclavos. Pero en las costumbres, en la experiencia, en la literatura, en el lenguaje, en la música y el vestir y el cantar, el moro no está nunca lejos. Aún hoy, cuando una persona mayor quiere advertir a otra que no conviene hablar de tal asunto porque hay niños presentes, lo que dice es « hay moros en la costa » ; y cuando la madrina entrega el niño ya bautizado a la recién parida le dice : « Me diste un niño moro y te lo traigo cristiano. »

España ha sido el territorio donde el Islam se enfrenta con la Cristiandad y termina por ceder. Pero confesemos que los españoles cristianos no se dieron nunca prisa en echar a los infieles. La verdad es que lo que se ha dado en llamar la Reconquista fué más bien un período de convivencia que duró siete siglos, interrumpido de cuando en vez por brotes de guerra civil, no siempre coincidentes con la guerra religiosa de que nos hablan los libros de texto. A veces ocurría que guerreaban moros y cristianos contra cristianos y moros. Y aun cuando así no fuese, la guerra no obedecía siempre a inspiración religiosa. Se trataba, para los cristianos, de ganar el pan. Así lo dice el Cid en el Poema famoso.

No esperemos de Rodrigo Díaz de Vivar el entusiasmo bélico-religioso del obispo francés Don Jerome. Para el Cid las cosas suceden mucho más cerca de la tierra que del Cielo.

¡ Grado a tí, Padre espiritual !
En sus tierras somos e femosles tod mal,
bevemos so vino e comemos el so pan ;
si nos çercar vienen, con derecho lo fazen.
A menos de lid aquesto nos partirá...

No se trata pues de la salvación eterna, sino del pan. Minaya, el fiel segundo de la hueste del Cid lo dice bien claro :

Si con moros non lidiáremos no nos darían
[del pan.

Y el mismo Cid en una escena inolvidable lo expresa a las mil maravillas :

¡ Grado al Criador e al Padre espirital !
Todo el bien que yo he, todo lo tengo delant :
con afán gané a Valença, e ela por heredad,
a menos de muert no la puodo dexar ;
. . . . . .
entraré en las armas, non lo podré dexar ;
mis fijas e mi mugier veerme an lidiar ;
en estas tierras agenas verán las moradas
[cómmo se fazen,
afarto verán por los ojos cómmo se gana el pan.

* * *

Cabe suponer que, de haberse producido la contraola que era de esperar, al invadir los cristianos de España los territorios africanos del Islam se habría desarrollado otro período de convivencia con episodios intermitentes de guerra civil. Si le damos otros ocho siglos a este período, que iba a empezar en 1500, no es ni con mucho extravagante suponer que a estas fechas, en vez de estar Francia bregando con la Liga Arabe, la Liga Arabe se encontraría con tres « reinos » cristianos de habla española donde los musulmanes vivirían en perfecta armonía con los hispano-africanos.

Pues sí, en perfecta armonía, pese a los que se empeñan en pintar al pueblo español como intransigente en materia religiosa, y nada más. Que sí que es intransigente, ¿ no lo ha de ser ? En las esencias. ¿ Pero desde cuándo es la intransigencia incompatible con la transigencia ? Lo será en una página de lógica, pero no en un año de vida. Las tres religiones (cristiana, islámica y mosaica) vivieron en perfecta armonía en nuestra península durante siglos enteros ; porque las tres comunidades se daban cuenta de lo accesorio de sus diferencias y de lo esencial de su acuerdo. Volvamos a la petenera : el español que se imagina hijo de madre mora y nacido en Argel se dice dispuesto por su amada a renunciar a Mahoma, pero no a Alá. Lo de renunciar a Alá no se le ocurre. Quizá no sabe lo que es Alá. Porque para él ser mahometano es creer lo que Mahoma cuenta de Dios, que es poco más o menos lo que de Dios cuenta San Pablo : cosas.

Cosas que estarán muy bien o muy mal, pero que no pasan de ser cosas, de las que cabe renegar, sobre Aquello de que no cabe renegar. Y de aquí el área de transigencia en torno al cogollo de intransigencia. Por eso estimo que si la historia hubiera podido fluir de suyo, tendríamos hoy en el Africa del Norte un área extensa de convivencia entre moros y cristianos españoles.

Que la corriente histórica iba por ese camino es evidente. Al caer Granada, se cierra el largo período de la llamada Reconquista ; y España una y completa por vez primera, se encuentra fuerte, aguerrida y llevada hacia el Islam por un impulso ocho veces secular. El Estrecho es más bien estímulo que obstáculo. Allá van los sueños de Isabel, los planes de Cisneros. En las avenidas todavía ocultas del porvenir aguardan los grandes caudillos españoles : Cortés que conquistaría a Egipto, Pizarro a Argel, Quesada a Túnez, Almagro a Marruecos. España ya dueña de Sicilia y de Nápoles, instalada en Grecia, va a fundar en las costas meridionales del Mediterráneo reinos hispano-africanos que harán del Mar Romano un Mar Español. A eso va la historia, inevitablemente.

* * *

Contra eso surge de la multitud oscura un navegante-pirata-comerciante-soñador, casi seguramente de origen sefardí. Este iluso, asiduo lector de las Sagradas Escrituras, lee en el libro de Esdras que lo enjuto de la tierra es seis partes y la mar sólo un séptimo del total ; y mediante una combinación fértil de errores que se compensan, sitúa la costa extremo oriental del Asia (que él llama la India) exactamente donde está la costa atlántica de América. Este iluso se vino a Portugal y luego a Castilla para ver de convertir a un monarca a sus lucubraciones, como en efecto lo consiguió en el caso de Isabel, que a su vez arrastró al cauto Fernando. Trabajo le costó, porque las personas de buen sentido, que siempre abundaron en Castilla, se daban cuenta de que Cristóbal Colón disparataba. Mientras él laboraba en Castilla, su hermano Bartolomé procuraba convencer a Enrique VII

de Inglaterra. Avaro, frío, Enrique no se dejó tentar. ¡ Qué infortunio para España !

Allá va Colón camino del Norte, rechazado por los Reyes Católicos a causa de la soberbia exorbitante de sus pretensiones. Ya lo habían rechazado antes, pero sus amigos, poderosos en la Corte, Santángel sobre todo, el sefardí que regentaba el Tesoro Real, le habían conseguido una nueva audición. No hubo manera. Intransigente y soberbio, pedía el oro y el moro (otra frase de convivencia, dicho sea de paso). Los Reyes lo despiden con cajas destempladas. Ah, si entonces, en lugar de ceder a la última presión de Santángel, la Reina se mantiene firme, si Enrique VII escucha a Bartolomé, si España no descubre a América y la descubre Inglaterra ; ¡ ah, entonces, qué historia la de España, qué distinta, qué plena y qué feliz !

Entonces no habría habido enemistad anglo-española. El Continente americano hablaría inglés. Pero España, la verdadera y completa, con Portugal y Gibraltar, se habría vertido sobre Africa ; Méjico estaría en Egipto ; la Argentina en Argelia y Perú en Marruecos ; Chile en Túnez ; Colombia, Venezuela, en Asia Menor. Y el esfuerzo ingente de los conquistadores se habría podido sostener a distancia de días de vela en lugar de meses.

***

Vanidad. ¿ Cómo escribir una para-historia ? Claro. Pero este juego de imaginación no deja de ser útil y positivo. Como quien termina por conocer mejor a su patria después de un viaje por tierras de fuera, la excursión por una historia imaginada nos revela mejor los rasgos profundos de la historia real. No veamos, pues, tan sólo en el descubrimiento, conquista y constitución de Hispanoamérica la estampa común y corriente del conquistador, el encomendero, el minero de Potosí, el negrero de azúcar, las flotas de oro y plata ; veamos también las fuerzas mayores que determinaron tan ominosa desviación de la Historia innata de España.

Todo un sector de Hispanoamérica siente en su ser todavía el resentimiento de la Conquista. Pero la Conquista fué inevitable. Fué un mal-bien o un bien-mal que sufrieron conjuntamente los conquistados y los conquistadores. Desviación brusca de la historia de Incas y Aztecas, fué también desviación brusca de la historia de los españoles. A Moteczuma y a Atahualpa les quitaron sus imperios Cortés y Pizarro. A Cortés y Pizarro les quitó sus conquistas africanas Cristóbal Colón. A España le impuso el Descubrimiento una desviación histórica tal que no ha logrado rehacerse, ni siquiera llegar a hacerse.

A Inglaterra le impuso el Descubrimiento por España y no por ella, una *Commonwealth* demasiado dispersa y que se le va destartalando inevitablemente. A Francia le privó el Descubrimiento de llenar plenamente sus destinos europeos ; porque ni España, ocupada en Africa, ni Inglaterra, ocupada en América, habrían estorbado la labor verdadera de Francia, que era la de dirigir la creación de Europa, y hoy se hablaría francés hasta el Elba si no hasta el Oder.

Así la Historia, aun a veces en lo que tiene al parecer de más esplendoroso, se revela como una inmensa tragedia ; no sólo por lo que ha sido, sino por lo que no ha dejado que fuese. El español que cantaba aquella petenera no era hijo de mora. Quién sabe lo que hubiera sido de él, de España, de Europa, del mundo, si lo hubiera sido y si entonces hubiera renegado de Mahoma sólo por volver a España, no a la que es, sino a la que pudo haber sido.

SALVADOR DE MADARIAGA

Notas y comentarios

POR GERMAN ARCINIEGAS

UNA REVOLUCION QUE DURO DOCE HORAS

El destino sincronizó las cosas de suerte que yo llegase a Buenos Aires para asistir a una revolución relámpago, que ha podido ser la más sangrienta en la historia ya bien roja de nuestra América. Ha sido la última obra de Perón. Un apéndice a su libro *La Fuerza, el derecho de las bestias*. En una carta que escribió de Panamá a Ronald Hilton y que se publicó en el mes de febrero en la revista que Hilton edita en la Universidad de Stanford (California), el autor de las dos cosas — del libro y de la revolución — se anticipó a decir lo que habría de ser, de acuerdo con sus cálculos : un episodio que le costaría a la Argentina un millón de muertos, y que le obligaría a él a suspender sus vacaciones en Panamá para hacerse otra vez cargo del negocio en Buenos Aires. De lo que pasó tiene el gobierno provisional un copioso archivo que producirá estupor el día que se publique. Unas pocas palabras de una carta sirven para mostrar la clase de combustible que se usó. Decía uno de los agentes : « Definitivamente éstos son los últimos seiscientos mil pesos que da el jefe para el movimiento... »

Los planes de la revolución eran muy elaborados en cuanto a los edificios que deberían incendiarse, el ataque a los diarios, y sobre todo la lista de personas que fusilar : un catálogo de todos los nombres conocidos en la vida Argentina. Pasaban de mil. El gobierno reaccionó a una velocidad impresionante. Apenas se explica cómo pudo hacerlo. El presidente Aramburu no estaba en la capital, sino en Rosario. Los conjurados de la Plata dieron el asalto al cuartel el sábado, cuando los oficiales habían salido de vacaciones. El arma decisiva para aplastar la revuelta fué la nula respuesta de la población o de la tropa a los alzados. En los juicios sumarísimos que se adelantaron para castigar a los rebeldes se confesó una y otra vez lo mismo : todos habían esperado que los obreros de esa ciudad industrial les siguiesen, y no lo hizo ninguno.

Decretada la ley marcial, hubo cuarenta fusilamientos. Escalofría el anotarlo. Todos afrontaron la muerte con valor. Gritaban « ¡ Viva la Patria ! », y caían.

Me parece que fue Goebbels qui en dijo : El día que tenga que salir de Alemania batiré la puerta con tal fuerza que no quede piedra sobre piedra. El gaucho tiró la bolita a la ruleta y dijo : Un millón de pesos, un millón de muertos. Perdió la parada.

IRONIA DE LOS TANQUES

LA Plaza de Mayo se llenó hasta las cornisas para saludar al presidente Aramburu y al vicepresidente Rojas, el mismo domingo en que se supo lo de la revolución. De acuerdo con la rutina, se habían llevado al lugar dos tanques enormes y cuatro camiones con tropa bien armada. Todo pasó como en una fiesta cívica. Aramburu, creo que por primera vez en su vida, tuvo que improvisar un discurso para una manifestación semejante. Lo hizo excelente. De muy buen humor empujó a Rojas para que hiciera lo propio. Las ovaciones fueron unánimes. Yo andaba mezclado entre la muchedumbre, y no vi el asomo de una reserva que acusara la presencia de un peronista disimulado. Pero al disolverse la reunión, una mujer de un coraje que no tuvo hombre alguno, desafiando a todo el mundo gritó : « ¡ La vida por Perón ! » Aquello era para que la linchasen. Mil rostros enfurecidos la cercaron, se levantaron los puños al aire, pero la cosa era más para admirar que para romperle el alma. Y en ese momento los dos tanques y los cuatro camiones con la tropa encontraron ocupación : salvar a la pobre mujer. Fué la única operación marcial esa tarde en la Plaza de Mayo.

Pero tengamos presente que ese afán de la verdad ante todo *debe ir siempre acompañado de una inmensa buena voluntad hacia el prójimo, custodiado, diría, por las tres virtudes teologales. Fe en la eficacia de la energía espiritual ; esperanza en lo que esa actitud espiritual puede tener de contagioso ; caridad que fluye de estas palabras tan repetidas y tan poco practicadas por nosotros, los cristianos : « Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores ». El perdón de las deudas no es la blanda aceptación del mal cometido por el prójimo. Es sencillamente condenar ese mal, pero conceder al pecador, al que está sinceramente arrepentido, aquello que pedimos para nosotros mismos cuando caemos en la tentación : la oportunidad de enmendarnos.*

Lo que acabamos de vivir ha demostrado la magnitud del peligro. Hagamos votos para no olvidarlo : aprovechemos una lección tan cruel y que hubiera podido serlo aún más si el impulso de algunos hombres que se jugaron la vida no hubiera intervenido de manera milagrosa. No imaginemos que esos hombres puedan, por medio de nuevos milagros, resolver nuestros problemas, infinitamente complejos, en un lapso de tiempo tan corto como el de la interminable semana de la revolución. Pero ayudémoslos con toda nuestra buena voluntad, con toda nuestra preocupación de verdad y de probidad intelectual. Esta debe ser la forma y la prueba de nuestro inmenso agradecimiento.

VICTORIA OCAMPO

UNA DE LAS TRAVESURAS DE LOS " GORILAS "

DE acuerdo con « el plan », debían formarse cordones de milicianos para cercar las embajadas e impedir que tomasen asilo los del gobierno frente a la revolución triunfante. En eso falló el plan, y así quienes tuvieron que buscar asilo, que fueron los alzados, no tropezaron con estorbos. En la embajada de Haití se salvó de esta manera uno de los principales. Era una rata que se le escapaba a « los gorilas ». Los gorilas son militares jóvenes que ganaron este nombre haciendo proezas en la revolución de setiembre. Y los gorilas se sintieron tan decepcionados que, con la ligereza propia de sus años, saltaron por sobre el obstáculo del asilo, y se robaron al fugitivo.

No les duró mucho la satisfacción de la hazaña. Se les leyó la cartilla, y tuvieron que regresar a la Embajada, y hacer el depósito del objeto robado.

Convengamos en que el gorila se ha educado en una escuela de lucha en que hay muchas de estas delicadezas que no se conocen. ¿ Sabe usted por qué se llaman gorilas ? Porque cuando un yanqui dice « guerrilla », pronuncia « gorila ».

LOS OFICIALES JOVENES SON TODOS ASI

En la sala de conferencias de *La Prensa* dicté una conferencia, y dije lo que a mi juicio debe ser un militar en América. A Dios gracias, no tenía ni la más remota idea de quiénes eran las personas que me oían, y pude hablar con ese estilo de desenvuelta frescura con que suelo atropellar todas las convenciones. Yo veía muchas señoras, muchos civiles, y encontraba que todas las caras eran caras amigas. Luego supe, por ejemplo, que las dos señoras que tenía enfrente, confundidas con el resto del público en las butacas, la una era la señora del presidente Aramburu, y la otra la del vicepresidente Rojas.

Mi teoría sobre el ejército es muy simple. Me parece que el ejército de América es el único del mundo que nació para libertar pueblos y no para conquistarlos. Todos los ejércitos de Europa se han formado para arrebatarle al vecino un pedazo de tierra y hacerle saber al prójimo — al próximo — que lo están espiando para romperle la cabeza. En América los ejércitos son libertadores. Cuando San Martín dobla los Andes y da la batalla de Chacabuco, que libera a Chile, quieren aclamarle gobernador los chilenos, y él les responde : Muchas gracias, no ; he venido para ayudarles a ganar su libertad y no para conquistar una gobernación. Bolívar baja desde Caracas hasta el Alto Perú, liberta cinco repúblicas, y no se queda con una pulgada de tierra. Decía Papini que nosotros, endeudados con toda la sangre europea que hemos recibido de los inmigrantes, no la habíamos pagado entregándole al mundo ni una sola idea digna de ser registrada en los anales de la cultura universal. ¿ Y le parece poca esta lección de grandeza y superación de los ejércitos, que deja pigmea la historia de Europa ?

También señalé el ejemplo de San Martín, que a mi juicio debería ser la primera lección obligatoria de nuestras escuelas militares. San Martín era para el chileno Vicuña Mackena el más grande criollo del Nuevo Mundo, y para el peruano Paz Soldán el más grande de los héroes. Esto se ha escrito en bronce. Pero, desde luego, no podía la Argentina presentar otro nombre que le igualase en méritos para colocarse como el primer ciudadano y gobernarla. No lo hizo. Se retiró de la escena y fué a morir, casi olvidado, a Europa. El entendió que la función de las armas tiene un límite. Que ellas en América se dieron para libertar y defender la vida civil, para ponerle un pabellón de gloria a la constitución, y dejar que civilmente se escoja a los mandatarios. De paso, digamos que esta lección sanmartiniana la ha recogido la revolución, anunciando que no podrán ser elegidos para ningún cargo público, en las votaciones próximas, quienes están desempeñando el goberno provisional. Esta es la herencia sagrada que cumple guardar al militar de América, herencia que no conoce ningún otro ejército del mundo.

Terminé la conferencia y pasé al despacho de don Alberto Gainza Paz a conversar unos minutos y descansar, mientras la gente salía. Tocaron algunas personas a la puerta, el mismo don Alberto las hizo entrar, y resultaron ser ocho oficiales jóvenes, que vestían de civiles. Querían estrecharme la mano. Y hablaron con una seguridad, con un entusiasmo, con una convicción que dejaba atrás todo lo que yo había dicho. Sentí un orgullo de esos militares que me salió del alma. Cuando salieron, Gainza Paz me explicó quiénes eran. Habían hecho las jornadas más atrevidas, más gloriosas, más decisivas en la revolución. Y no parecían sino lo que eran : unos buenos muchachos argentinos.

GERMAN ARCINIEGAS

JORGE ICAZA

LA CASA CHOLA

A UN lado del camino y al final de un sendero propio para cabras por lo escarpado y estrecho, oculta entre maleza de monte, pródiga en basuras y hojarasca que el viento paramero arremolinaba en el corredor de poyo de adobe que mira al patio, equilibrando e desplome de sus paredes sarnosas con palos y vigas, envejecía la casa cho a de mama Emilia, la tortillera. En el in:erior — enorme y sórdido recinto tapizado de mugre, saturado de olores a cocina, a bodega, a establo, con escape lateral a la zanja que desagua en el barranco del río —, la oscuridad se agigantaba y decrecía al capricho de la lumbre del fogón en el suelo. De la lumbre — juguetona, sofocante, rebelde, caústica, fantasmal — donde la chola madre y abuela descubrió desde sus primeros años de casada, con anticipación bruja cada vez, los signos y los detalles de la tragedia que en la realidad atrapaba a los suyos. Allí vió y supo, sin que nadie le dé la noticia, imposibilitada, con el grito atorado en la garganta, cómo el árbol más alto del desmonte caía y mataba a su marido, el leñador Francisco. Cuando a la noche le entregaron el cadáver, nada dijo, nada preguntó. ¿ Para qué ? Todo lo sabía.

También las malditas candelas de unos leños húmedos de invierno — lágrimas y mocos incontenibles — le anunciaron a su debido tiempo que, a pesar de los remedios caseros, a pesar del diagnóstico favorable del cuy de la india Pancha, a pesar del brebaje del boticario del pueblo vecino, su hijo — sustituto del difunto en el trabajo — moriría con la fiebre y los temblores que adquirió metido en los pantanos de la hacienda. Entonces, como siempre que el fuego le anticipaba la escena inaudita, ella — madre del mozo moribundo en el jergón — se sintió más sola que un niño perdido en el desierto, amarrada a los espinos de una cabuya, recibiendo en los ojos el flagelo de un viento cargado de polvo de cristales. En los ojos, que no los podía cerrar, porque a la sombra y al amparo de ellos agonizaba lentamente el hijo.

En las brasas descubrió asimismo la vieja que el buen corazón de don Lauro Já-

tiva, el « patrón grande, su mercé », dueño de la tierra — el valle, la montaña, el páramo, el bosque, los huasipungos, las casas de los pobres —, no la despojaría de su miserable refugio. De su miserable refugio que amparaba la vida llena de privaciones y angustias de las tres hijas que le quedaban — dos casaderas : Rosaura y Leonor ; una pequeña de ocho años : Dolores.

En realidad, el « patrón grande, su mercé », en vez de mandar a sus esbirros — teniente político, policías, mayordomos, gañanes — con la buena o mala nueva a la casa de mama Emilia, llegó en persona, hizo unos cuantos chistes de circunstancia, dió algunas órdenes, se hartó de tortillas que brindó la vieja, se emborrachó con chicha y aguardiente puro, y a la noche, tranquilamente, sin protestas ni remilgos, se acostó en la única cama arrastrando en el vértigo de su babosa lujuria a Leonor, la cholita más joven de las dos mayores, mientras el resto de la familia se acomodaba en silencio en el jergón del poyo donde murió el hijo palúdico. A los pocos años, ni tres completos, en la misma forma brutal y sin escrúpulos de la primera vez, don Lauro apartó a Leonor y se acostó con Rosaura, que a pesar de sus veinte años se hallaba más apetitosa y juvenil que su hermana, que había parido dos veces.

Pero una tarde que las llamas del fogón se agitaban y se retorcían en débiles notas como de asombro ante los ojos atontados y enrojecidos de la vieja, llegó el « patrón grande, su mercé ». Miró en su torno con extraño desprecio, y, murmurando maldiciones, se sentó en la banca rústica, frente a la única mesa del recinto, donde solía emborracharse. « ¿ Vendrá con iras ? ¿ Con ganas de matar ? ¿ Tendremos nosotros la culpa ? ¡ Siempre nosotros ! Cuando no es el indio, es el cholo », se dijo mama Emilia acechando con afán la posible noticia que esperaba del fuego.

— ¿ Dónde está ? ¿ Dónde está la botella que sobró el sábado ? — chilló el señor de la comarca.

Las dos hermanas que desgranaban mazorcas, sentadas en el suelo, se miraron con odio al embrujo de aquel reclamo que era una invitación y una orden. ¿ Cuál de las dos debía obedecer ? ¿ Cuál ? ¿ Cuál si una identidad monstruosa las confundía ? Los mismo ojos negros y esquivos, los mismos pómulos salientes, la misma boca abultada y sensual, las mismas manos de dedos gruesos y uñas sucias, los mismos follones hediondos, el mismo desconcierto en el alma, la misma existencia mal compartida.

— ¡ Vos ! ¡ Rosaura ! Busca pronto lo que pide — insinuó la vieja sin apartar la vista del misterio de las candelas.

Al levantarse la aludida, dejando entre las mazorcas de maíz su imagen futura — carne atropellada, arrugas de celos, suciedad de color en las ojeras, consuelo de niños jugando en la falda —, murmuró en tono de tímido reproche :

— Ya voy, mama. Usted también... Como si fuera no más...

— ¿ Cómo si fuera no más qué, pes ?

— ¡ Nada ! ¡ Nada !

Rosaura sirvió la botella y se quedó junto al « patrón grande, su mercé », quien de inmediato alternó sin rubor grandes sorbos de aguardiente con besos en el cuello y manoseos en los muslos y las caderas de la moza. Presa de taimado coraje, Leonor no pudo refrenar — monólogo vengativo ante la escena de amor desvergonzado — un murmullo de sarcasmos que sembró al oído del mayor de los pequeños — mocoso de año ocho meses, vestido de harapos, con camisa recogida sobre el ombligo por calcinante pringue, ajeno a la amargura de la madre, envidioso del hermano prendido a una teta chirle y vacía —, en tono como de queja que apuntaba a cada instante a don Lauro :

— Cuidado guagua. Verás bien siempre. Conocerás abriendo los ojos... Ese... Ese patrón es cuco malo para mí, para tu mama. Ese... Ese es el taita grande para vos. Taita diablo colorado como toro. Taita poderoso... A mí... A mí también me abrazaba... También me besaba... ¡ Igual ! Por eso mismo es taita tuyo y de estico el menor. Por eso mismo me agarran las iras...

— Dejá en paz al chiquito, ve. Envenenándole la sangre como si fuera animal de selva para devorar al cristiano — chilló la vieja Emilia.

« Ella tiene la culpa. ¡ Ella ! ¿ Por qué ? Por la casa sucia que abriga a medias. Por la tierra anémica que de cuando en cuando da unos maicitos. Por los trapos y los palos

viejos. Por los recuerdos que chorrean las paredes, el techo. Por el consejo brujo de las candelas. ¡ Cobarde ! No reclamó nada a nadie a la muerte de taita Francisco. No pudo curar al hijo que nos alimentaba bien o mal con su trabajo en los pantanos del monte. Cargó con nuestro pecado. Pecado de infierno para mí... Para mis guaguas... », pensó Leonor bajando la cabeza de mala manera.

Aquella tarde, en el momento que don Lauro gozaba a carcajadas y manotazos de la timidez que oponía la chola concubina a desnudarse, apareció inesperadamente el patrón chiquito, heredero legítimo ante Dios y ante los hombres de fortuna y bienes de este mundo, réplica en joven de lo arrogante y presuntuoso del viejo latifundista.

Eran tan atrevidos los cuentos que corrían por la comarca sobre las aventuras desbocadas del mozo, que su presencia cortó a pico la respiración de la familia chola. Sólo don Lauro se atrevió a gruñir, enderezando su vacilante omnipotencia por la borrachera:

— ¿ Qué quieres ? ¿ Qué, carajo ?

El aludido recorrió de un vistazo el sórdido recinto sin tomar en cuenta los gritos del viejo. Hizo una pausa como de burla y luego clavó la mirada — apetito infernal — en el cuerpo semidesnudo de la hembra que había dejado hacia atrás el padre.

— Te he dicho que no vengas más por aquí. Esto... Esto es mío. Mío hasta la muerte. Hasta que yo muera... ¡ Mío ! — continuó maniático el « patrón grande, su mercé ».

Empapada en la verdad definitiva de aquel grito gamonal, mama Emilia se sintió presa de una angustia desgarradora, de un temor sin rastro ni respuesta en las candelas. ¿ Cómo debía aplacar lo inaudito de la disputa que se avecinaba ? ¿ Cómo intervenir en la furia de esos hombres ? ¿ Quién era ella ante algo tan poderoso como Taita Dios en dos personas ? Y todo por el deseo miserable a una mujer, a una...

Con gesto de desafío y desdén a la vez, el intruso dió unos pasos, dejando que el viejo se agote en gritos, en manos crispadas, en maldiciones. Y cuando estuvo cerca, muy cerca del aliento envenenado que trataba de humillarle, murmuró :

— No te pongas pendejo, padre. Debes pedir las letras de retiro y no hacer el ridículo. Déjame la chola un rato. Un ratito no más.

— ¿ Qué dices ? — chilló don Lauro, temblando de indignación. Nadie le había disputado una hembra hasta entonces.

— ¡ Que la tomo, carajo !

— ¡ Nunca !

El látigo que por costumbre colgaba de la diestra del latifundista, azotó furiosamente al atrevido, el cual, sin inmutarse — insensibilidad y audacia de macho en celo —, insistió en su propósito.

Entontecida de horror, loca de miedo, cubriéndose los senos desnudos con las manos, Rosaura se refugió tras el « patrón grande, su mercé ».

— Eso... Eso no, carajo — dijo el mozo cambiando violentamente su actitud serena por el melodrama del revólver listo a disparar.

— ¿ A tu padre ?

— ¡ A quien sea ! ¡ A quien se oponga ! ¡ Dámela ! — concluyó el joven tomando distancia para evitar los rigores del látigo.

Mama Emilia, que nunca esperó de Dios semejante castigo — sangre de patrones en la casa chola —, sin mirar a los actores de la absurda tragedia que se avecinaba, hurgando con un leño el posible camino liberador en la lumbre del fogón, chilló :

— ¡ Por Taita Dios, por Mama Virgen ! ¡ No ! ¡ Yo puedo ! ¡ Yo puedo arreglar !

— ¡ Estúpido ! Si me matas te condenará la justicia divina. Te aplastará la justicia humana... No heredarás ni mi poder, ni mi tierra, ni mi dinero... ¡ Maldito ! — advirtió el viejo, desafiando con mirada torpe de borracho la insensata amenaza del hijo.

— ¡ Dámela !

— ¡ Nooo !

— ¡ Dámela, carajo ! — insistió el mozo.

Desde el suelo, con viscosa sinuosidad vengativa, la chola Leonor murmuró dirigiéndose al hombre del revólver :

— Quítele, patroncito. ¡ Quítele !

El empeño de mama Emilia por hallar la verdad anticipada donde siempre estuvo, le obligó a gritar :

— Esperen. ¡ Esperen !

Algo impreciso le anunciaron de pronto sus candelas. ¿ Qué ? Formas absurdas. Formas de ternura y gracia infantiles. Formas que no podía ver o no quería ver. Sin embargo la aspiración bastarda de los amos.. « De los amos egoístas, feroces... De los amos que juegan con la muerte... », se dijo la bruja cómplice del fuego, mientras pensaba en las calamidades que podían sobrevenirle si uno de ellos acababa con el otro. La maldición del señor cura, el desprecio del pueblo, el despojo de la casa y de la tierra, la cárcel.

— ¡ Me da la chola o disparo !

— ¡ Maldito ! Quieres...

Una pausa extraña cortó la disputa. Sólo las llamas crepitaron entonces con ruido juguetón en el silencio. ¿ Por qué se callaban todos ? La vieja miró de inmediato en las candelas. Miró hasta que las lágrimas le nublaron los ojos. Era la hija menor. Era la mocosa revolcándose bajo la insaciable lujuria del patrón chiquito. « ¡ No ! Doce años apenas. Es lo único inocente y alegre que me queda. Ella no tiene la culpa... », se dijo mama Emilia y creyó que estaba obligada y debía impedir el atropello. Al impulso de esa loca esperanza se levantó como pudo del suelo.

Insignificante, débil, sin zapatos, con las piernas desnudas hasta las rodillas, mal cubierta por una bata remendada, trenzas de cola de ratón sobre los hombros, baba tierna en la nariz y en los labios, rubor de la última travesura infantil en los ojos y en las manos. Dolores, que había caído curiosa en aquel remolino de afectos y odios desordenados, observó con súplica instintiva. No sabía cuál era su falta. No sabía por qué silenciaron su tragedia las gentes mayores. Por qué la miraban hasta quemarle la piel.

— Mi guagua — murmuró la vieja en tono de ternura que escondía el grito asfixiante, la maldición imposible.

Como siempre que era presa de alguna desgracia o de alguna contradicción provocada por los amos — de todo calibre —, no le obedecieron ni las piernas ni los brazos para lanzarse en defensa de los suyos. Inmóvil, petrificada, con el grito más duro hinchado en la garganta, mama Emilia comprendió el diálogo de los ojos entre don Lauro Játiva y el hijo corrompido y rebelde. El viejo miró a la pequeña como a un curioso hallazgo e hizo una mueca de entrega generosa a su rival, quien a la vez se guardó revólver y furia para adueñarse de la muchacha.

La chola que escondía su impudor tras la figura omnipotente del « patrón grande, su mercé » y la que desgranaba maíz sentada en el suelo, buscaron alguna esperanza en el rostro de la madre. ¿ Qué... ? ¿ Qué podía ofrecerles ? ¿ Qué podía hacer ? ¿ Acaso ellas también no se encontraban cercadas ? La vieja bajó la cabeza. Al amparo de esa complicidad y de ese miedo el patrón chiquito arrastró a la mocosa hacia afuera, hacia la zanja que desagua en el barranco del río, donde crujieron luego ramas secas y hojarasca al ritmo de una queja pespunteada en llanto.

Saturada de amarguras, de odios, de crueldades, mama Emilia volvió a sentarse frente al fogón, frente a sus malditas candelas. ¿ Para qué ? ¿ Acaso le sirvió alguna vez conocer en ellas la verdad, leer en ellas la desgracia ? ¿ Acaso no se estrelló siempre en la fuerza y en el egoísmo de los dueños de la tierra, de la casa, del monte, del valle, del agua, del bosque, del aire, de Dios ? ¿ Qué le quedaba entonces ? « ¿ Qué puedo... ? », se dijo temblando de rabia, rabia para morir. Enloquecida trató de aplastar el fuego con sus dedos sarmentosos, de extinguirlo para siempre. Agarró los leños encendidos, sin dolor, tan fuerte era la desesperación de su fracaso — quizás desbordó la medida —, tan fuerte que comprendió con claridad lo inútil y estúpido de su preciosa intuición para mirar en el futuro, de su libertad para defenderse y defender a los suyos. Libertad e intuición acorraladas entre muros de miedo y de miseria.

— ¡ No ! — gritó echándose de bruces sobre las llamas.

— ¿ Qué le pasa a la vieja ? ¿ Está loca ? ¿ Quiere hundirse en el infierno ? ¿ Quiere morir achicharrada ? — comentó con desprecio el « patrón grande, su mercé ».

JORGE ICAZA

FEDERICO GARCIA LORCA

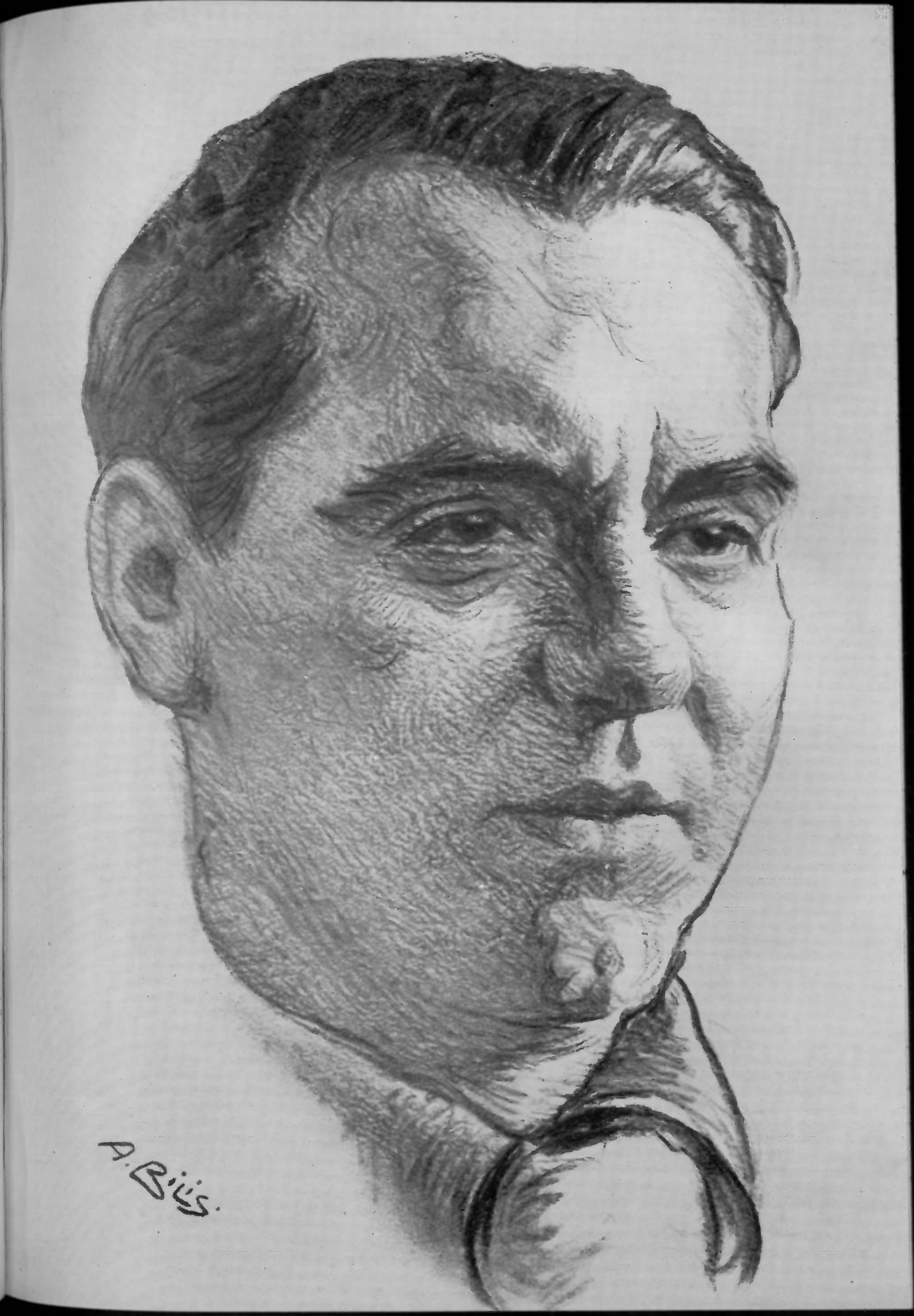
VEINTE años hace ya que, en medio del sangriento vendaval de la guerra civil española, desapareció para siempre Federico García Lorca, poeta andaluz y español de verdadera dimensión universal. Un grupo de salvajes tronchó su vida en plena juventud, sin motivo alguno que pudiese justificar ni remotamente tan absurda muerte violenta, pues su única preocupación política era la libertad de la poesía. Tal vez la causa lejana de ese odio cainita fuese la ayuda prestada por el poeta a la República para que ésta pudiese llevar con « La Barraca », teatro estudiantil universitario, las grandes obras dramáticas españolas a los pobres habitantes de villorrios y aldeas.

Los estudios garcialorquianos cuentan en la hora actual con una bibliografía bastante extensa, que indudablemente no dejará de enriquecerse todavía más con el tiempo, cual corresponde a quien ha dejado tan profunda huella en la poética española. Pues, si bien es cierto que García Lorca pertenece a una generación riquísima en poetas, que supieron llevar la lírica española a sus más elevadas cumbres, él fué no obstante su más auténtico y entusiasta representante. Y no precisamente — obligado es señalarlo — a causa de la popularización a veces excesiva de algunos de sus poemas, sino gracias a la síntesis sin par que Federico García Lorca logró como nadie de esos dos elementos capitales de lo mejor de la literatura española de todos los tiempos : el cultismo y el popularismo. Con tino afirmó uno de sus críticos que el gran poeta había sabido retornar a lo popular sin abandonar por ello las mejores conquistas de la nueva lírica.

Su poesía se nos presenta henchida de gracia, fresca y viva a veces ; otras, ofrece esa oscura obsesión de la muerte, obsesión tan española. Mas en ambas formas, aparece en todo momento el cultivador sin par de la imagen poética y el creador insuperable de la metáfora popular, metáforas e imágenes siempre bien logradas y a la par laboriosamente trabajadas. En efecto, García Lorca, poeta de intuiciones geniales, no creía tan sólo en la inspiración ; creía asimismo en el esfuerzo persistente y en la conciencia artística. Su actitud era, por lo tanto, creadora y crítica a la vez. Todo resultaba en él finalidad consciente, y tanto es así que de entre todos los de su generación se nos presentaba como el mejor dotado para llevar a cabo la ambiciosa empresa de renovación lírica en que se había embarcado. Esa renovación la había extendido también al teatro, hundido entonces en el convencionalismo benaventiano y en la ñoñez quinteriana.

Este vigésimo aniversario de la muerte de Federico García Lorca será justificado motivo para que en el mundo entero — ¡ salvo en su propio país ! — se exprese por todos la gran fidelidad a su imperecedera memoria. Cuadernos *no podía faltar a la cita, a esa triste cita que reunirá a todos los amantes de la poesía y de la justicia. A continuación publicamos un breve ensayo recibido de Madrid, y cuyo autor no puede dar su nombre por razones harto conocidas ; también damos a la luz una carta inédita de García Lorca a ese otro gran poeta español que es Jorge Guillén, y que éste nos ha ofrecido con una amistad que jamás dejaremos de agradecer ; y, por último, reproducimos los párrafos que la Censura franquista ha suprimido en el prólogo escrito por Jorge Guillén para las* Obras Completas *de Federico García Lorca, editadas recientemente en la capital de España.*

I. I.


A. Bilis.

Carta de Federico García Lorca a Jorge Guillén

14 *febrero* 1927.

QUERIDISIMO Jorge : Hoy rompo una larga carta de quejas *que te dirigía. Recibo tus letras con la mayor alegría. Carta del poeta de los mejores* versos. *Te complazco. Mañana te enviaré versos y escribiré a Dalí pidiéndole un dibujo.*

Ya están gimiendo *las prensas con mi libro de Canciones. Libro de sorpresa para muchos y de alegría para pocos. A Teresita le dedico la canción del lagarto y la lagarta porque se reirá bastante de verlos llorar (¡ los pobres !).*

Yo sé que tú tendrás ese libro en tu casa con cariño. Por eso lo publico. Mis amigos lo recibirán de una manera que me conmueve verdaderamente. Aquí en Granada todos los muchachos están preparando una fiesta para el día en que llegue el libro, en la que habrá música y danzas. Pocos libros son recibidos de esta manera. Pero en el fondo creo que no reciben mi poesía..., me reciben a mí.

He pasado verdadera angustia ordenando las canciones, pero ¡ ya están ! Estoy seguro. El libro, malo o bueno, es noble *por los cuatro costados.*

¡ Qué bonito romance publicas ! Ya me lo enviaste antes. Tiene como todo lo tuyo gracia y pudor *de estatua desnuda.*

Hay en toda tu poesía una emoción, una pena *(¡ sí, pena !) de virgen llevada y traída que vence a su perfección casi astronómica.*

Ahora estoy haciendo una Soledad que ya sabes empecé hace mucho tiempo. Es lo que envío al homenaje de Góngora... si me sale bien.

Mira algunos versos. Dime qué te parecen

SOLEDAD INSEGURA

Noche

Noche de flor cerrada y vena oculta.
—Almendra sin cuajar de verde tacto —
Noche cortada demasiado pronto,
agitaba las hojas y las almas.
Pez mudo por el agua de ancho ruido,
lascivo se bañaba en el temblante,
luminoso marfil, recién cortado
al cuerno adolescente de la luna.
Y si el centauro canta en las orillas
deliciosa canción de trote y flecha
ondas recojan glaucas sus acentos
con un dolor sin límite, de nardos.
Lyra bailada en la fingida curva.
blanco inmóvil de inmóvil geometría.
Ojos de lobo duermen en la sombra
dimitiendo la sangre de la oveja.
En lado opuesto, Filomela canta,
humedades de yedras y jacintos,
con una queja en vilo de Sur loco,
sobre la flauta fija de la fuente.
Mientras en medio del horror obscuro
mintiendo canto y esperando miedo
voz inquieta de náufrago sonaba.

Este es un fragmento. Todavía tengo que trabajarlo mucho. O quizá lo tire al cesto de los papeles. ¡ Es tan difícil acertar !

Si te parece, puedo mandar otra cosa más mía. ¡ No creas ! Lo digo en el sentido de que sea más flexible.

Mira otro fragmento :

Lirios de espuma cien y cien estrellas,
bajaron a la ausencia de las ondas.
Seda en tambor, el mar queda tirante,
mientras Favonio suena y Tetis canta.
Palabras de cristal y brisa obscura
redondas sí, los peces mudos hablan.
Academia en el claustro de los iris
bajo el éxtasis denso y penetrable.
Llega bárbaro puente de delfines
donde el agua se vuelve mariposas,
collar de llanto a las arenas finas,
volante a la sin brazos cordillera.

*

La Soledad empieza así :

Rueda helada la luna, cuando Venus
con el cutis de sal, abría en la arena,
blancas pupilas de inocentes conchas.
La noche cobra sus precisas huellas
con chapines de fósforo y espuma.
Mientras yerto gigante sin latido
roza su tibia espalda sin venera.
El cielo exalta cicatriz borrosa.
Al ver su carne convertida en carne
que participa de la estrella dura
y el molusco sin límite de miedo.

. . . . . .

¿ Verdad que ésta es una bonita alusión al mito de Venus ? Y esto me gusta porque es verdad. « El molusco sin límite de miedo ».

*

Dime qué te parecen estos versos. Y dímelo pronto. Trabajo mucho y creo que quizá no consiga terminar esta Soledad. Por otra parte me parece una irreverencia el que yo me ponga *a hacer este homenaje. No sé.*

Yo mañana te enviaré versos, pero contéstame. Y también te enviaré pesetas *(¡ qué vergüenza !)*

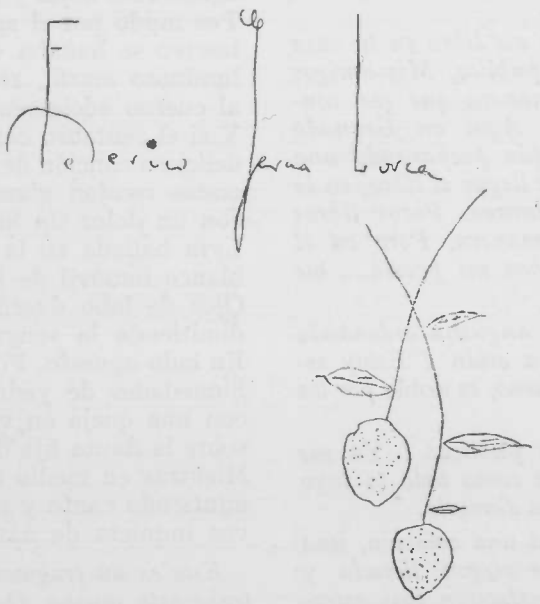
Adiós. Saluda cariñosamente a nuestro querido Guerrero.

Besos a los niños. Recuerdo (mi mejor recuerdo y el más alto) para Germaine y tú recibe *un abrazo muy fuerte de*

FEDERICO.

Las señas de Dalí son :
Monturiol, 24, Figueras. Prov. de Gerona

Una firma del poeta :



Del prólogo « Federico en persona »

(Trozos suprimidos por la Censura en las *Obras completas*, editadas en Madrid, en 1954.)

XII

... Cierto que Federico pertenecía a la España liberal : con aquel paisaje se relacionaba su función respiratoria. Apenas le oí hablar de política. Pero sí estoy viéndole indignado porque alguien — no sé quién, mejor es no saberlo — había escrito por aquellos días, ya amenazadores : « Patronos de todos los países, uníos ». En algunos trances el sentimiento de la justicia tiene que teñirse de cólera como aquel « Grito » de *Poeta en Nueva York* : « porque queremos que se cumpla la voluntad de la Tierra / que da sus frutos para todos ». « Para todos », clama una voz libre, tan lejos del Partido de Jesús como de la Compañía Comunista.

... ¿ Qué obstáculos podían detenerle ? Por eso, ante los síntomas que revelaban nuevamente la crisis de desequilibrio que perturba a España desde hace tanto tiempo, vaticiné a don Federico, el padre — y él me lo recordó en América —, hipérbole adecuada a la unanimidad de adhesión :

— En caso de revuelta, si hay un solo español que se salva, será Federico.

XV

¿ Lo demás ?

LAMENTO :

Lo demás es lo otro : viento triste
mientras las hojas huyen en bandadas.

Es el final de la casida VI, « De la mano imposible ». Lo otro : viento triste mientras los hombres mueren en bandadas, entre los bandos de nuestro criminalísimo siglo XX. ¡ Ay, Rimbaud ! « Voici le temps des assassins ». El poeta habría querido abierto el balcón. ¡ No ! Ni el niño come naranjas ni el segador siega el trigo. Es el crimen absoluto, rodeado de crímenes a la redonda. Ahí yace el supremo Caído entre los más caídos, por los que no se reza. Cada vez que se nos muere Federico, cada vez que se piensa en aquel silencio, ¿ cómo no sentirse desgarrado por el dolor más inconsolable y por la cólera ? Marlowe, Villamediana, Pushkin... ¡ Oh poetas asesinados ! Marlowe gemía ya :

Out is the branch that might have grown full [straight,
And burned is Apollo's laurel-bough...

Y nuestro poeta, en la casida II, « Del llanto »,

He cerrado mi balcón
porque no quiero oír el llanto,
pero por detrás de los grises muros
no se oye otra cosa que el llanto.

¿ Cerrar el balcón ? No es posible cerrar el balcón.

Pero el llanto es un perro inmenso,
el llanto es un ángel inmenso,
el llanto es un violín inmenso,
las lágrimas amordazan al viento,
y no se oye otra cosa que el llanto.

El poeta es ya héroe de poesía. El inventor de mitos ya es mito, implacable mito justiciero. « La gracia se derramó en tus labios ». Se lo dice el Salmista. « Dios, pues, te ha bendecido para siempre ».

JORGE GUILLEN

García Lorca
en la poesía y en el teatro españoles

POR "PASCUAL GIL"

Así que pasen... Ya han pasado... Veinte veces una luna navideña y un alba de abril han iluminado el pudridero rústico de un pueblecito granadino que encierra las cenizas de Federico y de tantas otras víctimas de la rebelión militar. El crimen fué en Granada, había gritado Antonio Machado antes de verse a su vez herido de muerte por la misma tormenta. El crimen queda en Granada y la herida, siempre abierta en el flanco de la poesía española, sigue sangrando y nadie se atrevió a empuñar todavía la guitarra de las cuerdas rotas que García Lorca dejó recostada en un laurel del Generalife.

En el ingente florecimiento lírico de los años 25, Lorca trajo una nota nueva, un impulso general, una forma y una concepción personal de la poesía que aún perduran en las jóvenes generaciones. En el agotamiento del teatro de lengua castellana, su obra mutilada fué la fuente regeneradora que hubiera podido dar savia a un renacimiento que, desgraciadamente, no podemos prever.

La utilización de lo andaluz culmina en sus poemas, quintaesencia de lo que Juan Ramón Jiménez, Julio Romero de Torres y Manuel de Falla supieron sacar de las vetas granadinas. Pero nadie como Federico para reproducir y expresar el juego espléndido de los rumores y aromas, la sensación aterciopelada de una nieve reluciente, la movilidad del agua, el colorido y el romanticismo provincial de ciertas almas efusivas. La depuración de su andalucismo, en el proceso ascendente del *Romancero gitano* (1928), del *Cante jondo* (1931), del *Llanto por Sánchez Mejías* » (1935), le salvó de un surrealismo muy particular que había nacido de ciertos sinsabores íntimos y de la reacción que experimentó durante su viaje por los Estados Unidos.

Se puede decir que esta evocación de la tierra granadina, con sus resonancias milenarias, sus intenciones semiveladas, su armonía ungida de aceite y sabiendo a jazmín constituye la poesía más inédita, más personal de cuantos versos se publicaron en España en lo que va siglo, con su andalucismo desnudo sin pintoresco fácil ni anécdotas, todo refulgente de imágenes audaces.

El mismo se expresó a este respecto cnando confesó a Gerardo Diego : « Pero, ¿ qué voy a decir yo de la Poesía ? ¿ Qué voy a decir de esas nubes, de ese cielo ? Mirar, mirar, mirarlas, mirarle, y nada más. Comprenderás que un poeta no puede decir *nada* de la Poesía. Eso déjaselo a los críticos y profesores. Pero ni tú, ni yo, ni ningún poeta sabemos lo que es la Poesía... De lo único que no puedo hablar es de mi poesía. Y no porque sea inconsciente de lo que hago. Al contrario, si es verdad que soy poeta por la gracia de Dios —o del demonio —, también lo es que lo soy por la gracia de la técnica y del esfuerzo, y de darme cuenta en absoluto de lo que es un poema. »

De ahí se desprende la base de su arte poético : romantismo y cultismo, pero creación más bien que inspiración. Nada de espontáneo en su aparente facilidad. Popular, pero con tantas visiones alambicadas y correspondencias sutiles, influídas por las grandes corrientes poéticas de ayer, por los simbolistas franceses, Verlaine acaso, Rimbaud sin duda alguna.

Una poesía dirigida hacia lo infinito de las estrellas, sin exceso de misticismo ni de religiosidad, pero ansiosa de concebir con todo el poder de la inteligencia los misterios del hombre y el porqué de la nada.

Lo nota perfectamente Angel del Río cuando escribe : « Todos los componentes de este mundo poético se desdoblan y ordenan en una gradación de escalas que van siempre de lo concreto e inmediato hacia lo general y cabría decir lo irreal y cósmico. »

Gran tarea la de sacar de un pueblecito de cal y de sol ese trampolín para lanzarse a cazar ritmos y figuras raras, magias hechiceras y músicas altisonantes que participen a la vez del arte más moderno y del barroco calderoniano, que ningún contemporáneo supo aprovechar como él. Es una lástima que el lirismo de hoy se haya ido por otras sendas, olvidándose de que la poesía no tiene nada que ver con la política y no puede imponer a los que la persiguen problemas trascendentales (el pecado, el mal, el sino humano) sino por el puro encantamiento de sus vocablos.

Sentía como nadie Federico el sufrimiento ajeno y vivía intensamente todos los géneros de vida, desde el más franciscano hasta el más sensual y apasionado, precisamente porque, idealista de verdad, debía experimentar a la vez los aguijones punzantes hacia la pureza y el mareo de la nada en la muerte con su afán incoercible de libertad.

Alguien ha pretendido que esa doble corriente que fluye en su obra podría verse indicada ya en sus apellidos : García, que sabe a tierra y a labranza, García como tantos campesinos y destripaterrones de las tierras españolas, y Lorca, nombre de ciudad andaluza como solían llevarlo los judíos españoles radicados en sus afueras. De ahí brotaría el alto vuelo de la poesía oriental, el misterioso encanto, la sutileza casi femenina de la raza, mientras el poeta demostraba una afición poco común al verde, color del estandarte del profeta, al cual dedica uno de los poemas más significativos del *Romancero Gitano*.

El mismo Federico lo dijo en cierta ocasión cuando quiso expresar, no un credo político, ya que jamás se metió en aventuras semejantes, sino un estado de ánimo, una manera de ser frente a la sociedad : « Yo creo que el ser de Granada me inclina a la comprensión simpática de lo perseguido, del gitano, del judío, del negro, del morisco que todos llevamos dentro. »

Y empujado por un extraño presentimiento escribió en otra ocasión : « Yo siempre soy y seré partidario de los pobres. Yo siempre seré partidario de los que no tienen nada, y hasta la tranquilidad de la nada se les niega. Nosotros — me refiero a los hombres de significación intelectual y educados en el ambiente medio de las clases acomodadas — estamos llamados al sacrificio. Aceptémoslo. En el mundo ya no luchan fuerzas humanas, sino telúricas. A mí me ponen en una balanza el resultado de esta lucha : aquí tu dolor y tu sacrificio, aquí la justicia para todos, aun con la angustia del tránsito hacia un futuro que se presiente, pero se desconoce, y descargo el puño con toda mi fuerza en este platillo. »

Inútil sería intentar definir claramente la religión de Federico fuera de un misticismo andaluz, empañado de idolatría, muy apegado a las imágenes terrenas. Quizás fuera racionalista por convicción y espíritualista por amor. Pero siempre panteista lírico y tierno que amaba la vida, la creación y presentía una esencia divina en los campos, los árboles, los animales y aun en los hombres. Recordemos estos versos suyos que parecen resumir su sencilla filosofía :

Hay que ser como el árbol
que siempre está rezando,
como el agua del cauce
fija en la eternidad.

Hay que arañarse el alma
con garras de tristeza
para que entren las llamas
del horizonte astral.

Brotaría en la sombra del amor carcomido
una fuente de aurora
tranquila y maternal.
Desaparecerían ciudades en el viento
y a Dios en una nube
veríamos pasar.

*

Si en el campo de la poesía la pérdida prematura de Federico García Lorca es hondamente lamentable, catastrófica nos parece en lo que toca al teatro nacional. De haber vivido y obrado, Federico hubiera sido el restaurador del gran teatro español. El magno poeta que puso en pie, sobre la decadencia de la escena española, el vigor de un teatro en el que se afirman los valores humanos y aquellos otros genuinos y propios, que lo español ha aportado a lo universal y fueron y son la grandeza, el sustantivo aporte de la dramaturgia española del Siglo de Oro.

Los albores del siglo veinte habían conocido el sentimentalismo sonriente y folklórico de los hermanos Alvarez Quintero, la destreza de Gregorio y María Martínez Sierra, las amables versificaciones de Eduardo Marquina o de los hermanos Machado. Los unos y los otros habían aprendido de Pérez Galdós dramaturgo la sencillez del diálogo y el honrado rigor del problema teatral. Los tanteos de Azorín y las genialidades de Valle Inclán habían permitido vislumbrar hacia qué camino renovador hubiera podido encaminarse el arte escénico.

Por su parte, Benavente, falto de fuerza inventiva y de originalidad, había sin embargo dado mayor categoría a este arte por su talento exquisito de escritor, su ironía delicada, su habilidad de gran costurero en remendar un traje de Arlequín « ajironado a colores » hasta el punto de presentarle como nuevo.

Pero viene Federico para quien, según dijo, « el teatro es la poesía que se levanta del libro y se hace humana ». Viene Federico y en menos de diez años y con sólo algunas obras hace surgir un monumento teatral sin precedente y — ¡ ay de nosotros ! — sin sucesión. Desde su juventud y, casi sin pensarlo, Lorca se siente empujado hacia el tinglado del drama y de la farsa antigua. Siente revivir en él la castiza tradición dramática de España, como discípulo lejano y aventajado de Lope de Rueda, de Lope de Vega, del Cervantes de los « Entremeses » y también, al final, de Calderón.

Desde el pueril *Maleficio de la Mariposa*, pasando por *Mariana Pineda* (1927), *Doña Rosita la Soltera* (1935), hasta la trilogía gloriosa formada por *Bodas de Sangre* (1933), *Yerma* (1934) y *La Casa de Bernarda Alba* (1936), que conocimos algunos años después de su muerte.

Medido está este rápido trabajo y no podemos detenernos más que en estas últimas obras, cuya fuerza restauraba en su tradición legítima el débil teatro conformista de ayer.

Fuera del denso y extraordinario esbozo de *Perlimplín*, aparecen por primera vez en *Bodas de sangre* los temas predilectos de la poesía lorquiana : la muerte, el caballo, la luna, el puñal.

Parece que Federico encontró el tema en un acontecimiento vulgar ocurrido en su pueblo. Lo importante para nosotros es el conflicto de los sentimientos eternos que palpitan en una realidad viva y hasta grosera. Estos sentimientos básicos del teatro español del Siglo de Oro : los celos, el amor, el pundonor, la palabra dada y el juramento que no se puede quebrantar.

Unas armonías populares de Lope resucitan a través de las canciones dramáticas de Federico, y la famosa copla del Caballero de Olmedo,

que de noche le mataron
al Caballero,
la gala de Medina,
la flor de Olmedo,

parece florecer de nuevo en los leñadores de García Lorca que hacen oficio del coro antiguo.

En *Bodas de sangre* dos dramas corren paralelos : el drama del amor llagado y escogido de Leonardo y el drama del amor vencido de su mujer.

Mientras la boda se desarrolla entre risas y cantos, el diálogo adquiere una fiebre mórbida que no puede apagarse más que en la sangre. Una ráfaga cósmica arrastra

los corazones y las voluntades. La persecución de la pareja sedienta y lasciva es un grabado de Durero, un delirio de sombras y de blancuras que no puede calmarse más que cuando se ha cumplido el destino sangriento de la boda.

Ya llega la tragedia a unas regiones en que no alcanzan los débiles pecados de los hombres. Nadie tiene la culpa. La culpa es de la tierra y de su fuego que exige, para apagarse, riego de agua y de sangre.

Y esa visión dantesca de la vida y de la muerte, expresada por los humildes protagonistas de Lorca que desaparecen detrás del conflicto casi cósmico en que los puso la fatalidad, no deja asomarse un minuto el melodrama en que hubiera podido caer fácilmente un autor que no fuera tan hondamente poeta.

Un año más tarde, en 1934, se estrenaba *Yerma*, que parece resumir en forma violenta el drama de la maternidad frustrada.

Yerma, sin embargo, no es el drama vital de la naturaleza que reclama ciegamente sus derechos. Es el drama espiritual de la madre que no puede serlo, el de la mujer que no quiere tener un hijo sin honra, víctima de aquel pundonor que sigue siendo uno de los resortes esenciales del teatro perenne en España.

En este plan, si *Bodas de Sangre* hace pensar en Lope, *Yerma* evoca a Calderón. La naturaleza, ebria de su propia fuerza, puede retozar y encabritarse dentro de la intimidad del alma, el poeta la disciplina y le impone límites.

— De ahí no pasarás, parece decirle, aunque te mueras.

Y en esto estriba toda la tragedia que destroza a Yerma.

Pero más que la tragedia personal de una mujer (y quizás la tragedia personal de un poeta entregado, a pesar suyo, a oscuras y lamentables divinidades), Yerma es, en este plan, la tragedia de un mundo. ¿ Qué sería de la tierra si no estuviera en eterna germinación ; qué de los animales si no siguieran sus instintos prolíficos ; qué de aquella canción de la Naturaleza si no vinieran la primavera y el verano, si se vieran definitivamente sin esperanza de frutas y de flores ?

La fuerza mágica de Lorca es que, detrás de la anécdota, por enriquecida que esté de las galas de una lengua espléndida, se alza el gran problema de la existencia del mundo, de su permanencia, de su finalidad. Así da la mano, con aquella preocupación, a los trágicos griegos, que hicieron chocar en sus anfiteatros las concepciones más opuestas del universo para que de este choque saliera la anhelada revelación.

La Casa de Bernarda Alba en fin, su última obra, es el drama de la virginidad. Drama de la imposibilidad del amor por un estrecho concepto de la vida, al dictado de un honor fanático. Drama hondamente sentido como *Yerma*, por esa potente feminidad del alma de Federico, drama que aclara esas honduras misteriosas del poeta que no sólo supo describir, sino que supo sentir como una mujer, las tragedias más íntimas que ellas pueden experimentar.

Según una fina notación de Alfredo de la Guardia, Federico dió a la madre el papel que hubiera correspondido al padre en una comedia de Calderón. Mujeres son todas las primeras figuras de su teatro, las que llevan la marcha angustiosa y desenfrenada de la fatalidad.

En *La Casa de Bernarda Alba*, donde pasa el soplo ingente de la tragedia griega, una vez más, por un presentimiento doloroso, vence la muerte, sucumbe el amor que es vida y que es llama, y la noche se apodera para siempre de lo que fué luz y sol. ¡ Qué destino más trágico perfilado desde los albores de una obra cuyo valor no se había conocido, tan intenso y tan original, desde Lope de Vega y Calderón !

En su final resplandece la blancura de la virginidad perenne de la muerte sobre el coro negro de la madre y de las plañideras rituales. Esto da un toque definitivo a la creación artística de Federico García Lorca, cuya angustia panteista va a abismarse en la cósmica pugna del mundo.

De un libro que sale a luz ahora, quiero sacar, a manera de conclusión, un juicio que me parece lleno de justicia con el ligero retroceso de estos veinte años que acaban de pasar :

« Con el tema de la liberación de la mujer toman todo su valor *Bodas de Sangre, Yerma, La Casa de Bernarda Alba,* elevadas pinturas de costumbres. En verdad, el teatro de Lorca suministra la solución de problemas que pocos se atreven a plantear. Sin análisis psicológico, sin pleito aparente y sin dialéctica, pero sólo por su propio ser, por su flecha y por su poesía que le salva del melodrama, este drama enarbolaba, radical y devoradora, la exigencia de la Naturaleza,

contra la certeza, contra la conciencia,
y contra las leyes y contra la ciencia,
contra la mentira, contra la verdad,

y contra el ideal teológico. Es el eco réprobo de las leyes del instinto y, para decirlo todo, del coridonismo que nos entrega su clave, con la clave de las puertas de la sombra de su poesía y la del complejo de España, este país de hombría y de contención. »

« A pesar del molde católico común a la mayoría de los españoles, pertenecía Federico a la corriente de aquella España laica nacida de Westfalia, demócrata, republicana, racionalista, erasmista, ávida de libertades, cuyo liberalismo encuentra una honda resonancia en el individualismo castizo y la anarquía pasional, volcánica, resorte del alma española. A estos hombres falta doctrina, esperanza y dogma. O más bien ellos siguen la lógica vertical de este pueblo, subversionan la institución moral, social y religiosa o la confinan en reacción bajo el yugo de la Iglesia o de la Dictadura. »

De eso se desprende, nos dice su más reciente biógrafo, que la obra teatral de Lorca plantea dramáticamente el problema español : totalidad en la anarquía o esclavitud con la muerte al final.

La de Federico, acaecida en una mañana de agosto veinte años ha, fué el heraldo precursor del derrumbamiento de valores que sufrió nuestro universo en este período, la oferta desesperada a un Dios implacable, hecha por una civilización que presentía ya su próxima desaparición y que intentaba salvarse sacrificando a sus más altos componentes.

Pero siempre fué verdadera la frase de Tertuliano cuando afirma que la sangre de los mártires es una semilla de cristianos. Así la sangre de los poetas es y será siempre una semilla de nuevos poetas. De la tierra granadina santificada por la sangre de Federico, surge ha surgido ya un renacimiento poético que ningún régimen policíaco podrá amordazar. El genio demiúrgico de García Lorca, en un país mesiánico en que impera el individuo, no puede desaparecer ni menguarse por circunstancias trágicas que intenten aniquilarle. No se mata la palabra en que cristaliza la inteligencia, con unos disparos de los « civiles ». Queda abierto el balcón sobre los naranjales y las nieves andaluzas, sobre las cosechas de la naturaleza y de los hombres, en la comunión con la vida, su porvenir, sus embriagueces.

Por eso, nos negamos a aplicarle la estrofa desgarradora que él murmuró al oído de su malogrado amigo Sánchez Mejías :

porque te has muerto para siempre,
como todos los muertos de la Tierra,
como todos los muertos que se olvidan
en un montón de perros apagados.

Si es verdad que

tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de ventura,

verdad es también que Federico, a usanza de aquel buen castellano que fué el Cid, sigue ganando batallas después de muerto, que crece su fama, que nacen cada día discípulos suyos de aquella tierra donde yace y

donde tiembla enmarañada
la oscura raíz del grito.

" PASCUAL GIL "

Madrid, julio 1956.

El informe Kruschef : catilinaria y apología de Stalin

POR LUIS ARAQUISTAIN

La actualidad mundial se centra en estos momentos en el viraje señalado por el XX Congreso del P. C. de la URSS y, principalmente, en torno al informe « secreto » de Kruschef y, más recientemente, a la publicación soviética del « testamento » de Lenin, documento subversivo hasta hace poco. ¿ A qué responde la desestalinización provocada por los sucesores de Stalin ? ¿ Cuál es la parte de realidad y cuál la parte táctica en la evolución del comunismo ruso y mundial ? Tres de nuestros más eminentes colaboradores y especialistas en la materia, Luis Araquistáin, Boris Souvarine y Dwight Macdonald, tratan a continuación de dar respuesta a estas preguntas. (N. de la R.).

El informe leído por Nikita Kruschef, los días 24 y 25 de febrero de 1956, ante el vigésimo congreso del partido comunista ruso, es de los que hacen época, por lo que en él se dijo y sobre todo por lo que se calló. La catilinaria contra Stalin no era la expresión personal y tardía del resentimiento de un hombre que acaso se creyó postergado o amenazado por la tiranía de Stalin, ni el comienzo de una revisión histórica de esa tiranía. La biografía universal está llena de grandes lanzadas a moros muertos, y es ley de la historia que los hombres la repiensen y la reescriban constantemente.

Lo sorprendente fué que de la demolición del ídolo se encargara el primer secretario del propio partido que durante más de treinta años construyó con sus manos y sostuvo sobre sus hombros al gran Moloch soviético. No era la masa del partido, martirizada durante un tercio de siglo por el despotismo de Stalin, la que derruía la estatua colosal del tirano después de su muerte, sino sus mismos colaboradores y cómplices supervivientes, los que habían erigido y consagrado el culto de la divinidad y ahora la denigraban y decretaban que tal dios era falso. Bajo la apariencia de un tiranicidio justiciero y póstumo (aún no sabemos con certeza si fué realmente póstumo), se ejecutaba un acto eminentemente político. ¿ A beneficio de quién ? ¿ En perjuicio de quién ?

Los contrastes entre Lenin y Stalin

Aparentemente la tesis principal del informe de Kruschef es que Stalin había destruído la dirección colegiada o corporativa del partido comunista, tal como la había creado y practicado Lenin, reem-

plazándola por un poder personal, el suyo, irresponsable y absoluto. En vida de Lenin — alega Kruschef —, « el comité central era la expresión real de la dirección colectiva del partido y de la nación. Lenin nunca impuso por la fuerza su criterio a sus colaboradores. Trataba de convencer; pacientemente explicaba sus opiniones a los demás... Stalin se caracterizaba por un trato del todo distinto con la gente. Los rasgos de Lenin — trabajo paciente, educación tenaz y laboriosa del pueblo, habilidad para no hacerse seguir por compulsión, sino mediante la influencia ideológica del conjunto colectivo — eran extraños a Stalin. Este descartó los métodos suasorios y pedagógicos de Lenin; abandonó el método de la lucha ideológica por el de la violencia administrativa, las represiones en masa y el terror... La conducta arbitraria de un hombre estimuló y consintió la arbitrariedad de otros. Las detenciones en masa y las deportaciones de muchos millares de gentes, las ejecuciones sin juicio y sin ninguna instrucción normal crearon condiciones de inseguridad, miedo y desesperación. »

Todo este cuadro dantesco lo conocía bien el mundo entero desde hace muchos años; pero los partidos comunistas, el ruso y sus bucelarios o jenízaros en otros países, lo habían negado siempre y sólo ahora lo reconocen por primera vez. Por primera vez también se parangonan el carácter de Lenin y el de Stalin. « Es notoria — asegura el nuevo pedagogo Kruschef — la gran modestia del genio de la revolución, Vladimiro Ilyich Lenin... Lenin estigmatizaba despiadadamente toda manifestación del culto de la personalidad; combatía inexorable las opiniones — extrañas al marxismo — sobre el *héroe* y la *masa* y se opuso a todas las tentativas de enfrentar el héroe con la masa y el pueblo. »

Se traicionó, pues, esta concepción igualitaria — sigue aleccionando Kruschef — al « encumbrar a un hombre, al transformarle en un superhombre, con las características naturales de un dios. Se suponía que tal hombre lo sabe todo, lo ve todo, piensa por todo el mundo, lo puede todo y es infalible en su conducta. Durante muchos años, nosotros cultivamos tal creencia acerca de un hombre, concretamente acerca de Stalin... Camaradas, tenemos que abolir el culto de la personalidad, decisivamente, de una vez para siempre... Estamos absolutamente seguros de que nuestro partido, armado con las resoluciones históricas del vigésimo congreso, conducirá al pueblo soviético, por la senda leninista, a nuevos éxitos, a nuevas victorias. »

La tesis, a primera vista, parece simpática y noble: por un lado, invita a eliminar definitivamente la cruel dictadura de un solo hombre y a reemplazarla por la tutela paternal o fraternal de un comité o equipo, como en tiempos de Lenin; por otro, el comité central reconoce su culpa alícuota en la deificación de Stalin y del poder omnímodo de que le invistió el partido comunista. Stalin no se erigió en dictador por un golpe de mano. ¡Fué el partido comunista quien le otorgó sus poderes absolutos! El proceso de esta exaltación de Stalin empieza en vida de Lenin. En diciembre de 1922, Lenin, herido ya de muerte por los ataques de la arteriosclerosis cerebral, dirige una carta al décimotercio congreso del partido comunista ruso, proponiéndole que sustituya a Stalin, hombre « excesivamente rudo », por otro más flexible y tratable. Kruschef repartió copias de este « Testamento » de Lenin, hasta entonces inédito, a los delegados del vigésimo congreso — además de incluirlo en su informe —, como prueba sin duda de la incapacidad de Stalin, ya treinta y cuatro años antes, para la secretaría del partido, en opinión de su pontífice máximo. ¿Pero qué hizo en 1922 el décimotercio congreso con esa carta de Lenin? Nos lo va a decir el propio Kruschef: « Los delegados se declararon en favor de mantener a Stalin en este puesto ». Con ello, el partido desautorizaba a Lenin y confirmaba a su sucesor Stalin por encima de Trotski y de todos los otros candidatos a un puesto que en realidad equivalía a ser el nuevo zar de todas las Rusias.

Crímenes justos e injustos

Hasta ahora el partido comunista ruso se había solidarizado con los crímenes de Stalin, su criatura y hechura. ¿Por qué

repudia algunos — no todos — ahora ? No ciertamente por torcedores de conciencia, que en la moral comunista sólo son prejuicios burgueses. Al parecer, porque la estructura staliniana del partido no es ya idónea para conducirle a « nuevas victorias ». Pero tampoco se podían repudiar todos los crímenes de Stalin sin condenar al mismo tiempo a su progenitor y garante, el partido mismo. Había que trazar una línea divisoria entre crímenes justos y crímenes injustos. Kruschef o quienes hayan escrito su informe, es de suponer que las cabezas más peritas en derecho político y penal soviético, han trazado esa línea con singular desenvoltura. El abuso del poder de Stalin — nos dice Kruschef — comienza entre 1935 y 1938. Es la época clásica del Terror soviético, el de las « purgas » espeluznantes. Por entonces — nos revela Kruschef — « Stalin inventó el concepto de *enemigo del pueblo* » (tal vez había oído hablar de un drama de Ibsen que lleva el mismo título). Quien no se sometiera a sus opiniones y caprichos corría el riesgo de ser declarado « enemigo del pueblo » y condenado al « aniquilamiento moral y físico ». En ese período — sigo citando a Kruschef — « muchos dirigentes destacados del partido y honrados obreros de fila, que se habían consagrado a la causa del comunismo, cayeron víctimas del despotismo de Stalin ».

En general, en esos procesos — continúa historiando Kruschef —, « la única prueba de culpa utilizada, contra todas las normas de la ciencia penal corriente, era la *confesión* del acusado mismo, y, como se ha probado posteriormente, las *confesiones* se obtenían mediante la presión física contra los acusados ». Ya se entiende que por este eufemismo de « presión física », empleado diplomáticamente por Kruschef, no debe suponerse otra cosa que la clásica y vulgar tortura. Kruschef menciona varios casos de esos « honrados obreros de fila », o sea de comunistas de poco relieve, que bajo el tormento o bajo la promesa de sus verdugos o la esperanza de su propia minerva, de salvar sus cabezas, confesaron crímenes imaginarios y denunciaron a personas inocentes como autoras de crímenes no menos imaginarios. Algunas de esas víctimas, ejecutadas por orden de Stalin, — nos informa Kruschef — han sido rehabilitadas recientemente, por lo visto para consuelo y exoneración de sus familiares y para el descanso eterno de sus sombras en los Campos Elíseos soviéticos.

Pero hay otros ejecutados que Kruschef no considera dignos de amnistía o indulto póstumos. Son los auténticos y perennes enemigos del pueblo ruso : los Zinovief, Bujarin, Trostki, Kamenef, toda la plana mayor bolchevique y sus malditos partidarios. Bien conocidos eran sus crímenes nefandos y Kruschef nos los recuerda : todos eran « enemigos del leninismo », todos desleales que « proponían tesis antileninistas », traidores que « representaban una línea política hostil al partido y a la causa del socialismo », bloque criminal que conspiraba para « restaurar el capitalismo y capitular ante la burguesía mundial ». Al ejecutar a toda esta hez humana — sanciona Kruschef —, « Stalin desempeñó un papel positivo ». Un « papel positivo » quiere decir, en el elegante e indirecto lenguaje de Kruschef, que Stalin hizo pluscuamperfectamente bien en castigar con la muerte los crímenes citados, tan definidos, tan inequívocos, tan monstruosos. Esos asesinatos legales fueron justos en opinión de Kruschef, del comité central en cuyo nombre hablaba y de todo el partido comunista. El « papel positivo » de Stalin no es, en este caso, el de un tirano, como en el de los « honrados obreros », sino el de un juez justiciero, el Justicia Mayor de la Rusia soviética y Padre del Pueblo. Como se ve, Kruschef y su comité central saben hacer justicia a Stalin cuando se la merece.

Pero se nos ocurre una reflexión. A esos hombres del partido comunista ruso, alternativamente verdugos y apologistas póstumos de Stalin, no les viene a las mientes que las « confesiones » de los trostkistas, zinovievistas, bujarinistas, antileninistas, derechistas, desviacionistas, capituladores, todos vendidos al imperialismo y el capitalismo de Occidente, pudieron ser arrancadas persuasivamente por el mismo procedimiento de « presión física » que se empleó con los « honrados obreros ». Hasta ahora no se conocen más pruebas de tales crímenes que las « confesiones » extraídas por los infatigables Torquemadas soviéticos.

ticos. Si estaban vendidos en primer término a los alemanes, como pretendían Stalin y sus colaboradores en el « papel positivo », ¿ cómo no ha aparecido la menor prueba ni el menor indicio entre los millares de documentos hallados por los ejércitos aliados en los ministerios de Berlín después de la segunda guerra mundial y publicados en numerosos y gruesos volúmenes por los gobiernos de Washington y Londres ?

Pero no hagamos preguntas ociosas y cándidas : Kruschef y sus compañeros de oligarquía corporativa o colegiada, o como la quieran llamar, saben perfectamente que Stalin asesinó, a millares, los mejores hombres de su partido, nada más que para desembarazarse de adversarios efectivos o presuntos en la lucha por el poder personal a que fatalmente lleva la estructura de todo partido organizado como el comunista. Sólo que esta verdad no podía proclamarse públicamente sin colmar de perpetuo oprobio al partido en cuyo seno se perpetraban esos crímenes y a la nación que los toleraba. Había que mentir justificándolos en nombre de la ortodoxia marxista-leninista, de la unidad del partido comunista, de la seguridad del Estado soviético o de cualquier otro embeleco. Y mintieron todos, Stalin y los que ahora le acusan de unos crímenes y le excusan de otros, sus cómplices y compañeros de barricada entonces, aborreciéndole aún con razón por el miedo que les hizo pasar con la criminalidad delirante de sus últimos años, pero todavía hoy agradecidos a él por haber salvado la facción común de las asechanzas y embestidas de las otras facciones rivales.

Después de todo, Stalin hizo con Zinovief, Bujarin, Kamenef, hasta con Trostki en su lejano refugio de Méjico y con tantos otros, lo que ellos, el equipo sucesor, los Kruschef y consortes del comité central hicieron con Beria. Por lo demás, probablemente lo mismo que Beria y los asesinados hubieran hecho con los asesinos, de haber tenido tiempo y oportunidad. Ganar unos a otros por la mano : no ha sido otra la táctica suprema del partido comunista desde que gobierna en Rusia y en otros países. Siempre fué el asesinato desde el poder razón de Estado del viejo zarismo. Eso ha seguido siendo en el nuevo. ¿ Ha dejado de serlo después del informe de Kruschef ? Lo celebraríamos todos, rusos y no rusos, por el honor de nuestra común humanidad. ¿ Pero qué garantías hay de que mañana Kruschef u otro secretario, como ayer Stalin, no descubrirán nuevos « enemigos del pueblo », ralea despreciable que vuelve a separarse de la « línea leninista », a querer « restaurar el capitalismo » y otros crímenes semejantes, para castigar los cuales todo es lícito, incluso la « presión física », para obtener « confesiones » paladinas y estupendas, ya no tan inexplicables, sin embargo, como antes del informe del primer secretario ?

Lenin y la dictadura del proletariado

Los abusos del poder de Stalin no contradicen las normas del partido fundado por Lenin, como se empeña en hacernos creer el informe de Kruschef. El stalinismo no es una desviación del leninismo, sino la doctrina y la práctica de Lenin llevada a sus últimas consecuencias. Desde sus orígenes, todo en el partido comunista ruso tiene por base y por fin la dictadura. En 1903, Lenin provoca la escisión del partido socialista ruso que celebraba congreso en Londres. La causa no es otra que las divergencias inconciliables sobre la estructura del partido. Lenin, cabeza de la mayoría, de los bolcheviques, quiere un partido organizado autocráticamente, de arriba abajo, no de abajo arriba, democráticamente, como desean los mencheviques, la minoría.

Lenin no creía que la clase obrera — por lo menos la rusa — estuviese capacitada para una política democrática. A su juicio, el proletariado no puede crear espontáneamente más que sindicatos de lucha y resistencia contra la clase capitalista. La transformación de la lucha económica en lucha política ha de ser la obra de una *élite*, de una minoría de intelectuales burgueses que se incorporan al movimiento obrero, como Marx, Engels y el mismo Lenin. El socialista típico no debe ser director sindical, sino tribuno del pueblo. La minoría

intelectual crea el partido político obrero, cuyo arquetipo ya no es el viejo partido socialista democrático, reformista, sino el que funda Lenin. El decía que el partido comunista, como se llamará más tarde, será la vanguardia del proletariado y, dentro de él, un férreo comité central, bien escogido por el fundador, será la cabeza y el brazo ejecutor de la masa de afiliados, cuyo papel se reduce a obedecer ciega y pasivamente, como en la Compañía de Jesús.

Lenin esboza estas ideas autocráticas ya en 1901, en un artículo titulado « ¿ Dónde empezar ? » Las amplía en el folleto *¿ Qué se debe hacer ?* publicado al año siguiente. Su escisión de 1903, su separación de los socialistas rusos y más adelante de la segunda Internacional socialista, fueron desgarramientos inevitables en el proceso ideológico y político de Lenin. Necesitaba un instrumento de dictadura personal y para eso constituyó su partido comunista ruso y después su Internacional comunista. Pero la palabra dictadura, aun en el sentido clásico, romano, legal, de gobierno de un solo hombre, tenía mala reputación histórica, sobre todo después de la dictadura plebiscitaria de los dos Napoleones, y había que disimularla. A la dictadura de Lenin en su partido se la llamó « dirección centralizada ». Stalin la llamará más tarde « Estado Mayor » del partido, equiparándolo a un ejército. Y eso ha sido siempre el partido comunista, una mezcla de ejército y de orden religioso-militar. En las « Condiciones para afiliarse a la Internacional comunista », Lenin dice que « el partido comunista sólo puede cumplir con su deber si se organiza con el máximo grado de centralización y se rige por una disciplina de hierro que linde con la disciplina militar ». Los términos « disciplina militar », « disciplina de hierro » y otros semejantes se repiten con frecuencia en sus escritos y en los de Stalin, que apenas fué como escritor más que un débil eco de Lenin.

Con más razón había que disimular que la dictadura en el partido-herramienta era sólo un medio para aplicarla en toda Rusia y a la postre en todo el mundo. El régimen que Lenin promete en su libro *El Estado y la Revolución*, escrito en 1917 y publicado al año siguiente, no es su dictadura personal, ni la de su partido, sino la « dictadura del proletariado ». ¿ Qué grito de combate podía ser más seductor para los trabajadores que la promesa de que al fin van a ser martillo los que hasta entonces siempre fueron yunque ? La consigna mágica no la inventó Lenin, que era más hombre de acción que de imaginación. La descubrió en un texto poco conocido y de no mucha importancia, en una carta que Carlos Marx escribió a su amigo Bracke en 1875 y que no se publicó hasta 1891 en la revista *Die Neue Zeit*, de Berlín. En ella Marx hace la crítica del programa de Gotha del partido socialista alemán y de pasada dice lo siguiente : « Entre la sociedad capitalista y la comunista hay un período revolucionario en que la primera se transforma en la segunda. A esto corresponde también un período de transición política en que el Estado no puede ser sino la dictadura revolucionaria del Proletariado. »

Ni Marx ni Engels vuelven a hablar en toda su enorme obra escrita de esta famosa dictadura del proletariado, prueba de la poca importancia que los dos teóricos del socialismo le atribuyeron. En el pensamiento de Marx no podía ser más que una metáfora, una frase literaria, a que él era bastante aficionado. Por definición, el gobierno de una clase social podrá ser cualquier cosa, una plutocracia, una oligarquía, una mesocracia o una demagogia, pero no una dictadura, que es el gobierno de un solo hombre. Hablar de una dictadura del proletariado es una contradicción verbal y una imposibilidad política. Pero Lenin vió el cielo abierto en esta frase perdida y olvidada de Marx, y de lo que no pasaba de ser una impropiedad del lenguaje, o a lo sumo una ficción o un mito político, él hizo la piedra angular de su teoría de la revolución proletaria. El titular de la dictadura sería una abstracción, el proletariado ; pero a su vez, como ya vimos, el partido comunista es la vanguardia del proletariado ; pero a su vez el comité central es la dirección colectiva del partido comunista ; pero a su vez Lenin es el cerebro del comité central. Luego, Lenin es, en suma, el hombre providencial encargado de personificar la dictadura del proletariado. De este modo, una figura retórica, una ficción, un sofisma,

recobraba el sentido originario y estricto del concepto de dictadura : la dictadura del proletariado sería la dictadura de un solo hombre, de Lenin. Hombre cauto, no lo dijo, pero lo pensaba, como Luis XIV de Francia : « el comité central, el partido, el proletariado, la revolución y sobre todo el Estado soviético, soy yo ».

Carlos Marx no era leninista ni en profecía

Esta verdad, que hoy la percibe todo el mundo, la vieron al principio pocas personas. Una de ellas fué Rosa Luxemburgo, considerada por Franz Mehring, el historiador del socialismo alemán, como la cabeza más genial entre los discípulos de Marx. Por eso su estudio póstumo, *Die russiche Revolution*, tiene especial interés como imagen de lo que Marx y Engels hubieran pensado de la gigantesca falsificación que Lenin y demás teóricos del comunismo soviético han hecho de su doctrina. Ese trabajo lo debió escribir la gran socialista polaca poco antes de morir en 1918 asesinada por la soldadesca alemana en Berlín, cuando la dictadura leninista estaba aún en mantillas. Pero ella conocía bien a Lenin desde comienzos del siglo y su nacionalidad polaca de origen era también un factor adicional para tener una idea de la psicología de cualquier ruso, por revolucionario que pretenda ser. Nadie, pues, como ella para prever el desarrollo del comunismo ruso como partido único en el Estado soviético. He aquí algo de lo que Rosa Luxemburgo escribía proféticamente en el opúsculo citado :

« Lenin y Trostki han instaurado los soviets como la única y verdadera representación de las masas trabajadoras, en vez de órganos representativos emanados de unas elecciones generales y populares. Pero al ahogar la vida política en todo el país, también tiene que paralizarse más y más la vida en los soviets. Sin elecciones generales, sin libertad de prensa independiente y de reunión, sin lucha libre de las opiniones, muere la vida en toda institución pública, se convierte en un simulacro de vida en que sólo queda la burocracia como elemento activo. La vida pública se adormece gradualmente. Unas docenas de conductores del partido, de inagotable energía e ilimitado idealismo, dirigen y gobiernan. Entre ellos es una docena de cabezas destacadas la que dirige en realidad, y de vez en cuando una *élite* del proletariado es movilizada a las asambleas, para aplaudir los discursos de los jefes, para aprobar unánimemente las resoluciones presentadas. En el fondo, pues, es una economía de *clique* (conciliábulo o monipodio). Ciertamente, es una dictadura, pero no la dictadura del proletariado, sino la dictadura de un puñado de políticos, es decir, una dictadura en sentido burgués, en sentido jacobino... Decretos, poder dictatorial de los inspectores de fábricas, castigos draconianos, régimen de terror : todo eso no es más que paliativo. El único camino para un renacimiento es la escuela de la vida pública misma, democracia ilimitada, la más amplia posible, opinión pública. Precisamente lo que demoraliza es el régimen de terror. »

Eso escribía de la revolución rusa una socialista marxista hace casi cuarenta años. ¿ Qué no hubiera dicho de sus fases posteriores ? Eso es también lo que hubieran pensado seguramente hombres enemigos de todas las dictaduras como Marx y Engels. También en Rusia, dicho sea en su honor, hubo vigorosas voces discrepantes contra la dictadura leniniana. En 1918 se formó un grupo de oposición llamado « centralismo democrático ». Lo dirigían Ossinsky, presidente del consejo supremo de economía nacional, y Sapronof, de quien son estas valientes palabras pronunciadas ante el octavo congreso del partido comunista ruso en 1919 : « La jerarquía de los funcionarios sigue el viejo estilo. El partido y los soviets están degenerando en un sistema burocrático. Un solo hombre, Lenin, tiene todos los hilos del poder en sus manos. » Este grupo, sin pelos en la lengua, como se ve, tuvo mucha influencia entre los comunistas de Ucrania ; pero los dirigentes de Moscú no tardaron en suprimirlo. Otros dos grupos afines al primero, « la verdad de los trabajadores » y « la oposición de los trabajadores », intentaron también democratizar el partido ; pero la mayor parte de sus afiliados acabaron

desapareciendo en Siberia o en el misterio. Alejandra Kollontai, dirigente de uno de ellos, fué uno de los pocos que sobrevivieron, por haber doblado el espinazo ante Stalin. En recompensa y también para alejar de Rusia a mujer demasiado inquieta, fué enviada en misión diplomática a Oslo y más tarde a Méjico.

En Rusia, país que no había conocido otra política que la tradición multisecular del zarismo absolutista, era natural que la revolución llevase no sólo a una dictadura, sino a la modalidad más primitiva y bárbara de esta forma de gobierno, tal como la ejerció Stalin. Pudo tal vez haberse evitado o por lo menos mitigado si se hubiera hecho el ensayo de democracia representativa y liberal que reclamaban Rosa Luxemburgo, los socialistas demócratas rusos y otros partidos revolucionarios. Pero no quiso Lenin. El venía preparándose desde sus comienzos políticos para la dictadura personal, especie de despotismo ilustrado como el que impera en casi toda Europa durante el siglo XVIII. Se ponía bajo la advocación teórica de Carlos Marx ; pero su ídolo práctico era Pedro el Grande, el primer zar occidentalista y el iniciador de la revolución industrial de Rusia, tan suspirada por Lenin, no para liberar económicamente al pueblo ruso, sino para acrecer el potencial militar del Estado soviético como instrumento de la revolución mundial, en teoría, y del imperialismo ruso, en la práctica (como vimos en otro artículo). Se dirá que, a pesar de todo, la dictadura ha permitido la industrialización de Rusia. ¿ Pero era realmente necesaria ? Inglaterra, los Estados Unidos y otros muchos países se han industrializado más que Rusia sin recurrir al despotismo. En todo caso, esa razón podrá ser la razón de un Estado imperialista, pero no la razón de una revolución proletaria.

El resentimiento de Stalin

Es posible que la dictadura de Lenin, después del terror de la guerra civil, no hubiera sido tan inhumana como la de Stalin. No podemos saberlo. Duró poco su poder : en 1922 está ya inválido y muere en 1924. Pero también es posible que, de haber vivido más tiempo, el poder se le hubiera escapado de las manos. No deja de ser significativo, como vimos más arriba, que el partido comunista decidiese en 1922 mantener a Stalin como secretario, contra el consejo de Lenin. Había motivos psicológicos para ello. Stalin no era un intelectual, sino un hombre del pueblo, ignorante y « excesivamente rudo », como dice Lenin en su « Testamento », pero por lo mismo persona la más grata para el estado llano del partido. Stalin era más pueblo ruso que Lenin, Trotski y los demás intelectuales, muchos de ellos judíos además (no hay que olvidar que Rusia es el país de los mayores pogromos antisemitas del siglo XIX) : en él se funden Pedro el Grande e Ivan el Terrible, el despotismo ilustrado del siglo XVIII y la tiranía sanguinaria del XVI. Es probable que en la sevicia infrahumana con que Stalin liquida uno tras otro a todos los hombres más eminentes de su partido hubiese una raíz de resentimiento vindicativo.

Stalin, en efecto, no perdonó nunca el menosprecio intelectual con que Trostki, Bujarin, Zinovief, Kamenef y tantos otros, brillantes escritores, oradores, estrategas, técnicos, administradores, organizadores, juzgaban sus pocas letras, apenas primarias, sus modales zafios, su cazurrería aldeana. Era un mujik, un campesino, en el fondo. Pero esa fué su fuerza. En un inmenso imperio de mujiks, él era el más representativo. El ruso medio y sobre todo el mujik misérrimo de las estepas, se sentía representado por este nuevo zar que había subido de la nada y que además, como Ivan el Terrible, aniquilaba uno a uno a los grandes boyardos del partido, no tanto por supuestos crímenes contra la patria o la ortodoxia leninista, que el hombre de la gleba no entendía y en última instancia le tenían sin cuidado, como por ser ellos la aristocracia mental del nuevo régimen, con aquellos aires de superioridad y suficiencia en que gustaban envolverse los tales doctores del marxismo-leninismo. Al ejecutarlos, tanto por resentimiento como precautoriamente por conservar el poder, Stalin estaba seguro de la impunidad : le

aplaudía la plana mayor del partido, de momento no amenazada. Como le sigue aplaudiendo por boca de Kruschef, más próximo intelectualmente de Stalin que de Lenin y los demás intelectuales, diga lo que diga oficialmente.

Los crímenes son de todo el Partido Comunista

Todos los errores y horrores cometidos por Stalin, y algunos de los cuales — no todos ni los mayores — denuncia ahora Kruschef con airada y tardía indignación, proceden de una causa inicial : la constitución del partido comunista y la de las propias repúblicas soviéticas. Las torpezas de Stalin, sus crueldades, su progresiva paranoia, que nutre en él la demencia de creerse un ser infalible, un superhombre, un dios, nacen de la institución misma de la dictadura personal elaborada por Lenin y consentida por su partido. Stalin — nos informa Kruschef — no daba crédito a las advertencias de Churchill, de su embajador en Moscú Stafford Crips y de otros, bien enterados, de que Hitler se preparaba para agredir a Rusia. Por afinidades psicológicas, el dictador ruso se fiaba más de las palabras mentidas del dictador austroalemán que de las palabras veraces de los demócratas : sospechaba que éstos querían arrastrarle a su bando y que por eso le engañaban. Por eso también pactó con Hitler en 1939 y no con las democracias. Se sentía más seguro en compañía de otro dictador como él.

Tampoco daba fe a los despachos que sus diplomáticos le enviaban tímidamente sobre las intenciones de Hitler, por lo que cuenta Kruschef : como lo que la dirección (es decir, Stalin) pensaba en política exterior era « lo contrario de esos informes, éstos se redactaban con miedo y atenuados con reservas ». Las noticias sobre los propósitos agresivos de Hitler, y aun sobre la misma invasión cuando ya había comenzado, las interpretaba Stalin como maniobras de los agentes provocadores de las potencias occidentales. Y los diplomáticos, como era natural, temían decir francamente lo que sabían — como lo dice la diplomacia democrática, que nada teme —, no fuera a ver Stalin en ellos agentes del capitalismo y el imperialismo de Occidente. El miedo les obligaba a ocultar o velar la verdad, aumentando así la ignorancia y el engaño en que vivía Stalin. El solipsismo, el sacarse las ideas, casi siempre fijas e infalibles, exclusivamente de la propia cabeza, cerrando ojos y oídos al mundo circundante, es otro atributo fatal de la psicología del dictador.

Hoy nos parecería algo cómica la ceguera de este hombre, el más poderoso del planeta en aquellos años, que en vísperas y al borde de la mayor catástrofe bélica de todos los tiempos vivía en lo que Pangloss hubiera considerado como el mejor de los mundos y lo que los ingleses llaman el paraíso del tonto, si no fuera porque él fué el supremo responsable de la segunda guerra mundial. Sin su pacto con Hitler en 1939, esa guerra hubiera sido muy problemática ; y sin su impreparación, fruto cándido de la confianza en ese pacto, aun suponiendo que hubiera habido guerra, ni su duración hubiera sido tan larga, ni sus pérdidas humanas y materiales tan gigantescas, sobre todo para Rusia. Pero de esta responsabilidad de Stalin, la más terrible de todas las suyas, Kruschef no dice una palabra en su informe.

Los silencios de Kruschef y el Partido Comunista

Tampoco dice nada concreto de sus otros crímenes internacionales, que a eso equivale hacerle sólo este reproche : « Durante la dirección de Stalin, nuestras relaciones pacíficas con otras naciones se vieron amenazadas con frecuencia, porque las decisiones de un solo hombre podían causar y a menudo causaron grandes complicaciones ». Kruschef y los redactores de su informe olvidan voluntariamente que no todas fueron relaciones pacíficas ni simples amenazas a la paz en la política internacional de Stalin. Refresquémosles también un poco la memoria.

En 1932, Rusia y Polonia firman un pacto de no agresión. Lo confirman y amplían el 28 de noviembre de 1938 : en

caso de agresión alemana, Rusia promete material de guerra a Polonia y el derecho de tránsito por territorio soviético. El 21 de septiembre de 1939, el ejército ruso invade Polonia, al mismo tiempo que el ejército alemán, de acuerdo con el tratado germanorruso del 23 de agosto del mismo año. En septiembre y octubre de 1939, Rusia ocupa los Estados bálticos de Estonia, Letonia y Lituania en virtud de unos tratados de ayuda mutua que el gobierno soviético les había obligado a firmar. Al año siguiente esos países se proclaman repúblicas soviéticas y piden naturalmente su anexión por Rusia. El 30 de noviembre de 1939, Rusia invade Finlandia. La guerra dura hasta el 12 de marzo de 1940. Por el tratado de paz, Finlandia tuvo que ceder a Rusia el istmo de Carelia con Viborg y el arriendo de la península de Hangoe por treinta años. El 28 de junio de 1940, Rumanía, amenazada por Rusia, le cede Besarabia y Moldavia. Como se ve, esas « relaciones pacíficas » se desarrollaron escalonadamente en el tiempo y el espacio.

Después de la segunda guerra mundial, Rusia ocupa la Alemania oriental y allí sigue de hecho tras el testaferro de una « democracia popular », su último vasallo. Vasallos de Rusia son también las « democracias populares » de Polonia, Checoeslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y Albania. Ese es el inventario de las conquistas hechas por Stalin desde 1939. Esa es la historia de sus « relaciones pacíficas » con otros países. Sólo un acto de su política exterior le honra : la ayuda legítima que prestó al gobierno constitucional de la República española durante la guerra que en 1936 lanzó contra ella el fascismo peninsular y el internacional. Stalin lo hizo con su cuenta y razón, como veremos próximamente. Con todo, es su único timbre de gloria en esos años. Pero ya hacia 1938 empieza a abandonar la partida en España ; sin duda hacía méritos, espontáneos o exigidos, con vistas al pacto rusoalemán de 1939.

El silencio elocuente de Kruschef y del comité central, aprobado por la tácita por el vigésimo congreso del partido comunista ruso, sanciona la política predatoria exterior de Stalin. Jamás un hombre se apoderó de tantos países y tantos pueblos, con tan pocos sacrificios y tan cínicas tergiversaciones jurídicas y políticas de los hechos odiosos y brutales. Nunca tuvo Rusia un zar tan conquistador como Stalin. Se explica el reconocimiento de Kruschef cuando, refiriéndose evidentemente a esa expansión soviética, declara en su informe que « en el pasado Stalin prestó grandes servicios al partido, a la clase obrera y al movimiento internacional de los trabajadores... Stalin estaba convencido de que esto era necesario en defensa de los intereses de las clases trabajadoras contra la conspiración de los enemigos y contra el ataque del campo imperialista. »

Con una mano Kruschef destruye, en parte, el culto de Stalin como tirano del pueblo ruso, y con la otra le glorifica como tirano de pueblos extraños. Invita al partido a que cese en el culto de la personalidad, de la tiranía interna, y al mismo tiempo, con medias palabras, proclama el culto de Stalin como conquistador de territorios ajenos y tirano de pueblos vecinos. La política exterior del nuevo equipo gobernante será, pues, la misma que la de Stalin. La gran lanzada al moro muerto Stalin, era sólo media lanzada o sólo a moro políticamente medio muerto.

Rusia sigue siendo una dictadura

Esta es la conclusión a que llegamos después de escudriñar objetivamente el informe de Kruschef. Lo que parecía tesis principal, el abandono de la dictadura de un hombre y la vuelta a la dirección colegiada o corporativa, tiene todas las trazas de ser lo que los ingleses llaman un *red herring* (arenque ahumado), algo así como la finta o el ardid de engañar simulando que se va a dar un golpe en un punto para darlo luego en otro. No es imposible, claro está, que este vituperio póstumo contra la tiranía de Stalin responda a los anhelos de democratización del pueblo ruso. También es posible que esta declaración del comité central equivalga a un pacto público y solemne de que cada uno de sus miembros y todos juntos

— por falta de confianza mutua e íntima — renuncian al poder personal y se comprometen a ejercerlo tutelar y mancomunadamente. Pero tal promesa, mientras no se democratice la estructura del partido comunista y del Estado soviético, eligiendo a sus representantes de arriba abajo y no imponiéndolos desde la cima, no pasa de ser una manifestación académica sin garantías de ningún género. Por ahora, Rusia continúa siendo la misma dictadura que es desde hace treinta y nueve años y puede volver a ser una tiranía personal como la de Stalin en cualquier momento.

El informe de Kruschef puede ser todo eso y además, y sobre todo, una hábil campanada para persuadir al mundo no soviético de que muerto el perro Stalin se acabó la rabia belicosa y expansiva del propio Estado ruso, y por lo tanto de que huelgan tantos armamentos y defensas estratégicas y es ya hora de que fraternicen pacíficamente los gobiernos y los pueblos ; hora, pues, de un frente popular de Estados y un frente popular de partidos. Esta tesis, discretamente implícita en el informe de Kruschef, puede ser también un anhelo sincero del pueblo ruso y aun de sus gobernantes ; pero mientras no se pruebe con hechos, mientras el Estado soviético retenga en sus garras los Estados bálticos y tantas « democracias populares », sin consultar en elecciones inequívocamente libres a sus pueblos respectivos, es natural que perduren el escepticismo y la desconfianza en las democracias sin comillas.

El « boomerang » de la desestalinización

Con todo, campanada o no campanada, finta o no finta, el informe de Kruschef puede ser un « boomerang », el arma arrojadiza de los indígenas australianos que vuelve a la mano de quien la lanza y que por extensión se aplica metafóricamente al acto cuyos efectos imprevistos e infortunados recaen sobre su propio autor. Quizá pensaron Kruschef y sus conmilitones que, demoliendo para uso interno el icono de Stalin, se fortalecería la unidad del partido en el ámbito nacional e internacional, como propedéutica práctica para llevarle a « nuevas victorias ». Pero el hecho es que al abolir el culto del zar Stalin, negando su infalibilidad y ridiculizando su endiosamiento, su incompetencia y casi su cobardía en plena guerra, Kruschef ha sembrado la confusión y el desorden en las filas de todos los partidos comunistas. Si el gran Stalin, el infalible y omnisciente Stalin se equivocaba tan trágica y ridículamente, ¿ quién se va a fiar en lo sucesivo de un Kruschef, de un Bulganin o de todos ellos juntos ?

Este inmenso desengaño ha levantado una tempestad cismática en toda la iglesia ecuménica del comunismo. Los jerarcas de las iglesias nacionales no saben qué hacer ni qué decir, divididos entre la lealtad tradicional al ídolo destrozado y la que reclaman sus demoledores. Kruschef creyó tal vez que su informe serviría de argamasa para cerrar las resquebrajaduras del partido monolítico, causadas por la muerte de Stalin. Pero hasta ahora sus efectos parecen ser los de un gran disolvente. La insurrección de los obreros de Poznan (Polonia), a fines del pasado junio, parece ser un síntoma de que los pueblos sujetos al yugo soviético-comunista no se conforman con liquidar la dictadura muerta de Stalin, sino que quieren liquidar también todas las dictaduras vivientes. Esta es una de las « nuevas victorias » en que acaso no pensó Kruschef y la única que puede inmortalizarle, si resulta que el iconoclasta de Stalin es también, sin saberlo ni quererlo, el liquidador y enterrador del partido comunista.

LUIS ARAQUISTAIN

BORIS SOUVARINE

El " Testamento " de Lenin

EL COMUNISTA, revista doctrinal del partido comunista de la U.R.S.S., acaba de publicar, con treinta años de retraso, dos textos de Lenin designados corrientemente con el nombre convencional de « Testamento ». En efecto, tales textos habían sido dados a la luz pública en 1926 por Max Eastman en el *New York Times* y el *New York Herald*, así como por el autor del presente artículo en la *Revolución Proletaria* y en el *Boletín Comunista*, de París.

Se trata de notas bastante informes, pero sin embargo clarividentes, dictadas por Lenin en la última fase de su enfermedad, con destino al XII° Congreso Comunista que se efectuó en 1923. Vislumbraba Lenin en las relaciones cada vez más tirantes entre Trotski y Stalin, un peligro de escisión que él creía poder evitar formulando diversas sugestiones y recomendaciones,

Al criticar y caracterizar a los principales líderes del partido llamados a sucederle un día, definía Lenin a Trotski como « el hombre más capaz del Comité central actual » y a Stalin como « demasiado brutal », defecto que estimaba « intolerable en la función de secretario general » del partido, y proponía separar a Stalin de la secretaría y nombrar en su lugar a un hombre « más paciente, más leal, menos caprichoso, etc. ».

Señalaba además a Zinoviev y Kamenev primero, y después a Bujarin y a Piatakov como las principales personalidades que, a pesar de sus debilidades y defectos, debían trabajar unidas en la dirección del Partido Comunista y del Estado soviético.

Estas dos notas conjuntas a que nos referimos, fechadas el 25 de diciembre de 1922 y el 4 de enero de 1923, no fueron comunicadas al Congreso siguiente ; pero después del fallecimiento de Lenin, acaecido el 2 de enero de 1924, su viuda Nadiedja Krupskaia propuso que fuesen leídas en el XIII° Congreso. Se opusieron a ello Stalin y sus partidarios, y la mayoría del Comité Central decidió hacer caso omiso de las recomendaciones de Lenin, limitándose a comunicar su « Testamento » a un grupo selecto de congresistas, pero acompañándolo con algunos comentarios explicativos en los que se hacía notar que Lenin estaba muy enfermo, recluído en su habitación, influído por su mujer y su hermana, mal informado, etc.

De hecho, las simpatías de Nadiedja Krupskaia y de María Ulianova se inclinaban hacia la oposición ; pero, de todas maneras, Lenin sabía desde mucho tiempo atrás a qué atenerse con respecto a Stalin y a sus próximos secuaces, aunque no podía prever que Trotski, Zinoviev, Kamenev, Bujarin y Piatakov, es decir cinco de sus seis más cercanos colaboradores, iban a ser asesinados precisamente por el sexto.

En 1926, Nadiedja Krupskaia hizo que se transmitiese el « Testamento » a la persona que firma estas líneas, la cual se concertó con Max Eastman para divulgar su texto y procurar su mayor difusión en todo el mundo. Desde entonces, todos los autores que han escrito sobre la revolución rusa se han referido a ese documento, cuya procedencia garantiza su autenticidad indiscutible. Pero durante treinta años, los responsables de su publicación y difusión fueron calificados de embusteros y falsificadores, al propio tiempo que se mantenía a los comunistas de la U. R. S. S. en la ignorancia de dicho « Testamento ». En cuanto a los iniciados del XIII° Congreso fueron fusilados por orden de Stalin, salvo rarísimas excepciones.

Para formarse idea de hasta dónde llegaba la osadía de Stalin, conviene recordar una significativa anécdota soviética, muy conocida en su tiempo y que reproducía una conversación imaginaria durante la cual suponíase que Stalin había conminado a Nadiedja Krupskaia para que cesase de criticarle, amenazándola, si no

lo hacía así, con designar otra viuda de Lenin... No hay que admirarse, pues, de que el « Testamento » haya podido estar treinta años « oculto bajo el celemín » por un déspota que alardeaba a la par de discípulo y de reencarnación de Lenin.

Actualmente el « Testamento », cuya mera existencia fué mil y mil veces desmentida por los comunistas, se reconoce oficialmente en Moscú por los stalinistas libres ya de Stalin. Y será interesante comprobar si, tras haber denunciado las « falsificaciones históricas » del stalinismo, Kruchtchev y sus consortes han respetado íntegramente un documento que vacilaron durante tres años en sacar a la luz.

BORIS SOUVARINE

DWIGHT MACDONALD

Un pionero meritorio

He de reconocer que la amplitud del « gran deshielo » me ha sorprendido grandemente. No es, ni mucho menos, la primera vez que la locomotora de la historia sigue un horario diferente del que yo utilizaba. Pero jamás hubiera imaginado que los supremos dirigentes soviéticos denunciaran a Stalin en los mismos términos que los trotskistas (entre los que se me contaba entonces) empleaban allá por los años treinta : loco peligroso, criminal zafio, traidor a la revolución, etc. Los rigores polares del sistema de Stalin se han moderado desde su muerte hasta hoy, en que el clima se ha calentado y ha alcanzado el nivel del Norte de Groenlandia.

La cuestión principal es saber si ese « deshielo » es simplemente estacional — una retirada estratégica — o si es, como si dijéramos, geológico — una reducción permanente del casquete polar de Stalin —. Es demasiado pronto (será menester que transcurran diez o veinte años), para dar una respuesta siquiera aproximada ; pero a mi entender el cambio es geológico.

En *The Origins of Totalitarianism*, Hanah Arendt expresó de manera persuasiva y brillante la teoría según la cual los sistemas totalitarios, como los de Hitler o de Stalin, no pueden modificarse imprimiéndoles una dirección más humana (haciendo retiradas transitorias), y a la larga tienden a una reducción de la humanidad cada más extremada, hasta convertirla en una masa atomizada, informe, subhumana, cuyos reflejos pueden manejarse con la misma libertad que los perros de Pavlov. Su teoría pone de manifiesto los aspectos irracionales y neuróticos de la conducta totalitaria, negando que pueda expresarse en términos de interés económico marxista, ni siquiera de un maquiavélico anhelo de poder, e insiste en que la voluntad paranoica de exterminar todos los obstáculos que se opongan al propósito de modelar de nuevo el mundo existente, para darle la forma de un ideal ilusorio y monstruoso (incluso si el resultado fácilmente previsible es ruinoso, como en el caso de las matanzas que Stalin ordenó contre sus propios dirigentes militares e industriales, como antes de la guerra, o las medidas terroristas de Hitler en la Rusia ocupada por sus tropas, que obligaron a la población a convertirse en sus enemigos, en vez haber sido sus aliados contra el régimen opresivo de Stalin) y el libre ejercicio de esta voluntad son más importantes para los dirigentes totalitarios que el éxito y hasta la supervivencia. Yo creo que esta teoría explica la verdadera conducta de Hitler y de Stalin mejor que las interpretaciones racionales y materialistas a que estamos acostumbrados. No obstante, Miss Arendt, lo mismo que Marx, es una entusiasta partidaria de las

generalizaciones, una creadora de sistemas, y cree además en una lógica inherente, un gran modelo básico que no puede violarse. Aun cuando el hitlerismo haya perecido solamente en las ruinas de Alemania, como parece sugerir su teoría, no considero absolutamente seguro que Kruchtchev y Cía. estén destinados a reanudar el camino trazado por Stalin, después de una retirada temporal, o quizá a hundirse en el fuego de la guerra o de la revolución.

Desde el punto de vista histórico puede hacerse un proceso de sólidos argumentos en favor de la tesis de la retirada temporal. Las alternativas de crisis y de remisión aparecen de modo sorprendente en la historia de los soviets : los rigores del comunismo de guerra produjeron finalmente la revuelta de Cronstadt, ante la que Lenin reaccionó con la NEP ; Stalin, una vez consolidada su posición, en 1929, sustituyó a la NEP con el primer Plan Quinquenal y el programa de colectivización obligatoria ; su oportuna retirada cuando la severidad del Plan y de la colectivización se hicieron intolerables, en 1932, con su discurso « impregnado del vértigo del éxito » ; el « veranillo de San Miguel », de 1933 a 1936, en que el clima político se hizo más benigno, las artes y las letras disfrutaron de un respiro, y una comisión dirigida por Bujarin redactó la nueva Constitución superdemocrática ; y después estallan los procesos de Moscú y las grandes purgas encima del mundo soviético, como la tronada que se desencadena en medio de un cielo azul, y Bujarin y la mayor parte de sus colegas que participaron en la redacción de la Constitución son ejecutados como traidores. En la Rusia de Stalin siempre la oscuridad se hacía más absoluta antes de amanecer, y los destellos más deslumbradores de luz aparecían poco antes del crepúsculo.

Pero lo que se trata de saber es precisamente si la Rusia de Kruchtchev es la Rusia de Stalin. ¿ Fué acaso Stalin, según hace suponer la teoría de Miss Arendt, una expresión normal del sistema soviético, o sólo un individuo especial que proyectó su sombra morbosa sobre todo un período de la historia de Rusia ? Admitiendo que su muerte sorprendiera a Rusia en medio de una grave crisis debida a las duras medidas internas de Sdanov, durante el período de la postguerra ; al descontento de los obreros por la reanudación de normas económicas anteriores a la guerra, en que se daba preferencia a los cañones sobre la mantequilla ; al malestar de los campesinos, por la tentativa de una intervención del Estado todavía más amplia en la agricultura ; a los temores de la burocracia por las alusiones, en el último año de vida de Stalin, a una nueva serie de purgas ; y finalmente, al rearme de los Estados Unidos, como consecuencia de la invasión de la Corea meridional, respaldada por los soviets. Aun suponiendo la existencia de esta crisis, yo creo que la reacción de los herederos de Stalin ha rebasado los límites de una mera retirada estratégica. En realidad, algunas de sus concesiones pueden compararse con las que hacía Stalin cuando las circunstancias le obligaban a ello : la moderación de la opresión ejercida sobre los intelectuales y los artistas, el aumento de los bienes de consumo, el abandono de las impopulares supercolectivizaciones y la ejecución del jefe de la MVD, Beria. Pero hay otras medidas a las que no se encuentra paralelo bajo el régimen de Stalin : el reconocimiento público de que carecían de fundamento las acusaciones contra los doctores « complicados en el complot de los venenos del Kremlin », hechas en los últimos meses de la vida de Stalin ; la atenuación del régimen de los campos de trabajo y la liberación de numerosos prisioneros ; el hecho de haber evitado las grandes matanzas para castigar la rebelión en Alemania del Este ; la « vuelta a Canosa », representada por la visita de Kruchtchev a Tito, para disculparse por la expulsión de los yugoeslavos del Komintern, ordenada por Stalin.

Y, sobre todo, hay el ataque a fondo, actualmente en curso, contra el mito de Stalin. Si Krutchchev y Cía. se hubiesen propuesto solamente una retirada temporal, hubiesen hecho las concesiones que hubieran estimado necesarias, sin provocar consecuencias de carácter general, que sólo servirían para hacer en adelante más difícil una vuelta al antiguo sistema. Pero no ha sido así. Han atacado de frente

la piedra angular de la ideología staliniana, el principio del Gran Jefe y la reputación del propio Stalin. En su discurso ante el Congreso del Partido (que todavía no se ha publicado, pero del cual el *New York Times* del 17 de marzo obtuvo una versión completa por « conducto diplomático »), Kruchtchev dijo : « Cuando llegábamos a presencia de Stalin, nunca sabíamos si saldríamos vivos de allí. » Yo creo que éste es el nudo de la cuestión. Como ha observado Miss Arendt, el sistema totalitario significa que los intereses personales e incluso las vidas de todos, hasta de los que están en la misma cumbre de la pirámide, pueden ser sacrificados en cualquier momento « por el bien de la causa ». Ahora bien, para soportar un sistema así, hacen falta fanáticos. Trotsky solía llamar a Stalin el hombre de Termidor ; pero se equivocaba, como pudo comprobarse pronto, cuando Stalin, después de enviar al exilio a su gran adversario, puso en práctica el programa básico de colectivización e industrialización preconizado por Trotsky. Stalin era un jacobino como Trotsky, no un restaurador del antiguo orden. Pero ahora, a la revolución bolchevique le ha llegado su Termidor, y este hecho es de buen augurio.

A Kruchtchev y a sus colegas les ha sucedido lo mismo que a Barras y a sus compañeros de Directorio — otra sustitución del Gran Jefe, dicho sea de paso, por la dirección colectiva —, que temían ser objeto de las proscripciones jacobinas, cuando ya se habían cansado de los principios sanguinarios, de los idealismos monstruosos, de la fastidiosa represión de todos los instintos humanos y vitales, en nombre de la virtud revolucionaria, y sólo deseaban disfrutar el poder en seguridad, egoistamente y en medio de la corrupción. Hay algo de conmovedor en la efervescencia de su conducta pública, desde la muerte de Stalin, en sus palmadas a la espalda y en sus bromas con los diplomáticos y periodistas occidentales, en ese colocarse graciosos sombreros indígenas durante su vuelta por Asia, en su vulgaridad expansiva, a la manera de un politicastro de barrio de Chicago. Es como un muchacho que sale de la escuela. Ese es su verdadero estilo, el estilo brutal de nuevo rico, y éste es también el verdadero estilo de sus colegas.

En el porvenir, mientras subsistan los elementos fundamentales del stalinismo, habrá, naturalmente, la posibilidad de que otro Gran Jefe los encuentre preparados al alcance de la mano. Hasta ahora, estos elementos fundamentales continúan intactos. Todavía no existe más que un partido único, y todos los candidatos a los cargos presentan el mismo programa. Los sindicatos siguen siendo órganos del Estado en vez de tener independencia para representar a los trabajadores ; las huelgas están todavía prohibidas y los obreros no pueden cambiar de empresa para obtener salarios más elevados o condiciones de trabajo mejores. Los campesinos continúan colectivizados a la fuerza. Las artes y las letras se hallan sometidas a la intervención directa de la burocracia política. La policía secreta sigue disfrutando de un poder ilimitado e indefinido para practicar detenciones, y aún no se ha reconocido el derecho de los ciudadanos a que se les juzgue en proceso público, de acuerdo con un código legal escrito. El dilema con que se enfrentan los hombres del Termidor es el de que si no instituyen esas reformas, un nuevo Gran Jefe puede aprovecharse del sistema, como lo hizo Stalin ; y mientras lo hacen, la tentativa para ir evolucionando fuera del totalitarismo puede desencadenar una inquietud popular y ofrecer a algún aspirante a Gran Jefe la oportunidad de tomar el mando. Aún no se sabe claramente cuál ha sido la reacción ante el primer gran paso dado hacia la reforma, es decir, la destrucción del mito del Gran Jefe. Cuando se conozca, se podrá especular sobre los probables efectos de otro avance hacia el *status quo ante* 1917 : es decir, el modesto grado de libertad conseguido bajo el zar Nicolás II y que los bolcheviques arrebataron en nombre de la liberación socialista de la humanidad. Entretanto, sólo puede decirse al camarada Kruchtchev, repitiendo las palabras de Hamlet (y de Marx) : « — ¡ Bien dicho, viejo topo ! ¿ Es posible que puedas trabajar tan de prisa ? ¡ Eres un pionero meritorio ! »

DWIGHT MACDONALD

El franquismo y sus eventuales herederos

POR F. BONDY

El hecho más notable del régimen de Franco, o con más exactitud del reino de Franco — porque a la postre España está gobernada más bien por un hombre que por un sistema — es su « capacidad de duración ». Si no intentamos comprender este fenómeno, no será posible, de ningún modo, distinguir entre el quebranto pasajero y la posible crisis decisiva.

¿ Qué es lo que sostiene a Franco ? Sin duda alguna no habría ganado la guerra sin la intervención italiana y alemana. Sin embargo, no hay que subestimar las fuerzas tradicionales que Franco pudo movilizar en la propia España para su combate. Si sólo hubiera sido un « peón » de los partícipes del Eje, si no hubiera dispuesto personalmente de ninguna fuerza nacional, ¿ cómo habría podido afrontar a Hitler durante la guerra, resistir a todas las presiones para hacerle entrar en el conflicto y manifestar una independencia comparable a la de Tito en relación a Moscú ?

Para demostrar que Franco no se ha salvado — como hoy se pretende a veces — sino gracias a la alianza americana y que ya habría sido derribado por las fuerzas democráticas internas si los Estados Unidos no le aportasen una ayuda económica, armas, prestigio y una protección decisiva, sería necesario darse cuenta, por lo menos, de los largos años posteriores a la guerra durante los cuales la España de Franco ha vivido en el más completo aislamiento, bajo el ostracismo de las democracias y de los Estados comunistas (que hoy día le hacen la corte a porfía), sometida a presiones en modo alguno despreciables. Sin apoyo internacional significativo, su régimen ha sobrevivido a esos años difíciles, y esto a pesar de los deseos de gran número Españoles, singularmente catalanes y vascos.

En el fenómeno de la duración de Franco hay un elemento de cansancio, una necesidad de tranquilidad y de estabilidad a toda costa (o casi). Después de la guerra, la necesidad más apremiante, para cada uno, era la de rehacerse y rehacer el país.

Bien es verdad que España, bajo Franco, no ha resuelto sus principales tareas en el terreno estrictamente económico. La corrupción, el nepotismo, la multiplicación de los decretos contradictorios, las tendencias autárquicas y, en general, el desaliento de la iniciativa — todas ellas taras de un sistema — sólo podían engendrar una economía de las más mediocres.

Por consiguiente, el sistema presenta aspectos francamente antieconómicos, por ejemplo, cuando cierra la frontera a la circulación de mercancías y cuando desalienta las iniciativas útiles. No obstante, sería falso pretender que este balance económico es únicamente negativo. En la órbita de la construcción, la calidad de las

viviendas (habitaciones obreras baratas) no es excelente ni mucho menos, por lo que he podido juzgar. Pero, en su conjunto, la construcción, este año, sobrepujará — por vez primera — al crecimiento de la población. En el terreno social, el sindicalismo falangista tiene evidentemente el carácter de un paternalismo desagradable, pero no podemos desconocer sus realizaciones. Los dirigentes locales que, normalmente, deberían representar al Estado ante los obreros, acaban, por el contrario, expresando las reivindicaciones de los obreros frente al Estado. Durante un Congreso sindicalista que se celebró el verano pasado, algunos delegados elegidos indirectamente, (que tomaban parte al lado de los mandos sindicalistas) se manifestaron abiertamente en aquel sentido. Las resoluciones del Congreso expresaban importantes reivindicaciones que rebasaban mucho lo que el gobierno estaba dispuesto a conceder. Desde entonces, algunas ventajas —como los subsidios familiares —se han extendido a los asalariados agrícolas. Además los especialistas afirman que el sistema de seguros instaurado por el sindicalismo falangista sólo ha conseguido alguna redistribución de los salarios, pero nada más, ya que la masa de los ingresos « salariales » permanece constante. También conviene hacer notar que muy recientemente han dimitido en conjunto los delegados obreros en los seguros sociales. Después del Congreso obrero de que hemos hablado antes, se trató de conceder un aumento de salarios ; pero deseando esperar al final del alza de precios, el gobierno aplazó su decisión y pasaron las Navidades sin el aumento prometido, lo cual constituyó una gran decepción para los obreros. Los precios continúan sin estabilizarse y, por el contrario, los grandes fríos provocaron un aumento de precio en los artículos. El aumento de salarios decidido para el 1º de abril tampoco ha sido ni tan importante ni tan general como se esperaba. Las huelgas de abril han mostrado este descontento que se incubaba desde hace mucho tiempo.

Volvamos a nuestra pregunta : ¿ por qué el franquismo se sostiene todavía ? Mientras hablaba de esto con unos españoles, me acordaba de una estadía en Polonia durante el año 1947. Encontré, en aquel entonces, en distintos ministerios, personas francamente anticomunistas o antirrusas, pero que no negaban su concurso a un régimen impopular desde el instante en que se trataba de adelantar la reconstrucción física de un país destruído. La prioridad del trabajo y la vida cotidiana sobre *todas* las cuestiones de principio y de legitimidad parecen caracterizar a España después de la guerra civil, igual que a Polonia después de la guerra mundial. La *reorganización* — en el sentido más elemental de la palabra — tenía prioridad sobre la *discusión*.

Finalmente, no olvidemos nunca que un régimen, cualquiera que sea, desde que se impuso hace bastante tiempo, no solamente está apoyado en los intereses de algunos grandes privilegiados, sino también en las situaciones adquiridas por una multitud de modestísimos funcionarios que temen los cambios.

Pues bien, hay en España una amplia y prolífica burocracia sindical y paraestática. Me contaron en Madrid la siguiente confidencia que hizo — al parecer con orgullo —el Director de los Seguros Sociales a un visitante extranjero : « Tengo cuatro mil funcionarios a mis órdenes. ¿ Sabe usted cuantos me harían falta para que el trabajo se hiciera bien ? Trescientos. « Garantizo, si no la anécdota, por lo menos el clima psicológico que la hace perfectamente verosímil.

Franco vive doblemente sobre el pasado : sobre los intereses y las tradiciones, así como sobre el terror retrospectivo de una guerra civil que nadie quiere resucitar. Sin embargo, en esta permanencia hay algo precario. El cansancio, la opresión, la corrupción ; son impresiones presentes, diariamente confirmadas, y por consiguiente muy fuertes. Y para la nueva generación, la guerra civil sólo se compone de sombras y de rumores, en tanto que la afiliación, la falta de progreso, de estímulo y de sinceridad pertenecen a la experiencia cotidiana. Por consiguiente, no es una casualidad la de que después de diecisiete años de haberse terminado la guerra civil el malestar empiece a manifestarse con más franqueza y más brutalmente. Y una nueva oposición sustituye a la antigua.

La «guerra de sucesión»

En la actualidad, en ningun medio español hay duda acerca del porvenir del régimen. De hecho, sólo se habla de la sucesión.

¿ Sucesión monárquica ? Los falangistas puros — y algunos menos puros — que tienen la preocupación de conservar sus funciones y sus puestos, no ocultan su hostilidad hacia esta solución. Arrese, el nuevo Secretario de la Falange, pide pura y simplemente, para ésta, una garantía de eternidad... Para la inmensa mayoría de los españoles, el falangismo no es ya más que una decoración ; en cambio, para los mandos y los milicianos falangistas sigue siendo un medio de existencia, y a muchos hijos de la modestísima burguesía la milicia les procura, a un tiempo, ventajas materiales y la ilusión del poder. Por consiguiente, el tradicionalismo y el revolucionarismo caracterizan conjuntamente a esta Falange, refugio de los « nuevos señores » del régimen, más vivaracha en los pueblos chicos que en las grandes poblaciones, en las cuales nadie ostenta ya su insignia. Muchos falangistas temen también que la restauración ridiculice su sindicalismo y su retórica de revolución social. Además, Franco ha tenido empeño en tranquilizar a la Falange en múltiples ocasiones.

En cambio, los antifranquistas liberales e incluso socialistas y anarquistas, se resignarían a una restauración monárquica con tal de que ésta trajera consigo algunas libertades. No obstante, la familia real ha desperdiciado buenas ocasiones de aparecer como un factor político independiente ; el hecho, entre otros, de que algunos miembros de la familia real acepten una subvención de Franco ha ocasionado un notorio perjuicio a su prestigio, incluso en los medios tradicionalmente monárquicos. Si la monarquía debe limitarse a perpetuar la España de Franco, no interesa, en el fondo, a nadie. En su estado actual, el régimen de Franco ¿ no se parece en muchos aspectos a aquel, tan enojoso y tan pesado, de Fernando VII en la época de la Santa Alianza ? Y España no quiere vivir eternamente bajo Fernando VII.

¿ Es concebible una sucesión comunista o de « frente popular » después de un período de transición ? Es la que evocan los periódicos del régimen y especialmente los artículos escritos o inspirados por Luis Aparicio, jefe de la propaganda, cuando se trata de desacreditar a cualquier movimiento liberal ; es igualmente esta amenaza para España la que todavía permite a Franco hacer el papel de « salvador ».

Hoy día no existe en España ninguna fuerza comunista, de importancia, organizada. Es verdad que los comunistas son muy activos en la ensambladura de la oposición subterránea y del sindicalismo oficial y que abrazan las reivindicaciones falangistas o liberales sin ningún « sectarismo ». Sus publicaciones periódicas también hacen mucho — bastante más que las democracias — para informar a los intelectuales. En el grupo esencialmente liberal que preparaba el « Congreso de jóvenes escritores universitarios », había por lo menos un comunista. Sin embargo, este Congreso no fué de ningún modo una iniciativa comunista ; tampoco estaba « infiltrado », pero los comunistas se agarran con toda naturalidad a aquello que les ofrece una oportunidad.

Si existe un peligro de « infiltración » comunista — y creo que aumentará — no es el liberalismo — ese chivo emisario del régimen —, sino el propio franquismo quien será su agente y vehículo. Por consiguiente, no hay que contar con este último para invertir el sentido de esta evolución. De hecho, el régimen comunista es el adversario de la libertad que ambiciona la juventud española. Pero lo que el régimen franquista le enseña podría fácilmente hacerle creer lo contrario.

Evidentemente sería difícil a los propagandistas del régimen explicar que las características del comunismo son fenómenos iguales a la dictadura, la prensa única, la censura, las consignas y las prohibiciones. Pero presentando a una juventud ávida de informaciones serias tal tejido de chismes y tan risibles ironías, se la convencerá muy ciertamente de que el anticomunismo es la mentira y la estupidez, y el comunismo adquirirá, en cambio, un cariz de libertad y un aire de inteligencia.

Existe además otra afinidad profunda entre el régimen actual y el comunismo futuro. Dejando a un lado a los « rebeldes » — que siguen siendo una minoría —, la masa española está amaestrada para callarse y obedecer. Si mañana, a consecuencia de las circunstancias internacionales, el mundo comunista apareciera como el más fuerte de Europa, este conformismo, esta sumisión al poder, constituirían factores decisivos para una transferencia casi automática del falangismo al comunismo. Esto ya se ha visto en Italia, y no es ningún desatino aceptar la posibilidad de una evolución análoga en la España futura.

El catolicismo español

Si Franco llegase a dimitir y se procediera, en cualquier forma, a una consulta electoral, esta nueva minoría selecta de jóvenes intelectuales ansiosos de libertad tendría muy pocas posibilidades de alcanzar puestos de responsabilidad política. Por el contrario, los movimientos conservadores, más coherentes y menos aislados, vencerían con toda seguridad, por lo menos en el primer período.

Evidentemente, el movimiento mejor organizado del régimen es el catolicismo. Es la fuerza más considerable en la España de hoy y posiblemente en la de mañana.

A los ojos de una gran parte de la oposición — y singularmente de la oposición catalana —, la Iglesia es poco respetada. Ha dejado pasar, se dice, todas las ocasiones de elevarse por encima de la reyerta, desde que terminó la guerra civil, y de distanciarse del régimen. Por consiguiente, no sería muy fácil un acercamiento entre la Iglesia y una futura democracia.

Una cuestión previa : ¿ esta Iglesia, tan influyente con el régimen, tiene verdaderamente la llave del alma del pueblo español ? No es posible contestar con precisión, pero he aquí algunas indicaciones...

El año pasado apareció una compilación de las conferencias sobre el catolicismo en España, pronunciadas en el curso de verano de 1953, de la Universidad Internacional de Santander. En la conferencia del Sr. Lizcarro nos encontramos, por ejemplo, lo siguiente : « La piedad privada, ampliamente difundida entre los hombres y mujeres de nuestra burguesía, se armoniza con una ausencia radical de conciencia social y del sentido de los graves problemas humanos que provocan sus privilegios y sus relaciones con sus criados y obreros. » Recordemos igualmente la opinión del arzobispo de Valencia, que estima que « el 75 % de los obreros no tienen ninguna religión. No conocen a Dios, no creen en El, ni en Jesucristo. La religión, según ellos, es buena tan sólo para las mujeres y los niños. « (cf. *Neue Zurcher Zeitung* del 28 de marzo de 1956 : « La situación religiosa en España »).

Los anticlericales estiman generalmente que la Iglesia española es un bloque monolítico, una fuerza política rígidamente organizada, y las aparentes divergencias no son sino una especie de reparto de papeles conforme a una estrategia elaborada cuidadosamente. Por consiguiente, se puede descubrir en el seno del catolicismo español — igual que en la sociedad española en general — una fermentación espiritual, algunos signos de renovación, una preocupación por los problemas modernos, todo lo cual es producto de una evolución que es conveniente no desconocer. El ex-rector de la Universidad de Madrid pertenecía a esta tendencia « ilustrada » del catolicismo, lo mismo que el filósofo Julián Marías y el notable escritor J. L. Aranguren (que a pesar de la oculta oposición del *Opus Dei*, acaba de obtener la cátedra de Ética de la Universidad de Madrid).

¿ Alcanza al propio clero la evolución intelectual ? He tenido ocasión de entrevistarme largamente con un seminarista de la Universidad católica de Santander y he notado en él una profunda conciencia de las inquietudes contemporáneas ; me hacía pensar en el Pietro Spina de las dos novelas de Silone.

El Padre Dominique Dubarle publicó, en *La Vie intellectuelle* de febrero, el principio de un estudio sobre « el porvenir del clero español », del cual copiamos el párrafo siguiente : « Lo que salta a la vista rápidamente, observando a esos jóvenes que se preparan para el sacerdocio, es lo

mucho que les preocupan los problemas que su época les plantea y las perspectivas abiertas a su futuro sacerdocio. » La entrevista que acabo de evocar confirma esta impresión. Esperar, como el Padre Dubarle, « un crecimiento sensible de la influencia del clero español » en el plano mundial, y esto sin poner en peligro « las conquistas oficiales que, por el momento, son cosas adquiridas », ¿ no es encerrarse en una contradicción ? No se pueden conservar las « conquistas oficiales » y distanciarse al mismo tiempo del régimen. Es cierto que numerosas tradiciones y consideraciones — y el recuerdo de la guerra civil — harán difícil esta evolución. Sin embargo, el propio Concordato sólo se explica en la perspectiva de una crisis del régimen. ¿ En que quedarán esas « conquistas oficiales » cuando se abra la sucesión ?

Algunos obispos son ardientemente falangistas y encuentran que el régimen es demasiado liberal. Otros, a los que escandaliza la cuestión social, adoptan — con moderación — una actitud reformista, como acontece con el obispo de Málaga. Finalmente algún otro, como el obispo de Pamplona, Monseñor Delgado, ha prologado y hecho aparecer un libro cuya publicación no desean, en modo alguno, las autoridades oficiales ; libro además difícil de encontrar, que he buscado en vano en muchas librerías importantes de Madrid ; lo hallé, por pura casualidad, en una modesta papelería de Córdoba. Esta obra, titulada *¿ Por qué somos pobres?*, tiene por autor a una maestra, Manuela Gallardo y Gómez. Presentado este estudio a un concurso organizado por el Ministerio de Educación, sobre las causas y los remedios contra el analfabetismo, fué descartado porque « no presentaba ningún interés ».

¿ Qué dice la valiente maestra ? Comparando meticulosamente la educación popular española con la de Holanda, Noruega y Alemania, deduce que la causa principal del analfabetismo en España no es otra que la negligencia de las autoridades. « Jamás hemos extirpado este mal porque nunca nos hemos propuesto extirparlo ». ¿ Y no llega a afirmar que las atrocidades de la guerra civil incumben a la clase privilegiada, que nunca hizo nada para sacar a las masas de la ignorancia ? « La ignorancia de las masas fué la carga de dinamita que todos nosotros habíamos acumulado ». La autora pretende además que no podrá demostrarse válidamente que España es un país naturalmente pobre, mientras su mayor riqueza, el talento de sus hijos, se deje sin cultivar. Este libro constituye un acto de valor cívico — tanto de su autor como del prologuista — que merece respeto.

Ejército y Falange

Hoy día la sucesión del franquismo se discute entre fuerzas ya existentes — más o menos abiertamente organizadas en la propia órbita del régimen — que se denomina con gracia « el régimen de las cuatro S » (sable, sotana, sindicato y *sinvergüenzas)*. El sable es efectivamente la más importante de estas fuerzas. Desde hace once años se está efectuando el paso de un falangismo revolucionario a un conservadurismo militar. La vuelta de algunos falangistas « rabiosos » (como Arrese) a cargos de dirección no modifica de ninguna manera este fenómeno.

El ejército, ese eje del régimen ¿ no va a ser sacudido por la pérdida inevitable del Marruecos español (salvo dos ciudades y una franja estrecha de territorio) ? Se sabe lo que Marruecos significa en la tradición del ejército, en la carrera del propio Franco, y en la guerra civil. Colonia militar donde viven por lo menos veinticinco mil oficiales, último vestigio de un imperio mundial, reserva de fuerza que los movimientos de opinión en la propia España no corren el riesgo de conmover, y, finalmente, zona estratégica capital que confiere gran importancia al poder de que dispone, Marruecos está ligado por mil lazos al prestigio del régimen y a la audiencia internacional del país. Económicamente, la pérdida es insignificante. España ha invertido mucho en Marruecos sin obtener gran ventaja, y el repliegue de sus oficiales de Africa a Europa se traducirá, de seguro, en una economía presupuestaria.

¿ Cómo « encajará » el ejército políticamente la pérdida de Marruecos ? La mayor parte de los militares están relati-

vamente satisfechos de las ventajas que les concede el régimen actual. Ningún otro podrá serles más favorable. Por consiguiente, no tienen interés en una aventura política. Sin embargo, es posible que el ejército quiera compensar la pérdida del prestigio marroquí con un aumento sensible y visible de intervención en el régimen y que éste se lo consienta.

La inquietud y la agitación obreras pueden simultáneamente obligar al régimen a otorgar concesiones sociales. ¿ No hay en esto una contradicción y un principio de tensión peligrosa para el régimen ? ¿ Hasta qué tensión puede éste mantener su relativa cohesión, y hasta qué punto puede establecerse y subsistir en medio de las contradicciones ? Es ésta una pregunta para la cual no encontramos todavía respuesta. Nos limitaremos a hacer notar que el envejecimiento del jefe y del régimen acentúan el conflicto de las generaciones y el divorcio entre el Estado y la Nación. Hoy día existe una « Joven España » que realmente no se conoce a sí misma todavía, pero que algún día se hará cargo de la verdadera sucesión evadiéndose del antiguo régimen que, a sus ojos, no es sino una supervivencia.

¿ No hay ya Pirineos ?

Se trata de una « sucesión » que tan sólo hemos evocado porque es virtual más bien que real. Representa, no obstante, uno de los elementos de la conciencia contemporánea de la « Joven España ». Es Europa.

En la historia, igual que en la cultura española, nos encontramos sucesivamente — pero perpetuamente — con los dos temas de una España que quiere ser europea y otra España que cultiva su singularidad, y hasta su « anacronismo ». (En esto presenta alguna analogía con la Rusia del siglo XIX, y sus dos tendencias : eslavófila y occidental). Simplificando hasta el límite, podemos decir que Unamuno ha encarnado esta España « absoluta », mientras que Ortega y Madariaga representan una España que piensa como « provincia de Europa ».

Es natural que la juventud, que ve en el franquismo un nacionalismo que dificulta la circulación de las ideas, mire al otro lado de los Pirineos y encuentre de nuevo a Europa. Los homenajes rendidos por esta juventud a Ortega el europeo revelan en esto su profundo significado. Y si *El Español* ha enumerado con tanta abundancia los folletos del Consejo de Europa, de la Campaña europea de la Juventud, etc., entre las obras « subversivas » incautadas en los domicilios de los estudiantes, se demuestra el gran interés que éstos tienen en los proyectos de Comunidad europea.

Esta juventud sabe o siente que el nacionalismo no responde ya a sus necesidades. Con las crisis del régimen, los nacionalismos vasco y catalán se refuerzan bajo la propia opresión del centralismo castellano (sobre todo lingüístico), lo cual amenaza suscitar una crisis en la unidad española. A menos de volver a situar este problema en distinta órbita, se corre el riesgo, en el porvenir, de parcelar el país en lugar de devolverle su verdadera dimensión.

Si España no entra en Europa — en primer lugar porque no hay tal Europa —, continuará perteneciendo a esta « periferia » de Europa que, a falta de un centro común y de una inspiración común, se hace cada vez mas « periférica ». Es ésta, sin duda, una de las razones del poco atractivo de la libertad occidental para países como la Yugoeslavia titista, y también una de las razones por las cuales España y Portugal se congelan en su inmovilismo, un inmovilismo que, teniendo en cuenta las fuerzas interiores de las naciones de la península, sigue siendo todavía por algún tiempo más sólido que todo lo que se opone a él. Esta es una de las razones, y no la menor, para no pensar en España sin cierta zozobra.

F. BONDY

B.D.I.C

La China de Mao Tse Tung

II

POR ROBERT GUILLAIN

Al primer vistazo, Shanghai trastorna todo lo que se acaba de ver en la visita a la China. Ante Shanghai la vertical, la moderna Shanghai, Pekín aparece en el recuerdo —la ciudad llana —tan sólo como un campo de los Han en la estepa asiática: Mukden, Lanchow, Chungking apenas sobresalen de la antigua Tartaria.

Shanghai no sólo dice que es distinta, dice también que piensa de otro modo. Me había acostumbrado, sin saberlo, a las imágenes de una nueva Asia aprisionada por el marxismo. Aprendía a respirar el aire enrarecido creyendo que ya había dejado de incomodar a los Chinos. Me había resignado al raudal, no agotado, del pueblo de las hormigas azules en sus ciudades amarillas o grises. Y de repente me encuentro con esta ciudad que parece decir ¡no! al régimen.

Pregona su capitalismo desde lo alto de sus edificios. Anuncia con sus rascacielos que está muy orgullosa de ser capitalista o de haberlo sido. China que pudo ser y estuvo a punto de serlo, una China de tipo americano. Y la imagen de esta otra China posible es tanto más sorprendente, cuanto que, a su alrededor, todo se hace y rehace con arreglo a un modelo totalmente distinto: el de Rusia.

Parecía que el mundo occidental había desaparecido para la China detrás de las espesuras de la ignorancia organizada, de la censura, y de la distancia. Y he aquí que en Shanghai se alza todavía la típica decoración del cielo chino. De mil maneras hace notar y confiesa mil veces cada día que se acuerda y que se niega a olvidarlo.

Un aroma de inconformismo

Primer contacto, un sábado a las 9 de la noche. El pueblo deambula, las tiendas están adornadas y las jóvenes son bonitas, pero procurando mostrarlo con suma precaución. Cabellos rizados, un retoque de rojo en los labios, y en esto consiste toda su audacia, pero son los primeros labios femeninos acicalados de la China nueva. Esta, bajo la blusa de algodón azul, deja asomar dos dedos de una chaqueta de brocado. Aquélla se atreve a apretarse tiernamente contra su amigo.

Una vez que se percibe este sutil perfume « contra-revolucionario » se descubren los mil signos de un inconformismo universal. Entro en un café, pues existe un café. El gramófono toca valses vieneses y ni un solo aire comunista. Entra una joven bonita y se reúne con un galán. El camarero, el « boy » de antaño, se atreve a hablar en inglés y acepta la propina. Fuera, en una calle lateral, fuí abordado, por primera vez en China, por una mendiga jovencita. En el rincón de la acera el « coolie », montado en su triciclo, discute el precio de una carrera. Le digo: « Jo-Fi-Lou », que significa « Calle de Joffre ». Pero este es el nombre antiguo, de los tiempos pasados de la concesión francesa, cuyo idioma y recuer-

dos están prohibidos. El hombre salta a su silla y guiñándome el ojo me dice en un lenguaje también prohibido : « O. K. ». Nos hemos entendido ambos.

Y aquí, todo — los rostros, los escaparates, la calle, la multitud — deja entender que el régimen no tiene la fuerza que en otras partes. Aquí resbalan las consignas y su obediencia es dudosa. Los shanghaienses se someten, pero se niegan « a creer ». Defienden su cabeza, no por que se la quieran cortar, sino porque quieren ocupársela ; por esto, la cierran con obstinación al pensamiento colectivo que quiere introducirse en ella.

Se echa de menos un pasado que era despreciado

Desde su llegada, el visitante se ve guiado, en su primera excursión por la ciudad, precisamente a todos los lugares corrompidos de otros tiempos. Pero por ellos pasó la gran limpieza. No hay busconas, ni juegos del gran mundo. Ese Luna-Park se ha convertido en una « Casa del Pueblo ». No hay apuestas en el Canódromo, ni en el Hai-Halai, antiguo juego de pelota vasco. En todas partes es el habitual supuesto : « Ya ven que somos los puros », bastante irritante a la larga. Las casas de Love-Lane, los fumaderos de Bubbling-Wells, los vagabundos del Bund, las bandas de bribones, todo pertenece al execrado recuerdo de la era imperialista...

Pero Shanghai echa de menos, con terquedad, el pasado — incluso si es verdad que el recuerdo de Tchiang Kai-Chec continúa siendo despreciado. El cambio es completo en comparación a 1949. En aquel entonces, bajo las últimas balas de la guerra civil, vi a los soldados comunistas recibidos con los brazos abiertos por una ciudad que creía sinceramente en su liberación. Los shanghaienses pensaban que todo era mejor que lo que había antes. Pero esta conformidad no duró mucho tiempo. Un comunista confesaba recientemente a uno de sus amigos que « *no tenemos ni siquiera el* 20 % *de partidarios nuestros en esta ciudad* ». El ochenta por ciento restante se tragan silenciosamente su repulsión o su odio.

Incompatibilidad de humor

Todo se ha ligado para que aparezca rápidamente la incompatibilidad de humor existente entre Shanghai y el régimen. Precisamente porque fué la ciudad capitalista por excelencia, hija bastarda del Occidente imperialista y de la China de ayer, ha sufrido más que ninguna otra la cepilladura ideológica del régimen. Desde 1949 hasta la fecha no ha conocido la paz. Ha sido sacudida por todas y cada una de las grandes campañas del régimen que se han sucedido casi sin interrupción : depuraciones de los *Tres anti* y de los *Cinco anti*, campaña antiamericana de la guerra de Corea, caza a los contrarrevolucionarios, expulsión de las misiones extranjeras. El año 1951 se registró una represión que lindaba con el terror. La de 1955 le hizo la competencia : el asunto Hu Feng (Hu Feng era de Shanghai), la nueva campaña contra los *contrarrevolucionarios ocultos*, han puesto los nervios de punta a Shanghai y le han asqueado del régimen.

¡ Si « este nuevo moldeo » ideológico hubiera sido compensado siquiera por un resurgimiento económico ! ; pero por desgracia existen en Shanghai de quinientos a seiscientos mil parados. Naturalmente que esto no se dice, pero el cálculo viene de una fuente muy veraz y bien informada. Los americanos se han encargado por sí mismos de contribuir en gran parte a la ruina de la antigua prosperidad : el embargo mató al puerto. Aparte las visitas de algunos cargos, muy pocos, el río gris Wangpou ofrece un espectáculo de desolación comparado con el de antes.

La socialización de Shanghai hace el resto, matando sistemáticamente el pequeño comercio y los negocios privados que aún subsisten.

La ciudad que hay que someter

Los últimos extranjeros se van. Se ha formado el último cuadro con aquellos que el régimen retiene como rehenes para arrancar a sus firmas los últimos dólares. Aún se comprendería que hiciera las cosas rápida y correctamente : imponer tasas,

confiscar francamente y expulsar. Pero no : necesita un desquite sobre las humillaciones de la China de antaño ; necesita además revestirse con apariencias de legalidad, aunque sea empleando las más burdas trapacerías. Aquí se traiciona al régimen con una curiosa ingenuidad. Parece que la mala fe, la delación y la mentira son ampliamente aprobadas por la conciencia del pueblo cuando se trata de perjudicar a sus enemigos.

La vida diaria se hace cada vez más difícil. Algún tiempo más todavía y Shanghai quedará abastecido con tanta pobreza como Pekín, cuyos almacenes de Estado dan apariencia de vida muy austera. Las restricciones alimenticias son cada vez más severas. Además del arroz se raciona, en forma draconiana, el azúcar, la harina, la manteca de cerdo, la mantequilla y el aceite, que es de una calidad malísima. Es necesario ir al mercado a las 3 de la mañana para encontrar carne. Las cantinas rodantes, que todavía son numerosas en las calles, se abastecen cada vez con mayor dificultad. Uno de los tres últimos restaurantes decentes, y el más famoso, Sun Ya, no pudo servirme legumbres, ni carne, ni ave, en un almuerzo.

Las autoridades se preocupan de esto mucho menos de lo que se piensa. Todo les parece bien para alcanzar el fin deseado : someter a esta ciudad. Shanghai piensa en contra, es decir, « mal » ; Shanghai está caduca, vuelta, tal cual es, hacia el oeste y el mar, en tanto que la China mira actualmente hacia el continente y Rusia. Es necesario que las fábricas, en la China nueva, retrocedan hacia el interior. Shanghai está superpoblada con sus seis millones o más de habitantes.

Los planes prevén una despoblación en masa de la ciudad, y este año ha comenzado a realizarse. Miles de shanghaienses, por indicación de sus comités de barrio y de la policía, se han declarado « voluntarios » para regresar a provincias o al campo de donde son originarios. Las autoridades han anunciado que abandonaron de este modo la ciudad más de quinientas mil personas, cifra que parece muy exagerada. Una parte de los requeridos protestó con tanta violencia que la policía, por una vez, hubo de ceder, y una parte de estos « voluntarios » fué tan mal recibida en las aldeas que tres cuartas partes regresaron a la urbe.

Pero, una vez más, ¿ qué hay que no sea « voluntario » en la China nueva ? Lo más chusco de las interviews prefabricadas que se han « perpetrado » ocurrió en Shanghai con un capitalista « voluntario » para que se hiciera el *hara-kiri*, es decir, para transformar su empresa en una sociedad mixta, donde los representantes del Estado, dentro de la plaza, se dedican a devorarlo todo.

Dos directores : un monólogo

La interview fué concedida por los dos directores gemelos : el representante del capital y el del Estado. El primero, naturalmente de « mono » azul, explica, suave y frívolo, cuan agradable es notar como se hunde el puñal de la estatificación progresiva. El segundo, también de « mono » azul, escucha, comunista y mudo, y toma nota de las preguntas y respuestas. De vez en cuando el capital se detiene un momento y lanza una mirada al Estado para saber si su discurso va por buen camino.

« Son los accionistas quienes pidieron la estatificación... Voluntariamente... Tomaron como presidente... al representante del Estado... El socialismo es nuestro más caro deseo : vemos el camino que debemos seguir. Para que la China sea poderosa, es preciso obedecer a la ley... (¿ Obediencia o espontaneidad ? Se contradice.) Sí, el capital privado debe acabar por desaparecer,... si en la fase actual hay desacuerdo entre él y el Estado. Pues bien... » Aquí, el Estado sale de su mutismo y contesta : « El desacuerdo se resuelve por medio de discusión, a base de la política del gobierno ». Como se ve, esto está claro.

En noviembre, en el momento mismo en que visité a Shanghai, se aceleró la socialización en las empresas capitalistas privadas, del mismo modo que se aceleró la socialización de la tierra. También aquí dió la señal un gran discurso de Mao Tse-Toung pronunciado en Pekín el 29 de octubre. Dos días después, mil representantes de la industria y el comercio pri-

vados, de toda China, reunidos en conferencia, oyeron el anuncio textual, por su presidente, del « fin del capitalismo que se había tolerado ».

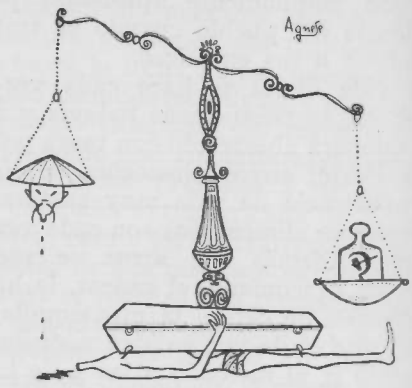
En Shanghai y en otras partes es el fin de los capitalistas y de los burgueses. Igual que en el campo, donde la propiedad campesina era solo efímera, en la ciudad llegan a su término las consideraciones para la « burguesía patriota ». No hay allí nunca un refugio duradero contra la revolución en perpetuo movimiento.

La agonía del pequeño comercio

Ahora llega la agonía para los miles de modestos tenderos que hasta aquí, mal que bien, sobrevivían, porque su supresión planteaba al régimen un rompecabezas insoluble. Shanghai cuenta con cerca de sesenta mil tiendas o pequeñas empresas comerciales y un ejército de vendedores ambulantes de cerca de doscientos mil. Esto supone, con sus familias, más de un millón de shanghaienses que viven del comercio al por menor.

También ellos están cogidos en el engranaje de la socialización. Aquí, el tendero, igual que el capitalista, abre su puerta al representante del Estado, que será su enterrador, en la casa transformada en « mixta ». Allá, aquella otra tienda ya no es más que una filial del almacén del Estado, que la abastece de todo lo que pueda vender y la impone los precios. Acullá, el comerciante entra en una cooperativa que le abastece y controla estrechamente. En todos los casos es el adiós a la libertad. El pequeño comerciante ya no es más que un asalariado, totalmente sujeto a ese amo inflexible que se denomina el Estado. Estos nuevos asalariados son además demasiado numerosos, y hay grandes probabilidades de que muchos de ellos, tarde o temprano, sean « voluntarios » para otra cosa : la fábrica, la roturación de tierras vírgenes, el Noroeste, el Sinkiang.

¿ No es esa la suerte que les espera a algunos de los habitantes de la calle, antes tan animada, del lado de la avenida de Eduardo VII ? Fíjense. Son las 2, y esa tienda (lana, telas, algodón bruto) echó sus contrapuertas. Aquella otra (hojalatería) bajó el cierre metálico. La carnicería vecina agoniza medio vacía. ¿ Dirán también los tenderos que « su más caro deseo es el socialismo » ? Esta es la leyenda que se cuenta al visitante ingenuo. La verdad es que los descontentos son legión y resisten indirectamente por todos los medios.



Esto es lo que explica la campaña contra los *revolucionarios ocultos*. El régimen le hace a Shanghai la vida dura y Shanghai le corresponde en igual forma.

Muerte de una vieja civilización

Todavía no nos hemos dado cuenta de uno de los grandes acontecimientos de nuestra época ; un trastorno similar a los que trae consigo la era átomica : la civilización china va muriendo y está ya casi muerta. Una de las grandes civilizaciones de la historia, que ilustró a millones de vida humanas, llegó a su fin ; el mundo de mañana será un mundo que deberá prescindir de ella.

¿ La muerte de la civilización china ?... Ya estoy oyendo las protestas y me las explico. El papel civilizador de la China no ha terminado todavía y será, sin duda, más importante que nunca. Pero todo lo que hasta ahora se ha designado con las palabras « la civilización china », todos los valores filosóficos, morales, políticos, etc., que fueron creaciones de la China y constituyeron la grandeza de su pasado, están en la agonía.

¿ Qué edad tiene hoy la China ? Seis años. Cuatro mil años de la vieja China

pertenecen ahora a los cementerios y a los museos. La China va camino de entregarse por completo a la civilización marxistaleninista. Suponiendo que ésta sea efímera, una orgía de cambio lanza, en todo caso, a la China, al abismo de la invención de una civilización nueva. Al prohibirse cualquier retroceso, los Chinos acaban de estrangular la antigua civilización, que había ya dejado moribunda cerca de un siglo de decadencia.

La China ya no es asiática

Uno de los aspectos más sorprendentes de este trastorno es el de que la civilización que se está instaurando actualmente en China es una civilización prestada. En el momento en que la influencia que China ejerce sobre Asia recupera un poder que estaba olvidado desde hacía mucho tiempo, ¿ qué es lo que enseña ?... China dejó de enseñar su propia lección ; enseña lo que viene de Berlín y de Moscú : las lecciones de Marx y de Stalin.

La madre del pensamiento y del arte, el faro de Asia, ya no es más que una nación imitadora.

Más aún ; la China lleva camino de convertirse en... occidental. Ya había saboreado el Occidente cuando éste la había invadido con los ideales, las técnicas y la religión de Europa liberal y capitalista. Fué una quiebra completa de las ideas y de los que las servían. ¿ Es que después de este derrumbamiento la China vuelve otra vez a Oriente ? De ningún modo. Como ha escrito Mao Tse-Toung, y de ello se regocija, « *el cañón de la revolución de octubre le ha enviado el marxismoleninismo.* » Este explosivo hace tabla rasa del pasado.

La China ya no es asiática. Se aparta de casi todos los ideales del Asia. Si ésta la siguiera, podría decirse que el Asia también dejó de ser Asia. Desde el punto de vista tradicional, el de la India espiritualista y no violenta, el de Gandhi, era el Japón el país que había desertado para caer en los vicios de Occidente, de las máquinas y las armas.

Pero he aquí que la China hace lo mismo. Los valores de inmovilidad y de interioridad, que florecían en Asia, pierden su más formidable campeón. Los campos de los agitadores y de los agitados, la civilización material de tipo occidental, cuya última flor es la bomba atómica, reciben hoy este enorme refuerzo : la China.

Además, el Japón sólo se había convertido a medias. Había adoptado el aspecto y la técnica de Occidente, pero había conservado su alma oriental. Actualmente vemos más claros su mérito y su originalidad, cuando advertimos que la China, su madre espiritual y su antepasada, no protege nada de lo que la es peculiar, en la invasión occidental. En el Japón quedaba una cosa bien firme, que era el corazón japonés. Por el contrario, la revolución en China concede suprema importancia a la penetración hasta el corazón de cada Chino, para vaciarlo e instalar en él, sin ninguna clase de competencia, el pensamiento marxistaleninista.

Más que nunca, el Japón se convierte en el conservatorio de todo lo que persiste de la antigua China. Frente a él, en la otra orilla del mar, ocurre un fenómeno extraordinario. La China se vacía de su vieja esencia y la sustituye por todo lo que copia al Occidente marxista. En su cabeza y en su corazón vierte sin tasa otra civilización.

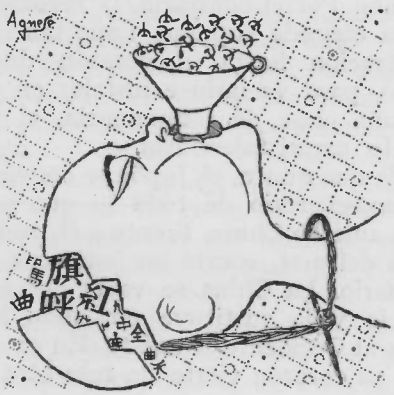
No hay « comunismo chino »

No hay « comunismo chino » ; hay el comunismo instalado en China. El mismo comunismo que en todas partes. Opino que aquellos que creen en su *enchinamiento* toman sus deseos por realidades. Los que dicen que el comunismo sufre un cambio en China, se han dejado extraviar por una propaganda hábil.

Es verdad que hay horarios y planes que son chinos, adaptaciones y deformaciones que son chinas. El marxismo es inteligente y flexible hasta el infinito. ¿ Cómo no ha de ser así cuando, como escribió Mao Tse-Toung, decidió que « *el criterio de la verdad es la práctica* » ? (Mao, generalmente locuaz, ha resumido por una vez toda su filosofía en la perla negra de esta máxima.)

Con esto queda dicho que la revolución marxista en China es una adopción maciza

del comunismo internacional, una imitación completa, un calco directo. En los antiguos tiempos de Yenan, madurando en el aislamiento, podía tantear y buscar la originalidad. Hoy día no tiene tiempo para experimentar, ni para modificar. Lanzada con todo su impulso a una carrera contra el reloj, para alcanzar al resto del mundo que galopa muy adelantado a ella, China sabe que la única manera de ir de prisa consiste en copiar ciegamente a Rusia. Es ésta la que experimenta e investiga. Cualquier problema chino lleva consigo una solución rusa ; si fué buena en Rusia, servirá, mal que bien, para los chinos.



Por consiguiente, el mimetismo es completo en todos los órdenes. En las paredes de China se expone esta consigna : « Aprended y aplicad las experiencias de la Unión soviética ». Ninguna orden es mejor obedecida. Millones de chinos activos han comprendido que esta es la manera de ir de prisa. No acabaría si tuviese que enumerar las mil imágenes de una *marxisación* de la China que es, al propio tiempo, una rusificación. Rusia ordena toda la técnica de que ya he hablado ; toda la política (dos ejemplos sorprendentes : el mismo sistema de las minorías nacionales, e igual sistema concentracionario para los enemigos del régimen) ; todo el estilo de la vida pública, que es muy importante en un mundo de colectivismo ; los « ritos » de la China nueva son rusos y marxistas, como, por ejemplo, los grandes desfiles en la Plaza Roja, análogos a la de Moscú.

En China no hay prácticamente más pensamiento que el marxista. De cuatro mil años de pensamiento chino, solamente se ha conservado lo que pudiera ser idea marxista. Ya no entra en China ninguna obra extranjera, desde Platón hasta Harold Laski, sino despedazada y roída por los ácidos de la crítica marxista. El magnífico esfuerzo de Pekín para triunfar contra el analfabetismo, se ha orientado por completo hacia la difusión del pensamiento marxista. La primera letra que aprende a escribir el niño, con su pincel y su estilo nuevo, es ya portadora de una lección de marxismo. Y mientras las ventanas están abiertas hacia las luces de Moscú, están cerradas herméticamente y acolchadas para el resto del mundo. Como escribió Liu Shao-Chih : « Es necesario que sea difundido hasta el máximo el pensamiento marxista y que no lo sea el pensamiento no marxista ».

La ruptura con el pasado

Pero, se dirá, ello no va a durar, pues los chinos antes de poco tiempo tendrán una indigestión... Esta tardará en llegar. Ya dije hace seis años, y voy a repetirlo, que aunque esto fuera verdad, la China no retrocederá. Con Rusia o sin ella, ahí está lanzada en la civilización industrial y técnica. Para vivir en la edad moderna y alimentar a sus millones de personas necesita ceder el puesto preferente a todo aquello que antaño rechazaba : la invención, las máquinas y las armas. La China que surja de esta transformación será completamente distinta.

Hay otro motivo para creer que la antigua civilización china no puede renacer : en realidad estaba gravemente enferma desde hacía más de medio siglo. Se había ya mostrado demasiado débil para resistir a la invasión del Occidente liberal. ¡ Cuántos viejos modos de vivir habían ya caducado por los golpes de esta primera revolución !

Finalmente, el comunismo hace todo lo necesario para aniquilar el viejo edificio filosófico, social y moral. Abate sistemáticamente todos los muros que aún quedaban en pie. Y ha dinamitado, con singular furor, la pilastra central del confucianismo. Todo lo que queda se

hunde con sus golpes : la autoridad familiar, las antiguas jerarquías sociales, la inferioridad de los militares en la sociedad, el monopolio cultural de los mandarines letrados, el respeto a los ancianos, las « cinco relaciones » que equilibran al hombre entre sus hermanos humanos. La intimidación del marxismo pasó sin piedad sobre todas estas supervivencias de la antigua China. ¿ Qué se construye en su lugar ? ¿ Una edificación china ? ¡ No ! Una arquitectura de tipo internacional, de la sociedad marxistaleninista.

Pero todavía se objetará que la China da un impulso sin precedentes a la cultura, singularmente a las artes, a la literatura, al teatro : más aún, los difunde en la masa y aporta la cultura al pueblo. Esto no es todo : salva a la antigua China reparando las ruinas, protegiendo los tesoros artísticos, multiplicando las excavaciones arqueológicas.

Esto es cien veces verdad, y este esfuerzo cultural es notable desde todos los puntos de vista. Pero lo es, más que todo, en el sentido de que la cultura, así cultivada, y generosamente aportada a las masas, es una nueva cultura divorciada de la antigua. En cuanto a esta última, se la honra como nunca, pero en un mundo aparte ; entró en los museos.

¿ Qué lugar puede ocupar singularmente el arte antiguo en la cultura de hoy ? El bambú y el pájaro pintados con tinta china ya no se emplean. Igual ocurre con todos los temas de un arte que fué idealista y « sin compromiso » : el sabio en la montaña, el lago en la niebla. Ahora el arte está sometido a una ley primera : contribuir a la difusión del socialismo y del materialismo marxista. La fábrica, la máquina, el obrero, el campesino ante su tractor, la construcción socialista, la lucha de clases : estos son sus temas.

Tan cierto es esto, que incluso se pide al pasado que se convierta al socialismo. Se investiga en la historia y en la literatura para descubrir en ellas los héroes marxistas desconocidos y festejarlos, mientras que se arroja de ellas a los enemigos del pueblo. Se falsea incluso el folklore. Kuo Mo-Jo, gran maestre de la cultura, favorece el « *examen y la corrección de los antiguos dramas y canciones* » ; anuncia, con satisfacción, que « *han sido reescritas centenares de baladas, de óperas de Pekín y otras formas de arte popular.* »

La creación de la cultura nueva

La cultura y el arte están, por consiguiente, en plena revolución e intentan crear un mundo nuevo completamente distinto del pasado. ¿ Hacia quién hay que volverse para encontrar modelos en este esfuerzo inmenso ? Una vez más, hacia Rusia. También en esto el mimetismo es increíble. El arte nuevo se halla presente en todas partes ; miles de cuadros y de imágenes ofrecen al pueblo, en un estilo moderno, los trabajos y las luchas de la China nueva, sus hombres y sus oficios. Pero todo esto se ajusta estrictamente a los modelos del arte ruso actual ; los campesinos en las gavillas, los héroes del trabajo, los jefes predilectos.

El Bien y la Belleza se cantan por todas partes, pero aquí se detiene la virtud de este arte nuevo : sus cualidades artísticas generalmente son espantosas. La creación de una cultura nueva ha sumido al arte, en todas sus manifestaciones, en una crisis profunda. El gusto es la gran víctima de la revolución cultural. Es por todas partes casi horrible. La China entera se halla invadida por el « objeto de arte » del realismo socialista de estilo ruso : pintura, imagen, porcelana artística.

La invasión es más completa, porque se ha puesto a disposición del pueblo un arte barato. Mientras que pobreza y baratura son en el Japón los propios manantiales de un arte popular austero y puro, aquéllas producen en China la fealdad. Mirando alrededor de uno mismo en la vida cotidiana se ve : que la taza es fea, la cortina fea ; el almohadón, la pintura de la pared, el decorado del techo, todo es feo.

Pero el chino de hoy no lo advierte. La revolución barrió a las minorías selectas de antaño, culpables en verdad de haber monopolizado la cultura. Invadió incluso el campo, refugio de una civilización natural basada en el antiguo orden confuciano, y la cultura marxista trastornó las aldeas. Los hombres nuevos que surgen de las profundidades del pueblo no reciben ya las ondas de arte y de gusto de la vieja cultura : se han cortado todos los hilos.

Se prepara una suprema revolución : la *alfabetización* de la escritura china. Esta histórica decisión ya ha sido adoptada por el propio Mao Tse-Toung en 1951. Por consiguiente, ahora ya es cierto el formidable cambio. Puede ser que éste se realice, me decían, antes de que transcurran veinte años. Incluso han sido ya acordadas sus etapas en una gran conferencia que se celebró cuando me encontraba en Pekín, comenzando con la simplificación de los ideogramas y la uniformidad de la pronunciación a través de toda la China.

El día en que esto se haya realizado, la antigua China habrá caído definitivamente en el cementerio de las civilizaciones antiguas. Con el ideograma chino, con ese *bosque de símbolos*, como se le ha llamado, habrá terminado de vivir todo un mundo.

Nacimiento de la Eurasia

Es ya visible el mundo que nace en su lugar. Puede dársele ya un nombre : la *Eurasia*. De la Eurasia, producto mestizo de Asia y de la Europa rusomarxista, he visto sus primeras imágenes en casi toda la China, y sobre todo en Manchuria.

Como ya he dicho, la Manchuria es la cabeza de la China, pero no es verdaderamente China. La Manchuria, tierra de exploradores, buscó en conjunto, primero con los japoneses y después con ayuda rusa, el forjar la China de mañana más cercana a América o a Rusia que a la China de ayer.

El lenguaje que se habla en Manchuria llama con impaciencia a la escritura nueva y todos los días forma al hombre nuevo ; se habla allí de acero y de fábricas, de técnicas y de estadísticas. Y todas las lecciones que se enseñan en la escuela, en todo el ámbito del país, son lecciones rusas y occidentales. Se avanza más de prisa que en cualquier otro lugar del país hacia los koljoses y los tractores. Se sumergen ya más hondamente en los modos de vivir y de pensar, de trabajar y de divertirse, que son los de una civilización que ya no es asiática, sino que está mezclada de Occidente, es decir, eurasiática.

El chino lleva camino de convertirse, en relación con el Asia antigua, en lo que es el americano en relación con Europa : el hombre que puso un océano entre sí mismo y el pasado. Lo asombroso es que en su caso no ha cambiado de sitio. Habrá rechazado el pasado e intentado la aventura de rehacer a los hombres de nuevo, pero sobre la tierra de sus antepasados.

ROBERT GUILLAIN

Democracia y libertad

POR LOUIS J HALLE

En el número 17 de Cuadernos *publicamos un artículo de Peregrine Worsthorne en el que, basándose en ejemplos concretos, trataba de demostrar que hay circunstancias en las que el ejercicio de la democracia puede oponerse a la libertad y conducir a la tiranía. Oponía, en cierto modo, las nociones de democracia y de libertad y planteaba problemas de gran actualidad e interés.*

Conscientes de ello, invitamos a los lectores a mandarnos su opinión al respecto. Publicamos a continuación las respuestas recibidas y esperamos publicar otras en los próximos números. (N. de la R.)

Yo no sé lo que ocurre en la Gran Bretaña, pero en los Estados Unidos, la mayor parte de los funcionarios del gobierno no son versados en filosofía. Sus decisiones políticas obedecen más a las consideraciones prácticas que pesan sobre ellos, con carácter inmediato, que a las razones teóricas. Por otra parte, los filósofos y los estudiantes de ciencias políticas de nuestras universidades viven generalmente algo apartados del mundo de la acción y de las decisiones gubernamentales.

La distancia que media entre la acción y la filosofía no ha sido el fundamento de donde ha partido nuestra civilización, como tampoco es la base sobre la que ésta habrá probablemente de seguir avanzando. Cuando la acción no es hija de la filosofía y de la oportunidad (un buen filósofo no debería negar el papel de este segundo elemento), carece de la disciplina y de la inspiración que caracterizan a las grandes empresas. En este caso, cuando más, resulta un triste relato de la muerte en vida, como el milenio del imperio bizantino. Pero en algunos casos adversos conduce a un final menos dilatorio.

Los creadores de la civilización son los que combinan la filosofía con las cuestiones prácticas. En el nº 17 de CUADERNOS, el Sr. Peregrine Worsthorne nos ofrecía un ejemplo de ello con su artículo « ¿ Democracia contra libertad ? ». Basándose en la decisión de Ginebra de celebrar elecciones en Indochina, en el curso de este verano, examinaba sus fundamentos filosóficos, para determinar si eran acertados, y llegaba a una conclusión negativa.

En opinión del Sr. Worsthorne, el acuerdo de Ginebra entre las potencias occidentales y las comunistas (los Estados Unidos se habían abstenido) prevé que el pueblo de Indochina debe elegir en las urnas entre un sistema democrático de gobierno y la tiranía comunista. En otras palabras, se le concede el derecho a escoger la tiranía. Y lo que es peor aún, el 51 por ciento de la población tendrá además el derecho a votar, no sólo en favor de su propia servidumbre, sino también de la servidumbre del 49 por ciento restante, así como de las generaciones que todavía no han nacido. Se plantea la cuestión de saber si es oportuno que se le dé esa opción.

Muchos de nosotros, tanto en la Gran Bretaña como en Norteamérica, hemos sido educados sobre la base de una noción algo simplista de la democracia, que la equiparaba, por una parte a la libertad, y por otra parte al gobierno de la mayoría. Dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí. Por lo tanto, este criterio elemental implica que la libertad y el gobierno de la mayoría son inseparables. Si el pueblo es soberano y se le permite expresar su soberanía y destacar sus mayorías, cuidará de conservar sus propias libertades.

De hecho, desde la Enciclopedia los filósofos políticos han reconocido que, en determinadas ocasiones, puede ser necesario elegir entre la libertad popular y un gobierno popular incompetente. Han admitido que pueden producirse ciertas circunstancias en que el pueblo, al conseguir la autonomía, puede emplearla para privarse de ella, puede utilizar su libertad para destruirla. En tal caso, ¿ no es el filósofo quien debe elegir entre la democracia (identificada con el gobierno de la mayoría) y la libertad ?

Sin embargo, en este caso no habría medio de que el filósofo eligiera la democracia. Votar por la democracia sería elegir a un soberano que abdicaría. Por consiguiente, en el mejor de los casos, habría que optar realmente entre la libertad y la tiranía, y entonces pudiera ocurrir que no hubiera siquiera la posibilidad para tal opción.

La única respuesta que los defensores del gobierno de la mayoría pueden dar a esta disyuntiva eventual es que no hay mejor alternativa que la de depositar la confianza en el pueblo, ya que éste es, de todos los soberanos posibles, el menos apto para consentir la destrucción de sus libertades. No obstante, los partidarios de esta clase de gobierno reconocen, de una manera general, que la capacidad del pueblo para mantener estas libertades depende del grado de cultura moral e intelectual de los que emiten su voto. Teniendo presentes estos hechos, lo mismo en Norteamérica que en la Gran Bretaña, los fundadores del gobierno liberal se dispusieron a fomentar la instrucción pública como la condición previa indispensable para la autonomía democrática, y a limitar la democracia más o menos severamente, restringiendo este privilegio a las clases instruidas (y de propietarios).

La historia del pensamiento político liberal, a partir de su primera fase, ha implicado un conflicto entre la democracia jacobina, que triunfó en la Revolución francesa, y el liberalismo conservador, cuyos representantes más idóneos son Burke y John Adams, que triunfaron en nuestras revoluciones de Inglaterra y de Norteamérica. Mientras este conflicto aparecía en nuestras propias filas, por ejemplo, en la discrepencia entre Jefferson y Hamilton, aquí tenía, en su mayor parte, la relativa moderación de un desacuerdo, precisamente en lo que se refiere al modo de hallar el preciado término medio, desacuerdo circunscrito que representa el genio de la política anglosajona. Jefferson decía que debía confiarse en el pueblo, y que la voluntad de la mayoría debía ser efectiva, aunque condujera a la interpretación o a la revisión de nuestra Constitución. Pero no decía que hubiera que depositar la confianza en el pueblo, aun en el caso de que éste fuera injusto. Según eso, había que esperar que actuase con justicia ; pero él, por su parte, no creía que el pueblo pudiera ser justo, a no ser en una sociedad predominantemente rural, en la que prevaleciese cierto grado de cultura.

¿ Existe acaso algún soberano — ya se trate de un hombre, de una clase o de una nación — que tenga derecho a ser injusto ? Yo creo que un liberal está obligado a responder que el ejercicio de la soberanía ha de estar siempre limitado por la obligación de proceder con justicia. El derecho a ser injusto es la característica del gobierno arbitrario, irresponsable y tiránico, tanto si lo ejerce un potentado oriental, como si lo ejerce una mayoría popular o incluso un pueblo unánime.

Pero sigue en pie la cuestión de saber si el pueblo es el más calificado para distinguir lo justo de lo injusto, si es él quien puede llegar a imponer con sus decisiones lo justo y lo injusto, puesto que la voz del pueblo es la voz de Dios.

Nadie negará que hay problemas que el pueblo no puede resolver. Con este motivo viene a mi memoria la historia de Kipling

titulada « La aldea que votó que la tierra era llana ». No recuerdo qué mayoría fué la que voto a favor de tal proposición, pero sí recuerdo que su decisión no influyó para nada en la forma de la tierra. Del mismo modo, la decisión de una mayoría, a mi entender, no puede convertir en justo lo que es injusto. Abraham Lincoln, que fué un exponente tan apasionado del gobierno de la mayoría como Jefferson, está de mi parte. « El Juez Douglas », dijo en el curso de un famoso debate, « declara que si una comunidad quiere la esclavitud tiene derecho a ella. Lógicamente puede hablar de este modo, si añade que la esclavitud no es injusta ; pero si se admite que en ella hay injusticia, ya no podrá decir lógicamente que alguien tiene derecho a cometer injusticias ». Lincoln sabía que una mayoría popular, puesta en el trance de elegir, puede en ciertos casos votar por lo injusto con preferencia a lo justo. La esclavitud en los Estados del Sur representaba un ejemplo casi incontrovertible de ello. Y Lincoln llegó a la conclusión de que no era oportuno permitir a la mayoría que procediese a dicha elección.

Si la decisión de la mayoría no se identifica con la justicia, y la decisión de la minoría con la injusticia, ¿ cómo se las identifica entonces ? Con esto volvemos a la filosofía, raíz fundamental de la libertad, de la democracia y de la civilización misma. Lincoln no tenía duda de que la esclavitud era injusta, quienquiera que votase a favor de ella, porque violaba los principios de esa filosofía en la que él se había educado, como hijo de nuestra civilización.

No deberíamos considerar esta filosofía (que el Sr. Walter Lippmann ha llamado « la filosofía pública ») como una doctrina rígida o un credo que deben aprender de memoria los niños de las escuelas. Es más bien una concepción del hombre y del universo que sospecha la existencia de algo que debe apreciarse en ambos : un tesoro oculto bajo la escoria, el bien detrás del mal, una excelencia a la que hay que aspirar, una posibilidad que debe realizarse. La religión tiene vislumbres de este algo ; el arte y la música lo muestran con destellos reflejados. Se encontrará en el Sermón de la Montaña, en Shakespeare y en la Declaración de Independencia Norteamericana. Lo denominamos « virtud » o lo llamamos « vida de perfección », « belleza », « verdad » ; lo calificamos de « Dios » o de « divinidad » ; lo consideramos como « el alma » o como « la dignidad humana ». La vida del individuo y la vida de la sociedad constituyen realmente la persecución de este fin ; y así damos a nuestra vida corriente una dirección y un objetivo. Sirve para imponer una disciplina a la organización social y limita el ejercicio de cualquier soberanía humana.

Se dirá entonces que la filosofía que sostiene a la civilización rebasa totalmente los dogmas o los sistemas filosóficos particulares, y abarca creencias diversas. Los confucianistas, los cristianos, los budistas y los indios poseen esta filosofía. Sócrates, Abelardo, San Bernardo de Clairvaux, Lao Tzu y Matthew Arnold pueden coincidir en esta inspiración. Según esta filosofía, en su sentido más generalizado, los individuos tanto si disfrutan como si no disfrutan de libertad, ocupan un puesto de dignidad. El hijo menor, en una sociedad confucianista, puede regirse, para cada uno de sus actos, por la obligación de la obedencia, pero sólo será digno en la medida en que represente un papel indispensable en una sociedad ideal. Es un practicante de la virtud.

Nuestra civilización occidental ha tendido a encontrar la realización de la virtud en la libertad y en la responsabilidad del individuo como tal. Habiendo sido educado en esta tradición, como la mayor parte de nosotros, difícilmente podré concebir una vida perfecta sin ella. Pero, hasta entre nosotros, sus formas han variado. Los fundadores de los Estados Unidos se hallaban impulsados por un concepto de los derechos humanos, según el cual estos derechos pertenecían al orden divino de la naturaleza, de modo que ninguna institución humana, ya fuese de carácter popular o de cualquier otra clase, podía alienarlos. Los utilitarios, como Bentham y John Stuart Mill, juzgaban inútil este concepto de los derechos naturales, por haber encontrado la justificación para la organización liberal de la sociedad en la suprema felicidad del mayor número de individuos. Pero en su definición de la « felicidad » revelaban la misma concepción de propó-

sito humano que los partidarios de los derechos naturales. Ambas escuelas coincidían en la aspiración a una « felicidad », que iba más lejos que el hedonismo.

Juzgada según esta filosofía, tal como la sentimos nosotros, es como nos parece injusta la esclavitud ; como estimamos injusta la soberanía ilimitada de un solo tirano o de una oligarquía. Basándonos en esta filosofía, cualquier soberanía humana ilimitada, incluso la soberanía ilimitada de una mayoría popular, debería parecernos también injusta. El Sr. Worsthorne califica de herejía la doctrina del poder ilimitado de una mayoría. Yo estoy de acuerdo con él. Es una herejía contra la filosofía de la civilización. Es la herejía jacobina, que tan fácilmente degenera en demagogia y que parece haber ganado terreno entre nosotros en el curso de los últimos ciento cincuenta años. Según ella, el pueblo tiene siempre razón, tanto si el que habla en su nombre se llama Robespierre o Stalin, como si se trata de una mayoría efectiva. ¡ Pues a la guillotina todos los disidentes y no conformistas !

Supongo que es una tendencia natural de la sociedad liberal evolucionar progresivamente hacia una participación más amplia del pueblo en el gobierno. Nuestra propia sociedad ha estado durante mucho tiempo comprometida en este progreso. Pero si queremos que no nos conduzca a un desastre definitivo, como sucedió en la antigua Atenas, la educación pública habrá de moderar su avance. Ello significa que está de sobra justificada la restricción de las lecturas que pueden por sí solas contribuir sencillamente a formar los servidores más eficaces de una dictadura. Significa algo más que enseñara a los niños a limpiarse los dientes o que instruirles acerca de las cuestiones sociales. Significa la difusión de la literatura, del arte y de la enseñanza que encarnan la filosofía de la civilización. Esta es la herencia fundamental que, en una u otra forma, debe transmitirse a las generaciones venideras que habrán de gobernar nuestra sociedad. Hace dos siglos, en la Gran Bretaña y en Norteamérica estos gobernantes eran una minoría adinerada. Hoy en día, representan prácticamente a todo el mundo. Yo creo que sería preferible hacer dos comidas diarias, en vez de tres, antes que ver desarrollarse una nueva generación sin esta herencia, como sucedió a la última de los romanos ; porque cortar esta raíz fundamental es matar nuestra civilización. La transmisión de esta herencia puede ser menos urgente que el desarrollo de la balística internacional, pero no es menos vital.

Hasta ahora he estado conforme con el Sr. Worsthorne. Pero al llegar a este punto, he de confesar una duda. El Sr. Worsthorne dice que, en Ginebra, el gobierno británico convino en que los indochinos podían elegir, por sufragio, entre un gobierno comunista, que es tiránico, y lo que se llama un gobierno democrático, que no es una tiranía. « Por haber pretendido », dice, « que ha servido el interés nacional el que los pueblos disfrutaran de un derecho absoluto a elegir una forma democrática de gobierno, nos hallamos ahora comprometidos en una tesis totalmente distinta, según la cual el pueblo disfruta del derecho absoluto a elegir la tiranía, si así lo desea. »

La situación actual no me parece tan clara. En primer lugar, al Sr. Worsthorne le ha inquietado lo mismo que a mí el hecho de que la disyuntiva que se presenta al pueblo en este caso será en realidad la elección entre dos tiranías. Difícil es que pueda elegir un sistema liberal, porque no está preparado para él, ni por la tradición, ni por la educación. Y si lo consiguiera, no es probable que pudiera conservarlo. Es cierto que la libertad que representa el gobierno anticomunista del Vietnam meridional tiene de ella poco más que el nombre.

La otra dificultad que me preocupa es que la situación nominal difiere en absoluto de la situación efectiva. Nominalmente sólo podría permitirse a los vietnamienses que eligieran libremente entre diferentes formas de democracia liberal. La Declaración definitiva de la Conferencia de Ginebra sobre Indochina expone la cuestión del modo siguiente : « La Conferencia declara que, en lo referente al Vietnam, la solución de los problemas políticos... permitirá al pueblo vietnamiense disfrutar de las libertades fundamentales, garantizadas por las instituciones democráticas que se establezcan, como resultado de elecciones generales libres y secretas... » En efecto,

aquí tenemos una negación clara del derecho a elegir la tiranía. Sólo podrán elegir instituciones democráticas que garanticen las libertades fundamentales. ¿ Cómo podemos el Sr. Worsthorne y yo no estar de acuerdo con esto ?

Nos encontramos en una posición singular, al no poder discutir el acuerdo fundamental, que es liberal ; y no obstante, es imposible aceptar, sin riesgo de equivocarse, ninguna de las posibilidades que pueden resultar de esas elecciones. Al llegar a este punto, la teoría y la realidad parecen haberse disociado.

Si reducimos la paradoja por eliminación, quedará convertida en esto : pretendemos que todos los pueblos deben gobernarse por sí mismos, sobre la base de llevar a la práctica las libertades fundamentales o los derechos inalienables del hombre, llámense como se quiera ; pero sabemos que, por ahora, la mayor parte de los pueblos son incapaces de gobernarse por sí mismos. Insistimos en lo que reconocemos ser imposible. Ahora bien, yo creo que esta actitud no es la que corresponde a un filósofo.

¿ Cómo podría explicarla ? Miro las cláusulas relativas a la autonomía, aprobadas en el curso de las reuniones en que se redactó la Carta del Atlántico, en Yalta, en Potsdam y que figuran en la Carta de las Naciones Unidas, y observo con sorpresa y satisfacción, si bien algo amortiguada, que en realidad nuestros hombres de Estado parecen haber evitado complicarse en esta misma situación. En ambos casos el lenguaje es vago cuando se hace referencia al derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo el que desean vivir, en tanto que se añade a estas alusiones, por lo menos a la distancia de una o dos frases, alguna declaración que comprende las palabras « democrático » o « autonomía ». Estimo que el no precisar más fué prueba de una suprema sabiduría.

¿ Es esto muestra de cinismo por mi parte ? En absoluto, no. Me parece que el Sr. Worsthorne y yo hemos sido quizá demasiado estrictos en nuestra definición de lo justo y de lo injusto. La que he llamado filosofía de la civilización, sobre cuya base hacemos estas discriminaciones, es universal por su naturaleza. Autoriza muchos medios para llegar al mismo fin y, por consiguiente, su aceptación implica una amplia tolerancia en los que se rigen por ella. La Declaración de los Derechos del Hombre representa nuestro ideal, tanto en Norteamérica como en la Gran Bretaña, pero no insistimos en que otros pueblos de civilizaciones distintas la adopten y pongan en práctica inmediatamente. Si, por ejemplo, el antiguo Imperio del Centro se restableciera mañana en China, no le negaríamos seguramente validez por no haber previsto de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas la representación popular en el gobierno. Nuestras miras no son tan mezquinas ni tan poco realistas como todo esto.

La « autonomía » representa, pues, los diferentes caminos que conducen a la misma meta. La « autonomía » significa una forma de gobierno adecuada a los gobernados y en consonancia con su formación cultural. No significa forzosamente el sufragio universal, por ejemplo, para los javaneses, sino más bien sus propias instituciones y ceremonias, sus propios jefes, sus propios procedimientos y sus propios valores : nada que les sea extraño e impuesto desde fuera.

Si adoptamos este criterio amplio, se nos aparecerá la prudencia y la utilidad de una ligera vaguedad en nuestras definiciones de la democracia, de la autonomía y de la libertad. En definitiva, nuestros funcionarios, disciplinados por las consideraciones prácticas, pueden haber sido mejores filósofos que el Sr. Worsthorne y yo estábamos dispuestos a reconocer a primera vista. Ateniéndonos al principio de la autodeterminación, concebido generosamente, no podemos garantizar ninguna forma particular de gobierno para los vietnamienses, sino apoyar la mejor posibilidad que exista para que consigan eventualmente el gobierno más adecuado para ellos. Considerando la extrema debilidad con que el Occidente ha tenido que jugar la partida en Ginebra, deduzco que lo hemos hecho mejor de lo que podía esperarse. Ahí va, pues, un voto a favor de la posición británica.

LOUIS J. HALLE

El liberalismo conservador

POR JUAN MARICHAL

El interesante artículo de P. Worsthorne reitera, en su planteamiento y en sus temores, la actitud tradicional de muchos hombres de Occidente desde las dos revoluciones del siglo XVIII. Hombres de acción reformadora, pero de pensamiento social conservador, cuyo más claro lema podría ser la frase de uno de ellos, Eamon de Valera : *The people have not right to do wrong*. Ya en 1786 decía John Adams que la experiencia histórica probaba que el pueblo entrega su libertad en manos de ídolos por él creados y Alexander Hamilton se refería a la imprudencia de la democracia *(the imprudence of democracy)*. Del mismo modo, en la Francia revolucionaria se inicia una corriente ideológica que hace del llamado *jacobinismo* el peligro permanente del régimen democrático : los primeros « liberales », — sobre todo su mejor exponente Benjamin Constant —, llegaban incluso a defender teórica y prácticamente las *mesures de garantie*, las instituciones *préservatrices* (Constant, 1796). Cuarenta años más tarde, en 1835, Alexis de Tocqueville se convertía, con su libro *De la démocratie en Amérique*, en el profeta de un siniestro futuro, a pesar de sí mismo : la opresión política que yacía amenazante en el seno mismo del sistema democrático, o más precisamente, de los pueblos democráticos, superaba a todas las tiranías pretéritas. (Claro está que numerosos lectores del conde francés olvidan su parcialidad histórica, su selección de datos favorables a su tesis.) En los países de lengua castellana, Rodó, primero, Ortega y Gasset más tarde, examinaron también el problema aludido : en *Ariel* como en *La rebelión de las masas* se exponen algunos de los peligros del progreso social de siglo y medio pasado. Y si se recuerda la historia española, la obra de Cánovas, su liberalismo conservador, estaba inspirada en la necesidad y en el temor de la democracia. Es más, podría afirmarse que el *canovismo* fué mucho más representativo del siglo XIX europeo, y aún americano, de lo que hasta ahora se había creído. Ahora bien, P. Worsthorne parece querer indicar que de nuevo, ante la situación creada por la expansión de las denominadas « democracias populares », es menester recurrir a un neocanovismo. ¿ Mas, no revela acaso el artículo de P. Worsthorne, la « psicosis de encrucijada » a que se ha referido tan inteligentemente el historiador argentino José Luis Romero ? Además de ser harto debatible, históricamente, la tesis tradicional en que él se apoya — puesto que no ha surgido en ningún pueblo democrático el espectro opresivo de Tocqueville —, Worsthorne padece un complejo típico de muchos intelectuales británicos : la complacencia en la rectitud y en el carácter privilegiado de la propia historia. No que la historia inglesa no ofrezca constantes enseñanzas a todos los liberales, pero ¿ puede mantenerse todavía que la democracia británica procede *exclusivamente* de ciertas virtudes

de « raza », entre ellas un liberalismo insular ? La cuestión requeriría tiempo y espacio de que no disponemos.

En conclusión, el artículo de Worsthorne, — que contiene acertadas observaciones —, es un nuevo eco del liberalismo conservador, cuyas voces se oyen hoy con creciente fuerza entre los hombres de Occidente. Es manifiestamente un indicio de un intento de análisis « realista » de nuestra situación histórica, de un supuesto abrir los ojos. Sin embargo — por creer precisamente que el primer deber del liberal es tener bien abiertos los ojos —, tememos mucho que la actitud representada por Worsthorne pudiera ser la gran ceguera liberal de nuestros días. La historia del siglo y medio pasado muestra indudablemente los peligros de la democracia — estudiados en fecha reciente por el profesor Talmon, de Jerusalén, en su libro *The rise of totalitarian democracy* —, pero también ilustra y confirma la fe originaria de los liberales en la libertad del hombre. A los liberales españoles, y muy en particular a los jóvenes de mi generación, les recordaría yo ahora las palabras que escribía Jefferson en 1816 : *I am not among those who fear the people ; they and not the rich, are our dependence for continued freedom.* Que podrían ser parafraseadas así : « No temas al pueblo, que de él, sólo de él, depende tu futura libertad ».

JUAN MARICHAL

¿ Democracia o libertad ?

CUADERNOS del Congreso por la Libertad de la Cultura publica un artículo de Peregrine Worsthorne titulado « ¿ Democracia contra libertad ? »

Se trata de demostrar en él que hay circunstancias en que el ejercicio de la democracia puede oponerse a la libertad y conducir a la tiranía, en virtud de la creencia en la voluntad popular.

Toma ejemplo concreto, el autor, de las elecciones libres que se convocarán en Indochina próximamente, y en las que el triunfo es casi seguro de los comunistas. Gran Bretaña, en virtud de los acuerdos de Ginebra, tiene que favorecer esas elecciones e impedir cualquier acción de una minoría anticomunista.

La cuestión es apasionante, teórica y vitalmente.

Resuelve el autor la cuestión diciendo que « la voluntad del pueblo ha de ser razonable para que sea respetada. Pero ¿ qué significa esto ? Significa, naturalmente, que debe estar conforme con ciertas normas de justicia generalmente aceptadas. Por tanto, la voluntad del pueblo no es absolutamente soberana. Está sujeta a leyes sobre las que no manda. Si la mayoría se negara a aceptar estas limitaciones, la minoría no estaría obligada a aceptar su dominio ».

O no entendemos nada, o aquí se está justificando lo injustificable, cayendo en galimatías verbal, y exponiendo una teoría con visos de democrática, pero en modo alguno democrática.

De todas formas, estos conflictos lógicos, reales, son muy interesantes para conocer el verdadero sentido de la evolución de las formas políticas democráticas.

Lo que dice el autor es muy cierto, referido a las convicciones políticas angloamericanas, pero referido, en general y en abstracto, a la democracia, entraña un contrasentido.

¿ Es que las convicciones políticas angloamericanas no son convicciones democráticas puras ? El artículo que citamos sugerirá, si se es lógico, ideas muy interesantes al respecto.

(*Indice*, de Madrid, julio 1956.)

MADARIAGA Y AMERICA LATINA

POR LUIS ALBERTO SANCHEZ

No me gusta comenzar las polémicas de manera demasiado cortés. Por lo común, es el modo de emplearse de quienes llevan, como se dice, « el puñal bajo el poncho ». Sin embargo, a Madariaga se le debe saludar, en el inicio, amplia y largamente : como lo merece un hidalgo de insospechada estirpe.

Desde que publicó su primer libro acerca de México hasta el discutidísimo sobre Bolívar, Madariaga, experto en psicología europea, ha tratado de compenetrarse de la nuestra. ¿ Lo ha conseguido ? Recordaré un episodio de tantos, ilustrativo de un empeño semejante. Allá por 1810, Bolívar trató en Londres a Francisco de Miranda, el inquieto y genial criollo, colaborador de Dumouriez en Valmy, de los soldados de Washington en Savannah, de los políticos y cortesanos imperiales de Catalina II y del ya famoso Pitt. Bolívar, enamorado de la Independencia venezolana y de la civilización europea, convenció a Miranda para que fuera a Caracas, a organizar el ejército de la Libertad. Miranda se avino al deseo de su compatriota. Entre 1811 y 1812 lo vemos sudoroso y mohino, entusiasta y desesperado, tratando de imprimir sello europeo, organización técnica a las desordenadas y heroicas huestes de llaneros. No lo consiguió. Ni los españoles del Rey peleaban de acuerdo con las ordenanzas, ni los « montoneros » de la naciente república se sometían a las catalogadas maniobras del soldado ejemplar. Al final, Miranda sucumbe. Primero, una celada criolla concluye con su prestigio militar ; Bolívar le repudia impíamente ; después será el largo encierro en Puerto Rico y Cádiz. La moraleja que extraer del episodio no puede ser más desconsoladora : las mejores tácticas fracasan cuando las circunstancias son ajenas ; las peores triunfan cuando se ajustan a la realidad. La depurada escuela europea de Miranda debería ser traducida al llanero por las adversas lanzas de Boves y de Ribas, ni más ni menos bárbaros ambos que Morillo o Córdova : distintos, sí.

Es lo que se nos ocurre ahora a propósito de la ágil e intencionada glosa que a un artículo nuestro ha formulado Madariaga, a quien ofrecemos esta versión « barbárica » de su docto comentario.

Complicados problemas todos los abordados por el ilustre escritor en su artículo del número 18 de CUADERNOS. Tratar de deshuesarlos sería tarea ímproba. Me limitaré, pues, a ciertos rasgos característicos, los que más afectan mi manera de ver.

Ante todo, se incurre en grave olvido cuando, hablando de América, se prescinde del negro. Millones de seres que viven en las orillas del Atlántico, el Caribe y aún el nor-Pacífico, reconocen como abuelos a esclavos negros cuyo mestizaje representa una de las más interesantes facetas de nuestra cultura. Tal mestizaje no cubre solamente a la cultura, sino, tocante a sangre, comprende a otras que no son la española y la

india. Sin lo negro, dejarían de existir mucho del lirismo antillano y brasileño, y casi toda la música y el folklore de esa y otras comarcas.

Los « hispanicistas » (mejor que hispanistas, aunque horrorice el vocablo), ignoran a menudo tales hechos. Ahora bien, las causas de dicho « hispanicismo » son muchas, no meramente una de las que apunté en mi artículo del número 17 de CUADERNOS : « los esfuerzos de reconquista española durante el siglo XIX ». Que ello contribuyó a acentuar y actualizar la hispanofobia propia de quienes acababan de romper el vínculo político con la Península, me parece cuestión inobjetable. Pero que sea su *única causa* (así en singular, como me la adjudica Madariaga), parece la jactancia de un necio. Pero, de contrapelo, no me suena a muy exacto reducir todo el conflicto a la fórmula de « sólo se puede justificar psicológicamente (el antihispanismo) como un hecho de carácter ». La psicología es mucho — ¡ quién lo duda ! — pero no todo. Tampoco cabe aquí duda. Deslindando exactitudes se llega al meollo del asunto. Sigamos en ello. La « tesis » (si tesis) de « las dos Españas » no es mía ; hace más de un siglo que se habla, en España misma, de la España negra y la España dorada, a que se podrían agregar hoy la roja y la parda. Que no haya sino una, es cosa física y políticamente innegable ; lo cual no quita, tratándose del carácter, que puedan coexistir dos, tres y cuatro. Dicho sea « sin cortesía » ni « buen corazón para con mis lectores españoles », quienes no necesitan dedadas de miel, habituados como se hallan a las de hiel y tan a menudo. Estoicos son. Digo : somos.

Si proseguimos fijando hitos a través de dicho artículo, agregaré que no encuentro el sentido de la expresión que usa Madariaga, « Indoamérica, es decir la América prehispánica ». Antes de España, no había América ni Indias, sino Imperios y Reinos aborígenes. El vocablo « América », antepuesto o pospuesto a lo que sea, carece de vigencia anterior a la audacia de Vespucci : el de Indias proviene de un antejuicio europeo. Aunque las metáforas y tropos de toda especie me son gratos, rechazo éste por sus tremendas implicancias.

Y ahora, a los argumentos de bulto.

Yo sé que Madariaga es un liberal ciento por ciento, y, claro, antifranquista. Empero, su hispanismo le escuece al punto de que, por presentarnos a los criollos poco gratos, nos coloca ante estas dos espectaculares cuestiones : « ¿ Esperó acaso Rosas a que naciera Franco ? ¿ O Juan Vicente Gómez ? » Respondemos. No, no lo esperaron. Les bastó con haber visto crecer a Fernando VII, que es anterior a Rosas, a Gómez y a Franco, sin remontarnos a cualquier otro ejemplar de individualismo español. Más adelante, cuando don Salvador presenta a Emparán, el gobernador español de Caracas, como liberal, y a Bolívar, el libertador, como dictador, incurre en un sofisma que, como todos los de su especie, entretiene y hasta convence, a menos que uno entre en su arquitectura lógica o logicista, y sorprenda la intención vitanda. La historia « sabida » o no, escapa a las disyuntivas de los oradores y propagandistas. Acto de ininterrumpida y plural fluencia, no admite almas de un solo cariz, ni circunstancias de una sola medida. La conjugación de lo uno con lo otro es, seguramente, de las más próvidas fuentes problemáticas de la disciplina histórica. Para mí, Bolívar es el americano más americano que parió madre y que engendró padre, sin necesidad de rastrear los pecadillos de explicable y ambiental concuspicencia de dicho su padre, don Vicente, como exageradamente se aplicó don Salvador en otra ocasión. Con lo cual tendríamos paño que cortar por piezas, más que por varas.

Pero, sigamos. A mí no me « incomodan » los hechos de solidaridad con el español realizados por el mestizo. Yo mismo los tengo. Lo que señalo, sin « incomodarme », ya que la historia no la alteran nuestros pujos o repujos, es que ciertos grupos oligárquicos (a menudo de blancos, a menudo de mestizos, a veces de indios, alguna de negros y mulatos), la dan en confundir lo español con el abuso de autoridad, el desdén plutocrático y la beatería de boca, aunque el alma siga atea. Eso, sí, me parece digno de sorpresa, exhibición, y hasta rechazo.

Hay, más adelante, algo que conviene elucidar, pues no me complace la idea de quedar como intonso monago del añoso

sajonismo decimonónico : es lo concerniente a las diferencias entre las colonizaciones española, portuguesa y británica. Madariaga, para desacreditar mi dicho acerca de que esas tres maneras tienen nexos con ciertas reacciones actuales, afirma que, mientras los ingleses destruyeron a los indios, los españoles los respetaron y dignificaron. Debate algo ocioso, si reiterado. Con todo, conviene asentar algunos hechos. Es verdad que Inglaterra aniquiló al indio « nómade » de América del Norte ; pero es también cierto que frente al indostano « organizado », adoptó una actitud de astuta observación y respeto. A su turno, los españoles que convivieron con los restos de los imperios azteca y quechua, destruyeron implacablemente a los « nómades » taínos y combatieron duramente a los indomables y dispersos mapuches o araucanos. Los portugueses alternaron las feroces « entradas » con mañosas intervenciones en Asia. Lo cual podría indicar que los países conquistadores detienen su ímpetu destructivo cuando necesitan la mano de obra del sometido o cuando éste constituye una entidad organizada cuyo empleo resulta más provechoso que su aniquilamiento. No hay colonizadores que *sean* buenos o malos : los hay que *están* malos o buenos. La colonización, a la corta o a la larga, recibe el rechazo de quienes la padecen, por piadosa que parezca.

Otro reparo mío es sobre la desagradable e incompleta alusión al canibalismo de los indios. Vengamos a cuentas. Caníbales los ha habido en todas partes, incluyendo Europa. No es un elogio, ni un voto de confianza a la antropofagia. Simplemente un hecho. Me parece que es Harold Lamb quien refiere cómo, durante la Primera Cruzada, los sitiados de una de las ciudades de Asia Menor, europeos de origen y cristianos de misión, se vieron obligados al inicuo deporte de tragarse los unos a los otros. No eran salvajes, sin embargo. Estoy cierto de que en la crónica de Diego Cabeza de Vaca, sobre la Conquista del Río de la Plata se cuenta que, cierto día, toparon con un hombre blanco, barbado, desnudo, en el que reconocieron a un español. Este les contó su triste historia. Estaba vivo gracias a ser el último sobreviviente de una partida de españoles e indios, los cuales apremiados por el hambre, se devoraron los unos a los otros. El sobreviviente aquel terminó su relato diciendo que allí estaba « por no haber quien me comiera ».

Cuando se habla de todo lo anterior, conviene recordar el entusiasmo de Colón al describir a los indios de Guanhani, y la ira de Montaigne, procreador lejano (con Jean de Léry) de la teoría del « bon sauvage », pilar del romanticismo.

Estas observaciones que me atañen podrían ser suplementadas por otras harto concretas acerca del alcance de la (esa sí) teoría sobre « la universalidad » por la hispanización ; o acerca de la pretensión de que « lo indio » no existe, sino indios dispersos, de donde podrían inferirse curiosas consecuencias sobre « lo hispano » y « los hispanos », « lo europeo » y « los europeos », etcétera. Mas, de ello resultaría un alegato impropio aquí, por lo que, reiterando amistad, estimación y respeto al insigne Madariaga, debo terminar diciéndole, con toda cortesía, que dogmatizar siempre es peligroso y abusivo, y que sobre estas cosas de América hay mucho que ver y rever, y habemos muchos que nos llevamos la vida viéndolas y reviéndolas, pensándolas y repensándolas, sintiéndolas sin resentirnos, en el más puro, alto y entrañable afán de encontrarles el hilo que nos conduzca a la verdad sin prejuicios hispanicistas, indigenistas, africanistas o mesticistas ; que nos conduzca, pues, repito, a comprobaciones tanto más fecundas cuanto más exactas.

LUIS ALBERTO SANCHEZ

El problema dinámico del mestizaje mexicano

POR CARLOS A. ECHANOVE

DESDE que se empezó a pensar en México en el mestizaje como en la raza del futuro, o sea después de la independencia de España, surgió la teoría de que nuestra raza mestiza, destinada a absorber tanto a los blancos como a los indígenas, se iría emblanqueciendo paulatinamente, hasta que, al término de su evolución, se confundiría prácticamente con la raza blanca.

De esta teoría, que pronto adquirió falsos caracteres de axioma, fueron partidarios nuestros más destacados pensadores sociales del siglo XIX, y aun del presente siglo, tales como el doctor Mora, Francisco Pimentel, Riva Palacio, Sierra Méndez, Molina Enríquez, Emilio Rabasa, etc. Sin embargo, según todas las apariencias, dicha teoría es absolutamente errónea.

En efecto, ya el simple cálculo de probabilidades demuestra que nuestro mestizaje, que se alimenta de más de una tercera parte de la población total del país, representada por los indios, y de un escaso 15 % formado por los llamados blancos, tiene que ir aproximándose hacia el tipo nativo y alejándose, por consiguiente, del europeo.

El doctor Siegfried Askinasy, destacado científico europeo que vino a México por los treintas del presente siglo y que se dedicó a estudiar los problemas étnicos y económicos del país, dice en su libro *México Indígena* que, en contradicción con el parecer general de los mexicanos, « la tendencia demográfica dominante en México consiste en la acentuación de los caracteres indios de su población. » Basándose en los datos del censo de 1930 y hablando de la raza mestiza, que entonces se estimaba en un 55 % de la población, añade : « Suponiendo — exagerándolo sobremanera — que esos mestizos sean todos, « half and half », con un 50 % de sangre india y otro 50 % de europea, el grupo mestizo representa, desde el punto de vista demográfico, un elemento neutro porque en él las dos tendencias opuestas : hacia los caracteres antropológicos (y otros) europeos y hacia los indios, se *equilibran*, quedando como factores antagónicos, 2.482.908 blancos y 4.965.916 indios. El resultado de esta desproporción numérica es evidente : el elemento indígena debe, a la larga, dominar al elemento europeo ».

Pero el propio Askinasy se apoya también, para llegar a una conclusión sobre el interesantísimo problema del derrotero étnico de nuestro mestizaje, en algo más firme y contundente que el simple cálculo de probabilidades : en las pruebas serológicas, o sea la captación de los distintos tipos de sangre, los que, por modo indubitable, se vinculan respectivamente a las diferentes razas. Por lo que hace al centro de México, Askinasy realizó personalmente trabajos serológicos. Por lo que toca a Yucatán, antes que el mencionado investigador, los señores Shattuck, Moss, Kennedy y Williams habían verificado trabajos análogos. Con apoyo en todos los resultados obtenidos, tanto por él como por sus predecesores, el doctor Askinasy llega a la conclusión de que, desde el punto de vista serológico, la población mexicana está lejos de

haberse convertido en mestiza propiamente dicha. A su juicio, lo acertado sería sentar que « es la sangre india la que se impone a las ultramarinas determinando el carácter etnoantropológico de su población tomada en conjunto », pues se puede afirmar « que el tanto por ciento de la sangre india en la población total de México, menos el Distrito Federal, es superior al 81,25 % y que el tipo serológico medio de esta población se aproxima a la tercera generación mestiza de la escala de Lattes, que contiene una octava parte de sangre blanca y siete octavas partes de la indígena, representando, tomada en su totalidad, el tipo indio casi puro. »

De manera que, en resumen, no solamente nuestro mestizaje camina hacia su creciente indigenización, sino que, hoy por hoy, es ya, desde el punto de vista de sus características sanguíneas, un mestizaje que casi se confunde con el indio puro.

Ahora bien, ¿ está demostrada por hechos *visibles* esa creciente indianización de nuestro mestizaje ? A falta de estadísticas, que no las tenemos, hemos de contentarnos con las apreciaciones de algunos observadores. No puede ser de otro modo porque en los últimos censos de población se ha venido soslayando el punto de la clasificación racial, sustituyendo el criterio propiamente etnológico por el lingüístico, que es sólo cultural.

¿ Cómo se expresan, en defecto de la estadística, los simples observadores del aspecto dinámico del fenómeno racial ? Jorge Ferretis, por ejemplo, que ha estudiado inteligentemente el problema de la inmigración, escribe sobre el punto que nos ocupa : « Entre nosotros, nuestro mestizaje tiende por sí solo a obscurecerse, y si cerrásemos las compuertas de las sangres ultramarinas, ese mestizaje, bajo la acción del tiempo, de la geografía, de la climatología, etc., se esfumaría, como se pierde el color de la leche con muy poco extracto de café. Un espectador centenario podría observar *cómo, en el seno de las familias mestizas, aumentan con los años los brotes morenos* ».

Por su parte, Mr. Ernest Gruening, autor del libro *México and its Heritage*, dice en esta obra, publicada en 1928 : « Mi opinión, basada en la observación de varias regiones de México durante un período de algunos años, es la de que el porcentaje de blancos puros es mucho menor de lo que generalmente se cree. « Y refiriéndose más adelante al aspecto espiritual de la indigenización de México, afirma : « No es posible escapar en México a las diarias manifestaciones de una persistente cultura nativa. »

Esta última observación nos lleva a considerar la repercusión cultural del fenómeno racial a que me vengo refiriendo. Tal repercusión es, por cierto, lo que de trascendental puede tener dicho fenómeno, pues del hecho de que día tras día nos volvamos más « prietitos » o nos hagamos más « trompuditos » — según expresiones corrientes con las que acostumbramos caracterizar en el centro de México lo corporalmente indígena — no habrá de derivarse ningún problema social. En cambio, si por obra y gracia de nuestra indianización creciente nuestra cultura general se indigeniza también cada vez más, el problema que esto supone es en verdad para preocuparnos.

Pero ¿ es que en realidad se está indigenizando culturalmente México como consecuencia de su indigenización étnica ? Yo creo que sí, al menos por lo que hace a ciertos sectores. Sólo que éste es un fenómeno difícil de observar. Cuando en 1949 publiqué mi libro *Sociología Mexicana*, en el que hablé ya del problema, mi amigo y colega Alfonso Villa Rojas me rebatió en una nota crítica aparecida en la *Revista indigenista* que publica el Instituto Indigenista Interamericano. Decía Villa Rojas que era obvio que día tras día nuestros nativos estaban substituyendo sus técnicas y utensilios aborígenes con técnicas y utensilios « occidentales ». Por ejemplo, el *metate* o piedra de moler estaba siendo suplantado, a pasos vertiginosos, por el pequeño molino de hierro. Yo no niego estos hechos. Pero afirmo que hay sectores de nuestra cultura en los que la indigenización va en aumento, pese a que en otros sectores, los más externos generalmente, los más visibles, se comprueba una « occidentalización » creciente. Yo no me forjo ilusiones cuando veo, por ejemplo, a uno de nuestros choferes capitalinos conducir un ómnibus exactamente igual a otro de Nueva York o de La Habana. Yo observo el espíritu con que con-

duce el indígena, individuo por lo común tan peligroso para la integridad física tanto de los que van dentro del vehículo como de quienes transitan por la calle, caso diferente del que podemos comprobar en un chofer neoyordino o cubano.

Otro caso, esta vez absolutamente visible, es el de la deliberada ignorancia de los agentes de tránsito de la ciudad de México respecto de los peatones. Para el dirigente del peligroso tráfico capitalino el peatón sencillamente *no existe*. Tanto, que a menudo da la señal de « siga » a los vehículos cuando todavía los peatones —no importa que se trate de ancianos o de niños —, al simple amparo de la circulación de coches en el mismo sentido que ellos, están cruzando la calle. ¿ Quién osará negar este hecho y su significación, so pretexto, pongo por caso, de que nuestros agentes de la circulación usan los mismos pitos que en la vecina nación yanqui ?

Un último ejemplo : nuestra Constitución Política es muy semejante, por lo que hace a la organización teórica del poder ejecutivo, a la de los Estados Unidos de América. Sin embargo, para el centromexicano medio, el « Señor Presidente » reviste todo el aspecto mágico de un gran cacique precolombino ; y cuando dicho personaje pasa por la calle en su lujoso automóvil precedido y seguido por un gran ruido de motocicletas, ese centromexicano medio se descubre reverente, como se puede observar todos los días.

Todo ello, o sea el fenómeno espiritual, es lo que importa fundamentalmente. Y en lo espiritual, tengo la certeza de que muchos fenómenos de cepa indígena van en aumento. Es así como hace treinta o cuarenta años, los pilotos indigenoides de vehículos públicos ofrecían menos peligro, según múltiples testimonios ; y no tanto porque el tránsito fuera menos intenso sino porque estaban sometidos a un mayor control de las mentes « occidentalizadas » de la población, o sea de los elementos blancos, que hoy, como es evidente, están pasando a ocupar planos inferiores dentro de la propia población. El Dr. Manuel Gamio, experto indigenista que dirige desde hace varios años el Instituto Indigenista Interamericano, habla por su parte de una especie de renacimiento de las culturas de raíz nativa, debido precisamente a los movimientos indigenistas de la actualidad. Dice : « En América han transcurrido más de cuatro siglos de contacto entre la cultura autóctona y la extranjera, sin que ésta haya podido desalojar a aquélla, no obstante que los aborígenes sólo pudieron defender esa arraigada herencia de sus ancestros, oponiendo pasiva resistencia. « Y concluye : « Si eso sucedió en épocas pretéritas de esclavitud y servidumbre, *es natural que en estos, tiempos en que se están reivindicando los derechos todos de la población indígena, su cultura típica se desarrolle libre y vigorosamente* ». Por supuesto, este nuevo impulso a los elementos culturales nativos tiene que influir en la cultura general del país, por la razón de que en México no hay separación de razas, no hay discriminación étnica y, consiguientemente, todo cuanto acaece en el elemento indígena repercute en los elementos mestizo y blanco de la población.

El problema es digno de la mayor atención porque, en resumidas cuentas, el meollo de una cultura, como todo meollo, no es lo que luce por fuera, sino lo que actúa desde adentro. En materia social —no hay que olvidarlo — los factores más sutiles e inasibles son los que producen, precisamente, los efectos más trascendentales. Ahora bien, miembro de una comunidad universal de tipo preponderantemente « occidental », todo lo que signifique « desoccidentalización » redundará en perjuicio de México como nación. No afirmo que todos los patrones culturales indígenas sean inferiores a los de cepa europea, pues éstos son a menudo criticables. Señalo simplemente una discrepancia que, en el terreno práctico, perjudica a la Nación. Viendo, pues, las cosas desde un punto de vista pragmático, tenemos que de lo que se trata es de ser buenos ciudadanos de una comunidad cultural internacional cuyo tipo no nos fué dado escoger. Se nos dió ya hecho.

Naturalmente, esta conclusión es también válida para todas aquellas naciones hispanoamericanas que, como México, tienen « problema indígena », problema que, en sus líneas generales, es el mismo para todas ellas.

CARLOS A. ECHANOVE

La tiranía del determinismo científico *

POR PEDRO VICENTE AJA

De cierto modo se ventiló ya la afirmación de Dampier Whetmam acerca de que si no hubiera sido por Sócrates y Platón la ciencia hubiera alcanzado su actual estado de desarrollo hace dos mil años. Durante la Edad Media, con el imperio de la conciencia religiosa, la ciencia fué completamente desalojada por el misticismo y la credulidad. Sin embargo, la ciencia de Aristóteles se introdujo gradualmente en el sistema mismo de la cultura religiosa : esto por vía de los árabes, y sobre todo por la obra de un Tomás de Aquino, quien intentó conciliar las primeras corrientes aristotélicas con los dogmas religiosos. Seguramente, entonces, un nuevo interés cognoscitivo de la naturaleza estuvo asistido y hasta alentado por la propia religiosidad : se trataba de saber más sobre las obras de su creador — de la naturaleza — y claro que ese conocimiento se facilitaba porque el espíritu del hombre cristiano se había liberado de la demonolatría de las fuerzas naturales.

Mas al cabo el nuevo interés por la naturaleza cuajó en una actitud distinta. Ciertamente, cuando Galileo y Descartes descubren un nuevo tipo de ciencia, de razón humana, que permite con toda exactitud predecir los acontecimientos cósmicos, el hombre, embriagado de confianza en sí mismo, ensoberbecido en el poder de su razón, se desentiende progresivamente de la valoración y el peculiar destino que le fijó el cristianismo y vuelve de nuevo como en la antigüedad a vivir de sí propio, exclusivamente de sí mismo más que nunca en la historia. Fué entonces cuando el hombre buscó dentro de la naturaleza las fuentes de la vida y de la creación. Se sometió espiritualmente a su materialidad, pero quedando separado de su alma. Ese proceso constituye el contenido de la Edad Moderna, considerando todo este lapso histórico como un ensayo de eso que he llamado el *humanismo autárquico* (lo estudio en mi libro sobre el cristianismo en la crisis de occidente).

El humanismo que descubrió las fuerzas creadoras del hombre, no como ser espiritual sino natural. Su proceso describe la historia de una paradoja, pues para engrandecer al hombre, este humanismo le priva de su carácter concretísimo, del *ens creatum* y sobre todo, de la *imago Dei*. Los frutos de esa paradoja están ahí patentes : han conducido a la autonegación del propio humanismo y a la problemática más aguda que haya confrontado jamás el propio hombre. Pero esta línea de reflexión me llevaría demasiado lejos.

Recojo velas. Estoy tratando de rastrear el modo como han venido influyendo los planteamientos de las ciencias en el problema metafísico de la libertad moral. De

---

* Véase el artículo anterior del mismo autor, publicado en nuestro nº 16 con el título « Problemas entre ciencia y libertad moral ».

manera que interesa escrutar ahora esa nueva actitud y su despliegue — la renacentista — ante todo como asunción de la conciencia cognoscitiva, es decir como esfuerzo cognoscitivo del hombre del cual va a nacer la ciencia cuantitativa de la naturaleza y, desde el predominio de esta última forma del saber a partir del Renacimiento, *la cultura científica occidental*. Todo ello para comprobar un resultado del prevalecimiento de dichas ciencias y de su cristalización en cosmovisión : la tiranía del determinismo científico en la razón occidental durante la edad moderna. Lo de científico, preciso, porque no se trata esta vez, tal como sucedió con los atomistas griegos, de una extensión de afortunadas opiniones especulativas del mundo físico al mundo de la vida y el pensamiento, sino del presupuesto mismo de un sistema de conocimiento que ve en el determinismo absoluto un supuesto de trabajo y que lo respalda con toda la autoridad de verdad con que el saber científico se ha venido asistiendo.

De ahí surgen preguntas que se irán esclareciendo a medida que avancemos : ¿ En qué consiste esa tal tiranía del determinismo científico ?, ¿ de dónde su necesidad interna en la estructura del método científico ?, ¿ sobre qué soportes se apoya su apogeo ?, ¿ ha entrado en crisis ?

Desde Galileo hasta Carlos Marx hay un proceso ininterrumpido de racionalización de inmanentización, de mecanización de todas y cada una de las esferas del Universo. Desde el movimiento de los astros hasta la misma vida histórica del hombre. La desespiritualización del mundo ha sido total.

Un estudio completo requeriría reseñar este itinerario único en las culturas humanas. Fijar el papel de cada figura creadora, compulsar los primeros tanteos en la observación de la naturaleza, las primeras confirmaciones de una Ley natural estricta. Ante nuestra espectativa aparecería un Bacon, un Leonardo, un Copérnico, un Galileo, etc. Hasta que Isaac Newton establece las leyes del movimiento de los cuerpos sometidos a la acción de fuerzas y demuestra cómo introduciendo el sencillo concepto de la gravitación, los movimientos de los planetas se encontraban en armonía. La ciencia había logrado explicar aquello que tuvo intrigado al mundo durante muchas edades, y de acuerdo con esta explicación, todo obedecía a leyes exactas A partir de entonces, y como consecuencia de los triunfos de la mecánica de Newton y de lo bien probadas que quedaron sus leyes, verificadas éstas por los experimentos, se produjo una completa aceptación y extensión del determinismo absoluto del mundo físico.

El mundo descrito por la física clásica era, necesariamente, un mundo determinado. No había escape posible. Se podía predecir el movimiento de toda molécula basándose en la historia previa. Dice Arthur Compton : « la postulación de las Leyes de la mecánica, hecha por Newton, y de la electrodinamica, hecha por Maxwell y Lorentz, no deja lugar para que factores extrafísicos como los motivos o móviles desempeñen un papel determinante. Si no operan en la vida humana ningunos otros factores más que los que comprenden la electrodinámica (base de la mécanica moderna), nosotros no somos en verdad más que máquinas complicadas ». Pues bien, criterios científicos de semejante jaez han estado dominantes no sólo en las ciencias, sino en algunas direcciones filosóficas, y en general en la concepción del mundo vigente en los tiempos modernos.

Así, pues, un resultado evidente del prevalecimiento de la ciencia cuantitativa de la naturaleza y de su derivación en soporte de una concepción del mundo, ha sido un padecer la razón occidental de una especie de tiranía del determinismo científico durante toda la edad moderna. Ahora bien : ¿ de dónde la necesidad interna del determinismo en la estructura esencial del saber científico ? Porque, en rigor, el determinismo ha venido presentándosenos como una tendencia, o si se quiere como un presupuesto inevitable de las ciencias. Una indagación y recapitulación de los rasgos caracterizadores del sistema científico del conocimiento nos explicaría esa participación intrínseca y necesaria de la hipótesis determinista en el método científico. Pero ello no se aviene a la índole de esta

exposición. Me limitaré ahora a señalar tales rasgos. Helos seguidos : la actitud cognoscitiva de explicación y dominio de la naturaleza, la intelección racional como única vía de conocimiento, la objetividad de la razón, la inmanentización sostenida, el método empírico, la hipótesis mecanicista y determinista sobre la realidad. Y entro a considerar brevemente dos de esos rasgos : porque así se contribuye a esclarecer esa inevitabilidad del determinismo en las ciencias modernas. Ellos son : *a*) ese afán de explicación y dominio de la naturaleza que funciona como sostén espiritual de la actitud cognoscitiva del hombre a partir del Renacimiento : ya no es tanto salvarse lo que quiere el hombre, como ganarse el mundo dominándolo, y para ello requiere conocer sus leyes exactas, predecir sus movimientos, facilitar el control y gobierno de sus hechos ; *b*) la necesidad de una hipótesis metafísica sobre la estructura misma de la realidad que se requiere para facilitar la intelección racional a través del método empírico. Pues bien : esa hipótesis va a partir de una identificación rigurosa entre « el orden de la naturaleza » y el principio de causalidad, por donde se reduce todo movimiento a un puro mecanismo, base de la computación matemática, y se llega, racionalmente, a la predictibilidad de los hechos ; pues en ese orden existe una dependencia de cada fenómeno con respecto a todos los demás — de aquí el determinismo —, de tal suerte que mediante el conocimiento de todas las circunstancias dadas en una situación, pueden conocerse los hechos que han de derivarse necesariamente de ella.

Así pues, el determinismo aparece como una hipótesis, creencia o principio de trabajo — en ninguno de estos casos deja de enunciar una tesis metafísica sobre la constitución de la realidad — que sostiene la interdependencia universal de los fenómenos en un sistema cerrado. En tal sistema determinista, lógicamente no hay lugar para ningún elemento que implique contingencia o libertad. Toda imprevisibilidad ha de ser por fuerza excluída de la evolución de un universo determinista. De ahí que la razón científica represente el más poderoso intento de eliminación del tiempo concreto, de la irreversibilidad, de la cualidad, de la historia en la estructura misma de la realidad ; y ello, precisamente, con vistas a una explicación de la realidad satisfactoria para esa forma de la razón humana. Así el mundo surgido de la física clásica era necesariamente un mundo espacial, un mundo de cantidad, un mundo de movimientos matemáticamente computables, efectuados con regularidad mecánica.

Téngase en cuenta además el triunfo portentoso de las ciencias, el deslumbramiento por sus resultados prácticos, el culto al cientificismo, el hecho contemporáneo de la « fe en la ciencia » que tanto subraya Durkheim. ¿ Será preciso averiguar otras razones por las que la ciencia moderna sea elevada, de modo tácito o expreso, al plano del conocimiento absoluto y esencia, y por las que, desde luego, todos los presupuestos de su sistema, — la hipótesis determinista, por ejemplo, — adquieran una validez absoluta ? Podemos contentarnos, por lo pronto, con sólo registrar el hecho cultural más sobresaliente de la época que vivimos : me refiero a que se haya vinculado al sistema de las ciencias el criterio de la verdad. De modo que éste — el saber científico — ha venido a quedar como el tipo de conocimiento único capaz de garantizar auténtico saber. No cabe duda que vivimos en una época en que toda porción de verdad, y toda sabiduría, tiene que contar previamente con el visto bueno de la ciencia, caso de que se le vaya a creer.

Pero la tiranía del determinismo científico se ha hecho, por decirlo así, totalitaria, y por ello insostenible cuando llegó la hora de aplicar los principios de la ciencia moderna al hombre mismo y a la sociedad. La investigación sistemática dentro del método científico tenía que ampliarse de continuo a nuevos campos de objetos, hasta ceñir al hombre mismo, en demanda de un conocimiento predictivo y que facilitara un control de los procesos subjetivos y exteriores de la vida humana. De ahí la psicolcgía y las ciencias sociales. Y claro que las modernas ciencias sociales y psicológicas se inclinan a ser naturalistas y deterministas, porque la libertad verdadera del hombre será siempre un estorbo en cualquier sistema científico. Freud y Carlos Marx constituyen exponentes cimeros de

esa usurpación de la libertad concreta y del dato del espíritu en el hombre.

Esta tiranía del determinismo científico sobre la conciencia occidental la ha dividido y como enajenado. Creo que por aquí se pudiera hacer uno de los diagnósticos más certeros de la crisis de nuestro tiempo. Se trata de una conciencia —la del hombre occidental — que padece de una antinomia viva entre un credo religioso y político que afirma la libertad, responsabilidad y dignidad de la persona humana (credo que está en la raíz misma de esta cultura), y por otro lado la vigencia de una concepción del mundo apoyada en las ciencias naturales, que despersonaliza al hombre al encerrarlo dentro del encadenamiento de un universo mecanicista y determinista.

Manuel Kant y la afirmación de la persona moral

Manuel Kant, personifica uno de los grandes intentos del filosofar técnico por superar en el terreno de la ética la corriente determinista dominante en la conciencia moderna, sostenida desde el imponente aparato de la ciencia matemático-natural y de la filosofía vinculada a ella. Su fundar la posibilidad de la persona moral se encuentra en el tratamiento — que ya veremos — de la antinomia causal. Y esto pese a que el ensayo de solución kantiana, consistente en la armonización de los puntos de vista del racionalismo y del empirismo, representa, como bien se sabe, una reposibilitación efectiva de una ciencia experimental que la crítica hecha por Hume del principio de causalidad —piedra angular del determinismo de la ciencia — había logrado llevar a un entredicho peligroso.

Así, pues, el filósofo de Koenigsberg formula su síntesis conciliadora al recoger y armonizar los criterios antagonistas de la época. Tales son dos, a saber : el racionalista y el empirista. El primero, de emplazamiento continental, remata en Leibniz y Wolff. Consiste en sostener que el mundo del espíritu alcanza una autonomía plena, que tiene sus propias leyes ; y en postular, enseguida, que existe una perfecta coherencia entre las leyes que rigen el mundo de la naturaleza y las que rigen el orbe de la razón. El otro criterio, de tradición insular, niega de entrada la posibilidad de una autonomía del espíritu. Para el empirismo todo conocimiento se funda sólo en la experiencia y, como el espíritu carece de leyes propias, no sólo resulta imposible un conocimiento puramente racional, sino que luce improbable una determinación — de la voluntad — que proceda exclusivamente del espíritu. Ni autonomía de la conciencia teórica, ni afirmación de la conciencia moral.

Kant erige su gigantesca empresa filósófica sobre la base de un reconocer la existencia de principios a priori y, por lo tanto, cierta independencia de la conciencia teórica. ¿ Cuáles son estos principios ?. Pues el espacio, el tiempo, las categorías (precisamente una de ellas es la de la causalidad). Esta es la parte que el sujeto cognoscente pone, mas ¿ cuál es la porción que hay que aceptar del empirismo ? Pues que esos principios a priori no son válidos si no se aplican a la experiencia. Más aún : tales principios existen porque hay un mundo sensible para el cual están destinados, o lo que es lo mismo : el hombre no puede conocer si no hay un mundo espacio-temporal al cual se aplican esas categorías.

Bien, hasta ahí, la forma en que concibe Kant la autonomía de la conciencia teórica. Pero, ¿ y el mundo de la libertad moral, cómo queda ? Para el filósofo de Kœnigsberg, este mundo no se afecta, y ello porque los ingredientes constitutivos de la persona moral, tales como la fe, la libertad, la inmortalidad, no son cosas, ni ideas de las cosas, sino entidades metafísicas, a las que, desde luego, no es posible derivar del mundo de la experiencia. En un orden lógico, los principios que posibilitan lo que Kant llama la persona moral, no tienen que confrontarse con el mundo real para adquirir validez. No están causalmente determinados.

Abundo. De la *Fundamentación de la Metafísica de las costumbres*, traducción de Manuel García Morente, entresaco, textualmente, las siguientes frases del filósofo prusiano · « Voluntad es una especie

de causalidad de los seres vivos en cuanto que son racionales, por la cual puede ser eficiente, independientemente de causas extrañas que la determinen ; así como necesidad natural es la propiedad de la causalidad de todos los seres irracionales de ser determinados a la actividad por el influjo de causas extrañas ». Está claro. Kant admite dos tipos de causalidad, aquella que surge por libertad, y la otra, la causalidad necesaria, o causalidad en sentido físico. Como se ve, la mejor orientación de la tesis kantiana radica en la afirmación de que la existencia del libre albedrío no es incompatible con el causalismo rígido o legalidad de la naturaleza, esto es : no es necesario establecer excepciones al principio de la causalidad. Nótese que la libertad moral queda entendida como una forma específica de determinación oriunda de la voluntad misma, y cuyo primer momento es sólo causa, no efecto de otra causa. La causalidad de la naturaleza, por el contrario, es una cadena compuesta por un número indefinido de eslabones, cada uno de los cuales desempeña, al propio tiempo, el doble papel de efecto de una causa y causa de otro efecto. Consecuentemente, la actitud de quienes declaran imposible la libertad explícase fácilmente cuando se reflexiona en que, al hacerlo, consideran al hombre exclusivamente como fenómeno, y no como existente en sí y por sí.

Una vez fundamentada la existencia de dos tipos de causalidad — por libertad y por necesidad — se plantea la antinomia de las mismas.

Pero si se conjugan estas dos formas de determinación se salva la antinomia. Pues bien, para el filósofo de *La Paz Perpetua*, esa inflexible legalidad que no deja un hueco a la libertad de la voluntad es mera apariencia : la libertad del querer quedará establecida si logramos descubrir, en el orden fenoménico, un punto en el cual la legalidad de la persona moral pueda introducirse, provocando una nueva serie de manifestaciones concatenadas causalmente.

Independientemente de la construcción metafísica que le sirve de fondo, aunque se considere que el yo kantiano, ese ser existente en sí por sí, no pasa de ser un ente lógico, hijo, desde luego, del logicismo celosamente deshumanizado del racionalismo postrrenacentista, el planteamiento del problema de la libertad en la filosofía kantiana coloca la cuestión en su mejor forma de enfoque. Esto lo vió con claridad y se lo aplaudió Hartman, su agudo crítico de muchos años después. Con Kant, efectivamente, la filosofía hacía un esfuerzo supremo por reposibilitar racionalmente a la persona moral. En el terreno de la ética la posición kantiana se mantuvo incólume, hasta los recientes análisis de la axiología, que de cierto modo constituyen más bien un perfeccionamiento. Ni el cientificismo avanzante, ni el positivismo, ni el materialismo, ni el mecanicismo podían en rigor hacer mella en planteamiento semejante. Pero la conciencia del hombre era ya una conciencia escindida, y la libertad en Occidente, desde todos los planos, entraba cada vez más en crisis.

PEDRO VICENTE AJA

Dos momentos críticos en la Argentina

POR CARLOS P. CARRANZA

El movimiento triunfante en septiembre último, denominado « Revolución Libertadora », ha pasado por dos momentos críticos : uno, el 13 de noviembre de 1955 ; otro, la noche del 9 al 10 de junio último. Se jugó, en el primero, el rumbo de la revolución ; se ha jugado, en el otro, la existencia misma de ésta. Fué aquél totalmente incruento y de orden puramente interno ; ha sido el otro excepcionalmente sangriento y ha trascendido a la vía pública. No obstante, fué mucho más peligroso el primero para el porvenir de la nación argentina. En noviembre, dieron la batalla las fuerzas más reaccionarias que desde el mismo 23 de septiembre ocupaban posiciones claves en el gobierno y aspiraban a imponer su dominio total. En junio, han agredido a la revolución sus enemigos de fuera, en un desesperado intento para abatirla y restaurar la infame tiranía de los doce años nefastos.

La crisis de noviembre fué consecuencia de un grave equívoco y de un completo error. Todo giró alrededor de los intereses de la Iglesia Católica, no de los espirituales y legítimos, que en ningún momento ha tratado de lesionar la revolución, sino de los temporales y discutibles. Conjugados con ellos, actuaron en la lid las tendencias ultrarreaccionarias del nacionalismo criollo y hasta las ilusiones de supervivencia por parte de los corifeos menos comprometidos de la tiranía recién depuesta. En conjura siniestra y amenazadora, estuvieron a punto de imponer una reacción como no ha sufrido la nación argentina fuera de los períodos de Rosas y de Perón.

El gran equívoco estuvo en la diversidad de los objetivos que asignaba a la revolución cada uno de los heteróclitos elementos que contribuyeron a su triunfo. De ahí la confusión de las primeras semanas, origen de actos incomprensibles, muchas veces contradictorios, que desconcertaban y desanimaban incluso a los simpatizantes más sinceros y entusiastas de la nueva situación. La mayor equivocación correspondió a la jerarquía eclesiástica y a sus seguidores más fanáticos. Una y otros contemplaron los acontecimientos con inconcebible miopía. Llegaron a imaginar que habían sido las únicas víctimas de la tiranía ; que la revolución se había hecho en su exclusivo beneficio y que el nuevo gobierno estaba obligado a implantar todas las medidas con que sueña el integrismo clerical. Algo así como la entrega del Estado que ha perpetrado en España la dictadura franquista. Pero la realidad era muy distinta. En el largo y penoso proceso de los doce años de dictadura, la jerarquía eclesiástica y buena parte de la masa católica fueron inequívocamente adictas a la tiranía. No puede olvidarse que, en el momento decisivo, cuando se jugó el destino de la República en las elecciones presidenciales de febrero de 1946, la prensa católica, los púlpitos y hasta las pastorales de los obispos

cooperaron, sin reservas, al triunfo de Perón.

Esa actitud aparecía demostrada recientemente, en la exposición de panfletos instalada con el patronato oficial, en el edificio de la Secretaría de Prensa de la Presidencia, Avenida de Mayo, 760. En uno de los documentos expuestos, las incontables personas que por allí desfilaron leían, no sin estupefacción, las orientaciones del cardenal primado, Monseñor Copello, a otro prelado, Monseñor Solari, para ser comunicadas al clero argentino. Con fecha 18 de Octubre de 1945, decía esto :

« *Con la nivelación económica propiciada por el coronel Perón se llegará a extirpar la vida blanda y escandalosa de la élite argentina, llamada oligarquía por el auténtico pueblo reunido hoy en esta Plaza de Mayo. Así se retemplarán las energías y de nuevo el clero recobrará su influencia muy amenazada. El coronel Perón nos garantiza el florecimiento de la Iglesia y la purificación de las costumbres por el sufrimiento que redime. Démosle todo nuestro apoyo espiritual en las próximas elecciones.* »

El mismo apoyo se manifestó en los actos oficiales y hasta en las manifestaciones públicas del peronismo. Para que no se olvide, estos días han aparecido, en las paredes de las calles céntricas de Buenos Aires, unas reproducciones de cierta fotografía inserta en el Nº 150, página 5, de la revista « C. A. B. N. A. » (Club Atlético Banco Nación Argentina). En la fotografía se destaca un busto del tirano, rodeado de varias personas a cuyo frente figura el obispo Monseñor Tato. Se refiere a un acto celebrado el 1 de noviembre de 1953 por la Agrupación « 17 de Octubre », del personal de dicho Banco, y al pie de la fotografía se lee : « *Momentos en que el Obispo Dr. Tato procede a la bendición del busto del Conductor de la Nueva Argentina* ».

Por añadidura, la jerarquía eclesiástica no tuvo una palabra de protesta ni de advertencia contra las persecuciones, los atropellos, los asaltos de Centros, los allanamientos de domicilios, el incendio de bibliotecas, las torturas y los asesinatos que, en progresión acelerada, iba perpetrando la tiranía. Hasta que, por iniciativa del propio dictador, se produjo la ruptura en 1954, la jerarquía ensalzó, bendijo, ignoró las fechorías y aceptó complacida el trato de favor y las sustanciosas concesiones que le prodigó el tirano.

La situación se invirtió en 1954. Ante la sospecha de que el clero estaba patrocinando la creación de un partido político ajeno al oficialismo, el dictador reaccionó con la violencia y el espíritu vengativo que le caracterizaban. No sólo anuló, entonces, las ventajas que había concedido a la Iglesia, sino que la hizo objeto de una persecución tan imprudente como injusta, que lanzó la masa católica a la oposición. Así, el dictador prestó a la Iglesia el inestimable servicio de empujarla hacia las avanzadas de la lucha contra la tiranía. Y unos meses de persecución fueron suficientes para borrar una colaboración de once años. Tan completa fué la absolución, que en septiembre, al triunfar la revolución con el concurso indiscutiblemente poderoso y eficaz de las fuerzas católicas, a nadie se le ocurrió recordar el pasado, sino que se aceptó del mejor grado la participación activa de los católicos en el gobierno, en los organismos oficiales y en todas las actividades públicas.

El peor error de la jerarquía eclesiástica

En ese momento es cuando la jerarquía eclesiástica cometió su peor error. Insatisfecha de la participación que tenía en el gobierno e impaciente por el logro de todas sus reivindicaciones, puso en movimiento la maniobra que tenía preparada. Clave de la operación fué la persona del presidente provisional, general Lonardi. Hombre recto, sincero, de limpios antecedentes y bien intencionado, estaba sometido a una fuerte influencia clerical, ejercida a través de su propia familia. Sin visión ni sentido de la situación, sin dotes para las arduas tareas de la función pública, sin energía ni carácter para resistir presiones inadmisibles, se dejó convertir en instrumento de la audaz maniobra e inició una serie de actos alarmantes, como el despido del ministro del Interior, doctor Busso.

Cooperaban en la maniobra las fuerzas católicas de signo más reaccionario, los elementos nacionalistas que se habían ale-

jado de la dictadura en la última hora, el sector del ejército incapaz de desprenderse del viejo espíritu militarista y hasta los supervivientes del peronismo, especialmente los sindicales, a quienes se había procurado no quebrantar con el fin de tenerlos prestos para el momento oportuno. Frente a ese conglomerado, estuvieron la marina y la aviación, los jefes del ejército de espíritu democrático, la oficialidad joven, importantes elementos sindicales independientes y todos los partidos políticos, incluso el demócrata cristiano, sin otra excepción que la Unión Federal o fracción clerical del catolicismo.

Hubo un dramático enfrentamiento el 13 de noviembre. La Junta Consultiva, constituída por felicísima iniciativa del ministro Busso con veinte representantes de todos los partidos, a fin de asesorar al gobierno y hacerle conocer la opinión y los anhelos de la ciudadanía, presentó la renuncia en pleno, con excepción de los dos representantes de la Unión Federal. Un importante sector de las fuerzas armadas, con la oficialidad joven a la cabeza, intervino enérgica y decisivamente, y el general Lonardi fué desalojado, para ser sustituído por el general Aramburu.

Frustrada por completo la maniobra, salieron del gobierno y de los altos cargos los elementos clericales, los nacionalistas y los neoperonistas. Volvió el doctor Busso al ministerio del Interior y los representantes de los partidos a la Junta Consultiva, a excepción de los dos delegados de la Unión Federal, quienes fueron sustituídos por dos católicos independientes. De esa manera, la revolución libertadora quedó encauzada por las vías que debió emprender desde el primer día; pero se concitó la implacable hostilidad de los elementos desalojados, en particular de la jerarquía eclesiástica y de los católicos más reaccionarios.

Los dirigentes de esa tendencia se han manifestado desengañados, defraudados, resentidos, cual si se les hubiese arrebatado un fruto legítimamente conquistado. Cegados por una violenta e irreflexiva pasión, han venido combatiendo al gobierno, especialmente al presidente Aramburu y al vicepresidente Rojas, sin desdeñar las peores armas. Pese a que son dos católicos practicantes que han prodigado las muestras de atención y respeto a la Iglesia y en cuyo haber no puede señalarse el menor acto lesivo para los intereses legítimos de ésta, se les ha hecho objeto de las más injustas y reprobables campañas. Los púlpitos han vuelto a convertirse en tribunas políticas de combate enconado contra el gobierno. Se ha movilizado al sector minoritario de la clase estudianttil, que sigue las orientaciones del clero. Se han promovido ruidosas y espectaculares campañas sobre problemas injustificados.

Por fortuna, tan temeraria acción no ha repercutido en el cuerpo general de la nación ni ha sido secundada por toda la grey católica. El mismo Vaticano la ha desautorizado tácitamente. Cuando el cardenal primado, Monseñor Copello, uno de los jerarcas eclesiásticos más comprometidos por sus colusiones de todo género con el peronismo, estuvo hace unos meses en Roma, fué objeto de significativos desaires que no dejaron de impresionar a la opinión argentina. Y mientras realizaba el viaje de regreso, se le privó de sus funciones mediante el nombramiento de un encargado apostólico para la archidiócesis de la capital federal. Para sustituirlo, la Santa Sede designó al arzobispo de Córdoba, monseñor Lafitte, varón prudente y mesurado, sin ningún espíritu belicoso y con inequívocos anhelos de paz y concordia, aunque todos los indicios denotan que no está siendo debidamente secundado por el resto de la jerarquía.

Ha ocurrido así que del 13 de noviembre de 1955 al 9 de junio último, la oposición más ruidosa y manifiesta contra la revolución libertadora ha sido la del sector clerical del catolicismo. Pero no era la más fuerte ni la más temible. El mayor peligro provenía de ciertos elementos del ejército y del posible apoyo que éstos encontraron en las amplias zonas del proletariado todavía imbuídas de la mística peronista.

Las fuerzas armadas habían rescatado en septiembre gran parte de la pesada responsabilidad que les cabía en los desastres sufridos por la nación argentina desde 1930. No existía, sin embargo, en ellas unidad de objetivos ni tampoco cohesión. La marina, factor decisivo del triunfo

de la revolución, se ha mantenido compacta y unánime en el apoyo al gobierno. Con insignificantes excepciones, puede afirmarse otro tanto de la aviación. El enigma estaba en el ejército. Desalojados y aun expulsados los jefes más comprometidos con la tiranía, no por ello se logró la armonía en la familia militar. El viejo espíritu nacionalista y reaccionario seguía inspirando a no pocos generales y a bastantes coroneles. Otro sector, más pasivo, encerrado en el estricto cumplimiento de la función militar, pudo servir a la dictadura y sigue ahora sirviendo a la revolución. Un tercer sector, el de la oficialidad joven, pertenece a la nueva generación y constituye la clase media del ejército. Le anima una ardiente fe democrática. Hasta los menos jóvenes, quienes en los comienzos de su vida castrense hubieron de sufrir un principio de contaminación nacionalista y reaccionaria, entonces inevitable, se curaron durante la dictadura de tan feas inclinaciones.

Tal diversidad de espíritu e ideología ha sido causa de no poca confusión, de iniciativas y actos inadmisibles por parte de algunos jefes de unidades, de pequeños conflictos de jurisdicción, todo ello con visible quebranto para la disciplina. Sobre todo, se creó un difícil y agudo problema para el gobierno. Los elementos de alta graduación, los menos seguros, asumen funciones de mando que requieren la estricta obediencia de los demás. Pero los oficiales jóvenes, los más firmes sostenes de la revolución, a causa de su justificado recelo y desconfianza hacia aquéllos, han venido manifestando un estado de espíritu nada propicio para la debida disciplina, traducido a veces en actos francamente reñidos con ella. El peligroso dilema comenzó a tener un principio de solución últimamente con el relevo de algunos altos mandos, relevos providencialmente oportunos, que fueron acogidos con justificada satisfacción, no sólo por la oficialidad, sino también por la gran mayoría del país. Resultado de todo ello ha sido el clima de incertidumbre y temor que se advertía en el país hasta el 9 de junio.

La clase obrera organizada, principal sustentáculo de la tiranía, estuvo sometida a un trabajo de halago y captación por parte de los elementos que preparaban el golpe del 13 de noviembre. Bajo la equívoca consigna de que no debía haber vencedores ni vencidos, lo que en el fondo significaba la perpetuación del peronismo sin Perón, se estuvo dificultando y aun impidiendo desde las mismas esferas oficiales la recuperación de los sindicatos por sus elementos más sanos e independientes. Se mantuvo, por el contrario, en los puestos directivos a individuos inequívocamente enemigos de la revolución, ansiosos de desquite, quienes no dejaron de aprovechar tan inconcebibles concesiones para promover constantes conflictos y mantener un estado de alarma e inquietud permanentes. Afortunadamente, la fulminante y enérgica intervención de la oficialidad joven, el 13 de noviembre, no dió tiempo para una movilización de los sindicatos en apoyo de la maniobra nacionalista, clerical y reaccionaria.

Desde entonces, la situación cambió radicalmente. Se intervino, oficialmente, a la Confederación General del Trabajo y a los sindicatos. Desalojados así todos los dirigentes secuaces de la tiranía, los esporádicos intentos de paro cayeron en el vacío y terminaron por desaparecer. Privados del manejo de las organizaciones y sin apoyo gubernativo ni policíaco para descarriar a la masa obrera, los servidores de la dictadura no han podido realizar otra obra que la criminal de los sabotajes. Pero los sindicatos dejaron de ser instrumento activo y eficaz para los enemigos de la revolución.

Los partidos políticos han constituído el factor social más favorable y adicto a la revolución. Disuelto y desaparecido el peronista, de los subsistentes están en la oposición tan sólo la Unión Federal, vencida y desalojada el 13 de noviembre, y el comunista, de reducido volumen y escasa influencia. Todos los demás se encuentran representados en la Junta Consultiva, desde la que asesoran y apoyan al gobierno en la obra de restaurar la normalidad constitucional.

Tal era el panorama general del país cuando estalló la sedición del 9 de junio. No sorprendió a nadie. Salvo la fecha y la hora de su iniciación, sus lineamientos generales eran conocidos por el gobierno. Estaba, por ello, bien preparado para en-

frentarla, y no obstante encontrarse ausentes de la capital el presidente de la República y los ministros de Ejército y Marina, el aparato represivo fué inmediatamente puesto en acción por el vicepresidente Rojas, quien dió nuevas pruebas de su excepcional capacidad para el mando al dirigir las operaciones con insuperable acierto y serena energía. En cuestión de horas, la insurrección fué completamente aplastada.

Tan rápido fué el restablecimiento de la normalidad, que la mayor parte de los habitantes de Buenos Aires nos enteramos de lo sucedido cuando todo había terminado. Aquella noche, los espectáculos públicos se desarrollaron con absoluta tranquilidad. En los cafés y lugares de esparcimiento, nadie sospechaba, pasada ya la media noche, que se estuviesen librando sangrientos encuentros en algunos cuarteles de la periferia y en varias localidades próximas. Cuando, en la mañana del domingo, el ciudadano común conectó su aparato de radio para conocer las primeras noticias del día, escuchó la voz mesurada y tranquila del vicepresidente Rojas, quien daba detallada cuenta de los sucesos y de su terminación.

Como saldo, la sedición ha dejado considerablemente fortalecido al gobierno, pues le ha despejado las dos incógnitas que más le inquietaban y que mayor obstáculo venían constituyendo para la restauración de la normalidad constitucional.

La incógnita de la actitud del Ejército

Primera y principal incógnita era la actitud del ejército. Existía una notoria desconfianza respecto a ciertos altos mandos. Se sabía también que los subalternos, la clase proletaria del ejército, seguían siendo, en buena parte, adictos al tirano depuesto. No será necesario consignar que los retirados, los destituídos y los expulsados del ejército alimentaban el más impaciente anhelo de recuperar las prebendas y los grados perdidos. ¿Lograrían, entre todos ellos, sublevar unidades enteras y arrastrar hacia la rebelión a un sector importante del ejército? Tal era el inquietante enigma. La prueba del día 9 no pudo ser más favorable para la revolución libertadora. De todos los jefes y oficiales en activo no hubo más que una sola defección, la que fué causa de que los insurgentes consiguieran apoderarse de un cuartel de La Plata y sostenerse en él durante varias horas. De los subalternos, apenas si llegaron al centenar los que se sumaron a la rebelión o han aparecido comprometidos. Ninguna unidad respondió a los conjurados. Y así pudo darse el curioso caso de que la marina, el sostén más firme y seguro del gobierno, no tuviese necesidad de intervenir, y que, en cambio, el ejército, la fuerza que parecía más dudosa, realizara con el apoyo de la aviación una enérgica y decisiva acción represora.

Segunda incógnita era la conducta de los sindicatos obreros. En ellos cifraban sus mayores esperanzas los dirigentes de la insurrección. El mismo tirano depuesto, por carta del 27 de mayo dirigida desde Panamá a una personalidad paraguaya, cuyo texto conoce el gobierno argentino, le anunciaba la inminencia del acontecimiento, le suministraba detalles de la conjuración e insistía en que, por más que se utilizaran los elementos militares posibles, se desconfiara de ellos y se les redujera a la impotencia en cuanto estuviese asegurada la victoria, pues había que apoyarse exclusivamente sobre los elementos civiles. En su megalómana ilusión, el exdictador había llegado a imaginar que bastaría el comienzo de la sublevación armada para que las masas obreras y buena parte de la población civil se lanzasen a la calle en apoyo de la intentona. Resultó, en efecto, que la fracción más importante de la insurrección estuvo integrada por civiles; mas entre ellos no figuraron sino los elementos de choque de la fenecida Alianza Libertadora Nacionalista, de corte típicamente nazifascista, algunas células comunistas y maleantes a sueldo, atraídos por el cebo del botín que les prometieron. El elemento trabajador estuvo totalmente ausente y ningún sindicato reveló el menor indicio de apoyo a la rebelión.

En tales condiciones, sin el concurso de ninguna unidad militar ni de ninguna organización obrera, la intentona estaba irremisiblemente condenada al más completo fracaso. Era superlativamente descabe-

llada, y así resultó tan fácil su fulminante represión y el inmediato restablecimiento de la plena normalidad.

Con vistas al futuro inmediato, la situación se presenta ahora más propicia que nunca para la obra del gobierno. No sólo han desaparecido del campo de sus preocupaciones más graves y urgentes el problema militar y el sindical, sino que también ha perdido toda su virulencia y hasta ofrece síntomas de apagamiento el clerical. Convencidos de que el gobierno está firmemente enraizado en el país e impresionados por el peligro que, con sus insensatas campañas, han estado contribuyendo a crear, los dirigentes del sector clerical se sienten desanimados y hasta un tanto arrepentidos. Todo parece denotar que no reproducirán su acción perturbadora, por lo menos con la violencia e irresponsabilidad de los pasados meses.

Quedan así, muy destacados en primer término, el problema político y el económico. Se cifra el primero en la elaboración de las condiciones indispensables para que la nación se pueda pronunciar democráticamente y elegir los órganos ejecutivo y legislativo de la República. Es unánime la opinión de que debe procederse a una reforma constitucional. Sin otra excepción que una de las tres fracciones en que está dividido el partido radical, existe también unanimidad sobre la conveniencia de que la reforma sea previa a la elección de las autoridades definitivas, por lo que todo parece indicar que se procederá así, mediante la convocatoria de elecciones para convencionales, probablemente hacia fines del año 1957. La reforma tendrá por principal finalidad restringir un tanto las excesivas facultades que las anteriores cartas confieren al poder ejecutivo, modificar el procedimiento de elección presidencial con objeto de equilibrar mejor que hasta el presente la influencia de todas las provincias, reforzar el sentido federalista de la organización general y acrecentar la autonomía de las municipalidades.

Sin prisa y sin pausa parece ser la norma que se ha impuesto el gobierno con el general consenso de la nación. Por más que no falten los impacientes que demandan la más pronta convocatoria de comicios generales, la inmensa mayoría es contraria a cualquier precipitación que podría resultar catastrófica, porque existe la convicción, más arraigada cada día, de que ningún otro gobierno podría haber resistido con buen éxito la formidable presión de tantos factores adversos. Asimismo parece evidente que cualquier gobierno de partido, con sus ineludibles compromisos de clientela y sus corruptelas todavía no extirpadas en las costumbres públicas argentinas, carecería de la independencia, la movilidad y la libertad indispensables para la política de índole nacional y no partidista que requieren las actuales difíciles circunstancias.

Por lo que atañe al problema económico, sin duda el más grave y trascendental, no debe olvidarse que la nación argentina ha salido de los doce años de dictadura con la economía destrozada. El suicida despilfarro de sus reservas, producto de un siglo de trabajo y progreso, ha originado una peligrosísima descapitalización. La inflación permanente, practicada con ligereza e inconsciencia aterradoras, ha destruído el ahorro, aniquilado la confianza y hundido la moneda. La demagógica captación de la clase obrera mediante concesiones en su mayor parte ficticias ha introducido la desmoralización en el campo del trabajo. La espantosa hipertrofia de la burocracia ha creado una paralizadora rémora para las actividades productoras y una carga insoportable para la hacienda pública. El déficit crónico de los presupuestos impide o coarta toda acción restauradora.

He ahí los graves y urgentes problemas de la presente hora argentina que el gobierno está enfrentando con ánimo decidido y prudente acción, inspirado en normas de incremento de la productividad, limitación en los beneficios, austeridad en los gastos públicos y privados, disminución gradual de la inflación, reorganización de los transportes, mejora del suministro eléctrico, fomento de las importaciones de materias primas y otras medidas igualmente atinadas. Si además se tiene en cuenta que las posibilidades de la economía argentina siguen siendo muy grandes, habrá razón para confiar en una recuperación segura de esta nación.

CARLOS P. CARRANZA

La vida del artista en París

POR HENRI PERRUCHOT

NADIE ignora las enormes dificultades que ciertos grandes artistas, cuyas obras valen hoy millones de francos, tuvieron que vencer para poder vivir de su arte. Los penosos comienzos de un Monet, de un Renoir o de un Pissarro, la dura y larga batalla que riñeron para imponerse son del dominio público. Y aludimos a artistas que triunfaron ; pero ¡ cuántos otros murieron sin haber visto realizados sus sueños !... Sólo conocemos los nombres de los vencedores ; los vencidos son innumerables. Unos abandonaron el combate ; otros pagaron su perseverancia con una atroz miseria que les acompañó toda su vida.

¿ Han cambiado las cosas en 1956 ? ¿ Es hoy más fácil o más arduo para un artista alcanzar el codiciado triunfo ? Mientras la venta de sus obras no basta para cubrir sus necesidades materiales ¿ cómo se las arregla para atender a su subsistencia, para alojarse y para comprar los materiales que necesita ?. ¿ Asistimos actualmente a una evolución en el modo de vivir del artista ?... He aquí las preguntas a que nuestro trabajo procura responder.

Ni que decir tiene que lo que ha solicitado de manera exclusiva nuestra atención es precisamente el artista que no vende o que apenas vende, el principiante ; pero también el artista más entrado en años que por una razón o por otra no obtiene de sus obras sino un ingreso fortuito, escaso o nulo. Nos guardamos mucho de sacar argumentos de ninguna clase de esta exposición. Ni juzgamos el talento ni las tendencias estéticas. No aspiramos sino a analizar imparcial y objetivamente un fenómeno social.

Calcúlase que hay en París, en la hora actual, alrededor de treinta mil artistas, (« tantos como rameras », me decía con risilla sardónica un pintor joven). Número en verdad muy superior al de hace una cincuentena de años. En cambio, parece que más bien se acusa ahora una tendencia a la disminución.

De este total, un millar poco más o menos son profesionales ; pero adviértase que esta noción de profesionalidad ha sido siempre bastante especiosa. En su tiempo, Van Gogh, que no vendía, no sería considerado como profesional, y el propio Cézanne apenas podría serlo antes de la famosa exposición en casa de Vallard en 1895, es decir antes de sus cincuenta y seis años.

Si se para la atención en el hecho de que existen hoy en París unas 200 galerías de arte que organizan cada año de 15 á 20 exposiciones cada una, como término medio, puede deducirse que de 3.000 á 4.000 artistas tienen anualmente sendas exposiciones particulares. Se calcula, en general, en 15.000 el número de artistas que exponen sus obras en París anualmente, ora solos, ora formando parte de un grupo.

Los pintores constituyen la gran mayoría entre el conjunto de los artistas. Cada vez

hay menos escultores. Cuéntanse aquí en lo presente unos dos mil. Hagamos notar de pasada que en la Escuela de Bellas Artes es donde el número de escultores es proporcionalmente más elevado : representan la tercera parte de los alumnos que trabajan en los talleres de la Escuela (130 escultores, 260 pintores y grabadores). Hecho significativo, sin embargo : su número ha disminuído en un 60 por ciento en el espacio de veinte años.

La atracción que París ejerce sobre los artistas extranjeros no ha decrecido, sino al contrario. « No hay más que París. Los franceses no tienen verdaderamente idea de la importancia de París desde el punto de vista artístico », me decía un pintor israelita. Entre los artistas que exponen en París, hay que contar por lo menos un 50 por ciento de extranjeros, Acaso un 60 o un 65. Pero muchos de ellos no viven en París. Vienen tan sólo para tratar de obtener el espaldarazo de la fama mediante una exposición. Los extranjeros que fijan su residencia, definitiva o temporalmente, por un plazo más o menos largo, representan entre el 15 y el 20 por ciento del censo de artistas. Proceden de casi todos los países. A falta de estadísticas, nuestros datos son tan sólo aproximados. Se registran en el censo alrededor de 400 americanos en números redondos, 100 españoles (en su mayor parte republicanos emigrados), 80 japoneses, 50 belgas, 30 israelitas, etc. Los apátridas, llegados de Hungría, Polonia, Yugoeslavia, Lituania, Rumania, Checoeslovaquia, son también muy numerosos. Los países que envían más alumnos a la Escuela de Bellas Artes son, en orden decreciente, Siria, el Líbano, Grecia, América Latina, Alemania, Suiza, Gran Bretaña, Estados Unidos (el gobierno norteamericano concede bolsas de estudio por dos años a los excombatientes), los países nórdicos, España e Italia.

Para aprender su arte, puede elegir el principiante diferentes medios : ingresar en la Escuela de Bellas Artes, estudiar en los talleres y academias libres, tomar un maestro particular o, por supuesto, trabajar por sí mismo. La Escuela de Bellas Artes ha atravesado un largo período de descrédito. Parece ser que ese descrédito se atenúa y la razón de ello estriba en la renovación de los profesores, algunos de los cuales entre los que ahora ejercen allí su función, disfruta de alta estima aun fuera de la misma Escuela.

La mayoría de los artistas permanecen, no obstante, apartados de esta enseñanza oficial, que juzgan perniciosa. La labor solitaria, contrastada por contactos más o menos frecuentes y continuados con maestros y camaradas seleccionados, es de ordinario uno de los medios preferidos

El artista necesita material para trabajar. Material que cuesta muy caro. Una paleta de mediana calidad, 500 francos. Un caballete, entre 1.800 y 30.000 francos, y más aún. Los pinceles — y se necesita por lo menos una quincena, siendo de notar que no duran mucho —, entre 50 y 1.000 francos, y más en ocasiones. El precio de los colores varía entre 70 y 800 francos el tubo de calidad y capacidad medianas. El artista novel compra de ordinario el lienzo por metro. Viene a pagar por él alrededor de 1.850 francos. Y todavía ha menester papel de dibujo, lápices, difuminos, fijadores, tinta china, colores de acuarela, etc., etc.

Un lienzo de 73 centímetros por 60, una vez cubierto (lienzo y chasis, colores y esencia) viene a salir por unos 1.200 francos. Desde luego este precio es aproximado, porque el coste de fábrica de un lienzo no se puede determinar exactamente y porque, además, varía bastante según que el artista trabaje con estos o los otros materiales, emplee colores más o menos caros, etc. Algunos profesionales a quienes consultamos estiman que hay que multiplicar la cifra que hemos señalado por dos, por tres y acaso más. Uno de ellos, que trabaja mucho con modelos vivos, nos ha facilitado el pormenor de sus gastos de un año. Helo aquí : 410.000 francos de material ; 190.000 francos de remuneración a los modelos y 99.000 francos de marcos para los cuadros.

Más caro resulta todavía el ejercicio de la profesión a los escultores. La piedra bruta, sobre todo cuando se trata de mármol, de granito, etc., se vende a precios elevados. Por eso muchos escultores no trabajan sino por expreso encargo. Otros se las ingenian para aprovechar ocasiones, por ejemplo, compran bloques baratos inutilizables en la

industria a causa de alguna irregularidad. Algunos se procuran piedras sepulcrales a bajo precio. Por otra parte, el material se usa rápidamente. Una pequeña escultura de barro sale por unos 10.000 francos, un bronce de mediano tamaño, por 30, 40 o 50.000 francos. (La cotización actual del franco es de 350 francos por un dólar.)

La venta al público

Crear es una cosa y vender es otra. Para vender, el artista ha de darse a conocer del público. ¿ De que medios dispone para ello ? Esencialmente de dos : la participación en los Salones y la exposición particular. No nos compete juzgar sobre la eficacia respectiva de esos medios. La opinión de los interesados discrepa en este punto. Para muchos artistas, la participación en los diversos Salones es la mejor manera ya que no de llamar la atención del público en general, por lo menos de suscitar la de los otros artistas, de los críticos, de los aficionados al arte y de los vendedores e intermediarios.

Cabe distinguir tres clases de Salones : 1º los Salones sin jurado, cuyo prototipo sigue siendo el de los Independientes (el número de candidatos es tan grande que resulta imposible admitirlos a todos) ; 2º, los Salones con un jurado que decide sobre la admisión de las obras presentadas, y 3º, los Salones que no acogen a los artistas más que mediante invitación. Algunos de éstos representan exclusivamente determinadas tendencias estéticas y están vedados a todas las demás. Llegamos así a fórmulas cercanas a la del Salón oficial de antaño y por ello a la creación, en cierto modo, de academicismos nuevos. Ciertos Salones — el de la « Jeune Peinture », por ejemplo — imponen igualmente un límite de edad. La prorrata que pagan los artistas es habitualmente de 1.500 a 2.000 francos por un cuadro grande o dos pequeños.

Pero, además, no basta con ser admitido en un Salón, sino que es necesario « ser colocado » convenientemente en él. Y esto depende de la estimación y de la buena voluntad de los miembros del comité de colocación. El compañerismo pesa también considerablemente en este aspecto.

Los salones se han multiplicado. Actualmente contamos con veintiocho. De ahí proviene que la atención se disemine. Análoga observacion puede hacerse con respecto a los premios y recompensas de toda clase. Como son sumamente numerosos, les ha ocurrido, como a los premios literarios, que han perdido gran parte de su eficacia.

La exposición particular ofrece, evidentemente, grandes ventajas. Pero en esto, me apresuro a decirlo, entramos en un terreno prodigiosamente complejo.

A menos de una suerte casi excepcional, el artista novel no puede exhibir sus obras en una galería sin pagar por ello. El ajuste de precio concertado entre un artista y el propietario de una galería varían considerablemente. Los gastos que corresponden al artista son, en la mayoría de los casos, el alquiler del local, de una parte, y de otra parte la publicidad.

El precio del alquiler para una exposición de dos semanas alcanza, en la zona urbana de la orilla izquierda del Sena, de 50.000 a 200.000 francos ; en la orilla derecha puede elevarse hasta 300.000 o más. Los precios más altos no suelen pagarse sino por los artistas que viven en otros países y que a lo que aspiran es a obtener por medio de una exposición el espaldarazo artístico de París, lo que ha dado en llamarse la « consagración parisiense ». En esos precios más altos van comprendidos en ocasiones los gastos de publicidad o propaganda.

Cuando la publicidad queda a cargo del artista, constituye para éste un nuevo motivo de importantes desembolsos. La impresión de las invitaciones y su distribución oscilan entre 6.000 y 50.000 francos, según el número de tarjetas impresas, su calidad modesta o lujosa, etc. El precio del catálogo, que suele recabarse de un crítico de arte, de un escritor sobresaliente o de una personalidad calificada se consigue a veces gratuitamente o correspondiendo a ese trabajo con el regalo de una obra del artista ; pero lo corriente es que se pague de 5.000 a 30.000 francos, según el prestigio o las exigencias del prologuista. A ello es menester agregar los gastos de publicidad en los periódicos, los carteles o pasquines (cincuenta de los más sencillos vienen a costar de tres mil a cuatro mil francos),

eventualmente los puestos o instalaciones de propaganda en las calles (de 15 a 20.000 francos cada uno) y acaso el cocktail o vino de honor con que se obsequia a los representantes de la prensa o invitados a quienes particularmente se quiere agasajar. A veces este obsequio corre de cuenta de una casa productora de aperitivos o licores que lo ofrece de manera gratuita y con miras a la propaganda de sus productos. Los artistas extranjeros pueden recibir un auxilio económico de su embajada.

Muy escasas son las galerías que aceptan realizar por su cuenta todos esos desembolsos a cambio de cierto número de obras. Más raras todavía las que se contentan con un tanto por ciento (del 20 al 33) del producto de las obras vendidas, salvo aquellas que son adquiridas por organismos oficiales.

Como se ve, una exposición particular es cara. ¿ Qué produce ?... Con frecuencia muy poco. Es excepcional que las ventas lleguen a compensar los gastos. Y hasta podría citar exposiciones de artistas ya conocidos y estimados, en galerías de mucha reputación, que se han terminado sin una sola venta. De la exposición, el artista no saca otra cosa, en general, que algunos artículos o gacetillas, más o menos elogiosos ; pero con eso no se vive.

Desde luego, puede tener el artista la suerte de vender directamente a algunos aficionados al arte. Nótese, de pasada, que el encargo de retratos, que durante mucho tiempo fué uno de los principales recursos de los pintores, es ahora cada vez menos frecuente. Hay que decir también que el mecenazgo apenas existe en nuestra época. En cambio, la especulación con las obras de arte tienta a muchas más gentes que en tiempos pasados. La vertiginosa subida de ciertos valores artísticos estimula esta especulación lo mismo — aunque menos intensamente — que la baja de la moneda. Mercaderes acomodados, mercaderes de menor cuantía, tratantes, intermediarios, corredores diversos y aficionados andan acechando un « buen negocio ». Y no se crea que los talleres de los jóvenes no son visitados. Lo son. Y lo son además por algunos críticos que tienen a gala hacer descubrimientos. De una de tales visitas puede depender el porvenir de un artista.

Acontece de vez en cuando que un comerciante compra a un artista todo su « taller », es decir todos los cuadros que este taller contiene, por una suma global. El precio de esta cesión no es de ordinario muy elevado si se considera el número de lienzos. El comerciante puede ganar con estos lienzos una suma considerable o perder todo el dinero invertido en la compra. Esta operación, especie de juego de azar más o menos atenuado por el buen olfato del negociante, es característica del espíritu especulador.

Por otra parte, no siempre es la intención del comerciante la de revender. En ocasiones prefiere esperar a que el artista gane fama y se cotice más alto. Y si algunos artistas sacaron provecho de tales procedimientos, otros se perjudicaron seriamente con ellos.

Tengo que decir algo de los contratos entre artistas y mercaderes o negociantes. Son muy diversos tales contratos. De ordinario, uno de estos tratantes no se compromete con un artista más que por medio de lo que se llama un contrato « a primera vista ». Mediante una mensualidad de cuantía variable (de 20.000 a 60.000 francos por lo regular), a los que se puede añadir o no el suministro de material), el tratante recibe cada mes un número determinado de cuadros que elige a su gusto entre la producción del artista. Debe éste, además, pasar por la galería, que percibe un tanto por ciento (habitualmente el 33) sobre el producto de las obras vendidas. Un contrato de esta clase suele concertarse por dos años. No es menester decir tampoco que en esto hay « modas ». El buen éxito de un artista orienta frecuentemente las preferencias de los mercaderes y tratantes, que buscan artistas afines o de la misma tendencia que aquél.

Pero mientras espera a firmar un contrato más o menos ventajoso, mientras espera a vender sus obras — para las cuales no encontrará acaso comprador jamás —, ¿ de dónde saca el artista sus recursos para subsistir ?

Si su familia es acomodada y le pasa una cantidad, no se le plantea ese problema. Lo

El barrio Vercingetorix, donde viven pintores y escultores de todas las nacionalidades.

Un taller de la academia de la « Grande Chaumière »

propio ocurre cuando el artista, hombre o mujer, es casado y su cónyuge gana el dinero para sostener el hogar. Pero existen también matrimonios de artistas, sobre todo entre los extranjeros, y en ese caso las dificultades se duplican y se complican.

Determinados trabajos artísticos o semiartísticos (ilustraciones, carteles, telas pintadas, paneles decorativos, instalaciones para la exhibición de artículos de venta, etc.) pueden procurar algún dinero a un artista que tenga suerte. El cambio o trueque se practica también de manera corriente. Antaño como hogaño hay comerciantes de pinturas que aceptan un cuadro en pago del material que el artista necesita. A cambio de obras de arte, según la suerte de cada cual, o según las circunstancias, se obtienen las cosas más variadas, hasta la defensa de un abogado en un litigio o proceso; pero difícilmente se consiguen productos alimenticios. De ahí la importancia que tiene para ciertos artistas que han hecho del trueque una verdadera industria, el mantener, a veces de manera muy artificial, la buena cotización de sus obras.

En realidad, cada cual trata de arreglárselas como Dios le da a entender y de acomodarse lo mejor posible a las exigencias materiales. Los unos pintan juguetes, por ejemplo soldaditos de plomo — dos francos cada soldadito —, lo otros se hacen pintores de brocha gorda, o representantes comerciales, o bien secretarios por media jornada o por horas, o lavaplatos en los restaurantes, o también modelos. Algunos se contratan como vigilantes nocturnos a fin de poder ocuparse en su arte por el día. Y otros, en fin, trabajan en el mercado central durante cierto tiempo, economizan, se retiran después al campo a trabajar, y viven hasta agotar sus recursos, recomenzando luego este mismo ciclo. La venta de un cuadro es entonces particularmente favorable, puesto que permite retrasar el retorno a la ciudad. Todos los recursos, todas las combinaciones son posibles en suma.

La vida del artista, incierta y azarosa, exige mucho valor y a veces hasta heroismo. Así se explica que todos los testimonios estén concordes en el hecho de que el número de los que abandonan el emprendido camino del arte es enorme. Menester es reconocerlo : los Gauguin han sido siempre las excepciones. Por lo demás, el artista participa del ambiente de nuestra época y por ende parece desear hoy con más vehemencia que otrora las facilidades de la existencia. Ello constituye por cierto una rampa ensebada : se acepta un « oficio secundario » para vencer o atenuar las dificultades, y después, poco a poco, empujado por le crecientes necesidades materiales, se termina por entregarse a él completamente. La vivienda cómoda y agradable, el automóvil y el aparato frigorífico han matado no pocas vocaciones de arte.

El problema del alojamiento

Abordemos la cuestión del alojamiento, una de las más arduas que en la actualidad se plantean.

En un pasado reciente los artistas se alojaban y trabajaban en determinados barrios, como los de Montmartre y Montparnasse. Esta concentración no existe ya. La geografía del París artístico es, por ello, difícil de concretar.

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE MUSÉE

Quedan todavía algunos talleres en Montmartre ; pero el famoso « Bateau-Lavoir » que habitó un tiempo Picasso, está desierto desde hace un cuarto de siglo. En 1931 se construyó en la rue Ordener una gran concentración de viviendas o « cité » para los cultivadores del arte : « Montmartre aux artistes. »

En la orilla izquierda, en los alrededores de la Escuela de Bellas Artes, en la rue de Seine, viven también muchos artistas. Montparnasse continúa siendo un centro importante. En este barrio o en sus proximidades es donde se hallan la mayor parte de las antiguas « cités » : pasadizo Dantzig — « La Ruche », — callejón de Ronsin, avenida de Sajonia, calle de la Tombe-Issoire, Campagne Première, La Gran Chaumière, José Bara, Daguerre, Vercingetorix, Liancourt, Falguière...

Aparte estos lugares característicos y algún otro, los artistas se alojan hoy donde pueden, en cualquier barrio, en cualquier local, en guardillas y graneros — princi-

palmente en los contornos de la capital —, en edificios abandonados y en sótanos (en éstos sobre todo los escultores), en cuartos de hotel — muy costosos, incómodos y a menudo con poca luz. Algunas asociaciones, de carácter religioso por lo general, albergan también a los pintores jóvenes. En los pabellones de su nacionalidad respectiva de la Ciudad Universitaria se hospedan diversos artistas. Un pequeño grupo construyó varios locales de trabajo con sesenta camas de madera compradas en el mercado de viejo (« Marché aux puces ») que les sirvieron, en cierto modo, como elementos prefabricados para su improvisada edificación.

Nadie dudará que el taller no es para el artista una fantasía o un lujo, sino una necesidad. Pero cada vez existen menos talleres en París, y esto es un hecho grave. Algunos fueron destruídos por causa de la guerra o bien por efecto de la reconstrucción.

Por otra parte, gran número de los talleres existentes en esas concentraciones están ocupados por gentes burguesas. Así, no todos los talleres de « Montmartre aux Artistes » están habitados por artistas, ni mucho menos.

En fin, hay que notar que prácticamente, no se proyectan talleres en las construcciones modernas. Si seguimos así durante diez años más, los artistas que puedan procurarse un taller serán una excepción. Ello no solamente es doloroso para los interesados, sino que hace pesar sobre el destino futuro de París como centro de arte una terrible amenaza.

Cuando se advierten las condiciones casi inimaginables en que trabajan los artistas menos favorecidos, no puede uno dejar de sentirse indignado. La necedad y la maldad humanas agravan aún a veces esas condiciones. He aquí una pequeña « cité ». Los talleres se alquilan como locales profesionales, así que los artistas no tienen derecho a dormir en ellos. ¿ A dónde han de ir ? Podría esperarse un poco de comprensión del propietario. Pero no. A las siete de la tarde acude a cerrar con llave la puerta de la « cité ». Los artistas quedan prisioneros hasta el otro día. Prisioneros son también, realmente, desde el sábado de noche al lunes por la mañana. Para ocultar su presencia disimulan de noche la luz. En su casa continúa a este respecto el tiempo de guerra, el triste período del « blackout ». ¿ Quién podría suponer que tales cosas pasasen en 1956 en París, en esta capital de las Artes ?.

El arte sigue siendo hoy una de las razones esenciales del prestigio francés en todo el mundo. Una proporción considerable de los turistas que vienen a Francia, lo hacen atraídos en primer lugar por los museos y las exposiciones. Las multitudes se agolpan en largas colas ante las puertas de la Orangerie. Mas diríase que Francia, olvidándose de todo lo que debe a los artistas, quiere aplicar literalmente la terrible frase de Degas : « Hay que desalentar las artes ».

La protección estatal

¿ Qué hace, en efecto, el Estado francés en favor de los artistas ? Encarga y compra obras de arte. El total de los créditos destinados a los servicios de la rue Saint-Dominique, que asumen la responsabilidad de esas compras y encargos, asciende anualmente a la mediocre suma de 72 millones de francos.

Cada miembro de la comisión designada a este efecto puede proponer la compra de una obra, compra que es aceptada o rechazada por un voto. Las obras se adquieren a precios relativamente módicos, a fin de que el número de compras sea lo más crecido posible. El Estado no estimula actualmente ninguna tendencia estética particular. La preponderancia del arte académico, que tanto perjudicó a los impresionistas y a sus sucesores, ha desaparecido totalmente desde hace unos veinte años. Los miembros de la comisión procuran comprar lo que se ofrece como mejor en cada tendencia, y favorecen a los jóvenes hasta donde sea posible. Una vez adquiridas, las obras son enviadas en primer lugar al Museo de Arte Moderno, en segundo lugar a las embajadas y consulados, y después a los museos de provincias, prefecturas, ayuntamientos, etc.

En cuanto a los encargos, conciernen principalmente — y hasta podemos decir

únicamente — a los cartones de tapicería destinados a las manufacturas de los Gobelinos, de la Savonnerie y de Beauvais, y a los artesanos de Aubusson. Los artistas pueden ir a presentar sus diseños, maquetas y cartones todos los viernes por la mañana a la sección competente de la rue Saint-Dominique. Allí se agolpa con frecuencia una multitud asaz pintoresca.

Algunas bolsas de vacaciones, de 60.000 a 75.000 francos cada una, se conceden igualmente todos los años a artistas de menos de treinta y cinco años de edad.

A esto hay que agregar los beneficios procurados a los artistas por lo que se llama el « 1 % ». Los arquitectos que tienen a su cargo la edificación de grupos escolares cuyo presupuesto se eleva a más de 50 millones de francos (o a más de 25 millones de francos si el proyecto ha sido aprobado posteriormente al 10 de enero de 1955), deben reservar el uno por ciento de ese presupuesto a trabajos decorativos (escultura, pintura mural, etc.). El 1 % aporta anualmente a los artistas unos 150 millones de francos, de los que una centena van a manos de los escultores. El propio arquitecto es quien propone a los artistas de su predilección, a reserva de la aprobación definitiva de los servicios del Estado. Las relaciones personales juegan mucho papel en este aspecto y algunos artistas no dejan de lamentarse de ello. Por otra parte, estos encargos son en bastantes ocasiones poco remuneradores, porque llevan consigo muchos gastos.

Como se ve, el Estado francés no se muestra excesivamente generoso. No lo fué jamás, y los artistas se lo han reprochado siempre. Y asimismo juzgan desagradable y mezquina cierta actitud reciente y muy interesada del Estado. El artista no tiene de ningún modo derecho a la Seguridad Social. Pero, por otra parte, se le exige que pague sus cuotas a la caja de subvenciones familiares. Un artista que en el año haya obtenido 120.000 francos de beneficio paga 4.800 francos a dicha caja. Si sus beneficios se elevan a 480.000 francos, paga 19.200 francos. Y tienne que abonar 58.000 francos cuando sus beneficios ascienden a 1.440.000. No es esto todo. Se ha creado una caja de subvenciones a la vejez. La cuota de un artista para esta caja se fija en el dos por ciento de sus ingresos hasta 500.000 francos : en el 1,5 % para los ingresos comprendidos entre 500.000 y 800.000 francos, en el 1 % para los que oscilan entre 800.000 y 1.500.000 francos, y en el 0,50 % para los superiores a 1.500.000 francos. ¿ Qué se le ofrece al artista en cambio ?... Una subvención o ayuda de vejez de una treintena de miles de francos por año, que se le abona a los 65 años de edad ; pero no se le da esta subvención sino en el caso de que expresamente la solicite. Y no tiene derecho, si continúa ejerciendo su arte, a obtener de él un provecho. ¿ De dónde habrá salido tan peregrina idea ? Como me decía, comentándola, un artista maduro : — Antes al menos nos dejaban en paz.

Ante tal estado de cosas, los artistas, que se caracterizan por su individualismo, han comprendido la necesidad de agruparse para poder defenderse mejor. Se ha fundado una sociedad de artistas pintores y grabadores profesionales que combina su acción con el sindicato de escultores. Existen además otros grupos, tales como el Sindicato nacional de artistas pintores, escultores, grabadores, dibujantes, ilustradores, decoradores, creadores profesionales, la Unión de las Artes plásticas, etc.

He aquí, en líneas generales, lo esencial de la vida del artista en 1956. Como se advierte, no es siempre cómoda. Verdad es que el artista sigue siendo, en esencia, un ser al margen. Al elegir su condición, sabe que elige el riesgo y la incertidumbre. De los treinta mil artistas que en París trabajan, tan sólo unos cuantos arriban, por un extraordinario esfuerzo o por una suerte extrema, a la seguridad y el bienestar.

Gauguin murió en la miseria. Pero 138.818 visitantes pagaron la entrada a su exposición en el museo de la Orangerie. A doscientos francos cada billete de entrada, ello suma, salvo error, 27.773.600 francos. ¡ Cuántas centenas de millares entran así en las taquillas de las exposiciones y museos ! ¿ No sería justo que una parte de ese dinero ingresase en una « Caja de las Artes » ?

HENRI PERRUCHOT

Aspectos del Japón actual

POR HERBERT PASSIN

Cazadores de cabezas

El otro día me encontré con un viejo amigo, M. y lo hallé bien nutrido ; llevaba un abrigo de gruesa lana, y en la cabeza un sombrero flexible. Este encuentro me entristeció. Creo que no es prueba de buenos sentimientos envidiar la buena suerte de un amigo. Y en verdad que no se la envidio. Su prosperidad más bien me complace. No haré ninguna objeción a su nueva coquetería. Pero M. ya no es aquel joven serio, investido con una misión patética, que yo conocí, hace muchos años. Ahora, M. es un refugiado. Ya sé que esto no es hoy nada extraordinario ; pero M. es un ejemplar muy raro de la especie. Pertenece a los atayal, una tribu primitiva del centro de Formosa, conocidos sobre todo como cazadores de cabezas. Es prófugo de su patria formosana, no por las razones habituales (ni los nacionalistas, ni los comunistas le importan gran cosa), sino por su cariño hacia los japoneses.

En mitad del siglo XX, produce una extraña impresión oír hablar bien de los colonialistas, pero M. recuerda a los japoneses con gran afecto. « Eran nuestros amigos, me dice. Se preocupaban de nosotros ; nos querían. Cuando teníamos algún problema, podíamos recurrir a ellos. Si no hubiera sido por los japoneses, los comerciantes chinos se hubieran desollado entre sí. » De manera que, cuando en 1945 los japoneses fueron expulsados de la isla, los aborígenes (cerca de 235.000 personas) se sintieron desgraciados. « Nosotros queríamos hacernos amigos de los chinos, recuerda M., pero ellos no hacían nada por nosotros. Durante mucho tiempo no dieron señales de vida, ni siquiera para hacernos una visita. Se desinteresaron por completo de nosotros. Como ejemplo diré que, cuando después de la guerra, hubo de pronto cierta carestía de comestibles, es indudable que los japoneses nos hubieran ayudado. Pero los chinos, no. Nos sentíamos solos y abandonados. »

El primer contacto con el nuevo gobierno se produjo cuando un funcionario chino vino a la aldea, donde reclutó a M. y a otros jóvenes para el servicio de policía. Los mandaron a la escuela para aprender los trabajos de esta profesión y el idioma chino mandarín (el japonés era una lengua prohibida). Pero los atayal estaban descontentos. Sentían la falta de aquel contacto personal que sabían tener sus buenos amigos los japoneses. A menudo se preguntaban cuándo volverían. Una noche unos cuantos jóvenes amargados se hallaban sentados en corro, conversando como de costumbre. « Yo estoy seguro, decía uno, que si los japoneses supieran cómo van las cosas, volverían... Si no han vuelto, quiere decir que no lo saben. Por lo tanto, es necesario ir a decírselo. » Y dicho y hecho. Decidieron echarlo a suertes, y así fué como se confió a M. la misión de « ir a decírselo a nuestros amigos japoneses. »

En aquel tiempo, salir de Formosa sin documentos no era una empresa fácil. Una noche, M. se escapó de la escuela con mucho sigilo, y recorrió muchas decenas de millas a campo traviesa, hasta llegar a la costa. Andar era fácil, pero atravesar todo un océano para llegar al Japón, era harina de otro costal. Entre Formosa y el Japón no había comunicación directa. M. dió vueltas entre las fortificaciones, tratando de encontrar una salida, hasta que una noche logró deslizarse en la bodega de un barco pesquero que iba a salir para un puerto de las Ryukyu meridionales. Cuando ya la embarcación se hallaba a gran distancia de Formosa, M. se presentó al capitán, un hombre de Okinawa, y le contó su historia. El pescador, afectado en su orgullo nacional, prometió ayudarle. Cuando llegaron, le presentó a un amigo suyo, capitán de otro barco, que se dirigía a un puerto más septentrional de las Ryukyu. Colocaron de nuevo a M. bajo el puente, y esta vez le llevaron a Naha, capital de Okinawa (que presenció las peores batallas y devastaciones de la guerra). En Naha, el amable capitán le pasó a otro pesquero de Okinawa, que hacía rumbo a Amami Oshima, cadena de islas inmediatamente al sur de las más meridionales del archipiélago nipón. En Oshima pasó a un pesquero japonés, que iba hacia las islas del centro del Japón. Al cabo de muchas semanas, una pequeña embarcación le depositó en un punto de la costa que, con un simbolismo apropiado, tenía por nombre Fuji.

¿ Qué se proponía hacer una vez llegado al Japón ?, le había preguntado yo. ¿ Tocar a rebato, celebrar conferencias en las esquinas de las calles, gritar desde los tejados ? No lo sabía. Sólo tenía un objetivo : ir a casa de su amigo, el antiguo funcionario de la administración japonesa de Formosa. Había conservado celosamente en la memoria sus señas, aun cuando no tuviese idea exacta de dónde pudiera ser, ni de cómo se trasladaría allí, ni si una vez llegado encontraría a su amigo. Sólo estaba seguro de que, si su amigo estuviera, le ayudaría. Ignoro cómo pudo recorrer, sin documentos ni dinero, tantos centenares de millas en el Japón ocupado de 1949 ; pero el hecho es que llegó a la Prefectura de Iwate, a muchos centenares de millas al Norte del punto donde había desembarcado, sin que nadie le detuviese. En aquel momento, su amigo debió de ser la persona más estupefacta de todo el Japón. He aquí, pues, a ese formosano aborigen de pura sangre, llegado a la puerta de la casa de campo del amigo, a millares de millas de su pueblo, sin dinero, sin documentos de identidad. « He venido, le dijo, pronunciando las palabras tantas veces repetidas, a pedirte que ayudes a mi gente. »

Unos cuantos veteranos de Formosa, impulsados por la nostalgia, se reunieron rápidamente para ayudarle a salir del paso. Pero pronto vió claro, a despecho de los deseos de sus amigos, que el Japón imperial y su potencia ya no existían. En vista de que, por el momento, no podía volver a su patria, M. decidió aprovechar su estancia en el Japón para ir a la escuela. Tenía, en efecto, el presentimiento de que su exilio no se acabaría tan pronto como había imaginado. Sus estudios correspondientes a la enseñanza media japonesa no eran suficientes para permitirle el acceso a la Facultad de Medicina. Por consiguiente, se inscribió en los cursos de economía política de una de tantas universidades privadas de Tokio. Durante algún tiempo fué el centro de la curiosidad. Escribía artículos para los periódicos y revistas, celebraba breves conversaciones, recibía invitaciones. Después este interés fué decayendo y M. se encontró abandonado a sus propios medios.

Cuando, en 1949, un amigo mío antropólogo me presentó a M., éste era un hombre modesto y apacible, ancho de hombros, bien plantado, con un aspecto en conjunto muy japonés. En el curso de la reunión, en la que hubiera debido serle presentado, yo continuaba buscándole con los ojos por toda la sala (yo esperaba ver a un hombre adornado con insignias bárbaras de dignidad real, con un yelmo cornudo, una faja en la cintura, tatuajes, cabelleras pendientes de la placa de los trofeos), cuando de pronto alguien me tocó el codo. El cortador de cabezas de Formosa era el pacífico joven que nos servía el té... Desde entonces, tuve ocasión de volver a verle de cuando en cuando. Una vez fuimos juntos a un museo etnológico, en las afueras de

Tokio, donde muchos Ainú, los aborígenes del Japón, habían venido desde sus tierras del norte para hacer una demostración práctica de su técnica para la construcción de cabañas. M. que ya era más bien un refinado ciudadano de Tokio, que un cazador de cabezas formosano, les observó atentamente, sonriendo estupefacto ante el espectáculo de su civilización primitiva.

Cierta noche M. me llamó por teléfono. ¿ Podría venir en seguida a verme ? Entró en mi casa (yo vivía algo lejos, en los suburbios) con semblante preocupado Advertí en sus maneras un cambio indefinible. Me contó que una amiga suya, una joven dama de Singapur, medio china y medio cualquier otra cosa, se hallaba en una situación apurada. Durante la guerra se había casado con un soldado japonés y había vuelto al Japón con él. Ahora, me explicó M., su marido la había abandonado y ella quería regresar a Singapur. Pero necesitaba dinero, dólares. Había logrado de algún modo reunir un poco de dinero japonés, pero las poco amables autoridades no querían permitirle que lo cambiase por dólares para pagarse el pasaje. ¿ Podría ayudarla yo ? Escuché su historia con cierta tristeza, y me vi obligado a rehusarle mi ayuda en esa operación financiera. ¿ Qué hacía ahora ? le pregunté. ¿ Iba a la escuela ? No, precisamente, me contestó. Bueno, iba en cierto modo, pero no todos los días. Tenía que hacer un montón de cosas.

Kappa

UNA de las pruebas más evidentes de que la guerra y la ocupación han terminado y de que el Japón ha cambiado de vida se encuentra en el *boom* del Kappa. Hacia cualquier lado que se vuelva uno, se lo encuentra siempre. Hay tazas y platos Kappa, servilletas Kappa, gemelos Kappa. Si los chiquillos americanos llevan camisas a la Davy Crockett, aquí los pequeños japoneses llevan camisas Kappa. Hay bares, cabarets, cafés que se llaman Kappa. Hay libros Kappa y dibujos Kappa. Y hay almacenistas especializados en productos Kappa, — y que venden desde cacharros viejos hasta obras de arte, de más de doscientos años, en los estilos *ukiyoe* y *sumiboku*. Recientemente, uno de los grandes almacenes de Tokio hizo una exposición Kappa, a la que acudieron como hormigas las muchedumbres entusiastas, durante toda una semana.

Kappa es un espíritu de las aguas, que habita en los ríos, estanques y pozos. Según el profesor Ishida, de la Universidad de Tokio, tiene correspondencias con el folklore de otras partes del mundo. En realidad, lo que le hace interesante es el hecho de tratarse de un ser humano, pero que está exento de las responsabilidades y de las inhibiciones normales de los humanos. Se le puede describir físicamente como una tortuga humana : lleva un caparazón sobre el lomo, pero anda erguido. Tiene una cavidad poco profunda en el cráneo, que contiene agua, y si esa agua se derrama, sus fuerzas se reducen, como le sucedía a Anteo, cuando no tocaba tierra. Una enciclopedia del siglo XVII aconseja : « Si encontráis a un Kappa, descargadle un fuerte golpe en la cabeza, con objeto de hacer derramar el agua que allí conserva, y se caerá sin fuerzas. »

Entre sus cualidades peculiares, el Kappa tiene la de cambiar de color como el camaleón y la de retirar un brazo del tronco y alargar el otro hasta el doble de su longitud normal. Es ladrón y maligno como un chicuelo de diez años. Pero lo que le hace temible es su costumbre de atacar a hombres y animales, arrastrándoles hasta el agua, donde les arranca el hígado y les chupa la sangre por el ano. El mundo y la vida del Kappa corresponden a un mundo y a una vida superiores, que han fascinado siempre a los japoneses. En la última sátira swiftiana, titulada *Kappa*, que se publicó por primera vez en 1927, Akutagawa (cuyo *Rashomon* se ha hecho célebre en un film), utilizó el mundo del Kappa como arma para atacar la vida del Japón moderno.

Pero el Kappa de la postguerra es el de Kon Shimizu. En sus tres brillantes volúmenes de dibujos que se han publicado hasta ahora, los Kappa son un comentario constante de la vida japonesa. Son una imagen en el espejo, que aparece dulce en

tanto que los japoneses son duros, amable, en tanto que ellos son severos, espóntanea, en tanto que ellos son rígidos. Los Kappa son lo que la gente quisiera ser, si no tuviese miedo ; hacen lo que todos harían, si se atreviesen. En el eterno conflicto entre *giri* y *ninjo* (entre « deber » y « sentimientos humanos », meollo del drama japonés *kabuki)* siempre están de parte de *ninjo*. Son la encarnación de la debilidad humana, con todo lo que ésta tiene de encanto y de desorden. El mundo del Kappa es un Japón en el espejo, un contra-Japón, donde hay una vida que se desenvuelve obedeciendo a sus leyes y a sus relaciones, pero trastrocadas. Un mundo por el cual se puede suspirar, pero del que están excluídos el deber, el decoro, las conveniencias sociales, la « cara ». Por ejemplo, en la vida real, las mujeres no deben ser descaradas, sino modestas, tímidas, silenciosas, discretas, inocentes, castas. Pero la Kappa femenina de Shimizu es audaz y agresiva. Y aún así no pierde su femineidad. Al contrario, es libre de actuar como quisieran actuar las mujeres : puede ser tan seductora, lasciva, deslenguada como quiera. No tiene que poner freno a sus impulsos, como hace una mujer japonesa correcta. Cuando quiere gritar, grita ; cuando es feliz ríe, chilla, juguetea ; si le gusta un hombre, se le echa encima (y hasta le hace rodar por el suelo). Los Kappa machos tienen algo de tontos. Siempre están atormentados, perseguidos, sus mujeres les engañan. Afortunadamente no tienen, como los hombres japoneses normales, miedo de perder la dignidad. Lloran y « pierden la cara » sin titubear.

Esta espontaneidad da lugar a una abundante sátira contra la rigidez y la hipocresía de la vida japonesa. La política, el sexo, el matrimonio, el budismo *zen*, todo es objeto de estas bromas. Es un buen signo. En primer lugar, significa que la tristeza de la postguerra se ha terminado : el Japón ha pasado a una nueva fase. Está de nuevo predispuesto para un poco de fantasía en la vida, y la gente puede abandonarse a esos sueños, con los ojos abiertos ; puede preguntarse lo que significaría ser libres como un Kappa. Significa también que la gente es capaz de situarse a distancia, que sabe mirarse a sí misma y mirar a la sociedad de manera objetiva.

Héroes

A CABO de leer una novela china, « *Flames ahead* » (Hacia las llamas), que trata de un episodio del paso del Yangtsé por el ejército comunista chino. Es difícil juzgarla, tratándose de un autor comunista. Si el autor fuese de otra ideología, la novela sería absolutamente inaceptable. Tiene una sola dimensión, carece de profundidad : los héroes son demasiado heroicos, los enemigos (que nunca aparecen en plena luz) demasiado depravados ; no hay sombras, ni ambigüedad. Sólo hay un frenesí desaforado de lucha y un placer en la destrucción del enemigo, que en un film *western* nos haría apartar la vista confusos. Y, no obstante, impresiona su carácter unilateral. El universo está claramente dividido en blanco y negro ; el pueblo contra los opresores, los campesinos explotados contra los propietarios brutales, el ejército rojo contra los reaccionarios, el bien contra el mal.

Nosotros creemos haber superado estas sencillas dicotomías ; pero si fuésemos sinceros, reconoceríamos que nos fascinan. Por esta razón nos volvemos hacia el pasado, hacia la edad de oro, en que los héroes eran osados y de corazón puro, y el amor y el odio eran sencillos ; se sentían emociones y se profesaban ideales, sin avergonzarse de ellos. Un mundo de simples equivalencias : se odiaba el mal, y lo que se odiaba era malo. Por eso mismo se podía matar sin titubeos, porque aquél a quien se mataba merecía morir, como un perro o un enemigo, como un infiel o un adversario de la fe. Para odiar tan por completo y sin complicaciones hace falta una seguridad en nosotros mismos que hemos ido perdiendo poco a poco, y que en los comunistas precisamente nos fascina y nos repugna. Los ideales nos estorban ; nos disculpamos por el heroismo. Nos parece una actitud correcta ser escépticos con respecto de los ideales en cuyo nombre combatimos. No tenemos héroes de epopeya, sino individuos inseguros, que

realizan acciones de valor a pesar de las dudas íntimas.

Un mundo de heroismo y de tragedia, donde al heroismo sigue la acción, donde todo es sencillo, inmediato, primitivo ; donde el derecho, la justicia, el deseo, el impulso se mezclan en una corriente única. La novela de Liu nos induce a creer que la « nueva China » es un mundo hecho según este patrón. Nuestra educación racionalista nos hace reconocer con vergüenza la fascinación de esa fuerza fanática. Nosotros tenemos fe en la tolerancia, pero secretamente traducimos « intolerancia » por « sentimiento fuerte », y « tolerancia » por « indiferencia ». Frente a la fe, frente a la certeza absoluta, nuestras certezas a medias, nuestras dudas, nuestros rígidos artículos de fe nos hacen daño, nos queman. Cuando el hombre de fe nos ataca, no echamos mano de nuestra armadura, sino que miramos dentro de nosotros. ¿ Acaso no merecemos ser atacados ? Helo aquí, parece tan seguro de sí mismo, su mirada está llena del gozo de la fe, y es tan fuerte que probablemente tiene razón. Y cuando nuestros rutilantes guerreros, vestidos de armaduras opacas, montan sobre sus nerviosos corceles para volver a la batalla, siempre les falta el ánimo indiviso, la ardiente certidumbre de que lo que ellos hacen es justo.

En el mundo de Liu hay esta coherencia particular entre los sentimientos privados y el deber público. Los personajes de la novela están movidos por los impulsos que es justo que tengan. Y tales impulsos están determinados por su « característica de clase ». Los propietarios rurales son arrogantes o insinuantes :

« *Aquel hombre estaba con su cuerpo abotagado, el sombrero apretado contra el pecho, y hacía breves y rápidas inclinaciones, murmurando : « ¡ Por favor, no me hagáis daño, no me hagáis daño, ! » Yung le miró fríamente.* »

Los campesinos son rectilíneos e instintivamente comprenden sus deberes históricos para con la Revolución. Los comunistas son severamente heroicos y los comisarios políticos eternamente vigilantes. Fáltan los impulsos personales, y si los hay están completamente diluídos con los objetivos del Partido. Ninguno combate por amor de la guerra, o porque deba hacerlo, o porque quiera ser un héroe, o porque no quiera ser un cobarde. Hasta las conversaciones privadas de los simples soldados expresan sólo pensamientos « correctos ». Las mujeres no son tanto novias, esposas o madres, como víctimas de la explotación, madres espartanas de héroes combatientes por la libertad.

En los ejércitos de Occidente los soldados piensan con impaciencia en el momento de licenciarse (¿ recordáis el *rotation blues* de los soldados americanos en Corea ?). Pero los soldados de la Fe rehusan las licencias para poder combatir. El que tiene una fe así para luchar por el Derecho, no debe tomar decisiones morales personales. El Partido, que es la encarnación del Derecho, decide ; se puede actuar, hasta cuando esto signifique odiar o matar, sin limitaciones ni reservas. Esta actitud quita todo freno a la retórica de la violencia « Impulsados por el furor... ¡ Matad a esos hijos de perra... golpeadles, trituradles... barredles !...¡ Aplastad a esos bastardos... ! Campaña de aniquilamiento. » En una novela no comunista, esto parecería inquietante, de mal gusto, belicoso, militarista. Pero no es lo mismo cuando sa trata de las Milicias de la Justicia. El « gusto » con que golpean al enemigo, sin piedad y sin tregua, es verdaderamente bíblico, y revela la calidad religiosa de ese fanatismo exultante. El placer de la batalla es casi un deber, en vista de que, después de todo, se matan enemigos, reaccionarios, bastardos, propietarios rurales y agentes de los propietarios, y no criaturas humanas, semejantes nuestros.

Recientemente, en una reunión de sabios japoneses, se preguntó a uno de ellos que había estado en China, en misión oficial : — « Díganos francamente, ¿ es verdad que los comunistas han ejecutado a centenares de miles de personas ? » « — Sí, — fué la respuesta —, ellos mismos reconocen muchos millones de *liquidaciones*, por lo que supongo que la cifra exacta debe ser aún mayor. Pero, naturalmente, todos eran propietarios rurales. » Con esta aclaración, las dudas del interrogante parecieron apaciguadas.

HERBERT PASSIN

La disputa en torno a las aguas del Nilo

POR GEORG GERSTER

Unicamente al hallarme en presencia del colosal templo de Ramsés II, en Abu Simbel, he podido apreciar en toda su magnitud la inmensidad del proyecto del gran embalse de Asuán, del Sadd-el-Alí.

Cierto es que ya antes un ingeniero egipcio había tratado de darme una idea de las dimensiones de la nueva presa, tomando como base de comparación la que existe actualmente, y que se encuentra a seis kilómetros y medio río abajo. La cresta de la nueva presa se elevará a ciento diez metros por encima del lecho del río ; tendrá cincuenta metros de espesor y cinco mil de longitud. En contraste con la actual, la nueva presa no se construirá totalmente de mampostería. Será una presa de las llamadas de *cimentación profunda*, con un núcleo central de arcilla y grava y un revestimiento de granito. Su base tendrá una anchura de 600 a 700 metros.

Pero todas estas cifras no son bastante expresivas para el profano. Veamos las cosas sobre el terreno.

En el barco que hace el servicio regular, se parte de Asuán y se remonta el Nilo durante cuatro horas. Al caer de la tarde, nos encontramos a la vista de Abu Simbel. Cuatro estatuas colosales de Ramsés II sentado, de veinte metros de altura, flanquean la entrada del templo, cuyo Santo de los Santos fué excavado en la roca.

En Abu Simbel, que habitualmente es un lugar desierto, hormiguean hoy hombres que se afanan, lo mismo que hace tres mil doscientos años, cuando los maestros de obras y los esclavos del Faraón trabajaban aquí la piedra calcárea de Nubia y tallaban en la roca las colosales efigies de su rey. Pero los que trabajan hoy aquí no son escultores de piedra, sino sabios y fotógrafos. Por todas partes se ven cables eléctricos, instrumentos de medición, aparatos fotográficos. Una pequeña fábrica de electricidad funciona día y noche. Los arqueólogos hacen estudios muy detallados ; fotografían cada centímetro cuadrado del templo. Por la noche, los proyectores iluminan su fachada y parecen dar a Ramsés II una nueva vida misteriosa y alucinante.

Pero si treinta y dos siglos atrás la agitación en estos lugares marcaba el nacimiento del santuario, hoy la actividad anuncia su muerte. Abu Simbel está condenado a desaparecer en el lago artificial más grande que la mano del hombre ha creado.

Es cierto que existe un proyecto para *salvar* el monumento : se habla de construir una especie de dique que protegería el templo, aislándolo de las aguas acumuladas por la gran presa. Pero la construcción de esa presa suplementaria implicaría un gasto que, calculado por lo bajo, se elevaría a dieciocho mil millones de francos. La actividad febril de los arqueólogos es prueba suficiente de que esos hombres de

ciencia no creen en absoluto en la aparición de un mecenas dispuesto a entregar los fondos necesarios para salvaguardar el templo.

El lago artificial creado por la presa se extenderá desde la primera catarata, en las proximidades de Asuán, hasta más allá de la tercera ; de modo que penetrará doscientos kilómetros en territorio sudanés. Todos los parajes arqueológicos de Nubia (de los que Abu Simbel es el más importante, pero no el único) desaparecerán en las aguas, así como la ciudad de Uadi Halfa y todo el distrito administrativo de Halfa. La operación privará de su actual vivienda a sesenta mil sudaneses.

En Abu Simbel había apreciado yo el aspecto gigantesco del proyecto de embalse. En Uadi Halfa he observado que los sudaneses podían percatarse de otro aspecto menos agradable del mismo y que sus sentimientos en relación con el proyecto podrían muy bien no coincidir exactamente con los de los egipcios. Así, pues, decidí inmediatamente proseguir el viaje hasta Kartum.

En Kartum, situado en la confluencia de los dos brazos del Nilo superior, a dos mil kilómetros al sur de El Cairo, el problema se presenta, en efecto, bajo un aspecto completamente distinto. No obstante, me había equivocado al imaginar que las reticencias sudanesas estaban motivadas por las molestias causadas a los sesenta mil habitantes, a quienes la construcción de la presa obligaría a cambiar de residencia. « La tierra no nos falta », me ha dicho, refiriéndose a esto el Sr. Sayed Ismail El-Ahzari, Presidente del Consejo de la república más joven del mundo. « Egipto acepta pagar los gastos del traslado y de la reinstalación de las poblaciones desalojadas. Lo que importa para el desarrollo económico del Sudán es la manera cómo serán distribuídas las aguas del Nilo. Hasta ahora, Egipto no ha hecho gran cosa para que se tengan en cuenta nuestras legítimas reivindicaciones ». Después de hacerme esta declaración preliminar, el primer ministro me recomendó que visitara, para obtener informes más amplios, al Sr. Sayed Khidir Hamad, ministro sudanés encargado de los problemas relacionados con los riegos.

La construcción es necesaria

Este ministro me expuso, en primer lugar, y de manera sucinta, el punto de vista de Egipto, que es el siguiente :

Regando las tierras del Nilo durante todo el año se obtienen dos o tres cosechas. Pero hay que tener en cuenta el bajo nivel del río, desde febrero a julio. Durante este período pueden regarse, sin la intervención de medios artificiales, un millón doscientas mil hectáreas de tierra. Si se quiere aumentar la superficie de tierra de regadío, hay que acumular el excedente de agua de las crecidas de otoño y de principios de invierno, de manera que se puedan utilizar de febrero a julio. Este es el papel que desempeña la presa que existe actualmente en Asuán. Pero esta presa no ofrece una solución ideal, porque el volumen del embalse es insuficiente y sólo se puede acumular en él el agua no fangosa de fines de la crecida. La mayor parte del agua del primer período de la crecida no basta siempre para llenar el embalse. Ello es debido a que el nivel del agua del Nilo no sólo varía de una estación a otra, sino también de un año a otro. Si, desde los comienzos de este siglo, el caudal total anual del Nilo, medido en Asuán se eleva, por término medio, o ochenta y cuatro mil millones de metros cúbicos, esta cifra media experimenta oscilaciones importantes y sus efectos son a veces mortales. En 1913-14, Egipto estuvo amenazado por el hambre, porque el caudal del Nilo no había excedido de cuarenta y dos mil millones de metros cúbicos ; en 1878-79, ciento cincuenta y un mil millones de metros cúbicos de agua habían provocado inundaciones devastadoras. Así, pues, las reservas de agua embalsada deben servir, no sólo para salvar las diferencias de nivel de un año a otro, sino también las que cada estación experimenta. El agua de los años de abundancia habría de servir para los años de escasez. Para dominar por completo el Nilo, para normalizar su caudal, basándose en la experiencia de un siglo entero, habría que establecer un imponente sistema de presas, de lagos artificiales y de esclusas, sobre todo en los territorios del Sudán y de Etiopía, así

como en la región de los lagos del Africa Central. Es indudable que serían menester varios siglos para establecer un sistema de esta clase capaz de resolver definitivamente el problema de los riegos en toda la longitud del Nilo. Para Egipto, la construcción de la gran presa de Asuán constituye el primer paso hacia este objetivo remoto. Según declaran los peritos egipcios, las cifras de los ochenta y cuatro años últimos permiten afirmar que la gran presa asegurará en todo momento un caudal anual de ochenta mil millones de metros cúbicos, lo que permitiría aumentar en una tercera parte la superficie de las tierras actualmente cultivables del país (268.0.000 hectáreas). Además, las dieciséis turbinas de la gran presa suministrarían diez mil millones de kilovatios-hora por año, lo que no dejaría de acelerar la industrialización del país y de favorecer el mejoramiento de las instalaciones de riegos, al permitir la creación de numerosas estaciones de elevación de aguas. Por último, el lago artificial del gran embalse de Asuán podrá contener, además de los setenta mil millones de metros cúbicos de agua y de los treinta mil millones de metros cúbicos de barro, una reserva suplementaria de treinta mil millones de metros cúbicos de agua : gracias a esta capacidad considerable, podrá hacerse frente a las crecidas peligrosas.

« Tal es el punto de vista de Egipto », dice el Sr. Sayed Khidir Hamad. Y prosigue : « Si Egipto quiere construir el Sadd-el-Alí, esto es cosa suya. Pero antes de empezar los trabajos, es indispensable que el agua del Nilo sea distribuída equitativamente. En las negociaciones egipto-sudanesas, que se han desarrollado hasta ahora, nos hemos puesto de acuerdo para estimar en ochenta y cuatro mil millones de metros cúbicos el caudal medio anual. Actualmente Egipto utiliza de ellos cuarenta y ocho mil millones para sus instalaciones de riegos, y el Sudán utiliza sólo cuatro mil millones. Esta diferencia se debe al hecho de que, cuando en 1929 el Gobierno británico concertó un acuerdo con Egipto, relativo al aprovechamiento de las aguas del Nilo, no se solicitó la opinión del Sudán a este respecto. Se nos había prohibido construir embalses, sin consultar de antemano a Egipto. Y en efecto, de febrero a julio, nosotros no disponíamos de la cantidad de agua que habíamos acumulado durante la crecida anual. Todo el resto del agua del Nilo quedaba reservado a Egipto. Pero, desde principios de este año, somos independientes. Es indudable que nosotros respetaremos los derechos tradicionales adquiridos ; no pretendemos modificar el *statu quo*. Lo que queremos es una distribución equitativa de los treinta y dos mil millones de metros cúbicos que quedan, después de haberse deducido las cantidades actualmente atribuídas a Egipto y al Sudán. Y protestaremos contra la construcción de la gran presa de Asuán, hasta el día en que el sistema de distribución se haya fijado de común acuerdo ».

Es difícil no reconocer que la posición del Sudán se basa en un principio de justicia. El Sudán no carece de tierra, pero sí carece de agua.

El error de Egipto

Como hemos visto, el Sudán no quiere modificar los derechos adquiridos. Sólo quiere que se le tome en serio cuando reclama una distribución justa del agua no comprendida en estos *derechos adquiridos*. Ahora bien, Egipto no ha hecho hasta ahora mucho caso de dichas reclamaciones. Los sudaneses tienen cierta razón para asombrarse de que no se les haya consultado siquiera con respecto a un proyecto que ha de tener por efecto la inundación de unos cuantos millares de kilómetros cuadrados de su territorio. Mientras que, desde 1952, la prensa mundial daba detalles acerca del proyecto de embalse de Asuán, Kartum sólo ha sido informado oficialmente de ello hacia fines del año 1954. En cuanto al modo de dirigir su política hidráulica, Egipto parecía fundarse en la certidumbre de que el Sudán, una vez caducado el condominio angloegipcio, seguiría evolucionando en la órbita de El Cairo. Sabido es que los acontecimientos se han encargado de desmentir esta certidumbre.

El Gobierno de El Cairo ha hecho pu-

blicar recientemente un folleto en el que expone su punto de vista. El Gobierno de Kartum ha hecho imprimir otro folleto, en el que reproduce textualmente el del Gobierno egipcio y lo refuta frase por frase, oponiéndole los argumentos sudaneses. Cuando se lee el documento egipcio se ve sin dificultad que sus redactores han tratado, por todos los medios, de falsear los hechos. Así es como fijan el caudal anual del Nilo en un nivel arbitrariamente bajo, aumentando al mismo tiempo las necesidades de Egipto en agua. Estiman también que las pérdidas por evaporación (calculadas para el lago artificial del embalse proyectado, en diez mil millones de metros cúbicos por año) deben tomarse en consideración para calcular el agua que hay que distribuir. El tal caso, el volumen de ésta no alcanza más que unos quince mil millones de metros cúbicos, en vez de treinta y dos mil millones. A esto replican los sudaneses que Egipto por sí solo debe soportar la pérdida por evaporación, puesto que el embalse aprovechará únicamente a dicho país, tanto más cuanto que, de conformidad con la opinión del Sudán, Egipto podría construir una presa menos importante, si aceptara tener en cuenta el desarrollo hidroeconómico de *todo* el valle del Nilo.

Embalse y política

Todavía no se ha llegado a ningún acuerdo entre El Cairo y Kartum. Parece que Egipto ya no puede retroceder. Los dictadores necesitan válvulas de seguridad; y es evidente que la mejor válvula de que el coronel Nasser puede disponer hoy para su política interior es el gran embalse de Asuán, que habrá de transformar las piedras en pan. Cierto día sostuve una conversación con un copto que tenía excelentes razones para no apreciar el régimen de Nasser y que no se privaba de vituperarle cuanto era posible. Desde que se trató del proyecto de embalse de Asuán, se desbordó su entusiasmo por el *gran constructor* Nasser. La propaganda egipcia sabe lo que hace cuando establece comparaciones entre el futuro embalse y la pirámide de Cheops. En dicha propaganda se subraya que, si bien la presa actual apenas bastaría para construir la base de una pirámide, sería necesario reunir diecisiete pirámides de Cheops para constituir el volumen de la presa proyectada. De este modo, Nasser aparece como el digno sucesor de los Faraones. En el terreno de la política exterior, el papel de la presa en proyecto no es menos grande : por muy impopular que sea Nasser entre importantes clases de la población, se le admira, no obstante, por haber logrado que los norteamericanos, los ingleses y el Banco Mundial le ofrezcan una parte del capital necesario para la construcción de la presa, sin tener siquiera necesidad de mostrar su agradecimiento. Parece, en efecto, que como consecuencia de los ofrecimientos soviéticos, el Banco Mundial ha renunciado a la mayor parte de las condiciones que había puesto al principio para conceder un préstamo, y entre dichas condiciones figuraban : la conclusión previa de un acuerdo con el Sudán, la libre adjudicación de los trabajos por concurso, una cierta intervención en las finanzas egipcias durante el período de construcción, etc.

Cuando ante mis ojos aparecieron, al sur de Asuán, las señales blancas que marcan el emplazamiento de los futuros trabajos, la solución del conflicto me pareció más incierta que nunca. La posición del Sudán parece muy débil, sobre todo desde que el Banco Mundial ha dado una mayor flexibilidad a sus condiciones ; pero Kartum dispone aún de un medio para hacer presión, que no conviene subestimar. Cuando yo pregunté al Sr. Sayed Khidir Hamad por qué el Sudán no *tomaba* pura y simplemente el agua que necesita, puesto que los sudaneses tienen las aguas del Nilo *antes* que los egipcios, me contestó : « Nosotros no somos ladrones. Por lo demás, no podríamos permitirnos serlo, porque necesitamos capitales extranjeros para la construcción de nuestras presas y para nuestros trabajos de riego. Pero si no obtenemos una satisfacción de El Cairo, nos negaremos sencillamente a evacuar Uadi Halfa. Los egipcios habrán construído una hermosa presa ; pero me gustaría ver si, en estas condiciones, se atreven a llenar su lago artificial ».

GEORG GERSTER

JOSE MACEDONIO URQUIDI
gran valor intelectual boliviano

POR LUIS TERAN GOMEZ

En Bolivia, país cercado por altas montañas, totalmente desconocido por su cultura y civilización milenaria, hay también, aunque muy pocos, de aquellos hombres que viven entregados a inquietudes intelectuales y al estudio permanente de las ciencias y de las artes. Uno de ellos, que por suerte muestra todavía una vigorosa contextura física y espiritual, es el doctor José Macedonio Urquidi, que a la fecha tiene ochenta años de edad y, sin embargo, sigue escribiendo, y dictando al mismo tiempo clases de derecho internacional en la Universidad de San Simón de la ciudad de Cochabamba. El profesor Urquidi es descendiente de próceres de la independencia americana ; fué su abuelo paterno el brigadier Andrés Urquidi, que revistó en el ejército auxiliar comandado por Belgrano y Castelli y a quien el Senado de la Confederación Argentina declaró « benemérito en grado eminente » con opción a recompensas a sus descendientes. De ahí que un hijo del brigadier, Melchor Urquidi, mereció ser premiado con una medalla de oro igual a la que ostenta el busto del Libertador Simón Bolívar, en mérito de ser el alumno más aventajado del colegio « Sucre » en 1826. Este ilustre varón ocupó altas situaciones dentro de la judicatura, el parlamento y la administración pública, siendo considerado como uno de los organizadores de la República.

José Macedonio Urquidi comenzó y concluyó sus estudios de enseñanza primaria, secundaria y facultativa en su ciudad natal, Cochabamba, logrando siempre distinguirse entre sus condiscípulos. Obtenido su título de doctor en leyes, dedicóse con toda pasión y constancia a la lectura de viejos infolios y documentos históricos en bibliotecas y archivos y a tomar notas con el fin de poner en claro muchos episodios que la tradición, el cálculo o la pasión política habían desfigurado substancialmente. A poco de realizar serias investigaciones y de compulsar datos relacionados con el origen, creación y organización de Bolivia como nación independiente, da a la luz pública un compendio de historia, el que, aprobado por la Universidad y el Concejo Municipal de Cochabamba, es adoptado como texto oficial en los planteles de instrucción primaria del país.

El ambiente plácido y de incomparable tranquilidad peculiar de la ciudad de Cochabamba, urbe ubicada en un valle de clima templado, es un aliciente para dedicarse al estudio y la meditación y, es en ese medio, donde el historiador Urquidi da amplio vuelo a sus especulaciones espi-

rituales y publica en forma sincronizada libros rebosantes de enjundia, que son recibidos con alborozo por las gentes cultas del país. A *Los hombres del tiempo heroico*, libro en que se enaltece la ejecutoria de abnegados patriotas y valientes guerrilleros que tuvieron participación en la guerra de la independencia de las colonias españolas, le sigue *Los diputados altoperuanos en el Congreso Constituyente de Tucumán*, congreso al que concurrieron representantes de las provincias Charcas, Potosí, La Paz y Oruro. Este libro mereció muy honrosas referencias del gobierno argentino. Luego salió a la luz pública *Breves rectificaciones y comentarios a la obra histórica de Arguedas*, libro comentado por escritores bolivianos y extranjeros, por ser la historia de Bolivia escrita por Alcides Arguedas una de las más completas y mejor documentadas.

El profesor Urquidi cumple con este aforismo : ¿ Qué es una vida ?, y responde con Augusto Comte : « Realizar en la edad madura en pensamiento de la juventud. » Por ello, en su vejez plena de serenidad, trabaja sin darse descanso, y siempre se le ve en procura de libros de consulta, de folletos y manuscritos, que puedan proporcionarle derroteros en sus investigaciones históricas y literarias. Con marcada frecuencia el lector boliviano es sorprendido con libros que, como *Semblanzas* y *Bolivianas ilustres*, merecen cariñosa acogida. Esta última obra consta de dos tomos, el primero *Heroínas de la libertad patria*, y el segundo *Escritores, poetas y artistas*. Dentro de sus cotidianas faenas de catedrático, el doctor Urquidi no se limita a dictar sus clases y recibir sus estipendios, muy reducidos, por cierto. Como todo espíritu acucioso, ve más allá y va más allá, y con esfuerzos sobrehumanos publica libros de derecho internacional, los cuales han sido enjuiciados por el ilustre escritor cubano Antonio Sánchez de Bustamante y por el conocido internacionalista argentino Daniel Antokoletz. El penúltimo libro del profesor Urquidi *Origen de la Noble Villa de Oropeza*, difundida en 1952, registra novísimos datos que acreditan en forma contundente que la fundación de la ciudad de Cochabamba se efectuó el 15 de agosto de 1571, por orden del Virrey del Perú don Francisco de Toledo.

En el campo siempre caliginoso del periodismo boliviano, el escritor Urquidi despliega una acción digna del mejor encomio, porque todos sus conatos se dirigen invariablemente a educar y a propagar los postulados democráticos, sobre los que están cimentadas las instituciones en los países más libres y progresistas de la América latina. No ha militado en partidos ni facciones políticas, pero su amor a la libertad es ilimitado. Fué director y redactor de *La Patria*, *El Comercio* y *El Haraldo*, diarios de profusa circulación en Bolivia, así como de la revista *Letras* y del *Boletín de la Sociedad de Geografía e Historia* de Cochabamba. Como asiduo colaborador de rotativos y revistas de países extranjeros, hace conocer a su patria, sin alardes ni alabanzas desmedidos. Entre sus últimas obras poéticas han sido elogiadas *El idilio de los cóndores* y *En la ribera obscura*.

Como hombre representativo de inconfundible personalidad dentro de un medio donde hay muy pocas mentalidades esclarecidas, el profesor Urquidi ha sabido dar honor y prestigio a su país, en asambleas y congresos internacionales, donde su palabra autorizada y sus procedimientos tuvieron repercusiones felices. En Washington, La Habana, Río de Janeiro, Buenos Aires, Lima, Quito, San Pablo, Santiago de Chile, capitales en las que han se realizado conferencias de diversa índole, el doctor Urquidi, tomó activa participación y puso en el tapete de la discusión ponencias y proyectos que fueron acogidos con interés, por ser ellos fruto de profundos estudios y de una experiencia bastante larga.

Conocidos los servicios eminentes del doctor Urquidi en la cátedra y el foro, y sobre todo, aquilatada su labor publicitaria mediante la edición de muchos y buenos libros, el gobierno de Bolivia, allá por el año de 1946, tuvo el acierto de proponerlo ante la consideración de la O. N. U., para el alto cargo de Vocal de la Corte Internacional de Justicia de La Haya.

Para el profesor Urquidi, conceptuado ya como hombre de consejo, por su lu-

cidez mental y su larga trayectoria de ciudadano ejemplar, no hay vacación ni tregua en su diario vivir. Actualmente tiene en preparación un libro de poemas que llevará el título de *Cumbres y surcos*. ¿ Será porque el profesor Urquidi vive, mejor dicho, vegeta en un país enclaustrado que no tiene vinculación con otros del Continente, por lo que su labor de estudioso y de publicista fecundo es desconocida ? Sea lo que sea, lo evidente es que en nuestra América hispana, hombres que trabajan silenciosamente en pro de la cultura, sin esperar premios ni recompensas, pasan inadvertidos, y sólo cuando abandonan este mundo, algún amigo, alguna agrupación o algún periódico de aldea hace mención de su labor entre los hombres. Entre esos ocupa lugar destacado don José Macedonio Urquidi, el catedrático octogenario cuya venerable figura parece arrancada de aquellos incomparables tiempos de la antigua Grecia. Es a este respetable escritor a quien se podía endilgar con toda justificación las palabras de don Francisco Ferrándiz Alborz, cuando dice : « Que en el premio Nóbel de literatura no son todos los que están, ni están todos los que son, y que se podría llenar una página de nombres eminentes de todo el mundo, muchos de ellos hispanoamericanos, que honrarían el premio Nóbel de literatura, postergados reiteradamente en la selección de cada año ». Vienen también muy a propósito las oportunas reflexiones del ilustre bardo y General don Edgardo Ubaldo Genta, cuando al hacer hincapié en el estímulo que debe darse a la producción intelectual americanista, en plástica, historia, literatura, filosofía y periodismo, dice : « Es sabido que el premio Nóbel, de repercusión universal, parece consagrarse más al estímulo creador del Viejo Mundo que del Nuevo. Bastaría esta sola comprobación para que, omitiendo los muchos y aun acerbos motivos que lo discuten, justifiquemos la necesidad y el empeño de que se instituya cuanto antes un Premio América, para cada uno de los grandes sectores de la cultura y que sin llegar al extremo de pretender canalizar la inspiración y el sentimiento, procure excitar la producción de grandes obras por los hombres de América y como exponente de una más intensa valoración de lo americano. La novela americana ; el folklore plástico, musical, coreográfico y poético ; el teatro de América ; la exaltación en todas aquellas formas del hombre y el paisaje americano ; la biografía de nuestras máximas figuras ejemplares, desde los libertadores y los estadistas, a los filósofos, los pedagogos y los estetas ; todo cuanto es es tesoro de la humanidad, puede optar al Premio América y recibir el calor de su alto estímulo ».

Cuán halagador sería que iniciativas tan justificadas cristalizasen en realidades tangibles y, de esta manera, fuesen arrancados de la penumbra en que viven, muchos ilustres escritores, catedráticos, filósofos y artistas de América, cuya ejecutoria y talento, no pasa más allá de las fronteras de sus propios países. Quizás entonces, el profesor Urquidi pudiera ser objeto de un merecido homenaje, al que es acreedor en justicia.

LUIS TERAN GOMEZ

La pintura de Rodríguez Lozano

POR NEFERO

Cuando Manuel Rodríguez Lozano parte por primera vez a Europa — a París — no le mueve otro motivo que el de vagar, curiosear y ver si, rebotado de un lado a otro, el perseguido equilibrio que ha de trazarle por fin su ruta acaba de cuajarse. Ha tenido una infancia y adolescencia placenteras ; casi opulentas. *Soy un vagabundo celeste*, escribe por entonces. Y por entonces también le dice un amigo : « ¿ Como es que tú, que tan buenos dibujos haces, y tanto te apasionas por todo lo que es pintura, no pintas ? » Y es que él quería ser escritor. Mas, en uno de esos días huecos en que uno no sabe qué hacerse con uno mismo, se puso a pintar : quizá por no desairar al amigo que le había obsequiado con una caja de colores. Desde ese momento, Rodríguez Lozano ya no había de soltar los pinceles.

En París permaneció, de un tirón, ocho años. Con intermitencias de correrías por España. Los museos, las exposiciones, el respirar el aire, cargado de sugerencias creadoras, de los medios artísticos parisinos, o de las viejas ciudades hispanas, automáticamente, le iban formando, a la vez que su museo ideal, la agudeza de su retina y de su sensibilidad. Volvió a México en 1921. En los países más distantes — real o aparentemente — del suyo, había tomado plenamente conciencia de su tierra, y de lo que de ella quería expresar.

Un propósito dominante : el de hacer un arte verticalmente mexicano : que calara hasta el meollo de su pueblo, del que sus años de andanzas europeas le habían hecho sentir, hasta la angustia, las peculiares diferenciaciones. Se decía : « Tenemos un sabor, un sonido, un sentido, una luz, totalmente distintos, totalmente *nuestros*. ¿ Por qué no plasmarlos en formas que sean efectivamente ellos ? ¿ Por qué no dar nuestra expresión propia ? »

La expresión genuina de un pueblo es el pueblo mismo. Rodríguez Lozano, de regreso de empaparse, ante los Grecos, del drama castellano « que hace a los hombres y los deshace », trae a México, entre pecho y espalda, la voluntad de la saeta de la Doctora de Avila ; sólo que, en lugar de apuntar fuera de la aventura humana en la tierra y en el tiempo, su saeta va derecha a clavarse en el corazón de esos hombres, y esas mujeres, cuyas reacciones les son dictadas por un acervo sentimental de siglos. Y del París de las Galerías de moda y la bohemia abigarrada por los « snobismos », se trae a su patria una sed inextinguible de realidad popular. Aspira a una pintura que sea un Corrido llevado al lienzo. Y sabido es que el Corrido brota directo, y es justamente lo contrario de la canción que los turistas toman por fenómeno típico, en rasgueos de cabarets.

Vasconcelos, a la sazón Secretario de Educación, le nombra Director del Departamento de Dibujo : esto le va a permitir una magnífica experiencia, para él mismo, y para el desenvolvimiento de la educación artística del pueblo mexicano. Después, viaje a la Argentina. Era una protesta de ingenua soberbia contra los derroteros comunes. ¿ Qué los más de los artistas mexicanos se van a Nueva York, para obtener la

justa retribución de su esfuerzo ? Pues él irá a presentar en Buenos Aires su obra ya perfectamente delimitada en su estilo propio. Triunfó, en la exposición de sus lienzos, y en sus conferencias en los « Amigos del Arte » y el Museo de La Plata. Y nuevo salto a París. Exposición en la Galería de la América Latina, con prólogo de catálogo de André Salmon. Exitos. Retorno a México.

Vuelta a París. Otra vez en México. Y ya la ruta definitivamente trazada. Pintar y pintar. Lejos de capillitas y reclamos. Pocos son por el mundo los artistas tan celosamente replegados sobre su obra como Manuel Rodríguez Lozano. ¿ Su fuerza ? El haberse remontado por encima de lo que parecía inevitable : el pintoresquismo folklórico de un México de *Mexican Curious*, parejo de la España de pandereta.

En su primer retorno a México desde París — 1921 — traíase ya el propósito firme de aprovechar sus enseñanzas europeas *para mejor olvidarlas*. Ahora bien, una verdad, por muy adentro que se lleve, no se descubre fácilmente. En la producción de Rodríguez Lozano quedan, de los tiempos en que su arte se esforzaba por alcanzar una expresión rigurosamente vernácula, pero que al serlo no se apartara de las inquietudes que, por imperativo cronológico había de encerrar, unas figuras de dimensiones

" La prostituta " (1927).

superiores a las naturales, de anchas caderas, talle angosto, hombros amplios y casi horizontales, visiblemente inspiradas en las figuras del México anterior al contacto con Europa. Son restos de un proyecto grandioso de decoración mural. Las tintas, sin ser enteramente planas, acusan escaso volumen. Los rostros revelan la decisión de anular el carácter individual en una impresión global. Si evocamos estas figuras, símbolo junto a los frescos del Palacio Iturbe (México D. F.), y al de la « Pietá » de la Penitenciaria — una de las obras más importantes del muralismo mexicano —, advertimos al punto el camino ascensional recorrido por el pintor para despojar su numen de cuanto no fuere esencial al carácter de raíz idiosincrásica de su proyección. Son estas figuras, de tendencia que pudieramos llamar arcaizante, el primer intento de gran empeño de su autor por hacer de la pintura mexicana una manifestación genuina, frente a las demás manifestaciones plásticas del momento. Su necesidad decorativa imponía la forma en detrimento del fondo. Mas, en su obligado exoterismo, constituyén un rompimiento con cuantas sirenas podían todavía acechar al pintor : facilidades de carácter y de técnica. Y, para preservar su visión de un México inasequible a las superficialidades de la visión turística, tuvo Rodríguez Lozano, desde el primer instante de su entrega a su arte, la ayuda de un dibujo vedado a efugios, trucos y complacencias. (Muchos son sus retratos dibujados : en ellos la línea, ayuna de cuanto se le pudiera agregar para realzar su emotividad, enlaza directamente con la de los retratos a lápiz del Cuattrocento y Cinquecento florentinos.)

Al esfuerzo de emancipación de unas etapas iniciales, en un México seducido por la disgregación impresionista de la gama del espectro, o todavía apegado a resabios de composición colonial, y — más adelante — convencido por alharacas propagandísticas de que un aspecto demagógico era en pintura fusión sincera con rebeldías, Rodríguez Lozano tenía que sumar el esfuerzo de resistencia al hechizo de la estilización basada sólo en la acentuación de fragmentos. El escollo de la deformación caricaturesca era gravísimo para el artista empeñado en hacer aflorar un carácter hermético. La pintura moderna, a partir de Matisse, y del Picasso a ratos malabarista, ofrece no pocos ejemplos de estilización involuntaria. Para no detenerse en comprensiones a flor de piel, Rodríguez Lozano tenía que cuidarse, ante todo, de la pintura. « ¡ Cuidado con la pintura ! », reza uno de los aforismos salidos de su bien cortada pluma. Por supuesto, que cada artista rehace a su peculiar manera esta operación de soltar lastre. Para Rodríguez Lozano, la pendiente que ha de subir

" Adiós al hijo " (*1942*).

hasta su propia cima, se le presenta cada vez más escueta de líneas, y sobria de colorido.

Aquí tenemos, por fin, la presencia *activa* de su obra. Con sus tonalidades, que algunos tachan de frías y cerebrales, y que a otros se les antojan ardientes, a fuerza de rezumar, en cada una de sus combinaciones, emoción de calor humano. Con sus figuras, que algunos consideran monótonas, y que a otros se les aparecen de una multiplicidad de hervidero de muchedumbres. Con su drama fundamental, formado por lo permanente del inmenso drama de un pueblo que vive sus muertes en cada gesto y cada palabra; pero que no pronuncia apenas palabras, ni esboza sino contados gestos.

Poco a poco, las figuras reducen su gama a tonos esenciales. Con frecuencia, la irrupción luminosa resérvase a los fondos, de los que la línea del horizonte — en verde mar, en cromos rebajados, en platas con altibajos de oleaje — aparece como esos « rompimientos de Gloria » en los cielos de algunas composiciones religiosas del Diecisiete español. Sobre esos fondos estriados de luz, las figuras de los primeros términos destacan la renunciación de sus grises, de sus blancos, de sus azules, que, antes que la apariencia cotidiana de una silueta, tienden a interpretar los sentimientos clave que estas formas revisten en ineludibles apariencias. Los cuerpos desnudos, intencionadamente monocromos, en afán de presentación única de una afirmación de inconmovilidad. Y la actitud cada vez más hierática. La expresión, cada vez menos dependiente de lo efímero : hasta el extremo de surgir, en ocasiones, de unos rostros ocultos. Y éstos, los más elocuentes. Porque se les siente — antes que verlos — como son : desde ese abismo de milenios en que se han ido modelando las actitudes de los pueblos indígenas de América. Desgarros por ausencias definitivas ; congoja del vacío total : no hay boca, ni ojos, que profieran gritos, o viertan llanto, que más seguramente le traspasen al espectador que estas bocas y estos ojos, que aquí no se revelan sino a nuestra capacidad imaginativa.

Por lo mismo, los pies y manos tienen tanta trascendencia como los rasgos fisonómicos. En ellos, la estilización ya sólo existe a manera de exaltación de una realidad que, por su propia densidad, se impone por encima de todos los cánones. Estos pies son, inequívocamente, pies que caminan descalzos, pies de indios, hechos a todos los guijarros y espinos del camino. Quizá no hubiera, para un cartel de rebeldía, nada más expresivo que algunos de ellos : los de la mujer de « Arco de Cielo », por ejemplo, con sus dedos deformes ; o los de las dos figuras principales que, en « El Rapto », gritan por cada uno de sus dedos, a compás del lamento de las manos, lo que las bocas no articulan. Las manos se crispan, agarrotan, atenazan, se agarran desesperadamente, o son imploración, conjura, o desmayo. En las composiciones « con tema » : los Descendimientos profanos, al pie de la Cruz que invisiblemente llevan a cuestas estos personajes, sacados por el pintor de la entraña viva de su pueblo, las manos son el centro en torno al cual irradia la intención que agrupa las figuras.

Con México sucede lo que con España : la luz, el añil del cielo, el sol, hacen, válganos la paradoja, de cortina de humo. Pero ni México, ni España son exuberantes, sino extremadamente recatados, al igual en las manifestaciones de alegría que de aflicción. Sobre todo en estas últimas. Estas pinturas de Rodríguez Lozano podrían ostentar, como título genérico : « Dolor. » Dolor de siglos. Dolor del silencio que, a fuerza de ser impuesto y soportado — por siglos —, se ha convertido en hábito de dignidad, regusto de orgullo, y abroquelamiento defensivo.

Europa queda muy lejos. Más aún Norteamérica. Y, ya en otro planeta, lo anecdótico. « *El pintor que no es la voz viva de su pueblo, no es un gran pintor. Este canta, injuria y llora poéticamente con su pueblo* » : es uno de los « Hondazos » en que Rodríguez Lozano complementa el elocuente silencio de su obra. Digamos nosotros que por esta obra su pueblo canta, clama y llora. No podríamos decir más.

NEFERO

"Miguel Hernández" estudio biográfico de Concha Zardoya

POR LUIS LOPEZ ALVAREZ

Cuando las gentes de fuera de España se acercan a la poesía de su última generación buscando influencias, atisbando rebeldías, se dan de bruces, a menudo, contra una serie de fórmulas expresivas de una aspereza que no deja de sorprenderlas. Muchos ignoran que detrás de todo eso se halla la presencia del malogrado poeta alicantino Miguel Hernández.

Concha Zardoya, poetisa del otro lado del Atlántico, que ha vivido en España después de la guerra civil, ha sabido comprender la importancia pasada, presente y futura de Miguel Hernández. A través del Hispanic Institute de la Columbia University de Nueva York, nos ofrece hoy un libro honrado, minucioso, lleno de aciertos, acerca de Miguel Hernández. El libro es, a la vez, estudio estilístico de la obra, biografía, reseña detallada de la bibliografía existente y compendio antológico.

*

Miguel Hernández vino al mundo en Orihuela, en 1910. Murió en 1942 en la enfermería del Reformatorio de Adultos de Alicante. Su padre era pastor y tratante en ovejas, y Miguel le ayuda desde los primeros años de su vida. Miguel Hernández aprende a llamar al ganado con sus silbidos y a manejar la honda con soltura. Después de haber aprendido las primeras letras en un colegio de jesuítas, Miguel empieza a los 14 años su aprendizaje solitario de autodidacto.

A un primer viaje frustrado a Madrid, sucede un segundo viaje en el que Miguel Hernández se afinca en la capital española, trabando amistad con Aleixandre y Neruda, al mismo tiempo que le da trabajo José María de Cossío.

Toda su vida habrá de permanecer el poeta fiel a sus amigos. Con Pablo Neruda su amistad llega a ser tan íntima que incluso le ayudará a corregir las pruebas de su *Primera residencia en la tierra*. Hacia Vicente Aleixandre sentirá siempre el poeta de Orihuela una viva admiración que se concretará en la dedicatoria que encabeza su *Viento del Pueblo*.

Miguel Hernández vive hasta la guerra civil en Madrid, haciendo algunos viajes a su tierra natal, en donde tiene a su novia, Josefina Manresa, la mujer que tanto contará en su vida. A ella dedica Concha Zardoya su libro, a ella quisiéramos dedicar nosotros estas líneas.

Miguel Hernández conoce a Josefina Manresa en 1934, durante el intervalo entre sus dos primeros viajes a Madrid. Trabajaba Miguel en una notaría y Josefina en un taller de costura. Después de haberla observado en varias ocasiones se decide a abordarla. Concha Zardoya nos cuenta que Josefina Manresa se hallaba *asustada de tanto ímpetu*. A partir de ese momento la vida de Miguel Hernández empezará a girar en torno de la suya. Miguel Hernández es hombre de una pieza en sus amores. Amará así a una sola mujer a través de toda su vida, haciéndola su novia, su esposa, la madre de sus hijos, para hacerla más tarde viuda que se encierra en un dolorido pero legítimo orgullo. Miguel Hernández hallaría en ese amor los consuelos y dulzuras que la vida le

negaría en sus últimos años. Amor casto y total — *he comprendido que eres tú la única mujer con que he de vivir toda mi vida* —, amor de una vez para siempre, de generosa entrega : *yo quiero ser ya para tí sola*. Y aun en los momentos de su muerte las últimas palabras de Miguel Hernández serán para la compañera fiel: ¡ *Qué desgraciada eres, Josefina !*

La guerra irrumpe brutalmente en la vida del poeta como en la de tantos otros seres. Su alma apasionada le hará lanzarse voluntario en la lucha. *Comencé a luchar, a hacerme clamor de la España de las pobrezas.*

Miguel Hernández cava trincheras, escribe versos, los recita a los soldados republicanos, los imprime, se hacen populares. El poeta marcha a Rusia, viene por París, pronuncia discursos, conferencias, arenga a los suyos en la lucha. Al lado de los momentos de exaltación que la guerra le procura, no le falta al poeta el *dolorido sentir*, la herida profunda ante la lucha fratricida que le ha tocado vivir : *El poeta es el más herido en esta guerra de España* o *Mi sangre no ha caído todavía en las trincheras, pero cae a diario hacia dentro, se está derramando desde hace más de un año hacia donde nadie la ve ni la escucha.*

La totalidad de su entrega en el amor hacia la amada o en su amor hacia el pueblo, no son más que distintas facetas de su vocación, de su hambre de absoluto. Quizás nada tan revelador a este respecto como una carta a uno de sus amigos, escrita antes de la guerra civil, en la que cuenta que Ortega y Gasset le había pedido su colaboración y añade: *Estoy un poco contento en medio de mi tristeza, porque siempre se siente halagada nuestra vanidad por pequeñas cosas, aunque después nos quedemos insatisfechos como siempre.*

Terminada la guerra, el poeta rueda de cárcel en cárcel. Le condenan a muerte sin que se sepa muy bien de qué le acusan. Permanece seis meses condenado a muerte, recibiendo con estoicismo lo adverso de su destino. Luego le conmutan la pena suprema por la de treinta años de cárcel. ¡ Le haría falta vivir otro tanto para cumplir tal condena ! Le trasladan todavía de prisión en varias ocasiones. Cae enfermo. Josefina Manresa se multiplica. Algunos amigos tratan de ayudarle desde fuera. Neruda hace gestiones en los sectores católicos de París.

Miguel atraviesa, junto con momentos de optimismo, largas crisis de abatimiento. A los sufrimientos morales se añaden los sufrimientos físicos. Una tuberculosis pulmonar aguda le llevará de este mundo el 28 de marzo de 1942.

*

Concha Zardoya analiza detenidamente la obra del poeta, desde *Perito en lunas*, el libro primerizo de Miguel Hernández, hasta sus *Poemas últimos*, escritos en la cárcel.

En *Perito en lunas* se adivinan las influencias, cercanas todavía, de Góngora, Garcilaso, Jorge Guillén y Rafael Alberti. Miguel Hernández manifiesta un dinamismo verbal que es fruto de la lucha en el ánimo del poeta, de los elementos cultos y los elementos naturales.

En su segundo libro, *El silbo vulnerado*, Miguel se agita dentro del marco estrecho de 25 sonetos en los que se advierten ya ciertas características formales de su poesía : las repeticiones que se balancean y dan a los versos un ritmo dolorido de auténtico *silbo vulnerado* y las sinestesias que tanto ayudan, a traves de su peculiar espontáneidad, a definir el auténtico poeta.

En enero de 1936 se acaba de imprimir *El rayo que no cesa*, en donde se integran todos los componentes de su poesía. Los adjetivos, las metáforas, la temática, ofrecen un tono inconfundible. Diríase que hasta *El rayo que no cesa*, Miguel Hernández no había logrado agarrar su dolor, servirse de él para cantar, con igual aspereza que donaire, el sentimiento amoroso que le vincula a la tierra. La tempestad del hombre empieza a subir. Menudean las antítesis. Apunta ya el tono polémico, la iniciativa arrolladora.

En 1937, en plena guerra civil, se publica *Viento del Pueblo*. Al parecer, este libro apasionado, de auténtico poeta ibérico, fué una de las causas principales de la condena de Miguel Hernández.

El poeta se identifica con el pueblo en armas, en versos épicos de llanto y de ternura, de gritos de rabia y de dolor. En este libro, Miguel Hernández se vierte hacia fuera como si la metralla le hubiese desgarrado el vientre y le colgasen al aire las entrañas.

Viento del Pueblo no es únicamente libro de versos, sino testimonio con valor de documento vibrante. Su estilo directo recuerda a Manrique, a Quevedo, al Romancero. A pesar de su carácter general, no falta en el libro el soplo leve, el susurro dolorido : *me alegré seriamente, lo mismo que el olivo...* La guerra ha producido una auténtica revolución en el alma del poeta. El movimiento centrífugo de *Viento del Pueblo* sustituye al centrípeto de *El rayo que no cesa*. Elementos normalmente internos se hacen externos. El poeta piensa no *como los otros*, sino *con los otros*. El valor intrínseco del libro reside en que no se trata de poesía *engagée*, de poesía que se embarca deliberadamente en una empresa, sino de algo más espontáneo y natural. En el caso de Miguel Hernández esa revolución, esa confluencia de elementos, produce una especie de secreción que sale a borbotones unas veces, o que se desliza otras con tanta suavidad como la reisna sobre el tronco del pino.

Hay una parte del libro en cierto modo perecedera : los poemas que Concha Zardoya llama *imprecatorios*. Pero no cabe duda que el ritmo, la palpitación inconfundibles, salvan y elevan el conjunto. No puede negarse que es un poeta el que habla, un poeta que hasta en el ataque es generoso. Precisamente sus poemas *imprecatorios* nos hacen meditar en su vida cercenada brutalmente. ¿ Cuál hubiera sido su evolución en caso de que viviera todavía ? Algunos de los últimos poemas de su vida nos hacen creer que su evolución muy bien hubiera podido ser del mismo tipo de la que ha llevado a Alberti de sus poemas *imprecatorios* a escribir esa maravilla de la poesía española de todos los tiempos que son las *Canciones y Baladas del Paraná*.

Existen a través de los versos de *Viento del Pueblo* vasos comunicantes entre los elementos humanos y los elementos cósmicos e inanimados. Los elementos naturales que se manifiestan en su producción anterior se mezclan y entremezclan en el nuevo libro. A veces parece sentirse en ráfagas el perfume de la mejorana y del romero. El *Viento del Pueblo* es un viento perfumado con todos los aromas del campo de España. *Vientos del pueblo me llevan /vientos del pueblo me arrastran*. El poeta se deja arrastrar por la causa a la que se ha entregado.

En 1939 Miguel Hernández escribe *El hombre acecha*, libro del cual se ha publicado posteriormente una selección. (¿ Dónde está el resto ?) En los poemas que se conocen se advierte ya el principio de una evolución purificadora, en la que Miguel Hernández empieza a desprenderse de verbalismos anteriores. Disminuye el empleo de adjetivos. Lo que pierde en dimensión lo gana en densidad.

En 1941 Miguel Hernández acaba en la cárcel un libro empezado cuando se hallaba todavía en libertad, el *Cancionero y Romancero de ausencias*. Cuando le han arrebatado todo, le queda al poeta el amor y parece como si quisiera sentirse libre a través de la libertad que disfruta la amada. Los *Poemas últimos*, publicados por Aguilar, continúan la línea iniciada en el *Cancionero*. Miguel canta con casto apasionamiento el amor elemental, físico, que busca la perpetuación de la carne a través del hijo.

Todos sus últimos versos están impregnados de un estoicismo crepuscular. A fuerza de verse reducido y atropellado, el poeta se arrincona como el perro que se apresta a morir y su visión del mundo se simplifica más y más. Su figura se agiganta con el tiempo como la sombra que proyecta su cuerpo sobre los muros de la cárcel de Alicante.

*

Concha Zardoya dedica las últimas páginas de su libro a un breve estudio acerca del teatro de Miguel Hernández, que desea revalorar por que considera que su calidad lo merece. La obra teatral de Miguel Hernández está formada por un auto sacramental, *Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras*, que data de 1934, un drama social, *El labrador de más aire*, escrito en 1937, cuatro piezas breves de teatro de guerra y dos dramas inéditos : *Los hijos de la piedra* y *El pastor de la muerte*, que datan de 1935 y 1937 respectivamente.

Algunas fotografías y grabados ilustran acertadamente este trabajo de la poetisa Concha Zardoya, que tan digno es de aplauso. La figura de Miguel Hernández bien merecía que alguien se acercase a estudiarla con amorosa solicitud. El acierto del libro de Concha Zardoya es múltiple. La disposición del mismo es lo suficientemente cartesiana como para alcanzar valor científico. Sin embargo, la autora nos mantiene dentro de un ambiente de cálido humanismo. El rigor del análisis no destruye el valor de la apreciación intuitiva.

LUIS LOPEZ ALVAREZ

Un panorama continental

La empresa en que se ha embarcado Alberto Zum Felde presenta caracteres titánicos. Consiste en historiar la literatura hispanoamericana desde sus orígenes coloniales y en su totalidad. Tarea inédita o poco menos, pues aunque existan varias historias parciales, las reconstrucciones de conjunto — si dejamos de lado algunos panoramas y los manuales didácticos — no abundan. Advirtamos, además, que si bien su libro disfraza el contenido, con cautela o humildad, bajo el nombre de *Indice* (1), en rigor tiende a la historia crítica, cargando más la intención en lo segundo que en lo primero, ya que está concebido y escrito con la libertad del ensayo antes que con el método historicista.

Este primer tomo tan nutrido con que inaugura su ambiciosa obra viene a ser, por consiguiente, un ensayo sobre los ensayistas hispanoamericanos, desde los primitivos cronistas de Indias hasta los críticos del siglo XX, pasando por Bello, Sarmiento, Hostos, Martí, Montalvo, Rodó, etcétera. ¿ Son propiamente ensayistas tales escritores y otros semejantes, aun usando el calificativo con la máxima latitud ? ¿ No les hubiera correspondido más bien el nombre, en

(1) *Indice crítico de la literatura hispanoamericana. La ensayística*. Editorial Guarania, México,

cada caso, de ideólogos o pensadores, sociólogos, historiadores, filósofos, críticos sociales y literarios, ya que en este copioso inventario hay figuras que fácilmente entran en tales casilleros ? He ahí uno de los primeros interrogantes que habrá de suscitar el libro del crítico uruguayo, como preámbulo de reservas más explícitas o discusiones detalladas. Todo ello, signo del positivo interés que este panorama crítico ha de promover, originando fértiles debates.

Advirtamos, además, que este miembro de la Academia Uruguaya de Letras no expone sus pareceres con sequedad u objetividad académicas ; antes al contrario, opina libre y aun apasionadamente, con una sinceridad total, que si no equivale siempre a garantía de acierto, anima y vivifica todos sus juicios. Más allá de todo localismo, superando órbitas regionales en lo geográfico y en el criterio, Alberto Zum Felde apunta con valentía hacia metas de validez continental. De esta suerte, justificando sus rigores, escribe preliminarmente que la madurez de conciencia americana no puede alcanzarse por el camino de la « fácil exaltación y de la mitopeya verbal, sino por el de la revisión severa de valores y la palabra más estricta : midiéndonos con medida universal, la única que puede darnos la verdadera dimensión de lo que somos ». Lo demás, las críticas de detalle que puedan hacerse a un esfuerzo tan vasto como el de Zum Felde son legítimas — y aun deseables —, pero no deberán perder de vista la citada profesión de fe, que es más bien un plan de trabajo ineludible. Anotamos, finalmente, que si algunas apreciaciones del autor en cuanto a valores contemporáneos pecan por carta de más o carta de menos, en cambio, juicios sobre varias figuras del pasado, como el correspondiente a Andrés Bello, son modelos de justeza y sagacidad.

G. DE T.

José Castillo Torre : "Por la señal de Hunab Ku"

EL licenciado José Castillo Torre ha dado rienda suelta a su lirismo al hablarnos de la tierra yucateca y de la raza y la civilización mayas, en su libro *Por la señal de Hunab Ku*, editado en México por Purrúa. Un amante de la historia de su pueblo, un vigía impenitente de la inmensa obra maya, seguida por Castillo Torre sobre la tierra y los libros, han impreso en él un sello de investigador y de poeta. Ya había publicado antes que el presente, otro libro titulado *El país que no se parece a ningún otro*, en el que se muestra la pasión maya por sus cuatro costados.

Castillo Torre siente gran admiración hacia la cultura europea y en particular la española, la cual conoce profundamente, sobre todo en lo tocante a México y en particular a Yucatán, y sin embargo no puede reprimir un asomo de rebeldía contra el conquistador cuando expresa que « ni frailes, ni políticos, ni encomenderos han podido nada contra el alma intocable de los mayas ». Con estas palabras quiere reivindicar el espíritu concentrado e independiente del maya, su obstinación en vivir en el pasado, sin otro contacto con el mundo actual que la milpa que cultiva, donde crece el maíz, eje y ejecutoria de sus actividades. Y no obstante, a mi paso por Mérida, yo me di cuenta de una sorprendente similitud entre el carácter del yucateco y el español y el corte de las ciudades de Yucatán, semejante al de las ciudades españolas, sobre todo las andaluzas.

Castillo Torre destaca el acento mágico del pueblo maya, acentúa su sentido profundamente religioso, acusa sus virtudes y su amor al trabajo, su hondo sentido estético, matemático, astronómico y, en fin, su alto espíritu creador. Pero en la cumbre de todo está el Hunab Ku. Este es « el dios único, servido por deidades intermedias entre el cielo y la tierra. Es el señor de los cielo, de la noche y el día. » Y sin embargo, en la civilización maya, como en las otras clásicas, el animal ocupaba el lugar de enlace entre los dioses y los hombres. Y así vemos a Kukulcán, que da nombre a la gran pirámide de Chichén-Itzá, al que los aztecas llamaban Quetzalcoatl, que quiere decir la serpiente emplumada : *coatl* es la serpiente y *quetzal* es el ave de bellas plumas. Y también Quetzalcoatl fué un político eminente, del cual dice Fr. Diego de Landa que los yucatecos le tuvieron por un dios.

Sobre la blanca y llana península yucateca vive el indio maya, sometido a la presión de su pasado, de sus ensueños ancestrales. Esto se ve en Castillo Torre, a pesar de su formación cultural. Y lo mismo sucede en otros escritores de esta tierra, apegados al sentido religioso, al profundo vivir histórico, al mundo ido de los recuerdos. No son palabras las que los impulsan, son continentes enteros de imágenes que viven almacenadas en el poderoso inconsciente colectivo del pueblo maya ; se ve ahí una tenacidad inconfundible por revivir o por persistir en ese mundo ido. Por eso, junto a la monotonía de una vida sin grandes cambios, internamente trabaja una pugna entre el hombre y la naturaleza hostil, sin el asidero de aquel sentido religioso que le llevaba a levantar estelas en el Copán de Honduras, que era vivero de astronomía y matemáticas ; esculturas en Piedras

Negras, al borde del Usumacinta ; pirámides maravillosas cual las de Tikal y Uaxactún en el Petén de Guatemala ; palacios y templos de Palenque en la sierra mexicana de Chiapas, sin hablar del inmenso número de monumentos de la península de Yucatán, a la que Stephens llamó un cementerio de ciudades. »

Cuando yo estuve en Yucatán mostré el deseo, atraído por la leyenda, de visitar los restos de la ciudad de Mayapán y me dijeron que de ella no quedaban ni las piedras, que todo había desaparecido ; sólo se conservaba el recuerdo del lugar donde existió. La ciudad de Mayapán fué destruída furiosamente a fines del Nuevo Imperio Maya, en 1194, a causa de las rivalidades entre familias hostiles, una de las cuales, la de los Cocom, había llamado en su auxilio a los nahoas de Tabasco. Fueron los mexicas los que enseñaron al maya el uso del arco y la flecha, arma que él no conocía, porque, según nos dice Castillo Torre, « como tipo estético, el maya tuvo, lo mismo que el griego, el sentido de la medida. « Y añade que los mayas partieron sus energías entre la religión y el arte y su forma vital estética es lo que los alejó de las luchas seculares. Mayapán es un símbolo de la vida maya y quedó su recuerdo latiendo en el aire, pregonando el sentido de lo inevitable, de la catástrofe que se cernía sobre el pueblo maya. Tras esto, la llegada del hombre blanco, de los españoles, no haría más que confirmar el destino trágico, y la modalidad de lucha armada que había adquirido a su contacto con el azteca, le llevó a hacerlo con denuedo durante algunos años contra los españoles con sin igual tenacidad, de la cual es muestra la frase del cacique Coboxh al Padre Comisario Fray Andrés de Avendaño, citado por Castillo Torre. Cuando le intentó convencer de que había llegado el tiempo fijado en los *analtees* para ser cristianos, contestó el itzá : « ¿ Y qué importa que el tiempo se haya cumplido, si aún no se le ha gastado a mi lanza de pedernal esta delgada punta ? »

El libro del Lic. Castillo Torre pone de relieve un alma ardiente que se ha adentrado en el pasado de su pueblo para mostrar sus virtudes y de vez en cuando sus defectos, aunque no sus vicios, pues el maya, como el propio Landa escribió en *Relación de las cosas de Yucatán*, « tenía dulces ideales y la más firme esperanza de un mundo mejor ». Y si es así, se pregunta Castillo Torre, ¿ por qué el auto de fe de Mani?, ¿ por qué destruir todos los escritos mayas ?. Acaso con ellos hubiera podido darse realidad al deseo suyo, plasmado con melancolía en esta frase : « El Mayab aguarda el alba anunciadora de una inteligencia y de una fantasía capaces de aclarar el sentido de las esencias y vivencias de la raza. »

Acento poético, imagen mítica, afán de revivir la civilización maya a través de sus más conspicuos intérpretes, es lo que resalta en este libro, hecho con alma ardiendo en pena y con impulsos de un viejo hijo amoroso hacia su hermosa madre maya.

L. ABAD CARRETERO

Ferdinand Alquié : "Filosofía del surrealismo"

ENFRENTARNOS con el surrealismo nos produce la impresión de estrechar la mano de un viejo amigo. Y no es porque nos parezca anciano, pues treinta años no hacen vieja una doctrina cuando es sólida, sino porque el surrealismo ha vivido con ritmo tan rápido e e intenso que nos parecía tener más años.

Ferdinand Alquié expone en su libro *Philosophie du Surréalisme*, editado en París recientemente por Flammarion, que «la obra de André Breton es sin duda, en este siglo, el ejemplo más perfecto y admirable de escrupulosa fidelidad a la verdad del hombre ». Y después de añadir que en él no hay más que preocupación puramente estética, dice que no nos devuelve la inquietud propiamente metafísica, porque « es en la afirmación metafísica donde el hombre encuentra su más auténtica verdad ». Como se ve, Alquié nos habla de dos verdades, la primera referente a la belleza y la segunda al más allá.

Belleza y libertad son las dos antenas del surrealismo, que lanzan al aire las ondas perturbadoras contra las radios burguesas ; pero no propaga expresiones literarias, sino belleza convulsiva, entrega al automatismo, aceptación del delirio, esto es, exaltación plena de la imaginación como potencia máxima del hombre, considerando que la sensación y la imagen son indisolubles. Por eso dice Alquié que « el surrealismo desrrealiza el mundo objetivo, si no por la afirmación del ser, por lo menos en nombre de una felicidad esperada ». Vemos, pues, que Breton no es pesimista, puesto que considera la esperanza como fundamental del hombre.

Muchos quisieran que Breton se definiera con plenitud, que nos dijera cual es su espera. Pero Alquié nos dice que no responde y sigue interrogándose. ¿ Es fuerza o debilidad?. ¿ Asistimos al fracaso definitivo del surrealismo ?. » ¿ Es ésta una filosofía subjetivista, un psicologísmo donde el sujeto recibe los mensajes emanados de sí mismo, o bien es un realismo mágico en el que los encuentros deberían ser las señales de

una exterioridad transcendente ? — se pregunta Alquié. Se pierde su realidad al intentar interpretarla filosóficamente, porque para Breton no hay otras evidencias que las artísticas. ¿ No será una traición todo intento de claridad en el surrealismo ?

Alquié nos dice que « el encanto ante lo maravilloso, que constituye el clima del surrealismo, basta para distinguirlo filosóficamente del humanismo existencialista. » Y afirma su simpatía y seguramente su preferencia por el surrealismo, con todas sus contradicciones y defectos, cuando afirma que « es el proyecto más atrevido y total que se haya jamás concebido para devolver al hombre todos sus derechos a la felicidad y al libre uso de sus pasiones ». Y llega a afirmar la fuerza del surrealismo por dar a la poesía el máximo valor, ya que nos dice ser ésta « el camino que conduce más ciertamente a la verdad del hombre ». Y al acentuar este poder omnímodo de la poesía, manifiesta asimismo la fuerza que el surrealismo atribuye al ensueño, que no es evasión ni fantasía, sino encuentro en él, como en Freud, del sentido de nuestro existir, de nuestro destino. Y llega a extenderlo a la locura y a la conciencia mística; por eso nos ha hablado Bretón alguna vez de Santa Teresa, y evalúa el destino de las comunidades humanas « en función del poder que ejercen sobre ellas los mitos que las condicionan ».

Pero siempre cabe preguntarse qué es lo *surreal*, de donde viene la *surrealidad*. Breton nos contesta que lo *surreal* es lo correlativo de una conciencia artística. Primero, en 1924, fué realidad absoluta. Después vino a ser lo maravilloso, pero no al modo de los primitivos, pues éstos no separan lo *surreal* de lo cuotidiano y exaltan lo nefasto; en cambio para el surrealista es esencial la esperanza.

Yo no comprendo cómo el surrealismo ha podido sacar de una desrrealización una teoría. Mas en el momento que negamos la realidad, y la imaginación ocupa el plano del conocimiento, todas las audacias son posibles. Por eso cuando se observa de cerca el surrealismo parece que nos encontramos ante un cajón de sastre, donde hay restos y especies de todos los sistemas, y recuerdos de los más desacordes.

Breton se apoya en la imaginación para crear un mundo, nuevo, por lo cual detesta la solidez lógica del objeto, y sin embargo tiene momentos en que se confabula con Hegel para lanzarse hacia una filosofía del espíritu. Por eso también el surrealismo se separa del romanticismo, porque éste se adentra y junta con la naturaleza. Y no obstante, coincide con el psicoanálisis, y es natural que así sea, pues el deseo se impone en ambos al sujeto. Pero cuando Breton nos habla del espíritu, Alquié lo interpreta llamándole pensamiento. Aquí, en mi creencia, hay falta de claridad, pues el espíritu, es esencialmente o querer o pensar. Para Breton es libertad y deseo, y en ese sentido rompe con la tradición cartesiana. Y acaso el gran escándalo surrealista radique precisamente en esa ruptura, por haber querido abrir la vía que Descartes no quiso deliberadamente seguir. Pero como quiera que Breton al tomar ese camino no supo apoyarse en la tierra firme, sino que prefirió el medio transparente y huidizo del agua para sepultar en ella todas las creaciones de la razón, de ahí que ahora el surrealismo se encuentre sin salvavidas que lanzar a los que se están ahogando. Por eso Alquié, a pesar de su admiración por el surrealismo, no pierde la serenidad y nos dice que hay en Breton una confusión del objeto y del ser de la filosofía y del sistema, reducción del conocimiento a la ciencia positiva y preocupación puramente estética de la forma.

Ferdinand Alquié, ya profesor de la Sorbona, ha dado un salto desde su anterior libro titulado *El deseo de Eternidad* hasta éste sobre *Filosofía del Surrealismo*. Su pensamiento es aquí más fértil y unitario. Nos ha prestado un buen servicio al reavivar y ordenar nuestros recuerdos. Después de las docenas de libros publicados por los corifeos de André Breton, se sentía la necesidad de hacer un balance para saber, diríamos parodiando a Croce, qué es lo que hay de vivo y de muerto en el *superrealismo*.

L. A. C.

Silvina Bullrich : "Teléfono ocupado"

Se trata de una novela corta o de un cuento largo que su autora, Silvina Bullrich, ha denominado acertadamente como « divertissement ». La descripción de una parte de la sociedad de Buenos Aires, de las mujeres de ese medio social, interesa y es aguda. Por este libro Silvina Bullrich puede ser calificada de retratista inteligente y con coraje, pues no favorece a sus modelos ni tampoco los carga con tintes rencorosos.

La autora no muestra su propio mundo interior, como lo haría un pintor superrealista : copia, en cambio, la realidad que la circunda, poniendo al descubierto la frivolidad y la pereza de las mujeres de cierto medio. Un amigo mío, norteamericano, observó que, en una reunión, una argentina se distinguía de las demás, por una pregunta : — ¿ Podría usar el teléfono ?

Silvina Bulrich, observadora sagaz, utiliza el uso y abuso de este medio mecánico, casi con

patente de porteñismo, para poner al descubierto la intimidad de una mujer. Con coloridos aciertos psicológicos vertidos en estilo directo, apenas rociado de humor, *Teléfono ocupado* (Editorial Goyanarte, Buenos Aires) da al lector la oportunidad de ir descubriendo los hilos de una trama dentro de la trama del argumento : la voluptuosidad angustiosa de un temperamento femenino puesto en evidencia sin ilusas y probables conjeturas, pero, en cambio, con minucioso realismo. Es, en suma, un libro costumbrista que mantiene el "suspenso" hasta el fin.

LUISA MERCEDES LEVINSON

Gonzalo Bulnes : "Guerra del Pacífico"

Se ha afirmado en repetidas ocasiones que Chile es un país de historiadores y de juristas. Hasta comienzos del presente siglo su desarrollo intelectual justifica aquel aserto. En seguida se torna parcial, porque también alcanza un nivel extraordinario su producción novelesca y política. En poesía llega a ocupar un sitio de categoría universal con Gabriela Mistral, Premio Nóbel, y con Pablo Neruda, Premio Stalin. Pero, sin duda, la predilección por la investigación histórica es una característica inconfundible del genio chileno. A las brillantes promociones de Diego Barros, Arana, Miguel Luis Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna, José Toribio Medina, Crescente Errazuriz, Gonzalo Bulnes, Alberto Edwards, Enrique Matta Vial, Luis Galdames, Domingo Amunátegui Solar, suceden en los decenios recientes, las de Francisco Antonio Encina, Tomás Thayer Ojeda, Ricardo Donoso, Guillermo Feliú Cruz, Eugenio Pereira Salas y muchos otros. Es sorprendente el caso de Francisco A. Encina : abogado y gran terrateniente, se dedicó a cultivar el campo y el género histórico, publicando desde 1940 a 1952 una monumental *Historia de Chile* en 20 tomos. Apenas apareció el primer volumen, el público chileno le demostró una singular acogida. Varias ediciones se han agotado con relativa rapidez ; vendiéndose decenas de miles de ejemplares. Una admirable capacidad para reanimar el pasado ; gran vigor para trazar los retratos de los personajes principales y secundarios ; y un estilo dinámico, pintoresco y colorido, explican en gran parte su éxito sorprendente. Su visión de la historia chilena es fascinante, a pesar de sus numerosos juicios atrabiliarios y de sus excesos intuitivos. Pudiera creerse que el « fenómeno Encina » ha restado interés en el público hacia otras producciones históricas. No ha sido así. Se suceden nuevas obras, de historiadores jóvenes, logrando triunfos halagadores. Y se reimprimen algunas de las obras clásicas de la historiografía nacional con el mismo éxito satisfactorio

Recientemente salió a luz el tomo tercero, y último, de la segunda edición de uno de los estudios más brillantes de la investigación histórica chilena : *Guerra del Pacífico*, de Gonzalo Bulnes, realizada por la Editorial del Pacífico, cuyas impresiones primorosas gozan de prestigio en Chile y Latinoamérica. Diversos críticos de gran competencia y autoridad, afirman que esa obra es la más notable producción histórica de Chile por su documentación vastísima, en su mayor parte original ; por sus dotes literarias insuperables y por su seriedad y objetividad históricas. Es una obra maestra en su género. En ella se describen las relaciones entre Chile, Perú y Bolivia desde la Independencia hasta el estallido de la guerra, y se detallan los sucesos y personajes de la larga contienda (1879-1884).

Gonzalo Bulnes era un hombre altamente colocado en la escala social y política del país, y con una fuerte inclinación por los estudios históricos. Hijo, nieto y sobrino de Presidentes de la República, pudo disponer de una inmensa documentación para redactar su magnífico trabajo. Los más elevados dirigentes civiles y militares de aquella contienda, o sus descendientes, le facilitaron papeles valiosísimos, inéditos, de incalculable importancia y, además, tuvo acceso a diversas colecciones de documentos oficiales secretos, desconocidos hasta ese instante. En esta forma, los cimientos de la obra de Gonzalo Bulnes descansaron en una extensa y variada documentación, completamente nueva, lo cual unido a su criterio seguro y recto y a sus dotes literarias nada comunes, hicieron de su estudio un modelo de investigación y de reconstrucción históricas. Era una empresa temeraria, de todos modos, reeditar esta obra a causa de su extensión (tres volúmenes, en 8º, de 400 páginas cada uno) ; pero la Editorial del Pacífico la ha llevado a cabo con un éxito notable. El público ha respondido generosamente, demostrando una vez más la enorme afición de los chilenos por las obras históricas.

El conocimiento del áspero conflicto analizado por Gonzalo Bulnes posee un interés apasionante, porque afecta a tres países latinoamericanos y sus implicaciones son innumerables, alcanzando a varios otros. Para los chilenos es de una excepcional trascendencia. En él obtuvieron ganancias territoriales apreciables y en

su curso exhibieron la sólida estructura política y la poderosa unidad moral de su república, y, a la vez, evidenciaron una extraordinaria energía guerrera.

J.

Raúl Silva Castro : "Panorama de la literatura chilena"

SEGUN lo advierte el autor, esta obra (Fondo de Cultura Económica, México, 1956) es parte de una empresa mayor, de una *Historia Literaria de Chile*, que prepara desde hace varios años. En cuanto al carácter de su trabajo anota en la introducción : « Falta, por ejemplo, la relación sucesiva, es decir, cronológica, de las tentativas novelescas, que será, tal vez, la única que permita señalar cómo los novelistas emulan unos con otros y tratan de sacar cabeza entre las influencias. » De acuerdo con su explicación tan poco elegante, el panorama de Raúl Silva Castro se distingue por su fidelidad narrativo cronológica. Es un escrupuloso inventario de los novelistas chilenos a partir de la primera ficción de don José Victorino Lastarria (*El Mendigo*, 1843), y sólo al tratar los más recientes se notan algunas omisiones importantes (Hernán del Solar, Gonzalo Drago, Waldo Urzúa, Mario Bahamondes, etc.).

Raúl Silva Castro posee el defecto de tratar la producción novelesca desligada de la realidad social del país, como algo ajeno a la compleja existencia nacional. Pareciera que los diversos novelistas escribieron en las nubes, reflejando exclusivamente situaciones y personajes extraídos de un mundo homogéneo, inmóvil y eterno. Los tremendos cambios sociales y políticos experimentados por el país, sus hondas crisis, sus grandes luchas ideológicas, las vastas influencias exteriores, a través de ideas, sucesos y autores, no se estudian ni siquiera en forma sumaria, a pesar de constituir el medio donde reside la substancia de las mejores novelas nacionales.

Los más destacados novelistas chilenos (Alberto Blest Gana, Luis Orrego Luco, Augusto D'Halmar, Eduardo Barrios, Rafael Maluenda, Mariano Latorre, Fernando Santiván, Joaquín Edwards Bello, Luis Durand, Alberto Romero, Manuel Rojas) están tratados con datos numerosos y apuntadas todas sus obras ; pero el examen crítico según un criterio estético determinado no se encuentra. Por otra parte, escritores de innegable mérito y de personalidad originalísima (Salvador Reyes, Juan Modesto Castro, Benjamín Subercaseaux, Marta Brunet, Daniel Belmar, Oscar Castro, Juan Godoy, Nicomedes Guzmán) únicamente le merecen unas cuantas líneas grises, sin profundidad valorizadora.

La obra de Silva Castro retrata muy exactamente las virtudes y defectos de su autor : investigación escrupulosa, datos correctos y minucioso inventario, al lado de una visible limitación sociológica y estética para distinguir épocas y corrientes ; y débil sentido crítico que aprecie con justeza y singularidad cada obra y cada autor.

J.

Pablo Antonio Cuadra, poeta nicaragüense

CONVERSANDO con un amigo que conoce bien las letras sur y centroamericanas, éste me decía con bastante seriedad : « Conozco sus preocupaciones relacionadas con las letras del istmo centramericano, pero sepa usted que, con la aparición de Rubén Darío, la poesía de Nicaragua murió de parto ».

Para justificar que la poesía de Nicaragua no murió de parto, he aquí tres nombres — tres grandes nombres — de poetas contemporáneos : Salomón de la Selva, Azarías H. Pallais y Alfonso Cortés. Ya he escrito en varios lugares y ocasiones sobre los tres. No deseo repetirme a pesar del hecho de que estoy convencido de que repeticiones como ésta nunca hacen mal a nadie, sino todo lo contrario.

De la generación de los poetas de vanguardia, y de los últimos, citaré algunos nombres : José Coronel Urtecho, Pablo Antonio Cuadra, Ernesto Cardenal, Carlos Martínez Rivas, Joaquín Pasos, Ernesto Gutiérrez Gutiérrez. Por lo menos dos de éstos — los dos primeros — tienen un valor continental y son conocidos más allá de sus fronteras. Puedo decir más aún : además de estos dos, hay otros en el grupo que ya han dejado de ser poetas nicaragüenses, en el sentido estrictamente geográfico de la palabra.

Creo que Pablo Antonio Cuadra es, actualmente, el más alto representante de su generación. Al lado de Coronel Urtecho, naturalmente, pues difícilmente se puede pronunciar el nombre de uno sin pensar en el del otro, a pesar del hecho de que sus obras sean por completo diferentes. Probablemente en esta verdad reside la aproximación.

Ya he escrito sobre Pablo Antonio Cuadra y aún escribiré. No sé si en la actualidad viven en América muchos poetas, tan poetas y tan completos como el extraño Pablo Antonio. Como auténtico hombre polifacético hace mucho tiempo que dejó de ser única y exclusivamente el

poeta genuinamente nativo de *Poemas nicaragüenses*, publicados en Santiago de Chile en 1933 y cuyo éxito fué grande. El es siempre poeta y en el primer lugar. Pero al mismo tiempo es uno de los más destacados historiadores de su tierra y, como tal, viene escribiendo pacientemente una historia de la cultura nicaragüense, cuyo título será *Nicanahuatl*. Es también uno de los animadores del « Taller San Lucas » y de la « Cofradía de escritores católicos », dos entidades culturales que han dado muchas pruebas de una actividad que tranquilamente se puede calificar de fuera de lo común ; aunque sólo fuese por las publicaciones de los *Cuadernos del Taller San Lucas*, la literatura americana estaría enriquecida con valores hasta ahora desconocidos.

Aparte de su obra poética *(Poemas nicaragüenses, Canto Temporal, Corona de Jigueros, Tierra prometida)* ha escrito muchas piezas teatrales, algunas de las cuales han sido llevadas a la escena con bastante buen éxito. He aquí algunos títulos : *Por los caminos van los campesinos, El árbol seco, Satanás entra en escena, La cegua, Pastoralas)*.

Pero hay más todavía : Pablo Antonio Cuadra es uno de los más notables ensayistas americanos y su producción se encuentra reunida en algunos libros que han tenido gran éxito y cuya primera edición se agotó en poco tiempo (este fué el caso de *Hacia la Cruz del Sur*, publicado en Madrid y Buenos Aires). Su obra *Promisión de México* » es uno de los retratos más lúcidos de la tierra que ya apasionó y cautivó a tantos escritores y pensadores, desde Keyserling a Waldo Frank.

Como periodista militante, el múltiple nicaragüense dirigió *La Vanguardia*, después *Reacción* (éste con Coronel Urtecho), *Trinchera, Orden* y *Los Lunes de la Prensa*, que hizo época en el periodismo y en la Literatura de América Central.

Como traductor de poesía el insigne poeta es notable ; baste citar su *Breve antología de la poesía indígena*, en la que aparecen en una espléndida versión muestras de la lírica maya, quiché, nahuatl, quechua, guaraní, miskita, boruca y de los indios del norte. Ultimamente han salido en Alemania algunos trabajos de este género ; uno de ellos fué editado en la colección « Studio frankfurt ». Pero las poesías presentadas por el traductor nicaragüense superan con mucho a cualquier otro trabajo igual.

El crítico de poesía no se queda atrás ; la revista de la Unión Panamericana *Américas*, en su número dedicado a la poesía americana (octubre de 1954), incluye un ensayo de Cuadra titulado « Cinco voces hispanoamericanas : César Vallejo, Pablo Neruda, Ricardo Molinari, Octavio Paz y Joaquín Pasos», que puede ser calificado de trabajo modelo.

He ahí, en pocas palabras, algo sobre la personalidad y sobre la actividad de este poeta que me complazco en llamar maestro.

STEFAN BACIU

El chileno "Alone" un crítico que no está solo

Muy poco estimada, nada justipreciada suele andar la crítica literaria de valores contemporáneos en los países hispanoamericanos. Entre el elogio irresponsable o la gacetilla anónima y sañuda se mueven habitualmente los suplantadores de la crítica y la valoración auténticas. Cierto es que felizmente hay excepciones a tan rudimentario estado de cosas. y una de ellas, quizá la más cimera y encomiable en el continente, está representada por *Alone*. Este crítico chileno — Hernán Díaz Arrieta — viene ejerciendo desde hace varios años su saludable menester crítico con una perseverancia pareja del acierto. Ha logrado hacerse respetar, y no digamos leer, pues sus crónicas aladas, incisivas, rebosan amenidad.

Alone, en suma — desmintiendo su pseudónimo — ya no está solo ; al contrario, vive y escribe acompañado por el rumor expectante y la atención admirativa de numerosísimos lectores. Su autoridad en las letras chilenas (si hubiera mayor porosidad, cierta intercomunicación continental, podríamos decir : en las letras hispanoamericanas) es tal, que *Alone* acometió no hace mucho una proeza a nadie más que a él permitida : enjuiciar las letras de su país con criterio selectivo y sintético en un breve volumen titulado *Historia personal de la literatura chilena* (1).

Personalísimos e incanjeables — mas no por ello arbitrarios — son siempre sus pareceres. Lo prueba ahora nuevamente con un breve librito de ensayos : *Aprender a escribir* (2). Comprende una serie de capítulos donde *Alone* teje agudas variaciones sobre el arte literario, sobre sus misterios y claridades, sus delicias y sus torturas. « El deber de variar », « Trabajar el estilo », « Las citas», « El oficio de crítico », « El afán de sobrevivir » son, entre otros, los títulos, ya en sí muy expresivos, de estas deliciosas divagaciones. El calificativo no está puesto al azar, ya que *Alone* ejercita su maestría sin el menor asomo pedantesco ; antes al contrario, con toda naturalidad, fluidez y encanto. No recata cierto afrancesamiento espiritual, pero advirtamos que — de

(1) Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 1954.
(2) Editorial Babel. Santiago de Chile, 1956.

modo opuesto a tantos otros — en él este influjo no se advierte idiomáticamente, sino en la soltura y levedad del discurso. Por lo demás, virtudes como el tino epigráfico y la sinceridad indeclinable son inconfundiblemente suyas, son de *Alone*

G. DE T.

Manuel Halcón : "Los Dueñas"

UNA de las novelas que mejor acogida popular han tenido en España en estos últimos tiempos, y a la par más considerados juicios de los críticos, es la titulada *Los Dueñas*, de Manuel Halcón, historia de una familia aristocrática andaluza venida a menos por obra de la fatal administración del viejo marqués de Dueñas, abuelo del personaje central, y restablecida en la prosperidad, a la postre, mediante una singular aventura que tiene no poco de golpe de varita mágica.

Estas vicisitudes y altibajos que llevan al protagonista desde su señorial mansión de Andalucía a enfrentarse con la pobreza en Madrid, sirven al autor para darnos una visión muy resumida y completa de la vida española, realista y cruda en más de un episodio y no muy halagadora en su conjunto. Y no es que el novelista se haya impuesto ese propósito, sino que ello brota naturalmente de la fidelidad de sus semblanzas, de la exactitud de sus descripciones, de la veracidad sin atenuación de sus observaciones, de la sinceridad de su arte en fin.

El retrato del viejo marqués, aguafuerte admirable que llena los primeros capítulos del libro, si cautiva por lo que tiene de figura original y alucinante, no es como para concitar simpatías hacia la nobleza española ; el de Jesús, su nieto, heredero y eje de esta narración, revela lo mejor de sí en el contraste con la adversidad, cuando, despojado de sus privilegios y ventajas de gentilhombre, pasa a ser un modesto ciudadano como cualquier otro, perdido en el anónimo de una gran capital donde apenas hay una persona que le conozca, y en suma, si hay en la acción de *Los Dueñas* un personaje verdaderamente noble en el sentido moral de la palabra, que no en el meramente genealógico o social, es el criado Andrés, hombre de una pieza, con su firmeza, su inconmovible fidelidad y abnegación.

¿ Es deliberada esta preeminencia del hombre « de abajo », del pueblo, en una obra trazada con miras a ser ante todo una pintura de la aristocracia ? No nos atreveríamos a asegurarlo. Pero, en todo caso, esa preeminecia se dibuja vigorosamente y no cabría censurar por exceso de imaginación a quien le atribuyese un significado simbólico.

Escrita con estilo ágil y garboso, natural en el diálogo y suelto y fácil en los pasajes descriptivos, con emoción auténtica en algunos episodios — la impresión del pequeño Jesús cuando descubre, ahorcados por orden de su abuelo, los dos mastines que tanto amaba ; el niño que se come las migajas destinadas a los pájaros porque siente el escozor del hambre ; le escena del balcón entre Jesús y Luisa ; la vuelta a la tierra, que cierra el libro — y con un sentido certero en el desenvolvimiento de la acción, nunca estorbada por esas largas disquisiciones a que son ahora tan dados algunos novelistas que convierten el relato en homilía, *Los Dueñas* es obra de llana lectura, de lectura para todos, en la que si el lector vulgar se distrae con los hechos, con la mera fábula, el lector inteligente no dejará de leer cuanto va escrito entre líneas, completando con este « va sans dire » la pintura — y la crítica — no benévola que de la España actual nos pone a la vista el libro de Manuel Halcón.

Por nuestra parte lo hemos leído atentamente y con simpatía y hemos encontrado en él méritos que justifican su buen éxito y que nos permiten honradamente aplaudirlo y recomendar su lectura a nuestros compatriotas y amigos.

CESAR ALVAJAR

Nilita Vientós Gastón : "Introducción a Henry James"

HENRY JAMES comienza a gozar entre los críticos y el público en general de un prestigio que se le negó en vida, hecho por desgracia bastante frecuente. El ensayo de Nilita Vientós Gastón titulado *Introducción a Henry James*, publicado por las « Ediciones de La Torre » de la Universidad de Puerto Rico, ve pues la luz en un momento muy oportuno. Gracias a la autora, entusiasta animadora y directora de la interesante revista puertorriqueña *Asomante*, el lector podrá formarse una idea perfecta de la grandeza de la obra de James como artista y como crítico, dos aspectos que supo conjugar perfectamente.

Este ensayo, apretado y luminoso a la par, se divide en cuatro partes principales. En la primera, Nilita Vientós Gastón nos ofrece una aguda visión de la verdadera personalidad de Henry James ; en la segunda, trata del concepto que el novelista norteamericano tenía de la novela y cómo él supo reflejar en su obra esas ideas de

crítico ; en la tercera, comenta las más destacadas novelas jamesianas y algunos de sus personajes ; y, por último, en la cuarta establece una curiosa y pertinente comparación entre las concepciones novelísticas de Henry James y las expuestas por Ortega y Gasset en su conocido ensayo *Ideas sobre la novela*, merced a lo cual puede verse que entre ambos existió más de una coincidencia.

El tono de *Introducción a Henry James* es sobrio y objetivo, no obstante la pasión y el entusiasmo de la autora, para la cual James es, « desde el punto de vista del crítico, el más interesante y fascinador de los novelistas ».

I. I.

Juan Goyanarte : "Fin de semana"

He aquí una novela densa y ágil, donde sus actores se mueven cómoda y contradictoriamente, como en la vida. El título no da el sentido de esta novela, en que los múltiples personajes viven, crecen, aman, envejecen y evolucionan ; está sólo en relación con el lugar donde van ocurriendo los acontecimientos, el « club de golf », descrito por el autor con conocimientos de iniciado. Lo característico de este libro es su ritmo. Sería imposible reseñar en pocas líneas los diversos hilos argumentales ; las anécdotas, como el amor del viejo doctor Gil y la doctora Alberta, la conversación de Anatolio y Hércules, en los baños del « club », la fracasada experiencia de la bella Dachi y, por último, el episodio del industrial Machado, arrellanado en su sillón giratorio extendiendo el cheque mensual a la respetada viuda de su examigo, « glorioso desenlace de medio siglo de deseos reprimidos, de esperanzas frustradas, de sueños irrealizados... » Y el autor agrega : « Un virtual espasmo del espíritu ». Todo ello son aciertos de gran narrador.

Desde las primeras páginas, el bearnés que adopta niños a pesar suyo y el espiritualizado Aarón que ya mira la vida comprendiéndola demasiado, *Fin de semana* revela la presencia de un novelista de raza. Esta, más que ninguna otra, es la cualidad que sobresale en Juan Goyanarte.

Poder de creación y orden en medio del caos, es, podría decirse, una de las características de la novela. La novela difiere del cuento en que no necesita de desenlace. *Fin de semana* (Editorial Goyanarte, Buenos Aires) es esencialmente novelística, pues, aunque su desenlace sea significativo y el personaje que cierra el libro lleve una alusión directa y morbosa a un pasado cercano que infortunadamente fué largo presente de la vida política argentina. El mayor interés de esta novela radica en la pintura humana de ese grupo de personas que forman el club ; ese club que muy bien hubiera podido ser la ciudad o el país mismo y donde, como también ocurre en las ciudades y en los países, su calidad no depende de tal o cual personaje o hecho, sino de los pequeños aconteceres que van cobrando do una dimensión humana. De esa clase de aconteceres está hecha la novela comentada.

L. M. L.

Rafael Sánchez Ferlosio : "El Jarama"

De entre las novelas que nos han llegado últimamente de España, obligado resulta señalar como la más valiosa e importante de todas ellas la que lleva por título *El Jarama* y cuyo autor es el joven Rafael Sánchez Ferlosio. Digamos, además, que *El Jarama* ha obtenido, sin duda alguna muy merecidamente, el Premio Nadal de 1955.

Se trata de una novela de neto estilo realista, merced al alto tono objetivo de la realidad. Sin análisis psicológico alguno, apenas sin ninguna clase de acción, la preponderancia corresponde principalmente al diálogo, tal vez el más directo y fiel que hemos visto en la novela española de estos últimos años. La acción — si acción existe, repetimos — discurre a orillas del río Jarama durante un domingo de verano, y los protagonistas más destacados son un grupo de jóvenes madrileños que han ido allí a pasar el día huyendo del calor de la ciudad y de los quehaceres de la semana. A la caída de la tarde, cuando la noche comienza a echarse encima y todos piensan en el regreso, una de las muchachas del grupo muere ahogada. Y es así, con este único y trágico incidente, como termina la novela.

Sánchez Ferlosio, a través de ese grupo de muchachos, pertenecientes todos ellos a las clases sociales más populares — obreros, empleados y estudiantes —, nos presenta una juventud sin grandes empeños, terriblemente avital, aburrida incluso. Esos jóvenes parecen estar viviendo la vida en su vulgaridad más inexpresiva, más insípida, sin la menor preocupación por los dramáticos problemas que esa misma vida plantea. ¿ Es que el autor ha eludido deliberadamente esos problemas para poner de manifiesto la atonía que preside la existencia de una gran parte de la actual juventud española y cuyas causas son conocidas de todos ? Pudiera ser. En todo caso, con clave o sin ella, *El Jarama*

es una magnífica novela, construída con arreglo a las técnicas más modernas y sin ese gustillo provinciano de la mayor parte de la novelística española.

Novela, pues, original y poderosa, *El Jarama* resulta un verdadero alarde de narración llana y de diálogo directo, siendo de destacar la sobriedad en las descripciones y la sencillez en los diálogos. Rafael Sánchez Ferlosio, autor ya de otra novela magnífica, *Industrias y andanzas de Alfanhui*, se nos revela como un auténtico novelista.

I. I.

Camilo José Cela : "Indios, moros y cristianos"

Con el título de *Judíos, moros y cristianos* (« Notas de un vagabundaje por Avila, Segovia y sus tierras ») ese gran escritor que es Camilo José Cela nos ofrece un nuevo y magistral relato de sus andanzas de sempiterno andariego, esta vez adentrado por los caminos viejos de la vieja Castilla.

Ya es conocida la gran afición de Cela a los viajes realizados a pie, un poco a la buena de Dios, yendo de pueblo en pueblo sin prisa alguna (« Como no tiene prisa — leemos en *Judíos, moros y cristianos* — y como por estos rincones se está bastante bien, el vagabundo, oyendo el rumor del agua y el silbar de los mil pájaros del paisaje, espera a que el tiempo pase... »), pero acompañando esta actitud suya de la más grande atención por los seres y por las cosas, mirándolo todo, observándolo todo, poniendo insistentemente su mirada escudriñadora sobre los hechos más insignificantes, de los cuales sabe extraer una emoción indudable, la emoción de la realidad sin trampas ni tapujos. Con anterioridad a *Judíos, moros y cristianos*, nos había regalado con otros dos libros de la misma estirpe : *Viaje a la Alcarria* y *Del Miño al Bidasoa*.

Camilo José Cela persigue la estética de la realidad a través de los caminos de lo desnudamente real, y del detalle simple en apariencia sabe extraer jugosamente la emoción viva de lo que es verdadero. Así, esos pueblos con resonancias del puro castellano, y esos hombres sencillos y un poco cazurros que los habitan, aparecen ante nuestros ojos tal como son. Paisajes, tipos, ambientes y situaciones son captados con precisión por el autor, ese vagabundo letrado, razonador y sentimental que Cela nos pinta pintándose a sí mismo, lanzado por rutas improvisadas seguro de hallar material suficiente para sus inquietudes de escritor-viajero. Sus páginas tienen el gusto del romance, de la crónica popular y de la mejor picaresca, y en fin de cuentas hay en ellas más historia que en muchas Historias.

No existe duda, por nuestra parte, de que Camilo José Cela es un gran novelista ; pero también son grandes sus dotes de folklorista. Sus libros de andanzas por tierras de Castilla son un verdadero modelo de literatura de viajes, viejo tema en la literatura española.

I. I.

COLABORADORES

• CARLOS ECHANOVE TRUJILLO, abogado y comentarista mexicano, ocupa en la actualidad un importante cargo en la Corte Suprema de Justicia de su país.

• LUIS J. HALLE es en la actualidad miembro de la sección de Asuntos Exteriores de la Universidad de Virginia (Estados Unidos). Ha publicado una obra titulada *The Nature of Power*.

• DWIGHT MACDONALD, escritor norteamericano, editó durante la última guerra la revista *Politics*, de carácter radical, pacifista y antitotalitario. Ahora pertenece a la redacción de *New York*, semanario satírico.

• JUAN MARICHAL, escritor español, es profesor de literatura hispánica en Bryn Mawr College (Estados Unidos). Sus principales trabajos han girado en torno al ensayismo español y al liberalismo.

• CLAUDE MAURIAC, escritor y periodista, colabora en varios diarios y revistas franceses, y más especialmente en el *Figaro* y el *Figaro Littéraire* ; ha publicado varios libros sobre el cine, André Breton, etc.

• HERBERT PASSIN, de nacionalidad norteamericana, goza de buena reputación como antropólogo y como sociólogo. Ha publicado un interesante libro sobre la evolución del Japón, así como numerosos artículos sobre problemas asiáticos.

• HENRI PERRUCHOT, escritor y crítico literario francés, colabora en numerosas revistas, entre las cuales cabe señalar *Réalités*. Publicó dos obras de historia de arte : *Vie de Gauguin* y *Vie de Van Gogh*.

• BORIS SOUVARINE, autor de la más completa biografía de Stalin, fué fundador del P. C. francés y de la I. C. Actualmente dirige en París la Asociación de Estudios e Informaciones Políticas Internacionales.

• JEAN STEIN es colaboradora de *The Paris Review*. Ha estudiado en Wellesley y en la Sorbona, y ha sido eficaz auxiliar de Elia Kazan en el cine y en el teatro.

VIDA DEL CONGRESO

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE MUSÉE

EN FAVOR DE LOS DEMOCRATAS PRESOS EN LOS PAISES COMUNISTAS

Durante la visita a Inglaterra de los actuales jefes del Kremlin, Krutchev y Bulganin, los líderes laboristas británicos — principalmente Gaitskell y Bevan — dieron una nota de dignidad, en medio de los agasajos diplomáticos y protocolarios, presentándoles, en el curso de una cena, una lista de socialistas y sindicalistas presos en la URSS y en los países llamados de democracia popular. Los nuevos líderes comunistas hablan de desestalinización, de coexistencia y de buenas relaciones entre el Este y el Oeste, y, ostensiblemente, les tienden la mano a los socialistas democráticos y a los sindicalistas libres, en nombre de un eventual acercamiento. Los laboristas quisieron poner a prueba su buena voluntad : debían empezar liberando a sus compañeros detenidos por su fidelidad al socialismo y al sindicalismo libre. Conocida es la brutal reacción de Krutchev contra la pretendida intromisión de los laboristas en los asuntos soviéticos.

Con ocasión de un viaje ulterior del actual Presidente del Partido Laborista a Nueva York, quedó constituído en dicha ciudad un Comité favorable a la liberación de todos los elementos democráticos presos en los países sometidos al totalitarismo comunista. De él forman parte importantes personalidades pertenecientes a las grandes organizaciones políticas, sindicales y cooperativas del Africa Occidental, Estados Unidos, la América Latina, Canadá, Japón, Alemania Occidental, Gran Bretaña, Italia, etc.

Dicho Comité ha publicado extensas listas con nombres de socialistas, sindicalistas y demócratas en general, presos en la URSS, en China y en los países sometidos a la dictadura comunista. Dichas listas resultan verdaderamente impresionantes.

La campaña dirigida por el Comité de Nueva York se extiende a todos los países democráticos del mundo entero. « Cuadernos », órgano en lengua española del Congreso por la Libertad de la Cultura, le da su adhesión y ruega a todas las publicaciones democráticas e independientes de Latinoamérica que secunden tan humanitaria labor.

ACUERDOS DEL COMITE CHILENO

El Comité de Santiago del Congreso por la Libertad de la Cultura, que desde su fundación viene dando pruebas de una gran actividad, ha hecho públicos en la Prensa los acuerdos adoptados en su reunión de mediados de junio. Son éstos :

« El Comité chileno del Congreso por la Libertad de la Cultura, en su última reunión, adoptó, entre otros, los acuerdos de intensificar la campaña en favor de la liberación de los políticos democráticos y sindicalistas presos en la URSS, Europa oriental y China y de rehabilitación de los que ya fueron liquidados, muchos de ellos sin formación de proceso alguno.

« Al mismo tiempo, dar pleno apoyo a la iniciativa del comité juvenil encaminada a lograr que la OEA y la Unión Panamericana retiren su patrocinio y cooperación a la celebración, en Caracas, del Primer Festival del Libro de América, por considerar que donde no hay libertad de expresión y difusión de ideas e informaciones no debe organizarse un torneo eminentemente espiritual, de carácter continental.

« Proceder a celebrar en el curso del mes actos públicos en Valparaíso y Concepción, para constituir en ambas ciudades definitivamente los correspondientes comités del Congreso. En estos actos intervendrán el miembro del Comité Mundial, señor Luis Alberto Sánchez ; el presidente y el secretario general del Comité chileno, señores Ramón Cortés y Alejandro Magnet, y representantes del Comité juvenil.

« Finalmente, exteriorizar la satisfacción de la comida de agasajo a la señora Amanda Labarca, organizada en París, por el Comité Mundial, a la que asistieron,

B.D.I.C

entre otras personalidades, los señores Denis de Rougemont, Presidente del Congreso ; Dr. Eduardo Santos, ex-Presidente de Colombia ; Raymond Ronze, Director del Instituto de Altos Estudios Latinoamericanos de la Sorbona ; Ferrater Mora, filósofo y escritor ; Colliuet, profesor y escritor ; Gironella, del Consejo del Movimiento Europeo ; Echenique, consejero de la Embajada de Chile ; Gorkin, director de « Cuadernos » ; Bolomey, del Comité Mundial del Congreso, y otros. »

ACTIVIDADES DEL COMITE DE MEXICO

La sección de Puebla, bajo los auspicios de la Asociación mexicana por la Libertad de la Cultura, organizó para el 28 de junio un recital poético y una conferencia de la señora Margarita Michelena, seguidos de una mesa redonda sobre la poesía moderna y la inauguración de una exposición de pintura de Sochitiotzi.

La Asociación Mexicana le ha dirigido, por otra parte, un escrito al Presidente Eisenhower protestando contra la desaparición del profesor español Jesús de Galíndez y pidiendo que se enjuicie a sus raptores como es debido. Prepara, asimismo, una intervención pública sobre el problema de la circulación del libro de lengua española por todos los países latinoamericanos.

NUEVO COMITE DEL CONGRESO EN PAKISTAN

El Sr. A. K. Brohi, eminente escritor y gran personalidad en el Pakistán (miembro además de la Asamblea General del Congreso por la Libertad de la Cultura), ha anunciado la formación de un Comité en Karachi, con filiales en Dacca y Lahore. El Presidente es el Sr. Brohi, y el Secretario el Sr. Syed Ali Ahsan, Jefe del Departemento de Bengalí en la Universidad de Karachi.

LOS ACONTECIMIENTOS DE POSNAN

Tres años después de la insurrección obrera de Berlín-Este, sangrientamente aplastada, un gobierno que se llama popular dispara sus baterías contra unos obreros en huelga. No reclamaban éstos ni tan sólo el ejercicio de unas libertades prometidas por la nueva línea soviética, sino el simple derecho a la existencia.

Los trágicos acontecimientos de Posnan evidencian lo que una industrialización a ultranza del bloque comunista o su suntuaria política de ayuda a los países subdesarrollados ocultaba a los ojos ingenuos : la incapacidad de garantizarles un nivel de vida soportable a las masas obreras de sus propios países. Prueban asimismo que, incluso en un período de menor tirantez internacional, los gobiernos autoritarios recurren a la fuerza bruta cuando se trata de hacer frente a las manifestaciones reivindicadoras de la clase obrera.

De unos meses a esta parte se viene especulando sobre las posibilidades de cambios en la URSS y en las democracias populares. Se discute asimismo sobre las posibilidades de liberalización en el terreno cultural. La primera lección de los acontecimientos de Posnan es ésta : que la libertad no puede ser concedida por briznas y, sobre todo, que no es posible concebir la libertad de expresión de los intelectuales sin la libertad reivindicadora de los trabajadores.

Precisamente cuando ciertas declaraciones de los jefes soviéticos parecen ocultar a los ojos de no pocos intelectuales la realidad política, económica y social en las democracias populares, los que suscriben declaran que no se colocarán jamás al lado de los ejecutores de obreros. Al mismo tiempo le dirigen un saludo fraternal a la clase obrera polaca que tan valientemente acaba de manifestar su voluntad. Esta manifestación representa, sin duda alguna, una grave llamada a la conciencia de Occidente.

No podemos ocultar tampoco nuestra indignación ante la feroz represión desencadenada en Posnan. Reclamamos del gobierno polaco, en el caso de que piense llevar al banquillo de los acusados a los manifestantes detenidos, un juicio público y las consiguientes garantías de defensa reconocidas en los países democráticos.

EL COMITÉ EJECUTIVO DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA.

Noviembre - Diciembre 1956

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE MUSÉE

CUADERNOS

DEL CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA

Madariaga en los debates del mundo

MARIANO PICON SALAS
Menéndez y Pelayo leído otra vez

FEDERICO DE ONIS
Panorama de la poesía hispanoamericana

IGNAZIO SILONE
Encuentro con los escritores rusos

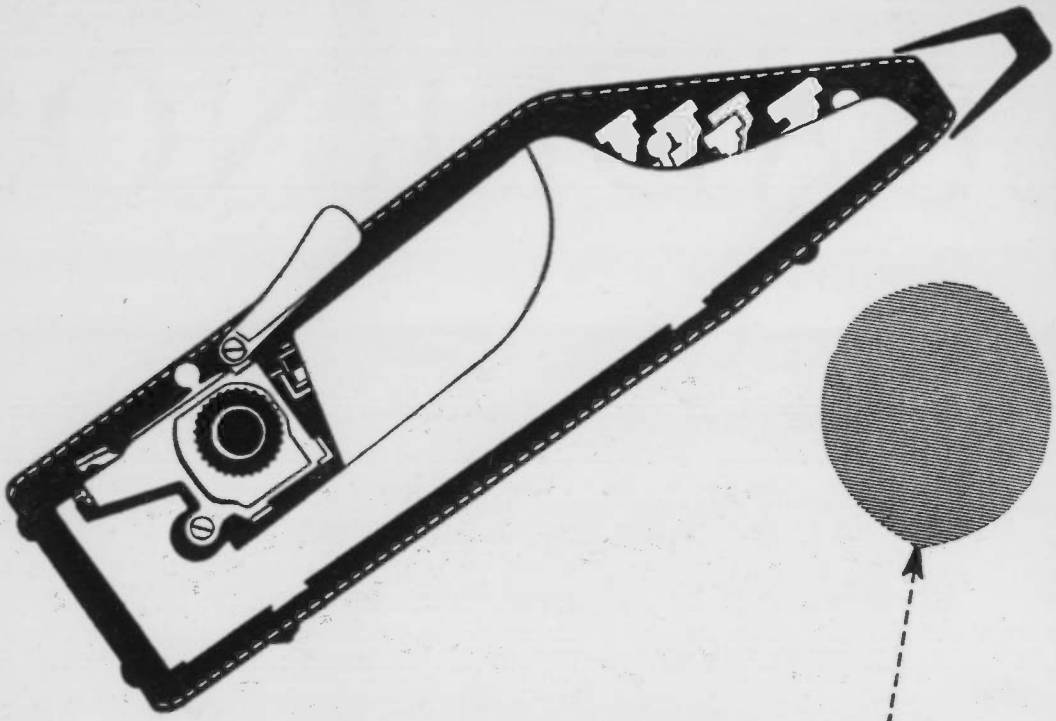
Koweit, país de los beduínos millonarios

Crónicas de Londres, Roma, Moscú, Nueva York, etc.

Otros textos de :
Alfonso Reyes, Pedro Salinas, Juan Marichal,
Erico Verissimo, Joaquín Casalduero, Luis Alberto Sánchez, etc.

21

H'P 5926



¿ Ha probado usted
a escribir con una Lettera 22?
Un dispositivo enérgico y veloz se dispara para alinear las palabras, y las imprime con la nitidez que requiere un pensamiento preciso.

¿ Ha probado usted
a levantar una Lettera 22?
Se lleva con un dedo, cada ángulo de la mesa o de su casa puede ser su sitio, se traslada con facilidad de una habitación a otra, viaja con Vd.

Olivetti Lettera 22

Peso de la máquina	Kg. 3,7
Altura	mm. 85
Ancho	mm. 302
Largo	mm. 324

Ing. C. Olivetti & C., S.p.A. - Ivrea (Italia)

CUADERNOS

NUMERO 21 REVISTA BIMESTRAL NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1956

SUMARIO

Desde el mirador de Weimar ..... ALFONSO REYES 3
Cómo nace y muere un personaje..... ERICO VERISSIMO 7
La poesía hispanoamericana..... FEDERICO DE ONIS 11
Sobre la nacionalidad del escritor ..... JOAQUIN CASALDUERO 20
Encuentro con los escritores rusos ..... IGNAZIO SILONE 27

Homenaje a Madariaga

Los 70 años de Salvador de Madariaga ..... J. G. 32
Madariaga hallado en los debates del mundo ..... RAMON SENDER 33
El escritor trilingüe ..... SALVADOR DE MADARIAGA. 45

Los hombres y su obra

Salinas y los valores humanos de la literatura hispánica..... JUAN MARICHAL 48
Muerte del sueño (Poema) ..... PEDRO SALINAS 55
Menéndez y Pelayo leído otra vez ..... MARIANO PICON SALAS ... 57

Aspectos del mundo

Koweit, el Canaán asiático ..... PIERRE Y RENÉE GOSSET 61
Evoluciones y revoluciones en los países satélites..... K. A. JELENSKI 69

Crónicas

Desde Londres : El jazz, Chipre y el café-bar ..... WAYLAND YOUNG. 78

Desde Roma : Pietro Nenni quiere gobernar ..... PAUL PARISOT 82

Desde Nueva York : La incógnita del elector norteamericano ..... SEYMOUR LIPSET 85

Desde Lima : ¿ Vuelve Perú a la democracia ? ..... M. SUAREZ MIRAVAL 91

Bellas Artes

La pintura moderna en París ..... MARINA GREY 95

La XVIII Bienal de Venecia ..... ALAIN JOUFFROY 103

Nuevas orientaciones en el arte soviético ..... MANYA HARARI 108

Lecturas. Vida del Congreso. Correspondencia.

Fundada bajo los auspicios del *Congreso por la Libertad de la Cultura*, la revista bimestral CUADERNOS se propone como objetivo fundamental defender la libertad más gravemente amenazada en nuestro tiempo : la de la reflexión crítica y creadora, rebelde a las propagandas dirigidas y a las consignas partidistas.

Esta libertad, consubstancial con nuestra razón de ser y de existir, será defendida por CUADERNOS mediante una lucha tenaz contra todos los obstáculos y todas la trabas que traten de oponerse a la libre manifestación del espíritu crítico y del pensamiento, que constituyen la más preciada conquista del hombre y de los pueblos.

El Congreso por la Libertad de la Cultura, *constituído en el mes de junio de* 1950, *reúne a intelectuales, artistas y científicos de todos los países y de diversas tendencias. Su único denominador común consiste en la voluntad de defender el derecho de crítica y el pensamiento libre.*

Presidentes de honor :

† Benedetto Croce, † John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga, Jacques Maritain, Bertrand Russell, Reinhold Niebuhr, S. J. Narayan.

Presidente del Ejecutivo : Denis de Rougemont. Secretario general : Nicolás Nabokov.

Desde el mirador de Weimar

POR ALFONSO REYES

HAY autores que manifiestan una pintoresca inquina contra Weimar, se han creado una idea caprichosa sobre la existencia de Gœthe y protegen su apasionado desvío con una muralla de ingeniosas argumentaciones. Nos pintan a Weimar como un cuartel de inválidos, incomunicado de la tierra, y al Gœthe de Weimar como a un maniático que, en plena salud, se deja hospitalizar y se olvida para siempre de sí mismo cual por suerte de encantamiento. Weimar, según esto, sería un legendario país de los Lotófagos, donde Carlota de Stein hizo probar al poeta la planta prestigiosa y lo hundió en una siesta eterna. Weimar sería una isla embrujada, donde ni siquiera se percibe la influencia de aquella gloriosa Universidad de Jena, con estar ella a veinte kilómetros de distancia.

Pero es bien sabido que Jena era el cantón universitario de Weimar y su dependencia administrativa ; que Gœthe era el Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, y repartía y organizaba las cátedras ; que él convocó a la filosofía idealista de Alemania en aquella casa de estudios : a Fichte, a Schelling, a Hegel ; que tomaba parte en las tareas científicas de la Universidad, por él frecuentada constantemente y con mayor asiduidad cada vez, al punto que, sin los recursos de Jena, le hubiera sido imposible adelantar sus propios trabajos e investigaciones ; que tanto vivía en una como en otra ciudad, a ambas las consideraba como un todo y a ambas las enlazó en el conocido epigrama :

La gran ciudad de Weimar-Jena,
la que tiene a uno y a otro lado
las cosas más buenas.

Quien admire a Jena, sea en las áridas mesetas de Castilla o en los sobrios altiplanos de América, tiene que comenzar por inclinarse reverentemente ante la sombra del poeta que vivificaba y conducía aquellas empresas de cultura y de pensamiento.

Sabemos también que Gœthe nunca se detuvo en su marcha hacia la visión integral del mundo, y que nunca desfalleció en su acción sobre la vida ; que soló probó la flor de loto hasta donde convenía a su régimen moral ; y que mucho más que a Carlota y mucho más que a Italia — meros instrumentos utilizados en la hora oportuna —, debe su sistema de equilibrio al interés creciente por la naturaleza y la filosofía de las ciencias ; interés que fué primero sentimental y que — ya desde 1779 cuando menos — comienza a transformarse en un interés intelectual y a manifestarse en un trabajo metódico.

Consideremos, ante todo, lo que era aquella vida de Weimar por sus aspectos más superficiales y exteriores ; pero sin perder de vista que Weimar ocupa muchos años, durante los cuales cambia visiblemente la situación de Gœthe. Weimar, aldea con corte y modesta Versalles ger-

mánica, sólo nos parece una creación artificial por contraste con la vida contemporánea, que cede a otro cuadro de la geometría política. Célula viviente entre las muchas células de aquel feudalismo que duró hasta los días de Bismarck, en ella se cruzan intereses de larga proyección europea. Durante los diez años de la conjunción Gœthe-Schiller, fué centro de la actividad literaria y la primer trinchera. Allí las funciones del Ministro Gœthe, que comienzan por ser las de un maestro de ceremonias, adquieren luego las responsabilidades de un prefecto supremo, y al fin cristalizan en las de un jefe metafísico —como diría un oriental —, un dispensador del conocimiento y la belleza. Entonces, prácticamente, Gœthe hace ya lo que quiere, lo que le importa ; y el Duque le deja tanta rienda, que aun acepta el que no comparta su entusiasmo por Prusia, y, en lo demás, respeta su libertad y su iniciativa.

Ahora bien, en los tiempos modernos, la obra del pensador necesita, dada la creciente abundancia de materiales, libros e instrumentos, cierta estabilidad, cierta instalación permanente. En siglos remotos, bastaba viajar para ser sabio, y el turista ascendía insensiblemente al sitio del filósofo. En la escasez y en la movilidad, el hombre tiene que improvisarlo todo, lo que cuadra bien a las etapas originales del conocimiento, y tal es el mérito heroico de los iniciadores. Pero ya en la Europa de los siglos XVIII y XIX — y desde mucho antes — sería inútil, peligroso y ridículo querer pasar por primitivo. Gœthe necesitaba tranquilidad, hábitos, costumbres de buen vecino y de burgués. Insistamos : no se tome a mal esta palabra que hoy designa a ciertos enemigos. Entonces significaba precisamente la condición revolucionaria, la nueva clase que reformó la política y la cultura. Y en este sentido, muchos revolucionarios de hoy viven « burguesamente ». Gœthe no sólo era burgués de nacimiento. Hacer reservas, irse con prudencia, adelantar con cuidado — el *larvatus prodeo* de Descartes, en otro sentido más humilde y aplicado a las cosas diarias — ; sacrificar unos años al servicio público para conquistar el derecho a encerrarse en el gabinete, son todas condiciones burguesas. El mismo Gœthe dice que Byron padeció por su situación aristocrática, y hace el elogio de la áurea mediocridad como el estado preferible al poeta. El *Germán y Dorotea* se ha juzgado como el encomio del burgués alemán. Aquel célebre soneto de Plantino, que lo mismo pudiera ser de Horacio — de un Horacio que rezara el rosario y compusiera sonetos —, describe la casa « cómoda y limpia » del burgués. Pudo Gœthe haberse dejado arrebatar por el *Sturm und Drang* juvenil ; pero se hubiera quedado, como los demás, a los comienzos del camino. Pudo, con un « arribismo » de alto porte, dejarse arrollar en el torbellino de las cancillerías europeas ; pero, sin faltar a sus deberes, supo defenderse bravamente contra aquella tentación destructora. La táctica, uso y administración de la vida mundada solamente le servirán para facilitar los recursos de su trabajo, de su estudio, de su obra.

Y no es que lo mundano sea necesariamente frívolo ; o más bien, muestra a veces aquella frivolidad profunda que Nietzsche admiraba en los griegos. Consiste lo mundano en juntarse para simplemente verse vivir, conforme a un código riguroso de convenciones que crea, burlándose trágicamente de los hombres, hazañas y delitos artificiales con premios difíciles y sanciones terribles. Es una perversión que constantemente sacrifica lo íntimo y lo cordial. Aun la bondad ha de disfrazarse y hacer méritos de malicia. Entre el torbellino de cortesanos, el « Príncipe de Clèves » tiene que morir de dolor sin decir palabra, mientras la « Princesa » se mustia en un martirio secreto. Nadie lleva el corazón en la boca : de ahí el tremendo ahogo. Y Gœthe, que necesita contar con todo su resuello, y en cuya existencia habrá siempre, y a pesar de todo, algo como una alpestre soledad, deja el mundo a veces y se va a la cima de las montañas. El sentimiento poético de las altas cumbres — recuerda Van Tieghem — aparece con Gœthe en la moderna literatura europea.

Algún crítico se siente indignado por el hecho de que Gœthe anuncie a Eckermann, como sucesos importantes, las visitas del ya Gran Duque Carlos Augusto,

o le declare que tiene que disponer su espíritu para recibir debidamente a la Gran Duquesa. Hay que entenderlo y explicarlo : para los días en que Eckermann recoge estas palabras de Gœthe, aquellas visitas eran cortesías entre potencias iguales y Gœthe distaba ya mucho de ser tratado como un inferior o simple subordinado en el gobierno. Además, las cosas no se entendían entonces como ahora, sino que la deferencia para con el soberano era asunto de elemental ceremonia, de buenas maneras. El abrazarse de buena fe con los compromisos de su vida fué una de las normas de la sabiduría gœthiana. También el escéptico Montaigne aceptó con todas sus consecuencias la alcaldía de Burdeos. Hay que cumplir con el deber a conciencia, o rechazarlo. Nada peor que desempeñarse a medias, propias artimañas de aventureros. « Lo que hago, lo hago íntegramente ». Por otra parte — Eckermann lo sabía y prudentemente lo calla —, la verdadera preocupación de Gœthe no está en disponerse para halagar a los príncipes que lo honran con su visita. La verdad es que Gœthe parece haberse ido acercando más a la Duquesa Luisa, a medida que lo alejaba, hasta cierto punto, la incorregible tosquedad de Carlos Augusto. Y como a nadie escuchaba éste más que a Gœthe, Luisa acudía al poeta como al amigable componedor que mediara en sus cuestiones domésticas. No hay aquí asomo de humillación ni cortesanía, sino lealtad, decencia y hasta respeto para la propia autoridad bien ganada.

Tampoco hay que insistir demasiado en la calidad de la tertulia de Weimar, que muchas veces pudo ser bastante modesta. Claro está que no siempre disponía Gœthe de eminencias, ni siquiera de gente capaz de llevarle la conversación : eso a todos les pasa. Y entonces, mientras escapaba otra vez a Jena, se conformaba con lo mejor de la vecindad. Parece que él mismo lo confiesa, cuando hace que la « Duquesa de Ferrara » aconseje al Tasso : « Resígnate a mirar tranquilamente el curso tumultuoso del mundo, como desde la orilla, en el seno de un pequeño Estado que te ofrece seguro asilo. » Los habituales contertulios de Gœthe — el pintor Meyer, el profesor Riemer, el compositor Zelter

GOETHE
(Foto Viollet)

cuando venía de Berlín — no pasan de unos vulgares « filisteos » a los ojos de Bettina Brentano. Pero, desde luego, Bettina no es un testigo sin tacha, ya se sabe : vivía en sueños, lo quería todo para sí, en perpetuo « bovarismo » egoísta. Meyer fué un amigo servicial. Riemer había sido preceptor de su hijo y ayudaba a Gœthe cuanto podía. « Era un hombre de un talento y un saber que no cabían en su carácter », dice Müller. Y Zelter, como quiera que se lo juzgue, comparte con Müller el honor de las confidencias y tiene también a nuestros ojos el prestigio de la amistad. El acudirá junto a Gœthe cuando hasta los suyos lo abandonen, en el incidente de Ulrica de Levetzow ; y cuando Gœthe fallezca, él se encaminará casi voluntariamente a la tumba : « A Vuecencia el primer turno — dijo inclinándose ante el retrato de Gœthe — ; ahora sigo yo. » Y se dejó morir de tristeza. En cuanto al joven Eckermann, el bibliotecario de la Gran Duquesa, que hizo el viaje a pie de Heidelberg a Weimar para consagrarse a Gœthe, ¿ quién se atreve a escatimarle su simpatía ? Hombre de lealtad y candor perfectos, a él debemos, no sólo el mejor

retrato moral del poeta, sino un retrato que la posteridad suele identificar con el modelo.

No es objetable, aunque sea envidiable, el que un hombre de estudio organice sus útiles de trabajo, si tiene la suerte de hacerlo. Cuantos lo objetan se perecen por encontrar su Weimar. ¿ A qué no confesarlo, si es el anhelo más legítimo ? ¿ A qué tal enojo ante las discretas comodidades de Weimar ? Un Gœthe bohemio, expulsado de su vocación y su destino, posible es que hubiera dejado más manchas de sangre en los poemas y libros de su última época. ¿ Sería preferible ? No estamos ciertos. Ni en este extremo ni en el contrario caben las sentencias absolutas. Byron, Verlaine y Darío, pasada y vencida su tormenta, acaso hubieran remontado otras cimas, como lo hizo Gœthe. La naturaleza, dice Aristóteles, a medida que se perfecciona tiende a la quietud. En principio puede ser discutible, pero la cita ilustra el caso. El más inteligente de los hombres ya ni siquiera desea hablar, ¡ oh, Monsieur Teste ! Si a Gœthe no se le ocurre dar permiso a la muerte, ¿ quién sabe si no se nos convierte en montaña ?

Otros se preguntan si, en la edad de *Rien que la Terre*, no resulta un tanto anacrónico el filósofo-poeta lugareño, el sedentario de Weimar (no muy sedentario para su época, ciertamente), achacando a Gœthe como deficiencia espiritual el no haber viajado en ferrocarril, en auto, en avión. Y al pensar así, sólo miran a la senectud del poeta, a los años que se pasó sentado en su salón, para acoger el homenaje del mundo. Olvidan todo el animado pormenor de su vida, tan curiosa y varia, tan llena de casos y cosas, luces y sabores.

Nada más lejos de Weimar que la decadente torre de marfil. Gœthe habla para todos los hombres. « Quien no espere ser leído por millones de lectores — exclama sin melindres —, que no escriba una sola línea ». Nada le fué ajeno : ni Grecia, ni Roma, ni el Oriente, Inglaterra o Francia, España, Italia o América. Lo mismo se asomaba a los motivos del folklore servio que a la novelística china, a la educación religiosa de los mahometanos, al lenguaje de las flores entre los persas, a la fabricación del acero en la India, a la filosofía indostánica. Le interesaban la política de Canning, la emancipación de Irlanda, la cuestión de Portugal, el porvenir de Capodistria en Grecia, la guerra turco-rusa, la abolición del comercio de esclavos, « que podrá traer una unión mayor entre los pueblos de Africa y expulsar un día a los europeos de aquellas costas », la Revolución de Julio, cuyo proceso siguió angustiosamente, según consta por datos ciertos. Continúa, a despecho de sus años, jardinando y herborizando. Y si, cuando sale al campo en carroza, no olvida su copa de plata para el vino, tampoco el martillo del mineralogista. Todo lo abarca, y así como ha previsto en sus sueños una Sociedad de las Naciones, así en el orden de la cultura espera los mejores frutos de una comunicación más intensa entre los pueblos. Anuncia que las literaturas europeas han de corregirse mutuamente por el contacto. « Hoy la literatura nacional no significa gran cosa — se adelanta a decir. Llega el momento de la Literatura Mundial, y todos debemos contribuir a su advenimiento. » Me cuesta creer que el aviador Lindbergh conciba la tierra bajo especie más universal que el sedentario de Weimar.

ALFONSO REYES

Cómo nace y muere un personaje

POR ERICO VERISSIMO

Cómo nace un personaje ? Al principio es el caos — un caos hecho de anhelos, recuerdos, impresiones, frustraciones y ecos... De ese caos surge una fisonomía, una voz, un peculiar modo de ser, una expresión ; y cuando menos lo espera el autor, ahí está el personaje cabal, hablando, moviéndose, viviendo en fin...

A mi parecer, los personajes más vivos son aquellos que huyen a cualquier plano, desobedeciendo al autor. Los tipos construídos especialmente para representar a una clase, sacados por el novelista de la nebulosa inicial para venir a hacer un determinado número de gestos y de movimientos de acuerdo con los « intereses » del relato, dan en general la impresión de muñecos, de maniquíes sin vida propia.

Por eso ocurre que en muchos casos las mejores figuras de las novelas son raramente los héroes, es decir los personajes centrales, sino más bien los accidentales, aquellos que nacen por obra y gracia de la casualidad y se mueven libremente, por la sencilla razón de que de esas figuras accidentales nada espera el autor de definido y particular.

Teniendo esto en cuenta, un determinista, como yo, conviene sin embargo en que hay un sector del universo en que a veces es posible el libre arbitrio : el mundo de la ficción.

Tomemos el caso del Doctor Seijas.

Había escrito yo por lo menos una tercera parte de la novela *Un sitio al Sol*, en la que contaba la fuga de Vasco y de Clarisa de su ciudad natal con rumbo a Puerto Alegre y cómo se imaginaban una vida mejor. Había narrado también el pequeño drama de Amaro y ahora, de repente, necesitaba yo un médico para que acudiese a poner una inyección a Orozimbo, al pobre diablo que tenía un cáncer en el estómago.

¿ Un médico ?... La palabra me trajo al espíritu una imagen, naturalmente la de un médico, que me había impresionado cuando yo era niño. Y en mi cerebro comenzó a agitarse un hombrecillo barbudo, cascarrabias, agresivo y al mismo tiempo tierno y bondadoso... ¿ Debía traerlo yo a la novela tal y como se me ofrecía ? Siempre resistí a la tentación de fotografiar tipos de la vida real.

Pero era necesario resolver el asunto sin pérdida de tiempo. Todas mis novelas fueron escritas en un tono de « urgencia ». Había muchas cosas que decir, y en fin de cuentas mi generación escribió siempre a la sombra de una amenaza. Teníamos que escribir de prisa, sin ningún vagar académico, sin ningún esmero — tumultuosamente, desordenadamente, siguiendo el ritmo de la hora —. Alguna cosa estaba a punto de venir. Esperábamos siempre, con el corazón inquieto, las llamadas del destino a nuestra puerta. Y el destino adoptaba casi siempre la forma de un simple agente de la policía.

Con ese ritmo acelerado comencé el capítulo en que iba a nacer uno de mis personajes más queridos.

Alguien dijo : « Entre, doctor ». El médico entró y la honradez me obliga a confesar que no di la menor importancia a tal entrada. Yo había llamado a un doctor — que hasta entonces era para mí un desconocido, cuyo nombre ignoraba y cuyas facciones no había visto jamás — tan sólo para poner una inyección al pobre Orozimbo y retirarse luego de la escena, tal vez para siempre. Un sencillo « extra ».

Mientras tanto el médico entró y se quedó, contra todos mis planes y perspectivas. Pero veamos cómo aconteció la cosa.

Antes de verle la cara de oí la voz. « ¿ Cómo está ese marica ? » — empezó preguntando. Pero quien en realidad había hecho la pregunta era el médico de mi infancia. Sólo que en vez de oír su voz atenorada oí un vozarrón grave y fuerte. Yo mismo quedé sorprendido de haberlo descrito así : « Tenía una voz brutal, vibrante y al mismo tiempo bronca, con un sonido de fonógrafo con el disco partido. » Ya comenzaba mi personaje a diferenciarse de la criatura de la vida real que la memoria insistía en empujar hacia el interior de la novela. Y así, llevado por una fuerza misteriosa — esa fuerza de creación imposible de explicar y analizar —, me lancé a la descripción del tipo : « Era alto, vestía con desaliño... » Pero tendremos que explicar esos rasgos. ¿ Por qué alto ? Tal vez un deseo de despistar, de evitar la copia. Es decir, que el autor quería esquivar el modelo. O quizás solamente era ello una consecuencia « casi lógica » de la palabra vozarrón, nacida de la idea, tal vez infantil, de que un vozarrón únicamente puede salir de la boca de un hombracho. ¿ Por qué desaliñado ?... Idea hecha : « Los hombres grandes suelen ser desaliñados ». Continué la descripción : « Andaba casi siempre con una colilla de cigarro pegada al labio inferior y con las solapas de la chaqueta manchadas de ceniza ». ¿ Por qué ? Porque conocí hombres grandullones que eran así. « Gustaba mucho de chanzas fuertes y de anécdotas picantes... » Otro rasgo del médico de mi infancia, pero un rasgo que yo había de exagerar un tanto, a partir de entonces, en mi criatura.

« ¿ Cómo está ese Jeremías ? » — volvió a gritar el médico. Y de este modo hizo el Doctor Seijas su entrada en mi novela y en mi vida. Pura casualidad, pensé en un principio. Podría haberse llamado Barbosa, Cuña o Teijeira. Fué mucho más tarde cuando descubrí que había en la vida real (traiciones del subconsciente) otro médico barbudo llamado Seijas.

A largas zancadas, el viejo Seijas se acercó a Orozimbo y extendió hacia él su enorme mano peluda, con las puntas de los dedos amarillentas de yodo. *Enorme mano peluda*, es un pormenor que se acomoda naturalmente con la corpulencia del hombre de que se trata. Y en cuanto a los dedos amarillentos de yodo, son una reminiscencia de mi abuelo paterno, que era también médico.

Seijas se sentó. ¿ Qué podía hacer un hombre de su tipo y de su profesión en Puerto Alegre, Río Grande del Sur, o el Brasil ? Fumar, es claro. Pero fumar, ¿ qué clase de cigarros ? Cigarros de paja, tagarninas. Y así mi barbudo y truculento héroe tomó una tagarnina de su tabaquera, la picó y se puso a liar un cigarro. (Reminiscencia de mi abuelo materno, fumador inveterado, parlanchín y gran contador de cuentos.)

Orozimbo se quejó de dolor. Y Seijas, aparentemente impasible, le replicó : — « Lo que usted necesita es una querida guapa. » Y soltó una carcajada.

Esa ocurrencia y esa carcajada de Seijas son, por decirlo así, su grito de independencia. Con ellas mi personaje se libertó de las criaturas de la vida real que me habían suministrado elementos para crearlo. Poco después su retrato psicológico comenzaba a ser trazado de una manera objetiva y negativa. Aquella actitud sarcástica y despiadada no era otra cosa — como yo pensaba — que una humareda para disimular el sentimentalismo. También descubrí, con sorpresa y delicia, que la única manera que Seijas encontraba buena para dar órdenes a la mujer de Orozimbo era tratarla con aspereza, zahiriendo sus sentimientos religiosos y su pudibundez. Y a medida que pasaba el

tiempo fuí descubriendo en el viejo doctor otros rasgos que me parecieron pintorescos, por ejemplo, su impaciencia para con los viejos y su simpatía tolerante hacia los jóvenes.

Doña Magnolia, la esposa del enfermo, no lo comprendía, naturalmente. Le temía, le respetaba... y le necesitaba, pues el Doctor Seijas nunca le cobraba sus servicios. (Otra característica del médico de mi infancia.)

Orozimbo gime de dolor. El médico vocifera : « ¡ Marica ! Lo que tiene usted es una rosa en el estómago. ¡ Una rosa ! » En este caso la imagen no es poesía, sino sarcasmo. Pero en el fondo del sarcasmo hay, sin embargo, una nota de piedad, una paradójica tentativa de consuelo.

El Doctor Seijas sabe que Orozimbo está perdido. Después de ese sarcasmo, suaviza un poco la voz para decir :

— Animo. ¡ Usted va a sanar, hombre ! Debía estar contento...

Llegados a este punto, Orozimbo aguarda una palabra de esperanza. ¿ Contento por qué ?

El médico continúa :

— Una rosa rara, de esas...

Y le aplica una inyección sedativa, al mismo tiempo que cuenta una anédota escabrosa, que ruboriza a la mujer del enfermo.

Al llegar aquí encontré que sería divertido hacer entrar un pastor metodista. Así pues, lo llamé a la casa de Orozimbo y me escondí para ver lo que sucedía. Era natural que el médico provocase una discusión sobre el tema religioso, procurando escandalizar al otro.

Pero el diálogo que se entabló no dejó de inquietarme al cabo de un rato. El diablo del Doctor Seijas empezaba a ser un problema. Requerido tan sólo para entrar en aquella casa, poner una inyección al paciente y marcharse con viento fresco, permanecía en pie, se imponía como personaje, « robaba » la cena y, en fin, desobedecía a su creador.

Traté de echarlo fuera en buen hora. Cogió el sombrero y se fué. Pero no tuve valor para abandonarlo. Seguí sus largas zancadas. Ya en el pasillo oyó el rumor de un llanto. Era la hija del matrimonio que se debatía con su problema. Se sentía infeliz, incomprendida. Los padres se oponían a sus amorosas relaciones con Olivio.

— ¿ Es que no tengo derecho a divertirme? — preguntó entre sollozos. ¿ No soy de carne y hueso como las demás ? ¿ Qué culpa tengo yo de que mi padre esté enfermo y de que mi madre sea metodista ? ¿ Qué culpa tengo yo ? ¡ Esto ni es vida ni es nada !

El doctor se rascó la barba. Sacó de la petaca un cigarro de papel y encendió un fósforo. Y sólo entonces advertí que el doctor tenía los ojos azules. (Otra vez el médico de mi infancia.) Ojos azules y bondadosos, y la nariz marcada de viruelas, como alguna nariz que vi en alguna cara, no sé dónde ni cuándo.

— Un día se arreglara eso... — dijo Seijas para consolar a la muchacha.

— No puedo más — lloriquó ella. — ¡ No aguanto !

— Escápese entonces — dijo el Doctor Seijas.

— ¿ Qué ?

— Que huya.

— ¿ Está usted hablando en serio, señor ?

En ese punto me detuve. ¿ Estaría el viejo hablando en serio realmente ? Un problema. ¿ Qué iría él a responder ? Poco importaba. Yo ya no tenía dominio alguno sobre aquel personaje. El era amo y señor de sus palabras y de sus actos. Y con sorpresa oí salir esta respuesta de los labios del vejete, chamuscados por el tabaco.

— No.

Y soltó a reír con una enorme risa que en la oscuridad era asustadora. Asustadora no tan sólo para Lu, sino también para mí.

— Aguanta, aguanta un poco — continuó el doctor. — Eso pasa. Un día la vida te será más llevadera.

Sentía lástima hacia los jóvenes. Veíalos andar por el mundo como moscas atontadas, y cómo caían en el primer plato de agua con vinagre y se quedaban allí, pugnando por libertarse, sacudiendo en vano sus frágiles y pobres alas. *Seijas conocía a Fernanda, conocía a Noel.* En el momento

en que escribí estas palabras, asumí tácitamente un compromiso : el de incluir a Seijas en el « elenco » de la historia. No era ya el doctor un *extra*, un mero comparsa : era un actor de primer plano, un actor que aspiraba al título de « estrella ». El diablo del hombre iba ganado fuerza. Continué : « Los conocía más de lo que ellos mismos creían. Sentía lástima por ellos. Pero toda su compasión, toda su simpatía traducíanse en palabras gruesas y en gestos ásperos, en bromas pesadas, ordinarias y chocantes. » Ahí estaba todo el modo de ser íntimo del Doctor Seijas.

Y allá se fué, midiendo con sus pasos las losas de aquella calle de suburbio. ¿ Hacia dónde ? Yo no lo sabía. Sólo estaba seguro de una cosa : de que había de volver.

Y Seijas volvió. Volvió no sólo en los capítulos siguientes, sino también en mi inmediato libro : *Mirad los lirios del campo*. Al formar el plan de esta historia, no pensé en el viejo doctor.

Una noche, cuando Eugenio y Olivia descendían hacia el zaguán del hospital, aconteció algo inesperado. Sin la más mínima premeditación del autor, el Doctor Seijas apareció en escena, y no tuve otro remedio que justificar la situación, explicando que el Doctor Seijas había sido médico de la familia de Eugenio cuando éste era niño. (Una vez más el médico de mi infancia.) Y de esa manera, se quedó Seijas en la nueva historia para ocupar un lugar importante, pero conservando siempre su independencia, haciendo y diciendo lo que bien le parecía. Yo tenía planes trazados para Eugenio, para Olivia, para Eunice y para la mayor parte de los otros personajes ; pero respeté la libertad del viejo doctor. Y esta es la razón de que sea él, acaso, el personaje más viviente de toda la novela.

Ahora, una confesión bárbara. Decidí matarlo antes de que la acción de *Mirad los lirios del campo* terminase. Sería un golpe más para Eugenio. Preparé todo aquello que en el lenguaje de los periódicos provincianos se llama un « desenlace fatal ». Pero Seijas se negó a morir. Hincó los pies en tierra y se quedó allí, cada vez más vivo. Me vi forzado a abandonar mi plan macabro.

Mas he aquí que en 1940 escribí un nuevo libro : *Saga*. Y cuando menos podía esperarlo, el diablo del viejo vuelve a surgir en la historia. No tuve otra solución sino la de dejarlo quedar. Pero descubrí con perverso placer que estaba más envejecido, abatido y enfermo. Me froté las manos, satisfecho. Había llegado mi oportunidad. Y una madrugada conseguí al cabo matar al Doctor Seijas. Eugenio hallábase en el cuarto cuando murió el doctor. Todo sucedió sin mucho ruido. Y cuando el alma del viejo había abandonado ya aquel corpachón cansado y flaco, me sentí embargado por una extraña angustia, que era al mismo tiempo una sensación de culpa, de arrepentimiento y ya de saudad.

Y aún ahora, procurando analizar los motivos que me llevaron a matar al buen Doctor Seijas, he llegado a la deprimente conclusión de que todo fué obra del despecho. Sí. Una sórdida y mezquina venganza del autor. Herido yo en mi orgullo de creador, eliminé del mundo de los vivos a una de mis criaturas que se negaba a obedecerme.

Soy un miserable. Qué Dios tenga piedad de mi alma y me perdone.

ERICO VERISSIMO

LA POESIA HISPANOAMERICANA

POR FEDERICO DE ONIS

A nuestro gran colaborador y amigo Federico de Onís se debe la reciente publicación en Francia, bajo los auspicios de la UNESCO, *de una voluminosa y selecta « Antología de la Poesía iberoamericana ». Para la misma ha escrito una magnífica introducción dividida en dos partes : una dedicada a la poesía hispanoamericana y otra a la poesía brasileña. Con su benévola autorización, publicamos hoy la primera parte ; la otra aparecerá en un próximo número de* CUADERNOS. *(N. de la R.)*

ESTA antología se propone reunir en un espacio necesariamente limitado lo mejor y más representativo de la poesía en lengua castellana —o portuguesa, por lo que al Brasil se refiere —, escrita por hombres y mujeres nacidos en América. Conforme a este criterio de unidad lingüística no se incluye en ella la poesía prehispánica que existió en varios pueblos indios, y cuyos restos fueron conservados y transcritos por los misioneros españoles y por otros investigadores coloniales y modernos. Igualmente se excluye la poesía en lenguas indígenas escrita, por diversos motivos, desde la epoca colonial hasta hoy. La poesía castellana común a Hispanoamérica desde la conquista nos mostrará diversos intentos, mejor o peor logrados, de buscar inspiración en la poesía india, y desde luego tendrá como uno de sus temas esenciales el pasado histórico prehispánico y las realidades indígenas que han sobrevivido con intensidad variable en los países hispanoamericanos o aparecen fundidas con lo español en la integración de su cultura moderna.

Más difícil es, para explicarse el desarrollo de la poesía hispanoamericana, prescindir de los poetas españoles que vivieron y escribieron en este continente. No me refiero sólo a la influencia que poetas españoles, como, por ejemplo, Gutierre de Cetina en el siglo XVI, o Fernando Velarde en el XIX, ejercieron en los poetas hispanoamericanos con quienes convivieron, influencia española que de todos modos había de venir de los más grandes poetas españoles en todas las épocas, sin necesidad de que cruzasen el mar. Me refiero al hecho de que varios de los poetas nacidos en España fueron en rigor americanos más que españoles, y su obra pertenece a la literatura americana con los mismos o mejores títulos que la de los poetas nacidos en América.

Alonso de Ercilla (1533-1594) crea en *La Araucana* (1569-1589) un poema épico del Renacimiento, distinto de todos los que se escribieron en Europa, del que nacen no sólo los poemas épicos escritos por poetas nacidos en América, que llenan la literatura colonial, sino algunos de los

temas esenciales de la literatura americana que van a dominar en la literatura posterior desde el romanticismo hasta hoy. Pedro de Oña (1610-1643 ?) en su *Arauco domado* no es más americano por haber nacido en Chile, que Ercilla, nacido y formado en España. Más americano que los dos es Bernardo de Balbuena (1568-1627), cuyo poema *Grandeza mexicana* (1604) está concebido poéticamente desde el punto de vista de México, con personalidad americana propia bien definida ya en la segunda mitad del siglo XVI por su naturaleza y su vida ciudadana. Por eso los españoles Nicolás Antonio, Quintana y Menéndez Pelayo, en sus diferentes tiempos, coinciden en mirar este poema como algo único en las letras españolas, y como el principio de una nueva literatura americana. También son completamente americanos, mexicano uno y peruano el otro, Fernán González de Eslava (1534 ?-1601 ?), que en sus obras dramáticas introduce al pueblo mexicano con su lenguaje criollo, y Juan del Valle Caviedes, que en la segunda mitad del siglo XVII, escribió en Lima sus poesías satíricas de la sociedad peruana que le ponen en primera fila como poeta auténticamente criollo colonial.

El campo de la poesía hispanoamericana estricta, limitada a los poetas nacidos en América, es muy vasto y difícil de condensar en pocas páginas. Una de las pruebas de que la literatura en América, aunque europea en sus orígenes y en sus relaciones, es original y distinta de la de Europa, es la falta de paralelismo en el desarrollo de los géneros literarios. No hay sincronismo entre España y América desde el siglo XVI hasta hoy, y la desproporción en los géneros literarios es evidente. Hay en América un predominio notorio de la poesía sobre la novela y el teatro, predominantes en España hasta el siglo XIX y casi inexistentes en América por siglos, hasta que la novela en el siglo XX adquiere extraordinario desarrollo al mismo tiempo que empieza a decaer en España. Desde el principio de la colonia hasta hoy la literatura americana ha encontrado su expresión preferentemente en la poesía, como las literaturas primitivas, a pesar de que se originó y desarrolló bajo la influencia de las etapas modernas de la literatura europea posteriores al Renacimiento, recibidas primero de España y después de todo el mundo.

A primera vista la poesía hispanoamericana parece ser un reflejo de la poesía europea en sus varias épocas, y ordinariamente sus historiadores y críticos la han clasificado conforme a los conceptos y denominaciones usuales en la historia de la literatura europea, tales como Renacimiento, Gongorismo, Conceptismo, Neoclasicismo, Romanticismo, Simbolismo, Sobrerrealismo, etc. Y es cierto que todas estas épocas y escuelas tienen su representación en América con muchos de los caracteres propios de ellas en Europa. Pero si se mira más a fondo se ve que la correspondencia es sólo parcial, que unos elementos europeos no pasan o pasan muy débilmente a América, mientras que otros adquieren preeminencia inusitada en Europa, y otros, en fin, son nuevos, diferentes o desconocidos allá. Y tenemos que descubrir entonces que la verdadera definición de las modalidades y épocas de la poesía americana no está en las denominaciones europeas, sino en realidades y circunstancias propias de América. Los autores secundarios y de escasa originalidad pueden encajarse en los moldes europeos, pero los verdaderamente originales los rebasan en diversas maneras y su obra resulta ser algo que no tiene equivalente en Europa, aunque en ella existan influencias visibles europeas. Una de las notas más constantes de la poesía y de la literatura general americana es el hecho repetido a través de toda su historia de la convivencia de tendencias y escuelas que en Europa son cronológicamente sucesivas y que en el mismo tiempo serían incompatibles.

En el siglo XVI, en medio del fragor mismo de la conquista, surgió la literatura española de Indias (a la que aludimos al principio como la primera literatura americana), que en poesía fué épica, narradora de los hechos de la conquista, y fué satírica, como expresión en forma popular y anónima de los conflictos entre personas y clases de la naciente sociedad indiana. Nos limitamos a decir de ella tan sólo que contiene el primer anuncio de muchos de los temas y formas literarias que van a persistir en la época colonial y reaparecer con más fuerza durante la guerra de Inde-

pendencia y las luchas para la formación de las nacionalidades independientes. Una vez establecida la sociedad colonial con sus grandes centros de México y Perú, florece en ellos, además de la poesía épica y satírica, una poesía que con justeza podemos llamar colonial, porque es reflejo e imitación de la que se producía en España desde Garcilaso por los poetas italianizantes y clasicistas del siglo XVI. En la segunda mitad del siglo XVI los poetas son legión : trescientos acuden a un certamen en México, y según González de Eslava había allí « más poetas que estiércol ». En el Perú ocurría lo mismo, no sólo en Lima, sino en Arequipa, Huánuco y otras ciudades. Es costumbre desdeñar esta poesía colonial, aún no bien estudiada, que no produjo grandes poetas comparables con los mejores españoles del Siglo de Oro hasta Sor Juana Inés de la Cruz a fines del siglo XVII, cuando ya España no los producía. Pero el hecho de la abundancia de poesía criolla inmediatamente después de la conquista y de que poetas americanos fueran incluídos juntamente con los españoles en los elogios de la época, como el *Canto de Calíope*, de Cervantes (1584), y el *Laurel de Apolo*, de Lope de Vega (1630), y de que éste mantuviese a través del mar una conversación lírica con una poetisa peruana capaz de hablarle en un tono que iguala o supera al suyo, son, con otras cosas, datos que demuestran que desde el principio existió en América un clima favorable a la poesía, que la distingue hasta hoy. Esta afición a la poesía se manifiesta en formas muy cultas, que no desdicen al lado de la poesía española del siglo XVI, y que prueban la extensión de la cultura española a las ciudades indianas y la capacidad de asimilación del criollo americano, rasgos que le han de distinguir siempre.

Este valor de la poesía americana desde la colonia, consistente en su abundancia, extensión y generalización democrática, no es posible exponerlo en una antología, que busca muestras de valor absoluto individual. Lo único posible es recoger algunos ejemplos de la poesía culta mejor lograda, y para ello pueden bastarnos dos : uno del poeta mexicano Francisco de Terrazas, primer poeta de nombre conocido que nació en América, autor de un poema épico inconcluso, sobre la conquista de México, y de varios sonetos y otras composiciones, que le enlazan en lo épico con Ercilla y en lo lírico con Gutierre de Cetina y Camoens, mostrando en este último aspecto la asimilación bien lograda de la poesía del Renacimiento. Sus poesías se han conservado en manuscritos de la época, uno de los cuales titulado *Flores de varia poesía, recogidas de varios poetas españoles*, recopilado en la ciudad de México en 1577, y enviado a España, es una prueba más de la vitalidad de la poesía en América y de la íntima relación literaria entre la colonia y la metrópoli. El otro ejemplo es la epístola en verso que una poetisa peruana escribe a principios del siglo XVII, a Lope de Vega (Belardo) bajo el nombre de *Amarilis*, a la que aludimos antes. Que esta mujer, nieta de conquistadores del Perú, como Terrazas era hijo de un conquistador de México, pueda hablar desde León de Huánuco al Fénix de los Ingenios de la corte de las Españas en su mismo lenguaje literario, con mesurada elegancia criolla y nativo orgullo indiano, es prueba brillante de que la poesía americana nació con la madurez del Siglo de Oro español y al mismo tiempo con un tono propio que significa una actitud americana, consciente de sí misma. Y no es esta mujer la única ; hubo otras, entre las que descuella una « señora principal del Perú » autora del *Discurso en loor de la poesía*, una de las poesías más celebradas de la época colonial.

En el siglo XVII la poesía colonial, siguiendo a la española, recibe la influencia del culteranismo y el conceptismo, de Góngora y Quevedo, lo mismo que el arte colonial pasó del plateresco al barroco. Ha sido acostumbrado considerar la prolífica sucesión de Góngora en América como una mera imitación de los defectos y extravagancias del culteranismo, que cundieron como una peste literaria, sin lograr reproducir las cualidades de valor y originalidad del maestro, y en consecuencia se ha desdeñado esta época de estéril abundancia. Nuestras ideas acerca de ella están cambiando desde la rehabilitación de Góngora mismo y la mejor comprensión del barroco en Europa. Por lo que toca a América, el estudio del arte colonial ha llevado a los críticos modernos a encontrar la origina-

lidad del barroco americano, que en manera alguna es reproducción del barroco español, sino la creación más original que hasta ahora ha producido América, mediante la adaptación de lo español a condiciones americanas materiales y espirituales y su fusión con lo indígena. Esto, que se ve tan claro en los magníficos monumentos quiteños, mexicanos y peruanos y en los más modestos de esos mismos países y de toda América, tenía que ocurrir también en el arte literario de la época, y así empieza a verse por algunos críticos que, como Mariano Picón Salas, encuentran en el barroco, que fué pasajero en Europa, algo que es constitucional y permanente en América. Pero aunque haya mucho de verdad en esto, también lo es que el advenimiento del culteranismo y el conceptismo en el siglo XVII no significó un corte o interrupción del clasicismo del siglo XVI, y que la continuación de éste presta a la poesía del barroquismo americano un carácter propio dentro de la poesía española.

La cumbre de la poesía de esta época en América es la obra de la monja de México Sor Juana Inés de la Cruz, que es al mismo tiempo cumbre de la poesía de lengua castellana en la segunda mitad del siglo XVII. Como se ha observado repetidamente, ese momento de la mayor decadencia de las letras en España es el de mayor auge de las letras en la América colonial, donde las figuras de Sor Juana y Sigüenza Góngora en México, el Lunarejo y Peralta Barnuevo en el Perú, significan una prolongación del Siglo de Oro español. Si Juan de Espinosa Medrano (El Lunarejo) escribió el *Apologético en favor de D. Luis de Góngora*, impreso en 1694, que Menéndez Pelayo considera « uno de los frutos más sabrosos de la primitiva literatura criolla » y « una perla caída en el muladar de la poética culterana », la monja de México, Juana Ramírez, como ella gustaba llamarse en el mundo, produjo una obra en prosa y verso que le da un lugar único entre los grandes clásicos de la lengua. Es inútil compararla con Santa Teresa en lo religioso o con Góngora en lo poético. Es siempre otra cosa, y la definicion última de su personalidad está en México, por muchos que fueran sus conocimientos universales científicos y literarios. Se ha señalado en su obra poética la influencia de Luis de León, Lope de Vega, Góngora, Calderón y otros ; pero lo más significativo es que convivan en su mundo poético con perfecta naturalidad y armonía todas las formas de la poesía anterior, y que en rigor sea erróneo clasificarla en ninguna de ellas. Porque si en unas de sus poesías, como el *Primero sueño*, parece seguir y aun exceder a Góngora en inaccesibilidad, en otras parecen revivir las varias formas de la poesía del siglo XVI, con su tersura de estilo y claridad intelectual. Por eso Henríquez Ureña dice que su estilo es la síntesis de todos los de su época, y Vossler ve en ella al mismo tiempo un poeta rezagado y uno que anuncia el porvenir. En su poesía tan varia en forma, temas y estilo, en sus sonetos, silvas, romances, redondillas, décimas, endechas, villancicos, autos y comedias, juegos culteranos y sátiras morales, poemas de amor divino y de amor profano, de imágenes puras y de ideas claras, hay una unidad que consiste, como la de la Iglesia de la Compañía de Quito, en la fusión de todos los estilos y formas del arte, y en ser expresión de una personalidad compleja que se define, como México, por la gracia y la melancolía, la fe y el escepticismo, lo emotivo y lo intelectual, lo religioso y lo profano, lo culto y lo popular.

El neoclasicismo dieciochesco produjo nuevas formas de poesía — religiosa, bucólica, fábulas, epigramas — como las de España, cultivadas por autores más o menos estimables ; pero cuando fué fecundado por el espíritu de la Independencia produjo, al lado de los grandes hombres de acción, verdaderos grandes poetas : José Joaquín Olmedo, el cantor de Bolívar ; Andrés Bello, el cantor de la agricultura de la zona tórrida, y José María Heredia, el cantor del teocali de Cholula y del Niágara. Eran sin duda hombres de formación española y clásica, su estética procede de la de Quintana, y ellos mismos son clásicos de la lengua ; pero su inspiración era nueva y en su poesía europea encontraron expresión el espíritu, la naturaleza, la historia y los ideales americanos. Olmedo, más limitado y perfecto, pero más potente, juntará la mitología clásica con la incaica para exaltar la grandeza guerrera de Bolívar y la libertad de América. Bello, sabio y reflexivo, evo-

cará desde Londres un futuro de paz en la creación de una cultura americana, en su *Alocución a la Poesía*, y de la riqueza de la tierra en su oda *A la agricultura de la zona tórrida* ; luego su poesía tocará otros temas y tomará otras formas, logrando armonizar el clasicismo con el romanticismo, y ser en esto como en tantas otras cosas el hombre que logró conciliar y armonizar una cultura más amplia y total, que sigue siendo aún hoy el mejor programa de la cultura americana. Heredia, triste y elegíaco, más lírico que ninguno, será el que más influirá en el romanticismo que va a desarrollarse en todo el continente.

Debe decirse aquí que, al lado de esta gran poesía de la Independencia, surgió entonces una poesía popular anónima a la que es difícil dar cabida en una antología. Lo mismo que la revolución trajo la participación del pueblo en la guerra y la vida política, al lado de las grandes figuras que lo despertaban y dirigían, hubo entonces dos literaturas, una, que es de la que hemos hablado, para las personas cultas, que eran las menos, y otra, completamente distinta y separada, para el pueblo. Esta última, a menudo no escrita, es la poesía de los campamentos, que se cantaba acompañada con los instrumentos populares en las formas de los cantos, romances y bailes tradicionales, y la que se imprimía en periódicos y hojas volantes que circulaban entre el pueblo, escrita por autores que imitaban el lenguaje y las formas de la poesía popular. Esta literatura en parte conocida, sobre todo en el Río de la Plata, es el principio de la poesía popular que a fines del siglo va a tener su último y notable florecimiento en los corridos y canciones de la revolución mexicana. En el tiempo de la Independencia produjo en el Uruguay un gran poeta, Bartolomé Hidalgo (1788-1822), que con sus diálogos patrióticos inicia la llamada poesía gauchesca, que llegará a culminar en 1872 en el *Martín Fierro*, poema que logra fundir de manera perfecta la poesía culta y la popular, y que por eso ha llegado a ser considerado la obra superior de la poesía hispanoamericana.

Lo culto en el poema de Hernández era romántico y era político. El romanticismo y las ideas políticas habían venido de Europa mucho antes, y habían penetrado en la realidad americana, que en sí misma era romántica por el individualismo de sus hombres — caudillos, dictadores, gauchos, llaneros —, la virginidad inabarcable de su naturaleza, el popularismo abigarrado y el exotismo pintoresco de sus costumbres y tradiciones indias y españolas : era también, en su misma esencia, política, porque las nuevas ideas llegaron en el momento en que consumada la Independencia se impuso a todos la necesidad de organizar, entre grandes luchas, las naciones americanas. Por eso la poesía romántica importada de España, de Francia, de Inglaterra de Italia, de Alemania y de los Estados Unidos — y las enumero porque los autores beben preferentemente en unas u otras de estas fuentes — arraigó y floreció rápidamente en suelo americano, y llegó a ser consustancial con su literatura, como el barroquismo, sin desaparecer como ocurrió en Europa ante la reacción realista, que en cambio fué débil y tardía en América. No es posible, ni necesario, hablar de cada uno de los poetas románticos que produjeron los varios países hispanoamericanos independientes. Su valor individual es variable, y en general no es tan claro y permanente como el de los de otras épocas. Interesa más el conjunto, que también es difícil de definir aun en sus líneas generales. Porque en primer lugar el advenimiento del romanticismo, a pesar de su extensión y éxito, no suprimió la poesía clásica anterior, que siguió existiendo en todo el siglo XIX, ahora como poesía tradicionalista, españolista y reaccionaria. Lo mismo que en la política se entabla la lucha entre el liberalismo y el tradicionalismo, en la poesía se dividen los poetas de cada país en clásicos y románticos. Se refleja también en ellos el hecho de la división en naciones, y ahora la poesía de cada país es nacional. De ahí vienen las disputas de los críticos acerca de la precedencia en la introduccion del romanticismo en cada país, como empiezan las cuestiones de límites y otros síntomas de competencia entre las naciones. Lo importante es que después de la Independencia, y a diferencia de ella y de la época colonial, empiezan a surgir con carácter propio, dentro de ciertos rasgos comunes de época nacidos de fuentes comunes y de desarrollos paralelos inevi-

tables, las literaturas nacionales, y que hasta el modernismo hay que hablar de una poesía argentina, colombiana, peruana, cubana o mexicana. Cada una de ellas posee poetas de valor individual diverso, que gozaron y siguen gozando de popularidad local, que rara vez llegó a ser continental. A veces esta suerte la tuvo alguna poesía como la *Plegaria* de Plácido, o el *Noctuno* de Acuña, que no siempre es la mejor del autor. Un poeta como la Avellaneda es una excepción, porque, a pesar de su cubanismo, vivió y escribió dentro de la literatura española peninsular. Es verdad que entre las personas cultas del mundo hispánico fueron conocidos y altamente apreciados algunos poetas americanos, no siempre en proporción con su mérito real, como los argentinos Echeverría, Mármol, Juan María Gutiérrez, Mitre, Ricardo Gutiérrez, Rafael Obligado y Olegario V. Andrade ; los colombianos José Eusebio Caro, Julio Arboleda, Jorge Isaacs, Rafael Pombo y Miguel Antonio Caro ; los cubanos Plácido, Milanés, Mendive, Zenea y Luaces ; el guatemalteco Batres Montúfar ; los ecuatorianos Numa Pompilio Llona y Julio Zaldumbide ; los peruanos Pardo Aliaga, Palma, Salaverry y Cisneros ; los venezolanos Maitín, Baralt y Calcaño ; los puertorriqueños Tapia y Gautier Benítez ; los mexicanos Pesado, Rodríguez Galván, Prieto, Flores y Acuña, y otros que no citamos para no hacer interminable esta lista, que bastaría para mostrar por su longitud la riqueza de la actividad poética en el medio siglo que va desde 1830 al principio del modernismo hacia 1880.

Esta revisión de valores empezó con el reconocimiento, iniciado por Unamuno y aceptado hoy por todos, de la superioridad americana y universal de la corriente literaria de origen y carácter popular, que se desarrolló desde la Independencia al lado de la poesía culta y que culminó en las obras gauchescas de Hidalgo, Ascasubi, Estanislao del Campo y sobre todo en el *Martín Fierro* de José Hernández. Ya dije que en esta obra, a pesar de su lenguaje dialectal, se funden lo culto y lo popular. Otras obras argentinas escritas en la lengua literaria, como *La cautiva* de Echeverría o *Santos Vega* de Obligado, se salvan también para el gusto moderno por el sentimiento lírico del hombre y el paisaje de la pampa. Igualmente crece a nuestros ojos el valor de obras escritas en otras partes de América con arraigo íntimo en la tierra y en la vida, como, por ejemplo, la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, de Gregorio Gutiérrez y González, y mucho más tarde, ya en la época modernista, la *Silva criolla* del venezolano Lazo Martí. Se salva también totalmente el último poema post-romántico en el que los temas del indio y la naturaleza americana se reducen a puro lirismo, becqueriano de origen : el *Tabaré* del uruguayo José Zorrilla de San Martín, escrito en 1886, cuando, al mismo tiempo que él depuraba el romanticismo, otros poetas abrían los caminos que condujeron a una nueva época literaria llamada más tarde modernismo.

El modernismo nació en medio de la literatura romántica cuando ésta había llegado a sobrevivirse y agotarse en la repetición y la vulgaridad, y sólo encontraba renovación en la imitación de los post-románticos españoles Campoamor, Bécquer y Núñez de Arce. De estas influencias quedará viva entre los modernistas y hasta hoy la de Bécquer, que por ello debe ser considerado como uno de los precursores del modernismo. Hubo otros en América que lo fueron también, tales como el venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde, traductor de Heine, Poe, y otros poetas alemanes, ingleses y portugueses, y el peruano Manuel González Prada, que también tradujo a poetas alemanes y franceses, y en cuya obra original hay una clara reacción contra el pasado y un definido afán de innovación, que iba a ser, con el individualismo y el extranjerismo, un carácter esencial del modernismo.

El extranjerismo, por más visible, suele considerarse el rasgo dominante, y por eso se cree por muchos que este movimiento — iniciado separadamente por varios poetas hacia 1882 y que antes de finalizar el siglo llegaría a convertirse en la transformación más honda y general de la poesía de lengua castellana desde Garcilaso de la Vega — tuvo su origen en la influencia francesa, que sin duda existió en muchos de los poetas de aquel tiempo. Pero esta explicación tan simple deja sin explicar el hecho evidente de la originalidad

del modernismo americano, que significó para América el logro de su independencia literaria y el principio de su influencia en España, impuesta por la dependencia de Europa, que siguió existiendo aún después de la independencia política ; era un carácter de la literatura universal de fin del siglo que, al llegar a América por el camino de Francia y por otros, vino a dar validez normal a la tendencia natural americana de siempre hacia la síntesis de culturas, que encontrarán amplio cauce en el cosmopolitismo modernista. Se dijo entonces, y se sigue diciendo, que los modernistas no fueron poetas de América, porque a diferencia de los románticos abandonaron los temas americanos, y no se piensa que la originalidad de una literatura no consiste en tratar los temas propios, sino en dar expresión propia y distinta a los temas universales humanos, en crear una nueva sensibilidad. Esto es lo que hicieron los poetas modernistas, que surgieron en rápida floración en todos los países de la América española, cada uno con su carácter individual, conforme a otra tendencia universal de la época, que venía a coincidir con su nativo individualismo español.

Debemos, por lo tanto, mirar el modernismo hispanoamericano como un movimiento que en su origen y en sus resultados es independiente de la evolución literaria europea contemporánea, aunque recibiera de ella influencias que fueron favorables a la expresión de la originalidad americana. Estas influencias vinieron de la literatura francesa, que entonces aspiraba a ser cosmopolita y llevaba en sí la influencia de otras literaturas ; pero también vinieron directamente, como había ocurrido ya en el romanticismo, y todas juntas llegaron a convivir con máxima libertad en las creaciones de los poetas de este continente, que por ser americanos tenían aquella capacidad natural de asimilación y de síntesis que hemos encontrado siempre en su poesía. La diferencia, y la originalidad, de los poetas modernistas hispanoamericanos consiste en que cuando en Europa el simbolismo, o como queramos llamarlo, reaccionaba contra la literatura anterior, ellos son, al mismo tiempo que simbolistas, parnasianos, románticos y clásicos. El resultado es que cada uno de ellos es distinto de los demás, y que, escribiendo todos bajo influencias europeas confesadas y buscadas, son — como ha dicho Alfonso Reyes — muy diferentes de sus padres, constituyendo un fenómeno de independencia involuntaria, que es lo más interesante que ofrece el modernismo americano. Y también es un hecho que, a la vuelta de su viaje por mundos ajenos, extraños y remotos, el modernismo acabó en el descubrimiento de una nueva visión y sentido de las realidades del espíritu de América.

Por todo lo dicho hay que rechazar el error común de identificar el modernismo con una de las escuelas que en él se formaron, aquella que deriva principalmente del Rubén Darío de *Prosas profanas*. La tendencia subjetiva de la época hace que los poetas modernistas sean distintos entre sí, y el afán de innovación, que era otro rasgo común, les llevaba a diferenciarse en cada nueva obra. Por eso Rubén Darío, que fué el símbolo viviente del modernismo y el lazo entre los poetas divergentes del mundo de habla española, no cabría dentro de la escuela llamada rubendariana. El modernismo — como el Renacimiento o el Romanticismo — es una época y no una escuela, y la unidad de esa época consistió en producir grandes poetas individuales, que cada uno se define por la unidad de su personalidad, y todos juntos por el hecho de haber iniciado una literatura independiente, de valor universal, que es principio y origen del gran desarrollo de la literatura hispanoamericana posterior.

El primero y más grande de los creadores de esta época fué José Martí, que en su prosa lírica — ensayos, discursos, cartas — y en sus versos libres o sencillos inicia, con uno de los estilos más personales de la lengua castellana, los temas y actitudes que van a perdurar y desarrollarse de manera varia y creciente hasta hoy, tales como la conciencia de América en sí misma y en su relación con España y los Estados Unidos, y la afirmación de los valores subjetivos en la vida del espíritu. Contemporánea de él es la primera generación de poetas modernistas, que suelen llamarse precursores, pero que en rigor son los creadores de la nueva literatura en el verso y la prosa, que en la nueva estética van a confundirse y servir como expresión de

la misma sensibilidad. A ella pertenecen los mexicanos Manuel Gutiérrez Nájera, poeta lírico, cronista y cuentista, en el que se ve mejor que en ningún otro la transición del romanticismo al modernismo; Manuel José Othón, poeta solitario del sentido místico de la naturaleza identificada con la vida interior, y Salvador Díaz Mirón, otro poeta independiente que logró encontrar para su poesía un estilo personal. Los tres son distintos y los tres son mexicanos: elegante y melancólico el primero, sereno y turbulento el segundo, seco e inhumano el último, y los tres ejercieron influencia considerable en la poesía posterior. A ellos hay que añadir el cubano Julián del Casal, triste y pesimista, soñador de mundos extraños, el más próximo a Darío en la introducción de la nueva poesía francesa; y el colombiano José Asunción Silva, desesperado y escéptico creador de formas nuevas para expresar con melancolía el pasar de las cosas y con amargura el vacío de la vida humana. Todos estos hombres fueron, de una manera o de otra, solitarios que se sintieron incompatibles con el medio, y varios murieron jóvenes, antes de la publicación de *Prosas profanas* de Rubén Darío en 1896.

Esta obra del joven nicaragüense y su libro de crítica *Los raros*, publicado en sucesivas ediciones aumentadas desde 1893, significan el triunfo y generalización de la nueva poesía, que entonces empezó a llamarse modernista. Rubén Darío superaba a todos en la capacidad americana de asimilación y síntesis, y logró con su obra y su presencia personal convertir las creaciones individuales aisladas anteriores en una unidad estética que dió origen a una nueva era literaria en todos los países a donde le llevó su vida errabunda: Centroamérica, Chile, Argentina y España. En estos y en los demás países de América surgió en el último decenio del siglo una segunda generación de poetas, entre los cuales, a diferencia de los anteriores, había estrechos lazos de comunicación, en los centros europeos donde residían — París y Madrid — llegando así a un nuevo modo de unidad continental y aun hispánica, nacida de iniciativas americanas y no españolas. Fueron estos poetas, con todo lo que tenían de común, distintos entre sí, y cada uno representa un valor individual que no puede sustituirse con el conocimiento de los demás. Cada uno muestra en su obra una evolución que le lleva a encontrar cada vez más clara y definida su originalidad, y muchos de ellos llegan a crear las tendencias nuevas que van a prevalecer en la época posterior. El Rubén Darío de los *Cantos de vida y esperanza* (1905) es otro que el de *Prosas profanas*, y en sus obras posteriores se acentúa la novedad. En ese plano de igualdad hay que contar con los mexicanos Amado Nervo, de sencilla religiosidad mundana; Luis G. Urbina, de dulce romanticismo, y Enrique González Martínez, de tersa serenidad; el colombiano Guillermo Valencia y el boliviano Ricardo Jaimes Freyre, modernos y clásicos a un tiempo; el argentino Leopoldo Lugones, el más proteico, que después de dominar todas las formas extranjeras acaba en la poesía más solariega; el peruano José Santos Chocano, que quiere ser el poeta de América y a veces lo es quiéralo o no, y el uruguayo, Julio Herrera y Reissig, el más puro creador de mundos imaginarios y poéticos.

El modernismo propiamente dicho fué una revolución de vida corta que había terminado en 1905, cuando los mismos poetas modernistas salieron de él por superación, llevando más lejos sus propias tendencias, o por reacción, corrigiendo sus mismos defectos o excesos. Estos dos modos — que suelen llamarse ultramodernismo y postmodernismo, respectivamente, — son los que adoptan las nuevas generaciones, y conforme a ellos puede clasificarse su poesía. El postmodernismo, o sea la poesía que busca su originalidad en la reacción contra el modernismo que lleva dentro, trae consigo un mayor número de poetas, que si no son tan grandes individualmente como los modernistas, representan valores nuevos por su mayor concentración, perfección y pureza o por el enriquecimiento de la sensibilidad modernista con sentimientos para ella desconocidos. Como siguen diversas tendencias, no hay unidad entre ellos; pero son fácilmente clasificables, en la mayoría de los casos. Unos van por el camino de la sencillez y la intimidad líricas, como el chileno Manuel Magallanes Moure y el argentino Rafael

Alberto Arrieta ; otros por el de la reacción hacia la tradición clásica, como el argentino Enrique Banchs y el chileno Julio Vicuña Cifuentes ; otros por la reacción hacia el romanticismo, como el colombiano Miguel Angel Osorio, el puertorriqueño Luis Lloréns Torres, el argentino Arturo Capdevila, el chileno Angel Cruchaga Santa María y el uruguayo Carlos Sabat Ercasty ; otros por la reacción hacia el prosaismo sentimental, como el argentino Evaristo Carriego ; otros por la ironía con que están sentidas las emociones y formas estéticas del modernismo, como el colombiano Luis Carlos López, el guatemalteco Rafael Arévalo Martínez y el argentino Fernández Moreno. A estos nombres, que se citan como ejemplo, habría que añadir otros muchos igualmente valiosos, y aparte habría que poner el brillante grupo de mujeres que inician entonces una nueva poesía femenina hispanoamericana. La aparición de esta poesía es una prueba de la diferencia y originalidad del postmodernismo respecto del modernismo que lo engendró, porque indudablemente, en toda la historia de la poesía hispanoamericana, el modernismo fué el momento menos propicio para las mujeres, que permanecen mudas o no se las oye durante él, en contradicción con lo que había ocurrido en la época colonial y en la romántica. En cambio, cuando el modernismo se acalló y los hombres hablaron en voz baja, las mujeres lanzaron su grito, que les salía de lo más hondo de sus entrañas, y que sonó con panteísmo sexual en Delmira Agustini, con maternidad transcendental americana en Gabriela Mistral, con feminismo bonaerense en Alfonsina Storni y con vitalidad satisfecha en Juana de Ibarbourou.

El ultramodernismo avanzó a la par por el camino de la negación y destrucción del pasado, y particularmente el pasado inmediato modernista, llevando a sus últimas consecuencias las tendencias de éste hacia la innovación y la libertad individual. En América, como en Europa, bajo diversos nombres, que no hay necesidad de enumerar aquí, se ha llevado a cabo el gran intento de cambiar las bases mismas del arte. Pero aunque esto sea imposible, el intentarlo ha dado resultados originales y de la mejor calidad poética del arte de siempre. Sin entrar ahora en el análisis de esta poesía que, por ser contemporánea, cae fuera de una antología histórica como la presente (con la excepción de aquellos autores que por haber muerto o por la madurez de su obra pertenecen en cierto modo al pasado), diremos solamente lo que importa más a nuestro propósito de presentar la poesía hispanoamericana en lo que tiene de más valioso y original. Y esto es, que en este momento de mayor internacionalismo y uniformidad mundial, cuando la literatura hispanoamericana está más estrechamente trabada con la de Europa y las influencias de ésta son más intensas e inmediatas, se ven más claras las diferencias que hemos encontrado siempre entre los productos americanos y los europeos. Aunque haya representación en América de todos los modos de poesía creados en esta época y americanos como Huidobro y Borges hayan colaborado en su creación, la poesía americana nueva sigue una evolución propia con ciertos caracteres que persisten desde los últimos modernistas — Rubén Darío, Lugones, Herrera y Reissig — hasta los poetas de hoy. La poesía americana no ha podido desligarse del romanticismo como en su mayor parte lo ha logrado la europea, y esto no por falta de modernidad, sino porque el americano de todos los tiempos, llámese Sor Juana, Rubén Darío o Neruda, no puede renunciar a ningún pasado, sino que necesita integrarlo en el presente. Tampoco puede desligarse de la realidad, como la poesía pura, sino que necesita arraigar en la tierra y en la gente, y por eso la mejor poesía de hoy es de un modo o de otro la que llaman nativista, la poesía mexicana de López Velarde, la chola de Vallejo, la india de Carrera Andrade, la negra de Nicolás Guillén, la chilena de Neruda. Todo ello mezclado con unas u otras ideas políticas y sociales, porque tampoco puede fácilmente renunciar la poesía hispanoamericana a las ideas. Si se ha hablado, con razón o sin ella, de la deshumanización como carácter del arte contemporáneo, tal idea no podría ciertamente aplicarse a la poesía hispanoamericana.

FEDERICO DE ONIS.

Sobre la nacionalidad del escritor

POR JOAQUIN CASALDUERO

Los problemas que se presentan al tratar de escribir una Historia de la Literatura son numerosísimos. Y lo peor no es eso, sino que nos encontramos sin guía. Ni siquiera ha llegado el momento de pensar en las soluciones. Podríamos darnos por satisfechos si supiéramos cómo planteárnoslos. ¿ Empezaremos por preguntarnos qué es literatura ? ¿ Una Historia debe de ser una selección ? ¿ Cuál será el criterio para incluir o excluir a un escritor ? Ahora intentaré únicamente discurrir sobre las circunstancias que determinan el que un autor forme parte de un grupo y cómo entra en él. Lo haré apuntando al caso de Juan Ruiz de Alarcón. Creo que en todas las literaturas, al pretender hacer su Historia, hay que resolver de una manera u otra esta cuestión previa.

Cuando decimos Historia de la literatura española, ¿ qué queremos decir ? Historia de la literatura ¿ escrita en España ? o ¿ en lengua española ? o ¿ por españoles ? Y se es español ¿ por el nacimiento, por la formación, por la tradición familiar o por la nacionalidad ? Pero ¿ qué es España ? ¿ Una entidad geográfica o política o sentimental o ideológica o racial o religiosa o cultural o económica ?

Quizás en otras artes se pueda eludir esta cuestión. No sé si es posible escribir una « Historia de la pintura al fresco » o una « Historia de la arquitectura militar en el siglo XIII ». ¿ Tendría sentido escribir una « Historia de la novela » ? A Galdós o a Zola o a Tolstoy no se les puede considerar como novelistas en abstracto o en relación con una forma de expresión. La forma en que ellos trabajan y que al mismo tiempo con su trabajo crean está íntimamente, entrañablemente unida a un mundo de ideas, de sentimientos, de vivencias individuales, personales y de grupo. Estudiar a Galdós fuera de su época y de España lo creo irrealizable e inconcebible. Cómo separar su novela del complejo de ideas y de hechos políticos, religiosos, económicos, sociales, históricos de la España del siglo XIX. Cómo captar fuera de la España de ese siglo la vibración anímica y sentimental de la obra galdosiana. Torquemada, Fortunata, Tristana, Manso, Benigna, Angel Guerra pueden respirar sólo en el Madrid isabelino y el republicano, el Madrid de los dos últimos Alfonsos. Son de Madrid y Madrid es de ellos, es su creación. Con mujeres y hombres así se ha formado esa ciudad y sólo en la capital de España ha vivido pareja humanidad. Lo universal de esos destinos individuales puede ser captado únicamente si cogemos bien las raíces enclavadas en esa estructura tempo-espacial.

¿ Y la psicología insular del novelista ? No es que nos lo imaginemos o que lo deduzcamos de algunas observaciones sobre la psicología canaria, sino que él mismo nos ha dicho lo solo que se encuentra al llegar a la capital, qué forastero se siente ; no basta esto : la pronunciación del español le

llama la atención. Desearía que precisaran, no de una manera sentimental sino objetiva, lo que haya de canario en el espíritu del novelista ; yo puedo verlo y sentirlo únicamente como español. Toda su obra es un enfrentarse con la historia moderna de España, con el español del siglo XIX, con su carácter, con el alma de la nación ; pero cuánto amor derrama en esa anatomía, con cuánta ternura, solicitud y cuidado se adentra por todo lo canceroso y podrido. En Galdós sólo siento a un español. En cambio, la España de *Fernán Caballero* me parece estar vista con ojos medio extranjeros ; lo cual no quiere decir precisamente con corazón medio alemán, sino con una educación y unos prejuicios adquiridos fuera de España. Su tradicionalismo, su espíritu conservador, su nacionalismo no parecen de solera española. Creo que en una Historia de la literatura española cabría advertirlo, pero ¿ no sería sorprendente que abriéramos una Historia de la literatura alemana y diéramos con su nombre ? ¿ Ayudaría a entender mejor su obra o la función que ha desempeñado en la literatura española ? ¿ Su figura acrecentaría nuestra intimidad con la literatura alemana ?

Volvamos la mirada a Rubén Darío y a la efervescencia que produce en las letras y en la moral del fin de siglo. España lo encuentra inasimilable. Le admiran todos, le remedan muchos, pero su nombre debe figurar en la poesía española como un cuerpo extraño. Qué necesaria su actuación, qué vivificadora, qué profundamente hay que agradecerla, pero a condición de considerarlo siempre como ajeno. Ni era un buen puente para lo francés ; su manera de ver lo francés, su manera de ponerse en contacto con Francia y con la Historia a través de Francia, podrá acaso convenir a Hispanoamérica (yo creo que no) ; en España es totalmente infecunda. Dentro de la Literatura Comparada (de la cual, he de confesar, que no comprendo absolutamente nada), un estudio que quizás entraría en sus dominios sería el observar la manera diferente cómo una cultura actúa en diferentes medios : el Renacimiento italiano en Europa, el Barroco español en Europa y en América, el Rococó francés en Europa, etc. ; en el caso de Rubén Darío, cómo la Francia del siglo XIX actúa en España de manera a veces muy diversa de su influjo en Hispanoamérica.

Por español que sea Santayana, el lugar que le corresponda ocupar quizás esté en el mundo norteamericano. Abrimos una Antología de poesía norteamericana y efectivamente nos encontramos con su nombre ; vamos a buscar a T. S. Eliot en la antología del mismo autor sobre Poesía moderna inglesa y no está, se le ha puesto en la norteamericana. Un poco demasiado confuso todo esto. Conviene no precipitarse a afirmar en seguida que la confusión se debe a que el autor de las antologías es norteamericano. Sí, la nacionalidad del antólogo ha debido influir mucho, pero por mucho peso que haya ejercido su nacionalidad al clasificar a los poetas, la verdad es que no disponemos de un criterio con el cual realizar una labor que no parezca arbitraria o interesada.

¿ Por qué niego la insularidad de Galdós, por qué afirmo la extranjería de *Fernán Caballero* ? ¿ Es posible que de un hombre como Santayana, nacido en España, que se confiesa español, que reconoce los límites de su poesía por no estar escrita en su lengua materna, tengamos que aceptar que su obra no atañe a los españoles por españoles ? ¿ Cómo puedo considerar extraño a un poeta que quiero, que admiro, que escribe en mi lengua ? ¿ Será verdad que hay que estudiar a Calvino como suizo ? Cuanto más se le lee, cuanto más se estudia su acción, tanto más se ve la apasionada inteligencia y la voluntad francesas de la mejor época. Qué más da que para realizar su obra universal se sirviera de Ginebra, otros utilizan el mármol o el color. En cambio, vemos Toledo y la España del siglo XVI a través de un cretense, formado en Venecia. Domenico Theotocopuli ha creado nuestra visión de España. Esto es seguro. ¿ Hasta que punto España le habrá creado a él ? Un cuadro de Picasso o de Juan Gris no evocan en mí ni Francia ni España, sino un momento histórico muy europeo que transcurre en París. ¿ Qué misteriosa conjunción hace que un momento de la cultura y la sensibilidad actuales tan ajeno, por lo menos en apariencia, a la España de comienzos del

siglo XX haya sido creado en París precisamente por dos españoles ?

La guerra civil española del 36, algunos la veíamos como el comienzo de un conflicto mundial entre las fuerzas reaccionarias y el espíritu creador. Esta idea la transforma Picasso en visión en su cuadro de Guernica. Los instintos reaccionariamente feroces, capaces sólo de destruir, aniquilando la vida y la fuente de la vida. Si Picasso no hubiera dado forma y sentido a la brutalidad y al dolor humanos, el bombardeo de Guernica hubiera sido únicamente una anécdota más del salvajismo de la Guerra. Contemplando la pintura de Picasso vemos la brutalidad destructora del hombre antes de Guernica, en Guernica y después de Guernica. No hay ninguna localización, aunque la referencia a la índole particular del salvajismo siglo XX y a España es clarísima. Sin un corazón español no sale ese cuadro, sin embargo tanto desde un punto de vista formal como visual, yo no veo por qué ha de pertenecer a la historia de la pintura española.

¿ Pero tendrá Málaga — la Málaga eterna, no la de alcaldes, funcionarios y hombres ilustres — que perder a Picasso y como compensación, Córdoba continuar con esa ignominia que representa el Museo Romero de Torres ? Si es pintura española la que hacen españoles, aunque hayan sufrido, afortunadamente, las influencias de maestros extranjeros, yo no veo cómo se escribirá la Historia de la pintura española sin pasar de Goya a Picasso y a Juan Gris. El hecho de que Scarlatti viviera en Madrid sus años de plenitud y de que en la corte creara sus obras más significativas, ejerciendo gran influjo en la música española, dentro de ese estilo tan universal y poco localista que es el estilo rococó, no creo que nos permita considerarle como un músico español.

Quizás he ilustrado con suficientes ejemplos la desorientación en que nos encontramos. Ahora, me pregunto si un mejicano al leer *No hay mal que por bien no venga* siente nacer en él una imagen de su tierra o un sentimiento que le hable a su alma nacional. ¿ Qué hay en *El Anticristo* que nos separe de la España del Barroco y nos haga pensar en el mejicano del siglo XVII ?

Se viene diciendo desde hace siglos que la comedia y la tragedia francesas tienen su apoyo en el teatro español, lo cual es verdad. Dudo, sin embargo, que ningún español pueda afirmar seriamente al ver una obra de Racine, de Corneille o de Molière que siente en ellas lo hispánico. Pero, aunque sin negar la savia española, me parezca sumanente difícil mostrarlo, comprendo que en el gesto de la tragedia, en su porte, en su desbordante pasión anegadora, en su retórica suntuosamente ampulosa, en el ritmo cómico de la comedia se pueda ver el aprendizaje hecho en España. ¿ Disponemos de un medio, de algún recurso para mostrar en Corneille lo que haya, si es posible que lo hubiera, de valenciano, de mejicano ?

Sería magnífico poseer una especie de microscopio espiritual para adentrarnos en *Le Cid* y en *Le Menteur* y ver pulular en esas obras lo valenciano, lo mejicano. No se ha inventado todavía ese aparato y cuando miramos a través del nacionalismo en lugar de ver mejor nos ofuscamos : el nacionalismo es un instrumento que perturba. Yo no niego la continuidad, secreta y misteriosa. Sin Germania y Francia no tendríamos la épica española ; sin Italia no hubiera existido Garcilaso ; sin Felipe II, con su Escorial y su brillantemente tenebroso fracaso, no podríamos explicarnos Luis XIV, su Versalles y su hundimiento deslumbrante. El engranaje e interdependencia del movimiento histórico es algo muy distinto, sin embargo, de las características raciales o nacionales de orden psicológico, aunque éstas puedan ser innegables.

Ya en el siglo XIX con propósitos patrióticos comerciales se publica una « Biblioteca /Mexicana/ Popular y Económica. //Galería Dramática.// Escogida Colección /De Las Mejores Piezas Del Teatro Estranjero/ y Nacional. » México. Tip. de Vicente García Torres, 1852. En el único volumen que he visto se imprimen cinco obras de cinco dramaturgos diferentes — Gil y Zárate, Calderón, Ruiz de Alarcón, Casimir Bonjour, Tirso — ni del francés se menciona su nacionalidad, quizás por innecesario ; sólo de *La verdad sospechosa* se indica « por el mexicano Don Juan Ruiz de Alarcón. » Sería curioso saber de que nacionalidad

era el que empleaba el anzuelo del nacionalismo para ganarse la vida. Pero en el siglo XIX, como ya se había empezado a hacer en el siglo XVIII, no se afirmaba nada más que algo que sería objetivo y exacto si no fuera por lo que se infiere : el lugar del nacimiento de Alarcón. Digo que sería objetivo y exacto, pues todos sabemos que haber nacido en la Atenas de Pericles no es lo mismo que haber nacido en la Atenas medieval ; la Roma de León X y la del siglo XIX no son las mismas. En Itálica solían nacer emperadores ; hoy acaso nace algún pastor. Además, el siglo XVIII al referirse al lugar del nacimiento no parece aludir a la nacionalidad ; cuando ya se alude a ella es en el siglo XIX, sin plantearse el problema de la relación que pueda existir entre lugar de nacimiento y nacionalidad.

Al llamar Menéndez y Pelayo, cuyos juicios sobre Alarcón, como suyos, son tan penetrantes, en su *Historia de la poesía hispanoamericana*, al dramaturgo « americano españolizado », creo que expresa algo que no nos puede ser muy útil. Es verdad que también se refiere a la creación poética de la España de ultramar como « poesía colonial ». Terminología lamentablemente inexacta, aunque muy corriente entre los historiadores de los siglos XIX y XX.

De todos es sabido que quien puso en primer plano el mejicanismo de Alarcón fué Pedro Henríquez Ureña, en una conferencia pronunciada en la ciudad de Méjico (1913), que se hizo rápidamente famosa y no por sus méritos literarios, sino por la carga nacionalista depositada en ella. La conferencia de Henríquez Ureña es uno de tantos ejemplos de como los temas espirituales se prestan peligrosamente a enturbiar el mundo político, propenso ya por su propia naturaleza a ser confuso e interesadamente apasionado. Recuérdese, además, que el nacionalismo, hoy caído a un nivel colonial, era todavía virulento en 1913, siendo uno de los motivos propulsores de la primera guerra mundial.

En cuanto se empieza a leer la conferencia de Ureña, se da uno cuenta de que no estaba dispuesto el autor a ayudar a alcanzar una visión objetiva, serena y acaso verdadera, sino que iba a solicitar de su auditorio las pasiones cegadoras.

Nos dice inmediatamente que si los españoles se apropian esto y lo otro, por qué los demás no podrán hacer lo mismo. Mal ejemplo para empezar. Primero, porque si lo que hacen los españoles es falso o está mal hecho, no por eso se va a convertir en verdadero o bien hecho cuando lo hagan los mejicanos. Segundo, porque uno no se apropia lo suyo, sino lo ajeno. Creo que los mejicanos deberían apropiarse a todos los buenos escritores españoles y a ellos unir los italianos y los franceses y los ingleses y otros muchos más. Excusado es decir que esto se aplica a todos los pueblos. Lo primero que hay que hacer para apropiarse algo es darse cuenta de que no nos pertenece.

Si el senequismo es autóctono, no veo por qué la literatura española tiene que apropiarse a Séneca y si el senequismo es creación de Séneca, como parece lo más probable, lo mejor es estudiar a Séneca y asimilárselo, la única manera de apoderarse de él. Los capítulos de literatura hispanolatina, aparte unos cuantos lugares de nacimiento, una enumeración de títulos de obras y unos cuantos lugares comunes, no nos dicen nunca nada ni acerca de lo español, ni de lo latino. No, el punto de partida de Ureña era un error. Séneca, Lucano, Marcial, etc., son buenos ejemplos para mostrar cómo el lugar donde se nace sirve de bien poco para adentrarnos en el mundo del Espíritu.

Después de ese arranque, —para mí, más que un punto de partida, un traspiés — nos muestra Henríquez Ureña toda su ecuanimidad y objetividad al asegurarnos que no es probable que Alarcón sea mestizo. Objetividad bien innecesaria, porque igualmente hubiera podido plantearse el problema de si era de origen chino o lapón y después de haber estudiado el asunto con todo detenimiento, resolver objetivamente que no. Es claro que nos damos muy bien cuenta de que Ureña introdujo la cuestión del mestizaje por tratarse de él mismo y de parte de su auditorio y lograr así un punto sólido de apoyo sentimental para su argumentación, la cual adquiría un aspecto desinteresadamente impersonal. Lo único que conseguía, empero, era crear una situa-

ción retórica válida momentánea y emocionalmente, pero por completo inútil en lo que se refiere a un examen desapasionado del problema. Esto no obsta para que Castro Leal escriba después, al estudiar a Alarcón, sobre la influencia y el papel de los mestizos en Méjico, todo lo cual está muy bien, pero no viene a cuento.

Henríquez Ureña debía de conocer una de las acepciones más corrientes en el Barroco de la palabra extrañeza ; un mínimo de desapasionadamiento hubiera bastado para que se la transmitiera a su público ; le convino decir que los contemporáneos de Alarcón le encontraban en España extraño, extranjero, en lugar de admirable. Bonilla se lo recordó en seguida, pero Ureña prefirió ignorarlo en las numerosas reimpresiones de su trabajo, lo que indudablemente muestra que no necesitaba que se lo recordaran. Es imposible leer un libro o un artículo sobre Alarcón en que no salga a relucir la doble joroba. El conferenciante no podía dejar de aprovechar la ocasión de suscitar la simpatía acerca de su autor y hablar además de las rencillas literarias de la época — tan generales y tan groseras, pero que en labios de Ureña parecen promovidas por la extranjería de Alarcón. También se cita que Alarcón va a Madrid a pretender y consigue un puesto en el Consejo de Indias. No se hace hincapié en que cuando tantos españoles querían pasarse a América para hacer fortuna o mejorarla, Alarcón prefiere ser un pretendiente más en Madrid, que se diferencia del número infinito de sus colegas en que tuvo éxito en sus pretensiones, sin que le llamara a nadie la atención su calidad de español nacido en ultramar.

Pero todo eso no es nada más que para preparar a su público, pues cuando entra Henríquez Ureña verdaderamente en materia es al situarse en el terreno psicológico, terreno a donde precisamente no le seguiremos, porque en dando con la psicología ya es cantar como querer. No sólo no tenemos una manera científica de estudiar la psicología de un grupo o de un individuo, sino que en este caso lo primero que hay que preguntarse es si se puede hablar en la segunda mitad del siglo XVI de mejicano ; segundo, si sabemos como reaccionaba un español en esa época en ese grupo ; tercero, si estas características de grupo y de comportamiento general se pueden aplicar al individuo Alarcón ; cuarto, si es posible trasladar las características psicológicas y morales de un escritor a su obra. ¿ No hemos conocido todos a tal dramaturgo sin tacto que en su obra aparece de suma elegancia ; y qué haremos de la avaricia y mezquindad de tal novelista que no deja la menor huella en sus escritos, etc., etc., etc. ? No niego, ¿ cómo sería posible hacerlo ?, la relación entre el individuo y su obra ; lo que afirmo es que nunca se será suficientemente cuidadoso al estudiar esa entrañable dependencia. Tratándose de un autor muerto me parece imposible. De la *Odisea* no obtenemos la imagen de un Homero, sino de cientos.

A pesar de la acogida que tuvo la teoría mejicanista inventada por Henríquez Ureña y que éste cuidó bien de hacerla permanecer siempre en un plano de actualidad, yo no me hubiera interesado en ella, de no haber sido por Alfonso Reyes, que creyó necesario recogerla. Lo que en Henríquez Ureña — cuya obra admiro y por eso mismo siento que se le ocurriera esa malhadada idea y que la mantuviera siempre presente — no tiene nada más que una importancia política y de vida oficial, aunque puede causar y causa graves confusiones y desviaciones espirituales, cambia de calidad en manos de Alfonso Reyes.

Para Alfonso Reyes no se trata de construir ingeniosamente una teoría, que, al halagar ciertos sentimientos, se sabe de antemano que ha de ser aceptada. Alfonso Reyes tuvo la suerte de que el ingenio, la habilidad los hubiera puesto Henríquez Ureña. Si no la hubiera encontrado hecha quizás la hubiera inventado o acaso no ; la cuestión es que se apodera de ella inmediatamente y lo que estaba montado en un tinglado literario-psicológico, armado con aparente sutilidad y finura, se transforma en un sincero fervor. Hay en los numerosos trabajos de Alfonso Reyes sobre este tema — todos ellos un continuo libar en la misma flor, afanado en elaborar quintaesencias — una pasión conmovedora. Alfonso Reyes busca incesantemente el alma de su país. Pero el alma nacional no se busca, se crea. Se crea como lo hace el

mismo Reyes para el Méjico de hoy, como lo hacían los españoles del siglo XVI en la Península y en todos los confines de la tierra. Al crear con obras nuestra propia alma, creamos el alma de nuestro país. Cuando se empiezan a buscar estos valores es signo de que no se tienen y de algo peor: de que se está dispuesto a encontrarlos sea como sea.

En *Letras de la Nueva España* (p. 72), el buen juicio, el buen sentido, la honestidad de Alfonso Reyes le hacen afirmar : « Pero averiguar dónde el español se vuelve mexicano es enigma digno de Zenón. » En la página 80, sin embargo, afirma : « No es ya lícito, en buena doctrina, negar que don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza nos pertenezca, aunque su grandeza desborde el cuadro de la colonia y su metrópoli. » Lo de colonia no me gusta, mas dejemos esto. ¿ Quién que es alguien no desborda la metrópoli ? Yo creía que así la habían desbordado Shakespeare y Gœthe, Racine y Dante. Entre los españoles no provincianos Alarcón es uno de tantos. Limitándonos a la Comedia, Reyes sabe muy bien que, igual que Alarcón, Guillén de Castro desborda la metrópoli y con ellos Tirso, que al desbordarse causa una verdadera inundación. Y si tuviera que valorar la influencia de la Comedia en el mundo europeo, creo que « científicamente » se le debería otorgar el primer puesto a Calderón. Pero no, como manantial espiritual, Lope reclama el honor para él, y presenta como testigos a Grillparzer y a Vossler.

La buena doctrina del mejicanismo de Alarcón, Alfonso Reyes sigue defendiéndola con argumentos psicológicos ; por lo tanto mis reparos son los mismos que he puesto a Henríquez Ureña. Tiene que reconocer que la obra de Alarcón ni siquiera se parece a la que hacían los españoles en Méjico, de muy pobre calidad ; a lo que es semejante es a lo que se escribía en España. Alfonso Reyes no puede presentar ni un minúsculo detalle que exija para su comprensión el acudir a una manera extraña a lo español. Todavía menos aceptable me parece ese atrincheramiento tras unos libros (véase la lista que da Reyes en *Clásicos Castellanos*, vol. 37, p. XLIX), que nos aseguran que la vida del criollo era distinta de la del peninsular.

Las diferencias entre naciones y entre grupos son evidentes. Por evidentes que sean no hay manera de tratar de ellas de un modo preciso y objetivo. Yo no dudo y me parece indudable que hay una manera de ser mejicana y otra italiana y otra española y otra francesa. Manera de ser tan evidente que es casi táctil. Lo que sí dudo es que se pueda definir esa realidad psicológica de manera convincente. Lo que considero necesario es que se nos muestre a partir de qué momento debemos empezar a contar con esa realidad. Américo Castro se ha alejado de todo psicologismo al estudiar la realidad de España ; ese es ya un primer acierto ; el segundo, me parece consistir en el acotamiento de lo que España sea. La palabra España tiene varias acepciones ; no decimos lo mismo cuando hablamos de la España de la Cueva de Altamira que al hablar de la España de Tartesos o de la España visigótica o de la leonesa. Igual acontece al decir Grecia, Egipto, Persia, Italia o Méjico.

Alarcón es un español nacido en Nueva España a finales del siglo XVI. Un español nacido en Nueva España que quiere (?) volver a España y vuelve. Además de querer o no querer, hay otras muchas circunstancias dignas de ser tenidas en cuenta en los viajes de ida sin vuelta o de ida y vuelta. ¡ Cuántos van que no querrían ir, cuántos se quedan que querrían marcharse, a cuántos, por fin, su demonio les hace desear no moverse y al mismo tiempo no les deja estar quietos ni un instante ! Si se es partidario de exploraciones hipotéticas, tanto o mejor que la psicología se presta a la conjetura el que Alarcón volviera a España. ¿ Diferencias con los padres ? ¿ Diferencias con el medio ? ¿ Anhelo de una tradición soñada al contemplar a los padres ? ¿ Reproche a los padres por haberle negado la tradición a la que se sentía con derecho ? ¿ Homenaje a los padres, al tratar de cumplir lo que ellos no pudieron realizar ? ¿ Necesidad de huir del medio en el cual se han desarrollado todas sus taras físicas y de las personas de las cuales las ha heredado ? Sería cuento de nunca acabar.

La cuestión es que ese español nacido en

Nueva España vuelve por segunda vez a la Península, donde logra lo que no ha conseguido en su tierra natal : honores, prestigio y una buena posición económica. Tiene una hija. Además, se encuentra con una Comedia que Lope ha hecho a su medida, hechura de Lope que resulta ser la de la colectividad de ambos mundos, y en la cual es muy difícil destacar rasgos personales, hasta tal punto los autores dramáticos de esa época forman parte de un cosmos, hasta tal punto tienen una visión común. Afortunados, cuando en esa producción inmensa tenemos un manojo de obras — el caso de Alarcón — cuya paternidad está autentificada. El estudiar su obra es hacedero.

A mí el problema del nacimiento de un autor no me preocupa demasiado ; lo que me interesa es su obra. En el caso de Alarcón lo que me perturba es ese acto voluntarioso de empezar y cesar de escribir cuando quiere. ¿ Cómo explicarlo ? ¿ Será un acto de voluntad o todo lo contrario : una conmoción de fuerzas ocultas que se producen contra la sociedad o contra el Espíritu ? ¿ Será verdad que el teatro de Alarcón es un teatro de caracteres ? Por de pronto, lo que en él domina, como es natural en el Barroco, es la invención, tumultuosa y férreamente ordenada. ¡ Su moral en qué abismos tenebrosos nos hunde!

Si se me ofreciera una teoría de lo mejicano que me sirviera para penetrar más intensamente en la comedia de Alarcón, no dudaría ni un instante en aceptarla ; si en la obra de Alarcón halláramos una primera forma que diera sentido al alma mejicana, creo que todos saldríamos ganando, ganando en inteligente compenetración. Entre tanto, debemos considerar lo que el Imperio español era verdaderamente — ¿ por la época en que se creó ? ¿ por voluntad hispánica ? — un organismo integrador, que cristianamente buscaba lo que une y no lo que separa. Son las grandes formaciones políticas del siglo XVIII y del siglo XIX las que se han basado en la exclusión, haciendo florecer el sentimiento colonial moderno, lo que parece, por bien o por mal, completamente ajeno a España.

Del siglo XVI al XIX, daba lo mismo en el mundo hispánico ser originario del sur o del norte, del este o del oeste. De la amistad entre un catalán y un toledano surge la poesía renacentista española. Tan español es en el siglo XVIII Olavide como Jovellanos. Aún en el siglo XIX, cuando, empezando por España, comienzan las guerras de Independencia, a Ventura de la Vega nadie le va a tratar en España de extranjero

Si eso ha sucedido hasta el s. XIX ¿ no podemos imaginarnos lo que le sucedería en el XVII a Alarcón con Lope y con Góngora, con Quevedo e incluso con Suárez de Figueroa ? Le notarían, cruel y groseramente, las corcovas, pero también el ingenio. Por el ingenio triunfó y se impuso. A sus obras se les concedió el gran honor del Barroco, el considerarlas singulares y raras, extrañas, no por psicología de extranjero, de hombre de otro país, sino por admirables, por ser de un hombre de otro nivel que el vulgo.

Me es muy difícil imaginarme haciéndose sitio en la Comedia del s. XVII en España a un autor ajeno al mundo español. Si la masa enorme de la comedia barroca se pudiera estudiar minuciosamente, acaso lograríamos destacar con alguna precisión la figura de varios dramaturgos que forman parte de esa colectividad, cuya personalidad, por otra parte, aunque de una manera vaga y a grandes rasgos nos es ya conocida. Pero no creo ni por un momento que pudiéramos dar con la psicología de individuos y todavía menos que nos fuera posible explicar su psicología por medio de su origen social y geográfico. El teatro de Alarcón, con personalidad propia, como ocurre con el de los otros dramaturgos, que no sabemos muy exactamente en qué consiste, forma parte del acerbo dramático barroco español. Que en la modalidad alarconiana haya dejado una huella su nacimiento en la España de ultramar me parece tan difícil de demostrar como explicar por el lugar de nacimiento la diferencia entre la comedia de Lope y la de Calderón.

Sólo incluído dentro de la Comedia española del Barroco se comprende el teatro de Alarcón, en el cual es imposible discernir ni el lugar de su nacimiento ni su origen conquense.

JOAQUIN CASALDUERO

Encuentro con los escritores rusos

POR IGNAZIO SILONE

Publicamos a continuación el texto del discurso pronunciado por Ignazio Silone, con ocasión del encuentro de los intelectuales occidentales y soviéticos, organizado en marzo último, en Venecia, por la Sociedad Europea de Cultura. Allí se reunieron, entre otros, J. P. Sartre, M. Merleau-Ponty, Vercors, Stephen Spender, J. D. Bernal, Carlo Levi, Guido Piovene, etc. y por la U. R. S. S., los novelistas Fedin y Polevoy, el historiador de arte Alpatov y el economista Volodin.

Por su vigorosa franqueza, la intervención de Silone ha evitado que esta confrontación se convirtiera en un estéril intercambio de vulgaridades abstractas. El discurso de Silone define con claridad el clima y las condiciones en que podría iniciarse un « diálogo » que fuese otra cosa que las manifestaciones desvirtuadas y equívocas, organizadas con excesiva frecuencia bajo la bandera del « deshielo ». (N. de la R.).

Nuestros colegas soviéticos han venido a este encuentro con la voluntad evidente de entablar un diálogo. Yo debo decir, por mi parte, que he venido aquí con la misma buena voluntad.

Nuestras conversaciones se han desarrollado hasta ahora de una manera tal vez desordenada, pero no puede decirse que no se hayan producido dentro de la mayor libertad. Está bien, creo yo, que nuestro primer encuentro con escritores rusos tenga este carácter. Todos estamos aquí a título individual. No hay entre nosotros ningún grupo, ninguna fracción, ninguna delegación. Yo quisiera que éste fuese también el sentimiento sincero de los escritores rusos sentados alrededor de esta mesa : que se considerasen como individuos y no como delegados. Estamos aquí para hablar francamente, para hacernos recíprocamente preguntas y para responder a ellas. Puedo asegurar a nuestros colegas rusos que ninguna de sus preguntas quedará sin contestación, por lo menos en lo que a mí se refiere.

Esta introducción puede parecer pleonástica ; y en efecto, es imposible concebir una cultura democrática sin una disposición permanente a la confrontación. El debate es la condición esencial de nuestra cultura. Una cultura que cierre los ojos y se tape los oídos, una cultura que se consagre a una ignorancia voluntaria de ciertas realidades y que no esté dispuesta a responder a ciertas críticas es una lengua muerta, un sepulcro. Esta es precisamente la situación, desdichada y lamentable, de la cultura de los países totalitarios. Pero es evidente que todo el que entre en relación con la cultura de los países libres deberá estar dispuesto a la confrontación de las ideas, de las opiniones, de los juicios, de los hechos.

Así, pues, me encanta esta posibilidad de

anudar las relaciones con escritores soviéticos. A decir verdad, me sería difícil reanudar las relaciones con los ciudadanos soviéticos que conocí en otro tiempo, puesto que ya no existen. Pero después de haberlos asesinado y cubierto de cieno, se empieza ahora a rehabilitarlos. No se les puede devolver la vida, se les devuelve el honor. Situación paradójica. Sin embargo, yo no temo sus reproches por estar sentado hoy aquí a esta mesa. Eso que se ha dado en llamar el « deshielo » no significa para mí « abracémonos », sino el diálogo y la discusión. Nuestros colegas soviéticos, aquí presentes, no han contestado aún a la invitación que Sartre les ha hecho para que nos dirijan preguntas y nos critiquen. Como el encuentro no se ha terminado todavía, esperamos sus críticas en relación con nuestra cultura. Quizá sepan ellos que nosotros mismos nos criticamos sin cesar. Además, antes de dirigirles a mi vez preguntas pediré permiso para formular una observación. Todos sabemos que hay muchas maneras de criticar el estado actual de Rusia, de China y de otros países ; y existe una que es particular de los fascistas y de los conservadores. Esta no ha sido jamás la mía ni la de mis amigos. Nosotros criticamos el comunismo totalitario desde el punto de vista del movimiento obrero libre. Una crítica de esta clase fué la que Rosa Luxembourg formuló, desde el principio de la revolución de octubre : la crítica hecha desde el interior de la revolución, por los amigos de la revolución. No me serán menester muchas palabras para recordar su contenido esencial.

Esta crítica se define mediante la reivindicación de la libertad y de la democracia proletaria, como condiciones indispensables para evitar la decadencia burocrática de la revolución. Estos días he vuelto a leer las advertencias proféticas que esta gran socialista, Rosa Luxemburgo, escribía en 1918, desde la prisión de Breslau. Estas páginas representan, a mi entender, todavía hoy, el comentario más pertinente al XX Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S. El partido revolucionario que suprime la libertad de sus adversarios y de sus propios miembros ahoga al mismo tiempo las fuerzas creadoras de las grandes masas laboriosas, condena el nuevo régimen a la tiranía y favorece la formación de nuevos privilegios.

Dicho esto, paso a las cuestiones particulares. Me ha gustado mucho el tono amistoso con que el Sr. Fedin nos ha hablado de la fidelidad de los escritores rusos a su gran tradición literaria y a su característica principal, el amor del pueblo. Sí ; todos respetamos y admiramos a los grandes escritores rusos del siglo pasado : Gogol, Tolstoy, Dostoyevski, Chekov y tantos otros. Estos escritores pertenecen a la literatura mundial. Ahora bien, precisamente por el respeto que les debemos nos vemos obligados a comprobar que su tradición ha sufrido un eclipse en la misma Rusia, en cuanto a un punto esencial : la defensa de los oprimidos y de los humillados contra el poder arbitrario del Estado. Claro está que yo no olvido que, en tiempos de Gogol, de Tolstoy y de Dostoyevski, el poder era zarista (y no quiero establecer aquí ninguna comparación, ni abrir la menor discusión, acerca de las analogías eventuales de aquel régimen con la dictadura actual). Me propongo solamente comprobar que los sufrimientos materiales y morales del pueblo ruso no han cesado, que la arbitrariedad policíaca ha alcanzado formas inauditas, que millones de hombres han sido deportados, que incluso la minoría selecta de la revolución ha sido destruída y que no encontramos ningún reflejo de esa espantosa realidad contemporánea en la literatura ni en el arte soviéticos. No pretendo poner en litigio a las personas, sino a una situación. Hasta el XX Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S. hubiera sido ritual, por vuestra parte, negar los hechos ; su denuncia es ahora oficial. Se admite que ha habido terror y asesinatos de inocentes. Pero aún no se nos ha explicado por qué invención diabólica lo inocentes confesaban ser culpables de crímenes imaginarios. La opinión internacional espera conocer el resto de la terrible realidad. Vosotros, escritores soviéticos, no podréis evitar sin duda esta angustiosa pregunta : « ¿ Y vosotros ? ¿ Qué hacíais vosotros ? » O más bien : « ¿ Qué hacían de vosotros ? »

He aquí, en el momento en que reanudáis las relaciones con nosotros, una pregunta lógica. ¿ Puede pensarse que el

manantial de generosidad, de orgullo, de valor, que daba tanto esplendor a las obras de vuestros predecesores de la época zarista, se haya agotado súbitamente ? Indudablemente, no. No sois, pues, vosotros, como individuos, los que estáis en litigio, sino el régimen. Esta es la razón de que no se pueda hablar de una continuidad de la tradición literaria rusa. La tradición literaria rusa era anticonformista ; vuestra literatura es conformista. Es una literatura de propaganda inspirada por el Estado. Con harta frecuencia, en vez de las dificultades efectivas de la reconstrucción del socialismo, hemos encontrado en vuestros libros historias de brujas, versiones apenas noveladas de los informes de la policía, en busca de cabezas de turco destinadas a desviar la atención del pueblo en lo referente a los fracasos de la burocracia.

Conozco el argumento relativo a la necesidad de la disciplina revolucionaria. La creación de una sociedad nueva se hace en medio de dificultades, de peligros, de amenazas de todas clases ; y los artistas y los escritores deben contribuir a ello con el sacrificio de su libertad. Tal es el sofisma a que todo artista de buena fe debería renunciar de una vez para siempre. ¿ Qué ayuda puede aportar un artista sin libertad a la creación de un mundo nuevo ? Ese artista es tan poco creador como un eunuco. Y yo niego rotundamente que las restricciones, a que han sido sometidos en Rusia los artistas y los escritores, hayan sido impuestas por las dificultades « objetivas » del nuevo Estado. Durante los años que siguieron a la revolución, mientras la guerra civil y el hambre ponían en grave peligro el nuevo régimen, los artistas y los escritores rusos disfrutaban aún de una libertad muy amplia. Me acuerdo de Moscú en esa época, por haber estado allí : los cafés, los clubs literarios, los talleres de los pintores recordaban el Montparnasse, sin especulación capitalista. La libertad fué suprimida después, a medida que la burocracia dominante proclamaba los éxitos de la construcción del socialismo y la consolidación del Estado. Hay que rechazar, pues, con desdén, el falso argumento de la necesidad histórica. Esto es propio del historicismo burgués, esencialmente reaccionario.

El verdadero problema es muy distinto. Ninguna revolución anula el problema de las relaciones entre la sociedad y el Estado. Ahora bien, el escritor pertenece a la sociedad, no al Estado. Afirmar que la revolución proletaria conduce a la identificación de la sociedad con el Estado es una tontería, aún desde el punto de vista del marxismo. Si esta identidad existiera, ya no habría Estado ; las funciones del Estado, una vez que pasaran a ser puramente administrativas, serían absorbidas por la sociedad. El fenómeno ha sido concebido por Marx al final del proceso histórico que abre la revolución proletaria, y no en sus comienzos. Las célebres notas de Lenin sobre la inspección obrera, poco antes de su muerte, surgieron justamente al comprobar la separación creciente que él veía producirse entre el Estado y el pueblo de Rusia. Las relaciones entre el Estado y la sociedad son vivas y variables : en la fase del impulso revolucionario, son muy semejantes a las grandes conquistas y a las reformas económicas, pero se rompen bajo el terror burocrático. Estar al servicio de Estado terrorista significa estar fuera de la sociedad o contra ella. Para un escritor no puede existir una traición peor.

Es muy probable que estemos todavía mal informados acerca de ciertos aspectos de la vida literaria soviética. Ahora tenemos una buena ocasión para colmar estas lagunas. Se ha anunciado últimamente la reimpresión de todas las obras de Dostoyevski. ¿ Cómo se ha llegado a ello ? ¿ La Unión de los Escritores Soviéticos ha influído en esta decisión ? ¿ Podríais informarnos acerca de otros casos en que vuestra Asociación haya reclamado reivindicaciones de este género cerca de las autoridades políticas ?

Con un sentimiento de alivio muy comprensible, nos hemos enterado de que el estilo neoclásico, que hasta ayer era obligatorio en vuestro país para la arquitectura pública, va a ser abandonado. Lo celebramos, tanto más cuanto que, durante muchos años, los amables turiferarios del régimen soviético en nuestros países han elogiado el Metro de Moscú como la revelación de la belleza sobre la tierra. (Son probablemente los mismos personajes que

verán en él, desde ahora, un ejemplo típico de desviacionismo.) Claro está que en nuestros países hay también muchos monumentos públicos horrorosos ; pero los artistas y, en general, las personas inteligentes tienen toda la posibilidad de criticarlos y de educar el gusto del público. ¿ Cuál ha sido vuestro papel en esta cuestión particular, en que, después de todo, no peligraba la estabilidad del poder ?

El Sr. Alpatov nos habló ayer de la historiografía soviética en términos apologéticos. ¿ Cómo no sintió que el momento estaba mal elegido ? El XX Congreso del Partido Comunista de la U. R. S. S. ha puesto la historiografía soviética, entre otros culpables, en el banquillo de los acusados. Los historiadores rusos acaban de ser invitados a escribir de nuevo sus libros de historia ; pero, desgraciadamente, tienen que obedecer, una vez más, a las órdenes del Estado y del partido.

Me apenaría mucho que se atribuyesen mis preguntas a un espíritu de malevolencia. Puedo aseguraros lo contrario. Nuestras buenas relaciones serán más duraderas y fructuosas cuanto más sinceras sean.

Y vuelvo a la cuestión de nuestro amigo Sartre. El aspecto más curioso de nuestras conversaciones ha sido sin duda, hasta ahora, el contraste bien definido que existe entre su posición y la de nuestros colegas soviéticos. Tan conciliadores se han mostrados éstos, en relación con el Occidente, como duro y hostil ha sido Sartre. Yo pienso que el error fundamental de Sartre proviene de cierta hipertrofia ideológica, que le lleva a anexarlo todo a la ideología y a dividir el mundo en dos campos clara e irremediablemente opuestos. Por desgracia, el tono de Sartre es todavía el de la guerra fría, como si ésta fuese nuestra única perspectiva. De un campo al otro, él no admite más que algunas incursiones de patrullas para apoderarse de una parte del botín del adversario. El concibe, por ejemplo, que el marxismo pueda sustraer el psicoanálisis a la burguesía decadente. Si, a propósito de esta visión, he hablado ayer del trotskismo, os aseguro que no fué con una intención injuriosa, pues yo guardo el mayor respeto por Trotski. Pero, aparte el respeto, he recusado siempre su tendencia a la simplificación extrema de las situaciones y su apocaliptismo. Del mismo modo, la concepción de Sartre del mundo dividido en dos campos irreductibles contrasta violentamente con la realidad. Me limito a recordar que esta concepción, inexacta desde el punto de vista político, económico y sociológico, lo es todavía más desde el punto de vista de las ideologías. La relación entre la estructura de una sociedad y el mundo de sus ideas no es tan sencilla. No deben confundirse las condiciones con las causas de la actividad espiritual.

¿ Por qué no ha nombrado Sartre a Yugoeslavia ? Tal vez porque no hubiera sabido donde clasificarla. Yo no podría imaginar nada más opuesto al marxismo, que es un método de crítica de las ideologías y de investigación de las contradicciones en el seno de toda realidad. En una palabra : Sartre es víctima del celo propio de los neófitos. El socialismo es un gran movimiento histórico ; rebasa toda ideología particular. Lo mismo que el cristianismo ha tenido diferentes teologías, diferentes filosofías, así también el socialismo ha tenido diferentes justificationes intelectuales. A mi entender, la identificación del socialismo con el marxismo carece de fundamento. Su puede rehusar el marxismo y aceptar el socialismo. El marxismo sigue siendo una teoría del siglo XIX, y no puede realizar la integración que Sartre desea. Lo que una doctrina petrificada no puede permitirse, podrá ser la obra de la clase obrera y del socialismo. Un movimiento histórico puede lograr una síntesis, sin caer en el eclecticismo, ya que no está ligado a ninguna verdad dogmática.

Además, los rusos dan pruebas de ese sano empirismo cuando se toman la molestia de volver a encontrar puntos de contacto con el movimiento obrero occidental. El laborismo inglés, que no es marxista, les interesa mucho más ahora que los filósofos de Saint-Germain-des-Prés. La afirmación de las vías múltiples del socialismo concierne también evidentemente a las ideologías. El papel de la ideología es todavía más limitado, si lo examinamos como novelistas. ¿ Cuál es, pues, este papel en el comportamiento efectivo de un

hombre medio ? El hombre es mucho más vasto y mucho más complicado que cualquier ideología.

Yo no sé qué deducir a propósito de Sartre. Su esquema excluye todo diálogo. Y no obstante, él ha venido aquí con nosotros. Deseo que encontremos un terreno de diálogo con él también ; pero la premisa necesaria no puede ser más que la convicción de un interés humano común, a pesar de las diferencias políticas o ideológicas.

Otra condición : si en el año próximo ha de tener lugar otro encuentro, yo desearía que todos los invitados lo fuesen directamente, a título personal. Ninguno de nosotros necesita la tutela de su gobierno para conversar con sus colegas de los demás países. La independencia es nuestro bien más preciado. Allí donde nos la han robado, es preciso recuperarla. He apreciado mucho lo que dijo ayer el profesor Bernal (1) a este respecto. En Occidente también tenemos muchos espíritus conformistas. La independencia cuesta siempre un esfuerzo, porque trae siempre consigo un riesgo. Pero yo disimularía otro aspecto de la realidad si no hiciese alusión a este fenómeno curioso : se ve a ciertos hombres que, después de haber criticado la situación de su país de origen, pierden todo espíritu crítico. Este es el caso, creo yo, de esos sabios que, en cierto momento de la tensión internacional, a petición de determinados gobiernos, han certificado que en Corea había habido hechos de guerra bacteriológicos.

Su testimonio ha durado tan sólo el tiempo necesario para la propaganda. Una vez expirado este plazo, no han vuelto a decir palabra de la guerra bacteriológica ; hasta el punto que hemos acabado por no saber si se ha producido o no. ¿ Por qué se callan esos sabios ? Su comportamiento es grave. Un escritor, un artista, un sabio no deberían poner el prestigio de que gozan al servicio de la razón de Estado. Ninguna razón de Estado puede identificarse con la causa del hombre. Nosotros debemos ocuparnos del hombre y de sus problemas. Pero los problemas del hombre cambian como las situaciones históricas. Por esta razón es difícil definir al artista o al escritor libres. Dante, Miguel Angel, Gœthe eran los escritores libres de su época. Nosotros no podemos reprocharles por no haber criticado la estructura económica de su sociedad. Nuestra responsabilidad es más vasta. Nuestra desgracia o nuestra suerte de escritores de hoy es vivir en una época en que casi todo es problemático : las relaciones de los sexos, las de los obreros y los capitalistas, las de las naciones y de los continentes, del Estado y de la Iglesia. La inmensa extensión del conjunto de nuestros problemas justifica nuestra reivindicación de una libertad total.

IGNAZIO SILONE

(1) El profesor J. D. Bernal, comunista inglés, ha sido uno de los sabios que con más ahinco sostuvieron la tesis de la guerra bacteriológica en Corea.

Los 70 anos de
SALVADOR DE MADARIAGA

A la edad de setenta años son muchos los hombres de pensamiento y de acción que viven del recuerdo de su pasado, al margen del pensamiento vivo y de la acción concordante con la realidad creadora. Muy diferente es el caso de Salvador de Madariaga : él sigue pensando y actuando en el presente y de cara al porvenir. Sus magníficas biografías históricas —alguna de ellas muy discutida, prueba quizá de originalidad y de interés — alternan con las obras y con los actos por el hoy y por el mañana. Preside o integra diversas organizaciones de nuestro tiempo y su carnet de viaje se inscribe con un año de antelación. La unificación europea y la futura construcción de una España democrática son dos — confundidas en una sola — de sus preocupaciones mayores y constantes. Es hoy sin duda el más universal de los españoles y el más joven de los setentones. Joven, de salud robusta y ágil, de recia independencia moral y, a la vez, con la sabia madurez que dan el conocimiento de los siglos y una vasta y profunda experiencia personal. De pocos hombres se pueden decir hoy estas cosas.

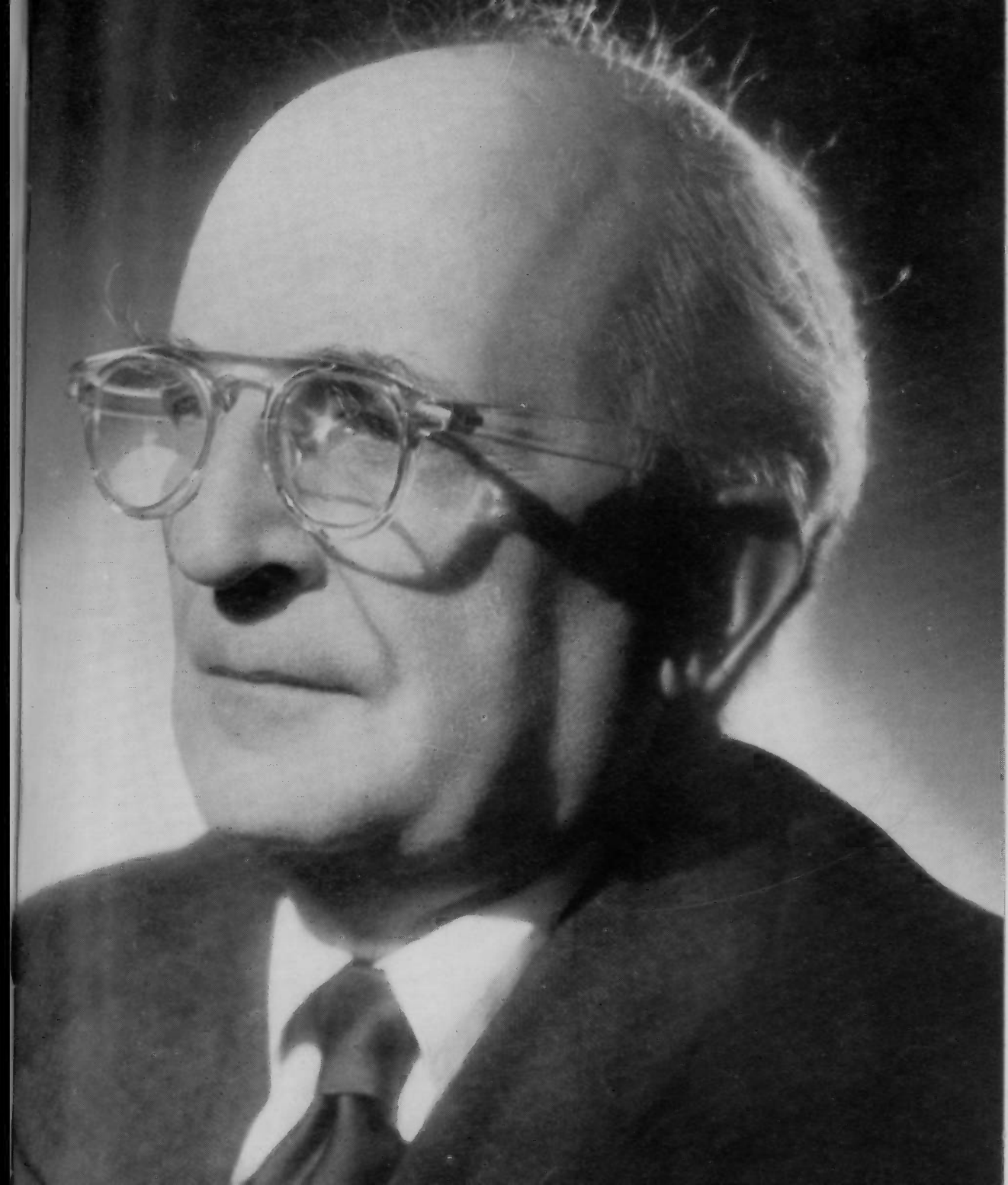
En estos tiempos de banderías, de pensamiento dirigido y de disciplinas basadas en consignas, en que el hombre o lo humano sólo sarcasmos suelen inspirar, Madariaga goza de altísimos privilegios : liberal consecuente y dinámico, está por cima de los partidos ; español de la mejor cepa y de legítimos anhelos, ha superado los nacionalismos y rebasado las fronteras. Lo español y lo humano hacen eje y plasmación en él. En Madariaga se piensa y a él se acude cuando es menester simbolizar en unos hombres la defensa de los valores humanos de libertad y de cultura. Y esto en lo español y en lo universal. Por eso lo odian tiranos y servidores de tiranías y lo admiran todos los que han hecho de la libertad y del derecho su razón de existir y de ser.

Ya ese recio escritor español que es Ramón Sender — por algo vive fuera de España — nos da en el ensayo que sigue un esbozo sobre la personalidad y la obra de Madariaga. Me limitaré yo a dos rasgos o imágenes — irónicos, socarrones, mordaces — que lo definen de manera rotunda y casi plástica. « Dícese que los dictadores no aman la libertad — le oí decir en un acto público. Error profundo. La aman tanto que la quieren toda para sí y no les dejan nada a los demás ». ¿ Y la conclusión de uno de sus libros sobre el problema de la libertad y de los huevos fritos ? A los que afirman que los individuos y las colectividades prefieren a la primera los segundos, Madariaga les replica : « Pues denle ustedes a un hombre huevos fritos todos los días durante diez años y verán al final lo que prefiere ». A las cortas o a las largas, nada supera al sentimiento de la libertad en el hombre y en los pueblos.

A ese Don Salvador de Madariaga le celebra CUADERNOS *sus jóvenes y a la vez maduros setenta años.*

J. G.

Foto « Agence Intercontinentale ».



(Foto Chamudes)

PEDRO SALINAS

(Véase el artículo de Juan Marichal, pág. 48)

Salvador de Madariaga hallado en los debates del mundo

POR RAMON SENDER

SALVADOR DE MADARIAGA es un nombre español familiar a los emigrados y a los que se quedaron en España, que son a su manera también desterrados (en espíritu), porque la tierra del espíritu es la libertad.

El nombre de Madariaga es vasco y los vascos son aventureros. La aventura de los vascos se basa en la lejanía geográfica con nieblas en los horizontes. Aventuras hacia el norte. Pero Madariaga nació en Galicia y el gallego es prudente. Es pues, también, hombre de medidas y de cautelas. Yo no conozco personalmente a Madariaga, pero por sus libros se advierte que ninguna de esas dos cualidades predomina en su carácter sobre la otra. Hay una mezcla e interdependencia armoniosa.

Los entusiasmos de Madariaga, cuando se encienden, son para Castilla. Los reyes del siglo XIII lo habrían llamado un *gallego leal* y un *vasco leal*. Para Madariaga es Castilla la madre austera, silenciosa y vidente que hace el milagro de la unidad familiar sin pedir nada a sus hijos, ni siquiera gratitud. Sólo les pide la memoria, el recuerdo. Ese recuerdo lo ha llevado Madariaga a través de los mares y lo ha integrado noblemente en tres culturas. No sólo con su obra, sino también con su vida, con su acción física, con su tarea oral y escrita de cada instante.

Conocemos a Madariaga como escritor. De él dijo Bernard Shaw : « Comparemos la pre-marxista historia de la revolución de 1688 de Macaulay con la post-marxista *España* de Madariaga. El primero es vulgar comadrería de casino. El otro es historia del mundo ».

Cunningham Graham, historiador enamorado de España y poeta, aristócrata y anarquista, ha elegido la obra de Madariaga. Lo mismo han hecho otros autores ilustres.

Unamuno, el radical español, el oficiante de Gredos y Salamanca, dedicó a los versos de Madariaga páginas encendidas. Yo preferiría un Unamuno con la mente menos encendida y más clara, pero en todo caso sus entusiasmos son sinceros y se basan en cosas plausibles. En el caso de la poesía de Madariaga, Unamuno es justo aunque se limita a un aspecto sólo de esa poesía, a los « romances de ciego ». Tiene Madariaga una poesía más sabia y compleja. Tiene el tipo de poesía que Unamuno intentaba a veces y conseguía o no :

« ... *Logré el saber al olvidar la ciencia*
cuando al posar sobre la viva roca
sediento el labio, supe, vi y mantuve
unión perfecta de agua, sed y boca... »

Madariaga escribió ensayos, biografías históricas, teatro y novela. Escribió también sobre política nacional y sobre los problemas de la Europa moderna. Y enseñó literatura española tres años en Oxford.

Pero además fué embajador de España en Washington y en París. Su tarea diplomática no se limitó a representar a la República española en París y en Washing-

ton. Fué una de las figuras de más relieve en la Sociedad de Naciones, donde presidió el Comité del Desarme en la sección dedicada a los armamentos aéreos. En el conflicto entre Italia y Abisinia, presidió el Comité de los Cinco, cuyos otros miembros eran Inglaterra, Francia, Polonia y Turquía.

En España Madariaga fué ministro de Instrucción Pública. Uno de esos ministros que son nombrados por decirlo así al margen del juego de los partidos, por el prestigio y la fuerza del nombre.

Al lado de todas esas brillantes circunstancias, que podían haber dañado al recogimiento y la aptitud reflexiva del hombre de letras, Madariaga supo ser siempre el escritor.

Para comprenderlo mejor veamos, en líneas generales, cual ha sido la vida de este hombre extraordinario que ha llegado a los setenta años sin dejar de ser « un joven » en las letras, en la política, en la diplomacia. Tiene la juventud inmanente de lo español. Al leer la obra de este gran español tenemos la impresión de que todo es en él futuro y horizonte abierto. ¿ Se quiere una prueba de juventud más genuina ? En casi todos los escritores viejos españoles de hoy existen partes anquilosadas y resecas, ramas muertas. En Azorín, en Baroja, en Unamuno. Hasta en Valle Inclán, cuyas *Sonatas* han quedado rezagadas como joyas exquisitas en el joyero romántico de la abuela. En Madariaga lo mejor de su obra (incluída la poesía, tan sensible a las modas) es fresco y joven.

*

Nació Madariaga en el mes de julio de 1886 en La Coruña, capital de Galicia, hijo de militar. Casi siempre los apellidos de los españoles son fieles a la vieja y sabrosa geografía. Madariaga debía haber sido vasco. Pero las familias de los militares profesionales eran hasta hace poco las únicas que viajaban en España. El vasco Madariaga nació, pues, en la gallega Coruña, parte colonial (no castrense) de la patria de Prisciliano, que quiso en el siglo IV establecer el buen sentido maniqueo entre los celtas soñadores.

A los catorce años Madariaga fuê a París a estudiar en el Colegio Chaptal, una de las instituciones democráticas subvencionadas por el ayuntamiento de la capital francesa. Lo que ahora llamamos una escuela progresiva. Allí adquirió Madariaga su segunda naturaleza cultural : Francia. Si es verdad lo que generosamente dicen los franceses (que Francia es la segunda patria de todos los habitantes del globo), en Madariaga han encontrado un paradigma ilustre, como en Picasso y en algún otro español de excepción.

Cuando cumplió veinte años ingresó en la famosa Ecole Polytechnique y dos años después en la Escuela Nacional de Minas. En 1911, con su título de ingeniero, volvió a España y un año después contrajo matrimonio con Constance Archibald, escritora escocesa, que estaba entonces traduciendo un trabajo del conocido economista Charles Gide.

Madariaga trabajaba en Madrid como técnico de la Compañía de Ferrocarriles del Norte. Y colaboraba con pseudónimos varios — el más frecuente Julio Arceval, que llamó la atención de Unamuno — en varias revistas literarias. No es un azar que la revista *España* lo recibiera entre sus escritores. El grupo liberal republicano (o por lo menos inconformista) de *España* había de ser más tarde el que polarizara la tendencia reformadora en política.

Cinco años pasó en Madrid donde probablemente representaba la influencia francesa. Era ya el cosmopolita enterado de las novedades difíciles. Pero viendo sus poemas de aquel tiempo y entre ellos los « romances de ciego » que entusiasmaron al profesor de Salamanca, se advierte que no había nada novedoso ni afrancesado en Madariaga. La influencia de la mejor poesía simbolista le inspiró versos tan buenos como los de Baudelaire :

« ... *Et comme un chien sans maître, errant et taciturne,*
L'ennui, le sombre ennui rôde en mon cœur sans foi... »

Pero a la hora de escribir en español, decía :

« ... *Labrando estaba su tierra*
San Isidro Labrador.
Al aire de la mañana
lanzó el gallo su canción
y asomó por el oriente
el alba toda rubor... »

En buenos y radicales — de raíz — octosílabos castellanos.

Los cinco años de Madrid fueron de forcejeo entre las matemáticas y esa otra exactitud más flúida del sentir y de la expresión literaria. El hecho de que firmara con pseudónimos sus trabajos hace pensar que tenía dentro de la familia el problema de todos los hijos de la burguesía española: la lucha entre la costumbre y el azar, entre el hábito y la imaginación, entre la realidad y el ensueño. Tal vez fué entonces cuando aprendió (lección castellana) que todos tenemos dentro nuestro castillo roquero, del que debemos ser paladines y alcaides, con un torreón que asoma más arriba de la vida y la muerte.

Triunfó la imaginación. Madariaga abandonó la ingeniería y buscó lejos de España y de Francia un campo nuevo donde nutrir su curiosidad. Su curiosidad de navegante vasco. Pero le acompañaban ya las meigas gallegas y las lamias de Guipúzcoa. Su buen sentido de ingeniero y de gallego emigrado — hay un buen sentido de emigrante gallego más fuerte que todos los azares del mundo — lo protegía. Era un español imposible de desarraigar. Cuanto más lejos estaba de su patria, más cerca la sentía, como sucede a los enamorados con su amada en la poesía moderna (Machado, Juan Ramón, el mismo Unamuno).

Madariaga había aprendido a amar a España fuera de España. Es en la ausencia donde nos damos cuenta del lugar que la presencia ocupaba en nuestra vida.

En Londres, Madariaga estudió inglés, llegó a conocer la literatura inglesa como la francesa o la española y adquirió todavía en plena juventud (con la facilidad y agilidad de la adolescencia) su tercera naturaleza. La tercera ciudadanía cultural: la del mundo inglés.

Le interesaba entonces, especialmente, la obra de los poetas del siglo XIX, tan rico en Inglaterra y Francia y tan mediocre poéticamente en España si olvidamos a Bécquer. Su inclinación principal no fué Byron resonante, agresivo, omnipresente, sino el delicado Shelley. Pero no podía verlo sino desde su radical españolismo y fué así como escribió la primera obra de análisis crítico de su vida. En 1920 publicó *Shelley y Calderón*. Su vocación estaba decidida para siempre.

Cinco años más tarde fué nombrado por el gobierno español agregado técnico a la delegación española en la Sociedad de Naciones, cuya Conferencia para la Organización del Tráfico Internacional se celebraba en Barcelona. Poco después entraba a formar parte del secretariado de la Sociedad en Ginebra y en 1922 fué nombrado jefe de la Sección de Desarme, puesto en el cual permaneció hasta diciembre de 1927.

En ese mismo año se le ofreció una cátedra de literatura española. Allí dividió su actividad entre el trabajo académico y el de creación personal. Durante el verano asistía al Seminario de Asuntos Internacionales de Ginebra, que funcionaba bajo los auspicios de los Estados Unidos. Fué entonces cuando publicó su libro sobre el desarme y sus famosos ensayos *Ingleses, franceses y españoles*. Madariaga escribió su libro en inglés, en francés y en español, experiencia curiosa y única en nuestras letras.

Durante los años siguientes hizo Madariaga viajes a los Estados Unidos, donde la traducción de *Ingleses, franceses y españoles* había tenido un éxito de multitudes. Aprovechó el escritor su bullente popularidad para publicar artículos recogidos luego en un libro llamando al espíritu de cooperación internacional. El futuro inmediato le permitió ver realizados sus sueños. Hoy América está presente en todas partes con su bandera pacifista, liberal y con la ayuda a los pueblos necesitados.

En 1930 publicó *España*, donde sobre un diseño general de la historia de nuestro siglo XIX lo somete a un estudio cuidadoso, seguido por un análisis de los primeros treinta años de nuestro siglo. (Más tarde, en 1942, publicó una edición aumentada resumiendo la vida política de la Segunda República y analizando las razones de su fracaso, las condiciones de nuestra guerra civil y la dictadura de Franco.)

En 1930, estando todavía en Oxford, el profesor obtuvo permiso para ausentarse y visitó las universidades de los Estados Unidos, México y Cuba. Un año más tarde fué nombrado embajador de la República española en Washington y en 1932 en París. Tomó parte activa desde este segundo puesto diplomático en los asuntos de la

Sociedad de Naciones, particularmente durante el conflicto chino-japonés y la agresión de Mussolini contra Abisinia.

Cuando (1936) estalló la guerra civil española, este demócrata liberal que se había mantenido siempre al margen de la lucha de partidos, proclamó la necesidad de la unidad nacional y en esa actitud ha seguido hasta hoy. Una vez más volvió a Oxford y se dedicó a su trabajo de investigación histórica y a iluminar e interpretar los períodos de la historia de nuestra patria menos entendidos o más tergiversados.

A esos años de calma exterior, forzosa, pero de inquietud interior, pertenecen libros como *Bolívar*, *Cortés* y *Colón*, tres biografías famosas, la primera de las cuales ha suscitado polémicas en todas partes (es el privilegio de los libros *vivos*), y otros dos estudios sobre el nacimiento del imperio hispanoamericano y su declinación. Estas cinco obras forman la serie hispanoamericana de la *opera omnia* de Madariaga. En ellas el autor, sin falso patriotismo y también sin concesiones demagógicas a los veintiún nacionalismos de ultramar —, tan legítimos y tan sensitivos — trata de situar y consigue establecer un punto de vista sereno, objetivo e histórico.

También a ese período corresponden libros novelescos de fondo histórico, como *El Corazón de piedra verde*, que relata, con la libertad del hombre de imaginación y la responsabilidad del historiador, el período de la conquista de México. Naturalmente, en esta tarea es tributario obligado de Bernal Díaz del Castillo más que de Gomara o de Solís o del mismo Cortés en sus relaciones y cartas. Bernal es la gran fuente inagotable no sólo por la exactitud de sus recuerdos sino principalmente por la actitud humana del soldado, que revela constantemente la interdependencia entre los hechos y el espíritu de la época.

Durante la segunda guerra mundial, Madariaga fué invitado por la BBC de Londres a hablar en español para los países hispanoamericanos. Al mismo tiempo intervino con frecuencia en otros programas (ingleses o franceses), especialmente como miembro del *Brains Trust*, y llegó incluso (aquí reaparece el poeta de su juventud madrileña) a escribir comedias y dramas históricos para ser radiados. *El misterio del mapamundi*, en verso y en francés, fué radiado varias veces en París. También lo fué en Londres una traducción inglesa en verso de la tragedia de Cervantes *Numancia*. Pero sus tareas de traductor establecían una reciprocidad que tal vez es la primera en la tradición hispánica. Madariaga tradujo *Hamlet* al español (en verso) y acompañó la traducción con un largo ensayo en el que interpretaba la obra de Shakespeare desde un ángulo bastante heterodoxo dentro del campo académico inglés. Ese ensayo fué publicado separadamente en inglés antes que en español.

Al final de la guerra, Madariaga fué invitado a formar parte de varias organizaciones internacionales de carácter oficioso. Fué presidente de la Internacional Liberal desde su fundación hasta 1952 (cuando lo nombraron presidente honorario), preside la sección cultural del Movimiento Europeo, también desde su fundación, y en esa capacidad fué uno de los promotores del Colegio de Europa en Brujas, ciudad llena de recuerdos españoles, así como del Centro Europeo de Cultura de Ginebra, en cuyas juntas de gobierno actuó como presidente.

Fué asiduo colaborador de la UNESCO hasta que renunció como protesta contra la admisión de la España tiranizada por Franco. Visitó la India en calidad de miembro del Congreso por la Libertad de la Cultura (del cual es presidente de honor con otras figuras de relieve internacional) y fué a Australia invitado por la Fundación Dyason y el Instituto Internacional de Asuntos Exteriores.

Es finalmente Madariaga miembro de varias academias de Historia y de Letras y posee las más altas distinciones en la escabrosa materia de las condecoraciones y honores exteriores. En el fondo de esta *materia* hay contradicciones que gustarían de agitar los adversarios políticos o los poetas o novelistas ultrapuros — que muchas veces encubren con esa designación las más fáciles impurezas —, pero, cualquiera que sea la opinión de amigos o adversarios, nadie podrá menos de recordar con nostalgia aquellos períodos de la historia de la humanidad donde la ley, la poesía y la religión andaban juntos y el poeta podía ser sacerdote y el sacerdote poeta y legis-

lador. De aquellos períodos nos ha llegado a este tiempo de hoy todo lo que tenemos de realmente estimable.

*

La parte más reveladora de la obra de Madariaga, en relación con nuestros candentes problemas de siempre, está probablemente en *España*, libro como todos los suyos de intuición y de sentido polémico y de una latente y presente dinamicidad. Nada hallarán en él los *hombres de partido* que les satisfaga, aunque a cada paso encontrarán estímulos para las nobles tareas de la imaginación creadora, y la política en definitiva no es más que eso. ¡ Ah, si pudiéramos hacerlo comprender a los políticos españoles de campanario !

Una de las partes más sugestivas de la *España* de Madariaga es la que se refiere a las regiones. Su interpretación es a menudo inspirada y tiene la sólida objetividad que dan los filtros purificadores de la distancia. De sus compatriotas los gallegos dice : « Son agudos, inteligentes, trabajadores, ahorradores, físicamente fuertes. Dan a España sus abogados, sus políticos y también sus cargadores de muelle, sus segadores y sus policías. Habitantes de una tierra suave y gris son los gallegos de disposición soñadora, poéticos e imaginativos, supersticiosos, dados a creer en apariciones y a sentir la presencia del mundo sobrenatural ». Uno recuerda las « cosas que viven y no se ven », de Rosalía de Castro y las estampas inolvidables de Valle Inclán.

El asturiano es « más conscientemente inteligente que el gallego y más vivaz, pero tiene menos cautela. Aunque tan bien dotado del sentido de la poesía como el gallego, posee el asturiano, no obstante, un humorismo que socava la fe, a veces ingenua, de su vecino. Esos dones naturales se expresan en una poesía popular que es quizá la mejor de la península con ser ésta tan rica en poesía ». Yo recuerdo al Clarín de « La Regenta », denso de caracteres, cargado de atmósfera, con un fondo lírico hecho de complejidad y de humor sombrío.

« Son los vascos hombres de montaña, pescadores y campesinos ; fuertes, sanos y sencillos. En fechas recientes su espíritu de empresa ha florecido al punto de hacer del país vasco uno de los centros del capitalismo moderno español. Es el vasco aferrado a su opinión, como suele suceder con las personas que no tienen muchas opiniones y necesitan administrarlas con cuidado. Serio, leal, intransigente y estrecho, el vasco ha dado a España bastante que hacer como punto de apoyo del catolicismo clerical. Loyola era vasco. » Tres ejemplos curiosos (con puntos comunes en su personalidad) son Unamuno, Baroja y Maeztu. Toda su fuerza parte de su « localismo », es decir de una especie de aldeanismo transcendente.

« Los aragoneses — dice Madariaga — son quizá los más primitivos y genuinos representantes del carácter español : espontáneos, francos, inclinados a opiniones extremas, intransigentes, tercos, más ricos en intuición que en intelecto, conscientes, independientes, fieros e individualistas. Goya era aragonés... » Aquí tenemos que añadir algunos otros nombres : Gracián — el más « intelectual » del siglo XVII — y los Argensola. Pero en general la opinión de Madariaga es cierta.

De los catalanes habla Madariaga en su *España* más que de otros españoles definibles por la geografía y la tradición. Dice de ellos que son más « dados a la actividad mental que el castellano, más ingeniosos constructores de sistemas intelectuales, más felices artistas de la frase, mejores oradores. Mas con toda su aplicación intelectual, no son intelectualistas como los franceses... » Para los negocios « difícilmente se encuentran hombres mejor dotados que los catalanes, — dice el Sr. Cambó a Madariaga — pero para regir una empresa que reúna intereses de muchos, el director raramente se encuentra en Cataluña. Por eso entre nosotros — añade Cambó — las sociedades anónimas llevan una vida precaria y en cambio prosperan las industrias de tipo individual o familiar. El catalán da la impresión de individualismo aun a los más individualistas. Son, pues, ultraindividualistas... « El catalán — dice después Madariaga — es hombre de pasión y su lenguaje el de un hombre de pasión de las costas mediterráneas.

Muchas cosas discretas, agudas, y a veces audaces dice Madariaga sobre el idioma catalán, revelador como todos los

idiomas del carácter de quien los habla por herencia. En contraste con Castilla, « Cataluña quiere recorrer la ruta del progreso. Deja a Castilla la eternidad y se contenta con el tiempo y en particular con el tiempo presente, tal y como se manifiesta en los varios objetos de la vida cotidiana. El español mediterráneo no tiene nada de ascético. Siente la alegría de vivir y vive. No busca las altas cumbres de la especulación y halla bastantes motivos de goce intelectual en los valles más accesibles. Ve los espectáculos naturales precisamente como espectáculos, no como símbolos de más alta y honda significación, sino meramente como objetos cuya forma y color son para él suficientes y atractivos. El catalán es sensual... »

Dice Madariaga del andaluz que es « el más rico en dotes estéticas, que revela y manifiesta liberalmente en su vida diaria. Flores y coplas son sus constantes compañeras y una sabiduría innata su principal virtud ». De la Andalucía *flamenca* responden los Quintero y de la *honda* García Lorca.

En medio de toda esta diversidad de pueblos se alza Castilla como un monolito de costumbres, de leyes y de metafísicas, y sus dos castellanos más universales : don Quijote y Sancho.

Un buen hallazgo el de Madariaga en la interdependencia de don Quijote y Sancho, es decir en la aproximación de esas dos almas que acaban al final por cambiarse sus estímulos y su tónica. Entre las diversas interpretaciones de don Quijote que nos ha dado la generación del 98 y sus asimilados, la de Madariaga es una de las más agudas. Es su estudio el más apegado a la anécdota y a la substancia viva. Nada de « gnosis » transcendente *a fortiori*. Como él dice, « en el arte español literario o plástico hay una tendencia dominante, a saber : su interés en los hombres vistos no como símbolos o como tipos genéricos, sino como individuos tan definidos, complejos y concretos que es imposible hacer de ellos ideas o series ».

Es nuestro autor contrario a ese paralelo por oposición que la gente acostumbra a atribuir al caballero y al escudero. Desde esa dicotomía de lo nacional español viene la manía de todos los críticos extranjeros de hablar de la separación entre realismo e idealismo. Cada español está escindido, según ellos, en una parte realista y otra idealista y a veces mística. Dice Madariaga : « Se han ido acumulando sobre las figuras de don Quijote y Sancho floraciones de ideas y símbolos, descabelladas unas, otras profundas y penetrantes, inspiradas las más en un paralelismo que no está en el Quijote y sólo resulta de una antítesis falsa y superficial entre sus dos protagonistas. El grupo Quijote-Sancho aparece interpretado como un *par antagonista*, cada uno de cuyos elementos queda convertido en cabeza de una serie de valores respectivamente opuestos. De don Quijote arranca la serie *valor-fe-idealismo-utopía-liberalismo-izquierdas* mientras que la serie Sancho se desarrolla por el lado opuesto en *cobardía-escepticismo - sentido práctico - reacción - derechas*. Más aun dando de lado a estas vegetaciones de la imaginación semiculta, tan fértil y rica en errores, y aun limitando el campo a la crítica más filosófica y hondamente pensada, cabe pensar que por su misma riqueza espiritual que estimula el pensamiento de los comentadores, las dos figuras cervantinas tienden a oscurecerse y desaparecer bajo la frondosidad intelectual que con su vitalidad han ido alimentando. »

Gusta Madariaga de ver a don Quijote y Sancho *tal como Cervantes nos los dejó*. Es el comentarista que menos se aparta de la sugerente materialidad de los dos héroes. La tesis de Madariaga es la reversión sobre el alma de Cervantes de esas dos criaturas que forman parte suya no como dos polos contrarios, sino complementarios en sus grandezas y miserias.

La medida de una gran obra de arte es que permite toda clase de interpretaciones, como la vida misma. Ha deslindado Cervantes del misterio del ser una zona ignorada, la ha iluminado y nos la muestra con todos sus accidentes naturales. La aportación de Madariaga a la interpretación de esa creación divina del hombre es ajustada, sin vanas elucubraciones y sin salir nunca en sus atisbos, hallazgos y sugestiones, del ámbito de la intención consciente de Cervantes.

Yo he podido observar, como profesor de literatura española en varias universidades, que los estudiantes prefieren esta *Guía del lector del Quijote* a otros estudios cervan-

tinos, por hallarla más inteligentemente sumisa al plano de los fenómenos y menos afectada de diletantismo y de vanidad interpretativa. Es decir, más honrada y suasoria.

En los tiempos que corren, la honradez mental es tan rara como la independencia de espíritu y vale la pena registrarlas. La picardía y el servilismo mental están al orden del día. Bien es verdad que no se trata de una epidemia española, sino universal y que la hemos heredado y la heredarán los que vengan después. Esta honesta y luminosa interpretación del Quijote parece prolongar la vía mental y moral de Cervantes. Una vía de entendimiento más que de intelecto. La vía castellana de los mejores tiempos. Por ella llegó San Juan de la Cruz humildemente a la cumbre del Carmelo y Santa Teresa a la cámara secreta de su castillo interior. Por ella —por la vía del entendimiento y del camino llano —han ido los españoles a todas partes. Hasta a los lugares más aparentemente inaccesibles.

Unas líneas que vale la pena subrayar en la *Guía de los lectores del Quijote* y que explican el fenómeno de la pervivencia de los grandes mitos literarios son las siguientes : « La obra de arte es concebida y creada, y largo tiempo después de que el espíritu que la creó se haya despojado de su vestidura mortal, la obra de arte sigue creciendo. Para nosotros, hombres del siglo XX, la catedral de Chartres, *Hamlet*, la Novena Sinfonía, el Moisés de Miguel Angel no son lo que fueron para los coetáneos de sus respectivos creadores, ya que desde entonces se han asimilado siglos enteros de vida humana ».

Es verdad que don Quijote, Don Juan, la Celestina, Segismundo, son más grandes hoy que cuando nacieron. Han asimilado la substancia y la esencia de los siglos que nos separan de su nacimiento. Se nutren de nuestra imaginación.

Lo mismo les pasa a *Hamlet*, a *Fausto* y en otras dimensiones a Pantagruel y hasta al *Bourgeois Gentilhomme*, si aceptamos estos dos como mitos nacionales franceses. Para entenderlo en todas sus dimensiones y proyecciones nada mejor que repasar las jugosas páginas de *Ingleses, franceses y españoles*, en donde vemos las raíces de esos mitos al descubierto.

La constante del inglés, según Madariaga, es el *fair play*, es decir el decoro en la acción y el juego limpio.

Para el francés, *le droit*, o sea lo que a cada cual le corresponde en la distribución de los mereceres, según el convenio social.

Para el español, el *honor*.

Así como tenemos que traducir por alusiones aproximadas los términos ingleses y franceses sin que lleguemos por eso a expresar en tan pocas palabras exactamente el sentido que tienen para sus naturales, con el *honor* español habría que hacer lo mismo si queremos que los franceses y los ingleses lo entiendan. Es decir, lo entiendan a nuestro modo.

El *fair play* está en la literatura inglesa, el *droit* en la francesa y el honor en la española unas veces por presencia explicita y otras por su ausencia, en sus negaciones (como sucede con *Don Juan* y con los pícaros).

« Consiste el honor en alzar al individuo — dice Madariaga — por encima de toda ley exterior, sea ésta espontánea y natural *(fair play)* o calculada e intelectual *(droit)*. Es, pues, el honor una ley subjetiva y el imperativo que todo hombre bien nacido lleva en sí. Pero esta emancipación absoluta de toda ley social no es admisible más que para los hombres bien nacidos, es decir para aquellos que están dispuestos a no usar de su libertad con fines mezquinos. Como garantía, el hombre bien nacido da su sangre. El límite de su libertad es su vida. La espada responde del acto. »

Integra Madariaga esas « constantes » en el centro de gravedad psicológica de cada uno de esos grupos culturales.

« Para el pueblo inglés en el cuerpo-voluntad.

« Para el pueblo francés en la inteligencia.

« Para el pueblo español en el alma.

« Y la reacción natural de cada uno de esos tres pueblos en la vida es :

« Para el inglés, la acción ; para el francés, el pensamiento ; para el español, la pasión. »

Naturalmente, en cada uno de esos valores está más o menos implícita la sombra de los otros, es decir que el *fair play* inglés y el *droit* van insertos en el *honor*, pero a la manera española. Si lo que se refiere al *fair*

play es fácil de entender y no necesita explicación, la relación del *droit* — pensamiento — de los franceses y el *honor* — pasión — de los españoles es más compleja. Dice Madariaga : « Existe un paralelismo análogo entre el hombre de pasión en estado de pensamiento y el intelectual en estado de pasión. Mientras las características de la pasión en el intelectual se hallan determinadas por la separación de la corriente vital y de la persona consciente que reside en su pensamiento, el pensamiento en el hombre de pasión se caracteriza por una fusión completa del sujeto pensante y del objeto pensado. El hombre de pasión no conoce más que aquello que se ha asimilado. Para él más que para otro tipo humano, el amor es la primera condición del conocimiento. »

La cosa tiene su proyección en la *praxis*. Añade Madariaga : « ... Aquí vemos las razones que explican la resistencia del pensamiento español a entregarse en demasía a los trabajos técnicos y a extraviarse en los senderos de la especialización. Tales fraccionamientos de la vitalidad son esencialmente contrarios al genio del hombre de pasión, puesto que tienden a alejarse de la percepción íntegra de la corriente vital ».

En relación con la idea o más bien el sentimiento de patria, el escritor nos dice : « En España la pasión patriótica tiende a someter la patria al individuo y no el individuo a la patria. Establécese entre uno y otra una relación que recuerda la del amado y la amada. Posesión por anexión. La patria pasa a formar parte del mundo pasional del individuo. Esto explica la vivacidad de reacciones del español cuando se toca a ese punto sensible... »

Y subraya estas afirmaciones con las comparaciones más elocuentes : « El patriotismo francés no es una idea alimentada por una pasión tanto como una pasión nacida de una idea... El país para el francés es una visión intelectual, el *beau spectacle á ravir la pensée* que Victor Hugo veía en el imperio de Carlomagno... Lo que en el espectáculo del poder de la patria atrae al francés es la luz, porque la luz es, en último término, el elemento más esencial del espíritu francés. En este caso la luz es un símbolo de la claridad (claridad de visión, de recuerdo, de presentimiento, de expresión). En cambio el patriotismo inglés es casi exclusivamente racial e instintivo. La imaginación y la pasión toman poca parte en él. Es una fuerza que actúa en cada individuo, haciendo de él un miembro sumiso del grupo colectivo... Pero dista mucho de ser débil. Y aun, digamos que por instintivo es tan fuerte y eficaz. El impulso vital que late en todo corazón con ritmo igual es el elemento de unión más vigoroso, la verdadera unidad que funde todos los elementos en un grupo solidario ».

Las diferencias en materia religiosa, moral, estética, son también netas y por deslinde nos ofrecen un perfil de España de una verdad y una originalidad sorprendentes. Si fuera de España aprendemos casi siempre a amar a España, es porque nuestro amor que antes era sólo una pasión ciega se hace una pasión alerta y una convicción. Aprendemos a conocerla, que es lo importante. Madariaga nos ha ayudado mucho a todos en esta noble tarea. Tenemos falta de sentido nacional — nos dice aquí y allá, a lo largo de estos densos y agudos ensayos — y sobra de espíritu de clan. En sus libros políticos no sólo nos lo demuestra, sino que nos ofrece posibles soluciones e incluso a veces los medios concretos para realizarlas. Sobre esto la política de partidos tendría algo que argüir, pero no es fácil negar que esos medio son viables y que revelan una fuerte perspicacia natural y una experiencia viva.

Su libro *Anarquía* lleva como lema una de esas síntesis axiomáticas de Montesquieu, que parecen resumir toda la conciencia de Francia en los días anteriores a la gran revolución. En su libro nos muestra Madariaga al desnudo su dramática inquietud ante la catástrofe que se acerca. No es Madariaga lo que se entiende comúnmente por un hombre político. Estoy lejos de pensar que eso sea un defecto. Al contrario. También Montesquieu decía que no se debe hacer nunca con la ley lo que se puede obtener con la costumbre. Con lo cual se declaraba tácitamente contra la política profesional. Y si es así, de costumbres, es decir de la raíz honesta de la buena política, entiende Madariaga más que muchos políticos.

A mí la política de partidos me tiene sin cuidado. Preferiría un régimen inspirado

por el buen sentido consuetudinario y dirigido por las estadísticas y la técnica, como el de Suiza. La verdad es que se puede hacer más con eso que con la literatura gárrula de los partidos.

En definitiva se trata en España de que la gente viva mejor, respete al próximo y tenga conciencia de una realidad nacional de cuya existencia como tal hecho *nacional* podemos dudar hoy. Es verdad que se puede crear, pero no es fácil que sean los políticos profesionales quienes hagan el milagro, por ahora.

Para insistir en Montesquieu — ya que comparto la admiración de Madariaga por ese hombre extraordinario — recordemos sus admirables palabras : *la libertad es un bien que nos permite gozar de todos los demás*. Sí, es evidente, pero en España cuando se da la libertad al pueblo, es eso lo único que tiene. ¿ Cómo gozar de los demás bienes ? ¿ Cuáles son ? ? Dónde están ? Las palabras no bastan. Cuando un español sale de España y va a trabajar a los Estados Unidos, a México, a la Argentina, con la libertad encuentra los *otros bienes*. Y se convierte en un ciudadano excelente, en un industrial próspero. Casi siempre hace fortuna. Sobre todo los paisanos de Madariaga, que tienen instinto de trabajo y de conservación y a quienes la libertad a secas en España les habría servido de poco, si la tuvieran.

Los que quieran honestamente tratar de resolver nuestro problema tendrán que renunciar a los discursos de bandería y abrir talleres, escuelas, bibliotecas y bancos populares. Lo primero que hay que democratizar allí es el dinero. Si yo tuviera algo que hacer en el plano político, cosa que no pretendo ni espero y que no puede estar más lejos de mis capacidades, una de las cosas que aconsejaría sería suprimir en las tareas del parlamento los nombres de los diputados y hacer que los citaran sólo por los de su distrito. Eso sería muy poco, claro. Pero también suprimiría las reseñas de prensa del Congreso y no se daría cuenta al país de las deliberaciones, sino de los acuerdos firmes, es decir del curso del trabajo de las comisiones y de la decisión legislativa final. Así se acabaría tal vez con el malsano deleite de la politiquería que suele infestarlo todo.

Pero la política de Madariaga tampoco es una política de partidos. La política de Madariaga brota de la costumbre y de la historia y no de la experiencia combatiente de los grupos que buscan el poder. Los políticos españoles tienen la tendencia a confundir los medios con los fines. La lucha por el poder, cuando éste ha sido conseguido se convierte en la lucha (la misma lucha) por la conservación del poder. Si esto sucedía con la mayor parte de los partidos democráticos hace veinte años ¿ qué no sucederá con los dictatoriales ? ¿ Qué ha hecho Franco, sino mantener la guerra civil *como fin* desde 1939 ?

Montesquieu — ya que con él estamos — dice en alguna parte : « A España la ha perdido su honradez. Era inevitable su desaparición del mundo, porque era demasiado honrada ». (El *honor* del que habla Madariaga.) Tal vez la honradez nos perdió, pero la bellaquería (Franco y los suyos) no nos ha salvado. Al revés, nos ha mantenido en la perdición y ha añadido el envilecimiento y la miseria moral (el deshonor).

Recuerda Madariaga que ya Shakespeare hablaba de una España *perdida en el debate del mundo*. Y sin embargo los españoles somos grandes patriotas. Queremos a la patria como a una mujer por la cual somos más capaces de morir que de vivir a su lado, según recuerda Madariaga. Pero es que la patria es *dulce libertad*, y esa dulce libertad, si alguna vez la hemos tenido ha sido por cortos períodos que no han dado espacio a asegurar los *otros bienes*, hoy por hoy casi inexistentes entre los españoles que trabajan.

Los hombres *no políticos* podrían salvarnos, es verdad. Antes que nada, de la política. ¿ Cómo es posible que con tan poca política los americanos hagan tantas cosas ? ¿ Y que nosotros con tanta política ...? Precisamente. En esa misma formulación está la respuesta. ¿ Sería difícil democratizar el dinero en España ? ¿ Y elevar la cultura ? ¿ Y enseñar a la gente a amar la realidad en la que vive ? No lo creo, pero son escritores, maestros, ingenieros, hombres de empresa, trabajadores especializados, los que lo harán.

En la obra de democratizar el dinero y en otras muchas de carácter económico, los

sindicatos obreros tendrán sin duda una misión importantísima.

*

Muchas veces, leyendo a Madariaga he pensado en otro profesor español transplantado a tierras de habla inglesa : Santayana. No hay relación alguna más que en los hechos exteriores. Los dos emigraron voluntariamente, los dos se establecieron en culturas distintas a la nuestra, fueron escritores y profesores de universidad y realizaron una obra considerable. La diferencia principal (en cuanto a los hechos exteriores) consiste en que Madariaga siguió ligado filialmente a España y gozando ó sufriendo con las venturas o desastres de su patria, mientras que Santayana cortó su cordón umbilical y se refugió en su castillo interior para siempre. Ese castillo no era americano, ni francés, ni inglés.

Era el castillo de sus sueños. En un hombre racionalista y materialista, ese castillo nos sorprende un poco. Madariaga, en cambio, que es un idealista, se ha mantenido siempre en contacto con la realidad española y con la de Europa. Por la vía estética, moral y cultural. Atento, además, a otras perspectivas como la sociología y la política.

En el plano de las buenas letras ha conseguido Madariaga identificarse con las culturas adoptivas hasta el extremo de que algunos de sus poemas y muchos de sus ensayos críticos o históricos formarán parte del acerbo indígena en Francia o en Inglaterra. He aquí unos versos de Madariaga que podría firmar Verlaine :

« *Une âme féline*
Arrondit l'échine
Et se plaint, câline
Dans le violon.
La guitare artiste
Consola la triste
Humeur pessimiste
De l'accordéon... »

Como en los versos de sabor *beaudelairien* que citaba antes, en éstos hay más maestría que originalidad. ¿ Pero vamos también a pedir originalidad a un autor en tres culturas diferentes ? ¿ Qué clase de esquizofrenia sería ésa ? La originalidad de Madariaga en inglés está en las traducciones de sus obras concebidas *a la española* más que en sus breves ensayos de adaptación de su sensibilidad y de su expresión a una atmósfera distinta y en algunos respectos contraria. Es decir que la originalidad de Madariaga es española.

Donde aparece el poeta original es en sus versos españoles. Y también aparecen los aspectos más subjetivos e íntimos de la personalidad de Madariaga, que no siempre hallamos en su prosa. Hay un sentido castellano de la exactitud :

« *Inmóvil en la esencia el paso anduve*
que da siglo tras siglo en el granito
cuando al bajar el tiempo, la luz sube.
Y en la tela tejida de infinito
vi nacer y morir hombres e imperios
sembrar la historia y cosechar el mito... »

Como buen español (todos, cualquiera que sea nuestra región somos capaces de la síntesis castellana en nuestro roquero castillo interior) Madariaga vió

« *Morir la vida y revivir la muerte*
e insertarse en geométrica figura
el díscolo arabesco de la suerte... »

Tal vez el sentido lírico es lo más fuerte en la personalidad de Madariaga, pero es un lirismo sin ceder en el plano de la razón, es decir sin permitirse la orgía de alusiones que se obtienen por la incongruencia y la metáfora. Estos dos versos reflejan la austeridad de los sentidos, la exactitud de la expresión, la riqueza de registros interiores :

« *La imprevisible flor del albedrío*
la nube esquiva el verbo a la ventura... »

Su *Elegía en la muerte de Federico García Lorca* es una composición dedicada al poeta asesinado, donde se recogen los motivos lorquianos característicos como un eco devoto y sin imitación. Detrás de esos versos hay una firmeza antigua galaico-castellana. Igual en los primeros que en los últimos versos de *Rosa de cieno y ceniza* se siente una frescura primigenia. Difícil sería hallar en la obra de Madariaga una sola línea, un solo verso donde la neblina o los oropeles del decadentismo estén presentes. Su poesía y su prosa son afirmación. En eso

B.D.I.C

se diferencia de Santayana (su opuesto semejante) y del grupo del 98. Santayana es un solitario y también lo son Baroja y Azorín.

Madariaga da la impresión de no haber estado solo o de no haberle pesado nunca la soledad. Esa soledad que adora Baroja, pero que nos hace perder contacto con la realidad, que nos debilita si somos débiles o nos fortalece hasta la monstruosidad si somos fuertes.

Estoy seguro de que no ha sido nunca inoportuno Madariaga, consciente o inconscientemente, en la manera en que suele serlo el hombre « del margen », como lo son de vez en cuando los autores del 98. Si fuéramos a recoger las cosas inadecuadas que se les han escapado en su prosa (sobre todo en su prosa autobiográfica) a esos viejos y venerables autores, se podría hacer una antología de despropósitos muy divertida, que no sería precisamente una falta de respeto para ninguno de ellos, pero sí el ejemplo de las consecuencias de la insociabilidad a lo Azorín, a lo Unamuno y sobre todo a lo Baroja. En la página 72 del tomo de sus memorias titulado *El escritor según él y según los críticos* cae Baroja en uno de esos deslices, que tiene la gracia del descuido y que es una de esas bromas que juega el azar a veces a los escritores distraídos o víctimas de un pasajero *desenfoque* de la realidad. Dice aludiendo al erotismo y a su propio parecido físico con los faunos (del cual le acusa un amigo) : « Puede que en mis ideas haya sido un poco fauno, pero lo que es en la vida no lo he sido. Nunca me he aprovechado de mi fuerza o de tener superioridad en un momento para algo. He dejado siempre la vez a la mujer y al niño. No me ha gustado aprovecharme ni aun del animal ». Unamuno en *Paz en la guerra* tiene deslices más humorísticos.

Todos los escritores tenemos descuidos que el diablo aprovecha para mostrarnos bajo una luz desfavorable o para hacer sonreír al lector a nuestra costa. En la obra entera de Madariaga sería difícil hallar nada parecido. Es aventurero a lo vasco, pero prudente a lo gallego. Difícil será atraparlo en un fallo.

A través de su poesía se nos muestra en una tensión igual, sostenida, firme. A veces ofrece poemas como éste que cierra su romancero y que se aproxima a toda perfección posible en la expresión del mundo espiritual, intelectual, afectivo y sensual :

« Cayó la luna en el mar
y se quebró en mil pedazos.
Cayó el amor en el hombre
y se quebró en desengaños.
Cayó el hombre en la Natura
y se quebró en deseos vanos.
Cayó lo Eterno en la Edad
y se quebró en miles de años.
Cayó Dios y se hizo trizas :
son los hombres, mis hermanos. »

Otros aspectos no menos sugestivos tiene la obra de Madariaga sin salir del ámbito estrictamente literario, por ejemplo la novela de imaginación libre — es decir sin fondo histórico ni pie forzado —, el teatro y el teatro radiofónico. Cada uno de esos géneros exigiría un estudio especial.

El teatro con sus estrechas normas representa siempre una dificultad para los autores no profesionales, es decir no dedicados enteramente al dominio de las coerciones y las dificultades de la escena. Pero Madariaga ha mostrado una facilidad natural en *Campos Elíseos*, *El Toisón de Oro*, *Carmen*, *Don Carlos*, *El Cid* y *Don Juan y la Donjuanía*, este último un modelo de humor erudito e histórico.

La obra teatral de Madariaga no se reduce a las obras citadas, sino que tiene un repertorio de teatro radiofónico representado muchas veces con motivos conmemorativos : *Le Mystère de la Mappemonde et du Pape-Monde*. *La Toison d'Or* — adaptación de la obra antes citada —, *Les trois Caravelles* y — ésta en español — *El doce de octubre de Cervantes*.

Algunos lectores se preguntarán ¿ por qué tantas obras de exaltación histórica, de celebración conmemorativa ? Esas obras forman parte en primer lugar del mundo básico del historiador. Representan una prolongación de alguna de sus obras de exégesis histórica o la reelaboración plástica de lo que antes ha tratado de un modo reflexivo y analítico en sus biografías. Todavía representan un legítimo desahogo del sentido de evocación histórica y en último término completan la heroica tarea de Madariaga como adalid de la verdad nacio-

nal española ante el resto del mundo, especialmente ante el mundo de habla inglesa que ha tergiversado demasiado las cosas en los últimos siglos. Presenta Madariaga al público de habla inglesa una España real y limpia de calumnias y al público de habla española una España no menos real y limpia de patrioterías.

El hecho de que Madariaga haya trabajado en tres lenguas no se debe tanto a diletantismo como a ciertas leyes de creación que son naturales. La lengua en que trabaja el poeta, el novelista, el profesor, el hombre público, le es impuesta casi siempre, ya por el auditorio o la masa de lectores a quien se dirige, ya por la naturaleza misma de la obra. Para citar ejemplos concretos, tiene el autor tres obras, cada una de las cuales es sin duda intraducible a las otras dos lenguas que maneja : *La Donjuanía*, en español, exquisito juego de reinterpretación histórica. *La Mappemonde*, en francés, que tiene aproximadamente los mismos valores desde un punto de vista nacional gálico, y *Sir Bob*, novela en inglés, modelo de humor británico con toques vivaces de fantasía. En cuanto a las biografías históricas, al darse cuenta el autor de que inevitablemente tendrían que presentar al público de habla inglesa un aspecto de nuestra historia muy distinto del corriente, quiso escribirlas originalmente en inglés, para de ese modo disciplinar la tendencia nativa en Madariaga en exagerar la corrección de los errores ajenos.

No renuncio a dar aquí una de las composiciones poéticas de Madariaga más logradas, el soneto francés titulado *Dédicace à Vénus*, que se ha publicado y difundido por la radiodifusión francesa. Dice así :

« *Astre svelte, O Vénus, dont le regard*
(limpide
Fait vibrer l'horizon d'un argent éthéré,
J'apporte mon offrande á ton autel sacré,
Par l'âge et la douleur redevenu candide.
Car je veux que tu sois désormais mon seul
(guide,
Esprit d'affection, d'amour et d'unité
Sans qui Mercure même est désorienté
Apollon est opaque et Dionyse vide.
Et j'élève en cette heure oú commence le soir
O, Vénus, astre svelte, un limpide miroir
Vers la sérénité de ton âme profonde,
Pour que ton beau visage, en ce reste de jour
Penché sur l'être humain, de l'ineffable
(amour
L'enveloppe et l'éclaire, et l'attire et l'inonde.

En todo hombre de letras de una larga dedicación, cualquiera que sea el género que cultive, hay un poeta potencial que en Madariaga es un poeta presente y actuante. Bastaría la rara perfección formal de su obra poética en español para llamar a Madariaga poeta. Pero hay en él además una expresión directa, profunda, natural y un aura prudentísima del mundo sensual galaico — especioso y lento y moroso — que parece entrar en Castilla y cristalizar aquí y allá entre Gredos y el Guadarrama con las formas más puras.

¿ No es curioso que sea un poeta el que más actividad desarrolla hoy en la tarea ingente de unir a Europa ? Pero en el fondo de toda gran empresa política ¿ no hay un problema de síntesis inefable, también ? Salió Europa de las aguas cabalgando desnuda los lomos de Jupiter que había tomado la forma de un toro blanco. Si era un toro, debía ser español, porque los toros que aparecen en la alta edad mitológica griega eran españoles, incluído el que Gerión envió al rey Minos con las escandalosas consecuencias que todos sabemos. El milagro de la unión europea será hecho. Que lo haga un poeta español es milagroso. Tan milagroso como que lo haga el diablo. Pero los milagros los hacen la perseverencia, el talento, la imaginación y sobre todo el amor. En este caso es el amor de Madariaga por una España y una Europa que merecen mejor suerte. Tal vez un día próximo volverá a encontrarse a sí misma nuestra patria *en el debate del mundo*, como decía Shakespeare. Lo que hagamos todos, cada cual dentro de la modestia o la grandeza de sus medios, será un trabajo noble en la dirección de una España y un mundo mejores.

RAMON SENDER

El escritor trilingüe

POR SALVADOR DE MADARIAGA

CINCUENTA Y SEIS años de vida bilingüe y... cerca de cincuenta de vida trilingüe tienen que terminar por moldear el espíritu de fuera adentro. Al fin y al cabo, el espíritu moldea las lenguas de dentro afuera y lo probable es que el proceso sea reversible. Todavía recuerdo un par de impresiones de mi niñez al primer contacto con la lengua francesa : ¿ cómo era posible que *écrivains* significara *escritores* y no *escribanos* ? y ¿ cómo se las arreglaban los franceses para pronunciar palabras con más de un acento ; como *périmètre* ? Las traigo a cuento porque ponen de relieve (descontada la ingenuidad infantil) el *provincialismo* inevitable del monolingüe, y por contraste la emancipación del vocablo que ya el mero bilingüe logra. Para el monolingüe, el objeto se identifica con el vocablo que lo representa. Para el bilingüe ya es posible la liberación del objeto que puede representarse a la mente desnudo de toda vestidura verbal.

Mi primera lengua extranjera fué el francés, cuyo vocabulario se parece tanto al nuestro, que logré asimilarla sin dificultad. No sé si me dí cuenta ya entonces de la rigidez de su construcción, que tanto contrasta con nuestro libre y espontáneo castellano ; pero todavía recuerdo el camino que iba recorriendo hasta penetrar en su ritmo desde los pareados clásicos que asimilé inmediatamente, pasando por los versos de La Fontaine, cuya música tardé en oír lo menos un año. Poco después me deleitaba con los ritmos (entonces modernos) de Henry de Régnier, y los libros de Verlaine, que iban de mano a mano, extramuros de la enseñanza oficial ; por debajo de las mesas donde reposaban Corneille y Racine.

Mis primeros versos en francés se escribieron con tiza sobre los encerados de los « estudios » del Collège Chaptal. Eran improvisaciones, borradas apenas escritas. Sólo me queda un verso en la cabeza que se niega al olvido :

Enlacés comme un X deux amoureux passaient.

A veces nos entreteníamos en escribir parodias, como esta de Víctor Hugo que publiqué más tarde en *Quatre Espagnols à Londres* :

... et la voix d'outre-tombe,
Glaciale m'a dit : « Puisque tu sais, tu crois ».

Car croire, c'est savoir. La foi, c'est la science.
Car l'homme vit en Dieu, Dieu dans sa conscience.
Car la raison a ce flambeau : le sentiment.
Car l'âme est un vaisseau, le cœur est sa boussole.
Car nous allons vers Dieu comme l'aiguille au pôle,
Comme va la maîtresse aux bras de son amant.

Ame. Enigme éternelle et sublime. Mot sombre.
Haut sommet de lumière et précipice d'ombre.
Impénétrable tout, issu du clair néant,
Est-ce que tu serais le Dieu que l'homme admire
Ou le profond miroir où Jéhovah se mire
Comme l'immense ciel dans l'immense Océan ?

Es-tu l'éclair fuyant d'une étoile éternelle ?
Es-tu de l'infini une infime parcelle

Comme le grain de sable au cœur des grands déserts,
Es-tu de l'au-delà l'émissaire qui passe,
Ou l'éclatant sillon que laisse dans l'espace
Le redoutable bras de Dieu, fendant les airs ?...

Pero ya este libro, y su versión española (Arceval y los Ingleses) datan de la época trilingüe ; porque en mis años de Escuela Politécnica y de Escuela Superior de Minas frecuentaba un grupo de jóvenes artistas ingleses y yanquis, y aun viviendo en París, hablaba más inglés que francés. De esta manera llegué pronto a manejar indistintamente las tres lenguas, a escribir prosa y verso en las tres y a hablar en público en las tres sin necesidad de texto escrito.

¿ En qué lengua piensa el trilingüe ? En sus orígenes, cuando el pensamiento es todavía nebulosa de ensueño, no piensa en lengua alguna. Cuando el pensamiento comienza a tomar forma, escoge la lengua en que se va a expresar, aun en el silencio de la meditación. Quizá no la escoja libremente. Se dan circunstancias : la lengua en que se estaba « viviendo » antes ; la lengua inherente al asunto. Por ejemplo, si está uno pensando en una conferencia prometida en París, « saldrá » la meditación en francés ; si ha estado uno hablando inglés toda la mañana, habrá cierta tendencia a meditar en inglés. Personalmente tengo esta experiencia : cuando, funcionario de la Sociedad de Naciones, estaba dictando a una taquimeca en inglés y me interrumpían en español, era casi seguro que al terminar la interrupción, siguiera dictando en francés. Parece pues que, al menos entonces, era el francés mi lengua de reposo por decirlo así ; pero pudieran darse otras dos causas circunstanciales : que la taquimeca (aunque también trilingüe) era francesa ; y que el ambiente general era francés.

En mi experiencia, hay dos funciones verbales que se hacen siempre en la lengua materna ; las cuentas (sumar, restar, multiplicar y dividir) y lo que llamamos en España las *palabrotas*. Dicho sea de pasada este aumentativo de palabra toma esa forma y no otra por atracción de la idea de *brotar*, porque salen a borbotones de la boca del colérico. Y también de pasada diré que las palabrotas españolas difieren de las extranjeras como la moneda oro de la moneda papel. La espontaneidad de la palabrota exige la lengua natal ; y en caso de duda sobre cuál es la lengua natal de un polilingüe, basta con hacerle que monte en cólera y oirle despotricar.

La lengua en que se está pensando parece siempre la más rica. Cuántas veces me ha ocurrido pensar que tal o cual de mis tres lenguas carecía de tal o cual vocablo ; siendo así que el tal vocablo existía, pero no se me ocurría por estar inmerso al momento en otra lengua. Por eso creo que cuanto mejor se conoce una lengua, más difícil es traducirla improvisando, porque se entra más adentro en el texto y es más difícil salirse de él.

Llega un momento en que el conocimiento de una lengua pasa a ser convivencia en el cual la asimilación es casi completa. (No creo que llegue nunca a ser completa, sino únicamente en el caso de las lenguas natales o aprendidas en la más tierna infancia). Quiere esto decir que el ritmo del lenguaje forma ya parte del ritmo del ser. Entonces se escribe prosa o verso de un modo espontáneo y natural y no al modo de un traductor (por bueno que sea). ¿ En qué lengua ? Volvamos a lo que antes dije sobre la lengua en que se piensa. Hay obras cuya lengua cabe escoger ; otras que imponen su lengua. En el primer caso, mandarán razones circunstanciales, utilitarias o no. Por ejemplo, la lengua original de *Ingleses*, *Franceses* y *Españoles* fué el inglés en su primera parte, el francés en dos capítulos de la segunda y el español para el resto, por razones utilitarias. En mis libros históricos, escogí el inglés por creer que así me disciplinaría mejor y haría más objetiva mi obra. Pero en cambio tengo tres obras que no sólo impusieron su lengua sino que me parecen intraducibles : *Sir Bob* sólo puede expresarse en inglés ; *Le Mystère de la Mappemonde et du Papemonde*, sólo en francés ; la *Donjuana*, sólo en español.

Dicho se está que en una vida trilingüe hay que estar constantemente traduciéndose. La traducción para el autor es más fácil porque puede hacer de *traduttore traditore* sin que nadie se lo eche en cara. Hay cosas que « no van » en la otra lengua. Pueden abandonarse o sustituirse por equivalencias. Cuando el traducido es otro, la traición no

se permite. Ya hace muchos años me dediqué a traducir al español ciertos poetas ingleses. Sonetos de Shakespeare, una Oda de Shelley, el armonioso Lycidas de Milton, un soneto de Wordsworth, cosas de Byron, Burns y otros, entre ellos un maravilloso poema anónimo del siglo XVI. En época más reciente, he traducido el *Hámlet* de Shakespeare, obra de gran dificultad, no tanto por sus momentos cumbres donde el español siempre rinde, sino por la fuerte tendencia al retruécano que distingue a Shakespeare. Los hace a veces en series, casi en cascadas. Doy como ejemplo este que logré trasladar al español en toda su exuberancia :

OFELIA

De algún tiempo a esta parte,
Hámlet, señor, me viene dando prendas
De afecto.

POLONIO

— ¡ Afecto ! ¡ Vaya ! ¡ Qué mozuela !
Pues sí que eres tú niña de la escuela
Bisoña en un suceso
Tan peligroso. ¿ Y crees tú en sus... prendas
Como las llamas ?

OFELIA

— Yo, señor, confieso
Que no sé qué pensar.

POLONIO

— Pues con que atiendas,
Yo te lo he de decir, para que aprendas.
Tente por criatura sin cautela
Si por oro de ley aceptas prendas
Que no lo son. Aprende a tomar prendas,
Y (para no trocar tan mal retruécano)
No te prendes por prendas.

En el año 1947, a petición de la BBC hice para su Tercer Programa una traducción en verso blanco inglés de la *Numancia* de Cervantes. A petición de mi amigo el compositor Henry Barraud, escribí en verso francés un libreto sobre *Numancia* para su ópera que tan buen éxito ha tenido en la Opera de París. Pero en este caso, como ya había condensado bastante la *Numancia* cervantina al traducirla al inglés, tomé por base mi texto inglés. Nuestro Cervantes, sin duda por su sensibilidad y fondo espiritual el mayor poeta de España, no manejaba bien el verso y tenía que rellenar a veces para lograr la rima. (Hoy hubiera logrado mucho mejor éxito como poeta a causa de la mayor libertad formal de nuestros días.) Esta circunstancia me permitió condensar al traducir.

Más cercano en su cuerpo al español, la lengua francesa le es más lejana en su espíritu. Y lo contrario cabe decir del inglés. Así se echa de ver cuando se intenta traducir a una u otra lengua lo que el español tiene de más genuino que es la poesía popular. Las coplas de nuestro pueblo, en que hay maravillas dignas de los mayores poetas del mundo, « van mejor » en inglés que en francés. Sólo recuerdo una excepción. Traduciendo al francés mi *Carmen* luchaba por encontrar una versión aceptable de este joyel de nuestra poesía popular :

A mí se me da mu' poco
Qu'un pájaro'n l'alamea
Se pase d'un árbo' a otro.

y no me salía. Sin pensar en ello, me brotó esta transfiguración :

Le dernier de mes soucis :
Qu'un oiseau de-ci de-là
S'envole de-là de-ci.

SALVADOR DE MADARIAGA

Pedro Salinas y los valores humanos de la literatura hispánica

POR JUAN MARICHAL

En su libro sobre la poesía de Rubén Darío mantenía Pedro Salinas, siguiendo corrientes literarias muy representativas de nuestro siglo, que en un gran poeta existía siempre un « tema vital », una « preocupación obsesiva », que daba unidad a sus diversas creaciones. Esta teoría, reveladora además de la propia conciencia unitaria del poeta español, se puede aplicar a sus escritos en prosa, y particularmente a los ensayos dedicados a la literatura de lengua castellana. De la lectura de éstos se desprende visiblemente el afán motivador de la interpretación literaria de Pedro Salinas : el de hacer resaltar los valores humanos de autores y obras de lengua castellana. Por « valores humanos » —expresión que Salinas empleaba frecuentemente en sus cursos universitarios— entendía el ensayista español tanto las visiones singulares del hombre propias de los grandes escritores hispánicos como su pertinencia actual para la vida del lector. « Lo que debemos a Don Quijote » y « Don Quijote en presente » son títulos simbólicos del propósito evaluador y de la orientación actualizadora que informan constantemente la tarea crítica de Salinas. Funciones inseparables que llevan al escritor español, para poder estimar adecuadamente su patrimonio literario y para saber enlazarlo con las necesidades vitales contemporáneas, a trascender los límites de su cultura nacional y a absorber el espíritu de nuestro tiempo. « La literatura de España y de la América de lengua castellana está por descubrir y sólo la descubrirán críticos universalizados », hubiera podido decir Salinas, parafraseando el famoso grito unamunesco.

Descubrimiento para las demás naciones, y también para el mundo hispánico : porque el método propuesto y practicado por Salinas beneficiaría, ante todo, a los lectores de lengua castellana al facilitarles la vivencia genérica humana de su herencia literaria. El crítico hispánico tenía que dominar, en sí mismo y en su presentación de obras y autores de lengua castellana, el « monstruoso Narciso » de la pasión nacional, « que sólo se afana en buscar espejos en que adorarse, y echa mano de la literatura, porque todos le parecen pocos. » En contraste con la ignorancia de las letras hispánicas, manifiesta en tantos textos escolares y trabajos eruditos de otros países, el crítico de lengua castellana debía evitar el orgullo nacionalista, sobre todo al intentar la defensa de su literatura. La única acción defensiva eficaz es, según Salinas, la de hacer accesibles las obras maestras de la lengua castellana al público universal. De ahí que Salinas se esforzara apasionadamente en « defender » la literatura hispánica mediante la auténtica divulgación de sus

perennes valores humanos, — esa operación divulgadora que, como decía acertadamente Matthew Arnold, caracteriza al gran humanista.

El afán divulgador de Salinas estaba además sustentado en su íntima necesidad de compartir con el prójimo su entusiasmo vital y su capacidad de admirar. El poeta español, al hablar de la literatura de España y de la América de lengua castellana, tenía que « segregar esa fuerza de generosidad vital que es la admiración » (como él decía al referirse a Fray Luis de Granada). El contacto repetido con las obras literarias no había producido en él ese efecto embotador de la sensibilidad que amenaza a cualquier tarea habitual. Muy al contrario, porque en Salinas, la habituación es una fuente de decantaciones esenciales y de depuración trascendente : en él se mantenía vivo el joven impulso cognoscitivo y la avidez primera. La lectura y el comentario docente era, para Salinas, la obligada y fecunda vía del acceso universal a la literatura de lengua castellana, puesto que día a día las obras estudiadas iban entregando sus secretos vitales, en justa retribución a la renovada entrega del poeta. Esta actitud de Salinas ante la literatura no es, claro está, una consecuencia puramente volitiva de su teoría crítica, puesto que en ella se expresaba su temperamento personal, su continuo « pasmo » (para emplear un término suyo) ante la « maravilla del mundo ». Por eso, Salinas habría podido decir que no hay crítica literaria fundada en el « desengaño » : los críticos tristes, como los eruditos cerrados a los aires de fuera, no pueden nunca apresar la significación universal, el sentido vital, de una creación humana. Pero, al mismo tiempo, Salinas predicaba el ejercicio intelectual de la castellana « voluntad placentera », en el crítico de la literatura como en cualquier persona : el goce de la plenitud de la vida está también en nuestras manos, es integrante necesario de toda completa educación del hombre. Y, volviendo a la función imprescindible de la costumbre, Salinas apuntaba al crítico literario y más aún al profesor de literatura su deber pedagógico : acostumbrar a admirar, a gozar, realzando siempre lo más universal de una obra literaria.

Porque, en efecto, para Salinas la explicación admirativa ha de elevarse siempre, para serlo realmente, al más alto nivel, a la cima del espíritu humano : la lectura de un texto literario debe situarse siempre en « la línea de elevación del alto trascendente ». Trascendencia de la obra literaria hispánica que, en este caso, equivale también a acceso, a comunicabilidad.

« Y la literatura, si ha de ser algo grande, tiene que ser... un trabajo de integración », escribía Unamuno en una carta a principios del siglo. En la misma epístola justificaba su concepto de la literatura al declarar que ésta « no es una especialidad », respaldándose en el ejemplo de Goethe, « atento a todo, abierto a todas las grandes corrientes del pensamiento humano ». Aunque estas palabras de Unamuno pertenecían al documento privado mencionado, — y no podían por lo tanto ser conocidas del joven Salinas —, condensaban las innovadoras ideas literarias de sus numerosos ensayos y marcaban la transformación contemporánea de la literatura española. La crítica literaria de Unamuno, ejercida además en la prensa diaria, era un consistente ejercicio de proyeccion actual y análisis universalizador. Ahí encontraba, pues, el joven escritor madrileño la nueva norma de accesibilidad, que él buscaba, para la interpretación de las letras de lengua castellana. En otro escritor de la generación del 98, en Azorín, había también una manifiesta voluntad de trasmisión de la literatura hispánica, visible en su serena prosa mediadora y sobre todo en su identificación emocional (el « sinfronismo » de que hablaba Ortega en su ensayo sobre *Un Pueblecito*) con los autores pretéritos : las *puissances de sympathie*, que caracterizan al crítico creador, según Albert Thibaudet, se daban plenamente en Azorín, aplicadas por él a la casi totalidad de los autores españoles de valor universal.

¿ No sentía acaso Azorín, como Vladimir Korolenko (1853-1921), que su auténtica patria era, más que su país, su literatura nacional ? En Salinas se daba igualmente esta conciencia patrimonial de la literatura, este sentimiento de arraigo espiritual en un solar literario, en un *más allá* de la lengua castellana. Hablando en 1943, en una emisión radiofónica conme-

morativa del milenario de Castilla, decía Salinas : Soy desterrado voluntario, mientras España no escape de la afrenta impuesta sobre su cuerpo y su alma y recobre su dignidad ; pero si por ese motivo no hablo desde mi tierra, siento que estoy hablando en mi nación, en la vasta nación de la fabla española, en este suelo sin pesadumbre que a todos nos sostiene las almas : el suelo del idioma castellano. Conciencia y sentimiento que no se oponían a su afán universalizador, sino que lo reforzaban : los valores humanos de la literatura de lengua castellana quedaban así desvinculados del orgullo nacionalista y del localismo histórico. Salinas iba además a incorporarse al conjunto de discípulos de Don Ramón Menéndez Pidal — el gran universitario de la generación del 98 — que aspiraban a estudiar la literatura española con métodos modernos, con técnica especializada, y a difundir su conocimiento mediante trabajos y publicaciones de carácter científico. La historia literaria era, para ellos, una « especialidad », sin duda alguna, mas Salinas sabía que el adoptar una disciplina rigurosa de fidelidad textual y de exactitud histórica no estaba necesariamente en contradicción con el impulso ampliador y vitalizador de Unamuno, ni con la viva evocación de la sensibilidad azorinesca. Las ventajas de las nuevas técnicas de interpretación, para la difusión universal de la literatura de lengua castellana, se evidenciaban en el nuevo interés de los universitarios transpirenaicos por las obras hispánicas. Para Salinas el camino de la crítica literaria estaba, por lo tanto, lógicamente ligado a la docencia universitaria, puesto que sólo en esa vía y en ese terreno podía llegarse a una organización, con sentido y alcance universal, de la literatura hispánica. Sin embargo, gracias a su amistad con jóvenes poetas y con críticos como Ricardo Baeza (1890-1956) — en cuya tertulia, « en una pensión de la casa árabe de la calle de Campomanes », según recuerda Gómez de la Serna, conoció Pedro Salinas a muchos literatos de su generación —, o Enrique Díez Canedo (1879-1944), Salinas adquirió una experiencia indispensable para la interpretación de la literatura : la vivencia espontánea de las obras literarias del día, o del pasado, la manifestación apasionada y autónoma del gusto personal, e incluso las preferencias arbitrarias de los últimos esnobs. Es verdad que Salinas aspiraba entonces — como lo muestran sus versos de 1913 en la revista de Gómez de la Serna, *Prometeo* —, a ser exclusivamente poeta, pero conviene tener presente esta fase de su formación intelectual y de su aprendizaje literario. La rehabilitación de la crítica literaria, que pedía Salinas en sus conferencias antillanas del año 1948, sólo podía realizarse en el ámbito de la universidad, mediante la lectura de los clásicos : para el poeta español eran, pues, vanas todas las lamentaciones hispánicas sobre la ausencia o la superficialidad de la crítica literaria, e inútiles los esfuerzos de hacerla surgir por medio de revistas más o menos agresivas. Sólo hay una solución al problema, muy clara y asequible : la renovación y el afianzamiento de la enseñanza universitaria de la literatura. Por eso, Salinas aspiró siempre a elaborar un nuevo tipo de crítica que combinara la precisión informativa y el rigor universitario de Menéndez Pidal y de su escuela filológica con la proyección trascendente de Unamuno y con la sensibilidad recreadora de Azorín. Al mismo tiempo la frecuentación de grupos de escritores como el de Baeza, o el de Díez Canedo, y más tarde el de Juan Ramón Jiménez, contrapesó en Salinas la tendencia natural de los universitarios a enfocar retrospectivamente la literatura, y le ayudó a mantenerse en la actitud normal del escritor creador : la de juzgar las obras pretéritas, por clásicas que sean, en función de sus propias intenciones creadoras y de las necesidades espirituales del hombre actual. Debe recordarse, por otra parte, que en la España del siglo XX, — por lo menos entre 1900 y 1936 — se ha dado una originalísima síntesis de pensamiento universitario y literatura viva. De ahí que grandes maestros como Menéndez Pidal y Américo Castro acogieran siempre cordialmente a los nuevos escritores y a las nuevas tendencias literarias. Precisamente la carrera universitaria de Pedro Salinas se inició en 1914, al ser enviado como lector de español a la Sorbona parisina por los maestros citados, que dirigieron « el movimiento de expansión de la cultura espa-

ñola en el extranjero » (según lo calificaba Angel del Río). La estancia en París, entre 1914 y 1917, reafirmó en Salinas su afinidad por la crítica literaria francesa y acentuó su voluntad de encontrar formas y métodos de accesibilidad para la literatura de lengua castellana (1). Francia ofrecía al joven escritor el ejemplo permanente de su capacidad de transmision y de selección de los valores humanos de sus grandes obras literarias, y Salinas no dejaría ya nunca de tener siempre presente como un modelo expositivo y como un ideal de difusión esas virtudes, — que a veces se tornan pecados de estrecho nacionalismo —, de la cultura hermana. Quizá se puede imaginar al joven Salinas diciéndose a sí mismo : « ¡ Hay que rescatar al *hombre* de entre las manos monopolizadoras de los franceses ! » Pero, Salinas no ocultaba su sincero entusiasmo por la literatura francesa, ni sentía que este simbólico « afrancesamiento » podía menoscabar su inescapable condición de español. Como Ortega y Gasset pensaba probablemente Salinas que el único medio de evitar los efectos seculares del complejo español de inferioridad respecto a Francia, era gozar plenamente de la literatura francesa. Es más, Salinas, en contraste con la progresiva germanización estilística de muchos intelectuales españoles (pero no de Ortega), no fué atraído por Alemania, aunque respetó y utilizó las grandes obras de su filología y de su historiografía literaria. En Francia, Salinas encontró además a un grupo de jóvenes hispanistas que eran también escritores incipientes, — en particular Jean Cassou y Mathilde Pomés —, y que por su pertenencia a un mundo propiamente literario le permitieron equilibrar el posible peso en su formación crítica de los maestros universitarios franceses, cerrados entonces excesivamente a lo contemporáneo. Al mismo tiempo, Salinas trabajaba en su tesis doctoral sobre los ilustradores del Quijote, — inspirada quizá por el profesor de Madrid, Eduardo Ovejero —, reveladora de su gusto por las artes plásticas. Su afición a la pintura respondía sobre todo a su espontáneo deseo de ampliar y de enriquecer su capacidad receptiva de cultura y experiencia vital. « El hombre se aproxima más a su totalidad », según decía en el estudio dedicado a Darío, cuando logra *trasvivirse* en las creaciones del arte y de la literatura. Por eso Salinas concebía la crítica literaria como una operación multiplicadora de nuestras vidas, que el escritor comentador sólo puede realizar si posee él mismo una sensibilidad resonadora. No se trata, por lo tanto, de combinar métodos instrumentales de orden diverso, sino más bien de vivir unitaria y totalmente la obra estudiada. *Il faut s'assimiler une œuvre pour la bien exprimer :* el principio de interpretación predicado por Baudelaire es también el de Salinas, que busca siempre al hombre « entero » en la creación literaria.

Después de doctorarse en 1916 con la tesis citada, Salinas permaneció aún un año en París, preparándose para las oposiciones a una cátedra de literatura española. En 1918, al ganar las oposiciones, optó por la Universidad de Sevilla, donde profesó activamente durante ocho años. Así recordaba, en 1929, un gran poeta español, alumno universitario de Pedro Salinas, los efectos de la estancia del joven crítico en la capital andaluza : « En el año 1918 marcha Salinas a Sevilla. Con él van una inteligencia y una sensibilidad universales en la época actual, realizándose en un espíritu de la más pura estirpe castellana. Se diría Boscán llegando entonces con aquel itálico modo, pero un Boscán que fuese un Garcilaso, con toda su aristocracia de cultura, gracia y pensamiento. Y su estancia en Sevilla es decisiva para la juventud sevillana que entonces comienza » (Luis Cernuda, *Revista de Occidente*, XXV). En sus años sevillanos Salinas escribe su primer libro de poemas, *Presagios* (1923) y publica sus primeros trabajos de interpretación literaria : un artículo en torno a Feijóo (1924), con motivo de la edición de su amigo A. Millares Carlo, y un prólogo a su propia edición de Meléndez Valdés (1925). Un año más tarde, en 1926, aparece también su versión en « romance vulgar y len-

(1) En la Sorbona sucedió a Salinas el que fué su amigo entrañable y fraternal, el poeta castellano Jorge Guillén. Ellos dos, Salinas y Guillén, — en su dual condición de creadoes literarios y de interpretadores de la literatura —, representan justamenta la armoniosa y fecunda convivencia de la cátedra universitaria y la vida literaria en la España contemporánea.

guaje moderno » del *Poema de Mio Cid*. En el breve prólogo, Salinas explica su propósito : el poema cidiano tiene, por encima de todos sus valores filológicos e históricos, « un valor literario sustantivo y permanente ». Pero el lector corriente encuentra difícil la lectura del poema, a pesar de las magníficas ediciones de Menéndez Pidal, a quien dedica Salinas su versión moderna. Y por eso se atreve el poeta « a ofrecer ahora esta versión popular en español moderno y en metro romance, con el propósito de acercar esta hermosa obra poética, noble, tranquila y sonriente a un crecido número de lectores ». Sabe que el poema pierde así su autenticidad original, mas piensa « en lo que puede ir ganando, en la dilatación enorme de su campo de acción, de su posibilidad de ser leído, en la conquista, que acaso ahora pueda realizar, de gustos y sensibilidades antes inaccesibles. » Finalmente considera que su tarea habrá sido útil con tal que la « virtud humana y poética de la obra » pueda llegar a ganar para el poema « un solo corazón más ». Aquí tenemos el móvil permanente de la actividad universitaria de Salinas y de sus trabajos de historia y de crítica literaria : ganar corazones para la literatura española. Buscar los medios, los caminos de acceso a las obras para los lectores corrientes, para los « puros » lectores. Es también significativo en ese aspecto su interés por los dos autores del siglo XVIII, mencionados : Feijóo y Meléndez Valdés. Para Salinas aquel siglo español presentaba precisamente el gran ejemplo del esfuerzo mediador, del cultivo metódico de la accesibilidad. Con aquellos escritores se siente en simpatía, — a semejanza de Azorín y de los intelectuales reformadores del siglo XX, — pero, al mismo tiempo, marca la diferencia, la distancia que le separa de ellos : « el paralelismo de Feijóo con hoy es más bien paralelismo de actitud y de propósito ». Le faltó « el sello de señorío que ponen al lenguaje los grandes escritores » ; es la suya una forma útil de expresión, « pero poco alegre de su artístico ejercicio ». De Meléndez Valdés dice, en la conclusión de su estudio : « ... se nos presenta como un reformador de la poesía, movido por la idea de una misión que cumplir, antes que por la áspera y solitaria obediencia a la propia musa interna ». Estos dos juicios valorativos muestran cómo en Salinas la historia literaria es también un ejercicio de crítica estética, de estimativa jerárquica. Sin embargo, Salinas insistía repetidamente en la necesidad de presentar el cuadro completo, con grandes y menores obras, de una literatura. Como ejemplo ilustrativo de esta actitud mencionemos la indignación de Salinas cuando dos jóvenes hispanistas, — encargados de redactar para una enciclopedia unos cien artículos sobre autores hispánicos — le pidieron su parecer respecto a la lista provisional : « ¡ Se han olvidado ustedes de Campoamor ! » Y es que para Salinas el primer deber del historiador de las letras hispánicas ha de ser la fidelidad a su totalidad, a su historia entera. ¿ Cómo puede esta actitud concordar, podría preguntarse, con su afán por trascender las fronteras de la cultura de lengua castellana ? Recordemos que en *Literatura española siglo XX*, Salinas comenta burlonamente algún notable verso, por su carencia de poesía, del buen don Ramón ; pero en sus cursos universitarios Salinas indicaba como *hasta en* Campoamor se perciben las corrientes universales de una época, de su mundo histórico : por ejemplo, el acercamiento de prosa y poesía. Es decir, que para Salinas la función del profesor universitario, del crítico literario universitario, es, a la vez, la de recoger una herencia y la de depurarla, la de establecer los orígenes de un movimiento literario y la de juzgarlo en vistas al futuro, en el plano universal de su « valor sustantivo y permanente ».

Como en los países de lengua castellana es tan necesaria la conciencia de una continuidad histórica, Salinas da importancia esencial a la trasmisión global de nuestras literaturas. Hablando del lenguaje ante los catedráticos y estudiantes de la Universidad de Puerto Rico, decía Salinas en 1944 : « Deber de todo grupo histórico, de toda generación es la trasmisión enriquecida de su herencia. » Esta « santa misión trasmisora » expresa su voluntad de universalización, su constante esfuerzo por tender puentes hacia el pasado y el presente de la literatura de lengua castellana.

La preocupación permanente de Salinas

por fomentar la accesibilidad de la literatura de lengua castellana se revela asimismo en actividades y proyectos de un nuevo género de extensión universitaria. En primer lugar, su plan de edición triple de los clásicos de España, que contó primero con el aliento y el amparo de Menéndez Pidal, y que fué hecho ley más tarde (1936) por el gobierno español, gracias a las gestiones de Américo Castro. La guerra civil española impidió que se llevara a cabo la gran empresa de publicación de los autores españoles, en tres clases de ediciones : la primera destinada sobre todo a los especialistas, es de carácter crítico, con gran aparato de notas y variantes, mientras la segunda y la tercera, conservando el mismo texto, se dirigen al estudiante y al lector general. Años más tarde, hacia 1939, Salinas pedía a algunos escritores y eruditos españoles — residentes fuera de España — que combinaran sus esfuerzos para hacer una edicion manejable y asequible del *Quijote* : la casa editorial « Séneca » de México, dirigida por José Bergamín, acogió el proyecto de Salinas, pero no lo realizó completamente. Antes de 1936, Salinas pudo, sin embargo, realizar otro de sus proyectos : el de publicar una revista informativa, para los hispanistas transpirenaicos y ultramarinos, que recogiera las novedades de la literatura actual. *Indice literario*, publicado entre 1932 y 1936, fué así un órgano de enlace universitario y en los trabajos de crítica de Salinas aparecidos allí (coleccionados muchos en *Literatura española siglo XX*) se manifestó visiblemente su propósito de facilitar el acceso de las nuevas obras, dejando de lado otros aspectos ; de ahí que Salinas declarara que sólo los consideraba como trabajos iniciales e impersonales, dado además que la revista era publicada por el Centro de Estudios Históricos madrileño. Y efectivamente, en el estilo mismo de esos trabajos se observa la voluntad de Salinas por expresarse en forma que podría denominarse « neoclásica », ya que tiende sobre todo a la comunicación precisa de las características más generales y más « objetivas » de las obras literarias examinadas. Por otra parte, aun después de 1936 — cuando el estilo de Salinas en la crítica literaria adquiere un nuevo carácter — persisten en sus ensayos las mismas normas de expresión asequible, de orientación difusiva.

Antes de 1936 Salinas concebía, pues, su función crítica como una *critique de soutien*, para emplear el término de Thibaudet, recordado acertadamente a propósito del poeta español por su amigo y compañero Guillermo de Torre. Sus ensayos se refieren casi todos « a amigos queridos, a compañeros de obra », según declaraba Salinas en el prefacio a *Literatura española siglo XX*. Misión de apoyo a la literatura coetánea, que Salinas considera también suya después de 1936, como se puede ver en las adiciones al libro citado. Mas, al salir de España en 1936, Salinas se alejaba geográficamente del mundo literario de lengua castellana, y extendía su *critique de soutien* al conjunto de la literatura hispánica. Por otra parte, entre 1936 y 1951, o sea entre los cuarenta y cinco y los sesenta años de Pedro Salinas, su generación literaria española está en el *poder* (empleando la terminología de Ortega), y no necesita ya la tarea de iluminación y difusión defensivas de los años anteriores. En esos quince años de residencia fuera de España, — aunque no siempre fuera del « solar de la lengua » — Salinas siente más y más su compañerismo « de obra » con todos los grandes escritores españoles y latinoamericanos : a ellos dedica sus esfuerzos críticos, su trabajo de interpretación. Indudablemente, la gran obra crítica de Salinas se elabora en esos quince años (1936-1951), cuando el poeta se concentra en su trabajo personal y en sus cursos universitarios. Como en el caso de otras figuras españolas, el aislamiento del destierro y el abandono forzoso de sus actividades diversas, — las administrativas del Centro de Estudios Históricos, donde era director de la sección de literatura contemporánea, y de la Universidad Internacional de Santander, en la cual desempeñaba el puesto de secretario general — le llevan a crear su propia obra, a madurar serenamente sus ideas críticas y sus métodos de interpretación. A esos años corresponden las dos grandes obras de Salinas, en el campo de la crítica literaria : sus estudios de Jorge Manrique y de Rubén Darío. Con ellos Salinas se sitúa en el primer plano, en el alto nivel de la gran

crítica literaria de todos los tiempos y se convierte en el equivalente hispánico, según apuntaba el escritor uruguayo Emir Rodríguez Monegal, de T. S. Eliot. Aunque ha de tenerse muy presente que la obra crítica de Salinas no está sola en esos años : el magistral libro sobre Neruda de Amado Alonso, los nuevos trabajos de Dámaso Alonso, los estudios de María Rosa Lida, las grandes obras de Alfonso Reyes, la magna creación historiográfica de Américo Castro, testimonian todos que en nuestra época, en esos quince años y en los siguientes, la crítica y la historiografía literarias de lengua castellana han dado sus mejores frutos, la más rica cosecha de toda su historia. No ha de considerarse, ahora, el sistema conceptual de Salinas en los dos libros mencionados, ya que merece por sí solo una detenida exposición, intentada en cierta medida por el joven hispanista alemán Horst Baader en su tesis doctoral sobre Salinas. Un grave error biográfico aparece en esa tesis : Baader no indica que el destierro de Salinas era de esencial carácter político, aunque el poeta no hubiera pertenecido nunca a partidos políticos. Entre otros aspectos, habría que considerar la elaboración del pensamiento crítico de Salinas y de su estilo en relación con su contacto con la crítica de lengua inglesa : desde 1936, —año de su traslado a los Estados Unidos de Norteamérica—, Salinas se interesa por la nueva crítica norteamericana e inglesa, aunque disiente de lo que él llamaba la « técnica ingenieril » aplicada a la literatura. No se siente inclinado a compartir totalmente la progresiva afición de algunos críticos norteamericanos a las nuevas sociologías, pero le interesa sumamente la aplicación del psicoanálisis a la literatura, realizada por Charles Baudoin y Gaston Bachelard. Salinas aprecia, sobre todo los esfuerzos de síntesis totalista de la crítica de lengua inglesa, en particular los trabajos de interpretación de la poesía. Su estancia en los Estadcs Unidos fué así particularmente favorable para la creación de sus obras de interpretación literaria. El contacto con los estudiantes norteamericanos resultaba para Salinas un perenne *challenge*, en el sentido de Toynbee, para presentar los aspectos más universales y el sentido humano general de las obras literarias hispánicas. En Wellesley College (1936-1940), en la Universidad de Johns Hopkins (1940-1951), en Bryn Mawr College, en la Escuela Española de Verano de Middlebury College (donde profesó unos diez veranos), Salinas trató siempre de despertar en el estudiante, en el lector norteamericano, el sentimiento de la universalidad, de la pertinencia vital de la gran literatura hispánica. Hay que decirlo aunque la designación no le hubiera gustado : Salinas era uno de los máximos *pedagogos* de la enseñanza universitaria de la literatura en nuestro siglo. En Middlebury, por ejemplo, se observaba la gran capacidad de organización y de *presentación* de un curso de literatura que tenía Salinas : para los grupos más heterogéneos, — constituídos a veces por unas doscientas personas, entre las cuales había muy novicios hispanistas y escritores o profesores destacados de España y de América —Salinas daba clases en que todo era pertinente para todos. Porque Salinas apuntaba siempre su atención y la de sus oyentes a lo esencial, a lo sustantivo y permanente : a los valores humanos de la literatura española. Al concluir esta breve referencia a la actividad universitaria de Salinas en su destierro ha de señalarse particularmente su estancia en Puerto Rico, donde el poeta encontró de nuevo un ambiente hispánico : en los tres años (1943-1946) de su trabajo en la Universidad de Puerto Rico, Salinas escribió los dos libros citados, aparte de obras poéticas y de piezas de teatro. Fueron los años más fecundos, y más felices, de su residencia en tierras de América.

Si la función principal de la crítica literaria, en cualquier lengua, consiste en hacer sobrepasar al lector sus limitaciones particulares (de clase social o de nación o de actividad profesional) en la apreciación de una obra, puede afirmarse que Pedro Salinas cumplió ejemplarmente la misión del crítico. Porque, finalmente, Salinas aspiraba a hacer patentes los valores humanos de la literatura española por afán de integración universal : las grandes obras hispánicas podían así contribuir al nacimiento de una auténtica comunidad humana del espíritu.

JUAN MARICHAL

PEDRO SALINAS (1891-1951)

MUERTE DEL SUEÑO

Nunca se entiende un sueño
más que cuando se quiere a un ser humano,
despacio, muy despacio,
y sin mucha esperanza.

Por ti he sabido yo cómo era el rostro
de un sueño : sólo ojos.
La cara de los sueños
mirada pura es, viene derecha,
diciendo : « A ti te escojo, a ti, entre todos »
como lo dice el rayo o la fortuna.
Un sueño me eligió desde sus ojos,
que me parecerán siempre los tuyos.

Por ti supe también
cómo se peina un sueño.
Con qué cuidado parte sus cabellos
con una raya que recuerda
a la estela que traza sobre el agua
la luna primeriza del estío.
Mi mano, o una sombra de mi mano,
o acaso ni una sombra,
la memoria, tan sólo, de mi mano
jamás acarició una cabellera
tan lenta y tan profunda
como la de ese sueño que me diste.
En el pelo, en el pelo de tu sueño
fueron mis pensamientos enredándose,
entrando poco a poco. y se han perdido
tan voluntariamente en él que nunca
los quiero rescatar : su gloria es ésa.
Que estén allí, que duermas
sobre las despeinadas
memorias que mi alma te ha dejado,
entretejidas en su cabellera.

Por ti he cogido a un sueño de las manos
Por ti mi mano de mortal materia,
ha tocado los dedos
tan trémulos, tan vagos,
como sombras de chopos en el agua,
con los que un sueño roza al mundo
sin que apenas lo sienta
nadie más que la frente consagrada.
Por ti he cogido un sueño de las manos,
o de las que parecen manos, alas.
Las he tenido entre las mías,
un año y otro año y otro año,
como se tienen las de un ser que va
[a marcharse,
fingiendo que es para decirle adiós,
pero con tal ternura al estrecharlas,
que renuncia a su fuga y nuestro tacto,
de adiós se nos trasmuta en bienvenida.
Por ti aprendí el lenguaje
tan breve y misterioso de los sueños.
Cabrían en el cristal
de una gota de agua.
Está hecho de dos letras cuyos trazos
aluden con su recta y con su curva
a la humana pareja, hombre y mujer.
« Sí » dice, sólo « sí ».
Los sueños nunca dicen otra cosa.
Nos dicen « sí » o se callan en la muerte.

Por ti he sabido cómo andan los sueños.
Llevan los pies desnudos
y parecen más altos todavía.
El alma por que cruzan se nos queda
como la playa que primero halló
Venus al pisar tierra, concediéndola

las indelebles señas de su mito :
las huellas de los dioses no se borran.
Entre el vasto rumor de los tacones,
que surcan las ciudades colosales,
mi oído a veces percibe
un rumor leve como de hoja seca,
o de planta desnuda : es que te acercas,
por las celestes avenidas solas,
es que vienes a mí, desde mi sueño

He sabido por ti de qué color
es la sangre de un sueño. Yo la he visto,
cuando un día le abriste tú las venas,
escapar dulcemente, sin prisa, como el día
más hermoso de abril, que no quisiera
morirse tan temprano y se desangra,
despacio, triste, recordando
la dicha de su vida :
su aurora, su mañana, sin rescate.
Por ti he asistido, porque lo quisiste
al morirse de un sueño.
Poco a poco se muere
como agoniza el campo en el regazo
crepuscular, por orden de la altura.
Primero, lo que estaba al ras de tierra,
la hierba, la primer oscurecida ;
luego, en el árbol, las cimeras hojas,
donde la luz, temblando se resiste,
y al fin el cielo todo, lo supremo.
Los sueños siempre empiezan a morirse
por los pies que no quieren ya llevarlos.
Como el cielo de un sueño está en sus ojos
lo último que se apaga es su mirada.

Y por ti he visto lo que nunca viera :
el cadáver de un sueño.
Lo veo, día a día, al levantarme, aquí,
[en mi cara.
(Has vuelto tu mirar hacia otro rostro.)
Me lo siento en las manos,
enormes fosas llenas de tu falta.
Está yacente : tumba le es mi pecho.
Me resuena en los pasos
que van, como viviendo, hacia mi muerte.
Ya sé el secreto último :
el cadáver de un sueño es carne viva,
es un hombre de pie, que tuvo un sueño,
y alguien se lo mató. Que vive finge.
Pero ya, antes de ser su propio muerto,
está siendo el cadáver de un sueño.
Por ti sabré, quizá, cómo viviendo
se resucita aún, entre los muertos.

PEDRO SALINAS

Poema inédito, perteneciente a un libro (redactado probablemente entre 1936 y 1938) titulado *Largo lamento*, que Pedro Salinas dejó sin ordenar.

Menéndez y Pelayo leído otra vez

POR MARIANO PICON SALAS

Mas de los años que median desde su muerte en 1912 nos separan ya de la obra de Menéndez y Pelayo, y la misma robusta perfección y seguridad que vieron en ella sus contemporáneos, hace que ahora insistamos, más bien, en lo que el gran crítico y erudito dejó de ver y en la frontera estilística y emocional que nos aleja de sus juicios. Testigo de una gran renovación lingüística y estética como la del Modernismo hispánico, no se dignó mirarlo, y pasó por su tiempo en actitud un poco regañona, embelesado en los valores del pretérito, sin pupila adivinadora para los nuevos cambios históricos. Escritor de suma precocidad, había leído e investigado todo antes de cumplir los treinta años, y cuando otros escriben novelas y versos románticos o les agita y embriaga la perplejidad del mundo, este nuevo Pico de la Mirandola se sumía en las grandes tareas eruditas de la *Ciencia Española*, la *Historia de las ideas estéticas*, la *Historia de los heterodoxos*. Aunque menos de dos lustros le separan de un Unamuno o un Ganivet, su misma precocidad le retrotrae a una época anterior y parece, más bien, cabal coetáneo de hombres más viejos como Valera o Pereda. Nostálgicamente para el gran crítico y para muchos de sus gustos literarios, « cualquier tiempo pasado fué mejor ».

Cierra solemnemente el siglo XIX español, y en dicha centuria de letras menguadas, de aislamiento o resignación provincial comparada con la espléndida Edad de Oro y con la futura generación del 98, fué, sin duda, uno de los mayores prosistas. A veces parece un Macaulay español alimentado por dogmas antagónicos a los del ensayista inglés. Su retórica latina, su párrafo rotundo y pintoresco le salvan de la común chabacanería y el descoyuntamiento que sufrió la prosa española entre el neoclasicismo y el romanticismo. Su capacidad de absorción erudita, su memoria abisal, su fluencia expresiva, le calificaron tempranamente de genio y quizás lo que le faltó a su obra de escritor fué haber mirado un poco la vida con análogo desvelo al que destinó a los libros. Por muchas de sus concepciones históricas está en la línea de los románticos tradicionalistas a pesar de su aparente severidad razonadora y de sus críticas a Bonald y a Donoso Cortés. Romántica fué también su peripecia de erudición individual (los vecinos de Madrid decían que el catálogo de la Biblioteca Nacional estaba en su cabeza), erudición contraria al rigor a que sometieron después el trabajo erudito ilustres institutos españoles como el Centro de Estudios históricos. Lo que hubo de genial y, a veces, de arbitrario y voluntarioso en su crítica, se corrige dentro de las letras españolas contemporáneas con el método filológico de un Menéndez Pidal y el minucioso aporte de análisis con que volvieron a revisar textos y nombres literarios maestros como Américo Castro, Solalinde, Montesinos, Navarro Tomás, Amado y Dámaso Alonso, Salinas, Reyes, Henríquez Ureña, etc. La crítica y la historia literaria hispana en

el último tercio del siglo XIX casi está absorbida por el nombre de Menéndez y Pelayo a quien consultan, como a virrey del idioma, los eruditos de veintitantos países ; la crítica posterior a 1898 resulta, más bien, de un trabajo colectivo repartido en muchos especialistas. Pero aun abusando de su nombre, con Menéndez y Pelayo daban batallas políticas algunos escritores conservadores de América como don Miguel Antonio Caro en Colombia. Se presentaba al santanderino como inalcanzable monstruo erudito contra quien no podría prevalecer ninguna tentativa liberal en política o modernista en literatura. La gramática y el tradicionalismo que querían extraerse de él, tenían —y aún tienen— los más variados usos.

Es una nota de nacionalismo combativo y receloso lo que le guía en su vasta y muy animada exploración histórico-crítica, que a veces se trueca en cruzada antimoderna. Siendo comparable en erudición y dignidad estilística a los mayores críticos europeos del siglo XIX —a de Sanctis, Brandes o Saintsbury— parece faltarle la atmósfera de una gran literatura contemporánea o de un país en plena actividad creadora, y de allí su exaltación del pasado como contraponiéndolo a la mengua o debilidad presente. Aunque sabe gustar —cuando quiere— los valores más autónomos de la Literatura, es más la representación de España dentro de la Historia europea o lo específico del genio español lo que busca en sus estudios históricos. Pero esta visión y juicio son bastante egocéntricos y no superan —como hemos de verlo— algunos prejuicios y esquemas sectarios. A diferencia del cosmopolitismo de un Brandes, viajero y explorador por todas las literaturas europeas, que busca en ellas lo que parece faltarle a su pequeña patria danesa, el de Menéndez y Pelayo —cuando se acerca a otras áreas culturales— regresa herido del más soberbio españolismo, como si todas las naciones de Europa se hubieran puesto de acuerdo en una especie de conjura contra España para expulsarla o tenerla al margen de la civilización occidental. Fuerzas y valores históricos contra los que se apresta a combatir como don Quijote con los molinos : ciencia experimental, enciclopedismo dieciochesco, liberalismo y aun mitos más románticos e ingenuos como el de la masonería, proyectaron sobre España una especie de cordón sanitario que él denunciará ante el mundo. Y ¿ no expresa en esto Menéndez y Pelayo un tópico complejo español y quijotesco, de estar siempre vengando los agravios de España ? Había que luchar siempre —como en el mito de la virginidad con que Ganivet comienza su *Idearium*— por la más radical pureza española. Si hubo también —contra su esquema tradicional— un Liberalismo y un Enciclopedismo español, le basta decir que esto fueron excrecencias y degeneraciones ; desvío de una corriente histórica desintegrada de su raíz hispánica. Eran pervertidas modas de Francia o asaltos luteranos contra la firme creencia indestructible. Pero, ¿por qué, si el mismo —como lo ha hecho posteriormente Américo Castro— encontró en la España medieval mayor tolerancia para comunicar y acercar las culturas diversas (judíos, moros, cristianos), exalta luego como privativo de lo español el inquisitorial recelo que se opuso a la Filosofía y la Ciencia moderna ? ¿Habrá que identificar la voluntad contra-reformista como símbolo primario y permanente de toda la Historia hispánica, o ésta —como cualquiera otra— está también sometida a un proceso dialéctico de negación, asimilación y síntesis que pudo experimentarse en los demás países europeos ? ¿Por qué Felipe II hubo de realizar mejor que Alfonso X o Carlos III el paradigma de una cultura genuinamente española ? Y en un *credo quia absurdum* de beligerante hispanidad se convierte, a veces, para él, la crítica histórica. En su juvenil *Historia de los heterodoxos*, libro casi monstruoso para un joven de veintiséis años, él da como signo de la unidad política de España y de lo que fué su imperio ultramarino la « unidad de creencia » ; y cómo ésta se realiza a través de todas las tormentas, es lo que importa averiguar en el proceso histórico. En un polo opuesto al de la idea económica del Imperio —como pudieron edificarlo los ingleses en las zonas más antípodas del mundo—, la de Menéndez Pelayo se cifra en un determinante valor religioso, y al unificarse la fe casi no impor-

tan otros valores materiales que aseguren la firmeza de las naciones. ¿ No parece contagiada del Oriente —del Islam y del Judaísmo— más que de la Roma que él ama tanto, semejante criterio histórico ? Y este gran escritor del siglo XIX fué anacrónicamente insensible a todo problema social. Le basta achacar a los masones, agitadores y descreídos —como el más zafio cura de aldea— algunos de los tumultos populares que vió su época. En su concepción del Estado y la política moderna no iba mucho más allá que un mediocre expositor escolástico como el Cardenal Ceferino González. Cierto provincianismo mental (el mismo que desvalora con destemplado furor polémico algunas páginas de los *Heterodoxos*, singularmente en los tomos VI y VII) puede coincidir en él con el brillo de las metáforas y la elocuencia del lenguaje. Llevado por su absorbente y deformadora idea fanática, cualquier gran acontecimiento histórico —como la Independencia de América— no es más que un episodio de la lucha infernal entre la heterodoxia divisionista y la sólida unidad de creencia española.

Su españolismo unilateral y obcecado niega y condena todo lo que no coincide con estos valores y formas presupuestas de lo « hispánico ». Como ejemplo próximo y de mayor significación para nosotros puede citarse su actitud ante Francia y ante las civilizaciones indígenas americanas. Todo lo francés que pasó los Pirineos, desde las gentiles y aburridas infantas de la época de Luis XIV hasta las pelucas, la *Enciclopedia* o las novelas de Flaubert, ha sido deletéreo para el genio de España, aunque las exportaciones inversas de Tirso a Molière y de Guillén de Castro a Corneille, fueron provechosísimas para la literatura francesa Lástima, quizás, que el siglo XIX español —a pesar de su benevolencia ante el tediosísimo Pereda— fuera provincianamente inexportable. En cuanto a otra de sus fobias : las civilizaciones indígenas americanas, que nunca llegó a comprender a pesar de sus lecturas de los cronistas de Indias, le parecen casi una invención de los jacobinos americanos. Precursores de semejante jacobinismo eran ya en los días de la conquista el Padre Las Casas y el Inca Garcilaso de la Vega. La literatura americana ha llegado a interesarle en cuanto veía en ella la prolongación ultramarina de España, la supervivencia del lenguaje imperial y hasta algunos temas y motivos que como la épica de la Araucana penetraron en el fondo común de la literatura peninsular. Sería injusto no advertir, sin embargo, que en medio del general silencio que merecían en España durante el siglo XIX las cosas americanas, la *Historia* de nuestra poesía escrita por Menéndez y Pelayo y la *Antología* que la acompaña, fueron obras ejemplares que avanzaban en documentación, juicio y estilo a cuanto se había escrito sobre el asunto. De los pesados informes que enviaban las Academias correspondientes de la Española, de viejos cronicones y recuentos bibliográficos que había que perseguir desde Boturini y Beristain hasta José Toribio Medina y García Icazbalceta, extrae su temperamento de artista una historia literaria de gran unidad, incorporada al movimiento general de la cultura hispánica. Si parece renuente a reconocer las formas indígenas que impregnan, también, nuestro complejo cultural, es sumamente despierto para definir lo criollo. Juicios suyos como los dedicados al siglo XVI mexicano, al poema de Ercilla, a Landívar, a la poesía y los estudios gramaticales de Bello, conservan aún su más fresca y convincente validez. La polémica surge cuando aborda obras ajenas a su gusto y su tradición clasicizante —como la poesía barroca de Sor Juana que han rehabilitado contemporáneamente en sus aspectos más enigmáticos investigadores como Vossler y Méndez Plancarte— o cuando los escritores americanos afirman, junto a la herencia española, el legado indígena y la fuerza y poesía de los mitos autóctonos. Asombra en hombre tan enterado, su insensible ignorancia de la plástica azteca, maya o incaica, y su testarudez para negar la vertiente de misteriosa y sorprendente poesía que los primeros cronistas como Sahagún ya recogieron del pasado aborigen.

En el curioso « Epílogo » de los *Heterodoxos* el gran crítico ha hecho la teoría de su método histórico y de aquel peculiar

« canon » español que aplica a los productos espirituales de su pueblo. Lo más ejemplarmente español será para él lo que una la tradición romana que nos dió la « unidad de lengua y mezcló la sangre latina con la nuestra » y la religión católica que nos dió « unidad de creencia ». Lo que no sea católico ni latino queda, pues, excluído de ese paraíso o jardín cerrado de la hispanidad. Reconquista desde el punto de vista político y religioso y humanismo renacentista desde el punto de vista literario serían, así, los momentos culminantes de la historia española. Pero en ese paraíso o maravilla hispánica que él custodia como armado San Miguel, hay muchos réprobos y la *Historia de los heterodoxos* fué su infierno dantesco para expulsar o eliminar aquellos españoles que no se condujeron fielmente con sus dos Romas ideales : la papista y la ciceroniana. Como a pesar de su pasión exclusivista es hombre de muy fino gusto literario, cuando el hereje tiene el talento universal de un Vives o un Juan de Valdés o puede escribir tan conmovidos sonetos en lengua inglesa como Blanco White, el juicio del crítico se ablanda un poco o tal vez se duele de que los haya perdido la cultura española. Lo que jamás perdonaría es la heterodoxia unida a la falta de sintaxis y a la tosquedad expresiva. ¡ Cómo se ensaña con tantos liberales del común —que ni siquiera eran plenamente heterodoxos— y no podían expresarse en claúsulas ciceronianas !

Fijada así su más constante lección histórica, ¿ qué nos queda por venerar en tan ilustre nombre ? A la general y más objetiva estima del gran crítico no han dejado de dañarle la hipérbole y el abuso reaccionario que se ha hecho de su gloria. « Saber más que Menéndez y Pelayo » era un difícil *desiderátum*, meta de toda faena intelectual para quienes pensaban que la cultura se detuvo donde quiso dejarla el sabio santanderino, y que no es posible escribir mejor español que el de los períodos opulentos de sus oraciones académicas. Pero a aquel estilo que Unamuno llamó alguna vez « redondo » comparándolo con el directo y anguloso en que él quería lanzar sus ideas, le ha sucedido otro arte de escribir más nervioso y directo que encarnaron en su varia sensibilidad los escritores del 98. El extenso tratado o discurso a lo Menéndez y Pelayo fué sustituído por el ensayo unamuniano, que más que un problema resuelto ofrece al lector un clima de aguda tensión espiritual, o por el ensayo a lo Ortega y Gasset que opone al conocimiento académico del asunto otra perspectiva radicalmente nueva, historicista o fenomenológica, como si se empezara a tratar por primera vez. Ya no es el balance de lo adquirido sino la aventura de otro descubrimiento, desde otra circunstancia y ángulo histórico, lo que importa en esos grandes renovadores de la conciencia hispánica. Al mismo tiempo, de una nueva erudición más organizada y repartida en varios especialistas, surgió una prosa didáctica en que la crítica literaria, por ejemplo, se separa de lo que le es extraño, como los argumentos religiosos y apologéticos. Un Menéndez Pidal ahondó así en el conocimiento de la Edad Media y en los orígenes de nuestra lengua romance, y un Américo Castro se afana en definir la profunda brecha oriental —árabe y judía— en lo que Menéndez y Pelayo consideraba romanísima España. Pero se leerá siempre al maestro de las *Ideas estéticas* —cuando pase todo abuso sectario de su nombre— como a uno de los más nobles prosistas del siglo XIX, como animador romántico de la Historia que sabe colorear y resucitar épocas olvidadas, como el autor de admirables retratos literarios —recordamos por el momento el del Arcipreste, el de Fray Luis, el de Cervantes, el de Calderón— cuya elegancia y vivacidad compiten en el horizonte de la crítica literaria europea con las mejores páginas de un Francesco de Sanctis o un Sainte-Beuve. Y esto es bastante en una época en que la literatura española parecía sufrir de aislamiento provincial, de falta de ímpetu y continuidad creadora. En un balance español del siglo pasado, despues de Bécquer y Galdós, ya sólo se salvan muy escasos nombres, entre los cuales el de Menéndez y Pelayo es uno de los más esclarecidos.

MARIANO PICON SALAS

Koweit, el Canaán asiático

POR PIERRE Y RENÉE GOSSET

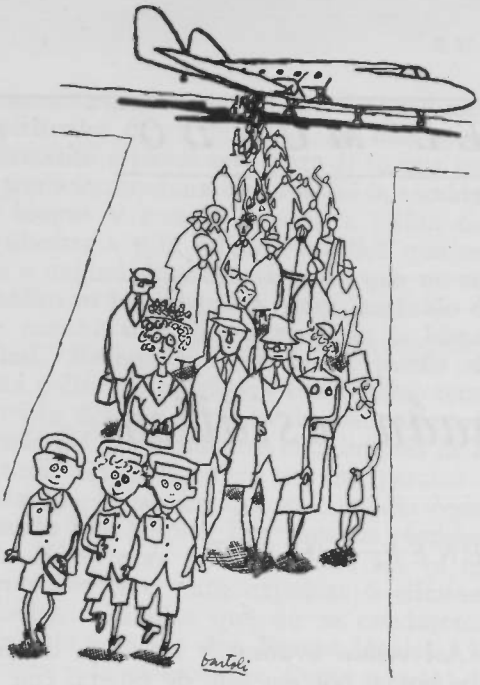
En la escala de Beyrut, la noche se nos viene encima, como un gran animal caliente y afectuoso. Al amanecer, vendrá la tufarada del Golfo Pérsico. Pero nosotros hemos de matar dos horas en el aeródromo, en espera del avión de los suburbios que nos llevará a Koweit.

Nos ayudan a pasar el rato un gran número de tacitas de café muy humeante, muy caliente, muy azucarado y muy bueno.

El Clipper de la « Pan-American Airways », que prosigue sin nosotros la vuelta al mundo, se lleva su carga de hombres de negocios norteamericanos, muy dignamente encorbatados, con el sombrero metido hasta los ojos, que tal vez desciendan en Hong-Kong, para vender allí la vieja chatarra a los chinos de enfrente ; turistas del Middle West, provistos de aparatos fotográficos ; mujeres jóvenes de largas piernas y con sombreros floridos, esposas de capitanes o de secretarios del State Department, que se dirigen a Tokio ; dos ingenieros checos, que van a construir carreteras en el Afganistán ; un viejo inglés, de esos cuya receta ha conservado el Oriente Medio y que, desde Roma, no ha cesado de estudiar un catálogo de cortaplumas y de imanes de Birmingham ; dos asiáticos, demasiado altos, para nuestras ideas estereotipadas del Asia, con abrigos nuevecitos y con pasaportes norteamericanos inesperados, igualmente nuevecitos. Y el camarero de a bordo, que es francés.

Así vemos avanzar y retirarse, durante dos horas, por esa sala de espera, con aspecto de clínica, oleadas de una humanidad presa de la agitación de nuestra época, y que va a Constantinopla, se dirige a Reikjavik, sin conceder una mirada a la mesa inmediata, cuyos ocupantes proceden de Djakarta, o quizá de Ispahán. Esa pareja, él francés, anamita ella, que evidentemente parten para Saigón. Algunas mujeres vestidas de negro, viudas, madres silenciosas y tristes, con el mismo destino, para ir en busca de un recuerdo o de una tumba. Lo extraño es ver que un grupo de hombres, con chaquetas raquíticas, rostros curtidos y manos fuertes de agricultores, las sigue paso a paso. Contramaestres alemanes contratados por una compañía algodonera. Una india con sarí cierra la marcha. Estamos persuadidos de que bajará en Calcuta.

Pero ¿ a dónde van esos hombres harapientos con gorro turco ? ¿ Esas dos hermanas de la caridad vestidas de blanco ? ¿ Esa mujer sola, muy bella y muy morena, acurrucuda en el suelo, junto a una butaca vacía, llevando en los brazo a su niño despierto, que no para de gritar ? ¿ Esos hombres de cara patibularia y abrutada, pantalón y camisa kaki, con el indumento del « Salario del Miedo » ? ¿ Ese sacerdote maronita, con una gran barba rizada ? ¿ Esa chinita, con la túnica exageradamente abierta hasta los muslos?



¿ Ese apuesto emir, con un cordón de oro alrededor de la cintura, que no se separa de una pequeña espuerta rota, al parecer muy preciosa ? ¿ Ese sudamericano muy atusado, con sombrero Eden, que ha roto con la O. N. U. ? ¿ Y esos tres niños rubios y graves ante el coca-cola que les ha hecho servir una de las mozas del avión, y que viajan solos, con una etiqueta colgada del cuello, para que no se les mande, por error, a Honolulú ?

Sin contar la inevitable, la eterna pareja de viejos americanos conmovedores, con rostros sonrosados de niños y cabellos blancos, en viaje de boda, de bodas de plata y que se dan la mano, porque el café turco les ha producido a la vez dolor de estómago y nostalgia...

En estas siluetas de caravasar aéreo, Dios acaba por reconocer a los suyos. A la una de la madrugada nos encontramos con que, gracias a Su previsión el apuesto emir y los tres tipos de cara patibularia serán nuestros compañeros de ruta durante la próxima etapa.

¿« Un país de ensueño »?

El sol se levanta sobre el desierto de Arabia en un cielo anaranjado. A dos mil metros debajo de nosotros y en cien kilómetros a la redonda no hay nada que se mueva, ningún ser vivo. Este es el más desolado de todos los desiertos del mundo. El Sahara tiene al menos sus oasis. Pero en esta inmensidad de color de garbanzo y negra corre, hasta perderse en el infinito, un delgado tubo : el pipeline. De este fino tubo ha brotado la riqueza que ha convertido en multimillonarios a beduínos que, ayer aún, iban cubiertos de andrajos, en medio de sus rebaños de cabras. En Koweit, pequeño principado de uno de ellos, pasaremos unos días. Según el criterio general — excepto el de Haroldson Lafayette, un multimillonario de Tejas, que reivindica obstinadamente este título para él — el jeque Abdullah as Salim as Subah es hoy en día el hombre más rico del mundo : más de doscientos millones de francos de renta diarios, o sea mil quinientos millones por semana.

Este país de ensueño, visto desde el avión, tiene un aspecto extraño. Sobre una tierra dura, apergaminada, semejante a cemento mal barrido, se ven unos cubos de arcilla seca, del mismo color de momia. Barracas leprosas, cobertizos de chapa, alrededor de los cuales se levantan trombas de polvo. Una línea de un gris azulado, que es el mar. A lo lejos, muy lejos, algunas grúas aisladas son las únicas verticales de esta llanura inmensa. En todo lo que alcanza la vista no hay un árbol, ni una mata verde donde fijar la mirada y refrescarnos los ojos.

*
* *

En el aerodromo, la muchedumbre y el barullo son los propios de todos los países del Islam. En la profusión de gritos roncos y de conversaciones vocingleras, todo el mundo parece estar a punto de venir a las manos. Pero son sencillamente las exclamaciones de los amigos que vuelven a encontrarse y se besan en la boca, apartando los velos. Una vez franqueada la última barrera de policías y aduaneros, vestidos con el uniforme de campaña color kaki de los británicos, pero con el velo sujeto encima de la cabeza con el clásico cordón, podemos descubrir, al fin tranquilamente, Koweit, capital del petróleo y

presunta ciudad de las Mil y Una Noches.

Nuestra primera impresión se confirma : ¡ francamente, eso no es bonito ! El Pactolo pasa quizá por las cercanías, pero Koweit es un aduar. Un aduar sin color, rodeado de un muro fortificado, medio derruído, que lo aisla del desierto.

A las seis y media de la mañana, en la luz implacable que ya hiere los ojos, reina el empellón, el estrépito de los motores y de los klaxons. No nos sentimos muy desconcertados : el desorden gesticulante de los grupos de parlanchines en las esquinas de las calles, los movimientos desmayados de los paseantes de nobles ropajes largos, pero cubiertos con una malhadada y triste americana occidental, sobre la que cuelga ridículamente el velo de la cabeza ; los tenderetes a ras del suelo, los montones de dátiles cortados con cuchillo, o de arroz grisáceo, ante los que se detienen las mujeres completamente veladas — aquí llevan velos negros —, la suciedad, el olor de sudor, de carne averiada, al mismo tiempo que los aromas excitantes de las especias son los de todas las ciudades árabes. Por lo demás, nadie concede una mirada a nuestra piel blanca.

La única diferencia con las demás ciudades árabes es que, en vez de borriquillos — *balek balek* —, la calzada se halla ocupada por una procesión, una oleada de automóviles americanos de los modelos más recientes y más suntuosos : « Cadillac » azul metálico o verde clorofila, que saltan de las carriladas a los baches ; « Chrysler Imperial » color lila ; « Oldsmobile » de un escarlata tenaz, de los que nadie se ha tomado la molestia, antes de ponerlos en circulación, de quitar por completo las tiras de papel que protegían sus cromados al salir de la fábrica. Ante nuestros ojos, tres mujeres cargan un carnero vivo en la trasera de un « Pontiac » rutilante, antes de montar en el coche.

El paraíso de la pacotilla

En las aceras, delante de cada tienda, se amontonan las cajas desembarcadas del último buque mercante, en las que se puede leer « Zurich », « Hamburgo », « Nueva York » o « Londres ». ¿ Qué es lo que contienen ? Latas de guisantes o refrigeradores enteros, tostadores de pan eléctricos o tal vez pastillas de jabón. En el interior, la tienda rebosa ya de mercancías, a tal extremo, que sería imposible introducir en ella un solo paquete de hojas de afeitar Gillette. He aquí la razón del amontonamiento de cajas en la acera.

Pero lo que predomina en Koweit es el reloj, el reloj bajo todas sus formas. En la calle principal de la ciudad contamos seis tenduchos consecutivos, cuyos escaparates — con excepción de un anuncio que dice : « se vende penicilina » — están exclusivamente llenos de relojes. El « Vacheron y Constantin » se codea, sin esnobismo desplazado, con la mercancia barata japonesa, que se vende por kilos ; el reloj de pulsera antichoque, antimagnético y suprahermético está junto al enorme reloj familiar, con su gruesa cadena. Jamás hubiéramos imaginado que pudieran venderse tantos aparatos para medir el tiempo, en un país donde el tiempo tiene tan poca importancia. No hay un vendedor de cigarrillos que no saque del bolsillo una docena de relojes, que os propone con una sonrisa de proxeneta y la esperanza de poseer pronto una de esas magníficas bicicletas de color de sangre de toro, con rayas naranja, que constituyen otra de las pasiones del koweita medio.

Descubrimos una, montada por un beduíno con blusón americano de seda violeta (sin que por ello haya abandonado el tradicional velo de la cabeza, ese *kefié* a cuadros, como un mantel rústico). En el guardabarros de su bicicleta hay veintidós « catafotos » que reflejan el sol. El guía está provisto de tres retrovisores, dos peras de klaxon y tres timbres. Unos pompones de lana adornan el cuadro y de los radios cuelgan unos objetos luminosos que lanzan reflejos azules y rosa.

Todo esto, naturalmente, es importado. Aparte el petróleo, Koweit no produce nada. Es cierto que existen también a la orilla del mar, pequeños astilleros que construían, con madera de teck procedente de Birmania, sambucas admirablemente carenadas, cuyos cascos se pulían pacientemente con aceite de pescado. El prototipo de esas sambucas, de popa elevada, salidas

de los cuentos de Simbad el Marino, dicen que fué el Arca de Noé. Desde entonces, nadie ha hecho ya ningún nuevo plano. Servían para la pesca de perlas, que hasta hace cinco años era el único recurso del país. Pero, ¿ quién se preocupa ahora de las perlas en Koweit ? El tráfico de los petroleros ha sustituido al de las sambucas ; la aldea atrasada y entumecida ha salido del anquilosamiento del Islam y, con un solo paso, uno solo, sin etapa intermedia, se ha apeado de su borriquillo para montar en un Cadillac, pasando así, al mismo tiempo, del siglo XV al siglo XX.

Como puede imaginarse, los efectos de este cambio merecen ser observados con curiosidad. El primero fué, casi instantáneamente, una subida fabulosa de los precios. Koweit es uno de los diez lugares del planeta que se disputan, a fuerza de pujas asombrosas, el derecho a llamarse « el más caro del mundo ».

Nosotros pagamos el mismo precio que una noche en el Ritz el alojamiento en pleno zoco de los tejidos. Es cierto que nuestro hotel se llama el Orient Palace. El propietario, con una gracia de corza que parte el alma, nos da una habitación con dos camastros sospechosos, provista de un grifo irremediablemente seco, bautizado con el nombre de « cuarto de baño ». Eso no tiene importancia : el lavabo común está en el pasillo. La puerta no cierra. En las ventanas no hay cristales, pero tenemos un suntuoso aparato de climatización norteamericano (hecho para funcionar en un compartimento perfectamente estanco), sujeto con cuatro planchas, en plena corriente de aire.

Somos los únicos europeos que allí se hospedan.

Koweit « made in England »

Rezongamos por fórmula, pero aparte el precio, estamos encantados de alojarnos en pleno corazón de esta ciudad árabe, donde jamás se instala ningún occidental. Como nadie viene aquí por su gusto, el visitante europeo o americano es generalmente huésped de la Koweit Oil Company, que se encuentra a cuarenta kilómetros de aquí.

Existen, en efecto, dos Koweit. El aduar árabe, plantado allí desde toda la eternidad. Y, alejado de sus microbios, una especie de Edén sintético, prefabricado, llamado Mena el Ahmadi, con sus casas de aluminio, la piscina de su Hubara Club y su restaurante climatizado, donde viven los empleados de la compañía petrolífera. Entre el aduar y esta « super-club-house » se levanta un muro impenetrable. Es rarísimo que las gentes del petróleo salgan de su pequeño universo climatizado para sumirse en los miasmas de la ciudad árabe.

Al principio, teníamos la convicción de encontrar aposento en la Koweit Oil Company. Pero pronto nos desengañaron. En el teléfono, una voz glacial, cuyo acento de Oxford no admitía dudas, puntualizó las cosas rápidamente :

— *I'm afraid I can't help you. You were not properly introduced...*

(— Lamento no poder hacer nada por Uds. No han sido presentados como es debido...)

Protestamos cortésmente. Sin duda había un error. Nuestros amigos americanos nos habían asegurado...

— *Precisely. You were not introduced through London.*

(— Eso es precisamente. La presentación no procede de Londres.)

Justo castigo a nuestra ingenuidad. Creíamos que la Koweit Oil Company era una compañía mixta anglo-norteamericana (la Anglo-Iranian, por una parte, y la Gulf-Oil, por otra). Oficialmente es así. Pero al llegar a Koweit se comprueba que los ingleses son seiscientos vienticinco y los norteamericanos cuarenta y cinco. De ahí la necesidad de que la presentación venga de Londres, si uno quiere ser recibido ; pero que no se haga recomendar en absoluto por ningún americano. El periodista que ignora estas cosas, al principio no tiene más solución que valerse de sus propios medios y elegir domicilio en el bazar.

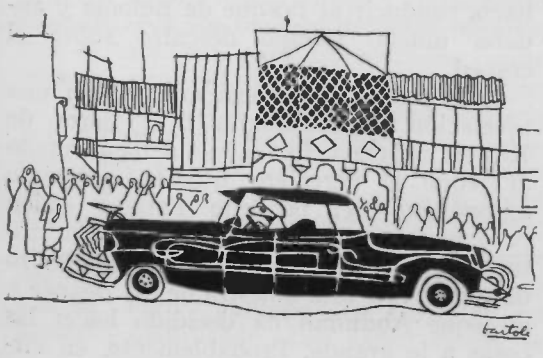
En efecto, Koweit es una invención esencialmente inglesa. Este pequeño protectorado británico, dormido sobre su fabuloso tesoro, fué la contrapartida que permitió a la Gran Bretaña tratar con tanta seguridad y altivez la cuestión de los petróleos de Irán. Había transcurrido menos de un año desde que Mossadegh expulsó a

los ingleses de sus refinerías de Abadán y Koweit rebasaba ampliamente la producción de los petróleos persas. Este principado del desierto es del tamaño de un pañuelo de bolsillo. Un tercio de la superficie de Bélgica : ciento veinte kilómetros, por ochenta. Pero sus dimensiones son la única cosa pequeña que hay aquí. Todo lo demás es colosal. Una sexta parte de todas las reservas de petróleo del mundo, conocidas hasta hoy, se encuentran bajo el suelo que pisamos : un océano de petróleo, bajo un mar de arena. Hace diez años, Koweit, sin agua, sin vegetación, sin un árbol, no era en esta costa inhospitalaria más que una etapa particularmente desheredada de la ruta de las Indias. El país del « *plenty of nothing* » (de la abundancia de nada) decían los ingleses. Los beduínos nómadas alimentaban sus rebaños de cabras con huesos de dátiles traídos por las sambucas, y bebían el agua impura que aportaban estos mismos barcos, desde Basora. Es verdad que Koweit no producía aún un solo barril de petróleo...

Pero ahora Koweit, la antigua desheredada, produce cerca de un millón de barriles de petróleo por año. Y al mismo tiempo que la riqueza, el progreso ha caído sobre este país, que no había salido aún de la fase de la tribu, de las tradiciones inmemoriales de la esclavitud y la tiranía, de la miseria y la frugalidad.

El buen tirano

Sin embargo, todo esto seguiría siendo una versión a la oriental de un *boom* bastante clásico, si no existiera la personalidad del que llaman en Koweit « *His Highness the Ruler* » (Su Alteza el Gobernante) o, dicho de modo más familiar, « H. H. » (pronúnciese Eich-Eich).



Abdullah as Salim as Subah heredó buenamente Koweit, en 1950, a la muerte de su primo Ahmed as Subah. Este ya había pactado la concesión petrolífera con la Koweit Oil Company, a cambio de una renta irrisoria de 3 rupias y 4 annas por tonelada. Cuando fué elegido como sucesor de su difunto primo, el jeque Abdullah, que no era, por entonces, más que un pequeño jefe de tribu, vivía mezquinamente en Bahrein, en medio de sus rebaños de cabras. Pero ese anciano sin ambiciones tenía fama de prudente y era asiduo lector del Corán. Al desembarcar en Koweit del navío, a bordo del cual había viajado como pasajero de puente, su primer cuidado fué reclamar la revisión del contrato con la Koweit Oil Company. Esta protestó mucho, pero acabó por concederle el cincuenta por ciento de regalía sobre todo el petróleo bruto extraído del subsuelo del principado, diciéndose que tenía que habérselas con un nuevo Ibn Seud, el ansioso reyezuelo vecino de los doscientos automóviles, y que era preferible satisfacer en seguida y de una vez para siempre ese afán desmesurado de dinero.

Pero el siguiente gesto del anciano les llenó de estupor : transformó inmediatamente la cuenta privada que tenía en el banco, que de este modo iba a hincharse con mil millones por semana, y la puso a nombre del Estado. Los centenares de millones servirían, según proclamó el jeque Abdullah, para procurar la salud, el saber y el confort moderno — en una palabra, la felicidad — a sus doscientos mil miserables súdbitos, roídos por la tuberculosis. Y en seguida se lanzó a la construcción algo desordenada de escuelas, hospitales, universidades, y levantó una gigantesca fábrica para destilar el agua del mar.

Escépticos y cínicos por profesión, escuchamos este lindo cuento de hadas, no sin hacer algunas reservas en nuestro fuero interno. Hemos visto demasiados dictadores centroamericanos, déspotas árabes o bereberes, presidentes *(sic)* asiáticos, reyes negros o tiranos caribes bienhechores

de sus pueblos. Ahora bien, aquí todo es verdad. Verdad la leyenda que corre por los zocos de Koweit del asceta de vida pura y de fe sencilla ; verdad el personaje del anciano exento de necesidades ; verdad el mito del buen sultán, amado de su pueblo y que concede audiencias a cualquiera de sus súbditos que lo solicite

*
* *

Cuando, introducido por el secretario Izzat Jaffar, se penetra en el despacho-salón de audiencias del jeque Abdullah (por una puerta de cristales de color, una especie de mirador de estilo 1900), la primera cosa que se advierte en la penumbra de la gran estancia de diez metros por cuatro, es un teléfono verde laqueado, colocado sobre la mesa de trabajo. No hay mucho más que ver allí, a no ser algunos tapices. En el muro, un calendario de papel, con una foto del soberano, en mala litografía. Pero no conviene dejar de dirigir una mirada discreta al techo, tapizado de dibujos publicitarios, estilo « bébé Cadum », recortados de las revistas inglesas y norteamericanas.

En cuanto al hombre que es dueño de Koweit, helo aquí. Bajo el *kefié* de cuadros rojos y blancos, sujeto sobre la frente por el doble cordón negro, y cuyos extremos se pierden en la chilaba de pelo de cabra galoneado de oro, se descubre una cara algo llena, pero muy voluntariosa, de nariz aguileña y labios gruesos, entre la corta barba y el bigote entrecanos. Mucha dignidad y fuerza de carácter, pero nada de común con esos majestuosos emires sauditas, de rostros inquietantes y aristocráticos de hombres de presa. Su sagacidad da la impresión de prudencia ; la astucia, jamás ausente de esos rostros árabes, adquiere en él un matiz de idealismo y hasta de ingenuidad. Tal es el Creso beduíno colocado entre dos mundos : el del desierto, el del Islam, el de la felicidad por la aceptación fatalista de las cosas, que es el suyo, y nuestro mundo materialista de la técnica, que ha puesto su fe en el progreso. Una fe contagiosa, a juzgar por el ejemplo koweita. Pero antes de pasar a las conclusiones, quizá sea preferible esperar prudentemente algunos años más...

El agua más cara que el petróleo

Lo cierto es que desde que Abdullah as Salim está en el poder se ha realizado un esfuerzo prodigioso para mejorar la suerte de este pueblo, aun cuando los resultados no se adviertan a primera vista en la apariencia de las cosas. El problema insoluble del agua ha sido resuelto. No abriendo pozos, ¡ oh, no ! Por una especie de maldición poética, cada vez que se cava un nuevo pozo en la tierra agrietada por la sequía, en busca de agua, sale petróleo.

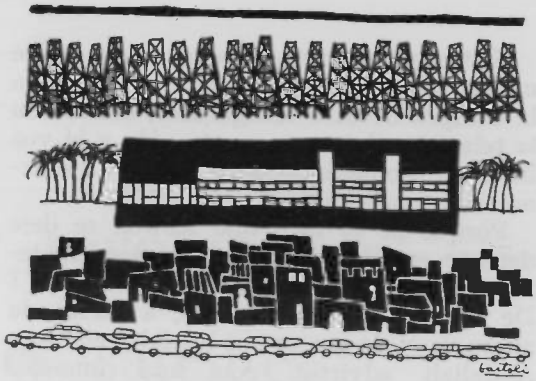
Ha sido, pues, necesario hacer venir, pieza por pieza, de Inglaterra y de los Estados Unidos, una fábrica gigantesca para destilar el agua del mar. Por tres mil millones de francos, la fábrica suministra ya tres millones de litros de agua diariamente. Una vez ampliada la instalación, a fuerza de millares de millones, dará pronto, para cada koweita — a un precio de coste superior al del petróleo — cuarenta litros de agua pura por día, en vez de los cinco litros de agua contaminada de otros tiempos.

Nueve torres elevadoras de agua, macizas como la que ya se levanta en medio de la plaza polvorienta, que figura el centro de la ciudad, formarán dentro de poco parte del paisaje, sin mejorarlo. Pero si la destilería es suficiente para las necesidades de la población, no da una gota de agua para los cultivos. Ahora bien, el único vicio que se le conoce al buen emir Abdullah es una pasión irresistible e insatisfecha por la verdura. Cuando vino a Francia, hace dos años, en el curso de su único viaje a Occidente, salía del Hotel Jorge V, por la mañana temprano, se hacía conducir al Bosque de Bolonia y andaba mucho tiempo descalzo sobre el césped.

Esta pasión se ha exacerbado con una revelación extraordinaria : la tierra de Koweit es buena. Eso es lo que ha afirmado al jeque el ingeniero francés, consejero agronómico del pequeño Estado, quien para probar sus aserciones, ha hecho brotar, a precio de oro, un pequeño cuadro de trigo. Ante esta muestra de « la Beauce », el jeque Abdullah ha decidido hacer las cosas a lo grande. Probablemente, en vir-

tud de un proverbio según el cual lo que viene por la flauta se va por el tambor, ha decidido construir un pipe-line, que el mismo costeará, pero un pipe-line para agua, que se traerá de trescientos cincuenta kilómetros más lejos, de la confluencia del Tigris y el Eufrates.

Es forzoso recurrir una vez más a una frase poética : por la bagatela de quince mil millones de francos, Koweit cultivará manzanos con el agua que regaba el Edén del Génesis.



Unidad local : mil millones

Por lo demás, el vals de los millares de millones es fascinante. Una escuela primaria que visitamos — ultramoderna, como es natural, con sus pórticos, sus clases al aire libre, sus terrenos de juego, su piscina y sus bellos mosaicos — ha costado dos mil millones. Asistirán a ella quinientos alumnos, según se nos afirma. Cada alumno costará al Estado (o sea al jeque Abdullah) trescientos mil francos al año.

En conjunto habrá treinta escuelas de esta clase, más una enorme escuela secundaria, en espera de algo mejor. Los profesores se reclutan, a costa de sumas elevadas, en Palestina, Egipto y el Líbano.

Pero la revolución es todavía más profunda de lo que parece : las muchachas recibirán la misma instrucción que los muchachos y, rompiendo valientemente la ganga absurda de la educación coránica, la enseñanza será laica, dada en árabe, pero a la manera occidental.

Da gusto ver el entusiasmo de los koweitas. Hace juegos malabares con el hospital de cuatrocientas camas y tratamiento gratuito, con los bloques de casas obreras, con el sanatorio para tuberculosos, azote número uno del país. Desgraciadamente, de vez en cuando, el periodismo asaltado por un movimiento de conciencia profesional, escapa al vértigo local de los millares de millones. Bajo esta impresión es como visitamos una escuela industrial modelo, de hormigón y aluminio, plantada en pleno desierto, a unos quince kilómetros de la ciudad. Pero ¡ cuidado ! se trata de un desierto planificado. Las calles vacías se han trazado a la inglesa, y en las encrucijadas imaginarias, se respeta el sentido giratorio. Cualquier país podría enorgullecerse de una escuela así. Las máquinas-herramientas más modernas, más perfeccionadas, vienen de los Estados Unidos o de la Gran Bretaña.

— ¡ Esta escuela industrial ha costado seis millones de libras esterlinas ! Un legítimo orgullo asoma en el tono de nuestro guía.

— ¿ Cuántos alumnos hay ? preguntamos inocentemente.

— Quince, dice desconcertado.

* * *

Ahí está todo el drama de los millares de millones del jeque Abdullah : la inmensidad del esfuerzo suministrado, a cambio de la mezquindad del resultado obtenido. La fascinación del dinero fácil y la seducción maravillosa de lo superfluo son demasiado fuertes : el koweita que consiente en instruirse — o en dejar instruir a sus hijos — lo hace con el propósito decidido de ganar muy deprisa más dinero aún. Y en Koweit, el dinero se gana con el comercio y no aprendiendo un oficio manual, ni enriqueciendo el espíritu. Basta con beneficiarse de las disposiciones legales adoptadas por el buen soberano para proteger a su pueblo : ninguna empresa, ningún comerciante extranjeros pueden instalarse en Koweit, si no se asocian por mitad con un nativo del país. Decisión prudente que conduce al koweita a pasar un día al mes en la oficina de su asociado sirio, griego, inglés, americano o libanés : el día en que se hacen las cuentas.

El tiempo restante se pasea en su coche nuevo, sorbe café con cardamomo, negocia la compra de otro refrigerador, sueña con la televisión futura y presta oído a la voz llena de promesas de klaxons más modernos aún y más ruidosos que el suyo.

Porque no es fácil que Koweit se deje detener en la carrera del progreso material. ¿ Que es una carrera tumultuosa ? De acuerdo. Hace dos años, a fuerza de anarquía y de gastar sin medida, el Creso Abdallah advirtió, con una inmensa incredulidad, que se hallaba al borde de la quiebra. Los gastos insensatos a que cada uno de los departamentos de Higiene, Educación, Obras Públicas se había lanzado por su cuenta, sin que lo supieran los demás, rebasaban los ingresos fabulosos del jeque de Koweit. Fué preciso reunir apresuradamente a los jeques ministros y a los jeques funcionarios interesados (todos hijos o primos, dotados desde el principio de una fortuna personal bastante sólida para evitarles las tentaciones), suspender todas las obras y establecer un simulacro de presupuesto de conjunto y un mínimo de planificación. En virtud de esta planificación, el año 1955 fué decretado « el año de las calles » y, en el momento en que escribo estas palabras, las excavadoras mecánicas pasan frenética y alegremente a través de las chozas del koweita medio.

***

¿ El distrito industrial ? ¿ Cómo ? ¿ No hemos visto el nuevo distrito industrial ? Nos conducen allí inmediatamente, en un « Chrysler » del mismo año. En pleno desierto, tres fábricas modelo, todas de cristal y cromo, ultramodernas, una al lado de otra : Coca-Cola, Pepsi Cola y Kitty Cola. Las tres únicas fábricas del distrito « industrial » de Koweit.

La ironía resulta fácil. Pero no es esta imagen de Koweit la que nos persigue, sino otra instantánea. Ante nosotros, un beduíno flaco y moreno, de ojos de brasa, sale del banco británico más importante, con el carnet de cheques todavía en la mano, para dirigirse al Buick color de rosa tierno, que le espera ante la puerta (sus tres mujeres le aguardan modosamente sentadas, una al lado de otra, sobre el tapiz de la banqueta trasera). De pronto, sus ropajes se quedan prendidos en la puerta giratoria del banco y, súbitamente, al sentirse retenido, hace rodar unos ojos aterrados, pierde la calma, sin comprender lo que pasa, traicionado de pronto por el mundo moderno.

Pueden ustedes reírse... Pero ¿ hasta cuándo ? Dentro de quince años, ese Ahmed tendrá un hijo más o menos doctorado, salido de una de las soberbias escuelas de pórticos, luego de una universidad norteamericana, y traerá el basamento que faltaba al hermoso edificio de oropel.

¿ Acaso nuestros hijos doctores tendrán el aire climatizado, la televisión, los refrigeradores cromados y un Buick suntuoso a la puerta ? ¿ O continuarán reducidos a considerar despreciables los bienes materiales ?

***

En el DC-3 que despega de Koweit, el inevitable libanés suspira contemplando el paisaje ingrato, los edificios nacidos del polvo, los cobertizos de aluminio, y pensando en todos esos millares de millones que se traga la arena del desierto koweita, exclama :

— ¡ Qué hermosa Siria, qué soberbio Líbano podrían hacerse, si los millares de millones de Koweit se repartieran más equitativamente !...

Pero la unidad y la solidaridad árabes son todavía un hermoso mito creado por los espíritus occidentales. Vecinos de una Arabia Saudita, de un Irak y de un Koweit benditos, colmados por la fortuna, Líbano, Siria y Jordania, que sólo han perforado pozos secos, esperan en vano algunas migajas del festín.

PIERRE Y RENÉE GOSSET

(De *Terrifiante Asie*, editado por Julliard, París, 1956.)

Evoluciones y revoluciones en los países satélites

POR K. A. JELENSKI

UNA de las dificultades de la interpretación del proceso de emancipación de las conciencias, que se desarrolla desde 1954 en Polonia y en Hungría y, de una manera menos espectacular, en los otros países satélites, se debe al equívoco del término « desestalinización ». En Occidente se emplea de una manera general para explicar todos los cambios sobrevenidos en el bloque comunista desde la muerte de Stalin, pero es preciso distinguir aquí dos procesos muy distintos. De un lado la desestalinización oficial, decretada por el Comité Central del Partido Comunista soviético y encarnada por Kruschef. Esta se lleva a cabo en la escala gubernamental por los mismos hombres que han servido a Stalin y se traduce sobre todo, ahora, por un relajamiento del terror policíaco y de la censura. Entre los hombres que están en el poder en la U. R. S. S., algunos eran partidarios de ella ; otros, adversarios. Esta es la única señal de desestalinización visible. Los reflejos del pueblo están allí condicionados por treinta años de totalitarismo. Pero existe también otra desestalinización : la que parte de la base y se manifiesta en las democracias populares, particularmente en Polonia. Es un vasto movimiento en el que toman parte la « intelligentzia », los jóvenes y los obreros industriales y que se traduce superficialmente en términos revolucionarios, marxistas. ¿ Es preciso creer por eso que la mayoría de la joven generación polaca, educada bajo un régimen de terror, conserva todavía una fe auténtica en un comunismo revolucionario ? La respuesta es compleja.

Los obreros y los intelectuales tienen conciencia de que la sociedad en la cual han vivido estos últimos diez años, es una burla de los principios sobre los cuales pretendía basarse. Los obreros desean una sociedad más justa ; los intelectuales una sociedad más justa y más coherente. Pero en el régimen staliniano, la clase dirigente no solamente oprimía al pueblo sino que, pretendiendo encarnarle, le quitaba hasta el lenguaje de la rebelión. La ola de críticas, consecutiva al XX Congreso y a las revelaciones de Kruschef, ha roto esta mentira o, a lo menos, ha comprometido el estancamiento. El régimen ha debido él mismo poner en descubierto algunas de sus brechas. El relajamiento del terror policíaco y de la censura ha disminuído de una manera considerable el miedo latente que, durante años, ha obligado al pueblo a vivir en una mentira total. La reacción es compleja. Si la masa de la población está siempre vigilante, algunos intelectuales y, particularmente, un grupo de jóvenes comunistas no conformistas se han aprovechado de la ocasión que se les ha ofrecido. Una reacción paralela se ha desencadenado en los medios obreros.

« Acabamos de salir de una edad medie-

val », declaraba en el XIX Congreso de la Cultura y del Arte, en marzo de 1956, en Varsovia, el poeta Antoni Slonimski. « La historia de la filosofía —decía Slonimski— conoce pocas épocas que hayan llevado la intolerancia tan lejos como estos últimos años. Las persecuciones del pensamiento crítico al principio del Renacimiento, en los siglos XVII y XVIII, hacen aparecer estas épocas como una edad de oro, si se las compara con el período que hemos vivido y que, podemos decirlo con satisfacción, está a punto de pasar ».

El informe principal sobre el tema « Mitología y Verdad » fué confiado a Jan Kott, escritor y crítico comunista, profesor de la Universidad de Varsovia, que no se sometió nunca al envilecimiento social-realista, en su fase más absurda, y se refugió, desde 1950, en los trabajos de traducción y de investigación científica. He aquí su venganza de hoy : « Durante los quince últimos años, la concepción marxista del proceso histórico ha sido excluída por una interpretación pragmática. Como en el buen tiempo pasado, en la edad feliz de la burguesía, estábamos todos dispuestos a repetir, después del Pope, que todo lo que es, está bien ; que todo lo que es, es justo ; que todo lo que es, es necesario... Queríamos... no conocer la realidad, sino explicar la realidad. Explicarla y justificarla. ¡ De cualquier forma ! ¡ Aun a costa de la verdad ! Así, ante nuestros ojos y cada vez más, la historia contemporánea llegaba a ser mitología. Si los hechos resultaban incómodos, se cambiaban los hechos. Si los verdaderos héroes resultaban incómodos, se afirmaba su no existencia. La tesis que nos ha sido impuesta, según la cual cada etapa de la revolución y de la construcción del Estado socialista representa siempre un paso hacia adelante, debía llevar a la infalibilidad divina a aquel que representaba la dirección del partido. Cuando se introduce Dios en la historia se debe introducir igualmente en ella el diablo. El transporte de la persona del jefe al dominio del mito, debía igualmente llevar el transporte a un dominio mítico de nuestra lucha ideológica y de nuestros adversarios, reales o imaginarios. La tesis de la radicalización de la lucha de clases y la concepción de los « enemigos del pueblo » han contribuído a este proceso. La mitología produce la inquisición. Cada proceso político era un proceso de brujas ».

Sobre las artes plásticas, he aquí la opinión de Przybos uno de los mejores poetas polacos : « Todos sabemos que no es cuestión de hacer Guerassimov o construir monstruosidades tales como el Palacio de la Cultura y de la Ciencia (donativo de la U. R. S. R. a Polonia), que todo esto no es más que caricatura y no tiene nada de común con el arte socialista ». Y el pintor Zbigniew Pronaszko definió la pintura social-realista, que era, ayer, la única « progresista » : « Se sabe como se interpretaba este realismo... un tractor, ladrillos y fábricas, fábricas, fábricas... con la precisión de un aparato fotográfico, todo rodeado de una salsa de barro grisáceo. Nuestras exposiciones se resentían por ello ; no se nos mostraban más que trapos sucios, sobre temas vulgares e hipócritas ».

El leninismo, un pretexto

Los escritores y periodistas polacos deben, evidentemente, recordar a menudo a Lenin y al leninismo. Es curioso ver que al referirse a la época leninista, los polacos señalan sobre todo lo que tenía de libertad. Los rasgos esenciales que la imaginación popular asocia al leninismo son sacados más de una situación histórica precisa, que de una aplicación particular de las teorías comunistas. Se piensa al día siguiente de una revolución sangrienta, que suscitó las esperanzas del proletariado y de las izquierdas en el mundo entero (en Polonia menos que en otras partes —notémoslo de paso— a causa de una guerra nacional), se piensa en estos principios que parecían indisolublemente unidos al comunismo : el ateísmo, el internacionalismo, la libertad sexual, la lucha contra la familia. Sobre este fondo se dibuja la vanguardia revolucionaria, la « proletkoulte », los poemas de Blok, de Maïakovski. Hoy, en la U. R. S. S. y en las democracias populares se recuerda la libertad leninista de discusión en el inte-

rior del partido, se rehabilita a ciertos viejos revolucionarios ; se hace referencia con gusto a la XIX sesión del Consejo de la Cultura y del Arte de Varsovia, a Maïakovski, Tatline, Vakhtangov... Esto no son más que pretextos, Ningún país en el mundo está más alejado de la atmósfera de los años que siguieron a la revolución de octubre, que el bloque soviético.

Los argumentos del leninismo se emplean en Polonia a fines de afirmación ideológica, para tratar de ensanchar, de una manera más o menos consciente, el margen de libertad, haciendo referencia a una autoridad indiscutible. Si un pintor polaco pone por las nubes a Tatline, Gabo y Pevsner, es que quiere que en Polonia el artista pueda participar de la libertad del arte moderno. Si un poeta mantiene que Jdanov ha deformado los principios del marxismo-leninismo en literatura, es que desea reforzar la reacción que se ejerce desde hace tres años contra los tormentos y la hipocresía de la realidad socialista. Si un economista se refiere al marxismo-leninismo presentando la cuestión del aumento de la productividad, es que quiere contribuir a disminuir la explotación del obrero y los abusos de una burocracia hipertrofiada. Si se cita en primer lugar a los viejos comunistas, injustamente encarcelados y deportados, es para poder denunciar también, paralelamente, la deportación de polacos a Siberia, la detención de antiguos resistentes de los « sin partido ». Esta es, para Polonia, una de las consecuencias del « nuevo curso » que más impresiona : por primera vez se pueden usar, con fines de libertad y para defender los intereses de todo un pueblo, principios reconocidos oficialmente por las más altas autoridades del partido.

Un complejo de excomunión

Si Polonia pudo escapar a un terror comparable al que conocieron los otros países satélites, es -probablemente gracias a la situación particular del partido comunista polaco, que no ha podido olvidar la injusta e ignominiosa disolución que cayó sobre él en 1938. Los dirigentes actuales, que fueron obligados a plegarse a todas las órdenes de Stalin y tuvieron que ejecutar dócilmente todos los deseos de Moscú, conservaron, no obstante, el recuerdo de sus camaradas asesinados en las prisiones soviéticas.

Lo mismo que ciertas órdenes religiosas disueltas por Roma se someten a los decretos, conservando un complejo doloroso, el partido comunista polaco obedecía a Moscú, pero persistía el resentimiento en él. Gracias a esto, acaso, Gomulka y Spychalski han evitado la suerte de Slansky y de Rajk. Aunque se haya mantenido la condenación de sus tesis, su rehabilitación, que parece ha sido reclamada por las masas del partido, apareció ciertamente como unida a una consigna expresada por Kruschef, con ocasión de la reconciliación con Tito y legitimando la teoría de los « diferentes caminos que llevan al socialismo ». La política soviética no aplica evidentemente esta tesis más que a Yugoeslavia, pero los polacos recuerdan que el « camino polaco hacia el socialismo » era el « slogan » preferido de Gomulka.

Esta consigna tiene otras resonancias en Polonia. En *Przeglad Kulturalny*, de 8 de abril, se dice que « una independencia real de Polonia serviría los intereses de la U. R. S. S., por lo que se reconoce implícitamente que esta independencia tan alabada durante los diez primeros años era, por lo menos, limitada. Y Wanda Leopold escribe, en este mismo diario, que el entierro de Bierut fué para los polacos la ocasión de una manifestación antisoviética, lo que es una evidente alusión a los rumores que circulan en Polonia sobre la muerte de Bierut en Moscú, sospechosa a los ojos del pueblo. Ochab, el sucesor de Bierut, habla en su primer discurso de sus camaradas víctimas del stalinismo, es decir, de la U. R. S. S. Jerzy Morawski, el Secretario del Comité Central del Partido Comunista polaco, denuncia los crímenes de Stalin en un número de *Nowe Drogi*, la revista teórica del partido, con una vehemencia que no se encuentra en ningún otro dirigente comunista en el mundo. Es también el único comunista que se formula claramente la pregunta : ¿ por qué Stalin no fué atacado en vida ?

Hacia un nuevo pragmatismo

Animal Farm, de George Orwell, termina con una escena donde los cerdos, después de haber impuesto de nuevo el yugo de la esclavitud a los otros animales, pactan con los granjeros vecinos. Los animales de la granja presencian este debate por la ventana, y les es difícil reconocer « quien es hombre y quien es cerdo ». Orwell dirigía su sátira contra la Rusia de Stalin. Pero a pesar de las visitas de Laval, a pesar del pacto con Hitler, a pesar de la « revolución traicionada », el stalinismo tenía un aspecto propio : su « cara de Medusa ». Ahora que Bulganine, Kruschef y Malenkof viajan a través del mundo y apelan a Dios y al buen sentido, la sátira de Orwell parece verdaderamente actual.

Pero es en Polonia donde ese pragmatismo tiene más probabilidad de evolucionar, quizá gracias a ciertas condiciones históricas particulares como el papel de Polonia durante la última guerra, el nacionalismo tradicional de los polacos, su adhesión superficial, pero tenaz, a la religión católica, el número restringido de comunistas y su pasada persecución.

La desgracia final de Radkiewicz —el Beria polaco—, la de Swiatkowski, ministro de Justicia y sus dos procuradores, civil y militar, la destitución de Sokorski del puesto de ministro de Cultura y Artes, el proyecto de amnistía, según el cual 30.000 prisioneros políticos serían inmediatamente liberados, mientras que otros 70.000 beneficiarían de una reducción de pena, la rehabilitación, oficialmente anunciada, de los antiguos combatientes del Ejército del país, todas estas medidas decididas antes de la revuelta de Poznan, colocaban a Polonia a la cabeza del movimiento de desestalinización en el interior del bloque soviético. Hemos visto, por otra parte, que estas medidas fueron precedidas de una violenta campaña de crítica. El primer Ministro Cyrankiewicz citó largamente en el Parlamento un artículo de Juliusz Mieroszewski (aparecido en el número de abril de *Kultura*, revista de los desterrados polacos, publicada en París), en el cual Mieroszewski señalaba el hecho de que opiniones muy alejadas del comunismo pueden ser expresadas ahora en Polonia, a condición de aceptar los cuadros actuales del Estado.

¡ Qué paradójica situación la de un jefe de gobierno totalitario que cita una revista de exilados, rabiosamente opuesta a toda forma de totalitarismo, pretendiendo con ello ganar el apoyo de la opinión ! En esta atmósfera estalló la noticia de la rebelión obrera de Poznan.

Crónica de Poznan

Las informaciones que se han publicado en la prensa occidental independiente sobre la rebelión obrera de Poznan, han sido abundantes y, a menudo, bastante precisas. Las informaciones que después nos han llegado directamente de Polonia —por conducto oficial o por conductos privados— permiten, sin embargo, reconstituir más exactamente la cronología de los acontecimientos y eliminar ciertas contradicciones antes de tratar de examinar la rebelión en el contexto más amplio de la situación social, económica y política de Polonia.

El descontento de los obreros de la fábrica Stalin (Z. I. S. P. O.) de Poznan (y de algunas otras fábricas de la ciudad, como lo reconoce la agencia oficial de prensa polaca) existía desde hace tiempo. Por un extraño concurso de circunstancias, las condiciones de vida de los obreros de la Z. I. S. P. O. han sido estudiadas por observadores extranjeros mucho antes de la rebelión. Los reportajes de William Clarke (*Manchester Guardian* del 27 de julio de 1955) y de Bertrand Ferney (*France-Observateur* del 1 de septiembre de 1955), sitúan los salarios medios en 900 zlotys aproximadamente. Y un artículo profético, de Jasienica, aparecido en *Przegland Kulturalny*, de Varsovia, el 28 de junio de 1956 (¡la víspera de la rebelión !) decía, a propósito de la Feria Internacional de Poznan, que era muy temerario exponer tantas riquezas a la vista de obreros que cobran salarios de hambre. « ¿ No podría esto provocar la explosión ? », se preguntaba Jasienica.

La aplicación de nuevos « baremos » había reducido los salarios, ya miserables.

Además, los obreros reclamaban el reembolso de las tasas cobradas abusivamente sobre su salario. Esto no eran hechos nuevos. Los impuestos abusivos (de los que se reivindicaba la restitución) remontaban a diez años. Pero hasta recientemente, los comités de empresa, simples auxiliares de la explotación del trabajo durante el período staliniano, no se habían hecho cargo de los intereses de la clase obrera para presentar sus reivindicaciones al gobierno, un poco obligados por todas partes por la fuerza de la presión obrera y a favor del relajamiento del terror policíaco.

El 25 de junio, una delegación de obreros de la fábrica, compuesta de 27 personas, fué enviada por el Comité de empresa a Varsovia a fin de presentar una vez más a Fidelski, ministro de la Industria mecánica, las reivindicaciones obreras. He aquí las cuatro principales : reembolso del 30 % de los impuestos pagados por los obreros desde hace diez años (derecho que les reconocía una ley para recompensar el « esfuerzo de emulación socialista ») ; restablecimiento de una ley concerniente al progreso de salarios según los rendimientos (esta ley había sido abolida en 1955) ; provisión, a las fábricas Z. I. S. P. O., del material que hubiera asegurado el pleno empleo (la falta de material provocaba un paro de varios días al mes) ; concesión de alojamientos a los obreros.

De estas reivindicaciones sólo la primera fué aceptada, pero no se prometió el reembolso más que por un período de tres años, en lugar de diez. Según las informaciones oficiales, la delegación había vuelto a Poznan el día 27 de junio, acompañada del ministro Fidelski y de representantes del « sindicato » central de los metalúrgicos. El comunicado oficial concreta que « las principales reivindicaciones habían sido aceptadas ». Fué convocada una reunión de obreros para oír el informe de los delegados y las explicaciones del ministro y de los funcionarios sindicales.

En el curso de la gran reunión efectuada a las seis de la mañana del día 28 de junio, y que congregaba todo el personal de las fábricas Z. I. S. P. O., se decidió formalmente la manifestación obrera. Todos los testimonios polacos de fuente privada señalan unánimemente que sólo se trataba de presentar de una manera espectacular las reivindicaciones obreras y que los obreros comunistas tomaron parte en su totalidad, al lado de los obreros no comunistas. Dado el nuevo papel de los comités de empresa, compuestos únicamente de miembros del partido y la participación, en primer lugar, de la juventud obrera encuadrada en las organizaciones de los jóvenes del partido, hasta se puede decir que es a la base comunista a la que hay que atribuir la iniciativa de esta manifestación.

Lo que más ha extrañado a todos los testigos fué la rapidez y la precisión de relaciones de las diferentes fábricas entre sí y con los otros centros sociales de la ciudad. Desde las primeras horas de la mañana los obreros más jóvenes hacen de correos. Los comités de empresa proporcionan los camiones que llevan los manifestantes a la plaza central de Poznan (¡ la plaza de la Libertad !) donde se formaron los cortejos. Los obreros no quedan mucho tiempo solos. Los estudiantes y los escolares se unen rápidamente a la comitiva. Se observaba un porcentaje importante de niños de 11 a 14 años y hasta pequeños grupos de alumnos de las escuelas elementales, ¡ niños de seis años ! Hasta se afirma en Polonia que se vieron, en estos grupos de párvulos, hijos de empleados de los servicios de seguridad. Tal rumor es característico de las paradojas polacas y del ambiente de esta jornada. A las diez de la mañana, los manifestantes eran cien mil. Al principio desfilaban tranquilamente, con sus « pancartas » improvisadas pidiendo « Pan y justicia », « Abajo la dictadura », « Abajo el falso comunismo », « Alzad los salarios y bajad los precios », « Los bonzos se divierten cuando el pueblo tiene hambre », « Abajo la ocupación soviética ». Tales fueron los « slogans » de la revuelta.

El sentimiento de la potente solidaridad de toda una ciudad debía ser imponente. ¿ Quién fué el primero que lanzó la idea de asaltar la prisión ? No hay que recurrir a la tesis de los « agentes extranjeros », ni siquiera de los resistentes, de esta oposición secreta, no organizada, que es tan

importante en Polonia. El 28 de junio, en semejante atmósfera, cualquiera hubiera podido tomar esta iniciativa ; un obrero, para libertar a sus camaradas encarcelados ; un comunista, para traducir en actos esta « segunda revolución » de la que tanto se ha hablado en Polonia. El caso es que la prisión fué invadida sin disparar un tiro. Los milicianos que encuadraban los manifestantes, se unieron a ellos. Y los guardias de la prisión entregaron ellos mismos a los manifestantes el depósito de armas. Los prisioneros liberados eran, en su mayoría, detenidos de derecho común. Los « políticos » no están encarcelados en las prisiones locales. Exaltados, sin duda, por su éxito, los manifestantes, poco a poco, se transformaban en revolucionarios y decidieron el ataque a otros edificios públicos. Primero, la comandancia de la milicia ; después, el cuartel general del partido ; por fin el Ayuntamiento. Estos edificios fueron saqueados. Los revolucionarios destruyeron todos los documentos del cuartel general del partido, así como el material de radio destinado a perturbar las emisiones extranjeras.

Hasta entonces no se había disparado ni un tiro. Sin embargo, el ejército había sido ya alertado, pero su intervención se retrasa. El primer regimiento blindado de Poznan se niega a entrar en acción. Los soldados, llamados para defender el Ayuntamiento, fraternizan con los revolucionarios, les entregan sus armas y sus municiones. Es entonces, antes de mediodía, cuando los revolucionarios se dirigen hacia la calle de Kochanowskiego, donde se encuentran las oficinas de Seguridad. La « Bezpieka », tan detestada, fué atacada en último lugar y solamente después de muchos triunfos anteriores sin ningún disparo, lo que indica que los revolucionarios presentían que iban a encontrar allí una resistencia decidida. Sin embargo, persistía una esperanza. Las mujeres y los niños marchaban a la cabeza —los manifestantes pensaban, evidentemente, que nadie osaría tirar sobre ellos. Fué entonces cuando desde el edificio de la « Bezpieka » partieron los primeros disparos. Dos niños cayeron muertos. Las autoridades, llenas de temor, desbordadas, consiguen por fin que entren en acción los alumnos oficiales de la escuela de cadetes, que son el orgullo de Rokossowski.

El número oficial de víctimas —primero 38 muertos, después 48 y más de 300 heridos— es ciertamente inferior a la realidad. En los medios polacos informados, se habla de unos doscientos muertos.

¿ Nueva revolución ?

La situación económica de Polonia es crítica, pero el nivel de vida de los obreros no experimentó grandes cambios desde hace tres o cuatro años. Sin embargo, hace tres o cuatro años *ninguna* de las fases de las reivindicaciones obreras de Poznan hubiese sido posible, empezando por el envío de una delegación del comité de empresa cerca del gobierno. Identificados con la administración, compuestos de personas políticamente seguras, los comités de empresa de la época staliniana eran simples engranajes de la máquina del Estado. Es de ellos de donde venía la iniciativa de las decisiones « espontáneas » de elevar las normas de trabajo.

Lo que parece capital en los acontecimientos recientes, es precisamente el cambio de actitud de los comités de empresa El caso de Poznan está lejos de ser un caso aislado, y últimamente se han observado síntomas semejantes en otros « sindicatos » obreros y hasta en organismos del partido, y esto gracias al cambio de atmósfera y a la presión de las masas. Hubiera habido ya otros « Poznan » si el gobierno no hubiese tenido que ceder ante ciertas reivindicaciones obreras formuladas por los comités de empresa. Es de notoriedad pública en Polonia que el gobierno ha debido reducir las normas de producción del carbón.

En tal atmósfera, la base puede actuar sobre los « bonzos » del partido, los cuales no se atreven a usar de la intimidación y de la represión policíaca. La denuncia del « culto de la personalidad » los ha colocado en una posición difícil. Por otra parte, se ha preconizado la vuelta al leninismo, y la oposición tiene que extraer de los escritos de Lenin argumentos « sagrados » para apoyar sus reivindicaciones.

Esta presión continua de los obreros, de los jóvenes comunistas y de los intelec-

tuales sobre el aparato del Estado quedó subterránea durante mucho tiempo. Hizo falta la tragedia de Poznan para que se expusiera a los ojos del mundo. Pero la oposición posee, desde hace dos años ya, sus teóricos que no han cesado de reclamar, con una fuerza que ha aumentado en el curso de los últimos meses, transformaciones sociales, económicas y políticas que exceden lo que se llama comunmente el « titismo » y que reproducen a menudo las reivindicaciones socialistas democráticas de un Djilas. Naturalmente, todas estas reivindicaciones, todas estas críticas implacables de las instituciones comunistas están hechas en nombre de un comunismo ortodoxo. Se puede hasta decir que la argumentación comunista-leninista es tanto más apretada y precisa cuanto las críticas y las reivindicaciones son más radicales.

En Hungría

También en Budapest se aclamó la « Nueva Revolución » con la ocasión menos trágica, a decir verdad, de la reunión celebrada el 27 de junio en el Círculo Petofi. Era Petofi un gran liberal húngaro. ¿ Y no habrá sido una casualidad que se hubiera dado este nombre a un círculo de intelectuales que, según los deseos del régimen, debía actuar como válvula de seguridad ?

El intermedio del Gobierno Nagy había permitido, en Hungría, una mayor libertad de expresión. Pero el staliniano Rakosi no tardó mucho en dar marcha atrás, y no se encuentra en la prensa húngara del último año la menor huella de las discusiones que perturbaron a Polonia. Y sin embargo, el régimen húngaro que había desempeñado un papel preponderante en la ofensiva anti-titista, se encontraba en una situación sumamente difícil después de la rehabilitación de Rajk, después del vigésimo Congreso y del informe Kruschef. No se trataba ya, como en Polonia, de rehabilitar a Gomulka, sino de evocar miles de fantasmas comunistas injustamente condenados. Se trataba también de reintegrar a la vida del Partido a numerosos comunistas que, habiéndose librado de la condena, se mantenían, sin embargo, apartados. Por consiguiente, era necesario establecer una tribuna de discusión relativamente libre, pero restringida a una minoría selecta, con objeto de no provocar demasiados remolinos en una opinión popular más amplia. Es evidente que por estas razones el gobierno toleraba el Círculo Petofi. Las reuniones del Circulo habían comenzado a finales del mes de mayo. Se celebraban en un teatro pequeño situado en una de las principales calles de Budapest, la Vaci Utca. Ochocientas localidades y la entrada por invitación. Las primeras reuniones semanales estaban dedicadas a una serie de autocríticas del régimen en los distintos sectores de la vida cultural. No tuvieron repercusiones singulares y el régimen podía considerarse satisfecho por los progresos de esta « desestalinización » oficial, durante la cual se reintegraba a la vida del partido a algunos personajes en desgracia. El Círculo Petofi no se convirtió en el centro de atención popular hasta después de la reunión del 19 de junio. En esta reunión la viuda de Rajk, que era también una antigua militante comunista, recientemente liberada de la prisión, pronunció un discurso amargo y violento. No pedía que su marido fuera convertido en héroe, decía, y sólo deseaba una cosa : que sus asesinos fueran alejados del gobierno. Era este el primer ataque directo contra Rakosi, y la noticia pronto se extendió por toda la ciudad. Mientras que en Polonia basta leer los periódicos para seguir en movimiento de oposición en el interior del partido, en la prensa húngara sólo se adivinan algunas generalidades. Pero los relatos de diversos testigos nos permiten reconstituir la siguiente reunión del Círculo que estaba anunciada para el 27 de junio a las siete de la tarde. Esta debía consagrarse a la rehabilitación de algunos centenares de periodistas descartados por « desviaciones » burguesas durante los últimos años. Desde las cuatro de la tarde una inmensa multitud invadía la Vaci Utca. Los porteros debieron renunciar a los pocos minutos a verificar las invitaciones. La multitud tomó el teatro por asalto. Desde las 4 y media de la tarde, hasta las 3 de la madrugada, cerca de tres mil oyentes se comprimían unos contra otros, de pie, en una sala

minúscula, con un calor tórrido. Pero no tenían la impresión de asfixia : era la primera vez que respiraban libremente desde hacía 10 años. Presidía la reunión Marton Horvath, redactor del periódico oficial *Szabad Nep*. Abrió el debate, nervioso y como a disgusto. El primer orador fué Tibor Dery, conocido novelista, antiguo comunista, perseguido por el régimen de Horthy. « Se habla de censura literaria, dijo, pero siempre en términos generales. Desearía hablar de casos concretos. Y atacó a Marton Horvath, al exministro de Cultura, Revai, al Ministro actual de Cultura, Darva. Y Dery declaró sin ambages que el origen del mal consistía en que « no hay libertad ». « Espero que se ha acabado el terror policíaco. Soy optimista, y tengo esperanza de que llegaremos a desembarazarnos de nuestros actuales dirigentes. Recordemos que se nos permite discutir aquí de estas cosas con la autorización de los dirigentes. Se ha dicho que es una buena idea fabricar una válvula de seguridad. Pero lo que nosotros queremos es una libertad real... Hemos luchado por tantas cosas, que hemos olvidado la principal : ¡ el humanismo ! ». Algunos otros escritores y periodistas, todos ellos miembros del partido, hablaron en el mismo tono. Finalmente un joven poeta, Peter Kuczka, atacó directamente a Rakosi : « El 1949, Rakosi decía que Rajk era un titista ; en 1955, que era un provocador ; este año le llama camarada. El pueblo no tiene ya confianza, no en el partido, sino en sus dirigentes ».

Pronto se estableció un vivo intercambio entre los oradores y el público. Horvath intentaba, en vano, protestar. « No injuriéis al partido » — imploraba. « El partido somos nosotros », gritaba la sala. Finalmente, ya tarde, algunos se levantaron gritando : « ¡ Abajo el régimen ! » « ¡ Viva Imre Nagy ! ». Este grito rebasó las paredes del teatro. En efecto, dos horas después de haber comenzado el debate, la calle Vaci era invadida por algunos miles de personas. Cumpliendo una orden misteriosa se fijaron altavoces, y la multitud podía repetir en la calle el « Viva Nagy », por su propia cuenta. Al día siguiente la ciudad entera estaba electrizada. Los optimistas hablaban de una segunda revolución, y los escépticos se asombraban de no hallarse en la cárcel.

Dos días más tarde, los periódicos anunciaban la sublevación de Poznan. *Szabad Nep* ligaba hábilmente ambos acontecimientos, censuraba al Círculo Petofi y hacía pública la expulsión de Dery, del partido. En Budapest se considera que la sublevación polaca salvaba al régimen de un apuro considerable, porque estaba claro que las críticas pronunciadas eran compartidas por el conjunto de la población.

Una cosa resulta cierta : en Hungría, igual que en Polonia, la « desestalinización » oficial no pisa los talones a la « desestalinización » real, que nace de la base del partido, de los obreros, de los intelectuales, y que encuentra su apoyo — quizás temporal — en la mayoría de la población. Y las actuales soluciones de « compromiso » no parece que puedan durar mucho tiempo.

El fin del apocalipsis

Hemos tratado de dar una idea de la desestalinización en las «democracias populares » presentando algunas instantáneas más bien que una imagen de conjunto, porque son precisamente esas diferencias sutiles las que revelan el carácter nacional y los factores concretos de cada país que nos parecen más característicos. Podríamos añadir a esto las sublevaciones militares de Bulgaria del mes de julio. Los búlgaros, tradicionalmente pro-rusos y anti-yugoeslavos, han reaccionado curiosamente ante la rehabilitación de Tito. El complot de los oficiales, del cual nos han llegado pocos pormenores, no se distinguía ciertamente por una fidelidad póstuma a Stalin, sino más bien por un patrioterismo nacional que había llevado el disfraz staliniano. Por un curioso concurso de circunstancias, uno de los temas de la « desestalinización » — la reconciliación con la Yugoeslavia de Tito — iba contra ese patrioterismo y provocaba la sublevación de los militares... ¿ Y qué decir de Albania, el satelite minúsculo, donde Enver-Hodja semeja encarnar un bey turco, o donde los « hijos del águila » parecen dirigir en las montañas la misma guerrilla que describía Dumas en *El Conde de Montecristo* ?

La mayor mentira del telón de acero era esa apariencia de uniformidad que daba el imperio soviético al observador extranjero. La mayor revelación de la época post-staliniana es la de que volvemos a encontrar a la Europa Oriental en su diversidad, ora sea entre los pueblos, ora entre los grupos sociales, ora entre los individuos. El hecho de que *Trybuna Ludu*, el diario oficial del partido comunista polaco, sea objeto, con frecuencia, de una prohibición de venta en Praga, o el de que los estudiantes polacos, becarios en Moscú, ganen dinero de sobra para sus gastos traduciendo libros y periódicos polacos para rusos curiosos de toda opinión no conformista, nos parecen reveladores.

El horror único del mundo staliniano nos imponía una visión total. Era el 1984 de Orwell, con su atmósfera de apocalipsis permanente. Era *El pensamiento cautivo* de Milosz, en el cual se nos proponía una sutil interpretación del mecanismo psíquico de aquellos que aceptan los principios de la « Nueva Fe ». La argumentación de Milosz parecía explicar, en efecto, procesos incomprensibles en apariencia. Así, teníamos en Occidente la tendencia a atribuir a los intelectuales de las democracias populares todos esos juegos de conciencia, de adaptación y de resistencia que Milosz exponía. Pues bien, las discusiones que han tenido lugar en Polonia y en Hungría parecen demostrar que el pensamiento no estuvo tan cautivo como todo eso. Atribuyendo las transformaciones de los intelectuales de las democracias populares a la fascinación ejercida por la « Historia », por la « Revolución », por los « procesos objetivos », Milosz hacía entrar en escena a gentes que aceptan —sin una palabra de protesta, como víctimas de una hipnosis— los peores crímenes cometidos a su alrededor. La tesis de Milosz atribuye los decaimientos de ánimo de los hombres a la fuerza magnética del sistema. Y sin embargo, desde que en Polonia y en Hungría, por lo menos, fueron levantadas algunas prohibiciones, se advirtió que casi todo el mundo era perfectamente consciente de las realidades. Y estamos tentados a preguntarnos si el temor y la policía secreta no eran más determinantes que la « fascinación de la Historia » o si la « Nueva Fe » no ha desempeñado un papel de menor importancia que el oportunismo.

Hemos asistido recientemente al derrumbamiento de otra interpretación del mundo soviético, el mito de Rubachov, creado por Koestler en su gran novela *El cero y el infinito*. El pacto entre Gladkine y Rubachov parecía ser la única clave del aterrador misterio de los procesos de Moscú. Y he aquí que Krushef nos da una interpretación mucho más sencilla: las confesiones se obtenían por medio de torturas, por interrogatorios interminables, por la promesa de salvar la vida, con un nombre falso, en un rincón perdido de Rusia. El propio Kruschef nos hablaba de esas « dachas » prometidas, añadiendo con un humorismo bastante macabro : « Y la dacha se hallaba bajo tierra »... Así el fin del mito staliniano implica el fin de tres mitos antistalinianos: el mito apocalíptico de 1984, el mito de *El pensamiento cautivo* y el mito Rubachov.

Cierto que todavía es largo el camino que separa a los ciudadanos de las democracias populares de una libertad, incluso tan limitada como la que disfrutamos en Occidente. Pero acabamos de descubrir un hecho evidente que se nos ocultaba por « esa cabeza de Medusa » del stalinismo, que petrificaba al espectador : y es que incluso en el siglo XX, y cualesquiera que sean los progresos de la técnica o las recetas del « lavado de los cerebros », el hombre sigue siendo el mismo en su diversidad infinita, y sus aspiraciones, del otro lado del « telón de acero », son parecidas a las nuestras. Y desde este instante nos son permitidas todas las esperanzas.

K. A. JELENSKI

El jazz, Chipre y el café-bar

POR WAYLAND YOUNG

No hace mucho asistí a una velada que se celebraba en Londonderry House. Este hotel es la más vasta y más suntuosa de las grandes moradas londinenses que aún sobreviven, pertenecientes a la antigua nobleza de terratenientes. Ahora la alquilan por la noche a todos los que desean dar en ella una recepción y pueden pagar el precio. La fortuna de los Londonderry se forjó en las minas de carbón, en los felices tiempos, ya lejanos, en que nunca se hacían investigaciones cuando un minero moría accidentalmente en el fondo de un pozo. Londonderry House data de esa época dichosa de principios del siglo XIX.

La velada se celebraba en un gran salón de estilo griego, amplio y de elevado techo, iluminado por una multitud de arañas. La orquesta estaba constituída casi por completo por negros procedentes de las posesiones británicas, es decir, del Africa occidental y de las Antillas.

Los invitados bailaban cada vez con menos moderación. Se encontraba allí, en primer lugar, el Ministro de Hacienda, que parecía algo inquieto. En general, los hombres vestían de « smoking » ; pero los que tenían menos de veintitrés años llevaban jersey de colores vivos, con cuello enrollado, y pantalón estrecho, de tejido ligero, que les daban cierto aspecto de esquiadores. Las muchachas de este grupo llegaron luciendo vestidos de cien guineas, muy vaporosos, diáfanos y correctos, que se quitaron hacia la una de la madrugada, para ponerse pantalones ajustados y jerseyes ceñidos, enteramente recubiertos con la inscripción « 369369 ».

Esta velada era una muestra, para bien o para mal, de lo que son los Ultimos Días del Imperio Británico. La vieja armadura imperial, la amplia residencia dorada, las familias dirigentes, el champán, nada de esto faltaba ; pero la atención se hallaba por entero concentrada en la música, en el baile y en el comportamiento de esa raza que en otros tiempos fué vasalla. Los bárbaros entraron en Roma y sus tambores resuenan en el Capitolio, pero nosotros, los antiguos amos, escuchamos embelesados.

Vivimos en la época del renacimiento del jazz. Sobre él se han escrito montones de libros que en su mayor parte distan de ser buenos. Hace algunas semanas que la atención del público se ha fijado en este hecho, con ocasión de la venida a Londres, por primera vez después de la guerra, del gran virtuoso negro Luis Armstrong. No fué la falta de interés lo que le tuvo alejado hasta ahora, sino una de esas oscuras y perniciosas querellas sindicales que han impedido desde hace un cuarto de siglo a los músicos americanos actuar aquí en público, y viceversa. Parece increíble, pero es cierto. Esta prohibición se ha levantado por

razones tan incomprensibles como lo fueron las que indujeron a establecerla, y « Satchmo » (abreviatura de « Satchelmouth », boca de saco), como se le llama en la Gran Bretaña, dió dos conciertos cada noche, tanto en Londres como en Manchester. El público estaba formado casi exclusivamente por jóvenes de menos de treinta años ; las muchachas iban peinadas con la cola de caballo y los muchachos exhibían con orgullo toda la barba de que podían disponer. El gusto del público tiende hacia el jazz clásico, o puro, como el que se extendió por todos los Estados Unidos después que el ejército norteamericano cerró, en 1916, el barrio reservado de Nueva Orleans, llamado Storyville. Este jazz sólo comprende un conjunto reducido de tres instrumentos de música que tocan a contrapunto de una manera estrictamente improvisada.

El jazz empieza al fin a ser apreciado en este país, y el antiguo criterio, según el cual no podían gustar al mismo tiempo Bach y Armstrong, va camino de desaparecer. En otras palabras, los jóvenes empiezan a comprender que no se trata de una tradición musical pura, cuya evolución se ve mancillada por una explosión ofensiva de negrofilia repugnante, erótica y semicriminal, sino sencillamente del desarrollo y de la divulgación de una música folklórica extranjera. Como puede decirse que nuestra propia música folklórica ya no existe, en realidad nadie podrá hacer objeciones a este hecho. Y aún diremos más : es un feliz acierto que asimilemos una música popular extranjera que posee esas cualidades de elevada inteligencia y de complejidad. Ahora tenemos derecho a esperar que se haga una estimación más justa de la historia del jazz, en la que el « swing », el « sweet » y el « bop » se consideren como variaciones lógicas y necesarias, y no ya como « inexactitudes » o « desviaciones ». Los críticos del jazz purista emplean en este caso una fraseología curiosamente marxista. Lo que evidentemente no implica que sean marxistas, sino tan sólo que son superficiales e intolerantes, y que el vocabulario marxista es el que expresa mejor las opiniones superficiales e intolerantes.

El novelista Kingsley Amis publica actualmente en el *Observer* una serie de artículos consagrados al jazz, y otros periódicos serios, como el *Times*, dedican críticas más o menos inteligentes a la misma cuestión.

En Chipre continúa el estado de crisis y de neurosis. Parece que ya no hay límites para el gusto de la humillación que sienten las potencias colonialistas. Es como el masoquismo de otros tiempos. ¿ Qué otra interpretación puede darse a una política que repite el error de enviar al exilio o de encarcelar a los líderes nacionalistas, después de los ejemplos de Gandhi, de Nehru, del Kabaka de Uganda, y a raíz de lo que Francia hubo de soportar respecto de Burguiba, en Túnez, y del Sultán Mohamed ben Yusef, en Marruecos ? En cada uno de estos casos el proscrito ha regresado en medio de las aclamaciones de una muchedumbre compuesta de centenares de miles de manifestantes y cada vez la derrota de las potencias coloniales ha sido evidente. El arzobispo Makarios sigue aún en las islas Seychelles, y el actual gobernador de Chipre, Harding, prohibe toda relación con el desterrado. Hace algunos días, el gobierno de la Gran Bretaña hizo deportar de Inglaterra al párroco de la principal iglesia griega ortodoxa de Londres, el archimandrita Machierotis, acusado de haber organizado colectas en provecho de los terroristas chipriotas. El archimandrita declara que el producto de la colecta no estaba destinado a los terroristas, sino a todas las víctimas de la violencia, sin distinción. Actualmente, los domicilios londinenses de los ministros están discretamente custodiados por la policía, lo que constituye un hecho muy desagradable y nuevo en los anales de este país. Desde hace varias semanas los comentaristas de la prensa sensacionalista se despachan a su gusto en cuanto a los motivos exactos del envío por los sindicatos de la electricidad, de filiación comunista, de veinte libras esterlinas, con destino a Chipre.

Una de las razones que impiden encontrar una solución a este asunto es la polémica incesante que han entablado los partidos, la prensa y numerosos particulares, acerca del problema de saber si debemos o no mantenernos firmes en relación con los chipriotas griegos. El partido laborista denuncia en los Comunes « el espíritu sanguinario » que anima al gobierno conservador ;

los conservadores, a su vez, acusan al partido laborista de tener el « corazón demasiado sensible ». Y esto podría prolongarse hasta el infinito, ya que cada partido se forja una idea de tipo general de los defectos y de las contradicciones del otro, mientras que Westminster y Fleet Street resuenan con los gritos de : « ¡ Seamos fuertes ! » « ¡ Seamos generosos ! » Y entretanto, no aparece el menor asomo de una decisión con respecto a los cambios eventuales que pudieran aportarse al modo de gobernar la isla.

Pero todos estos acontecimientos forman parte sin duda de un proceso mucho más vasto. Si no se toman medidas preventivas, los incidentes actuales de Chipre pueden reproducirse mañana en Aden, Zanzíbar, Ceilán, Singapur (donde ya empieza a dibujarse un movimiento) y, naturalmente, en Hong-Kong, cada vez que los chinos tengan ganas de levantar el dedo. Si permanecemos sordos a toda petición de reforma, perderemos todos esos pueblos. Si accedemos a sus demandas, si concluímos con ellos un pacto de arriendo de las bases que hemos establecido hace años en aquellos países, por la fuerza o con un simulacro de fuerza, y si mantenemos nuestros derecho de intervención, también corremos el riesgo de perderlos. Este es el dilema crucial de la política elaborada en Bagdad por el OTAN-SEATO. Nosotros quisiéramos que los pueblos de raza negra y de otras razas de color, incluso los que nos quedan de raza amarilla, se unieran a nosotros contra el comunismo ruso, y por otra parte desconfiamos de ellos. De este modo, nos encontramos en la situación del anfitrión que dice a sus invitados : — ¡ Vengan a cazar conmigo ! Pero, no, gracias... ¡ Dejen eso !... ¡ Soy yo quien tiene el fusil !

Es notoriamente público que nuestro Imperio toca a su fin ; pero, aunque de una manera cortés y discreta, específicamente inglesa, la opinión de este país se halla profundamente dividida en cuanto a lo que el porvenir nos reserva. El comercio, la ayuda económica, las alianzas, la cultura, todo esto es apreciable, pero la fuerza valía más. Sin embargo, es evidente que dentro de veinte años, cuando la generación que ahora sube llegue al poder, habrá de basar su política en el hecho de que, aunque la fuerza valga más, nosotros ya no dispongamos de ella. Los jóvenes de Londres entran cada vez más en contacto con representantes de las razas de color. Cuando la capital de un imperio se ve invadida de este modo por los estudiantes procedentes de las colonias, lo que se trata de saber es quién extraerá más enseñanzas de este contacto, si los coloniales o los habitantes de la metrópoli. Supongo que actualmente no existe en Londres ninguna persona de menos de treinta años, interesada en las cuestiones de carácter político e intelectual, que no se sienta más bien orgullosa de contar entre sus amigos a individuos de color. Son gentes de espíritu avanzado y su amistad nos enorgullece, la evolución de sus pensamientos no podrá dejar de interesarnos en el más alto grado. La generación anterior se hallaba bajo la influencia intelectual de lo que Kœstler llamaba « la gripe francesa » ; en cierto modo, estaba impregnada automáticamente de respeto por todo lo que era francés. Ahora parece que la Gran Bretaña sufre de la « gripe áfrico-asiática ».

En los cafés-bares, que desde 1954 se han abierto por centenares y hasta por millares en Londres, es donde se ven más gentes de color, pero sobre todo negros. Todos estos cafés tienen los mismos aparatos italianos, llamados *espresso*, el mismo decorado moderno de espejos, de plantas verdes y de bambú. Están abiertos a todas horas y la clientela que a ellos acude es joven. Sería interesante poder afirmar que allí se manifiesta un modo especial de vida o se discuten ideas extraordinarias ; pero no es así. Son ante todo lugares tranquilos y limpios, donde no se sirve absolutamente ninguna bebida alcohólica. El moblaje, el ambiente son tan reducidos que no incitan a expresar ideas cuyo desarrollo necesite ir acompañado de grandes gestos. Por otra parte, las mesas exiguas y los asientos bajos imponen un contacto físico muy inmediato. Se entra en conocimiento con las rodillas y los codos del vecino. Pero en estos cafés no existe la distinción de razas o de colores, y es precisamente en este aspecto donde reside la novedad. Tampoco existe allí esa delimitación de carácter más sutil y más taimado que se deriva del principio según el cual *no* debe haber discriminación por razones de color Un negro que entra en un hotel, en

un restaurante e incluso en un « pub », tiene a pesar de todo la impresión de que es un negro en un local reservado a los blancos, y su amigo blanco, que entre con él, experimenta el mismo sentimiento de malestar. Pero al entrar en un café-bar no se puede experimentar un sentimiento de esta clase.

Mientras el imperio británico, tumultuosamente multirracial, se modifica y desintegra en el Sur, el Norte disfruta de un extraño pequeño aumento. El 18 de septiembre de 1955, un destacamento naval descendido de un helicóptero con un cabrestante, en la isla de Rockall, donde izó el Union Jack, la anexó de este modo a la Gran Bretaña, en tanto que un navío de la Marina Real disparaba una salva de veintiún cañonazos. La historia de esta isla acaba de ser descrita por James Fisher, un ornitólogo que formaba parte de ese cuerpo expedicionario.

Como millares de otros marinos, yo he tenido la ocasión de ver Rockall a través de un anteojo. Es una roca de setenta pies, casi vertical, que se levanta en el Atlántico Norte, a doscientas millas de la tierra más próxima, que es la isla de Sta. Kilda. Vista a través de las lentes del auteojo, Rockall oscilaba ligeramente, por efecto de la vibración del barco y de la misteriosa luminosidad que envuelve todo lo que se mira con cristales de gran aumento. Esta isla daba la impresión de ser más importante de lo que es en realidad, porque parecía ligeramente realzada y se destacaba del remolino de espuma que batía sus flancos. Es la cima más elevada de una cadena de montañas sumergidas, cuyo relieve corresponde exactamente al de las Hébridas, que se encuentran al Este. Entre Rockall y las islas británicas el mar tiene una profundidad de más de dos mil metros. Durante siglos ha representado para los marinos el símbolo de la soledad ; era una isla occidental tan remota que resultaba imposible llegar hasta ella y de la que no había nada que sacar : una verdadera ciudadela de la nada. Los pájaros marinos vienen a posarse en ella, y cuaudo el mar está encrespado, las olas la recubren. Por lo que a la vegetación se refiere, sólo hay en ella algas. Su granito no se parece a ningún otro. Ahora este símbolo impresionante tiene una placa cuya inscripción empieza así : « Por la voluntad de Su Majestad la Reina Isabel II, por la gracia de Dios, el Reino Unido... »

La causa de esta anexión es que los proyectiles teleguiados podrán lanzarse por encima de la isla a partir de una plataforma de ensayo instalada en la Uist del Sur, en las Hébridas. Ningún ser humano ha podidó vivir en Rockall, por lo que es posible que se instale allí un monitor automático. Todos los ingleses, todos los románticos perciben desde el continente el eco sordo del espíritu que se halla sumergido al Oeste de sus Hébridas ; Rockall se yergue impresionante en medio de su soledad, bañada por la extraña y fría claridad de tormenta que emana del Océano nórdico, donde vienen a estrellarse las olas del miedo y del deseo. Nos hemos anexado esta roca, que permanecerá deshabitada, pero por encima de la cual mandaremos las ciegas andanadas de proyectiles destinados a una destrucción inhumana.

WAYLAND YOUNG

Pietro Nenni quiere gobernar

POR PAUL PARISOT

EL socialismo italiano, profundamente desgarrado por la influencia que ejercía el comunismo sobre él, aspira a rehacer su unidad en la independencia. Desde que los jefes soviéticos se han liberado del molesto cadáver de Stalin (confirmando oficialmente algunos de sus crímenes), Pietro Nenni da señales de una creciente autonomía con respecto a su aliado del « frente popular ». Los socialistas demócratas, por su parte, están prestos para examinar una reunificación que corresponde a los deseos claramente expresados por el cuerpo electoral hace diez semanas, en determinadas condiciones, una de las cuales es la de la lucha por la unidad europea. Así se abre una nueva perspectiva no sólo al socialismo italiano, sino también a la izquierda en toda Europa.

« *Lo que caracteriza a un régimen socialista no es sólo la socialización de los medios de producción. Es también un sistema que conceda todas las garantías democráticas a la libertad individual y colectiva, sin las cuales todo se corrompe en la opresión policíaca.* » Con estas palabras censuró Pietro Nenni el conjunto de la experiencia soviética en la polémica que sostuvo con los comunistas después de la publicación del informe de Kruschev.

Este ataque apareció el 29 de Julio en la revista del Partido Socialista italiano *Mondo Operaio* y fué reproducida para un público más numeroso en el *Avanti*, diario del partido.

Togliatti reaccionó: por primera vez desde hace muchos años, el órgano del P. C. italiano, la *Unitá*, la emprendió contra Nenni, al que trataba, en el artículo, de superficial y periodístico (*sic*).

El asunto es grave. Los comunistas y criptocomunistas del mundo entero ponían como modelo el pacto de unidad de acción Togliatti-Nenni. El propio jefe del socialismo de izquierda italiano lo ha sacrificado todo en ese pacto. Pero en la base de su partido se manifiesta una corriente « autonomista » cada vez más poderosa, que lo arrastra más allá de todo cuanto podía esperarse.

Poco tiempo más tarde, Togliatti pronunció un gran discurso en la Cámara de Diputados; Nenni, acompañado por la mayoría de los de su grupo, permaneció ostensiblemente en los pasillos.

Los nennistas adoptaron una actitud política nueva. En el mes de mayo se celebró la conferencia de Venecia sobre el Euratom y el mercado común. *Avanti* le consagró un espacio inusitado; dió un resumen objetivo e incluso publicó una fotografía halagadora de Paul-Henri Spaak. Muchos dirigentes del P. S. I. — y el propio Nenni — anunciaron que estaban dispuestos a discutir problemas europeos con un espíritu abierto y favorable.

En junio, en el Comité directivo de la C. G. T. italiana (dominada por los comunistas), los jefes sindicalistas nennistas se hacían eco de esta tendencia hacia Europa. Foa, Secretario de la poderosa Federación de metales, hasta dedicó un párrafo de su informe a subrayar la importancia de la C. E. C. A.

Desde entonces el « frente popular » había cambiado de sentido y se desmem-

braba por sí mismo. Los intereses comunes se eclipsaban en el seno de la Alianza ante el deseo de independencia de los socialistas.

De este modo, Nenni se reunía con los rebeldes de su propio partido. Se empezó a hablar de un acercamiento entre los nennistas y el partido socialista democrático de Giuseppe Saragat.

Para facilitar este acercamiento, el P.S.I. procuró desestalinizarse por sí propio. Según el consejo de Lenin, barre ante todo su portal. Se muestra decidido a modificar todo lo que hay de totalitario en su estructura interna, a revisar sus estatutos y a aceptar las reglas de la democracia en vigor en el P. S. D. I. saragàtiano. Está dispuesto a derogar el artículo de sus estatutos que establece su ligazón con la Unión Soviética. Admite la elección de su Comité directivo y el voto secreto.

Constituye todo ello una operación delicada, sin la cual el cambio político de Nenni sería imposible. En efecto, los comunistas dominan en buena parte el aparato socialista.

Nenni explica así, cínicamente, su nueva orientación : « *Hemos escogido la política soviética en la época de la guerra fría. Ahora reconocemos que el propio sistema soviético debe variar por completo.* »

La verdad es que Nenni acababa de comprender la lección del 27 de mayo. La renovación de los ayuntamientos se había llevado a cabo con el régimen electoral de representación proporcional, presentándose cada uno de los partidos completamente solo ante los electores. Los dos grandes vencedores de la consulta electoral fueron los dos partidos socialistas : más de un millón de votos logrados por los socialistas de Nenni a costa de los comunistas, con más de otros 600.000 votos obtenidos por los saragatianos a costa de la derecha. Así se alejaba el país de la extrema izquierda comunista y de la derecha, para reforzar el socialismo.

La prueba inversa comprobaba la fuerza de la « alternativa socialista ». Las diputaciones provinciales se habían renovado al mismo tiempo que los ayuntamientos. Pero la votación se realizaba por el sistema « mayoritario ». Comunistas y nennistas se presentaron en listas comunes, mientras que los socialistas saragatianos formaron listas comunes con la democracia cristiana y con otros partidos del centro. Consecuencia : medio millón de socialistas, que habían votado por los nennistas en las elecciones municipales, votaron por los secuaces de Saragat en las provinciales. Una vez más prefirieron a los saragatianos para no ir de nuevo con los comunistas.

El empleo del voto preferencial proporciona todavía mayor claridad : los candidatos conocidos por su independencia para con los stalinianos salieron a la cabeza.

Después de esta lección, los comités directivos de los dos partidos socialistas no podían desconocer la voluntad de sus electores. « La alternativa socialista », idea lanzada por Nenni, empezaba a adquirir vida. El Comité directivo saragatiano la reconoció unánimemente, precisando que se trataba de una alternativa « democrática ». Examinó la conveniencia de poner fin a su alianza con la democracia cristiana, que condena al partido al inmovilismo.

Inmediatamente después se establecían contactos entre los dos partidos. Militantes nennistas tomaban parte en las reuniones del P. S. D. I., que proponía, para la constitución de las asambleas locales, que la coalición del centro fuera reforzada por los nennistas en todas partes donde no pudiera imponerse una mayoría de frente popular.

Pero los jefes demócrata-cristianos torpedearon esta tendencia a la izquierda. Presentían un peligro en la unidad socialista. Y también sacaron una lección de los números. Historia ya larga. El resultado del escrutinio del 27 de mayo no hizo otra cosa que confirmar la enseñanza de más de diez años :

1. — En las primeras elecciones para la Constituyente, los socialistas, todavía unidos, obtuvieron 6 millones de votos ;

2. — Después de la escisión, Nenni, que acababa de coligarse con el P. C., perdió la mitad de sus votos de 1948, mientras que el P. S. D. I., que siguió autónomo, y se le creía más débil, conservaba cerca de 2 millones de sufragios ;

3. — En 1953, Nenni ganó de nuevo numerosos votos sobre listas autónomas, mientras que el P. S. D. I., unido esta vez

a los partidos del centro (por la ley de las alianzas), sufrió un desastre.

Por consiguiente quedó demostrado que el socialismo italiano sólo prospera con la independencia.

Precisamente por esto la prensa de derecha, inspirada por el gobierno o por los grandes intereses económicos, inició una violenta campaña. Malagodi, Secretario del Partido liberal, cogió el toro por los cuernos ; el peligro, explicaba, no es el comunismo, sino el socialismo bajo todas sus formas.

Sin embargo, el ala izquierda demócrata-cristiana, que se agrupa alrededor de Gonella (ex-secretario del partido y rival de Fanfani) tiene tanto interés como los propios socialistas por un acercamiento entre saragatianos y nennistas. Porque la dirección demócrata cristiana trabaja en pro de una inclinación a la derecha. La única esperanza de Gonella estriba en la adopción de una gran iniciativa unitaria por los socialistas, antes del Congreso demo-cristiano de octubre. Ya que si no, Fanfani predicará el deslizamiento a la derecha al amparo de un refuerzo del cuadrapartidismo.

Saragat tiene una actitud muy matizada. La nueva orientación de su Comité directivo fué adoptada cuando él estaba en vacaciones. A su regreso no aprobó todas las iniciativas adoptadas en su ausencia. Sabe que la democracia cristiana de Fanfani no es ya la de Gasperi. No quiere, sin embargo, renunciar al cuadripartidismo (y a su independencia) antes de estar seguro de que la unidad socialista no es un espejuelo, ni tampoco una trampa.

Saragat pone en juego todo su prestigio y toda su reputación de valiente para obtener que la unidad, si es que debe lograrse, se base en principios inequívocos. Esta prudencia política honrada precave al partido contra un arrebato. No habrá unidad a todo trance, es decir, sacrificando los principios que Nenni acaba de redescubrir.

Ambos políticos se habían ya reunido para debatir algunos de los problemas que plantea el informe de Kruschev. Durante la ausencia de Saragat, Matteo Matteotti (antiguo líder de izquierda de las Juventudes socialistas, y actualmente secretario del P. S. D. I.) se entrevistó con Nenni para estudiar una táctica común después de las elecciones.

Dos condiciones previas son necesarias para la mayoría saragatiana : la adhesión a la Internacional Socialista y el apoyo a la unidad europea. Los nennistas parecen estar dispuestos a admitir el Pacto atlántico con la condición de que ofrezca un contenido económico y social concreto. Donde quiera que el Movimiento Socialista en pro de los Estados Unidos de Europa (Izquierda Europea) hace sentir su influencia, los nennistas se muestran dispuestos a discutir favorablemente.

Nenni empieza a hacerse viejo. Tiene, con certeza, la ambición de llegar a ser algún día Presidente del Consejo. Sin abrigar la seguridad de que la unidad socialista le facilitaría esta posibilidad, se da cuenta perfecta de que la alianza con los comunistas no hace otra cosa que paralizarle.

Hoy día se le critica simultáneamente por su « izquierda », fiel al Frente Popular, y por su ala democrática, que le reprocha haber tardado demasiado en emprender el camino de la independencia y no haber ido por él demasiado lejos. Para los unitarios, lo esencial es obtener el choque psicológico que haga de la « alternativa socialista » una realidad y de la unidad una certeza, antes de que se celebren los dos grandes Congresos de Octubre. Uno de los miembros del Comité Directivo saragatiano acaba de ir a París y a Londres para facilitar la operación cerca de la Internacional y de los dos grandes partidos socialistas que muestran mayor interés por los asuntos italianos : la S. F. I. O. y el Labour.

Es posible que estemos al comienzo de una nueva época en la historia del socialismo europeo. Si es así, quedaría cancelada la hipoteca criptocomunista. El socialismo democrático aparecería, con la caución de los militantes italianos que antaño le habían vuelto la espalda, como la única solución valedera. El nennismo era ayer el único argumento de algún peso en favor de la unidad de acción social-comunista. Este argumento se vuelve hoy en contra de aquellos que lo esgrimían.

PAUL PARISOT

SEYMOUR M. LIPSET

La incógnita del elector norteamericano

CUANDO se recuerda que los primeros partidos políticos que aparecen en la historia llevando en su denominación las palabras « obrero » o « trabajador » surgieron en Norteamérica, entre los años 1820 y 1830, se produce a menudo una impresión de extrañeza, sobre todo en los países europeos. La insistencia con que se recalca la « ausencia de clases » en la ideología política de los Estados Unidos, ha inducido a muchos comentaristas políticos de Europa y de América a suponer que las divisiones de los partidos norteamericanos tienen allí menos relación con las diferencias de clases que en otros países occidentales. Los estudios efectuados sobre el proceso de las elecciones desmienten este supuesto e indican que en todas las que se han celebrado en los Estados Unidos, desde 1936 (con anterioridad a esta fecha no se habían hecho aún estudios sobre esta cuestión), la proporción de los que votan a favor de los demócratas aumenta rápidamente, a medida que se desciende en la escala del trabajo o de la retribución. En 1944 y en 1948, más del setenta por ciento de los obreros dieron sus votos a los demócratas. Este porcentaje es más elevado que ninguno de los registrados hasta ahora por los partidos de izquierda en los países europeos. En 1952, la proporción de los obreros norteamericanos que apoyaban al candidato demócrata a la Presidencia bajó a cerca del sesenta por ciento. Conviene tener presente, no obstante, que este fenómeno se debió, en gran parte, más a la simpatía personal de Eisenhower, que a un desacuerdo fundamental del partido demócrata. En general, la gran masa de los obreros, incluso muchos de los que votaron a favor de Eisenhower, siguen considerándose como demócratas.

La relación que guarda la situación económica y social con la conducta política en Norteamérica se ve acentuada por los factores étnico y religioso. Algunos estudios indican que, entre las agrupaciones cristianas, cuanto más elevado ha sido el promedio de los ingresos de los miembros adscritos a una iglesia determinada, más probabilidades ha habido de que éstos votasen a favor de los republicanos. Las agrupaciones religiosas cristianas de los Estados Unidos, clasificadas, de conformidad con su posición económica y social por orden descendente, se presentan del siguiente modo : congregacionalistas, presbiterianos, episcopalianos, metodistas, luteranos, anabaptistas y católicos ; y este orden es idéntico al que se observa cuando dichas agrupaciones se clasifican según su propensión a votar a favor de los republicanos. Este hecho hace pensar que la situación económica y social, más aún que las ideas religiosas, es la determinante principal de los valores políticos entre las distintas agrupaciones. Pero la filiación o las creencias religiosas y los valores políticos a ellas asociados parecen tener, no obstante, otros efectos independientes sobre la conducta de los votantes. Entre los protestantes de la clase obrera, pertenecientes a la iglesia congregacional o a la presbiteriana, hay probablemente más republicanos que entre los trabajadores de las agrupaciones anabaptista o católica. Inversamente, los anabaptistas y los católicos ricos propenden más a ser demócratas que los congregacionalistas o los episcopalianos, que no son menos ricos.

El dinero hace a los hombres...

La relación entre la condición social (tal como se refleja en los tres criterios basados en la posición económica, en la religión y en el factor étnico) y la fidelidad a un partido no es un fenómeno nuevo en la historia norteamericana. El estudio de las variaciones que ha experimentado la adhesión a los federalistas, primer partido conservador del país, y a los demócratas de Jefferson, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, indican que la base social de estos partidos era casi idéntica a la de los modernos partidos republicano y demócrata. Los federalistas contaban con el apoyo ilimitado de los terratenientes adinerados, de los comerciantes de las ciudades, de las personas de extracción eclesiástica y de los miembros de las iglesias congregacional y episcopaliana, a que pertenecían las clases elevadas. Por otra parte, los demócratas tendían a gran-

jearse las simpatías de los obreros urbanos, de los campesinos más pobres, de las personas que no eran de origen inglés, como los escoceses e irlandeses, y de los adscritos a las iglesias presbiteriana y católica, que por entonces eran las más pobres. El segundo partido conservador, los « whigs » que combatieron a los demócratas, desde 1836 a 1852, extraían su fuerza de los mismos veneros que los federalistas, mientras que los demócratas seguían las normas establecidas anteriormente, y además contaban con la asistencia de la gran oleada de la inmigración europea.

Aun cuando el partido republicano fuera creado como agrupación abolicionista, existen pruebas de que, durante el período que precedió a la guerra civil, heredaron en gran parte el apoyo de los « whigs ». Un estudio detallado de la conducta de los electores en el Estado de Nueva York, antes de la Guerra Civil, demuestra que los demócratas conservaron la adhesión de los obreros urbanos de la clase más baja, de los católicos y de los inmigrantes. Los datos compilados por diferentes historiadores ponen de manifiesto que los hombres más ricos y de mayor poder económico de América nunca han dado a los demócratas más que el apoyo de una pequeña minoría. Dixon Ryan Fox, comentarista de la política de las clases elevadas de Nueva York, a principios y mediados del siglo XIX, reunió una cantidad considerable de datos estadísticos para demostrar que los distritos habitados por las clases elevadas de las ciudades votaban a favor de los federalistas y de los « whigs ».

Un reciente estudio de Mabel Newcomer, acerca de las opiniones políticas de los grandes hombres de negocios, en los años 1900, 1925 y 1950, revela que en el curso de estos tres períodos, casi las tres cuartas partes de los directores de empresa eran republicanos. En realidad, en 1925, un período que no se considera normalmente castigado por conflictos políticos de clase, en Norteamérica, sólo el diecinueve por ciento de los hombres de negocios eran demócratas. Estos datos subestiman probablemente la mayoría republicana constituída por dueños de empresas, ya que entre ellos figuraban los demócratas del Sur que, de no haber vivido en una región, en la que sólo había un partido, hubieran sido republicanos.

... *Pero no hace totalmente, al hombre*

La división de los norteamericanos en dos partidos, uno de los cuales se ha basado siempre en los ciudadanos más pobres, y el otro en los más ricos, no ha significado necesariamente que los partidos hayan diferido siempre en razón de los problemas políticos tradicionales de la izquierda y de la derecha. Estos problemas ya separaban a los partidos en los días de Jefferson y de Jackson, y también — en su mayoría — desde 1896 hasta ahora, aun cuando hubiera algunas excepciones significativas, tales como las elecciones de 1904 y las de 1920. No obstante, hasta en los momentos en que los partidos no presentaban posiciones opuestas, basadas en las cuestiones habituales de izquierda y de derecha, casi siempre han surgido entre ellos cuestiones que reflejaban las diferencias existentes en su base social.

Incluso la controversia acerca de la esclavitud reflejaba las diferencias de clase antes de la Guerra Civil. Los grupos de las últimas categorías urbanas en el Norte tendían a ser contrarios a los negros y se desinteresaban de la campaña abolicionista. Por otra parte, los protestantes de las clases media y alta del Norte mostraban más propensión a indignarse ante el crimen de la esclavitud. Así es como, en el Estado de Nueva York, los conservadores defendían el derecho de los negros libres a votar las Constituciones del Estado de 1821 y 1846, mientras que los portavoces más destacados de los demócratas, o bien se oponían a que se hiciera extensivo el sufragio a los negros, o permanecían indiferentes a esta cuestión. En cambio, los negros libres apoyaban a los partidos federalista y whig, antes de 1850, y los esclavos liberados y sus descendientes continuaban siendo defensores leales del partido republicano, hasta que la elección de Roosevelt estableció, por primera vez, una administración democrática, que se interesaba por los problemas de todos ellos. La administración de Wilson, de 1913 a 1921, aun siendo liberal en relación con otros problemas, reflejaba la posición de los Estados del Sur en sus resoluciones relativas a los problemas raciales. Los movimientos que indicaban la moral de la clase media, tales como los destinados a prohibir el consumo del alcohol y el juego, o que buscaban el modo de eliminar la corrupción en las esferas del Gobierno, también han progresado en gran parte, gracias a los partidos conservadores. En las controversias acerca de la prohibición, en el siglo XX, los demócratas del Norte eran los « húmedos » ,en tanto que los republicanos eran los « secos ». Y durante los años prósperos de 1920 y siguientes, cuando los problemas económicos no eran palpitantes, los demócratas realizaron la campaña de 1928, basándose sobre todo en el restablecimiento de la prohibición.

La posición de los partidos, en relación con la política extranjera, no sólo ha sido el reflejo de la base étnica de los mismos, sino que en determinadas ocasiones ha contribuído a desviar dicha política. Los millones de norteamericanos de origen irlandés o alemán demostraban claramente su resentimiento por la entrada de los Estados Unidos en la primera guerra mundial. En particu-

lar los alemanes sufrieron gravemente, como consecuencia de la discriminación social y económica, durante la guerra y después de ella. Algunos analistas han sugerido (aunque las estadísticas hayan demostrado que no era cierto) que la gran victoria republicana de 1920, en la que Harding obtuvo mayor porcentaje de votos que ningún otro republicano desde la creación del partido, fué debida, en parte por lo menos, al abandono de las filas demócratas por los miembros de los grupos étnicos, que se habían considerado « traicionados » por Wilson, cuando éste llevó el país a la guerra.

Ahora ya se ha olvidado por completo que, en los primeros años de su vida pública, Franklin D. Roosevelt era « aislacionista », y que el partido demócrata actuaba en el Congreso, como si creyera que los Estados Unidos habían sido arrastrados a la primera guerra mundial por la propaganda británica y por los manejos de los banqueros de Wall Street. La ley de neutralidad, aprobada durante el primer mandato de Roosevelt, por un Congreso en el que los demócratas eran una mayoría abrumadora, reflejaba esa posición aislacionista y antibritánica. Por este hecho, los demócratas volvieron a su papel tradicional de expresar los sentimientos de los grupos étnicos más numerosos.

Al estallar la segunda guerra mundial, Roosevelt se encontró ante la disyuntiva con que ya Wilson hubo de enfrentarse años antes. Sabía que su deber era ayudar a los aliados, pero también deseaba ser elegido. La caída de Francia no le dejó otra alternativa que « dar toda su ayuda a la guerra ». En la campaña presidencial de 1940 había prometido que el país *no* entraría en la guerra ; pero esta vez, al contrario de 1916, los republicanos entendieron que la posición aislacionista y pacifista volvía a ser, en gran parte, una maniobra electoral. Wendel Wilkie era todas luces más partidario aún de la intervención que el propio Roosevelt, hasta el punto de que él y sus consejeros sentían, al parecer, que su única esperanza de salir triunfantes en las elecciones era sustraer a los demócratas los votos de los irlandeses, alemanes e italianos, que por razones de identificación nacional eran contrarios a la intervención. Las cifras de la consulta electoral de dicho año muestran que los republicanos obtuvieron cierto buen éxito, ya que los votos de los demócratas procedentes de dichos grupos se vieron muy reducidos. Es probable que esta pérdida quedara compensada en parte por un movimiento de simpatía hacia Roosevelt entre los « anglosajones » de la clase media.

Las reacciones étnicas han afectado asimismo al modo de tratar la cuestión comunista en los últimos diez años. No debería olvidarse que el senador McCarthy es irlandés y representa a un Estado en el que la influencia de los americanos de origen alemán es elevada. McCarthy, en sus acusaciones relativas a la infiltración comunista en el Departamento de Estado, ha insistido en que los Estados Unidos se habían visto « traicionados » por hombres de la clase elevada, de origen anglosajón, graduados de Harvard y de otras escuelas de la « Liga de la Hiedra ». En efecto, al obrar así, ha dicho a los grupos étnicos aislacionistas acusados de « deslealtad », en el curso de los dos últimos años, que los verdaderamente desleales eran los anglosajones de las clases elevadas, que habían inducido a los Estados Unidos a luchar contra quienes no debieron hacerlo, y que después habían « perdido la paz » frente a los rusos. En 1952, los republicanos enfrentaron al país con un serio problema de política extranjera, que afectaba a los grupos étnicos, y muy especialmente a los católicos y a los alemanes. Eisenhower, lo mismo que anteriormente Wilkie, consiguió, durante la campaña electoral, inclinar en su favor a la opinión pública. Y los resultados del escrutinio indican que hizo grandes progresos entre los católicos, los alemanes y los italianos de la clase media.

Estados de un solo partido

Hasta ahora no se ha discutido un factor de capital importancia para la vida política de los Estados Unidos : el del regionalismo, es decir la preponderancia demócrata en el Sur y la dominación tradicionalmente republicana en muchos Estados del Norte. Sin embargo, a excepción del Sur, es difícil calcular hasta qué punto la conducta electoral del país es un reflejo de los vínculos regionales y tradicionales que unen a un partido y que lo sostienen con independencia de otros factores. La fuerza regional de los republicanos, fuera del Sur, es en la mayor parte de los casos la prueba de que grandes sectores del país tienen una mayoría de características sociales « republicanas », es decir, que cuentan con los protestantes de la clase media del campo y de las pequeñas ciudades. Tradicionalmente, la Nueva Inglaterra republicana ya no existe en Massachussetts, Connecticut, ni Rhode Island, que están ahora considerablemente urbanizados, y en los que los demócratas se mantienen firmes. En Vermont, New Hampshire y Maine, donde los electores rurales y de las pequeñas ciudades desempeñan un importante papel y la proporción de los católicos y judíos es más baja, el predominio del partido republicano caracteriza todavía la política del Estado. Lo mismo podría decirse de otros muchos Estados agrícolas del Middle-West : la ausencia de grandes centros urbanos ha sido la causa de que estos Estados permaneciesen republicanos. La mejor prueba de que la fuerza de los republicanos en los Estados en que

éstos predominan no representa una adhesión puramente regional a un partido puede hallarse quizá en el hecho de que la clase obrera de las ciudades de esos Estados es en gran parte demócrata y que, en realidad, los principales centros urbanos son generalmente demócratas. Por ejemplo, las dos ciudades mayores de Vermont y New Hampshire, Burlington y Manchester, son fortalezas de los demócratas.

Sin embargo, es innegable que, si bien en muchas regiones del Norte donde domina un solo partido, este hecho puede atribuirse a las características sociales de la población, el dominio constante de un solo partido en un Estado sirve para reducir los votos del partido minoritario, incluso entre los grupos de los que hubiera podido esperarse que le apoyaran. El hecho de que un partido no tenga probabilidad de vencer reduce inevitablemente el esfuerzo que éste dedica a las elecciones. Así es como los candidatos demócratas, en los Estados predominantemente republicanos, o los candidatos republicanos en el Sur, son a menudo individuos que tienen poco atractivo político. El partido nacional u otras organizaciones que los respaldan, tales como los sindicatos o los grupos patronales, pueden sentir que el dinero gastado a este fin resulta perdido en dichos Estados, y por tanto gastan poco. Además, en vista de que el único medio de hacer una carrera política eficaz se encuentra en el partido republicano, en muchos Estados del Norte, y en el partido demócrata, en los Estados del Sur, numerosos liberales ambiciosos, en Estados como Dakota del Norte o Vermont, se convierten en republicanos activos, en tanto que los conservadores derechistas en el Sur se valen del partido demócrata para llegar al poder. El hecho de que los hombres que mejor pudieran dirigir el partido republicano en el Sur sean demócratas, y que en algunos Estados del Norte los políticos que pudieran ser demócratas sean a menudo republicanos, es sin duda uno de los factores que sirven principalmente para perpetuar el dominio de un solo partido.

La nacionalización de la política

El sistema político de los Estados del Sur constituye una importante desviación del cuadro normal de la diversidad política, que mejor refleja las diferencias de clase, étnicas y religiosas. Con excepción de un breve período, en el último decenio del siglo pasado, en que los populistas fueron fuertes, el Sur ha sido firmemente demócrata en las elecciones presidenciales, desde fines de la Reconstrucción hasta 1928. A partir de esta fecha, algunos Estados del Sur se han apartado del campo demócrata, en las elecciones de 1928, 1948 y 1952. Pero estos mismos Estados han permanecido demócratas para todo lo que se refiere a las cuestiones locales y regionales. La defección de 1928 reflejó el resentimiento de un sector de los protestantes del campo y de la pequeñas ciudades, por haber designado los demócratas al católico y antiprohibicionista Al Smith. Sin embargo, las dos desviaciones más recientes ilustran las consecuencias de la nacionalización de la política norteamericana bajo Roosevelt y Truman : los sectores más conservadores del Sur se rebelan contra el liberalismo ideológico del partido nacional, que aboga por la igualdad de derechos de los negros, apoya a los sindicatos y es hostil a las grandes empresas.

La nacionalización de la política norteamericana a que acabamos de referirnos es una de las consecuencias más importantes de la revolución del « Nuevo Fair Deal ». Las cuestiones sociales, que no representan una diferencia en las convicciones derechistas o izquierdistas, han perdido importancia. Y se advierte que los efectos de los factores tradicionales religiosos, étnicos o regionales también han perdido importancia, aunque sigan desempeñando un papel, cuando se plantean problemas de política extranjera. En 1952, Eisenhower triunfó en distritos habitados sobre todo por la clase media, en las ciudades del Sur, con una mayoría casi igual a la que obtuvo en distritos semejantes de los centros urbanos del Norte. La mayoría de los católicos de la clase media votó por los republicanos en 1952 (desplazamiento que se vió facilitado por los problemas de política extranjera discutidos anteriormente), mientras que la masa de la clase obrera católica, especialmente la que estaba adherida a los sindicatos, permaneció demócrata.

La influencia de los factores de esta clase en las variaciones de las preferencias electorales de los individuos y en la conducta de los dos principales partidos, no debe hacernos pasar por alto el hecho de que, tanto en los Estados Unidos como en todos los países democráticos, una gran minoría de obreros y un sector menor de la clase media se desvían de la tendencia dominante de clase. Una de las condiciones necesarias para que un sistema de dos partidos sea viable, consiste en que ambas partes oscilen alrededor del límite del cincuenta por ciento. De ahí que en todo país industrializado, los partidos conservadores deban esforzarse por conquistar el apoyo de la clase obrera ; y en los Estados Unidos y en la Gran Bretaña, los respectivos partidos republicano y conservador han comprendido la necesidad de aceptar muchas de las reformas llevadas a cabo por sus adversarios. Una tendencia gradual hacia la izquierda, por parte de los conservadores, se ha hecho endémica, en el sentido demográfico de la política democrática, ya que Dios ha hecho más pobres que ricos.

La lógica de la división de la población por

clases impulsa a los conservadores a tratar siempre de simplificar estos problemas en la política. Es sin duda ventajoso para los partidos de izquierda que la gente vote, teniendo conciencia de las condiciones de clase. Por consiguiente, los republicanos procuran siempre hacer destacar los problemas ajenos a las cuestiones de clase, tales como la defensa militar, la política extranjera, la corrupción, etc.

Los efectos del medio ambiente

Es probable que el estudio que ha contribuído más eficazmente al análisis de los fenómenos electorales en los últimos años haya sido el efectuado, a base de la técnica de cuadros estadísticos, por Paul Lazarsfeld, profesor de sociología de la Universidad de Columbia. Este método, que comprende repetidas entrevistas con grupos característicos de electores, durante un extenso período de tiempo, permite al investigador localizar a los que han cambiado de actitud y de conducta, y tratar de especificar los factores relacionados con dichos cambios. El resultado de numerosos estudios estadísticos, combinados con un número mayor aún de estudios fundados en las entrevistas individuales, ha venido a aumentar nuestros conocimientos acerca de las fuerzas que afectan al modo de formar su criterio los electores en unas elecciones determinadas.

Los trabajos realizados por el profesor Lazarsfeld y otros, en la Oficina de la Universidad de Columbia, dedicada a Estudios Sociales aplicados, han tendido a poner de relieve « los efectos del medio ambiente » (ya que cada persona vive en ambientes distintos) y « la situación efectiva de clase » (ya que muchas personas tienen vínculos con más de una clase social), como determinantes del voto. La mayor parte de los indecisos acerca de la manera de emitir sus votos, lo están generalmente, no por un exceso de reflexión, sino como reacción ante los sistemas contradictorios que tratan de atraerse su voluntad. Estas presiones contradictorias tienen su origen en el hecho de que los electores viven o trabajan entre individuos de opiniones distintas, o porque están sometidos a influencias variadas, que predisponen su ánimo en direcciones opuestas. Por ejemplo, un individuo rico estaría predispuesto a votar a favor de los republicanos, mientras que un católico sería probablemente demócrata. Por consiguiente, un católico rico se hallaría sometido a presiones contradictorias, y como consecuencia de ello, tendría más probabilidades de ser ambivalente o de cambiar de criterio, que un católico pobre o un protestante rico. Del mismo modo, un obrero que vive en un distrito habitado por gentes de la clase media podría estar más expuesto a estímulos políticos contrarios.

Todos los factores que sirven para crear un medio ambiente político homogéneo, es decir el que aumenta la posibilidad de que un individuo se halle expuesto a actitudes y valores correspondientes a las predisposiciones políticas derivadas de su posición social, aumentan la probabilidad de que este individuo sea un adepto inquebrantable. Así como los obreros empleados en grandes fábricas, donde conviven principalmente con sus compañeros de trabajo, tienen más probabilidades de ser demócratas que los que trabajan en empresas pequeñas, en las que pueden mantener algunas relaciones particulares con un patrono republicano. Igualmente, los obreros de las grandes ciudades tienen menos probabilidades de conocer personalmente a individuos de la clase media que los que viven en pequeñas comunidades, y por consiguiente están más inclinados a ser demócratas. Los miembros de los sindicatos, influídos por otros sindicalistas, son exageradamente demócratas. Los obreros que proceden de familias de trabajadores dan a los demócratas un número mayor de votos que aquellos que descienden de padres de la clase de media. Los trabajadores pertenecientes a grupos religiosos cuyos miembros son extremadamente pobres y demócratas, tales como los católicos, son más demócratas que los obreros que son miembros de iglesias protestantes que, en su mayoría, pertenecen a la clase media.

Entre los individuos de la clase media se producen los mismos fenómenos. Sin embargo, es significativo que los individuos de la clase media descendientes de padres obreros tienen más probabilidades de ser republicanos que aquellos que poseen una ascendencia de la clase media. Aparentemente, los individuos que, con sus esfuerzos, han logrado alcanzar una posición más elevada, tienden a supercompensarse o a superidentificarse, mientras que los que han « caído » de una clase más elevada tratan de conservar las características de dicha clase.

La fachada de los partidos

Pudiera creerse que el espíritu de « moderación » que habitualmente caracteriza la política norteamericana desmiente la tesis según la cual los factores de clase han llegado a ser más decisivos para hacer la distinción entre los partidos de los dos bandos. Existen dos procesos básicos, que son la causa de la tendencia de ambos partidos a evolucionar hacia el centro. Uno de estos procesos, subrayados por muchos comentaristas políticos, es la prolongada prosperidad y la elevación del nivel de vida. Se ha aducido que los problemas económicos, que interesan a la clase baja, y que sirven de argumento al partido demócrata, se van reduciendo numéricamente, y de

ahí que el partido no pueda ya propugnar medidas de reforma, para triunfar. Pero el efecto, que sobre la « fachada » ideológica de los partidos, tiene el hecho de estar o no en el poder, es tan importante, si no lo es más, que el cambio de las condiciones económicas. La línea de conducta del partido que está « fuera » del poder la fijan sobre todo sus representantes en el Senado. Así es como los demócratas en la oposición, como sucede actualmente, se ven conducidos en gran parte por los conservadores o los centristas del Sur ; en tanto que la dirección de los republicanos en el Congreso vira rápidamente hacia la derecha, cuando los demócratas tienen la Presidencia.

Un Presidente demócrata se encuentra invariablemente a la izquierda de los representantes demócratas en el Congreso, ya que ha sido elegido principalmente con el apoyo de los Estados en que predominan los grandes centros industriales urbanos, donde los sindicatos y los grupos minoritarios constituyen la espina dorsal del partido. En cambio, un Presidente republicano, en circunstancias normales, ha de estar siempre a la izquierda de sus partidarios en el Congreso, puesto que él también ha de orientarse en este sentido para conquistar o retener el apoyo de los sectores más liberales del país. De ahí que, cuando los republicanos tienen la Presidencia se muevan en sentido izquierdista, en contraste con su actitud cuando se hallan en la oposición ; mientras que los demócratas, al dejar la Presidencia y pasar a la oposición en el Congreso, se mueven hacia la derecha.

Una de las consecuencias de esto es que el partido de la oposición ha de enfrentarse siempre con una crisis, cuando designa a un Presidente, puesto que los políticos del partido, representados habitualmente por gobernadores en activo en los Estados industriales más importantes, desean un candidato que se sitúe a la izquierda de los que dirigen el Congreso. Desde 1940 a 1952, todas las asambleas republicanas han sido testigos de la lucha entre un candidato del ala derecha del Congreso, Taft o Bricker, y un candidato de los gobernadores, Wilkie, Dewey y Eisenhower. Y puesto que los políticos saben de donde han de venir los votos necesarios para la victoria, el candidato liberal tiene siempre asegurado el nombramiento. En la actualidad, los demócratas se enfrentan con un problema similar. El candidato moderado de los representantes en el Congreso, centristas y conservadores, es Stevenson, mientras que los grupos liberales del Norte luchan por los partidarios del New Deal, como Kefauver o Harriman.

La campaña de 1956

¿ Qué conclusiones pueden sacarse de estos resultados en lo que concierne a las elecciones de 1956 ? Salvo acontecimientos imprevistos, las elecciones de 1956 deberían ser una reproducción de las de 1952. Los demócratas tienen todavía la ventaja de ser el partido mayoritario, es decir, que son más numerosos los que están identificados con ellos que los adictos a los republicanos, y tienden a considerar al primero como el partido de las clases laboriosas, y al segundo, como favorable a las grandes empresas. Pero Eisenhower tendrá muchas más simpatías que cualquier posible candidato demócrata. Bajo su mandato no se ha producido ningún hecho que pueda quitar al conjunto de los norteamericanos la creencia de que es un Presidente capaz. Eisenhower es un valor conocido, en comparación con un candidato demócrata que aún no ha hecho sus pruebas. En cuanto a las cuestiones planteadas, también tienen ventaja los republicanos. Los demócratas no pueden señalar ningún grave problema económico que interese a algún grupo determinado, excepto en lo que se refiere a los agricultores ; y en cuanto a la situación internacional — por lo menos, en la superficie — ésta ha mejorado desde que Eisenhower tomó el poder. (La guerra de Corea, por ejemplo, se consideró como una empresa « demócrata »). La situación económica de los norteamericanos es mejor ahora que nunca : muchos poseen su propia casa, su automóvil, aparatos de televisión, aparatos para facilitar el trabajo doméstico, y actualmente son más numerosos los que mandan a sus hijos a estudiar a las universidades. Para una gran parte de la población, el sueño de una vida acomodada de la clase media está ahora más próximo a realizarse que en ninguna otra época ni en ningún otro país. Los negros han seguido haciendo progresos, tanto en lo que se refiere a sus posibilidades de trabajo, como en la eliminación de las leyes de segregación. Una clase media negra considerable empieza a formarse ; hecho que es aún más efectivo para otros grupos étnicos, tales como los irlandeses y los italianos. Por esta razón se podría predecir que todos estos factores reforzarán la posición de los republicanos. A no ser que se produzca un súbito retroceso económico o un empeoramiento visible en la salud del Presidente, es seguro, con la seguridad relativa que tienen siempre estas cosas, que Dwight D. Eisenhower será reelegido en 1956.

SEYMOUR M. LIPSET

¿ Vuelve Perú a la democracia ?

POR MANUEL SUAREZ MIRAVAL

DESDE el 3 de octubre de 1948 hasta el 28 de julio de 1956, esto es, durante algo más de 7 años y 9 meses, la proscripción « legal » de los partidos Aprista y Comunista permitió a la caterva de militares aupados en el poder ejercitar una de las más omnímodas y tiránicas formas de expoliación y abuso de los derechos ciudadanos en el Perú. Los hechos de su luctuosa dictadura no permiten al salvajócrata Odría (y tomo el epíteto de un diario cubano) esgrimir la consabida disculpa. Las fortunas, los robos, los peculados, las ilícitas transacciones, los enriquecimientos súbitos, las estafas cuotidianas llegaron a ser el pan nuestro de cada día. Por momentos, se dijera que el pueblo del Perú había decidido renunciar a toda esperanza. No obstante, la recuperación democrática llegó tan imprevistamente como se desencadenó la dictadura que la proscribiera, y hoy los pueblos del Perú se encuentran nuevamente abocados a la irrenunciable tarea de construir un país.

Es inveterado en cualquier gobierno latinoamericano en apuros, recurrir al manido y gastado expediente del comunismo en ciernes. Ese fué el mote con el cual, durante incontables años, el Apra fué verdadera y encarnizadamente perseguida por los gobiernos del Perú. Tal la reacción de Sánchez Cerro ; no otra la actitud de Benavides ; similar la conducta de don Manuel Prado (en su primer período) ; análoga la reacción de Bustamante y Rivero al poner fuera de la ley a los únicos partidos organizados de este pueblo ; idéntica (y aún reforzada en vesania) la prepotencia de la pandilla odriesca. No debe olvidarse en ningún momento que, desde los años del presidente Leguía, A. P. R. A. fué sinónimo de oposición, de enconada combatividad contra cualquier forma de dictadura o despotismo. El recuento final de los votos emitidos por 1.575.748 electores arrojó el siguiente resultado para los tres candidatos : Hernando de Lavalle, 232.612 ; Fernando Belaúnde Terry, 457.977, y Manuel Prado, 568.443 votos. El candidato Lavalle (presentado como una fórmula de transacción y que postuló la llamada Candidatura de Unificación Nacional) tuvo en la adhesión del partido oficialista, Partido Restaurador, la catástrofica repulsa del pueblo del Perú. En verdad, los ciudadanos trataron de manifestar no su oposición a Lavalle cuanto su repudio al régimen. El Dr. Hernando de Lavalle, empero, insobornable figura de la abogacía peruana, obtuvo de sus adversarios el respeto y la admiración que personalmente concitaba. El ingeniero Belaúnde Terry (diputado electo con votos apristas en las elecciones generales de 1945, en el llamado Frente Democrático) planteó desde el llano la oposición abierta al gobierno y a sus métodos nefastos, solicitando la inmediata amnistía de los presos políticos y la derogación de una vergonzante Ley de Seguridad Interior de la República. Arrastró tras de sí un volumen incalculable y sorprendente de votos ; el alto número de

estos votos indicó, cuantitativamente, el fuerte porcentaje mermado al otrora tradicional Partido de la Izquierda Peruana. No obstante, fueron votos del Partido del Pueblo (o Aprista) los que ungieron a don Manuel Prado, Presidente Constitucional de la Républica del Perú, para el período 1956-1962.

El 27 de octubre de 1948, veinticuatro días después del fracaso de la revuelta de la Armada Peruana contra el gobierno del Dr. José Luis Bustamante y Rivero (e instigada por elementos apristas de probada actitud izquierdista), el general don Manuel A. Odría, económicamente apoyado por la plutocracia peruana — encabezada por don Pedro Bertrán y los « barones » de la tierra o agro peruano —, lanzó su grito « restaurador » desde Arequipa, ciudad sureña y tradicionalmente libertaria. Negando su espíritu, flameando las banderas de la más conspicua demagogia, los militarotes encadenaron una vez más al sojuzgado pueblo peruano. De inmediato, derogaron una disposición económica que establecía el control de cambios y (salvaguardia lógica en un país de economía subsidiaria y dependiente del Gran Vecino dolaresco) dieron carta blanca para el usufructo indiscriminado y monopolizador de las « divisas » o dólares de exportación del Perú. Ello cimentó aún más la posición económica del latifundismo, enquistó los capitales basados en la explotación del campesino o yanacona (sistema costeño peruano, por el cual se abona el trabajo personal con índices increíblemente usurarios : de 1 a 2 dólares semanales) y, por sobre todas las cosas, se armó del pretexto de tachar como « comunista », « rojo » o « aprista » cualquier reivindicación de orden social o económico. Una vez más las fuerzas de la reacción se prevalían de todos los argumentos y todos los resortes del « mando » para ahogar con la prisión y el destierro las tentativas de obtener una mejoría de la situación endémica del pueblo peruano.

Los problemas del Perú, como los de la mayoría de los pueblos de la tiranizada América Latina, o como el conjunto de los pueblos de categoría semicolonial en el mundo, son de preponderante orden económico. Su fisonomía geográfica condiciona tres regiones clásicamente llamadas Costa, Sierra y Montaña, entendiendo por tales, respectivamente, las franjas de territorio comprendidas entre el Océano Pacífico y la selva del Amazonas y cruzadas por los dos ramales de la Cordillera de los Andes, paralelos y longitudinales con respecto al mar. Los cultivos se suceden con profusa variedad, por la diferencia de climas y heterogeneidad de terrenos. Los tubérculos, los cereales, las hortalizas, los frutos, los sembrados de diferentes especies vegetales, diversifican grandemente la flora peruana. No obstante, un 76 % de su población, con pronunciado porcentaje indígena, se encuentra al margen de los beneficios de un nivel de vida mínimo o de satisfacción de necesidades irreemplazables. Ello es consecuencia de haber sujetado la posesión de la tierra a los « títulos » virreinales que la Independencia del Perú (en 1821) dejó intactos, con su secuela de latifundismo y terratenientismo, y de haber entregado progresivamente la riqueza en poder de grandes firmas imperialistas, con el consiguiente desquiciamiento de nuestra economía. De resultas de ello, la economía agraria de nuestra costa (más cercana a los puertos de embarque) se ha fundamentado en torno de tres productos de exportación : el algodón, el arroz y el azúcar, y la economía de la sierra se ha supeditado a ciertas formas o variedades del maíz y a la diversidad de frutas y artículos de pan llevar. El sistema de transportes no ha sido concebido más que para beneficiar algunos cuantos intereses de « familias » o « grupos » y, de nuevo, se han engrillado así las posibilidades de las masas productoras. Pero aún este término de « masas productoras » es susceptible de rectificación, por cuanto elevado porcentaje de nuestra población no está vinculada a los centros nerviosos de nuestra producción y vegeta en monocultivos o en la misérrima explotación de parcelas de mínima extensión. Consecuentemente, más de la mitad de nuestros diez millones de habitantes soportan el analfabetismo, la opresión, el llamado tutelaje (fruto de una paternal legislación, anacrónica y separatista), la carencia de oportunidades de progreso (económico, y, por ende, cultural), el ale-

jamiento de los niveles medios de estabilización social y la postergación indefinida del más inmediato de sus reclamos : la integración al cuerpo nacional del Perú. El habitante de la costa, con mayor oportunidad de trabajar, mediatizando un intercambio más activo que en el de las postergadas provincias, deja sentir su huella en las actividades obreras, campesinas e industriales. Mas, regímenes como el que acabamos de repudiar anularon sus derechos de agremiación, persiguieron los intentos de crear una conciencia de clase trabajadora y dispersaron los esfuerzos por cautelar los vulnerados intereses de las grandes masas ciudadanas de nuestro litoral. Disposiciones que el General Odría adoptó con beneplácito de sus cooperadores económicos fueron las de disolver la Confederación General de Trabajadores (fundada por José Carlos Mariátegui, el hombre más puro de la izquierda peruana y el pensador que más hondo ha calado en nuestros problemas) y ahogar la representación cívica (fabricando un Parlamenco de áulicos y validos, persiguiendo a los intelectuales, a los maestros, a los catedráticos, a los dirigentes obreros, en fin, ejercitando un genocidio que le permitiera cubrir las vacantes con los ineptos y complacientes servidores de su régimen restaurador). Quien esto escribe, director de la única revista de arte y literatura que sobrevivió seis años de persecución sistemática, puede dar fe de sus cuatro clausuras consecutivas, la deportación del anterior director (Gustavo Valcárcel, premio Nacional de Poesía) y su propio encarcelamiento por no haber acatado o aceptado las indicaciones y el soborno ofrecidos por el mandatario y su nefasto funcionario Alejandro Esparza Zañartu.

Pero los problemas por resolver no son solamente de este orden. Tenemos que obtener, en estos próximos seis años de gobierno democrático, la solución de uno de los mayores imperativos de nuestro Destino : la descentralización ecónomico-político-administrativa. Las provincias han sufrido, sin excepción, el criminal abandono de sus impostergables demandas. En estos días acaba de formularse una ley por la cual se dota de servicios de agua y desagüe a las poblaciones todas del Perú. Hemos tenido que clamar por ello, a lo largo de años, porque los oídos de los mandatarios sólo se abrían para el elogio, el ditirambo y la apología. Así se fueron aplazando los angustiosos derroteros del país. Aun hoy tenemos que clamar por la creación de oportunidades para los más. Tenemos que pedir el abandono definitivo del « compadrazgo », forma peculiar de nuestra política por la cual sólo se conceden favores a los familiares o « amigos » de los gobernantes de turno. El nepotismo, la vanidad, el ensoberbecido desplante de los militares son vicios que habrá que desterrar de los Institutos Armados, para que su función se contraiga solamente al deber de respetar y hacer respetar la Constitución del Estado. De otro lado, tenemos que practicar una democracia actuante, por la cual todos podamos disentir de las opiniones que no aceptamos, sin necesidad de ejercitar la fuerza, el abuso o el terrorismo como armas de convencimiento. En este sentido, las grandes masas populares del Partido del Pueblo tienen una nueva oportunidad para despojarse de su tradicional sectarismo y contribuir a que el Perú sea, efectivamente, de todos y de cada uno de sus hijos. Ya es sobradamente sabido a qué extremos llegan los partidos totalitarios que se autodenominan mesiánicamente los « salvadores » de la Patria. Democracia es una palabra que todos entendemos ahora como el derecho de contribuir con una personal apreciación al bien cívico común. No como la consigna impartida por las multitudes numéricamente masivas, ni mucho menos como el favor de un Presidente. En este sentido, el pueblo peruano ha rendido un ejemplar acto de fe el 17 de junio próximo pasado.

Los dispendios económicos del régimen militar de gobierno le llevaron por el camino de la peligrosa demagogia del poder, tanto o más nefasta que la demagogia de la oposición. Así, un ministerio vital como el de Educación destinó un tercio de su presupuesto anual a construir un edificio de 22 pisos, en nuestra capital, en circunstancias de que carecemos de locales escolares, de que en muchos puntos del territorio los niños tienen que llevar adobes o piedras desde su casa para sentarse, y el maestro (héroe anónimo de esta jornada

por mantener nuestra integridad cultural) discurre sus enseñanzas entre las chozas azotadas por el viento o los « ranchos » de caña que el sol calcina. La verdadera novela peruana se ha de escribir el día que algún iluminado deje de pensar en Faulkner, Gide o Kafka y se sumerja en este adolorido sendero que ha sido la enseñanza en el Perú. Aún no se ha hablado lo suficiente sobre este tópico. Y el gobierno de Odría, creyendo resolver el meollo del conflicto, erigió una serie de locales de grandes unidades escolares, que sólo sirvieron para beneficiar a las firmas constructoras (integradas por favorecidos del régimen) y a los ingenieros constructores. En estos días se acaba de denunciar el pésimo estado de una de esas « nuevas » construcciones : ha de gastarse un millón de soles para reparar la deficiente construcción de un edificio escolar. Y cada uno de ellos costó más de diez millones de soles. Esto ha sido, en resumen, la obra del general Juan Mendoza (ministro de Educación, famoso por haber mandado empastelar un mural de un artista que se negó a suscribir un acuerdo para hacerle ¡ doctor honoris causa ! de la Universidad de Arequipa), o la de cualquier otro militarote : demagogia, enriquecimiento fabuloso a costa de los dineros del Estado, persecución de los que se negaban a arrodillarse ante ellos y saqueo sin trabas de las rentas del pueblo. Por eso el régimen que concluye ha dejado el peligrosísimo precedente de la inconsciencia gubernativa ante los intereses nacionales. Sólo se atendió a satisfacer los pedidos o reclamos de aquellos que contaban con la aquiescencia personal del mandatario.

Odría no tuvo para nada en cuenta los intereses de las mayorías constitutivas del organismo de la nación. Empleó contra los intentos de obtener conciencia cívica todas las formas del abuso, el soborno, la amenaza y la opresión. El genocidio fué su plataforma y contó para ello con la simpatía de los círculos del departamento de Estado, que no desean que estos pueblos latinoamericanos adquieran conciencia de su misión histórica. Se desembocó así en una sumisión extraña a nuestra propia razón de ser. A pesar de todo ello, el pueblo expresó en las urnas electorales su desprecio a esas troglodíticas formas de gobierno y eligió un Presidente decidido a olvidar las persecuciones y abusos de su primer período (1939-1945).

En América Latina la caída del déspota Odría trae consigo una nueva situación. Ahora Argentina, Chile, Brasil, Uruguay y Perú pueden sostener una nueva jornada de recuperación democrática. Los asesinos de sus pueblos ven cerrarse un cerco de repudio y censura a sus personales dictaduras. Bolivia (es de esperar) debe, con Ecuador, cimentar también el respeto a la persona humana. Como muy bien lo manifestó el Congreso por la Libertad de la Cultura « todo el que no puede decir que NO, es un esclavo ». Y en el Perú, actualmente, somos más los que podemos decir que NO ; y eso es una ambiciosa realidad. Pero, además de ello, queremos también que la austeridad sea norma de los futuros dirigentes de nuestra administración. Ya sabemos cuánto significa la Libertad, porque la hemos alimentado sin desmayos a lo largo de incontables años de zozobra. Ahora comprendemos que, sobre todos los bienes, la tranquilidad de la propia conciencia es lo único imperecedero. Y no podremos tener la conciencia tranquila en tanto no hayamos relegado al desván de lo imposible los impulsos cavernarios de la venganza, el totalitarismo, la conciencia sectaria o el terror. No podremos tener una conciencia tranquila en tanto sólo Lima se considere la ciudad esencial del país, con olvido y detrimento de las necesidades impostergables de esa columna vertebral que son las provincias. No podremos tener la conciencia tranquila si no hacemos todo lo posible para que el indio deje de considerarse una raza aparte y se le incorpore, plenamente, a nuestra realidad político-económico-social. No tendremos tampoco la conciencia tranquila si no hacemos que los beneficios de la vivienda, el trabajo, la alimentación y el vestido cubran los porcentajes humanos aún desplazados de esta oportunidad. Nuestra conciencia debe ser existencial, en este momento, para este pueblo. No queremos dioses ultraterrenos, sino dignidades de esta hora : llámense Justicia, Libertad o Democracia.

MANUEL SUAREZ MIRAVAL

La pintura moderna en París

POR MARINA GREY

Desde principios de este siglo, los pintores de todas las nacionalidades han tomado la costumbre de inmigrar en París, a fin de impregnarse de su sensibilidad, de su lógica, de su fantasía y de su arte. Estos pintores venidos de todas las regiones del mundo (rusos, polacos, búlgaros, italianos...) son los que fundaron la Escuela de París, al día siguiente de la guerra de 1914-1918. El grupo se ha disuelto, la mayor parte de sus fundadores murieron, pero para el extranjero la Escuela de París continúa existiendo. Picasso y Fujita, Van Dongen y Villon han escrito en ella sus nombres, que evocan España, Japón, Holanda y Francia, y de este modo no cesa de hablarse de irradiación de pintura « francesa ». También se habla de la irradiación de París — « esas cinco mil hectáreas del mundo, donde más se ha pensado, más se ha hablado y más se ha escrito », decía Jean Giraudoux, y donde quizá también se ha pintado más. Y esta « encrucijada del planeta, que ha sido la más libre, la más elegante y la menos hipócrita », es la que atrae todavía, gracias a estos superlativos aún no pasados de moda, tanto a los aficionados al arte como a los pintores.

La primera mitad del año 1956 ofreció a unos y a otros, más de un espectáculo mudo, más de una ocasión para remontarse a los orígenes, para aprender, comprender o comparar.

Las exposiciones son numerosas, demasiado numerosas sin duda, convencionales y sosegadas, como el Salón de Invierno o el de los Artistas Franceses, a veces desconocidas del público, como la de las « comparaciones », que el Museo de la Villa de París ha albergado en el mes de marzo. « Enriquezcámonos con nuestras mutuas diferencias » fué la frase de Paul Valéry que los organizadores habían adoptado como divisa. Según precisaba el catálogo, se trataba de presentar un panorama, tan completo como fuera posible, de la pintura y de la escultura de hoy. A este fin, las salas llevaban los títulos de : « pintura visionaria y mágica » (las osamentas representaban en ésta un gran papel), « pintura ingenua », « pintura musicalista »... Fué una exposición de jóvenes ; los grandes maestros se habían abstenido. Hubo, no obstante, algunas faltas de buen gusto, tal como la inmensa tela rayada de rojo, amarillo y verde, en la que no se inscribía de manera legible más que el nombre del autor, Piero Graziani, y que se titulaba pomposa y presuntuosamente « El « strip-tease » del cerebro ».

Una exposición en la que no hay, triste es decirlo, ni invitaciones ni jurado, es la de los Artistas Independientes. Por sexagésimaséptima vez abrió sus puertas, en el mes de abril, con los envíos de 1.900 artistas. Un capitán de la Guardia

Republicana redactó, en 1884, los Estatutos oficiales de la Sociedad. Con Redón, primer presidente del primer salón, con Dubois-Pillet, el capitán precitado y pintor por vocación, con Signac y Seurat, nace la fórmula revolucionaria de : « Nada de jurado, nada de recompensas ». Estas periódicas manifestaciones de arte han proseguido, y en ellas han participado, además de los fundadores, Pissarro, Cézanne, Van Gogh, Matisse...

Y así es como Signac pudo escribir : « El arte francés no ha sufrido nunca un trato tan desconsiderado como en el penúltimo decenio del siglo pasado ». Las grandes glorias de esta época eran Meissonier y Detaille... Fantin y Manet trabajaban aislados y escarnecidos. Para los artistas jóvenes, deseosos de presentar sus obras al público, no había más que un modo de darse a conocer : someterse al jurado de admisión (¡ y qué jurado !) del Salón de los Artistas Franceses, pues no existían galerías que permitiesen exposiciones particulares. La mayor parte de los comerciantes reservaban sus vitrinas para las obras ya estampilladas con medalla del Salón. En cuanto a los impresionistas, esos « comuneros buenos para ser fusilados », como los calificaba el crítico del *Figaro*, exponían como podían, es decir cuando los locales libres les ofrecían la oportunidad.

Por esta razón se consideró necesaria la fundación del Salón de los Independientes que aceptaba, según se concretaba en su reglamento, todas las obras de sus adheridos, a razón de dos por expositor.

En sus setenta y tres años de existencia, este Salón ha conocido días felices y adversos. Cambió de residencia más de una vez. Después de haber encontrado su primer albergue en el Pabellón de la Villa de París — en cuyo solar se construyó más tarde el « Petit Palais » — el Salón se trasladó al poco tiempo a la Sociedad de Horticultura, al Campo de Marte, a un guardamuebles de la calle del Coliseo y a los antiguos invernaderos de la plaza del Alma. Pero estas andanzas no fueron más que aventuras de juventud. El Salón ha llegado a su madurez y ya le tenemos muy sólida y muy oficialmente instalado en el « Grand Palais ». Pero hoy ya no es el único que defiende a los jóvenes artistas. Las exposiciones particulares se han multiplicado ; las galerías también atraen a un público cada día más ávido de emociones artísticas. Por otra parte, las vocaciones son más frecuentes; unas sinceras, irreprimibles, otras estimuladas por el insólito ejemplo de ciertos pintores contemporáneos cuyo menor dibujo sobre un mantel vale una fortuna. Así se explica indudablemente el hecho de que, entre los mil novecientos expositores del Salón de los Independientes, cuyos dos tercios son no obstante profesionales, no se hayan encontrado muchos verdaderos pintores.

Mantenerse fiel a una fórmula durante setenta y tres años es muy laudable. Pero si la fórmula ha caducado, ¿ no sería más laudable aún trabajar por transformarla? Y con más razón, teniendo a la vista, desde hace doce años, el ejemplo del Salón de Mayo. Un comité directivo, compuesto de pintores y escultores y presidido por un crítico, invita cada año a los artistas que considera más representativos. Y ninguno piensa en rehusar, ni siquiera Picasso ; lo cual proporciona a los visitantes la oportunidad de contemplar cuadros de calidad, así como un panorama bastante completo, que engloba a los artistas no figurativos, como Hartung, Lanskoy, Schneider, y a los semifigurativos, como Calmette y Lapicque. Y además Bernard Buffet, Max Ernst, que este año no parece haberse inspirado en Chagall, y André Marchand, en quien se advierte, a pesar de todo, la influencia de Picasso y de Villon.

Al margen de estos salones, los pintores intentan presentar al público cierto número de sus telas reunidas en galerías particulares. Pero estas exposiciones cuestan caro. Se paga de cincuenta mil a trescientos mil francos por el alquiler del local, durante dos semanas ; de seis mil a cincuenta mil por la impresión y envío de las tarjetas de invitación, sin contar el prefacio facultativo y los gastos de publicidad. No obstante, algunas galerías conceden a sus « favoritos » condiciones especiales. Y así se da el caso de que en París, un año con otro, tenemos cerca de ochocientas exposiciones particulares.

A principios de este año, tres jóvenes pintores han producido una fuerte impre-

BERNARD BUFFET : *" La Parade ".*

sión sobre un público, no obstante, saturado. Nejad — un pintor turco — ha dejado hablar a los colores. El verde significa tranquilidad (y para algunos esperanza), el rojo es excitante, el amarillo es luz. Por esta razón, aun cuando sus cuadros no sean figurativos, ni lleven títulos, los visitantes no se han equivocado y los han bautizado con acierto : *Ternura, Amanecer* o *Bosque que anda,* tan expresivos son sus colores y tan supeditados están a una composición rigurosa.

Sólida es también la composición de los cuadros de Calmette. Equilibra perfectamente los tonos de sus vasos, de sus tazones y de sus hueveras sobre un fondo negro. No se preocupa de las transparencias. Sus naturalezas muertas son más verdaderas que el natural, aunque Calmette no sea un pintor figurativo.

Bonnet, que expuso por primera vez en París en el mes de mayo, es un pintor figurativo. Pero lo es a modo de un espejo ligeramente deformado y teñido de verde que refleja, con una especie de melancolía impresionante, la llama de una bujía, una langosta color naranja, una botella turquesa o un negro jarrón.

Al lado de estos éxitos positivos, pero discretos, la doble exposición de Bernard Buffet se ha engalanado con el destello del escándalo.

Este asombroso joven — el millonario de la pintura, como le llama la prensa sensacionalista — que en ocho años ha pintado centenares de cuadros, que posee un Rolls Royce, que — siendo hijo de un comerciante de bicicletas — habita una casa solariega, y a quien un semanario parisiense ha consagrado nueve páginas (una menos que a los esponsales de Grace Kelly), este joven asombroso ha tomado la costumbre de hacer, una vez al año, una doble exposición : en la orilla derecha, telas ; y en la orilla izquierda, acuarelas y dibujos. Se ha aplicado a su pintura el calificativo de « miserabilista ». A mi juicio, este joven pintor de los horrores de la guerra, y que ha hecho las ilustraciones de la Pasión de Cristo, es un pintor demasiado objetivo para dejarse nunca conmover. El tema de sus dos últimas exposiciones fué el circo : un circo fantasma. Los acróbatas, con el rostro tenso por el esfuerzo muscular, ensayan sin testigos ; el rinoceronte, abandonado en su jaula, permanece solo en medio de las gradas vacías ; la bailarina, la enana y el prestidigitador repiten sus números por costumbre, sin comunicación posible con el público.

Se discute para saber si Buffet es más bien pintor que dibujante. Es cierto que emplea el color con parsimonia. Desarrolla sus escenas sobre fondo gris, a veces verde.

BIBLIOTHÈQUE DE LA GUERRE MUSÉE

LÉGER : *"Le campeur"*.
(Foto Hélène Adant)

Nada de lentejuelas, ni de oropeles : ninguna ilusión es posible. Tan sólo, alguna vez, un sombrero amarillo de payaso, una cortina violeta o una mancha verde hacen más tangible aún el tono gris general.

Reproduce un mismo rostro en decenas de ejemplares, a veces afeminado (si puede llamarse así) por unos cabellos largos ; un rostro de párpados caídos, de nariz rectilínea (las de los payasos son postizas), de boca desmayada. Se tiene la impresión de que Bernard Buffet, al practicar una especie de narcisismo al revés, reproduce sin cesar la caricatura de su propio rostro.

Buffet ha quitado toda expresión de vida a este rostro y a los cuerpos que le acompañan. Parecen más muertos que sus cadáveres, es decir, sin alma. El dolor, el hastío que expresan son excesivos, como los de una careta. Son a modo de condenados o de réprobos sin esperanza.

Tras esta desesperación sistemática era necesaria, si no una lección de optimismo, al menos una lección de ternura, de juventud y de prudencia. Y nos la da un pintor que ya ha pasado de los sesenta años. Se llama Pougny. Nació en 1894, cerca de San Petersburgo. Las telas que ha expuesto, y que son el fruto sucesivo de su trabajo durante treinta años, han demostrado que era el último de los impresionistas. Las escenas de playa y de la vida callejera, las naturalezas muertas y los paisajes apacibles recuerdan a Vuillard y a Bonnard, pero se vuelve a encontrar en ellos, con placer y emoción, la ironía inquieta y la ternura resignada que caracterizan a Pougny.

No es posible enumerar las exposiciones particulares más importantes sin hablar de la de Picasso. La galería Berggruen presentó, a principios de mayo, una colección titulada : « dibujos de medio siglo ». De 1903, una cabeza de mujer, de perfil. Un perfil voluntarioso y una mirada dura. En 1906, la mujer se humaniza, está desnuda y es tímida. En 1908, el cubismo hizo su obra, afirmando la arista de la nariz, transformando las cejas en acentos circunflejos, pero nada pudo hacer contra la mueca de la boca mohina y sensual. En 1909, Picasso dibuja como Ingres, pero su *Mujer del rosario* es una mujer amada y no una mujer a la que se odia al no poder amarla. En 1930, los modelos son lascivos, tanto en el amor como en la muerte. Once años más tarde, Picasso prefiere las mujeres inteligentes (no digo intelectuales) o caprichosas. Los ojos de estas mujeres lanzan chispas y sus cuerpos tienen algunas veces, para agradarle, forma de pájaro. Finalmente, en 1954, Picasso vuelve de nuevo a la inocencia, y su último retrato es el de Aniouta Pitoëff, de grandes ojos soñadores y boca indecisa. Hubo en esta exposición naturalezas muertas, palomas y corridas de toros. Si no he hablado más que de las mujeres es porque era difícil enumerarlo todo, y quizá también porque en los retratos de mujer, más aún que en otras obras suyas, Picasso está, como dice Jardot, sometido sin defensa a la espontaneidad.

No transcurre una temporada artística sin que se rinda homenaje a un gran maestro, bajo forma retrospectiva. En estos últimos seis meses, hemos tenido cuatro en París. Uno, consagrado a un pintor vivo, Vlaminck ; los otros tres a pintores desaparecidos : Soutine, Bonnard y Léger. Para celebrar los ochenta años de Vlaminck, la

galería Charpentier había reunido, de marzo a junio, más de ciento ochenta telas de este parisiense de origen flamenco, que fué en sus principios corredor ciclista y profesor de violín. « Ser pintor, decía, es un oficio como el de estar enamorado o ser anarquista ». En 1906, le asombró poder vender su primer cuadro por cien francos. Pero una vez que había comenzado, continuó, y pintó esos campos de trigo agresivamente soleados, esos paisajes de suburbio, de colores vivos, que fueron el origen del « fauvismo ». Pero, si quizá Vlaminck es el único « fauve » verdadero, no tardó en descubrir que « la corriente de aire fresco del « fauvismo » amenazaba con cerrar la ventana a la pintura ». El color por sí sólo no era bastante. Y Vlaminck pintó, después del estío implacable, el invierno con su nieve. Se apasionó por los perfiles dramáticos de los manzanos retorcidos, por los grandes celajes que descienden a ras del horizonte súbitamente, y también por ese mar del que, como hombre de tierra adentro, desconfía, y que trata de hipócrita y hostil.

Es innegable que Vlaminck pinta retratos y desnudos, pero, si su exposición estaba constituída sobre todo por paisajes y flores es porque el pintor se siente más cerca de la naturaleza que de los hombres. En estos paisajes, bañados de una luz de catástrofe, es donde puede expresar mejor su inquietud y dar libre curso a lo que Mac Orlan llama su romanticismo vegetal y mineral. En cuanto a los contactos humanos, si Vlaminck desconfía de ellos es porque le horrorizan, según propia confesión, « el amor en común, el trabajo en común, los transportes y la muerte en común ».

Soutine desconfiaba de los contactos humanos más aún que Vlaminck. Este pequeño judío ruso había nacido cerca de Minsk, en 1894. De niño era endeble, encorvado, cubierto de granos, insignificante. Unicamente sus manos finas y blancas eran extraordinarias. Era el menor de once hijos de un pobre sastre y vivía constantemente bajo el miedo a los golpes. Durante mucho tiempo, su preocupación dominante fué comer. Cuando iba a ver a un amigo de su edad, Kikoine, que también se hizo pintor, no se atrevía a llamar y

PICASSO : *" Aniouta Pitoëff "*.

esperaba a que entreabrieran la puerta para dar paso a otra visita, y entonces se deslizaba en el interior. Soutine fué un mal escolar, y luego aprendiz de sastre, pero sólo pensaba en pintar. Tenía diecisiete años cuando estalló el escándalo. Soutine había hecho, a escondidas, el retrato del rabino, lo que estaba absolutamente prohibido en la ley judaica. El carnicero de la aldea, pariente del rabino, atrajo al adolescente a su casa y le molió a golpes. Se presentó una denuncia, y el juez condenó al carnicero a pagar una multa de algunos rublos, que sirvieron para pagar a Soutine el viaje hasta Vilna, adonde fué para inscribirse en una escuela de Bellas Artes. Pero copiar las figuras de yeso le aburría ; prefería los modelos vivos, que hacía acostar en el suelo, recubría con un paño y rodeaba de cirios encendidos. La desgracia le persiguió todavía : se rompió una pierna, tuvo abscesos... Finalmente, se decidió a venir a París. Llegó a esta ciudad en 1912, precisamente a tiempo para ir a hacer la cola ante la Opera, donde el espectáculo es gratuito el día 14 de julio.

Soutine siguió siendo toda su vida tímido y apocado sobre todo con las mujeres.

Así es que cuando se enamoró pérdidamente, dudó durante varios años antes de declararse. Al fin se decidió, pero la joven, cansada de esperar, se había prometido la víspera a otro pretendiente. Soutine no se consoló nunca de este fracaso.

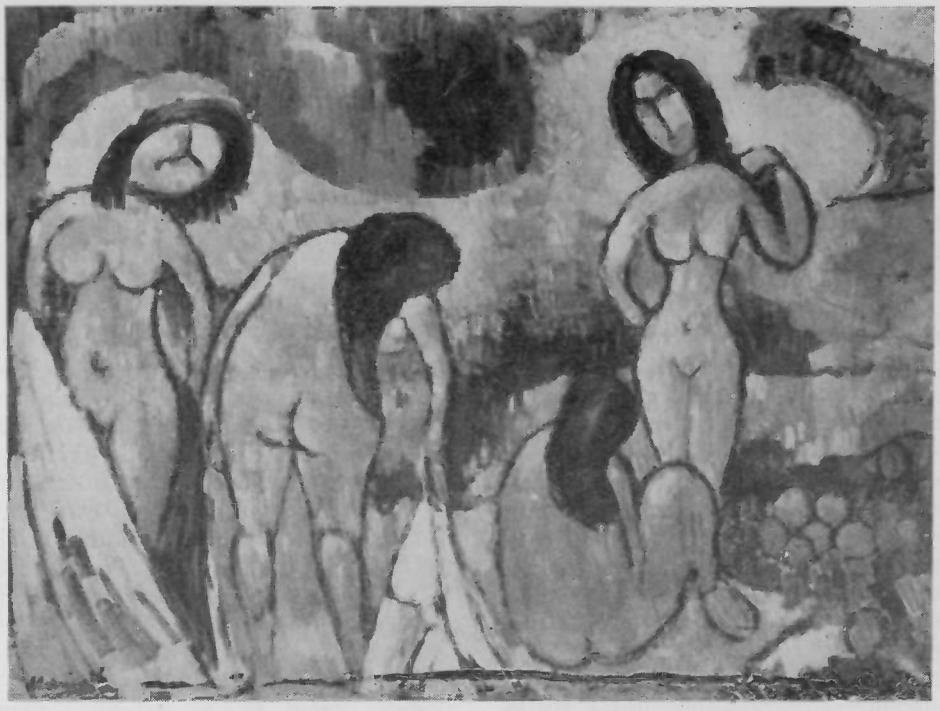
¿ Por qué Soutine, que era el más dulce de los hombres, pintaba con tal violencia trágica ? ¿ Por qué esos bueyes ensangrentados y descuartizados, esas aves más que muertas, esos idiotas de aldea, esos paisajes que titubean, evocan indisolublemente unidos la crueldad y la piedad, el odio y el amor ? Sin duda porque fué sencillamente un genio.

Explicando sus sueños a un amigo que le miraba pintar, decía : « La belleza ha necesitado ser violentada ». Quería pintar en carne viva. Nunca estaba satisfecho y, con tal que sus telas permaneciesen en su poder, las retocaba sin cesar, hasta hacerlas evocar la obra maestra desconocida de Balzac. Soñaba, según decía, con « hacer bonito », pintar como Corot. Pintó como Soutine. No nos quejemos por ello.

Era indispensable que después del drama de Vlaminck y de la tragedia de Soutine, se nos devolviera la alegría de vivir con Pierre Bonnard. Una gran galería parisiense ha logrado reunir cerca de ochenta telas muy importantes y que nos obligan a echar de menos las otras más numerosas, que un proceso, motivado por una herencia, mantiene secuestradas. No obstante, han podido verse algunas de esas obras muy sombrías pintadas entre 1890 y 1900. Paisajes de Vernon de colores todavía más fríos, pero en los que un toque de color de rosa anuncia ya la ternura venidera. Más tarde estos paisajes evolucionarán hacia una profusión de colores. Courbet confesaba experimentar ante la naturaleza las mismas emociones que ante el amor. Probablemente a Bonnard le sucedía lo mismo, con la diferencia de que para éste el amor es todo delicadeza. Desde 1910, sus cielos se suavizan con tonos rosa y malva y toman ese color cárdeno que, para Apollinaire, evocaba las sombras características de los ojos fatigados por el amor. Bonnard tiene también predilección por los juegos de las aguas : el de las fuentes, de los ríos, de las olas del mar o, como más íntimo, el juego del agua que corre sobre los hombros de la mujer desnuda en el baño. La mujer es casi siempre la misma, Marta Bonnard, aquella cuyos cabellos rubios y cortos, cuyos ojos azules, almendrados, y cuyos vestidos de colores y de dibujos excéntricos, tanto amaba el pintor. Hasta el perro « basset » continúa siendo el amigo íntimo a través de los años. Claro que no es exactamente el mismo entre 1900 y 1940, pero es tan parecido que debe ser hijo o descendiente del primer « basset » que Bonnard había llamado Ubu.

« No hay cuadros malos de Bonnard, ha escrito Georges Besson. El don es el filtro que suprime los lugares comunes y los artificios... Esta obra es sólo satisfacción de los sentidos y del espíritu ». Por esta razón, sin duda, ha podido decirse sutilmente que si « gustan » los demás artistas, por Bonnard sólo puede sentirse « amor ».

El verano pasado, poco antes de su muerte, Fernand Léger había deseado que el Museo de Artes Decorativas organizase una exposición de sus obras. Este deseo es ya una realidad. Se han reunido en París ciento sesenta telas que se presentarán al público hasta el mes de octubre. Se colocan por orden cronológico, ya que algunas de ellas tienen más de cincuenta años. En primer lugar está el retrato del *Tío*, ese normando severo que se opuso cuanto pudo a la vocación del sobrino ; se encuentra también el *Jardín de mi Madre* (igualmente impresionista) que hizo llorar al novelista Blaise Cendrars, amigo de Léger, el día de la inauguración. Y después es ya el descubrimiento del cubismo, paralelo al de Braque y de Picasso. Es asombroso comprobar cuán poco ha inspirado la naturaleza al hijo de un ganadero, ese Fernando Léger, cuya infancia transcurrió, no obstante, en la región de Argentan, en Normandía. De esta naturaleza que tan bien ha conocido Léger, sólo parece haber conservado el pintor, de manera bastante paradójica, el amor del hombre, del hombre que representa junto a todas las máquinas que éste ha creado antes de triunfar de ellas. De esta exposición retrospectiva se desprende ante todo una impresión de



VLAMINCK : " *Les Baigneuses* ".
(Foto Charpentier)

choque, lo que no tiene nada de extraño, ya que Léger era sobre todo, según decía él mismo, un pintor « anti-gusto », un pintor de choque. Pero también se descubre en ella el humor que, un buen guiño, y a veces hasta una palmada en la espalda, subrayan. Y quizá por esto afirmaba Jean Cassou, el día de la inauguración, que era una pintura « en la que uno se sentía en su casa ».

Los salones, las retrospectivas y las exposiciones particulares son las únicas ocasiones de dar a conocer obras de arte. Así es como la idea de rehabilitar el retrato ha servido de pretexto al grupo que se titula « Pintores testigos de su tiempo » para organizar una importante exposición en el Museo Galliera. En el prefacio de esta exposición, Jean Cassou, director del Museo de Arte Moderno de París y notable poeta, escribía : « Nuestra época conoce el desafecto hacia el retrato. Eso se relaciona, sin duda, con el éxito que la fotografía ha logrado. También se relaciona con el hecho de que la pintura, desde hace un siglo, se ha lanzado a especulaciones elevadas y magníficas y se ha alejado de la preocupación exclusiva y primordial de representar la realidad... Existe otra razón más profunda todavía, relacionada con el divorcio que, desde mediados del siglo XIX, se ha ahondado entre el arte vivo y la sociedad ; de suerte que sólo poseemos de Courbet, de Manet y de sus sucesores los retratos de los escasos miembros de sus familias, que a menudo son unos « malditos », como ellos mismos... De una manera general, desde hace un siglo, los pintores nos han legado las efigies de personalidades aisladas, pero no como en las épocas antiguas, una galería de la sociedad de su tiempo ».

Por este motivo los « pintores testigos de su tiempo » han decidido demostrar que el arte del retrato no ha muerto y que corresponde a ellos — y no a los fotógrafos, a los periodistas o a los escritores — dejar a la posteridad un testimonio preciso de lo que fueron los hombres de este medio siglo. Con este fin, han escogido modelos muy representativos : actores renombrados (Jean-Louis Barrault), músicos (Pablo Casals, Yves Nat, Louis Armstrong), políticos (René Coty), hombres de ciencia (el

doctor Schweitzer, Jean Rostand), pintores (Picasso), escritores, bailarines y hasta simples mortales. Los han representado simbólicamente. Por desgracia, forzoso es confesarlo, esta exposición sólo ha demostrado excepcionalmente la superioridad del retrato pintado sobre el retrato fotográfico. Los « pintores testigos de su tiempo » sólo han sido casi siempre testigos demasiado objetivos, demasiado pasivos o demasiado superficiales. El arte, como lo ha probado suficientemente Léger, ha entrado también en el terreno de la industria y de las máquinas. Por eso la Sociedad Nacional de los Ferrocarriles franceses, en este año, en que Francia se coloca en la primera fila, tanto por sus records del mundo de velocidad (351 kilómetros por hora), como por la regularidad y la densidad de sus redes ferroviarias, ha querido celebrar su centenario... con la pintura. La galería Charpentier se ha encargado de la exposición, cuyo título era : « Un siglo de ferrocarril y de arte ».

Era fácil remontarse hasta los impresionistas y observar que el arte del paisaje, hasta entonces secundario, se había desarrollado paralelamente a las redes ferroviarias. En efecto, si bien es cierto que ningún pintor de genio se había sentido inspirado por las « carrozas de viajeros », como las llamaba Marivaux, las « turgotines », los coches correo y otras diligencias eran inmortalizadas por la literatura y por algunos grabados satíricos. Los humoristas de la época enumeraban a placer los inconvenientes de esos « bacines » que eran las diligencias menos caras, en las que los viajeros que pagaban diez sueldos eran tratados, sin respeto, de conejos y de arañas, por los transeúntes, al observar cómo los zarandeaban y cómo debían agarrarse para asegurar su estabilidad.

En 1857 desaparecía la última diligencia que enlazaba Toulouse con Montpellier. El reinado del ferrocarril había comenzado. Hacia la misma época, Corot, Daubigny y Courbet pintaban cuadros en los que los árboles y el cielo no eran ya accesorios, sino los « personajes principales ». Después vinieron los impresionistas. Es indudable que el tren les permitió ver mundo ; como es también verdad que, con su potencia casi mágica y su humo irisado, les inspiró obras de arte.

Hoy la máquina de vapor cede el puesto a la electricidad, el « hada electricidad » celebrada por Raoul Dufy. Pero los pintores, que poseen mejor que nosotros, los simples mortales, la facultad de entusiasmarse, continúan soñando, como en el caso de Bernard Buffet, ante la maraña de los carriles de una gran estación ferroviaria, o como en el de Vlaminck, ante los destellos rojos de un paso a nivel o ante la pureza de líneas de una locomotora eléctrica.

Pero lo que los artistas debían al ferrocarril se lo han devuelto con creces. Y han podido verse en la galería Charpentier los originales de los carteles firmados por Raoul Dufy, Maurice Utrillo, Othon Friesz, Henry de Waroquier, que se han reproducido en millares de ejemplares y que encontramos en las estaciones y en las agencias de viajes, incitando a los turistas a visitar a Normandía, los puertos de Provenza, Borgoña o simplemente París.

Poco menos artísticas, las maquetas fieles reproducen tanto las locomotoras más antiguas como las más modernas. Y si los viajeros de hoy han llegado a ser más despreocupados, menos enfáticos que Monsieur Perrichon, el célebre y ridículo héroe de una novela del último siglo, que exclamaba con la mano puesta sobre el corazón, en el momento de subir al tren que debía llevarle a Suiza : « ¡ Adiós, Francia, reina de las naciones ! », Francia continúa siendo, sin duda, en este año de 1956, desde el punto de vista ferroviario, lo mismo que desde el punto de vista artístico, la Reina de las Naciones.

MARINA GREY

La XXVII Bienal de Venecia

POR ALAIN JOUFFROY

La atmósfera de la ciudad de Venecia, en el verano, es la de un inmenso entreacto. Y sin embargo, allí se celebra algo que hace que los hombres que vienen a pasar algunos días no estén ociosos: los artistas encuentran a menudo en esta ciudad las mejores condiciones de trabajo. El mes de junio, que ve acudir cada dos años los críticos de arte, los pintores y los escultores del mundo entero, puede decirse que es el más febril. Es verdad que la Bienal del Cine, que empieza en el mes de agosto, lleva al colmo la fiebre creada por la Bienal del Arte. Escritores, artistas, cineastas, cómicos, músicos, esta extraordinaria confluencia artística perpetúa la leyenda de Venecia. Cada uno viene aquí a presentar sus obras, a exponerlas a una « élite » internacional, a confrontarlas con decenas, con centenas de otras obras, siempre con la secreta esperanza de triunfar o a lo menos de ser distinguido y apreciado. La comedia humana está en su apogeo. Es más fácil juzgar el verdadero valor de un hombre sobre esta escena, bajo estos proyectores de fiesta, que en el gris confuso de las grandes capitales donde se trabaja en el invierno. La vida es tan exaltada por la luz y el viento ligeros de la laguna, que las facultades de juicio casi se atrofian en algunos. Y se ven críticos, muy seguros en sus países, perder de repente su tranquilidad y su imperturbable severidad e interrogar a todos sus colegas con un aire inquieto, como si la confrontación de numerosas obras hubiera cambiado su espíritu en caleidoscopio de pesadilla. Y mientras que los críticos de arte discuten, en la terraza de los cafés de la Piazza, de la Piazzetta o del Zaterre, los artistas invitados, aquellos que han querido ver cómo se comportaban sus obras lejos de sus talleres, en medio del mar, encuentran admiradores, cofrades y compradores. El clima eufórico de la ciudad autoriza todas las esperanzas. De repente todo parece posible. Sólo la angustia que los oprime al pensar que están obligados a alejarse de este teatro despierta, quizás, sus dudas y su antigua timidez de adolescentes.

Así, este año el escultor inglés Lynn Chadwick, laureado con el gran Premio de Escultura (1.500.000 liras) que, cuando se acercaban a él para decirle que su obra era una revelación y que era posible que el Jurado le prefiriera a Giacometti, sonreía con aire embarazado y citaba un verso de un poeta inglés contemporáneo, donde el miedo de representar un papel diferente del que uno ha escogido para sí mismo es magníficamente expresado. Tímido y burlón iba y venía por las callejuelas de Venecia. Había venido con su mujer como un joven artista de cuarenta años puede venir a participar en un concurso : con esa febril ansiedad de los hombres que ni tienen dinero ni gran necesidad de él, pero a quienes tienta el vértigo de las situaciones felices.

Cierto, no había duda — por lo menos para mí — que Jacques Villon recibiría el Gran Premio de Pintura. Pero me parecía que este premio, que estaba destinado a coronar una carrera, debía corresponder a Giacometti por la Escultura, *cualquiera que fuese la manera como su obra fuese pre-*

sentada. Sus esculturas estaban expuestas en la sala principal del Pabellón Francés, al mismo tiempo que los cuadros de Villon. Yo había encontrado a Giacometti y parecía nervioso, pero no más que de costumbre. Contento de estar en esta ciudad donde, como le gusta repetir a menudo : *ni un solo Tintoreto se le ha escapado.* Cuando yo le preguntaba si estaba satisfecho de la presentación de sus obras, me dijo : « Creo que esto va bien. Me hubiera disgustado volver a ver las esculturas de antes de la guerra. Las retrospectivas... ya están pasadas. Yo he hecho una en Londres. Es suficiente. No, es mucho más interesante ver mis últimas cosas. Están apenas acabadas. Puede ser que no lo estén del todo. Pero se las ve. Existen. ¿ No le parece ? Yo creo que se las ve. » Lo que él llama *ver*, naturalmente, es más de lo que se puede creer. Ver una escultura para él, es ver un ser, ver a alguien, reconocerlo en un imperceptible detalle de la silueta, entre una multitud gigantesca. Y tenía razón. Sus esculturas se destacaban literalmente del fondo constituído por los cuadros delicados y sabios de Jacques Villon.

Sin embargo, entre amigos se decía, a media voz : « Es lástima que el Pabellón Francés no sea más grande. Si Giacometti hubiera podido disponer de tres salas, como Chadwick en el Pabellón de la Gran Bretaña, tres salas donde hubiera podido exponer sus esculturas y sus cuadros, se hubiera evocado bien el universo Giacometti. Aquí es preciso conocer toda la obra anterior para comprender a qué mundo pertenecen las esculturas expuestas. Es como si en la Bienal del Cine no se diera nada más que un extracto de la película de diez minutos de Max Ophuls o de Buñuel, en competencia con las otras tres últimas películas de Kazan. »

Sí, era lástima y sin duda inevitable. No es que este premio tenga una importancia decisiva a mis ojos. Max Ernst, que lo recibió hace dos años, fué excluído del grupo surrealista por haberlo aceptado. Recibir un premio es aceptar honores oficiales — tanto más cuanto que el Gran Premio de la Bienal es concedido por el Gobierno italiano — e, *ipso facto*, integrarse en la sociedad burguesa. Para un artista revolucionario esto puede ser considerado como un descrédito, una mancha. Julien Gracq, novelista y poeta surrealista, supo rehusar, como se esperaba, el Premio Goncourt. Pero el premio de la Bienal es concedido por un Jurado Internacional, compuesto de delegados de todos los países participantes : treinta y cuatro este año.

Para obtener el premio eran suficientes 18 votos contra 16. Chadwick tuvo 18 votos.

¿ Cuál es la obra de Chadwick ? Una revelación. Corresponde a todo lo que hace del Arte moderno una mitología ; el gusto de las artes arcaicas, de la simplificación geométrica ; el de la « materia » en que la obra está realizada, que fascina a todos aquellos para quienes el arte es, ante todo, un artesanado y que al acercarse a una obra preguntan siempre : ¿ cómo está hecha ? Todo esto está admirablemente conciliado. Sería equivocado creer que se trata de un artista hábil, deseoso de seguir la vía trazada por los Maestros del Arte moderno. Chadwick es, ciertamente, un artista sincero (sería preferible decir *auténtico*, pero esta palabra, a la larga, se ha vaciado de todo contenido). Sus insectos, su *ojo interior*, sus animales imaginarios, sus personajes triangulares como mantos de religiosas en pie, todo esto se arraiga profundamente en una sensibilidad personal bastante viva, bastante *susceptible.* Chadwick es el hijo de los hombres que ha amado y reconocido Kafka ; el hijo obediente y atormentado de una generación atormentada. Se le quiere por eso. Es *el hijo del Arte moderno* que la Bienal ha coronado atribuyéndole el Gran Premio.

Se me dirá : ¿ qué hay de nuevo en otras partes ? ¿ cómo se presentan los otros pabellones ? No creo que sea necesario proceder a un análisis de cada uno de ellos para hacer más luz sobre los artistas contemporáneos. El eclecticismo es soberano. Cada pabellón, o casi, presenta un pintor realista, un pintor abstracto, un pintor imaginativo. La elección hecha por el organizador del Pabellón Español es sintomática a este respecto. Parece que se quiere que todas las tendencias estén allí representadas. Las telas abstractas de Antonio Tapies, joven pintor de 33 años, todas bastante decorativas, participan de una concepción de la elegancia moderna que hace

de lo no dicho y de lo no expresado la extrema quintaesencia del gusto y de la buena forma. Los grises de Tapies, extendidos en planicies desérticas y desoladas, no están encendidos más que por vagas luces, donde el espectador benévolo puede proyectar el mundo que desee. En el extremo opuesto, los cuadros de Eduardo Vicente destacan la estética del realismo socialista tal como es aplicada por algunos pintores comunistas italianos. La soledad de los hombres miserables está evocada allí con una sencillez impresionante, en la que tienen poca parte la invención, el realismo, la creación personal. Más ambiciosas las obras de Joaquín Vaquero Palacios, se abren sobre un mundo de montañas monumentales. Lo fantástico está aquí confundido con lo gigantesco. El *Jesucristo* de Joaquín Vaquero Turcios se inspira, por el contrario, en la pintura religiosa primitiva y transforma en monumentos las siluetas de los discípulos.

La URSS participa este año en la Bienal. No había enviado ninguna obra desde hace veinte años y el Sr. Nedoscivin pretende revelarnos el trabajo de los artistas soviéticos durante este período. Es menester decir que la ingenuidad de los cuadros expuestos o la falta total de sentido creador de los artistas que los han realizado llega al límite extremo. Todos parecen confundir la pintura y la ilustración. ¿ Es posible que esto sea por su propia voluntad y que este « realismo » corresponda a las íntimas aspiraciones de cada uno de ellos ? Se puede dudar hasta del valor documental de estos cuadros que constituyen una verdadera antología de clisés. Agricultores en la puesta del sol, desayunando delante de su tractor ; pescadores letones sobre el puente de un barco ; joven automovilista en las calles de Moscú : se trata de ilustrar de una manera sentimental las apariencias de la vida diaria. Los retratos de Grabar y de Guerassimov no tienen ningún carácter psicológico. Las mujeres, y sobre todo las bailarinas que perpetúan la femineidad en un mundo regido por la pesada autoridad de los hombres en el poder, son imágenes frágiles, un poco desvanecidas y fantasmagóricas, en las que se cree reconocer el romanticismo pasado de las siluetas de nuestras abuelas. Hay que extrañarse, a pesar de todo, de este anacronismo por parte de artistas « progresistas ».

El Pabellón Yugoeslavo tiene otro aspecto. Los pintores que exponen se inscriben en las perspectivas de la Escuela de París y parecen querer conciliar el gusto de las simplificaciones geométricas con el de las artes arcaicas. Protic, el más joven de ellos, pintor y crítico, cuyos artículos son atentamente seguidos en Yugoeslavia por los artistas actuales, es atraído por la obra de Klee. Sería exagerado decir que se inspira en ella ; trata más bien de recomponer una imagen del mundo a través de un *enrejado* gráfico, torpe y vacilante, pero cuya delicadeza es esencialmente poética. Vujaklija es más brutal, más voluntariamente « primitivo ». Sus « Funerales », donde los personajes macizos y rodeados de negro sobre fondo ladrillo están atravesados por la barra horizontal del muerto, afirman una personalidad. Las esculturas de Bakie — toros simplificados hasta el extremo, torsos apenas destacados en el mármol, como en ciertas esculturas óseas de la prehistoria — se colocan armoniosamente en este conjunto donde la ingenuidad de la visión moderna ha reemplazado a la ingenuidad de los académicos. Yugoeslavia tendrá un día su Tamayo.

La retrospectiva de Juan Gris nos pone en contacto con un hombre nada avaro. Las naturalezas muertas del pintor cubista están llenas de esa melancolía que desgarra y prolonga ciertos versos de Lorca hasta lo indecible. Es cierto que Gris no se *despega* jamás del universo de los objetos, del cual despliega simplemente los aspectos como en abanico ; pero efectúa esta operación sin ninguna agresividad ni voluntad de destrucción. Es por amor por lo que ajusta los elementos de los objetos en su « construcción » ; es por amor por lo que busca la imagen ideal de cada objeto. Y este amor le salva siempre de lo arbitrario.

Los Estados Unidos están representados por treinta y cinco pintores, de John Marin a John Hultberg, cuyas obras confluyen alrededor del tema « *Los pintores americanos y la ciudad* ». La diversidad de tendencias del arte americano está así fuertemente destacada. Los jóvenes pintores escogidos no proceden todos del

arte abstracto, como hubiera podido esperarse. Hultberg, cuyas primeras obras marcaban la influencia de las *Morfologías psicológicas* de Matta, se ha aproximado al arte fantástico y metafísico ; su *Aeropuerto*, en perspectiva negra y blanca, se abre sobre un espacio lunar, semi-real, semi-onírico. La *Convergencia* de Pollock se parece a sus otras convergencias de líneas de colores llenas de estrellas. Las *Impresiones neoyorkinas* de Kooning son feas y como voluntariamente desagradables. Hay una fealdad expresiva ; ésta se destaca en este barro que se llama « materia » y no descubre en nada sus intenciones. El *Nueva York*, de Hedda Sterne, espacio vertical y deslumbrante, designa algunos elementos de un incendio, no sin lirismo. La *Habitación miserable* de Albright, donde el análisis del objeto está llevado hasta el detalle microscópico, capta a su manera el inefable transcurrir del tiempo. Cada una de estas obras retiene por su impresión singular. La comunidad del tema hace estallar las diferencias individuales. Nada de común, por ejemplo, entre los cuadros de Feininger, colocados y construídos como lo están los tejados de una ciudad vista desde el alto de un inmueble, y las obras puramente caligráficas de Tobey, en las que más bien fascina el hormigueo fosforescente de la vida nocturna en una calle de San Francisco. Cada pintor define un gusto, una sensibilidad, que le separan de todo lo que él no ama. El arte americano está así constituído por nómadas aislados en el espacio.

¿ Qué pasa en el Pabellón Italiano ? Una indescriptible *confusión*. Las tres retrospectivas : De Pisis, Tosi y De Chirico, marcan con evidencia el retraso de los maestros italianos. Se me dirá : ¿ retraso con relación a quién ? ¿ Manet estaba retrasado con relación a Turner ? Y se tendrá razón. Pero el retraso a que me refiero no es el de un pintor con relación a otro, sino con relación a sí mismo. Las obras más inspiradas de De Chirico, las vivas, las más « nuevas », son aquellas que ha realizado antes de hundirse en la nostalgia de la época romana. En cuanto a la de De Pisis, es su incapacidad de avanzar, de cambiar, de dar un salto hacia adelante lo que impresiona sobre todo. Algunas telas tienen un acento tumultuoso, como el *San Moisés*, donde el pintor pone de acuerdo su pincelada con la exuberancia barroca de la Iglesia veneciana. Pero este impresionismo enfermizo y tembloroso, esta repetición en cada tela del sentimiento de lo incompleto y de lo inadecuado, que han hecho de De Pisis uno de los casos más trágicos de la imposibilidad del realismo en pintura, desemboca en el claroscuro amargo de lo que no vive, de lo que no vivirá nunca más. Se volverá a descubrir, acaso, un día este pintor maldito a la luz de nuevas tentativas realistas. Pero no se podrá decir jamás que su obra ha jugado un papel emancipador o fertilizador en la historia de la pintura contemporánea.

Los jóvenes pintores italianos sufren más que otros de la extraordinaria confusión sembrada en el mundo de las artes plásticas por los críticos y los teóricos. El arte moderno — esta interminable cuestión que se ha presentado al arte universal de todos los tiempos — ha sido dividido en dos por el fascismo, en Italia. Los futuristas italianos se han dejado arrastrar por esta absurda regresión mental y hasta después de la liberación los jóvenes pintores no se han lanzado en masa en la vorágine del modernismo, del cual habían sido separados demasiado pronto. Otros, que habían comenzado una carrera conformista en la época de Mussolini — como Capogrossi y Savelli — han descubierto el arte abstracto a los 45 años. Esta separación ha favorecido el fanatismo y ya se sabe como los partidarios del arte abstracto caen a menudo en la aberración de las exclusivas y de la prohibiciones. La estancia de Matta en Roma durante cuatro años no ha cambiado los términos del problema puramente estético que se plantean los Afro, los Prampolini, los Vedova, los Burri, los Corpora. Todos los pintores abstractos italianos — hábiles artesanos, decoradores de gusto — se encuentran en el atolladero de lo *insignificante*. Y los cimacios de este inmenso laberinto que es el Pabellón Italiano de la XXVII Bienal de Venecia están recubiertos de inmensos lienzos decorativos o de motivos de propaganda. Lienzos decorativos vistosos, los cuadros de Prampolini ; lienzos de propaganda comunista,

las ingenuas composiciones « realistas » de Renato Guttuso y de Carlo Levi : falta en los unos como en los otros el espíritu creador y poético de un Picasso, de un Marx Ernst o de un Matta. « Funcionalizado » por los arquitectos que someten la pintura a sus leyes de equilibrio material, o « funcionarizado » por los teóricos políticos que la subordinan a los imperativos provisionales de la acción social, el cuadro, en Italia, ha perdido su verdadera función, que es la de despertar el espíritu, exaltar el corazón y cambiar la vida de los que le contemplan en una fiesta del ser entero.

Pero sería injusto decir que la desnaturalización de los últimos fines del arte no se ha operado nada más que en Italia. Se operó en Francia, donde el amaneramiento de las materias y de los valores táctiles se ha hecho tan virulento y contagioso como una peste. Igualmente en América del Sur, donde no se espera otra cosa que seguir eternamente la última moda europea. La Sala de la Argentina es un buen ejemplo de este contagio ; ninguno de los cuadros expuestos está verdaderamente *inspirado ;* todas las obras proceden de tentativas modernas ya marcadas. Se trata para estos pintores de situarse en tal o cual perspectiva, antes que de crear una nueva ; es una lástima.

Cavalcanti, que representa el Brasil, se inscribe en el expresionismo ; pero su manera parece más entorpecerle que estimularle. Sus cuadros son los frutos bastardos de un temperamento y de un gusto contradictorio ; la fuerza y hasta una violenta angustia están allí presentes ; pero parecen prisioneras de un traje demasiado pesado y demasiado estrecho ; los colores son inarmónicos y no alcanzan, sin embargo, la pureza incandescente de un grito, como lo hacen algunas veces en las obras de Munch o de Nolde. El espíritu de Cavalcanti sufre de no haber encontrado su cuerpo.

La elección de las obras expuestas en el Pabellón Venezolano es más libre y más atrayente que la de las obras argentinas. La disparidad de tendencias se manifiesta. Allí, como en otras partes, el arte no ha encontrado coherencia. Pero, a lo menos, cada pintor llega a la cima de sus posibilidades. El clima en que trabajan los artistas parece menos opresor. Cierto que los cuadros de Héctor Polo son imágenes de Epinal ; pero son claras, equilibradas, serenas ; la sencillez alcanza allí una especie de perfección decorativa. Asimismo las figuras compuestas de elementos geométricos de Barrios están gobernadas por una ciencia evidente del ritmo. Los cuadros de Quintana, con bellos colores indios, se sitúan más cerca de Tamayo que de la pintura europea.

No hay que olvidar que Venezuela ha tenido su gran pintor en Armando Reveron y que el recuerdo del patriarca delirante constituye una base mitológica suficiente, quizás, para que el arte venezolano tome un impulso singular. Sin embargo, no son las obras « abstractas » — pequeños triángulos de colores sobre barras paralelas negras — de R. A. Otero las que lo decidirán. La superficie lisa, los colores puros y limpios, la claridad de los contornos geométricos, todo participa de un espíritu decorativo *internacional* que hace parecerse todos los *halls* de los grandes hoteles, todos los bares y todas las salas de los aeródromos de todos los países. *Abstractas*, esta palabra es irrisoria ; se trata de obras menores de decoración ; la ausencia de figuras no está allí poblada por ninguna imaginación espacial ni por ninguna representación del mundo interior. Blasones son estos cuadros. Blasones para familias de millonarios sin títulos y que querrán un día pintar su *etiqueta* sobre la carlinga de sus aviones.

Una sorpresa le está reservada al visitante atento de la Bienal : el descubrimiento de los cuadros de Luis Le Brocquy, en la Sala de Irlanda. Entrará de repente en un universo personal, obseso por el recuerdo de la infancia aterrorizada, donde la luz de la luna aclara la angustia y la esperanza de un hombre que ha sabido expresar de una manera original y agitada su *inadaptación* al mundo actual, mientras todos los pintores que le rodean sufren tanto como él de esta inadaptación, sin conseguir expresarla.

ALAIN JOUFFROY

Nuevas orientaciones en el arte soviético

POR MANYA HARARI

CUANDO estuve en Moscú el otoño último, visité, como es obligado, el Museo de la Pintura Rusa. Me desanimó ver que hasta los premios más recientes habían sido adjudicados a obras inspiradas por el realismo socialista en su más alto grado : grandes retratos fantásticos de los líderes en contemplación ante unos tractores, y otros temas heroicos desarrollados con el máximo naturalismo. Nada parecía haber cambiado en la teoría oficial del arte. Sin embargo, había el hecho nuevo de una exposición francesa que comprendía pinturas modernas. Hasta hace muy poco, estos cuadros se habían mantenido alejados de las miradas del público. — Se consideraban peligrosos para los jóvenes — me dijo una mujer rusa —, pero ahora salen de los sótanos. Las gentes, no obstante, siguen inquietas, porque no saben hasta qué punto pueden sentirse seguras.

« Una especie de Matisse ruso »

Cuando volví a Moscú, en mayo, varias personas me dijeron inmediatamente que fuese a ver las nuevas exposiciones de pinturas. Una de ellas era la de Saryan, un viejo pintor, cuyas obras habían estado expuestas en un museo de Armenia, su país natal, pero que hasta ahora eran poco conocidas en Moscú. Quedé deslumbrada por la brillantez del colorido ; había en esos cuadros una abundancia luminosa de frutos y de flores, así como paisajes y retratos realizados de manera que justificaba que se me hubiera hablado de dicho pintor como de « una especie de Matisse ruso ». Es indudable que Saryan posee un poderoso talento original, « aunque, a partir de 1920 haya estado fuertemente influído por el arte francés » ; y en efecto, ninguno de los períodos de su evolución me pareció completamente ajeno a los movimientos contemporáneos de Occidente. Hecho asombroso, ya que, según se dice, nunca estuvo en el extranjero.

Frente a uno de esos retratos había un intelectual de unos cuarenta años que explicaba a un hombre más joven : — Las personas que no comprendan, dirán quizá que los colores son irreales, pero mira la expresión que dan a ese rostro. — El joven asentía, pero dijo, a manera de sondeo : — Parece muy distinto de nuestra pintura rusa habitual. — Tienes razón — repuso el otro. — Saryan es una especie de francés entre nosotros, pero esto no es un inconveniente. Los franceses han producido muchos artistas buenos. Avanzó hacia el retrato ; era el de un viejo, y un trazo verdoso subrayaba la blancura del cabello. — Es igual — dijo — hace falta ser atrevido para pintar pelo gris.

Como de costumbre, en el zaguán de la exposición había un libro en el que los visitantes anotaban sus impresiones. A su alrededor se agolpaban gentes que las leían en voz alta o por encima del hombro del vecino, riendo y argumentando. Se

oían comentarios como éste : « Estos cuadros son una pesadilla ». « Saryan se ríe del público ». « Ha destruído su talento copiando a los Occidentales ». Pero en otros se le felicitaba, se le daban las gracias, se le expresaban los mejores deseos, calificando la exposición de una primavera en el arte soviético y pidiendo que se hicieran reproducciones de esas pinturas. Alguien recordó las palabras de Tolstoy, cuando dijo que los escritores deberían escribir como pintan los impresionistas. Otro citaba las de Picasso : « Hay pintores que hacen del sol una mancha amarilla y otros que saben convertir una mancha amarilla en sol », añadiendo que Saryan figuraba entre los últimos.

De esta exposición pasé a otra, que se celebraba en la Galería de los Artistas, en el Puente de Kuznetsky. Era una exposición mixta en la que había obras de un pintor joven, Goncharov, todavía más avanzado que Saryan. Cuando entré se agolpaba una muchedumbre frente a esos cuadros. Luego se dividió en grupos más pequeños que discutían violentamente. Había estudiantes de arte e intelectuales, obreros y funcionarios bien vestidos. En uno de los grupos, una pareja de aspecto burgués decía al unísono : — Mira esa mujer desnuda ; se está cayendo del sofá. Este hombre no sabe dibujar. Y el colorido es irreal. ¡ Mira la mancha azul en el brazo de esa mujer ! — Pero un hombre sin corbata les explicaba con una sonrisa : — Tened en cuenta que una pintura no es una fotografía. Si os alejáis de este cuadro, veréis que produce una impresión mayor de realidad que una fotografía, y es más real que el realismo corriente. En cuanto al colorido, el artista no pinta lo que tiene delante, sino que expresa su estado de ánimo. Si hubiera estado alegre, los colores hubieran sido más cálidos y brillantes.

Cerca de ellos, un joven estudiante de arte que llamaba la atención por su aspecto desgarbado y su colorado rostro, acercaba su cabeza a la de un hombre de fuerte contextura, vestido con una cazadora de cuero, como un director de koljoz. Este decía : — He aquí unos cuadros que no representan nuestra estructura socialista.

— La estructura socialista — dijo el estudiante, mirándose los pies — es aquello en que deberíamos pensar y lo que deberíamos hacer, pero sin hablar tanto de ella. A fuerza de palabrería, se convierten las cosas en *clisés*.

— Esto, dijo el director, señalando los cuadros, es lo que dejamos atrás hace cuarenta años. Es copiar al Occidente.

— ¿ No consideramos que es bueno aprender de Rembrandt ? ¿ Por qué detenernos aquí ?

— ¡ Pero esto es copiar a nuestros enemigos ! — exclamó el hombre de la cazadora de cuero.

El muchacho se irguió para decir : — ¿ Quiénes son nuestros enemigos ? Nosotros no tenemos enemigos en arte.

El de la cazadora de cuero dijo con tono amenazador : — Eso es lo que tú crees. Pero yo te digo que debajo de todo esto se siente la influencia de alguien ; y créeme, ya descubriremos quién es.

Al llegar a este punto, otro estudiante tomó al muchacho por el brazo y le apartó de allí. — Vale más que contemples los cuadros —, le dijo.

Fuí a mirar el libro de los comentarios. En esta exposición figuraban varios artistas, y el primer comentario decía : « ¡ Es maravilloso poder contemplar las obras de artistas que difieren entre sí ! » En efecto, allí estaban representadas varias tendencias divergentes del realismo ortodoxo, pero Goncharov era el que más llamaba la atención, y había muchos comentarios que se referían a él. « Goncharov es indignante... » Y debajo : « Yo pienso exactamente lo contrario ». « Goncharov ni es dibujante ni pintor, es un demente ». Por encima de esta frase, otra mano había garrapateado con lápiz rojo una sola palabra : « ¡ Idiota ! » « El gusto de Goncharov no es el de la mayoría ; es artificioso, corrompido y anormal ». « No encaja en nuestro realismo nativo, ruso y socialista ». Eso estaba firmado colectivamente con las iniciales de una escuela de arte. Otro visitante había escrito debajo : « Estas iniciales representan la ausencia de toda cultura. Firmado : Un cocinero ».

Aquí, lo mismo que en los comentarios de la exposición de Saryan, encontré referencias al gusto ortodoxo, como la de *meshchane*, la palabra rusa más parecida

a pequeño burgués. « Dejemos a los *meshchane* que se desarrollen en el moho de los sótanos : el arte de Goncharov es como un luminoso rayo de sol ». Otros comentarios decían : « Convendría examinar el nivel intelectual del público. Es vergonzoso que se sientan molestos por la originalidad de Goncharov : el arte *es* originalidad y no servidumbre ». « Bien está que los artistas defiendan a Matisse, a Picasso, a Van Gogh, pero es triste que los copien ». « ¡ Dejadles que copien a Matisse y a Picasso ! Eso es preferible a la machaconería y a un realismo tendencioso de la peor especie ». Había cuatro líneas de versos surrealistas después de una alusión evidente al cambio experimentado en el trato de las herejías políticas : « Necesitamos más exposiciones como ésta. En cuanto a los críticos, ya que no se les puede exterminar, será menester explicarles las cosas ». Y un espíritu más audaz aún, había escrito : « ¡ Gracias, Goncharov, por presentar una tendencia *libre*, dentro de nuestro llamado arte libre ! »

Primavera en el aire

El siguiente comentario decía tan sólo : « Qué maravilloso tiempo de primavera ! » Y en efecto, esta frase resumía no sólo el hermoso día de primavera que se disfrutaba, sino también ese regocijo bullicioso, ese deshielo de las actitudes petrificadas, ese murmullo de ideas nuevas, esa algarabía de gorriones y ese arrogante gesto de las barbas oficiales.

Yo me preguntaba : ¿ Qué es lo que ha cambiado, para que esto haya llegado a ser posible ? Sin duda no es el sistema destinado a hacer asequibles las obras de arte. Tampoco la doctrina se ha modificado. Una obra de arte soviética ha de pasar tadavía por las tres pruebas de *ideynost* (contenido ideológico), *partiynost* (espíritu de partido) y *narodnost*, término difícil de traducir, que significa « nacionalidad » y se aplica a lo « popular » y a lo « democrático ». Lo asombroso es que durante todo el período de Stalin hayan logrado sobrevivir algunos artistas heréticos. Afortunadamente, siempre ha habido ocasiones para subterfugios, como sucedió con Saryan, en Armenia : el museo de una minoría nacional, orgullosa del talento indígena, que se permitió una desviación. Y parece que en todas partes había mecenas privados que compraban las obras directamente en los estudios... No eran muchos, claro está, pero su número aumentaba de día en día, y no todos compartían el gusto de Stalin. Oí hablar de uno que había reunido veinte Chagall y en una vivienda particular vi cuadros que pertenecían indiscutiblemente a la pintura rusa moderna.

No sólo ha habido un arte herético oculto, sino que también debió de haber un público herético, por reducido que fuera. Porque, después de todo, no hay que olvidar que existían esos patrocinadores. Además, es forzoso que fuera así, pues tan pronto como se ha levantado la cobertera de la reprobación oficial, se ha promovido en las exposiciones esa algarabía de voces impertinentes y encantadas. Parece que, si bien en escaso número, ha sobrevivido un grupo de espíritus independientes. Pero, ¿ acaso hubiera bastado eso para forzar la mano al gobierno, dando lugar a la atenuación de las presiones ? Bajo Stalin, seguramente no. En la actualidad hay dos procesos en acción : en la cumbre, el deshielo de la política, y estimulado por él un fermento de ideas, debido, en parte quizá, a cierta flexibilidad en la enseñanza, cuyos efectos todavía no se han hecho sentir.

Ruptura del cerco burocrático

Un escritor que a la vez es funcionario, pero que suele manifestar sus opiniones valientemente, me dijo : —Esta es nuestra obra. Hemos instruído al público y ahora resulta que sus conocimientos van más allá del arte que se les presenta. Lo mismo sucede con la literatura.

Me habló de un poeta amigo suyo que llevaba once años escribiendo, y sólo ahora logró que se publiquen sus obras. —No era desconocido —dijo el escritor —, sus poemas circulaban escritos a máquina. Dirige un círculo de estudios literarios en una fábrica, lo mismo que yo. Ambos leíamos sus poemas a nuestros alumnos. Y

nuestros auditorios — auditorios de obreros — estaban entusiasmados. Ahora que sus poemas han salido a la luz pública, se ha producido inmediatamente una enorme demanda de ellos. El problema de *vuestros* artistas consiste en que el gran público no se interesa por el arte serio. El problema de los nuestros es sencillamente encontrar el modo de romper el cerco burocrático que les separa del público.

He oído otros comentarios relativos al cerco burocrático. Un ingeniero decía : — ¿ Por qué nuestros editores imprimen algunos libros que nadie quiere y no reimprimen otros que son objeto de una gran demanda ? Yo creo que debería cedérseles una parte de los beneficios de la venta. Esto es lo que el gobierno ha tenido que hacer con los campesinos : darles un incentivo para que produzcan lo que hace falta. — Era gracioso ver que acababa de descubrir las ventajas del sistema utilitario, sin que se diera cuenta. En su opinión, lo más importante es « dar al público lo que desee ». Pero no creo que hubiera admitido este criterio tal como lo interpretamos nosotros. El sólo pensaba que el partido estaba mal servido por los burócratas incompetentes. Lo mismo que Kruschev cuando dice que el partido estuvo mal servido por Stalin. Los principios básicos se hallan tan firmemente establecidos, que si se pregunta a un comunista en qué consiste el cambio observado en la línea del partido respecto del arte, se extrañará sinceramente y contestará : « No ha habido *ningún* cambio. »

« Entonces, ¿ qué ha cambiado ? » pregunté a Ilya Ehrenburg.

« Pues, en cierto modo, han cambiado las circunstancias », dijo. « Estamos sometidos a una presión menor. En otro tiempo, si un jardinero producía una rosa de un tipo nuevo sabía que había de llamarla « Construcción socialista » ; ahora puede llamarla « Belleza » o « Flor roja ». Pero el resultado es el mismo.

En realidad, la diferencia es importante. Si, para el « contenido ideológico » de una obra de arte, ha sido suficiente que ésta fuera tan sólo la expresión de las relaciones personales y de los valores humanos universales, nos encontraremos todos de pronto en un terreno común. En realidad esto es lo que sucede en cierto modo con la pintura y las novelas.

¿ Hasta dónde llegará el cambio ?

¿ Hasta dónde llegará ese cambio en la práctica ? En primer lugar, el debate no se ha entablado entre el realismo, el formalismo o la abstracción : la gente sólo difiere en cuanto al mejor modo de transmitir la realidad. En segundo lugar, no se ha sugerido que el arte de los espíritus independientes pueda coexistir con el de las gentes sencillas, aun cuando la nueva pintura haya sido mejor acogida por los primeros que por los segundos. Que el arte deba dirigirse a las masas no pasa de ser un dogma oficial ; pero, al parecer, esta preocupación es también sinceramente compartida por algunos artistas, a quienes extraña el aislamiento en que viven los artistas occidentales respecto de las masas.

El director del teatro de fantoches de Moscú, Obraztsov, me dijo : — El artista debe comunicarse con el público. En familia puede decirse una broma que no entienda siquiera el amigo que ha venido a comer, porque éste ignora que el día anterior se quemaron los pasteles. Pero esto no es una obra de arte. La obra de arte ha de ser comprensible para un número razonable de personas. — Yo pensé que en la palabra « razonable » está el quid de la cuestión ; pero entonces añadió : — Lo que es real puede comunicarse a todo el mundo. Esta es la razón del realismo. — Y continuó explicando que el realismo no es el naturalismo, ni la reproducción documental. Una fotografía es un documento que hasta puede ser excelente... Fíjese en Cartier-Bresson. Pero el artista crea una imagen que encierra su propia visión de la realidad ».

Obraztsov hablada muy bien del realismo y de la imagen, mientras paseaba por la habitación, y en los intervalos pedía consejos acerca de la cría de los peces de colores. Al mismo tiempo yo contemplaba el fabuloso tintero, decorado con purpurina, elaborado y regalado por

los alumnos de su clase. La palabra imagen en ruso es *obraz*. Ignoro si Obraztsov es un seudónimo, pero no hay duda de que él maneja bien las imágenes. Su arte sólo puede llamarse realista en el sentido más sofístico. Los problemas humanos que presenta son bastante reales, pero las tramas de sus obras son cuentos de hadas, y los actores son muñecos. Precisamente por haber encontrado esta forma de expresión para su arte, que puede predicar una moral con los mejores ejemplos, pero sin abandonar el terreno de la fantasía, este arte se ha visto menos afectado que otros por la frialdad del stalinismo ; su modo de presentar la moral se ha mantenido siempre dentro de una forma ligera, graciosa y a veces ambigua, que lo envuelve en sus alegorías.

Después de todo, en la práctica lo que importa es el significado que quiera darse a las palabras. Una editora declaró : — En el curso de nuestras discusiones, nos preguntamos a menudo : ¿ De qué debería tratar una obra de arte ?

— ¿ Acaso es preciso que trate de algo ? — alegué yo irritada.

Pero ella insistió en su criterio : — De algo ha de tratar. — ¿ Quería decir que toda obra de arte ha de tener forzosamente un argumento o una significación ? Y añadió : — He leído un libro del autor inglés Wain. Al parecer, carece de argumento. Pero, entonces, ¿ se puede llamar arte a eso ?

La ambigüedad de las palabras

En una reunión celebrada con el pintor Goncharov y otros varios miembros y funcionarios del sindicato de pintores, tuve la experiencia más extraordinaria de lo que puede ser la ambigüedad de las palabras.

— El arte debe ser útil, — dijo uno de los funcionarios.

— ¿ Qué entiende Ud. por útil ? — insinué.

Este hombre había visitado varios países y citaba ejemplos de arte extranjero. Analizó las obras de la primera época de Picasso, así como la cerámica de este artista ; pero se calló acerca de sus retratos desfigurados : los consideraba como una de esas bromas que sólo entiende la familia. Lo mismo ocurrió al hablar del arte abstracto. Pensaba que Braque y Rouault eran interesantes, criterio que era también el de Goncharov, pero el funcionario añadió que en esas obras faltaba algo. En Inglaterra había visto la exposición « del prisionero político » y la citó como una prueba evidente de la inutilidad del arte abstracto. El creía que su opinión era compartida por la mayor parte del pueblo inglés, porque había observado que prefería el retrato de la reina pintado por Annigoni. La popularidad de este retrato no demostraba que fuese bueno, pero era una prueba de que el realismo tenía la virtud de ser democrático. Consideraba a Stanley Spencer mórbidamente místico y, por lo tanto, fuera de la órbita de la estructura social de nuestro tiempo.

Pregunté si el propósito de utilidad social había de hallarse conscientemente en el espíritu del artista. Goncharov intervino para decir : — Claro que no. No se trata de temas ni de propósito social conscientes. Tomemos como ejemplo algunos cuadros clásicos sobre los que todos podamos estar de acuerdo. Pongamos por caso la « Venus » de Giorgione. ¿ Qué podría ilustrarnos mejor ? — Y a partir de este momento, la conversación tomó un giro fantástico para mí. Ambos estaban de acuerdo en cuanto a la fórmula de que « el arte debe ser útil », pero también parecían convenir en que « útil » es todo lo que « ilustra », es decir, todo lo que tiene un valor humano, y en que la utilidad no es el objetivo consciente del artista, porque, en realidad, cuando la obra da expresión a la experiencia más profunda del artista, aquélla adquiere valor para los demás. Y en efecto, yo recordaba que, si bien Goncharov era quien había pintado los cuadros, el funcionario se había ocupado en los preparativos de la exposición. Estos mismos cuadros eran los que los gorriones del Puente de Kuznetsky habían acogido tan alegremente como si fueran la primavera, después del largo invierno del realismo ortodoxo. En rigor, pensaba yo, lo único que interesa realmente es *el tercer programa*.

MANYA HARARI

"La era de Trujillo", de Jesús de Galíndez

POR LUIS ALBERTO SANCHEZ

UN día de mediados de 1947 apareció en Nueva York un hombre alto, flaco, de rostro abierto y alegre, actitud nerviosa, cabello negro y aire juvenil. Tostado por el sol del trópico, dejaba entrever una aguda preocupación en su semblante. Se relacionó pronto con los núcleos de españoles republicanos de la urbe y no tardó en convertirse en el centro de la inmigración vasca. Disponía de una alocución fácil y de una pasión extraordinaria. Se abrió en seguida campo en los medios periodísticos y docentes. La revista *Ibérica*, dirigida por Victoria Kent, le contó entre sus principales colaboradores. Se relacionó con la sección hispánica de la Universidad de Columbia. Fué al mismo tiempo instructor de castellano y alumno de historia. Su profesor era Frank Tannenbaum, perito en asuntos mexicanos, autor de un comentado libro sobre México y grande amigo del general Lázaro Cárdenas. Se hicieron amigos.

El desterrado español se llamaba Jesús de Galíndez. Acababa de pasar seis años en la República Dominicana. Había pertenecido al grupo de emigrados republicanos a quienes, de lejos, pareció Santo Domingo tierra de promisión. Salió de allí aterrado y dolido. Se había comprometido con las víctimas a cuya agonía asistió no de muy lejos, y consigo mismo, a denunciar sin vehemencia, pero con precisión, cuanto acontecía detrás de aquella cortina de dólares y terror que rodea a la Isla Decana del Continente. Su tarea estaba ya iniciada. Se prometió a sí mismo dedicar su tesis de doctor en historia de dicha Universidad a un estudio minucioso y objetivo de la realidad dominicana. Tal vez quería demostrarse a sí propio su error, si lo hubiese. La idea fué aprobada.

En 1949, Galíndez estaba embarcado en su tarea. Fué en mayo de 1950, y en La Habana, cuando le conocimos. Le vimos por última vez en Puerto Rico, en julio de 1955. Su investigación estaba entonces terminada. Lo demás, ya lo sabemos. Un día de marzo de 1956, Galíndez presentó su tesis. Salía de la Universidad situada, como se sabe, en el *up-town* de Nueva York, entre Amsterdam Avenue y el río, cuando algo ocurrió, algo se cruzó en su camino, algo le detuvo o le raptó, o le suprimió lisa y mondamente. Desde entonces, sobre la conciencia de toda autoridad norteamericana pesa el sagrado deber de descubrir el misterio de esta desaparición trágica. Menos mal, en medio de tan inaudito drama, que el libro, la tesis de Galíndez, titulada *La era de Trujillo*, tuvo mejor suerte que su autor. Confiado uno de sus seis ejemplares a la custodia del señor Alfonso Naranjo, chileno, acaba de ver la luz en castellano, en las prensas de la Editorial del Pacífico de Santiago de Chile, bajo su título original.

Formación del trujillato

¿ Cómo nació el « trujillato » ? Galíndez, con estricto criterio pedagógico, analiza las circunstancias, sin exagerar episodios que otros habrían de utilizar con mayor dramatismo. El libro de Galíndez, no se olvide, rechaza toda posibilidad de confusión con una obra de propaganda o dicterio. Los buscadores de bocados sensacionales sentirán cierto desencanto al enfrentarse a un

libro escueto, escrito sin adjetivos, aparentemente sin pasión, enumerativo, discriminador.

Según Galíndez, después de las perturbaciones ocurridas en Santo Domingo a raíz de la crisis de 1929, era inevitable un cambio político. Los diplomáticos norteamericanos, entre ellos Cabot Lodge, que hacía sus primeras armas en la diplomacia, se resistían a que el entonces oficial de Policía Rafael Trujillo fuese candidato a la presidencia, y se firmó un compromiso en ese sentido. No obstante, Trujillo, utilizando elementos que después empleó habitualmente, presentó su candidatura, neutralizó la supuesta oposición de la legación norteamericana, hizo tabla rasa de sus adversarios, sometió a sistemático terror a varias regiones de la Isla, atacó cruelmente a gente tan limpia como Angel Morales, sembró de cadáveres una provincia y se hizo « elegir » presidente por una mayoría tal que se la puede atribuir al exceso poético de un hombre incapaz de discreción ni buen gusto.

Los antecedentes y « colateralidades » familiares de Trujillo están exhibidos secamente por Galíndez. No insulta, no insinúa ni se burla, no censura : expresa hechos de uno u otro lado. Por él nos enteramos de algunos pormenores escabrosos del procónsul dominicano. Inclusive de la extraña ley de divorcio que le permitió desembarazarse de su segunda esposa, en su ausencia, y legitimar así al hijo varón en quien tanto interés « constitucional » ha puesto ahora.

La inmensas mayorías

En las « elecciones » del 16 de mayo de 1930, precedidas de actos de espantosa violencia, Rafael Leónidas Trujillo obtuvo 223,731 votos, sobre 225,614 votantes, o sea el 99 %, pero se abstuvieron el 45 % de los inscritos, que llegaron a la cifra de 412,711.

« Será la última vez que esto ocurra en la Reblica Dominicana : desde 1934 serán el cien por ciento unánimes, incluso cuando en 1947 se atribuye una mínima parte de esa unanimidad a los partidos de oposición », comenta Galíndez. El ministro norteamericano Curtis dice, en informe enviado al Departamento de Estado de Washington, que votaron por Trujillo, en 1930, más del total de votantes y que la oposición fué coactivamente alejada de las urnas.

El General no admite votaciones de menos de 100 %. Su terrible unanimidad despierta sonrisas en los de fuera, calofríos en los de dentro. Calofríos y a menudo muerte física. Galíndez agota la información valiéndose del *Listín Diario*, periódico prestigioso, destinado a perecer según vayan creciendo los apetitos del Benefactor.

Algunos « desaparecidos »

En las elecciones de 1930, uno de los mayores asesinatos fué el de Martínez Reyna, que, años después, será cargado en la cuenta de su auténtico autor, quien deja de gozar entonces del favor del Generalísimo. En 1931, sacrifican al general Desiderio Arias. Es la única oportunidad en que Trujillo se mezcla a una campaña. Como hazaña suprema, dice Galíndez, el jefe del Estado camina « once kilómetros a pie con cuatro oficiales ». El general Arias, conspicuo extrujillista, no sale vivo de la aventura. Simplemente le matan. Para eso se puede caminar a pie.

Poco después, el Licenciado Vencosme, otro de los opositores a Trujillo, es asesinado en su departamento en Nueva York. No había sido el blanco del ataque él, sino el doctor Angel Morales, su compañero de cuarto. Morales emigra en seguida a Puerto Rico.

No se detendrá ya la rueda.

Muchas son las víctimas del régimen. En el exterior, las más ilustres se llaman M. Báez, líder sindical, desaparecido, como ahora Galíndez, del seno mismo de La Habana ; Andrés Requena, abatido a tiros en Nueva York ; Pichín Hernández, apuñalado en La Habana ; Jesús de Galíndez, desaparecido como Báez, pero de Nueva York. Dístico macabro : uno en La Habana, otro en Nueva York ; uno asesinado, otro desaparecido ; ritmo trágico. Así se organizan poemas y bandolerismo político.

El pintoresco nepotismo

El 2 de febrero de 1932, se « elige » diputado al padre del Generalísimo doctor benefactor. Se llama José Trujillo Valdez. La votación, anota Galíndez, « fué nominal y pública, puestos en pie todos los diputados (incluyendo a su hijo Virgilio) ». Este Virgilio, hermano del Generalísimo, formaba ya parte de la Cámara. Héctor Bienvenido (actual presidente) era agregado militar en Europa ; en 1932, lo sustituye su hermano el mayor Aníbal J. El 3 de diciembre de 1932, Flor de Oro Trujillo, hija, se casa con el oficial de la guardia Porfirio Rubirosa. Casi simultáneamente se lanzarán sellos de correo con efigie de Trujillo ; se dará su nombre a una provincia. El 18 de abril de 1932, se designa coronel del ejército al niño Rafael Trujillo Martínez (Ramfis), quien tiene entonces 5 años de edad ; el ascenso se hace « en mérito de los servicios » prestados por el niño a su patria.

Es sólo el comienzo. Todo cuanto se diga al respecto es muy poco.

Los hijos de Trujillo tenían en 1955, al cerrar Galíndez su libro, 25 y 12 años, siendo aquél Mayor General y Jefe del Estado mayor de la Aviación, y éste Mayor honorario. Los hermanos : « Petén » es Teniente General honorario ; Pedro, Brigadier efectivo ; Luis Rafael, Mayor. Sus sobrinos : Mayor General José García Trujillo, Subsecretario de Marina ; Virgilio García Trujillo, Jefe del Estado Mayor del Ejército ; doctor Luis Ovidio Ruiz Trujillo, secretario de Educación Pública. Cuñados : José Gardia, Secretario del Senado ; Luis Ruiz Monteagudo, diputado. El hermano Héctor Bienvenido, supremo « clou » de la carrera, es hoy Presidente de la República. Este último tiene ahora 48 años.

Los abrumadores progresos

Costa Rica invierte el 28 por ciento de su presupuesto fiscal en educación pública. Chile pasa del 20 por ciento. En la República Dominicana, nos revela Galíndez, el presupuesto se distribuye así :

38,5 % para guerra, marina y aviación.

7,5 % policía e interior. O sea que en custodia del país, pues parte de los gastos de fuerzas armadas tienen relación con los policíacos, se invierte el 46 % del ingreso fiscal.

Los servicios propiamente del Estado, es decir, que interesan a la política y a la administración en sí, suman 24 %.

Lo que atañe al pueblo, es decir educación, salud pública, agricultura y obras públicas, sólo suma 19,5 %, del cual no más de un 7 % corresponde a educación, 9 % a obras públicas y 3,2 % a agricultura, trabajo y economía.

Estos datos, extractados del presupuesto de 1952, que sumó algo más de 59 millones de dólares, dicen más que cualquier comentario... La política económica y fiscal refleja de manera fehaciente el verdadero ritmo de una nación.

La población dominicana, dice Galíndez, era en 1950 de 2.121.000. El total de salarios pagados fué de casi 19 millones de dólares, beneficiando directamente a casi 49.000 obreros y empleados. Es decir, que el promedio de ingresos de unos y otros fué de 400 dólares por año, o sea un dólar diario.

En los últimos quince años, añade Galíndez, el precio de los artículos de consumo básico ha subido un 250 %.

Campeón de la democracia

Dado el carácter universitario del libro de Galíndez, se prescinde en él de todo aparato sensacionalista. Eso le priva de proporcionar mayores datos sobre la oposición política en el interior del país, por ser toda subrepticia. En cambio reúne muchos pormenores sobre la oposición en el exterior. Desde luego, este simple hecho de que haya oposición en el exterior, indica que no la puede haber en el interior. Esa sola prueba señala el carácter despótico del gobierno trujillista y su índole de asboluta antidemocracia.

Galíndez escribe su libro en un estilo seco. Su documentación es abundante. A ratos casi enojosa. Es el estilo de las tesis universitarias. Nada hay en la obra improvisado. Mucho tomado de primera mano durante su permanencia en la República Dominicana. Esas partes que se refieren a su propia experiencia son las más parcas. No quiere hacer mero periodismo. Además, debe suministrar conclusiones. He aquí las suyas.

Según Galíndez :

(1) El régimen político de la República Dominicana « es una Dictadura o más bien una tiranía de tipo personal ».

(2) « Adopta apariencias de otras dictaduras latinoamericanas ».

(3) « Tiene en común con otros regímenes dictatoriales la supresión de libertades políticas y el uso del ejército como principal fuente de apoyo ».

(4) « Procura adaptarse a las corrientes del mundo occidental aunque no las sienta. Al mismo tiempo está directamente presionado — y a su vez presiona — por el turbulento mundo político del Caribe ».

(5) Ha adoptado « métodos modernos de los regímenes totalitarios, como el partido único, los sindicatos gubernamentales, la técnica de la propaganda ».

(6) Está utilizando desde hace poco la « técnica del anticomunismo ».

(7) Se caracteriza por la megalomanía, el nepotismo, la adulación y el servilismo.

(8) Ha mantenido el orden por la fuerza, consiguiendo algunos buenos éxitos de tipo material.

(9) A trueque de esto, que favorece desigualmente a la población, hay una grave « degradación política ».

(10) « El futuro del país pudiera ser caótico por no existir fuerzas político-sociales ni instrumentos democráticos que faciliten una sucesión normal al desaparecer el tirano. Y los comunistas pudieran aprovechar la situación a su favor ».

Tal es lo que, en apretada síntesis, ha dicho, como testamento político, Jesús de Galíndez en su libro *La era de Trujillo*.

LUIS ALBERTO SANCHEZ

Rosa Arciniega : " Sarmiento de Gamboa "

TODA biografía que aspire a calar en lo íntimo del ser interpretado tiene mucho de simpatía espiritual. Desde los paralelos plutarquianos, — pintura de ambientes y análisis de doctrinas — hasta las coloridas fabulaciones de los escritores contemporáneos, el quehacer biográfico ha recorrido sendas divergentes en busca de la meta ideal. En mi sentir, el *Libro de los Claros Varones de Castilla*, de Fernando del Pulgar, es modelo de exégesis y crítica. El escritor, al revivir el tiempo ido, debe exaltar lo más vivo de las reacciones humanas, para que la criatura elegida nos depare, en su actuar, imágenes perennes, de cálidas vibraciones. En esta línea clásica de apasionado biografiar se sitúa la ilustre escritora peruana Rosa Arciniega, al eludir sortilegio de la fórmula equivocada de trocar lo real histórico por novelesca forja de inocurridos acontecimientos.

No debe deducirse, empero, que Rosa Arciniega sacrifique la amenidad y pulcritud literaria a la seca erudición. La justa referencia y la exacta dimensión temporal se alían con la brillantez del relato en este nuevo libro *Pedro Sarmiento de Gamboa*, salido no ha mucho de las prensas de la « Sudamericana » de Buenos Aires. Rosa Arciniega insiste ahora en su modalidad característica de recrear al personaje — encuadrado en la atmósfera real —, inyectándole vida para trasplantarlo a la dura costra de la circunstancia vital de su época. Una serie de anteriores biografías la había acreditado, ante el mundo cultural hispanoamericano, como una de las más vigorosas exegetas de aquel maravilloso período en que se operaba la singular simbiosis del mestizaje del español en tierras americanas ; ahí están, para sostener su prestigio, sus perfectos retratos de Francisco Pizarro, del rebelde Gonzalo, del « tirano » Lope de Aguirre y de Pedro de Valdivia.

Hoy incorpora a la serie esta biografía del pescador de sueños que fué Sarmiento de Gamboa, al que denomina, con aguda visión, el « Ulises de América ». En esta evocación, el argonauta intrépido del más austral de los estrechos palpita con toda la pasión de su sangre aventurera, borbotón incontenido de su volcán de ilusiones de gloria. Peregrino de la fama, constante frustración lo acosa con su saldo de desventuras. Su nombre, perpetuado en « un majestuoso cono nevado que se alza en las yertas desolaciones fueguinas », no tendrá jamás el eco del de los grandes capitanes de la impar penetración de un pueblo en el continente virgen, ni alcanzará a brillar con luz propia en los anales literarios, en los que pensara al pergeñar la crónica de sus periplos de maravilla. Hay seres que nacen signados para jamás poseer lo que su corazón ansía. Por eso, Sarmiento de Gamboa, de la progenie del homérico Laertes, no tiene, en el puerto de su extrema singladura, a la enamorada Penélope aguardándole años, tejiendo y destejiendo, para ahuyentar pretendientes. No hay amor en este hirsuto poblador fracasado de las níveas tierras magallánicas y de esa su pasional congoja nace su desolación más íntima y su colosal proeza, porque lo que su corazón no obtuvo de mujer lo buscó en la aventura. Todo su apasionamiento arrebatado se volcó en la proeza de los descubrimientos y en la fantástica odisea, acaso superior a la helénica, de sus navegaciones en el laberinto de los canales fueguinos, sin dioses encantados disimulados tras los blancos escollos, pero con la muerte invisible que iba a destruir las ciudades fundadas, como aquella « del Rey Felipe » a la que la posteridad, por boca del pirata Cavendisch, llamará « Ciudad del hambre ».

Rosa Arciniega se muestra en esta biografía en la plenitud de su estilo, ágil y colorido. No es una docta exposición de pasajes de una vida, sino la lírica evocación de una época, en prosa emocionada. Sarmiento de Gamboa está ahí, vivo y presente, como hombre estudioso, sin nobiliarios escudos, huído de la empobrecida España filipina para escapar a las torturas inquisitoriales, en las que iba a caer, sin sospecharlo, en las cárceles peruleras, por « confeccionador de anillos con cabalísticos textos, traficante en amuletos y tintas amorosas, astrología y nigromancia ».

Criatura de raras calidades, Sarmiento de Gamboa es símbolo de la pasión española por la tierra americana, esa pasión que es sangre derramada y sangre transmitida, sangre que en la muerte buscá vida eterna. ¿ Qué secretas voliciones llevan al ser hispánico — genio trasplantado — a la obscura muerte en la selva americana ? Se ha hablado mucho del oro, de la codicia, de la aventura. Se ha descuidado, empero, algo substancial : el español realiza en el mundo nuevo lo que sus reyes le impidieron hacer en la península : en milagrosa evasión, crea el reino de su esperanza de libertad, al que en vano pretenderá el imperio encadenar a su absolutismo. De ahí ese afán de fundaciones, que en Teresa de Jesús deriva hacia conventos y en Sarmiento de Gamboa da en alzar ciudades espectrales en el inmenso sur, « pobladas sin ventura », con el deseo de prolongar en ellas el ímpetu creador de una estirpe de voluntarios desterrados, transubstanciados con los pueblos descubiertos.

Por eso, Rosa Arciniega ha podido afirmar en este bello libro que Pedro Sarmiento de Gamboa

se yergue como auténtica encarnación viviente « del maravilloso siglo XVI hispánico en su etapa ya declinante », que resolvía por intuición lo que siglos de viejas culturas no habían podido revelar, epígono de cualquier verdadero genio renacentista de esas horas de evolución en que la escolástica, acorralada, se atrincheraba en los medievales castillos del formulismo para resistir el asalto de las doctrinas nuevas.

Sarmiento de Gamboa, el nuevo Ulises, por su energía vital y sus proezas magallánicas, es un personaje de la historia americana, de esa historia hecha aventura que tiene su lazo de amor en el abrazo de unión que, desde el desmedrado Rímac, llega al caudaloso Betis, con la navegación de los frágiles barcos de Sarmiento que, por vez primera, ligaron a Lima con Sevilla a través de la procelosa trampa del estrecho de Magallanes.

Por este magnífico libro, Rosa Arciniega se acredita otra vez como una de las más serias investigadoras de la gesta de la conquista.

ANTONIO SALGADO

Nuevos libros brasileños

A los setenta años la mayor parte de los poetas y escritores están preparados para el retiro y ya no piensan en producir obras nuevas. Pero este no es el caso de Manuel Bandeira, cuyo septuagésimo aniversario (v. CUADERNOS, núm. 17), sorprendió al mayor poeta del Brasil en plena actividad, como si fuese un joven de la « generación del 45 » o, mejor todavía, uno de los integrantes de la « generación del 56 » ; tan viva y múltiple, tan inesperada y rica es su actividad literaria. A los 75 años, sin duda Bandeira será el mismo, y a los 80 nadie se sorprenderá al leer su más reciente libro de poemas.

Dedicándose últimamente al difícil oficio de traductor, Bandeira ha enriquecido la lengua portuguesa con dos obras que no podemos dejar de señalar : la primera es la traducción de *María Stuart* de Schiller ; la segunda, una colección de *Poemas traducidos* (Librería José Olympio, Editora) que ha llegado a su tercera edición, revisada y aumentada, lo que demuestra que el público de Bandeira crece cada día.

Tenemos en estas páginas una de las más interesantes colecciones de lírica traducida, hecha con arte y pericia por un maestro del género, que al traducir un poema se dedica a su trabajo no solamente con amor y comprensión, sino también con paciencia poco común en nuestros días. Las traducciones de Bandeira son verdaderas re-creaciones y los poetas que han tenido la suerte de ser escogidos para recibir el nuevo vestido portugués, ganan muchas veces en profundidad y belleza, pues Bandeira sabe traducir sin traicionar.

Este libro puede ser calificado, sin exageración, de antología personal de la poesía universal, ya que en sus páginas encontramos no solamente poetas de uno o dos países, sino también representantes de tantas y tantas naciones y de las más diversas épocas. Así tenemos, al lado de Antonio Machado (que ha encontrado en Bandeira el traductor ideal) los versos de Rainer Maria Rilke; al lado de Francis Jammes, la poesía de Elizabeth Bishop, gran poetisa americana qué vive en Brasil, y tenemos aún gran número de poetas tan diversos como E. E. Cummings, Gœthe, Hölderlin, Langston Hughes, Christina Rosetti, Verlaine, Juan Ramón Jiménez, Paul Eluard, García Lorca y muchos otros.

El registro de Bandeira es, como se ve, de los más variados y en todos los casos el poeta brasileño ha sabido transvasar las poesías a su lengua sin robarles nada de su belleza original.

Profundo conocedor de las lenguas alemana, italiana, española, inglesa y francesa, Bandeira, verdadero malabarista de los idiomas, consigue realizar un trabajo que con mucha dificultad, podría haber sido realizado por un equipo de peritos en la materia.

Un aspecto sobre el cual nos agradaría insistir especialmente es el gran número de traducciones de la literatura hispanoamericana, tal vez el mayor todo el libro. Bandeira, profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Río de Janeiro, no quiso únicamente limitarse a la enseñanza de su especialidad y alió el poeta al oficio de profesor. De este modo tenemos en sus « Poemas traducidos » los mejores poemas de Salvador Díaz Mirón, José Asunción Silva, Homero Icaza Sánchez, Enrique González Martínez, Eugenio Florit, Jaime Torres Bodet, Rubén Darío, Juana Inés de la Cruz, Arturo Torres Rioseco, Alfonso Reyes y tantos otros conocidos o leídos por los conocedores, que reunidos en las páginas del maestro Bandeira, suenan como una sola voz de la gran lírica de nuestro tiempo.

EUCLIDES DA CUNHA (1866-1909), uno de los mayores y más originales escritores del Brasil, autor de una obra ya traducida a varios idiomas *(Los Sertoes)*, continúa siempre actual, siempre discutido, no solamente en su patria sino también fuera de ella.

Aún hace poco tiempo han llegado al Brasil los ecos despertados por la obra de Euclides da

Cunha en Francia, en España y en Alemania, ora en forma de traducciones, ora como ensayos eruditos, dedicados a su obra.

Además de la importancia estrictamente literaria, la obra de Euclides da Cunha destaca por su sentido nacional y nacionalista.

Habían sido analizados hasta ahora los más variados aspectos de la múltiple personalidad del escritor y de estos trabajos resultó una « euclidiana » variada y preciosa que no es oportuno analizar aquí. Lo que deseamos, sin embargo, es destacar dos trabajos en los que el autor analiza la obra de Euclides da Cunha, que fué oficial del Ejército, desde el punto de vista militar, tarea de las más interesantes y difíciles.

Umberto Peregrino, escritor de valía que también es oficial y director de la « Biblioteca del Ejército » se dedicó al estudio de la vida y de la obra de Euclides da Cunha y de estos trabajos resultaron los ensayos *Vocación de Euclides da Cunha* (Servicio de Documentación del Ministerio de Educación y Cultura) y *Os Sertoes como historia militar* (Colección Taunay, Biblioteca del Ejército, Río de Janeiro, 1956). A pesar de ser bastante difícil presentar alguna cosa nueva sobre un asunto tan discutido y analizado durante años y años, Umberto Peregrino consigue plenamente triunfar en la tarea que se impuso. Sus ensayos aportan algo de nuevo en el panorama de la cultura brasileña y no podrán pasar inadvertidos para aquéllos que se interesan por el estudio de la literatura y de la cultura.

Estas « interpretaciones de las experiencias de Euclides en la carrera militar » se colocan entre los trabajos que, al mismo tiempo, son útiles e interesantes. Umberto Peregrino, basado en investigaciones serias y enteramente inéditas, estudia con pasión y objetividad (cosa bastante difícil) todo lo que está ligado a esta parte de la vida y de la obra del escritor, consiguiendo realizar un trabajo que, desde ahora, debe ser conocido por los historiadores y por los hombres de cultura, preocupados por el fenómeno cultural americano. Estas notas intentan llamar la atención de los « euclidianos » de todos los países sobre estas dos contribuciones que no pueden, ni deben pasar sin comentario.

STEFAN BACIU

Eugenio Florit : " Asonante final y otros poemas "

TRES matices definen la última obra del poeta cubano-español : el acentuado tono elegíaco, la preponderancia y reiteración del tema — sentimiento, mejor — religioso, y la evolución estilística hacia la extrema sencillez, hacia el verso despojado de toda ornamentación retórica. ¡ Qué lejos de esta simplicidad horra de atuendo metafórico ha quedado aquella sinfonía marina y aquel refinado artificio con que se inició — y se consagró — el poeta en *Trópico* (1930) ! Aquella primicia constituyó una doble revelación en el ambiente cultural habanero : la existencia de un fino poeta hasta entonces inédito, y la atónita sorpresa de descubrir el hecho perogrullesco de que Cuba era una isla aprisionada por un mar proteico y bello como pocos. Porque Florit fué el auténtico descubridor del mar cubano y el que en definitiva lo incorporó a la literatura isleña. Hasta la publicación de *Trópico* el mar no había hecho su aparición como tema estético y criollo en la literatura de la Gran Antilla ni los cubanos se habían percatado de su misterio y hermosura. No ignora el que escribe las odas de Heredia, uno o dos poemas de Casal y alguna otra alusión marina que se descubren en el parnaso cubano. Mas en Heredia no es el mar cubano el que se canta. En Heredia el mar es un motivo romántico sugerido por Byron. El suyo es un mar anónimo, indefinido, mostrenco, por decir así. En Casal la autenticidad es innegable, pero está visto y cantado en función de técnica parnasiana más que como motivo entrañable. Es un mar visto desde afuera, un poco en turista, sin acoplamiento emotivo ninguno entre el poeta y su tema. No, el tornadizo y multicolor mar cubano no adquirió carta de naturalización ni se incorporó a la literatura de la isla como paisaje específico suyo hasta que Florit lo descubrió en aquel libro tan trabajado, tan rico en imágenes y metáforas de alta calidad.

De aquella técnica vanguardista, alquitarada y preciosista, ha evolucionado el poeta hasta llegar a esta forma de expresión casi antitética, tan despojada de miriñaques retóricos que casi da en el prosaísmo. De la misma manera que en el libro primigenio se percibía el empeño por alcanzar una forma expresiva refinada y bella, ahora se echa de ver también el propósito opuesto : el de darnos la emoción pura, desnuda de todo empaque palabrero, expresada en estilo cotidiano, sin rebuscamientos ni retórica. Parva retórica franciscana, podríamos decir. En lugar de la voluntad de selección y exquisitez que presidió su primera etapa, el poeta ha recalado ahora en el remanso del lenguaje llano, en la cotidianidad temática y lingüística. Motivos y modos expresivos se acoplan perfectamente en este libro. El autor está de vuelta de todo afán exótico y de todas las preocupaciones de escuela. Estos poemas de *Asonante final* son como escolios líricos con los cuales el poeta va subrayando la recóndita emoción al correr de los días. Tienen algo de diario íntimo en verso, despojado de todo relieve artificioso.

Mas al cerrar el libro nos queda una duda y una inquietud en el espíritu, una especie de ansiedad por el devenir del poeta. La prolongación de este estilo tan huérfano de ornamentación retórica inevitablemente desembocará en el prosaísmo sin viabilidad estética posible. La evolución que en Florit se ha operado — tanto en los motivos que le inspiran como en la forma despreocupada en que los canta — guarda estrecha relación con la que sufrió otro poeta ilustre en los últimos años de su vida : Amado Nervo. El paralelo se extiende a la intensificación del tema religioso en ambos. Ahora bien, nada de lo que el gran lírico mexicano escribió a partir de 1915 acreció — antes la restó — su gloria. El arte implica siempre un problema de forma. La prosa tolera — hasta cierto punto — despreocupaciónes estilísticas que la poesía no puede permitirse sin grave quiebra para su rango artístico. De ahí la inquietud con que el lector cierra *Asonante final*.

MANUEL PEDRO GONZALEZ

De los poetas a la poesía

El Gobierno de Guatemala ha publicado una antología de poetas contemporáneos de aquel país, con una presentación de J. L. Cifuentes.

Los que han intervenido en su preparación se curan en salud titulándola *Algunos Poetas Contemporáneos de Guatemala*. Las solapas del libro llevan una nota firmada de manera insólita : « *Gobierno de Castillo Armas* ». La nota afirma que « *el Gobierno de Guatemala desea fomentar la producción de los escritores, en el entendido que una de las bases primordiales de la democracia es la libre emisión del pensamiento sin restricciones ni consignas* »... Más adelante se añade que la función bibliográfica que « *emprende Guatemala por intermedio de su Gobierno, presidido por el Coronel Carlos Castillo Armas, no está concebida con fines de propaganda. Es un deber para con el pueblo que no sólo necesita de pan...* »

Como se ve, nada que no sea normal y nada que no merezca nuestro aplauso en tan generoso mecenazgo. Sin embargo, hacia el final, la nota añade que, en adelante, el Gobierno dará al pueblo *libros y más libros*, pero *libros de escritores sanos*. Como la nota acompaña un libro de versos, puede pensarse que en el ánimo del Gobierno de Guatemala estas afirmaciones se aplican también a la poesía. Sería curioso averiguar qué es lo que se entiende por poetas *sanos*. Poetas, sin duda, tranquilizadores, que no se compliquen la vida ni se la compliquen a los demás, que arrullen al pueblo en su eterna siesta. ¿ Cómo podría saberse si tal o cual poeta es un poeta sano o si, por el contrario, se halla dispuesto a contaminar la sociedad con peligrosos gérmenes ? ¿ A quién corresponde establecer el diagnóstico ? ¿ Al Gobierno de Carlos Castillo Armas ? En poesía el exceso de salud y sobre todo de *sanidad* puede muy bien llevar a la asepsia total, al vacío metafísico.

En la Antología figuran poemas de Olga Martínez Torres, Augusto Meneses, Roberto Zúñiga Vega, Miguel Marsicovétere y Durán, Antonio Morales Nadler, Neri González y el propio José Luis Cifuentes.

De Buenos Aires nos llega la *Antología Madí* que reúne varias muestras de poemas escritos por una docena de miembros del movimiento madí, la mayoría de los cuales no llegan a los treinta años.

En este París cuya fecundidad en movimientos estéticos parece agotarse, no puede por menos de recibirse con simpatía un libro que señala la existencia de un nuevo movimiento estético nacido a orillas del Plata.

Los versos van presentados por una especie de prólogo firmado por Kosice, en el que, despues de señalar el carácter benéfico de las aportaciones surrealista y creacionista, se trata de situar el esfuerzo madí.

Al parecer se desea que el poema madí tenga la misma autonomía que un cuadro abstracto. Como en poesía es muy difícil, por no decir imposible, el hacer poesía no figurativa, hay que limitarse a hacer poesía no representativa suprimiendo para ello las descripciones. Toda descripción es considerada como elemento impuro. De igual forma que la pintura abstracta trata de crear formas y armonías de color sin copiar las formas y colores del medio circundante, la poesía madí trata de crear situaciones y no de relatarlas.

Cabe señalar que, a menudo, aunque no se relate se enumera, lo que hace que el conjunto de la antología adolezca de cierta monotonía.

Continuando el uso del paralelismo con la pintura, digamos que la poesía madí se acerca más al surrealismo de grafismos estilizados de un Miró que al arte abstracto propiamente dicho.

La antología reúne los nombres de Ana M. Bay, Juan Bay, Augusto Elmore, Horacio Faedo, Guillermo A. Gutiérrez, Beatriz Herrera, Gyula Kosice, Diyi Laañ, Jorge A. Núñez, Jorge B. Rivera, Mirta N. Sessarego y Valdo Wellington.

También de Buenos Aires nos llegan dos libros *De los Mitos Celestes y de Fuego* y *Los Poderes Melancólicos*, publicados casi simultáneamente por Juan José Ceselli.

El segundo ofrece mayor unidad y está escrito con pulso más seguro que el primero. Ambos se hallan sembrados de felices hallazgos. Ceselli es poeta que, con recursos sencillos, obtiene resultados en un ambiente de elegante claridad.

CON su *Colombia Espera*, Félix Exilio, estudiante colombiano residente en Buenos Aires, ha querido escribir unos versos que las gentes del pueblo pudiesen leer hasta aprenderlos de memoria. Cuando algún poeta ha logrado tan feliz resultado no ha sido precisamente por habérselo propuesto de antemano. Exilio emplea un lenguaje forzado y poco convincente. Dejando de lado los prosaísmos y la revista de prensa retrospectiva que el libro encierra, señalemos al autor que los grandes poemas populares han tenido siempre una fluidez que hemos buscado en vano a través de las páginas de *Colombia Espera*.

La gacetilla política ahoga todo el resto.

LUIS LOPEZ ALVAREZ

Julio César Jobet : "Precursores del pensamiento social de Chile"

LA Editorial Universitaria de Santiago de Chile se ha propuesto realizar una seria empresa de divulgación cultural imprimiendo volúmenes pulcramente editados, en formato reducido, a módico precio y a cargo de escritores escogidos, sobre los distintos temas que pueden interesar a vastos círculos de lectores. Obras históricas, científicas y literarias, tendrán cabida en esta oportuna serie, bajo la denominación general de Colección Saber. Entre las publicaciones aparecidas estos días se destaca la del ensayista Julio César Jobet : *Precursores del pensamiento social de Chile*, en dos tomos.

La obra mencionada estudia en forma sintética, aunque sin olvidar nada de importancia, el pensamiento de ocho figuras descollantes en el desarrollo ideológico de Chile : Francisco Bilbao, Santiago Arcos, Jenaro Abasolo, Alejandro Venegas, José Victorino Lastarria, Valentín Letelier, Roberto Espinoza y Nicolás Palacios.

Bilbao, Arcos y Abasolo vivieron gran parte de su existencia fuera de su país, en Argentina y Europa, y escribieron indistintamente en francés y en castellano. Venegas visitó, en viajes limitados, algunos países latinoamericanos. Los cuatro fueron pensadores laicos, racionalistas y democráticos, influenciados por las ideas de los enciclopedistas y de los socialistas utopistas. Realizaron un inteligente y novedoso análisis de la realidad social chilena ; señalaron vicios e instituciones anticuadas ; denunciaron privilegios y obstáculos para el efectivo desenvolvimiento republicano, y propusieron reformas de mucho interés tendientes a corregir tales vicios y a promover un cambio radical. Lastarria, Letelier y Espinoza fueron discípulos de Augusto Comte y los tres aplicaron brillantemente el método positivista en el estudio de la estructura social, política y espiritual de Chile. Lastarria en el plano de la evolución política y jurídica ; Letelier en lo educativo y sociológico, y Espinoza en lo financiero y político, verificaron una notable labor de crítica y esclarecimiento y, al mismo tiempo, expusieron ideas reformistas de gran trascendencia. Palacios, en cambio, curioso adepto de las teorías racistas de Gobineau, Lapouge y Ammon, exaltó al pueblo chileno y lo defendió a la luz de una errada concepción racialista, aunque movido por un sincero propósito patriótico.

El escritor Julio C. Jobet, autor de varias obras importantes sobre la trayectoria histórico-sociológica de Chile, como ser : *Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad, Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile* y *Luis Emilio Recabarren y los orígenes del movimiento obrero chileno*, en su nueva producción exhibe condiciones de investigador acucioso y penetrante. Realizada con seriedad y concisión, es altamente instructiva para quienes se afanan por comprender el desarrollo cultural de Latinoamérica. Nos permite conocer un aspecto interesantísimo de la evolución democrática de Chile, tan significativa dentro del conjunto hispanoamericano.

Z.

Hugo Montes y J. Orlandi : "La literatura chilena"

RECIENTEMENTE entró a circular la segunda edición de la *Historia de la literatura chilena*, de los profesores universitarios Hugo Montes y Julio Orlandi. Este manual, en poco más de trescientas páginas, suministra un cuadro bastante completo de la producción literaria chilena, desde las *Cartas* del conquistador Pedro de Valdivia y *La Araucana* de Alonso de Ercilla hasta nuestros días. Ha sido confeccionado con un criterio didáctico, ágil y moderno. Sus autores son católicos, pero se preocupan por ser desapasionados en sus juicios. Algo se trasluce su partidarismo en la apreciación simpática, y un tanto desproporcionada, de algunos escritores de su

misma tendencia cuya obra todavía no posee amplitud ni calidad indiscutible. Asimismo anotamos algunas injustificadas omisiones, debidas tal vez a descuido y no a un criterio preconcebido de sectarismo intelectual.

Es demasiado visible la ausencia de poetas de tanta significación como Julio Vicuña Cifuentes, Ernesto A. Guzmán, Augusto Winter, Julio Munizaga Ossandón. En prosa faltan algunos brillantes representantes : Edgardo Garrido Merino, autor de una obra clásica por su estilo : *El hombre en la montaña ;* Eugenio González Rojas, con varias novelas y una de ellas famosa : *Más afuera ;* Carlos Sepúlveda Leyton (su *Hijuna* es la mejor novela del niño proletario chileno) ; Carlos Acuña, Luis Meléndez, Guillermo Koenenkamp, Hernán del Solar, Joaquín Ortega Folch, Camilo Pérez de Arce, Hernán Jaramillo, Enrique Araya, autor de tres novelas humorísticas muy celebradas, etc. Tampoco se menciona a fecundos escritores, quienes vivieron largos años en el extranjero : Leonardo Penna, Miguel Luis Rocuant y Tancredo Pinochet. En el capítulo sobre la Historia es incomprensible la omisión de Luis Galdames y de Ricardo Donoso, ambos con una producción nutrida. Al enfocar el ensayo no considera la maciza figura de Valentín Letelier, uno de los pensadores más robustos de Chile y de Latinoamérica.

En el interior del país el manual indicado persigue el fin de servir de texto en los estudios secundarios y, sin duda, cumple en alta proporción su objetivo. Para los lectores extranjeros será de indudable utilidad el entregarles un cuadro animado y amplio de la evolución literaria de Chile. Con seguridad lo perfeccionarán en próximas ediciones, reparando algunas injusticias (varios autores únicamente son citados en circunstancias que se merecen algunas líneas definidoras) y estudiando a aquellos grandes escritores excluídos por olvido o deficiente información.

Z.

Marín Civera : "Encuesta sobre el hombre"

NUESTRO distinguido colaborador Marín Civera, hombre de vastísimas lecturas y que rinde al libro un culto religioso es, por esa razón y por su claro talento selectivo, un ingenio muy adecuado para llevar a cabo grandes síntesis. Eso viene a ser su trilogía acerca de la trayectoria del hombre actual, compuesta de tres volúmenes : *Presencia del hombre* (el hombre ante sí mismo), *Rebelión del hombre* (el hombre ante las ideologías y credos liberadores) y *El hombre visto por los grandes hombres*, este volumen en que hoy vamos a ocuparnos brevemente, que cierra el tríptico y nos presenta al hombre a través de las opiniones que sobre él expresaron las figuras descollantes de la humanidad, sabios, filósofos, místicos, poetas y literatos.

El nuevo libro de Marín Civera es, pues, como una antología de pensamientos sobre el hombre, con el fin de descubrir, hasta donde ello es posible, el móvil de sus acciones ; pero no una antología o florilegio al uso, desarticulada, en la que cada pensamiento va aislado y clavado en la página correspondiente como una mariposa en el tablero de un entomólogo, sino una antología orgánica, en la que esos pensamientos « vienen a cuento » a propósito de un tema concreto y van ensartados en el pensamiento general del autor del libro, que ha trazado meditadamente el método expositivo y que es como el hilo del rosario en que se enhebran esas perlas o citas con que Marín Civera concurre a ilustrar aspectos humanos como el de la felicidad, la serenidad por el estudio, la tendencia a la bondad, el arte de vivir, etc.

Claro está que las incógnitas que se encierran en asuntos como los indicados no se despejan o resuelven. Ni ese es el propósito del autor. Por el contrario, a veces dos pareceres dispares y aun antitéticos de dos grandes hombres contribuyen a hacer la incógnita más inaccesible, pues cada uno ve las cosas a su modo y el buen lector no sabe a qué carta quedarse. Es decir, sí. El lector acaba siempre por quedarse con aquella opinión que mejor casa con la que, clara u oscuramente, se había formado ya él sobre el tema en sus momentos de meditación. Pero este contraste de opiniones, este confluir de grandes inteligencias en el discurso sobre un mismo asunto, hábilmente conducido por el autor del libro, cautiva y se lee sin fatiga, como el mejor relato, aunque no con igual rapidez, porque aquí no se trata de acción sino de pensamiento, y la densidad o trascendencia de éste obliga en ocasiones a un punto de refexión, a un alto en la lectura.

Marín Civera no esconde su opinión tras las opiniones de los grandes hombres. Discretamente suele dejar ver la suya, y se advierte que su sentir no es de un irremediable pesimismo, que palpita en él, al lado de la preocupación social y política, una noble preocupacion religiosa libre de dogmatismo. Su actitud ante la vida es, en definitiva, la de la compasión hacia los hombres, añadiéndole — dice él — unas gotas de benévolo escepticismo.

Desemboca el libro en el desconsolador desequilibrio que se advierte hoy entre la verdadera cultura, que es tanto elevación moral como intelectual, y la mera civilización material, el mecanismo, el progreso técnico y maquinista, problema éste que con tanto acierto viene tratando André Siegfried, cuya mención echamos de me-

nos en semejante punto. En ese desequilibrio estriba para Civera el mayor motivo de desconsuelo cuando se examina el panorama humano actual.

¿ Remedio ?... No es este un libro de remedios. El autor no los propone. Señala el mal, lo apostilla con otras autorizadas voces de alarma y con ellas cierra el volumen. Y al doblar su última página piensa el lector, acaso, que sólo podrá restablecerse el roto equilibrio con una fuerte impulsión de la espiritualidad (que no hemos de confundir con la intelectualidad), surgida de un sentido trascendente de la vida que para los pueblos de Occidente tiene su más acabada expresión en los principios cristianos en su pureza primitiva, sin falsificaciones ni adobos acomodaticios.

CÉSAR ALVAJAR

Domingo Quiroga : " Padre Maestro "

ENTRE la producción literaria que vió la luz en Galicia en estos últimos tiempos —producción en la que los nebulosos balbuceos de una lírica abstracta predominan copiosamente sobre los otros géneros—, merece nota encomiástica muy especial la obra titulada *Padre Maestro*, en cuyas páginas se agrupan algo más de una veintena de ensayos legendarios sobre la iglesia y monasterio de San Martín Pinario de Santiago de Compostela. Recompensada con el premio Valle Inclán por el Centro Gallego de Buenos Aires y publicada más tarde en las prensas de la Editorial Moret, de La Coruña, reúne esta obra a sus méritos como estudio histórico de aspectos esenciales en la formación de la cultura gallega, las galas de un estilo literario elegante, expresivo y preciso, en que la amplitud del párrafo se traduce en elocuencia, sin frisar jamás la afectación ni el énfasis declamatorio.

El autor, cuya preparación clásica, muy sólida, data de lejanos tiempos en que sintió vocación eclesiástica, orientado luego por otros caminos harto diferentes y hasta antagónicos a aquella incipiente inclinación, no perdió nunca en la vida civil, agitada por momentos, ni en sus viajes y experiencias en tierras nuevas, la nostalgia del ambiente de la vieja Compostela, en que hizo sus estudios, de su tradición, de sus leyendas, de sus monumentos y de su influencia en la vida y la cultura de Occidente. Su penetrante inteligencia y su fina sensibilidad permitiéronle aunar convicciones políticas y sociales muy progresivas, con el culto, propio del pensador y del artista, a los símbolos y reliquias seculares que conservan vivo el recuerdo de hechos históricos de amplia trascendencia espiritual.

San Martín Pinario es el pretexto arqueológico y como la sugestión de arranque de este libro, pero aun permaneciendo como motivo central en torno al que los distintos capítulos o ensayos se agrupan, permite al escritor lanzarse desde sus viejas piedras y artísticos retablos a hacer excursiones a otros temas, conservando siempre cierta relación, más o menos apretada, con la iglesia y monasterio de San Martín, para que no padezca la unidad fundamental de la obra.

El nacimiento y el desenvolvimiento de la leyenda de Santiago, su huella profunda en la cultura gallega y su repercusión en la de otros pueblos, están tratados en la obra de manera serena y justa, sin que apenas asome el escepticismo que con respecto a la realidad de los hechos que determinaron esa leyenda ha de sentir el autor, coincidiendo en esto con investigadores históricos de gran rigor científico. Pero una leyenda que ha producido tales frutos tiene en la práctica más realidad que un hecho cierto que haya sido estéril.

El influjo de la orden de San Benito, influjo de tolerancia, de paz y de actividad civilizadora, le lleva a una instructiva visita a varios monasterios de Galicia y a una exaltación fervorosa y merecida del P. Feijóo, cuyo *Teatro Crítico* y *Cartas Eruditas* considera como como una sacudida a la España inerte de la época, en un momento de la humanidad en que las ciencias van a impeler al mundo hacia adelante, con un empuje que no le ha sido aplicado desde las primeras y más importantes invenciones del hombre.

Y así, como esta, otras muchas obras y figuras tienen su comentario y alabanza adecuadas (San Agustín, San Leandro de Sevilla, el sentido de la obra de algunos monarcas españoles, etc.), comentario y alabanza trazados por un escritor sin prejuicios ni sectarismos, en el que el estudio y el culto de la tradicion, en lo que ésta tiene de admirable y respetable, se equilibran con un espíritu abierto a todas las innovaciones y avances, que son a veces (que serán, mirados con la perspectiva histórica del tiempo) el complemento de aquella misma tradición y no siempre forzosamente su antítesis condenatoria.

Un libro admirable este *Padre Maestro*, que nos conduce por senderos apacibles y sosegados y nos da una visión amable de hombres, de tiempos y cosas que fueron, sin que falte al final una ligera chispa irónica, que cierra el

libro con una nota ligera, pero que no desvirtúa la noble gravedad con que Domingo Quiroga se adentró antes en los temas religiosos y litúrgicos.

C. A.

Luis M. Güinasso : " El río se anima de noche "

La visión del majestuoso río Uruguay y el recuerdo de viejos contrabandistas que a través de sus aguas realizan su aventurado tráfico, ha inspirado a don Luis María Güinasso esta novela, trasunto de una realidad pintoresca, fértil en peripecias y apenas conocida por los europeos : el paso de mercancías de uno a otro de los países que se extienden a orillas de aquella vía fluvial — la Argentina, el Brasil y el Uruguay —, burlando la vigilancia aduanera, con riesgo en ocasiones, y en otras más cómodamente, contando con la lenidad interesada de los propios agentes de la autoridad.

Con un estilo suelto y movido, en el que no lamentamos los localismos, que le imprimen vigor, pero si los frecuentes e innecesarios galicismos que lo deslucen, el señor Güinasso nos ofrece variadas estampas que dan idea clara de ese peligroso y proficuo negocio ilegal, de las gentes que a él se dedican y del medio en que se agitan y operan esas gentes. Algunos de esos cuadros son acertados, y su conjunto, trabado, para darle cierta unidad, con un drama conyugal que se enquista en la acción aventurera de la obra, nos revela un mundo al margen de la ley, en el que los que se exponen al peligro son los peces chicos, en tanto que los verdaderos beneficiarios, los peces grandes, los poderosos capitanes de industria quedan a cubierto y guardan su tranquilidad y su buena reputación social.

Por lo nuevo del asunto y por su valor informativo, hemos leído con interés esta novela del señor Güinasso, que las Ediciones Litoral de Montevideo han dado al público en un volumen de clara tipografía y decorosa presentación.

C. A.

F. Díez de Medina : " La enmascarada "

Fernando Diez de Medina, autor de numerosas y variadas obras —*Thunupa*, *Nayjama*, *Literatura boliviana*, *Sarini*, etc.—, es justamente considerado como uno de los primeros escritores bolivianos. No en vano ha contribuído poderosamente a la revisión de los valores literarios de su país. Su actividad literaria es múltiple, pues abarca casi todos los géneros, si bien suele situarla dentro de la temática americanista, uniendo con la mayor fortuna los legendarios veneros ancestrales a la realidad de nuestros días. Y esta vasta obra literaria suya, a causa precisamente del espíritu que la da vida y anima, se proyecta sobre toda la parte americana de habla española.

Mas para Díez de Medina la literatura no es un mero esparcimiento del espíritu. Su pluma apasionada nos ha dado una prosa audaz y personal, ora se refiera al pasado andino que él ha profundizado como nadie, ora al presente doloroso y esperanzado de su país, así como a esa revisión de valores que ha llevado a cabo en su *Literatura boliviana* y en numerosos ensayos polémicos, por ejemplo en los reunidos en el volumen titulado *Sarini* —el caminante—, el primero de los cuales es una réplica rebosante de pasión al *Ariel* de Rodó, oponiendo al idealismo estético del maestro uruguayo el humanismo dinámico y social de nuestra época.

Ahora nos ha sorprendido Díez de Medina, conocido ya como ensayista, crítico y poeta, con un conjunto de cuentos —en total trece narraciones— que dentro del más estricto realismo o de la pura fantasía, sobresalen todos por la excelente técnica del relato. Se trata de *La enmascarada*, libro ofrecido al público por la Editorial Canata de La Paz-Cochabamba, en una edición pulcra y atractiva. *La enmascarada* es algo más que una simple compilación de cuentos, ese género dificilísimo que Díez de Medina ha afrontado con toda felicidad. En efecto, la sorprendente variedad episódica, la riqueza inventiva, la brillante prosa, hacen que este nuevo libro de Fernando Díez de Medina resulte una verdadera creación literaria digna de admiración.

I. I.

Juan Goytisolo : " Duelo en el Paraíso "

Mas de una vez hemos puesto de manifiesto la curiosa paradoja que nos ofrece la actual novelística española, rica en novelas y pobre en novelistas. (Y cuando hablamos de novelas nos referimos, claro está, a la cantidad y no a la calidad.) Cierto es que durante estos años últimos no faltaron nombres que se nos

presentaban prometedores, merced a un primer libro bastante bien logrado; pero fueron fallando casi todos de manera lamentable, por causas diversas, a esas promesas de primera hora. Ahí está, entre otros, el caso de Carmen Laforet, que pasó de su *Nada* a la nada, dejándonos un regustillo de decepción. Por eso es obligado guardar cierta actitud de reserva ante los jóvenes escritores, en espera de ulteriores confirmaciones, antes de apresurarse a echar las campanas a vuelo.

En el grupo de jóvenes escritores españoles que se afanan en el campo de la novela, sobresale indudablemente Juan Goytisolo, que no obstante su corta edad —cuenta actualmente veinticinco años— nos asombró hace ya un par de años con su primera novela titulada *Juego de manos*, y que vuelve a repetirnos ahora el asombro con su nuevo libro *Duelo en el Paraíso*. En efecto, nos muestra Goytisolo una técnica lúcida, de verdadero novelista, con un estilo alado y una prosa a la par sobria y fuerte, sin que falte ese mal contenido lirismo que nos descubre al novelista de vocación y temperamento. Hay en las novelas de Goytisolo una riqueza de expresión y hasta un dominio idiomático sorprendentes en un autor tan joven. ¿Nos hallaremos, al fin, ante un auténtico novelista, capaz de romper con esa medianía imperante en la novelística española de nuestros días?

Duelo en el Paraíso viene a ser una visión local de los años de guerra civil a través de un grupo de niños vascos refugiados en un caserío del norte de Cataluña, abandonados un poco a su suerte en medio de un ambiente de violencia, de caos y de indiferencia. La acción, encerrada en el brevísimo período de sólo unas horas, se mantiene viva desde la primera a la última página de la novela, no obstante resultar la unidad de la misma un poco rota a causa de lo divagante del relato como consecuencia del procedimiento acumulativo seguido por Juan Goytisolo. *Duelo en el Paraíso* es una novela en la que reina una curiosa atmósfera de crueldad, explicada por ser los pequeños protagonistas las primeras víctimas de aquella situación de violencia impuesta por la guerra civil. Varios niños matan a otro niño, y en torno a este cruel episodio se teje toda la narración.

Ya nos hemos referido a la calidad literaria del último libro de Juan Goytisolo. Digamos para terminar que la novelesca no queda atrás, ni mucho menos. *Duelo en el Paraíso*, si bien no es una novela acabada, perfecta, resulta sin embargo algo más que una simple promesa. Su autor reúne todas las condiciones para ser un gran novelista.

I. I.

E. Rodríguez Fabregat: "Pasión y crónica del Amazonas"

RODRIGUEZ FABREGAT, periodista y ex ministro de Instrucción Pública del Uruguay, autor de varias obras de indiscutible valor, ha escrito un nuevo libro que fué distinguido con el primer premio en el certamen continental realizado en Quito con motivo de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento del Amazonas, el gran río oceánico. Este libro, editado hace unos meses por la Editorial Losada de Buenos Aires con el título *Pasión y crónica del Amazonas*, nos ha hecho rememorar, a través de numerosos documentos y crónicas, manejados con insuperable meticulosidad y maestría por el Sr. Rodríguez Fabregat, aquella magnífica epopeya del descubrimiento del Amazonas.

Efectivamente, el grandioso río oceánico nos es dado a conocer en sus múltiples aspectos, y con el río su descubrimiento por los españoles, junto con la penosa marcha a la par arriesgada y heroica hacia las fuentes y luego hacia la desembocadura del mismo. A decir verdad, es toda la conquista, limitada ésta al escenario grandioso del Amazonas, la que nos es rememorada por el Sr. Rodríguez Fabregat. Hacía apenas medio siglo que Colón y los suyos habían desembarcado en América, y ya los españoles tenían recorrido la mayor parte del continente, habiendo descubierto y navegado los cuatro grandes ríos que son el Orinoco, el río de la Plata, el Mississippi y, por último el Amazonas, de manera tal que « parecen haber ceñido a sus pies de guerreros las botas de siete leguas del gigante ».

Con sólo sesenta compañeros, tan valerosos y decididos como él, partió Francisco de Orellana sobre una minúscula nave construída en la montaña con árboles de la selva, lanzándose hacia lo desconocido y recorriendo así más de mil ochocientas leguas. Comenzó la navegación el 26 de diciembre de 1541, en el río Napo, que Pizarro llamó de la Canela y que acabó por denominarse de Santa Ana, y terminó con la llegada al mar el 26 de agosto de 1542. Basta seguir en el mapa esta trayectoria para comprender su esforzada grandeza. El Sr. Rodríguez Fabregat nos la muestra con pasión en las páginas atrayentes y vivas de su *Pasión y crónica del Amazonas*, libro imprescindible para quienes quieran conocer ese interesante capítulo del descubrimiento del Nuevo Mundo.

I. I.

VIDA DEL CONGRESO

LA CONFERENCIA DE MEXICO

Cuando este número de « *Cuadernos* » entre en las prensas, estará celebrándose la Conferencia de México (18-26 de septiembre) sobre *La Libertad de la Cultura en el Hemisferio Occidental.* Asisten a la misma selectas y autorizadas personalidades intelectuales de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Chile, Estados Unidos, El Salvador, Honduras, México, Perú, Puerto Rico, Venezuela, etc. Concurren asimismo, en calidad de observadores, varios delegados de la ORIT (Organización Regional Interamericana de Trabajadores) y un representante de la revista « Ibérica », de Nueva York. Y representan al Comité Ejecutivo Mundial Salvador de Madariaga, Pierre Bolomey, Julián Gorkin y Carlos de Baráibar. En nuestro próximo número nos ocuparemos ampliamente de los debates de esta Conferencia, a la que le dedicaremos, además, un suplemento.

SOBRE LOS PRESOS POLITICOS DETRAS DE LA CORTINA DE HIERRO

Los Comités latinoamericanos del Congreso por la Libertad de la Cultura y varios colaboradores nuestros han secundado solidariamente la campaña iniciada por los laboristas británicos y centralizada, de acuerdo con ellos, por un Comité constituído en Nueva York en favor de los presos políticos de la URSS, de la China comunista y de los países satélites, exigiendo su liberación. Se han ocupado — y siguen ocupándose — en este asunto numerosos periódicos democráticos de Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, México, Cuba, etc. El Comité de Santiago de Chile ha lanzado incluso un manifiesto y ha editado una tarjeta de adhesión a este respecto.

SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS DE POSNAN

La resolución del Comité Ejecutivo del Congreso por la Libertad de la Cultura solidarizándose con los huelguistas de Posnan y exigiendo justicia para ellos, que publicamos en nuestro número anterior, ha suscitado asimismo una intensa campaña en los países democráticos latinoamericanos. Buena prueba de ello es la montaña de recortes de periódicos que hemos recibido, haciéndose eco de dicha campaña. Las emisoras de radio Belgrano y Argentina, de Buenos Aires, dedicaron a nuestro llamamiento emisiones especiales. El Comité de México le ha dedicado un Boletín de Prensa. En el Brasil han sido muy numerosos los intelectuales y los diputados y senadores que han suscrito nuestro manifiesto.

A PROPOSITO DEL PRIMER FESTIVAL DEL LIBRO

El Comité de Santiago de Chile ha hecho público un manifiesto, bajo el título más arriba apuntado, protestando contra que la Unión Panamericana y la Secretaría de la OEA hayan decidido patrocinar la celebración del Primer Festival del Libro de América en la Ciudad Universitaria de Caracas (Venezuela). Dicho manifiesto se levanta contra la censura de prensa que existe en este país y añade : « Muchos intelectuales venezolanos de valía tienen que vivir exilados : Rómulo Gallegos, expulsado de su patria, está asilado en México ; Juan Liscano, Premio Nacional de Poesía ; Mario Briceño, secretario de la Academia de Historia ; J. M. Siso Martínez y otros muchos, han sido igualmente expulsados, impidiéndose la circulación de diversas obras suyas ». El manifiesto termina así : « Con estos precedentes, sería una afrenta para la alta cultura americana que el Festival del Libro de América se celebrara en Caracas ».

ACTIVIDADES DEL COMITE CHILENO

El Comité de Santiago — secundado por el de Valparaíso — sigue dando pruebas de una actividad desbordante. Le secunda asimismo en esta actividad el dinámico Comité Juvenil.

Con el título « Así veían a Stalin » han publicado en Santiago un importante folleto conteniendo los elogios desmesurados que los intelectuales y políticos comunistas y comunizantes, principalmente chilenos, discernían a Stalin, acusado ahora por sus sucesores de todos los crímenes. Este folleto ha producido la más viva impresión y tanto la prensa como las radios se han hecho eco de él.

En julio, y en la Sala de la Libertad, Luis Alberto Sánchez explicó cuatro conferencias sobre importantes temas literarios latinoamericanos. Bajo el enunciado « El futuro económico de Chile y la América Latina » se celebró en agosto un importante ciclo de conferencias, a cargo de los señores Eduardo Frei, René Silva Espejo, Alberto Baltra y Felipe Herrera. El historiador y sociólogo César Jobet pronunció una importante conferencia sobre la evolución del comu-

nismo ruso e internacional. Y en estos momentos se celebra un ciclo de conferencias sobre la situación y el porvenir políticos de Chile, a cargo de destacadas personalidades chilenas. Estas conferencias congregan a numerosísimos auditorios, y la prensa y las radios dan amplias reseñas de las mismas.

El Comité chileno ha celebrado al propio tiempo una exposición de óleos de Cayetano Gutiérrez Valencia y se ha adherido a un concierto de homenaje al maestro y gran símbolo cívico Pablo Casals.

ACTIVIDADES DEL COMITE MEXICANO

Aparte los importantes preparativos para el buen éxito de la Conferencia interamericana de intelectuales, la Asociación Mexicana por la Libertad de la Cultura viene practicando diversas otras actividades. Bajo sus auspicios y los de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Puebla, el arquitecto Mauricio Gómez Mayorga, de la Sociedad Matemática de Francia y de la Sociedad de Arquitectos Mexicanos, explicó una sugestiva conferencia, en el Salón Barroco de la propia Universidad, sobre « Sociología de la Arquitectura contemporánea ». Por otra parte, la Asociación, de acuerdo con « Cuadernos », ha apoyado — y apoya — activamente la candidatura del maestro Alfonso Reyes para el Premio Nóbel de Literatura del año en curso. Don Alfonso Reyes y don Mauricio Magdaleno han concedido interviús de prensa en torno a nuestro Congreso y nuestra revista.

CURSO DE CONFERENCIAS SOBRE EL CONGRESO EN LA UNIVERSIDAD DE LA HABANA

El gran diario « Información » de La Habana, correspondiente al 14 de agosto, publica una crónica del catedrático y periodista señor J. Vázquez Gayoso, de la que entresacamos los siguiente : « Con tales antecedentes y estando yo incorporado a cuanto representa y entraña el Congreso por la Libertad de la Cultura desde el momento mismo de la iniciación de sus actividades, estimé de interés dar a conocer este movimiento en el Curso Especial que sobre *Panorama de la Cultura Occidental* expliqué por tres años consecutivos en la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de nuestra Universidad habanera. Varias sesiones fueron dedicadas a exponer, comentar, discutir, trabajar en suma, paralelamente y en la línea del Congreso ; y ya en las postrimerías del presente año académico, el curso en pleno acordó dirigirse al referido Comité Mundial del Congreso por la Libertad de la Cultura, adhiriéndose a la Conferencia anunciada y participando en ella para hacer bien patente el interés de la Facultad y el empeño del *Alma Mater* por turnar en debates que ofrecen perspectivas de trascendencia para la vida espiritual del hombre y del mundo en general ».

EL CONGRESO EN MONTEVIDEO

Bajo el título « Siete por la Libertad », el gran diario *El Día* de Montevideo publica una página entera de su Suplemento dominical, con la firma de F. Ferrándiz Albòrz, dedicado a los orígenes y al desarrollo del Congreso por la Libertad de la Cultura, así como a sus diversas revistas. Traza, en realidad, un somero balance de nuestros cinco años de actividades. Publica, además, excelentes fotografías de los Presidentes de Honor del Congreso y rinde homenaje a nuestros principales colaboradores iberoamericanos y universales.

NUESTRO LOCAL EN BUENOS AIRES

Tras una afanosa rebusca que duró varios meses, por fin ha podido instalarse en un soberbio y céntrico local bonaerense la Asociación Argentina por la Libertad de la Cultura. Se encuentra este local en la calle Libertad, 1258, 1º p. y dispone de un salón de actos bastante capaz, una biblioteca y varias secretarías. Será inaugurado en cuanto terminen las instalaciones. La Asociación, que preside Roberto F. Giusti y que tiene como vicepresidentes a Victoria Ocampo y a Francisco Romero, se dispone a realizar todo un plan de actividades culturales.

CARLOS P. CARRANZA, REPRESENTANTE DE « CUADERNOS » EN LATINOAMERICA

El Dr. Carlos P. Carranza, que ha venido dirigiendo durante varios años el prestigioso semanario « España Republicana », ha aceptado la representación de « Cuadernos » — y al mismo tiempo de « Preuves » y « Tempo Presente » — para toda la América Latina. Después de reorganizar la difusión de nuestras revistas en la República Argentina, emprenderá viaje, con el mismo objeto, por todas las Repúblicas iberoamericanas. Rogamos a todos nuestros distribuidores y lectores, cada día más numerosos, que dispensen al ilustre viajero la cordial acogida que se merece.

Alfonso Reyes y el Premio Nóbel

« Cuadernos » ha manifestado en diversas ocasiones su extrañeza ante lo que considera una verdadera injusticia : la persistente ignorancia de nuestro mundo respecto de la obra de creación cultural latinoamericana. Una prueba de ello la vemos en las poquísimas veces — dos tan sólo — que ha sido concedido el Premio Nóbel a figuras latinoamericanas. Son numerosas, sin embargo, las que lo merecen. Y en primerísimo lugar, don Alfonso Reyes, cuya simple mención bibliográfica suma una docena de páginas. Por eso hemos decidido apoyar con todo entusiasmo la iniciativa tomada por una institución literaria dirigiendo la carta que reproducimos seguidamente :

París, 12 de agosto de 1956.

Fundación Nóbel
C/o Royal Swedish Academy
Estocolmo (Suecia)
De mi mayor consideración :

El Círculo de Escritores y Poetas Iberoamericanos de Nueva York ha tomado la loable iniciativa de recomendar la candidatura del gran escritor mexicano Alfonso Reyes para el Premio Nóbel de Literatura correspondiente al año en curso. Esta iniciativa, por ser de absoluta justicia, está encontrando un eco cada día mayor en los medios intelectuales, artísticos y periodísticos de toda la América Latina. A ella se suma con todo entusiasmo CUADERNOS, revista en lengua española del Congreso por la Libertad de la Cultura (Presidentes de Honor : Benedetto Croce, John Dewey, Karl Jaspers, Salvador de Madariaga, Jacques Maritain, Bertrand Russell, S. J. Narayan).

La América Latina cuenta con toda una pléyade de escritores y poetas ilustres y de gran valía, injustamente ignorados y preteridos por las otras regiones culturales del mundo actual. La Fundación Nóbel sólo se ha dignado fijar su atención en ella en dos ocasiones : en 1945 concediéndole el Premio de Literatura a Gabriela Mistral y en 1947 el Premio de Medicina a Bernardo A. Houssay. (A ello hemos hecho expresa referencia en un reciente número de nuestra Revista dedicado íntegramente a la Cultura Latinoamericana, que tenemos el gusto de enviarles). Hay otras figuras latinoamericanas que merecen con toda legitimidad ese galardón y, entre ellas, ninguna como el gran escritor y pensador Alfonso Reyes, cuyos cincuenta años de glorioso sacerdocio cultural fueron unánimemente celebrados el año pasado.

Nos permitimos creer que la concesión del Premio Nóbel de Literatura a este maestro de las letras iberoamericanas — a este mexicano universal — respondería a un acto de honrosa justicia y llenaría de jubilosa satisfacción a todos los americanos.

Reciban los respetuosos saludos de

JULIAN GORKIN
Director de « Cuadernos »

B.D.I.C

CORRESPONDENCIA

« Les agradezco el envío de los números 17 al 20 de la revista CUADERNOS. Creo que su revista es la mejor que actualmente se publica en español y constituye una garantía de la continuidad de nuestra cultura, a pesar de las presentes circunstancias desfavorables. Sus artículos sobre Ortega, García Lorca y la relación entre democracia y liberalismo, entre otros, me han interesado extraordinariamente. Cada vez me produce más satisfacción el estar en la lista de sus suscriptores ».

R. M. A.-M.

Madrid, 12 de agosto de 1956.

***

« En Madrid hay un grupo de estudiantes — me han dicho que 32 en total — que se reúnen periódicamente para leer y comentar los principales trabajos publicados en CUADERNOS. Aquí en Valencia formamos un grupo de más de cuarenta. El número 18, sobre todo, con su editorial defendiendo a los estudiantes que luchan contra la asfixia y por la libertad, y con los excelentes trabajos dedicados a Ortega, a Fernando de los Ríos y a otras grandes figuras españolas, nos ha emocionado grandemente. No nos sentimos solos ; su revista es una especie de puente entre los intelectuales *libres* de España y los de la emigración, y asimismo con el pensamiento latinoamericano y universal. Esa tribuna libre interpreta perfectamente nuestro sentir, nuestra aspiración y nuestra esperanza ».

A. G. L.

Valencia, 17 de agosto de 1956.

***

« Le felicito sinceramente por la publicación del número extraordinario (el 19), dedicado a la cultura latinoamericana. Es un trabajo excelente. El Profesor Langford, de la University of Notre Dame, donde sustituía el año pasado a un compañero, va a enviarle el pedido correspondiente. Dicho número les gusta también a otros compañeros. Creo que un ejemplar, por su valor, debería encontrarse en todas las bibliotecas de nuestras universidades ».

E. S. U.

Dept. of Modern Languages John Carroll University, Cleveland 18, Ohio, USA, agosto 6 de 1956.

***

« Leí el número 19 de CUADERNOS. Representa un gran esfuerzo y estoy seguro de que gustará. Hay algunas lagunas, claro está, pero imputables a los autores. Por ejemplo : ¿ cómo en el Uruguay se puede ignorar a Emilio Frugoni como poeta ?

J. A. S.

Buenos Aires, 20 de agosto de 1956.

***

« Le adjunto el recorte del gran diario habanero *Informaciones* con la referencia de las cuatro conferencias que dediqué al Congreso por la Libertad de la Cultura en la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de La Habana. Constituyeron una revelación para los estudiantes. La última, con las conclusiones, puede quizá servirles en la Conferencia de intelectuales interamericanos que organizan ustedes en México.

« Y ahora otra cosa. He leído de cabo a rabo el número extraordinario de CUADERNOS, dedicado a la Cultura latinoamericana. Es sencillamente excelente. Sólo tengo que hacerle un reproche : hay un poco de injusticia respecto de algunos países. Cuba, por ejemplo, que cuenta con todo un movimiento intelectual y con estupendas figuras del pensamiento, no encuentra la importancia que se merece. Puedo decirlo yo, precisamente porque no soy cubano ».

V. G.

La Habana, 20 de agosto de 1956.

N. de la R.-Aceptamos el justificado reproche contenido en la carta anterior. Cuba y algún otro país iberoamericano no han encontrado en el número extraordinario de CUADERNOS la importancia que indudablemente tienen. Pero la culpa no es completamente nuestra. Algunas de las figuras intelectuales a las que nos dirigimos al planear el número, ocupadas sin duda en otros trabajos, no cumplieron el compromiso adquirido. Hemos sido y somos los primeros en lamentarnos de ello.

***

« En el núm. 20 de CUADERNOS, todo él excelente y muy equilibrado, me ha interesado sobre todo « La tribuna de discusión ». Y muy especialmente el cordial debate entre Salvador de Madariaga y Luis Alberto Sánchez sobre indigenismo e hispanoamericanismo. Tengo el propósito de terciar en la discusión, pues creo que, como escritor dominicano exilado de mi patria, tengo algunas cosas interesantes que decir ».

J. B.

Roma, 14 de agosto de 1956.

***

« Acabo de leer el núm. 20 de la revista y veo que han introducido importantes modificaciones tanto en la presentación como en la factura y en la distribución de los temas. Les conceden mayor importancia a los temas literarios y artísticos y las crónicas son más variadas. Me parece bien ».

L. A. S.

Lima, 20 de agosto de 1956.